

ALA DE DRAGON

SERIE EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE Vol.1

MARGARET WEIS – TRACY HICKMAN

PRÓLOGO

Tranquilízate, Haplo. Entra y acomódate. Toma asiento. Entre nosotros no son precisas las formalidades.

Permite que te llene la copa. Bebamos lo que en otro tiempo llamábamos la copa del estribo, un brindis por el largo viaje que vas a emprender.

¿Te gusta el vino? ¡Ah!, mis poderes son muchos y diversos, como sabes, pero empiezo a pensar que sólo el paso del tiempo, y no la magia, puede producir un buen vino. Al menos, eso es lo que enseñan los libros antiguos. No dudo que nuestros antepasados acertaban en esto, por muy equivocados que estuvieran en otras cosas. A esta bebida le echo en falta algo: una calidez, un sabor añejo que sólo proporciona el tiempo. Es demasiado áspera, demasiado agresiva; dos cualidades que cuadran al hombre, Haplo, pero no al vino.

Así pues, ¿estás preparado para el viaje? ¿Tienes alguna necesidad o deseo que pueda satisfacer? Dilo y lo tendrás. ¿No hay nada?

¡Ah!, de veras te envidio. Mis pensamientos estarán contigo en todo instante, despierto o dormido. Otro brindis. ¡Por ti, Haplo, mi emisario a un mundo confiado!

Y así debe seguir: confiado y sin recelos. Sé que ya hemos hablado de ello, pero voy a insistir una vez más. El peligro es grande. Si nuestros antiguos enemigos tienen el más leve indicio de que hemos escapado de su prisión, removerán tierra, mar, sol y cielo —como ya hicieron en una ocasión— para frustrar nuestros planes. Olfatea su presencia como ese perro tuyo husmea a las ratas, pero no permitas nunca que huelan el menor rastro de tu existencia.

Deja que vuelva a llenarte la copa para un brindis mas. Éste, por los sartán.

¿Dudas en beber? Vamos, insisto. Tu rabia es tu fuerza. Úsala: te dará energía. Así pues...

Por los sartán. Ellos nos han hecho lo que somos.

¿Qué edad tienes, Haplo? ¿No tienes idea?

Ya sé: el tiempo no tiene sentido en el Laberinto. Deja que piense... La primera vez que te vi, parecías rondar los veinticinco años. Una larga vida para los del Laberinto; una larga vida, que casi había llegado a su final.

—

Qué bien recuerdo ese momento, hace cinco años. Me disponía a entrar de nuevo en el Laberinto cuando tú emergiste de él. Sangrando, casi incapaz de caminar, agonizante. Pero me miraste con una expresión que nunca olvidaré: una expresión de triunfo. Habías escapado, los habías vencido. Aprecié aquel aire triunfal en tus ojos, en tu sonrisa exultante. Luego, te derrumbaste a mis pies. Fue esa expresión lo que me atrajo de ti, querido muchacho. Yo sentí lo

mismo cuando escapé de ese infierno hace tanto tiempo... Yo fui el primero que salió de él con vida.

Hace siglos, los sartán quisieron poner freno a nuestra ambición dividiendo el mundo que nos pertenecía por derecho y arrojándonos a su prisión. Como bien sabes, el camino para salir del Laberinto es largo y tortuoso. Llevó siglos resolver el zigzagueante rompecabezas de nuestra tierra. Los libros antiguos dicen que los sartán idearon ese castigo con la esperanza de que el tiempo y el sufrimiento moderaran nuestra desmedida ambición y nuestra naturaleza cruel y egoísta. Debes recordar siempre su plan, Haplo. Eso te dará la fuerza necesaria para cumplir lo que te he pedido. Los sartán llegaron a convencerse de que, cuando emergiéramos del Laberinto a este mundo, estaríamos dispuestos a ocupar nuestro lugar en cualquiera de los cuatro reinos que escogiéramos.

Pero algo salió mal. Quizá descubras qué sucedió cuando penetres en la Puerta de la Muerte. Por lo que he podido descifrar de los libros antiguos, parece que los sartán tendrían que haber controlado el Laberinto y mantenido en orden su magia pero, bien con alguna intención malévolas o por alguna otra causa, olvidaron su responsabilidad como celadores de nuestra prisión. Entonces, la prisión cobró vida propia; una vida que sólo conocía una cosa, la *supervivencia*.

Así, el Laberinto llegó a considerarnos a nosotros, sus prisioneros, como una amenaza. Después de que los sartán nos abandonaron a nuestra suerte, el Laberinto, movido por el miedo y el odio que nos tenía, se volvió letal.

Cuando al fin conseguí escapar, descubrí el Nexo, esa hermosa tierra que los sartán habían destinado para que nos instaláramos. Y encontré los libros. Incapaz de interpretarlos al principio, me esforcé en estudiarlos y pronto descubrí sus secretos. Leí sobre las «esperanzas» de los sartán respecto a nosotros y me eché a reír. Es la primera y única vez en la vida que me he reído. Tú me comprendes, Haplo. Sabes que en el Laberinto no hay alegría.

Pero volveré a reírme cuando se cumplan mis planes, cuando los cuatro mundos separados —los mundos del Fuego, del Agua, de la Piedra y del Aire— vuelvan a ser uno. Sí, ese día me reiré largo y tendido.

Es hora de que te vayas. Has tenido mucha paciencia con las divagaciones de tu amo. Otro brindis.

Por ti, Haplo.

Así como yo fui el primero en salir del Laberinto y penetrar en el Nexo, que tú seas el primero en cruzar la Puerta de la Muerte y recorrer los mundos más allá.

El Reino del Aire. Estúdialo a fondo, Haplo. Observa a sus gentes. Investiga sus puntos fuertes y sus debilidades. Haz cuanto puedas por sembrar el caos en el reino, pero guarda siempre discreción. Mantén ocultos tus poderes. Por encima de todo, no hagas nada que atraiga la atención de los sartán porque, si nos descubren antes de que tenga ultimado mi plan, estamos perdidos.

Antes la muerte que traicionarnos. Sé que tienes la disciplina y el valor precisos para tomar esa decisión, Haplo, pero lo más importante es que posees los recursos y la astucia suficientes como para hacer innecesaria tal decisión. Por eso te he escogido para esta misión.

Te encomiendo, además, otra tarea. Tráeme de ese mundo a alguien que me sirva como discípulo. Alguien que después regrese para enseñar la palabra, *mi* palabra, al pueblo. No me importa su raza, si es un elfo, un humano o un enano, pero asegúrate de que sea inteligente, ambicioso..., y dócil.

En un texto antiguo encontré una analogía muy adecuada. Tú, Haplo, serás la voz del que grita en el desierto.

Y, ahora, un postrer brindis. Pongámonos de pie para beber.

Por la Puerta de la Muerte. «Preparad el camino.»

—

CAPITULO

PRISIÓN DE YRENI,

DANDRAK, REINO MEDIO

Por el desparejo terreno de coralita avanzaba bamboleándose y saltando un carromato de tosca construcción cuyas ruedas de llantas de hierro tropezaban con todos los baches y salientes de lo que pasaba por ser una calzada. Tiraba del carro un tiero cuyo aliento formaba nubecillas de vapor en el aire helado. Era preciso un hombre para guiar a la terca e impredecible ave mientras otros cuatro, colocados a ambos lados del vehículo, empujaban y tiraban de éste. Una pequeña multitud, procedente de las casas de campo dispersas, se había congregado ante la prisión de Yreni con la intención de escoltar el carromato con su vergonzosa carga hasta las murallas de la ciudad de Ke'lith, donde aguardaba su llegada una muchedumbre mucho más numerosa.

El día tocaba a su fin. La luminosidad del firmamento empezaba a difuminarse y los Señores de la Noche iban extendiendo lentamente la sombra de sus capas sobre las estrellas vespertinas. La penumbra del anochecer era adecuada para aquella procesión.

Los campesinos, en su mayor parte, se mantenían a distancia del carro. Y no lo hacían por temor al tiero, aunque se conocían casos en que aquellas aves enormes se habían vuelto repentinamente y habían lanzado un malintencionado picotazo a cualquiera que tratara de acercarse a ellas por su lado ciego, sino por miedo al ocupante del carromato.

El prisionero tenía las muñecas atadas con unas tensas correas de cuero sujetas a los costados del carromato, y los tobillos cargados de pesados grilletes. Varios arqueros de ojos penetrantes marchaban junto al carro, con las flechas emplumadas a punto para ser disparadas al corazón del criminal si éste hacía el menor movimiento sospechoso. Sin embargo, tales precauciones no parecían causar demasiado alivio entre quienes seguían la marcha del carro. El gentío, con aire sombrío y vigilante, tenía la mirada fija en el hombre y caminaba tras el carro manteniéndose a una respetuosa distancia, que aumentaba marcadamente cuando el hombre volvía la cabeza. Aquellos campesinos de la zona no habrían

—

mostrado más miedo, más temor reverencial, si hubieran visto en el carro, encadenado, a un demonio de Hereka.

El mero aspecto del preso era lo bastante imponente como para llamar la atención y provocar escalofríos. Tenía una edad indefinida, pues era uno de esos hombres a los que la vida ha envejecido más allá de los ciclos. Sus cabellos eran negros, sin una sola cana, y los llevaba alisados hacia atrás desde la frente, ancha y huidiza, y recogidos en una trenza desde la nuca. Una nariz aguileña como el pico de un halcón sobresalía entre sus cejas oscuras y prominentes. La barba, también negra, formaba dos retorcidas trenzas, cortas y finas, bajo su recio mentón. Sus ojos azabache, hundidos tras unos pómulos altos, casi desaparecían bajo la sombra de las cejas. Casi, pero no del todo, pues no parecía haber en aquel

mundo oscuridad capaz de apagar la llama que ardía en el fondo de aquellos pozos.

El prisionero era de estatura mediana; su torso, desnudo hasta la cintura, estaba lleno de cortes y contusiones pues se había resistido a la captura como un verdadero diablo. Tres de los hombres más osados del alguacil yacían en el lecho en aquel momento, y allí seguirían durante una semana, por lo menos, recuperándose de sus heridas. Enjuto y nervudo, el preso mostraba unos movimientos gráciles, rápidos y silenciosos. Uno diría, por su aspecto, que era un hombre nacido y criado para deambular en compañía de la Noche.

Desde lo alto del carro, el prisionero se divertía al comprobar cómo se retiraban los campesinos cada vez que dirigía la mirada hacia ellos. Empezó a volver la cabeza a cada momento para desconcierto de los arqueros, que no dejaban de apuntarle con sus flechas, con los dedos crispados y nerviosos en torno al arco, y dirigían rápidas miradas a su jefe, un joven alguacil de expresión solemne, a la espera de sus instrucciones. A pesar del frío de aquel atardecer otoñal, el alguacil sudaba profusamente y su rostro se iluminó cuando las murallas de coralita de Ke'lith, por fin, aparecieron a la vista.

Ke'lith era pequeña en comparación con las otras dos ciudades de la isla de Dandrak. Sus casas y tiendas, poco cuidadas, cubrían apenas un menka cuadrado. En el centro mismo de la población se alzaba una vieja fortaleza, construida con preciados y pocos comunes bloques de granito, cuyas torres más altas reflejaban aún los últimos rayos de sol. Nadie en Ke'lith recordaba cuándo ni quién había fundado y edificado aquel bastión, cuya historia pasada había quedado oscurecida por el presente, por las guerras que se habían librado por su posesión.

Los centinelas abrieron las puertas de la ciudad y dieron paso al carromato. Por desgracia, el tiero se asustó al escuchar los grandes vítores que acogieron la entrada del carromato en Ke'lith y se detuvo en seco. El conductor de la terca ave amenazó y azuzó alternativamente al animal hasta que éste se puso en marcha de nuevo y el carro avanzó por la abertura de la muralla para tomar una calle de coralita pulimentada que llevaba el grandioso nombre de Avenida de los Reyes, a pesar de que nadie guardaba recuerdo de que ningún rey hubiera puesto el pie en ella.

Una gran multitud se había congregado para ver al prisionero. El alguacil gritó una orden con voz enérgica y los arqueros cerraron filas en torno al carromato, pese a que los hombres que protegían la parte delantera quedaron en grave riesgo de recibir un picotazo del nervioso tiero.

—

Envalentonados por su número, los congregados empezaron a lanzar maldiciones y levantar los puños. El prisionero los contempló con descaro, como si los encontrara más divertidos que amenazadores, hasta que una piedra de cantos afilados voló sobre los laterales del carromato e impactó en su frente.

La sonrisa burlona desapareció entonces de su rostro, que se contrajo en una mueca de rabia. Cerró los puños y saltó impulsivamente hacia un grupo de rufianes que habían encontrado coraje en el fondo de una jarra de vino. Las correas de cuero que mantenían al hombre sujeto al carro se tensaron, los costados del vehículo temblaron y se estremecieron, los grilletes de sus pies emitieron un discordante tintineo. El alguacil chilló una orden, alzando el tono de voz una

octava debido al miedo, y los arqueros se apresuraron a levantar las armas, aunque se produjo cierta confusión respecto a su objetivo: unos apuntaron al criminal y otros a quienes lo habían atacado.

El carromato, aunque tosco, era sólido, y el hombre que lo ocupaba, pese a aplicar todas sus fuerzas, no consiguió romper sus ataduras ni la madera que las sujetaba. Abandonó sus esfuerzos y, bajo un velo de sangre, observó a uno de los tambaleantes rufianes.

—No te atreverías a hacer eso si no estuviera atado —le dijo.

— ¿De veras? —replicó el joven con aire burlón y las mejillas encendidas por efecto de la bebida.

—Desde luego que no —insistió con frialdad el prisionero. Sus ojos negros se clavaron en el joven y había tal animadversión, tal aire amenazador en sus pupilas, como ascuas al rojo, que el joven palideció y se le entrecortó el resuello. Sus acompañantes, que lo animaban con sus voces aunque habían retrocedido a una distancia prudencial, tomaron a mal los comentarios del criminal y su actitud se hizo aún más amenazadora.

El prisionero volvió la cabeza para observar un lado de la calle, primero, y luego el otro. De nuevo, una piedra lo golpeó en el brazo y a ella siguió una lluvia de tomates podridos y un huevo hediondo que no acertó al criminal, sino que fue a estrellarse en pleno rostro del alguacil.

Los arqueros, hasta entonces dispuestos a matar al prisionero a la primera ocasión, se convirtieron de pronto en sus protectores y volvieron sus armas hacia la muchedumbre. Sin embargo, eran sólo seis arqueros contra un centenar de encolerizados seguidores y las cosas parecían bastante peliagudas, tanto para el criminal como para los guardianes, cuando un batir de alas y unos gritos estentóreos procedentes de las alturas hicieron que la mayor parte de la multitud pusiera pies en polvorosa.

Dos dragones, conducidos por jinetes armados y protegidos con armaduras, dieron una pasada a baja altura sobre la cabeza de los reunidos, haciendo que se refugiasen bajo los dinteles de las puertas o echaran a correr por las callejas. Una llamada de su jefe, que seguía volando en círculos en el firmamento, hizo volver a la formación a los dos caballeros de los dragones. El jefe descendió entonces, seguido de sus jinetes, y las puntas de las alas de los dragones salvaron por apenas un palmo los edificios a ambos lados de la calle. Por fin, con las alas perfectamente recogidas a los flancos y agitando sus largas colas con gesto feroz, los dragones se posaron cerca del carromato.

El capitán de los jinetes, un hombre barrigudo de edad madura que lucía una ígnea barba pelirroja, llevó su montura junto al carro.

EN EL LABERINTO vol. —

. En estado salvaje, estas enormes aves son una de las presas favoritas de los dragones. Los tieros poseen unas alas grandes y cubiertas de suave plumaje que no les son de casi ninguna utilidad. En cambio, pueden desplazarse a extraordinaria velocidad sobre sus poderosas patas. Constituyen unos excelentes animales de carga y son muy utilizados como tales en las tierras de los humanos. En cambio, los elfos consideran al tiero un ser repulsivo y sucio. (N. del a.)

. El barl es la principal medida de cambio, tanto en las tierras de los humanos como en las de los elfos. Su patrón es el tradicional barril de agua. Un trueque equivalente a un barril de agua vale un barl. (N. del a.)

El tiero, aterrorizado ante la visión y el olor de los dragones, se agitaba, y

aullaba y no dejaba de dar brincos de todo tipo, poniendo en infinitas dificultades a su conductor.

— ¡Haz que se calme ese maldito animal! —gruñó el capitán.

El conductor del tiero consiguió sujetar a éste por la cabeza y fijó su mirada en los ojos del animal. Mientras mantuviera la mirada de aquella manera, el estúpido tiero —para el cual no existía lo que no tenía ante sus ojos— se olvidaría de la presencia de los dragones y se tranquilizaría.

Sin hacer caso del alguacil que, tartamudeando, se había agarrado al arnés de la silla como lo haría un niño perdido al encontrar de nuevo a su madre, el capitán de la escuadra de dragones contempló con aire severo al prisionero ensangrentado y cubierto de verduras.

—Parece que he llegado justo a tiempo de salvar tu miserable vida, Hugh *la Mano*.

—No me has hecho ningún favor, Gareth —contestó el preso con voz lúgubre. Alzó sus manos esposadas y añadió—: ¡Suéltame las manos y me enfrentaré a todos vosotros, y a ellos también! —Con un gesto, señaló a los mirones que aún asomaban la nariz entre las sombras para presenciar la escena.

El capitán de los dragones emitió un gruñido.

—Seguro que te gustaría. Una muerte así sería mucho más agradable que la que te espera, con el cuello en el tajo. Mucho más agradable..., demasiado para alguien como tú, Hugh *la Mano*. ¡Si por mí fuera, acabaría contigo de una cuchillada por la espalda, a traición y en la oscuridad!

La mueca burlona del labio superior de Hugh quedó realzada por el ligero bigote negro y se hizo claramente visible pese a la luz mortecina del atardecer.

—Conoces bien la técnica de mi oficio, Gareth.

—Sólo sé que eres un asesino a sueldo y que tu mano ha dado muerte a mi señor —replicó el caballero—. Si te acabo de salvar la cabeza, sólo ha sido para tener la satisfacción de ponerla con mis propias manos al pie del féretro de mi señor. Por cierto, al verdugo lo apodan Nick *el Tres Golpes*, porque aún no ha conseguido nunca separar la cabeza del cuello al primer intento.

Hugh contempló al capitán y murmuró en voz baja: —Repito una vez más que yo no he matado a tu señor. — ¡Bah! El mejor señor al que he servido, asesinado por un puñado de barls. ¿Cuánto te ha pagado el elfo, Hugh? ¿Cuántos barls te costará ahora devolverme la vida de mi señor?

El jinete parpadeó para contener las lágrimas y, tirando de las riendas, hizo que el dragón volviera la cabeza. Azuzó a su montura en los flancos, justo por detrás de las alas, y la obligó a elevarse del suelo y sobrevolar en círculos el carromato. Los ojos de serpiente de la criatura observaron a quienes acechaban en las sombras, retándolos a ponerse en su camino. El conductor del tiero parpadeó a su vez, con los ojos llenos de lágrimas. El tiero reemprendió de nuevo su perezosa marcha y el carro continuó traqueteando por la calzada.

—

Era ya de noche cuando el carromato y su escolta de dragones alcanzó la ciudadela de la fortaleza y la residencia del señor de Ke'lith. El dueño del lugar yacía con gran pompa en el centro del patio. Puñados de cristales de carbón empapados de aceites aromáticos rodeaban el cuerpo. Sobre el pecho reposaba su escudo. Una de sus manos, fría y rígida, asía la empuñadura de la espada; la otra sostenía una rosa que había depositado en ella su doliente esposa. Esta no se

encontraba junto al cuerpo sino que estaba en la ciudadela, bajo los potentes efectos de un jarabe de adormidera, pues se temía que tratara de arrojar sobre el féretro en llamas y, aunque tal inmolación era habitual en la isla de Dandrak, en este caso no podía permitirse ya que la esposa de Rogar de Ke'lith acababa de dar a luz a su primogénito y heredero. Cerca del difunto estaba su dragón favorito, sacudiendo con orgullo su crin espinosa. Al lado del animal, con el rostro lleno de lágrimas, se hallaba el palafrenero mayor con un enorme cuchillo de carnicero en la mano. No era por el difunto señor por quien lloraba. Mientras las llamas consumían el cuerpo de éste, aquel dragón que el jefe de cuadras había criado desde que era un huevo sería sacrificado para que su espíritu sirviera a su amo después de la muerte.

Todo estaba preparado. En cada mano ardía una antorcha. Los congregados en el patio sólo aguardaban una cosa antes de prender fuego al túmulo funerario: que fuera puesta a sus pies la cabeza del asesino.

Aunque las defensas de la ciudadela no estaban reforzadas, se había establecido un cordón de caballeros para mantener alejados del castillo a los curiosos. Los caballeros se hicieron a un lado para permitir la entrada del carromato y volvieron a cerrar filas cuando lo hubo hecho. Entre los congregados en el patio estalló un clamor cuando el carro apareció a la vista, dando tumbos y traqueteando bajo el arco de la entrada. Los jinetes de la escolta desmontaron y sus escuderos se apresuraron a conducir a los dragones hacia las cuadras. El dragón del difunto lanzó un alarido de bienvenida —o quizá de despedida— a sus congéneres.

El tiero fue desenganchado y conducido a otra parte. El conductor del animal y los cuatro hombres que habían acompañado la marcha del carro fueron invitados a la cocina, donde les dieron de comer y les ofrecieron una buena cantidad de la mejor cerveza del amo. Maese Gareth, con la espada preparada y la mirada pendiente del menor movimiento del prisionero, subió al carro, sacó la daga que llevaba al costado y cortó las correas atadas a los tablones del vehículo. —Capturamos al elfo, Hugh —murmuró Gareth por lo bajo mientras segaba las ataduras—. Lo cogimos vivo. Iba en su nave dragón, de vuelta a Tribus, cuando lo apresaron nuestros dragones. Lo sometimos a interrogatorio y, antes de morir, confesó que te había entregado el dinero a ti.

—Ya he comprobado cómo *interrogas* a la gente —replicó Hugh. Cuando tuvo libre una mano, dobló varias veces el brazo para relajar la rigidez de los músculos. Mientras le soltaba la otra mano, Gareth lo contempló con cautela—. ¡Ese desgraciado te habría jurado que era humano, si se lo hubieras preguntado!

— ¡La daga maldita que sacamos de la espalda de mi señor era la tuya, esa de mango de hueso con extrañas inscripciones! ¡Yo la reconocí!

— ¡Es cierto, la encontraste! —Ambas correas quedaron sueltas. Con un movimiento rápido e inesperado, las fuertes manos de Hugh se cerraron sobre la armadura de cota de malla que cubría los hombros del caballero. Los dedos del asesino se clavaron con fuerza, hundiéndose dolorosamente los aros de la cota de

—

malla en la carne de su contrincante—. ¡Y los dos sabemos muy bien por qué la encontraste! —masculló.

Gareth aspiró profundamente y lanzó la daga hacia adelante. La hoja había recorrido tres cuartas partes de su camino hasta la caja torácica de Hugh cuando,

con un esfuerzo de voluntad, el caballero detuvo su acto reflejo de defensa.

— ¡Atrás! —Rugió a varios de sus hombres que, viendo en dificultades a su capitán, habían desenvainado la espada y se disponían a acudir en su auxilio—.

Suéltame, Hugh —murmuró con los dientes apretados, su piel tenía un tono plomizo y el sudor perlaba su labio superior—. Te ha fallado el truco. No encontrarás una muerte fácil en mis manos.

Hugh se encogió de hombros y, con una sonrisa irónica, soltó al caballero.

Gareth asió la mano derecha del asesino, se la puso a la espalda con gesto enérgico y, haciendo lo mismo con la izquierda, las ató fuertemente con los restos de las correas de cuero.

—Te pagué bien —susurró el caballero—. ¡No te debo nada!

— ¿Y qué hay de ella, de tu hija, cuya muerte vengué...?

De un empujón, Gareth obligó a Hugh a volverse y le lanzó un golpe al rostro con el puño envuelto en la cota de malla. El impacto alcanzó al asesino en la mandíbula y lo hizo salir despedido del carro, tras romper los tablones de éste. *La Mano* se encontró entre la mugre del patio, tendido de espaldas en el suelo. Gareth saltó del carro y, a horcajadas sobre el prisionero, lo miró fríamente.

—Morirás con la cabeza en el tajo, maldito asesino. ¡Lléváoslo! —ordenó a dos de sus hombres, al tiempo que golpeaba a Hugh en los riñones con la punta de su bota. Contempló con complacencia cómo se retorció de dolor y añadió con gesto torvo—: Y amordazadlo.

—

CAPITULO

CIUDADELA DE KE'LITH,

REINO MEDIO

—Aquí está el asesino, Magicka —anunció Gareth, señalando al prisionero atado y amordazado.

— ¿Te ha dado algún problema? —preguntó un hombre bien formado, de unos cuarenta ciclos de edad, que miraba a Hugh con aire pesaroso, como si le resultara imposible de aceptar que un ser humano pudiera albergar tanta maldad.

—Ninguno que no haya podido resolver, Magicka —respondió el caballero, amilanado ante la presencia del mago de la casa.

El mago asintió y, consciente de hallarse ante un vasto auditorio, se irguió cuanto pudo y cruzó ceremoniosamente las manos sobre su casaca de terciopelo marrón; por su condición de mago de tierra, éste era el color esotérico que le correspondía. En cambio, no lucía el manto de mago real, título que ambicionaba desde antiguo, según los rumores, pero que el difunto Rogar se había negado a concederle por alguna ignorada razón.

Los presentes en el embarrado patio de la fortaleza vieron cómo el prisionero era conducido ante la persona que, en ausencia del amo, era ahora la máxima autoridad del castillo feudal, y se apretaron en torno a él para escucharlo. La luz de las antorchas parpadeaba y oscilaba bajo la fresca brisa nocturna. El dragón del difunto señor feudal captó la tensión y confusión del ambiente y, tomándolos erróneamente por los preparativos para una batalla, emitió un sonoro trompeteo exigiendo que lo dejaran lanzarse sobre el enemigo. El jefe de cuadras le dio unas palmaditas para tranquilizarlo. Muy pronto, la criatura sería enviada a combatir a un enemigo que ni el hombre ni el dragón de larga vida podían evitar al fin.

—Quítale la mordaza —ordenó el mago.

Gareth carraspeó, soltó una tos y dirigió una mirada de soslayo a *la Mano*. Después, inclinándose hacia el hechicero, murmuró en voz baja:

—No oirás más que una sarta de mentiras. Este asesino dirá cualquier cosa para...

—

—He dicho que se la quites —lo interrumpió Magicka en un tono imperioso que no dejaba lugar a dudas entre los presentes respecto a quién era ahora el dueño de la ciudadela de Ke'lith.

Gareth obedeció a regañadientes y arrancó la mordaza de la boca de Hugh con tal energía que forzó al prisionero a volver el rostro a un lado y le dejó una fea marca en una de las mejillas.

—Todo hombre, por horrible que haya sido su delito, tiene derecho a confesar su culpabilidad y limpiar así su alma. ¿Cómo te llamas? —preguntó el mago con voz enérgica.

El asesino, con la mirada fija por encima de la cabeza del hechicero, se abstuvo de responder. Gareth contempló al prisionero con aire de reprobación.

—Se lo conoce por Hugh *la Mano*, Magicka.

— ¿Cuál es tu apellido?

Hugh escupió sangre.

— ¡Vamos, vamos! —Insistió el hechicero, frunciendo el entrecejo—. Hugh *la Mano* no puede ser tu verdadero nombre. Tu voz, tus modales... ¡Sin duda, eres un noble! Algún descendiente ilegítimo, seguramente. Sin embargo, tenemos que conocer el nombre de tus antepasados para encomendarles tu despreciable espíritu. ¿No piensas hablar? —El hechicero alargó la mano y, tomando a Hugh por la barbilla, le volvió el rostro hacia la luz de las antorchas—. Tienes una estructura ósea poderosa, una nariz aristocrática y unos ojos extraordinariamente bellos, aunque me parece apreciar un matiz campesino en las profundas arrugas del rostro y en la sensualidad de los labios. En resumen, es indudable que por tus venas corre sangre noble. Lástima que corra tan negra. Vamos, hombre, revela tu verdadera identidad y confiesa el asesinato de Rogar. Tal confesión limpiará tu alma.

En la boca hinchada del prisionero apareció una sonrisa y en sus ojos negros y hundidos brilló una débil llama.

—Donde está mi padre, pronto lo seguirá su hijo —replicó—. Y tú sabes mejor que ninguno de los presentes que yo no he matado a vuestro señor.

Gareth alzó el puño con intención de castigar a *la Mano* por sus osadas palabras, pero una rápida mirada al rostro del hechicero lo hizo titubear. Magicka abandonó por un instante su expresión ceñuda y su rostro quedó liso como un plato de natillas. No obstante, los perspicaces ojos del capitán de dragones no pasaron por alto la leve agitación que cruzó las facciones del hechicero ante la acusación de Hugh.

— ¡Insolente! —respondió el mago fríamente—. Eres muy osado para ser un hombre que se enfrenta a una muerte terrible, pero no tardaremos en oírte pedir clemencia a gritos.

—Será mejor que me hagas callar, y que lo hagas pronto —dijo Hugh, pasando la lengua por sus labios cuarteados y sangrantes—. De lo contrario, el pueblo podría recordar que ahora eres el guardián del nuevo amo, ¿no es cierto, Magicka? Y eso significa que ejercerás el gobierno del feudo hasta que el

muchacho cumpla..., ¿cuántos ciclos? ¿Dieciocho? Puede que incluso gobiernos más tiempo, si consigues tejer una buena red en torno a él. Tampoco dudo que serás un gran consuelo para la doliente viuda. ¿Qué manto te pondrás esta noche? ¿La púrpura del mago real? Por cierto..., ¿no te parece extraño que mi daga desapareciera así, *como por arte de magia...*?

EN EL LABERINTO vol. —

. Todas las islas flotantes del Reino del Cielo están compuestas de coralita. Este material, formado por las excreciones de una pequeña criatura inofensiva parecida a una serpiente y denominada gusano de coral, tiene un aspecto esponjoso. Cuando se endurece, es sólido como el granito, aunque no puede ser cortado ni pulimentado. La coralita se forma muy deprisa y los edificios realizados con este material, más que ser construidos, crecen. Los gusanos de coral despiden también un gas más ligero que el aire. Este gas mantiene las islas suspendidas en el cielo, pero puede resultar una molestia cuando se pretende construir un edificio, por lo que es necesario recurrir a las artes de los magos de tierra de la primera casa para eliminarlo. En ocasiones se ha descubierto algún depósito de hierro y de otros minerales incrustado en la coralita. Se desconoce cómo han aparecido, pero se supone que son debidos a un fenómeno acaecido durante la Separación de los Mundos. (N. del a.)

El hechicero levantó los brazos y gritó:

— ¡Que el suelo tiemble de furia ante la blasfemia de este hombre!

Y el patio empezó a agitarse y a temblar. Las torres de granito se balancearon.

Los presentes lanzaron gritos de pánico, apretujándose unos contra otros. Algunos cayeron de rodillas entre gemidos y, con las manos hundidas en la capa de barro y basura, suplicaron al mago que contuviera su cólera.

Magicka volvió su pronunciada nariz hacia el capitán de la escuadra de dragones. Un puñetazo de Gareth en la rabadilla de Hugh, descargado casi a regañadientes al parecer, hizo que el asesino lanzara un gemido de dolor, acompañado de un jadeo. En cambio, la mirada de *la Mano* no vaciló ni dio muestras de debilidad, sino que permaneció clavada en el mago, cuyo semblante estaba pálido de furia.

—He sido paciente contigo —dijo Magicka, respirando profundamente—, pero no pienso soportar esta vergüenza. Te pido disculpas, capitán Gareth —añadió a gritos para hacerse oír por encima del retumbar de la tierra en movimiento y del vocerío de la gente—. Tenías razón. Este hombre dirá cualquier cosa, con tal de salvar su vida miserable.

Gareth asintió con un gruñido, pero no dijo nada. Magicka alzó las manos en gesto apaciguador y, poco a poco, el suelo dejó de estremecerse. Los presentes en el patio exhalaban profundos suspiros de alivio y volvieron a ponerse en pie. El capitán dirigió un rápido vistazo a Hugh y topó con la mirada intensa y penetrante de *la Mano*. Gareth frunció el entrecejo y, con aire lúgubre y pensativo, desvió los ojos hacia el hechicero.

Magicka, que estaba dirigiéndose a la multitud, no advirtió su mirada.

—Lamento mucho, muchísimo, que este hombre deba abandonar esta vida con tales manchas negras en su alma —decía el hechicero en un tono de voz apenado y piadoso—. Sin embargo, así lo ha escogido. Todos los aquí presentes somos testigos de que ha tenido suficientes oportunidades para confesar.

Se escucharon unos respetuosos murmullos de asentimiento.

—Traed el tajo.

Los murmullos cambiaron de tono, haciéndose más sonoros y expectantes. Los espectadores se movieron en busca de una buena panorámica. Dos corpulentos centinelas, los más fuertes que habían podido encontrar, aparecieron por una pequeña puerta que conducía a las mazmorras de la ciudadela. Entre los dos traían un bloque enorme de una piedra que no era la coralita, delicada como una labor de encaje y empleada en la construcción de toda la ciudad salvo de la propia fortaleza. Magicka, a quien le correspondía conocer el tipo, la naturaleza y los poderes de todas las rocas, apreció que el bloque era de mármol. La piedra no

—
procedía de la isla ni del continente vecino de Ulyandia, pues en esos lugares no había yacimientos de tal roca. Por lo tanto, aquel mármol tenía que proceder del cercano y más extenso continente de Aristagón, lo cual significaba que había sido extraído de tierras enemigas.

O se trataba de una pieza de mármol muy antigua, importada legítimamente durante uno de los escasos períodos de paz entre los humanos y los elfos del Imperio de Tribus (posibilidad que el hechicero descartaba), o bien Nick *el Tres Golpes*, el verdugo, la había pasado de contrabando (lo más probable, en opinión de Magicka).

En el fondo, no tenía mucha importancia. Entre los amigos, familiares y seguidores del difunto Rogar había numerosos nacionalistas radicales, pero el mago no creía que ninguno de ellos pusiera objeciones a que un pedazo de escoria como Hugh *la Mano* fuera decapitado sobre una roca enemiga. Con todo, se trataba de un clan muy obcecado y el hechicero dio gracias de que el mármol estuviera tan cubierto de sangre seca que difícilmente podría nadie reconocer la piedra. Ninguno de los deudos pondría en cuestión su origen.

La roca de mármol medía seis palmos por lado y en uno de ellos tenía tallado un surco casi del tamaño de un cuello humano normal. Los centinelas trasladaron el tajo por el patio, trastabillando debido al peso, y lo colocaron delante de Magicka. El verdugo, Nick *el Tres Golpes*, apareció por la puerta de las mazmorras y una oleada de expectación agitó a la multitud.

Nick era un verdadero gigante y nadie en Dandrak conocía su verdadera identidad, ni su rostro. Cuando llevaba a cabo una ejecución, vestía una túnica negra y llevaba la cabeza cubierta con una capucha para que, en su vida normal entre la gente, ésta no pudiera reconocerlo y rehuirlo. Por desgracia, la consecuencia de su astuto disfraz era que la gente tendía a sospechar de cualquier hombre que midiera más de dos metros y a evitar su compañía sin hacer discriminaciones.

Sin embargo, cuando se trataba de ajusticiar a alguien, Nick era el verdugo más popular y solicitado de Dandrak. Fuera un chapucero increíble o el hombre con dotes escénicas más brillantes de su época, lo cierto era que *el Tres Golpes* poseía una gran habilidad para entretener al público. Ninguna de sus víctimas moría enseguida, sino que soportaba entre gritos una terrible agonía mientras el verdugo descargaba un golpe tras otro con una espada tan obtusa como sus entendederas.

Todas las miradas fueron del encapuchado Nick a su maniatado prisionero, el cual —es preciso reconocerlo— había impresionado a la mayoría de los presentes con su frialdad. No obstante, todos los congregados en el patio aquella noche habían admirado y respetado a su difunto señor feudal e iba a constituir un gran

placer para ellos ver sufrir una muerte horrible a su asesino. Por ello, la gente advirtió con satisfacción que, a la vista del verdugo y del arma ensangrentada que blandía en la mano, el rostro de Hugh adquiriría una expresión tranquila como la de una máscara y que, pese a contenerse y reprimir un escalofrío, se le aceleraba la respiración.

Gareth asió por los brazos a *la Mano* y, apartándolo del hechicero, condujo al prisionero los contados pasos que lo separaban del tajo.

—Eso que has dicho de Magicka...

—

Gareth murmuró estas palabras en un susurro pero, notando tal vez la mirada del mago fija en su nuca, dejó la frase inacabada y se contentó con interrogar al asesino con la mirada.

Hugh le devolvió ésta con unos ojos como dos pozos negros en la noche iluminada por las antorchas.

—Vigílalo —respondió.

Gareth asintió. Tenía los ojos ojerosos e inyectados en sangre, y la barba sin afeitar. No había dormido desde la muerte de su señor, hacía dos noches. Se pasó los dedos por los labios orlados de sudor y, a continuación, llevó la mano al cinto. Hugh percibió un destello de fuego reflejándose en una hoja de filo puntiagudo.

—No puedo salvarte —murmuró Gareth—, pues nos harían trizas a ambos, pero puedo poner fin a tu vida con rapidez. Seguramente me costará el cargo de capitán —volvió la cabeza y lanzó una sombría mirada al hechicero— pero, a juzgar por lo que he oído, es probable que ya lo haya perdido. Tienes razón, Hugh. Se lo debo a ella.

Con un nuevo empujón, colocó a *la Mano* frente al bloque de mármol. Con gesto solemne, el verdugo se despojó de su capa negra (no le gustaba verla salpicada de sangre) y la entregó a un chiquillo que rondaba por allí.

Entusiasmado, el niño sacó la lengua a un compañero con menos suerte que también se había acercado con la esperanza de tener tal honor.

Empuñando la espada, Nick lanzó dos o tres golpes de práctica para calentar los músculos y luego, con un gesto de la cabeza, indicó que ya estaba a punto.

Gareth obligó a Hugh a arrodillarse ante el tajo. Después se retiró, pero no mucho, apenas un par de pasos. Sus dedos se cerraron con nerviosismo en torno a la daga oculta en los pliegues de la capa. En su cabeza iba tomando forma la excusa que daría: «Cuando la espada hendía su cuello, Hugh ha gritado que fuiste tú, Magicka, quien mató a mi señor. Lo he oído claramente y, según dicen, las palabras de un moribundo revelan siempre la verdad. Por supuesto, yo sé que ese asesino mentía, pero he tenido miedo de que los campesinos, siempre tan supersticiosos, le prestaran oídos. He creído más conveniente acabar de inmediato con su miserable existencia». Magicka no se lo tragaría; se daría cuenta de la verdad. ¡Ah!, de todos modos, a Gareth no le quedaba ya gran cosa por la que vivir. El verdugo agarró a Hugh por el cabello con la intención de colocar la cabeza del prisionero sobre el bloque de mármol. Sin embargo, percibiendo tal vez en la multitud cierta inquietud que ni el espectáculo de una inminente ejecución lograba difuminar, Magicka alzó una mano para detener la ceremonia.

— ¡Alto! —exclamó.

Con la túnica ondeando en torno a él bajo el impulso del viento fresco que se había levantado, el hechicero dio unos pasos hacia el bloque de mármol.

— ¡Hugh *la Mano*! —proclamó entonces con voz potente y severa—, te ofrezco una última oportunidad. Ahora que estás al borde del reino de la Muerte, dinos: ¿tienes algo que confesar?

Hugh levantó la cabeza. Tal vez el miedo al inminente instante supremo había acabado por doblegarlo.

—Sí, tengo una cosa que confesar.

—Me alegro de ver que nos entendemos —dijo Magicka con voz satisfecha. La sonrisa de triunfo de su rostro fino y atractivo no pasó inadvertida al observador Gareth—. ¿Qué es lo que lamentas en el momento de abandonar esta vida, hijo mío?

—

En los hinchados labios de *la Mano* se formó una mueca. Enderezando los hombros, miró a Magicka y proclamó friamente:

—Lamento no haber matado nunca a uno de tu ralea, hechicero.

Una exclamación de horrorizada complacencia se alzó entre la multitud. Nick *el Tres Golpes* lanzó una risilla bajo la capucha. Cuanto más se prolongara la ejecución, mejor lo recompensaría el hechicero.

Magicka ensayó una sonrisa de fría piedad.

—Que tu alma se pudra junto a tu cuerpo —declaró.

Tras dirigir a Nick una mirada que era una clara invitación al verdugo para que empezara a divertirse, el mago se retiró de la escena para que la sangre no le manchara la vestimenta.

El verdugo mostró en alto un pañuelo negro y empezó a vendarle los ojos a su víctima.

— ¡No! —Rugió *la Mano*—. ¡Quiero llevarme esa cara conmigo!

— ¡Termina de una vez! —gritó el hechicero, echando espumarajos por la boca.

Nick agarró de nuevo el cabello de Hugh, pero éste se desasíó con una sacudida. El prisionero colocó voluntariamente la cabeza sobre el mármol teñido de sangre; sus ojos, muy abiertos y acusadores, miraban a Magicka sin parpadear. El verdugo bajó la mano, tomó la corta melena de su víctima y la apartó a un lado. A *el Tres Golpes* le gustaba tener una buena porción de cuello en la que trabajar. Nick levantó la espada. Hugh exhaló un suspiro, apretó los dientes y mantuvo los ojos fijos en el mago. Gareth, pendiente de la escena, vio que Magicka vacilaba, tragaba saliva y dirigía rápidas miradas a un lado y a otro, como si buscara una escapatoria.

— ¡El horror ante la maldad de este hombre es excesivo! —Exclamó el hechicero—. ¡Date prisa! ¡No puedo soportarlo!

Gareth empuñó la daga. Los músculos del brazo de Nick se hincharon, preparándose para descargar el golpe. Las mujeres se taparon los ojos y miraron a hurtadillas entre los dedos, los hombres estiraron el cuello para ver entre las cabezas de los demás y los niños fueron alzados rápidamente para que pudieran contemplar el espectáculo.

Y, en ese instante, procedente de las puertas de la ciudadela, se escuchó el fragor de unas armas.

—

CAPITULO

CIUDADELA DE KE'LITH, DANDRAK, REINO MEDIO

Una silueta gigantesca, más negra que los Señores de la Noche, apareció sobre las torres de la fortaleza. La penumbra impedía ver con claridad, pero resultaba audible el batir de unas alas enormes. Los centinelas de la puerta continuaron batiendo las espadas contra los escudos, dando la alarma, lo cual provocó que todos los congregados en el patio se olvidaran de la inminente ejecución y volvieran la atención a la amenaza que llegaba de lo alto. Los caballeros desenvainaron sus espadas y reclamaron a gritos las monturas. En Dandrak eran habituales las incursiones de los corsarios de Tribus y, de hecho, se esperaba una de ellas como represalia por el apresamiento y posterior muerte del noble elfo que, presuntamente, había contratado a Hugh *la Mano*.

— ¿Qué sucede? —gritó Gareth, tratando en vano de ver de qué se trataba, indeciso entre continuar en su puesto al lado del prisionero o correr a defender las puertas que estaban bajo su responsabilidad.

— ¡No hagáis caso! ¡Proseguid la ejecución! —rugió Magicka.

Pero Nick *el Tres Golpes* necesitaba la atención del público y la acababa de perder. La mitad de los espectadores había vuelto la cabeza hacia la puerta y la otra mitad corría ya hacia ella. El verdugo bajó la espada con gesto de orgullo herido y aguardó, en un silencio dolido y digno, a ver cuál era la causa de aquel alboroto.

— ¡Es un dragón real, estúpidos! ¡Uno de los nuestros, no una nave élfica! —Gritó Gareth—. ¡Vosotros dos, vigilad al prisionero! —ordenó el capitán, corriendo a las puertas de la ciudadela para acallar el creciente pánico.

El dragón de combate sobrevoló el castillo a baja altura. Un puñado de gruesos cabos, refulgentes a la luz de las antorchas, se agitaba en el aire. Del lomo del dragón saltaron varios hombres que se deslizaron por las cuerdas hasta descender en medio del patio. Todos advirtieron la insignia de plata de la Guardia Real que relucía en sus panoplias y entre la multitud se alzaron unos murmullos agoreros.

—

Los soldados se desplegaron rápidamente, despejaron una amplia zona en el centro del patio y se colocaron en formación en torno a ella. Con el escudo en la zurda y la lanza en la diestra, permanecieron firmes en posición de relajada atención, vueltos hacia el exterior de la zona despejada, evitando las miradas de los presentes y haciendo caso omiso de sus preguntas.

Apareció entonces un solitario jinete montado en un dragón. Tras sobrevolar la puerta de la fortaleza, el pequeño dragón de rápido vuelo permaneció suspendido sobre el círculo despejado para él, planeando con las alas muy abiertas mientras estudiaba la zona en que se disponía a posarse. Para entonces ya resultaba fácilmente reconocible el elegante uniforme de su jinete, que despedía destellos rojos y dorados a la luz de las antorchas. Los espectadores contuvieron el aliento y se miraron unos a otros con aire de desconcierto.

Cuando el dragón se posó en el patio, le trepidaban las alas y jadeaba visiblemente, expandiendo y contrayendo los flancos. De su boca armada de colmillos caían regueros de saliva. Su jinete saltó de la silla y echó una rápida

mirada en torno a sí. El hombre vestía la capa corta entretejida de hilo de oro y el abrigo rojo encendido de los correos del rey, y los congregados aguardaron con suma expectación a oír las noticias que venía a proclamar.

Casi todos esperaban que sería una declaración de guerra contra los elfos de Tribus; algunos caballeros buscaban ya a sus escuderos para estar dispuestos a tomar las armas de inmediato. Por eso resultó una considerable sorpresa para quienes estaban en el patio ver que el correo alzaba una mano, enfundada en un guante del cuero más suave y flexible, y señalaba el bloque de mármol.

— ¿Es Hugh *la Mano* ese que os disponéis a ejecutar? —preguntó en una voz tan suave y flexible como sus guantes.

El mago cruzó el patio a grandes zancadas y los soldados de la Guardia Real le permitieron acceder al círculo despejado.

— ¿Y qué si lo es? —replicó Magicka, cauteloso.

—Si es Hugh *la Mano*, te ordeno en nombre del rey que me lo entregues..., vivo —dijo el correo.

Magicka le dirigió una sombría mirada cargada de odio. Los caballeros de Ke'lith se volvieron hacia el hechicero, pendientes de sus órdenes.

Hasta tiempos muy recientes, los volkaranos no habían conocido ningún rey. En los primeros días del mundo, los Volkaran habían constituido una colonia penitenciaria establecida por los habitantes del continente de Ulyandia. La famosa prisión de Yreni custodiaba a ladrones y asesinos; exiliados, prostitutas y demás elementos perniciosos de la sociedad eran desterrados en las islas próximas de Providencia, Exilio de Pitrin y las tres Djern. La vida en estas islas exteriores era dura y, con el paso de los siglos, produjo una gente de igual dureza. Cada isla era regida por varios clanes, cuyos señores pasaban el tiempo repeliendo asaltos a sus propias tierras o atacando las de sus vecinos de Ulyandia.

Así divididos, los humanos fueron presa fácil de las naciones élficas de Tribus, más ricas y fuertes. Los elfos vencieron rápidamente a los fragmentados feudos humanos y, durante casi cuarenta ciclos, gobernaron Ulyandia y las islas Volkaran. Su férreo dominio sobre los humanos había terminado hacía veinte ciclos, cuando un caudillo del clan más poderoso de Volkaran contrajo matrimonio con la matriarca del clan más fuerte de Ulyandia. Uniendo sus pueblos, Stephen de Exilio de Pitrin y Ana de Winsher formaron un ejército que venció a los elfos y los arrojó —literalmente, a algunos de ellos— fuera de las islas.

—

Cuando Ulyandia y las Volkaran quedaron libres de ocupantes, Stephen y Ana se proclamaron monarcas, dieron muerte a sus rivales más peligrosos y, aunque últimamente se rumoreaba que estaban intrigando el uno contra el otro, seguían constituyendo la fuerza más poderosa y temida del reino. En otra época, Magicka se habría limitado a hacer oídos sordos a la orden, llevar a cabo la ejecución y acabar también con el correo real, si se mostraba demasiado insistente. Ahora, en cambio, de pie bajo la sombra de las alas del dragón de combate, negras como la brea, el hechicero no podía hacer otra cosa que protestar.

—Hugh *la Mano* ha asesinado a nuestro señor, Rogar de Ke'lith, y las propias leyes del rey ordenan que le quitemos la vida como castigo.

—Su Majestad aprueba y aplaude tu excelente y rápida administración de justicia en esta parte de su reino —replicó el correo con una airosa reverencia—, y lamenta tener que interferir en ella, pero existe una requisitoria real para la

detención del hombre conocido como Hugh *la Mano*. Se lo busca para interrogarlo respecto a una conspiración contra el Estado, asunto que tiene prioridad ante cualquier otra cuestión local. Todo el mundo sabe —añadió el correo, mirando fijamente a los ojos a Magicka— que el asesino ha tenido tratos con los elfos de Tribus.

Por supuesto, el hechicero sabía que Hugh no había tenido ningún trato con los elfos de Tribus y, en aquel mismo instante, se dio cuenta de que el correo real también lo sabía. Y pensó que, si el emisario real estaba al corriente de ello, también conocería otras cosas..., entre ellas cómo se había producido realmente la muerte de Rogar de Ke'lith. Preso en su propia red, Magicka se revolvió y balbució unas palabras:

—Muéstrame el documento real.

Nada, al parecer, produjo mayor placer al correo del rey que presentar el edicto real a la consideración del mago. Llevó la mano a una alforja de cuero que colgaba de la silla del dragón y extrajo un estuche que contenía un rollo de pergamino. Sacó el documento y se lo entregó al hechicero, quien fingió estudiarlo. El edicto debía de estar en orden, pues lo contrario hubiera sido impropio de Stephen. Allí estaba el nombre, Hugh *la Mano*, y el sello del Ojo Alado que constituía la divisa del monarca. Magicka se mordió el labio hasta sangrar, pero no pudo hacer otra cosa que dirigir a los reunidos una mueca de desaliento. Lo había intentado, se leía en su gesto, pero en aquel asunto intervenían poderes superiores. Llevándose la mano al corazón, inclinó la cabeza en un gesto mudo y áspero de asentimiento.

—Su Majestad te da las gracias —dijo el correo con una sonrisa—. ¡Tú, capitán! —Señaló con un gesto a Gareth. Éste se acercó con un rostro cuidadosamente inexpresivo, pese a que había seguido con suma atención tanto lo que se decía como lo que se callaba, y se colocó detrás del hechicero—. Tráeme al prisionero. ¡Ah!, también necesitaré un dragón descansado para el viaje de vuelta. Asuntos del rey —añadió.

Ante estas palabras —«asuntos del rey»— debía ponerse a disposición del emisario real cualquier cosa que éste pidiera, desde un castillo a una botella de vino, desde un asado de jabalí hasta un regimiento. Quien desobedeciera lo hacía a costa de un extremo peligro. Gareth observó a Magicka. El hechicero temblaba de cólera, pero permaneció mudo y se limitó a asentir brevemente con la cabeza. El capitán se alejó para cumplir la orden.

—

El correo recuperó hábilmente el pergamino, lo enrolló y volvió a guardarlo en el estuche. Después, mientras su mirada recorría el patio a la espera del regreso de Gareth con el prisionero, advirtió por primera vez el féretro. Al instante, su rostro adquirió una expresión de profundo pesar.

—Sus Majestades quieren hacer extensiva su condolencia a la viuda de Rogar. Si pueden serle de alguna ayuda, la dama puede estar segura de que sólo tiene que recurrir a ellos.

—Mi señora les queda muy agradecida —repuso Magicka con acritud.

El correo, tras una nueva sonrisa, se dio unos golpecitos con los guantes sobre los muslos en gesto de impaciencia. Gareth venía ya con el prisionero entre la Guardia Real, pero aún no había rastro de la montura de refresco.

—¿Y ese dragón que he pedido...?

—Ten, mi señor, llévate éste —se apresuró a responder el palafrero mayor, ofreciéndole las riendas del dragón de Rogar.

— ¿Estás seguro? —inquirió el mensajero real, mirando el fêretro y volviéndose luego hacia el hechicero pues, por supuesto, conocía la costumbre de sacrificar al dragón, por valioso que fuera, en honor del difunto.

Magicka, gesticulante, replicó con un bufido:

— ¿Por qué no? ¡Llévate al asesino de mi señor en su dragón máspreciado! ¡Al fin y al cabo, son «asuntos del rey»!

—Sí, exacto —dijo el correo—. ¡Asuntos del rey!

De pronto, la Guardia Real cambió de postura, volviendo hacia el exterior las puntas de las lanzas y juntando los escudos para formar un círculo de acero en torno al correo y a quienes estaban con él.

—Tal vez prefieras tratar con Su Majestad algunos aspectos de los asuntos reales. Nuestro amable monarca no tendrá inconveniente en disponer medidas para el gobierno de la provincia en tu ausencia, Magicka.

La sombra de las alas del dragón de combate que sobrevolaba la escena cruzó el patio.

— ¡No, no! —Se apresuró a protestar el mago—. ¡El rey Stephen no tiene súbdito más fiel que yo, de eso puede estar seguro!

El correo hizo una reverencia y respondió a Magicka con una sonrisa seductora. Los soldados que lo rodeaban continuaron atentos y alerta.

Gareth penetró en el círculo de acero, sudoroso bajo el yelmo de cuero. Sabía lo cerca que había estado de que le ordenaran enfrentarse a la Guardia Real y aún tenía un nudo en el estómago.

—Aquí tienes al hombre —dijo con rudeza, empujando a Hugh hacia el correo. El emisario real dirigió una rápida mirada al prisionero y advirtió las señales de los azotes en la espalda, las contusiones y cortes del rostro, los labios hinchados. Hugh, cuyos ojos oscuros y hundidos parecían haberse desvanecido por completo bajo las sombras de las cejas, contempló al correo con una curiosidad cargada de indiferencia. En su mirada no había ninguna esperanza, sino una mera chispa irónica ante la perspectiva de nuevos tormentos.

—Suéltale los brazos y quítale esos grilletes.

— ¡Pero, mi señor, este hombre es peligroso...!

—Atado no puede montar y no tengo tiempo que perder. No te preocupes —añadió el correo, moviendo la mano con gesto despreocupado—. Salvo que le crezcan alas, no creo que trate de escapar saltando del lomo de un dragón volador.

—

Gareth sacó la daga y segó las cuerdas que maniataban a Hugh. El palafrero mayor llamó a gritos a sus ayudantes, penetró resueltamente en el círculo de acero, desató la silla de la agotada montura del correo y la colocó en el lomo del dragón de Rogar. Tras dar unas palmadas en el cuello al animal, entregó las riendas al emisario real, con gesto satisfecho. El anciano no volvería a ver al dragón, pues nada de cuanto caía en las manos del rey Stephen volvía a salir de ellas, pero era mucho mejor perderlo que verse obligado a hundir un cuchillo en la garganta de una criatura que lo amaba y confiaba en él, y luego contemplar cómo se le iba la vida, desperdiciada en honor de un hombre ya muerto.

El correo montó a la silla y, desde ella, extendió la mano para ayudar a Hugh a subir. El asesino pareció comprender por primera vez que lo acababan de liberar,

que no tenía la cabeza en el tajo y que aquella espada terrible no iba a segarle la vida. Con movimientos tensos y dolorosos, alzó la mano, asió la del correo y dejó que el hombre lo alzara a lomos del dragón.

—Traedle una capa o se helará —ordenó el mensajero. De las muchas capas que le ofrecieron, escogió una de gruesa piel y la arrojó a Hugh. El prisionero se echó el abrigo en torno a los hombros y se agarró con fuerza al borde de la silla de montar. El correo dio una breve orden y el dragón, con un atronador anuncio, extendió las alas y remontó el vuelo.

El comandante de la Guardia Real lanzó un silbido que taladraba los tímpanos. El dragón de combate descendió hasta que las cuerdas que colgaban de su lomo quedaron al alcance de los soldados, que se apresuraron a subir por ellas y ocupar sus posiciones en el enorme lomo liso del animal. El dragón batió las alas y, en pocos instantes, la sombra desapareció del cielo y éste quedó vacío, recuperando la gris penumbra de la noche.

Abajo, en el patio de la ciudadela, los hombres se contemplaron en silencio, con rostros torvos. Las mujeres, viendo a sus maridos y percibiendo la atmósfera de tensión, se apresuraron a recoger a los niños, regañando e incluso dando cachetes a los que gimoteaban.

Magicka, muy pálido, penetró en las estancias de la ciudadela.

Gareth aguardó a que el hechicero desapareciera y luego ordenó a sus soldados que prendieran fuego al féretro. Hombres y mujeres, reunidos en torno al crepitar de las llamas, empezaron a cantar encomendando el alma del difunto a sus antepasados. El capitán de los caballeros entonó una canción por el señor feudal a quien había amado y servido con fidelidad durante treinta años. Cuando terminó, continuó observando cómo las llamas, agitadas y rugientes, consumían el cuerpo.

— ¿De modo que nunca has matado a un hechicero? Hugh, amigo mío, tal vez tengas ocasión de ello. Si vuelvo a verte... ¡Asuntos del rey! —Gruñó Gareth—. Y si no logro dar contigo... Bien, ya soy un viejo sin ninguna razón por la que vivir. Su mirada se dirigió hacia los aposentos del hechicero, asomada a cuya ventana podía verse una silueta envuelta en una túnica. Recordando que tenía deberes que atender, el capitán se dirigió a la puerta para cerciorarse de que quedaba convenientemente guardada durante la noche.

Olvidado de todos, como un artista privado de su representación, Nick *el Tres Golpes* permaneció sentado sobre el bloque de mármol, desconsolado.

—

CAPÍTULO

ALGÚN LUGAR DE LAS ISLAS VOLKARAN, REINO MEDIO

El emisario real mantuvo tirantes las bridas de su montura. De haberle dado rienda suelta, el pequeño dragón habría dejado atrás muy pronto al dragón de combate, de mucho mayor tamaño. Sin embargo, el correo no se atrevía a volar sin escolta pues los corsarios elfos solían acechar entre las nubes, aguardando el paso de algún solitario jinete humano. Así pues, la marcha era lenta pero, al fin, las antorchas de Ke'lith se desvanecieron a su espalda. Pronto, los abruptos picachos de Witheril ocultaron el humo que se alzaba de la pira funeraria del malogrado señor de la provincia.

Así pues, el correo obligó a su montura a volar junto a la cola de la quimera, o

dragón de combate, cuya silueta era como una esbelta cuña negra que surcaba la gris penumbra de la noche. La Guardia Real, atada a sus arneses, era una serie de bultos negros en el lomo de la quimera.

Los dragones sobrevolaron la pequeña población de Hynox, visible sólo porque sus viviendas, bajas y cuadradas, estaban edificadas en terreno descubierto.

Después, dejaron atrás la orilla de Dandrak y se adentraron en el aire profundo. El correo miró arriba y abajo, a un lado y a otro, como si no hubiera volado con frecuencia, cosa extraña en un supuesto mensajero del rey. Creyó reconocer dos de las tres islas Caprichosas. Hanastai y Bindistai eran claramente visibles pues, incluso en el aire profundo, la oscuridad no era completa... La noche no era tan cerrada como decía la leyenda que había sido en el viejo mundo, antes de la Separación.

Los astrónomos elfos habían escrito que existían tres Señores de la Noche y, aunque los supersticiosos creían que eran gigantes que extendían oportunamente sus capas ondeantes sobre Ariano para dar descanso a sus gentes, los eruditos sabían que los Señores de la Noche eran, en realidad, unas lejanas islas de coralita que flotaban sobre el reino, desplazándose en una órbita que las llevaba, cada doce horas, a interponerse entre Ariano y el sol.

—

Más allá de estas islas se hallaba el Reino Superior, donde se suponía que vivían los misteriarcas, poderosos brujos humanos que se habían retirado allí en un exilio voluntario. Debajo del Reino Superior estaba el Firmamento, la zona de las estrellas diurnas. Nadie sabía con exactitud qué era este Firmamento. Muchos —y no sólo los supersticiosos— creían que se trataba de una franja de diamantes y otras piedras preciosas que flotaban en el aire. Esta creencia era el origen de las leyendas sobre la fabulosa riqueza de los misteriarcas, pues se suponía que éstos la habían atravesado para llegar al Reino Superior. Tanto los elfos como los humanos habían llevado a cabo numerosos intentos de volar hasta el Firmamento y descubrir sus secretos, pero quienes se habían atrevido a emprender el viaje no habían regresado jamás. Se decía que el frío era tan intenso allá arriba que la sangre se congelaba en las venas.

Durante el vuelo, el correo del rey volvió la cabeza atrás en varias ocasiones para observar a su compañero de montura, ya que sentía curiosidad por estudiar las reacciones de un hombre que acababa de ser arrebatado del cadalso. Sin embargo, si esperaba ver alguna expresión de alivio, alegría o triunfo en su rostro, se llevó una considerable decepción. Torvo, impasible, el asesino no dejaba traslucir un ápice sus sentimientos bajo la máscara de sus facciones. Era el rostro de quien podía presenciar la muerte de un hombre con la misma frialdad que otro contemplaría a alguien comiendo o bebiendo. En el momento de observarlo, Hugh tenía la cabeza vuelta en otra dirección y estudiaba con atención la ruta que seguían en su vuelo, según advirtió el correo con cierta inquietud. *La Mano*, captando tal vez sus pensamientos, alzó la cabeza y clavó su mirada en la del jinete.

Este no sacó nada en claro de su inspección. Hugh, en cambio, pareció deducir muchas cosas de su estudio del emisario real. Sus ojos entrecerrados daban la impresión de taladrar la piel y traspasar los huesos y ser capaces, en cualquier momento, de dejar al desnudo todos los secretos que el correo guardara en su cerebro; sin duda, así habría sucedido si el joven emisario no hubiera

apartado la vista para concentrarla en la crin espinosa del dragón. El jinete no volvió a mirar a Hugh en todo el viaje.

Debió de ser una coincidencia pero, cuando el correo advirtió el interés de Hugh por su ruta de vuelo, un manto de niebla empezó de inmediato a extenderse y oscurecer la tierra. La comitiva volaba velozmente y a gran altura, y a sus pies no había mucho que ver bajo las sombras que extendían los Señores de la Noche. Sin embargo, la coralita despide una leve luminosidad azulada que hace que las arboledas destaquen en negro sobre el ligero resplandor casi plateado que presenta el suelo. Los puntos sobresalientes del terreno eran fáciles de localizar. Los castillos y fortalezas de coralita que no habían sido cubiertos con una argamasa de granito triturado resplandecían levemente. Desde el aire, era fácil identificar los pueblos, con sus calles de coralita como cintas relucientes.

Durante la guerra, cuando las naves voladoras de los elfos merodeaban por los cielos, la gente cubría las calles con paja y juncos. Ahora, sin embargo, las islas Volkaran no sufrían conflictos armados. La mayoría de los humanos que las poblaban tenía el ferviente convencimiento de que se debía a su bravura en el combate, al miedo que habían provocado entre los señores de los elfos.

Al pensar en ello, el correo sacudió la cabeza de disgusto ante su ignorancia.

Sólo algunos humanos del reino, entre ellos el rey Stephen y la reina Ana, conocían la verdad.

EN EL LABERINTO vol. —

. Término de navegación empleado como patrón en Tribus. El centro de todas las referencias es el Palacio Imperial de Tribus, respecto del cual se miden todas las distancias y posiciones para la navegación en el Reino Medio desde los primeros tiempos, cuando las razas convivían en paz. Un rydai negativo expresa un movimiento de aproximación hacia la situación presente de Tribus, mientras que un rydai positivo indica un movimiento en la dirección contraria. (N. del a.)

Los elfos de Aristagón habían dejado de prestar atención a Ulyandia y las Volkaran porque estaban ocupados en otro problema más importante: una rebelión entre su propio pueblo.

Cuando la rebelión fuera aplastada con mano firme y despiadada, los elfos volverían a concentrarse en el reino de los humanos, aquellas fieras bárbaras que habían atizado el fuego inicial de la revuelta. Stephen sabía que, la próxima vez, los elfos no se contentarían con la conquista y la ocupación. La próxima vez se librarían de una vez por todas de la contaminación humana de su mundo. Por ello, con rapidez y en silencio, el rey estaba disponiendo sus piezas en el gran tablero, preparándose para el encarnizado enfrentamiento final.

El hombre que viajaba detrás del emisario real lo ignoraba, pero iba a ser una de esas piezas.

Cuando apareció la niebla, el asesino se encogió de hombros interiormente y renunció de inmediato a seguir intentando determinar hacia dónde se dirigían. También él había sido capitán de una nave y conocía la mayoría de las rutas aéreas entre las islas y más allá. Según sus cálculos, habían recorrido un rydai negativo en dirección a Kurinandistai, aproximadamente. Después, al hacer acto de presencia la niebla, ya no había podido ver nada más.

Hugh sabía que la niebla no había surgido por casualidad, lo cual no hacía sino confirmar algo que ya había empezado a sospechar: que aquel joven «correo» no era ningún vulgar lacayo del rey. *La Mano* se relajó y dejó que la niebla invadiera su mente. De nada servía hacer conjeturas sobre el futuro. No era

probable que fuese mejor que el presente, aunque difícilmente podría ser peor. Hugh había hecho todo lo posible para prepararse para lo que pudiera surgir; incluso llevaba al cinto su daga de mango de hueso con inscripciones mágicas, que Gareth le había deslizado en la mano en el último momento. Encogiendo sus hombros desnudos y lacerados bajo la gruesa capa de piel, Hugh se concentró únicamente en lo más urgente: protegerse del frío.

Con todo, sintió cierto sombrío placer al advertir que el correo se mostraba incómodo ante la presencia de la bruma, pues lo obligaba a disminuir la velocidad de la marcha y a descender continuamente hacia las zonas despejadas que se abrían y cerraban debajo del dragón, para comprobar dónde se hallaban. En un momento dado, dio la impresión de haberse perdido y tiró de las riendas de la montura. En respuesta a la orden de su jinete, la criatura batió las alas para mantenerse suspendida en el aire. Hugh notó la tensión del emisario real y advirtió las miradas rápidas y furtivas que dirigía a diversos puntos del suelo. Por las palabras que le oyó murmurar entre dientes, el prisionero creyó entender que se habían alejado demasiado en una dirección. Cambiando de rumbo, el correo hizo volver la cabeza al dragón y éste reemprendió el vuelo entre la niebla. El mensajero real lanzó luego una mirada ceñuda a Hugh, como si quisiera decirle que el error era culpa suya.

Hugh había aprendido a edad muy temprana, por pura cuestión de supervivencia, a estar alerta a todo cuanto sucedía a su alrededor. Ahora, cumplidos ya los cuarenta ciclos, tal cautela era involuntaria, como un sexto sentido. Era capaz de advertir al instante un cambio en la dirección e intensidad

—

del viento, una subida o bajada de temperatura. Aunque no disponía de aparatos para medir el tiempo, podía calcular con un par de minutos de margen el que había transcurrido desde determinado momento hasta otro. Tenía un oído muy agudo y una vista aún más penetrante, y poseía un sentido de la orientación infalible. Eran pocos los lugares de las islas Volitaran y del continente de Ulyandia que no había recorrido. Sus aventuras de juventud le habían llevado a remotos (y desagradables) rincones del gran mundo de Ariano. Nada dado a alardes, que consideraba una pérdida de tiempo —sólo quien es incapaz de corregir sus defectos siente la necesidad de convencer al mundo de que no tiene ninguno—, Hugh siempre había tenido la íntima convicción de que, donde fuera que lo llevarsen, adivinaría en un abrir y cerrar de ojos en qué lugar de Ariano se encontraba. Pero cuando el dragón, bajo las suaves órdenes de su jinete, descendió de los aires y se posó en suelo firme, Hugh echó un vistazo a su alrededor y tuvo que reconocer que, por primera vez en su vida, estaba desorientado. Jamás hasta entonces había visto el lugar donde se hallaban.

El mensajero del rey descabalgó del dragón, sacó una piedra luminosa de las alforjas y la sostuvo de la palma de la mano. Una vez expuesta al aire, la gema mágica empezó a despedir una luz radiante. Las piedras luminosas también despiden calor y es preciso colocarlas en algún recipiente. El correo se dirigió sin vacilar hacia una esquina del ruinoso muro de coralita que rodeaba el punto de aterrizaje. Allí se agachó y depositó la gema en una tosca lámpara de hierro.

Hugh no vio otros objetos en aquel patio desierto. La lámpara debía de haber sido colocada allí en previsión de la llegada del mensajero, o bien la había dejado él mismo antes de acudir a Ke'lith. *La Mano* sospechó que se trataba de esto último,

sobre todo porque no había rastro de nadie más en las inmediaciones. Incluso la quimera había quedado atrás. Era lógico suponer, por tanto, que el correo había iniciado su viaje desde allí con la evidente intención de regresar. Hugh se deslizó al suelo desde el lomo del dragón, pensando que el hecho podía tener mucha, poca o ninguna importancia.

El correo levantó la lámpara de hierro. Regresó hasta el dragón, acarició su cuello orgullosamente arqueado y murmuró unas palabras apaciguadoras y reconfortantes que hicieron que la bestia se echara en el suelo recogiendo las alas bajo el cuerpo y enroscando la cola en torno a las patas. El dragón recostó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y emitió un suspiro de satisfacción. Una vez dormido, despertar a un dragón es una tarea terriblemente difícil e incluso peligrosa pues a veces, durante el sueño, los hechizos de sumisión y obediencia a los que están sometidos se rompen por accidente y uno puede encontrarse ante una criatura confusa, airada y vociferante. Un jinete de dragones experimentado no permite nunca que su animal se duerma, excepto cuando sabe que hay algún mago competente en las inmediaciones. Un nuevo dato que Hugh apreció con interés.

Acercándose a él, el correo real alzó la lámpara y miró a *la Mano* con aire irónico, invitándolo a hacer alguna pregunta o comentario. Hugh no vio la necesidad de malgastar saliva haciendo preguntas para las que sabía que no habría respuesta y, en consecuencia, le devolvió la mirada en silencio.

El correo, desconcertado, empezó a decir algo, cambió de idea y exhaló suavemente el aire que había aspirado para hablar. Luego dio media vuelta con brusquedad sobre sus talones al tiempo que hacía un gesto a Hugh para que lo

—

siguiera, y *la Mano* emprendió la marcha tras su guía. El emisario real lo condujo a un lugar que Hugh no tardó en reconocer, gracias a sus remotos y oscuros recuerdos de la infancia, como un monasterio kir.

Era un edificio antiguo, abandonado hacía mucho tiempo. Las losas del patio estaban resquebrajadas y, en muchos casos, habían desaparecido. La coralita había crecido sobre gran parte de los elementos arquitectónicos exteriores que seguían en pie, erigidos con la poco abundante piedra granítica que los kir preferían a la coralita, más común. Un viento helado ululaba a través de las estancias abandonadas, en las que ninguna luz ardía ni había ardido, probablemente, desde hacía siglos. Bajo las botas de Hugh crujían las ramas de unos árboles caídos y crepitaban las hojas secas.

Hugh *la Mano*, que había sido educado por la orden severa e inflexible de los monjes kir, conocía la ubicación de todos los monasterios en las islas Volkaran y no recordaba haber oído hablar nunca de ninguno que hubiera sido abandonado, de modo que el misterio de dónde estaba y por qué había sido conducido allí se hizo aún más oscuro.

El correo llegó ante una puerta de barro cocido al pie de un elevado torreón e introdujo una llave en la cerradura. *La Mano* miró hacia arriba pero no advirtió ninguna luz en las ventanas. La puerta se abrió en silencio, señal de que alguien solía acudir a aquel lugar, ya que las oxidadas bisagras estaban perfectamente aceitadas. Su guía se deslizó en el interior del torreón indicando con la mano a Hugh que lo siguiera. Cuando ambos hubieron cruzado el umbral del frío y ventoso edificio, el correo cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo de la

túnica.

—Por aquí —dijo, aunque no eran necesarias demasiadas indicaciones puesto que sólo había un camino posible, y era hacia arriba. Una escalera de caracol ascendía por el interior del torreón. Hugh contó tres niveles, señalados por otras tantas puertas de adobe. *La Mano* empujó cada una de ellas a hurtadillas mientras subía, comprobando que todas estaban cerradas.

Al llegar al cuarto nivel, la llave de hierro reapareció en las manos del emisario frente a una nueva puerta de adobe. Delante de ellos se abrió un pasillo largo y estrecho, más oscuro que los Señores de la Noche. Las pisadas de las botas del guía resonaron en las losas del suelo. Hugh, acostumbrado a caminar en silencio con sus flexibles botas de cuero de suela blanda, no hizo más ruido que si fuera la sombra de su acompañante.

Hugh contó hasta seis puertas —tres a la izquierda y tres a la derecha— antes de que el correo alzara la mano y se detuviera ante la séptima. Una vez más, sacó la llave de entre sus ropas. La cerradura chirrió y la puerta se abrió sin esfuerzo.

—Entra —dijo el guía, haciéndose a un lado.

Hugh obedeció. No le extrañó oír que la puerta se cerraba tras él. Sin embargo, no se escuchó el ruido de la llave dando vuelta al pestillo. La única luz de la estancia procedía del leve resplandor que despedía la coralita del exterior, pero la débil iluminación era suficiente para sus penetrantes ojos. Permaneció inmóvil un instante, inspeccionando el lugar con detenimiento y advirtió que no estaba solo.

La Mano no tenía miedo. Bajo la capa de piel, sus dedos sujetaban con fuerza el mango de la daga, pero ésta era una precaución de sentido común en tal situación. Hugh era un hombre de negocios y supo reconocer al instante el escenario para una conversación comercial.

—

La otra persona presente en la sala era amante de ocultarse. Permanecía en silencio y se escondía en las sombras. Hugh no conseguía verla ni oírla, pero todos los reflejos que lo habían ayudado a sobrevivir a lo largo de cuarenta ásperos y amargos ciclos le decían que había alguien más en la estancia. *La Mano* olfateó el aire.

— ¿Eres un animal, acaso, para olisquearme así? —inquirió una voz masculina, grave y resonante—. ¿Ha sido así como has sabido que estaba esperándote?

—Sí, soy un animal —replicó Hugh, lacónico.

— ¿Y si te hubiera atacado?

La figura se desplazó hasta colocarse ante la ventana y Hugh vio recortarse su silueta contra el débil fulgor de la coralita. *La Mano* observó que su interlocutor era un hombre alto envuelto en una capa cuyo borde oyó arrastrarse por el suelo. La cabeza y el rostro de la figura estaban cubiertos por una cota de malla que sólo dejaba al descubierto sus ojos. Sin embargo, *la Mano* supo que sus sospechas habían sido acertadas. Ahora estaba seguro de con quién estaba hablando. Mostró la daga y respondió:

—Os habría hundido cuatro dedos de acero en el corazón, Majestad.

—Llevo la cota de malla —replicó Stephen, rey de las islas Volkaran y de las tierras de Ulyandia. Al parecer, no le sorprendía que Hugh lo hubiese reconocido. En la comisura de los finos labios del asesino se formó una ligera sonrisa.

—La cota de malla no protege vuestra axila, Majestad. Levantad el codo. —
Avanzando un paso, Hugh llevó sus dedos largos y finos a la abertura entre la coraza y la pieza que protegía el brazo—. Una estocada con la daga, aquí...
Stephen no parpadeó siquiera al notar el contacto.
—Tengo que comentar esto con el armero.
—Haced lo que queráis, Majestad —dijo entonces Hugh, sacudiendo la cabeza—, pero si un hombre está dispuesto a mataros, consideraos muerto. Y si ésta es la razón de que me hayáis traído aquí, sólo puedo ofreceros un consejo: decidid si queréis que vuestro cuerpo sea enterrado o incinerado.
—Habla el experto —murmuró Stephen, y Hugh captó el tono de ironía aunque no pudiera ver la sonrisa en el rostro cubierto de su interlocutor.
—Supongo que Su Majestad quería un experto, ya que se ha tomado tantas molestias.
El rey volvió el rostro hacia la ventana. Rondaba los cincuenta ciclos pero era fuerte, de constitución robusta y capaz de soportar increíbles penalidades. Se rumoreaba que dormía con la armadura para endurecer aún más su cuerpo. Desde luego, teniendo en cuenta la fama de que gozaba su esposa, tal protección no parecía superflua.
—Sí, eres un auténtico experto. El mejor del reino, según me han dicho.
Tras esto, Stephen guardó silencio. *La Mano* también era experto en interpretar lo que decían los hombres con los gestos, no con palabras, y aunque el rey tal vez creía enmascarar bastante bien sus agitadas emociones, Hugh observó que los dedos de su mano izquierda se cerraban sobre sí mismos y escuchó el tintineo metálico de la cota de malla que traicionaba el temblor que atenazaba al monarca.
Así solían reaccionar los hombres mientras tomaban la decisión de asesinar a alguien.

—También sé que tienes un extraño sentido del orgullo, Hugh *la Mano* —añadió el rey, rompiendo de improviso su prolongado silencio—. Te anuncias como una mano justiciera, como un instrumento de impartir castigos merecidos. Das muerte a aquellos que presuntamente han ofendido a otros, a aquellos que están por encima de la ley, a aquellos que mi ley, supuestamente, no puede tocar. Su voz tenía un tono irritado, desafiante. Era evidente que Stephen estaba molesto, pero Hugh sabía que los clanes guerreros de las Volkaran y de Ulyandia sólo se mantenían unidos gracias a una argamasa de miedo y codicia, y no le pareció que mereciera la pena discutir el asunto con un rey que, sin duda, lo conocía a la perfección.
— ¿Por qué lo haces? —Insistió Stephen—. ¿Es alguna especie de código de honor?
— ¿Honor? ¡Su Majestad habla como un señor de los elfos! En Therpes, el honor no os serviría para pagar una comida barata en una taberna de mala muerte.
— ¡Ah! ¿Es el dinero, entonces?
— ¡El dinero...! Por un plato de asado, se puede tener a un asesino que apuñale a su víctima por la espalda. Esto les basta a los que sólo quieren ver muerto a su enemigo. En cambio, los que han sufrido algún agravio, los que han padecido a manos de otro... Éstos quieren que el causante de sus males sufra

también. Quieren que su enemigo sepa, antes de morir, quién ha provocado su destrucción. Quieren que experimente el dolor y el terror que causó antes a su víctima. Y están dispuestos a pagar un alto precio por obtener esta satisfacción.

—Me han contado que tú llegas a correr unos riesgos extraordinarios, que incluso desafías a tus víctimas a un combate limpio.

—Si el cliente lo pide...

—...Y si está dispuesto a pagar, ¿no?

Hugh se encogió de hombros. La respuesta era tan obvia que no necesitaba comentarios. Aquella conversación no tenía sentido, no llevaba a ninguna parte. *La Mano* conocía su propia fama y su cotización. No necesitaba oírla recitar a otros, pero estaba acostumbrado a ella. Era parte del negocio. Como cualquier otro cliente, Stephen estaba buscando las palabras adecuadas para proponerle un trabajo y *la Mano* observó con sorpresa que, en tal situación, un rey no reaccionaba de manera distinta de la del más humilde de sus súbditos. Stephen se había vuelto de espaldas y contemplaba el paisaje por la ventana, apoyando en el alféizar un puño crispado, enfundado en un guante. Hugh aguardó pacientemente, en silencio.

—No lo entiendo. ¿Qué razón puede tener quien te contrata para ofrecer a su enemigo la posibilidad de luchar por su vida?

—Quizá sea porque así obtiene una doble venganza, pues en tal caso no es mi mano la que abate a ese enemigo, Majestad, sino la de los antepasados de mi víctima, que ya no le brindan su protección.

— ¿Y tú? ¿Crees eso también?

Stephen se volvió a mirarlo y Hugh captó el reflejo de la luz de la luna sobre la cota de malla que cubría la cabeza y los hombros del monarca.

Hugh frunció el entrecejo. Se llevó la mano a los mechones sedosos de la barba, que le caía del mentón peinada en dos trenzas. Nadie le había hecho jamás aquella pregunta, lo cual demostraba —al menos, así le pareció— que los reyes *sí* eran diferentes de sus súbditos. Por lo menos, aquél lo era. *La Mano* avanzó hasta

—

la ventana y se detuvo junto a Stephen. Un pequeño patio a sus pies atrajo la mirada del asesino. Cubierto de coralita, el suelo del patio despedía un brillo mortecino y espectral en la oscuridad y Hugh observó, bajo la tenue luz azulada, la figura de un hombre inmóvil en su centro. La figura llevaba una capucha negra y empuñaba una espada de aguzado filo. Ante sus pies tenía un bloque de piedra. Hugh sonrió, al tiempo que retorció los extremos de su barba.

—Yo sólo creo en una cosa, Majestad: en mi astucia y en mi habilidad. Veo que no tengo elección. O acepto el trabajo que me propondréis, o de lo contrario...

¿No es así?

—No. Podrás escoger. Cuando te haya expuesto eso que llamas «trabajo», podrás optar entre aceptarlo o negarte a hacerlo.

—... En cuyo caso, mi cabeza ya puede ir despidiéndose de la compañía de los hombros.

—Ese hombre que ves ahí abajo es el verdugo real. Es muy ducho en su trabajo. Será una muerte limpia y rápida, mucho mejor que la que te esperaba. Es lo mínimo que te debo por tu tiempo. —Stephen se volvió para mirar cara a cara a Hugh. Sus ojos, bajo la sombra del casco y de la cota de malla, eran oscuros y vacíos; no brillaba en ellos ninguna luz interior, ni reflejaban la del exterior—.

Tengo que tomar precauciones. No puedo esperar que aceptes mi encargo sin conocer de qué se trata, pero revelártelo significa ponerme a tu merced. No puedo permitirme que sigas con vida, sabiendo lo que pronto voy a confiarte.

—Si me niego, os libraréis de mí por la noche, aprovechando las sombras, sin testigos. Si acepto, me veré prendido en la misma red en la que Su Majestad se debate ahora.

— ¿Qué esperabas? Al fin y al cabo, no eres más que un asesino —replicó Stephen con frialdad.

—Y vos, Majestad, no sois más que un hombre que quiere contratar a un asesino.

Con una pomposa reverencia cargada de ironía, Hugh dio media vuelta sobre sus talones.

— ¿Adonde vas? —preguntó Stephen.

—Si Su Majestad me excusa, llego tarde a una cita. Hace una hora que debería estar en el infierno.

La Mano se dirigió a la puerta.

— ¡Maldición! ¡Acabo de ofrecerte salvar la vida! —exclamó el rey.

Al replicar, Hugh no se molestó siquiera en volverse:

—Un precio demasiado bajo. Mi vida nada vale, y no le pongo precio. ¿Y pretendéis que, a cambio de ella, acepte un trabajo tan peligroso que habéis tenido que poner a un hombre entre la espada y la pared para obligarlo a aceptarlo? Prefiero afrontar la muerte que me estaba reservada, antes que aceptar las condiciones de Su Majestad.

Hugh abrió la puerta de la estancia. Delante de él, cerrándole el paso, estaba el correo del rey. A sus pies tenía la lámpara de hierro cuya piedra difundía su luz hacia arriba, bañando un rostro de belleza delicada y etérea.

Hugh pensó: « ¿Éste, un correo? ¡Tanto como yo un sartán!».

—Diez mil barls —dijo el joven.

Hugh se llevó la mano a las trenzas de la barba y las retorció, pensativo.

Lanzó una mirada de soslayo a Stephen, que se le había acercado por detrás.

—

—Apaga esa luz, Triano —ordenó el rey—. ¿De veras consideras esto necesario?

—Majestad —Triano habló con voz respetuosa y paciente, pero en el tono de un amigo que da consejos a otro, no en el de un siervo que responde a su amo—, este hombre es el mejor. No podemos confiar este asunto a nadie más. Hemos efectuado considerables esfuerzos para hacernos con él y no podemos permitirnos perderlo. Si Su Majestad recuerda, desde el primer momento le advertí que...

—Sí, lo recuerdo —lo cono Stephen. Después, guardó silencio, furioso. Sin duda, nada le habría gustado tanto como ordenar al «correo» que condujera al cadalso a aquel asesino. Era probable que, al llegar el momento, el propio rey quisiera blandir la espada del verdugo. El correo cubrió la luz con una pantalla de hierro, dejando la estancia a oscuras.

— ¡Está bien! —gruñó el rey.

— ¿Diez mil barls? —dijo Hugh, incrédulo.

—Sí —respondió Triano—. Cuando hayas terminado el trabajo.

—La mitad ahora y la mitad cuando haya terminado.

— ¡Ahora, tu vida! ¡Los barls, después! —masculló Stephen entre dientes.

Hugh dio un paso más hacia la puerta.

— ¡Está bien! ¡La mitad, ahora! —La voz de Stephen era un murmullo casi incoherente.

Hugh se volvió hacia el rey, hizo un gesto de asentimiento y formuló una pregunta:

— ¿Quién es la víctima?

Stephen exhaló un profundo suspiro. Hugh escuchó un gemido ahogado en la garganta del monarca, un sonido vagamente parecido a los estertores de un agonizante.

—Mi hijo —declaró el rey.

—

CAPÍTULO

MONASTERIO DE LOS KIR, ISLAS VOLKARAN,

REINO MEDIO

La revelación no sorprendió a Hugh. Tenía que ser alguien próximo a Su Majestad, para que éste llevara el asunto con tanta intriga y sigilo. *La Mano* sabía que Stephen temía un heredero, pero desconocía cualquier otro detalle. A juzgar por la edad del rey, el príncipe debía de tener dieciocho o veinte años. Una edad suficiente para haberse metido en serios problemas.

—El príncipe está aquí, en el monasterio. —Stephen hizo una pausa e intentó humedecer su lengua reseca. Luego añadió—: Le hemos dicho que su vida corre peligro y que tú eres un noble disfrazado al que hemos encargado que lo escolte a un lugar secreto donde estará a salvo. —Al monarca se le quebró la voz. Crispado, carraspeó y continuó hablando—. El príncipe no pondrá objeciones a la decisión, pues sabe muy bien que cuanto le decimos es cierto: se cierne en torno a él un complot amenazador...

—De eso no cabe duda —comentó Hugh.

El rey se crispó aún más. Su cota de malla rechinó y la espada tintineó en la vaina.

— ¡Contennos, Majestad! —Susurró el correo, apresurándose a interponer su cuerpo entre el monarca y el asesino—. ¡Recuerda a quién te diriges! —reprendió a éste.

Hugh no le hizo caso.

— ¿Adonde tengo que llevar al príncipe, Majestad? ¿Qué debo hacer con él?

—Yo te explicaré los detalles —respondió Triano.

Stephen ya no soportaba aquello por más tiempo y empezaba a perder el aplomo. Se encaminó hacia la puerta y, al hacerlo, volvió un poco el cuerpo para no rozarse con el asesino. Probablemente, el gesto fue inconsciente, pero la afrenta no pasó inadvertida a *la Mano*, que sonrió tétricamente en la oscuridad y murmuró en respuesta:

—Majestad, hay un servicio que ofrezco a todos mis clientes...

Stephen se detuvo, con la mano en el tirador de la puerta.

— ¿Y bien? ¿Cuál es? —preguntó sin volver la cabeza.

—

—Revelarle a la víctima quién lo hace matar y por qué. ¿Debo informar de ello

a vuestro hijo, Majestad?

La cota de malla volvió a crujir, revelando que el cuerpo del monarca era presa de un acusado temblor. Pese a ello, Stephen mantuvo la cabeza enhiesta y los hombros erguidos.

—Cuando llegue el momento —sentenció—, mi hijo lo sabrá.

Tenso, erguido, el rey se adentró en el pasadizo. Hugh escuchó sus pisadas perdiéndose en la distancia. El correo se aproximó a él y guardó silencio hasta que oyó cerrarse una puerta a lo lejos.

—No había necesidad de decir eso —dijo entonces, sin alzar la voz—. Lo has herido profundamente.

—¿Y quién es este «correo» que administra los fondos del tesoro real y se preocupa por los sentimientos del rey? —replicó Hugh.

—Tienes razón. —El joven emisario se había vuelto hacia la ventana y Hugh lo vio sonreír—. No soy ningún correo. Soy el mago del rey.

El asesino frunció el entrecejo.

—Eres muy joven para ser mago, ¿no?

—Tengo más edad de la que parece —respondió Triano con jovialidad—. Las guerras y el gobierno de un reino envejecen a los hombres. La magia, no. Y ahora, si quieres acompañarme, tengo ropas y provisiones para tu viaje, además de la información que precisas. Por aquí...

El mago se apartó para dejar paso a Hugh. El gesto de Triano era cortés, pero *la Mano* advirtió que su acompañante obstruía hábilmente con su cuerpo el pasadizo por el que había desaparecido Stephen. Avanzó en la dirección que le indicaba.

Triano hizo una pausa para recoger la lámpara de la piedra luminosa, alzó la pantalla y avanzó junto a Hugh, muy cerca de su codo.

—Por supuesto, deberás parecer un noble y actuar como tal. Para ello te hemos preparado un vestuario adecuado. Una de las razones de que te escogiéramos es que procedes de noble cuna, aunque no se te haya reconocido. Posees un aire aristocrático innato. El príncipe es muy inteligente y no lo engañaría un patán con ropas caras.

No habían caminado más de diez pasos cuando el mago indicó a Hugh que se detuviera ante una de las muchas puertas que se abrían en el pasillo. Con la misma llave de hierro que había utilizado en las ocasiones anteriores, Triano abrió una vez más. Hugh entró y juntos recorrieron un pasillo transversal al primero y que no estaba en tan buen estado como éste. Las paredes empezaban a desmoronarse y tanto Hugh como el mago avanzaron con toda cautela, pues las grietas del suelo hacían traicionero el camino. Doblaron a la izquierda para entrar en otro pasadizo y un nuevo giro a la izquierda los introdujo en un tercero. Cada uno de los sucesivos corredores era más corto que el anterior. Hugh comprendió que estaban internándose cada vez más en las entrañas del gran monasterio. A continuación, iniciaron una serie de vueltas en zigzag, como si anduvieran al azar. Triano no dejó de hablar un solo instante en todo el recorrido.

—Era aconsejable recoger toda la información posible acerca de ti. Sabemos que naciste en la cama que no debías después de una aventura de tu padre con una criada, y que tu noble padre (cuyo nombre, por cierto, he sido incapaz de descubrir) arrojó a la calle a tu madre. Ella murió durante el ataque de los elfos a Festfol y tú fuiste recogido y criado por los monjes kir. —Triano se estremeció—.

—

No debe de haber sido una vida fácil —añadió en un murmullo, mientras echaba un vistazo a los muros helados que los rodeaban.

Hugh no vio la necesidad de hacer comentarios y guardó silencio. Si el mago pensaba que dándole conversación y siguiendo aquella complicada ruta iba a distraerlo o confundirlo, no lo estaba consiguiendo. Normalmente, todos los monasterios kir estaban contruidos según los mismos planos: un patio interior cuadrado, con las celdas de los monjes sobre dos de los lados. El tercero albergaba a los criados de los monjes o a los huérfanos, como Hugh, recogidos por la orden. También estaban allí las cocinas, las salas de estudio y la enfermería.

El niño tendido en el jergón de paja sobre el suelo de piedra se agitó y volvió la cabeza. En la estancia, oscura y sin calefacción, hacía un frío terrible, pero la piel del chiquillo ardía con un calor innatural y, en sus movimientos convulsivos, había arrojado a un lado la fina manta con la que cubría sus brazos desnudos.

Otro muchacho, algunos años mayor que el enfermo, el cual parecía tener unos nueve ciclos, entró en la cámara y contempló con aire apesadumbrado a su amigo. El muchacho traía en las manos un cuenco de agua que colocó con cuidado en el suelo al tiempo que se arrodillaba al lado del enfermo. Después, sumergiendo los dedos en el agua, humedeció sus labios resecos, cuarteados por la fiebre.

Esto pareció aliviar los sufrimientos del niño. Dejó de agitarse y volvió los ojos vidriosos hacia su cuidador. Una desvaída sonrisa iluminó su carita pálida y macilenta. El muchacho arrodillado a su lado le respondió con otra sonrisa, rasgó un retal de tela de sus ropas andrajosas y la sumergió en el agua. Después de escurrirla con cuidado para no desperdiciar ni una gota, aplicó la compresa en la frente enfebrecida del pequeño.

—Todo saldrá bien... —empezó a decir el muchacho, cuando una negra sombra se cernió sobre los dos y una mano fría y huesuda lo agarró por la muñeca.

— ¡Hugh! ¿Qué estás haciendo?

La voz sonaba tan fría, rancia y oscura como la estancia.

—Yo..., estaba ayudando a Rolf, hermano. Tiene la fiebre y Gran Maude ha dicho que, si no le baja, morirá...

— ¿Morir? —La voz hizo estremecerse la cámara de piedra—. ¡Por supuesto que morirá! Es un privilegio para él morir siendo un niño inocente y escapar del mal que es la herencia de la humanidad. De ese mal que debemos sacar de nuestros débiles cuerpos a base de disciplinas. —La mano obligó a Hugh a postrarse de rodillas—. Reza, Hugh. Reza para que te sea perdonado el pecado de intentar contrariar la voluntad de los antepasados llevando a cabo el acto innatural de sanar a un enfermo. Reza para que la muerte...

El niño enfermo emitió un sollozo y contempló con temor al monje. Hugh se desasíó de la mano que lo forzaba a seguir de rodillas.

—Sí que rezaré por la muerte —masculló en un siseo, poniéndose en pie—. ¡Por la tuya, hermano!

El monje descargó su bastón sobre los lomos de Hugh y éste se tambaleó. El segundo golpe lo derribó al suelo. Después, siguieron lloviéndole golpes hasta que el monje se cansó de levantar el palo. Por fin, el hermano abandonó la enfermería. El cuenco de agua se había roto durante la paliza. Lleno de golpes y contusiones, Hugh buscó a tientas en la oscuridad hasta encontrar el paño. Estaba húmedo de agua o de su propia sangre, no lo sabía a ciencia cierta. En cualquier caso, lo notó frío y reconfortante cuando lo colocó con ternura en la frente de su pequeño amigo.

Levantando el cuerpecito enjuto entre sus brazos, Hugh estrechó al enfermo contra su pecho acunándolo torpemente, consolándolo, hasta que el pequeño dejó de temblar y agitarse, y su cuerpo quedó frío y quieto...

—Cuando tenías dieciséis ciclos —continuó contando Triano—, escapaste de los kir. El monje con el que hablé me dijo que, antes de marcharte, irrumpiste en las salas de archivos y averiguaste la identidad de tu padre. ¿Lo encontraste?

—Sí —respondió *la Mano*, pensando para sí que aquel Triano se había tomado mucho interés, realmente, en averiguar cosas acerca de él. El mago había acudido a visitar a los kir y, al parecer, los había interrogado en profundidad. Eso significaba que... Sí, por supuesto. Aquello resultaba muy interesante: ¿quién iba a aprender más del otro durante aquel paseo por los pasadizos?

—¿Era un noble? —lo tanteó Triano con suavidad.

—Así se hacía llamar. En realidad era un..., ¿cómo decías hace un rato?, «un patán con ropas caras».

—Hablas en pasado. ¿Ha muerto, pues?

—Sí. Yo mismo lo maté.

Triano hizo un alto y lo miró con los ojos como platos.

—¡Me dejas helado! Hacer una declaración así con tanta despreocupación...

—¿Y por qué diablos debería preocuparme? —Hugh continuó caminando y Triano tuvo que correr para mantenerse a su lado—. Cuando el muy cerdo supo quién era yo, se me echó encima con la espada. Me enfrenté a él con las manos desnudas y el arma terminó clavada en su vientre. Juré que fue un accidente y el alguacil me creyó. Al fin y al cabo, yo era casi un chiquillo y mi «noble» padre tenía fama de lujurioso: muchachas, jóvenes..., a él le daba igual. No le revelé a nadie quién era, sino que les hice pensar que el muerto me había raptado. Los kir se habían ocupado de darme educación y aún hoy soy capaz de hablar como un noble, si quiero. El alguacil se convenció de que era el hijo de algún aristócrata, secuestrado para saciar la lascivia de mi padre. Supongo que el hombre tenía más interés en silenciar la muerte del viejo licenciado que en iniciar una enemistad entre clanes.

—Pero no fue un accidente, ¿verdad?

Una piedra se movió bajo el pie de Triano, que alargó instintivamente la mano hacia Hugh. Éste sostuvo al mago y lo ayudó a recobrar el equilibrio. Ahora, el camino descendía hacia las entrañas más profundas del monasterio.

—No, no fue ningún accidente. Le arranqué sin esfuerzo la espada de la mano, pues estaba borracho. Le dije el nombre de mi madre y el lugar donde estaba enterrada, y a continuación le clavé el arma en las tripas. Murió demasiado deprisa. Desde entonces he aprendido.

Triano estaba pálido y silencioso. Levantó la piedra luminosa en su candil de hierro y estudió el rostro ceñudo de Hugh, surcado por profundas arrugas.

—El príncipe no debe sufrir —indicó el mago.

—Bien, volvamos a ese asunto —dijo *la Mano* con una sonrisa—. Por cierto, estábamos teniendo una charla muy agradable. ¿Qué esperabas encontrar? ¿Que no soy tan malo como mi reputación? ¿O tal vez lo contrario, que soy todavía peor? Triano hacía visibles esfuerzos por no irse por las ramas. Con la mano en torno al brazo de Hugh, se inclinó hacia él y le habló en voz baja, aunque los únicos oyentes que el asesino alcanzó a ver eran unos murciélagos.

—Debes hacerlo con limpieza y rapidez. Por sorpresa. Sin infundir temor.

Mientras duerme, tal vez. Hay venenos que...

—

Hugh se sacudió la mano del mago y replicó:

—Conozco bien mi oficio. Haré las cosas como dices, si es eso lo que deseas.

Tú eres el cliente. O, más bien, supongo que hablas por él.

—Sí, eso es lo que deseamos los dos.

Tranquilizado al respecto, Triano suspiró y continuó avanzando un corto trecho hasta detenerse frente a una nueva puerta cerrada. En lugar de abrirla, dejó el candil en el suelo y, con un gesto de la mano, indicó a Hugh que observara el interior. El asesino se agachó, aplicó el ojo al agujero de la cerradura y escrutó la estancia.

La Mano rara vez se emocionaba por nada, nunca exteriorizaba sus sentimientos... Sin embargo, en esta ocasión, su mirada aburrida y desinteresada se convirtió en un destello de sorpresa y conmoción al contemplar por el ojo de la cerradura a su futura víctima. No tenía ante sí al joven intrigante que había forjado en su imaginación; enroscado en un jergón, profundamente dormido, había un chiquillo de rostro pensativo que no debía de tener más de diez ciclos.

Hugh se incorporó lentamente. El mago levantó el candil y estudió el rostro del asesino. Su expresión era sombría y ceñuda y Triano suspiró de nuevo, con una mueca de preocupación en el rostro. Tras llevarse un dedo a los labios, el mago condujo a Hugh a una habitación dos puertas más allá de la anterior. Abrió la puerta con la llave, empujó a Hugh al interior y cerró de nuevo sin hacer ruido.

— ¡Ah! —Exclamó Triano sin alzar la voz—, hay algún problema, ¿verdad?

Hugh echó una ojeada rápida y completa a la estancia en que se hallaban y volvió a mirar al ansioso mago.

—Sí. Con gusto echaría unas chupadas a la pipa. La mía me la quitaron en la prisión. ¿No tendrás otra?

EN EL LABERINTO vol. —

. El esterego es un hongo que crece en la isla de Tytan. Los humanos de esa tierra han utilizado desde antiguo el esterego machacado como bálsamo curativo. Durante la Primera Expansión, los exploradores elfos advirtieron que, por su sabor intenso y combustión lenta, era muy superior a su tabaco favorito, y menos costoso de cultivar. Transportaron el hongo a sus plantaciones pero, al parecer, existe algo especial en Tytan, y ninguna otra variedad puede igualar al original en aroma y sabor. (N. del a.)

CAPITULO

MONASTERIO KIR, ISLAS VOLKARAN, REINO MEDIO

—Pero acabas de fruncir el entrecejo y parecías enfadado. He supuesto que...

— ¿... que, tal vez, sentía escrúpulos de asesinar a un pobre niño?

«Es un privilegio para él morir siendo un niño inocente y escapar del mal que es la herencia de la humanidad.» Las palabras volvieron a su recuerdo desde el pasado. Era aquella estancia fría y oscura, las paredes de piedra resquebrajadas, lo que le hacía evocar aquel suceso de su vida. Hugh volvió a hundir el recuerdo en lo más profundo de su mente, lamentando que hubiera reaparecido. En el hogar ardía un fuego reconfortante. Levantó una brasa con las pinzas y la aplicó a la

cazoleta de una pipa que el mago había extraído de un bulto tirado en el suelo. Al parecer, Stephen había pensado en todo.

Tras unas chupadas, el esterego despidió su brillo incandescente y los viejos recuerdos se desvanecieron como por arte de magia.

—El ceño era por mí mismo, porque he cometido un error. No había calculado debidamente..., una cosa. Y un error así puede resultar caro. Sin embargo, tienes razón: me gustaría saber qué puede haber hecho un niño de esa edad para merecer una muerte tan temprana.

—Se diría que..., que el hecho de haber nacido —respondió Triano, al parecer sin reflexionar, pues de inmediato lanzó una rápida mirada furtiva a Hugh para ver si lo había escuchado.

A *la Mano* se le escapaban muy pocos detalles. Con el tizón encendido sobre la cazoleta de la pipa, hizo una pausa y contempló al mago con aire burlón y curioso. Triano se sonrojó y añadió:

—Se te paga lo suficiente como para que no hagas preguntas. Por cieno, aquí tienes tu dinero.

EN EL LABERINTO vol. —

. En el Reino Inferior, esas islas que se encuentran en el centro de la tormenta perpetua conocida por el Torbellino, existe abundancia de agua. Sin embargo, aún no se ha encontrado el dragón capaz de volar en el Torbellino. Los elfos, con sus mágicas naves dragón mecánicas, consiguen surcar la ruta agitada por la gran tormenta y, en consecuencia, mantienen un monopolio casi absoluto sobre el agua. Los precios a que la venden (cuando acceden a comerciar con ella con los humanos) resultan exorbitantes. Por eso, los abordajes a las naves de transporte élficas y los ataques a sus puertos de almacenamiento de agua no sólo son económicamente lucrativos para los humanos, sino verdadera cuestión de vida o muerte. (N. del a.)

Introdujo la mano en una bolsa que colgaba de su costado y sacó un puñado de monedas. Contó cincuenta piezas de a cien barls y las sostuvo ante sí.

—Confío en que el anticipo del rey será suficiente —murmuró.

Hugh arrojó el tizón a la chimenea.

—Sólo si puedo hacer uso de él.

Mientras daba unas chupadas a la pipa para mantenerla encendida, *la Mano* aceptó las monedas y las inspeccionó con cuidado. Eran auténticas, desde luego. En la cara aparecía troquelado un barril de agua; una efigie de Stephen (no muy fiel, en realidad) adornaba la cruz. En un reino donde la mayoría de las cosas se adquiría por trueque o mediante el robo (el propio rey era un notorio pirata cuyos abordajes a las naves de los elfos lo habían ayudado a hacerse con el trono), la moneda del «doble barl», como era denominada, apenas se veía circular. Su valor podía cambiarse directamente por el máspreciado líquido: el agua.

En el Reino Medio, el agua escaseaba. La lluvia era infrecuente y, cuando caía, era absorbida y retenida de inmediato por la coralita porosa. Por las islas de coralita no corrían ríos ni torrentes, aunque diversas especies vegetales que crecían en su suelo eran capaces de acumular agua. El cultivo de los árboles de cristal y de las plantas copa era un medio caro y laborioso de obtener el precioso líquido pero constituía, junto con el robo de la que recogían los elfos, la principal fuente de agua del Reino Medio para los humanos. Aquel encargo representaba una fortuna para Hugh. Con ella, no tendría que volver a trabajar, si quería. Y todo por dar muerte a un niño.

Aquello no tenía sentido. Hugh sopesó las monedas en la mano y se quedó

mirando al mago.

—Está bien, supongo que tienes derecho a saber algo de la historia —accedió Triano a regañadientes—. Por supuesto, estarás al corriente de la situación actual entre Volkaran y Ulyandia, ¿no?

Sobre una mesilla había una jarra, un cuenco grande y un tazón. El asesino dejó el dinero sobre la mesa, levantó la jarra de agua y, vertiendo parte de su contenido en el tazón, la cató con aire crítico.

—Esto viene del Reino Inferior —dijo—. No está mal.

—Es agua para beber y para asearse. Tienes que aparentar que eres un noble

—replicó Triano con irritación—. Tanto en tu aspecto exterior como en tu olor. Por cierto, ¿pretendes hacerme creer que no sabes nada de política?

Hugh se quitó la capa de los hombros, se inclinó sobre el cuenco y sumergió el rostro en el agua. Después, se mojó los hombros y el pecho y empezó a frotarse la piel con una pastilla de jabón. El escozor de la espuma al contacto con las marcas en carne viva de las heridas de la espalda hizo que se le escapara una pequeña mueca de dolor.

—Si pasaras dos días en la prisión de Yreni, como yo, también tú apestarías. En cuanto a la política, no tiene nada que ver con mi oficio, salvo haberme

—

proporcionado un par de clientes esporádicamente. Ni siquiera estaba seguro de si Stephen tenía un hijo...

—Pues así es —dijo el mago, con frialdad—. Y también tiene una esposa. No es ningún secreto que fue un matrimonio de estricta conveniencia, para evitar que las dos poderosas naciones se enfrentaran entre ellas y quedáramos todos a merced de los elfos. Sin embargo, a la reina le gustaría tener consolidado en sus manos todo el poder. La corona de Volkaran no puede transmitirse a una mujer y el único medio de que la reina Ana se haga con el mando es a través de su hijo.

Hemos descubierto su plan recientemente y, por esta vez, el rey ha salvado la vida por los pelos, pero tememos que la próxima no tenga tanta suerte.

—Y por eso queréis libraros del niño. Sí, supongo que esto resuelve el problema, pero deja al rey sin heredero.

Con la pipa sujeta con fuerza entre los dientes, Hugh se quitó los pantalones y vertió agua en abundancia sobre su cuerpo desnudo. Triano se volvió de espaldas por recato, o mareado tal vez a la vista de las numerosas contusiones y cicatrices de peleas, algunas aún tiernas, que desfiguraban la piel del asesino.

—Stephen no es ningún estúpido. Ese problema está en vías de resolverse.

Cuando declaremos la guerra a Aristagón, las naciones se unirán, incluida la de la reina. Durante la contienda, Stephen se divorciará de Ana y tomará por esposa a una mujer de Volkaran. Por fortuna, Su Majestad tiene aún una edad en la que puede engendrar hijos, muchos hijos. La guerra obligará a las naciones aliadas a permanecer unidas a pesar del divorcio. Cuando vuelva la paz (si tal cosa sucede algún día) Ulyandia estará demasiado debilitada, demasiado dependiente de Stephen, para romper sus vínculos.

—Muy hábil —reconoció Hugh. Arrojando la toalla a un lado, tomó dos tragos de aquella agua del Reino Inferior, fría y de sabor dulce, y luego se alivió en un orinal situado en un rincón. Una vez refrescado, empezó a estudiar los diversos artículos de vestuario perfectamente doblados y dispuestos sobre un catre—. ¿Y cómo haréis para llevar a los elfos a la guerra? Ellos tienen sus propios problemas.

—Pensaba que no sabías nada de política... —murmuró Triano, cáustico—. La causa de la guerra será la..., la muerte del príncipe.

— ¡Ah! —Hugh se puso la ropa interior y los calzones de gruesa lana—. Todo limpio y sin rastros. ¡Por eso has tenido que confirmar el asunto en lugar de ocuparte de él tú mismo, con algunos mapas del castillo!

—Exacto.

A Triano se le quebró la voz y pareció a punto de sofocarse. *La Mano* se detuvo mientras se ponía la camisa y dirigió una mirada penetrante al mago, quien, sin embargo, siguió dándole la espalda. Hugh entrecerró los ojos, dejó la pipa a un lado y continuó vistiéndose, pero más despacio, prestando atención al menor matiz en las palabras y el tono de voz de su interlocutor.

—El cuerpo del niño debe ser encontrado por nuestra gente en Aristagón. No te resultará difícil. Cuando se extienda la noticia de que los elfos han tomado cautivo al príncipe, se enviarán grupos armados en su busca. Te proporcionaré una lista de lugares adecuados. El rey y yo sabemos que posees una nave dragón...

—Diseñada y construida por los elfos. Resulta perfecto, ¿no? —Respondió Hugh—. Teníais el plan muy estudiado, ¿verdad? Incluso hasta el punto de achacarme la muerte de Rogar.

Hugh se enfundó una casaca de terciopelo negro con galones de oro. Sobre la cama había una espada. Hugh la empuñó y la examinó con ojo crítico. Desenvainó

—

la hoja y la probó con un gesto de muñeca rápido y ágil. Satisfecho, la devolvió a la funda y se ajustó el cinto al cuerpo. Después, guardó la daga en el interior de la bota.

—Y no sólo de achacarme esa muerte —añadió—, sino de cometerla incluso, ¿no es así?

— ¡No! —Triano se volvió al fin para mirarlo de frente—. Fue el mago de la fortaleza quien asesinó a su señor, como tú, creo, adivinaste enseguida. Nosotros estábamos observando la situación y, sencillamente, la aprovechamos. Nos apropiamos de tu daga y la pusimos en lugar del arma del crimen. Después, hicimos llegar a ese caballero amigo tuyo la voz de que te hallabas en las inmediaciones.

—Así que me dejas poner la cabeza en esa piedra empapada de sangre, me dejas ver al maníaco levantando su espada mellada sobre mí, y luego me salvas la vida y crees que puedes comprarme por puro miedo.

—Con cualquier otro, así habría sido. En tu caso tenía mis dudas, como habrás advertido, y ya se las había expresado a Stephen.

—De modo que me llevo al chico a Aristagón, lo mato y dejo el cuerpo para que lo encuentre su doliente padre, que entonces agita el puño y jura vengarse de los elfos, y toda la humanidad marcha a la guerra. ¿No se le ha ocurrido a nadie que los elfos no son tan estúpidos, en realidad? En este momento, no les interesa una guerra con nosotros. Esa rebelión entre los suyos es un asunto serio.

— ¡Pareces saber más de los elfos que de tu propia gente! A algunos, esto les resultaría chocante...

—Seguramente, a quienes ignoran que tengo que encargar las reparaciones de mi nave a constructores elfos y que su magia debe ser renovada por hechiceros elfos.

—De modo que tratas con el enemigo...

—En mi oficio, todo el mundo es enemigo —replicó Hugh con un encogimiento de hombros.

Triano se humedeció los labios. Era evidente que la conversación le estaba dejando un regusto amargo, pero esto era lo que sucedía, reflexionó Hugh, cuando uno bebía con los reyes.

—En ocasiones, los elfos han capturado a algún hombre y nos han provocado dejando los cuerpos donde pudiéramos descubrirlos con facilidad —dijo Triano en voz baja—. Debes disponer las cosas para que parezca...

—Ya sé cómo disponer las cosas. —Hugh posó la mano en el hombro del mago y tuvo la satisfacción de notar cómo el joven hechicero se encogía al contacto—. Conozco mi oficio.

Bajó la mano, recogió las monedas, volvió a estudiarlas y dejó caer un par en un pequeño bolsillo interior de la casaca. Guardó cuidadosamente las demás en su talega y metió ésta en una alforja.

—Hablando de negocios —dijo entonces—, ¿cómo nos pondremos en contacto para recibir el resto de la paga y qué seguridad tengo de que me espera el dinero, y no una flecha en el pecho, cuando regrese?

—Tienes nuestra palabra, la palabra de un rey. En cuanto a la flecha... —ahora era Triano quien parecía complacido—, supongo que sabrás cuidar de ti mismo.

—Desde luego —asintió Hugh—. Recordaré tus palabras.

—¿Es una amenaza? —se burló Triano.

—

—Es una promesa —replicó *la Mano* con frialdad—. Y ahora, es mejor que nos demos prisa. Será preciso viajar de noche.

—El dragón te llevará a donde tienes amarrada la nave...

—¿... para que luego vuelva y te diga dónde la tengo? —Hugh enarcó las cejas—. No.

—Tienes nuestra palabra de que...

Hugh sonrió.

—¡La palabra de un hombre que me contrata para dar muerte a su hijo!

El joven mago enrojeció de ira.

—¡No lo juzgues! Tú no puedes entender... —Triano se mordió la lengua, obligándose a callar.

—¿Entender, qué? —Hugh le dirigió una mirada penetrante, aguda.

—Nada. Tú mismo has dicho que no te interesaba la política. —Triano tragó saliva—. Piensa lo que te plazca de nosotros. Poco importa eso.

Hugh lo observó con aire escéptico y llegó a la conclusión de que iba a conseguir más información.

—Dime dónde estamos y sabré llegar hasta el barco —propuso.

—Imposible. Esta fortaleza es secreta. Nos hemos esforzado muchos años para convertirla en un refugio seguro para Su Majestad.

—¡Ah!, pero tienes mi palabra de que... —se burló Hugh—. Parece que estamos en un callejón sin salida.

Triano enrojeció de nuevo y se mordió el labio con tal fuerza que, cuando al fin volvió a hablar, Hugh advirtió unas marcas blancas en la carne.

—¿Qué me dices a esto? Tú me indicas una dirección general..., el nombre de una isla, pongamos, y yo doy instrucciones al dragón de que os conduzca, a ti y al

príncipe, a una ciudad de esa isla y os deje allí. Es lo máximo que puedo ofrecer. Hugh meditó la propuesta y, finalmente, efectuó un gesto de asentimiento con la cabeza. Tras dar unos golpecitos para hacer caer la ceniza, guardó la pipa —de boquilla larga y curva y cazoleta redondeada— en la alforja e inspeccionó el resto del contenido de ésta. Su satisfacción ante lo que vio en ella fue evidente, pues la volvió a cerrar sin un comentario.

—El príncipe lleva su propia comida e indumentaria, suficiente para... —

Triano titubeó, pero se obligó a terminar la frase—: ... para un mes.

—El asunto no debería alargarse tanto —declaró *la Mano*, al tiempo que se cubría los hombros con la capa de piel—. Depende de si esa ciudad está muy lejos del lugar al que debemos ir. Puedo alquilar unos dragones...

— ¡El príncipe no debe ser visto! Son pocos quienes lo conocen, fuera de la corte, pero si por casualidad alguien lo reconociera. ..

—Tranquilízate. Sé lo que hago —replicó Hugh con voz calmada, pero en sus ojos negros brilló un destello de advertencia que el mago creyó conveniente atender.

Hugh cargó con la alforja y se encaminó hacia la puerta. Por el rabillo del ojo captó un movimiento que atrajo su atención. Fuera, en el patio, el verdugo real hizo una reverencia en respuesta a alguna orden inaudible y se retiró. En mitad del patio quedó sólo el bloque de piedra de las ejecuciones. El tajo brillaba con una luz blanca extrañamente tentadora en su frialdad, su pureza y su promesa de evasión. *La Mano* hizo una pausa. Era como si, por un instante, notara enroscarse en torno a su cuello un sedal invisible arrojado por el destino. Un filamento que

—

tiraba de él, que lo arrastraba, enredándolo en la misma telaraña inmensa en la que ya se debatían Triano y el rey.

Un golpe de la espada, limpio y rápido, lo liberaría.

Un golpe, a cambio de diez mil barls.

Retorciéndose la trenza de la barba, Hugh se volvió hacia Triano.

— ¿Qué prueba debo enviarte?

— ¿Prueba? —Triano parpadeó, sin comprender a qué se refería su interlocutor.

—Para indicar que el trabajo está terminado. ¿Una oreja? ¿Un dedo? ¿Qué?

— ¡Nuestros benditos antepasados no lo permitan!

Al joven mago lo embargó una palidez mortal. Se tambaleó de un lado a otro y tuvo que apoyarse en una pared para mantenerse en pie. Por eso no llegó a advertir que en los labios de Hugh aparecía una torva sonrisa y que el asesinoladeaba ligeramente la cabeza como si acabara de recibir la respuesta a una pregunta importantísima.

—Por favor..., perdona esta muestra de debilidad —murmuró Triano, pasándose una mano temblorosa por la frente bañada en sudor—. Llevo varias noches sin dormir y..., y luego he tenido que ir y volver a Ke'lith a toda prisa, más de un rydai en cada dirección, a lomos del dragón. ¡Por supuesto que queremos una señal! El príncipe lleva... —Triano tragó saliva y, de pronto, pareció encontrar nuevas fuerzas para continuar—. El príncipe lleva un amuleto, una pluma de halcón que le fue entregada por un misteriarca del Reino Superior cuando acababa de nacer. Debido a sus propiedades mágicas, no se puede separar ese amuleto de su dueño a menos que el príncipe... —a Triano le vaciló de nuevo la voz—... a

menos que esté muerto. —Exhaló un profundo y tembloroso suspiro y añadió—: Mándanos ese amuleto y sabremos que...

El hechicero no terminó la frase.

— ¿Qué clase de propiedades mágicas? —quiso saber Hugh, suspicaz.

Pero Triano, pálido y desencajado, permaneció callado como un muerto y sacudió la cabeza. Hugh no pudo determinar si el mago se negaba a responder o si era físicamente incapaz de articular una palabra. En cualquier caso, era evidente que Triano no iba a revelarle mucho más acerca del príncipe y de su amuleto. Probablemente, no importaba. Era habitual regalar objetos mágicos de aquel tipo a los bebés para protegerlos de la enfermedad o de las mordeduras de ratas, o para preservarlos de caer de cabeza al fuego de la chimenea. La mayoría de amuletos, vendidos por charlatanes ambulantes, poseía las mismas capacidades mágicas que la losa que Hugh estaba pisando en aquel momento. Por supuesto, era muy probable que el dije del hijo de un rey fuera auténtico, pero Hugh no conocía ningún amuleto —ni siquiera los dotados de verdadero poder— que pudiera proteger a su portador de que, por ejemplo, le rebanaran el pescuezo. Según las leyendas, hubo una época en que ciertos hechiceros poseían esta capacidad, pero de eso ya hacía mucho tiempo. Tal conocimiento se había perdido desde que los brujos de antaño abandonaran el Reino Medio para instalarse en las islas que flotaban, lejanas, en el Reino Superior. ¿Era posible que uno de ellos hubiera descendido para entregar la pluma al bebé?

Aquel Triano debía de tomarlo por un verdadero chiflado, pensó Hugh.

—Domínate, mago —dijo a su interlocutor—, o el chico sospechará.

Triano asintió y bebió con avidez el cuenco de agua reconfortante que le sirvió el asesino. Cerrando los ojos, el mago exhaló varios suspiros, se concentró y, en

—

unos instantes, consiguió volver a sonreír con expresión tranquila y normal mientras sus mejillas cenicientas recuperaban el color.

—Ya estoy listo —indicó por fin, saliendo al pasillo e iniciando la marcha hacia la cámara donde yacía dormido el príncipe.

El mago introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta en silencio y se apartó de la entrada.

—Adiós —dijo a Hugh mientras guardaba la llave en el bolsillo de su casaca.

— ¿No entras conmigo para presentarme, para explicarle qué sucede?

Triano movió la cabeza al tiempo que musitaba una negativa. Hugh advirtió que el mago se esforzaba en mantener la mirada al frente y que evitaba dirigirla al interior de la estancia.

—Ahora está en tus manos —lo oyó murmurar—. Te dejaré el candil.

El hechicero dio media vuelta sobre sus talones y prácticamente huyó a la carrera por el pasadizo. Pronto se perdió en las sombras. El agudo oído de Hugh captó el chasquido de una cerradura, seguido de una comente de aire fresco que cesó al poco rato. El mago se había marchado.

Hugh se encogió de hombros, acarició las dos monedas del bolsillo con los dedos de una mano y cerró la otra en torno a la empuñadura de la espada en un gesto que lo tranquilizó. Después, sosteniendo en alto el candil, penetró en la estancia e iluminó al pequeño.

A *la Mano* no le gustaban los niños, ni sabía nada acerca de ellos. No guardaba ningún recuerdo de su infancia, lo cual no era de extrañar pues había

sido muy breve. Los monjes kir no encontraban ninguna utilidad en la inocencia infantil, feliz y despreocupada. Desde muy pequeños, los niños a su cuidado eran expuestos a las crudas realidades de la vida. En un mundo donde no existían dioses, los kir veneraban la única certeza de la vida: la muerte. La vida llegaba a la humanidad al azar, de manera fortuita. No había opción ni remedio para ella y demostrar alegría ante tan dudoso don era considerado un pecado. La muerte, en cambio, era la radiante promesa, la feliz liberación.

Como parte esencial de sus creencias, los kir llevaban a cabo las tareas que las mayorías de los humanos consideraban más ofensivas o peligrosas, y eran conocidos por ello como los Hermanos de la Muerte.

Los monjes no tenían piedad para con los vivos. A ellos les incumbían los muertos. No practicaban las artes curativas pero, cuando los cuerpos de las víctimas de una peste eran arrojados a las calles, eran ellos quienes se encargaban de recogerlos, de realizar los solemnes rituales y de incinerarlos. Los pobres a quienes los kir cerraban las puertas mientras estaban vivos eran admitidos una vez muertos. Los suicidas, malditos por los antepasados y considerados como una deshonra por sus familiares, eran acogidos por los kir y sus cuerpos, tratados con respeto. Los cadáveres de asesinos, prostitutas y ladrones..., todos eran recibidos por los kir. Después de una batalla, eran ellos quienes se ocupaban de aquellos que habían sacrificado su vida por la causa que estuviera en juego en ese momento.

Los únicos seres vivos a quienes extendían su caridad los monjes kir eran los hijos varones de los fallecidos, los huérfanos que carecían de cobijo. Los kir les proporcionaban techo y educación. Allí donde ellos iban —siempre algún escenario de miseria y sufrimiento— llevaban consigo a los niños, a quienes utilizaban como criados al tiempo que les enseñaban los hechos de la vida, ensalzando las piadosas ventajas de la muerte. Educando a tales muchachos según sus costumbres y sus

—

lúgubres creencias, los monjes podían mantener el número de miembros de su negra orden. Algunos niños, como Hugh, conseguían escapar, pero ni siquiera él había conseguido huir de la sombra de las capuchas negras bajo cuya tutela había crecido.

Así pues, cuando *la Mano* contempló el rostro dormido del chiquillo, no sintió lástima ni indignación. Matar al pequeño era sólo un trabajo más para él, aunque podía resultar más difícil y peligroso que la mayoría. Hugh sabía que el mago le había mentado; ahora, sólo le quedaba averiguar la razón.

Dejó caer la alforja en el suelo y utilizó la punta de la bota para despertar al príncipe.

—Chiquillo, despierta.

El niño dio un respingo, abrió los ojos con un destello de cólera y permaneció sentado, en actitud reflexiva, hasta estar completamente despierto.

— ¿Qué es esto? —Preguntó, mirando al desconocido a través de una maraña de rizados dorados—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Hugh, maese Hugh de Ke'lith, Alteza —respondió *la Mano*, recordando a tiempo que debía hacerse pasar por noble y mencionando el primer lugar que le vino a la mente—. Corréis peligro y vuestro padre me ha contratado para llevaros a un lugar donde estéis a salvo. Levantaos. El tiempo apremia. Debemos emprender la marcha mientras aún sea de noche.

Al observar el rostro impasible del hombre, con sus pómulos altos, la nariz aguileña y las trenzas negras colgando del mentón hendido, el chiquillo se echó hacia atrás en el jergón.

— ¡Vete! ¡No me gustas! ¿Dónde está Triano? ¡Quiero a Triano!

—Yo no soy guapo como el mago, pero tu padre no me ha contratado por mi aspecto. Si tú te espantas al verme, imagina lo que pensarán tus enemigos.

Hugh dijo estas frases en son de burla, sólo por decir algo. Estaba dispuesto a coger al chiquillo, por mucho que pataleara y chillara, y llevárselo por la fuerza. Por eso le sorprendió observar que el pequeño meditaba sus palabras con una expresión seria y de profunda inteligencia.

—Lo que dices tiene sentido, maese Hugh —dijo el muchacho, poniéndose en pie—. Te acompañaré. Recoge mis cosas —añadió, señalando con su mano menuda un fardo colocado junto a él sobre el camastro.

Hugh hubo de morderse la lengua para no decirle al mocoso que cargara con ellas él mismo, pero logró reprimirse.

—Sí, Alteza —dijo humildemente, con una reverencia. Estudió al muchacho con detenimiento. El príncipe era pequeño para su edad y tenía unos ojos grandes de color azul claro, unos labios dulces y llenos y las facciones, blancas como la porcelana, de quien pasa la vida protegido bajo techo. La luz iluminaba una pluma de halcón colgada de una cadena de plata que rodeaba su cuello.

—Ya que vamos a ser compañeros de viaje, apéame el tratamiento y llámame por mi nombre —propuso el chiquillo algo vacilante.

— ¿Y cuál es vuestra gracia, Alteza? —preguntó Hugh, cargando con el fardo. El niño lo miró y *la Mano* se apresuró a añadir:

—He pasado muchos años fuera del país, Alteza.

—Bane —dijo el pequeño—. Soy el príncipe Bane.

Hugh se quedó inmóvil, helado. ¡Bane! Aquélla era la palabra que usaban los monjes kir para designar la mala suerte, la causa de la ruina de los hombres. El asesino no era supersticioso, pero ¿por qué había de poner nadie a un niño un

—

nombre de tan mal agüero? Hugh notó el hilo invisible de la telaraña del destino enroscándose a su cuello. Evocó la imagen del tajo de mármol, aquella piedra fría, pacífica y serena. Molesto consigo mismo, sacudió la cabeza. La sensación paralizante se desvaneció y la imagen de su propia muerte desapareció. Hugh cargó al hombro el fardo del príncipe y sus propias alforjas.

Para su sorpresa, el príncipe le rodeó el cuello con los brazos.

—Me alegro de que seas mi guardián —declaró, con su suave mejilla contra la de Hugh.

La Mano se quedó rígido, impertérrito. Bane se apartó por fin.

—Ya estoy preparado —anunció con excitación—. ¿Viajaremos en dragón? Esta noche ha sido la primera vez que he montado en uno. Supongo que tú debes de montarlos continuamente.

—Sí —consiguió decir Hugh—. Tengo un dragón en el patio. Si Su Alteza me sigue... —Cargado con los dos bultos, tomó en la mano la lámpara de la piedra luminosa.

—Conozco el camino —respondió el príncipe, abandonando la estancia.

Hugh lo siguió, y notó el contacto de las manos del chiquillo, suave y cálido contra su piel.

—

CAPÍTULO

MONASTERIO KIR, ISLAS VOLKARAN, REINO MEDIO

Tres personas reunidas en una habitación ubicada en los pisos superiores del monasterio. La estancia había sido la celda de uno de los monjes y, por tanto, era fría, austera, pequeña y carente de ventanas. El trío —dos hombres y una mujer— se hallaba en el centro mismo de la reducida habitación. Uno de los hombres tenía un brazo en torno a los hombros de la mujer y ésta lo enlazaba por la cintura; los dos parecían sostenerse mutuamente, como si fueran a caerse de no apoyarse el uno en el otro. El tercero de los presentes se encontraba muy cerca de la pareja.

—Están preparándose para la marcha.

El mago tenía la cabeza ladeada, aunque no era su oído físico el que captaba el batir de las alas del dragón a través de los gruesos muros del monasterio.

— ¡Se marcha! —comenzó a gemir la mujer, dando un paso adelante—.

¡Quiero volver a verlo! ¡Hijo mío! ¡Sólo una vez más!

— ¡No, Ana! —La voz de Triano era severa; su mano asió la de la mujer y la apretó con fuerza—. Fueron precisos largos meses para romper el hechizo. ¡De esta manera es más sencillo! ¡Tienes que ser fuerte!

— ¡Ojalá hayamos obrado bien! —sollozó la mujer, volviendo el rostro contra el hombro de su esposo.

—Deberías haberlos acompañado, Triano —dijo Stephen con voz áspera, aunque la mano con que acariciaba el cabello de su esposa era suave y cariñosa—. Aún estamos a tiempo.

—No, Majestad. Hemos estudiado este asunto largo y tendido. Nuestros planes están bien urdidos. Ahora, debemos llevarlos a cabo y rogar que los antepasados estén con nosotros y que todo salga como esperamos.

— ¿Has advertido a ese..., Hugh?

—

—Un tipo duro como ese asesino a sueldo no me habría creído. No habría servido de nada y podría haber causado mucho daño. Ese hombre es el mejor. Es frío y despiadado. Debemos confiar en su habilidad y en su modo de ser.

— ¿Y si fracasa?

—En ese caso, Majestad —respondió Triano con un leve suspiro—, deberemos prepararnos para afrontar el final.

EN EL LABERINTO vol. —

. El menka (o, más exactamente, el menkarias rydai) es la unidad de longitud entre los elfos. En su origen, se definía como «la altura de mil cazadores elfos». Modernamente, la medida se ha normalizado determinando que los cazadores elfos miden nueve palmos de altura, con lo cual el menka queda establecido en nueve mil palmos. Esto ha provocado considerables confusiones entre las razas, dado que los palmos élficos son ligeramente menores que los humanos. (N. del a.)

CAPÍTULO

HET, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Casi en el mismo instante en que Hugh colocaba su cabeza sobre el tajo en el patio de Ke'lith, otra ejecución —la del tristemente famoso Limbeck Aprietatuercas— se desarrollaba a miles de menkas por debajo de las Volkaran, en la isla de Drevlin. En un principio, cualquiera habría pensado que ambas ejecuciones no tenían otra cosa en común que la coincidencia en el tiempo. Sin embargo, los hilos invisibles tejidos por la araña inmortal del destino se habían enroscado en torno al alma de aquellos dos reos extrañamente dispares y, de forma lenta e inexorable, iban a propiciar su encuentro.

La noche en que fue asesinado Rogar de Ke'lith, Limbeck Aprietatuercas se hallaba en su acogedora y desordenada vivienda de Het, la ciudad más antigua de Drevlin, preparando un discurso.

Limbeck era un geg, como éstos se denominaban a sí mismos. En los demás idiomas de Ariano, igual que en el mundo antiguo previo a la Separación, Limbeck y sus compatriotas recibían el nombre genérico de enanos. Limbeck levantaba del suelo unos respetables seis palmos (sin zapatos). Una barba abundante y despeinada adornaba su rostro, alegre y franco. Empezaba a tener un poco de barriga, algo inhabitual en un joven adulto geg pero que se debía al hecho de pasar gran parte de su tiempo sentado. Sus ojos eran brillantes, inquisitivos y terriblemente miopes.

Limbeck vivía en una pequeña caverna entre cientos de otras cavidades que formaban una especie de panal en un gran montículo de coralita situada en las afueras de Het. La caverna de Limbeck tenía ciertas diferencias con las de sus vecinos, lo cual parecía muy apropiado ya que el propio Limbeck era, sin duda, un geg fuera de lo corriente. Su caverna era más alta que las demás (el techo estaba casi al doble de la altura de un geg). Una plataforma especial, construida con

—

planchas de madera nudosa, le permitía acceder al techo de la vivienda y disfrutar de otra de las rarezas de la caverna: las ventanas.

La mayoría de los geqs no precisaba ventanas pues las tormentas que azotaban la isla las hacían poco prácticas y, en general, los geqs se preocupaban más de lo que sucedía dentro que en el exterior. Con todo, algunos de los edificios originales de la ciudad —los construidos hacía tantísimo tiempo por los venerados y reverenciados dictores— contaban con ellas. Sus pequeños paneles de grueso cristal lleno de burbujas, colocados en los huecos abiertos en las sólidas paredes, estaban perfectamente adaptados a la exposición permanente al viento, la lluvia y el granizo. Limbeck había requisado algunos de tales paneles de un edificio abandonado del centro de la ciudad y los había trasladado a su caverna. Con unas cuantas vueltas de un taladro que había pedido prestado, había procedido entonces a crear dos aberturas perfectas para sendas ventanas al nivel del suelo y otras cuatro cerca del techo.

Con esto, Limbeck había establecido la principal diferencia entre él y la mayoría de sus congéneres. Éstos sólo miraban hacia adentro, mientras que a él le gustaba contemplar el exterior, aunque sólo fuera para ver caer la lluvia torrencial, el granizo y los relámpagos o, en los breves períodos en que las tormentas remitían, las cubas y los serpentines zumbantes, y los deslumbrantes mecanismos internos de la Tumpa-chumpa.

Otro detalle de la vivienda de Limbeck hacía a ésta decididamente inconfundible. En la puerta de entrada, que se abría al interior del montículo y a sus calles interconectadas, había un rótulo con las letras UAPP pintadas en rojo. En todos sus restantes aspectos, la vivienda era una típica morada geg. El mobiliario, funcional y confeccionado con los pocos materiales al alcance de los enanos, carecía de cualquier frivolidad decorativa. Nada de cuanto podía verse allí permanecía quieto. Los muros, suelos y techos de la confortable caverna se estremecían y temblaban siguiendo el latido, el martilleo, el zumbido, las crepitaciones y el estrépito de la Tumpa-chumpa, el objeto dominante..., la *fuerza* dominante en Drevlin.

A Limbeck, augusto líder de la UAPP, no le importaba el ruido. El estruendo lo tranquilizaba, pues llevaba oyéndolo, aunque más amortiguado, desde que aún estaba en el vientre de su madre. Los gegas reverenciaban el ruido, igual que veneraban la Tumpa-chumpa, pues sabían que, si cesaba el estruendo, su mundo se derrumbaría. Entre ellos, la muerte era conocida como el Perpetuo Silencio. Envuelto por el reconfortante rechinar y retumbar, Limbeck se esforzaba en dar forma a su discurso. Las palabras acudían con fluidez a su cabeza, pero le costaba mucho esfuerzo trasladarlas al papel. Lo que sonaba grandioso, solemne y noble cuando surgía de sus labios, parecía trivial y pretencioso una vez puesto por escrito. Al menos, a Limbeck se lo parecía. Jarre siempre insistía en que era demasiado crítico consigo mismo y que sus escritos eran igual de interesantes que su oratoria. Sin embargo, cuando la oía decir tal cosa, Limbeck replicaba depositando un beso en su mejilla e insistiendo en que su opinión no era objetiva.

Limbeck repitió en voz alta lo que iba escribiendo, para oír cómo sonaban sus palabras. Como era muy miope y le resultaba difícil concentrarse cuando llevaba las gafas, Limbeck se las quitaba invariablemente cuando se ponía a escribir. Con el rostro casi pegado al papel mientras deslizaba la pluma línea a línea, el enano terminaba con más tinta en la nariz y en la barba de la que empleaba en redactar sus escritos.

—

—Por tanto, nuestra intención como Unión de Adoradores para el Progreso y la Prosperidad es proporcionar a nuestro pueblo una vida mejor *ahora*, no en un tiempo futuro que tal vez no llegue nunca.

Limbeck, llevado de su entusiasmo, descargó el puño sobre la mesa y derramó un poco de tinta del recipiente que utilizaba como tintero. Un reguero de líquido azul se deslizó hacia el papel, amenazando con empapar el discurso. Limbeck cortó el paso de la tinta pasando el codo por la mesa y su túnica desgastada absorbió el líquido ávidamente. Como la tela había perdido hacía mucho tiempo el colorido que un día había tenido, la mancha en la manga representó una alegre mejora.

—Durante siglos, nuestros líderes han insistido en que fuimos enviados a este reino de las tormentas y el caos porque no se nos consideró merecedores de compartir las tierras superiores con los welfos. Nos han dicho que nosotros, que somos de carne y hueso, no podíamos aspirar a vivir en la tierra de los inmortales. Cuando seamos merecedores de ello, apuntan nuestros líderes, los welfos vendrán de Arriba y juzgarán nuestros actos y nos elevarán a los cielos. Mientras llega ese día, añaden, nuestra obligación es servir a la Tumpa-chumpa y aguardar la llegada del gran momento. Pero yo afirmo..., ¡afirmo que ese día nunca llegará!

En este punto, Limbeck alzó por encima de la cabeza su puño apretado y

manchado de tinta. Luego, añadió:

— ¡Afirmo que nos han mentido, que nuestros líderes viven en el engaño! Es lógico que el supervisor jefe y los miembros de su trono hablen de aguardar al día del Juicio para que lleguen los cambios. Al fin y al cabo, ellos no necesitan mejorar sus condiciones de vida. El supervisor y los suyos reciben el pago divino, pero ¿lo reparten igualitariamente entre nosotros, acaso? ¡No! ¡Al contrario, nos hacen pagar, y a un precio muy alto, el producto que nosotros mismos hemos obtenido con el sudor de nuestras frentes!

Limbeck decidió hacer una pausa en aquel punto para permitir que se alzaran los vítores y marcó el párrafo con una señal que quería ser una estrella.

— ¡Es hora de alzarse y...!

Se interrumpió a media frase, creyendo haber oído un sonido extraño. Para los welfos que acudían cada mes en busca de su cargamento de agua, era un misterio cómo podía nadie en aquella tierra oír otra cosa que el ruido de la Tumpachumpa y el ulular y rugir de las tormentas que barrían Drevlin día a día. Sin embargo, los gegs, acostumbrados a los ruidos ensordecedores, prestaban a éstos la misma atención que un señor de los elfos de Tribus al murmullo de una corriente de aire entre las hojas de un árbol. Un geg podía dormir como un tronco en mitad de una furiosa tormenta y, en cambio, despertarse sobresaltado por el rumor de un ratón deambulando por la despensa.

Lo que había llamado la atención de Limbeck era el sonido de un grito lejano; sobresaltado por la inesperada interrupción, echó un vistazo al aparato de medir el tiempo —invento suyo— que tenía colocado en un hueco de la pared. Del artificio, una compleja combinación de engranajes, ruedas y púas, soltaba cada hora una alubia que era recogida en un recipiente colocado debajo. Cada mañana, Limbeck vaciaba el recipiente de las alubias por un agujero situado en la parte superior del aparato e iniciaba la medición de la nueva jornada.

Incorporándose de un brinco, Limbeck acercó sus ojos miopes al recipiente, contó apresuradamente las alubias y emitió un gruñido. Llegaba tarde. Tomando un abrigo, se encaminó a la puerta cuando, de pronto, le vino a la cabeza la siguiente frase del discurso y decidió retrasar la marcha unos instantes para

—

anotarla. Tomó asiento de nuevo y no volvió a acordarse de la cita. Feliz y embadurnado de tinta se perdió una vez más en su retórica.

—Nosotros, la Unión de Adoradores para el Progreso y la Prosperidad, propugnamos tres medidas: primera, que todos los expertos se reúnan y compartan sus conocimientos de la Tumpa-chumpa y aprendan su funcionamiento para convertirse en sus dueños y dejar de ser sus esclavos. (Señal para aplausos.) Segunda, que los adoradores dejen de esperar el día del Juicio y empiecen a trabajar desde ahora para mejorar la calidad de sus vidas actuales. (Otra señal.) Tercera, que los adoradores acudan al supervisor y le exijan una participación justa en los ingresos obtenidos de los welfos. (Dos señales y un garabato.) Al llegar a este punto, Limbeck emitió un suspiro. Sabía, por anteriores experiencias, que esta última medida sería la más popular entre los jóvenes gegs reacios a trabajar largas horas por una paga exigua. Pero también sabía que, de las tres, era la menos importante.

— ¡Si ellos hubieran visto lo que yo! —Se lamentó Limbeck—. ¡Si supieran lo que yo sé! ¡Si pudiera revelárselo!

De nuevo, el sonido de un grito lejano interrumpió sus pensamientos. Alzando la cabeza, sonrió con indisimulado orgullo. El discurso de Jarre estaba teniendo su efecto habitual. «Ella no me necesita», reflexionó Limbeck, no con pena sino con la alegría de un maestro que se enorgullece al ver florecer a un alumno prometedor. Jarre lo estaba haciendo muy bien sin él. «Será mejor que continúe escribiendo y termine de una vez», añadió para sí.

Durante la hora siguiente, empapado de tinta y de inspiración, Limbeck permaneció tan absorto en su tarea que no volvió a oír las voces y, por tanto, no advirtió que cambiaban de tono y pasaban de gritos de aprobación a rugidos de cólera. Cuando, por fin, otro sonido distinto del monótono retumbar y chirriar de la Tumpa-chumpa atrajo su atención, fue el estruendo de un portazo. El sobresalto fue tremendo, pues el golpe sonó apenas a cinco palmos de su asiento. Distinguió apenas una silueta oscura y borrosa a la que tomó por Jarre.

— ¿Eres tú, querida? —preguntó.

Jarre jadeaba como si hubiera hecho más esfuerzo del debido. Limbeck se palpó los bolsillos en busca de las gafas, no las encontró y tanteó la mesa con una mano.

—He oído los vítores. El discurso de hoy te ha salido espléndido, a lo que parece. Lamento no haber asistido como te prometí, pero he estado ocupado... — señaló el papel con una mano salpicada de tinta.

Jarre se abalanzó sobre él. Los glegs son pequeños de estatura pero de constitución recia, con manos grandes y fuertes y una propensión a presentar mandíbulas cuadradas y hombros también cuadrados que les proporcionan un aspecto general de gran robustez. Hombres y mujeres glegs poseen pareja corpulencia, pues todos sirven a la Tumpa-chumpa hasta la edad de contraer matrimonio —en torno a los cuarenta ciclos—, momento en que se exige a ambos sexos que dejen su puesto de trabajo y se queden en sus casas para concebir y criar a la siguiente generación de adoradores de la Tumpa-chumpa. Jarre, que había servido a ésta desde los doce ciclos, era más fuerte que la mayor parte de las mujeres jóvenes. Limbeck, que no había servido a la máquina jamás, era bastante enclenque. En consecuencia, cuando Jarre se abalanzó sobre él, estuvo a punto de hacerlo caer de la silla.

—

— ¿Qué sucede, querida? —preguntó Limbeck mientras la escrutaba con sus ojos miopes, consciente por primera vez de que *algo* estaba sucediendo—. ¿No te ha ido bien con el discurso?

—Sí, me ha ido bien. ¡Muy bien! —respondió Jarre, hundiendo las manos en la túnica harapienta y manchada de tinta de Limbeck e intentando obligar a éste a ponerse en pie—. ¡Vamos! ¡Es preciso que te saquemos de aquí!

— ¿Ahora? —Protestó Limbeck con un parpadeo—. Pero mi discurso...

—Sí, es una buena idea. No debemos dejarlo aquí como prueba... —

Desasiéndose de Limbeck, Jarre se apresuró a recoger las hojas de papel que constituían un producto de desecho de la Tumpa-chumpa (nadie sabía por qué) y empezó a guardarlas bajo la parte delantera de su vestido—. ¡Deprisa, no tenemos mucho tiempo! —Echó un rápido vistazo al habitáculo y añadió—: ¿Tienes alguna cosa más que debemos llevarnos?

— ¿Prueba...? —Inquirió Limbeck, desconcertado, al tiempo que buscaba a tientas las gafas—. ¿Prueba de qué?

—De nuestra Unión de Adoradores —replicó Jarre con impaciencia. Ladeó la cabeza, escuchó con atención y corrió con expresión temerosa a asomarse a una de las ventanas.

— ¡Pero, querida mía, si ésta es la sede central de la Unión! —empezó a protestar Limbeck, pero ella lo hizo callar con un siseo.

— ¡Escucha! ¿Oyes eso? Ya vienen. —Alargó la mano, recogió las gafas de Limbeck y con un gesto rápido se las colocó a éste en la nariz, donde se sostuvieron en un precario equilibrio—. Distingo sus linternas. Son los gardas. ¡No, por delante, no! ¡Por la puerta de atrás, por donde he entrado!

Jarre empezó a empujarlo para que se apresurara, pero Limbeck se detuvo y, cuando un geg se planta donde está, resulta casi imposible moverlo.

—No iré a ninguna parte, querida, hasta que me cuentes qué ha sucedido —declaró, mientras se ajustaba las gafas con gesto calmado.

Jarre se retorció las manos, pero conocía bien al geg que amaba. Limbeck tenía un carácter testarudo que ni siquiera la Tumpa-chumpa podría haber derrotado. La mujer había aprendido en ocasiones anteriores a vencer su terquedad actuando con gran rapidez, sin darle tiempo a pensar, pero comprobó enseguida que la estratagema no resultaría esta vez.

— ¡Ah!, está bien —asintió exasperada, mientras volvía constantemente la vista hacia la puerta delantera—. Había una gran multitud en el mitin. Mucho mayor de la que esperábamos...

—Eso es estupen...

—No me interrumpas. No tenemos tiempo. Todos escuchaban mis palabras y..., ¡ah, Limbeck, ha sido tan maravilloso! —Pese al miedo y la impaciencia, a Jarre le refulgió la mirada—. Ha sido como aplicar una cerilla a un puñado de salitre. ¡El público se ha inflamado hasta estallar!

— ¿Estallar? —Limbeck empezó a sentirse inquieto—. Querida mía, no queremos que se produzca ningún estallido.

—Eres tú quien no lo quería —replicó ella con desdén—. Pero ahora es demasiado tarde. El fuego ya está encendido y nos corresponde conducirlo, no intentar extinguirlo de nuevo. —Apretó los puños y echó hacia adelante su mentón cuadrado—. ¡Esta noche hemos atacado la Tumpa-chumpa!

— ¡No!

—

Limbeck la miró, horrorizado. La noticia le produjo tal conmoción que, al instante, cayó sentado de nuevo en la silla.

—Sí, y creo que le hemos causado un daño irreparable. —Jarre se sacudió la mata tupida de cabello moreno y rizado, que llevaba bastante corto—. Los gardas y algunos de los ofinistas salieron a perseguirnos, pero todos los nuestros escaparon. Los gardas no tardarán en acudir a la sede de la Unión en tu busca, querido, y por eso he venido para alejarte del peligro. ¡Escucha! —Llegó a sus oídos el sonido de unos golpes en la puerta principal y unas voces roncadas que exigían a gritos que abriera la puerta—. ¡Ya están aquí! ¡Deprisa! Es probable que ignoren la existencia de la puerta trasera...

— ¿Vienen a tomarme preso? —inquirió Limbeck, meditabundo.

A Jarre no le gustó la expresión de su rostro. Frunció el entrecejo y tiró de él, tratando de que se pusiera en pie otra vez.

—Sí. Vámoos ya...

—Me llevarán a juicio, ¿verdad? —continuó Limbeck con voz pausada—. Muy probablemente, ante el propio supervisor jefe...

— ¿Qué estás pensando, Limbeck? —Jarre no tenía necesidad de preguntarlo: sabía muy bien qué se proponía—. ¡Causar daños a la Tumpa-chumpa se castiga con la muerte!

Limbeck hizo caso omiso del comentario, como si aquella fuera una cuestión sin importancia. Las voces se hicieron más estentóreas y persistentes. Una de ellas pidió a gritos un hacha.

— ¡Querida mía —declaró Limbeck—, por fin tendré el público que llevo buscando toda mi vida! ¡Esta es nuestra oportunidad de oro! Piénsalo bien: ¡así podré presentar nuestra causa al supervisor jefe y al Consejo de los Trunos! Estarán presentes cientos de gegs. Los cantores de noticias y el misor-ceptor...

El filo del hacha asomó a través de la puerta de madera. Jarre palideció.

— ¡OH, Limbeck! ¡No hay tiempo para jugar a hacerte el mártir! ¡Por favor, vámonos de una vez!

El hacha se liberó, desapareció y cayó con un nuevo golpe sobre la puerta maltrecha.

—No, vete tú, querida —replicó Limbeck, besándola en la frente—. Yo me quedo. Estoy decidido.

— ¡Entonces, yo me quedo también! —declaró Jarre con ferocidad, apretando la mano de Limbeck entre las suyas.

El hacha descargó sobre la puerta otro golpe, que hizo volar astillas por toda la estancia.

— ¡No, no! —Limbeck sacudió la cabeza—. Tú debes continuar el trabajo en mi ausencia. Cuando mis palabras y mi ejemplo inflamen a los adoradores, debes estar allí para conducir la revolución.

— ¡Oh, Limbeck! —Jarre titubeó—, ¿estás seguro?

—Sí, querida.

—Entonces, haré lo que dices. Pero te rescataremos. —Corrió hacia la salida, pero no pudo evitar detenerse allí para echar una última mirada a su espalda—. Cuídate —suplicó a Limbeck.

—Lo haré, querida mía. Ahora, ¡vete! —El geg hizo un gesto festivo con la mano.

Jarre le mandó un beso y desapareció por la salida de atrás en el mismo instante en que los guardas irrumpían por la puerta principal.

—

—Buscamos a un tal Limbeck Aprietatuercas —dijo uno de los guardas, cuya expresión solemne quedaba algo deslucida por el hecho de que no dejaba de sacarse pequeñas astillas de la barba.

—Ya lo habéis encontrado —respondió Limbeck majestuosamente. Extendió los brazos al frente, juntó las muñecas y añadió—: Como adalid de mi pueblo, con gusto sufriré en su nombre cualquier tortura o indignidad. ¡Conducidme, pues, a vuestra mazmorra apestosa, infestada de ratas y embadurnada de sangre!

— ¿Apestosa? —El guarda pareció enfurecerse—. Debes saber que limpiamos nuestra cárcel con regularidad. En cuanto a las ratas, no se ha visto una de ellas en más de veinte años, ¿no es cierto, Fred? —Preguntó a un colega de gremio que irrumpía en aquel instante por la puerta rota—. Desde que trajimos el gato. Y ya hemos limpiado la sangre de anoche, cuando Durkin Tornero llegó con el labio

partido tras una pelea con su esposa. ¡No tienes ningún motivo para insultar mi cárcel! —añadió ceñudo el guarda.

—Yo..., lo siento mucho —balbució Limbeck, desconcertado—. No tenía idea...

—Bien, acompáñanos —replicó su interlocutor—. ¿Por qué juntas las manos así, delante de mi rostro?

— ¿No vas a esposarme, a atarme de pies y manos?

— ¿Cómo caminarías, entonces? ¡No esperarás que te llevemos en andas! —El guarda hizo un gesto de desdén—. Vaya espectáculo daríamos, cargando contigo por las calles... Y no eres un peso ligero, precisamente. Baja las manos. Las únicas esposas que teníamos dejaron de usarse hace unos treinta años. Seguimos empleándolas cuando algún joven se porta mal; a veces, un padre las pide prestadas para atemorizar al chiquillo revoltoso.

Limbeck, a quien tantas veces habían amenazado con los grilletes en su turbulenta infancia, quedó anonadado.

«Otra fantasía infantil que vuela», se dijo con tristeza al tiempo que se dejaba conducir a la prosaica prisión patrullada por los gatos.

El martirio no empezaba nada bien.

—

CAPITULO

DE HET A WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

Limbeck aguardaba con expectación el viaje a través de Drevlin hasta Wombe, la capital, a bordo de la centella rodante. Hasta aquel momento, jamás había montado en la centella. Nadie de su truno lo había hecho y entre la multitud corrían abundantes murmuraciones respecto a que un delincuente común gozara de privilegios que les estaban negados a los ciudadanos normales.

Algo dolido al oírse llamar delincuente común, Limbeck ascendió los peldaños y penetró en lo que parecía una caja de reluciente latón, dotada de ventanas y apoyada en numerosas ruedas que corrían por unos raíles metálicos. Sacó las gafas del bolsillo, ajustó las frágiles patillas de alambre tras las orejas y contempló a la multitud. Localizó enseguida a Jarre, aunque ésta tenía la cabeza y el rostro ocultos bajo la sombra de una voluminosa capa. Era demasiado arriesgado intentar establecer un diálogo por señas, pero Limbeck consideró que no sucedería nada si se llevaba sus gruesos dedos a los labios y le enviaba un breve beso.

Llamó su atención una pareja que permanecía apartada de los demás en el otro extremo del andén y le sorprendió comprobar que se trataba de sus padres. Al principio, lo conmovió pensar que habían acudido a despedirlo. Sin embargo, una ojeada al rostro sonriente de su padre, semioculto bajo una enorme bufanda que llevaba en torno al cuello para asegurarse de que nadie lo reconocía, llevó a Limbeck a pensar que no estaban allí por amor a él, sino, probablemente, para cerciorarse de que veían por última vez a un hijo que no les había traído más que líos y descrédito. Con un suspiro, Limbeck se acomodó en el asiento de madera.

El conductor del vehículo, conocido popularmente como el centellero, echó un vistazo a Limbeck y al guarda que lo acompañaba, los dos pasajeros que ocupaban el único compartimiento. Aquella inhabitual parada en la estación de Het le había hecho acumular un considerable retraso sobre el horario y no quería perder más tiempo. Al observar que Limbeck empezaba a ponerse en pie —el enano creyó ver entre la gente a su antiguo maestro—, el centellero se echó por encima de los

—

hombros las dos trenzas de su barba, cuidadosamente partida en el mentón; a continuación, agarró dos de las numerosas clavijas metálicas que tenía ante sí y tiró de ellas. Varias mordazas de metal que sobresalían del techo del compartimiento se elevaron desde éste y se cerraron en torno a un cable suspendido encima del vehículo. Se produjo un chispazo azulado, un silbato dejó oír su voz aguda y potente y, entre chisporroteos y zumbidos eléctricos, la centella rodante arrancó con una sacudida.

La caja de metal se mecía y cabeceó adelante y atrás. Las mordazas que se agarraban al cable encima de los viajeros despedían alarmantes chispas, pero el centellero no pareció inmutarse. Asió otra de las clavijas metálicas, la empujó hasta hundirla en la pared y el vehículo adquirió más velocidad. Limbeck pensó que en su vida había experimentado una sensación tan maravillosa.

La centella rodante había sido creada mucho tiempo atrás por los dictores para su empleo en la Tumpa-chumpa. Una vez que los dictores desaparecieron misteriosamente, la propia máquina se hizo cargo de su funcionamiento y mantuvo con vida aquel medio de transporte igual que se mantenía operativa ella misma. La vida de los gegis estaba destinada a servir a ambas.

Todos los gegis pertenecían a algún truno, es decir, formaban parte de un clan que había vivido en la misma ciudad y había adorado a la misma parte de la Tumpa-chumpa desde que los dictores llevaran por primera vez a los enanos a aquel mundo. Cada geg realizaba la misma tarea que había desempeñado su padre, y el padre de éste, y el padre del abuelo, antes que él.

Los gegis realizaron su trabajo a conciencia. Eran competentes, hábiles y expertos, pero carentes de imaginación. Cada uno sabía servir a la Tumpa-chumpa en el puesto que tenía asignado y no mostraba el menor interés por las demás partes de la máquina. Más aún, ninguno se cuestionaba las razones para hacer lo que hacía. Por qué había que girar la rueda, por qué no debía permitirse que la flecha negra del silbato apuntara nunca hacia la zona roja, por qué había de tirar del tirador, pulsar el pulsador o girar la manivela, eran preguntas que no se le pasaban por la cabeza al geg corriente. Pero Limbeck no era un geg corriente. Ahondar en los «cómo» y los «porqué» de la gran Tumpa-chumpa era una blasfemia y atraía la cólera de los ofinistas, que constituían la casta sacerdotal de Drevlin. La máxima ambición de la mayoría de los gegis era llevar a cabo su acto de adoración según las enseñanzas de los maestros de su truno, y realizarlo satisfactoriamente. Esto les habría de proporcionar, a ellos o a sus hijos, un lugar en los reinos superiores. Pero Limbeck no se daba por satisfecho con ello.

Cuando pasó la novedad de moverse a una velocidad tan tremenda, el viaje en la centella empezó a resultarle muy deprimente. La lluvia batía contra las ventanas. Unos relámpagos naturales —no los rayos azulados que creaba la Tumpa-chumpa— descendían de las nubes turbulentas y en ocasiones afectaban a los chisporroteos azules del vehículo, haciendo que la caja metálica saltara y vibrara. En el techo del compartimiento se oyó el repiqueteo del granizo.

Desplazándose alrededor, debajo, encima y a través de enormes secciones de la Tumpa-chumpa, la centella parecía estar exhibiendo presuntuosamente —al menos, a los ojos de Limbeck— el grado de esclavitud de los gegis.

Las llamas de unos hornos gigantescos iluminaban la penumbra opresiva y permanente. Bajo su resplandor, Limbeck observó a sus congéneres —apenas

unas sombras oscuras y achaparradas recortadas contra el fuego deslumbrante—
atendiendo las necesidades de la Tumpa-chumpa. La visión despertó en él una

—

rabia que, advirtió compungido, había arrinconado y casi había dejado extinguirse en su interior mientras se dejaba absorber por la tarea de organizar la UAPP. Se alegró de volverla a experimentar, de aceptar la energía que le proporcionaba, y empezó a meditar sobre cómo trasladar aquel sentimiento a su alegato cuando un comentario de su acompañante interrumpió momentáneamente sus pensamientos.

— ¿Qué has dicho? —preguntó.

—Digo que es hermosa, ¿verdad? —repitió el guarda, contemplando la Tumpachumpa con admiración y respeto.

«Esto ya es demasiado», pensó Limbeck completamente indignado. «Cuando me conduzcan ante el supervisor jefe, contaré a todos la verdad...»

— ¡Fuera! —Gritó el maestro, con la barba erizada de cólera—. ¡Vete de aquí, Limbeck Aprietatuercas, y que nunca vuelva a ver por esta escuela tus ojos miopes!

—No entiendo por qué se ha molestado así —replicó el joven Limbeck mientras se ponía en pie.

— ¡Fuera! —aulló el geg.

—Era una pregunta perfectamente lógica.

La visión de su instructor abalanzándose hacia él y blandiendo una llave de tuerca en la mano hizo que el alumno emprendiera una rápida e indecorosa retirada hasta salir del aula. Limbeck, del decimocuarto gremio, abandonó la escuela de la Tumpa-chumpa con tales prisas que no le dio tiempo a ponerse las gafas y, en consecuencia, cuando llegó a la rechinante rueda roja, se equivocó de dirección. Las salidas estaban señaladas, por supuesto, pero Limbeck era tan corto de vista que no distinguió el rótulo. Abrió la puerta que, creía, daba paso al corredor que conducía a la plaza del mercado, recibió el viento en pleno rostro como una bofetada y se dio cuenta de que aquella puerta se abría en realidad al Exterior.

El joven geg no había estado nunca en el Exterior. Debido a las terribles tormentas que barrían la tierra al ritmo medio de dos por hora, nadie abandonaba nunca el refugio de la ciudad y la reconfortante presencia de la Tumpa-chumpa. Repletos de túneles, pasadizos cubiertos y senderos subterráneos, los pueblos y ciudades de Drevlin estaban contruidos de tal modo que los gegs podían recorrerlos durante meses sin que mojara su rostro una sola gota de lluvia. Quienes tenían que viajar por la superficie utilizaban la centella rodante o los gegavadores. Pocos gegs salían alguna vez al Exterior caminando.

Limbeck titubeó en el umbral de la puerta, escrutando con sus ojos miopes el paisaje bañado por la lluvia y barrido por el viento. Aunque éste soplaba con fuerza, en aquel momento se producía una pausa entre dos tormentas y se filtraba entre las nubes perpetuas una débil luz grisácea que, en Drevlin, era lo más parecido a un día despejado y radiante bajo los rayos de Solarus. La luz daba un aspecto encantador al paisaje de la isla, habitualmente lóbrego, y titilaba y parpadeaba sobre las numerosas palancas, ruedas y mecanismos de la Tumpachumpa, que giraban, rodaban y se movían arriba y abajo incansablemente, mientras las nubes de vapor se alzaban hasta unirse a sus hermanas en el cielo.

El resplandor mortecino hacía que la superficie de Drevlin, melancólica y deslustrada, llena de grietas y montones de escoria y hoyos y zanjas, pareciera casi atractiva, sobre todo, cuando lo único que alcanzaba a ver el espectador era una especie de suave y borroso contorno de color fango.

—

Limbeck advirtió inmediatamente que se había equivocado de camino. Sabía que debía volver atrás, pero el único lugar al que podía acudir era su casa y estaba seguro de que, para entonces, ya habría llegado a oídos de sus padres la noticia de que lo habían expulsado de la escuela de la Tumpa-chumpa. Exponerse a los terrores del Exterior le resultaba mucho más atractivo que afrontar la cólera de su padre, de modo que, sin pensarlo más, traspasó el umbral y cerró la puerta de golpe a sus espaldas.

Aprender a caminar por el fango fue toda una experiencia en sí misma. Al dar el tercer paso, resbaló y cayó pesadamente en el cieno. Cuando se incorporó, descubrió que una de sus botas estaba atascada y necesitó todas sus fuerzas para sacarla. Escudriñó el terreno en penumbra y llegó a la conclusión de que los montones de escoria tal vez le proporcionarían un apoyo más firme. Avanzó chapoteando entre el fango hasta alcanzar al fin las pilas de coralita que dejaban a su paso las potentes palas excavadoras de la Tumpa-chumpa. Al escalar la superficie dura y compacta de la coralita, advirtió complacido que había acertado: era mucho más fácil caminar sobre ella que por el barrizal.

También se dijo que la vista debía de ser espectacular y pensó que era preciso contemplarla. Sacó las gafas del bolsillo, se las colgó de la nariz y miró a su alrededor.

En las planicies de Dravlin se alzaban las chimeneas y los tanques contenedores, las antenas productoras de rayos y las enormes ruedas en movimiento de Tumpa-chumpa, muchas de cuyas estructuras se alzaban a tal altura que sus extremos humeantes se perdían entre las nubes. Limbeck observó con temor y respeto la Tumpa-chumpa. Cuando uno servía sólo a una parte de aquella gigantesca creación, tendía a concentrarse únicamente en esa parte y perdía de vista el conjunto. A Limbeck le vino a la cabeza el viejo dicho de que los dientes no le dejan a uno ver la rueda.

« ¿Por qué? », se preguntó (por cierto, era la misma pregunta que había provocado su expulsión de la escuela). « ¿Por qué está aquí la Tumpa-chumpa? ¿Por qué la construyeron los dictores, para luego dejarla aquí? ¿Por qué vienen y van cada mes los inmortales welfos, sin cumplir jamás con la promesa de elevarnos a los refulgentes reinos superiores? ¿Por qué? ¿Por qué? »

Las preguntas martillearon en la cabeza de Limbeck hasta que los resonantes porqués, las ráfagas de viento o la propia visión de la mole reluciente de la Tumpachumpa, o las tres cosas a la vez, empezaron a aturdirlo. Parpadeando, se quitó las gafas y se frotó los ojos. En el horizonte se cerraban las nubes, pero el geg calculó que aún quedaba algún tiempo que descargara la siguiente tormenta. Si volvía ahora a casa, una tormenta muy distinta caería sobre él, de modo que decidió continuar explorando.

Temiendo romperse sus preciadas gafas en alguna caída, Limbeck las guardó cuidadosamente en el bolsillo de la camisa y empezó a abrirse paso por el montón de escoria. Los gegas —pequeños, robustos y hábiles de movimientos— caminan con gran seguridad. Deambulan por estrechos pasadizos contruidos a cientos de

metros de altura sin que se les mueva un pelo de la barba. Cuando desean trasladarse de un nivel a otro, suelen agarrarse a los dientes de una de las enormes ruedas y elevarse con ellas, colgados de las manos, desde el fondo hasta la altura deseada. Pese a su deficiente vista, Limbeck descubrió muy pronto el mejor modo de atravesar las pilas de coralita cuarteada y fragmentada.

—

Ya estaba moviéndose con soltura y avanzando bastante deprisa, cuando pisó un terrón suelto que se movió y lo hizo trastabillar. Tras ello, tuvo que concentrarse en vigilar dónde ponía el pie y, sin duda, fue ésta la causa de que olvidara vigilar la proximidad de las nubes. Sólo se acordó de la tormenta cuando una racha de viento casi lo derribó y unas gotas de lluvia le cayeron en los ojos. Se apresuró a sacar las gafas, ponérselas y mirar a su alrededor. Sin darse cuenta, había caminado un trecho considerable. Las nubes se cerraban ya sobre él, el abrigo de la Tumpa-chumpa estaba a cierta distancia y volver sobre sus pasos entre la coralita rota le iba a llevar un buen rato. Las tormentas de Drevlin eran feroces y peligrosas. Limbeck observó en la coralita hoyos ennegrecidos donde habían impactado los relámpagos. Si no le caía encima un rayo, sin duda lo alcanzaría el gigantesco pedrisco que lo acompañaba y el geg empezaba ya a pensar que no tendría que preocuparse nunca más por presentarse ante su padre cuando, dando la vuelta en redondo, vio *algo* de gran tamaño en el horizonte, que se estaba tornando negro rápidamente.

Desde la distancia a la que se hallaba no podía precisar qué era aquel *algo* (sus gafas estaban chorreando agua), pero cabía la esperanza de que pudiera ofrecerle refugio de la tormenta. Sin quitarse las gafas pues sabía que las necesitaba para localizar el objeto, Limbeck avanzó tambaleante por los montones de escoria.

Había empezado a llover y pronto advirtió que veía mejor sin gafas que con ellas, de modo que se las quitó. El objeto no era ahora más que una silueta borrosa frente a él, pero la silueta se agrandaba cada vez más, señal de que se estaba acercando. Sin las gafas, Limbeck continuó sin distinguir de qué se trataba hasta que lo tuvo justo delante.

— ¡Una nave welfa! —exclamó con un jadeo.

Aunque no había visto nunca ninguna, reconoció la nave al instante por las descripciones que había escuchado. Construida con piel de dragón tensada sobre madera y dotada de enormes alas que la mantenían suspendida en el aire, la nave tenía un aspecto y un tamaño monstruosos. El poder mágico de los welfos la hacía flotar para transportarse desde los cielos hasta el Reino Inferior donde vivían los gegas.

Pero aquella nave no volaba ni flotaba. Estaba apoyada en el suelo y Limbeck, contemplándola con sus ojos miopes a través de la lluvia torrencial, habría jurado que estaba rota —si tal cosa era posible en una nave de los welfos inmortales—. Varias piezas de madera astillada sobresalían formando extraños ángulos y la piel de dragón estaba desgarrada, mostrando grandes agujeros.

El estallido de un relámpago muy cerca de él, y el trueno posterior, le recordaron el peligro que corría, así que se apresuró a saltar por uno de los huecos abiertos en el costado de la nave.

Un olor pestilente le provocó náuseas.

« ¡Uf! » Se llevó la mano a la nariz. « Me recuerda la vez en que una rata se

metió en la chimenea y murió. Me pregunto qué causará este hedor.»

La tormenta se había desatado y la oscuridad en el interior de la nave era casi absoluta. Sin embargo, los relámpagos eran casi continuos y proporcionaban breves destellos de luz antes de que la nave quedara sumergida de nuevo en tinieblas.

La luz no fue de mucha ayuda a Limbeck. Tampoco las gafas, cuando se acordó de ponérselas. El interior de la nave era extraño y no le encontró ningún

—

sentido. Fue incapaz de distinguir la parte superior de la inferior o de decir qué era el suelo y qué un tabique. Había varios objetos esparcidos a su alrededor, pero el geg no supo qué eran ni para qué servían y se mostró reacio a tocarlos. En el fondo de su cabeza, tenía miedo de que, si perturbaba algo de la extraña nave, ésta se elevara de pronto y desapareciera con él. Y, aunque la idea de tal aventura resultaba emocionante, Limbeck sabía que si su padre ya se había mostrado furioso en otras ocasiones, sin duda soltaría espumarajos por la boca si se enteraba de que su hijo había molestado de alguna manera a los welfos. Limbeck decidió quedarse cerca de la salida, tapándose la nariz con los dedos, hasta que pasara la tormenta y pudiese regresar a Het. Sin embargo, los «porqués», los «cómo» y los «cuándo» que continuamente le creaban problemas en la escuela empezaron a darle vueltas en la cabeza.

—Qué serán esos bultos —murmuró, observando varios contornos borrosos de aspecto fascinante esparcidos por el suelo unos palmos delante de él.

Se acercó con cautela. No parecían peligrosos. De hecho, tenía aspecto de...

— ¡Libros! —Exclamó con asombro—. Igual que esos con los que el viejo escribiente me enseñó a leer.

Antes de que Limbeck se diera cuenta cabal de lo que estaba sucediendo, el «¿porqué?» lo empujó hacia adelante.

Estaba muy cerca de los objetos y comprobó, con creciente expectación, que efectivamente eran libros. Entonces, su pie tocó algo blando y húmedo. Se inclinó, sufriendo arcadas debido a la pestilencia, y aguardó a que un nuevo rayo iluminara el obstáculo.

Horrorizado, observó que se trataba de un cadáver ensangrentado y descompuesto...

— ¡Eh, despierta! —dijo el guarda, dando un codazo en el costado a Limbeck—. La siguiente parada es Wombe.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

En Drevlin, un ratero vulgar habría sido llevado ante el supervisor local para ser juzgado. Pequeños maleantes, borrachos pendencieros y esporádicos alborotadores eran considerados bajo la jurisdicción del líder del propio truno del acusado. Sin embargo, un delito contra la Tumpa-Chumpa era considerado alta traición y era preciso que el acusado fuese presentado ante el supervisor jefe.

El supervisor jefe era el líder del truno más importante de Drevlin; al menos, así

era cómo se veían sus miembros y cómo consideraban que los demás clanes gegas debían verlos. Era su truno el que estaba a cargo de la Palma, el altar sagrado donde, una vez al mes, los welfos descendían de los cielos en sus poderosas naves dragón aladas y aceptaban el homenaje de los gegas, ofrecido en forma de sagrada agua. A cambio, los welfos repartían «bendiciones» antes de partir.

Wombe, la capital, era muy moderna en comparación con otras ciudades de Drevlin. Pocos de los edificios originales contruidos por los dictores permanecían en pie. La Tumpa-chumpa, necesitada de espacio, los había derruido para crecer sobre sus restos, destruyendo con ello muchas de las viviendas de los gegas. Sin intimidarse, los gegas se habían limitado a trasladarse a secciones de la Tumpachumpa que ésta había abandonado. Vivir en la Tumpa-chumpa era considerado muy elegante. El propio supervisor jefe tenía una casa en lo que una vez había sido un tanque de almacenamiento.

El supervisor jefe celebraba sesión en el interior de un edificio conocido como la Facría. Esta, una de las construcciones más grandes de Drevlin, estaba hecha de hierro y acero ondulado y, según la leyenda, era el lugar de nacimiento de la Tumpa-chumpa. La Facría estaba abandonada desde hacía mucho tiempo y demolida en parte, pues la Tumpa-chumpa, como un parásito, se había alimentado de lo que la había hecho nacer. Con todo, aquí y allá, silencioso y fantasmal bajo la luz espectral de los reflectores, se veía el esqueleto de una grúa como una garra.

—

La Facría era un lugar sagrado para los gegas. No sólo era el lugar de nacimiento de la Tumpa-chumpa, sino que era allí donde se encontraba el icono más venerado de los gegas: la estatua metálica de un dictor. La estatua, que representaba la figura de un hombre con túnica y capucha, era más alta que los gegas y considerablemente más delgada. El rostro había sido esculpido de tal forma que quedaba oscurecido por la capucha. Se apreciaba un esbozo de nariz y el contorno de unos labios y de unos pómulos prominentes; el resto se difuminaba en el metal. El dictor sostenía en una de las manos un enorme globo ocular que miraba al frente. El otro brazo, en una postura forzada, aparecía doblado por el codo.

En una tarima elevada junto a la estatua del dictor había una silla alta rellena de cojines, construida obviamente para gentes de dimensiones muy distintas de las de un geg, pues el asiento quedaba casi a la altura de la cabeza de un geg, el respaldo era casi tan alto como el dictor y toda ella era estrecha en extremo. La silla constituía el trono ceremonial del supervisor jefe, quien acomodaba en ella su grueso corpachón en las ocasiones de gran pompa. El cuerpo del supervisor sobresalía por los costados del asiento y sus pies colgaban en el aire a buena altura sobre la tarima, pero estos detalles menores no desmerecían en absoluto su dignidad.

El gentío que había acudido a presencia del supervisor estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo de cemento bajo la tarima, encaramado a viejos vástagos de la Tumpa-chumpa o asomado a las galerías que daban sobre el piso principal. Ese día, una multitud considerable se había congregado en la Facría para presenciar el juicio de aquel geg que tenía fama de problemático y a quien se consideraba líder de un grupo rebelde e insurrecto que, finalmente, había llegado al extremo de causar daños en la Tumpa-chumpa. Estaban presentes la mayoría

de los trunos de noche de cada sector y también los gegs de más de cuarenta ciclos que ya habían dejado de trabajar en la Tumpa-chumpa y se encontraban en sus casas, criando a sus hijos. La Factría estaba abarrotada por encima de su capacidad y los que no podían ver o escuchar directamente eran informados de lo que sucedía mediante el misor-ceptor, un medio de comunicación sagrado y misterioso desarrollado por los dictores.

Un toque de silbato, repetido por tres veces, logró imponer un relativo silencio. Por supuesto, sólo callaron los gegs; la Tumpa-chumpa no se inmutó. Los prolegómenos estuvieron salpicados de golpes, martilleos, siseos y crujidos metálicos, esporádicos estampidos de truenos y ráfagas silbantes de viento del Exterior. Acostumbrados a tales ruidos, los gegs consideraron que se había hecho el silencio y que la ceremonia de Justiz podía iniciarse.

Dos gegs con la cara rasurada, uno pintado de negro y el otro de blanco, aparecieron de detrás de la estatua del dictor, donde habían esperado a que sonara la señal. Entre los dos sostenían una gran plancha de metal. Después de recorrer la multitud con una mirada severa para comprobar que todo estaba en orden, los dos gegs empezaron a sacudir enérgicamente el metal, creando el efecto de un trueno.

Los truenos reales no impresionaban en absoluto a los gegs, que los escuchaban todos los días de su vida. El trueno artificial que se extendió por la Factría por el misor-ceptor sonó misterioso y sobrenatural y provocó jadeos de temor y murmullos de admiración en la multitud. Cuando se desvanecieron las últimas vibraciones de la plancha metálica, hizo acto de presencia el supervisor jefe.

—

Éste, un geg de unos sesenta ciclos, pertenecía al clan más rico y poderoso de Drevlin, los Estibadores. Su familia había ejercido el cargo de supervisor jefe durante varias generaciones, pese a los intentos de los Gruistas por arrebatárselo. Darral Estibador había entregado sus ciclos de servicio a la Tumpa-chumpa antes de asumir los deberes de su cargo a la muerte de su padre. Darral era un geg astuto, nada estúpido, y, si había enriquecido a su propio clan a expensas de otros, no había hecho sino continuar una tradición largamente arraigada en Drevlin.

El supervisor jefe Darral vestía la indumentaria de trabajo normal de los gegs: unos calzones anchos que caían sobre unas botas gruesas y pesadas y un guardapolvo de cuello alto que le iba algo justo en su robusta caja torácica. Esta ropa sencilla quedaba rematada por una incongruente corona de hierro forjado, regalo de la Tumpa-chumpa, que constituía el orgullo del supervisor jefe (pese a que, a los quince minutos de llevarla, le producía un intenso dolor de cabeza).

En torno a los hombros llevaba una capa confeccionada con grandes plumas de pájaro de feo aspecto —plumas de tiero—, un regalo de los welfos que simbolizaba el deseo de los gegs de volar hasta el cielo. Además de la capa de plumas, que sólo aparecía en las sesiones de Justiz, el supervisor jefe llevaba el rostro pintado de gris, una mezcla simbólica de las caras blanca y negra de los guardianes geg, que se situaron a ambos lados de él, con la que se pretendía demostrar a los gegs que Darral era neutral en todas las cosas.

El supervisor sostenía en la mano una larga vara de la que colgaba una cola larga, terminada en horquilla. A una señal de Darral, uno de los guardianes tomó el extremo de esa cola y la introdujo con gesto reverente en la base de la estatua, mientras murmuraba palabras de alabanza al dictor. Una bola alargada de vidrio

fijada en el extremo de la vara emitió un siseo y un chisporroteo alarmantes por un momento y luego empezó a brillar mortecinamente con una luz blancoazulada. Los gegis hicieron comentarios elogiosos y muchos padres llamaron la atención de sus hijos a otras luces similares que colgaban del techo boca abajo, como murciélagos, e iluminaban la oscuridad barrida por las tormentas donde se hallaban los gegis.

Cuando los murmullos se acallaron de nuevo, hubo una pequeña espera hasta que remitió una serie de estampido especialmente violentos de la Tumpachumpa. A continuación, el supervisor jefe inició su alocución.

Volviéndose hacia la estatua del dictador, alzó la vara luminosa.

—Invoco a los dictadores para que descendan de su elevado reino y nos guíen con su sabiduría al iniciar el juicio en el día de hoy.

No es preciso decir que los dictadores no respondieron a la llamada del supervisor jefe. Nada sorprendido ante el silencio —los gegis se habrían llevado un tremendo sobresalto si alguien hubiera contestado a la invocación— el supervisor jefe, Darral Estibador, determinó que era su deber, por ausencia, presidir el juicio.

Y así lo hizo, encaramándose a la silla con la ayuda de los dos guardianes y de un taburete.

Una vez colocado en el incomodísimo asiento, el supervisor jefe indicó con un gesto que llevaran a su presencia al prisionero, con la secreta esperanza (por el bien de su torturado trasero y de su cabeza, ya dolorida) de que fuera un juicio rápido.

EN EL LABERINTO vol. —

. Las mujeres geg sólo llevan faldas (su vestido tradicional) en ocasiones especiales, y únicamente cuando las secciones móviles de la Tumpa-chumpa están a considerable distancia. El resto de su vida, las gegis visten pantalones anchos, ajustados mediante cintas de colores brillantes. (N. del a.)

Un joven geg de unos veinticinco ciclos, que llevaba unos gruesos fragmentos de vidrio colgados de la nariz y un gran puñado de papeles en la mano, se adelantó respetuosamente hacia el estrado que ocupaba el supervisor. Darral, con los ojos entrecerrados y cargados de suspicacia, contempló los fragmentos de vidrio que cubrían los ojos del joven geg. Estuvo a punto de preguntar qué era aquello, pero de inmediato recordó que se suponía que un supervisor jefe lo sabía todo. Irritado, descargó su frustración sobre los guardianes.

—¿Dónde está el prisionero? —rugió—. ¿A qué se debe el retraso?

—Si el supervisor jefe me perdona, el prisionero soy yo —dijo Limbeck, ruborizándose de vergüenza.

—¿Tú? —El supervisor jefe frunció el entrecejo—. ¿Dónde está tu Voz?

—Si el supervisor me permite, yo soy mi propia Voz, Seoría —replicó Limbeck con humildad.

—Todo esto es muy irregular, ¿no es cierto? —inquirió Darral a los guardianes, que parecieron perplejos al oír que se dirigía a ellos de aquel modo; su única respuesta fue encogerse de hombros ofreciendo, con el rostro pintado, un aspecto de increíble estupidez. El supervisor resopló y buscó ayuda en otra dirección.

—¿Dónde está la Voz de la Acusación?

—Tengo el honor de ser la Voz Acusadora, Seoría —respondió una geg de mediana edad cuya voz chillona resultaba claramente audible sobre el distante retumbar de la Tumpa-chumpa.

—¿Se..., se ha hecho eso alguna vez? —El supervisor, a falta de palabras,

señaló a Limbeck con una mano.

—Es irregular, Seoría —replicó la geg, adelantándose y clavando en Limbeck una torva mirada de desaprobación—, pero tendrá que valer. Para ser sincera, Seoría, no encontraríamos a nadie dispuesto a defender al prisionero.

— ¿De veras? —El supervisor jefe se animó. Se sentía inmensamente contento. El juicio prometía ser *muy* corto—. Entonces, prosigamos.

La geg hizo una reverencia y regresó a su silla, tras una mesa construida con un bidón metálico oxidado. La Voz de la Acusación iba vestida con una falda larga y un guardapolvo ceñido a la cintura. Llevaba el cabello, de color gris acero, recogido en un moño sobre la nuca y sujeto con varias horquillas largas, de aspecto formidable. Era una mujer de espalda erguida, cuello erguido y labios apretados que, para gran incomodidad de Limbeck, le recordaba a su madre.

Mientras ocupaba su asiento tras otro bidón metálico que le servía de mesa, Limbeck se sintió rebosante de confianza y advirtió de pronto que estaba dejando un rastro de barro por todo el suelo.

La Voz de la Acusación llamó la atención del supervisor jefe hacia el varón geg sentado junto a ella.

—El ofinista jefe representará a la Iglesia en este asunto, Seoría —anunció.

El ofinista jefe llevaba una camisa blanca bastante gastada con el cuello almidonado y las mangas demasiado largas, calzones atados con cintas deslustradas por debajo de las rodillas, medias altas y zapatos en lugar de botas. Se puso en pie y saludó con aire digno.

El supervisor jefe hundió la cabeza en los hombros y se resolvió en la silla, incómodo. No era frecuente que la Iglesia participara en un juicio, y menos aún que formara parte de la Acusación. Darral debería haber sabido que su santurrón

—

cuñado estaría metido en aquello, ya que atacar la Tumpa-chumpa era un crimen blasfemo. El supervisor jefe veía con suspicacia y preocupación a la Iglesia en general y a su cuñado, en particular. Sabía que éste se consideraba más capaz que él para dirigir adecuadamente a la nación. ¡Muy bien!, se dijo Darral: no iba a darle la oportunidad de decir lo mismo respecto a aquel juicio. Dirigió una fría mirada a Limbeck y, acto seguido, una benevolente sonrisa a la Acusación.

—Presenta tus alegaciones.

La Voz Acusadora afirmó que, desde hacía algunos años, la Unión de Adoradores para el Progreso y la Prosperidad (pronunció el nombre en un tono de voz grave y desaprobador) se habían convertido en una molestia en varias ciudades pequeñas entre los trunos del norte y del este.

—Su líder, Limbeck Aprietatuercas, es un conocido alborotador. Desde la infancia ha sido fuente de preocupaciones, disgustos y pesares para sus padres. Por ejemplo, con la ayuda de un anciano ofinista descamado, el joven Limbeck aprendió a leer y a escribir.

El supervisor jefe aprovechó la ocasión para dirigir una mirada de reproche al ofinista jefe.

— ¡Enseñarle a leer! ¡Un ofinista! —exclamó, alterado. Únicamente los ofinistas aprendían a leer y escribir, para poder transmitir al pueblo la Palabra de los Dictores, contenida en el Manal de Trucciones. Se consideraba que ningún otro geg tenía tiempo de molestarse en tal tontería.

Se escucharon murmullos en la sala. Los padres mostraban el ejemplo de

Limbeck a aquellos de sus hijos que estuvieran tentados de seguir su espinoso camino.

El ofinista jefe se sonrojó, con aspecto de sentirse profundamente mortificado ante aquel pecado cometido por un colega. Darral, con una sonrisa pese al dolor de cabeza, movió el trasero dolorido en la silla. Aunque la nueva postura no era más cómoda, se sintió mejor ante la satisfactoria certeza de que vencía por uno a cero en la competición con su cuñado.

Limbeck miró a su alrededor con una sonrisa de ligero placer, como si le divirtiera revivir los días de su infancia.

—Su siguiente fechoría les rompió el corazón a sus padres —continuó la Voz Acusadora con severidad—. Estaba matriculado en la Escuela de Prentices de Aprietatuercas y un nefasto día, en clase, el acusado Limbeck... —hizo una pausa señalándolo con mano temblorosa— ¡... se levantó y exigió saber *por qué!*

A Darral se le había dormido el pie izquierdo. Estaba concentrado en devolverle un poco de sensibilidad moviendo los dedos cuando escuchó exclamar el tremendo *¡por qué!* a la Voz Acusadora y volvió la atención al juicio con un sobresalto y cierto sentimiento de culpabilidad.

—¿*Por qué*, qué? —preguntó el supervisor jefe.

La Acusadora, creyendo que ya había dicho lo suficiente, puso cara de desconcierto como si no supiera qué más añadir. El ofinista jefe se puso en pie con una mueca despectiva que no tardó en empatar el marcador entre la Iglesia y el Estado.

—Simplemente *por qué*, Seoría. Una palabra que pone en cuestión todas nuestras creencias más profundas. Una palabra radical y peligrosa que, si se llevara muy lejos, podría conducir a un colapso del gobierno, a la decadencia de la sociedad y, muy probablemente, al término de la vida como la conocemos.

—

—¡Ah, ese *por qué!* —asintió el supervisor jefe con aire de suficiencia, al tiempo que dirigía una torva mirada a Limbeck y lo maldecía por haber proporcionado al ofinista jefe la oportunidad de apuntarse un tanto.

—El acusado fue expulsado de la escuela y, a continuación, trastornó a la ciudad de Het desapareciendo un día entero. Fue preciso mandar patrullas de búsqueda, con grandes costos. Es de imaginar la angustia de sus padres —continuó la Voz con emoción—. Al ver que no lo encontraban, se dio por hecho que había caído en el interior de la Tumpa-chumpa. En aquel momento, alguien dijo que la Tumpa-chumpa, enfadada con el *por qué*, había decidido ocuparse en persona de él. Y justo cuando todos lo creían muerto y andaban ocupados en preparar un funeral, el acusado tuvo la osadía de reaparecer con vida.

Limbeck sonrió con aire de disculpa y pareció ruborizarse. El supervisor, tras un bufido indignado, volvió su atención a la Acusación.

—Declaró que había estado en el *Exterior* —dijo la Voz con un susurro de pavor que el misor-ceptor captó fielmente.

Los gegas congregados se quedaron boquiabiertos.

—No tenía intención de alejarme tanto —protestó Limbeck sin mucha convicción—. Me perdí.

—¡Silencio! —rugió el supervisor, y al instante se arrepintió de haber gritado. El dolor de cabeza arreció. Volvió la vara luminosa hacia Limbeck, casi cegándolo—. Ya tendrás ocasión de hablar, joven. Hasta entonces, guarda silencio o te

expulsaré de la sala, ¿entendido?

—Sí, Seoría —respondió Limbeck con docilidad, y se sentó.

— ¿Algo más? —preguntó el supervisor jefe a la Acusadora, malhumorado. No notaba en absoluto el pie izquierdo y el derecho empezaba a ser presa de un extraño picor.

—Poco después de su regreso, el acusado formó la organización antes mencionada, conocida como UAPP. Esta autodenominada Unión propugna, entre otras cosas, la distribución libre e igualitaria de los pagos de los welfos, que todos los adoradores se reúnan y compartan sus conocimientos sobre la Tumpa-chumpa para descubrir con ello los «cómo» y los «porqué»...

— ¡Blasfemia! —gritó tembloroso el ofinista jefe con voz hueca.

—...Y que todos los gegs dejen de esperar el día del Juicio y trabajen para mejorar sus condiciones de vida...

— ¡Seoría! —El ofinista jefe se puso en pie de un salto—. ¡Solicito que los menores abandonen la sala! Es terrible que unas mentes jóvenes e impresionables deban someterse a unos conceptos tan profanos y peligrosos.

— ¡No son peligrosos! —protestó Limbeck.

— ¡Silencio! —El supervisor frunció el entrecejo y meditó la petición. Le disgustaba conceder otro tanto a su cuñado, pero aquello le ofrecía una excusa perfecta para escapar de la silla—. Haremos una pausa. No se permitirá volver a la sala a los menores de dieciocho ciclos. Vayamos a comer y dentro de una hora reanudaremos la vista.

Con ayuda de los guardianes, que tuvieron que arrancarlo materialmente, el supervisor jefe desalojó su grueso cuerpo del asiento. Se quitó de la cabeza la corona de hierro, devolvió la vida a su torturado trasero con unos masajes, dio una serie de fuertes pisotones hasta que volvió a sentir el pie y exhaló un suspiro de alivio.

—

CAPITULO

WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

Se reanudó la sesión, a la que faltaron los menores y los padres que se vieron forzados a volver a casa para cuidar de ellos. El supervisor jefe, con resignada expresión de mártir, se encasquetó la corona y se encaramó una vez más a su silla de tortura. Trajeron al prisionero y la Voz de la Acusación terminó su exposición.

—Estas ideas peligrosas, tan seductoras para mentes impresionables, influyeron finalmente en un reducido grupo de jóvenes tan rebeldes y descontentos como el acusado. El supervisor local y los ofinistas, sabedores de que los jóvenes son rebeldes por naturaleza y esperando que sólo se tratara de una fase por la que estuvieran pasando...

— ¿Como el sarampión? —apuntó el supervisor jefe. La intervención provocó la deseada carcajada de la multitud, aunque los asistentes parecían algo remisos a reír en presencia del ceñudo ofinista jefe, y la risa terminó en un brusco estallido de toses nerviosas.

—Hum..., sí, Seoría —asintió la Voz, lamentando la interrupción. El ofinista jefe sonrió con el aire paciente de quien tolera la presencia de un estúpido. El supervisor, cegado por el súbito impulso de retorcerle el cuello al ofinista jefe, se perdió una parte considerable del parlamento de la Voz Acusadora.

—... e incitó a una revuelta durante la cual sufrió daños de poca

consideración la Tumpa-chupa, sector Y-. Por fortuna, la Tumpa-chumpa pudo repararse a sí misma casi de inmediato, de modo que no se han producido perjuicios irreparables. ¡Al menos, para nuestro adorado ídolo! —La Voz Acusadora aumentó de tono hasta convertirse en un chillido—. En cambio, es incalculable el daño que podría haber causado a quienes osaron llevar a cabo el acto. ¡Por eso pido que el acusado Limbeck Aprietatuercas, sea eliminado de esta sociedad para que no pueda conducir nunca más a nuestros jóvenes por este camino, que sólo puede llevarlos a la perdición y la destrucción!

—

La Voz Acusadora, terminada su exposición, se retiró tras su bidón. Un aplauso atronador resonó en la Factría. Sin embargo, aquí y allá, se escucharon siseos y algún abucheo, lo cual provocó una mueca ceñuda en el rostro del supervisor jefe, al tiempo que su cuñado ofinista se ponía en pie de un brinco. — ¡Seoría, esta actitud rebelde sólo viene a demostrar que el veneno se extiende! Pero podemos hacer una cosa para erradicarlo. —El ofinista jefe señaló a Limbeck—. ¡Eliminar el origen! Me temo que, si no lo hacemos, el día del Juicio que muchos de nosotros creemos tener por fin al alcance de la mano se verá pospuesto, tal vez indefinidamente. ¡En realidad, Seoría, te insto a que prohíbas al acusado hablar a esta asamblea!

—Yo no considero una rebelión cuatro siseos y un abucheo —replicó Darral con dureza, lanzando una mirada feroz al ofinista jefe—. Acusado, podrás hablar en tu defensa, pero ten cuidado: no toleraré arengas blasfemas en este tribunal. Limbeck se incorporó lentamente. Hizo una pausa como si meditara lo que se disponía a hacer y, tras profundas deliberaciones, dejó el legajo de papeles sobre el bidón y se quitó las gafas.

—Seoría —empezó a decir con profundo respeto—, lo único que pido es que se me permita relatar lo que me sucedió el día en que me perdí. Fue un hecho muy importante que, espero, servirá para explicar por qué he sentido la necesidad de hacer lo que he hecho. Jamás le he revelado esto a nadie —añadió con voz solemne—. Ni a mis padres, ni siquiera a la persona que más quiero en el mundo.

— ¿Tardarás mucho? —quiso saber el supervisor, posando las manos en los brazos de la silla y tratando de encontrar cierto alivio de su incómoda posición apoyándola en un costado.

—No, Seoría —respondió Limbeck con aire grave.

—Entonces, adelante.

—Gracias, Seoría. Sucedió el día en que me expulsaron de la escuela. Tuve que buscar un rincón tranquilo para pensar a fondo en lo sucedido. Veréis, yo no consideraba que mi «por qué» hubiera sido blasfemo o peligroso. No siento odio por la Tumpa-chumpa. Al contrario, la venero y respeto, de verdad. Me fascina. ¡Es tan magnífica, tan grande, tan poderosa! —Limbeck alzó los brazos con el rostro iluminado por el sagrado resplandor—. Obtiene su energía de las tormentas y lo hace con increíble eficacia. Incluso puede extraer hierro en bruto de Terrel Fen, convertir ese mineral en acero y fabricar con el acero las piezas necesarias para permitir su continua expansión. Y sabe repararse a sí misma si sufre algún daño. »La Tumpa-chumpa acepta gustosamente nuestra ayuda. Nosotros somos sus manos, sus pies, sus ojos. Nosotros acudimos donde ella no puede y la ayudamos cuando tiene algún problema. Si uno de sus garfios se atasca en Terrel Fen, nos encargamos de bajar allí para liberarlo. Nosotros pulsamos los botones, giramos

las ruedas, manipulamos las palancas, y todo funciona como es debido. O, al menos, eso parece. Pero no puedo evitar preguntarme *por qué* —añadió Limbeck en un susurro.

El ofinista jefe frunció el entrecejo y se incorporó, pero el supervisor Darral, satisfecho de tener la oportunidad de ganarle otro tanto a la Iglesia, miró a su cuñado con aire severo.

—He concedido permiso para hablar a este joven. Confío en que nuestro pueblo sea lo bastante fuerte como para oír lo que el acusado tenga que decir sin que por ello se tambalee su fe. ¿No opinas igual? ¿O acaso la Iglesia ha sido negligente en el cumplimiento de sus deberes?

—

El ofinista jefe se mordió los labios, volvió a sentarse y lanzó una mirada furiosa al supervisor, quien sonrió complacido.

—El acusado puede continuar.

—Gracias, Seoría. Veréis, yo siempre me he preguntado por qué la Tumpachumpa tiene algunas partes muertas. En varios sectores, sus mecanismos permanecen parados, oxidándose o cubriéndose progresivamente con nuevos depósitos de coralita. Hay partes que no se han movido desde hace siglos. Sin embargo, los dictores deben haberlas construido por alguna razón. ¿Cuál era su cometido y por qué no lo están llevando a cabo? Pensando en ello, se me ocurrió que si descubriéramos *por qué* funcionan las partes de la Tumpa-chumpa que lo hacen, y si estudiáramos *cómo* es ese funcionamiento, podríamos alcanzar a comprender su naturaleza y su verdadero propósito.

»Ésta es una de las razones por las que opino que todos los trunos deberían juntarse y aunar sus conocimientos...

— ¿Adonde nos lleva todo esto? —preguntó el supervisor jefe con irritación. El dolor de cabeza empezaba a producirle náuseas.

—Ahora verás —respondió Limbeck, al tiempo que se ponía las gafas con gesto nervioso—. Me puse a pensar en estas cosas y a preguntarme cómo podría lograr que la gente las entendiera, de modo que no presté mucha atención adonde me llevaban mis pasos hasta que, cuando miré a mi alrededor, descubrí que me había alejado bastante de los límites de la ciudad de Het. ¡Os aseguro que no fue nada premeditado!

»En aquel instante no caía ninguna tormenta en la zona y decidí dar un breve vistazo por la zona para tratar de distraerme de mis problemas. El avance era muy difícil y supongo que me concentré demasiado en asegurarme de dónde ponía los pies, ya que de pronto me sorprendió una tormenta. Busqué entonces un lugar donde refugiarme y vi un objeto de gran tamaño en el suelo, de modo que corrí hacia él.

»Puedes imaginar mi sorpresa, Seoría —añadió Limbeck, con la vista vuelta hacia el supervisor jefe y parpadeando tras los gruesos cristales de sus gafas—, cuando descubrí que se trataba de una nave dragón de los welfos.

Sus palabras, repetidas por el misor-ceptor, resonaron en la Factría. Los gegas se revolviéron en sus asientos e intercambiaron murmullos y comentarios.

— ¿Una nave posada en el suelo? ¡Imposible! ¡Los welfos no aterrizan nunca en Drevlin! —El ofinista jefe tenía un aire piadoso, relamido y complacido de sí mismo. Darral, el supervisor, se sintió inquieto pero comprendió, a la vista de la reacción de la multitud, que había dejado que el asunto fuera demasiado lejos

para detenerse ahora.

—No habían aterrizado —explicó Limbeck—. La nave se había estrellado...

Sus palabras causaron sensación entre los presentes. El ofinista jefe se incorporó de un salto. Los gegs cruzaron comentarios con voces excitadas; muchos de ellos gritaban: « ¡Hacedlo callar!», pero otros replicaban: « ¡Callad vosotros! ¡Dejadlo continuar!». El supervisor hizo una señal a los guardianes, que agitaron la atronadora plancha metálica hasta que volvió el orden a la sala.

— ¡Exijo que se ponga fin a esta parodia de Justiz! —exclamó a gritos el ofinista jefe.

Darral estuvo a punto de aceptar la propuesta. Si ponía término al juicio en aquel instante, conseguiría tres cosas: librarse de aquel geg chiulado, poner fin al dolor de cabeza y recuperar la circulación sanguínea en sus extremidades

—

inferiores. Sin embargo, por desgracia, sus partidarios considerarían tal decisión como una cesión ante la Iglesia y, por otra parte, su cuñado no le permitiría olvidar nunca el asunto. No, se dijo; era mejor dejar que el tal Limbeck continuara hablando y terminara de hacer su exposición. Sin duda, no tardaría en proporcionar suficiente cuerda como para colgarlo.

—Ya he tomado una decisión —replicó, pues, con una voz terrible mientras dirigía una furiosa mirada al ofinista jefe y a la multitud—. Y sigue en pie. —Volvió la severa mirada hacia Limbeck y le dijo—: Continúa.

—Reconozco que no estoy seguro de que la nave se estrellara —precisó Limbeck—, pero deduje que así era, pues estaba caída entre las rocas, casi destrozada. El único lugar donde podía refugiarme era en el interior de la nave, de modo que penetré en ella por una gran abertura de su piel desgarrada.

—Si lo que cuentas es cierto, tuviste suerte de que los welfos no te fulminaran por tu osadía —lo interrumpió el ofinista jefe.

—Los tripulantes no estaban, precisamente, en situación de fulminar a nadie

—replicó Limbeck—. Esos welfos que tú llamas inmortales... ¡estaban muertos!

Voces indignadas, exclamaciones de horror y de alarma, junto a vítores amortiguados, inundaron la Factría. El ofinista jefe se dejó caer en el asiento, abrumado. La Voz Acusadora lo abanicó con su pañuelo y pidió agua. El supervisor, dando un respingo, se sentó muy erguido y quedó encajado firmemente en la silla. Incapaz de ponerse en pie para restaurar el orden, no pudo hacer otra cosa que menearse, maldecir y blandir la vara, casi cegando a los guardianes que intentaban liberarlo.

— ¡Escuchadme! —gritó Limbeck en un tono de voz que ya le había permitido calmar a la multitud en otras ocasiones. Ningún orador de la UAPP, incluida Jarre, podría resultar tan convincente y carismático como Limbeck cuando estaba inspirado. Aquel discurso era la razón por la que había permitido que lo llevaran preso y tal vez fuera la última oportunidad de transmitir su mensaje al pueblo, por lo que estaba dispuesto a aprovecharla al máximo.

Así pues, se encaramó de un salto al bidón, desordenando los papeles bajo sus pies, y agitó las manos para atraer la atención de la multitud.

— ¡Esos welfos de los mundos superiores no son dioses, como nos quieren hacer creer! ¡No son inmortales, sino que están hechos de carne, hueso y sangre, como nosotros! Lo sé porque vi sus cuerpos descompuestos, su carne putrefacta. Encontré sus cadáveres en la nave accidentada.

» ¡Y también vi su mundo! Vi su «glorioso paraíso». En la nave traían libros y hojeé varios de ellos. ¡Y, realmente, es el paraíso! Los welfos viven en un mundo de abundancia y riqueza. Un mundo de belleza que no podemos ni imaginar. Un mundo de comodidades que se sostiene gracias a nuestro sudor y a nuestro trabajo. Y dejad que os diga algo más: ¡no tienen ninguna intención de «llevarnos un día a ese reino», como nos repiten los ofinistas, «si nos hacemos merecedores de ello»! ¿Por qué habrían de hacerlo, si nos tienen aquí abajo para utilizarnos como esclavos voluntarios? Vivimos en la miseria, sirviendo a la Tumpa-chumpa, para que los welfos obtengan el agua que precisan para sobrevivir. ¡Nos enfrentamos a la tormenta todos los días de nuestra miserable vida, para que ellos vivan en el lujo a costa de nuestras lágrimas!

» ¡Por ello propugno —gritó Limbeck, imponiendo su voz sobre el creciente tumulto— que aprendamos todo lo posible acerca de la Tumpa-chumpa, que nos

—

hagamos con el control de ésta y que obliguemos a esos welfos, que no son en absoluto dioses sino mortales como nosotros, a reconocer nuestros derechos! En la sala estalló el caos. Los gegas gritaban, aullaban, se empujaban y tiraban unos de otros. Consternado ante el monstruo que había dejado suelto sin proponérselo, el supervisor jefe (liberado por fin de la silla) pataleó enérgicamente y golpeó el piso de cemento con el extremo de la vara luminosa con tal energía que arrancó la cola bifurcada conectada a la estatua y el foco se apagó.

— ¡Despejad la sala! ¡Despejad la sala!

Los guardas realizaron una carga pero pasó cierto tiempo hasta que la Fáctria quedó vacía de excitados gegas. Durante un rato permanecieron arremolinados en los pasillos pero, por fortuna para el supervisor jefe, el silbato anunció un cambio de truno y los reunidos se dispersaron, unos para ir a cumplir su servicio en la Tumpa-chumpa y otros para volver a sus casas.

El supervisor jefe, su pariente ofinista, la Voz Acusadora, Limbeck y los dos guardianes de rostros pintados quedaron a solas en la sala.

—Eres un hombre peligroso —dijo el supervisor a Limbeck—. Esas mentiras...

— ¡No son mentiras! ¡He contado la verdad! Juro que...

—Esas mentiras no deberían haber sido creídas por el pueblo, por supuesto; sin embargo, como hemos comprobado hace un rato cuando las has pronunciado, provocan inquietud y alborotos. Te has condenado a ti mismo, Limbeck. Tu destino está ahora en manos del dictor. ¡Sujetad al prisionero y haced que guarde silencio!

—ordenó a los guardianes, que inmovilizaron al prisionero enérgicamente, aunque a regañadientes, como si el contacto pudiera contaminarlos.

El ofinista jefe se había recuperado lo suficiente de la sorpresa como para adoptar de nuevo su aire relamido y santurrón, una expresión en la que se mezcla la justa indignación y la firme certeza de que el pecado iba a ser castigado.

El supervisor jefe, apoyándose sin mucha seguridad sobre unas piernas que apenas empezaban a recuperar la circulación sanguínea normal, dio unos pasos hasta la estatua del dictor, con un intenso dolor de cabeza. Tras él avanzó Limbeck, conducido por los guardianes. Como siempre, pese al peligro que corría, se dejó llevar por su insaciable curiosidad, más interesado por la estatua en sí que por el veredicto que el dictor pudiera pronunciar. El ofinista y la Voz se aproximaron a observar. El supervisor jefe, tras muchas reverencias, alharacas y oraciones musitadas que el ofinista repetía con fervor, extendió el brazo, apretó la

mano izquierda del dictor y tiró de ella.

De pronto, el globo ocular que el dictor sostenía en la diestra parpadeó y cobró vida. Un ligero resplandor y unas imágenes en movimiento empezaron a pasar rápidamente a través del globo. El supervisor jefe dirigió una mirada triunfal a su cuñado y a la Voz. Limbeck estaba absolutamente fascinado.

— ¡Nos habla el dictor! —exclamó el ofinista jefe, cayendo de rodillas.

— ¡Una linterna mágica! —Murmuró Limbeck, excitado, contemplando el globo—. Pero no es verdadera magia; no es como la magia de los welfos. ¡Es una magia mecánica! Una vez encontré un artificio de éstos en otra sección de la Tumpa-chumpa y lo desmonté. Las imágenes que parecen moverse son pequeños cuadros que giran en torno a una luz a tal velocidad que engaña a nuestra vista...

— ¡Silencio, hereje! —Tronó el supervisor—. La sentencia ha sido pronunciada.

Los dictores ordenan que te entreguemos en sus manos.

—No creo que digan nada parecido, Seoría —protestó Limbeck—. En realidad, no estoy seguro de qué pretenden decir. Me pregunto por qué...

—

— *¡Por qué! ¡Por qué!* ¡Tendrás mucho tiempo para preguntártelo mientras estés cayendo hacia el corazón de la tormenta! —exclamó Darral.

Limbeck estaba observando la linterna mágica que repetía las mismas imágenes una y otra vez y no escuchó con claridad lo que acababa de decir el supervisor jefe.

— ¿El corazón de la tormenta, Seoría?—Los gruesos cristales le hacían más grandes los ojos y le daban un aire de insecto que el supervisor encontraba especialmente desagradable.

—Sí, ésta ha sido la sentencia de los dictores. —El supervisor movió la mano de la estatua y el globo ocular parpadeó y se apagó.

— ¿Qué? ¿Con esas imágenes? ¡Desde luego que no, Seoría! —Protestó Limbeck—. No estoy seguro de qué son, pero si me dieras la oportunidad de estudiarlas...

—Mañana por la mañana —lo interrumpió el supervisor— serás obligado a recorrer los Peldaños de Terrel Fen. ¡Que los dictores tengan piedad de tu alma! Cojeando, frotándose el trasero insensible con una mano y llevándose la otra a la dolorida cabeza, Darral Estibador dio media vuelta en redondo y abandonó la Factría.

—

CAPITULO

WOMBE, DREVLIN,

REINO INFERIOR

—Visita —anunció el carcelero al otro lado de los barrotes.

— ¿Qué? —Limbeck se incorporó hasta quedar sentado en el catre.

—Tienes visita. Tú hermana. Vamos.

Las llaves tintinearón. Hubo un chasquido en la cerradura y la puerta se abrió bruscamente. Limbeck, sorprendido y muy confuso, se levantó del catre y siguió al carcelero a la sala de visitas. Por lo que sabía, no tenía ninguna hermana. Era cierto que llevaba varios años ausente de su casa y que no sabía gran cosa de

cómo crecían los niños, pero tenía la vaga impresión de que un bebé tardaba un tiempo considerable en nacer, y luego en caminar y crecer lo suficiente como para visitar a un hermano en la cárcel.

Estaba realizando los cálculos necesarios para determinarlo cuando llegó a la sala de visitas, donde una mujer joven se echó sobre él con tal fuerza que casi lo derriba.

— ¡Mi querido hermano! —exclamó, pasándole los brazos en torno al cuello y besándolo con más afecto del que normalmente se exhibe entre hermanos.

—Tenéis hasta el toque de silbato del próximo cambio de turno —dijo el carcelero en tono aburrido antes de cerrar la puerta y la aldaba.

— ¿Jarre? —murmuró Limbeck, parpadeando en dirección a ella, pues se había dejado las gafas en la celda.

— ¡Por supuesto! —respondió Jarre, abrazándolo con fuerza—. ¿Quién creías que podía ser, si no?

—No..., no estaba seguro —balbuceó Limbeck. Tenía una alegría tremenda de ver a Jarre, pero no podía evitar un leve sentimiento de decepción ante la pérdida de una hermana. Era como si la familia pudiera representar un consuelo en un trance como aquél—. ¿Cómo has llegado aquí?

—

—Odwin Aflojatornillos tiene un cuñado que se ocupa de uno de los viajes de la centella rodante y me ha dejado subir. ¿No te puso furioso —continuó, aflojando su abrazo— ver expuesta ante tus propios ojos la esclavitud de tu pueblo?

—Sí, desde luego —respondió Limbeck. No le sorprendió comprobar que Jarre había experimentado las mismas sensaciones y los mismos pensamientos que habían ocupado su cabeza durante el viaje en la centella a través de Drevlin. Aquello sucedía a menudo entre ellos.

Jarre se apartó de él y desenrolló lentamente la gruesa bufanda que le envolvía la cabeza. Limbeck no estaba seguro (sin gafas, el rostro de Jarre era apenas una mancha borrosa) pero tuvo la sensación de que lo miraba con expresión preocupada. Desde luego, podía deberse al hecho de que lo hubieran condenado a muerte, pero Limbeck no lo creía pues Jarre solía tomarse aquellos asuntos sin alterarse. Se trataba de algo diferente, más profundo.

— ¿Qué tal está la Unión? —preguntó.

Jarre suspiró. Ahora sí vamos a algún sitio, se dijo Limbeck.

— ¡Oh, Limbeck! —Exclamó ella, entre irritada y pesarosa—, ¿por qué tuviste que ir contando esos cuentos ridículos en el juicio?

— ¿Cuentos? —Las cejas tupidas de Limbeck se levantaron hasta las raíces de sus cabellos rizados—. ¿Qué cuentos?

—Ya sabes... Eso de los welfos muertos y de los libros con imágenes del cielo...

—Entonces, ¿los cantores de noticias lo han cantado? —A Limbeck le brilló la cara de placer.

— ¿Cantarlas? —Jarre apretó las manos—. ¡Las han gritado en cada cambio de truno! No hemos oído otra cosa que esos cuentos...

— ¿Por qué insistes en llamarlos así? —Entonces, de pronto, Limbeck lo comprendió—. Tú no los tomas en serio, ¿verdad? ¡Lo que conté en el tribunal es cierto, Jarre! Lo juro por...

—No lo jures por nadie —lo cortó Jarre con frialdad—. Nosotros no creemos

en dioses, ¿recuerdas?

—Lo juro por el amor que te tengo, querida mía —declaró Limbeck—. Todo lo que dije ahí es verdad. Todas esas cosas me sucedieron realmente. Fue esa visión y lo que me reveló, el conocimiento de que los welfos no son dioses, sino mortales como nosotros, lo que me inspiró a fundar nuestra Unión. Es el recuerdo de ese suceso lo que me da el valor para afrontar lo que me espera —añadió con una serena dignidad que conmovió el corazón de Jarre.

Sollozando, se arrojó de nuevo en sus brazos.

Limbeck le dio unas suaves palmaditas en su robusta espalda y le preguntó dulcemente:

— ¿He perjudicado mucho a la causa?

—No... —musitó Jarre con voz ahogada, sin levantar la cara de la túnica, ahora empapada de lágrimas—. En realidad..., hum... Verás, querido, hicimos..., hum..., hicimos correr la voz de las torturas y penalidades que has padecido a manos del poder brutal e imperialista...

—Pero no me han torturado. Han sido realmente amables conmigo, querida.

— ¡Oh, Limbeck! —exclamó Jarre, apartándose de él con gesto de exasperación—. ¡No tienes remedio!

—Lo siento.

—

—Ahora, escúchame —continuó ella rápidamente, mientras se secaba las lágrimas—. No tenemos mucho tiempo. De momento, lo más importante para nosotros es tu ejecución. No se te ocurra estropear esa escena. No se te ocurra —repitió, levantando el índice en gesto de advertencia— volver a hablar de welfos muertos y cosas así.

Limbeck emitió un suspiro.

—No lo haré —prometió.

—Ahora eres un mártir de la causa, no lo olvides. Y, por el bien de la causa, debes tratar de representar tu papel. —Jarre estudió la robusta figura de Limbeck con una mirada de desaprobación—. Pero me da la impresión de que incluso has aumentado de peso.

—Es que la comida de la cárcel es verdaderamente...

—En un momento así, deberías pensar en algo más que en ti mismo —lo reprendió Jarre—. Sólo te queda esta noche y supongo que no podrás adquirir un aspecto demacrado en ese tiempo, pero haz todo lo que puedas. ¿Serías capaz de aparecer ensangrentado?

—No lo creo —respondió Limbeck apenado, consciente de sus limitaciones.

—Bueno, tendremos que hacer lo que podamos —suspiró Jarre—. Hagas lo que hagas, intenta al menos parecer martirizado.

—No estoy seguro de cómo.

— ¡Ah!, ya sabes: muéstrate valiente, digno, desafiante y clemente.

— ¿Todo a la vez?

—Perdonar a tus verdugos es muy importante. Incluso puedes decir algo al respecto mientras te estén atando al pájaro rayo.

—Perdonar a los verdugos —murmuró Limbeck, confiando el detalle a su memoria.

—Y deberías lanzar un grito final de desafío cuando te empujen al vacío. Algo así como, « ¡Viva siempre la UAPP...! ¡No nos vencerán! ». Y anuncia tu regreso, por

supuesto.

—Desafío. Viva siempre la UAPP. Mi regreso. —Limbeck la miró con sus ojos miopes—. ¿Regresar? ¿Voy a hacerlo?

— ¡Por supuesto! He dicho que te sacaríamos de ésta, y hablaba en serio. No habrás pensado que dejaríamos que te ejecuten, ¿verdad?

—Bueno, yo...

—Eres un tonto —murmuró Jarre, revolviéndole los cabellos con un gesto festivo—. Bueno, ya sabes cómo funciona ese pájaro mecánico...

Sonó el silbato y su aullido resonó por la ciudad.

— ¡Tiempo! —gritó el carcelero, apretando su rostro obeso contra los barrotes de la puerta de la sala de visitas. Se oyó el tintineo de la llave al introducirse en la cerradura.

Jarre, con una mueca de enfado en el rostro, se acercó a la puerta y miró al hombre desde el otro lado de los barrotes.

—Danos unos minutos más.

El carcelero frunció el entrecejo. Jarre le mostró su puño, de aspecto formidable, y añadió, amenazadora:

—Recuerda que, al final, tendrás que abrirme...

El hombre murmuró algo ininteligible y se alejó.

—Bien, ¿dónde estábamos? —dijo Jarre, dando la espalda a la puerta—. ¡Ah, sí! Este artificio que llaman «pájaro». Según dice Lof Letri...

—

— ¿Qué sabe ése del asunto? —inquirió Limbeck, celoso.

—Lof pertenece al truno de los Letricistas —replicó Jarre con tono orgulloso—, que se ocupan de dirigir los pájaros rayo encargados de recoger letricidad para la Tumpa-chumpa. Según él, van a colocarte encima de lo que parecen dos alas gigantes fabricadas con madera y plumas de tiero, enganchadas a un cable. Te atarán al artefacto y luego te soltarán en el vacío sobre los Peldaños de Terrel Fen. Te encontrarás flotando en plena tormenta y recibirás el impacto del granizo, la lluvia intensa y la aguanieve...

— ¿Y los rayos? —preguntó Limbeck con nerviosismo.

—No hay rayos —respondió Jarre, tranquilizadora.

—Pero los llaman «pájaros rayo»...

—No es más que un nombre.

—Pero, cargado con mi peso, ¿no se hundirá en lugar de remontar los aires?

— ¡Por supuesto! ¿Quieres dejar de interrumpirme?

—Sí —respondió Limbeck débilmente.

—El artefacto romperá el cable y empezará a caer. Al fin, acabará por estrellarse en alguna de las islas de Terrel Fen...

— ¿De veras? —Limbeck palideció.

—Sí, pero no te preocupes. Según Lof, es casi seguro que el armazón principal resistirá el impacto. Es muy fuerte. La Tumpa-chumpa produce los listones de madera.

— ¿Por qué lo hará? —Musitó Limbeck—. ¿Por qué habrá de hacer listones de madera la Tumpa-chumpa?

— ¿Y cómo voy a saberlo? —gritó Jarre—. En cualquier caso, ¿qué importa eso ahora? Préstame atención, Limbeck.

Con ambas manos, agarró las trenzas de la barba de éste y tiró de ellas hasta

que le hizo saltar las lágrimas. La experiencia le había enseñado que aquél era un buen método para borrar de la mente de Limbeck aquellas ociosas especulaciones.

—Como digo, irás a parar a una de las islas de Terrel Fen. Esas islas están siendo excavadas por la Tumpa-chumpa en busca de minerales. Cuando las garras excavadoras desciendan para cargar el mineral bruto, deberás colocar una señal en una de ellas. Los nuestros estarán a la espera y, cuando vuelva la pala, veremos tu marca y sabremos en qué isla estás.

— ¡Es un plan magnífico, querida mía! —Limbeck le dedicó una sonrisa de admiración.

—Gracias. —Jarre se ruborizó de placer—. Lo único que debes hacer es apartarte de las garras excavadoras para que no te alcancen mientras trabajan.

—Sí, estaré atento a eso.

—La siguiente vez que desciendan las excavadoras, nos aseguramos de que bajen un manipulador. —Al advertir que Limbeck parecía desconcertado, Jarre le explicó pacientemente—: Ya sabes, una de esas garras con una burbuja incorporada en la que los glegs descienden a las islas para liberar las palas atascadas.

— ¿Es así como lo hacen? —se asombró Limbeck.

— ¡Ah, ojalá hubieras servido alguna vez a la Tumpa-chumpa! —dijo Jarre, tirándole de la barba con gesto de irritación—. ¡Oh, querido, lo siento! No quería hacerlo... —Lo cubrió de besos y le frotó las mejillas para aliviar el dolor—. No te va a suceder nada, recuérdalo. Cuando te subamos, fingiremos que has sido declarado inocente. Será evidente que los dictores están de tu lado y que, por

—

tanto, apoyan nuestra causa. ¡Seguro que los glegs se unirán a nosotros a montones! ¡Y llegará por fin el día de la revolución!

A Jarre le brillaban los ojos y Limbeck se sintió llevar por su entusiasmo.

— ¡Sí! ¡Estupendo!

El carcelero introdujo la nariz entre los barrotes y carraspeó.

— ¡Está bien, yo voy! —Jarre se envolvió de nuevo la cabeza con la bufanda.

Ya con ella puesta, y con cierta dificultad, besó a Limbeck por última vez, dejando un rastro de pelusa en su boca. El carcelero abrió la puerta.

—Recuerda —susurró Jarre en tono misterioso—, martirizado.

—Sí, martirizado —asintió Limbeck de buen grado.

— ¡Y no sigas con tus cuentos sobre dioses muertos!

Esto último lo cuchicheó Jarre en un tono desgarrador mientras el carcelero le daba prisa para que saliera.

— ¡No son cuentos...! —empezó a replicar Limbeck, pero se interrumpió con un suspiro. Jarre ya había desaparecido.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN,

REINO INFERIOR

Los glegs, un pueblo muy pacífico y bonachón, no habían librado una sola guerra en toda su historia (hasta donde podían recordar). Quitarle la vida a otro

geg era algo insólito, impensable, inimaginable. Únicamente la Tumpa-chumpa tenía derecho a matar a un geg, y ello sucedía casi siempre por accidente. Y, aunque los gegas tenían establecida en sus códigos legales la ejecución como castigo para ciertos crímenes terribles, eran incapaces de dar muerte a uno de sus semejantes con sus propias manos. Así pues, dejaban que se encargaran de ello los dictores, que no estaban presentes para protestar. Si los dictores decidían que el condenado viviera, se ocuparían de que así fuera. En caso contrario, no lo volverían a ver en Drevlin.

Los gegas utilizaban para deshacerse de los indeseables un método que denominaban «bajar los Peldaños de Terrel Fen». Terrel Fen era una serie de islotes que flotaban debajo de Drevlin, girando y cayendo en una espiral perpetua hasta que un día desaparecían en las nubes turbulentas de la Oscuridad Completa. Se decía que en tiempos antiguos, justo después de la Separación, era posible descender a pie a las Terrel Fen, pues las islas estaban tan próximas a Drevlin que un geg podía saltar de una a otra. Probablemente, éste era ya el castigo que imponían a los delincuentes los antiguos gegas.

Sin embargo, con el transcurso de los siglos, los islotes se habían unido más y más hacia el Torbellino; así, ahora sólo era posible —durante las pausas entre tormentas— distinguir el borroso contorno de la isla más próxima, desplazándose muy abajo. Según había señalado uno de sus supervisores más ocurrentes, un geg debería tener alas para sobrevivir en su caída el tiempo suficiente para que los dictores emitieran una sentencia contra él. Naturalmente, este comentario hizo que los gegas se preocuparan de proporcionar unas alas al condenado, lo cual condujo al desarrollo del «pájaro» que Jarre había descrito.

Su denominación oficial era la de «Plumas de Justiz» y estaba confeccionado con los listones perfectamente aserrados y desbastados que escupía la Tumpachumpa para utilizarlos en los lectrozumbadores.

—

El almacén de madera, de seis palmos de ancho, tenía una envergadura de alas de unos veinte palmos. El almacén iba cubierto con un tejido (producto también de la Tumpa-chumpa), que era decorado a continuación con plumas de tiero sujetas mediante una sustancia pegajosa a base de harina y agua. Normalmente, un fuerte cable unido al lectrocumulador permitía que el artefacto se remontara hasta el corazón de la tormenta y recogiera los rayos. Sin embargo, como es lógico, mal podía elevarse si debía soportar el peso de un robusto geg. Aprovechando una pausa entre tormentas, el reo Limbeck fue conducido al borde de Drevlin y colocado en el centro del Plumas de Justiz. Con las manos firmemente atadas al almacén de madera, sus pies quedaron colgados a los lados de la cola. Seis ofinistas levantaron el artefacto y, a una orden del supervisor jefe, echaron a correr hacia el borde de la isla para lanzarlo.

Los únicos gegas presentes en la ejecución eran el supervisor, el ofinista jefe y seis ofinistas ayudantes, necesarios para mandar al aire el Plumas de Justiz. Mucho tiempo atrás, asistían a las ejecuciones todos los gegas que no estuvieran de servicio en la Tumpa-chumpa. Pero un día tuvo lugar el sensacional «descenso» del tristemente famoso Dirk Tornillo. Dirk, ebrio, se quedó dormido durante el trabajo y no advirtió que la manecilla del silbato conectado al caldero de burbujas se agitaba furiosamente. La explosión que se produjo sancó a varios gegas y, aún más grave, causó graves daños en la Tumpa-chumpa, que se vio obligada a cerrar

durante un día y medio para efectuar reparaciones.

Dirk, pese a la gravedad de sus quemaduras, salvó la vida y fue sentenciado a descender los Peldaños. Gran número de geggs acudieron a presenciar la ejecución. Los que estaban más atrás, quejándose de que no veían, empezaron a empujar para abrirse paso hasta adelante, con el trágico resultado de que numerosos geggs que estaban en el borde de la isla iniciaron imprevistos «descensos». Desde entonces, una orden del supervisor jefe prohibía la presencia de público en las ejecuciones.

En esta ocasión, el público no se perdió gran cosa. Limbeck estaba tan fascinado con los preparativos que se olvidó por completo de parecer martirizado y no dejó de molestar con una interminable retahíla de preguntas a los ofinistas que le ataban las manos al armazón de madera.

— ¿De qué está hecho este material? —se interesó, refiriéndose a la sustancia pegajosa—. ¿Cómo se mantiene sujeto al armazón? ¿Qué tamaño tienen las láminas del tejido que lo recubre? ¿Así de grandes salen? ¿De veras? ¿Por qué produce tejido la Tumpa-chumpa?

Finalmente, en interés de la protección a los inocentes, el ofinista jefe ordenó que Limbeck fuera amordazado. Así se hizo sin ceremonias, a las órdenes de un apurado supervisor jefe, quien no disfrutaba en absoluto con la ejecución debido al penetrante dolor de cabeza que le producía la corona.

Seis robustos ofinistas sujetaron la sección central del artefacto y la levantaron por encima de sus cabezas. A una señal del ofinista jefe, iniciaron un tambaleante descenso a la carrera por una rampa, en dirección al borde de la isla. De pronto, inesperadamente, una ráfaga de viento prendió el artilugio, lo arrancó de sus manos y lo levantó en el aire. El Plumas de Justiz cabeceó y se ladeó, dio tres círculos en picado y se estrelló contra el suelo.

— ¿Qué estáis haciendo? —Gritó el supervisor jefe—. ¿Qué estáis haciendo, maldita sea? —preguntó a su cuñado. Este, con aire molesto, corrió a enterarse.

—

Los ofinista desataron a Limbeck del artefacto destrozado y lo condujeron de vuelta a la plataforma de salida, mareado y escupiendo plumas de la boca. Mandaron traer otro Plumas de Justiz, mientras el supervisor jefe se impacientaba ante el retraso, y ataron de nuevo al condenado. Los seis portadores recibieron una severa arenga de su superior sobre la necesidad de sujetar con fuerza el armazón, y volvieron a partir.

El viento levantó las alas en el momento preciso y Limbeck surcó el cielo con elegancia. El cable se rompió con un chasquido. Los ofinistas, su superior y el supervisor jefe permanecieron en el borde de la isla, observando cómo el artilugio emplumado se deslizaba lentamente hacia el vacío y se perdía hacia abajo, planeando, con la misma lentitud.

Limbeck debió de haberse ingeniado de algún modo para quitarse la mordaza de la boca, pues Darral Estibador hubiera jurado que escuchó un último « ¿Por qué...? » desvaneciéndose en el corazón del Torbellino. Se quitó la corona de hierro de la cabeza, reprimiendo el impulso de arrojarla por el borde de la isla, y con un profundo suspiro de alivio emprendió el regreso a su casa del tanque de almacenamiento.

Limbeck se encontró flotando en las corrientes de aire que lo impulsaban en suaves círculos y volvió la cabeza para contemplar la isla de Drevlin desde abajo.

En muchos momentos disfrutó con la sensación de volar, girando ociosamente debajo de la superficie de la isla y contemplando las formaciones de coralita que, desde aquella perspectiva, resultaban únicas y muy distintas de cuando se observaban desde arriba. No llevaba puestas las gafas (las guardaba en un bolsillo de los calzones, envueltas en un pañuelo), pero una corriente ascendente lo había arrastrado hasta muy cerca de la parte inferior de la isla y ello le proporcionó una excelente vista.

El interior estaba taladrado por millones y millones de agujeros. Algunos eran enormes, y Limbeck habría podido penetrar volando en varios de ellos si hubiera sabido y podido pilotar las alas. Le sorprendió observar que de tales agujeros salían miles de burbujas que reventaban casi inmediatamente al entrar en contacto con el aire y advirtió, como un destello, que había tropezado con un notable descubrimiento.

«La coralita debe de producir algún gas más ligero que el aire y eso mantiene a flote la isla.» Su mente evocó la imagen que había visto en el Globo Ocular. «¿Por qué, entonces, unas islas flotan más arriba que otras? ¿Por qué la isla donde viven los welfos, por ejemplo, está más alta que la nuestra? Su isla debe de pesar menos, lógicamente. Sí, pero ¿por qué? ¡Ah, ya entiendo!» Limbeck no se dio cuenta, pero había empezado a descender a gran velocidad en una espiral que le habría causado vértigo de haberla advertido. «Depósitos minerales. Esto explicaría la diferencia de peso. En nuestra isla debe de haber más depósitos de minerales —hierro y demás— que en la de los welfos. Probablemente, por eso los directores montaron la Tumpa-chumpa aquí abajo, en lugar de más arriba. De todos modos, eso sigue sin explicar por qué la construyeron.»

Limbeck decidió tomar nota de esta última observación y descubrió, irritado, que tenía las manos atadas a alguna parte. Cuando volvió los ojos para ver qué sucedía, recordó la interesante —si bien desesperada— situación en que se hallaba. A su alrededor, el cielo estaba oscureciendo deprisa. Ya no veía nada de Drevlin. El viento era más fuerte y había adquirido un claro movimiento circular; el vuelo era considerablemente más agitado y errático. El aire lo zarandeó a un lado y

—

a otro, arriba y abajo, y dándole vueltas. Empezó a caer la lluvia y Limbeck hizo otra observación. Aunque no era tan trascendente como la primera, ésta tenía bastante más impacto.

La pasta que sujetaba las plumas al tejido se disolvió con el agua. Limbeck observó con creciente alarma cómo, una a una y luego a puñados, las plumas de tiero empezaban a desprenderse. El primer impulso de Limbeck fue liberarse las manos, aunque no tenía una idea muy precisa de qué haría cuando lo consiguiera. Dio un violento tirón con la muñeca derecha y el movimiento tuvo el efecto —un efecto realmente alarmante— de provocar que el artilugio volador quedara del revés en el aire. Cuando hubo pasado el primer momento de pánico paralizante y cuando se sintió bastante seguro de que no iba a vomitar, Limbeck advirtió que su situación había mejorado. El tejido, desprovisto ahora de casi todas las plumas, se había hinchado encima de él, aminorando la velocidad de descenso y, aunque el viento todavía lo zarandeaba bastante, la trayectoria era más estable y menos errática.

En la fecunda mente de Limbeck empezaban a tomar forma las leyes de la aerodinámica cuando vio ante él, apareciendo tras las nubes de tormenta a sus

pies, un bulto oscuro. Forzando la vista, se cercioró por fin de que el bulto era una de las islas de Terrel Fen. Mientras descendía entre las nubes le había parecido que caía muy despacio y le asombró comprobar que la isla parecía levantarse hacia él a una velocidad alarmante. En aquel instante, Limbeck descubrió simultáneamente dos importantes leyes: una, la teoría de la relatividad; la otra, la ley de la gravedad.

Por desgracia, ambas leyes fueron borradas de su mente por el impacto.

—

CAPITULO

EN ALGÚN LUGAR DEL CONGLOMERADO

DE ULYNDIA, REINO MEDIO

La mañana en que Limbeck se precipitaba planeando hacia Terrel Fen, Hugh y el príncipe volaban en plena noche a lomos del dragón sobre algún lugar del conglomerado de Ulyndia. El vuelo era frío y desagradable. Triano había señalado la dirección al dragón y Hugh no tenía otra cosa que hacer más que permanecer en la silla y pensar. Ni siquiera podía saber qué ruta seguían, pues los acompañaba una niebla mágica.

De vez en cuando, el dragón descendía por debajo de las nubes para orientarse y Hugh aprovechaba esos instantes para, estudiando el paisaje de coralita que discurría bajo sus pies con su ligera luminiscencia, tratar de hacerse alguna idea de dónde se hallaba o de dónde había estado. La única duda de Hugh era si sería víctima de alguna traición y tendría que gastar la mitad del dinero de la bolsa en averiguar el paradero oculto del rey Stephen, en el caso de que decidiera protestar personalmente ante él por el trato recibido. Sin embargo, de momento era inútil preocuparse por ello y pronto dejó de darle vueltas al asunto.

—Tengo hambre... —empezó a decir Bane, cuya aguda voz infantil hendió el silencio nocturno.

— ¡Cierra el pico! —replicó Hugh con brusquedad.

Escuchó un rápido jadeo y, al volverse, vio que el chiquillo tenía los ojos muy abiertos y brillantes, a punto de que le saltaran las lágrimas. Probablemente, nadie le había hablado en aquel tono en toda su vida.

—En el aire nocturno, cualquier sonido se oye desde muy lejos, Alteza —añadió *la Mano* con suavidad—. Si alguien nos viene siguiendo, es mejor que no le demos facilidades.

— ¿Nos siguen, pues? —Bane estaba pálido pero impertérrito y Hugh tuvo que reconocer que el chiquillo era valiente.

—Eso creo, Alteza. Pero no te preocupes.

El príncipe apretó los labios. Con timidez, pasó los brazos en torno a la cintura de Hugh.

—

—No te molesta, ¿verdad? —susurró.

Cuando los bracitos se apretaron en torno a él, Hugh notó un cuerpo caliente acurrucado contra el suyo. La cabecita del niño se apoyó ligeramente en su robusta espalda.

—No tengo miedo —añadió Bane con voz resuelta—. Es sólo que me siento

mejor cuando estás cerca.

Una sensación extraña embargó al asesino. Hugh se sintió de pronto vacío, siniestro y terriblemente malvado. Apretó los dientes, combatiendo el impulso de desasirse del abrazo del chiquillo, y se concentró en el peligro inmediato que los acechaba.

Tenía la certeza de que alguien los seguía. Y, fuera quien fuese, era muy hábil haciéndolo. Se volvió sobre la silla y escrutó el cielo con la esperanza de que su perseguidor, temiendo perderlos de vista, cometiera un descuido y se dejara ver. Sin embargo, no descubrió nada. Ni siquiera habría podido explicar por qué estaba tan seguro de que tenían compañía. Era una picazón en la nuca, una reacción maquinal a un sonido, un olor, algo entrevisto por el rabillo del ojo. Tomó la advertencia con calma y un solo pensamiento: ¿quién los seguía, y por qué? Triano. Cabía esa posibilidad, por supuesto, pero Hugh la descartó. El mago conocía su destino mejor que ellos mismos, aunque tal vez los seguía para asegurarse de que *la Mano* no intentaba confundir al dragón y escapar con él. Pero tal cosa habría sido una solemne tontería. Hugh no era ningún hechicero y se abstendría de entrometerse en un conjuro, en especial si tenía que ver con un dragón. Hechizados, los dragones eran obedientes y tratables. Roto el encantamiento, los animales recobraban su inteligencia y su voluntad, con lo que se volvían totalmente caprichosos e imprevisibles. Podían seguir sirviéndolo a uno, pero también podían decidir convertirlo en su cena.

Y, si no era Triano, ¿de quién podía tratarse?

Algún partidario de la reina, sin duda. Hugh maldijo en silencio al mago y al rey. Aquel par de estúpidos chapuceros habían permitido que se conocieran sus planes y ahora, sin duda, Hugh tenía que enfrentarse a algún noble que trataba de rescatar al niño. *La Mano* tendría que librarse de tal molestia, lo que significaba tender una trampa, rebanar una garganta y esconder un cuerpo. Lo más probable era que el niño acabaría viendo al hombre y lo reconocería como un amigo. Ello despertaría sus suspicacias y Hugh tendría que convencerlo de que el amigo era un enemigo y de que su auténtico enemigo era su verdadero amigo. Iba a ser una buena complicación, ¡y todo por una indiscreción de Triano y su rey, abrumado por los remordimientos!

Bueno, pensó con ánimo sombrío, ya se lo cobraría.

Sin ninguna indicación de Hugh, el dragón empezó a descender en espiral y *la Mano* intuyó que habían llegado a su destino. La nube mágica desapareció y Hugh observó un bosque de árboles en sombras contra el resplandor azulado de la coralita, seguido de una gran zona despejada y de las formas de perfiles rectos y definidos que no se encontraban nunca en la naturaleza, sino que eran obra de la mano del hombre.

Era una pequeña aldea, abrigada en un valle de coralita y rodeada de tupidos bosques. Hugh conocía muchos lugares como aquél, cuyos habitantes utilizaban los árboles y las montañas para ocultarse de las incursiones de los elfos.

—

A cambio, pagaban el precio de estar alejados de las principales rutas aéreas pero, cuando se trataba de escoger entre una buena vida y asegurar la supervivencia, había quienes se decidían gustosamente por la pobreza. Hugh conocía el valor de una vida humana y, contraponiéndolo al disfrute de los goces y comodidades, consideraba unos estúpidos a quienes renunciaban a

éstos.

El dragón sobrevoló en círculo la aldea dormida. Hugh divisó un claro en el bosque y guió al animal hasta posarse con suavidad. Mientras descargaba el equipaje de lomos del dragón, se preguntó dónde habría tomado tierra su perseguidor. Pero no perdió mucho tiempo dando vueltas al asunto, pues ya había preparado su celada. Sólo necesitaba un cebo.

El dragón los dejó apenas terminaron de descargar. Remontando el vuelo, desapareció sobre las copas de los árboles. Calmosamente, tomándose su tiempo, Hugh se cargó el equipaje a la espalda. Hizo un gesto al príncipe para que lo siguiera y empezó a dirigirse hacia la espesura cuando notó que Bane le tiraba de la manga.

— ¿Qué sucede, Alteza?

— ¿Ya podemos hablar en voz alta? —dijo el chico, con los ojos muy abiertos. Hugh asintió.

—Puedo llevar mis cosas —afirmó Bane—. Soy más fuerte de lo que parece. Dice mi padre que cuando crezca seré alto y fuerte como él.

¿De verdad había dicho Stephen tal cosa? ¿A un niño del que sabía que nunca iba a llegar a hombre? Si hubiese tenido a aquel maldito delante de él, Hugh le habría retorcido con gusto el pescuezo.

Sin una palabra, entregó su mochila al príncipe. Llegaron a la linde del bosque y se internaron en las densas sombras bajo los árboles.

Pronto quedaron fuera del alcance de cualquier ojo u oído, y sus pies avanzaron sin el menor ruido por la gruesa alfombra de finos cristales como arenas.

La Mano notó otro tirón en la manga.

—Maese Hugh —dijo Bane, señalando algo—, ¿quién es ése?

Sobresaltado, *la Mano* miró a un lado y a otro.

—No hay nadie, Alteza.

—Sí, ahí está —insistió el chiquillo—. ¿No lo ves? Es un monje kir.

Hugh se detuvo y miró fijamente al niño.

—Es normal que no lo veas —añadió entonces Bane, moviendo la mochila para colocársela mejor entre sus hombros poco desarrollados—. Suelo percibir muchas cosas que los demás no pueden captar, pero nunca había visto a nadie acompañado por la presencia de un monje kir. ¿Por qué viene contigo?

—Déjame llevar eso, Alteza. —Hugh tomó la mochila del príncipe y echó a andar de nuevo, empujando al chiquillo con mano firme para que abriera la marcha.

¡Maldito Triano!, se dijo. Al condenado mago debía de habérsele escapado algo más. El chiquillo debía de haberlo captado y ahora se le había desbocado la imaginación. Incluso era posible que hubiera adivinado la verdad. Bien, de momento no podía hacer nada al respecto. Sencillamente, aquello complicaba considerablemente su trabajo... y, por tanto, encarecía el precio en la misma proporción.

EN EL LABERINTO vol. —

. La escasez de agua en el Reino Medio hace que gran parte de la empleada se extraiga de los vegetales. Los cultivadores de agua se ocupan de cuidar tales plantas acuíferas; los recolectores de agua son los encargados de extraer el líquido. (N. del a.)

Pasaron el resto de la noche en el cobertizo de un recolector de agua.

Empezaba a clarear; Hugh advirtió en el firmamento el leve resplandor que presagiaba el amanecer. Los bordes de los Señores de la Noche despedían un intenso brillo encarnado. Ahora podría determinar la dirección en la que se movían y orientarse un poco, por lo menos. Antes de abandonar el monasterio había inspeccionado el contenido de su mochila y se había asegurado de que contuviera todo el instrumental de navegación necesario, pues el suyo le había sido confiscado en la prisión de Yreni. Sacó del morral un librito encuadernado en cuero y una vara de plata con una esfera de cuarzo en la parte superior. En el otro extremo, la vara tenía un clavo largo que Hugh hundió en el suelo.

Todos los sextantes como aquél eran creaciones de los elfos, pues los humanos no poseían ningún artilugio mágico. La vara estaba prácticamente nueva y Hugh supuso que era un trofeo de guerra. Dio un golpecito en el objeto con la yema de un dedo y la esfera se elevó en el aire para sorpresa y placer de Bane, que observaba la escena con ojos fascinados.

— ¿Qué haces? —preguntó.

—Mira a través de ella —le sugirió Hugh. Con cierta vacilación, el príncipe situó los ojos a la altura de la esfera.

—Sólo veo un puñado de números —dijo entonces, decepcionado.

—Es lo que debe verse.

Hugh tomó nota mental de la primera cifra, hizo girar un anillo situado en el extremo inferior de la vara, apuntó la segunda cifra y, por último, una tercera. Después, empezó a pasar las páginas del librito.

— ¿Qué buscas? —Bane se puso en cuclillas, tratando de mirar por encima del hombro de Hugh.

—Esos números que has visto son las posiciones de los Señores de la Noche, las cinco Damas de la Noche y Solarus; indican las posiciones relativas entre ellos. Busco las cifras en este libro, las ajusto al momento del año, que me dice dónde se encuentran las islas en este preciso instante, y así puedo averiguar dónde nos encontramos, con un margen de pocos menkas.

— ¡Qué escritura más rara! —Bane ladeó la cabeza casi boca abajo para observarla. — ¿Qué letras son éstas?

—Es la escritura de los elfos. Fueron sus navegantes quienes hicieron todos esos cálculos y crearon el aparato mágico que realiza las mediciones.

El príncipe frunció el entrecejo.

— ¿Por qué no has usado algo semejante mientras volábamos a lomos del dragón?

—Porque los dragones saben instintivamente adonde se dirigen. Nadie ha averiguado cómo lo hacen, pero utilizan todos sus sentidos para guiarse: vista, oído, olfato, tacto... y posiblemente algunos otros que nosotros ni siquiera sabemos que posean. La magia de los elfos, en cambio, no ha funcionado nunca con los dragones y por eso tuvieron que construir naves dragón e inventar aparatos como éste para saber dónde se encontraban. Ésta es la razón de que los elfos nos consideren unos bárbaros —añadió Hugh con una sonrisa.

—Muy bien, ¿dónde estamos, pues? ¿Lo sabes?

—Lo sé —respondió Hugh—. Y ahora, Alteza, es hora de echar un sueñecito.

EN EL LABERINTO vol. —

. Contracurso, procurso, kiracurso, y kanacurso son términos utilizados en la isla para indicar direcciones. «Curso» se refiere al curso medio del Conglomerado, o trayectoria que sigue un conglomerado en su órbita a través del aire. Avanzar procurso es viajar en la misma dirección; «contracurso» indica la dirección opuesta. Kiracurso y kanacurso hacen referencia a movimientos en ángulo recto respecto a la

trayectoria del conglomerado. (N. del a.)

Se encontraban en Exilio de Pitrin, probablemente a unos menkas a contracurso de Winsher. Hugh se sintió más relajado cuando tuvo el dato en su poder. Le había resultado muy inquietante no poder distinguir, por decirlo así, los pies de la cabeza. Ahora lo sabía y podía descansar. No habría luz completa hasta pasadas otras tres horas.

Frotándose los ojos, bostezando y estirándose como quien ha viajado mucho y tiene los huesos molidos, Hugh condujo al príncipe al interior del cobertizo; andaba con los hombros hundidos y arrastrando los pies. Con aire medio adormilado, dio un empujón a la puerta para cerrarla. La plancha no ajustó del todo pero el asesino estaba, al parecer, demasiado cansado para advertirlo.

Bane sacó una manta de la mochila, la extendió y se acostó. Hugh hizo lo mismo y cerró los ojos. Cuando oyó que la respiración del niño adoptaba una cadencia lenta y constante, se incorporó con un movimiento rápido y felino y se deslizó con rapidez por el interior de la estancia sin hacer el menor ruido.

El príncipe ya estaba profundamente dormido. Hugh lo observó con detenimiento, pero el chiquillo no parecía estar fingiendo y dormía hecho un ovillo sobre la manta. El aire frío de la madrugada podía helarlo y Hugh, sacando otra manta de su macuto, se la echó por encima a Bane. Después, continuó avanzando hasta el otro extremo del cobertizo, junto a la puerta.

Se quitó las botas de caña alta y las dejó en el suelo, colocándolas cuidadosamente de costado, una encima de la otra. Acercó a rastras el macuto y lo situó justo a continuación de las botas. Quitándose la capa, hizo una bola con ella y la colocó a continuación del macuto. Por último, extendió una manta sobre el macuto y la capa, dejando a la vista las suelas de las botas. Si alguien miraba a hurtadillas por la rendija de la puerta, vería los pies de un hombre envuelto en una manta y profundamente dormido.

Satisfecho, Hugh sacó el puñal de la bota y se sentó en cuclillas en un rincón en sombra del invernadero. Con los ojos fijos en la puerta, *la Mano* aguardó.

Transcurrió media hora. Su perseguidor le estaba dando mucho tiempo para que se durmiera, mientras Hugh continuaba su paciente vigilia. Ya no podía tardar mucho, pues había amanecido y el sol brillaba en el cielo.

El desconocido debía de temer que despertaran y reemprendieran la marcha.

El asesino observó la fina línea de luz grisácea que penetraba por la puerta, parcialmente ajustada. Cuando la línea se hizo más ancha, la mano de Hugh se cerró con más fuerza en torno a la empuñadura del arma.

Lenta y silenciosamente, la puerta se abrió y asomó por ella una cabeza. El individuo estudió con detenimiento la presunta figura de Hugh dormida bajo la manta y luego observó con la misma atención al muchacho. Hugh contuvo el aliento. Apparently satisfecho, el hombre entró en el cobertizo.

Hugh había calculado que el hombre estaría armado y atacaría de inmediato al muñeco que ocupaba su lugar; por eso le desconcertó comprobar que el hombre no empuñaba ninguna arma y que pasaba de largo junto al engaño para acercarse con pasos silenciosos al muchacho. «Así pues», pensó, «se trata de un rescate.» Se incorporó de un salto, pasó un brazo en torno al cuello del desconocido y le puso el puñal en la garganta.

—

— ¿Quién te envía? ¡Dime la verdad y te recompensaré con una muerte rápida!

El cuerpo que Hugh acababa de sujetar se relajó y *la Mano* comprobó, con asombro, que el individuo se había desmayado.

—

CAPÍTULO

EXILIO DE PITRIN, ISLAS VOLKARAN, REINO MEDIO

—No es precisamente el tipo de hombre que yo enviaría con la misión de rescatar a mi hijo de las manos de un asesino —murmuró Hugh, tendiendo en el suelo del cobertizo al exánime desconocido—. Aunque podría ser que la reina tuviera problemas para encontrar caballeros osados, en estos tiempos. A menos que esté fingiendo...

El hombre tenía una edad indeterminada y un rostro macilento, cargado de ansiedad. Lucía una coronilla calva y de sus sienes colgaban unos mechones de cabellos grises que formaban una orla en torno a ella, pero su piel era fina y las arrugas en las comisuras de los labios eran producto de la preocupación, no de la edad. Alto y delgaducho, parecía ensamblado por alguien que se hubiera quedado sin las piezas adecuadas y se hubiera visto obligado a sustituirlas por las primeras que había encontrado. Las manos y los pies eran demasiado grandes; la cabeza, de facciones delicadas y sensibles, parecía demasiado pequeña.

Arrodillándose junto al hombre, Hugh le cogió un dedo y lo dobló hacia atrás hasta que la uña casi le tocaba la muñeca. El dolor era insoportable y cualquier persona que fingiera estar inconsciente se traicionaría inexorablemente, pero el tipo ni siquiera se movió.

Hugh le dio un sonoro bofetón en la mejilla para despenarlo y se disponía a añadir otro cuando oyó al príncipe acudir a su lado. — ¿Es ése el que nos seguía?

—Bane, pegado a Hugh, miró con curiosidad al hombre—. ¡Pero si es Alfred! —exclamó. Agarró las solapas de la capa del hombre, le alzó la cabeza y lo sacudió—. ¡Alfred! ¡Despierta! ¡Despierta!

La cabeza del hombre golpeó el suelo con un ruido sordo.

El príncipe lo sacudió de nuevo. La cabeza volvió a dar en el suelo y Hugh, relajándose, se retiró un poco y observó la escena.

—

— ¡Ay, ay, ay! —gimió Alfred cada vez que su cabeza tocaba el suelo. Abrió los ojos, dirigió una mirada borrosa al príncipe e hizo un débil esfuerzo por apartar de su capa las pequeñas manos de éste.

—Por favor..., Alteza. Ya estoy despierto... ¡Oh! Gracias, Alteza, pero no es neces...

— ¡Alfred! —El príncipe le echó los brazos al cuello y lo abrazó con tal fuerza que estuvo a punto de asfixiarlo—. ¡Pensábamos que eras un asesino! ¿Has venido para viajar con nosotros?

Alfred se incorporó hasta quedar sentado y dedicó una mirada nerviosa a Hugh (y, en particular, a su daga).

—Tal vez no sea muy factible acompañaros, Alt...

— ¿Quién eres? —lo interrumpió Hugh.

El hombre se frotó la cabeza y respondió humildemente:

—Señor, mi nombre es...

— ¡Es Alfred! —lo cortó Bane, como si eso lo explicara todo. Al advertir que no era así por la torva expresión de Hugh, el chiquillo añadió—: Está a cargo de todos mis criados y escoge a mis tutores, y se asegura de que el agua del baño no esté demasiado caliente...

—Me llamo Alfred Montbank, señor —dijo el hombre.

— ¿Eres criado de Bane?

—El término correcto es «chambelán», señor —lo corrigió Alfred, sonrojándose—. Y ese al que te refieres de manera tan irrespetuosa es tu príncipe, recuérdalo.

— ¡Oh!, no te preocupes por eso, Alfred —lo tranquilizó Bane, sentándose sobre los talones. Sus dedos jugaron con el amuleto de la pluma que llevaba en torno al cuello—. Le he dicho a maese Hugh que podía apearne el tratamiento, ya que viajamos juntos. Es mucho más fácil que estar diciendo «Alteza» todo el tiempo.

—Tú eres el que venía siguiéndonos —lo acusó Hugh.

—Tengo el deber de estar siempre con Su Alteza, señor.

Hugh frunció sus negras cejas.

—Es evidente que alguien no creyó que debía ser así.

—Me dejaron atrás por error. —Alfred bajó los ojos y clavó la mirada en el suelo del cobertizo—. Su Majestad, el rey, escapó con tantas prisas que, sin duda, se olvidó de mí.

—Y por esto lo seguiste..., a él y al muchacho.

—Sí, señor. Por poco llego demasiado tarde. Tuve que recoger algunas cosas que sabía que el príncipe iba a necesitar y que Triano había olvidado. Luego tuve que ensillar personalmente mi dragón y, por último, tuve una discusión con los guardianes de palacio, que no querían dejarme salir. Cuando crucé las puertas, el rey y Triano, con el príncipe, habían desaparecido. Por un momento, no supe qué hacer, pero el dragón parecía tener cierta idea de adonde quería ir y...

—Debió de seguir a sus compañeros de establo. Continúa.

—Los encontramos. Es decir, el dragón los encontró. Pero no quise cometer la osadía de presentarme de improviso ante ellos y me mantuve a cierta distancia. Al fin, nos posamos en ese lugar horrible...

—El monasterio kir.

—Sí, yo...

— ¿Podrías volver allí si quisieras?

—

Hugh hizo la pregunta despreocupadamente, como por curiosidad, y Alfred respondió sin imaginar en absoluto que su vida estaba en juego.

—Vaya... Sí, señor, creo que podría. Tengo buen conocimiento del territorio, en especial de la zona que rodea al castillo. ¿Por qué lo preguntas? —añadió, alzando la vista y mirando a los ojos de Hugh.

La Mano procedía a guardar de nuevo la daga en la bota.

—Porque ese sitio con el que tropezaste por casualidad es el escondite secreto de Stephen. Los centinelas le dirán que lo seguiste y el rey sabrá que lo

encontraste; tu desaparición concuerda con ello. Yo no apostaría una gota de agua por tus posibilidades de llegar a viejo, si vuelves a la corte.

— ¡Sartán piadoso! —Alfred tenía el rostro del color de la arcilla; era como si llevara una máscara de limo—. ¡No lo sabía! ¡Lo juro, noble señor! —alargó la mano y asió la de Hugh con gesto suplicante—. Olvidaré el camino, lo prometo...

—No quiero que lo olvides. ¿Quién sabe?, algún día podría ser útil conocerlo.

—Sí, señor... —dijo Alfred, titubeante.

—Este es maese Hugh —Bane terminó las presentaciones—. Tiene un monje negro que camina con él, Alfred.

Hugh miró al chiquillo en silencio. La expresión de su rostro, como una máscara de piedra, no mostró más cambio que, tal vez, una ligera vibración en sus ojos negros.

Alfred, ruborizado, alargó la mano y acarició los cabellos dorados de Bane.

— ¿Qué os he enseñado, Alteza? —Murmuró el chambelán, regañándolo con suavidad—. Ir contando los secretos de la gente no está bien. —Dirigió una mirada de disculpa a Hugh y le murmuró—: Debes ser comprensivo, maese Hugh. Su Alteza posee el don de la clarividencia pero aún no ha aprendido del todo a utilizarlo.

Hugh soltó un bufido, se puso en pie y empezó a guardar su manta.

—Por favor, permíteme.

Alfred se incorporó de un salto, con intención de quitarle la manta de las manos. Uno de los enormes pies del chambelán le obedeció, pero el otro pareció creer que había recibido otra orden distinta y giró en dirección opuesta. Alfred trastabilló, se tambaleó y habría caído de cabeza sobre Hugh si éste no lo hubiera agarrado del brazo y lo hubiera sostenido en pie.

—Gracias, señor. Me temo que soy muy torpe. Bueno, ya está. Ya puedo hacer eso.

Alfred empezó a luchar con la manta, que de pronto parecía haber adquirido vida propia, cargada de mala intención. Las esquinas se le escapaban de los dedos. Doblaban una punta y la otra se le desdoblaba. Arrugas y bultos aparecían en los lugares más impensables. Durante el forcejeo, resultó difícil decir quién terminaría ganando.

—Lo que dice Su Alteza es verdad, señor —continuó Alfred mientras seguía su furiosa pugna con el pedazo de tela—. El pasado, y en especial la gente que ha influido en nuestras vidas, se adhiere a nosotros. Su Alteza tiene el don de visualizarlo. Hugh avanzó un paso, inmovilizó la manta y rescató a Alfred, que volvió a sentarse entre jadeos, secándose el sudor de su alta y abovedada frente.

—Apuesto a que el muchacho también podría leerme el futuro en los posos del vino —murmuró Hugh en voz baja, de modo que el príncipe no pudiera oírlo—. ¿De dónde habrá sacado esa capacidad? Sólo los brujos engendran brujos. Tal vez Stephen no sea su verdadero padre...

—

Hugh había lanzado este dardo verbal al azar, sin esperanzas de clavarlo en ningún sitio. En cambio, la flecha encontró una diana y se hundió en ella muy profundamente, a juzgar por las apariencias. El rostro de Alfred adquirió un enfermizo tono verdoso, el blanco de sus ojos destacó claramente en torno a los iris grises y sus labios se movieron sin pronunciar sonido alguno. Anonadado y mudo, el chambelán contempló a Hugh.

Aquello empezaba a cobrar sentido, se dijo *la Mano*. Al menos, explicaba el

extraño nombre del chiquillo. Dirigió una mirada a Bane, que estaba rebuscando en el macuto de Alfred.

— ¿Me has traído los dulces? ¡Sí! —Con gesto triunfal, sacó los caramelos—. Sabía que no te olvidarías.

—Recoge las cosas, Alteza —ordenó Hugh, echándose la capa sobre los hombros y cargando con su mochila.

—Yo me encargo de eso, Alteza —intervino Alfred en tono de alivio, contento de tener algo con que ocupar la cabeza y las manos y poder evitar la mirada de Hugh. De los tres pasos que dio en el cobertizo, sólo falló uno; eso bastó para que cayera de rodillas, posición que, de todos modos, hubiera tenido que adoptar. Con gran coraje y determinación, se dispuso a entablar batalla de nuevo con la manta del príncipe.

—Alfred —dijo Hugh—, mientras nos seguías has podido ver las tierras que sobrevolamos. ¿Sabes dónde estamos ahora?

—Sí, maese Hugh. —El chambelán, sudoroso bajo el aire helado, no se atrevió a levantar la vista para evitar que la manta lo pillara desprevenido—. Creo que esta aldea se llama Watershed.

—Watershed —repitió *la Mano*—. No te alejes, Alteza —añadió al advertir que el príncipe se disponía a cruzar la puerta. Bane se volvió a mirarlo.

—Sólo quiero echar un vistazo ahí fuera. No me alejaré y tendré cuidado. El chambelán había renunciado a intentar doblar la manta y, finalmente, la introdujo en el macuto por la fuerza. Cuando el muchacho hubo desaparecido tras la puerta, Alfred se volvió hacia Hugh.

—Me permitirás que os acompañe, ¿verdad, señor? Te juro que no daré ningún problema.

Hugh lo miró detenidamente.

—Te das cuenta de que no podrás volver nunca al palacio, ¿verdad?

—Sí, señor. He quemado mis naves, como reza el dicho.

—No sólo las has quemado. Has cortado las amarras y las has dejado a la deriva.

Alfred se pasó una mano temblorosa por la calva de la coronilla y bajó la mirada hacia el suelo.

—Te llevo con nosotros para que cuides del muchacho. Supongo que comprendes que tampoco él debe volver nunca a palacio. Soy muy ducho en seguir pistas y sería mi deber detenerte antes de que cometieras alguna tontería, como intentar escapar con él.

—Sí, señor. Lo comprendo muy bien. —Alfred volvió a mirar a los ojos a Hugh—. ¿Sabes, maese Hugh?, yo conozco la razón de que el rey te contratara. Hugh echó un vistazo al exterior. Bane se dedicaba a arrojar piedras contra un tronco. Tenía los brazos delgaduchos y su estilo de lanzar era torpe. La mayoría de los proyectiles se quedaba corta y no alcanzaba el blanco, pero el pequeño continuaba insistiendo con paciencia y optimismo.

—

— ¿Estás al corriente de los planes contra la vida del príncipe? —inquirió Hugh como quien no quiere la cosa mientras, debajo de la capa, su mano se movía hasta la empuñadura de la espada.

—Conozco la razón— repitió Alfred—. Por eso estoy aquí. No me entrometeré, señor, te lo prometo.

Hugh estaba desconcertado. Precisamente cuando pensaba que la madeja estaba desenredada, se liaba todavía más. Aquel hombre afirmaba conocer la razón... ¡y lo decía como si se refiriera a la *auténtica* razón! El asesino pensó: «Este hombre conoce la verdad acerca del muchacho, sea la que sea. ¿Habrá venido a ayudar o a estorbar? ¿A ayudar?» Tal posibilidad casi daba risa. Aquel chambelán no era capaz ni de vestirse sin ayuda pero, por otro lado, Hugh tenía que reconocer que había realizado una excelente labor siguiéndoles el rastro, asunto nada fácil en una noche cerrada que contribuía a hacer más oscura la densa niebla mágica. Y, en el monasterio kir, había sabido ocultar a los seis sentidos de un brujo no sólo su propia presencia, sino también la de su dragón.

No había duda de que aquel Alfred era un criado, pues era evidente que el príncipe lo conocía y lo trataba como tal, pero ¿a quién servía? *La Mano* lo ignoraba y estaba dispuesto a descubrirlo. Hasta entonces, tanto si era el tonto que parecía como si se trataba de un astuto mentiroso, Alfred le resultaría de utilidad, sobre todo para encargarse de atender a Su Alteza.

—Está bien, pongámonos en marcha. Daremos un rodeo en torno a la aldea y tomaremos la carretera a unos ocho kilómetros de las casas. No es probable que nadie de por aquí conozca de vista al príncipe, pero así nos ahorraremos posibles preguntas. ¿Tiene el príncipe alguna capucha? Si la tiene, pónsela. Y que no se la quite. —Contempló con desagrado la refinada indumentaria de Alfred, su casaca de satén, sus calzones hasta las rodillas, sus cintas y lazos y sus medias de seda—. Apestas a cortesano a una legua de distancia, pero de momento no podemos hacer nada al respecto. Lo más probable es que te tomen por un charlatán de feria. A la primera ocasión que se presente, negociaremos con algún campesino un cambio de ropas.

—Sí, maese Hugh —murmuró Alfred.

Hugh salió al exterior.

—Nos vamos, Alteza —anunció.

Bane se apresuró a volver dando saltos de alegría y se agarró a la mano de Hugh.

—Ya estoy preparado. ¿Nos detendremos a desayunar en alguna posada? Mi madre ha dicho que podíamos. Hasta ahora, nunca me habían permitido comer en uno de esos sitios...

Lo interrumpieron un golpe y un gemido ahogado a sus espaldas: Alfred había tropezado con la puerta.

Hugh se desasíó de la mano del príncipe. El contacto con sus suaves dedos le resultaba casi físicamente doloroso.

—Me temo que no, Alteza. Quiero alejarme de la aldea mientras aún es temprano, antes de que los vecinos se levanten y empiecen a trabajar.

Bane puso una mueca de decepción.

—No sería prudente, Alteza —asintió Alfred, asomando por la puerta. Un gran chichón empezaba a formarse en su frente reluciente—. En especial si alguien trama..., hum..., causaros daño.

—

Mientras pronunciaba estas palabras, Alfred miró a Hugh y éste volvió a interrogarse acerca del chambelán.

—Supongo que tienes razón —dijo el príncipe con un suspiro, habituado a las servidumbres de la fama.

—Pero haremos una comida campestre bajo un árbol —añadió el chambelán.
— ¿Y comeremos sentados en el suelo? —Bane alegró el ánimo, pero pronto decayó de nuevo—. ¡Ah, me olvidaba! Mi madre no me permite nunca sentarme en el suelo. Dice que puedo pillar un resfriado o ensuciarme la ropa.
—No creo que esta vez le importe —afirmó Alfred con seriedad.
—Si estás seguro... —El príncipe ladeó la cabeza y clavó los ojos en Alfred.
—Lo estoy.
— ¡Hurra!

Bane se adelantó a la carrera, saltando alegremente cuesta abajo. Alfred corrió tras él, portando la mochila del príncipe. «Habría ido más deprisa», pensó Hugh, «si hubiera podido convencer a sus pies para que se desplazaran en la misma dirección que el resto de su cuerpo.»

La Mano ocupó la retaguardia del grupo con la mano en la espada, manteniendo a sus dos compañeros de viaje bajo una atenta vigilancia. Si Alfred hacía el menor ademán de inclinarse hacia Bane y cuchichearle algo al oído, ese cuchicheo sería su último suspiro.

Cubrieron un kilómetro y medio. Alfred parecía completamente ocupado en la tarea de mantenerse sobre sus pies y Hugh, acompañándose al ritmo fácil y relajado del camino, dejó que su ojo interior se encargara de mantener la vigilancia. Libre, su mente divagó y el asesino se encontró contemplando, superpuesta al cuerpo del príncipe, la figura de otro muchacho que avanzaba por una carretera, aunque éste sin muestras de alegría. El muchacho caminaba con un ademán de desafío; todo su cuerpo llevaba las marcas de los castigos recibidos por tal actitud. A su lado caminaban unos monjes negros.

—... Vamos, muchacho. El señor abad quiere verte.

Hacía frío en el monasterio kir. Al otro lado de la muralla, el mundo sudaba y se sofocaba bajo el calor estival. Dentro, el frío de la muerte rondaba los sombríos pasadizos y se enseñoreaba de las sombras.

El muchacho, que ya no lo era sino que se hallaba en el umbral de la edad adulta, dejó su tarea y siguió al monje por los pasillos silenciosos. Los elfos habían hecho una incursión en una aldea cercana. Había muchos muertos y la mayoría de los hermanos habían acudido a quemar los cuerpos y rendir respeto a aquellos que habían escapado de la prisión de la carne.

Hugh debería haber ido con ellos. La tarea encomendada a él y a los demás muchachos era buscar el carcrystal y construir las piras. Los hermanos sacaban los cuerpos, arreglaban sus posturas, les cerraban los ojos y los colocaban sobre los haces de ramas empapados en petróleo. Los monjes no dirigían una sola palabra a los vivos. Reservaban sus voces para los muertos y el murmullo de su cántico resonaba por las calles. Aquel cántico se había convertido en una música que cualquier habitante de Ulyandia y las Volkaran temía escuchar.

Parte de los monjes entonaba la letra:

*...el nacimiento de cada nuevo niño,
morimos en nuestros corazones,
negra verdad, la que nos es revelada,*

—

la muerte siempre regresa...

Los demás monjes entonaban una y otra vez una sola palabra: «con».

Insertando el «con» tras la palabra «regresa», completaban un ciclo de la lúgubre

canción.

Hugh había acompañado a los monjes desde que tenía seis ciclos de edad, pero esta vez le habían ordenado quedarse en el monasterio y completar sus tareas matutinas. El muchacho obedeció sin hacer preguntas; obrar de otro modo habría sido una invitación a recibir una paliza, administrada sin malicia y de modo impersonal por el bien de su alma. A menudo había rezado en silencio para que lo dejaran en el monasterio cuando los demás salían a una de sus lúgubres misiones, pero esta vez había rezado para que lo llevaran con ellos.

Las puertas se cerraron con un siniestro trueno ahogado; el vacío envolvió su corazón como un manto. Hugh llevaba una semana proyectando la huida. No había hablado de ello con nadie, pues el único amigo que había tenido durante su estancia en el monasterio había muerto y Hugh había cuidado de no hacer amistad con nadie más. Pese a ello, tenía la inquietante impresión de llevar grabadas en la frente sus secretas intenciones, pues le parecía que todos los que lo miraban lo hacían con mucho más interés del que habían demostrado nunca por él.

En esta ocasión le habían ordenado quedarse cuando los demás hermanos emprendían su misión. Y ahora lo llamaban a presencia del señor abad, un hombre al que sólo había visto en las ceremonias, al que no había dirigido nunca la palabra y que nunca hasta entonces lo había llamado a su presencia.

Cuando entró en la cámara de piedra que rehuía la luz del sol como si ésta fuera algo frívolo y pasajero, Hugh aguardó, con la paciencia que le había sido inculcada a golpes desde la infancia, a que el hombre sentado tras el escritorio advirtiera no sólo su presencia, sino su propia existencia. Mientras esperaba, el miedo y el nerviosismo en el que llevaba viviendo una semana se helaron, se secaron y se disiparon. Era como si la fría atmósfera de la estancia hubiera entumecido en su corazón cualquier emoción o sentimiento humanos. De pronto, allí plantado en mitad de la estancia, supo que nunca más sentiría amor, pena ni compasión. A partir de aquel instante, nunca más conocería el miedo.

El abad alzó la cabeza y sus ojos oscuros escrutaron el alma de Hugh.

—Te acogimos entre nosotros cuando tenías seis ciclos de edad y veo en los registros que ya han transcurrido diez ciclos desde entonces. —El abad no se dirigió a él por su nombre. Sin duda, ni siquiera lo conocía—. Ya tienes, pues, dieciséis ciclos. Es hora de que inicies la preparación para tomar los votos e ingresar en la hermandad.

Tomado por sorpresa y demasiado orgulloso para mentir, Hugh no respondió nada. Su silencio, sin embargo, resultó muy elocuente.

—Siempre has sido rebelde, pero eres un buen trabajador y nunca te quejas. Aceptas el castigo sin protestas y puedo advertir claramente que has adoptado nuestros preceptos. ¿Por qué, entonces, quieres dejarnos?

Hugh, que se había hecho esa misma pregunta a menudo durante las noches oscuras en vela, tenía preparada la respuesta.

—No quiero servir a ningún hombre.

El rostro del abad, severo y amenazante como los muros de piedra que lo rodeaban, no mostró sorpresa ni cólera.

—

—Eres uno de nosotros, te guste o no —dijo—. Donde quiera que vayas, aunque no estés al servicio de nuestra hermandad, lo estarás al de nuestra

vocación. La muerte siempre será tu dueña.

Hugh fue despedido de la presencia del abad. El dolor de la paliza que siguió a la entrevista no dejó mella en la coraza de hielo del alma del muchacho. Esa noche, Hugh llevó a cabo sus planes. Colándose en la cámara donde los monjes guardaban sus registros, encontró un libro con información sobre los niños huérfanos que los monjes habían adoptado. A la luz de una vela que había hurtado, Hugh buscó su nombre hasta descubrirlo.

«Hugh Blackthorn. Madre: Lucy, apellido desconocido. Padre: según las últimas palabras de la madre antes de morir, el padre del niño es el noble sir Perceval Blackthorn, de la mansión Blackthorn Hall, en Djern: Hereva.» Una anotación posterior, fechada una semana más tarde, añadía «Sir Perceval se niega a reconocer al niño y nos invita a "hacer lo que queramos con el bastardo"». Hugh arrancó la hoja del libro encuadernado en cuero, devolvió el volumen a su sitio, apagó la vela y se escabulló en la oscuridad de la noche. Volviendo la vista a los muros cuyas lúgubres sombras habían apagado hacía mucho tiempo cualquier asomo de calor o de felicidad que hubiera conocido en la infancia, Hugh refutó en silencio las palabras del abad.

—Seré yo el dueño de la muerte.

—

CAPITULO

PELDAÑOS DE TERREL FEN, REINO INFERIOR

Limbeck recobró el conocimiento y descubrió que su situación había mejorado, pasando de desesperada a peligrosa. Por supuesto, dado su estado de confusión, le llevó un tiempo considerable recordar cuál era, exactamente, dicha situación. Tras meditar profundamente al respecto, llegó a la conclusión de que *no* estaba colgando por las muñecas de los barrotes de la cama. Se movió enérgicamente y notó un intenso dolor en la cabeza que lo hizo gemir. Miró a su alrededor en la penumbra de la tormenta y vio que había caído en una zanja gigantesca, excavada sin duda por las garras de la Tumpa-chumpa.

Una observación más precisa le reveló que no había caído en la zanja, sino que estaba suspendido sobre ella. Las enormes alas del artefacto estaban encajadas a ambos lados de la sima y lo habían dejado colgando en el vacío. El geg dedujo, por el dolor, que las alas debían de haberle infligido un buen golpe en la cabeza durante el aterrizaje.

Limbeck empezaba a preguntarse cómo iba a liberarse de aquella incómoda y poco airosa posición cuando le llegó la respuesta, muy desagradable, en forma de un seco crujido. El peso del geg estaba causando la rotura del armazón de madera. Limbeck descendió un palmo hacia la zanja y luego las alas se inmovilizaron, sosteniéndolo todavía. El estómago se le comprimió pues, debido a la oscuridad y al hecho de que no llevaba puestas las gafas, no tenía idea de la profundidad que podía tener la zanja. Frenéticamente, trató de imaginar algún medio de salvarse. En lo alto se estaba descargando una tormenta y el agua se deslizaba por las paredes de la zanja haciéndolas resbaladizas en extremo.

Y, en aquel momento, se produjo un nuevo crujido y las alas se hundieron otro palmo.

El geg soltó un jadeo, cerró con fuerza los ojos y se estremeció de pies a cabeza. De nuevo, las alas se detuvieron y lo sostuvieron, aunque no muy bien.

Limbeck notaba que se deslizaba lentamente hacia el fondo. Sólo tenía una posibilidad: si conseguía liberar una mano, tal vez pudiera agarrarse a uno de los

—

agujeros de coralita que horadaban las paredes de la zanja. Dio un tirón con la mano derecha...

... y las alas se partieron.

Limbeck tuvo el tiempo justo de experimentar una sobrecogedora sensación de pánico antes de aterrizar pesada y dolorosamente en el fondo de la zanja, mientras las alas llovían en pedazos a su alrededor. Primero, se echó a temblar. Luego, decidiendo que así no mejoraba su situación, se desembarazó de los restos del artefacto y miró hacia arriba. La zanja no tenía más de once o doce palmos de profundidad y advirtió que podría escalar las paredes con facilidad. Al estar compuesta de coralita, el agua que caía en ella era absorbida por la roca con rapidez. Limbeck se sintió satisfecho, pues la zanja le ofrecía un abrigo de la tormenta. Allí no corría peligro.

Estaba a salvo hasta que las zarpas de la Tumpa-chumpa bajaran de nuevo para seguir cavando.

Limbeck se acababa de instalar bajo un enorme pedazo de tela desgarrado de las alas para protegerse de la lluvia, cuando le vino a la cabeza el terrible pensamiento de las zarpas excavadoras. De un salto, se puso en pie y miró hacia arriba, pero no distinguió otra cosa que una borrosa negrura que, probablemente, era una masa de nubes tormentosas, acompañada del difuso resplandor de unos relámpagos. Como no había trabajado nunca en la Tumpa-chumpa, el geg no tenía idea de si las excavadoras funcionaban durante las tormentas. No veía ninguna razón para que no lo hicieran pero, por otra parte, tampoco veía ningún motivo para lo contrario. Todo lo cual no le servía de mucho.

Volvió a sentarse, cuidando primero de sacar varias astillas afiladas y de hacerlas desaparecer por los agujeros de la coralita, y meditó sobre el asunto a pesar del dolor de la cabeza. Por lo menos, la zanja le ofrecía protección ante la tormenta. Y, con toda probabilidad, las zarpas de la excavadora, que eran unos objetos enormes, pesados y difíciles de manejar, se moverían con la lentitud suficiente como para permitirle evacuar la zanja.

Y así sucedió.

Limbeck llevaba poco más de treinta tocks en el fondo, sin que la tormenta diera muestras de remitir, y empezaba a lamentar no haber tenido la previsión de haber guardado un par de panecillos en los calzones, cuando se escuchó un pesado golpe y la zanja experimentó una tremenda vibración.

«Las garras excavadoras», pensó Limbeck, y empezó a escalar la pared de la fosa. La ascensión no era difícil. La coralita ofrecía numerosos asideros para manos y pies y el geg llegó arriba en un instante. De nada servía ponerse las gafas en aquellas circunstancias, pues la lluvia habría empañado los cristales impidiéndole ver. La zarpa, cuyo metal brillaba bajo el destello casi continuo de los relámpagos, estaba apenas a unos palmos de él.

Alzando la vista, distinguió otras zarpas que descendían del cielo por largos cables procedentes de la Tumpa-chumpa. El espectáculo era asombroso y el geg se detuvo a contemplarlo, boquiabierto e insensible al dolor de cabeza.

Construidas de reluciente metal y adornadas con dibujos grabados que evocaban las patas de una enorme ave rapaz, las excavadoras hundían en la

coralita sus afilados espolones. Cerrándose sobre la roca desmenuzada, las zarpas la arrancaban del suelo como las garras de un ave arrebatan a su presa. Una vez en la isla de Drevlin, las excavadoras depositaban la roca recogida de Terrel Fen en grandes contenedores donde los gegs separaban la coralita y recuperaban la

—

preciada mena gris de la cual se alimentaba la Tumpa-chumpa y sin la cual, según la leyenda, ésta no podía sobrevivir.

Fascinado, Limbeck observó cómo las excavadoras golpeaban el suelo a su alrededor y, tras hundirse en la coralita excavando la roca, se alzaban cargadas a rebosar. El geg estaba tan interesado en el proceso, totalmente nuevo para él, que se olvidó por completo de lo que había acordado con Jarre hasta que casi fue demasiado tarde. Las garras ya estaban llenas de coralita y a punto de alzarse del suelo cuando Limbeck recordó que debía dejar una señal en una de ellas para que Jarre y los suyos supieran dónde estaba.

Unos fragmentos de coralita, caídos de una de las excavadoras, le serviría como útil de escritura. Agarró un pedazo y avanzó bajo la intensa lluvia en dirección a una de las zarpas, que acababa de tocar el suelo y empezaba a enterrarse en la coralita. Cuando llegó junto a ella, Limbeck se sintió amilanado ante la empresa que se proponía llevar a cabo. La excavadora era enorme; jamás había imaginado algo tan grande y poderoso. Entre sus garras habrían cabido cómodamente cincuenta gegs. La zarpa vibraba, mordía y se clavaba en la superficie de la coralita, lanzando afiladas lascas de rocas en todas direcciones. Era imposible acercarse a ella, pero Limbeck no tenía elección.

Tenía que llegar hasta allí. Apenas había dado un paso, con el fragmento de coralita en una mano y toda su valentía en la otra, cuando un relámpago cayó sobre la excavadora. Una llamarada azul envolvió la superficie metálica y el trueno que estalló simultáneamente hizo rodar a Limbeck por el suelo. Confundido y aterrado, el geg se disponía a abandonar su empresa y refugiarse de nuevo en la zanja (donde temía que pasaría el resto de una vida breve y desgraciada), cuando la excavadora se detuvo con una vibración. Todas las zarpas en torno a Limbeck quedaron paralizadas: unas en el suelo, otras suspendidas en el aire a medio camino de vuelta, y unas terceras con los espolones abiertos, esperando a terminar de descender.

Tal vez el rayo las había estropeado, o tal vez tenía lugar el cambio de trunos. Quizás algo había fallado en Drevlin. Limbeck no lo sabía. Si hubiera creído en los dioses, les habría dado las gracias. En lugar de ello, avanzó trastabillando por las rocas, empuñando todavía el fragmento de coralita, y se aproximó con cautela a la excavadora más próxima.

Observó que había numerosas marcas en la parte de las zarpas que se hundían en la coralita y comprendió que debería dejar la marca en la parte superior del brazo excavador, una parte que no entraba en contacto con el suelo. Esto significaba que tendría que escoger una zarpa que ya estuviera enterrada. Y esto significaba que existían grandes posibilidades de que la maquinaria se pusiera de nuevo en marcha, se levantara del suelo y derramara toneladas de rocas sobre la cabeza del geg.

Con cautela, Limbeck tocó el costado de la pala excavadora con el fragmento de coralita. Le temblaba la mano de tal manera que produjo un tintineo como el de una campanilla. La piedra no dejó marcas en el metal. Limbeck apretó los dientes

y, con la fuerza que da la desesperación, repitió el gesto con más energía. El chirrido de la coralita sobre el costado metálico de la zarpa le taladró los oídos y pensó que le iba a estallar la cabeza, pero tuvo la satisfacción de observar una larga raya vertical en la superficie lisa e impoluta del brazo de la excavadora. Sin embargo, aún era fácil que cualquiera tomara aquel único trazo por un hecho fortuito. Limbeck hizo otra raya en la zarpa, perpendicular a la primera en

—

el extremo inferior. La zarpa se estremeció con una vibración. Limbeck dejó caer la piedra y retrocedió asustado. Las excavadoras empezaban a funcionar otra vez. El geg se detuvo un instante a contemplar con orgullo su obra. Una de las zarpas que se alzaba en el cielo tormentoso llevaba marcada una letra L.

Corriendo bajo la lluvia, Limbeck regresó a la zanja. No parecía probable que ninguna de las zarpas descendiera sobre él, al menos en esta ocasión. Bajó las paredes y, ya en el fondo, se acomodó lo mejor que pudo. Cubriéndose la cabeza con la tela, intentó no pensar en comida.

—

CAPÍTULO PELDAÑOS DE TERREL FEN, REINO INFERIOR

Las palas excavadoras se alzaron con su carga hacia las nubes de la tormenta, camino de los depósitos de Drevlin. Limbeck, viéndolas ascender, se preguntó cuánto tardarían en descargar la coralita y volver en busca de más. ¿Cuánto tardaría alguien en descubrir su marca? ¿La advertiría alguien? Y, si era así, ¿sería algún simpatizante de su causa, o un ofinista? Si la encontraba un ofinista, ¿cuál sería su reacción más probable? Si era un amigo, ¿cuánto tardaría en ensamblar el manipulador? ¿Llegaría a tiempo de salvarlo de la muerte por frío o inanición?

Estos lúgubres pensamientos eran inusuales en Limbeck, quien por lo general no se atormentaba con preocupaciones, sino que tenía un carácter alegre y optimista. Tendía a ver lo mejor en la gente. No sentía ninguna animadversión contra nadie por el hecho de que lo hubieran atado al Plumas de Justiz y lo hubieran lanzado allí abajo a una muerte segura. El supervisor jefe y el ofinista jefe habían hecho lo que consideraban mejor para el pueblo. No era culpa suya si creían en aquellos que afirmaban ser dioses. No era extraño que el supervisor y sus seguidores no hubieran creído la historia que les contaba: ni la propia Jarre la había aceptado.

Tal vez fue pensar en Jarre lo que dejó a Limbeck triste y desanimado. Confiadamente, había dado por seguro que ella, al menos, tomaba en serio su descubrimiento de que los welfos no eran dioses. Limbeck, encogido y tiritando en el fondo de la zanja, aún no podía aceptar el hecho de que no era así. Aquella certeza casi había echado a perder toda la ejecución. Ahora que la emoción inicial había pasado y no tenía otra cosa que hacer sino esperar que todo saliera bien e intentar no pensar que había un increíble número de cosas que podían salir mal, Limbeck empezó a reflexionar seriamente en lo que sucedería cuando (no *si*) fuera

rescatado.

—

— ¿Cómo pueden aceptarme como líder, si creen que miento? —Preguntó a un reguero de agua que corría por la pared de la zanja—. ¿Por qué quieren que vuelva, siquiera? Jarre y yo siempre hemos dicho que la virtud más importante es la verdad, que la búsqueda de la verdad debía ser nuestro objetivo supremo. Ahora, Jarre cree que miento y, pese a ello, es evidente que espera que continúe como líder de nuestra Unión.

» ¿Y cuando regrese, qué? —Limbeck lo vio claramente, con más nitidez de lo que había visto nada en años—. Me seguirá la corriente. Sí, eso hará todos. ¡Oh, sí!, me mantendrán como líder de la Unión... Al fin y al cabo, los dictores me han juzgado y me han dejado vivir. Pero sabrán que es un engaño. Más aún: ¡yo mismo sabré que es un engaño! Los dictores no tienen nada que ver en esto. Habrá sido la astucia de Jarre lo que me habrá devuelto a Drevlin, y ella lo sabrá y yo también. ¡Mentir! ¡Eso será lo que haremos!

El geg estaba cada vez más trastornado.

—Sí, claro —continuó—, tendremos muchos nuevos simpatizantes, pero vendrán a nosotros por razones equivocadas. ¿Puede basarse una revolución en una mentira? ¡No! —Limbeck apretó con fuerza su puño recio y mojado—. Es como edificar una casa sobre barro. Tarde o temprano, se hundirá bajo tus pies. ¡Tal vez me quede aquí abajo! ¡Eso es! ¡No volveré!

»Pero eso no demostraría nada —reflexionó—. Simplemente, pensarán que los dictores me han condenado y esto no ayudaría en absoluto a la causa. ¡Ya sé! Les escribiré una nota y la enviaré en el manipulador en lugar de subir yo. Veo algunas plumas de tiero por aquí. Usaré una para escribir. Como tinta emplearé limo. —Se incorporó de un salto y murmuró—: "Al escoger quedarme aquí abajo y tal vez morir donde me encuentro..." Sí, suena bien. "... espero demostraros que cuanto os he dicho sobre los welfos es cierto. No puedo ser líder de quienes no creen en mí, de quienes han perdido la fe en mí." Sí, está muy bien.

Limbeck trató de parecer animado, pero advirtió que la complacencia por el discurso se desvanecía con rapidez. Tenía hambre y estaba mojado, frío y asustado. La tormenta estaba cesando y descendía sobre él un silencio espantoso, terrible; un silencio que le recordaba el gran silencio, el Perpetuo Oír Nada.

Recordó que estaba ante el Perpetuo Oír Nada y se dio cuenta de que la muerte de la que hablaba con tanta ligereza podía resultarle sumamente penosa.

Después, como si la muerte no fuera suficiente, imaginó a Jarre recibiendo la nota, leyéndola con los labios apretados y aquella arruga que siempre le aparecía sobre la nariz cuando estaba disgustada. Limbeck ni siquiera necesitaría las gafas para leer la nota que ella le enviaría entonces. Casi podía oír ya su contestación:

« ¡Limbeck, déjate de tonterías y sube inmediatamente! »

— ¡Oh, Jarre! —Musitó con tristeza para sí—. Si al menos tú me hubieras creído... Los demás no importan, pero tú...

Un impacto que sacudió el suelo le hizo vibrar los huesos y rechinar los dientes, sacándolo de su desesperación y arrojándolo al suelo simultáneamente. Tendido de espaldas, desconcertado y mirando hacia lo alto de la zanja, el geg se preguntó si ya habrían regresado las excavadoras. ¿Tan pronto? ¡Si no le había dado tiempo de escribir la nota!

Se incorporó, aún aturdido, y contempló la penumbra gris. La tormenta había

amainado. Seguía cayendo una lluvia fina y había niebla, pero habían cesado los truenos, los relámpagos y el granizo. No divisó las zarpas descendiendo, pero lo

—

cierto es que no podía distinguir una mano delante de la cara. Buscó las gafas en el bolsillo, se las puso y volvió a observar el cielo.

Entrecerrando los ojos, creyó observar una serie de borrosos globos que se materializaban entre las nubes. Pero, si se trataba de las excavadoras, se encontraban a una buena altura todavía y, a menos que alguna hubiera descendido prematuramente o se hubiera estrellado —lo cual parecía improbable ya que la Tumpa-chumpa rara vez permitía que se produjeran accidentes de este tipo— las palas mecánicas no podían haber sido la causa de aquel ruido sordo.

¿Cuál era, entonces?

Limbeck se apresuró a escalar las paredes de la zanja. Se sentía más animado. ¡Ahora tenía un «qué» o un «por qué» para investigar!

Al llegar al borde de la zanja, se asomó con cautela para observar. Al principio no vio nada, pero fue porque no miraba en la dirección correcta. Cuando volvió la cabeza, reprimió una exclamación, maravillado.

Una luz brillante, que irradiaba más colores de los que Limbeck había imaginado nunca que existieran en su mundo gris y metálico, surgía de un agujero gigantesco a no más de veinte pasos de él. Sin detenerse a pensar que la luz podía ser peligrosa, o que cualquiera que fuera el objeto o ser que había causado el tremendo golpe pudiera resultar letal, o que las palas excavadoras podían estar descendiendo lenta e inexorablemente, Limbeck se encaramó sobre el borde de la zanja y corrió hacia la luz todo lo deprisa que sus piernas, cortas y gruesas, podían trasladar su cuerpo rechoncho.

Numerosos obstáculos le impedían el paso. La superficie de la pequeña isla estaba salpicada de hoyos producidos por las zarpas excavadoras y Limbeck tuvo que evitarlos, así como los montones de coralita suelta caídos de las palas cuando éstas transportaban la roca hacia arriba. Abrirse camino entre tantos impedimentos le llevó cierto tiempo, además de unas energías considerables. Cuando por fin alcanzó la luz, estaba jadeante, tanto por el esfuerzo físico, al que no estaba acostumbrado, como por la expectación que sentía. Porque, al llegar a las proximidades, Limbeck advirtió que los colores de la luz formaban claramente dibujos y formas.

Abstraído por las hermosas imágenes que observaba en la luz, Limbeck trastabilló casi a ciegas sobre el suelo rocoso y se salvó de caer de cabeza en el hoyo al tropezar con un saliente de coralita y caer de cara junto al borde del agujero. Tembloroso, se llevó la mano al bolsillo para comprobar si se le habían roto las gafas. No las encontró en su sitio. Al cabo de un terrible momento de pánico, recordó que las llevaba puestas. Avanzando a rastras, observó con admiración el fondo del hoyo.

Al principio, sólo distinguió una luminosidad brillante, multicolor y en perpetuo cambio. Después, los colores se aglutinaron en diversas formas y combinaciones. Las imágenes luminosas eran verdaderamente fascinantes y Limbeck las contempló con cauteloso asombro. Mientras observaba aquel carrusel de luces en constante cambio, la parte de su mente que siempre andaba interrumpiendo sus pensamientos maravillosos y trascendentales con cuestiones mundanas como « ¡Ten cuidado de no tropezar con esa puerta! », « ¡La sartén está

caliente!» o « ¿Por qué no fuiste antes de que nos marcháramos?», le dijo ahora en tono apremiante: « ¡Las zarpas excavadoras están bajando!». Limbeck, concentrado en las imágenes, no hizo caso.

—

Comprendió que estaba viendo un mundo. No el suyo, sino un mundo ajeno. Era un lugar de una belleza increíble que le recordó algunas de las imágenes que había visto en los libros de los welfos, aunque no era el mismo. El cielo no era gris, sino de un azul luminoso, claro e inmenso, salpicado apenas de unas cuantas nubecillas blancas. La vegetación abundaba por todas partes, y no sólo en las macetas caseras. Vio espléndidas construcciones de líneas fantásticas, vio amplios paseos y avenidas y vio gentes que hubieran podido ser geggs, sólo que eran altos y delgados, y con los brazos y las piernas más esbeltos...

¿De veras lo había visto? Limbeck parpadeó y observó la luz. ¡Estaba empezando a descomponerse en pedazos! Las imágenes se desfiguraban. Limbeck deseaba que reaparecieran aquellas gentes. Desde luego, no había visto nunca a nadie —ni siquiera a los welfos— que se pareciera a lo que había creído distinguir en la fracción de segundo antes de que la luz se apagara con un parpadeo, volviera a ponerse en marcha al instante y pasara a otra imagen.

Limbeck, con los ojos escocidos y doloridos pero deseosos de sacar algún sentido a las imágenes parpadeantes, se arrastró sobre el borde del hoyo hasta localizar la fuente de la luz. Ésta irradiaba de un objeto situado en el fondo.

—Ha sido eso lo que ha producido el impacto —murmuró Limbeck, protegiéndose los ojos con la mano y observando el objeto con interés—. Ha caído del cielo, igual que yo. ¿Es una parte de la Tumpa-chumpa? Si lo es, ¿por qué ha caído? ¿Por qué me muestra esas imágenes?

¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? Limbeck no podía soportar no saber las respuestas. Sin pensar en absoluto en el posible peligro, salvó el borde del hoyo y se deslizó por la pendiente. Cuanto más se acercaba al objeto, mejor podía verlo. La luz que surgía de él se difundía hacia arriba y, desde su nueva posición, resultaba menos brillante y cegador.

Al principio, el geg quedó decepcionado.

— ¡Pero si no es más que un pedazo de coralita! —exclamó, levantando unos fragmentos de roca que se había desprendido—. Aunque, desde luego, es la pieza de coralita más grande que he visto nunca. Pues es mayor que mi casa... Y, por otra parte, jamás he oído hablar de un trozo de coralita que cayera **del** cielo. Bajó deslizándose un poco más, desplazando pequeños guijarros de roca que resbalaron debajo de él y cayeron dando tumbos por la pendiente del cráter. Limbeck contuvo el aliento. Complacido, asombrado y pasmado, acalló al instante la advertencia mental que le estaba recordando: « ¡Las zarpas excavadoras! ¡Las zarpas!».

La coralita era sólo una cáscara, una envoltura externa. Se había agrietado, probablemente en la caída, y Limbeck podía observar el interior.

Al principio creyó que era parte de la Tumpa-chumpa, pero luego pensó que no era así. Estaba hecho de metal, como la Tumpa-chumpa, pero el cuerpo metálico de ésta era liso e impoluto. El metal del objeto estaba cubierto de símbolos extraños y estrambóticos, y la luz cegadora surgía de las grietas abiertas en él. Y esas grietas eran también —o así le parecía a Limbeck— la causa de que no pudiera ver la imagen completa.

—Si abriera un poco más las grietas, tal vez podría ver mejor. ¡Esto es realmente emocionante!

Se dejó caer hasta el fondo del cráter y corrió hacia el objeto metálico. Medía unas cuatro veces su estatura y era grande como una casa —como bien había calculado desde el primer momento—. Alargó resueltamente la mano y efectuó un

rápido tamborileo sobre el metal con las yemas de los dedos. No estaba caliente al tacto, cosa que Limbeck temía debido a la luz resplandeciente que surgía de su interior. El metal estaba frío y el geg pudo apoyar la mano en él e incluso seguir con los dedos los símbolos grabados en su superficie.

Encima de él sonó un crujido extraño y de mal agüero, mientras aquella molesta parte de su cerebro seguía chillándole algo acerca de palas excavadoras que descendían, pero Limbeck ordenó a aquella voz interna que se callara y dejara de molestarlo. Aplicó la mano a una de las rendijas y advirtió que éstas corrían alrededor de los símbolos pero no cortaban ninguno de ellos. Limbeck empezó a dar tirones de ambas partes de la grieta para ver si podía abrirla un poco más. Sin embargo, sus manos parecían reacias a llevar a cabo la tarea asignada y Limbeck entendió la razón: de pronto, lo había asaltado el desagradable recuerdo de la nave welfa accidentada.

«Cuerpos putrefactos. Pero me condujeron a la verdad.»

La idea pasó por su mente con la rapidez de un latido y, obligándose a no volver a pensar en ello, dio un enérgico tirón a los bordes de la rendija de metal.

La grieta se ensanchó y toda la estructura metálica empezó a estremecerse con una vibración. Limbeck retiró las manos y retrocedió de un salto pero, al parecer, el objeto sólo estaba asentándose mejor en el cráter, pues el movimiento no tardó en cesar. Con cautela, Limbeck se acercó de nuevo y esta vez escuchó algo.

Era una especie de gemido. Aplicó el oído a la rendija y escuchó con atención, deseando que los crujidos de las palas excavadoras que descendían de los cielos cesaran y le permitieran oír mejor. Volvió a captar el gemido, más fuerte esta vez, y no tuvo la menor duda de que había algo vivo en el interior de la cáscara metálica y que estaba herido.

Todos los gegs, incluso los más débiles, poseen una fuerza tremenda en los brazos y el cuerpo. Limbeck colocó las manos a ambos lados de la grieta y empujó con todas sus energías. Aunque el metal se le clavó en la carne, las planchas se abrieron bajo la presión y, tras un breve esfuerzo, el geg pudo colarse por la rendija.

Si fuera la luz habría resultado muy brillante, allí dentro el fulgor era cegador y Limbeck desesperó de poder ver algo. Finalmente, localizó la fuente del resplandor, irradiando desde el centro de lo que el geg, por asociación con el pasado, había dado en considerar una nave. Los gemidos procedían de algún lugar a su derecha y Limbeck, utilizando las manos como visera, consiguió evitar la mayor parte de la potente luz y escrutar la nave en busca del autor de aquellas muestras de dolor.

De pronto, el corazón le dio un vuelco.

— ¡Un welfo! —Fue su primer pensamiento—. ¡Y está vivo!

Lleno de excitación, se acuclilló junto a la figura y observó una gran mancha de sangre bajo la cabeza, pero ningún otro signo de heridas en el resto del cuerpo.

También comprobó, con cierta decepción, que no se trataba de un welfo. Limbeck sólo había visto en una ocasión a un humano, y había sido en los grabados de los libros de la nave welfa. La criatura que ahora tenía ante él guardaba parecido con los humanos, aunque no era del todo como ellos. No obstante, una cosa era cierta: Aquel ser, de gran estatura y cuerpo delgado y musculoso, era sin duda uno de los presuntos dioses.

—

En aquel instante, los alarmados avisos del cerebro de Limbeck se hicieron tan insistentes que, a regañadientes, se vio obligado a prestarles atención. Echó un vistazo por la grieta del armazón de la nave y se encontró contemplando la boca abierta de una pala excavadora que se cernía directamente sobre su cabeza y descendía a gran velocidad. Si se daba prisa, tendría el tiempo justo de escapar de la nave antes de que la zarpa cayera sobre ella.

El dios que no lo era soltó un nuevo gemido.

— ¡Tengo que sacarte de aquí! —le dijo Limbeck.

Los gegas son una raza de buen corazón y no cabe duda de que Limbeck actuó movido por consideraciones altruistas al poner en peligro su propia vida para salvar la del dios, pero es preciso reconocer que lo movió también el pensamiento de que, si volvía con un dios que no lo era, Jarre se vería obligada a aceptar su historia.

Asió al dios por las muñecas y empezó a arrastrarlo por el suelo de la nave accidentada, cubierto de escombros, cuando notó —con un escalofrío— que las manos del herido lo agarraban a su vez. Sobresaltado, miró al dios. Los ojos de éste estaban muy abiertos y lo observaban. Sus labios se movieron.

— ¿Qué? —Con el estruendo de las excavadoras, Limbeck no podía oírlo—.

¡No hay tiempo! —añadió, alzando la cabeza.

El dios dirigió la vista hacia arriba. En su rostro había una mueca de dolor y Limbeck se percató de que estaba realizando un esfuerzo supremo por conservar la conciencia. Pareció reconocer el peligro, pero éste no hizo sino ponerlo más frenético y apretó con fuerza las muñecas de Limbeck. Las marcas le durarían semanas.

— ¡Mi... perro! —musitó.

Limbeck observó al dios. ¿Había oído bien? Echó una rápida ojeada a la nave accidentada y de pronto vio, justo a los pies del dios, a un animal atrapado bajo unas planchas de metal retorcido. Limbeck lo contempló con un acelerado parpadeo, sorprendido de no haberlo visto antes. El perro lanzaba gáñidos y se meneaba entre los hierros que lo apresaban. No podía liberarse, pero no parecía estar herido y era evidente que todos sus esfuerzos estaban concentrados en acercarse a su amo, pues no prestó la menor atención a Limbeck.

El geg levantó la vista. La zarpa bajaba con una rapidez que a Limbeck le resultó muy fastidiosa, teniendo en cuenta la lentitud con que habían descendido todas la vez anterior. Enseguida, volvió los ojos de nuevo hacia el dios y el perro.

—Lo siento —dijo con aire impotente—. ¡No hay tiempo!

El dios, con los ojos fijos en el perro, intentó desasirse de las manos del geg pero el esfuerzo consumió sus últimas energías pues, de pronto, sus brazos quedaron flácidos y la cabeza le cayó hacia atrás. El perro, viendo a su amo, gimoteó con más fuerza e incrementó los esfuerzos por liberarse.

—Lo siento —repitió Limbeck dirigiéndose al animal, que continuó sin

prestarle atención. El geg apretó los dientes, oyendo cada vez más cerca el sonido de la zarpa, y arrastró el cuerpo del dios por el suelo lleno de escombros. Los esfuerzos del perro se hicieron frenéticos y sus gemidos se convirtieron en aullidos, pero Limbeck advirtió que sólo era porque veía que se llevaba a su amo y él no podía seguirlo.

Con un nudo en la garganta que era a la vez de lástima por el animal atrapado y de miedo por sí mismo, Limbeck tiró y arrastró y empujó el cuerpo del dios hasta alcanzar al fin la brecha en la cubierta metálica. Con enorme esfuerzo,

—

logró pasar por ella al herido y, tras depositar el cuerpo exánime en el fondo del cráter, se arrojó al suelo junto a él en el instante en que la pala excavadora golpeaba la nave de metal.

Se produjo una explosión ensordecedora. La sacudida levantó a Limbeck del suelo y lo volvió a arrojar contra él, dejándolo sin aliento. Una lluvia de fragmentos de coralita cayó sobre él y los afilados cantos se clavaron dolorosamente en su piel. Cuando la lluvia cesó, todo quedó en silencio.

Aturdido, Limbeck levantó la cabeza muy despacio. La zarpa colgaba inmóvil sobre el cráter, dañada sin duda por la explosión. Miró a su alrededor para observar qué había sido de la nave, esperando encontrar un amasijo de restos retorcidos.

Sin embargo, no vio absolutamente nada. La explosión la había destruido. No, aquello no era del todo exacto, pues no se veía ningún fragmento metálico en el cráter. No quedaba resto alguno de la nave. Ésta no sólo había resultado destruida, sino que se había volatilizado como si nunca hubiera existido.

Aun así, Limbeck todavía tenía al dios para demostrarle a Jarre que no había perdido la razón. El dios se agitó y abrió los ojos. Con un gemido de dolor, movió la cabeza para mirar a su alrededor.

— ¡Perro! —murmuró con voz débil—. ¡Eh, perro, ven aquí!

Limbeck volvió la vista a la coralita hecha añicos por la explosión y sacudió la cabeza, sintiéndose inexplicablemente culpable pese a que sabía que no había tenido la menor oportunidad de rescatar al animal si quería salvar la vida de su amo.

— ¡Perro! —insistió el dios con una voz que parecía quebrada por el pánico.

El geg sintió una nueva punzada de dolor en el corazón y alargó la mano con la intención de procurar tranquilizar al dios, pues temía que acabara causándose nuevas heridas.

— ¡Ah, perro! —Musitó de nuevo el dios con un profundo suspiro de alivio y con la mirada fija en el lugar que había ocupado la nave—. ¡Estás ahí! ¡Ven! ¡Ven aquí! Vaya un viaje, ¿verdad, muchacho?

Limbeck miró en aquella dirección, ¡y allí estaba el perro! Arrastrándose entre los fragmentos de roca, renqueante y apoyado solamente sobre tres patas, el animal avanzó hacia su amo. Con un alegre brillo en los ojos y las fauces abiertas en lo que Limbeck hubiera jurado que era una sonrisa de satisfacción, el perro lamió la mano de su amo herido. El dios que no lo era volvió a caer en la inconsciencia. El perro, con un gañido y una sacudida, se dejó caer a su lado, apoyó la cabeza sobre las patas y clavó sus inteligentes ojos en Limbeck.

—

CAPÍTULO

PELDAÑOS DE TERREL FEN, REINO INFERIOR

—Hasta aquí he llegado. ¿Qué hago ahora?

Limbeck se pasó la mano por la frente sudorosa y frotó con los dedos la montura de las gafas, que le resbalaban por la nariz. El dios se encontraba en bastante mal estado; al menos, eso le pareció a Limbeck, que no estaba muy seguro de las características físicas de los dioses. La profunda brecha de la cabeza habría sido gravísima en un geg y Limbeck no podía hacer otra cosa que considerarla igualmente grave en un dios.

— ¡El manipulador!

Limbeck se puso en pie de un salto y, tras una última mirada al dios sin sentido y a su sorprendente perro, subió gateando la pendiente del cráter. Al llegar al borde, vio todas las zarpas dedicadas a su trabajo. El ruido era casi ensordecedor; crujidos, chirridos y resoplidos: todo muy reconfortante para un geg. Dirigió una rápida mirada a lo alto para comprobar que no estuvieran bajando otras zarpas, salió del cráter y volvió corriendo a la zanja.

Era lógico pensar que el geg de la Unión que encontrara la L en el brazo de la excavadora enviaría el manipulador al mismo punto o lo más cerca posible de éste. Naturalmente, era más que posible que nadie hubiera advertido la marca, o que no pudieran haber preparado el manipulador a tiempo, o innumerables otros contratiempos. Mientras corría, tambaleándose y tropezando sobre los montones de coralita suelta, Limbeck intentó prepararse para aceptar sin decepcionarse el hecho de que no hubiera ningún manipulador.

Pero allí estaba.

La oleada de alivio que recorrió a Limbeck cuando vio el aparato posado en el suelo, justo al lado de la zanja, casi lo sofocó. Le fallaron las rodillas, se sintió mareado y tuvo que sentarse un momento para reponerse.

Su primer pensamiento fue echar a correr, pues las zarpas estaban a punto de levantarse otra vez. Tambaleándose, retrocedió a la carrera hacia el cráter. Las

—

piernas le informaron en términos nada amistosos que estaban a punto de rebelarse contra aquel despliegue de ejercicio físico tan inhabitual. Se detuvo un momento para que remitiera el dolor y se dijo que, después de todo, probablemente no era preciso que se diera prisa. Sin duda, sus amigos no harían subir el manipulador hasta tener la seguridad de que él estaba dentro.

El dolor de las piernas desapareció, pero pareció llevarse consigo todas las fuerzas que le quedaban. Le parecía que los brazos le pesaban seis veces más de lo normal y, además, tenía la clara impresión de estar arrastrando las piernas, en lugar de sostenerse sobre ellas. Fatigosamente, tropezando y cayendo al suelo, cubrió de nuevo la distancia hasta el cráter. Se deslizó por la pendiente casi contra su voluntad, convencido de que el dios que no lo era habría muerto durante su ausencia.

Sin embargo, observó que todavía respiraba. El perro, acurrucado lo más cerca posible del cuerpo de su amo, tenía apoyada la cabeza en el pecho del dios y sus ojos vigilaban su cara pálida y manchada de sangre.

La idea de arrastrar el pesado cuerpo del dios por la pendiente del cráter y el campo de coralita, lleno de montículos y zanjas, descorazonó a Limbeck y dejó sus ánimos tan exhaustos como lo estaban sus piernas.

—No podré hacerlo —murmuró, dejándose caer al lado del dios y apoyando la cabeza en las rodillas dobladas de éste—. Ni siquiera creo..., que pueda regresar..., yo solo.

Se le velaban las gafas del acaloramiento del esfuerzo. Estaba entumecido de frío y sudoroso. Un nuevo elemento vino a sumarse a su aturdimiento físico y mental: el rumor de un trueno anunciaba la proximidad de otra tormenta. A Limbeck no le importó. Con tal de no tener que ponerse en pie otra vez...

« ¡Pero este dios que no lo es demostrará que tenías razón! », le sermoneó aquella vocecilla irritante. « Por fin estarás en posición de convencer a los gegas de que han sido engañados y utilizados como esclavos. ¡Este podría ser el amanecer de un nuevo día para tu pueblo! ¡Podría ser el inicio de la revolución! »

¡La revolución! Limbeck levantó la cabeza. La niebla de las gafas le impedía ver nada, pero no importaba. De todos modos, no estaba mirando el paisaje. Volvía a encontrarse en Drevlin, vitoreado por los gegas. Y algo todavía más hermoso: estaban siguiendo sus consejos.

¡Estaban preguntándose « ¿por qué? »!

Limbeck no logró nunca recordar con claridad lo que sucedió a partir de entonces. Le quedó la vaga imagen de que se desgarraba la camisa para improvisar una venda y envolver con ella la cabeza del dios. Recordaba haber mirado de soslayo al perro, sin saber cómo reaccionaría si alguien se acercaba a su amo, y que el perro le lamía la mano y lo miraba con sus ojos acuosos y permanecía a un lado, observando con nerviosismo cómo el geg agarraba el cuerpo exánime del dios y empezaba a tirar de él, ascendiendo la pendiente del cráter. A partir de ahí, los únicos recuerdos de Limbeck eran el dolor de sus músculos y la respiración jadeante mientras se arrastraban unos palmos, él y el cuerpo, y caían al suelo, y volvían a avanzar y a caer, sin cejar nunca en el empeño.

Las zarpas excavadoras volvieron a perderse en el cielo, aunque el geg no llegó a advertirlo. La tormenta estalló, lo que aumentó su terror pues sabía que no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir a toda su furia en terreno abierto, sin protección. Se vio obligado a quitarse las gafas y entre su miopía, la lluvia cegadora y la creciente oscuridad, no consiguió localizar el manipulador. Lo único

—

que podía hacer era seguir avanzando en la dirección que esperaba fuera la correcta.

Más de una vez, Limbeck pensó que el dios había muerto, pues el cuerpo aterido por la lluvia mostraba una piel cenicienta y unos labios amoratados. El agua había limpiado la sangre y el geg apreció la herida de la cabeza, profunda y de feo aspecto, de la cual aún salía un reguero rojo de sangre. Con todo, el dios aún respiraba.

« Tal vez es realmente inmortal », pensó Limbeck en su aturdimiento.

Consideró que se había perdido pues, según sus cálculos, debían de haber recorrido la mitad de aquella inhóspita isla, por lo menos. No había visto el manipulador o tal vez el aparato, cansado de esperar, había sido izado otra vez. La tormenta arreciaba y a su alrededor caían los relámpagos, abriendo agujeros en la coralita y ensordeciendo a Limbeck con sus intimidadores truenos. El viento lo

mantenía aplastado contra el suelo y el geg no tenía fuerzas para intentar ponerse en pie. Se disponía a arrastrarse hasta la primera zanja para escapar de la tormenta —o para morir, si tenía esa suerte— cuando advirtió confusamente que la zanja que tenía ante él era la suya. Allí estaban los restos destrozados del almacén de las alas. ¡Y, junto a la zanja, estaba el manipulador!

La esperanza dio fuerzas al geg. Se incorporó y, batido por el viento, consiguió pese a todo arrastrar al dios los últimos pasos que quedaban. Dejando el cuerpo en el suelo, abrió la portezuela de la burbuja de cristal y observó el interior con curiosidad.

El manipulador era un aparato destinado a facilitar el descenso de los gegas para auxiliar a las palas excavadoras, en caso necesario. De vez en cuando, alguna de ellas quedaba atascada en la coralita, o se rompía o funcionaba defectuosamente. Cuando tal cosa ocurría, un geg ocupaba el manipulador y descendía en él hasta una de las islas para efectuar las reparaciones necesarias.

El manipulador tenía el aspecto que evocaba su nombre: el de una gigantesca mano metálica seccionada a la altura de la muñeca. Un cable atado a la muñeca permitía izar y bajar el artefacto desde arriba. La mano estaba doblada formando un hueco, con todos los dedos juntos, y sostenía en su seguro interior una gran burbuja de cristal protectora en la que viajaban los gegas encargados de las reparaciones. Una puerta con bisagras servía de entrada y salida de la burbuja, y una bocina de metal unida a un tubo que corría junto al cable permitía a los ocupantes comunicarse con sus colegas de arriba.

En el interior de la burbuja de cristal cabían con comodidad dos gegas de proporciones normales. El dios, considerablemente más alto que un geg, representaba un problema. Limbeck arrastró al dios hasta la burbuja y lo empujó adentro, pero las piernas le quedaron colgando fuera. Al fin, logró alojarlas en la burbuja, doblándoselas hasta que las rodillas le tocaban la barbilla y cruzándole los brazos sobre el pecho. Agotado, Limbeck se introdujo como pudo en el artefacto y, a continuación, saltó adentro el perro. Los tres iban a estar aún más apretados, pero Limbeck no estaba dispuesto a abandonar al animal otra vez. No creía que pudiera soportar el sobresalto de verlo aparecer por segunda vez de entre los muertos.

El perro se enroscó contra el cuerpo de su amo. Limbeck alargó la mano entre los brazos flácidos del dios, luchando contra la ventolera en un esfuerzo inútil por cerrar la puerta. El viento cambió para atacar desde otra dirección y, de pronto, la

—

puerta se cerró por sí sola, arrojando a Limbeck contra la pared de la burbuja. Así permaneció durante un largo instante, entre gemidos y jadeos.

Limbeck advirtió que la mano temblaba y se mecía bajo la tormenta. Imaginó que el cristal se rompía, que el cable se soltaba, y de pronto sólo tuvo un deseo: acabar de una vez con aquel bamboleo. Le costó un acto supremo de voluntad mover los músculos, pero consiguió alargar la mano y asir la bocina.

— ¡Arriba! —exclamó jadeante.

No hubo respuesta y comprendió que su voz quizá resultaba inaudible.

Llenando de aire los pulmones, Limbeck cerró los ojos y concentró las escasas fuerzas que le quedaban.

— ¡Arriba! —gritó con tal fuerza que el perro se levantó de un brinco, alarmado, y el dios se agitó y emitió un gruñido.

— *¿Kplf guf?* —le llegó una voz, cuyas palabras retumbaron por el tubo como un puñado de guijarros.

— *¡Arriba!* —chilló de nuevo con exasperación, desesperación y absoluto pánico.

El manipulador dio un tremendo bandazo que hubiera arrojado a Limbeck al suelo, de haber estado de pie. Por fortuna, ya estaba encajado contra el costado de la burbuja para dejar sitio al dios. Lentamente, con un alarmante crujido y balanceándose a un lado y a otro bajo el viento huracanado, el aparato empezó a ascender por los aires.

Tratando de no pensar en qué sucedería si el cable se partía, Limbeck se apoyó en el cristal de la burbuja, cerró los ojos y esperó no marearse. Por desgracia, al cerrar los ojos le vino el vértigo. Se sintió como si todo diera vueltas y estuviera a punto de caer en una profunda zanja oscura.

—No puede ser —se dijo Limbeck, temblorosamente—.

No me puedo desmayar. Es preciso que explique a los de arriba lo que sucede.

El geg abrió los ojos y, para evitar mirar al exterior, se concentró en estudiar al dios. Advirtió que lo había considerado un varón desde el primer momento. Al menos, su aspecto era más el de un geg que el de una geg, y era lo único en lo que podía basarse Limbeck para determinarlo. Las facciones del dios eran angulosas: la barbilla, cuadrada y hendida, estaba cubierta con una perilla corta; los labios, firmes y tensos, cerrados con fuerza, no se relajaban en ningún momento y parecían guardar secretos que se llevaría con él a la tumba. Las arrugas en torno a los ojos parecían indicar que el dios, aunque no era un viejo, tampoco era ningún muchacho. El cabello contribuía a darle esta impresión de edad. Lo llevaba corto —muy corto— y, pese a estar salpicado de sangre y empapado por la lluvia, Limbeck advirtió unos mechones canosos en las sienes, sobre la frente y en la nuca. El cuerpo del dios parecía hecho sólo de huesos, músculos y tendones. Era muy delgado; para los criterios geg, demasiado delgado.

—Probablemente, por eso lleva tanta ropa —murmuró Limbeck para sí, esforzándose en no mirar por los laterales de la burbuja, donde los relámpagos hacían la noche tormentosa más brillante que el día más luminoso que conocían los gegs en su mundo sin sol.

El dios llevaba una gruesa túnica de cuero sobre una camisa de cuello cerrado, ajustado con una cinta. En torno al cuello llevaba una banda de tela con los extremos anudados debajo de la barbilla y recogidos bajo la túnica. Las mangas de la camisa, largas y amplias, le cubrían las muñecas, cerradas también con sendas cintas. Llevaba unos pantalones de cuero blando con las perneras

—

metidas por dentro de unas botas hasta las rodillas, que se abrochaban por los costados con botones de un material que parecía el hueso o el asta de algún animal. Encima de todo esto, lucía una casaca larga sin cuello, con mangas anchas que le llegaban hasta el codo. Los colores de la ropa eran apagados: blancos y pardos, grises y negros deslustrados. Las telas estaban desgastadas, deshilachadas en algunos lugares. La túnica de cuero, los pantalones y las botas se ajustaban a los contornos del cuerpo como una segunda piel.

Lo más peculiar eran los harapos que le cubrían las manos. Sorprendido por aquel detalle que debería haber advertido, pero que se le había pasado por alto hasta aquel instante, Limbeck estudió con más detenimiento las manos del dios.

Los jirones de tela estaban dispuestos con gran cuidado. Partiendo de las muñecas, le cubrían el revés y la palma de la mano, y estaban entrelazados en torno a la base de los dedos.

— ¿Por qué? —se preguntó Limbeck, adelantando la mano para averiguarlo. El gruñido del perro resultó tan amenazador que el geg notó cómo se le erizaba el vello de la cerviz. El animal se había incorporado de un salto y observando al geg con una mirada que decía claramente: «Yo, en tu lugar, dejaría en paz a mi amo».

—Está bien —balbució Limbeck, encogiéndose contra el cristal de la burbuja. El perro le lanzó una mirada de aprobación. Volvió a acomodarse e incluso cerró los ojos, como si dijera: «Ahora sé que te portarás bien, de modo que, si me disculpas, echaré una cabezadita».

El animal tenía razón, Limbeck iba a portarse bien. Estaba paralizado, temeroso de moverse, casi asustado de respirar.

A los gegas, con su mentalidad práctica, les gustaban los gatos. El gato era un animal útil que se ganaba el sustento cazando ratones y que se ocupaba de sí mismo. A la Tumpa-chumpa también le gustaban los gatos o, al menos, así se suponía, ya que habían sido sus creadores, los dictores, quienes habían traído los primeros gatos desde los reinos superiores para que vivieran con los gegas. En cambio, había pocos perros en Drevlin. Sus propietarios eran, por lo general, los gegas más ricos, como el supervisor jefe y los miembros de su clan. Los perros no eran animales de compañía, sino que se empleaban para proteger las riquezas. Los gegas eran incapaces de dar muerte a sus semejantes, pero había algunos que no mostraban reparos en coger lo que pertenecía a otros.

Aquel perro era diferente de los que tenían los gegas, los cuales guardaban cierto parecido con sus propietarios: paticortos, de cuerpos como toneles, con rostros chatos, redondos y de grandes narices..., y una expresión de malvada estupidez. El perro que tenía a Limbeck a raya tenía la piel lisa y el cuerpo enjuto, un morro alargado, cara de excepcional inteligencia y ojos grandes, de un pardo aguado. El pelaje era de un negro indefinido con manchas blancas en las puntas de las orejas, y cejas blancas. Eran estas últimas, se dijo Limbeck, lo que daban al perro un aire excepcionalmente expresivo para tratarse de un animal.

Tales fueron las observaciones de Limbeck sobre el dios y su perro. Fueron muy detalladas, porque tuvo un buen rato para estudiar a ambos durante la ascensión en el manipulador, de regreso a la isla de Drevlin.

Y, mientras duró el viaje, no pudo dejar de preguntarse un solo instante:

¿Qué?... ¿Por qué?...

—

CAPÍTULO LEK, DREVLIN, REINO INFERIOR

Jarre aguardó con impaciencia a que la Tumpa-chumpa recuperara lenta y trabajosamente el cable del que colgaba el manipulador. De vez en cuando, si se acercaba por casualidad algún otro geg, se cubría el rostro con un pañuelo y miraba con profundo y ceñudo interés una gran caja redonda de cristal que encerraba una flecha negra que en toda su vida no hacía prácticamente otra cosa que oscilar, vacilante, entre un sinfín de rayas negras junto a las que había unos símbolos extraños y misteriosos. Lo único que sabían los gegas de esta flecha negra

—conocida familiarmente por «el dedo puntiagudo»— era que, cuando oscilaba hacia la zona donde las rayas negras pasaban a ser rojas, todos salían huyendo para salvar la vida.

Esa noche, el dedo puntiagudo se portaba bien y no daba ninguna muestra de que fuera a desencadenar uno de sus terribles chorros de vapor que sancocharía a cuantos gegas pillara en su camino. Esa noche todo funcionaba muy bien, perfectamente. Las ruedas giraban, las palancas impulsaban y los engranajes encajaban. Los cables subían y bajaban. Las excavadoras depositaban la carga de roca en las carretillas empujadas por los gegas, que volcaban su contenido en la enorme boca de la Tumpa-chumpa, la cual masticaba la roca, escupía lo que no quería y digería el resto.

La mayoría de los gegas que trabajaban esa noche eran miembros de la UAPP. Durante el día, uno del grupo había observado la L grabada por Limbeck en el brazo de la excavadora. Por un extraordinario golpe de suerte, la zarpa pertenecía a la parte de la Tumpa-chumpa situada cerca de la capital de la isla, Wombe. Jarre, desplazándose en la centella rodante (gracias a la ayuda de unos miembros de la Unión), había llegado a tiempo para recibir a su amado y afamado líder. Todas las excavadoras habían subido ya salvo una, que parecía haberse estropeado en la isla de abajo. Jarre abandonó su supuesto lugar de trabajo y se reunió con los otros gegas, que se asomaban nerviosamente al vacío —un enorme hueco excavado en el suelo de coralita de la isla, a través del cual podía observarse

—

el cielo que quedaba debajo de Drevlin—. De vez en cuando, Jarre dirigía una inquieta mirada a su alrededor pues se suponía que no pertenecía a aquella cuadrilla de trabajo y, si la sorprendían allí, debería dar muchas explicaciones. Por fortuna, rara vez acudían a la zona reservada al manipulador otros gegas, que sólo se acercaban allí si surgían problemas con alguna de las zarpas.

Jarre observó con inquietud las carretillas que rodaban por el nivel superior al que ocupaban.

—No te preocupes —dijo Lof—. Si alguien mira hacia aquí, creará que estamos ayudando a reparar alguna zarpa.

Lof era un geg joven y bien parecido que sentía una inmensa admiración por Jarre y a quien no había producido un gran pesar, precisamente, el anuncio de la ejecución de Limbeck. Lof estrechó la mano de Jarre y pareció que trataba de prolongar el contacto, pero Jarre necesitaba la mano y la retiró.

—¡Ahí está! —Gritó ella, excitada, mientras señalaba el fondo del hueco—.

¡Ahí está!

— ¿Te refieres a eso que acaba de recibir la descarga de un rayo?

— ¡No! —replicó Jarre—. Es decir, sí, pero no le ha caído encima ningún rayo.

Todos los presentes pudieron observar cómo ascendía por la inmensa abertura el manipulador, sosteniendo entre los dedos la burbuja de cristal. Jamás hasta aquel momento le había parecido tan lenta la Tumpa-chumpa a la impaciente Jarre. En varias ocasiones se preguntó si no estaría estropeada y alzó la vista a la enorme grúa elevadora, pero siempre comprobó que seguía funcionando imperturbablemente.

Por fin, el manipulador penetró en el seno de la Tumpa-chumpa. La grúa se detuvo con un chirrido y unas planchas metálicas se deslizaron desde ambos costados de la zanja con un ruido atronador, formando un piso firme debajo del

artilugio.

— ¡Es él! ¡Es Limbeck! —gritó Jarre al distinguir una forma borrosa a través del cristal de la burbuja, que aún chorreaba agua.

—Yo no estoy tan seguro —replicó Lof dubitativamente, asido a un último resto de esperanza—. ¿Acaso Limbeck tiene rabo?

Pero Jarre ya no lo escuchaba. Había echado a correr sobre las planchas móviles del suelo antes de que el hueco terminara de cerrarse y los demás glegs se apresuraron detrás de ella. Al llegar a la puerta de la burbuja, se puso a tirar de ella con impaciencia.

— ¡No quiere abrirse! —exclamó, dejándose llevar por el pánico.

Lof soltó un suspiro, alargó el brazo y movió el tirador de la portezuela.

— ¡Limbeck! —chilló Jarre al tiempo que se precipitaba en el interior de la burbuja. Casi al instante, se apartó del aparato con una rapidez inusitada.

Del interior de la burbuja surgió entonces un sonoro gruñido cargado de hostilidad.

Al advertir la palidez que se había adueñado de Jarre, los demás glegs retrocedieron hasta una distancia prudencial de la burbuja.

— ¿Qué es eso? —preguntó uno.

—Un..., un perro, creo —balbuceó Jarre.

—Entonces, ¿no es Limbeck? —intervino Lof, ansioso.

Una voz débil se dejó oír en el interior de la burbuja. '

—

— ¡Sí, soy yo! No os preocupéis del perro. Lo habéis sobresaltado, eso es todo. Está preocupado por su amo. Vamos, echadme una mano. Aquí dentro estamos muy apretados.

Junto a la puerta vieron agitarse las yemas de unos dedos. Los glegs se miraron con aire aprensivo y, al unísono, dieron otro paso atrás.

Jarre hizo una pausa, nerviosa, esperando la colaboración de los demás glegs.

Éstos, amedrentados, volvieron la mirada a la grúa elevadora, a la trituradora de rocas o al suelo abatible..., a cualquier parte, salvo a la burbuja que acababa de gruñir.

— ¡Vamos, ayudadme a salir de aquí! —insistió Limbeck a gritos.

Jarre, con los labios apretados hasta quedar reducidos a una fina línea recta que no auguraba nada bueno, cubrió la distancia que la separaba de la burbuja e inspeccionó la mano. Parecía la de Limbeck..., incluidas las manchas de tinta. Con cierta cautela, agarró los dedos y tiró de ellos. Las esperanzas de Lof se desvanecieron definitivamente cuando Limbeck, sudoroso y con el rostro enrojecido, saltó al suelo.

—Hola, querida —dijo a Jarre mientras le estrechaba la mano, sin advertir en absoluto (con su habitual despiste) que ella le había acercado la cara para recibir un beso. Limbeck se apartó unos pasos de la burbuja pero, de inmediato, dio media vuelta y pareció disponerse a entrar de nuevo en ella.

—Ven, ayúdame a sacarlo de aquí —gritó una vez dentro, y su voz resonó con un extraño eco.

— ¿A quién? ¿Al perro? —inquirió Jarre—. ¿No puede salir por sí solo?

Limbeck se volvió y lanzó una mirada radiante a los glegs.

— ¡Al dios! —respondió con aire triunfal—. ¡He traído conmigo a un dios!

Los glegs lo observaron en un silencio entre asombrado y suspicaz.

Jarre fue la primera en recuperarse lo suficiente como para decir algo.

—Limbeck —murmuró en tono severo—, ¿era necesario eso?

— ¿Que si era...? ¡Sí! ¡Claro que sí! —contestó, algo desconcertado—. Tú no me creías. Vamos, ayúdame a sacarlo. Está herido.

— ¿Herido? —repitió Lof, viendo titilar de nuevo un rayo de esperanza—.

¿Cómo puede estar herido un dios?

— ¡Aja! —Exclamó Limbeck, y fue un « ¡Aja!» tan potente y rotundo que el pobre Lof quedó paralizado y se encontró, completamente y para siempre, fuera de la carrera—. ¡Eso mismo digo yo!

Con estas palabras, Limbeck desapareció de nuevo en el interior de la burbuja.

Tuvo algunas dificultades con el perro, que se había plantado delante de su amo y gruñía. Limbeck estaba bastante preocupado por su presencia. Durante el ascenso en la burbuja, el perro y él habían llegado a un entendimiento, pero este acuerdo —que Limbeck permanecería en su rincón y que el perro, a cambio, no le saltaría a la garganta— no parecía que fuera a bastar para tranquilizar al animal y convencerlo de que se apartara. Con frases como « ¡perrito bonito!» o « ¡sé buen chico!» no consiguió ningún resultado. Desesperado y temiendo que su dios estuviera muñéndose, el geg intentó razonar con el animal.

—Escucha —le dijo—, no queremos hacerle daño. ¡Tratamos de ayudarlo! Y el único modo de hacerlo es sacarlo de este artefacto y llevarlo a un lugar seguro. Tendremos mucho cuidado con él, te lo prometo. —Los gruñidos del perro disminuyeron y el animal observó a Limbeck con un aire que parecía de cauto

—

interés—. Tú puedes acompañarlo y, si sucede algo que no te gusta, puedes saltarme al cuello entonces.

El perro ladeó la cabeza, con las orejas tiesas, escuchándolo con atención.

Cuando el geg terminó de hablar, el animal lo contempló gravemente.

Voy a darte una oportunidad, pero recuerda que sigo teniendo los dientes.

—Dice que está bien —explicó Limbeck, satisfecho.

— ¿Qué quiere? —chilló Jarre cuando el perro saltó ágilmente de la burbuja y se posó en el suelo a los pies de Limbeck.

Los gegas retrocedieron al instante para ponerse a cubierto y se refugiaron tras las piezas de la Tumpa-chumpa que parecían más seguras para protegerse de los afilados colmillos. Jarre fue la única en permanecer donde estaba, dispuesta a no abandonar a su amado fuera cual fuese el peligro. Pero el perro no estaba en absoluto interesado por los temblorosos gegas, sino que tenía concentrada toda su atención en su amo.

— ¡Toma! —Dijo Limbeck con un jadeo, tirando de los pies del dios—. Tú cógelo por ahí, Jarre. Yo le sostendré la cabeza. Así, con cuidado. Con mucho cuidado. Creo que ya lo tenemos.

Tras haber desafiado al perro, Jarre se sentía capaz de cualquier cosa, incluso de arrastrar por los pies a un dios. Dirigió una seca mirada a sus acobardados congéneres, agarró al dios por sus botas de cuero y tiró de él. Limbeck guió la salida del cuerpo a través de la portezuela y lo sostuvo por los hombros cuando éstos aparecieron. Entre los dos, depositaron al dios en el suelo.

— ¡Oh, vaya! —musitó Jarre, pasando del miedo a la lástima. Tocó suavemente la herida de la cabeza con la yema de los dedos y las retiró cubiertas

de sangre—. ¡Tiene una herida terrible!

—Ya lo sé —contestó Limbeck, agitado—. Y he tenido que moverlo sin muchos miramientos para arrastrarlo fuera de su nave antes de que la zarpa excavadora lo hiciera pedazos.

—Tiene la piel helada y los labios amoratados. Si fuera un geg, yo diría que se está muriendo. Pero tal vez los dioses tengan este aspecto, precisamente.

—No lo creo. No estaba así la primera vez que lo vi, justo después de que se estrellara su nave. ¡Oh, Jarre, no podemos dejar que muera!

El perro, al escuchar el tono de voz compasivo de Jarre y comprobar que trataba a su amo con cariño, le dio un lametón en la mano y la miró con unos ojos pardos suplicantes.

Al principio, Jarre se sobresaltó al notar el húmedo contacto, pero pronto se tranquilizó.

—Vamos, vamos, no te preocupes. Todo saldrá bien —dijo con voz dulce al animal, al tiempo que alargaba la mano y le daba unas tímidas palmaditas en la cabeza. El perro consintió que lo hiciera, agachando las orejas y meneando ligerísima-mente su cola de tupido pelaje.

—¿De veras lo crees? —inquirió Limbeck con profunda preocupación.

—¡Claro que sí! Mira cómo mueve los párpados. —Jarre se volvió y empezó a dar enérgicas órdenes—: Lo primero que haremos será llevarlo a un lugar caliente y tranquilo donde podamos ocuparnos de él. Es casi la hora del cambio de turno y no nos interesa que nadie lo vea...

—¿No nos interesa...? —la interrumpió Limbeck.

—¡No! Hasta que el dios se recupere y nosotros estemos preparados para conocer las respuestas a nuestras preguntas. Este va a ser un gran momento en la

—

historia de nuestro pueblo y es mejor que no lo estropeemos precipitando las cosas. Tú y Lof id a buscar una camilla...

—¿Una camilla? ¿Cómo quieres que el dios quepa en ella? —replicó Lof, resentido—. Le colgarán las piernas y arrastrará los pies por el suelo.

—Es cierto. —Jarre no estaba acostumbrada a tratar con alguien tal alto y delgado. Se detuvo a pensar, arrugando la frente, cuando de pronto el poderoso sonido de un gong la sacó de sus meditaciones y la hizo mirar a su alrededor, alarmada—. ¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Van a abrir de nuevo el suelo! —exclamó Lof.

—¿Qué suelo? —quiso saber Limbeck.

—¡Éste! —Lof señaló las planchas metálicas sobre las **que** apoyaban los pies.

—¿Por qué...? ¡Ah, ya entiendo...!

Limbeck alzó la vista hacia las zarpas excavadoras que habían soltado su cargamento y se disponían a descender de nuevo por el agujero para recoger el siguiente.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo Lof con voz apremiante. Indinándose hacia Jarre, le susurró al oído—: Deja estar al dios. Cuando se abra el suelo, volverá a caer al aire del que ha venido. Y el perro también.

Pero Jarre no le prestaba atención, con la mirada vuelta hacia las carretillas que trajinaban de un lugar a otro en el nivel superior.

—¡Lof! —exclamó con excitación, agarrando al joven por la barba y tirando de ella (costumbre que había adquirido en su relación con Limbeck y que le costaba

mucho reprimir) —. ¡Las carretillas! ¡El dios cabrá en una de ellas! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

El suelo empezaba a vibrar amenazadoramente y cualquier cosa era preferible a que le tiraran a uno de la barba de aquella manera. Lof asintió y echó a correr con otros gogs en busca de una carretilla vacía.

Jarre envolvió al dios con su pequeña capa y, entre ella y Limbeck, alejaron el cuerpo del centro de la plataforma, arrastrándolo lo más cerca posible del borde. Para entonces, Lof y compañía ya estaban de vuelta con la carretilla, que habían hecho rodar por la empinada rampa que conectaba el nivel inferior con el siguiente. El gong sonó de nuevo. El perro gimoteó y se puso a ladrar. Una de dos: o el ruido le lastimaba los oídos, o el animal presentía el peligro y animaba a los gogs a darse prisa. (Lof insistió en lo primero. Limbeck apostaba por lo segundo. Jarre ordenó a ambos que cerraran la boca y se apresuraran.)

Entre todos, los gogs lograron levantar el cuerpo e introducirlo en la carretilla. Jarre envolvió la cabeza herida del dios con la capa de Lof —éste pareció decidido a protestar, pero el sonoro bofetón en la mejilla que le propinó una Jarre nerviosa y enojada resultó muy convincente—. El gong sonó por tercera vez. Las excavadoras iniciaron el descenso entre los chasquidos y chirridos de los cables, y el suelo empezó a abrirse con un ruido sordo. Los gogs, casi perdiendo el equilibrio, se alinearon detrás de la carretilla y le dieron un fuerte empujón. La carretilla empezó a rodar pendiente arriba mientras los gogs se esforzaban tras ella, sudorosos, y el perro corría entre sus pies mordisqueándoles los talones.

Los gogs son fuertes, pero la vagoneta era de hierro y pesaba mucho, por no hablar de la carga que suponía el dios que transportaba. El vehículo no estaba pensado para ascender por una rampa que era de uso exclusivo de los gogs, y mostraba una tendencia mucho más pronunciada a rodar hacia abajo que a hacerlo hacia arriba.

—

Limbeck, dándose cuenta de ello, empezó a divagar sobre conceptos como el peso, la inercia y la gravedad y, sin duda, habría acabado desarrollando alguna ley física de no haber estado en inminente peligro su vida. Debajo de ellos, el suelo se había abierto ya por completo y las zarpas excavadoras se precipitaban al vacío; durante un instante particularmente tenso, dio la impresión de que los gogs no podían aguantar más y que la carretilla terminaría por ganar, arrastrando al abismo a gogs, dios y perro.

— ¡Vamos, una vez más! ¡Todos a la vez! —gruñó Jarre. Su cuerpo robusto apuntalaba la carretilla, con el rostro encendido por el esfuerzo. Limbeck, a su lado, no era de gran ayuda pues su natural debilidad se veía agravada por la agotadora experiencia que acababa de padecer. Pese a todo, hacía valientemente lo que podía. Lof flaqueaba y parecía a punto de rendirse.

— ¡Lof! —jadeó Jarre—. ¡Si empieza a deslizarse hacia abajo, pon el pie bajo la rueda!

La orden de su líder fue un nuevo estímulo para Lof, quien ya tenía los pies planos pero no veía ninguna razón para llevar las cosas a tal extremo. Con renovadas fuerzas, aplicó el hombro a la vagoneta, apretó los dientes, cerró los ojos y dio un poderoso empujón. La carretilla alcanzó la repisa superior de la rampa y los gogs se dejaron caer junto a ella, agotados. El perro dio un lametón en la cara a Lof, para gran disgusto de éste. Limbeck escaló la rampa arrastrándose a cuatro

patas y, cuando llegó arriba, cayó desvanecido.

— ¡Lo que faltaba! —murmuró Jarre, exasperada.

— ¡No pienso cargar también con *él*! —protestó Lof con acritud. El joven geg empezaba a pensar que su padre tenía razón cuando le decía que no se metiera nunca en política.

Un malicioso tirón de la barba y un sonoro cachete en la mejilla consiguieron despertar a medias a Limbeck. Éste empezó a balbucear algo acerca de inclinaciones y planos, pero Jarre le ordenó que callara e hiciera algo útil, como coger al perro y meterlo en la carretilla con su amo.

— ¡Y dile que se esté quieto! —añadió Jarre.

Limbeck abrió tanto los ojos que parecieron a punto de saltarle de las órbitas.

— ¿Yo...? ¿Coger a ese...?

Pero el perro, como si los entendiera, solventó el problema saltando ágilmente a la carretilla, donde se enroscó a los pies de su amo.

Jarre echó un vistazo al dios e informó que seguía vivo y que tenía un aspecto algo mejor, ahora que iba envuelto en las capas. Los gegas cubrieron el cuerpo con pequeños fragmentos de coralita y otra escoria que la Tumpa-chumpa dejaba caer de vez en cuando, arrojaron un saco de yute sobre el perro y dirigieron la vagoneta hacia la salida más próxima.

Nadie los detuvo. Nadie les preguntó *por qué* empujaban una carretilla de mineral por los túneles. Nadie se interesó en saber *adonde* se dirigían, ni *qué* pensaban hacer cuando llegaran allí. Jarre, con un suspiro, meneó la cabeza y consideró tal falta de curiosidad una triste característica de su pueblo.

—

CAPÍTULO

LEK, DREVLIN,

REINO INFERIOR

En el Laberinto, uno tiene que aguzar los reflejos hasta hacerlos tan afilados y penetrantes como la hoja de una espada o una daga, pues también ellos son armas para la autoconservación y, a menudo, resultan tan valiosos o más que el acero. Luchando por recobrar la conciencia, Haplo se abstuvo instintivamente de revelar que había recuperado el conocimiento. Hasta que no volviera a tener el control completo de todas sus facultades, permanecería absolutamente quieto e insensible; reprimió un gemido de dolor y resistió con firmeza el arrollador impulso de abrir los ojos y ver dónde estaba.

«Hazte el muerto. Muchas veces, el enemigo te dejará en paz.»

Escuchó voces que entraban y salían de su radio de audición. Se agarró mentalmente a ellas, pero fue como agarrar un pez con las manos desnudas; conseguía tocarlas, pero nunca atraparlas del todo. Eran voces potentes, profundas, que se dejaban oír con claridad por encima del rugiente traqueteo que parecía resonar por todas partes; incluso dentro de él, pues notaba que todo su cuerpo vibraba. Las voces hablaban a cierta distancia de él y parecían discutir, pero lo hacían sin violencia. Haplo no se sintió amenazado y se relajó.

«Al parecer, he ido a caer entre Ocupantes Ilegales...», pensó.

—... El chico aún está vivo. Tiene una fea brecha en la cabeza, pero saldrá bien librado.

— ¿Y los otros dos? Supongo que eran sus padres.

—Muertos. Fugitivos, por su aspecto. Los snogs los atraparon, sin duda.

Supongo que el niño les pareció demasiado pequeño para preocuparse de él.
—No. Los snogs no tienen miramientos a la hora de matar. No creo que advirtieran su presencia: el pequeño estaba bien escondido entre los arbustos y, si no hubiera gemido, tampoco nosotros lo habríamos descubierto. Esta vez, el gemido le ha salvado la vida, pero es una mala costumbre. Tendremos que quitársela. Para mí que los padres sabían que estaban en peligro, de modo que le

dieron un buen golpe al pequeño para que no hiciera ruido, lo ocultaron y luego trataron de alejar de él a los snogs que los seguían.

—Tuvo suerte de que fueran snogs y no dragones. Los dragones lo habrían olido.

— ¿Cómo se llama?

El pequeño notó unas manos recorriendo su cuerpo, que estaba desnudo salvo una tira de cuero suave en torno a la cintura. Las manos siguieron los trazos de una serie de tatuajes que empezaban en el corazón, se extendían por el pecho y el estómago hasta las piernas y los empeines, pero no las plantas de los pies, y por los brazos hasta el revés de las manos, pero no los dedos ni la palma. Los tatuajes ascendían también por el cuello, dejando libres la cabeza y el rostro.

—Haplo —dijo el hombre, leyendo las runas grabadas sobre el corazón—.

Nació en la época en que cayó la Séptima Puerta. De eso hace unos nueve ciclos.

—Tiene suerte de haber vivido tanto. No puedo imaginarme a unos fugitivos tratando de escapar cargados con un niño. Será mejor que nos vayamos pronto de aquí. Los dragones no tardarán en oler la sangre. ¡Vamos, muchacho, despierta! ¡En pie! No podemos llevarte a cuestas. ¿Qué, estás despierto? Estupendo. —El hombre agarró a Haplo por los hombros y lo depositó junto a los cuerpos mutilados y desfigurados de sus padres—. Fíjate bien y recuérdalo. Y recuerda otra cosa: no han sido los snogs quienes han matado a tu padre y a tu madre. Han sido los mismos que nos encerraron en esta prisión y nos dejaron aquí para que muriéramos. ¿Quiénes son, muchacho? ¿Lo sabes?

Sus dedos se clavaron en la carne de Haplo.

—Los sartán —respondió con voz apagada.

—Más alto.

— ¡Los sartán! —gritó.

—Está bien, muchacho. No lo olvides nunca. Nunca...

Haplo flotó de nuevo hasta la superficie de la conciencia. El ruido sordo y traqueteante, acompañado de silbidos y tamborileos, no le impedía escuchar unas voces, las mismas que recordaba vagamente haber oído antes, sólo que ahora parecían ser menos. Trató de concentrarse en las palabras pero no lo consiguió. Los aguijonazos de dolor de la cabeza le impedían cualquier chispa de pensamiento racional. Tenía que poner fin al dolor.

Con cautela, Haplo abrió un poco los ojos y miró entre las pestañas. La luz de una única vela, colocada cerca de su cabeza, no bastaba para iluminar los alrededores. No tenía idea de dónde estaba, pero se dio perfecta cuenta de que no estaba solo.

Poco a poco, levantó la mano izquierda y, cuando la acercó a la cabeza, advirtió que tenía ésta envuelta en tiras de tela. Un recuerdo titiló en su mente, lanzando un débil rayo de luz en las tinieblas de dolor que lo envolvían. Razón de más para librarse enseguida de aquella herida que lo debilitaba.

Apretando los dientes y moviéndose con gran cuidado de no hacer el menor ruido, Haplo movió la mano derecha y tiró de las vendas que le cubrían la zurda. Debido a los nudos entre los dedos, no consiguió soltarlas del todo, pero las dejó lo bastante flojas como para dejar al descubierto una parte del revés.

La piel estaba cubierta de tatuajes. Los remolinos y espirales, las curvas y rizos, estaban grabados en diversos tonos de rojo y azul y tenían un aire y un dibujo de apariencia fantástica.

EN EL LABERINTO vol. —

. Igual que dos palabras, cada cual con su definición, pueden combinarse para formar una tercera con un sentido propio, aunque derive de las otras dos. Se trata de una explicación un tanto tosca del lenguaje rúnico de los patryn, capaces de producir una amplia gama de efectos mágicos combinando cada signo cabalístico con cada uno de los otros. (N. del a.)

. Los patryn del laberinto miden el tiempo en «puertas». Probablemente, este patrón data de los primeros días de su encarcelamiento, cuando la edad de una persona venía determinada por el número de puertas que había atravesado, siendo este tránsito el símbolo más importante de su sociedad.

Cuando el Señor del Nexo regresó finalmente al Laberinto para recuperar en parte el control sobre éste mediante su magia, estableció un sistema normalizado de medición del tiempo (basado en los ciclos regulares del sol en el Nexo) al que se aplica hoy el término «puerta». (N. del a.)

Sin embargo, cada signo cabalístico tenía su significado propio y especial que, combinado con cualquier otro signo que tocara, se expandía en un significado nuevo y superior. Alerta para paralizar sus movimientos al menor indicio de que alguien lo observara, Haplo levantó el brazo y apretó el revés de la mano sobre la brecha de la frente.

El círculo quedó cerrado. Una sensación de calor pasó de su mano a la cabeza, corrió de ésta hacia el brazo y, por éste, volvió a la mano. Ahora vendría el sueño y, mientras su cuerpo reposaba, el dolor se aliviaría, la herida se cerraría, las lesiones internas quedarían curadas y, al despertar, habría recuperado la conciencia y la memoria de todo lo sucedido. Con sus últimas fuerzas, Haplo colocó la venda de modo que le cubriera la mano. El brazo le cayó al costado y golpeó un objeto duro debajo de él. Una nariz fría le buscó la mano..., un hocico suave le frotó los dedos...

... Lanza en mano, Haplo se enfrentaba a dos caodines. La única emoción que sentía era la cólera, una furia feroz y rabiosa que ahogaba el miedo. Tenía a la vista su objetivo. En el horizonte ya se distinguía la Última Puerta. Para llegar a ella sólo tenía que cruzar una gran pradera abierta que le había parecido desierta al estudiarla. Pero debería haber sabido que el Laberinto no le permitiría nunca escapar. Dirigiría contra él cualquier arma que tuviera. Y el Laberinto era muy listo. Su malévola inteligencia había combatido contra los patryn durante mil años antes de que algunos de sus enemigos logaran hacerse con la habilidad necesaria para conquistarlo. Haplo había vivido y luchado durante veinticinco puertas para ser derrotado en el último instante. Porque no tenía ninguna posibilidad de salir vencedor. El Laberinto le había permitido adentrarse en la pradera desierta, donde no había un solo árbol o roca con los que cubrirse la espalda. Y había lanzado contra él a dos caodines.

Los caodines son enemigos mortales. Engendrados por la desquiciada magia del Laberinto, esas inteligentes criaturas parecidas a insectos gigantes son diestras

en el manejo de todo tipo de armas (aquellas dos blandían espadas anchas de dos filos). Altas como un hombre, con el cuerpo protegido por una dura coraza negra, los ojos saltones, cuatro brazos y dos poderosas patas traseras, existe un modo de acabar con ellas... Sí, existe un modo de acabar con cualquier criatura del Laberinto. Pero, para dar muerte a un caodín, hay que acertarle justo en el corazón, quitándole la vida en el mismo instante. Porque si vive, aunque sólo sea un segundo, de una gota de su sangre saldrá otro como él y los dos, intactos y frescos, reanudarán la lucha.

Haplo se enfrentaba a dos de ellos y sólo disponía de una lanza con signos cabalísticos grabados y su puñal de caza. Si sus armas erraban el blanco y herían

—

a sus oponentes, tendría frente a él a cuatro caodines. Si volvía a fallar, serían ocho. No, así no podía ganar.

Los dos caodines avanzaron, uno por la derecha de Haplo y otro por su izquierda. Cuando atacara a uno, el otro lo asaltaría por detrás. La única posibilidad del patryn sería matar a uno a la primera con la lanza y luego volverse para hacer frente al otro.

Con esta estrategia en la cabeza, Haplo retrocedió lanzando una finta hacia uno, primero, y luego hacia el otro, obligándolos a guardar las distancias. Así lo hicieron los caodines, jugando con él, conscientes de que lo tenían en su poder, pues los caodines disfrutaban jugando con sus víctimas y rara vez las matan enseguida, para tener ocasión de divertirse un poco con ellas.

Furioso hasta perder la razón, sin importarle ya si vivía o moría, sin otro deseo que acabar con aquellas criaturas y, a través de ellas, con el Laberinto, Haplo sacó fuerzas de toda una vida de miedo y desesperación, y utilizó la energía de su rabia y su frustración para impulsar la lanza. El arma salió despedida de su mano y él gritó tras su estela las invocaciones mágicas que la harían volar rápida y recta hasta su enemigo. Su puntería fue excelente: la lanza atravesó el negro caparazón del insecto y éste cayó hacia atrás, muerto antes de tocar el suelo.

Un destello doloroso recorrió a Haplo. Con un gemido de dolor, encogió el cuerpo hacia un lado y se volvió para hacer frente a su otro enemigo. Notaba la sangre, caliente sobre su piel fría, que manaba de la herida. El caodín no puede usar la magia de los signos, pero su larga experiencia combatiendo a los patryn le ha permitido averiguar dónde es vulnerable a los ataques un cuerpo tatuado. El mejor blanco es la cabeza. El caodín, sin embargo, había clavado su espada en la espalda de Haplo. Sin duda, el insecto no deseaba matarlo..., todavía.

Haplo se había quedado sin lanza y se enfrentaba con una daga de caza a la espada de dos filos. Sólo podía hacer una de dos cosas: arremeter bajo la guardia del caodín y tratar de apuñalarlo directamente en el corazón, o arriesgarse a otro lanzamiento. El puñal, que utilizaba para despellejar, afilar y cortar, no llevaba grabados símbolos mágicos para volar. Si fallaba, quedaría desarmado y, probablemente, frente a dos enemigos. Sin embargo, era preciso que terminara pronto aquella batalla. Estaba perdiendo sangre y no tenía escudo con el que parar los golpes de espada del caodín.

Éste, advertido del dilema de Haplo, alzó su inmensa hoja. Apuntando al brazo izquierdo, el insecto intentó cortárselo de cuajo para dejarlo impedido, pero aún con vida. Haplo vio venir el golpe y lo esquivó lo mejor que pudo, volviéndose para recibirlo en el hombro. La hoja se hundió profundamente y el hueso crujió

bajo ella. El dolor dejó a Haplo al borde del desmayo. No notaba la mano izquierda, y mucho menos podía utilizarla.

El caodín retrocedió, disponiéndose para el siguiente golpe. Haplo asió la daga y trató de ver algo entre la bruma rojiza que rápidamente nublaba su visión. La vida ya no le importaba. Sólo lo movía el odio. La última sensación que quería experimentar antes de morir era la satisfacción de saber que se había llevado con él a su enemigo.

El caodín alzó de nuevo la espada, preparándose para descargar otro hachazo torturador a su víctima impotente. Lleno de serena determinación, perdido en un estupor que no era del todo ficticio, Haplo esperó. Tenía una nueva estrategia. Significaba que moriría, pero lo mismo sucedería con su enemigo. El caodín echó

—

el brazo hacia atrás y, en aquel mismo instante, una silueta negra surgió de alguna parte a espaldas de Haplo y se lanzó sobre su enemigo.

Desconcertado ante aquel súbito e inesperado ataque, el caodín apartó la mirada de Haplo para ver qué era lo que se le echaba encima y, al hacerlo, cambió el movimiento de la espada para enfrentarse a su nuevo enemigo. Haplo escuchó un aullido cargado de dolor, un gáñido, y creyó ver vagamente un cuerpo peludo que caía al suelo. Sin embargo, no prestó atención a qué era. El caodín, al bajar los brazos para golpear a su nuevo enemigo, había dejado el pecho al descubierto y Haplo apuntó su daga directamente al corazón.

El caodín vio el peligro e intentó revolversse, pero Haplo ya estaba demasiado cerca. La espada de la criatura insectil hirió en el costado al patryn, resbalando sobre sus costillas. Haplo no notó siquiera el golpe y hundió la daga en el pecho del caodín con tal fuerza que los dos perdieron el equilibrio y rodaron por el suelo.

Cuando consiguió desembarazarse del cuerpo de su enemigo, Haplo no intentó siquiera ponerse en pie. El caodín estaba muerto y, ahora, también él moriría y encontraría la paz, como tantos antes que él. El Laberinto había triunfado, pero él le había plantado batalla hasta el instante final.

Se quedó tendido en el suelo y dejó que la vida se le escapara del cuerpo.

Podría haber intentado curarse las heridas, pero ello hubiera requerido esfuerzo, movimiento y más dolor. No quería moverse. No quería luchar con nadie más.

Bostezó, sintiéndose soñoliento. Se estaba muy bien allí tendido, sabiendo que muy pronto las luchas terminarían para siempre.

Un leve gemido le hizo abrir los ojos, no tanto por miedo como de irritación por el hecho de que no le permitieran ni siquiera morir en paz. Volvió ligeramente la cabeza y vio un perro. Así que era eso la cosa negra y peluda que había atacado al caodín... ¿De dónde habría salido? Probablemente, el animal estaba en la pradera, de caza tal vez, y había acudido en su ayuda.

El perro estaba tumbado sobre el vientre, con la cabeza entre las patas. Al ver que Haplo lo miraba, emitió un nuevo gáñido y, avanzando a rastras, hizo ademán de lamerle la mano al hombre. Fue entonces cuando Haplo advirtió que el perro estaba herido.

De un profundo tajo en el cuerpo del animal manaba sangre a borbotones.

Haplo recordó confusamente haber oído su aullido y los gemidos posteriores al caer abatido. El perro lo miraba con aire expectante, esperando —como hacen los perros— que aquel humano se ocupara de él e hiciera desaparecer el terrible dolor que estaba padeciendo.

—Lo siento —murmuró Haplo, adormilado—, no puedo ayudarte. Ni siquiera puedo hacer nada por mí mismo...

El perro, al sonido de la voz del hombre, meneó débilmente la cola de tupido pelaje y continuó mirándolo con una fe ciega.

— ¡Vete a morir a otra parte!

Haplo hizo un brusco gesto de enfado. El dolor le atravesó el cuerpo y lanzó un grito de agonía. El perro respondió con un breve ladrido y Haplo notó un hocico frío que le frotaba la mano. Herido como estaba, el animal le ofrecía su compasión. Y entonces, al volver la mirada hacia él entre irritado y reconfortado, Haplo observó que el perro malherido luchaba por incorporarse. El animal, que se sostenía a duras penas, volvió la vista hacia la hilera de árboles que se alzaban detrás de ambos. Lamió la mano de Haplo una vez más y luego emprendió la

—

marcha hacia los troncos, cojeando y casi sin fuerzas. Había malinterpretado el gesto de Haplo e iba a intentar encontrar ayuda. Ayuda para el hombre.

El perro no llegó muy lejos. Renqueante, apenas consiguió dar dos o tres pasos antes de caer. Tras una breve pausa para recobrar fuerzas, volvió a intentarlo.

— ¡Basta! —Susurró Haplo—. ¡Déjalo! ¡No merece la pena!

El animal no le entendió. Volvió la cabeza y miró a Haplo como si le dijera:

«Ten paciencia. No puedo ir muy rápido pero no te dejaré en la estacada».

La compasión, la lástima y la abnegación no son actitudes que los patryn consideren virtudes, sino defectos propios de razas inferiores que disimulan sus debilidades internas exaltándolas. Haplo no se sintió impresionado. Cruel, desafiante e inflamado de odio, se había abierto paso por el Laberinto luchando a diestro y siniestro, siempre solo. Jamás había pedido ayuda, y jamás la había ofrecido. Y había sobrevivido donde muchos otros habían caído. Hasta aquel momento.

—Eres un cobarde —se dijo a sí mismo con un murmullo—. Ese perro idiota tiene el valor para luchar por la vida, y tú prefieres rendirte. Y algo aún peor: morirás con deudas. Morirás con una deuda en el alma pues, te guste o no, ese perro te ha salvado la vida.

No fueron sentimientos de ternura los que llevaron a Haplo a alargar la mano derecha para asir con ella su zurda inutilizada. Lo que lo impulsó fue el orgullo y la vergüenza propia.

— ¡Ven aquí! —ordenó al perro.

Éste, demasiado débil para sostenerse sobre las patas, avanzó a rastras por el suelo, dejando tras él un reguero de sangre sobre la hierba.

Rechinando los dientes, entre jadeos y maldiciones ante el dolor, Haplo apretó el signo cabalístico del revés de la mano contra el flanco desgarrado del can. Sin moverla de este punto, colocó la mano derecha sobre la testuz del animal. El círculo curativo quedó cerrado y Haplo comprobó, con la mirada nublada, cómo se cerraba instantáneamente la herida de su peludo salvador...

—Si se recupera, lo llevaremos al supervisor jefe para demostrarle que cuanto le dije era cierto. ¡Les demostraremos, a él y a nuestro pueblo, que los welfos no son dioses! Nuestro pueblo comprenderá entonces que hemos sido utilizados y engañados durante todos estos años.

—Eso, *si* se recupera —musitó una voz femenina, más suave—. Está

malherido de veras, Limbeck. Tiene esa herida profunda en la cabeza y tal vez haya recibido más en otras partes de su cuerpo, aunque el perro no me deja acercarme lo suficiente para comprobarlo. De todos modos, no importa mucho que lo haga pues una herida en la cabeza de tal gravedad conduce casi siempre a la muerte. ¿Recuerdas cuando Hal Martillador tropezó en la pasarela elevada y cayó de cabeza...?

—Ya lo sé, ya lo sé —replicó la otra voz con abatimiento—. ¡Oh, Jarre, no puede morirse ahora! Quiero que lo conozcas todo de su mundo. Es un lugar hermoso, como el que vi en los libros. Con un cielo azul despejado de nubes y un sol brillante y resplandeciente que lo ilumina todo, y unos edificios altos y maravillosos, grandes como la Tumpa-chumpa...

—Limbeck —lo interrumpió la voz severa de la mujer—, no te darías también tú un golpe en la cabeza, ¿verdad?

—

—No, querida. Yo vi esos libros, de verdad. Igual que vi a los dioses muertos. ¡Ahora he traído una prueba, Jarre! ¿Por qué te niegas a creerme?

— ¡Oh, Limbeck, ya no sé qué creer! Antes tenía las cosas muy claras; todo era blanco o negro, con perfiles claros y precisos, y yo sabía exactamente lo que quería para nuestro pueblo: mejores condiciones de vida y una participación igualitaria en los pagos de los welfos. Eso era todo. Mi idea era causar un poco de agitación, presionar al supervisor jefe, y éste se vería obligado a ceder, finalmente. Ahora, todo está confuso y borroso. ¡Me estás hablando de una revolución, Limbeck! ¡De echar por tierra todas las creencias que hemos profesado durante siglos! ¿Qué te propones instaurar en su lugar?

—Tenemos la verdad, Jarre.

Haplo sonrió. Llevaba ya una hora despierto y pendiente de lo que oía. Comprendía parte de las palabras y, aunque aquellos seres se llamaban a sí mismos «gegs», advirtió que hablaban un idioma derivado del que en el Mundo Antiguo se había conocido por «lengua de los enanos». Sin embargo, eran muchas las cosas que no entendía. Por ejemplo, ¿qué era aquella Tumpa-chumpa a la que se referían con tan reverente respeto? Para eso lo habían mandado allí, se dijo: para aprender. Para tener los ojos y oídos bien abiertos, la boca cerrada y las manos quietas.

Alargando la mano hacia el suelo, al costado de la cama, Haplo le rascó la cabeza al perro para tranquilizarlo. El viaje a través de la Puerta de la Muerte no había empezado precisamente como lo había previsto. De algún modo, en alguna parte, su amo y protector había cometido graves errores de cálculo. Los signos mágicos estaban mal alineados y Haplo lo había advertido demasiado tarde, cuando poco podía hacer ya para evitar el choque y la consiguiente destrucción de la nave.

La constatación de que se encontraba atrapado en aquel mundo no preocupó excesivamente a Haplo. Ya había estado encerrado en el Laberinto y había conseguido escapar. Tras semejante experiencia, en un mundo normal como aquél sería —como le había dicho su amo— «invencible». De momento, tenía que dedicarse a cumplir su cometido. Cuando hubiera completado lo que había venido a hacer, ya encontraría algún modo de regresar.

—Me ha parecido oír algo.

Jarre entró en la habitación acompañada de la suave luz de un candelabro.

Haplo entrecerró los ojos, parpadeando. El perro emitió un gruñido y empezó a incorporarse, pero volvió a tenderse a un gesto imperioso y furtivo de su amo.

— ¡Limbeck! —exclamó Jarre.

— ¡Ha muerto! —El robusto geg irrumpió en la estancia a toda prisa.

—No, no —replicó ella. Indinándose sobre el costado de la cama, señaló con una mano temblorosa la frente de Haplo y añadió—: ¡Mira! ¡La herida está curada! ¡Completamente curada! ¡Ni..., ni siquiera le queda cicatriz! ¡Oh, Limbeck, tal vez estás equivocado, después de todo! ¡Tal vez éste sea de verdad un dios!

—No —respondió Haplo. Incorporándose sobre un codo, miró resueltamente a los sorprendidos gegs—. Yo era un esclavo. —Habló despacio y con voz grave, buscando las palabras en la complicada lengua de los enanos—. Una vez fui lo que sois ahora vosotros, pero mi pueblo triunfó sobre sus dominadores y he venido para ayudaros a hacer lo mismo.

—

CAPITULO EXILIO DE PITRIN, REINO MEDIO

El viaje a través de Exilio de Pitrin resultó más sencillo de lo que Hugh había previsto. Bane mantuvo la marcha con valentía y, cuando se sintió cansado, hizo cuanto pudo para no demostrarlo. Alfred observaba con inquietud al príncipe y, cuando éste empezaba a dar señales de que le dolían los pies, era el chambelán quien anunciaba que era incapaz de dar un paso más. En realidad, Alfred lo pasaba mucho peor que su pequeño pupilo. Los pies del hombrecillo parecían poseídos de una voluntad propia y continuamente tomaban caminos diferentes, tropezaban con baches inexistentes y se enredaban con pequeñas ramas casi imperceptibles.

En consecuencia, el avance no fue muy rápido; Hugh, sin embargo, no les dio prisa. Tampoco él la tenía. No estaban lejos de una cala, abrigada por los bosques en el extremo de la isla, donde tenía amarrada su nave y, sin embargo, sentía muy pocos deseos de llegar hasta ella. Tal sensación le producía irritación, pero se negó a averiguar la causa de ésta.

La caminata resultó agradable, al menos para Bane y para Hugh. El aire era frío, pero brillaba el sol y sus rayos evitaban que el frío fuera constante. Apenas soplaba el viento. En la carretera encontraron más viajeros de lo normal, los cuales aprovechaban aquel breve intervalo de buen tiempo para emprender los viajes urgentes que debían realizarse durante el invierno. El tiempo también era bueno para los asaltantes de caminos y

Hugh advirtió que todo el mundo tenía, como decía el refrán, un ojo en el camino y otro en el cielo.

Vieron tres naves élficas, con mascarones de dragón en la proa y dotadas de velas como alas, pero pasaron muy lejos, rumbo a algún destino desconocido, en dirección kiracurso. Ese mismo día, una formación de cincuenta dragones pasó justo por encima de sus cabezas. Distinguieron a los jinetes de los dragones en sus sillas de montar, con el brillante sol invernal reflejado en el casco, la coraza y las puntas de la jabalina y de las saetas. El destacamento llevaba con él a una

—

hechicera que volaba en el centro, rodeada de jinetes. La bruja no llevaba armas a la vista, sólo su magia y ésta estaba en su mente. Los jinetes también pasaron a kiracurso. Los elfos no eran los únicos que aprovechaban los días despejados y sin viento.

Bane contempló las naves élficas con asombro infantil, boquiabierto y con los ojos como platos. Jamás había visto ninguna, afirmó, y tuvo una terrible decepción al comprobar que no se acercaban. De hecho, un escandalizado Alfred se vio forzado a impedir que Su Alteza se quitara la capucha y la utilizara como bandera para señalar su posición. A los viajeros que recorrían el camino no les divirtió en absoluto la inconsciente osadía del pequeño. Hugh se entretuvo contemplando con torvo interés cómo los campesinos se dispersaban en busca de un refugio hasta que Alfred pudo poner freno al entusiasmo del príncipe.

Esa noche, reunidos en torno a la fogata tras la cena frugal, Bane fue a sentarse al lado de Hugh, en lugar de ocupar su lugar habitual cerca del chambelán. Se sentó en cuclillas y se acomodó.

— ¿Me hablarás de los elfos, maese Hugh?

— ¿Cómo sabes que conozco alguna historia sobre ellos?

Hugh sacó del macuto la pipa y la bolsa de esterego. Apoyado en un árbol y con los pies estirados hacia las llamas, sacó unos hongos secos de la bolsita de cuero y los introdujo en la cazoleta, lisa y redonda.

Bane no fijó la mirada en Hugh sino en un punto a la derecha de éste, por encima de su hombro. Sus ojos azules dejaron de enfocar. Hugh acercó un palo a las llamas y lo utilizó para encender la pipa. Tras echar una chupada, observó al muchacho con ociosa curiosidad.

—Veo una gran batalla —anunció Bane, como si estuviera sonámbulo—. Veo elfos y hombres que combaten y mueren. Veo derrota y desesperación, y luego oigo voces de hombres cantando y estalla la alegría.

Hugh permaneció callado tanto tiempo que se le apagó la pipa. Alfred, incómodo, cambió de postura y apoyó la mano sobre una brasa. Reprimiendo un grito de dolor, sacudió violentamente la mano quemada.

—Alteza —murmuró con voz lastimera—, ya os he dicho...

—No, no importa —lo interrumpió Hugh. Con gesto despreocupado, sacó la ceniza de la pipa, volvió a llenar la cazoleta y la encendió de nuevo. Luego, dio unas chupadas lentas con la vista fija en el muchacho—. Acabas de describir la batalla de los Siete Campos.

—Tú estuviste allí.

Hugh dejó escapar al aire una fina columna de humo.

—Es cierto. Igual que casi todos los varones de la raza humana de mi edad, incluido tu padre, el rey. —Dio una larga chupada y añadió—: Si es esto lo que llamas clarividencia, Alfred, he visto trucos mejores en una taberna de tercera. El muchacho debe de haber escuchado la historia de labios de su padre un centenar de veces.

La expresión de Bane sufrió un cambio súbito y desconcertante. La felicidad dio paso a un dolor intenso, lacerante. Mordiéndose el labio, bajó la cabeza y se pasó la mano por los ojos.

Alfred dirigió una mirada extraña, casi suplicante, a Hugh.

—Te aseguro, maese Hugh, que ese don de Su Alteza es totalmente real y no debe tomarse a la ligera. Bane, maese Hugh no entiende de magia, eso es todo. Lo lamenta mucho. Y ahora, ¿por qué no coges tú mismo un caramelo del macuto?

—

Bane dejó su lugar junto a Hugh y se acercó al macuto del chambelán para buscar la golosina. Alfred bajó la voz para que sólo lo escuchara Hugh.
—Es que... Verás, señor, el rey nunca ha hablado mucho con el chico. El rey Stephen nunca se ha sentido muy..., muy cómodo en presencia de Bane. Es cierto, pensó Hugh, a Stephen no debe de haberle resultado agradable mirar a la cara a su vergüenza. Tal vez el monarca veía en las facciones del muchacho el rostro de un hombre que él —y la reina— conocían muy bien. El resplandor de la pipa se apagó. Mientras vaciaba las cenizas, Hugh encontró un palito y, tras aguzar el extremo con el puñal, lo introdujo en la cazoleta para intentar desatascar el conducto. Echó un vistazo al chico y lo vio revolviendo todavía en el macuto.

—Tú crees de verdad que el chico es capaz de hacer lo que dice, ¿verdad? Eso de ver imágenes en el aire.

—Sí, claro que es capaz —le aseguró Alfred con vehemencia—. Lo he visto hacerlo demasiadas veces para tener dudas. Y tú también debes creerlo, señor, pues de lo contrario...

Hugh hizo un alto en sus manipulaciones y miró a Alfred.

—¿O qué? Eso me suena mucho a amenaza.

Alfred bajó los ojos y su mano lesionada arrancó con gesto nervioso las hojas de una planta cáliz.

—Yo..., no pretendía tal cosa.

—Sí, claro que sí. —Hugh dio unos golpecitos con la pipa en una roca—. No tendrá esto algo que ver con esa pluma que lleva encima, ¿verdad? Esa que le dio un misteriarca...

Alfred se puso mortalmente pálido, tanto que Hugh casi temió que fuera a desmayarse otra vez. El chambelán tragó saliva varias veces hasta que recobró la voz.

—Yo no...

El crujido de una rama al quebrarse lo interrumpió: Bane regresaba junto al fuego. Hugh vio que Alfred dirigía al muchacho la mirada agradecida del náufrago a quien se ha arrojado un cabo.

El príncipe, absorto en disfrutar del caramelo, no lo advirtió. Se dejó caer en el suelo y, tomando un palo, revolió el fuego con él.

—¿Quieres oír la historia de la batalla de Siete Campos, Alteza? —preguntó Hugh sin alzar la voz.

El príncipe lo miró con ojos brillantes.

—Apuesto a que fuiste un héroe, ¿verdad, maese Hugh?

—Ruego me disculpes, señor —intervino Alfred humildemente—, pero no te tengo por un patriota. ¿Cómo fue que te encontraste en la batalla por la liberación de nuestra patria?

Hugh se disponía a responder cuando el chambelán frunció el entrecejo y se incorporó de un salto. Agachándose frente al lugar donde había estado sentado, el hombrecillo levantó un fragmento de coralita de buen tamaño cuyos bordes afilados como cuchillas destellaban a la luz de la fogata. Por fortuna, los calzones de cuero que llevaba, adquiridos a un zapatero, lo habían protegido de sufrir un buen contratiempo.

—Tienes razón. La política no me importa nada. —Una fina columna de humo se elevó formando volutas de entre los labios de Hugh—. Digamos que estaba allí

por cuestión de negocios...

—

... Un hombre entró en la posada y se detuvo parpadeando bajo la luz mortecina. Era primera hora de la mañana y en la sala común no había más que una mujer desaliñada fregando el suelo y un viajero sentado a una mesa y oculto en la sombra.

— ¿Eres Hugh, a quien llaman *la Mano*? —preguntó el recién llegado al viajero.

—Si.

—Quiero contratarte.

El hombre puso una maleta delante de Hugh. Este la abrió e inspeccionó el interior. Había monedas, joyas e incluso algunas cucharas de plata. Hizo una pausa, extrajo lo que sin duda era un anillo de boda de mujer y observó al hombre minuciosamente.

—Esto lo hemos reunido entre varios, pues ninguno era lo bastante rico como para contratarte por su cuenta. Hemos puesto los objetos de valor que teníamos.

— ¿Quién es el objetivo?

—Cierta capitán que se pone al servicio de los nobles para instruir y conducir a soldados de infantería en el combate. Es un mentiroso y un cobarde y ha enviado a la muerte segura a más de una patrulla, mientras él se quedaba a salvo en la retaguardia, y cobraba su sueldo. Lo encontrarás con Warren de Kurinandistai, marchando en el ejército del rey Stephen. He oído que se dirigen a un lugar llamado Siete Campos, en el continente.

— ¿Y cuál es el servicio especial que quieres de mí? Tú y..., y todos éstos. — Hugh dio unos golpecitos en la maleta del dinero.

—Viudas y parientes de los últimos al mando de ese hombre, señor —dijo el hombre, con los ojos brillantes—. Te pedimos lo siguiente, a cambio de nuestro dinero: que muera de tal modo que resulte evidente que no le tocó ninguna mano enemiga, que él sepa quién ha pagado por su muerte y que dejes esto en su cuerpo. —El hombre entregó ceremoniosamente a Hugh un pequeño pergamino.

— ¿Maese Hugh? —dijo Bane, impaciente—. Continúa. Cuéntame lo de Siete Campos.

—Fue en los tiempos en que nos gobernaban los elfos. Con el paso de los años, los elfos se habían relajado en su ocupación de nuestras tierras. —Hugh contempló el humo que ascendía enroscándose hasta perderse en la oscuridad—. Los elfos consideran a los humanos poco más que animales, de modo que nos subestiman. Desde luego, en muchas cosas tienen razón, así que mal se los puede culpar por seguir cometiendo el mismo error una y otra vez.

»E conglomerado de Ulyndia, en la época de su dominación, estaba dividido en fragmentos y cada uno de éstos era gobernado nominalmente por un señor humano, aunque en realidad ejercía el control un virrey elfo. Los elfos no tenían que actuar para impedir que los clanes humanos se unieran; los clanes colaboraban activamente a ello.

—Muchas veces me he preguntado por qué no exigieron que destruyéramos nuestras armas, como se hacía en los siglos pasados —intervino Alfred. Hugh sonrió, dando una nueva chupada.

— ¿Por qué iban a preocuparse? Les convenía tenernos armados, pues utilizábamos las armas entre nosotros ahorrándoles multitud de problemas. De

hecho, su plan funcionó tan bien que terminaron encerrándose en sus refinados

—

castillos sin preocuparse siquiera de abrir una ventana y echar un buen vistazo a lo que estaba cociéndose a su alrededor. Lo sé porque solía escuchar sus conversaciones.

— ¿Eso hiciste? —Bane, sentado, se inclinó hacia adelante con un destello en sus ojos azules—. ¿Cómo? ¿Cómo sabes tantas cosas de los elfos?

En la pipa, el ascua despidió su fulgor rojizo y fue apagándose hasta desaparecer. Hugh hizo caso omiso de la pregunta.

—Cuando Stephen y Ana consiguieron unificar a los clanes, los elfos abrieron por fin las ventanas. Y por ellas entraron flechas y lanzas, mientras los humanos escalaban los muros empuñando espadas. El alzamiento fue rápido y bien planificado. Cuando llegó la noticia al imperio de Tribus, la mayoría de los virreyes elfos había perdido la vida o había huido de su mansión. Los elfos se desquitaron. Reunieron su flota, la mayor nunca visto en este mundo, y zarparon hacia Ulyandia. Cientos de miles de preparados guerreros elfos, junto a sus hechiceros, se enfrentaron a unos miles de humanos (sin la ayuda de sus magos más poderosos, pues para entonces los misteriarcas habían huido). Nuestro pueblo no tuvo la menor oportunidad. Cientos resultaron muertos. Muchos más fueron hechos prisioneros. El rey Stephen fue capturado con vida...

— ¡No fue su voluntad! —exclamó Alfred, picado por el tonillo irónico de la voz de Hugh.

La pipa brilló y volvió a apagarse. *La Mano* no dijo nada y el silencio impulsó a Alfred a continuar hablando, cuando no había tenido el menor deseo de intervenir.

—El príncipe elfo, Reesh'ahn, identificó a Stephen y ordenó a sus hombres que lo apresaran ileso. Los nobles del rey cayeron al lado de su monarca, defendiéndolo. E incluso cuando se quedó solo, Stephen continuó luchando. Dicen que había un círculo de muertos a su alrededor, pues los elfos no se atrevían a desobedecer a su comandante y, sin embargo, ninguno lograba acercarse lo suficiente como para inmovilizarlo antes de que lo matara. Al fin, se lanzaron en masa sobre él, lo derribaron al suelo y lo desarmaron. Stephen luchó con valentía, tanto como el que más.

—No sabía nada de eso —respondió *la Mano*—. Lo único que sé es que el ejército se rindió...

Desconcertado, Bane se volvió hacia los dos hombres.

— ¡Debes de estar equivocado, maese Hugh! ¡Fue nuestro ejército el que ganó la batalla de Siete Campos!

— ¿Nuestro ejército? —Hugh levantó la ceja—. No, no fue el ejército. Fue una mujer quien derrotó a los elfos, una trovadora que llamaban Cornejalondra porque se dice que tenía la piel negra como el ala de un cuervo y la voz de una alondra cuando canta su bienvenida al día. Su señor la había llevado al campo de batalla para que cantara su victoria, supongo, pero terminó entonando su canto fúnebre. La mujer fue capturada y hecha prisionera como el resto de los humanos, y la condujeron con los demás por una carretera que atravesaba los Siete Campos, una carretera sembrada con los cuerpos de los muertos y regada con su sangre. Los cautivos formaban una columna abatida, pues sabían el destino que les esperaba: la esclavitud. Envidiando a los muertos, avanzaban con los hombros hundidos y la cabeza gacha.

»Y entonces la trovadora se puso a cantar. Era una vieja canción, que todo el mundo recuerda de su infancia.

—

— ¡Yo la conozco! —Exclamó Bane con animación—. Esa parte de la historia ya la he oído.

EN EL LABERINTO vol. —

. *Término élfico para referirse a ellos mismos. (N. del a.)*

—Cántala, entonces —dijo Alfred con una sonrisa, contento de ver animado al príncipe. —Se titula *Mano de llama*. La voz del pequeño sonó aguda y ligeramente desentonada, pero entusiasta:

La Mano que sostiene el Arco y el Puente,

el Fuego que cerca el Trayecto Inclinado,

toda Llama como Corazón, corona la Sierra,

todos los Caminos nobles son Ellxman.

El Fuego en el Corazón guía la Voluntad,

la Voluntad de la Llama, prendida por la Mano,

la Mano que mueve la Canción del Ellxman,

la Canción del Fuego, el Corazón y la Tierra:

el Fuego nacido al Final del Camino,

la Llama una parte, una llamada iluminada,

el camino lóbrego, el objetivo parpadeante,

el Fuego conduce de nuevo desde los futuros, todos.

El Arco y el Puente son pensamientos y corazón,

el Trayecto una vida, la Sierra una parte.

—Mi niñera me la enseñó cuando era pequeño, pero no supo decirme qué significaban las palabras. ¿Lo sabes tú, maese Hugh?

—Dudo que nadie sepa interpretarlas hoy día. La tonada conmueve el corazón. Cornejalondra empezó a cantarla y los prisioneros no tardaron en levantar las cabezas con orgullo, erguidos y marciales, y en cerrar filas en formación, dispuestos a caminar con dignidad hacia la esclavitud o hacia la muerte.

—He oído que esta canción es de origen élfico —murmuró Alfred—. Y que se remonta a antes de la Separación.

— ¿Quién sabe? —Hugh se encogió de hombros, desinteresado—. Lo único que importa es que ejerce un efecto sobre los elfos. Desde que sonaron sus primeras notas, los elfos se quedaron paralizados, con la vista fija al frente. Parecían sumidos en un sueño, aunque movían los ojos. Algunos afirmaron estar «viendo imágenes».

Bane se sonrojó y su mano se cerró con fuerza en torno a la pluma.

—Los prisioneros, al darse cuenta de ello, continuaron cantando. La trovadora sabía la letra de todos los versos. La mayoría de los prisioneros se perdió tras la primera estrofa, pero continuaron entonando la música e interviniendo con entusiasmo en los coros. A los elfos les resbalaron las armas de las manos. El príncipe Reesh'ahn cayó de rodillas y se puso a llorar. Y, a una orden de Stephen, los prisioneros escaparon a toda la velocidad que les permitían sus pies.

—Dice mucho en favor de Su Majestad que no ordenara el exterminio de un

enemigo indefenso —comentó Alfred.

—Por lo que el rey sabía —replicó Hugh con una sonrisa burlona—, una simple espada en la garganta de la trovadora podría haber roto el hechizo. Nuestros hombres estaban derrotados y sólo querían salir de aquella situación. Según me han contado, el rey tenía el plan de replegarse hacia uno de los castillos cercanos, reagruparse y atacar de nuevo. Sin embargo, no fue necesario. Los espías de Stephen informaron que, cuando los elfos despertaron del hechizo, fue como si salieran de un hermoso sueño y sólo desearan volverse a dormir.

—

Abandonaron sus armas y sus muertos donde habían caído, y regresaron a sus naves. Una vez allí, liberaron a sus esclavos humanos y volvieron a su tierra renqueantes.

—Y éste fue el inicio de la revolución élfica.

—Así parece. —Hugh dio una parsimoniosa chupada a su pipa—. El rey elfo declaró proscrito y deshonorado a su hijo, el príncipe Reesh'ahn, y lo sentenció al exilio. Ahora, Reesh'ahn se dedica a provocar problemas por todo Aristagón. Se han llevado a cabo varios intentos para capturarlo, pero siempre se les ha escurrido entre los dedos.

—Y dicen que con viaja la trovadora, la cual, según la leyenda, quedó tan conmovida ante el dolor del príncipe que decidió seguirlo —añadió Alfred en voz baja—. Juntos cantan esa tonada y, allí donde van, encuentran nuevos seguidores. El chambelán se inclinó hacia atrás, calculó mal la distancia que lo separaba del árbol y se dio un sonoro golpe en la cabeza contra el tronco.

A Bane se le escapó una risilla, pero se apresuró a taparse la boca con la mano.

—Lo siento, Alfred —dijo en tono contrito—. No quería reírme. ¿Te has hecho daño?

—No, Alteza —respondió Alfred con un suspiro—. Gracias por tu interés. Y ahora, Alteza, es hora de acostarse. Mañana nos espera una larga jornada.

—Sí, Alfred. —Bane corrió a sacar la manta de la mochila—. Si te parece bien, esta noche dormiré aquí —añadió entonces y, dirigiendo una tímida mirada a Hugh, extendió la manta junto a la de éste.

Hugh se puso en pie bruscamente y se acercó a la fogata. Sacudiendo la cazoleta de la pipa contra su mano, vació las cenizas.

—La rebelión... —*La Mano* fijó los ojos en las llamas, evitando mirar al pequeño—. Han transcurrido diez años y el imperio de Tribus sigue tan fuerte como siempre. Y el príncipe vive como un lobo acosado en las cuevas de las Remotas Kirikai.

—Por lo menos, esa rebelión ha impedido que nos aplastaran bajo sus botas —afirmó Alfred, envolviéndose en una manta—. ¿Estáis seguro de que no tendréis frío tan lejos de la fogata, Alteza?

—Sí, sí —respondió el príncipe con alegría—. Estaré al lado de maese Hugh. Se incorporó hasta quedar sentado, encogió las rodillas y se cogió las manos rodeando éstas. Luego, alzó la mirada hacia Hugh con aire inquisitivo.

—¿Qué hiciste en la batalla, maese Hugh...?

—¿Adonde vas, capitán? Me parece que la batalla se está librando justo detrás de ti...

—¿Eh?

El capitán se sobresaltó al escuchar una voz cuando creía estar a solas. Desenvainó la espada, se volvió en redondo y escrutó la maleza. Hugh, espada en mano, salió de detrás de un árbol. La espada del asesino estaba roja de sangre élfica y el propio Hugh había recibido varias heridas en el fragor del combate, pero en ningún instante había perdido de vista su objetivo. Al ver que se trataba de un humano y no de un elfo, el capitán se relajó y, con una sonrisa, bajó su espada, aún limpia y brillante.

—Mis hombres están ahí atrás —afirmó, indicando la dirección con el pulgar—. Ellos se encargarán de esos bastardos.

Hugh mantuvo fija la mirada, con los ojos entrecerrados.

—

—Tus hombres están siendo destrozados.

El capitán se encogió de hombros y trató de continuar su camino. Hugh lo agarró por el brazo que blandía la espada, le hizo saltar el arma de la mano y lo obligó a volverse de cara a él. Sorprendido, el capitán masculló un juramento y lanzó un golpe a Hugh con su puño carnosos. Pero dejó de debatirse cuando advirtió la punta de la daga de Hugh en la garganta.

— ¿Qué...? —graznó, sudoroso y jadeante. Sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Me llaman Hugh *la Mano*. Y esto —añadió, mostrándole el puñal— es de parte de Tom Hales, de Henry Goodfellow, de Neds Carpenter, de la viuda Tanner, de la viuda Giles...

Hugh recitó los nombres. Una flecha elfa se clavó en un árbol próximo con un ruido sordo. *La Mano* no parpadeó. El puñal no se movió de sitio.

El capitán emitió un gemido, trató de encogerse y lanzó gritos de auxilio, pero en aquella jornada eran muchos los humanos que gritaban pidiendo ayuda y nadie le respondió. Su grito de muerte se confundió con el de otros muchos.

Cumplida su tarea, Hugh se marchó. Captó a su espalda unas voces que entonaban una canción, pero no prestó mucha atención. Se alejaba imaginando el desconcierto de los monjes kir, que encontrarían el cadáver del capitán lejos del campo de batalla, con un puñal en el pecho y una nota en la mano: «Nunca más enviaré a hombres valientes a la muerte...»

— ¡Maese Hugh! —La manita de Bane le estaba dando tirones de la manga—. ¿Qué hiciste en la batalla? —Me enviaron allí a entregar un mensaje.

—

CAPITULO

EXILIO DE PITRIN,

REINO MEDIO

Al principio del viaje, la carretera que seguía Hugh era una calzada ancha y despejada en la que encontraron numerosos caminos, pues el interior de la isla estaba muy transitado. En cambio, cuando se acercaron a la costa, la vía se estrechó y se hizo áspera y descuidada, cubierta de fragmentos de roca y de ramas caídas. Los árboles hargast, o «árboles de cristal», como eran denominados en ocasiones, crecían silvestres en aquella región y eran muy diferentes de sus congéneres «civilizados», que eran cultivados con esmero en las plantaciones.

No existe nada más hermoso que un huerto de árboles hargast, con sus troncos plateados reluciendo al sol y sus ramas cristalinas, concienzudamente podadas, tintineando con sus sonidos musicales. Los campesinos laboran entre ellos, podándolos para evitar que alcancen su espectacular tamaño natural, que impide sacarles provecho. El árbol hargast tiene la facultad natural no sólo de almacenar agua, sino de producirla también en cantidades limitadas. Cuando los árboles son de pequeño tamaño, de nueve o diez palmos de altura, el agua producida no es utilizada para potenciar su crecimiento y puede ser recolectada introduciendo canillas en los troncos. El hargast completamente desarrollado, de más de ciento cincuenta palmos de altura, utiliza el agua para sí mismo y su corteza resulta demasiado dura para colocar las espitas. En estado silvestre, las ramas de este árbol alcanzan longitudes extraordinarias. Duras y frágiles, se quiebran con facilidad y se rompen en fragmentos al tocar el suelo, de tal modo que éste queda cubierto de letales astillas de afilada corteza cristalina. Atravesar un bosque de árboles hargast resulta peligroso y, en consecuencia, Hugh y sus compañeros encontraron cada vez menos transeúntes en la carretera. El viento soplaba con fuerza, como sucede siempre cerca de la costa, pues las corrientes de aire que se alzan de debajo de la isla forman torbellinos que barren los mellados acantilados. Las fuertes ráfagas hacían trastabillar al trío mientras los árboles crujían y se estremecían a su alrededor, y más de una vez oyeron el chasquido de una rama al desprenderse del tronco y caer al suelo, donde se hacía

—

añicos con estrépito. Alfred se mostró cada vez más nervioso, escrutando el cielo en busca de naves elfas e inspeccionando la espesura con el temor de que apareciera algún guerrero elfo, a pesar de que Hugh le aseguró, divertido, que ni siquiera los elfos se molestaban en hacer incursiones por aquella zona de Exilio de Pitrin.

La región era agreste y desolada. Unos acantilados de coralita se alzaban en el aire. Los grandes árboles hargast se apretaban al borde del camino, ocultando el sol con sus coriáceos filamentos pardos, largos y delgados. El follaje se mantenía en el árbol durante el invierno y sólo caía en primavera, antes de que crecieran los nuevos filamentos que absorberían la humedad del aire. Casi era ya mediodía cuando Hugh, después de prestar una inhabitual atención a los troncos de una serie de árboles hargast que bordeaban el camino, ordenó de pronto un alto.

— ¡Eh! —Gritó a Alfred y al príncipe, que avanzaban trabajosamente delante de él—. Por aquí.

Bane se volvió a mirarlo, perplejo. Alfred también se volvió; al menos, parte de él lo hizo. Su mitad superior giró en respuesta a la orden de Hugh, pero la mitad inferior continuó obedeciendo las instrucciones que ya tenía. Cuando todo su cuerpo se puso de acuerdo por fin, Alfred se encontró ya tendido sobre el polvo del camino.

Hugh aguardó con paciencia a que el chambelán se incorporara.

—Dejamos el camino en este punto —indicó *la Mano*, señalando el bosque con un gesto.

— ¿Por aquí? —Alfred observó con desmayo la tupida maraña de matorrales y árboles hargast que se alzaban inmóviles y cuyas ramas se rozaban con un siniestro tintineo musical bajo el impulso del viento.

—Yo me ocuparé de ti, Alfred —dijo Bane al chambelán, tomándolo de la

mano y apretando ésta con fuerza—. Vamos, vamos, ya no tienes miedo, ¿verdad? Yo no estoy nada asustado, ¿lo ves?

—Gracias, Alteza —respondió Alfred, muy serio—. Ya me siento mucho mejor. De todos modos, si me permites la pregunta, maese Hugh, ¿cómo es que nos haces tomar esta dirección?

—Tengo mi nave voladora oculta aquí cerca.

— ¿Una nave *elfa*? —exclamó Bane, boquiabierto.

—Por aquí —volvió a indicar Hugh—. Démonos prisa, antes de que aparezca alguien —añadió, mientras volvía la mirada a un extremo y otro de la senda desierta.

— ¡Oh, Alfred, vamos! ¡Vamos! —El príncipe tiró de la mano del chambelán.

—Sí, Alteza —repuso Alfred, desconsolado, al tiempo que ponía el pie en la masa de filamentos putrefactos de la primavera anterior que se acumulaba al borde del camino. Se escuchó un ruido misterioso, algo saltó y se estremeció entre la maleza y Alfred hizo lo mismo.

— ¿Qué..., qué ha sido eso? —preguntó con un jadeo, señalando las matas con un dedo tembloroso.

— ¡Adelante! —gruñó Hugh, y empujó a Alfred para que avanzara.

El chambelán resbaló y trastabilló. Más por miedo a caer de cabeza entre lo desconocido que por agilidad, logró mantenerse en pie entre la tupida maleza. El príncipe echó a andar tras él y mantuvo al pobre chambelán en un constante estado de pánico al anunciar la presencia de serpientes bajo cada roca y cada tronco caído. Hugh los observó hasta que el denso follaje los dejó fuera de su

—

vista..., y a él de la suya. Entonces bajó la mano al suelo, levantó una roca y sacó de debajo una astilla de madera que volvió a colocar en la muesca tallada en el tronco de uno de los árboles.

Cuando penetró en el bosque, no tuvo problemas para encontrar de nuevo a los otros dos; un jabalí abriéndose paso en la espesura no habría hecho más ruido. Avanzando con su habitual sigilo, Hugh se encontró al lado de sus compañeros sin que ninguno de los dos se percatara de su presencia. Carraspeó a propósito, pensando que el chambelán podía caer muerto de miedo si se presentaba sin anunciarse. En efecto, Alfred casi se salió de su pellejo al oír el alarmante sonido, y estuvo a punto de derramar lágrimas de alivio al comprobar que era Hugh.

— ¿Dónde...? ¿Por dónde seguimos, señor?

—Continúa recto al frente. Saldrás a una senda despejada dentro de unos treinta palmos.

— ¡Treinta palmos! —balbuceó Alfred, señalando las espesas matas en las que estaba enredado—. ¡Tardaremos al menos una hora en avanzar esa distancia!

—Si no nos atrapa algo antes —se burló Bane con un brillo de animación en sus ojillos.

—Muy divertido, Alteza.

—Aún estamos demasiado cerca de la carretera. Seguid caminando —ordenó Hugh.

—Sí, señor —murmuró el chambelán.

Llegaron a la senda en menos de una hora, pero el avance fue arduo, a pesar de todo. Aunque pardas y sin vida en invierno, las zarzas eran como las manos de

los no muertos que alargaban sus afiladas uñas desgarrando las ropas y hendiendo la carne. En el corazón del bosque, los tres captaron perfectamente el leve murmullo cristalino causado por el roce del viento contra las ramas de los árboles hargast. Sonaba como si alguien pasara el dedo mojado sobre una plancha de cristal y producía una terrible dentera.

— ¡Nadie en su sano juicio se metería en este maldito lugar! —gruñó Alfred, alzando la vista a los árboles, con un escalofrío.

—Exacto —asintió Hugh sin dejar de abrirse paso entre los matorrales.

Alfred avanzaba delante del príncipe y apartaba las ramas espinosas para que Bane pudiera pasar sin pincharse, pero las zarzas eran tan tupidas que, a menudo, tal cosa resultaba imposible. Bane soportó sin quejarse los arañazos en las mejillas y los rasguños en las manos, lamiéndose las heridas para aliviar el dolor.

«¿Con qué valentía afrontará el dolor de morir?»

Hugh no había querido formularse la pregunta y se obligó a responderla. «Con la misma que otros muchachos que he visto.» Al fin y al cabo, es mejor morir joven, como dicen los monjes kir. ¿Por qué va a considerarse más valiosa la vida de un niño que la de un hombre maduro? En buena lógica, debería serlo menos, pues un adulto contribuye a la sociedad y un niño es un parásito. «Es algo instintivo», se dijo Hugh. «Nuestra necesidad animal de perpetuar la especie. Sólo se trata de un encargo más. ¡El hecho de que sea un niño no debe, no *puede* importar!»

Las zarzas cedieron por fin, tan de improviso que, como era lógico, pillaron por sorpresa a Alfred. Cuando Hugh llegó hasta él, el chambelán estaba tendido de bruces en un estrecho claro de bosque libre de matojos.

—

—¿Hacia dónde? Por ahí, ¿verdad? —inquirió Bane, bailando lleno de excitación alrededor de Alfred. El sendero sólo conducía en una dirección y, deduciendo que debía llevar a la nave, el príncipe echó a correr por él sin darle tiempo a Hugh a responder.

Hugh abrió la boca para ordenarle que regresara, pero la volvió a cerrar bruscamente.

—Señor, ¿no deberíamos detenerlo? —preguntó Alfred, nervioso, mientras Hugh esperaba a que se pusiera en pie.

El viento gemía y aullaba a su alrededor, impulsando pequeños fragmentos de cortante coralita y de corteza de hargast contra sus rostros. A sus pies se arremolinaban las hojas y sobre sus cabezas se mecían las ramas cristalinas de los árboles. Hugh aguzó la mirada entre el fino polvo y vio al muchacho corriendo temerariamente por el sendero.

—No le pasará nada. La nave no está lejos y no puede confundir el camino.

—¿Pero..., asesinos?

«El pequeño está huyendo de su único peligro real», se dijo Hugh en silencio. «Que escape.»

—En estos bosques no hay nadie. Habría visto los rastros.

—Si no te importa, señor, Su Alteza es responsabilidad mía. —Alfred avanzó un par de pasos por el camino—. Me apresuraré a...

—Adelante —aceptó Hugh, moviendo la mano.

Alfred sonrió y movió la cabeza en un gesto de servil agradecimiento. Luego, echó a correr. *La Mano* casi esperaba ver al chambelán abrirse la cabeza a las

primeras de cambio, pero Alfred consiguió que sus pies lo sostuvieran y apuntaran en la misma dirección que su nariz. Balanceando sus largos brazos y con las manos aleteando a los costados, el hombrecillo se lanzó camino abajo tras el príncipe.

Hugh se retrasó, haciendo más lentos sus pasos, como si esperara que se produjera algo incierto y desconocido. Había experimentado a veces aquella sensación con la proximidad de una tormenta: una tensión, una comezón en la piel. Sin embargo, el aire no olía a lluvia ni llevaba el acre olor fugaz del relámpago. Los vientos siempre soplaban con fuerza en la costa...

El ruido de un crujido hendió el aire con tal potencia que el primer pensamiento de Hugh fue que se trataba de una explosión y, el segundo, que los elfos habían descubierto la nave. El estrépito que siguió y el grito de dolor, cortado bruscamente, revelaron a Hugh lo que había sucedido en realidad.

Y lo embargó una abrumadora sensación de alivio.

— ¡Auxilio, maese Hugh! ¡Ayuda! —La voz de Alfred, entrecortada por el viento, era casi ininteligible—. ¡Un árbol! ¡Un árbol..., caído..., mi príncipe! «Un árbol, no», se dijo Hugh; «una rama.» Una de buen tamaño, a juzgar por el ruido. Arrancada por el viento, había ido a caer en mitad del camino. Hugh había visto aquello muchas veces en aquel bosque; en ocasiones, él mismo había escapado por poco de que le cayera encima.

No echó a correr. Era como si el monje negro que llevaba a su lado lo tuviera agarrado por el brazo y le susurrara: «No es necesario que te apresures». Las astillas de una rama de hargast desgarrada eran afiladas como puntas de flecha. Si Bane estaba aún con vida, no sería por mucho tiempo. En el bosque había plantas que aliviarían su dolor, que adormecerían al pequeño y que, aunque Alfred nunca lo sabría, acelerarían su muerte al tiempo que la endulzaban.

—

Hugh continuó avanzando lentamente por el sendero. Los gritos de auxilio de Alfred habían cesado. Tal vez se había dado cuenta de su inutilidad, o quizás había encontrado ya muerto al príncipe. Llevarían el cuerpo a Aristagón y lo dejarían allí, como había querido Stephen. Daría la impresión de que los elfos habían abusado de mala manera del muchacho antes de matarlo, lo cual inflamaría aún más a los humanos. El rey Stephen tendría su guerra, y que le hiciera buen provecho.

Pero esto no era asunto suyo. Llevaría consigo al torpe chambelán para que lo ayudara y, al mismo tiempo, para sonsacarle la oscura trama que sin duda encubría y apoyaba. Luego, con Alfred a buen recaudo, *la Mano* se pondría en contacto con el rey desde un lugar seguro y exigiría que se le pagara el doble. Le diría...

Al doblar un recodo del camino, Hugh vio que Alfred no se había equivocado mucho al decir que había caído un árbol. Una rama enorme, mayor que muchos troncos, se había quebrado bajo la fuerza del viento y, en su caída, había partido por la mitad el tronco de un viejo hargast. El árbol debía de estar podrido, para haberse partido de aquel modo. Al acercarse, Hugh apreció en lo que quedaba de tronco los túneles de los insectos que habían sido los verdaderos asesinos del árbol.

Incluso caída en el suelo, la rama tenía otras secundarias que sobrepasaban en altura a Hugh. Las que habían chocado con el suelo se habían hecho añicos y

habían lanzado una amplia oleada de devastación a través del bosque. Los restos cristalinos obstruían totalmente el paso, y el polvo levantado por la caída aún llenaba el aire. Hugh miró entre las ramas pero no logró ver nada. Se encaramó sobre el tronco hendido y, cuando llegó al otro lado, se detuvo a observar de nuevo. El muchacho, que debería haber estado muerto, se encontraba sentado en el suelo y se frotaba la cabeza, desconcertado y perfectamente vivo. Tenía las ropas sucias y arrugadas, pero ya las llevaba así cuando había entrado en el bosque. Hugh estudió al muchacho con la mirada y apreció que no había fragmento alguno de corteza o de filamentos en sus cabellos. Tenía sangre en el pecho y en los jirones de la camisa, pero el resto de su cuerpo estaba intacto. *La Mano* contempló el tronco partido y volvió luego su mirada al camino, haciendo unos cálculos mentales. Bane estaba sentado justo en el punto en el que debía de haber caído la rama, y en torno al cual se amontonaban las astillas afiladas y mortales. Y sin embargo, no estaba muerto. —Alfred... —llamó Hugh.

Y entonces vio al chambelán, agachado en el suelo junto al muchacho, de espaldas al asesino, concentrado en algo que Hugh no alcanzó a ver. Al sonido de una voz, el cuerpo de Alfred dio un brinco de desconcierto y se incorporó como si alguien hubiera tirado de él con una cuerda atada al cuello de la camisa. Hugh reconoció por fin qué estaba haciendo: vendarse un corte en la mano.

— ¡Oh, señor! Agradezco tanto que estés aquí...

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó Hugh.

—El príncipe Bane ha tenido una suerte extraordinaria, señor. Nos hemos librado de una tragedia terrible. Por muy poco, la rama no le ha caído encima a Su Alteza.

Hugh, que estaba mirando fijamente a Bane, advirtió la expresión de extrañeza del pequeño al escuchar a su chambelán. Alfred no se dio cuenta, pues tenía los ojos en la mano herida, que había intentado vendar (sin mucho éxito, al parecer) con una tira de tela.

—

—He oído gritar al muchacho —afirmó.

—De miedo —explicó Alfred—. Yo he echado a correr...

— ¿Está herido? —Hugh volvió una mirada torva hacia Bane y señaló la sangre del pecho del príncipe y de la parte delantera de su camisa.

Bane se miró la zona señalada.

—No, yo...

—La sangre es mía, señor —lo interrumpió Alfred—. Cuando venía corriendo para ayudar a Su Alteza, me he caído y me he cortado en la mano.

Alfred exhibió la herida. Era un corte profundo, del que goteaba sangre sobre los restos destrozados de la rama. Hugh observó al príncipe para estudiar su reacción a la declaración de Alfred y vio el ceño fruncido del muchacho, que seguía mirándose el pecho detenidamente. Hugh trató de descubrir qué había llamado la atención del príncipe, pero sólo vio la mancha de sangre.

¿O era aquello? Hugh empezó a inclinarse hacia adelante para examinarla mejor cuando Alfred, con un gemido, se tambaleó y rodó por el suelo. Hugh dio unos golpecitos al chambelán con la puntera de la bota pero no obtuvo respuesta. Una vez más, Alfred se había desmayado.

Al levantar los ojos, encontró a Bane tratando de borrar la sangre de su pecho con el faldón de la camisa. Bien, hubiera allí lo que hubiese, ahora ya no estaba.

Sin hacer caso del inconsciente Alfred, Hugh se dirigió al príncipe.

— ¿Qué ha sucedido realmente, Alteza?

Bane lo miró con ojos encandilados.

—No lo sé, maese Hugh. Recuerdo un crujido y luego... —se encogió de hombros—, eso es todo.

— ¿La rama te cayó encima?

—No me acuerdo. En serio.

Bane se incorporó, moviéndose con cuidado entre las astillas afiladas como el cristal. Luego, cepillándose la ropa, acudió en ayuda de Alfred.

Hugh arrastró el cuerpo exánime del chambelán fuera del camino y lo apoyó contra el tronco de un árbol. Tras unos cuantos cachetes en las mejillas, Alfred empezó a volver en sí, parpadeando agitadamente.

—Yo..., lo siento mucho, señor —murmuró Alfred, tratando de incorporarse y fracasando penosamente—. Es la visión de la sangre. Jamás he podido...

—Entonces, no la mires —lo cortó Hugh, viendo que la horrorizada mirada de Alfred iba a la mano y volvía a perderse mientras le rodaba la cabeza.

—Está bien, señor... No lo haré. —El chambelán cerró con fuerza los párpados.

Arrodillado a su lado, Hugh le vendó la mano, aprovechando la oportunidad para examinar la herida. Era un corte limpio y profundo.

— ¿Con qué te has cortado?

—Con un pedazo de corteza, creo.

« ¡Mentiroso! », pensó Hugh. « Eso le hubiera producido un corte irregular. La herida es producto de un cuchillo afilado... »

Se oyó otro crujido, seguido de un estruendo.

— ¡Sartán bendito! ¿Qué ha sido eso? —Alfred abrió unos ojos como platos y se puso a temblar de tal manera que Hugh tuvo que agarrarle la mano y sostenerla con fuerza para terminar de ajustarle el vendaje.

—Nada —respondió Hugh. Se sentía completamente perplejo y no le gustaba la sensación, igual que no le había gustado la sensación de alivio por no tener que

—

matar al príncipe. No le gustaba nada de aquello. El árbol le había caído encima a Bane, tan seguro como que la lluvia caía del cielo. El príncipe debería estar muerto.

¿Qué diablos estaba sucediendo?

Hugh dio un enérgico tirón de la venda. Cuanto antes se librara del pequeño, mejor. Cualquier sensación de disgusto que hubiera experimentado ante la perspectiva de matar a un niño quedó muy pronto sofocada.

— ¡Ay! —Exclamó Alfred—. Gracias, señor —añadió humildemente.

—Vamos, en pie, no podemos retrasarnos más. Continuemos hacia la nave. En silencio, sin mirarse siquiera entre ellos, los tres retomaron el camino.

—

CAPÍTULO EXILIO DE PITRIN, REINO MEDIO

— ¿Es eso? —El príncipe asió por el brazo a Hugh y señaló la cabeza de dragón que se veía flotar sobre las hojas. El cuerpo principal de la nave aún quedaba oculto a la vista por los altos árboles hargast que la rodeaban.

—Sí, es eso —respondió Hugh.

El chiquillo miró hacia arriba, lleno de curiosidad y temor. Fue preciso un empujón de Hugh para obligarlo a ponerse en marcha de nuevo.

No era una cabeza de dragón de verdad; sólo una máscara tallada y pintada, pero los artesanos elfos son muy hábiles y el mascarón parecía más real y mucho más feroz que la mayoría de dragones vivos que surcaban los aires.

La cabeza medía aproximadamente lo que la de un dragón de verdad, pues la de Hugh era una nave pequeña, para un solo tripulante, pensada para navegar entre las islas y continentes del Reino Medio. Los mascarones de las gigantescas naves que utilizaban los elfos en las batallas o para descender al Torbellino eran tan enormes que un hombre de diez palmos podía caminar por el interior de sus bocas abiertas sin tener que agacharse.

La cabeza del dragón estaba pintada de negro, con los ojos rojos llameantes y los colmillos blancos al descubierto en un gesto de fiera, y oscilaba encima de ellos, mirando al frente con una expresión malévola y un aire tan amenazador que tanto a Alfred como a Bane les resultó difícil dejar de observarla mientras se acercaban. (La tercera vez que Alfred tropezó con un hoyo y cayó de rodillas, Hugh le ordenó que no levantara los ojos del suelo.)

El sendero que habían seguido a través del bosque los condujo a una hendidura natural en un acantilado. Cuando llegaron al otro lado, salieron a una pequeña hondonada. En su interior apenas se apreciaba el viento, pues las abruptas paredes del acantilado le cortaban el paso. En el centro flotaba la nave dragón. La cabeza y la cola sobresalían de las paredes de la hondonada y el cuerpo estaba inmovilizado mediante numerosos cabos tensos atados a los árboles. Bane

—

lanzó una exclamación de placer y Alfred, alzando la vista a la nave, dejó que le resbalara entre los dedos, sin darse cuenta, la mochila del príncipe.

Esbelto y garboso, el cuello del dragón, rematado en una crin espinosa que era a la vez decorativa y funcional, se dobló hacia atrás hasta tocar el casco de la nave, que constituía el cuerpo del dragón. El sol de la tarde arrancó destellos de sus escamas negras y brilló en los ojos encendidos.

— ¡Parece un dragón de verdad! —Suspiró Bane—. Sólo que más poderoso.

—Es el aspecto que debe tener, alteza —dijo Alfred con una insólita nota de severidad en su voz—. Está hecho con el pellejo de un dragón auténtico y las alas son las de uno de verdad, muerto por los elfos.

— ¿Alas? ¿Dónde tiene las alas? —Bane estiró el cuello hasta casi caer de espaldas.

—Están plegadas a lo largo del cuerpo. Ahora no las ves, pero ya aparecerán cuando emprendamos el vuelo. —Hugh siguió dándoles prisa—. Vamos, quiero zarpar esta noche y nos quedan muchas cosas que hacer.

— ¿Qué sostiene la nave entonces, si no son las alas? —preguntó Bane.

—La magia —contestó Hugh con un gruñido—. ¡Y ahora, seguid andando!

El príncipe se lanzó adelante y se detuvo de pronto para intentar agarrar de un salto una de las cuerdas de sujeción. No lo consiguió y corrió hasta situarse bajo la panza de la nave, donde alzó la cabeza hasta que se sintió mareado.

—Entonces, señor, es así como has llegado a conocer tantas cosas de los elfos... —comentó Alfred en voz baja.

Hugh le dirigió una mirada de soslayo, pero el chambelán mantuvo una expresión insulsa, que sólo mostraba una ligera preocupación.

—Sí —respondió el asesino—. La nave precisa renovar su magia una vez cada ciclo, y siempre es preciso hacer alguna reparación menor: un ala rota o un desgarró en la piel que cubre el armazón.

— ¿Dónde aprendiste a pilotar? He oído que requiere una enorme habilidad.

—Fui esclavo en una nave de transporte de agua durante tres años.

— ¡Sartán bendito! —Alfred se detuvo a contemplarlo.

Hugh le lanzó una mirada irritada y el chambelán, apartando la suya, continuó avanzando.

— ¡Tres años! ¡No he oído de nadie que hubiera sobrevivido tanto! ¿Y, a pesar de ello, aún eres capaz de hacer negocios con ellos? ¿No deberías odiarlos?

— ¿En qué me beneficiaría odiarlos? Los elfos hicieron lo que debían, y yo también. Aprendí a pilotar sus naves y hablo su idioma con fluidez. No, Albert; he descubierto que el odio suele costarle a un hombre más de lo que puede permitirse.

— ¿Qué me dices del amor? —inquirió Alfred con suavidad.

Hugh no se molestó siquiera en responder.

— ¿Por qué una nave? —El chambelán juzgó conveniente cambiar de tema—.

¿Por qué arriesgarse con ella? La gente de las Volkaran te despedazaría si la descubriera. ¿No te serviría igual un dragón de verdad?

—Los dragones se cansan. Es preciso darles descanso y alimento. Pueden sufrir heridas, ponerse enfermos o caer muertos. Además, siempre se corre el riesgo de que el hechizo se rompa y uno se encuentre manteniendo al animal a raya, discutiendo con él o tranquilizando su ataque de histeria. Con esta nave, la

—

magia dura un ciclo. Si sufre daños, la hago reparar. Con esta nave, tengo siempre el control.

—Y eso es lo que cuenta, ¿verdad? —replicó Alfred, pero lo hizo en un murmullo inaudible.

La precaución de Alfred era innecesaria pues Hugh había concentrado ya toda su atención en la nave. Pasando por debajo de ella, inspeccionó detenida y meticulosamente cada palmo de la quilla, desde la cabeza hasta la cola (de proa a popa). Bane lo siguió al trote, haciéndole una pregunta tras otra.

— ¿Para qué sirve ese cable? ¿Por qué? ¿Qué la hace funcionar? ¿Por qué no nos damos prisa y partimos ya? ¿Qué estás haciendo?

—Porque si descubrimos algún desperfecto allá arriba, Alteza —Hugh señaló hacia el cielo—, no será preciso repararlo.

— ¿Por qué?

—Porque estaremos muertos.

Bane guardó silencio durante un par de segundos y luego empezó otra vez:

— ¿Cómo se llama? No alcanzo a ver las letras. *Ala...*, *Ala de...*

—*Ala de Dragón*.

— ¿Cuánto mide?

—Setenta y cinco palmos.

Hugh inspeccionó la piel de dragón que cubría el casco. Las escamas negro

azuladas despedían destellos irisados al contacto con los rayos del sol. Tras recorrer a todo lo largo y ancho la quilla, Hugh se convenció de que no faltaba ninguna.

Rodeó la nave hasta la parte frontal, con Bane pegado prácticamente a sus talones, estudió con detenimiento dos grandes paneles de cristal situados en la zona correspondiente al pecho de un dragón. Los paneles, ideados para parecer las placas pectorales de la armadura de un dragón, eran en realidad dos ventanas. Hugh frunció el entrecejo al advertir unos arañazos en una de ellas. Una rama debía de haberla rozado en su caída.

— ¿Qué hay detrás? —quiso saber Bane al advertir la concentrada mirada de Hugh.

—La sala de mandos. Es donde va el piloto.

— ¿Podré entrar? ¿Me enseñarás a volar?

—Aprender a pilotar una nave requiere meses y meses de estudio, Alteza —intervino Alfred, viendo que Hugh estaba demasiado ocupado para contestar—. No sólo eso, sino que el piloto ha de tener mucha fuerza física para maniobrar las velas.

— ¿Meses? —Bane parecía decepcionado—. Pero, ¿qué hay que aprender?

Sencillamente, uno se sube ahí —hizo un gesto con la mano—... ¡y a volar!

—Es preciso saber cómo llegar al lugar que uno quiere —explicó el chambelán—. En cielo abierto, según me han dicho, no hay puntos de referencia y a veces cuesta distinguir dónde queda arriba y dónde abajo. Uno debe saber utilizar el equipo de navegación de a bordo, además de conocer las rutas celestes y las aeropistas...

—Todo eso no es difícil de aprender. Yo te enseñaré —dijo Hugh al ver la expresión abatida del pequeño.

El rostro de Bane se iluminó.

EN EL LABERINTO vol. —

. Los árboles epsol crecen en los bosques de Aristagón y de varias islas de los Marjales de Tribus, y pueden alcanzar más de cuatrocientos cincuenta palmos de altura. Son parecidos a los hargast en que pertenecen a la clase de los vegetales metálico-orgánicos, que absorben los minerales naturales del suelo y utilizan un proceso termoquímico para su crecimiento. Se diferencian de ellos, sin embargo, en que son flexibles y en que sus troncos crecen rectos y redondos, con un núcleo hueco. Esto los hace ideales para la construcción de aeronaves. (N. del a.)

Mientras retorció el amuleto de la pluma en un sentido y en otro, echó a correr detrás de Hugh, quien ya estaba de nuevo recorriendo el casco para examinar las juntas donde el metal y el hueso se fusionaban con la quilla de epsol. No apreció ninguna grieta. Le habría sorprendido encontrarlas, pues era un piloto habilidoso y cauto. Había sido testigo de primera mano de lo que les sucedía a quienes no lo eran, a quienes descuidaban sus naves.

Hugh continuó hasta la popa. El casco se alzaba en un grácil arco, formando el castillo. Una única ala de dragón —el timón de la nave— colgaba del final del casco. Varios cables sujetos al extremo del timón se mecían fláccidamente al viento. Asiéndose a la cuerda, Hugh balanceó las piernas y se encaramó a la costilla inferior del timón. Desde allí, a fuerza de brazos, ascendió por un cable.

— ¡Déjame ir contigo, por favor!

En el suelo, Bane saltaba para agarrar la cuerda sacudiendo los brazos como si pudiera echar a volar sin ayuda.

— ¡No, Alteza! —Exclamó un pálido Alfred, tomando al príncipe por el hombro y sujetándolo con fuerza contra sí—. En realidad, vamos a subir ahí enseguida. Ahora, deja que maese Hugh continúe con su trabajo.

—Está bien —aceptó Bane de buen talante—. Oye, Alfred, ¿por qué no vamos a buscar unas bayas para llevárnoslas?

— ¿Bayas, Alteza? —dijo Alfred, algo desconcertado—. ¿Qué clase de bayas?

—Las que encontremos. Podemos comerlas con la cena. Sé que crecen en bosques como éste; Drogle me lo dijo.

El chiquillo tenía los ojos muy abiertos, como solía ponerlos cuando hacía alguna propuesta; sus iris azules brillaban al sol del mediodía. Sus dedos jugueteaban con el amuleto de la pluma.

—Un mozo de cuadra no es compañía adecuada para Su Alteza —replicó Alfred, dirigiendo una mirada a los tentadores cables, atados a los árboles al alcance de la mano y que parecían colocados allí casi a propósito para que un chiquillo subiera por ellos—. Está bien, Alteza, vayamos juntos a buscar bayas.

—No os alejéis —les advirtió Hugh desde lo alto.

—No te preocupes, señor —contestó Alfred con voz hueca.

Los dos se internaron en el bosque, el chambelán resbalando en las hondonadas y el muchacho penetrando resueltamente en la espesura hasta perderse entre los tupidos matorrales.

—Bayas —murmuró *la Mano*.

Agradeciendo que hubieran desaparecido, se concentró en la nave. Asido al pasamano de la borda, se encaramó a la cubierta superior. El entarimado abierto —una plancha cada cuatro palmos— permitía caminar, aunque no era fácil hacerlo. Hugh estaba habituado y avanzó de plancha en plancha, tomando nota mental de impedir que subiera allí el torpe Alfred. Debajo de las planchas corría lo que a ojos de un navegante bisoño parecía un número abrumador y desconcertante de cables de control. Tendido sobre el entarimado, examinó los cables para comprobar si estaban deshilachados o gastados.

—

Se tomó su tiempo en la inspección. Hacerla con prisa podía llevar a que se partiera algún cable de las alas con la consiguiente pérdida de control. Bane y Alfred regresaron poco después de que hubo terminado el trabajo. A juzgar por la animada charla del muchacho, Hugh dedujo que la recolección de bayas había sido fructífera.

— ¿Podemos subir ya? —gritó Bane.

Hugh empujó con el pie un rollo de cuerda atado a la cubierta. La cuerda se desplegó junto al costado de la nave, formando una escala que quedó colgando casi a ras de suelo. El príncipe ascendió por ella animosamente. Alfred dirigió una mirada aterrada a la escala y anunció su intención de quedarse abajo para guardar el equipaje.

— ¡Es maravilloso! —exclamó Bane, saltando la borda. Hugh lo pescó justo a tiempo de impedir que cayera entre las planchas.

—Quédate aquí y no te muevas —ordenó *la Mano*, empujando al muchacho contra la amura. Bane se asomó por la borda y contempló el casco.

— ¿Qué es esa pieza larga de madera de ahí abajo...? ¡Ah, ya sé! Son las alas, ¿verdad? —dijo con voz aguda y excitada.

—Es un mástil —le explicó Hugh, revisando el palo con ojo crítico—. La nave

lleva dos, unidos al palo mayor ahí, en el castillo de proa.

— ¿Son como las alas de un dragón? ¿Baten el aire arriba y abajo?

—No, Alteza. Una vez extendidas, se parecen más a las de un murciélago. Es la magia lo que sostiene la nave. Quédate ahí un momento más. Voy a soltar el mástil y verás.

El mástil se desplegó hacia afuera, abriendo con él el ala de dragón. Hugh tiró de un cable para impedir que se extendiera demasiado, pues ello pondría en acción la magia y despegaría prematuramente. Soltó el mástil de babor y se cercioró de que el mástil central, que se extendía a lo largo de la nave apoyado en su armazón de soporte, estuviera libre de trabas para elevarse como era debido. Cuando hubo comprobado que todo funcionaba a su gusto, se asomó por la borda.

—Alfred, voy a bajar un cabo para los bultos. Átalos bien. Cuando lo hayas hecho, sueltas las amarras. La nave se elevará un poco, pero no te preocupes: no despegará hasta que las alas laterales estén extendidas y la central quede completamente levantada. Cuando todos los cabos estén libres, sube por la escala.

— ¡Subir por ahí! —Alfred contempló horrorizado la escala de cuerda que se mecía bajo la brisa.

—A menos que sepas volar —sentenció Hugh mientras lanzaba el cabo por la borda.

El chambelán lo ató a las mochilas y dio un tirón para indicar que podían subirlas. Hugh las izó hasta la cubierta. Entregó un bulto a Bane, le dijo que lo siguiera y se dirigió a proa, saltando de plancha en plancha. Tras abrir una escotilla, bajó los peldaños de una recia escalerilla de madera seguido de un jubiloso Bane.

Penetraron en un estrecho pasillo que, bajo la cubierta superior, comunicaba la sala de gobierno de la nave con los camarotes del pasaje, los compartimientos de carga y las dependencias del piloto, situadas en el castillo de popa. El pasadizo estaba en sombras, en contraste con la luminosidad del exterior, y tanto el hombre como el chiquillo se detuvieron para adaptar sus ojos a la oscuridad.

Hugh notó que una manita asía con fuerza la suya.

—

— ¡No puedo creer que vaya a volar de verdad en una nave como ésta! ¿Sabes, maese Hugh? —Añadió Bane con melancólica jovialidad—, una vez que haya volado en una nave dragón, se habrán cumplido todos mis deseos en esta vida. De veras, creo que después de esto podría morir contento.

A Hugh le embargó un dolor opresivo en el pecho que casi lo sofocó. Se quedó sin respiración y, durante un largo instante, sin visión. Y no era la oscuridad del interior de la nave lo que lo cegaba. Era el miedo, se dijo *la Mano*; el miedo a que el muchacho hubiera descubierto sus intenciones. Sacudiendo la cabeza para apartar de sus ojos la sombra que había caído sobre ellos, se volvió y miró intensamente al muchacho.

Pero Bane lo contemplaba con afectuosa inocencia, no con malévola astucia. Hugh sacudió la mano para desasirse del pequeño.

—Alfred y tú dormiréis en ese camarote —indicó—. Poned el equipaje ahí. — Encima de sus cabezas se oyó un golpe sordo, seguido de un gemido ahogado—. ¿Alfred? Baja aquí y ocúpate del príncipe. Yo tengo mucho trabajo.

—Sí, señor —respondió la voz temblorosa del chambelán, quien se deslizó (resbaló, en realidad) por la escalerilla y aterrizó en la cubierta inferior hecho un

ovillo.

Hugh dio media vuelta bruscamente y se alejó hacia la sala de gobierno, apartando de su camino a Alfred, sin decir palabra.

— ¡Sartán piadoso! —exclamó el chambelán, retirándose para no ser arrollado. Contempló a Hugh mientras se alejaba y luego se volvió hacia Bane—. ¿Has hecho o dicho algo para molestarlo, Alteza?

—Desde luego que no, Alfred —respondió el muchacho mientras alargaba la mano para asir la del chambelán—. ¿Dónde has dejado esas bayas?

— ¿Puedo entrar?

—No. Quédate en la escotilla —le ordenó Hugh.

Bane se asomó a la sala de gobierno y sus ojos se abrieron de asombro.

Después, soltó una risilla.

— ¡Parece que estés atrapado en una telaraña enorme! ¿Para qué son todos esos cabos? ¿Y por qué llevas puesto ese artilugio?

La pieza que Hugh estaba ajustándose al cuerpo parecía un peto de cuero, del cual salían numerosos cables sujetos con ganchos. Los cables, que se extendían en diversas direcciones, pasaban por un complejo sistema de poleas colgadas del techo.

— ¡En toda mi vida no había visto tanta madera! —La voz de Alfred flotó en la sala—. Ni siquiera en el palacio real. Sólo por la madera, esta nave debe de valer su peso en barls. Por favor, Alteza, no entres ahí. ¡Y no se te ocurra tocar esos cables!

— ¿Puedo ir a mirar por las ventanas? ¡Por favor, Alfred! No molestaré.

—No, Alteza —intervino Hugh—. Si uno de esos cabos se te enrosca al cuello, te lo segaría en un instante.

—Desde donde estás puedes ver bastante bien. Muy bien, diría yo —añadió Alfred, con el rostro ligeramente verduoso. El suelo quedaba muy abajo y lo único que se divisaba eran las copas de los árboles y la pared de un farallón de coralita. Una vez ajustado debidamente el arnés, Hugh se instaló en una silla de madera de respaldo alto clavada al piso en el centro de la sala de gobierno. La silla giraba a izquierda y derecha, facilitando las maniobras del piloto. Delante de él, surgiendo entre las planchas del suelo, había una larga palanca de metal.

—

— ¿Por qué tienes que llevar eso? —quiso saber Bane, contemplando el arnés.

—Así puedo manipular los cables con facilidad, impedir que se enreden y saber adonde va a parar cada uno.

Hugh tocó suavemente la palanca con el pie. Una serie de alarmantes golpes recorrió la nave. Los cables se deslizaron por las poleas hasta quedar tensos. Hugh tiró de varios de ellos, sujetos al pecho. Su acción provocó varios crujidos y ruidos sordos, un brusco bamboleo, y todos notaron que la nave se alzaba ligeramente bajo sus pies.

—Las alas se van desplegando y la magia empieza a actuar —dijo Hugh.

Una bola de cristal que utilizaba como sextante, situada justo encima de la cabeza del piloto, empezó a emitir una suave luz azulada. En su interior aparecieron unos símbolos. Hugh tiró con más fuerza de los cables y, de pronto, las copas de los árboles y la pared del acantilado empezaron a desaparecer del campo de visión. La nave estaba elevándose.

Alfred soltó un jadeo y retrocedió tambaleándose, buscando apoyo en la

amura para no perder el equilibrio. Bane, saltando de alegría, batió palmas. De pronto, el acantilado y los árboles se desvanecieron y ante ellos apareció la inmensidad del firmamento, azul y despejado.

— ¡Oh! Maese Hugh, ¿puedo subir a la cubierta? Quiero ver adonde vamos.

—De ningún modo, Alteza... —empezó a responder Alfred.

—Claro que sí —le interrumpió Hugh—. Ve por la escalerilla que usamos para bajar. Sujétate del pasamano y no te llevará el viento.

Bane salió a escape y, al cabo de un momento, Hugh y Alfred escucharon sus pisadas encima de ellos.

— ¡El viento! —Exclamó el chambelán—. ¡Se puede caer!

—No le sucederá nada. Los magos elfos tienden una red mágica en torno a la nave. No podría saltar aunque quisiera. Mientras las alas sigan extendidas y la magia funcione, está a salvo. —Hugh lanzó una breve y divertida mirada a Alfred—. Pero tal vez quieras subir a vigilarlo de todos modos...

—Sí, señor —respondió el chambelán, tragando saliva—. Yo..., será mejor que haga lo que dices.

Pero no se movió. Asido a la amura como si de ello dependiera su vida y con el rostro paralizado y blanco como las nubes que pasaban junto a ellos, Alfred mantuvo fija la mirada en el cielo azul.

— ¿Alfred? —insistió Hugh mientras tiraba de uno de los cables.

La nave se escoró hacia la izquierda y de improviso apareció ante la vista la fugaz y vertiginosa visión de la copa de un árbol.

—Ya voy, señor. Ahora mismo —aseguró el chambelán, sin mover un músculo.

En la cubierta superior, Bane se asomó sobre la pasarela, extasiado por la visión panorámica. Distinguió Exilio de Pitrin deslizándose tras la nave. Debajo y delante de él se abría un cielo azul moteado de nubes blancas; arriba, centelleaba el firmamento. La piel coriácea de las alas de dragón, extendidas a ambos lados, apenas vibraba con el avance de la nave. El ala central se alzaba vertical detrás de su posición, meciéndose ligeramente adelante y atrás.

El muchacho se llevó la mano al amuleto y, sin darse cuenta, empezó a pasarse la pluma por la barbilla mientras murmuraba para sí:

—La nave se controla mediante el arnés. La magia la sostiene a flote. Las alas son como las de un murciélago. La bola de cristal del techo indica dónde está uno.

—

—Se puso de puntillas y miró hacia abajo, preguntándose si desde allí se vería el Torbellino—. Realmente, es sencillo —añadió mientras seguía jugando distraídamente con la pluma.

—

CAPITULO

EN CIELO ABIERTO,

REINO MEDIO

La nave dragón hendió la noche perlada y de color gris tórtola, planeando con la magia elfa y las corrientes de aire que se alzaban sobre la isla flotante de Djern Hereva. Enfundado en el arnés de piloto y acomodado en la reducida sala de gobierno,

Hugh encendió la pipa y se relajó, dejando que la nave casi volara sola. Un esporádico tirón de los cables sujetos al arnés hacía oscilar las alas para atrapar las corrientes de aire y deslizarse sin esfuerzo por el cielo, de un remolino al siguiente, avanzando procurso hacia Aristagón

La Mano mantuvo una laxa vigilancia del cielo en busca de otros transportes alados, fueran vivos o mecánicos. A bordo de la nave, era muy vulnerable al ataque de sus congéneres humanos, pues los jinetes de los dragones lo tomarían al instante por un espía elfo. Sin embargo, Hugh no estaba demasiado preocupado, pues conocía las rutas del aire que seguían los jinetes de los dragones en sus incursiones contra Aristagón o contra los convoyes elfos. Para evitar riesgos, había llevado la nave muy arriba, donde consideraba improbable que nadie les molestara. Y, si tropezaba con alguna patrulla, siempre podría esquivarla ocultándose entre las nubes.

La atmósfera estaba en calma, el vuelo era fácil y Hugh tuvo un momento para pensar. Y fue entonces cuando decidió no matar al príncipe. La necesidad de tomar una determinación ya le rondaba la cabeza hacía algún tiempo, pero había ido retrasando el momento de pensar en ello hasta aquel instante, en que se hallaba a solas y todo a su alrededor estaba tranquilo y propicio para cavilaciones.

La Mano no había incumplido jamás un contrato y necesitaba convencerse de que su razonamiento era lógico y válido, y no influido por los sentimientos.

Los sentimientos. Aunque *la Mano* hubiera sentido interiormente alguna simpatía por un chiquillo con una infancia como la de Bane —una infancia fría, triste y sin amor—, el asesino se había vuelto demasiado insensible para apreciar

—

siquiera su propio dolor, y mucho menos el de los demás. Dejaría con vida al muchacho por la sencilla razón de que le sería más valioso vivo que muerto. Hugh no tenía demasiado perfilados sus planes. Necesitaba tiempo para pensar, para sonsacarle la verdad a Alfred, para desentrañar los misterios que envolvían al príncipe. *La Mano* tenía un escondrijo en Aristagón, que utilizaba cuando necesitaba reparar la nave. Iría allí y esperaría a tener la información precisa; después, o bien volvería para enfrentarse a Stephen con estos conocimientos y exigirle más dinero a cambio de guardar silencio, o bien se pondría en contacto con la reina para saber cuánto estaba dispuesta a pagar por la devolución de su hijo. Hugh se dijo que, fuera cual fuese la decisión, le procuraría una fortuna.

Cuando ya se había acostumbrado a la rutina de pilotar la nave, cosa que podía llevar a cabo con el cuerpo y una parte de su mente mientras la otra seguía sumida en profundos pensamientos, el objeto de éstos asomó su cabecita por la escotilla.

—Alfred te envía algo de cenar.

Los ojos del muchacho, vivaces y curiosos, estudiaron los cables sujetos al arnés, sobre los cuales Hugh apoyaba cómodamente los brazos.

—Acércate —lo invitó el piloto—. Pero ten cuidado con lo que tocas y dónde pisas. Y mantente a distancia de los cables.

Bane hizo lo que le decía y, colándose por la escotilla, puso los pies en la sala de gobierno con sumo cuidado. Llevaba en las manos un tazón de carne y verduras. La cena ya estaba fría, pues Alfred la había preparado antes de dejar Exilio de Pitrin y la había reservado para tomarla cuando hubiera ocasión. Sin

embargo, el aroma era exquisito para un hombre acostumbrado, como un buen viajero, a vivir de pan y queso o a padecer los grasientos cocidos de alguna posada. —Trae eso aquí. —Con unos golpecitos, Hugh vació la ceniza de la pipa en un recipiente de loza que llevaba a tal objeto. Luego, extendió las manos para recoger el tazón.

Bane abrió asombrado los ojos.

— ¿No estás pilotando la nave?

—Puede volar sola —afirmó Hugh, tomando el tazón y llevándose a la boca la cuchara de hueso.

— ¿Y no nos caeremos? —insistió Bane, mirando por las ventanas de cristal.

—La magia nos mantiene a flote y, aunque no lo hiciera, las alas podrían sostenernos en este aire encalmado. Sólo tengo que asegurarme de que sigan extendidas. Si las plegara, empezaríamos a caer.

Bane asintió, pensativo, y volvió sus ojos azules hacia Hugh.

— ¿Cuáles son los cables para cerrarla?

—Estos. —Señaló dos gruesos cabos sujetos al arnés a la altura del pecho, cerca de los hombros—. Tiro de ellos así, delante del cuerpo, y eso hace que se cierren. Estos otros cables me permiten dirigir la nave, levantando las alas o bajándolas. Éste controla el palo mayor y este otro gobierna la cola. Haciéndola oscilar a un lado o a otro, puedo controlar la dirección de nuestro avance.

—Entonces, ¿cuánto tiempo podríamos mantenernos a flote como estamos?

—Indefinidamente, supongo —contestó—. O hasta que llegásemos a una isla. Entonces, las corrientes de aire nos atraparían y podrían atraernos contra un acantilado o debajo de la isla, para estrellarnos a continuación contra la coralita. Bane asintió, muy serio, pero añadió:

—

—Sigo pensando que podría gobernarla.

Hugh se sentía lo bastante satisfecho consigo mismo como para ensayar una sonrisa condescendiente.

—No. No eres lo suficientemente fuerte.

El muchacho contempló el arnés con codicia.

—Compruébalo —lo invitó Hugh—. Ven, colócate aquí, a mi lado.

Bane obedeció con movimientos cautos, atento a no tropezar con ningún cable. Una vez colocado delante de Hugh, puso la mano en una de las cuerdas que hacían subir o bajar el ala y tiró de ella. La cuerda se movió ligeramente, lo justo para provocar que el ala vibrara un poco, pero no sucedió nada más.

El príncipe, poco acostumbrado a ver contrariados sus deseos, apretó los dientes y enrolló el cable en torno a ambas manos, tirando de él con todas sus fuerzas. El armazón de madera crujió y el ala se movió un par de dedos. Con una sonrisa, Bane afianzó los pies en la cubierta y tiró aún más fuerte. Una ráfaga de viento ascendente hinchó el ala. El cable se deslizó entre las manos del príncipe y éste lo soltó con un grito. Cuando se miró las palmas, las tenía ensangrentadas y llenas de arañazos.

— ¿Aún piensas que puedes pilotar? —inquirió *la Mano* con frialdad.

Bane parpadeó, tragándose las lágrimas.

—No, maese Hugh —murmuró, desconsolado, al tiempo que cerraba las manos con fuerza en torno al amuleto de la pluma como si buscara algún tipo de consuelo. Tal vez se lo dio, pues el pequeño tragó saliva y levantó sus trémulos

ojos azules hasta encontrar los de Hugh—. Gracias por dejarme probar.
—Lo has hecho bastante bien, Alteza —dijo Hugh—. He visto a hombres del doble de tu tamaño hacerlo mucho peor.
— ¿De veras? —Las lágrimas desaparecieron.
Ahora, Hugh era rico. Podía permitirse una mentira.
—Sí. Y ahora, ve abajo a ver si Alfred necesita ayuda.
— ¡Volveré para recoger el tazón! —dijo Bane antes de desaparecer por la escotilla. Hugh escuchó su voz excitada llamando a Alfred para contarle que había pilotado la nave dragón.
Mientras comía en silencio, Hugh dejó vagar la mirada por el cielo. Decidió que, una vez que tomaran tierra en Aristagón, lo primero que haría sería llevar la pluma a Kev'am, la hechicera elfa, para ver qué averiguaba acerca del objeto. Era uno de los misterios menores que tenía que resolver.
O, al menos, eso era lo que pensaba entonces.
Transcurrieron tres días. Volaban de noche, ocultándose durante el día en pequeñas islas que aún no aparecían en las cartas de navegación. Hugh anunció que tardarían una semana en llegar a Aristagón.
Bane acudió cada noche a sentarse con Hugh, a observarlo pilotar y a hacer preguntas. *La Mano* respondía o no, según el humor que tuviera. Ocupado con sus planes y el pilotaje, no prestaba a Bane más atención de la obligada. En aquel mundo, los afectos eran nefastos, pues no traían más que dolor y pena. El muchacho, simplemente, era oro en paño.
Quien llevaba de cabeza a Hugh era el chambelán. Alfred vigilaba al príncipe con ansiedad, con nerviosismo. Quizá fuera una reacción excesiva tras la caída del árbol, pero su actitud no era de protección. A Hugh le recordaba poderosamente la ocasión en que un obús de fuego de los elfos había caído tras las almenas de un

—

castillo que habían capturado en una incursión. Mientras rodaba sobre las losas, el negro recipiente metálico parecía inocuo, pero todo el mundo sabía que en cualquier momento podía estallar en llamas. Los hombres observaban el obús exactamente igual que Alfred miraba a Bane.
Percibiendo la tensión del chambelán, Hugh se preguntó —no por primera vez—, qué sabía Alfred que él ignoraba. *La Mano* incrementó también su vigilancia sobre el muchacho cuando estaban en tierra, con la sospecha de que podía intentar escapar, pero Bane obedecía con docilidad la orden de Hugh de no dejar el campamento al menos que lo escoltara Alfred, y sólo para buscar en los bosques las bayas que tanto parecía gustarle recolectar.
Hugh no los acompañaba nunca en esas expediciones, que consideraba estúpidas. De haber tenido que buscarse la comida, habría pasado con lo primero que tuviera a mano, con tal que lo mantuviera vivo. En cambio, Alfred insistía en que Su Alteza tuviera lo que deseaba y, cada día, el torpe chambelán se internaba con decisión en el bosque para batallar con las ramas bajas, los matorrales tupidos y las zarzas traicioneras. Hugh los esperaba en el campamento, reposando en un estado de duermevela que le permitía oír el menor ruido.
La cuarta noche, Bane acudió a la sala de gobierno y se quedó observando por las ventanas acristaladas la espléndida vista de las nubes y el inmenso cielo desierto a sus pies.
—Alfred dice que la cena estará enseguida.

Hugh dio una chupada a la pipa con un gruñido evasivo.

— ¿Qué es esa gran sombra de ahí fuera? —preguntó Bane.

—Aristagón.

— ¿De veras? ¿Llegaremos pronto?

—No. Está más lejos de lo que parece. Un par de días más.

—Pero ¿dónde vamos a detenernos hasta que lleguemos? No veo ninguna isla más. —Hay algunas. Lo más probable es que las oculte la niebla. Son pequeños islotes que utilizan las naves pequeñas como la nuestra para las escalas cortas. Bane se puso de puntillas para mirar debajo de la nave dragón.

—Allí, muy abajo, distingo unas grandes nubes oscuras que giran y giran. Es el Torbellino, ¿verdad?

Hugh no consideró necesario responder a una pregunta tan obvia. Bane continuó mirando, aún más concentrado.

—Esas dos cosas de ahí abajo parecen dragones, pero son mucho más grandes que todos los dragones que he visto en mi vida.

Hugh se levantó de la silla con cuidado de no enredar los cables y echó un vistazo.

—Son corsarios elfos, o naves de transporte de agua.

— ¡Elfos! —El príncipe pronunció la palabra con voz tensa, ansiosa. Su mano se alzó para acariciar la pluma que llevaba al cuello. Cuando volvió a hablar, lo hizo con fingida calma—. ¿No deberíamos escapar de ellos, entonces?

—Están lejos de nosotros. Probablemente, ni nos ven y, aunque así fuera, pensarían que es una de sus naves. Además, parece que tienen otros asuntos de que ocuparse...

El príncipe miró de nuevo, pero sólo vio las dos naves y nada más. Hugh, en cambio, adivinó qué se estaba cociendo.

—Son rebeldes que tratan de escapar de una nave de guerra imperial.

Bane apenas le echó un vistazo.

—

—Creo que Alfred me llama. Debe de ser hora de cenar.

Hugh continuó observando la confrontación con interés. La nave de guerra se había puesto a la altura de los rebeldes. Del dragón imperial surgieron unos garfios que fueron a caer en la cubierta de la nave rebelde. Hugh recordó que debía su liberación de la esclavitud de los transportes de agua elfos a un ataque similar a aquél, llevado a cabo por los humanos.

Varios de los elfos rebeldes, en un intento de incrementar su nivel de magia y escapar al abordaje, estaban realizando la peligrosa maniobra conocida como «el paseo del ala de dragón». Hugh los vio correr velozmente, con firmes pisadas, por el mástil del ala. En las manos llevaban amuletos que les había entregado el hechicero de la nave y que debían sujetar al palo.

La maniobra era peligrosa, temeraria y desesperada. A aquella distancia del centro de la nave, la red mágica no los alcanzaba y no podía protegerlos. Una racha de viento o, como sucedía en aquel instante, una flecha enemiga podía derribarlos y, haciéndolos resbalar del ala, arrojarlos a la vorágine del Torbellino. La expresión de «el paseo del ala de dragón» se había convertido entre los elfos en sinónimo de una aventura arriesgada que merecía la pena. El término, al parecer de Hugh, tenía un significado especial para él y para su modo de vida, y había puesto el nombre a la nave en su honor.

Bane regresó con un tazón.

— ¿Dónde están los elfos? —preguntó, entregando la cena a Hugh.

—Los hemos dejado atrás. Ya están fuera de la vista. —Hugh tomó un bocado, se atragantó y lo escupió—. ¡Maldita sea! ¿Qué ha hecho Alfred, vaciar el tarro de la pimienta en la olla? —Ya le he dicho que estaba demasiado picante. Toma, te he traído un poco de vino.

El príncipe pasó el pellejo de vino a Hugh, quien dio un largo trago, engulló el líquido y dio otro tiento. Tras devolver el odre, apartó el tazón de un puntapié.

—Llévate esa bazofia y que se la coma Alfred.

Bane recogió la cena intacta, pero no abandonó la sala. Jugueteando una vez más con la pluma colgada de su cuello, se quedó mirando a Hugh con una extraña y calmada expectación.

— ¿Qué sucede? —masculló *la Mano*.

Pero en aquel mismo instante lo supo.

No había notado el veneno, pues la pimienta lo había encubierto. Pero ya empezaba a notar los primeros efectos: unos retortijones en el vientre. Una sensación ardiente se extendió por su cuerpo y la lengua pareció hinchársele en la boca. Los objetos que tenía ante los ojos parecieron alargarse, primero, y luego encogerse. El muchacho se hizo enorme cuando se inclinó sobre él con una sonrisa dulce, encantadora, y la pluma colgando en la mano.

Una sensación de rabia recorrió a Hugh, aunque no con la rapidez y la fuerza del veneno.

Mientras caía hacia atrás y se le nublaba la visión, Hugh entrevió la pluma y escuchó la voz de asombro del muchacho como si llegara de muy lejos.

— ¡Ha funcionado, padre! ¡Se está muriendo!

Hugh alargó la mano para atrapar y estrangular a su asesino, pero el brazo le pesaba demasiado para levantarlo y siguió colgado a su costado, flácido e inerte. Y, a continuación, ya no vio junto a él al muchacho, sino a un monje negro con una mano extendida.

—Y ahora, ¿quién es el amo? —preguntó el monje.

—

CAPÍTULO

EN CIELO ABIERTO,

REINO MEDIO

Hugh se derrumbó sobre la cubierta arrastrando consigo los cables sujetos al arnés. La nave cabeceó bruscamente y lanzó a Bane contra un mamparo. El tazón de comida le cayó con estrépito de las manos. Del camarote inferior le llegó un estruendo seguido de un quejido lleno de dolor y de pánico.

El príncipe se incorporó a duras penas, se apoyó en el costado de la nave y miró en torno a sí, aturdido. La cubierta se inclinó en un ángulo precario. Hugh permaneció tendido de espaldas, enredado en los cables. Bane echó una rápida mirada al exterior, vio que las fauces del dragón apuntaban directamente hacia abajo y se dio cuenta de lo que había sucedido. Hugh, en su caída, había cerrado las alas y la magia había dejado de actuar y ahora caían sin control por el aire, para zambullirse en el Torbellino.

A Bane no se le había pasado por la cabeza que tal cosa pudiera ocurrir. Y, al parecer, tampoco a su padre. Esto último no era sorprendente ya que un misteriarca humano de la Séptima Casa, habitante de unos reinos muy por encima

de los conflictos y la agitación del resto del mundo, no podía tener conocimiento de los artefactos mecánicos. Probablemente, Sinistrad no había visto jamás una nave dragón elfa. Y, al fin y al cabo, Hugh le había asegurado al muchacho que la nave volaba sola.

Bane se abrió paso entre el lío de cables y, apoyado en el cuerpo de Hugh, tiró de las cuerdas con todas sus fuerzas. No logró moverlas. Las alas no se desplegaban.

— ¡Alfred! —Chilló el príncipe—. ¡Alfred, ven enseguida!

Abajo se oyó otro golpe y un forcejeo; instantes después, asomó por la escotilla el rostro del chambelán, pálido como un cadáver.

— ¡Maese Hugh! ¿Qué sucede? ¡Estamos cayendo...! —Sus ojos descubrieron el cuerpo del asesino—. ¡Sartán bendito!

—

Con una rapidez y una agilidad inusuales en un hombre tan torpe y desmañado, Alfred cruzó la escotilla, se abrió paso entre el desorden de cabos y se arrodilló junto a Hugh.

— ¡Bah, déjalo en paz! ¡Está muerto! —gritó el príncipe. Asiéndolo por la camisa, lo obligó a incorporarse y mirar hacia la proa de la nave—. ¡Mira eso! ¡Tienes que detenerla! ¡Quítale el arnés y haz que esta cosa vuele como antes!

— ¡Alteza —Alfred estaba cerúleo—, no sé pilotar una nave! ¡Se requiere pericia y años de práctica! —El chambelán entrecerró los ojos—. ¿Qué quieres decir, con eso de que está muerto?

Bane le lanzó una mirada desafiante, pero tuvo que bajarla ante la de Alfred.

El chambelán ya no era ningún bufón; de pronto, sus ojos resultaban extrañamente apremiantes e intensos y su penetrante mirada le producía al muchacho una profunda incomodidad.

—Ha tenido su merecido —murmuró con aire hosco—. Era un asesino contratado por el rey Stephen para acabar conmigo. Yo lo he matado antes, eso es todo.

— ¿Tú? —La mirada de Alfred se clavó en la pluma—. ¿O tu padre?

Bane expresó su desconcierto. Abrió la boca y volvió a cerrarla con fuerza.

Llevó la mano al amuleto como para esconderlo y empezó a balbucear.

—No es preciso que mientas —insistió Alfred con un suspiro—. Estoy al corriente desde hace mucho. Desde antes que tus padres, o debería decir que tus padres *adoptivos*, aunque la adopción implica una elección y ellos no tuvieron ninguna. ¿Qué clase de veneno le has dado, Bane?

— ¿A Hugh? ¿Por qué te preocupas por él? ¿Vas a dejar que nos estrellemos?

—chilló el príncipe con voz muy aguda.

— ¡Él es el único que puede salvarnos! ¿Qué le has dado? —exigió saber Alfred, alargando el brazo para agarrar al muchacho y sacarle la información por las malas si era preciso.

Bane retrocedió de un brinco, resbaló y rodó por la cubierta inclinada hasta que el mamparo lo detuvo. Volviéndose, miró por la ventana y soltó una exclamación de alegría.

— ¡Bravo! ¡Las naves elfas! ¡Vamos directos hacia ellas! ¡No necesitamos a ese sucio asesino, los elfos nos salvarán!

— ¡No! ¡Espera! Bane, han sido las bayas, ¿verdad?

El muchacho salió corriendo de la sala de gobierno. Oyó a Alfred gritarle que

los elfos eran peligrosos, pero no prestó atención.

«Soy príncipe de Ulyandia», se dijo a sí mismo mientras subía la escalerilla hasta la cubierta superior. Una vez allí, sujeto con fuerza al pasamano, cruzó las piernas en torno a los barrotes para asegurarse mejor. «No se atreverán a ponerme la mano encima. Aún tengo el encantamiento. Triano cree que lo ha roto, pero sólo porque le he dejado que lo crea. Mi padre dice que no debemos correr ningún riesgo, y por eso hemos tenido que matar al asesino para conseguir su nave. ¡Pero sé que aún llevo conmigo el encantamiento! Ahora tendré una nave elfa. Haré que me lleven junto a mi padre y entre él y yo los gobernaremos. ¡Sí, los gobernaremos a todos, tal como lo hemos proyectado!»

— ¡En! —gritó Bane. Sujetándose al pasamano con las piernas, se soltó lo suficiente para agitar los brazos—. ¡Eh! ¡Los de ahí! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Los elfos estaban muy abajo, demasiado lejos para oír los gritos del muchacho. Además, tenían otras cosas más importantes que atender..., como

—

salvar la vida. Asomado desde lo alto, Bane vio que la nave de guerra y el dragón de guerra imperial estaban trabados y se preguntó qué estaría sucediendo. Estaba demasiado lejos para distinguir la sangre que bañaba las cubiertas, para escuchar los gritos de los encargados de los cables que, atrapados en sus arneses, eran arrastrados a través de los cascos hechos astillas, para oír la canción de los elfos rebeldes que trataban de levantar el ánimo de sus camaradas mientras continuaban defendiéndose.

Las alas de dragón de brillantes colores batían el aire frenéticamente o pendían, rotas, de los cables sueltos. Largos garfios sujetos a cuerdas mantenían firmemente unidas las dos naves. Los guerreros elfos se descolgaban a mano por los cables para abordar la nave rebelde o saltaban por los aires para aterrizar en la cubierta. Al fondo, las nubes negras del Torbellino giraban y hervían, con sus bordes blancos como la espuma iluminados de púrpura por el incesante destellar de los relámpagos.

Bane contempló con ansia a los elfos. No sentía ningún temor, sólo un embriagador regocijo causado por el contacto del viento en el rostro, la novedad de la situación y la excitación de ver empezar a cumplirse los planes de su padre. La caída del dragón se había hecho un tanto más lenta. Alfred había conseguido abrir las alas lo suficiente como para que la nave no continuara precipitándose de cabeza en el Torbellino, pero aún seguía fuera de control y continuaba cayendo en una perezosa espiral.

Le llegó desde abajo la voz de Alfred. Sus palabras eran confusas y le resultaron ininteligibles, pero algo en el tono o en el ritmo despertó en su mente el borroso recuerdo del momento en que le había caído encima el árbol. Bane no prestó mucha atención. Estaban acercándose a los elfos, aproximándose por momentos. Distinguió unos rostros vueltos hacia arriba, mirándolo y señalándolo. Empezó a gritar de nuevo cuando, de pronto, las dos naves elfas se separaron y se despedazaron ante sus ojos.

Unas delgadas figuras cayeron hacia la nada a su alrededor. Bane estaba lo bastante cerca como para escuchar sus gritos, que se apagarían cuando fueran engullidos por el Torbellino. Aquí y allá, pedazos de las dos naves flotaban en el aire sostenidos gracias a sus propios encantamientos y el príncipe pudo ver a los elfos agarrados a ellos o, en los fragmentos mayores, algunos que aún combatían.

Y Bane y su pequeña nave estaban zambulléndose justo en el centro del caos. Los monjes kir no se ríen. No encuentran nada gracioso en la vida y les gusta señalar que, cuando los humanos se ríen, suelen hacerlo de la desgracia ajena. La risa no está prohibida en un monasterio kir. Sencillamente, no se practica. La primera vez que un niño entra en las estancias de los monjes negros, tal vez suelte alguna risa el primer par de días, pero no más.

El monje negro que llevaba de la mano a Hugh no sonreía, pero Hugh vio una risa en sus ojos. Furioso, luchó y se debatió contra aquel oponente con más ferocidad de la que había mostrado ante cualquier otro enemigo. Este no era de carne y hueso. Ninguna arma dejaba su marca en él. Ninguna estocada lo detenía. Era eterno y lo tenía sujeto.

—Tú nos odiabas —dijo el monje negro, riéndose de él en silencio—, pero nos has servido. Nos has servido toda tu vida.

— ¡Yo no sirvo a ningún hombre! —gritó Hugh. Las fuerzas lo abandonaban. Se sentía cada vez más débil, más cansado. Quería descansar. Sólo la vergüenza y la rabia le impedían sumirse en un placentero olvido: vergüenza, porque sabía que

—

el monje decía la verdad; rabia, por haberse dejado engañar durante tanto tiempo...

Amargado, frustrado, juntó las pocas fuerzas que le quedaban en un último intento por liberarse. Fue un golpe débil y lastimoso que no hubiera hecho asomar las lágrimas a los ojos de un chiquillo, pero el monje lo soltó.

Confuso, privado de apoyo, Hugh cayó. Pero no sintió pavor, pues tuvo la extrañísima impresión de que no estaba cayendo hacia abajo, sino hacia arriba. No estaba zambulléndose en la oscuridad.

Estaba sumergiéndose en la luz.

— ¿Maese Hugh? —La cara de Alfred, angustiada y temerosa, apareció sobre él—. ¿Maese Hugh? ¡Oh, alabado sea el Sartán! ¡Te has recuperado! ¿Cómo te encuentras?

Con la ayuda de Alfred, Hugh se incorporó hasta quedar sentado. Echó una rápida mirada en torno a sí, buscando al monje. No vio a nadie más que al chambelán, nada salvo un lío de cuerdas y su arnés.

— ¿Qué ha sucedido?

Hugh sacudió la cabeza para despejarse. No sufría ningún dolor, sino sólo una especie de atontamiento. Le parecía como si el cerebro no le cupiera en el cráneo, como si la lengua fuera demasiado grande para la boca. A veces había despertado en alguna posada con aquella misma sensación y un odre de vino vacío a su lado.

—El muchacho te ha narcotizado, pero ya te están pasando los efectos. Sé que no te sientes demasiado bien, maese Hugh, pero estamos en un apuro. La nave está cayendo...

— ¿Narcotizado? —Hugh miró a Alfred, tratando de concentrar la vista en él entre la bruma—. ¡Lo que me ha dado no era ninguna droga! ¡Era un veneno! Notaba que me moría —añadió, entrecerrando los ojos.

—No, no, maese Hugh. Sé que debes de haber tenido esa impresión, pero...

Hugh se inclinó hacia adelante, agarró a Alfred por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí, clavando la mirada en los ojos claros del chambelán como si quisiera asomarse al fondo de su alma.

—Yo estaba *muerto*. —Hugh lo asió aún más enérgicamente—. ¡Y *tú* me has devuelto a la vida!

Alfred sostuvo la mirada de Hugh con aire calmado y, con una sonrisa algo triste, sacudió la cabeza.

—Te confundes. Era un narcótico. Yo no he hecho nada.

¿Cómo era posible que aquel hombrecillo inepto y simplón pudiera mentir sin que él lo notara? Y otra cosa aún más importante: ¿cómo era posible que Alfred le hubiera salvado la vida? Su expresión era de candidez y sus ojos lo miraban con pena y tristeza, nada más. El chambelán parecía incapaz de ocultar nada. Si hubiera tenido enfrente a cualquier otra persona, sin duda le habría convencido. Pero *la Mano* conocía el veneno que había tomado. Él mismo lo había administrado a otros y los había visto morir igual que él. Y ninguno se había recuperado.

— ¡Maese Hugh, la nave...! —Insistió Alfred—. ¡Estamos cayendo! Las alas..., se plegaron. He intentado abrirlas de nuevo, pero no lo he conseguido.

Ahora que prestaba atención a lo que decía el chambelán, Hugh advirtió el curso de la nave. Miró a Alfred y relajó la presión de su mano. Un misterio más, se dijo, pero no lo aclararía desplomándose en el Torbellino. Se puso en pie a duras

penas, llevándose las manos a la cabeza. El dolor era insoportable y la notaba demasiado pesada. Tuvo la aturdida sensación de que, si retiraba las manos, la cabeza se soltaría y rodaría de su cuello.

Una mirada por la ventana le mostró que no corrían un peligro inmediato; al menos, de seguir cayendo. Alfred había conseguido proporcionar a la nave cierto grado de estabilidad y Hugh podía recuperar el control completo con bastante facilidad, pese a que algunos de los cables estaban rotos.

—Caer al Torbellino es la menor de nuestras preocupaciones.

— ¿Qué quieres decir, señor? —Alfred corrió a su lado y miró.

Muy cerca de ellos, tanto que los dos hombres podían apreciar con todo detalle sus vestimentas desgarradas y ensangrentadas, tres guerreros elfos con unos garfios de abordaje en la mano tenían vuelta la mirada hacia la nave.

— ¡Vamos, arrojad los garfios! ¡Yo los aseguraré!

Era la voz de Bane, que se dirigía a los elfos desde la cubierta superior. Alfred soltó un jadeo.

—Su Alteza ha dicho algo de pedir ayuda a los elfos...

— ¡Ayuda! —Hugh torció los labios en una sonrisa burlona. Parecía que había vuelto a la vida sólo para morir de nuevo.

Los garfios serpentearon en el aire y *la Mano* escuchó sus golpes sordos al chocar con la cubierta y el chirrido de las puntas metálicas al arrastrarse sobre la madera. Unos brascos vaivenes le hicieron perder el equilibrio, precario como sus fuerzas. Los garfios habían encontrado asidero. Hugh se llevó la mano al costado. La espada había desaparecido.

— ¿Dónde...?

Alfred había observado el gesto y ya retrocedía por la inclinada cubierta, resbalando y gateando.

—Aquí, señor. He tenido que usarla para cortar los nudos.

Hugh empuñó el arma y ésta casi le cayó de la mano. Si Alfred le hubiera entregado un yunque, no le habría parecido más pesado que la espada en su puño

débil y tembloroso. Los garfios estaban deteniendo el avance de la nave, que quedó flotando en el aire junto a la destartada nave elfa. Tras un brusco tirón, *Ala de Dragón* derivó ligeramente hacia abajo. Los elfos estaban escalando las cuerdas y disponiéndose para el abordaje. Hugh escuchó a Bane parlotando animadamente encima de su cabeza.

Tomando la espada con esfuerzo, Hugh dejó la sala de gobierno y avanzó sin hacer ruido por el pasillo hasta situarse bajo la escotilla. Alfred lo siguió haciendo eses y sus pisadas, torpes y sonoras, pusieron fuera de sí a Hugh. *La Mano* lanzó una mirada asesina al chambelán, adviniéndole que guardara silencio. Luego, extrajo el puñal de la bota y se lo ofreció.

Alfred palideció, sacudió la cabeza y se llevó las manos a la espalda.

—No —declaró con labios temblorosos—. ¡No podría! ¡No puedo..., poner fin a una vida!

Hugh alzó la vista al techo de la estancia, donde podían oírse unos pies calzados con botas que deambulaban por la cubierta.

— ¿Ni siquiera para salvar la tuya? —musitó.

—No. Lo siento...

—Si no lo lamentas ahora, ya lo harás muy pronto—murmuró Hugh al tiempo que empezaba a subir en silencio por la escalerilla.

—

CAPITULO

EN CIELO ABIERTO,

DESCENDIENDO

Bane observó a los tres elfos que se encaramaban a pulso por las cuerdas, agarrados a ellas con los talones y las rodillas de sus piernas delgadas y bien proporcionadas. Debajo de ellos no había más que el vacío y, al fondo, la oscura y pavorosa tormenta perpetua del Torbellino. Sin embargo, los elfos eran expertos en abordajes y no se detuvieron para mirar abajo. Alcanzaron la borda de la pequeña nave dragón, pasaron las piernas sobre la pasarela y, con movimientos ágiles, aterrizaron de pie en la cubierta.

El príncipe no había visto en su vida a un elfo y lo estudió con la misma curiosidad que desinterés mostraron por él los asaltantes. Los elfos tenían la misma altura aproximada que los humanos, pero sus cuerpos delgados los hacían parecer más altos. Sus facciones eran delicadas, pero duras y frías, como talladas en mármol. De fina musculatura, estaban dotados de una excelente coordinación de movimientos y caminaban con gracia y facilidad pese a la inclinación de la nave. Tenían la piel de color marrón avellanado y el cabello y las cejas blancas, con unas sombras plateadas que brillaban al sol. Vestían chalecos y faldas cortas confeccionados con una tela de tapicería, decorada con bellos motivos de aves, flores y animales. A menudo, los humanos se burlaban de la indumentaria de brillantes colores de los elfos (y la mayoría descubría demasiado tarde —para su pesar— que esa vestimenta era en realidad la armadura elfica; los hechiceros elfos poseen la capacidad de potenciar mediante su magia el hilo de seda normal, haciéndolo tan duro y resistente como el acero).

El elfo que parecía ser el líder del grupo indicó por gestos a los otros dos que echaran un vistazo a la nave. Uno corrió a popa y se asomó por la borda a observar las alas, probablemente para evaluar los daños que había provocado la caída sin control de la nave. El otro corrió a proa. Los elfos iban armados, pero no

empuñaban sus armas. Al fin y al cabo, se encontraban en una de sus naves. Una vez desplegados sus hombres, el comandante elfo se dignó por fin advertir la presencia del pequeño.

—

— ¿Qué hace un cachorro humano a bordo de una nave de mi pueblo? —El comandante apuntó su nariz aguileña hacia Bane—. ¿Y quién es el capitán de esta embarcación?

Hablaba el idioma de los humanos con fluidez, pero acompañándose de un rictus en los labios, como si las palabras tuvieran mal sabor y se alegrara de librarse de ellas. Su voz era melodiosa y animada; su tono, imperioso y altivo. Bane estaba irritado, pero supo ocultarlo.

—Soy el príncipe heredero de Volkaran y de Ulyandia. Mi padre es el rey Stephen.

Bane juzgó que lo mejor era empezar de aquel modo, al menos hasta que hubiera convencido a los elfos de que era alguien importante. Después les contaría la verdad, les revelaría la auténtica importancia de su persona..., una importancia mayor de lo que podía imaginar.

El capitán elfo sólo prestó atención a medias a Bane, pendiente de los movimientos de sus hombres.

—De modo que los nuestros han capturado a un principito humano, ¿no es eso? Me pregunto qué piensan que conseguirán de ti.

—Me capturó un hombre malo —dijo Bane, derramando rápidamente unas lágrimas—. Quería matarme, pero vosotros me habéis rescatado. ¡Seréis unos héroes! Llevadme ante vuestro rey para que pueda expresarle mi gratitud. Esto puede significar el principio de la paz entre nuestros pueblos.

El elfo que se había dedicado a inspeccionar las alas regresó, dispuesto a ofrecer su informe. Al escuchar las palabras del chiquillo, miró a su capitán y ambos se echaron a reír al unísono.

Bane se quedó boquiabierto. ¡Nunca nadie se había reído de él de aquella manera! ¿Qué estaba pasando? El encantamiento debería haber producido su efecto, pues estaba seguro de que Triano no había logrado romper el hechizo. Entonces ¿por qué no afectaba a los elfos?

En aquel instante, vio los talismanes en torno al cuello de éstos. Los talismanes habían sido creados por los hechiceros elfos para proteger a su pueblo de la magia de guerra de los humanos. Bane no entendía mucho del tema, pero sabía reconocer un talismán de protección cuando lo veía y comprendió que, inadvertidamente, aquellos collares ponían a los elfos a salvo de su encantamiento. Antes de que pudiera reaccionar, el capitán lo agarró y lo lanzó por los aires como un saco de basura. El otro elfo, cuya fuerza no se correspondía con su cuerpo extremadamente delgado, lo cogió en el aire. El capitán dio una orden en tono indiferente y el soldado, sujetando al muchacho lo más lejos posible con el brazo extendido al frente, dio unos pasos hasta la borda de la nave. Bane no hablaba elfo, pero entendió la orden del capitán por sus gestos.

Iban a arrojarlo por la borda.

Bane trató de gritar pero el miedo le atenazó la garganta. Se debatió con todas sus fuerzas, pero el elfo lo sujetaba por el codo y parecía divertirse mucho con los frenéticos esfuerzos del chiquillo por liberarse. Bane poseía los poderes de la magia, pero era inexperto en su uso pues no había sido educado en la casa de su

padre. Notaba que la magia impregnaba su cuerpo como la adrenalina, pero carecía de los conocimientos para hacerla actuar.

Pero había alguien que podía guiarlo.

— ¡Padre! —gritó, cerrando una mano en torno al amuleto de la pluma.

—Ahora no puede ayudarte —se burló el elfo.

—

— ¡Padre! —volvió a gritar Bane.

—Yo tenía razón —dijo el capitán a su subordinado—. Hay alguien más a bordo de la nave. El padre del cachorro. Ve a buscarlo —ordenó con un gesto al tercer elfo, pero regresó corriendo a su posición. Acto seguido, el capitán murmuró con un gruñido—: Adelante, librémonos de ese pequeño demonio.

El elfo que sujetaba a Bane pasó el cuerpo del príncipe por encima de la borda y lo dejó caer.

Bane se precipitó hacia abajo. Aspiró profundamente para exhalar el aire en un aullido de terror y, en aquel instante, una voz le ordenó bruscamente que guardara silencio. La voz llegó al muchacho como siempre, con palabras que sonaban en su mente, que sólo eran audibles para él.

«Tienes el poder para salvarte a ti mismo, Bane. Pero antes debes vencer el miedo.»

En su rápida caída, viendo a sus pies los fragmentos flotantes de las naves elfas y, más abajo, las nubes negras del Torbellino, el miedo tenía rígido y paralizado a Bane.

—No..., no puedo, padre —gimió.

«Si no puedes, morirás, y eso será lo mejor. No me sirve de nada un hijo cobarde.»

Durante toda su corta vida, Bane se había esforzado en agradar al hombre que le hablaba a través del amuleto, al hombre que era su verdadero padre, y su mayor deseo era obtener la aprobación del poderoso brujo.

«Cierra los ojos», fue la siguiente orden de Sinistrad.

Bane obedeció.

«Ahora, vamos a utilizar la magia. Piensa que eres más ligero que el aire. Tu cuerpo no es de carne sólida, sino gaseoso, etéreo. Tus huesos son huecos como los de un ave.»

El príncipe quiso reírse, pero algo en su interior le dijo que, si lo hacía, no lograría volverse a dominar y caería hacia la muerte. Reprimió la risilla histérica, desquiciada, e intentó seguir las instrucciones de su padre. Parecían ridículas. Sus ojos se negaban a permanecer cerrados y, con una desesperación impulsada por el pánico, seguían parpadeando en busca de algún resto del naufragio al que agarrarse hasta que pudieran rescatarlo. Pero el viento que azotaba su rostro le hacía saltar las lágrimas y la visión se le hacía borrosa. De su garganta brotó un sollozo.

« ¡Bane!» La voz de Sinistrad chasqueó como un látigo en la mente del pequeño.

Sofocando el sollozo, Bane apretó resueltamente los párpados e intentó imaginar que era un pájaro.

Al principio le costó y le pareció imposible, pero generaciones de brujos ya desaparecidos, más las facultades y la inteligencia innatas del muchacho, vinieron en su auxilio. El truco era abstraerse de la realidad, convencer a la mente de que

el cuerpo no pesaba sus sesenta y pico piedras, que no pesaba nada, o menos aún que nada. Era una habilidad que la mayoría de jóvenes brujos humanos sólo conseguía dominar tras años de estudio, pero Bane tenía que aprenderla en unos instantes. Las aves enseñan a volar a sus polluelos arrojándolos desde el nido. Bane tenía que adquirir el arte de la magia del mismo modo. La conmoción y el

—

puro terror obligaron a sus facultades naturales a hacerse cargo de la situación y salvarlo.

«Mi carne está hecha de nubes. Mi sangre es una bruma tenue. Mis huesos son huecos y están llenos de aire.»

Un hormigueo se extendió por el cuerpo del príncipe. Parecía como si la magia lo estuviera transformando en una nube, pues se sentía ingravido y etéreo. A medida que esta sensación fue aumentando, también lo hizo su confianza en la ilusión que estaba tejiendo en torno a sí, y la confianza incrementó a su vez el efecto de la magia, haciéndolo más fuerte y potente. Abriendo los ojos, Bane comprobó con satisfacción que ya no seguía cayendo. Más ligero que un copo de nieve, se sostenía en el aire.

— ¡Lo he logrado! ¡Lo he logrado! —se rió, jubiloso, batiendo los brazos como un pájaro.

« ¡Concéntrate! », le espetó Sinistrad. « ¡No estamos jugando! ¡Si pierdes la concentración, perderás el poder! »

Bane se serenó —no tanto por efecto de las palabras de su padre como por la súbita y aterradora sensación de que empezaba a recobrar su peso— y concentró sus pensamientos en la tarea de mantenerse a flote entre las nubes.

— ¿Qué hago ahora, padre? —preguntó, más calmado.

«De momento, quédate donde estás. Los elfos te rescatarán.»

— ¡Pero si han querido matarme!

«Sí, pero verán que estás dotado con el poder y querrán llevarte ante sus hechiceros. Tal vez pases algún tiempo entre ellos antes de que vuelvas conmigo. Podrías conseguir informaciones útiles.»

Bane miró hacia arriba para intentar ver qué sucedía en la nave. Las únicas partes visibles desde su posición eran la quilla y las alas semidesplegadas. Y la nave dragón seguía cayendo.

El muchacho se relajó, flotando en el aire, y aguardó a que llegara a su altura.

—

CAPÍTULO

EN CIELO ABIERTO,

DESCENDIENDO

Hugh y Alfred se agacharon al pie de la escalerilla. Oyeron los pasos de los elfos que inspeccionaban la nave y escucharon la conversación de Bane con el capitán elfo.

—Pequeño bastardo —murmuró Hugh.

A continuación, llegó a sus oídos el grito de Bane.

Alfred palideció.

—Si lo quieres, será mejor que me ayudes a rescatarlo —dijo Hugh al

chambelán—. Mantente cerca de mí.

Subiendo la escalerilla, Hugh abrió de golpe la escotilla. Puñal en mano, saltó a cubierta seguido inmediatamente por Alfred. Lo primero que vio fue al elfo en el momento de arrojar a Bane por la borda. Alfred soltó un grito de terror.

— ¡No hagas caso! —Gritó Hugh, buscando con una rápida mirada cualquier cosa que pudiera utilizar como arma—. Cúbreme la espalda... ¡Por todos los antepasados, no...! ¡No vayas a...!

Alfred había puesto los ojos en blanco y, con el rostro ceniciento, se tambaleaba de un lado a otro. Hugh extendió la mano, lo cogió por el hombro y lo sacudió enérgicamente, pero era demasiado tarde: el chambelán se desplomó y quedó hecho un bulto patético en la cubierta.

— ¡Maldición! —exclamó Hugh con un grito feroz.

Los elfos estaban fatigados y doloridos tras el combate con los rebeldes. No esperaban encontrar humanos a bordo de una nave dragón y tardaron en reaccionar. Hugh alargó la mano hacia una percha en el instante en que uno de los guerreros elfos trataba de alcanzarla primero. *La Mano* fue más rápido. Alzando la percha, la volteó con toda la fuerza de que fue capaz y alcanzó al elfo en pleno rostro. El guerrero cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la escotilla. Probablemente, estaría fuera de combate un buen rato. Hugh no se atrevió a acabar con él pues aún debía enfrentarse a sus dos compañeros.

—

Los elfos no son demasiado hábiles con la espada. Prefieren el arco y la flecha, que requieren habilidad y temple, a la lucha con el acero, que consideran una mera exhibición de fuerza bruta. Por lo general sólo utilizan las espadas cortas que portan al costado para la lucha cuerpo a cuerpo y para acabar con los enemigos ya heridos con las flechas.

Conocedor del poco agrado de los elfos por el acero, Hugh blandió su espada de un lado a otro con ferocidad, obligando a sus adversarios a mantenerse fuera de su alcance. Retrocedió, saltando de plancha en plancha, hasta chocar con la amura; los elfos lo acosaron, pero sin lanzarse al ataque todavía. Lo que les faltaba de buena esgrima, lo compensaban en paciencia y cautela. Hugh estaba consumiendo sus escasas energías en sostener a duras penas la espada y los elfos se daban cuenta de que estaba enfermo y débil; a base de fintas y tientos, lo estaban agotando. Podían permitirse esperar a que el cansancio lo obligara a bajar la guardia.

A Hugh le dolía el brazo y aún más la cabeza. Sabía que no podría resistir mucho tiempo y que debía encontrar el modo de acabar rápidamente con sus enemigos. Sus ojos captaron un movimiento.

— ¡Alfred! —gritó—. ¡Eso es! ¡Sorpréndelos por atrás!

Era un viejo truco y ningún guerrero humano merecedor de tal nombre habría caído en él. En efecto, también el capitán elfo mantuvo los ojos fijos en Hugh, pero el otro guerrero se amilanó y volvió la cabeza. Detrás no encontró a ningún amenazador humano abalanzándose sobre él, sino a Alfred, sentado en el suelo y mirando a su alrededor con aire confuso.

Hugh se lanzó contra el elfo como un rayo, le hizo saltar la espada de la mano con un golpe de su acero y lo derribó al suelo de un puñetazo en el rostro. Este último movimiento lo dejó al descubierto para el ataque del capitán, pero no pudo evitarlo. El capitán elfo saltó adelante para lanzar una estocada, pero sus pies

resbalaron en la cubierta inclinada; en torpe golpe no alcanzó su blanco en el corazón de Hugh, sino que le desgarró los músculos del brazo que empuñaba el arma. Hugh giró sobre los talones, golpeó al capitán en la mandíbula con la empuñadura de la espada y lo mandó de espaldas sobre la cubierta, donde quedó tendido mientras le volaba la espada de la mano.

Hugh se dejó caer de rodillas, luchando por sobreponerse al mareo y las náuseas.

— ¡Maese Hugh! ¡Estás herido! Deja que te ayude...

Unas manos le tocaron el brazo, pero Hugh las rechazó.

—Estoy bien —replicó. Se incorporó tambaleándose y lanzó una mirada de ira al chambelán, que se sonrojó y bajó la cabeza.

—Yo..., lamento haberte fallado —tartamudeó Alfred—. No sé qué me sucede...

Hugh no lo dejó terminar y señaló a los elfos.

—Echa a esta escoria por la borda antes de que despierten.

Alfred se puso tan pálido que Hugh pensó que iba a desmayarse de nuevo.

—No puedo hacerlo. Arrojar a un hombre indefenso..., a la muerte...

— ¡Ellos han arrojado a ese crío tuyo! —Hugh levantó la espada, apuntando al cuello del elfo inconsciente—. Entonces, tendré que acabar con ellos aquí. No puedo arriesgarme a que vuelvan en sí.

—

Se dispuso a rebanar el esbelto cuello pero lo detuvo una extraña aversión a hacerlo. Una voz, surgida de una oscuridad inmensa y aterradora, resonó en su mente.

Toda tu vida nos has servido.

— ¡Por favor, señor! —Alfred lo cogió del brazo—. Los restos de su nave aún están sujetos a la nuestra —añadió, señalando el gran fragmento de la embarcación elfa anclado al costado del *Ala de Dragón* mediante los garfios de abordaje—. Puedo encargarme de trasladarlos allí. Al menos, tendrán una oportunidad de que los rescaten.

—Está bien. —Demasiado cansado y mareado para discusiones, Hugh aceptó con disgusto la propuesta—. Haz lo que quieras, pero líbrate de ellos. De todos modos, ¿por qué te preocupas por esos elfos? Ellos acaban de matar a tu preciado príncipe.

—Todas las vidas son sagradas —musitó Alfred mientras se inclinaba para levantar por los hombros al inconsciente capitán elfo—. Nosotros lo aprendimos. Demasiado tarde. Demasiado tarde.

Al menos, eso fue lo que Hugh creyó escuchar. El viento silbaba en los aparejos, se sentía dolorido y enfermo y, en todo caso, a quién le importaba qué había dicho el chambelán.

Alfred llevó a cabo la tarea con su habitual torpeza, tropezando con las planchas, dejando caer los cuerpos y, en un momento dado, casi ahorcándose al enredarse en uno de los cables de las alas. Por último, consiguió arrastrar a los elfos sin sentido hasta la borda de la nave y pasarlos al pecio demostrando una fuerza que a *la Mano* le costó de creer en un hombre delgaducho como aquél.

Sin embargo, eran muchas las cosas de Alfred que resultaban inexplicables.

Hugh se hizo muchas preguntas: ¿Había muerto realmente? ¿Alfred lo había devuelto a la vida? Y, si así era, ¿cómo? Ni siquiera los misteriarcas tenían la

facultad de revivir a los muertos.

«Todas las vidas son sagradas... Demasiado tarde. Demasiado tarde.»

Hugh sacudió la cabeza y lo lamentó de inmediato, pues creyó que los ojos iban a salirse de las órbitas.

Cuando Alfred regresó a su lado, lo encontró tratando de anudar un improvisado vendaje en torno al brazo.

—Maese Hugh... —lo llamó Alfred con timidez.

La Mano no levantó los ojos de la venda. Con suavidad, el chambelán se encargó del asunto, atando el vendaje con dedos expertos.

—Creo que deberías venir a ver una cosa, señor.

—Ya sé. Seguimos cayendo, pero aún podemos salir de ésta. Estamos muy cerca del Torbellino

—No se trata de eso. Es el príncipe. ¡Está a salvo!

—¿A salvo? —Hugh lo miró, pensando que Alfred se había vuelto loco.

—Es muy extraño, señor. Aunque no tanto, supongo, teniendo en cuenta quién es él y quién es su padre.

¿Quién diablos es?, quiso preguntar Hugh. Pero no era el momento. Mareado y exhausto, atravesó la cubierta, cuyos movimientos se hacían cada vez más irregulares a medida que se aproximaban a la tormenta. Cuando miró hacia abajo no pudo reprimir un largo silbido de asombro.

—Su padre es un misteriarca del Reino Superior —explicó Alfred—. Supongo que le ha enseñado al muchacho a hacer eso.

—

—Se comunican mediante el amuleto —añadió *la Mano*, recordando la última visión del muchacho con la mano cerrada en torno a la pluma, justo antes de perder el sentido.

—Sí.

Hugh alcanzó a ver el rostro del príncipe vuelto hacia arriba, mirándolos con aire triunfal y visiblemente satisfecho de sí mismo.

—Supongo que tengo que rescatarlo. Un crío que ha intentado envenenarme.

Un crío que ha destrozado mi nave. ¡Un crío que ha intentado entregarnos a los elfos!

—Al fin y al cabo, señor —replicó Alfred, mirándolo fijamente—, tu accediste a darle muerte..., por dinero.

Hugh volvió la vista hacia Bane y comprobó que se estaba acercando al Torbellino. Se distinguían ya las nubes de polvo y escombros que flotaban sobre él y llegaba a sus oídos el sordo retumbar del trueno. Un viento frío y húmedo con olor a lluvia hacía que el timón de cola diera furiosos bandazos. En aquel instante, Hugh debería haber estado examinando los cables rotos y tratando de repararlos para poder extender las alas y ganar altura antes de que la nave derivara demasiado y los vientos de la tormenta le impidieran remontar el vuelo a posiciones menos peligrosas. Y el martilleo en la cabeza le seguía provocando náuseas.

Dándose media vuelta, *la Mano* se apartó de la borda.

—No te culpo —dijo Alfred—. Es un chico difícil...

— ¡Difícil! —Hugh soltó una risotada; luego enmudeció, con los ojos cerrados, mientras la cubierta se escoraba bajo sus pies. Cuando recuperó el dominio de sí mismo, exhaló un profundo suspiro—. Toma esa percha y tiéndesela. Trataré de

maniobrar para acercarnos a él, aunque estamos arriesgando nuestras vidas al hacerlo. Es posible que el viento nos atrape y nos aspire al centro de la tormenta.
—Sí, maese Hugh.

Alfred corrió a coger la percha y, por una vez, sus pies y su cuerpo avanzaron en la misma dirección.

La Mano se dejó caer en la sala de gobierno a través de la escotilla, contempló el lío de cables y se preguntó por qué estaba haciendo aquello. «Muy sencillo», se respondió: «hay un padre que pagará para que su hijo *no vuelva* y otro padre que pagará por tener junto a sí al muchacho».

Parecía un motivo lógico, reconoció Hugh para sí. Siempre, por supuesto, que no terminaran todos en el Torbellino. A través de las ventanas de cristal vio al muchacho flotando entre las nubes. La nave dragón estaba cayendo a su encuentro pero, a menos que consiguiera corregir el rumbo, pasaría a cierta distancia de él.

Con el ánimo abatido, *la Mano* inspeccionó los daños y forzó a su dolorida mente a ponerse en marcha e identificar los diversos cables que se deslizaban y retorcían por el suelo como serpientes. Cuando encontró los que necesitaba, los desenrolló y los extendió para que corrieran libremente a través de los escobenes. Una vez que los tuvo dispuestos, cortó con la espada los nudos que los ataban al arnés y se los enroscó en los brazos. Hugh había visto a muchos hombres romperse los huesos haciendo aquella maniobra. Si perdía el control, la enorme ala se desplegaría de pronto, tensaría los cables y éstos le arrancarían los brazos como si fueran dos palillos.

—

Tomó asiento con los pies firmes en el suelo y empezó a arriar los cables poco a poco. Uno de ellos corrió rápidamente y sin problemas a través del agujero. El ala empezó a levantarse y a poner en acción la magia. Sin embargo, el cable del brazo derecho permaneció flojo e inmóvil, balanceándose en la cubierta. Hugh se secó el sudor de la frente con el revés de la mano. El ala estaba atascada, trabada".

Tiró del cable con todas sus fuerzas, pero no sirvió de nada y Hugh dedujo que uno de los cabos exteriores atados al cable guía debía de haberse partido. Mascullando un juramento, abandonó el cable inutilizado y se concentró en tratar de pilotar la nave con una sola ala.

— ¡Más cerca! —Gritó Alfred—. Un poco más a la izquierda..., ¿o es a estribor? Nunca lo recuerdo. ¿Babor? ¿Es babor, acaso? Así, muy bien. Ya casi lo tengo... ¡Ahora! ¡Sujétate bien, Alteza!

Hugh escuchó la voz chillona del príncipe en un excitado parloteo y el sonido de sus pequeñas botas sobre la cubierta.

Después le llegó la voz de Alfred, grave y amonestadora, y el gimoteo defensivo de Bane.

Hugh volvió a tirar del cable, notó que el ala se levantaba y la nave dragón, ayudada de la magia, empezó a planear ganando altura. Abajo, las nubes del Torbellino continuaron sus vertiginosos giros como si les enfureciera ver que su presa se escapaba. Hugh contuvo el aliento y concentró todas sus energías en sostener firme el ala mientras proseguían su lenta ascensión.

Entonces fue como si una mano gigantesca se hubiera levantado para aplastarlos como a un molesto mosquito. De pronto, la nave empezó a caer

vertiginosamente, a tal velocidad que les pareció que sus cuerpos descendían con ella pero sus estómagos y tripas se quedaban arriba. Hugh escuchó un chillido asustado y un fuerte golpe, y supo que alguien había rodado por la cubierta. Esperó que tanto Alfred como el chiquillo hubieran encontrado algo de que agarrarse pues, en caso contrario, no podría hacer nada por ellos.

Con gesto ceñudo, continuó asido a los cables tratando de mantener desplegada la vela para frenar la caída. Entonces llegó a sus oídos el siniestro sonido de algo que se desgarraba y el ominoso silbido que paraliza el corazón de cualquier piloto de nave dragón: el ala se había rasgado y a través de ella se colaba el viento. Hugh largó todo el cabo posible para abrir la vela al máximo. Aunque no podía usarla para gobernar el rumbo, su magia contribuiría al menos a amortiguar la caída cuando tocaran tierra..., si aterrizaban en alguna parte y si el Torbellino no los hacía pedazos antes.

Hugh desenrolló el cable del brazo y lo dejó caer sobre la cubierta. Todavía no habían llegado al Torbellino y el viento ya sacudía la nave de un lado a otro. No consiguió ponerse en pie y tuvo que gatear por las planchas, asiéndose a los cables y usándolos para avanzar hasta el pasillo. Una vez allí, se arrastró escalerilla arriba y asomó la cabeza. Alfred y Bane estaban tendidos en la cubierta superior. El chambelán estrechaba contra sí al muchacho con el brazo.

— ¡Bajad! —gritó Hugh para hacerse oír entre el aullido del viento—. ¡La vela se ha partido y nos precipitamos en el Torbellino!

Alfred se arrastró por la cubierta llevando consigo al príncipe. Hugh sintió cierto malévolo placer al observar que el chiquillo parecía haber enmudecido de terror. Al llegar a la escotilla, el chambelán introdujo primero por ella a Bane.

—

Hugh lo agarró sin miramientos, lo arrastró adentro y lo dejó caer sobre las planchas del suelo.

Bane soltó un grito de dolor que interrumpió bruscamente cuando la nave cabeceó y lo lanzó contra los mamparos, donde quedó sin aliento. El brusco movimiento mandó a Alfred de cabeza por la escotilla, haciendo que Hugh perdiera pie y rodara por la escalerilla hasta el suelo.

Se incorporó a duras penas y volvió a subir los peldaños (o tal vez era a bajarlos, pues la nave se movía tanto que Hugh ya había perdido por completo el sentido de la orientación). Buscó a tientas la tapa de la escotilla. Una ráfaga de lluvia alcanzó la nave con unas gotas que caían con la fuerza de unas saetas elfas. El quebrado centelleo de un relámpago hendió el aire tan cerca de ellos que el olor le hizo arrugar la nariz; el estruendo que lo siguió de inmediato casi lo dejó sordo. Sus dedos asieron por fin la tapa de la escotilla, mojada y resbaladiza, y consiguieron cerrarla de una vez. Agotado, Hugh se deslizó de nuevo escalerilla abajo y cayó derrumbado al suelo.

— ¡Tú...! ¡Estás vivo! —Bane lo contempló con absoluto desconcierto. Luego, su expresión se transformó en una sonrisa de alegría. Corriendo hacia Hugh, el muchacho le echó los brazos al cuello y lo apretó contra sí—. ¡Ah, qué contento estoy! ¡Tenía tanto miedo! ¡Me has salvado la vida!

Hugh se desasíó del abrazo y apartó al príncipe a prudente distancia. Tanto la voz entrecortada por las lágrimas como la inocencia de su rostro resultaban incuestionablemente sinceras. En sus ojos azules no había engaño ni artificio. *La Mano* casi llegó a convencerse de que lo había soñado todo.

Casi, pero no del todo.

Aquel Bane, de nombre tan apropiado, había intentado envenenarlo. Hugh cerró la mano en torno al blanco cuello del príncipe. Sería muy sencillo. Un gesto. El cuello, roto. El contrato, cumplido.

La nave continuó cabeceando y dando vueltas en la tormenta. El casco crujía y gruñía y parecía a punto de romperse en pedazos en cualquier momento. A su alrededor destelleaban los relámpagos y en sus oídos resonaban los truenos.

Toda tu vida nos has servido.

Hugh apretó con más fuerza. Bane lo miró con aire confiado y una tímida sonrisa. Era como si el asesino estuviera reconfortando al príncipe con una tierna caricia.

Enfurecido, *la Mano* arrojó al muchacho lejos de sí, mandándolo contra Alfred, quien lo recogió con buenos reflejos.

Hugh, tambaleándose, dejó atrás a ambos y se encaminó a la sala de gobierno, pero antes de llegar cayó al suelo de cuatro manos y vomitó hasta las tripas.

—

CAPÍTULO DREVLIN, REINO INFERIOR

Bane fue el primero en recuperar el conocimiento. Abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor, a la nave dragón y sus otros dos ocupantes. Escuchó el grave retumbar de un trueno y, por un instante, le acometió de nuevo el pánico. Después, se dio cuenta de que la tormenta estaba a bastante distancia. Miró afuera y observó que el tiempo estaba en calma y que sólo empapaba la nave una lluvia ligera. El espantoso vaivén había cesado. Todo estaba tranquilo, nada se movía.

Hugh yacía en el suelo entre los cables, con los ojos cerrados, el brazo y la cabeza ensangrentados y una mano asida a uno de los cables como si su último esfuerzo hubiera sido un intento final para salvar la nave. Alfred estaba tendido de espaldas y no parecía herido. Bane recordaba poco del aterrador descenso a través de la tormenta, pero tenía la vaga impresión de que el chambelán se había desmayado en algún momento de la caída.

También a él le había entrado pánico, más incluso que cuando el elfo lo había arrojado por la borda. Entonces, todo había sucedido tan rápido que apenas había tenido tiempo de sentir miedo. La caída en el Torbellino, en cambio, le había parecido eterna y el pánico lo había atenazado más y más a cada segundo.

Realmente, había llegado a pensar que iba a morir de miedo. Entonces, la voz de su padre le había susurrado unas palabras que lo habían adormecido. El príncipe intentó incorporarse hasta quedar sentado. Se sentía raro; no dolorido, sino raro. Notaba el cuerpo demasiado pesado, como si una fuerza tremenda lo empujara contra el suelo, aunque no tenía nada encima. Atemorizado, Bane lloriqueó un poco ante la sensación de encontrarse solo. Aquel extraño estado no le agradaba y se arrastró hasta Alfred para intentar despertarlo. En ese momento vio la espada de Hugh en el suelo, debajo del cuerpo del asesino, y se le ocurrió una idea.

—Podría matarlos a ambos ahora —murmuró, asiendo con fuerza el amuleto de la pluma—. Podríamos librarnos de ellos, padre.

« ¡No! » La réplica fue seca y cortante, y sorprendió a Bane.

— ¿Por qué?

«Porque los necesitas para salir de donde estas y llegar junto a mí. Pero, antes de eso, quiero que lleves a cabo una tarea. Habéis aterrizado en la isla de Drevlin, en el Reino Inferior. Ocupa esta tierra un pueblo conocido como los glegs. En realidad, me alegro mucho de que el azar te haya conducido ahí. Había pensado en acudir yo mismo, cuando tuviera una nave.

»En esa isla existe una gran máquina que me intriga mucho. Fue construida hace mucho tiempo por los sartán, pero nadie ha conseguido descubrir con qué propósito. Quiero que la investigues mientras estés ahí. Hazlo y averigua lo que puedas sobre esos glegs. Aunque dudo que me sean de mucha utilidad para la conquista del mundo, conviene saber cuanto sea posible de los pueblos que me propongo conquistar. Tal vez incluso puedan servirme de algo. Debes buscar la ocasión para informarte, hijo mío.»

La voz se desvaneció y Bane frunció el entrecejo. Ojalá Sinistrad abandonara aquella irritante costumbre de decir: «Cuando *yo* conquiste, cuando *yo* gobierne...».

El príncipe había decidido que debía emplear el plural: «Cuando *nosotros*...».

«Es lógico», se dijo: «mi padre no puede saber mucho de mí, todavía, y por eso no me ha incluido jamás en sus planes. Cuando nos reunamos, llegará a conocerme, se enorgullecerá de mí y le alegrará compartir su poder conmigo. Me enseñará toda su magia. Lo haremos todo juntos y no volveré a estar solo.»

Hugh empezó a gemir y revolverse, por lo que Bane se apresuró a tenderse de nuevo en la cubierta y cerró los ojos.

Hugh se incorporó dolorosamente, apuntalando el cuerpo con los brazos. Su primer pensamiento fue de absoluto asombro al descubrir que seguía vivo. El segundo fue que, aunque le hubiera pagado al mago elfo el doble de lo que le había pedido por el hechizo para la nave, seguiría pareciéndole barato. El tercer pensamiento fue para la pipa. Se llevó la mano bajo la túnica de terciopelo llena de manchas y de humedad y la descubrió entera, a salvo.

La Mano observó a sus compañeros. Alfred estaba sin sentido. Hugh no había visto en su vida a nadie que se desmayara de puro miedo. Un tipo maravilloso para tenerlo cerca en un momento de apuro. El muchacho también estaba inconsciente, pero su respiración era cadenciosa y sus mejillas tenían buen color. No apreció que estuviera herido. El seguro del futuro de Hugh estaba vivito y coleando.

—Pero antes —murmuró *la Mano*, arrastrándose por la cubierta hasta el muchacho—, es preciso que nos deshagamos de papá, si es realmente quien Albert me dijo.

Con movimientos cautos y lentos, atentos a no despertar al chiquillo, Hugh pasó los dedos bajo la cadena de plata de la que pendía el amuleto de la pluma y empezó a levantarla del cuello del pequeño.

La cadena se escurrió entre sus dedos.

Hugh la miró, desconcertado. La cadena no le había resbalado de los dedos, sino que había pasado *a través* de ellos, literalmente. La había visto atravesar la carne y el hueso con la misma facilidad que si su mano fuera intangible como la de un fantasma.

—Son imaginaciones mías. El golpe en la cabeza —murmuró, y agarró la cadena, esta vez con fuerza.

Y no encontró en la mano otra cosa que aire.

Advirtió entonces que Bane había abierto los ojos y lo miraba, no con enfado o suspicacia, sino con tristeza.

—

—No se puede sacar —explicó—. Ya lo he intentado. —El príncipe incorporó el cuerpo—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estamos?

—A salvo —respondió Hugh, sentándose también y sacando la pipa. Ya había dado cuenta de sus últimas provisiones de esterego y tampoco hubiera tenido con qué encenderlo, de todos modos. Sujetó la boquilla entre los dedos y dio una chupada a la cazoleta vacía.

—Nos has salvado la vida —le dijo Bane—. Incluso después de que intentara matarte. Lo siento. ¡Lo siento de veras! —Sus diáfanos ojos azules se alzaron hacia Hugh—. ¡Es que te tenía miedo!

Hugh dio una nueva chupada y permaneció callado.

—Me siento muy extraño —continuó el príncipe con despreocupación, una vez aclarado por fin aquel pequeño asunto pendiente entre ambos—. Como si me pesara demasiado el cuerpo

—Es la presión de aquí abajo, el peso del aire. Ya te acostumbrarás. Quédate sentado y no te muevas.

Bane obedeció, inquieto, y fijó la mirada en la espada de Hugh.

—Tú eres un guerrero y puedes defenderte de forma honorable, pero yo soy débil. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al fin y al cabo, tú eres un asesino, ¿verdad? Te contrataron para darme muerte, ¿no?

—Y tú no eres hijo de Stephen —replicó Hugh.

—No, señor, no lo es. —Era la voz de Alfred. El chambelán se irguió, mirando a su alrededor con aire confuso—. ¿Dónde estamos?

—Calculo que estamos en el Reino Inferior. Con suerte habremos ido a caer en Drevlin.

—¿Por qué «con suerte»?

—Porque Drevlin es el único continente habitado de este reino. Si conseguimos llegar a alguna de sus ciudades, los geggs nos ayudarán. Este Reino Inferior está barrido constantemente por terribles tormentas —añadió como explicación—. Si nos sorprende una de ellas en terreno abierto... —Hugh terminó la frase con un encogimiento de hombros.

Alfred palideció y dirigió una mirada de preocupación al exterior. Bane volvió la cabeza en la misma dirección.

—Ahora no hay tormenta. ¿Por qué no aprovechamos para salir?

—Espera a que tu cuerpo se acostumbre al cambio de presión. Cuando nos pongamos en marcha, tendremos que movernos deprisa.

—Así pues, ¿crees que estamos en ese..., Drevlin? —inquirió Alfred.

—A juzgar por nuestra posición cuando caímos, diría que sí. La tormenta nos arrastró un poco, pero Drevlin es la masa de tierra más grande aquí abajo y sería difícil confundirla. Si nos hubiéramos desviado demasiado de rumbo, no habríamos llegado a ningún sitio.

—Tú has estado aquí antes —afirmó Bane, sentado con la espalda muy erguida y los ojos fijos en Hugh. —Sí. — ¿Cómo es? —preguntó con avidez. Hugh no respondió enseguida, sino que volvió los ojos hacia Alfred. Este había levantado la mano y la observaba con perplejidad, como si estuviera seguro de que pertenecía a otra persona.

—Sal afuera y compruébalo tú mismo, Alteza —dijo Hugh por fin.
— ¿Lo dices de veras? —Bane se puso en pie con esfuerzo—. ¿Puedo salir?
—Observa si encuentras algún signo de una población geg. En este continente hay una gran máquina. Si descubres alguna parte de esa máquina, sin duda

habrá gegs viviendo en los alrededores. No te alejes de la nave. Si te sorprende una tormenta sin un buen lugar donde refugiarte, estás acabado.

— ¿Es prudente eso, señor? —intervino Alfred dirigiendo una nerviosa mirada al muchacho, que ya estaba escurriendo su pequeño cuerpo por un boquete abierto en el casco.

—No llegará lejos. Terminará agotado antes de que se dé cuenta. Y ahora que Bane está ausente, cuéntame la verdad.

Alfred palideció una vez más. Incómodo, cambió de postura, bajó los ojos y se miró las manos, desproporcionadamente grandes.

—Estabas en lo cierto, señor, cuando has dicho que Bane no era hijo de Stephen. Te contaré lo que sé, lo que cualquiera de nosotros conoce de cierto, aunque creo que Triano ha elaborado algunas teorías para explicar lo ocurrido. Debo puntualizar que tales teorías no parecen abarcar por completo todas las circunstancias que... —Advirtió que Hugh torcía el gesto y fruncía el entrecejo impaciente—. Hace diez ciclos, Stephen y Ana tuvieron un hijo. Era un bebé hermoso, con el cabello oscuro del padre y los ojos y orejas de la madre. Te parecerá extraño que mencione las orejas, pero más adelante entenderás su importancia en la historia. Verás: Ana tiene un corte en la oreja izquierda, justo aquí, en la hélice. Es un rasgo peculiar de su familia. Según la leyenda, cuando los sartán aún recorrían el mundo, uno de su estirpe se salvó de resultar herido gracias a que una flecha lanzada contra él fue desviada por un antepasado de la reina. La punta del arma le quitó al hombre un fragmento de oreja y, desde entonces, todos sus descendientes han nacido marcados con ese corte como símbolo del honor familiar.

»E hijo de Ana tenía la marca. Yo mismo la vi cuando trajeron al niño para la presentación. —Alfred bajó la voz—. El bebé que ocupaba la cuna a la mañana siguiente, no

—Eso significa que el recién nacido fue suplantado —comentó Hugh—. Sin duda, los padres debieron darse cuenta.

—En efecto. Todos lo advertimos. El bebé parecía de la misma edad que el príncipe, apenas un par de días de vida, pero aquel niño era rubio y tenía los ojos azules, pero no de ese azul lechoso que luego se vuelve castaño. Y sus orejas tenían una curva exterior perfecta. Interrogamos a todos los moradores del palacio, pero nadie supo decir cómo se había efectuado la suplantación. Los guardianes juraron que no había entrado nadie en los aposentos. Todos eran hombres fieles y Stephen no dudó de su palabra. La niñera pasó toda la noche en la habitación con el niño y se despertó para llevarlo al ama de cría, quien aseguró que había dado el pecho al niño mono de Ana. Debido a estos y otros indicios, Triano llegó a la conclusión de que el niño había sido cambiado mediante algún acto de magia.

— ¿Otros indicios?

Alfred suspiró y su mirada se desvió hacia el exterior. Bane estaba de pie sobre una roca, escudriñando atentamente la lejanía. En el horizonte empezaban a asomar unos negros nubarrones orlados de relámpagos. Y comenzaba a levantarse

viento.

—Un poderoso encantamiento envolvía al pequeño. Todo el que lo miraba sentía el imperioso deber de amarlo. No, «amarlo» no es la palabra. —El chambelán buscó el término adecuado—. «Idolstrarlo», tal vez, o «perder el juicio por él». Verlo infeliz era una idea insoportable. Una lágrima que resbalaba de sus ojos nos dejaba roto el corazón durante días. Antes habríamos perdido la vida que separarnos del pequeño. —Alfred hizo una pausa y se pasó la mano por la calva—. Stephen y Ana conocían el peligro de aceptar al niño como suyo pero tanto ellos como todos los demás éramos totalmente impotentes para evitarlo. Por eso le pusieron por nombre Bane, que significa ponzoña o veneno en la lengua antigua. — ¿Y cuál era ese peligro?

—Un año después de que se produjera la suplantación, en el aniversario del nacimiento del auténtico hijo de Ana, apareció entre nosotros un misteriarca del Reino Superior. Al principio nos sentimos muy honrados porque hacía muchos ciclos que no se producía una cosa igual: que uno de los poderosos magos del Reino Superior se dignara rebajarse a abandonar su glorioso reino para visitar a sus inferiores. Sin embargo, nuestros vítores de orgullo y de alegría se nos helaron en los labios. Sinistrad es un mago perverso y se encargó enseguida de que lo conociéramos y lo temiéramos. Dijo que venía a honrar al pequeño príncipe y que le había traído un regalo. Cuando Sinistrad alzó al niño en sus brazos, hasta el último de nosotros supo de quién era en realidad el pequeño.

»Nadie podía hacer nada al respecto, por supuesto, pues no había modo de enfrentarse a un hechicero de la Séptima Casa. Triano, que es uno de los magos más sabios del reino, apenas pertenece a la Tercera Casa. Así pues, tuvimos que presenciar con unas fingidas sonrisas en los labios cómo el misteriarca colocaba ese amuleto con la pluma en torno al cuello de Bane. Sinistrad felicitó a Stephen por *su* heredero y se marchó. El énfasis que puso en la palabra nos causó a todos un escalofrío de horror, pero Stephen no pudo hacer otra cosa que idolstrar al pequeño con más intensidad que nunca, aunque empezaba a repugnarle su presencia.

Hugh se mesó la barba y frunció el entrecejo.

—Pero, ¿por qué iba a desear una tierra en el Reino Medio un hechicero del Mundo Superior? Ellos nos abandonaron por su propia voluntad hace incontables ciclos, y su reino tiene más riquezas de las que podemos imaginar, según se dice.

—Ya te he dicho que lo ignoramos. Triano tiene varias teorías, la más evidente de las cuales es un plan de conquista. Pero, si quisieran sojuzgarnos, podrían traer un ejército de misteriarcas y derrotarnos con facilidad. No; como he comentado, no tiene sentido. Stephen sabía que Sinistrad estaba en comunicación con su hijo. Bane es un espía muy astuto. Ha descubierto todos los secretos del reino y tenemos la certeza de que los ha transmitido íntegramente a su padre. Parecía que la vida iba a transcurrir con normalidad a pesar de este incidente, pues han transcurrido diez ciclos desde entonces y nuestra fuerza ha aumentado. Si los misteriarcas querían adueñarse de nosotros, podrían haberlo hecho ya. Sin embargo, últimamente ha sucedido algo que obliga a Stephen a quitar de en medio al suplantador. —Alfred echó un nuevo vistazo al exterior y observó al muchacho ocupado todavía en divisar una ciudad, aunque se le notaba visiblemente cansado y descansaba ahora sentado en la roca, en lugar de permanecer de pie. El chambelán hizo un gesto a Hugh para que se acercara y le cuchicheó al oído—: ¡Ana espera otro hijo!

— ¡Ah! —Hugh asintió, comprendiendo de pronto el meollo del asunto—. Y, ahora que tienen otro heredero en camino, quieren librarse del primero, ¿no es

eso? ¿Qué hay de ese encantamiento?

—Triano lo ha roto. Le ha costado diez ciclos de estudios, pero al fin lo ha conseguido. De este modo, Stephen se ha encontrado en disposición de... —Alfred hizo una pausa y balbuceó, turbado—: El rey ha podido...

—... contratar a un asesino para que le diera muerte. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Desde el principio. —Alfred se sonrojó—. Por esta razón te seguí.

— ¿Y habrías intentado impedírmelo?

—No estoy seguro. —Alfred frunció el entrecejo y sacudió la cabeza, desconcertado—. No..., no lo sé.

Una semilla oscura cayó en la mente de Hugh y arraigó en ella. Y creció deprisa, dando vuelta en su cerebro, echando flores y produciendo un fruto dañino. ¿Por qué había decidido incumplir el contrato? ¿Porque el muchacho era más valioso vivo que muerto? También lo eran muchos de los hombres que se había comprometido a matar, y nunca había faltado a su palabra. Nunca había quebrantado un contrato, aunque a veces hubiera podido sacar con ello diez veces más de lo que le pagaban por realizar el trabajo. ¿Por qué lo hacía ahora? ¡Si incluso había arriesgado la vida por salvar al pequeño bastardo! ¡Si no había sido capaz de matarlo ni siquiera después de que el príncipe había intentado acabar con él!

¿Y si el encantamiento no estaba roto? ¿Y si Bane aún seguía manipulándolos a todos, empezando por el rey Stephen?

Hugh miró fijamente a Alfred.

— ¿Y cuál es la verdad acerca de ti, chambelán?

—Me temo que la tienes ante ti, señor —respondió Alfred con aire humilde, al tiempo que abría los brazos—. He servido a la familia de la reina toda mi vida. Ya estaba con la familia de Su Majestad en su castillo de Ulyandia. Cuando Su Majestad se convirtió en reina, tuvo la amabilidad de llevarme con ella.

Un lento azoramiento cubrió el rostro de Alfred. Su mirada se clavó en las tablas del suelo y sus manos dieron unos tirones nerviosos de sus ropas andrajosas con dedos torpes.

Hugh pensó que aquel hombre tenía pocas aptitudes para contar mentiras, al contrario de lo que sucedía con el príncipe. Sin embargo, le pareció que, al igual que Bane, Alfred era un redomado falsario.

El asesino no insistió en el tema y cerró los ojos. Le dolía el hombro y se sentía aletargado y mareado, por efecto del veneno y de la presión atmosférica. Pensando en todo lo que había sucedido, torció los labios en una amarga sonrisa. Lo peor de todo era que él, un hombre con las manos manchadas por la sangre de tantas víctimas, un hombre que había creído con orgullo ser indomable, se había visto sometido..., por un chiquillo.

El príncipe Bane asomó la cabeza por el destartado costado de la nave.

—Creo que he visto la gran máquina. Está bastante lejos, en esa dirección.

Ahora no se alcanza a ver porque la han ocultado las nubes, pero recuerdo hacia dónde quedaba. ¡Vayámonos enseguida! Al fin y al cabo, no es tan peligroso. Sólo un poco de lluvia y...

Un rayo cayó de las nubes con una explosión que abrió un agujero en la coralita. El trueno consiguiente hizo temblar el suelo y estuvo a punto de derribar al muchacho.

—Ahí tienes —comentó Hugh.

Otro relámpago descargó con una fuerza descomunal. Bane cruzó la cubierta a toda prisa y se agachó junto a Alfred. La lluvia resbaló sobre el casco. El granizo

tamborileaba sobre la madera con ensordecedora fiereza. Pronto, el agua empezó a filtrarse por las grietas de la quilla destrozada. Bane puso unos ojos como platos y palideció, pero no chilló ni se echó a llorar. Cuando vio que le temblaban las manos, las apretó con fuerza. Observando al muchacho, Hugh se vio a sí mismo mucho tiempo atrás, luchando con orgullo contra el miedo, la única arma de su arsenal.

Y se le ocurrió que quizás era aquello, precisamente, lo que Bane quería demostrarle.

El asesino acarició la empuñadura de su espada. Sólo emplearía unos segundos. Desenvainarla, blandirla y hundirla en el cuerpo del muchacho. Si se lo iba a impedir algún encantamiento, quería verlo en acción. Quería saberlo con certeza.

Aunque quizá ya lo había comprobado.

Hugh apartó la mano de la espada. Levantó la pipa y encontró la mirada de Bane. El príncipe tenía una sonrisa dulce y encantadora en los labios.

CAPITULO

WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

El supervisor jefe estaba pasando una temporada pésima. Los dioses lo estaban atormentando. Como caídos textualmente de los cielos, los dioses llovían sobre su cabeza indefensa. Nada funcionaba como era debido. Su reino antes pacífico, que no había conocido el menor asomo de agitación durante los últimos siglos, se estaba volviendo loco por momentos.

Mientras avanzaba pesadamente por la coralita, seguido a regañadientes de su dotación de guardas y acompañado de un escandalizado ofinista jefe, el supervisor pensó largo y tendido en los dioses y decidió que le caían demasiado bien. En primer lugar, en vez de desembarazarse limpiamente de Limbeck, *el Loco*, los dioses habían tenido la audacia de devolverlo con vida. ¡No sólo eso, sino que habían vuelto con él! Bueno, uno de ellos lo había hecho. Un dios que se hacía llamar Haplo. Y, aunque habían llegado a oídos del supervisor jefe confusos informes acerca de que el dios no se consideraba tal, Darral Estibador no les había hecho el menor caso.

Por desgracia, lo fuera o no, aquel Haplo estaba causando problemas allí donde iba... Es decir, casi en todas partes, incluida ahora la ciudad de Wombe, capital de los gegas. Limbeck, *el Loco*, y sus bárbaros de la UAPP llevaban al dios por todo el país, pronunciaban discursos diciendo a la gente que habían sido utilizados, maltratados, esclavizados y los dictores sabían qué más. Desde luego, Limbeck, *el Loco*, ya llevaba cierto tiempo propagando aquellos desvaríos pero ahora, con el dios a su lado, los gegas empezaban a prestarle atención.

La mitad de los ofinistas se habían dejado convencer por completo. El ofinista jefe, viendo que su Iglesia se hacía pedazos a su alrededor, exigía al supervisor jefe que hiciera algo.

— ¿Y qué se supone que debo hacer? —preguntó Darral con voz agria—.

¿Arrestar a ese Haplo, el dios que dice no ser un dios? ¡Con eso sólo

conseguiríamos convencer a quienes creen en él de que han tenido razón desde el principio, y convencer a quienes no creen de que deberían hacerlo!

— ¡Tonterías! —bufó el ofinista jefe, sin haber entendido una palabra de lo que acababa de decir el supervisor, pero seguro de que no podía estar de acuerdo con él.

— ¿Tonterías? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¡En el fondo, esto es culpa tuya! —Exclamó el supervisor jefe, hecho una furia—. Dejemos que los dictores se ocupen de Limbeck, *el Loco*, dijiste. ¡Desde luego que se han ocupado de él! ¡Lo han enviado de vuelta para destruirnos!

El ofinista jefe se había retirado con muestras de enojo, pero se había apresurado a regresar junto al supervisor tan pronto como había sido avistada la nave.

Desplomándose de los cielos cuando no lo esperaba nadie, ya que aún no era la fecha de la ceremonia mensual, la nave dragón se había posado en el Exterior, a poca distancia de una zona periférica de Wombe conocida como Estomak. El supervisor jefe la había visto caer desde la ventana de su dormitorio y el corazón le había dado un vuelco. ¡Más dioses! ¡Precisamente lo que necesitaba!

Al principio, Darral pensó que tal vez fuera el único testigo presencial del descenso y podía fingir que no había visto nada, pero no tuvo tanta suerte. Un puñado de gegg, incluido el ofinista jefe, vio también la nave. Peor aún, uno de sus guardas de ojo penetrante y cerebro vacío había asegurado que había observado Algo Vivo saliendo de ella. Como castigo, el guarda avanzaba ahora dando tumbos detrás de su jefe, formando parte del destacamento de exploradores.

— ¡Supongo que con esto aprenderás! —continuó reprendiendo Darral al desdichado guarda—. Es culpa tuya que nos hayamos visto obligados a salir aquí fuera. ¡Si hubieses mantenido la boca cerrada! ¡Pero no! ¡Tenías que ver, además, a un dios con vida junto a la nave! ¡No sólo eso, sino que tenías que contárselo a gritos a la mitad del reino!

—Sólo se lo he comunicado al ofinista jefe —protestó el guarda.

—Es lo mismo —murmuró Darral.

—Está bien, pero me parece estupendo que también nosotros tengamos ahora nuestro dios, supervisor jefe —insistió el guarda—. A mi modo de ver, no era justo que esos zoquetes de Het tuvieran un dios y nosotros, ninguno. ¡Creo que esto les enseñará!

El ofinista jefe levantó una ceja. Olvidando rencores, se acercó furtivamente al supervisor.

—En eso tiene razón —murmuró al oído de Darral—. Si tenemos nuestro propio dios, podremos utilizarlo para contrarrestar al dios de Limbeck.

Mientras avanzaba a trompicones sobre la coralita resquebrajada e irregular, el supervisor jefe tuvo que reconocer que, por una vez en la vida, su cuñado había planteado algo que sonaba medianamente inteligente. «Mi propio dios», meditó Darral Estibador mientras chapoteaba entre los charcos, camino de la nave dragón. Tenía que existir un modo de sacar provecho de todo aquello.

Al comprobar que se aproximaban a la nave accidentada, el supervisor jefe redujo la marcha y alzó la mano para advertir a quienes lo seguían que aminoraran la suya. Su gesto resultó innecesario, pues los guardas ya se habían detenido quince palmos detrás de su líder.

El supervisor miró a sus hombres con exasperación y estuvo a punto de llamarlos cobardes, pero lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que era preferible que sus hombres se mantuvieran a distancia. Quedaría mejor visto que fuera él solo quien tratara con los dioses.

—

Darral dirigió una mirada de soslayo al ofinista jefe y le dijo:

—Creo que deberías quedarte aquí. Puede ser peligroso.

Dado que Darral Estibador no se había preocupado jamás por su bienestar, el ofinista jefe se tomó el súbito interés de su pariente con lógica suspicacia y rechazó el consejo rápida e inequívocamente.

—Es justo y razonable que un miembro de la Iglesia acuda a recibir a estos seres inmortales —declaró en tono altisonante—. De hecho, sugiero que permitas que sea yo quien hable.

La tormenta había despejado, pero ya se estaba formando otra (en Drevlin *siempre* se estaba formando otra) y Darral no tenía tiempo para discusiones. Limitándose a murmurar que el ofinista jefe podría hablar cuanto quisiera, el supervisor y su pariente se pusieron en marcha de nuevo hacia el casco astillado de la nave naufragada, con un valor heroico que más tarde sería celebrado en relatos y canciones. (En el fondo, la valentía exhibida por los gegs no debería haberse considerado tan heroica, pues el guarda había informado que la Criatura que había visto salir de la nave era menuda y de aspecto debilucho. Su verdadero valor se pondría a prueba en breve.)

Cuando llegó junto al casco dañado, el supervisor jefe se encontró momentáneamente desorientado. Hasta aquel momento, jamás había hablado con un dios. En la sagrada ceremonia mensual de la Entrega, los welfos aparecían en sus enormes naves aladas, aspiraban el agua, arrojaban su recompensa y partían. No era una mala manera de hacer las cosas, se dijo el sur-visor, pesaroso. Se disponía a abrir la boca para anunciar al dios pequeño y debilucho del interior de la nave que allí estaban sus siervos, cuando apareció un dios que era cualquier cosa menos menudo y enclenque.

Era un ser alto y moreno, con una barba negra que le colgaba del mentón en dos trenzas y una melena negra que se desparramaba sobre sus hombros. Tenía un rostro de facciones duras y unos ojos fríos y cortantes como la coralita sobre la que estaba plantado el geg. El dios portaba en la mano un arma de acero pulido y destellante.

A la vista de aquella criatura formidable y aterradora, el ofinista jefe olvidó por completo el protocolo eclesiástico, dio media vuelta y puso pies en polvorosa. La mayor parte de los guardas, al ver que la Iglesia abandonaba el campo, pensó que había llegado el día del Juicio y huyó también. Sólo se quedó un fornido guarda: el que había visto al dios y había informado que era pequeño y débil. Tal vez pensó que no tenía nada que perder.

— ¡Oh! ¡En buena hora se me ocurrió venir! —murmuró Darral. Volviéndose hacia el dios, hizo una reverencia tan profunda que su luenga barba se arrastró por el suelo encharcado—. Venerable Señor —empezó a decir con voz humilde—, sé bienvenido a tu reino. ¿Has venido para el Juicio?

El dios lo miró; acto seguido, se volvió hacia otro dios («¿Cuántos más habrá ahí dentro?», se preguntó interiormente el supervisor) y le dijo algo en una lengua ininteligible para el supervisor. El segundo dios (un dios calvo, débil y de aspecto

apacible, si alguien le hubiera pedido su opinión a Darral Estibador) movió la cabeza de un lado a otro con rostro inexpresivo.

Y al supervisor jefe se le ocurrió pensar que aquellos dioses no habían entendido una palabra de lo que había dicho.

En aquel instante, Darral Estibador comprendió que Limbeck, *el Loco*, no estaba desquiciado después de todo. Aquellos seres no eran dioses. Los dioses le

—

habrían comprendido. Aquéllos eran hombres mortales. Y habían llegado en una nave dragón, lo cual significaba que los welfos a bordo de las naves dragón también eran, muy probablemente, seres mortales. El supervisor jefe no se habría sentido más consternado si la Tumpa-chumpa hubiese dejado de funcionar de pronto, si todos los engranajes hubieran dejado de girar, si todas las palancas hubiesen dejado de impulsar, si todos los silbatos hubieran dejado de sonar. ¡Limbeck, *el Loco*, tenía razón! ¡No habría ningún Juicio! Jamás serían elevados hasta la Esperanza de los Gogs. Darral observó con irritación a los dioses y su nave hecha trizas y se dio cuenta de que ni siquiera ellos podrían marcharse jamás de Drevlin.

El sordo rumor de un trueno advirtió al supervisor que él y aquellos «dioses» no disponían de tiempo para quedarse mirando unos a otros. Desilusionado, enfadado y necesitado de tiempo para meditar, Darral volvió la espalda a los «dioses» y se dispuso a desandar el camino hasta la ciudad.

— ¡Espera! —Dijo una voz—. ¿Adonde vas?

Sobresaltado, Darral giró en redondo. Había aparecido un tercer dios. Éste debía de ser el que había visto el guarda, pues era pequeño y de aspecto frágil.

¡Aquel dios era un niño! El supervisor no sabía si eran sólo imaginaciones suyas, pero ¿no le acababa de hablar el dios niño con palabras inteligibles?

—Saludos. Soy el príncipe Bane —declaró el niño en un geg excelente aunque algo vacilante, como si alguien le estuviera apuntando cada palabra. Una de sus manos apretaba con fuerza un amuleto con una pluma que llevaba colgando sobre el pecho. La otra mano estaba extendida hacia adelante con la palma a la vista, en el gesto ritual de amistad entre los gogs—. Mi padre es Sinistrad, misteriarca de la Séptima Casa y gobernante del Reino Superior.

Darral Estibador se estremeció y exhaló un suspiro. Jamás en su vida había visto un ser tan hermoso como aquél. Relucientes cabellos dorados, relucientes ojos azules... El niño brillaba como el metal pulido de la Tumpa-chumpa. Tal vez se había confundido y Limbeck, *el Loco*, se equivocaba después de todo. ¡Sin duda, aquel ser debía ser inmortal! De lo más hondo del geg, enterrada bajo siglos de Separación, holocausto y ruptura, surgió en la mente de Darral una frase: «Y un chiquillo los conducirá».

—Saludos, príncipe Bane —respondió, vacilando al pronunciar aquel nombre que, en su idioma, no tenía ningún significado—. ¿Has venido a celebrar el Juicio por fin?

El chiquillo parpadeó; luego, dijo fríamente:

—Sí, he venido a juzgaros. ¿Dónde está tu rey?

—Soy el supervisor jefe, Venerable, gobernante de mi pueblo. Sería un gran honor que te dignaras visitar nuestra ciudad.

El geg dirigió una nerviosa mirada a la tormenta que se aproximaba.

Probablemente, a los dioses no les afectaban los rayos que caían de los cielos, pero

a Darral le resultaba algo embarazoso dar a entender que a los supervisores jefes, sí. El niño pareció darse cuenta de los apuros del geg y apiadarse de él. Con una mirada a sus dos compañeros, a quienes Darral tomó ahora por sirvientes o guardianes del dios, el príncipe Bane indicó que estaba dispuesto para el viaje y miró a su alrededor como si buscara un vehículo.

—Lo siento, Venerable —murmuró el supervisor jefe, sonrojándose y sudando—. Me temo que..., tendremos que andar.

—

— ¡Ah! ¡Está bien! —respondió el dios, saltando alegremente en mitad de un charco.

—

CAPÍTULO WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

Limbeck se hallaba en la ventosa sede central de la UAPP, escribiendo el discurso que pronunciaría en el mitin de esa noche. Con las gafas en precario equilibrio sobre su nariz, el geg garabateaba sus palabras en el papel, salpicándolo todo de tinta y completamente abstraído del caos que lo rodeaba. Cerca de él se sentaba Haplo, con el perro a sus pies.

Silencioso, taciturno y discreto —de hecho, casi inadvertido—, el patryn estaba repantigado en una silla geg demasiado pequeña para su tamaño. Con las piernas extendidas frente a él, contemplaba ociosamente la organizada confusión y bajaba de vez en cuando la mano vendada para rascarle la cabeza al perro o para darle unas palmaditas reconfortantes si algo asustaba al animal.

La sede central de la UAPP en la ciudad de Wombe era, textualmente, un agujero en un muro. En cierto momento, la Tumpa-chumpa había dispuesto que necesitaba extenderse en determinada dirección, había abierto un hueco en la pared de una vivienda geg y después, por alguna razón desconocida, había acabado decidiendo que no quería ampliarse en aquella zona, después de todo.

El agujero en la pared había quedado tal cual y la veintena de familias geg que habían ocupado la vivienda se habían trasladado a otra parte, pues nadie podía estar seguro de que la Tumpa-chumpa no volvería a cambiar de idea.

Salvo algunos inconvenientes menores, como la perpetua corriente de aire, el lugar resultó ideal, en cambio, para la instalación de la sede central de la UAPP.

En la capital de Drevlin no había existido ninguna sede de la Unión hasta aquel momento, pues el supervisor jefe y la Iglesia ejercían allí un dominio aplastante. Pero cuando llegó a Wombe la noticia del triunfal retorno de Limbeck de entre los muertos, trayendo consigo a un dios que afirmaba no serlo, los gegs reclamaron conocer más a fondo a la Unión y a su líder. Jarre viajó personalmente a la ciudad para instituir la Unión, distribuir panfletos y buscar un edificio adecuado que les sirviera de centro de operaciones y de vivienda. Sin embargo, su principal y secreto objetivo era descubrir si el supervisor jefe y/o la Iglesia iban a plantearles problemas.

—

Jarre esperaba que así fuera. Casi podía oír a los cantores de noticias de todo Drevlin voceando: « ¡Gardas golpean a conversos!»). Pero nada por el estilo había sucedido, para disgusto de Jarre, y Limbeck y Haplo (y el perro) habían sido recibidos por una multitud jubilosa al entrar en la ciudad. Jarre había apuntado que se trataba sin duda de un oscuro y sutil ardid tramado por el supervisor jefe para tenderles una trampa, pero Limbeck había replicado que, sencillamente, demostraba que Darral Estibador era justo y razonable.

Ahora, una multitud de gegs se agolpaba ante el agujero de la pared, estirando el cuello para echar un breve vistazo al famoso Limbeck y a su dios que no lo era. Los miembros de la UAPP entraban y salían con aire de importancia llevando mensajes de Jarre o para ésta, quien estaba tan ocupada encargándose de los asuntos que ya no tenía tiempo para preparar discursos.

Jarre estaba en su elemento, dirigiendo la UAPP con implacable eficacia. Su capacidad organizativa, su conocimiento interno de los gegs y su manejo de Limbeck habían logrado que el mundo de los gegs estallara de cólera y de llamadas a la revolución. Ella se encargó de azuzar, pinchar y sacudir a Limbeck hasta moldearlo, lo impulsó a pronunciar palabras brillantes y lo contuvo cuando fue momento de callar. El temor reverencial que sentía por Haplo no tardó en desvanecerse y empezó a tratarlo igual que lo hacía con Limbeck, indicándole qué decir y cuánto tiempo hablar.

Haplo se sometió a ella en todo con una docilidad relajada y despreocupada.

Jarre descubrió que era un hombre de pocas palabras, pero esas palabras tenían el efecto de quemar en el corazón, en el que dejaban una marca que seguía escociendo mucho después de que el hierro se hubiera enfriado.

— ¿Tienes preparado el discurso de esta noche, Haplo?

Jarre, a quien Limbeck había enseñado a su vez a leer y a escribir, tenía a medio redactar el borrador de una réplica a un ataque que la Iglesia había vertido sobre ellos. Un ataque tan ridículo que contestarlo era darle más crédito del que merecía.

—Diré lo de siempre, si eso te agrada, señora —respondió Haplo con la calmosa respetabilidad que distinguía todos sus tratos con los gegs.

—Sí —respondió Jarre, acariciándose el mentón con el extremo de la pluma de escribir—. Creo que será lo más conveniente. Ya sabes que probablemente reuniremos el mayor auditorio hasta el momento. Según dicen, algunos trunos hablan incluso de dejar el trabajo, ¡algo que no tiene el menor precedente en la historia de Drevlin!

Limbeck se sobresaltó lo suficiente con el tono de voz de Jarre como para levantar sus ojos miopes del papel y volverlos hacia ella. En realidad, lo único que alcanzó a distinguir de Jarre fue una borrosa silueta rechoncha rematada en un bulto que era su cabeza. No le podía ver los ojos, pero Limbeck la conocía lo suficiente como para imaginarlos chispeantes de placer.

—Querida, ¿te parece bien eso? —intervino, con la pluma suspendida sobre el papel. Una gran gota de tinta fue a caer justo en mitad del texto sin que se diera cuenta—. Seguro que hará montar en cólera al supervisor jefe y a los ofinistas...

— ¡Eso espero! —declaró Jarre enérgicamente, para gran disgusto de Limbeck. Nervioso, metió la manga en el borrón de tinta.

—Ojalá envíe a sus gardas para disolver el mitin —continuó ellas—. ¡Con eso ganaríamos cientos de seguidores más!

— ¡Pero habría problemas! —Limbeck estaba horrorizado—. ¡Alguien podría resultar herido!

— ¡Todo por la causa!

Jarre se encogió de hombros y volvió a su trabajo. Limbeck dejó caer otra gota de tinta.

— ¡Pero mi causa ha sido siempre pacífica! ¡Nunca he querido que nadie saliera malparado!

Poniéndose en pie, Jarre dirigió una breve y expresiva mirada hacia Haplo para recordarle a Limbeck que el dios que no lo era estaba escuchando. Limbeck se sonrojó y se mordió el labio, pero sacudió la cabeza con gesto terco y Jarre dio unos pasos hasta él. Con un trapo, le limpió una mancha de tinta que destacaba en la punta de su nariz.

—Querido mío —murmuró, no sin ternura—, siempre me has hablado de la necesidad de un cambio. ¿Cómo pensabas que iba a producirse?

—De forma gradual —respondió Limbeck—. De forma lenta y gradual, de modo que todo el mundo tuviera tiempo de habituarse a él y llegara a considerarlo lo más conveniente.

— ¡Hay que ver cómo eres! —exclamó Jarre con un suspiro.

Un miembro de la Unión asomó la cabeza por el agujero de la pared, tratando de llamar la atención de Jarre. Ella lo miró ceñuda y el geg pareció algo intimidado, pero se mantuvo firme, esperando. Volviendo la espalda al recién llegado, Jarre alisó el entrecejo arrugado de Limbeck con una mano áspera y encallecida por el duro trabajo.

—Tú quieres que el cambio se produzca de manera suave y agradable.

Quieres imaginarlo como algo que penetra poco en la gente sin que lo advierta, hasta que una mañana despierte y se dé cuenta de que es más feliz que antes. ¿No es eso, Limbeck? ¡Claro que sí! —respondió Jarre a su propia pregunta—. Es muy maravilloso y muy considerado por tu parte, y también es muy infantil y muy estúpido.

Se inclinó y depositó un beso en la coronilla de Limbeck para quitarle hiél a sus palabras.

—Precisamente es eso lo que me encanta de ti, querido —añadió—. Pero ¿no has prestado atención a lo que decía Haplo, Limbeck? ¿Por qué no nos repites una parte de tu discurso, Haplo?

El geg que había intentado llamar la atención de Jarre volvió la cabeza y gritó a la multitud:

— ¡Haplo va a pronunciar un discurso!

Los seguidores reunidos en la calle prorrumpieron en crecientes vítores y todos intentaron meter la cabeza, los brazos, las piernas y otras partes del cuerpo por el agujero de la pared. Este movimiento, un tanto alarmante, hizo que el perro se incorporara de un salto. Haplo lo hizo tumbarse de nuevo con unas palmaditas tranquilizadoras y, con aire complaciente, empezó su arenga en voz muy alta para hacerse oír por encima del crujir, rechinar y batir de la Tumpa-chumpa.

—Vosotros, los gegas, conocéis vuestra historia. Fuisteis traídos aquí por esos a quienes llamáis «dictores». En mi mundo los conocemos por el nombre de los «sartán», y os diré que también nos dieron el mismo trato que a vosotros. Esos dictores os esclavizaron, os obligaron a trabajar en eso que llamáis la Tumpachumpa. Vosotros la consideraréis un ser vivo, ¡pero yo os aseguro que es una

máquina! ¡Nada más que una máquina! ¡Una máquina que sigue funcionando gracias a vuestro cerebro, a vuestros músculos, a vuestra sangre!

» ¿Y dónde están los sartán? ¿Dónde están esos presuntos dioses que dijeron haber traído aquí a vuestro pueblo, amable y pacífico, para protegerlo de los welfos? ¡Nada de eso! ¡Os instalaron aquí porque sabían que podrían aprovecharse de vosotros!

» ¿Dónde están los dictores? ¿Dónde están los sartán? ¡Ésa es la pregunta que debemos hacer! Al parecer, nadie conoce la respuesta. Estaban aquí y ahora han desaparecido, y os han dejado a merced de los secuaces de los sartán, esos welfos que habéis aprendido a considerar dioses. ¡Pero los welfos no son dioses, igual que yo tampoco lo soy..., aunque es cierto que viven como tales! ¡Claro! ¡Viven como dioses porque sois sus esclavos! ¡Y así es cómo os ven los welfos!

» ¡Es hora de rebelarse, de romper las cadenas y ser dueños de lo que os corresponde por derecho! ¡Tomad lo que os ha sido negado durante siglos! Los entusiastas aplausos de los gegs asomados al agujero interrumpieron a Haplo. Jarre, con ojos brillantes, se puso en pie con las manos juntas y movió los labios al ritmo de sus palabras, que había aprendido de memoria. Limbeck prestó atención a la arenga, pero con expresión abatida y preocupada.

Aunque también él había oído a menudo el discurso de Haplo, le parecía estar escuchándolo por primera vez. Palabras como «sangre», «rebelión», «expulsar» o «apoderarse» saltaban de su boca como gruñidos del perro que tenía a sus pies. Limbeck las había oído con frecuencia, tal vez incluso las había pronunciado en alguna ocasión, pero sin considerarlas otra cosa que palabras.

Ahora, en cambio, las veía como palos, garrotes y piedras, veía a muchos gegs caídos por las calles o conducidos a prisión u obligados a descender los Peldaños de Terrel Fen.

— ¡Yo no pretendía esto! —exclamó—. ¡Nada de esto!

Jarre, con los labios muy apretados, dio unos pasos hacia la entrada del local y, con un gesto enérgico, echó la manta que hacía las funciones de cortina. Entre la multitud se alzaron murmullos de protesta al quedarse sin visión de lo que sucedía en el interior.

— ¡Lo pretendieras o no, Limbeck, esto ya ha ido demasiado lejos para que lo detengas! —masculló entonces con voz áspera. Al observar la expresión atormentada del rostro de su amado, suavizó el tono y añadió—: Todos los partos causan dolor, sangre y lágrimas, querido mío. El recién nacido siempre grita y llora cuando debe abandonar su prisión tranquila y segura. Sin embargo, si se quedara en el útero, no crecería ni maduraría jamás. Sería un parásito alimentándose de otro cuerpo. Eso es lo que somos. En eso nos hemos convertido, ¿no lo ves? ¿No puedes entenderlo?

—No, querida mía —respondió Limbeck. En su mano temblorosa sostenía la pluma, salpicando de tinta todo lo que tenía alrededor. Dejó el útil de escritura sobre el papel en el que había estado trabajando y se puso en pie lentamente—. Creo que saldré a dar un paseo.

—Yo no lo haría —dijo Jarre—. La gente...

Limbeck parpadeó.

— ¡Oh!, sí, claro. Tienes razón.

—Con tanto viaje y tanta excitación, estás agotado. Ve a acostarte y echa una siesta. Yo terminaré tu discurso. Aquí tienes las gafas —dijo Jarre con voz

—
enérgica, tomándolas de encima de la mesa y colocándoselas en la nariz—. Sube las escaleras y vete a la cama.

—Sí, querida —contestó Limbeck, ajustándose las gafas que Jarre, con bien intencionada ternura, le había dejado ladeadas. Mirar por ellas de aquel modo, con un cristal hacia arriba y el otro hacia abajo, le producía mareo—. Me..., me parece que es una buena idea. Realmente, me siento cansado —suspiró y hundió la cabeza—. Muy cansado...

Cuando ya se dirigía a las destartadas escaleras, Limbeck notó sobresaltado una lengua húmeda que le lamía los nudillos. Era el perro de Haplo, que lo miraba meneando la cola. «Te comprendo», parecía decir el animal, cuyas mudas palabras resultaron des-concertantemente claras en la mente de Limbeck. «Lo siento.»

— ¡Perro!

Haplo llamó al animal con voz severa.

—No, no importa —dijo Limbeck, alargando la mano para darle unas cuantas palmaditas en la cabeza al animal.

— ¡Perro! ¡Aquí!

La voz de Haplo tenía un tono casi enfadado. El perro corrió al lado de su amo y Limbeck se retiró escaleras arriba.

— ¡Es tan idealista! —suspiró Jarre mientras veía alejarse a Limbeck con una mezcla de admiración y exasperación—. Y nada práctico. No sé qué voy a hacer.

—Mantenlo cerca —apuntó Haplo mientras acariciaba el largo morro del animal para indicarle que todo estaba perdonado y olvidado. El perro se tendió en el suelo, se echó de costado y cerró los ojos—. Limbeck proporciona a tu revolución un elevado tono moral. Vas a necesitarlo, cuando empiece a correr la sangre.

Jarre frunció el entrecejo preocupada.

— ¿Tú crees que llegaremos a eso?

—Es inevitable —respondió él, encogiéndose de hombros—. Tú misma acabas de decírselo a Limbeck.

—Ya lo sé. Como acabas de apuntar, parece que es algo inevitable, que éste es el final lógico de lo que iniciamos hace tanto tiempo. Sin embargo, últimamente se me ha ocurrido —volvió los ojos hacia Haplo— que hasta tu llegada no habíamos considerado en serio el empleo de la violencia. A veces me pregunto si no serás realmente un dios.

— ¿A qué viene eso? —preguntó Haplo con una sonrisa.

—A que tus palabras tienen un extraño poder sobre nosotros. Yo las escucho una y otra vez, pero no en la cabeza sino en el corazón. —Jarre se llevó la mano al pecho y la apretó como si le doliera—. Y me da la impresión de que, al tenerlas en el corazón, soy incapaz de meditar sobre ellas racionalmente. Lo único que deseo es reaccionar, salir a hacer..., actuar de alguna manera. ¡Hacerle pagar a alguien lo que hemos sufrido, lo que hemos soportado!

Haplo se incorporó de la silla y, acercándose a Jarre, hincó una rodilla ante ella para que sus ojos quedaran al mismo nivel que los de la robusta enana.

— ¿Y por qué no habrías de hacerlo? —dijo con suavidad, tanto que Jarre no escuchó sus palabras entre el traqueteo y los jadeos de la Tumpa-chumpa. Sin embargo, Jarre comprendió lo que le decía y el dolor de su corazón se hizo aún más intenso—. ¿Por qué no tendrías que hacerles pagar? ¿Cuántas generaciones de tu pueblo han vivido y muerto aquí abajo? ¿Y todo para qué? ¿Para servir a una

máquina que engulle vuestra tierra, que destruye vuestras casas, que toma

—

vuestras vidas y no os da nada a cambio! ¡Habéis sido utilizados y traicionados! Tenéis el derecho..., ¡el deber!, de devolver el golpe.

—¡Sí!

Jarre estaba extasiada, hipnotizada por los ojos azules cristalinos de Haplo.

Poco a poco, la mano que se había llevado al pecho se cerró en un puño. Haplo, con su apacible sonrisa, se puso en pie y se despezó.

—Creo que iré a hacer una siesta con tu amigo. Creo que nos espera una noche muy larga.

—Haplo... —murmuró Jarre—. Tú nos has dicho que venías de debajo de nosotros, de un reino que..., que nadie sabe que existe ahí abajo.

El hombre no respondió, limitándose a mirarla.

—Nos has dicho también que erais esclavos —prosiguió la geg—, pero lo que no nos has contado es cómo viniste a parar a nuestra isla. ¿No serás un... —Jarre vaciló y se humedeció los labios como para que las palabras pudieran surgir más fácilmente— un fugitivo?

—No, no soy ningún fugitivo —respondió Haplo con una ligera mueca de crispación en la comisura de los labios—. Verás, Jarre, nosotros ganamos nuestra lucha. Hemos dejado de ser esclavos. Y yo he sido enviado para liberar a otros.

El perro levantó la cabeza y miró a Haplo con aire soñoliento. Al ver que su amo se marchaba, bostezó y se incorporó, primero con las patas traseras, estirando las delanteras casi exageradamente. Con un nuevo bostezo, echó el cuerpo hacia adelante para extender las patas traseras y luego, perezosamente, acompañó a Haplo escaleras arriba.

Jarre lo vio alejarse, sacudió la cabeza y se dispuso a sentarse para ultimar el discurso de Limbeck, cuando un alboroto al otro lado de la cortina le recordó sus obligaciones. Tenía que hablar con algunos, repartir panfletos, inspeccionar el salón, organizar desfiles...

La revolución ya no tenía nada de divertida.

Haplo subió las escaleras con cuidado, pegado a la pared. Los tablones de madera nudosa de los peldaños estaban cuarteados y deteriorados. Anchas grietas de agudos bordes acechaban para engullir a los incautos y hacerlos caer al vacío hasta estrellarse contra el suelo. Una vez en su habitación, se tumbó en la cama pero no concilio el sueño. El perro saltó al lecho, se tendió a su lado y apoyó la cabeza en el pecho de su amo, clavando sus ojos brillantes en el rostro del hombre.

—Jarre es un buen elemento —le murmuró Haplo—, pero no servirá para nuestros propósitos. Piensa demasiado, como diría mi amo, y eso la hace peligrosa.

Lo que necesitamos para fomentar el caos en este reino es un fanático. Limbeck sería perfecto para ello, pero debe mantener ese papel de quimérico idealista.

Y yo tengo que abandonar este lugar para llevar a cabo mi misión de investigar los reinos superiores y hacer cuanto pueda para preparar el camino para la venida de mi señor. La nave ha quedado destrozada y tengo que encontrar otra, pero ¿cómo..., dónde?

Perdido en sus meditaciones, acarició las blandas orejas del perro. El animal, percibiendo la tensión del hombre, permaneció despierto y le brindó su limitado apoyo. Poco a poco, Haplo se relajó. Estaba seguro de que se le presentaría la oportunidad. Sólo tenía que estar atento a ella y aprovecharla. El perro cerró los

ojos con un suspiro satisfecho y se durmió. Al cabo de breves momentos, Haplo lo imitó.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN,

REINO INFERIOR

— ¿Alfred?

— ¿Sí?

— ¿Entiendes lo que hablan?

Hugh señaló a Bane y al geg, que avanzaban charlando entre la coralita. A sus espaldas asomaban las nubes de tormenta y el viento empezaba a arreciar con un aullido fantasmagórico entre los fragmentos de coralita arrancados por los impactos de los rayos. Delante del grupo se distinguía ya la ciudad que Bane había visto. Mejor dicho, no una ciudad sino una máquina. O, tal vez, una máquina que era una ciudad.

—No, señor —respondió el chambelán, con la vista fija en la espalda de Bane y hablando en un tono de voz más elevado del habitual en él—. No conozco la lengua de este pueblo. No creo que haya muchos de nuestra raza, o incluso entre los elfos, que la dominen.

—Te equivocas. Algunos elfos la hablan: los capitanes de las naves de transporte de agua. Pero entonces, si tú no lo hablas (y supongo que Stephen tampoco), ¿dónde la ha aprendido el príncipe?

— ¿No te lo imaginas? —replicó Alfred, alzando una mirada al cielo.

Hugh comprendió que no se estaba refiriendo a las nubes de tormenta. Allá arriba, muy por encima del Torbellino, estaba el Reino Superior donde moraban los misteriarcas en su exilio autoimpuesto, viviendo en un mundo cuyas riquezas, según decían las leyendas, superaban los sueños del hombre más codicioso y cuya belleza desbordaba la imaginación más desbocada.

—Entender el idioma de una raza o cultura distintas de la propia es uno de los conjuros mágicos más sencillos. No me sorprendería que ese amuleto que lleva... ¡Oh!

Los pies de Alfred decidieron desviarse del camino y hundirse en un hoyo, y arrastraron con ellos al resto del chambelán. El geg se detuvo y volvió la cabeza, alarmado por su grito, pero Bane hizo un comentario burlón y los dos continuaron

—

su avance. Hugh ayudó a Alfred a incorporarse y, sujetándolo por el brazo, lo condujo apresuradamente por el áspero terreno. Las primeras gotas de lluvia empezaban a caer del cielo y se estrellaban contra la coralita con un sonoro chapoteo.

El chambelán lanzó una inquieta mirada a Hugh y éste captó su muda petición de que guardara silencio. En aquella embarazosa mirada, *la Mano* leyó la auténtica respuesta a su pregunta de momentos antes, una respuesta que poco tenía que ver con la que Alfred le había dado. Estaba claro que el chambelán hablaba el idioma de los gegas: a nadie se le ocurriría prestar atención a una conversación que no podía entender, y Alfred estaba muy pendiente de lo que

decían Bane y su acompañante. Pero lo más interesante de todo, para Hugh, era que Alfred le ocultase el hecho al príncipe.

Hugh aprobó sin reservas el hecho de espiar a Su Alteza, pero tal cosa dejaba abiertas otras inquietantes cuestiones: ¿dónde y por qué había aprendido un chambelán a hablar el idioma de los gegas? ¿Quién o qué era Alfred?

La tormenta estalló con toda su mortífera furia y el grupo de gegas y humanos se lanzaron en una loca carrera hacia la ciudad de Wombe. La lluvia formaba delante de ellos una muralla gris que casi les impedía ver hacia dónde avanzaban. Sin embargo, por fortuna, el ruido que producía la máquina era tan potente que resultaba audible a pesar de la tormenta y sus vibraciones eran perceptibles bajo los pies. Gracias a ello, supieron que corrían en la buena dirección.

Una multitud de gegas los esperaba junto a una puerta abierta y los hizo pasar a todos al interior de la máquina. El ruido de la tormenta cesó, pero el estruendo de la máquina era aún más potente con sus chirridos metálicos y sus golpes sordos procedentes de todas partes: de arriba, de abajo, de alrededor de ellos y de la lejanía. Varios gegas con aspecto de guardianes armados, precedidos por otro geg vestido a imitación de los sirvientes de los nobles elfos, aguardaban allí con cierto nerviosismo para recibirlos.

— ¿Qué sucede, Bane? —Preguntó Hugh a gritos, para hacerse oír sobre el estrépito causado por la máquina—. ¿Quién es ese tipo y qué quiere?

Bane volvió el rostro hacia Hugh con una candorosa sonrisa, visiblemente complacido consigo mismo y con aquel poder recién descubierto.

— ¡Es el rey de su pueblo!

-¿Qué?

— ¡El rey! Va a llevarnos a una especie de sala de juicios.

— ¿No puede llevarnos a algún sitio donde no haya ruido? —preguntó Hugh, a quien empezaba a dolerle la cabeza.

Bane se volvió hacia el rey para formularle la pregunta. Perplejo, Hugh comprobó que todos los gegas lo miraban con expresión horrorizada y sacudía la cabeza enérgicamente.

— ¿Qué diablos les sucede?

El príncipe soltó una risilla.

— ¡Creen que has preguntado por un sitio donde ir a morir!

En esta coyuntura, el rey geg presentó a Bane al geg vestido con medias de seda, calzones hasta las rodillas y una raída casaca de terciopelo. El geg hincó la rodilla delante de Bane y, tomando la mano de éste, la apretó contra su frente.

— ¿Quién creen que eres, Alteza? —quiso saber *la Mano*.

—Un dios —respondió Bane alegremente—. Uno al que han esperado mucho tiempo, parece. Ahora voy a someterlos a juicio.

—

Los gegas condujeron a sus dioses recién descubiertos por las calles de Wombe, unas calles que corrían por encima, por debajo y a través de la Tumpachumpa. A Hugh no le impresionaba casi nada de este mundo (ni siquiera la muerte lo atemorizaba demasiado), pero la gran máquina le inspiraba un temor reverencial. La Tumpa-chumpa centelleaba, brillaba y soltaba chispas. Siseaba, aporreaba y martilleaba. Bombeaba y giraba, y lanzaba resoplidos de vapor ardiente. Creaba arcos de chisporroteantes relámpagos azulados. Se alzaba a más altura de la que alcanzaba a divisar y se hundía a más profundidad de la que

podía imaginar. Sus enormes palancas se movían, sus enormes ruedas giraban, sus enormes calderas hervían. Tenía brazos y manos y piernas y pies, todos de reluciente metal, concienzudamente dedicados a desplazarse a otro lugar distinto de aquel que ocupaban. Tenía ojos que despedían una luz cegadora y bocas que chillaban y ululaban.

Y los gegas se desplazaban sobre la máquina, ascendían por ella, descendían gateando a sus entrañas, la controlaban, la ayudaban y, en general, se ocupaban de atenderla con visible amor y devoción.

Bane también estaba pasmado y miraba a su alrededor boquiabierto y con los ojos como platos, en una expresión muy poco digna de un dios.

— ¡Esto es asombroso! —Exclamó con un jadeo—. Nunca había visto nada igual.

— ¿De veras, Venerable? —Replicó el supervisor jefe, observando con desconcierto al niño dios—. ¡Pero si la construisteis vosotros, los dioses!

— ¡Oh!, sí, esto... —balbució Bane—. A lo que me refería era a que no he visto nunca..., nada parecido al cuidado con que os ocupáis de ella —acabó la frase apresuradamente, soltando las palabras con una sensación de alivio.

—Sí —afirmó el ofinista jefe con aire digno y una cara radiante de orgullo—. La cuidamos con toda dedicación.

El príncipe se mordió la lengua. Ardía en deseos de preguntar cuál era el cometido de aquella máquina asombrosa, pero era evidente que el reyecito esperaba de él que estuviera al corriente de todo (cosa que no era irrazonable pedir de un dios). Bane también se encontraba solo en aquel asunto, pues su padre ya le había facilitado toda la información que poseía sobre la gran máquina del Reino Inferior. Aquello de ser un dios no era tan sencillo como le había parecido al principio y el príncipe empezó a lamentarse de haber aceptado tan deprisa tal condición. Y estaba también aquello del juicio. ¿A quién iba a juzgar, y por qué? ¿Tendría que mandar a alguien a las mazmorras? Desde luego, necesitaba averiguarlo, pero ¿cómo?

Aquel rey geg resultaba un poco demasiado despierto. Era muy respetuoso y solícito, pero Bane se dio cuenta de que, cuando miraba a otra parte, el rey lo estudiaba con una mirada aguda y penetrante. En cambio, a su derecha, el príncipe tenía a otro geg que le recordaba a un mono amaestrado que había visto una vez en la corte. Por lo que había llegado a sus oídos, Bane dedujo que el emperifollado geg vestido de terciopelos y cintas tenía algo que ver con la religión en la que se había encontrado involucrado tan profundamente. Aquel geg no parecía ser demasiado brillante y el príncipe decidió sonsacarle las respuestas a él.

—Perdóname, pero no he retenido tu nombre —le dijo al ofinista jefe con una sonrisa encantadora.

—

—Wes Tornero, Venerable —respondió el geg, inclinándose todo lo que le permitía su gruesa cintura, hasta casi tropezar con su larga barba—. Tengo el honor de ser tu ofinista jefe.

«A saber qué es eso», murmuró Bane para sí, pero dedicó una sonrisa y un gesto de asentimiento al enano, dando a entender que en todo Drevlin no podría haber encontrado un geg más indicado para tal cargo.

Aproximándose aún más al ofinista jefe, Bane posó su mano en la del geg. Su gesto hizo que el ofinista jefe se hinchara de orgullo de un modo casi alarmante y

dirigiera un mirada de suprema satisfacción a su cuñado, el supervisor jefe. Darral no prestó mucha atención. La multitud agolpada en las calles para verlos se estaba alborotando y le alegró ver que los gardas reaccionaban. De momento, parecían tener las cosas bajo control, pero se dio cuenta de que tendría que vigilar de cerca las cosas. Lo único que esperaba era que el niño dios no entendiera lo que gritaban muchos de los gegas. ¡Maldito fuera aquel Limbeck! Por fortuna para Darral, el niño dios estaba completamente absorto en sus propios problemas.

—Tal vez tú puedas ayudarme, ofinista jefe —murmuró, sonrojándose tímida y delicadamente.

—Sería un honor para mí, Venerable.

—¿Sabes?, hace muchísimo tiempo que nosotros, vuestros dioses..., esto..., ¿cómo nos llamáis?

—Los dictores, Venerable. Es así como os llamáis a vosotros mismos, ¿no es verdad?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Los dictores. Pues bien, como te iba diciendo, nosotros los dictores hemos estado ausentes muchísimo tiempo...

—... muchos siglos, Venerable —asintió el ofinista jefe.

—Sí, muchos siglos, y hemos observado que aquí abajo han cambiado muchas cosas desde que nos marchamos. —Bane exhaló un profundo suspiro. Las cosas se hacían más fáciles por momentos—. Por lo tanto, hemos decidido que ese asunto del juicio también debe cambiarse.

El ofinista jefe notó que empezaba a deshincharse su vanidosa complacencia y dirigió una mirada inquieta al supervisor jefe. Si, en su condición de ofinista jefe, estropeaba la ceremonia del Juicio, ésa sería su última oportunidad de estropear algo.

—No estoy muy seguro de a qué te refieres, Venerable.

—Hablo de modernizarlo, de ponerlo al día —apuntó Bane.

El ofinista jefe puso cara de absoluta confusión. ¿Cómo podía cambiarse una cosa que no había sucedido nunca hasta entonces? Sin embargo, el geg supuso que los dioses debían haberlo dispuesto de aquel modo.

—Supongo que tienes razón...

—No importa. Veo que no te sientes cómodo con esa idea —dijo el príncipe, dando unas palmaditas en el brazo del ofinista—. Se me ocurre una cosa: tú me indicas cómo quieres que celebre la ceremonia y yo sigo tus instrucciones.

El rostro del ofinista jefe se iluminó de nuevo.

—No sabes qué maravilloso es este momento para mí, Venerable. He soñado tanto tiempo con algo así... ¡Y ahora, por fin, poder celebrar el Juicio como siempre lo había imaginado...! —Emocionado, se secó las lágrimas de las mejillas.

—Sí, sí —murmuró Bane, advirtiendo que el supervisor jefe los observaba con los ojos entrecerrados y cada vez estaba más cerca de ellos. El rey geg ya había

—

cortado la conversación de no ser porque, sin duda, se consideraría una muestra de mala educación interrumpir a un dios en mitad de un diálogo confidencial—. Continúa.

—Bueno, siempre he imaginado que todos los gegas (o, al menos, todos los que podían acudir) se congregaban en la Factría vestidos con sus mejores galas. Y que tú estabas presente, sentado en la Silla del Dictor, por supuesto.

—Desde luego. Y...

—Y que también yo estaba allí, delante de la multitud, con el nuevo traje de ofinista jefe que me había hecho especialmente para la ocasión. Blanco, creo, sería el color más adecuado, con lazos negros en las rodillas; nada demasiado exagerado...

—Muy elegante. Y, a continuación...

—Supongo que el supervisor jefe también estará allí con nosotros, ¿no? Es decir, Venerable, a menos que le encontremos otra misión. Verás, seguro que va a ser problemático encontrarle una indumentaria adecuada. Tal vez, con esta modernización a la que te has referido, podamos prescindir de él.

—Pensaré en ello. —Bane asió con fuerza el amuleto, esforzándose por mantener la paciencia—. Sigue explicando. Estamos ante la multitud y yo me levanto y... —El príncipe miró al ofinista jefe con aire expectante.

— ¡Y entonces nos sometéis al Juicio, Venerable!

Por un instante, el niño dios imaginó complacido que hundía los dientes en el brazo cubierto de terciopelo del geg. Reprimiendo a duras penas tal impulso, exhaló un profundo suspiro.

—Muy bien. Os juzgo. Y luego, ¿qué? ¡Ya sé! ¡Proclamamos un día de fiesta!

—En realidad, no creo que haya tiempo para eso, ¿no te parece, Venerable? —apuntó el geg, mirando a Bane con expresión de desconcierto.

—Tal vez..., tal vez no —titubeó el príncipe—. Me había olvidado de..., de lo otro. Cuando todos estemos... —Bane retiró su mano de la del ofinista jefe y se secó con ella el sudor de la frente. Desde luego, dentro de la máquina hacía mucho calor. Calor y ruido. Le dolía la garganta de tanto gritar—. ¿Qué es lo que haremos, una vez que os haya juzgado?

—Bueno, eso depende de si nos has encontrado dignos, Venerable.

—Pongamos que os encuentro dignos —insistió Bane, apretando los dientes—. Entonces, ¿qué?

—Entonces, ascenderemos todos, Venerable.

— ¿Ascender? —El príncipe echó un vistazo a las pasarelas que corrían aquí y allá a gran altura sobre sus cabezas.

El ofinista jefe, malinterpretando el gesto, soltó un suspiro de felicidad y, con una expresión beatífica en el rostro, elevó las manos

— ¡Sí, Venerable! ¡Ascenderemos directamente al cielo!

Mientras avanzaba detrás de Bane y sus devotos gegas, Hugh dividió su atención entre la vigilancia del príncipe y la observación del lugar en el que estaban. No tardó en abandonar sus intentos de memorizar el camino que recorrían, reconociendo interiormente que jamás lograría encontrar sin ayuda la salida de las entrañas de la máquina. La noticia de su llegada los había precedido, evidentemente. Miles de gegas llenaban las salas y pasadizos de la máquina y contemplaban su paso, señalándolos con el dedo y lanzando gritos. Incluso los gegas que estaban de servicio volvían la cabeza, concediendo a Hugh y a sus compañeros —que no pudieron apreciarlo en todo su valor— el gran honor de olvidarse

de sus tareas por unos segundos. No obstante, la reacción de los gegas era confusa. Algunos lanzaban vítores de entusiasmo, pero otros parecían enfadados. Hugh estaba más interesado en el príncipe Bane y en qué estaría tramando en tan secreta confabulación con el geg emperifollado. Mientras se maldecía en silencio por no haberse molestado en aprender una sola palabra del idioma de los

gegs durante su permanencia en poder de los elfos, *la Mano* notó que le tiraban de la manga y volvió su atención a Alfred.

—Señor —dijo éste—, ¿has advertido qué grita la gente?

—Por lo que a mí respecta, un galimatías sin pies ni cabeza. Pero tú entiendes su lengua, ¿verdad, Alfred?

El chambelán se sonrojó.

—Lamento haber tenido que ocultártelo, señor, pero he considerado importante que no se enterara cierta persona... —Dirigió una mirada al príncipe—. Cuando me has preguntando al respecto, antes de la tormenta, cabía la posibilidad de que él pudiera oír mi respuesta, de modo que no tuve otro remedio que...

Hugh hizo un gesto con la mano, disculpándolo. Alfred tenía razón y había sido él, *la Mano*, quien había cometido el error al preguntar. Debería haberse dado cuenta de lo que Alfred pretendía y no haber abierto la boca. La única explicación del desliz era que en toda su vida se había sentido Hugh tan impotente.

— ¿Dónde aprendiste a hablar geg?

—Siempre he tenido afición por el estudio de los gegs y del Reino Inferior, señor —respondió Alfred con la rotundidad, entre tímida y orgullosa, de un sincero entusiasta del tema—. Me atrevería a decir que poseo una de las mejores colecciones de libros escritos sobre su cultura que existe en el Reino Medio. Si te interesa, me encantará mostrártela a nuestro regreso...

—Si dejaste esos libros en el palacio, puedes olvidarte de ellos. A menos que decidas pedirle a Stephen permiso para volver allí y recoger tus cosas.

—Tienes razón, señor. Naturalmente. ¡Qué estúpido soy! —Alfred hundió los hombros—. Todos mis libros... Supongo que nunca más volveré a verlos.

— ¿Qué me decías de los gritos de la gente?

— ¡Ah, sí! —El chambelán echó un vistazo a los gegs que lanzaban vítores y esporádicas burlas a la comitiva—. Algunos corean « ¡Abajo el dios del supervisor! » y « ¡Queremos al dios de Limbeck! ».

— ¿Limbeck? ¿Qué significa eso?

—Creo que es un nombre geg, señor. Significa «destilar» o «extraer». Si me permites una sugerencia, creo que...

El chambelán bajó maquinalmente la voz y Hugh no logró entender sus palabras debido al ruido y a la conmoción.

—Habla más alto. Aquí nadie entiende lo que decimos, ¿verdad?

—Supongo que no —asintió Alfred, con una expresión de ligera sorpresa—. No había caído en eso. Decía, señor, que tal vez haya otro humano como nosotros aquí abajo.

—O un elfo. Lo más probable es esto último pero, en todo caso, eso nos abre la posibilidad de que exista una nave que podríamos utilizar para salir de aquí.

—Sí, señor. En eso estaba pensando.

—Tenemos que encontrar a ese Limbeck y a su dios, o lo que sea.

—No debería resultar muy difícil, señor. Sobre todo, si lo pide nuestro pequeño «dios».

—

—Nuestro pequeño «dios», como tú lo llamas, parece haberse metido en algún problema —comentó Hugh, volviendo la mirada hacia el príncipe—. Mírale la cara.

— ¡Oh, vaya! —murmuró Alfred.

Bane había vuelto la cabeza en busca de sus compañeros. Tenía las mejillas

pálidas y los ojos azules muy abiertos. Mordiéndose los labios, hizo un breve y rápido movimiento con la mano para que se acercaran a él.

Un escuadrón completo de gegas armados avanzaba entre Bane y sus dos compañeros. Hugh movió la cabeza en gesto de negativa. Bane insistió con una mirada suplicante. Alfred le dedicó una sonrisa comprensiva y señaló a la multitud. Bane era un príncipe y sabía qué significaba una audiencia. Con un suspiro, el pequeño se volvió a un lado y a otro, y empezó a agitar su manita sin energía ni entusiasmo.

—Ya me temía algo así —dijo Alfred.

—¿Qué crees que ha sucedido?

—El príncipe ha dicho algo acerca de que los gegas lo toman por un dios que ha venido a «juzgarlos». Se ha referido a ello con ligereza, pero para los gegas es un asunto muy serio. Según sus leyendas, esa gran máquina fue construida por los dictores y los gegas recibieron la orden de cuidar de ella hasta el Día del Juicio, en que recibirían su recompensa y serían transportados a los reinos superiores. Ésta es la causa de que la isla Esperanza de los Gegas recibiera tal nombre.

—Dictores... ¿Quiénes son esos dictores?

—Los sartán

—¡Espero que no podrá fingir tal cosa, aunque sí lo ayuda su padre...!

—No, señor. Ni siquiera un misteriarca de la Séptima Casa, como su padre, posee unos poderes mágicos comparables a los de los sartán. Al fin y al cabo —añadió Alfred, abriendo los brazos—, fueron ellos quienes construyeron todo esto. En aquellos momentos, a Hugh le importaba poco tal cosa.

—¡Estupendo! ¡Sencillamente estupendo! —exclamó—. ¿Y qué crees que nos harán cuando descubran que somos unos impostores?

—No sabría decirlo. Por lo general, los gegas son gente pacífica y tolerante; sin embargo, no creo que se hayan encontrado nunca con alguien que se hiciera pasar por uno de sus dioses. Además, parecen estar muy agitados por alguna causa. —Tras dirigir una nueva mirada a la multitud, que daba crecientes muestras de hostilidad, sacudió la cabeza—. Yo diría que hemos llegado en un momento bastante inoportuno.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

Los gegas condujeron a los «dioses» a la Factría, el mismo lugar donde Limbeck había sido sometido a juicio. Tuvieron algunas dificultades para entrar, debido a la masa de gegas que se arremolinaba en el exterior. Hugh no entendía una palabra de lo que gritaba la multitud pero, pese a ello, advirtió claramente que ésta se hallaba dividida en dos facciones enfrentadas y muy vocingleras, junto a un gran grupo que parecía incapaz de decidirse por una de ellas. Las dos facciones parecían muy radicales en la defensa de sus opiniones, pues Hugh vio que estallaban peleas entre ellas en varias ocasiones y recordó lo que le acababa de decir Alfred respecto a que los gegas eran de ordinario pacíficos y tolerantes.

Hemos llegado en un momento bastante inoportuno. No era ninguna broma. ¡Si parecía que estaban en medio de alguna revolución!

Los gardas mantuvieron a raya a la multitud y el príncipe y sus compañeros consiguieron escurrirse entre sus robustos cuerpos hasta ganar la relativa

tranquilidad de la Factoría (relativa por el hecho de que el estruendo de la Tumpachumpa seguía incesante en segundo plano).

Una vez dentro, el supervisor jefe mantuvo una apresurada reunión con los guardas. El pequeño dirigente tenía una expresión grave y Hugh observó que sacudía la cabeza en gesto de negativa en varias ocasiones. A *la Mano* no le importaban en

absoluto los gags, pero había vivido lo suficiente como para saber que verse atrapado en un país sometido a agitaciones políticas no era lo más favorable para quien deseara una vida larga y feliz.

—Discúlpame —dijo, acercándose al supervisor jefe. Éste asintió con la cabeza y le dedicó esa sonrisa radiante e inexpresiva de quien no entiende una palabra de lo que le están diciendo, pero trata de aparentar que sí para no parecer descortés—. Tenemos que hablar un momento con tu dios.

—

Asiendo a Bane por el hombro con mano firme, y sin hacer caso de sus gemidos e intentos de desasirse, Hugh atravesó con el príncipe la inmensa sala vacía hasta el lugar donde Alfred se encontraba contemplando la estatua de un hombre encapuchado que sostenía en la mano un objeto que recordaba un enorme globo ocular.

— ¿Sabes qué esperan que haga? —Dijo Bane a Alfred no bien llegó a su lado—. ¡Esperan que los transporte al cielo!

— ¿Puedo recordarte que has sido tú mismo quien ha provocado esta situación, Alteza, al decirles que eras uno de sus dioses?

El chiquillo bajó la cabeza. Se escurrió más cerca del chambelán y lo tomó de la mano. Con un leve temblor en el labio inferior, Bane respondió en un susurro:

—Lo siento, Alfred. Tenía miedo de que os fueran a hacer daño a ti y a maese Hugh, y fue lo único que se me ocurrió hacer.

Unas manos fuertes, dedos ásperos que se le clavaron en los hombros, obligaron a Bane a dar media vuelta. Hugh hincó una rodilla frente a él y lo miró directamente a los ojos, en los cuales deseaba ver una llama de astucia y malevolencia. Sin embargo, lo único que encontró fue la mirada de un chiquillo asustado y montó en cólera.

—Muy bien, Alteza, sigue engañando a esos gags todo el tiempo que puedas. Cualquier cosa vale, con tal de poder salir de aquí. Pero queremos que quede muy claro que ya no nos engañas en absoluto. Será mejor que te enjugues esas falsas lágrimas y prestes atención..., y esto va también por tu padre. —Mientras decía estas palabras, volvió la mirada hacia el amuleto de la pluma. El muchacho tenía la mano cerrada en torno al objeto con gesto protector—. A menos que puedas elevar a los cielos a esos enanos, será mejor que te prepares para pensar en algo pronto. No creo que toda esa gente se tome muy a buenas que los hayamos embaucado.

—Maese Hugh, nos están viendo.

La Mano volvió la vista hacia el supervisor jefe, que observaba la escena con interés. Soltó al muchacho, le dio unas palmaditas en los hombros y, sonriendo, le murmuró entre dientes:

— ¿Qué planes tienes ahora, Alteza?

Bane se tragó las lágrimas. Por suerte, no era preciso que hablaran en voz baja pues el rítmico martilleo de la máquina lo apagaba todo, hasta los

pensamientos.

—He decidido decirles que los he juzgado y los he encontrado indignos. Que no se han ganado el derecho a subir al cielo.

Hugh miró a Alfred y el chambelán movió la cabeza en gesto de negativa.

—Eso sería muy peligroso, Alteza. Si proclamas una cosa así en el estado de agitación que parece haberse adueñado del reino, los geggs podrían volverse contra nosotros.

El príncipe parpadeó con nerviosismo y su mirada fue de Alfred a Hugh, y de nuevo al chambelán. Bane estaba visiblemente asustado. Se había lanzado de cabeza a aquel asunto y ahora estaba hundiéndose. Peor aún, debía darse cuenta de que las dos únicas personas que podían salvarlo tenían muy buenas razones para dejar que se ahogara.

— ¿Qué hacemos, pues?

¡*Hacemos!* A Hugh, nada le hubiera gustado más que abandonar al suplantador en aquel pedazo de roca barrido por las tormentas. Sin embargo, supo

—

que no podría. ¿Obra del encantamiento? ¿O era, simplemente, que el pequeño le daba lástima? Ninguna de ambas cosas, se aseguró a sí mismo, pensando todavía en utilizar al príncipe para labrarse una fortuna.

—He oído mencionar que existe otro dios aquí abajo. El «dios de Limbeck» —dijo Alfred.

— ¿Cómo lo has averiguado? —quiso saber Bane, colérico—. ¡Antes dijiste que no entendías su idioma!

—Sí que lo entiendo, Alteza. Hablo un poco de geg...

— ¡Entonces, me has mentido! —El chiquillo miró al chambelán, desconcertado—. ¿Cómo has podido hacerlo, Alfred? ¡Yo me fiaba de ti!

—Creo que será mejor para todos reconocer que ninguno de nosotros se fía de los demás —contestó el chambelán.

— ¿Quién me puede culpar por ello? —Replicó Bane con aire de absoluta inocencia—. Este hombre quería matarme y, por lo que sé, Alfred, tú lo ayudabas.

—Eso no es cierto, Alteza, aunque puedo entender cómo has podido llegar a pensarlo. Pero no era mi intención hacer acusaciones. Creo conveniente llamar vuestra atención al hecho de que, pese a no confiar los unos en los otros, la vida de los tres depende ahora de cada uno de nosotros. Pienso que...

— ¡Tú piensas demasiado! —Lo interrumpió Hugh—. El chico lo ha entendido, ¿verdad, Bane? Y tú, olvida ese papel de bebé perdido en el bosque. Tanto Alfred como yo sabemos quién y qué eres. Supongo que deseas salir de aquí, subir y hacerle una visita a tu padre. Pues bien, la única manera de escapar de esta roca es mediante una nave y yo soy el único piloto que tienes. Alfred, por su parte, tiene ciertos conocimientos sobre este pueblo y su manera de pensar; al menos, asegura tenerlos. Y tiene razón cuando dice que cada uno de nosotros es la única baza que tenemos los demás en este juego, así que sugiero que tú y tu papaíto os portéis bien.

Bane lo miró fijamente. Sus ojos habían dejado de ser los de un niño descubriendo afanosamente el mundo; eran los de quien ya lo conoce todo. Hugh se vio a sí mismo reflejado en aquellos ojos; vio una infancia helada y sin amor, vio a un niño que había destapado todos los bellos regalos de la vida y había descubierto que los envoltorios contenían basura.

«Igual que yo», pensó Hugh, «ya no cree en lo luminoso, en lo brillante, en lo hermoso. Sabe lo que se esconde debajo.»

—No me estás tratando como a un niño —dijo Bane, con cautela.

—¿Acaso lo eres? —replicó Hugh con brusquedad.

—No. —Bane asió con fuerza el amuleto mientras hablaba, y repitió en voz más alta—: ¡No, no lo soy! Colaboraré contigo. Prometo hacerlo, mientras no me traicionéis. Si lo hacéis, cualquiera de los dos, haré que lo lamentéis.

Sus ojos azules centellearon con una expresión de astucia nada infantil.

—Eso basta. Yo os doy mi promesa a ambos. ¿Alfred?

El chambelán los miró con desesperación y suspiró.

—¿Tiene que ser así? ¿Confiar los unos en los otros sólo porque cada cual tiene puesto un puñal en la espalda de los demás?

—Tú has mentido respecto a que no hablabas el idioma de los gegas. Y no me contaste la verdad acerca del chico hasta que casi era demasiado tarde. ¿En qué más has mentido, Alfred? —exigió saber Hugh.

El chambelán se puso pálido. Movi6 los labios, pero no logró responder. Al fin, consiguió musitar:

—

—Lo prometo.

—Está bien. Arreglado. Ahora, tenemos que informarnos sobre ese otro dios.

Podría ser nuestra vía de escape de este lugar. Lo más probable es que se trate de un elfo cuya nave fue atrapada por la tormenta y arrojada aquí.

—Podría decirle al supervisor jefe que deseo un encuentro con ese dios. —Bane captó y entendió enseguida las posibilidades de tal petición—. Le diré que no puedo juzgar a los gegas hasta que sepa cuál es la opinión de ese otro «dios» colega sobre el asunto. ¿Quién sabe?, podríamos tardar varios días en encontrar la respuesta —añadió con una sonrisa angelical—. De todos modos, ¿nos ayudaría un elfo?

—Si se encuentra en las mismas dificultades que nosotros aquí abajo, lo hará. Nuestra nave está destrozada. Probablemente, la suya también. Pero podríamos utilizar partes de una para reparar la otra... ¡Silencio! Tenemos compañía. El supervisor jefe se acercó a ellos, seguido de un ofinista jefe pomposo y engreído.

—¿Cuándo querrás empezar el Juicio, Venerable?

Bane se irguió cuan alto era y puso gesto de sentirse ofendido.

—He oído a la gente gritar algo respecto a que tenéis a otro dios en esta tierra.

¿Cómo es que no me habéis informado de ello?

—Porque es un dios que afirma no serlo, Venerable —dijo el supervisor, lanzando una mirada de reproche al ofinista jefe—. Dice que ninguno de vosotros sois dioses, sino mortales que nos habéis esclavizado.

Hugh se contuvo pacientemente durante esta conversación, de la que no entendió palabra. Alfred estaba muy pendiente de lo que hablaba el geg y *la Mano* observó con detalle la expresión del chambelán. No se le pasó por alto su reacción de desaliento ante lo que oía. El asesino apretó los dientes, frustrado casi hasta el punto de volverse loco. La vida de los tres dependía de un chiquillo de diez ciclos que, en aquel momento, parecía perfectamente capaz de romper a llorar.

Sin embargo, el príncipe Bane no perdió la compostura. Con rostro altivo, dio alguna respuesta que, al parecer, alivió la situación pues Hugh vio relajarse la

cara de Alfred. El chambelán incluso hizo un leve asentimiento antes de dominarse, consciente de que no debía mostrar ninguna reacción.

El muchacho era valiente y tenía una cabeza muy ágil, reconoció Hugh retorciéndose la barba. «Y quizás estoy subyugado por el hechizo», se recordó a sí mismo.

—Tráeme a ese dios —dijo Bane con un aire imperioso que, por un instante, hizo que se pareciera al rey Stephen.

—Si deseas verlos, Venerable, el dios y el geg que lo trajo aquí hablarán en público esta noche, en un mitin. Puedes enfrentarte a él ante los asistentes.

—Muy bien —asintió Bane. No le gustaba la idea, pero no sabía qué otra respuesta dar.

—Ahora, Venerable, tal vez quieras descansar un poco. Observo que uno de tus acompañantes está herido. —El supervisor volvió la vista hacia la manga de la camisa de Hugh, desgarrada y manchada de sangre—. Puedo mandar llamar a un sanador.

Hugh vio la mirada, entendió lo que decía e hizo un gesto de negativa.

—Gracias —dijo Bane—. La herida no es grave. En cambio, podrías hacer que nos trajeran comida y agua.

El supervisor jefe hizo una reverencia.

—

—¿Es todo lo que puedo hacer por ti, Venerable?

—Sí, gracias. Con eso bastará —respondió Bane, sin conseguir ocultar el tono de alivio de su voz.

Los dioses fueron conducidos a unas sillas colocadas a los pies de la estatua del dictador, probablemente para que les proporcionara inspiración. Al ofinista jefe le hubiera gustado mucho quedarse a complimentar a los Venerables, pero Darral asió a su cuñado por la manga de terciopelo de su casaca y lo arrastró lejos de ellos entre un torrente de protestas.

—¿Qué haces? —exclamó el ofinista jefe, furioso—. ¿Cómo puedes atreverte a insultar al Venerable con una cosa así? ¡Dar a entender que no es un dios! ¡Y todo eso de si somos esclavos...!

—Calla y escúchame —replicó Darral Estibador enérgicamente. Ya tenía bastante de dioses. Un «Venerable» más y vomitaría—. O bien esos tipos son dioses, o no lo son. Si no lo son y resulta que ese Limbeck tiene razón, ¿qué crees que será de nosotros, que nos hemos pasado la vida diciendo a nuestro pueblo que servíamos a los dioses?

El ofinista jefe miró a su cuñado. Poco a poco, su rostro fue perdiendo el color. Tragó saliva.

—Exacto —asintió Darral con rotundidad, haciendo oscilar la barba—. Ahora, supón que son dioses. ¿De veras deseas ser juzgado y elevado al cielo? ¿O prefieres seguir aquí abajo, tal como estaban las cosas antes de que se armara todo este alboroto?

El ofinista jefe reflexionó. Estaba muy orgulloso de ser ofinista jefe. Llevaba una buena vida. Los gegas lo respetaban, le hacían reverencias y se quitaban el sombrero cuando se cruzaban con él por la calle. No tenía que servir a la Tumpachumpa, salvo cuando decidía comparecer por allí. Lo invitaban a todas las mejores fiestas. Pensándolo bien, ¿qué más podía ofrecerle el cielo?

—Tienes razón —se vio obligado a reconocer, aunque le dolía hacerlo—. ¿Qué

hacemos, entonces?

—Ya me estoy ocupando de ello —respondió el supervisor jefe—. Déjalo en mis manos.

Hugh observó a los gregs que se alejaban cuchicheando.

—Daría cien bars por saber qué están hablando esos dos.

—Esto no me gusta nada —asintió Alfred—. Ese otro dios, sea quien sea, está fomentando el caos y la rebelión en esta tierra y me pregunto por qué. Los elfos no tendrían ninguna razón para perturbar las cosas en el Reino Inferior, ¿no te parece?

—No. Mantener a los gregs tranquilos y trabajando duro sólo les reporta ventajas. En cualquier caso, supongo que no podemos hacer otra cosa que acudir al mitin de esta noche y oír lo que ese dios tenga que decir.

—Sí —dijo Alfred, abstraído.

Hugh se volvió a mirarlo. Su frente alta y abovedada estaba perlada de sudor y sus ojos habían adquirido un brillo febril. Tenía la piel cenicienta y los labios grises. De pronto, Hugh se dio cuenta de que el chambelán no había tropezado con nada desde hacía mucho rato.

—No tienes buen aspecto. ¿Te sientes bien?

—Yo..., no me siento muy bien, maese Hugh. No es nada serio; una mera reacción tras la caída de la nave. Me recuperaré. No te preocupes por mí, haz el favor. Príncipe Bane, ¿entiendes la importancia del encuentro de esta noche?

—

Bane le dirigió una mirada reflexiva, meditabunda.

—Sí, la entiendo. Haré cuanto pueda por ayudar, aunque no estoy seguro de qué debo hacer.

El muchacho parecía sincero, pero Hugh aún tenía presente aquella sonrisa inocente mientras el príncipe le entregaba el vino emponzoñado. ¿Estaba Bane, realmente, de su parte? ¿O simplemente los estaba moviendo, a Alfred y a él, de una casilla a la siguiente?

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN,

REINO INFERIOR

Un tumulto en el exterior del agujero en la pared atrajo la atención de Jarre, que acababa de dar los toques finales al discurso de Limbeck. Dejó el papel en la mesa, llegó hasta la cortina que hacía las veces de puerta y asomó la cabeza.

Comprobó con satisfacción que la multitud congregada en la calle había crecido, pero los miembros de la UAPP que montaban guardia junto a la entrada estaban discutiendo acaloradamente con otro grupo de gregs que pretendían entrar.

Ante la aparición de Jarre, el clamor aumentó.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Los gregs se pusieron a gritar a la vez y Jarre tardó algún tiempo en calmarlos.

Cuando lo consiguió y hubo oído lo que tenían que decir, impartió unas instrucciones y desapareció de nuevo en el interior de la sede de la Unión.

—¿Qué era eso? —preguntó Haplo desde la escalera, con el perro a su lado.

—Lamento que el alboroto te despertara —se disculpó Jarre—. No es nada, en realidad.

—No dormía. ¿De qué se trata?

—El supervisor jefe se acerca con su propio dios —contestó Jarre—. Debería haber esperado una cosa así de Darral Estibador. Pues bien, no le dará resultado, esto es todo.

— ¿Su propio dios? —Haplo descendió los peldaños con pasos rápidos y ligeros como los de un gato—. Cuéntame.

—No irás a tomártelo en serio, ¿verdad? Ya sabes que los dioses no existen.

Supongo que Darral les ha contado a los welfos que constituíamos una amenaza y han mandado a alguien aquí abajo para intentar convencer al pueblo que «Sí, de verdad, los welfos somos auténticos dioses».

—Ese dios que traen..., ¿sabes si es un elf..., un welfo?

—No lo sé. La mayoría de nuestro pueblo no ha visto nunca ninguno.

Supongo que nadie sabe qué aspecto tienen. Lo único que sé es que, al parecer, ese dios es un niño y que ha estado proclamando que ha venido a juzgarnos y que

—

va a hacerlo en el mitin de esta noche, para demostrar que estamos equivocados. Pero, naturalmente, tú podrías encargarte de él.

—Naturalmente —murmuró Haplo.

Jarre dio muestras de impaciencia.

—Tengo que ir a asegurarme de que está todo preparado en la Sala de Juntos.

—Se echó un mantón por encima de los hombros. Camino de la salida, hizo una pausa y miró atrás—. No le cuentas esto a Limbeck: se pondría demasiado nervioso. Será mejor que el asunto lo tome completamente por sorpresa, así no tendrá tiempo de pensar.

Corriendo la cortina, abandonó la sede de la Unión entre grandes vítores de los congregados.

Ya a solas, Haplo se dejó caer en una silla. El perro, percibiendo el estado de ánimo de su amo, hundió el hocico en la mano de éste en un gesto reconfortante.

— ¿Qué piensas, muchacho? ¿Los sartán? —Musitó Haplo, rascando al perro bajo los bellos con gesto ausente—. Ellos son lo más parecido a un dios que pueden encontrar estos enanos en un universo sin dioses. ¿Qué hago si lo son? No puedo desafiar a ese «dios» y revelarles mis poderes. Los sartán no deben tener noticia de nuestra huida de su prisión. Todavía no, hasta que mi amo esté completamente preparado.

Cayó en su silencio ceñudo y meditabundo. La mano que acariciaba al perro relajó sus movimientos y pronto quedó inmóvil. El animal, al advertir que ya no lo necesitaba, se instaló a los pies del hombre con el hocico sobre las patas. Sus ojos acuosos reflejaron la preocupación de la mirada de su amo.

—Qué ironía, ¿no? —murmuró Haplo y, al oír la voz, el animal irguió las orejas y alzó los ojos hacia él, con una de sus cejas blancas ligeramente levantada—. Tener los poderes de un dios y tener que reprimirse de utilizarlos. —Retirando el vendaje que le cubría la mano, pasó un dedo sobre las enmarañadas líneas azules y rojas de los signos mágicos cuyos fantásticos dibujos y espirales decoraban su piel—. Podría construir una nave en un día, salir volando de aquí mañana mismo, si quisiera. Podría mostrar a estos enanos un poder como nunca han imaginado. Podría convertirme en un dios para ellos y conducirlos a la guerra

contra los humanos y los «welfos». —Haplo ensayó una sonrisa, pero su rostro recobró enseguida la seriedad—. ¿Por qué no? ¿Qué importancia tendría? Lo embargó un poderoso deseo de utilizar su poder. No sólo de emplear la magia, sino de usarla para conquistar, para controlar, para dirigir. Los geggs eran pacíficos, pero Haplo sabía que no era éste el verdadero modo de ser de los enanos. De algún modo, los sartán habían conseguido despojarlos de su auténtico carácter y reducirlos a la condición de estúpidos «geggs» servidores de la máquina en que se habían convertido. No había de costar mucho reavivar en sus corazones el feroz orgullo, el valor legendario de los enanos. Las cenizas parecían frías pero, sin duda, aún debía de arder una llama en alguna parte.

—Podría organizar un ejército y construir naves... ¡Pero no! ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué me ha dado, de pronto? —Haplo volvió a cubrirse la mano con gesto irritado. El perro, encogiéndose ante el áspero tono de voz de su amo, le dirigió una mirada de disculpa creyendo tal vez que había hecho algo malo—. ¡Es mi verdadero carácter, mi naturaleza de patryn, y va a conducirme al desastre! Mi señor me advirtió al respecto: debo moverme con calma. Los geggs no están preparados, ni debo ser yo quien los guíe. Ha de ser uno de los suyos. Limbeck. Sí, he de encontrar el modo de avivar la llama que representa Limbeck.

—

»En cuanto a ese niño dios, no puedo hacer otra cosa que esperar a ver qué sucede y confiar en mí mismo. Si no es un Satán, tanto mejor, ¿verdad, muchacho?

Inclinándose, Haplo dio unas palmaditas en el flanco del animal. Este, satisfecho de que su amo hubiera recobrado el buen humor, cerró los ojos y exhaló un profundo suspiro.

—Y si resulta ser un sartán —murmuró luego para sí, echándose hacia atrás en su pequeño e incómodo asiento y estirando las piernas—, ¡que mi amo me contenga de arrancarle el corazón a ese bastardo!

Cuando Jarre regresó, Limbeck ya estaba despierto y repasaba nerviosamente su discurso, y Haplo había tomado una decisión.

—Bien —anunció Jarre, radiante, mientras se quitaba el mantón de sus anchos hombros—, todo está preparado para esta noche. Querido, creo que éste va a ser el mitin más concurrido desde que...

—Es preciso que hablemos con el dios —la interrumpió Haplo con su voz calmada.

Jarre le lanzó una mirada de alarma, recordándole que no debía mencionar aquel tema en presencia de Limbeck.

— ¿El dios? —Limbeck los miró tras las gafas que colgaban de su nariz en precario equilibrio—. ¿Qué dios? ¿Qué sucede?

—Limbeck tiene que saberlo —apaciguó Haplo a la irritada Jarre—. Siempre es mejor conocer todo lo que se pueda del enemigo.

— ¿Enemigo? ¿Qué enemigo?

Limbeck, pálido pero sereno, se había puesto en pie.

—No creerás en serio que son lo que afirman ser, unos dictadores..., ¿verdad? —preguntó Jarre a Haplo, mirándolo con expresión ceñuda y los brazos en jarras.

—No, y eso es lo que debemos demostrar. Tú misma has dicho que, sin duda, se trata de un ardid del supervisor jefe para desacreditar nuestro movimiento. Si logramos capturar a ese ser que se proclama dios y demostramos públicamente

que no es tal...

— ¡... entonces podremos derrocar al supervisor jefe! —exclamó Jarre, batiendo palmas con gran excitación.

Haplo bajó la cabeza, fingiendo acariciar al perro, para disimular una sonrisa.

El animal alzó los ojos hacia su amo con un aire melancólico e inquieto.

—Cabe esa posibilidad, desde luego, pero debemos avanzar paso a paso — planteó Haplo tras una pausa, como si hubiera meditado profundamente sobre el asunto—. Antes de nada, es fundamental descubrir quién es ese dios y por qué está aquí.

— ¿De quién habláis? ¿Quién está aquí? —A Limbeck le resbalaron las gafas por la nariz. Las colocó de nuevo en su sitio y alzó la voz—. ¡Hablad!

—Lo siento, querido. Todo ha sucedido mientras dormías.

Jarre lo puso al corriente de la llegada del dios del supervisor jefe y de que éste había hecho desfilar al niño por las calles de la ciudad. Después, comentó lo que decía y hacía la gente de Drevlin y que unos creían que el niño era un dios y otros, que no lo era...

—... y va a haber problemas. Es eso a lo que te refieres, ¿no? —la cortó

Limbeck, terminando la frase. Después, se dejó caer en su asiento y contempló a Jarre con aire sombrío—. ¿Y si realmente son los dictores? ¿Y si me he equivocado y por fin han acudido a..., a someter al Juicio a nuestro pueblo? ¿Se sentirán

—

ofendidos y tal vez vuelvan a abandonarnos! —Estrujó el discurso entre sus manos y añadió—: ¡Quizá mis actos hayan causado un gran daño a nuestro pueblo!

Jarre abrió la boca con un gesto de exasperación pero Haplo, con un movimiento de cabeza, le indicó que guardara silencio. Luego, dijo:

—Precisamente por eso es necesario que hablemos con ellos. Si son los sar..., los dictores —se corrigió—, podremos explicarles lo que sucede y estoy seguro de que lo entenderán.

— ¡Yo estaba tan convencido...! —exclamó Limbeck, entristecido.

— ¡Y sigues teniendo razón, querido! —Jarre se arrodilló junto a él y, tomando su rostro entre ambas manos, lo obligó a volverlo hasta que sus ojos se encontraron—. ¡Ten fe en ti mismo! ¡Ese «dios» es un impostor traído por el supervisor jefe! ¡Demostraremos eso, y demostraremos también que el supervisor y los ofinistas se han aliado con quienes nos tienen esclavizados! ¡Ésta puede ser nuestra gran oportunidad, la ocasión perfecta para cambiar nuestro mundo! Limbeck no respondió. Apartó con suavidad las manos de Jarre y las apretó entre las suyas, agradeciéndole en silencio su apoyo. Después, levantó la cabeza y miró fijamente a Haplo, con expresión preocupada.

—Ya has ido demasiado lejos para echarte atrás ahora, amigo mío —dijo el patryn—. Tu gente confía en ti, cree en tu palabra. No puedes decepcionarla.

—Pero, ¿y si estoy equivocado?

—No lo estás —respondió Haplo con convicción—. Incluso si se trata de un dictor, los dictores no son dioses y nunca lo han sido. Son humanos, como yo. Fueron dotados de grandes poderes mágicos, pero siguen siendo mortales. En el caso de que el supervisor jefe afirme que el dictor es un dios, pregúntale directamente a éste. Si se trata de un verdadero dictor, te responderá la verdad. Los dictores siempre decían la verdad. Habían recorrido todo el mundo declarando que no eran seres divinos, aunque tomando sobre sí las

responsabilidades propias de los dioses. Su falsa modestia encubría su orgullo y su ambición. Si aquel «dios» era un auténtico sartán, rechazaría su condición divina. Si no lo era, Haplo sabría que estaba mintiendo y no le costaría mucho desenmascararlo.

— ¿Podemos ponernos en contacto con él? —preguntó a Jarre.

—Lo tienen con sus compañeros en la Factría —respondió ella, pensativa—. No sé mucho de ese lugar, pero preguntaré a algunos de nuestro grupo que sí lo conocen.

—Debemos darnos prisa. Pronto oscurecerá y el mitin esta anunciado para dentro de dos horas. Deberíamos verlos antes de empezar.

Jarre ya estaba en pie y se encaminaba hacia la salida. Limbeck descansó la cabeza en una mano con un suspiro. Las gafas le resbalaron de la nariz y le cayeron en el regazo, sin que él se diera cuenta.

Haplo admiró la energía y determinación de la enana. Jarre conocía sus limitaciones; ella era capaz de convertir en realidad una visión, pero era Limbeck quien tenía los ojos —por muy cegatos que fueran— para captarla. Ahora debía ser él, Haplo, quien mostrara al geg lo que debía ver.

Jarre regresó con varios gegs de aspecto torvo y aire impaciente.

—Existe un camino de entrada a la Factría, unos túneles que corren por debajo del suelo y tienen una boca junto a la estatua del dictor.

Haplo señaló a Limbeck con un gesto de cabeza. Jarre captó su intención.

—

— ¿Me has oído, querido? Podemos penetrar en la Factría y hablar con el presunto dios. ¿Vamos allá?

Limbeck alzó la cabeza. Bajo la barba, su rostro estaba pálido pero en sus facciones había una expresión de determinación.

—Sí —respondió, levantando una mano para que Jarre no lo interrumpiera—.

Me he dado cuenta de que no importa si tengo razón o estoy equivocado. Lo único que importa es descubrir la verdad.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN,

REINO INFERIOR

Dos guías gegs, Limbeck, Jarre, Haplo y, por supuesto, el perro recorrieron una serie de pasadizos sinuosos y retorcidos que se entrecruzaban, se bifurcaban y taladraban el subsuelo bajo la Tumpa-chumpa. Los túneles eran construcciones antiguas y espléndidas, recubiertos de losas que, por sus formas regulares, parecían producto de la mano del hombre o de las manos metálicas de la Tumpachumpa. Aquí y allá, tallados en las losas, descubrieron unos curiosos símbolos.

Limbeck estaba absolutamente fascinado con ellos y Jarre a duras penas consiguió convencerlo de que debían darse prisa, recurriendo de nuevo a darle unos tirones de la barba.

Haplo podría haberle contado muchas cosas acerca de los símbolos. Podría haberle explicado que en realidad eran runas, signos mágicos de los sartán, y que aquellas runas grabadas en la piedra eran lo que mantenía secos los túneles a

pesar del casi constante flujo de agua de lluvia que rezumaba a través de la coralita porosa. Eran aquellos signos lo que mantenía abiertos los túneles siglos después de que sus constructores los hubieran abandonado.

El patryn estaba tan interesado en los túneles como Limbeck. Cada vez se hacía más evidente que los sartán habían abandonado su trabajo. No sólo eso, sino que lo habían dejado inacabado..., y tal cosa no era en absoluto propia de aquellos humanos que habían conseguido el poder y la consideración de semidioses. La gran máquina, cuyos latidos, golpes y martilleos seguían oyéndose incluso a gran profundidad, funcionaba (según había observado Haplo) por sí misma, siguiendo sus propios impulsos y haciendo su propia voluntad.

Y no hacía nada. Nada creativo que Haplo pudiera observar. Acompañando a Limbeck y a los miembros de la UAPP, Haplo había viajado a lo largo y ancho de Drevlin y había inspeccionado la enorme máquina allí donde había estado. La máquina derribaba edificios, excavaba agujeros, construía nuevos edificios, rellenaba agujeros, rugía y resoplaba, y zumbaba y echaba vapor, todo ello con un inmenso gasto de energía. Pero el resultado de todo ello era que no hacía nada.

—

Una vez al mes, según había oído Haplo, los «welfos» descendían de lo alto con sus trajes metálicos en sus naves voladoras y recogían la sustancia más preciosa: el agua. Los welfos llevaban siglos haciéndolo y los gegs habían terminado por convencerse de que éste era el propósito último de su amada y sagrada máquina: producir agua para los divinos welfos. Sin embargo, Haplo había constatado que el agua era un mero subproducto de la Tumpa-chumpa, tal vez incluso un producto de desecho. El propósito de la fabulosa máquina era, sin duda, algo más importante, algo mucho más grandioso que escupir agua para saciar la sed de la nación elfa. No obstante, cuál pudiera ser ese propósito y por qué los sartán se habían marchado antes de alcanzarlo eran dos incógnitas que Haplo no podía ni empezar a desentrañar.

No iba a encontrar la respuesta en los túneles. Tal vez diera con ella más adelante. Haplo, como todos los patryn, había aprendido que la impaciencia —el menor desliz en el control de las tensas riendas con que uno se dominaba a sí mismo— podía conducir al desastre. El Laberinto no tenía piedad con los descuidados. La paciencia, una paciencia infinita, era uno de los regalos que los patryn habían recibido del Laberinto, aunque les llegara empapado en su propia sangre.

Los gegs se mostraban excitados, ruidosos y vocingleros. Haplo avanzó por los túneles tras ellos, sin causar más ruido del que hacía su sombra, recortada por la luz de las lámparas de los gegs. El perro avanzaba al trote junto a él, silencioso y vigilante como su amo.

— ¿Estáis seguros de que éste es el camino? —preguntó Jarre en más de una ocasión, cuando daba la impresión de que estaban caminando en interminables círculos.

Los guías gegs le aseguraron que sí. Al parecer, varios ciclos atrás, el cerebro mecánico de la Tumpa-chumpa había decidido que debía abrir los túneles. Y así lo había hecho, taladrando el suelo con sus puños y pies de hierro. Los gegs se habían afanado debajo de ella, apuntalando los muros y proporcionando apoyo a la máquina. Entonces, tan de improvisto como había empezado, la Tumpa-chumpa había cambiado de idea y se había lanzado en otra dirección totalmente distinta.

Los dos gegas que ahora los conducían habían formado parte de aquel truno de zapadores y conocían los túneles casi mejor que sus propias casas. Por desgracia, los túneles no estaban desiertos, como había esperado Haplo. Los gegas los utilizaban para desplazarse de un lugar a otro y, camino de la Factría, los miembros de la Unión se cruzaron con muchos de ellos. La presencia de Haplo creó una gran expectación y los guías se sintieron obligados a proclamar a todos quién era, y que el geg que lo acompañaba era Limbeck. Así, casi todos los gegas que no tenían otros asuntos más urgentes que atender decidieron seguir a la comitiva. Pronto se congregó una multitud de gegas que avanzaba por los túneles camino de la Factría. «Adiós al sigilo y a la sorpresa», se dijo Haplo, a quien le quedó el consuelo de saber que podría haber recorrido el túnel un ejército de gegas a lomos de dragones aullantes sin que nadie en la superficie se enterase de ello, debido al estruendo de la máquina.

—Hemos llegado —gritó uno de los gegas con voz atronadora, y señaló una escalera metálica vertical que ascendía por un hueco hasta perderse en la oscuridad. Haplo echó un vistazo al siguiente tramo del túnel, observó la existencia de otras numerosas escaleras similares colocadas a intervalos (era la

—

primera vez que encontraban un fenómeno semejante) y dedujo que el geg tenía razón. Evidentemente, aquellas escaleras conducían a alguna parte. Confió en que llevaran a la Factría.

Haplo indicó por señas a los guías, a Jarre y a Limbeck que se acercaran. Con un gesto de la mano, Jarre mantuvo a distancia al resto del numeroso tropel de gegas.

— ¿Qué hay en lo alto de la escalera? ¿Cómo entramos en la Factría?

Los gegas le explicaron que había un agujero en el suelo, cubierto con una tapa de metal. Moviendo la tapa, se accedía a la planta baja de la Factría.

—Esa Factría es un lugar enorme —dijo Haplo—. ¿A qué lugar de ella saldremos? ¿En cuál se encuentra ahora ese dios?

Sus preguntas provocaron una larga discusión. Un geg había oído que el dios estaba en la sala del dictor, dos pisos por encima de la planta baja. Según el otro geg, había sido conducido a la Sala de Juntos por orden del supervisor jefe.

— ¿Qué es eso? —preguntó Haplo con voz paciente.

—Es el lugar donde se celebró *mi* juicio —explicó Limbeck, a quien se le iluminó el rostro con el recuerdo de su momento de suprema importancia—. Presiden el lugar la estatua de un dictor y la silla que ocupa el supervisor jefe durante el juicio.

— ¿Dónde queda esa sala?

Los gegas calcularon que un par de escaleras más allá y todo el grupo avanzó en esa dirección. Los dos guías continuaron discutiendo entre ellos hasta que Jarre, tras lanzar una avergonzada mirada a Haplo, les ordenó en tono severo que cerraran la boca.

—Les parece que es por aquí —añadió a continuación, apoyando la mano en los peldaños metálicos de la escalera vertical.

Haplo asintió.

—Yo iré delante —indicó, en el tono de voz más bajo que le permitiera hacerse oír sobre el estruendo de la máquina.

Los guías gegas protestaron. Era su aventura: ellos conducían al grupo y ellos tenían que ser los primeros en subir.

—Ahí arriba podría haber guardas del supervisor jefe —insinuó Haplo—. Y ese presunto dios podría ser peligroso.

Los gegas se miraron el uno al otro, volvieron los ojos hacia Haplo y se apartaron de la escalera. No hubo más discusiones.

— ¡Pero yo quiero verlos! —protestó entonces Limbeck, que empezaba a pensar que habían llegado hasta allí para nada.

— ¡Silencio! —Lo reprendió Haplo—. Ya los verás. Sólo voy a subir para..., para echar un vistazo. Un reconocimiento. Volveré a buscarte cuando no haya riesgos.

—Haplo tiene razón, Limbeck, así que estate quieto —intervino Jarre—. Tú tendrás tu oportunidad muy pronto. ¡Sería un desastre que el supervisor nos detuviera antes del mitin de esta noche!

Insistiendo en la necesidad de guardar silencio —al oír lo cual todos los gegas lo miraron como si estuviera completamente chiflado—, Haplo se volvió hacia la escalera.

— ¿Qué hacemos con el perro? —preguntó Jarre—. No puede subir los peldaños y tú no puedes llevarlo encima.

Haplo se encogió de hombros, despreocupado.

—

—No le pasará nada, ¿verdad, perro? —Se inclinó y dio unas palmaditas en la cabeza al animal—. Tú, quieto aquí, ¿de acuerdo? Quieto.

El perro, con la boca abierta y la lengua fuera, se tumbó en el suelo y miró a su alrededor con interés y con las orejas muy erguidas.

Haplo inició el ascenso, escalando los peldaños lenta y cuidadosamente y dando tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la creciente oscuridad a medida que se alejaba de la brillante luz de las lámparas. La subida no fue muy larga y pronto advirtió que la luz procedente del fondo del hueco arrancaba reflejos como alfileres de una superficie metálica situada encima de él.

Extendió el brazo hacia la plancha metálica, apoyó la mano en ella y empujó hacia arriba con cautela y suavidad. La plancha cedió sin ofrecer resistencia y —comprobó aliviado— sin hacer ruido. No era que temiese problemas, sino que deseaba tener ocasión de observar a aquellos «dioses» sin que ellos lo vieran.

Pensando con tristeza que, en los viejos tiempos, la amenaza —o promesa— del peligro habría movido a los enanos a lanzarse escaleras arriba en un vociferante tropel, Haplo maldijo en silencio a los sartán, levantó discretamente la tapa y asomó la cabeza.

Los focos bañaban la Factría con una luz mucho más intensa que la del día.

Haplo pudo observar el lugar con toda claridad y comprobó, complacido, que los guías habían acertado en sus cálculos. Justo en su línea de visión se alzaba la estatua de una figura alta, envuelta en una túnica y encapuchada. Descansando en las inmediaciones de la estatua había tres siluetas humanas: dos adultos y un niño. A primera vista, ésta fue la impresión que le causaron, pero Haplo se dijo que los sartán también eran de ascendencia humana.

Inspeccionó detenidamente a cada uno de los tres pero, aun así, se vio obligado a reconocer que no era capaz de distinguir, por su mero aspecto, si aquellos humanos eran o no sartán. Uno de los adultos estaba sentado a la

sombra de la estatua. Vestido con ropas sencillas, parecía de mediana edad y tenía un cabello ralo, con grandes entradas que destacaban aún más su frente abovedada y sobresaliente, y su rostro surcado de arrugas y cargado de inquietud. El hombre se movió, nervioso, y volvió una mirada preocupada hacia el niño. Al hacerlo, Haplo advirtió que sus movimientos, en especial los de manos y pies, eran torpes y desgarrados.

En agudo contraste con éste, el otro adulto presente tenía un aspecto tal que Haplo habría podido tomarlo por un colega superviviente del laberinto. Ágil y musculoso, el hombre producía la impresión de mantenerse en un involuntario estado de vigilia a pesar de que yacía en el suelo, relajado, fumando una pipa. Su rostro, con los profundos y oscuros cortes y la barba negra y crespa, reflejaba un alma de duro y frío hierro.

El niño era un niño, nada más, aunque era de destacar su considerable guapura. Un extraño trío. ¿Qué los habría juntado? ¿Qué los habría llevado allí? Al pie de la escalera, uno de los excitadísimos gregs olvidó la orden de guardar silencio y preguntó a gritos —en lo que a él debió parecerle apenas un susurro— si Haplo podía ver algo.

El hombre de la barba crespa reaccionó al instante, se puso en pie de un brinco y sus ojos recorrieron las sombras mientras cerraba la mano en torno a la empuñadura de una espada. Haplo escuchó un resonante bofetón debajo de él y supo que Jarre había castigado convenientemente al infractor.

—

—¿Qué sucede, Hugh? —preguntó el hombre sentado a la sombra de la estatua. La voz era humana y temblaba de nerviosismo.

El hombre al que había llamado Hugh se llevó los dedos a los labios y dio unos pasos cautos en dirección a Haplo; no bajó la mirada pues de lo contrario habría visto la plancha, sino que continuó escrutando las sombras.

—Me ha parecido oír algo.

—No sé cómo puedes oír nada, aparte del matraqueo de esta maldita máquina

—declaró el chiquillo mientras daba cuenta de un pedazo de pan, vuelto hacia la estatua.

—Cuida tu lenguaje, Alteza —lo regañó el hombre nervioso. Éste se había puesto en pie y parecía dispuesto a unirse a Hugh en su búsqueda, pero dio un traspie y sólo se salvó de caer de bruces agarrándose a la estatua—. ¿Ves algo, Hugh?

Los gregs, debido sin duda a la amenaza de recibir una caricia de Jarre, lograron guardar completo silencio. Haplo permaneció inmóvil, sin atreverse a respirar apenas, mirando y escuchando con atención.

—No —respondió Hugh—. Vuelve a sentarte antes de que te mates, Alfred.

—Habrá sido la máquina, hazme caso —replicó Alfred con cara de querer convencerse a sí mismo.

El muchacho, aburrido, arrojó el pedazo de pan al suelo y anduvo unos pasos hasta colocarse justo delante de la estatua del dictor. Una vez allí, alargó la mano para tocarla.

—¡No! —gritó Alfred con voz alarmada.

El muchacho dio un brinco y retiró la mano.

—¡Me has asustado! —exclamó en tono acusador.

—Lo siento, Alteza. Por favor..., aléjate de la estatua.

— ¿Por qué? ¿Me va a hacer daño?

—No, Alteza. Sólo sucede que la estatua del dictor es..., es sagrada para los geggs. Seguro que no les gustaría ver que la molestas.

— ¡Bah! —Replicó el pequeño, echando un vistazo a la Factría—. Se han ido todos. Además, parece como si la estatua quisiera darme la mano o algo así —soltó una risilla—. Tal como tiene puesta la mano, realmente parece que quiera estrecharla con la mía...

— ¡No! ¡Alteza!

Pero el torpe hombrecillo llegó tarde para impedir que el muchacho alargara el brazo y encajara su mano en la palma mecánica del dictor. Para delicia del príncipe, el globo ocular parpadeó con una luz brillante.

— ¡Mira! —Bane apartó la mano desesperada de Alfred, que intentaba tirar de su brazo—. ¡Déjame seguir! ¡Se ven imágenes! ¡Quiero mirar!

— ¡Alteza, debo insistir! ¡Ahora estoy seguro de que he oído algo! Los geggs...

—Me parece que podemos tratar con esos geggs —lo interrumpió Hugh, acercándose para observar las imágenes—. Déjalo seguir, Alfred. Yo también quiero ver qué aparece.

Aprovechando la distracción del trío, Haplo emergió furtivamente del agujero, llevado también él de un profundo interés por la estatua.

— ¡Mirad, es un mapa! —exclamó el pequeño, muy excitado.

Los tres estaban concentrados en el globo ocular. Haplo se acercó con sigilo por detrás y reconoció las imágenes que parpadeaban en la superficie del ojo como un mapa del Reino del Aire. Un mapa considerablemente parecido al que su amo

—

había descubierto en las Mansiones de los Sartán, en el Nexo. En la parte superior estaban las islas conocidas como los Señores de la Noche. Debajo de ellas quedaba el firmamento y en sus proximidades flotaba la isla del Reino Superior. Después venía el Reino Medio. Más abajo aparecían el Torbellino y la tierra de los geggs. Lo más sorprendente era que el mapa se movía. Las islas se desplazaban en sus órbitas oblicuas, las nubes de la tormenta giraban en espiral y el sol quedaba oculto periódicamente por los Señores de la Noche.

Luego, de pronto, las imágenes cambiaron. Las islas y continentes dejaron de trazar sus órbitas y se alinearon en fila, cada reino inmediatamente debajo del superior. A continuación, la imagen parpadeó, titubeó y se detuvo.

El llamado Hugh no pareció muy impresionado.

—Una linterna mágica. Ya las había visto en el reino de los elfos.

—Pero ¿que significa? —Preguntó el muchacho, mirando con fascinación el globo—. ¿Por qué todo da vueltas y, de pronto, se detiene?

Haplo estaba haciéndose la misma pregunta. También había visto con anterioridad una linterna mágica. En su nave llevaba algo parecido, que proyectaba imágenes del Nexo, pero había sido diseñado por su amo y era mucho más complicado. A Haplo le dio la impresión de que debía haber más imágenes de las que estaban viendo, pues se habían detenido bruscamente y se advertía que quedaba alguna a medio pasar.

Se escuchó entonces un grave chirrido y, de pronto, las imágenes se animaron de nuevo. Alfred, a quien Haplo tomó por una especie de criado, empezó a extender la mano para estrechar la de la estatua, con el probable propósito de detenerlas.

—Por favor, no lo hagas —dijo Haplo con su voz calmada.

Hugh giró en redondo, desenvainó la espada y se enfrentó al intruso con una agilidad y una habilidad que Haplo aplaudió interiormente. El hombre nervioso cayó derrumbado al suelo y el niño, volviéndose, contempló al patryn con unos ojos azules en los que, más que miedo, había astucia y curiosidad.

Haplo permaneció donde estaba con las manos en alto, mostrando las palmas.

—No estoy armado —le aseguró a Hugh. Al patryn no le daba ningún miedo la espada del hombre. No había en aquel mundo ninguna arma que pudiera herirlo, protegido como estaba por las runas grabadas en su cuerpo, pero debía evitar la lucha pues el mero acto de protegerse pondría al descubierto, a ojos conocedores, quién y qué era realmente—. No le deseo ningún mal a nadie. —Sonrió y se encogió de hombros, siempre con las manos levantadas y visibles—. Soy como el chico. Sólo quiero ver las imágenes.

De todos ellos, fue el chico quien más intrigó a Haplo. El cobarde criado, hecho un patético guiñapo en el suelo, no mereció su interés. Respecto al hombre que parecía ser un guardaespaldas, también podía despreocuparse de él una vez que hubo comprobado su fuerza y agilidad. En cambio, cuando miró al chiquillo, Haplo notó un escozor en los signos mágicos de su pecho y supo, gracias a esa sensación, que le estaba afectando algún encantamiento. Su propia magia entraba en acción automáticamente para repelerlo, pero Haplo advirtió con sorpresa que el hechizo que intentaba arrojarle el pequeño no habría funcionado en ningún caso. Su magia, fuera cual fuese el origen, había sido destruida.

—¿De dónde has salido? ¿Quién eres? —exigió saber Hugh.

—

—Me llamo Haplo. Mis amigos, los gegas —señaló el agujero del que había salido; al escuchar una conmoción, supuso que el siempre curioso Limbeck había subido tras él— y yo nos hemos enterado de vuestra llegada y hemos decidido que debíamos encontrarnos y hablar en privado, si era posible. ¿Hay guardas del supervisor jefe por aquí?

Hugh bajó un tanto la espada, aunque sus ojos pardos siguieron atentos al menor movimiento de Haplo.

—No, se han marchado. Pero probablemente nos vigilan.

—Sin duda. Entonces, no tenemos mucho tiempo antes de que se presente alguien.

Limbeck apareció detrás de Haplo, jadeando y resoplando después de su rápido ascenso por la escalerilla. El geg miró de reojo la espada de Hugh, pero pudo más la curiosidad que el miedo.

—¿Sois dictores? —preguntó, pasando la mirada de Haplo al muchacho.

Haplo, que observaba atentamente a Limbeck, vio una expresión de asombro que alisaba su rostro. Los ojos miopes del geg, empequeñecidos tras las gafas, se abrieron como platos.

—Tú eres un dios, ¿verdad?

—Sí —respondió el niño, en el idioma de los gegas—. Soy un dios.

—¿Alguno de éstos habla la lengua de los humanos? —preguntó Hugh, indicando a Limbeck, Jarre y los otros dos gegas, que asomaban con cautela la cabeza por el agujero.

Haplo dijo que no con la cabeza.

—Entonces, a ti puedo decirte la verdad —le confío Hugh—. Ese chico es tan dios como tú o como yo. —A juzgar por la expresión de los ojos pardos, Hugh había llegado a la misma conclusión respecto a Haplo que éste respecto a él. Seguía mostrándose cauto, suspicaz y alerta, pero las posadas llenas obligan a veces a dormir con extraños compañeros de cama, si no quiere uno pasar la noche al raso—. El Torbellino atrapó nuestra nave y la estrelló contra Drevlin, no lejos de aquí. Los gegs nos han encontrado y nos han tomado por dioses, de modo que les hemos seguido la corriente.

—Igual que yo —dijo Haplo, asintiendo. Dirigió una mirada al criado, que había abierto los ojos y miraba a su alrededor con aire confundido—. ¿Quién es éste?

—El chambelán del chico. Yo soy Hugh, *la Mano*. Ése es Alfred y el niño se llama Bane y es hijo del rey Stephen de Ulyandia y las Volkaran.

Haplo se volvió hacia Limbeck y Jarre —que observaba al trío con intensa suspicacia— y efectuó las presentaciones. Alfred se incorporó, tambaleándose, y contempló a Haplo con una curiosidad que aumentó al ver sus manos vendadas. Haplo, advirtiendo la mirada de Alfred, tiró tímidamente de las vendas.

— ¿Estás herido, señor? —Preguntó con aire respetuoso el chambelán—.

Perdona la pregunta, pero me he fijado en los vendajes que llevas. Tengo cierta experiencia en curaciones y...

—No, gracias. No estoy herido. Se trata de una enfermedad de la piel, habitual entre mi pueblo. No es contagiosa ni me causa ningún dolor, pero las pústulas que produce no son agradables de ver.

En el rostro de Hugh apareció una mueca de desagrado. Alfred palideció ligeramente y se esforzó por expresar su condolencia con las palabras adecuadas.

—

Haplo observó la reacción general con secreta satisfacción y consideró que nadie iba a hacerle más preguntas acerca de sus manos.

Hugh envainó la espada y se acercó.

— ¿Tu nave también se estrelló? —preguntó a Haplo en voz baja.

—Sí.

— ¿Y quedó destruida?

—Por completo.

— ¿De dónde procedes?

—De más abajo. Soy de una de las islas inferiores. Probablemente, nunca habrás oído hablar de ellas. No son muchos los que conocen su existencia. Estaba librando un combate en mi tierra cuando la nave resultó alcanzada y perdí el control...

Hugh avanzó unos pasos hacia la estatua. Profundamente absorto en la conversación, al parecer, Haplo lo imitó. Sin embargo, tuvo tiempo de echar una mirada indiferente al criado. La piel de Alfred había adquirido una palidez mortal y sus ojos seguían fijos en las manos del patryn, como si el chambelán ansiara con desesperación atravesar las vendas con la mirada.

—Entonces, tú también estás atrapado aquí, ¿no es eso? —inquirió *la Mano*.

Haplo asintió.

— ¿Y quieres...? —Hugh no terminó la frase. Estaba seguro de cuál iba a ser la respuesta, pero quería que fuera su interlocutor quien la pronunciara.

— ¡... quiero salir! —completó sus palabras Haplo, categóricamente.

Esta vez fue Hugh quien asintió. Los dos hombres se entendían a la perfección. Entre ellos no existía confianza, pero ésta no era necesaria mientras cada uno de ellos pudiera utilizar al otro para conseguir un objetivo común. Eran compañeros de cama que, al parecer, no se pelearían por las mantas. Los dos continuaron su conversación en un murmullo, estudiando el problema que debían resolver.

Alfred seguía mirando las manos del desconocido. Bane, con el entrecejo fruncido, observaba también a Haplo. Los dedos del chiquillo acariciaban el amuleto que colgaba de su cuello. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la pregunta de Limbeck.

—Entonces, ¿no eres un dios? —Llevado por un impulso irresistible, Limbeck se había acercado a Bane.

—No —respondió éste, apartando los ojos de Haplo. Cuando se volvió hacia el geg, el príncipe dulcificó rápida y cuidadosamente su áspera expresión—. No lo soy, pero mis compañeros me han aconsejado que le dijera lo contrario a ese rey vuestro, el supervisor, para que no nos hicieran daño.

—¿Haceros daño? —Limbeck parecía desconcertado. Tal idea escapaba de su comprensión.

—En realidad, soy un príncipe del Reino Superior —prosiguió el chiquillo—. Mi padre es un poderoso hechicero. Ibamos a verlo cuando nuestra nave se accidentó.

—¡Me encantaría ver el Reino Superior! —Exclamó Limbeck—. ¿Cómo es?

—No estoy seguro. No lo he visitado nunca, ¿sabes? He pasado toda mi vida en el Reino Medio, con mi padre adoptivo. Es una larga historia.

—Tampoco yo he estado nunca en el Reino Medio, pero he visto grabados en un libro que descubrí en una nave welfa. Te contaré cómo lo encontré.

—

Limbeck empezó a recitar su narración preferida: la de cómo había topado con la nave elfa. Bane, impaciente, volvió la cabeza para mirar a Haplo y Hugh, que conferenciaban delante de la estatua del dictor. Alfred seguía murmurando para sí. Nadie prestaba la menor atención a Jarre.

A ésta no le gustaba nada de lo que veía. No le gustaban los dos dioses altos y fornidos que intercambiaban ideas y hablaban en un idioma incomprensible para ella. No le gustaba la manera en que Limbeck miraba al niño dios, ni la manera en que éste miraba a los demás. Ni siquiera le gustaba cómo había tropezado y caído al suelo el otro dios alto y desgarrado. Jarre tuvo la sensación de que aquellos dioses, como parientes pobres que llegaran de visita, iban a devorar toda la comida y, cuando hubieran dado cuenta de ella, se marcharían dejando a los gegs con la despensa vacía.

Jarre se acercó furtivamente a los dos guías gegs, que aguardaban nerviosos junto a la boca del pozo.

—Decid a todos que suban —les dijo en el tono de voz más bajo posible para un geg—. El supervisor jefe ha tratado de engañarnos con unos falsos dioses. ¡Los capturaremos y los llevaremos ante el pueblo para demostrar que el supervisor es un falsario!

Los guías observaron a los presuntos dioses y cruzaron una mirada. Aquellos dioses no parecían demasiado impresionantes. Eran altos, sí, pero no muy robustos. Sólo uno de ellos portaba un arma de aspecto intimidador. Si se le

echaba encima un montón de gegis, no tendría ocasión de emplearla. Haplo había lamentado la desaparición del legendario valor de los gegis, pero la llama no se había apagado por completo. Sólo había quedado enterrada bajo siglos de sumisión y de trabajos forzados. Ahora que se habían removido las ascuas, esa llama empezaba a parpadear de nuevo aquí y allá.

La pareja de gegis descendió por la escalerilla, presa de una gran excitación. Jarre se inclinó hacia adelante y observó cómo bajaban los peldaños. El rostro cuadrado de la enana, débilmente iluminado por las luces del fondo del pozo, resultaba imponente, casi etéreo, visto desde abajo. Más de un geg evocó de improviso una imagen de los tiempos antiguos, cuando las sacerdotisas de los clanes los convocaban a la guerra.

Ruidosos, pero exhibiendo la misma disciplina con la que habían aprendido a servir a la gran máquina, los gegis subieron uno tras otro por la escalera. El estruendo incesante que lo llenaba todo hizo que nadie los oyera.

Olvidado en la confusión, el perro de Haplo permaneció tendido al pie de la escalera. Con el hocico sobre las patas, miró y escuchó, y pareció sopesar si su amo había hablado en serio, realmente, al decirle que se quedara allí, quieto.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

Haplo escuchó un gáñido y notó que una pata le tocaba la pierna. Apartando la atención de las imágenes que aparecían en el globo ocular del dictor, volvió la vista hacia sus pies.

— ¿Qué sucede, muchacho? Creía haberte dicho que... ¡Ho! —El patryn advirtió la presencia de los gegis que surgían del agujero.

Simultáneamente, *la Mano* escuchó un ruido tras él y le dio la espalda a Haplo, volviéndose hacia la entrada principal de la Factría.

—Tenemos compañía —masculló Hugh—. El supervisor jefe y sus guardianes.

—Por aquí también llegan visitas —replicó Haplo.

Hugh dirigió una rápida mirada hacia el agujero y llevó la mano a la espada, pero Haplo movió la cabeza en gesto de negativa.

—No, nada de luchas. Son demasiados y, además, no pretenden hacernos daño. Quieren aclamarnos. Somos su premio. O su botín. Parece que estamos atrapados en mitad de unos disturbios. Será mejor que te ocupes de ese príncipe tuyo.

—Es una inversión para mí... —empezó a decir Hugh.

— ¡Los gardas! —exclamó Jarre al descubrir la presencia del supervisor jefe—. ¡Deprisa! ¡Coged a los dioses antes de que nos lo impidan!

—Entonces, será mejor que vayas a proteger tu inversión —sugirió Haplo.

— ¿Qué sucede? —soltó Alfred al ver que Hugh corría hacia el príncipe, espada en mano.

Los dos grupos de gegis intercambiaban gritos e insultos, agitaban los puños y recogían armas improvisadas del suelo de la Factría.

—Tenemos problemas. Coge al chico y ve con... —comenzó a decir Hugh—.

¡No! ¡Maldita sea, no vayas a desmayarte...!

Alfred puso los ojos en blanco. Hugh alargó la mano para darle una sacudida, un bofetón o algo parecido, pero era demasiado tarde. El cuerpo flácido del

chambelán se derrumbó y rodó sin gracia a los pies de la estatua del dictor.

—

Los gegs se precipitaron hacia los dioses. El supervisor jefe advirtió al instante el peligro y ordenó a sus guardas que cargaran contra los gegs. Con gritos vehementes, unos a favor de la Unión y otros en defensa del supervisor, los dos grupos chocaron. Por primera vez en la historia de Drevlin, se produjo un intercambio de golpes con derramamiento de sangre. Haplo cogió a su perro en brazos, se retiró entre las sombras y observó la escena en silencio, con una sonrisa. Jarre se quedó cerca del agujero, ayudando a los gegs a salir e incitándolos a atacar. Cuando hubo subido el último geg de los túneles, miró a su alrededor y descubrió que la pelea ya había estallado sin ella. Peor aún, había perdido completamente de vista a Limbeck, Haplo y los tres extraños seres. Encaramándose de un salto a una caja, echó una ojeada sobre las cabezas de la masa de combatientes y advirtió la presencia del supervisor y del ofinista jefe cerca de la estatua del dictor. Horrorizada, comprobó que los dos dirigentes aprovechaban la confusión para llevarse en secreto no sólo a los dioses, ¡sino también al augusto líder de la UAPP!

Furiosa, Jarre saltó de la caja y corrió hacia ellos, pero se encontró en medio del tumulto. A empujones, apartando a manotazos a los gegs que se interponían en su camino, se abrió paso dificultosamente hacia la estatua. Cuando llegó por fin a su objetivo estaba sofocada y jadeante, llevaba los pantalones desgarrados y el cabello caído sobre el rostro, y tenía un ojo cerrado de un golpe.

Los dioses habían desaparecido. Limbeck había desaparecido. El supervisor jefe se había salido con la suya.

Con el puño apretado, Jarre se disponía a sacudir en la cabeza al primer guarda que se acercara a ella cuando escuchó un gemido y, al mirar hacia abajo, vio dos grandes pies apuntando hacia el techo. No eran unos pies de geg. ¡Eran los pies de un dios!

Jarre rodeó a toda prisa la peana hasta quedar frente a la figura del dictor y advirtió con asombro que la base de la estatua estaba abierta de par en par. Uno de los dioses del supervisor —el alto y desgarrado— había caído al parecer por aquella abertura y se hallaba en ella, mitad dentro y mitad fuera.

— ¡He tenido suerte! —exclamó Jarre—. ¡Al menos, tengo a éste!

Volvió una mirada temerosa a su espalda, esperando encontrar a los guardas del supervisor, pero nadie le había prestado atención en el fragor de la lucha. El supervisor debía de estar concentrado en conducir a los dioses fuera de peligro y, sin duda, nadie había echado en falta a aquél, hasta el momento.

—Pero no tardarán en hacerlo. Tenemos que sacarte de aquí —murmuró Jarre. Al llegar junto al dios, vio que estaba caído en una escalera que conducía al interior de la estatua. Los peldaños, que descendían bajo el nivel del suelo, proporcionaban una vía de escape rápida y cómoda.

La enana vaciló. Estaba violando la estatua, el objeto más sagrado de los gegs.

No tenía idea de por qué había aparecido allí aquella abertura ni de adonde conducía, pero no importaba. Sólo tenía intención de utilizar el hueco como escondite temporal. Esperaría allí dentro hasta que todo el mundo se hubiera marchado. Jarre pasó por encima del dios inconsciente y descendió unos peldaños. Después se volvió, tomó por las axilas al dios y lo arrastró al interior de la estatua dando tumbos, jadeando y a punto de resbalar.

Jarre no tenía ningún plan concreto en la cabeza. Sólo esperaba que, cuando el supervisor jefe volviera en busca de aquel dios y descubriera la abertura en la

estatua, ella ya hubiese conseguido trasladarlo a escondidas a la sede central de la UAPP.

Sin embargo, cuando tiró de los pies del dios para introducirlos en el hueco, la abertura se cerró silenciosa e inesperadamente y Jarre se encontró en completa oscuridad.

Se quedó sin mover un músculo e intentó decirse a sí misma que no sucedía nada, pero el pánico continuó creciendo en su interior hasta que le pareció que iba a reventar. La causa de aquel pánico no era el miedo a la oscuridad pues los gegs, que pasaban casi toda su vida en el interior de la Tumpa-chumpa, estaban acostumbrados a la ausencia de luz. Jarre se estremeció. Le sudaban las manos, tenía la respiración acelerada, el corazón le latía desbocado, y no sabía por qué. Entonces, de pronto, lo descubrió.

Todo estaba en silencio.

No se escuchaba la máquina, no llegaban a sus oídos los reconfortantes estampidos, silbidos y martilleos que habían arrullado sus sueños desde que naciera. Ahora no reinaba más que un silencio terrible, sobrecogedor. La vista es un sentido externo y separado del cuerpo, una imagen en la superficie del ojo. El sonido, en cambio, penetra en los oídos, en la cabeza, y vive en el interior de uno. En ausencia de otro sonido, el silencio resuena.

Abandonando al dios en la escalera, sobreponiéndose al dolor y olvidando el miedo a los guardas, Jarre se lanzó contra la puerta cerrada de la estatua.

— ¡Socorro! —gritó—. ¡Ayudadme!

Alfred recuperó el conocimiento pero, al incorporar la cabeza, empezó a escurrirse involuntariamente escaleras abajo y sólo se salvó de la caída agarrándose por puro reflejo a los peldaños hasta detenerse. Lleno de perplejidad, envuelto en una oscuridad total y con una geg chillando como un silbato de vapor junto a su oído, el chambelán tuvo que preguntar varias veces qué estaba sucediendo. La geg continuó sin prestarle atención. Por último, ascendiendo a gatas y a ciegas los peldaños por los que acababa de deslizarse, extendió una mano en dirección a la casi histérica Jarre.

— ¿Dónde estamos?

Ella continuó dando golpes y chillando, sin hacerle el menor caso.

— ¿Dónde estamos? —Alfred agarró a la geg con sus manazas (sin saber muy bien, en la oscuridad, por dónde la sujetaba) y empezó a zarandearla con energía—. ¡Basta! ¡Esto no sirve de nada! ¡Dime dónde estamos y tal vez pueda encontrar el modo de que los dos salgamos de aquí!

Sin entender muy bien lo que Alfred le decía, pero molesta con sus modales bruscos, Jarre volvió en sí con un jadeo y apartó al chambelán con un empujón de sus robustos brazos. Alfred trastabilló, resbaló y estuvo a punto de rodar escaleras abajo, pero consiguió evitar la caída.

— ¡Ahora, escúchame! —Dijo Alfred, separando cada palabra y pronunciándolas lentamente y con claridad—. ¡Dime dónde estamos y tal vez pueda ayudarte a salir!

— ¡No sé cómo! —Con la respiración aún alterada, temblando de pies a cabeza, Jarre rehuyó a Alfred encogiéndose todo lo posible en el rincón opuesto de

la escalera—. Aquí eres un extraño. ¿Cómo ibas a ayudarme?

— ¡Tú dime dónde estamos! —Le rogó Alfred—. Ahora no puedo explicártelo pero, al fin y al cabo, ¿qué mal hay en ello?

—Bueno... —musitó Jarre, pensativa—. Estamos en el interior de la estatua.

—

— ¡Ah! —exclamó Alfred.

— ¿Qué significa ese « ¡ah!»?

—Significa que..., hum..., que ya me lo había parecido.

— ¿Puedes hacer que se abra de nuevo?

No, no podía. Ni él ni nadie. Desde dentro, era imposible. Sin embargo, ¿cómo era que sabía tal cosa, si no había estado nunca allí? ¿Qué podía responder a la geg? Alfred agradeció que el lugar estuviera a oscuras. No servía para mentir y el hecho de que no pudiera verle el rostro, ni ella ver el suyo, hacía más fáciles las cosas.

—Bueno..., no estoy seguro, pero lo dudo. Verás, hum... Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Eso no importa.

—Claro que sí. Estamos los dos aquí, juntos en la oscuridad, y es preciso que sepamos quiénes somos. Yo me llamo Alfred, ¿y tú?

—Jarre. Continúa. Si has abierto una vez, ¿por qué no puedes volver a hacerlo?

—Yo..., yo no he hecho nada —balbució Alfred—. Creo que se abrió por casualidad. Verás, tengo esa maldita costumbre de desmayarme cuando me asusto. Es una reacción que no puedo controlar. Vi la lucha, y que algunos de los tuyos corrían hacia nosotros y..., y perdí el sentido. —Hasta este punto, todo era verdad. Lo que vino a continuación, ya no—. Supongo que, al caer, debí de tropezar con algo que hizo que la estatua se abriera.

Y Alfred añadió para sí: «Cuando recuperé el conocimiento, alcé la vista hacia la estatua y, por primera vez en muchísimo tiempo, me sentí seguro y a salvo y lleno de una paz profunda e intensa. La sospecha que había despertado en mi mente, la responsabilidad, las decisiones que me veré obligado a tomar si tal sospecha se confirma, me abrumaron. Deseé escapar y mi mano se movió por propia voluntad, sin que yo la guiara, hasta tocar la túnica de la estatua en determinado lugar, de determinada manera.

»La base se abrió, mostrando un hueco, pero la enormidad de mi acto debió resultarme excesiva en aquel instante y supongo que me desmayé otra vez. Entonces se acercaría la geg y, buscando cobijo de la refriega que se había desencadenado en la Factría, me arrastraría aquí dentro. La base ha debido cerrarse automáticamente, y así seguirá. Sólo quienes conocen la manera de entrar saben el modo de salir. Nadie que descubriese la entrada por casualidad podría regresar para contarlo. ¡Ah!, tales curiosos no morirían. La magia, la máquina, se ocuparía de ellos y los cuidaría muy bien. Pero serían sus prisioneros el resto de sus vidas.»

Por fortuna, se dijo Alfred, él conocía el modo de entrar y también el de salir. Sin embargo, ¿cómo podía explicárselo a la geg?

Le vino a la cabeza un pensamiento terrible. Según la ley, debería dejar a Jarre allí dentro. Al fin y al cabo, ella tenía la culpa por haber entrado en la estatua sagrada. Pero, por otra parte, reflexionó Alfred, con una vocecilla

acusadora en la conciencia, tal vez Jarre se había puesto en peligro por él, tratando de salvarle la vida. No podía abandonarla sin más. Y decidió que no lo haría, dijera lo que dijese la ley. No obstante, de momento, todo resultaba muy confuso. ¡Ojalá no se hubiera dejado llevar por su debilidad!

— ¡No pares! —Jarre se agarró a él.

— ¿Parar, qué?

—

— ¡No dejes de hablar! ¡Es el silencio! ¡No puedo soportarlo! ¿Por qué no se oye nada, aquí dentro?

—Se construyó así a propósito —respondió Alfred con un suspiro—. Se diseñó para ofrecer descanso y refugio. —El chambelán había tomado una decisión. Probablemente no era la acertada, pero eran contadas las decisiones correctas que había adoptado en su vida, de modo que...—. Pronto voy a sacarte de aquí, Jarre.

— ¿Conoces el modo?

—Sí.

— ¿Cuál es? —Jarre era terriblemente suspicaz.

—No te lo puedo explicar. De hecho, vas a ver muchas cosas que no entenderás y que no puedo explicarte. Ni siquiera puedo pedirte que confíes en mí porque, como es obvio, no me conoces y no espero que me creas. —Alfred hizo una pausa y meditó sus siguientes palabras—. Míralo de este modo: ya has intentado salir por ahí y no has podido. Ahora, puedes hacer dos cosas: quedarte aquí, o acompañarme y dejar que te conduzca fuera.

Alfred escuchó que Jarre tomaba aire para replicar, pero se le adelantó.

—Hay una cosa más que deberías meditar. Yo quiero regresar con los míos tan desesperadamente como tú deseas volver con los tuyos. Ese niño que has visto está a mi cuidado, y el hombre siniestro que lo acompaña me necesita, aunque no lo sepa.

Alfred permaneció un momento en silencio pensando en el otro hombre, el que se hacía llamar Haplo, y advirtió que allí dentro el silencio era muy intenso, más de lo que recordaba.

—Te acompañaré —dijo Jarre—. Lo que has dicho parece razonable.

—Gracias —contestó Alfred con aire grave—. Ahora, guarda silencio un momento. La escalera es empinada y peligrosa, a oscuras.

Alfred alargó la mano y palpó la pared a su espalda. Era de piedra, como los túneles, y resultaba lisa al tacto. Pasó la mano por su superficie y, casi en el ángulo donde se encontraban la pared y los peldaños, sus dedos notaron unas líneas, espirales y muescas talladas en la piedra, que formaban un dibujo bien conocido para el chambelán. Mientras las yemas de sus dedos recorrían los ásperos bordes de los signos grabados, siguiendo los trazos de un dibujo que su mente reconocía claramente, Alfred pronunció la runa.

El signo mágico que estaba tocando empezó a brillar con una luz azul, suave y radiante. Jarre, al ver aquello, contuvo el aliento y retrocedió hasta topar con la pared. Alfred le dio unas suaves palmaditas en el brazo para tranquilizarla y repitió la runa. Un signo esotérico tallado junto al primero y en contacto con él empezó a irradiar el mismo fulgor mágico. Pronto, una tras otra, aparecieron en la oscuridad una serie de runas que se extendían a lo largo de la empinada escalera.

Al pie de ésta, marcaban una curva que conducía hacia la derecha.

—Ahora ya podemos bajar sin peligro —dijo Alfred mientras se incorporaba y

sacudía de sus ropas el polvo de incontables siglos. Con palabras y gestos deliberadamente enérgicos y un tono de voz indiferente, le tendió la mano a Jarre—. Si puedo prestarte ayuda...

Jarre titubeó, tragó saliva y se ciñó con más fuerza el manto en torno a los hombros. Luego, apretando los labios y con rostro ceñudo, apoyó su manita encallecida por el trabajo en la de Alfred. El fulgor azulado de las runas se reflejó, brillante, en sus ojos asustados.

—

Bajaron la escalera con rapidez, pues las runas les permitían ver dónde pisaban. Hugh no hubiera reconocido al chambelán bamboleante, de torpes andares. Los movimientos de Alfred estaban ahora llenos de seguridad y su porte era erguido y elegante mientras avanzaba a toda prisa con una expectación cargada de impaciencia, pero también de nostalgia y melancolía.

Al llegar al pie de la escalera, observaron que se abría a un pasadizo corto y estrecho, del que salía un verdadero laberinto de corredores y túneles en innumerables direcciones. Las runas azules los condujeron hasta uno de los túneles, el tercero a la derecha de los exploradores. Alfred siguió los signos, sin vacilar, llevando consigo a una Jarre asombrada y anonadada.

Al principio, la geg había dudado de las palabras del hombre. Había pasado toda su vida entre las excavaciones y las galerías abiertas por la Tumpa-chumpa y, como sus compatriotas, tenía un ojo penetrante para los menores detalles y una memoria excelente. Lo que para un humano o para un elfo no es más que una pared lisa, posee para un geg infinidad de características individuales —grietas, salientes, desportilladuras de pintura— que, una vez vistas, no olvidan con facilidad. En consecuencia, los gegas no suelen extraviarse, ni en la superficie ni bajo tierra. Pues bien, a pesar de ello, Jarre se perdió casi al momento en aquellos túneles. Las paredes eran perfectamente lisas y completamente vacías de la vida que un geg solía apreciar, incluso en la piedra. Y, aunque los túneles se abrían en todas direcciones, no se apreciaba que formaran recodos, sinuosidades o curvas. No había la menor indicación de que alguno de los túneles hubiera sido construido porque sí, por puro sentido de la aventura. Los pasadizos se extendían rectos y uniformes y daban la impresión de que, donde quiera que se dirigieran, lo hacían por la ruta más corta posible, la más directa. Jarre apreció en aquella disposición una manifiesta intencionalidad, un calculado propósito que la atemorizó por su esterilidad. En cambio, su extraño acompañante parecía encontrarlo reconfortante y la confianza que mostraba aliviaba su temor.

Los signos mágicos los guiaron por una suave curva que los condujo sostenidamente hacia su derecha. Jarre no tenía idea de cuánto llevaban caminando, pues allí abajo se perdía también la noción del tiempo. Las runas azules los precedían e iluminaban su camino, encendiendo su suave fulgor cuando se aproximaban. Jarre estaba hipnotizada; era como si estuviese caminando en sueños y fuera capaz de seguir haciéndolo eternamente, mientras los signos mágicos continuaran guiándola. La voz del hombre contribuía a aquella impresión fantasmagórica pues, siguiendo su petición, no dejaba de hablar un solo instante. Entonces, de pronto, llegaron a un recodo y Jarre vio que los signos ascendían en el aire formando un arco luminoso que brillaba en la oscuridad, invitándolos a cruzarlo. Alfred hizo una pausa.

— ¿Qué es eso? —preguntó Jarre saliendo de su trance con un parpadeo y

apretando con más fuerza la mano de aquél—. ¡No quiero entrar ahí!
—No tenemos más remedio. Tranquilízate —murmuró Alfred, y en su voz sonó de nuevo aquella nota de añoranza y melancolía—. Lamento haberte asustado. No me he detenido porque tenga miedo. Es sólo que conozco lo que hay ahí dentro, ¿sabes?, y..., y me llena de tristeza, eso es todo.
—Regresemos —dijo Jarre con vehemencia. Se volvió en redondo y dio un paso pero, casi de inmediato, las runas que les habían mostrado el camino hasta allí emitieron un brillante destello azul y luego, poco a poco, empezaron a

—

apagarse. Pronto, la oscuridad los envolvió, con la única excepción de los parpadeantes signos azules que dibujaban el arco.
—Ya estoy preparado —anunció Alfred, exhalando un profundo suspiro—. Podemos entrar. No tengas miedo, Jarre —añadió, al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano—. No te asustes por nada de lo que veas. Nada puede hacerte daño.
Pero Jarre estaba asustada, aunque no hubiera sabido decir de qué. Lo que la esperaba tras el arco estaba oculto en las sombras, pero la sensación que la atenazaba no era el miedo a un daño físico ni el terror a lo desconocido. Era una sensación de tristeza, como Alfred había dicho. Tal vez se debía a las palabras que él había venido hablando durante su larga caminata, aunque Jarre estaba tan desorientada y confusa que no lograba recordar nada de cuanto había dicho. En cualquier caso, experimentaba una sensación de desesperación, de abrumadora pesadumbre, de algo perdido y nunca recuperado, ni siquiera buscado jamás. La pena le provocó una doliente sensación de soledad, como si todas las cosas y todos los seres que había conocido en su vida hubieran desaparecido de pronto. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se echó a llorar, y no tuvo la menor idea de por quién lloraba.
—Vamos, tranquilízate —repitió Alfred—. No es nada. ¿Entramos ya? ¿Te sientes con ánimos?
Jarre no pudo responder ni dejar de llorar, pero asintió. Llorosa y asida con fuerza a Alfred, cruzó el arco a su lado. Y entonces comprendió, en parte, la razón de su miedo y de su tristeza.
Estaba en un mausoleo.

—

CAPÍTULO WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

— ¡Esto es terrible! ¡Sencillamente terrible! ¡Inaudito! ¿Qué vas a hacer? ¿Qué te propones hacer?
El ofinista jefe se estaba poniendo visiblemente histérico. Darral Estibador notó una comezón en las manos y hubo de esforzarse para resistir la tentación de propinarle un derechazo en la mandíbula.
—Ya ha habido suficiente derramamiento de sangre —musitó para sí, sujetándose con fuerza las manos a la espalda por si alguno de sus puños decidía actuar por su cuenta. A duras penas logró acallar la vocecilla que le susurraba:

«Aunque un poco más de sangre tampoco empeoraría las cosas, ¿verdad?».

Sacudir a su cuñado, aunque sin duda sería una satisfacción, no iba a resolver los problemas.

— ¡Domínate! —Dijo Darral en voz alta—. ¿No has tenido suficiente con lo sucedido?

—Jamás se había derramado sangre en Drevlin! —chilló el ofinista en un tono insoportable—. ¡Y todo es culpa del genio perverso de Limbeck! ¡Debemos expulsarlo, hacerle descender los Peldaños de Terrel Fen! Que los dictores se encarguen de juzgarlo y...

— ¡Oh, basta ya! ¡Si fue precisamente eso lo que desencadenó todo este quebradero de cabeza! Mandamos a Limbeck a los dictores, ¿y qué hicieron? ¡Devolvémoslo! ¡Y enviar con él a un dios! ¿Qué quieres ahora? ¿Volver a echarlo a los Peldaños? —Darral agitó los brazos, furioso—. ¡Quizás esta vez regrese con todo un ejército de dioses y nos destruya a todos!

— ¡Pero ese dios de Limbeck no es tal dios! —protestó el ofinista jefe.

—En mi opinión, ninguno de ellos lo es —afirmó Darral Estibador.

—*Una bebida caliente que se prepara hirviendo en agua, durante media hora, la corteza de cierto arbusto llamado ferben. Para los elfos, la bebida tiene un ligero efecto narcótico y actúa como sedante; en cambio, a los humanos y enanos sólo les proporciona una sensación de sosiego y relajación. (N. del a.)*

— ¿Ni siquiera el niño?

La pregunta, hecha en tono melancólico y pensativo por su cuñado, planteó un problema a Darral. Cuando estaba en presencia de Bane, sentía que sí, que realmente había topado por fin con un dios. Pero en el mismo instante en que dejaba de ver los ojos azules, el rostro hermoso y las suaves curvas de los labios del muchacho, era como si despertara de un sueño. No: el niño no era más que un niño y él, Darral Estibador, era un estúpido por haber pensado en algún momento lo contrario.

—No —respondió, pues—. Ni siquiera el niño.

Los dos gobernantes de Drevlin estaban solos en la Factría, bajo la estatua del dictor, inspeccionando con aire pensativo el campo de batalla.

En realidad, no había sido una gran batalla. Casi no cabía catalogarla ni de escaramuza. Era cierto que se había derramado sangre, pero no de ningún corazón, sino de algunos golpes en la cabeza y de algunas narices tumefactas. El ofinista jefe lucía un chichón y el supervisor se había magullado un pulgar, que se le había hinchado y estaba adquiriendo un colorido muy notable. Nadie había resultado muerto, ni siquiera herido de gravedad, pues la costumbre de muchos siglos de vida pacífica es difícil de romper. Sin embargo, Darral Estibador, supervisor jefe de su pueblo, era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que aquello era sólo el comienzo. Un veneno había penetrado en el cuerpo colectivo de los gegs y, aunque el cuerpo lograra sobrevivir, no volvería nunca a estar sano.

—Además —dijo Darral, con sus pobladas cejas levantadas en un gesto irónico—, si esos dioses no lo son, como proclama Limbeck, ¿cómo podemos castigarlo por decir la verdad?

Inhabituado a caminar por tan profundas aguas filosóficas, el ofinista jefe hizo caso omiso de la pregunta y buscó un terreno más firme bajo sus pies.

—No lo castigáramos por tener razón, sino por propagar sus ideas.

Darral tuvo que admitir que había cierta lógica en las palabras de su cuñado.

Se admiró con amargura de que a su pariente se le hubiera ocurrido una idea tan magnífica y concluyó que debía de ser cosa del golpe que había recibido en la cabeza. Apretándose el pulgar lesionado y deseando estar de vuelta en su casa del tanque de almacenamiento, con su esposa revoloteando a su alrededor y llevándole un reconfortante tazón de corteza caliente, Darral sopesó la idea, nacida de la desesperación, que corría furtivamente por los oscuros recovecos de su mente.

—Quizás esta vez, al arrojarlo a los Peldaños de Terrel Fen, podríamos prescindir de la cometa —apuntó el ofinista jefe—. Siempre he pensado que era una ventaja injusta.

— ¡No! —replicó Darral. Las atolondradas ideas de su cuñado lo impulsaron a tomar la decisión—. Nunca más enviaremos a Limbeck ni a nadie Abajo. Es evidente que Abajo no es seguro. Ese dios que no lo es, el que está con Limbeck, dice que viene de Abajo. Por tanto —el supervisor jefe hizo una pausa durante un acceso de golpes y ruidos especialmente virulentos de la Tumpa-chumpa—, voy a mandarlo Arriba.

— ¿Arriba?

En esta ocasión, el chichón en la cabeza no iba a acudir en ayuda del ofinista, que estaba absolutamente desconcertado.

—Voy a entregar a esos dioses a los welfos —declaró Darral Estibador con siniestra satisfacción.

El supervisor jefe hizo una visita a la cuba-prisión para anunciar el castigo a los detenidos. Un anuncio que, supuso, causaría terror en sus corazones culpables. Pero, si así fue, los prisioneros no dieron ninguna muestra de ello. Hugh reaccionó con un gesto de desdén, Bane con otro de aburrimiento y Haplo permaneció impassible, mientras que Limbeck estaba tan abatido que, posiblemente, no oyó siquiera las palabras del supervisor. Al no obtener de sus prisioneros más que unas miradas frías y fijas y, en el caso de Bane, un bostezo y una sonrisa soñolienta, Darral se marchó muy enojado.

—Supongo que habéis entendido a qué se refería —comentó Haplo—. ¿Qué es eso de que nos entregará a los «welfos»?

—Elfos —lo corrigió Hugh—. Una vez al mes, los elfos descienden en una nave de transporte y recogen una carga de agua. Esta vez, nos recogerán a nosotros con ella. Pero no debemos terminar prisioneros de los elfos; sobre todo, si nos atrapan aquí abajo, con su preciado suministro de agua. Esos malditos pueden hacer muy desagradable nuestra muerte.

Los cautivos estaban encerrados en la prisión local, un conjunto de cubas de almacenamiento abandonadas por la Tumpa-chumpa y que, dotadas de puertas y cerrojos, constituían unas magníficas celdas. Por lo general, estas celdas eran poco utilizadas y apenas acogían a algún esporádico ladrón o a algún geg que se había mostrado negligente en el servicio a la gran máquina. No obstante, debido a la agitación social del momento, las cubas estaban ahora llenas a rebosar de perturbadores del orden. Una de las cubas hubo de ser evacuada por sus moradores para hacer sitio a los dioses. Los gegas arrestados estaban agrupados en otra cuba para impedirles el contacto con Limbeck, *el Loco*.

La cuba tenía las paredes empinadas y sólidas. Varias aberturas con rejas taladraban los costados. Hugh y Haplo investigaron los barrotes y descubrieron que entraba por ellos aire fresco, impregnado de la humedad de la lluvia, lo que

llevó a los dos hombres a la conclusión de que las rejas daban a unos pozos de ventilación que, finalmente, se abrían al exterior.

—Entonces, ¿sugieres que nos resistamos? —Inquirió al fin Haplo—. Supongo que las naves elfas llevarán una dotación numerosa. Nosotros somos cuatro, contando al chambelán, y un niño. Y entre todos tenemos una única espada; una espada que en este momento se encuentra en manos de los guardianes.

—El chambelán no nos será de ninguna ayuda —gruñó Hugh. Apoyándose cómodamente en la pared de ladrillo de su prisión, sacó la pipa y se la llevó a los labios—. Al primer indicio de peligro, el tipo cae desmayado. Ya lo has visto durante la pelea.

—Una cosa muy extraña, ¿no te parece?

—Sí. El mismo es un tipo muy raro —declaró Hugh.

Haplo recordó la mirada de Alfred tratando desesperadamente de traspasar la venda que cubría las manos del patryn, casi como si supiera lo que ocultaba debajo.

—Me pregunto dónde se habrá metido. ¿Lo viste durante el tumulto?

Hugh movió la cabeza en gesto de negativa.

—Lo único que veía eran gegg, y sólo me ocupé del chico. Pero estoy seguro de que ese chambelán aparecerá. O, más bien, tropezará con nosotros. Alfred no

—

abandonará al príncipe. —*La Mano* señaló con la barbilla a Bane, que estaba charlando con un abatido Limbeck.

Haplo siguió la mirada de Hugh y estudió al geg.

—Siempre nos queda Limbeck y su Unión. Seguro que lucharán por salvarnos, si no a nosotros, al menos a su líder.

—¿De veras lo crees? —Hugh lo miró con aire dubitativo—. Siempre he oído que los gegg tienen el espíritu combativo de un rebaño de corderos.

Hugh volvió de nuevo la vista hacia Limbeck y sacudió la cabeza.

El geg estaba sentado en un rincón, acurrucado, con los hombros hundidos y los brazos colgándole lasos entre las rodillas. El príncipe le estaba hablando pero el geg parecía completamente ausente.

—Limbeck siempre ha tenido la cabeza en las nubes —afirmó Haplo—. No ha visto que se precipitaba contra el suelo y se ha hecho daño en la caída, pero él es quien ha de guiar a su pueblo.

—Estás muy informado de los detalles de esta revuelta —observó Hugh—.

Cualquiera se preguntaría por qué te interesa tanto.

—Limbeck me salvó la vida —respondió Haplo mientras rascaba perezosamente las orejas del perro, que estaba tendido a su lado con la cabeza apoyada en el regazo de su amo—. Me caen bien, tanto él como su pueblo. Como he dicho, conozco algunas cosas de su pasado y me disgusta ver en qué se han convertido —sus suaves facciones se ensombrecieron—. Corderos, creo que los has llamado.

Hugh dio una chupada a su pipa vacía, pensativo y silencioso. La respuesta parecía clara, pero a Hugh le costaba aceptar que Haplo estuviera tan preocupado por un puñado de enanos. El hombre era retraído y discreto, tanto que uno tendía a no hacer caso de su presencia, a olvidar que estaba allí. Y eso, se dijo Hugh, podía ser un gran error. Los lagartos que se camuflan con las rocas lo hacen para cazar mejor las moscas.

—Entonces, tenemos que infundir un poco de determinación en nuestro Limbeck —comentó a Haplo—. Si queremos salvarnos de los elfos, necesitaremos que los gegs nos ayuden.

—Deja el asunto en mis manos —asintió Haplo—. ¿Adonde os dirigíais, antes de veros envueltos en todo esto?

—Me disponía a devolver a ese chico a su padre. A su padre auténtico, el misteriarca.

—Cuánta amabilidad por tu parte —comentó Haplo.

—Hum... —gruñó Hugh, torciendo los labios en una extraña sonrisa.

—Esos magos que viven en el Reino Superior..., ¿por qué abandonaron el mundo inferior? Debían de disfrutar de un gran poder entre tu gente.

—La respuesta depende de a quién se lo preguntes. Los misteriarcas afirman que se retiraron porque habían progresado en cultura y sabiduría y el resto de nosotros, no. Nuestras costumbres bárbaras les disgustaban y no quisieron seguir educando a sus hijos en un mundo malvado.

— ¿Y qué decís a todo eso vosotros, los bárbaros? —inquirió Haplo, sonriendo. El perro se había puesto de espaldas, con las cuatro patas al aire y la lengua colgándole de la boca con aire de embobado placer.

Hugh dio una nueva chupada a la pipa vacía y pronunció su respuesta entre la boquilla de ésta y los dientes que la sostenían.

—

—Nosotros decimos que los misteriarcas se asustaron del creciente poder de los elfos y se largaron. Desde luego, nos dejaron en la estacada. Su partida fue la causa de nuestra decadencia. De no haber sido por una revuelta entre sus propias filas, los elfos aún serían nuestros amos.

—Así pues, esos misteriarcas no serían bien recibidos si regresaran, ¿no es eso?

— ¡Claro que serían bien recibidos! ¡Si del pueblo dependiera, les darían la bienvenida con frío acero! Pero nuestro rey mantiene relaciones amistosas con ellos, o al menos eso he oído. Y el pueblo se pregunta la razón.

Hugh dirigió de nuevo la mirada a Bane. Haplo estaba al corriente de la historia de la suplantación pues el propio príncipe se la había contado, lleno de orgullo.

—Pero los misteriarcas podrían regresar si uno de ellos fuera el hijo del rey humano.

Hugh no respondió a lo que resultaba totalmente obvio. Apartó la pipa de los labios y la guardó de nuevo en el bolsillo. Cruzó los brazos sobre el pecho, apoyó la barbilla en el pecho y cerró los ojos.

Haplo se puso en pie, desperezándose. Necesitaba andar, ejercitar los músculos para quitarse las agujetas. Deambulando por la celda, el patryn meditó sobre todo lo que había oído. Al parecer, le quedaba muy poco trabajo por hacer. Todo el reino estaba maduro y a punto de caer. Su amo no tendría ni que extender la mano para tomarlo. La fruta aparecería podrida en el suelo, a sus pies.

Sin duda, aquélla era la demostración más palpable de que los sartán ya no intervenían en el mundo. ¿O no? El único interrogante era el niño. Bane había evidenciado tener poderes mágicos, pero tal cosa era de esperar en el hijo de un misteriarca de la Séptima Casa. Mucho tiempo atrás, antes de la Separación, la magia de aquellos hechiceros había alcanzado el nivel inferior de la que poseían los

sartán y los patryn. Era probable que, desde entonces, sus poderes hubieran aumentado.

Pero Bane también podía ser un joven sartán, lo suficientemente listo como para no delatarse. Haplo volvió la vista hacia el muchacho, que seguía sumido en una profunda conversación con el afligido Limbeck.

El patryn hizo un gesto casi imperceptible con su mano vendada. El perro, que rara vez apartaba los ojos de su amo, trotó al instante hasta el geg y le propinó un lametón en sus manos laxas. Limbeck alzó la vista y dirigió una débil sonrisa al perro, que, meneando la cola, se instaló cómodamente al lado del geg.

Haplo se dirigió al extremo opuesto de la cuba y se dedicó a mirar por uno de los conductos de aire, aparentemente absorto. Ahora podía escuchar con claridad todo lo que hablaban.

— ¡No puedes abandonar! —Decía el chiquillo—. ¡Ahora, no! ¡La lucha no ha hecho más que empezar!

— ¡Pero yo no pretendía que hubiera ninguna lucha! —Protestó el pobre Limbeck—. ¡Gegs atacando a otros gegs! ¡En toda nuestra historia no se había producido nada semejante, y es todo culpa mía!

— ¡Vamos, deja de lamentarte! —insistió Bane. Notando una extraña sensación en el estómago, echó un vistazo en torno a sí y frunció el entrecejo—. Tengo hambre. No pretenderán dejarnos sin comer, ¿verdad? Me alegraré cuando lleguen los welfos. Yo...

—

El muchacho calló de pronto, como si alguien le hubiera ordenado que cerrara la boca. Haplo miró a hurtadillas por encima del hombro y vio que Bane sostenía en su mano el amuleto de la pluma y se acariciaba la mejilla con ella. Cuando el príncipe volvió a hablar, le había cambiado la voz.

—Tengo una idea, Limbeck —murmuró, inclinándose hacia adelante hasta quedar muy cerca del geg—. ¡Cuando nos marchemos de aquí, puedes venir con nosotros! Verás lo bien que viven los elfos y los humanos allá arriba, mientras los gegs permanecéis aquí abajo, esclavizados. Después podrás regresar y contar a tu gente lo que has visto. Se pondrán furiosos. Incluso ese rey vuestro tendrá que estar de acuerdo contigo. Mi padre y yo te ayudaremos a organizar un ejército para atacar a los elfos y a los humanos...

— ¡Un ejército! ¡Atacar! —Limbeck lo miró, horrorizado, y Bane se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—No te preocupes por eso ahora —dijo, quitándole hierro a la sugerencia de una guerra entre reinos—. Lo importante, de momento, es que puedas ver la verdad.

—La verdad... —repitió Limbeck.

—Sí —afirmó Bane, percibiendo que el geg, por fin, estaba impresionado—. La verdad. ¿No es eso lo que importa? Tú y tu pueblo no podéis seguir viviendo en la mentira. Espera. Acabo de tener una idea. Háblame de ese Juicio que, supuestamente, ha de llegarles a los gegs.

Limbeck adoptó un gesto pensativo y su aire apenado fue difuminándose. Era como si se hubiera puesto las gafas. Todo lo que antes resultaba borroso, podía verlo ahora con claridad: las líneas eran nítidas y los contornos, marcados.

—Cuando se celebre el Juicio y seamos declarados dignos de ello, ascenderemos a los reinos superiores.

— ¡Exacto, Limbeck! —dijo Bane, con aire admirado—. ¡Éste es el Juicio! Todo ha sucedido tal como decía la profecía. ¡Hemos bajado y te hemos encontrado digno y ahora vas a ascender a los reinos superiores!

«Muy astuto, muchacho», se dijo Haplo. «Muy astuto.» Bane ya no tenía el amuleto entre sus dedos. Ya no era su padre quien le dictaba las palabras. Aquello último había sido idea del propio Bane, al parecer. Aquel suplantador era un chiquillo notable, añadió Haplo para sí. Notable..., y peligroso.

—Pero nosotros pensábamos que el Juicio iba a ser pacífico.

— ¿Dónde se afirma tal cosa? —Replicó Bane—. ¿Lo dice la profecía?

Limbeck volvió su atención al perro, le dio unas palmaditas en la cabeza y trató de evitar una respuesta hasta haberse acostumbrado a aquella nueva visión.

— ¿Qué contestas, Limbeck? —lo presionó el príncipe.

El geg siguió acariciando al perro, que permanecía inmóvil entre sus manos.

—Una nueva visión —dijo al fin, levantando la vista—. Eso es. Ya sé qué haré cuando lleguen los welfos.

— ¿Qué? —preguntó Bane, expectante.

—Pronunciaré un discurso.

Esa noche, cuando los carceleros les hubieron llevado la cena, Hugh convocó una reunión.

—No queremos terminar prisioneros de los elfos, ¿verdad? —Explicó el asesino—. Pues bien, tenemos que salir de este lugar y tratar de escapar. Podemos lograrlo..., si los gegs nos ayudan.

Limbeck no le prestaba atención, pues estaba componiendo su discurso.

—

—«Welfos y miembros de la Unión, gegs todos...» No, no me gusta.

«Distinguidos visitantes de otro reino...» Eso está mejor. ¡Ah, me gustaría tener con qué ponerlo por escrito! —El geg deambulaba arriba y abajo ante sus compañeros de celda, dándole vueltas al discurso y tirándose de la barba distraídamente. El perro trotaba tras él meneando la cola, con aire comprensivo.

Haplo movió la cabeza en gesto de negativa.

—Aquí no busques ayuda.

— ¡Pero, Limbeck, si no sería una gran batalla! —Protestó Bane—. Los gegs superan en número a los elfos. Además, los tomaremos totalmente por sorpresa. Los elfos no me gustan. Me arrojaron de su nave y estuve a punto de morir.

—«Distinguidos visitantes de otro reino...»

Haplo insistió en su planteamiento.

—Los gegs no tienen instrucción ni disciplina. Ni siquiera tienen armas e, incluso si las tuvieran, no podríamos confiar en ellos. Sería como enviar un ejército de niños..., de niños normales —añadió, al ver que Bane montaba en cólera—. Los gegs no están preparados *todavía*.

Sin darse cuenta, Haplo hizo hincapié en esta última palabra, lo cual despertó el interés de Hugh.

— ¿*Todavía*? —repitió.

—Cuando mi padre y yo regresemos —intervino Bane—, pondremos orden entre esos gegs. Atacaremos a los elfos y venceremos. Después nos haremos con el control de toda el agua del mundo, y seremos más ricos y poderosos de lo que es posible imaginar.

Ricos. Hugh se mesó la barba. Un pensamiento cruzó por su cabeza. Si se

producía la guerra abierta, cualquier humano con una nave y el valor para pilotarla por el Torbellino podría hacerse una fortuna con un viaje. Y para ello necesitaría una nave de transporte. Un carguero de agua elfo con una dotación de tripulantes. Sería una lástima destruir a aquellos elfos.

— ¿Y qué será entonces de los gogs? —preguntó Haplo.

— ¡Oh!, nos ocuparemos de ellos —respondió Bane—. Tendrán que combatir mucho mejor de lo que he visto hasta ahora, pero...

— ¿Combatir? —Repitió Hugh, interrumpiendo a Bane a media frase—. ¿Por qué estamos hablando de combatir? —Se llevó la mano al bolsillo, extrajo la pipa y sujetó la boquilla entre los dientes—. ¿Qué tal cantas? —preguntó a Haplo.

—

CAPÍTULO

EL LUGAR DE DESCANSO,

REINO INFERIOR

La mano de Jarre se escurrió, flácida, de entre los dedos de Alfred. La enana era incapaz de moverse; las fuerzas parecían haber abandonado su cuerpo. Encogiéndose, retrocedió contra el arco y se sostuvo en él buscando apoyo. Alfred no pareció darse cuenta y continuó su avance, dejando allí a la geg, temblorosa y asustada, para que lo esperara.

La cámara en la que penetró era inmensa; Jarre no recordaba haber visto en su vida un espacio abierto tan enorme. Un espacio no ocupado por ninguna pieza de la Tumpa-chumpa que girara, martilleara o retumbara. Construidas con la misma piedra lisa y sin marcas que los túneles, las paredes de la cámara despedían una suave luz blanca que empezó a irradiar de ellas cuando Alfred puso el pie en el interior del arco. Gracias a esa luz, Jarre vio los ataúdes. Abiertos en las paredes y cubierto cada uno con un cristal, los ataúdes se contaban por cientos y contenían cuerpos de hombres y de mujeres. Jarre no podía distinguir con claridad los cuerpos, que eran poco más que siluetas recortadas contra la luz. Sin embargo, advirtió que pertenecían a la misma raza que Alfred y los otros dioses que habían llegado a Drevlin. Los cuerpos eran altos y esbeltos y yacían horizontales, con los brazos a los costados.

El suelo de la cámara era amplio y uniforme, y los ataúdes lo rodeaban en hileras que se extendían hasta el techo abovedado, muy alto. La sala en sí estaba totalmente vacía. Alfred avanzó despacio, mirando a su alrededor con gestos evocadores y apesadumbrados, como quien regresa al hogar tras una larga ausencia.

La luz de la estancia se hizo más brillante y Jarre distinguió unos símbolos en el suelo, parecidos en forma y diseño a las runas que habían iluminado su camino hasta allí. Había doce signos mágicos, cada uno de ellos tallado, separado de los demás, sin rozar ni superponerse con ninguno de ellos. Alfred se movió con

—

cuidado entre los símbolos; su figura delgada y desgarbada se desplazó por la cámara vacía en una danza solemne, y las líneas y movimientos de su cuerpo parecieron dibujar cada uno de los símbolos mágicos sobre los que iba pasando. Dio una vuelta completa a la sala, desplazándose sobre el suelo al son de una

música silenciosa. Se deslizó hacia cada runa sin llegar a tocarla, pasando luego a la siguiente, honrándolas una tras otra por turno, hasta que llegó al centro de la cámara. Una vez allí, se arrodilló, puso las manos en el suelo y empezó a cantar. Jarre no entendió lo que decía, pero la canción la llenó de una alegría que resultaba agri dulce porque no contribuía en absoluto a aliviar la terrible tristeza. Las runas del suelo despidieron un brillo más intenso, casi cegador, durante la canción de Alfred. Cuando ésta cesó, el resplandor empezó a desvanecerse y, al cabo de unos momentos, se apagó del todo.

Alfred, de pie en el centro de la sala, lanzó un suspiro. Su cuerpo, que se había movido con tanta gracia durante la danza, volvió a encorvarse y sus hombros se hundieron de nuevo. Luego, miró a Jarre y le dirigió una sonrisa melancólica.

— ¿No estarás asustada todavía? —Dijo, señalando los ataúdes con un débil gesto—. Aquí nadie puede hacerte daño. Ya no. Tampoco es que hubieran querido hacértelo..., al menos, no adrede. —Suspiró de nuevo y, girando sobre sí mismo sin moverse del sitio, paseó su mirada por la estancia—. Sin embargo, ¿cuánto mal hemos hecho sin querer, proponiéndonos lo mejor? No éramos dioses, pero estábamos dotados del poder de los dioses. Y, en cambio, carecíamos de su sabiduría.

Se acercó lentamente y con la cabeza gacha a una hilera de ataúdes situados muy cerca de la entrada, próximos a Jarre. Alfred posó la mano en uno de los paneles de cristal y sus dedos lo tocaron casi en una caricia. Con un suspiro, apoyó la frente en otro ataúd de la hilera superior. Jarre advirtió que este último nicho estaba vacío. Los de alrededor contenían cuerpos y la geg, concentrando en ellos su atención debido al gesto de Alfred, observó que todos ellos parecían jóvenes. Más jóvenes que él, pensó Jarre, contemplando su cabeza calva y su frente alta y redonda, surcada por unas arrugas de ansiedad, preocupación y solicitud tan marcadas que la sonrisa de sus labios no hacía sino resaltarlas.

—Éstos son mis amigos —anunció a Jarre—. Te he hablado de ellos mientras bajábamos. —Acarició con la mano el panel de cristal—. Te he dicho que tal vez no estuvieran aquí, que quizás hubiesen desaparecido, pero en el fondo de mi corazón sabía que no era cierto lo que estaba diciendo. Seguro que estarían aquí. Aquí seguirán para siempre. Porque están muertos, Jarre, ¿lo ves? Muertos antes de su hora. ¡Y yo estoy vivo mucho tiempo después!

Cerró los ojos y se cubrió el rostro con la mano. Un sollozo traspasó el cuerpo delgado y falto de gracia que se apoyaba en los ataúdes. Jarre no entendió de qué le hablaba. No había oído nada acerca de aquellos amigos y no podía ni quería pensar en lo que estaba viendo. Pero Alfred estaba afligido de dolor y su pena le rompía el corazón. Viendo a aquellos jóvenes de hermosas facciones, serenas e intactas y frías como el cristal tras el cual yacían, Jarre comprendió que Alfred no lloraba por uno sino por muchos, entre ellos por él mismo.

La geg se despegó con esfuerzo del arco, avanzó hacia Alfred y deslizó su mano en la de él. La solemnidad, la desesperación, el dolor de aquel lugar y de aquel hombre habían afectado a Jarre profundamente, aunque no llegaría a saber cuánto hasta mucho tiempo después. Avanzada su vida, en un momento futuro de

—
gran crisis en que le parecería que estaba perdiendo lo más valioso para ella, volvería a su recuerdo todo lo que Alfred hombre le había contado: su historia

personal, la de su pueblo y la de sus fracasos.

—Alfred, lo siento.

El hombre la miró, a punto de saltarle las lágrimas. Apretando su manita, musitó algo que Jarre no entendió, pues no lo dijo en el idioma de los geggs ni en ningún otro que se hubiera hablado en el mundo de Ariano desde hacía eras.

—Por eso fracasamos —musitó, pues, en esa lengua antigua—. Pensamos en los muchos..., y nos olvidamos del uno. Y por eso estoy solo. Solo y abandonado para hacer frente, tal vez, a un peligro antiquísimo. El hombre de las manos vendadas —añadió, sacudiendo la cabeza—. El hombre de las manos vendadas... Alfred abandonó el mausoleo sin mirar atrás. Olvidado ya el miedo, Jarre avanzó con él.

Hugh despertó al oír el sonido. Se incorporó, extrajo el puñal de la bota y se puso en acción antes de haberse despertado del todo. Sólo tardó un instante en reconocer dónde estaba: con un parpadeo, despejó de sus ojos la bruma de la somnolencia y ajustó la visión al resplandor mortecino de las lámparas que iluminaban la perpetua actividad de la Tumpa-chumpa.

Volvió a escuchar el sonido y se dijo que había apuntado en la dirección correcta: el ruido procedía del otro lado de una de las rejas situada en las ventanas laterales de la cuba prisión.

Hugh tenía el oído muy agudo y los reflejos muy rápidos. Se había disciplinado a dormir con un sueño muy ligero y, debido a ello, no le gustó nada descubrir a Haplo, completamente despierto, plantado junto al conducto de aire con toda tranquilidad, como si llevara allí horas enteras. El sonido se escuchaba ahora con claridad. Algo o alguien se acercaban, arrastrándose por el suelo y rozando las paredes. El perro, con el pelaje brillante en torno al cuello, volvió el hocico hacia la abertura y emitió un leve gáñido.

— ¡Chist! —siseó Haplo; el animal enmudeció, dio unos pasos en un nervioso círculo y volvió a detenerse bajo el conducto. Al ver a Hugh, Haplo hizo un gesto con la mano, indicándole que cubriera uno de los lados.

Hugh no dudó en obedecer la silenciosa orden. Habría sido una estupidez discutir sobre liderazgos en aquel momento, cuando algo desconocido se acercaba furtivamente al amparo de la noche y los dos hombres sólo tenían sus manos desnudas y un puñal para hacerle frente. Mientras ocupaba su posición, *la Mano* pensó para sí que Haplo no sólo había oído y reaccionado ante el sonido, sino que se había movido con tal sigilo que Hugh, pese a haber escuchado el sonido, no había oído a Haplo.

El sonido se hizo cada vez más audible, más cercano. El perro se puso en tensión y descubrió los dientes. De pronto, se oyó un golpe y un amortiguado « ¡Ay! ».

Hugh se relajó.

—Es Alfred —dijo.

— ¿Cómo ha podido encontrarnos? —murmuró Haplo.

Una cara pálida apareció al otro lado de las rejas.

— ¿Maese Hugh?

—Ese hombre posee una amplia gama de cualidades innatas —apuntó Hugh.

—

—Me gustaría conocer cuáles son —replicó Haplo—. ¿Cómo lo sacamos de ahí? ¿Quién viene contigo? —añadió, escrutando las sombras al otro lado de los

barrotes.

—Una de las glegs. Se llama Jarre.

La geg asomó su cabeza bajo el brazo de Alfred. Al parecer, el espacio donde ambos estaban era muy reducido y Alfred se vio obligado a encogerse hasta quedar prácticamente doblado por la cintura para dejar sitio a su acompañante.

—¿Dónde está Limbeck? —exigió saber Jarre—. ¿Se encuentra bien?

—Está por ahí, dormido. Las rejas están muy firmes por este lado, Alfred. ¿No hay algún perno suelto donde estáis vosotros?

—Voy a ver, maese Hugh, pero será difícil con esta oscuridad. Tal vez si utilizara los pies para empujar los barrotes...

—Buena idea —asintió Haplo, apartándose de la reja con el perro pegado a sus talones.

—Ya era hora de que esos pies le sirvieran para algo —murmuró Hugh, retirándose también hacia la pared de la cuba—. Aunque va a producir un estrépito tremendo.

—Por fortuna, la máquina también organiza un escándalo mayúsculo.

Quédate quieto, perro.

—¡Quiero ver a Limbeck!

—Dentro de un momento, Jarre —contestó la voz apaciguadora de Alfred—.

Ahora, haz el favor de acurrucarte ahí para dejarme sitio.

Hugh escuchó un golpe sordo y vio que la reja se estremecía levemente. Dos golpes más, un gruñido de Alfred y la reja saltó del costado de la cuba y cayó al suelo.

Para entonces, Limbeck y Bane ya estaban despiertos y se habían acercado para contemplar con curiosidad a sus visitantes nocturnos. Jarre fue la primera en pasar al interior de la cuba cárcel, colándose por la abertura con los pies por delante. Cuando éstos tocaron el suelo, corrió hacia Limbeck, le pasó los brazos por el cuello y lo estrechó con fuerza.

—¡Oh, querido! —Dijo la geg en un enérgico susurro—. ¡No puedes imaginar dónde he estado! ¡No lo puedes imaginar!

Limbeck, notándola temblorosa entre sus brazos, le acarició el cabello con cierta perplejidad y le dio unas afectuosas palmaditas en la espalda.

—¡Pero eso no importa ahora! —Continuó ella, volviendo al grave asunto que tenían entre manos—. Los cantores de noticias dicen que el supervisor jefe va a entregaros a los welfos. No te preocupes. Vamos a sacarte de aquí ahora mismo. El conducto de aire que ha encontrado Alfred llega hasta las afueras de la ciudad. No estoy muy segura de adonde iremos cuando hayamos huido de aquí, pero esta misma noche podemos salir de Wombe y...

—¿Te encuentras bien, Alfred? —preguntó Hugh mientras ayudaba al chambelán a evacuar el conducto.

—Sí, señor. —Alfred pasó por la abertura hecho un ovillo, trató de apoyar el peso en las piernas y se derrumbó sobre el suelo hecho un guiñapo—. Es decir, tal vez no —rectificó, sentado en el suelo de la cuba con una expresión dolorida en el rostro—. Temo que me he hecho daño, señor, pero no es nada grave. — Sosteniéndose sobre un pie con la ayuda de Hugh, apoyó la espalda en la pared de la cuba—. Puedo andar.

—Si no eras capaz de hacerlo ni con las dos piernas buenas...

—

—No es nada, señor. La rodilla...

—¿Sabes qué, Alfred? —Lo interrumpió Bane—. ¡Vamos a enfrentarnos a los elfos!

—¿Cómo dices, Alteza?

—No vamos a tener que escapar, Jarre —explicó Limbeck—. Al menos, yo no pienso hacerlo. Me propongo dirigir un discurso a los welfos y solicitarles ayuda y cooperación. Así, los welfos nos conducirán a los reinos superiores y entonces podré ver la verdad, Jarre. ¡Podré verla con mis propios ojos!

— ¡Dirigir un discurso a los welfos! —jadeó Jarre, a quien la asombrosa declaración había dejado sin aliento.

—Sí, querida. Y tú tienes que difundir la noticia entre nuestro pueblo, pues necesitaremos su colaboración. Haplo te dirá lo que debes hacer.

—No pensarás..., pelearte con nadie, ¿verdad?

—No, querida —contestó Limbeck mientras se mesaba la barba—. Vamos a cantar.

— ¡A cantar! —Jarre miró al resto de los presentes con aire de absoluto desconcierto—. Yo..., yo no sé mucho acerca de los welfos. ¿Les gusta la música?

— ¿Qué está diciendo la enana? —Quiso saber Hugh—. ¡Alfred, tenemos que poner en marcha ese plan! Ven aquí y traduce mis palabras. Tengo que enseñarle esa canción antes del amanecer.

—Muy bien, señor —dijo Alfred—. Supongo que te estás refiriendo a la canción de la *Batalla de Siete Campos*.

—Sí. Dile a esa geg que no se preocupe por el significado de las palabras. Tendrán que aprenderla a cantar en idioma humano. Haz que la aprenda de memoria línea por línea y te la repita para estar seguros de que ha captado las palabras. La música no ha de resultarles muy difícil, pues los niños siempre la están tarareando.

—Yo te ayudaré —se ofreció Bane.

Haplo, puesto en cuclillas, acarició al perro, observó la escena y escuchó la conversación sin intervenir.

— ¿Jarre? Es así como te llamas, ¿no? —Hugh se acercó a los dos gegs mientras Bane bailaba a su lado. Bajo la luz vacilante, la expresión de *la Mano* era sombría y severa. Los ojos azules de Bane brillaban de excitación—. ¿Puedes congrega a tu pueblo y hacer que aprenda esta canción y que acuda a la ceremonia? —Alfred se encargó de traducir—. Ese rey vuestro ha dicho que los welfos llegarían hoy a mediodía, de modo que no dispones de mucho tiempo.

— ¡Cantar! —murmuró Jarre con la mirada fija en Limbeck—. ¿De veras te propones irte, subir a esos otros reinos?

Limbeck se quitó las gafas, frotó los cristales en la manga de la camisa y se las volvió a poner.

—Sí, querida. Si a los welfos no les parece mal...

—«Si a los welfos no les parece mal...» —tradujo Alfred, lanzando una expresiva mirada a Hugh.

—No te preocupes por los welfos, Alfred —intervino Haplo—. Limbeck va a pronunciar un discurso.

— ¡Oh, Limbeck! —Jarre, muy pálida, se mordió el labio inferior—. ¿Estás seguro de que debes subir ahí? Yo creo que no deberías dejarnos. ¿Qué hará la Unión sin ti? Si te largas de esta manera..., ¡parecerá que el supervisor jefe ha salido vencedor!

—

—No había pensado en eso —murmuró Limbeck, frunciendo el entrecejo. Se quitó las gafas y empezó a limpiar los cristales. Luego, en lugar de volver a ponérselas, las guardó en el bolsillo con aire ausente. Miró a Jarre y parpadeó como preguntándose por qué la veía tan borrosa—. No sé... Quizá tengas razón tú, querida.

Hugh apretó los dientes con frustración. No sabía qué estaban diciendo, pero advirtió que el geg titubeaba en su decisión y supo que aquello podía costarle la nave y, probablemente, la vida. Se volvió con impaciencia hacia Alfred en busca de ayuda pero el chambelán, renqueante de un pie, parecía encogido y abrumado, como si se sintiera muy triste y desgraciado. Hugh empezaba a reconocer interiormente que debería confiar en Haplo cuando vio que éste, con un gesto de la mano, mandaba al perro hacia la pareja de gegs.

Atravesando el suelo de la caba, el animal se acercó a Limbeck y apoyó el morro en su mano. Limbeck se sobresaltó ante el inesperado contacto con el frío hocico y retiró la mano. Sin embargo, el perro no se apartó y clavó los ojos en él, al tiempo que meneaba lentamente el rabo de un lado a otro. La mirada miope del geg pasó del perro a su amo, atraída por un impulso irresistible. Hugh dirigió una rápida mirada a Haplo para intuir qué mensaje le estaba transmitiendo, pero el rostro del hombre estaba relajado y tranquilo, con su habitual sonrisa apacible. Limbeck acarició al perro, con gesto ausente, mientras sus ojos permanecían fijos en Haplo. Por fin, exhaló un profundo suspiro.

— ¿Querido? —Jarre lo tocó en el brazo.

—La verdad. Y mi discurso. Tengo que pronunciar el discurso. Voy a ir, Jarre, y cuento contigo y con nuestro pueblo para que me ayudéis. ¡Y, a mi regreso, cuando haya visto la verdad, empezaremos la revolución!

Jarre advirtió en la voz de Limbeck el tono terco que ya conocía y comprendió que era inútil discutir con él. Además, ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. Una parte de ella estaba excitada ante la perspectiva de lo que se proponía hacer Limbeck, pues aquello era realmente el inicio de la revolución. Pero, esto significaba su separación y Jarre no se había dado cuenta hasta aquel momento de lo mucho que amaba a aquel geg.

—Podría acompañarte —propuso, pues.

—No, querida —respondió Limbeck, mirándola con cariño—. Marcharnos los dos no serviría de nada. —Dio un paso adelante y llevó las manos hacia donde sus miopes ojos creyeron que Jarre tenía sus hombros. Ella, acostumbrada al gesto, se acercó un poco para colocarse donde Limbeck creía que estaba—. Tú debes preparar al pueblo para mi regreso.

— ¡Lo haré!

El perro, asaltado por un súbito escozor, se sentó para rascarse con una de las patas traseras.

—Empieza a enseñarle la canción, maese Hugh —propuso Alfred.

Traducido por el chambelán, Hugh dio las instrucciones pertinentes a Jarre, le enseñó la canción y volvió a encaramarla al conducto de aire. Limbeck se acercó a la abertura y, antes de que Jarre se marchara, extendió la mano para asir la de ella.

—Gracias, querida. Estoy seguro de que esto es lo mejor.

—Sí, yo también lo estoy.

Para ocultar el nudo que tenía en la garganta, Jarre se inclinó y estampó un tímido beso en la mejilla de Limbeck. Agitando la mano, se despidió de Alfred,

—
quien le respondió con una solemne reverencia; tras esto, la geg dio media vuelta rápidamente y empezó a ascender por el conducto de aire.

Hugh y Haplo levantaron la reja y la colocaron en su sitio como mejor pudieron, utilizando los puños como martillos.

—¿Te has hecho mucho daño, Alfred? —preguntó Bane, luchando contra el sueño y las ganas de volver a la cama, por si se perdía algo importante.

—No, Alteza. Te agradezco tu interés.

Bane asintió con un bostezo.

—Creo que voy a acostarme, Alfred. No para dormir, que quede claro; sólo para descansar.

—Deja que te arregle las mantas, Alteza. —Alfred echó una rápida mirada a hurtadillas hacia Hugh y Haplo, que seguían golpeando la reja—. ¿Te molesta que te haga una pregunta?

Bane bostezó hasta que le crujieron las mandíbulas. Con los párpados casi cerrados, se dejó caer al suelo de la cuba y respondió, soñoliento:

—Claro que no.

—Alteza... —Alfred bajó la voz y mantuvo los ojos fijos en la manta que, como de costumbre, retorció y arrugaba con torpeza entre sus manos sin conseguir arreglarla—, cuando miras a ese tal Haplo, ¿qué ves?

—Veo a un hombre. No muy agradable, pero tampoco repulsivo como Hugh. Ya que me lo preguntas, ese Haplo no es nada especial. ¡Eh, Alfred!, ya estás montando un lío con esa manta, como siempre.

—No, Alteza. Ahora lo soluciono. —El chambelán continuó maltratando la manta—. Volviendo a mi pregunta, no era a eso a lo que me refería.

Alfred hizo una pausa y se humedeció los labios. Sabía que, sin duda, su siguiente pregunta daría qué pensar a Bane; con todo, también consideraba que no tenía otra elección, dadas las circunstancias. Tenía que descubrir la verdad.

—¿Qué es lo que ves con..., con tu visión especial?

Bane abrió los ojos como platos y luego los entrecerró, con un destello de astucia y perspicacia. El brillo de inteligencia desapareció de ellos tan deprisa, enmascarado por la falsa mueca de inocencia, que Alfred lo habría creído producto de su imaginación si no lo hubiera visto ya en ocasiones anteriores.

—¿Por qué lo preguntas, Alfred?

—Por pura curiosidad, Alteza. Sólo por eso.

El chiquillo lo observó con aire especulativo, calculando tal vez cuánta información más podría conseguir del chambelán con halagos. Quizás estaba sopesando si sacaría más diciendo la verdad, mintiendo o combinando ambas cosas de la manera más conveniente.

El príncipe dirigió una cauta mirada furtiva a Haplo, se inclinó hacia Alfred y añadió en tono confidencial:

—No veo nada.

Alfred se sentó en cuclillas, con un gesto de preocupación en su rostro contraído y agobiado, y miró intensamente a Bane tratando de determinar si el muchacho era sincero o no.

—Sí —continuó Bane, tomando la mirada por otra pregunta—. No veo nada. Y sólo conozco a otra persona con la que me suceda lo mismo: tú, Alfred. ¿Qué deduces de ello?

El muchacho lo miró con unos ojos luminosos, resplandecientes. De pronto, la manta pareció extenderse sola, lisa y perfecta, sin la menor arruga.

—

—Ya puedes acostarte, Alteza. Parece que mañana nos espera otro día emocionante.

—Te he hecho una pregunta, Alfred —insistió el príncipe mientras se acostaba, obediente.

—Sí, Alteza. Debe de ser una coincidencia. Nada más.

—Supongo que tienes razón, Alfred.

Bane le dirigió una dulce sonrisa y cerró los ojos. La sonrisa se mantuvo en sus labios; el muchacho debía de estar riéndose de alguna gracia íntima.

Alfred se dio un masaje en la rodilla y llegó a la conclusión de que, una vez más, había metido la pata. Le acababa de dar una pista a Bane y antes, contraviniendo todas las órdenes expresas al respecto, había conducido a un ser de otra raza a la cámara del mausoleo y le había permitido salir de nuevo. De todos modos, se dijo, ¿tenía aquello alguna importancia, todavía? ¿De veras importaba?

No pudo evitar una mirada a Haplo, que se estaba preparando para pasar la noche. Ahora, Alfred sabía la verdad; sin embargo, se resistió a aceptarla. Se dijo a sí mismo que era una coincidencia. Bane no conocía a todas las personas del mundo. Podía haber muchas cuya vida pasada resultara invisible a sus facultades clarividentes.

El chambelán vio que Haplo se acostaba, vio que le daba unas palmaditas al perro y vio que el animal adoptaba una posición protectora al costado de su amo.

«Tengo que asegurarme —pensó—. Tengo que salir de dudas y así se tranquilizará mi mente. Y podré burlarme de mis temores.»

O podría prepararse para hacerles frente.

No, era mejor que dejara de pensar así. Bajo las vendas sólo encontraría llagas, como el hombre había dicho.

Alfred esperó. Limbeck y Hugh volvieron a sus camas y *la Mano* dirigió una mirada hacia el chambelán. Éste fingió dormir. El príncipe parecía profundamente dormido, pero no estaría de más asegurarse. Limbeck permanecía despierto, con la vista fija en el techo de la cuba, asustado y preocupado, repasando mentalmente todas sus resoluciones. Hugh apoyó la espalda en la pared de la cuba y, sacando la pipa, la sostuvo entre sus dientes y miró al vacío con aire sombrío.

El chambelán no disponía de mucho tiempo. Se apoyó sobre un codo, con los hombros hundidos y la mano junto al cuerpo, y se volvió hacia Limbeck.

Levantando los dedos índice y corazón, dibujó entonces un signo en el aire.

Musitando la runa, volvió a dibujar los trazos. Limbeck bajó los párpados, los alzó, le volvieron a caer y, tras unas vibraciones, quedaron definitivamente cerrados e inmóviles. La respiración del geg se hizo rítmica y pausada. Con movimientos ágiles y sigilosos, Alfred se volvió ligeramente hasta quedar de cara a *la Mano* y repitió el signo mágico. La cabeza de Hugh cayó hacia adelante. La pipa se deslizó de sus labios y resbaló hasta el regazo. A continuación, Alfred miró a Bane y dibujó la runa una vez más; si el chiquillo estaba despierto todavía, con esto quedaría dormido al instante.

Por fin, vuelto hacia Haplo, Alfred trazó el signo mágico y susurró las mismas palabras, pero esta vez con más concentración, con más fuerza.

Por supuesto, el perro era muy importante pero, si las sospechas de Alfred respecto al animal eran acertadas, todo saldría bien.

—

Se obligó a esperar pacientemente unos momentos más, para permitir que el encantamiento sumiera a todo el mundo en un sueño profundo. Nadie se movió. Todo estaba en silencio.

Alfred se puso en pie lenta y cautelosamente. El hechizo era poderoso; hubiera podido echar a correr por la cuba gritando, batiendo tambores y haciendo sonar las cornetas, y ninguno de los presentes habría pestañeado siquiera. Pese a ello, sus propios temores irracionales lo contenían, atenazaban sus pasos. Avanzó con sigilo y agilidad, sin asomo de cojera pues el dolor de la rodilla había sido fingido. Aun así, a juzgar por la lentitud de sus movimientos, el dolor podría haber sido auténtico y la herida, realmente debilitadora. Notaba los latidos del corazón en el cuello y tenía los ojos llenos de chiribitas que le oscurecían la visión.

Se obligó a continuar. El perro estaba dormido, con los ojos cerrados; de lo contrario, Alfred no habría podido acercarse a su amo. Sin atreverse a respirar, luchando contra unos espasmos en el pecho que lo dejaban sin aliento, el chambelán se arrodilló junto a la figura dormida de Haplo. Alargó una mano tan temblorosa que apenas consiguió guiarla hacia donde debía ir y se detuvo. En aquel instante, habría rezado una plegaria si hubiera habido algún dios cerca para oírla. Pero allí sólo estaba él.

Apartó las vendas que envolvían la mano de Haplo.

Allí, tal como había sospechado, estaban los símbolos mágicos.

Los ojos de Alfred se llenaron de unas lágrimas que le escocían y le impedían ver con claridad. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para volver a cubrir la piel tatuada con la venda para que Haplo no advirtiera que había hurgado en ella. Sin apenas ver por dónde iba, Alfred regresó a trompicones hasta su manta y se dejó caer en ella. Cuando su cuerpo tocó el suelo, le dio la impresión de que no se detenía, sino que seguía cayendo y cayendo en espiral por un oscuro pozo de inexpressable horror.

—

. «En armonía con los elementos», en elfo. (N del a.)

CAPITULO

EN CIELO ABIERTO,

SOBRE EL TORBELLINO

El capitán de la nave elfa *Carfa'shon* era miembro de la familia real. No un miembro muy importante, pero un miembro en cualquier caso, hecho del cual se sentía extraordinariamente consciente y así se lo hacía sentir también a quienes lo rodeaban. Con todo, había una pequeña cuestión acerca de aquella sangre real que nunca era aconsejable sacar a relucir, y era su desafortunada relación de parentesco con el príncipe Reesh'ahn, el líder de la rebelión que había estallado entre los elfos.

En los prósperos tiempos de antaño, el capitán solía proclamar modestamente que era nada menos que primo quinto del elegante, joven y guapo príncipe elfo. Ahora, tras la desgraciada actuación de Reesh'ahn, el capitán Zankor'el aseguraba a la gente que era apenas un primo quinto del hombre, y eso parecía poner un par

de primos más de por medio.

Siguiendo la costumbre y tradición de toda la estirpe real elfa, tanto rica como pobre, el capitán Zankor'el servía a su pueblo trabajando dura y enérgicamente durante su vida. Y, siguiendo asimismo la tradición de la realeza, esperaba continuar sirviendo a los elfos en el momento de su muerte. A los señores y damas de sangre real no se les permite pasar apaciblemente al olvido eterno cuando les llega la hora, sino que sus almas son capturadas antes de que puedan alejarse aleteando para pasar el tiempo futuro en los eternos prados primaverales. Las almas de la estirpe real son mantenidas entonces en estasis por los magos elfos, que emplean la energía de las almas para llevar a cabo su magia. Debido a ello, es necesario que los magos acompañen constantemente a los miembros de la familia real, dispuestos en todo momento —de día y de noche, en la paz y en mitad de una feroz batalla— para hacerse cargo del alma si se produce la muerte. Los hechiceros destinados a tal deber tienen un título oficial, *weesham*, por el que se los nombra entre la alta sociedad elfa. En cambio, entre todos los demás se los conoce por *geir*, palabra cuyo antiguo significado era «buitre».

—
. Algunas opiniones consideran que la orden de los monjes kir pudo desarrollarse entre los humanos como una forma corrupta de las Sombras Élficas. Los monjes kir constituyen una organización cerrada y secreta, por lo que se niegan a hablar de sus orígenes. La leyenda, por su parte, dice que la organización fue fundada por un grupo de magos humanos que se proponía descubrir el secreto de la captura de almas. Los magos no consiguieron su propósito, pero la orden que fundaron se mantuvo. Se permitió el acceso a ella de humanos normales —los no poseedores de facultades mágicas— y, con el transcurso del tiempo, los monjes pasaron del intento de burlar a la muerte, a rendirle adoración. (N. del a.)

El *geir* sigue al elfo de sangre real desde la infancia hasta la vejez, sin abandonarlo nunca. Al nacer, al niño se le adjudica un *geir* y éste lo ve dar los primeros pasos, viaja con él durante los años de aprendizaje, vigila junto a su cama todas las noches (incluso la de bodas) y lo asiste en la hora de la muerte. Los magos que aceptan esta tarea —que, entre los elfos, ha adquirido un carácter sagrado— son sometidos a un meticuloso aprendizaje. Se les estimula a desarrollar una estrecha relación personal con aquel sobre el cual extienden la sombra negra de sus alas. El o la *geir* no puede casarse, de modo que el pupilo se convierte en toda su vida, ocupando el lugar del marido, la esposa y el hijo. Como los *geir* son de más edad que sus pupilos (por lo general están entre los veinte y treinta ciclos cuando aceptan la responsabilidad de los niños), suelen asumir el papel adicional de mentor y confidente. Entre la sombra y su pupilo surgen muchas amistades profundas y duraderas. En tales casos, a menudo, los *geir* no sobreviven mucho tiempo a su protegido, sino que envía el alma a la Catedral del Albedo y luego se esconde para morir de pena.

Así pues, los miembros de la familia real viven, desde su nacimiento, con el recuerdo constante de su mortalidad revoloteando en torno a sus hombros. Y han llegado a vanagloriarse de los *geir*. Los magos de la túnica negra denotan la estirpe regia y simbolizan ante los elfos que sus líderes no sólo les sirven en vida, sino también tras la muerte. La presencia del *geir* tiene el efecto adicional de aumentar el poder real. Resulta difícil negarle al rey elfo lo que desea, con la figura de túnica oscura presente siempre a su lado.

Es comprensible que los miembros de la familia real, en especial los más jóvenes, sean un poco alborotados y temerarios y vivan la vida con despreocupación. Las fiestas reales suelen ser acontecimientos caóticos. El vino corre con prodigalidad y la alegría tiene un punto de frenesí, de histeria. Una doncella elfa refulgente, bellamente vestida, baila y bebe, y no se priva de nada que pueda darle placer pero, allí donde vuelva la mirada, tiene que ver a su geir de pie, apoyado en la pared, con los ojos siempre puestos en aquel o aquella cuya vida — y, más importante aún, cuya muerte— le ha sido confiada.

El capitán de la nave elfa de transporte de agua tenía su correspondiente geir y es preciso reconocer que a bordo había más de uno que deseaba que la sombra del primo quinto del príncipe Reesh'ahn diera pronto cumplimiento a su sagrada misión; la mayoría de quienes servían al capitán expresaban (en vo baja) la opinión de que el alma del capitán sería mucho más valiosa para el reino de los elfos si dejara de estar unida a su cuerpo.

Alto, delgado y bien parecido, el capitán Zankor'el sentía una gran consideración personal para consigo mismo y ninguna en absoluto para con aquellos que tenían la manifiesta desgracia de no ser de alto rango, de no ser de estirpe real y, en resumen, de no ser él.

—Capitán...

— ¿Teniente?

—

Esto último siempre sonaba con un ligero retintín de suficiencia.

—Estamos entrando en el Torbellino.

—Gracias, teniente, pero no estoy ciego ni soy tan estúpido como tal vez lo fuera su último y difunto capitán. Viendo las nubes de tormenta, he sido capaz de deducir casi al instante que estábamos en una tormenta. Si quiere, puede pasar el anudo al resto de la tripulación, que quizá no se ha dado cuenta.

El teniente se puso tenso y su piel clara enrojeció hasta un delicado tono carmesí.

— ¿Puedo recordar al capitán con todo respeto que tengo la obligación reglamentaria de informarle de nuestra entrada en cielos peligrosos?

—Puede recordárselo si quiere, pero yo que usted no lo haría, porque al capitán le parece que está usted al borde de la insubordinación —replicó Zankor'el, llevándose a los ojos un catalejo y echando un vistazo por las portillas de la nave dragón—. Ahora, vaya abajo y encárguese de los esclavos. Por lo menos, supongo que para esta tarea estará preparado, ¿verdad, teniente?

El capitán no llegó a pronunciar en voz alta esta última frase, pero quedaba implícita en su tono de voz. Tanto el teniente como los demás tripulantes que se hallaban en el puente escucharon con toda claridad sus mudas palabras.

—Muy bien, señor —respondió el teniente Bothar'in. El tono carmesí había desaparecido de sus mejillas, dejándolas blancas de cólera contenida.

Ninguno de los otros miembros de la tripulación se atrevió a mirar a los ojos al teniente, pues era absolutamente inaudito que se enviara al segundo de a bordo a la cubierta inferior durante un descenso. Siempre era el propio capitán quien se encargaba de aquella arriesgada maniobra, ya que el control de las alas era fundamental para la seguridad de la nave. Se trataba de un puesto peligroso durante un descenso (el anterior capitán había perdido la vida allí abajo), pero un buen comandante ponía la seguridad de la nave y de la tripulación por encima de

la suya y por ello, al ver que era el teniente quien bajaba a la cubierta inferior mientras el capitán se quedaba en el puesto más cómodo, en el puente, la tripulación elfa no pudo evitar intercambiar unas miradas sombrías.

La nave dragón se sumergió en la tormenta. Los vientos empezaron a sacudir el casco y en torno a él estallaron los relámpagos, casi cegadores, acompañados de unos truenos ensordecedores. En la cubierta de los galeotes, los esclavos humanos, sujetos a los correajes que los unían a las alas mediante cables, luchaban con todas sus energías para mantener derecha la nave y continuar el vuelo a través de la tormenta. Las alas habían sido cerradas lo más posible, reduciendo su efecto mágico para posibilitar el descenso. Sin embargo, las alas no podían plegarse del todo pues, de hacerlo, la magia dejaría de actuar por completo y la nave se desplomaría sin control hasta estrellarse en la superficie de Drevlin. Así pues, era preciso mantener un delicado equilibrio durante la maniobra, que era una tarea sencilla cuando el tiempo era bueno y despejado pero que entrañaba dificultades extremas en mitad de una furiosa tormenta.

— ¿Dónde está el capitán? —preguntó el contraмаestre.

—Yo me encargaré de la maniobra aquí abajo —respondió el teniente.

El contraмаestre echó un vistazo al rostro tenso y pálido del teniente, observó sus mandíbulas encajadas y sus labios apretados y comprendió la situación.

—Tal vez no sea pertinente que diga esto, señor, pero me alegro de que esté aquí usted, en lugar de él.

—

—Tiene razón, contraмаestre, su comentario no es pertinente —respondió el teniente mientras ocupaba su posición delante de los galeotes.

Prudentemente, el contraмаestre no dijo nada más, pero cruzó una mirada con el mago de la nave, cuya tarea consistía en mantener la magia en funcionamiento. El mago se encogió de hombros y el contraмаestre sacudió la cabeza en gesto de negativa. Tras ello, los dos se dedicaron a sus respectivas tareas, que eran lo bastante complicadas como para exigir toda su atención. Arriba, el capitán Zankor'el permanecía firme en la oscilante cubierta, con las piernas abiertas, contemplando a través del catalejo la masa de nubes que se arremolinaba debajo de la nave. El geir estaba sentado a su lado en una silla de cubierta; demudado de terror y mareado hasta la náusea, el mago se agarraba a todo lo que alcanzaban sus manos como si en ello le fuera la vida.

—Ten, weesham. Creo que he visto los Escollos Flotantes. Sólo ha sido un momento, en el ojo de ese remolino de nubes. ¿Quieres echar un vistazo? —añadió, ofreciéndole el catalejo.

— ¡No lo permitan las almas de nuestros antepasados! —replicó el hechicero con un escalofrío. Ya era suficientemente terrible tener que viajar en aquel frágil artefacto de piel, madera y magia, para encima tener que mirar por dónde se desplazaban—. ¿Qué ha sido eso?

El hechicero levantó la cabeza con gesto alarmado y en su mentón afilado, desprovisto de barba, apareció un temblor. Abajo, en la cubierta de los galeotes, acababa de resonar un perceptible crujido. La nave cabeceó de pronto y el capitán perdió el equilibrio.

— ¡Maldito sea ese Bothar'in! —masculló Zankor'el—. ¡Le abriré un expediente por esto!

—Si aún está vivo —acotó el pálido hechicero con un jadeo.

— ¡Por su bien, será mejor que no lo esté! —exclamó el capitán, incorporándose.

Entre la tripulación se cruzaron nuevas miradas y un joven elfo imprudente llegó a abrir la boca para replicar, pero un compañero le dio un codazo en las costillas justo a tiempo y el joven tripulante se tragó sus palabras sediciosas. Durante un aterrador instante, la nave pareció quedar fuera de control y a merced del viento. Se desplomó vertiginosamente y estuvo a punto de volcar por impulso de una violenta ráfaga de aire. Una corriente ascendente la elevó a continuación, para dejarla caer de nuevo. El capitán gritó maldiciones y órdenes contradictorias a la cubierta inferior, pero se cuidó mucho de abandonar la seguridad del puente. El geir se encogió en un rincón y la expresión de su rostro pareció dar a entender que ojalá hubiera escogido otra ocupación en su vida. Por fin, la nave se enderezó y alcanzó el centro del Torbellino, donde reinaba la calma y lucía el sol, y donde, por contraste, el remolino de nubes que lo circundaba parecía mucho más negro y amenazador. Allá abajo, en Drevlin, los Escollos Flotantes titilaban brillantes bajo los rayos solares. Construidos por los dictores con el propósito de estar permanentemente enfocados hacia el ojo de la eterna tormenta, los Escollos Flotantes eran el único lugar del continente donde los gegas podían alzar la vista y contemplar el rutilante firmamento, y sentir el calor del sol. No es de extrañar, pues, que aquél fuera para los gegas un lugar sagrado, y más aún por el hecho de que allí se producía el descenso mensual de los «welfos».

—
. *Término empleado por los elfos para referirse a los humanos. (N. dela.)*

Tras un breve intervalo, durante el cual la respiración se hizo más relajada y muchos rostros pálidos recuperaron el color, el teniente hizo acto de presencia en el puente. El joven imprudente tuvo la osadía de entonar unos vítores que provocaron una mirada malévola del capitán, y el joven elfo comprendió que le quedaba poco tiempo como tripulante en aquella nave.

—Bien, ¿qué estragos has causado ahí abajo, además de haber estado a punto de matarnos a todos? —exigió el capitán.

Al teniente le corría un reguero de sangre por el rostro, tenía sus rubios cabellos salpicados de coágulos y manchas del rojo líquido y sus mejillas mostraban un tono ceniciento, con los ojos nublados por el dolor.

—Se soltó un cable, señor, y el ala derecha se deslizó. Ya hemos aparejado provisionalmente un nuevo cable y volvemos a tener el control de la nave. El teniente Bothar'in no hizo mención de la caída contra la cubierta, de su esfuerzo hombro con hombro junto a un esclavo humano, ambos luchando desesperadamente para recuperar el dominio del ala y salvar las vidas de todos. No era preciso explicar tales cosas. La experimentada tripulación era consciente de la lucha a vida o muerte que se había desarrollado bajo sus pies. Tal vez el capitán también, pese a no haber comandado nunca una nave hasta aquel viaje, o quizá lo vio reflejado en el rostro de los tripulantes. Por eso no se lanzó a una diatriba contra el teniente y su incompetencia, sino que se limitó a preguntar:

— ¿Ha muerto alguna de las bestias?

Al teniente se le ensombreció la expresión.

—Un humano ha resultado gravemente herido, señor: el esclavo al que se le rompió el cable. Ha salido despedido y se ha estrellado contra el casco. El cable se le ha enroscado a la cintura y casi lo parte en dos antes de que pudiéramos liberarlo.

—Pero no ha muerto, ¿no es eso? —El capitán levantó una ceja perfectamente depilada.

—No, señor. El mago de a bordo se está ocupando de él ahora.

— ¡Tonterías! Es una pérdida de tiempo. Que lo arrojen por la borda. Hay muchas más bestias como ésa en el lugar del que ha salido.

—Sí, señor —respondió el teniente con la mirada fija en algún punto inconcreto a la izquierda del hombro del capitán.

Una vez más, los ojos almendrados de los tripulantes elfos intercambiaron miradas con disimulo. Para ser sinceros, debe reconocerse que ninguno de ellos sentía el menor amor por los esclavos humanos. Con todo, aquellos humanos gozaban al menos de un cierto respeto, reconocido de mala gana, por no hablar del hecho de que la tripulación había decidido, perversamente, tomar partido siempre por aquel que sufriera los ataques del capitán. Todos los presentes en el puente, incluido el propio capitán Zankor'el, sabían que el teniente no tenía la menor intención de cumplir la orden.

La nave se estaba acercando al punto de encuentro con el Conducto Vital. El capitán Zankor'el no tenía tiempo para hacer una cuestión de aquel asunto, ni podía hacer otra cosa, en realidad, sino bajar y ocuparse en persona de que la orden fuera obedecida. Sin embargo, tal cosa iría en detrimento de su dignidad de comandante y podía salpicarle de sangre el uniforme.

—Eso es todo, teniente.

—*Cada mes, todos los cachivaches y trastos viejos acumulados en las tierras de los elfos son transportados hasta el puerto mediante carretas tiradas por tieros. Una vez allí, se cargan a bordo de la nave y son enviados como recompensa a los fieles y resignados gegs, sin los cuales el Reino Medio no sobreviviría mucho tiempo. (N. del a.)*

Vuelva a sus obligaciones —dijo, pues, y se dio la vuelta catalejo en mano para mirar por las portillas, alzando el artilugio óptico para comprobar si ya estaba a la vista la tubería. No obstante, Zankor'el no olvidó el incidente ni perdonó al teniente.

—Esto le costará la cabeza —murmuró a su geir, que se limitó a asentir, cerró los ojos y pensó en ponerse gravemente enfermo.

Por fin, la tubería del agua fue avistada descendiendo del cielo y la nave elfa se colocó en posición para guiarla y escoltarla. El conducto del agua era muy antiguo y había sido construido por los sartán cuando llevaron a los supervivientes de la Separación al mundo de Ariano, que tenía abundancia de agua en el Reino Inferior pero carecía de ella en los reinos superiores. La tubería era de un metal que no se oxidaba nunca. La aleación seguía siendo un misterio para los alquimistas elfos, que habían pasado siglos tratando de reproducirla. Accionada mediante un enorme mecanismo, la tubería caía por un pozo que atravesaba el continente de Aristagón. Una vez al mes, de forma automática, descendía por cielo abierto hasta el continente de Drevlin.

Aunque el conducto podía bajar por sí solo, era precisa una nave elfa para guiarlo hacia los Escollos Flotantes, donde tenía que ser conectado a un enorme surtidor. Cuando ambas bocas quedaban sujetas, la Tumpa-chumpa recibía una misteriosa señal y abría el paso del agua. Una combinación de fuerzas mágicas y mecánicas enviaban el líquido tubería arriba. Y en lo alto, en Aristagón, los elfos conducían el agua a inmensas cisternas de almacenamiento.

Después de la Separación, elfos y humanos habían convivido en paz en Aristagón y las islas que lo rodeaban. Bajo la dirección de los sartán, las dos razas compartían por igual el líquido vital. Sin embargo, con la desaparición de los sartán, su caro sueño de paz se hizo añicos. Los humanos dijeron que la guerra era culpa de los elfos, que habían caído poco a poco bajo el control de una poderosa facción de hechiceros. Los elfos afirmaron que los responsables eran los humanos, manifiestamente belicosos y bárbaros.

Los elfos, con sus vidas más largas, su población más numerosa y su conocimiento de las artes mágicas, habían demostrado ser los más fuertes y habían expulsado a los humanos de Aristagón, la fuente de agua del Reino Medio. Los humanos contraatacaron con ayuda de los dragones, asaltando las ciudades elfas para robarles el agua o abordando las naves elfas que transportaban el preciado líquido a las islas vecinas bajo el control elfo.

Un transporte de agua como el comandado por el capitán Zankor'el llevaba a bordo ocho enormes toneles de rara madera de roble (obtenida sólo los sartán sabían dónde), ribeteados con aros de acero. Cuando la nave regresaba a las islas elfas, llevaba agua en esos toneles, pero en su viaje de ida los recipientes iban llenos de la chatarra que los elfos daban a los gegs como pago.

Los elfos tenían un desprecio absoluto por los gegs. Si los humanos eran bestias, los gegs eran insectos.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN, REINO INFERIOR

Los sartán construyeron la Tumpa-chumpa, nadie sabe cómo ni por qué. Los magos elfos habían hecho hacía tiempo un estudio minucioso de la máquina, del que sacaron en conclusión un montón de teorías, pero ninguna respuesta. La Tumpa-chumpa tenía algo que ver con el mundo, pero ¿qué? El bombeo de agua a los reinos superiores era importante, desde luego, pero para los magos resultaba evidente que tal trabajo podría haberlo llevado a cabo una máquina mágica mucho más pequeña y menos complicada (aunque también menos maravillosa).

De todas las construcciones de los sartán, los Levarriba eran las más impresionantes, misteriosas e inexplicables. Nueve brazos gigantes, hechos de latón y acero, se alzaban de la coralita, algunos de ellos a varios menka de altura sobre el suelo. Sobre cada brazo había una mano enorme con los dedos de oro y goznes de latón en todas las articulaciones y en la muñeca. Las manos resultaban visibles a las naves elfas en su descenso y todos cuantos alcanzaban a verlas coincidían en que muñecas y dedos —de un tamaño tal que hubieran podido sostener una de las enormes naves de transporte de agua en la dorada palma— eran móviles.

¿Para qué habían sido diseñadas aquellas manos? ¿Habían cumplido su cometido? ¿Lo estaban cumpliendo todavía? Esto último parecía improbable. Todas, menos una, habían languidecido hasta caer en una agotada rigidez, como la de un cadáver. La única mano que aún poseía vida pertenecía a un brazo más corto que los demás y se erguía en un enorme círculo de brazos que circundaba una extensa zona correspondiente en tamaño, aproximadamente, a la circunferencia del ojo de la tormenta. El brazo corto estaba situado cerca del orificio de salida del agua y tenía la mano extendida y plana, con los dedos juntos

y la palma hacia arriba, formando una plataforma perfecta en la que podía sostenerse en pie quien así quisiera. El interior del brazo estaba hueco, con un pozo en su centro. Un portalón en la base permitía el acceso, y cientos de peldaños

que subían en espiral alrededor del hueco central permitían ascender hasta lo alto a los dotados de buenos pulmones y piernas resistentes.

Aparte de las escaleras, una puerta dorada y bellamente tallada conducía al pozo central del brazo. Entre los gegs corría una leyenda según la cual todo el que entrara por la puerta sería aspirado hasta la cima con la fuerza y velocidad del agua que surgía del geiser, y de ahí el nombre que daban los gegs a los artefactos, «Levarriba», aunque no se guardaba recuerdo de nadie que se hubiera atrevido a abrir la puerta dorada.

Allí, en aquel brazo, el supervisor jefe, el ofinista jefe y otros gegs considerados dignos de compartir el honor se congregaban cada mes para dar la bienvenida a los welfos y recibir su pago por los servicios prestados. Todos los gegs de la ciudad de Wombe y los que acudían en peregrinación de sectores vecinos de Drevlin se aventuraban bajo la furiosa tormenta para reunirse en torno a la base de los brazos, observando el cielo y esperando que cayera de éste el soldo, como se lo conocía. Durante la ceremonia, se producían frecuentes heridos entre los gegs, pues nunca se sabía qué podía caer de los toneles de las naves welfas. (En cierta ocasión, un voluminoso sofá de terciopelo con patas como garras había acabado con una familia entera.) Pese a ello, todos los gegs estaban de acuerdo en que el riesgo merecía la pena.

La ceremonia de aquella mañana estaba especialmente concurrida, pues los cantores de noticias y el misor-ceptor habían corrido la voz de que Limbeck y sus dioses que no lo eran iban a ser entregados a los dioses que sí lo eran, los welfos. El supervisor jefe, que esperaba problemas, parecía bastante desconcertado al observar que no se producían. La multitud, que había apretado el paso entre la coralita aprovechando un respiro entre tormenta y tormenta, estaba tranquila y en orden. Demasiado tranquila, pensó el supervisor jefe mientras avanzaba chapoteando entre los charcos.

A su lado marchaba el ofinista jefe, cuyo rostro era el retrato de la indignación más hipócrita. Tras ellos venían los dioses que no lo eran. Considerando su situación, se tomaban las cosas bastante bien. También ellos guardaban silencio; incluso Limbeck, el agitador, quien parecía, al menos, amansado y serio. Su actitud proporcionó al supervisor jefe la satisfacción de pensar que, por fin, el joven rebelde había aprendido la lección.

Los brazos apenas podían distinguirse entre las veloces nubes, con su acero y su metal despidiendo reflejos de la luz solar que únicamente brillaba en aquel lugar de todo Drevlin. Haplo los observó con indisimulado asombro.

—En nombre de la creación, ¿qué es eso?

Bane también los contemplaba boquiabierto y con los ojos como platos. Hugh explicó en breves palabras lo que sabía de los brazos; es decir, lo que había oído comentar sobre ellos a los elfos y que se reducía a casi nada.

—¿Entendéis ahora por qué resulta tan frustrante? —Dijo Limbeck, despertando de sus preocupaciones y contemplando casi con enfado los Levarriba que centelleaban en el horizonte—. Sé que si los gegs reuniéramos nuestros conocimientos y analizáramos la Tumpa-chumpa, comprenderíamos el cómo y el

porqué. Pero no quieren. Sencillamente no quieren.
Irritado, dio un puntapié a un fragmento suelto de coralita y lo envió rodando por el suelo.

—
. *Conocido entre los humanos como gaita. (N, del a.)*

El perro, animado, se lanzó a perseguirlo dando alegres saltos entre los charcos. Los gardas que rodeaban a los prisioneros echaron miradas nerviosas al animal.

—El «porqué» es un arma peligrosa —comentó Haplo—. Desafía los usos antiguos a los que uno está acomodado; obliga a la gente a pensar en lo que hace, en lugar de llevarlo a cabo mecánica y estúpidamente. No es extraño que tus congéneres le tengan miedo.

—Creo que el peligro no está tanto en preguntarse el «porqué» como en creer que ha topado uno con la única respuesta —intervino Alfred, casi como si hablara consigo mismo.

Haplo lo oyó y pensó que era una sentencia bastante extraña para proceder de un humano. Aunque aquel Alfred era, en efecto, un humano muy extraño. La mirada del chambelán ya no se volvía furtivamente hacia las manos vendadas del patryn. Al contrario, parecía evitar mirarlas y también parecía evitar en lo posible el roce con él. Alfred parecía haber envejecido durante la noche. Las arrugas de preocupación eran más hondas y unas marcadas ojeras cubrían las bolsas de piel bajo sus párpados. Era evidente que había dormido poco o nada, aunque ello tal vez no fuera insólito tratándose de un hombre que iba a afrontar una batalla por su vida esa mañana.

Haplo se tocó las vendas, pensativo, para cerciorarse de que los reveladores signos mágicos tatuados en su piel estaban a cubierto. Mientras lo hacía, se vio obligado a preguntarse por qué razón el gesto le parecía, de pronto, vacío e inútil.

—No te preocupes, Limbeck —dijo Bane en voz muy alta, olvidando que estaban alejándose del estruendo de la enorme máquina—. ¡Cuando lleguemos junto a mi padre, el misteriarca, él tendrá todas las respuestas!

Hugh no sabía que acababa de decir el chiquillo, pero vio que Limbeck fruncía el entrecejo y echaba una mirada de temor hacia los guardianes, y advirtió que éstos observaban con suspicacia al príncipe y a sus compañeros. Sin duda, Bane había dicho alguna inconveniencia. ¿Dónde diablos estaba Alfred? Se suponía que debía ocuparse de su príncipe...

Se volvió, dio un golpe en el brazo al chambelán y, cuando éste alzó la mirada, *la Mano* le señaló al muchacho. Alfred parpadeó como si por un momento se preguntara quién era, pero enseguida reaccionó. Apretando el paso, resbalando y tropezando, y moviendo los pies en direcciones que uno no hubiera creído humanamente posibles, Alfred llegó al lado de Bane y, para distraer su atención, empezó a responder a las preguntas de Su Alteza sobre las armas de fuego. Por desgracia, la mente de Alfred seguía concentrada en el terrible descubrimiento de la noche anterior y no en lo que estaba diciendo. Bane, a su vez, estaba concentrado en hacer cierto descubrimiento y, gracias a las irreflexivas respuestas del chambelán, se estaba acercando mucho a su objetivo.

Jarre y los miembros de la UAPP marchaban tras los gardas, quienes lo hacían a su vez detrás de los prisioneros. Ocultos bajo las capas, mantones y largas barbas llevaban tronadores, tintineadoras, un surtido de bocinas y alguno que otro gemidor de fuelle. En una reunión de la UAPP celebrada apresuradamente

y en secreto avanzada la noche, Jarre había enseñado la canción a sus correligionarios. Siendo una raza amante de la música —los cantores de noticias habían mantenido informados a los gegs durante siglos—, no tuvieron problemas en aprenderla muy pronto. Luego, regresaron a sus casas y la cantaron a sus esposas, hijos y vecinos de confianza, que también la aprendieron. Nadie sabía

—

muy bien por qué cantaban aquella pieza en concreto. Jarre había sido bastante imprecisa al respecto, pues ella tampoco estaba muy segura.

Corría el rumor de que era así cómo luchaban welfos y humanos: cantaban y hacían sonar las bocinas y los demás instrumentos. Cuando los welfos fueran derrotados (y podían serlo, ya que no eran inmortales) serían obligados a entregar más tesoros a los gegs.

Jarre, cuando supo que corría este rumor entre los miembros de la Unión, no lo negó. Al fin y al cabo, era algo parecido a la verdad.

Camino de los Levarriba, sus correligionarios parecían tan ansiosos y entusiasmados que Jarre estaba convencida de que los gardas leerían sus planes en los ojos radiantes y las sonrisas presumidas de la comitiva —por no hablar del hecho de que quienes portaban los instrumentos tintineaban, tronaban y en ocasiones gemían de la manera más misteriosa—. Al entender de los gegs, perturbar la ceremonia era en cierto modo un acto de justicia, pues aquellos rituales mensuales con los welfos eran un símbolo del trato de esclavos que recibía el pueblo geg. Quienes vivían en Drevlin —la mayoría de ellos pertenecientes al mismo truno que el supervisor jefe— eran los únicos que recibían con regularidad el soldo mensual y, aunque el supervisor jefe insistía en que todos los gegs podían acudir a reclamar el suyo, tanto él como el resto de moradores de Drevlin sabían que los gegs estaban atados a la Tumpa-chumpa y que sólo un puñado de ellos —y, en su mayor parte, ofinistas— podían abandonar su servidumbre el tiempo suficiente para complacerse con la visión de los welfos y para conseguir una parte de la recompensa que éstos entregaban en sus visitas.

Los gegs, muy exaltados, marchaban a la batalla y en sus manos tintineaban, tronaban y gemían las armas. Jarre, avanzando entre ellos, les recordó las instrucciones que les había impartido.

—Cuando los humanos empiecen a cantar, irrumpiremos en las escaleras cantando a voz en grito. Limbeck pronunciará un discurso...

Sonaron algunos aplausos.

—... y, junto con los dioses que no lo son, entrará en la nave...

— ¡Queremos esa nave! —gritaron varios de sus correligionarios.

— ¡No, no! —replicó Jarre con irritación—. Lo que queréis es la recompensa.

Esta vez vamos a conseguir nuestro soldo. Integro.

El aplauso fue ahora multitudinario.

— ¡El supervisor jefe no se llevará esta vez ni un tapete de punto! ¡Limbeck subirá a la nave y viajará en ella a los mundos superiores, donde conocerá la Verdad, y volverá para proclamarla y liberar a su pueblo!

En esta ocasión, no hubo aplausos. Después de la promesa de acceder a la recompensa de los welfos —en especial a los tapetes de punto, de los que había una gran demanda últimamente—, a nadie le importaba ya la Verdad. Jarre se dio cuenta de ello y se entristeció, pues sabía que también apenaría a Limbeck si alguna vez se enteraba.

Pensando en Limbeck, Jarre se abrió paso poco a poco entre la multitud hasta que se encontró caminando detrás de él. Cubriéndose la cabeza con el mantón para que nadie la reconociera, mantuvo sus ojos y sus pensamientos fijos en Limbeck.

Jarre quería acompañarlo; al menos, se decía a sí misma que lo deseaba. Sin embargo, no había protestado demasiado y había guardado completo silencio

—

cuando Limbeck le había dicho que debía quedarse en Drevlin y encabezar el movimiento en su ausencia.

En realidad, Jarre estaba asustada. Al parecer, había espiado por una rendija y había visto fugazmente algún fragmento de la Verdad durante su recorrido por los túneles con Alfred. La Verdad no era algo que uno salía a buscar y encontraba con facilidad. La Verdad era amplia, vasta, profunda e inacabable, y lo único que uno podía esperar era ver una pequeña parte de ella. Y ver esa pequeña parte y confundirla por el todo era falsear tal Verdad.

Pero Jarre había dado su promesa. No podía defraudar a Limbeck, cuando aquello significaba tanto para él. Y también estaba su pueblo, sumido en la mentira. Sin duda, un poco de Verdad lo beneficiaría y no le haría daño.

Los gegas que avanzaban junto a Jarre comentaban lo que harían con su soldó. Jarre permaneció callada, con los ojos clavados en Limbeck; no estaba muy segura de si prefería que sus planes se cumplieran o se vieran frustrados.

El supervisor jefe llegó ante el portalón ubicado al pie del brazo. Vuelto hacia el ofinista jefe, aceptó ceremoniosamente una gran llave, casi mayor que su mano, y la utilizó para abrir el cerrojo.

—Traed a los prisioneros —ordenó, y los gardas condujeron al grupito hacia la puerta.

— ¡Cuidado con el perro! —masculló el ofinista jefe, largando un puntapié al animal, que le olisqueaba los zapatos con gran interés.

Haplo llamó al perro a su lado. El supervisor jefe, su cuñado el ofinista, varios miembros de la guardia personal del supervisor y el grupo de prisioneros penetraron en el Levarriba. En el último momento, Limbeck se detuvo en el umbral y, volviéndose, paseó la mirada por la multitud. Al reconocer a Jarre, la contempló larga e intensamente. La expresión de Limbeck era serena y resuelta. No llevaba puestas las gafas, pero Jarre tuvo la sensación de que la estaba viendo con toda claridad.

Tragándose las lágrimas, Jarre alzó una mano en un amoroso gesto de despedida. La otra mano, oculta bajo la capa, asía su arma: una pandereta.

—

CAPÍTULO

LEVARRIBA, DREVLIN, REINO INFERIOR

—Capitán —informó el teniente tras estudiar el terreno a sus pies—, se observa una cantidad inusual de gegas esperándonos en la Palma.

—No son gegas, teniente —replicó el capitán, con el ojo en el catalejo—. Por su aspecto, yo diría que son humanos.

— ¡Humanos! —El teniente continuó mirando hacia la Palma. Sus manos deseaban vehementemente arrancarle el catalejo al capitán para comprobar lo que decía.

— ¿Qué deduce usted de eso, teniente? —inquirió el capitán.

—Yo diría que problemas, señor. He servido muchos años en esta ruta, y mi padre antes que yo, y jamás he oído hablar de que se haya encontrado a algún humano en el Reino Inferior. Yo le sugeriría... —el teniente se interrumpió, mordiéndose la lengua.

— ¿Sugeriría? —repitió el capitán Zankor'el en tono peligroso—. ¿Usted le *sugeriría* a su comandante? Vamos, teniente, ¿qué sugeriría?

—Nada, señor. No es mi cometido.

—No, no, teniente. Insisto —replicó Zankor'el, con una mirada a su geir.

—Sugeriría que no atracásemos hasta haber descubierto qué sucede.

Era una propuesta perfectamente lógica y razonable, como bien sabía el capitán, pero ello significaba dialogar con los gegs y Zankor'el no conocía una sola palabra del idioma geg. El teniente, en cambio, sí lo hablaba. El capitán llegó de inmediato a la conclusión de que estaba ante otro truco de su subordinado para burlarse de él, ¡del capitán Zankor'el de la familia real, ante los ojos de la tripulación! Bothar'in ya lo había hecho en una ocasión, con su condenada y estúpida heroicidad.

Zankor'el decidió que prefería ver su alma en la cajita con incrustaciones de lapislázuli y calcedonia que el geir llevaba consigo en todo momento, antes que permitir que tal cosa sucediera de nuevo.

—

—No sabía que le dieran tanto miedo los humanos, teniente —contestó, pues—. No puedo tener a mi lado a un hombre asustado en lo que podría ser una situación peligrosa. Vaya a su camarote, teniente Bothar'in, y quédese allí lo que resta de viaje. Yo me ocuparé de las bestias.

Un silencio de perplejidad cayó sobre el puente. Nadie sabía dónde mirar y, por tanto, todos evitaban mirar a cualquier lado. Una acusación de cobardía contra un oficial elfo significaba la muerte a su regreso a Aristagón. Desde luego, el teniente podría hablar en su propia defensa ante el tribunal, pero su único recurso sería denunciar al capitán. Y, si éste era miembro de la familia real, ¿a quién creerían los jueces?

La cara del teniente estaba rígida; sus ojos almendrados no parpadeaban. Un tripulante abatido comentaría más tarde que había visto más vida en muchos cadáveres.

—Como ordene, señor. —El teniente dio media vuelta con marcialidad y abandonó el puente.

— ¡Si hay algo que no voy a tolerar, es la cobardía! —exclamó el capitán Zankor'el—. ¡Que todo el mundo lo tenga presente!

—Sí, señor —fue la respuesta seca y fría de unos hombres que habían servido a las órdenes del teniente en varias batallas contra los elfos rebeldes y contra los humanos, y que conocían mejor que nadie el valor de Bothar'in.

—Que venga el mago de a bordo —ordenó el capitán, observando de nuevo por el catalejo al pequeño grupo congregado en la palma de la mano gigantesca.

Mandaron llamar al mago de a bordo, que apareció de inmediato. Algo aturdido, el hechicero estudió la expresión de los reunidos en el puente como si

quisiera asegurarse de que era cierto el rumor que había oído mientras acudía hacia allí.

Nadie lo miró. Nadie se atrevía a hacerlo. No era preciso: viendo sus caras tensas sus miradas fijas, el mago de a bordo adivinó la respuesta.

—Vamos a tener un encuentro con humanos, mago. —El capitán lo dijo con voz imperturbable, como si no sucediera nada anormal—. Supongo que se habrán repartido silbatos a toda la tripulación.

—Sí, capitán.

—¿Todo el mundo está familiarizado con su uso?

—Creo que sí, señor. El último combate de esta nave fue con un grupo de rebeldes elfos que nos abordó...

—No te he pedido que recites el historial bélico de la nave, ¿verdad, mago?

—No, capitán.

El mago de a bordo no se disculpó. A diferencia de la tripulación, él no estaba obligado a obedecer las órdenes de un capitán de nave. Dado que sólo ellos conocían el empleo adecuado de sus artes misteriosas, los hechiceros eran responsables únicamente de mantener la magia a bordo de las naves. Un capitán insatisfecho con el trabajo de un mago podía presentar acusaciones contra él, pero el hechicero sería juzgado por el Consejo de los Arcanos, no por el Tribunal Naval. Y, en tal juicio, no importaría si el capitán era miembro de la familia real pues todo el mundo sabía quiénes eran los auténticos gobernantes de Aristagón.

—¿La magia funciona? —Prosiguió el capitán—. ¿Está en plena operatividad?

—Los tripulantes sólo tienen que llevarse el silbato a los labios. —El mago de a bordo se puso muy erguido y miró al capitán con aire altivo. Ni siquiera añadió el acostumbrado «señor». Se estaba poniendo en duda su capacidad.

—*Difíciles de encontrar, los grenkos son animales salvajes de gran tamaño, muy apreciados por sus dientes. Dado su escaso número, están protegidos de la caza por una estricta ley elfa. Los grenkos cambian los dientes cada año y las piezas descartadas quedan esparcidas por el suelo de la madriguera del animal. La dificultad de obtenerlas reside en el hecho de que el grenko sólo abandona la madriguera —por lo general, una cueva— una vez al año para ir a buscar pareja, y suele regresar en el plazo de un día. Dotado de una gran inteligencia y un agudo sentido del olfato, el grenko ataca de inmediato a cualquiera que descubra en su cueva. (N. del a.)*

El geir, que también era mago, advirtió que Zankor'el se había excedido en su autoridad.

—Y lo has hecho todo muy bien, mago de a bordo —intervino con voz apaciguadora y zalamera—. Desde luego, comentaré elogiosamente tu trabajo cuando volvamos a puerto.

El mago de a bordo replicó con una sonrisa burlona. ¡Como si le importara mucho la opinión de un geir! Pasarse la vida corriendo tras chiquillos malcriados con la esperanza de atrapar un alma... ¡Eso era casi lo mismo que ser un criado y correr tras un perro faldero con la esperanza de poder recoger sus excrementos!

—¿Nos acompañarás en el puente? —preguntó el capitán con cortesía siguiendo la sugerencia del geir.

El mago de a bordo no tenía intención de moverse de él. Allí estaba su puesto de combate y, aunque en esta ocasión el capitán actuaba con absoluta corrección al formular la invitación, el hechicero decidió tomarla como un insulto.

—Por supuesto —declaró en tono seco y frío. Se acercó a las portillas, observó la Palma y el grupo de gegs y humanos y añadió—: Creo que deberíamos establecer contacto con los gegs y averiguar qué sucede.

¿Sabía el mago que ésta había sido la sugerencia del teniente? ¿Sabía que tal comentario había precipitado la crisis en que se encontraban? El capitán, con sus enjutas mejillas encendidas, le dirigió una mirada furibunda. El mago de a bordo, vuelto de espaldas, no la advirtió. El capitán abrió la boca pero, al percatarse de que su geir movía la cabeza a modo de advertencia, volvió a cerrarla rápidamente. — ¡Esta bien! —Zankor'el estaba haciendo un evidente esfuerzo por contener su cólera. Al escuchar un ruido a sus espaldas, se volvió en redondo y clavó una mirada furiosa en la tripulación, pero todos los hombres parecían concentrados en sus respectivas tareas.

Con una rígida reverencia, el mago de la nave ocupó una posición en la proa, junto al mascarón. Ante él tenía una bocina cónica fabricada con un diente de grenko ahuecado. En el extremo más ancho, el diente llevaba un parche de piel de tiero que amplificaba por arte de magia la voz que se proyectaba en su interior. El sonido surgía con gran potencia por la boca abierta del dragón y resultaba muy impresionante incluso para aquellos que sabían cómo funcionaba. Para los gegs, constituía un milagro.

Inclinado junto al cono, el mago gritó algo en la lengua tosca de los enanos, que sonaba a oídos de los elfos como un matraqueo de piedras en el fondo de un tonel. Mientras lo hacía, el capitán mantuvo una postura rígida, con las facciones pétreas, dando a entender con su actitud que consideraba todo aquello un capricho sin sentido.

Les llegó de abajo un gran griterío: los gegs respondían a su llamada. El mago elfo prestó atención a lo que decían y contestó. Después, se dio la vuelta y miró al capitán.

—

—Resulta muy desconcertante. Por lo que he podido entender, parece que esos humanos han llegado a Drevlin y les han contado a los gegs que nosotros, los «welfos», no somos dioses sino explotadores que hemos tenido esclavizados a los enanos. El rey geg pide que aceptemos a los humanos como regalo y, a cambio, hagamos algo para restaurarnos como divinidades. Sugiere —añadió el mago— que doblemos la cantidad habitual de «obsequios» que les traemos.

El capitán elfo pareció recobrar el buen humor.

— ¡Prisioneros humanos! —Se frotó las manos—. ¡Más aún!, prisioneros que evidentemente han tratado de sabotear nuestros suministros de agua. Un descubrimiento muy valioso. Me valdrá una condecoración. Informa a los gegs que nos satisface el acuerdo.

— ¿Qué hay de su recompensa?

— ¡Bah!, tendrán la cantidad de costumbre. ¿Qué esperan? No traemos más.

—Podríamos prometer que enviaremos otra nave —apuntó el mago, frunciendo el entrecejo.

El capitán enrojeció de cólera.

— ¡Si hiciera un trato semejante, sería el hazmerreír de la Armada! ¿Poner en peligro una nave para llevarle más basura a esos gusanos? ¡Ja, ja!

—Señor, hasta hoy, jamás se había producido nada semejante. Parece que los humanos han descubierto una manera de descender a través del Torbellino y

tratan de perturbar la sociedad geg para su proyecto. Si los humanos consiguieran hacerse con el control de nuestros suministros de agua...

El mago movió la cabeza; las meras palabras parecían incapaces de transmitir la gravedad de la situación.

— ¡Perturbar la sociedad geg! —Zankor'el se echó a reír—. ¡Yo sí que perturbaré su sociedad! Voy a descender y tomar el control de su estúpida sociedad. Es lo que deberíamos haber hecho mucho tiempo atrás. Di a esos gusanos que vamos a quitarles de las manos a los prisioneros. Con eso bastará. El mago de la nave frunció aún más el entrecejo, pero no podía hacer nada más..., al menos de momento. No podía autorizar el envío de una nave con un nuevo cargamento ni se atrevía a formular una promesa que no podía mantener. Con ello sólo empeoraría las cosas. En cambio, podía informar al Consejo de todo aquello de inmediato y recomendar que se adoptara alguna decisión, tanto respecto a la nave extra como a aquel imbécil de capitán.

Hablando por la bocina, el mago formuló la negativa en términos vagos y oscuros que pretendían hacerla pasar por una aceptación salvo que uno se fijara de verdad en lo que decían. Como la mayoría de los elfos, consideraba que los procesos mentales de los gegis eran parecidos al sonido de su idioma: guijarros matraqueando en un barril.

La nave planeó con las alas extendidas, majestuosa y temible. La tripulación elfa, empuñando pértigas, ocupó la cubierta y guió la tubería descendente hasta colocarla con precisión sobre el geiser. Una vez logrado el objetivo, entró en acción la magia. Encajonada en un conducto de luz azul que surgía del suelo, el agua brotaba del orificio y era aspirada por la tubería y transportada a miles de menkas hasta los elfos que la esperaban arriba, en Aristagón. Una vez iniciado este proceso, la nave elfa había completado su objetivo principal. Cuando los tanques de almacenamiento estaban a plena capacidad, el flujo mágico de líquido cesaba y la tubería era izada de nuevo. La nave podía entonces dejar caer su cargamento y

—

regresar o, como en este caso, atracar y perder unos minutos para impresionar a los gegis.

—

CAPTÍTULO

LOS LEVARRIBA, DREVLIN, REINO INFERIOR

Al supervisor jefe no le gustaba nada de aquello. No le gustaba que los prisioneros se estuvieran tomando las cosas con tanta docilidad, no le gustaban las palabras que los welfos estaban dejando caer sobre ellos en lugar de mandar más soldó, y tampoco le gustaban las esporádicas notas musicales que escapaban de la multitud congregada bajo la Palma.

Contemplando la nave, el supervisor se dijo que nunca había visto ninguna que se moviera tan despacio. Escuchó el chasquido del cable que tiraba de las alas gigantescas hacia el casco enorme de la nave, acelerando así su descenso, pero ni siquiera entonces le pareció lo bastante rápido a Darral Estibador, que mantenía la ardiente esperanza de que, una vez que aquellos dioses y Limbeck, *el Loco*,

hubieran desaparecido, la vida retornaría a la normalidad. Si conseguía salir bien librado de los momentos que se avecinaban...

La nave quedó en posición, con las alas recogidas de modo que actuara la magia suficiente para mantenerla a flote en el aire, inmóvil sobre la Palma. Las bodegas de carga se abrieron y los gegas que esperaban abajo recibieron su soldó. Unos cuantos gegas empezaron a vociferar mientras caían los objetos, y los que tenían más vista y sentido comercial se lanzaron sobre las piezas de valor. Sin embargo, la mayoría de los gegas no hizo caso y permaneció donde estaba, mirando hacia lo alto del brazo con tensa, nerviosa (y tintineante) expectación. — ¡Deprisa, deprisa! —murmuró el supervisor jefe.

La apertura de la escotilla se prolongó interminablemente. El ofinista jefe, haciendo caso omiso de todo lo demás, contemplaba la nave dragón con su habitual e insoportable expresión de farisaica santurronería. Darral sintió la tentación de hacerle tragar aquella mueca (junto con su dentadura).

—

— ¡Aquí vienen! —Parloteó el ofinista jefe con excitación—. ¡Aquí vienen! —Se volvió en redondo y miró a los prisioneros con severidad—. ¡Procurad tratar con respeto a los welfos! ¡Ellos, al menos, sí son dioses!

— ¡Lo haremos, no te preocupes! —Respondió Bane con una dulce sonrisa—. Vamos a obsequiarles con una canción.

— ¡Silencio, Alteza, por favor! —lo reprendió Alfred, posando una mano en el hombro del príncipe. Añadió algo en idioma humano que el supervisor jefe no logró entender y echó al muchacho hacia atrás, sacándolo de en medio.

¿De en medio de qué? ¿Y qué era aquella tontería sobre una canción?

Al supervisor jefe no le gustó aquello, tampoco. No le gustó lo más mínimo.

Se abrió la compuerta y la pasarela se deslizó de la amura hasta quedar sujeta con firmeza a las yemas de los dedos de la Palma. Luego apareció el capitán elfo. Plantado en el hueco de la compuerta y contemplando los objetos dispersos a sus pies, el elfo parecía enorme con el traje de hierro profusamente decorado que cubría su cuerpo delgado desde el cuello hasta los dedos de los pies. Su rostro no era visible pues un casco en forma de cabeza de dragón le cubría la testa. Colgada al hombro llevaba una espada ceremonial enfundada en una vaina incrustada de piedras preciosas que pendía de un cinto de seda bordada desgastado por el uso. Viendo que todo parecía en orden, el elfo avanzó con pasos pesados por la pasarela. Al caminar, la vaina le rozaba el muslo produciendo un tintineo metálico. Llegó a los dedos de la Palma, se detuvo y miró en torno a sí. El casco de cabeza de dragón le daba un aire severo e imperioso. El traje de hierro añadía un palmo más de la estatura del elfo, ya de por sí considerable, y le permitía cernerse sobre los gegas y también sobre los humanos. El casco estaba trabajado con tal realismo y resultaba tan atemorizador que incluso los gegas que ya lo habían visto antes lo contemplaban con respeto y espanto. El ofinista jefe se postró de rodillas.

Pero el supervisor jefe estaba demasiado nervioso para mostrarse impresionado.

—Ahora no hay tiempo para esas cosas —masculló, agarrando a su cuñado y obligándolo a incorporarse otra vez—. ¡Gardas, traed a los dioses!

— ¡Maldición! —juró Hugh por lo bajo.

— ¿Qué sucede? —Haplo se acercó a él.

El capitán elfo había descendido ruidosamente hasta los dedos, el ofinista jefe había caído de rodillas y el supervisor lo estaba levantando a tirones. Limbeck, por

su parte, revolvía en ese momento un puñado de papeles.

—El elfo. ¿Ves eso que lleva en torno al cuello? Es un silbato.

—Son una creación de sus hechizos. Se supone que, cuando un elfo lo sopla, el sonido que produce puede anular por arte de magia los efectos de la canción.

—Lo cual significa que los elfos lucharán.

—Sí. —Hugh soltó una nueva maldición—. Sabía que los guerreros los portaban, pero no pensé que los tripulantes de un transporte de agua..., y no tenemos nada con qué luchar, salvo nuestras manos desnudas y un puñal. Nada. Y todo. Haplo no necesitaba armas. Con sólo quitarse las vendas de las manos, y utilizando únicamente la magia, podría haber destruido a todos los elfos a bordo de la nave, o hechizarlos para que hicieran su voluntad o sumirlos en el sopor mediante un encantamiento. Pero le estaba vedado el uso de la magia. El primer signo mágico que trazara en el aire lo identificaría como un patryn, el viejo enemigo que hacía tanto tiempo había estado muy cerca de conquistar el mundo antiguo.

—

«Antes la muerte que traicionarnos. Tienes la disciplina y el valor para tomar tal decisión y posees la habilidad y la astucia precisas para hacerla innecesaria.»

El supervisor jefe estaba ordenando a los guardas que acercaran a los dioses. Los guardas se dirigieron hacia Limbeck, que los apartó con firmeza y cortesía.

Avanzando por propia iniciativa, manoseó sus papeles y exhaló un profundo suspiro.

—«Distinguidos visitantes de otro reino, supervisor jefe, ofinista jefe, colegas de la Unión. Me produce un gran placer...

—Al menos, moriremos luchando —dijo Hugh—. Y contra los elfos. Es un consuelo.

Haplo no tenía que morir luchando, no tenía que morir de ningún modo. No había pensado que la situación resultara tan frustrante.

El misor-ceptor, colocado para transmitir a todos las bendiciones de los welfos, difundía ahora a toda potencia el discurso de Limbeck.

— ¡Haced que calle! —gritó el supervisor jefe.

—« ¡Salvad los grillos!» ... No, esto no puede ser. —Limbeck hizo una pausa.

Sacó las gafas, las montó en la nariz y repasó sus papeles—. « ¡Sacudíos los grilletes!» —corrigió sus palabras. Los guardas se abalanzaron sobre él y lo sujetaron por los brazos.

— ¡Empieza a cantar! —Susurró Haplo—. Tengo una idea.

Hugh abrió la boca y entonó con una voz grave de barítono las primeras notas de la canción. Bane se unió a él y su voz aguda se elevó por encima de la de Hugh en un chillido que taladraba los tímpanos, discordante, pero sin confundir una sola palabra. La voz de Alfred los acompañó temblorosa, casi inaudible; el chambelán estaba pálido de miedo como un hueso calcinado y parecía al borde del colapso.

La Mano que sostiene el Arco y el Puente,

el Fuego que cerca el Trayecto Inclinado...

A la primera nota, los gags al pie del brazo metálico aplaudieron y, enarbolando sus instrumentos, empezaron a soplar, golpear, tintinear y cantar con todas sus fuerzas. Los guardas de la Palma escucharon el cántico de la gente de abajo y dieron muestras de aturdimiento y nerviosismo. Al escuchar las notas de

la odiada canción, el capitán elfo asió el silbato que le colgaba del cuello, levantó la visera del yelmo y se llevó el instrumento a los labios.

Haplo dio una suave palmadita en la testa al perro y, con un gesto de la mano, señaló al elfo.

—Ve a cogerlo —le ordenó.

*... toda Llama como Corazón, corona la Sierra,
todos los Caminos nobles son Ellxman.*

Rápido y silencioso como una saeta en pleno vuelo, el perro se lanzó entre el grupo confuso que ocupaba la Palma y saltó directamente contra el elfo.

El traje de hierro de éste era viejo y arcaico, diseñado sobre todo para intimidar. Era una reliquia de los viejos tiempos en que había que llevar tal indumentaria para protegerse de la penosa dolencia conocida por «las embolias», que afligía a aquellos que ascendían demasiado deprisa desde los Reinos Inferiores

—

a los situados más arriba. Cuando el capitán elfo descubrió al perro, éste ya cruzaba los aires hacia él. En un gesto instintivo, trató de prepararse para el impacto pero su cuerpo, enfundado en la incómoda armadura, no consiguió reaccionar con la debida rapidez. El perro aterrizó en mitad del pecho y el capitán cayó hacia atrás como un árbol podrido.

Haplo se había puesto en movimiento con el perro, seguido a no mucha distancia por Hugh. Los labios del patryn no entonaban ninguna canción, pero *la Mano* cantaba por los dos con su potente voz.

*El fuego en el Corazón guía la Voluntad,
la Voluntad de la Llama, prendida por la Mano...*

— ¡Siervos, uníos! —gritó Limbeck, sacudiéndose de encima a los molestos gardas. Concentrado en el discurso, no prestó atención al caos que lo rodeaba—. Yo mismo ascenderé a los reinos superiores para descubrir la Verdad, la más valiosa de las recompensas...

«Recompensas...», repitió el misor-ceptor.

— ¿Recompensa? —Los glegs a los pies de la Pala se miraron unos a otros—.

¡Ha dicho recompensas! ¡Van a darnos más! ¡Aquí! ¡Aquí!

Los glegs, sin dejar de cantar, avanzaron hacia el portalón de la base del brazo. Una reducida dotación de gardas había recibido la orden de proteger la entrada, pero se vio arrollada por la multitud (más tarde se descubriría desmayado a uno de los hombres, con una pandereta a modo de collar). Los glegs se precipitaron escaleras arriba, entonando siempre la canción

*...la Mano que mueve la Canción del Ellxman,
la Canción del Fuego, el Corazón y la Tierra...*

Los primeros glegs asomaron por la puerta de lo alto del brazo e irrumpieron en la superficie dorada de la Palma, cuyo piso estaba resbaladizo debido al rocío que esparcía el agua al elevarse en el aire. Los glegs patinaron y trastabillaron y algunos estuvieron peligrosamente cerca de caer al vacío. Reaccionando con prontitud, los gardas trataron sin éxito de detener la invasión y hacerlos retroceder escaleras abajo. Darral Estibador se encontró en medio de la turba que hacía sonar sus instrumentos y contempló, con muda cólera e indignación, cómo cientos de años de paz y tranquilidad se esfumaban en una canción.

Antes de que Alfred pudiera detenerlo, Bane echó a correr tras Hugh y Haplo, muy excitado. Sorprendido en medio del tumulto, Alfred trató de alcanzar a su

príncipe. A Limbeck le habían saltado las gafas en el alboroto. Logró recuperarlas pero, zarandeado en todas direcciones, no consiguió volver a ponérselas. Con un parpadeo de desconcierto, miró a su alrededor, incapaz de distinguir al camarada del adversario. Advirtiendo los apuros del geg, Alfred lo agarró por el hombro y lo arrastró hacia la nave.

*...el Fuego nacido al Final del Camino,
la Llama una parte, una llamada iluminada...*

El capitán elfo, tendido de espaldas sobre los dedos de la Palma, luchó sin éxito con el perro, cuyos afilados dientes trataban de encontrar un camino entre el

yelmo y el peto. Al llegar a la pasarela, Haplo observó con cierta preocupación la presencia de un hechicero elfo, inclinado sobre el comandante caído. Si el hechicero utilizaba su magia, al patryn no le quedaría más remedio que responder con las mismas armas. En medio de tanta confusión, tal vez pudiera hacerlo sin que nadie se fijara. Sin embargo, el hechicero no parecía interesado en la lucha, sino que permanecía junto al capitán contemplando con atención la lucha con el perro. El hechicero tenía en las manos una cajita con incrustaciones de piedras preciosas; una expresión de impaciencia le iluminaba el rostro.

Sin perder de vista al extraño hechicero, Haplo hincó la rodilla por un instante junto al elfo y, con cuidado de no llevarse un mordisco del perro, deslizó la mano bajo el cuerpo recubierto de metal buscando a tientas la espada. Por fin, la asió y tiró de ella. El cinto a la que estaba sujeta cedió y el patryn se encontró con el arma en su poder. Empuñándola, titubeó por un instante. Haplo se sentía reacio a matar a nadie en aquel mundo, y en especial a un elfo, pues empezaba a ver cómo podía utilizarlos su amo en el futuro. Se volvió hacia Hugh y le arrojó el arma.

Con la espada en una mano y el puñal en la otra, Hugh cruzó a la carrera la pasarela y penetró por la compuerta, sin dejar de cantar.

— ¡Perro! ¡Aquí! ¡A mí! —ordenó Haplo.

El perro obedeció de inmediato y saltó del pecho del elfo acorazado, quien continuó debatiéndose impotente como una tortuga panza arriba. Mientras esperaba al perro, Haplo consiguió agarrar a Bane cuando el chiquillo pasaba corriendo ante él. El príncipe se hallaba en un estado de intensa excitación y cantaba la canción a pleno pulmón.

— ¡Suéltame! ¡Quiero ver la lucha!

— ¿Dónde diablos está tu guardián? ¡Alfred!

Mientras buscaba al chambelán entre la multitud, Haplo sujetó con firmeza al chiquillo, que seguía protestando y luchando por zafarse. Vio a Alfred que conducía con torpeza a Limbeck entre el caos que reinaba en la Palma. El geg, que a duras penas se mantenía en pie, aún seguía con su perorata.

—«Y ahora, distinguidos visitantes de otro reino, me gustaría exponeros los tres principios de la UAPP. El primero...»

La multitud se concentró en torno a Alfred y Limbeck. Haplo soltó a Bane, se volvió hacia el perro, señaló al príncipe y le ordenó al animal:

—Vigíalo.

El perro, con una sonrisa, se sentó sobre las patas traseras y fijó los ojos en Bane. Cuando Haplo se alejó, Bane miró al animal.

—Buen chico —dijo, y se dio media vuelta con la intención de cruzar la

compuerta.

El perro se incorporó despreocupadamente, hundió los dientes en la parte posterior de los calzones de Su Alteza y lo retuvo donde estaba.

Haplo retrocedió por la pasarela hasta la Palma, rescató a Alfred y al charlatán Limbeck del seno del tumulto y los empujó hacia la nave. Tras ellos aparecieron varios miembros de la Unión soplando sus instrumentos en un guirigay que ensordecía a cuantos trataban de detenerlos. Haplo reconoció entre ellos a Jarre e intentó llamar su atención, pero la geg estaba sacudiendo a un guarda con un gemidor y no se percató de ello.

—

Pese a la confusión, Haplo procuró mantener el oído atento a cualquier ruido de lucha a bordo de la nave. Sin embargo, no oyó nada salvo los cánticos de Hugh; ni siquiera el sonido de los silbatos.

— ¡Aquí, chambelán! El chico es responsabilidad tuya.

Haplo liberó al príncipe de la vigilancia del perro y lo arrojó en brazos de un tembloroso Alfred. El patryn y el perro subieron a la carrera por la pasarela y Haplo dio por sentado que todos los demás lo seguían.

Al pasar del resplandor del sol que se reflejaba en la superficie dorada de la Palma a la oscuridad que reinaba en la nave, el patryn se vio obligado a hacer una pausa para que sus ojos se acostumbraran a ella. Detrás de él escuchó que Limbeck soltaba una exclamación, tropezaba y caía de rodillas; la súbita ausencia de luz y la pérdida de las gafas se aliaban para dejar al geg prácticamente ciego. La vista de Haplo no tardó en habituarse a la situación. Por fin, distinguió la razón de que no hubiera oído ruidos de combate: Hugh hacía frente a un elfo que empuñaba una espada desnuda. Detrás del elfo se encontraba el resto de la tripulación de la nave, armado y a la espera. En la retaguardia del grupo, la túnica de combate plateada de un mago de a bordo reflejaba la luz del sol con un destello cegador. Nadie hablaba. Hugh había dejado de cantar y observaba al elfo con atención, a la espera de su ataque.

—«El camino lóbrego, el objeto parpadeante...» —Bane entonó las palabras con voz estentórea y chillona.

El elfo volvió la mirada hacia el chiquillo; la mano que sostenía la espada fue presa de un ligero temblor y se pasó la lengua por los labios resecaos. Los demás elfos, dispuestos tras el primero, parecían esperar las órdenes de éste pues tenían la mirada fija en él.

Haplo se volvió en redondo.

— ¡Cantad, maldita sea! —exclamó.

Alfred, sobresaltado por el grito, alzó su aguda voz de tenor. Limbeck aún seguía revolviendo sus papeles, buscando el punto donde había dejado el discurso.

El patryn vio que Jarre cruzaba la pasarela seguida de algunos correligionarios, estimulados y expectantes ante la perspectiva de hacerse con un tesoro. Haplo le hizo unos gestos frenéticos y Jarre, al fin, reparó en él.

— ¡Alejaos! —vio que le decía por gestos, al tiempo que su boca articulaba la palabra—. ¡Alejaos!

Jarre detuvo a sus camaradas y éstos, disciplinadamente, obedecieron la orden de retirada. Los gegas estiraron el cuello para ver qué sucedía, vigilando con suma atención que nadie cogiera una sola cuenta de cristal antes que ellos.

...el Fuego conduce de nuevo desde los futuros, todos.

El cántico era ahora más potente, la voz de Alfred era más firme y entonada, la de Bane, cada vez más ronca pero sin flaquear un solo instante. Seguro ya de que los gegs no estorbarían, Haplo les dio la espalda para observar a Hugh y al elfo. Los dos seguían observándose con cautela, con las espadas en alto y sin cambiar de postura.

—No os deseamos ningún mal —declaró Hugh en élfico.

El elfo levantó una de sus delicadas cejas y volvió la mirada a su tripulación armada, que superaba a su adversario en proporción de veinte a uno.

—No me vengas con bromas —replicó.

La Mano parecía conocer bastante las costumbres de los elfos, pues continuó hablando sin pausa, mostrando un dominio fluido del idioma.

—

—Hemos naufragado aquí abajo y queremos escapar. Nos dirigimos al Reino Superior...

El elfo mostró una sonrisa burlona.

—Mientes, humano. El Reino Superior está vedado. Lo rodea un círculo mágico de protección.

—Para nosotros, no lo está. Nos franquearán el paso —insistió Hugh—. Ese niño —añadió, señalando a Bane— es hijo de un misteriarca y...

Limbeck encontró el punto.

—«Distinguidos visitantes de otro reino...»

Procedente de fuera de la nave, les llegó un rechinar de metal y una voz:

— ¡Los silbatos! ¡Usad los silbatos, idiotas!

Y dos de ellos sonaron a continuación: el del capitán y el del hechicero que portaba la cajita.

El perro lanzó un gañido, irguió las orejas y se le erizó el pelo del cuello. Haplo acarició al animal para tranquilizarlo, pero no lo consiguió y el animal empezó a aullar de dolor. El sonido metálico y el pitido de los silbidos se oían más cerca.

Una figura apareció en la escotilla y ocultó la luz del sol.

Alfred se echó hacia atrás, llevando con él a Bane, pero Limbeck seguía leyendo el discurso y no vio al capitán. Un brazo enfundado en metal apartó con violencia al geg y lo mandó contra un mamparo. El elfo se detuvo junto a la escotilla y se quitó el casco. Sus ojos, inyectados en sangre, miraban con rabia a la tripulación.

El capitán apartó el silbato de los labios el tiempo suficiente para gritar, enfurecido:

— ¡Haga lo que le ordeno, teniente, maldita sea!

El hechicero, caja en mano, apareció al costado de su pupilo.

El elfo plantado frente a Hugh levantó el silbato con una mano que parecía moverse por propia voluntad. Su mirada fue del capitán a Hugh, y de nuevo al primero. Los demás tripulantes levantaron también sus respectivos silbatos o llevaron los dedos a ellos. Algunos ensayaron un titubeante pitido.

Hugh no entendía qué estaba sucediendo, pero intuyó que la victoria pendía de una nota, por decirlo así, y se puso a cantar con su voz ronca. Haplo se unió a él, el capitán hizo sonar enérgicamente su silbato, el perro lanzó otro aullido de dolor y todos, incluso Limbeck, entonaron con fuerza los dos últimos versos:

*El Arco y el Puente son pensamientos y corazón,
el Trayecto una vida, la Sierra una parte.*

La mano del teniente se movió y asió el silbato. Haplo, acercándose a un guerrero elfo próximo al oficial, tensó los músculos dispuesto a saltar sobre él para intentar arrebatarse el arma. Sin embargo, el teniente no se llevó el silbato a la boca: con un enérgico tirón, rompió la correa de la que colgaba el instrumento mágico y arrojó éste a la cubierta de la nave. Entre los tripulantes se alzaron unos vítores airados y muchos, incluso el mago de abordó, siguieron el ejemplo del teniente.

El capitán, rojo de rabia y lanzando espumarajos por la boca, exclamó escandalizado:

— ¡Traidores! ¡Sois unos traidores conducidos por un cobarde! Tú eres testigo, weesham: estos puercos rebeldes se han amotinado y cuando volvamos...

—

—No vamos a volver, capitán —replicó el teniente, erguido y tenso, con una mirada fría en sus ojos grises—. ¡Cesad de cantar! —añadió.

Hugh sólo tenía una vaga idea de lo que estaba sucediendo; al parecer, habían topado con una especie de querrela privada entre los elfos. No tardó en reconocer que la situación podía resultarle ventajosa, de modo que efectuó un gesto con la mano. Todo el mundo calló, aunque Alfred hubo de ordenarle por dos veces a Bane que guardara silencio y, al cabo, tuvo que taparle la boca con la mano.

— ¡Ya os dije que ese teniente era un cobarde! —Repitió el capitán, dirigiéndose a la tripulación—. ¡No tiene valor ni para luchar con estas bestias! ¡Quítame esto de encima, geir! —El capitán elfo no podía moverse dentro de la armadura. El geir levantó una mano sobre ella y pronunció una palabra: al instante, la cubierta de metal desapareció por arte de magia. Lanzándose hacia adelante, el capitán elfo se llevó la mano al costado y descubrió que su espada había desaparecido, aunque la localizó casi al instante: Hugh apuntaba con ella a su garganta.

— ¡No, humano! —Gritó el teniente, avanzando un paso para impedir que Hugh llevara a cabo su propósito—. Este combate debo librarlo yo. Por dos veces, capitán, me has llamado cobarde sin que yo pudiera defender mi honor. ¡Ahora ya no puedes protegerte con tu rango!

— ¡Eres muy valiente para decir esto, teniendo en cuenta que estoy desarmado y tú empuñas una espada!

El teniente se volvió hacia Hugh.

—Como puedes ver, humano, ésta es una cuestión de honor. Me han dicho que vosotros, los humanos, comprendéis tales asuntos. Te pido que entregues la espada al capitán. Por supuesto, esto te deja indefenso, pero no tenías muchas oportunidades de cualquier modo, siendo uno contra tantos. Si vivo, me comprometo a ayudarte. Si caigo, te encontrarás en la misma situación que ahora. Hugh sopesó las alternativas y, con encogimiento de hombros, entregó la espada. Los dos elfos se aprestaron al combate, poniéndose en guardia. Los tripulantes concentraron su atención en la batalla entre el capitán y el teniente. Hugh se acercó con sigilo a uno de ellos y Haplo tuvo la certeza de que el humano no estaría mucho tiempo desarmado.

El patryn tenía otros asuntos de qué ocuparse. No había dejado de vigilar el enfrentamiento que se desarrollaba junto a la nave y vio que las fuerzas de la Unión, tras derrotar a los gardas, estaban sedientas de sangre y ávidas de lucha.

Si los gegs abordaban la nave, los elfos pensarían que se trataba de un ataque en toda regla, olvidarían sus diferencias y responderían unidos. Haplo ya podía ver a los gegs señalando la nave y pro» metiéndose un sustancioso botín.

Las espadas entrechocaron. El capitán y el teniente lanzaron estocadas y las pararon. El mago elfo observaba la escena con expectación, sujetando con fuerza la cajita que sostenía contra el pecho. Con movimientos rápidos pero tranquilos, esperando atraer lo menos posible la atención, Haplo se desplazó hasta la escotilla. El perro lo acompañó al trote, pegado a sus talones.

Jarre estaba en la pasarela, con las manos cerradas en torno a una pandereta rota y los ojos fijos en Limbeck. Impertérrito, el geg se había incorporado y, tras ajustarse las gafas y localizar de nuevo el pasaje, reanudó el discurso.

—«... una vida mejor para todos...»

—

Detrás de Jarre, los gegs seguían tomando ánimos, estimulándose unos a otros a asaltar la nave y apoderarse del botín de guerra. Haplo encontró el mecanismo para bajar y alzar la pasarela y se apresuró a estudiarlo para entender su funcionamiento. Ahora, el único problema era la mujer geg.

— ¡Jarre! —Le gritó, agitando la mano—. ¡Baja de la pasarela! ¡Voy a izarla! ¡Tenemos que irnos enseguida!

— ¡Limbeck! —La voz de Jarre era inaudible, pero Haplo leyó el movimiento de sus labios.

— ¡Me ocuparé de él y lo devolveré sano y salvo, te lo prometo!

Era una promesa fácil de hacer. Una vez que lo tuviera convenientemente moldeado, Limbeck estaría preparado para conducir a los gegs y convertirlos en una fuerza de combate unida, en un ejército dispuesto a entregar la vida por el Señor del Nexo.

Jarre dio un paso adelante. Haplo no quería que lo hiciera pues no confiaba en ella. Algo la había cambiado. Alfred. Sí, él la había cambiado. La geg ya no era la feroz revolucionaria que había conocido antes de que apareciera con el chambelán.

Aquel hombre de aspecto débil e inofensivo en realidad no lo era tanto.

Para entonces, los gegs ya se habían decidido a ponerse en acción y avanzaban sin obstáculos hacia la nave. A sus espaldas, Haplo escuchó en todo su furor el duelo entre los dos elfos y preparó el mecanismo para levantar la pasarela. Jarre caería y se precipitaría a la muerte. Parecería un accidente y los gegs echarían la culpa a los elfos. Puso la mano en la palanca, dispuesto a ponerlo en acción, cuando vio que el perro pasaba junto a él y corría pasarela abajo.

— ¡Perro! ¡Vuelve aquí!

Pero el animal, o bien no le obedeció o, entre los cánticos y el fragor de las armas, no oyó su orden.

Frustrado, Haplo soltó la palanca y saltó a la pasarela tras el perro. Éste había atrapado con sus dientes la manga de la blusa de Jarre y tiraba de ella, obligando a la geg a descender hacia la Palma.

Jarre, desconcertada, miró al perro y, al hacerlo, vio a sus congéneres que avanzaban hacia la nave.

— ¡Jarre! —Gritó Haplo—. ¡Detenlos! ¡Los welfos los matarán! ¡Nos matarán a todos, si atacáis!

La geg volvió la mirada hacia él, y luego hacia Limbeck.

— ¡De ti depende, Jarre! —Insistió Haplo—. ¡Ahora, tú eres su líder!
El perro había dejado de tirar y la miraba con un brillo en los ojos, moviendo la cola.

—Adiós, Limbeck —susurró Jarre. Inclinandose, dio un feroz abrazo al perro; luego se volvió y, sacando pecho, descendió por la pasarela hasta los dedos de la Palma. Colocándose frente a los glegs, alzó los brazos y todos se detuvieron.

—Van a repartir un soldo extra. Debéis ir todos abajo para recibirlo. Aquí arriba no hay nada.

— ¿Abajo? ¿Lo van a repartir abajo?

Los glegs se apresuraron a dar media vuelta y empezaron a empujar y apelonarse, tratando de alcanzar la escalera.

— ¡Entra aquí, perro! —ordenó Haplo.

El animal trotó por la cubierta, con la lengua colgando de una boca abierta en una irreprimible sonrisa de triunfo.

—

—Orgulloso de ti mismo, ¿eh? —dijo su amo y, soltando la palanca y recogiendo los cabos, izó la pasarela lo más deprisa que pudo. Escuchó la voz de Jarre dando órdenes y a los glegs lanzando vítores. La pasarela quedó en su sitio y Haplo cerró a cal y canto la escotilla, con lo que dejó de ver y de oír a los glegs.

—Estúpido mestizo. Debería despellejarte —murmuró Haplo, acariciando las orejas sedosas del can.

Alzando su voz sobre el estruendo del acero, Limbeck continuó:

«Y, por último, me gustaría decir...»

—

CAPÍTULO

LOS LEVARRIBA, DREVLIN, REINO INFERIOR

Haplo volvió la cabeza de la escotilla a tiempo de ver cómo el teniente hundía la espada en el pecho del capitán elfo. El teniente soltó su arma y el capitán se derrumbó en cubierta. La tripulación guardó silencio, sin lanzar vítores ni lamentos. El teniente, con rostro frío e impasible, se apartó para dejar sitio al mago, que se arrodilló junto al elfo agonizante. Haplo imaginó que el mago, que en todo momento había estado tan próximo al capitán, debía de ser un sanador a su servicio. Por eso, el patryn se sorprendió al ver que el hechicero no hacía el menor gesto de ayudar al herido y se limitaba a acercar la cajita taraceada a los labios del capitán.

— ¡Pronuncia las palabras! —dijo el geir con un siseo.

El capitán hizo un intento, pero su boca escupió un borbotón de sangre.

El mago pareció enfadarse y, levantando la cabeza del elfo, forzó a los ojos que se apagaban rápidamente a mirar hacia la cajita.

— ¡Pronuncia las palabras! ¡Es tu deber para con tu pueblo!

Golpe a golpe, con evidente esfuerzo, el moribundo susurró unas palabras que a Haplo le resultaron ininteligibles. Después, el capitán cayó hacia atrás, sin vida. El hechicero cerró la cajita y, con una mirada recelosa a los demás elfos, la guardó celosamente como si en ella acabara de guardar alguna joya rara y

preciosa.

— ¡No os atreváis a hacerme daño! —Exclamó con un gemido—. ¡Soy un weesham y la ley me protege! ¡Una maldición os perseguirá todos los días de vuestra vida si me impedís llevar a cabo mi sagrada misión!

—No tengo intención de hacerte daño —replicó el teniente, con una mueca de desdén en los labios—. Aunque supongo que vos sabréis mejor que nadie qué utilidad puede tener para nuestro pueblo el alma de ese canalla. En todo caso, ha muerto con honor aunque no lo tuviera en vida. Tal vez eso cuente para algo.

—

Bajó el brazo, tomó la espada del elfo muerto y se la entregó a Hugh, con la empuñadura por delante.

—Gracias, humano. Y a ti —añadió, mirando a Haplo—. Me he percatado del peligro que representaban los geggs. Tal vez, cuando tengamos tiempo para ello, me explicaréis qué está sucediendo en Drevlin. De momento, debemos aprestarnos para zarpar enseguida. —El elfo se volvió de nuevo a Hugh—. Eso que has dicho del Reino Superior, ¿era verdad?

—Sí. —Hugh despojó al cadáver de la vaina y guardó la espada en ella—. El muchacho —señaló con el pulgar a Bane, que permanecía mudo ante el cadáver, contemplándolo con aire curioso— es hijo de un tal Sinistrad, un misteriarca.

— ¿Cómo es que tienes a tu cuidado a un chiquillo como él?

El elfo observó a Bane, pensativo. El príncipe, con el rostro casi traslúcido de tan pálido, captó la mirada y, fijando la suya en los ojos grises del elfo, le lanzó una sonrisa entre dulce y valiente, acompañada de una seria y garbosa reverencia. El teniente quedó encantado.

A Hugh se le ensombreció el rostro.

—Eso no tiene importancia —contestó—. No es asunto tuyo. Tratábamos de alcanzar el Reino Superior cuando nuestra nave fue atacada por tu pueblo. Logramos desembarazarnos de ellos, pero mi nave resultó dañada y nos precipitamos al Torbellino.

— ¿Tu nave? ¡Los humanos no tienen naves dragón!

— ¡Los humanos que se llaman Hugh *la Mano* tienen lo que se les antoja!

Entre los elfos se elevó un murmullo, el primer sonido que hacían desde que se iniciara el duelo. El teniente asintió.

—Comprendo. Esto explica muchas cosas.

El elfo extrajo un retal de tela con puntillas del bolsillo del uniforme, lo utilizó para limpiar de sangre la hoja de su espada y guardó el arma en la vaina.

—Tienes fama de ser un humano de honor... Un honor bastante peculiar, pero honor al fin y al cabo. Si me excusáis, humanos, tengo deberes que atender en mi nueva calidad de capitán de esta nave. El guardiamarina Ilth os conducirá a los camarotes.

Haplo pensó que así habrían sido despedidos de la presencia de su amo unos esclavos. El elfo había decidido hacerlos sus aliados, pero no sentía por ellos el menor amor y, al parecer, muy poco respeto. El tripulante elfo les indicó que lo siguieran. Limbeck estaba arrodillado junto al cuerpo del capitán.

—Entonces, yo tenía razón —murmuró al notar la mano de Haplo en su hombro—: no son dioses.

—En efecto, no lo son. Ya te dije que no hay dioses en este mundo.

Limbeck miró a su alrededor como si hubiera perdido alguna cosa y no

tuviera la más remota idea de dónde empezar a buscarla.

— ¿Sabes? —Comentó al cabo de un momento—, casi lo lamento.

Mientras abandonaba el puente tras el guardiamarina, Haplo oyó preguntar a uno de los elfos:

— ¿Qué hacemos con el cuerpo, teniente? ¿Lo arrojamos por la borda?

—No —respondió aquél—. Era un oficial y sus restos serán tratados con respeto. Colocad el cuerpo en la bodega. Nos detendremos en el Reino Medio y lo dejaremos allí con su geir. Y, a partir de ahora, cuando te dirijas a mí, llámame capitán.

—

El elfo se daba prisa en imponer respeto a la tripulación, sabiendo que debía remendar los cabos de la disciplina que él mismo había deshilado. Haplo dedicó una muda alabanza al elfo y acompañó a los demás escalerilla abajo.

El joven guardiamarina los llevó a lo que, según Hugh, era el equivalente a una mazmorra en la nave. El calabozo era inhóspito y sombrío. En los tabiques había unos ganchos de los que, por la noche, podían colgarse unas hamacas para dormir. Durante el día, se recogían para dejar suficiente espacio para moverse.

Unas pequeñas portillas proporcionaban una vista del exterior.

Tras informarles de que volvería con agua y comida cuando la nave hubiera atravesado sin contratiempos el Torbellino, el tripulante cerró la puerta y oyeron cómo pasaba el cerrojo.

— ¡Estamos prisioneros! —exclamó Bane.

Hugh se acomodó, poniéndose en cuclillas con la espalda apoyada en un mamparo. Con aire malhumorado, sacó la pipa del bolsillo y apretó la boquilla entre los dientes.

—Si quieres ver prisioneros, ve a echar una ojeada a los humanos que emplean como galeotes debajo de la cubierta. El teniente nos ha hecho encerrar precisamente por su causa. Si liberáramos a los esclavos, podríamos adueñarnos de la nave y él lo sabe.

— ¡Entonces, hagámoslo! —propuso Bane, con el rostro encendido de excitación. Hugh le dirigió una mirada furibunda.

— ¿Crees que puedes pilotar esta nave, Alteza? ¿Tal vez piensas hacerlo como con la mía?

Bane enrojeció de cólera. Cerrando la mano en torno al amuleto de la pluma, el chiquillo se tragó la rabia y cruzó la estancia para asomarse a la portilla con expresión airada.

— ¿Y tú? ¿Confías en él, en ese elfo? —inquirió Alfred con cierto nerviosismo.

—No más de lo que él se fía de nosotros. —Hugh dio una malhumorada chupada a la pipa vacía.

—Entonces, ¿esos elfos se han «convertido», o como quiera que llaméis a lo que les sucede cuando escuchan esta canción? —quiso saber Haplo.

— ¿Convertirse? Creo que no. —Hugh movió la cabeza—. Los elfos que experimentan de verdad el efecto de esta canción pierden toda conciencia de dónde se encuentran. Es como si se vieran transportados a otro mundo. Ese teniente actúa como lo hace por su propio impulso. Lo que lo atrae es el señuelo de las legendarias riquezas del Reino Superior y el hecho de que ningún elfo se haya atrevido nunca a viajar hasta allí.

— ¿Y no se le pasará por la cabeza que sería más sencillo arrojarnos por la

borda a la tormenta y quedarse al chiquillo para él solo?

—Sí, es posible, pero los elfos tienen un «peculiar» sentido del honor. De algún modo, aunque probablemente nunca sabremos cómo, parece que le hicimos un favor a ese elfo poniendo en sus manos al capitán. Su tripulación ha sido testigo de ello y el nuevo capitán perdería reputación ante sus ojos si ahora nos eliminara sólo para hacerse las cosas más fáciles.

— ¿Entonces, el honor es importante para los elfos?

— ¡Importante! —Exclamó Hugh—. ¡Por él venderían sus almas..., si sus buitres no las devoraran antes!

—

Un detalle interesante, del que Haplo tomó buena nota. Su amo también tenía intereses en el mercado de almas.

—Así que llevamos a una dotación de piratas elfos al Reino Superior... —

Alfred suspiró y empezó a moverse con nerviosismo—. Debes estar cansado, Alteza. Deja que prepare una de esas hamacas y...

Tropezando con un tablón, el chambelán cayó de bruces sobre la cubierta.

— ¡No estoy cansado! —Protestó Bane—. Y no te preocupes por mi padre y esos elfos. ¡Mi padre se ocupará de ellos!

—No te molestes en levantarte —sugirió Hugh al postrado chambelán—.

Vamos a atravesar el Torbellino y nadie podrá sostenerse en pie cuando llegue el momento. Que todo el mundo se siente y se agarre donde pueda.

Era un buen consejo. Haplo vio pasar a gran velocidad las primeras nubes de la gran tormenta. Los relámpagos estallaban, cegadores, acompañados del retumbar de los truenos. La nave empezó a cabecear y dar sacudidas. El patryn se relajó en un rincón y el perro se enroscó a sus pies, con el hocico bajo la cola.

Alfred se encogió miserablemente contra el mamparo y tiró de un quejoso Bane por el trasero de los pantalones.

Sólo Limbeck permaneció en pie, mirando extasiado por la portilla.

—Siéntate, Limbeck. Es peligroso —le avisó Haplo.

—No puedo creerlo —murmuró el geg sin volverse—. No hay dioses..., y estoy volando hacia el cielo.

—

. Los sufijos añadidos a un nombre propio indican el rango. El nombre de un capitán termina en «el». El de un teniente termina en «in». Un príncipe, como el príncipe Reesh, añade a su nombre el sufijo «ahn». (N. del a.)

CAPITULO

EN CIELO ABIERTO,

REINO MEDIO

El teniente Bothar'in, ahora capitán Bothar'el, condujo la nave dragón sana y salva al otro lado del Torbellino. Rehuyendo el encuentro con otras naves elfas, puso rumbo a la ciudad portuaria de Suthnas, en Aristagón, un puerto seguro que le recomendó Hugh *la Mano* y donde proyectaba hacer una breve escala para abastecerse de comida y agua, y desembarazarse del geir, del cuerpo del antiguo capitán y de la cajita del weesham.

Hugh conocía bien Suthnas, pues había atracado allí cuando su nave necesitaba reforzar su carga de magia o reparar alguna avería. Le facilitó el

nombre al capitán elfo porque él, *la Mano*, tenía intención de abandonar allí la nave.

El asesino había tomado una decisión. Maldecía el día en que había topado con aquel «mensajero del rey». Maldecía la hora en que había cargado con aquel contrato. Nada había salido bien; ahora había perdido su nave dragón, por poco la vida y casi del todo el respeto por sí mismo. Su plan para capturar la nave elfa había dado resultado, era cierto, pero, como todo lo que tocaba últimamente, no el que Hugh había previsto. Se suponía que era él quien debía haber tomado el mando, no aquel elfo. ¿Por qué se había dejado enredar en aquel condenado duelo? ¿Por qué no los había matado a ambos?

Hugh era lo bastante inteligente para comprender que, si hubiera luchado, él y todos los demás estarían ahora muertos, muy probablemente. Pese a ello, hizo caso omiso de la lógica. Se negó a reconocer que había obrado como lo había hecho para salvar unas vidas, para proteger a Alfred, a Limbeck..., al príncipe. «¡No!», se dijo. «Lo he hecho por mí mismo: por nadie más. No me importa nadie más y voy a demostrarlo. Los abandonaré; desembarcaré en Suthnas y dejaré que esos estúpidos continúen hasta el Reino Superior y se aventuren con

un misteriarca. Que me olviden. Yo haré recuento de mis pérdidas, arrojaré las cartas, me levantaré y abandonaré la partida.»

El puerto de Suthnas estaba gobernado por unos elfos a quienes importaba más su bolsa que la política y se había convertido en guarida de contrabandistas de agua, rebeldes, desertores y un puñado de renegados humanos. Los prisioneros gozaron de una buena vista de la ciudad a través de la portilla y la mayoría de ellos, después de verla, decidió que estaban más seguros encerrados en su calabozo.

La ciudad no era más que un sórdido montón de tabernas y posadas edificadas cerca de los muelles, y las viviendas de los habitantes se agrupaban como un rebaño de ovejas en la ladera de un acantilado de coralita. Las casas eran viejas y destartalladas y el aire estaba impregnado de un olor a col hervida —uno de los platos favoritos de los elfos—, debido sin duda a que en las callejas infestadas de desperdicios se pudrían montones de ella. No obstante, como en la ciudad lucía un sol radiante y el cielo sobre ella era azul y luminoso, Suthnas resultó una visión maravillosa e imponente para Limbeck.

El geg no había visto nunca calles bañadas por el sol ni un firmamento tachonado por el brillo de un millón de gemas. Nunca había visto gente deambulando sin un propósito determinado, sin ir de acá para allá por algún asunto relacionado con la Tumpa-chumpa. Nunca había sentido una brisa suave en el rostro ni había olido los aromas de los seres vivos, animales o vegetales, o tan siquiera de las cosas putrefactas o moribundas. Las casas que Hugh catalogaba de chabolas le parecían palacios y, mientras contemplaba todo aquel esplendor, Limbeck reflexionó que cuanto estaba viendo había sido adquirido y pagado con el sudor y la sangre de su pueblo. Al geg se le entristeció el rostro y permaneció callado y retraído. Haplo lo observó con una sonrisa.

Hugh deambuló por la bodega y se asomó a las portillas, impaciente y consumiéndose por dentro. El capitán Bothar'el le había concedido permiso para irse, si quería.

—Deberíais iros todos —dijo el capitán—. Marchaos ahora que aún tenéis

ocasión de hacerlo.

— ¡Pero si íbamos al Reino Superior! ¡Nos lo prometiste! —Gritó Bane—. ¡Lo prometiste! —repitió, mirando al elfo con expresión suplicante.

—Es cierto —respondió Bothar'el, con los ojos fijos en el muchacho. Sacudió la cabeza como si quisiera sacarse de encima un hechizo y se volvió a Alfred—. ¿Y tú?

—Yo me quedo con mi príncipe, por supuesto.

El elfo miró a Limbeck y éste, que no había entendido lo que hablaban, volvió los ojos hacia Haplo. Cuando hubo oído la traducción, el geg declaró con firmeza:

—Yo voy a ver el mundo, todo el mundo. Al fin y al cabo, existe gracias a mi pueblo.

—Yo voy con él —informó el patryn, sonriendo y señalando a Limbeck con un pulgar envuelto en la venda.

—Entonces —dijo Bothar'el a Hugh—, ¿tú eres el único que se va?

—Eso parece.

Sin embargo, *la Mano* no se marchó. Mientras estaban atracados, uno de los tripulantes se asomó al calabozo.

— ¿Aún estás a bordo, humano? El capitán ya está de vuelta. Si has de bajar a tierra, date prisa.

—

Hugh no se movió.

—Ojalá vinieras con nosotros, maese Hugh —dijo Bane—. A mi padre le gustaría mucho conocerte..., y darte las gracias.

El comentario resultó decisivo: el príncipe lo quería con él. Se marcharía ahora mismo. Ahora... mismo.

— ¿Y bien, humano? —Insistió el tripulante—. ¿Vienes?

Hugh rebuscó en un bolsillo y sacó su última moneda, el pago por asesinar a un niño. Con un gruñido, lanzó la moneda al elfo.

—He resuelto quedarme y buscar fortuna. Ve a comprarme un poco de tabaco.

Los elfos no permanecieron mucho tiempo en Suthnas. Una vez que el geir llegara a tierras civilizadas, informaría del motín y la *Carfa'shon* sería buscada por todas las naves de la flota. Una vez en cielo abierto, el capitán Bothar'el obligó a trabajar casi hasta el agotamiento a los esclavos humanos, a los tripulantes y a sí mismo, hasta considerar que la nave estaba a salvo de cualquier posible perseguidor.

Horas después, cuando los Señores de la Noche ya habían tendido sus capas sobre el sol, el capitán encontró tiempo para conversar con sus «huéspedes».

—Así pues, te has enterado de las noticias —fueron sus primeras palabras, dirigidas a Hugh—. Quiero que sepáis que podría haber sacado una bonita suma por todos vosotros, pero tenía una deuda pendiente contigo, *la Mano*. Ahora la considero saldada, al menos en parte.

— ¿Dónde está mi tabaco? —quiso saber Hugh.

— ¿Qué noticias? —intervino Alfred.

El capitán puso cara de sorpresa.

— ¿No lo sabéis? Pensaba que ésta era la razón de que no abandonaras la nave —añadió mientras arrojaba una bolsa a las manos de Hugh. Éste la cogió con destreza, la abrió y olió el contenido. Sacó la pipa y empezó a llenar la cazoleta—.

Hay una recompensa por tu cabeza, Hugh *la Mano*.

—No es ninguna novedad —gruñó el asesino.

—Un total de doscientos mil barls.

Hugh levantó la cabeza y lanzó un silbido.

— ¡Vaya, un buen pellizco! Eso tiene que ver con el muchacho, ¿verdad?

Volvió la mirada hacia Bane. El príncipe había pedido papel y pluma a los elfos y no había hecho otra cosa que escribir desde su subida a bordo. Nadie lo perturbaba cuando estaba dedicado a aquel nuevo pasatiempo, pues era más inofensivo que dejarlo ir a recoger bayas.

—Sí. Tú y ese hombre —el elfo señaló a Alfred— habéis sido acusados de secuestrar al príncipe de las Volkaran. Hay una recompensa de cien mil barls por tu cabeza —informó al horrorizado chambelán— y otra de doscientos mil por Hugh *la Mano*, y sólo se hará efectiva si uno o ambos son entregados con vida.

— ¿Qué hay de mí? —Preguntó Bane, alzando la cabeza—. ¿No hay ninguna recompensa por mí?

—Stephen no quiere que vuelvas —gruñó Hugh.

El príncipe pareció meditar esto último y soltó una risilla.

—Sí, supongo que tienes razón —respondió, y volvió a su quehacer.

— ¡Pero eso es imposible! —Exclamó Alfred—. ¡Yo..., yo soy el criado de Su Alteza! Lo acompaño para protegerlo...

—Exacto —lo cortó Hugh—. Eso es precisamente lo que Stephen *no* quería.

—
. *Una marmita de hierro que contiene unas brasas mágicas, utilizadas **para** proporcionar luz y calor. (N. del a.)*

—No entiendo una palabra de todo esto —declaró el capitán Bothar'el—.

Espero por vuestro bien que no me hayáis mentido acerca del Reino Superior. Necesito dinero para mantener la nave y pagar a la tripulación y acabo de dejar pasar una oportunidad muy favorable.

— ¡Por supuesto que es verdad! —Protestó Bane, adelantando el labio inferior en una mueca encantadora—. ¡Soy hijo de Sinistrad, misteriarca de la Séptima Casa, y mi padre te recompensará con largueza!

— ¡Será mejor que lo haga! —replicó el capitán. Dirigió una severa mirada a los prisioneros y salió de la bodega. Bane lo vio alejarse, se echó a reír y tomó de nuevo la pluma.

— ¡No podré regresar jamás a las Volkaran! —Murmuró Alfred—. Soy un exiliado.

—Y puedes considerarte muerto a menos que encontremos un modo de salir de ésta —añadió Hugh mientras encendía la pipa con una brasa del pequeño caldero mágico que utilizaban para calentar la comida y combatir el frío por la noche.

—Pero Stephen nos quiere vivos...

—Sólo para reservarse el placer de matarnos personalmente.

Bane lo miró con una sonrisa taimada y murmuró:

—Entonces, si hubieras abandonado la nave, alguien te habría reconocido y entregado a los elfos. Te has quedado por mi causa, ¿no es cierto? Entonces, te he salvado la vida.

Hugh no hizo comentarios. Prefirió simular que no lo había oído, y cayó en un silencio pensativo y abatido. Ni se dio cuenta de que se le había apagado la pipa. Cuando volvió en sí un rato después, observó que todos, excepto Alfred, se

habían quedado dormidos. El chambelán estaba junto a la portilla, contemplando la penumbra gris de la noche. *La Mano* se incorporó para estirar las piernas y se acercó a él.

— ¿Qué piensas de ese Haplo? —le preguntó.

— ¿Por qué? —Contestó Alfred con un respingo, lanzando una mirada atemorizada al asesino—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Tranquilízate. Sólo quería saber qué opinión te merecía, eso es todo.

— ¡Ninguna! ¡No pienso nada de él! Si me disculpas, señor —lo interrumpió Alfred adelantándose a su réplica—, estoy muy cansado y debería dormir un poco. ¿Qué significaba aquello? El chambelán volvió a su manta y se acostó pero Hugh, observándolo con atención, advirtió que Alfred estaba lejos de dormirse. Yacía tieso y tenso, frotándose las manos y trazando líneas invisibles sobre la piel. Su rostro podría haber sido una máscara de alguna obra titulada *Terror y aflicción*. Hugh casi sintió lástima de él.

Casi, pero no del todo. No; los muros que Hugh había levantado en torno a sí mismo seguían aún en pie, sólidos e intactos. Se había producido una pequeña grieta por la que había penetrado un rayo de luz, cegador y doloroso para unos ojos acostumbrados a la oscuridad, pero él se había apresurado a impedirle el paso, rellenando la grieta. El poder que ejercía el chiquillo sobre él, fuera lo que fuese, era consecuencia de un hechizo. Era algo que quedaba fuera del control del asesino, al menos hasta que llegaran al Reino Superior. Retirándose a un rincón de la celda, Hugh se relajó y cayó dormido.

—

La nave dragón elfa empleó casi dos semanas en el viaje hasta el Reino Superior, mucho más tiempo del que había calculado el capitán Bothar'el. Lo que éste no había tenido en cuenta era que su tripulación y sus esclavos se fatigarían tanto y tan pronto. Los conjuros realizados por el mago de a bordo permitían gobernar la nave pese a la reducida presión del aire, pero el hechicero no podía hacer nada por aliviar el propio enrarecimiento del aire que los hacía sentir en todo instante como si estuvieran faltos de aliento.

La tripulación se mostraba nerviosa, malhumorada y preocupada. Volar por aquel cielo inmenso y vacío producía pavor. Encima de ellos, el firmamento brillaba y titilaba de día y resplandecía con un tono pálido por la noche. Incluso el más crédulo de a bordo podía apreciar que el misterioso firmamento no estaba compuesto de piedras preciosas flotando en los cielos.

—Pedazos de hielo —anunció el capitán Bothar'el, observándolo por el catalejo.

— ¿Hielo? —Su segundo de a bordo pareció casi aliviado—. Entonces, eso nos cierra el paso, ¿verdad, capitán? No podemos volar entre el hielo. Será mejor que demos media vuelta.

—No. —Bothar'el cerró el catalejo con un chasquido. Más que a las palabras de su subordinado, parecía responderse a sí mismo, a algún dilema que debatía en su mente—. Hemos llegado muy lejos y el Reino Superior está ahí, en alguna parte. Y vamos a encontrarlo.

«O a morir en el intento», añadió para sí el segundo de a bordo.

Y continuaron navegando, cada vez más arriba, cada vez más cerca del firmamento que pendía abarcando el cielo como un inmenso y radiante collar. No

vieron signo de vida de ningún tipo, y mucho menos tierra alguna donde vivieran los más dotados de los hechiceros humanos.

La temperatura descendió. Se vieron obligados a ponerse encima todas las prendas de abrigo que tenían e, incluso así, costaba mantenerse en calor. Los tripulantes empezaron a murmurar que su nuevo capitán estaba loco y que todos iban a morir allí, bien de frío o perdidos en cielo abierto, sin fuerzas para regresar. Cuando transcurrieron unos días más sin ver rastro de vida y empezaron a escasear las provisiones y el frío se hizo casi insoportable, el capitán Bothar'el bajó a comunicar a sus «invitados» que había cambiado de idea y regresaban al Reino Medio.

Encontró a los prisioneros envueltos en todas las mantas que tenían a su alcance, acurrucados en torno al caldero mágico. El geg estaba mortalmente enfermo, ya fuera por el frío o debido al cambio de presión atmosférica. El capitán no sabía qué lo mantenía vivo todavía. (Alfred sí lo sabía, pero se cuidó mucho de que nadie se lo preguntara.)

Bothar'el se disponía a anunciar su decisión cuando un grito lo detuvo.

— ¿Qué es eso? —El capitán corrió de nuevo al puente—. ¿Lo habéis encontrado?

El segundo oficial, con los ojos desorbitados y fijos en la portilla, balbuceó:

— ¡Más bien diría, señor, que él nos ha encontrado a nosotros!

—

CAPITULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

Iridal, apoyada en el bastidor, contemplaba el paisaje tras la ventana acristalada. La belleza de la vista que se extendía ante ella resultaba incomparable. Las paredes de ópalo del castillo refulgían bajo la luz del sol, sumándose a los colores titilantes de la mágica cúpula que constituía el cielo del Reino Superior. Al pie de las murallas, los parques y bosques del castillo, primorosamente cuidados y modelados, eran atravesados por senderos cuyo piso de mármol triturado estaba salpicado de brillantes piedras preciosas. Tanta belleza podía detener un corazón, pero hacía mucho tiempo que Iridal había dejado de apreciar la belleza en cosa alguna. Su propio nombre, que significaba «del arco iris», resultaba irónico pues todo en su mundo era gris. En cuanto a su corazón, parecía haber dejado de latir hacía mucho tiempo.

—Esposa...

La voz surgió a sus espaldas e Iridal se estremeció. Había creído estar sola en la habitación. No había oído el silencioso avance de las babuchas y el roce de las ropas de seda que anunciaban invariablemente la presencia de su esposo. Este no había entrado en sus aposentos desde hacía muchos años y ella notó que el escalofrío causado por su llegada le atenazaba el corazón y lo estrujaba con fuerza. Temerosa, se volvió y lo miró.

— ¿Qué quieres? —Su mano apretó con fuerza la túnica en torno a sí, como si la frágil tela pudiera protegerla contra él—. ¿Por qué has venido a mis aposentos privados?

Sinistrad contempló el lecho de cortinas ondulantes, doseles con borlas y sábanas de seda, aspirando el leve aroma de las hojas de espliego esparcidas sobre ellas cada mañana y cuidadosamente retiradas cada noche.

— ¿Desde cuándo tiene prohibido un marido entrar en el dormitorio de su esposa?

— ¡Déjame en paz! —El frío de su corazón parecía haberse extendido a sus labios. Iridal apenas podía moverlos.

—

—No te preocupes, esposa. Hace diez años que no me acerco a ti con el propósito que estás temiendo, y no tengo intención de probarlo otra vez. Tales actos me resultan tan repugnantes como a ti; es como si fuéramos animales en celo en un corral oscuro y apestoso. De todos modos, esto me lleva al tema que he venido a comentarte. Nuestro hijo llega por fin.

— ¿Nuestro hijo? —Repitió Iridal—. ¡*Tu* hijo! ¡No tiene nada que ver conmigo!

—Celebrémoslo —replicó Sinistrad con una sonrisa pálida y seca—. Me alegro de que tengas este punto de vista, querida. Confío en que lo recordarás cuando llegue el muchacho, y que no te entrometerás en nuestro trabajo.

— ¿Qué podría hacer para impedirlo?

—La ironía no es tu fuerte, mujer. Recuerda que conozco tus trucos.

Lágrimas, pucheros, abracitos al niño cuando creas que no miro... Te lo advierto, Iridal: te estaré viendo. Mis ojos están en todas partes, incluso cuando me vuelvo de espaldas. El muchacho es mío, tú lo has dicho. No lo olvides nunca.

— ¡Lágrimas! No temas mis lágrimas, marido. Se secaron hace mucho tiempo.

— ¿Temer? No le tengo miedo a nada, y menos aún a ti, esposa —replicó Sinistrad con un tonillo de diversión—. Pero podría ser una molestia, confundir la mente del muchacho, y no tengo tiempo para andarme con tonterías contigo.

— ¿Por qué no me encierras en una mazmorra? Ya soy tu prisionera en todo, salvo en el nombre.

—He pensado en hacerlo, pero el muchacho sentiría un interés inapropiado por una madre a la que tuviera prohibido ver. No; será mucho mejor si apareces y le lanzas tiernas sonrisas, y le haces ver que eres débil y sumisa.

— ¡Quieres que le enseñe a despreciarme!

—No aspiro a tanto, querida. —Sinistrad se encogió de hombros—. Será mucho mejor para mis planes que no se forme ninguna opinión en absoluto sobre ti. Y, por fortuna, contamos con algo que hará que te comportes como es debido: rehenes. Tres humanos y un geg son sus compañeros de viaje. ¡Qué importante debes sentirte, Iridal, sabiendo que tienes tantas vidas en tus manos!

La mujer se puso muy pálida, le flojearon las rodillas y se dejó caer en una silla.

— ¡Has caído muy bajo, Sinistrad, pero nunca has cometido un asesinato! ¡No creo en tu amenaza!

—Permíteme que corrija tus palabras, esposa. Tú no has sabido nunca que haya dado muerte a nadie pero, reconozcámoslo, tú no has sabido nunca nada de mí. Punto. Que tengas un buen día, esposa. Te mandaré avisar cuando tengas que aparecer para recibir a *nuestro* hijo.

Con una reverencia, Sinistrad se llevó la mano al corazón en el gesto ancestral de saludo entre esposos y abandonó los aposentos de Iridal. Incluso en aquel ademán había un aire de mofa y desdén.

Presa de un temblor incontrolable, la mujer se encogió en la silla y volvió hacia la ventana unos ojos secos, ardorosos...

—Mi padre dice que eres un hombre malvado.

La muchacha, Iridal, estaba asomada a la ventana en la casa de su padre. Muy cerca de ella, casi tocándola pero sin llegar a hacerlo en ningún momento, estaba un joven misteriarca. Era el héroe apuesto y perverso de los cuentos románticos de la doncella de Iridal: una piel fina y pálida, unos ojos castaños acuosos que siempre parecían dos minas de secretos fascinantes, una sonrisa que

—

prometía compartir esos secretos si una conseguía acercarse lo suficiente a ella. El casquete negro con orlas doradas que denotaba su calidad de maestro de disciplina de la Séptima Casa —el rango más alto que podía alcanzar un hechicero— terminaba en una afilada punta sobre el puente de su nariz aguileña. El casquete, que se ensanchaba desde allí entre los ojos, le proporcionaba un aspecto de sabiduría y añadía expresividad a un rostro que de otro modo habría carecido de ella, pues el misteriarca no tenía cejas ni pestañas. Por una tara de nacimiento, todo su cuerpo era lampiño.

—Tu padre tiene razón, Iridal —respondió Sinistrad sin alzar la voz.

Alargando la mano, jugó con un mechón del cabello de la muchacha. Era el gesto de intimidad más atrevido que había hecho desde que se habían conocido—. Soy malvado, no lo niego.

En su voz había un deje de melancolía que conmovió el corazón de Iridal igual que el contacto de sus dedos le conmovía la piel.

Vuelta hacia él, extendió las manos, tomó las suyas y le sonrió.

— ¡No, querido! ¡Puede que el mundo lo diga, pero es porque no te conoce bien! ¡No te conoce como yo!

—Pero sí lo soy, Iridal. —La voz de Sinistrad era suave y sincera—. Te digo la verdad ahora porque no quiero que me lo reproches más tarde. Si te casas conmigo, te casas con las tinieblas.

El dedo enroscó el mechón en torno a sí cada vez con más fuerza, obligando a la muchacha a acercarse. Las palabras de Sinistrad y el tono grave en que las había pronunciado hicieron que el corazón de Iridal vacilara dolorosamente, pero el dolor le resultaba dulce y excitante. La oscuridad que envolvía al hombre (rumores tenebrosos, comentarios sombríos sobre él entre la comunidad de misteriarcas) también resultaba emocionante. La vida de Iridal, sus dieciséis años, había sido aburrida y prosaica. En compañía de un padre que se había volcado en ella tras la muerte de su madre, la había criado una nodriza melindrosa. Su padre no podía soportar que los vientos ásperos de la vida soplaran con demasiada fuerza sobre las tiernas mejillas de su hija, y la había mantenido abrigada y recluida, envuelta en un sofocante capullo de amor.

La mariposa que había emergido de aquella crisálida era brillante y deslumbrante. Sus débiles alas la condujeron directamente a la red de Sinistrad.

—Si eres malvado —murmuró, cerrando las manos en torno al brazo del hombre—, es porque el mundo te ha hecho así al negarse a escuchar tus planes y al contrariar tu genio en cada ocasión. Cuando yo camine a tu lado, te conduciré a la luz.

—Entonces, ¿serás mi esposa? ¿Irás en contra de los deseos de tu padre?

—Tengo edad de tomar mis propias decisiones. Y, querido mío, te escojo a ti. Sinistrad no dijo nada pero, con aquella sonrisa prometedora de secretos en los labios, besó el mechón de cabello enroscado con fuerza en torno al dedo...

... Iridal yacía en el lecho, debilitada por las labores del parto. La comadrona

había terminado de bañar al niño y, envuelto en un lienzo, lo presentó a la madre. El momento debería haber sido de regocijo pero la vieja comadrona, que había traído al mundo a la propia Iridal, se echó a llorar cuando dejó al niño en brazos de su madre.

Se abrió la puerta de la cámara. Iridal emitió un lánguido gemido y apretó con tal fuerza al niño que éste se echó a llorar. La comadrona alzó la vista y, con

—

manos amorosas, arregló los rizos bañados en sudor de la mujer. Una mirada de desafío endureció el rostro arrugado de la asistenta.

—Déjanos —ordenó Sinistrad, dirigiéndose a la comadrona con la vista fija en su esposa.

— ¡No abandonaré a mi pequeña!

Los ojos se volvieron hacia ella. La mujer permaneció firme, aunque la mano que acariciaba los rubios cabellos de Iridal se estremeció. Tomando entre los suyos los dedos de la comadrona, Iridal los besó y, con un trémulo susurro, le indicó que saliera.

— ¡No puedo, niña! —La mujer se echó a llorar—. ¡Lo que se propone es cruel! ¡Cruel y antinatural!

— ¡Vete! —Masculló Sinistrad—. ¡Sal, o te reduciré a cenizas aquí mismo!

La comadrona le dirigió una mirada malévola, pero se retiró de la estancia.

Sabía quién sufriría las consecuencias, si no lo hacía.

—Ahora que hemos terminado con esto, esa mujer debe irse, esposa —declaró Sinistrad, acercándose hasta el costado de la cama—. No tolero desafíos en mi propia casa.

— ¡Por favor, marido, no! Es la única compañía que tengo. —Los brazos de Iridal se agarraban a su hijo. Alzó una mirada suplicante a su esposo mientras tiraba del lienzo con una de las manos—. Y necesitare ayuda con nuestro hijo. ¡Mira! —Echó atrás el lienzo y dejó a la vista un rostro enrojecido y arrugado, unos ojos cerrados con fuerza y unos diminutos puños apretados enérgicamente—. ¿No es hermoso, marido? —Iridal tenía la desesperada, imposible esperanza de que la visión de una criatura de su propia sangre haría cambiar de idea a Sinistrad.

—Conviene a mis planes —dijo él, alargando las manos.

— ¡No! —Iridal lo rehuyó—. ¡Mi hijo, no! ¡Por favor, no!

—Te expliqué mis intenciones el día que me anunciaste tu embarazo. Te dije entonces que me había casado contigo con este único y exclusivo propósito, y que me había acostado contigo por esa misma razón, y no otra. ¡Dame al niño!

Iridal se encogió sobre su hijo con la cabeza gacha, cubriendo el cuerpecito con sus largos cabellos, como una brillante cortina. Se negó a mirar a su esposo, como si al hacerlo él ejerciera un poder sobre su voluntad. Cerrando sus ojos a él, podría hacer que desapareciera. Sin embargo, la estratagema no funcionó porque, al cerrar los párpados, vio a Sinistrad como aquel día terrible en que sus radiantes ilusiones de amor se habían roto completa e irrevocablemente; aquel día en que le había comunicado la gozosa noticia de que portaba un hijo en sus entrañas; aquel día en que Sinistrad le había revelado, con voz fría y desapasionada, lo que se proponía hacer con el bebé.

Iridal debería haber sabido que tramaba algo. Lo había sabido, pero no había querido reconocerlo. La noche de bodas, su vida había pasado de unos sueños irisados a un vacío gris. Su marido hacía el amor sin amor, desapasionadamente.

Era rápido, práctico, siempre con los ojos abiertos y mirándola con fijeza, induciéndola a algo que ella no alcanzaba a entender. Noche tras noche, Sinistrad acudió a ella. Durante el día, rara vez la veía o hablaba con ella. Iridal llegó a temer las visitas nocturnas y en una ocasión se había atrevido a rechazarlo, suplicándole que la tratara con amor. Esa noche, él la había tomado con violencia y dolor, y la mujer no se había atrevido nunca más a decirle que no. Tal vez su hijo fue concebido esa misma noche. Un mes más tarde, supo que estaba embarazada. A partir de ese día, Sinistrad no volvió a pisar su alcoba.

—

El niño lloraba en sus brazos. Unas manos fuertes asieron a Iridal por los cabellos y la obligaron a levantar la cabeza. Las manos fuertes arrancaron al bebé de sus brazos. Suplicante, la madre se arrastró de la cama y avanzó tambaleándose tras su esposo mientras éste se alejaba con el lloriqueante recién nacido, pero estaba demasiado débil. Enredada en las sábanas manchadas de sangre, Iridal cayó al suelo. Una mano se agarró a la túnica del hombre, impidiéndole avanzar.

— ¡Mi hijo! ¡No te lleves a mi hijo!

Sinistrad la miró con una fría mueca de desagrado.

—El día en que te pedí que fueras mi esposa, te conté lo que era. Nunca te he mentado. Tú decidiste no creerme, y eso es culpa tuya. Tú te » has buscado.

El hombre bajó la mano, asió la túnica y tiró de ella. La tela se deslizó entre los dedos débiles de Iridal, y Sinistrad abandonó la estancia.

Cuando regresó, esa misma noche, traía otro bebé: el auténtico heredero de los desdichados reyes de las Volkaran y Ulyandia. Sinistrad se lo entregó a su esposa como si le arrojara un cachorro que hubiera encontrado abandonado en el camino.

— ¡Quiero a mi hijo! —protestó ella—. ¡No el de alguna otra desdichada como yo!

—Haz lo que quieras con él, pues —dijo Sinistrad. Su plan había resultado y casi se sentía de buen humor—. Dale de mamar, asfixialo... No me importa. Iridal se apiadó del recién nacido y, esperando que el amor que volcaba en él fuera correspondido en su propio hijo donde estuviera, lo cuidó con ternura. Pero el pequeño no pudo adaptarse a la atmósfera enrarecida. Murió a los pocos días, y algo dentro de Iridal murió con él.

Un mes más tarde, acudió a ver a Sinistrad en su laboratorio y le declaró tranquila y claramente que se marchaba, que volvía a casa de su padre. En realidad, su idea era viajar al Reino Medio y rescatar a su hijo.

—No, querida, creo que no lo harás —replicó Sinistrad sin alzar la vista del texto que estaba estudiando—. Mi boda contigo alejó de mí la nube de dudas. Ahora, los demás confían en mí. Para que nuestros planes de escapar de este reino tengan éxito, necesitaré la ayuda de todos los miembros de mi comunidad. Es preciso que hagan mi voluntad sin titubeos. No puedo permitirme el escándalo de una separación de ti.

Por fin, dirigió la mirada hacia ella e Iridal supo que conocía sus planes, que conocía los secretos de su corazón.

— ¡No puedes detenerme! —gritó—. Los hechizos que urdo son poderosos, pues soy experta en magia, tan experta como tú, esposo, que has dedicado toda tu vida a tu arrogante ambición. ¡Yo proclamaré tu maldad al mundo! ¡Entonces no te

seguirán, sino que se levantarán para destruirte!

—Tienes razón, querida, no puedo detenerte. Pero tal vez quieras discutir este asunto con tu padre...

Marcando con el dedo el punto del libro donde estaba leyendo, Sinistrad levantó la cabeza e hizo un gesto con una mano. Una caja de ébano se elevó de la mesa donde se encontraba, flotó en el aire y fue a posarse junto al libro del hechicero. Abriéndola con una mano, sacó del interior un relicario que pendía de un cordón de terciopelo negro y se lo entregó a Iridal.

— ¿Qué es? —preguntó ella, mirando el relicario con suspicacia.

—

—Un regalo, querida. De un esposo amante a su amada esposa. —Su sonrisa era un cuchillo que le atravesaba el corazón—. Ábrelo.

Iridal cogió el relicario con dedos tan ateridos y torpes que estuvo a punto de caérsele. En el interior había un retrato de su padre.

—Ten cuidado de no romperlo o dejarlo caer —comentó Sinistrad despreocupadamente, mientras retomaba su lectura.

Iridal observó, horrorizada, que el retrato le devolvía la mirada con un aire suplicante, desvalido, en sus ojos vivos y atrapados. ..

Unos sonidos procedentes del exterior despertaron a Iridal de sus melancólicas meditaciones. Levantándose de la silla, se acercó a la ventana con pasos débiles e inestables. El dragón de Sinistrad flotaba entre las nubes, cortando la niebla con su cola hasta convertirla en finos jirones que se esparcían hasta desvanecerse. «Igual que los sueños», se dijo Iridal. El dragón de azogue había acudido a las órdenes de Sinistrad y ahora daba vueltas y vueltas en torno al castillo, aguardando a su amo. La bestia era enorme, con la piel plateada y reluciente, un cuerpo delgado y sinuoso, y unos ojos encendidos y llameantes. Carecía de alas, pero podía volar sin ellas más deprisa que sus primos alados del Reino Medio.

Nerviosos e impredecibles, estos dragones llamados de azogue, los más inteligentes de su especie, sólo podían ser controlados por los magos más poderosos. E, incluso así, el dragón sabía que estaba sometido a un hechizo y libraba una constante batalla mental con el mago que lo había encantado, obligándolo a mantenerse en guardia en todo instante. Iridal contempló a la bestia desde la ventana. El dragón estaba en perpetuo movimiento; en un momento dado, se enroscaba hasta convertirse en una gigantesca espiral cuya cabeza se alzaba por encima de la torre más alta del castillo; en el momento siguiente, se desenrollaba con la velocidad del rayo hasta rodear con su largo cuerpo la base del castillo, envuelta en la niebla. Hubo un tiempo en que Iridal temía al dragón de azogue pues, si se liberaba de sus ataduras mágicas, podía matarlos a todos. Ahora, en cambio, ya no le importaba.

Cuando vio aparecer a Sinistrad, Iridal se apartó involuntariamente de la ventana para que no la viera si se le ocurría mirar hacia arriba. Sin embargo, su esposo no hizo el menor ademán de alzar la vista, concentrado en asuntos más importantes. La nave elfa había sido avistada y en ella viajaba su hijo. Sinistrad y los demás miembros del Consejo debían reunirse para llevar a cabo los planes y preparativos finales. Por eso había decidido emplear el dragón.

Como misteriarca de la Séptima Casa, Sinistrad podría haberse transportado mentalmente a la sala del Consejo, disolviendo su cuerpo y volviéndolo a formar

cuando la mente llegara a su destino. Tal había sido el modo en que había viajado antes al Reino Medio. No obstante, tal hazaña requería un gran esfuerzo y sólo impresionaba de verdad si había alguien presente para ver materializarse al mago, supuestamente de la nada. Era mucho más probable que los elfos se atemorizaran ante la visión de un dragón gigante que ante una exhibición de las técnicas más refinadas y delicadas de magia mental.

Sinistrad montó el dragón de azogue, al que había puesto el nombre de *Gorgona*, y la bestia remontó el aire hasta desaparecer de la vista de Iridal. El hechicero no miró atrás una sola vez. ¿Por qué iba a hacerlo? No tenía miedo de que su esposa tratara de huir. Ya no. En el castillo no había centinelas apostados,

—

ni sirvientes que la espieran para informar de sus movimientos a su amo. Sinistrad no tenía necesidad de ellos, incluso si hubiera podido encontrarlos. Iridal era su propia guardiana, encerrada en el castillo por su propia vergüenza, cautiva de su propio terror.

Su mano se cerró en torno al relicario. El retrato del interior ya no vivía. Su padre había muerto hacía algunos años. Atrapada su alma por Sinistrad, el cuerpo se había marchitado. Pese a ello, cada vez que Iridal contemplaba la imagen del rostro de su padre, aún podía apreciar la pena en sus ojos.

El castillo estaba vacío y silencioso, casi tanto como su corazón. Tenía que vestirse, se dijo con tristeza mientras se despojaba de la camisa de dormir que últimamente llevaba casi en todo instante, pues los sueños eran su única evasión. Volviendo la espalda a la ventana, se vio en el espejo de enfrente. Veintiséis años, y parecía haber vivido un centenar... Sus cabellos, que un día habían sido del color de las fresas bañadas en miel dorada, eran ahora blancos como las nubes que pasaban ante la ventana. Iridal tomó un cepillo e inició un desgastado intento de desenredar la enmarañada melena.

Llegaba su hijo y debía causarle una buena impresión. De lo contrario, Sinistrad se disgustaría.

—

CAPITULO

NUEVA ESPERANZA,

REINO SUPERIOR

Veloz como el viento, el dragón de azogue condujo a Sinistrad a Nueva Esperanza, la capital del Reino Superior. Al misteriarca le gustaba utilizar el dragón para impresionar a su propia gente. Ningún otro mago había conseguido ejercer un dominio sobre el inteligentísimo y peligroso animal y no estaría de más, en aquel momento de crisis, recordar de nuevo a los otros por qué lo habían escogido como líder.

Cuando llegó a Nueva Esperanza, Sinistrad se encontró con que ya se había efectuado el encantamiento: relucientes cristales, altísimas torres, paseos bordeados de árboles... Casi no reconoció la ciudad. Dos colegas misteriarcas lo esperaban a la puerta de la sala del Consejo con un aire de sentirse muy orgullosos de sí mismos, pero también tremendamente fatigados.

En su descenso desde las alturas, Sinistrad les dio ocasión de contemplar a

fondo su montura; después, soltó a la bestia y le ordenó que no se alejara y que aguardase su llamada.

El dragón abrió la boca, armada de grandes colmillos, y soltó un gruñido con los ojos llameantes de odio. Sinistrad volvió la espalda a la bestia.

—Te digo, Sinistrad, que un día ese dragón va a sacudirse el hechizo que has tendido sobre él y ninguno de nosotros estará seguro. Capturarlo fue un error... — comentó uno de los hechiceros, un misteriarca de edad avanzada, mirando de reojo al dragón de azogue.

— ¿Tan poca fe tienes en mi poder? —replicó Sinistrad con voz suave.

El anciano no dijo nada, pero miró a su compañero. Al advertir el intercambio de miradas, Sinistrad supuso, acertadamente, que los dos brujos habían estado hablando de él antes de que se presentara.

— ¿Qué sucede? —Exigió saber—. Seamos sinceros entre nosotros. Siempre he insistido en ello, ¿verdad?

—

—Sí, es cierto. ¡Siempre nos restriegas por las narices tu sinceridad! — masculló el anciano.

—Vamos, Baltasar, tú me conoces perfectamente. Sabías cómo era cuando me votaste como líder. Sabías que era despiadado y que no permitiría que nada se interpusiera en mi camino. Algunos me llamasteis perverso entonces. Ahora insistes en ello y es un calificativo que no rechazo. Sin embargo, yo fui el único entre nosotros con visión. Fui yo quien urdió el plan para salvar a nuestro pueblo, ¿no es cierto?

Los misteriarcas miraron a Sinistrad, intercambiaron una nueva mirada y apartaron los ojos, uno hacia la hermosa ciudad y el otro hacia el dragón de azogue que desaparecía en el cielo despejado.

—Sí, es cierto —repuso uno de ellos.

—No teníamos elección —añadió el otro.

—No es un comentario muy halagador, pero puedo pasarme sin halagos. Y, hablando de ello, debo decir que habéis hecho un trabajo excelente. —Sinistrad inspeccionó con ojo crítico los capiteles, los paseos y los árboles. Alargando la mano, tocó la puerta del edificio ante el cual se encontraban—. Tanto, que no estaba muy seguro de que esto no fuera también parte del hechizo. ¡Casi me daba miedo entrar!

Uno de los misteriarcas ensayó una triste sonrisa ante su tímido asomo de humor. El otro, el anciano, frunció el entrecejo, dio media vuelta y se alejó. Sinistrad recogió la capa en torno a sí y siguió a sus colegas. Ascendieron la escalinata de mármol y cruzaron las deslumbrantes puertas de cristal del Consejo de Hechiceros.

Dentro de la sala se habían congregado una cincuentena de brujos que charlaban entre ellos con voces graves y solemnes. Hombres y mujeres vestían túnicas similares a la de Sinistrad en confección y diseño, aunque en una amplia gama de colores, cada uno de los cuales indicaba la dedicación particular del brujo que lo portaba: verde para la tierra, azul marino para el agua, rojo para el fuego (o magia de la mente), azul celeste para el aire. Unos pocos, entre ellos Sinistrad, lucían el negro que representaba la disciplina; una disciplina férrea, que no admitía ninguna debilidad. Cuando penetró en la sala, los presentes, que estaban conversando con voces contenidas pero excitadas, guardaron silencio. Todos

hicieron una reverencia y se apartaron, formando un pasillo por el cual avanzó Sinistrad.

Repartiendo miradas a un lado y otro, saludando a los amigos y tomando nota de la presencia de sus enemigos, Sinistrad avanzó sin prisa por el gran salón. Construida en mármol, la sala del Consejo estaba desnuda, vacía y sin adornos. No había tapices que alegraran sus paredes, ni estatuas que adornaran la entrada, ni ventanas que permitieran el paso de la luz, ni magia que disipara la penumbra. Las mansiones de los misteriarcas en el Reino Medio habían tenido fama en todo el mundo de ser las creaciones humanas más maravillosas. Recordando la belleza de la que provenían, la austeridad y la aridez de la sala del Consejo en el Reino Superior producía escalofríos a los hechiceros. Con las manos guardadas en las mangas de sus túnicas, todos se mantenían apartados de las paredes y parecían tratar de evitar que sus ojos se fijaran en otra cosa que en sus colegas y en su líder, Sinistrad.

Este era el más joven de los congregados. Todos los misteriarcas presentes recordaban cuándo había ingresado en el Consejo, siendo un joven bien dotado,

—

con propensión a mostrarse quejoso y servil. Sus padres habían estado entre los primeros exiliados en sucumbir allá arriba, dejándolo huérfano. Los demás se apiadaron del muchacho, aunque no en exceso pues, al fin y al cabo, había muchos en su misma situación por aquella época. Concentrados en sus propios problemas, que eran enormes, nadie había prestado mucha atención al joven brujo.

Los hechiceros humanos tenían su propia versión de la historia, desfigurada —como la de cualquier otra raza— por su propia perspectiva. Después de la Separación, los sartán habían conducido a la gente allí, a aquel reino bajo la cúpula mágica (y no a Aristagón primero, como habría explicado un elfo). Los humanos, y en especial los brujos, se volcaron en un esfuerzo tremendo para hacer aquel reino no sólo habitable, sino hermoso. Les daba la impresión de que los sartán no acudían nunca a prestarles ayuda, sino que siempre estaban ausentes por algún asunto «importante».

En las escasas oportunidades en que los sartán hacían acto de presencia, les echaban una mano en el trabajo, utilizando su magia de runas. Así fueron creados aquellos edificios fabulosos, y así se reforzó la cúpula. La coralita producía frutos y el agua abundaba. Pero los hechiceros humanos no se sintieron demasiado agradecidos, pues tenían envidia de los sartán y codiciaban la magia de las runas.

Llegó el día en que los sartán anunciaron que el Reino Medio estaba preparado para ser habitado. Humanos y elfos fueron trasladados a Aristagón, mientras que los sartán se quedaban en el Reino Superior. Como razón para el traslado, los sartán dijeron que la tierra bajo la cúpula se estaba poblando demasiado, pero los hechiceros humanos consideraron que los sartán los expulsaban porque se estaban informando demasiado sobre la magia de las runas. Pasó el tiempo y los elfos se hicieron fuertes y se unieron bajo la dirección de sus poderosos brujos, en tanto los humanos se convertían en bárbaros piratas. Los hechiceros humanos observaron el ascenso de los elfos con desdén, por fuera, y con temor, por dentro.

— ¡Si poseyéramos la magia de las runas, podríamos destruir a esos elfos! — se dijeron.

Así pues, en lugar de ayudar a su pueblo, empezaron a concentrar su magia en la búsqueda de un modo de regresar al Reino Superior. Al fin lo encontraron y un gran contingente de los brujos más poderosos, los misteriarcas, ascendió al Reino Superior para desafiar a los sartán y recuperar la tierra que habían llegado a considerar legítimamente suya.

Los humanos dieron a este episodio el nombre de la guerra de la Ascensión, aunque de guerra tuvo poco. Una mañana, al despertar, los misteriarcas descubrieron que los sartán se habían marchado, dejando abandonadas sus ciudades y vacías sus moradas. Pero cuando los brujos regresaron victoriosos junto a su pueblo, encontraron el Reino Medio sumido en el caos y desgarrado por la guerra. Así pues, se vieron obligados a luchar por sobrevivir, sin poder utilizar la magia para trasladar a su gente a la tierra prometida.

Al cabo, tras años de sufrimientos y penalidades, los misteriarcas consiguieron abandonar el Reino Medio y acceder a la tierra que sus leyendas tenían por hermosa, fructífera, segura y acogedora. Allí, asimismo, esperaban descubrir por fin los secretos de las runas. Todo parecía un sueño maravilloso, pero pronto habría de resultar una pesadilla.

—

Las runas retuvieron sus secretos y los misteriarcas descubrieron con horror cuánta de la belleza y abundancia de la tierra había dependido de aquellos signos mágicos. Obtenían cosechas, pero no las suficientes para alimentar a su pueblo. El hambre azotó la tierra. El agua se hizo más y más escasa, y cada familia tenía que invertir unas cantidades inmensas de magia para producirla. Siglos de endogamia habían debilitado a los hechiceros y la continuación de tal práctica en aquel reino cerrado produjo terribles taras genéticas que no podían remediarse con la magia. Los niños que las presentaban morían y, finalmente, escasearon los nacimientos. Y lo más terrible de todo fue la constatación, por parte de los misteriarcas, de que la magia de la cúpula estaba perdiendo fuerza.

Tendrían que abandonar aquel reino, pero ¿cómo podrían hacerlo sin reconocer su fracaso, su debilidad? Uno de ellos tuvo una idea. Uno de ellos les dijo cómo podían conseguirlo. Estaban desesperados, y prestaron oídos a su propuesta.

A medida que pasó el tiempo y Sinistrad progresó en sus estudios mágicos, sobrepasando en poder a muchos de los ancianos, dejó de mostrarse servil y empezó a hacer alarde de sus facultades. Los ancianos se disgustaron cuando decidió cambiar su nombre por el de Sinistrad, pero no le dieron importancia en aquel momento. En el Reino Medio, un bravucón podía hacerse llamar *Bruto* o *el Navaja* o cualquier otro apodo de rufián para imponer un respeto que no se había ganado. El hecho no tenía nada de extraordinario.

Igual que al cambio de nombre, los misteriarcas habían prestado poca atención a Sinistrad, aunque hubo algunos que alzaron su voz, entre ellos el padre de Iridal. Algunos trataron de hacer ver a sus colegas la arrogante ambición del joven, su despiadada crueldad, su capacidad para manipular, pero las advertencias no fueron oídas. El padre de Iridal perdió a su amada hija única en manos de Sinistrad, y perdió la vida en la mágica cautividad del hechicero. La prisión en que se encontraba estaba hecha con tal habilidad que nadie llegó a advertirla. El viejo brujo deambulaba por la tierra, visitaba a sus amigos y llevaba a cabo sus tareas. Si alguien comentaba que parecía abatido y apático, todos lo

atribuían a la tristeza por la boda de su hija. Nadie sabía que el alma del viejo estaba prisionera como un insecto en un recipiente de cristal.

Paciente, imperceptiblemente, el joven hechicero fue urdiendo su red sobre todos los hechiceros supervivientes del Reino Superior. Los filamentos eran prácticamente invisibles, ligeros al tacto, y apenas se notaban. No tejía una red gigantesca que todos pudieran ver, sino que enroscaba con habilidad un hilo en torno a un brazo y trababa un pie con otro, con tanta suavidad que sus víctimas no se dieron cuenta de que estaban atrapados hasta el día en que se descubrieron inmovilizados.

Ahora estaban apresados, acorralados por su propia desesperación. Sinistrad tenía razón: no les quedaba otra elección. Tenían que confiar en él porque era el único lo bastante listo como para proyectar y llevar a cabo una estrategia para escapar de su hermoso infierno.

Sinistrad llegó al fondo de la sala. Hizo surgir del suelo un podio dorado, se encaramó a él y se volvió para dirigirse a sus colegas.

—La nave elfa ha sido avistada. A bordo viene mi hijo. Siguiendo nuestros planes, iré a su encuentro y lo conduciré...

—

—No habíamos accedido a permitir que una nave elfa entrara en la cúpula —protestó la voz de una misteriarca—. Tú hablaste de una nave pequeña, pilotada por tu hijo y su zafio • acompañante.

—Me vi obligado a efectuar un cambio de planes —replicó Sinistrad, torciendo los labios en una sonrisa débil y desagradable—. La primera nave fue atacada por los elfos y se estrelló en Drevlin. Mi hijo consiguió adueñarse de ese transporte elfo y tiene sometido a su capitán. No hay más de treinta elfos a bordo y sólo un brujo. Un brujo muy débil, por supuesto. Creo que podemos controlar la situación, ¿no os parece?

—Sí, en los viejos tiempos, cualquiera de nosotros podría haberse enfrentado a elfos, pero ahora... —contestó una mujer, dejando la frase en el aire mientras sacudía la cabeza en gesto de negativa.

—Por eso hemos utilizado nuestra magia, creando estos espejismos. — Sinistrad señaló con un gesto el exterior del Consejo—. Su mera visión los intimidará. No nos darán ningún problema.

— ¿Por qué no sales a su encuentro en el Firmamento, coges a tu hijo y dejas que prosigan su camino? —sugirió el anciano misteriarca conocido por el nombre de Baltasar.

— ¡Porque necesitamos la nave, viejo decrepito y estúpido! —Masculló Sinistrad, visiblemente irritado ante la pregunta—. Con ella podemos transportar a gran número de los nuestros hasta el Reino Medio. De lo contrario nos habríamos visto obligados a esperar hasta poder encontrar naves o encantar mas dragones.

— ¿Y qué vamos a hacer con los elfos? —preguntó la mujer.

Todos miraron a Sinistrad. Conocían la respuesta tan bien como él, pero querían oírla de sus labios.

Sin la menor pausa, sin vacilaciones, el hechicero contestó:

—Matarlos.

El silencio resultó sonoro y elocuente. El anciano misteriarca sacudió la cabeza.

—No. No pienso ser partícipe de algo semejante.

— ¿Por qué no, Baltasar? Tú mismo has dado muerte a muchos elfos en el Reino Medio.

—Entonces estábamos en guerra. Esto sería un asesinato.

—La guerra es una cuestión de «o ellos o nosotros». Pues bien, esto es una guerra: ¡es su vida o la nuestra!

Los misteriarcas que lo rodeaban asintieron entre murmullos, aparentemente de acuerdo. Varios de ellos discutieron con el anciano, tratando de convencerlo de que cambiara de postura.

—Sinistrad tiene razón —decían—. ¡Esto es una guerra! Entre nuestras dos razas no puede existir otra cosa. Al fin y al cabo —añadían—, Sinistrad sólo pretende conducirnos a casa.

— ¡Os compadezco! —Insistió Baltasar—. ¡Os compadezco a todos! —Se volvió hacia Sinistrad y añadió—: Él os está dirigiendo. Os lleva por el ronزال como a terneros cebados. Cuando llegue el momento de llenar el buche, os sacrificará a todos para alimentarse de vuestra carne. ¡Bah! ¡Dejadme en paz! Prefiero morir aquí arriba antes que seguirlo al Reino Medio.

El anciano hechicero se encaminó hacia la puerta.

«Y eso es lo que harás, barbicano», murmuró Sinistrad para sus adentros.

—

—Dejadlo salir —ordenó en voz alta cuando algunos de sus colegas hicieron ademán de lanzarse en pos de Baltasar—. Salvo que haya alguien más que prefiera marcharse con él...

El misteriarca barrió la sala con una mirada rápida y escrutadora, recogiendo los cabos de su red y tirando de ellos progresivamente. Nadie más consiguió liberarse. Los que hasta entonces se habían debatido para hacerlo, se hallaban ahora tan debilitados por el miedo que se sentían dispuestos y ansiosos por cumplir sus mandatos.

—Muy bien. Traeré la nave elfa a través de la bóveda y conduciré a mi hijo y a sus compañeros a mi castillo. —Sinistrad habría podido contar a su pueblo que uno de los acompañantes del muchacho era un consumado asesino, un hombre que podía derramar la sangre de los elfos con sus manos, dejando limpias las de los misteriarcas. Sin embargo, el hechicero deseaba endurecer a su pueblo, obligarlo a hundirse más y más hasta que hiciera voluntaria e incondicionalmente cuanto él ordenara—. Aquellos de vosotros que os presentasteis voluntarios para aprender a pilotar la nave elfa ya sabéis qué hacer. El resto debe esforzarse en mantener el hechizo de la ciudad. Cuando llegue el momento, daré la señal y nos pondremos en acción.

Contempló a los presentes, estudiando uno por uno sus rostros pálidos y sombríos y quedó satisfecho.

—Nuestros planes progresan bien. Mejor de lo que habíamos previsto, incluso.

Con mi hijo viajan varios individuos que nos pueden ser útiles en aspectos que no habíamos pensado. Uno de ellos es un enano de los Reinos Inferiores. Los elfos han explotado durante siglos a los enanos y es probable que podamos incitar a esos gegs, como se llaman a sí mismos, a lanzarse a la guerra. Otro es un humano que afirma proceder de un reino situado más abajo del Reino Inferior; un lugar que, hasta ahora, ninguno de nosotros sabía que existiera. Esta noticia podría ser de enorme valor para todos nosotros.

Se produjeron murmullos de aprobación y asentimiento.

—Mi hijo trae información sobre los reinos humanos y sobre la revolución elfa, todo lo cual nos será de gran utilidad cuando emprendamos la conquista. Y, lo más importante, ha visto la gran máquina construida por los sartán en el Reino Inferior. Por fin tendremos la oportunidad de descubrir el misterio de la llamada Tumpa-chumpa y emplearla, también, en nuestro provecho.

Sinistrad alzó las manos en una bendición y añadió por último:

—Ve ahora, pueblo mío. ¡Id todos y sabed que con esto estáis saliendo al mundo, pues pronto será nuestro todo Ariano!

Los reunidos prorrumpieron en vítores, en su mayor parte entusiastas.

Sinistrad descendió del podio y éste desapareció, pues la magia debía ser cuidadosamente racionada y dedicada sólo a lo esencial. Muchos lo detuvieron para felicitarlo, hacerle preguntas o pedirle aclaraciones sobre pequeños detalles del plan de acción. Algunos le preguntaron cortésmente por su salud, pero nadie se interesó por su esposa. Iridal no había asistido a una reunión del Consejo desde hacía diez años; es decir, desde el día en que el Consejo de Brujos había votado su aceptación del plan de Sinistrad de coger a su hijo y cambiarlo por el príncipe humano. En realidad, a los miembros del Consejo les aliviaba el hecho de que Iridal no asistiera a las reuniones pues, pese al tiempo transcurrido, aún les habría resultado difícil mirarla a los ojos.

—

Sinistrad, consciente de la necesidad de emprender viaje, se sacudió de encima a los aduladores que se arremolinaban en torno a él y salió de la sala del Consejo. Con una orden mental, llamó al dragón de azogue al pie mismo de la escalinata. Pese a su malévola mirada de odio, la bestia soportó que el misteriarca montara sobre su lomo y lo obligara a cumplir sus órdenes. El dragón no tenía más remedio que obedecer al misteriarca, pues éste lo tenía hechizado. En esto, la bestia era distinta de los magos apiñados en el sombrío umbral de la sala del Consejo, pues ellos se habían entregado a Sinistrad por su propia voluntad.

—

CAPÍTULO

EL FIRMAMENTO

La nave dragón elfa colgaba inmóvil en el aire frío y enrarecido. Una vez alcanzados los bloques de hielo flotantes conocidos como el Firmamento, se había detenido, pues sus tripulantes no se atrevían a seguir avanzando. Témpanos de hielo diez veces mayores que la nave se cernían encima de ésta. Otros escollos menores rodeaban los bloques de mayor tamaño y el aire brillaba con miles de gotitas de rocío helado. El reflejo del sol en los témpanos resultaba cegador. Todos se preguntaban qué grosor tendría el Firmamento, hasta dónde se extendía. Nadie, excepto los misteriarcas y los sartán, había volado nunca tan alto y había vuelto para ofrecer una crónica de tal viaje. Los mapas trazados estaban basados en conjeturas y, a aquellas alturas, todo el mundo a bordo sabía que no eran acertados. Nadie había adivinado que los misteriarcas hubiesen atravesado el Firmamento para construir su reino al otro lado.

—Una barrera defensiva natural —comentó Hugh, asomándose por la portilla para contemplar con detenimiento el panorama de aterradora belleza—. No me

extraña que hayan mantenido intactas sus riquezas durante tanto tiempo.

— ¿Cómo pasaremos? —preguntó Bane, que se había puesto en puntillas para atisbar por la abertura.

—No lo haremos.

— ¡Pero tenemos que pasar! —La voz del pequeño fue un chillido agudo—. ¡Es preciso que llegue hasta mi padre!

—Muchacho, si nos toca uno solo de esos témpanos, aunque sea uno pequeño, nuestros cuerpos se convertirán en unas estrellas más de esas que titilan en el cielo diurno. Será mejor que le digas a tu padre que venga a buscarte. Bane endulzó la expresión y desapareció de sus mejillas el rubor de la cólera.

—Gracias por la sugerencia, maese Hugh —dijo cerrando el puño en torno a la pluma—. Eso haré. Y me aseguraré de contarle todo lo que has hecho por mí, lo que todos habéis hecho por mí. Todos. —Su mirada recorrió a todos los expedicionarios, desde Alfred hasta un Limbeck anonadado por la belleza de lo que estaba

—

viendo, incluido el perro de Haplo—. Estoy seguro de que os recompensará..., como merecéis.

Cruzando de extremo a extremo el calabozo, Bane se dejó caer en un rincón de la bodega y, con los ojos cerrados, empezó aparentemente a comunicarse con su padre.

—No me ha gustado esa pausa entre «recompensará» y «como merecéis» —comentó Haplo—. ¿Qué le impide a ese hechicero arrebatarlos al niño y envolvernos en llamas?

—Nada, supongo —respondió Hugh—, salvo que estoy seguro de que quiere algo, y no es sólo al muchacho. Si no, ¿a qué vienen tantas molestias?

—Lo siento, pero no te entiendo.

—Ven aquí, Alfred. Bien, tú nos contaste que ese Sinistrad penetró de noche en el castillo, cambió a los bebés y se marchó otra vez. ¿Cómo lo consiguió, si la guardia protegía el lugar?

—Los misteriarcas poseen la facultad de transportarse por el aire. Triano se lo explicó a Su Majestad, el rey, más o menos así: el hechizo se realiza enviando la mente por delante del cuerpo; una vez que la mente está firmemente asentada en un lugar en concreto, puede invocar al cuerpo para que se reúna con ella. El único requisito para quien realice el hechizo es que debe haber visitado el lugar con anterioridad, para que se pueda hacer una imagen precisa del punto al que se dirige. Los misteriarcas han visitado a menudo el palacio real de Ulyandia, que es casi tan viejo como el mundo.

— ¿Pero no podría Sinistrad, por ejemplo, transportarse al Reino Inferior o al palacio de los elfos en Aristagón?

—No, señor, no podría. Al menos, mentalmente. Ninguno de ellos podría hacerlo. Los elfos siempre han odiado y temido a los misteriarcas y jamás los han tolerado en su reino. Y tampoco podrían transportarse al Reino Inferior porque nunca han viajado hasta él. Deberían recurrir a otro medio de transporte... ¡Ah, ya entiendo a qué te referías!

— ¡Aja! Primero, Sinistrad trató de hacerse con mi nave. Eso le salió mal, pero ahora tiene ésta. Si logra...

—Silencio. Tenemos compañía —murmuró Haplo.

La puerta del calabozo se abrió y entró el capitán Bothar'el, flanqueado por

dos miembros de la tripulación.

—Tú —dijo señalando a Hugh—, ven conmigo.

La Mano se encogió de hombros y obedeció, alegrándose de la oportunidad de echar un vistazo a lo que sucedía arriba. La puerta se cerró tras ellos, el centinela pasó el cerrojo y Hugh siguió al elfo escalerilla arriba hasta la cubierta superior. Hasta que estuvo en el puente no advirtió la presencia del perro de Haplo trotando pegado a sus talones.

—¿De dónde ha salido? —preguntó el capitán, mirando al animal con irritación. El perro alzó hacia él unos ojos pardos resplandecientes, meneando la cola y con la lengua colgando.

—No sé. Me ha seguido, supongo.

—Oficial, saque a ese animal del puente. Devuélvaselo a su dueño y dígame que lo vigile o lo arrojaré por la borda.

—Sí, señor.

El oficial se agachó para coger al perro, pero la actitud del animal cambió al instante. Aplastó las orejas y la cola dejó de menearse para iniciar un lento y

—

amenazador movimiento de lado a lado. Sus fauces se abrieron en una mueca feroz y un ronco gruñido surgió de su pecho.

«Si aprecias esos dedos», parecía decir al oficial, «será mejor que los apartes».

El oficial siguió el consejo del perro. Echándose las manos a la espalda, miró a su capitán, temeroso y dubitativo.

—Perro... —probó Hugh. El animal alzó ligeramente las orejas y lo miró, sin perder de vista por un instante al oficial pero dando a entender a Hugh que lo consideraba un amigo.

—Aquí, perro —ordenó Hugh, chasqueando con torpeza los dedos.

El perro volvió la cabeza, como preguntándole si estaba seguro de aquello.

Hugh chasqueó de nuevo los dedos y el perro, con una sonrisa burlona al desventurado elfo, avanzó hasta Hugh, que le dio unas torpes palmaditas. El animal se echó a sus pies.

—No hará nada. Yo lo vigilo.

—Capitán, el dragón se acerca —informó un vigía.

—¿Un dragón? —Hugh miró al elfo.

Como respuesta, el capitán Bothar'el señaló en una dirección.

Hugh se acercó a la portilla y miró. Abriéndose camino por el firmamento, el dragón era apenas visible como un río de plata que fluía entre los témpanos.

Un río de plata con dos ojos encarnados, llameantes.

—¿Conoces esa especie, humano?

—Sí. Es un dragón de azogue —Hugh hizo una pausa hasta recordar la palabra elfa—. *Silindistani*.

—No podemos superarlo en velocidad —comentó Bothar'el—. ¡Fíjate qué rápido es! Tendremos que combatir.

—Me parece que no —replicó Hugh—. Más bien supongo que vamos a conocer al padre del muchacho.

Los elfos sienten un profundo desagrado y una gran desconfianza hacia los dragones. La magia de los hechiceros elfos no podía controlarlos y la conciencia de que los humanos sí podían era como la punzada constante de una muela cariada en la boca de los elfos. Los tripulantes de la nave estaban nerviosos e incómodos

en presencia del dragón de azogue que giraba, se retorció y serpenteaba con su largo cuerpo reluciente en torno a la nave. Los elfos volvían la cabeza constantemente para observar los movimientos de la criatura, o saltaban de alarma cuando la testa del dragón surgía en un lugar que dos segundos antes estaba vacío. Estas reacciones nerviosas parecían divertir al misteriarca, que se hallaba en el puente. Aunque el hechicero era la amabilidad misma, Hugh apreció el destello bajo sus párpados sin pestañas y la leve sonrisa que aparecía de vez en cuando en sus labios finos y exangües.

—Estoy en deuda eterna contigo, capitán Bothar'el —declaró Sinistrad—. Mi hijo significa más para mí que todos los tesoros del Reino Superior. —Mirando al muchacho, que se agarraba de su mano y lo miraba con evidente admiración, la sonrisa de Sinistrad se ensanchó.

—Me alegra haberte sido de utilidad. Como ha explicado el muchacho, ahora somos considerados forajidos por nuestra propia gente. Tenemos que encontrar a las fuerzas rebeldes para unirnos a ellas. Tu hijo nos prometió una recompensa...

— ¡Ah, sí! La recibiréis y en abundancia, os lo aseguro. Y tenéis que visitar nuestro encantador reino y conocer a nuestro pueblo. Tenemos tan pocos

invitados, que llegamos a cansarnos unos de otros. No es que fomentemos las visitas —añadió Sinistrad con delicadeza—, pero ésta es una circunstancia especial.

Hugh miró a Haplo, que había sido conducido al puente con los demás «invitados» a la llegada de Sinistrad. A *la Mano* le habría gustado mucho tener algún indicio de qué pensaba Haplo de todo aquello. No podían hablar, por supuesto, pero con sólo alzar un poco una ceja o con un guiño apresurado, Hugh habría sabido que Haplo tampoco se tragaba aquella fruta endulzada. Pero Haplo miraba a Sinistrad con tal fijeza que cualquiera habría dicho que contaba los poros de la larga nariz del misteriarca.

—No arriesgaré mi nave volando a través de eso —repuso el capitán Bothar'el señalando el Firmamento "con un gesto de cabeza—. Danos lo que llevas —la mirada del elfo se fijó en varias joyas refinadas que adornaban los dedos del misteriarca— y regresaremos a nuestro reino.

Hugh habría podido decirle al elfo que estaba malgastando saliva, pues Sinistrad no permitiría bajo ninguna circunstancia que aquella nave escapara de sus manos cubiertas de rubíes y diamantes.

No lo hizo.

—El viaje puede ser algo complicado, pero no imposible y, desde luego, tampoco peligroso. Yo seré vuestro práctico y os guiaré por un paso seguro a través del Firmamento. —Echó una ojeada al puente y añadió—: Sin duda, no negaréis a la tripulación la posibilidad de contemplar las maravillas de nuestro reino, ¿me equivoco?

La riqueza y el esplendor legendarios del Reino Superior, convertidos en reales gracias a la visión de las joyas que el hechicero lucía con tan despreocupada gracia, avivaron una llama que consumió el temor y el sentido común de los tripulantes. Así lo advirtió Hugh en su mirada y sintió una fría lástima por el capitán elfo, que sabía que se estaba metiendo en una telaraña pero no podía hacer nada por evitarlo. Si daba la orden de abandonar el lugar y regresar a casa, sería él solo quien volvería..., y de mala manera, boca abajo a través de menkas y

menkas de cielo vacío.

—Está bien —asintió Bothar'el con displicencia. Los vítores de la tripulación se apagaron ante la mirada furibunda del capitán.

— ¿Puedo montar contigo en el dragón, padre? —preguntó Bane.

—Claro, hijo mío. —Sinistrad pasó la mano por el cabello dorado del chiquillo—. Y ahora, aunque me gustaría quedarme y seguir hablando con todos vosotros, en especial con mi nuevo amigo Limbeck... —Sinistrad dedicó una reverencia al geg, que inclinó torpemente la cabeza en respuesta—, mi esposa aguarda con gran impaciencia para ver a su hijo. ¡Mujeres! ¡Qué deliciosas criaturitas! —Se volvió hacia el capitán y añadió—: No he pilotado nunca una nave, pero se me ocurre que el principal problema que podéis encontrar en la travesía del Firmamento será la formación de hielo en las alas. Sin embargo, estoy seguro de que este experimentado y capaz colega —saludó con otra reverencia al brujo de a bordo, que le devolvió la cortesía con respeto, y también con cierta prevención—, sabrá hundirlo.

Sinistrad pasó el brazo en torno a los hombros de su hijo y se dispuso a marcharse, utilizando la magia para transportar al chiquillo la corta distancia de regreso al dragón. Los cuerpos de padre e hijo se habían desvanecido ya casi por

—

completo cuando el misteriarca se detuvo y clavó una mirada de acero en los ojos del capitán.

—Sigue el camino del dragón —murmuró—. Exactamente.

Tras esto, desapareció.

— ¿Entonces, qué piensas de él? —preguntó Hugh a Haplo en un murmullo mientras ambos hombres, junto con el perro, Alfred y Limbeck, eran conducidos de regreso al calabozo.

— ¿Del hechicero?

— ¿De quién, si no?

— ¡Ah! Es poderoso —afirmó Haplo, encogiéndose de hombros—. Pero no tanto como esperaba.

Hugh soltó un gruñido, pues había encontrado intimidador a Sinistrad.

— ¿Y qué esperabas encontrar, un sartán?

Haplo estudió intensamente a Hugh y comprendió que era una broma.

—Sí —respondió con una sonrisa.

—

CAPÍTULO

EL FIRMAMENTO

La *Carfa'shon* avanzó entre los témpanos de hielo, dejando a su paso una estela de cristales brillantes que se arremolinaban y centelleaban. El frío era intenso. El brujo de a bordo se había visto obligado a retirar el calor mágico de las zonas de trabajo y de descanso de la nave y utilizarlo para mantener aparejos, cables, alas y casco libres del hielo que caía sobre ellos con un traqueteo que, en palabras de Limbeck, sonaba como un millón de guisantes secos.

Haplo, Limbeck, Alfred y Hugh se acurrucaban en torno al pequeño brasero de la bodega para darse calor. El perro se había enroscado a sus pies, con el

hocico bajo la cola de tupido pelaje, y dormía profundamente. Ninguno de los cuatro decía palabra. Limbeck estaba demasiado asombrado ante las cosas que había contemplado y las que esperaba presenciar. En cuanto a Haplo, nadie podía saber qué le rondaba por la cabeza.

Hugh estaba meditando sus opciones: «El asesinato está descartado. Ningún asesino que valga lo que su daga aceptaría el encargo de matar a un hechicero, y mucho menos a un misteriarca. Ese Sinistrad es poderoso. ¿Qué digo, poderoso? ¡Ese hombre es el poder mismo! Vibra con él como un pararrayos bajo una tormenta. ¡Ah!, si pudiera descubrir por qué me quiere ahora, cuando hace un tiempo intentó matarme... ¿Por qué, de pronto, soy tan valioso?»

— ¿Por qué me has hecho traer a Hugh, padre?

El dragón de azogue se abría paso entre los témpanos de hielo moviéndose con inusual lentitud, pues Sinistrad retenía su marcha para que la nave elfa pudiera seguirlos. Aquel avance calmoso irritaba al dragón, al cual, además, le habría encantado engullir como cena a las criaturas de delicioso aroma que viajaban a bordo. Pero la bestia sabía que no debía desafiar a Sinistrad. Los dos habían librado numerosas batallas mágicas con anterioridad y la *Gorgona* siempre había perdido, por lo que sentía hacia el hechicero una mezcla de odio y de rencoroso respeto.

—Tal vez necesite a ese Hugh *la Mano*, hijo. Al fin y al cabo es un piloto.

—Pero si ya tenemos uno: el capitán elfo.

—

—Mi querido muchacho, te queda mucho que aprender, de modo que empezaré a enseñarte ahora mismo. No confíes nunca en los elfos. Aunque su inteligencia es igual a la de los humanos, tienen unas vidas más largas y tienden a superarlos en sabiduría. En los tiempos antiguos, los elfos constituían una raza noble y los humanos, como suelen afirmar esos elfos con aire de burlona superioridad, eran poco más que animales en comparación con ellos. Sin embargo, los hechiceros elfos no podían dejar de envidiar a sus equivalentes humanos. De hecho, estaban celosos de su magia.

—Pero yo vi cómo el hechicero atrapaba el alma del elfo moribundo —lo interrumpió Bane en un susurro, recordando la escena con asombro y temor.

—Sí —respondió Sinistrad en tono burlón—. Así es cómo pensaban enfrentarse a nosotros.

—No te comprendo, padre.

—Es importante que lo hagas, hijo, y pronto, pues vamos a tener que tratar con el brujo elfo de a bordo. Déjame describirte en cuatro frases la naturaleza de la magia. Antes de la Separación, la magia espiritual y la física, como todos los demás elementos del mundo, estaban fundidas y presentes en todos los pueblos.

Tras la Separación, el mundo quedó dividido en sus elementos sueltos (al menos, así lo narran las leyendas sobre los sartán) y lo mismo sucedió con la magia.

»Cada raza busca, de manera natural, emplear el poder de la magia para compensar sus deficiencias. Así, los elfos, que tienden por naturaleza a lo espiritual, necesitaban la magia para mejorar sus poderes físicos y estudiaron el arte de proporcionar facultades mágicas a los objetos físicos que podían serles de utilidad.

— ¿Como la nave dragón?

—Sí, como la nave dragón. Los humanos, por su parte, tenían más capacidad

para controlar el mundo físico, de modo que trataron de alcanzar nuevos poderes a través de lo espiritual. Así, nuestro mayor talento pasó a ser la capacidad de comunicarnos con los animales, de obligar al viento a seguir nuestra voluntad o de forzar a las piedras a levantarse del suelo. Y, gracias a nuestra preocupación por lo espiritual, desarrollamos la facultad de la magia mental, la capacidad de ejercitar nuestra mente para alterar y controlar las leyes físicas.

— ¿Fue así como pude volar?

—Sí. Y, si hubieras sido un elfo, habrías perdido la vida pues ellos no poseen tal poder. Los elfos volcaron toda su capacidad mágica en los objetos físicos y estudiaron en profundidad el arte de la manipulación mental. Un mago elfo con las manos atadas no puede hacer nada. Un hechicero humano en las mismas circunstancias sólo necesita concentrarse en que sus muñecas están encogiéndose de grosor y así sucede, de modo que puede liberarse de las ataduras.

— ¡Padre! —Indicó Bane, mirando hacia atrás—, la nave se ha detenido.

—Es verdad. —Sinistrad exhaló un suspiro de impaciencia y tiró de las riendas del dragón—. Ese mago de a bordo no debe de haber pasado de la Segunda Casa, si no es capaz de mantener las alas libres de hielo mejor de lo que lo hace.

—Y por eso tenemos dos pilotos. —Bane volvió el cuerpo sobre la silla del dragón para observar mejor la nave. Los tripulantes elfos se habían visto obligados a tomar las hachas para desprender el hielo que se había formado en los aparejos.

—No por mucho tiempo —añadió Sinistrad.

—

Si el misteriarca se proponía utilizar la nave, necesitaría un piloto. Una vez establecido este hecho, Hugh sacó la pipa y empezó a llenar a medias la cazoleta con su menguante provisión de tabaco, mientras pensaba: «Y ahora tiene dos pilotos, el elfo y yo. Tal vez desee mantenernos a ambos en ascuas, enfrentados entre nosotros. El ganador sobrevive, el perdedor muere. O tal vez no. Quizá Sinistrad no confíe en absoluto en el elfo. Muy interesante. No estoy seguro de si debería poner sobre aviso a Bothar'el».

Hugh encendió la pipa y observó a sus compañeros con los ojos entrecerrados. Limbeck. ¿Por qué Limbeck? Y Haplo. ¿Dónde encajaba éste?

—Hijo, ese geg que has traído... ¿Dices que es el líder de su pueblo?

—Bueno, algo parecido —respondió Bane, moviéndose inquieto—. No fue culpa mía. Yo intenté que viniera su rey, al que llaman supervisor jefe, pero...

—Supervisor jefe... —repitió el misteriarca.

—... pero ese otro hombre quiso que fuera Limbeck quien nos acompañara, y así se hizo —continuó el chiquillo, encogiéndose de hombros.

— ¿Qué otro hombre? ¿Alfred?

—No. Alfred, no —dijo Bane en tono despectivo—. El otro, el más callado. El amo del perro.

Sinistrad dirigió su mente hacia el puente de la nave. En efecto, recordaba la presencia de otro humano, pero no lograba evocar su aspecto, sino sólo una especie de bruma gris, indefinida. Debía de tratarse del hombre procedente del reino recién descubierto.

—Quizá deberías haberle lanzado tu hechizo y convencerlo de que quería lo que tú querías. ¿No lo intentaste?

— ¡Por supuesto, padre! —contestó Bane, enrojeciendo de indignación.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Que el encantamiento no produjo efecto. —Bane agachó la cabeza.

— ¿Qué? ¿Es posible que Triano consiguiera realmente romper el hechizo? ¿O acaso ese hombre posee un amuleto que...?

—No, no posee nada salvo un perro. Haplo no me gusta. Yo no quería que viniera con nosotros, pero no pude impedirlo. Cuando lo envolví con el hechizo, éste no funcionó como lo hace con la mayoría de la gente. Todos los demás lo absorben como una esponja que se empapa de agua. En cambio, en ese Haplo, la magia rebotó sin producir ningún efecto.

—Imposible. Debe de tener algún amuleto oculto, o fue cosa de tu imaginación.

—No, padre. No fue ninguna de las dos cosas.

— ¡Bah! ¿Qué sabes tú? No eres más que un niño. Ese Limbeck es el líder de una especie de rebelión entre su pueblo, ¿no es cierto?

Bane, aún con la cabeza gacha y un gesto enfurruñado en los labios, se negó a contestar.

Sinistrad obligó al dragón a detenerse. La nave avanzaba pesadamente tras ellos, rozando con la punta de las alas los témpanos de hielo que podían romper el casco en pedazos. Volviéndose en la silla de montar, el misteriarca agarró con una mano la barbilla de su hijo y lo obligó a levantar la cabeza. La presión de los dedos era dolorosa y a Bane se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Responderás con prontitud a todas las preguntas que te haga. Obedecerás mis mandatos sin replicar ni protestar. Me tratarás con respeto en todo momento. No te culpo de que ahora no lo hagas, pues has vivido entre gente que no hacía

—

nada por imponer ese respeto, que no era merecedor de él. Pero esto ha cambiado. Ahora estás con tu padre. No lo olvides nunca.

—No —musitó Bane.

—No, ¿qué? —La presión de los dedos aumentó.

— ¡No, padre! —respondió Bane.

Satisfecho, Sinistrad soltó al muchacho y lo recompensó con una ligera mueca en sus labios finos y exangües. Volviendo la cabeza, ordenó al dragón que reanudara la marcha.

Los dedos del hechicero dejaron unas marcas blancas en las mejillas del muchacho y unas manchas rojizas en sus mandíbulas. Bane, callado y pensativo, se pasó la mano por ellas tratando de aliviar el dolor. No había derramado ninguna lágrima y se obligó a engullir las que tenía en la garganta al tiempo que secaba con un acelerado parpadeo las que le acudían a los ojos.

—Ahora, responde a mi pregunta. Ese Limbeck es el líder de una rebelión, ¿sí o no?

—Sí, padre.

—Entonces, puede sernos útil. Al menos, nos proporcionará información sobre la máquina.

—Yo he hecho dibujos de esa máquina, padre.

— ¿De veras? —Sinistrad volvió la mirada hacia él—. ¿Buenos croquis? No, no los saques ahora. Podría llevárselos el viento. Ya los estudiaré cuando lleguemos a casa

Hugh dio unas lentas chupadas a la pipa, sintiéndose más relajado. Fueran cuales fuesen los planes del misteriarca, Limbeck le proporcionaría información y

acceso al Reino Inferior. Pero ¿y Haplo? ¿Cuál era su papel allí? A menos que los hubiera acompañado por casualidad. No. Hugh observó con detenimiento al hombre, que incordiaba al perro dormido provocándole cosquillas en el hocico con los pelos de la cola. El perro estornudó, se despertó, buscó con aire irritado la presunta mosca que lo estaba molestando y, al no encontrarla, volvió a dormirse. Hugh evocó su encarcelamiento en Drevlin y el profundo sobresalto que había experimentado al ver a Haplo de pie junto a los barrotes. No, Hugh no podía imaginar a Haplo haciendo algo por casualidad. Así pues, estaba allí con algún propósito. Pero ¿cuál?

La Mano volvió la mirada hacia Alfred. El chambelán tenía la vista fija en el vacío y su expresión era la de quien sufre una pesadilla despierto. ¿Qué le había sucedido en el Reino Inferior? ¿Y por qué estaba allí, salvo que el chiquillo hubiera querido que su criado lo acompañara? Pero Hugh recordaba muy bien que no había sido Bane quien había subido a bordo a Alfred. El chambelán se había sumado al viaje por propia iniciativa. Y aún seguía con ellos.

— ¿Y qué me dices de Alfred? —Inquirió Sinistrad—. ¿Por qué lo has traído?

El misteriarca y su hijo se estaban acercando al límite del Firmamento. Los témpanos de hielo se hacían más pequeños y la distancia entre ellos aumentaba progresivamente. Ante ellos, deslumbrador en la distancia y brillando entre el hielo como una esmeralda incrustada entre diamantes, se hallaba lo que Sinistrad identificó como el Reino Superior. A sus espaldas, en la lejanía, se alzó un griterío discordante en la nave elfa.

—Descubrió el plan del rey Stephen para hacerme asesinar —respondió Bane a su padre—, y vino a mi encuentro para protegerme

— ¿Sabe algo más, aparte de eso?

—

—Sabe que soy hijo tuyo y conoce la existencia del encantamiento.

—Todos los estúpidos la conocen. Por eso ha resultado tan eficaz: porque todo el mundo es deliciosamente consciente de su propia impotencia frente a él. ¿Sabe Alfred que manipulaste a tus padres y a ese idiota de Triano para que creyeran que fueron ellos los responsables de expulsarte? ¿Lo has traído por eso?

—No. Alfred ha venido porque no ha podido evitarlo. Tiene que estar siempre a mi lado. No es lo bastante despierto para hacer otra cosa.

—Nos irá bien tenerlo con nosotros cuando regreses. Podrá certificar tu historia.

— ¿Regresar? ¿Regresar adonde? —Replicó Bane, agarrándose a su padre como si se hubiera asustado—. ¡Voy a quedarme contigo!

— ¿Por qué no descansas, ahora? No tardaremos en llegar a casa y quiero que causes buena impresión a mis amigos.

— ¿Y a mi madre? —Bane se instaló más cómodo en la silla.

—Sí, claro. Ahora, contén la lengua. Nos estamos acercando a la cúpula y debo comunicarme con los que esperan para recibirnos.

Bane descansó la cabeza en la espalda de su padre. No le había contado toda la verdad acerca de Alfred. Quedaba aquel extraño incidente del bosque, cuando le había caído encima el árbol. Alfred había creído que aún estaba inconsciente, pero no era así. Bane no estaba seguro de qué había sucedido, pero se dijo que allí arriba lo averiguaría. Tal vez algún día se lo preguntara a su padre, pero todavía no. Al menos, hasta enterarse de qué significaba aquel «cuando regreses». Hasta

entonces, guardaría para sí el extraño comportamiento de Alfred.

Bane se cobijó aún más cerca de Sinistrad.

Hugh vació el tabaco de la pipa y, envolviendo ésta cuidadosamente con el paño, la guardó en su lugar junto al pecho. Desde el primer momento había sabido que cometía un error ascendiendo hasta allí, pero no había podido evitarlo, pues el muchacho lo tenía sometido a un encantamiento. Por tanto, resolvió no pensar más sobre sus alternativas.

No tenía ninguna.

—

CAPÍTULO

NUEVA ESPERANZA,

REINO SUPERIOR

Guiada por el misteriarca y el dragón de azogue, la *Carfa'shon* cruzó la cúpula mágica que envolvía el Reino Superior. Elfos y humanos, así como el geg, asomaron la cabeza por las portillas para admirar el mundo maravilloso que tenían a sus pies. Deslumbrados por tan extraordinaria belleza y asombrados ante la magnificencia de cuanto estaban viendo, cada uno de los espectadores se recordó a sí mismo con inquietud lo poderosos que eran los seres que habían creado tales maravillas. Instantes después, dejaron atrás el mundo de hielo brillante y frío para entrar en una tierra verde calentada por el sol, con el cielo brillante de matices irisados.

Los elfos guardaron las capas de pieles con las que habían combatido el frío extremo. El hielo que cubría la nave empezó a fundirse, resbalando por el casco para caer en forma de lluvia a la tierra bajo sus pies.

Todos los tripulantes que no estaban directamente encargados de la navegación contemplaron aquel reino encantado con ojos como platos. El primer pensamiento de casi todos fue que allí debía de haber agua en abundancia, pues el suelo estaba cubierto de frondosa vegetación, y árboles de gran porte y verde follaje tachonaban un paisaje de suaves colinas. Aquí y allá, altas torres perladas se alzaban hacia el cielo y unas anchas carreteras formaban una urdimbre en los valles y desaparecían sobre las sierras.

Sinistrad volaba delante de ellos. El dragón de azogue avanzaba como un cometa en el cielo bañado por el sol, haciendo que la esbelta nave pareciera, en comparación, tosca y torpe. La nave elfa siguió su estela y delante de ella, en el horizonte, apareció un grupo de torres terminadas en agujas. Sinistrad dirigió el dragón hacia allí y, cuando la nave estuvo más cerca, todos sus ocupantes vieron que se trataba de una ciudad gigantesca.

—

Cierta vez, en sus tiempos de esclavo, Hugh había visitado la capital elfa de Aristagón, de la que sus habitantes se sentían justamente orgullosos. La belleza de sus edificios, contruidos con coralita modelada en formas artísticas por renombrados artesanos elfos, es legendaria. Sin embargo, las joyas de Tribus no eran más que bastos cristales de imitación, en comparación con la ciudad prodigiosa que se extendía ante ellos, brillante como un puñado de perlas esparcido sobre un terciopelo verde, y salpicado aquí y allá con algún zafiro, un

rubí o un diamante.

Un silencio de profundo asombro, casi de temor reverencial, envolvió la nave elfa. Nadie hablaba, como si temieran perturbar un sueño delicioso. Hugh había aprendido de los monjes kir que la belleza es efímera y que, al final, todas las obras del hombre quedan reducidas a mero polvo. En toda su vida no había visto aún nada que pudiera convencerlo de lo contrario, pero ahora empezaba a pensar que tal vez se había equivocado. A Limbeck le caían las lágrimas por las mejillas, lo cual lo obligaba a quitarse constantemente las gafas para secarlas y poder ver algo. Alfred parecía haber olvidado el tormento interior que estaba sufriendo, fuera cual fuese, y admiraba la ciudad con una expresión amortiguada por lo que uno casi podría calificar de melancolía.

En cuanto a Haplo, si estaba impresionado no lo demostró, salvo evidenciando un leve interés mientras se asomaba a las portillas con los demás. Tiras observar con atención al hombre, Hugh se dijo que el rostro de Haplo jamás demostraba nada: ni miedo, ni alegría, ni preocupación, ni júbilo, ni cólera, y, pese a ello, si uno se fijaba mejor, en su expresión había indicios, casi como cicatrices, de unas emociones que habían quedado profundamente marcadas. La sola voluntad del hombre había disimulado su existencia, casi las había borrado, aunque no del todo. No era extraño que le hiciera desear llevarse la mano a la espada; Hugh pensó que antes prefería a un enemigo declarado a su lado, que a Haplo como amigo.

Sentado a los pies de Haplo y mostrando más interés del que evidenciaba su amo, el perro volvió de pronto la cabeza y se rascó el flanco con los dientes, dispuesto al parecer a poner fin a una persistente comezón.

La nave elfa entró en la ciudad y avanzó a marcha lenta sobre los anchos paseos bordeados de flores que se abrían paso entre elevados edificios. Nadie sabía de qué podían estar hechos aquellos edificios. Pulidos y esbeltos, parecían creados con perlas, esas gemas que a veces se encuentran entre la coralita y que son escasas y preciadas como gotas de agua. Los elfos contuvieron la respiración y se miraron unos a otros por el rabillo de sus ojos almendrados. Una piedra angular de tales perlas, solamente, les proporcionaría más riqueza de la que poseía el propio rey. Hugh se frotó las manos y sintió que recobraba el ánimo. Si salía con vida de allí, su fortuna estaba asegurada.

Al descender un poco más, advirtieron bajo el casco unos rostros que se alzaban a su paso y los observaban con aire curioso. Las calles estaban repletas y Hugh estimó que la población de la ciudad debía de sumar muchos miles de habitantes. Sinistrad guió la nave hasta un enorme parque central e indicó, gesticulando, que debían anclar allí. Un grupo de hechiceros se había congregado en el lugar y los contemplaba con el mismo aire curioso. Aunque ninguno de los magos había visto nunca un artilugio mecánico como la nave, no tardaron en coger los cabos que los elfos arrojaban por la borda y atarlos a diversos árboles. El

—

capitán Bothar'el hizo que la nave dragón plegara las alas casi por completo, de modo que bastara un mínimo de magia para mantenerla a flote.

Hugh y sus compañeros fueron conducidos al puente, donde llegaron en el mismo momento en que hacían acto de presencia Sinistrad y Bane, que parecieron surgir del aire. El misteriarca efectuó un respetuoso saludo al capitán.

—Confío en que el viaje no haya sido demasiado difícil y tu nave no haya

sufrido daños importantes con el hielo.

—Poca cosa, gracias —replicó el capitán Bothar'el, correspondiéndole con otra reverencia—. Sin duda, podremos reparar los daños que hayamos podido sufrir.

—A mi pueblo y a mí nos complacerá mucho proveeros del material necesario: madera, cuerda...

—Te lo agradezco, pero no será necesario. Estamos habituados a arreglárnoslas con lo que tenemos.

Era evidente que la belleza de aquel reino y toda su riqueza no habían cegado a Bothar'el. Estaban en tierra extraña, entre una raza enemiga. A Hugh cada vez le caía mejor aquel elfo: no era preciso advertirle del peligro que corría.

Sinistrad no pareció ofenderse. Con un rictus sonriente en los labios, añadió que esperaba que la tripulación desembarcaría y aceptaría disfrutar de los placeres de la ciudad y propuso que algunos de sus hombres subieran a bordo para ocuparse de los esclavos.

—Gracias. Tal vez yo mismo y alguno de mis oficiales aceptemos tu invitación más tarde. De momento, tenemos trabajo que hacer. Y no querría cargar sobre tus hombros la responsabilidad de nuestros esclavos.

Dio la impresión que Sinistrad, de haberlas tenido, habría levantado las cejas.

Lo cierto fue que las arrugas de su frente se alzaron ligeramente, pero no dijo nada y se limitó a inclinar la cabeza en gesto de asentimiento. Su sonrisa se hizo más marcada y siniestra. «Si quisiera, podría adueñarme de la nave en un abrir y cerrar de ojos», decía aquella sonrisa.

El capitán Bothar'el hizo otra reverencia y también él sonrió.

La mirada del misteriarca abarcó a Hugh, Limbeck y Alfred. Pareció que se detenía un poco más en Haplo y entre sus ojos se hizo visible la ligera arruga de su expresión pensativa. Haplo respondió a la inspección con su aire tranquilo e impasible, y la arruga desapareció.

—Espero, capitán, que no pondrás objeciones a que conduzca a tus pasajeros ante mi esposa y se queden como invitados en mi casa. Les estamos muy reconocidos por salvarle la vida a nuestro único hijo.

El capitán Bothar'el respondió que estaba seguro de que a los pasajeros les encantaría escapar de la monotonía de la vida a bordo. Hugh, leyendo entre líneas, adivinó que el elfo se alegraba de librarse de ellos. Se abrió la escotilla y se echó por ella una escalerilla. Hugh fue el último en abandonar la nave. Mientras esperaba junto a la escotilla, observando el lento y torpe descenso de los demás, le sobresaltó notar unos golpecitos en el brazo.

Al volverse, encontró los ojos del capitán elfo.

—Sí —dijo Bothar'el—, ya sé lo que quiere ese Sinistrad y haré cuanto pueda para asegurarme de que no lo consiga. Si regresas con dinero, te sacaremos de aquí. Te esperaremos todo el tiempo que podamos. —El elfo torció la boca en una mueca—. Espero ser recompensado según lo prometido..., de un modo o de otro.

Un grito y un golpe sordo procedentes de abajo anunciaron que Alfred, como de costumbre, había sufrido un contratiempo. Hugh no dijo nada: no había nada

que decir. Todo quedaba entendido. Empezó a descender por la escalerilla. Los demás ya estaban en el suelo, donde Haplo y Limbeck atendían a un Alfred inconsciente y hecho un ovillo. Plantado al lado de Haplo, lamiéndole la cara al yaciente, estaba el perro. Mientras bajaba, Hugh se preguntó cómo habrían

logrado el animal o su amo semejante hazaña, pues jamás había oído hablar de un animal de cuatro patas capaz de descender por una escalera de cuerda. Sin embargo, cuando preguntó a los demás, nadie parecía haberse fijado.

Un grupo de veinte misteriarcas, diez hombres y diez mujeres, se habían reunido para recibirlos. Sinistrad los presentó como misteragogos, maestros de las artes mágicas y legisladores de la ciudad. Sus edades parecían variar, aunque no había ninguno tan joven como Sinistrad. Dos de ellos, hombre y mujer, eran unos ancianos de rostros acartonados con numerosas arrugas que casi les ocultaban los ojos, astutos e inteligentes y con una sabiduría adquirida a lo largo de quién sabía cuántos ciclos. Los demás eran de mediana edad, con rostros firmes y tersos y cabellos tupidos, con apenas algunas hebras grises o plateadas en las sienes. Tenían un aspecto agradable y cortés, dando la bienvenida a su hermosa ciudad a los visitantes con la intención de ofrecerles cuanto estaba en su mano para hacer su estancia memorable.

Memorable. Hugh tuvo la sensación de que, al menos, eso sí lo sería.

Caminando entre los hechiceros y mientras se efectuaban las presentaciones, *la Mano* escrutó unos ojos que nunca se cruzaban con los suyos, vio unos rostros que habrían podido estar tallados en la misma sustancia nacarada que los rodeaba, vacíos de cualquier otra expresión que la de una cortés y digna bienvenida. La sensación de peligro e inquietud creció dentro de él y se puso de manifiesto gracias a un curioso incidente.

—Me pregunto, amigos míos —dijo Sinistrad—, si os apetecería dar un paseo por nuestra ciudad y contemplar sus maravillas. Mi casa está a cierta distancia y tal vez no tengáis otra oportunidad de ver gran cosa de Nueva Esperanza antes de vuestra partida.

Todos asintieron y, tras asegurarse de que Alfred no estaba herido —salvo un chichón en la cabeza— siguieron a Sinistrad por el parque. Gran número de hechiceros se reunió en la hierba o se sentó a la sombra de los árboles para verlos pasar, pero ninguno de ellos dijo una palabra, ni a los visitantes ni entre ellos. El silencio producía escalofríos y Hugh pensó que prefería mil veces el estrépito de la Tumpa-chumpa.

Cuando llegaron a la calzada, él y sus compañeros avanzaron entre los deslumbrantes edificios cuyos capiteles se alzaban hacia el cielo de colores irisados. Unos pórticos en arco daban paso a unos atrios frescos y umbríos. Las ventanas en arco dejaban entrever las fabulosas riquezas de los interiores.

—Esas de la izquierda pertenecen al colegio de las artes mágicas, donde aprenden nuestros jóvenes. Al otro lado están las viviendas de estudiantes y profesores. El edificio más alto que se puede ver desde aquí es la sede del gobierno, donde se reúnen los miembros del Consejo, a los que acabáis de conocer. ¡Ah!, debo advertiros una cosa... —Sinistrad, que venía caminando con una mano apoyada amorosamente en el hombro de su hijo, se volvió para mirar a sus acompañantes—. El material que utilizamos en nuestros edificios es de origen mágico y por tanto no es... ¿Cómo podría decirlo para que lo entendierais?

—

Digamos que no es de este mundo. Por tanto, sería una buena idea que vosotros, perteneciendo al mundo, no lo tocarais. Bien, ¿qué estaba contando?

Limbeck, siempre curioso, había alargado la mano para acariciar la piedra fina, nacarada. Se escuchó un siseo y el geg lanzó un grito de dolor y retiró las

yemas de los dedos, chamuscadas.

— ¡Él no entiende tu idioma! —dijo Alfred, con una mirada de reproche al hechicero.

—Pues sugiero que alguien se lo traduzca —replicó Sinistrad—. La próxima vez, podría costarle la vida.

Limbeck contempló con temeroso asombro los edificios, chupándose las puntas de los dedos lesionados. Alfred comunicó la advertencia al geg en voz baja y continuaron su marcha por la calle. Ante sus ojos se sucedían las maravillas. Las aceras estaban repletas de gente que iba y venía a sus asuntos, y todos se detenían a mirarlos con curiosidad y en silencio.

Alfred y Limbeck seguían el paso de Bane y Sinistrad. Hugh también, hasta que advirtió que Haplo se quedaba atrás, caminando lentamente para ayudar a su perro, que de pronto se había puesto a cojear de una pata. Hugh se detuvo a esperarlos, respondiendo a una silenciosa petición. Tardaron mucho en alcanzarlo, pues el animal venía con evidentes dificultades, y los demás se adelantaron bastante. Haplo se detuvo e hincó la rodilla junto al animal, concentrado al parecer en la lesión. Hugh llegó junto a él.

—Bueno, ¿qué sucede con el mestizo?

—Nada, en realidad. Quería enseñarte algo. Extiende la mano y toca la pared que tienes detrás.

— ¿Estás loco? ¿Quieres que me queme los dedos?

—Hazlo —insistió Haplo con su calmada sonrisa. El perro también sonrió a Hugh como si compartiese un secreto maravilloso—. No te pasará nada.

Sintiéndose como un chico que no puede resistirse a un reto aunque sabe que sólo va a buscarse problemas, Hugh alargó cautelosamente el brazo hacia la pared de brillo perlado. Se encogió, esperando el dolor, cuando sus dedos tocaron la superficie, pero no notó nada. ¡Absolutamente nada! Su mano atravesó por completo la piedra. ¡El edificio no era más sólido que una nube!

—¿Qué...?

—Un espejismo —dijo Haplo, dando unas palmaditas en el flanco al perro—.

Vamos, el hechicero nos busca. ¡Una espina en la pata! —Le gritó a Sinistrad—. Ya la he extraído. El perro se pondrá bien enseguida.

Sinistrad los observó con aire suspicaz, preguntándose tal vez dónde había podido el perro pisar una espina en plena ciudad. Sin embargo, continuó adelante aunque pareció que su encomio de las maravillas de Nueva Esperanza era un poco forzado, con unas descripciones algo teñidas de mordacidad.

Hugh, desconcertado, dio un ligero codazo a Haplo.

— ¿Por qué?

Haplo se encogió de hombros.

—Y hay algo más —dijo en voz baja, mascullando las palabras por la comisura de los labios de modo que, si Sinistrad volvía la mirada, no pareciera que estaban hablando—. Fíjate bien en la gente que nos rodea.

—Son tipos taciturnos, eso sí puedo asegurártelo.

—Fíjate en ellos. Míralos bien.

Hugh obedeció.

—

—Es cierto que hay algo extraño en ellos —reconoció—. Me suenan... —Hizo una pausa.

— ¿Familiares?

—Sí, familiares. Como si ya los hubiera visto antes. Pero es imposible...

—No, no lo es..., si estás viendo a las mismas veinte personas, una y otra vez.

En aquel instante, casi como si los hubiera oído, Sinistrad puso un brusco final a la gira turística.

—Es hora de que nos dirijamos a mi humilde morada —anunció—. Mi esposa estará esperando.

—

CAPÍTULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

El dragón de azogue los condujo a la mansión de Sinistrad. El viaje no fue largo. El castillo parecía flotar en una nube y, cuando la bruma se abría, dominaba una vista de la ciudad de Nueva Esperanza que resultaba espectacular, grandiosa y, para Hugh, perturbadora. Los edificios, la gente..., no eran más que un sueño. Y, si era así, ¿el sueño de quién? ¿Y por qué eran invitados —no, forzados— a compartirlo?

Lo primero que hizo Hugh al entrar en el castillo fue echar una mirada a hurtadillas a los muros. Advirtió que Haplo hacía lo mismo e intercambiaron una mirada. El castillo, al menos, era sólido. Era real.

Y la mujer que descendía la escalinata..., ¿lo era también?

— ¡Ah!, ya estás aquí, querida. Pensé que te encontraría en la entrada, aguardando impaciente para recibir a nuestro hijo.

El vestíbulo del castillo era enorme y su rasgo dominante era una soberbia escalinata cuyos peldaños de mármol eran tan anchos que podría haber subido por ellos un dragón de guerra con las alas completamente extendidas, sin que sus puntas tocaran las paredes. Los muros interiores eran del mismo ópalo nacarado y fino al tacto que las paredes del exterior y brillaban mortecinos bajo la luz de un sol que lucía débilmente entre los jirones de niebla que envolvían el castillo. Piezas de mobiliario raras y valiosas —recios arcones de madera, sillas de respaldo alto ricamente talladas— adornaban el vestíbulo. Viejas armaduras humanas de metales preciosos, con incrustaciones de plata y oro, montaban guardia en silencio. Una gruesa y suave alfombra de lana tejida cubría los peldaños.

Cuando Sinistrad llamó la atención sobre su presencia, el grupo distinguió en mitad de la escalinata a una mujer, empequeñecida por el enorme tamaño del escenario. Estaba inmóvil, contemplando a su hijo. Bane se mantuvo muy cerca de Sinistrad, con su manita firmemente asida a la del hechicero. La mujer llevó una mano al collar que lucía en la garganta y lo apretó entre sus dedos. Con la otra

—

mano, se apoyó pesadamente en la barandilla. Hugh se dio cuenta de que aquella mujer no se había detenido en la escalinata para realizar una gran entrada, para atraer todas las miradas; se había detenido porque no podía dar un paso más.

La Mano se preguntó, durante unos segundos, qué clase de mujer era la madre de Bane. ¿Qué mujer participaría en un cambio de niños? Hugh había creído saberlo y no le habría sorprendido ver a alguien tan traicionero y ambicioso

como su padre. Ahora, viéndola allí, se dio cuenta de que no era cómplice de la suplantación, sino una víctima de ella.

—Querida, ¿te han crecido raíces para que no te muevas de ahí? —Sinistrad parecía disgustado—. ¿Por qué no hablas? Nuestros invitados...

La mujer estaba a punto de derrumbarse y, sin detenerse a pensar lo que hacía, Hugh corrió escalera arriba y tomó en brazos el cuerpo en el instante en que se desmayaba.

—Así que ésa es mi madre... —murmuró Bane.

—Sí, hijo mío —contestó Sinistrad—. Señores, mi esposa, Iridal —añadió, señalando con gesto indiferente el cuerpo inmóvil—. Debéis disculparla, pues es un ser débil, muy débil. Y ahora, si queréis seguirme, os mostraré vuestros aposentos. Estoy seguro de que desearéis descansar de vuestro fatigoso viaje.

—¿Qué hay de ella..., de tu esposa? —preguntó Hugh mientras olía la fragancia del espliego machacado y marchito.

—Llévala a sus estancias —respondió Sinistrad, dedicando una mirada de indiferencia a la mujer—. Está en lo alto de la escalera, junto al balcón. La segunda puerta a la izquierda.

—¿Debo llamar a los criados para que se ocupen de ella?

—No tenemos criados. Los encuentro..., una molestia. Iridal tendrá que ocuparse de sí misma. Como todos vosotros, me temo.

Sin volverse a mirar si sus huéspedes los seguían, Sinistrad y Bane doblaron a la derecha y penetraron por una puerta que surgió, al parecer bajo la orden del misteriarca, en mitad de la pared. Pero los demás no avanzaron enseguida tras ellos: Haplo contemplaba ociosamente la sala, Alfred parecía indeciso entre seguir a su príncipe o atender a la pobre mujer que Hugh tenía en brazos, y Limbeck contemplaba con ojos saltones y asustados la puerta que se había materializado en plena roca y no dejaba de frotarse las orejas, añorando tal vez los siseos, matraqueos y estampidos que rompieran aquel silencio opresivo.

—Sugiero que me sigáis, caballeros, pues nunca encontraríais el camino sin ayuda. En este castillo sólo tenemos algunos aposentos fijos; el resto aparece o desaparece cuando los necesitamos. No me gusta el despilfarro, ¿entendéis?

Los demás, algo desconcertados ante tales palabras, cruzaron la puerta tras él, aunque Limbeck se entretuvo hasta que Alfred lo obligó a avanzar con un suave empujón. Hugh se preguntó dónde estaría el perro y, al bajar la vista, lo encontró junto a sus pies.

—¡Lárgate! —exclamó Hugh, apartando de en medio al animal con la punta de la bota. El perro lo esquivó limpiamente y se quedó quieto en la escalinata observándolo con interés, ladeando la cabeza y con las orejas tiesas.

La mujer que sostenía en brazos se agitó levemente y emitió un gemido.

Viendo que no iba a contar con la colaboración de sus compañeros de viaje, *la Mano* se volvió y llevó a la mujer escaleras arriba. La subida hasta el balcón era larga, pero la carga que portaba era ligera, demasiado ligera.

—

Hugh transportó a Iridal a sus habitaciones, que encontró sin dificultad gracias a la puerta entreabierta y al leve aroma de la misma fragancia dulce que envolvía su cuerpo. Dentro había un saloncito, seguido de un vestidor y, por último, de una alcoba. Al cruzar las sucesivas estancias, Hugh reparó con sorpresa en que estaban casi vacías de mobiliario; escaseaban los objetos decorativos y los

pocos que había a la vista estaban cubiertos de polvo. La atmósfera de aquellas cámaras privadas era yerma y helada, muy distinta del cálido lujo del vestíbulo principal.

Hugh depositó con suavidad a Iridal sobre un lecho cubierto de sábanas del tejido más fino, rematadas en encaje. Echó un cobertor de seda sobre el cuerpo delgado de la mujer y se quedó mirándola.

Era más joven de lo que había creído al verla. Tenía el cabello canoso pero tupido y tan delgado como el hilo de una gasa. En reposo, sus facciones eran dulces, moldeadas con delicadeza y carentes de arrugas. Y su piel era pálida, terriblemente pálida.

Antes de que Hugh pudiera echar mano al perro, éste se escurrió entre sus piernas y le dio a la mujer un lametón en la mano, que colgaba a un costado del lecho. Iridal se movió y despertó. Abrió los ojos con un parpadeo, miró a Hugh y sus facciones se contrajeron en una mueca de miedo.

— ¡Sal de aquí! —Susurraron sus labios—. ¡Tienes que marcharte enseguida!

... El sonido de los cánticos saludaba al sol en la helada mañana. Era la canción de los monjes de túnicas negras que descendían hacia el pueblo, ahuyentando a las otras aves carroñeras:

*Con cada niño que nace,
morimos en nuestros corazones,
negra verdad, la que aprendemos:
que la muerte vuelve siempre.*

Con... con... con...

Hugh y los demás muchachos caminaban tras él, tiritando bajo sus finas ropas y con los pies descalzos y ateridos avanzando a trompicones sobre el suelo helado. Todos habían llegado a esperar con ansia el calor de las terribles hogueras que pronto arderían en el pueblo.

No había un ser viviente a la vista; sólo los muertos tendidos en las calles, donde sus parientes habían arrojado los cuerpos infestados con la peste, para ocultarse de inmediato ante la llegada de los kir. Ante algunas puertas, sin embargo, había cestos de comida o incluso una jarra de agua, aún más preciada, como pago del pueblo por los servicios prestados.

Los monjes estaban acostumbrados a aquello y se concentraron en su tétrico trabajo de recoger los cuerpos y transportarlos a la gran zona abierta donde los huérfanos a su cuidado ya estaban apilando el carcristal. Otros muchachos, entre ellos Hugh, recorrían la calle recogiendo las ofrendas que más tarde llevarían al monasterio. Al llegar ante una puerta, un sonido lo hizo detenerse en el momento en que sacaba una hogaza de pan de una cesta. Hugh se asomó al interior de la casa.

—Mamá —decía un chiquillo, dando unos pasos hacia una mujer que yacía en la cama—. Tengo hambre, mamá. ¿Por qué no te levantas? Es hora de desayunar.

—

—Esta mañana no puedo levantarme, cariño. —La voz de la madre, aunque dulce, pareció resultarle extraña al niño, pues éste se asustó—. No, no, cariño. No te acerques. Te lo prohíbo. —Exhaló un suspiro y Hugh advirtió que le silbaban los pulmones. Tenía el rostro tan pálido como el de los cadáveres esparcidos por la calle, pero el muchacho apreció que en otro tiempo había sido una mujer

hermosa—. Deja que te mire, Mikal. Serás bueno cuando..., mientras esté enferma, ¿me lo prometes? ¡Prométemelo! —insistió débilmente.

—Sí, madre, te lo prometo.

— ¡Ahora, sal de aquí! —Murmuró ella en voz baja, con las manos agarradas a las mantas—. ¡Tienes que marcharte enseguida! Ve..., ve a buscarme un poco de agua.

El niño dio media vuelta y corrió hacia Hugh, que ocupaba el umbral de la puerta. Hugh vio que el cuerpo de la mujer experimentaba unas convulsiones agónicas, se ponía rígido y, al fin, perdía todas las fuerzas. Sus ojos abiertos miraron fijamente el techo.

—Tengo que conseguir agua, agua para mamá —dijo el niño, mirando a Hugh.

El pobre chiquillo, de espaldas a su madre, no había visto lo sucedido.

—Te ayudaré a traerla —contestó Hugh—. Tú sostén esto —añadió, entregando el pan al chiquillo, para que fuera acostumbrándose a la vida que le esperaba.

Tomando al pobre huérfano de la mano, Hugh lo alejó de la casa. El chiquillo llevaba bajo el brazo la hogaza de pan que su madre, probablemente, estaba cociendo en el instante en que empezó a notar los primeros síntomas de la enfermedad que en poco tiempo la consumiría. A sus espaldas, Hugh podía oír todavía el suave eco de la orden de la madre, mandando lejos a su hijo para que no la viera morir. « ¡Sal de aquí!»

Agua. Hugh tomó una jarra y sirvió un vaso. Iridal no volvió la vista, sino que la mantuvo fija en el hombre.

— ¡Tú! —Su voz era suave y susurrante—. Tú eres uno..., uno de los que..., han venido con mi hijo, ¿verdad?

Hugh asintió. La mujer se levantó, incorporándose a medias en el lecho y apoyándose en un brazo. Su cara estaba pálida y en sus ojos había un brillo febril

— ¡Vete! —Repitió con voz trémula y ronca—. ¡Corres un peligro terrible!

¡Abandona esta casa enseguida!

Sus ojos. Hugh estaba hipnotizado por aquellos ojos grandes y hundidos que mostraban todos los colores del arco iris, como unos prismas brillantes en torno a unas pupilas negras que se movían y cambiaban al incidir en ellas la luz.

— ¿Me has oído? —preguntó Iridal.

En realidad, Hugh no le había prestado atención. Algo acerca de un peligro, le pareció recordar.

—Toma, bebe esto —respondió, pues, acercándole el vaso.

Iridal, airada, lo apartó de un golpe; el vaso se estrelló contra el suelo y derramó su contenido sobre las losas de piedra.

— ¿Crees que quiero tener también vuestras vidas en mis manos?

—Háblame de ese peligro, entonces. ¿Por qué debemos irnos?

Pero la mujer se hundió de nuevo entre los almohadones y no le respondió. Al acercarse a ella, Hugh observó que estaba temblando de miedo.

— ¿Qué peligro? —insistió, y se agachó para recoger los fragmentos de cristal, sin dejar de observarla.

—

La mujer movió la cabeza en un gesto frenético de negativa y sus ojos recorrieron la estancia.

—No. Ya he hablado suficiente, ¡quizá demasiado! Mi esposo tiene ojos en

todas partes y sus oídos siempre están atentos.

Los dedos de sus manos se cerraron con fuerza contra la palma.

Hacía mucho tiempo que Hugh no sentía el dolor de otro. Hacía mucho tiempo que había dejado de sentir el suyo. Recuerdos y sensaciones que habían quedado muertos y enterrados en lo más profundo de su ser cobraron vida de nuevo, extendieron sus manos huesudas y hundieron las uñas en su alma. Su mano dio una brusca sacudida; un fragmento de cristal acababa de clavársele en la palma.

El dolor lo enfureció.

—¿Qué hago con esto?

Iridal hizo un débil gesto con la mano y los añicos de cristal que Hugh sostenía en las suyas desaparecieron como si nunca hubieran existido.

—Lamento que te hayas hecho daño —murmuró ella en tono apagado—, pero esto es lo que te espera si insistes en quedarte.

Hugh apartó la mirada de la mujer y, volviéndose de espaldas, se asomó a la ventana. Debajo de él, con su piel plateada visible a través de la caprichosa niebla, el dragón había rodeado el castillo con su enorme cuerpo y permanecía allí murmurando para sí una y otra vez el odio que sentía por el hechicero.

—No podemos marcharnos —dijo entonces—. Ahí fuera está el dragón, montando guardia...

—Siempre hay maneras de evitar al dragón de azogue, si de veras quieres escapar.

Hugh guardó silencio, reacio a decirle la verdad por miedo a lo que pudiera oír en respuesta. Pero tenía que saberlo.

—No puedo irme. Estoy hechizado; tu hijo me tiene sometido a un encantamiento.

Iridal se movió penosamente y lo miró con ojos tristes.

—El hechizo sólo actúa porque tú quieres que lo haga. Tu voluntad lo refuerza. Si lo hubieras deseado de verdad, lo habrías roto hace mucho. Eso fue lo que descubrió el mago Triano. Tú te preocupas por el muchacho, ¿entiendes? Y esa preocupación es una prisión invisible. Yo lo sé... ¡Lo sé muy bien!

El perro, que se había estirado a los pies de Hugh con el hocico sobre las patas, se sentó de pronto en actitud de atención y miró a su alrededor con ferocidad.

—¡Ya viene! —exclamó Iridal con voz desmayada—. Rápido, vete de aquí. Ya has estado conmigo demasiado tiempo.

Hugh, con expresión sombría y cargada de malos presagios, permaneció inmóvil.

—¡Oh, por favor, déjame! —Suplicó Iridal, extendiendo las manos—. ¡Por mi bien! ¡Seré yo quien reciba el castigo si no lo haces!

El perro ya estaba a cuatro patas y se dirigía a las habitaciones exteriores.

Hugh, tras echar una última mirada a la espantada mujer, consideró preferible hacer lo que le decía..., al menos, de momento. Hasta que pudiera rumiar sobre lo que le había dicho. Cuando salía, se encontró a Sinistrad a la puerta del salón. *La Mano* se adelantó a cualquier pregunta.

—Tu esposa descansa.

—

—Gracias. Estoy seguro de que la habrás dejado *muy* cómoda.

Los ojos desprovistos de pestañas de Sinistrad repasaron los brazos y el torso musculoso de Hugh y una sonrisa cargada de intención asomó a sus finos labios. Hugh enrojeció de cólera. Inició el gesto de continuar su marcha apartando al hechicero, pero éste se desplazó ligeramente para impedirle el paso.

—Estás herido —dijo el misteriarca. Alargó la mano, tomó la de Hugh por la muñeca y volvió la palma hacia la luz.

—No es nada. Un pedazo de cristal roto, nada más.

— ¡Hum! ¡No puedo permitir que un invitado sufra daño! Vamos-a ver. —

Sinistrad posó unos dedos largos, finos y vibrantes como las patas de una araña sobre la herida de la mano de Hugh, cerró los ojos y se concentró. La herida se cerró y el dolor (el de la herida) remitió.

Sonriendo, Sinistrad abrió los ojos y los clavó en Hugh.

—No somos tus invitados —dijo *la Mano*—. Somos tus prisioneros.

—*Eso*, mi querido señor —replicó el misteriarca—, depende por completo de ti.

Una de las pocas estancias del castillo que tenían existencia permanente en éste era el estudio del hechicero. Su ubicación, en relación con las demás salas de la mansión, cambiaba constantemente según el humor o las necesidades de Sinistrad. Aquel día se hallaba en la parte superior del castillo y sus cortinas abiertas permitían el paso de los últimos rayos de Solaris antes de que los Señores de la Noche apagarán la vela de la luz diurna.

Extendidos sobre el gran escritorio del hechicero estaban los dibujos de la Tumpa-chumpa que había realizado su hijo. Algunos eran diagramas de partes de la enorme máquina que Bane había visto en persona. Otros habían sido trazados con la ayuda de Limbeck e ilustraban las partes de la Tumba-chumpa que funcionaban en el resto de la isla de Drevlin. Los planos eran excelentes y notablemente precisos ya que Sinistrad había enseñado al muchacho a utilizar la magia para mejorar su trabajo. Haciéndose una imagen mental, Bane sólo tenía que conectar esa imagen con el movimiento de la mano para traducirla al papel. El hechicero se encontraba estudiando los diagramas con gran atención cuando un ladrido ahogado le hizo levantar la cabeza.

— ¿Qué hace aquí el perro?

—Le gusto —respondió Bane, pasando los brazos en torno al cuello del perro y acariciándolo. Los dos llevaban un rato peleándose en broma por el suelo y, en el forcejeo, se había escapado el gañido—. Siempre me sigue. Le caigo mejor que Haplo, ¿verdad, muchacho?

El perro sonrió, batiendo la cola contra el suelo.

—No estés muy seguro de eso. —Sinistrad lanzó una mirada penetrante al animal—. No me fio. Creo que deberíamos librarnos de él. En los tiempos antiguos, los magos utilizaban a animales como éste para que les hicieran de espías, entrando en lugares donde ellos no podían penetrar.

—Pero Haplo no es un mago. Es sólo un..., un humano.

—Y poco de fiar. Ningún hombre se muestra tan tranquilo y seguro a menos que crea tenerlo todo bajo control. —Sinistrad dirigió una mirada de soslayo a su hijo—. No me gusta la exhibición de debilidad que he descubierto en ti, Bane. Empiezas a recordarme a tu madre.

El chiquillo apartó lentamente los brazos del cuello del perro, se incorporó y acudió al lado de su padre.

—

—Podríamos librarnos de Haplo. Así podría quedarme el perro y tú no tendrías que ponerte nervioso.

—Una idea interesante, hijo mío —respondió Sinistrad, absorto en los diagramas—. Bueno, saca a ese animal de aquí para que corra y juegue un poco.

—Pero, papá, si el perro no le hace mal a nadie. Si se lo digo, se quedará quieto. ¿Ves?, ya está ahí tumbado.

Sinistrad volvió los ojos y encontró la mirada del can. El animal tenía unos ojos de sorprendente inteligencia. El misteriarca frunció el entrecejo.

—No lo quiero aquí, apesta. Largaos los dos. —Sinistrad alzó uno de los dibujos, lo colocó junto a otro y contempló ambos, pensativo—. ¿Cuál sería su propósito original? Algo tan gigantesco, tan enorme... ¿Qué se proponían los sartán? Sin duda, no era un simple medio de recoger agua.

—Produce el agua para mantenerse en funcionamiento —afirmó Bane, encaramándose a un taburete para ponerse a la altura de su padre—. Necesita el vapor para impulsar los motores que producen la electricidad que mueve la máquina. Es probable que los sartán construyeran esta parte —Bane señaló uno de los dibujos— para almacenar agua y enviarla al Reino Medio, pero es evidente que no era éste el cometido principal de la máquina. Verás, yo...

Bane captó la mirada de su padre, y la frase murió en sus labios. Sinistrad no dijo nada. Lentamente, el muchacho bajó del taburete.

Sin una sola palabra más, el misteriarca se concentró de nuevo en los dibujos.

Bane llegó hasta la puerta. El perro se incorporó y lo siguió alegremente, pensando sin duda que era hora de jugar. Cuando llegó al umbral, el muchacho hizo un alto y dio media vuelta.

—Yo lo sé.

—¿Sabes, qué? —Sinistrad alzó la vista, irritado.

—Sé por qué se inventó la Tumpa-chumpa. Sé cuál era su cometido. Sé cómo se puede conseguir que lo cumpla. Y sé cómo podemos dominar el mundo entero. Lo he descubierto mientras hacía los dibujos.

Sinistrad contempló a su hijo. Había algo de su madre en la dulzura de la boca y en las facciones, pero los ojos astutos y calculadores que le sostenían la mirada, impávidos, eran sin duda los suyos.

El misteriarca señaló los diagramas con un gesto negligente.

—Muéstramelo.

Bane volvió hasta el escritorio y lo hizo. El perro, olvidado, se dejó caer a los pies del hechicero.

—*Una fruta que aprecian especialmente los humanos. Su agria piel púrpura cubre una pulpa rosada casi embriagadoramente dulce. Los paladares más refinados consideran que no hay nada comparable a la sutil mezcla de sabores cuando piel y pulpa se consumen al mismo tiempo. El vino elaborado con esta fruta es muy codiciado por los elfos, quienes, en cambio, rehusan comer el bua natural. (N. del a.)*

CAPÍTULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

El tintineo de múltiples campanillas invisibles llamó a cenar a los invitados de Sinistrad. El comedor del castillo —sin duda recién creado— era largo, oscuro, helado y carente de ventanas. Una gran mesa de roble cubierta de polvo presidía la

desolada estancia, rodeada de sillas cubiertas con lienzos como fantasmagóricos centinelas. El hogar estaba frío y sin leña. La sala había aparecido ante las mismas narices de los invitados y éstos pasaron adentro, la mayoría de mala gana, a la espera de que llegara el anfitrión.

Haplo se acercó a la mesa, cubierta con dos dedos de polvo y suciedad.

—No sabes lo impaciente que estoy por probar la comida —declaró.

Sobre sus cabezas se encendieron unas luces, y unos candelabros hasta entonces ocultos cobraron brillante vida, llameantes. El lienzo que cubría las sillas fue recogido por unas manos invisibles. El polvo desapareció. La mesa vacía quedó de pronto repleta de comida: carne asada, verduras al vapor, fragantes panes.

Aparecieron vasos llenos de vino y agua. Una música sonó suavemente de algún rincón invisible.

Limbeck, boquiabierto, retrocedió unos pasos y estuvo al borde de caer al fuego que ahora rugía en la chimenea. Alfred estuvo a punto de salirse de su propio pellejo y Hugh no pudo reprimir un respingo y se apartó de la mesa, observándola con suspicacia. Haplo, con una tranquila sonrisa, tomó un búa y lo mordió. El crujido se escuchó en el silencio, «Un buen truco de ilusionismo», pensó, secándose el jugo del mentón. Engañaría a todo el mundo hasta que, pasada una hora, empezaran a preguntarse por qué seguían hambrientos.

—Tomad asiento, por favor —indicó Sinistrad con una mano. Con la otra, sostenía la de Iridal. Bane avanzó al lado de su padre—. Aquí no es preciso que

—

andemos con formalidades. Querida... —Condujo a su esposa hasta el extremo de la mesa y la ayudó a sentarse con una reverencia—. Para recompensar a sir Hugh sus esfuerzos por atenderte hace un rato, esposa mía, lo colocaré a tu derecha. Iridal se sonrojó y no levantó la vista del plato. Hugh se sentó donde le habían indicado y no dio muestras de disgusto.

—El resto de vosotros puede sentarse donde quiera, menos Limbeck. Mi querido señor, te pido disculpas. —Pasando a hablar en el idioma de los enanos, el hechicero realizó una elegante reverencia—. Es una desconsideración por mi parte haber olvidado que no hablas el idioma de los humanos. Mi hijo me ha contado tu valiente lucha por liberar de la opresión a tu pueblo. Te ruego que tomes asiento a mi lado y me cuentes cosas de tí. No te preocupes por los demás invitados; mi esposa los atenderá.

Sinistrad ocupó su lugar en la cabecera de la mesa. Complacido, turbado y sonrojado, Limbeck encaramó su robusto cuerpecillo a una silla a la derecha de Sinistrad. Bane se colocó frente a él, a la izquierda de su padre. Alfred corrió a asegurarse el asiento al lado del príncipe. Haplo escogió colocarse en el extremo opuesto de la gran mesa, cerca de Iridal y de Hugh. El perro se echó en el suelo junto a Bane.

Taciturno y reservado como siempre, Haplo podía parecer absorto en su comida y, al mismo tiempo, escuchar perfectamente todas las conversaciones.

—Espero que disculparás mi indisposición de esta tarde —dijo Iridal. Aunque se dirigía a Hugh, sus ojos no dejaban de desviarse, como si se viera obligada a ello, hacia su esposo, sentado frente a ella al otro extremo de la mesa—. Soy propensa a tales accesos, que me afligen a menudo.

Sinistrad, que la observaba, hizo un leve gesto de asentimiento. Iridal se volvió hacia Hugh y lo miró a los ojos por primera vez desde que el hombre había

ocupado la silla junto a ella. Ensayó una sonrisa y añadió:

—Espero que no harás caso de lo que pueda haber dicho. La enfermedad..., me hace desvariar.

—Lo que me has dicho no eran desvaríos, señora —replicó Hugh—. Hablabas en serio. Y no estabas enferma. ¡Estabas asustada hasta la médula!

Al hacer acto de presencia en el comedor, Iridal tenía las mejillas sonrosadas, pero el color desapareció de ellas ante los ojos de Hugh. Volviendo la mirada a su esposo, la mujer tragó saliva y llevó la mano a la copa de vino.

— ¡Debes olvidar lo que dije, señor! ¡Si aprecias tu vida, no vuelvas a mencionarlo!

—Mi vida, en estos momentos, tiene muy poco valor. —La mano de Hugh asió la de ella por debajo de la mesa y la sujetó con fuerza—. Excepto si puede ser útil para salvarte, Iridal.

—Prueba un poco de pan —intervino Haplo, pasándole un pedazo a Hugh—. Es delicioso. Sinistrad lo recomienda.

El misteriarca estaba, de hecho, observándolos detenidamente. Hugh soltó a regañadientes la mano de Iridal, tomó el pedazo de pan y lo dejó en el plato, sin probarlo. Iridal jugó con la comida y fingió dar un bocado.

—Entonces, por mi bien, no vuelvas a mencionar mis palabras, sobre todo si no piensas tenerlas en cuenta.

—No podría marcharme, sabiendo que te dejo atrás y en peligro.

— ¡Estúpido! —Iridal se enderezó y el calor inundó su rostro—. ¿Qué podrías hacer tú, un humano que carece del don, contra nosotros? ¡Yo soy diez veces más

—

poderosa que tú, diez veces más capaz de defenderme, si fuera necesario! ¡Recuérdalo bien!

—Perdóname, pues. —El rostro cetrino de Hugh había enrojecido—. Me parecía que estabas en dificultades y...

—Mis asuntos son cosa mía y no te interesan para nada, señor.

—No volveré a molestarte, señora. ¡Puedes estar segura!

Iridal no respondió y mantuvo la vista en la comida del plato. Hugh dio cuenta de la suya, impasible, y no añadió nada más.

En vista del silencio que reinaba ahora en aquel extremo de la mesa, Haplo prestó atención a lo que se decía en el otro.

El perro, bajo la silla de Bane, mantenía las orejas tías y miraba de un lado a otro ávidamente, como si esperara que le cayera alguna sobra.

—Pero, Limbeck, has visto muy poco del Reino Medio —estaba diciendo Sinistrad.

—Lo suficiente.

Limbeck lo miró con un parpadeo grave tras sus gafas de gruesos cristales. El geg había cambiado visiblemente durante las últimas semanas. Las cosas que había presenciado, los pensamientos que había discurrido, habían tallado como a martillo y escople su idealismo soñador. Había visto la vida que se le había negado a su pueblo durante tantos siglos, había contemplado la existencia que los gegas proporcionaban, y de la que nada compartían. Los primeros golpes del martillo le dolieron. Después, llegó la rabia.

—He visto suficiente —repitió. Apabullado por la magia, la belleza y sus propias emociones, no se le ocurría otra cosa que decir.

—Desde luego que sí —replicó el hechicero—. Me siento profundamente apenado por tu pueblo; todos aquí, en el Reino Superior, compartimos tu pena y tu justísima cólera. Considero que tenemos una parte de culpa. No porque os hayamos explotado nunca pues, como verás por lo que te rodea, no tenemos necesidad de explotar a nadie, pero aun así siento que estamos en deuda con vosotros, de algún modo. —Tomó con delicadeza un sorbo de vino—. Abandonamos el mundo porque estábamos hartos de guerra, hartos de ver gente sufriendo y muriendo en nombre de la codicia y el odio. Hablamos contra la guerra e hicimos cuanto pudimos por evitarla, pero éramos demasiado pocos, demasiado pocos...

En la voz del hombre había auténticas lágrimas. Haplo podría haberle dicho que estaba desperdiciando una gran actuación, al menos para aquel extremo de la mesa. Iridal hacía mucho rato que había abandonado cualquier intento de fingir que comía. Había permanecido en silencio, con la vista en el plato, hasta que se hizo evidente que su esposo estaba absorto en la conversación con el geg. Entonces levantó los ojos, pero no dirigió la mirada a su esposo ni al hombre que estaba sentado a su lado. Miró a su hijo y vio a Bane quizá por primera vez desde su llegada. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Rápidamente, bajó la cabeza y, alzando una mano para apartar un mechón suelto de cabello, se enjugó el llanto de las mejillas con disimulo.

La mano de Hugh, posada en la mesa, se contrajo de rabia y dolor.

¿Cómo había podido penetrar el amor, como un cuchillo de filo dorado, en un corazón tan duro como aquél? Haplo no lo sabía ni le importaba. Lo único que sabía era que era un hecho de lo más inconveniente. El patryn necesitaba un

hombre de acción, ya que le estaba vedado actuar directamente, y sería terrible que Hugh se hiciera matar en un gesto caballeroso, noble y estúpido. Haplo empezó a rascarse la mano derecha, hurgando bajo la venda y desplazándola un poco. Cuando el signo mágico quedó al descubierto, alargó la mano como si fuera a coger más pan y se las ingenió para —en el mismo movimiento— presionar con fuerza el revés contra la jarra del vino. Cuando tuvo el pan en la mano, devolvió ésta al plato y pasó la izquierda sobre las vendas hasta que los símbolos mágicos quedaron ocultos de nuevo.

—Iridal, no puedo soportar verte sufrir... —empezó a decir Hugh.

— ¿Por qué has de preocuparte por mí?

— ¡Yo mismo no lo entiendo! Yo...

— ¿Más vino? —preguntó Haplo, con la" jarra en la mano.

Hugh le lanzó una mirada iracunda, irritado, y decidió no hacer caso de su compañero.

Haplo sirvió una copa y la arrastró hacia Hugh. La base de la copa tropezó con los dedos del hombre y el vino, un vino de verdad, le salpicó la mano y la manga de la camisa.

— ¿Qué diablos...? —Hugh se volvió hacia el patryn, furioso.

Haplo levantó una ceja e hizo un gesto disimulado hacia el otro extremo de la mesa. Atraídos por la conmoción, todos, incluido Sinistrad, se habían vuelto a mirarlos. Iridal permanecía erguida y altiva, con la cara pálida y fría como las paredes de mármol. Hugh alzó la copa y tomó un largo sorbo. Por su expresión sombría, habría podido estar bebiendo la sangre del hechicero.

El patryn sonrió; su intervención no había podido ser más oportuna. Con un pedazo de pan en los dedos, hizo un ademán a Sinistrad.

—Perdón. ¿Decías?

Frunciendo el entrecejo, Sinistrad continuó:

—Decía a Limbeck que deberíamos haber advertido lo que sucedía con su pueblo en el Reino Inferior y acudir a ayudarlos, pero ignorábamos que pasaran dificultades. Dimos por buenas las historias que los sartán nos habían dejado. No sabíamos, entonces, que mentían...

Un súbito estrépito los sobresaltó a todos. Alfred había dejado caer la cuchara en el plato.

—¿A qué te refieres? ¿Qué historias? —preguntó Limbeck, expectante.

—Después de la Separación, según los sartán, tu pueblo fue conducido al Reino Inferior para su propia protección, por ser de inferior estatura que humanos y elfos. En realidad, ahora es evidente que los sartán os querían como fuente de mano de obra barata.

— ¡Eso no es cierto!

Era la voz de Alfred, que no había pronunciado palabra en toda la cena.

Todos, incluso Iridal, lo miraron con sorpresa.

Sinistrad se volvió hacia él con una sonrisa cortés en sus finos labios.

— ¿Ah, no? ¿Y tú conoces la verdad?

Alfred enrojeció desde el cuello hasta la calva.

—Yo..., he hecho un estudio de los gegas y... —Embarazado, tiró y retorció el borde del mantel—. Bueno, yo..., opino que los sartán pretendían..., eso que has dicho acerca de protegerlos. No era exactamente que los enan..., que los gegas fueran más bajos y por ello corrieran peligro ante las razas de mayor talla, sino porque su número era escaso..., después de la Separación. Además, los enan..., los

—

gegs son un pueblo de mentalidad muy mecánica y los sartán necesitaban esa característica para la máquina. Pero nunca pretendieron... Es decir, los sartán siempre pretendieron...

La cabeza de Hugh cayó hacia adelante y golpeó la mesa con un ruido sordo.

Iridal saltó de la silla con un grito de alarma. Haplo se incorporó al instante y se acercó a *la Mano*.

—No es nada —dijo, tomando a Hugh por la cintura. Pasando el brazo flácido del asesino en torno al cuello, Haplo incorporó de la silla el pesado cuerpo. La mano exánime de Hugh arrastró el mantel, derribó varias copas y mandó un plato al suelo, donde se hizo añicos.

—Un buen tipo, pero sin aguante para el vino. Lo llevaré a su habitación. No es preciso que los demás os molestéis.

— ¿Estás seguro de que no le pasa nada? —Iridal los miró con ansiedad—. Quizá debería acompañarte...

—Un borracho ha caído inconsciente en tu mesa, querida. No es preciso molestarse —declaró Sinistrad—. Llévatelo, por lo que más quieras —añadió, dirigiéndose a Haplo.

— ¿Puedo quedarme el perro? —inquirió Bane acariciando al animal que, al ver a su amo dispuesto para marcharse, se había incorporado de un salto.

—Claro —respondió Haplo de inmediato—. ¡Perro, quédate!

El perro se instaló otra vez al lado de Bane, satisfecho.

Haplo puso en pie a Hugh. Ebrio y tambaleándose, el hombre apenas consiguió arrastrarse —con ayuda— hacia la puerta. Los demás volvieron a sentarse. Los balbuceos de Alfred quedaron olvidados y Sinistrad miró de nuevo a Limbeck.

—Esa Tumpa-chumpa vuestra me fascina. Creo que, dado que ahora tengo una nave a mis disposición, viajaré a tu reino para echarle un vistazo. Por supuesto, también me alegraré mucho de hacer cuanto pueda para ayudar a tu gente a prepararse para la guerra...

— ¡Guerra! —La palabra resonó en la estancia. Haplo, volviendo la cabeza, vio el rostro de Limbeck preocupado y muy pálido.

—Mi querido geg, no pensaba que te sorprendería. —Con una amable sonrisa, Sinistrad añadió—: Siendo la guerra el siguiente paso lógico, he dado por hecho que habías acudido aquí con ese propósito: pedirme apoyo. Te aseguro que los gegs tendrán la plena colaboración de mi gente.

A través de los oídos del perro, las palabras de Sinistrad llegaron a Haplo mientras transportaba a un vacilante Hugh por un pasillo oscuro y helado. Empezaba a preguntarse en qué dirección quedaban los aposentos de los invitados cuando se materializó ante él un pasillo con varias puertas tentadoramente abiertas.

—Espero que no haya ningún sonámbulo —murmuró a su embotado compañero.

Haplo captó en el comedor el crujir de la túnica de seda de Iridal y el ruido de la silla al arrastrarse sobre el suelo de piedra. La voz de la mujer, cuando habló, estaba tensa de contenida cólera.

—Si me excusáis, me retiro a mis aposentos.

— ¿No te sientes bien, querida mía?

— *Palabra utilizada por los patryn y los sartán para referirse a los menos dotados de poderes, y que aplican por igual a elfos, humanos y enanos.(N. del a.)*

—Gracias, pero me encuentro bien. —Tras una pausa, Iridal añadió—: Es tarde, el muchacho ya debería estar en la cama.

—Sí, esposa, me ocuparé de ello. No te preocupes. Bane, dale las buenas noches a tu madre.

«Bien», se dijo Haplo. «Ha sido una velada interesante: falsa comida, falsas palabras...» Haplo dejó a Hugh sobre la cama y lo cubrió con una manta: *la Mano* no despertaría del hechizo hasta la mañana.

Luego se retiró a su habitación. Al entrar, cerró la puerta y pasó el cerrojo. Necesitaba tiempo para descansar y pensar sin distracciones, para asimilar todo lo que había oído durante el día.

Le siguieron llegando voces a través del perro, pero no decían nada interesante; todos se despedían para ir a acostarse. Tumbado en el lecho, el patryn envió una silenciosa orden al animal y se puso a ordenar sus pensamientos.

La Tumpa-chumpa. Había deducido su función gracias a las imágenes parpadeantes que surgían en el globo ocular sostenido por la mano del dictor, del sartán que exhibía el poder de los suyos, que anunciaba con orgullo su grandioso plan. Haplo volvió a ver las imágenes en su mente. Volvió a ver la representación del mundo, del Reino del Aire. Vio las islas y continentes esparcidos en desorden, la furiosa tormenta que era a la vez mortífera y creadora de vida; vio el conjunto del mundo moviéndose de una manera caótica que resultaba detestable para los

sartán, tan amantes del orden.

¿Cuándo habían descubierto su error? ¿Cuándo se habían dado cuenta de que el mundo que habían creado para el traslado de un pueblo tras la Separación era imperfecto? ¿Después de haberlo poblado? ¿Había sido entonces cuando habían advertido que las hermosas islas flotantes del cielo eran áridas y yermas y no podrían alimentar la vida que se les había confiado?

Los sartán corregirían la situación, como habían corregido todo lo demás; incluso habían separado un mundo antes que permitir que lo gobernaran aquellos a los que consideraban indignos de hacerlo. Los sartán construirían una máquina que, con la ayuda de su magia, alinearía y ordenaría las islas y continentes. Haplo, con los ojos cerrados, volvió a ver con claridad las imágenes: una fuerza tremenda irradiada de la Tumpa-chumpa que se adueñaría de las tierras flotantes, las arrastraría por los cielos y las alinearía, una encima de otra; un geiser de agua, procedente de la tormenta perpetua, que se elevaría constantemente proporcionando a todos la sustancia dadora de vida.

Haplo había resuelto el rompecabezas y le sorprendió bastante que Bane también hubiera encontrado la solución. Ahora, Sinistrad la conocía también y había tenido la ocurrencia, muy amable por su parte, de explicar sus planes a su hijo..., y al perro que acompañaba a éste.

Un movimiento del interruptor de la Tumpa-chumpa y el misteriarca dominaría un mundo realineado.

El perro saltó sobre la cama junto a Haplo. Relajado y a punto de conciliar el sueño, el patryn alargó la mano y dio unas palmaditas al animal. Con un suspiro de satisfacción, el perro apoyó la cabeza en el pecho de Haplo y cerró los ojos. «Vaya locura criminal», pensó Haplo mientras acariciaba las suaves orejas del animal. «Construir algo tan poderoso y, a continuación, marcharse y abandonarlo para que cayera en manos de algún mensch ambicioso.» Haplo no lograba imaginar por qué lo habían hecho. A pesar de todos sus defectos, los sartán no

—

eran estúpidos. Debía de haberles sucedido algo antes de poder terminar su proyecto. Ojalá supiera qué, reflexionó. Pero, al mismo tiempo, aquélla era la demostración más evidente que podía imaginar de que los sartán ya no estaban en aquel mundo.

Su mente evocó entonces el eco de unas palabras pronunciadas por Alfred durante la confusión que siguió al desmayo alcohólico de Hugh, unas palabras que probablemente sólo había escuchado el perro, y que éste se había apresurado a trasladar a su amo:

«Pensaron que eran dioses. Pretendían hacer el bien pero, por alguna razón, todo les salió torcido.»

—

CAPITULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

—Iré a Drevlin contigo, padre...

— ¡No, y deja de discutir conmigo, Bane! Debes regresar al Reino Medio y

ocupar tu puesto en el trono.

— ¡Pero no puedo volver! ¡Stephen quiere matarme!

—No seas estúpido, hijo. No tengo tiempo para tonterías. Para que heredes el trono, es preciso que Stephen y la reina mueran, y eso puede arreglarse.

Naturalmente, en el fondo seré yo quien gobierne de verdad en el Reino Medio, pero no puedo estar en dos lugares a la vez y tendré que quedarme en el Reino Inferior, preparando la máquina. ¡Deja de gimotear! No lo soporto.

Las palabras de su padre resonaron una y otra vez en la cabeza de Bane como el chirrido de algún irritante insecto nocturno que no lo dejara dormir.

«En el fondo seré yo quien gobierne de verdad en el Reino Medio.»

«Sí, pero ¿dónde estarías ahora, padre, si yo no te hubiera revelado el modo de conseguirlo?»

Tendido de espaldas, tenso y rígido en la cama, Bane apretó entre las manos la manta lanuda que lo cubría. El muchacho no lloró. Las lágrimas eran un arma valiosa en su lucha con los adultos y a menudo le habían resultado muy útiles frente a Stephen y la reina. En cambio, llorar a solas, en la oscuridad, era una muestra de debilidad. Al menos, así lo calificaría su padre.

Pero ¿qué le importaba lo que pensara su padre?

Bane agarró con fuerza la manta, pero las lágrimas estuvieron a punto de saltarle de los ojos, de todos modos. Sí, le importaba. Le importaba tanto que le dolía por dentro.

El muchacho recordaba con claridad el día en que se había dado cuenta de que las personas que consideraba sus padres sólo lo adoraban, pero no lo querían. Ese día se había escapado de la vigilancia de Alfred y estaba revolviendo en la cocina, engatusando al cocinero para que le diera un poco de masa de dulce,

—

cuando entró corriendo uno de los mozos de cuadra, llorando y quejándose del arañazo que le había producido la zarpa de un dragón. Era el hijo del cocinero, un chiquillo no mucho mayor que Bane, que había sido puesto a trabajar con su hermano mayor, uno de los cuidadores de los dragones. La herida no era grave. El cocinero la limpió y la vendó con un retal de tela; luego, tomando al chiquillo en brazos, lo besó repetidamente, lo abrazó y lo mandó de nuevo a sus tareas. El niño se había marchado corriendo con el rostro resplandeciente, sin acordarse para nada del dolor y del susto.

Bane había presenciado la escena desde un rincón. El día anterior, precisamente, también él se había hecho un corte en la mano con un vaso de cristal descantillado. El suceso había desencadenado una tormenta de excitación. El rey había mandado llamar a Triano, que había traído consigo un cuchillo de plata maciza pasado por las llamas, unas hierbas curativas y una gasa para taponar la hemorragia. El vaso causante de la herida fue hecho añicos y Alfred había estado a punto de ser despedido de su cargo a causa del incidente; el rey Stephen le estuvo gritando al chambelán veinte minutos seguidos. La reina Ana casi se había desmayado al ver la sangre y había tenido que salir de la estancia. Pero su «madre» no lo había besado. No lo había cogido en sus brazos ni lo había hecho reír para que se olvidara del dolor.

Bane había experimentado luego cierta satisfacción al moler a palos al mozo de cuadra; una satisfacción aumentada por el hecho de que el mozo fuera severamente castigado por pelearse con el príncipe. Esa noche, Bane le había

pedido a la voz del amuleto de la pluma, aquella voz suave y susurrante que solía hablarle durante la noche, que le explicara por qué sus padres no lo querían.

La voz le había revelado la verdad: Stephen y Ana no eran sus auténticos padres. Bane sólo estaba utilizándolos durante un tiempo. Su verdadero padre era un poderoso misteriarca. Su verdadero padre vivía en un espléndido castillo de un reino fabuloso. Su verdadero padre estaba orgulloso de su hijo y llegaría el día en que lo haría volver a su lado *y estarían juntos para siempre*.

La última parte de la frase era un añadido de Bane, en lugar de *y seré yo quien gobierne de verdad en el Reino Medio*.

Bane soltó la manta, tomó entre sus dedos el amuleto de la pluma que llevaba en torno al cuello y tiró con fuerza de la correa de cuero. No se rompió. Enfadado, mascullando palabras que había aprendido del mozo de cuadra, tiró de nuevo con fuerza, pero sólo consiguió hacerse daño. Por fin sus ojos derramaron unas lágrimas de dolor y frustración. Sentado sobre la cama, prosiguió sus esfuerzos hasta que al fin, tras costarle nuevos dolores al enredarse la correa en su cabello, consiguió quitársela pasándola por la cabeza.

Alfred se adentró en el pasillo, buscando su alcoba en aquel palacio ominoso y desconcertante. Su cabeza bullía en cavilaciones.

«Limbeck está cayendo bajo el influjo del misteriarca. Veo el conflicto sangriento al que van a ser arrastrados los gregs. Miles de ellos morirán y, ¿para qué? ¡Para que un hombre malvado se haga con el control del mundo! Debería impedirlo, pero ¿cómo? ¿Qué puedo hacer, yo solo? O tal vez no debería detenerlo. Al fin y al cabo, el intento de controlar lo que debería haberse dejado en paz fue la causa de nuestra tragedia. Y, por otro lado, está Haplo. Sé perfectamente quién y qué es pero, de nuevo, ¿qué puedo hacer? ¿Debo hacer algo? ¡No lo sé! ¿Por qué me he quedado solo? ¿Es un error, o se supone que debo actuar de alguna manera? Y, en este último caso, ¿de cuál?»

—

En su deambular sin rumbo, el chambelán se encontró cerca de la puerta de Bane. Inmerso en su agitación interior, el pasillo lóbrego y sombrío se le hizo borroso delante de los ojos. Se detuvo hasta que se le aclarara la vista, ansiando que sucediera lo mismo con sus pensamientos, y llegó a sus oídos el murmullo de unas sábanas y la voz del chiquillo llorando y maldiciendo. Tras echar un vistazo arriba y abajo del pasillo para cerciorarse de que no lo veía nadie, Alfred alzó dos dedos de la mano derecha y trazó un signo mágico sobre la puerta. La madera pareció desaparecer bajo sus órdenes y le permitió ver el interior como si no estuviera.

Bane arrojó el amuleto a un rincón de la estancia.

— ¡Nadie me quiere y me alegro de ello! ¡Yo tampoco los quiero! ¡Los odio! ¡Los odio a todos!

El chiquillo se dejó caer en el lecho y hundió el rostro en la almohada. Alfred exhaló un suspiro profundo y agitado. ¡Por fin! ¡Por fin había sucedido, y justo cuando su corazón empezaba ya a desesperar!

Había llegado el momento de alejar al muchacho del borde de la trampa de Sinistrad. Alfred dio un paso adelante, sin acordarse de la puerta, y estuvo a punto de darse de frente contra la madera, pues el hechizo no la había quitado de su sitio sino que, simplemente, le permitía ver a través de ella.

El chambelán se dominó y, al propio tiempo, se dijo: «No; yo, no. ¿Qué soy yo?

Un criado, nada más. Su madre. ¡Sí, su madre!».

Bane escuchó un ruido en la alcoba. Se apresuró a cerrar los ojos y permaneció inmóvil. Se había cubierto la cabeza con la manta y se enjugó las lágrimas con un rápido y sigiloso movimiento de la mano.

¿Era Sinistrad, que venía a decirle que había cambiado de idea?

— ¿Bane?

La voz era suave y delicada. Su madre.

El muchacho fingió estar dormido. «¿Qué querrá?», pensó. «¿Quiero hablar con ella?» Sí, decidió, escuchando de nuevo las palabras de su padre; le apetecía conversar con su madre. Toda su vida, se dijo, los demás lo habían utilizado para sus propósitos. Era hora de que él empezara a hacer lo mismo con ellos.

Con un parpadeo soñoliento, Bane alzó su cabecita despeinada de debajo de las sábanas. Iridal se había materializado en la alcoba y se encontraba al pie de la cama. Poco a poco, una luz que surgía de su interior empezó a iluminar a la mujer y bañó al muchacho con un resplandor cálido y delicioso mientras el resto de la estancia permanecía en sombras. Bane miró a su madre y supo, por la expresión apenada de su rostro, que había advertido sus ojos llorosos. «Estupendo», pensó.

Una vez más, podía recurrir a su arsenal.

— ¡Oh, hijo mío! —Iridal se acercó a él y se sentó en la cama. Pasándole el brazo por los hombros, lo estrechó contra sí y lo llenó de caricias.

Una sensación de deliciosa calidez envolvió al chiquillo. Acurrucado en aquellos brazos acogedores, se dijo a sí mismo: «Le he dado a mi padre lo que quería. Ahora le toca el turno a ella. ¿Qué quiere de mí?»

Nada, al parecer. Iridal rompió a llorar y a decirle con murmullos incoherentes lo mucho que lo había añorado y cuánto había deseado tenerlo junto a ella. Esto dio una idea a Bane.

— ¡Madre! —La interrumpió, mirándola con sus ojos azules llenos de lágrimas—. ¡Yo quiero estar contigo, pero mi padre dice que va a mandarme lejos!

— ¡Mandarte lejos! ¿Adonde? ¿Por qué?

—

— ¡Al Reino Medio, con esa gente que no me quiere! —Tomó su mano y la estrechó con fuerza entre las suyas—. ¡Quiero quedarme contigo! ¡Contigo y con mi padre!

—Sí —murmuró Iridal. Atrajo a Bane contra su pecho y lo besó en la frente—. Sí... Una familia, como siempre he soñado. Tal vez existe una posibilidad. Quizá no pueda salvarlo yo, pero sí su propio hijo. Seguro que no podrá traicionar un amor y una confianza tan inocentes. Esta mano —besó los dedos del niño, bañándolos de lágrimas—, esta mano puede apartarlo del oscuro camino que ha emprendido. Bane no entendió de qué hablaba. Para él, todos los caminos eran uno, ni luminoso ni oscuro, y todos conducían al mismo objetivo: que la gente hiciera lo que él quería.

—Hablarás con mi padre —pidió mientras se escabullía del abrazo de la mujer, considerando que, después de todo, los besos y abrazos podían llegar a ser un fastidio.

—Sí, hablaré con él mañana.

—Gracias, madre. —Bane bostezó.

—Deberías estar durmiendo —dijo Iridal, levantándose—. Buenas noches, hijo mío. —Con ternura, arregló las ropas en torno a Bane y se inclinó para posar un

beso en su mejilla—. Buenas noches.

El resplandor mágico empezó a apagarse. Iridal levantó las manos, se concentró con los ojos cerrados y desapareció de la habitación.

Bane sonrió en la oscuridad. No tenía idea de qué clase de influencia podría ejercer su madre; sólo podía tomar como referencia a la reina Ana, que normalmente conseguía lo que quería de Stephen.

Pero, si aquello no funcionaba, siempre quedaba el otro plan. Para que este último diera resultado, tendría que revelar gratis algo que suponía de inestimable valor. Sería discreto, desde luego, pero su padre era listo. Sinistrad podía adivinarlo y robárselo. De todos modos, pensó el chiquillo, quien nada arriesga, nada gana.

Probablemente, no tendría que resignarse. Todavía no. No lo mandarían lejos.

Su madre se encargaría de eso.

Bane, satisfecho, apartó la ropa de la cama a patadas.

—

CAPITULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

A la mañana siguiente, Iridal penetró en el estudio de su esposo. Encontró allí a su hijo con Sinistrad, ambos sentados ante el escritorio de su esposo, repasando unos dibujos realizados por Bane. El perro, tendido a los pies del niño, levantó la cabeza al verla y batió el suelo con la cola.

Iridal hizo una pausa en el umbral. Todas sus fantasías se habían hecho realidad. Un padre amante, un hijo adorable; Sinistrad dedicando pacientemente su tiempo a Bane, estudiando el resultado del trabajo del muchacho con una fingida seriedad que resultaba entermecedora. En aquel instante, viendo la cabeza cubierta con el bonete tan cerca de la cabecita rubia, oyendo el murmullo de las voces —una joven, vieja la otra— llenas de excitación por lo que sólo podía ser algún proyecto infantil de su hijo, Iridal se lo perdonó todo a Sinistrad. Con gusto habría barrido y desterrado de su recuerdo todos los años de horror y sufrimiento, si él le hubiera concedido aquello.

Adentrándose en la estancia casi con timidez —hacía muchos años que no pisaba el santuario de su esposo—, Iridal intentó hablar pero no le salieron las palabras. Sin embargo, el sonido ahogado llamó la atención de padre e hijo. Uno la miró con una sonrisa radiante, cautivadora. *T.* otro pareció molesto.

—Bien, esposa, ¿qué quieres?

Las fantasías de Iridal se tambalearon, desvanecida la brillante niebla por la voz fría y la mirada helada de los ojos sin pestañas.

—Buenos días, madre —dijo Bane—. ¿Quieres ver mis dibujos? Los he hecho yo mismo.

—Si no molesto... —La mujer miró a Sinistrad, dubitativa.

—Acércate, pues —concedió él con displicencia.

—Vaya, Bane, son magníficos. —Iridal tomó varias láminas y las volvió a la luz del sol.

—

—He usado la magia. Padre me ha enseñado. He pensado lo que quería dibujar, y la mano se ha encargado de hacerlo. Aprendo magia muy deprisa — aseguró el chiquillo, mirando a su madre con una expresión encantadora—. Padre y tú podríais enseñarme en las horas libres. No os molestaría.

Sinistrad tomó asiento. La túnica de grueso moaré crujió con un ruido seco, como el aleteo de un murciélago. Entreabrió los labios en una helada sonrisa que disipó los últimos jirones de las fantasías de Iridal. La mujer habría huido a sus aposentos de no haber estado allí Bane, mirándola esperanzado y rogándole en silencio que continuara. El perro volvió a apoyar la cabeza entre las patas y sus ojos se movieron de un lado a otro, atentos a quien hablaba.

— ¿Qué..., qué son esos dibujos? —Preguntó Iridal con un titubeo—. ¿La gran máquina?

—Sí —contestó Bane—. Mira, ésa es la parte que los gegs llaman el útero. Padre dice que eso quiere decir el «útero» y es donde nació la Tumpa-chumpa. Y esta parte pone en acción una gran fuerza que pondrá todas las islas...

—Con eso basta, Bane —lo interrumpió Sinistrad—. No debemos entretener a tu madre; tiene que atender a los... invitados. —Tardó en decir la palabra y dedicó a Iridal una mirada que la hizo enrojecer y que causó la confusión en sus pensamientos—. Supongo que has venido aquí con algún propósito, esposa. ¿O tal vez sólo para asegurarte de que tenía el tiempo ocupado, de modo que tú y ese atractivo asesino...?

— ¿Cómo te atreves...? ¿Qué? ¿Cómo lo has llamado?

A Iridal empezaron a temblarle las manos y se apresuró a dejar de nuevo sobre el escritorio las láminas que sostenía en ellas.

— ¿No lo sabías, querida? Uno de nuestros invitados es un asesino profesional. Hugh *la Mano*, es su apodo; una mano manchada de sangre, si me perdonas la pequeña broma. Tu galante campeón fue contratado para matar al niño. —Sinistrad le desordenó el cabello a Bane—. De no haber sido por mí, esposa, este chico tuyo no habría vuelto nunca a casa. Yo desbaraté los planes de Hugh...

— ¡No te creo! ¡No es posible!

—Sé que te sorprende, querida, descubrir que tenemos en casa a un invitado que nos asesinaría a todos en nuestros propios lechos. Pero no temas: he adoptado todas las precauciones. El mismo me hizo un favor anoche al beber en exceso y caer en ese ciego letargo. Ha resultado muy fácil trasladar su cuerpo empapado en vino a un lugar bajo custodia. Bane dice que hay una recompensa por ese hombre, así como por el criado traidor del muchacho. Esa cantidad servirá para financiar mis planes en el Reino Medio. Y bien, querida, ¿qué es lo que querías?

— ¡Que no me quites a mi hijo! —Iridal jadeó buscando aire, como si acabaran de echarle encima un cubo de agua fría—. Haz lo que quieras, no me opondré, ¡pero déjame a mi hijo!

—Hace apenas unos días, renegabas de él. Ahora dices que lo quieres contigo.

—Sinistrad se encogió de hombros—. Esposa mía, no puedo someter al muchacho a tus impulsos caprichosos, que cambian cada día. Bane debe regresar al Reino Medio y asumir sus obligaciones. Y, ahora, es mejor que te vayas. Me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla. Deberíamos tenerlas más a menudo.

—Madre —intervino Bane—, creo que antes deberías haber hablado de esto conmigo. ¡Yo *quiero* volver allí! Estoy seguro de que padre sabe qué es lo mejor para mí.

—

—Yo también estoy segura —musitó Iridal.

Dando media vuelta, la mujer salió del estudio con porte digno y sereno, y consiguió alejarse por el pasillo helado y tenebroso antes de echarse a llorar por su hijo perdido.

—En cuanto a ti, Bane —declaró Sinistrad, devolviendo a su lugar correspondiente los dibujos que Iridal había desordenado—, no vuelvas a intentar nada parecido conmigo. Esta vez he castigado a tu madre, que debería haber sido más prudente. La próxima vez, te tocará a ti.

Bane aceptó en silencio la reprimenda. Era estimulante que, para variar, su oponente en la partida fuera tan habilidoso como él mismo. Empezó a repartir la siguiente mano, con movimientos rápidos para que su padre no advirtiera que las cartas salían del fondo de una baraja preparada.

—Padre —dijo Bane—, quiero preguntarte una cosa sobre magia.

— ¿Sí? —Una vez restaurada la disciplina, a Sinistrad le complació el interés del muchacho.

—Un día vi a Triano dibujando algo en una hoja de papel. Era como una letra del alfabeto, pero no exactamente. Cuando le pregunté, estrujó el papel y lo arrojó al fuego con gesto nervioso. Dijo que era magia y que no debía molestarlo con preguntas al respecto.

Sinistrad levantó la cabeza de los dibujos que estaba estudiando y volvió la atención a su hijo. Bane respondió a la mirada curiosa de sus ojos penetrantes con la expresión ingenua que tan bien sabía utilizar el muchacho. El perro se sentó sobre las patas traseras y empujó con el hocico la mano de Bane, pidiendo que lo acariciara.

— ¿Cómo era ese símbolo?

Bane trazó una runa en el reverso de uno de los dibujos.

— ¿Eso? —Sinistrad soltó un bufido—. Es un signo esotérico, utilizado en la magia rúnica. Ese Triano debe de ser más estúpido de lo que yo pensaba, para andar jugando con ese arte arcano.

— ¿Por qué?

—Porque sólo los sartán eran expertos en runas.

— ¡Los sartán! —El muchacho pareció asombrado—. ¿Sólo ellos?

—Bueno, se decía que en el mundo que existía antes de la Separación, los sartán tenían un enemigo mortal, un grupo tan poderoso como ellos y más ambicioso; un grupo que quería usar sus poderes casi divinos para gobernar, y no para guiar. Se los conocía como los patryn.

— ¿Seguro que nadie más puede utilizar esa magia?

— ¿No te lo he dicho ya una vez? ¡Cuando yo digo una cosa, hablo en serio!

—Lo siento, padre.

Ahora que estaba seguro, Bane podía permitirse ser magnánimo con un oponente perdedor.

— ¿Qué hace esa runa, padre?

Sinistrad observó el dibujo.

—Es una runa curativa, creo —repuso sin interés.

Bane sonrió y dio unas palmaditas al perro, que le lamió los dedos en agradecimiento.

—

CAPÍTULO
CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

Los efectos del hechizo tardaron en disiparse. Hugh no podía distinguir entre sueño y realidad. En cierto momento, vio al monje negro de pie a su lado, burlándose de él.

— ¿Amo de la muerte? No, nosotros somos tus amos. Toda tu vida nos has servido.

Y, luego, el monje negro era Sinistrad.

— ¿Por qué no te pones a mi servicio? Me conviene un hombre de tus facultades. Es preciso que me deshaga de Stephen y Ana. Mi hijo tiene que sentarse en el trono de Ulyandia y las Volkaran, y esa pareja se interpone en su camino. Un hombre listo como tú puede encontrar el modo de darles muerte. Ahora tengo cosas que hacer, pero regresaré más tarde. Quédate aquí y piénsalo. «Aquí» era una húmeda mazmorra creada de la nada. Sinistrad había conducido a Hugh a aquel lugar, fuera el que fuese. El asesino se había resistido, pero no mucho. Era difícil hacerlo, cuando uno apenas podía distinguir el techo del suelo, los pies se le multiplicaban y las piernas parecían haber perdido los huesos.

Por supuesto, era Sinistrad quien lo había hechizado.

Hugh tenía un vago recuerdo de haber intentado decirle a Haplo que no estaba ebrio, que aquello era producto de alguna magia terrible, pero Haplo sólo había hecho aquella irritante sonrisilla y le había dicho que se sentiría mejor cuando hubiera dormido la borrachera.

Cuando Haplo despertara y viera que había desaparecido, tal vez acudiera a rescatarlo.

Hugh se llevó las manos a la cabeza, que le latía dolorosa-mente, y maldijo su estupidez. «Aunque Haplo decida buscarme —se dijo—, no me encontrará nunca. Esta celda no se encuentra en las entrañas del castillo, debidamente situada al pie de una escalera larga y retorcida. Yo vi el vacío del cual surgieron las paredes. La

—

mazmorra está en mitad de ninguna parte, al pie de la noche. Nadie me encontrará jamás. Me quedaré aquí hasta que muera...

»... o hasta que acepte por amo a Sinistrad.

» ¿Y por qué no? He servido a muchos hombres; ¿qué es uno más? O, mejor aún, puede que me quede donde estoy. Esta celda no es muy diferente de mi vida: una cárcel fría, vacía y desolada. Yo mismo construí sus paredes..., las levanté con dinero. Me recluí en ellas y cerré la puerta. Yo era mi propio guardián, mi propio carcelero. Y dio resultado. Nada me ha afectado. El dolor, la compasión, la pena, el remordimiento: ninguno de ellos podía pasar los muros. Incluso decidí matar a un niño por el dinero.

»Y ese niño se apoderó de la llave.

»Pero eso fue cosa del encantamiento. Fue la magia lo que me hizo apiadarme de él. ¿O ésa era mi excusa? Una cosa es segura: el encantamiento no conjuró esos recuerdos..., recuerdos de mí mismo antes de esta celda.»

«El hechizo sólo actúa porque tú quieres que lo haga. Tu voluntad lo refuerza. Si lo hubieras deseado de verdad, lo habrías roto hace mucho. Tú te preocupas por el

muchacho, ¿entiendes? Y esa preocupación es una prisión invisible.»

Tal vez no. Tal vez era la libertad.

Confuso, medio despierto y medio en sueños, Hugh se levantó del suelo de piedra donde estaba sentado y se acercó a la puerta de la celda. Extendió el brazo..., y detuvo el gesto. Tenía la mano cubierta de sangre, y la muñeca, el antebrazo... Estaba empapado hasta el codo.

Y, tal como él se veía, también debía verlo ella.

—Maese Hugh...

La Mano dio un respingo y volvió la cabeza. ¿Era real, aquella presencia, o sólo un truco de su mente dolorida que se había puesto a pensar en ella?

Parpadeó, pero la figura no desapareció.

—¿Iridal?

Cuando advirtió en sus ojos que ella sabía la verdad acerca de él, Hugh bajó la vista a sus manos, cohibido.

—De modo que Sinistrad tenía razón —musitó ella—. Eres un asesino.

Los ojos irisados estaban descoloridos, grises. En ellos no brillaba luz alguna.

¿Qué podía decir? Lo que acababa de oír era la verdad. Podría haberse disculpado, haberle hablado de Nick *el Tres Golpes*. Podía explicarle que había decidido que no haría daño al niño, que había proyectado devolvérselo a la reina Ana, pero nada de aquello cambiaría un ápice el hecho de que había cerrado el contrato, de que había aceptado el dinero; de que, en el fondo de su corazón, había sabido que era capaz de matar a un niño.

Por eso se limitó a decir simple y llanamente:

—Sí.

— ¡No lo entiendo! ¡Es una cosa perversa y monstruosa! ¿Cómo puedes emplear tu vida matando gente?

Hugh habría podido decir que la mayoría de hombres a los que había matado merecían morir. Podría haberle dicho que, probablemente, había salvado la vida de los que se habrían convertido en sus siguientes víctimas.

Pero Iridal le preguntaría: ¿Quién eres tú para juzgar?

Y él contestaría: ¿Quién lo es? ¿Quién es el rey Stephen, que puede proclamar, «ese hombre es un elfo y, por tanto, debe morir»? ¿Quiénes son los

—

nobles, que pueden decir, «ese hombre tiene unas tierras que quiero y que no me quiere dar; por tanto, debe morir»?

Buenos argumentos, se dijo, pero había accedido. Había aceptado el dinero.

Había sabido, en el fondo de su corazón, que era capaz de matar a un niño. Por eso respondió:

—Ahora ya no tiene importancia.

—No, excepto que vuelvo a estar sola. Otra vez.

Iridal musitó esas palabras en voz muy baja. Hugh comprendió que no las había dicho para que él las oyera. La mujer estaba en el centro de la celda con la cabeza inclinada y sus largos cabellos blancos caídos hacia adelante, cubriéndole el rostro. Iridal se había preocupado por él. Había confiado en él. Tal vez había acudido a él con la intención de pedirle ayuda. La puerta de su celda interior se abrió lentamente y bañó su alma con la luz del sol.

—No estás sola, Iridal. Hay alguien en quien puedes confiar. Alfred es un buen hombre, y está consagrado a tu hijo. —«Mucho más de lo que Bane se

merece», pensó, pero no lo dijo. En voz alta, añadió—: Le salvó la vida al muchacho en una ocasión, cuando le cayó encima un árbol. Si quieres escapar, si tú y tu hijo queréis hacerlo, Alfred podría ayudaros. Podría llevaros a la nave elfa. El capitán de la nave necesita dinero. A cambio de eso y de una ruta segura para escapar del Firmamento, os dará pasaje.

— ¿Escapar? —Iridal dirigió una mirada desesperada en torno a los muros de la celda y hundió el rostro entre las manos. Pero no eran las paredes de la celda de Hugh lo que veía, sino las suyas.

«También ella está prisionera», se dijo Hugh. «Yo le he abierto la puerta de la celda, le he ofrecido una visión fugaz de la luz y el aire libre. Y ahora ve cómo esa puerta vuelve a cerrarse.»

—Es cierto, Iridal, soy un asesino. Peor aún, he matado por dinero. No pretendo disculparme. ¡Pero lo que he hecho no es nada comparado con lo que trama tu esposo!

— ¡Te equivocas! Él no ha dado muerte a nadie. Sería incapaz de una cosa así.

— ¡Sinistrad habla de una guerra en todo el mundo! ¡De sacrificar miles de vidas para instalarse en el poder!

—No lo has entendido. Es nuestra vida lo que intenta salvar. La vida de su pueblo.

Al advertir su expresión de desconcierto, Iridal hizo un gesto de impaciencia, irritada por verse obligada a explicar lo que había considerado evidente.

—Sin duda, te habrás preguntado por qué los misteriarcas abandonaron el Reino Medio, una tierra donde tenían de todo: poder, riqueza... ¡Ah, ya sé lo que se cuenta de nosotros! Lo sé porque fuimos nosotros mismos quienes hicimos correr la voz de que nos habíamos hartado de aquella vida bárbara y de las guerras constantes contra los elfos. Lo cierto es que nos marchamos porque nos vimos obligados a ello, porque no teníamos otra posibilidad. Nuestra magia estaba decayendo. Los matrimonios con humanos normales la habían diluido. Por eso existen tantos hechiceros en tu reino. Muchos, pero débiles. Los que quedábamos de sangre pura éramos pocos, pero poderosos. Para asegurar la continuidad de nuestra raza, huimos a algún lugar donde no pudiéramos ser...

— ¿Contaminados? —sugirió Hugh.

—

Iridal se sonrojó y se mordió el labio. Luego, alzando la cabeza, lo miró con orgullo.

—Sé que lo dices con desprecio, pero sí, es cierto. ¿Acaso puedes culparnos por ello?

—Pero no dio resultado, ¿verdad?

—El viaje fue difícil y muchos murieron. Otros sucumbieron antes de que pudiéramos estabilizar la cúpula mágica que nos protege del frío y nos proporciona el aire que respiramos. Por fin, todo parecía estar bien y nos nacieron hijos, pero no en abundancia y la mayoría de ellos murió. —La mirada altanera desapareció de sus facciones y hundió de nuevo la cabeza—. Bane es el único de su generación que queda con vida. Y ahora, la cúpula se derrumba. Ese leve resplandor del cielo que encuentras tan hermoso es mortal para nosotros.

»Los edificios no son reales y nuestra gente finge ser una población numerosa para que no adivinéis la verdad.

—Es decir, que estáis obligados a regresar al mundo de abajo pero tenéis miedo de volver y revelar la debilidad en que os halláis —dijo Hugh—. El suplantador se convirtió en príncipe de las Volkaran, ¡y ahora va a volver como rey!

—¿Rey? Imposible. Ya tienen un rey.

—No tan imposible. Tu esposo proyecta contratarme para librarse del rey y de la reina; entonces Bane, su hijo, heredará el trono.

— ¡No te creo! ¡Mientes!

—Sí que me crees. Lo veo en tu rostro. No es a tu marido a quien defiendes, sino a ti misma. Sabes muy bien de lo que es capaz Sinistrad. ¡Sabes muy bien lo que ha hecho y lo que tú dejaste de hacer! Tal vez no fuera un asesinato, pero les habría causado menos dolor a esos padres del Reino Medio si los hubieran apuñalado que llevándose a su hijo.

Los ojos sombríos, descoloridos, trataron de sostener su mirada, pero titubearon y volvieron a clavarse en el suelo.

—Lloré por ellos. Intenté salvar a su niño... Habría dado mi vida para que el pequeño viviera, pero... Y también están las vidas de tantos otros...

—Yo he obrado mal, pero me parece, Iridal, que el mismo mal puede haber en abstenerse de actuar. Sinistrad va a volver para cerrar el trato conmigo. Escucha lo que he planeado y juzga por ti misma.

Iridal lo miró y empezó a decir algo. Luego sacudió la cabeza, cerró los ojos y, en un instante, desapareció. Las cadenas eran demasiado pesadas e Iridal no podía liberarse de ellas.

Hugh se dejó caer al suelo, de nuevo solo en la celda dentro de otra celda.

Sacó la pipa, apretó la boquilla entre los dientes y miró con rabia los muros de su prisión.

Paseando por el ala del dragón.

Si Sinistrad pretendía sobresaltarlo con su repentina aparición, debió de llevarse una decepción. Hugh alzó la vista hacia él, pero no se movió ni dijo nada.

—Bien, Hugh *la Mano*, ¿te has decidido?

—No hay mucho que decidir. —Hugh se incorporó con esfuerzo, envolvió cuidadosamente la pipa en el paño y la guardó en el bolsillo del pecho—. No quiero pasarme el resto de la vida en este lugar, así que trabajaré para ti. He trabajado para otros peores. Al fin y al cabo, una vez acepté dinero para matar a un niño.

—

CAPÍTULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

Haplo vagaba por los pasadizos del castillo, perdiendo el tiempo ociosamente —o así parecía cuando alguien le prestaba alguna atención—. Cuando no tenía a nadie cerca, continuaba buscando, siguiendo el rastro de todos los demás lo mejor que podía.

El perro estaba con Bane. Haplo había escuchado hasta la última palabra de la conversación entre padre e hijo. La extraña pregunta sobre el signo mágico había pillado desprevenido al patryn. Rascándose la piel bajo las vendas, Haplo se preguntó si el chiquillo habría visto sus runas tatuadas y trató de recordar algún momento en que hubiera cometido un desliz, un error. Al fin, decidió que no había sufrido ninguno. Habría sido imposible. Entonces, ¿de qué estaba hablando el muchacho? Desde luego, no de un hechicero mensch probando a jugar con las

runas. Ni siquiera un mensch sería tan estúpido.

Bueno, no merecía la pena perder el tiempo en conjeturas. Pronto lo descubriría. Bane —con el perro trotando fielmente a su lado— se había cruzado con él por el pasillo hacía un rato, en busca de Alfred. Tal vez esa conversación le diera la clave. Mientras, tenía que espiar a Limbeck.

Se detuvo ante la puerta de la habitación del geg y miró a un lado y a otro del pasillo. No había nadie a la vista. Haplo trazó un signo mágico sobre la puerta y la madera desapareció..., al menos a sus ojos. Para el geg, sentado con aire desconsolado ante un escritorio, la puerta seguía tan sólida como siempre.

Limbeck había pedido instrumentos de escritura a su anfitrión y parecía absorto en su pasatiempo favorito: redactar discursos. Sin embargo, Haplo comprobó que no escribía gran cosa. Con las gafas levantadas sobre la frente, el geg permanecía con la cara apoyada en la mano y la vista fija en una pared de piedra cubierta de tapices que, para él, era una masa confusa multicolor.

—«Colegas míos de la Unión...» No, eso es demasiado restrictivo. «Compañeros de la UAPP y demás gegs...» Pero tal vez esté presente el supervisor jefe. «Supervisor

—

jefe, ofinista jefe, compañeros de la UAPP, hermanos gegs... hermanos y *hermanas* gegs, he visto el mundo superior y es hermoso» —la voz de Limbeck se suavizó—, «más hermoso y maravilloso de lo que podáis imaginar. Y yo..., yo...» ¡No! —Se dio un enérgico tirón de la barba—. Así —añadió, encogiéndose de dolor y parpadeando para que no le saltaran las lágrimas—. Como diría Jarre, divago demasiado. A ver si ahora puedo pensar mejor. «Mis queridos miembros de la Unión...» No. Ya estamos otra vez. Me he dejado al supervisor jefe...

Haplo trazó un nuevo signo mágico y la puerta volvió a tomar forma y a hacerse visible. Cuando reanudó su recorrido por el pasillo, le siguió llegando la voz de Limbeck recitando el discurso en voz alta para él solo. «El geg sabe lo que tiene que decir», pensó Haplo, «pero se resiste a hacerlo.»

— ¡Ah, Alfred, estás aquí! —Era la voz de Bane, que le llegaba a Haplo a través del perro—. No te encontraba por ninguna parte.

El chiquillo sonaba malhumorado, irritado.

—Lo siento, Alteza. Estaba buscando a maese Hugh...

No era el único.

Haplo se detuvo ante la puerta siguiente y echó un vistazo al interior. La habitación estaba vacía; Hugh había desaparecido. Al patryn no le sorprendía mucho que así fuera. Si Hugh seguía con vida, sólo sería porque Sinistrad tenía intención de hacerlo sufrir. O, mejor aún, de utilizarlo para hacer sufrir a Iridal. Los celos que mostraba el hechicero respecto a su esposa eran extraños, considerando que no le tenía el menor afecto.

«Iridal es una posesión suya», dijo Haplo para sí mientras daba media vuelta y desandaba sus pasos por el corredor, en dirección a la alcoba de Limbeck.

Sinistrad se habría enfurecido lo mismo, probablemente, si hubiera pillado a Hugh hurtando la cubertería. «En fin, yo he tratado de protegerlo. Una lástima. Era un tipo osado y habría podido serme útil. De todos modos, ahora que Sinistrad está ocupado con él, sería una ocasión excelente para que los demás nos marcháramos.»

—Alfred... —Bane había adoptado un tono meloso—, quiero hablar contigo.

—Desde luego, Alteza.

El perro se echó en el suelo entre los dos.

«Es momento de irse», se repitió Haplo. «Sí, recogeré a Limbeck, volveremos a la nave elfa y me adueñaré de ella. Y dejaré a ese hechicero mensch abandonado en su reino. No tengo por qué seguir soportando a ese entrometido. Trasladaré al geg de vuelta a Drevlin y, cuando lo haya hecho, habré cumplido los objetivos de mi amo, salvo llevarle a alguien de este mundo para que lo instruya como discípulo. Había pensado en Hugh pero, a lo que parece, ya puedo descartarlo. »Sin embargo, mi amo y señor tendrá que sentirse satisfecho. Este mundo está tambaleándose al borde del desastre. Si todo sale bien, podré darle el empujón definitivo. Y creo que podré asegurarle que ya no queda aquí ningún sartán...»

—Alfred —dijo Bane—, sé que eres un sartán.

Haplo se detuvo en seco.

Debía de ser una confusión. No habría escuchado bien. Como tenía aquella palabra en la cabeza, le parecía haberla oído cuando, en realidad, el muchacho había dicho otra cosa. Conteniendo el aliento y casi deseando con impaciencia poder calmar los latidos de su corazón para escuchar con más claridad, Haplo prestó atención.

Alfred notó que el mundo se abría bajo sus pies. Las paredes se agrandaron, el techo pareció caerle encima y, durante unos benditos y terribles instantes, pensó que iba a desmayarse. Pero esta vez su cerebro se negó a dejar de funcionar. Esta vez tendría que afrontar el peligro lo mejor que pudiera. Sabía que debía decir algo, rechazar la afirmación del muchacho, por supuesto, pero la verdad era que no sabía si sería capaz de hablar. Tenía paralizados los músculos faciales.

—Vamos, Alfred —insistió Bane mientras lo contemplaba con pagada suficiencia—, no tiene objeto que lo niegues. Sé que es verdad. ¿Quieres saber por qué lo sé?

El chiquillo estaba disfrutando inmensamente con la situación. Y Alfred advirtió que allí estaba el perro, con la cabeza levantada y los ojos fijos en él, como si hubiera entendido cada palabra y también aguardara su reacción. ¡El perro! ¡Por supuesto que entendía cada palabra! Y también su amo...

— ¿Recuerdas el día en que me cayó encima el árbol? —Dijo Bane—. Yo estaba muerto. Y sé que estaba muerto porque me noté flotando y miré atrás y vi mi cuerpo tendido en el suelo, atravesado por las puntas de cristal. Pero, de pronto, fue como si una gran boca se abriera y me absorbiera hacia atrás. Entonces desperté y ya no tenía ninguna herida. Y, cuando me miré, vi que tenía esto en el pecho. —Bane mostró el papel que había cogido del escritorio de su padre—. Le he preguntado a mi padre qué era y me ha dicho que se trataba de un signo mágico, una runa curativa.

«Niégalo», se dijo Alfred. «Tómame sus palabras a la ligera. ¡Qué imaginación tienes, Alteza! ¡Todo eso lo soñaste, por supuesto! Seguro que fue cosa del golpe que recibiste en la cabeza.»

—Y luego está lo de Hugh —continuó Bane—. Sé que le administré suficiente veneno como para acabar con él. Cuando cayó al suelo hecho un guiñapo, estaba muerto. Igual que yo. ¡Y tú lo devolviste a la vida!

«Vamos, vamos, Alteza. Si yo fuera un sartán, ¿por qué tendría que ganarme la vida como criado? No; si lo fuera, viviría en un espléndido palacio y vosotros,

menschen, würdet ihr euch vor mir und euch vor meinen Füßen niederwerfen und mich bitten, euch dies und jenes zu tun, euch zu helfen, euch zu retten, euch zu befreien, und ich würde euch alles tun, was ihr wollt, außer die Ruhe.»

—Und jetzt, da ich weiß, dass du ein Tyrann bist, hast du mich um Hilfe gebittet. Das erste, was wir tun müssen, ist dich zu töten. —Bane nahm die Hand unter das Gewand und zog ein Messer, das Alfred als sein Eigentum erkannte. —Sieh, ich habe das hier in meinem Schreibtisch gefunden. Sinistrad will nach dem Reich der Unten gehen und die Leute zum Krieg und zur Reparatur der Tumpa-chumpa für alle Inseln und zum Steuern des Wassers. ¡Er wird alles die Reichtümer und die ganze Macht, und das ist nicht gerecht, weil die Idee meine ist! ¡Ich bin ich, der Entdecker, wie es funktioniert, die Maschine! Und, wie ich annehme, du kannst mir auch in diesem, Alfred; da du es bist, der sie gebaut hat, bin ich sicher, dass du sie kennen wirst, wie sie funktioniert.

Der Hund schaute Alfred mit einem überaus intelligenten Ausdruck an. Er schaute direkt in die Augen. Es war zu spät, um es zu leugern: er hatte die Gelegenheit verpasst. Er war nie schnell im Denken und in den Reaktionen. Deshalb hatte sein Gehirn die Gewohnheit bekommen, sich zu schließen, wenn er sich in Gefahr sah. Er war unfähig, der ständigen Schlacht zu trotzen, die in seinem Inneren, zu dominieren, den instinktiven Impuls, seine wunderbaren Kräfte zu benutzen

sich zu schützen, sich selbst und andere, gegenüber der schrecklichen Gewissheit, dass, wenn er es tat, er als halbsterblicher Tyrann entlarvt werden würde, und dass er es nicht war.

—Ich kann dir nicht helfen, Altes. Ich kann dir nicht das Leben nehmen.

—Du wirst es tun, Alfred. Du hast keine Alternative. Wenn du es nicht tust, werde ich es dir sagen, ich werde dir sagen, wer du bist, und wenn mein Vater es erfährt, wird er auch versuchen, dich zu benutzen.

—Und ich, Altes, werde mich weigern.

—¡Du wirst es nicht tun! Wenn du es nicht tust, werde ich dich töten. ¡Dann wirst du kämpfen müssen, und du wirst verlieren, weil du stärker bist!

—Nein, Altes. Ich werde verlieren. Ich werde sterben.

Bane reagierte mit Überraschung, Verwirrung. Es war offensichtlich, dass er sich nicht bewusst war, dass er die Möglichkeit hatte, seinen Kopf zu verlieren.

—¡Wie! ¡Du bist ein Tyrann!

—Wir sind nicht unsterblich... Etwas, das wir einmal vergessen haben, ich glaube.

Es war die Verzweiflung, die sie getötet hatte. Die gleiche Verzweiflung, die jetzt Alfred überkam. Eine enorme und überwältigende Traurigkeit. Sie hatten sich getraut, zu denken und zu handeln, wie Götter, und sie hatten aufgehört, die wirklichen Götter zu hören. Die Dinge hatten anfangen zu verdrehen, seitdem der Tyrann, und diese hatten die Verantwortung übernommen, zu entscheiden, was besser für die Welt war, und zu handeln, in der Konsequenz. Aber, dann, andere Dinge begannen, schlecht zu laufen, und sie mussten sich darauf konzentrieren, sie zu reparieren. Und jedes Mal, wenn sie etwas reparierten, das kaputt war, machte es nur noch eine andere Sache kaputt. Bald wurde die Aufgabe zu groß, und die Tyrannen waren zu wenige. Und, am Ende, merkten sie, dass sie manipuliert worden, was sie eigentlich nicht hätten lassen sollen. Aber, zu dem Zeitpunkt, war es zu spät.

—Ich werde sterben —repetierte Alfred.

Der Hund schloss sich an, er kam näher, er stützte seinen Kopf auf seine Pfote. Mit einem langsamen, zögerlichen, Alfred streckte die Hand aus und berührte das Tier, er spürte seine Wärme und die Festigkeit seiner gut geformten Knochen unter dem weichen Fell.

«¿Qué está haciendo tu amo en este momento?», le preguntó en silencio. «¿Qué estará pensando Haplo, al saber que aún tiene al alcance a uno de sus ancestrales enemigos? No puedo ponerme a darle vueltas. Todo depende, supongo, de lo que Haplo haya venido a hacer a este mundo.»

Para frustración y cólera de Bane, Alfred sonrió. El chambelán se preguntaba qué haría Sinistrad si supiera que tenía, no sólo uno, sino *dos* semidioses bajo su techo.

—Tal vez tú estés dispuesto a morir, Alfred —murmuró Bane con inesperada y socarrona astucia—, pero ¿qué me dices de nuestros amigos, el geg y Hugh y Haplo?

Al oír el nombre de su dueño, el perro meneó lentamente de un lado a otro el rabo despeinado.

Bane dio unos pasos hasta colocarse al lado del chambelán y sus manitas se apoyaron con fuerza en el hombro de su sirviente.

—Cuando le diga a mi padre quién eres y cuando le demuestre cómo sé lo que eres, él se dará cuenta, igual que yo ahora, de que ya no necesitaremos a ninguno de los demás. No necesitaremos a los elfos ni su nave, porque nuestra magia puede llevarnos donde queramos. No necesitaremos a Limbeck porque tú podrás hablar con los gegas y convencerlos de que vayan a la guerra. Tampoco necesitaremos a Haplo; en realidad, nunca lo hemos necesitado. Yo me haré cargo

—

del perro. Y no necesitaremos siquiera a Hugh. Mi padre no te matará, Alfred. ¡Te controlará con la amenaza de matarlos! Así, pues, no puedes morir.

«Lo que dice es cierto», pensó Alfred. «Y Sinistrad lo entenderá así, sin duda. Los he convertido a todos en rehenes. Pero, ¿qué puedo hacer para salvarlos, sino matar?»

—Y lo auténticamente magnífico —añadió Bane con una risilla— es que, en último término, ¡ni siquiera necesitaremos a mi padre!

«Es la vieja maldición de los sartán que vuelve a mí, finalmente. Si hubiera dejado morir al muchacho como, tal vez, era su destino, nada de esto habría sucedido. Pero tuve que entrometerme. Tuve que jugar a dios. Pensé que había bondad en el chiquillo, que cambiaría..., ¡Pensé que *yo* podría salvarlo! ¡Yo, yo, yo! Eso es lo único en que pensamos los sartán, en nosotros mismos. Quisimos moldear el mundo a *nuestra* imagen. Aunque tal vez no era eso lo que pretendíamos.»

Alfred se puso en pie muy despacio, apartando con suavidad al perro. Dio unos pasos hasta el centro de la estancia, alzó los brazos al aire y empezó a moverse en una danza solemne y extrañamente garbosa para su habitual torpeza.

—Alfred, ¿qué diablos estás haciendo?

—Me voy, Alteza —respondió el sartán.

El aire a su alrededor empezó a brillar tenuemente mientras proseguía su baile. Estaba trazando las runas en el aire con las manos y escribiéndolas en el suelo con los pies. Bane abrió la boca.

— ¡No puedes! —exclamó. Corrió hacia él e intentó agarrarlo, pero el muro mágico que Alfred había construido a su alrededor era ya demasiado poderoso. Cuando Bane lo tocó, se produjo un chisporroteo y el muchacho, con un gemido, retiró la mano con los dedos chamuscados y doloridos—. ¡No puedes dejarme! ¡Nadie puede abandonarme si yo no quiero que lo haga!

—Tu hechizo no me afecta, Bane —repuso Alfred casi con tristeza, mientras su cuerpo empezaba a disolverse—. Nunca lo ha hecho.

Una gran silueta peluda saltó de detrás de Bane. El perro atravesó la pantalla titilante y aterrizó con agilidad al lado de Alfred. Con los dientes abiertos, el perro saltó e hizo presa en el tobillo, sujetándolo con fuerza.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro ya fantasmal de Alfred. Con gestos frenéticos, intentó desasirse a patadas de las fauces del perro.

El perro sonrió, como si considerara aquello un gran juego. Sujetó con más fuerza y empezó a tirar del tobillo con unos gruñidos festivos. Alfred tiró con más fuerza. Su cuerpo había dejado de desvanecerse y empezaba a recuperar la solidez progresivamente. Dando vueltas y vueltas en círculo, el chambelán rogó y suplicó, amenazó y reprendió al perro para que lo soltara. El animal lo siguió, girando también; sus patas resbalaban sobre el suelo de losas, sin asideros para las uñas, pero sus mandíbulas continuaron cerradas con firmeza en torno a la pierna de Alfred.

La puerta de la estancia se abrió de par en par. El perro miró en dirección a ella y meneó con furia la cola, pero no soltó a Alfred.

—Así que te vas y nos dejas atrás, ¿eh, sartán? —Dijo la voz de Haplo—. Como en los viejos tiempos, ¿no?

—

CAPITULO

CASTILLO SINIESTRO, REINO SUPERIOR

En otra habitación, pasadizo adelante, Limbeck llevó por fin la pluma al papel.

«Pueblo mío...», empezó a escribir.

Haplo había imaginado muchas veces el encuentro con un sartán, con alguien que había encerrado para siempre a su pueblo en aquel laberinto infernal. Se había imaginado furioso, pero ahora ni siquiera él podía creer la rabia que sentía. Miró a aquel hombre, a aquel Alfred, a aquel sartán, y vio al caodín atacándolo, vio el cuerpo del perro tendido en el suelo, roto y sangrante. Sintió que se ahogaba. Las venas, rojas contra un intenso amarillo, nublaron su visión y tuvo que cerrar los ojos y concentrarse para recobrar el aliento.

— ¡Nos abandonas otra vez! —Buscó aire con un jadeo—. ¡Igual que nuestros carceleros nos abandonaron para que muriésemos en esa prisión!

Haplo masculló las últimas palabras entre dientes. Alzando las manos vendadas como si fueran espolones al ataque, se aproximó a Alfred y observó fijamente el rostro del sanan, que parecía rodeado por un halo de llamas. Si aquel sartán sonreía, si sus labios hacían la menor mueca, Haplo lo mataría. Su amo, su objetivo, sus instrucciones..., todo desapareció tras el violento latir de las oleadas de rabia en su mente.

Pero Alfred no sonrió. No palideció de miedo ni retrocedió; ni siquiera se movió para defenderse. Las arrugas de su rostro envejecido, consumido por las preocupaciones, se hicieron más profundas. Sus ojos mansos estaban apagados y enrojecidos, trémulos de pena.

—El carcelero no os abandonó —repuso—. El carcelero murió.

Haplo notó la cabeza del perro contra su rodilla y, alargando la mano, cogió su suave pelaje y lo agarró con fuerza. El perro alzó la vista con ojos preocupados

y se apretó más contra su amo, gimoteando. El patryn fue recuperando la respiración, su visión se aclaró y la claridad volvió también a su mente.

—Ya estoy bien —dijo Haplo, exhalando un tembloroso suspiro—. Ya estoy bien.

—¿Significa eso que Alfred no se va? —preguntó Bane.

—No, no se va. Por lo menos, no ahora. No se irá hasta que yo esté preparado. Dueño de sí mismo otra vez, el patryn se encaró con el sartán. La expresión de Haplo era ahora tranquila, con una leve sonrisa. Frotándose las manos con gestos lentos, desplazó ligeramente las vendas que cubrían su piel.

—¿Que el carcelero murió? ¡No lo creo!

Alfred titubeó y se humedeció los labios.

—¿Tu pueblo ha estado..., atrapado en ese lugar todo este tiempo?

—Sí. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad? ¡Ésa fue vuestra intención!

Limbeck, sin oír nada de lo que estaba sucediendo a dos puertas de su habitación, continuó escribiendo:

«Pueblo mío, he estado en los reinos superiores. He visitado los reinos que nuestras leyendas nos dicen que son el cielo. Y lo son. Y no lo son. Son bellos y son ricos, más de lo que es posible imaginar. El sol los ilumina todo el día. El Firmamento reluce en su cielo. La lluvia cae mansa, no con violencia. Las sombras de los Señores de la Noche los invitan al sueño. Viven en casas, no en piezas de desecho de una máquina o en un edificio que la Tumpa-chumpa decide que no necesita de momento. Tienen naves aladas que vuelan por el aire. Tienen bestias aladas amaestradas que los conducen donde quieren. Y todo eso lo tienen gracias a nosotros.

»Nos han mentido. Nos dijeron que eran dioses y que debíamos trabajar para ellos. Nos prometieron que, si trabajábamos bien, nos juzgarían dignos y nos llevarían a vivir al paraíso. Pero nunca han tenido intención de cumplir esa promesa.»

—¡No! ¡Nunca tuvimos tal intención! —Respondió Alfred—. Tienes que creerme. Y tienes que creer que yo..., que nosotros no sabíamos que aún estabais ahí. Se suponía que sólo ibais a estar un tiempo corto, unos ciclos, varias generaciones...

—¡Un millar de ciclos! ¡Cien generaciones..., los que sobrevivieron! ¿Y dónde estabais vosotros? ¿Qué sucedió?

—Nosotros..., teníamos nuestros propios problemas. —Alfred bajó los ojos e inclinó la cabeza.

—Tienes toda mi comprensión.

Alfred alzó rápidamente los ojos, vio la mueca en los labios del patryn y, con su suspiro, los apartó de nuevo.

—Vas a venir conmigo —dijo Haplo—. ¡Te llevaré a que veas por ti mismo el infierno que crearon los tuyos! Y mi señor te interrogará. Como a mí, le costará creer que «el carcelero murió».

—¿Tu señor?

—Un gran hombre, el más poderoso de nuestra estirpe que ha vivido jamás. Mi amo tiene planes, muchos planes, de los que no dudo que te hará partícipe.

—Y ésta es la razón de que estés aquí... —murmuró Alfred—. ¿Sus planes?

No. No iré contigo. No te acompañaré voluntariamente. —El sartán movió la cabeza

acompañando sus palabras. En el fondo de sus ojos mansos brilló una chispa.
—Entonces, usaré la fuerza. ¡Me encantará hacerlo!

—No lo dudo. Pero si pretendes ocultar tu presencia en este mundo —su mirada se clavó en las manos vendadas del patryn—, sabes que un combate entre nosotros, un duelo de tal magnitud y ferocidad mágica, no podría pasar inadvertido y sería desastroso para ti. Los hechiceros de este mundo son poderosos e inteligentes. Existen leyendas sobre la Puerta de la Muerte. Muchos, como Sinistrad o incluso este niño —Alfred acarició los rubios cabellos de Bane—, encontrarían la explicación de lo sucedido y se pondrían a buscar con ansia la entrada de lo que se supone un mundo maravilloso. ¿Está dispuesto a ello tu amo?

— ¿Amo? ¿Qué amo? ¡Mírame, Alfred! —estalló Bane, harto—. ¡Nadie se irá a ninguna parte mientras viva mi padre!

Ninguno de los dos hombres respondió, ni lo miró siquiera. El muchacho les dirigió una mirada de odio. Como de costumbre, los adultos, absortos en sus propias preocupaciones, habían olvidado las suyas.

«Por fin, nuestros ojos se han abierto. Por fin vemos la verdad.» A Limbeck le molestaban las gafas y se las colocó en lo alto de la cabeza. «Y la verdad es que ya no los necesitamos...»

— ¡No os necesito! —Exclamó Bane—. De todos modos no ibais a colaborar. Lo haré yo mismo.

Se llevó la mano bajo la túnica, sacó el puñal de Hugh y lo contempló con admiración, pasando el dedo con cuidado por el filo de la hoja tallada de runas.

—Vamos —dijo al perro, que seguía quieto al lado de Haplo—. Tú ven conmigo.

El perro miró al chiquillo y meneó la cola, pero no se movió.

— ¡Vamos! —Insistió Bane—. ¡Sé buen chico!

El perro ladeó la cabeza y se volvió a Haplo, gimiendo y levantando la pata. El patryn, concentrado en su enemigo, apartó al animal de un empujón. Con un gañido y una última mirada suplicante a su amo, el perro acudió al lado de Bane con la cabeza gacha y las orejas caídas.

El muchacho guardó el puñal al cinto y dio unas palmaditas en la cabeza al perro.

—Buen chico. Vámonos.

«Por eso, en resumen...» Limbeck hizo una pausa. Le temblaba la mano y una niebla le cubría los ojos. Una gota de tinta cayó sobre el papel. Colocándose de nuevo las gafas, las sujetó en la nariz y permaneció sentado e inmóvil, contemplando la línea en blanco donde escribiría las palabras finales.

— ¿De veras te puedes permitir un enfrentamiento conmigo? —insistió Alfred.

—No creo que vayas a luchar —respondió Haplo—. Creo que estás demasiado débil, demasiado cansado. Ese niño que tanto mimas es más...

Alfred cayó en la cuenta de Bane y miró a su alrededor.

— ¿Dónde está?

—Se ha ido a alguna parte —Haplo hizo un gesto de impaciencia—. No intentes...

— ¡No intento nada! Ya has oído lo que me pedía, y tiene un puñal. ¡Va a matar a su padre! ¡Tengo que impedir...!

—No. —Haplo sujetó al sartán por el brazo—. Deja que los mensch se maten entre ellos. No importa.

— ¿No te importa en absoluto? —Alfred lanzó una mirada extraña, inquisitiva, al patryn.

—

—No, claro que no. El único que me interesa es el líder de la revuelta geg, y Limbeck está a salvo en su habitación.

— ¿Y dónde tienes al perro? —preguntó Alfred.

«Pueblo mío...» La pluma de Limbeck trazó lenta y meticulosamente cada palabra, «...vamos a la guerra.»

Ya estaba. Había terminado. Se quitó las gafas y las arrojó sobre la mesa.

Luego, hundió la *cabeza* entre las manos y se echó a llorar.

—

CAPITULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

Sinistrad y Hugh estaban sentados en el estudio del misteriarca. Era casi mediodía y la luz del sol entraba por una ventana acristalada. Entre la niebla del exterior, como si flotaran sobre ella, se alzaban las torres resplandecientes de la ciudad de Nueva Esperanza; de una ciudad que, por lo que le había contado Iridal, bien podría haberse llamado Ninguna Esperanza. Hugh se preguntó si los edificios habrían sido puestos allí para que él los viera. Al pie de los muros del castillo, enroscado en torno a él y calentándose al sol, distinguió al dragón de azogue.

—Veamos, ¿qué será lo mejor? —Sinistrad dio unos golpecitos en el escritorio con sus dedos largos y finos—. Trasladaremos al muchacho a Djern Volkain en la nave elfa..., asegurándonos, por supuesto, de que la nave sea vista por los humanos. Así, cuando descubran a Stephen y Ana asesinados, acusarán del atentado a los elfos. Bane puede contar una historia fantástica: que fue capturado y logró escapar, y que los elfos lo siguieron y dieron muerte a sus padres cuando éstos trataban de rescatarlo. Supongo que podrás hacer que las muertes parezcan cometidas por los elfos, ¿verdad?

El aire en torno a Hugh se agitó, una brisa fría lo envolvió y unos dedos helados parecieron rozarle el hombro, Iridal estaba obrando su magia contra su esposo. La mujer estaba allí, atenta a la conversación.

—Desde luego. Será facilísimo. ¿Y el muchacho? ¿Querrá colaborar? —preguntó Hugh, tenso pero haciendo lo posible para parecer relajado. Ahora que Iridal se veía enfrentada con la ineludible verdad, ¿cuál sería su reacción?—. Tu hijo no parece nada entusiasmado.

—Colaborará. Sólo tengo que hacerle comprender que todo esto va en beneficio suyo. Cuando sepa el provecho que puede obtener de esta acción, estará impaciente por iniciarla. El muchacho es ambicioso y así debe ser pues, al fin y al cabo, es hijo mío.

Invisible a cualquier ojo, Iridal permaneció detrás de Hugh, observando la escena y escuchando. No sintió nada al escuchar a Sinistrad tramando un

—

asesinato; tenía la mente y los sentidos entumecidos, insensibles. «¿Por qué me he molestado en venir?», se preguntó. «No hay nada que yo pueda hacer. Es demasiado tarde para él y para mí. Pero no es demasiado tarde para Bane. ¿Cómo decía el antiguo lema? "Un niño los conducirá." Si, para él aún hay esperanzas. Bane todavía es inocente, no está corrupto. Acaso algún día nos salvará.»

— ¡Ah!, estás aquí, padre.

Bane penetró en el estudio haciendo caso omiso de la mirada ceñuda de Sinistrad. El chiquillo traía los colores muy subidos y parecía irradiar una luz interior. Sus ojos brillaban con una energía febril. Tras el muchacho, haciendo resonar sus uñas sobre las losas del suelo, el perro parecía triste y preocupado. Sus ojos se volvieron a Hugh con aire suplicante; después, su mirada se desvió hacia un punto a la espalda del asesino, contemplando a Iridal con tal atención que la mujer sintió una oleada de pánico y se preguntó si el hechizo de invisibilidad habría dejado de actuar.

Hugh se movió con inquietud en su asiento. Bane estaba tramando algo.

Probablemente, nada bueno, a juzgar por la expresión beatífica de su rostro.

—Estoy ocupado, Bane. Déjanos —dijo Sinistrad.

—No, padre. Sé de qué estáis hablando. Quieres enviarme de vuelta a las Volkaran, ¿verdad? ¡No lo hagas, padre! —De pronto, la voz del pequeño se había hecho dulce y suave—. No me hagas volver a ese lugar. Allí no le gusto a nadie y me siento solo. Quiero estar contigo. Puedes enseñarme la magia, igual que me enseñaste a volar. Te mostraré todo lo que sé de la gran máquina y te presentaré al supervisor jefe...

— ¡Deja de gimotear! —Sinistrad se puso en pie. Sus finas ropas susurraron en torno a su cuerpo cuando salió de detrás del escritorio para plantarse frente a su hijo—. Tú quieres agradarme, ¿verdad, Bane?

—Sí, padre... —titubeó el muchacho—. Eso es lo que anhelo, por encima de todo. ¡Por eso deseo quedarme contigo! ¿Y tú? ¿No me quieres a tu lado? ¿No fue para eso para- lo que me trajiste hasta ti?

— ¡Bah! Cuánta tontería. Te he traído conmigo para poder poner en marcha la segunda fase de nuestro plan. Desde tu llegada, algunas cosas han cambiado, pero sólo para mejor. En cuanto a ti, mientras yo sea tu padre irás donde te diga y harás lo que te ordene. Ahora, déjanos. Te mandaré llamar más tarde.

Sinistrad volvió la espalda al niño. Bane, con una extraña sonrisa en los labios, se llevó una mano al interior de la túnica. Cuando la sacó, empuñaba el puñal de Hugh.

— ¡Entonces, creo que no serás mi padre por mucho tiempo!

— ¿Cómo te atreves...? —Sinistrad giró en redondo, vio la daga en la mano del chiquillo y soltó un jadeo de sorpresa. Pálido de furia, el misteriarca levantó la mano derecha disponiéndose a efectuar el hechizo que disolvería el cuerpo del muchacho en un instante—. ¡Puedo hacer más hijos!

El perro dio un salto, golpeó a Bane en mitad de la espalda y lo derribó al suelo. El puñal voló de la mano del chiquillo.

Algo invisible sacudió a Sinistrad, y unas manos fantasmales asieron las del misteriarca. Furioso, éste se revolvió contra su esposa, cuyo hechizo se desmoronó durante el forcejeo dejándola a la vista de su marido.

Hugh se puso en pie, se apoderó del puñal caído en el suelo y esperó su oportunidad. Estaba dispuesto a liberar a la mujer y a salvar a su hijo.

—
El cuerpo del hechicero crepitó con un chisporroteo azulado e Iridal salió repelida por una atronadora onda de choque que la lanzó, aturdida, contra la pared. Sinistrad se volvió hacia su hijo y encontró al perro encima del aterrado chiquillo.

Con los dientes descubiertos y listo para la pelea, el animal emitió un ronco gruñido.

Hugh lanzó una estocada y hundió el puñal en el cuerpo del hechicero.

Sinistrad lanzó un grito de furia y dolor. El asesino sacó la daga. El cuerpo el misteriarca brilló tenuamente y se difuminó, y Hugh pensó que había dado muerte a su enemigo pero, de pronto, Sinistrad volvió, sólo que esta vez su cuerpo era el de una serpiente enorme.

Como un dardo, la cabeza del reptil buscó a Hugh. El asesino hundió de nuevo el puñal en el cuerpo, pero era demasiado tarde. La serpiente clavó sus colmillos en la nuca de Hugh. *La Mano* lanzó un grito agónico mientras el veneno se extendía por su cuerpo. Consiguió seguir empuñando con fuerza el arma y la serpiente, en sus agitados esfuerzos, no hizo sino agrandar la herida. Atacando con saña en sus estertores de muerte, enroscó la cola en torno a las piernas de Hugh y ambos rodaron por el suelo.

La serpiente desapareció. Sinistrad yacía muerto, con las piernas enroscadas alrededor de los pies de Hugh.

La Mano contempló el cadáver e hizo un débil esfuerzo por incorporarse. No sentía el menor dolor, pero había perdido las fuerzas y cayó de nuevo.

—Hugh.

A duras penas logró volver la cabeza. La celda estaba negra como la brea. No podía ver nada.

— ¡Hugh! Tenías razón. Lo mío era pecar por omisión. Y ahora es demasiado tarde..., ¡demasiado tarde!

Se estaba abriendo una grieta en los muros. Un fino rayo de luz brillaba, cegador. Hugh aspiró el olor a aire puro, perfumado con el aroma del espliego. Pasando las manos entre los barrotes de su celda interior, Hugh las alargó hacia ella. Iridal, extendiendo las suyas cuanto podía desde detrás de los muros de su propia prisión, logró rozar las yemas de sus dedos.

Y entonces se presentó el monje negro y liberó por fin a Hugh.

—

CAPÍTULO

CASTILLO SINIESTRO,

REINO SUPERIOR

Un sonido grave, atronador, hizo que las piedras del castillo se estremecieran hasta los cimientos. El sonido creció en intensidad como un trueno lejano que avanzara hacia ellos haciendo temblar el suelo. El castillo vibró como si lo agitara una fuerza telúrica. Un aullido triunfal hendió los aires.

— ¿Qué diab...? —Haplo miró a su alrededor.

— ¡El dragón se ha soltado! —Murmuró Alfred, abriendo los ojos con sorpresa y temor—. ¡Algo le ha sucedido a Sinistrad!

—La bestia matará a todo ser viviente del castillo. Yo ya me he enfrentado a dragones otras veces, pues son numerosos en el Laberinto. ¿Y tú?

—No, nunca. —Alfred miró al patryn y advirtió su acre sonrisa—. Seremos necesarios los dos para luchar contra esa bestia, y emplear todos nuestros poderes.

—No —replicó Haplo, encogiéndose de hombros—. Tenías razón. No me atrevo a poner al descubierto mi identidad. No se me permite luchar, ni siquiera para salvar mi propia vida. Así pues, supongo que todo depende de ti, sartán. El suelo tembló. En el pasadizo se abrió una puerta y Limbeck asomó la cabeza.

—Esto se parece más a mi patria —comentó con alegres gritos por encima del estruendo. Avanzando con facilidad por el suelo en movimiento, traía en la mano un puñado de papeles que agitaba con excitación—. ¿Queréis escuchar mi discurs...?

Los muros exteriores se derrumbaron. Alfred y Limbeck perdieron el equilibrio mientras Haplo chocaba con una puerta que cedió bajo su peso con un crujido. Un centelleante ojo encarnado del tamaño del sol miró entre los restos de la muralla a las víctimas atrapadas en el interior. El trueno se convirtió en un rugido. El dragón irguió la cabeza y abrió las fauces, descubriendo sus blancos colmillos.

—

Haplo se incorporó tambaleándose. Limbeck yacía de espaldas, con las gafas destrozadas junto a él. Mientras las buscaba a tientas, el geg volvió la vista, impotente, hacia la borrosa silueta plateada de ojos llameantes que era el dragón. Cerca de Limbeck estaba el cuerpo inconsciente de Alfred.

Un nuevo rugido sacudió el edificio. Una lengua de plata centelleó como un rayo. Si el dragón acababa con ellos, Haplo no sólo perdería la vida, sino también el objetivo de su viaje hasta allí. Perdería a un Limbeck que debía conducir la revolución entre los gegas. A un Limbeck que debía iniciar la guerra que había de provocar el caos en aquel mundo.

Haplo se arrancó las vendas de las manos. Plantado entre el geg y el sartán, cruzó los brazos y levantó por encima de la cabeza los puños tatuados con los signos mágicos. Por un instante, se preguntó dónde estaría el perro. No oía nada procedente del animal pero, por otra parte, los rugidos del dragón le impedían oír cualquier otra cosa.

La bestia se abalanzó sobre él con la boca abierta para capturar a su presa.

Haplo no mentía: había combatido en otras ocasiones contra dragones..., dragones del Laberinto, al lado de cuyos poderes mágicos aquel dragón de azogue era un gusano. Lo más difícil era mantenerse firme, dispuesto a recibir el golpe, cuando todos los instintos de su cuerpo le gritaban que echara a correr.

En el último instante, la cabeza plateada se desvió a un lado y sus mandíbulas se cerraron en el aire. El dragón se retiró y contempló al patryn con suspicacia.

Los dragones son seres inteligentes y, cuando salen de un encantamiento, reaccionan con furia y desconcierto. Su primer impulso es revolverse contra el mago que los ha hechizado pero, incluso enfurecidos, no atacan a la ligera. Aquella bestia había experimentado fuerzas mágicas de muchos tipos en su vida, pero ninguna como la que tenía ante sí en aquel momento. Aun sin verlo, notaba el poder que envolvía a aquel hombre como un poderoso escudo de metal.

No había acero que se resistiese a la bestia. Incluso habría sido capaz de hacer pedazos aquella magia, si se hubiera tomado el tiempo necesario para enfrentarse a ella y desenmarañarla, pero ¿para qué molestarse?, había otras posibles víctimas. Podía oler la sangre caliente. El dragón dirigió una última mirada, curiosa y malévola, a Haplo y desapareció de su vista.

—Pero regresará, sobre todo si prueba el sabor de la carne fresca —murmuró Haplo mientras bajaba las manos—. ¿Qué puedo hacer, pues? Sólo coger a mi amiguito y sacarlo de aquí. Mi trabajo en este reino ya está terminado..., o casi. Por fin, escuchó algo, y lo que captó fue lo que estaba oyendo el perro. Frunció el entrecejo y se frotó la piel de las manos con gesto ausente. A juzgar por el estruendo, el dragón estaba derribando otra parte del castillo. Iridal y el muchacho aún estaban vivos, pero no por mucho tiempo. Haplo volvió la vista al sartán inconsciente.

—Podría mantenerte en un sopor que durara todo el tiempo necesario para trasladarte ante mi amo, pero tengo una idea mejor. Ahora sabes dónde voy. Ya encontrarás el modo de encontrarlo y vendrás a mí por tu propia voluntad. Al fin y al cabo, tenemos el mismo objetivo: los dos queremos averiguar qué le sucedió a tu pueblo. Así pues, viejo enemigo, te dejaré aquí para que me cubras la retirada. Hincó la rodilla al lado de Alfred, lo agarró por la ropa y le dio una enérgica sacudida.

—Despierta de una vez, escoria pusilánime.

—

Alfred parpadeó y se incorporó hasta quedar sentado, con aire confundido.

—Me he desmayado, ¿verdad? Lo siento. Es un acto reflejo. No puedo controlarlo...

—No quiero oír una palabra más sobre eso —lo interrumpió Haplo—. He ahuyentado al dragón de momento, pero la bestia sólo ha ido a buscar otra comida que no se le resista.

— ¡Tú..., me has salvado la vida! —Alfred miró al patryn.

—La tuya, no. La de Limbeck. Tú sólo estabas en medio.

Un agudo grito infantil de terror surgió en el aire. El aullido del dragón resquebrajó las sólidas piedras.

Haplo señaló en dirección al dragón.

—El chico y su madre aún están vivos. Será mejor que te apresures.

Alfred tragó saliva con esfuerzo y el sudor perló su frente. Se puso en pie y, con mano temblorosa, trazó un signo mágico sobre su pecho. Su cuerpo empezó a desvanecerse.

— ¡Adiós, sartán! —Exclamó Haplo—. ¡De momento! —Se volvió a Limbeck y le preguntó—: ¿Te encuentras bien? ¿Puedes andar?

— ¡Mis..., mis gafas! —El geg alzó del suelo una montura torcida y pasó los dedos por sus aros vacíos.

—No te preocupes —dijo el patryn, ayudándolo a ponerse en pie—. Me parece que, de todos modos, no querrás ver adonde vamos.

Haplo hizo una breve pausa para repasarlo todo mentalmente.

Fomentar el caos en el reino.

Su mano cubierta de runas se cerró con fuerza sobre la de Limbeck. «Eso ya lo he cumplido, mi amo. Ahora transportaré al enano a Drevlin. Allí será el líder de la revuelta de su pueblo, el que lance a este mundo a la guerra.»

Tráeme de ese mundo a alguien que me sirva como discípulo. Alguien que después regrese para enseñar la palabra, mi palabra, al pueblo. Alguien que conduzca a la gente como ovejas a mi redil. Debe ser alguien inteligente, ambicioso... y dócil.

Haplo, con su calmada sonrisa, llamó al perro con un silbido.

Iridal había domado dragones en su infancia, pero sólo a unas bestias dóciles que casi habrían obedecido sus órdenes sin necesidad de hechizos. El dragón que tenía ante sí en aquel momento siempre le había producido terror, y la mujer deseó poder refugiarse en el rincón de la segura y acogedora celda donde había permanecido oculta, pero la prisión había desaparecido. Los muros habían sido derribados, la puerta estaba abierta de par en par y los barrotes habían caído de las ventanas. Un viento helado la atravesó y la luz resultó cegadora para sus ojos, largo tiempo acostumbrados a las sombras.

El pecado de la inacción. Y ahora era demasiado tarde para ella y para el muchacho. La muerte era su única liberación.

Los rugidos del dragón atronaron sobre ella, pero Iridal observó impasible cómo el techo se partía en dos. Polvo y rocas cayeron en torno a ella como una cascada. Un feroz ojo llameante miró a los dos humanos; una lengua centelleante se relamió de gula. La mujer continuó sin moverse.

Demasiado tarde. Demasiado tarde.

—

Acurrucado detrás de su madre, con el brazo cerrado con fuerza en torno al cuello del perro, Bane miró la escena con los ojos desorbitados. Tras un primer grito de miedo, había guardado silencio, observando lo que sucedía y esperando. El dragón aún no podía alcanzarlos. No podía pasar su enorme cabeza por el pequeño agujero que había abierto y se veía forzado a derribar nuevos bloques de piedra de los muros del castillo. Impulsada por la rabia y el ansia de la sangre que ya olfateaba, la bestia se daba prisa en abrir la brecha.

De pronto, el perro volvió la cabeza hacia la puerta de la estancia y lanzó un gáñido.

Bane siguió la mirada del perro y vio a Haplo; éste, desde el umbral, le hacía gestos para que se acercara. Junto a Haplo estaba Limbeck; el geg, casi a ciegas entre el polvo y los cascotes, contemplaba tranquilamente un horror que no alcanzaba a ver.

El chiquillo miró a su madre. Iridal tenía los ojos fijos en el dragón. Bane le tiró de la falda.

—Tenemos que irnos, madre. Podemos ocultarnos en alguna parte. ¡Ellos nos ayudarán!

Iridal no volvió la cabeza. Tal vez ni siquiera lo oyó.

El perro emitió otro gimoteo y, sujetando a Bane por la túnica con los dientes, trató de tirar del muchacho hacia la puerta.

— ¡Madre! —insistió con un grito.

—Vete, hijo —respondió ella—. Escóndete en alguna parte. Sí, es una buena idea.

Bane la tomó de la mano.

—Pero... ¿no vas a venir, madre?

—No me llames así. Tu no eres mi hijo. —Iridal lo miró con una calma extraña, irreal—. Cuando naciste, alguien cambió a los bebés. Vete, pequeño —era

como si hablara al hijo de otra—. Corre a esconderte. No dejaré que el dragón te haga daño.

El muchacho la miró.

— ¡Madre! —exclamó de nuevo, pero ella le volvió la espalda.

Bane se llevó la mano al amuleto del cuello, pero no lo encontró. Enseguida recordó que se lo había quitado.

— ¡Tráelo! —gritó Haplo.

El perro hizo presa en la camisa del pequeño y tiró de él. Bane vio cómo el dragón introducía una de sus zarpas por el agujero que había abierto en el techo y la alargaba hacia su presa. Los muros de piedra se derrumbaron y se alzó una nube de polvo que ocultó a Iridal.

La zarpa buscó a tientas la cálida carne cuyo aroma le llegaba a los ollares.

Un ojo encendido se asomó al agujero, buscando a su presa. Iridal retrocedió, pero no había dónde esconderse en la cámara semidestruida y sembrada de escombros. Estaba atrapada en una pequeña zona bajo el agujero del techo; cuando el polvo se posara y la criatura volviera a ver, la atraparía.

Trató desesperadamente de concentrarse en la magia. Con los ojos cerrados para evitar aquella visión terrible, dio forma en su mente a unas riendas y se las echó al cuello al dragón.

Con un rugido, la enfurecida criatura apartó la cabeza. La réplica del dragón arrancó las riendas de la mano mental que las sostenía y estuvo cerca de

—

perturbar definitivamente la razón de Iridal. Una zarpa se alargó hacia su brazo y le abrió una herida.

El techo se hundió, fragmentos de piedra la golpearon y la derribaron al suelo.

El dragón, con un alarido de triunfo, se abalanzó sobre ella. Con un jadeo, tosiendo debido al polvo, Iridal se encogió en el suelo y apartó la vista de la muerte que se le venía encima.

Aguardó casi con impaciencia el dolor agudo y lacerante de las zarpas desgarrando su carne pero, en lugar de ello, notó una mano suave que la asía del brazo.

—No tengas miedo, hija.

Iridal levantó la cabeza, incrédula. Ante ella estaba el criado de Bane. Con los hombros hundidos, la calva cubierta de polvo de mármol y sus cabellos canos ridículamente de punta, el hombre le dirigió una sonrisa tranquilizadora y se volvió hacia el dragón.

Lentamente, solemne y garboso, Alfred se puso a bailar.

Su voz se alzó en una cantilena aguda y tenue de acompañamiento. Sus manos y pies trazaron signos invisibles, su voz les dio nombres y poder, su mente los potenció y su cuerpo les dio vigor.

De la lengua centelleante del dragón rezumaba un ácido ardiente.

Desconcertada por un instante al percibir la magia del hombre y no saber de qué se trataba, la bestia retrocedió para estudiar la cuestión. Pero ya lo habían detenido una vez con aquel truco; el ansia de carne y el recuerdo de lo que ya había soportado a manos del detestado hechicero lo impulsaron a lanzarse adelante. Unas fauces abiertas descendieron por la abertura del techo e Iridal se estremeció de pavor, convencida de que el hombre quedaría despedazado.

— ¡Huye! —le gritó.

Alfred alzó la cabeza y vio el peligro, pero se limitó a sonreír y asentir casi distraídamente, concentrado en su magia. La danza aumentó de ritmo y la cantilena subió un poco de volumen; nada más.

El dragón titubeó. Las mandíbulas no se cerraron, sino que siguieron abiertas encima de su víctima. La bestia ladeó ligeramente la cabeza, al compás de la voz de hombre. Y, de pronto, los ojos del dragón se abrieron como platos y empezaron a mirar a su alrededor con aire de asombro.

La danza de Alfred se hizo cada vez más lenta y su cántico se hizo inaudible.

A poco se detuvo, fatigado y jadeante, y contempló con fijeza al dragón de azogue.

La bestia no parecía advertir su presencia. Sus ojos, introducidos por el boquete abierto en el muro del castillo, miraban algo que sólo ellos podían ver.

Alfred se volvió hacia Iridal e hincó la rodilla a su lado.

—Ya no hará ningún daño —le aseguró—. ¿Estás herida?

—No. —Sin apartar su cautelosa mirada del dragón, Iridal asió la mano de Alfred y la apretó con fuerza—. ¿Qué le has hecho? —preguntó.

—El dragón cree que está de nuevo en su hogar, en su antigua casa; un mundo que sólo él puede recordar. En este instante ve la tierra abajo, el cielo arriba, el agua en el centro y el fuego del sol dando vida a todo ello.

— ¿Cuánto tiempo durará el hechizo? ¿Eternamente?

—Nada dura para siempre. Un día, dos, un mes tal vez. En algún momento parpadeará y la ilusión se desvanecerá y sus ojos sólo verán la destrucción que ha causado. Tal vez para entonces se habrán apaciguado su cólera y su dolor. Ahora, al menos, está en paz.

—

Iridal contempló con respeto y temor al dragón, cuya enorme cabeza se balanceaba adelante y atrás como si escuchara un arrullo tranquilizador.

—Lo has encarcelado en su mente —murmuró.

—Exacto —asintió Alfred—. Ésa es la prisión más sólida que se ha construido jamás.

—Y yo estoy libre —añadió ella con asombro—. Y no es demasiado tarde. ¡Aún hay esperanza! ¡Bane, hijo mío! ¡Bane!

Iridal corrió a la puerta donde había visto al chiquillo por última vez. La puerta no estaba. Los muros de su prisión se habían derrumbado, pero los cascotes le impedían el paso.

— ¡Madre! ¡Soy tu hijo! ¡Soy...!

Bane intentó llamarla a gritos una vez más, pero un sollozo le llenó la garganta y le quebró la voz. La mujer había desaparecido tras el polvo del derrumbamiento.

El perro, entre frenéticos ladridos, daba círculos en torno a él mordisqueándole los tobillos en un intento de alejarlo del lugar. El dragón soltó un espantoso alarido y Bane, aterrado, dio media vuelta para escapar. Camino a la puerta, estuvo a punto de caer al suelo al tropezar con el cuerpo de Sinistrad.

— ¡Padre! —musitó el muchacho, alargando una mano temblorosa—. Padre, lo siento...

Los ojos sin vida lo miraron sin ver, sin responder.

Bane retrocedió trastabillando y tropezó con Hugh, el asesino contratado para matarlo y que había muerto para salvarle la vida.

— ¡Lo siento! —sollozó—. ¡Lo siento! ¡No me dejes solo! ¡Por favor! ¡No me

dejéis solo!

Unas manos fuertes, con unos signos mágicos tatuados en azul en el revés, asieron a Bane y lo levantaron de entre los escombros. Tras cruzar el umbral en volandas, Haplo depositó al muchacho, asustado y confuso, junto a Limbeck.

—Quedaos a mi lado los dos —ordenó el patryn.

Levantó los brazos y cruzó los puños. Unas runas flameantes empezaron a arder en el aire. Aparecían una tras otra, tocándose entre ellas pero sin superponerse en ningún momento. Los signos mágicos formaron un círculo de llamas que rodeaba por completo al trío y los cegaba con su resplandor, pero no los quemaba.

— ¡Perro, aquí! —Haplo lanzó un silbido. El perro, sonriendo, saltó con agilidad el círculo de llamas y se plantó al lado de su amo—. Volvemos a casa.

—

EPILOGO

Y así, Señor del Nexo, ésa fue la última vez que vi al sartán. Sé que estás disgustado, tal vez incluso enfadado, porque no lo traje conmigo, pero yo estaba seguro de que Alfred no me permitiría nunca llevarme al muchacho y al geg. Y, como él mismo dijo, no podía arriesgarme a un enfrentamiento con él. Me pareció una espléndida ironía que fuera él quien debiera cubrirme la retirada. Alfred vendrá a nosotros por su propia voluntad, mi señor. No podrá evitarlo, ahora que sabe que la Puerta de la Muerte se puede abrir.

Sí, mi señor, tienes razón. El sartán tiene otro estímulo: la búsqueda del muchacho. Alfred sabe que me lo llevé y, antes de abandonar Drevlin, llegó la noticia de que el sartán y la madre del muchacho, Iridal, se han aliado para buscar a Bane.

En cuanto a éste, creo que te agradará, señor. Tiene muchas posibilidades.

Por supuesto, está afectado por lo que sucedió finalmente en el castillo: la muerte de su padre, el terror del dragón... Todo ello lo ha hecho precavido, de modo que debes tener paciencia con él si lo encuentras callado y deprimido. Es un chiquillo inteligente y pronto aprenderá a honrarte, mi amo, como hacemos todos.

Y ahora, para terminar mi historia te diré que, al abandonar el castillo, llevé al muchacho y al geg hasta la nave elfa. Allí descubrimos que el capitán elfo y su tripulación eran prisioneros de los misteriarcas. Hice un trato con Bothar'el: a cambio de su libertad, él nos devolvería a Drevlin. Una vez en la tierra de los gegas, me cedería su nave.

Bothar'el no tenía más remedio que acceder. O aceptaba mis términos o encontraba la muerte a manos de los misteriarcas, que son poderosos y están desesperados por escapar de su reino agonizante. Por supuesto, me vi obligado a utilizar la magia para liberarnos, pues sin ella no podríamos habernos enfrentado con éxito a los hechiceros. De todos modos, conseguí obrar mis hechizos sin que los elfos me vieran, así que no saben nada de las runas. En realidad, ahora mismo me creen uno de esos misteriarcas, y no los he desengañado.

Hugh, el asesino, tenía razón al juzgar a los elfos, mi señor. Descubrirás que son gente de honor, como también lo son los humanos a su curiosa manera.

Cumpliendo la palabra empeñada, Bothar'el nos condujo al Reino Inferior. El geg,

—

Limbeck, fue recibido por su pueblo como un héroe y es ahora su nuevo supervisor jefe. Su primer acto como tal fue lanzar un ataque contra una nave elfa que pretendía atracar para cargar agua. «Lo ayudaron en esta acción el capitán Bothar'el y su tripulación. Una fuerza combinada de elfos y enanos abordó la nave y, entonando esa extraña canción de la que te he hablado, consiguió reducir a todos los elfos que iban en ella. Antes de partir, Bothar'el me dijo que se proponía llevar la nave a ese tal príncipe Reesh'ahn, el líder de la rebelión. Espera formar una alianza entre los elfos rebeldes y los enanos contra el imperio de Tribus. Se rumorea que el rey Stephen, del conglomerado de Ulyndia, se unirá a ellos. Sea cual sea el resultado, la guerra agita el mundo de Aria-no, mi señor. El camino para tu llegada está preparado. Cuando decidas entrar en el Reino del Aire, las gentes cansadas de guerra te verán como un salvador.

En cuanto a Limbeck, como yo había predicho, se ha convertido en un líder poderoso. Gracias a él, los enanos han descubierto de nuevo la dignidad, el valor y el espíritu combativo. Es un dirigente despiadado, decidido, que no le tiene miedo a nada. Su idealismo soñador se quebró junto con esas gafas tuyas y ahora ve con más nitidez que nunca. Me temo que ha perdido una novia, pero esa Jarre estuvo un tiempo a solas con el sartán, de modo que quién sabe qué extrañas ideas le metería éste en la cabeza.

Como puedes imaginar, mi amo, me llevó cierto tiempo preparar la nave elfa para el viaje a la Puerta de la Muerte. Trasladé la nave y a Bane a los Peldaños de Terrel Fen, cerca de donde se estrelló mi propio vehículo, para poder trabajar sin molestias. Fue mientras realizaba las modificaciones necesarias —utilizando la ayuda de la Tumpa-chumpa—, cuando me enteré de la suerte del sartán y de la madre del muchacho, y de la búsqueda que habían emprendido. Ya habían llegado hasta Drevlin pero, por fortuna, para entonces ya estaba a punto para zarpar. Sumí al muchacho en un profundo letargo y emprendí el viaje a través de la Puerta de la Muerte. Esta vez conocía los peligros que afrontaría y estaba preparado para ellos. La nave sólo sufrió algunos desperfectos sin importancia y puedo tenerla reparada y dispuesta a tiempo para el siguiente viaje. Es decir, mi señor, si consideras que me he ganado el derecho a ser enviado a otra misión. Gracias, mi amo. Tus alabanzas son mi mayor recompensa. Y ahora seré yo quien te proponga un brindis. Esto es vino de bua, regalo del capitán Bothar'el. Creo que encontrarás su sabor en extremo interesante, y me pareció adecuado que bebiéramos por el éxito de nuestra siguiente misión con lo que podría llamarse la sangre de Ariano.

Por la Puerta de la Muerte, mi señor, y por nuestro siguiente destino: el Reino del Fuego.

LA ESTRELLA DE LOS ELFOS

SERIE EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE Vol.II

Margaret Weis – Tracy Hickman

PRÓLOGO

«... que teníamos a nuestro alcance el dominio del mundo. Nuestros antiguos enemigos, los sartán, asistían impotentes a nuestro auge. La certeza de que se verían obligados a vivir bajo nuestro mando les resultaba mortificante, amarga como el ajeno, y, decididos a tomar medidas drásticas, cometieron un acto de desesperación casi imposible de concebir. Antes que permitir que nos adueñáramos del mundo, los sartán lo destruyeron.

»En su lugar, crearon cuatro nuevos mundos, formados con los elementos del viejo: Aire, Fuego, Piedra y Agua. Los pueblos del mundo que sobrevivieron al holocausto fueron transportados a estos mundos para que los habitaran. Nosotros, el antiguo enemigo, fuimos arrojados a una prisión mágica conocida como el Laberinto.

»Según los registros que descubrí en el Nexo, los sartán esperaban que la vida en la prisión nos "rehabilitaría", que saldríamos del Laberinto, con nuestra naturaleza —dominante y lo que ellos denominaban cruel— apaciguada. Pero algo salió mal en sus planes. Nuestros carceleros sartán, los que debían controlar el Laberinto, desaparecieron. Y el Laberinto mismo tomó su lugar, y, de prisión, se convirtió en verdugo.

»Son incontables los hijos de nuestro pueblo que han muerto en ese lugar espantoso. Generaciones enteras han sido aniquiladas. Pero, antes de ser destruida, cada una de ellas consiguió ganarle terreno al Laberinto y dejar a sus descendientes un poco más cerca de la libertad. Por fin, gracias a mis extraordinarios poderes mágicos, logré derrotar al Laberinto y fui el primero en escapar de sus trampas. Atravesé la Puerta Final y emergí a este mundo, conocido como el Nexo. Aquí, vi lo que los sartán habían hecho con nosotros y descubrí la existencia de cuatro nuevos mundos así y relaciones entre ellos. Pero lo que es más importante: descubrí la Puerta de la Muerte.

»Regresé al Laberinto —sigo haciéndolo con frecuencia— y utilicé mi magia para combatir y estabilizar diversas partes del mismo, proporcionando así refugios seguros para el resto de mi gente, que todavía lucha por liberarse de su cautiverio.

*El Señor del Nexo, Historia de los patryn después de la Destrucción del Mundo.
(N. del a.)*

. Extracto de los diarios privados del Señor del Nexo. (TV. del a.)

Quienes lo logran, llegan al Nexo y trabajan para mí, levantando la ciudad y preparándose para el día en que de nuevo ocuparemos al lugar que nos corresponde como dueños del universo. Con este fin, decidí mandar exploradores a

cada uno de los cuatro mundos, a través de la Puerta de la Muerte.»

«(...) Escogí a Haplo entre el gran número de patryn a mi servicio por diversas razones: su sensatez, su rapidez de pensamiento, su capacidad para hablar con fluidez diversos idiomas y su dominio de la magia. Haplo demostró su capacidad en su primer viaje a Ariano, el mundo del aire. No sólo hizo cuanto pudo para perturbar el orden de ese mundo y para precipitarlo a una guerra devastadora, sino que me proporcionó abundantes y valiosas informaciones, así como un joven discípulo, un niño extraordinario llamado Bane.

»Estoy muy satisfecho de Haplo y su talento. Si lo vigilo con cierta severidad es debido a esa desafortunada tendencia suya a pensar por su cuenta. Yo no le digo nada, pues en el momento presente ese rasgo de su carácter me resulta de incalculable valor. En realidad, no creo que ni él mismo se dé cuenta de su defecto. Haplo imagina estar dedicado a mí, sacrificaría su vida por mí sin dudar. Pero una cosa es ofrecer la propia vida, y otra distinta ofrecer el alma.

»Reunificar los cuatro mundos y derrotar a los sartán..., ¡qué dulces serán tales victorias! Pero mucho más dulce será el espectáculo de Haplo y sus congéneres, hincados de rodillas ante mí, reconociéndome en sus corazones y en sus mentes como su amo y señor absoluto».

«Haplo, mi querido hijo.

»Espero que me permitas llamarte así. Eres tan querido para mí como los hijos que he engendrado, tal vez porque creo haber desempeñado un papel fundamental en tu nacimiento..., o renacimiento. No cabe duda de que te arranqué de las fauces de la muerte y te devolví a la vida. Al fin y al cabo, ¿qué hace un padre natural para tener un descendiente, salvo compartir unos breves momentos de placer con una mujer?

»Tenía la esperanza de ayudarte a ganar tiempo en tu viaje a Pryan, el reino del Fuego. Por desgracia, los observadores me han mandado aviso de que el campo mágico se está desmoronando en las cercanías de la puerta cuatrocientas sesenta y tres. El Laberinto ha desencadenado una plaga de hormigas carnívoras que ha matado a centenares de los nuestros. Debo acudir a presentar batalla y, por tanto, estaré ausente cuando te marches. No es preciso decir que me gustaría tenerte a mi lado como en tantísimo combates, pero tu misión es urgente y no quiero apartarte de tu deber.

»Mis instrucciones son parecidas a las que te di al partir hacia Ariano. Por supuesto, ocultarás a la gente normal tus poderes mágicos. Como en Ariano, debemos mantener en secreto nuestro regreso al mundo. Si los sartán me descubren antes de que esté preparado para llevar a cabo mis proyectos, moverán cielo y tierra (como ya hicieron una vez) para impedirlo.

»Recuerda, Haplo, que eres un observador. Si es posible, no intervengas directamente para alterar los acontecimientos del mundo; actúa sólo a través de medios indirectos. Cuando me presente en esos mundos, no quiero escuchar acusaciones de que mis agentes han cometido atrocidades en mi nombre.

—

. Haplo, Pryan mundo del Fuego, vol. de Diarios de la Puerta de la Muerte. (N. del a.)

Tu labor en Ariano fue excelente, hijo mío, y si vuelvo a comentarte esta precaución, lo hago sólo como recordatorio.

»Respecto a Pryan, el mundo del Fuego, sabemos poco, salvo que su extensión

parece ser inmensa. Los indicios que nos han dejado los sartán describen una gigantesca bola de roca que envuelve un núcleo de fuego, parecida al mundo antiguo pero muchísimo mayor. Es ese tamaño lo que me desconcierta. ¿Por qué sentirían los sartán la necesidad de hacer tan increíblemente inmenso ese planeta? Y hay otra cosa que no acabo de entender: ¿dónde está el sol? Tu deber, Haplo, será encontrar respuesta a estas y a otras preguntas.

»La vasta inmensidad de las tierras de Pryan me lleva a pensar que sus habitantes deben de estar repartidos en pequeños grupos, aislados entre sí. Me baso para ello en el cálculo del número de seres de las distintas razas que los sartán debieron de trasladar a Pryan. Incluso con una explosión demográfica sin precedentes, elfos, humanos y enanos no podrían en modo alguno haberse expandido hasta ocupar un espacio tan enorme. En tales circunstancias, de nada me serviría un discípulo que pudiera unificar a las gentes, como el que has traído de Ariano.

»Te envío a Pryan con la misión principal de investigar. Descubre cuanto puedas de ese mundo y de sus habitantes. Y, al igual que en Ariano, busca con diligencia cualquier rastro de los sartán; aunque, salvo una excepción, no encuentres a ninguno con vida en el mundo del Aire, es posible que huyeran de allí y se exiliaran en Pryan.

»Ten cuidado, Haplo. Sé discreto y prudente. No hagas nada que pueda atraer la atención sobre ti. Te abrazo de todo corazón. Y espero estrecharte entre mis brazos cuando regreses, sano y salvo y triunfante.

»Tu amo y padre.»

—

CAPÍTULO

PRISIÓN DE YRENI, DANDRAK, REINO MEDIO

Calandra Quindiniar estaba sentada tras el enorme escritorio de madera pulimentada, sumando las ganancias del último mes. Sus dedos blancos manejaban con rapidez el ábaco, deslizando las cuentas arriba y abajo, y sus labios murmuraban las sumas en voz alta mientras escribía las cifras en el viejo libro de contabilidad encuadernado en piel. Su caligrafía era muy parecida a la propia Calandra: fina, erguida, precisa y fácil de leer.

Sobre su cabeza giraban cuatro aspas de plumas de cisne que mantenían el aire en movimiento. Pese al calor sofocante de mitad de ciclo en el exterior, el interior de la casa permanecía fresco. La mansión se hallaba en la máxima elevación de la ciudad y recibía, gracias a ello, la brisa que más abajo solía quedar sofocada por la vegetación de la jungla.

Era la mansión más grande de la ciudad, después del palacio real. (Lenthan Quindiniar tenía dinero suficiente para hacerse una casa mayor incluso que el palacio real, pero era un elfo humilde que conocía muy bien cuál era su lugar.) Las estancias eran espaciosas y aireadas, con techos altos y numerosas ventanas y el mágico sistema de ventiladores, al menos uno por estancia. Los salones, muy amplios, se hallaban en la segunda planta y estaban bellamente amueblados. Unas persianas los dejaban frescos y en penumbra durante las horas brillantes del ciclo. Cuando se producía una tormenta, las persianas eran levantadas para dejar paso a la refrescante brisa cargada de humedad.

Paithan, el hermano menor de Calandra, estaba sentado en una mecedora cerca del escritorio. Se balanceaba adelante y atrás indolentemente, con un abanico de palma en la mano, y estudiaba el movimiento de las plumas de cisne sobre la cabeza de su hermana. Desde el estudio, Paithan podía divisar varios ventiladores más: el del salón y, más allá, el del comedor. Los vio girar en el aire y entre el rítmico temblor de las plumas, el chasquido de las cuentas del ábaco y el leve crujido de la mecedora, cayó en un estado casi hipnótico.

—

. Elaborado con un compuesto de depósitos de calcio procedentes de los huesos de animales, mezclados con otros elementos orgánicos hasta formar una pasta dúctil y manejable. (TV. del a.)

Una violenta explosión que sacudió los tres pisos de la casa hizo que Paithan se incorporara de un brinco.

— ¡Maldición! —masculló, observando con irritación una fina nube de yeso que caía del techo hasta su bebida helada.

Su hermana soltó un bufido y no dijo nada. Había hecho una pausa para limpiar de un soplido el polvo de yeso que se depositaba en la hoja del libro de contabilidad, pero no interrumpió sus cálculos. Se oyó entonces un gemido de terror procedente del piso inferior.

—Debe de ser la nueva criada del fregadero —comentó Paithan poniéndose en pie—. Será mejor que vaya a tranquilizarla y decirle que sólo son cosas de nuestro padre...

—No harás nada de eso —replicó Calandra sin levantar la vista y sin dejar de escribir—. Te quedarás ahí sentado y esperarás a que termine las cuentas; luego, repasaremos los detalles de tu próximo viaje al norint. Ya es suficientemente poco lo que haces para ganarte el sustento, siempre perdiendo el tiempo en Orn a saber con qué asuntos con tus amigos de la nobleza. Además, la chica nueva es una humana; y muy fea, por cierto.

Calandra se concentró de nuevo en sus sumas y restas. Paithan volvió a acomodarse de buen grado en la mecedora.

«Debería haber dado por sentado —se dijo el joven elfo— que si Calandra contrataba a una humana sería a algún adefesio con cara de cerdo. Eso es lo que se llama amor fraternal. ¡Ah!, en fin, muy pronto emprenderé viaje y entonces, mi querida Calandra, ojos que no ven...»

Paithan se meció en la silla, su hermana continuó murmurando y los ventiladores siguieron girando tranquilamente.

Los elfos adoraban la vida y por ello la envolvían de magia en casi todas sus creaciones. Las plumas producían la ilusión de estar aún sujetas al ala del cisne. Mientras las contemplaba, Paithan pensó que constituían una buena analogía de su familia: todos sus miembros vivían en la creencia ilusoria de estar aún vinculados a algo, tal vez incluso unos a otros.

Sus apacibles meditaciones se vieron interrumpidas por la aparición de un elfo tiznado, desaliñado y con las puntas de los cabellos chamuscados, que entró en la estancia dando brincos y frotándose las manos.

—Esta vez no ha estado mal, ¿verdad? —comentó.

De baja estatura para tratarse de un elfo, era evidente que en otra época había sido rotundamente obeso. En los últimos tiempos, sus carnes se habían vuelto fofas, y su piel, cetrina y ligeramente hinchada. Aunque la capa de hollín lo

ocultaba a la vista, el cabello gris que rodeaba la extensa calva de la coronilla indicaba que estaba en la madurez. De no ser por las canas, habría sido difícil calcular la edad del elfo pues tenía el cutis terso, sin una arruga; demasiado terso. Y unos ojos brillantes; demasiado brillantes. El recién llegado se frotó las manos y miró alternativa y nerviosamente a su hija y a su hijo.

—Esta vez no ha estado mal, ¿verdad? —repitió.

—Desde luego que no, jefe —asintió Paithan, de buen humor—. Un poco más y me caigo de espaldas.

Lenthán Quindiniar le dirigió una sonrisa espasmódica.

—

— ¿Calandra? —insistió.

—

. La sociedad élfica de Equilan mide el tiempo de la siguiente manera: una hora tiene cien minutos, veintiuna horas son un ciclo, cincuenta ciclos son una estación, y cinco estaciones, un año. La medición del tiempo varía de un lugar a otro en Pryan, según las condiciones meteorológicas locales. Al contrario que el mundo de Ariano, donde existe el día y la noche, en Pryan nunca se pone el sol. (N. del a.)

—Has conseguido poner histérica a la ayudante de cocina y has causado nuevas grietas en el techo, si es a eso a lo que te refieres, padre —replicó Calandra, haciendo chasquear las cuentas con gesto irritado.

— ¡Has cometido un error! —dijo de pronto el ábaco con su voz chillona.

Calandra dirigió una mirada de rabia al aparato, pero éste se mantuvo firme—.

Catorce mil seiscientos ochenta y cinco más veintisiete no son catorce mil seiscientos doce. Son catorce mil setecientos doce. Te has olvidado de llevar una.

— ¡Me extraña que sólo haya cometido un error! ¿Ves lo que has hecho, padre? —exclamó Calandra.

Lenthán se mostró bastante alicaído durante unos instantes, pero recuperó el ánimo enseguida.

—Ya no falta mucho —comentó, frotándose las manos—. Esta vez, el cohete se ha elevado por encima de mi cabeza. Creo que ya estoy cerca de encontrar la mezcla adecuada. Voy al laboratorio otra vez, queridos míos. Estaré allí si alguien me necesita.

— ¡Esto último es muy probable! —murmuró Calandra.

—Vamos, deja tranquilo al jefe —dijo Paithan, observando con aire divertido al elfo tiznado que, tras un titubeo, desandaba el camino entre el surtido de bellos muebles hasta desaparecer por una puerta trasera del comedor—. ¿Acaso prefieres verlo como estaba después de que muriera madre?

—Preferiría verlo cuerdo, si te refieres a eso, pero supongo que es demasiado pedir. Entre los galanteos de Thea y el estado mental de padre, somos el hazmerreír de la ciudad.

—No te preocupes, querida hermana. Quizá la gente se burle, pero lo hará siempre a escondidas si eres tú quien recauda el dinero de los Señores de Thillia. Además, si el viejo recuperara la cordura, volvería a ocuparse del pastel.

— ¡Bah! —Masculló Calandra—. Y no utilices esas expresiones. Ya sabes que

no puedo soportarlas. Es lo que sucede cuando uno anda siempre por ahí con unos amigos como esos que tienes. Un grupo de indolentes holgazanes...

— ¡Error! —Informó el ábaco—. Tienes que...

— ¡Ya lo haré yo!

Calandra frunció el entrecejo, consultó la última anotación y, con un gesto irritado, volvió a sumar las cantidades.

—Deja que esa..., esa cosa se encargue de las cuentas —apuntó Paithan, refiriéndose al ábaco.

—No confío en las máquinas. ¡Silencio! —exclamó Calandra cuando su hermano se disponía a añadir algo más.

Paithan permaneció en silencio unos momentos, abanicándose, mientras se preguntaba si tendría energía suficiente para llamar al criado y mandarle traer un vaso de ambrosia fría..., uno que no estuviera lleno de yeso. Sin embargo, dado su carácter, el joven elfo era incapaz de quedarse callado mucho rato.

—Hablando de Thea, ¿dónde está? —preguntó, volviendo la cabeza como si esperara verla emerger de debajo de alguna de las fundas que protegían varios muebles de la estancia.

—

—En la cama, por supuesto. Todavía no es la hora del vino —contestó su hermana, refiriéndose al período del final de cada ciclo conocido como «arrebato» en el que los elfos dejaban el trabajo y se relajaban tomando un vaso de vino con especias.

Paithan se meció adelante y atrás. Estaba aburriéndose. El noble Durndrun salía con un grupo a navegar por el estanque del árbol y ofrecía una cena campestre a continuación y, si Paithan quería asistir, ya era hora de vestirse adecuadamente y ponerse en camino. Aun sin ser de noble cuna, el joven elfo era lo suficientemente rico, guapo y encantador como para hacerse un nombre entre la aristocracia. Le faltaba la educación de la nobleza pero era lo bastante listo como para reconocerlo y no intentar fingirse algo distinto a lo que era: el hijo de un comerciante de clase media. El hecho de que ese padre comerciante de clase media fuera, precisamente, el elfo más rico de toda Equilan, más rico incluso (así se rumoreaba) que la propia reina, compensaba de largo sus ocasionales caídas en la vulgaridad. El joven elfo era un buen camarada que gastaba el dinero con prodigalidad.

«Es un diablo interesante; cuenta las historias más estrafalarias», había dicho de él uno de los nobles.

La educación de Paithan procedía del mundo, no de los libros. Desde la muerte de su madre, unos ocho años atrás, y el posterior hundimiento de su padre en la locura y la enfermedad, Paithan y su hermana mayor se habían hecho cargo de los negocios familiares. Calandra se quedaba en casa y llevaba la contabilidad de la próspera empresa de armamento. Aunque hacía más de cien años que los elfos no iban a la guerra, a los humanos todavía les gustaba practicarla, y más aún les gustaban las armas mágicas que los elfos creaban para librarla. Paithan se encargaba de salir por el mundo, negociar los contratos, asegurarse de que se entregaban los envíos y mantener satisfechos a los clientes.

Debido a ello, había viajado por todas las tierras de Thillia y en una ocasión se había aventurado hasta los propios territorios de los reyes del mar, hacia el

norint. Los nobles elfos, por el contrario, rara vez abandonaban sus propiedades en las copas de los árboles. Muchos de ellos ni siquiera habían pisado las partes inferiores de Equilan, su propio reino. Debido a ello, Paithan era considerado una maravillosa rareza y era cortejado como tal.

Paithan era consciente de que los nobles y las damas lo tenían entre ellos como a sus monos domésticos, para divertirlos. La alta sociedad elfa no lo aceptaba de corazón. Él y su familia eran invitados al palacio real una vez al año, en una concesión de la reina a quienes mantenían llenas sus arcas, pero eso era todo. Nada de ello preocupaba a Paithan.

En cambio, el hecho de que unos elfos que no eran la mitad de listos y no tenían ni la cuarta parte de sus riquezas miraran a los Quindiniar por encima del hombro porque éstos no podían reconstruir su árbol genealógico hasta el tiempo de la Peste le dolía a Calandra como una flecha en el pecho. No encontraba ninguna virtud en la «nobleza» y, al menos delante de su hermano, dejaba patente el desdén que le inspiraba. Y le irritaba muchísimo que Paithan no compartiera sus sentimientos.

Paithan, en cambio, encontraba a los nobles elfos casi tan divertidos como él les resultaba a ellos. Sabía que, si proponía matrimonio a cualquiera de las hijas de uno de los duques, habría abrazos y sollozos y lágrimas ante la idea de que la

«querida hija» se casara con un plebeyo... y la boda se celebraría tan pronto como lo permitiera la etiqueta cortesana. Al fin y al cabo, las casas nobles eran caras de mantener.

El joven elfo no tenía intención de casarse; al menos, por el momento.

Procedía de una familia aventurera y trashumante cuyos antepasados eran los exploradores elfos que habían descubierto la omíta. Llevaba casi una estación completa en casa y era hora de ponerse en marcha otra vez, razón por la cual estaba allí sentado junto a su hermana, cuando debería encontrarse remando en un bote acompañado de alguna damita encantadora. Pero Casandra, abstraída en sus cálculos, parecía haberse olvidado de su presencia. Paithan decidió de pronto que, si oía chasquear otra vez las cuentas del ábaco, se iba a «mosquear» (otra expresión de la jerga de «su peña» que provocaría la irritación de Calandra).

Paithan tenía una noticia para su hermana que se había estado guardando para un momento como aquél. Una noticia que provocaría una explosión parecida a la que había sacudido la casa un rato antes, pero que sacaría a Calandra de su ensimismamiento. Así, Paithan podría escapar de allí.

— ¿Qué opinas de que padre haya mandado llamar a ese sacerdote humano?

—preguntó.

Por primera vez desde que entrara en la habitación, su hermana interrumpió sus cálculos, levantó la cabeza y lo miró.

—¿Qué?

—Padre ha mandado llamar al sacerdote humano. Pensaba que estabas al corriente. —Paithan parpadeó repetidamente, aparentando inocencia.

En los ojos oscuros de Calandra apareció un fulgor. Sus labios se apretaron. Después de secarla con meticuloso cuidado en un paño manchado de tinta que utilizaba expresamente con tal propósito, dejó la pluma con delicadeza en su lugar correspondiente, sobre el libro de contabilidad, y volvió la cabeza hacia su

hermano, dedicándole toda su atención.

Calandra nunca había sido hermosa. Toda la belleza de la familia, se decía, había quedado reservada y concedida a su hermana menor. Calandra era tan delgada que su aspecto resultaba casi cadavérico. (De niño, Paithan había recibido una azotaina por preguntar si su hermana se había pillado la nariz en un lagar.)

Ahora, ya en sus últimos años mozos, parecía como si toda su cara hubiera sido comprimida en una prensa. Llevaba el cabello recogido hacia atrás con un moño apretado en lo alto de la cabeza, sujeto con tres peinetas de púas agudas y aspecto atroz. Su piel tenía una palidez mortal, pues rara vez abandonaba el interior de la casa y, cuando lo hacía, llevaba un parasol como protección. Sus severas ropas siempre se confeccionaban según el mismo patrón: abotonadas hasta la barbilla y con faldas que se arrastraban por el suelo. A Calandra nunca le había importado no ser hermosa. La belleza se otorgaba a la mujer para que pudiera atrapar a un hombre, y Calandra no quería ninguno.

—Al fin y al cabo —gustaba de decir Calandra—, ¿qué son los hombres sino seres que se gastan el dinero de una y se meten en su vida?

«Todos, excepto yo», pensó Paithan. «Y eso porque Calandra se ocupó de educarme como es debido.»

—No te creo —dijo ella.

—

—Claro que sí. —Paithan se estaba divirtiendo—. Ya sabes que el vie..., perdona, ha sido un desliz..., que padre está lo bastante chiflado como para hacer cualquier cosa.

— ¿Cómo te has enterado?

—Porque la última hora de cenar me dejé caer por el local del viejo Rory a tomar una copa rápida antes de ir a casa de...

—

. Ave voladora de la familia de los gansos de mar que se utilizan para comunicaciones a larga distancia. Un ánsar debidamente entrenado, vuela entre dos puntos sin equivocarse jamás. (N. del a.)

. Medida de cambio de Equilan. Es un papel de cambio por el equivalente en piedras, que son extremadamente escasas y sólo suelen encontrarse en el fondo mismo del mundo de Pryan. (N. del a.)

—No me interesa adonde ibas —lo cortó Calandra, en cuya frente apareció una arruga—. No te contaré Rory ese rumor, ¿verdad?

—Me temo que sí, querida hermana. El chiflado de nuestro padre estaba en la taberna, hablando de sus cohetes, y salió con la noticia de que había mandado llamar a un sacerdote humano.

— ¡En la taberna! —Calandra abrió unos ojos como platos, aterrada—. ¿Lo oyó mucha..., mucha gente?

— ¡Desde luego que sí! —contestó Paithan, animadamente—. Era su hora de costumbre, ya sabes, justo la hora del vino, y el local estaba abarrotado.

Calandra emitió un ronco gemido y sus dedos se cerraron en torno al marco del ábaco, que protestó sonoramente.

—Tal vez padre lo haya... imaginado —murmuró. Sin embargo, su voz sonó desesperanzada. A veces, Lenthán Quindiniar estaba demasiado cuerdo en su locura.

Paithan movió la cabeza.

—No —dijo—. He hablado con el hombre de los pájaros. Su ánsar llevó el mensaje a Gregory, Señor de Thillia. La nota decía que Lenthán Quindiniar de Equilan quería consultar con un sacerdote humano acerca de los viajes a las estrellas. Comida y alojamiento y quinientas piedras.

Calandra lanzó un nuevo gemido. Se mordió el labio y exclamó:

— ¡Estandremos asediados!

—No, no. Yo no lo veo así. —Paithan sintió cierto remordimiento por ser causa de aquella desazón. Alargó la mano y acarició los dedos agarrotados de su hermana—. Esta vez quizá tengamos suerte, Cal. Los sacerdotes humanos viven en monasterios y pronuncian, entre otros, estrictos votos de pobreza. No pueden aceptar dinero. Además, llevan una vida bastante buena en Thillia, por no hablar del hecho de que están organizados en una rígida jerarquía. Todos son responsables ante alguna especie de padre superior y no pueden limitarse a coger los bártulos y desaparecer en la espesura.

—Pero la ocasión de convertir a un elfo...

— ¡Bah! No son como nuestros sacerdotes. No tienen tiempo de convertir a nadie. Su principal ocupación es intervenir en política y tratar de hacer volver a los Señores Perdidos.

— ¿Estás seguro? —Las pálidas mejillas de Calandra habían recuperado en parte el color.

—Bueno, no del todo —reconoció Paithan—, pero he estado mucho tiempo con los humanos y los conozco. Por un lado, no les gusta venir a nuestras tierras. Y tampoco les gustamos nosotros. No creo que deba preocuparnos la aparición de ese sacerdote.

—Pero, ¿por qué? —Quiso saber Calandra—. ¿Por qué ha hecho padre una cosa así?

—Porque los humanos creen que la vida procede de las estrellas, las cuales según ellos son en realidad ciudades, y predicán que algún día, cuando en nuestro

—

mundo aquí abajo reine el caos, los Señores Perdidos regresarán y nos conducirán a ellas.

— ¡Tonterías! —replicó ella, crispada—. Todo el mundo sabe que la vida proviene de Peytin Sartán, Matriarca del Paraíso, que creó este mundo para sus hijos mortales. Las estrellas son sus hijas inmortales, que nos vigilan. —La elfa pareció con-mocionada al comprender las consecuencias últimas de lo que estaba diciendo—: No insinuarás que padre cree en lo que acabas de decirme, ¿verdad? ¡Sería...! ¡Es una herejía!

—Me parece que está empezando a creerlo —asintió Paithan con aire más sombrío—. Si lo piensas, Calandra, para él tiene sentido. Ya estaba experimentando con el empleo de cohetes para transportar mercancías antes de que madre muriera. Entonces, ella muere y nuestros sacerdotes le dicen que se ha ido al cielo para ser una de las hijas inmortales. A nuestro pobre padre le salta un tornillo de la mente y alumbra la idea de utilizar los cohetes para ir a encontrar a

madre. Después, pierde el siguiente tornillo y decide que tal vez madre no es inmortal, sino que vive ahí arriba, sana y salva, en una especie de ciudad.

— ¡Orn bendito! —Calandra emitió un nuevo lamento. Permaneció en silencio unos instantes, contemplando el ábaco y moviendo entre los dedos una de las cuentas adelante y atrás, adelante y atrás—. Iré a hablar con él —dijo por fin. Paithan se esforzó en mantener el dominio de su expresión.

—Sí, tal vez sea una buena idea, Cal. Ve a hablar con él.

Calandra se puso en pie, con un susurro ceremonioso de la falda. Hizo una pausa y miró a su hermano.

—¡bamos a hablar del próximo embarque...

—Eso puede esperar a mañana. Lo que tenemos entre manos es mucho más importante.

— ¡Bah! No es preciso que finjas estar tan preocupado. Sé qué te propones, Paithan. Largarte a una de esas juergas alocadas con tus amigos de la nobleza en lugar de quedarte en casa, ocupándote del negocio como deberías. Pero tienes razón, aunque es probable que no tengas suficiente juicio para saberlo. En efecto esto tiene más importancia. —Debajo de ellos sonó una explosión ahogada, un estruendo de platos estrellándose contra el suelo y un grito procedente de la cocina. Calandra suspiró—. Iré a hablar con él, aunque debo decir que dudo de que sirva de mucho. ¡Si pudiera conseguir que padre mantuviera la boca cerrada! Cerró el libro de contabilidad con un fuerte golpe. Con los labios apretados y la espalda envarada, se encaminó hacia la puerta del extremo opuesto del comedor. Llevaba las caderas tan firmes como la espalda; nada de atractivos balanceos de falda para Calandra Quindiniar.

Paithan movió la cabeza en gesto de negativa.

—Pobre jefe —murmuró. Por unos momentos, sintió verdadera lástima de él. Después, agitando el aire con el abanico de hoja de palma, fue a su habitación a vestirse.

—

CAPÍTULO EQUILAN, NIVEL DE LA COPA DE LOS ÁRBOLES

Tras descender las escaleras, Calandra atravesó la cocina, situada en la planta baja de la mansión. El calor aumentaba claramente al pasar de las aireadas plantas superiores a la zona inferior, más cerrada y cargada de humedad. La criada del fregadero, con los ojos enrojecidos y la marca de la manaza de la cocinera cruzándole el rostro, estaba recogiendo con gesto irritado los fragmentos de la loza que acababa de estrellar contra el suelo. Tal como le había contado a su hermano, la criada era una muchacha humana realmente fea y sus ojos llorosos y sus labios hinchados no contribuían en absoluto a mejorar su aspecto.

Sin embargo, lo cierto era que, a los ojos de Calandra, todos los humanos eran feos y toscos, poco más que brutos y salvajes. La muchacha humana era una esclava, comprada en un mismo lote junto a un saco de harina y una cazuela de madera de piedra. En adelante, trabajaría en las tareas más humildes a las órdenes de una jefa estricta, la cocinera, durante unas quince de las veintiuna horas del ciclo. Compartiría una minúscula habitación con la camarera de la planta baja, no tendría nada de su propiedad y ganaría una miseria con la que,

cuando ya fuera una anciana, podría comprarse la emancipación. Y, a pesar de todo ello, Calandra tenía la firme creencia de que había hecho un tremendo favor a la humana al traerla a vivir entre gente civilizada.

La visión de la muchacha en su cocina avivó las ascuas de la ira de Calandra. ¡Un sacerdote humano! Qué locura. Su padre debería tener más juicio. Una cosa era volverse loco y otra olvidar el menor sentido del decoro. Calandra cruzó a toda marcha la despensa, abrió con energía la puerta de la bodega y descendió los peldaños cubiertos de telarañas que conducían al sótano fresco y oscuro. La mansión de los Quindiniar se alzaba en una planicie de musgo que crecía entre las capas de vegetación más altas del mundo de Pryan. El nombre *Pryan* significaba reino del Fuego en una lengua que, supuestamente, utilizaban las primeras gentes que llegaron a aquel mundo. La denominación era acertada, pues

—

el sol de Pryan brillaba constantemente, pero otro nombre aún más preciso para el planeta hubiera sido el de reino del Verdor pues, debido al sol permanente y a

—

. Piedra imán. Quindiniar fue el primero en descubrir y reconocer sus propiedades, que, por primera vez, hicieron posibles los viajes por tierra. Hasta el descubrimiento de la omíta, los viajeros no tenían modo de saber qué dirección llevaban y se perdían irremisiblemente en la jungla. La ubicación de la patria es un secreto de familia que se guarda celosamente. (N. del a.)

las frecuentes lluvias, el suelo de Pryan estaba cubierto por una capa de vegetación tan densa que eran contados los habitantes del planeta que lo habían visto alguna vez.

Sucesivas capas de follaje y de diversas formas de vida vegetal se dirigían hacia arriba, dando lugar a numerosos niveles escalonados. Los lechos de musgo era increíblemente tupidos y resistentes; la gran ciudad de Equilan estaba edificada encima de uno de ellos y sobre sus masas espesas, de color verde parduzco, se extendían lagos e incluso océanos. Las ramas superiores de los árboles se alzaban sobre ellas formando inmensos bosques, impenetrables como junglas. Y era allí, en las copas de los árboles o en las llanuras de musgo, donde la mayoría de civilizaciones de Pryan habían levantado sus ciudades.

Las llanuras de musgo no cubrían por entero el planeta, sino que se interrumpían en lugares conocidos como «muros de dragón». En ellos, el espectador situado al borde de la planicie se encontraba ante un abismo de vegetación, ante una sucesión de troncos grises y una espesura de hierbas y arbustos y hojas que descendían hasta perderse de vista en la impenetrable oscuridad de las regiones inferiores.

Los muros de dragón eran lugares colosales y espantosos, a los que muy pocos se atrevían a acercarse. El agua de los mares del musgo se despeñaba por el borde de las enormes grietas y caía en cascadas a la oscuridad con un rugido que hacía temblar los poderosos árboles. Tormentas perpetuas se desencadenaban allí. Enormes extensiones umbrías de todos los tonos de verde se extendían cuanto alcanzaba la vista hasta tocar el radiante cielo azul en el horizonte. Todos aquellos

que alguna vez habían llegado hasta el borde de la sima, y contemplaban aquella masa de jungla sin límite debajo de sus pies, se sentían pequeños, insignificantes y frágiles como la hoja más tierna recién abierta.

En ocasiones, si el observador conseguía reunir el valor suficiente para pasar algún tiempo observando la jungla que se abría debajo de él, era posible que observara el siniestro movimiento de un cuerpo sinuoso serpenteando entre las ramas y escurriéndose entre las intensas sombras verdes con tal rapidez que el cerebro llegara a dudar de lo que el ojo captaba. Eran estas criaturas, los dragones de Pryan, las que daban su nombre a las impresionantes simas. Pocos eran los exploradores que los habían visto alguna vez, pues los dragones eran tan precavidos ante la presencia de los pequeños seres extraños que habitaban las copas de los árboles, como cautos se mostraban humanos, enanos y elfos ante la visión de los dragones. No obstante, existía la creencia de que éstos eran animales de gran inteligencia, enormes y sin alas, que desarrollaban su vida muy, muy abajo, tal vez incluso en el mismo suelo del planeta del que hablaban las leyendas. Lenthán Quindiniar no había visto nunca un dragón. Su padre, sí; había visto varios. Quintain Quindiniar había sido un explorador e inventor legendario que había contribuido a fundar la ciudad élfica de Equilan y había ideado numerosas armas y otros artefactos que despertaron de inmediato la codicia de los pobladores humanos de la zona. Quintain había utilizado la ya considerable fortuna familiar, basada en la omíta, para establecer una compañía comercial que cada año fue haciéndose más próspera. Pese al éxito de la empresa, Quintain no se había

—

contentado con quedarse tranquilamente en casa y contar las ganancias. Cuando Lenthán, su único hijo, tuvo edad suficiente, Quintain le cedió el negocio y volvió a sus exploraciones. Nunca se había vuelto a tener noticias de él y todos habían dado por sentado, transcurrido un centenar de años, que había muerto.

Lenthán llevaba en sus venas la sangre trashumante de su familia pero nunca se le permitió entregarse a los viajes, sino que se vio obligado a ocuparse de los asuntos del negocio. También él poseía el don de la familia para hacer dinero, pero en ningún momento había tenido la sensación de que aquel dinero fuera suyo. Al fin y al cabo se limitaba a llevar el negocio establecido por su padre. Lenthán había buscado durante mucho tiempo el modo de dejar su propia huella en el mundo pero, por desgracia, no quedaba demasiado por explorar. Los humanos dominaban las tierras al norint, el océano Terinthiano impedía la expansión hacia el est y hacia el vars, y los muros de dragón cerraban la marcha hacia el sorint. Para las aspiraciones de Lenthán, sólo quedaba una dirección en la que encaminar sus pasos: hacia arriba.

Calandra entró en el laboratorio del sótano recogiendo la falda para no mancharla de polvo. La expresión de su rostro habría agriado la leche. De hecho, estuvo a punto de helarle la sangre a su padre. Cuando Lenthán vio a su hija en aquel lugar que tanto le desagradaba, palideció y se aproximó con gesto nervioso al otro elfo presente en la estancia. El elfo sonrió e hizo una somera reverencia. La expresión de Calandra se nubló al verle.

—Cuánto..., cuánto me alegro de verte por aquí, quería... —balbuceó el pobre Lenthán, depositando un tarro de un líquido pestilente sobre una mesa mugrienta. Calandra arrugó la nariz. El musgo que formaba las paredes y el suelo

despedía un olor acre y almizcleño que no combinaba bien con los diversos olores químicos, sobre todo sulfurosos, que impregnaban el laboratorio.

—Querida Calandra —dijo el elfo que acompañaba a su padre—, confío en que te encuentres bien de salud.

—Así es, Maestro Astrólogo. Te agradezco el interés y también yo espero que te encuentres bien.

—En fin, el reuma me molesta un poco, pero es algo de esperar a mi edad.

« ¡Ojalá ese reuma se te llevara, viejo charlatán! », murmuró Calandra para sus adentros.

« ¿Qué habrá venido a hacer aquí esta bruja? », se preguntó el astrólogo bajo el cuello estirado y almidonado que se alzaba desde sus hombros y le cubría el rostro casi completamente.

Lenthán se quedó entre los dos con expresión desdichada y culpable, aunque no tenía idea, todavía, de qué había hecho.

—Padre —dijo Calandra con voz severa—, quiero hablar contigo. A solas.

El astrólogo hizo otra reverencia y empezó a retirarse. Lenthán, viendo que se quedaba sin apoyo, lo agarró de la manga.

—Vamos, querida, Elixnoir forma parte de la familia...

—Desde luego, come lo suficiente como para ser parte de ella —lo cortó Calandra, olvidando la paciencia y dejándose llevar por el terrible mazazo que le había producido la noticia de la llegada del sacerdote humano—. ¡Come lo suficiente como para ser *varias* partes!

—

El astrólogo se irguió, muy envarado, y sus ojos la miraron por encima de una nariz larga y casi tan aguileña como las puntas del cuello azul oscuro entre las cuales asomaba.

— ¡Calandra! ¡Recuerda que es nuestro invitado! —Exclamó Lenthán, escandalizado hasta el punto de reprender a su hija mayor—. ¡Y un Maestro Hechicero!

—Invitado, sí, en eso te doy la razón. Elixnoir no se pierde nunca una comida, ni una ocasión de probar nuestro vino ni de ocupar nuestra habitación de huéspedes. En cambio, dudo mucho de su maestría en las artes mágicas. Todavía no le he visto hacer otra cosa que murmurar cuatro palabras sobre esas pociones apestosas que preparas, padre, y luego apartarse de ellas para contemplar cómo burbujan y despiden humos. ¡Entre los dos, cualquier día prenderéis fuego a la casa! ¡Hechicero! ¡Ja! Lo único que hace, padre, es calentarte la cabeza con historias blasfemas de gentes antiguas que viajaban a las estrellas en naves con velas de fuego...

— ¡Se trata de hechos científicos, jovencita! —intervino el astrólogo. Las puntas del cuello de la capa temblaban de indignación—. Lo que hacemos tu padre y yo son investigaciones científicas y no tiene nada que ver con religiones o...

— ¿Que no? —Lo interrumpió Calandra, lanzando la estocada verbal directamente al corazón de su víctima—. Entonces, ¿por qué mi padre ha mandado traer a un sacerdote humano?

Los ojos del astrólogo, pequeños como cuentas, se agrandaron de estupor. El cuello almidonado se volvió de Calandra al desdichado Lenthán, que pareció desconcertado ante las palabras de su hija.

— ¿Es eso cierto, Lenthán Quindiniar? —inquirió el hechicero, enfurecido—. ¿Has mandado llamar a un sacerdote humano?

—Yo..., yo... —fue lo único que logró balbucir Lenthán.

—Así pues, me has engañado, señor —declaró el astrólogo. A cada momento que pasaba, aumentaba su indignación y, con ella, parecía crecer el cuello de la capa—. Me habías hecho creer que compartías nuestro interés por las estrellas, sus ciclos y su situación en los cielos.

— ¡Y así era! ¡Es! —Lenthán se retorció las manos ennegrecidas de hollín.

—Afirmabas estar interesado en el estudio científico de cómo estas estrellas rigen nuestras vidas...

— ¡Blasfemia! —exclamó Calandra, con un estremecimiento de su cuerpo huesudo.

—Y ahora, en cambio, te descubro asociado a un..., un...

Al hechicero le faltaron las palabras. El cuello puntiagudo de la capa pareció cerrarse en torno a su rostro de modo que sólo quedaron a la vista, por encima de él, sus ojos brillantes y enfurecidos.

— ¡No! ¡Por favor, deja que te explique! —Graznó Lenthán—. Verás, mi hijo me habló de la creencia de los humanos en la existencia de gente que vive en esas estrellas y pensé que...

— ¡Paithán! —dijo Calandra con un jadeo, identificando a un nuevo culpable.

— ¡Que ahí vive gente! —masculó el astrólogo, desdeñoso, con la voz sofocada tras la ropa almidonada.

—Pues a mí me parece posible... y, desde luego, explica por qué los antiguos viajaron a las estrellas y concuerda con las enseñanzas de nuestros sacerdotes de

—

que, cuando morimos, nos hacemos uno con las estrellas. Sinceramente, echo en falta a Elithenia...

—

. Profundidad a la que se suele enterrar en el musgo a los elfos difuntos. (N. del a.)

Dijo esto último con una voz desdichada y suplicante que despertó la piedad de su hija. A su modo, Calandra quería a su madre, igual que quería a su hermano y a su hermana menor. Era un amor severo, inflexible e impaciente, pero amor al fin y al cabo, y la muchacha se acercó hasta posar sus dedos delgados y fríos en el brazo de su padre.

—Vamos, padre, no te alteres. No tenía intención de inquietarte, ¡pero creo que deberías haber discutido el asunto conmigo en lugar de..., de hacerlo con los parroquianos de la taberna de la Dorada Aguamiel! —Calandra no pudo reprimir un sollozo. Sacó un decoroso pañuelo con puntillas y se cubrió con él la boca y la nariz.

Las lágrimas de su hija produjeron el efecto (perfectamente calculado) de aplastar por completo a Lenthán Quintiniar contra el suelo de musgo, como si lo hubieran enterrado doce palmos bajo él. El llanto de Calandra y el temblor de las puntas del cuello del hechicero eran demasiado para el maduro elfo.

—Tenéis razón los dos —declaró, mirándolos alternativamente con aire

apesadumbrado—. Ahora me doy cuenta de que he cometido un error terrible. Cuando llegue el sacerdote, le diré que se marche de inmediato.

— ¡Cuando llegue! —Calandra alzó los ojos, ya secos, y observó a su padre—. ¿Cómo que *cundo llegue*? Paithan me ha dicho que no vendría...

— ¿Y él cómo lo sabe? —preguntó Lenthán, considerablemente perplejo—. ¿Ha hablado con él después que yo? —El elfo se llevó una mano cerúlea al bolsillo del chaleco de seda y sacó una hoja arrugada de papel—. Mira, querida —añadió, mostrándole la carta.

Calandra la cogió y la leyó con ojos febriles.

—«Cuando me veas, estaré ahí. Firmado, el Sacerdote Humano.» ¡Bah! —

Calandra devolvió la misiva a su padre con gesto despectivo—. ¡Esto es ridículo...! Tiene que ser una broma de Paithan. Nadie en sus cabales mandaría una carta así. Ni siquiera un humano. ¡El Sacerdote Humano! ¡Por favor!

—Tal vez no está en sus cabales, como dices —apuntó el Maestro Astrólogo en tono siniestro.

Un sacerdote humano loco venía camino de la casa.

— ¡Que Orn se apiade de nosotros! —murmuró Calandra, asiéndose del canto de la mesa del laboratorio para sostenerse.

—Vamos, vamos, querida mía —dijo Lenthán, pasándole el brazo por los hombros—. Yo me ocuparé de eso. Déjalo todo en mis manos. No tendrás que preocuparte en absoluto.

—Y, si puedo ser de alguna ayuda —el Maestro Astrólogo olisqueó el aire; de la cocina llegaba el aroma de un asado de targ—, me alegraré de colaborar también. Incluso podría pasar por alto ciertas cosas que se han dicho en el calor de una discusión agitada.

Calandra no prestó atención al mago. Había recuperado el dominio de sí y su único pensamiento era encontrar lo antes posible a aquel despreciable hermano suyo para arrancarle una confesión. No tenía ninguna duda —mejor dicho, tenía muy pocas— de que todo aquello era obra de Paithan, una muestra de lo que entendía por una broma pesada. Probablemente, pensó, en aquel instante estaría partiéndose de risa a su costa. ¿Seguiría riéndose cuando le recortara su asignación a la mitad?

—

Dejando al astrólogo y a su padre para que volaran hechos trizas en aquel sótano, si así lo querían, Calandra ascendió la escalera con pasos enérgicos y atravesó la cocina, donde la muchacha de los platos se escondió tras un trapo de secar hasta que el horrible espectro hubo desaparecido. Subió al tercer nivel de la casa, donde estaban las alcobas, se detuvo ante la puerta de la habitación de su hermano y llamó sonoramente.

— ¡Paithan! ¡Abre la puerta ahora mismo!

—Paithan no está —dijo una voz soñolienta desde el fondo del pasillo.

Calandra lanzó una mirada furiosa a la puerta cerrada, llamó de nuevo y probó un par de veces el tirador. No escuchó ningún ruido. Se dio la vuelta, continuó avanzando por el corredor y entró en la alcoba de su hermana menor.

Vestida con un frívolo camisón que dejaba al descubierto sus hombros lechosos y lo suficiente de sus pechos para despertar el interés, Aleatha estaba recostada en una silla ante el tocador, cepillándose el cabello con gesto lánguido

mientras se admiraba en el espejo. Éste, potenciado por medios mágicos, susurraba elogios y piropos y ofrecía alguna que otra sugerencia sobre la cantidad correcta de carmín.

Calandra se detuvo a la entrada de la estancia, casi sin hablar de puro escandalizada.

— ¿Qué pretendes, ahí sentada medio desnuda a plena luz y con las puertas abiertas de par en par? ¿Y si pasara algún sirviente?

Aleatha alzó los ojos. Llevó a cabo el movimiento lentamente, con languidez, sabiendo el efecto que producía y disfrutándolo plenamente. La joven elfa tenía los ojos de un azul claro, vibrante, pero que —bajo la sombra de sus gruesos párpados y de sus pestañas largas y tupidas— se oscurecían hasta adoptar un tono púrpura. Por eso, cuando los abría como en aquel instante, daban la impresión de cambiar completamente de color. Eran numerosos los elfos que habían escrito sonetos a aquellos ojos y corría el rumor de que uno incluso había muerto por ellos.

— ¡Ah!, ya ha pasado uno de los criados —contestó Aleatha sin inmutarse—. El mayordomo. Le he visto deambular por el pasillo al menos tres veces en la última media hora.

Apartó la vista de su hermana mayor y empezó a colocar los volantes del salto de cama para que dejaran a la vista su cuello largo y fino.

Aleatha tenía una voz modulada y grave, que siempre sonaba como si estuviera a punto de sumirse en un profundo sueño. Esto, combinado con los gruesos párpados, le daba un aire de dulce lasitud hiciera lo que hiciese y fuera donde fuese. Durante la febril alegría de un baile real, Aleatha prescindía del ritmo de la música y bailaba siempre lentamente, casi como en sueños, con el cuerpo completamente rendido a su pareja y produciendo a ésta la deliciosa impresión de que, sin su fuerte brazo como apoyo, la muchacha caería al suelo. Sus ojos lánguidos permanecían fijos en los del bailarín, con una levísima chispa en el fondo de aquel púrpura insondable, e incitaban al hombre a imaginar qué daría por conseguir que aquellos ojos soñolientos se abrieran de par en par.

— ¡Eres la comidilla de Equilan, Thea! —dijo Calandra en tono acusador, llevándose el pañuelo a la nariz. Aleatha se estaba rociando de perfume el cuello y el pecho—.

—

. La hora oscura no es realmente «oscura», si por ello se entiende que caiga la noche. Se refiere a ese período del ciclo en que se cierran las persianas y la gente decente se acuesta. Sin embargo, también son éstas las horas en que los niveles inferiores y «más oscuros» de la ciudad cobran vida, y por ello la referencia ha cobrado unas connotaciones bastante siniestras. (N. del a.)

¿Dónde estabas la última hora oscura?

Los ojos púrpura se abrieron de par en par o, al menos, bastante más que antes. Aleatha no desperdiciaría nunca con una hermana el efecto que provocaba el gesto completo.

— ¿Desde cuándo te preocupa dónde estoy? ¿Qué abeja se te ha metido en el corsé en esta hora amable, Cal?

— ¿Hora amable? ¡Si es casi la hora del vino! ¡Llevas durmiendo la mitad del día!

—Si quieres saberlo, estuve con el noble Kevanish y fuimos al *Oscura*...

— ¡Kevanish! —Calandra emitió un gemido agitado—. ¡Ese sinvergüenza! Desde ese asunto del duelo, se le ha negado la entrada en todas las casas decentes. Fue por su culpa que la pobre Lucillia se colgó, y puede decirse que prácticamente asesinó al hermano de ésta. ¡Y tú, Aleatha..., dejarte ver en público junto a él...! —Calandra se atragantó.

—Tonterías. Lucillia fue una estúpida al pensar que un hombre como Kevanish podía enamorarse realmente de ella. Y su hermano fue aún más estúpido al exigirle una reparación. Kevanish es el mejor arquero de Equilan.

— ¡Existe una cosa que se llama honor, Aleatha! —Calandra se detuvo tras la silla de su hermana y cerró ambas manos sobre el respaldo, con los nudillos blancos de la presión. Parecía que, con un mínimo movimiento y en cualquier instante, podría cerrarlas con igual fuerza en torno el frágil cuello de su hermanita—. ¿Acaso nuestra familia lo ha olvidado ya?

— ¿Olvidado? —murmuró Thea con su voz soñolienta—. No, querida Cal, nada de olvidado. Simplemente, hace mucho tiempo que la familia lo ha comprado y pagado.

Con una absoluta falta de recato, Aleatha se levantó de la silla y empezó a desatar los lazos de seda que mantenían casi cerrada la parte frontal de su salto de cama. Calandra contempló el reflejo de su hermana en el espejo y advirtió unas marcas rojizas en la carne blanca de los hombros y el pecho: las marcas de los labios de un amante ardiente. Asqueada, Calandra dio media vuelta y cruzó la estancia con pasos rápidos hasta detenerse junto a la ventana.

Aleatha sonrió con indolencia al espejo y dejó que el camisón se deslizara al suelo. El espejo se deshizo en comentarios extasiados.

— ¿Buscabas a Paithan? —Le recordó su hermana—. Entró volando en su habitación como un murciélago de las profundidades, se vistió su traje de estopilla y salió volando otra vez. Creo que iba a casa de Durndrun. Yo también estaba invitada, pero no sé si ir o no. Los amigos de Paithan son unos pelmazos.

— ¡Esta familia se está hundiendo! —Calandra se apretó las manos—. ¡Padre manda llamar a un sacerdote humano! ¡Paithan está hecho un vulgar vagabundo que no se preocupa más que de correrse juergas! ¡Y tú...! ¡Tú terminarás soltera y embarazada y hasta puede que colgada como la pobre Lucillia!

—No lo creo, querida Cal —replicó Aleatha, apartando el camisón con el pie—. Para colgarse se requiere mucha energía. —Admirando su esbelto cuerpo en el espejo, que lo llenó de elogios a su vez, frunció el entrecejo, alargó la mano e hizo sonar una campanilla realizada con la cáscara de huevo de pájaro cantor—.

— ¿Dónde está esa criada mía? Preocúpate menos de la familia, Cal, y más del servicio. Nunca he visto gente más holgazana.

— ¡Es culpa mía! —Suspiró Calandra, y volvió a cerrar con fuerza las manos, llevándoselas a los labios—. Debería haber obligado a Paithan a ir a la escuela. Debería haberte prestado más atención y no dejarte tan suelta. Y debería haber detenido las locuras de padre. Pero entonces, ¿quién hubiera llevado el negocio? ¡Cuando empecé a ocuparme de dirigirlo, la situación no era nada boyante! ¡Nos hubiéramos arruinado! ¡Arruinado! Si lo hubiéramos dejado en manos de padre... La doncella entró corriendo en la estancia.

— ¿Dónde estabas? —preguntó Aleatha, con su habitual lasitud.

—Lo siento, señora. No había oído la campanilla.

—No ha sonado. Pero deberías saber cuándo te necesito. Saca el azul. Esta hora oscura me quedará en casa. No, espera. El azul, no. El verde con rosas de musgo. Creo que aceptaré la invitación de Durndrun, finalmente. Podría ocurrir algo interesante y, por lo menos, siempre podré atormentar al barón, que se muere de amor por mí. Y ahora, Cal, ¿qué es eso de un sacerdote humano? ¿Es guapo? Calandra exhaló un profundo sollozo y hundió los dientes en el pañuelo.

Aleatha la miró y, aceptando la bata vaporosa que la criada le ponía sobre los hombros, cruzó la habitación hasta colocarse detrás de su hermana. Aleatha era tan alta como Calandra, pero su silueta era suave y bien torneada donde la de su hermana mayor era huesuda y angulosa. Una mata de cabello ceniciento enmarcaba el rostro de Aleatha y le caía por la espalda y sobre los hombros. La muchacha nunca se adornaba el pelo según la costumbre imperante. Igual que el resto de su figura, el cabello de Aleatha siempre estaba desaliñado, siempre producía la impresión de que acababa de levantarse de la cama. Posó sus suaves manos en los hombros temblorosos de Calandra y murmuró:

—La flor de las horas ha cerrado sus pétalos a estas alturas, Cal. Continúa esperando inútilmente a que vuelva a abrirse y pronto estarás tan loca como padre. Si madre hubiera vivido, tal vez las cosas habrían sido distintas... —Aleatha se le quebró la voz y se acercó aún más a su hermana—. Pero no sucedió así. Y no hay más que hablar —añadió, encogiendo sus perfumados hombros—. Hiciste lo que debías, Cal. No podías dejarnos morir de hambre.

—Supongo que tienes razón —respondió Calandra secamente, recordando que la doncella seguía en la estancia. No quería discutir sus asuntos personales en presencia del servicio. Enderezó los hombros y estiró unas imaginarias arrugas de su falda rígida, almidonada—. Así pues, ¿no te quedarás a cenar?

—No. Si quieres, se lo diré a la cocinera. ¿Por qué no me acompañas a casa del barón Durndrun, hermana? —Aleatha dio unos pasos hasta la cama, sobre la cual la doncella estaba colocando un juego de ropa interior de seda—. Vendrá Randolpho. ¿Sabes que nunca se ha casado, Cal? Tú le rompiste el corazón.

—Más bien le rompí el bolsillo —replicó Calandra con voz severa mientras se contemplaba en el espejo, se componía el peinado donde se le había deshecho ligeramente el moño y volvía a clavar en su lugar las tres peinetas atroces—. Randolpho no me quería a mí, sino que codiciaba el negocio.

—Es posible. —Aleatha se detuvo unos instantes a medio vestirse. Sus ojos púrpura se volvieron hacia el espejo y se clavaron en el reflejo de la mirada de su hermana—. Pero al menos te habría hecho compañía, Cal. Estás demasiado tiempo sola.

—

—¿Y tú crees que voy a permitir que irrumpa un hombre y que se adueñe y eche a perder lo que me ha costado tantos años consolidar, sólo para ver su rostro cada mañana, me guste o no? Muchas gracias, pero no. Hay cosas peores que estar sola, Thea.

Los ojos púrpura de Aleatha se ensombrecieron hasta adquirir un tono casi rojo vivo.

—No sé cuáles —respondió en voz baja. Su hermana no llegó a oírla. Aleatha se apartó el cabello de la cara, sacudiéndose de encima al mismo tiempo las

lúgubres sombras que velaban sus ojos—. ¿Quieres que le diga a Paithan que le andas buscando?

—No te molestes. Debe de estar a punto de quedarse sin dinero y seguro que viene a verme a la hora del trabajo. Ahora, tengo que ir a revisar unas cuentas. — Calandra se encaminó hacia la puerta—. Procura volver a una hora razonable. Antes de mañana, por lo menos.

Aleatha sonrió ante la ironía de su hermana mayor y bajó sus párpados cargados de sueño con aire recatado.

—Si quieres, Cal, no volveré a ver más al barón Kevanish.

Calandra se detuvo y dio media vuelta. Su rostro severo resplandeció de alegría, pero se limitó a decir:

— ¡No tengo la menor esperanza de que lo hagas!

Al salir de la estancia, cerró dando un violento portazo.

—De todos modos, Kevanish ya empieza a resultarme pesado... —añadió Aleatha para sí. Volvió a recostarse ante el tocador y estudió sus facciones perfectas en los efusivos espejos.

. En Pryan, el nombre de las estaciones viene dado por la parte del ciclo de los cultivos que corresponde: renacer, siembra, crecimiento, cosecha y barbecho. La rotación de cosechas es un descubrimiento humano. Los humanos, con su habilidad en la magia de los elementos —en contraste con las dotes de los elfos para la magia mecánica— son mucho mejores que éstos en las labores agrícolas. ÍN. del a.)

CAPITULO

GRIFFITH,

TERNCIA, THILLIA

Calandra volvió a concentrarse en los libros de contabilidad como antídoto reconfortante contra las extravagancias y caprichos de su familia. La casa estaba en silencio. Su padre y el astrólogo seguían con sus cosas en el sótano pero, sabedor de que la hija mayor estaba aún más cerca de estallar que su pólvora mágica, Lenthán consideró conveniente aplazar cualquier otro experimento con dicha sustancia.

Después de la cena, Calandra llevó a cabo una gestión más, relacionada con el negocio. Mandó a un sirviente con un mensaje para el hombre de los pájaros, que debería enviarlo a maese Roland de Griffith, en la taberna La Flor del Bosque. «El embarque llegará a principios del barbecho.

El pago se efectuará a la entrega del género.

Calandra Quindiniar.»

El hombre de los pájaros ató el mensaje a la pata del ave de brillantes colores, que había sido entrenada para volar a aquella parte de Thillia, y la soltó en el aire. Ésta batió las alas con rumbo norint-vars, en una travesía que la llevaría sobre los campos y mansiones de la nobleza élfica y sobre el lago Enthial.

El ave mensajera se deslizó sin esfuerzo por los aires, aprovechando las corrientes que fluían entre los árboles gigantescos. Sólo tenía un objetivo: llegar a su destino, donde la esperaba su pareja, encerrada en una jaula. Durante el vuelo no tenía que vigilar la presencia de depredadores, pues no era un bocado apetitoso para ninguno de ellos, ya que segregaba un aceite que mantenía secas sus plumas durante las frecuentes tormentas y que resultaba un veneno mortal para cualquier otra especie.

Voló a baja altura sobre las tierras de labor que los elfos cultivaban en los lechos de musgo más altos, formando un dibujo de líneas artificialmente rectas.

—

Esclavos humanos araban los campos y recogían las cosechas. El ave no estaba especialmente hambrienta, pues había sido alimentada antes de la partida, pero un ratoncillo sería un buen remate para la cena. Sin embargo, no descubrió ninguno y continuó su viaje, decepcionada.

Pronto, los cuidados campos de cultivo de los elfos dieron paso a la espesura de la jungla. Los arroyos alimentados por las lluvias diarias formaban caudalosos ríos sobre los lechos de musgo. Serpenteando entre la jungla, los ríos encontraban a veces alguna grieta en las capas superiores del musgo y formaban cascadas que se precipitaban hacia las profundidades insondables.

Ante los ojos del ave viajera empezaron a flotar unas nubes vaporosas y ganó altura, ascendiendo sobre las tormentas de la hora de la lluvia. Finalmente, la masa de nubes negras y densas, sacudida por los relámpagos, ocultó totalmente la tierra. Sin embargo, el ave, guiada por el instinto, no perdió la orientación. Debajo de ella se extendían los bosques del barón Marcins; los elfos les habían dado ese nombre, pero ni ellos ni los humanos habían reclamado derechos sobre aquellas junglas impenetrables.

La tormenta descargó y pasó, como venía sucediendo desde tiempo inmemorial, casi desde la creación del mundo. El sol brillaba ahora con fuerza, y la mensajera distinguió tierras cultivadas: Thillia, el reino de los humanos. Desde allá arriba, alcanzó a ver tres de las torres resplandecientes, bañadas por el sol, que señalaban las cinco divisiones del reino de Thillia. Las torres, antiguas para la medida del tiempo de los humanos, estaban construidas de ladrillo de cristal cuyos secretos de fabricación habían sido desvelados por los hechiceros humanos durante el reinado de Georg el Único. Estos secretos, así como muchos de los hechiceros, se habían perdido en la devastadora Guerra por Amor que siguió a la muerte del viejo rey.

El ave utilizó las torres como referencia para orientarse y luego descendió rápidamente, sobrevolando a baja altura las tierras de los humanos. Situado en una amplia llanura de musgo salpicada aquí y allá de árboles que se habían conservado para proporcionar sombra, el país era llano, pero entrecruzado de caminos y salpicado de pequeñas poblaciones. Los caminos eran muy transitados, pues los humanos sentían la curiosa necesidad de andar constantemente de un sitio a otro, necesidad que los sedentarios elfos no habían entendido nunca y que consideraban propia de bárbaros.

En aquella parte del mundo, la caza era mucho más propicia y la mensajera dedicó unos breves instantes a recuperar fuerzas con una rata de buen tamaño. Cuando hubo dado cuenta de ella, se limpió las garras con el pico, arregló las plumas y reemprendió el vuelo. Cuando vio que las tierras llanas empezaban a dar paso a una densa selva, cobró nuevos ánimos pues se acercaba ya al término de su largo viaje. Estaba sobre Terncia, el reino más al norint. Cuando llegó a la ciudad amurallada que circundaba la torre de ladrillos de cristal de la capital de Terncia, captó la áspera llamada de su compañera. Descendió en espiral hasta el centro de la ciudad y se posó, finalmente, en el parche de cuero que protegía el brazo de un pajarero thilliano. El hombre recuperó el mensaje, vio el nombre del

destinatario y dejó a la fatigada ave en la jaula de su compañera, que la recibió con unos suaves picotazos.

—

El pajarero entregó el mensaje a un jinete repartidor que, varios días más tarde, entró en una aldea remota y semiolvidada que se alzaba en las mismas lindes de la selva y dejó el recado en la única posada del lugar.

—

. Planta de floración perpetua cuyos pétalos se enroscan cada ciclo siguiendo el ritmo del ciclo climático. Todas las razas utilizan esta planta para determinar las horas del día, aunque cada una conoce éstas por un nombre distinto. Los humanos utilizan la propia planta, mientras que los elfos han desarrollado unos artulugios mecánicos mágicos que imitan sus movimientos. (N. del a.)

Sentado en su banco favorito de La Flor del Bosque, maese Roland de Griffith estudió el fino pergamino de quin. Después, con una sonrisa lo empujó sobre la mesa hacia una mujer joven que estaba sentada frente a él.

— ¡Aquí tienes! ¿Qué te había dicho, Rega?

— ¡Gracias a Thillia! Es lo único que puedo decir. —El tono de voz de Rega era lúgubre; en su rostro no había la menor sonrisa—. Por lo menos, ahora tienes algo que enseñarle al viejo Barbanegra y tal vez nos deje en paz algún tiempo...

— ¿Dónde debe de estar? —Roland echó un vistazo a la flor de horas que presidía la barra en una maceta. Casi una veintena de sus pétalos estaban cerrados—. Ya ha pasado su hora habitual.

—Vendrá, no te preocupes. Esto es demasiado importante para él.

—Sí, por eso me inquieta el retraso.

— ¿Tienes cargos de conciencia, acaso? —Rega apuró la jarra de kegrot y buscó a la camarera con la mirada.

—No, pero no me gusta tratar estos asuntos aquí, en un lugar público...

—Es lo mejor. Así está todo sobre la mesa, al descubierto. No podemos levantar las sospechas de nadie. ¡Ah!, aquí está. ¿Qué te decía?

Se abrió la puerta de la taberna y el brillante sol de la hora de los dados bañó la Silueta de un enano. Fue una visión imponente y, por un instante, casi todos los parroquianos dejaron de beber, de jugar o de charlar para observarlo. Un poco más alto de lo habitual entre su pueblo, el enano tenía la piel morena clara y lucía una hirsuta melena negra y una barba a la que debía su apodo entre los humanos. Las cejas negras y espesas que se juntaban sobre su nariz ganchuda y los centelleantes ojos producían una impresión de perpetua ferocidad que le resultaba muy útil en tierras extrañas. Pese al calor, llevaba una camisa de seda a bandas blancas y rojas y, encima de ella, la pesada armadura de cuero de su pueblo, con unos brillantes pantalones rojos metidos en las recias botas de caña.

Los presentes en el bar intercambiaron risillas y comentarios irónicos ante la chillona indumentaria del recién llegado pero, si hubieran sabido algo sobre la sociedad de los enanos y sobre el significado de los colores brillantes de su ropa, no se habrían reído en absoluto.

El enano hizo una pausa en el umbral de la taberna y parpadeó, deslumbrado

por el sol del exterior.

— ¡Barbanegra, amigo mío! —Exclamó Roland, levantándose del asiento—.

¡Aquí!

El enano entró pesadamente en la taberna y sus ojos fueron de un rincón a otro, retando con la mirada a cualquiera que intentara decirle algo. Los enanos eran una rareza en Thillia. El reino de los enanos estaba lejos, al norint-est de las tierras de los humanos, y había muy pocos contactos entre ambos. Sin embargo, aquel enano en concreto llevaba ya cinco días en el pueblo y su presencia había dejado de ser una novedad. Griffith era un pueblo sórdido situado en el límite de dos reinos, ninguno de los cuales lo reclamaba. Sus habitantes hacían lo que querían, asunto en el que estaba muy conforme la mayoría de ellos, pues casi todos procedían de lugares de Thillia donde hacer la santa voluntad solía

—

conducirle a uno a la horca. Las gentes de Griffith tal vez se preguntaran qué hacía un enano en su pueblo, pero nadie haría la pregunta en voz alta.

— ¡Tabernero, tres más! —Pidió a gritos Roland, levantando su jarra—.

Tenemos motivos para brindar, amigo mío —dijo al enano, que tomó asiento con parsimonia.

— ¿Sí? —gruñó el enano, observando torvamente a la pareja.

Roland, con una sonrisa, hizo caso omiso de la evidente incomodidad de su invitado y le dejó delante el mensaje.

—No puedo leer lo que pone ahí —declaró el enano, volviendo a arrojar sobre la mesa el manuscrito de quin.

Los interrumpió la llegada de la camarera con el kegrot. Distribuyeron las jarras. La desaliñada sirvienta pasó un trapo grasiento por encima de la mesa, dirigió una mirada de curiosidad al enano y se alejó con su andar indolente.

—Lo siento, he olvidado que no sabes leer elfo. El embarque está en camino, Barbanegra —dijo Roland en voz baja y con gesto despreocupado—. Llegará durante el próximo barbecho.

—Me llamo Drugar. ¿Es eso lo que pone en el papel? —El enano tocó el mensaje con su mano de dedos rechonchos.

—Claro que sí, Barbanegra, amigo mío.

—No soy amigo tuyo, humano —murmuró el enano, pero lo hizo en su lengua y hablándole a su propia barba. Luego, entreabrió los labios en lo que casi podía pasar por una sonrisa—. Pero la noticia es excelente. —Su voz pareció llena de animosidad.

—Bebamos por ello. —Roland alzó la jarra y dio un suave codazo a Rega, que había estado observando al enano con la misma suspicacia que éste había mostrado hacia ellos—. Por nuestro trato.

—Beberé por ello —asintió el enano después de meditar la respuesta unos instantes, aparentemente. Alzó la jarra y repitió—: Por nuestro trato.

Roland apuró la suya sonoramente. Rega tomó un sorbo. Ella nunca bebía en exceso y uno de los dos tenía que permanecer sobrio. Además, el enano no bebía, sino que se le limitaba a humedecer los labios. A los enanos no les entusiasma el kegrot, que todo el mundo reconoce flojo e insípido en comparación con su excelente bebida fermentada.

—Me estaba preguntando, socio —insistió Roland, inclinándose hacia

adelante y encorvándose sobre la jarra—, qué destino pensáis dar a esas armas.

— ¿Acaso tienes cargos de conciencia, humano?

Roland lanzó una agria mirada a Rega, la cual, al escuchar sus propias palabras en boca del enano, se encogió de hombros y apartó la vista, reclamándole en silencio qué otra respuesta podía esperar a una pregunta tan estúpida.

—Se te paga suficiente para que no hagas preguntas, pero te lo diré de todos modos porque el mío es un pueblo honorable.

— ¿Tanto que tenéis que tratar con contrabandistas, Barba-negra? —sonrió Roland, pagándole al enano con la misma moneda.

Las negras cejas de éste se juntaron en un gesto alarmante y los ojos negros despidieron fuego.

—Yo habría tratado de forma abierta y legal, pero las leyes de vuestra tierra lo impiden. Mi pueblo necesita esas armas. ¿No habéis tenido noticia del peligro que viene del norint?

—

— ¿Los reyes del mar?

Roland hizo un gesto a la camarera. Rega puso su mano sobre la de él, advirtiéndole para que fuera con tiento, pero Roland la rechazó.

— ¡Bah! ¡No! —El enano soltó una risotada de desprecio—. Hablo del norint. Muy lejos en esa dirección, sólo que ahora ya no tan lejos.

—No hemos oído nada en absoluto, Barbanegra, viejo amigo. ¿De qué se trata?

Rega vio que las facciones del enano adquirían un aire sombrío y el fuego de sus ojos se nublaba de miedo, y la mujer sabía o adivinaba lo suficiente sobre el carácter de Barbanegra como para darse cuenta de que el enano no había experimentado temor a menudo en su vida.

—Humanos... del tamaño de montañas. Vienen del norint y lo destruyen todo a su paso.

Roland estuvo a punto de atragantarse y se echó a reír. El enano pareció hincharse literalmente de rabia y Rega clavó las uñas en el brazo de su compañero. Roland, con dificultades, reprimió la risa.

—Lo siento, amigo, lo siento, pero ya había oído esta historia de labios de mi querido padre cuando aún estaba en sus cabales. Así que los titanes van a atacarnos... Y supongo que los Cinco Señores Perdidos de Thillia volverán al mismo tiempo. —Alargó la mano por encima de la mesa y dio unas palmaditas en el hombro al irritado enano—. Guarda el secreto, pues, amigo mío. Mientras tengamos nuestro dinero, a mi esposa y a mí no nos importa lo que hagáis ni a quién matéis.

El enano volvió a enrojecer y apartó el brazo del contacto con el humano con gesto enérgico.

— ¿No tienes que ir a ninguna parte, esposo querido? —dijo Rega con toda intención.

Roland se incorporó. Era un hombre alto y musculoso, rubio y atractivo. La camarera, que lo conocía bien, rozó su cuerpo con el suyo cuando se puso en pie.

—Dispensadme. Tengo que ir a visitar un árbol. Este maldito kegrot se me ha subido a la cabeza —comentó, y se alejó abriéndose paso por la estancia, que se estaba llenando rápidamente de gente y de ruido.

Rega esbozó su mejor sonrisa y rodeó la mesa para sentarse al lado del enano. La mujer era casi el reverso de la moneda comparada con su esposo. De corta estatura y figura rellena, iba vestida para el calor y para ocuparse de los negocios con una blusa de lino que dejaba a la vista más de lo que ocultaba; anudada bajo los pechos, dejaba al aire la cintura. Unos pantalones de cuero por las rodillas cubrían sus piernas como una segunda epidermis. Su piel, de un intenso tono bronceado, brillaba con una fina película de sudor bajo el calor de la taberna. Los cabellos castaños, partidos en el centro de la cabeza, le caían a la espalda lacios y brillantes como la corteza de un árbol empapada por la lluvia.

Rega se dio cuenta de que no despertaba la menor atracción física en el enano. Probablemente se debía a que no llevaba barba, se dijo con una sonrisa, recordando lo que había oído contar de las mujeres enanas. En cambio, el recién llegado parecía ansioso por explicar aquel cuento de hadas que había imaginado su pueblo. A la mujer no le gustaba que un cliente se marchara enfadado, de modo que dijo:

—

—Perdona a mi esposo, señor. Ha bebido un poco más de la cuenta. A mí, en cambio, me interesa lo que dices. Cuéntame más cosas de los titanes.

—Titanes... —El enano pareció paladear la palabra, extraña a sus labios—. ¿Es así cómo los llamáis en vuestro idioma?

—Supongo que sí. Nuestras leyendas hablan de unos humanos gigantescos, grandes guerreros, formados hace mucho tiempo por los dioses de las estrellas para servirlos. Sin embargo, tales seres no han sido vistos en Thillia desde antes de la época de los Señores Perdidos.

—No sé si esos... titanes... son los mismos o no —respondió Barbanegra con un movimiento de cabeza—. En nuestras leyendas no aparecen tales criaturas. A nosotros no nos interesan las estrellas, puesto que vivimos bajo tierra y rara vez las vemos. En nuestros mitos aparecen los Forjadores, los que construyeron este mundo al principio de los tiempos junto con Drakar, el padre de todos los enanos. Se dice que un día los Forjadores volverán y nos permitirán construir ciudades de tamaño y magnificencia inimaginables.

—Pero, si creéis que esos gigantes son los..., los Forjadores, ¿a qué vienen entonces las armas?

El rostro de Barbanegra se ensombreció, sus arrugas se hicieron más profundas.

—Parte de mi pueblo sigue creyendo en esas leyendas, pero otros hemos hablado con los refugiados procedentes de las tierras al norint. Y nos han relatado terribles episodios de destrucción y de muerte. En mi opinión, tal vez las leyendas se equivoquen. De ahí el acopio de armas.

Al principio, Rega pensó que el enano mentía. Ella y Roland habían supuesto que Barbanegra tenía intención de utilizar las armas para atacar alguna colonia humana aislada en los campos pero, al ver cómo se nublaban los ojos negros del enano y al escuchar el tono grave y abrumado de sus palabras, Rega cambió de idea. Al menos una cosa era cierta: Barbanegra creía en la existencia de aquel enemigo fantástico y ésa era la auténtica razón de que hubiera adquirido el armamento. La idea le resultó reconfortante. Era la primera vez que Roland y ella hacían contrabando de armas y, dijera Roland lo que dijese, a la mujer le alivió

saber que no sería responsable de la muerte de sus propios congéneres.

— ¡Eh, Barbanegra! ¿Qué andas haciendo, tratar de conquistar a mi esposa?

—Roland cambió de posición al otro lado de la mesa. Otra jarra lo esperaba y tomó un largo trago de kegrot.

Rega advirtió la expresión ceñuda y sombría del rostro de Barbanegra y lanzó un rápido y doloroso puntapié a Roland por debajo de la mesa.

—Estábamos hablando de mitos y leyendas, querido. He oído que a los enanos les gusta mucho las canciones, señor, y mi esposo tiene una voz excelente. ¿Te gustaría escuchar *La balada de Thillia*? Cuenta la historia de los señores de nuestra tierra y cómo se formaron los cinco reinos.

A Barbanegra se le iluminó el rostro.

— ¡Sí, me encantaría oírla!

La mujer agradeció a las estrellas haber dedicado el tiempo a estudiar todo cuanto había podido sobre la sociedad de los enanos. Estos, más que aprecio por la música, sentían una absoluta pasión por ella. Todos los enanos tocaban instrumentos musicales y la mayoría estaba dotada de una excelente voz y un oído

perfecto. Sólo tenían que escuchar una canción una vez para quedarse con la melodía y, con otra vez que la oyeran, eran capaces de recordar toda la letra. Roland tenía una magnífica voz de tenor y cantó la balada, de hechizadora belleza, con una sensibilidad exquisita. Los parroquianos de la taberna reclamaron silencio con siseos para escucharlo y, cuando llegó a la estrofa final, entre la multitud de hombres rudos y toscos había muchos que tenían los ojos bañados en lágrimas. El enano escuchó con arrebatada atención, y Rega, con un suspiro, comprendió que tenía a otro cliente satisfecho.

*Del pensamiento y el amor todo nació un día:
tierra, aire, cielo e insondable mar.*

*De las antiguas tinieblas se abrió paso la luz,
y, libre para siempre, su resplandor se alzó.*

*Con voz reverente, cinco hermanos hablaron de
obligaciones reales y cargas prodigiosas.*

*Su rey, agonizante bajo el yugo de la fortuna,
de cada uno exige el cuidado de sus haciendas.*

Cinco grandes reinos, nacidos de una tierra.

A cada buen príncipe su parte concede.

*Legados de la voluntad del difunto monarca,
para que se gobiernen con justicia y valor.*

*Al primero los campos, los mansos arroyos,
los vientos susurrantes que mecen las hierbas.*

*A otro el mar, el dominio de las naves,
y las olas rompiendo que las cosas suavizan.*

*El tercero de troncos y amenísimos prados,
velos de verdor que oscurecen la vista.*

*Al cuarto, señor de las colinas y los valles,
donde están las llanuras feraces y productivas.*

*El último, del sol hizo su brillante hogar,
en lo alto con su ardiente calor, duraría para siempre.*

*De los cinco se acordó el leal corazón del monarca,
fiel a toda palabra y a los grandes reyes del pasado.
Todos los hijos gobernaron con la mejor intención,
cuidando la herencia como buenos soberanos.*

—

*Con justicia y firmeza, dotados de gran sabiduría,
provocaban palabras de gratitud en todas las bocas.
Pero el cruel destino echó a perder sus puros corazones
y los llevó a volverse en armas contra ellos mismos.
Cinco hombres consumidos por la casta mujer
y cinco ánimos conmovidos por un amor estridente.
Dulce como el corazón de una poesía nació la hermosa mujer.
Sutil como todo el arte de la naturaleza,
su maravilloso corazón inflamó los de todos.
Cuando cinco hombres orgullosos, hermanos de cuna,
contemplaron aquel embalse, su amor se desbordó.
Por la dulce Thillia, cinco amores jurados,
otros tantos reinos marcharon a la guerra.
Cinco ejércitos chocan, los arados vueltos espadas,
campesinos de la tierra, a las órdenes de la pasión.
Hermanos un día justos y amorosos guardianes
arrojaron sal al mar e hirieron las tierras.
Thillia se alzó en la llanura ensangrentada
con los brazos extendidos y las manos muy abiertas.
Con el corazón apenado, abrumada de vergüenza
huyó muy lejos bajo la amorosa superficie del lago.
La perfección lloró su alma perdida,
los cinco hermanos cesaron su lucha vana.
Clamaron a lo alto, sus corazones hechos uno,
y prometieron rescatarla bajo su luto guerrero.
Llenos de fe se encaminaron con paso humilde
hacia Thillia, que dormía en el fondo.
Las olas agitadas gritaron su valor
y los reinos lloraron su sombra en el agua.
Del pensamiento y el amor todo nació un día: tierra,
aire, cielo e insondable mar.
De las antiguas tinieblas se abrió paso la luz,
y, libre para siempre, su resplandor se alzó.*

—

Rega terminó de contar la historia:

—El cuerpo de Thillia fue recuperado y colocado en una urna sagrada en el centro del reino, en un lugar que pertenece por igual a los cinco reinos.

—

. Basado en un juguete infantil conocido como bandalor, el raztar fue convertido en arma por los elfos. Una caja redonda que se acopla a la palma de la mano contiene siete cuchillas de madera unidas a un perno mágico. Un zarcillo de enredadera, enroscado en torno al perno, se ajusta por el otro extremo al dedo corazón. Con un veloz movimiento de muñeca, el perno es impulsado hacia adelante y las cuchillas se extienden mágicamente. Otro gesto devuelve el arma, con las cuchillas recogidas, a la palma de la mano. Los expertos en su uso pueden enviar el arma a más de quince palmos de distancia y desgarrar con sus afiladas zarpas la carne del oponente sin que éste tenga tiempo de saber qué le golpea. (N. del a.)

Los cuerpos de sus amantes no fueron recuperados nunca y de ahí surgió la leyenda de que algún día, cuando la nación esté en terrible peligro, los hermanos volverán para salvar a su pueblo.

— ¡Me ha gustado mucho! —exclamó el enano, descargando con fuerza el puño sobre la mesa para expresar su aprobación. Incluso llegó a tocar a Roland en el antebrazo con uno de sus dedos cortos y rechonchos; era la primera ocasión en que tocaba a alguno de los dos humanos durante los cinco días que el enano llevaba con ellos—. ¡Me ha gustado muchísimo! ¿He cogido bien la melodía? —Barbanegra tarareó la tonada con una profunda voz de bajo.

— ¡Sí, señor! ¡Exacta! —exclamó Roland, muy sorprendido—. ¿Quieres que te enseñe la letra?

—Ya la tengo. Aquí. —Barbanegra se tocó la frente—. Soy un alumno despierto.

— ¡Desde luego que sí! —respondió Roland, haciendo un guiño a la mujer. Rega le devolvió el gesto con una sonrisa.

—Me gustaría oírla otra vez, pero tengo que irme —dijo el enano con sincero sentimiento, levantándose de la mesa—. Debo llevar la buena noticia a mi gente. —Serenándose un momento, añadió—: Se sentirá muy aliviada.

Después, se llevó las manos a un cinturón que rodeaba su grueso cuerpo, lo desabrochó y lo arrojó sobre la mesa.

—Ahí va la mitad del dinero, según lo acordado. La otra mitad, a la entrega. Roland se apresuró a cerrar la mano en torno al cinto y arrastrarlo hacia Rega por encima de la mesa. La mujer lo abrió, miró el contenido, lo contó a ojo rápidamente y asintió.

—Muy bien, amigo mío —dijo Roland sin molestarse en ponerse en pie—. Nos encontraremos en el lugar acordado a finales del barbecho.

Temerosa de que el enano se diera por ofendido, Rega se incorporó y le tendió la mano (con la palma abierta para demostrar que no ocultaba ninguna arma, siguiendo el ancestral gesto humano de amistad). Los enanos no tienen tal costumbre, pues entre ellos nunca se han registrado enfrentamientos. Barbanegra llevaba el tiempo suficiente entre los humanos como para reconocer la importancia de aquel apretón de manos. Hizo lo que se esperaba de él y abandonó la taberna a toda prisa mientras se restregaba la mano en el chaleco de cuero, tarareando la melodía de *La balada de Thillia*.

—No está mal, para una noche de trabajo —murmuró Roland, colocándose el cinturón y ajustándolo a duras penas, pues su cintura era esbelta y el enano, muy robusto.

— ¡No ha sido gracias a ti! —murmuró Rega. La mujer extrajo el raztar de la vaina redonda que llevaba atada al muslo y procedió a afilar a la vista de todos sus

siete cuchillas, al tiempo que dirigía una expresiva mirada a los parroquianos de la

taberna que pudieran sentir un excesivo interés por sus asuntos—. Te he sacado las castañas del fuego. De no ser por mí, Barbanegra se habría marchado.

— ¡Ja! Habría podido afeitarse la barba y no se habría atrevido a darse por ofendido. No se lo podía permitir.

—Es cierto —asintió Rega en un tono inusualmente sombrío y meditabundo—. Estaba realmente asustado, ¿verdad?

— ¿Y qué si lo estaba? Mejor para el negocio, hermanita —replicó Roland, animado.

Rega lanzó una severa mirada a su alrededor.

— ¡No me llames *hermanita*! ¡Pronto estaremos viajando con ese elfo y un desliz como éste lo echaría todo a perder!

—Lo siento, «querida esposa». —Roland apuró el kegrot y movió la cabeza, pesaroso, cuando la sirvienta se lo quedó mirando. Con tanto dinero encima, era preciso andarse bastante alerta—. De modo que los enanos proyectan un ataque a algún asentamiento humano. Probablemente contra los reyes del mar. ¿No podríamos tratar de venderles el siguiente cargamento a éstos?

—No creerás que los enanos atacarán Thillia, ¿verdad?

— ¿Quién tiene ahora cargos de conciencia? ¿Qué nos importa eso? Si no atacan Thillia esos enanos, lo harán los reyes del mar. Y si no son éstos, la propia Thillia se atacará a sí misma. Suceda lo que suceda, como he dicho antes, todo será bueno para el negocio.

La pareja dejó un par de monedas de madera sobre la mesa y abandonó la taberna. Roland caminaba delante, con la mano en la empuñadura de su espada, de afilada hoja de madera. Rega lo seguía a un par de pasos de distancia para protegerle la espalda, como de costumbre. La pareja producía un efecto impresionante y había vivido en Griffith el tiempo suficiente como para labrarse una reputación de dureza, astucia y escasa tendencia a la piedad. Varios ojos los siguieron, pero nadie los molestó. Los ojos y el dinero llegaron sanos y salvos a la cabaña que llamaban su casa.

Rega cerró la pesada puerta de madera y pasó cuidadosamente el cerrojo.

Tras asomarse al exterior, cerró los harapos que había colgado sobre los ventanucos y dirigió un gesto de asentimiento a Roland. Levantó una mesa de madera de tres patas y la colocó contra la puerta. Apartando de un puntapié una alfombra harapienta que cubría el suelo, dejó al descubierto una trampilla y, al abrirla, un agujero excavado en el musgo. Roland arrojó el cinto del dinero en el hoyo, cerró la trampilla y volvió a colocar la alfombra y la mesa.

Rega sacó un mendrugo de pan rancio y una tajada de queso mohoso.

—Hablando de negocios, ¿qué sabes de ese elfo, el tal Paithan Quindiniar?

Roland arrancó un pedazo de pan con sus fuertes dientes y se llevó un pedazo de queso a la boca.

—Nada —murmuró, masticando esforzadamente—. Es un elfo, lo cual significa que será una lánguida flor, salvo por lo que se refiere a ti, mi encantadora hermana.

—Soy tu encantadora esposa, no lo olvides. —Rega, con aire juguetón, acarició la mano de su hermano con una de las cuchillas de madera del raztar.

Después, cortó con la zarpa otra loncha de queso—. ¿De veras crees que dará resultado?

—

—Desde luego. El tipo que me lo contó dice que la treta no falla nunca. Ya sabes que los elfos están locos por las mujeres humanas. Nos presentaremos como marido y mujer, pero nuestro matrimonio no es precisamente muy apasionado. Te sientes falta de afecto, coqueteas con el elfo y lo engatusas hasta que, cuando te ponga la mano en tus pechos ardientes, recuerdas de pronto que eres una respetable mujer casada y te echas a gritar como una posesa.

Entonces me presento al rescate, amenazo el elfo con cortarles sus puntiagudas... hum... orejas, y él compra su vida cediéndonos su mercancía a mitad de precio. Luego se la vendemos a los enanos al precio real, más un pequeño extra por nuestras *molestias*, y tendremos la vida solucionada durante las próximas estaciones.

—Pero, después de nuestra jugarreta, tendremos que enfrentarnos otra vez con la familia Quindiniar...

—Sí, eso será lo que haremos. He oído que esa elfa que lleva el negocio y dirige a la familia es una vieja mojigata de carácter avinagrado. Su hermanito no se atreverá a contarle que ha intentado romper nuestro *feliz hogar*. Y siempre podremos asegurarnos de que, en nuestra próxima transacción, los Quindiniar obtengan unos beneficios extra.

—Expuesto así, el plan parece bastante fácil —reconoció Rega. Alzó una bota de vino, dio un trago y pasó el pellejo a su hermano—. Por nuestro feliz matrimonio, mi amado esposo.

—Por la infidelidad, mi querida esposa.

Entre risas dieron un nuevo tiento a la bota.

Drugar salió de la taberna *La Flor del Bosque*, pero no abandonó Griffith de inmediato. Se ocultó a la sombra de una palmera de enorme copa y aguardó allí hasta que el hombre y la mujer aparecieron a la puerta del local. Le habría gustado mucho seguirlos, pero era consciente de sus limitaciones. Los enanos, con sus torpes andares, no están hechos para persecuciones disimuladas. Además, en aquella ciudad humana, era imposible que alguien como él pudiera pasar inadvertido entre la multitud.

Se contentó con seguirlos atentamente con la mirada mientras se alejaban.

Drugar no confiaba en la pareja, pero tampoco habría confiado en santa Thillia aunque ésta se hubiera aparecido ante él. Le desagradaba tener que estar pendiente de un intermediario humano y habría preferido tratar directamente con los elfos, pero esto último era imposible. Los actuales Señores de Thillia habían alcanzado un acuerdo con los Quindiniar por el cual la familia no vendería sus armas mágicas e inteligentes a los enanos ni a los bárbaros reyes del mar. A cambio de ello, los thillianos accedían a garantizar la compra de determinada cantidad de armamento cada estación.

El acuerdo era conveniente para los elfos y, si alguna arma élfica terminaba en manos de los reyes del mar o de los enanos, no sería por culpa de los Quindiniar, desde luego. Al fin y al cabo, como solía repetir Calandra con irritación, ¿cómo podía esperarse de ella que fuera capaz de distinguir a un humano traficante de raztares de un legítimo representante de los Señores de

Thillia? Para ella, todos los humanos tenían el mismo aspecto. Igual que sus monedas.

—

Justo antes de que Roland y Rega desaparecieran de la vista de Drugar, el enano alzó una piedra negra, con una runa grabada, que colgaba de una tirilla de cuero en torno a su cuello. La piedra era lisa y redondeada, desgastada de tanto frotarla amorosamente, y muy vieja, más que el padre de Drugar, que era uno de los habitantes más longevos de todo Pryan.

Tomándola entre sus dedos, Drugar alzó la piedra hasta que, desde su perspectiva, quedaron ocultas tras ella las siluetas de Roland y de Rega. El enano trazó entonces un dibujo en el aire con el amuleto y murmuró unas palabras acompañando los gestos, que reproducían la runa grabada en la piedra. Cuando hubo terminado, volvió a guardar la piedra mágica bajo los pliegues de sus ropas con gesto reverente y dirigió unas palabras en voz alta a la pareja, que se disponía a doblar una esquina y no tardaría en desaparecer de la vista del enano.

—No he entonado la runa por vosotros porque me caigáis bien... ninguno de los dos. Sólo os he proporcionado este hechizo de protección para asegurarme de conseguir las armas que necesita mi pueblo. Cuando hayamos terminado la transacción, romperé el encantamiento. Y que Drakar se os lleve a ambos.

Tras escupir en el suelo, Drugar se internó en la jungla, abriéndose paso a golpe de machete entre la tupida maleza.

—

CAPITULO EQUILAN, LAGO ENTHIAL

Calandra Quindiniar no se hacía ilusiones respecto a los dos humanos con los que estaba negociando. Suponía que eran contrabandistas pero le traía sin cuidado. Al fin y al cabo, a Calandra le resultaba imposible imaginar que un humano pudiera hacer un negocio honrado. En su opinión, todos eran contrabandistas, granujas y ladrones.

Por eso le resultó gracioso —como pocas veces le ocurría— ver a Aleatha salir de la casa y cruzar el patio de musgo hacia el deslizador. El viento que soplaba entre las copas de los árboles le levantó el delicado vestido y lo hinchó en torno a ella en vaporosas olas verdes. La moda élfica de la época dictaba cinturas largas y ceñidas, cuellos altos y rígidos y faldas rectas. Una moda que no favorecía a Aleatha y que, por tanto, ésta no seguía. El vestido llevaba un amplio escote que dejaba a la vista sus espléndidos hombros y tenía un talle suavemente recogido para cubrir y realzar sus hermosos pechos. Cayendo en suaves pliegues, las capas de tela finísima la envolvían como una nube salpicada de prímulas, acentuando sus gráciles movimientos.

Aquel estilo de vestir había hecho furor en tiempos de su madre. Cualquier otra elfa —«incluida yo misma», pensó Calandra agriamente— ataviada de aquella manera habría parecido carente de atractivo y pasada de moda. Aleatha, en

cambio, hacía que fuera la moda del momento la que pareciera anticuada y fea. Por fin, la vio llegar al cobertizo de los deslizadores. Estaba de espaldas a ella, pero Calandra supo muy bien qué estaba haciendo su hermana menor. Aleatha lanzaba una sonrisa al esclavo humano que la ayudaba a subir al vehículo. La sonrisa de Aleatha era la de una perfecta damisela, con los ojos bajos como era debido y el rostro casi oculto bajo el sombrero de ala ancha, adornado de rosas. Su hermana nunca podría acusarla. Pero Calandra, que vigilaba desde las ventanas del piso superior, conocía muy bien los trucos de Aleatha. Aunque sus párpados siguieran bajos, los ojos púrpura no lo estaban y miraban al humano

tras las largas pestañas negras. Tenía los labios carnosos entreabiertos y movía el inferior contra la hilera de dientes superiores, pequeños y muy blancos, humedeciéndolo constantemente. El esclavo humano era alto y musculoso, endurecido por el trabajo. Llevaba el torso desnudo bajo el calor de mitad de ciclo y lucía los pantalones de cuero ajustados que acostumbraban los humanos. Calandra vio la radiante sonrisa del hombre en respuesta a la de Aleatha, lo vio tardar un tiempo excesivo en ayudar a ésta a montar en el deslizador, y apreció que su hermana lograba rozar su cuerpo con el del humano mientras subía al estribo. La mano enguantada de Aleatha incluso permaneció unos instantes más de lo necesario entre los dedos del esclavo. Por fin, la muchacha tuvo la flema de asomarse a la ventanilla del vehículo, con el ala del sombrero vuelta hacia arriba, y agitar la mano en dirección a Calandra.

El esclavo siguió la mirada de Aleatha, recordó súbitamente su deber y se apresuró a ocupar su posición. El vehículo estaba construido con hojas de bentán, tejidas hasta formar una cesta redonda abierta por delante. Varios porteadores sujetaban la parte superior de la cesta, colgada de una gruesa maroma que salía de la casa paterna de Aleatha y se adentraba en la jungla. Despertados de su permanente letargo, los porteadores tiraron de la maroma, acercando el vehículo a la casa. Al volver a su estado de sopor, los porteadores dejarían que la cesta resbalara maroma abajo, llevando el vehículo hasta una encrucijada donde Aleatha tomaría otra de aquellas cestas, cuyos porteadores la conducirían a su destino.

El esclavo puso en marcha el deslizador de un empujón y Calandra vio perderse a su hermana entre la frondosa vegetación de la jungla, con su falda verde ondeando al viento.

Calandra dirigió una sonrisa desdeñosa al esclavo, que permanecía en su posición contemplando el vehículo con admiración. Qué estúpidos eran aquellos humanos. Ni siquiera entendían cuándo una se burlaba de ellos. Aleatha era disoluta pero, por lo menos, sus coqueteos eran con elfos de su raza. Sólo coqueteaba con los humanos porque era divertido observar sus reacciones animalescas. Aleatha, como su hermana mayor, antes permitiría que la besara el perro de la casa a que lo hiciera un humano.

Paithan era otra historia. Calandra volvió al trabajo, tomando nota de enviar a la nueva criada de la cocina a trabajar en el taller del arco centelleante. Con la espalda apoyada en el vehículo, disfrutando del viento fresco que golpeaba su rostro mientras descendía rápidamente entre los árboles, Aleatha se imaginó ofreciendo a cierta persona presente en la fiesta del noble Durndrun el

relato de cómo había despertado la pasión del esclavo humano. Por supuesto, su versión de lo sucedido sería ligeramente distinta.

«Te juro, mi señor, que su manaza se cerraba sobre la mía con tal fuerza que he creído que iba a estrujármela. ¡Y luego ese animal ha tenido el valor de restregar su cuerpo bañado en sudor contra el mío!»

« ¡Terrible!», respondería su interlocutor, con sus pálidas facciones élficas enrojecidas de indignación... ¿O sería de excitación ante el pensamiento de los dos cuerpos apretados el uno contra el otro? Entonces se acercaría un poco más a ella.

«Y tú ¿qué has hecho?»

«Seguir como si tal cosa, por supuesto. Es la mejor manera de tratar a esas bestias..., aparte del látigo, por supuesto. Pero, claro, no iba a azotarlo *yo...*»

—

« ¡No, pero yo sí podría hacerlo...!», añadiría el noble con gallardía.

« ¡Oh, Thea!, ya sabes que tus bromas vuelven locos a los esclavos.»

Aleatha dio un ligero respingo. ¿De dónde había salido aquella voz perturbadora? Un imaginario Paithan..., que invadía sus pensamientos.

Sujetándose el sombrero que el viento estaba a punto de arrancarle de la cabeza,

Aleatha tomó nota mentalmente de asegurarse de que su hermano estuviera haciendo bromas en otra parte antes de empezar a relatar aquella seductora aventura. Paithan era un buen chico y no le aguaría la fiesta deliberadamente a su hermana, pero era demasiado cándido para dejarlo suelto.

La cesta llegó al final de la cuerda, deteniéndose en la encrucijada. Otro esclavo humano, bastante feo —Aleatha no se dignó mirarlo dos veces—, la ayudó a bajar.

—A casa del barón Durndrun —le indicó fríamente, y el esclavo la acompañó a uno de los deslizadores que esperaban en la encrucijada, cada uno de los cuales pendía de una maroma que se dirigía a una parte distinta de la jungla. El esclavo azuzó a los porteadores, éstos se aplicaron a su trabajo y el vehículo surcó los aires hacia las sombras, cada vez más profundas, transportando a su pasajera a las entrañas de la ciudad de Equilan.

Las cestas eran el medio de transporte de los ricos, que pagaban una cuota a los padres de la ciudad para su disfrute. Quienes no podían permitirse pagar este sistema se servían de los oscilantes puentes que comunicaban la selva. Tales puentes conducían de una casa a otra, de una tienda a otra, de las casas a las tiendas y viceversa. Habían sido tendidos cuando los primeros pobladores elfos fundaran Equilan, para comunicar las escasas viviendas y talleres edificadas en los árboles con propósitos defensivos. Con el crecimiento de la ciudad, aumentó también el sistema de puentes, sin orden ni concierto, para mantener conectada cada casa con las vecinas y con el corazón de la ciudad.

Equilan había prosperado y también sus habitantes. Miles de elfos vivían en la ciudad, que tenía casi el mismo número de puentes. Recorrerla a pie era extraordinariamente complicado, incluso para quienes habían pasado allí toda su vida. Nadie que tuviera cierta importancia en la sociedad élfica deambulaba por los puentes salvo, quizás, en alguna correría temeraria durante la hora oscura. No obstante, aquellos puentes constituían una excelente defensa frente a los vecinos humanos de los elfos, quienes, en tiempos ya remotos, habían mirado con ojos envidiosos las viviendas arborícolas élficas.

Los humanos construían sus ciudades directamente sobre las llanuras de musgo, nunca en los árboles. En una ocasión habían enviado una fuerza para invadir Equilan pero cuando los grandes y torpes guerreros humanos, embutidos en sus voluminosas armaduras de cuero y empuñando desmañadamente sus espadas de madera, echaron un vistazo a los angostos pasos de madera de balsa sujeta con cuerda confeccionada con zarcillos de enredadera que se mecían a miles de palmos por encima del lecho de musgo, dieron media vuelta de inmediato y regresaron a su tierra. Los elfos habían comprobado que se tardaba cierto tiempo en aclimatar a los esclavos humanos a la vida en las copas de los árboles, y que la mayoría de ellos no parecía llegar nunca a sentirse cómodo allá arriba. Con el tiempo, Equilan se hizo más rica y más segura, y sus vecinos humanos del norint decidieron que sería mejor dejar en paz a los elfos y pelearse entre ellos. Thillia quedó dividida en cinco reinos, cada uno de ellos enemigo de los demás, y

—

los elfos sacaron provecho del suministro de armas de todos los bandos en conflicto.

—

. Lechos de musgo que crecen en la propia copa de los enormes árboles de la jungla. (N. del a.)

Las familias reales y las de clase media que habían alcanzado riqueza y poder se trasladaron a mayor altura en los árboles. El hogar de Lenthán Quindiniar se alzaba en la colina más elevada de Equilan, signo de posición social entre sus iguales de clase media pero no entre la realeza, que construía sus mansiones a orillas del lago Enthial. Por mucho que Lenthán pudiera comprar y vender la mayoría de las casas del lago, nunca se le permitiría vivir allí. Para ser sincero, Lenthán tampoco aspiraba a ello. Estaba muy satisfecho de vivir donde lo hacía, con una buena vista de las estrellas y un claro entre la vegetación de la jungla para poder lanzar sus cohetes. Aleatha, en cambio, había decidido vivir junto al lago. La condición de noble podría adquirirla con su encanto, su cuerpo y la parte del dinero de su padre que le correspondería cuando éste muriese. Sin embargo, lo que aún no había decidido Aleatha era cuál de los duques, condes, barones o príncipes comprar. Todos eran tan pesados... La tarea que tenía ante sí la muchacha era como ir de tiendas, en busca de uno menos aburrido que el resto. El deslizador depositó suavemente a Aleatha en la adornada mansión donde el barón Durndrun ofrecía la recepción. Un esclavo humano se dispuso a ayudarla a descender pero un joven noble, llegado al mismo tiempo, lo privó del honor. El noble estaba casado pero, pese a ello, Aleatha le dedicó una sonrisa dulce y encantadora. El joven quedó fascinado y se alejó con Aleatha, dejando que el esclavo se ocupara de su esposa. La casa de Durndrun, como todas las del lago Enthial, se alzaba en el borde superior de una gran concavidad de musgo. Las mansiones de la nobleza elfa se hallaban repartidas a lo largo de aquel borde superior mientras que la residencia de Su Majestad, la Reina, ocupaba el extremo más alejado, apartada de la

abigarrada ciudad donde residían sus súbditos. Todas las demás casas tenían la fachada orientada hacia el palacio, como si le prestaran un perpetuo homenaje. En el centro de la concavidad del terreno estaba el lago, sostenido sobre un grueso lecho de musgo que acunaban los brazos leñosos de los árboles gigantescos. Debido a sus lechos de musgo, la mayoría de lagos de la zona tenía un color verde, nítido y cristalino. Pero, gracias a una rara especie de peces que nadaba en el lago (regalo del padre de Lenthian Quindiniar a la Reina), las aguas del Enthal ofrecían un vibrante y asombroso tono azul y eran consideradas una de las maravillas de Equilan.

Los jardines del barón Durndrun se extendían desde la casa hasta las propias orillas del lago. Siguiendo la costumbre élfica, los jardines eran cuidados y cultivados para que ofrecieran un aspecto de silvestre abandono. Arco iris de flores competían con los que formaba el sol al traspasar la húmeda atmósfera, rivalizando por ver cuál de ellos podía crear los efectos más maravillosos. Helechos plumosos daban sombra a las pálidas mejillas de las doncellas elfas. Gran número de orquídeas colgaba de los árboles o se alzaba de la vegetación putrefacta que formaba una gruesa capa sobre el lecho de musgo. Aves y animales terrestres (sólo los más vistosos, interesantes y pacíficos) retozaban entre el lujurioso follaje. Unos umbríos cenadores con bancos de madera de teca, importada a alto precio de las tierras humanas que bordeaban el océano Terinthiano, ofrecían una espléndida panorámica del lago y de los terrenos del palacio real, justo enfrente. Aleatha no prestó la menor atención a la vista, pues ya la había contemplado en otras ocasiones. Su objetivo ahora era hacerla suya. Ella y el noble Daidlus ya

—

se conocían, pero hasta aquel momento Aleatha no había advertido que era agudo, inteligente y moderadamente atractivo. Sentada junto al joven admirador en uno de los bancos de teca, Aleatha apenas había empezado a contar su anécdota del esclavo cuando, como sucediera en su imaginario diálogo, la interrumpió una voz jovial.

— ¡Ah! , estás aquí, Thea. He oído que habías venido. Y tú eres Daidlus, ¿no? ¿Sabes que tu mujer te anda buscando? No parece muy contenta...

El noble Daidlus tampoco lo parecía. Lanzó una mirada colérica a Paithan, que se la devolvió con el aire inocente y ligeramente nervioso de quien sólo pretende ayudar a un amigo.

Aleatha estuvo tentada de retener al noble y librarse de Paithan, pero se dijo que tenía cierta gracia dejar que la olla cociera a fuego lento antes de aplicar todo el calor. Además, tenía que hablar con su hermano.

—Me avergüenzo de mí misma, mi señor —dijo, pues, ruborizándose deliciosamente—. Te estoy apartando de tu familia. He sido muy egoísta y desconsiderada, pero estaba disfrutando tanto de tu compañía...

Paithan cruzó los brazos sobre el pecho, se apoyó en el muro del jardín y observó la escena con interés. Daidlus replicó, entre protestas, que podría quedarse con ella para siempre.

—No, no, mi señor —dijo Aleatha con un aire de noble altruismo—. Ve con tu esposa. Insisto.

Tras esto, extendió la mano para que el joven noble la besara. Daidlus lo hizo con más ardor del que las normas de urbanidad habrían considerado correcto.

—Pero..., me gustaría tanto oír el final de la historia... —protestó el frustrado Daidlus.

—La oirás, mi señor —respondió Aleatha entornando los párpados tras cuyas pestañas siguieron brillando las chispas púrpura azulado de sus ojos—. La oirás. El joven noble logró arrancarse de su lado. Paithan tomó asiento en el banco junto a su hermana y ésta se quitó el sombrero y se abanicó con el ala.

—Lo siento. Thea. ¿He interrumpido algo?

—Sí, pero es mejor así. Las cosas iban demasiado deprisa.

—Daidlus está felizmente casado, ¿sabes? Y tiene tres hijos pequeños. Aleatha se encogió de hombros. Aquello no le interesaba.

—Un divorcio sería un escándalo tremendo —continuó Paithan, oliendo una flor que se había prendido en el ojal del largo traje de linón blanco. De líneas holgadas, la chaqueta caía sobre unos pantalones de la misma tela blanca, cerrados en los tobillos.

—En absoluto. El dinero de padre lo acallaría.

—Habría de concederlo la Reina.

—Por supuesto. También se encargaría de eso el dinero de padre.

—Calandra se pondría furiosa.

—No, te equivocas. Estaría contentísima de verme convertida por fin en una respetable mujer casada. No te inquietes por mí, querido hermano. Tienes otros asuntos de qué preocuparte. Calandra te buscaba esta tarde.

—¿Ah, sí? —replicó Paithan, tratando de aparentar indiferencia.

—Sí, y la expresión de su rostro podría haber encendido uno de esos infernales aparatos de padre.

—Mala suerte. Debe de haber estado hablando con el jefe, ¿verdad?

—

—Sí, creo que sí. No hablé mucho con ella porque no quería ponerla furiosa. De lo contrario, aún estaría allí. Dijo algo sobre un sacerdote humano, creo. Yo... ¡Orn bendito! ¿Qué ha sido eso?

—Un trueno. —Paithan alzó la vista hacia la densa vegetación que impedía observar el cielo—. Debe de acercarse una tormenta. Mala suerte, pues eso significa que van a cancelar el paseo en barca.

—No ha sido ningún trueno. Es demasiado temprano. Además, he notado que el suelo temblaba, ¿tú no?

—Tal vez sea Cal, que viene a por mí.

Paithan se quitó la flor del ojal y se puso a jugar con ella, deshojándola y lanzando los pétalos al regazo de su hermana.

—Me alegro de que esto te divierta tanto, Paithan. Ya veremos qué opinas cuando te reduzca la asignación a la mitad. Por cierto, ¿qué es eso del sacerdote humano?

Paithan se acomodó en el banco y clavó los ojos en la flor que estaba descuartizando. Su rostro juvenil adquirió una inhabitual seriedad.

—Verás, Thea. Al volver de mi último viaje, me sorprendió el cambio obrado en padre. Tú y Cal no os dais cuenta porque estáis siempre con él, pero..., me pareció tan..., no sé..., gris, creo. Y abatido.

—Pues lo has visto en uno de sus momentos más lúcidos —apuntó Aleatha con un suspiro.

—Sí, y esos malditos cohetes que construye nunca sobrepasan las copas de los árboles, y mucho menos se acercan a las estrellas. Y no deja de darle vueltas y vueltas a la muerte de madre... En fin, tú ya sabes cómo están las cosas...

—Sí, ya sé cómo están. —Aleatha juntó los pétalos en el regazo e, inconscientemente, formó con ellos una tumba en miniatura.

—Yo quería que se animara, de modo que dije la primera tontería que me vino a la cabeza. «¿Por qué no hacer venir a un sacerdote humano?», le propuse. «Esa gente sabe mucho de las estrellas, pues afirman proceder de ellas. Dicen que éstas son, en realidad, ciudades.» Añadí otras sandeces por el estilo y mis palabras — Paithan parecía modestamente satisfecho de sí mismo— lograron que padre se sintiera mucho mejor. No lo había visto tan activo desde el día en que su cohete cayó en medio de la ciudad y provocó el incendio del basurero.

— ¡Estupendo, Paithan! Como tú no tardarás en emprender un nuevo viaje, te da igual lo que suceda. —Aleatha arrojó los pétalos al viento con gesto irritado—. ¡Pero Calandra y yo tendremos que vivir con ese humano, y ya tenemos suficiente con la presencia de ese viejo astrólogo lujurioso!

—Lo siento mucho, Thea. Te aseguro que no pensé que me hiciera caso. Paithan parecía compungido y verdaderamente lo estaba. El era un explorador despreocupado. Su hermana mayor era una fría comerciante. Su hermana menor era egoísta y despiadada. La única llama que ardía en todos ellos era el amor y el afecto que se profesaban entre sí. Un amor que, desafortunadamente, no extendían el resto del mundo.

Alargando una mano, Paithan tomó la de su hermana y la apretó entre sus dedos.

—Además —dijo—, ese sacerdote humano no se presentará nunca. Yo lo conozco, ¿sabes?, y...

—

El lecho de musgo se alzó de pronto bajo sus pies y volvió a descender. El banco en el que estaban sentados dio una sacudida y un súbito oleaje agitó la plácida superficie del lago. Un estruendo que recordaba a un trueno y que más parecía proceder del suelo que de las alturas acompañó la vibración del terreno.

— ¡Esto no es ninguna tormenta! —exclamó Aleatha, mirando a su alrededor con expresión alarmada. A lo lejos se oían gritos y exclamaciones. Paithan se incorporó con cara muy seria.

—Creo que será mejor volver a la casa, Thea —declaró, y le tendió la mano.

Aleatha se movió con tranquila presteza, recogiendo sus faldas vaporosas en torno a las piernas con calmosa rapidez.

— ¿Qué debe de estar sucediendo?

—No tengo la menor idea —respondió Paithan, cruzando el jardín a toda prisa—. ¡Ah, Durndrun! ¿Qué ha sido eso? ¿Algún nuevo juego de sociedad?

— ¡Ojalá lo fuera! —El noble anfitrión parecía considerablemente preocupado—. La sacudida ha producido una gran grieta en la pared del comedor y mi madre está histérica del susto.

El estruendo empezó de nuevo, esta vez más potente. El suelo dio una sacudida seguida de un temblor. Paithan retrocedió tambaleándose hasta agarrarse a un árbol. Aleatha, pálida pero sin descomponerse, se asió a una liana que colgaba junto al banco. El noble Durndrun perdió el equilibrio y estuvo a

punto de quedar aplastado bajo una estatua que cayó de su pedestal. El seísmo duró el tiempo que un elfo tardaba en respirar tres veces y, a continuación, cesó. Del musgo surgió entonces un extraño olor. El olor de una humedad rancia y helada. El olor de la oscuridad. El olor de algo que vivía en la oscuridad. Paithan fue a ayudar al barón a incorporarse.

—Creo que deberíamos armarnos —dijo Durndrun en un susurro, con objeto de que sólo lo oyera Paithan.

—Sí —contestó Paithan en el mismo tono, al tiempo que dirigía una mirada de reojo a su hermana—. Yo iba a proponer eso mismo.

Aleatha los oyó y entendió lo que decían. Un escalofrío de miedo recorrió su espinazo. La sensación le resultó muy agradable. Desde luego, todo aquello añadía interés a una velada que había esperado aburrida como de costumbre.

—Si me excusáis los dos —dijo, doblando el ala del sombrero para que la favoreciera al máximo—, volveré adentro por si puedo serle de alguna ayuda a la señora de la casa.

—Gracias, Aleatha Quindiniar. Te estoy muy reconocido. Qué valiente es —añadió el barón, contemplando a la muchacha mientras ésta se dirigía a la casa sin compañía, impávida—. La mitad de las demás mujeres corren por ahí chillando, presa de un ataque de nervios, y la otra mitad se ha desmayado de la impresión. ¡Tu hermana es una mujer admirable!

—Sí, ¿verdad? —contestó Paithan, a quien no había escapado que Aleatha se lo estaba pasando en grande—. ¿Qué armas tienes?

Mientras volvían apresuradamente hacia la casa, el noble miró al joven elfo que corría junto a él.

— ¿Quindiniar...? —Durndrun se acercó aún más y le tomó del brazo—. No pensarás que esto tiene que ver con esos rumores que nos confiaste la otra noche, ¿verdad? Ya sabes, lo de los..., los gigantes... Paithan pareció levemente avergonzado.

—

— ¿Yo hablé de gigantes? ¡Por Orn, el vino que nos diste esa noche era muy fuerte, Durndrun!

—Tal vez los rumores no son rumores, después de todo —murmuró Durndrun en tono lúgubre.

Paithan pensó en el origen de aquel estruendo y en aquel olor a oscuridad. Moviò la cabeza en gesto de negativa y dijo:

—Creo que vamos a desear tener enfrente unos gigantes, mi señor. Ahora mismo, me encantaría escuchar uno de esos cuentos humanos para conciliar el sueño.

Los dos llegaron al edificio, donde empezaron a revisar el catálogo de armamento del arsenal. Otros elfos varones que asistían a la fiesta se unieron a ellos entre gritos y exclamaciones, con un comportamiento no mucho mejor que el de sus mujeres, en opinión de Paithan. Los estaba observando con una mezcla de diversión e impaciencia cuando, de pronto, se dio cuenta de que todos ellos lo contemplaban, y que sus rostros estaban extraordinariamente serios.

— ¿Qué crees que debemos hacer? —preguntó el barón Durndrun.

—Yo... yo... Bueno... —balbució Paithan, mirando con aire confuso a la treintena aproximada de miembros de la nobleza elfa—. Vamos, estoy seguro de

que vosotros...

— ¡Vamos, vamos, Quindiniar! —Le cortó Durndrun—. Tú eres el único de nosotros que ha estado en el mundo exterior, el único con experiencia en este tipo de asuntos. Necesitamos un jefe y vas a serlo tú.

«Y, si sucede algo, tendréis a alguien a quien echar la culpa», pensó Paithan, pero no lo dijo en voz alta aunque en sus labios apareció durante un segundo una sonrisa irónica.

El trueno empezó de nuevo, esta vez con tal potencia que muchos de los elfos cayeron de rodillas. Entre las mujeres y niños que habían sido conducidos a la casa en busca de protección se alzaron gritos y gemidos. Paithan escuchó el crujido de unas ramas al quebrarse en la jungla, y el coro de roncós graznidos de las aves asustadas.

— ¡Mirad! ¡Mirad eso! ¡En el lago! —gritó la voz áspera de uno de los nobles, situado en la última fila de la multitud.

Todos se volvieron hacia donde indicaba. Las aguas del lago se agitaban y hervían, y en el centro, serpenteando hacia lo alto, se veían las escamas relucientes de un enorme cuerpo verde. Una parte de aquel cuerpo sobresalía del agua, para volverse a sumergir en ella.

— ¡Ah!, lo que yo pensaba —murmuró Paithan.

— ¡Un dragón! —exclamó el barón Durndrun. Se agarró al joven elfo y añadió—: ¡Por Orn, Quindiniar! ¿Qué vamos a hacer?

—Me parece —respondió Paithan con una sonrisa— que lo mejor será ir adentro y tomar la que, probablemente, será nuestra última copa.

—

CAPITULO EQUILAN, LAGO ENTHIAL

Aleatha lamentó inmediatamente haber ido junto a las mujeres. El miedo es una enfermedad contagiosa y el salón hedía a pánico. Probablemente, los hombres estaban tan asustados como las mujeres, pero al menos mantenían una apariencia de arrojo..., si no por ellos mismos, al menos por lo que pensarían los demás. Las mujeres no sólo podían dejarse llevar por el terror, sino que era eso lo que se esperaba de ellas. Pero incluso el miedo tenía definidas sus normas de etiqueta.

La matrona de la casa —madre del barón Durndrun y dueña absoluta de la mansión ya que su hijo aún era soltero— tenía prioridad en las demostraciones de histeria. Ella era la de más edad, la de rango más alto, y estaba en su casa.

Ninguna de las damas presentes, por lo tanto, tenía derecho a mostrarse tan sobrecogida de pánico como ella. (La esposa de un simple duque, que se había desmayado en un rincón, estaba condenada al ostracismo.)

La matrona yacía postrada en un sofá mientras su sirvienta lloraba junto a ella y le aplicaba diversos remedios: baños de agua de espliego en las sienes, untaduras de tintura de rosa en el amplio pecho, que se alzaba y descendía con un temblor mientras la mujer trataba en vano de recuperar el aliento.

— ¡Oh... oh... oh...! —jadeaba, palpándose el corazón.

Las esposas de los invitados se cernían sobre ella, retorciéndose las manos, abrazándose de vez en cuando y lanzando apagados sollozos. Su miedo servía de inspiración a los niños, que hasta entonces habían mostrado una ligera

curiosidad, pero que ahora lloriqueaban a coro y se metían entre las piernas de todo el mundo.

— ¡Oh... oh... oh...! —gimió la matrona, exhibiendo un leve color amoratado.

—Dale unos cachetes —indicó Aleatha con frialdad.

La sirvienta pareció tentada de hacerlo, pero las esposas de los nobles consiguieron recuperarse de su pánico el tiempo suficiente para mostrarse

—

escandalizadas. Aleatha se encogió de hombros, dio media vuelta y se encaminó hacia los grandes ventanales que hacían de puertas y se abrían al espacioso porche desde el que se contemplaba el lago. Detrás de la muchacha, las convulsiones de la matrona parecían ir remitiendo. Quizás había oído la sugerencia de Aleatha y había visto la mano crispada de la criada.

—En los últimos minutos no se ha vuelto a oír ese ruido —musitó la esposa de un conde—. Tal vez ya ha pasado todo.

La respuesta al comentario fue un silencio lleno de inquietud. Aquello no había terminado. Aleatha lo sabía y las demás mujeres congregadas en la estancia lo sabían también. De momento reinaba la calma, pero era un silencio tenso, cargado y terrible que a Aleatha le hizo añorar los gemidos de la matrona de la casa. Las mujeres formaron una apretada pina y los niños reanudaron sus sollozos.

El estruendo se alzó de nuevo, esta vez con más fuerza. La casa se estremeció alarmantemente. Las sillas se movieron de sitio y los pequeños adornos cayeron de las mesas, haciéndose añicos contra el suelo. Las que pudieron, se agarraron a la que encontraron; las que no tenían dónde apoyarse, perdieron el equilibrio y cayeron también. Desde la ventana, Aleatha vio alzarse del lago aquel cuerpo verde y escamoso.

Por fortuna, ninguna de las mujeres de la estancia advirtió la presencia de aquel ser. Aleatha se mordió los labios para no soltar un grito de pavor. En un abrir y cerrar de ojos, la criatura desapareció con tal rapidez que la muchacha llegó a dudar de si la había visto de verdad o si había sido una mera alucinación causada por su propio miedo.

El trueno cesó y Aleatha vio a los hombres corriendo hacia la casa, con su hermano a la cabeza. La muchacha abrió las puertas y descendió a toda prisa la amplia escalinata.

— ¡Paithan! ¿Qué era eso? —preguntó a su hermano, asiéndolo por la manga de la casaca.

—Un dragón, me temo —respondió él.

— ¿Qué será de nosotros?

—Imagino que todos vamos a morir —dijo Paithan tras pensárselo unos momentos.

— ¡Pero no es justo! —protestó Aleatha, pateando el suelo con gesto de rabia e impotencia.

—No, supongo que no. —Las palabras de su hermana le parecieron un enfoque bastante extraño de su desesperada situación, pero Paithan le acarició la mano con un gesto tranquilizador—. Vamos, Thea, tú no vas a desmayarte como las demás mujeres de ahí dentro, ¿verdad? Es impropio que alguien como tú se deje llevar por la histeria.

Aleatha se llevó las manos a las mejillas y notó la piel caliente y enrojecida. Su hermano tenía razón, se dijo. Debía de estar hecha un adefesio. Tras una profunda inspiración, se obligó a relajarse, se alisó el cabello y volvió a componer los pliegues desordenados de su vestido. El rubor fue desapareciendo de su rostro.

— ¿Qué vamos a hacer? —insistió con voz firme.

—Armarnos. Será inútil, Orn lo sabe, pero al menos podremos mantener a raya al monstruo durante algún tiempo.

— ¿Y la Guardia de la Reina?

—

Al otro lado del lago, se distinguía al regimiento de la Guardia de la Reina desplegándose. Todos los soldados corrían a ocupar sus posiciones.

—

. El ejército élfico se divide en tres ramas: la Guardia de la Reina, los Guardianes de las Sombras y la Guardia de la Ciudad. Los Guardianes de las Sombras se mantienen en las regiones inferiores de la ciudad y, según parece, son expertos en enfrentarse con los diversos monstruos que habitan bajo las llanuras de musgo. (N. del a.)

—La guardia protege a Su Majestad, Thea. Los soldados no pueden abandonar el palacio. Tengo una idea: puedes llevar a las demás mujeres y a los niños al sótano y...

— ¡No! ¡No voy a morir como una rata en un agujero!

Paithan miró fijamente a su hermana, midiendo su valor.

—Está bien, Aleatha. Hay otra cosa que puedes hacer. Alguien tiene que ir a la ciudad y alertar al ejército. No podemos prescindir de ningún hombre y las demás mujeres no están en condiciones de viajar. Es una misión peligrosa; el medio de transpone más rápido es el deslizador y si esa bestia rompe nuestras líneas de defensa...

Aleatha imaginó con toda claridad la enorme cabeza del dragón alzándose y agitándose violentamente hasta romper los cables que sostenían el vehículo sobre el vacío. Se vio cayendo vertiginosamente...

Pero luego se imaginó encerrada con la dueña de la casa en un sótano oscuro y mal ventilado.

—Iré. —Aleatha empezó a recogerse las faldas.

—Espera, Thea. Escucha. No intentes bajar al centro mismo de la ciudad, pues te perderías. Busca el puesto de guardia del lado de vars. Las cestas te llevarán una parte del camino y luego tendrás que seguir a pie, pero distinguirás el puesto desde la primera encrucijada. Es una atalaya construida en las ramas de un árbol karabeth. Diles que...

— ¡Paithan! —Durndrun salió de la casa a toda prisa, con el arco y un carcaj en la mano y señalando hacia el lago con la otra—. ¿Quién diablos anda ahí abajo? ¿No habían vuelto todos con nosotros?

—Eso creía —asintió Paithan, forzando la vista hacia donde indicaba el barón.

El reflejo del sol en las aguas del lago resultaba cegador pero alcanzó a ver, sin la menor duda, una figura que se movía al borde del agua—. Déjame ese arco. Iré a

por él. Es fácil que nos hayamos dejado a alguien, en la confusión.

— ¿Piensas..., piensas bajar ahí? ¿Con el dragón? —El noble contempló a Paithan con asombro.

Como siempre hacía en la vida, Paithan se había prestado voluntario sin pensárselo. Pero, antes de que le diera tiempo a añadir que, de pronto, había recordado que tenía otro compromiso anterior, Durndrun se apresuró a colocar el arco y la aljaba con las flechas en las manos del joven elfo mientras murmuraba algo acerca de una medalla al valor. Póstuma, sin duda.

— ¡Paithan! —Aleatha le sujetó un brazo.

El elfo tomó la mano de la muchacha entre sus dedos, la estrechó y, a continuación, la depositó en la de Durndrun.

—Aleatha se ha ofrecido a alertar a los Guardianes de las Sombra para que acudan a rescatarnos.

— ¡Qué valentía! —Murmuró el noble, besando la mano helada de la muchacha—. ¡Qué ánimo! —añadió, y contempló a Aleatha con ferviente admiración.

—

—El mismo que tenéis todos los que os quedáis aquí, mi señor. Tengo la impresión de estar huyendo. —Aleatha suspiró profundamente y dirigió una fría mirada a su hermano—. Ten cuidado, Pait.

—Lo mismo digo, Thea.

Con el arma dispuesta, Paithan se dirigió a la carrera hacia el lago.

Aleatha lo vio alejarse y notó en el pecho una sensación horrible, sofocante.

Una sensación que ya había experimentado una vez en su vida, la noche en que muriera su madre.

—Permíteme que te escolte, querida Aleatha. —El barón Durndrun no le soltaba la mano.

—No, mi señor. ¡No digas tonterías! —replicó Aleatha de inmediato. Tenía un nudo en el estómago y el corazón en un puño. ¿Por qué se había marchado Paithan? ¿Por qué la había abandonado? Lo único que deseaba era escapar de aquel lugar horrible—. Tú eres necesario aquí.

— ¡Aleatha! ¡Qué valiente y hermosa eres! —El barón Durndrun la atrajo hacia sí; sus brazos la rodearon y sus labios le rozaron los dedos—. Sí, por algún milagro, escapamos de este monstruo, quiero que te cases conmigo.

Aleatha dio un respingo, trastornada por el miedo. El barón Durndrun era uno de los nobles de más alto rango en la corte y uno de los elfos más ricos de Equilan. Siempre la había tratado con cortesía, pero se había mostrado frío y distante. Paithan había tenido la amabilidad de informar a su hermana de que el barón la consideraba «demasiado alocada, con un comportamiento indecoroso». Al parecer, había cambiado de idea.

— ¡Mi señor! ¡Por favor, tengo que irme! —Aleatha se debatió, aunque no mucho, para desasirse del brazo que rodeaba su cintura.

—Lo sé y no voy a impedir tu valeroso acto. Pero prométeme que serás mía, si sobrevivimos.

Aleatha cesó en sus esfuerzos y bajó sus ojos púrpura, con aire tímido.

—Estamos en unas circunstancias terribles, mi señor. No somos nosotros mismos. Si salimos de ésta, no te consideraré obligado por esta promesa. Pero —se

acercó aún más a él, susurrante— sí prometo a mi señor que le escucharé si me lo vuelve a pedir entonces.

Desasiéndose por fin, Aleatha hizo una elegante reverencia, dio media vuelta y echó a correr, grácil y veloz, por el césped de musgo hacia el cobertizo de los carruajes. La muchacha sabía que el barón la seguía con la mirada.

«Ya lo tengo», pensó. «Seré la esposa de Durndrun y desplazaré a su madre como primera dama de compañía de la reina.»

Mientras corría, con las faldas recogidas para evitar tropiezos, Aleatha sonrió. Si la matrona de la casa se había puesto histérica por causa de un dragón, ¡a saber cómo reaccionaría cuando se enterara de la noticia! Su único hijo, sobrino de Su Majestad, unido en matrimonio con Aleatha Quindiniar, una rica plebeya. Sería el escándalo del año.

Pero, de momento, sólo podía rogar a la bendita Madre Peytin que saliera con vida de aquel trance.

Paithan continuó su descenso por el inclinado jardín, en dirección al lago. El suelo empezó a vibrar otra vez y se detuvo a echar un rápido vistazo a su alrededor, buscando algún indicio del dragón. Sin embargo, el temblor cesó casi al instante y el joven elfo reemprendió la marcha.

—

Estaba asombrado de sí mismo, de aquella demostración de valentía. Era un experto en el uso del arco, pero aquella pequeña arma no le sería de mucha utilidad frente a un dragón. ¡Por la sangre de Orn! ¿Qué estaba haciendo allí? Después de pensar seriamente en ello, mientras acechaba tras unos matorrales para ver mejor la orilla, llegó a la conclusión de que no era una cuestión de valentía. Sólo lo impulsaba la curiosidad, aquella misma curiosidad que siempre había causado problemas en su familia.

Fuera quien fuese la persona que deambulaba junto al lago, tenía totalmente desconcertado a Paithan. Éste podía comprobar ahora que se trataba de un varón y que no era ningún invitado. En realidad, no era ningún elfo. Era un humano, y bastante viejo, a juzgar por su aspecto. Un anciano de largos cabellos canosos que le caían sobre la espalda y luenga barba blanca que le llegaba al pecho. Iba vestido con una túnica larga, sucia y de color ceniciento. Un gorro cónico, desastrado y con la punta rota, se sostenía inciertamente sobre la cabeza. Y lo más increíble era que parecía haber salido del lago. De pie junto a la orilla, despreciando el peligro, el viejo se retorció la barba para escurrir el agua y, vuelto hacia el lago, murmuraba algo por lo bajo.

—Un esclavo, sin duda —dijo Paithan—. Debe de haberse aturdido y anda desorientado. Aunque no entiendo por qué iba nadie a conservar un esclavo tan viejo y decrepito. ¡Eh, tú! ¡Viejo!

Paithan se encomendó a Orn y se lanzó abiertamente pendiente abajo. El anciano no le prestó atención y, recogiendo un largo bastón de madera que había visto tiempos mejores, empezó a batir el agua con él.

Paithan casi pudo ver el cuerpo serpenteante y escamoso ascendiendo desde las profundidades del lago azul. Notó una presión en el pecho, un ardor en los pulmones.

— ¡No! ¡Anciano! ¡Padre...! —Gritó, hablando en humano y utilizando el tratamiento habitual con que los humanos se dirigían a sus mayores varones—.

¡Padre! ¡Apártate de ahí! ¡Padre!

— ¿Eh? —El anciano se volvió y miró a Paithan con ojos confusos—. ¿Hijo? ¿Eres tú, muchacho? —Soltó el bastón y abrió los brazos de par en par. El movimiento le hizo tambalearse—. ¡Ven a mis brazos, hijo! ¡Ven con tu padre! Paithan intentó detener su propio impulso a tiempo de sujetar al anciano, que se tambaleaba al borde del agua. Sin embargo, el elfo resbaló sobre la húmeda hierba y le fallaron las rodillas. El viejo perdió su precario equilibrio y, agitando los brazos, cayó al lago con un gran chapoteo.

— ¡Ésta no es la manera en que un hijo debe tratar a su anciano padre! —El humano miró a Paithan, colérico—. ¡Mira que tirarme al lago!

— ¡Yo no soy tu hijo, viejo! Y ha sido un accidente. —Paithan tiró del anciano, arrastrándolo pendiente arriba—. ¡Vamos! ¡Tenemos que marcharnos de aquí enseguida! Hay un dragón y...

El humano se detuvo de improviso y Paithan, desequilibrado, estuvo a punto de caer al musgo. Tiró del flaco brazo del anciano para que continuara avanzando, pero fue como intentar mover un tronco de vortel.

—No seguiré sin mi sombrero —declaró el anciano.

— ¡Por Orn bendito! —Paithan hizo rechinar los dientes. Volvió la mirada al lago con una mueca de temor, esperando ver en cualquier momento que el agua empezaba a hervir otra vez—. ¡Olvídate del gorro, viejo idiota! ¡Hay un dragón en...!

—

—Miró de nuevo al humano y exclamó, exasperado—: ¡Pero si lo llevas en la cabeza!

—No me mientas, hijo —replicó el anciano con terquedad. Se inclinó para recoger el bastón y el gorro se le cayó sobre los ojos—. ¡Dioses! ¡Y ahora me he quedado ciego de repente! —añadió con voz de asombro y pavor, alzando las manos para tantear lo que tenía ante sí.

— ¡Es el gorro! —Paithan se acercó de un salto, agarró el adminículo del viejo y se lo arrancó de la cabeza—. ¡El gorro! —repitió agitándolo ante sus narices.

—Ése no es el mío —protestó el anciano, observando la prenda con recelo—. Me has cambiado el sombrero. El mío tenía mucho mejor aspecto...

— ¡Vamos! —exclamó de nuevo, reprimiendo las ganas de echarse a reír.

— ¡El bastón! —chilló el viejo, negándose a moverse de donde estaba plantado.

Paithan acarició la idea de dejar al viejo para que echara raíces en el musgo, si eso quería, pero el elfo no soportaba la idea de ver a un dragón devorando a alguien... aunque fuera a un humano. Volvió sobre sus pasos a toda prisa, recuperó el bastón, lo puso en la mano del anciano y continuó tirando de él hacia la casa.

El elfo temió que el viejo humano tuviera dificultades para llegar hasta allí, pues el camino era largo y cuesta arriba. Paithan se oyó a sí mismo respirando con esfuerzo y notó las piernas cansadas por la tensión. En cambio, el anciano parecía poseer una resistencia extraordinaria y avanzaba resueltamente, dejando agujeros en el musgo allí donde apoyaba el bastón.

— ¡Ah, creo que algo nos viene siguiendo! —exclamó de pronto el anciano.

— ¿Sí? —Paithan se volvió en redondo.

— ¿Dónde? —El viejo agitó el bastón y estuvo a punto de dejar sin sentido a

Paithan—. ¡Por los dioses que le daré con esto...!

— ¡Basta! ¡Ya es suficiente! —El elfo agarró el bastón que el anciano seguía moviendo de un lado al otro—. Ahí no hay nada. Pensaba que habías dicho que..., que algo nos seguía.

—Si no es así, ¿a qué viene que me lleves corriendo por esta condenada cuesta?

—Hay un dragón en el la...

— ¡El lago! —Al humano se le erizó la barba y sus tupidas cejas se pusieron de punta en todas direcciones—. ¡De modo que es ahí donde está! ¡Me ha metido en el agua a propósito! —El viejo levantó el puño y lo agitó en el aire en dirección al lago—.

¡Ya te arreglaré yo, gusano! ¡Ven! ¡Sal donde pueda verte! —dejó caer el bastón y empezó a levantarse las mangas de sus ropas sucias y húmedas—. Ya estoy a punto. Sí, señor. ¡Y esta vez te voy a lanzar un conjuro que te sacará los ojos de las órbitas!

— ¡Espera un momento! —Paithan notó que el sudor empezaba a helársele sobre la piel—. ¿Estás diciendo que..., que ese dragón es... tuyo?

— ¿Mío? ¡Por supuesto que es mío! ¿No es cierto, especie de reptil resbaladizo?

— ¿Quieres decir que..., que el dragón está bajo tu control? —Paithan empezó a respirar un poco mejor—. Entonces, debes de ser un hechicero.

— ¿Debo...? —El humano pareció muy sorprendido de la noticia.

—

—Tienes que ser un mago, y muy poderoso, para controlar a un dragón.

—Bueno, yo..., hum..., verás, hijo. —El anciano empezó a mesarse la barba con evidente incomodidad—. Ésa es una cuestión entre nosotros dos..., el dragón y yo.

— ¿A qué te refieres? —Paithan notó que se le empezaba a hacer un nudo en el estómago.

—A quién tiene el control sobre quién. No es que yo tenga ninguna duda al respecto, desde luego; lo que sucede es que... hum... que el dragón suele olvidarse de ello.

El elfo no se había equivocado: aquel viejo humano estaba loco. Paithan se las tenía que ver con un dragón y un humano loco. Pero, en el bendito nombre de la Madre Peytin, ¿qué estaba haciendo en el lago aquel viejo chiflado?

— ¿Dónde estás, sapo hinchado? —Continuó gritando el hechicero—. ¡Sal! ¡No servirá de nada que te escondas! ¡Daré contigo...!

Un chillido agudo interrumpió la perorata.

— ¡Aleatha! —exclamó Paithan, volviendo la vista a lo alto de la colina.

— ¡Auxilio! ¡Por favor...! —El grito terminó en un gemido ahogado.

— ¡Ya voy, Thea! —El elfo salió de su momentánea parálisis y echó a correr hacia la casa.

— ¡Eh, muchacho! —gritó el viejo, con los brazos en jarras, contemplando encolerizado cómo se alejaba—. ¿Dónde crees que vas con mi sombrero?

—

CAPITULO
EQUILAN,
LAGO ENTHIAL

Paithan se unió a un grupo de hombres que, conducido por el barón Durndrun, corría hacia donde había sonado el grito de auxilio. Al doblar la esquina del ala norint de la casa, el pelotón se detuvo en seco. Aleatha se encontraba inmóvil en una pequeña loma de musgo. Delante de ella, interponiendo su cuerpo enorme entre la elfa y el cobertizo de los deslizadores, se hallaba el dragón.

Era un ser enorme, cuya cabeza se alzaba hasta las copas de los árboles. Su cuerpo se perdía en las umbrías profundidades de la jungla y carecía de alas, pues había pasado toda su existencia en las oscuras entrañas de la impenetrable vegetación, deslizándose entre los troncos de los gigantescos árboles de Pryan. Sus fuertes patas, dotadas de grandes zarpas, podían abrirse paso en la selva más cerrada o derribar a un hombre de un golpe. Cuando avanzaba, su larga cola se agitaba como un látigo y cortaba la vegetación como una guadaña, formando unos senderos que eran bien conocidos (e inmensamente temidos) por los aventureros. Sus ojos enormes, rojos y de mirada inteligente, estaban fijos en Aleatha. El dragón no se mostraba amenazador; sus grandes mandíbulas no estaban abiertas, aunque eran visibles los colmillos superiores e inferiores sobresaliendo de sus fauces. Una lengua roja asomaba y desaparecía velozmente entre los dientes. Los hombres armados observaban aquella aparición inmóviles, sin saber qué hacer. Aleatha permanecía muy quieta.

El dragón ladeó la cabeza, observándola.

Paithan se abrió paso hasta colocarse en la vanguardia del grupo. El barón Durndrun estaba soltando furtivamente el seguro de una ballesta. El arma despertó mientras Durndrun empezaba a llevarse la culata al hombro. La saeta preparada para el disparo preguntó con voz chillona:

—

— ¿Objetivo? ¿Objetivo?

—El dragón —ordenó Durndrun.

— ¿El dragón? —La flecha pareció alarmada y dispuesta a iniciar una protesta, problema que solían presentar las armas inteligentes—. Por favor, consulte el manual del usuario, sección B, párrafo tres. Cito: «No utilizar contra un adversario cuyo tamaño sea superior a...»

—Apunta al corazón...

— ¿A cuál?

— ¿Qué pretendes hacer con eso? —Paithan agarró por el codo al joven noble.

—Le puedo meter un buen dardo en los ojos...

— ¿Estás loco? ¡Si fallas, el dragón se lanzará sobre Aleatha!

Durndrun estaba pálido y tenía una expresión preocupada, pero continuó preparando el arco.

—Soy un tirador excelente, Paithan. Hazte a un lado.

— ¡No!

— ¡Es nuestra única oportunidad! ¡Maldita sea, Paithan, esto me gusta tan

poco como a ti, pero...!

—Discúlpame, hijo —exclamó a su espalda una voz irritada—. ¡Me estás arrugando el sombrero!

Paithan soltó un juramento. Se había olvidado del anciano humano, que se abría camino entre el grupo de elfos tensos y ceñudos.

— ¡Ya no se tiene respeto por los ancianos! Creéis que todos somos unos viejos decrepitos, ¿verdad? ¡Pues una vez tuve un hechizo que os habría hecho caer de espaldas! Ahora mismo no recuerdo bien cómo era... ¿Campana de fuego? No, no era eso... ¡Ya lo tengo! ¡Círculo de fuego! No, tampoco me suena. ¡En fin, ya me saldrá! ¡Y tú, muchacho...! —El anciano estaba enfurecido—. ¡Mira cómo me has dejado el sombrero!

— ¡Toma el maldito sombrero y...! —empezó a replicar Paithan sin advertir, en su irritación, que el anciano había dicho lo anterior en correcto elfo.

— ¡Silencio! —susurró Durndrun.

El dragón había vuelto la cabeza lentamente y los estaba observando, con los ojos entrecerrados.

— ¡Tú! —exclamó el dragón con una voz que sacudió los cimientos de la casa del barón.

El anciano estaba tratando de devolverle cierta forma al gorro a base de golpes. Al escuchar el atronador « ¡Tú!», dirigió a un lado y al otro su vista nublada y finalmente distinguió la enorme cabeza verde que se alzaba a la altura de las copas.

— ¡Aja! —exclamó el anciano. Con paso inseguro, retrocedió un poco al tiempo que alzaba un dedo tembloroso y acusador hacia el dragón—. ¡Sapo monstruoso! ¡Has intentado ahogarme!

— ¡Sapo! —El dragón irguió todavía más la cabeza y clavó las patas delanteras en el musgo, haciendo temblar el suelo. Aleatha trastabilló y cayó el suelo con un grito. Paithan y Durndrun aprovecharon la distracción del dragón para correr en ayuda de la muchacha. Paithan se agachó junto a ella, protegiéndola con sus brazos. El barón Durndrun cubrió a los hermanos con el arma levantada. Desde la casa llegó a sus oídos el lamento de las mujeres, convencidas de que aquello era el fin.

—

El dragón bajó la cabeza y el viento que levantó a su paso agitó las hojas de los árboles. La mayoría de los elfos se tiraron al suelo; sólo un puñado de valientes permaneció firme. Durndrun disparó un dardo. Con un chillido de protesta, la saeta chocó contra las escamas verdes tornasoladas, rebotó en ellas, cayó al musgo y se escurrió bajo la vegetación. El dragón no pareció enterarse. Su cabeza se detuvo a escasos palmos del anciano y exclamó:

— ¡Tú, mala imitación de hechicero! ¡Tienes mucha razón al decir que he tratado de ahogarte! Pero ahora he cambiado de idea. ¡Morir ahogado sería demasiado bueno para ti, reliquia apolillada! Cuando me haya saciado de carne de elfo, empezando por este apetitoso bocadito rubio que tengo delante, te voy a limpiar los huesos de carne uno a uno, empezando por ese dedo que tienes alzado...

— ¿Ah, sí? —replicó a gritos el anciano. Se ajustó el gorro a la cabeza, arrojó el bastón al suelo y, de nuevo, empezó a subirse las mangas—. ¡Eso ya lo veremos!

—Voy a disparar ahora, aprovechando que no nos mira —cuchicheó Durndrun—. Paithan, tú y Aleatha echad a correr cuando lo haga...
— ¡No digas tonterías, Durndrun! ¡No podemos luchar contra esa criatura! Espera a ver que consigue el humano. ¡Dice que él controla al dragón!
— ¡Paithan! —Aleatha le clavó las uñas en el brazo—. ¡Ese humano es un viejo chiflado! ¡Hazle caso al barón!
— ¡Silencio!

La voz del anciano empezó a alzarse en un tono vibrante y agudo. Con los ojos cerrados agitó los dedos en dirección al dragón e inició un canturreo, meciéndose hacia adelante y hacia atrás al ritmo de las palabras.

El dragón abrió la boca; sus dientes perversamente afilados brillaron en la penumbra y su lengua se agitó entre ellos, en gesto amenazador.

Aleatha cerró los ojos y ocultó el rostro en el hombro de Durndrun, desplazando la ballesta, que lanzó un chirrido de protesta. El barón apartó el arma, pasó torpemente el brazo en torno a la mujer y la sujetó con fuerza.

—Paithan, tú sabes humano. ¿Qué está diciendo?

*Cuando era joven salí a buscar
el amor y las cosas que soñaba.
Emprendí la marcha bajo el cielo nublado
y con un gorro en la cabeza.
Partí con grandes intenciones confiando
en la intervención divina; pero nada
podía prepararme para las cosas
que finalmente aprendí.
Al principio busqué batallas
anhelando el estrépito de las espadas,
pero nos condujeron como ganado
y jamás llegamos a presenciar un combate.
Estuve en el campo durante horas,
entre las lanzas y las flores;
decidí que era tiempo de marcharme
y me escabullí en plena noche.*

—

*He estado vagando sin rumbo,
he visto guerras, reyes y cabañas,
he conocido a muchos hombres atractivos
que todavía no han besado a una chica.
Sí, he recorrido el mundo entero
he visto hombres borrachos y serenos
pero nunca he visto a nadie que beba tanto
como el noble Bonnie.*

Paithan soltó un jadeo y tragó saliva.

—Yo no..., no estoy seguro. Supongo que debe de ser... magia. —Se puso a buscar por el suelo alguna rama de buen tamaño o cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. No le parecía el mejor momento para explicarle al noble que el anciano estaba tratando de hechizar al dragón sirviéndose de una de las canciones de taberna más populares de Thillia.

*Viví en palacios reales
y un rey me llevó a sus aposentos
para que aprendiera los usos cortesanos
y observara el poder de la nobleza.
Acepté el ofrecimiento del buen rey,
pero le vacié el cofre
y con la bolsa cargada de oro a rebosar
desaparecí de su vista.
Después conocí a una dama
en un rincón discreto y en sombras,
yo era muy hábil con las palabras
y se nos hizo muy tarde charlando.
La mujer me ofreció su lecho esa noche
pero la familia me exigió el matrimonio,
así, con precio puesto a mi cabeza,
huí de la casa con las primeras luces del alba.
He estado vagando sin rumbo,
he visto guerras, reyes y cabañas,
he conocido a muchos hombres atractivos
que todavía no han besado a una chica.
Sí, he recorrido el mundo entero,
he visto hombres borrachos y serenos
pero nunca he visto a nadie que beba tanto
como el noble Bonnie.*

— ¡Por Orn bendito! —exclamó Durndrun, jadeando—. ¡Da resultado!
Paithan alzó la cabeza y miró, asombrado. La testa del dragón había
empezado a moverse al compás de la tonada.

—

El anciano continuó cantando la historia del noble Bonnie en incontables estrofas. Los elfos permanecieron inmóviles, temiendo que el menor gesto pudiera romper el hechizo. Aleatha y Durndrun se apretaron un poco más el uno contra el otro. El dragón tenía los párpados entrecerrados y la voz del anciano se hizo más dulce. La criatura parecía casi dormida cuando, de pronto, abrió los ojos y alzó de nuevo la cabeza.

Los elfos asieron sus armas. Durndrun colocó a Aleatha detrás de él. Paithan enarboló una rama.

— ¡Cielos, mi señor! —Exclamó el dragón, contemplando al viejo—. ¡Estás totalmente empapado! ¿Qué te ha sucedido?

El humano pareció avergonzado:

—Bien, yo...

—Tienes que cambiarte inmediatamente esas ropas mojadas, señor, o pillarás una pulmonía mortal. Necesitas un buen fuego y un baño caliente.

—Ya he tenido suficiente agua con...

—Por favor, señor. Yo sé qué es lo mejor. —El dragón volvió la cabeza a un lado y otro—. ¿Quién es el dueño de esta hermosa mansión?

Durndrun dirigió una breve mirada de interrogación a Paithan.

— ¡Síguele la corriente! —susurró el joven elfo.

—Esto..., soy yo. —El noble parecía desorientado, como si se preguntara vagamente si había alguna norma de etiqueta que estableciera el modo adecuado de presentarse uno mismo a un enorme reptil babeante. Por último, decidió ser conciso y ceñirse a la pregunta—. Soy..., soy Durndrun. El barón Durndrun. Los ojos enrojecidos del dragón se concentraron en el balbuciente aristócrata.

—Discúlpame, señor. Lamento interrumpir la fiesta, pero conozco mis deberes y es imperioso que mi mago reciba atención inmediata. Es un anciano frágil y...

— ¿A quién estás llamando frágil, monstruo plagado de hongos...?

—Supongo que mi mago será hospedado en tu casa, ¿verdad, señor?

— ¿Hospedado? —Durndrun parpadeó, desconcertado—. ¿Hospedado? ¡Pero qué...!

— ¡Por supuesto que lo invitas! —masculló Paithan por lo bajo, en tono colérico.

— ¡Ah, claro! ¡Ya entiendo! —murmuró el barón. Hizo una reverencia ante el humano y añadió—: Será un gran honor para mí recibir a... hum... ¿cómo se llama? —murmuró en un aparte a Paithan.

— ¡Que me aspen si lo sé! —replicó éste.

— ¡Averígualo!

Paithan se acercó furtivamente al anciano.

—Gracias por rescatarnos...

— ¿Has oído lo que me ha llamado? —Inquirió el humano—. ¡Frágil! ¡Ya le daré yo frágil! ¡Voy a...!

— ¡Presta atención, por favor! El barón Durndrun, ese caballero de ahí, estará encantado de invitarte a su casa. Si tienes la amabilidad de revelarnos tu nombre...

—Me resulta imposible.

Desconcertado, Paithan acertó a preguntar:

— ¿El qué, te resulta imposible?

—

—Me resulta imposible aceptar la invitación. Tengo otros compromisos anteriores.

— ¿A qué viene este retraso? —intervino el dragón. Paithan dirigió una mirada inquieta a la criatura.

—Discúlpame, anciano, me temo que no comprendo y..., verás, no queríamos irritar al...

—Me esperan —declaró el anciano—. Me esperan en otra parte. La casa de un colega. He prometido que iría y un hechicero no falta jamás a su palabra. Si lo hace, le suceden cosas terribles a su nariz.

— ¿Y no me podrías decir dónde te esperan? Se trata de tu dragón, ¿sabes? Parece...

— ¿Excesivamente solícito? ¿Un mayordomo de película de serie B? ¿Una madre judía? Exacto —replicó el humano en tono lúgubre—. Siempre se pone así cuando está bajo el hechizo. Me vuelve loco. Yo lo prefiero de la otra manera, pero tiene la irritante costumbre de comerse a la gente si no lo mantengo subyugado.

— ¡Por favor, anciano! —exclamó Paithan, desesperado, al ver que los ojos del dragón empezaban a despedir un fulgor rojizo—. ¿Dónde vas a alojarte?

—Está bien, muchacho, está bien. No te excites. Vosotros, los jóvenes,

siempre con prisas. ¿Por qué no me lo has preguntado antes? En casa de Quindiniar. De un tipo que se llama Lenthon Quindiniar. Él me ha mandado llamar —añadió el anciano, con aire altivo—. «Se precisa un sacerdote humano.» En realidad, yo no soy sacerdote. Soy un mago. Todos los sacerdotes habían salido a recaudar fondos cuando llegó el mensaje...

— ¡Por las orejas de Orn! —murmuró Paithan. Tenía la extrañísima sensación de encontrarse en medio de un sueño. Si era así, ya iba siendo hora de que Calandra le arrojara un vaso de agua a la cara. Se volvió hacia Durndrun—. Yo... lo siento, barón, pero el... el caballero ya tiene otro compromiso. Se alojará en casa de... de mi padre.

Aleatha se echó a reír y Durndrun le dio unas nerviosas palmaditas en el hombro, pues advirtió un tono histérico en su carcajada. La muchacha, sin embargo, se limitó a echar la cabeza hacia atrás y continuó riéndose, aún más fuerte.

El dragón, aparentemente, consideró que la risa iba dirigida a él y entrecerró sus ojos encarnados, con aire amenazador.

— ¡Thea! ¡Basta! —Ordenó Paithan—. ¡Domínate! ¡Seguimos en peligro! No confío en ninguno de los dos y no estoy seguro de cuál de ellos está más loco, si el dragón o el viejo.

Aleatha se enjugó las lágrimas que le habían saltado de los ojos.

— ¡Pobre Calandra! —Murmuró con una risilla—. ¡Pobre Cal!

—Te ruego que recuerdes, caballero, que mi mago sigue aquí con esas ropas empapadas —tronó el dragón—. Puede pillar un resfriado y es muy propenso a padecer de los pulmones.

—A mis pulmones no les sucede nada...

—Si me facilitas la dirección de la casa —continuó el dragón, haciéndose el mártir—, me adelantaré para prepararle un baño caliente.

— ¡No! —Gritó Paithan—. Es decir... —Intentó pensar algo, pero su cerebro ya tenía suficientes problemas para adaptarse a la situación. Desesperado, se volvió hacia el humano—. Los Quindiniar vivimos en una colina con vistas a la ciudad.

—

Imagina el efecto de la presencia de un dragón, surgiendo de pronto entre nuestra gente... No pretendo ser desconsiderado, pero ¿no podrías decirle que...?

— ¿Que meta las narices en otra parte? —El anciano emitió un suspiro—. Tal vez merezca la pena intentarlo. ¡Eh, tú, Cyril!

— ¿Señor?

—Soy perfectamente capaz de prepararme el baño yo mismo. ¡Y no me resfrío nunca! Además, no puedes ir haciendo cabriolas por la ciudad de los elfos con ese enorme corpachón escamoso. Dejarías helados del susto a estos ángeles.

— ¿Ángeles, señor? —El dragón ladeó ligeramente la cabeza y lanzó una mirada colérica.

— ¡Olvidalo! —El anciano hizo un gesto con una de sus manos nudosas y ordenó a la criatura—: Ahora, vete a otra parte hasta que te llame.

—Muy bien, señor —respondió el dragón en tono dolido—. Si es eso lo que quieres, realmente.

—Sí, sí. Vamos, márchate enseguida.

—Yo sólo pretendo velar por ti y por tus intereses, señor.

—Desde luego. Ya lo sé.

—Significas mucho para mí, señor —añadió el dragón. Luego, empezó a mover su pesada mole hacia la jungla, pero hizo una pausa y volvió su cabeza gigantesca, mirando a Paithan—. ¿Te ocuparás de que mi mago se ponga calzado impermeable para andar por terrenos húmedos? —Paithan asintió, como si le hubieran atado la lengua—. ¿Y de que se abrigue bien y se enrolle el pañuelo al cuello y lleve el gorro calado hasta las orejas? ¿Y que tome su reconstituyente cada día, nada más despertar? Mi mago sufre trastornos intestinales, ¿sabes?

Paithan agarró del brazo al anciano, que había empezado de nuevo a soltar maldiciones y parecía a punto de lanzarse contra el dragón.

—Mi familia y yo nos ocuparemos de él, Cyril —logró decir por fin—. Al fin y al cabo, es nuestro invitado de honor.

Aleatha había hundido la cara en un pañuelo. Era difícil distinguir si estaba riendo o llorando.

—Gracias, señor —asintió el dragón, con gesto solemne—. Dejo al mago en tus manos. Ocupate de él como es debido; de lo contrario, no te gustarán las consecuencias.

Las enormes zarpas delanteras del dragón excavaron el musgo, levantando pedazos de éste hacia lo alto, y la criatura desapareció lentamente en el agujero que iba creando. Los elfos escucharon, procedente de muy abajo, el crujido de enormes ramas al partirse y, finalmente, un golpe sordo. El temblor continuó unos momentos más y, por fin, todo quedó quieto y silencioso. Después, las aves probaron a emitir sus primeros gorjeos, titubeantes.

— ¿Estamos a salvo de él, si permanece ahí debajo? —preguntó Paithan al humano con voz nerviosa—. No es probable que se libere del hechizo y venga a buscar problemas, ¿verdad?

—No, no. No debes preocuparte por eso, muchacho. Soy un hechicero poderoso. ¡Muy poderoso! Si hasta sabía un conjuro que...

— ¿De verdad? ¡Qué interesante! Y ahora, si quieres acompañarme...

Paithan condujo al anciano hacia el cobertizo de los deslizadores. El joven elfo consideró preferible abandonar aquel lugar lo antes posible. Además, era probable que la fiesta se diera por concluida. Aunque debía reconocer que había sido una de

—

las mejores de Durndrun. Sin duda, se hablaría de ella durante el resto de la temporada de actividades sociales.

El barón se acercó de nuevo a Aleatha, que se enjugaba las lágrimas con el pañuelo, y le ofreció el brazo.

— ¿Puedo escoltarte hasta el deslizador?

—Como quieras, barón —respondió Aleatha, apoyando la mano en su brazo al tiempo que un hermoso rubor cubría sus mejillas.

— ¿Cuándo sería un buen momento para una visita? —preguntó Durndrun en un susurro.

— ¿Una visita, barón?

—A tu padre —respondió éste en tono muy serio—. Tengo que pedirle una cosa. —Posó la mano sobre las de ella y la atrajo hacia sí—. Algo que afecta a su hija.

Aleatha echó una mirada hacia la casa por el rabillo del ojo. La madre de

Durndrun estaba asomada a una ventana, observándolos. La vieja matrona parecía más alarmada que ante la presencia del dragón. Aleatha bajó los ojos y lanzó una tímida sonrisa.

—Cuando gustes, barón. Mi padre está siempre en casa y se sentirá muy honrado de recibirte.

Paithan ayudó al anciano a introducirse en el deslizador.

—Me temo que aún no sé tu nombre, señor —comentó mientras tomaba asiento al lado del hechicero.

—¿Ah, no? —respondió éste con aire alarmado.

—No, señor. No me lo has dicho.

—Mala cosa... —El hechicero se rascó la barba—. Esperaba que lo conocieras.

¿Estás seguro de que no?

—En efecto, señor. —Paithan volvió la cabeza, inquieta, deseando que su hermana se diera prisa. Sin embargo, Aleatha y el barón Durndrun se tomaban su tiempo en llegar.

— ¡Hum...! Bien, veamos... —murmuró el anciano para sí—. Fiz... No, ése no lo puedo usar. Se querellarían contra mí. «Bola de pelo». No; no suena lo bastante digno. ¡Ya lo tengo! —Exclamó, dándole un codazo a Paithan—. ¡Zifnab!

— ¡Salud!

— ¡No, no! Ése es mi nombre: Zifnab. ¿Qué sucede, hijo? —El anciano le dirigió una mirada colérica, con las cejas erizadas—. ¿No te parece bien?

—Esto..., sí, claro que sí. Es un..., hum..., un nombre muy bonito.

Realmente... bonito. ¡Ah, ya estás aquí, Aleatha!

—Gracias, barón —dijo ella, dejando que Durndrun la ayudara a subir al carruaje. Tomó asiento detrás de Paithan y del anciano y dirigió una sonrisa a su admirador.

—Os acompañaría a vuestra casa, amigos míos, pero me temo que debo ir en busca de los esclavos. Parece que esos cobardes han salido huyendo tan pronto han visto al dragón. Que los sueños iluminen vuestra hora oscura. Mis respetos a vuestro padre y a vuestra hermana.

El barón Durndrun despertó a los operarios, azuzándolos personalmente, y dio con sus propias manos el empujón que puso en marcha el vehículo. Aleatha volvió la cabeza y lo vio allí plantado, contemplándola con ojos embelesados. La muchacha se acomodó en el deslizador y alisó los pliegues de su vestido.

—

—Parece que te han salido bien las cosas, Thea —comentó Paithan con una sonrisa, volviéndose en el asiento y lanzándole un golpecito afectuoso a las costillas. Aleatha levantó la mano para componerse el peinado, que llevaba desordenado.

— ¡Vaya! He olvidado el sombrero. ¡En fin, supongo que Durndrun me comprará otro nuevo!

— ¿Para cuándo la boda?

—Lo antes posible...

Un ronquido interrumpió sus palabras. La muchacha apretó los labios y dirigió una mirada de desagrado al anciano, que se había quedado profundamente dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Paithan.

—Antes de que la matrona de la casa tenga tiempo de quitárselo de la cabeza

a su hijo, ¿no? —El elfo le guiñó el ojo.

Aleatha frunció el entrecejo.

—Sin duda lo intentará, pero no conseguirá nada. Mi boda será...

—¿Boda? —Zifnab despertó con un respingo—. ¿Boda, dices? Oh, no, querida. Me temo que no va a ser posible. No queda tiempo, ¿sabéis?

—¿Cómo que no, vejestorio? —replicó Aleatha con un tono burlón—. ¿Por qué no ha de haber tiempo para una boda?

—Porque, hijos míos —proclamó el hechicero, y su voz cambió de pronto, haciéndose sombría y cargada de tristeza—, he venido a anunciar el fin del mundo.

—

CAPÍTULO

EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES,

EQUILAN

—¡Muerte! —Exclamó el anciano, sacudiendo la cabeza—. ¡Muerte, ruina y..., y...! ¿Cómo era lo otro? No logro acordarme...

—¿Destrucción? —apuntó Paithan. Zifnab le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Sí, eso. Ruina y destrucción. ¡Espantoso! ¡Espantoso! —El humano alargó una mano nudosa y asió por el brazo a Lenthán Quindiniar—. ¡Y tú, señor, serás quien conduzca a tu pueblo hacia adelante!

—¿Que yo...? —replicó Lenthán, y lanzó una nerviosa mirada a Calandra, convencido de que su hija no se lo permitiría—. ¿Y adonde he de conducirlos?

—¡Adelante! —Insistió Zifnab, contemplando un pollo asado, con ojos hambrientos—. ¿Te molesta si...? Sólo un bocado. Tanto revolver con los misterios de la magia despierta el apetito, ¿sabes?

Calandra resopló, pero no dijo nada.

Paithan guiñó el ojo a su airada hermana y le dijo:

—Vamos, Cal. Este humano es el huésped de honor de nuestra casa. Toma, hechicero, permite que te acerque la fuente. ¿Te apetece algo más? ¿Unos tohahs?

—No, gracias...

—¡Sí! —intervino una voz que sonó como el rumor de un trueno deslizándose por el suelo.

Los demás presentes a la mesa parecieron alarmarse. Zifnab se encogió en su asiento.

—Tienes que comerte la verdura, mi señor. —La voz parecía surgir del suelo—. ¡Piensa en tu colon!

Desde la cocina llegó hasta sus oídos un grito, seguido de un lamento desconsolado.

—

—Es esa sirvienta. Ya vuelve con su histeria —dijo Paithan. Dejó a un lado la servilleta y se puso en pie. Quería escapar de allí antes de que su hermana se enterase de qué estaba sucediendo—. Sólo voy a...

—¿Quién ha dicho eso? —Calandra lo agarró del brazo.

—... echar un vistazo, si me sueltas...

—No te excites tanto, Cal —intervino Aleatha con su habitual languidez—. Sólo es un trueno.

— ¡Mi colon no es de tu maldita incumbencia! —Exclamó el anciano, dirigiendo sus palabras hacia el suelo—. No me gusta la verdura...

—Si sólo ha sido un trueno —la voz de Calandra estaba cargada de ironía—, este desgraciado está hablando de sus intestinos con sus propios zapatos. Está chiflado. Paithan, échalo de aquí.

Lenthan dirigió una mirada de súplica a su hijo. Paithan miró de reojo a Aleatha, la cual se encogió de hombros y movió la cabeza. El joven elfo volvió a coger la servilleta y se hundió de nuevo en su asiento.

—No está loco, Cal. Está hablando con..., con su dragón. Y no podemos echarlo porque el dragón no se lo tomaría nada bien.

—Su dragón.

Calandra apretó los labios y entrecerró sus ojillos. Toda la familia, así como el astrólogo hospedado en la casa, que ocupaba el otro extremo de la mesa, conocía aquella expresión. Sus hermanos la denominaban en privado «la cara de limón». Cuando estaba de aquel humor, Calandra podía ser terrible.

Paithan mantuvo la vista en el plato, amontonando un poco de comida con el tenedor y abriendo un agujero en el centro. Aleatha contempló su propia imagen en la bruñida superficie de la tetera de porcelana y ladeó un poco la cabeza, admirando el reflejo del sol en sus rubios cabellos. Lenthan intentó desaparecer ocultando la cabeza tras un jarrón de flores. El astrólogo se consoló con una tercera ración de tohahs.

— ¿Es esa bestia la que aterrorizó la casa del barón Durndrun? —La mirada de Calandra barrió la mesa—. ¿Queréis decir que lo habéis traído aquí? ¿A mi casa?

El tono helado de su voz parecía rodear de blanco su rostro, igual que el hielo mágico rodeaba los vasos de vino escarchados. Paithan dio un ligero puntapié a su hermana menor por debajo de la mesa y buscó su mirada.

—No tardaré en marcharme otra vez. Vuelvo a mis viajes —murmuró el muchacho para sí.

—Y yo pronto seré dueña de mi propia casa —le replicó Aleatha, sin alzar más la voz.

—Dejaos de cuchicheos, vosotros dos. Todos vamos a terminar asesinados en nuestro propio lecho —exclamó Calandra, cada vez más furiosa. Cuanto más ardiente era su furia, más fría sonaba su voz—. ¡Supongo que entonces estarás satisfecho, Paithan! ¡Y tú, Aleatha, he oído hablar de esa tontería de casarte...! Deliberadamente, Calandra dejó la frase sin acabar. La yuxtaposición de las dos ideas mencionadas prácticamente sin tiempo a respirar —la boda y ser asesinados en sus propias camas— dejaba pocas dudas respecto a lo que pretendía decir.

Nadie se movió, salvo el astrólogo (que se metió en la boca un tohah con mantequilla) y el anciano. Sin la menor idea, aparentemente, de que era la

manzana de la discordia, el humano estaba partiendo a cuartos un pollo asado. Nadie dijo una palabra. En el silencio, con toda nitidez, se escuchó el tintineo

musical de un pétalo mecánico «abriendo» la hora.

El silencio se hizo incómodo. Paithan vio a su padre hundido en el asiento con aire abatido y pensó de nuevo lo débil y gris que parecía. El pobre viejo no tenía otra cosa que sus absurdos proyectos. Por él, podía continuarlos. Al fin y al cabo, ¿qué mal hacía con ello? Decidió arriesgarse a recibir la cólera de su hermana.

—Esto... Zifnab, ¿dónde decías que padre iba a conducir a... su pueblo?

Calandra lo fulminó con la mirada pero, como había previsto Paithan, su padre se reanimó al oírlo.

—Sí, eso. ¿Dónde? —preguntó Lenthán con timidez, sonrojándose.

El humano levantó una pata del pollo, señalando hacia arriba.

—¿Al techo? —preguntó Lenthán, algo desconcertado. El anciano levantó aún más la pata de pollo.

—¿A los cielos? ¿A las estrellas?

Zifnab asintió, incapaz de hablar por unos instantes. Pedazos de pollo le resbalaban por la barba.

—¡Mis cohetes! ¡Lo sabía! ¿Has oído eso, Elixnoir? —Lenthán se volvió hacia el astrólogo elfo, quien había dejado de comer y observaba al humano con aire torvo.

—Mi querido Lenthán, haz el favor de considerar esto de manera racional. Tus cohetes son maravillosos y estamos haciendo considerables progresos al mandarlos por encima de las copas de los árboles, pero de eso a hablar de que lleven gente a las estrellas... Deja que te explique. Aquí tenemos una representación de nuestro mundo según las leyendas que nos han legado los antepasados y que nuestras propias observaciones han confirmado. Pásame ese higo. —Sostuvo el fruto en alto y continuó—: Pues bien, esto es Pryan y éste es nuestro sol.

Elixnoir miró a un lado y otro, echando en falta de inmediato otro sol.

—Un sol —dijo Paithán, pelando una mandarina.

—Gracias —replicó el astrólogo—. ¿Te importaría...? Me faltan manos.

—Desde luego. —Paithán se estaba divirtiendo inmensamente. No se atrevió a mirar a Aleatha pues, si lo hacía, seguro que estallaría en carcajadas. Siguiendo las instrucciones de Elixnoir, colocó con gesto serio la mandarina a corta distancia del higo.

—Y ahora... —El astrólogo levantó un terrón de azúcar y, sosteniéndolo a gran distancia de la mandarina, lo hizo girar en torno al higo—, esto representa una de las estrellas. ¡Fíjate lo lejana que está de nuestro mundo! Puedes imaginar qué enorme distancia tendrías que recorrer...

—Al menos siete mandarinas —murmuró Paithán a su hermana.

—Bien que creía en nuestro padre cuando ello significaba comer gratis —asintió Aleatha con voz fría.

—¡Lenthán! —El astrólogo señaló a Zifnab con aire severo y declaró—: ¡Ese humano es un embaucador! ¡Yo...!

—¿A quién estás llamando embaucador?

La voz del dragón estremeció la casa. El vino se derramó de los vasos, manchando el mantel de encaje. Los adornos de las mesillas auxiliares, pequeños y frágiles, cayeron al suelo. Desde el estudio llegó el ruido sonoro de una librería al

derrumbarse. Aleatha echó una ojeada por una ventana y vio a una muchacha saliendo de la cocina entre alaridos.

—Creo que no tendrás que preocuparte más por la criada del fregadero, Cal.

— ¡Esto es intolerable!

Calandra se puso en pie. La escarcha que cubría su nariz se había extendido al resto de su rostro, congelándole las facciones y helando, al mismo tiempo, la sangre de los que la observaban. Su cuerpo delgado, enjuto, parecía un armazón de piezas angulosas cuyos agudos vértices podían herir a quien se acercara.

Lenthán se encogió visiblemente. Paithan, con una mueca en los labios, se concentró en doblar la servilleta hasta formar con ella un sombrero de tres picos.

Aleatha suspiró y dio unos golpecitos en la mesa con sus largas uñas.

—Padre —proclamó Calandra con voz terrible—, cuando terminemos de cenar, quiero que ese viejo y su... su...

—Cuidado con lo que dices, Cal —apuntó Paithan sin alzar la vista—. No vayas a provocar que nos destruya la casa.

— ¡Quiero que se marchen de mi casa! —Las manos de Calandra se cerraron en torno al respaldo de la silla, con los nudillos blancos. Su cuerpo se estremeció bajo el viento helado de su ira, el único viento helado que soplaba en aquella tierra tropical. Luego, su voz se alzó en un chillido—: ¿Me has oído, humano?

— ¿Eh? —Zifnab miró a su alrededor. Al ver a su anfitriona, le sonrió apaciblemente y sacudió la cabeza—. No, gracias, querida. No podría comer un bocado más. ¿Qué hay de postre?

Paithan soltó media risilla y sofocó la otra media tras la servilleta. Calandra dio media vuelta y salió de la estancia hecha una furia, con las faldas crujendo en torno a sus tobillos.

—Vamos, Cal —la llamó Paithan con voz conciliadora—. Lo siento, no quería reírme...

Se oyó un portazo.

—En realidad, Lenthán —dijo Zifnab, haciendo un gesto con el hueso de pollo, que había dejado limpio—, no vamos a utilizar los cohetes. No son ni con mucho lo bastante grandes. Tendremos que transportar a mucha gente, ¿entiendes?, y para eso hará falta una nave grande. Muy grande. —Se dio unos golpecitos en la nariz con el hueso, en actitud pensativa, y añadió—: Y, como dice ese tipejo del cuello duro, las estrellas están muy lejos.

—Si me disculpas, Lenthán —intervino el astrólogo elfo, al tiempo que se ponía en pie, echando fuego por los ojos—, yo también me retiro.

—... sobre todo ahora que parece que no habrá postre —apuntó Aleatha en voz lo bastante alta como para asegurarse de que el astrólogo la oiría. Así fue; las puntas del cuello de la capa vibraron visiblemente y su nariz adquirió un ángulo que parecía imposible.

—Pero no te preocupes —continuó Zifnab plácidamente, sin hacer el menor caso a la conmoción que se había levantado en torno a él—. Tendremos una nave, un vehículo grande. Aterrizará precisamente en el jardín trasero y llevará un hombre a los mandos. Un hombre joven. Con un perro. Muy callado; el hombre, no el perro... Y tiene algo raro en las manos, pues siempre las lleva vendadas. Por eso tenemos que continuar lanzando esos cohetes tuyos, ¿comprendes? Son muy importantes, esos cohetes.

— ¿De veras? —Lenthán seguía desconcertado.

—

— ¡Me voy! —exclamó el astrólogo.
—Promesas, promesas... —Paithan suspiró y tomó un sorbo de vino.
—Sí, claro que son importantes. Sin ellos, ¿cómo iba a encontrarnos? —añadió el anciano.
— ¿Quién? —quiso saber Paithan.
—El que tripula esa nave. ¡Presta atención! —replicó Zifnab, con irritación.
— ¡Ah! ¡Ése! —Paithan se inclinó hacia su hermana y le murmuró, en tono confidencial—: El dueño del perro.
—Verás, Lenthán... ¿Puedo llamarte por el nombre? —preguntó el anciano educadamente—. Pues bien, Lenthán, necesitamos una nave grande porque tu esposa querrá volver a ver juntos a todos vuestros hijos. Ha pasado mucho tiempo, ¿sabes? Y han crecido mucho.
— ¿Qué? —Lenthán palideció y lo miró con los ojos flameando de ira. Se llevó una mano temblorosa al corazón y añadió—: ¿Qué has dicho? ¿Mi esposa?
— ¡Blasfemia! —exclamó el astrólogo.
El leve zumbido de los ventiladores y el suave murmullo de las palas emplumadas eran los únicos sonidos de la estancia.
Paithán había dejado la servilleta en la bandeja y la contemplaba, ceñudo.
—Por una vez, estoy de acuerdo con ese estúpido.
Aleatha se incorporó y se desplazó hasta colocarse tras el asiento de su padre, sobre cuyos hombros posó las manos.
—Padre —murmuró, con una ternura en la voz que nadie más de la familia había oído nunca—, ha sido un día agotador. ¿No crees que deberías acostarse?
—No, querida. No estoy nada cansado. —Lenthán no había apartado los ojos del anciano—. Por favor, ¿qué decías de mi esposa?
Zifnab no dio muestras de oírlo. Durante el silencio anterior, el anciano había hundido la cabeza hacia adelante hasta apoyar la barba en el pecho y había cerrado los ojos. Su única respuesta fue un apagado ronquido. Lenthán alargó la mano hacia él.
—Zifnab...
— ¡Padre, por favor! —Aleatha cerró sus suaves dedos sobre la mano de Lenthán, ennegrecida y llena de cicatrices de quemaduras—. Nuestro invitado está exhausto. Paithán, llama a los criados para que conduzcan al hechicero a sus aposentos. Los hermanos intercambiaron una mirada. A los dos se les había ocurrido la misma idea.
—Con un poco de suerte, podríamos sacarlo de casa a escondidas esta misma noche. Podríamos echarlo a su propio dragón para que lo devorara. Luego, por la mañana, no nos costaría mucho esfuerzo convencer a padre de que era, simple-mente, un viejo humano chiflado.
— ¡Zifnab! —repitió Lenthán, sacudiéndose de encima la mano de su hija y agarrando la del hechicero. El viejo despertó bruscamente.
— ¿Quién...? —preguntó, mirando a su alrededor con ojos nublados—. ¿Dónde...? — ¡Padre!
—Silencio, pequeña mía. Ahora, sé buena niña y vete a jugar por ahí. Papá está ocupado. Y bien, señor, estabas diciendo algo acerca de mi esposa...
Aleatha miró a Paithán con aire suplicante. Su hermano no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros. Mordiéndose los labios y reprimiendo unas lágrimas, Aleatha dio unas palmaditas en el hombro a su padre y salió corriendo

de la estancia. Una vez estuvo fuera de la vista de los comensales, se llevó la mano a la boca y rompió en sollozos...

... La chiquilla estaba ante la puerta de la alcoba de su madre. La niña estaba sola; llevaba tres días así y cada vez se sentía más asustada. A Paithan lo habían enviado a casa de unos parientes.

—El muchacho es demasiado revoltoso —había oído decir a alguien—. La casa tiene que estar tranquila.

Así pues, no tenía a nadie con quien hablar, nadie que le prestara atención.

Quería ver a su madre —a su hermosa madre, que jugaba con ella y le cantaba tonadas—, pero no la dejaban entrar en la alcoba. La casa estaba llena de gente extraña, curanderos con sus cestas de plantas de raros aromas y astrólogos que observaban el cielo por las ventanas.

La casa estaba silenciosa, terriblemente silenciosa. Los criados lloraban mientras realizaban sus tareas, enjugándose las lágrimas con el borde del delantal. Una de las sirvientas, al ver a Aleatha sentada en el pasillo, dijo que alguien debería ocuparse de la pequeña, pero nadie lo hizo.

Cada vez que se abría la puerta de la habitación de la madre, Aleatha se incorporaba de un salto e intentaba entrar, pero el adulto que salía —casi siempre un sanador o su ayudante— se lo impedía.

— ¡Pero yo quiero ver a mamá!

—Tu madre está enferma. Necesita mucha tranquilidad. No querrás molestarla, ¿verdad?

—No la molestaría. —Aleatha estaba segura de ello. Podía estar callada y quieta. Llevaba tres días así. Su madre debía de echarla mucho de menos. ¿Quién le peinaba sus hermosos y suaves cabellos? Aquella era una labor reservada a Aleatha, que la niña llevaba a cabo todas las mañanas con cuidado de no dar tirones en los nudos, desenredándolos suavemente con el peine de Carey e incrustaciones de marfil que había sido un regalo de bodas de su madre. Sin embargo, la puerta permanecía cerrada, con el pestillo echado, y Aleatha no conseguía colarse dentro.

Hasta que una noche, por último, la puerta se abrió y no volvió a cerrarse.

Aleatha comprendió que ya podía entrar, si quería, pero de pronto tuvo miedo.

— ¿Papá? —preguntó al hombre que estaba junto a la puerta, sin reconocerlo.

Lenthan no la miró. Sus ojos no veían nada. Tenía la mirada perdida, las mejillas hundidas, el paso vacilante. De pronto, con un violento sollozo, se derrumbó en el suelo y allí quedó, inmóvil. Los curanderos acudieron corriendo, lo levantaron a fuerza de brazos y lo condujeron por el pasillo hasta su alcoba.

Aleatha se apartó de su camino, apretándose contra la pared.

— ¡Mamá! —gimió después—. ¡Quiero a mi mamá!

Calandra salió al pasadizo. Fue la primera en advertir la presencia de la pequeña.

—Mamá se ha ido, Thea —murmuró la hermana mayor. Estaba muy pálida, pero tranquila. En sus ojos no había lágrimas—. Estamos solas...

Sola. Sola... No; otra vez, no. Nunca más.

Aleatha echó una frenética mirada en torno a la estancia vacía en que se hallaba y volvió al comedor. No había nadie.

— ¡Paithan! —exclamó, echando a correr escaleras arriba—. ¡Calandra!
Vio luz por debajo de la puerta del estudio de su hermana y apresuró el paso hacia ella. La puerta se abrió y apareció Paithan. Su rostro, casi siempre alegre, tenía una expresión sombría. Al ver a Aleatha, le dirigió una triste sonrisa.
—Yo... Te andaba buscando, Pait. —Aleatha se sintió más tranquila. Se llevó las manos heladas a las mejillas, que le ardían, para devolver a éstas la palidez que tanto realzaba su belleza—. ¿Es un mal momento?
—Sí, bastante malo. —Paithan le dirigió una sonrisa desangelada.
—Vamos a dar un paseo por el jardín.
—Lo siento, Thea, pero tengo que preparar el equipaje. Calandra me obliga a partir mañana.
— ¡Mañana! —Aleatha frunció el entrecejo, disgustada—. ¡No puedes hacerlo! Durndrun vendrá a hablar con padre y luego se celebrarán las fiestas del compromiso y no puedes faltar...
—Lo siento, Thea, pero no puedo hacer nada. —Paithan se inclinó hacia adelante y la besó en la mejilla—. Los negocios son los negocios, ya lo sabes. — Echó a andar de nuevo por el corredor, encaminándose a su habitación. De pronto se volvió, movió la cabeza en dirección a la puerta del estudio de Calandra y añadió—: ¡Ah! Un consejo: no entres ahí ahora.
Aleatha retiró lentamente la mano del tirador. Ocultos tras los pliegues sedosos de la túnica, sus dedos se cerraron con fuerza.
—Que tengas una dulce hora sombría, Thea —le deseó su hermano, antes de penetrar en su alcoba y cerrar la puerta.
Una explosión, procedente de la parte de atrás de la casa, hizo vibrar las ventanas. Aleatha se asomó a una de ellas y vio a su padre y al anciano humano en el jardín, disparando cohetes alegremente. De detrás de la puerta del estudio le llegó el suave crujido de las faldas de Calandra, el taconeo de sus severos zapatos de tacón alto. Su hermana estaba deambulando de un extremo al otro de la estancia. Mala señal. Como bien había dicho Paithan, no era buen momento para interrumpir los pensamientos de su hermana mayor.
Desde la ventana, Aleatha distinguió al esclavo humano, que holgazaneaba en su puesto junto al cobertizo de los deslizadores contemplando el estallido de los cohetes. Bajo la mirada de la muchacha, el esclavo estiró los brazos por encima de la cabeza con un bostezo. Los músculos se marcaron en su espalda desnuda. El humano se puso a silbar, una fea costumbre de aquellos bárbaros. Faltando tan poco para la hora sombría, nadie iba a utilizar ya los deslizadores y muy pronto, cuando empezara la tormenta, daría por terminado su turno.
Aleatha corrió por el pasillo hasta su habitación. Al entrar, se detuvo ante el espejo para dar unos retoques a su exuberante cabello. Se echó un chal sobre los hombros y, recuperando la sonrisa, bajó la escalera con paso ligero.
Paithan emprendió viaje muy temprano, la siguiente hora brumosa. Se marchó solo, con la intención de unirse a la caravana del equipaje en las afueras de Equilan. Calandra se levantó a despedirlo. Con los brazos cruzados enérgicamente sobre el pecho, lo miró con una expresión severa, fría y distante. Su malhumor no había mejorado durante la noche. Estaban los dos solos. Si Aleatha estaba levantada alguna vez a aquella hora del día, era sólo porque aún no se había acostado.

—Bien, Paithan, ten cuidado. Vigila a los esclavos cuando cruces la frontera. Ya sabes que esos animales tratarán de huir en el mismo momento en que huelan la presencia de sus congéneres. Supongo que perderemos algunos, pero es inevitable. Intenta reducir al mínimo nuestras pérdidas: sigue las rutas más apartadas y evita, si puedes, las tierras civilizadas. Es menos probable que escapen si no tienen una ciudad en las cercanías.

—Lo haré, Calandra.

Paithan, que ya había realizado numerosos viajes a Thillia, sabía mucho más del asunto que su hermana. Cal le hacía el mismo discurso cada vez que marchaba, lo que se había convertido en un ritual entre ambos. El muchacho la escuchó, sonrió y asintió plácidamente, sabedor de que dar aquellas instrucciones tranquilizaba a su hermana y le hacía sentir que aún conservaba cierto control sobre aquella faceta del negocio.

—Vigila especialmente a ese tal Roland. No me fio de él.

—Tú no te fías de ningún humano, Cal.

—Por lo menos, de nuestros demás clientes sabía con certeza que eran deshonestos. Sabía qué tretas intentarían para estafarnos. En cambio, de ese Roland y su esposa no conozco nada. Habría preferido hacer negocios con nuestros clientes de costumbre, pero esta pareja fue la que pujó más alto. Asegúrate de cobrar en efectivo antes de entregar una sola hoja y comprueba que el dinero es auténtico, y no una falsificación.

—Lo haré, Cal. —Paithan se relajó y se apoyó en un poste de la verja. El discurso iba a prolongarse un rato más. Podría haberle dicho a su hermana que, en su mayor parte, los humanos eran honrados hasta la estupidez, pero sabía que Cal no le creería.

—Convierte el dinero en materias primas lo antes posible. Llevas la lista de lo que necesitamos; no la pierdas. Y asegúrate de que la madera para espadas es de buena calidad, y no como esa que trajo Quintín. Tuvimos que tirar más de la mitad, por defectuosa.

— ¿Te he traído yo un mal cargamento alguna vez, Cal? —replicó Paithan con una sonrisa.

—No, y será mejor que no empieces a hacerlo. —Calandra creyó notar que algunos mechones de cabello se le escapaban del moño y volvió a aplastarlos contra él, hundiéndolos enérgicamente la horquilla para sujetarlos—. Hoy en día, todo anda mal. ¡Por si fuera poco tener que ocuparme de padre, ahora se le añade un viejo humano chiflado! Y eso, por no hablar de Aleatha y esa parodia de boda... Paithan alargó la mano y posó los dedos sobre el hombro huesudo de la hermana mayor.

—Deja que Thea haga lo que quiera, Cal. Durndrun es un muchacho bastante agradable. Al menos, no va detrás de ella por su dinero...

— ¡Hum! —resopló Calandra, apartándose del contacto de su hermano.

—Deja que se case con el barón, Cal...

— ¡Dejarla! —Estalló Calandra—. ¡Mi opinión pesa muy poco en eso, puedes estar seguro! Claro, para ti es muy fácil quedarte ahí plantado con esa sonrisa, Paithan. ¡Como no estarás aquí para afrontar el escándalo...! Y padre, por supuesto, es más que inútil.

—¿Qué es eso, querida? —dijo una suave voz a su espalda. Lenthán Quindiniar había aparecido en el quicio de la puerta, acompañado del anciano.

—Decía que no servirás en absoluto para sacarle de la cabeza a Aleatha esa loca idea de..., de casarse con el barón Durndrun —replicó Calandra, sin humor para complacer a su padre.

—¿Y por qué no se van a poder casar? —Dijo el padre—. Si se quieren...

—¿Querer a alguien? ¿Thea? —Paithan soltó una carcajada. Al advertir la mueca de desconcierto de su padre y el gesto ceñudo de su hermana, el muchacho decidió que era hora de emprender la marcha—. Debo darme prisa. Quintín pensará que me he caído por el musgo o que me ha comido un dragón. —El elfo se inclinó y besó a su hermana en la mejilla, fría y ajada—. Permitirás que Thea lleve el asunto a su manera, ¿verdad?

—No veo que tenga muchas alternativas. Desde que murió madre, siempre se ha salido con la suya en todo. Recuerda lo que te he dicho y que tengas buen viaje. Calandra apretó los labios y los posó en el mentón de Paithan. El beso fue casi brusco como el del pico de un ave y el joven elfo tuvo que contenerse para no llevarse la mano a la zona y frotarse enérgicamente.

—Adiós, padre. —Paithan le estrechó la mano y añadió—: Buena suerte con los cohetes.

Lenthán le dirigió una sonrisa radiante.

—¿Viste los de anoche? Se alzaron como unas centellas brillantes sobre las copas de los árboles. Conseguí una buena altura. Apuesto a que el resplandor se pudo ver desde Thillia.

—Estoy seguro de ello, padre. —Se volvió hacia el anciano humano—.

Zifnab...

—¿Dónde...? —El hechicero se volvió a un lado y a otro. Paithan carraspeó y mantuvo el rostro imperturbable—. No, no, anciano. Me dirijo a ti. El nombre. —El muchacho extendió la mano hacia él—. ¿Recuerdas? Zifnab...

—¡Ah!, encantado de conocerte, Zifnab —replicó el anciano, estrechándole la mano—. ¿Sabes una cosa?, ese nombre me suena bastante familiar. ¿Somos parientes?

Calandra le hizo un gesto con la mano.

—Será mejor que te marches ya, Pait.

—Despídeme de Thea —dijo Paithan.

Su hermana soltó un bufido y sacudió la cabeza con gesto sombrío.

—Que tengas buen viaje, hijo —le deseó Lenthán en tono nostálgico—.

¿Sabes?, a veces pienso que tal vez debería salir a los caminos. Creo que me lo pasaría bien...

Al advertir la mirada torva de Calandra, Paithan se apresuró a interrumpirlo.

—Tú deja los viajes de mi cuenta, padre. Tienes que quedarte aquí y trabajar en los cohetes. Para llevar adelante a tu pueblo y todo eso.

—Sí, tienes razón —dijo Lenthán con aire de importancia—. Ya va siendo hora de que vuelva a poner manos a la obra. ¿Vienes, Zifnab?

—¿Qué? ¡Ah!, ¿hablabas conmigo? Sí, sí, mi querido colega. Voy en un momento. Tal vez convendría aumentar la cantidad de ceniza de madera de sinco. Creo que así conseguiremos más potencia ascensional.

—Sí, claro. ¡Cómo no se me habrá ocurrido! —Lenthán exhibió una sonrisa radiante, hizo un vago gesto de despedida con la mano hacia su hijo y entró corriendo en la casa.

—

—Es probable que nos quedemos sin cejas —murmuró el humano—, pero conseguiremos mayor altura. Bueno, parece que te marchas, ¿no?

—Sí, anciano. —Paithan sonrió y, en un cuchicheo confidencial, añadió—: No permitas que toda esa muerte y esa destrucción se inicie en mi ausencia.

—No te preocupes. —El anciano lo miró con unos ojos que, de pronto, se habían vuelto desconcertantemente astutos y maliciosos. Hundiendo uno de sus dedos nudosos en el pecho del muchacho, murmuró—: ¡La muerte y la destrucción llegarán contigo!

—

CAPÍTULO EL NEXO

Haplo anduvo lentamente en torno a la nave, inspeccionándola detenidamente para cerciorarse de que todo estaba a punto para emprender el vuelo. Al contrario que los constructores y primeros dueños de la nave dragón, no inspeccionaba los cables guía y los aparejos que controlaban las alas gigantes. Su atenta mirada recorría el casco de madera, pero no revisaba el calafateado. Cuando sus manos recorrieron la cubierta de las alas, no buscaban desgarros o roturas. Lo que estudiaba con tanta atención eran los extraños y complicados signos que habían sido tallados, bordados, pintados y grabados a fuego en las alas y en el exterior de la nave.

Hasta el último rincón estaba cubierto de fantásticos dibujos: espirales y elipses, líneas rectas y curvas, puntos y rayas, círculos, cuadrados y trazos en zigzag. El patryn recitó las runas en un murmullo, pasando la mano sobre los signos mágicos. Los encantamientos no sólo protegerían la nave, sino que la harían volar.

Los elfos que habían construido la nave —denominada *Ala de Dragón* en honor al viaje de Haplo al mundo de Ariano— no habrían reconocido aquel producto de sus artes. La nave de Haplo, de la que se había apoderado durante su estancia en aquel mundo, se había destruido en su anterior entrada en la Puerta de la Muerte. Debido a la persecución de un antiguo enemigo, se había visto obligado a abandonar Ariano a toda prisa y sólo había recurrido a las runas indispensables para su propia supervivencia (y la de su joven pasajero) a través de la Puerta de la Muerte. Sin embargo, una vez en el Nexo, el patryn había podido dedicar tiempo y magia a modificar la nave para adecuarla a sus propias necesidades.

La embarcación voladora, diseñada por los elfos del imperio de Tribus, había utilizado en un principio la magia élfica, combinada con la mecánica. El patryn,

—

que la había dotado de una fuerza extraordinaria gracias a su magia, se había desembarazado por completo de los elementos mecánicos. Haplo limpió la galera del revoltijo de arneses y aparejos que llevaban los esclavos para mover las alas, fijó éstas en posición totalmente abierta y bordó y pintó runas en la piel de dragón para proporcionarle fuera ascensional, estabilidad, velocidad y protección. Las runas reforzaron el casco de madera de tal modo que no existía fuerza capaz de partirlo o abrirle un boquete. Los signos mágicos grabados en los cristales de las claraboyas del puente impedían que éstos se rompieran y, al mismo tiempo, permitían una visión sin obstáculos de lo que había al otro lado.

Haplo penetró por la escotilla de popa y recorrió los pasadizos de la nave hasta llegar al puente. Al entrar en éste, miró a su alrededor con satisfacción, notando cómo el poder de todas las runas convergían allí, concentrándose en aquel punto.

También allí había eliminado todos los complejos mecanismos diseñados por los elfos como ayuda para la navegación y el pilotaje. El puente, situado en el «pecho» del dragón, era ahora una cámara espaciosa y vacía, salvo por un cómodo asiento y un gran globo de obsidiana posado en la cubierta.

Haplo se acercó al globo y se agachó para estudiarlo críticamente. Tuvo buen cuidado de no tocarlo. Las runas talladas en la superficie de la obsidiana eran tan sensibles que hasta el menor aliento sobre ellas podía activar su magia y botar la nave al aire prematuramente.

El patryn estudió los signos, repasando mentalmente la magia que representaban. Los hechizos de vuelo, navegación y protección eran complejos. Tardó horas en terminar la recitación y, cuando terminó, estaba tenso y dolorido, pero satisfecho. No había encontrado el menor defecto.

Se incorporó con un gruñido y flexionó sus músculos entumecidos. Tras ocupar el asiento, contempló la ciudad que pronto abandonaría. Una lengua húmeda lamó su mano.

— ¿Qué sucede, muchacho? —preguntó, volviendo la mirada hacia un perro negro con manchas blancas, flaco y de raza indefinida—. ¿Creías que me había olvidado de ti?

El perro sonrió y meneó la cola. Aburrido, se había quedado dormido durante la inspección de la piedra de gobierno y se alegró de que su amo le volviera a prestar atención. Unas cejas blancas, dibujadas sobre unos ojos castaño claro, proporcionaban al animal una expresión de inteligencia fuera de lo común. Haplo acarició las orejas sedosas del perro y dirigió una vaga mirada al mundo que se extendía ante él...

El Señor del Nexo recorrió las calles de su mundo, un lugar construido para él por sus enemigos y que, precisamente por ello, le resultaba muy apreciado. Cada uno de sus pilares de mármol artísticamente esculpidos, cada una de sus elevadas torres de granito, cada uno de sus esbeltos minaretes y prósperos templos, era un monumento a los sartán, un monumento a la ironía. Y al Señor del Nexo le gustaba deambular entre todo aquello, riéndose en silencio para sí.

El señor del lugar no suele reírse en voz alta. Un rasgo acusado entre quienes han estado aprisionados en el Laberinto es que rara vez se ríen y, cuando lo hacen, la alegría nunca llega a iluminarles la mirada. Ni siquiera quienes han escapado de

la infernal prisión y han alcanzado el maravilloso reino del Nexo llegan a reírse jamás.

—

. Antiguamente, en el Laberinto, la edad de una persona se calculaba por la cantidad de Puertas que había cruzado en el intento de escapar. Este sistema fue normalizado más adelante por el Señor del Nexo para poder conservar un registro exacto de la población patryn. Cuando uno de éstos emerge del Laberinto, el Señor del Nexo lo somete a un extenso interrogatorio y, según los detalles que proporciona, le adjudica una edad determinada. (N. del a.)

En el mismo instante en que atraviesan la Puerta de la Muerte, sale a su encuentro el Señor del Nexo, quien fue el primero en escapar. Y sólo les dice tres palabras:

«No olvides nunca.»

Y los patryn no olvidan. No olvidan a los de su raza que siguen atrapados en el Laberinto. No olvidan a sus amigos y parientes muertos por la violencia de una magia convertida en paranoia. No olvidan las heridas que han sufrido en sus propias carnes. También ellos ríen en silencio mientras deambulan por las calles del Nexo. Y, cuando se encuentran con su señor, se inclinan ante él en muestra de reconocimiento y respeto.

El Señor del Nexo es el único de los patryn que se atreve a regresar al Laberinto. E, incluso para él, este regreso es laborioso.

Nadie conoce la procedencia del Señor del Nexo. El nunca hace referencia al tema y no es una persona a la que sea fácil acceder o hacer preguntas. Nadie sabe su edad aunque se conjetura, por ciertos comentarios suyos, que tiene bastante más de noventa puertas. Es un hombre de inteligencia aguda, rápida y fría. Sus facultades mágicas producen un temor reverencial entre los propios patryn, cuyos conocimientos de magia les harían ser considerados auténticos semidioses en los diversos mundos. Desde su fuga ha regresado al Laberinto en muchas ocasiones con objeto de crear en aquel infierno, mediante su magia, una serie de refugios seguros para sus congéneres. Y cada vez, cuando se dispone a entrar, este ser frío y calculador es presa de un temblor que estremece su cuerpo. Cruzar de nuevo la Última Puerta le exige un gran esfuerzo de voluntad pues siempre lo asalta, desde lo más profundo de su mente, el temor de que esta vez se impondrá el Laberinto y lo destruirá. De que esta vez no volverá a encontrar el camino de salida.

Aquel día, el Señor del Nexo se encontraba cerca de la Última Puerta. En torno a él estaba su gente, los patryn que ya habían logrado escapar. Con sus cuerpos cubiertos de runas tatuadas que constituían su escudo, su arma y su armadura, un puñado de ellos había decidido que esta vez volverían a penetrar en el Laberinto acompañando a su amo.

Este no les dijo nada, pero consintió su presencia. Se adelantó hasta la Puerta, tallada en lustroso azabache, y apoyó las manos en un signo mágico que él mismo había trazado. La runa despidió un resplandor azul al contacto con sus dedos, los signos mágicos tatuados en el revés de sus manos respondieron emitiendo también una luz del mismo tono azul y la Puerta, que no había sido pensada para abrirse hacia adentro, sino sólo hacia afuera, cedió a una orden

suya.

Ante los reunidos apareció una panorámica del Laberinto, con sus formas extrañas e imprecisas, en perpetuo cambio. El Señor del Nexo contempló a quienes lo rodeaban. Todas las miradas estaban fijas en el Laberinto. El patryn observó cómo sus rostros perdían el color, cómo sus puños se cerraban y el sudor bañaba su piel cubierta de runas.

— ¿Quién va a entrar conmigo? —preguntó, mirándolos uno a uno. Todos los patryn intentaron sostener la mirada de su señor, pero ninguno lo consiguió y,

—

finalmente, el último de ellos bajó la vista. Algunos valientes quisieron dar un paso adelante, pero los músculos y los tendones no pueden ponerse en acción sin un acto de voluntad y la mente de todos aquellos hombres y mujeres estaba sobrecogida con el recuerdo del terror. Sacudiendo la cabeza, muchos de ellos llorando abiertamente, todos se volvieron atrás de su propósito.

El Señor se acercó al grupo y posó las manos sobre sus cabezas en gesto conciliador.

—No os avergoncéis de vuestro miedo. Utilizadlo, pues os dará fuerzas. Hace mucho tiempo intentamos conquistar el mundo y gobernar a todas esas razas débiles, incapaces de gobernarse a sí mismas. Entonces, nuestra fuerza y nuestro número eran grandes y estuvimos a punto de alcanzar nuestro objetivo. A los sartán, nuestros enemigos, sólo les quedó un medio para vencernos: destruir el propio mundo, fraccionándolo en otros cuatro mundos separados. Divididos por aquel caos, caímos en poder de los sartán y éstos nos encerraron en el Laberinto, una prisión que ellos mismos habían creado, con la esperanza de que saliéramos de allí «rehabilitados».

»Hemos logrado salir, pero las terribles penalidades que hemos soportado no nos han ablandado y debilitado como habían previsto nuestros enemigos. El fuego por el que hemos pasado nos ha forjado en un acero frío y afilado. Somos una hoja capaz de atravesar a nuestros enemigos. Somos un filo que ganará una corona.

»Volved. Regresad a vuestras tareas. Tened presente siempre lo que sucederá cuando regresemos a los mundos separados. Y llevad siempre con vosotros el recuerdo de lo que hemos dejado atrás.

Los patryn, consolados, ya no se sentían avergonzados. Vieron entrar a su amo en el Laberinto, lo vieron entrar en la Puerta con paso firme y resuelto, y lo honraron y adoraron como a un dios.

La Puerta empezó a cerrarse tras él, pero la detuvo con una áspera orden.

Cerca de ella, tendido en el suelo boca abajo, acababa de descubrir a un joven patryn. Su cuerpo musculoso, tatuado de símbolos mágicos, llevaba las señales de terribles heridas; unas heridas que, al parecer, él mismo había curado empleando su propia magia, pero que lo habían dejado casi sin vida. El Señor del Nexo, en un nervioso primer examen al patryn, no observó la menor señal de que éste respirara.

Se agachó, alargó la mano hasta el cuello del joven buscando el pulso y se llevó una sorpresa al escuchar junto a sí un ronco gruñido. Una cabeza hirsuta se alzó junto al hombro del joven yacente.

El Señor comprobó con asombro que era un perro.

También el animal había sufrido graves heridas. Aunque emitía gruñidos

amenazadores y hacía valientes intentos para proteger al joven, no podía sostener la cabeza en alto y el hocico le caía sin fuerza sobre las patas ensangrentadas. Sin embargo, los gruñidos no cesaron.

«Si le haces daño», parecía decir el animal, «encontraré de alguna manera las fuerzas necesarias para despedazarte.»

Con una leve sonrisa —una expresión muy extraña en él—, el Señor del Nexo alargó la mano en gesto apaciguador y acarició la suave pelambre del perro.

—Tranquilo, muchacho. No voy a hacerle ningún daño a tu dueño.

El perro se dejó convencer y, arrastrándose sobre el vientre, consiguió levantar la cabeza y frotar el hocico contra el cuello del joven. El contacto con la

—

fría nariz despertó al patryn. Este alzó la mirada, vio al extraño individuo que se inclinaba sobre él y, siguiendo el instinto y la voluntad que le habían mantenido con vida, hizo un esfuerzo para incorporarse.

—No necesitas ninguna arma contra mí, hijo —dijo el Señor del Nexo—. Estás en la Última Puerta. Más allá existe un nuevo mundo, un lugar de paz y seguridad. Yo soy su dueño y te doy acogida.

El joven patryn consiguió ponerse a gatas y, oscilando ligeramente, alzó la cabeza y miró al otro lado de la Puerta. Sus ojos, nublados, apenas pudieron distinguir las maravillas de aquel mundo. Pese a ello, en su rostro se dibujó lentamente una sonrisa.

— ¡Lo he conseguido! —murmuró en un ronco susurro entre sus labios manchados de sangre coagulada—. ¡Los he vencido!

—Eso mismo dije yo cuando llegué ante esta Puerta. ¿Cómo te llamas?

El joven tragó saliva y carraspeó antes de responder.

—Haplo.

—Un buen nombre. —El Señor del Nexo pasó los brazos por las axilas del herido—. Vamos, deja que te ayude.

Para su sorpresa, Haplo lo rechazó.

—No. Quiero... cruzar esa puerta... por mis propias tuerzas.

El Señor del Nexo no dijo nada, pero su sonrisa se agrandó. Se incorporó y se hizo a un lado. Apretando los dientes de dolor, Haplo se puso en pie con gran esfuerzo. Se detuvo un momento, mareado, y se sostuvo tambaleándose. El Señor del Nexo dio un paso hacia él, temiendo que volviera a caerse, pero Haplo lo rechazó de nuevo extendiendo una mano.

— ¡Perro! —Dijo con voz quebrada—. ¡A mí!

El animal se levantó, débil, y se acercó a su amo renqueando. Haplo apoyó la mano en la cabeza del perro para mantener el equilibrio. El animal soportó el peso con paciencia y con los ojos fijos en Haplo.

—Vamos —dijo éste.

Juntos, paso a paso con andar titubeante, los dos avanzaron hacia la Puerta.

El Señor del Nexo, admirado, los siguió. Cuando los patryn del otro lado vieron aparecer al joven, no aplaudieron ni lanzaron vítores, sino que le dedicaron un respetuoso silencio. Nadie se ofreció a ayudarlo, aunque todos advertían que cada movimiento le causaba un evidente dolor. Todos sabían lo que representaba atravesar aquella última puerta por sí mismos, o con la única ayuda de un amigo fiel.

Haplo entró en el Nexo, parpadeando bajo el sol cegador. Con un suspiro, hincó la rodilla. El perro lanzó un gañido y le dio un lametón en el rostro. El Señor del Nexo se apresuró a arrodillarse junto al joven. Haplo aún estaba consciente y el Señor le tomó la mano, pálida y fría.

— ¡No olvides nunca! —le cuchicheó, apretando la mano contra su rostro.

Haplo alzó los ojos hacia el Señor del Nexo y sonrió...

—Bien, perro —murmuró el patryn, mirando a su alrededor en una última comprobación del estado de la nave—, creo que ya está todo dispuesto. ¿Qué me dices tú, muchacho? ¿Estás preparado?

El animal levantó las orejas y lanzó un sonoro ladrido.

—

—Está bien, está bien. Tenemos la bendición de mi Señor y hemos recibido sus últimas instrucciones. Ahora, veamos qué tal vuela este pájaro.

Extendió las manos sobre la piedra de gobierno de la nave y empezó a recitar las primeras runas. La piedra se levantó de la cubierta, sostenida por la magia, y se detuvo bajo la palma de las manos de Haplo. Una luz azul se filtró a través de sus dedos, compitiendo con el fulgor rojo que despedían las runas de sus manos.

Haplo volcó todo su ser en la nave, inundó el casco con su magia, la notó penetrar en las alas de piel de dragón como si fuera sangre, dándoles vida y energía para guiar y controlar la nave. Su mente se elevó y llevó consigo a la embarcación. Poco a poco, ésta empezó a levantarse del suelo.

Pilotándola con los ojos, el pensamiento y la magia, Haplo remontó los aires a más velocidad de la que los constructores de la nave habían podido imaginar y sobrevoló el Nexo. Encogido a los pies de su amo, el perro suspiró y se resignó al viaje. Tal vez recordaba su primera travesía de la Puerta de la Muerte, un viaje que casi había resultado fatal.

Haplo hizo unas maniobras de prueba y, volando a placer sobre el Nexo, disfrutó de una insólita panorámica de la ciudad a vista de pájaro (o, más bien, de dragón).

El Nexo era una creación extraordinaria, una maravilla de construcción.

Paseos anchos, orlados de árboles, se extendían como radios desde un punto central hasta el horizonte borroso del lejano Límite. Edificios asombrosos de mármol y cristal, acero y granito, adornaban las calles. Parques y jardines, lagos y estanques, proporcionaban rincones de serena belleza por los que pasear, pensar y reflexionar. A lo lejos, cerca del Límite, se extendían suaves colinas y verdes campos, preparados para la siembra.

Sin embargo, no había agricultores que cultivaran aquellos terrenos. Ni se veía a nadie deambulando por los parques. Ni había tráfico por las calles. Toda la ciudad, los campos, jardines, avenidas y edificios, estaban vacíos y sin vida, esperando.

Haplo condujo la nave en torno al punto central del Nexo, un edificio de agujas de cristal —el más elevado de la ciudad—, que su amo había tomado como palacio. Dentro de sus agujas de cristal, el Señor del Nexo había encontrado los libros abandonados por los sartán, libros en los que se narraba la Separación y la formación de los cuatro mundos y en cuyas páginas se hablaba del encarcelamiento de los patryn y de las esperanzas de los sartán en la «redención» de sus enemigos. El Señor del Nexo había aprendido por sí mismo a leer aquellos

libros y así había descubierto la traición de los sartán que había condenado al tormento a su pueblo. Leyendo los libros, el Señor había urdido su plan de venganza. Haplo inclinó las alas de la nave en gesto de respeto hacia su amo. Los sartán habían previsto que los patryn ocuparan aquel mundo maravilloso... después de su «rehabilitación», por supuesto. Haplo sonrió y se acomodó mejor en el asiento. Después, soltó la piedra de gobierno, dejando que la nave volara con sus pensamientos. Pronto, el Nexo estaría poblado, pero no sólo por los patryn. En breve, el Nexo acogería a elfos, humanos y enanos, las razas inferiores. Una vez trasladados allí a través de la Puerta de la Muerte, el Señor del Nexo destruiría los cuatro mundos espurios creados por los sartán y volvería a instaurar el viejo orden. Salvo que esta vez serían los patryn quienes lo gobernasen, por derecho propio.

—

Una de las misiones de Haplo en sus viajes de investigación era observar si vivía algún sartán en cualquiera de los cuatro nuevos mundos. Haplo se sorprendió a sí mismo deseando descubrir a alguno más... A algún sartán que no fuera una pobre imitación de semidiós como aquel Alfred a quien se había enfrentado en el mundo de Ariano. Deseaba que toda la raza de los sartán estuviera aún con vida, para que fueran testigos de su propia y aplastante derrota.

—Y cuando los sartán hayan visto caer a pedazos todo lo que construyeron, cuando hayan visto pasar a nuestro poder a las razas a las que esperaban dominar, llegará el momento de dar su justo castigo a nuestros enemigos. ¡Esta vez, seremos nosotros quienes los arrojaremos a ellos al Laberinto!

Haplo desvió la mirada hacia el caótico torbellino negro con vetas rojas que acababa de aparecer a lo lejos tras la ventana. Recuerdos teñidos de horror surgieron de las nubes para rozarlo con sus manos espectrales y Haplo los combatió utilizando como arma el odio. En lugar de verse a sí mismo, imaginó la lucha de los sartán, los vio vencidos donde él había triunfado, los vio morir donde él había escapado con vida.

El agudo ladrido de advertencia del perro lo sacó de sus sombríos pensamientos. Haplo comprobó que, perdido en ellos, casi se había precipitado al Laberinto. Rápidamente, colocó las manos sobre la piedra de gobierno e hizo virar la nave. El *Ala de Dragón* surcó de nuevo el cielo azul del Nexo, libre de los tentáculos de maléfica magia que habían intentado apresarlos.

Haplo volvió sus ojos y sus pensamientos hacia el cielo sin estrellas y pilotó la nave hacia el punto de paso, hacia la Puerta de la Muerte.

—

. El tyro es una araña gigante de cuerpo acorazado y ocho patas. Seis de ellas le sirven para trepar por los árboles y por sus propios hilos, mientras que las dos delanteras terminan en una «mano» articulada que utiliza para levantar y manipular los objetos. La carga se coloca en la parte trasera del tórax, entre las articulaciones de las patas. (N. del a.)

CAPITULO
DE CAHNDAR A ESTPORT,

EQUILAN

Paithan estuvo muy atareado con los preparativos de marcha de la caravana y las palabras del anciano volaron de su mente. Se reunió con Quintín, su capataz, en los límites urbanos de Cahndar, la Ciudad de la Reina. Los dos elfos inspeccionaron el convoy de mercancías, cerciorándose de que arcos, ballestas y raztars, guardados en cestos, estaban bien sujetos a los tyros. Paithan abrió algunos cestos para inspeccionar los juguetes que habían colocado por encima, y se aseguró de que no se viera el menor rastro de las armas ocultas debajo. Todo parecía en orden. El joven elfo felicitó a Quintín por su excelente trabajo y le prometió recomendarle ante su hermana.

Cuando Paithan y la caravana estuvieron dispuestos para emprender el viaje, las flores de las horas indicaban que la hora del trabajo ya estaba bastante avanzada y que pronto sería mediociclo. Tras ocupar su lugar a la cabeza de la caravana, Paithan dio la orden de emprender la marcha. Quintín montó en el primero de los tyros, ocupando la silla situada entre los cuernos. Con grandes aspavientos y lisonjas, los esclavos convencieron a los demás tyros para que avanzaran en fila tras su líder y el convoy se sumergió en las tierras selváticas. Pronto, la civilización quedó muy atrás.

Paithan impuso un paso rápido y la caravana avanzó a buena marcha. Los senderos entre las tierras humanas y élficas estaban bien cuidados, aunque eran un tanto traicioneros. El comercio entre los reinos era un negocio lucrativo. Las tierras humanas eran ricas en materias primas: maderas de teca y de espada, enredadera y alimentos, mientras que los elfos eran expertos en transformar estos recursos en productos elaborados. Las caravanas entre los reinos iban y venían a diario.

—

Los mayores peligros para las caravanas eran los ladrones humanos, los animales de la jungla y las posibles caídas en los esporádicos abismos entre un lecho de musgo y el siguiente. Sin embargo, los tyros eran animales especialmente adecuados para viajar por terrenos difíciles, razón por la cual los había escogido Paithan a pesar de sus defectos (muchos conductores, en particular los humanos, eran incapaces de habérselas con los tyros, animales muy sensibles que se enroscan formando una bola y se enfurruñan cuando alguien hiere su sensibilidad). El tyro podía arrastrarse por los lechos de musgo, encaramarse a los árboles y salvar barrancos tejiendo su tela sobre el vacío y suspendiéndose de ella. Las telarañas de tyro eran tan fuertes que algunas habían sido convertidas en puentes permanentes, cuidados por los elfos.

Paithan había recorrido aquella ruta muchas veces. Estaba familiarizado con sus peligros y preparado para ellos; en consecuencia, no le preocupaban demasiado. No se sentía especialmente inquieto por los ladrones. La caravana era numerosa e iba bien provista de armas élficas. Los bandoleros humanos solían cebarse en los viajeros solitarios y, sobre todo, en los de su propia raza. A pesar de ello, Paithan se daba cuenta de que si los ladrones se enteraban de la verdadera naturaleza de la carga que transportaban, estarían dispuestos a correr grandes riesgos para apoderarse de ella, pues los humanos tenían en gran consideración las armas que fabricaban los elfos, en especial las armas «inteligentes». La ballesta, por ejemplo, era parecida a la humana, consistente en un arco

fijo a un eje de madera, con un mecanismo para tensar y soltar la cuerda. La «flecha» que disparaba era un dardo que la magia élfica había dotado de inteligencia y capaz de reconocer visualmente un objetivo y dirigirse hacia él por sí solo. El arco mágico, una versión mucho menor de la ballesta, podía llevarse a la cintura, guardado en una funda, y se disparaba con una sola mano. Ni los humanos ni los enanos podían producir armas inteligentes con su magia, y los ladrones que las vendían en el mercado negro pedían precios exorbitantes por ellas.

Pero Paithan había tomado precauciones para evitar robos. Quintín, un elfo que había estado con la familia desde que Paithan era un niño, había embalado los cestos personalmente y sólo él y Paithan sabían qué transportaban realmente, bajo las muñecas y barquitos y cajas de sorpresas. Los esclavos humanos, cuyo deber era conducir los tyros, creían llevar un cargamento de juguetes para niños y no de mortíferos juguetes para hombres adultos.

En su fuero interno, Paithan consideraba todo aquello una molestia innecesaria. Las armas de los Quindiniar eran de gran calidad, superior incluso a las que fabricaban normalmente los elfos. El propietario de una ballesta Quindiniar debía conocer una palabra clave para poder activar su magia y sólo Paithan poseía tal información, que transmitiría al comprador cuando llegara el momento. Sin embargo, Calandra estaba convencida de que cada humano era un espía, un ladrón y un asesino que sólo esperaba la ocasión de lanzarse al robo, la violación, el pillaje y el saqueo.

Paithan había tratado de señalarle a su hermana que su actitud era incoherente: por un lado, adjudicaba a los humanos una inteligencia y una astucia extraordinarias y, por otro, sostenía que eran poco más que animales.

—En realidad, los humanos no son muy distintos de nosotros, Cal —había comentado el muchacho en una memorable ocasión.

—

Jamás había vuelto a probar un argumento semejante. Calandra se había alarmado tanto ante su actitud liberal que había considerado seriamente la decisión de prohibirle aventurarse de nuevo en tierras humanas. La terrible amenaza de tener que quedarse en casa había bastado para que el joven no volviera a mencionar el tema nunca más.

La primera etapa del viaje era sencilla. El único obstáculo sería el golfo de Kithni, la gran extensión de agua que dividía las tierras élficas de los territorios humanos, pero aún quedaba muy lejos, al vars. Paithan se acomodó al ritmo de la marcha, disfrutando del ejercicio y de la oportunidad de volver a ser él mismo. El sol iluminaba los árboles con mil tonos de verde, como joyas, el aroma de un millar de flores perfumaba el aire y los breves y frecuentes chubascos refrescaban el calor que producía la marcha. A veces oía el ruido de algún animal que se escabullía al borde del camino, pero no prestaba gran atención a la fauna de la jungla. Tras haberse enfrentado a un dragón, Paithan decidió que era capaz de hacer frente a cualquier cosa.

Sin embargo, fue durante aquel tranquilo período cuando las palabras del anciano empezaron a zumbarle en la cabeza.

¡La muerte y la destrucción llegarán contigo!

En cierta ocasión, cuando era pequeño, a Paithan le había entrado una abeja

en el oído. El frenético zumbido casi lo había vuelto loco hasta que su madre había conseguido extraer el insecto. Igual que la abeja, la profecía de Zifnab había quedado atrapada en el cerebro de Paithan, repitiéndose una y otra vez, y no parecía que él pudiera hacer gran cosa por librarse de ella.

Trató de quitarle importancia, burlándose del anciano. Al fin y la cabo, éste parecía tan chiflado como su padre. Sin embargo, cuando ya había conseguido convencerse, Paithan vio los ojos del hechicero. Astutos, inteligentes, indeciblemente tristes. Era esa tristeza lo que inquietaba a Paithan, lo que le producía un escalofrío que su madre habría atribuido a alguien que se levantaba de la tumba. Eso le evocó recuerdos de su madre. Y Paithan recordó, asimismo, que el anciano había dicho que madre quería ver de nuevo a sus hijos.

El joven elfo sintió una punzada que en parte era dulce y, en parte, estaba cargada de remordimientos e inquietud. ¿Y si las creencias de su padre fueran ciertas? ¿Y si realmente podía reunirse con su madre después de tantos años? Soltó un grave silbido y movió la cabeza.

—Lo siento, madre. Supongo que no estarías demasiado satisfecha.

Su madre había querido que Paithan recibiera una educación; que todos sus hijos la recibieran. Elithenia era hechicera de la fábrica de armas cuando Lenthán Quindiniar la había conocido y le había entregado su corazón. Pese a tener fama de ser una de las mujeres más hermosas de Equilan, Elithenia nunca se había sentido cómoda entre la alta sociedad, cosa que Lenthán no había conseguido entender jamás.

—Tus ropas son las más espléndidas, querida. Tus joyas, las más costosas.

¿Qué tienen esos nobles que los ponga por encima de los Quindiniar? ¡Dímelo, y hoy mismo saldré a comprarlo!

—Lo que tienen no es algo que se pueda comprar —le había respondido su esposa, con voz apenada.

—¿De qué se trata?

—Ellos *saben* cosas.

—

Y por eso la mujer había decidido ocuparse de que sus hijos también *supieran* cosas. Para ello contrató a una institutriz que diera a sus pequeños la misma educación que recibían los hijos de un noble. Pero los resultados habían sido decepcionantes. Calandra, desde muy joven, supo exactamente lo que quería de la vida y aprendió de la institutriz lo que necesitaba: el conocimiento necesario para manipular personas y números. Paithan no sabía lo que quería, pero sabía muy bien lo que no: odiaba las aburridas lecciones, se escapaba de la institutriz cuando era posible y, si no podía hacerlo, perdía el tiempo de mil maneras. Aleatha, consciente de sus recursos desde pequeña, lanzaba candorosas sonrisas, se escondía en el regazo de la mujer y logró que nunca se le exigiera aprender otra cosa que a escribir su nombre.

Tras la muerte de la madre, su padre había conservado a la institutriz. Fue Calandra quien dejó marcharse a la mujer, para ahorrar dinero, y así terminó la instrucción escolar de los hermanos.

—No, me temo que madre no estaría demasiado contenta de nosotros —musitó Paithan, sintiéndose inexplicablemente culpable. Al darse cuenta de lo que había estado pensando, se echó a reír un tanto avergonzado y sacudió la cabeza—.

Si no corto estas divagaciones, terminaré tan chiflado como mi pobre padre. Para despejarse y librarse de recuerdos desagradables, Paithan se encaramó a los cuernos del primer tyro y se puso a charlar con el capataz, un elfo de muy buen juicio y de gran experiencia mundana. Desde aquel momento hasta la hora de la tristeza de esa noche, el primer ciclo después de la hora del torrente, Paithan no volvió a pensar en Zifnab y en la profecía. Y, cuando lo hizo, sólo fue momentos antes de caer dormido.

El viaje hasta Estport, de donde zarpaba el trasbordador, fue apacible y desprovisto de incidentes, y Paithan se olvidó por completo de la profecía. El placer de viajar, la embriagadora conciencia de libertad después de la sofocante atmósfera de la casa familiar, levantaron el ánimo del joven elfo. Al cabo de algunos ciclos en ruta, Paithan volvió a reírse abiertamente del viejo hechicero y de sus ideas absurdas, y deleitó a Quintín con anécdotas de Zifnab durante los descansos en la marcha. Cuando por fin llegaron al golfo de Kithni, Paithan casi no podía creérselo. El viaje le había parecido cortísimo.

El golfo de Kithni era un lago enorme que formaba la frontera entre Thillia y Equilan, y allí se encontró Paithan con el primer retraso. Estaban reparando uno de los transbordadores y sólo quedaba otro en servicio. A lo largo de la costa musgosa se alineaban varias caravanas a la espera de cruzar.

Cuando llegaron, Paithan envió al capataz a enterarse de cuánto tendrían que esperar. Quintín regresó con un número que señalaba su turno y dijo que podrían cruzar en algún momento del ciclo siguiente.

Paithan se encogió de hombros. No tenía excesiva prisa y daba la impresión de que los congregados sacaban el máximo provecho de aquel contratiempo. El muelle del trasbordador había adquirido el aspecto de una ciudad de tiendas. Los caravaneros deambulaban por el lugar visitando conocidos, intercambiando noticias y comentando las últimas tendencias del mercado. Paithan se ocupó de instalar y dar de comer a los esclavos, de alabar y felicitar a los tyros y de comprobar la seguridad de la mercancía que transportaba. Después, dejándolo todo en las competentes manos del capataz, decidió ir a sumarse al jolgorio.

— *El hielo no existe de forma natural en ninguna de las tierras conocidas de Pryan. Empezó a ser un artículo de uso común tras su descubrimiento, durante los experimentos mágicos de los humanos con el tiempo atmosférico. El hielo es uno de los escasos productos fabricados por humanos de los que existe demanda en las tierras élficas. (N. del a.)*

Un emprendedor granjero elfo, enterado de la situación de los caravaneros, había instalado en la explanada un carromato con varios toneles de vingin casero, enfriado con hielo. El vingin era una bebida fuerte, elaborada con uvas prensadas y reforzada con un líquido destilado de tohahs fermentados, muy del gusto de Paithan. Al ver un numeroso grupo reunido en torno al tonel, el joven elfo se acercó a los bebedores. Entre ellos había algunos viejos amigos suyos y Paithan fue acogido con entusiasmo. Los caravaneros acaban por conocerse en los caminos y a veces viajan juntos, tanto por razones de seguridad como para tener compañía. Humanos y elfos dejaron un sitio a Paithan y pusieron en su mano una jarra fría, escarchada.

—Puntar, Ulaka, Gregor... Me alegro de volver a veros. —El elfo saludó a sus antiguos camaradas y fue presentado a los que no lo conocían. Tomando asiento

sobre un fardo junto a Gregor, un humano corpulento y pelirrojo de barba encrespada, Paithan tomó un trago de vingin y, por un instante, agradeció mentalmente que Calandra no pudiera verlo.

Tras los saludos, varios de los presentes se interesaron por su salud y la de su familia; el joven elfo respondió a las preguntas y les devolvió la cortesía.

— ¿Qué transportas esta vez? —inquirió Gregor, apurando una jarra de un largo trago. Después, con un eructo de satisfacción, devolvió la jarra al granjero para que la volviera a llenar.

—Juguetes —respondió Paithan con una sonrisa.

Risas complacidas y guiños de complicidad.

—Entonces, debes de llevarlos al norint —comentó un humano, al que le habían presentado como Hamish.

—En efecto —asintió el elfo—. ¿Cómo lo has sabido?

—Por ahí arriba andan necesitados de «juguetes», según hemos oído —respondió Hamish.

Las risas cesaron y los demás humanos asintieron a sus palabras con aire sombrío. Los mercaderes elfos, perplejos, quisieron saber a qué se debía aquello.

— ¿Hay guerra con los reyes del mar? —aventuró Paithan, entregando al granjero su jarra vacía. Una noticia así alegraría a Calandra. Le enviaría un ave mensajera para comunicárselo. Si algo podía poner de buen humor a su hermana, era una guerra entre los humanos. Ya se la imaginaba contando los beneficios que le reportaría.

—No —respondió Gregor—. Los reyes del mar tienen sus propios problemas, si es cierto lo que hemos oído. Unos humanos desconocidos, llegados del otro lado del mar Susurrante en toscas embarcaciones, han arribado como náufragos a las costas del país de los reyes del mar. Al principio, éstos acogían a los refugiados, pero han seguido llegando más y más y ahora les resulta difícil darles comida y refugio a todos.

—Que se los queden —intervino otro caravanero humano—. Nosotros ya tenemos suficientes problemas en Thillia, para tener que recibir a unos extraños. Los mercaderes elfos escuchaban con la sonrisa de complacencia de quienes no se sienten afectados por lo que oyen, salvo en lo que se refiere a sus negocios.

—

Una llegada de más humanos a la región sólo podía significar un aumento de los beneficios.

—Pero..., ¿de dónde salen esos humanos? —preguntó Paithan.

Se produjo una acalorada discusión entre los humanos, que sólo terminó cuando Gregor declaró:

—Yo lo sé de primera mano, pues he hablado con alguno de ellos. Dicen proceder de un reino conocido como Kasnar, que está muy lejos al norint de nuestras tierras, al otro lado del mar Susurrante.

— ¿Por qué huyen de su patria? ¿Acaso se libra allí alguna gran guerra? —insistió Paithan, preguntándose mentalmente si le resultaría muy difícil fletar un barco para transportar tan lejos un cargamento de armas. Gregor movió la cabeza en gesto de negativa, arrastrando su barba roja sobre el pecho colosal.

—No se trata de una guerra —respondió con voz grave—. Hablan de destrucción. De una destrucción total.

Ruina, muerte y destrucción.

Paithan notó unas pisadas hollando su tumba y sintió un hormigueo en la sangre en manos y pies. Debía de ser el vingin, se dijo, y dejó de inmediato la jarra en la mesa.

— ¿De qué se trata entonces? ¿Los dragones? No puedo creerlo. ¿Cuándo se ha oído que un dragón atacara un asentamiento?

—No, incluso los dragones escapan ante esta amenaza.

—Entonces, ¿qué?

Gregor miró a su alrededor con aire solemne antes de responder.

—Titanes.

Paithan y los demás elfos se miraron, boquiabiertos, y finalmente estallaron en una carcajada.

— ¡Gregor, viejo cuentista! ¡Esta vez sí que me has tomado el pelo! —Paithan se enjugó las lágrimas que resbalaban de sus ojos—. De acuerdo, yo pago la próxima ronda. ¡Refugiados y náufragos...!

Los humanos permanecieron en silencio, con expresiones cada vez más sombrías y abatidas. Paithan los vio intercambiar lúgubres miradas y contuvo su hilaridad.

— ¡Vamos, Gregor, una broma es una broma! He picado. Reconozco que ya estaba calculando los posibles beneficios para mis arcas. Supongo que todos lo hacíamos —añadió, señalando con un gesto a los restantes elfos—, pero ya es suficiente.

—Me temo que no es ninguna broma, amigos míos —contestó Gregor—. Yo he hablado con esas gentes. He visto el terror en sus rostros y lo he oído en sus voces. Unos seres gigantescos, de facciones y cuerpo idénticos a los humanos, pero cuya estatura sobrepasa las copas de los árboles, han aparecido en sus tierras procedentes del norint. Son capaces de partir las rocas con su sola voz y lo destruyen todo a su paso. Agarran a los humanos entre sus manos enormes y los estrellan contra el suelo o los estrujan entre sus dedos hasta matarlos. No hay arma capaz de detenerlos. Las flechas les hacen el mismo efecto que a nosotros la picadura de un mosquito. Las espadas no penetran en su piel curtida, aunque no les causarían demasiado daño si lo hicieran.

—

El peso de las palabras de Gregor resultaba opresivo para los presentes y todos lo escuchaban en atento silencio, aunque algunos aún seguían moviendo la cabeza en gesto de incredulidad.

—

. Peytin, Matriarca del Paraíso. Los elfos creen que Peytin creó un mundo para sus hijos mortales. Para gobernarlo, designó a sus primogénitos, los gemelos Orn y Obi. El hijo menor, San, sintió celos de ellos y, tras reunir a los codiciosos y belicosos humanos, emprendió una guerra contra sus hermanos. Esta guerra causó; la separación del mundo antiguo. San fue desterrado abajo y los humanos fueron expulsados del antiguo mundo y enviados a Pryan. Peytin creó una raza, que fue la élfica, y la envió para restaurar la pureza del mundo. (N. del a.)

Otros caravaneros, al observar la solemne reunión, se acercaron a ver qué sucedía y añadieron sus propios rumores de penalidades a los que ya corrían entre los congregados.

—Kasnar era un gran imperio —continuó Gregor—, y ahora ha desaparecido, completamente arrasado. De una nación antaño poderosa sólo queda un puñado de gente que ha huido en sus embarcaciones a través del mar Susurrante.

El granjero, advirtiendo que sus ventas de vingin descendían, colocó la espita en un nuevo tonel. Todos se levantaron a llenar de nuevo la jarra y empezaron a hablar a la vez.

—¿Titanes? ¿Los seguidores de San? ¡Bah, eso no es más que una leyenda!

—No seas sacrílego, Paithan. Si crees en la Madre, tienes que creer en San y sus seguidores, que gobiernan la Oscuridad.

—¡Sí, Umbar, todos sabemos que eres muy religioso! ¡Si alguna vez entraras en uno de los templos de la Madre, probablemente se te caería encima! Escucha, Gregor, tú eres un hombre sensato; no me digas que crees en duendes y espíritus.

—No, pero creo en lo que veo y oigo. Y he visto cosas terribles en los ojos de esa gente.

Paithan observó fijamente a su interlocutor. Conocía a Gregor desde hacía años y siempre había considerado a aquel humano como una persona valiente, sincera y digna de confianza.

—Está bien. Acepto que hayan llegado huyendo de algo, pero ¿por qué hemos de inquietarnos tanto? Sea lo que sea, es imposible que cruce el mar Susurrante.

—Esos titanes...

—Lo que sean...

—... podrían descender a través de los reinos enanos de Grish, Klag y Thurn

—prosiguió Gregor en tono cargado de malos presagios—. De hecho, nos han llegado rumores de que los enanos estaban preparándose para una guerra.

—Sí. Una guerra contra vosotros, los humanos, y no contra demonios gigantescos. Esa es la razón de que vuestros dirigentes hayan planteado ese embargo de armas.

Gregor se encogió de hombros, casi reventando las costuras de su ajustada camisa; luego, sonrió y su rostro barbirrojo pareció partirse en dos, con una negra hendidura de oreja a oreja.

—Sucedá lo que suceda, Paithan, los elfos no tenéis que preocuparos. Los humanos los detendremos. Nuestras leyendas dicen que el Dios Cornudo nos somete a prueba constantemente, enviándonos adversarios dignos de enfrentarse a nosotros. Tal vez, en esta batalla, los Cinco Señores Perdidos regresen para ayudarnos.

Fue a dar un trago, hizo una mueca de disgusto y volvió la jarra del revés. Estaba vacía.

—¡Más vingin! —exigió.

El granjero elfo abrió la espita, pero no salió nada. Golpeó los toneles. Todos le devolvieron un deprimente sonido hueco.

—

Entre suspiros, los caravaneros se incorporaron, desperezándose.

—Paithan, amigo mío —dijo Gregor—, cerca del embarcadero del trasbordador hay una taberna. Ahora estará abarrotada, pero creo que podríamos conseguir una

mesa. —El corpulento humano flexionó los músculos y se echó a reír.

—Desde luego —asintió Paithan al instante. Su capataz era un elfo competente y los esclavos estaban exhaustos. No era probable que hubiera problemas—. Tú encuentra un lugar donde podamos sentarnos, y yo invitaré las dos primeras rondas.

—Me parece justo.

Tambaleándose ligeramente, los dos se cogieron por los hombros (el brazo de Gregor casi sofocando al esbelto elfo) y se dirigieron hacia el muelle haciendo eses.

—Oye, Gregor, tú que has estado en tantos sitios —comentó Paithan—, ¿has oído hablar alguna vez de un hechicero humano llamado Zifnab?

—

CAPITULO

VARSPORT, THILLIA

Paithan y su caravana pudieron cruzar en el trasbordador el ciclo siguiente.

La travesía les llevó un ciclo entero y el elfo no disfrutó del viaje, pues tuvo que soportar los efectos de la resaca del vingin.

Los elfos tenían merecida fama de malos bebedores, de no tener el menor aguante para el alcohol, y Paithan había sabido muy bien que no debía seguir el ritmo de Gregor. Pero luego se había recordado a sí mismo que estaba de juerga, que no había allí ninguna Calandra que lo mirara severamente por tomar un segundo vaso de vino en la cena. Además, el vingin había empañado el recuerdo del necio hechicero humano, de su estúpida profecía y de los lúgubres cuentos de gigantes de Gregor.

El traqueteo constante del cabrestante giratorio, los resoplidos y chillidos de los cinco jabalíes que tiraban de él y los constantes gritos de apremio del humano que atendía a los animales retumbaban como explosiones en la cabeza del elfo. El cable que tiraba de la embarcación por encima del agua, recubierto de una sustancia grasienta y resbaladiza, pasaba por encima de su cabeza y desaparecía, enroscándose en torno al cabrestante. Apoyado en un fardo de mantas a la sombra de un toldo, con una compresa húmeda sobre la frente dolorida, Paithan contempló el agua que se deslizaba bajo la quilla del barco, compadeciéndose de sí mismo.

El trasbordador del golfo de Kithni llevaba unos sesenta años en funcionamiento. Paithan recordaba haberlo visto de niño, en compañía de su abuelo, durante el último viaje que los dos habían hecho juntos antes de que el viejo desapareciera para siempre en la espesura. Entonces, Paithan había considerado el trasbordador como el invento más maravilloso del mundo y le habían desconcertado tremendamente la revelación de que sus creadores habían sido los humanos.

—

Con voz paciente, su abuelo le había explicado aquella sed humana por el dinero y el poder que se conocía como ambición, consecuencia de la lamentable brevedad de sus vidas, y que les impulsaba a toda clase de esforzadas empresas.

—
. Palabra élfica que significa «jefe». (N. del a.)

Los elfos se habían apresurado a aprovechar el servicio de transbordadores, ya que aumentaba de forma notable el comercio entre los dos reinos, pero seguían mirándolo con suspicacia. No tenían la menor duda de que el trasbordador, como la mayoría de las empresas humanas, terminaría mal de un modo u otro. Mientras no llegara ese momento, sin embargo, los elfos permitían magnánimamente que los humanos les prestaran servicio.

Amodorrado por el chapoteo del agua y los vapores de vingin que aún flotaban en su cabeza, Paithan se quedó dormido bajo el calor. Antes de sumirse en el sueño, recordó vagamente a Gregor metido en una pelea y casi provocando que lo mataran (a él, a Paithan). Cuando despertó, Quintín, el capataz, lo sacudía por el hombro.

— ¡*Auana!* ¡*Auana* Quindiniar! ¡Despierta! El barco está amarrando.

Paithan se incorporó con un gemido. Se sentía un poco mejor. Aunque seguía latiéndole la cabeza, al menos ya no tenía la impresión de que iba a perder el sentido al menor movimiento. Se puso en pie tambaleándose y atravesó la abarrotada cubierta, donde los esclavos permanecían en cuclillas sobre el entarimado de madera, al descubierto y sin ninguna protección contra el sol ardiente. A los esclavos no parecía importarles el calor. Sólo llevaban encima unos taparrabos, indumentaria aceptable ya que no había esclavas hembras. Paithan, que llevaba tapado hasta el último centímetro de su blanca epidermis, contempló la piel morena, casi negra, de aquellos humanos y recordó la enorme distancia que había entre las dos razas.

—Calandra tiene razón —murmuró para sí—. No son más que animales y ni toda la civilización del mundo cambiará este hecho. No debería haberseme ocurrido ir de juerga con Gregor anoche. En adelante, me quedaré con los de mi propia raza.

Paithan mantuvo esta firme resolución durante, más o menos, una hora. Para entonces, sintiéndose ya mucho mejor, estaba de nuevo en compañía de un Gregor magullado pero sonriente mientras ambos permanecían en la cola, esperando turno para presentar sus documentos a las autoridades del puerto. Paithan se mostró alegre y animado durante la larga espera. Cuando Gregor lo dejó para pasar la inspección de la aduana, el elfo se sorprendió a sí mismo escuchando la cháchara de sus esclavos humanos, que parecían presa de una ridícula excitación al volver a encontrarse en su patria.

Si tanto apreciaban su tierra, ¿cómo era que se habían dejado vender como esclavos?, se preguntó Paithan ociosamente, guardando su turno en una cola que se movía con la lentitud de una babosa del musgo mientras los funcionarios de aduanas humanas hacían innumerables preguntas absurdas y manoseaban la mercancía de los caravaneros que le precedían. Durante la espera surgieron altercados, generalmente entre humanos que, cuando eran sorprendidos con una carga de contrabando, parecían adoptar la actitud de que la ley debe aplicarse a todos, menos a ellos mismos. Los mercaderes elfos rara vez tenían problemas en las fronteras pues, o bien obedecían escrupulosamente las leyes o, como Paithan, recurrían a medios sutiles y discretos para saltárselas.

Por fin, uno de los funcionarios le indicó que se acercara. Paithan y su capataz hicieron avanzar a los esclavos y los tyros.

— ¿Qué carga llevas? —dijo el hombre, mirando fijamente los cestos.

—

—Juguetes mágicos, señor —respondió Paithan con una seductora sonrisa. El funcionario le observó atentamente.

— ¡Buen momento para traer juguetes...! —murmuró.

— ¿A qué te refieres, señor?

—A esos rumores de guerra, por supuesto. ¡No me digas que no has oído comentarios al respecto!

—Ni una palabra, señor. ¿Con quién os peleáis este mes? ¿Con Strethia, quizás, o con Dourglasia?

—Nada de eso. No malgastaríamos nuestros dardos con esa escoria. Corre el rumor de que unos guerreros gigantes vienen del norint.

— ¡Ah, eso! —Paithan se encogió de hombros con aire condescendiente y añadió—: He oído algo al respecto, pero no le he dado importancia. Vosotros, los humanos, estáis preparados para hacer frente a un riesgo así, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —declaró el funcionario. Sospechando que era objeto de una burla, clavó la vista en el elfo. Paithan tenía una expresión angelical cuando explicó, con lengua suave como la seda:

—A los niños les encantan nuestros juguetes mágicos y falta poco para la fiesta de santa Thillia. No querrás que los pequeños se lleven un disgusto, ¿verdad? —Se inclinó hacia adelante con aire confidencial y añadió—: Supongo que serás abuelo, ¿me equivoco? ¿Qué te parece si me dejas pasar y nos olvidamos de los trámites de rigor?

—Soy abuelo, es cierto —respondió el funcionario, ceñudo y severo—. Tengo diez nietos, todos menores de cuatro años, y todos ellos viven en mi casa. ¡Abre esos cestos!

Paithan se dio cuenta de que había cometido un error táctico. Con el suspiro del inocente condenado injustamente, volvió a encogerse de hombros y se encaminó al primero de los cestos. Quintín desató las correas con solícita y servicial presteza. Los esclavos próximos a la escena observaban ésta con una expresión que Paithan reconoció como de alegría apenas contenida, y que le inquietó mucho, ¿A qué diablos venían aquellas risillas? Era casi como si supieran...

El funcionario de aduanas alzó la tapa del cesto. Un montón de juguetes de colores chillones brilló a la luz del sol. El humano, con una mirada de soslayo a Paithan, hundió la mano en el cesto.

La retiró de inmediato con una exclamación, sacudiendo los dedos.

— ¡Algo me ha mordido! —dijo en tono acusador.

Los esclavos estallaron en risas. El capataz, sorprendido, hizo chasquear el látigo a su alrededor y no tardó en restaurar el orden.

—Lo lamento muchísimo, señor. —Paithan se apresuró a cerrar el cesto—.

Debe de haber sido una caja de sorpresas. Les gusta mucho morder. Lo lamento de veras.

— ¿Y vas a reparar esos juguetes malévolos a los niños? —exclamó el funcionario, chupándose el pulgar herido.

—Algunos padres desean cierta carga de agresividad en los juguetes, señor.

No querrás que los pequeños sean unos blandengues, ¿verdad? Hum..., señor...,

yo iría con especial cuidado al revolver ese cesto. Ahí llevamos las muñecas.
El funcionario de aduanas alargó la mano, titubeó y se lo pensó mejor.
—Está bien, seguid adelante. Largaos de aquí.

—

Paithan dio la orden a Quintín, quien puso de inmediato a los esclavos a tirar de las riendas de los tyros.

—

. Expresión élfica que significa colar por cierta una falsedad. El caramelo de soom es un producto humano muy apreciado por los elfos, que son terriblemente golosos. El caramelo tiene un sabor delicioso, pero comido en exceso puede tener penosas consecuencias en el sistema digestivo de los elfos. (N. del a.)

Pese a las recientes marcas de latigazos en la piel, algunos de los esclavos conservaban todavía la expresión burlona y Paithan se admiró de aquel extraño rasgo de carácter de los humanos que les movía a gozar ante la visión de la desdicha ajena.

Los documentos de embarque fueron inspeccionados y aprobados rápidamente y Paithan los guardó en el bolsillo de su gabán de viaje, cerrado con un cinturón. Tras una cortés reverencia al funcionario, se disponía a correr tras su caravana cuando notó una mano que le agarraba del brazo. Su buen humor empezó a desvanecerse rápidamente. Notó una punzada en las sienes.

— ¿Sí, señor? —dijo mientras se volvía, con una sonrisa forzada.

El funcionario de aduanas se inclinó hacia él.

— ¿Cuánto me pides por diez de esas cajas de sorpresas?

El viaje por tierras humanas transcurrió sin sobresaltos. Uno de los esclavos huyó, pero Paithan había previsto tal eventualidad llevando consigo más hombres de los precisos, y la mayoría de ellos no le preocupaba pues había escogido deliberadamente a humanos que dejaban familia en Equilan. Al parecer, un esclavo había escogido la libertad, antes que volver con su mujer y sus hijos. Bajo la influencia de las historias de Gregor, la profecía de Zifnab empezó a torturarlo de nuevo. Paithan intentó descubrir todo lo posible sobre los gigantes que se acercaban y, en cada taberna que visitó, encontró a alguien con algo que comentar al respecto. Sin embargo, poco a poco fue convenciéndose de que se trataba de un mero rumor sin fundamento. Aparte de Gregor, no encontró a un solo humano que hubiera hablado realmente y en persona con alguno de los refugiados.

—El tío de mi madre conoció a tres de ellos, y él le contó a mi madre lo que le dijeron y...

—El chico de mi primo segundo estaba en Jendi el mes pasado cuando llegaban los barcos y habló con mi primo, que se lo contó a su padre, y él me puso al corriente.

—Me lo explicó un mendigo que estaba allí...

Finalmente, Paithan llegó con cierto alivio a la conclusión de que Gregor le había estado vendiendo caramelo de soom. El elfo apartó de su mente la profecía de Zifnab. Completa, definitiva e irrevocablemente.

Paithan cruzó la frontera de Marcinia con Terncia sin que los centinelas echaran siquiera un vistazo a los cestos. Estudiaron los documentos de embarque firmados por el funcionario de Varsport con gestos aburridos y le franquearon el paso. El elfo disfrutaba del viaje y no se dio prisas. Hacía un tiempo especialmente bueno y los humanos, en su mayor parte, eran amistosos y corteses. Por supuesto, se encontró con esporádicos comentarios hostiles que tachaban a los elfos de «ladrones de mujeres» y «asquerosos esclavistas» pero Paithan, que apenas se alteraba por nada, hizo oídos sordos a los epítetos o los disculpó con una carcajada y un ofrecimiento de pagar la siguiente ronda.

A Paithan le atraían las mujeres humanas tanto como a cualquier elfo pero, habiendo viajado largamente por tierras humanas, sabía que flirtear con una de ellas era la manera más fácil de arriesgarse a que le cortaran a uno las orejas (y tal vez otras partes de su anatomía). Así pues, consiguió dominar sus impulsos y se

—

contentó con lanzar miradas de admiración o robar un breve beso en algún rincón a oscuras. Si la hija del posadero acudía a su puerta en mitad de la noche, deseosa de comprobar la legendaria capacidad erótica de los varones elfos, Paithan siempre tenía buen cuidado de echarla de su cama al llegar la hora brumosa, antes de que nadie se levantara para iniciar la jornada.

El elfo y su caravana llegaron a su destino, la pequeña e insulsa población de Griffith, con algunas semanas de retraso respecto a la fecha prevista. Paithan se sentía bastante satisfecho de la travesía, considerando lo arriesgado que resultaba viajar por los estados thillianos, en permanente conflicto entre ellos. Cuando llegó a la taberna de La Flor del Bosque, se ocupó de alojar a los esclavos y a los tyros en el establo, buscó un lugar para el capataz en el henal y alquiló una habitación en la posada para él.

En La Flor del Bosque no estaban habituados a alojar huéspedes elfos, pues el propietario estudió largo rato el dinero de Paithan e hizo sonar la moneda sobre la mesa para asegurarse de que era de madera noble. Cuando hubo comprobado que el dinero era auténtico, el hombre se mostró más cortés.

— ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Paithan Quindiniar.

—Hum... —El tabernero lanzó un gruñido—. He recibido dos mensajes para ti. Uno me lo entregaron en mano; el otro llegó por un ave mensajera.

—Muchas gracias —respondió Paithan, entregándole otra moneda. La actitud servil del dueño de la taberna se intensificó notoriamente.

—Debes de tener hambre, señor. Toma asiento en la sala común y te traeré algo para mojar el gaznate.

—Que no sea virgín —dijo Paithan, y se encaminó a la sala con las cartas en la mano.

Una de las misivas era de procedencia humana; el elfo lo advirtió porque venía en un fragmento de pergamino que ya habla sido utilizado anteriormente. Se había procurado borrar el escrito original, pero no se había conseguido del todo. Tras desatar la cinta, sucia y deshilachada, Paithan desenrolló la carta y, con algunas dificultades, leyó el mensaje escrito sobre la que al parecer había sido una notificación de impuestos.

«Quindiniar, llegas con retraso. La presente....»

...a ti. Hemos tenido que salir ... viaje ... tener contento al cliente. Volveremos...»

El elfo se acercó a la ventana y observó el pergamino al trasluz pero no hubo modo de descifrar cuándo volverían. Firmaba la carta, con un tosco garabato, un tal *Roland Hojarroja*. Paithan sacó del bolsillo los documentos de embarque y buscó el nombre del cliente. Allí estaba consignado, con la caligrafía precisa y derecha de Calandra. *Roland Hojarroja*. El elfo se encogió de hombros, echó la misiva al cubo de la basura y, a continuación, se lavó las manos a conciencia. A saber dónde había estado aquel pergamino.

El dueño del local se apresuró a llevarle una jarra de espumeante cerveza.

Paithan la probó y comentó que era excelente; sus palabras convirtieron al satisfechísimo tabernero en su esclavo de por vida (o, al menos, mientras tuviera dinero). Sentado en un reservado, con los pies sobre la silla que tenía enfrente, Paithan se acomodó a sus anchas y abrió el otro pergamino, preparándose a disfrutar.

—

La carta era de Aleatha, quien debía de haberla escrito por amor.

—

CAPÍTULO MANSIÓN DE QUINDINIAR, EQUILAN

«Mi querido Paithan:

»Supongo que te sorprenderá recibir noticias mías, pues no soy muy amante de las cartas. Sin embargo, estoy segura de que no te ofenderás si te digo la verdad: se me ha ocurrido escribirte por puro aburrimiento. Desde luego, espero que este noviazgo no dure demasiado, o me volveré loca.

»Sí, querido hermano; he abandonado mis "costumbres licenciosas". Al menos, de momento. Cuando sea una "respetable mujer casada" tengo intención de llevar una vida más interesante; sólo será preciso ser más discreta que antes.

»Como había previsto, nuestro próximo enlace ha provocado un buen escándalo. La madre del barón es una vieja presuntuosa que ha estado a punto de echarlo todo a perder. La muy bruja tuvo el valor de contar a Durndrun que yo había tenido un lío con el conde R..., que frecuentaba ciertos establecimientos de Abajo y que incluso había tenido relaciones con los esclavos humanos. En resumen, le dijo que era una furcia indigna de gozar del dinero de Durndrun, de su casa y de su apellido.

»Afortunadamente, yo había imaginado que sucedería algo así y había conseguido de mi "amado" la promesa de que me tendría al corriente de las acusaciones que formulara su querida madre y me daría la oportunidad de rebatirlas. Durndrun cumplió su palabra, pero se le ocurrió venir a verme, precisamente, en plena hora brumosa. ¡Por Orn que, si es una costumbre, se la voy a quitar enseguida! ¿Qué hace una a hora tan intempestiva? Pero ya no había remedio y tuve que hacer acto de presencia. Por suerte, al contrario que algunas,

yo siempre tengo buen aspecto al despertar.

»Encontré a Durndrun en el salón, con aire muy serio y adusto, acompañado de Calandra, que parecía divertirse a lo grande con la situación.

—

»Cal nos dejó solos —algo perfectamente correcto entre parejas prometidas, ¿sabes?— y, lo creas o no, querido hermano, ¡el barón empezó a lanzarme a la cara las acusaciones de su madre!

^Naturalmente, yo estaba preparada para ello.

»Una vez hube entendido el contenido exacto de las quejas (y su fuente), me dejé caer al suelo, desvanecida. (Desmayarse como es debido tiene su arte, ¿sabes? Una debe caerse sin hacerse daño y, preferiblemente, sin causarse desagradables cardenales en los codos. No es tan sencillo como parece.) Al verlo, Durndrun se alarmó mucho y se vio obligado —por supuesto— a levantarme en sus brazos y depositarme en el sofá.

»Recobré el sentido justo a tiempo de impedir que el barón pidiera ayuda a los criados y, al verlo inclinado sobre mí, lo llamé "sinvergüenza" y estallé en lágrimas. De nuevo, él se sintió obligado a tomarme en brazos. Yo, entre sollozos y balbuceos incoherentes sobre mi honor mancillado y sobre cómo podría amar a un hombre que no confiaba en mí, intenté apartarlo a empujones, asegurándome de que, en la agitación consiguiente, se me desgarrara la túnica y el barón descubriera que había puesto la mano en un lugar inconveniente.

»"¡Ah, de modo que es eso lo que piensas de mí!", le dije, y me arrojé de nuevo sobre el sofá, no sin asegurarme de que, en mis frenéticos intentos por reparar el desgarrón, no hiciera sino empeorar aún más las cosas. Mi única preocupación era que Durndrun llamara al servicio. Por eso impedí que mis lágrimas degeneraran en histeria.

»Cuando se puso en pie, observé por el rabillo del ojo la lucha en que se debatía su pecho. Acallé mis sollozos y volví la cabeza, mirándolo a través de un velo de cabellos rubios y con un tenue brillo seductor en los ojos.

»"Reconozco que he sido lo que alguien podría tachar de irresponsable", dije con voz apagada, "pero es que no he tenido una madre que me guiara. Llevo muchísimo tiempo buscando a alguien a quien querer y honrar con todo mi corazón y ahora que te había encontrado..."

»No pude continuar. Hundí el rostro en el cojín empapado en lágrimas y extendí el brazo.

»"¡Vete!", le dije. "¡Tu madre tiene razón! ¡No merezco tu amor!"

»Bien, Pait, estoy segura de que ya debes de adivinar el resto. En menos de lo que se tarda en decir "matrimonio", tenía al barón Durndrun a mis pies...

¡suplicando *mi* perdón! Yo le concedí otro beso y una larga y detenida mirada antes de cubrir recatadamente los "tesoros" que no conseguirá hasta la noche de bodas.

» ¡Durndrun estaba tan arrebatado de pasión que incluso habló de echar a su madre de casa! Tuve que poner en acción toda mi capacidad de persuasión para convencerlo de que acabaría queriendo a esa vieja bruja como a la madre que nunca conocí. Tengo algunos planes para la matrona. Ella aún no lo sabe, pero me va a cubrir en mis pequeñas escapadas cuando la vida de casada se haga demasiado aburrida.

»Así pues, me encuentro ya camino del altar. El barón Durndrun habló con su

madre en tono autoritario, poniendo en su conocimiento que íbamos a casarnos y declarando que, si no le gustaba la idea, nos iríamos a vivir a otra parte. Esto último, por supuesto, no me pareció nada bien, pues la principal razón de que me case con él es la casa, pero no me preocupó demasiado. La vieja idolatra a su hijo y cedió enseguida, tal como yo estaba segura que haría.

—

»La boda tendrá lugar dentro de unos cuatro meses. Me habría gustado que fuera antes, pero es preciso cumplir ciertas formalidades y Calandra insiste en que todo se lleve a cabo como es debido. Mientras llega el momento, no me queda otro remedio que dar la impresión de que soy una doncella modesta y bien educada y quedarme prudentemente en casa. Estoy segura de que te reirás al leer esto, Paithan, pero te aseguro que no he estado con ningún hombre en todo el mes pasado. ¡Cuando llegue la noche de bodas, hasta el propio Durndrun me parecerá apetecible!

» (No estoy nada segura de poder resistir tanto. Supongo que no te habrás dado cuenta, pero uno de los esclavos humanos es un ejemplar magnífico. Es muy interesante hablar con él e incluso me ha enseñado algunas palabras en ese idioma animalesco que utilizan. Hablando de animales, ¿crees que será verdad lo que dicen de los machos humanos?)

»Lamento los borrones de estas últimas líneas. Calandra ha entrado en la habitación y he tenido que esconder la carta entre la ropa interior antes de que se secara la tinta. ¿Te imaginas qué habría hecho Cal si hubiera leído la última parte?

»Por suerte, no es preciso que se preocupe. Pensándolo bien, creo que no sería capaz de tener una relación con un humano. No te lo tomes a mal, Pait, pero ¿cómo puedes soportar tocar a sus mujeres? En fin, supongo que para un hombre es distinto.

»Te preguntarás qué hacía Cal levantada a estas horas tan intempestivas. Era a causa de los cohetes, que no la dejaban dormir.

«Hablando de los cohetes, la vida en casa ha ido de mal en peor desde que te marchaste. Padre y ese viejo hechicero chiflado se pasan toda la hora del trabajo en el sótano, preparando sus proyectiles, y toda la hora oscura en el jardín de atrás, disparándolos. Creo que hemos superado todas las marcas en el número de criados que nos han abandonado. Cal se ha visto obligada a pagar grandes sumas a varias familias de la ciudad, ramas abajo de nuestra mansión, debido a los incendios causados en sus viviendas. ¡Padre y el hechicero envían los cohetes hacia arriba con la pretensión de que "el hombre de las manos vendadas" los verá y sabrá dónde posarse!

» ¡Ah, Paithan!, estoy segura de que te estarás riendo, pero hablo en serio. La pobre Cal está tirándose de los pelos de frustración y me temo que yo no estoy mucho mejor. Por supuesto, nuestra hermana está preocupada por el dinero y el negocio y por la visita del alcalde con una petición para que nos deshagamos del dragón.

»A mí me preocupa nuestro pobre padre. Ese astuto humano tiene a padre totalmente embelesado con esa tontería de la nave para ir a las estrellas a encontrar a madre. Padre no habla de otra cosa. Está tan excitado que no come y está más delgado cada día. Cal y yo estamos seguras de que el viejo hechicero tiene

algún plan, tal vez hacerse con la fortuna de padre. Pero, si es así, todavía no ha hecho ningún movimiento sospechoso.

»Cal ha intentado en dos ocasiones sobornar a Zifnab, o como quiera que se llame, ofreciéndole más dinero del que la mayoría de humanos ven en toda su vida a cambio de que se vaya y nos deje en paz. La segunda vez, el viejo la cogió de la mano y, con una mueca de tristeza, le dijo, "Pero, querida mía, si el dinero no tiene importancia..."

—

» ¡No tiene importancia! ¡Que el dinero no tiene importancia! Hasta aquel momento, Cal lo había tenido por un chiflado pero, desde entonces, lo considera un loco furioso y está convencida de que deberían tenerlo encerrado en alguna parte. Creo que lo haría ella misma, si no temiera la reacción de padre.

»Y luego está el día en que el dragón estuvo a punto de quedar suelto.

¿Recuerdas que el viejo tiene bajo un hechizo a esa criatura (Orn sabe cómo y por qué)? Nos habíamos sentado a desayunar cuando, de pronto, se produjo una terrible conmoción fuera de la casa; ésta tembló como si fuera a derrumbarse, las ramas se quebraron y las astillas se clavaron en el lecho de musgo, y apareció por la ventana del comedor un feroz ojo encarnado que nos miró.

»"¡Toma otro bollo, anciano!", dijo con voz amenazadora y siseante. "Con mucha miel. Necesitas engordar, estúpido. ¡Igual que el resto de esa carne rolliza y jugosa que te rodea!"

»Le centelleaban los dientes y la saliva rezumaba de su lengua bífida. El humano estaba pálido como un fantasma. Los escasos criados que aún quedaban en la casa corrieron hacia la puerta dando alaridos.

»"¡Ja, ja!", exclamó el dragón. "¡Comida rápida!"

»E ojo desapareció. Corrimos a la puerta principal y vimos descender la cabeza del dragón, con las mandíbulas a punto de cerrarse sobre la cocinera.

»"¡No! ¡Ella no!", gritó el hechicero. "¡Ella sabe hacer maravillas con el pollo!"

Coge al mayordomo. Nunca me ha caído bien", se volvió hacia padre y añadió: "No sabe estar en su sitio."

»"¡Pero no puedes dejar que se coma a todo el personal!"

»"¿Por qué no?", gritó Cal. "¡Que se nos coma a todos! ¿Qué le importa eso a él?"

»Deberías haber visto a Cal, hermano. Daba miedo. Se puso tensa, rígida, y se limitó a quedarse en el porche delantero, con los brazos cruzados ante el pecho y las facciones duras como el pedernal. El dragón parecía jugar con sus víctimas, empujándolas como si fueran corderos, observando cómo se escondían tras los árboles y lanzándose sobre ellas cuando salían a campo abierto.

»"¿Y si le entregamos al mayordomo y, pongamos, un par de criados? Para templarle los ánimos, por decirlo de algún modo..."

»"Yo... me temo que no", contestó el pobre padre, que temblaba como una hoja. El humano exhaló un suspiro.

»"Tienes razón, supongo. No debo abusar de tu hospitalidad. Aunque es una lástima, porque los elfos son muy fáciles de digerir. Pasan muy suavemente. Pero siempre se queda con hambre, después." El anciano empezó a subirse las mangas. "Enanos, no. No volveré a dejar que se coma un enano, después de lo sucedido la última vez. Tuve que pasarme la noche despierto a su lado. Veamos. ¿Cómo era

ese hechizo? Esto... necesito una bola de excrementos de murciélago y un pellizco de azufre. No, un momento. Creo que me confundo de encantamiento..."

»Y, tras esto, el viejo se puso a caminar por el jardín, con toda la calma del mundo en medio de aquel caos, hablando consigo mismo sobre excrementos de murciélago. Para entonces ya había llegado un grupo de ciudadanos, armados hasta los dientes. El dragón estuvo encantado de ver tanta gente, y gritó no sé qué sobre "un *buffet* libre". Cal estaba plantada en el porche, chillando: "¡Cómete a todos!". Padre se retorció las manos hasta que se derrumbó en un sofá.

—

»Me avergüenza decirlo, Pait, pero me puse a reír. ¿Por qué me sucede esto? Debo de tener alguna tara que me hace romper a reír cuando se produce un desastre. Deseé con todo mi corazón que estuvieras presente para ayudarnos, pero no estabas. Padre no servía para nada y Cal no estaba mucho mejor. Desesperada, bajé corriendo al jardín y agarré al hechicero por el brazo en el mismo instante en que se disponía a alzarlo en el aire.

»"¿No tienes que cantar algo?", le pregunté. "¡Ya sabes, no sé qué sobre el conde Bonnie!"

»Era lo único que había entendido de la condenada cantinela. El humano parpadeó y su rostro se iluminó. Después, se volvió en redondo y me lanzó una mirada furiosa, con la barba erizada. El dragón, mientras tanto, perseguía a los ciudadanos por el jardín.

»"¿Qué te propones?", me preguntó el viejo, furioso. "¿Quieres encargarte de mi trabajo?"

»"No, yo..."

»"No metas las narices en asuntos de hechiceros", insistió con voz altisonante, "porque somos gente sutil y fácil de encolerizar. No es mío; lo dijo un mago amigo mío. Un tipo competente en su trabajo, que sabía mucho sobre joyería. Y tampoco era malo en fuegos artificiales. Aunque no era elegante en su indumentaria, como Merlín. Veamos, ¿cómo se llamaba...? Raist... No, ése era el joven tan irritante que siempre estaba dando hachazos y salpicando sangre. Muy desagradable. El nombre del otro era Gand... Gand no sé qué..."

» ¡Me eché a reír como una loca, Pait! No pude evitarlo. No tenía idea de qué estaba parlotando el tipejo. ¡Era todo tan ridículo! Debo de ser una persona realmente perversa.

»"¡E dragón!" Agarré al anciano y lo sacudí hasta que le castañetearon los dientes. "¡Detenlo!"

»Zifnab me lanzó una mirada dolida.

»"¡Ah, sí!, para ti es muy fácil decirlo. ¡Tú no tienes que soportarlo después!"

»Tras un nuevo suspiro, empezó a cantar con esa voz aguda y temblorosa que le atraviesa a una la cabeza como un taladro. Como la vez anterior, el dragón levantó la cabeza y miró al hechicero. A la criatura se le nublaron los ojos y no tardó en empezar a mecerse al ritmo de la música. De pronto, el dragón volvió a abrir los ojos como platos y miró al viejo y dio un respingo.

»"¡Señor!", dijo con voz atronadora. "¿Qué haces aquí fuera, en mitad del jardín, en ropa de dormir? ¿No te da vergüenza?"

»La cabeza del dragón serpenteó sobre el jardín y se cernió sobre el pobre padre, que se había encogido debajo del sofá. Los ciudadanos, viendo distraída a la

criatura, empezaron a levantar sus armas y a acercarse a ella cautelosamente.
»"Perdóname, maese Quindiniar", dijo el dragón con voz ronca y resonante.
"Todo es culpa mía. Esta mañana no he llegado a tiempo de atender a mi amo." El dragón volvió la cabeza hacia el anciano hechicero. "Señor, había preparado la levita malva con los pantalones de rayas finas y..."
»"¿La levita malva?", lo interrumpió el viejo, con voz chillona. "¿Acaso se vio alguna vez a Merlín pasear por Camelot y lanzar encantamientos vestido con una levita malva? ¡Por todos los sapos, seguro que no! No conseguirás que..."
»Me perdí el resto de la conversación, pues tuve que dedicarme a convencer a los ciudadanos de que volvieran a casa. En realidad, no me habría disgustado

—

librarme del dragón, pero era evidente que sus débiles armas apenas podían causarle daño y, en cambio, cabía la posibilidad de que rompieran el hechizo. Por cierto, fue poco después de esta escena, a la hora del almuerzo, cuando llegó al alcalde con la petición.

»Desde entonces, Pait, algo parece haberse roto en el interior de Cal. Ahora, nuestra hermana no hace el menor caso a la presencia del hechicero y su dragón. Sencillamente, hace como si no estuvieran. No le dirige la palabra al humano; ni siquiera lo mira. Se pasa el rato en la fábrica o encerrada en su despacho. Tampoco habla apenas con padre, aunque él ni se ha dado cuenta pues está demasiado atareado con sus cohetes.
»Bueno, Paithan, de momento dejo aquí el repaso a las novedades. Tengo que concluir para acostarme. Mañana voy a tomar el té con la madre de Durndrun y creo que cambiaré mi taza por la suya, no sea que me haya echado un poco de veneno.
» ¡Ah!, casi se me olvida. Cal dice que el negocio va viento en popa, debido a los rumores de problemas procedentes del norint. Lamento no haber prestado más atención, pero ya sabes cuánto me aburre hablar de negocios. Supongo que eso significa más ingresos pero, como dice el anciano, ¿qué importa el dinero?
» ¡Vuelve pronto, Pait, y sálvame de esta casa de locos!
»Tu hermana que te quiere,
»Aleatha»

—

CAPITULO GRIFFITH, TERNCIA, THILLIA

Concentrado en la carta de su hermana, Paithan advirtió vagamente que alguien entraba en la taberna, pero no levantó la vista hasta que una bota, de un enérgico puntapié, le quitó la silla en la que tenía apoyados los pies.

— ¡Ya era hora! —dijo una voz en el idioma de los humanos.

Paithan alzó la vista y encontró la mirada de un humano alto, musculoso, de buena complexión y con una larga melena rubia que llevaba recogida en la nuca con una tirilla de cuero. El hombre tenía la piel muy bronceada salvo donde la cubrían las ropas y Paithan pudo apreciar que, de natural, era blanca y rubicunda

como la de un elfo. Sus ojos azules eran francos y amistosos y en sus labios había una sonrisa congraciadora. Vestía los calzones de cuero con flecos y la túnica de piel sin mangas habituales entre los humanos.

— ¿Quincejar? —Dijo el individuo, tendiéndole la mano—. Soy Roland. Roland Hojarroja. Encantado de conocerte.

Paithan dirigió una rápida mirada a la silla, volcada en medio de la taberna a consecuencia del puntapié. «Bárbaros», pensó. Pero de nada servía enfadarse, de modo que se puso en pie, adelantó la mano y estrechó la del humano siguiendo aquella extraña costumbre que elfos y enanos encontraban tan ridícula.

—Me llamo Quindiniar. Acompáñame a beber algo, por favor —respondió, sentándose de nuevo—. ¿Qué te apetece tomar?

—Hablas nuestro idioma bastante bien, sin ese estúpido ceceo de la mayoría de los elfos. —Roland agarró otra silla y tomó asiento—. ¿Qué bebes tú? —Asió la jarra casi llena de Paithan y olfateó su contenido—. ¿Está bueno eso? Normalmente, la cerveza de por aquí sabe a meados de mono. ¡Eh, tabernero! ¡Tráenos otra ronda!

Cuando llegaron las bebidas, Roland alzó su jarra.

— ¡Por los juguetes!

—

Paithan tomó un sorbo. El humano apuró la suya de un trago. Parpadeando y secándose las lágrimas, añadió con ojos llorosos:

—No está mal. ¿Vas a terminarte la tuya? ¿No? Ya me encargaré yo de hacerlo. No puedo permitir que se desperdicie. —Vació la otra jarra y, cuando hubo terminado, la dejó sobre la mesa con un fuerte golpe.

— ¿Por qué estamos brindado? ¡Ah, ya recuerdo! Por los juguetes. Ya iba siendo hora, como decía. —Roland se inclinó hacia adelante, lanzando su aliento de cerveza a la nariz de Paithan por encima de la mesa—. ¡Los niños se estaban impacientando! He hecho cuanto he podido por aplacar a los pequeños... Supongo que entiendes a qué me refiero, ¿verdad?

—No estoy muy seguro —respondió Paithan suavemente—. ¿Quieres tomar otra jarra?

—Desde luego. ¡Tabernero! ¡Dos más!

—Corre de mi cuenta —añadió el elfo al observar el gesto ceñudo del propietario del local.

Roland bajó la voz.

—Los niños... Los compradores, es decir, los enanos... están realmente impacientes. El viejo Barbanegra quería arrancarme la cabeza cuando le dije que el embarque se retrasaría.

— ¿Le estás vendiendo las... los juguetes a los enanos?

—Sí. ¿Hay algún problema, Quinpar?

—Quindiniar. No; es sólo que ahora entiendo cómo has podido pagarlos a un precio tan alto.

—Entre nosotros, los muy idiotas habrían pagado el doble para conseguir lo que les llevamos. Están muy excitados por no sé que cuentos infantiles sobre unos gigantes humanos. Pero ya lo verás tú mismo...

Roland dio un largo sorbo a la cerveza.

— ¿Yo? —Paithan sonrió y movió la cabeza a un lado y otro—. Debes de estar

confundido. Una vez me hayas pagado, los «juguetes» son tuyos. Tengo que volver a mi casa. En estos tiempos estamos muy ocupados.

— ¿Y cómo se supone que hemos de transportarlos? —Roland se pasó la manga por los labios—. ¿Llevando los cestos encima de la cabeza? He visto tus tyros en el establo. Todo está perfectamente embalado y podemos ir y volver en muy poco tiempo.

—Lo siento, Hojarroja, pero esto no estaba incluido en el trato. Págame el dinero y...

—Pero... ¿no crees que encontrarías fascinante el reino de los enanos?

Esto último lo dijo la voz de una mujer, detrás de Paithan.

—Quincehart —dijo Roland, haciendo un gesto con la jarra—. Te presento a mi esposa.

El elfo se puso en pie educadamente y se volvió hacia la mujer.

—Me llamo Quindiniar.

—Encantada de conocerte. Soy Rega.

Era una humana de corta estatura, cabellos negros y ojos oscuros. Su indumentaria, de cuero con flecos como la de Roland, apenas cubría su cuerpo y dejaba poco de éste a la imaginación. Sus ojos, protegidos por unas largas pestañas negras, parecían llenos de misterio. Le tendió la mano y Paithan la tomó

—

en la suya pero, en lugar de estrecharla como parecía esperar la mujer, se la llevó a los labios y depositó un beso en sus dedos.

La humana se ruborizó y dejó que su mano permaneciera unos instantes en la del elfo.

—Fíjate en esto, marido. ¡Tú nunca me tratas así!

—Porque eres mi mujer —replicó Roland encogiéndose de hombros, como si aquello diera por zanjada la cuestión—. Toma asiento, Rega. ¿Qué quieres tomar?

¿Lo de costumbre?

—Un vaso de vino para la dama —pidió Paithan. Cruzó la taberna, volvió con una silla y la colocó junto a la mesa para que Rega la ocupara. Ella se deslizó en el asiento con la agilidad de un animal. Sus movimientos fueron rápidos, limpios y decididos.

—Vino, sí. ¿Por qué no? —Rega lanzó una sonrisa al elfo, con la cabeza ligeramente ladeada y el cabello, oscuro y brillante, acariciando su hombro desnudo.

—Convince a Quinspar para que venga con nosotros, Rega.

La mujer mantuvo los ojos y la sonrisa fijos en el elfo.

— ¿No tienes que ir a algún sitio, Roland?

—Tienes razón. Estoy lleno de esa maldita cerveza.

Roland se incorporó y salió de la taberna en dirección al patio trasero.

La sonrisa de Rega se ensanchó. Paithan vio unos dientes afilados, muy blancos, entre unos labios que parecían teñidos con el zumo de alguna baya.

Quien besara aquellos labios, probaría la dulzura...

—Me gustaría que nos acompañaras. No vamos lejos. Conocemos la mejor ruta, atajando por las tierras de los reyes del mar pero por las regiones más agrestes. Por donde vamos, no hay guardas fronterizos. El camino es a veces traicionero, pero no pareces un tipo a quien moleste un poco de riesgo. —La mujer

se le acercó un poco más y el elfo captó un leve aroma almizclado que envolvía su piel lustrosa de sudor. Su mano se deslizó sobre la de Paithan—. Mi esposo y yo nos aburrimos tanto en nuestra mutua compañía...

Paithan advirtió premeditación en su actitud seductora. Era lógico que se diera cuenta: su hermana, Aleatha, era una verdadera maestra en aquel arte y le hubiera podido dar lecciones a aquella tosca humana. Al elfo, todo aquello le resultó muy divertido y, desde luego, un verdadero entretenimiento después de los largos días de viaje. Con todo, en algún rincón de su mente, no dejó de preguntarse si la mujer estaría dispuesta a entregar lo que estaba ofreciendo. «No he estado nunca en el reino de los enanos», reflexionó Paithan. «Ningún elfo ha estado allí. Tal vez merezca la pena ir.»

Ante él apareció una imagen de Calandra; los labios apretados, la nariz huesuda muy pálida, los ojos llameantes. Se pondría furiosa. Un viaje como aquél retrasaría su regreso un mes, por lo menos.

«Pero Cal, escucha», se oyó decir a sí mismo. «He establecido contacto comercial con los enanos. Contacto directo. Sin intermediarios que se lleven tajada...»

—Di que vendrás con nosotros. —Rega le apretó la mano. El elfo advirtió que la humana poseía una fuerza impropia de una mujer, y que tenía la piel de la palma de la mano áspera y encallecida.

—

—Entre los tres no podríamos dominar a tantos tyros... —respondió evasivamente.

—No los necesitamos todos. —La mujer era práctica, eficiente. Su mano se demoró unos instantes entre los dedos del elfo—. Supongo que has traído juguetes de verdad como tapadera, ¿no? Deshazte de ellos. Véndelos. Luego cargaremos las... hum... la carga más valiosa en sólo tres tyros.

Bien, aquello podía dar resultado. Paithan tuvo que reconocerlo. Además, la venta de los juguetes pagaría de sobra el viaje de regreso de su capataz, Quintín. Los beneficios podían moderar la furia de Calandra.

— ¿Cómo podría negarte nada? —contestó, pues, apretando un poco más su mano cálida.

En el otro extremo de la taberna sonó un portazo y Rega retiró la mano, sonrojada.

—Mi marido —murmuró—. ¡Es terriblemente celoso!

Roland cruzó de nuevo el local mientras se ataba la correa de la bragueta. Al pasar por la barra, se apropió de tres jarras de cerveza destinadas a otros parroquianos y las llevó a la mesa. Las dejó caer sobre ella con estrépito, salpicándolo todo y a todos, y sonrió.

—Bueno, Quinsinard, ¿te ha logrado convencer mi esposa? ¿Vendrás con nosotros?

—Sí —confirmó Paithan, pensando que Hojarroja no se comportaba en absoluto como los maridos celosos que el elfo había conocido—. Pero tengo que enviar de vuelta a mi capataz a y los esclavos. Mi familia los necesitará en Equilan. Y me llamo Quindiniar.

—Buena idea. Cuanta menos gente conozca nuestra ruta, mejor. Oye, ¿te importa que te llame Quin?

—Mi nombre es Paithan.

—Estupendo, Quin. Un brindis por los enanos. Por sus barbas y su dinero.

¡Que se queden las unas, que yo me quedaré el otro! —Roland se echó a reír—.

Vamos, Rega. Deja de beber ese zumo de uva. Ya sabes que no lo soportas.

Rega volvió a sonrojarse. Con una mirada de desaprobación a Paithan, apartó el vaso de vino. Llevándose una jarra de cerveza a los labios teñidos de jugo de bayas, dio cuenta de su contenido a grandes tragos con aire experto.

« ¡Qué diablos!», pensó Paithan, y apuró su cerveza de un trago.

—

CAPÍTULO

EN ALGÚN LUGAR SOBRE PRYAN

Los lametones de una lengua áspera y húmeda y unos insistentes gañidos sacaron a Haplo de su estado inconsciente. De inmediato, se incorporó hasta quedar sentado con aire pensativo y con sus sentidos pendientes del mundo que lo rodeaba, aunque su mente seguía tratando de recobrarse de los efectos de la sacudida que lo había dejado sin sentido.

Advirtió que estaba en la nave, tendido en el camarote del capitán; había un colchón extendido sobre una litera de madera clavada al casco de la nave. El perro se echó en el catre junto a él, con los ojos brillantes y la lengua colgando. Por lo visto, el animal se había cansado y había decidido que su dueño ya llevaba suficiente tiempo inconsciente.

Al parecer, lo habían conseguido. De nuevo habían cruzado la Puerta de la Muerte.

El patryn no se movió y contuvo su respiración, aguzando el oído y los demás sentidos. No percibió ningún peligro, al contrario que la última vez que atravesara la Puerta. La nave se mantenía equilibrada y, aunque no tenía la menor sensación de movimiento, dio por sentado que estaba volando porque no había efectuado las modificaciones necesarias en sus instrucciones mágicas para que aterrizara.

Observó que varias runas emitían su resplandor, anunciando que se habían activado. Las estudió y vio que sus signos mágicos estaban relacionados con el aire, la presión y el mantenimiento de la gravedad. Le pareció extraño y se preguntó por qué se habrían puesto en acción.

Haplo se relajó y acarició las orejas del perro. Una brillante luz solar entraba por la escotilla del techo. Volviéndose perezosamente, el patryn curioseó por la portilla para observar el nuevo mundo al que había accedido.

No distinguió nada, salvo el cielo y, muy lejos, como un círculo de llamas brillantes a través de la calina, el sol. Al menos, aquel mundo tenía un sol; de hecho, tenía cuatro. Recordó que su amo y señor había mostrado sus dudas sobre

—

aquel punto y se preguntó brevemente por qué los sanan no habían incluido aquellos soles en sus mapas. Tal vez fuera porque, como Haplo había descubierto, la Puerta de la Muerte estaba localizada en el centro de aquel cúmulo de soles. Se levantó de la cama y se dirigió al puente. Las runas del casco y de las alas

evitarían que la nave se estrellara contra nada, pero no estaría de más asegurarse de que no estaba flotando ante algún farallón gigantesco de granito.

Pronto comprobó que no era así. La visión desde el puente siguió mostrándole una enorme extensión de aire vacío hasta donde alcanzaba su vista, en todas direcciones: arriba, abajo y a ambos lados.

Haplo se agachó en cuclillas, rascando la cabeza del perro con aire ausente para que el animal se quedara quieto. Aquello no entraba en sus cálculos y no estaba seguro de qué hacer. De alguna manera, aquel vacío brumoso y de un tono azulado ligeramente teñido de verde resultaba tan aterrador como la feroz tormenta perpetua a la que se había visto arrojado al penetrar en el mundo de Ariano. El silencio que lo envolvía ahora resultaba tan atronador como el estruendo ensordecedor del Torbellino. Al menos, la nave no se veía sacudida como un juguete en manos de un niño revoltoso y la lluvia no azotaba el casco, ya dañado por el paso a través de la Puerta de la Muerte. Esta vez, el cielo estaba sereno, sin nubes... y sin un solo objeto a la vista, salvo el sol ardiente.

Aquel cielo despejado producía un efecto casi hipnótico sobre Haplo, y el patryn se obligó a apartar la mirada de él. Luego, avanzó hasta la piedra de gobierno de la nave. Colocó las manos sobre ella, una a cada lado, y completó así el círculo: la mano derecha sobre la piedra, la piedra entre las manos, la mano izquierda en la piedra, la mano unida al brazo, el brazo al cuerpo, el cuerpo al brazo derecho, y el brazo a la mano otra vez. Pronunció las runas en voz alta. La piedra empezó a emitir un resplandor azul entre sus manos y la luz fluyó a través de ellas. Haplo pudo ver las venas rojas de su vida. La luz se hizo más brillante, hasta que casi no pudo seguir resistiéndola, y entrecerró los ojos. El resplandor aumentó aún más y, de pronto, unos rayos de potente luz azul surgieron de la piedra como radios, en todas direcciones.

Haplo se vio obligado a apartar la mirada, volviendo a medias la cabeza para protegerse de los destellos cegadores. Pero tenía que seguir mirando hacia la piedra, tenía que seguir observando. Cuando uno de los rayos de navegación encontrara una masa sólida, una posible tierra donde atracar, rebotaría, volvería a la nave y encendería otra runa de la piedra, que adquiriría un color rojo. Haplo podría entonces dar un rumbo preciso a la nave.

Confiado y expectante, el patryn esperó.

Nada.

La paciencia era una virtud que su raza había aprendido a practicar en el Laberinto, que había asimilado a base de golpes y de penalidades. Si uno perdía la calma, si actuaba impulsivamente o con precipitación, el Laberinto daba cuenta de él. Si era afortunado, uno moría. Si no, si lograba sobrevivir, se llevaba una lección que le perseguía el resto de sus días. Pero aprendía. Sí, uno aprendía...

Haplo aguardó, con las manos en la piedra.

El perro se sentó a su lado con las orejas levantadas, los ojos alerta y la boca abierta en una sonrisa de expectación. Pasó algún tiempo. El perro se tumbó en el suelo con las patas delanteras extendidas y la cabeza erguida, sin dejar de mirarlo y barriendo el suelo con su cola plumosa. Pasó más tiempo. El perro bostezó y

apoyó la cabeza entre las patas; sus ojos miraron a Haplo con aire de reproche. Haplo siguió esperando, con las manos sobre la piedra. Los rayos azules habían

cesado hacía un buen rato. El único objeto que podía apreciar era el cúmulo de soles, reluciente como una moneda sobrecalentada.

El patryn empezó a preguntarse si la nave seguía volando. Era incapaz de decirlo. Bajo el control de la magia, los cabos no crujían, las alas no vibraban y la nave no producía el menor ruido. Haplo carecía de puntos de referencia, pues no había nubes ni tierra alguna a la vista. No había ningún horizonte por el cual guiarse.

El perro se tumbó de costado y se quedó dormido.

Las runas permanecieron apagadas y sin vida bajo sus manos. Haplo notó que los afilados dienteillos del miedo empezaban a roerle por dentro. Se dijo que estaba reaccionando como un estúpido y no había absolutamente nada que temer.

«Precisamente se trata de eso», respondió una voz dentro de su cabeza. «No hay nada.»

¿Acaso la piedra no funcionaba como era debido? La pregunta cruzó su mente, pero Haplo la rechazó de inmediato. La magia no fallaba jamás. Podían fracasar quienes la utilizaban, pero Haplo estaba seguro de haber activado los rayos correctamente. Los imaginó viajando a increíble velocidad en el vacío, alejándose hasta una distancia tremenda. Si no volvía ninguno, ¿cómo debía interpretarlo?

Haplo le dio vueltas al asunto. Un rayo de luz que brilla en la oscuridad de una caverna ilumina el camino hasta cierta distancia, hasta que se debilita y termina por difuminarse completamente. El rayo es brillante y concentrado cuando surge de su fuente. Pero cuando se aleja de ella, empieza a descomponerse, a disgregarse. Un escalofrío recorrió la piel de Haplo y le erizó el vello de los brazos. El perro se incorporó de pronto, se sentó sobre los cuartos traseros y enseñó los colmillos con un ronco gruñido en la garganta.

Los rayos azules eran increíblemente poderosos. Tendrían que viajar a una distancia tremenda antes de debilitarse hasta el punto de no poder regresar. ¿O acaso habían encontrado algún tipo de obstáculo? Haplo retiró lentamente las manos de la piedra.

Se acomodó junto al perro y lo acarició. El animal, percibiendo la inquietud de su amo, lo miró con ansiedad, golpeando la cubierta con la cola y preguntando qué hacer.

—No lo sé —murmuró Haplo, oteando el aire vacío y deslumbrante.

Por primera vez en su vida, se sentía totalmente impotente. En Ariano, había librado una batalla desesperada por su vida y no había experimentado el terror que ahora sentía. En el Laberinto se había enfrentado a incontables enemigos muy superiores a él en tamaño y en fuerza —y, a veces, en inteligencia— y nunca había sucumbido al pánico que empezaba a bullir en su interior.

— ¡Ya basta de tonterías! —dijo en voz alta, incorporándose de un salto con una energía que acobardó al perro y lo hizo retroceder, apartándose del paso.

Haplo recorrió la nave asomándose a todas las portillas, mirando por todas las rendijas y resquicios, con la desesperada esperanza de ver algo, lo que fuera, en el cielo azul verdoso iluminado por aquellos malditos soles cegadores. Subió a la cubierta y salió junto a las enormes alas de la nave. La sensación del viento

—

azotándole el rostro le proporcionó la primera indicación de que estaba moviéndose

realmente por los aires. Agarrado a la borda, asomó la cabeza fuera del casco y contempló el infinito vacío que se extendía debajo de él. Y de pronto se preguntó si estaría mirando realmente hacia abajo. Tal vez estaba volando del revés y lo que veía estaba *arriba*. El patryn no tenía modo de saberlo.

El perro se quedó al pie de la escalerilla, levantó la cabeza hacia su amo y lanzó un gáñido. El animal tenía miedo de subir. Haplo se imaginó por un instante cayendo de la cubierta, cayendo y cayendo interminablemente, y comprendió que el perro no quisiera correr tal riesgo. Las manos del patryn, asidas a la borda, estaban bañadas en sudor. Con un esfuerzo, las retiró y volvió abajo corriendo. Una vez en el puente, deambuló por éste con paso agitado y maldijo su cobardía.

— ¡Maldición! —exclamó, al tiempo que descargaba el puño contra el mamparo de recia madera.

Las runas tatuadas en su piel impidieron que se lastimara. El patryn ni siquiera tuvo la satisfacción de sentir dolor. Furioso, se disponía a golpear de nuevo el casco cuando lo detuvo un ladrido seco, imperioso. El perro se alzó sobre las patas traseras y le lanzó unos frenéticos manotazos, suplicándole que se detuviera. Haplo vio su propia imagen reflejada en los ojos acuosos del animal, vio a un hombre frenético, al borde de la locura.

Los horrores del Laberinto no habían quebrantado su ánimo. ¿Por qué, entonces, había de hacerlo esto? ¿Sólo porque no tenía idea de adonde iba, porque no era capaz de distinguir dónde era arriba y dónde abajo, por aquella horrible sensación de estar condenado a vagar sin fin por aquel espacio vacío verdeazulado...? « ¡Basta! », se dijo.

Exhaló un profundo y tembloroso suspiro y dio unas palmaditas al perro en el flanco.

— Está bien, muchacho, ya me siento mejor. Está bien.

El perro volvió a ponerse a cuatro patas, mirando a su dueño con inquietud.

— Control —dijo Haplo—. Tengo que recobrar el control de mí mismo. —La palabra le sorprendió—. Control. He perdido el control; esto es lo que me sucede. Incluso en el Laberinto, siempre he tenido el dominio de la situación, siempre he tenido la posibilidad de hacer algo que afectara a mi propio destino. Cuando me enfrenté a los caodín estaba en inferioridad numérica, estaba derrotado de antemano, pero tuve una oportunidad de actuar. Al final, escogí morir, pero entonces te presentaste tú —acarició la testa del animal— y decidí seguir viviendo. En cambio, aquí no hay nada que pueda hacer, parece. No tengo la menor posibilidad de acción...

¿O sí la tenía? El pánico remitió; el terror desapareció. Y un razonamiento frío, lógico, llenó el vacío que dejaba. Haplo cruzó el puente hasta la piedra de gobierno. Puso las manos sobre ella por segunda vez, colocándolas sobre otra serie de runas distinta, y pronunció las palabras mágicas. Los rayos azules surgieron de nuevo en todas direcciones, esta vez con otro propósito.

En esta ocasión no buscaban materia, tierra o roca. Ahora buscaban signos de vida.

La espera se hizo interminable y Haplo ya empezaba a sentirse de nuevo arrojado al negro abismo del miedo cuando, de pronto, los rayos volvieron. Haplo observó la escena, desconcertado. Las luces llegaban de todas direcciones,

bombardeándole y lloviendo sobre la piedra desde arriba, desde abajo, desde todas partes.

Aquello era imposible, carecía de sentido. ¿Cómo podía estar rodeado de vida por todas partes? Evocó la imagen del mundo de Pryan según lo había visto en el diagrama de los sartán: una esfera flotando en el espacio. Los rayos deberían haber llegado de una sola dirección. Haplo se concentró, estudió las luces y, por último, decidió que los rayos que llegaban desde detrás de su hombro izquierdo eran más potentes que los demás. Se sintió aliviado y resolvió volar en esa dirección.

Haplo llevó las manos a otro punto de la piedra y la nave empezó a virar lentamente, alterando el rumbo. La cabina, hasta aquel momento iluminada por el brillo de los soles, empezó a oscurecerse y las sombras se alargaron en la cubierta. Cuando el rayo quedó alineado con el punto preciso de la piedra, la runa emitió un brillante centelleo rojizo. El rumbo quedó establecido y Haplo retiró las manos.

Con una sonrisa, se sentó junto al perro y se relajó. Había hecho cuanto había podido. Ahora navegaban hacia algo vivo, fuera lo que fuese. Respecto a las demás señales recibidas, tan desconcertantes, Haplo sólo podía suponer que había cometido algún error.

No los cometía a menudo, pero llegó a la conclusión de que podía perdonarse uno, dadas las circunstancias.

—

. Medida de tiempo humana, equivalente a la quincena. (N. del a.)

CAPÍTULO

EN ALGÚN LUGAR DE GUNIS

«Conocemos las mejores rutas», le había dicho Rega a Paithan.

Pero no existían rutas mejores que otras. Sólo había una. Y ni Rega ni Roland la habían visto nunca. Ninguno de los dos hermanos había estado jamás en el reino de los enanos, detalle que se cuidaron de revelar al elfo.

— ¿Qué puede tener de especial? —Le había dicho Roland a su hermana—.

Será como cualquier otra ruta a través de la selva.

Pero no lo era y, al cabo de algunos ciclos de viaje, Rega empezó a pensar que habían cometido un error, o varios.

El camino, donde podía llamarse así, era muy reciente. Había sido abierto en la jungla por manos enanas, lo cual significaba que avanzaba muy por debajo de los niveles superiores de los enormes árboles, donde humanos y elfos se sentían más cómodos. La senda daba vueltas y revueltas a través de regiones umbrías y lóbregas. En las escasas ocasiones en que la luz del sol llegaba hasta ellos, parecía reflejada a través de un tejado de verdor.

Allá abajo, el aire parecía atrapado por las ramas que quedaban más arriba.

Era rancio, cálido y húmedo. Las lluvias torrenciales sobre las copas de los árboles descendían en regueros hasta allí, filtradas a través de incontables ramas, hojas y lechos de musgo. El agua no era clara y fresca, sino que tenía un color parduzco y un intenso sabor a musgo. Era un mundo distinto, deprimente, y al cabo de un pentón de marcha, los dos humanos del grupo estaban profundamente hartos de él. El elfo, siempre interesado en nuevos lugares, lo encontró bastante emocionante y mantuvo su habitual actitud animosa.

Sin embargo, el sendero no había sido abierto para el paso de caravanas cargadas. Con frecuencia, las enredaderas, árboles y zarzas eran tan tupidos que los tyros no podían atravesarlos con la carga sobre sus cuerpos acorazados. Cuando tal cosa sucedía, los tres tenían que descargar las cestas y arrastrarlas a

—

mano por la jungla, sin dejar de regalar los oídos de los tyros con halagos para convencerlos de que siguieran adelante.

En varias ocasiones, el camino se interrumpía al borde de un lecho de musgo gris e hirsuto y era preciso descender hasta profundidades aún más lóbregas, pues los enanos no habían tendido puentes que unieran los bordes de los precipicios. Al llegar a uno de ellos, fue preciso descargar de nuevo a los tyros para que pudieran tender sus hilos y bajar por su cuenta. Los pesados cestos de la mercancía tendrían que bajarse a mano.

Arriba, con los brazos casi descoyuntados, los humanos se prepararon y fueron dando cuerda lentamente, transportando el equipaje. La mayor parte del trabajo correspondía a Roland. El cuerpo delgado y la escasa musculatura de Paithan servían de poco. Finalmente, éste se encargó de fijar la cuerda en torno a la rama de un árbol y atarla con firmeza mientras Roland, con una fuerza que al elfo le pareció maravillosa, se ocupaba del descenso de los bultos sin ayuda alguna.

Primero bajó Rega, a fin de poder desatar los cestos cuando llegaran al fondo y para asegurarse de que los tyros no escapaban. A solas en el fondo del precipicio, entre aquellas procelosas tinieblas gris verduscas, acompañada de gruñidos y resoplidos y de la súbita llamada espeluznante del mono vampiro, Rega asió el raztar y maldijo el día en que había permitido que Roland la metiera en aquel asunto. Y no sólo por el peligro, sino por otra razón: algo completamente imprevisto, inesperado. Rega estaba enamorándose.

—¿De veras viven los enanos en sitios así? —preguntó Paithan mirando cada vez más arriba, pero sin ni siquiera así conseguir ver el sol a través de la densa masa de musgo y ramas que lo cubría.

—Sí —respondió Roland lacónicamente, no muy dispuesto a tratar el asunto por miedo a que el elfo le hiciera más preguntas sobre los enanos de las que estaba preparado para contestar.

Los tres estaban descansando tras salvar el mayor de los precipicios que habían encontrado hasta entonces. Las cuerdas de cáñamo apenas habían alcanzado el fondo e incluso Rega había tenido que subirse a un árbol para desatar los cestos, que habían quedado colgando a unos palmos del suelo.

—¡Vaya, si tienes las manos cubiertas de sangre! —exclamó Rega.

—¡Bah, no es nada! —Dijo Paithan, mirándose con tristeza las palmas llenas de rasguños—. He resbalado cuando ya estabas en el último tramo de cuerda.

—Es este maldito aire húmedo —murmuró Rega—. Me parece estar viviendo en el fondo del mar. Ven, deja que me ocupe de ella. Roland, querido, tráeme un poco de agua limpia.

Roland, rendido de agotamiento sobre el musgo gris, lanzó una mirada furiosa a su «esposa»: «¿Por qué yo?», decía su actitud.

Rega devolvió a su «marido» una torva mirada de reojo que parecía replicar: «Dejarme a solas con él fue idea tuya».

Roland, rojo de ira, se puso en pie y se adentró en la jungla llevándose el odre del agua.

Aquella era la ocasión perfecta para que Rega continuara su maniobra de seducción del elfo. Era evidente que Paithan la admiraba, tratándola con indefectible cortesía y respeto. De hecho, Rega no había conocido nunca a un hombre que la tratara tan bien. Pero al tener aquellas manos finas y blancas de

dedos largos y esbeltos entre las suyas, cortas y morenas, con los dedos rechonchos, Rega se sintió de pronto tímida y torpe como una muchacha de pueblo en su primer baile.

—Tu tacto es muy agradable —dijo Paithan.

Rega se sonrojó, alzó los ojos hacia él bajo sus largas pestañas negras y encontró los de Paithan, que la contemplaban con una expresión inusual en el despreocupado elfo: su mirada era grave, seria.

«Ojalá no fueras la esposa de otro hombre.»

« ¡No lo soy!», quiso gritar Rega.

La mujer notó un temblor en los dedos, los retiró rápidamente y se volvió para rebuscar algo en su equipaje. « ¿Qué me sucede?», se dijo. « ¡Es un elfo! ¡Lo que nos interesa es su dinero! ¡Esto es lo único que importa!»

—Tengo un ungüento de corteza de sporn. Me temo que te va a escocer, pero mañana por la mañana estarás curado.

—La herida que sufro no curará nunca.

La mano de Paithan acarició el brazo de Rega con gesto dulce y cariñoso. Rega se quedó completamente inmóvil y dejó que la mano se deslizara sobre su piel, brazo arriba, despertando a su paso un verdadero incendio de pasiones. La piel le ardía y las llamas se le extendían por el pecho y le oprimían los pulmones. La mano del elfo se deslizó luego por la espalda de la mujer hasta rodearla por la cintura para atraerla hacia él. Rega, asida con fuerza al frasco de ungüento, no opuso resistencia pero no miró a Paithan en ningún momento. Era incapaz de hacerlo. Todo aquello saldría bien, se dijo.

La piel del elfo era suave, los brazos delgados, el cuerpo ágil. Rega trató de pasar por alto el hecho de que el corazón le latía como si fuera a salirse del pecho.

«Roland volverá y nos encontrará... besándonos... y entre los dos vamos a... a jugársela a este elfo...»

— ¡No! —exclamó Rega, y se zafó del abrazo de Paithan. La piel le ardía pero, inexplicablemente, fue presa de un escalofrío—. ¡No..., no hagas eso!

—Lo siento —murmuró Paithan, retirando el brazo de inmediato. También él respiraba agitadamente, con jadeos entrecortados—. No sé qué me ha sucedido. Tú estás casada y debo aceptarlo.

Rega no respondió. Se mantuvo de espaldas al elfo, deseando más que nada en el mundo que él la estrechara entre sus brazos pero consciente de que volvería a rechazarlo si lo hacía.

«Es una locura», se dijo, secándose una lágrima con el revés de la mano. «He dejado que me pusieran la mano encima hombres que no me importaban en absoluto y ahora, en cambio, a éste..., lo quiero..., y no puedo...»

—No volverá a suceder, te lo prometo —añadió Paithan.

Rega comprendió que hablaba en serio y maldijo su corazón, que se encogía y agonizaba ante tal perspectiva. Le diría la verdad. Ya tenía las palabras en los labios, pero se contuvo.

¿Qué iba a explicarle? ¿Que Roland y ella no eran esposos, sino hermanos, que le habían mentido para sorprender al elfo en una relación indecorosa, que habían proyectado someterlo a chantaje? Rega imaginó su mirada de asco y de odio. Seguro que la abandonaría.

—

«Será mejor que lo hagas», le susurró la voz fría y dura de la lógica. «¿Qué posibilidades tienes de ser feliz con un elfo? Aunque encontraras un modo de decirle que estás libre para aceptar su amor, ¿cuánto duraría? Él no te quiere de verdad; ningún elfo puede amar de verdad a un humano. Sólo está entreteniéndose. No serías más que un pasatiempo, un coqueteo que duraría un par de estaciones, como mucho. Después, te abandonaría para regresar con los suyos y tú serías una proscrita entre tu propia gente por haberte entregado a las caricias de un elfo.»

«No», replicó Rega con terquedad. «Paithan me ama. Lo he visto en sus ojos y tengo una prueba de ello: no ha intentado forzarme en sus requerimientos.»

«Muy bien», insistió la irritante vocecilla. «Digamos que tienes razón y te quiere. ¿Qué sucede entonces? Los dos quedáis proscritos. El no puede volver con los suyos y tú, tampoco. Vuestro amor es estéril, pues elfos y humanos no pueden reproducirse. Los dos vagáis por el mundo en soledad. Transcurren los años y tú te vuelves vieja y ajada, mientras él se mantiene joven y lleno de vida...»

—Eh, ¿qué sucede aquí? —exclamó Roland, surgiendo inesperadamente de entre los arbustos. Al ver la escena, se quedó paralizado.

—Nada —respondió Rega con voz fría.

—Ya me doy cuenta —murmuró Roland, acercándose a su hermana. Ésta y el elfo estaban uno en cada extremo del pequeño claro del bosque, lo más alejados posible el uno del otro—. ¿Qué sucede, Rega? ¿Os habéis peleado?

— ¡No sucede nada! ¡Déjame en paz! —Rega alzó la vista hacia los árboles oscuros y retorcidos, se rodeó el cuerpo con los brazos y se estremeció visiblemente—. Éste no es un lugar demasiado romántico, ¿sabes? —añadió en voz baja.

— ¡Vamos, hermanita! —Insistió Roland con una sonrisa—. Tú harías el amor en una pocilga, si el hombre te pagara lo suficiente.

Rega le soltó un bofetón. El golpe fue duro y preciso. Roland la miró perplejo, al tiempo que se llevaba la mano a la mejilla dolorida.

— ¿Por qué has hecho eso? Sólo lo decía como un cumplido...

Rega dio media vuelta sobre los talones y abandonó el claro de bosque. Al llegar al lindero de la espesura, se volvió a medias nuevamente y le arrojó un objeto al elfo.

—Toma, ponte esto en las rozaduras.

«Tienes razón», se dijo a sí misma mientras se adentraba en la jungla para poder echarse a llorar sin que la vieran. «Dejaré las cosas tal como están. Entregaremos las armas, él se marchará y así terminará todo. Yo le sonreiré y le haré bromas y no le daré a entender en ningún momento que significa para mí nada más que un coqueteo...»

Paithan, cogido por sorpresa, pudo agarrar el frasco justo a tiempo de evitar que se estrellara contra el suelo. Luego, vio desaparecer a Rega en la espesura y la oyó abrirse paso entre los arbustos.

— ¡Mujeres! —masculló Roland, frotándose la mejilla dolorida y meneando la cabeza. Transportó el odre del agua hasta el elfo y lo depositó a sus pies—. Debe de tener el período.

Paithan se sonrojó intensamente y lanzó una mirada de disgusto al humano.

Roland le guiñó el ojo.

— ¿Qué sucede, Quin? ¿He dicho algo inconveniente?

—

—En mi tierra, los varones no hablamos nunca de estas cosas —contestó el elfo.

— ¿Ah, no? —Roland volvió la cabeza en dirección al lugar por el que había desaparecido Rega; después, miró de nuevo al elfo y su sonrisa se ensanchó—. Supongo que, en tu tierra, son muchas las cosas que no hacen los varones. El acceso de furia de Paithan se convirtió en un sentimiento de culpabilidad. ¿Los habría visto juntos? ¿Sería aquélla su manera de hacérselo saber, de advertirle que tuviera las manos quietas?

El elfo tuvo que tragarse el insulto, por el bien de Rega. Se acomodó en el suelo y empezó a aplicarse el ungüento sobre las palmas de las manos, despellejadas y ensangrentadas. Cuando la pócima pardusca tocó la carne viva y las terminaciones nerviosas al descubierto, Paithan no pudo evitar una mueca de dolor. Sin embargo, acogió este dolor con satisfacción; al menos, era preferible al que roía su corazón.

Paithan se había divertido con las ligeras insinuaciones de Rega durante el primer par de ciclos de trayecto hasta que, de pronto, se había dado cuenta de que estaba deleitándose demasiado con aquellas muestras de coquetería. Con excesiva frecuencia, se descubría admirando con gran atención el movimiento de los músculos de sus piernas bien torneadas, el cálido fulgor de una llama en sus ojos pardos, el gesto de pasarse la lengua por sus labios teñidos de jugo de bayas cuando la humana estaba sumida en profundos pensamientos. La segunda noche de viaje, cuando Rega y Roland habían llevado sus mantas al otro extremo del claro de bosque y se habían acostado uno al lado del otro bajo la luz mortecina de la hora de la lluvia, Paithan había notado que se le revolvían las tripas de celos. No importaba que nunca los sorprendiera besándose o siquiera acariciándose con afecto. De hecho, la pareja se trataba con una despreocupada familiaridad que resultaba desconcertante, incluso entre esposos. Luego, el cuarto ciclo de marcha, había llegado a la conclusión de que Roland —pese a ser un tipo bastante agradable para lo que cabía esperar de un humano— no apreciaba el tesoro que tenía por mujer.

Paithan se sintió a gusto con aquel descubrimiento, pues le proporcionaba una excusa para dejar que crecieran y florecieran sus sentimientos por la humana, cuando sabía perfectamente que debería haberlos arrancado de raíz. En los ciclos transcurridos, la planta había florecido por completo y los zarcillos se enroscaban ahora en torno a su corazón. Demasiado tarde, se dio cuenta del daño que había causado... a ambos.

Rega lo amaba. Estaba seguro de ello: lo había notado en el temblor de su

cuerpo y lo había visto en aquella única y breve mirada que la humana le había dirigido. Pero Paithan, cuyo corazón debería estar dando saltos de alegría, se sentía embotado de doliente desesperación. ¡Qué locura! ¡Qué estúpida locura! Sí, claro, podía obtener de ella unos momentos de placer, como había hecho con tantas mujeres humanas. Las amaba y, a continuación, las dejaba. Ellas no esperaban nada más, no *querían* nada más. Y él tampoco. Hasta aquel momento. Pero, ¿qué deseaba? ¿Una relación que los apartaría de sus respectivas vidas? ¿Una relación contemplada con aversión por ambos mundos? ¿Una relación que no les daría nada, ni siquiera hijos? ¿Una relación que, en poco tiempo, llegaría a un amargo e inevitable final?

—

«No», se dijo. «De una cosa así no puede salir nada bueno. Me marcharé. Volveré a casa. Les regalaré los tyros. Calandra se pondrá furiosa conmigo de todos modos, así que lo mismo da si es por una causa o por otra. Me iré ahora mismo. En este mismo instante.»

Pero continuó sentado en el claro, aplicándose el ungüento con gesto ausente. Creyó oír un llanto a lo lejos y, aunque trató de no prestar atención al sonido, llegó un momento en que no pudo seguir soportándolo.

—Creo que oigo llorar a tu esposa —dijo a Roland—. Tal vez algo anda mal.

— ¿Rega llorando? —Roland dejó de alimentar a los tyros y lo miró con expresión divertida—. No; debe de haber sido algún pájaro. Rega no llora nunca; no derramó una lágrima ni siquiera cuando la hirieron en una pelea con raztares. ¿Has visto alguna vez la cicatriz? La lleva aquí, en el muslo izquierdo...

Paithan se puso en pie y se internó en la jungla, en dirección contraria a la que había tomado Rega.

Roland siguió al elfo por el rabillo del ojo hasta que desapareció y, a continuación, empezó a tararear una canción obscena que por aquel entonces corría de boca en boca por las tabernas.

—Se ha enamorado de ella como un adolescente inexperto —confió a los tyros—. Rega se lo está tomando con más calma de lo habitual, pero supongo que sabe lo que se trae entre manos. Al fin y al cabo, el tipo es un elfo. En cualquier caso, el sexo es el sexo. Los bebés elfos deben venir de alguna parte y no creo que sea del aire. En cambio, las mujeres elfas... ¡Puaj! Son pura piel y huesos; es como si uno se llevara a la cama un palo. No me extraña que el pobre Quin vaya detrás de Rega con la lengua fuera. Sólo es cuestión de tiempo. Un par de ciclos más y terminará por pillarle con los pantalones bajados. Entonces le ajustaremos las cuentas al elfo. Aunque será una lástima... —reflexionó Roland. Arrojó el odre del agua al suelo, apoyó la espalda en un árbol con gesto de cansancio y se estiró para aliviar la rigidez de sus músculos—. El tipo empieza a caerme bien.

—

CAPÍTULO EL REINO DE LOS ENANOS, THURN

Amantes de la oscuridad, las cavidades y los túneles, los enanos de Pryan no construían sus ciudades en las copas de los árboles, como los elfos, ni en las planicies de musgo, como hacían los humanos. Los enanos se abrían camino hacia abajo a través de la sombría vegetación, buscando la tierra y la roca que eran su herencia, aunque ésta no era más que un vago recuerdo de un tiempo pasado en otro mundo.

El reino de Thurn era una enorme caverna de vegetación. Los enanos vivían y trabajaban en casas y talleres tallados como nichos en los troncos de gigantescos árboles chimenea, así llamados porque su madera no ardía fácilmente y el humo de las hogueras de los enanos podía ascender a través de unos conductos naturales que los troncos tenían en el centro. Ramas y raíces formaban calles y caminos iluminados con antorchas de llama vacilante. Elfos y humanos vivían en un día perpetuo. Los enanos vivían en una noche sin fin, una noche que amaban y consideraban una bendición, pero que Drugar temía que estuviera a punto de hacerse permanente.

El enano recibió el mensaje de su rey durante la hora de comer. El hecho de que llegara precisamente entonces le dio una idea de la importancia de su contenido, pues la hora de la comida era un momento en que uno debía prestar plena y total atención a alimentarse y al importantísimo proceso digestivo posterior. Durante la ingestión de los alimentos estaba prohibido hablar y, en la hora siguiente, sólo se trataban temas agradables para evitar que los jugos estomacales se volvieran agrios y provocaran trastornos gástricos.

El mensajero real se disculpó profusamente por distraer a Drugar de la comida, pero añadió que el asunto era muy urgente. Drugar saltó de su silla, volcando los vasos y platos de barro y haciendo que su viejo criado gruñera y predijera cosas terribles para el estómago del joven enano.

—

Drugar, que tuvo la lúgubre sensación de saber el propósito de la llamada, estuvo a punto de replicarle que los enanos podían darse por afortunados si todas sus preocupaciones se reducían a una mala digestión. Sin embargo, guardó silencio. Entre los enanos, los viejos eran tratados con respeto.

La casa de su padre en el tronco estaba contigua a la suya y Drugar no tuvo que andar mucho. Cubrió la distancia a la carrera pero al llegar a la puerta se detuvo. De pronto, le daba miedo entrar; se resistía a oír lo que tenía el deber de conocer. De pie en la oscuridad, mientras acariciaba la piedra rúnica que llevaba en torno al cuello, suplicó al Uno Enano que le diera valor y, tras exhalar un profundo suspiro, abrió la puerta y penetró en la estancia.

La casa de su padre era exactamente igual a la suya, que a su vez era idéntica a las demás viviendas de los enanos de Thurn. La madera del árbol había sido alisada y pulida hasta adquirir un cálido tono amarillento. El suelo era plano y las paredes se alzaban hasta formar un techo en arco. El mobiliario era muy sencillo. Ser el rey no proporcionaba ningún privilegio especial, sólo más responsabilidades. El rey era la cabeza del Uno Enano y, aunque la cabeza pensaba por el cuerpo, no era desde luego más importante para éste que, por ejemplo, el corazón o el estómago (el órgano más importante, en opinión de muchos enanos).

Drugar encontró a su padre sentado a la mesa, con los platos medio llenos a un lado. Tenía en la mano un pedazo de corteza cuyo lado liso estaba

profusamente cubierto con las letras enérgicas y angulosas de la escritura de los enanos.

— ¿De qué se trata, padre?

—Se acercan los gigantes —dijo el viejo enano. Drugar era fruto de un matrimonio tardío de su padre. Su madre, aunque mantenía relaciones muy cordiales con el progenitor de Drugar, tenía casa propia como era costumbre entre las enanas cuando sus hijos alcanzaban la madurez—. Los exploradores los han visto. Los gigantes han barrido Kasnar: la gente, las ciudades, todo. Y vienen hacia aquí.

—Quizá los detenga el mar —apuntó Drugar.

—Sí, el mar los detendrá, pero no por mucho tiempo —continuó el viejo enano—. Los exploradores dicen que no son hábiles con las herramientas. Las pocas que tienen las utilizan para destruir, no para crear. No se les ocurrirá construir naves. Pero darán un rodeo y vendrán por tierra.

—Tal vez se den la vuelta. Puede que sólo quisieran adueñarse de Kasnar. Drugar pronunció lo anterior por pura esperanza, no por convencimiento. Y una vez salieron de sus labios las palabras, comprendió que incluso esa esperanza era vana.

—No se han adueñado de Kasnar —replicó su padre con un suspiro abrumado—. Lo han destruido. Por completo. Su objetivo no es conquistar, sino destruir.

—Entonces, padre, ya sabes qué debemos hacer. Tenemos que hacer oídos sordos a esos estúpidos que dicen que los gigantes son nuestros hermanos. Tenemos que fortificar la ciudad y armar a nuestro pueblo. Escucha, padre. — Drugar se inclinó hacia el anciano y bajó la voz, aunque en la casa del monarca no había nadie más—. Me he puesto en contacto con un traficante de armas humano. ¡Arcos y ballestas elfos! ¡Serán nuestros!

—

El viejo enano miró a su hijo y en el fondo de sus ojos, hasta aquel momento oscuros y carentes de brillo, se encendió una llama.

—

. Tea; pieza de madera empapada en resina que se enciende rápidamente cuando se pronuncia la runa pertinente. (N. del a.)

— ¡Excelente! —Alargó el brazo y posó sus dedos nudosos sobre la fuerte mano de su hijo—. Eres atrevido y rápido de pensamiento, Drugar. Serás un buen rey. Pero no creo que las armas lleguen a tiempo —añadió, meneando la cabeza y mesándose la barba de color gris acero que le cubría casi hasta la rodilla.

— ¡Será mejor que sí, o alguien va a pagarlo! —gruñó Drugar.

El joven se incorporó y empezó a pasear por la pequeña estancia a oscuras, construida muy por debajo de las llanuras de musgo, lo más lejos posible del sol.

—Pondré en acción al ejército...

—No —dijo el anciano.

—Padre, no seas terco...

— ¡Y tú no seas kadak! —El viejo monarca levantó el bastón, nudoso y

retorcido como sus propios brazos y piernas, y apuntó con él a su hijo—. He dicho que serías un buen rey. Y no me cabría duda si... supieras dominar tu fuego. La llama de tus pensamientos arde limpia y se eleva muy alto pero, en lugar de mantener el fuego reposado, dejas que prenda y lance llamaradas sin control. Drugar frunció sus pobladas cejas y se le ensombreció la expresión. El fuego del que hablaba su padre ardía en su interior, calentando palabras mordaces. Drugar luchó contra su temperamento: las palabras le laceraban los labios, pero logró contenerlas tras ellos. Amaba y respetaba a su padre, aunque consideraba que el anciano estaba derrumbándose bajo aquel golpe terrible.

—Padre, el ejército...

—... se volverá contra sí mismo y los enanos se pelearán entre ellos —

pronosticó el monarca, con voz tranquila—. ¿Es eso lo que quieres, Drugar?

El anciano se incorporó. Su estatura ya no resultaba impresionante: la espalda encorvada ya no se enderezaba, las piernas ya no podían sostener el cuerpo sin ayuda. Pero Drugar, imponente al lado de su padre, vio tal dignidad en la tambaleante figura de éste, tal sabiduría en su apagada mirada, que volvió a sentirse un niño.

—La mitad del ejército se negará a empuñar las armas contra sus «hermanos», los gigantes. ¿Qué harás entonces, Drugar? ¿Ordenarles que vayan a la guerra? ¿Y cómo harás que se cumpla la orden, hijo? ¿Mandando a la otra mitad del ejército que tome las armas contra ellos? ¡No lo hagas! —El viejo monarca golpeó el suelo con el bastón y las paredes de paja vibraron bajo su cólera—. ¡Que no llegue nunca el día en que el Uno Enano se rompa! ¡Que no llegue nunca el día en que el cuerpo vierta su propia sangre!

—Perdóname, padre. No había pensado en ello.

El anciano rey suspiró. Su cuerpo se encogió y se hundió sobre sí mismo.

Tambaleándose, asió la mano de su hijo y, con la ayuda de éste y del bastón, se dejó caer de nuevo en la silla.

—Contén sus ardores, hijo. Conténlos o lo destruirán todo a su paso, incluyéndote a ti mismo, Drugar. Incluyéndote a ti mismo. Ahora, ve a terminar de comer. Lamento haber tenido que interrumpirte.

Drugar dejó a su padre y regresó a su casa, pero no volvió a sentarse a la mesa, sino que se puso a caminar arriba y abajo por la estancia. Trató con todas sus fuerzas de controlar el fuego que le ardía por dentro, pero fue inútil. Una vez avivadas, las llamas del temor por su pueblo no eran fáciles de aplacar. No podía ni quería desobedecer al anciano que además de su padre era también su rey. A

pesar de ello, Drugar decidió no dejar que el fuego se apagara del todo. Cuando llegara el enemigo, encontraría una llama ardiente, no unas cenizas frías y apagadas.

El ejército enano no fue movilizad pero Drugar, en privado y sin conocimiento de su padre, preparó planes de batalla y aleccionó a los enanos que opinaban como él para que tuvieran las armas a mano. Asimismo, se mantuvo en estrecho contacto con los exploradores para seguir, mediante sus informes, los progresos de los gigantes. Llegados al obstáculo insalvable del mar Susurrante, los invasores se encaminaron por tierra hacia el este, avanzando inexorablemente hacia su objetivo... fuera cual fuese.

Drugar no creía que el propósito de los gigantes fuera aliarse con los enanos. A Thurn llegaron sombríos rumores de matanzas de enanos en las poblaciones de Grish y Klan, hacia el norint, pero era difícil seguir la pista de los invasores y las noticias de los exploradores (los escasos informes que llegaban) eran confusas y no tenían mucho sentido.

— ¡Padre —suplicó al viejo rey—, es preciso que me dejes convocar al ejército!

¿Cómo podemos seguir ignorando estos mensajes?

Con un suspiro, el anciano respondió:

—Son los humanos... El consejo ha decidido que son los refugiados humanos quienes, huyendo de los gigantes, cometen esas tropelías. ¡Dicen que los gigantes se aliarán con nosotros y que entonces llegará la hora de nuestra venganza!

—He interrogado personalmente a los exploradores, padre —insistió Drugar con creciente impaciencia—. Con los que quedan. Cada día nos llegan menos informes y los pocos exploradores que vuelven, lo hacen conmocionados de pánico.

— ¿De veras? —inquirió su padre, mirándolo con aire perspicaz—. Y ¿qué cuentan que han visto?

Drugar titubeó, frustrado.

— ¡Está bien, padre! ¡Hasta ahora, no han *visto* nada, en realidad!

—Yo también los he oído, hijo —asintió pesadamente el anciano—. He oído esos rumores desquiciados sobre «la jungla en movimiento». ¿Cómo puedo presentarme ante el consejo con tal argumento?

Drugar estuvo a punto de decirle a su padre dónde podía meterse el consejo sus propios argumentos, pero se dio cuenta de que una respuesta tan brusca no serviría para nada, salvo para irritar aún más al anciano. El monarca no tenía la culpa; Drugar sabía que su padre había defendido ante el consejo la misma posición que él sostenía. El consejo del Uno Enano, formado por los ancianos de la tribu, no había querido escucharlo.

Con los labios apretados para que no escaparan de su boca palabras ardientes, Drugar abandonó furioso la casa de su padre y echó a andar por la vasta y compleja serie de túneles excavados en la vegetación, encaminándose hacia arriba. Cuando emergió, entornando los ojos, en las regiones bañadas por el sol, contempló la maraña de hojas.

Allí fuera había algo. Y venía en dirección a él. Y a Drugar no le pareció que lo hiciera con espíritu fraternal. El enano aguardó, con una sensación de creciente desesperación, la llegada de las armas élficas, mágicas e inteligentes.

Si aquellos dos humanos lo habían engañado... Drugar juró por el cuerpo, la mente y el alma del Uno Enano que, si así era, se lo haría pagar con la vida.

—

CAPÍTULO

EN OTRA PARTE DE GUNIS

— ¡No lo soporto! —declaró Rega.

Habían transcurrido dos ciclos más y el viaje los había llevado aún más abajo en las entrañas de la jungla, muy lejos del nivel de las copas, muy lejos del sol, del aire puro y de la lluvia refrescante. La caravana se hallaba al borde de una planicie de musgo. El sendero quedaba cortado por un profundo barranco cuyo fondo se perdía en las sombras. Tendidos boca abajo en el borde del acantilado de musgo, los dos humanos y el elfo escrutaron la sima sin poder distinguir qué había debajo

de ellos. El tupido follaje y las ramas de los árboles sobre sus cabezas impedían totalmente el paso de la luz solar. Si seguían descendiendo, tendrían que viajar en una oscuridad casi absoluta.

— ¿Nos queda mucho? —preguntó Paithan.

— ¿Para llegar hasta los enanos? Un par de jornadas de marcha, calculo — respondió Roland, sin dejar de escrutar las sombras.

— ¿Calculas? ¿No lo sabes con certeza?

El humano se puso en pie y explicó:

—Aquí abajo, uno pierde el sentido del tiempo. No hay flores de las horas, ni de ninguna otra clase.

Paithan no hizo comentarios y siguió contemplando el abismo, como hechizado por la oscuridad.

—Voy a ver qué hacen los tyros.

Rega se incorporó, lanzó una mirada penetrante y expresiva al elfo e hizo un gesto a Roland. Juntos y en silencio, los dos hermanos se alejaron del precipicio y regresaron al pequeño claro de bosque donde tenían atados los tyros.

—Esto no funciona. Tienes que decirle la verdad —murmuró Rega, tirando de la correa de uno de los cestos.

— ¿Yo? —replicó Roland.

— ¡Baja la voz! Está bien, *tenemos* que decírsela.

— ¿Y qué parte de la verdad piensas revelar, querida esposa?

—

Rega lanzó una torva mirada de soslayo a su hermano. Después, apartó el rostro con aire hosco.

—Sólo..., sólo reconocer que no hemos recorrido nunca este camino. Admitir que no sabemos dónde diablos estamos ni adonde vamos.

—El elfo se marchará.

— ¡Espléndido! —Rega dio un enérgico tirón a la correa, provocando el gemido de protesta del tyro—. ¡Ojalá lo haga!

— ¿Qué te sucede? —inquirió Roland.

Rega miró a su alrededor y se estremeció.

—Es este lugar. Lo odio. Además... —volvió a concentrar la vista en la correa y pasó los dedos por ella con gesto ausente—, está el elfo. Es muy diferente a cómo me lo habías pintado. No es presumido ni arrogante. No teme ensuciarse las manos. Y no es un cobarde. Hace las guardias que le corresponden y se ha hecho trizas las manos con esas cuerdas. Es un tipo animado y divertido. ¡Incluso cocina, que es mucho más de lo que tú has hecho nunca, Roland! Paithan es..., es encantador, ni más ni menos. No se merece... lo que hemos tramado.

Roland advirtió una oleada de rubor que ascendía por el cuello moreno de su hermana hasta teñir de carmesí sus mejillas. Rega mantuvo la mirada baja.

Roland alargó la mano, la cogió por la barbilla y la obligó a volver el rostro hacia él. Sacudiendo la cabeza de un lado a otro, soltó un largo silbido.

— ¡Me parece que te has enamorado de él!

Furiosa, Rega apartó la mano de un golpe.

— ¡Nada de eso! ¡Al fin y al cabo, es un elfo!

Asustada de sus propios sentimientos, nerviosa y tensa, furiosa consigo misma y con su hermano, Rega lo dijo con más energía de la que pretendía. Al

pronunciar la palabra «elfo» frunció los labios como si la escupiera con repugnancia, como si hubiera probado algo asqueroso y nauseabundo.

O, al menos, así fue cómo le sonó a Paithan.

El elfo se había levantado de su posición sobre el precipicio y volvía para informar a Roland que las cuerdas le parecían demasiado cortas y que no iban a poder bajar la carga. Paithan avanzaba con los movimientos ligeros y ágiles propios de los elfos, sin la idea premeditada de sorprender la conversación de los humanos. Sin embargo, eso fue precisamente lo que sucedió. Llegó a sus oídos con nitidez la declaración final de Rega y, de inmediato, se agachó entre las sombras de un zarcillo de evir, oculto tras sus anchas hojas acorazonadas, y prestó atención al diálogo.

—Escucha, Rega, ya que hemos llegado tan lejos, propongo que llevemos a cabo el plan hasta el final. ¡El elfo está loco por ti! Caerá en la trampa. Sorpréndelo a solas en algún rincón oscuro e incítale a un cuerpo a cuerpo. Entonces aparezco y pongo a salvo tu honor, amenazando con contárselo a todo el mundo. Él afloja el dinero para tenernos callados y ya está. Entre eso y la venta de las armas, viviremos estupendamente hasta la próxima estación. —Roland alargó la mano y acarició afectuosamente la larga melena negra de su hermana—. Piensa en el dinero, nena. Hemos pasado hambre demasiadas veces para dejar escapar esta oportunidad. Como bien has dicho, es un elfo.

A Paithan se le encogió el estómago. Dio media vuelta y se alejó entre los árboles con rapidez y en silencio, sin preocuparse ni mirar muy bien qué dirección tomaba. No llegó a oír la respuesta de Rega a su marido, pero daba igual. Prefería

—

no verla dirigir una sonrisa de complicidad a Roland; si volvía a oírla pronunciar la palabra «elfo» en aquel tono de desprecio, era capaz de matarla.

Apoyado en un árbol, mareado y presa del vértigo, Paithan buscó aire entre jadeos y se asombró de su comportamiento. No podía dar crédito a su reacción. ¿Qué importaba todo aquello, al fin y al cabo? ¿Que aquella golfa había estado jugando con él...? ¡Pero si había descubierto su juego en la taberna, antes incluso de emprender el viaje! ¿Cómo era posible que se hubiera dejado cegar de aquel modo? Había sido ella. ¡Y él había sido lo bastante estúpido como para pensar que la humana estaba enamorándose de él! Todas aquellas conversaciones a lo largo de la travesía... Paithan le había contado historias de su tierra, de sus hermanas, de su padre y del viejo hechicero loco. Ella se había reído, había parecido interesada. Y en sus ojos había visto un brillo de admiración.

Y luego estaban aquellas ocasiones en que se habían tocado, por pura casualidad, el roce de sus cuerpos, el encuentro de sus manos al buscar a la vez el mismo odre de agua. Y aquella vibración de los párpados, aquellos suspiros en el pecho, aquel rubor en la piel.

— ¡Lo haces muy bien, Rega! —Masculló para sí, apretando los dientes—.

¡Realmente bien! ¡Sí, estaba loco por ti! ¡Habría caído en la trampa! ¡Pero ya no! ¡Ahora sé muy bien lo que eres, pequeña zorra! —El elfo cerró con fuerza los ojos, conteniendo las lágrimas, y apoyó todo su peso en el árbol—. ¡Bendita Peytin, Sagrada Madre de todos nosotros! ¿Por qué me has hecho esto?

Quizá fue la plegaria, una de las pocas que el elfo se había preocupado de hacer en su vida, pero le asaltó una punzada de culpabilidad. Paithan había

sabido desde un principio que Rega pertenecía a otro hombre y, pese a ello, había flirteado con ella en presencia del propio Roland. El elfo tuvo que reconocer que había encontrado muy divertida la idea de seducir a la esposa en las propias narices del marido.

«Has tenido tu merecido», parecía decirle la Madre Peytin. Pero la voz de la diosa guardaba un infausto parecido con la de Calandra y sólo consiguió poner más furioso a Paithan.

«No era más que una diversión», se justificó a sí mismo. «Nunca habría permitido que las cosas fueran tan lejos, seguro que no. Y desde luego no tenía intención de..., de enamorarme.»

Esto último, al menos, era verdad e hizo que Paithan diera por cierto todo lo demás.

— ¿Qué sucede, Paithan? ¿Te pasa algo?

El elfo abrió los ojos y volvió la cabeza. Rega estaba ante él y alargaba una mano para tomarlo del brazo. Con gesto brusco, lo apartó, rehuyendo el contacto.

—Nada —respondió, conteniéndose.

— ¡Pero si tienes un aspecto horrible! ¿Te encuentras mal? —Rega intentó cogerlo otra vez—. ¿Tienes fiebre?

Paithan retrocedió otro paso. Estaba dispuesto a golpearla, si le tocaba.

—Sí. No. Hum..., fiebre, no. Ha sido... un mareo. El agua, tal vez. Déjame..., déjame un rato solo.

Sí, ya se sentía mejor. Prácticamente curado. Pequeña zorra. Le costaba mucho esfuerzo disimular su rencor y su desprecio y por ello mantuvo la vista apartada de ella, fija en la jungla.

—

—Creo que debería quedarme contigo —dijo Rega—. No haces buena cara. Roland ha salido a explorar en busca de otra ruta para bajar o de un lugar donde el precipicio no sea tan hondo. Supongo que tardará bastante en volver...

— ¿De veras? —Paithan la miró con una expresión tan extraña y penetrante que esta vez fue ella quien dio un paso atrás—. ¿De veras tardará mucho en volver?

—Yo no... —titubeó Rega.

Paithan se lanzó sobre ella, la agarró por los hombros y la besó con fuerza, hundiendo los dientes en sus labios carnosos. Sabían a jugo de bayas y a sangre. Rega se debatió, tratando de desasirse. Por supuesto: tenía que fingir cierta resistencia.

— ¡No luches! —le susurró—. ¡Te quiero! ¡No puedo vivir sin ti!

El elfo esperaba que ella se derritiera, que gimiera, que lo cubriera de besos. Entonces aparecería Roland, confuso, horrorizado y dolido. Sólo el dinero calmaría el dolor de la traición.

« ¡Entonces me echaré a reír! », se dijo. « ¡Me reiré de los dos y les diré dónde se pueden meter el dinero...! »

Pasando un brazo por la espalda de la mujer, el elfo apretó el cuerpo semidesnudo de ésta contra el suyo. Con la otra mano, tentó sus carnes.

Un violento rodillazo en la entrepierna hizo doblarse de dolor al elfo. Unos puños contundentes lo golpearon en las clavículas, haciéndolo retroceder y mandándolo al suelo entre la maleza.

Inflamada de ira, con ojos llameantes, Rega se plantó junto a él.

— ¡No se te ocurra volverme a tocar! ¡No te acerques a mí! ¡Ni me dirijas la palabra!

Sus negros cabellos se erizaron como la piel de un gato asustado. Dio media vuelta sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas.

Mientras rodaba de dolor por el suelo, Paithan tuvo que reconocer que aquello le había dejado absolutamente perplejo.

Al regreso de su búsqueda de un pasaje más conveniente para el descenso, Roland avanzó sigilosamente por el musgo con la esperanza, una vez más, de sorprender a Rega y a su «amante» en una situación comprometedora. Llegó al lugar del camino donde había dejado a su hermana y al elfo, aspiró profundamente para lanzar el alarido de indignación de un esposo ultrajado y echó un vistazo, oculto tras las hojas de un frondoso arbusto. De inmediato, soltó el aire con gesto de decepción y desesperación.

Rega estaba sentada al borde del precipicio de musgo, encogida en un ovillo como una ardilla de lomo erizado, con la espalda encorvada y los brazos cogidos con fuerza en torno a las rodillas. Observó su rostro de perfil y, ante su expresión sombría y turbulenta, casi imaginó todo su cuerpo rodeado de púas como un erizo. El «amante» de su hermana estaba lo más lejos posible de ella, al otro extremo del claro, y Roland advirtió que estaba inclinado en una postura bastante extraña, como protegiéndose alguna parte del cuerpo dolorida.

— ¡Ésta es la manera más extraña de llevar un asunto de amor que he visto nunca! —Murmuró Roland para sí—. ¿Qué tengo que hacer con ese elfo? ¿Pintarle la escena? ¡Tal vez los bebés elfos aparezcan realmente en el portal de la casa de sus padres en plena noche! O tal vez es eso lo que él piensa. Será preciso que ese elfo y yo tengamos una conversación de hombre a hombre, parece.

—

— ¡Eh! —Gritó, pues, apareciendo de entre la jungla acompañado de un gran estrépito—. He encontrado un sitio, un poco más abajo, donde sobresale de la pared de musgo algo parecido a una cornisa de roca. Podemos llevar los cestos hasta allí y luego seguir bajándolos hasta el fondo. ¿Qué te sucede? —añadió mirando a Paithan, que caminaba encorvado y con movimientos cautelosos.

—Se ha caído —dijo Rega.

— ¿De veras? —Roland, que se había encontrado en el mismo trance tras un encuentro con una camarera poco amistosa, observó a su hermana con aire suspicaz. Rega no se había negado abiertamente a llevar adelante el plan para seducir al elfo pero, cuanto más pensaba en ello, mejor recordaba que tampoco había dicho explícitamente que lo cumpliría. Pese a ello, no se atrevió a decir nada más. La cara de Rega parecía petrificada por un basilisco y la mirada que dirigió a su hermano también podría haberlo convertido en estatua.

—Sí, me he caído —afirmó Paithan con voz cuidadosamente inexpresiva—.

Yo... hum... he tropezado con una rama baja.

— ¡Uaj! —Roland le hizo un guiño de complicidad.

—Sí, ¡uaj! —repitió Paithan. El elfo no miró a Rega, ni ésta a él. Con las facciones tensas y las mandíbulas encajadas, los dos tenían la vista fija en Roland. Pero ninguno de los dos parecía verlo.

Roland se quedó totalmente desconcertado. No se creía lo que le estaban

diciendo y le habría gustado mucho interrogar a su hermana y sacarle la verdad de lo sucedido, pero no podía llevarse aparte a Rega para tener una conversación con ella sin despertar las sospechas del elfo.

Y, además, Roland no estaba muy seguro de desear un encuentro a solas con Rega cuando ésta se ponía de aquella manera. El padre de Rega había sido el carnicero del pueblo y el de Roland, el panadero. (La madre de ambos, pese a todos sus deslices, siempre había procurado que su familia estuviera bien alimentada.) Había momentos en que Rega mostraba un asombroso parecido con su padre. Y éste era uno de esos momentos. Roland casi pudo verla ante una res recién sacrificada, con un brillo sediento de sangre en la mirada.

El humano tartamudeó e hizo un gesto vago con la mano.

—El... hum... el lugar que he encontrado está en esa dirección, no muy lejos de aquí. ¿Crees que podrás llegar hasta allí?

— ¡Sí! —Paithan apretó los dientes.

—Iré a ocuparme de los tyros —intervino Rega.

—El elfo podría ayudarte con los animales... —apuntó Roland.

— ¡No necesito que nadie me ayude! —replicó Rega.

— ¡No necesita que nadie la ayude! —asintió Paithan en un murmullo.

Rega se alejó en una dirección y el elfo lo hizo en la contraria. Ninguno de los dos se volvió a mirar al otro. Roland se quedó solo en medio del claro, acariciándose la barba cerdosa, entre rubia y pardusca.

—En fin, parece que andaba equivocado —murmuró para sí—. A Rega no le gusta el elfo, en realidad. Y me parece que su desagrado empieza a provocar la misma reacción en Paithan. Con lo bien que parecían ir las cosas entre ellos... ¿Qué habrá sucedido? Cuando Rega está de ese humor, no sirve de nada tratar de hablar con ella. Pero debe de haber algo que yo pueda hacer...

Le llegó la voz de su hermana suplicando y halagando a los tyros, tratando de convencer a los reacios animales de que se pusieran en movimiento. Y vio a

—

Paithan, que avanzaba renqueante junto al borde del despeñadero de musgo, volver la cabeza y dirigir una mirada de aversión a Rega.

—Sólo se me ocurre una cosa que puedo hacer —continuó murmurando Roland—. Seguir fomentando los encuentros a solas entre ellos dos. Tarde o temprano, algo sucederá.

—

CAPÍTULO EN LAS SOMBRAS, GUNIS

— ¿Estás seguro de que eso es una roca? —preguntó Paithan, escrutando en la penumbra una cornisa de color blanco grisáceo que asomaba debajo de su posición, apenas visible entre una maraña de hojas y enredaderas.

—Claro que estoy seguro —contestó Roland—. Recuerda que nosotros ya hemos hecho esta ruta anteriormente.

—Es que no he oído hablar nunca de formación de roca tan arriba en la jungla.

—Recuerda que ya no estamos tan arriba, precisamente. Hemos descendido un trecho considerable, desde el inicio del viaje.

— ¡Escuchad! Quedándonos aquí a contemplar el panorama no vamos a ninguna parte —intervino Rega con los brazos en jarras—. Ya llevamos ciclos de retraso respecto a la fecha de la entrega y podéis estar seguros de que ese Barbanegra va a exigirnos una rebaja en el precio. ¡Si tú tienes miedo, elfo, bajaré yo!

—No, lo haré yo —replicó Paithan—. Peso menos que tu y, si la cornisa es inestable, podré...

— ¡Que pesas menos que yo! —lo interrumpió ella—. ¿Acaso insinúas que estoy gor...?

—Bajaréis los dos —intervino Roland en tono conciliador—. Primero os descolgaré a ambos hasta la cornisa; desde allí, tú, Paithan, ayudarás a Rega a descender hasta el fondo. Luego, iré bajando los cestos hasta la roca y tú te encargarás de pasarlos a mi her..., hum..., a mi esposa.

—Mira, Roland, yo opino que el elfo debería descolgarnos a ti y a mí y...

—Sí, Hojarroja. A mí también me parece que esto último es la mejor solución...

—

— ¡Tonterías! —lo cortó Roland, complacido de su tortuosa estratagema y tramando nuevos planes para la pareja—. Yo soy el más fuerte de los tres y el trecho hasta la cornisa es el más largo del descenso. ¿Tenéis algo que decir a esto? Paithan dirigió una mirada furiosa al humano, observó su rostro atractivo de mandíbulas cuadradas y sus poderosos bíceps y mantuvo la boca cerrada. Rega no miró siquiera a su hermano; mordiéndose el labio, cruzó los brazos y clavó la vista en las lóbregas sombras de la jungla que se adivinaba a sus pies.

El elfo fijó una cuerda en torno a una rama gruesa, se ciñó el otro extremo a la cintura y saltó del borde del precipicio casi sin dar tiempo a que Roland agarrara la cuerda para controlar su descenso. Bajó a saltos, amortiguando ágilmente con las piernas los golpes contra las paredes verticales de musgo, mientras Roland sujetaba la cuerda para que Paithan no oscilara demasiado.

De pronto, desapareció la tensión de la cuerda y se escuchó la voz del elfo desde muy abajo:

— ¡Muy bien! ¡Ya he llegado! —Tras unos instantes de silencio, los humanos volvieron a oír su voz, entre disgustada y asqueada—. ¡Esto no es una roca! ¡Es un maldito hongo!

— ¿Un qué? —gritó Roland, asomándose al precipicio cuanto se atrevía.

— ¡Un hongo! ¡Una seta gigante!

Al percatarse de la mirada colérica que le dirigía su hermana, Roland se encogió de hombros.

— ¿Cómo iba a saberlo? —murmuró.

—De todos modos, me parece que es lo bastante resistente como para utilizarlo de plataforma —prosiguió Paithan tras otra breve pausa. Los dos humanos captaron algo más acerca de que habían tenido «una suerte increíble», pero las palabras se perdieron entre la vegetación.

—Es todo lo que necesitábamos saber —comentó Roland con aire animoso—. Muy bien, her...

— ¡Deja de llamarme así! ¡Hoy ya lo has hecho dos veces! ¿Qué te propones?

—Nada. Lo siento. Es sólo que tengo muchas cosas en la cabeza. Vamos, es tu turno.

Rega se anudó la cuerda a la cintura, pero no se descolgó de inmediato por el borde. Echando un vistazo a la jungla que tenía detrás, se estremeció y se frotó los brazos.

—Odio todo esto.

—No haces más que repetirlo y ya te estás poniendo pesada. A mí tampoco me entusiasma, pero cuanto antes terminemos, antes podremos volver donde luce el sol.

—No..., no es sólo la oscuridad de aquí abajo. Se trata de algo más. Algo anda mal, ¿no lo notas? Hay demasiado..., demasiado silencio.

Roland hizo una pausa, miró a su alrededor y prestó atención. Su hermana y él habían pasado juntos tiempos difíciles. El mundo exterior se había mostrado esquivo con ellos desde la cuna y los dos hermanos habían aprendido a confiar únicamente el uno en el otro. Rega poseía una percepción intuitiva, casi animal, respecto a las personas y a la naturaleza. Las pocas veces que Roland, el mayor de los dos, había hecho caso omiso de los consejos o advertencias de su hermana, lo había lamentado. El humano conocía a fondo los bosques y, ahora que prestaba atención a la espesura, también él advertía el extraño silencio.

—

—Es posible que aquí abajo reine siempre esta calma —apuntó—. No corre la más leve brisa y, como estamos acostumbrados al murmullo del viento en las hojas y todo eso...

—No, no es sólo eso. Tampoco se escucha el menor sonido de animales, ni se aprecia el menor rastro de su presencia. Y ya hace casi un ciclo que han dejado de oírse. Incluso por la noche. Hasta los pájaros han enmudecido. —Rega meneó la cabeza—. Es como si todas las criaturas de la jungla se hubieran ocultado.

—Tal vez sea porque estamos cerca del reino de los enanos. Sí, tiene que ser eso, nena. Querida. ¿Qué, si no?

—No lo sé —respondió Rega, escrutando atentamente las sombras—. No lo sé. En fin, espero que tengas razón. ¡Vamos allá! —añadió de improviso—. ¡Acabemos de una vez!

Roland ayudó a su hermana a saltar del borde del precipicio y Rega descendió con la misma soltura que Paithan. Al llegar abajo, el elfo alzó las manos para ayudarla a posarse en el hongo, pero la mirada que ella le lanzó con sus ojos oscuros le advirtió que era mejor que se apartara. Rega aterrizó ágilmente en la amplia plataforma que constituía el hongo y en sus labios apareció una leve mueca de asco al observar la desagradable masa blanca grisácea en la que se apoyaban sus pies. La cuerda, que Roland soltó desde arriba, cayó a sus pies formando un ovillo. Paithan empezó a atar la cuerda a una rama de la pared del precipicio.

— ¿A qué está adherido este hongo? —preguntó Rega en un tono de voz frío, desprovisto de emoción.

—Al tronco de algún árbol enorme —respondió Paithan en el mismo tono, al tiempo que señalaba las estrías de la corteza de un tronco más grueso que el elfo y

la humana puestos hombro con hombro.

— ¿Está firme? —quiso saber ella, asomándose al vacío, con inquietud. Abajo se divisaba otra planicie de musgo. La distancia no era excesiva si una descendía con la cuerda firmemente atada a la cintura pero, sin ella, la caída sería larga y desagradable.

—Yo, que tú, no me pondría a dar saltos —apuntó Paithan.

Rega escuchó el comentario irónico y le lanzó una mirada furiosa; luego, volvió la cabeza hacia arriba y gritó:

— ¡Apresúrate, Roland! ¿Qué andas haciendo?

— ¡Un momento, querida! Tengo un pequeño problema con uno de los tyros.

Roland, con una sonrisa, se sentó al borde del precipicio, apoyó la espalda en una rama y se relajó. Con una vara, azuzaba de vez en cuando a uno de los tyros para hacerlo berrear.

Rega frunció el entrecejo, se mordió el labio y se quedó en el borde del hongo, lo más lejos posible del elfo. Paithan, silbando para sus adentros, aseguró su cuerda en torno a la rama, la probó y empezó a atar la de Rega.

No quería mirarla, pero no pudo evitarlo. Sus ojos no dejaban de lanzar miradas en dirección a ella, de decirle a su corazón cosas que éste no tenía el menor interés por escuchar.

«Mírala», le decían. «Estamos en medio de esta tierra maldita por Orn, los dos solos encima de un hongo que cuelga de un abismo, y ahí la tienes, más fría que el lago Enthial. ¡Nunca has conocido otra mujer igual!»

« ¡Y con suerte », le susurró al oído otra vocecilla maliciosa, « nunca volverás a encontrar otra! »

—

«Qué suaves cabellos... ¿Qué aspecto tendrán cuando se suelta esa trenza y le caen sobre los hombros desnudos y se desparraman sobre sus senos...? Sus labios..., el beso me ha sabido tan dulce como imaginaba...»

« ¿Por qué no te arrojas al precipicio? », le aconsejó la molesta vocecilla.

«Ahórrate toda esta agonía. Ella se propone seducirte, hacerte chantaje. Te está tomando por estúp...»

Rega soltó un jadeo y retrocedió involuntariamente hasta asirse con ambas manos al tronco que tenía a su espalda.

— ¿Qué sucede? —Paithan soltó la cuerda y se acercó a ella. Rega tenía la vista fija al frente, concentrada en la jungla. Paithan siguió la dirección de la mirada. — ¿Qué es? —preguntó. — ¿Lo ves?

-¿Qué?

Rega parpadeó y se frotó los ojos.

—No..., no sé. —Su voz expresaba perplejidad—. Parece como..., ¡como si la jungla se moviera!

—Será el viento —replicó Paithan, casi irritado, sin querer reconocer el miedo que había pasado, ni el hecho de que no lo había sentido por sí mismo.

— ¿Notas alguna corriente de aire? —insistió ella.

No, no la notaba. La atmósfera era calurosa y opresiva; el aire estaba inmóvil.

Le vino a la cabeza la imagen inquietante de un dragón, pero no se notaba vibrar el suelo. No se oía el ruido sordo de las criaturas que vivían entre la maleza al desplazarse.

Paithan no captaba sonido alguno. Todo estaba silencioso. Demasiado

silencioso.

De pronto, encima de ellos, surgió un grito:

— ¡Eh! ¡Volved aquí! ¡Condenados tyros...!

— ¿Qué sucede? —aulló Rega dándose la vuelta y, acercándose al extremo del hongo cuanto le pareció prudente, intentó sin éxito ver qué sucedía—. ¡Roland! —La voz se le quebró de miedo—. ¿Qué sucede ahí arriba?

— ¡Esos estúpidos tyros se han desbocado!

Las exclamaciones de Roland se desvanecieron en la distancia. Rega y Paithan oyeron el crujido de ramas y enredaderas al quebrarse y notaron las fuertes pisadas de Roland, que hacían vibrar el tronco. Luego, reinó de nuevo el silencio.

—Los tyros son animales dóciles. No se dejan llevar por el pánico —afirmó Paithan, tragando saliva para humedecer su seca garganta—. No lo hacen nunca, a menos que vean algo que realmente los aterrorice.

— ¡Roland! —Aulló Rega—. ¡Deja que se vayan!

—Calla, Rega. No puede hacerlo... Los tyros llevan las armas...

— ¡Me da igual! —gritó ella, frenética—. ¡Por mí, os podéis ir todos al infierno: las armas, los enanos, el dinero y tú! ¡Roland! ¡Vuelve! —Descargó los puños sobre el tronco del árbol mientras añadía—: ¡No nos dejes atrapados aquí abajo! ¡Roland!

— ¿Qué ha sido eso...?

Rega se volvió en redondo, jadeante. Paithan, muy pálido, estaba observando la jungla.

—Nada —dijo con una mueca tensa.

—Mientes. ¡Lo has visto! —Replicó ella con un siseo—. ¡Has visto cómo se movía la jungla!

—Es imposible. Es un efecto óptico. Estamos cansados, no hemos dormido lo suficiente y los ojos nos engañan...

—

Un grito aterrador hendió el aire encima de ellos.

— ¡Roland! —exclamó Rega. Apretando el cuerpo contra la corteza del árbol, sus manos se aferraron a la madera e intentaron escalar el tronco. Paithan la agarró y tiró de ella para impedirselo. Furiosa, la humana se debatió en sus brazos.

Tras otro grito ronco, llegó a sus oídos un alarido:

-¡Reg...!

La palabra quedó cortada por un jadeo sofocado.

De pronto, a Rega le fallaron las piernas y se derrumbó contra Paithan. El elfo la sostuvo y llevó una mano a su cabeza, presionando el rostro moreno contra su pecho. Cuando la hubo tranquilizado, volvió a apoyarla en el árbol y se movió hasta colocarse delante de ella, protegiéndola con el cuerpo.

Cuando ella advirtió lo que hacía, intentó apartarlo a un lado.

—No, Rega, Quédate donde estás.

— ¡Quiero ver, maldita sea! Lucharé... —En su mano brilló el raztar.

—No sé contra qué —susurró Paithan—. ¡Ni cómo!

El elfo se apartó y Rega se asomó detrás de él, con los ojos abiertos como platos. Al momento, volvió a encogerse contra el pecho del elfo, deslizándose el brazo en torno a su cintura. Abrazados, los dos contemplaron cómo la jungla se movía en silencio, envolviéndolos.

No lograron distinguir ninguna cabeza, ni ojos, brazos, piernas o cuerpo alguno, pero los dos tuvieron la profunda impresión de que estaban siendo observados, escuchados y localizados por unos seres terriblemente inteligentes y extremadamente malévolos.

Y, entonces, Paithan los vio. O, más que verlos, advirtió que una parte de la jungla se separaba del resto y avanzaba hacia él. Pero hasta que no la tuvo muy cerca, con la cabeza casi a la altura de la suya, el elfo no se dio cuenta de que estaba ante lo que parecía un humano gigantesco. Paithan advirtió la silueta de dos piernas y dos pies caminando sobre la vegetación. La cabeza del ser monstruoso estaba casi a la altura del hongo en el que se hallaban y la criatura avanzaba directamente hacia ellos, mirándolos con fijeza. Incluso aquel sencillo acto de dar unos pasos producía horror debido a que, aparentemente, la criatura no podía ver lo que perseguía.

El ser carecía de ojos; en su lugar, en el centro de la frente, parecía tener horadado un gran agujero rodeado de piel.

— ¡No te muevas! —dijo Rega con un jadeo entrecortado—. ¡No hables! Quizá no pueda localizarnos.

Paithan la abrazó con fuerza y no respondió. No quería echar por tierra sus esperanzas. Un momento antes, los dos habían armado tal alboroto que hasta un elfo ciego, sordo y borracho podría haberlos descubierto.

El gigante se acercó y Paithan apreció por qué le había producido la impresión de una porción de jungla en movimiento. Su cuerpo estaba cubierto de hojas y enredaderas de pies a cabeza, y su piel tenía el color y la textura de la corteza de un árbol. Incluso cuando lo tuvo casi encima, a Paithan le costó diferenciarlo del fondo selvático. La cabeza bulbosa estaba desnuda, y la coronilla y la frente, calvas y de color blancuzco, destacaban de lo que tenía alrededor.

—

El elfo lanzó una rápida mirada en torno a sí y distinguió veinte o treinta de aquellos gigantes emergiendo de la espesura y deslizándose hacia ellos con movimientos ágiles y en un silencio absoluto, sobrenatural.

Paithan, arrastrando consigo a Rega, retrocedió hasta que su espalda chocó con el tronco del árbol. Fue un gesto desesperado y vano, pues era evidente que no había escapatoria. Las cabezas los miraban fijamente con sus espantosos agujeros vacíos y oscuros. El gigante más próximo posó sus manos en el borde del hongo y dio una sacudida a éste.

La precaria plataforma tembló bajo los pies de Paithan. Otro gigante se unió al primero, alargando sus dedos enormes hasta agarrar la seta. Paithan contempló las manos inmensas y, con una especie de terrible fascinación, advirtió que estaban cubiertas de sangre seca.

Los gigantes tiraron del hongo, éste tembló de nuevo y Paithan oyó cómo se desgarraba del árbol. A punto de perder el equilibrio, el elfo y la humana se abrazaron.

— ¡Paithan! —Gritó Rega, quebrándosele la voz—. ¡Lo siento! ¡Te quiero! ¡Te quiero de veras!

Paithan quiso responder, pero no pudo. El miedo le había atenazado la garganta, lo había dejado sin aliento.

— ¡Bésame! —jadeó ella—. Así no veré cómo...

El elfo tomó el rostro de Rega entre sus manos, obstruyéndole la visión. Luego, también él cerró los ojos y apretó sus labios contra los de ella. Y el mundo pareció hundirse bajo sus pies.

—

CAPITULO EN ALGÚN LUGAR SOBRE PRYAN

Haplo, con el perro a sus pies, estaba sentado cerca de la piedra de gobierno, en el puente, escrutando el exterior por los tragaluces del *Ala de Dragón* con gesto cansado y desesperado. ¿Cuánto tiempo debían de llevar volando? Un día, se respondió a sí mismo con amarga ironía. Un largo, estúpido, aburrido e interminable día.

Los patryn carecían de aparatos para medir el tiempo, pues no los necesitaban. En el Nexa, su sensibilidad mágica al mundo que los rodeaba les proporcionaba una conciencia innata del paso del tiempo. Sin embargo, Haplo sabía por experiencia que el paso por la Puerta de la Muerte y la entrada en otro mundo alteraba la magia. Cuando se aclimatara a aquel nuevo mundo, su cuerpo recobraría la percepción mágica perdida pero, de momento, no tenía la menor idea de cuánto tiempo había transcurrido en realidad desde su entrada en Pryan.

Haplo no estaba acostumbrado a aquella luminosidad permanente, sino a las alternancias naturales en su ritmo vital. Hasta en el Laberinto existían el día y la noche. Muchas veces, el patryn había tenido razones para maldecir la caída de la noche, pues con ella llegaba la oscuridad y a su amparo acechaban los enemigos. Ahora, en cambio, se habría postrado de rodillas y habría suplicado una bendita pausa de aquel sol ardiente, una bendita sombra que le permitiera descansar y dormir, aunque fuera con grandes precauciones.

El patryn se había alarmado al sorprenderse, después de otra «noche» en vela, considerando seriamente la posibilidad de arrancarse los ojos.

En ese instante, había comprendido que estaba volviéndose loco.

El terror diabólico del Laberinto no había logrado vencerlo y, en cambio, lo que otros considerarían un paraíso —paz y tranquilidad y luz eterna— iba a conseguirlo ahora.

—

—Era de esperar —murmuró. Soltó una carcajada y se sintió mejor. De momento había esquivado la locura, aunque sabía que ésta seguía rondándolo. Al menos, tenía comida y agua. Mientras le quedara un poco de ambas, podía obtener más mediante un conjuro. Por desgracia, la comida era siempre la misma, pues sólo podía reproducir la materia que ya tenía, y no estaba a su alcance modificar su estructura para hacer aparecer otra nueva. Pronto estuvo tan harto de carne seca y guisantes que tuvo que obligarse a comer algo. No había previsto llevar un surtido de alimentos variados. Ni verse atrapado en el paraíso. Haplo, hombre de acción obligado a la inactividad, pasaba la mayor parte del tiempo mirando fijamente por las ventanas de la nave. Los patryn no creían en

dioses, sino que se veían a sí mismos como lo más próximo que existía a seres divinos (aunque reconocían a regañadientes la misma consideración a sus enemigos, los sartán). Así pues, Haplo tampoco podía suplicarle a nadie que aquello terminara. Lo único que podía hacer era esperar.

Cuando avistó las nubes por primera vez, no dijo nada, negándose a aceptar —ni siquiera ante el perro— la esperanza de que tal vez pudieran escapar de su prisión alada. Podía tratarse de una ilusión óptica, de uno de esos espejismos que le hacían a uno ver agua donde sólo había desierto. Al fin y al cabo, no era más que un ligero oscurecimiento del aire azul verdoso a un tono gris blancuzco.

Dio una rápida vuelta en torno a la nave para comparar el color del aire ante la proa con el del vacío que dejaban atrás y con el de los costados.

Y fue entonces, al levantar la cabeza hacia el cielo desde la cubierta superior de la nave, cuando vio la estrella.

—Este es el fin —dijo al perro, parpadeando bajo la luz blanca que brillaba sobre él en la brumosa lejanía verde azulada—. Los ojos me engañan...

¿Cómo era posible que no hubiera visto ninguna estrella hasta entonces? Eso, si realmente era una estrella...

—Recuerdo que a bordo, en alguna parte, hay un artilugio que utilizan los elfos para ver a grandes distancias.

El patryn podría haber utilizado la magia para potenciar su visión pero, al hacerlo, habría tenido que fiarse nuevamente de su propia percepción. En cambio, tuvo la impresión —por confusa que fuera— de que, si colocaba un objeto neutro entre sus ojos y la estrella, el objeto le revelaría la verdad.

Revolvió la nave hasta encontrar el catalejo, guardado en un cajón como curiosidad. Se lo llevó al ojo y enfocó la luz brillante, titilante, casi esperando que se desvaneciera. Sin embargo, apareció ante él, agrandada y más brillante, con una blancura inmaculada.

Si era una estrella, ¿por qué no la había visto antes? ¿Y dónde estaban las demás? Según le había contado su Señor, el mundo antiguo estaba rodeado de incontables estrellas pero, durante la separación del mundo llevada a cabo por los sartán, todas ellas habían desaparecido, se habían desvanecido. Según su amo y señor, no debería haber estrellas visibles en ninguno de los nuevos mundos.

Preocupado y pensativo, Haplo volvió al puente. Sería mejor cambiar el rumbo, volar hacia la luz, investigarla... Al fin y al cabo, no *podía* ser una estrella... Su Señor lo había dicho.

Colocó las manos sobre la piedra de gobierno, pero no pronunció las palabras que daban vida a las runas. En su mente saltó la duda.

¿Y si su Señor se equivocaba?

—

Haplo asió la piedra con fuerza y los agudos bordes de las runas se clavaron en la carne blanda y desprotegida de sus palmas. El dolor fue un adecuado castigo por haber dudado de su Señor, por dudar de aquel que los había salvado del Laberinto infernal, de aquel que los conduciría a la conquista de los mundos. Su Señor, con sus conocimientos de astronomía, había dicho que no habría estrellas. Volaría hacia aquella luz para investigarla. Tendría fe. Su Señor no le había fallado nunca.

Pero siguió sin pronunciar las palabras mágicas.

¿Y si volaba hacia la luz y su Señor se equivocaba respecto a aquel mundo?
¿Y si resultaba ser similar al antiguo, un planeta orbitando un sol en un espacio frío, negro y vacío? Si era así, podía terminar volando en la nada, surcando la nada hasta que la muerte lo alcanzara. Por lo menos, ahora había avistado lo que esperaba y creía que eran unas nubes. Y donde había nubes, podía haber tierra. «Mi Señor es mi dueño», se dijo el patryn. «Lo obedeceré incondicionalmente en todo. El es sabio, inteligente y omnisciente. Lo obedeceré. Lo...»
Haplo alzó las manos de la piedra de gobierno. Dando media vuelta con gesto malhumorado, se acercó a uno de los tragaluces y observó el exterior.
—Ahí está, muchacho —murmuró.

El perro, al percibir el tono de preocupación en la voz de su amo, lanzó un gáñido de simpatía y barrió el suelo con el rabo para indicar que estaba a su disposición si lo necesitaba.

— ¡Tierra! —Continuó Haplo—. ¡Por fin! ¡Lo hemos conseguido!

Ya no quedaba ninguna duda. Las nubes se habían abierto y, bajo ellas, pudo ver una masa verde oscura. Al acercarse más, advirtió que en ella se distinguían varias tonalidades, zonas que iban desde un glauco grisáceo hasta un verdeazul intenso y un verde esmeralda moteado de amarillo.

— ¿Cómo voy a volverme atrás, ahora?

Una parte de su mente le dijo que hacerlo sería ilógico. Aterrizaría allí, establecería contacto con los habitantes como se le había ordenado y luego, al marcharse, podría poner rumbo a la luz resplandeciente para investigarla. Sí, era un plan coherente y Haplo se sintió aliviado. El patryn no era dado a perder el tiempo en recriminaciones o análisis profundos sobre sus propios actos y se concentró con calma en la tarea de preparar la nave para el aterrizaje. Al percibir la creciente excitación de su amo, el perro se puso a retozar en torno a él, mordisqueándolo y dando saltos.

Sin embargo, bajo la excitación y el júbilo y la sensación de victoria fluía una corriente oculta mucho más sombría. Aquellos últimos instantes habían traído una revelación terrible y Haplo se sentía sucio, indigno. Se había atrevido a pensar que su amo y señor podía equivocarse.

La nave siguió acercándose a la masa de verdor y, por primera vez, Haplo se dio cuenta de la velocidad a la que había viajado. La tierra parecía venirle encima y se vio obligado a recanalizar la magia de las runas de las alas en una maniobra que redujo la velocidad e hizo más lento el descenso. Empezó a distinguir árboles y grandes extensiones verdes, desiertas, que parecían adecuadas para un aterrizaje. Mientras sobrevolaba un mar, divisó a lo lejos otras extensiones de agua, lagos y ríos, apenas visibles debido a la espesa pantalla de vegetación que las rodeaba. Pero no encontró ningún rastro de civilización.

—

Continuó volando sobre las copas de los árboles y no vio ciudades, ni castillos, ni murallas. Por fin, cansado de contemplar el interminable océano de verdor bajo la quilla, Haplo se dejó caer en el suelo frente a uno de los amplios miradores del puente. El perro se había dormido. No se veían navíos en los mares ni barcas en los lagos. No había caminos que cruzaran las planicies abiertas, ni puentes que salvaran los ríos.

Según los registros dejados por los sartán en el Nexo, aquel mundo debía de

estar habitado por elfos, humanos y enanos, y tal vez incluso por los propios sartán. Pero, si era así, ¿dónde estaban? Sin duda, ya debería de haber visto algún rastro de su presencia. O tal vez no...

Por primera vez, Haplo empezó a hacerse una idea de la inmensidad de aquel mundo. Aunque estuviera poblado por decenas de millones de habitantes, podía pasarse toda la vida buscándolos sin encontrarlos jamás. Bajo el tupido dosel de árboles podían ocultarse ciudades enteras, invisibles al ojo que las buscara desde arriba. No habría modo de descubrirlas, de detectar su existencia, si no era aterrizando e intentando penetrar en aquella densa masa de vegetación.

— ¡Eso es imposible! —murmuró para sí.

El perro despertó y acarició la mano de su amo con su frío hocico. Haplo frotó la suave pelambre y estrujó sin darse cuenta sus oídos sedosos. El animal, con un suspiro, se relajó y cerró los ojos.

— ¡Haría falta todo un ejército para batir esta tierra! Y quizá ni siquiera así encontraría nada. Tal vez no deberíamos molestarnos... ¿Eh? ¿Qué...? ¡Alto! ¡Un momento!

El patryn se puso en pie de un salto, alarmando al perro, que se puso a ladrar. Con las manos en la piedra de gobierno, Haplo hizo virar la nave suavemente mientras observaba con atención una pequeña mancha de verde grisáceo más clara que el resto.

— ¡Sí! ¡Ahí! —exclamó excitado, señalando el lugar por la ventana como si estuviera presentando su descubrimiento ante cientos de testigos, en lugar de hacerlo ante un simple can blanquinegro.

Contra el fondo verde, eran claramente visibles unos pequeños destellos de luz, de diferentes colores, seguidos de unas nubéculas negras. Haplo las había visto por el rabillo del ojo y había dado la vuelta para cerciorarse. Tras una breve pausa, los destellos reaparecieron. Podía ser un fenómeno natural, se dijo, y se obligó a tranquilizarse, consternado ante la falta de dominio de sí mismo.

No importaba. Aterrizaría y comprobaría qué era. Al menos, así saldría de aquella maldita nave y respiraría aire fresco.

Haplo descendió en círculos, guiado por los estallidos luminosos. Cuando estuvo por debajo de las copas más altas, contempló una vista que le habría hecho dar gracias a su dios por lo milagrosa que era, si hubiera creído en algún dios al que dar gracias.

Junto a la zona despejada se alzaba una especie de estructura, construida evidentemente por unas manos inteligentes. Los destellos procedían de aquel lugar, precisamente. Y ahora podía distinguir gente, pequeñas siluetas como insectos en la planicie verde grisácea. Las chispas luminosas empezaron a hacerse más frecuentes, como si fueran presa de la excitación. Daba la impresión de que las luces se elevaban de entre el grupo congregado allá abajo.

—

El patryn se dispuso a entrar en contacto con los habitantes de aquel nuevo mundo. Ya tenía preparada una historia, parecida a la que le había contado a Limbeck, el enano, en Ariano.

—

. Término utilizado por los patryn y los sartán para referirse a los individuos de

las razas inferiores: elfos, humanos y enanos. Se aplica a todas ellas por igual. (N. del a.)

Procedía de otra parte de Pryan, y su pueblo (según se fueran presentando las circunstancias) hacía exactamente lo que ellos: combatir para liberarse de sus opresores. Una vez ganada la batalla en su tierra de procedencia, Haplo había acudido allí para ayudar a otros a conseguir la libertad.

Naturalmente, cabía la posibilidad de que aquellas gentes —elfos, humanos y enanos— vivieran en paz y tranquilidad entre ellas, que no tuvieran opresores, que la vida se desarrollara plácidamente bajo el gobierno de los sartán y que no necesitaran liberarse de nadie. Haplo meditó sobre aquella posibilidad y no tardó en rechazarla con una sonrisa. Los mundos cambiaban, pero un hecho permanecía constante. Sencillamente, no entraba en la naturaleza de los mensch vivir en armonía con los demás mensch.

El patryn distinguía ya con claridad a la gente que había sobre el suelo y advirtió que desde abajo también lo habían visto. Algunos salían apresuradamente del edificio, mirando hacia el cielo. Otros corrían por una ladera hacia el lugar donde brillaban los destellos. Empezó a distinguir lo que parecía una gran ciudad oculta bajo las amplias ramas de un árbol. Por un resquicio de la espesura selvática, vio un lago rodeado de edificios enormes con huertos cultivados y vastas extensiones de suave césped.

La distancia se redujo aún más y Haplo observó que los presentes contemplaban su dragón alado, cuyo cuerpo y cuya cabeza estaban tan bien pintados que, desde allá abajo, debía de parecer de carne y hueso. Notó que muchos testigos evitaban aventurarse en la zona despejada, donde era ya evidente que Haplo se disponía a posarse. La gente se refugiaba al abrigo de los árboles, curiosa pero demasiado precavida como para acercarse más. En realidad, al patryn le sorprendió que toda aquella gente no huyera presa del pánico ante su aparición. Más aún; varios de los presentes, dos de ellos en particular, se quedaron justo debajo de la nave, con la cabeza vuelta hacia arriba y una mano alzada para protegerse los ojos del resplandor del sol.

Haplo advirtió que uno de los dos, una figura envuelta en unas ropas anchas de tonos morados, señalaba una zona llana y despejada gesticulando con los brazos en alto. Si no hubiera sido demasiado increíble para plantearse siquiera tal posibilidad, el patryn habría dicho que estaban esperando su aparición. —Llevo demasiado tiempo aquí arriba —le comentó al perro. Con las patas firmemente plantadas en la cubierta del puente, el animal miraba por uno de los grandes ventanales de la nave, ladrando frenéticamente a la gente congregada bajo el casco.

El patryn no disponía de tiempo para seguir contemplando la escena. Con las manos en la piedra de gobierno, conjuró las runas para aminorar la marcha del *Ala de Dragón*, dejar la nave suspendida en el aire y posarla en el suelo sana y salva. Por el rabillo del ojo, vio que la figura de la indumentaria morada se ponía a dar saltos, agitando en el aire un gorro viejo y desgarrado.

La nave tocó el suelo y, para sorpresa y alarma de Haplo, continuó bajando. ¡Se estaba hundiendo! Haplo advirtió entonces que no estaba en tierra firme, sino posado en un lecho de musgo que cedía bajo el peso de la nave voladora. Ya se disponía a activar la magia para detener el descenso de la embarcación cuando ésta quedó asentada por fin, meciéndose casi como una cuna y enterrada en el musgo como un perro en una manta gruesa.

—

Por fin, después de una travesía que le había parecido durar siglos, Haplo había llegado a su destino.

Se asomó a las ventanas, pero estaban enterradas bajo el espeso musgo y no se veía por ellas otra cosa que una masa de hojas verde grisácea contra el cristal. Tendría que salir por la cubierta superior.

Desde arriba le llegaron unas débiles voces, pero Haplo consideró que la nave habría sembrado tal temor reverencial entre los nativos que éstos no se atreverían a acercarse. Si lo hacían, se llevarían una conmoción. Textualmente. El patryn había levantado un escudo mágico en torno al casco y quien lo tocara creería, por una fracción de segundo, que le había caído un rayo encima.

Una vez llegado a su destino, Haplo volvió a ser él mismo. Su cerebro volvió a pensar, a guiar sus actos, a dirigirlo. Se vistió de modo que todo su cuerpo, tatuado de signos mágicos, quedara a salvo de miradas. Para ello, se enfundó unas botas de cuero, suaves y flexibles, ajustadas sobre unos pantalones también de cuero, una camisa de manga larga, cerrada de cuello y de puños y, encima, un chaleco de piel. Por último, se ató un pañuelo al cuello, introduciendo las puntas bajo la camisa.

Los tatuajes no se extendían por la cabeza ni por el rostro, pues su magia podría perturbar los procesos mentales. Surgiendo de un punto del pecho por encima del corazón, las runas ocupaban todo el resto de su cuerpo, recorriendo el tronco hasta los riñones, los muslos, las pantorrillas y el empeine del pie, pero no la planta. Círculos y espirales y complejos dibujos en rojo y azul rodeaban su cuello, se extendían por sus hombros, bajaban por los brazos y cubrían tanto la palma como el revés de sus manos, pero no los dedos. Así, las únicas zonas de su epidermis libres de tatuajes mágicos eran el cráneo, para que su cerebro pudiera guiar la magia, los ojos, oídos y boca, para poder percibir el mundo exterior, y los dedos de las manos y las plantas de los pies, para conservar el tacto.

La última precaución de Haplo, una vez que la nave hubo aterrizado y él ya no necesitó más las runas para pilotarla, fue envolverse las manos con unos fuertes vendajes. Se ajustó la venda en torno a la muñeca y cubrió toda la palma, pasando la tela entre los dedos y dejando éstos al descubierto.

Una enfermedad de la piel, había explicado Haplo a los mensch en Ariano. No era dolorosa, pero las pústulas enrojecidas y llenas de pus que provocaba la dolencia resultaban repulsivas a la vista. En Ariano, después de escuchar sus explicaciones, todo el mundo se había cuidado de evitar sus manos vendadas. Bueno, casi todo el mundo.

Un hombre había adivinado que mentía; un hombre, después de someterlo a un hechizo, había mirado bajo las vendas y había visto la verdad. Pero aquel hombre era un sartán, Alfred, y ya sospechaba por adelantado lo que iba a descubrir. Haplo había advertido que Alfred prestaba una atención fuera de lo normal a sus manos, pero no había hecho caso..., lo cual había resultado un error casi fatal para sus planes. Esta vez, el patryn sabía qué debía vigilar; esta vez, estaba preparado.

Conjuró una imagen de sí mismo y la inspeccionó detenidamente, dando una vuelta completa en torno a aquel Haplo simulado. Por fin, se dio por satisfecho. No se veía ni rastro de runas. Disolvió la imagen. Colocó en su sitio los vendajes de las

manos, subió a la cubierta superior, abrió la escotilla y salió, deslumbrado, bajo el brillante sol.

—

El murmullo de voces se apagó ante su aparición. Haplo se incorporó en la cubierta y miró a su alrededor, deteniéndose un instante para aspirar profundamente aquel aire fresco, aunque terriblemente húmedo. Debajo de él vio unas cabezas levantadas, unas bocas abiertas, unos ojos asombrados. Eran elfos, con una excepción. La figura de amplios ropajes de color morado era un humano, un viejo de largo cabello canoso y luenga barba blanca. Al contrario que los demás, el anciano no lo contemplaba con asombro y temor. Radiante, se volvía a un lado y a otro mientras se alisaba la barba. — ¡Os lo dije! —lo oyó exclamar—. ¿No os lo dije? ¡Supongo que me creeréis ahora!

— ¡Perro, aquí! —Haplo soltó un silbido y el animal apareció en cubierta, trotando pegado a sus talones. Su presencia provocó una nueva oleada de asombro entre los presentes.

Haplo no se preocupó de echar la escalerilla; la nave se había hundido tanto en el musgo —con las alas posadas sobre éste— que pudo saltar al suelo sin problemas desde la cubierta. Los elfos congregados en torno al *Ala de Dragón* retrocedieron apresuradamente, observando al piloto de la nave con incredulidad y suspicacia. Haplo aspiró profundamente y se dispuso a contar la historia que tenía pensada. Su mente, trabajando a marchas forzadas, evocó el idioma de los elfos. Pero no tuvo ocasión de hablar.

Antes de que lo hiciera, el anciano corrió hasta él y le estrechó una de sus manos vendadas.

— ¡Nuestro salvador! ¡Justo a tiempo! —Exclamó, sacudiéndole el brazo enérgicamente en el tradicional saludo humano—. ¿Has tenido un buen vuelo?

—

CAPITULO EN LA FRONTERA DE THURN

Roland, tendido en el suelo, se contorsionó para cambiar de postura en un intento de aliviar el dolor de sus músculos entumecidos. La maniobra dio resultado durante unos instantes, pero brazos y nalgas no tardaron en dolerle de nuevo, sólo que en puntos distintos. Con una mueca en el rostro y con movimientos disimulados, trató de soltarse las enredaderas que le atenazaban las muñecas pero el dolor le forzó a dejarlo. Las ataduras eran más resistentes que el cuero y le habían dejado las muñecas en carne viva.

—No malgastes tus fuerzas —dijo una voz.

Roland volvió la cabeza para ver quién hablaba.

— ¿Dónde estás?

—Al otro lado del árbol. Esas ataduras son de liana de pytha y no podrás romperlas. Cuanto más lo intentes, más te apretarán.

Vigilando de reojo a sus captores, Roland consiguió arrastrarse en torno al gran tronco hasta descubrir, al otro lado, la figura de un humano de piel morena vestido con ropas de brillantes colores. El hombre estaba firmemente atado, con enredaderas en torno al pecho, los brazos y las muñecas. Del lóbulo de su oreja izquierda pendía un aro de oro.

—Andor —se presentó, con una sonrisa. Tenía un lado de la boca hinchado y medio rostro manchado de sangre seca.

—Roland Hojarroja. ¿Eres un rey del mar? —añadió, haciendo referencia al arete.

—Sí. Y tú eres de Thillia. ¿Qué andabais haciendo en tierras de Thurn?

— ¿Thurn? No estamos en Thurn. Vamos camino de las Tierras Ulteriores.

—No te hagas el tonto conmigo, thilliano. Sabes muy bien dónde estamos. De modo que estáis comerciando con los enanos... —Andor hizo una pausa y se pasó la lengua por los labios—. Cuánto daría por poder beber algo...

—

—Soy un explorador —explicó Roland, lanzando una cauta mirada a sus captores para asegurarse de que no lo observaban.

—Podemos hablar libremente. A ellos no les importa. Y no es preciso ocultar nada, ¿sabes? No vamos a vivir lo bastante como para que importe.

— ¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

—Esos gigantes matan todo lo que se les pone por delante... Veinte personas, en mi caravana. Todos muertos. Los animales, incluso. ¿Por qué los animales? Ellos no habían hecho nada. No tiene el menor sentido, ¿verdad?

¿Muertos? ¿Veinte personas muertas? Roland miró severamente al otro prisionero pensando que tal vez mentía, que sólo pretendía ahuyentar a un thilliano de las rutas comerciales de los señores del mar. Andor apoyó la espalda en la corteza del árbol, con los ojos cerrados. Roland observó el sudor que resbalaba por su frente, las oscuras ojeras en torno a sus cuencas hundidas, los labios cenicientos... No, el tipo no mentía. El corazón se le encogió de miedo al recordar el grito frenético de Rega, llamándolo, y tragó saliva tratando de quitarse de la boca un regusto amargo.

— ¿Y..., y tú? —consiguió articular.

Andor se estiró, abrió los ojos y volvió a sonreír. Fue una sonrisa torcida, debido a la hinchazón de la boca, y a Roland le pareció atroz.

—Yo me había alejado del campamento para atender una llamada de la naturaleza. Oí la pelea, los gritos... Cuando llegó la hora oscura... ¡Dios de las Aguas, qué sed tengo! —Volvió a pasarse la lengua por los labios—. Me quedé inmóvil. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al llegar la hora oscura, volví al lugar dando un rodeo. Y allí los encontré: mis socios comerciales, mi tío... —Andor movió la cabeza a un lado y a otro—. Eché a correr. Traté de alejarme, pero me cogieron y me trajeron aquí justo antes de que aparecieran contigo. Es extraño que puedan ver tan bien, sin ojos.

— ¿Quiénes..., qué diablos son? —preguntó Roland.

— ¿No lo sabes? ¡Son titanes!

Roland soltó un bufido.

— ¡Ésas son historias de crios...!

— ¡Sí, niños...! —Andor se echó a reír—. Mi sobrino tenía siete años. Encontré

su cuerpo. Tenía la cabeza destrozada, como si alguien se la hubiera aplastado de un pisotón. —Inició una carcajada estridente, un aullido que se le rompió en la garganta, seguido de una tos agónica.

—Cálmate —susurró Roland.

Andor tomó aire con un estremecimiento.

—Son titanes, te lo aseguro. Los mismos que han destruido el imperio de Kasnar. ¡Allí lo arrasaron todo! No quedó un solo edificio en pie, una sola persona con vida salvo los que consiguieron huir de su avance. Y ahora se dirigen al sur a través de los reinos de los enanos.

—Pero los enanos los detendrán, sin duda...

Andor suspiró, hizo una mueca y trató de mover el cuerpo.

—Corre el rumor de que los enanos están aliados con ellos, que adoran a esos carniceros. Los enanos proyectan dejar que los titanes sigan su marcha y nos destruyan; entonces, los enanos se adueñarán de nuestras tierras.

—

Roland recordó vagamente que Barbanegra había comentado algo de su pueblo y los titanes, pero ya hacía demasiado tiempo de aquello y, además, él iba muy cargado de cerveza esa noche.

Por el rabillo del ojo captó un movimiento que lo impulsó a volverse. En el amplio espacio abierto donde estaban atados los dos humanos aparecieron más gigantes, desplazándose más silenciosos que el viento y sin que una sola hoja se moviera a su paso.

Roland observó con cautela a los recién llegados, que traían unos bultos en los brazos. Reconoció una cabellera oscura...

— ¡Rega! —Se incorporó hasta quedar sentado, luchando con rabia por librarse de las ataduras.

— ¿De modo que erais más? —Andor sonrió, torciendo la boca—. ¡Y llevabais a un elfo con vosotros! ¡Dios de las Aguas, si os hubiéramos cogido *nosotros*...!

Los titanes llevaron a sus cautivos al pie del árbol junto al que estaba Roland y los depositaron suavemente en el suelo. A Roland le levantó el ánimo observar que los captores trataban con delicadeza a sus prisioneros. Tanto Paithan como Rega estaban inconscientes y llevaban las ropas cubiertas de lo que parecían fragmentos de hongo, pero ninguno de los dos parecía herido. Roland no advirtió rastro alguno de sangre, contusiones o huesos rotos. Los titanes ataron a los cautivos con movimientos ágiles y experimentados, los observaron durante unos instantes como si los estudiaran y, por último, los dejaron en paz. Después, reunidos en el centro del claro del bosque, los gigantes formaron un círculo y parecieron conferenciar, volviendo sus enormes cabezas a un lado y a otro para hablar entre ellos.

—Vaya grupo más espantoso —murmuró Roland. Arrastrándose lo más cerca de Rega que pudo, apoyó su cabeza en el pecho de su hermana y escuchó los latidos de su corazón, fuertes y regulares. Con unos ligeros codazos, intentó despertarla—. ¡Rega!

La mujer agitó los párpados. Al abrirlos, vio a Roland y pestañeó, sorprendida y confusa. El recuerdo del espanto inundó su mirada. Intentó moverse, descubrió que estaba atada y contuvo el aliento en un jadeo aterrado.

— ¡Rega! ¡Silencio! Quédate quieta. ¡No, no lo intentes! Esas malditas lianas

aprietan aún más si tratas de liberarte.

— ¡Roland! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué son esos...? —Rega volvió la vista a los titanes y se estremeció.

—Los tyros debieron de olfatear a esos seres y salieron huyendo. Yo iba tras ellos cuando la jungla cobró vida a mi alrededor. Apenas me dio tiempo a gritar. Al momento, me cogieron y me dejaron sin sentido.

—Paithan y yo estábamos en..., en la plataforma. Los gigantes vinieron y apoyaron las manos en el hongo y empezaron a sacudirlo...

—Vamos, vamos. Ya ha pasado todo. ¿Quin está bien?

—Me..., me parece que sí. —Rega observó sus ropas cubiertas de esporas y murmuró—: El hongo debió de amortiguar nuestra caída. ¡Paithan! —Añadió en un susurro, inclinándose hacia el elfo—. Paithan, ¿me oyes?

— ¡Ayyy! —El elfo recobró el conocimiento con un gemido.

— ¡Hacedlo callar! —gruñó Andor.

—

Los titanes habían dejado de mirarse unos a otros y desplazaron su ciega atención a los prisioneros. Uno a uno, con movimientos lentos y ágiles sobre el suelo selvático, los gigantes se acercaron a ellos.

— ¡Se acabó! —musitó Andor con voz lúgubre—. Nos veremos en el infierno, thilliano.

Alguien soltó un lamento quejumbroso; Roland no pudo distinguir si era Rega o el elfo. No pudo apartar los ojos de los gigantes el tiempo suficiente para averiguarlo. Notó el cuerpo tembloroso de Rega, apretado contra el suyo, y el movimiento del musgo le indicó que Paithan, atado como el resto de ellos, trataba de arrastrarse hacia la mujer.

Mirando atentamente a los titanes, Roland no vio ninguna razón para sentir miedo. Eran enormes, desde luego, pero no se mostraban especialmente amenazadores o agresivos.

—Escucha, hermanita —susurró a Rega por la comisura de los labios—, si quisieran matarnos, ya lo habrían hecho. Conserva la calma. No parecen excesivamente inteligentes y creo que podemos salir de ésta.

Andor soltó una carcajada, una risotada espantosa, escalofriante. Los titanes, una decena de ellos, se habían reunido en torno a sus prisioneros, formando un semicírculo. Las cabezas sin ojos estaban vueltas hacia ellos. Y llegó a sus oídos una voz muy suave, muy pacífica, muy dulce.

¿Dónde está la ciudadela?

Roland alzó la vista hacia ellos, perplejo.

— ¿Habéis dicho algo? —preguntó. Habría jurado que sus bocas no se habían movido.

— ¡Sí, yo lo he oído! —le respondió Rega, espantada y asombrada.

¿Dónde está la ciudadela?

Volvieron a escuchar la pregunta, en el mismo tono de voz apacible, como si las palabras les fueran susurradas en la mente. Andor soltó de nuevo su risa desquiciada.

— ¡No lo sé! —chilló de pronto, sacudiendo la cabeza hacia adelante y hacia atrás—. ¡No tengo idea de dónde está la maldita ciudadela!

¿Dónde está la ciudadela? ¿Adonde debemos ir?

Las palabras tenían ahora un tono de urgencia; ya no eran un susurro sino un grito que retumbaba como un alarido encerrado dentro de su cráneo. *¿Dónde está la ciudadela? ¿Adonde debemos ir? ¡Decidnos! ¡Mandadnos!* Molesto al principio, el grito que taladraba la cabeza de Roland se hizo rápidamente más y más doloroso. Rebuscó en su torturado cerebro, tratando desesperadamente de recordar, pero no había oído hablar jamás de ninguna «ciudadela», al menos en Thillia.

— ¡Preguntad... al... elfo! —consiguió articular, filtrando las palabras entre sus dientes, encajados por efecto de aquel dolor insoportable. Un grito terrible detrás de él le reveló que los titanes habían seguido su indicación. Paithan intentó resistirse, rodando por el suelo y retorciéndose de dolor, al tiempo que gritaba algo en elfo.

— ¡Basta! ¡Basta! —suplicó Rega y, de pronto, las voces cesaron. En sus cabezas reinó de nuevo el silencio. Roland dejó de agitarse, agotado. Paithan yacía en el musgo, sollozando. Rega, con los brazos firmemente atados, se encogió a su lado. Los titanes contemplaron a sus prisioneros y uno de ellos, sin el

—

menor previo aviso, asió de pronto una rama caída y golpeó con ella el cuerpo atado e indefenso de Andor.

El rey del mar no tuvo ocasión de gritar siquiera; el impacto le aplastó la caja torácica, desgarrándole los pulmones. El titán levantó la rama y descargó un nuevo golpe, que le hundió el cráneo al desgraciado humano.

Una rociada de sangre caliente salpicó a Roland. Los ojos de Andor miraban fijamente a su asesino. El señor del mar había muerto con aquella desagradable sonrisa en los labios, como si celebrara alguna broma espantosa. Su cuerpo se agitó con los estertores de su agonía.

El titán continuó descargando golpes, empuñando la rama cubierta de sangre, hasta reducir el cadáver a un amasijo sanguinolento. Cuando lo hubo dejado irreconocible, el gigante se volvió hacia Roland.

Aturdido y aterrado, Roland reunió todo su empuje en un último esfuerzo y se impulsó hacia atrás, derribando a Rega. Reptando por el musgo, se encorvó encima de ella para protegerla con su cuerpo. Rega se quedó inmóvil, demasiado inmóvil, y su hermano pensó que tal vez se había desmayado. Esperó que así fuera. Así sería más fácil..., mucho más fácil. Paithan yacía cerca de ellos, mirando lo que había quedado de Andor con ojos desorbitados. El elfo tenía el rostro de un tono ceniciento y parecía haber dejado de respirar.

Roland se preparó para recibir el golpe, rogando que el primero lo matara enseguida.

Escuchó el crujido del musgo debajo de él y notó la mano que surgía del suelo y lo agarraba por la hebilla del cinturón, pero aquella mano no le pareció real, no tan real como la muerte que se cernía sobre él. El inesperado tirón y el hundimiento a través del musgo lo devolvieron bruscamente a la conciencia. Soltó un jadeo y farfulló y forcejeó, como un sonámbulo que cayera de bruces en una charca helada.

La caída terminó brusca y dolorosamente. Abrió los ojos. No estaba sumergido en agua, sino en un túnel oscuro que parecía excavado en la gruesa capa de musgo. Una mano enérgica lo empujó y una hoja afilada lo liberó de las ataduras.

— ¡Vamos, vamos! ¡Son bastante estúpidos, pero nos seguirán!

— Rega... —murmuró Roland, tratando de retroceder.

— ¡Ya la tengo! ¡A ella y al elfo! ¡Vamos, adelante!

Rega le cayó casi encima, empujada por atrás. La mujer fue a dar con la mejilla contra el hombro de su hermano y alzó la cabeza, otra vez consciente.

— ¡Corred! —ordenó la voz.

Roland agarró a su hermana, arrastrándola consigo. Ante ellos se extendía un estrecho túnel que se internaba en el musgo. Rega abrió la marcha, avanzando a gatas. Roland la siguió. El temor dictaba a su cuerpo lo que debía hacer para escapar, pues su cerebro parecía bloqueado.

Confundido, tanteando el camino entre la oscuridad verde grisácea, gateó y se arrastró y chapoteó torpemente en su loca huida. Rega, cuyo cuerpo era más fibroso, se abría paso por el túnel con facilidad; de vez en cuando, se detenía para mirar atrás, buscando con los ojos al elfo, que avanzaba detrás de Roland.

El rostro de Paithan mostraba una palidez espectral y más parecía un fantasma que un ser vivo, pero no dejaba de avanzar, empleando manos, rodillas y vientre como un reptil. Detrás de él, la voz no dejaba de darles prisa.

— ¡Adelante, vamos!

—

La tensión no tardó en hacer mella en Roland. Le dolían los músculos, tenía las rodillas en carne viva y el aire le quemaba en los pulmones. «Ya estamos a salvo», se dijo. «El túnel es demasiado estrecho para esos monstruos...»

Un estruendo de crujidos, como si unas manos gigantescas estuvieran desgarrando el suelo, impulsó a Roland a continuar la marcha. Como una mangosta a la caza de una serpiente, los titanes estaban abriendo el musgo, ensanchando el pasadizo para localizarlos.

Los fugitivos siguieron descendiendo por el túnel, cayendo y rodando en ocasiones, cuando la pendiente se hacía demasiado acusada y la oscuridad los impedía ver el camino. El temor a sus perseguidores y la voz insistente les impulsó más allá de los límites de su resistencia hasta que un jadeo y un golpe sordo a su espalda le indicó a Roland que las fuerzas habían abandonado finalmente al elfo.

— ¡Rega! —exclamó. Su hermana hizo un alto, se volvió lentamente y lo miró con aire cansado—. El elfo se ha desmayado. ¡Ven a ayudarme!

La mujer asintió, sin aliento para hablar, y volvió atrás arrastrándose. Roland alargó la mano, la agarró por el brazo y la notó temblar de cansancio.

— ¿Por qué os detenéis? —preguntó la voz.

— ¡Mira al... elfo...! —respondió Roland entrecortadamente—. Está... acabado.

Todos lo estamos... Descanso. Necesito... un descanso.

Rega se dejó caer junto a él, jadeando y con agujetas en los músculos. A Roland le rugía la sangre en los tímpanos; los latidos de su corazón desbocado le impedían oír si sus perseguidores aún iban tras ellos. Aunque tampoco importaba mucho, se dijo, si los oía llegar o no.

— Descansaremos un poco —dijo la voz áspera—. Pero sólo un rato. Abajo.

Tenemos que ir más abajo.

Roland miró a su alrededor, parpadeando para eliminar las grandes manchas y chiribitas que aparecían ante sus ojos, nublándole la visión. De todos modos, no había mucho que ver. La oscuridad era densa, intensa.

—Seguro... que no nos seguirán... tan lejos...
—Vosotros no los conocéis. Son terribles.
Aquella voz... Ahora que la escuchaba con más atención, le sonaba conocida...
— ¿Barbanegra? ¿Eres tú?
—Ya te dije que me llamo Drugar. ¿Quién es el elfo?
—Paithan —se presentó el aludido, apoyándose en las paredes del túnel hasta quedar en cuclillas—. Paithan Quindiniar. Es un honor para mí conocerlo, señor; quiero expresarle mi agradecimiento por...
— ¡Déjate de zarandajas ahora, elfo! —Gruñó Drugar—. ¡Abajo! ¡Tenemos que seguir bajando!
Roland flexionó las manos. Tenía las palmas sangrando, llenas de arañazos producidos al apoyarlas en las ásperas paredes del túnel de musgo.
— ¿Rega? —inquirió, preocupado.
—Sí, puedo seguir. —Roland la oyó suspirar. Después, su hermana se separó de él y empezó a gatear de nuevo.
Roland también exhaló un profundo suspiro, se secó el sudor de los ojos y continuó la marcha, sumergiéndose más y más en la oscuridad.

—

CAPITULO LOS TÚNELES, THURN

Los fugitivos avanzaron a rastras por el túnel, siempre descendiendo, y la voz siguió insistiendo: « ¡Vamos, adelante!». Sus mentes perdieron pronto la conciencia de dónde estaban o qué hacían. Se convirtieron en autómatas que se movían en las sombras como juguetes de cuerda, sin pensar sus actos, demasiado agotados y aturdidos para que les importara.

En un momento dado, los invadió una sensación de inmensidad. Al alargar la mano, ya no tocaban las paredes del túnel. El aire, aunque estancado, tenía un sorprendente frescor y olía a humedad y a lozanía.

—Hemos llegado al fondo —anunció el enano—. Ahora, debéis descansar. Se derrumbaron en el suelo, tendidos de espaldas y buscando aire entre rápidos jadeos, y estiraron los músculos para aliviar las dolorosas rigideces de la penosa marcha. Drugar no volvió a abrir la boca. De no haber sido por su respiración estentórea, podrían haber pensado que ya no estaba con ellos. Por fin, algo recuperados, empezaron a percibir mejor el lugar en el que estaban. El material sobre el cual estaban tendidos, fuera lo que fuese, era duro y resistente, resbaladizo y ligeramente áspero al tacto.

— ¿Qué es esta sustancia? —preguntó Roland, incorporándose un poco.

Hundió la mano, sacó un puñado y lo dejó correr entre los dedos.

— ¿Qué importa? —replicó Rega. En su voz jadeante había un tono agudo, chillón—. ¡No soporto esto! La oscuridad... ¡Es terrible! ¡No puedo respirar! ¡Me ahogo...!

Drugar pronunció unas palabras en el idioma de los enanos, que sonaron como el fragor de unas rocas entrechocando. Al instante, se encendió una luz cuyo brillo resultó doloroso al resto del grupo. El enano sostuvo en alto una antorcha.

— ¿Mejor así, humana?

—

—No, no mucho —contestó Rega. Se incorporó hasta quedar sentada y miró a su alrededor con gesto de temor—. La luz sólo hace más oscura la oscuridad. ¡Odio este lugar! ¡No soporto estar aquí abajo!

—¿Prefieres volver arriba? —preguntó Drugar.

Rega palideció y abrió unos ojos como platos.

—No —musitó, y cambió de posición para acercarse a Paithan.

El elfo inició el gesto de pasar el brazo por los hombros de la humana para reconfortarla, pero volvió la vista hacia Roland. Después, enrojeciendo, se puso en pie y se alejó unos pasos. Rega lo siguió con la mirada.

—¿Paithan?

Él no se volvió. Hundiendo la cara entre las manos, Rega se puso a sollozar amargamente.

—Eso en lo que estás sentado es tierra —indicó Drugar.

Roland estaba desconcertado, sin saber qué hacer. Sabía que, como «marido» suyo, debía acercarse a consolar a Rega; sin embargo, tenía la impresión de que su presencia sólo empeoraría las cosas. Además, sentía la necesidad de consolarse a sí mismo. Al mirarse las ropas a la luz de la antorcha, vio las manchas rojas que lo cubrían. Era sangre. La sangre de Andor.

—Tierra —repitió Paithan—. Fango y rocas... ¿Quieres decir que estamos realmente a nivel del suelo?

—Sí —intervino Roland—. ¿Dónde estamos?

—Esto es un k'tark, una encrucijada de caminos, en vuestra lengua —respondió Drugar—. Aquí se juntan varios túneles. Nosotros lo consideramos un buen lugar de reunión. Hay reservas de comida y agua. —Señaló varios bultos sombríos, apenas visibles bajo la luz parpadeante de la antorcha—. Servios.

—Yo no tengo hambre —murmuró Roland mientras se frotaba frenéticamente las salpicaduras de sangre de la camisa—. Pero agradecería un poco de agua.

—¡Sí, agua! —Rega levantó la cabeza y las lágrimas de sus mejillas brillaron a la luz de la tea.

—Yo te la traeré —se ofreció el elfo.

Los bultos en sombras resultaron ser barricas de madera. El elfo sacó la tapa de una de ellas, acercó la cabeza y olió su contenido.

—Agua —informó. Llenó una calabaza y fue a llevársela a Rega.

—Bebe —le dijo con dulzura, mientras su mano le acariciaba el hombro.

Rega tomó la calabaza entre ambas manos y bebió con avidez. Sus ojos estaban fijos en el elfo, y los de éste en los suyos. Roland, al verlos, notó un nudo siniestro en sus entrañas. Había cometido un error: su hermana y el elfo se gustaban. Se gustaban mucho. Y aquello no entraba en los planes. No le importaba un céntimo que Rega sedujera a un elfo, pero no iba a tolerar que se enamorara de él.

—¡Eh! —exclamó—. Yo también quiero beber.

Paithan se incorporó. Rega le entregó la calabaza vacía, con una débil sonrisa.

El elfo regresó hasta la barrica del agua. Rega lanzó una mirada enfadada y penetrante a su hermano. Roland se la devolvió, ceñudo. Rega echó hacia atrás su oscura melena.

—¡Quiero marcharme! —declaró—. ¡Quiero salir de aquí!

—Desde luego —replicó Drugar—. Ya te lo he dicho: vuelve por donde hemos

venido. Te estarán esperando.

—

Rega se estremeció. Reprimiendo un alarido, ocultó el rostro entre sus brazos cruzados. Paithan protestó:

—No es necesario que seas tan duro con ella, enano. ¡Ahí arriba hemos tenido una experiencia espantosa! ¡Y, por lo que a mí se refiere —añadió, dirigiendo una torva mirada a su alrededor—, aquí abajo no me siento mucho mejor!

—El elfo ha dicho algo... —intervino Roland—. Nos has salvado la vida. ¿Por qué?

Drugar acarició un hacha de madera que llevaba colgada al cinto.

—¿Dónde están las ballestas?

—Ya lo imaginaba —asintió Roland—. Pues bien, si ésa es la razón de que nos hayas salvado, has perdido el tiempo. Tendrás que reclamárselas a esos gigantes. ¡Pero tal vez lo has hecho ya! El señor del mar me dijo que vosotros, los enanos, adoráis a estos monstruos. Me dijo que tu pueblo va a aliarse a esos titanes para adueñarse de las tierras de los humanos. ¿Es cierto eso, Drugar? ¿Para eso querías las armas?

Rega alzó la cabeza y miró al enano. Paithan tomó un lento sorbo de agua, con la vista fija en Drugar. Roland se puso tenso. No le gustó el brillo en los ojos del enano, la sonrisa helada que apareció en su boca.

—Mi pueblo... —musitó Drugar—. ¡Mi pueblo ya no existe!

—¿Qué? ¡Explicate, Barbanegra, maldita sea!

—Está muy claro —intervino Rega—. Míralo, Roland. ¡Pobre Thillia! ¡Está diciendo que todo su pueblo ha muerto!

—¡Por la sangre de Orn! —masculló Paithan en elfo, con espanto.

—¿Es cierto eso? —Exigió saber Roland—. ¿Es verdad lo que dices? ¿Tu pueblo... muerto?

—¡Míralo! —chilló Rega, al borde de la histeria.

Aturdidos y cegados por sus propios temores, ninguno de ellos se había fijado gran cosa en el enano. Con los ojos ya bien abiertos, advirtieron que Drugar llevaba las ropas rotas y manchadas de sangre. Su barba, que siempre lucía muy cuidada, estaba enredada y sucia; el cabello, revuelto y despeinado. En el antebrazo tenía una herida larga y de feo aspecto y un reguero de sangre coagulada corría por su frente. Sus manazas acariciaban el hacha.

—Si hubiéramos tenido las armas —murmuró Drugar con la mirada vacía y fija en las sombras que se movían en los túneles—, habríamos podido hacerles frente. Y los míos aún estarían vivos.

—No ha sido culpa nuestra. —Roland levantó las manos, mostrando las palmas—. Hemos venido lo antes posible. El elfo... —indicó a Paithan—, el elfo llegó tarde.

—¡Yo no sabía nada! ¿Cómo iba a saberlo? Ha sido ese maldito camino que tomamos, Hojarroja, arriba y abajo por barrancos enormes y junglas interminables... ¡Nos condujo directamente hasta esos malditos...!

—¡Ah!, ¿de modo que ahora me vas a echar toda la culpa a mí...?

—¡Basta de discusiones! —Chilló la voz de Rega—. ¡No importa quién tenga la culpa! ¡Lo único que interesa es salir de aquí!

-Sí, tienes razón —dijo Paithan, tranquilizándose y bajando la voz—. Tengo

que volver y poner sobre aviso a mi pueblo.

— ¡Bah! Los elfos no tenéis que preocuparos. ¡Mi pueblo sabrá hacer frente a esos monstruos! —Roland miró al enano y se encogió de hombros—. No te ofendas,

Barbanegra, amigo mío, pero unos buenos guerreros, unos guerreros de verdad, y no un grupo de gente a la que han cortado las piernas a la altura de las rodillas, no tendrán ningún problema para destruir a esos gigantes.

— ¿Qué me dices de Kasnar? —Replicó Paithan—. ¿Qué ha sido de los guerreros humanos de ese imperio?

— ¡Campesinos! ¡Granjeros! —Roland hizo un ademán despectivo—.

¡Nosotros, los thillianos, sí somos guerreros! Tenemos experiencia.

—En aporrearos los unos a los otros, tal vez. ¡Ahí arriba no parecías tan valiente!

— ¡Me pillaron desprevenido! ¿Qué esperabas que hiciera, elfo? Se me echaron encima antes de que pudiera reaccionar. Está bien; tal vez no podamos abatirlos de un flechazo, pero te garantizo que, cuando tengan clavadas cinco o seis lanzas en esos agujeros de la cabeza, no les quedarán ganas de seguir haciendo preguntas estúpidas acerca de ninguna ciudadela...

...¿Dónde están las ciudadelas?

La pregunta resonó en la mente de Drugar, lo fustigó como un martilleo, cada sílaba como un golpe que le causaba dolor físico. Desde su puesto de observación en una de los miles de casas enanas, Drugar contempló la inmensa planicie de musgo donde su padre y la mayoría de su pueblo había salido al encuentro de la vanguardia de gigantes.

No, «vanguardia» no era el término correcto. La noción de vanguardia implica un orden, un movimiento dirigido. A Drugar, en cambio, le pareció que el reducido grupo de gigantes había tropezado casualmente con los enanos, que había topado con ellos sin haberlo previsto y que se habían distraído unos instantes de su objetivo principal para..., ¿para preguntar una dirección?

« ¡No salgas ahí, padre! », había estado tentado de suplicarle al viejo. «Déjame a mí hablar con ellos, ya que insistes en tamaña tontería. Tú quédate atrás, dónde estés a salvo.»

Sin embargo, Drugar sabía que, si decía algo así a su padre, éste era muy capaz de hacerle probar el bastón con el que andaba. Y hubiera tenido mucha razón al hacerlo, reconoció Drugar. Al fin y al cabo, su padre era el rey y él debía estar a su lado.

Pero no lo estaba.

—Padre, ordena que la gente se quede en casa. Tú y yo iremos a tratar con esos...

—No, Drugar. Todos formamos el Uno Enano. Yo soy el rey, pero sólo soy la cabeza y debe estar presente todo el cuerpo para escuchar y ser testigo y participar en la conversación. Así es como se ha hecho desde el tiempo de nuestra creación.

—Las facciones del anciano se relajaron con una mueca apenada—. Si éste es realmente nuestro final, que se diga que caímos como vivimos: unidos.

El Uno Enano se presentó, surgiendo de sus moradas en la entrañas de la jungla, y se reunió en la inmensa llanura de musgo que formaba el techo de su ciudad, parpadeando y entrecerrando los ojos, maldiciendo el brillo del sol.

Llevados por la emoción de recibir a sus «hermanos», cuyos enormes cuerpos eran casi del tamaño de Darkar, su dios, los enanos no se dieron cuenta de que muchos de sus conciudadanos se quedaban atrás, cerca de la entrada de su ciudad. Drugar había apostado allí a sus guerreros, con la esperanza de poder cubrir una retirada.

—

El Uno Enano vio avanzar la jungla sobre el musgo. Medio cegados por el sol, al que no estaban acostumbrados, los enanos vieron cómo las sombras entre los árboles o incluso los propios troncos se deslizaban con pies silenciosos por el musgo. Drugar frunció el entrecejo y observó a los gigantes tratando de distinguir cuántos eran, pero fue como contar las hojas en un bosque. Perplejo, anonadado, se preguntó con pavor cómo combatía uno algo que no podía ver.

Con armas mágicas, armas élficas, armas inteligentes que buscaban su presa, tal vez los enanos habrían tenido alguna oportunidad.

¿Qué debemos hacer?

La voz que le sonaba en la cabeza no resultaba amenazadora. Era triste, lastimera, frustrada.

¿Dónde está la ciudadela? ¿Qué debemos hacer?

La voz exigía una respuesta. Estaba desesperada por obtenerla. Drugar experimentó una extraña sensación; por un instante, pese al miedo, compartió la tristeza de aquellas criaturas. Lamentó sinceramente no poder ayudarlas.

—Nunca hemos oído hablar de ninguna ciudadela, pero nos alegraría unirnos a vuestra búsqueda, si os parece bien...

Su padre no tuvo ocasión de pronunciar una palabra más.

Moviéndose en silencio, actuando sin aparente rabia ni malicia, dos de los gigantes alargaron la mano, agarraron al viejo monarca entre sus dedos y lo despedazaron. Después, arrojaron los pedazos sanguinolentos al suelo, con gesto despreocupado, como si fueran basura. Acto seguido, con la misma ausencia de ferocidad y de premeditación, los titanes se dedicaron a matar sistemáticamente a los enanos.

Drugar contempló la escena, abrumado e incapaz de reaccionar. Con la mente paralizada por el horror de lo que había presenciado y no había podido evitar, el enano actuó por instinto. Su cuerpo hizo lo que debía, sin responder a ninguna orden consciente. Agarró un cuerno de kurt, se lo llevó a los labios y lanzó un trompetazo estridente y quejumbroso, avisando a su pueblo de que volviera a sus reductos, que se pusiera a salvo.

Él y sus guerreros, algunos de ellos apostados en las ramas altas de los árboles, arrojaron sus flechas a los gigantes. Los aguzados dardos de madera, capaces de atravesar al humano más corpulento, rebotaban en la gruesa piel de los gigantes. Éstos reaccionaron a la lluvia de saetas como si fuera una nube de mosquitos, tratando de librarse de ellas a manotazos cuando se tomaban un respiro en la carnicería.

La retirada de los enanos no se produjo en desorden. El cuerpo era uno y cualquier cosa que le sucediera a un individuo, les sucedía a todos. Así, se detenían a ayudar a los que caían. Los viejos se quedaban atrás, instando a los jóvenes a que buscaran refugio. Los fuertes llevaban a los débiles. Por todo ello, los

enanos fueron presa fácil.

Los gigantes los persiguieron, los alcanzaron rápidamente y los destruyeron sin piedad. La planicie de musgo quedó empapada de sangre. Los cuerpos se apilaban unos encima de otros. Algunos colgaban de los árboles a los que habían sido lanzados; la mayoría había quedado irreconocible.

Drugar aguardó hasta el último momento antes de buscar protección, tras asegurarse de que los pocos aún con vida en aquella llanura espantosa habían

—

conseguido escapar. Ni siquiera entonces quiso marcharse. Dos de sus hombres tuvieron que arrastrarlo a fuerza de músculos hasta los túneles.

Encima de ellos pudieron oír el crujido de las ramas al quebrarse. Parte del «techo» de la ciudad excavada en la vegetación se hundió. Cuando el túnel por el que avanzaban se derrumbó, Drugar y lo que quedaba de su ejército se volvieron para enfrentarse al enemigo. Ya no era necesario correr a buscar refugio. Ya no había lugar donde ponerse a salvo.

Cuando Drugar recobró el conocimiento, se descubrió caído en una sección de la galería parcialmente hundida. Encima de él se apilaban los cuerpos de varios de sus hombres. Mientras apartaba los restos de los enanos, se detuvo a escuchar, atento a cualquier ruido que revelara la presencia de los titanes.

Sólo percibió silencio. Un silencio inquietante, cargado de presagios. Durante el resto de sus días, seguiría oyendo aquel silencio y, con él, la palabra que susurraba en su corazón:

—Nadie...

—Os llevaré con vuestro pueblo —dijo Drugar de pronto. Eran las primeras palabras que pronunciaba en muchísimo rato.

Los humanos y el elfo interrumpieron sus mutuas recriminaciones, se volvieron y lo miraron.

—Conozco el camino. —Señaló hacia donde las tinieblas eran más densas y añadió—: Esos túneles... conducen a la frontera de Thillia. Estaremos a salvo si nos mantenemos aquí abajo.

— ¿Todo..., todo el trayecto? ¿Por aquí abajo? —protestó Rega.

— ¡Puedes volver arriba, si quieres! —le recordó Drugar, indicando un pasadizo. Rega miró hacia donde señalaba, tragó saliva con un escalofrío y movió la cabeza negativamente.

— ¿Por qué? —quiso saber Roland.

—Eso —asintió Paithan—, ¿por qué habrías de hacer algo así por nosotros?

Drugar los contempló con una llamarada de odio en los ojos. Sí, odiaba a aquellos humanos, odiaba sus cuerpos escuálidos, sus rostros lampiños. Odiaba su olor, su afán de superioridad; odiaba su estatura.

—Porque es mi deber —respondió.

Lo que le sucede a un enano, le sucede a todos.

La mano de Drugar, oculta bajo la barba florida, buscó algo bajo el cinto. Sus dedos se cerraron en torno al cuchillo de caza de hueso de vampiro.

Una terrible alegría inundó el pecho del enano.

CAPÍTULO
EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES,
EQUILAN

— ¿Y cuánta gente crees que llevará tu nave? —preguntó Zifnab.

— ¿Llevar? ¿Adonde? —Replicó Haplo con cautela—. Mirad, señor, mi nave no irá a ninguna parte...

— ¡Pues claro que sí, querido muchacho! Tú eres el salvador. Ahora, veamos...

—Zifnab se puso a contar con los dedos, murmurando para sí—. Los elfos de Tribus llevan una tripulación de hmm... y hay que añadir los esclavos galeotes, que son otros mmfp..., más algunos pasajeros..., eso serán hum... más mmpf... más..., llevo una...

— ¿Qué sabéis vosotros de los elfos de Tribus? —inquirió Haplo.

—... el resultado es... —El viejo hechicero pestañeó—. ¿Elfos de Tribus? No he oído nunca hablar de ellos.

— ¡Si acabas de mencionarlos...!

—No, no, querido muchacho. Me parece que no oyes bien. Qué lástima, tan joven... Tal vez ha sido el vuelo. Debes de haberte olvidado de presurizar la cabina como era debido. A mí me sucede continuamente. Me quedo sordo como una tapia durante días. Lo que he dicho, y muy claro, ha sido «tribu de» elfos. Pásame el aguardiente, por favor.

—Ya has bebido bastante, señor —tronó una voz bajo el suelo. El perro, tumbado a los pies de Haplo, alzó la cabeza, con el pelo del cuello erizado y un gruñido en la garganta. El viejo se apresuró a dejar la jarra.

—No te alarmes —murmuró, algo avergonzado—. Es mi dragón. Se cree mi ángel de la guarda.

—Un dragón —murmuró Haplo. Tras echar una ojeada al salón, volvió la cabeza hacia las ventanas. Notó un escozor en las runas de su piel, presagio de algún peligro. Sin que nadie lo advirtiera, con las manos ocultas bajo el mantel blanco, apartó las vendas y se dispuso a afrontarlo.

—

—Sí, un dragón —soltó la mujer, malhumorada—. Vive debajo de la casa. Se pasa la mitad del tiempo creyéndose un mayordomo, y la otra mitad sembrando el terror en la ciudad. Ese de ahí es mi padre, Lenthán Quindiniar. Ya lo conoces. Se propone llevarnos a todos a las estrellas para ver a mi madre, que lleva años muerta. Ahí es donde intervienes tú... ¡Tú y ese infernal artefacto alado que tienes ahí fuera!

Haplo miró a su anfitriona. Alta y delgada, era una serie de líneas rectas de arriba abajo, toda ella ángulos sin curva alguna, y caminaba con la rigidez de un caballero de las Volkaran enfundado en su armadura.

—No hables así de padre, Calandra —murmuró otra elfa que admiraba su reflejo en una ventana—. Trátalo con respeto.

— ¡Con respeto! —Calandra se incorporó en su asiento. El perro, ya nervioso, se sentó sobre las patas traseras y volvió a gruñir. Haplo apoyó una mano tranquilizadora en la testa del animal. La mujer estaba tan furiosa que ni se dio

cuenta—. ¡Cuando seas «la baronesa Durndrun» podrás decirme cómo debo hablar, pero no antes!

La mirada inflamada de cólera de Calandra barrió la estancia, chamuscando visiblemente a su padre y al viejo hechicero.

—Me molesta tener que soportar a unos lunáticos, pero ésta es la casa de mi padre y sois sus invitados. Por tanto, os alimentaré y os cobijaré. ¡Pero no tengo por qué escucharos o contemplaros! ¡A partir de ahora, padre, comeré en mi habitación!

La elfa se inclinó hacia adelante sobre la silla; sus manos agarraban el respaldo con tanta fuerza que le marcaban las venas como brillantes trazos azules sobre los brazos pálidos, largos y delgados.

— ¡Y nadie se alegrará como yo cuando por fin os larguéis a las estrellas y me dejéis en paz! —añadió.

Se volvió y, al hacerlo, las faldas y enaguas susurraron como las hojas de un árbol bajo el soplo del viento. Salió enérgicamente del salón y cruzó el comedor, creando a su paso una oleada de destrucción, derribando sillas y barriendo los objetos frágiles de encima de la mesa. Al llegar al otro extremo, salió al pasillo dando un portazo con tal fuerza que casi hizo astillas la madera. Cuando el torbellino hubo cesado, volvió el silencio.

—Creo que no he visto una escena igual en mis once mil años —tronó la voz bajo el suelo, en tono escandalizado—. Si queréis mi consejo...

—No lo queremos —se apresuró a decir Zifnab.

—... esa joven necesita una buena zurra —acabó la frase el dragón.

Disimuladamente, Haplo volvió a cubrirse las manos con las vendas.

—La culpa es mía —dijo Lenthán, encorvado en su silla con aire abatido—.

Calandra tiene razón. Estoy loco. Mis sueños de viajar a las estrellas, de reencontrarme con mi amada...

— ¡No, señor, no! —Zifnab descargó el puño sobre la mesa—. Tenemos la nave

—añadió, señalando a Haplo—. Y al hombre que sabe gobernarla. ¡Nuestro salvador! ¿No os anuncié que vendría? ¡Pues aquí lo tenéis!

Lenthán alzó la cabeza, y sus ojos apacibles y de mirada borrosa contemplaron a Haplo.

—Sí. El hombre de las manos vendadas. Tú lo anunciaste, pero...

—

— ¡Pues bien...! —Continuó Zifnab, con la barba erizada de triunfo—. Yo anuncié mi llegada y vine. Luego, dije que él aparecería y aquí está. También he dicho que viajaremos a las estrellas y así será. No nos queda mucho tiempo —añadió, bajando la voz con una mueca de tristeza—. La destrucción se acerca.

Mientras permanecemos aquí sentados, la destrucción está cada vez más próxima.

Aleatha exhaló un suspiro. Dio la espalda a la ventana, avanzó unos pasos hacia su padre y, posando suavemente las manos en sus hombros, lo besó.

—No te preocupes por Calandra, padre. Trabaja demasiado, eso es todo. Ya sabes que la mitad de lo que dice no lo piensa en serio.

—Sí, sí, querida —contestó Lenthán, dando unas palmaditas en la mano a su hija menor, casi sin darse cuenta. Su mirada estaba fija en el viejo hechicero con renovado entusiasmo—.

Así ¿crees sinceramente que podemos utilizar esa nave para volar a las

estrellas?

—Sin la menor duda. Sin la menor duda. —Zifnab echó una ojeada a la estancia con gesto nervioso e, inclinándose hacia Lenthán, le dijo en un audible cuchicheo—: ¿Por casualidad no llevarás encima una pipa y un poco de tabaco...?

— ¡Te he oído! —rugió el dragón. El anciano hechicero se encogió.

— ¡Gandalf disfrutaba de una buena pipa!

— ¿Por qué crees que lo llamaban Gandalf el Gris? ¡No era por el color de sus ropas! —añadió el dragón, con aire siniestro.

Aleatha abandonó la estancia.

Haplo se incorporó para salir tras ella e hizo un breve gesto al perro, que rara vez apartaba los ojos de su amo. El animal, obediente, se levantó, trotó hasta donde estaba Zifnab y se tumbó a los pies del hechicero. Haplo encontró a Aleatha en el comedor, recogiendo los objetos que Calandra había derribado a su paso.

—Ten cuidado con los bordes de los cristales. Puedes cortarte. Ya lo haré yo.

—En condiciones normales, los criados se ocuparían de recoger todo esto —comentó Aleatha con una triste sonrisa—, pero no nos ha quedado ninguno. La única que aún sigue aquí es la cocinera, y creo que se ha quedado porque no sabría qué hacer si no nos tuviera. Lleva en la casa desde que murió madre. Haplo estudió la figurilla hecha pedazos que tenía en sus manos. Era una figura femenina y parecía algún tipo de icono religioso, pues tenía las manos levantadas, con las palmas a la vista, en un gesto ritual de bendición. Con la caída, la cabeza se había roto y separado del cuerpo. Cuando la colocó de nuevo en su sitio, Haplo vio que lucía una melena larga y blanca, salvo las puntas de los cabellos, que tenían un tono castaño oscuro.

—Ésta es la Madre, la diosa de los elfos. La Madre Peytin. Pero tal vez ya lo sepas... —comentó Aleatha, acomodándose en cuclillas. Su vestido vaporoso era como una nube rosada que la envolviera; sus ojos, de un tono púrpura azulado, miraban fijamente a Haplo con una expresión seductora, hechizadora.

El le devolvió la mirada con una sonrisa serena, discreta.

—No, no lo sabía. No sé nada de vuestro pueblo.

— ¿No hay elfos, en la tierra de la que procedes? Y, por cierto..., ¿de dónde vienes? Ya llevas varios ciclos con nosotros y no recuerdo que lo hayas mencionado nunca.

Había llegado el momento del discurso. Había llegado el momento de que Haplo le contara la historia que había perfilado durante el viaje. A su espalda, en

el salón, la voz del anciano seguía hablando sin cesar. Aleatha, con una linda sonrisa, se incorporó y fue a cerrar la puerta que comunicaba ambas estancias. Pese a ello, Haplo siguió oyendo con toda nitidez las palabras del hechicero, que le llegaban a través de los oídos del perro.

—... las losetas refractarias seguían desprendiéndose. Un gran problema para la reentrada. La nave varada ahí fuera está hecha de un material más seguro que las losetas. ¡Escamas de dragón! —añadió en un susurro penetrante—. Pero yo no dejaría que corriera la noticia. Podría trastornar a..., a ya sabes quién.

— ¿Quieres que intente arreglar esto? —preguntó Haplo, mostrando los dos fragmentos de la estatuilla.

—De modo que no piensas desvelar el misterio, ¿eh? —Aleatha alargó la mano

y cogió los pedazos del icono, haciendo que sus dedos rozaran levemente los de Haplo—. Está bien. No importa, ¿sabes? Padre te creería aunque le dijeras que has caído del cielo, y Calandra no aceptaría tu palabra aunque le juraras que has salido de la puerta de al lado. Sea cual fuese la historia que cuentes, procura que resulte interesante.

La muchacha encajó con gesto ocioso los fragmentos de la estatuilla y la sostuvo en alto a contraluz.

— ¿Cómo pueden saber qué aspecto tenía? Me refiero al cabello, por ejemplo.

Nadie tiene el pelo así, blanco en la raíz y castaño en las puntas. —Los ojos púrpura se concentraron en Haplo, taladrándolo—. Retiro lo dicho. Es casi como el tuyo, pero al contrario. Tu cabello es marrón con canas en las puntas. Qué extraño, ¿verdad?

—En el lugar de donde procedo, no lo es. Todo el mundo tiene el pelo como el mío.

Aquello, al menos, era cierto. Los patryn nacían con el cabello castaño, y, cuando llegaban a la pubertad, las puntas empezaban a volverse blancas. Haplo se calló que con los sartán sucedía lo contrario. Éstos nacían con el cabello blanco y las puntas se les volvían de color castaño con el paso del tiempo.

Observó de nuevo la imagen de la diosa que Aleatha sostenía en la mano. Allí tenía la prueba de que los sartán habían estado en aquel mundo. ¿Seguirían allí todavía?

Sus pensamientos volvieron al hechicero. Haplo tenía un oído excelente y Zifnab no lo había engañado. El viejo había mencionado a los elfos de Tribus, es decir, a los elfos que vivían en Ariano, en otro mundo diferente, remoto y distante de Pryan.

—... propulsor de combustible sólido. Pero estalló en la plataforma de lanzamiento. Horrible, horrible. Pero no me creyeron, ¿sabes? Les dije que la magia era mucho más segura. El impedimento era el excremento de murciélago. Se necesitaban toneladas para conseguir el despegue, ¿sabes?

La perorata del anciano no tenía mucho sentido, pero era indudable que en su locura había cierto método, y Haplo recordó que Alfred, el sartán que había conocido en Ariano, se ocultaba bajo el disfraz de un criado torpe e inepto.

Aleatha depositó los dos fragmentos de la estatuilla de la diosa en un cajón.

Los restos de una taza y un platillo terminaron en el cesto de los desperdicios.

— ¿Te apetece beber algo? El aguardiente está muy bueno.

—No, gracias —contestó Haplo.

—

—Pensaba que quizá necesitarías un trago, después de la escena de Calandra. Tal vez deberíamos reunirnos con los demás...

—Preferiría hablar a solas contigo, si está permitido hacerlo.

— ¿Te refieres a si podemos vernos a solas, sin carabina? ¡Claro que sí! —

Aleatha soltó una carcajada alegre y cantarina—. Mi familia ya me conoce. ¡No perjudicarás mi reputación, por lo que a ella se refiere! Te invitaría a sentarnos en el porche delantero, pero aún está lleno de gente que viene a contemplar tu «artefacto diabólico». Podemos pasar al saloncito. Allí estaremos frescos.

Aleatha abrió la marcha, cimbreado el cuerpo. Haplo estaba protegido de los encantos femeninos... no por la magia, puesto que ni siquiera la runa más

poderosa trazada sobre una piel podía proteger a un individuo del insidioso veneno del amor, sino por la experiencia: en el Laberinto, el amor resultaba peligroso. No obstante, el patryn sabía admirar la belleza femenina, como había sabido admirar a menudo el cielo caleidoscópico del Nexo.

—Entra, por favor —dijo Aleatha con un gesto.

Haplo penetró en el saloncito. Aleatha entró tras él, cerró la puerta y se apoyó contra ella, estudiando al misterioso desconocido.

Situada en el centro de la casa, lejos de las ventanas, la estancia era privada y aislada. El único sonido procedía del ventilador del techo, que giraba con un leve chirrido. Haplo se volvió hacia su anfitriona, que lo observaba con otra sonrisa traviesa.

—Si fueras un elfo, correrías un riesgo quedándote a solas conmigo.

—Perdona que lo diga, pero no pareces peligrosa.

— ¡Ah!, pero lo soy. Estoy aburrida. Y estoy prometida. Las dos cosas son sinónimas. Tienes un cuerpo muy atractivo, para ser un humano. La mayoría de los humanos que he visto son muy gruesos, de cuerpos muy robustos. Tú eres delgado, ágil y flexible. —Aleatha alzó una mano y la posó en el brazo de Haplo, acariciándolo—. Tus músculos son firmes, como las ramas de un árbol. No te dolerá cuando te toco, ¿verdad?

—No —respondió Haplo con su serena sonrisa—. ¿Por qué? ¿Debería dolerme?

—No sé. Lo digo por esa enfermedad de la piel.

El patryn recordó la mentira que había contado.

— ¡Ah, eso! No, sólo me afecta las manos —dijo, levantándolas hacia ella.

Aleatha contempló los vendajes con una leve mueca de disgusto.

—Es una lástima. Estoy profundamente aburrida. —La elfa volvió a apoyar la espalda en la puerta, estudiando lánguidamente al patryn—. El hombre de las manos vendadas... Tal como predijo ese viejo chiflado. Me pregunto si se cumplirá también el resto de lo que anunció. —Frunció el entrecejo y una leve arruga surcó su frente blanca y lisa.

— ¿De veras dijo eso? —quiso saber Haplo.

— ¿Decir qué?

—Lo de mis manos. ¿Realmente predijo... mi llegada?

—Sí, la anunció. —Aleatha se encogió de hombros y añadió—: Dijo eso y muchas otras tonterías, respecto a que no me iba a casar. Anunció que se acerca la ruina y la destrucción y habló de volar a las estrellas en una nave. Pero me voy a casar. —La elfa apretó los labios antes de continuar—: He trabajado en exceso,

—

he pasado demasiados malos tragos. Y no voy a quedarme en esta casa un ciclo más de lo necesario.

— ¿Por qué quería tu padre viajar a las estrellas? —Haplo recordó el objeto que había visto desde la nave, la luz titilante que brillaba en el cielo bañado por el sol. El patryn sólo había visto una, pero, al parecer, había más—. ¿Qué sabe de ellas?

— ¡... vehículo de exploración lunar! Parecía un escarabajo, —le llegó la voz del hechicero, chillona y quejumbrosa—. Recorría el terreno recogiendo muestras de roca.

— ¿Que qué sabe? —Aleatha volvió a reírse. Sus ojos eran cálidos y suaves, oscuros y misteriosos—. ¡Mi padre no sabe nada de las estrellas! ¡Ni él ni nadie! ¿Quieres besarme?

Haplo no tenía especiales deseos de hacerlo. Lo que quería era que la elfa siguiera hablando.

—Pero debéis tener alguna leyenda acerca de las estrellas. Mi pueblo las tiene.

—Sí, por supuesto. —Aleatha se acercó más al patryn—. Depende de quién haga los comentarios. Vosotros, los humanos, por ejemplo, tenéis la estúpida creencia de que son ciudades. Esta es la razón de que el viejo...

— ¡Ciudades!

— ¡Orn bendito! ¡No me vayas a morder! ¿A qué viene esa mirada de ferocidad?

—Lo siento. No pretendía sobresaltarte. Mi pueblo no comparte esa creencia

—dijo Haplo.

— ¿De veras?

—No. ¡Es que resulta una estupidez! —Explicó Haplo, tanteando a su interlocutora—. Unas ciudades no podrían dar vueltas en el cielo como si fueran estrellas...

— ¡Dar vueltas! Aquí, los únicos que dais vueltas sois vosotros. *Nuestras* estrellas nunca cambian de posición. Vienen y van, pero siempre en el mismo lugar.

— ¿Vienen y van?

—He cambiado de idea. —Aleatha se le acercó aún más—. Adelante, muérdeme.

—Más tarde, tal vez —respondió Haplo cortésmente—. ¿Qué quieres decir con eso de que las estrellas vienen y van?

Aleatha suspiró, se apoyó de nuevo en la puerta y contempló a su interlocutor tras la cortina de sus negras pestañas.

—Tú y el hechicero... estáis juntos en esto, ¿verdad? Entre los dos os proponéis robarle la fortuna a mi padre. Voy a contárselo a Cal...

Haplo avanzó un paso y alargó la mano.

—No, no me toques —le ordenó Aleatha—. Bésame...

Con una sonrisa, Haplo apartó las manos, se inclinó hacia adelante y besó sus suaves labios. Después, retrocedió un paso. Aleatha lo contempló con aire pensativo.

—No resultas muy distinto de un elfo.

—Lo siento. Beso mucho mejor cuando puedo utilizar las manos.

—

—Tal vez es cosa de los hombres en general. O quizá sean los poetas y su palabrería sobre corazones derretidos, fuegos en el cuerpo y sensaciones a flor de piel. ¿Alguna vez has sentido algo así cuando estás con una mujer?

—No —mintió Haplo, recordando una ocasión en la que esa llama del amor había sido su única razón de vivir.

—Está bien, no importa —suspiró Aleatha. Dio media vuelta con intención de marcharse y posó la mano en el tirador de la puerta—. Me siento fatigada. Si me disculpas...

—Háblame de las estrellas. —Haplo apoyó la mano en la puerta, impidiendo que la abriera.

Atrapada entre la hoja de madera y el cuerpo de Haplo, Aleatha alzó la vista hacia el rostro del patryn. Éste sonrió, clavando su mirada en los ojos púrpura de la muchacha, y se arrimó aún más a ella, dando a entender que estaba prolongando la conversación por una única razón. Aleatha bajó las pestañas, pero siguió mirándolo fijamente tras ellas.

—Puede que te haya subestimado. Muy bien, si quieres que charlemos de las estrellas...

Haplo enroscó un mechón de cabellos grises de la elfa en torno a uno de sus dedos.

—Háblame de las que vienen y van.

—Pues eso. —Aleatha agarró el mechón y tiró de él, atrayendo al patryn más cerca de ella, como si recogiera el sedal con un pez en el anzuelo—. Brillan durante muchos años y, de pronto, se apagan y permanecen oscuras durante otros muchos.

— ¿Todas a la vez?

—No, tonto. Unas se encienden y otras se apagan. Pero yo no sé gran cosa del tema, te lo aseguro. Si *de verdad* te interesa saber más, pregúntale a ese rijoso amigo de mi padre, el astrólogo. —Aleatha volvió a levantar la vista—. ¡Qué extraño que tengas el pelo así, justo al revés que la diosa! Quizá sea cierto que eres un salvador, uno de los hijos de la Madre Peytin llegado para redimirme de mis pecados. Si quieres, puedes probar a darme otro beso.

—No. Me has herido en lo más hondo. Nunca volveré a ser el mismo.

Haplo soltó un mudo silbido. Los tiros al azar de la mujer estaban dando demasiado cerca del blanco. Necesitaba librarse de ella para pensar. Al otro lado de la puerta, algo se puso a arañar la madera.

—Es el perro —dijo Haplo, retirando la mano de la puerta.

—Olvídate de él —replicó la elfa con una mueca.

—No sería prudente. Probablemente necesita salir.

Los arañazos se hicieron más sonoros e insistentes. El animal se puso a gemir.

— ¿No querrás que se... En fin, ya sabes..., dentro de la casa?

—Si lo hace, Cal te cortará las orejas y las servirá asadas para desayunar...

Está bien, llévate fuera al bicho. —Aleatha abrió la puerta y el perro entró de inmediato, dio un brinco y le plantó las patas delanteras en el pecho a su amo.

— ¡Hola, muchacho! ¿Me has echado de menos? —Haplo le rascó las orejas y le dio unas palmaditas en el flanco—. Vamos. Saldremos a dar un paseo.

El animal se puso de nuevo a cuatro patas con un gañido de contento, salió corriendo y volvió enseguida para asegurarse de que Haplo lo había dicho en serio.

—

—He disfrutado mucho con nuestra conversación —dijo el patryn a Aleatha.

La muchacha se había hecho a un lado y estaba apoyada contra la puerta abierta, con las manos a la espalda.

—Y yo me he aburrido menos de lo habitual.

—Tal vez podríamos volver a hablar de las estrellas...

—Me parece que no. He llegado a la conclusión de que los poetas son unos

mentirosos. Será mejor que te lleves de aquí a ese animal. Calandra no tolerará esos aullidos.

Haplo cruzó el umbral de la estancia y se volvió para añadir algo sobre los poetas. Aleatha le cerró la puerta en las narices.

El patryn salió con el perro, se dirigió a la zona abierta donde estaba amarrada la nave y alzó la vista hacia el cielo iluminado por el sol. Las estrellas eran perfectamente visibles. Ardían con un brillo sostenido, sin «parpadear» como solían afirmar los poetas.

Intentó concentrarse para comprender el confuso enredo en el que se había metido. ¿Un salvador que había venido para destruir...? Su mente, sin embargo, se negó a colaborar.

Poetas. Había querido replicar a las palabras finales de Aleatha que estaba equivocada. Los poetas decían la verdad.

El mentiroso era el corazón...

... Haplo llevaba diecinueve años en el Laberinto cuando conoció a la mujer.

Tenía casi su edad y, como él, era una corredora. Su objetivo era el mismo: escapar. Viajaron juntos, complaciéndose en su mutua compañía. El amor, si no era totalmente desconocido en el Laberinto, era desde luego inadmisible. La lujuria y el deseo eran aceptables por la necesidad de procrear, de perpetuar la especie, de traer hijos al mundo para luchar contra el Laberinto. De día, viajaban en busca de la siguiente Puerta. De noche, sus cuerpos tatuados de runas se buscaban.

Al cabo de un tiempo, encontraron un asentamiento de ocupantes, patryn que viajaban en grupo, que avanzaban despacio y representaban el más alto grado de civilización en aquella prisión infernal. Como de costumbre, Haplo y su compañera se presentaron con un regalo en forma de carne y, devolviéndoles la cortesía, los ocupantes los invitaron a utilizar sus toscos habitáculos y a disfrutar de cierta paz y seguridad durante unas noches.

Haplo, cómodamente sentado junto al fuego, observó a la mujer mientras ésta jugaba con los niños. Era ágil y encantadora. El cabello color avellana le caía en una abundante mata sobre unos pechos firmes y redondos, tatuados con las runas mágicas que eran a la vez escudo y arma. El bebé que tenía en los brazos lucía parecidos tatuajes, como todos los niños desde el día en que nacían. La mujer alzó la vista hacia Haplo y ambos compartieron algo especial y secreto. El pulso de Haplo se aceleró.

—Ven —fue a cuchichearle, arrodillándose a su lado—. Volvamos a la choza.

—No —respondió ella con una sonrisa, mirándolo tras el tupido velo de cabellos—. Es demasiado temprano. Nuestros anfitriones se ofenderán.

— ¡Al diablo con nuestros anfitriones! —Haplo la quería en sus brazos, quería perderse en su calor y en aquella dulce oscuridad.

Ella no le hizo caso. Siguió cantándole al bebé y continuó burlándose de Haplo durante el resto de la velada, hasta que el patryn sintió que le ardía la

—

sangre en las venas. Cuando por fin estuvieron en la intimidad de la choza, ninguno de los dos pegó ojo el resto de la noche.

— ¿Te gustaría tener un hijo? —preguntó ella en un momento de quietud entre los arrebatos de placer.

— ¿Qué quieres decir? —Haplo la miró con un ansia voraz, feroz.

—Nada. Sólo quería... saber si te gustaría. Tendrías que hacerte ocupante, ¿sabes?

—No necesariamente. Mis padres eran corredores y me tuvieron a mí.

Haplo vio a sus padres, muertos; evocó sus cuerpos despedazados. Le habían dado un golpe en la cabeza, dejándolo sin sentido para que no viera nada, para que no gritara.

A la mañana siguiente, los ocupantes tuvieron noticias: al parecer, una de las Puertas había caído. El camino seguía siendo peligroso; pero, si conseguían pasar, estarían un paso más cerca de la meta, un paso más cerca de alcanzar aquel mítico refugio del Nexo.

Haplo y la mujer se despidieron del grupo de ocupantes y se adentraron cautelosamente en la espesura del bosque. Los dos eran luchadores experimentados —única razón de que hubieran sobrevivido hasta entonces— y percibieron los rastros, el olor y el escozor de las runas sobre sus músculos. Por eso, casi estaban preparados.

Una enorme silueta peluda, del tamaño de un hombre, saltó de pronto de la espesura y atrapó a Haplo por detrás, tratando de hundirle los dientes en el cuello para darle muerte rápidamente. Haplo agarró los brazos hirsutos de la bestia y aprovechó su propio impulso para quitársela de encima. El asaltante, un animal lobuno, se estrelló contra el suelo, pero se revolvió y logró incorporarse antes de que Haplo le hundiera la lanza en el cuerpo. Con los ojos amarillentos fijos en la garganta de Haplo, la furiosa fiera saltó de nuevo y lo derribó al suelo. Mientras caía e intentaba llevarse la mano al puñal, Haplo vio que las runas de la mujer empezaban a despedir un fulgor azulado, y vio también que otra de aquellas criaturas se lanzaba sobre ella y escuchó el crepitar de la magia; pero, de pronto, su campo de visión quedó tapado por un cuerpo peludo que trataba de acabar con su vida.

Los colmillos del ser lobuno buscaron de nuevo su cuello. Las runas lo protegieron y oyó resoplar de frustración a su adversario. Empuñando la daga, hundió la hoja en el cuerpo que tenía encima. El animal gruñó de dolor y Haplo vio un destello de odio en sus ojos amarillos. La fiera tenía una piel coriácea y era difícil acabar con ella. Sólo había conseguido enfurecerla más. Ahora, los colmillos buscaban la cabeza, el único lugar de su cuerpo que no estaba protegido por las runas.

Paró el golpe con el brazo derecho y luchó por repeler el ataque, sin dejar de clavar el puñal con la zurda. Las manos de afiladas garras del ser lobuno le asieron la cabeza. Un giro brusco y le romperían el cuello.

Las zarpas se hundieron en su rostro. De pronto, el cuerpo de la criatura se quedó rígido; un barboteo surgió de su garganta y la fiera se derrumbó sobre Haplo. El patryn se lo quitó de encima y vio a la mujer de pie junto a él. El resplandor azulado de sus runas estaba apagándose y su lanza estaba hundida en el lomo de la fiera. Ella le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse. El no le dio las

—

gracias por haberle salvado la vida, ni ella esperaba que lo hiciera. La próxima vez, quizá sería él quien le devolvería el favor. Así eran las cosas en el Laberinto.

—Esas dos bestias... —murmuró Haplo, contemplando los cadáveres.

La mujer extrajo la lanza y la inspeccionó para comprobar que seguía en buen

estado. La otra fiera había muerto de la descarga eléctrica que había tenido tiempo de generar con las runas. El cadáver aún humeaba.

—Exploradores —apuntó ella—. Una partida de caza. —Se apartó del rostro la melena color avellana y añadió—: Deben de ir tras los ocupantes.

—Sí. —Haplo se volvió y observó el camino por el que habían venido. Las criaturas lobunas cazaban en jaurías de treinta a cuarenta individuos. Los ocupantes eran una quincena, cinco de ellos niños—. No tienen la menor oportunidad.

Era una observación ociosa, que acompañó de un encogimiento de hombros mientras limpiaba de sangre su daga.

—Podríamos volver y ayudarlos a defenderse —propuso la mujer.

—Dos lanzas más no arreglarían nada. Moriríamos con ellos, lo sabes muy bien.

En la lejanía se alzaron los gritos roncacos de los ocupantes alertándose unos a otros. Por encima de los gritos sonaban las voces de las mujeres, más agudas, entonando las runas. Y, por encima de todo, más estridente todavía, el chillido de un niño.

A la mujer se le ensombreció la expresión y miró en la dirección en que habían sonado las voces, indecisa.

— ¡Vamos! —Le urgió Haplo, envainando el puñal—. Tal vez haya más bestias de éstas en los alrededores.

—No. Están todas en la matanza.

El chillido del niño se convirtió en un estridente alarido de terror.

— ¡Son los sartán! —Exclamó Haplo con voz ronca—. Ellos nos encerraron en este infierno. ¡Ellos son los responsables de esta maldad!

La mujer lo miró con unos puntos de luz dorada en sus ojos pardos.

—No lo sé. Tal vez la maldad está dentro de nosotros.

Empuñando la lanza, echó a andar. Haplo permaneció inmóvil, viendo cómo se alejaba por un camino distinto del que los había llevado hasta allí. Tras ellos, el fragor de la batalla iba apagándose. El alarido infantil enmudeció de pronto, piadosamente acallado.

— ¿Llevas un hijo mío? —gritó Haplo.

Si la mujer lo oyó, no dio muestras de ello y continuó andando. Las sombras moteadas de las hojas se cerraron sobre ella. Desapareció de la vista y Haplo aguzó el oído tratando de escuchar sus movimientos entre la vegetación. Pero ella era una corredora, y era buena, silenciosa.

Haplo observó los cuerpos tendidos a sus pies. Los seres lobunos estarían ocupados con sus víctimas un buen rato, pero finalmente olfatearían sangre fresca y acudirían a buscarla.

Al fin y al cabo, ¿qué importaba? Un niño no habría hecho sino entorpecer su marcha. Avanzó, de nuevo en solitario, por el camino que había escogido. El camino que conducía a la Puerta, a la evasión.

—

CAPÍTULO

LOS TÚNELES,

DE THURN A THILLIA

Los enanos habían invertido siglos en la construcción de los túneles. Los

pasadizos se extendían en todas direcciones y las rutas principales se extendían al norint hasta los reinos enanos de Klag y Grish —reinos envueltos ahora en un silencio cargado de malos presagios— y al vars sorint hasta la tierra de los reyes del mar y más allá, hacia Thillia. Los enanos podrían haber viajado por las sendas superiores; las rutas comerciales al sorint, sobre todo, estaban bien establecidas. Sin embargo, preferían la oscuridad e intimidad de sus túneles y rehuían, desconfiados, el contacto con los buscadores de luz, como denominaban despectivamente a los humanos y a los elfos.

Viajar por las galerías era lo más lógico, lo más seguro, pero Drugar sintió un malévolos placer ante la certeza de que sus «víctimas» no soportaban la sensación de asfixia y claustrofobia y, sobre todo, la oscuridad.

Los pasadizos habían sido contruidos para gente de la estatura de Drugar.

Los humanos y el elfo —este último, el más alto de todos— tenían que agacharse al caminar; a veces, incluso tenían que avanzar a gatas. Los músculos se rebelaban, los cuerpos dolían y las manos y rodillas quedaban despellejadas y ensangrentadas. Complacido, Drugar los vio sudar, los oyó jadear en busca de aire y gemir de dolor. Lo único que lamentaba era que avanzaban demasiado deprisa. El elfo, en particular, estaba tremendamente impaciente por alcanzar su patria. Rega y Roland tenían la misma prisa por salir de allí.

Sólo tomaban breves descansos, y únicamente cuando estaban a punto de desmayarse de agotamiento. Drugar solía quedarse en vela, vigilando el sueño de sus acompañantes mientras acariciaba la hoja del cuchillo con los dedos. Podría haberlos matado en cualquier momento, pues los muy estúpidos confiaban en él, pero sus muertes habrían sido un gesto inútil. Para eso, mejor habría sido dejar que los titanes se ocuparan de ellos. No; no había arriesgado su vida salvando a aquellos desgraciados para ahora acuchillarlos mientras dormían.

—*. Aparato para la navegación desarrollado por los Quindiniar. Consta de una hebra de ornita suspendida en una pequeña esfera de cristal con propiedades mágicas. La omíta apunta siempre en una dirección determinada (que los astrónomos elfos identifican con el polo magnético). A esta dirección se la denomina norint. Las demás direcciones se determinan a partir de ésta. (N. del a.)*

Era preciso que antes vieran lo que él había presenciado, que fueran testigos de la matanza de sus seres queridos. Debían experimentar el horror, la impotencia que él había sentido. Debían plantar batalla sin esperanzas, conscientes de que toda su raza iba a desaparecer. Entonces, y sólo entonces, les permitiría morir. Y, a continuación, también él podría dejarse morir.

Pero el cuerpo no puede vivir sólo de obsesiones. El enano tuvo que rendirse al sueño y, cuando empezaron a oírse sus sonoros ronquidos, sus víctimas empezaron a cuchichear entre sí.

— ¿Sabes dónde estamos?

Paithan cubrió penosamente la distancia que lo separaba de Roland, quien, sentado en el suelo, estaba cuidándose las manos llenas de rasguños.

—No.

— ¿Y si nos está llevando en la dirección indebida? ¿Y si vamos hacia el norint?

— ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Queda un poco de ese ungüento de Rega?

—Un poco, creo —dijo Paithan—. Está en su bolsa.

—No la despiertes. La pobrecilla está al borde del agotamiento. Pásamelo. — Roland extendió el remedio por las manos con una mueca de dolor—. ¡Ah, cómo escuece este condenado bálsamo! ¿Quieres un poco?

Paithan dijo que no con la cabeza. Su interlocutor no pudo ver el gesto, pues el enano había insistido en apagar la antorcha cuando no estuvieran en marcha. La madera utilizada tardaba en arder, pero el viaje estaba resultando muy largo y la tea empezaba a consumirse rápidamente. Roland restituyó las menguadas reservas de ungüento a la bolsa de su hermana.

—Creo que deberíamos arriesgarnos a subir —dijo Paithan tras unos instantes de pausa—. Llevo encima mi eterilito y con él puedo calcular dónde nos hallamos.

—Haz lo que quieras —replicó Roland con un gesto de indiferencia—. Yo no quiero volver a ver a esos gigantes asesinos. Estoy pensando en quedarme aquí abajo permanentemente. Me estoy habituando al ambiente.

— ¿Y tu pueblo?

— ¿Qué diablos puedo hacer para ayudarlo?

—Deberías llevar el aviso...

—A la velocidad que viajan esos monstruos, es probable que ya hayan llegado a tierras humanas. ¡Que se enfrenten con ellos los caballeros! Para eso se han preparado...

— ¡Eres un cobarde! ¡No eres merecedor de...! —Paithan se dio cuenta de lo que se disponía a decir y cerró la boca sin acabar la frase. Roland lo ayudó a terminarla.

— ¿No soy merecedor de quién? ¿De mi esposa? ¿De Rega, que sólo piensa en salvar el pellejo?

— ¡No hables así de ella!

— ¡Puedo hablar de ella como me dé la gana, elfo! Es mi esposa, ¿o acaso has olvidado ese pequeño detalle? Sí, me da la impresión de que se te ha pasado por alto.

—

Roland hablaba sin reflexionar, sin medir sus palabras. Su locuacidad era una protección para que no se notara que, por dentro, estaba temblando de miedo. Al humano le gustaba aparentar que llevaba una vida llena de peligros, pero no era verdad. Una vez, habían estado a punto de clavarle una navaja en una pelea de taberna y, en otra ocasión, había sufrido la acometida de un jabalí furioso. Luego, estaba la vez en que él y Rega se habían peleado con otro grupo de contrabandistas durante una disputa sobre la libertad de comercio. Fuerte y poderoso, rápido y astuto, Roland había salido de aquellas aventuras con un par de contusiones y cuatro arañazos.

En plena pelea, es fácil que cualquiera se muestre valiente.

Los ánimos se encienden y la sed de sangre se hace abrasadora. En cambio, es mucho más difícil mostrar valor cuando uno ha estado atado a un árbol y le han salpicado la sangre y los sesos del hombre que estaba prisionero a su lado. Roland estaba acobardado, trastornado. Cada vez que caía dormido, volvía a ver representada ante sus ojos cerrados aquella escena terrible. Llegó a agradecer la oscuridad, pues ocultaba sus temblores. Una y otra vez, el humano despertaba de improviso, sobresaltado, con un grito en los labios.

La idea de dejar la seguridad de los túneles y enfrentarse a los monstruos le resultaba casi insoportable. Como un animal herido que teme delatar su debilidad para que no acudan otros depredadores y acaben con él, Roland terminó refugiándose tras lo único que, a su modo de ver, le podía proporcionar protección; lo único que ofrecía la promesa de ayudarlo a olvidar: el dinero.

Cuando los titanes hubieran pasado, el mundo allá arriba sería diferente. Sólo habría gente muerta y ciudades destruidas. Los supervivientes se apropiarían de todo, sobre todo si tenían dinero. Dinero élfico.

Roland había perdido cuanto pensaba obtener por la venta de las armas. Pero aún quedaba el elfo. Ahora, el humano estaba seguro de los verdaderos sentimientos de Paithan por su hermana y proyectaba servirse del amor del elfo para exprimirlo hasta dejarlo seco.

—Te estaré vigilando, Quin. Como no dejes en paz a mi mujer, vas a desear que los titanes te hubieran aplastado la cabeza como al pobre Andor.

A Roland le falló la voz. No habría tenido que decir eso. Por suerte, estaban a oscuras y el elfo no lo veía. Tal vez podría atribuir el temblor a la indignación por el presunto ultraje.

—Eres un cobarde y un pendenciero —replicó Paithan entre dientes, con todo el cuerpo en tensión para no lanzarse sobre la garganta del humano—. ¡Rega vale por diez como tú! Yo...

Pero el elfo no pudo continuar. Estaba demasiado furioso; tal vez no estaba seguro de qué decir. Roland oyó moverse al elfo, y captó cómo se dejaba caer al suelo al otro lado del túnel.

Si aquello no forzaba al elfo a hacerle el amor a su hermana, se dijo Roland, nada lo haría. Con la vista fija en la oscuridad, el humano pensó desesperadamente en el dinero.

Rega, acostada a cierta distancia de su hermano y del elfo, permaneció muy callada fingiendo dormir y se tragó las lágrimas.

—Los túneles terminan aquí —anunció Drugar.

—¿Dónde es *aquí*? —preguntó Paithan.

—

—Estamos en la frontera de Thillia, cerca de Griffith.

—¿Tan lejos hemos llegado?

—Por los túneles, el camino es más corto y fácil que por arriba. Hemos viajado en línea recta, en lugar de vernos obligados a seguir los senderos serpenteantes de la jungla.

—Uno de nosotros debería subir ahí arriba —propuso Rega—, para observar..., para observar qué está sucediendo.

—¿Por qué no vas tú, Rega? —Sugirió su hermano—. Si tantas ganas tienes de salir de aquí...

La mujer no se movió ni lo miró.

—Yo... pensaba que las tenía, en efecto. Pero ahora creo que no.

—Iré yo —se ofreció Paithan. Estaba dispuesto a cualquier cosa por alejarse de Rega, por poder pensar con claridad y sin que la mera presencia de la mujer le desmoronara los pensamientos como si fueran piezas de un juguete roto.

—Toma esa galería hasta arriba —le indicó el enano, alzando la antorcha y señalando una de las bocas en sombras—. Te conducirá a una caverna de musgo y

helechos. La ciudad de Griffith queda a la derecha, no muy lejos. El camino está claramente indicado.

—Iré contigo —propuso Rega, avergonzada de su miedo—. Iremos los dos, ¿verdad, Roland?

— ¡Iré yo solo! —replicó Paithan con brusquedad.

El túnel ascendía en espiral en torno al tronco de un árbol enorme, dando una vuelta tras otra como una escalera de caracol. El elfo se detuvo ante la abertura, observando el conducto, cuando notó que una mano le tocaba el brazo.

—Ten cuidado —musitó Rega.

Las yemas de sus dedos enviaron oleadas de calor a través del cuerpo del elfo.

Paithan no se atrevió a volverse, no se atrevió a asomarse a sus ojos pardos, llenos de fuego. Dejándola bruscamente, sin una palabra ni una mirada, el elfo empezó a subir por el túnel.

Pronto quedó fuera de la luz de la antorcha y tuvo que seguir a tientas, lo cual hizo más fatigosa y lenta la marcha. Le daba igual. Paithan ansiaba y temía, a la vez, volver al mundo superior. Una vez emergiera a la luz del sol, sus interrogantes encontrarían respuesta y se vería obligado a actuar con decisión.

¿Habrían alcanzado Thillia los titanes? ¿Cuántos eran éstos? Si no había más que la partida que habían visto en la jungla, Paithan casi podía dar por buena la fanfarronada de Roland respecto a que los caballeros humanos de los cinco reinos podrían hacerles frente. Deseó profundamente poder convencerse de ello, pero, por desgracia, la lógica siguió reventando con su afilada punta las pompas de jabón de reflejos irisados que producía su mente.

Aquellos titanes habían destruido un imperio. Y habían destruido la nación enana. «Ruina, muerte y destrucción», había dicho el anciano. «Las traerás contigo.»

«No, no será así. Llegaré a tiempo junto a los míos. Estaremos prevenidos.

Rega y yo los alertaremos.»

Por lo general, los elfos eran estrictos observadores de las leyes. Aborrecían el caos y se basaban en normas para mantener el orden en su sociedad. La unidad familiar y la santidad del matrimonio se consideraban sagradas. Paithan, sin embargo, era distinto. Toda su familia era distinta. Calandra consideraba sagrados

—

el dinero y el éxito; Aleatha creía en el dinero y la posición social, y Paithan, en hacer sólo lo que se le antojaba. Si, en alguna ocasión, las normas y convenciones de la sociedad se interponían en las creencias de un Quindiniar, tales normas y convenciones eran convenientemente arrojadas al cubo de la basura.

Paithan era consciente de que debería sentir algún tipo de remordimiento por haber pedido a Rega que huyera con él, pero comprobó con satisfacción que no era así. Si Roland no era capaz de retener a su esposa, era problema suyo, no de Paithan. De vez en cuando, el elfo recordaba la conversación entre marido y mujer que había oído a escondidas, y en la que Rega parecía participar de un plan para someterlo a chantaje; sin embargo, también recordaba la cara de la muchacha cuando los titanes se les echaban encima y, con ellos, una muerte cierta.

Entonces, ella le había dicho que lo amaba. No le habría mentado, en un momento así. Paithan llegó, por tanto, a la conclusión de que el plan había sido obra de Roland y que Rega no había participado en él voluntariamente. Tal vez el humano

la obligaba, amenazándola con hacerle daño.

Absorto en sus pensamientos y en la dificultosa ascensión, Paithan se sorprendió al encontrarse en lo alto antes de lo que esperaba. Se dijo que el último tramo del túnel de los enanos debía de haberse hecho más empinado sin que lo advirtiera. Asomó la cabeza con cautela por la abertura del pasadizo y descubrió, con cierta decepción, que seguía envuelto en la oscuridad. Entonces recordó que estaba en una caverna. Afanosamente, miró a su alrededor y advirtió luz a cierta distancia de su posición. Aspiró a pleno pulmón y saboreó el frescor del aire. El elfo recobró el ánimo. Casi se convenció de que los titanes no habían sido sino producto de una pesadilla. Sólo gracias a ello logró contener el impulso de saltar del túnel y echar a correr bajo aquel bendito sol. Con mucho cuidado, dejó atrás la boca del pasadizo y, sin hacer ruido, atravesó la caverna hasta llegar a la entrada.

Se asomó al exterior. Todo parecía absolutamente normal. Recordando el silencio ominoso de la jungla justo antes de la aparición de los titanes, le reconfortó escuchar los trinos y graznidos de las aves, el rumor de los animales, dedicados a sus asuntos entre los árboles. Varios grivilos asomaron la cabeza entre los arbustos y lo observaron con sus cuatro ojos, venciendo una vez más el miedo con su legendaria curiosidad. Paithan les dirigió una sonrisa y, rebuscando en el bolsillo, les arrojó unas migas de pan.

Una vez fuera de la caverna, se estiró cuan alto era y dobló la columna hacia atrás para aliviar los músculos, acalambrados tras el largo viaje encogido y encorvado. Miró detenidamente en todas direcciones, aunque no esperaba ver moverse la jungla. La actitud de los animales le resultaba muy reveladora. Los titanes no estaban en las proximidades.

Tal vez ya habían estado allí y habían seguido adelante, se dijo. Quizá, cuando llegara a Griffith, encontraría una ciudad muerta.

No. Paithan no podía aceptar tal posibilidad. El mundo era demasiado radiante, demasiado soleado y perfumado. Tal vez era cierto, realmente, que todo había sido un mal sueño.

Decidió retroceder para informar a los demás. No había ninguna razón que les impidiera viajar juntos hasta Griffith. Cuando ya se daba media vuelta, con la lúgubre perspectiva de internarse de nuevo en los túneles, llegó a sus oídos una voz, repetida por el eco en la caverna.

—

— ¿Paithan? ¿Todo anda bien?

— ¿Bien? —Exclamó el elfo—. ¡Es maravilloso, Rega! ¡Ven al sol! Ven, no hay peligro. ¿Oyes los pájaros?

Rega cruzó corriendo la caverna y, al salir a plena luz, alzó el rostro hacia el cielo y respiró profundamente.

— ¡Es una delicia! —suspiró. Volvió los ojos hacia Paithan y de pronto, sin que ninguno de los dos supiera cómo había sido, se encontraron abrazados. Sus labios se buscaron, se juntaron, se fundieron.

—Tu esposo —murmuró Paithan cuando logró recobrar el aliento—. Podría presentarse y sorprendernos...

— ¡No! —Murmuró Rega, asiéndose a él con desesperación—. Está abajo, con el enano. Esperará allí para..., para vigilar a Drugar. Además —exhaló un

profundo suspiro y se apartó un poco para poder mirar a los ojos al elfo—, no importa si nos encuentra. He tomado una decisión. Tengo que contarte una cosa. Paithan acarició sus negros cabellos, enredando los dedos en la melena espesa y reluciente.

—Que has decidido fugarte conmigo. Ya lo sé. Todo saldrá bien. En tierras élficas, nunca dará con nosotros...

— ¡Por favor, escúchame y no me interrumpas! —Rega sacudió la cabeza, acurrucándola bajo la mano de Paithan como una gatita que exigiera caricias—. Roland no es mi marido.

Pronunció la frase en un jadeo forzado, con sonidos que parecían surgir del fondo del estómago. Paithan la miró, perplejo.

-¿Qué?

—Es..., es mi hermano. Mi medio hermano. —Rega tuvo que tragar saliva y humedecer la garganta para poder seguir hablando.

Paithan continuó estrechándola en sus brazos, pero, de pronto, las manos se le habían quedado frías. Recordó una vez más la conversación en el claro del bosque, y las palabras allí pronunciadas cobraron otro sentido nuevo y más siniestro.

— ¿Por qué me mentisteis?

Rega notó el temblor en las manos del elfo, advirtió el frío de sus dedos y vio cómo su rostro palidecía y se volvía tan helado como sus manos. No pudo soportar su mirada intensa, inquisitiva, y bajó la vista, concentrándola en la punta de los zapatos.

—No te mentimos sólo a ti —respondió al fin, tratando de dar un tono más ligero a su voz—. Lo hacemos con todo el mundo. Por seguridad, ¿entiendes? Los hombres no..., no se meten conmigo si creen que... estoy casada... —Rega notó que el elfo se ponía en guardia y lo miró. Se quedó sin palabras, desconcertada—. ¿Qué sucede? ¿Pensaba que te alegraría saberlo! ¿No..., no me crees?

Paithan la apartó de un empujón. Rega tropezó con una enredadera, trastabilló unos pasos y cayó al suelo. Empezó a reincorporarse, pero el elfo se plantó a su lado y su amedrentadora mirada la mantuvo clavada en el musgo.

— ¿Que si te creo? ¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Ya me has mentido otras veces! ¡Y sigues mintiéndome ahora! ¡Por seguridad! Os oí hablar, a ti y a tu hermano —pronunció esta última palabra como si la escupiera—. ¡Conozco vuestro plan para seducirme y extorsionarme! ¡Zorra!

—

Paithan dio la espalda a Rega y decidió tomar el camino que conducía a la ciudad. Inició la marcha y siguió adelante, dispuesto a dejar tras él todo el dolor y el horror del viaje. Sin embargo, no avanzó muy deprisa y su paso se redujo aún más cuando oyó un rumor en la maleza y el sonido de unas pisadas ligeras que corrían tras él.

Una mano le tocó el brazo. Paithan continuó caminando, sin volver la cabeza.

—Me lo merezco —dijo Rega—. Soy..., soy lo que me has llamado. He hecho cosas terribles en mi vida. ¡Ah!, podría decirte... —la presión sobre el brazos se intensificó—, podría decirte que no ha sido culpa mía. Podría decir que, conmigo y con Roland, la vida se ha portado como una madre: cada vez que nos hemos dado la vuelta, nos ha soltado un bofetón en plena cara. Podría decirte que vivimos

como lo hacemos porque es así como sobrevivimos...

»Pero no sería verdad. ¡No, Paithan, no me mires! Sólo quiero decir una cosa más; luego podrás irte. Si estás al corriente de nuestro plan para hacerte chantaje, te habrás dado cuenta de que no he querido llevarlo a cabo. Aunque no lo he hecho por motivos nobles, sino por egoísmo. Cada vez que me mirabas me sentía..., me sentía fatal. Y lo que te dije es cierto. Te amo. Por eso prefiero que te vayas. Adiós, Paithan.

La mano resbaló de su brazo. Paithan se volvió, capturó aquella mano y depositó un beso en ella. Después, lanzó una sonrisa arrepentida a los ojos pardos de la humana.

—Yo tampoco soy un gran partido, ¿sabes? Mírame. Estaba dispuesto a seducir a una mujer casada y arrancarla del lado de su marido. Te quiero, Rega. Esta era mi excusa. Pero los poetas dicen que, cuando quieres a alguien, sólo deseas lo mejor para el otro. Eso significa que me aventajas en nuestro juego, pues has buscado lo mejor para mí. —El elfo cambió la sonrisa en una mueca—. Lo mismo que yo.

— ¿Me amas, Paithan? ¿Me quieres de verdad?

—Sí, pero...

—No. —Le cubrió la boca con sus dedos—. No digas nada más. Yo también te quiero y, si ambos nos amamos, no importa nada más. Ni el pasado, ni el presente, ni lo que pueda venir.

Ruina y destrucción. Las palabras del viejo resonaron en el corazón de Paithan, pero hizo caso omiso de la voz. Tomando a Rega entre sus brazos, arrinconó con firmeza los temores en las sombras de su mente, junto a otras dudas inquietantes, como la incertidumbre de adonde conduciría aquella relación. El elfo no vio la necesidad de encontrar respuesta a aquel interrogante. De momento, su amor los conducía al placer, y eso era lo único que importaba.

— ¡Te lo advertí, elfo!

Por lo visto, Roland se había cansado de esperar. El humano y el enano estaban frente a ellos. Roland sacó el raztar del cinto.

— ¡Te advertí que te apartaras de ella! ¡Barbanegra, tú eres testigo...!

Rega, acurrucada entre los brazos de Paithan, miró a su hermano con una sonrisa.

—Déjalo, Roland. Lo sabe todo.

— ¿Lo sabe? —El humano la miró, desconcertado.

—Yo se lo he contado —dijo Rega con un suspiro, devolviéndole la mirada.

—

— ¡Vaya! ¡Estupendo! ¡Simplemente, estupendo! —Roland arrojó el raztar al musgo, con las hojas recogidas. De nuevo, disimuló bajo unos aspavientos de furia el miedo que sentía—. Primero perdemos el dinero de las armas y ahora perdemos al elfo. ¿De qué vamos a vivir...?

El estruendo de un enorme tambor de piel de serpiente atronó la jungla y espantó a los pájaros, que abandonaron los árboles batiendo alas entre chillidos. El tambor retumbó de nuevo, y aún otra vez más. Roland, pálido, enmudeció y prestó atención. Rega, entre los brazos de Paithan, se puso tensa y volvió la vista en dirección a la ciudad.

— ¿Qué es eso? —preguntó Paithan.

—Están haciendo sonar la alarma. ¡Llaman a los hombres a defender la ciudad frente a un ataque! —Rega miró a su alrededor, asustada. Los pájaros habían remontado el vuelo al sonar el tambor, pero ahora habían cesado en su vocinglera protesta. De pronto, la jungla había quedado envuelta en un silencio de muerte.

— ¿Querías saber de qué ibas a vivir? —Murmuró Paithan, mirando a Roland—. Puede que la pregunta sea innecesaria.

Nadie prestaba atención al enano; de lo contrario, habrían visto el rictus de una sonrisa en sus labios, bajo la barba.

—

CAPITULO

GRIFFITH, THILLIA

Echaron a correr por el sendero hacia la protección de la ciudad. El camino era llano y despejado, y se advertía transitado. La tensión les daba fuerzas en su carrera. Ya estaban a la vista de Griffith cuando Roland se detuvo.

— ¡Esperad! —jadeó—. ¡Barbanegra!

Rega y Paithan se detuvieron. Sus manos y cuerpos fueron al encuentro, apoyándose el uno en el otro.

— ¿Por qué...?

—El enano. No ha podido seguir nuestro ritmo —dijo Roland, recobrando el aliento—. No lo dejarán cruzar las puertas si no respondemos por él.

—En tal caso, volverá a los túneles —dijo Rega—. Tal vez lo haya hecho ya. No lo oigo. —Se arrimó más a Paithan y añadió—: ¡Démonos prisa!

—Id delante —replicó Roland con aspereza—. Yo esperaré.

— ¿Qué te ha dado ahora?

—El enano nos salvó la vida.

—Tu esp..., tu hermano tiene razón —asintió Paithan—. Debemos esperarlo.

Rega movió la cabeza, enfurruñada.

—Esto no me gusta nada. Y el enano, tampoco. A veces, le he sorprendido mirándonos y...

El sonido de unos pies enfundados en pesadas botas y de una respiración acelerada la interrumpió. Drugar apareció a la carrera por el sendero, con la cabeza baja y agitando brazos y piernas enérgicamente. Venía atento al terreno que pisaba, no a lo que tenía alrededor, y habría arremetido de cabeza contra Roland si éste no hubiera alargado la mano para detener el golpe.

El enano levantó la vista, perplejo, y parpadeó para quitarse el sudor que le goteaba de las cejas.

— ¿Por qué... nos paramos? —preguntó cuando logró recuperar el aliento lo suficiente como para jadear unas palabras.

—Te estábamos esperando —dijo Roland.

—

—Muy bien, pues ya está aquí. ¡Vámonos! —insistió Rega, mirando a su alrededor con inquietud. Los tambores batían igual que sus corazones. Eran los

únicos sonidos en la jungla.

—Aquí, Barbanegra, dame la mano —se ofreció Roland.

— ¡Déjame en paz! —Replicó Drugar, apartándose de un salto—. Puedo seguiros.

—Como prefieras...

Roland se encogió de hombros y echaron a correr otra vez, aminorando ligeramente el paso para no dejar atrás al enano.

Cuando llegaron a Griffith, no sólo encontraron cerradas las puertas, sino que descubrieron a los ciudadanos erigiendo una barricada delante de ellas. Toneles, piezas de mobiliario y otros enseres eran arrojados a toda prisa desde los muros por la multitud, presa del pánico.

Roland gritó y agitó la mano hasta que, por último, alguien se asomó.

— ¿Quién va?

— ¡Soy yo, Roland! ¡Harald, estúpido, ya que no me reconoces a mí, al menos reconocerás a Rega! ¡Vamos, abrid y dejadnos entrar!

— ¿Quién viene contigo?

—Un elfo llamado Quin, que viene de Equilan, y un enano de nombre Barbanegra, procedente del reino de Thurn..., o de lo que queda de él. ¿Y bien, nos abres de una vez, o piensas tenernos todo el día aquí, de cháchara?

—Tú y Rega podéis entrar. —La cabeza calva de Harald asomó tras un tonel—. Los otros dos, no.

— ¡Harald, imbécil, cuando te ponga la mano encima voy a romperte...!

— ¡Harald! —La voz clara de Rega se impuso a la de su hermano—. ¡Este elfo es un tratante de armas! ¡Armas élficas, con poderes mágicos! Y el enano tiene información sobre el... el...

—El enemigo —apuntó Paithan rápidamente.

— ¡... el enemigo! —Rega tragó saliva. La garganta se le había quedado seca.

—Esperad ahí —respondió Harald. La cabeza desapareció y en su lugar aparecieron otras, que contemplaron con suspicacia a los cuatro recién llegados.

— ¿Adonde diablos pensará ese imbécil que vamos a ir? —murmuró Roland, volviendo la cabeza repetidamente hacia el camino por el que habían venido—.

¿Qué ha sido eso? ¡Por allí...!

Los otros tres se apresuraron a mirar, asustados, en la dirección que indicaba.

— ¡Nada! Sólo es el viento —dijo Paithan al cabo de un momento.

— ¡No hagas eso, Roland! —Exclamó Rega—. Me has dado un susto de muerte.

Paithan estudió la barricada y comentó:

—Eso no va a detenerlos, ¿sabéis?

— ¡Claro que sí! —Musitó Rega, entrelazando sus dedos con los del humano—. ¡Es preciso que resista!

Por encima de la barricada aparecieron una cabeza y unos hombros. La cabeza iba enfundada en un casco marrón de caparazón de tyro, perfectamente bruñido, y otras piezas de armadura a juego protegían los hombros.

— ¿Dices que esa gente es de la ciudad? —preguntó la figura del casco a la cabeza calva que asomó junto a ella.

—Sí. Los dos humanos. El enano y el elfo, no...

—... pero este último es un comerciante de armas. Está bien. Dejadlos entrar y traedlos al puesto de mando.

La cabeza del casco desapareció y se produjo una breve espera, pues hubo que desmontar la barrera de fardos y toneles y apartar varios carros. Por fin, las puertas de madera se entreabrieron lo justo para permitir el paso del cuarteto. El rechoncho enano, enfundado en su dura coraza de cuero, se quedó atascado y Roland se vio obligado a empujarlo por detrás, mientras Paithan tiraba de él por delante.

La puerta se cerró rápidamente tras ellos.

—Ahora os llevaremos a presencia del barón Lathan —indicó Harald, señalando una posada con el pulgar. Varios caballeros con armadura deambulaban por la plaza probando las armas, o charlaban en grupo, apartados en todo momento de la multitud de ciudadanos que los observaba con aire preocupado.

—¿Lathan? —dijo Rega, sorprendida—. ¿El hermano menor de Reginald? ¡No me lo puedo creer!

—Sí, yo tampoco pensaba que nos tuviera en tanta valía —asintió Roland.

—¿Reginald? ¿Quién es? —quiso saber Paithan.

Los tres se encaminaron a la posada seguidos del enano, que miraba a su alrededor con sus ojos oscuros y sombríos.

—Reginald de Terncia, nuestro señor feudal. Por lo visto, ha enviado un regimiento de caballeros bajo el mando de su hermano. Supongo que pretenden detener a los titanes aquí, antes de que lleguen a la capital.

—Puede..., puede que no hayan venido para enfrentarse a esos monstruos —apuntó Rega, tiritando bajo el sol radiante—. Puede que estén aquí por otra causa. Una incursión de los reyes del mar o... ¡No lo sabes, de modo que cierra la boca! La muchacha se detuvo y observó la posada y la multitud congregada a su alrededor, transmitiéndose el miedo unos a otros.

—No pienso entrar ahí. Me voy a casa a... ¡a lavarme la cabeza! —Rodeó el cuello de Paithan con sus brazos, se puso de puntillas y besó al elfo en los labios—. Te espero esta noche —añadió sin aliento.

Paithan intentó detenerla, pero Rega se separó de él a toda prisa y se abrió paso entre la muchedumbre, casi a la carrera.

—Tal vez debería ir con ella...

Roland posó firmemente una mano en el brazo del elfo y murmuró:

—Déjala sola. Está asustada. Asustada hasta la médula. Necesita un rato para recuperar el dominio de sí misma.

—Pero yo podría ayudarla...

—No, a Rega no le gustaría. Es muy orgullosa. Cuando éramos pequeños y madre la azotaba hasta hacerle sangre, ella nunca permitía que la viéramos llorar. Además, me parece que no tienes más remedio que quedarte.

Roland señaló a los caballeros. Paithan advirtió que sus conversaciones habían cesado y que todos lo miraban abiertamente. El humano tenía razón: si se marchaba en aquel momento, pensarían que no se proponía nada bueno.

—

Los dos continuaron la marcha hacia la posada. Drugar avanzó tras ellos,

pisando ruidosamente. La ciudad era un caos: unos corrían hacia la barricada con armas en la mano; otros se alejaban de las puertas. Familias enteras evacuaban la población abandonando sus hogares. De pronto, Roland dio media vuelta y alzó un brazo al frente para detener a Paithan. El elfo se vio obligado a retroceder para no arrollarlo.

—Escucha, Quindiniar... Cuando hayamos hablado con el barón y se haya convencido de que no estás aliado con el enemigo, ¿por qué no te marchas a tu tierra... solo?

—No me marcharé sin Rega —declaró Paithan sin alterarse.

Roland lo miró de soslayo y sonrió.

— ¿Oh? ¿Vas a casarte con ella?

La pregunta pilló por sorpresa al elfo. Tenía la firme intención de responder afirmativamente, pero ante sus ojos se alzó la imagen de su hermana mayor.

—Yo..., yo...

—Mira, Paithan, no estoy tratando de proteger el honor de Rega. Ninguno de nosotros lo ha tenido nunca; no hemos podido permitirnoslo. Nuestra madre fue la fulana de la ciudad. Rega también ha pasado por bastantes camas, pero eres el primer hombre que le interesa de verdad y no voy a permitir que le hagas daño, ¿me entiendes?

—La quieres mucho, ¿verdad?

Roland se encogió de hombros, se volvió con brusquedad y echó a andar de nuevo.

—Nuestra madre se fugó de casa cuando yo tenía quince años. Rega tenía doce. Sólo nos teníamos el uno al otro y siempre nos hemos buscado la vida sin pedir ayuda a nadie. Así que lárgate y déjanos en paz. Le diré a Rega que tenías que adelantarte para ocuparte de tu familia. Le dolerá, pero no tanto como si tú... En fin, ya sabes...

—Sí, ya sé.

Roland tenía razón. Debía marcharse, irse inmediatamente. Solo. Aquella relación no podía sino partirle el corazón. Paithan lo sabía, lo había sabido desde el principio. Pero nunca había sentido por ninguna mujer lo que Rega le inspiraba. El deseo le ardía, le dolía en las entrañas. Cuando ella había mencionado la noche, cuando la había mirado a los ojos y había visto en ellos la promesa, había creído que no iba a poder soportarlo. Aquella noche iba a tenerla entre sus brazos, a dormir con ella.

¿Y abandonarla mañana?

No; se la llevaría con él, mañana. La llevaría a su casa, con..., ¿con Calandra?

Imaginó la furia de su hermana, pudo oír sus comentarios mordaces, hirientes. No; no sería justo para Rega.

— ¡Eh! —Roland le dio un codazo en las costillas.

El elfo alzó la cabeza y comprobó que habían llegado a la posada. El local estaba irreconocible. La zona destinada a taberna había sido transformada en un arsenal. De las paredes colgaban escudos decorados con la divisa de cada caballero y, delante del escudo, sus armas respectivas. En el centro de la estancia había otro montón de armas, que probablemente serían distribuidas entre el pueblo en caso de necesidad. Paithan advirtió unas pocas armas mágicas de procedencia élfica entre el séquito de los caballeros.

—

El único ocupante de la sala era un caballero que comía y bebía sentado a una mesa.

—Ése es —murmuró Roland por la comisura de los labios.

Lathan era joven. No tenía más de veintiocho años. Era bien parecido, con el cabello negro y el bigote azabache de los Señores de Thillia. Una mellada cicatriz de guerra le cruzaba el labio superior, proporcionando a su rostro una leve y perpetua mueca burlona.

—Disculpadme la descortesía de comer y beber delante de vosotros —dijo el barón Lathan—, pero no he probado bocado desde hace un ciclo.

—Nosotros tampoco hemos comido gran cosa —respondió Paithan.

—Ni bebido —añadió Roland, mirando la jarra llena del caballero.

—Hay otras tabernas en la ciudad —dijo éste—. Tabernas donde sirven a los de vuestra clase. —Alzó la vista del plato el tiempo justo para fijar sus ojos en el elfo y el enano, y volvió a concentrarse en el plato. Se llevó un pedazo de carne a la boca y lo engulló con la ayuda de un trago—. ¡Más cerveza! —exclamó, buscando con la vista al posadero. Hizo sonar la jarra sobre la mesa y el posadero apareció con una expresión malhumorada.

— ¡Y esta vez —dijo Lathan, arrojándole la jarra a la cabeza— tráela del tonel bueno! ¡No me gusta aguada!

El posadero frunció el entrecejo.

—No te preocupes. Lo pagará todo la tesorería real —añadió el noble.

El hombre torció aún más el gesto. El barón Lathan lo miró fríamente. El posadero recogió la jarra, que había rodado por el suelo con estrépito, y desapareció.

—De modo que vienes del norint, ¿no es eso, elfo? ¿Qué estabas haciendo allí, con ése? —El noble señaló al enano con el tenedor.

—Soy explorador —declaró Paithan—. Este humano, Roland Hojarroja, es mi guía. Y ése es Barbanegra. Nos conocimos...

—Drugar —gruñó el enano—. Me llamo Drugar.

— ¡Hum! —Lathan tomó un bocado, lo masticó y escupió la carne en el plato—. ¡Puaj! Tendones. ¿Y qué hace un elfo con los enanos? ¿Establecer alianzas, tal vez?

—Si así fuera, es asunto mío.

—Los Señores de Thillia podrían considerarlo asunto suyo, también. Os hemos dejado vivir en paz mucho tiempo, elfos. Algunos, entre ellos mi señor, creemos que demasiado.

Paithan no dijo nada; se limitó a lanzar una significativa mirada a las armas élficas que se mezclaban con las panoplias de los caballeros. El barón Lathan advirtió la mirada y lanzó una sonrisa de inteligencia.

— ¿Crees que no podemos hacer nada sin vosotros? Pues bien, hemos dado con unos artilugios que os harán restregar los ojos, elfo. ¿Ves eso? Se llama ballesta. Arroja dardos capaces de atravesar cualquier armadura. Incluso una pared.

—Contra los gigantes no servirá de nada —intervino Drugar—. Será como arrojarles palos.

— ¿Cómo puedes saberlo? ¿Acaso te has enfrentado a ellos?

—Esos gigantes arrasaron mi pueblo. Fue una carnicería.

—

Lathan estaba llevándose un pedazo de pan a la boca y detuvo el gesto, lanzando una penetrante mirada al enano. Después, dio un bocado al pan.

—Enanos... —murmuró despreciativamente, con la boca llena.

Paithan observó enseguida a Drugar, interesado en su reacción. El enano miraba al noble con una expresión extraña. De júbilo, casi habría jurado el elfo.

Perplejo, Paithan empezó a preguntarse si el enano se habría vuelto loco. Pensando en ello, perdió el hilo de la conversación y sólo volvió a tomarlo al oír que hablaban de los reyes del mar.

—¿Qué es eso de los reyes del mar? —preguntó.

—¡Presta más atención, elfo! —Gruñó el barón—. Decía que los titanes los atacaron. Y, al parecer, los derrotaron. Entonces, esas ratas tuvieron la desfachatez de pedirnos ayuda.

El posadero volvió con la cerveza y dejó la jarra ante el noble.

—¡Lárgate! —le ordenó de inmediato Lathan, gesticulando con una mano grasienta.

—¿Se la ofrecisteis? —inquirió Paithan.

—¡Si son el enemigo! Podría haber sido un truco.

—Pero no lo era, ¿verdad?

—No —reconoció el caballero—. Supongo que no. Quedaron totalmente aplastados, según algunos refugiados a los que interrogamos antes de echarlos fuera de las murallas...

—¡Los echasteis!

Lathan alzó la jarra, dio un largo y abundante trago y se secó los labios con el revés de la mano.

—¿Qué sucedería si fuéramos nosotros quienes acudiéramos al sorint pidiendo ayuda, elfo? ¿Qué haríais vosotros si nos presentáramos en busca de protección?

Paithan notó que se ruborizaba desde el cuello hasta las mejillas.

—¡Pero vosotros y los reyes del mar sois dos pueblos humanos! —Era un argumento endeble, pero no se lo ocurrió qué otra cosa decir.

—¿Te refieres a que nos ayudaríais si fuéramos de vuestra raza? Pues ya podéis prepararos, elfo, porque me han llegado rumores de que vuestras gentes de las Tierras Ulteriores también han sido atacadas.

—Esto significa —intervino Roland, calculando rápidamente— que los titanes se están extendiendo, moviéndose hacia el est y hacia el vars, rodeándonos. Y rodeando *Equilan*... —añadió, haciendo hincapié en esto último.

—¡Tengo que irme! ¡Tengo que avisarles! —Murmuró Paithan—. ¿Cuándo esperáis que lleguen a Griffith?

—En cualquier momento —dijo Lathan. Después de limpiarse las manos en el mantel, se puso en pie acompañado del estrépito de la armadura de tyro—. El flujo de refugiados ha cesado, lo cual significa que todos los demás deben de haber perecido. Tampoco hemos tenido noticias de nuestros exploradores, así que también los damos por muertos.

—¿Cómo puedes tomarte esto con tanta frialdad? ¡Es terrible!

—Los detendremos —aseguró el barón, ciñéndose la espada.

Roland contempló el arma, con su afilada hoja de madera, y de pronto soltó una risotada, una carcajada aguda y estridente que hizo estremecerse a Paithan.

¡Por Orn!, se dijo, tal vez el enano no era el único que se estaba volviendo loco.

— ¡Yo los he visto! —Exclamó Roland con voz ronca, hueca—. Los vi golpear a un hombre... Estaba atado. Le pegaron y pegaron y pegaron —Roland gritaba cada vez más, agitaba los puños—... y pegaron y...

— ¡Roland!

El humano estaba doblado sobre sí mismo, encogido, retorciendo los dedos espasmódicamente. Parecía estar desmoronándose.

. Animales parecidos a la ardilla, de gran tamaño, que pueden avanzar velozmente por las planicies de musgo dando saltos sobre las cuatro extremidades, o planear de copa en copa utilizando un pliegue de piel en forma de ala, que se extiende desde las patas anteriores a las posteriores. (N. del a.)

— ¡Roland! —Paithan rodeó al humano con los brazos, lo sujetó con fuerza por los hombros y le hundió los dedos en los músculos.

—Sácalo de aquí —dijo Lathan con una mueca de desagrado—. No soporto a los cobardes. —Se detuvo un momento y, tras meditar lo que iba a decir, formuló la pregunta de mala gana—: ¿Podrías conseguirnos armas, elfo?

El barón escupió las palabras como si tuvieran mal sabor.

Paithan estuvo a punto de responder que no, pero se contuvo. Casi tuvo que morderse la lengua para impedir que las palabras brotaran de sus labios.

Necesitaba llegar a Equilan. Enseguida. Y no podría hacerlo si tenía que detenerse y ser interrogado en todos los puestos fronterizos entre Griffith y Varsport.

—Sí, os conseguiré armas. Pero estoy muy lejos de casa y...

Roland lo miró con expresión abrumada.

— ¡Vas a morir! ¡Todos vamos a morir!

Varios caballeros se asomaron por la ventana al oír los gritos. El posadero, que se había puesto muy pálido, empezó a balbucear mientras su mujer rompía en sollozos. El barón llevó la mano a la espada y movió ésta dentro de la vaina.

— ¡Hazlo callar antes de que lo atraviese!

Roland se sacudió de encima al elfo y se dirigió a la puerta. Hizo rodar varias sillas, derribó una mesa y casi echó al suelo a dos caballeros que trataban de detenerlo. A un gesto de Lathan, sus hombres lo dejaron pasar. Paithan se asomó por una ventana y vio a Roland tambaleándose por la calle, haciendo eses con paso inseguro como si estuviera ebrio.

—Te extenderé un salvoconducto —dijo Lathan.

—También necesitaré carganes. —El elfo recordó las débiles barricadas e imaginó a los titanes derribándolas, aplastándolas como si fueran meras pilas de hojas arrojadas a su paso. La ciudad estaba condenada.

Paithan tomó una resolución. Llevaría a Rega consigo, y ella no querría ir sin Roland, de modo que lo llevaría a él también. En realidad, no era tan mal tipo.

—Suficientes carganes para llevarnos a mí y a mis amigos.

Lathan frunció el entrecejo. Evidentemente, no estaba satisfecho.

—Ese es el trato —insistió Paithan.

— ¿Qué hay del enano? ¿Él también es amigo tuyo?

Paithan se había olvidado de Drugar, que había permanecido en silencio a su

lado hasta aquel momento. El elfo bajó los ojos y encontró la mirada del enano. En sus ojos negros seguía brillando aquel curioso destello de júbilo.

—Puedes venir con nosotros, Drugar —le dijo, tratando de fingir que lo decía en serio—. Pero no estás obligado, si no...

—Os acompañaré —respondió el enano.

Paithan bajó la voz para añadir:

—Podrías volver a los túneles. Allí estarías a salvo.

— ¿Qué encontraría allí, elfo?

Drugar dijo esas palabras en un susurro, mientras se acariciaba la barba larga y florida con una mano. La otra estaba oculta bajo su ancho cinturón.

—Si quiere venir con nosotros, que venga —dijo Paithan en voz alta—. Se lo debemos, pues nos salvó la vida.

—

—Entonces, preparad el equipaje y daos prisa. Los carganes estarán ensillados y a punto en el patio de ahí fuera. Daré las órdenes oportunas. Lathan cogió el yelmo y se dispuso a salir de la posada. Paithan titubeó, debatiéndose entre emociones contrapuestas. Cuando pasó junto a él, asió por el brazo al barón.

—Mi amigo no es un cobarde —le dijo—. Tiene razón. Esos gigantes son implacables. Yo...

El barón Lathan se inclinó hacia él, bajo la voz para que sólo lo oyera el elfo y susurró:

—Los reyes del mar son guerreros feroces. Lo sé porque he combatido contra ellos. Por lo que he oído, no tuvieron la menor oportunidad y fueron destruidos como los enanos. Permíteme un consejo, elfo. —El caballero miró directamente a los ojos a Paithan—. Cuando te hayas ido, olvídate de regresar.

— ¡Pero...! ¿Y las armas...? —Paithan lo miró, desconcertado.

—Hablabas por hablar. Por guardar las apariencias. Lo he hecho por mis hombres y por la gente de la ciudad. No podrías volver a tiempo. Además, no creo que las armas, mágicas o no, sirvieran de mucho. ¿Tú qué opinas?

Paithan movió la cabeza lentamente, en gesto de negativa. El noble guardó silencio con expresión grave y pensativa. Cuando volvió a hablar, pareció hacerlo consigo mismo.

—Si alguna vez ha habido un momento oportuno para el regreso de los Señores Perdidos, es ahora. Pero no vendrán. Están dormidos bajo las aguas del golfo de Kithni. No los culpo por dejar que nos enfrentemos solos a esta amenaza. La suya fue una muerte fácil. La nuestra no lo será.

El barón se irguió y lanzó una mirada iracunda a Paithan.

— ¡Basta de regateos! —Exclamó en voz alta, apartándolo de su camino con un brusco empujón—. Tendrás tu maldito dinero, elfo —añadió, lanzando las palabras por encima del hombro—. Eso es lo único que os preocupa, ¿verdad? ¡Tú, palafrenero, ensilla tres...!

—Cuatro —lo corrigió Paithan, saliendo de la posada detrás del barón. Lathan frunció el entrecejo, malhumorado.

—Ensilla cuatro carganes. Estarán preparados en medio pliegue de pétalo, elfo. Sé puntual.

Paithan, confuso, no supo qué decir, y, por tanto, no dijo nada. Drugar y él

echaron a anclar calle abajo tras los pasos de Roland, a quien distinguieron a lo lejos, apoyado en una pared, desfallecido. El elfo se detuvo y, volviéndose a medias, dio las gracias al caballero.

Lathan se llevó la mano a la visera del yelmo con un gesto solemne y sombrío.

—Humanos... —murmuró Paithan para sí, reemprendiendo la marcha tras Roland—. No hay quien los entienda.

—

CAPITULO

SORINT, A TRAVÉS DE THILLIA

— ¡El barón incluso ha reconocido que él y sus hombres no pueden hacer frente a esos monstruos! Tenemos que dirigirnos al sorint, a tierras élficas. ¡Y tenemos que irnos enseguida! —Paithan se asomó a la ventana, con la vista en la jungla, envuelta en un silencio sobrenatural—. No sé vosotros, pero yo noto un olor extraño en el aire, como la vez que nos apresaron los titanes. ¡No podemos quedarnos aquí!

— ¿Qué te hace pensar que tiene alguna importancia adonde vayamos? —replicó Roland con voz apenas audible. Estaba derrumbado en una silla con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre la basta mesa. Cuando Drugar y Paithan hubieron conseguido entrar al humano en su casa, Roland se hallaba en un estado lamentable. Su terror, tanto tiempo contenido, había estallado destrozando su espíritu en mil fragmentos—. Da igual si nos quedamos aquí, a morir con los demás.

Paithan apretó los labios. Sentía vergüenza ajena por el humano, probablemente porque sabía que aquel guiñapo encorvado sobre la mesa podía muy bien ser él. Cada vez que el elfo se imaginaba enfrentado con aquellos terribles seres sin ojos, el espanto le hacía un nudo en el estómago. A casa. El pensamiento le impulsaba como la punta de un cuchillo en la espalda, obligándolo a seguir adelante.

—Yo me voy. Tengo que hacerlo, tengo que volver con mi gente...El retumbar de los tambores de piel de serpiente se alzó de nuevo. Esta vez, el sonido era más potente, más urgente. Drugar se asomó a la ventana y preguntó:

— ¿Qué significa eso, humano?

—Significa que se acercan —respondió Rega, con los labios apretados—. Es la señal de alarma que indica que el enemigo está a la vista.

Paithan se quedó donde estaba, indeciso entre la lealtad a la familia y el amor a aquella humana.

—

—Tengo que ir —dijo por fin, con brusquedad. Los carganes, atados frente a la puerta, estaban nerviosos y tiraban de las bridas entre gruñidos asustados—. ¡Deprisa! ¡Temo que vayamos a perder a los animales!

— ¡Roland, vamos! —Rega aumentó la presión sobre el brazo de su hermano.

— ¿Para qué molestarse? —replicó él, desasiéndose.

Drugar cruzó pesadamente la estancia y se inclinó sobre la mesa tras la cual

estaba sentado Roland, tiritando.

— ¡No debemos separarnos! Tenemos que ir todos juntos. ¡Vamos, vamos! Es nuestra única esperanza. —El enano sacó un frasco del interior del bolsillo y se lo ofreció al humano—. Toma, bebe esto. Encontrarás el valor necesario en el fondo. Roland alargó la mano, asió el frasco y se lo llevó a los labios. Tomó un largo sorbo, hasta atragantarse y empezar a toser. Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero un leve rubor bañó sus pálidas facciones.

—Está bien —dijo al fin, respirando pesadamente—. Iré con vosotros.

Levantó otra vez el frasco, dio un nuevo trago y volvió a taparlo.

—Roland...

—Vamos, hermana. ¿No ves que tu amante elfo te espera? Quiere llevarte a su casa, al seno de su familia... si es que llegamos alguna vez. Drugar, camarada, viejo amigo, ¿tienes más bebida de ésta?

Roland pasó el brazo por los hombros del enano y los dos se encaminaron a la puerta. Rega se quedó sola en el centro de la pequeña casa. Tras echar una mirada a su alrededor, meneó la cabeza y abandonó la estancia casi tropezando con Paithan, que había vuelto sobre sus pasos para esperarla.

— ¿Sucedó algo malo, Rega?

—Nunca hubiera pensado que me entristecería abandonar este cuchitril, pero así es. Supongo que será porque es lo único que he tenido en mi vida.

— ¡Yo te compraré lo que quieras! ¡Tendrás una casa cien veces mayor que ésta!

— ¡Oh, Paithan! ¡No me mientas! No tienes ninguna esperanza. Podemos escapar —Rega miró a los ojos al elfo—, pero ¿adónde iremos?

El sonido de los tambores se hizo más urgente; los golpes rítmicos atravesaban sus cuerpos como mazazos.

La muerte y la destrucción llegarán contigo. ¡Y tú, señor, conducirás adelante a tu pueblo! El cielo. ¡Las estrellas!

—A casa —respondió Paithan, estrechando a Rega contra sí—. Iremos a casa.

Dejaron atrás el estruendo de los tambores y se internaron en la jungla, exigiendo a los carganes la mayor rapidez posible. Sin embargo, montar en cargan requería habilidad y práctica. Cuando el animal extendía las alas —parecidas a las de un murciélago— para planear entre los árboles, el jinete tenía que agarrarse con las manos, apretar las rodillas y hundir casi la cabeza en el cuello peludo del cargan, so riesgo de ser desmontado por las ramas o las enredaderas.

Paithan era un experimentado jinete de cargan. Los dos humanos, aunque no estaban habituados a la silla como el elfo, habían cabalgado anteriormente y conocían la técnica. Incluso Roland, completamente ebrio, consiguió sujetarse al animal como si en ello le fuera la vida.

En cambio, estuvieron a punto de perder al enano. Drugar, que no había visto nunca un animal de aquéllos, no tenía idea de que el cargan pudiera volar o

—

tuviera inclinación a hacerlo y, la primera vez que saltó de una rama y surcó los aires con agilidad, el enano cayó de su lomo como una piedra.

Por un verdadero milagro —la bota de Drugar quedó enganchada en el estribo—, el cargan y el enano consiguieron posarse en el siguiente árbol casi a la vez. Sin embargo, el grupo perdió un tiempo precioso ayudando a Drugar a montar

de nuevo en la silla y más tiempo aún en convencer al animal de que siguiera llevando al enano como pasajero.

—Tenemos que volver al camino principal. Iremos más de-prisa —apuntó Paithan.

Llegaron al camino principal, pero allí descubrieron una masa casi compacta de humanos que se dirigía hacia el sorint. Paithan tiró de las riendas, contemplando la columna de refugiados. Roland, que había dado cuenta del frasco de licor, se echó a reír.

— ¡Condenados estúpidos!

Los humanos fluían lentamente por el sendero convertido en un río de pánico. Encorvados bajo los fardos, llevando en brazos a los niños demasiado pequeños para andar, arrastrando a los ancianos en carretas. Su marcha quedaba sembrada de paquetes abandonados en las cunetas: objetos domésticos que se hacían demasiado pesados, cosas de valor que dejaban de tenerlo cuando estaba en juego la vida, vehículos averiados...

Aquí y allá caída junto al camino, se veía gente demasiado exhausta para seguir andando. Algunos extendían las manos a los que iban en carro, suplicando que los llevaran. Otros, sabiendo cuál iba a ser la respuesta, permanecían sentados con la mirada nublada, helada de miedo, esperando a recuperar fuerzas para proseguir la marcha...

—Volvamos a la jungla —propuso Rega, que cabalgaba junto a Paithan—. Es el único modo de escapar y conocemos la ruta. Esta vez, es cierto que la conocemos —añadió con un ligero sonrojo.

—La ruta de los contrabandistas —asintió Roland, tambaleándose sobre la silla—. Desde luego que la conocemos.

—Me parece buena idea —dijo Paithan.

—Entonces, vamos —apremió Rega.

Paithan siguió sin moverse, contemplando la fila de fugitivos.

—Todos estos humanos se dirigen a Equilan. ¿Qué vamos a hacer?

— ¡Paithan!

—Sí, ya voy.

Abandonaron, pues, los caminos despejados de las planicies de musgo y se adentraron en los senderos de la espesura. La ruta de los contrabandistas era angosta y serpenteante, difícil de atravesar, pero mucho menos transitada. Paithan obligó a los demás a forzar la marcha ciclo tras ciclo, hasta que los animales y los propios jinetes se caían de agotamiento. Entonces, a menudo demasiado agotados para comer, se echaban a dormir. El elfo sólo les permitía unas breves horas de reposo antes de reemprender la marcha. En el trayecto encontraron otros transeúntes, gentes como ellos, que vivían al margen de la sociedad y estaban familiarizados con aquellas sendas oscuras y recónditas. Todos se dirigían, como el elfo y su grupo, al sorint. Uno de los caminantes, un humano, apareció en el campamento al tercer día de viaje.

—

—Agua... —dijo, y se derrumbó.

Paithan fue en busca de agua. Rega incorporó la cabeza del humano y le acercó el cazo a los labios. El individuo era de mediana edad y tenía las facciones cenicientas de cansancio.

—Ya estoy mejor, gracias —dijo. Sus mejillas hundidas recobraron cierto color; consiguió incorporarse hasta quedar sentado y hundió la cabeza entre las rodillas, jadeando profundamente.

—Puedes quedarte a descansar con nosotros —le ofreció Rega—. Comparte nuestra comida.

— ¡Descansar! —El humano alzó la cabeza y los miró con asombro. Después, volvió la vista hacia la jungla y, con un escalofrío, se incorporó tambaleándose—. ¡No puedo descansar! —balbució—. ¡Vienen detrás de mí, pisándome los talones! Su pánico era palpable. Paithan se incorporó de un salto y miró al humano, alarmado.

— ¿A qué distancia?

El humano huía ya del campamento, dirigiéndose al sendero, con paso inseguro. Paithan corrió tras él y lo asió por el brazo.

— ¿A qué distancia? —repitió. El humano movió la cabeza.

—A un ciclo. No más.

— ¡Un ciclo! —Rega dejó escapar un jadeo entre dientes.

—Ese tipo se ha vuelto loco —murmuró Roland—. No le creas.

— ¡Griffith, destruida! ¡Terncia, en llamas! ¡El barón Reginald, muerto! He sido testigo de todo. —El hombre se pasó una mano temblorosa por el cabello entrecano y añadió—: ¡Yo era uno de sus caballeros!

Observando al humano con más detenimiento, advirtieron que iba vestido con las prendas acolchadas de algodón que se empleaban bajo las armaduras de caparazón de tyro. No era extraño que no se hubieran fijado antes. La tela estaba desgarrada y bañada en sangre y le colgaba del cuerpo en retales sucios y harapientos.

—Conseguí quitármela —prosiguió diciendo, al tiempo que se llevaba la mano a la ropa que le cubría el pecho—. Me refiero a la armadura. Era demasiado pesada y no servía de mucho. Los demás caballeros murieron con ella puesta. Los enemigos los capturaron y los aplastaron... rodeándolos con sus brazos. La armadura cedió y... entre sus restos rezumó la sangre y asomaron los huesos... ¡Y los gritos...!

— ¡Thillia bendita! —Roland estaba pálido y tembloroso.

— ¡Hazlo callar! —exigió Rega a Paithan.

Nadie prestó atención a Drugar; el enano continuó sentado a solas como siempre hacía, con su leve y extraña sonrisa oculta tras la barba.

— ¿Sabes cómo escapé? —El humano agarró al elfo por la delantera de la túnica. Paithan bajó la vista y apreció que la mano del caballero estaba salpicada de gotas de un color marrón rojizo—. Los demás huyeron. Yo..., ¡yo estaba demasiado asustado! ¡Estaba paralizado de miedo! —Empezó a soltar una risilla—. ¡Paralizado! ¡No podía moverme! ¡Y los gigantes se limitaron a pasar junto a mí! ¿No es gracioso? ¡Paralizado de miedo!

Su risotada chillona, acobardada, terminó en una tos sofocada. Con un gesto áspero, el humano empujó a Paithan hacia atrás, desasiéndose.

—

—Pero ahora puedo escapar. Llevo huyendo... tres ciclos. Sin parar. No puedo parar. —Avanzó un paso, se detuvo, dio media vuelta y miró al grupo con unos ojos furibundos y enrojecidos—. ¡Se suponía que regresarían a ayudarnos! —

Exclamó con rabia—. ¿Vosotros los habéis visto?

— ¿A quiénes?

— ¡Se suponía que volverían para ayudarnos! ¡Cobardes! ¡Hatajo de malditos cobardes inútiles! ¡Igual que yo! —El caballero soltó una nueva carcajada y, meneando la cabeza, se internó en la jungla.

— ¿De quién diablos hablaba ese tipo? —preguntó Roland.

—No lo sé. —Rega empezó a recoger su equipaje, arrojando la comida a las alforjas de cuero—. Ni me importa. Loco o no, tiene razón en una cosa: tenemos que continuar la marcha.

*Llenos de fe se encaminaron con paso humilde
hacia Thillia, que dormía en el fondo.*

*Las olas agitadas gritaron su valor
y los reinos lloraron su sombra en el agua.*

La grave voz de bajo de Drugar entonó la estrofa.

—Ya veis —dijo el enano al terminar—. Me aprendí bien la canción.

—Tienes razón —asintió Roland, sin hacer el menor ademán de ayudar a empaquetar. Sentado en el suelo con los brazos colgando apáticamente entre las rodillas, añadió—: A eso se refería el caballero. Y no han vuelto. ¿Por qué? —Alzó la vista, furioso—. ¿Por qué no han acudido? ¡Todo aquello por lo que trabajaron... destruido! ¡Nuestro mundo, arrasado! ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

Rega apretó los labios y siguió tirando de las correas para asegurar los paquetes a lomos del cargan.

—Era sólo una leyenda. Nadie lo creía de verdad.

—Sí —replicó Roland en un murmullo—. Pero nadie creía tampoco en los titanes.

A Rega le empezaron a temblar las manos. Ocultó la cabeza en el flanco del cargan y agarró la cincha con fuerza, hasta que le hizo daño, conteniendo las lágrimas. No quería que nadie la viera perder los ánimos.

La mano de Paithan se cerró sobre las suyas.

— ¡No! —exclamó ella en tono fiero, apartándolo de un codazo. Alzó la cabeza, apartó el cabello del rostro y dio un fuerte tirón a la correa—. ¡Vete! ¡Déjame sola!

Cuando el elfo dejó de mirarla, con gesto furtivo, Rega se pasó la mano por las húmedas mejillas.

Desanimados, descorazonados e impulsados por el miedo, se pusieron en marcha de nuevo. Sólo habían recorrido unas leguas cuando encontraron al caballero, tendido boca abajo en mitad del sendero.

Paithan saltó del cargan, hincó la rodilla junto al humano y le puso la mano en el cuello.

—Muerto.

Viajaron dos ciclos más, forzando a los fatigados animales hasta el límite de sus fuerzas. Ahora, cuando hacían un alto, no desmontaban el equipaje sino que dormían en el suelo, con las riendas de los carganes sujetas a la muñeca. Estaban aturdidos de agotamiento y falta de comida. Las escasas provisiones se habían

—

terminado y no se atrevían a perder tiempo cazando. Hablaban poco, conteniendo el aliento, y cabalgaban con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Lo único que los sacaba del ensimismamiento eran los ruidos extraños a su espalda.

Una rama que se quebraba tras ellos los hacía dar un brinco en la silla, volver la cabeza con gesto de temor y escrutar las sombras. De vez en cuando, el elfo y los humanos se dormían cabalgando y se tambaleaban sobre la silla hasta que se ladeaban demasiado y despertaban con un sobresalto. El enano, siempre en la cola del grupo, lo observaba todo con una sonrisa.

Paithan estaba maravillado con el enano, a la vez que crecía la inquietud que le inspiraba. Drugar no parecía nunca fatigado y, a menudo, se ofrecía voluntariamente a montar guardia mientras los demás dormían.

Paithan tenía unos sueños terroríficos en los que imaginaba a Drugar puñal en mano, arrastrándose hacia él mientras dormía. Cuando despertaba, alarmado, siempre encontraba a Drugar sentado pacientemente bajo un árbol con las manos cruzadas sobre la barba, que le caía sobre el estómago en largos rizos. El elfo debería haberse burlado de sus temores pues, al fin y al cabo, el enano les había salvado la vida. Sin embargo, cuando volvía la vista atrás y observaba a Drugar cerrando el grupo, o cuando le lanzaba una mirada furtiva en los breves momentos que se detenían a descansar, Paithan advertía el brillo de sus ojos negros y vigilantes, que siempre parecían estar esperando algo, y la sonrisa se le borraba de los labios.

Paithan pensaba en el enano, preguntándose qué le impulsaría, qué terrible combustible mantenía vivo su fuego, cuando Rega lo despertó de sus lúgubres meditaciones.

— ¡El transbordador! —Exclamó la mujer, señalando un tosco rótulo clavado en un tronco—. El sendero termina aquí. Tendremos que volver al...

Su voz quedó sofocada por un sonido horrible, un alarido que se alzó de cientos de gargantas, un grito colectivo de espanto.

— ¡El camino principal! —Paithan tiró de las riendas con manos temblorosas, empapadas en sudor—. ¡Los titanes han alcanzado el camino!

El elfo vio mentalmente la columna de humanos e imaginó a aquellos seres gigantescos y desprovistos de ojos abatiéndose sobre ellos. Vio a los humanos dispersándose, tratando de huir, pero en la planicie abierta no había adonde ir, adonde escapar. La corriente de agua se volvería un río de sangre.

Rega se tapó los oídos con las manos.

— ¡Basta! —Gritó una y otra vez, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta...!

Como en respuesta a sus gritos, un súbito silencio sobrenatural cayó sobre la jungla, roto únicamente por los gritos no muy lejanos de los moribundos.

—Están aquí —dijo Roland con una media sonrisa en los labios.

— ¡Al transbordador! —Exclamó Paithan—. ¡Esos seres tal vez sean gigantes, pero no lo suficiente como para vadear el golfo de Kithni! Eso los detendrá, al menos de momento.

Espoleó al cargan, y el sorprendido animal, asustado también, saltó hacia adelante movido por el pánico.

Los demás lo siguieron, volando a través de la jungla, esquivando las ramas y recibiendo en el rostro el azote de las lianas. Al salir a terreno despejado, vieron

—

ante ellos la superficie plácida y rutilante del golfo de Kithni, en marcado contraste con el caos que se producía al borde del agua.

Los humanos corrían desesperadamente por el camino que conducía al transbordador. El miedo borraba de sus mentes cualquier consideración que pudieran haber tenido por sus semejantes. Quienes caían quedaban aplastados por cientos de pies. Los niños eran arrancados de los brazos de sus padres por la presión de la multitud y sus cuerpecitos eran lanzados al suelo. Quien se detenía a intentar ayudar a los caídos no volvía a levantarse. Paithan volvió la cabeza y a lo lejos, en el horizonte, vio la selva avanzando.

— ¡Paithan! ¡Mira! —Rega lo agarró, señalando algo. El elfo observó de nuevo el transbordador. El embarcadero estaba abarrotado de gente que empujaba para abrirse paso. La embarcación, cargada en exceso, hacía aguas y se hundía por momentos. No conseguiría cruzar. Y no serviría de nada que lo hiciera.

El otro transbordador había zarpado de la orilla opuesta. Iba ocupado por arqueros elfos, con las ballestas preparadas y los dardos montados y apuntando a Thillia. Paithan los vio acudir en ayuda de los humanos y se le llenó de orgullo el corazón. El barón Lathan se había equivocado. Los elfos rechazarían a los titanes...

Un humano que trataba de cruzar el golfo a nado se acercó al transbordador, alargó la mano.

Y los elfos dispararon contra él. El cuerpo se deslizó bajo las aguas hasta desaparecer. Asqueado e incrédulo, Paithan contempló cómo su pueblo volvía las armas no contra los titanes invasores, sino contra los humanos que trataban de huir del enemigo.

— ¡Tú, malnacido!

Paithan se volvió y vio a un humano de mirada furiosa que trataba de desmontar a Roland tirando de él. Algunos humanos del camino principal, a la vista de los carganes, se dieron cuenta de que los animales ofrecían una posibilidad de escapar. El elfo advirtió que una turba frenética se les venía encima. Roland se desasíó de un golpe, enviando al humano al musgo con su potente puño. Otro fugitivo se acercó a Rega con una rama por garrote. La muchacha le acertó en el rostro con la bota y el hombre retrocedió, aturdido. El cargan, ya presa del pánico, empezó a encabritarse y a dar saltos, soltando zarpazos con sus afiladas garras. Drugar empleaba las riendas como un látigo para mantener a raya a la multitud, mientras soltaba juramentos en el idioma de los enanos.

— ¡Volvamos a los árboles! —gritó Paithan, azuzando a su montura.

Rega galopó a su lado, pero Roland se vio atrapado, incapaz de liberarse de las manos que lo agarrotaban. Cuando ya estaba a punto de caer de la silla, Drugar advirtió que el humano estaba en peligro y obligó a su cargan a interponerse entre Roland y la muchedumbre. El enano asió las riendas del animal de Roland y lo obligó a avanzar, hasta que ambos alcanzaron a Paithan y a Rega. Al galope, los cuatro retrocedieron al abrigo de la jungla.

Una vez a salvo, hicieron una pausa para recobrar el aliento. Todos evitaron mirarse; ninguno de ellos deseaba alzar la vista y ver lo inevitable en los ojos de los demás.

— ¡Tiene que haber un sendero que conduzca al golfo! —Declaró Paithan—. Los cargan son buenos nadadores.

—

— ¿Para que nos disparen los elfos? —Roland se limpió de sangre un corte en

el labio.

—A mí no me dispararían.

— ¡Para lo que nos sirve eso a los demás...!

—Si estáis conmigo, tampoco os harán nada. —Paithan habría querido estar seguro de ello, pero le pareció que, en aquellas circunstancias, no importaba.

—Si hay un camino... no lo conozco —apuntó Rega. Un temblor estremeció su cuerpo y se agarró a la silla para no caerse.

Paithan abandonó el camino en dirección al golfo. Instantes después, el cargan y él se vieron irremisiblemente enmarañados en la tupida espesura. El elfo se debatió, negándose a reconocer el fracaso, pero comprendió que, aunque consiguiera abrirse paso, le llevaría horas. Y no disponían de ellas. Con gesto cansado, volvió sobre sus pasos.

El griterío de muerte del camino se hizo más estentóreo y oyeron el chapoteo de los que se arrojaban a las aguas del Kithni.

Roland se deslizó de la silla y, al llegar al suelo, echó un vistazo a su alrededor.

—Éste me parece un lugar tan bueno como cualquier otro para morir.

Lentamente, Paithan desmontó del cargan, se acercó a Rega y le tendió los brazos. La muchacha se dejó caer en ellos y el elfo la estrechó contra sí.

—No puedo mirar, Paithan —murmuró ella—. ¡Prométeme que no tendré que verlos!

—Te lo prometo —susurró el elfo, acariciando su oscura melena—. Tú no apartes los ojos de los míos.

Sus miradas se concentraron sólo en el otro.

Roland permaneció en el camino, vuelto en la dirección por la que tenían que llegar los titanes. Había dejado de sentir miedo, o tal vez estaba demasiado cansado para seguir preocupándose.

Drugar, con una torva sonrisa en su rostro barbudo, se llevó la mano al cinto y sacó la daga de empuñadura de hueso.

Una puñalada a cada uno, y una última para sí mismo.

—

CAPÍTULO

EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES,

EQUILAN

Haplo estaba tendido de espaldas en el musgo, con los ojos protegidos del sol y contando estrellas.

Desde su puesto de observación había logrado identificar ya veinticinco luces brillantes perfectamente distinguibles. Lenthian Quindiniar le había asegurado que, en total, los elfos habían contado noventa y siete. Por supuesto, no todas ellas eran visibles a la vez. Algunas se apagaban y permanecían apagadas durante varias estaciones antes de volver a brillar. Los astrónomos elfos también habían calculado que había estrellas próximas al horizonte que no podían observarse debido a la atmósfera. Así pues, habían calculado que en los cielos debía de haber un total de entre ciento cincuenta y doscientas estrellas.

Cuyo comportamiento era muy diferente al de cualquier estrella de la que Haplo tuviera noticia. Estudió la posibilidad de que se tratara de lunas. Según las investigaciones de su amo, en el mundo antiguo había habido una luna. En

cambio, en la representación del mundo de Pryan que habían legado los sartán no aparecía ninguna luna, y Haplo tampoco había descubierto ningún cuerpo similar durante su vuelo. Además, lo más probable era que una luna diera vueltas en torno a su planeta, y aquellas luces eran, al parecer, estacionarias. Pero, a su vez, también el sol permanecía inmóvil. O más bien era aquel planeta el estacionario, el que no giraba. No existían el día ni la noche. Y, luego, estaba también el extraño ciclo de las estrellas, que brillaban durante largos períodos y se apagaban después, para reaparecer al cabo de un tiempo.

Haplo se incorporó hasta quedar sentado, buscó con la mirada al perro y lo descubrió deambulando por el jardín, husmeando los extraños rastros de la gente y de otros animales que no reconocía. El patryn, a solas en el jardín mientras los demás dormían, se rascó las manos. Los primeros días, el vendaje siempre le irritaba la piel.

—

. Sin medios para orientarse, la exploración era terriblemente arriesgada porque había pocas posibilidades de que quien abandonaba un lugar fuera capaz de encontrar el camino de vuelta. (N. del a.)

Cabía la posibilidad de que aquellas luces no fueran más que un fenómeno natural característico del planeta, lo cual significaría que estaba perdiendo el tiempo con sus especulaciones acerca de ellas y de aquel sol. Al fin y al cabo, se dijo Haplo, no había sido enviado allí para estudiar astronomía. Tenía problemas más importantes. Como qué hacer en aquel mundo.

La tarde anterior, Lenthán Quindiniar había trazado al patryn un diagrama del mundo tal como lo concebían los elfos. El dibujo era parecido al que Haplo había visto en el Nexo: un globo redondo con una bola de fuego en el centro. Sobre el mundo, el elfo añadió las estrellas y el sol. Después le indicó su situación en aquel mundo —o lo que los astrónomos elfos habían determinado como tal— y le contó cómo, siglos atrás, los elfos habían cruzado el mar de Paragna hacia el est hasta alcanzar las Tierras Ulteriores.

—Fue la peste —le había explicado Lenthán—. Los elfos huían de ella. De lo contrario, jamás habrían abandonado su hogar.

Una vez llegados a las Tierras Ulteriores, los elfos quemaron sus naves para cortar cualquier contacto con su vida anterior. Volvieron la espalda al mar y se internaron jungla adentro. El tatarabuelo de Lenthán había sido uno de los pocos dispuestos a explorar el nuevo territorio hacia el vars y, al hacerlo, había descubierto la ornita, la piedra de navegación que iba a proporcionarle la fortuna. Gracias a ella, logró regresar al punto de donde había salido. De nuevo en las Tierras Ulteriores, informó a los elfos de su descubrimiento y ofreció empleo a quienes estuvieran dispuestos a aventurarse en la espesura.

Equilan había sido en sus inicios una pequeña comunidad minera, y habría continuado siéndolo de no haber mediado el progreso de los reinos humanos hacia el vars. Los humanos que poblaban lo que ahora se conocía por Thillia habían llegado por sus propios medios a través de un pasaje que conducía hasta allí por debajo del océano Terinthiano. El rey Georg el Único, padre de los cinco hermanos de la leyenda, llevó a su pueblo a esas nuevas tierras huyendo, al parecer, de un terror cuyo nombre y cuyo rostro se habían perdido en el pasado.

Los elfos no eran una raza obligada a expandir constantemente su territorio. No sentían ningún impulso que los incitara a conquistar a otros pueblos o a

posesionarse de nuevas tierras. Una vez establecido el dominio en Equilan, los elfos disponían de toda la tierra que precisaban. Lo que necesitaban era potenciar el comercio.

La colonia élfica recibió con agrado la presencia de los humanos, quienes, a su vez, estuvieron contentísimos de poder adquirir armas y otros productos elaborados por los elfos. Con el paso del tiempo y el aumento de población, los humanos empezaron a ver con creciente disgusto que los elfos poseyeran tanta tierra valiosa en su frontera sorint. Los thillianos intentaron extenderse hacia el norint, pero toparon con los reyes del mar, un pueblo de feroces guerreros que había cruzado el mar de Estrellas durante una guerra con el imperio de Kasnar. Más al norint y al est quedaban las plazas fuertes de los enanos, lóbregas y sombrías. Para entonces, la nación élfica se había hecho fuerte y poderosa. Los humanos —débiles, divididos y dependientes de los elfos, no podían sino refunfuñar y contemplar con envidia las tierras de sus vecinos.

—

Respecto a los enanos, Lenthán sabía poca cosa, salvo que había noticias de que ya llevaban mucho tiempo establecidos en sus reinos cuando los antepasados de los elfos habían llegado.

— ¿Pero de dónde procedéis todos, originariamente? —le había preguntado Haplo. El patryn conocía la respuesta, pero sentía curiosidad por comprobar si aquella gente sabía algo de la Separación. Esperaba que tal información le proporcionara una pista sobre el paradero y las actividades de los sartán—. Me refiero al principio de todo...

Lenthán se había lanzado entonces a una larga y minuciosa explicación y Haplo se había perdido muy pronto en las complejas leyendas. Al parecer, la respuesta dependía de a quién hacía la pregunta. Entre elfos y humanos, la creación tenía algo que ver con ser expulsados de un paraíso. En cuanto a los enanos, sólo Orn sabía cuáles eran sus creencias.

— ¿Cuál es la situación política en el reino humano?

Lenthán se había mostrado apesadumbrado.

—Me temo que no sé decirte gran cosa. El explorador de la familia es mi hijo.

Mi padre nunca creyó que yo estuviera hecho para...

— ¿Tu hijo? ¿Está aquí? —Haplo había echado un vistazo a su alrededor preguntándose si lo tendrían oculto en algún armario, lo cual no sería nada raro teniendo en cuenta la excentricidad de aquella familia—. ¿Puedo hablar con él?

— ¿Con Paithán? No, no está. Se encuentra viajando por el reino de los humanos y me temo que no regresará en algún tiempo.

Todo lo anterior había sido de poca ayuda para Haplo. El patryn empezaba a creer que su misión en aquel mundo era una causa perdida. Estaba allí, presuntamente, para fomentar el caos y facilitar así la llegada de su amo. Sin embargo, en Pryan, los enanos no pedían sino que los dejaran en paz, los humanos luchaban entre ellos y los elfos les suministraban las armas. Haplo no tenía muchas posibilidades de incitar a los humanos a guerrear contra los elfos, pues es difícil atacar a quien lo provee a uno de los únicos medios de que dispone para hacerlo. Respecto a los enanos, nadie quería pelearse con ellos, pues nadie ambicionaba nada de cuanto tenían. Y los elfos no podían ser incitados a conquistar territorios porque, sencillamente, el término conquista no figuraba en

su vocabulario.

—*Status quo* —había comentado Lenthán Quindiniar—. Es una palabra antigua que significa..., en fin..., *status quo*.

Haplo reconoció el término y comprendió su significado. Quería decir «sin cambios». Muy distinto al caos que había descubierto (y ayudado a potenciar) en Ariano.

Mientras seguía observando las luces que brillaban en el cielo, el patryn se sintió cada vez más molesto y perplejo. Aunque consiguiera crear agitación en aquel reino, ¿cuántos más iba a tener que visitar para hacer lo mismo? Podía haber tantos como..., como luces relucientes en el firmamento. Y quién sabía cuántos más, de cuya existencia no había ni indicios. Sólo en descubrirlos, podía pasarse toda una vida y Haplo no disponía de tanto tiempo. Y su señor, tampoco. No tenía sentido. Los sartán eran organizados, sistemáticos y lógicos. Ellos jamás habrían esparcido civilizaciones de aquella manera, al azar, para luego dejar

—

que sobrevivieran por sí mismas. Tenía que existir algún vínculo unificador aunque, de momento, no tuviera ninguna pista de cómo dar con él.

—

. El Laberinto se cobraba un alto precio entre los allí encarcelados. Los patryn que se volvían locos ante las penalidades eran conocidos como «rompepuertas» debido a la forma peculiar que adoptaba esa locura, y que llevaba a todas sus víctimas a internarse en la espesura en una carrera ciega, imaginando que habían alcanzado la Última Puerta. (TV. del a.)

Salvo, tal vez, que recurriera al viejo hechicero. Era evidente que estaba loco, pero ¿lo estaba como un rompepuertas o como un ser lobuno? Lo primero significaría que era inofensivo para todos, salvo quizá para sí mismo; lo segundo indicaría que era preciso tener cuidado con él. Haplo recordó el error que había cometido en Ariano, cuando había tomado por loco a quien luego había demostrado no tener nada de tal. No volvería a caer en el mismo error. Tenía muchas preguntas que hacer respecto al hechicero.

Como si al pensar en él hubiera conjurado su presencia (igual que sucedía en ocasiones en el Laberinto), Haplo volvió la vista y encontró a Zifnab observándolo.

— ¿Eres tú? —dijo la voz temblorosa del anciano.

Haplo se puso en pie y se sacudió de las ropas unos fragmentos de musgo.

— ¡Ah! No lo eres... —murmuró Zifnab, moviendo la cabeza con gesto de decepción—. De todos modos —añadió, mirando fijamente a Haplo—, creo recordar que también te andaba buscando a ti. Ven conmigo. —Asió a Haplo por el brazo y repitió—: Ven. Tenemos que volar a... ¡Oh, vaya! ¡Qué..., qué perro más simpático! Al ver que un extraño se acercaba a su amo, el animal había dejado la persecución de una presa inexistente y había acudido corriendo a enfrentarse a una pieza de caza viva. El perro se plantó delante del hechicero, enseñando los dientes y gruñendo amenazadoramente.

—Te sugiero que me sueltes el brazo, anciano —le aconsejó Haplo.

— ¡Hum! Sí. —Zifnab retiró la mano al instante—. Un buen... animal.

El perro dejó de gruñir pero continuó mirando al hechicero con intensa suspicacia. Zifnab se palpó los bolsillos.

—Hace semanas tenía por aquí un hueso de las sobras de una comida... Por cierto, ¿conoces a mi dragón?

— ¿Es una amenaza? —preguntó Haplo.

— ¿Amenaza? —El viejo pareció tambalearse, tan desconcertado que se le cayó el sombrero—. ¡No, no..., claro que no! Es sólo que... comparaba nuestros animales de compañía... —Zifnab bajó la voz y lanzó una mirada nerviosa a su alrededor—. En realidad, mi dragón es totalmente inofensivo. Lo tengo bajo un hechizo...

— ¿Un hechizo? —Debajo de sus pies resonó una carcajada. Al perro se le erizó el pelo del cuello. Haplo se puso tenso y tiró de las vendas de las manos—. ¡Miserable intrigante! ¡Prestidigitador maloliente! ¡Brujo engreído! ¿Que me tienes bajo un hechizo, dices...? ¡Yo sí que voy a tenerte a ti! ¡Tendré a un hechicero deshuesado en una campana de cristal!

—Vamos, vamos... —replicó Zifnab, dando un paso atrás y pisando el sombrero, que quedó aplastado en el suelo.

— ¡Carne de perro como entrante! ¡Carne de humano como plato principal! ¡Y, de postre, elfo!

El suelo empezó a temblar bajo sus pies.

— ¡Déjate ya de gritos! —exclamó el anciano, enfurecido—. ¡Vas a despertar a todo el maldito vecindario! ¡Se supone que estamos escapándonos a escondidas mientras todos duermen!

—

El temblor aumentó de intensidad. Los gruñidos del perro se transformaron en gemidos y el animal miró a su amo, con aire alarmado.

— ¡Maldita sea, esto es realmente irritante! Precisamente le estaba contando a este caballero que eras un maravilloso animal de compañía y...

— ¡De compañía!

La fuerza explosiva de la exclamación provocó ondas de choque en el suelo. El dragón asomó la cabeza entre el musgo. Haplo trató sin éxito de quitarse de encima al anciano, que se asía a él para sostenerse. El perro se agazapó en el suelo, pero siguió valientemente al lado de su amo. Maldiciendo para sí, el patryn se dispuso a quitarse las vendas de las manos y dejar a la vista las runas que precisaría para hacer frente al dragón. Tal enfrentamiento también dejaría al descubierto quién era en realidad: un hombre con los poderes mágicos de un semidiós.

El dragón se alzó y volvió a descender sobre ellos, rugiendo como una tormenta de viento y rezumando saliva por los colmillos. De pronto, la mano del viejo se cerró con sorprendente firmeza sobre los vendajes de Haplo.

—No es necesario, mi querido muchacho —murmuró Zifnab, y se puso a cantar.

El dragón cerró la boca y empezó a mover la cabeza adelante y atrás. Los ojos se le cerraron de placer y Haplo habría jurado que lo oyó ronronear.

Zifnab se detuvo a media estrofa para tomar aire. El dragón abrió sus ojos flameantes. Bajó la cabeza como una centella y Haplo notó en toda su piel el escozor de los signos mágicos reaccionando instintivamente al peligro.

Con delicadeza, con cuidado, el dragón recogió entre sus dientes el sombrero del hechicero y lo levantó del suelo.

—Me parece que se te ha caído esto, señor.

— ¡Oh! ¡Ah, gracias! —Zifnab alargó la mano con cierta prevención y recuperó el sombrero—. ¡Mira esto! ¡Lo has llenado de baba!

—Te ruego me perdones, señor. Y..., ¿te importa que te recuerde la hora? Ya deberías estar acostado. Un hombre de tu edad...

—Sí, sí, ya voy. —Zifnab trataba de devolver cierta forma al sombrero, hundiendo el fieltro en unas partes y levantándolo en otras—. No es preciso que te quedes por aquí. Estoy en buena compañía.

— ¿Un vaso de leche de cabra calentito antes de retirarte, señor?

— ¡No quiero leche de cabra ni nada parecido!

—Si no necesitas nada más...

— ¡No, no necesito nada más! ¡Puedes irte! ¡Esfúmate...!

—Sí, señor, que tengas felices sueños. No te olvides de la píldora azul.

La cabeza del dragón se hundió progresivamente, hasta desaparecer por completo entre las sombras. Haplo recobró el aliento y se frotó los brazos; la leve comezón de los signos mágicos tardaba en remitir. Se miró los vendajes y luego dirigió la vista al hechicero.

— ¡La píldora azul! —refunfuñó éste.

—Zifnab..., ¿a qué te referías cuando me has agarrado y has dicho: «No es necesario»?

— ¡Por supuesto que no es necesario! —Dijo el anciano—. Estoy harto de esas malditas píldoras. Me nublan la cabeza.

—

—No, no te hablo de eso. Cuando el dragón se disponía a atacar, yo... —Haplo titubeó. No quería revelar demasiado, pero le había parecido evidente que el anciano hechicero conocía la existencia de las runas y sabía lo que el patryn se disponía a hacer—. Es decir..., pusiste la mano sobre las mías y...

Zifnab le lanzó una mirada incierta.

— ¿El dragón? ¿Atacar? ¡No, no! No hemos corrido ningún riesgo, te lo aseguro. Lo tengo sometido a un hechizo, ¿sabes? Soy un hechicero magnífico. Uno de los encantamientos que me ha dado fama es una..., una tremenda explosión de fuego. ¡Buum! Bola de goma, se llama. Me parece que... ¿Goma, he dicho? No, no puede ser...

Zifnab se rascó la cabeza y, doblando el sombrero, se lo guardó distraídamente en el bolsillo.

—Vamos, perro —dijo Haplo, irritado, y se encaminó hacia su nave.

— ¡Por el espíritu del gran Gandalf! —Exclamó Zifnab—. Si es que tenía espíritu, cosa que dudo. Era tan presuntuoso... ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí, el rescate! Casi me olvido... —El anciano se recogió la túnica y echó a correr junto a Haplo—. ¡Vamos, vamos! No hay tiempo que perder. ¡Deprisa!

Con los cabellos canosos agitándose sobre su cabeza y la barba proyectándose en todas direcciones, Zifnab dejó atrás a Haplo. Después, se volvió y se llevó el índice a los labios.

—Y guarda silencio. No quiero que *él* se entere —dijo, señalando hacia el musgo con una mueca.

Haplo se detuvo y cruzó los brazos sobre el pecho esperando con cierto regocijo ver cómo el humano se estrellaba contra la barrera mágica que el patryn había establecido en torno a la nave dragón.

Zifnab llegó hasta el casco y lo tocó con la mano.

No sucedió nada.

— ¡Eh, apártate de ahí! —Haplo echó a correr—. ¡Perro, deténlo!

El animal salió disparado, volando sobre el suelo de musgo en un galope silencioso, y agarró la túnica de Zifnab en el momento en que éste trataba de encaramarse sobre la borda.

— ¡Atrás! ¡Atrás! —Zifnab golpeó con el sombrero la cabeza del perro—. ¡Te convertiré en un tenco! *Así a bula...*

No, espera. Eso me convertiría a *mí* en un tenco. ¡Suéltame, animal!

— ¡Perro, quieto! —ordenó Haplo, y el perro obedeció y se sentó, soltando al viejo pero sin dejar de vigilarlo—. Escucha, anciano, no sé cómo has conseguido atravesar mi barrera mágica pero te lo advierto: apártate de mi nave o...

— ¿Es que no nos vamos de viaje? Sí, claro que sí. —Zifnab alargó la mano y dio unas animadas palmaditas en el brazo al patryn—. Para eso hemos venido, ¿no? Tienes un joven amo muy agradable —añadió, dirigiéndose al perro—, pero un poco tonto.

El hechicero terminó de saltar la barandilla y atravesó la cubierta en dirección al puente con una agilidad y una rapidez sorprendentes en un humano de edad avanzada.

— ¡Maldición! —masculló Haplo, saltando tras él—. ¡Perro!

El animal cruzó la cubierta a la carrera. Zifnab ya había desaparecido por la escalerilla que conducía al puente. El perro saltó tras él.

—

Haplo los siguió, se deslizó por la escalerilla y corrió hasta el puente. Zifnab estaba dentro, estudiando con aire curioso la piedra de gobierno cubierta de runas. El perro se hallaba a su lado, alerta. El viejo alargó el brazo para tocar la piedra. El animal soltó un gruñido y Zifnab retiró rápidamente la mano.

Haplo se detuvo en la escotilla a considerar la situación. Se le había ordenado que fuera un observador pasivo, que no interfiriera directamente en la vida de aquel mundo, pero no le quedaba otro remedio que actuar. El hechicero había visto las runas. No sólo eso, sino que las había reconocido como tales. Por lo tanto, sabía quién era él. El patryn no podía permitir que difundiera tal información.

Además, aquel anciano era —tenía que serlo— un sartán.

En Ariano, las circunstancias le habían impedido vengarse personalmente de su ancestral enemigo, pero esta vez tenía a otro sartán y no importaba si lo eliminaba. Nadie echaría en falta al chiflado Zifnab. ¡Qué diablos!, se dijo Haplo, ¡aquella mujer Quindiniar le concedería una medalla, probablemente!

Haplo no se movió de la escotilla, obstruyendo con el cuerpo la única salida del puente.

—Te lo he advertido. No deberías haber bajado aquí, anciano. Ahora has visto lo que no debías. —Empezó a quitarse las vendas de las manos—. Y por eso vas a tener que morir.

Sé que eres un sartán. Son los únicos que tienen el poder para desbaratar mi magia. Dime una cosa: ¿dónde está el resto de tu pueblo?

—Me lo temía —respondió Zifnab, mirando con pena a Haplo—. Éste no es modo de comportarse un salvador, lo sabes muy bien.

—No soy ningún salvador. En cierto modo, podría decirse que soy lo contrario. Mi intención es sembrar problemas, provocar el caos, y preparar así el día en que mi amo y señor entrará en este mundo y tomará posesión de él. Mandaremos, por fin, quienes por derecho deberíamos haber gobernado hace mucho tiempo. Ahora ya debes saber quién soy. Echa un vistazo a tu alrededor, sartán. ¿Recuerdas las runas? ¿O tal vez has sabido desde el principio quién era yo? Al fin y al cabo, predijiste mi llegada. Me gustaría saber cómo lo hiciste, porque me lo vas a contar todo.

El patryn terminó de quitarse las vendas, dejando a la vista los signos tatuados en sus manos, y avanzó hacia el anciano.

Zifnab no retrocedió, no se retiró ante el patryn. Al contrario, se mantuvo donde estaba, plantándole cara con aire calmado y digno.

—Cometes un error —dijo con voz tranquila y con una mirada repentinamente penetrante y astuta—. No soy un sartán.

— ¡Bah! —Haplo arrojó las vendas a la cubierta y se frotó las runas de la piel—. El mero hecho de que lo niegues lo demuestra. Aunque no se tiene noticia de que un sartán haya mentido nunca... ¡Bah! —repitió—. En cualquier caso, tampoco se sabe de ninguno que diera tus muestras de senilidad.

El patryn agarró del brazo al anciano, notando sus huesos frágiles y quebradizos entre los dedos.

— ¡Habla, Zifnab, o comoquiera que te llames en realidad! Tengo poder para romperte los huesos uno a uno dentro del cuerpo. Es una manera de morir terriblemente dolorosa. Cuando llegue a la columna vertebral, me suplicarás que te libere del tormento.

—

A sus pies, el perro lanzó un gáñido y se frotó contra la rodilla del patryn. Haplo no hizo caso del animal y aumentó la presión en torno a la muñeca del hechicero. Luego colocó la palma de la otra mano en el pecho de Zifnab, justo sobre el corazón.

—Dime la verdad y terminaré enseguida. Lo que hago con los huesos, también puedo hacerlo con los órganos. Te reventaré el corazón. Es doloroso, pero rápido. Haplo tuvo que reconocer el valor del humano. Seres mucho más fuertes habían temblado bajo el poder del patryn, pero el anciano permanecía tranquilo. Si sentía algún miedo, lo dominaba muy bien.

—Te estoy diciendo la verdad. No soy ningún sartán.

Haplo incrementó la presión. Se dispuso a pronunciar la primera runa, la que provocaría una sacudida agónica en aquel cuerpo endeble. Zifnab no hizo el menor movimiento.

—Respecto a cómo he desbaratado tu magia, en este universo hay fuerzas que desconoces totalmente. —Los ojos, siempre fijos en el rostro de Haplo, se entrecerraron—. Fuerzas que han permanecido ocultas porque nunca las has buscado.

—Entonces, ¿por qué no las empleas para salvar la vida, viejo?

—Lo hago.

Haplo movió la cabeza con gesto de disgusto y pronunció la primera runa. Los

signos mágicos de su mano emitieron un fulgor azulado. La energía fluyó de su cuerpo al del anciano. Haplo notó cómo los huesos de la muñeca se quebraban y aplastaban bajo su mano. Zifnab exhaló un gemido contenido.

Haplo apenas alcanzó a ver por el rabillo del ojo al perro en el instante en que saltaba sobre él. Tuvo tiempo de levantar el brazo para parar el ataque, pero la fuerza del golpe lo derribó sobre la cubierta y le cortó la respiración. Quedó en el suelo jadeando, tratando de recobrar el aliento. El perro se quedó junto a él y le dio unos lametazos en el rostro.

— ¡Vaya, vaya! ¿Te has lastimado, muchacho? —Zifnab se inclinó sobre el patryn con gesto solícito y le tendió una mano para ayudarlo a incorporarse. La misma mano que Haplo acababa de inutilizarle.

El patryn la contempló, vio los huesos de la muñeca bajo la piel envejecida y arrugada. Parecían enteros, intactos. El viejo no había pronunciado ninguna runa, no había hecho ningún trazo en el aire. Cuando estudió el campo mágico que lo rodeaba, Haplo no advirtió el menor indicio de que hubiera sido perturbado. ¡Pero él había notado cómo se rompía el hueso!

Rechazó la mano del hechicero y se puso en pie sin ayuda.

—Eres bueno —reconoció—, pero ¿cuánto tiempo podrá resistir un viejo chiflado como tú?

Dio un paso hacia el viejo y se detuvo.

El perro se interpuso en su camino.

— ¡Perro! ¡Aparta! —ordenó Haplo.

El animal no se movió, pero miró a su amo con ojos desdichados, suplicantes.

Zifnab, con una leve sonrisa, dio unas palmaditas en la negra cabeza peluda.

—Buen chico. Ya lo pensaba. —Hizo un gesto solemne, juicioso, y añadió—: Ya ves que lo sé todo del perro.

— ¡No sé a qué diablos te refieres!

—

—Estoy seguro, querido muchacho —replicó el anciano con una sonrisa de ironía—. Y ahora que todos estamos presentados como es debido, será mejor que emprendamos la marcha. —Dio media vuelta, se inclinó sobre la piedra de gobierno y se frotó las manos, impaciente—. Tengo verdadera curiosidad por ver cómo funciona esto. —Se llevó una mano a un bolsillo de la túnica morada, sacó una cadena a la que no iba atada nada y la miró—. ¡Por mis barbas, llevamos retraso!

— ¡A él! —le ordenó Haplo al perro.

El animal se echó sobre la cubierta y se arrastró sin levantar el vientre del suelo hasta refugiarse en un rincón. Con la cabeza entre las patas, el pobre can se puso a gimotear. Haplo dio un paso hacia el viejo.

— ¡Empecemos de una vez el espectáculo! —Exclamó Zifnab con entusiasmo, cerrando algo invisible con un chasquido y devolviendo la cadena al bolsillo—. Paithan está en...

— ¿Paithan...? —repitió Haplo.

—El hijo de Quindiniar. Un buen muchacho. El puede responder a esas preguntas que querías hacer: te hablará de la situación política entre los humanos, de lo que sería preciso para impulsar a los elfos a ir a la guerra, de cómo agitar a los enanos. Paithan conoce todas las respuestas. Aunque, ahora, eso

no sirve de gran cosa. —Zifnab suspiró y movió la cabeza—. La política no interesa a los muertos. Pero salvaremos a algunos de ellos. A los mejores y a los más brillantes. Y, ahora, ha llegado el momento de que nos vayamos. —El hechicero miró a su alrededor con interés y preguntó—: Por cierto, ¿cómo se pilota este artefacto?

Haplo observó al viejo mientras se rascaba con irritación los tatuajes del revés de la mano.

Era un sartán. ¡Tenía que serlo! Era la única explicación para la curación. A menos que no hubiera sido tal curación...

Tal vez había cometido un error al invocar la runa; tal vez sólo le había parecido que le aplastaba la muñeca. Y el perro, protegiéndolo... Pero eso no significaba gran cosa. El animal hacía extrañas amistades, se dijo, recordando la ocasión, en Ariano, en que el can le había salvado la vida a aquella enana cuando se disponía a matarla.

Destructor, salvador...

—Está bien, hechicero. Prosigamos con ese juego tuyo, sea cual sea. —Haplo hincó la rodilla y rascó las sedosas orejas del perro. El animal barrió el suelo con la cola, contento de que todo quedara perdonado—. Pero sólo hasta que averigüe las reglas. Cuando las conozca, iré a por todas. Y me propongo vencer.

Incorporándose, colocó las manos sobre la piedra de gobierno.

— ¿Adonde vamos?

Zifnab parpadeó, desconcertado.

—Me temo que no tengo la menor idea —reconoció—. ¡Pero, por Orn que, cuando llegue, lo sabré! —añadió solemnemente.

—

CAPITULO

VARSPORT, THILLIA

La nave dragón sobrevoló los árboles rozando las copas. Haplo puso rumbo hacia donde el hechicero le había indicado que se extendían los territorios humanos. Zifnab sacó la cabeza por la claraboya y contempló con nerviosismo el paisaje que se deslizaba debajo de él.

— ¡El golfo! —anunció de improviso—. Ya estamos cerca. ¡Ah, Orn bendito!

— ¿Qué sucede?

Haplo distinguió una fila de elfos, dispuesta a lo largo de la orilla en formación militar. Dejó atrás la costa y se adentró en las aguas. La fumarola de unos incendios lejanos le impidió la visión momentáneamente. Una ráfaga de viento despejó el humo y Haplo observó una ciudad en llamas y una multitud que huía hacia la playa. A un centenar de pasos de ésta, una embarcación se estaba hundiendo, a juzgar por el número de puntos negros visibles en el agua.

—Terrible, terrible —murmuró Zifnab, mesándose sus ralos cabellos canosos con dedos temblorosos—. Tendrás que volar más bajo. No distingo...

Haplo también quería echar un vistazo con más detenimiento. Tal vez se había equivocado respecto a la situación pacífica de aquel reino. La nave dragón descendió aún más. Muchos de los humanos de la costa notaron la sombra oscura que pasaba sobre ellos y, levantando la cabeza, señalaron su presencia. La multitud se agitó: unos empezaron a huir a la carrera de lo que tomaban por una nueva amenaza, y otros se arremolinaron sin saber hacia dónde ir, conscientes de

que no podían buscar cobijo en ninguna parte.

Maniobrando el timón del *Ala de Dragón*, Haplo realizó otra pasada. Los arqueros elfos de una barcaza situada en mitad del golfo alzaron sus armas y apuntaron sus flechas hacia la nave. El patryn no les prestó atención y descendió aún más para observarlos mejor. Las runas que protegían la nave impedirían que las débiles armas de aquel mundo alcanzaran a sus ocupantes.

— ¡Allí! ¡Allí! ¡Allí! —El viejo hechicero agarró a Haplo, haciendo que casi perdiera el equilibrio. Zifnab señaló una zona de espeso arbolado, no muy lejos de

la orilla donde se amontonaba la multitud. El patryn guió la nave en la dirección indicada.

—No veo nada, anciano.

— ¡Sí! ¡Sí! —Zifnab empezó a dar saltitos de excitación. El perro, notando la agitación, se puso a brincar por la cubierta entre frenéticos ladridos.

— ¡Ahí abajo, en la arboleda! No hay mucho espacio para posarse, pero puedes conseguirlo.

No mucho espacio... Haplo reprimió las palabras que habría querido utilizar para describir la opinión que le merecía el punto de aterrizaje, un minúsculo claro apenas visible entre una maraña de árboles y lianas. Estaba a punto de decirle al hechicero que sería imposible posar la nave cuando una mirada más detenida, a regañadientes, le permitió ver que, si modificaba la magia y cerraba las alas al máximo, tal vez podría completar la maniobra.

— ¿Qué hacemos cuando lleguemos ahí abajo, hechicero?

—Recoger a Paithan, a los dos humanos y al enano.

—Aún no me has explicado qué sucede.

Zifnab volvió la cabeza y observó a Haplo con mirada astuta.

—Tienes que verlo por ti mismo, muchacho. De lo contrario, no lo creerías.

Al menos, eso fue lo que a Haplo le pareció entender. Con los ladridos del perro, no estuvo seguro. De lo que no había duda era de que se disponía a posar la nave en mitad de una cruenta batalla. Mientras descendía, advirtió la presencia del reducido grupo en el claro y vio sus rostros vueltos hacia lo alto.

— ¡Agárrate! —gritó al perro... y al anciano, suponiendo que éste lo estuviera escuchando—. ¡Esto va a ser peligroso!

El casco de la nave se abrió paso entre las copas de los árboles. Las ramas cedieron bajo la quilla, se rompieron con un crujido y cayeron de los troncos. La visión de la claraboya quedó tapada por una masa de vegetación y la nave cabeceó y se inclinó hacia adelante. Zifnab perdió el equilibrio y terminó contra el cristal, sentado y con las piernas abiertas. Haplo se agarró a la piedra de gobierno para no caerse. El perro abrió las patas, buscando un punto de apoyo en la escorada cubierta.

Con un chasquido chirriante, la nave terminó de atravesar las copas y bajó en picado hacia el claro. Mientras pugnaba por recuperar el gobierno de la nave, Haplo vio por un instante a los mensch a los que se disponían a rescatar. Estaban acurrucados en un rincón del claro, junto a la espesura, con visibles muestras de no saber si su aparición significaba una posible salvación o más problemas.

— ¡Ve a buscarlos, hechicero! —Gritó Haplo al anciano—. ¡Perro, quieto!

El animal ya se disponía a correr alegremente tras Zifnab, que se había

despegado de la claraboya y avanzaba tambaleándose hacia la escalerilla que conducía a la cubierta superior. Al oír la orden, el perro obedeció echándose de nuevo y meneó el rabo, mirando a su amo con gran expectación. Haplo se maldijo en silencio por haberse metido en aquella desquiciada situación. Para pilotar la nave tendría que seguir con las manos desnudas y se preguntó cómo iba a explicar los signos mágicos tatuados en su piel. En aquel preciso instante, un golpe inesperado contra el casco hizo vibrar toda la nave.

El patryn estuvo a punto de perder el equilibrio.

— ¡No! —Murmuró para sí—. ¡No puede ser!

—

El patryn contuvo la respiración, se quedó completamente quieto y esperó, con todos los sentidos alerta. El golpe se repitió, más fuerte y contundente. El casco tembló y las vibraciones taladraron la magia, la madera y al propio Haplo. La protección de las runas se estaba desmoronando.

Haplo se encogió sobre sí mismo y se concentró, mientras su cuerpo reaccionaba instintivamente a un peligro que la mente le decía imposible. Desde la cubierta superior le llegó el sonido de unas pisadas y la voz chillona del anciano gritando algo.

Un nuevo golpe sacudió la nave. Haplo oyó que el hechicero pedía socorro, pero no hizo caso de las súplicas. El patryn tenía todos sus sentidos aguzados al máximo. La magia de las runas estaba siendo desbaratada lenta pero imparablemente. Los golpes aún no habían hecho mella en la embarcación, pero ya habían debilitado su magia protectora. Al próximo golpe, o al siguiente, acabarían por traspasar la barrera y producir daños.

Sólo había una magia lo bastante poderosa como para oponerse a la suya, y era la magia rúnica de los sartán.

¡Era una trampa! ¡El anciano le había tendido un cebo y él había sido lo bastante estúpido para volar directo hacia la red!

Otro impacto, y la nave dio un bandazo. Haplo creyó oír un crujido en las cuadernas. El perro enseñó los dientes, con el pelo del cuello erizado.

—Quietos —dijo el patryn, acariciándole la cabeza y obligándolo a seguir tumbado mediante la presión de la mano—. Esto es cosa mía.

Hacía mucho tiempo que quería enfrentarse a un sartán, combatir con él y matarlo. Corrió a la cubierta superior, donde el anciano estaba incorporándose del suelo. Haplo se disponía a saltar sobre él cuando lo detuvo la expresión de absoluto espanto de su rostro. Zifnab lanzaba unos alaridos frenéticos, señalando algo a la espalda de Haplo, por encima de su cabeza.

— ¡Detrás de ti!

— ¡Oh, no! No voy a caer en un truco tan viejo...

Un nuevo golpe lo hizo caer de rodillas. La sacudida había venido de atrás. Se incorporó y volvió la cabeza.

Un ser cuya altura era cinco o seis veces la estatura de un humano descargaba lo que parecía el tronco de un árbol pequeño contra el casco de la nave dragón. Varias criaturas más observaban la escena en las proximidades. Otras no prestaban la menor atención al ataque y avanzaban resueltamente hacia el pequeño grupo acurrucado en un rincón del claro.

Varios tabloncillos del casco ya se habían desfondado y las runas de protección

estaban rotas, borradas, inútiles.

Haplo trazó unos símbolos mágicos en el aire, los vio multiplicarse a la velocidad de la luz y salir lanzados hacia su objetivo. Una bola de llamas azules estalló en el pequeño tronco, arrancándolo de las manos de la criatura. El patryn no quería matarla. Todavía no. Hasta que averiguara qué eran aquellos seres. De una cosa estaba seguro: no eran sartán. Sin embargo, utilizaban la magia de éstos.

— ¡Buen disparo! —Gritó el anciano—. Espera aquí. Iré en busca de nuestros amigos.

Haplo no se volvió a mirar, pero escuchó unas pisadas que se alejaban. Al parecer, el hechicero se proponía ir al rescate del elfo y de sus atrapados

—

acompañantes y conducirlos a bordo. Haplo le deseó suerte, imaginando a otras criaturas de aquéllas cerniéndose a su alrededor, pero él no podía ayudarlo, pues tenía sus propios problemas.

La criatura gigantesca se miró con perplejidad las manos vacías, como si intentara descifrar qué había sucedido, y volvió lentamente la cabeza hacia el responsable. Carecía de ojos, pero Haplo tuvo la certeza de que lo estaba observando, de que tal vez lo veía mejor incluso que él a aquel extraño ser. El patryn percibió unas ondas sensoras que emanaban de la criatura y lo tocaban, lo olían, lo analizaban. Ahora, el ser no utilizaba magia alguna, sino que se fiaba de sus propios sentidos, por extraños que éstos fueran.

Haplo se puso en tensión, esperando el ataque y dibujando mentalmente la trama de runas con la que se proponía atrapar a la criatura y dejarla paralizada para someterla a interrogatorio.

¿Dónde está la ciudadela? ¿Qué debemos hacer?

La voz sorprendió a Haplo, pues sonó en su cabeza, no en sus oídos. No resultaba amenazadora, sino más bien llena de frustración, de desesperación, de ansiedad casi nostálgica. Al captar las mudas preguntas de su compañera, otras criaturas gigantes del claro cesaron en su persecución y se volvieron hacia ella. —Háblame de la ciudadela —dijo Haplo con cautela, alzando las manos en gesto apaciguador—. Tal vez así pueda...

Una luz lo cegó; un trueno lo golpeó, derribándolo al suelo. Boca abajo en la cubierta, confuso y aturdido, Haplo luchó por conservar la conciencia y trató de analizar y entender lo sucedido.

El hechizo de la criatura había sido muy tosco, una sencilla configuración elemental que invocaba fuerzas presentes en la naturaleza. Cualquier niño podría haberlo elaborado, y cualquier niño habría sido capaz de protegerse contra él. Haplo ni siquiera lo había visto llegar. Era como si el niño hubiese lanzado el encantamiento con la fuerza de setecientos. Su magia lo había salvado de la muerte, pero el escudo protector se había resquebrajado. Estaba herido, vulnerable.

Haplo aumentó sus defensas. Los signos mágicos de su piel empezaron a emitir el resplandor azul y rojo, creando una luz fantasmagórica que brillaba a través de sus ropas. Vagamente, se dio cuenta de que la criatura había recuperado el tronco de árbol que le servía de maza y lo volvía a levantar, disponiéndose a descargarlo sobre él. Se incorporó a duras penas y envió su conjuro. Las runas

envolvieron el garrote y lo desintegraron en las manos del extraño gigante.

El patryn oyó a su espalda unos gritos, unas pisadas apresuradas y unos jadeos. Aprovechando que él desviaba la atención de las criaturas, el hechicero debía de haber tenido tiempo de rescatar al elfo y a sus compañeros. Haplo notó (más que verlo u oírlo) que uno de ellos se le acercaba con sigilo.

—Te ayudaré... —se ofreció una voz, hablando en elfo.

— ¡Vete abajo! —replicó el patryn, enfurecido porque la interrupción dio al traste con todo un entramado de runas. No alcanzó a ver si el elfo lo obedecía o no, ni le importó si lo hacía.

Estaba concentrado en la criatura, analizándola. Había dejado de utilizar la magia y recurría de nuevo a la fuerza bruta. Haplo llegó a la conclusión de que era un ser lerdo, con muy pocas luces. Sus reacciones anteriores habían sido instintivas, animales, irreflexivas.

—

Tal vez era incapaz de controlar conscientemente la magia...

La ráfaga de viento se abatió sobre él con la fuerza de un huracán. Haplo luchó contra el encantamiento creando unas tupidas y complejas estructuras de runas que lo envolvieran y protegieran.

Fue como si construyera una muralla de plumas. La fuerza bruta de aquella magia tosca se filtraba por las minúsculas rendijas de las siglas y las hacía trizas. El viento lo derribó sobre la cubierta. A su alrededor volaron hojas y ramas y algo le golpeó en el rostro, dejándolo casi sin sentido. Luchó contra el dolor, agarrado con ambas manos a la barandilla y zarandeado por las rachas de viento. Se encontraba impotente ante aquella magia; no podía razonar con la criatura, ni hablar con ella. Su resistencia se desvanecía por momentos y el viento seguía aumentando de intensidad.

Un siniestro refrán patryn decía que en el Laberinto sólo había dos tipos de gente, los rápidos y los muertos, y aconsejaba: «Cuando estés en desventaja, echa a correr».

Decididamente, era el momento de escapar de allí.

Consiguió volver la cabeza y mirar tras él. Cada movimiento le costaba un esfuerzo supremo para vencer la fuerza del viento. Observó la escotilla abierta y vio al elfo agachado, esperando, con la cabeza asomada al exterior. No se le movía un sólo cabello de la cabeza. Toda la fuerza de la magia estaba concentrada sólo en Haplo.

Aquello no podía durar mucho más, se dijo el patryn.

Se soltó del pasamanos y el viento lo arrastró por la cubierta hacia la escotilla. Con un movimiento desesperado, logró asirse al dintel de la escotilla mientras pasaba junto a ella y trató de resistir. El elfo lo agarró por las muñecas y probó a tirar de él. El viento redobló su fuerza. Cegador, como un millar de agujijones, ululaba y los zarandeaba como un ser vivo que viera su presa a punto de escapar.

De pronto, Haplo notó que las manos aflojaban la presión y se soltaban. El elfo desapareció.

No iba a resistir mucho más. Maldiciendo para sí, concentró todas sus fuerzas, toda su magia, en seguir agarrado. Abajo, el perro lanzaba ladridos frenéticos. Y, entonces, otras manos lo asieron por las muñecas. No eran las

manos largas y finas de un elfo, sino las recias y firmes de un humano. Haplo observó un rostro humano, ceñudo y resuelto, enrojecido por el esfuerzo que estaba desarrollando. Unos signos mágicos rojos y azules, surgidos de las runas de las manos y los brazos del patryn, se enroscaron en torno a los antebrazos del humano, proporcionándoles la fuerza de Haplo. Los músculos se hincharon, se tensaron, tiraron enérgicamente, y el patryn se encontró volando escotilla abajo con la cabeza por delante.

Fue a caer pesadamente encima del humano y oyó cómo éste se quedaba sin respiración, con un jadeo y un gemido de dolor.

Haplo se incorporó y reaccionó moviéndose de inmediato, sin prestar oídos a la parte de su mente que intentaba llamarle la atención sobre sus propias lesiones. No se volvió ni a mirar al humano que acababa de salvarle la vida. Apartó con un gesto brusco al anciano que le murmuraba algo al oído. La nave se estremeció y el patryn oyó crujir las cuaderñas. Las criaturas estaban descargando su rabia

contra el casco, o tal vez se proponían hacer saltar aquella cáscara que protegía las frágiles vidas refugiadas en su interior.

El único objeto que concentraba la atención de Haplo era la piedra de gobierno. Todo lo demás desapareció, engullido por la niebla negra que se formaba lentamente a su alrededor. Sacudiendo la cabeza para despejarse, hincó las rodillas ante la piedra, colocó las manos sobre ella y extrajo del fondo de su ser las fuerzas necesarias para activarla.

Notó que la nave daba un nuevo bandazo. Sin embargo, esta vez, la sacudida fue distinta a las que le estaban infligiendo las criaturas. El *Ala de Dragón* se alzaba lentamente del suelo.

Haplo notó los párpados casi completamente pegados con una sustancia gomosa; probablemente, era su propia sangre. Entreabrió los ojos cuanto pudo, esforzándose por ver algo por la claraboya. Las criaturas estaban reaccionando como había previsto. Sorprendidas, desconcertadas por la brusca ascensión de la nave, se habían apartado de ella.

Pero no estaban asustadas. No huían, presas del pánico. Haplo notó de nuevo sus ondas sensoras tanteando el aire, olfateando, escuchando, viendo sin ojos. El patryn luchó contra la niebla negra y concentró sus energías en mantener la nave en el aire, cada vez más arriba.

Vio que uno de los extraños seres alzaba el brazo y una mano gigantesca se cerraba en el aire, atrapando una de las alas. La nave se inclinó, arrojando a la cubierta a todos sus ocupantes.

Haplo siguió agarrado a la piedra, concentrando su magia. Las runas emitieron unos destellos azules y la criatura retiró rápidamente la mano. La nave ganó altura. Entre sus pestañas pegadas, Haplo vio las copas de los árboles y el cielo verdeazulado envuelto en bruma. Luego, todo quedó cubierto por una densa niebla negra, teñida de dolor...

CAPÍTULO

EN ALGÚN LUGAR DE EQUILAN

— ¿Qué...? ¿Qué es ese hombre? —preguntó Rega, mirando al patryn que yacía inconsciente en la cubierta. Era evidente que el individuo estaba herido de gravedad: tenía la piel quemada y ennegrecida y le rezumaba sangre de un corte en la cabeza. Sin embargo, la mujer se mantuvo a distancia, temiendo aventurarse demasiado cerca—. ¡Su..., su cuerpo despedía luz! ¡Lo he visto!

—Sé que has pasado por un trance muy difícil, querida... —Zifnab la miró con aire de profunda preocupación.

— ¡Es verdad! ¡Tenía la piel luminosa! ¡Roja y azul!

—Sí, has tenido un día muy duro —insistió Zifnab, dándole unas afectuosas palmaditas en el brazo.

—Yo también lo he visto —intervino Roland, frotándose el plexo solar con una mueca de dolor—. Más aún: ya estaba a punto de soltarlo, mis brazos y manos ya no resistían más y... entonces, esas marcas que tiene en la piel se han encendido como una antorcha. Al momento, mis manos se han iluminado también y han recobrado la fuerza suficiente para arrastrarlo al interior de la escotilla.

—Es la tensión —apuntó el anciano—. Le juega malas pasadas a la mente. Una respiración adecuada, ésa es la clave. Todos a la vez, seguidme. Inspirar aire bueno, espirar aire malo; inspirar aire bueno...

—Lo vi ahí fuera, de pie en la cubierta, enfrentándose a esos gigantes —murmuró Paithan, asombrado—. ¡Todo su cuerpo irradiaba luz! ¡Él es nuestro salvador! ¡Es Orn, el hijo de la Madre Peytin, llegado para conducirnos a lugar seguro!

— ¡Eso es! —Exclamó Zifnab, secándose el sudor de la frente con la barba—. Orn viene en nombre de su Madre...

— ¡No! —Protestó Roland, gesticulante—. ¡Mirad! Es un humano. El hijo de esa Madre como se llame debería ser un elfo, ¿no? ¡Esperad! ¡Ya sé! ¡Es uno de los Señores de Thillia, que vuelve a nosotros como predijo la leyenda!

—

— ¡Sí, claro! —Se apresuró a asentir el viejo hechicero—. No sé cómo no lo he reconocido antes. Es la verdadera imagen de su padre...

Rega se mostró escéptica.

—Sea quien sea, está en bastantes malas condiciones. —Se acercó a él con cautela y alargó la mano para tocarle la frente—. Me parece que está agonizando... ¡Oh!

El perro se colocó entre ella y su amo con una mirada que los abarcaba a todos y decía claramente: *Agradecemos las buenas intenciones, pero mantened las distancias.*

—Vamos, vamos, sé buen chico —dijo Rega, acercándose un poco más. El perro gruñó y enseñó sus afilados dientes. La cola despeinada empezó a agitarse lentamente de un lado a otro.

—Déjalo en paz, hermana.

—Creo que tienes razón.

Rega retrocedió hasta llegar a la altura de su hermano.

Agachado en las sombras, olvidado por todos, Drugar guardó silencio, como si no se hubiera dado cuenta siquiera de la conversación. Toda su atención estaba

concentrada en las marcas de los brazos y del revés de las manos de Haplo. Tras asegurarse de que nadie lo miraba, extrajo lentamente de debajo de la túnica un medallón que llevaba colgado al cuello. Sosteniéndolo a la luz, comparó la runa grabada en la obsidiana con los signos mágicos tatuados en la piel del humano. El enano frunció el entrecejo con desconcierto, entrecerró los ojos y apretó los labios. Rega se volvió ligeramente y Drugar ocultó el medallón bajo la barba y la camisa.

— ¿Qué opinas tú, Barbanegra? —preguntó la mujer.

—Me llamo Drugar. Y opino que no me gusta estar aquí arriba, flotando en el aire sobre este monstruo alado —declaró el enano. Hizo un gesto hacia la claraboya. La orilla vars del golfo se deslizaba bajo ellos. Los titanes habían alcanzado a los humanos en la ribera y a lo largo de la playa, abarrotada de cientos de ellos, desesperados, las aguas del golfo empezaban a teñirse de rojo. Roland contempló la escena y musitó con aire siniestro:

—Prefiero estar aquí arriba que ahí abajo, enano.

Paithan apartó los ojos del dios para asomarse a la claraboya. La matanza se desarrollaba rápidamente. Algunos de los titanes habían dejado el asunto a sus compañeros e intentaban vadear las profundas aguas del golfo, con las cabezas desprovistas de ojos vueltas en dirección a la orilla opuesta.

—Tengo que regresar a Equilan —declaró Paithan al tiempo que sacaba su eterilito y lo estudiaba con gran atención—. No queda mucho tiempo y creo que estamos demasiado al norint...

—No te preocupes. —Zifnab se subió las mangas de la túnica y se frotó las manos con entusiasmo—. Yo me hago cargo. Estoy altamente cualificado. He volado mucho. Más de cuarenta horas en el aire. Primera clase, por supuesto. En un DC. Cada vez que la azafata abría la cortina, tenía una espléndida panorámica del panel de instrumentos. Veamos... —El hechicero dio un paso hacia la piedra de gobierno de la nave, con las manos extendidas—. Alerones arriba. Morro abajo. Y ahora...

— ¡No toques eso, anciano!

—

Zifnab dio un respingo, retiró las manos y trató de adoptar un aire de inocencia.

—Yo sólo...

— ¡Ni con la yema del meñique! A menos que te guste la idea de ver cómo tu carne se derrite y se desprende de los huesos.

El anciano lanzó una mirada furiosa a la piedra, con las cejas erizadas.

— ¡No deberías dejar una cosa tan peligrosa al alcance de cualquiera! ¡Alguien podría resultar lastimado!

—Alguien ha estado a punto de resultarlo —replicó Haplo—. No vuelvas a intentarlo, anciano. La piedra tiene una protección mágica y soy el único que puede usarla.

Aún conmocionado, Haplo se incorporó hasta quedar sentado, sofocando un gemido. El perro le dio unos lametazos en el rostro y el patryn pasó el brazo en torno al cuerpo del animal para apoyarse, ocultando su debilidad. La urgencia había remitido y ahora necesitaba curarse las heridas; no era una tarea difícil para su magia, pero prefería llevarla a cabo sin público.

Luchando contra el mareo y el dolor, hundió el rostro en el flanco del perro y notó el calor del cuerpo del animal bajo sus manos. ¿Qué importaba si lo veían? Ya se había descubierto, ya había exhibido y empleado la magia de las runas, la de los patryn, que no habían visto en su mundo durante incontables generaciones. Aquellos pueblos mensch tal vez no sabrían reconocerla, pero un sartán, sí. Un sartán... como el anciano...

—Vamos, vamos. Todos te estamos muy agradecidos por rescatarnos y lamentamos muchísimo tus sufrimientos, pero no tenemos tiempo para contemplar cómo te revuelcas en ellos. Cúrate y volvamos a poner la nave en el rumbo debido lo antes posible —dijo Zifnab.

Haplo alzó la vista hacia el hechicero, con los ojos entrecerrados.

— ¡Al fin y al cabo, eres un dios! —insistió Zifnab, guiñándole el ojo repetidamente.

¿Un dios? Qué diablos, ¿por qué no? Haplo estaba demasiado cansado, demasiado débil para preocuparse de adonde le llevaría aquella deificación.

—Buen chico. —Dio unas palmaditas al perro y lo hizo apartarse. El animal miró a su alrededor con preocupación y emitió un gruñido—. Todo va bien. El patryn levantó la mano izquierda y la colocó, con las runas boca abajo, sobre la diestra. Cerró los ojos, se relajó y dejó que su mente fluyera por los canales de la renovación, el renacimiento y el descanso.

El círculo estaba formado. Notó que los signos mágicos del revés de las manos se volvían cálidos al tacto y brillaban mientras realizaban su trabajo, curando y aliviando. El resplandor se esparcía por todo su cuerpo, reponiendo la piel dañada por otra intacta. Un murmullo de voces le indicó que la escena no había pasado inadvertida a los presentes.

— ¡Thillia bendita, mirad eso!

En aquel momento, Haplo no podía pensar en los mensch, no podía ocuparse de ellos. No se atrevía a romper su concentración.

—Muy bien hecho —graznó Zifnab, lanzándole una mirada radiante, como si el patryn fuera una obra de arte que él, el hechicero, hubiera conjurado—. Se le podría dar un retoque más a esa nariz...

—

Haplo se llevó las manos al rostro y lo palpó con los dedos. Tenía la nariz rota y un corte en la frente, goteándole sobre el párpado. También parecía fracturado uno de los pómulos. De momento, tendría que hacer unas reparaciones superficiales. Para conseguir una cura más completa, tendría que sumirse en un sueño curativo.

—Si es un dios —preguntó de pronto Drugar, que era la segunda vez que abría la boca desde el rescate—, ¿cómo es que no ha podido detener a los titanes? ¿Por qué ha huido?

—Porque esas criaturas son engendros del mal —respondió Paithan—. Y todos sabemos que la Madre Peytin y sus hijos se han pasado la eternidad combatiendo al mal.

Lo cual le ponía en el bando del bien, se dijo Haplo con cansada ironía.

—Pero luchó con ellos sin ayuda, ¿no es cierto? —Prosiguió el elfo—. Los mantuvo a raya para que pudiéramos escapar y ahora utiliza el poder del viento para llevarnos a lugar seguro. Ha venido a salvar a mi pueblo...

— ¿Y por qué no al mío? —quiso saber Drugar, ceñudo—. ¿Por qué no ha salvado a mi pueblo?

—Y al nuestro —intervino Rega con un temblor en los labios—. Ha dejado que todo nuestro pueblo muera...

—Todo el mundo sabe que los elfos son la raza escogida... —soltó Roland, lanzando una agria mirada a Paithan. Éste se sonrojó; un leve rubor bañó sus delicados pómulos.

— ¡No me refería a eso! ¡Es sólo que...!

— ¡Eh! ¡Callad todos un momento...! —ordenó Haplo. Una vez aliviado el dolor, volvía a pensar con claridad y decidió que iba a tener que ser sincero con aquellos mensch, no porque fuera un gran partidario de la sinceridad, sino porque mentir parecía llevarlo a un montón de problemas—. El viejo se equivoca. No soy ningún dios.

El elfo y los humanos se pusieron a balbucear a la vez y el enano frunció aún más el entrecejo. Haplo levantó una de sus manos tatuadas, pidiendo silencio.

—No importa quién soy, ni lo que soy. Esos trucos que habéis visto son un tipo de magia. Una magia diferente a la de vuestros hechiceros, pero magia al fin y al cabo.

Se encogió de hombros y dio un respingo. Le dolía la cabeza. Le pareció que aquellos mensch no sabrían deducir, por lo que acababa de contarles, que estaban ante su enemigo. Ante su antiguo enemigo. Si aquel mundo se parecía en algo a Aria-no, sus pobladores habrían olvidado todo lo referente a los oscuros semidioses que una vez habían pretendido dominarlos. Pero, ¡ay de ellos si lo averiguaban y llegaban a darse cuenta de quién era él en realidad! Haplo estaba demasiado magullado y cansado para andarse con remilgos. No le sería difícil librarse de ellos antes de que causaran más perjuicios. Y, de momento, necesitaba respuestas a una serie de interrogantes.

— ¿Qué rumbo? —preguntó. No era aquella la pregunta más importante, pero los mantendría ocupados a todos.

El elfo levantó un artilugio, lo manipuló con gestos nerviosos y señaló en una dirección. Haplo puso la nave en el rumbo indicado. Habían dejado muy atrás el golfo de Kithni y la escabechina de su ribera. La nave dragón sobrevolaba los

—

árboles, y su sombra se deslizaba sobre el tapiz de mil tonos de verde como un oscuro reflejo de la nave real.

Los humanos y el elfo permanecieron en pie, muy juntos, acurrucados en el mismo rincón y mirando con arrebatada fascinación por la claraboya. De vez en cuando, alguno de ellos dirigía una mirada penetrante hacia Haplo. Sin embargo, éste advirtió que, en ocasiones, también se miraban entre ellos con idéntica suspicacia. Ninguno de los tres se había movido desde que subieran a bordo, ni siquiera mientras discutían, sino que se mantenían tensos, rígidos. Probablemente temían que el menor movimiento dejara la nave fuera de control y la lanzara contra las copas de los árboles. Haplo podría haberlos tranquilizado, pero no lo hizo. Prefería tenerlos allí paralizados, pegados a la cubierta, donde pudiera vigilarlos. El enano continuó agachado en su rincón. Tampoco él se había movido. En cambio, mantenía su sombría mirada fija en Haplo, sin volverla en ningún momento hacia la claraboya. Sabedor de que los enanos preferían estar bajo tierra

siempre que fuera posible, el patryn comprendió que surcar los aires de aquel modo debía de ser una experiencia traumática para Drugar. Con todo, no advirtió temor o inquietud en su expresión. Lo que encontró en ella, extrañamente, fue una gran confusión y una rabia amarga y contenida. Una rabia que, al parecer, iba dirigida contra él.

Alargó la mano como si fuera a acariciar las orejas sedosas del perro y obligó a éste a volver la cabeza, dirigiendo su inteligente mirada hacia el enano.

—Vigíalo —ordenó Haplo en un susurro. El perro levantó las orejas y movió lentamente el rabo a un lado y a otro. Instalándose a los pies de su amo, el animal apoyó la cabeza sobre las patas delanteras, muy atento, con la vista fija en Drugar. Quedaba el anciano. Un ronquido le indicó a Haplo que no debía preocuparse por Zifnab, de momento. El hechicero estaba tendido boca arriba en la cubierta, con las manos cruzadas sobre el pecho y el rostro cubierto con el sombrero hecho trizas, profundamente dormido. Aunque estuviera fingiendo, sabía que no iba a intentar nada. El patryn meneó su dolorida cabeza.

—Esos seres... ¿Cómo los habéis llamado? ¿Titanes? ¿Qué son? ¿De dónde proceden?

—Ojalá lo supiéramos —respondió Paithan.

—¿No lo sabes? —Haplo miró al elfo con suspicacia, convencido de que mentía. Después, volvió la vista hacia los humanos—. ¿Vosotros tampoco? Los dos movieron la cabeza en gesto de negativa. El patryn buscó con la mirada a Drugar, pero el enano no estaba dispuesto a decir nada.

—Lo único que sabemos —dijo Roland, optando por hablar tras el codazo en las costillas que le propinó su hermana— es que han llegado del norint. Oímos rumores de que habían destruido el imperio Kasnar, y ahora les damos crédito.

—Han barrido a los enanos —añadió Paithan— y... bien... ya has visto lo que han hecho con el reino de Thillia. Y ahora se mueven hacia Equilan.

— ¡No puedo creer que hayan salido de la nada! —Haplo insistió en su escepticismo—. ¡Seguro que habíais oído hablar de ellos alguna vez!

Rega y Roland se miraron y la mujer se encogió de hombros.

—Había algunas viejas leyendas... —dijo—. Cuentos de comadres, de esos que se cuentan por la noche en torno al fuego, cuando todos compiten por explicar la historia más espeluznante. Había una sobre una niña...

—Cuéntamela —la instó Haplo.

—

Rega, pálida, dijo que no con la cabeza y apartó el rostro.

— ¿Por qué no la dejas en paz? —exclamó Roland con aspereza.

Haplo se volvió hacia Paithan y le preguntó:

— ¿Qué profundidad tiene el golfo? ¿Cuánto tardarán en cruzarlo?

Paithan se pasó la lengua por los labios reseca y exhaló un jadeo entrecortado.

—El golfo es muy profundo, pero podrían rodearlo. Y hemos oído que vienen también por otras partes, por el est.

—Será mejor que me lo contéis todo, creo. Siempre se ha dicho que las viejas comadres guardan la sabiduría de las anteriores generaciones.

—Está bien —dijo Roland con voz resignada—. La leyenda dice que una vieja aya se quedó a cargo de los hijos del rey mientras éste y la reina estaban ausentes,

dedicados a los asuntos propios de la realeza. Los pequeños, por supuesto, eran unos niños traviesos y malcriados; muy pronto, consiguieron dejar al aya atada a una silla y se dedicaron a poner el castillo patas arriba.

»A cabo de un rato, sin embargo, les entró hambre. La vieja aya les prometió prepararles unas galletas si la desataban. Así lo hicieron y la mujer fue a la cocina a hornear las galletas, a las que dio forma humana. La vieja era en realidad una poderosa hechicera y, cuando las tuvo hechas, cogió una de las galletas en forma de hombre y le insufló vida. La galleta creció y creció hasta hacerse mayor que el propio castillo. Entonces, el aya ordenó al gigante que vigilara a los niños mientras ella echaba la siesta. Llamó al gigante titán y...

—Ese término, *titán* —lo interrumpió Paithan—. No es una palabra élfica, ni tampoco humana. ¿Será enana? —inquirió, volviéndose hacia Drugar. El enano movió la cabeza negativamente.

—Entonces, ¿de dónde procede? —Continuó el elfo—. Si supiéramos su sentido original y su procedencia, tal vez nos daría alguna pista.

Era un dardo disparado al azar, pero podía ir a clavarse demasiado cerca del blanco. Haplo conocía la palabra, y su origen. Era un vocablo de su propio idioma, el mismo que hablaban los sartán. Procedía del mundo antiguo y se refería en un principio a los antiguos forjadores de ese mundo. Con el paso del tiempo, el sentido del término se había ampliado hasta convertirse en un sinónimo de gigante. Sin embargo, aquello sugería una idea muy inquietante. Los únicos que podían haber llamado titanes a aquellos monstruos eran los sartán... y ello abría todo un abanico de posibilidades.

—No es más que una palabra —respondió a Paithan—. Continúa con el relato, humano.

—Al principio, los niños tenían miedo del titán, pero pronto descubrieron que era dócil, amable y cariñoso. Entonces empezaron a burlarse de él. Le enseñaron las galletitas con forma humana, las decapitaron a mordiscos y amenazaron al gigante con hacerle lo mismo. El titán terminó tan enfadado que huyó del castillo y...

—Roland hizo una pausa y frunció el entrecejo, pensativo—. Qué extraño. No me había dado cuenta de este detalle: en la leyenda, el titán se extravía y va preguntando a la gente con la que se encuentra...

—«... ¿Dónde está el castillo?» —completó la frase Paithan.

—«... ¿Dónde está la ciudadela?» —lo corrigió Haplo.

Paithan asintió, excitado:

—« ¿Dónde está la ciudadela? ¿Qué debemos hacer?»

—

—Sí, eso es lo que preguntaba ese monstruo. ¿Cuál es la respuesta? ¿Dónde está la ciudadela?

— ¿Qué es una ciudadela? —Replicó Paithan, gesticulando como un loco—. ¡Nadie sabe con seguridad qué significa esa palabra!

—Si alguien tuviera la respuesta a sus preguntas, sería un verdadero salvador

—declaró Rega con voz grave y los puños apretados—. ¡Sí, al menos, supiéramos qué buscan!

—Corren rumores de que los hombres y mujeres más sabios de Thillia se pasaban los días y las noches estudiando los libros antiguos, buscando desesperadamente una pista.

—Tal vez deberían haber preguntado a las viejas comadres —apuntó Paithan. Haplo se frotó las manos con gesto ausente sobre la piedra de gobierno cubierta de runas. Ciudadela significaba «pequeña ciudad». Era otra palabra en el idioma de los Patryn y de los sartán. Ante él, el camino se abría, liso y despejado, en una dirección. Titanes: una palabra sartán para llamar a unos seres que utilizaban la magia sartán y preguntaban por las ciudadelas sartán. Y, en aquel punto, el camino lo conducía de cabeza a un muro de piedra.

Los sartán no habrían creado o adoptado nunca a unos seres tan malévolos y brutales. No los habrían dotado jamás de facultades mágicas... a menos, tal vez, que tuvieran la seguridad de poder controlarlos. Aquellos titanes desmandados, presas de aquella furia asesina... ¿eran tal vez una clara indicación de que los sartán habían desaparecido de aquel mundo como lo habían hecho (con una excepción) de Ariano?

Haplo observó al hechicero. Zifnab dormía con la boca abierta y el sombrero se le deslizaba lentamente más abajo de la nariz. Un ronquido más potente que el resto hizo que el viejo aspirara el ajado fieltro, casi sofocándose. Entre toses y carraspeos, se incorporó de golpe y miró a su alrededor con aire suspicaz.

— ¿Quién ha sido?

Haplo apartó la vista y empezó a reconsiderar el asunto. Hasta aquel momento, el patryn sólo había conocido a un sartán, el torpe hombrecillo de Ariano que se hacía llamar Alfred Montbank. Y, aunque no se había dado cuenta de ello en aquel instante, más adelante había alcanzado a comprender que había sentido cierta afinidad con Alfred. Aunque mortales enemigos, los dos eran extraños para el resto del mundo..., pero no lo eran entre sí.

Aquel viejo hechicero era un extraño. Para ser más preciso, *era* extraño.

Probablemente, no era más que un chiflado, otro de aquellos profetas desquiciados e iluminados. Había desbaratado la magia de Haplo, pero era sabido que los locos hacían muchas cosas insólitas e inexplicables.

— ¿Cómo terminaba la leyenda? —se le ocurrió preguntar mientras guiaba la nave en busca de un punto donde posarla.

—El titán encontraba el castillo, regresaba y se zampaba las cabezas de los niños —explicó Roland.

— ¿Sabéis? —Intervino Rega en un murmullo—. Cuando era pequeña y oía esa historia, siempre sentía lástima del titán. Siempre me pareció que los niños se merecían su horrible destino. Pero ahora... —Sacudió la cabeza y unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Nos acercamos a Equilan —anunció Paithan, adelantándose con cautela para asomarse por la claraboya—. Distingo el lago Enthial. Al menos, creo que es

—

eso que brilla a lo lejos, ¿me equivoco? Vista desde arriba, el agua tiene un aspecto extraño.

—Lo es —respondió Haplo sin interés, con sus pensamientos en otra parte.

—No entendí tu nombre —dijo el elfo—. ¿Cómo te llamas?

—Haplo.

— ¿Qué significa?

El patryn no respondió.

—Soltero —apuntó el hechicero.

Haplo frunció el entrecejo y le lanzó una mirada irritada. ¿Cómo podía saberlo?

—Lo siento —se apresuró a decir Paithan, siempre cortés—. No pretendía ser indiscreto... —Hizo una breve pausa y luego añadió, titubeante—: Yo... hum... es cierto lo que dijo Zifnab... que eras un salvador. Dijo que podías llevarnos a... a las estrellas. Yo no lo creí. No pensé que fuera posible. Ruina, muerte y destrucción. El anciano dijo que los traería conmigo a mi regreso, ¡y así ha sido, que Orn me ampare! —Miró un momento por la claraboya la vegetación a sus pies—. Lo que quiero saber es si... puedes hacerlo. Si lo harás. ¿Podrás salvarnos de... esos monstruos?

—No os podrá salvar a todos —intervino Zifnab con voz apenada mientras retorció entre sus manos el sombrero, destrozándolo definitivamente—. Sólo puede salvar a algunos. Los mejores y los más brillantes.

Cuando Haplo miró a su alrededor, sólo encontró ojos: los ojos almendrados del elfo, los grandes y oscuros de la mujer, los luminosos ojos azules del otro humano, incluso los negros y sombríos del enano. Y los de Zifnab, deliberantes y llenos de astucia.

Todos ellos lo miraban, expectantes y esperanzados.

—Sí, claro —respondió.

¿Por qué no?, se dijo. Cualquier cosa que ayudara a conservar la paz, a mantener a la gente contenta. Contenta e ignorante.

En realidad, Haplo no tenía la menor intención de salvar a nadie, excepto a sí mismo. Pero antes tenía que hacer una cosa. Era preciso que hablara con uno de los titanes.

Y aquellos mensch que lo acompañaban iban a servirle de cebo. Al fin y al cabo, los niños no habían recibido más que su merecido.

—

. Los elfos formaban una sociedad matriarcal; según las leyes élficas, la propiedad de las tierras, residencias y bienes domésticos pasaban de la madre a la hija mayor. Los negocios quedan en manos de los varones. La casa, por tanto, pertenecía a Calandra. Todos los Quindiniar —incluido Lenthán, su padre— vivían allí con su permiso. Sin embargo, los elfos tenían un gran respeto por sus mayores y Calandra solía, por cortesía, referirse a «la casa de mi padre». (N. del a.)

CAPÍTULO

EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES,

EQUILAN

—Bien —dijo Calandra, mirando a Paithan y a Rega, a quienes tenía ante la puerta—, debería haberlo imaginado.

Empezó a cerrar, pero Paithan interpuso el cuerpo impidiendo que lo hiciera y penetró en la casa. Calandra dio un paso atrás, muy erguida y con los puños apretados a la altura de su delgada cintura, y contempló a su hermano con frío desdén.

—Veo que ya has adoptado sus costumbres. ¡Bárbaro! ¡Entrar por la fuerza en mi casa!

—Perdonadme —empezó a decir Zifnab, asomando la cabeza por la puerta—, pero es muy importante que...

— ¡Calandra! —Paithan alargó la mano hacia su hermana mayor y asió sus dedos helados—. ¿No lo entiendes? Ya no importa nada. Se acerca la destrucción,

como dijo el viejo. ¡Yo lo he visto, Cal! —La elfa trató de desasirse. Paithan la retuvo, aumentando la presión de sus manos con la intensidad del miedo—. ¡El reino de los enanos ha sido destruido! ¡El reino de los humanos agoniza, si no ha perecido ya, a estas alturas! Estos tres —lanzó una mirada frenética al enano y a los dos humanos que aguardaban, incómodos y turbados, bajo el porche de la entrada— son tal vez los únicos supervivientes de sus razas respectivas. ¡Miles de ellos han tenido una muerte horrible! ¡Y ahora vienen a buscarnos a nosotros, Cal! —Si me permites añadir a eso que... —Zifnab levantó el índice. Calandra se desasíó las manos y se alisó el delantal de la falda. —Desde luego, hay que ver lo sucio que vienes —murmuró con desdén—. Has dejado la alfombra perdida con tus pisadas. Ve a la cocina a lavarte y deja allí las

—

ropas que llevas. Me encargaré de echarlas al fuego. Encontrarás ropa nueva en tu habitación. Después, baja a cenar. Tus amigos —lanzó una breve mirada burlona al grupo que esperaba en el umbral— pueden dormir en los aposentos de los esclavos. Y eso va también por el viejo. Anoche trasladé sus cosas. Zifnab le dirigió una radiante sonrisa e inclinó la cabeza humildemente. —Gracias por molestarte, querida, pero no era necesario que... — ¡Hum! —La elfa giró en redondo y se encaminó hacia la escalera. — ¡Calandra, maldita sea! —Paithan asió por el codo a su hermana y la obligó a volverse—. ¿No has oído lo que he dicho? — ¡Cómo te atreves a hablarme en ese tono! —Los ojos de Calandra eran más fríos y sombríos que las profundidades de los túneles enanos—. Si quieres vivir en esta casa, tendrás que comportarte civilizadamente. De lo contrario, puedes acompañar a tus compañeros bárbaros y acostarte con los esclavos. —Torció los labios y volvió los ojos hacia Rega antes de añadir—: ¡Pero ya debes de estar acostumbrado a eso! En cuanto a tus alarmantes noticias, la reina está al corriente de la invasión desde hace algún tiempo. Si es cierto el rumor (cosa que dudo, ya que procede de los humanos), nos encontrará preparados. La guardia real está alerta, la guardia de reserva estará preparada por si es necesario y se ha suministrado el armamento más avanzado a los soldados. He de reconocer —añadió de mala gana— que, al menos, todo este disparate ha ido bien para el negocio. —La Bolsa abrió en alza —comentó Zifnab sin dirigirse a nadie en particular—. Después, el índice Dow Jones ha experimentado un progresivo descenso... Paithan abrió la boca, pero no se le ocurrió qué decir. La vuelta a casa era como un sueño, como caer dormido después de haber luchado con una terrible realidad. Hacía apenas el tiempo que tardaban en abrirse unos pocos pétalos, se había enfrentado a una muerte espantosa en las manos asesinas de los titanes. Había experimentado horrores indecibles, había visto escenas espantosas que lo seguirían obsesionando el resto de su vida. Paithan había cambiado, se había desprendido de la capa de indolencia y despreocupación que siempre lo había cubierto. Y lo que había emergido no era tan bello, pero se había hecho más duro, más resistente y —esperaba el elfo— más sabio. Era una metamorfosis a la inversa, una mariposa transformada en oruga. Pero en Equilan, nada había cambiado. ¡La guardia real en alerta! ¡La reserva preparada *por si es necesario*! Paithan no podía creerlo, no podía entenderlo. Había

imaginado que encontraría a su pueblo en pleno desconcierto, corriendo de un lado a otro bajo el sonido de las alarmas. En lugar de ello, todo seguía tranquilo, en calma, pacífico. Sin cambios. *Status quo*.

La paz, la serenidad, el silencio... resultaban horribles. En el interior de Paithan creció un grito. Quería tañir las campanas de madera, quería asir a los elfos por las solapas, sacudirlos y gritarles: «¿Es que no veis? ¿No sabéis qué se nos echa encima? ¡La muerte! ¡Se acerca la muerte!». Pero la muralla de tranquilidad era demasiado gruesa para atravesarla, demasiado alta para saltarla. Lo único que podía hacer era quedarse mirando, balbuciendo incoherencias en un estado de confusión que su hermana tomó por vergüenza.

Poco a poco, se quedó callado y soltó el brazo de Calandra. Su hermana mayor, sin dirigir una mirada más a los presentes, abandonó la estancia con aire altivo.

—

Tenía que avisarles de algún modo, se dijo Paithan, confundido. Tenía que hacerles entender lo que se avecinaba.

— ¡Paithan...!

— ¡Aleatha! —El elfo se volvió, aliviado de encontrar a alguien que atendería a razones. Alargó las manos...

... Y Aleatha le cruzó la cara de un bofetón.

— ¡Thea! —Paithan se llevó la mano a la ardiente mejilla. Su hermana tenía el rostro muy pálido, los ojos febriles y las pupilas dilatadas.

— ¿Cómo te atreves? ¡Cómo te atreves a repetir esas malditas mentiras humanas! —Aleatha señaló a Roland—. ¡Coge a esa sabandija y lárgate! ¡Fuera!

— ¡Ah! ¡Encantado de volver a verte, mi...! —empezó a decir Zifnab.

Roland no entendía una palabra de la conversación, pero el odio con que lo miraban aquellos ojos azules salvaba cualquier barrera de lenguaje. Alzó las manos en gesto de disculpa y murmuró:

—Escucha, elfa, no sé qué estás diciendo, pero...

— ¡He dicho que fuera!

Con los dedos curvados como garras, Aleatha se lanzó sobre Roland y, antes de que éste pudiera detenerla, le hundió las uñas en la cara, dejando cuatro largos surcos sangrantes en su mejilla. El humano, desconcertado, trató de sacarse de encima a la elfa sin hacerle daño, intentando sujetarla por los brazos.

— ¡Paithan, sácamela de encima!

Cogido por sorpresa ante el inesperado acceso de furia de su hermana, el elfo saltó tras ella con retraso. Agarró a Aleatha por la cintura, Rega tiró de sus brazos y, entre los dos, consiguieron alejar de Roland a aquella furia que lanzaba zarpazos y escupitajos.

— ¡No me toques! —chilló Aleatha, revolviéndose inútilmente contra Rega.

—Será mejor que me dejes a mí —jadeó Paithan en humano.

Rega retrocedió hasta llegar junto a su hermano. Roland se tocó con cuidado la mejilla herida y lanzó una torva mirada a la elfa.

— ¡Maldita zorra! —murmuró al ver la sangre en los dedos.

Aleatha no comprendió lo que decía, pero captó perfectamente el tono y se lanzó de nuevo hacia el humano. Paithan se lo impidió, reteniéndola por la fuerza hasta que, de pronto, Aleatha cesó en su furia y se derrumbó en los brazos de su

hermano, jadeando agitadamente.

— ¡Dime que es todo mentira, Paithan! —Murmuró con voz grave, apasionada, mientras apoyaba la cabeza en su pecho—. ¡Dime que no es verdad!

—Ojalá pudiera, Thea —respondió Paithan, abrazándola y acariciándole el cabello—. Pero lo que he visto... ¡Oh, bendita Madre! ¡Lo que he visto, Aleatha! —El elfo rompió en sollozos y estrechó a su hermana entre convulsiones.

Aleatha le puso ambas manos en el rostro, alzó su cabeza y lo miró a los ojos.

Después, levantó las cejas y entreabrió los labios en una ligera sonrisa.

—Voy a casarme. Voy a tener una casa junto al lago. Nada ni nadie me lo impedirá. —Se desasíó de los brazos de su hermano, echó la cabeza hacia atrás y se arregló los rizos de la melena sobre los hombros—. Bienvenido a casa, querido.

Ahora que has vuelto, ¿querrás deshacerte de esa basura?

Aleatha lanzó una sonrisa a Roland y a Rega, se inclinó hacia adelante y besó en la mejilla a su hermano. Había pronunciado las últimas palabras en un burdo humano.

—

Roland llevó una mano al brazo de su hermana.

—Basura, ¿eh? Vamos, Rega. Salgamos de aquí.

Rega lanzó una mirada de súplica a Paithan, que la miró con impotencia. Se sentía como si acabara de despertar y fuera incapaz de moverse.

— ¡Ya ves cómo están las cosas! —exclamó Roland en tono burlón—. ¡Te lo advertí! —Soltó el brazo de su hermana y dio un paso, apartándose de la puerta—. ¿Vienes?

—Discúlpame —intervino Zifnab—, pero debo recordarte que, en realidad, no tienes adonde ir...

— ¡Paithan! ¡Por favor! —suplicó Rega.

Roland bajó con paso enérgico los peldaños que llevaban al suelo de musgo, exclamando por encima del hombro:

— ¡Quédate a calentarle la cama a ese elfo! ¡Puede que te dé un empleo en la cocina!

Paithan enrojeció de cólera y dio un paso hacia Roland.

— ¡Yo quiero a tu hermana! Yo...

El sonido de unos cuernos de caza hendió el aire sereno de la mañana. El elfo volvió la vista hacia el lago Enthial y apretó los labios. Alargó la mano, cogió a Rega y la atrajo hacia sí. El musgo empezó a vibrar y dar sacudidas bajo sus pies. Drugar, que no había dicho nada ni había hecho el menor gesto durante toda la escena, se llevó la mano bajo el cinto.

— ¡Por fin! —Exclamó Zifnab con irritación, asiéndose al pasamanos del porche para mantener el equilibrio—. Si me permitís que termine una frase, me gustaría decir que...

—Señor —tronó la voz del dragón bajo el musgo—, ya están aquí.

Haplo oyó la llamada de alarma de los cuernos. Desde su escondite en la espesura, hizo un gesto al perro.

—Muy bien, ya sabes qué tienes que hacer —le murmuró—. Recuerda, ¡sólo quiero uno!

El perro se internó de inmediato en la jungla, desapareciendo de la vista entre el tupido follaje. Haplo, tenso de expectación y tendido entre los matorrales,

estudió por enésima vez el soto donde se ocultaba. Todo estaba a punto. Sólo le quedaba esperar.

El patryn no había acudido a la casa élfica con el resto de pasajeros de la nave, sino que se había quedado a bordo con la excusa de tener que efectuar unas reparaciones. Cuando se hubieron alejado por la gran planicie de musgo, chamuscada y ennegrecida por los experimentos con cohetes de Lenthán, Haplo había saltado del casco de la nave para recorrer los «huesos» de madera de las alas de dragón.

Recorrer el ala de dragón. Arriesgarlo todo, incluso la vida, por conseguir un objetivo. ¿Dónde había oído aquel dicho? Le parecía recordar que lo había mencionado Hugh, la Mano. ¿O había sido el capitán elfo cuya nave había «incautado»? En cualquier caso, no importaba mucho. Aquel refrán no tenía mucho sentido con la nave varada en suelo firme, cuando la caída desde las alas era de apenas unos palmos y no de miles. Mientras saltaba ágilmente al musgo, Haplo había pensado que, de todos modos, el proverbio resultaba muy oportuno en aquel momento.

—

Recorrer el ala de dragón.

Se encogió en su escondite, repasando mentalmente las runas que iba a emplear, revisándolas una por una como un joyero elfo que buscara imperfecciones en una sarta de perlas. La estructura era perfecta. El primer hechizo atraparía a la criatura. El segundo la retendría y el tercero taladraría lo que el titán tuviera por mente.

El sonido de los cuernos en la lejanía se hizo más urgente y más caótico; de vez en cuando, alguno se rompía en un horrible lamento barboteante. Los elfos debían de estar combatiendo a sus enemigos, y la batalla, a juzgar por el estruendo, se aproximaba a su escondite. Haplo no hizo caso. Si los titanes trataban a los elfos como lo habían hecho con los humanos —y Haplo no tenía ninguna razón para suponer que los primeros salieran mejor parados—, la lucha no duraría mucho más.

Aguzó el oído, atento a otro sonido. Por fin, lo captó: era el ladrido del perro. También el animal se desplazaba en dirección a él. Haplo no oyó nada más y, al principio, se preocupó. Luego recordó el silencio con que los titanes se desplazaban a través de la jungla y comprendió que no oiría el gigante hasta que lo tuviera encima. Se pasó la lengua por los labios resecos y se humedeció la garganta.

El perro apareció en la zona de los matorrales. Venía jadeando frenéticamente, con la lengua fuera y los ojos desorbitados de terror. Al llegar al centro del soto, se dio la vuelta y volvió a lanzar unos furiosos ladridos.

El titán apareció detrás de él. Tal como había previsto Haplo, la extraña criatura se había separado de sus compañeras tras el señuelo del animal. Al penetrar en la arboleda, el gigante se detuvo y olisqueó el aire. La cabeza sin ojos se volvió lentamente. Había olido, oído o «visto» un hombre.

El cuerpo inmenso del titán se alzó sobre Haplo y la cabeza ciega miró directamente hacia el patryn. Cuando dejó de moverse, la figura camuflada de la criatura se confundió casi perfectamente con el resto de la jungla. Haplo parpadeó y casi lo perdió de vista. Por un instante sintió pánico, pero se calmó. No

importaba. Si su plan daba resultado, el titán volvería a moverse. ¡De eso no cabía ninguna duda!

Haplo empezó a pronunciar las runas. Alzó sus manos tatuadas y unos signos mágicos parecieron desprenderse de su piel y danzar en el aire. Lanzando deslumbrantes destellos azules y rojos, las runas se entrelazaron y empezaron a multiplicarse con extraordinaria rapidez.

El titán volvió la cabeza hacia los signos mágicos con desinterés, como si ya hubiera visto todo aquello anteriormente y le provocara un profundo aburrimiento. A continuación, avanzó hacia Haplo repitiendo la misma muda pregunta con su mente.

—Sí, la ciudadela. Que dónde está la ciudadela, ya sé. Lo siento, pero ahora mismo no tengo tiempo de contestar a eso. Hablaremos de ello dentro de un momento —prometió el patryn, retrocediendo.

El entramado de runas estaba completo y a Haplo sólo le quedaba esperar que funcionara. Miró fijamente al titán. Éste seguía acercándose; su súplica lastimera había dado paso, en un abrir y cerrar de ojos, a un tono de violenta frustración. Haplo titubeó, con un nudo en el estómago. A su lado, el perro lanzó un ladrido de terror.

—

El titán se detuvo, volvió la cabeza y abrió la boca babeante. Parecía desconcertado y Haplo respiró de nuevo.

Los signos mágicos, como llamaradas rojas y azules, se habían entrettejido y colgaban del aire como una enorme cortina sobre los árboles de la jungla. El encantamiento abarcaba todo el soto, rodeando al titán. Este se movió a un lado y a otro. Las runas le devolvían su propio reflejo, inundando su cerebro con imágenes y sensaciones de sí mismo.

—No te preocupes, no voy a hacerte daño —dijo Haplo en tono tranquilizador, hablando en su propio idioma, en la lengua que compartían los patryn y los sartán—. Te dejaré ir, pero antes vamos a hablar de la ciudadela. Cuéntame qué es.

El titán se lanzó hacia donde sonaba la voz de Haplo. El patryn se apartó de un ágil salto. La mano del gigante se cerró en el aire. Haplo, que había previsto el ataque, repitió la pregunta en tono paciente.

—Háblame de la ciudadela. ¿Acaso los sartán...?

¡Sartán!

La furia del titán, desatada en toda su fuerza bruta, descargó un golpe terrible sobre la pantalla mágica creada por Haplo. Las runas temblaron y se desmoronaron. La criatura, liberada de la ilusión, volvió la cabeza hacia el patryn. Este pugnó por recuperar el control y reforzó la protección. El titán volvió a perderlo de vista y agitó los brazos, buscando a tientas su presa.

¡Eres un sartán!

—No —replicó Haplo, secándose el sudor de la frente, que le goteaba en los párpados, y rogando tener fuerzas para resistir—. No soy ningún sartán. ¡Soy enemigo de ellos, igual que vosotros!

¡Mientes! ¡Eres un sartán! ¡Tú y los tuyos nos engañasteis! ¡Construisteis la ciudadela y luego nos robasteis los ojos! ¡Nos dejasteis ciegos a esa luz brillante y resplandeciente!

La rabia del titán golpeó a Haplo, debilitándolo con cada nueva acometida. El hechizo no resistiría mucho más. Tenía que escapar enseguida, mientras la enfurecida criatura continuara confundida por su artimaña. Sin embargo, había merecido la pena. Había conseguido algo: *Nos dejasteis ciegos a esa luz brillante y resplandeciente*. Le pareció que empezaba a entender. Brillante y resplandeciente... delante de él... encima de él...

— ¡Perro! —Dio media vuelta para echar a correr y se quedó paralizado. Los árboles habían desaparecido. Delante de él, a los lados, en cualquier dirección que mirara, se vio a sí mismo.

El titán había vuelto contra Haplo su propia magia.

Haplo luchó por dominar el miedo. Estaba atrapado, sin escapatoria. Podía disolver el encantamiento que lo rodeaba pero, si lo hacía, desmontaría también el hechizo que envolvía al titán. Agotado, consumido, no le quedaban fuerzas para tejer otra cortina mágica de protección que fuera capaz de detener al gigante. Se volvió a la derecha y se vio a sí mismo. Miró hacia el otro lado y topó con su propio rostro, pálido y con los ojos desorbitados. A sus pies, el perro corría en círculos, ladrando frenéticamente.

Haplo notó que el titán se movía con torpeza, buscándolo. Tarde o temprano, daría con él y... Algo lo rozó; algo cálido y vivo, tal vez una mano gigantesca...

—

A ciegas, Haplo se arrojó a un lado, apartándose de la furiosa criatura, y topó con un árbol. La fuerza del impacto le cortó la respiración. Buscó aire entre jadeos y, de pronto, se dio cuenta de que volvía a ver los árboles, las lianas... El espejismo mágico se desvanecía. Lo invadió una oleada de alivio, cortada al instante por el miedo.

Aquello significaba que el hechizo estaba perdiendo su efecto. Si él podía ver dónde estaba el titán, lo mismo le sucedía a su enemigo.

El titán se cernió sobre él. Haplo se arrojó al suelo y hundió las manos en el musgo, tratando de abrirse paso escarbando. Oyó al perro detrás de él, tratando valientemente de defender a su amo, y escuchó un agudo aullido lleno de dolor. Un cuerpo peludo y oscuro se estrelló en el musgo junto a él.

Asiendo una rama caída, el patryn se incorporó, tambaleándose.

El titán lo desarmó, alargó la mano y lo agarró del brazo. La mano del gigante era enorme: la palma rodeaba el hueso y el músculo y los dedos los estrujaban. Su enemigo tiró del brazo, descoyuntándolo, y lo arrojó al suelo sin soltarlo. Después, volvió a incorporarlo y apretó aún más fuerte. Haplo luchó contra el dolor, contra la oscuridad que se cerraba sobre él. Otro tirón y le arrancaría el brazo.

«Discúlpame, señor, pero ¿puedo serte de alguna ayuda?»

Unos feroces ojos rojos asomaron del musgo, casi a la altura de Haplo.

El titán tiró del brazo; Haplo notó un crujido y el dolor casi le hizo perder el conocimiento.

Los ojos encarnados flamearon y una cabeza verde cubierta de escamas y festoneada de zarcillos se elevó del musgo. Una boca de labios rojos se entreabrió y dejó a la vista unos dientes blanquísimos entre los que se agitaba una lengua negra.

Haplo notó que la mano lo soltaba y lo arrojaba al suelo. Se sujetó el hombro.

Tenía el brazo dislocado, pero aún estaba unido al cuerpo. Apretando los dientes

para resistir el dolor, temeroso de atraer de nuevo la atención del titán y demasiado débil para moverse, permaneció tendido en el musgo y observó la escena.

El dragón estaba hablando. Haplo no podía entender lo que decía, pero notó que la furia del titán se aplacaba, sustituida por una sensación de asombro y temor. El dragón volvió a hablar, en tono imperioso, y el titán se retiró de inmediato a la jungla. Su enorme mole verde y moteada se desplazó con rapidez y en silencio; para los ojos cansados del patryn, fue como si los propios árboles se alejaran a la carrera.

Haplo hundió la cara en el musgo y perdió el sentido.

—

CAPITULO

EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES, EQUILAN

— ¡Zifnab, has vuelto! —exclamó Lenthán Quindiniar.

— ¿Ah, sí? —respondió el viejo, con aire de extrema sorpresa.

Lenthán corrió al porche, agarró la mano del hechicero y la estrechó animadamente.

— ¡Y Paithan! —Añadió al advertir la presencia de su hijo—. ¡Orn bendito!

¡Nadie me ha dicho que...! ¿Sabes tus hermanas que estás aquí?

—Sí, jefe, ya me han visto. —El elfo observó a su padre con preocupación—.

¿Te encuentras bien, padre?

— ¿Y tú? ¿Has traído invitados? —Lenthán dirigió una sonrisa vaga y tímida a Roland y a Rega. El primero, con la mano en la mejilla ensangrentada, hizo un hosco gesto de reconocimiento. La muchacha se acercó a Paithan y lo tomó de la mano. El elfo le pasó el brazo por los hombros y los dos se quedaron plantados ante Lenthán, en actitud desafiante.

— ¡Oh, vaya! —Murmuró Lenthán, y se puso a manosear las puntas del sobretodo—. ¡Vaya, vaya!

— ¡Padre, escucha la llamada de los cuernos! —Paithán posó una mano en el delicado hombro de su padre—. Están sucediendo cosas terribles. ¿Lo sabías? ¿Te ha informado Cal?

Lenthán miró a su alrededor como si deseara ayuda para cambiar de tema, pero Zifnab había desviado la mirada hacia la espesura, con una mueca pensativa. El elfo descubrió entonces a un enano que, agachado en un rincón, masticaba un pedazo de pan y queso que Paithán había ido a buscar a la cocina. (Había quedado bastante claro que nadie tenía intención de invitarlos a comer.)

—Yo... —dijo Lenthán—. Creo que tu hermana mencionó algo. Pero el ejército lo tiene todo bajo control.

—

—No, padre. Es imposible. ¡Yo he visto a nuestros enemigos! Han destruido la nación enana y Thillia ha quedado borrada. ¡Borrada, padre! No podremos detenerlos. Es lo que dijo el hechicero: ruina, muerte y destrucción.

Lenthan se estremeció, retorciendo las puntas del sobretodo hasta hacerles un nudo, y bajó la vista a los tablones del porche. Por lo menos, aquellos maderos eran de fiar: no iban a salirle con nuevas sorpresas.

— ¿Me has oído, padre? —Paithan dio una ligera sacudida a su padre.

— ¿Qué? —Lenthan lo miró con sobresalto y ensayó una sonrisa nerviosa—.

¡Ah, sí! Has tenido una buena aventura. Me alegro, muchacho. Me alegro mucho. Pero, ahora, ¿por qué no entras a hablar con tu hermana? A decirle a Calandra que has vuelto.

— ¡Cal ya sabe que estoy aquí! —exclamó Paithan, impaciente—. Me ha prohibido la entrada, padre. ¡Nos ha insultado, a mí y a la mujer que va a ser mi esposa! ¡No volveré a pisar esta casa!

— ¡Oh, vaya! —Lenthan miró sucesivamente a su hijo, a los dos humanos, al enano y al viejo hechicero—. ¡Oh, vaya!

—Escucha, Paithan —intervino Roland, acercándose al elfo—, ya has vuelto a casa y has visto a tu familia. Has hecho todo lo posible por advertirles del peligro. Lo que suceda ahora no es responsabilidad tuya. Tenemos que emprender la marcha si queremos alejarnos antes de que lleguen los titanes.

— ¿Y adonde piensas ir? —inquirió Zifnab, alzando la cabeza y adelantando el mentón.

— ¡No lo sé! —Roland se encogió de hombros y miró con irritación al anciano—. No conozco demasiado esta parte del mundo. A las Tierras Ulteriores, tal vez. Quedan al est, ¿verdad? O a Sinith Paragna...

—Las Tierras Ulteriores han sido destruidas, y sus gentes, asesinadas en masa —afirmó Zifnab con un brillo en los ojos, bajó las cejas pobladas y canosas—. Es posible que consigas eludir a los titanes en las junglas de Sinith Paragna durante algún tiempo, pero finalmente te encontrarán. ¿Qué harás entonces? ¿Seguir corriendo? ¿Huir hasta que te acorralen contra el océano Terinthiano? ¿Te dará tiempo a construir una embarcación para cruzar las aguas? Incluso si lo consiguieras, seguiría siendo cuestión de tiempo. Esos gigantes te seguirían...

— ¡Calla, anciano! ¡Cierra el pico! ¡O eso, o dínos cómo vamos a salir de aquí!

—Os lo diré —replicó Zifnab—. Solamente hay un camino. —Levantó un dedo hacia el cielo y exclamó—: ¡Hacia arriba!

— ¡A las estrellas! —Por fin, Lenthan pareció entender y se puso a batir palmas—. Es lo que tú dijiste, ¿verdad? ¡Conduciré a mi pueblo...

—... adelante! —Zifnab completó la frase con entusiasmo—. ¡Lo sacaré de Egipto! ¡Romperé sus cadenas! ¡Cruzaremos el desierto! ¡El pilar de fuego...!

— ¿Desierto? —Lenthan hizo un nuevo gesto de nerviosismo—. ¿El fuego? ¡Yo creía que íbamos a las estrellas!

—Lo siento. —Zifnab parecía perturbado—. Me he equivocado de texto. Es culpa de esos cambios de última hora que se hacen en los guiones. Lo único que consiguen es confundirme. Y, claro, también está la vena literaria que...

— ¡Por supuesto! —Exclamó Roland—. ¡La nave! ¡Al diablo con las estrellas! ¡Esa nave nos llevará al otro lado del océano Terinthiano...!

— ¡Pero no nos librará de los titanes! —insistió el hechicero, testarudo—. ¿No te has dado cuenta todavía, muchacho? Dondequiera que vayas en este mundo, te

—

los encontrarás. O, más bien, ellos te encontrarán a ti. Las estrellas. Ese es el

único refugio seguro.

Lenthán alzó la vista hacia el cielo soleado. Los radiantes puntos luminosos brillaban sin parpadeos, serenamente, lejos de la sangre, el terror y la muerte.

—Ya no tardaré, querida mía —susurró.

Roland tiró de la manga a Paithan y lo llevó aparte junto a la casa, cerca de una ventana abierta.

—Escucha —le dijo al elfo—. Síguele la corriente a ese viejo chiflado. ¡Las estrellas! ¡Bah! Cuando estemos a bordo de esa nave, iremos a donde nosotros queramos.

—Querrás decir que iremos a donde Haplo decida llevarnos —lo corrigió Paithan, moviendo la cabeza—. Es un tipo extraño. No sé qué pensar de él. Absortos en sus preocupaciones, ninguno de los dos advirtió que una mano blanca y delicada tocaba la cortina de la ventana y la corría ligeramente.

—Sí, yo tampoco sé cómo tomármelo —reconoció Roland—, pero...

— ¡Y no quiero meterme en líos con él! ¡Lo vi arrancarle de las manos al titán ese tronco como si no fuera más que una pajita! Además, me preocupa mi padre. No está bien y dudo de que pueda resistir esta loca fuga.

—Está bien, no es preciso que tengamos líos con Haplo. Nos conformaremos con ir a donde él nos lleve. ¡Y apuesto a que no va a mostrar mucho interés por alcanzar las estrellas!

—No lo sé. Escucha, tal vez no tengamos que ir a ninguna parte. ¡Puede que nuestro ejército consiga detenerlos!

— ¡Sí, y puede que a mí me salgan alas y pueda volar a las estrellas sin ayuda!

Paithan lanzó una agria mirada al humano y se apartó de él en dirección al fondo del porche. Una vez a solas, cortó una flor de un hibisco y empezó a arrancarle los pétalos y arrojarlos al jardín, con aire pensativo. Roland se dispuso a ir tras él, con ánimo de continuar la discusión. Rega lo asió por el brazo y lo retuvo.

—Déjalo en paz un rato.

— ¡Bah! Está diciendo tonterías...

— ¡Roland! ¿No lo entiendes? ¡Tiene que dejar atrás todo esto! ¡Es eso lo que lo perturba!

— ¿Dejar qué? ¿Una casa?

—Su vida.

—Tú y yo no tuvimos muchos problemas para hacerlo.

—Porque nosotros siempre nos hemos tomado la vida como venía —apuntó Rega con expresión sombría—. Pero aún recuerdo cuando dejamos nuestro hogar, la casa en la que nacimos.

— ¡Vaya una pocilga! —murmuró Roland.

—Para nosotros, no lo era. No conocíamos otra mejor. Recuerdo esa vez, cuando madre no regresó. —Rega se aproximó a su hermano y apoyó la mejilla en su brazo—. Nos quedamos esperando... ¿cuánto tiempo?

—Un par de ciclos —dijo Roland, encogiéndose de hombros.

—Y no teníamos comida ni dinero. Tú me hacías reír todo el rato, para que no tuviera miedo. —La muchacha entrelazó sus dedos con los de su hermano y apretó

—

con fuerza—. Entonces me dijiste: «Bueno, hermanita, ahí fuera hay un mundo muy grande y no vamos a ver nada de él si nos quedamos encerrados en este agujero». En un abrir y cerrar de ojos, nos marchamos de allí. Pero aún recuerdo una cosa, Roland. Recuerdo que te detuviste en mitad del camino y volviste la cabeza para echar una última mirada a la casa. Y recuerdo que, cuando reemprendimos la marcha, había lágrimas en tus...

—Yo era un niño, entonces. Paithan es un adulto. O pasa por serlo. Sí, muy bien, lo dejaré en paz. Pero voy a subir a esa nave tanto si él viene como si no. ¿Y tú qué vas a hacer, si decide quedarse?

Roland se alejó y Rega permaneció junto a la ventana, observando a Paithan con preocupación. Detrás de ella, dentro de la casa, la mano soltó la cortina dejando que la tela adornada con encajes volviera a cerrar suavemente el resquicio.

—¿Cuándo nos vamos? —Preguntó Lenthán con expectación al anciano—.

¿Ahora? Sólo tengo que recoger unas cuantas cosas y...

—¿Ahora? —Zifnab pareció alarmado—. ¡Oh, no, todavía no! Tenemos que reunir a todo el mundo. Nos queda tiempo. No mucho, pero sí un poco.

—Escucha, anciano —dijo Roland, interrumpiendo la conversación—. ¿Estás seguro de que ese Haplo querrá seguir nuestro plan?

—¡Pues claro! —afirmó Zifnab con confianza.

Roland lo observó fijamente, con los ojos entrecerrados.

—Bueno... —titubeó el hechicero—. Tal vez no al principio...

—¡Aja! —Roland movió la cabeza y apretó los labios.

—De hecho... —Zifnab parecía más incómodo—. El no nos quiere en su nave, en realidad. Tendremos..., tendremos que encontrar el modo de colarnos a bordo...

—¡Colarnos a bordo!

—Pero eso déjalo de mi cuenta. —El hechicero movió la cabeza pero con gesto de saber lo que decía—. Yo os daré la señal.

Veamos... ¡Cuando ladre el perro! Ésa será la señal, ¿me habéis oído todos? —

Alzó la voz en tono quejumbroso—. ¡Cuando ladre el perro, será el momento de abordar la nave!

Se oyó un ladrido.

—¿Ahora? —dijo Lenthán, dando un respingo.

—¡Todavía no! —Zifnab pareció muy desconcertado—. ¿Qué significa esto?

¡Aún no es el momento!

El perro apareció a la carrera, doblando la esquina de la casa. Se dirigió a Zifnab, capturó entre sus dientes las ropas de éste y empezó a dar tirones.

—¡Quieto! Me estás rompiendo el dobladillo. ¡Suelta!

El animal gruñó y tiró más fuerte, con los ojos fijos en el viejo.

—¡Por el gran Nabucodonosor! ¿Por qué no lo decías desde el principio?

¡Tenemos que irnos! Haplo tiene dificultades y necesita nuestra ayuda.

El perro soltó las ropas del anciano y echó a correr en dirección a la jungla.

Recogiendo las puntas de la túnica y arremangándolas por encima de sus tobillos desnudos y huesudos, el viejo hechicero salió corriendo tras el animal.

El resto de los reunidos lo siguió con la mirada, incómodo, recordando de pronto lo que significaba enfrentarse a los titanes.

—¡Qué diablos! ¡Haplo es el único que sabe pilotar la nave! —exclamó

Roland, y echó a correr tras Zifnab.

—

Rega siguió a su hermano y Paithan se disponía a seguirlos cuando oyó un portazo a su espalda. Al volverse, descubrió a Aleatha.

—Yo también voy.

El elfo la observó. Su hermana iba vestida con sus viejas ropas: pantalones de cuero, túnica de lino blanco y chaleco de cuero. Las prendas le quedaban demasiado ajustadas. Los pantalones casi no podían contener sus muslos redondeados y las costuras parecían a punto de reventar. La tela de la camisa se tensaba sobre sus pechos firmes y altos. La ropa le quedaba tan ceñida que era como si fuese desnuda. Paithan notó que le subía un cálido rubor a las mejillas.

— ¡Aleatha, vuelve a la casa! ¡Esto va en serio...!

—Iré con vosotros. Quiero verlo con mis propios ojos. —Lanzó una mirada altiva a su hermano y añadió—: ¡Te voy a hacer comer esas mentiras!

La elfa dejó atrás a su hermano, avanzando decidida tras los otros. Llevaba sus hermosos cabellos sujetos en un tosco moño bajo la nuca, y en la mano portaba un bastón que sujetaba con cierta torpeza, como si se tratara de un garrote. Tal vez con ciertas intenciones de utilizarlo como arma.

Paithan exhaló un suspiro de frustración. No había modo de discutir con ella, de razonar. Aleatha había hecho durante toda su vida lo que había querido, y no iba a cambiar ahora. Corrió hasta llegar a su altura y advirtió con cierta consternación que Aleatha tenía la vista fija en el hombre que corría por delante de ella, en la fornida espalda y los poderosos músculos de Roland.

Lenthian Quindiniar, que se había quedado solo en el porche, se frotó las manos, sacudió la cabeza y murmuró: — ¡Oh, Madre! ¡Oh, Madre Peytin!

Arriba, en su despacho, Calandra se asomó a la ventana para observar la comitiva que cruzaba el jardín a toda prisa, en dirección a los árboles. Los cuernos de caza resonaban como locos a lo lejos. Con un bufido, volvió a concentrarse en las cifras de sus libros y comprobó, sonriendo con los labios apretados, que iban camino de superar los beneficios del ejercicio anterior por un margen considerable.

—

CAPITULO

EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES, EQUILAN

Cuando Haplo recuperó la conciencia se encontró rodeado, no por titanes, sino por todos los mensch que había conocido en aquel mundo, más lo que parecía ser la mitad del ejército elfo. Con un gruñido, lanzó una mirada al perro.

—Todo esto es cosa tuya.

El animal agitó la cola y lo miró con la lengua fuera y una sonrisa, saboreando el elogio sin saber que no lo era. Haplo observó a los que se arremolinaban a su alrededor. Todos lo miraban con aire suspicaz, dubitativo y expectante. El viejo hechicero, algo apartado, lo contemplaba con profunda ansiedad.

— ¿Te..., te encuentras bien? —preguntó la mujer humana. Haplo no recordaba su nombre. La mirada de la mujer se centró en el hombro del patryn, vuelto en un escorzo anormal, y alargó tímidamente una mano—. ¿Podemos hacer... algo?

— ¡No toques! —soltó Haplo entre dientes.

La mujer retiró la mano al instante. Naturalmente, aquello fue una invitación clara a que la mujer elfa se arrodillara junto a él. Haplo se incorporó penosamente hasta quedar sentado, y la apartó de un empujón con la mano buena.

— ¡Tú! —Exclamó, mirando a Roland—. ¡Tienes que ayudarme a..., a poner eso en su sitio! —Haplo señaló el hombro dislocado, que le colgaba del resto del cuerpo en un ángulo extraño. Roland asintió, poniéndose en cuclillas. Movié los dedos para quitarle la camisa y el chaleco que llevaba sobre ésta. El patryn lo sujetó por la muñeca y murmuró:

—Limitate a encajarme el hombro.

—Pero la camisa molesta y...

—Sólo el hombro.

Roland miró al herido a los ojos, y apartó los suyos al instante. El humano empezó a tantear con cuidado la zona lesionada. Varios elfos se acercaron aún

—

más a mirar. Entre ellos estaba Paithan, que hasta entonces había permanecido en segundo término del grupo que rodeaba a Haplo, conversando con otro elfo que vestía los restos ensangrentados y hechos trizas de lo que debía de haber sido un elegante uniforme. Al oír la voz de Haplo, los dos elfos habían interrumpido su conversación.

—No sé qué llevarás bajo esa camisa, pero debe de ser algo especial, ¿verdad?

—dijo Aleatha, la mujer elfa.

Roland dirigió a ésta una mirada sombría.

— ¿No tienes nada más que hacer?

—Lo siento —respondió ella con frialdad—, no he entendido lo que has dicho.

No hablo humano.

Roland frunció el entrecejo e intentó no prestarle atención, pero N° resultó fácil. Aleatha estaba inclinada sobre Haplo, dejando a la vista las formas generosas de sus redondos pechos.

El patryn se preguntó a quién iría destinada tal exhibición. De no estar tan irritado consigo mismo, la situación le habría resultado graciosa. Observando a Roland, Haplo se dijo que, esta vez, quizás Aleatha habría topado con la horma de su zapato. El humano estaba estrictamente concentrado en lo que iba a hacer; sus manos poderosas sujetaron con fuerza el brazo descoyuntado.

—Esto va a doler.

—Sí. —A Haplo le dolían las mandíbulas de tanto apretar los dientes. No era preciso que le doliera; podía haber empleado la magia, activando las runas, ¡pero estaba más que harto de andar revelando sus poderes a una cuarta parte del universo conocido!—. ¡Hazlo de una vez!

—Creo que deberíamos darnos prisa —comentó el elfo que se encontraba junto a Paithan—. Los hemos rechazado, pero me temo que sólo provisionalmente.

—Necesito que alguno de vosotros lo sujete —dijo Roland, mirando a su alrededor.

—Yo lo haré —respondió Aleatha. Habló en elfo, pero sus intenciones eran patentes.

—Esto es importante —le soltó Roland con brusquedad—. No necesito a una mujer que se va a desmayar...

—Yo nunca me desmayo... sin una buena razón. —Aleatha le dedicó una dulce sonrisa—. ¿Qué tal la mejilla? ¿Te duele?

Roland no entendió lo que decía; lanzó un gruñido y, sin alzar la vista del paciente, ordenó:

—Agárralo fuerte. Sujétalo contra este árbol para que no se vuelva cuando le coloque el hueso en su sitio.

Aleatha cogió al patryn sin hacer caso de sus protestas.

— ¡No necesito que me sujete nadie! —Exclamó Haplo, apartando las manos de la elfa—. Espera un momento, Roland. Todavía no. Antes, una pregunta... — Volvió la cabeza tratando de observar al elfo del uniforme, interesado en lo que había dicho momentos antes—. ¡Los habéis rechazado! ¿Qué...? ¿Cómo...?

El dolor le recorrió el brazo, el hombro y la espalda hasta la cabeza. Tomó aire en un jadeo que le arrancó un gemido.

— ¿Puedes moverlo, ahora? —Roland volvió a ponerse en cuclillas y se secó el sudor del rostro.

—

El perro, con un gimoteo, se arrastró al lado de Haplo y le lamió la muñeca.

Poco a poco, rechinando los dientes de agonía, Haplo movió la articulación del brazo.

—Habría que vendarlo —protestó Roland al ver que Haplo intentaba incorporarse—. Podría volver a salirse con mucha facilidad. Por dentro, todo está distendido.

—No te preocupes —le contestó Haplo, sujetándose el hombro herido y reprimiendo la tentación de utilizar las runas para completar la curación. Esperaría a estar a solas... y eso sucedería muy pronto, si todo salía bien. ¡A solas y lejos de aquel lugar! Se apoyó contra el tronco y cerró los ojos, esperando que el humano y la elfa captaran la indirecta y lo dejaran en paz.

Paithan y el elfo habían reanudado la conversación:

—... exploradores informaron de que las armas convencionales no los afectaban. La derrota de los humanos de Thillia lo hizo evidente. Con nuestras armas mágicas, la defensa de los humanos resultó más efectiva, pero finalmente fueron derrotados. Era de esperar, ya que podían utilizar la magia que posee el arma, pero no podían potenciarla, como nosotros. Aunque potenciarla tampoco nos sirvió de mucho. Nuestros propios hechiceros estaban totalmente desconcertados. Les arrojamos todo nuestro arsenal y sólo una cosa resultó eficaz.

— ¿Los dracos, tal vez? —apuntó Paithan.

—Sí, los dracos.

¿Qué diablos era un draco? Haplo entreabrió los párpados y echó un vistazo.

Debía de ser lo que el guerrero elfo sostenía en sus manos. Su dueño y Paithan lo estudiaban detenidamente. Lo mismo hizo Haplo.

El draco tenía un aspecto similar al de la ballesta, pero era considerablemente mayor. Los proyectiles que disparaba eran de madera, tallados con el aspecto de pequeños dragones.

—Su efectividad no parece estar en las heridas que inflige a los titanes. La mayoría de los proyectiles llegó a alcanzarlos —añadió el guerrero a regañadientes—. Es la mera visión del draco lo que los aterrca. Cuando disparábamos, los monstruos renunciaban a luchar, daban media vuelta y,

simplemente, salían huyendo. —El elfo contempló su arma con frustración, sacudiéndola ligeramente—. ¡Ojalá supiera qué tiene esta arma en concreto que los espanta! ¡Tal vez así podríamos derrotarlos!

Haplo observó el drago con los ojos entreabiertos. ¡Él sabía por qué! Imaginó que, cuando era disparado contra el enemigo, el proyectil cobraba vida. A veces, las armas élficas funcionaban de aquel modo. Los titanes debían de percibir que eran atacados por pequeños dragones, y recordó la sensación de terror abrumador que había emanado del gigante al aparecer el dragón en el claro.

Así pues, cabía la posibilidad de emplear los dragones para controlar a aquellos monstruos. A su señor, todo aquello le resultaría muy interesante, pensó Haplo. Se acarició el hombro y sonrió en silencio.

Un tirón del cinto atrajo su atención. Al bajar la vista, descubrió al enano, Barbanegra, Drugar o comoquiera que se llamara. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Haplo no había advertido su presencia y se recriminó por ello. Uno tendía a olvidarse del enano y, por la mirada de sus ojos oscuros, tal olvido podía resultar fatal.

—

—Tú hablas mi idioma. —No era una pregunta. Drugar ya sabía la respuesta. Haplo se preguntó por un instante cómo era posible.

—Sí. —El patryn consideró innecesario disimular.

— ¿Qué dicen? —Preguntó Drugar, moviendo su cabeza desgreñada hacia Paithan y el guerrero—. Entiendo el humano, pero no el elfo.

—Hablan del arma que sostiene ese individuo. Al parecer, produce cierto efecto en los titanes. Los hace huir.

El enano frunció el entrecejo y los ojos parecieron hundírsele en el rostro, prácticamente invisibles salvo por la chispa de odio que brillaba en sus negras profundidades. El patryn conocía y apreciaba el odio. Era el sentimiento que mantenía vivos a los atrapados en el Laberinto. Haplo se había estado preguntando por qué viajaba Drugar con una gente a la que despreciaba abiertamente.

De repente, creyó entenderlo.

— ¡Las armas élficas los detienen! —Masculló Drugar bajo su tupida barba—. ¡Podrían haber salvado a mi pueblo!

La voz de Paithan se alzó con aspereza, como si le respondiera.

—Pero no los hizo huir muy lejos, Durndrun.

El barón movió la cabeza.

—No, no muy lejos. Volvieron y nos atacaron por detrás, utilizando esa mortífera magia de los elementos que dominan. Nos arrojaron fuego y unas rocas traídas de la Madre sabe dónde. Pero se cuidaron de no aparecer a la vista y, cuando escapamos, no nos siguieron.

— ¿Qué dicen? —preguntó Drugar, llevándose la mano bajo la barba.

Haplo advirtió que movía los dedos, acariciando algo.

—Las armas los detuvieron, pero no mucho tiempo. Los titanes les respondieron con magia elemental.

— ¡Pero están aquí, están vivos!

—Sí. Los elfos se retiraron y, al parecer, los titanes no los persiguieron.

Haplo advirtió que el guerrero elfo dirigía una mirada al grupo reunido entre los matorrales y llevaba aparte a Paithan con la visible intención de continuar la

conversación.

—Perro —dijo el patryn. El animal levantó la cabeza. Con un gesto, su amo lo conminó a incorporarse y trotar en silencio tras los elfos.

— ¡Bah! —El enano escupió en el suelo, a sus pies.

— ¿No los crees? —Inquirió Haplo, interesado—. ¿Sabes qué es la magia elemental?

—Lo sé —gruñó Drugar—, aunque nosotros no la usamos. Los enanos empleamos ésa.

Drugar señaló con su índice rechoncho las manos del patryn, cubiertas de runas. Haplo, confundido momentáneamente, miró con perplejidad al enano. Éste no pareció notar el desconcierto de su interlocutor. Sacando la mano de debajo de la barba, le mostró un disco de obsidiana colgando de una correa de cuero y lo sostuvo en alto para que el patryn lo inspeccionara. Haplo se inclinó y observó una única runa tallada en la piedra preciosa. Estaba grabada toscamente y, por sí sola, tenía poco poder. Sin embargo, sólo tenía que mirarse las manos para ver su duplicado tatuado en su propia piel.

—Pero no podemos utilizarla como tú. —El enano siguió mirando las manos de Haplo con ojos codiciosos y nostálgicos—. No sabemos juntar las runas. Somos

—

como niños pequeños: podemos decir palabras sueltas, pero no sabemos encadenarlas en frases.

— ¿Quién os enseñó la..., la magia de las runas? —preguntó Haplo cuando se hubo recobrado lo suficiente de la sorpresa.

Drugar alzó la cabeza y su mirada se perdió en la jungla.

—Las leyendas dicen... que fueron ellos.

Haplo, desconcertado, creyó al principio que se refería a los elfos. Pero los negros ojos del enano estaban fijos más arriba, casi en las copas de los árboles, y el patryn comprendió.

—Los titanes...

—Algunos de nosotros creíamos que volverían, que nos ayudarían a desarrollarnos, que nos enseñarían. En lugar de ello... —La voz de Drugar se apagó hasta enmudecer, como un trueno que se desvaneciera en la distancia. Otro misterio que meditar, que desvelar, pensó Haplo. Pero no allí. No en aquel momento. Lo haría más tarde, a solas... y lejos. Haplo vio que Paithan y el guerrero elfo volvían, con el perro trotando tras sus talones sin llamar la atención. El rostro de Paithan reflejaba una lucha interior. Una lucha desagradable, a juzgar por su expresión. El guerrero se encaminó directamente hacia Aleatha quien, después de ayudar a Roland con Haplo, se había quedado aparte, callada, en un rincón del soto.

—Me has estado evitando —afirmó ella.

—Lo siento, querida mía —respondió el barón Durndrun con una leve sonrisa—. La gravedad de la situación...

—Pero la situación ha terminado —dijo Aleatha con voz ligera—. Y aquí me tienes, con mi ropa de «doncella guerrera», vestida para matar, por así decirlo. Pero, al parecer, me he perdido la batalla. —Alzando los brazos, se ofreció a la admiración de su prometido—. ¿Te gusta? Lo llevaré después de la boda, cada vez que nos peleemos. Aunque supongo que tu madre no aprobaría...

Durndrun vaciló y ocultó su pesar apartando el rostro.

—Tienes un aspecto encantador, querida. Y ahora he pedido a tu hermano que te lleve a casa.

—Sí, claro. Casi es hora de cenar. Te esperaremos. Cuando te hayas adecentado...

—No habrá tiempo, me temo, querida mía. —El barón tomó la mano de la muchacha y se la llevó a los labios—. Adiós, Aleatha.

Parecía dispuesto a soltarla, pero Aleatha se asió a sus dedos, reteniéndolo.

— ¿A qué viene este «adiós» tan solemne? —La muchacha trató de dar un tono irónico a su voz, pero ésta reflejó la tensión que le producía el miedo.

El barón Durndrun retiró suavemente su mano.

—Quindiniar...

Paithan se acercó a ellos y tomó por el brazo a su hermana.

—Tenemos que irnos...

Aleatha se desasíó.

—Adiós, mi señor —murmuró fríamente. A continuación, volviéndoles la espalda, se internó en la jungla.

— ¡Thea! —la llamó Paithan, preocupado. Ella no le hizo caso y siguió su marcha—. ¡Maldita sea, mi hermana no debería ir sola! —añadió Paithan, mirando a Roland.

—

— ¡Oh, está bien! —murmuró el humano, y desapareció entre los árboles.

—No entiendo, Paithan. ¿Qué sucede? —preguntó Rega.

—Te lo explicaré más tarde. Que alguien despierte al viejo. —Paithan señaló con gesto irritado a Zifnab, que estaba cómodamente tumbado bajo un árbol, roncando a pierna suelta. El elfo volvió a mirar a Durndrun—. Lo siento, barón. Hablaré con ella y le explicaré...

—No, Quindiniar —respondió el guerrero moviendo la cabeza—. Es mejor que no lo hagas. Prefiero que Aleatha no sepa...

—Durndrun, creo que debería acompañarte...

—Adiós, Quindiniar —replicó el barón con firmeza, impidiendo que el joven elfo terminara la frase—. Cuento contigo.

Reuniendo a sus cansadas tropas en torno a él con un gesto, Durndrun dio media vuelta y se adentró de nuevo en la jungla con su reducida fuerza. Zifnab, ayudado por el empujón que le dio Rega con la puntera de la bota, despertó con un resoplido.

— ¿Qué...? ¡Oh! ¡Lo he oído todo! Sólo estaba descansando la vista. Los párpados pesan, ya sabéis. —Todas sus articulaciones crujieron y chasquearon cuando se incorporó, olisqueando el aire—. Hora de cenar. Oí hablar a la cocinera de preparar unos tangos. Estupendo. Podemos secar algunas de esas frutas y llevárnoslas para el viaje.

Paithan dirigió una mirada preocupada al viejo y volvió la vista hacia Haplo.

— ¿Vienes?

—Id delante. Yo tengo que tomármelo con calma y no haré sino retrasaros.

—Pero los titanes...

—Id delante —insistió Haplo, luchando contra el dolor y empezando a perder la paciencia.

El elfo tomó de la mano a Rega y emprendió la marcha tras Roland y Aleatha, que ya llevaba una buena delantera.

— ¡Tengo que ir con ellos! —declaró Drugar, saliendo a toda prisa tras Paithan y su compañera humana. Sin embargo, cuando los alcanzó, se quedó unos pasos atrás, aunque sin perderlos de vista en ningún momento.

— ¡Supongo que me veré obligado a hacer todo el camino a pie! —Murmuró Zifnab, malhumorado, al tiempo que se ponía en movimiento—. ¿Dónde estará ese condenado dragón? Nunca aparece cuando lo busco y en cambio, cuando no lo quiero cerca, enseguida se presenta de improviso, amenazando con comerse a la gente o haciendo comentarios maleducados sobre el estado de mi digestión. ¿Necesitas ayuda? —preguntó por último, volviéndose hacia Haplo.

« ¡Que el Laberinto me lleve si te vuelvo a ver! », pensó Haplo mientras el anciano se alejaba. « ¡Viejo hechicero estúpido! »

El patryn llamó a su perro, le hizo un gesto para que se acercara y apoyó la mano en su cabeza. La conversación privada que habían sostenido Paithan y el guerrero elfo, captada por los oídos del perro, llegó a Haplo con toda claridad. No descubrió gran cosa y se sintió decepcionado. El guerrero había declarado, sencillamente, que los elfos no tenían la menor oportunidad. Que todos ellos iban a morir.

—Eres un auténtico bicho, ¿verdad? —dijo Roland.

—

Le había costado mucho alcanzar a la elfa y no le gustaba nada tener que cruzar los estrechos y oscilantes puentes de sogas tendidos de copa a copa de los árboles. El piso de la jungla quedaba muy lejos bajo sus pies y los puentes se balanceaban alarmantemente cuando se movía. Aleatha, acostumbrada a recorrerlos, se movía por ellos con facilidad.

—

. «No entiendo», en elfo. (N. del a.)

De hecho, podría haber escapado por completo a la persecución de Roland, pero eso habría significado internarse a solas en la jungla.

Al oír al humano justo a su espalda, la muchacha se detuvo y le hizo frente.

—*Kitkninit*. Pierdes el tiempo hablando conmigo. —Aleatha iba completamente despeinada. Los cabellos flotaban en torno a su cabeza, echados hacia atrás por el viento mientras atravesaba velozmente los puentes. Un marcado rubor, provocado por el ejercicio, bañaba sus mejillas.

—Al diablo con tu *kitkninit*. Hace un rato, cuando te he dicho que sujetaras a nuestro paciente, has seguido mis instrucciones sin ningún problema.

Aleatha no le hizo caso. La elfa era alta, casi tanto como Roland. Su paso, con los pantalones de cuero, era amplio y firme.

Abandonaron los puentes y tomaron un sendero a través del musgo. La ruta era estrecha y difícil de atravesar; para Roland, las dificultades aumentaban, ya que Aleatha hacía todo lo posible por complicarle la marcha: apartaba las ramas y las soltaba para que le dieran en el rostro a su perseguidor o, tras un brusco cambio de dirección, lo dejaba forcejeando con una zarza espinosa, pero el

humano parecía tomarse con un perverso placer los problemas que Aleatha le causaba. Cuando salieron al extenso jardín de la mansión de los Quindiniar, la muchacha descubrió a Roland caminando tranquilamente a su lado.

—Mira, muchacha —dijo él, retomando la conversación donde la había dejado—, has tratado muy mal a ese elfo, cuando es evidente que el tipo daría su vida por ti. De hecho, eso es lo que va a hacer; dar su vida, me refiero. Y tú, portarte así con él...

Aleatha se volvió en redondo y se lanzó sobre el humano. Roland logró agarrarle las manos por las muñecas cuando las uñas de la elfa ya estaban a punto de clavarse en su rostro.

— ¡Atiende! Ya sé que te gustaría arrancarme la lengua para no tener que oír la verdad, pero ¿no viste, acaso, la sangre de su uniforme? ¡Era sangre de los elfos muertos! ¡De tu pueblo! ¡Muerto! ¡Igual que el mío! ¡Todos muertos!

—Me haces daño. —Aleatha habló con voz fría, calmando la fiebre de Roland. El humano enrojeció, soltó lentamente sus muñecas y advirtió las marcas lechosas de sus dedos, las marcas del miedo, impresas sobre la piel pálida de la elfa.

—Lo siento. Perdona. Es que...

—Discúlpame, por favor —replicó Aleatha—. Es tarde y debo vestirme para la cena.

La muchacha se alejó por la llana extensión de musgo verde en dirección a la casa. Se escuchó de nuevo la llamada de los cuernos de caza, mortecina y apagada en el aire húmedo y sofocante. Roland aún seguía inmóvil, contemplando a la mujer, cuando los demás lo alcanzaron.

—Ésa es la señal para que acuda la guardia de la ciudad —informó Paithan—. Y yo formo parte de ella. Tengo que ir a luchar con los demás.

Pero no se movió. Se quedó mirando hacia la casa, hacia el *Ala de Dragón* posada tras el edificio.

— ¿Qué te contó el elfo del uniforme? —preguntó Roland.

—Ahora mismo, mi gente cree que el ejército ha rechazado a los titanes, que los ha derrotado. Pero Durndrun sabe que no es así. Ese grupo de titanes era una fuerza reducida. Según los exploradores, después de atacar a los enanos, esos monstruos se dividieron: la mitad se dirigió a vars para arrasar Thillia, y el resto

—

vino al est, a las Tierras Ulteriores. Ahora, los dos ejércitos se vuelven a unir para un asalto frontal a Equilan. —Paithan pasó el brazo en torno a Rega y la atrajo hacia sí. Luego añadió—: No podremos resistir. El barón me ha ordenado que coja a Aleatha y a mi familia y huyamos. Que escapemos antes de que sea demasiado tarde. Por supuesto, Durndrun se refería a viajar a pie. Él desconoce la existencia de la nave.

— ¡Tenemos que salir de aquí esta noche! —exclamó Roland.

—Sí es que Haplo tiene pensado llevarnos a alguno de nosotros... —apuntó Rega—. No me fio de él.

—Y eso significa que huyo, que dejo perecer a mi pueblo... —musitó Paithan. «No», respondió Drugar en silencio, con la mano en el puñal. «De aquí no se marchará nadie. Ni esta noche, ni nunca.»

—Cuando ladre el perro —anunció el viejo hechicero con un jadeo, apareciendo tras ellos con paso vacilante—. Ésa será la señal. Cuando ladre el

perro.

—

CAPITULO

EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES, EQUILAN

Haplo dio una última vuelta en torno a la nave y repasó con ojo crítico las reparaciones que había efectuado. Los daños no habían sido importantes, pues la mayoría de las runas protectoras había actuado bien. El patryn había conseguido cerrar las grietas de las cuadernas y restablecer la magia de las runas. Cuando estuvo seguro de que la nave resistiría la larga travesía, Haplo subió de nuevo a la cubierta superior y se detuvo a descansar.

Estaba exhausto. Las reparaciones en la nave y las efectuadas en su propio cuerpo tras la lucha con el titán lo habían dejado sin fuerzas. Sabía que estaba débil porque sentía dolor; un dolor lacerante en el hombro. Si hubiera podido descansar, dormir, dejar que su cuerpo se renovase, la herida ya no sería a aquellas alturas sino un mal recuerdo. Sin embargo, no disponía del tiempo necesario. No podría resistir un asalto de los titanes y estaba obligado a dedicar su magia a la nave, y no a sí mismo.

El perro se instaló a su lado. Haplo acarició el hocico del animal, rascándole las quijadas. El perro se tumbó de costado, pidiéndole más caricias. Haplo le dio unas palmaditas en el flanco.

— ¿Preparado para volver ahí arriba?

El perro rodó sobre el lomo, se incorporó y se sacudió.

—Sí, yo también. —Haplo echó la cabeza hacia atrás, entrecerrando los ojos para no deslumbrarse. El humo de los incendios de la ciudad élfica le impidió ver las estrellas. — *¡... robarnos los ojos! ¡Cegarnos a la luz brillante y resplandeciente!* Bien, ¿por qué no? Tenía sentido. Si los sartán...

El perro lanzó un ronco gruñido. Haplo, cauto y alerta, miró rápidamente hacia la casa. Todos seguían dentro; los había visto entrar al regresar de la jungla. Lo había sorprendido un poco que no hubieran acudido a la nave. Lo primero que había hecho él al llegar al *Ala de Dragón* había sido reforzar la barrera mágica que

—

la protegía. Sin embargo, cuando había mandado al perro como espía, había descubierto que el grupo estaba haciendo lo que él debería haber supuesto: discutir acaloradamente entre ellos.

Y, ahora que el perro había llamado su atención al respecto, el patryn captó unas voces airadas y estridentes que se alzaban llenas de rabia y frustración.

—Mensch. Son todos iguales. Deberían alegrarse de recibir un líder fuerte, como mi Señor. Alguien que imponga la paz, que ponga orden en sus vidas. Siempre, claro está, que quede alguno de ellos en este mundo cuando mi Señor llegue. —Encogiéndose de hombros, Haplo se puso en pie y se encaminó al puente. El perro lanzó un ladrido de advertencia. Haplo volvió la cabeza. Más allá de la casa, la jungla se estaba moviendo.

Calandra subió a su despacho hecha una furia, dio un portazo y cerró con llave. Sacó el libro de contabilidad de un cajón, se sentó rígidamente en su silla de respaldo recto y empezó a repasar las cifras de ventas del ciclo anterior.

No había modo de razonar con Paithan, absolutamente ninguno. Había invitado a unos extraños a la casa, incluso a los esclavos humanos, diciéndoles que podían refugiarse en ella. Había dicho a la cocinera que se trajera a su familia de la ciudad. Los había puesto a todos en un estado de pánico con sus historias horripilantes. La cocinera era presa de una terrible agitación. ¡Aquella noche no iba a haber cena! A Calandra le apenaba decirlo, pero resultaba evidente que su hermano era presa de la misma locura que afectaba a su pobre padre.

—He soportado a padre todos estos años —le gritó Calandra al tintero—. He soportado que casi nos quemara la casa con nosotros dentro, he soportado la vergüenza y la humillación... Al fin y al cabo, es mi padre y se lo debo. ¡Pero a ti no te debo nada, Paithan! Tendrás tu parte de la herencia, y eso es todo. Tómala, coge a esa fulana humana y al resto de tus zarrapastrosos seguidores e intenta abrirte camino en el mundo. ¡Seguro que vuelves! ¡De rodillas!

Fuera, ladró un perro. El ladrido sonó claro y alarmante. Calandra derramó una gota de tinta sobre una hoja del libro mayor. Le llegó del piso inferior una explosión de gritos, exclamaciones y ruidos. ¡Cómo esperaban que pudiera trabajar, con aquel estruendo! Agarró con furia el secante y lo aplicó sobre el papel, empapando la tinta. La mancha no había emborronado las cantidades y Calandra aún podía leerlas: unas cifras limpias, precisas, desfilando en ordenadas hileras, calculando, haciendo la suma de su vida.

Dejó la pluma en el escritorio con cuidado y se dirigió a la ventana, dispuesta a cerrarla de un golpe. Cuando miró afuera, contuvo la respiración. Parecía que los propios árboles estaban arrastrándose hacia la casa.

Se frotó los ojos, cerrándolos y masajeándose los párpados con las yemas de los dedos. A veces, cuando trabajaba en exceso durante demasiado tiempo, los números le bailaban ante los ojos. Estaba trastornada, eso era todo. Paithan la había trastornado. Estaba viendo visiones y, cuando abriera de nuevo los ojos, todo volvería a estar como siempre.

Calandra abrió los ojos. Los árboles ya no parecían moverse. Lo que vio fue el avance de un ejército horrible.

Unas pisadas sonaron en la escalera y avanzaron por el pasillo. Un puño empezó a golpear la puerta y se oyó la voz de Paithan, gritando:

— ¡Calandra! ¡Ya vienen! ¡Por favor, Cal! ¡Es preciso evacuar la casa enseguida!

— ¿Marcharse? ¿Para ir adonde?

La voz ansiosa y nostálgica de su padre se coló por el ojo de la cerradura:

— ¡Querida! ¡Vamos a volar a las estrellas!

Los gritos procedentes de abajo ahogaron sus siguientes palabras y, cuando Calandra volvió a oírlo, le pareció entender algo referente a «su madre».

—Vuelve abajo, padre. Yo hablaré con ella. ¡Calandra! —Paithan golpeó de nuevo la puerta—. ¡Calandra!

Ella siguió mirando por la ventana con una especie de fascinación hipnótica.

Los monstruos no parecían muy dispuestos a aventurarse en la amplia extensión

de musgo verde y cuidado del jardín y seguían en las lindes del bosque, sin salir a terreno descubierto. De vez en cuando, alguno de los seres gigantescos alzaba su cabeza sin ojos y olfateaba el aire con evidentes muestras de que no le gustaba mucho lo que olía.

Un potente golpe sacudió la puerta. Paithan intentaba echarla abajo, empresa difícil porque Calandra solía contar el dinero en aquella estancia y la puerta era resistente, especialmente diseñada y reforzada.

La elfa oyó a su hermano suplicando que abriera, que fuera con ellos, que escapara. Una oleada de calor inhabitual en ella recorrió a Calandra. Paithan se preocupaba por ella. Se preocupaba de veras.

—Tal vez no he fracasado después de todo, madre —murmuró. Apretó la mejilla contra el frío cristal y contempló la extensión de musgo y el espantoso ejército que aguardaba en sus inmediaciones.

Los golpes a la puerta no cesaron. Paithan se haría daño en el hombro, si seguía. Calandra se dijo que sería mejor poner fin a aquello. Tras dar unos pasos tensos y rígidos, alzó la mano y corrió el pestillo, cerrándolo con decisión. El sonido se escuchó claramente al otro lado de la puerta y fue seguido de un desconcertado silencio.

—Estoy ocupada, Paithan —dijo Calandra con voz firme, hablando a su hermano como lo hacía cuando era un niño y se acercaba a pedirle que jugara con él—. Tengo trabajo. Vete y déjame en paz.

— ¡Calandra! ¡Mira por la ventana!

¿Por quién la tomaba? ¿Por una estúpida?

—Ya he mirado, Paithan —respondió con voz calmada—. Y me has hecho equivocarme en las sumas. ¡Largaos todos a donde os parezca y dejadme en paz! Cal casi pudo ver la expresión del rostro de su hermano, la mueca de dolor y perplejidad. Era la misma expresión que había mostrado el día en que lo habían devuelto a casa tras el viaje con su abuelo. El día del funeral de Elithenia.

Madre se ha ido, Paithan. Y nunca más regresará.

Los gritos procedentes del piso inferior aumentaron de tono. Al otro lado de la puerta se oyó un arrastrar de pies. Otro de los malos hábitos de Paithan, pensó Calandra. Casi podía verlo, con la cabeza hundida, mirando al suelo y dando puntapiés al zócalo, malhumorado.

—Adiós, Cal —dijo el elfo con un hilillo de voz apenas audible bajo el zumbido de las palas del ventilador—. Creo que comprendo...

Probablemente no era cierto, pero no importaba. Adiós, Paithan, le respondió en silencio, apoyando suavemente en la puerta sus manos manchadas de tinta y

—

encallecidas por el trabajo como si acariciara la fina piel de la mejilla de un niño. Cuida de padre... y de Thea.

Oyó unas pisadas que se alejaban rápidamente por el pasillo.

Calandra se secó las lágrimas. Volvió a la ventana, la cerró de un golpe y regresó a la silla del escritorio, donde tomó asiento con la espalda erguida y rígida. Tomó la pluma, la mojó en el tintero con gesto cuidadoso y preciso, e inclinó la cabeza sobre el libro de contabilidad.

—Se han detenido —dijo Haplo al perro mientras observaba los movimientos de los titanes, que no se decidían a salir de la jungla—. Me pregunto por qué lo

harán...

El suelo vibró bajo sus pies y el patryn tuvo la respuesta.

—El dragón del hechicero... —se dijo—. Deben de haberlo olfateado. Ven, perro. Salgamos de aquí antes de que esos gigantes se decidan y comprendan que son demasiados para tener miedo.

Haplo casi había alcanzado el puente cuando bajó la vista y descubrió que estaba hablando solo.

— ¡Perro! ¡Maldita sea! ¿Dónde...?

El patryn volvió la cabeza y distinguió al animal en el momento de saltar de la cubierta de la nave al suelo de musgo.

— ¡Perro, maldita sea! —Haplo corrió de nuevo a cubierta y se asomó por la borda de la nave. El animal estaba justo debajo de él, vuelto hacia la casa. Con las patas tiesas y el pelaje erizado, ladraba y ladraba sin cesar—. ¡Está bien, ya les has avisado! ¡Ya has advertido a todo el mundo en tres reinos a la redonda! ¡Ahora, vuelve aquí arriba!

El perro no hizo caso; tal vez ni siquiera lo oía debido a sus propios ladridos.

Mascullando una nueva maldición, con la atención dividida entre la casa y los monstruos que aún acechaban en la jungla, Haplo saltó al musgo.

—Vamos, muchacho. No queremos compañía...

Alargó la mano con la intención de agarrar al animal por el pelaje del cuello.

El can no volvió la cabeza, ni lo miró en ningún instante. Sin embargo, tan pronto como Haplo se acercó, dio un salto hacia adelante y salió a escape por el jardín, galopando hacia la casa.

— ¡Perro! ¡Vuelve aquí! ¡Perro! ¡Te voy a dejar! ¿Me oyes? —Haplo dio un paso hacia la nave—. ¡Perro estúpido y pulgoso...! ¡Oh, diablos!

El patryn echó a correr por el jardín tras el animal.

— ¡El perro está ladrando! —Gritó Zifnab—. ¡Corred! ¡Huid! ¡Fuego! ¡Hambre! ¡Volar!

Nadie se movió, salvo Aleatha, que volvió la cabeza con una mirada de aburrimiento.

— ¿Dónde está Calandra?

Paithan evitó los ojos de su hermana.

—No viene —anunció.

—Entonces, yo tampoco voy. De todos modos, era una idea estúpida.

Esperaré aquí a que vuelva mi prometido.

Dando la espalda a la ventana, Aleatha avanzó hasta el espejo y estudió sus cabellos, la ropa y los complementos. Llevaba su vestido más fino y las joyas que

había recibido en herencia de su madre. El peinado, muy artístico, le sentaba estupendamente.

La imagen del espejo le permitió constatar que nunca había tenido un aspecto tan atractivo.

—No entiendo cómo no ha llegado todavía. Mi prometido no se retrasa nunca.

— ¡No ha llegado porque está muerto, Thea! —Le respondió Paithan, desgarrado, como si el miedo y la pena lo dejaran ardiendo en carne viva—. ¿No lo puedes entender?

— ¡Y nosotros vamos a ser los siguientes, a menos que abordemos la nave! —Roland señaló hacia el exterior—. ¡No sé qué detiene a esos titanes, pero estoy

seguro de que no tardarán en avanzar!

Paithan miró a su alrededor. Diez humanos, esclavos que habían desafiado al dragón por quedarse con los Quindiniar y sus familias, se habían refugiado en la casa. La cocinera sollozaba en un rincón, histérica. Numerosos adultos y varios humanos a medio crecer —tal vez hijos de la cocinera, aunque Paithan no estaba seguro— estaban congregados en torno a ella. Todos miraban a Paithan esperando que les dijera qué hacer. Paithan evitó sus miradas.

— ¡Seguid! ¡Corred a la nave! —gritó Roland en humano, acompañando sus palabras con grandes gestos.

Los esclavos no necesitaron que les dieran prisas. Los hombres cogieron a los niños, las mujeres se subieron las faldas y todos salieron por la puerta a la carrera. Los elfos no entendieron las palabras de Roland, pero sí la expresión de su rostro. Sosteniendo a la llorosa cocinera, la condujeron hasta la puerta y echaron a correr tras los humanos, cruzando el extenso jardín y ascendiendo la leve cuesta en cuyo alto estaba varada el *Ala de Dragón*.

Esclavos humanos. La cocinera y su familia. Ellos mismos. Los mejores y los más brillantes...

— ¡Paithan! —lo urgió Roland.

El elfo se volvió hacia su hermana.

— ¿Thea?

Aleatha palideció y la mano que alisaba sus cabellos tembló levemente.

Hundió los dientes en el labio inferior y, cuando estuvo segura de poder hablar sin que se le quebrara la voz, respondió:

—Me quedo con Cal.

—Si tú te quedas, yo también.

— ¡Paithan!

— ¡Déjalo, Rega! Si quiere suicidarse, es su...

— ¡Son mis hermanas! ¡No puedo huir y dejarlas!

—Si él se queda, Roland, yo también... —empezó a decir Rega.

—Te quedarás aquí a morir. ¿Quieres decirme para qué?

La voz de Lenthán Quindiniar cortó la discusión de un plumazo, limpiamente.

Los ojos del elfo habían perdido su mirada vaga y nebulosa. Durante unos breves instantes, los endurecidos exploradores elfos que habían arriesgado sus vidas para llevar una nueva esperanza a su pueblo renacieron en el cuerpo enfermo y agotado de su descendiente.

—Yo comprendo el deseo de quedarse de mi hija mayor —dijo Lenthán con voz pesada, firme y decidida—. Calandra tiene su vida aquí, y esa vida terminará tanto si ella abandona la casa como si no. En cambio tú, Paithan, y tú, Aleatha..., vuestras vidas no están acabadas. Tenéis una posibilidad de desarrollaros, de dar

—

algo al futuro. ¡Vuestra madre luchó por su vida, combatió contra la enfermedad que la mató...!

Los ojos de Lenthán se llenaron de lágrimas, pero su voz continuó sin vacilaciones:

—Sus últimas palabras fueron: « ¡Es duro, es tan duro marcharse!» ¿Qué le diré cuando la vea? ¿Deberé decirle que sus hijos entregaron esa vida por la cual ella luchó con tanta valentía?

Los ventiladores zumbaban suavemente en el silencio. Aleatha tenía la cabeza gacha y la melena caída sobre el rostro, ocultándolo. A hurtadillas, se llevó una mano a los ojos. Nadie se movió: ni los titanes que se mantenían ocultos en la jungla, ni los ocupantes de la casa. Cualquier acción lo haría todo definitivo, irrevocable, sin posible marcha atrás. Mientras todo el mundo, todas las cosas permanecieran totalmente quietas, seguiría pareciendo que aquel instante de paz podía prolongarse para siempre.

El perro apareció de un salto en el porche, corrió al vestíbulo y lanzó un sonoro, penetrante y único « ¡gau!».

— ¡Se han puesto en marcha! —exclamó Roland desde su posición junto a la ventana.

—Cuando llegue mi prometido, decidle que estaré en el salón —dijo Aleatha. Tras recoger tranquilamente la punta de sus faldas, dio media vuelta y salió de la estancia. Paithan se dispuso a ir tras ella, pero Roland lo sujetó por el brazo.

—Tú encárgate de Rega.

El humano salió tras la elfa. Cuando la alcanzó, la tomó en brazos, se la cargó al hombro y, boca abajo, la sacó de la casa mientras ella lanzaba patadas y gritos y descargaba puñetazos en su espalda.

Haplo dobló la esquina de la casa y se detuvo en seco, contemplando con incredulidad el numeroso grupo de elfos y humanos que apareció de pronto ante él, camino de la nave.

Salvador.

¡Ja! ¡Ya verían cuando llegaran a la barrera mágica!

Haplo no les prestó más atención y siguió tras el perro, al que vio saltar al porche.

— ¡Vámonos! —exclamó Paithan.

— ¡No sois los únicos que os habéis puesto en marcha! —murmuró Haplo. Los titanes habían iniciado su avance, moviéndose en silencio con su increíble rapidez. Haplo miró al perro y observó después al gran grupo de elfos y humanos que corría hacia la nave. Los primeros ya habían llegado e intentaban aproximarse al casco, pero estaban comprobando que era imposible. Las runas del exterior del casco emitían su resplandor azul y rojo y su magia protegía la nave contra los intrusos. Los mensch gritaban y se abrazaban entre ellos. Algunos se volvieron, dispuestos a matar al patryn.

Salvador.

Haplo resopló, exasperado. Mascullando un juramento, levantó la mano y trazó rápidamente varias runas en el aire. Los signos mágicos se encendieron como llamas, con un brillo azul. Las runas de la nave parpadearon en respuesta y su resplandor se apagó. Las defensas estaban bajadas.

—Será mejor que os deis prisa —gritó, lanzando una rápida patada al perro que saltaba y bailaba a su alrededor. El puntapié no acertó ni de lejos su blanco.

—

— ¡Vamos a tener que correr, Quindiniar! —gritó Zifnab recogiendo la falda de la túnica y dejando a la vista una amplia porción de pierna huesuda—. Por cierto, amigo mío, has estado magnífico. Un discurso soberbio, Lenthán. Yo mismo no lo habría hecho mejor. —Posó la mano en el brazo del elfo y preguntó—: ¿Preparado?

Lenthán miró a Zifnab con un parpadeo de perplejidad. Los antepasados del elfo habían regresado a su tiempo inmemorial, abandonando de nuevo a aquel avejentado descendiente.

—Creo que lo estoy —respondió vagamente—. ¿Adonde vamos?

Dejó que el hechicero lo hiciera avanzar a empujones y lo oyó exclamar:

— ¡A las estrellas, mi querido colega! ¡A las estrellas!

Drugar corrió tras los demás. El enano era fuerte y tenía una gran resistencia.

Podría haber seguido corriendo cuando todos los humanos y elfos hubieran caído agotados en el camino. Sin embargo, con sus piernas cortas y rechonchas, las botas y la pesada armadura, no podía competir con ellos en una carrera. Pronto, todos lo habían dejado atrás en su loco galope hacia la nave.

El enano continuó su marcha con terquedad. No era preciso que volviera la cabeza para ver a los titanes; estaban detrás de él, pero se desplegaban a ambos lados con la esperanza de capturar su presa rodeándola en un enorme círculo. Los monstruos ganaban terreno lentamente a elfos y humanos, y más rápidamente al enano. Drugar aumentó la velocidad en una carrera desesperada, no por miedo a los titanes, sino a perder su posibilidad de venganza.

La puntera de su gruesa bota tropezó con el tacón de la otra. El enano trastabilló, perdió el equilibrio y cayó de cara al musgo. Trató de incorporarse, pero la bota se había hundido en el suelo y se le había salido casi por completo. Drugar saltó a la pata coja, tratando de volver a ponerse la bota con las manos resbaladizas de sudor, y notó un humo acre en el aire. Los titanes habían prendido fuego a la jungla.

— ¡Paithan, mira! —Exclamó Rega cuando volvió la cabeza—. ¡Barbanegra!

El elfo hizo alto apresuradamente. El y Rega estaban a unos pasos de la nave.

Los dos se habían quedado en la retaguardia para cubrir a Zifnab, Haplo y Lenthán, que corrían delante de ellos, y a Roland con la enfurecida Aleatha. Como de costumbre, se habían olvidado del enano.

—Tú sigue. —Paithan volvió sobre sus pasos por la suave pendiente y vio las llamas alzándose entre los árboles y la negra columna de humo ascendiendo hacia el firmamento. El incendio se extendía rápidamente hacia la casa. Apartó la vista y la volvió hacia el enano que se debatía con la bota y hacia los titanes que se acercaban. Un movimiento a su lado lo hizo volverse.

—Creo haberte dicho que fueras a la nave.

— ¡Convéncete, elfo! —replicó Rega, ensayando una sonrisa aviesa—. ¡No vas a deshacerte de mí!

Paithan le devolvió una mueca de preocupación y movió la cabeza con un jadeo, incapaz de decir nada más tras el esfuerzo de la carrera.

Los dos llegaron hasta el enano, que para entonces ya se había desprendido de la bota y avanzaba cojeando, con un pie calzado y el otro no. Paithan lo cogió por un hombro y Rega por el otro.

—

— ¡No necesito vuestra ayuda! —Gruñó Drugar, lanzándoles una mirada de odio de una intensidad que desconcertó a la pareja—. ¡Soltadme!

— ¡Paithan, se nos echan encima! —gritó Rega, moviendo la cabeza para señalar a los titanes.

— ¡Cierra el pico y deja de resistirte! —Gritó Paithan al enano—. ¡Al fin y al

cabo, tú nos salvaste a nosotros!

Drugar se echó a reír. Fue una risotada ronca y frenética, que llevó a Paithan a preguntarse si el enano se estaría volviendo loco. Pero el elfo no tenía tiempo para dilemas. Por el rabillo del ojo advertía que los titanes estaban cada vez más cerca. No tenían la menor posibilidad. Miró a Rega; ella le devolvió la mirada y se encogió de hombros levemente. Los dos sujetaron con fuerza al recio enano, lo alzaron del suelo y echaron a correr.

Haplo alcanzó la nave antes que los demás gracias a las runas tatuadas en su cuerpo, que hicieron todo lo posible por mantener sus mermadas fuerzas y dar rapidez a su zancada. Hombres, mujeres y niños lloriqueantes se habían dispersado por la cubierta. Algunos de ellos habían encontrado la escotilla y había bajado al interior de la nave. La mayoría del resto estaba en la borda, observando a los titanes.

— ¡Id todos abajo! —gritó Haplo, señalando la escotilla. Saltó la borda y se encaminó una vez más hacia el puente cuando escuchó un ladrido frenético y notó que algo le tiraba de la pernera de los pantalones.

— ¿Qué sucede ahora? —masculló mientras se daba la vuelta para reprender al perro, que casi lo había hecho caer de espaldas. Al mirar hacia la extensión de musgo entre el humo cada vez más denso, distinguió a la humana, al elfo y al enano, rodeados por los titanes.

— ¿Qué quieres que haga? ¡No puedo...! ¡Oh, por todos los...! —Haplo agarró a Zifnab, que trataba sin éxito de saltar la borda y de ayudar a Lenthán Quindiniar a hacerlo—. ¿Dónde está tu dragón? —preguntó el patryn, tirando del hechicero para obligarlo a mirarlo.

— ¿El dragón? ¿Dónde? —Zifnab pareció muy alarmado—. Sé buen chico y no le digas que me has visto. Me esconderé abajo y...

— ¡Escucha, viejo chiflado despreciable, ese dragón tuyo es lo único que puede salvarlos!

Haplo señaló al pequeño grupo que pugnaba valientemente por alcanzar la nave.

— ¿Mi dragón? ¿Salvar a alguien? —Zifnab movió la cabeza con tristeza—.

Debes de haberlo confundido con otro. Con

Smaug, tal vez. ¿No? ¡Ah, ya lo tengo! Con ese lagarto que le hizo pasar tan mal rato a san Jorge..., ¿cómo se llamaba? ¡Ah, ése sí que era un dragón!

— ¿Quieres decir con eso que yo no lo soy?

La voz hendió el suelo y la cabeza del dragón asomó entre el musgo, provocando un temblor que sacudió la nave y mandó a Haplo de espaldas contra un mamparo. Lenthán se agarró a los pasamanos de la borda como si su vida peligrara.

Haplo recuperó el equilibrio y vio que los titanes se detenían y volvían sus cabezas sin ojos hacia el gigantesco animal.

—

El dragón sacó el cuerpo por el agujero que había hecho en el musgo y lo movió rápidamente. Su piel verde y escamosa brilló bajo la luz del sol.

— ¡Smaug! —Tronó la voz del dragón—. ¡Ese petimetre jactancioso! Y en cuanto a ese gusano gimoteante que san Jorge derrotó...

Roland llegó a la nave, alzó a Aleatha sobre la borda y la dejó en brazos de

Haplo, que sujetó a la elfa, la subió a la cubierta y la dejó al cuidado de su padre.

— ¡Sube!

Haplo tendió la mano a Roland, pero éste movió la cabeza en gesto de negativa, dio media vuelta y corrió a ayudar a Paithan, desapareciendo entre el humo. Haplo lo siguió con la vista, maldiciendo el retraso. Ahora era difícil ver algo, pues gran parte de la jungla estaba en llamas, pero el patryn tuvo la impresión de que los titanes se mantenían a distancia, arremolinándose con aire confuso, atrapados entre sus propias llamas y el dragón.

— ¡Y pensar que he terminado con un despreciable viejo farsante como tú! — Seguía gritando el dragón—. ¡Debería haberme marchado a algún lugar donde se me apreciara, a Pern, por ejemplo! Y, en cambio, he...

El pequeño grupo avanzaba entre el humo, tosiendo y con lágrimas resbalándoles por el rostro. Costaba decir quién llevaba a quién, pues todos parecían apoyarse los unos en los otros. Con la ayuda de Haplo, consiguieron subir a bordo y se derrumbaron en la cubierta.

— ¡Todo el mundo abajo! —Exclamó el patryn—. ¡Deprisa! ¡Los titanes no tardarán mucho en darse cuenta de que no temen tanto al dragón como piensan! Agotados, siguieron el camino que Haplo les indicaba y bajaron al puente por la escalerilla. Haplo se disponía a dar media vuelta e ir tras ellos cuando vio a Paithan inmóvil junto a la borda, con la vista puesta en el denso humo y conteniendo unas lágrimas. Sus dedos agarraban con fuerza la madera.

— ¡Vamos! ¡No puedes quedarte aquí arriba! —exclamó Haplo.

—La casa... ¿La ves? —Paithan se enjugó las lágrimas con gesto impaciente.

—Ya no existe, elfo. Está ardiendo. Y ahora, ¿quieres...? —Haplo se detuvo a media frase—. Ahí dentro había alguien, ¿no?

Paithan asintió y se volvió lentamente.

—Supongo que era mejor morir así que..., que de la otra manera.

— ¡Como no salgamos de aquí enseguida, es probable que lo vivamos en carne propia! —Haplo agarró al elfo y lo arrastró abajo.

En el interior de la nave reinaba una calma mortal. La magia resguardaba la nave del humo y las llamas, y el dragón la protegía de los titanes. Los humanos y los elfos, junto al enano, se habían refugiado en los espacios libres existentes y se acurrucaban en grupos, con los ojos fijos en Haplo. Este lanzó una torva mirada a su alrededor, disgustado con sus pasajeros y molesto con la situación. Sus ojos se volvieron hacia el perro, tendido en la cubierta con el hocico entre las pezuñas.

—Estarás contento, ¿no? —murmuró.

El animal golpeó cansinamente el rabo contra los tablones.

Haplo colocó las manos sobre la piedra de gobierno, esperando conservar aún fuerzas suficientes para hacer que la nave se elevara. Los signos mágicos de su piel empezaron a despedir su fulgor rojo y azul y las runas de la piedra se iluminaron en respuesta. Una violenta sacudida estremeció la nave y las cuadernas crujieron y vibraron.

— ¡Los titanes!

—

Era el fin, se dijo Haplo. No podía luchar contra ellos, no le quedaban fuerzas. Cuando su Señor viera que no volvía, sabría que algo había salido mal. El Señor del Nexo debería irse con cuidado, cuando llegara a aquel mundo...

Unas escamas verdes cubrieron la ventana, impidiendo casi totalmente la visión. Haplo se sobresaltó, pero se recuperó enseguida. Ya sabía cuál era la causa de que la nave temblara y crujiera como un bote de remos en una tormenta: el responsable era un enorme cuerpo escamoso que, enroscado en torno al casco, giraba y giraba a su alrededor.

Un ojo flameante miró con ferocidad al patryn desde el otro lado de la ventana.

—Preparado cuando tú digas, señor —anunció el dragón.

— ¡Ignición! ¡Motores! —Exclamó el viejo hechicero, plantándose en mitad del puente con el ajado sombrero ladeado sobre una oreja—. ¡La nave necesita un nuevo nombre! Uno más adecuado para un vehículo espacial. ¿*Apolo*? ¿*Géminis*? ¿*Enterprise*? No, ya están usados. ¿*Halcón Milenario*? Marca registrada. Todos los derechos reservados. ¡No, espera! ¡Ya lo tengo! ¡*Estrella de Dragón*! ¡Eso es! ¡*Estrella de Dragón*!

— ¡Mierda! —murmuró Haplo, y volvió a poner las manos sobre la piedra de gobierno.

Lenta y firmemente, la nave se levantó del musgo. Los mensch se pusieron en pie y se acercaron a mirar por las pequeñas portillas que se alinearon a lo largo del casco. Abajo, su mundo se alejaba.

La nave dragón sobrevoló Equilan. La ciudad élfica quedaba invisible debido al humo y las llamas que la devoraban, junto con los árboles en la que había sido construida.

La nave dragón surcó el aire sobre el golfo de Kithni, teñido de sangre humana, y sobrevoló Thillia, quemada y ennegrecida. Aquí y allá, agachados a lo largo de los senderos cortados, distinguieron a algunos supervivientes solitarios y desconcertados que vagaban sin esperanza por una tierra muerta.

Ganando altitud con curso firme y seguro, la nave pasó sobre la patria de los enanos, oscura y desierta.

Después, se zambulló en el cielo verde azulado, dejando atrás aquel mundo en ruinas, y puso rumbo a las estrellas.

—

CAPITULO

ESTRELLA DE DRAGÓN

La primera parte del viaje a las estrellas había sido relativamente tranquila. Asombrados y atemorizados ante la visión del suelo deslizándose debajo de ellos, elfos y humanos se acurrucaban juntos, buscando de forma patética la compañía y el apoyo de los demás. En numerosas ocasiones, hablaban de la catástrofe que les había sobrevenido. Envueltos en el cálido manto de la tragedia compartida, intentaron incluso atraer a su círculo de camaradería al enano, pero Drugar no les hizo el menor caso y permaneció sentado en un rincón del puente, malhumorado y melancólico, sin apenas moverse de allí y haciéndolo, en esas contadas ocasiones, movido por la más estricta necesidad.

Los viajeros hablaron agitadamente sobre la estrella a la que se dirigían, sobre su nuevo mundo y su nueva vida. Haplo se sorprendió al advertir que, una vez estaban todos camino de una estrella, el viejo hechicero describía ésta con palabras muy evasivas.

— ¿Cómo es? ¿Qué causa la luz? —inquirió Roland en cierta ocasión.

—Es una luz sagrada —respondió Lenthán Quindiniar con un tono de leve reproche—. Y no deben hacerse preguntas acerca de ella.

—En realidad, Lenthán tiene razón... en cierto modo —intervino Zifnab, con aire de creciente y extrema incomodidad—. La luz es, podría decirse, sagrada. Y existe la noche. — ¿Noche? ¿Qué es la noche?

El hechicero se aclaró la garganta con un sonoro carraspeo y, con la mirada, buscó ayuda en torno a él. Al no encontrarla, se lanzó a responder.

—Bien, ¿recordáis las tormentas de vuestro mundo? Cada ciclo, hay cierto período durante el cual llueve, ¿verdad? Pues la noche es algo parecido, sólo que cada ciclo, en determinado momento, la luz... En fin, la luz desaparece.

— ¡Y todo queda a oscuras! —exclamó Rega con consternación.

—Sí, pero no produce miedo. Resulta muy agradable. Es el tiempo en que todo el mundo duerme. La oscuridad ayuda a mantener los párpados cerrados.

—

— ¡Yo no puedo dormir a oscuras! —Rega se estremeció y miró al enano, que seguía sentado en silencio, sin hacerles el menor caso—. Ya lo he intentado. No estoy segura de que me guste esa estrella. No estoy segura de querer ir.

—Ya te acostumbrarás. —Paithan le pasó el brazo por los hombros—. Yo estaré contigo.

Los dos se abrazaron y Haplo advirtió unas muecas de desaprobación en el rostro de los elfos que observaban a la pareja de amantes. También observó las mismas expresiones en los humanos presentes.

— ¡En público, no! —dijo Roland a su hermana, apartándola de Paithan de un tirón.

Tras esto, los mensch no volvieron a cruzar comentarios sobre la estrella.

Haplo previó la aparición de problemas en aquel paraíso.

Los mensch empezaron a darse cuenta de que la nave era más pequeña de lo que parecía al principio. La comida y el agua desaparecían a un ritmo alarmante. Algunos humanos empezaron a recordar que habían sido esclavos y algunos elfos se acordaron de que habían sido amos.

Las reuniones en armonía cesaron. Nadie hacía comentarios sobre su destino; al menos, en grupo. Elfos y humanos se reunían para hablar de sus cosas, pero ahora lo hacían por separado y sin alzar la voz.

Haplo percibió la creciente tensión y maldijo ésta y a sus pasajeros. No le importaban las disensiones; de hecho, estaba dispuesto a estimularlas. Pero no a bordo de su nave.

La comida y el agua no eran problema. Había cargado a bordo suministros para él y para el perro, asegurándose en esta ocasión de tener variedad de productos, y podía reproducir fácilmente cualquiera de ellos. No obstante, ¿quién sabía cuánto tiempo tendría que seguir alimentando y soportando a aquellos mensch? No sin cierto recelo, había establecido el rumbo basándose en las instrucciones del anciano. Ahora volaban hacia la estrella más brillante del firmamento y no había modo de saber cuánto tardarían en alcanzarla.

Desde luego, Zifnab no lo sabía.

— ¿Qué hay de cena? —preguntó el viejo hechicero, asomándose a la bodega donde Haplo estaba sumido en aquellos pensamientos. El perro, siempre al lado del patryn, alzó la cabeza y meneó la cola. Haplo le lanzó una mirada irritada.

— ¡Siéntate! —murmuró.

Al observar la cantidad relativamente pequeña de provisiones que quedaba, Zifnab pareció algo abatido, a la vez que terriblemente hambriento.

—No te preocupes, viejo. Yo me encargo de la comida —dijo Haplo. Para ello tendría que utilizar de nuevo la magia, pero, a aquellas alturas, suponía que ya no importaba si lo hacía. Lo que más le interesaba era conocer su destino y cuánto faltaba para poder librarse de todos aquellos refugiados—. Tú sabes algo de esas estrellas, ¿verdad?

— ¿Sí? —replicó Zifnab con cautela.

—Es lo que has dicho. Tanto hablar con éstos —Haplo indicó con el pulgar la zona principal del casco, donde solían congregarse los mensch— sobre ese «nuevo» mundo...

— ¿Nuevo? Yo no he dicho nada de «nuevo» —protestó Zifnab. El hechicero se rascó la cabeza, haciendo caer de ella el sombrero, que se coló por la escotilla de la bodega y fue a posarse a los pies de Haplo.

—Un nuevo mundo... donde reunirse con esposas muertas hace mucho tiempo. —Haplo recogió el raído sombrero y se puso a jugar con él.

— ¡Es posible! —exclamó el hechicero con voz chillona—. ¡Todo es posible! —Alargó la mano reclamando la prenda—. Ten... ten cuidado de no doblarle el ala.

— ¿Qué ala? Escucha, anciano, ¿a qué distancia estamos de esa estrella? ¿Cuántos días nos llevará llegar?

—Bueno, yo... supongo que... —Zifnab tragó saliva—. Todo depende... de... ¡de lo rápido que vayamos! ¡Eso es, depende de lo rápido que viajemos! —Empezó a darle vueltas a la idea—. Digamos que nos movemos a la velocidad de la luz... Imposible, naturalmente, si uno cree a los físicos. Que, por cierto, no es mi caso. Los físicos no creen en la magia, cosa que yo, siendo hechicero, considero muy insultante. Por lo tanto, me tomo venganza negándome a creer en la física. ¿Qué me estabas preguntando?

Haplo empezó otra vez, intentando ser paciente.

— ¿Tú sabes qué son, en realidad, esas estrellas?

—Desde luego —replicó Zifnab con tono altivo, contemplando al patryn con similar actitud.

— ¿Y qué son?

— ¿Que son, qué?

— ¡Las estrellas!

— ¿Quieres que te lo explique?

—Si no te molesta...

—Bien, yo... creo que la mejor manera de expresarlo... —la frente del anciano se perló de sudor—, en términos vulgares y para ser breve, es decir que... son... estrellas.

— ¡Aja! —Exclamó Haplo con voz torva—. Oye, hechicero, ¿alguna vez has estado cerca de una estrella?

Zifnab se secó la frente con la punta de la barba y meditó su respuesta.

—Una vez me alojé en el mismo hotel que Clark Gable —apuntó en actitud servicial tras una interminable pausa—. ¿Te sirve eso?

Haplo soltó un bufido de disgusto y mandó el sombrero por la escotilla.

—Muy bien, tú sigue con tu juego, viejo.

El patryn le dio la espalda y estudió las provisiones: un tonel de agua, un barril de carne de targ salada, pan y queso y un saco de tangos. Ceñudo, Haplo exhaló un suspiro y se quedó mirando el tonel de agua con expresión sombría.

— ¿Te importa si miro? —preguntó Zifnab, muy educado.

— ¿Sabes, anciano?, podría poner fin a esto en un abrir y cerrar de ojos.

Liberarme de la «carga», supongo que me entiendes. Hay una buena caída...

—Sí, podrías —respondió Zifnab al tiempo que tomaba asiento en cubierta y dejaba las piernas colgando por el hueco de la escotilla—. Y lo harías en cualquier momento, además. Nuestras vidas no significan nada para ti, ¿verdad, Haplo? El único que te ha importado siempre eres tú mismo, ¿verdad?

—Te equivocas, viejo. Por encima de todo, hay alguien que tiene mi fidelidad, mi lealtad absoluta. Daría mi vida por salvar la suya y, aun así, me sentiría frustrado de no poder hacer más.

— ¡Ah, sí! —Comentó Zifnab en voz baja—. Tu señor. El que te ha enviado aquí.

—

Haplo torció el gesto. ¿Cómo diablos se habría enterado aquel viejo estúpido? Atando cabos de las cosas que había dejado caer, por supuesto. ¡Maldita sea!, se recriminó el patryn. ¿Cómo podía ser tan descuidado? ¡Todo estaba saliendo mal! Lanzó una violenta patada al tonel de agua y varios maderos se astillaron, derramando un diluvio de agua tibia sobre sus pies.

«Estoy habituado a mantener el control», se dijo; «toda mi vida, bajo cualquier situación, siempre he mantenido el control. Fue así cómo sobreviví en el Laberinto y cómo pude completar con éxito mi misión en Ariano. Ahora, en cambio, estoy haciendo cosas que no tenía intención de hacer, y diciendo cosas que me había propuesto no revelar. Un hatajo de mutantes con la inteligencia de una col ha estado a punto de destruirme. Y, por último, estoy transportando a un grupo de mensch hacia una estrella y estoy soportando a un viejo excéntrico que está completamente chiflado.»

— ¿Por qué? —exigió saber Haplo en voz alta, apartando al perro que lamía con ansia el líquido derramado—. Sólo dime por qué.

—Recuerda que la curiosidad ha matado a más de un gato —murmuró el anciano, complacido.

— ¿Es una amenaza? —Haplo alzó la vista con el entrecejo fruncido.

— ¡No! ¡Cielos, no! —Se apresuró a decir Zifnab, al tiempo que sacudía la cabeza—. Sólo una advertencia, querido muchacho. Hay gente que considera la curiosidad una noción muy peligrosa. Hacer preguntas repetidamente conduce a la verdad. Y eso lo puede meter a uno en muchos problemas.

—Sí, bien, depende de en qué verdad crea uno, ¿no te parece, viejo?

Haplo alzó un pedazo de madera empapada, trazó un signo mágico sobre él con el dedo y lo volvió a arrojar al suelo. Al instante, los demás fragmentos del tonel se alzaron del suelo y se unieron al primero. En un abrir y cerrar de ojos, el tonel quedó recompuesto. El patryn trazó unas runas sobre el tonel y junto a éste, en el aire. El tonel se duplicó y muy pronto numerosos toneles, todos ellos llenos de agua, ocuparon la bodega. Haplo trazó de nuevo unas enérgicas runas en el aire, haciendo que varios barriles de carne de targ salada se sumaran a las hileras

de toneles de agua. Las jarras de vino se multiplicaron, entrechocando con un tintineo musical. En unos instantes, la bodega quedó rebosante de provisiones. Haplo subió la escalerilla y Zifnab se hizo a un lado para dejarle paso. —Todo depende de en qué verdad crea uno, viejo —repitió el patryn. —Sí. Panes y peces. —Zifnab le hizo un guiño socarrón—. ¿Verdad, Salvador? El agua y la comida condujeron, indirectamente, a la crisis que estuvo a punto de solucionar todos los problemas de Haplo. —¿Qué es ese hedor? —Preguntó Aleatha—. ¿Piensas hacer algo al respecto? Llevaban una semana de viaje, más o menos. Para calcular el tiempo disponían de una flor de horas mecánicas que los elfos habían llevado a bordo. Aleatha había subido al puente para contemplar la estrella a la que se dirigían. —Es la sentina —respondió Haplo distraídamente, mientras intentaba encontrar algún sistema para medir la distancia entre la nave y su destino—. Ya os dije que deberíais turnaros todos en vaciarla con la bomba. Los elfos de Ariano, que habían construido y diseñado la nave, habían incorporado un método efectivo de recuperación de desperdicios que utilizaba magia y maquinaria élfica. El agua era un bien escaso y valiosísimo en Ariano, el mundo del aire, donde se utilizaba como moneda de cambio y no se despilfarraba

—

una sola gota. Varios de los primeros encantamientos creados en Ariano tenían que ver con la conversión de aguas residuales en líquido purificado. Los hechiceros humanos del agua actúan directamente sobre los elementos de la naturaleza, obteniendo agua pura de la contaminada. Los magos elfos empleaban máquinas y alquimia para conseguir el mismo efecto, y muchos elfos aseguraban que su hechicería química producía un agua de mejor sabor que la de los humanos con su magia de los elementos.

Tras apoderarse de la nave, Haplo había eliminado la mayor parte de la maquinaria élfica, dejando sólo la bomba de la sentina por si la nave encontraba alguna lluvia torrencial. Los patryn, mediante su magia rúnica, tenían sus propios métodos para disponer de los residuos corporales, métodos muy secretos y reservados (no por pudor, sino por simple supervivencia: como algunos animales entierran sus deposiciones para evitar que su enemigo las rastree). Por ello, Haplo no se había preocupado gran cosa por el problema de la higiene. Había comprobado que la bomba funcionaba y los humanos y elfos de a bordo podían turnarse en accionarla. Ocupado en sus operaciones matemáticas, no volvió a pensar en el breve diálogo con Aleatha más que para tomar nota mental de poner a todo el mundo a trabajar.

Sus cálculos se vieron interrumpidos por un grito, una exclamación y un coro de voces coléricas. El perro, que dormitaba a su lado, se incorporó de un salto con un gruñido.

—¿Qué sucede ahora? —murmuró Haplo, abandonando el puente para descender a los camarotes de la tripulación.

—Ya no son tus esclavos, ¿entiendes?

Al entrar en el camarote, el patryn encontró a Roland, vociferante y rojo de ira, frente a una pálida, serena y fría Aleatha. Los pasajeros humanos respaldaban a su salvador. Los elfos estaban en bloque tras Aleatha. Paithan y Rega estaban en medio, cogidos de la mano y con aire perturbado. Por supuesto, al viejo hechicero

no se lo veía por ninguna parte, como siempre que surgía un problema.

— ¡Vosotros, los humanos, habéis nacido para ser esclavos! ¡No sabéis vivir de otra forma! —replicó un joven elfo, sobrino de la cocinera, un espléndido elfo adulto, alto y fuerte.

Roland se lanzó sobre él con el puño apretado, seguido de otros humanos.

El sobrino de la cocinera respondió al desafío, acompañado de sus hermanos y primos. Paithan se adelantó para tratar de separar al elfo y a Roland, pero recibió un fuerte golpe en la cabeza por parte de un humano que había permanecido con la familia Quindiniar desde niño y que buscaba desde hacía mucho tiempo una oportunidad de desahogar sus frustraciones. Rega, en su intento de ayudar a Paithan, se encontró en medio del tumulto.

La refriega se generalizó, la nave cabeceó violentamente y Haplo masculló un juramento. Advirtió que últimamente lo hacía con mucha frecuencia. Aleatha se había retirado a un lado y observaba la escena con despreocupación, atenta a que no le salpicara la falda alguna gota de sangre.

— ¡Basta! —rugió Haplo, metiéndose en la trifulca, agarrando a los contendientes y separándolos con energía. El perro corrió tras él, lanzando gruñidos y dolorosos mordiscos en los tobillos—. ¡Nos vamos a caer!

—

No era cierto, pues la magia sostendría la nave pese a todo, pero la idea resultaba sin duda amenazadora y Haplo calculó que pondría fin a las hostilidades.

La pelea cesó a duras penas. Los adversarios se limpiaron la sangre de los labios partidos y de las narices rotas y se miraron unos a otros con odio.

— ¿Qué diablos sucede ahora? —exigió saber Haplo.

Todos se pusieron a hablar a la vez. Ante un gesto furioso del patryn, se hizo de nuevo el silencio. Haplo fijó la vista en Roland.

—Muy bien, tú has empezado esto. ¿Qué ha sucedido?

—Le toca el turno de accionar la bomba de la sentina a la dama —Roland, aún jadeante, se frotó los doloridos músculos abdominales y señaló a Aleatha—, pero se ha negado a hacerlo. Se ha presentado aquí y ha ordenado a uno de nosotros que lo hiciera en su lugar.

— ¡Sí! ¡Eso es! —Los humanos, varones y mujeres, asintieron airadamente.

Por un breve y seductor instante, Haplo se imaginó utilizando su magia para abrir el fondo de la quilla de la nave y enviar a aquellas criaturas detestables e irritantes a una vertiginosa caída de cientos de miles de leguas hasta el mundo que habían abandonado.

¿Por qué no lo hacía? Por curiosidad, había dicho el anciano. Sí, sentía curiosidad; tenía ganas de ver dónde quería llevar el hechicero a toda aquella gente, de saber por qué lo hacía. Pero Haplo ya preveía el momento —que se aproximaba rápidamente— en que su curiosidad empezaría a decaer.

Parte de la ira que sentía debía de hacerse patente en su rostro, pues los humanos callaron y retrocedieron un paso ante él. Aleatha, al ver que la mirada de Haplo se centraba en ella, palideció; sin embargo, se mantuvo firme y le devolvió la mirada con gesto de desdén, fría y altiva. Haplo no dijo nada. Alargó la mano, asió por el brazo a la elfa y la obligó a salir del camarote.

Aleatha jadeó, gritó y se resistió. Haplo tiró de ella, arrastrándola por la

fuerza. La elfa cayó a cubierta. El patryn la incorporó con brusquedad y siguió arrastrándola.

— ¿Adonde la llevas? —exclamó Paithan. En su voz había auténtico miedo. Haplo advirtió por el rabillo del ojo que Roland había perdido el color. A juzgar por su expresión, parecía convencido de que Haplo se disponía a arrojar a Aleatha por la borda.

«Estupendo», pensó el patryn, y continuó la marcha.

Aleatha se quedó pronto sin aliento para seguir gritando; había dejado de debatirse y se concentraba en mantenerse en pie para que no la arrastrara por la cubierta. Haplo descendió por una escalerilla, seguido de cerca por la elfa, y se detuvo entre puentes, en el rincón oscuro, pequeño y maloliente donde se encontraba la bomba de la sentina de la nave. El patryn obligó a entrar a Aleatha y ésta fue a darse de bruces contra el aparato.

— ¡Perro! —Dijo al animal, que había seguido a su amo o se había materializado junto a él—. ¡Vigila!

El perro se echó, obediente, con la cabeza ladeada y los ojos en la mujer. Aleatha estaba muy pálida y lanzó una mirada de odio a Haplo tras una maraña de cabello desordenado.

— ¡No lo haré! —masculló, y se apartó un paso de la bomba.

El perro lanzó un ronco gruñido.

—

Aleatha lo miró, titubeó y dio otro paso.

El animal se puso a cuatro patas y el gruñido aumentó en intensidad.

Aleatha siguió observando al animal y apretó los labios. Echándose el cabello hacia atrás, pasó ante Haplo y se dirigió al pasadizo de salida.

El perro salvó de un salto la distancia que los separaba y se plantó frente a la mujer. Su gruñido retumbó por toda la nave. Aleatha retrocedió rápidamente, tropezó con la falda y estuvo a punto de caer.

— ¡Dile que pare! —Le gritó a Haplo—. ¡Me va a matar!

—No, no lo hará —respondió el patryn con frialdad, señalando la bomba—.

Mientras no dejes de trabajar...

Tragándose la rabia, Aleatha lanzó a Haplo una mirada que quería ser un puñal y se volvió de espaldas al perro y al patryn. Con la cabeza muy alta, se acercó al aparato. Agarró la manivela con ambas manos, blancas y delicadas, y empezó a bombear, arriba y abajo. Haplo se asomó a una portilla y comprobó que, por el costado del casco, surgía un reguero de aguas pestilentes que se pulverizaba en la atmósfera debajo de la nave.

— ¡Perro, quieto! ¡Vigila! —ordenó al can, y se marchó.

El perro se echó vigilante y alerta, sin apartar los ojos de Aleatha.

Cuando emergió de la cubierta inferior, Haplo encontró a la mayoría de los mensch reunida en lo alto de la escalera, esperándolo.

—Volved a vuestros asuntos —les ordenó cuando llegó a su altura. Esperó a que se marcharan y regresó al puente para continuar sus intentos de determinar su posición.

Roland se frotó la mano dolorida, lesionada al lanzar un buen rechazazo al elfo. Intentó convencerse de que Aleatha sólo había obtenido su merecido, que así aprendería, que no le iría mal trabajar un poco. Cuando se descubrió en el pasadizo

que llevaba al cuartito de la bomba, se llamó estúpido.

Al llegar a la escotilla, hizo una pausa y observó la escena en silencio. El perro estaba tendido en la cubierta, con el hocico entre las patas y los ojos fijos en Aleatha. La elfa hizo una pausa en su esfuerzo, se estiró y se dobló hacia atrás para intentar aliviar la rigidez y el dolor de su espalda, nada acostumbrada a los trabajos duros. La orgullosa cabeza de la muchacha colgaba ahora, abatida, mientras se secaba el sudor de la frente y se miraba la palma de las manos. Roland recordó, más vividamente de lo que esperaba, la delicada suavidad de aquellas manos menudas y las imaginó sangrando y en carne viva. Aleatha se secó de nuevo el rostro, esta vez enjugando unas lágrimas.

—Ven, deja que termine yo —se ofreció Roland con voz áspera, pasando por encima del perro de una zancada.

Aleatha se volvió y le plantó cara. Para desconcierto de Roland, la elfa lo mantuvo a distancia con los brazos estirados; luego volvió a accionar la bomba con toda la rapidez que le permitía el cansancio de sus brazos doloridos y el intenso escozor de sus palmas despellejadas.

Roland la miró con furia.

— ¡Maldita sea, mujer! ¡Sólo intento ayudarte!

— ¡No quiero tu ayuda! —Aleatha se quitó el cabello de la cara y las lágrimas de los ojos.

Roland quiso dar media vuelta, salir de allí y dejarla dedicada a su tarea. Sí, iba a darse la vuelta y marcharse. Ahora mismo se iría...

—

... Y se encontró pasando el brazo en torno a la esbelta cintura de la elfa y besando sus labios. Fue un beso salado, con sabor a sudor y a lágrimas, pero los labios de la mujer se mostraron cálidos y receptivos y su cuerpo se entregó a él; Aleatha era pura ternura, con su cabello fragante y su piel suave... todo ello levemente impregnado del hedor pestilente de la sentina.

El perro se sentó a dos patas con una expresión de ligero desconcierto y volvió la cabeza buscando a su amo. ¿Qué se suponía que debía hacer, ante aquello?

Roland retrocedió soltando a Aleatha, que se tambaleó ligeramente al quedarse sin apoyo.

— ¡Eres la muchacha más obstinada, egoísta e irritante que he conocido en mi vida! ¡Espero que te pudras aquí abajo! —dijo el humano con voz fría. Después, girando en redondo, se alejó.

Aleatha lo vio alejarse, boquiabierto y con una mirada de asombro. El perro, perplejo, se echó de nuevo sobre los tablones para rascarse.

Finalmente, Haplo casi había encontrado una respuesta. Había improvisado un tosco teodolito que utilizaba como puntos de referencia comunes la posición estacionaria de los cuatro soles y la luz brillante que constituía su destino.

Comprobando diariamente las posiciones de las demás estrellas visibles en el cielo, el patryn observó que parecían cambiar de posición en relación con la *Estrella de Dragón*.

Tales variaciones eran debidas al movimiento de la nave, y la coherencia de las mediciones lo llevó a plantear un modelo de desconcertante simetría. Se estaban aproximando a la estrella, de eso no había ninguna duda. De hecho, parecía...

El patryn comprobó de nuevo los cálculos. Sí, tenía sentido. Empezaba a entender; empezaba a comprender muchas cosas. Si estaba en lo cierto, sus pasajeros no iban a poder evitar la sorpresa cuando...

—Disculpame, Haplo...

Cuando alzó la vista, molesto por la interrupción, encontró a Paithan y a Rega en la escotilla del puente, junto con el anciano hechicero. Por supuesto, ahora que el problema estaba resuelto, Zifnab había reaparecido.

—¿Qué quieres? Date prisa... —murmuró Haplo.

—Verás..., nosotros... Rega y yo... queremos casarnos.

—Felicidades.

—Pensamos que serviría para unir a los pueblos, ¿entiendes?

—A mí me parece más probable que el anuncio desencadene otro alboroto, pero eso es cosa vuestra.

Con aspecto algo mohíno, Rega dirigió una mirada dubitativa a Paithan. El elfo suspiró profundamente y continuó:

—Queremos que tú celebres la ceremonia.

—¿Que yo qué? —Haplo no podía dar crédito a sus oídos.

—Según las leyes antiguas —intervino Zifnab—, un capitán de barco puede celebrar matrimonios en alta mar.

—¿Las leyes antiguas de quién? Y no estamos en ningún mar.

—¡Vaya...! Debo reconocer que no estoy seguro de los términos precisos de esa ley y que...

—Ya tenéis al viejo. —El patryn señaló al hechicero—. Que lo haga él.

—

—Yo no soy sacerdote —protestó Zifnab, indignado—. Querían que tomara los hábitos, pero me negué. La partida necesitaba un curandero, me dijeron. ¡Ja! Unos combatientes con el cerebro de un picaporte atacan algo veinte veces su tamaño, con un millón de puentes de impacto, ¡y esperan que *yo* les saque la cabeza de la caja torácica! Yo soy un hechicero. Y tengo el hechizo más maravilloso. Si pudiera recordar cómo era... ¡Bola ocho! No, no era eso. Incendios..., no sé qué de incendios. ¡Extintor de incendios! Alarma de humos. No, no es eso. Pero me parece que me estoy acercando bastante...

—¡Sacadle del puente! —Haplo volvió al trabajo.

Paithan y Rega se adelantaron al anciano. El elfo puso su mano con cautela en el brazo tatuado del patryn.

—¿Lo harás? ¿Nos casarás?

—Yo no sé nada de ceremonias de boda élficas.

—No tiene por qué ser élfica, ni tampoco humana. De hecho, será mejor si no es ninguna de las dos. De este modo nadie se enfurecerá.

—Sin duda, tu pueblo tendrá algún tipo de ceremonias —apuntó Rega—. A nosotros nos bastaría...

... Haplo no echó en falta a la mujer.

Los corredores del Laberinto eran gente solitaria que se fiaba de su rapidez y de su fuerza, de su ingenio y de su astucia, para alcanzar su objetivo. Los ocupantes confiaban en su número. Estos, reunidos en tribus nómadas, se movían por el Laberinto a paso más lento, siguiendo a menudo las rutas exploradas por los corredores. Unos y otros se respetaban: los corredores representaban el

conocimiento; los ocupantes, un breve instante de seguridad y estabilidad. Haplo entró en el campamento de los ocupantes por la tarde, tres semanas después de que la mujer lo dejara. El jefe salió a recibirlo a su llegada, que había sido anunciada por los exploradores del grupo. El jefe era anciano, con cabellos y barba grisáceos; los tatuajes de sus manos nudosas resultaban prácticamente indescifrables. No obstante, su porte era erguido, sin señales de vejez. Tenía el vientre plano y los músculos de brazos y piernas abultados y bien definidos. El anciano juntó las manos, con los reverses tatuados hacia fuera, y se llevó los pulgares a la frente. El círculo quedó cerrado.

—Bienvenido, corredor.

Haplo hizo el mismo gesto y se obligó a sostener la mirada del jefe del asentamiento. Hacer otra cosa sería considerado un insulto; tal vez resultaría incluso peligroso, pues podría dar la impresión de que estaba calculando el número de miembros del grupo.

El Laberinto era inteligente y tramposo. Se sabía que había enviado impostores. A Haplo sólo se le permitiría la entrada en el campamento si se ceñía estrictamente a las formas. Pese a todo, no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a los ocupantes que se acercaron a inspeccionarlo. Sobre todo, se fijó en las mujeres. Al no distinguir de inmediato ninguna cabellera castaña, Haplo volvió a centrar la atención en su anfitrión.

—Que las puertas se abran para ti, jefe. —Haplo hizo una reverencia con las manos ante la frente.

—Y para ti. —El jefe inclinó la cabeza.

—

—Y para tu pueblo, jefe. —Haplo hizo otra reverencia. La ceremonia había terminado.

Desde aquel momento, Haplo quedó considerado un miembro más de la tribu. La gente continuó con sus asuntos como si tal cosa, aunque en varias ocasiones una mujer se detuvo a mirarlo, le sonrió y le indicó una choza con un gesto de cabeza. En otro momento de su vida, tal invitación habría hecho correr fuego por sus venas. Una sonrisa por su parte y habría sido llevado a la choza, alimentado y tratado con todos los privilegios de un marido. Pero, en aquella época, la sangre de sus venas parecía helada. Al no ver la sonrisa que deseaba encontrar, mantuvo su expresión cuidadosamente grave y la mujer se alejó decepcionada.

El jefe aguardó con prudencia a ver si Haplo aceptaba alguna de aquellas invitaciones. Al comprobar que no era así, le ofreció su propia choza para pasar la noche. Haplo le agradeció el ofrecimiento y, al advertir la sorpresa y el destello de cierta suspicacia en los ojos del jefe, añadió una explicación:

—Estoy en un ciclo de purificación.

El líder de la tribu asintió, comprensivo, olvidando toda sospecha. Muchos patryn, equivocados o no, creían que los encuentros sexuales debilitaban su magia. Los corredores que proyectaban adentrarse en un territorio desconocido solían efectuar un ciclo de purificación, absteniéndose de la compañía del sexo opuesto varios días antes de aventurarse en terreno inexplorado. Un ocupante que fuera a salir de caza o a afrontar una batalla lo haría también.

Haplo, personalmente, no creía en tales tonterías. Su magia nunca le había fallado, por muchos placeres que hubiera disfrutado la noche anterior. Pero

resultaba una buena excusa.

El jefe condujo a Haplo a una choza confortable, cálida y seca. En el centro ardía un luminoso fuego, cuyo humo escapaba por un agujero en el techo. Su anfitrión se sentó cerca de las brasas.

—Una concesión a mis viejos huesos. Puedo correr con los jóvenes y mantener su paso, soy capaz de derribar a un karkan con las manos desnudas..., pero he descubierto que me gusta sentarme junto al fuego por la noche. Toma asiento, corredor.

Haplo escogió un lugar próximo a la entrada de la cabaña. La noche era cálida y la estancia resultaba sofocante.

—Has llegado a nosotros en un buen momento, corredor —dijo el viejo jefe—. Esta noche celebramos una unión.

Haplo murmuró la fórmula de cortesía sin apenas pensarlo. Su mente estaba ocupada en otros asuntos. Ahora que se habían observado todas las formas como era debido, podía plantear su pregunta en cualquier momento. Sin embargo, se le quedó atascada en la garganta. El jefe le preguntó por los senderos y se pusieron a hablar de los viajes de Haplo. El corredor proporcionó al viejo toda la información posible sobre la tierra que se extendía ante él.

Al caer la noche, una agitación inusual en el exterior de la cabaña recordó a Haplo la ceremonia que iba a tener lugar. Una hoguera convertía las sombras en días. La tribu debía de sentirse segura, pensó el corredor mientras seguía al jefe fuera de la choza. De lo contrario, no se habrían atrevido a encenderla. Hasta un dragón ciego podría ver su resplandor.

Se unió a la multitud congregada en torno al fuego.

—

Comprobó que la tribu era numerosa. No era extraño que se sintiera segura.

Los centinelas de los puestos avanzados les advertirían en caso de ataque. Eran tantos que podían defenderse de casi todo, tal vez incluso de un dragón. Los niños correteaban entre los adultos, vigilados por el grupo.

Los patryn del Laberinto lo compartían todo: comida, amantes, hijos... Las promesas de unión eran votos de amistad, más parecidos a los de un guerrero que a los de matrimonio. La unión podía tener lugar entre un hombre y una mujer, entre dos hombres o entre dos mujeres. La ceremonia era más habitual entre ocupantes que entre corredores, pero, en ocasiones, estos últimos se unían también a un compañero. Los padres de Haplo habían estado unidos, y él mismo había pensado en hacerlo. Si la encontraba...

El líder de la tribu alzó los brazos reclamando silencio. La gente, incluso los niños más pequeños, callaron de inmediato. Cuando lo vio todo preparado, el jefe abrió los brazos y tomó de la mano a los que estaban a ambos lados. Todos los patryn siguieron su ejemplo hasta formar un enorme círculo alrededor de la hoguera. Haplo se unió a ellos, dando la zurda a un hombre bien formado, aproximadamente de su edad, y la diestra a una muchacha apenas adolescente, que se sonrojó intensamente al contacto con sus dedos.

—El círculo está cerrado —dijo el jefe, mirando a su pueblo con una expresión de orgullo en su rostro lleno de arrugas y curtido por la intemperie—. Esta noche nos reunimos para ser testigos de las promesas entre los dos que formarán su propio círculo. Que se acerquen.

Un hombre y una mujer abandonaron el círculo, que se cerró de inmediato tras ellos, y se adelantaron hasta el jefe. Éste también se avanzó al círculo y extendió las manos. La pareja las asió, uno a cada lado, y luego entrelazaron las suyas.

—El círculo vuelve a estar cerrado —proclamó el anciano. Miraba a la pareja con intensidad, pero su gesto era severo y grave. Los congregados en torno al trío presenciaban el acto con solemne silencio.

Haplo advirtió que estaba disfrutando de aquello. Casi siempre, y sobre todo en aquellas últimas semanas, se había sentido vacío, hueco, solo. Allí estaba a gusto, con una sensación de estar lleno. El viento frío y ululante ya no lo atravesaba con su desconsuelo. Y se descubrió sonriendo, lanzando sonrisas a todos y a todo.

—Prometo protegerte y defenderte. —Las voces de la pareja repetían los votos, uno después del otro, en un círculo de ecos—. Mi vida por tu vida. Mi muerte por tu vida. Mi vida por tu muerte. Mi muerte por tu muerte.

Pronunciados los votos, la pareja guardó silencio. El jefe de la tribu asintió, satisfecho de la sinceridad del compromiso. Tomando las dos manos que asían las suyas, las juntó.

—El círculo está cerrado —repitió, y se retiró de nuevo al seno del círculo de testigos dejando que la pareja formara su propio círculo dentro de la gran comunidad. Los dos actores de la ceremonia se sonrieron mutuamente. El círculo exterior prorrumpió en vítores y se disolvió; sus componentes se separaron para preparar la celebración.

Haplo decidió que era buen momento para hacer la pregunta y buscó al jefe, que se había acercado a la rugiente hoguera.

—

—Busco a una mujer —le dijo Haplo, y la describió—. Es de buena estatura y tiene el cabello castaño. Es una corredora. ¿Ha estado aquí?

El viejo meditó la respuesta.

—Sí, ha estado aquí —dijo por fin—. Hace apenas una semana.

Haplo sonrió. No había pretendido seguirla, al menos conscientemente, pero parecía que los dos estaban recorriendo el mismo camino.

—¿Cómo estaba? ¿Tenía buen aspecto?

El jefe le dirigió una mirada penetrante y escrutadora.

—Sí, tenía buen aspecto. Pero yo apenas la vi. Si quieres saber más, pregúntale a Antio, ese hombre de ahí. Pasó la noche con ella.

El calor desapareció. El aire era frío y el viento, cortante como una cuchilla.

Haplo se volvió y vio pasar por las inmediaciones al joven bien formado con el que había unido las manos en el círculo.

—Se marchó por la mañana —añadió el jefe—. Puedo enseñarte la dirección que tomó.

—No es necesario. De todos modos, gracias —añadió Haplo para mitigar la frialdad de su respuesta. Miró a su alrededor y vio a la muchacha. Ella lo estaba observando y se sonrojó hasta las orejas al notar que el corredor la había descubierto.

Haplo volvió a la choza del jefe y empezó a recoger sus pertenencias, escasas puesto que los corredores viajaban ligeros. El jefe de la tribu lo siguió y lo observó

con asombro.

—Tu hospitalidad me ha salvado la vida —dijo Haplo, siguiendo la fórmula ritual de despedida—. Antes de marcharme, te contaré lo que sé. Los informes dicen que toméis el sendero oeste hasta la Puerta cincuenta y uno. Corren rumores de que el Poderoso, el que primero ha resuelto el secreto del Laberinto, ha regresado con su magia para limpiar de obstáculos ciertas zonas y dejarlas seguras... al menos temporalmente. Sin embargo, no puedo confirmarte si los rumores son ciertos o no, puesto que yo vengo del sur.

—¿Te vas a ir ahora? ¿Con lo peligroso que es el Laberinto una vez anochece?

—No me importa —respondió Haplo. Juntando las palmas de las manos, se las llevó a la frente en el gesto ritual. El jefe de la tribu le devolvió el saludo y Haplo dejó la choza. Se detuvo un momento en el umbral. El resplandor de la hoguera lo iluminaba todo en torno a las llamas, pero, por contraste, hacía mucho más negras las tinieblas allí donde no alcanzaba la luz. Haplo dio un paso hacia la oscuridad, cuando notó una mano en el brazo.

—El Laberinto mata lo que puede: si no alcanza nuestro cuerpo, trata de matar nuestro espíritu —dijo el viejo jefe—. Lloro tu pérdida, hijo mío, y no olvides nunca de quién es la culpa. Recuerda a los que nos encarcelaron, a los que sin duda contemplan complacidos nuestros esfuerzos.

Son los sartán (...) Ellos nos trajeron a este infierno y son los responsables de esta maldad.

La mujer lo había mirado con los ojos pardos moteados de oro. *No sé. Quizá la maldad está dentro de nosotros.*

Haplo abandonó el campamento de los ocupantes y continuó su carrera solitaria. No, no echaba de menos a la mujer. No la añoraba en absoluto...

En el Laberinto había ciertos árboles, llamados barantos, que producían unos frutos especialmente succulentos y nutritivos. Sin embargo, quienes recolectaban el

—

fruto corrían el riesgo de pincharse con las espinas venenosas que lo envolvían. Las espinas penetraban muy hondas en la carne que las runas dejaban necesariamente desprotegida, y buscaban las venas. Si alcanzaban el torrente sanguíneo, el veneno que contenían podía resultar letal. Por lo tanto, aunque las espinas estaban erizadas de pequeñas púas que desgarraban la carne al ser arrancadas, era preciso extraerlas de inmediato... al precio de un dolor considerable. Haplo creía haberse sacado la espina y le sorprendió descubrir que aún le dolía, que todavía llevaba el veneno en su cuerpo.

—No creo que te gustara la ceremonia de mi pueblo —dijo a Rega. Su voz sonó chirriante; sus ojos quedaban en sombras bajo el entrecejo fruncido—. ¿Quieres conocer nuestros votos? Son éstos: «Mi vida por tu vida. Mi muerte por tu vida. Mi vida por tu muerte. Mi muerte por tu muerte». ¿De veras quieres tomarlos?

Rega palideció y preguntó, con cierta vacilación:

—¿Qué... qué significan? No lo entiendo.

—«Mi vida por tu vida» significa que, mientras vivamos, compartiremos la alegría de vivir con el otro. «Mi muerte por tu vida» quiere decir que estaré dispuesto a entregar mi vida por salvar la tuya. «Mi vida por tu muerte», que dedicaré mi vida a vengar tu muerte, si no puedo evitarla. «Mi muerte por tu muerte», que una parte de mí morirá cuando tu mueras.

—No es muy..., romántico —reconoció Paithan.
—El lugar del que procedo, tampoco.
—Creo que me gustaría pensarlo —dijo Rega, sin mirar al elfo.
—Sí, supongo que será lo mejor —añadió Paithan, más calmado.
La pareja abandonó el puente, esta vez sin cogerse las manos. Zifnab los contempló con afecto y se llevó la punta de la barba a los ojos para enjugar una lágrima.
—El amor hace girar el mundo —murmuró con satisfacción.
—*Este* mundo, no —replicó Haplo con una leve sonrisa—. ¿No es cierto, anciano?

CAPÍTULO EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES, EQUILAN

—No sé a qué te refieres —replicó Zifnab con un bufido, y se dispuso a abandonar el puente.
—Sí, claro que lo sabes. —La mano de Haplo se cerró sobre el brazo delgado y frágil—. Y yo sé adonde vamos y tengo una idea bastante clara de lo que encontraremos cuando lleguemos. Y a ti, anciano, se te avecinan un montón de problemas.
Un ojo feroz se asomó de pronto por la ventana, con una siniestra mirada de rabia.
— ¿Qué has hecho esta vez? —preguntó el dragón.
—Nada. Todo está bajo control —replicó Zifnab.
—«Bajo» parece ser la palabra clave. Quiero que sepas que tengo un hambre terrible.
El ojo del dragón se cerró y desapareció. Haplo notó una vibración en la nave bajo la creciente y siniestra presión del cuerpo del dragón, enrollado en torno al casco.
Zifnab se contrajo; su débil esqueleto se encogió sobre sí mismo y lanzó una mirada nerviosa al dragón.
— ¿Lo has notado...? No ha dicho «mi señor». Mala señal. Muy mala señal.
Haplo soltó un gruñido. Un dragón furioso, ¡lo que faltaba! De la parte inferior de la nave le llegaron unos gritos encolerizados, seguidos de un estrépito, un golpe sordo y una exclamación.
—Me parece que acaban de anunciar los proyectos de boda. — ¡Oh, no! —
Zifnab se quitó el sombrero y empezó a retorcerlo entre sus dedos temblorosos, al tiempo que lanzaba una mirada de súplica a Haplo—. ¿Qué voy a hacer?
—Tal vez pueda ayudarte. Dime quién y qué eres. Háblame de las «estrellas». Cuéntame cosas de los sartán.

Zifnab meditó sus palabras y entrecerró los ojos. Alzó un índice huesudo y lo hundió repetidas veces en el pecho de Haplo.

—A mí me corresponde saberlo y a ti averiguarlo. ¡En éstas estamos!

El hechicero alzó la barbilla, dirigió una afable sonrisa al patryn y soltó una breve risilla estridente. Tras encasquetarse de nuevo el maltratado sombrero, dio unas solícitas palmaditas en el brazo a Haplo y abandonó el puente con paso inseguro.

Haplo lo vio marcharse y se preguntó cómo era que no le había arrancado la cabeza, con sombrero y todo. Ceñudo, el patryn se frotó el lugar del pecho donde lo había golpeado la punta del dedo del hechicero, como si quisiera librarse del contacto.

—Está bien, viejo. Espera a que alcancemos la estrella.

— ¡Se suponía que nuestro matrimonio iba a unir a los dos pueblos! —Se quejó Rega, enjugándose unas lágrimas de frustración y de rabia—. ¡No entiendo qué le ha sucedido a Roland!

— ¿Aún quieres que sigamos con esto? —preguntó Paithan, frotándose un chichón en la frente.

Los dos contemplaron con abatimiento los camarotes de la tripulación. El suelo estaba salpicado de sangre. Haplo no había aparecido para cortar aquel enfrentamiento y numerosos elfos y humanos habían salido de la cabina molidos a golpes. En un rincón, Lenthian Quindiniar seguía contemplando por una portilla la brillante estrella, que parecía crecer cada ciclo que pasaba. El elfo no parecía haber advertido en absoluto el altercado que se había desencadenado en torno a él.

Rega permaneció pensativa un instante y exhaló un suspiro.

— ¡Si pudiéramos conseguir que nuestros pueblos se unieran otra vez, como después del ataque de los titanes!

—No estoy seguro de que sea posible. El odio y la desconfianza entre ambos se remonta a miles de años y no es probable que tú y yo podamos hacer nada al respecto.

— ¿Estás diciendo que no quieres casarte? —La piel morena de Rega se encendió y sus ojos pardos brillaron entre las lágrimas.

— ¡Sí, claro que quiero! Pero estaba pensando en esos votos. Tal vez no sea el momento de...

— ¡Y tal vez sea verdad lo que Roland decía de ti! ¡Eres un niño mimado que en toda su vida no ha hecho nada honrado! ¡Y además eres un cobarde y...! ¡Oh, Paithan! ¡Lo siento!

Rega le pasó los brazos en torno a la cintura y acurrucó la cabeza en su pecho.

—Ya lo sé. —Paithan acarició el cabello negro, largo y brillante de la muchacha—. Le he dicho a tu hermano un par de cosas de las que no me siento muy orgulloso...

— ¡Lo que yo te he dicho ha salido de... una parte mala de mí! Es lo que tú apuntabas: ¡El odio entre nuestras razas ha durado demasiado!

—Tendremos que ser pacientes entre nosotros. Y con ellos. —Paithan miró por la portilla. La estrella emitía su sereno brillo con una luz pura y fría—. Quizás en este nuevo mundo descubramos que todos viven en paz. Puede que, entonces, los

demás vean y comprendan. Aun así, no estoy seguro de que casarnos ahora sea lo más oportuno. ¿Qué opinas tú, padre?

Paithan se volvió hacia Lenthán Quindiniar, que seguía contemplando la estrella por la abertura, con aire extasiado.

— ¿Padre?

Con la mirada perdida, brillando aún con la luz de la estrella, Lenthán se volvió vagamente hacia su hijo.

— ¿Qué, hijo mío?

— ¿Crees que debemos casarnos?

— Opino..., opino que deberíamos esperar a preguntarle a tu madre. —

Lenthán emitió un suspiro de contento y volvió a mirar por la portilla—. La encontraremos cuando alcancemos la estrella.

Drugar no había participado en la pelea, como tampoco lo hacía en nada de cuanto se desarrollaba a bordo de la nave. Los demás, inmersos en sus problemas, no prestaban la menor atención al enano. Acurrucado en su rincón, aterrado ante la idea de que estaban muy por encima de las nubes que cubrían su amado suelo, Drugar intentó utilizar su sed de venganza para espantar el miedo. Pero el fuego de su odio se había quedado reducido a rescoldos.

Le habían salvado la vida. El enemigo al que había jurado matar le había salvado la vida poniendo en riesgo la suya.

«Hago solemne juramento, ante los cuerpos sin vida de mi pueblo, de matar a los responsables de su muerte.» Al notar que las llamas se apagaban, al sentirse frío sin el reconfortante ardor, el enano avivó el ímpetu de su rabia.

— ¡Esos tres sabían que los titanes venían a destruirnos! —Murmuró para sí—. ¡Lo sabían! ¡Y conspiraron entre ellos, aceptaron nuestro dinero y luego impidieron que las armas llegaran a mi pueblo! ¡Querían que nos aniquilasen! ¡Debería haberlos matado cuando tuve ocasión!

Sí, había sido un error no matarlos en los túneles. Entonces, el fuego ardía con fuerza dentro de él. Sin embargo, habrían muerto sin conocer sus propias pérdidas, también terribles. Habrían muerto sin remordimientos. No; no tenía que inventar justificaciones. Era mejor así. Llegaría hasta aquella estrella y dejaría que creyeran que todo iba a terminar felizmente.

Y, sin embargo, se avecinaba el fin. Punto.

—Me salvaron la vida —prosiguió—. ¿Y qué? ¡Eso sólo demuestra lo estúpidos que son! Yo salvé las suyas, antes. Ahora estamos en paz. No les debo nada, ¡nada! Drakar es sabio, mi dios me protege. El ha contenido mi mano, me ha impedido actuar hasta que llegue el momento adecuado. —El enano cerró la mano en torno al mango de hueso del puñal—. Cuando alcancemos la estrella.

—Entonces, ¿vas a continuar con esta farsa? ¿Vas a casarte con el elfo?

—No —dijo Rega.

Roland esbozó una lúgubre sonrisa.

—Bien. Has pensado en lo que te he dicho. ¡Sabía que recobrarías la sensatez!

— ¡Sólo hemos retrasado la boda! Hasta que alcancemos la estrella. ¡Tal vez entonces seas tú quien recobre la cordura!

—Ya veremos —murmuró Roland mientras trataba torpemente de vendarse los nudillos, abiertos y sangrantes—. Ya veremos.

—

—Ven, deja que me encargue de eso. —Su hermana se ocupó de la venda—.

¿A qué te refieres? No me gusta esa mirada.

—No, claro. ¡Preferirías que tuviera los ojos rasgados y unas manos pequeñas y suaves y una piel del color de la leche! —Roland apartó la mano—. Sal de aquí. ¡Apestas a esos elfos! ¡Te han engatusado para que los quieras, para que desees su compañía, y no hacen otra cosa que burlarse de ti!

— ¿Qué estás diciendo? ¿Engatusarme? —Rega miró a su hermano con gesto de asombro—. ¡Si acaso, fui yo quien sedujo a Paithan y no al revés! ¡Y Thillia sabe que nadie se burla de nada, en esta nave...!

— ¿Ah, no? —Roland se acarició la mano herida y mantuvo la vista apartada de la de su hermana. Después, en un susurro y a espaldas de Rega, añadió—: Ya nos encargaremos de los elfos. Espera a que alcancemos la estrella.

Aleatha se pasó el revés de la mano por los labios por enésima vez. El beso era como el hedor de la sentina, que parecía adherirse a todo: a sus ropas, a su pelo, a su piel. La muchacha no podía quitarse de la boca el sabor y el tacto del humano.

—Deja que te vea las manos —dijo Paithan.

— ¿A qué viene eso? —Replicó Aleatha, sin oponerse a que su hermano le examinara las palmas de las manos, cuarteadas, llagadas y ensangrentadas—. No me has defendido. Te has puesto de su parte, ¡y todo por esa pequeña golfa! ¡Y has dejado que Haplo me arrastrara a ese condenado agujero!

—No creo que pudiera haberlo impedido —respondió Paithan con calma—. Por la expresión de su rostro, creo que tuviste suerte de que no te arrojara de la nave.

—Ojalá lo hubiera hecho. ¡Sería mejor estar muerta, como el barón y..., y Cal...! —Aleatha hundió la cabeza, llorando entrecortadamente—. ¡Qué clase de vida es ésta! —Se agarró la falda del vestido, sucio y lleno de desgarros, y tiró de ella entre sollozos—. ¡Vivimos entre la suciedad como humanos! ¡No me extraña que nos estemos rebajando a su nivel! ¡Al de meros animales!

—Vamos, Thea, no digas eso. Tú no los comprendes. —Paithan intentó consolarla, pero Aleatha lo rechazó.

— ¿Y tú qué sabes? ¡Te ciega la pasión! —Aleatha se pasó la mano por los labios—. ¡Puaj! ¡Salvajes! ¡Los odio! ¡Los odio a todos! ¡No, no te acerques! Ahora, no eres mejor que ellos, Paithan.

—Será mejor que te acostumbres, Thea —replicó su hermano, irritado—. Uno de ellos va a ser pariente tuyo.

— ¡Ja! —Aleatha alzó la cabeza y le dirigió una fría mirada con los labios apretados, severos y tensos. De pronto, el parecido con su hermana mayor resultaba aterrador—. ¡De ningún modo! Si te casas con esa furcia, dejo de tener hermano. ¡No volveré a mirarte ni a dirigirte la palabra!

—No lo dirás en serio, Thea. Ahora somos lo único que nos queda. Padre... Ya has visto a padre. No está..., no está bien.

—Está loco. Y aún se pondrá peor cuando lleguemos a esa «estrella» a la que nos ha arrastrado y madre no esté allí para recibirlo. Lo más probable es que eso acabe con él. ¡Y todo lo que le suceda será sólo culpa tuya!

—He hecho lo que he creído mejor.

—

El elfo estaba pálido y la voz, pese a sus esfuerzos, le temblaba y se le quebraba.

Aleatha lo miró compungida, alzó la mano y le echó el cabello hacia atrás con dedos suaves. Se acercó un poco más y le susurró:

—Tienes razón. Ahora sólo nos tenemos el uno al otro, Paithan. Sigamos así. Quédate conmigo. No vuelvas con esa humana. Sólo está jugando contigo. Ya sabes cómo son los humanos..., las humanas, quiero decir —se corrigió, ruborizándose—. Cuando alcancemos la estrella, volveremos a empezar nuestras vidas desde el principio. Nos ocuparemos de padre y viviremos felices. Tal vez haya otros elfos, ahí. Elfos ricos, más que cualquiera en Equilan. Y tendrán casas magníficas y nos acogerán en sus mansiones. Y esos humanos salvajes y repulsivos volverán a internarse en sus junglas.

La muchacha descansó la cabeza en el pecho de su hermano, se enjugó las lágrimas y, una vez más, se pasó la mano por los labios.

Paithan no dijo nada y dejó soñar a su hermana. «Cuando alcancemos la estrella», pensó. «¿Qué será de nosotros cuando la alcancemos?»

Los mensch se tomaron en serio la amenaza de Haplo de que la nave podía caerse de los cielos. Una paz inquietante se apoderó de la embarcación, una paz que difería poco de la guerra, salvo en que resultaba menos ruidosa y no había derramamientos de sangre. Pero si las miradas y los deseos hubieran sido armas, apenas habría quedado nadie con vida a bordo.

Humanos y elfos se ignoraban mutuamente. Rega y Paithan se mantenían apartados, fuera por mutuo acuerdo o porque las barreras erigidas por sus respectivos pueblos se hacían demasiado fuertes y altas para poderlas salvar. Las esporádicas peleas que surgían entre los jóvenes más exaltados eran detenidas rápidamente por sus mayores. Pero en las miradas, ya que no en los labios, se leía la promesa de que sólo era cuestión de tiempo.

«Cuando alcancemos la estrella...»

No se volvió a hablar de boda.

—

CAPITULO

LA ESTRELLA

Un ladrido seco, que advertía la presencia de un extraño, sacó a Haplo de su profundo sueño. Su cuerpo y sus instintos estaban completamente despiertos, aunque su mente no lo estuviera. Haplo aplastó al visitante contra el casco, lo sujetó por el pecho con un brazo y hundió los dedos de la otra mano en la mandíbula del hombre.

— ¡Un giro de muñeca y te rompo el cuello!

Con un jadeo, el cuerpo que Haplo sujetaba se puso rígido como un cadáver. Haplo se despabiló y reconoció a su prisionero. Lentamente, relajó la presión.

— ¡No vuelvas a intentar acercarte a mí con ese sigilo, elfo, si quieres tener una vida larga y saludable!

— ¡Yo... no quería hacerlo! —Paithan se acarició la mandíbula dolorida, sin dejar de lanzar cautas miradas a Haplo y al perro, que seguía gruñendo con el pelaje erizado.

— ¡Basta! —Haplo acarició al animal—. ¡No sucede nada!

El perro bajó el tono de los gruñidos, pero continuó vigilando al elfo. Haplo se estiró para aliviar la tensión de los músculos y se acercó a la portilla. Se detuvo a mirar y lanzó un suave silbido.

—Eso que se ve... Yo sólo venía a preguntarte si sabes qué es.

El dolorido elfo se separó del casco, dio un precavido rodeo en torno al acechante animal y se acercó con cautela a la ventana.

Fuera había desaparecido todo, engullido por lo que parecía una capa de lana tupida y húmeda que se apretaba contra el cristal. Unas gotas de agua rodaban por él y brillaban en las escamas del dragón, cuyo cuerpo seguía abrazando la nave.

—¿Qué es? —Insistió Paithan, esforzándose en mantener serena la voz—.

¿Qué ha sucedido con la estrella?

—Sigue ahí. De hecho, estamos cerca, muy cerca. Esto es una nube de lluvia, simplemente.

—

El elfo exhaló un suspiro de alivio.

— ¡Nubes de lluvia! ¡Como en nuestro viejo mundo!

—Sí —dijo Haplo—. Igual que en vuestro viejo mundo.

La nave descendió, las nubes fueron pasando como velos vaporosos y la lluvia resbaló por el cristal en gruesos lagrimones. Después, la capa de nubes quedó atrás y la *Estrella de Dragón* quedó bañada de nuevo por la luz del sol. Debajo de ellos se distinguía tierra claramente.

Las runas del casco que se habían ocupado de controlar el aire, la presión y la gravedad fueron apagándose lentamente. Los mensch se apretujaron contra las portillas y sus miradas se fijaron con ansia en el suelo que se deslizaba a sus pies.

El anciano hechicero no aparecía por ninguna parte,

Haplo prestó atención a las conversaciones que se desarrollaban en torno a él y observó la expresión de los rostros de los mensch.

En primer lugar, vio alegría. El viaje había terminado y habían alcanzado la estrella sin incidencias. En segundo lugar, detectó alivio. Junglas de lujuriente follaje, lagos y mares parecidos a los de su mundo de procedencia.

La nave se acercó más. Entre los mensch se produjo un temblor de desconcierto y Haplo observó sus entrecejos fruncidos, sus labios entreabiertos. Se inclinaron más cerca de la ventana, hasta aplastar la cara contra el cristal con los ojos desorbitados.

Por fin, se daban cuenta.

Paithan regresó al puente. Un delicado color carmesí bañaba las pálidas mejillas del elfo, quien señaló la ventana.

—¿Qué sucede? ¡Este vuelve a ser nuestro mundo!

—Y ahí tenéis vuestra estrella —dijo Haplo.

De los mil y un tonos de verde del musgo y la jungla emanaba una luz brillante, deslumbrante, blanca y pulsante; una luz que lastimaba los ojos. Era realmente como mirar al sol. Pero no era un sol, no era una estrella. Poco a poco, la luz empezó a apagarse y difuminarse bajo la mirada de los viajeros. Una sombra cruzó su superficie y cuando, finalmente, la hubo cubierto casi por completo, desde la nave pudieron distinguir la fuente de la luz.

— ¡Una ciudad! —murmuró Haplo en su propia lengua, asombrado. No sólo era una ciudad, sino que había algo familiar en ella.

La luz se apagó por completo y la ciudad desapareció en la oscuridad.

—¿Qué es eso? —inquirió Paithan con voz ronca.

Haplo se encogió de hombros, irritado por la interrupción. Necesitaba pensar, necesitaba inspeccionar más de cerca aquel lugar.

—Yo sólo soy el piloto. ¿Por qué no le preguntas al hechicero?

El elfo dirigió una mirada de suspicacia al patryn. Haplo no hizo caso y se concentró en el vuelo de la nave.

—Buscaré una zona despejada para posarnos.

—Quizá no deberíamos hacerlo. Puede que haya titanes...

Era una posibilidad. Haplo tendría que afrontarla cuando llegara el momento.

—Vamos a tomar tierra —declaró rotundamente.

Paithan suspiró y volvió a mirar por la ventana.

— ¡Nuestro propio mundo! —musitó con amargura. Colocó las manos sobre el cristal, se apoyó en él y contempló los árboles y el paisaje cubierto de musgo que

—

parecía alzarse para atraparlos y derribarlos—. ¿Cómo ha podido suceder una cosa así? ¡Después de un viaje tan largo! ¿Acaso nos hemos desviado del rumbo y hemos estado volando en círculos?

—Tú viste la estrella brillando en el cielo. Volamos hacia ella rectos como una flecha, directamente hacia ella. Ve a preguntarle a Zifnab; que te explique él lo sucedido.

—Sí, tienes razón. Iré a preguntarle al viejo. —El elfo tenía la expresión tensa, torva, resuelta.

Haplo advirtió que el cuerpo del dragón, visible al otro lado de la ventana, se contraía provocando una sacudida en la nave. Un ojo encarnado y furioso miró por la ventana unos instantes y a continuación, de pronto, el cuerpo del enorme animal soltó la nave.

El casco se estremeció y la nave dragón escoró precariamente. Haplo se agarró a la piedra de gobierno para no perder el equilibrio. La embarcación voladora se enderezó y siguió navegando grácilmente hacia el suelo, liberada de un gran peso.

El dragón había desaparecido. Mientras miraba hacia abajo en busca de un lugar donde posarse, Haplo creyó ver fugazmente un enorme cuerpo verde sumergiéndose en la jungla, pero en aquel momento estaba demasiado preocupado con sus propios problemas para fijarse en el lugar exacto. La jungla era tupida y enmarañada y las extensiones de musgo escaseaban. Haplo estudió la superficie bajo la nave, tratando de ver algo en la extraña oscuridad que parecía emanar de la ciudad, como si ésta hubiera tendido una sombra gigantesca sobre la tierra.

Sin embargo, tal cosa era imposible. Para crear la noche, deberían haber desaparecido los soles, pero éstos seguían encima de ellos, en sus posiciones fijas, inmutables. Su luz brillaba sobre la *Estrella de Dragón*, se reflejaba en sus alas y penetraba por la ventana. Debajo de la nave, en cambio, reinaba la oscuridad. Escuchó unas airadas acusaciones, un chillido de protesta y una exclamación de dolor. Era el viejo hechicero. Haplo sonrió y se encogió de hombros. Había localizado un área despejada, suficiente para la nave, en las inmediaciones de la ciudad pero no demasiado cerca.

El patryn hizo descender la *Estrella de Dragón*. Las ramas de los árboles que se alzaban hacia ella se quebraron con un ruido seco y las hojas barrieron la ventana. La quilla de la nave tocó el musgo. El impacto, a juzgar por los gritos,

hizo caer a' suelo a todos los mensch.

Haplo escrutó la oscuridad, negra como el betún.

Habían llegado a la estrella.

Mentalmente, Haplo había tomado nota de la situación de la ciudad antes de que la nave se posara, para determinar la dirección que debería tomar para llegar a ella. Dándose toda la prisa posible, sin atreverse a encender luz alguna, hizo un hato con un poco de comida y llenó de agua un odre. Cuando estuvo preparado, lanzó un cauto silbido. El perro se incorporó de un brinco y cruzó el puente hasta colocarse junto a su amo.

El patryn avanzó sigilosamente hasta la escotilla de entrada al puente y escuchó con atención. Los únicos sonidos que oyó fueron las voces asustadas procedentes de los camarotes de los mensch. En el pasadizo no se oía respirar a nadie; no parecía haber espías. Tampoco esperaba que los hubiera. Las tinieblas

—

habían engullido toda la nave y habían provocado en la mayoría de los pasajeros, que jamás habían vivido tal fenómeno, una reacción que iba de la rabia al terror. De momento, los mensch daban rienda suelta a su miedo y a su ira gritándole al viejo, pero no tardarían mucho en irrumpir en el puente para exigirle explicaciones, respuestas, soluciones.

Para exigirle la salvación.

Con movimientos silenciosos, Haplo cruzó el puente hasta el mamparo del casco. Dejó la bolsa en el suelo y colocó las manos sobre las cuernas de madera. Las runas de su piel empezaron a despedir su fulgor rojo y azul y unas llamas corrieron por sus dedos, extendiéndose a la madera. Los tablones emitieron un leve resplandor y empezaron a disolverse lentamente, dejando un hueco suficiente para permitirle el paso.

Haplo cargó al hombro las provisiones y salió a la planicie de musgo donde se había posado. El perro saltó tras él, pegado a los talones de su dueño. Detrás de ellos, el resplandor rojo y azul que envolvía el casco se difuminó y la madera volvió a su forma original.

El patryn cruzó rápidamente el descampado de musgo, perdiéndose en la oscuridad. Escuchó gritos coléricos en dos idiomas, humano y elfo. Las palabras eran distintas, pero su sentido era el mismo: muerte al hechicero. Haplo sonrió. Los mensch parecían haber encontrado por fin algo que los uniera.

— ¡Haplo, hemos...! ¿Haplo? —Paithan entró a tientas en el puente y se detuvo en seco. El resplandor de las runas iba difuminándose lentamente y, a su luz, comprobó que el puente estaba vacío.

Roland irrumpió en la escotilla y apartó al elfo de un empujón.

— ¡Haplo, hemos decidido deshacernos del hechicero y dejar esta...! ¿Haplo? ¿Dónde está? —El humano se volvió y lanzó una mirada acusatoria a Paithan.

—No me he desembarazado de él, si es eso lo que piensas —replicó el elfo—. Se ha ido... y el perro, también.

— ¡Lo sabía! ¡Haplo y Zifnab están juntos en esto! ¡Nos han traído con engaños a este lugar espantoso! ¡Te dejaste embaucar por ese par!

—Habrías podido quedarte en Equilan. Estoy seguro de que los titanes habrían estado encantados de recibirte. —Frustrado, furioso, presa de la extraña sensación de que, en cierto modo, todo aquello era culpa suya, Paithan contempló

con aire lúgubre las runas que emitían su leve resplandor sobre las cuadernas de madera—. Evidentemente, así es cómo lo ha hecho. Empleando su magia. Me gustaría saber quién y qué es.

— ¡Le sacaremos la respuesta!

La luz azulada bañó con un parpadeo los puños apretados de Roland y sus facciones adustas. Paithan observó al humano y se rió.

— ¡... Si volvemos a verlo! ¡Si alguna vez volvemos a ver *algo*! Esto es peor que los túneles de los enanos.

— ¿Paithan? ¿Roland? —dijo la voz de Rega.

— Por aquí, hermana.

Rega entró a tientas en el puente y se agarró a la mano extendida de Roland.

— ¿Se lo habéis dicho? ¿Nos vamos de aquí?

— Haplo no está. Se ha ido.

— ¡Y nos ha dejado aquí... en la oscuridad!

—

— Rega, tranquilízate...

El fulgor de los signos mágicos iba apagándose. Los tres apenas se distinguían entre ellos bajo el leve resplandor azul que bajaba de intensidad, mantenía brevemente su parpadeo y volvía a perder potencia. La luz mágica se reflejaba en los ojos hundidos y asustados de los presentes y realzaba sus labios apretados, tensos de temor.

Paithan y Roland apartaron la vista para no enfrentarse abiertamente, pero se lanzaron breves y furtivas miradas de suspicacia.

— El hechicero dice que esta oscuridad pasará dentro de medio ciclo — murmuró por fin el elfo, desafiante y a la defensiva.

— ¡Por supuesto! ¡Y también decía que íbamos a un mundo nuevo! —Replicó Roland—. Vamos, Rega, deja que te lleve de vuelta a...

— ¡Paithan! —La voz frenética de Aleatha rasgó la oscuridad. La elfa penetró precipitadamente en el puente y se agarró a su hermano en el mismo instante en que la luz de los signos mágicos se apagaba, dejándolos a ciegas.

— ¡Paithan! ¡Padre se ha ido! ¡Y el hechicero, también!

Los cuatro estaban en las proximidades de la nave, observando la jungla. La luz había vuelto, la extraña oscuridad había desaparecido y se distinguía fácilmente el camino que alguien —Lenthan, Zifnab, Haplo o los tres— había tomado. El filo de una espada de madera había cortado lianas y enredaderas y sobre el suelo de musgo yacían inertes varias enormes hojas de durnau, segadas de los tallos.

Aleatha se retorció las manos.

— ¡Es todo culpa mía! Nada más llegar a este lugar horrible, padre empezó a parlotear sin parar. Que si madre estaba aquí, que dónde estaba, que por qué esperábamos tanto... ¡No callaba y yo... le grité! ¡No podía soportarlo más, Paithan! ¡Lo dejé solo!

— No llores, Thea. No es culpa tuya. Debería haberme quedado con él. Debería haberlo sabido. Iré a buscarlo.

— Voy contigo.

Paithan inició una negativa, pero, al ver la cara pálida y surcada de lágrimas de su hermana, cambió de idea y asintió con gesto cansado.

—Está bien. No te preocupes, Thea. No puede haber ido muy lejos. Será mejor que vayas a buscar agua.

Aleatha volvió a la nave apretando el paso. Paithan se acercó a Roland, que estaba inspeccionando meticulosamente las lindes de la espesura en busca de huellas. Rega, tensa y pesarosa, estaba de pie junto a su hermano. Sus ojos buscaron los de Paithan, pero el elfo se negó a cruzar una mirada.

—¿Encuentras algo?

—Ni rastro.

—Haplo y Zifnab deben de haber huido juntos, pero ¿por qué llevarse a mi padre?

Roland se incorporó y miró a su alrededor.

—No lo sé, pero no me gusta. Este sitio tiene algo extraño. ¡Pensaba que la jungla cerca de Thurn era cerrada, pero, comparada con ésta, era un jardín real! Zarzas enmarañadas y ramas de árboles se entretejían y amontonaban en tal abundancia que podrían haber formado el techo de una choza gigantesca. Una luz grisácea, mortecina, pugnaba por atravesar la vegetación. La atmósfera era

húmeda y sofocante, impregnada de olores a podredumbre y descomposición. Hacía un calor intenso y, aunque una selva como aquélla debería de estar rebotante de vida, Roland no podía captar el menor sonido pese a escuchar con atención. El silencio podía ser de sorpresa ante la presencia de la nave, pero también podía deberse a algo mucho más siniestro.

—No sé qué piensas tú, elfo, pero yo no quiero quedarme aquí un momento más de lo necesario.

—Creo que todos estamos de acuerdo en eso —respondió Paithan.

Roland lo miró entrecerrando los ojos y preguntó:

—¿Qué hay del dragón?

—También ha desaparecido.

—¡Confía en ello!

—No sé qué podemos hacer al respecto, si no aparece. —Paithan movió la cabeza. Estaba cansado y disgustado.

—Nosotros dos iremos contigo. —Rega tenía el rostro empapado en sudor y sus mojados cabellos se le adherían a la piel. Estaba temblando.

—No es necesario.

—¡Claro que sí! —Replicó Roland con frialdad—. Por lo que sé, tú y el viejo y ese mago de los tatuajes estáis juntos en este asunto. No quiero que vueles también, dejándonos plantados.

Paithan palideció de ira y sus ojos echaron chispas. Abrió la boca para replicar, pero captó la mirada suplicante de Rega y cerró los labios a tiempo de contener sus palabras.

—Haced lo que queráis —murmuró con un encogimiento de hombros, y se alejó en dirección a la nave para esperar a su hermana.

Aleatha emergió de la nave arrastrando un odre de agua. Las faldas, en otro tiempo ligeras y vaporosas, colgaban ahora lacias y hechas trizas en torno a su esbelta figura. Se había atado el chal de la cocinera en torno a los hombros, pero llevaba los brazos desnudos. Roland observó sus pies marfileños cubiertos con unas zapatillas finas y gastadas y comentó:

— ¡No puedes meterte en la jungla vestida de esta manera!

Vio que los ojos de la mujer escrutaban las sombras que se espesaban en torno a los árboles y las enredaderas que se retorcían como serpientes sobre el suelo de musgo. Con la barbilla muy erguida, sus manos se retorcieron sobre el asa de cuero del odre, agarrándolo con energía.

—No recuerdo haber pedido tu opinión, humano.

— ¡Furcia estúpida! —masculló él. La elfa tenía coraje, eso debía reconocerlo. Se la veía asustada, pero dispuesta a ir de todos modos. Roland sacó la espada y cargó contra la maleza, descargando furiosos tajos contra las enredaderas y las hojas acorazonadas que parecían la materialización misma de su admiración y su deseo por la enloquecedora muchacha.

—Rega, ¿vienes?

La humana titubeó y volvió la cabeza hacia Paithan. El elfo la miró y sacudió la cabeza. « ¿Es que no lo entiendes? », le decía el gesto. «Nuestro amor ha sido un error. Todo ha sido un terrible error.»

Con los hombros hundidos, Rega siguió a su hermano. Paithan suspiró y se volvió hacia su hermana.

—El humano tiene razón, ¿sabes? Podría ser peligroso y...

—

—Voy en busca de padre —replicó Aleatha y, por el brillo de sus ojos y el gesto de la cabeza, ligeramente ladeada, su hermano comprendió que era inútil discutir. Tomó el odre de sus manos y se lo colgó al hombro. Después, los dos se adentraron en la espesura, avanzando a toda prisa, como si trataran de correr más que su miedo.

Drugar se quedó en la escotilla, sacando filo a su puñal contra la madera. Los pesados enanos eran torpes acechando a sus presas y Drugar sabía que no tenía ninguna posibilidad de acercarse furtivamente a nadie, de modo que se proponía dejar a sus víctimas una buena ventaja antes de ir tras ellas.

—

CAPITULO

EN ALGÚN LUGAR SOBRE PRYAN

— ¡Tenía razón! ¡Es la misma! ¿Qué significa todo esto?

Ante Haplo se alzaba una ciudad hecha de luz de estrellas. Al menos, ésa era la impresión que le produjo hasta que estuvo más cerca. Su radiante belleza era increíble. El patryn no habría aceptado como real lo que veían sus ojos, habría temido que fuera un desvarío de su mente, desquiciada después de haber pasado su Señor sabía cuánto tiempo entre los mensch, de no ser porque ya conocía lo que tenía ante sí.

Pero no lo había visto allí, sino en el Nexo.

No obstante, había una diferencia. Una salvedad que Haplo consideró irónicamente tétrica. La ciudad del Nexo era oscura: una estrella, tal vez, cuya luz se había apagado. O que no había llegado a nacer.

— ¿Qué opinas tú, perro? —Murmuró, acariciando la cabeza del animal—. Es

idéntica, ¿verdad? Absolutamente idéntica.

La ciudad estaba edificada muy por encima de la jungla, tras una enorme muralla que se alzaba más arriba que la copa más alta. En el mismo centro, en equilibrio sobre una cúpula de arcos de mármol, surgía una inmensa torre de cristal sobre pilares. La aguja que remataba la torre debía de ser uno de los puntos más elevados de aquel mundo, pensó Haplo levantando la vista. Aquella torre central era el punto en que la luz irradiaba con más brillo. El fulgor era tal que el patryn apenas podía mirar hacia él. Allí, en la torre, la luz estaba deliberadamente concentrada para enviarla hacia el cielo.

—Como la luz de un faro —indicó al perro—. Pero ¿a quién o a qué se supone que guía?

El animal miró a su alrededor, inquieto, sin mostrar el menor interés. Notaba un escozor en el pelaje del cuello y alzó la pata trasera para rascarse, pero decidió que quizás el problema no era el picor; no sabía cuál podía ser, pero notaba que había alguno. Emitió un gáñido y Haplo le dio unas palmaditas para que guardara silencio.

—

La torre central estaba enmarcada por otras cuatro, no tan altas pero idénticas a la primera, que arrancaban de la plataforma que sostenía la cúpula. A un nivel inferior, se alzaban otras ocho torres iguales. Detrás de esas últimas se sucedían ocho enormes terrazas de mármol escalonadas. A imitación de las terrazas de tierra que sin duda les habían servido de modelo, las inmensas plataformas sostenían edificios y viviendas. Finalmente, a cada extremo de la muralla de defensa se levantaba otra torre rematada con su correspondiente aguja. Si aquella ciudad seguía el mismo trazado que la del Nexo, y Haplo no tenía ninguna razón para pensar lo contrario, habría cuatro de esas torres, situada cada una en un punto cardinal.

Haplo continuó la marcha por la jungla, con el perro trotando junto a sus tobillos. Los dos avanzaban ágilmente y en silencio entre la enmarañada maleza, sin dejar otro rastro de su paso que el leve resplandor, que se desvanecía enseguida, de las runas en la vegetación.

Y entonces, bruscamente, la jungla se terminó como si alguien la hubiera cubierto de tierra. Delante de Haplo, bañado por el radiante sol, se distinguía un camino tallado entre ásperas peñas. A cubierto entre las sombras de los árboles, el patryn se inclinó hacia adelante y puso la mano en la piedra. Era real, sólida, de tacto rugoso y calentada por el sol; no se trataba de ningún espejismo, como había sospechado en un principio.

—Una montaña. Han construido la ciudad en la cima de una montaña —murmuró. Alzó la cabeza y observó el camino que serpenteaba entre las rocas. La calzada era llana y despejada, y quien la recorriera quedaría irremediablemente expuesto a la vista de quien montara guardia en las murallas de la ciudad. Haplo tomó un trago de agua, dio de beber al perro y observó la urbe, concentrado y meditabundo. Recordó las toscas viviendas de los mensch, construidas en madera y colgadas de los árboles.

—No hay duda —murmuró—. Esto es obra de los sartán. Y tal vez sigan ahí, todavía. Puede que vayamos al encuentro de un par de miles de nuestros ancestrales enemigos.

Se agachó y examinó el camino, aunque sabía que era en vano. El viento que soplaba con un lúgubre ulular entre los peñascos se habría llevado cualquier rastro de huellas de gente. Haplo sacó las vendas que había guardado en un bolsillo y empezó a enrollarlas lenta y metódicamente en torno a sus manos.

—Aunque no creo que esto nos sirva de mucho —comentó al perro, el cual pareció inquieto ante tal perspectiva—. En Ariano, ese sartán que se hacía llamar Albert no tardó en descubrirnos. Claro que en esa ocasión fuimos muy descuidados, ¿verdad, muchacho? —El animal no parecía compartir su opinión, pero decidió no discutir—. Aquí, estaremos más alerta.

El patryn se colgó el odre al hombro, dejó atrás la selva y se encaminó hacia la senda salpicada de piedras que serpenteaba entre los peñascos, bordeada de unos pocos pinos ralos que se agarraban con tenacidad a las cunetas. Entornando los ojos bajo el fulgor del sol, tomó la calzada.

—Sólo somos un par de viajeros, ¿verdad, muchacho? Un par de caminantes... que han visto su luz.

—Eres muy amable al acompañarme —declaró Lenthán Quindiniar.

—Vamos, vamos. Sobra el comentario —respondió Zifnab.

—

—No creo que hubiera podido conseguirlo solo. Tienes una manera de moverte por la jungla realmente admirable. Es casi como si los árboles se apartaran de tu paso al verte llegar.

—Más bien es como si salieran *huyendo* al verlo —tronó una voz lejana bajo la planicie de musgo.

— ¡No empecemos! —gruñó Zifnab, dirigiendo una mirada colérica hacia el suelo al tiempo que descargaba un enérgico pisotón.

—Tengo un hambre terrible.

—Ahora, no. Vuelve dentro de una hora.

— ¡Hum...! —Algo de gran tamaño se alejó culebreando entre la maleza.

— ¿Era el dragón? —Preguntó Lenthán con tono de cierta preocupación—. No le hará daño a mi esposa, ¿verdad? Si se la encuentra, podría...

—No, no —respondió el hechicero, mirando a su alrededor—. Lo tengo bajo mi control. No hay nada que temer. Absolutamente nada. Por cierto, no te habrás fijado en qué dirección tomaba, ¿verdad? No es que importe mucho... —El viejo hechicero asintió con la cabeza, moviendo la barba—. Bajo mi control. Sí. Absolutamente. —Acompañó sus palabras con una furtiva mirada a su espalda. El hechicero humano y el viejo elfo se sentaron a descansar en las ramas de un viejo árbol cubierto de musgo que se alzaba en un claro del bosque fresco y umbrío, al abrigo del ardiente sol.

—Y gracias por traerme a esta estrella. Te lo agradezco de veras —continuó Lenthán, y miró a su alrededor con plácida satisfacción, apoyando las manos en las rodillas y contemplando los árboles y las enredaderas y las sombras fugaces—. ¿Crees que nos queda mucho para encontrarla? Me siento bastante fatigado. Zifnab miró a Lenthán y le dirigió una suave sonrisa. Cuando contestó, su voz se había dulcificado.

—Ya no está lejos, amigo mío. —El hechicero dio unas palmaditas en la mano lechosa y avejentada del elfo—. No está lejos. De hecho, creo que no es preciso que viajemos más. Me parece que ella vendrá a nuestro encuentro.

— ¡Maravilloso! —Una oleada de color inundó las pálidas mejillas de Lenthán. Se puso en pie y su mirada buscó con ansia en la espesura, pero casi de inmediato volvió a sentarse. El color desapareció otra vez de sus mejillas, que recuperaron su habitual tono ceniciento y cerúleo. El elfo buscó aire con un jadeo y Zifnab le pasó el brazo en torno a los hombros, ofreciéndole sostén y consuelo. Lenthán emitió un suspiro tembloroso y ensayó una sonrisa. —No debería haberme incorporado tan deprisa. Me ha entrado un mareo terrible. —Hizo una pausa y añadió—: Creo que me estoy muriendo. Zifnab volvió a darle unas palmaditas en el revés de la mano. —Vamos, vamos, camarada. No es necesario que saques conclusiones precipitadas. Es otro de tus accesos de debilidad, eso es todo. Pronto pasará... —No, por favor, no me mientas. —Lenthán le dirigió una desvaída sonrisa—. Estoy preparado. He estado muy solo, ¿sabes? Muy solo. El hechicero se secó las lágrimas con la punta de la barba. —No volverás a sentirte solo, amigo mío. Nunca más. Lenthán asintió; luego, suspiró. —Es que me siento muy débil y necesitaré todas mis fuerzas para viajar con ella cuando llegue. ¿Te... importaría mucho que me apoyara en tu hombro? Será sólo un momento, hasta que todo deje de dar vueltas.

—

—Sé cómo te sientes —dijo Zifnab—. El condenado suelo no se queda quieto como cuando uno era joven. Para mí, mucha culpa de ello la tiene la tecnología moderna. Los reactores nucleares. El hechicero se acomodó contra el grueso tronco del árbol y el elfo apoyó la cabeza en su hombro. Zifnab continuó comentando algo acerca de los quarks. A Lenthán le agradó el sonido de la voz del anciano, aunque no prestó atención a sus palabras. Con una sonrisa en los labios y la mirada fija en las sombras, aguardó pacientemente la llegada de su esposa. —Y bien, ¿qué hacemos ahora? —Roland dirigió una mirada furiosa a Aleatha y señaló con un gesto las aguas oscuras que les impedían el paso—. Te dije que ella no debería haber venido, elfo. Tendremos que dejarla atrás. — ¡Nadie me va a dejar atrás! —replicó Aleatha, pero dejó que los demás pasaran delante, cuidando de no acercarse demasiado a la charca oscura y pestilente. Habló en elfo, pero había entendido al humano. Aunque elfos y humanos se habían pasado la travesía en la nave peleándose, al menos eso les había servido para aprender a insultarse en el idioma del otro. —Tal vez exista algún vado —apuntó Paithan. —Aunque lo haya, nos llevará días abrirnos paso entre la jungla hasta dar con él. —Rega se secó el sudor de la frente y añadió—: No sé cómo pueden avanzar tan deprisa entre esta maraña. —Mediante la magia —murmuró Roland—. Y, probablemente, esa misma magia los ha transportado sobre estas aguas infectas. En cambio, a nosotros no va a ayudarnos. Tendremos que rodearlas o cruzarlas a nado. — ¡A nado! —Aleatha dio un paso atrás con un escalofrío. Roland no dijo nada, pero le dirigió una mirada... y sus ojos lo dijeron todo: Niña mimada, engreída... Aleatha se apartó los cabellos de la cara y, antes de que Paithan pudiera

detenerla, echó a correr y se metió en la charca.

Se hundió hasta media pierna y la superficie del agua se rizó en ligeras ondas aceitosas. De pronto, una silueta sinuosa cortó las ondas, deslizándose rápidamente por la superficie hacia la elfa.

— ¡Una serpiente! —gritó Roland, al tiempo que se lanzaba a la charca y se colocaba delante de Aleatha, dando furiosos zarpazos en el agua con su raztar. Paithan arrastró a su hermana a la orilla mientras Roland seguía luchando frenéticamente, batiendo el agua con sus golpes. Al perder de vista a su presa, se detuvo y miró a su alrededor.

— ¿Dónde se ha metido? ¿La habéis visto?

—Creo que ha escapado por allí, hacia los juncos. —Rega señaló el lugar.

Sin desviar un momento la atención y con el raztar preparado, Roland exclamó, dirigiéndose a Aleatha:

— ¡Idiota! ¡Has estado a punto de matarte! —La rabia casi le impedía hablar.

Aleatha se volvió, temblando bajo las ropas mojadas. Su cara tenía una palidez mortal, pero su mirada era desafiante.

— ¡No vais a... dejarme atrás! —Murmuró, venciendo a duras penas el castañeteo de dientes—. ¡Si vosotros podéis cruzar... yo también!

— ¡Nosotros llevamos botas y ropas de cuero! ¡Tenemos alguna posibilidad...!

¡Ah!, ¿de qué sirve discutir? —Roland agarró a Aleatha y la tomó en brazos mientras ella gemía y farfullaba.

—

— ¡Suéltame! —Aleatha se resistió, agitándose y dando puntapiés. Sin darse cuenta, sin pensarlo, estaba utilizando el idioma de los humanos.

—Todavía no. Cuando lleguemos al centro de la charca —murmuró Roland, chapoteando en el agua.

Aleatha contempló las negras aguas, recordó lo que acababa de suceder y se estremeció. Sus brazos rodearon el cuello del hombre, y se cerraron con fuerza.

—No lo harías, ¿verdad? —murmuró, agarrándose con desesperación.

Roland contempló su rostro, tan próximo. Los ojos púrpura de la elfa, desorbitados de terror, eran oscuros como el vino y mucho más embriagadores. Sus cabellos al viento se mecían en torno al humano, produciéndole un cosquilleo. Su cuerpo, cálido y tembloroso, apenas le pesaba en los brazos. Una oleada de amor lo traspasó, le hizo bullir la sangre, más dolorosa que el veneno de cualquier serpiente.

—No —respondió, y la voz se le quebró al pasar por el doliente nudo de deseo que le atenazaba la garganta. Sus manos estrecharon a Aleatha con más fuerza. Rega y Paithan avanzaban tras ellos.

— ¿Qué ha sido eso? —jadeó ella, volviendo la cabeza.

—Un pez, creo —respondió Paithan, acercándose a ella rápidamente. La tomó del brazo y Rega alzó la cara con una sonrisa esperanzada.

El elfo tenía una expresión grave, solemne. Le ofrecía protección, nada más.

La sonrisa de Rega se desvaneció y los dos continuaron la travesía en silencio, con la mirada fija en las aguas. Por fortuna, la charca no era profunda y apenas cubría por la rodilla en su punto central. Cuando llegaron a la orilla opuesta, Roland salió del agua y depositó a Aleatha en el suelo.

Ya se disponía a continuar la marcha cuando notó un tímido contacto en el

brazo.

—Gracias —murmuró Aleatha.

Le había costado decirlo. No porque la palabra fuera difícil de pronunciar en humano, sino porque a la elfa le suponía un esfuerzo encontrar palabras para dirigirse a aquel hombre, que despertaba en ella emociones tan agradables y desconcertantes. Sus ojos estudiaron los labios de dulces líneas de Roland y recordó el beso y el fuego que había encendido en su cuerpo. Se preguntó si sucedería una segunda vez. El humano estaba ahora tan cerca de ella que sólo tenía que moverse un poco más, ni siquiera medio paso, y...

Entonces, la elfa se acordó. Roland la odiaba, la despreciaba. Volvió a oír sus palabras: *Espero que te pudras aquí..., golfa estúpida..., pequeña idiota...* Su beso había sido un insulto, una burla.

El hombre contempló el rostro lechoso vuelto hacia él y lo vio petrificarse en una mueca de desdén. Toda su pasión se convirtió en hielo en sus entrañas. —No me las des, elfa. Al fin y al cabo, ¿qué somos los humanos, sino vuestros esclavos? Roland se alejó, adentrándose en la jungla. Aleatha lo siguió. Su hermano y Rega caminaban tras ella, separados y solitarios. Todos ellos se sentían desdichados y decepcionados. Todos ellos, irritados y resentidos, daban vueltas a una misma idea: con sólo que el otro dijera algo, cualquier cosa, el malentendido quedaría aclarado. Y, sin embargo, todos ellos avanzaban decididos a no ser los primeros en hablar.

El silencio entre los cuatro creció hasta convertirse casi en un ser vivo que los acompañaba. Su presencia era tan intensa que, cuando Paithan creyó oír un

—

sonido tras ellos —un sonido como el de unas botas pesadas chapoteando en el agua—, continuó callado, negándose a comentarlo con los demás.

—

CAPÍTULO

EN ALGÚN LUGAR DE PRYAN

Haplo y el perro avanzaron por el camino. El patryn vigiló atentamente las murallas de la ciudad, pero no vio a nadie. Aguzó el oído, pero no captó más sonido que el suspiro del viento entre las peñas, como un cuchicheo. Estaba solo en la ladera requemada por el sol.

El camino lo condujo directamente a una gran puerta metálica en forma de hexágono con inscripciones rúnicas. Era la entrada a la ciudad. Sobre la cabeza de Haplo se alzaban unas altísimas murallas de liso mármol blanco. Diez patryn de su tamaño, subidos uno encima de otro, no habrían bastado para que el último de ellos pudiera asomarse sobre el borde del muro. Tocó éste con una mano. El mármol era finísimo, pulido con gran cuidado. Una araña habría tenido dificultades para subir por él. La puerta de la ciudad estaba sellada. La magia que la protegía, y que resguardaba también la muralla, hizo que a Haplo le escocieran las runas tatuadas en su piel. Los sartán habían tenido el control absoluto. Nadie podría haber entrado en la ciudad sin su permiso y conocimiento.

— ¡Ah, de la guardia! —gritó, torciendo el cuello para distinguir algo en lo alto de la muralla.

Le llegó el eco de su propia llamada.

El perro, alarmado por el sonido fantasmal del eco de su amo, echó atrás la cabeza y emitió un aullido. El quejumbroso ladrido resonó en el mármol, desconcertando al propio Haplo, que posó una mano tranquilizadora en la testuz del animal. Cuando los ecos se apagaron, prestó atención, pero no oyó nada más. Tras esto, le quedaron pocas dudas. La ciudad estaba vacía, abandonada. Haplo pensó en aquel mundo donde el sol brillaba constantemente y en el impacto que un lugar así tendría en una gente acostumbrada a unos períodos regulares de noches y días. Pensó en los elfos y los humanos, colgados de los árboles como pájaros, y en los enanos, que se enterraban en madrigueras bajo el musgo, como desesperada evocación de sus hogares subterráneos. Y pensó en los titanes y su búsqueda, patética y horrible.

—

Volvió a contemplar las murallas lisas y relucientes y apoyó la mano en el mármol. Bajo el fulgor del sol, la piedra resultaba extrañamente fría. Fría, dura e impenetrable como el pasado para quienes habían sido expulsados del paraíso. El patryn no terminaba de entenderlo todo. La luz, por ejemplo. Era algo parecido a la Tumpa-chumpa de Ariano. ¿Cuál era su objetivo? ¿Por qué estaba allí? En el mundo del Aire había podido resolver el misterio... o, más bien, se lo habían resuelto. Ahora, se sintió capaz de desentrañar el misterio de las estrellas de Pryan. Al fin y al cabo, se disponía a entrar en una de ellas.

Estudió de nuevo la puerta hexagonal y reconoció la estructura de runas grabada en su reluciente superficie de plata. Faltaba una runa. Si se invocaba aquel signo mágico, la puerta se abriría. Era una muestra de magia sartán bastante elemental, de elaboración sencilla. No se habían roto la cabeza diseñándola, pero ¿por qué iban a hacer otra cosa? Al fin y al cabo, nadie salvo los sartán conocía la magia de las runas.

Bien, casi nadie.

Haplo pasó la mano arriba y abajo por la lisa superficie de la muralla. El conocía la magia de los sartán y podría haberla utilizado para abrir la puerta, pero prefirió no hacerlo. Utilizar las estructuras rúnicas de sus enemigos lo haría sentir torpe e inepto, como un niño trazando signos mágicos en el polvo del suelo.

Además, le causaría una gran satisfacción abrirse paso en aquel muro supuestamente impenetrable empleando su propia magia. La de los patryn, enemigos acérrimos de los sartán.

Haplo levantó las manos, puso los dedos sobre el mármol y empezó a recorrer los signos grabados en la piedra. — ¡Silencio!

— ¡Pero si no estaba diciendo nada!

—No, no. Quiero decir que no hagáis ruido. Me parece que he oído algo.

Los cuatro expedicionarios se quedaron inmóviles, absolutamente quietos, conteniendo incluso la respiración. También la jungla parecía paralizada. No corría la menor brisa que moviera las hojas, no se oía a ningún animal escabullándose y no llegaba hasta ellos ningún trino de pájaro. Al principio, no distinguieron nada. El silencio era tan pesado y opresivo como el calor. Las sombras de los gruesos árboles se cerraban en torno a ellos y más de uno en el grupo se estremeció,

secándose un sudor frío de la frente.

Y entonces oyeron una voz.

—Así que le dije a George: «George, la tercera película era una birria. Cositas peludas inteligentes... Quienes aún conservamos un poco de sentido común hemos sentido un deseo irrefrenable de cogerlas y disecarlas...»

—Aguarda —respondió otra voz, débil y tímida—. ¿No has oído algo? —

Añadió, con creciente excitación—. Sí, creo que lo oigo. ¡Es ella! ¡Por fin viene a mí!

— ¡Padre! —exclamó Aleatha, y se lanzó a la carrera por el sendero. Los demás, con las armas desenvainadas y prestas, siguieron a la elfa hasta salir a un claro. Una vez en él, se detuvieron desconcertados y se sintieron bastante estúpidos al descubrir que el viejo hechicero humano y el desquiciado elfo eran lo más peligroso que podían encontrar allí.

— ¡Padre! —repitió Aleatha mientras corría hacia Lenthán. Sin embargo, para su sorpresa, el hechicero se interpuso en su camino.

Zifnab se había levantado de su asiento en el árbol y se había plantado ante el grupo con expresión grave y solemne. Detrás del hechicero, Lenthán Quindiniar

estaba de pie con los brazos abiertos y el rostro iluminado por un fulgor que no procedía del cuerpo sino del alma.

— ¡Mi querida Elithenia! —Exclamó, avanzando un paso—. Qué encantadora estás. ¡Justo como te recordaba!

Los cuatro siguieron la dirección de su mirada sin ver otra cosa que sombras densas y cambiantes.

— ¿Con quién habla? —preguntó Roland en un murmullo asombrado.

Paithan movió la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. Rega se acercó furtivamente al elfo, tomó la mano de éste entre las suyas y la estrechó con fuerza.

— ¡Déjame pasar! —gritó Aleatha, colérica—. ¡Padre me necesita!

Zifnab alargó el brazo y sujetó a la muchacha con una firmeza impensada en un hombrecillo de aspecto tan viejo y frágil.

—No, querida. Ya no.

Aleatha lo miró sin decir palabra; luego, observó a su padre. Lenthán seguía con los brazos abiertos, extendidos al frente, como si tratara de asir las manos de algún ser querido que se acercara.

—Han sido los cohetes, Elithenia —declaró el elfo con tímido orgullo—. Hemos viajado hasta aquí gracias a mis cohetes. Sabía que te encontraría aquí, estaba seguro de ello. Allí abajo, levantaba los ojos hacia el cielo y te veía brillando sobre mí, inmutable, pura y radiante.

—Padre... —susurró Aleatha.

Lenthán no la oía, no se daba cuenta de su presencia. Sus manos se cerraron, asiendo el aire convulsivamente. Una expresión de alegría bañó su rostro y unas lágrimas de placer corrieron por sus mejillas. Por último, cerró los brazos estrechando contra su pecho una figura invisible y se derrumbó sobre el musgo. Aleatha apartó a Zifnab, corrió hasta su padre, se arrodilló junto a él y le incorporó el pecho.

—Lo siento, padre —murmuró entre sollozos—. ¡Lo siento! ¡Debería haberme ocupado de ti!

Lenthán le dirigió una sonrisa.

—Mis cohetes...

Se le cerraron los ojos, suspiró y se relajó en brazos de su hija. Al resto de los presentes les dio la impresión de que el elfo se había sumido en un sueño reparador.

— ¡Padre! ¡Por favor! Yo también me sentía sola. Yo no sabía... ¡No lo sabía, padre! ¡Pero ahora estaremos juntos, nos tendremos el uno al otro! Con suavidad, Paithan se apartó de Rega, hincó la rodilla, alzó la cabeza fláccida de Lenthán y colocó sus dedos en la cara interna de la muñeca de éste. Después, dejó caer la mano. Pasando el brazo en torno a los hombros de su hermana, la apretó contra sí.

—Es demasiado tarde. Ya no puede oírte, Thea. —El elfo forzó a la muchacha a retirar los brazos del cuerpo de su padre y depositó con suavidad el cadáver sobre el musgo—. Pobre hombre. Loco hasta el final.

— ¿Loco? —Zifnab lanzó una mirada furiosa al elfo—. ¿Qué quiere decir loco? Ha conseguido encontrar a su esposa en la estrellas, tal como le había prometido. ¡Por eso lo traje aquí!

—No sé quién está más chiflado... —murmuró Paithan.

—

Aleatha no apartó la mirada de su padre. Había dejado de llorar de repente, bruscamente, con un profundo y tembloroso jadeo. Después de pasarse las manos por los ojos y la nariz para enjugarse las lágrimas, se puso en pie.

—No importa. Míralo. Ahora es feliz. Padre nunca fue feliz, hasta ahora. Ninguno de nosotros lo ha sido. —Su voz se hizo amarga—. Deberíamos habernos quedado y morir...

—Me alegro de que os sintáis así —la interrumpió una voz ronca—. Eso os hará más fácil morir ahora.

Drugar apareció al final del sendero, sujetando enérgicamente a Rega por el brazo con su mano izquierda. En la diestra, el enano empuñaba su daga, cuya punta amenazaba hundir en el vientre de la humana.

— ¡Maldito! Suéltala o... —Roland dio un paso al frente.

El enano hundió un poco más de la punta de la daga, dejando una siniestra marca en las ropas de cuero blando de Rega.

— ¿Habéis visto alguna vez a alguien con una herida en el vientre? —Drugar miró al grupo con una mueca de odio—. Es una muerte lenta y dolorosa. Sobre todo aquí, en la jungla, con tantos insectos y animales...

Rega soltó un gemido, temblando bajo la mano de su captor.

—Está bien. —Paithan levantó las manos—. ¿Qué quieres?

—Dejad las armas en el suelo.

Roland y el elfo obedecieron la orden, arrojando el raztar y la afilada espada de madera a los pies de Drugar. El enano las arrastró hacia sí con una de sus gruesas botas y, de un puntapié, las envió detrás de la posición que ocupaba en el camino.

—Y tú, viejo, nada de magia —gruñó a continuación.

— ¿Yo? ¡Ni soñarlo! —respondió Zifnab con tono sumiso.

El suelo vibró ligeramente bajo sus pies y una mueca de preocupación cruzó el rostro del anciano hechicero—. ¡Oh, vaya! Yo... supongo que ninguno de vosotros ha... ha visto a mi dragón, ¿verdad?

— ¡Cállate! —masculló Drugar, y penetró en el claro arrastrando a Rega a su lado. El enano mantuvo la daga apretada contra ella y la mirada pendiente de cualquier movimiento—. Poneos allí —señaló un árbol con un gesto—. Todos. ¡Hacedlo enseguida!

Roland, con las manos en alto, retrocedió hasta topar con el tronco. Aleatha se encontró apretada contra el vigoroso cuerpo del humano. Roland se adelantó un paso, interponiendo su cuerpo entre la elfa y Drugar. Paithan se unió a él, protegiendo también a su hermana.

Zifnab bajó la vista al suelo y movió la cabeza mientras seguía murmurando:

— ¡Oh, vaya! ¡Señor, señor!

— ¡Tú también, viejo! —gritó Drugar.

— ¿Qué? —El hechicero alzó la cabeza y parpadeó—. Por cierto, ¿me permites que diga una cosa? —Zifnab avanzó unos pasos, con la cabeza inclinada hacia adelante en gesto de confidencialidad—. Creo que tenemos un buen problema. Es el dragón...

La daga cortó el cuero de los pantalones de Rega, dejando a la vista la carne.

La muchacha soltó un jadeo y se estremeció. El enano apretó el filo de la daga contra la piel desnuda.

— ¡Vuelve atrás, viejo! —gritó Paithan con la voz quebrada por el pánico.

Zifnab miró a Drugar con tristeza.

—Quizá tengas razón. Voy a colocarme con los demás, allí, junto al árbol...

El hechicero retrocedió rápidamente. Roland lo agarró, casi levantándolo del suelo.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Paithan.

—Ahora, todos vais a morir —respondió Drugar con una calma que sonó horrible a sus oídos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hemos hecho?

—Vosotros matasteis a mi pueblo.

— ¡No puedes acusarnos así! —Exclamó Rega, desesperada—. ¡No fue culpa nuestra!

—Está loco —murmuró Roland al oído del elfo—. Saltemos sobre él. ¡No puede enfrentarte a todos a la vez!

—No —replicó Paithan en tono terminante—. ¡Antes de llegar hasta él, mataría a Rega!

—Con las armas podríamos haberlos detenido —continuó Drugar, soltando espumarajos y con los ojos desorbitados bajo sus negras cejas—. ¡Podríamos haber luchado! ¡Pero nos dejasteis sin ellas! ¡Queríais que muriéramos!

Drugar hizo una pausa y prestó atención. Dentro de él, algo se agitó, susurrándole:

Ellos cumplieron su palabra. Trajeron las armas. Llegaron demasiado tarde, pero no fue culpa suya. Ignoraban la urgente necesidad que teníamos de ellas.

El enano tragó la saliva que parecía a punto de ahogarlo.

— ¡No! ¡Es falso! —gritó, enfurecido—. ¡Lo hicisteis a propósito! ¡Tenéis que pagar!

No habría importado. No habría servido de nada. Nuestro pueblo estaba condenado y nada podría haberlo salvado.

— ¡Drakar! —exclamó el enano, volviendo la cabeza hacia lo alto. El puñal temblaba en su mano—. ¿No lo ves? ¡Sin esto, no me queda nada!

— ¡Ahora!

Roland se lanzó hacia adelante y Paithan lo siguió rápidamente. El humano agarró a su hermana y la liberó de la mano de Drugar, empujándola al instante hacia el otro extremo del claro. Aleatha sostuvo en sus brazos a una Rega temblorosa y tambaleante.

Paithan sujetó la mano con la que el enano empuñaba el puñal y le retorció la muñeca. Roland arrancó el arma de sus dedos crispados, la empuñó y apoyó su cortante filo sobre la vena que corría bajo la oreja de Drugar.

—Nos veremos en el inf..

El suelo bajo sus pies se elevó y dio sacudidas, arrojándolos a todos por el suelo como muñecos de un niño enfadado. Una cabeza gigantesca asomó entre el musgo, arrancando árboles y lianas a su paso. Unos ojos encarnados, flameantes, los observaron desde lo alto y una lengua negra se agitó como un látigo ante unas fauces entreabiertas de colmillos blanquísimos.

— ¡Me lo temía! —Exclamó Zifnab sin alzar la voz—. ¡Se ha roto el hechizo!

¡Corred! ¡Huid para salvar la vida!

— ¡Podemos... luchar! —Paithan alargó la mano para alcanzar su espada, pero no pudo hacer más sin perder el equilibrio sobre el musgo ondulante.

—

— ¡No puedes luchar con un dragón! Además, yo soy el único que le interesa, en realidad. ¿No es así? —El hechicero se volvió lentamente hasta quedar cara a cara con el dragón.

—

. *Cerveza fuerte. (N. del a.)*

— ¡Sí! —declaró la criatura con un siseo. Su lengua y sus colmillos rezumaban odio como si fuera veneno—. ¡Sí! ¡Tú, viejo! Me tenías prisionero, amarrado con artes mágicas. Pero ya no. Eso ha quedado atrás. Estás débil, viejo. No deberías haber invocado el espíritu de esa elfa. Total, ¿para qué? ¿Para engañar a un moribundo?

Desesperado, apartando los ojos del terror del dragón, Zifnab alzó la voz en una canción:

*Siempre que a un sitio llegaba,
con gusto rumores escuchaba
sobre el hombre que no derrochaba
la buena cerveza y la buena comida.
Dice el Señor, que no es gran pensador
pero en sapiencia no hay nadie superior:
«No hay nada en el mundo mejor
que una cerveza de vibora? bien servida».*

El dragón acercó ligeramente la cabeza. El viejo hechicero lo miró sin querer, vio sus ojos llenos de ferocidad y titubeó.

He vagado por tierras y..., hum...

Veamos: He visto guerras y reyes y..., hum...

Dabada... ba

...que todavía era... no sé qué de una chica...

Tan cerca de ti, sentí el calor...

— ¡Los versos! ¡No son esos, hechiceros! —Gritó Roland—. ¡Mira al dragón! ¡El hechizo no da resultado! ¡Es preciso huir antes de que sea demasiado tarde!

—Pero no podemos dejarlo aquí, luchando solo —replicó Paithan.

— ¡Os he traído a este mundo por una razón! ¡No desperdiciéis vuestras vidas o desbarataréis todo lo que he forjado! ¡Buscad la ciudad! —Gritó Zifnab, agitando los brazos—. ¡Buscad la ciudad!

El hechicero echó a correr. El dragón bajó la cabeza como una centella, y sus dientes atraparon la falda de su túnica, enviándolo al suelo. Las manos de Zifnab escarbaron en el musgo en un esfuerzo desesperado por liberarse.

— ¡Escapad, estúpidos! —gritó una vez más, y las mandíbulas del dragón se cerraron sobre él.

—

CAPITULO

EN ALGÚN LUGAR DE PRYAN

Haplo exploró a placer la ciudad desierta, tomándose tiempo y estudiándola con detenimiento para llevar un informe claro y preciso a su señor. En varios momentos se preguntó qué andarían haciendo los mensch, pero borró la pregunta de su mente por falta de interés. Lo que encontrara —o dejara de encontrar— dentro de las murallas de la ciudad era mucho más importante.

En el interior del recinto amurallado, la ciudad era distinta a su hermana del Nexo.

Las diferencias explicaban muchas cosas, aunque dejaban sin respuesta algunas cuestiones.

Al otro lado de la puerta hexagonal se abría una amplia plaza circular pavimentada.

Con una mano, Haplo trazó en el aire una serie de runas azules, brillantes, y retrocedió unos pasos para contemplar el efecto. Unas imágenes, recuerdos del pasado conservados en el interior de la piedra, cobraron vida poblando de fantasmas la plaza. De pronto, ésta quedó llena de leves reflejos de personas comprando, negociando o comentando las noticias del día. Caminando entre ellos, Haplo distinguió en algún momento la figura virtuosa, vestida con túnica blanca, de un sartán.

Era día de mercado en la plaza... *Días* de mercado, más bien, pues Haplo era testigo del paso del tiempo, que fluía como un rápido torrente ante sus ojos. No todo era paz y tranquilidad dentro de las blancas murallas. Elfos y humanos se enfrentaban; había derramamientos de sangre en el bazar. Los enanos organizaban tumultos, arrasando tenderetes y destrozando comercios. Los sartán eran demasiado pocos y ni siquiera su magia era suficiente para encontrar un antídoto para el veneno del odio y de los prejuicios raciales.

Y luego aparecieron, caminando entre los mensch, aquellas otras criaturas gigantescas, más altas que muchos edificios, carentes de ojos, mudas, recias y poderosas. Estas criaturas restauraron el orden y protegieron las calles. Con su presencia, los mensch vivían en paz, pero era una paz forzada, débil, infeliz.

Conforme pasaba el tiempo, las imágenes se hacían menos claras. Haplo forzó la vista, pero le fue imposible distinguir lo que sucedía y se dio cuenta de que no era su magia la que fallaba, sino la de los sartán que había mantenido cohesionada la ciudad. La

visión menguó, difuminándose y corriéndose como los colores de una acuarela mojada por

la lluvia. Finalmente, Haplo no pudo ver nada en la plaza. La explanada estaba vacía; todas las imágenes habían desaparecido.

—Así pues —comentó el patryn al perro, despertándolo; el aburrido animal se había dedicado a dormir durante la fantasmagórica representación—, los sartán destruyeron nuestro mundo, dividiéndolo en sus cuatro elementos. Trajeron a los mensch a este mundo a través de la Puerta de la Muerte, igual que los llevaron a Ariano. Pero aquí, como en ese otro mundo, los sartán tropezaron con problemas. En Ariano, el mundo del Aire, los continentes flotantes tenían todo lo necesario para la supervivencia de los mensch, menos agua. Los sartán construyeron la gran Tumpa-chumpa con la intención de alinear las islas y bombear hasta ellas el agua obtenida de la tormenta que ruge en la zona inferior.

»Pero algo sucedió. Por alguna razón misteriosa, los sartán renunciaron al proyecto y, al mismo tiempo, abandonaron a los mensch. Cuando llegaron a este mundo, a Pryan, lo consideraron prácticamente inhabitable, desde su punto de vista. Estaba invadido por una jungla lujuriante, carecía de rocas y de metales fáciles de forjar y tenía un sol que brillaba constantemente. Entonces, construyeron estas ciudades y llevaron a los mensch a vivir entre sus murallas protectoras, proporcionándoles incluso, mediante la magia, unos ciclos artificiales de días y noches que les recordaran su lugar de origen.

El perro se lamió las patas, cubiertas del suave polvillo blanco que llenaba la ciudad, y dejó que su amo continuara divagando. De vez en cuando, ladeaba la cabeza para indicar que estaba atento.

—Sin embargo, los mensch no mostraron la debida gratitud.

Haplo lanzó un silbido al perro y se internó en las calles de la ciudad, dejando atrás la plaza y sus espectros.

—Mira, rótulos en la lengua de los elfos. Edificios construidos al estilo élfico: minaretes, arcos, delicadas filigranas. Y, aquí, viviendas humanas: sólidas, robustas, macizas. Construidas para dar una falsa sensación de permanencia a sus breves vidas. Y en alguna parte, probablemente bajo nuestros pies, supongo que encontraríamos las moradas de los enanos, todo pensado para que convivieran en perfecta armonía.

»Por desgracia, los miembros de ese trío no tenían las mismas partituras. Y cada cual cantaba su propia melodía sin prestar oídos a los demás.

Haplo hizo una pausa y miró atentamente a su alrededor.

—Este lugar es muy distinto a la ciudad del Nexo. La ciudad que nos dejaron los sartán (sólo ellos saben por qué) no está dividida. Y los rótulos están en el idioma de nuestros ancestrales enemigos. Es evidente que tenían la intención de volver a ocupar la ciudad del Nexo. Pero ¿por qué? ¿Y por qué construir otra casi idéntica en Pryan? ¿Por qué se fueron los sartán? ¿Y adonde? ¿Qué hizo huir de las ciudades a los mensch? ¿Y qué tienen que ver los titanes con todo esto?

La cristalina torre central de la ciudad, destellante y tachonada de mil y un reflejos, se alzaba sobre Haplo desde cualquier sitio que mirara. De su interior surgía aquella luz blanca y cegadora, la luz de una estrella. Su fulgor se incrementó cuando el extraño crepúsculo mágico empezó a extenderse lentamente sobre la ciudad.

—Las respuestas tienen que estar aquí —dijo Haplo al perro.

El animal levantó las orejas, emitió un gáñido y volvió la cabeza, mirando hacia la puerta. El perro y su amo oyeron el leve murmullo de unas voces —voces de mensch— y el

rugido de un dragón.

—Vamos —dijo el patryn, sin apartar un solo instante la mirada de la torre luminosa. El perro titubeó, meneando el rabo. Haplo chasqueó los dedos—. He dicho que vengas. Con las orejas gachas y la cabeza hundida, el animal obedeció. Los dos continuaron andando por la calle desierta, internándose en el corazón de la ciudad. Atenazando al hechicero entre los dientes, el dragón volvió a sumergirse bajo el musgo. Arriba, los cuatro testigos aguardaron, paralizados de sorpresa y espanto e

—

incapaces de moverse. Instantes después, les llegó de abajo un grito terrible, como el de alguien a quien estuvieran descuartizando.

Luego, sólo un silencio terrible, siniestro. Paithan se estremeció, como si despertara de alguna pesadilla espantosa.

— ¡Corred! ¡Escapad o nosotros seremos los siguientes!

— ¿Hacia dónde? —preguntó Roland.

— ¡Por ahí! ¡Hacia donde nos ha dicho el viejo!

—Puede ser un truco...

— ¡Está bien! —Exclamó el elfo—. ¡Espera aquí y pregúntale la dirección al dragón, si lo prefieres!

Paithan agarró a su hermana, pero Aleatha se resistió a irse.

— ¡Padre! —gritó, acucillándose junto al cadáver que descansaba pacíficamente en el suelo.

— ¡Aleatha! ¡Ahora es preciso pensar en los vivos, no en los muertos! —Insistió

Paithan—. ¡Mirad! ¡Ahí hay un camino! El viejo tenía razón...

Arrastrando prácticamente a su hermana, Paithan se adentró en la jungla. Roland empezó a seguirlo cuando Rega preguntó de pronto:

— ¿Y el enano?

Roland volvió la vista hacia Drugar. El enano estaba agachado en posición defensiva en el centro del claro. Sus ojos, en sombras bajo las prominentes cejas, no ofrecían el menor indicio de lo que pudiera estar pensando o sintiendo.

—Lo llevamos con nosotros —decidió Roland—. No quiero que siga acechándonos como hasta ahora y no tengo tiempo de matarlo, en este momento. ¡Recoge nuestras armas!

El sendero, aunque invadido de enredaderas y matas, era ancho y despejado y fácil de seguir. Mientras lo recorrían, pudieron distinguir todavía los tocones de árboles gigantescos que habían sido nivelados para abrir el paso, y las cicatrices, ya re-cubiertas de corteza, de las enormes ramas taladas para dejar el camino expedito. Cada uno de los caminantes se admiró interiormente de la inmensa fuerza necesaria para derribar árboles tan poderosos, y todos pensaron en los enormes titanes. Ninguno de ellos expresó en voz alta sus temores, pero todos se preguntaron si no estarían huyendo de las fauces de una muerte horrible para caer en brazos de otra peor.

Su enemigo les proporcionó una fuerza casi sobrenatural. Cada vez que se sentían cansados, notaban vibrar el suelo bajo sus pies y proseguían la marcha trastabillando. Sin embargo, el calor y el aire denso y ponzoñoso no tardaron en debilitar incluso esa voluntad impulsada por el deseo de escapar. Aleatha tropezó con unas zarzas, cayó al suelo y no volvió a levantarse. Paithan intentó ayudarla, pero, sacudiendo la cabeza, también él se derrumbó sobre el musgo.

Roland se detuvo junto a los elfos caídos a sus pies, incapaz de hablar debido a la

fatiga, pues había venido arrastrando al enano todo el camino. Lastrado por sus pesadas botas y su gruesa coraza, Drugar cayó redondo al suelo y se quedó allí, inmóvil como un muerto. Rega avanzó tambaleándose tras su hermano. Tras arrojar las armas al camino, se derrumbó junto a un tocón y hundió el rostro entre los brazos, respirando entrecortadamente, casi en sollozos.

—Tenemos que descansar —dijo Paithan en respuesta a la muda mirada acusatoria de Roland, que los urgía a seguir corriendo—. Si el dragón nos atrapa... que nos atrape. El elfo ayudó a su hermana a incorporarse hasta quedar sentada. Aleatha se apoyó contra él con los ojos cerrados. Roland se dejó caer al musgo.

—¿Está bien tu hermana? —preguntó al elfo. Paithan asintió, demasiado fatigado para responder. Durante unos largos momentos, todos se quedaron sentados donde habían caído, jadeando pesadamente y tratando de calmar el galope desbocado de sus corazones y el latido de la sangre en los oídos. Continuamente, dirigían miradas en la dirección por la que habían venido, esperando ver abatirse sobre ellos la gigantesca cabeza

—

escamosa de afilados dientes. Sin embargo, el dragón no apareció y, finalmente, dejaron de percibir la vibración del suelo.

—Supongo que a quien quería, en realidad, era al hechicero —musitó Rega. Eran las primeras palabras que pronunciaba cualquiera de ellos en mucho rato.

—Sí, pero cuando se sienta hambriento, volverá a buscar carne fresca —respondió Roland—. Y, por cierto, ¿a qué se refería el viejo cuando mencionó una ciudad? Si existe realmente y no se trata de otra de sus tonterías de charlatán, tal vez podríamos refugiarnos en ella.

—Este camino tiene que conducir a alguna parte —apuntó Paithan. Se humedeció los labios resecos y exclamó—: ¡Estoy sediento! Y el aire tiene un sabor extraño, a sangre.

—Se volvió hacia Roland y su mirada fue del humano al enano que yacía a los pies de éste—. ¿Cómo está Barbanegra?

—Me parece que se encuentra bien. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Matadme ahora —propuso Drugar con voz áspera—. Adelante. Estáis en vuestro derecho. Yo ya os habría matado.

Los ojos de Paithan siguieron fijos en el enano. Sin embargo, el elfo no veía ante sí a Drugar. Veía a los humanos atrapados entre el agua y los titanes. Veía a los elfos abatiéndolos con sus flechas. Veía a su hermana, encerrada en su despacho. Veía su casa en llamas.

— ¡Estoy harto de muertes! ¿No ha habido acaso suficientes sin que nosotros contribuyamos a aumentar la cifra? Además, comprendo cómo se siente el enano. Todos lo entendemos. Todos hemos visto asesinar sanguinariamente a los nuestros.

— ¡No fue culpa nuestra! —Rega alargó una mano, indecisa, y tocó el recio brazo de Drugar. Éste le dirigió una torva mirada llena de suspicacia y rehuyó el contacto. Ella insistió—: ¡No tuvimos la culpa! ¿Es que no puedes entenderlo?

—Quizá sí la tuvimos —murmuró Paithan, sintiéndose de pronto muy, muy cansado—. Los humanos dejaron que los enanos lucharan solos y, además, se enfrentaron entre ellos. Nosotros, los elfos, volvimos nuestras flechas contra los humanos. Tal vez, si nos hubiéramos aliado todos contra los titanes, habríamos podido derrotarlos. No lo hicimos y por eso fuimos destruidos. Fue culpa nuestra. Y, ahora, nosotros mismos estamos empezando a actuar de la misma manera.

Roland se sonrojó y desvió la mirada, sintiéndose culpable.

—Reconócelo —prosiguió Paithan—. ¿Qué te proponías hacer, una vez llegáramos a esta... «estrella»?

Roland se encogió de hombros y murmuró:

—Está bien. Yo... pensaba librarme de vosotros, elfos. Calculé que los demás humanos de a bordo me seguirían. —Alzando la cabeza, añadió desafiante—: Pero no te consideres mejor que yo, Quindiniar. Tú también debes de haber tenido la misma idea.

—Sí. Pensé que era el mejor modo de poner fin al dolor. Lo siento, Rega. Yo te quiero, de verdad. Creía que el amor bastaría, que sería una especie de elixir mágico que podríamos esparcir por el mundo y pondría fin a todo el odio. Ahora sé que me equivocaba. El agua del amor es clara, pura y dulce, pero no es mágica. No cambiaría nada. —Paithan se incorporó y dijo para terminar—: Será mejor que sigamos.

Roland fue el primero en seguirlo. En fila de a uno, todos se pusieron en marcha.

Todos, excepto Drugar. El enano había entendido las palabras de la conversación, pero el sentido de lo dicho seguía confuso en la cáscara vacía en que se había convertido su alma.

—Entonces, ¿no vais a matarme? —inquirió, a solas en el claro.

Los demás se detuvieron e intercambiaron una mirada.

—No —declaró Paithan, moviendo la cabeza.

Drugar estaba desconcertado. ¿Cómo se podía hablar de amar a alguien que no era de la misma raza que uno? ¿Cómo podía un enano amar a alguien que no fuera enano? Él era un enano y ellos, elfos y humanos. Y, sin embargo, habían arriesgado sus vidas para salvarlo. De entrada, eso era ya inexplicable. Pero ahora, además, no iban a matarlo

—

cuando él casi había conseguido acabar con sus vidas, y eso resultaba totalmente incomprensible.

— ¿Por qué no? —reclamó Drugar, enfadado y frustrado.

—Me parece —contestó Paithan lentamente, midiendo sus palabras— que estamos demasiado cansados.

— ¿Y qué voy a hacer?

Aleatha se echó hacia atrás sus cabellos enmarañados, apartándolos de los ojos.

—Ven con nosotros. No querrás... quedarte solo, ¿verdad?

El enano titubeó. Se había aferrado a su odio durante tanto tiempo que, sin él, sentía las manos vacías. Quizá sería mejor buscar otra cosa en que ocuparlas que no fuera la muerte. Tal vez era esto lo que su dios, Drakar, trataba de inculcarle.

Así pues, Drugar echó a andar por el camino tras los demás viajeros.

Unos amplios arcos plateados, resistentes y de líneas elegantes rodeaban la base de la torre central de la ciudad. Sobre ellos se alzaban otros, formando un piso tras otro como sucesivas capas de plata, hasta juntarse en un punto resplandeciente. Entre los arcos, se sucedían alternativamente unas paredes de mármol blanco y unos ventanales de cristal diáfano que proporcionaban a la vez apoyo e iluminación interior. La entrada estaba protegida por una puerta hexagonal de plata, con las mismas runas que la de acceso a la ciudad. Igual que ante ésta, aunque conocía la runa que la abriría, Haplo prefirió entrar por sus propios medios, traspasando las paredes de mármol rápida y silenciosamente. El perro lo siguió con cautela.

El patryn se encontró en una enorme sala circular que marcaba la base de la torre.

Sus pisadas resonaron en el suelo de mármol rasgando un silencio que había durado quién sabía cuántas generaciones. La inmensa estancia no contenía más que una mesa redonda, rodeada de sillas.

En el centro de la mesa, suspendida en el aire gracias a un hechizo aún vigente, había una pequeña esfera de cristal, iluminada desde dentro por cuatro minúsculas bolas de fuego.

Haplo se acercó. Su mano trazó una runa, interrumpiendo el campo mágico. El globo cayó sobre la mesa y rodó hacia el patryn. Haplo lo cogió y lo sostuvo entre las manos. La esfera era una representación tridimensional del mundo, parecida a la que había visto en casa de Lenthán Quindiniar y al dibujo del Nexo. Sin embargo, ahora, después de haber viajado por él, Haplo comprendió por fin lo que estaba viendo.

Su señor se había equivocado. Los mensch no vivían en el exterior del planeta, como lo habían hecho en el viejo mundo.

En Pryan, vivían en el interior.

El globo era liso por fuera. De sólido cristal, de sólida roca. Por dentro, estaba hueco.

En el centro brillaban cuatro soles. Y en el centro de los soles se hallaba la Puerta de la Muerte.

No había más planetas ni otras estrellas, pues cuando uno alzaba la cabeza no veía los cielos. Uno alzaba los ojos y lo que veía era el suelo. Lo cual significaba que las otras estrellas no podían ser tales, sino... ¡Ciudades! ¡Ciudades como aquella! ¡Ciudades destinadas a acoger a los refugiados de un mundo hecho añicos!

Por desgracia, su nuevo mundo resultó un lugar que habría asustado a los mensch.

Un lugar que, tal vez, no había asustado menos a los propios sartán. La luz del sol, dadora de vida, había producido ésta en exceso. Árboles que crecían a alturas enormes, océanos de vegetación que cubrían su superficie... Probablemente, los sartán no habían previsto que sucediera algo así y se sintieron consternados ante lo que habían creado. Mintieron a los mensch y se mintieron a sí mismos. En lugar de someterse e intentar adaptarse al nuevo mundo salido de sus manos, se enfrentaron a él y trataron de subyugarlo a ellos.

—

Con cuidado, Haplo volvió a dejar el globo en el centro de la mesa y retiró su hechizo, permitiendo que el antiguo soporte mágico del globo lo suspendiera de nuevo en el aire.

Una vez más, Pryan flotó sobre la mesa de sus desaparecidos creadores.

Era una curiosa escena. El Señor del Nexo la apreciaría en toda su ironía.

Haplo echó un vistazo a su alrededor, pero no había nada más en la cámara. Luego, miró hacia arriba. Sobre su cabeza, a gran altura, un techo abovedado cerraba la estancia impidiendo la visión de la torre de cristal que arrancaba justo encima. Mientras sostenía la esfera en sus manos, el patryn había percibido un extraño ruido. Apoyó las manos sobre la mesa y comprobó que no se había equivocado. La madera vibraba y emitía un murmullo. A Haplo le recordó, no sabía por qué, aquella gran máquina de Ariano, la Tumpa-chumpa. Sin embargo, lo cierto era que no había encontrado rastro alguno de una máquina semejante por ninguna parte.

—Pensándolo bien —comentó con el perro—, ahí tampoco captamos ningún sonido semejante. Por lo tanto, debe venir de aquí dentro. Quizás alguien nos diga de dónde.

Haplo levantó las manos de la mesa y empezó a trazar runas en el aire. El perro suspiró, echado en el suelo. Colocando el hocico entre las patas, el animal lo observó con una mirada solemne y desdichada.

En torno a la mesa cobraron vida unas imágenes flotantes apenas entrevistas, acompañadas de unas voces casi inaudibles. Las conversaciones que alcanzó a captar Haplo le llegaron confusas y fragmentadas, como era de esperar ya que había conjurado el recuerdo, no de una, sino de muchas reuniones.

«Estas luchas constantes entre razas están escapando a nuestro control y debilitan nuestras fuerzas, cuando deberíamos concentrar nuestra magia en conseguir nuestro objetivo...»

«Hemos degenerado hasta convertirnos en padres obligados a perder el tiempo separando a unos hijos pendencieros. Nuestra gran visión se resiente de esta falta de atención...»

«Y no estamos solos. Nuestros hermanos y hermanas de las demás ciudadelas de Pryn se enfrentan a las mismas dificultades. A veces me pregunto si fue una buena decisión traerlos aquí...»

La tristeza, la sensación de frustración e impotencia, eran palpables. Haplo las vio grabadas en los rostros de rasgos imprecisos, las vio tomar forma en los gestos de unas manos que intentaban desesperadamente sujetar unos sucesos que se les escapaban entre los dedos. El patryn recordó a Alfred, el sartán que había encontrado en Ariano, en quien había advertido la misma sensación de tristeza, de pesar, de impotencia. Haplo alimentó su odio con el sufrimiento que estaba presenciando y acogió con placer el fuego que se reavivó dentro de sí.

Las imágenes fueron sucediéndose. Pasó el tiempo. Los sartán envejecieron y se encogieron ante la mirada del patryn. Un fenómeno extraño, tratándose de semidioses.

«El consejo ha encontrado una solución a nuestros problemas. Como bien se dijo, nos hemos convertido en padres cuando nuestra intención era ser mentores. Debemos entregar esos "hijos" al cuidado de otros. ¡Es fundamental que las ciudadelas entren en funcionamiento! Ariano padece escasez de agua y necesidad de nuestra energía para contribuir al funcionamiento de su máquina. Jena permanece en una oscuridad eterna, algo mucho peor que la luz permanente. El mundo de Piedra también necesita nuestra energía. ¡Las ciudadelas deben ponerse en marcha, y pronto, o las consecuencias serán trágicas!

»Por todo ello, el consejo nos ha dado permiso para dejar salir del corazón de la fortaleza a los titanes que atienden allí la luz de la estrella. Los titanes cuidarán de los mensch y los protegerán de sí mismos. Cuando creamos a esos gigantes, los datamos de una fuerza increíble para que pudieran ayudarnos en nuestras labores físicas. Por esa misma razón les concedimos la magia de las runas. Sin duda, serán capaces de encargarse de los mensch.»

—

«¿Es prudente hacerlo? ¡Yo protesto! ¡Les concedimos esa magia con el compromiso de que no abandonarían nunca el seno de la ciudadela!»

«Hermanos, calmaos, por favor. El consejo ha meditado largamente el asunto. Los titanes estarán constantemente bajo nuestro control y supervisión. Son ciegos, algo imprescindible para que pudieran trabajar en la luz de la estrella. Y, al fin y al cabo, ¿qué podría sucedernos?...»

El tiempo siguió pasando. Los sartán sentados en torno a la mesa desaparecieron, sustituidos por otros más jóvenes y fuertes, pero menores en número.

«Las ciudadelas ya funcionan. Sus luces llenan los cielos...» «Nada de cielos. Deja de engañarte a ti mismo.» «Sólo era una manera de hablar. No seas tan puntillosa.» «No me gusta esta espera. ¿Por qué no hay noticias de Aria-no, ni de Jena? ¿Qué creéis que ha sucedido?»

«Tal vez lo mismo que nos está pasando a nosotros. Mucho trabajo y demasiado pocos para hacerlo. Se abre una pequeña grieta en el techo y empieza a filtrarse agua.

Ponemos un cuenco debajo y empezamos a reparar la grieta, pero entonces se abre otra. Ponemos otro cuenco bajo la segunda. Ahora tenemos dos grietas por reparar y nos disponemos a hacerlo, cuando se abre una tercera. Ya no tenemos más cuencos y nos ponemos a buscarlos. Por fin, encontramos uno pero, para entonces, las grietas se han agrandado y los recipientes ya no pueden contener el agua que cae. Corremos a buscar otros más grandes en los que recogerla el tiempo suficiente para encaramarnos al techo y reparar las goteras... pero, para entonces, todo el techo está ya a punto de hundirse.» El tiempo continuó girando vertiginosamente en torno a los sartán sentados a la mesa, envejeciéndolos en un abrir y cerrar de ojos como habían hecho con sus padres. Su número se redujo aún más.

« ¡Los titanes! ¡El error fueron los titanes!» «Al principio dio buen resultado. ¿Quién podía preverlo?» «Son los dragones. Deberíamos haber hecho algo con esas criaturas desde el primer momento.»

«Los dragones no nos molestaron hasta que los titanes empezaron a escapar a nuestro control.»

«Aún podríamos utilizar a los titanes, si fuéramos más fuertes...»

«Si fuéramos más, quieres decir. Tal vez. No estoy seguro.» «Claro que podríamos. Su magia es tosca; apenas la que enseñamos a un niño...»

«Pero cometimos el error de dotar a ese niño con la fuerza de una montaña.»

«Yo opino que tal vez sea obra de nuestros antiguos enemigos. ¿Cómo podemos estar seguros de que los patryn siguen encerrados en el Laberinto? Hemos perdido todo contacto con sus carceleros.

» ¡Hemos perdido contacto con todos nuestros congéneres! Las ciudadelas funcionan, recogen energía y la almacenan, dispuestas para transmitirla a través de la Puerta de la Muerte, pero ¿queda alguien para recibirla? Tal vez nosotros somos los últimos, tal vez los otros también han menguado como nos ha sucedido aquí...»

La llama de odio que ardía en Haplo había dejado de ser tibia y reconfortante. Se había convertido en un fuego voraz. La mención casual de la prisión en la que había nacido, de la cárcel que había significado la muerte de tantos de su pueblo, le provocó tal acceso de furia que nubló su vista, su oído y su entendimiento. A punto estuvo de arrojarle sobre las figuras espectrales para estrangularlas con sus propias manos.

El perro se sentó sobre las patas traseras, inquieto, y lamió la mano de su amo.

Haplo se tranquilizó un poco. Al parecer, se había perdido buena parte de la conversación. Se exigió disciplina. Su señor se enfadaría. Haplo se obligó a prestar atención de nuevo a la mesa redonda.

Y vio allí sentada, con los hombros hundidos bajo una carga invisible, una figura solitaria. El sartán, sorprendentemente, estaba vuelto hacia él.

«Tú, hermano nuestro que tal vez un día entres en esta cámara, te sentirás sin duda desconcertado ante lo que has encontrado, o más bien ante lo que no has encontrado. Te

—

hallas en una ciudad, pero nadie vive entre sus murallas. Ves la luz —la figura del sartán señaló el techo y la torre que se levantaba sobre ella—, pero su energía se desperdicia. O quizá ya no veas la luz. ¿Quién sabe qué sucederá cuando ya no estemos aquí para guardar las ciudadelas? ¿Quién sabe si la luz menguará y se apagará, igual que nos ha sucedido a nosotros?

»Gracias a la magia, habrás repasado sin duda nuestra historia. La hemos registrado en libros para que puedas estudiarla a tu conveniencia. Hemos añadido las historias

guardadas por los sabios de los pueblos mensch, escritas en sus propios idiomas. Por desgracia, como la ciudadela quedará sellada, ninguno de ellos podrá regresar para descubrir su pasado.

»Ahora conoces los terribles errores que cometimos. Sólo añadiré lo que ha ocurrido en estos últimos tiempos. Nos vimos forzados a enviar a los mensch fuera de la ciudadela. Los enfrentamientos entre razas había alcanzado tal punto que temimos que se destruyeran mutuamente. Los enviamos a la jungla, donde esperamos que se verán obligados a dedicar sus energías a la supervivencia.

»Los escasos supervivientes que quedamos habíamos proyectado vivir en paz en las ciudadelas. Esperábamos encontrar algún medio de recobrar el control sobre los titanes y algún modo de comunicarnos con los otros mundos, pero no lo hemos conseguido.

»Nosotros mismos estamos siendo obligados a abandonar las ciudadelas. La fuerza que se nos opone es antigua y poderosa. No puede ser combatida ni aplacada. Las lágrimas no la conmueven, ni le afectan las armas que tenemos a nuestro alcance. Cuando al fin hemos reconocido su existencia, ya es demasiado tarde. Así pues, nos inclinamos ante ella y nos despedimos.»

La imagen se desvaneció. Haplo probó de nuevo, pero su magia rúnica no pudo invocar a nadie más. El patryn se quedó largo rato en la cámara, contemplando en silencio la esfera de cristal y los minúsculos soles que envolvían la Puerta de la Muerte con su débil fulgor.

Sentado a sus pies, el perro volvió la cabeza a un lado y a otro, buscando algo indefinido, algo que no terminaba de oír, de ver o de percibir.

Pero que estaba allí.

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA

Los viajeros se detuvieron en el límite de la jungla, sin abandonar el sendero por el cual los había enviado el viejo hechicero, y contemplaron la refulgente ciudad edificada sobre la montaña. Su belleza e inmensidad los llenó de asombro y temor. Sus edificios les parecieron exóticos, salidos de otro mundo. Al verlos, casi se convencieron de que realmente habían viajado a una estrella.

Un rumor sordo, acompañado de un temblor del musgo bajo sus pies, les hizo recordar al dragón. De no haber sido por éste, el grupo no habría dejado nunca la espesura, no habría avanzado hacia la montaña, no habría osado acercarse a aquel sol de murallas blancas y torres de cristal.

Por mucho miedo que les produjera la criatura que acechaba debajo de ellos, los viajeros sintieron casi el mismo temor ante aquel lugar desconocido que se alzaba frente a sus ojos. Sus pensamientos fueron parecidos a los de Haplo e imaginaron también la presencia de centinelas en las altísimas murallas, encargados de vigilar los escarpados caminos tachonados de piedras. El grupo desperdició un tiempo precioso —teniendo en cuenta que el dragón podía aparecer ante ellos en cualquier momento— en discutir si debían avanzar con las armas desnudas o envainadas. ¿Debían acercarse a las murallas humildemente, como mendigos suplicantes, o con orgullo, como iguales?

Finalmente, decidieron llevar las armas en la mano, clara-mente visible.

Según Rega, era lo más sensato ante la amenaza de una irrupción repentina del dragón. Con gran cautela, dejaron atrás las sombras de la jungla —unas sombras

que, de pronto, les parecieron amistosas y acogedoras— y se adentraron en terreno abierto, volviendo la cabeza a un lado y a otro con nerviosismo, pendientes de lo que pudiera acecharles delante o por la retaguardia.

El suelo había dejado de temblar, pero no se pusieron de acuerdo en si se debía a que el dragón había cesado en su persecución, o a que ahora avanzaban por un terreno de sólida roca. Continuaron la marcha por el despejado camino,

—

pendientes todos ellos de oír algún saludo, de responder a algún reto o, tal vez, de defenderse de un ataque.

Nada. Haplo había oído el viento. Los cinco viajeros ni siquiera captaron su murmullo, pues había dejado de soplar con la llegada del crepúsculo. Por fin, llegaron al extremo del camino y se detuvieron ante la puerta hexagonal con su extraña inscripción grabada en la piedra. De lejos, la ciudadela les había inspirado un temor reverencial. Cuando llegaron a sus proximidades, los llenó de desesperación. Sus brazos, flácidos, apenas lograron sostener las armas con gesto abatido.

—Aquí deben de vivir los dioses —apuntó Rega en un susurro.

—No —le replicó una voz seca, lacónica—. En otro tiempo, esto fue vuestro hogar.

Una parte de la muralla empezó a despedir un fulgor azulado y de ella surgió Haplo, seguido por el perro. El animal pareció contento de verlos sanos y salvos. Maneó el rabo y les habría saltado encima para darles la bienvenida, de no haber mediado una áspera reprimenda de su amo.

—¿Cómo has hecho para entrar ahí? —preguntó Paithan, cerrando la mano en torno a la empuñadura de su espada.

Haplo no se molestó en responder y el elfo debió de darse cuenta de que era inútil interrogar al hombre de las manos vendadas, pues no insistió. Aleatha, en cambio, se acercó con osadía al patryn.

—¿Qué quieres decir con eso de que una vez vivimos tras esa muralla? ¡Es ridículo!

—Vosotros, no. Vuestros antepasados. Los antepasados de *todos* vosotros. —

Haplo abarcó en su mirada a los elfos y a los dos humanos que tenía ante sí y que lo observaban con lúgubre suspicacia. Los ojos del patryn se volvieron hacia el enano.

Drugar no le prestó atención. No prestó atención a nadie. Sus manos temblorosas tocaron la piedra, los huesos del mundo, que había sido poco más que un recuerdo entre su pueblo.

—Los antepasados de *todos* vosotros —repitió Haplo.

—Entonces, podríamos volver a entrar —propuso Aleatha—. Ahí dentro estaríamos a salvo. ¡Nada podría causarnos daño!

—Excepto lo que vosotros mismos llevarais dentro —apuntó Haplo con su leve sonrisa. Echó una ojeada a las armas que portaba cada cual y luego miró a los elfos, que permanecían a cierta distancia de los humanos. El enano, por su parte, se mantenía aparte de todos los demás. Rega palideció y se mordió el labio. Roland enrojeció de rabia. Paithan no dijo nada. Drugar apoyó la cabeza contra la piedra y le corrieron por las mejillas unas lágrimas que desaparecieron entre su barba.

Haplo llamó al perro con un silbido, se volvió y empezó a desandar el camino

de la montaña en dirección a la jungla.

— ¡Espera! ¡No puedes dejarnos! —Gritó Aleatha a su espalda—. ¡Tú puedes llevarnos al otro lado de la muralla! ¡Puedes hacerlo con tu magia... o en tu nave!

—Si te niegas, nosotros... —Roland empezó a blandir el raztar, cuyas hojas letales centelleaban bajo la luz crepuscular.

—Vosotros, ¿qué? —Haplo se volvió hacia los mensch y trazó un signo mágico en el aire, entre él y el amenazador humano.

—

Más rápida que la vista, la runa cruzó el aire con un siseo y golpeó a Roland en el pecho, produciendo un estallido y mandado hacia atrás al humano. Éste cayó pesadamente al suelo y el raztar se le escapó de la mano. Aleatha se arrodilló junto a él y sostuvo en su regazo la cabeza de Roland, herida y sangrante.

— ¡Es muy típico! —Haplo habló con calma, sin levantar la voz—. Los mensch siempre andáis con exigencias: « ¡Sálvame! ¡Sálvame o...! » Hacer de salvador vuestro es un trabajo muy ingrato. Esos estúpidos —hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la torre de cristal— lo arriesgaron todo para salvaros de nosotros y luego trataron de salvaros de vosotros mismos... con el resultado que se puede ver. Pero esperad un poco más, mensch, y un día vendrá alguien que os salvará. Tal vez no se lo agradeceréis, pero con él alcanzaréis la salvación. —Haplo hizo una pausa, sonrió y añadió—: Os salvaréis o...

El patryn reanudó la marcha, pero se volvió otra vez. —Por cierto, ¿qué ha sido del hechicero? Nadie contestó. Todos evitaron su mirada. Con aire satisfecho, Haplo asintió y continuó montaña abajo con el perro pegado a sus talones.

El patryn atravesó la jungla sin incidentes y, al llegar a la *Estrella de Dragón*, encontró junto a la nave a los elfos y a los humanos enzarzados en una encarnizada pelea. Ambos bandos le pidieron que se uniera a ellos, pero Haplo no les prestó atención y saltó a bordo. Cuando los combatientes se dieron cuenta de que iban a ser abandonados, ya era demasiado tarde.

El patryn escuchó con siniestro placer los lamentos aterrados y suplicantes que, pronunciados a la vez en dos idiomas distintos, llegaban a sus oídos en una sola voz.

La nave se alzó lentamente en el aire. Desde la portilla del puente, contempló las frenéticas figuras del suelo.

—«Hete aquí al que, viniendo después de mí, ha pasado por delante de mí.»

Haplo les dirigió la cita y los vio menguar hasta desaparecer mientras la nave lo transportaba una vez más a los cielos. El perro se echó a sus pies y lanzó un aullido, molesto por los gritos y lamentos.

Abajo, elfos y humanos contemplaron la escena con rabia, desesperados e impotentes. Siguieron distinguiendo la nave en el cielo hasta mucho después de la partida; los signos mágicos grabados en el casco emitían un intenso fulgor rojo en la falsa oscuridad creada por los sartán para recordarles a sus hijos el hogar del que procedían.

—

CAPÍTULO LA CIUDADELA

Cuando el dragón apareció por sorpresa, los cinco mensch estaban alineados ante la puerta de la ciudadela, tratando sin éxito de acceder al interior. Las murallas de mármol eran lisas y resbaladizas, sin el menor asidero visible. Elfos y humanos golpearon la puerta hexagonal con los puños y, desesperados, se lanzaron contra ella. La puerta ni siquiera tembló.

Uno de ellos sugirió emplear arietes y otro propuso emplear la magia, pero fueron ideas inconexas y escépticas. Todos sabían que, si la magia humana o élfica hubiera resultado efectiva, la ciudadela ya habría sido ocupada mucho antes.

Y, entonces, aquella oscuridad extraña y terrible volvió a emanar de las murallas de la ciudad, extendiéndose lentamente por la montaña y por la jungla como las aguas de una inundación. Sin embargo, aunque abajo reinaban las tinieblas, la torre de cristal seguía iluminando desde arriba, seguía lanzando su radiante llamada blanca a un mundo que había olvidado la manera de responder. La luz deslumbrante de la torre hacía que cada objeto quedara visible o invisible, sin términos medios: o bien cegadoramente bañado por su resplandor, o perdido en sombras insondables.

La oscuridad era aterradora, y aún la hacía más terrible el hecho de que el sol seguía luciendo en el cielo. Debido a la oscuridad, oyeron la presencia del dragón antes de verlo. La roca se estremeció bajo sus pies y las murallas de la ciudad temblaron bajo la mano del enano. Se dispusieron a huir hacia la jungla, pero la visión de la oscuridad engullendo los árboles los paralizó. Además, por lo que sabían, era probable que el dragón viniera precisamente de allí. Así pues, se pegaron a la muralla de la ciudad, reacios a abandonar aquel refugio aunque supieran que no les brindaba la menor protección.

El dragón surgió de las sombras con su respiración siseante. La luz de la torre arrancaba destellos de las escamas de su cabeza y se reflejaba en el rojo de sus ojos brillantes. La criatura abrió la boca y mostró unos dientes teñidos de una

—

sangre que parecía negra bajo la luz blanquísima. Ensartado en un colmillo afilado y marfileño, vieron agitarse horriblemente un retal de tela de color parduzco.

Los mensch cerraron filas. Roland, delante de Aleatha en un ademán protector; Paithan y Rega, uno al lado del otro y cogidos de la mano.

Todos blandieron sus armas con desesperación, conscientes de su inutilidad.

Drugar, en cambio, permaneció de espaldas al peligro, sin prestar atención al dragón. El enano seguía contemplando, fascinado, la puerta hexagonal y sus runas, cuyo relieve quedaba resaltado bajo la luz de la torre.

—Las reconozco todas —murmuró, alargando la mano y pasando los dedos amorosamente por aquella extraña sustancia cuya superficie pulimentada reflejaba la luz y la imagen de la muerte que se acercaba—. Reconozco cada uno de estos signos mágicos —repitió, y los pronunció como leería las letras de un cartel sobre la puerta de una posada un niño que conociera el alfabeto pero aún no supiera leer palabras enteras.

Los demás oyeron al enano murmurar algo para sí en su idioma.

— ¡Drugar! —exclamó Roland en tono apremiante y con la mirada fija en el dragón, sin arriesgarse a volver la cabeza para mirar atrás—. ¡Te necesitamos!

El enano no respondió y siguió mirando la puerta, hipnotizado. En el centro mismo del hexágono, la superficie era lisa. Este centro estaba rodeado por un círculo de runas cuyos trazos superiores e inferiores se fundían o quedaban cortados, dejando amplios huecos en lo que, de otro modo, sería un flujo continuo. Drugar vio mentalmente a Haplo trazando sus runas. La mano del enano rebuscó bajo la túnica y sus dedos helados se cerraron en torno al medallón de obsidiana que llevaba en el pecho. Extrayéndolo, lo sostuvo ante la puerta a la altura del punto central libre de runas y empezó a girar el amuleto.

—Déjalo en paz —dijo Paithan cuando Roland empezó a maldecir al enano—. Al fin y al cabo, ¿qué ayuda puede prestarnos?

—En eso tienes razón, supongo —murmuró Roland. El sudor se mezclaba con la sangre adherida a su rostro. Notó los fríos dedos de Aleatha hincados en su brazo, el cuerpo de la elfa apretado contra el suyo, su larga melena rozándole el hombro. En realidad, las maldiciones de Roland no iban dirigidas contra el enano, sino que eran amargas protestas contra el destino—. ¿Por qué ese condenado espanto no ataca y acaba con nosotros de una vez?

El dragón seguía ante ellos, con su cuerpo desprovisto de alas o extremidades enroscado hacia lo alto y la cabeza casi al nivel de la parte superior de la muralla. Parecía deleitarse ante la visión del tormento de sus víctimas y saborear su miedo, oler su aroma, tentador para el paladar.

— ¿Por qué ha sido precisa la muerte para unirnos? —susurró Rega, apretando con fuerza la mano de Paithan.

—Porque, como dijo nuestro «salvador», no aprendemos nunca.

Rega volvió la cabeza y contempló con nostalgia las murallas blanquísimas y la puerta sellada.

—Yo creo que esta vez habríamos podido. Sí, creo que podría haber sido distinto.

El dragón bajó la cabeza y los cuatro mensch que le hacían frente pudieron contemplarse reflejados en sus ojos. El aliento pestilente de la bestia, que hedía a sangre, bañó de ponzoñoso calor sus cuerpos helados mientras se preparaban para el ataque. Roland notó un suave beso en el brazo y la humedad de una

—

lágrima tocó su piel. Volvió la mirada hacia Aleatha y vio su sonrisa. Roland cerró los ojos, rogando que aquella sonrisa fuera lo último que viese.

Drugar no se volvió. Mantuvo el medallón superpuesto al punto libre de runas de la puerta y, poco a poco, empezó a comprender. Las letras G... A... T... O... dejaron de ser sonidos a recitar uno por uno y se transformaron ante sus ojos en un pequeño animal peludo.

Entusiasmado, transfigurado de excitación, se arrancó del cuello la cinta de cuero con el medallón y se lanzó hacia la puerta.

— ¡Ya lo tengo! ¡Seguidme!

Los demás apenas se atrevieron a alentar una esperanza, pero se volvieron y corrieron tras él.

Saltando todo lo que pudo, casi incapaz de alcanzar la parte más baja del gran círculo libre de runas en el centro del hexágono, Drugar apoyó el medallón contra la superficie de la puerta.

Su sencillo signo mágico, la runa tosca y elemental que habían colgado en

torno al cuello del niño enano como amuleto para protegerlo del mal, entró en contacto con la parte superior de las runas talladas sobre la parte inferior de la puerta. El medallón era pequeño, apenas mayor que la mano de Drugar, y el signo mágico grabado en él era aún más pequeño.

El dragón atacó por fin. Con un rugido, se lanzó sobre sus víctimas.

El signo mágico bajo la mano del enano empezó a despedir un resplandor azul entre sus dedos rechonchos. La luz se intensificó, deslumbrante. La runa creció de tamaño, adquirió las proporciones del enano, luego la envergadura del humano y, por fin, la altura de los elfos.

El fuego del signo mágico se extendió por la puerta y, allí donde la luz de la runa tocaba otra runa, esta última estallaba en llamas. Y las llamas se expandieron y toda la puerta se encendió con aquel fuego mágico. Drugar emitió un poderoso grito y se lanzó corriendo contra ella, con los brazos por delante. Las puertas de la ciudadela se estremecieron y se abrieron.

—

CAPÍTULO

EN ALGÚN LUGAR DE PRYAN

— ¡Creí que no darían nunca con ello! —afirmó el dragón, exasperado—. Me tomé mi tiempo para subir ahí arriba y aún me hicieron esperar y esperar. No se puede abusar de los gruñidos y babeos, ¿sabes?, o pierdes efectividad.

— ¡Siempre protestando! ¿No sabes hacer otra cosa? —Replicó Zifnab—. No me has dicho nada de mi actuación. « ¡Huid! ¡Escapad, estúpidos!» Creo que el papel me ha salido bordado.

—Gandalf lo hacía mejor.

— ¡Gandalf! —exclamó Zifnab, enojadísimo—. ¿Qué significa eso de que «Gandalf lo hacía mejor»?

—Él daba a la frase más profundidad, más carga emotiva.

— ¡Pues claro que le daba carga emotiva! ¡Él tenía un balrog colgado de su ropa interior! ¡Así, también yo emocionaría!

— ¡Un balrog! —El dragón agitó su enorme cola—. ¡Y supongo que yo no soy nada! ¡Soy hígado picado!

— ¡Lagarto picado, diría yo!

— ¿Qué refunfuñas, hechicero? —inquirió el dragón con una mirada colérica—. Recuerda que tú sólo eres mi acompañante. Podrías ser reemplazado...

— ¡No! Estaba pensando en comida. ¡Pollo frito! —Se apresuró a decir Zifnab—. ¡Nunca encuentras un restaurante de comida rápida cuando lo necesitas! Por cierto, ¿qué ha sido del resto?

— ¿El resto de qué? ¿De pollos? ¿De restaurantes?— ¡De humanos y de elfos, tonto!

—No es culpa mía. Deberías ser más preciso con tus palabras. —El dragón se puso a inspeccionar con todo detenimiento su cuerpo rutilante—. He perseguido a la feliz comitiva hasta la ciudadela, donde sus compañeros los han recibido con los brazos abiertos. Abrirse paso por esta jungla no ha sido tarea fácil, te lo aseguro. Fíjate, me he roto una escama.

—

—Nadie dijo que fuera a ser fácil —dijo Zifnab con un suspiro.
—En eso tienes razón —asintió el dragón. Sus ojos de feroz mirada se alzaron en dirección a la ciudadela que refulgía en el horizonte—. Para ellos tampoco lo será.
— ¿Crees que hay alguna posibilidad? —El anciano hechicero se movió, inquieto.
—Tiene que haberla —respondió el dragón.
—

EPILOGO

Mi Señor...

Mi nave vuela actualmente sobre... debajo... a través de... (no sé muy bien cómo describirlo) el mundo de Pryan. El viaje de regreso a los cuatro soles es largo y tedioso y he decidido ocupar el tiempo en registrar por escrito mis pensamientos e impresiones sobre las presuntas estrellas mientras los recuerdos aún están frescos en mi mente.

Gracias a los datos que entresaqué de mi inspección del Salón de los Sartán, he podido reconstruir la historia de Pryan. Ignoro qué se proponían los sartán cuando crearon este mundo (incluso me pregunto si realmente se proponían algo). A mi modo de ver, es evidente que llegaron a este mundo esperando hallar algo distinto a lo que encontraron. Entonces, hicieron cuanto pudieron para compensar la situación y construyeron espléndidas ciudades en las que se encerraron junto con los mensch, aislándose del resto del mundo y engañándose a sí mismos respecto a la verdadera naturaleza de Pryan.

Durante un tiempo todo fue muy bien, aparentemente. Supongo que los mensch —aturdidos por el golpe de la desintegración de su mundo y el traslado a este otro— no tenían energías ni ganas para causar problemas. Sin embargo, este estado de calma pasó rápidamente. Llegaron nuevas generaciones de mensch que no sabían nada de los terribles padecimientos de sus antepasados. Las ciudadelas, por grandes que fueran, terminaron inevitablemente por resultar demasiado pequeñas para contener su codicia y su ambición, y las diferentes razas empezaron a disputar y enfrentarse unas con otras.

A lo largo de este período de disturbios, los sartán sólo se interesaban por sus prodigiosos proyectos y hacían cuanto podían por ignorar a los mensch. Movido por una profunda curiosidad acerca de estos proyectos, viajé al corazón de la torre de cristal desde la que irradiaba la luz de la «estrella» y allí descubrí una enorme máquina cuyo diseño guardaba cierta semejanza con la Tumpa-chumpa que encontré en el mundo de Aria-no. En la ciudadela, la máquina era mucho menor y su cometido, por lo que he visto, es muy diferente.

—

Para describirlo, voy a exponer primero una teoría. Después de visitar dos de los mundos construidos por los sartán, he descubierto que ambos son imperfectos.

También he averiguado que los sartán trataron, al parecer, de corregir y compensar tales imperfecciones. Los continentes flotantes de Ariano necesitan agua. El mundo de Piedra de Jena (el próximo que me propongo visitar) precisa luz. Los sartán pensaron emplear la energía obtenida de Pryan, que la tiene en abundancia.

Los cuatro soles de Pryan están envueltos por una esfera de piedra que encierra por completo su energía. Esta es irradiada constantemente desde los soles hasta el mundo que los rodea. La vegetación absorbe esta energía y la transmite hacia abajo hasta el lecho de roca que sustenta las plantas. He calculado que el calor acumulado en ese nivel inferior debe de ser increíble.

Los sartán construyeron las ciudadelas para absorber el calor. Excavaron profundos pozos en la roca a través de la vegetación. Estos conductos sirven de pozo de ventilación por el que asciende el calor de la roca, expulsándolo de nuevo hacia la atmósfera. La energía se recoge en un lugar conocido como el santuario, ubicado en el centro del complejo. Una máquina, accionada por esta energía, transmite la misma a la torre central, que a su vez la emite hacia el cielo en forma de luz. Los sartán no se encargaban personalmente de la tarea, sino que crearon mediante su magia una raza de poderosos gigantes destinada a trabajar en la ciudadela. Los llamaron titanes y los dotaron de una tosca magia que los ayudara en sus labores más penosas.

Reconozco que no tengo pruebas, pero sostengo la teoría, mi Señor, de que las demás «estrellas» visibles en Pryan son otras tantas máquinas captadoras de energía y difusoras de luz como la que inspeccioné. Según queda claramente explicado en los escritos que dejaron en la ciudadela, los sartán se proponían utilizar esas máquinas para transmitir el acopio de energía y de luz a los otros tres mundos. He leído las descripciones precisas de cómo pensaban conseguir tal hazaña, pero debo confesarte, mi Amo, que no he sacado mucho en claro al respecto. Traigo conmigo los planos y pronto te los entregaré para que puedas estudiarlos a tu conveniencia.

El principal propósito de las «estrellas» de Pryan era, estoy seguro, la transferencia de energía. Sin embargo, aunque no he podido probar mi teoría, creo también que dichas «estrellas» podían emplearse para establecer comunicación entre los sartán. Éstos mencionan en sus libros estar en contacto con sus hermanos de este mundo; no sólo eso, sino que al parecer esperaban recibir noticias de otros sartán situados en otros mundos. Y la capacidad para establecer comunicaciones entre mundos podría sernos de inestimable valor en el intento de restaurarnos como legítimos dueños de nuestro universo.

Así se entiende la prisa de los sartán por completar su trabajo. Pero sus progresos se vieron dificultados, cuando no impedidos, por los crecientes disturbios entre los mensch de las ciudadelas. Continuamente, nuestros enemigos tenían que dejar su tarea para intervenir en las disputas. Llegaron a sentirse desesperados y frustrados; según los datos de que disponían, sus hermanos de otros mundos estaban agonizando por falta de una energía que sólo ellos podían proporcionarles. Así pues, decidieron encomendar a los titanes la vigilancia de «los niños».

—

Mientras los sartán siguieron presentes para controlarlos, los gigantes

resultaron muy útiles y beneficiosos. Demostraban una gran efectividad en el control de los mensch y se encargaban de todos los trabajos penosos y de las tareas de mantenimiento diario de la ciudad. Libres por fin, los sartán pudieron concentrar todos sus esfuerzos en la construcción de las «estrellas».

Hasta este punto, mi relato de la historia de Pryan ha sido claro y conciso. En adelante, habrá de ser necesariamente vago, por cuanto me ha resultado completamente imposible descubrir la respuesta al misterio de Pryan, una incógnita que comparte con el mundo de Ariano: ¿qué les sucedió a los sartán? En mis investigaciones, quedó patente que el número de sartán empezó a reducirse y los pocos que quedaron tuvieron cada vez más dificultades para hacer frente a la situación entre los mensch, que se deterioraba rápidamente. Entonces se dieron cuenta, con horror, de la equivocación cometida al crear a los titanes y dotarlos de una rudimentaria magia rúnica. Conforme disminuía el control de los sartán sobre los gigantes, aumentaba la capacidad de éstos para utilizar la magia. ¿Acaso los titanes, como los legendarios golems de antaño, se volvieron contra sus creadores?

Después de haberme enfrentado cara a cara con su magia, puedo afirmar que es tosca pero extremadamente poderosa. Aún no he terminado de analizar los ataques y todavía no estoy seguro de la causa, pero, por ahora, baste con decir que es como si golpearan la delicada y compleja estructura de nuestras runas con un único, simple y sencillo signo mágico que lleva tras él la fuerza de una montaña. Ahora, las ciudadelas están vacías, pero su luz aún brilla. Los mensch viven ocultos en la jungla y combaten entre ellos. Los titanes vagan por el mundo en una desesperada y mortífera búsqueda.

¿Dónde encajan aquí los dragones? ¿Y qué es esa «fuerza» de la que habló el fantasma del sartán en su último parlamento? «La fuerza que se opone a nosotros es antigua y poderosa.» Una fuerza que «no puede ser combatida, ni aplacada». Y, por último, ¿qué fue de los sartán? ¿Dónde fueron a parar?

Por supuesto, es posible que no hayan ido a ninguna parte, que todavía vivan en las otras «estrellas» de Pryan, pero yo no lo creo, mi Señor. Igual que fracasó su gran proyecto de Aria-no, también sus grandes planes para Pryan quedaron en nada. Las «estrellas» brillan durante un período aproximado de una década; luego, el suministro de energía se agota y su luz disminuye progresivamente hasta apagarse. Algunas no se recuperan nunca más; otras, después de una serie de años, vuelven a almacenar energía y, poco a poco, la «estrella» renace y brilla en un «firmamento» que, en realidad, no es otra cosa que el suelo. ¿No podría ser esto, mi Señor, una analogía con los sartán?

Quedan otros dos mundos por investigar, desde luego. Y sabemos que queda, al menos, un sartán con vida. Alfred también busca a su pueblo. Empiezo a preguntarme si nuestra búsqueda no se parecerá a la de esos titanes. Tal vez busquemos una respuesta que no existe a una pregunta que nadie recuerda.

Acabo de releer lo que he escrito. Perdona mis divagaciones, mi Señor. Se me hace pesado disponer de tanto tiempo. Pero, hablando de titanes, antes de terminar me aventuro a añadir otra observación importante.

Sí pudiera descubrirse el modo de controlar a esas criaturas —y estoy seguro de que tú, mi Señor, con tu enorme poder y capacidad, serás capaz de hacerlo con facilidad—, se podría disponer de un ejército poderoso, efectivo y completamente

amoral. En otras palabras, invencible. Ninguna fuerza, ni siquiera esa tan «antigua y poderosa», podría oponérsete.

Sólo veo un peligro para nuestros planes, mi Señor, aunque la posibilidad de que se produzca es tan minúscula que no sé si mencionarlo. Sin embargo, tengo presente tu deseo de estar informado al detalle de la situación en Pryan y por eso someto a tu consideración lo siguiente:

Si los mensch lograran alguna vez volver a entrar en las ciudadelas, cabría la posibilidad de que, actuando juntos, fueran capaces de aprender a manejar las «estrellas». Si recuerdas, mi Señor, los gegs de Ariano eran expertos en el funcionamiento de la Tumpa-chumpa. Ese niño humano, Bañe, fue capaz de deducir el auténtico propósito de la máquina.

En su infinita sabiduría, los sartán han dejado, como ya he dicho, incontables libros escritos en humano, enano y elfo. Los volúmenes que he repasado trataban principalmente de la historia de las razas y se remontaban hasta el mundo antiguo, previo a la Separación. Sin embargo, eran demasiados para inspeccionarlos todos y, por tanto, es posible que los sartán dejaran en algún tomo información relativa a las «estrellas», a su verdadero propósito y al hecho de que existen otros mundos además de Pryan. Ni siquiera puede descartarse la posibilidad de que los mensch pudieran encontrar incluso información relativa a la Puerta de la Muerte.

No obstante, por lo que he observado, las probabilidades de que los mensch descubran tal información y hagan uso de ella parecen extremadamente remotas.

Las puertas de la ciudadela están cerradas y, a menos que los mensch tropiecen con algún impensado «salvador», mi pronóstico es que permanecerán cerradas para siempre pese a sus esfuerzos.

Hasta aquí las novedades, mi Señor. Quedo respetuosamente dedicado a tu servicio.

Haplo

EL MAR DE FUEGO

SERIE EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE VOL.III

MARGARET WEIS – TRACY HICKMAN

PRÓLOGO

En cuatro ocasiones he viajado a través de la Puerta de la Muerte, pero nada recuerdo de esas travesías. Todas las veces que he penetrado en la Puerta, lo he hecho en estado de inconsciencia.

Mi primer viaje fue al mundo de Ariano, ida y vuelta, y estuvo muy cerca de ser el último.

En mi viaje de regreso conseguí una nave dragón construida por los elfos de Ariano, mucho más fuerte y adecuada que mi primer vehículo. Potencí su magia y la llevé conmigo al Nexo, donde mi Señor y yo trabajamos aplicadamente para aumentar todavía más esa magia que la protegía. Las runas de poder cubren ahora casi cada centímetro de su superficie.

Con esta nave volé a mi siguiente destino, el mundo de Pryan. De nuevo, crucé la Puerta de la Muerte; de nuevo, perdí el sentido al hacerlo. Y desperté en un mundo donde no existe la oscuridad, sino sólo una luz perpetua.

Llevé a cabo mi tarea en Pryan satisfactoriamente, al menos en lo que a mi Señor respecta. Mi amo se mostró complacido con mi trabajo.

Yo, no tanto.

Al abandonar Pryan, me hice el propósito de permanecer consciente para ver la Puerta y observar qué se experimentaba. La magia de mi nave protegía a ésta y a mí hasta el punto de que ambos llegábamos a nuestro destino completamente sanos y salvos. ¿Por qué, entonces, me desmayaba? Mi Señor sugirió que debía de tratarse de una debilidad mía, de una falta de disciplina mental, así que me propuse firmemente no rendirme. Pero para mi disgusto volví a comprobar, mortificado, que no recordaba nada.

Allí me encontraba, perfectamente despierto, a punto de entrar en aquel agujero negro que parecía demasiado pequeño para que cupiera en él mi nave. Y, al instante siguiente, estaba a salvo en el Nexo.

Es importante que aprendamos todo lo posible sobre el viaje a través de la Puerta de la Muerte, pues por ella habremos de transportar los ejércitos de patryn que deben llegar a esos mundos dispuestos a luchar y conquistarlos. Mi Señor ha estudiado el asunto en profundidad revisando los textos de los sartán, nuestros enemigos ancestrales, que construyeron la Puerta de la Muerte y los mundos a los que ésta conduce. Y ahora acaba de informarme, en la víspera de mi viaje al mundo de Abarrach, de que ha realizado un descubrimiento.

Acabo de regresar de un encuentro con mi Señor y confieso que estoy decepcionado. No digo esto como crítica a mi Señor, a quien respeto más que a nadie en el universo, pero su explicación de la Puerta de la Muerte tiene poco sentido. ¿Cómo es posible que un lugar pueda existir y, al mismo tiempo, no

El señor del Nexo subestimó las fuerzas mágicas que controlan la Puerta de la Muerte y no proporcionó a Haplo la protección adecuada para la travesía. El patryn se estrelló y fue rescatado por el geg Limbeck (véase *Ala de Dragón*, vol. I de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*).

Como es habitual en él, Haplo no hace más mención a lo que considera su fallo en

Pryan, pero puede estar relacionado con el hecho de haber estado a punto de morir a manos de una raza de gigantes cuya magia demostró ser mucho más poderosa que la de los patryn (véase *La estrella de los elfos*, vol. II de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*).

—

—
existir? ¿Cómo puede el tiempo marchar hacia adelante y hacia atrás a la vez?
¿Cómo puede su luz ser tan brillante que me sumerjo en la oscuridad?
¡Mi Señor sugiere que la Puerta de la Muerte no fue hecha para ser atravesada!
Sigue sin descubrir cuál es —o era— su función. Según él, su propósito puede haber sido, simplemente, servir de una vía de escape de un universo agonizante.
Yo no estoy de acuerdo. He descubierto que los sartán pretendían que existiera algún tipo de comunicación entre los mundos. Por alguna razón, esta comunicación no se estableció. Y la única conexión que he encontrado entre los mundos es la Puerta de la Muerte.

Mayor razón todavía para que deba permanecer consciente en mi próximo viaje.
Mi Señor me ha sugerido cómo disciplinarme para lograr mi objetivo, pero me ha advertido que corro un riesgo extremo.

No perderé la vida; la magia de la nave me protege de cualquier daño físico.

Pero podría perder la razón.

Haplo, Abarrach, el mundo de piedra, vol. IV de Los diarios de la Puerta de la Muerte.

—

CAPÍTULO

KAIRN TELEST, ABARRACH

—No tenemos elección, padre. Ayer murió otro niño. Anteayer, su abuela. El frío se hace más intenso cada día. Sin embargo... —el hijo hace una pausa—, no estoy seguro de que sea tanto el frío como la oscuridad, padre. El frío mata sus cuerpos, pero son las tinieblas lo que acaba con sus espíritus. Baltazar tiene razón. Debemos marcharnos ahora, mientras aún tenemos fuerzas suficientes para hacer el viaje.
Fuera de la sala, de pie en el pasillo a oscuras, escucho y observo, a la espera de la respuesta del rey.

Pero el anciano no contesta de inmediato. Permanece sentado en un trono de oro decorado con diamantes del tamaño de un puño humano, instalado sobre un estrado que preside un enorme salón de mármol pulimentado. El rey puede ver muy poco del salón, sumido en sombras. En el suelo, a sus pies, una lámpara de gas que chisporrotea y emite un siseo difunde una luz débil y mortecina.

Con un escalofrío, el viejo monarca se acurruca todavía más bajo la capa de pieles con la que se cubre. Luego, se desliza hacia adelante hasta apoyarse en el borde del trono, más cerca de la lámpara, aunque sabe que la llama parpadeante no va a darle calor alguno.

Creo que es el consuelo de la luz lo que busca. Su hijo tiene razón: es la oscuridad lo que nos mata.

—Hubo un tiempo —dice el viejo rey— en que las luces de palacio permanecían encendidas toda la noche y bailábamos hasta el ciclo siguiente. Con el baile, nos acalorábamos en exceso; entonces, salíamos del encierro de palacio, corríamos a las calles abiertas bajo el techo de la caverna, donde hacía fresco, y nos dejábamos caer sobre la hierba mullida y reíamos sin parar. —Tras una pausa, añade—: A tu madre le encantaba bailar.

—Sí, padre, lo recuerdo —la voz del hijo es suave y cargada de paciencia.

Edmund sabe que su padre no desvaría, sino que ha tomado una decisión, la única posible. Sabe que el rey está diciendo adiós.

—La orquesta se colocaba ahí —el viejo monarca levanta un dedo nudoso para señalar un rincón de la sala envuelto en densas sombras—. Tocaba durante toda la mitad del ciclo destinada al sueño y los músicos tomaban vino de parfruta para mantener vivo el fuego en su sangre. Por supuesto, todos terminaban ebrios. Al final del ciclo, la mitad de ellos tocaba una música distinta de la de la otra mitad. Pero a nosotros no nos importaba. Sólo hacía que nos riéramos más. Nos reíamos mucho, entonces.

El viejo tararea en voz baja una melodía de su juventud. Yo he permanecido todo el rato inmóvil entre las sombras de la sala, observando la escena a través de una rendija de la puerta casi cerrada, y decido dar a conocer mi presencia, aunque sólo a Edmund. Es impropio de mi dignidad andar husmeando a escondidas. Llamo a un criado y lo mando al rey con un mensaje sin importancia. La puerta se abre con un chirrido y una ráfaga de aire helado recorre la sala, apagando casi la llama de la lámpara de gas. El criado avanza penosamente por la sala y el sonido de sus pies arrastrándose por el suelo de mármol deja tras de sí unos ecos susurrantes en el palacio casi vacío.

De Baltazar, *Recuerdos de mi patria*, crónica de los últimos días de Kairn Telest redactada por el nigromante del rey.

—

Edmund alza la mano, alarmado, e indica al criado que se retire. Pero vuelve la vista hacia la puerta, advierte mi presencia y, con un breve gesto de asentimiento, me indica en silencio que lo espere. No necesita hablar ni hacer otra cosa que ese gesto con la cabeza. Edmund y yo nos conocemos tan bien que podemos comunicarnos sin palabras.

El criado se retira y sus despaciosos pasos se acercan de nuevo a mí. Empieza a cerrar la puerta, pero lo detengo sin decir palabra y le ordeno que se vaya. El viejo rey ha advertido la entrada y la salida del criado, aunque finja no haberlo visto. La vejez tiene pocos privilegios, pocos lujos. Permitirse excentricidades es uno de ellos. Sumirse en los recuerdos es otro...

El anciano suspira al bajar la vista hacia el trono de oro que ocupa. Su mirada se vuelve luego hacia el asiento que se encuentra a su lado, un trono de dimensiones más reducidas destinado al cuerpo, más menudo, de una mujer. Este trono lleva mucho tiempo vacío. Quizás el monarca se ve a sí mismo, ve su cuerpo joven, alto y fuerte, inclinándose hacia ella para susurrarle al oído mientras sus manos se buscan. Sus manos, siempre entrelazadas cuando el monarca y su reina estaban cerca.

A veces, aún hoy toma la mano de su ausente amada, pero esa mano está fría, está más helada que el frío que invade nuestro mundo. La mano helada destruye el pasado para él. Pero, ahora, el rey no acude demasiado a ella. Prefiere el recuerdo.

—Entonces, el oro refulgía bajo las luces —comenta a su hijo—. A veces, los diamantes brillaban hasta que no podíamos seguir mirándolos. Eran tan deslumbrantes que nos hacían llorar los ojos. Éramos ricos, increíblemente ricos. Nos recreábamos en nuestra riqueza... Pero lo hacíamos con toda inocencia, creo —añade el viejo rey, tras una pausa—. No éramos codiciosos ni avaros. «¡Cómo nos mirarán, cuando vengan a nosotros! ¡Qué cara pondrán cuando contemplen por primera vez este oro y estas joyas!», nos decíamos. Sólo el oro y los diamantes de este trono bastarían para comprar una nación en su viejo mundo, según los textos antiguos. Y nuestro reino está lleno de tales tesoros, que yacen intactos e inexplorados en la roca.

»Recuerdo las minas. ¡Ah, cuánto tiempo ha pasado desde entonces! Fue mucho

antes de que tú nacieras, hijo mío. En esa época, el Pueblo Menudo aún estaba entre nosotros. Eran los últimos, los más fuertes y resistentes. Los últimos supervivientes. Mi padre me dejó entre ellos cuando era muy pequeño. No recuerdo gran cosa de ellos, salvo sus ojos fieros, las barbas tupidas que les ocultaban el rostro y sus dedos, cortos y rápidos. Me daban miedo, pero mi padre dijo que, en realidad, eran unas gentes muy amables; sencillamente, se mostraban rudos e impacientes con los extraños.

El anciano rey exhala un profundo suspiro. Su mano acaricia el frío apoyabrazo metálico del trono como si pudiera devolverle el brillo.

—Ahora creo entenderlo. Eran rudos y feroces porque tenían miedo. Veían el destino que se les avecinaba. Mi padre también debió de verlo. Luchó contra ese sino, pero no estaba en su mano hacer nada. Nuestra magia no era lo bastante poderosa para salvar al Pueblo Menudo. Ni siquiera lo ha sido para salvarnos a nosotros mismos. ¡Fíjate, mira esto! —El viejo, quejumbroso ahora, descarga el puño sobre el oro—. ¡Abundancia! ¡Riqueza para comprar una nación, y mi pueblo pasa hambre! ¡De nada sirve! ¡De nada!

Su mirada contempla el oro. Al reflejo del débil fuego que arde a los pies del monarca, parece deslustrado y sombrío, hasta casi desagradable. Los diamantes ya no refulgen. También ellos parecen fríos y muertos. Su fuego, su vida, depende del fuego del hombre, de la vida del hombre. Cuando éste desaparezca, los diamantes volverán a ser tan negros como el mundo que los rodea.

—No vienen, ¿verdad, hijo? —pregunta.

—

—

—No, padre —responde Edmund. La mano de éste, fuerte y cálida, se cierra sobre los dedos nudosos y temblorosos del anciano—. Creo que, si fueran a venir, ya se habrían presentado.

—Quiero salir fuera —dice de pronto el rey.

—¿Estás seguro, padre? —Edmund lo mira, preocupado.

—Sí, estoy seguro —replica el viejo monarca, irritado. Es otro lujo de la edad: permitirse caprichos.

Arrebujándose aún más bajo el manto de pieles, se incorpora del trono y desciende del estrado. Su hijo avanza a su lado para ayudarlo si es necesario, pero no es preciso. El monarca es viejo, incluso para lo normal en nuestra raza, notablemente longeva. Pero se conserva en buen estado físico; además, su magia es poderosa y lo mantiene mejor que muchos. Ahora lleva los hombros hundidos, pero es debido al peso de las muchas cargas que se ha visto obligado a soportar durante su larga vida. Tiene el cabello blanco como la nieve; encaneció cuando ya era un hombre maduro, durante la enfermedad que, en un breve plazo, se llevó de su lado a su esposa.

Edmund levanta la lámpara y la lleva con ellos para iluminar el camino. Ahora, el gas es precioso; más que el oro. El rey contempla las lámparas que penden del techo, apagadas y frías. Mientras lo observo, adivino sus pensamientos. Sabe que no debería malgastar el gas de esta manera. Aunque, en realidad, no lo está malgastando. Él es el rey y algún día, muy pronto tal vez, lo será su hijo. Y tiene el deber de mostrarle, de contarle, de hacerle ver cómo eran las cosas antes. Porque, ¿quién sabe?, puede suceder que un día su hijo regrese y vuelva a dejarlo todo como era.

Abandonan la sala del trono y salen al pasillo, lóbrego y ventoso. Me quedo donde tengo la certeza de que me verán, y la luz de la lámpara me ilumina. Me veo reflejado en un espejo colgado en la pared que tienen enfrente. Un rostro ansioso y

pálido que surge de la oscuridad, cuya piel blanca y cuyos ojos brillantes captan la luz, al salir repentinamente de su acecho en las sombras. Mi cuerpo, vestido con ropas oscuras, comparte el sueño eterno que ha arraigado en su reino. Mi cabeza parece descarnada, suspendida en la oscuridad, flotando en ella. La visión es tan aterradora que me sobresalta.

El anciano rey me ve, pero finge que no. Edmund hace un rápido gesto de negativa, moviendo ligerísimamente la cabeza. Yo asiento y me retiro de nuevo a las sombras.

—Que Baltazar espere —oigo al anciano murmurar para sí—. Ya tendrá lo que quiere, finalmente. Por ahora, que espere. El nigromante tiene tiempo. Yo, no. Dos series de pisadas recorren los salones del palacio, resonando con estruendo en el silencio de los pasillos vacíos. Pero el viejo monarca, sumido en el pasado, escucha el sonido de la música y la alegría, recuerda las risillas estridentes de un chiquillo jugando a tocar y parar con su padre y su madre por aquellas estancias del palacio.

Yo también recuerdo ese tiempo. Tenía veinte años cuando nació el príncipe Edmund. El palacio bullía de vida: tíos y tías, primos carnales y políticos, cortesanos —siempre complacientes, sonrientes y dispuestos a reír las gracias—, miembros del consejo que entraban y salían con prisas, concentrados en sus asuntos, y ciudadanos que acudían a presentar peticiones o a solicitar justicia. Yo vivía en palacio, como aprendiz del nigromante del rey. Era un alumno aplicado y pasaba más tiempo en la biblioteca que en el salón del baile, pero debí de absorber de ese ambiente más de lo que pensaba. A veces, durante la mitad del ciclo que dedicamos al sueño, imagino que aún puedo escuchar la música.

—Orden —decía ahora el rey—. Entonces, todo estaba en orden. El orden era nuestra herencia; el orden y la paz. No comprendo qué sucedió. ¿Por qué se produjo el cambio? ¿Qué ha provocado el caos, qué ha traído la oscuridad?

—

—

—Hemos sido nosotros, padre —contesta Edmund sin inmutarse—. Debemos de haber sido nosotros.

El sabe que no es así, por supuesto. Le he enseñado que no lo es, pero Edmund siempre responde de esta manera para evitar discutir con su padre. Pese a todos los años transcurridos, aún sigue pugnando desesperadamente por tener su amor. Voy tras ellos; mis zapatillas negras no hacen el menor ruido sobre el suelo de fría piedra, pero Edmund sabe que los sigo. De vez en cuando vuelve la cabeza, como si confiara en mi fuerza. Yo lo contemplo con franco orgullo, con el orgullo que sentiría por mi propio hijo. Edmund y yo estamos más unidos que muchos padres con sus hijos, más de lo que lo está con su propio padre, aunque no quiera reconocerlo. Sus padres estaban tan absortos el uno en el otro que apenas les quedaba tiempo para el hijo que habían creado con su amor. Yo era el tutor del muchacho y, con el tiempo, me convertí en el amigo, compañero y consejero del solitario joven.

Ahora ya tiene veinte años cumplidos y es fuerte, atractivo y viril. «Será un buen rey», me digo, y repito las palabras varias veces como si fueran un talismán capaz de disipar las sombras que envuelven mi corazón.

Al fondo del pasillo se encuentran las gigantescas puertas dobles cubiertas de símbolos cuyo significado ha caído en el olvido; unos símbolos que, con el paso del tiempo, han quedado borrados en parte. El anciano espera, sosteniendo la lámpara, mientras el hijo tensa sus musculosos brazos y empuja a un lado la pesada barra metálica que mantiene cerradas las puertas del palacio.

La barra es una novedad, y el viejo rey frunce el entrecejo al observarla. Tal vez recuerda una época, antes de que Edmund naciera, en que no era necesaria tal barrera fija. Entonces, la magia bastaba para mantener cerradas las puertas. Sin embargo, con el paso de los años, hubo necesidad de emplear la magia en otras tareas más importantes, como la supervivencia.

El hijo empuja las puertas y, cuando éstas se abren, una ráfaga de aire helado apaga la lámpara. El frío es agudo, intenso, y penetra bajo las pieles que le sirven de abrigo recordando al anciano que, por frío que sea el palacio, sus paredes y su magia ofrecen cierta protección frente a la oscuridad del exterior, que hiela la sangre y entumece los huesos.

—¿Estás seguro de que podrás hacerlo, padre? —inquieta Edmund una vez más, preocupado.

—Sí —responde el monarca, aunque a mí me parece que, de haber estado solo, el anciano no lo habría intentado—. No te preocupes por mí. Si Baltazar se sale con la suya, no tardaremos mucho en estar todos ahí fuera.

Sí, el viejo rey sabe que estoy cerca, que estoy escuchando. Siente celos de mi influencia sobre Edmund, pero lo único que puedo decirle al anciano es que él ya tuvo su oportunidad.

—Ya te he explicado antes que Baltazar ha encontrado una ruta que nos conduce hacia abajo por los túneles, padre. Cuanto más penetremos en el subsuelo del mundo, más cálido se volverá el aire.

—Supongo que habrá encontrado tal tontería en algún libro. De nada sirve iluminar este condenado lugar —añade el rey, refiriéndose a la lámpara—. No malgastes tu magia. Yo no necesito luz; son tantas las veces que he estado en esta columnata que podría recorrerla con los ojos cerrados.

Los oigo avanzar en la oscuridad. Casi puedo ver al rey rechazar el brazo que le ofrece Edmund (el príncipe es respetuoso y tierno con un padre que apenas lo merece) y cruzar el umbral de los grandes portales con paso resuelto. Yo me quedo en el pasadizo e intento olvidarme del frío que me corta la cara y las manos y me entumece los pies.

—
—

—Los libros son mala cosa —comenta con acritud el monarca a su hijo, cuyas pisadas capto, avanzando junto a su anciano padre—. Baltazar pasa demasiado tiempo entre los libros.

Tal vez la cólera le siente bien al viejo, cálida y brillante como el fuego de la lámpara en su interior.

—Fueron los libros quienes nos dijeron que *ellos* iban a volver a nosotros, ¡y mira qué ha salido de ello! ¡Libros! —exclama el rey con un bufido—. No confío en ellos. ¡No creo que debamos confiar en ellos! Tal vez dijeran la verdad hace siglos, pero el mundo ha cambiado desde entonces. Los caminos que trajeron a nuestros antepasados a este reino están, probablemente, destruidos y desaparecidos.

—Baltazar ha explorado los túneles hasta donde se ha atrevido y los ha encontrado en buen estado y ajustados a los mapas. Recuerda, padre, que los túneles están protegidos por la magia, antigua y poderosa, que los construyó y que creó este mundo.

—¡Magia antigua! —La cólera del viejo rey sale a la superficie con toda su fuerza, arde en su voz—. ¡La magia antigua ha fracasado! ¡Ha sido el fracaso de la magia antigua lo que nos ha traído a esto! Ha traído la ruina donde una vez hubo prosperidad, la desolación donde una vez hubo abundancia, el hielo donde una vez hubo agua. ¡La muerte, donde una vez hubo vida!

Se detiene en el pórtico de entrada a palacio y mira al frente. Sus ojos físicos contemplan la oscuridad que se ha cerrado sobre ellos, la ven rota únicamente por los débiles puntos de luz que arden diseminados aquí y allá por la ciudad. Estos puntos de luz representan a su pueblo y su número ahora es muy reducido, demasiado. La inmensa mayoría de las cosas del reino de Kairn Telest están frías y a oscuras. Como la reina, quienes ahora permanecen en las casas pueden pasarse muy bien sin luz ni calor; ninguna de ambas cosas se desperdician en ellos. Sus ojos físicos observan la oscuridad, igual que su cuerpo físico siente el dolor del frío, y la rechazan. Contempla entonces su ciudad a través de los ojos del recuerdo, un don que intenta compartir con su hijo, ahora que es demasiado tarde. —Se dice que en el mundo antiguo, durante el tiempo anterior a la Separación, había un orbe de fuego cegado que llamaban sol. Lo leí en un libro. Baltazar no es el único que sabe leer —añade el viejo monarca secamente—. Cuando el mundo quedó separado en cuatro partes, el fuego de ese sol fue dividido entre estos cuatro nuevos mundos. En el nuestro, fue colocado en su centro. Ese fuego es el corazón de Abarrach y, como cualquier corazón, tiene conductos que transportan hasta los órganos y miembros del cuerpo, como si fuera sangre, la corriente vital de calor y energía.

Escucho un roce, el giro de una cabeza que se mueve entre múltiples capas de ropa. Imagino al rey apartando la vista de la ciudad agonizante, acurrucada en la oscuridad, para dirigirla mucho más allá de las murallas de la ciudad. El viejo no puede ver nada, pues la oscuridad es completa. Pero tal vez, con los ojos de la mente, percibe una tierra de luz y calor, una tierra de verdor y de cultivos bajo el altísimo techo de una caverna tachonado de brillantes estalactitas, una tierra donde los niños jugaban y reían.

—Nuestro sol estaba ahí fuera.

Otro roce. El anciano monarca levanta la mano y señala una dirección en la oscuridad eterna.

—El coloso —murmura Edmund. El joven es paciente con su padre. Hay mucho, muchísimo que hacer, pero permanece junto al viejo y presta atención a sus recuerdos.

—Algún día, su hijo hará lo mismo por él —susurro esperanzado, pero la sombra que envuelve nuestro futuro no se despeja en mi corazón.

¿Presentimiento? ¿Premonición? Yo no creo en tales cosas, pues implican la existencia de un poder superior, de una mano y una mente inmortales que

—

—

intervienen en los asuntos de los hombres. No obstante, así como tengo la seguridad de que Edmund deberá abandonar esta tierra donde ha nacido, donde vieron la luz su padre y tantísimos otros antepasados suyos, también tengo la rotunda certeza de que mi protegido será el último rey de Kairn Telest.

Por eso agradezco la oscuridad. Oculta mis lágrimas.

El rey también guarda silencio. Nuestros pensamientos siguen el mismo lúgubre curso. Él también lo sabe. Y tal vez ahora quiera al muchacho. Ahora, cuando ya es demasiado tarde...

—Recuerdo el coloso, padre —se apresura a decir su hijo, tomando equivocadamente el mutismo del viejo por una muestra de irritación—. Recuerdo el día en que tú y Baltazar os disteis cuenta por primera vez de que estaba dejando de funcionar —añade en tono más sombrío.

Las lágrimas se me han helado en las mejillas, ahorrándome el trabajo de enjugarlas. Ahora, también yo recorro los senderos de la memoria. Avanzo por ellos

bajo la luz..., la luz mortecina...

—

—

CAPITULO

KAIRN TELEST, ABARRACH

La Cámara del Consejo del monarca del reino de Kairn Telest está abarrotada de gente. El rey está reunido con el consejo, formado por ciudadanos destacados cuyos antepasados, fundadores de las respectivas familias, actuaron ya como miembros de tal institución a la llegada de los seres humanos a Kairn Telest, siglos atrás. Aunque se tratan asuntos de un carácter tremendamente serio, en la reunión reina el orden y la serenidad. Todos los miembros del consejo, incluida Su Majestad, escuchan a sus colegas con atención y respeto.

El rey no emite edictos regios, no imparte reales órdenes ni hace proclamas de la corona. Todos los asuntos a tratar se votan en consejo, donde el monarca actúa como guía y asesor, ofrece su consejo y sólo emite un voto de calidad sobre algún tema cuando se produce igualdad entre varias opciones.

Entonces, ¿por qué tenemos un rey? El pueblo de Kairn Telest tiene una notoria necesidad de orden y de convenciones sociales. Hace siglos, nuestros antepasados ya consideraron que precisaban de algún tipo de estructura gubernamental.

Estudiaron nuestra naturaleza y nuestra situación y, sabiendo que somos más una familia que una comunidad, decidieron que la forma más adecuada e inteligente de gobierno sería una monarquía, que proporciona una figura paternal, combinada con un consejo dotado de voz y voto.

Nunca hemos tenido razón alguna para lamentar la decisión de nuestros antepasados. La primera reina elegida para gobernar tuvo una hija capaz de llevar a cabo la tarea de su madre. Esta hija tuvo a su vez un varón y así ha sido transmitido el reino de Kairn Telest de generación en generación. El pueblo de Kairn Telest está satisfecho y conforme con esta situación. En un mundo que parece en constante cambio en torno a nosotros —un cambio sobre el cual no tenemos, al parecer, el menor control—, esta monarquía nuestra ejerce una influencia poderosa y estabilizadora.

—Así pues, ¿el nivel del río no ha subido? —pregunta el rey, y su mirada recorre uno por uno los rostros preocupados de los reunidos.

Los miembros del consejo se sientan en torno a una mesa central de reuniones, cuya cabecera ocupa el rey. Su asiento es más lujoso que los demás, pero está colocado a la misma altura que éstos.

—Si acaso, Majestad, su caudal se ha reducido aún más. O así estaba ayer, cuando fui a comprobarlo. —El jefe del gremio de campesinos habla con voz atemorizada, cargada de malos presagios—. Hoy no he acudido a verlo porque he tenido que salir muy temprano para llegar a tiempo a palacio. Pero tengo pocas esperanzas de que haya aumentado durante la noche.

—¿Y las cosechas?

—Con seguridad, perderemos la cosecha de cereales a menos que llevemos agua a los campos en el plazo de cinco ciclos. Afortunadamente, la hierba de kairn está bien; parece capaz de prosperar bajo condiciones casi imposibles. En cuanto a las verduras, hemos puesto a los braceros a acarrear agua a los campos, pero no da resultado. Acarrear agua es una tarea nueva para ellos. No la comprenden, y ya sabéis lo difícil que resulta hacerles aprender algo nuevo.

Varias cabezas asienten en torno a la mesa. El rey frunce el entrecejo y se rasca la perilla. El campesino continúa como si sintiera la necesidad de explicarse, tal vez para ofrecer una excusa.

—

—

—Los braceros se olvidan a cada momento de lo que tienen que hacer y desaparecen. Cuando vamos en su busca, los encontramos dedicados de nuevo a su vieja tarea, con los cubos del agua olvidados en cualquier rincón. Según mis cálculos, hemos gastado de esta manera más agua de la que hemos empleado en los huertos.

—¿Y cuáles son tus recomendaciones?

—Mis recomendaciones... —el campesino mira a su alrededor buscando apoyo y suspira—. Recomiendo que cosechemos todo lo que podamos, mientras estamos a tiempo. Será mejor salvar lo poco que tenemos, antes que dejar que todo se agoste y muera en los campos. He traído esta parfruta para mostrársela. Como veis, tiene un tamaño muy pequeño y aún no está madura. No debería recolectarse hasta dentro de dieciséis ciclos, por lo menos. Pero, si no la cosechamos ahora, se secará y morirá en la planta. Después de la cosecha, podemos hacer otra siembra y tal vez para entonces el río habrá vuelto a su caudal habitual...

—¡No! —lo interrumpe una voz, nunca oída hasta ese momento en la sala y en la reunión. Ya me han tenido suficiente tiempo esperando en la antecámara. Es evidente que el rey no va a mandar a buscarme y debo ocuparme personalmente de lo que sucede—. El río no volverá a la normalidad. Al menos, no lo hará pronto y, si algún día sucede, será sólo gracias a algún cambio drástico que ahora soy incapaz de prever. El Hemo está reducido a un riachuelo fangoso y, salvo que tengamos mucha suerte, Majestad, creo que terminará secándose por completo. El rey se vuelve, irritado, mientras efectúo mi entrada en la sala. Sabe que soy mucho más inteligente que él y, por ello, desconfía de mí. Pero ha terminado por concederme la razón. Se ha visto obligado a ello. Las pocas veces que no ha sido así, en las contadas ocasiones en que ha decidido llevar las cosas a su modo, ha terminado lamentándolo. Por eso soy ahora el nigromante del rey.

—Tenía intención de mandarte a buscar cuando llegara el momento adecuado, Baltazar —añade el rey, con el entrecejo cada vez más arrugado—, pero parece que no puedes esperar a dar tus malas noticias. Por favor, toma aliento y ofrece tu informe al consejo.

Por el tono de voz, cualquiera diría que le gustaría echarme la culpa de esas malas noticias.

Tomo asiento en el extremo opuesto de la mesa de reuniones cuadrangular, una mesa de piedra tallada. Los ojos de los reunidos en torno a ella se vuelven poco a poco, reacios a mirarme directamente. Soy, debo reconocerlo, una visión insólita. Todos los que viven dentro de las enormes cavernas del mundo de piedra de Abarrach tienen, naturalmente, una tez pálida. Sin embargo, la mía es de un blanco cerúleo, de un blanco tan lechoso que casi parece traslúcida, con un leve tono azulado por las venillas que corren justo bajo la piel.

Esta palidez fuera de lo común se debe al hecho de que paso largas horas encerrado en la biblioteca, leyendo textos antiguos. Mis cabellos negro azabache —extremadamente raros entre mi pueblo, que los tiene casi siempre blancos con las puntas castaño oscuro— y las vestiduras negras de mi oficio hacen que mi rostro parezca aún más blanco, en contraste.

Poca gente me ve habitualmente, pues casi nunca me alejo de palacio, de mi querida biblioteca, y rara vez me aventuro por las calles de la ciudad ni aparezco en la corte real. Mi presencia en una reunión del consejo es un acontecimiento alarmante. Soy un personaje cuya presencia resulta temible. Mi aparición, pues, tiende un velo de inquietud sobre los corazones de los presentes casi como si

extendiese mi negro manto sobre los consejeros.

Empiezo poniéndome en pie. Con las palmas de las manos posadas sobre la mesa, me apoyo ligeramente sobre ellas para dar la impresión de que me cierno sobre los reunidos, que me observan con extasiada fascinación.

—
—

—Hace poco, sugerí a Su Majestad que me enviara a explorar el Hemo, a seguir su cauce hasta su fuente para ver si descubría la causa de que el caudal haya descendido tan bruscamente. Su Majestad accedió a la sugerencia, considerándola conveniente, y emprendí la marcha.

Advierto que varios miembros del consejo intercambian miradas y fruncen el entrecejo. Este viaje de exploración no ha sido discutido ni aprobado en consejo, lo cual los pone de inmediato en contra, como era de esperar.

El rey capta su inquietud, se revuelve en el asiento y parece a punto de salir en su propia defensa. Yo asumo la responsabilidad antes de que pueda decir una palabra.

—Su Majestad me propuso informar al consejo y recibir su aprobación, pero me opuse a ello. Y no por faltar al respeto a los miembros del consejo —me apresuro a asegurarles—, sino por la necesidad de no perturbar la tranquilidad del pueblo. Su Majestad y yo compartíamos entonces la opinión de que el descenso del caudal era consecuencia de algún fenómeno de la naturaleza. Tal vez un seísmo había provocado que una parte de la caverna se hundiera y obstruyera el cauce, o quizás alguna colonia de animales había decidido construir una presa en sus aguas. En fin, pensamos, ¿para qué inquietar al pueblo sin necesidad? Pero, ¡ay! —soy incapaz de contener un suspiro—, éste no es el caso.

Los miembros del consejo me miran con creciente inquietud. Se han acostumbrado a lo extraño de mi apariencia y ahora empiezan a advertir cambios en mí. Soy consciente de que no tengo buen aspecto, sino más bien peor del habitual. Mis ojos negros están hundidos, rodeados de sombras púrpuras, y tengo los párpados hinchados y enrojecidos. El viaje ha sido largo y fatigoso, no he dormido en muchos ciclos y tengo los hombros hundidos de agotamiento.

Los miembros del consejo olvidan su irritación ante el gesto del rey de actuar por su cuenta, sin consultarlos. Aguardan, con caras torvas y ceñudas, a escuchar mi informe.

—Recorrí el Hemo aguas arriba, siguiendo las riberas. Dejé atrás las tierras civilizadas, crucé los bosques que se extienden más allá de nuestras fronteras y llegué al fondo de la pared que forma nuestra kairn. Pero no encontré allí la fuente del río. Un túnel atraviesa la pared de la caverna y, según los mapas antiguos, el Hemo fluye por este túnel. Según comprobé, los mapas están en lo cierto. O bien el Hemo se abrió con el tiempo un camino a través de la pared de la caverna, o bien sus aguas siguen un curso trazado para ellas por quienes construyeron nuestro mundo en un principio. O quizá sea una combinación de ambas cosas.

El rey mueve la cabeza en dirección a mí, desaprobando mis divagaciones eruditas. Advierto su expresión de enfado y, con un leve gesto de asentimiento, me apresuro a volver al tema central de mi exposición.

—Seguí el túnel un gran trecho y descubrí un pequeño lago situado en un angosto despeñadero, al otro lado del cual debió de existir en otro tiempo una espléndida cascada. Allí, el Hemo salta desde lo alto de un farallón rocoso y cae cientos de palmos, desde una altura igual a la del techo de la caverna que tenemos sobre nuestras cabezas.

Los ciudadanos de Kairn Telest parecen impresionados. Sacudo la cabeza,

avisándoles que no se hagan ilusiones.

—Por las enormes dimensiones de las rocas alisadas por la acción del agua a lo largo de la caída y por la profundidad del fondo del lago que las recoge, juzgué que el caudal del río había sido en otro tiempo fuerte y poderoso. Hubo una época, según mis cálculos, en que cualquier hombre que se colocara bajo la cascada habría sido aplastado por la fuerza bruta de las aguas que le caían encima. Hoy, en cambio, un niño podría bañarse sin peligro en el reguero que fluye por las rocas del despeñadero.

Mi tono de voz es amargo. El rey y los miembros del consejo me observan con inquietud y preocupación.

—

—

—Seguí viajando, en busca todavía de la fuente del río. Ascendí las paredes del farallón de rocas y noté un fenómeno extraño: cuanto más subía, más descendía la temperatura. Cuando llegué a la cima de la cascada, cerca del techo de la caverna, descubrí la razón. Lo que me rodeaba ya no eran las paredes de roca de la caverna —mi voz se hace tensa, lóbrega, siniestra—. Me encontré rodeado por muros de puro hielo.

Los miembros del consejo parecen desconcertados, afectados por el miedo y el asombro que yo pretendía transmitirles. Pero sus expresiones confusas me hacen ver que todavía no se han formado una idea exacta del peligro.

—Amigos míos —les digo sin alzar la voz, paseando la mirada en torno a la mesa, concentrando aún más su atención hasta tenerlos a todos pendientes de mis palabras—, el techo de la caverna, a través del cual fluye el Hemo, está cubierto de hielo. Y antes no estaba así —añado al advertir que siguen sin comprender. Mis dedos se cierran ligeramente—. Esto significa un cambio, un cambio calamitoso. Pero atended; os seguiré explicando. Asombrado ante mi descubrimiento, continúe viajando por las orillas del Hemo. El camino era oscuro y traicionero y el frío, muy intenso. Esto también me desconcertó, pues aún no había pasado el límite donde alcanzan la luz y el calor emitidos por los colosos. ¿Cómo era que los colosos no funcionaban?

—Si hacía tanto frío como dices, ¿cómo pudiste continuar? —inquire el rey.

—Por suerte, Majestad, mi magia es poderosa y me mantuvo.

No le gusta escuchar tal respuesta, pero ha sido él quien la ha buscado. Tengo fama de poseer unas facultades mágicas poderosas en extremo, superiores a las de la mayoría de habitantes de Kairn Telest. El rey cree que estoy alardeando.

—Finalmente, tras muchas dificultades, llegué a la abertura en la pared de la caverna a través de la cual fluye el Hemo —prosigo—. Según los mapas antiguos, al asomarme por dicha abertura debería haber visto el mar Celestial, el océano de agua dulce creado por los antiguos para nuestro uso. Pero lo que encontré ahí fuera, amigos míos —hago una pausa, asegurándome de que tengo toda su atención—, ¡fue un inmenso mar de hielo!

Pronuncio esta última palabra en un susurro. Un escalofrío recorre a los miembros del consejo, como si hubiera traído conmigo el frío, encerrado en una caja, y acabara de dejarlo suelto en la Cámara del Consejo. Me observan en silencio, asombrados, mientras el pleno entendimiento de lo que les estoy contando empieza a abrirse paso lentamente en sus cerebros, como la punta de una flecha alojada en una vieja herida.

El rey es el primero en romper el silencio.

—¿Cómo es posible tal cosa? ¿Cómo puede suceder?

Me paso una mano por la frente. Estoy cansado, agotado. La magia tal vez sea lo

bastante poderosa como para mantenerme vivo, pero emplearla tiene un precio.

—He pasado largas horas estudiando el tema, Majestad, y tengo intención de continuar investigando hasta confirmar mi teoría, pero creo haber dado con la respuesta. Si puedo hacer uso de esa parfruta...

Me inclino aún más sobre la mesa y tomo una parfruta de la fuente. Sostengo en alto el fruto redondo, de cascara dura, cuya pulpa es tan apreciada para la elaboración del vino de frutas y, con un gesto de las manos, lo rompo por la mitad.

—Esto —les explico, señalando la gran semilla roja del fruto— representa el centro de nuestro mundo, el núcleo de magma. Éstos —sigo las vetas rojas que se extienden desde la semilla hacia la cascara a través de la pulpa amarillenta— son los colosos que, gracias a la sabiduría, la habilidad y la magia de los antiguos, transportan la energía obtenida del magma a todo nuestro mundo y proporcionan el calor y la vida a lo que, en caso contrario, sería piedra fría y desolada. La superficie de Abarrach es de roca sólida, parecida a la cascara dura de la parfruta.

—

—

De un mordisco, me llevo entre los dientes un pedazo de pulpa y la cascara correspondiente, y dejo un hueco en el fruto que muestro a los presentes.

—Esto, digamos, representa el mar Celestial, el océano de agua dulce situado sobre nuestras cabezas. El espacio que queda aquí —muevo la mano en el aire, en torno a la fruta— es el Vacío, frío y oscuro. Pues bien, si los colosos cumplen su deber, el frío del Vacío se mantiene a distancia, el océano queda convenientemente caldeado y el agua fluye libremente a través del túnel, trayendo la vida a nuestra tierra. Pero si los colosos fallan...

Dejo la frase a medio terminar, ominosamente, y me encojo de hombros al tiempo que arrojo la parfruta sobre la mesa, donde rueda y se bambolea hasta caer por el borde. Los miembros del consejo la observan con una especie de horrible fascinación, sin hacer el menor movimiento para tocarla. Una mujer da un respingo cuando el fruto toca el suelo.

—¿Estás diciendo que es eso lo que sucede? ¿Que los colosos están fallando?

—Así lo creo, Majestad.

—Pero, de estar en lo cierto, ¿no deberíamos ver alguna señal de ello? Nuestros colosos siguen irradiando luz, calor...

—He de recordar al rey y al consejo que, según acabo de comentar, sólo está cubierta de hielo la parte superior de la caverna, no la pared de ésta. Tengo la impresión de que nuestros colosos están, si no dejando de funcionar por completo, sí al menos debilitándose progresivamente. Aquí todavía no advertimos el cambio, aunque ya he empezado a registrar un descenso sostenido y hasta ahora inexplicable en la temperatura media diaria. Quizá no apreciemos el cambio durante algún tiempo pero, si mi teoría resulta cierta... —titubeo, reacio a continuar.

—Bien, continúa —me ordena el rey—. Como dice el refrán, mejor ver el hoyo en medio del camino y rodearlo que caer en él a ciegas.

—No creo que podamos evitar el hoyo al que nos enfrentamos —anuncio sin alzar la voz—. En primer lugar, cuanto más grueso se haga el hielo en el mar Celestial, más seguirá menguando el caudal del Hemo, hasta que al cabo se seque por completo.

Un coro de exclamaciones horrorizadas me interrumpe y espero a que vuelva el silencio. Entonces, continúo:

—La temperatura en la caverna seguirá descendiendo. La luz que irradian los colosos menguará hasta cesar del todo. Nos encontraremos en una tierra a oscuras, en una tierra aterida de frío, sin agua, en la que no crecerá alimento alguno ni

siquiera mediante el uso de la magia. Nos encontraremos en una tierra muerta, Majestad. Y, si nos quedamos, también nosotros moriremos.

Escucho un jadeo y capto un movimiento cerca de la puerta. Allí se encuentra Edmund, que cuenta apenas catorce años, escuchando con atención lo que discute el consejo. Varios miembros de éste parecen abrumados por mis palabras y nadie se atreve a hacer comentarios. Por fin, alguien murmura que nada de lo dicho está demostrado, que sólo es la teoría lóbrega y siniestra de un nigromante que ha pasado demasiado tiempo entre libros.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta el rey con voz áspera.

—¡Oh!, no sucederá mañana, Majestad. Ni en muchos mañanas. Pero el príncipe, vuestro hijo —continúo, mientras mi tierna mirada se vuelve con tristeza hacia la puerta—, no gobernará nunca sobre la tierra de Kairn Telest.

El rey sigue mi mirada, ve al joven y frunce el entrecejo.

—¡Edmund, no esperaba esto de ti! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo siento, padre —responde el príncipe, sonrojado—. No pretendía interrumpir el consejo. Venía a buscarte, pues madre está enferma y el médico cree que deberías venir. Pero, cuando he llegado, no he querido interrumpir al consejo y por

—
—

eso he esperado y... y entonces he oído lo que acaba de anunciar Baltazar. ¿Es cierto eso, padre? ¿Vamos a tener que marcharnos...?

—Ya basta, Edmund. Espérame. Estaré contigo enseguida.

El muchacho traga saliva, inclina la cabeza y desaparece de la vista, silencioso y discreto, para aguardar entre las sombras junto a la entrada de la sala. Mi corazón se duele por él. Quisiera consolarlo, explicarle. Mi intención era asustar al consejo real, no al pobre muchacho.

—Perdonadme. Debo acudir junto a mi esposa. El rey se pone en pie. Los miembros del consejo lo imitan. La sesión, evidentemente, ha terminado.

—No es preciso que os insista en la necesidad de guardar silencio sobre este asunto hasta que tengamos más información —continúa el monarca—. Vuestro sentido común os hará comprender lo razonable de mantener el secreto. Volveremos a reunirnos dentro de cinco ciclos. De todos modos —añade, y sus cejas se juntan en un gesto de preocupación—, aconsejo que sigamos la recomendación del gremio de agricultores y llevemos a cabo una cosecha temprana.

Los miembros del consejo votan, y la recomendación es aprobada. Después, los reunidos abandonan la sala, muchos de ellos dirigiéndome miradas sombrías y rencorosas. Les gustaría mucho poder echar a alguien la culpa de lo que sucede. Pero yo, seguro de mi posición, devuelvo cada mirada con aplomo, firme y sin alterarme. Cuando el último consejero ha salido avanzo hasta el rey, que está impaciente por marcharse, y lo agarro del brazo.

—¿Qué haces? —suelta el monarca, visiblemente irritado ante mi gesto. Está muy preocupado por su esposa.

—Majestad, perdonad que os haga perder tiempo, pero desearía mencionaros algo en privado.

El rey retrocede, repeliendo mi contacto.

—En Kairn Telest no tenemos secretos. Si querías decirme algo, fuera lo que fuese, deberías haberlo hecho en el consejo.

—No habría dudado en hacerlo, si tuviera la absoluta certeza de lo que decía. Prefiero dejar a la sabiduría y discreción de Vuestra Majestad la decisión de revelar el asunto, si considera conveniente que el pueblo lo conozca.

El monarca me dirige una mirada de ira.

—¿De qué se trata, Baltazar? ¿Otra teoría?

—Sí, señor. Otra teoría... acerca de los colosos. Según mis estudios, los antiguos crearon la magia de los colosos con la intención de que durara eternamente. En otras palabras, Majestad, esa magia de los colosos no podía fallar ni dejar de funcionar.

El rey me observa con exasperación.

—¡No tengo tiempo para juegos, nigromante! Has sido tú quien ha dicho que los colosos estaban fallando...

—Sí, Majestad, es cierto. Y estoy convencido de que así es, pero tal vez he escogido una palabra equivocada para describir lo que les sucede a nuestros colosos. Quizás el término correcto no sea «fallo», señor, sino «destrucción».

Destrucción deliberada.

El rey sigue mirándome; luego, sacude la cabeza a un lado y otro.

—Vamos, Edmund —murmura, dirigiendo un gesto de impaciencia a su hijo—.

Iremos a ver a tu madre.

El joven príncipe corre hasta su padre y, juntos los dos, se disponen a abandonar la estancia.

—Señor —insisto, con un tono de urgencia en la voz que obliga al rey a hacer un nuevo alto—, creo que en alguna parte, en unos reinos que existen por debajo de

—

—

Kairn Telest, alguien ha emprendido una guerra de lo más páfida contra nosotros. Y conseguirá derrotarnos por completo a menos que hagamos algo por detenerlo. Nos derrotará sin siquiera disparar una flecha o arrojar una lanza. ¡Alguien, señor, está privándonos del calor y de la luz que nos proporciona la vida!

—¿Con qué propósito, Baltazar? ¿Cuál puede ser el motivo para un comportamiento tan inicuo?

Hago caso omiso del sarcasmo del rey y contesto:

—Para utilizarlos él mismo, señor. Pensé largo y tendido en el problema durante mi viaje de regreso a Kairn Telest. ¿Y si todo Abarrach está muriendo? ¿Y si el núcleo de magma está encogiéndose? Algún reino podría considerar necesario robar a sus vecinos para protegerse a sí mismo.

—Te has vuelto loco, Baltazar —replica el monarca. Posa su mano en el flaco hombro de su hijo, conduciéndolo lejos de mí, pero Edmund vuelve la cabeza y me mira con ojos grandes y asustados. Le dirijo una sonrisa tranquilizadora y parece aliviado. En el instante en que ya no puede verme, mi sonrisa se desvanece.

—No, señor, no estoy loco —murmuro a las sombras—. Ojalá lo estuviera. Todo sería más sencillo. —Me froto los ojos, que me escuecen por la falta de descanso—. Sería mucho más sencillo...

—

—

CAPÍTULO

KAIRN TELEST, ABARRACH

Edmund aparece, solo, a la puerta de la biblioteca donde me encuentro anotando en mi diario la conversación que acaba de tener lugar entre padre e hijo, junto a mis recuerdos de un tiempo que ya queda muy atrás. Dejo la pluma en el escritorio y me incorporo del asiento en gesto de respeto.

—Alteza. Entrad y tomad asiento, por favor.

—¿No interrumpo tu trabajo? —El príncipe se detiene en el umbral, con aire nervioso. Se siente incómodo y quiere hablar, pero la causa de su incomodidad es

que no quiere oír lo que sabe que voy a decirle.

—Acabo de terminar en este preciso instante.

—Mi padre está acostado —dice Edmund bruscamente—. Temo que haya pillado un resfriado, saliendo al exterior de esta manera. He ordenado a su criado que le prepare un ponche caliente.

—¿Y qué ha decidido vuestro padre?

El rostro preocupado de Edmund adquiere un brillo mortecino y espectral bajo la luz de la lámpara de gas que, momentáneamente, mantiene a raya la oscuridad de Kairn Telest.

—¿Qué ha de decidir? —responde con amarga resignación—. No hay ninguna decisión que tomar. Nos vamos.

Estamos en mi mundo, en mi biblioteca. El príncipe echa un vistazo a su alrededor y observa que los libros han tenido una amorosa despedida. Los volúmenes más antiguos y frágiles están guardados en recias cajas de hierba de kairn entretejida. Otros textos, más recientes, muchos de ellos transcritos por mí mismo y mis aprendices, están perfectamente clasificados y almacenados en los profundos nichos de los estantes de roca, protegidos de la humedad.

Viendo la mirada de Edmund, le leo los pensamientos y esbozo una tímida sonrisa.

—Soy un estúpido, ¿verdad? —Mi mano acaricia la cubierta del volumen encuadernado en cuero que tengo ante mí. Es uno de los pocos que voy a llevarme: mi relato de los últimos días de Kairn Telest—. Pero no podía soportar la idea de dejarlos desordenados.

—No eres ningún estúpido. Quién sabe si algún día volveremos...

Edmund intenta dar un tono optimista a su voz. Se ha acostumbrado a ello, a hacer lo posible por elevar el ánimo de su pueblo.

—¿Que quién lo sabe? Yo, mi príncipe —replico, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Olvidas con quién estás hablando, Edmund. No soy uno de los miembros del consejo.

—¡Pero existe alguna posibilidad! —insiste. Me duele desmontar su sueño pero, por el bien de todos, debo obligarlo a afrontar la realidad.

—No, Alteza, no existe ninguna posibilidad. El destino que le profeticé a tu padre hace diez años se ha abatido sobre nosotros. Todos mis cálculos apuntan a una conclusión: nuestro mundo, Abarrach, está agonizando.

—Entonces, ¿de qué sirve marcharnos? —inquieta el muchacho, impaciente—.

¿Por qué no nos quedamos aquí? ¿Por qué someternos a las penalidades y sufrimientos de este viaje a tierras desconocidas si al final sólo nos espera la muerte?

—
—

—Yo nunca he aconsejado que abandones la esperanza y te sumas en la desesperación, Edmund. Lo único que sugiero, como he hecho siempre, es que vuelvas tu esperanza en otra dirección.

La expresión del príncipe se hace sombría; está inquieto y se aparta ligeramente de mí.

—Mi padre te ha prohibido hablar de este tema.

—Tu padre es un hombre que vive en el pasado, no en el presente —le respondo con brusquedad. Enseguida vuelvo a dirigirme a él con el tratamiento que le corresponde—. Perdonadme, Alteza, pero siempre he tenido por norma decir la verdad, por muy desagradable que resulte. Cuando vuestra madre murió, algo murió también en vuestro padre. Desde entonces, sólo mira hacia atrás. ¡A vos os

corresponde mirar hacia adelante!

—¡Mi padre sigue siendo el rey! —replica Edmund con firmeza.

—Sí —respondo. Y no puedo evitar la sensación de que es un hecho de lamentar profundamente. Edmund se planta ante mí con la barbilla muy erguida.

—¡Y, mientras siga siéndolo, se hará como él y el consejo ordenen! Viajaremos al viejo reino de Kairn Necros, buscaremos a nuestros hermanos de allí y les pediremos ayuda. Al fin y al cabo, fuiste tú quien propuso esta empresa.

—Lo que propuse fue que viajáramos a Kairn Necros —lo corrijo—. Según mis estudios, Kairn Necros es el único lugar de nuestro mundo donde aún podemos esperar, razonablemente, que exista vida. Está situado en y, aunque el gran océano de magma habrá encogido sin duda, aún debe de tener el tamaño suficiente para proporcionar calor y energía a los pobladores de sus cercanías. ¡Pero jamás he aconsejado que acudamos a ellos como mendigos! El hermoso rostro de Edmund se sonroja. Sus ojos centellean. El príncipe es joven y orgulloso.

Advierto el fuego de su interior y hago cuanto puedo por avivarlo.

—¡Mendigar a quienes han provocado nuestra ruina! —le insisto.

—No puedes tener la seguridad de que...

—¡Bah! Todos los indicios apuntan en una dirección: Kairn Necros. Sí, creo que encontraremos al pueblo de ese reino vivo y bien instalado. ¿Y gracias a qué?

¡Gracias a habernos robado nuestras vidas!

—Entonces, ¿por qué nos propusiste que acudiéramos a ellos? —Edmund está perdiendo la paciencia—. ¿Acaso quieres la guerra? ¿Es eso?

—Tú ya sabes lo que quiero, Edmund —respondo sin alzar la voz.

Demasiado tarde, el príncipe advierte que se ha dejado llevar al terreno prohibido.

—Partiremos cuando hayamos desayunado —anuncia con voz fría—. Tengo algunos asuntos que atender y, sin duda, tú también los tendrás, nigromante. Nuestros difuntos deben ser preparados para el viaje.

Da media vuelta para marcharse. Alargo el brazo y mis dedos se cierran en torno a su brazo cubierto de pieles.

—¡La Puerta de la Muerte! —le digo—. Piensa en ello, mi príncipe. Es lo único que pido. ¡Piensa en ello!

Perturbado, Edmund se detiene en seco, pero no se vuelve. Aumento la presión de mi mano sobre el brazo del joven, hundiendo los dedos en las capas de pieles y de tejido hasta notar el hueso y los músculos, duros y poderosos, que hay debajo.

Lo noto temblar.

—Recuerda las palabras de la profecía. La Puerta de la Muerte es nuestra esperanza, Edmund —insisto en un cuchicheo—. Nuestra única esperanza.

El príncipe mueve la cabeza, se sacude de encima mi mano y abandona la biblioteca, dejando atrás su llama vacilante y los libros en sus nichos como tumbas.

—

—

Yo regreso a mis escritos.

El pueblo de Kairn Telest se congrega en la oscuridad junto a la puerta de la muralla de la ciudad. La puerta ha estado abierta desde que se tiene recuerdo, desde que se guardan registros de la ciudad, lo que equivale a decir desde la fundación de ésta. Las murallas se levantaron para proteger a los ciudadanos de los animales depredadores; jamás han tenido por objeto proteger a la gente de otra gente. Tal idea es impensable en nosotros. Viajeros y extranjeros han sido siempre bien acogidos, de modo que las puertas no se han cerrado nunca.

Pero hace ya tiempo, un día, el pueblo de Kairn Telest cayó en la cuenta de que hacía mucho, muchísimo, que no aparecía ningún viajero. Caímos en la cuenta de que ya no había viajeros. Ni siquiera se veían animales. En adelante, las puertas han permanecido abiertas porque cerrarlas habría sido una pérdida de tiempo y una molestia. Y ahora los habitantes de la ciudad se encuentran ante esas puertas abiertas, convertidos ellos mismos en viajeros, y esperan en silencio a que se inicie su éxodo.

Llegan el rey y el príncipe, acompañados del ejército; los soldados portan las antorchas de hierba de kairn. Tras ellos avanzo yo —el nigromante del rey— y mis colegas nigromantes y aprendices. Después vienen los servidores de palacio cargados con pesados fardos que contienen ropas y alimentos. Un criado, que camina pesadamente detrás de mí, transporta una caja llena de libros.

El rey hace una pausa cerca de las puertas abiertas, toma una antorcha de manos de un soldado y la sostiene en alto. Su luz baña una pequeña parte de la ciudad en sombras. El monarca la contempla. Todo el pueblo se vuelve y la contempla. Yo me vuelvo.

Vemos amplias calles que rodean edificios levantados sobre las rocas de Abarrach. Los brillantes exteriores de mármol blanco, decorados con runas cuyo significado nadie recuerda, reflejan la luz de nuestras antorchas. Alzamos la vista hasta el palacio, en una elevación del suelo de la caverna. Ahora no podemos admirarlo, pues queda envuelto en sombras, pero podemos observar una luz, una tenue lucecita, en una de sus ventanas.

—He dejado la lámpara —anuncia el rey con voz sonora e inusualmente enérgica— para que ilumine el camino a nuestro regreso.

El pueblo lanza vítores porque sabe que su monarca quiere que los lance. Pero los gritos y vítores se apagan pronto. Demasiado pronto. No son pocos los que callan a causa de las lágrimas.

—En esa lámpara hay combustible para unos treinta ciclos —comento en voz baja mientras ocupo mi lugar al lado del príncipe.

—¡Silencio! —ordena Edmund—. Eso hace feliz a mi padre.

—No puedes silenciar la verdad, Alteza. No puedes silenciar la realidad —le recuerdo. El príncipe no responde.

—Hoy dejamos Kairn Telest —continúa mientras tanto el rey, con la antorcha aún en alto—, pero volveremos con nueva abundancia y haremos nuestro reino más glorioso y más hermoso que nunca.

Nadie lanza gritos de júbilo. Nadie tiene ánimos para hacerlo.

El pueblo de Kairn Telest empieza a abandonar su ciudad. La mayoría viaja a pie, transportando su ropa y su comida en fardos, aunque algunos tiran de toscas carretas donde cargan sus pertenencias y a aquellos que no pueden caminar: enfermos, ancianos y niños pequeños. Las bestias de carga utilizadas en otro tiempo para tirar de los carros han muerto hace mucho; su carne ha sido consumida y su piel ha sido empleada para proteger a la gente del terrible frío. Nuestro rey es el último en salir. Cruza las puertas sin una mirada atrás, con los ojos fijos en el frente, confiados en el futuro, en una nueva vida. Su paso es firme y su porte, erguido. El pueblo, al verlo, siente crecer una esperanza. Se forma un pasillo a lo largo del camino y surgen los vítores, pero esta vez son gritos que salen

—
—

del corazón. El monarca camina entre ellos con el rostro encendido, lleno de dignidad.

—Vamos, Edmund —ordena. El príncipe me deja y ocupa su sitio, al lado de su

padre.

Los dos caminan entre la gente hasta la cabeza de la comitiva. Sosteniendo en alto la antorcha, el rey de Kairn Telest conduce a su pueblo.

Un destacamento de soldados se queda atrás cuando los demás emprenden la marcha. Yo espero con ellos, interesado en conocer cuáles son sus órdenes finales.

Les lleva algún tiempo y un considerable esfuerzo, pero al fin consiguen cerrar las puertas. Unas puertas marcadas con runas que ya nadie reconoce y que ahora, cuando nos alejamos de ellas con las antorchas, nadie puede ver en la oscuridad.

—

—

CAPÍTULO

KAIRN TELEST, ABARRACH

Estoy escribiendo en condiciones casi imposibles. Explico esto a quienquiera que algún día pueda, tal vez, leer este volumen y se pregunte a qué viene este cambio de estilo y esta diferencia de caligrafía. No es que, de pronto, me haya vuelto viejo y débil, ni que me atormente ninguna enfermedad. Las letras bailan en la página porque me veo obligado a escribir a la débil luz de una antorcha parpadeante. La única superficie que tengo por escritorio es una losa de pedernal que me ha buscado uno de los soldados. Sólo gracias a la magia consigo a duras penas mantener líquida la tinta del fruto de sangre el tiempo suficiente para poner las palabras por escrito.

Además, estoy molido hasta los huesos. Me duelen todos los músculos y tengo los pies llenos de llagas y rozaduras. Pero he hecho un pacto conmigo mismo y con Edmund, comprometiéndome a llevar este diario de viaje y ahora voy a registrar los sucesos del ciclo antes...

Iba a decir antes de que los olvide.

Pero ¡ay!, no creo que vaya a olvidarlos nunca.

La jornada de este primer ciclo no ha sido difícil, en el plano físico. La ruta se extiende a través de lo que un día fueron campos de cereales y de verduras, huertos y planicies donde se alimentaba el ganado. El camino, pues, ha sido sencillo, físicamente. En el plano emotivo, en cambio, la jornada ha tenido un efecto devastador.

Una vez, hace no tantos años, brillaba sobre esta tierra la luz cálida y suave de los colosos. Ahora, en la oscuridad, al resplandor de las antorchas que portan los soldados, vemos esos campos vacíos, yermos, desolados. Los restos cortados y agostados de la última siega de hierba de kairn forman matorros dispersos y castañetean como huesos bajo las ráfagas de viento helado que lanzan lúgubres aullidos a través de las grietas de las paredes de la enorme caverna.

El ánimo aventurero, casi jovial, que hizo emprender la marcha con esperanza a nuestro pueblo, desapareció de nosotros y quedó atrás, en los campos devastados. Anduvimos en silencio por el camino helado, con los pies entumecidos, resbalando y tropezando sobre placas de hielo y escarcha. Nos detuvimos una vez, para hacer una comida a media jornada, y luego continuamos. Los niños, echando en falta sus siestas, gimoteaban malhumorados y, en muchos casos, caían dormidos en brazos de sus padres mientras caminaban.

Nadie pronunció una sola palabra de queja, pero Edmund escuchó el llanto de los pequeños. Vio el cansancio de la gente y comprendió que no era causado por la fatiga sino por la amargura y la pena. Yo advertí que el corazón del príncipe se dolía por ellos, pero teníamos que continuar adelante. Nuestras provisiones de alimento son escasas y, con el racionamiento, apenas alcanzará para el plazo que, según mis cálculos, nos llevará llegar al reino de Kairn Necros.

Estuve tentado de sugerir a Edmund que rompiera aquel penoso silencio hablando con optimismo al pueblo sobre el futuro que nos aguarda en una nueva tierra, pero decidí que era mejor seguir callado. El silencio era casi religioso. Nuestro pueblo estaba diciendo adiós.

Casi al final del ciclo, llegamos a las proximidades de un coloso. Nadie dijo una palabra pero, uno a uno, los exiliados de Kairn Telest abandonaron el sendero para acercarse al pie del coloso. En otro tiempo, habría resultado imposible aproximarse

—
—

a la fuente cegadora y caliente que nos daba vida. Ahora, en cambio, se alzaba tan fría y tan muerta como la tierra que había dejado en el desamparo.

El rey, acompañado por Edmund, yo mismo y varios soldados portadores de antorchas, se adelantó a la multitud y avanzó hasta la base del coloso. Edmund contempló el enorme pilar de piedra con curiosidad, pues nunca había estado cerca de uno de ellos. Su expresión era de temor reverencial, de asombro ante el grosor y la altura de aquel pilar de roca.

Contemplé al rey y observé su aspecto dolido, perplejo y enfadado, como si recriminara al coloso haberlo traicionado personalmente.

En cuanto a mí, ya estaba familiarizado con el coloso y su aspecto actual, pues lo investigué hace tiempo, cuando buscaba descubrir sus secretos para salvar a mi pueblo. Sin embargo, el misterio del coloso ha quedado sumido en el pasado para siempre.

Impulsivamente, Edmund se quitó los guantes de piel y alargó la mano para tocar la roca y pasar los dedos por la piedra cubierta de runas. Pero se detuvo antes de rozarla, temeroso de que la magia del coloso lo quemara o lo fulminara, y me dirigió una mirada inquisitiva.

—No te hará nada —aseguré—. Hace mucho que ha perdido la capacidad de hacer daño.

—Igual que ha perdido la de hacer el bien —añadió Edmund, pero murmuró las palabras en voz tan baja que sólo él las entendió.

Con cautela, pasó las yemas de los dedos sobre la piedra helada. Titubeante, casi con veneración, siguió los trazos de las runas, cuyo significado y cuya magia hace mucho tiempo que cayeron en el olvido. El príncipe levantó la cabeza y alzó la vista hasta donde la antorcha iluminaba la roca brillante. Los signos mágicos se extendían hacia arriba hasta perderse en las tinieblas.

—La columna se eleva hasta el techo de la caverna —comenté, considerando que lo mejor sería hablar con la voz vigorizante y concisa del maestro, la que había empleado para conversar con él durante los años felices que pasamos juntos en el aula—. Es muy probable, incluso, que se extienda a través del techo hasta la región del mar Celestial. Y absolutamente toda su superficie está cubierta de esas runas que aquí ves.

»Resulta frustrante —no pude evitar una mueca ceñuda—; uno por uno, reconozco la mayoría de estos signos mágicos, los entiendo. Pero el poder de las runas no se basa en los signos individuales, sino en su combinación, y es ésta la que escapa a mi comprensión. Una vez, hace algún tiempo, vine aquí y copié las runas, llevé los dibujos a la biblioteca y pasé muchas horas estudiándolos con la ayuda de los textos antiguos.

»Pero —continué, en voz tan baja que sólo Edmund podía oírme— fue como intentar desenrollar una bola enorme formada de miles de finos hilos. Deslizaba entre los dedos uno de tales hilos, lo seguía y topaba con un nudo. Pacientemente, lo deshacía separando un hilo de otro, y de otro más, y de otro, hasta que me dolía

la cabeza del esfuerzo. Incluso conseguí desenredar un nudo, pero sólo me sirvió para encontrar otro inmediatamente después; y, cuando logré deshacer este segundo, ya había perdido el hilo que había tomado al principio. Y en ese pilar hay millones de nudos —añadí con un suspiro, mirando hacia lo alto—. Millones... Con gesto brusco, el rey volvió la espalda al pilar con el rostro preocupado y surcado de profundas arrugas a la luz de la antorcha. No había pronunciado palabra durante el tiempo que permanecemos bajo el coloso. De hecho, advertí en aquel instante que no había abierto la boca desde que había dejado atrás las puertas de la ciudad. El viejo monarca se alejó para volver al camino. La multitud cargó a hombros de nuevo a los niños y reemprendió la marcha. La mayoría de los soldados avanzó tras la gente, llevándose la luz. Sólo uno se quedó cerca de mí y del príncipe.

—

—

Edmund permaneció ante el pilar mientras se ponía de nuevo los guantes. Lo esperé, presintiendo que deseaba hablar conmigo en privado.

—Estas mismas runas, u otras parecidas, deben de guardar la Puerta de la Muerte —me dijo en voz baja cuando estuvo seguro de que nadie podía oírnos. El soldado se había retirado a cierta distancia, por cortesía—. Aunque la encontráramos, no tendríamos ninguna esperanza de entrar.

El corazón se me aceleró. ¡Por fin, el príncipe empezaba a aceptar la idea!

—Recuerda la profecía, Edmund —me limité a responder. No quería parecer demasiado impaciente ni insistir en exceso sobre el tema. Con Edmund, es mejor dejar que le dé vueltas a los asuntos en su mente y que tome sus propias decisiones. Lo sé desde que el príncipe era un chiquillo y acudía a la escuela. Con él, es preciso sugerir, plantear, recomendar; nunca insistir, nunca forzarlo. Basta con intentarlo para que se vuelva tan duro y tan frío como la roca de la pared de la caverna que en este momento, mientras escribo, se me clava dolorosamente en la espalda.

—¡La profecía! —replicó, irritado—. ¡Unas palabras pronunciadas hace siglos! Si alguna vez han de cumplirse, y reconozco tener mis dudas al respecto, ¿por qué habría de ser precisamente durante nuestras vidas?

—Porque, mi príncipe —le dije—, no creo que después de nosotros quede ninguna otra generación.

La respuesta lo conmovió, como era mi intención. Me miró, consternado, y no dijo nada más. Tras una última mirada al coloso, dio media vuelta y apretó el paso hasta alcanzar a su padre. Tuve la certeza de que mis palabras lo habían preocupado al observar su expresión, meditabunda y pensativa, con los hombros hundidos.

¡Edmund, Edmund! Cuánto te quiero y cómo me rompe el corazón cargarte con este pesado lastre. Levanto la vista de estas hojas y te veo caminar entre la gente para asegurarte de que estés lo más cómoda posible. Sé que estás agotado, pero no te retirarás a descansar hasta que el último de los tuyos se haya dormido.

No has tomado bocado en todo el ciclo. Te vi dar tu ración de comida a la anciana que te alimentó cuando eras un niño. Intentaste mantener en secreto el gesto, pero yo lo vi. Lo sé. Y tu pueblo empieza a saberlo también, Edmund.

Cuando termine el viaje, todos verán y apreciarán en ti a un auténtico rey.

Pero estoy divagando... Tengo que terminar enseguida este relato. Tengo los dedos entumecidos de frío y, pese a todos mis esfuerzos, empieza a formarse una fina capa de hielo en la superficie del tintero.

Este coloso que he mencionado señala la frontera de Kairn Telest. Desde allí,

continuamos la marcha hasta el final del ciclo, cuando llegamos por último a nuestro destino. Allí busqué y encontré la boca del túnel señalado en uno de los mapas antiguos, un túnel que atraviesa la pared de la kairn. Supe que era el túnel que buscábamos porque, al entrar en él, comprobé que el suelo hacía una ligera pendiente hacia abajo.

—Este túnel —anuncié, señalando las densas tinieblas del interior— nos conducirá a unas regiones situadas muy por debajo de nuestra caverna. Nos llevará más cerca del corazón de Abarrach, a las tierras situadas más abajo, al reino que este mapa denomina Kairn Necros, a la ciudad de Necrópolis.

La gente permaneció en silencio. Ni siquiera se oyó algún llanto infantil. Todos sabíamos que, al entrar en aquel conducto, dejábamos atrás nuestra tierra natal. El rey, sin una palabra, avanzó y penetró en el túnel. Fue el primero. Edmund y yo lo hicimos a continuación; el príncipe hubo de agachar la cabeza para no darse un golpe con el techo, demasiado bajo. Una vez que el rey hubo efectuado su gesto simbólico, yo pasé a abrir la marcha, pues ahora soy el guía.

El pueblo de Kairn Telest empezó a seguirnos. Vi que muchos hacían una pausa y volvían la vista atrás para decir adiós, para echar una mirada final a su patria.

—

—

Debo reconocer que tampoco yo pude evitar el impulso de dar esa última mirada. Pero lo único que vi fue oscuridad. Toda la luz que quedaba, la llevábamos con nosotros.

Penetramos en el túnel. La luz parpadeante de las antorchas arrancó reflejos en las relucientes paredes de obsidiana y las sombras de la comitiva se deslizaron por el suelo. Todos avanzamos por la pendiente, cada vez más abajo, siguiendo una espiral descendente.

Detrás de nosotros, la oscuridad se cerró para siempre sobre Kairn Telest.

—

—

CAPÍTULO

TÚNELES DE LA ESPERANZA, ABARRACH

Quien lea este relato (si queda alguno de nosotros vivo para hacerlo, de lo cual empiezo a tener muy serias dudas) notará aquí un salto en el tiempo. La última vez que hice una anotación, acabábamos de entrar en el primero de lo que el mapa llama los Túneles de la Esperanza. Y verá que he tachado ese nombre y escrito otro.

Los Túneles de la Muerte.

Llevamos veinte ciclos en estos conductos, mucho más de lo que había previsto.

El mapa ha resultado impreciso. Aunque no tanto, debo reconocerlo, respecto a la ruta, que es básicamente la misma que hicieron nuestros antepasados para llegar a Kairn Telest.

Pero entonces los túneles estaban recién formados y tenían las paredes lisas, los techos fuertes y los suelos planos. Yo sabía que habrían cambiado mucho durante los siglos transcurridos; Abarrach está sometido a perturbaciones sísmicas que producen temblores de tierra, pero éstos apenas producen otro efecto que hacer tintinear la vajilla en las alacenas y provocar una oscilación de los candelabros de palacio. Pero también había imaginado que nuestros antepasados habrían reforzado los túneles con su magia, igual que hicieron con nuestros palacios, con las murallas de la ciudad, con nuestros talleres y nuestras casas. Si lo habían hecho, las runas no habrían dado resultado o necesitaban ser reforjadas, reinstaladas..., rehechas, a falta de una palabra mejor. O tal vez los antiguos no se habían molestado en

protegerlos, convencidos de que los posibles daños que se produjeran podrían ser reparados fácilmente por quienes poseyeran el conocimiento de los signos mágicos. Entre todos los desastres que esos primeros antepasados nuestros temían que pudieran sucedernos, es evidente que no previeron el peor: jamás imaginaron que pudiéramos perder nuestra magia.

Una y otra vez, nos hemos visto forzados a detenernos, a un alto coste. Desde el principio, encontramos el techo del túnel hundido en muchos puntos, con el camino obstruido por inmensos peñascos que tardamos varios ciclos en mover. En el suelo se abrían grietas enormes, que sólo los más valientes se atrevían a saltar y sobre las cuales había que tender puentes para que pasara la gente.

Y todavía no hemos salido de estos túneles, ni parece que estemos cerca de la salida. No puedo calcular con precisión nuestra situación. Varios de los lugares reconocibles en el mapa han desaparecido, barridos por deslizamientos de rocas, o se han transformado tanto con el paso del tiempo que resulta imposible reconocerlos. Ya no estoy seguro de que estemos siguiendo la ruta correcta. No tengo modo de saberlo. Según el mapa, los antiguos inscribieron runas en las paredes para guiar a los viajeros pero, aunque así fuera, su magia nos resulta ahora incomprensible e inútil.

Estamos en una situación desesperada. La comida está racionada a la mitad y nos estamos quedando en los huesos. Los niños ya no lloran de cansancio, sino de pura hambre. Las carretas han quedado por el camino. Pertenencias muy queridas se han convertido en pesadas cargas para unos brazos debilitados por el ayuno y el agotamiento. Sólo siguen con nosotros las carretas necesarias para llevar a los viejos y enfermos, y también éstas, trágicamente, empiezan a quedar dispersas por los túneles. Ahora, los más débiles empiezan a morir y mis colegas nigromantes han empezado a ocuparse de su triste tarea.

—
—

La carga de los sufrimientos del pueblo ha recaído, como yo bien sabía que sucedería, sobre los hombros del príncipe. Mientras, Edmund contempla cómo su padre decae ante sus ojos.

El rey tuvo a su hijo siendo ya un hombre maduro, y ya es un anciano para lo normal entre nuestro pueblo. Sin embargo, al abandonar el palacio y la ciudad, lo vi exhibir el vigor, el ánimo y la fuerza de un hombre de la mitad de sus años. Los primeros días de viaje, tuve un sueño en el cual vi la vida del rey como un hilo atado al trono de oro que ahora preside la helada oscuridad de Kairn Telest. Al alejarse del trono, el hilo sigue atado a éste. Poco a poco, ciclo tras ciclo, el hilo va devanándose, haciéndose más fino cuanto más se aleja el rey de su tierra, hasta que ahora temo que un roce demasiado fuerte o torpe vaya a romperlo.

Al viejo monarca ya no le interesa nada: ni lo que hacemos, ni lo que decimos, ni siquiera adonde vamos. Sospecho que la mayor parte del tiempo ni siquiera nota el suelo que pisa. Edmund camina constantemente al lado de su padre, guiándolo como a alguien que ha perdido la vista. No; no es una descripción precisa del todo. El rey es, más exactamente, como un hombre que caminara hacia atrás, que no ve lo que tiene enfrente, sino sólo lo que deja atrás.

En las ocasiones en que el príncipe debe atender a sus innumerables responsabilidades y ha de alejarse de su padre, Edmund se asegura de que dos soldados lo sustituyan en su cuidado. El rey se muestra dócil y va donde lo llevan sin oposición. Camina cuando le dicen que camine y se detiene cuando así se lo indican. Come lo que le ponen en las manos, sin que parezca saborearlo. Creo que se comería una piedra, si se la dieran. Y también creo que no comería nada, si no

se ocuparan de él.

Al principio del viaje, durante largos ciclos, el rey no dijo nada a nadie, ni siquiera a su hijo. Ahora, en cambio, habla casi constantemente, pero sólo para sí, nunca dirigiéndose a nadie. A nadie de los presentes, mejor dicho. Pasa mucho tiempo hablando con su esposa, no en su estado actual, como difunta, sino como si hubiera vuelto a la época en que la reina estaba viva. Nuestro rey ha abandonado el presente y ha regresado al pasado.

Las cosas se pusieron tan mal que el consejo rogó al príncipe que se proclamara rey. Edmund se negó en redondo, en una de las pocas ocasiones en que lo he visto enojado de veras. Los miembros del consejo se escabulleron como niños temerosos de una zorra ante su estallido de cólera. Edmund tiene razón. Según nuestra ley, el rey es rey hasta que muere. Pero nuestra ley no ha previsto la posibilidad de que un monarca perdiera la razón. Tales cosas no suceden entre nuestro pueblo.

Los miembros del consejo se vieron obligados a acudir a mí (debo confesar que fue un momento delicioso) para rogarme que interviniera ante Edmund en interés del pueblo. Yo prometí hacer lo que pudiera.

—Edmund, tenemos que hablar —le dije en una de nuestras paradas forzosas, mientras aguardábamos a que los soldados despejaran un enorme montón de escoria que obstruía el paso.

Su rostro se ensombreció y adoptó una mueca de rebeldía. Yo había visto a menudo aquella mirada cuando el príncipe era un muchacho y lo obligaba a estudiar matemáticas, una ciencia que nunca le ha agradado mucho. La mirada que vi en sus ojos me evocó recuerdos tan intensos que tuve que hacer una pausa para recuperarme, antes de continuar.

—Edmund —repetí, manteniendo deliberadamente un tono de voz práctico y enérgico, convirtiendo mis palabras en un asunto de sentido común—, tu padre está enfermo. Tienes que tomar el liderazgo del pueblo... Aunque sólo sea temporalmente —añadí al instante, levantando la mano en previsión de su brusco rechazo—. Hasta que Su Majestad vuelva a estar en condiciones de desempeñar sus deberes.

»Tienes una responsabilidad para con el pueblo, mi príncipe —continué—. Jamás, en toda la historia de Kairn Telest, hemos estado en un peligro mayor del que

—

—

corremos ahora. ¿Vas a abandonarlos por un falso sentido del deber y de las obligaciones filiales? ¿Querría tu padre que lo hicieras?

Por supuesto, no mencioné que había sido su padre quien había actuado así, abandonando a su pueblo. Edmund, no obstante, entendió la insinuación. Si hubiera pronunciado las palabras en voz alta, él las habría rechazado con rabia. Pero al ser su propia conciencia quien se las decía...

Lo vi mirar a su padre, sentado en una roca y conversando con su pasado. Vi la preocupación y la inquietud en el rostro de Edmund. Vi el sentimiento de culpa. Entonces supe que mi arma había dado en el blanco. A regañadientes, lo dejé a solas para que la herida se agrandara.

Mientras me alejaba, volví a preguntarme con tristeza por qué he de ser siempre yo, que lo quiero tanto, quien ha de causarle dolor una y otra vez.

Al término de aquel ciclo, Edmund convocó una asamblea del pueblo para declarar que sería su jefe, si así lo querían, pero sólo provisionalmente. Seguiría ostentando el título de príncipe. Su padre seguía siendo el rey y Edmund confiaba en que su padre reasumiría sus deberes como monarca cuando se recuperara.

El pueblo respondió a su príncipe con entusiasmo, y su cariño y lealtad

conmovieron profundamente a Edmund. Su proclama no sació el hambre de la gente, pero elevó su ánimo e hizo más fácil de soportar el ayuno. Yo lo contemplé con orgullo y con una renacida esperanza en mi corazón.

Me dije que lo seguirían a cualquier sitio. Incluso a la Puerta de la Muerte.

Pero parece más probable que antes encontremos la muerte que la Puerta de la Muerte. El único dato positivo que hemos encontrado en nuestro éxodo es que la temperatura se ha hecho, al menos, algo más soportable; parece que el frío ha remitido un poco. Empiezo a pensar que hemos seguido la ruta correcta y que estamos acercándonos a nuestro destino, el flamante corazón de Abarrach.

—Es un signo esperanzador —le comenté a Edmund al término de otro ciclo triste y sombrío a través de los túneles—. Un signo esperanzador —repetí con confianza.

Los miedos y dudas que me asaltan, los guardo para mí. No es necesario añadir más cargas sobre estos jóvenes hombros, por fuertes que sean.

—Mira —continué, señalando el mapa—, verás que, cuando lleguemos al extremo de los túneles, se abren sobre un gran lago de magma que se extiende fuera. Lo llaman el lago de la Roca Ardiente y será la primera cosa que veamos al entrar en Kairn Necros. No puedo estar seguro, pero creo que el aumento de temperatura que notamos se debe al calor de ese lago, que asciende por el túnel.

—Eso significa que nos acercamos al final de nuestro viaje —contestó Edmund con una luz de esperanza en el rostro, delgadísimo por el ayuno.

—Tienes que comer más, mi príncipe —le dije con suavidad—. Al menos, come tu ración. No ayudarás al pueblo si caes enfermo o estás tan débil que no puedes continuar.

El joven movió la cabeza en gesto de negativa. Yo sabía que respondería de este modo, pero sabía también que se tomaría en serio mi consejo. Al final de aquel ciclo, durante las horas de descanso, lo vi consumir toda la reducida cantidad de alimento que le correspondía.

—Sí —continué, volviendo al mapa—, creo que estamos cerca de la salida. De hecho, me parece que estamos por aquí. —Situé el índice en un punto del pergamino—. Un par de ciclos más y llegaremos al lago, siempre que no encontremos nuevos obstáculos.

—Y por fin estaremos en Kairn Necros —dijo él—. Y, sin duda, allí encontraremos un reino de abundancia, lleno de agua y comida. Mira este enorme océano que llaman . —Edmund señaló una gran extensión de magma—. Este mar debe de proporcionar luz y calor a toda esta enorme extensión de tierras. Y a esas ciudades y pueblos. Fíjate en ésta, Baltazar. Puerto Seguro. Qué nombre tan

—
—

maravilloso... Lo interpreto como un signo esperanzador. Puerto Seguro, donde por fin nuestro pueblo hallará la paz y la felicidad.

Pasó largo rato estudiando el mapa e imaginando en voz alta qué aspecto tendría tal lugar o tal otro, cómo hablaría la gente y la sorpresa que se llevarían al vernos.

Yo me recosté contra la pared del túnel y lo dejé hablar. Me complacía verlo de nuevo esperanzado y feliz. Casi me hizo olvidar las terribles punzadas del hambre que me taladraban las entrañas y los efectos aún más terribles de los miedos que me atenazaban en las horas de vigilia.

¿Por qué hacer estallar aquella pequeña burbuja? ¿Por qué pincharla con el cortante filo de la espada de la realidad? Al fin y al cabo, no tengo la certeza de nada. «¡Teorías!», las habría llamado su padre, el rey, con tono de desprecio. Lo

único que tengo son teorías.

Suposición: está reduciéndose y ya no puede proporcionar calor y luz a las vastas extensiones de tierra que lo circundan.

Teoría: no encontraremos reinos de abundancia. Encontraremos tierras tan desoladas, yermas y desiertas como las que hemos dejado atrás. Ésta es la razón de que el pueblo de Kairn Necros nos robara la luz y el calor.

—Se llevarán una sorpresa al vernos —comenta Edmund, sonriendo para sí ante la ocurrencia.

Sí, me respondo. Una sorpresa. Una gran sorpresa, realmente.

Kairn Necros, así llamada por los antiguos que llegaron los primeros a este mundo. Así llamada para honrar a quienes perdieron la vida en la Separación del viejo universo. Así llamada para indicar el final de una vida y el inicio —el luminoso inicio, era entonces— de otra.

¡Oh, Edmund, mi príncipe, hijo mío! Busca ese signo tuyo en este nombre. No en Puerto Seguro. Puerto Seguro es una mentira.

En Kairn Necros. En la Caverna de la Muerte.

—

—

CAPÍTULO

LAGO DE LA ROCA ARDIENTE, ABARRACH

¿Cómo puedo escribir un relato de esta terrible tragedia? ¿Cómo puedo darle sentido y exponerlo con alguna coherencia? Y, sin embargo, debo hacerlo. Le he prometido a Edmund que el heroísmo de su padre quedaría registrado por escrito para que todos lo recuerden, pero la mano me tiembla de tal manera que apenas soy capaz de sostener la pluma. Y no es debido al frío. Ahora, la temperatura en el túnel ha subido. ¡Y pensar que recibimos con júbilo ese calor! No, mis temblores son una reacción a los sucesos que he experimentado últimamente. Es preciso que me concentre.

Por Edmund. Voy a hacerlo por Edmund.

Levanto los ojos del pergamino y lo veo sentado frente a mí, solitario, como corresponde a quien está de luto. El pueblo ha efectuado los gestos rituales de condolencia. Sus subditos hubieran querido ofrecerle el acostumbrado presente fúnebre —en comida, pues es lo único de valor que les queda— pero su príncipe (ahora su rey, aunque él se niega a aceptar la corona hasta después de la resurrección) se lo ha prohibido. Yo he procedido a poner en orden el cuerpo antes del *rigor mortis* y he realizado los ritos de conservación. Por supuesto, llevaremos el cadáver con nosotros.

El príncipe, en su desconsuelo, me rogaba que celebrara los ritos postumos por el rey en ese momento, pero le he recordado con toda seriedad que tales ceremonias sólo pueden realizarse después de transcurridos tres ciclos completos desde la muerte. Llevarlos a cabo antes sería demasiado peligroso, por lo cual nuestro código lo prohíbe.

Edmund no ha insistido. El hecho mismo de que tomara en consideración una aberración semejante ha sido, sin duda, resultado de su dolor y su confusión. Ojalá, pienso para mí, el príncipe se abandone al sueño. Quizá lo haga, ahora que los demás lo han dejado en paz. Aunque, si se parece a mí, cada vez que cierre los ojos verá esa horrible cabeza surgiendo de...

Repaso lo que acabo de escribir y me da la impresión de estar empezando por el final de la historia. Se me ocurre destruir esta página y empezar de nuevo, pero ando escaso de pergaminos y no puedo permitirme malgastarlo. Además, esto no es ningún cuento que esté narrando tranquilamente mientras apuro unos vasos de

vino de frutas muy frío. Y, sin embargo, ahora que lo pienso, esto bien podría ser una especie de relato de sobremesa, pues la tragedia nos ha alcanzado —como tan a menudo sucede a los protagonistas de estas historias— en el momento en que la esperanza parecía más radiante.

Los últimos dos ciclos de viaje habían sido fáciles, casi podría decirse que felices. Dimos con una corriente de agua dulce, la primera que encontrábamos en los túneles. Allí, no sólo pudimos beber a placer y volver a llenar nuestras reducidas reservas de agua, sino que descubrimos la presencia de peces en la rápida corriente.

Rápidamente, improvisamos unas redes con lo que teníamos a mano: un chal femenino, la sábana hecha jirones de un bebé, la camisa raída de un hombre... Los adultos se colocaron a lo largo de las orillas, sosteniendo las redes que tendimos de una ribera a otra. Todo el mundo se dedicó a la tarea con una ceñuda determinación hasta que Edmund, que encabezaba la partida de pesca, resbaló en una roca y, agitando los brazos violentamente, cayó al agua con un tremendo chapoteo.

—

—

Con la sola luz de las antorchas de hierba de kairn, no teníamos modo de saber qué profundidad tenía la corriente. De todas las gargantas surgió un grito de alarma y varios soldados se dispusieron a saltar en su rescate. Entonces, Edmund se incorporó. El agua le llegaba apenas a la espinilla. Sintiéndose ridículo, el príncipe se echó a reír de sí mismo a grandes carcajadas.

Y entonces oí a nuestro pueblo riéndose por primera vez en muchos ciclos.

Edmund también oyó las risas. Estaba empapado de pies a cabeza, pero estoy convencido de que las gotas que le resbalaban por las mejillas no procedían del riachuelo subterráneo, sino que tenían el sabor salado de las lágrimas. Tampoco he creído ni por un instante que el príncipe, cazador de pie firme, cayera al agua por un descuido.

El príncipe alargó la mano hacia un amigo, hijo de uno de los miembros del consejo. El amigo, en su intento de ayudar a Edmund a salir del agua, resbaló a su vez en la húmeda ribera y, en esta ocasión, fueron los dos quienes cayeron de espaldas en la corriente. Las risas subieron de tono y, muy pronto, todo el mundo saltó al agua o fingió caer a ella. Lo que había empezado como un penoso trabajo se convirtió en un juego alegre.

Finalmente, conseguimos capturar algunos peces. Al acabar el ciclo, celebramos un gran festín y todo el mundo durmió a pierna suelta, saciada el hambre y alegrado el corazón. Todavía pasamos otro ciclo entero cerca del riachuelo, pues nadie quería abandonar tan bendito lugar de risas y buenos sentimientos. Sacamos más peces, los salamos y los conservamos para complementar nuestras provisiones.

Reanimado por la comida, el agua y el agradable calor del túnel, el pueblo fue superando la desesperación. Y su alegría aumentó cuando el propio rey pareció, de pronto, quitarse de encima las nubes oscuras de la locura. Miró a su alrededor, reconoció a Edmund, le habló con coherencia y preguntó dónde estábamos. Era evidente que el viejo monarca no recordaba nada de nuestro éxodo.

El príncipe, conteniendo las lágrimas, mostró el mapa a su padre y le indicó lo cerca que estábamos del lago de la Roca Ardiente y, por tanto, de Kairn Necros. El rey comió en abundancia, durmió profundamente y no volvió a hablar con su difunta esposa.

El ciclo siguiente, todo el mundo despertó temprano, recogió el equipaje y se

dispuso a seguir la marcha con impaciencia. Por primera vez, el pueblo empezó a pensar que quizás el futuro le reservaba una vida mejor de la que había llegado a conocer en nuestra patria.

Yo seguí guardando para mí las dudas y temores que sentía. Quizá cometía un error, pero ¿cómo podía ahora arrebatarme su esperanza recién recobrada?

Una jornada de medio ciclo nos condujo a las proximidades de la salida del túnel. El suelo dejó de hacer pendiente y se niveló. El agradable calorcito se intensificó hasta convertirse en un bochorno agobiante y un resplandor rojizo, procedente del lago de la Roca Ardiente, bañó el conducto con una luz tan intensa que apagamos las antorchas. A través del túnel nos llegó el eco de un extraño sonido.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Edmund, ordenando un alto.

—Creo, Alteza —respondí, vacilante—, que eso que oís es el sonido de los gases que se elevan en burbujas de las profundidades del magma.

El príncipe parecía nervioso, excitado. Yo había visto aquella misma expresión en su rostro cuando era un niño y le proponía llevarlo de excursión.

—¿A qué distancia estamos del lago?

—Calculo que no mucha, Alteza.

Se dispuso a continuar la marcha, pero lo agarré del brazo para impedirselo.

—Ten cuidado, Edmund —le aconsejé en voz baja—. La magia de nuestro cuerpo se ha puesto en funcionamiento para protegernos del calor y de los humos

—

—

venenosos, pero nuestra fuerza no es inagotable. Debemos avanzar con cautela, sin apresurarnos.

Mi discípulo se detuvo de inmediato y me miró a los ojos.

—¿Por qué? ¿A qué debemos tener miedo? Dímelo, Baltazar.

Me conoce demasiado. No puedo ocultarle nada.

—Mi príncipe —le dije, pues, llevándomelo aparte, donde no pudieran oírnos el rey y el resto de la comitiva—. No puedo precisar la causa de mis temores y por eso me disgusta hablar de ellos.

Extendí el mapa sobre una roca y los dos nos inclinamos sobre él. Los demás apenas nos prestaron atención, pero advertí que el rey nos observaba con aire suspicaz y sombrío.

—Finge que estamos estudiando la ruta, Edmund. No quiero preocupar innecesariamente a tu padre.

El joven dirigió una breve mirada de preocupación al viejo rey y me siguió el juego, preguntando en voz alta dónde estábamos.

—¿Ves las runas dibujadas aquí, sobre el lago? —indiqué en voz baja—. No puedo decirte qué significan, pero cuando las miro me invaden los malos presagios.

—¿No tienes idea de lo que dicen? —inquirió Edmund, contemplando los signos mágicos.

—Su mensaje se ha perdido con el transcurso del tiempo, mi príncipe. Soy incapaz de descifrarlo.

—Quizá sólo advierten que este camino es traicionero.

—Es posible...

—Pero tú no crees que se trate de eso, ¿verdad?

—Edmund —respondí, y noté que las mejillas me ardían de turbación—, no estoy seguro de qué pensar. El mapa en sí no indica que la ruta sea peligrosa. Como verás, existe un camino ancho que bordea el lago. Hasta un chiquillo podría avanzar por él con facilidad.

—Tal vez el camino esté cortado u obstruido por desprendimientos de rocas. Ya

nos hemos encontrado en situaciones así a lo largo de nuestro viaje —replicó Edmund, testarudo.

—Es cierto, pero quien confeccionó el mapa habría señalado tal circunstancia si se hubiera producido en la época en que lo realizó. Y, de haber sucedido más tarde, no habría tenido modo de saberlo.

—¡Pero de todo eso hace muchísimo tiempo! Sin duda, el peligro ya habrá desaparecido. Somos como un jugador de dados rúnicos perseguido por la mala suerte. Según el cálculo de probabilidades, nuestra fortuna ha de cambiar. Te preocupas demasiado, Baltazar —añadió Edmund con una carcajada, dándome unas palmaditas en el hombro.

—Así lo espero, mi príncipe —respondí con voz grave—, pero hazme caso. Presta atención a los estúpidos miedos de este nigromante. Actúa con cautela. Manda una avanzadilla de soldados para explorar el terreno...

Vi de nuevo al rey, que nos miraba con recelo.

—Sí, por supuesto —contestó Edmund, molesto ante mi osadía al pretender indicarle lo que tenía que hacer—. Así lo habría hecho en cualquier caso. Voy a comentar el asunto a mi padre.

¡Ah, Edmund! Si yo hubiera dicho algo más. Si tú hubieras dicho algo menos. Si... Nuestras vidas están llenas de estos sies...

—Padre, Baltazar cree que el camino en torno al lago puede ser peligroso.

Quédate aquí con el pueblo y deja que me adelante con los soldados...

—¡Peligro! —estalló el rey con un vigor como no había ardido en su cuerpo ni en su mente desde hacía mucho, muchísimo tiempo. ¡Ay, y que tuviera que surgir en

—
—

aquel instante...!—. ¡Peligro, y quieres que me quede atrás! Soy el rey. Al menos, lo era. —El anciano entrecerró los ojos en una mueca de astucia—. Ya he notado que te dedicas, con la ayuda de Baltazar, sin duda, a intentar enajenarme la lealtad de mi pueblo. He advertido cómo tú y el nigromante os ocultáis en los rincones en sombras para urdir vuestros planes. Pero no os dará resultado. ¡El pueblo me seguirá a mí, como siempre ha hecho!

Lo oí. Todo el mundo lo oyó. La acusación del rey resonó en la cavidad rocosa.

Casi no pude contener el impulso de lanzarme corriendo sobre el viejo y estrangularlo con mis propias manos. No me importaba en absoluto lo que pensara de mí, pero mi corazón se desgarraba de dolor ante la herida que la acusación infligía a Edmund.

¡Si aquel rey loco hubiera comprendido la lealtad y devoción que sentía por él su hijo! ¡Si hubiera visto al príncipe durante aquellos largos y penosos ciclos, siempre al lado de su padre, escuchando con paciencia las divagaciones del anciano! ¡Si hubiera visto a Edmund negándose una y otra vez a aceptar la corona, incluso con el consejo de rodillas a sus pies, suplicándoselo! Si...

Pero ya basta. Uno no debe hablar mal de los muertos. Sólo puedo considerar que un nuevo acceso de locura puso tales ideas en la mente del monarca.

Edmund, presa de una palidez mortal, respondió pese a ello con una serena dignidad muy apropiada a su condición principesca.

—Me has malinterpretado, padre. Ha sido necesario que asumiera ciertas responsabilidades, que tomara ciertas decisiones, en el transcurso de tu reciente enfermedad. Como te dirá cualquiera de los presentes —hizo un gesto hacia el pueblo, que contemplaba a su rey con sorpresa y horror—, acepté hacerlo a regañadientes. Nadie está más contento que yo de verte ocupar otra vez el lugar que te corresponde como monarca del pueblo de Kairn Telest.

Edmund me miró, preguntando en silencio si quería responder a las acusaciones, pero dije que no con la cabeza y guardé silencio. ¿Cómo podía, honradamente, negar el deseo que había sentido en mi corazón, aunque mis labios lo hubieran callado?

Las palabras de su hijo tuvieron efecto sobre el viejo rey. De pronto, se mostró avergonzado, ¡y bien que debía! Alargó la mano y empezó a balbucir algo, tal vez una disculpa, como si fuera a abrazar a su hijo y pedirle perdón. Pero, entonces, se apoderó nuevamente de él el orgullo, o la locura. Me miró y su expresión se endureció. A continuación, dio media vuelta y se alejó, llamando a voces a los soldados.

—Un grupo vendrá conmigo —ordenó cuando se presentaron—. Los demás os quedaréis aquí a proteger al pueblo del peligro que, según las teorías del nigromante, está a punto de sobrevenirnos. Está lleno de teorías, ese nigromante nuestro. ¡La más reciente es la de imaginarse padre de *mi* hijo!

Edmund estuvo a punto de saltar, con unas palabras vehementes en la punta de la lengua. Yo lo sujeté por el brazo y lo retuve con un gesto.

El rey emprendió la marcha hacia la boca del túnel, seguido de un pequeño destacamento de veinte hombres. La salida era una estrecha abertura en la roca y la fila de soldados, que avanzaba de dos en fondo, tendría dificultades para colarse por la abertura. A lo lejos, a través de ésta, la luz flameante del lago de la Roca Ardiente despedía un intenso resplandor rojizo.

Los testigos de la escena se miraron entre ellos y se volvieron hacia Edmund. Parecían no saber muy bien qué hacer ni decir. Algunos miembros del consejo, en cambio, movieron la cabeza y emitieron expresivos chasquidos con la lengua. Edmund les dirigió una mirada colérica y todos enmudecieron al instante. Cuando el rey llegó al final del túnel, se volvió hacia nosotros.

—
—

—¡Tú y el nigromante quedaos con el pueblo, hijo! —gritó desde la distancia, y la mueca de burla que tenía en los labios resultó reconocible en su voz—. Vuestro rey volverá y os dirá si el camino está expedito o no.

Acompañado de los soldados, el viejo monarca salió del túnel.

Si...

Los dragones de fuego poseen una inteligencia considerable; uno casi está tentado de llamarla malévola pero, para ser honrados, ¿quiénes somos nosotros para juzgar a unos seres a los cuales nuestros antepasados dieron caza hasta casi exterminarlos? No tengo la menor duda de que, si los dragones pudieran y quisieran hablar con nosotros, nos recordarían que tienen buenas razones para odiarnos.

Aunque nada de esto hace las cosas más fáciles, en absoluto.

—¡Debería haber ido con él! —fueron las primeras palabras de Edmund cuando intenté suavemente apartar sus brazos del cuerpo roto y ensangrentado de su padre—. ¡Debería haber estado a su lado!

Si en algún momento de mi vida he estado tentado de creer que pudiera existir un plan inmortal, un poder superior que... Pero no. ¡No añadiré a todos mis demás pecados la blasfemia!

Tal como había ordenado el rey, Edmund se quedó esperando. Se mantuvo erguido, digno, con el rostro impassible. Pero yo, que lo conocía muy bien, comprendí que hubiera querido echar a correr tras su padre. Hubiera querido explicarse, hacer que su padre entendiera... Si lo hubiese hecho, tal vez el viejo monarca habría cedido y dado el asunto por zanjado. Tal vez no se habría

producido la tragedia.

Edmund, como ya he explicado, es joven y orgulloso. Estaba furioso, con toda razón. Había sido insultado delante de todos, sin el menor motivo, y no estaba dispuesto a dar el primer paso para la reconciliación. Noté que temblaba de cólera contenida. Aguardó cerca de la boca del túnel sin decir una palabra. Nadie se atrevía a hablar. Todos esperamos en silencio durante un tiempo que me pareció interminable.

¿Qué sucedía? Ya habían tenido tiempo suficiente para dar toda la vuelta al perímetro del lago, pensaba para mí, cuando el grito resonó en el túnel, repitiendo su eco terrible en las paredes de la oquedad.

Todos reconocimos la voz del rey. Yo... y su hijo... reconocimos en su grito una advertencia, un anuncio de muerte.

El alarido fue terrible, primero sofocado por el terror y luego agónico, entrecortado de dolor. Se prolongó largo rato y su eco espantoso siguió resonando en los muros de roca, devolviéndonos el grito de muerte una y otra vez.

Jamás en mi vida he oído una cosa igual y espero no volver a oírla. El grito habría podido convertir en piedra a la gente, como dicen que sucede ante la visión del mítico basilisco. Sé que a mí me dejó helado donde estaba, con el cuerpo paralizado y la mente en no mucho mejor estado.

En cambio, la voz torturada impulsó a Edmund a la acción.

—¡Padre! —exclamó, y en su grito iba todo el amor que había anhelado a lo largo de toda su vida. Y, como había sucedido siempre en ésta, su llamada no tuvo respuesta.

El príncipe echó a correr.

Capté el estrépito de las armas y el ruido confuso de la batalla y, ahogándolo todo, un espantoso rugido. Por fin podía dar un nombre a mis temores. Ahora sabía qué significaban las runas del mapa.

La visión de Edmund corriendo a afrontar el mismo destino que su padre me impulsó a reaccionar por fin. Rápidamente, con las fuerzas que me quedaban, invoqué un hechizo y, como las redes con las que habíamos capturado los peces,

—
—

una red mágica cerró la boca del túnel. Edmund la vio, pero hizo caso omiso y se estrelló contra ella, debatiéndose e intentando deshacerla. Por último, desenvainó la espada e intentó abrirse paso a mandobles.

Pero mi magia, potenciada por el temor que sentía por él, era poderosa. Edmund no pudo pasar, y tampoco podía hacerlo el dragón de fuego del otro lado.

Al menos, esperaba que este último no pudiera. He estudiado los escritos de los antiguos sobre estas criaturas y me da la impresión de que subestimaron la inteligencia del dragón. Para mayor seguridad, ordené a la gente que se retirara al interior del túnel y se ocultara en los pasadizos que encontraran. Todos huyeron como ratones, incluidos los miembros del consejo, y pronto sólo quedamos en la oquedad de la entrada Edmund y yo.

Presa de la frustración, me zarandé. Me suplicó, me lloró, amenazó con matarme si no eliminaba la red mágica, pero yo permanecí impasible. Ahora, tenía a la vista la terrible carnicería que se estaba produciendo en las orillas del lago.

La cabeza y el cuello del dragón, parte de su torso y la cola espinosa, afilada como una daga, se alzaban de la lava fundida. La cabeza y el cuello eran negros, negros como la oscuridad que habíamos dejado atrás en Kairn Telest. Sus ojos despedían un resplandor rojizo, flameante y espectral. Sus grandes mandíbulas tenían apresado el cuerpo de un soldado que se debatía inútilmente y, ante la

mirada horrorizada de Edmund y la mía, la bestia las abrió y dejó caer al hombre al magma.

Uno tras otro, el dragón de fuego tomó a los soldados, que intentaban resistirse a la criatura con sus inútiles armas. Uno tras otro, el dragón los arrojó al lago ardiente. Un solo cuerpo dejó en la orilla: el cuerpo del rey. Cuando el último soldado se hubo marchado, el dragón volvió sus ojos en ascuas hacia nosotros y nos observó durante un interminable momento.

Juro que entonces oí unas palabras, y Edmund me aseguró más tarde que él también creyó escucharlas.

Habéis pagado el peaje que os corresponde. Ahora, podéis pasar.

Los ojos se cerraron, la negra cabeza se escurrió bajo el magma y la criatura desapareció.

Fuera o no cierto que había escuchado la voz del dragón de fuego, algo dentro de mí me dijo que el peligro había pasado, que la bestia no regresaría. Desvanecí la red mágica. Edmund salió del túnel antes de que pudiera detenerlo y corrí tras él, sin perder de vista el lago hirviente y agitado.

No había rastro del dragón. El príncipe llegó hasta su padre y tomó entre sus brazos el cuerpo del anciano.

El rey estaba muerto, y había tenido una muerte horrible. Un enorme agujero, infligido tal vez por la punta afilada de la temible cola, le había perforado el vientre y le había reventado las entrañas. Ayudé al príncipe a llevar el cadáver hasta el túnel. La gente se quedó al otro extremo de la oquedad, reacia a aventurarse más cerca del lago.

No podía culparlos. Yo tampoco me habría acercado, si no hubiera escuchado aquella voz y supiera que lo había dicho en serio. El dragón se había cobrado su venganza, si de eso se trataba, y ahora estaba en paz.

Preveo que Edmund va a tener dificultades para convencer a la gente de que ya no corre ningún peligro y que puede transitar tranquilamente por el sendero a la orilla del lago de la Roca Ardiente, pero estoy seguro de que lo conseguirá porque el pueblo lo quiere y confía en él y ahora, tanto si le gusta como si no, lo nombrarán rey.

Necesitamos un rey. Una vez que dejemos atrás las orillas del lago, estaremos en Kairn Necros. Edmund sostiene que allí encontraremos una tierra amiga. Yo, para mi pesar, creo que nos descubriremos en tierra de nuestros enemigos.

—

—

Y en este punto es donde decido poner fin a mi relato. Sólo me quedan unas pocas páginas de preciado pergamino y me parece un momento adecuado para cerrar este diario, con la muerte de un rey de Kairn Telest y la coronación de otro nuevo. Ojalá pudiera ver el porvenir, contemplar lo que nos depara el futuro, pero ni todo su poder mágico les permitió a los antiguos ver más allá del momento presente.

Tal vez sea lo mejor. Conocer el futuro es verse obligado a abandonar la esperanza. Y la esperanza es lo único que nos queda.

Edmund conducirá a su pueblo pero, si logro convencerlo, no lo llevará a Kairn Necros. Quién sabe, quizás el próximo diario que emprenda se titule *El viaje a través de la Puerta de la Muerte...*

Baltazar, nigromante del rey

—

—

CAPÍTULO

EL NEXO

Haplo inspeccionó la nave, recorrió de punta a cabo y de borda a borda la esbelta embarcación de proa de dragón, y repasó con ojo crítico mástiles y casco, alas y velas. La nave había sobrevivido a tres pasos por la Puerta de la Muerte sin sufrir más que daños de poca importancia, infligidos en su mayor parte por los titanes, los aterradores titanes de Pryan.

—¿Qué opinas, muchacho? —dijo Haplo, bajando la mano y frotando las orejas de un perro negro, de raza indefinida, que avanzaba en silencio a su lado—. ¿Te parece que está a punto? ¿Crees que *nosotros* estamos a punto para marcharnos? Dio un cariñoso tirón a las sedosas orejas del animal y éste movió el rabo despeinado a un lado y a otro; sus ojos inteligentes, que rara vez se apartaban del rostro de su amo, se iluminaron.

—Estas runas —Haplo continuó caminando mientras pasaba la mano por una serie de relieves y marcas a fuego grabadas en el casco de la nave— servirán de escudo para cualquier tipo de energía, según mi Señor. Nada, absolutamente nada, debería poder penetrar. Estaremos protegidos y abrigados como un bebé en el útero de su madre. Más seguros —añadió, y su expresión se hizo sombría— que ningún niño nacido en el Laberinto.

Pasó los dedos por la telaraña de signos mágicos y leyó mentalmente su intrincado lenguaje en busca de algún fallo, de algún defecto. Levantó la vista hacia la cabeza de dragón del mascarón de proa. Sus ojos feroces miraban adelante con impaciencia, como si ya tuvieran a la vista el ansiado objetivo de su viaje.

—La magia nos protege —continuó Haplo su diálogo en solitario, pues el perro no parecía dispuesto a hablar—. La magia nos envuelve. Esta vez no sucumbiré. Esta vez voy a permanecer consciente durante la travesía de la Puerta de la Muerte. El perro bostezó, se sentó sobre las patas traseras y se rascó con tal violencia que estuvo a punto de caerse. El patryn observó al animal con cierta irritación. —¡Ya veo lo que te importa eso! —murmuró en tono acusador.

Percibiendo una nota de rechazo en la querida voz de su amo, el can ladeó la cabeza y pareció hacer un intento para entrar en el espíritu de la conversación. Por desgracia, la picazón resultó una distracción demasiado fuerte.

Con un resoplido, Haplo se encaramó por la borda de la nave, recorrió la cubierta y efectuó una última inspección.

La embarcación había sido construida por los elfos de Ariano, el mundo del aire. Realizada a semejanza de los dragones que los elfos podían admirar, pero no domesticar, la proa era la cabeza del dragón, el puente era el tórax, el resto del casco era el cuerpo y el timón, la cola. Unas alas que imitaban la piel y las escamas de los dragones de verdad guiaban la nave a través de las corrientes de aire de aquel reino maravilloso. La fuerza de los esclavos, generalmente humanos, y la magia de los elfos se combinaban para mantener a flote las grandes embarcaciones.

Aquella nave era un regalo hecho a Haplo por un agradecido capitán elfo. El patryn, cuyo anterior vehículo había quedado destruido durante el primer viaje a través de la Puerta de la Muerte, había modificado la nave elfa para adecuarla a sus necesidades, y ahora no precisaba una tripulación humana para las maniobras, ni magos para guiarla, ni esclavos para moverla. Haplo era ahora el capitán y toda la tripulación. Y el perro era el único pasajero.

—

—

El animal, calmado el persistente escozor, trotó tras su amo con la esperanza de que la larga y aburrida inspección hubiera terminado. Al perro le encantaba volar y

pasaba la mayor parte del viaje apostado en las portillas, con la lengua fuera, moviendo la cola y dejando la huella del hocico en los cristales. Estaba ansioso por emprender la marcha, al igual que su amo. Haplo había descubierto dos reinos fascinantes en sus viajes a través de la Puerta de la Muerte y no tenía la menor duda de que esta vez tendría la misma suerte.

—Calma, muchacho —murmuró, dando unas palmaditas en la cabeza del perro—. Nos vamos enseguida.

El patryn se incorporó en la cubierta superior, bajo los pliegues de la vela mayor de la nave dragón, y contempló con tristeza el Nexo, su patria actual.

Nunca abandonaba aquella ciudad sin sentir una punzada de dolor. Por muy duro, disciplinado y carente de emociones que se considerara, cada vez que se marchaba tenía que luchar para contener las lágrimas. El Nexo era hermoso, pero el patryn había visto muchas tierras de parecida belleza y jamás se había rebajado al extremo de llorar por ellas. Tal vez era la naturaleza de la hermosura del Nexo, un mundo entre dos luces donde siempre reinaba el amanecer o el crepúsculo, donde las noches no eran nunca completamente cerradas sino que permanecían suavemente iluminadas por la luna. Nada en el Nexo era riguroso, nada de cuanto en él había se salía de la moderación ni resultaba excesivo, salvo para sus habitantes, gente que había conseguido salir del Laberinto, el mundo—prisión de indecibles horrores. Quienes sobrevivían al Laberinto y conseguían escapar llegaban al Nexo. Allí, su belleza y su paz los envolvían como los brazos amorosos de un padre que consolara a un hijo víctima de una pesadilla.

Haplo contempló, desde la cubierta de su nave voladora, el césped verde y cuidado de la mansión de su Señor. Recordó la primera vez que se había incorporado de la cama adonde lo habían conducido, más muerto que vivo, tras las penalidades sufridas en el Laberinto. Al levantarse, se había acercado a una ventana para contemplar aquella tierra. Allí había conocido, por primera vez en su penosa existencia, la paz, la tranquilidad y el descanso.

Cada vez que contemplaba aquella tierra, su nueva patria, Haplo recordaba aquel momento. Cada vez que recordaba aquel momento, bendecía y veneraba a su amo, el Señor del Nexo, que lo había salvado. Cada vez que bendecía a su Señor, Haplo maldecía a los sartán, los semidioses que habían encerrado a su pueblo en aquel mundo cruel. Y, cada vez que los maldecía, juraba venganza.

El perro, al ver que no iban a zarpar de inmediato, se dejó caer sobre la cubierta y permaneció tendido, con el hocico entre las patas, esperando pacientemente.

Haplo despertó de sus meditaciones, se puso en acción de nuevo con gesto enérgico y estuvo a punto de pisar al animal. Éste se incorporó de un brinco con un gañido sobresaltado.

—Está bien, muchacho. Lo siento. La próxima vez quítate de en medio. —Haplo dio media vuelta para descender a la bodega y se detuvo a media zancada, notando que tanto él como el mundo que lo rodeaba experimentaban un estremecimiento.

Una ondulación. Este era el término que mejor describía lo que estaba percibiendo. Jamás había experimentado nada parecido a aquella extraña sensación. El movimiento procedía de muy lejos bajo sus pies, tal vez del propio núcleo de aquel mundo, y se extendía hacia arriba en ondas sinuosas que viajaban no horizontalmente, como en un temblor de tierra, sino verticalmente, formando ondas que ascendían desde el suelo a través de la nave, de sus pies, de sus rodillas, su cuerpo, su cabeza...

A su alrededor, todo quedaba perturbado por aquel mismo efecto. Durante un breve instante, Haplo perdió toda noción de forma y dimensión. Se sintió aplastado, comprimido entre un cielo plano y un suelo liso. El estremecimiento pasó y lo

sacudió todo simultáneamente. Todo, salvo al perro. Éste desapareció.

—
—

La ondulación finalizó con la misma brusquedad con que se había iniciado. Haplo se dejó caer a cuatro patas. Mareado y desorientado, reprimió unas náuseas de vértigo y buscó aire entre jadeos, pues la sacudida le había dejado vacíos los pulmones. Cuando consiguió respirar de nuevo con cierta normalidad, volvió la vista a un lado y otro tratando de descubrir cuál era la causa de aquel fenómeno aterrador.

El perro volvió, se plantó delante del patryn y lo miró con aire de reproche.

—No ha sido culpa mía, camarada —dijo Haplo sin dejar de dirigir miradas cautas suspicaces en todas direcciones.

El Nexo mostraba de nuevo el leve resplandor de su apacible luz crepuscular y las hojas de los árboles volvían a susurrar suavemente. Haplo examinó éstos con detenimiento. Los recios troncos habían permanecido erguidos, altos y firmes durante un centenar de generaciones, pero hacía unos instantes los había visto mecerse como espigas de trigo bajo un vendaval. No captó ningún movimiento, ningún sonido, y aquella extraña quietud le resultó inquietante en sí misma. Antes de la sacudida, Haplo había captado casi sin advertirlo el sonido de los animales que ahora guardaban completo silencio, en una reacción de... ¿de qué? ¿De temor? ¿De asombro reverencial?

Sintió una extraña resistencia a moverse, como si el mero acto de dar un paso pudiera provocar una repetición de aquella espantosa sensación. Tuvo que obligarse a sí mismo a avanzar por la cubierta, esperando encontrarse en cualquier momento comprimido de nuevo entre la tierra y el cielo. Por último, se asomó por la borda de la nave y miró hacia la hierba que se extendía bajo el casco.

Nada.

Su mirada escrutó la mansión, las ventanas de la espléndida vivienda de su Señor. El Señor del Nexo era el único ocupante de aquella mansión, salvo la esporádica presencia de Haplo, y el amo del patryn sólo la ocupaba muy de vez en cuando. Aquel día, el lugar estaba vacío. Su Señor estaba lejos, librando su interminable combate contra el Laberinto.

Nada. Nadie.

—Quizá lo he imaginado —murmuró.

Se secó el sudor frío del labio superior y notó que le temblaba la mano. Observó las runas tatuadas en su piel y advirtió por primera vez que emitían un levísimo resplandor azulado. Rápidamente, se subió la manga y vio el mismo resplandor mortecino en sus brazos. Una ojeada al pecho, bajo el cuello de pico de la túnica, le reveló lo mismo.

—Vaya, esto no lo esperaba... —dijo, aliviado. Su cuerpo había reaccionado al fenómeno, había respondido instintivamente para protegerlo... Protegerlo, ¿de qué? Sintió en la boca un sabor amargo y metálico, como a sangre. Tosió y escupió.

Dando media vuelta, retrocedió por la cubierta trastabillando. El miedo que había sentido se desvaneció junto al resplandor azulado y lo dejó enfadado y frustrado. La sacudida no había procedido del interior de la nave. Haplo la había visto pasar a través de ésta, a través de su cuerpo, de los troncos de los árboles, del suelo, de la mansión y del propio cielo. Se apresuró a bajar al puente. La piedra de dirección, la esfera cubierta de runas que utilizaba para guiar la nave, seguía sobre su pedestal. Estaba fría y apagada; no emanaba de ella ninguna luz.

Haplo contempló la piedra con una cólera irracional. Había tenido la esperanza de que fuera la causa del extraño fenómeno y, al comprobar que no era así, se

sintió furioso. Repasó mentalmente todo lo demás que había a bordo: bobinas de cuerda ordenadas en la bodega, toneles de vino, agua y comida, una muda de ropa y su diario. El único objeto mágico era la piedra redonda.

—

Se había deshecho de todas las pertenencias de los mensch, los elfos y humanos, el enano y el viejo hechicero chiflado que habían sido sus últimos pasajeros en el infortunado viaje a la Estrella de los Elfos. Sin duda, los titanes ya debían de haber acabado con todos ellos. No, sus antiguos compañeros de viaje no podían ser la causa.

El patryn permaneció en el puente, con la vista fija en la piedra casi sin verla mientras su mente corría como un ratón atrapado en un laberinto, corriendo por un pasadizo y otro, husmeando y hurgando con la esperanza de encontrar una salida. Los recuerdos de los mensch de Pryan evocaron las imágenes de los mensch de Ariano, y éstas lo llevaron a pensar en el sartán que Haplo había encontrado en Ariano, un sartán cuya mente se movía con la misma torpeza que sus enormes pies.

Ninguno de estos recuerdos lo condujo a nada útil. Nunca le había sucedido algo parecido. Repasó cuanto sabía de magia, los signos que regían las probabilidades y hacían posibles todas las cosas pero, según todas las leyes de magia que conocía, aquella ondulación, aquel estremecimiento cósmico, no podía haberse producido. Haplo se encontró de nuevo como al principio.

—Debo consultar con mi Señor —le dijo al perro, que miraba a su dueño con preocupación—. Pedirle consejo.

Pero eso significaría retrasar indefinidamente el viaje a través de la Puerta de la Muerte. Cuando el Señor del Nexo penetraba en los letales confines del Laberinto, nadie podía decir cuándo volvería, si es que lo hacía. Y, a su regreso, seguramente no le complacería descubrir que Haplo había desperdiciado aquel precioso tiempo en su ausencia.

Haplo se imaginó en presencia de aquel viejo formidable, el único ser viviente a quien el patryn respetaba, admiraba y temía. Se imaginó tratando de expresar en palabras aquella extraña sensación. E imaginó la respuesta de su amo:

«Un hechizo de desmayo. No sabía que fueras sensible a ellos, Haplo, hijo mío. Tal vez no deberías emprender un viaje de tanta importancia.»

No, era mejor que solucionara el asunto por su cuenta. Consideró la conveniencia de inspeccionar el resto de la nave, pero también esto sería una pérdida de tiempo.

—¿Y cómo puedo inspeccionar nada si no sé lo que busco? —inquirió, exasperado—. Soy como un niño que ve fantasmas en plena noche y quiere obligar a su madre a entrar con la vela para comprobar que no hay nada en la alcoba.

¡Bah! ¡Zarpemos de una vez!

Se encaminó con paso resuelto hacia la piedra de dirección y colocó ambas manos sobre ella. El perro ocupó su posición de costumbre junto a las portillas acristaladas, situadas en el pecho de la nave dragón. Al parecer, su amo había dado por concluido el extraño juego que había estado practicando. Meneando el rabo, lanzó un ladrido de excitación. La nave se elevó entre las corrientes de aire gracias a la magia y surcó el cielo veteado de púrpura.

La entrada en la Puerta de la Muerte era una experiencia aterradora, pasmosa.

La Puerta, un minúsculo punto negro en el cielo entre dos luces, era como una estrella perversa que irradiaba oscuridad en lugar de luz. Por mucho que se aproximara la nave, el punto no crecía de tamaño. Más bien parecía ser la propia

nave la que se encogía para caber en su interior. Parecía empequeñecer, menguar... produciendo una sensación atemorizadora que, sin embargo, Haplo sabía que sólo era producto de su mente, una ilusión óptica, como ver lagos de agua en mitad de un desierto yermo.

Término que utilizan tanto los patryn como los sartán para referirse a las razas «inferiores»; humanos, elfos y enanos.

—
—

Era la tercera vez que el patryn penetraba en la Puerta de la Muerte procedente del Nexo y sabía que ya debería estar acostumbrado al efecto. Que no debería asustarlo. Pero una vez más, como en todas las ocasiones anteriores, contempló el pequeño agujero y notó que el estómago se le encogía y la respiración se le paralizaba. Cuanto más se acercaba, más deprisa volaba la nave. Ya no podía detener aquel movimiento, aunque quisiera. La Puerta de la Muerte lo estaba aspirando.

El agujero empezó a desfigurar el cielo. Vetas púrpuras y rosadas, destellos de rojo suave empezaron a enroscarse en torno a él. O bien el cielo estaba girando y él se encontraba quieto, o bien era él quien giraba y el cielo el que permanecía estacionario. Haplo nunca tenía modo de estar seguro. Y, mientras veía y pensaba todo aquello, él y la nave seguían siendo atraídos a una velocidad cada vez mayor. Esta vez resistiría al miedo. Esta vez...

Un estrépito y un gemido inhumano hicieron que casi se le escapara el corazón por la boca. El perro, se incorporó de un salto y, como una flecha, salió del puente y corrió hacia el interior de la nave.

Haplo apartó a duras penas la vista del hipnotizador torbellino de colores que lo tenía concentrado en el punto de oscuridad. Escuchó a lo lejos el eco de los ladridos del perro, resonando en los pasillos. A juzgar por la reacción del animal, había alguien o algo a bordo de la nave.

Se lanzó hacia la puerta del puente. La nave cabeceaba y se mecía y se encabritaba. Le costó mantenerse en pie y avanzó dándose golpes contra los mamparos como un viejo borracho.

Los ladridos aumentaron de volumen e intensidad, pero Haplo apreció también un cambio extraño en ellos. Habían perdido el tono amenazador y ahora eran de alegría, como si el perro saludara a alguien que conocía.

Tal vez se había escondido a bordo algún niño, por una travesura o en busca de aventuras. Pero Haplo no pudo imaginar que ningún niño patryn cometiera tal diablura. Los niños patryn que crecían en el Laberinto (si conseguían vivir lo suficiente) tenían pocas oportunidades para poder disfrutar de la infancia.

Con dificultades, llegó hasta la puerta de la bodega y escuchó una voz débil y patética.

—Perro bonito. Vamos, bonito, cállate y vete y te daré este pedazo de salchicha...

Haplo se detuvo en las sombras. La voz le resultó familiar. No era la de un niño, sino la de un hombre, y la conocía aunque no terminara de ubicarla. El patryn activó las runas de sus manos y una brillante luz azul irradió de los signos mágicos de su piel, iluminando la oscuridad de la bodega. Entonces entró en ella.

El perro estaba con las patas abiertas sobre el suelo inestable, ladrando con todas sus fuerzas a un hombre acurrucado en un rincón. También la figura del hombre le resultó familiar a Haplo: un cráneo casi calvo circundado de una orla de pelo en torno a las orejas, un rostro maduro de aire cansado y unos ojos apacibles, abiertos ahora por el pánico. Su cuerpo era larguirucho y parecía armado con

piezas sobrantes de otros. Las manos y los pies eran demasiado grandes, el cuello demasiado largo, la cabeza demasiado pequeña. Habían sido sus pies los que, al enredarse en un carrete de cable, habían causado sin duda el estrépito y traicionado al individuo.

—¡Sartán! ¡Tú! —exclamó Haplo con aversión.

El hombre alzó la vista del perro al que había tratado de sobornar infructuosamente con una salchicha, parte de los suministros que Haplo guardaba en la bodega. Al advertir la presencia del patryn, el hombre lanzó una tímida sonrisa y se desmayó.

—¡Alfred! —Haplo soltó un profundo suspiro y dio un paso adelante—. ¿Cómo diablos has...?

—

—

En ese instante, la nave chocó de frente con la Puerta de la Muerte.

—

—

CAPITULO

LA PUERTA DE LA MUERTE

La violencia del impacto arrojó a Haplo hacia atrás y obligó al perro a clavar las uñas en la cubierta para mantener el equilibrio. El cuerpo exánime de Alfred se deslizó suavemente por la cubierta inclinada. Haplo fue a golpear contra el costado de la bodega y luchó desesperadamente contra unas tremendas fuerzas invisibles que lo comprimían, aplastándolo contra las planchas de madera. Por fin, la nave se enderezó un poco y el patryn consiguió desprenderse y, agarrando el hombro laxo del hombre tendido a sus pies, lo sacudió con energía.

—¡Alfred! ¡Maldita sea, sartán, despierta!

Tras un parpadeo, Alfred enfocó la vista. Lanzó un leve gemido, parpadeó de nuevo y, al observar el rostro sombrío y ceñudo de Haplo encima de él, pareció un tanto alarmado. El sartán intentó incorporar el cuerpo y sentarse pero, al cabecear la nave de nuevo, se asió instintivamente del brazo de Haplo para sujetarse. El patryn se desasíó con gesto brusco.

—¿Qué haces aquí, en mi nave? ¡Responde, o por el Laberinto que...!

Haplo se detuvo, mirando fijamente al frente. Los mamparos de la nave se estaban cerrando a su alrededor, los tabiques de madera se acercaban más y más a él, la cubierta subía al encuentro del techo. Iban a ser aplastados, estrujados... pero, al mismo tiempo, los mamparos de la nave se alejaban en todas direcciones, expandiéndose en el vacío; la cubierta se hundía bajo sus pies y el universo entero se alejaba de él, dejándolo solo, pequeño y desamparado.

El perro soltó un gáñido y se arrastró hacia Haplo hasta hundir el hocico en su mano. Los dedos del patryn agarraron al animal con gratitud. Su contacto era cálido, tangible y real. La nave volvía a ser suya y se estabilizó.

—¿Dónde estamos? —preguntó Alfred, con aire de desconcierto. A juzgar por la expresión aterrada de sus ojos grandes y acuosos, parecía que acababa de pasar una experiencia similar.

—Entrando en la Puerta de la Muerte —respondió Haplo en tono sombrío.

Durante unos instantes, ninguno de los dos dijo nada, sino que ambos miraron a su alrededor, aguzando la vista y el oído y conteniendo la respiración.

—¡Ah! —suspiró por fin Alfred, y asintió—. Eso lo explica...

—¿Explica qué, sartán?

—Cómo..., cómo he llegado hasta... ejem... aquí. —Alfred levantó los ojos un instante para mirar a Haplo, y volvió a bajarlos de inmediato—. No era mi

intención, debes comprenderlo. Yo... buscaba a Bane, ¿lo recuerdas? El muchachito que te llevaste de Ariano. La madre del chico está loca de preocupación...

—¿Por un hijo al que abandonó hace once años? Sí, estoy conmovido... ¡Continúa!

Las mejillas pálidas de Alfred se sonrojaron ligeramente.

—Las circunstancias de aquel momento... La mujer no tuvo elección... Su esposo...

—¿Cómo has llegado a mi nave? —repitió Haplo.

—Yo... conseguí localizar la Puerta de la Muerte en Ariano; los gags me pusieron en una de sus zarpas de excavación, ¿recuerdas esos artefactos?, y me bajaron hasta el Torbellino y hasta la misma boca de la Puerta de la Muerte. Acababa de entrar cuando experimenté una sensación como..., como si me estuviera haciendo

—
—

pedazos y entonces fui lanzado violentamente hacia atrás..., hacia adelante... no lo sé. Perdí el sentido. Cuando desperté, estaba aquí —Alfred abrió los brazos, desvalido, indicando la bodega.

—Ése debe de haber sido el estrépito que escuché. —Haplo contempló a Alfred con aire pensativo—. Sé que no mientes.

Por lo que he oído, vosotros, miserables sartán, no podéis mentir. Pero tampoco me estás diciendo toda la verdad. Alfred enrojeció aún más y bajó los párpados.

—Antes de abandonar el Nexo... —murmuró con un hilo de voz—, ¿experimentaste una..., una sensación extraña?

Haplo rehusó pronunciarse, pero Alfred tomó su silencio por asentimiento.

—Una especie de sacudida, de ondulación, me refiero. ¿No tuviste una sensación de mareo? Me temo que era yo... —añadió en el mismo tono desfallecido.

—Ya supongo. —El patryn se agachó en cuclillas y lanzó una mirada iracunda a Alfred—. ¿Y ahora qué hago contigo, en nombre de la Separación? ¿Qué...?

El tiempo se retardó. La última palabra que pronunció Haplo pareció tardar un año en salir de su boca y otro año en llegar a su oído. Alargó la mano para agarrar a Alfred por el pañuelo que el hombrecillo llevaba en torno a su cuello, y la mano avanzó milímetro a milímetro ante su mirada. Haplo intentó acelerar el movimiento, pero éste se hizo aún más lento. El aire no le llegaba a los pulmones con suficiente rapidez. Moriría asfixiado antes de poder aspirar el oxígeno necesario.

Pero, paradoja inexplicable, estaba también moviéndose deprisa, demasiado deprisa. Su mano había agarrado a Alfred y zarandeaba al hombrecillo como un perro haría con una rata. Gritaba unas palabras que le sonaron a un confuso galimatías y Alfred trataba desesperadamente de soltarse y responder algo, pero la contestación fue tan rápida que Haplo tampoco la entendió. El perro estaba tendido a su lado, moviéndose a cámara lenta, y estaba incorporado y dando brincos por la cubierta como un poseso.

La mente del patryn, frenética, intentó habérselas con aquellas dicotomías. El resultado fue que renunció a toda explicación y se aisló. Haplo luchó contra las brumas de oscuridad y concentró la atención en el perro, negándose a ver o a pensar en nada más. Finalmente, todo se aceleró o se frenó. Y volvió la normalidad. Se dijo que aquello era lo máximo que había penetrado en la Puerta de la Muerte sin perder la conciencia. Sin duda, se dijo, debía agradecerse a Alfred.

—Se hará aún peor —murmuró el sartán, palidísimo y temblando de pies a cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —Haplo se enjugó el sudor de la frente e intentó relajarse; tenía los músculos contraídos y doloridos de la tensión.

—Yo... estudié la Puerta de la Muerte antes de entrar en ella. Las otras veces que tú la has cruzado, siempre has perdido la conciencia, ¿verdad?

Haplo no contestó. Decidió volver al puente. De momento, Alfred estaría bastante seguro en la bodega. ¡Desde luego, el sartán no iría a ninguna parte! El patryn se levantó de su posición en cuclillas... y siguió levantándose. Creció y creció hasta que debería haber traspasado el techo de madera, y se encogió, haciéndose más y más pequeño hasta que una hormiga habría podido pisarlo sin advertirlo siquiera.

«La Puerta de la Muerte. Un lugar que existe pero que no existe, que tiene sustancia pero es efímera. En ella, el tiempo marcha hacia adelante y hacia atrás a la vez. Su luz es tan brillante que me sumerge en la oscuridad.»

Haplo se preguntó cómo podía hablar si no tenía voz. Cerró los ojos y fue como si los abriera aún más. Su cabeza y su cuerpo se separaban, desgarrándose en dos direcciones diferentes y absolutamente opuestas. Su cuerpo se comprimía hasta implosionar. Se llevó las manos a la cabeza, que sentía a punto de estallar, y notó un vértigo atroz que lo hacía rodar hasta perder el equilibrio y caer sobre la

—
—

cubierta. Escuchó a lo lejos que alguien gritaba, pero no captó el grito porque estaba sordo. Lo vio todo con claridad porque estaba completa y absolutamente ciego.

La mente de Haplo discutió consigo misma, tratando de reconciliar lo irreconciliable. Su conciencia se hundió más y más en su interior, buscando recuperar la realidad, encontrar algún punto estable en el universo al que asirse. Y encontró... a Alfred.

Igual que el último hálito de conciencia de Alfred encontró a Haplo.

Alfred se deslizaba por un vacío, caía a plomo, cuando de pronto se detuvo. Las terribles sensaciones que había experimentado en la Puerta de la Muerte desaparecieron. Se encontró en terreno firme y con un cielo sobre su cabeza. Nada rodaba ya a su alrededor y deseó llorar de alivio cuando, de improviso, advirtió que el cuerpo que ocupaba no era el suyo. Pertenecía a un niño, a un chiquillo de unos ocho o nueve años. Tenía el cuerpo desnudo, salvo un taparrabo atado en torno a la cintura y a sus delgados muslos. El resto de la piel estaba cubierta de trazos y líneas que formaban runas, azules y rojas.

De pie junto a él, dos adultos conversaban. Alfred los reconoció; supo que eran sus padres, aunque era la primera vez que los veía. También supo que había estado huyendo, corriendo desesperadamente para salvar la vida, y que estaba cansado, que el cuerpo le dolía y le ardía y que no podía dar un paso más. Estaba asustado, terriblemente asustado, y le pareció que lo había estado la mayor parte de su corta vida. Que aquel miedo había sido la primera emoción en su recuerdo.

—Es inútil —decía el hombre, su padre, entre jadeos—. Nos están alcanzando.

—Tenemos que detenernos aquí y hacerles frente —insistió la mujer, su madre—. Debemos hacerlo mientras aún tengamos fuerzas.

Alfred, pese a su corta edad, sabía que la resistencia era igualmente inútil. Fuera lo que fuese, lo que los perseguía era más fuerte y más rápido. Escuchó unos aterradores sonidos por donde habían venido; unos cuerpos de gran tamaño se abrían paso entre la maleza. Le vino a la boca un gímoteo pero lo reprimió, sabedor de que expresar su miedo no haría sino empeorar las cosas. Llevó la mano al taparrabo y extrajo una daga puntiaguda y afilada, manchada de sangre reseca. Al verla, Alfred pensó que, evidentemente, ya había matado antes.

—¿Y el chico? —preguntó su madre, dirigiéndose al hombre. El peligro que se

acercaba estaba echándoseles encima.

El hombre, muy tenso, cerró con fuerza los dedos en torno a la lanza que empuñaba y cruzó una mirada con la mujer. Una mirada que Alfred entendió y lo hizo saltar hacia adelante con un «¡No!» luchando frenéticamente por escapar de sus labios. Lo siguiente fue un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido.

Alfred salió del cuerpo y observó a sus padres arrastrar su forma exánime y laxa bajo un macizo de tupidos arbustos y acabar de cubrirlo con zarzas. Después, echaron a correr para atraer a su enemigo lo más lejos posible del pequeño, antes de volverse y plantar resistencia a su perseguidor. No lo salvaban en un acto de amor, sino siguiendo un instinto, igual que el pájaro madre finge tener un ala rota para alejar al zorro de su nido.

Cuando el pequeño recobró la conciencia bajo las zarzas, Alfred se encontró de nuevo en su cuerpo infantil. Agachado tras los matorrales y muerto de miedo, presencié, como en un sueño vago y lejano, cómo los snogs asesinaban a sus padres.

Quiso gritar, romper a llorar, pero de nuevo el instinto (o tal vez sólo el miedo que le paralizaba la lengua) lo hizo guardar silencio. Sus padres se batieron con valentía y a fondo, pero no eran rival para los cuerpos enormes, los colmillos afilados y las largas zarpas como cuchillas de aquellos inteligentes snogs. La carnicería se prolongó mucho, muchísimo rato.

—

—

Hasta que al fin, misericordiosamente, concluyó. Los cuerpos de sus padres, lo que quedó de ellos cuando los snogs hubieron terminado su voraz festín, quedaron tirados en el suelo, inmóviles. Los gritos de su madre habían cesado. A continuación, llegó el aterrador instante en que Alfred se dio cuenta de que él era el siguiente, en que pensó que debían de haberlo descubierto, que su presencia debía de ser tan visible como la brillante sangre roja que se coagulaba ya sobre la alfombra de hojarasca del bosque.

Pero los snogs se habían cansado de su deporte. Saciadas el hambre y el ansia de matar, no tardaron en alejarse, dejando a Alfred solo en la maleza.

Allí permaneció escondido largo rato, cerca de los cuerpos de sus padres.

Llegaron los animales carroñeros para dar cuenta de los despojos. El pequeño tenía miedo de quedarse, miedo de marcharse, y no pudo evitar un gemido, aunque sólo fuera para escuchar el sonido de su propia voz y saber que estaba vivo. Y, a continuación, advirtió la presencia de dos hombres que, de pie junto a él, lo contemplaban. Y se llevó un sobresalto porque no los había oído deslizarse por la espesura, sino que se habían movido más silenciosos que el viento.

Los dos hombres se pusieron a hablar como si él no estuviera. Observaron los restos de sus padres sin inmutarse y comentaron algo acerca de ellos sin mostrar la menor emoción. No eran crueles; sólo insensibles, duros, como si hubieran visto demasiadas muertes y el espectáculo ya no les produjera la menor impresión. Uno de ellos introdujo la mano entre las zarzas, sacó a rastras a Alfred y lo puso en pie. Después, sin soltarlo, lo llevó junto a los cuerpos destrozados de sus padres.

—Mira esto —le dijo el hombre, sujetando al chiquillo por el cuello y obligándolo a contemplar la terrible visión—. Recuérdalo. Y recuerda esto: no han sido los snogs quienes han matado a tus padres. Han sido aquellos que nos encerraron en esta prisión y nos abandonaron a la muerte. ¿De quién estoy hablando, muchacho? ¿Lo sabes? —Los dedos del hombre se clavaron dolorosamente en los músculos del chiquillo.

—De los sartán —oyó Alfred que respondía su propia voz. Y supo que él era un

sartán y que acababa de matar a aquellos que le habían dado la vida.

—¡Repítelo! —le ordenó el hombre.

—¡Los sartán! —exclamó Alfred, y rompió a llorar.

—Exacto. No lo olvides nunca, muchacho. Nunca.

Haplo se sumió en la oscuridad entre maldiciones, luchando y debatiéndose por mantenerse lúcido. Pero su mente se reveló contra él y lo privó de la conciencia por su propio bien. Captó entonces un breve destello de luz, mientras tenía la sensación de alejarse más y más, y volcó hasta el último hálito de su ser en alcanzar aquella luz. Lo consiguió.

La sensación de estar cayendo cesó, todas las sensaciones extrañas desaparecieron y lo embargó una inmensa paz. Estaba tendido de espaldas y le pareció como si acabara de despertar de un sueño profundo y reparador iluminado por hermosas visiones. No se dio prisa en levantarse, sino que permaneció tendido, dejándose vencer brevemente por la modorra y siguiendo una música dulce que sonaba en su mente. Por fin, se notó despierto del todo y abrió los ojos.

Yacía en una cripta. Al principio se sorprendió del hecho, pero no se asustó, como si supiera dónde estaba pero lo hubiese olvidado y ahora, al recordarlo, todo encajara. Experimentó una sensación de nerviosismo y de intensa expectación. Estaba a punto de producirse algo que llevaba mucho tiempo esperando. Se preguntó cómo haría para salir de la cripta, pero supo la respuesta de inmediato: la cripta se abriría a su orden.

Cómodamente tendido allí, Haplo contempló su cuerpo y le sorprendió verse vestido con una extraña indumentaria, una larga túnica blanca. Y advirtió, con una punzada de terror, que las runas tatuadas en sus manos y brazos habían

—
—

desaparecido. Y con las runas, su magia. ¡Estaba indefenso, desvalido como un mensch!

Pero al instante le sobrevino la certeza, casi risible por su propia simplicidad, de que no estaba impotente. Seguía poseyendo la magia, pero estaba en su interior, no en el exterior. Probó a levantar la mano y examinarla. Era fina y delicada. Trazó un signo mágico en el aire y, al mismo tiempo, entonó la runa. La puerta de su cripta de cristal se abrió.

Haplo se incorporó hasta quedar sentado, descolgó las piernas a un lado del lecho y saltó al suelo sin esfuerzo. Un hormigueo le recorrió el cuerpo ante el desacostumbrado ejercicio. Volvió la vista hacia la superficie cristalina de la cripta vacía y experimentó una profunda sorpresa. Estaba viendo su propio reflejo, pero no era su rostro el que lo miraba, sino el de Alfred.

¡Él era Alfred!

Haplo dio unos pasos vacilantes, impactado físicamente por el descubrimiento. Por supuesto, aquello explicaba la ausencia de runas en su piel. La magia de los sartán actuaba de dentro afuera, mientras que la de los patryn lo hacía de fuera adentro.

Confuso, Haplo pasó la vista de su cripta vacía a la que se encontraba junto a ella. En su interior vio a una mujer joven, encantadora, cuyo rostro reposaba tranquilo y sereno. Al contemplarla, Haplo sintió un calor dentro de sí y supo que la amaba, que la había amado durante mucho, muchísimo tiempo. Se acercó a la cripta y colocó las manos sobre el cristal helado. La miró con emoción, siguiendo cada detalle de aquel rostro amado.

—Anna —susurró, y acarició el cristal con los dedos.

Entonces, un escalofrío recorrió a Haplo, paralizándole el corazón. La mujer no

respiraba. Lo podía apreciar claramente a través de la tumba acristalada que, supuestamente, no era tal tumba sino sólo un capullo, un lugar de descanso donde permanecer hasta el momento de reemprender sus tareas.

¡Pero Anna no respiraba!

Cabía la posibilidad de que el letargo mágico retardara las funciones corporales. Haplo siguió observando a la mujer con inquietud, deseando que la tela que le cubría los pechos se moviese, que sus párpados vibraran. Siguió observando y esperando durante horas, con las manos apretadas contra el cristal. Esperó hasta que las fuerzas lo abandonaron y cayó derrumbado al suelo.

Allí tendido, Haplo volvió a levantar la mano y a estudiarla. Advirtió algo que se le había pasado por alto. La mano era larga, delgada y delicada, pero era vieja, arrugada, cruzada de venas azules claramente visibles. Se puso en pie a duras penas, miró el cristal de la cripta y contempló su rostro.

—Estoy viejo —susurró, alargando la mano para tocar el reflejo de unas facciones que, cuando había iniciado aquel largo sueño, irradiaban juventud y estaban llenas de luminosas esperanzas. Ahora estaba envejecido, con la piel flaccida, y la cabeza calva y la orla de cabello en torno a las orejas grisácea, canosa.

—¡Estoy viejo! —repitió, notando una oleada de pánico en su interior—. ¡He envejecido, y un sartán tarda muchísimo tiempo en hacerlo! ¡Ella, en cambio, no! Ella no está avejentada.

Volvió a mirar la cripta de la mujer. No; Anna no estaba más vieja de lo que él la recordaba. Lo cual significaba que para ella no había pasado el tiempo. Y eso quería decir...

—¡No! —gritó, asiendo los costados de la tapa acristalada como si quisiera romperlos. Sin embargo, sus dedos se deslizaron en vano sobre el cristal—. ¡No! ¡Muerta, no! ¡Ella muerta y yo vivo, no! ¡No!, yo vivo y..., y...

Retrocedió unos pasos y volvió la cabeza para estudiar las demás criptas. Todas ellas, salvo la suya, contenían un cuerpo. Bajo la tapa de cristal de cada una se

—

—

encontraba un camarada, un hermano, una hermana. Eran los que debían regresar a aquel mundo con él, cuando llegara el momento. Los que habían de volver para continuar la tarea. ¡Había tanto por hacer!

Haplo corrió a otra cripta.

—¡Ivor! —exclamó, golpeando la tapa de cristal con las yemas de los dedos. Pero el hombre permaneció inmóvil, insensible. Haplo corrió frenéticamente de cripta en cripta pronunciando el querido nombre de cada uno de los ocupantes, suplicando con palabras inconexas que despertaran, que volvieran a ser.

«¡No! ¡Yo solo, no...!»

—O tal vez no —se dijo de pronto, conteniendo su pánico desatado. Una nueva esperanza, refrescante y confortadora, creció en su interior—. Quizá no esté solo. Todavía no he salido del mausoleo. —Miró la puerta cerrada del extremo opuesto de la cámara circular—. Sí, probablemente habrá alguien más ahí fuera.

Pero no hizo el menor movimiento hacia la puerta. La esperanza se desvaneció, destruida por la lógica. Allí fuera no había nadie. De lo contrario, habrían puesto fin al encantamiento. No: él era el único superviviente. Estaba solo. Lo cual significaba que en algún sitio, de algún modo, algo había salido terriblemente mal.

—¿Acaso tendré que ocuparme, sin la ayuda de nadie, de corregir el fallo?

—

—

CAPÍTULO , ABARRACH

Haplo recuperó, no la conciencia, sino la sensación de ser él mismo. Había conseguido su objetivo de permanecer despierto durante la travesía de la Puerta de la Muerte, pero ahora sabía por qué la mente prefería con mucho realizar el trayecto en las tinieblas de la ignorancia. Comprendió, con una sensación muy real de profundo terror, lo cerca que había estado de caer en la locura. La cuerda a la que se había agarrado para salvarse había sido la realidad de Alfred y el patryn se preguntó, con amargura, si no habría sido mejor soltarse.

Permaneció tendido en la cubierta unos momentos, tratando de recomponer su yo roto en pedazos y de sacudirse los sentimientos de pena, de miedo y de profunda pérdida que lo asaltaban..., todos ellos por Alfred. Una cabeza peluda se apoyó en el pecho del patryn y unos ojos acuosos lo miraron con ansia. Haplo acarició las sedosas orejas del perro y le rascó el hocico.

—Está bien, muchacho, ya me encuentro bien —murmuró, pero se dio cuenta de que nunca más lo estaría de verdad. Dirigió una mirada al cuerpo exánime tendido en la cubierta junto a él.

—¡Maldito seas! —masculló e, incorporándose hasta quedar sentado, sacudió al sartán con la punta del pie para que despertara. No pudo evitar el recuerdo del cadáver de la hermosa joven en la tumba de cristal. Alargó la mano y sacudió a Alfred por el hombro.

—¡Eh, vamos! —dijo con aspereza—. ¡Vamos, despierta! No puedo dejarte aquí, sartán. Te quiero en el puente, donde pueda tenerte vigilado. ¡En marcha!

Alfred incorporó la cabeza al instante, con un gemido y un grito de horror. Se agarró con tal desesperación a la blusa de Haplo que éste estuvo a punto de caerle encima.

—¡Socorro! ¡Sálvame! ¡Hay que correr! ¡Estoy huyendo y..., y los tengo tan cerca! ¡Ayúdame, por favor! ¡Por favor!

Haplo no sabía qué estaba pasando, pero no tenía tiempo para descubrirlo.

—¡Eh! —gritó enérgicamente, justo en las narices de Alfred, y le soltó una bofetada.

Alfred echó hacia atrás su calva cabeza entre un castañeteo de dientes y, tomando aire entrecortadamente, volvió los ojos hacia Haplo. El patryn advirtió en ellos un destello de reconocimiento. Y vio también otras cosas, completamente inesperadas: vio comprensión, compasión y lástima.

Haplo se preguntó, inquieto, dónde habría creído estar Alfred durante la travesía de la Puerta de la Muerte. Y en lo más profundo de sí conoció la respuesta, pero no estuvo seguro de si le gustaba la idea o lo que podía significar. Decidió no darle vueltas al asunto, al menos por el momento.

—¿Qué...? —inició una protesta Alfred.

—¡En pie! —lo interrumpió Haplo. Incorporándose, ayudó al torpe sartán a hacer otro tanto—. Aún no estamos fuera de peligro. Si acaso, acabamos de sumirnos en él. Yo...

Un terrible estrépito en mitad de la nave subrayó sus palabras. El patryn se tambaleó y logró asirse a una viga del techo bajo. Alfred cayó hacia atrás, agitando desmañadamente los brazos, hasta quedar sentado en la cubierta.

—¡Perro, tráelo! —ordenó Haplo, y echó a correr hacia el puente.

—

—

Durante la Separación, los sartán habían roto el universo, dividiéndolo en cuatro mundos representativos de sus cuatro elementos básicos: el aire, el fuego, la

piedra y el agua. Haplo había visitado en primer lugar el reino del aire, Ariano, y hacía poco que había regresado del reino del fuego, Pryan. Sus breves estancias en ambos lo habían preparado —o eso había creído él— para lo que pudiera encontrar en Abarrach, el mundo de piedra. Un mundo subterráneo de túneles y cavernas, imaginaba; un mundo oscuro, frío y con olor a tierra.

La nave volvió a topar con algo y se escoró. Haplo escuchó a su espalda un alarido y un estrépito. Alfred había tropezado otra vez. La nave podía resistir aquel zarandeo, gracias a la protección de sus runas, pero no eternamente. Cada sacudida causaba leves parpadeos en los signos mágicos trazados sobre el casco, separando las junas un poco más y perturbando su magia en el mismo grado. Con sólo que dos de ellas se separaran por completo, se abriría en la protección mágica una grieta que se agrandaría rápidamente. Así había sucedido la primera vez que Haplo había cruzado la Puerta de la Muerte.

Mientras avanzaba lo más deprisa posible, arrojado de un lado a otro por los bandazos de la nave sin gobierno, Haplo advirtió que un tenue resplandor iluminaba la oscuridad que lo envolvía. La temperatura aumentaba por momentos, haciéndose agobiante. Las runas de su piel empezaron a despedir una leve luz azulada; la magia de su cuerpo reaccionaba así, instintivamente, para reducir la temperatura a un nivel seguro.

¿Era posible que hubiese un incendio a bordo?

Haplo descartó la idea por ridícula. La nave había atravesado incólume los soles de Pryan y, sin la menor duda, las runas habían demostrado ser una protección perfecta contra el fuego. No obstante, era innegable que el resplandor rojizo era cada vez más luminoso y que la temperatura seguía subiendo. Haplo apretó el paso hacia el puente con algunas dificultades, debido al cabeceo de la embarcación. Cuando llegó al puente, se detuvo en seco y contempló la vista, paralizado por la sorpresa y la conmoción.

La nave estaba surcando, a increíble velocidad, un río de lava fundida. Un enorme flujo de materia incandescente salpicada de llamaradas amarillas se deslizaba y formaba remolinos en torno al casco. En lo alto, las sombras, aún más oscuras en contraste con la tenue luz del magma formaban un arco.

Se encontraba en una gigantesca caverna. Enormes columnas de roca negra, en torno a las cuales circulaba y formaba remolinos la lava, se elevaban hasta el techo de piedra, sosteniéndolo. De éste descendían incontables estalactitas como dedos huesudos que quisieran atraparlo, y cuya pulida superficie reflejaba el resplandor infernal del río de fuego que corría bajo ellas.

La nave daba bandazos a un lado y a otro. Grandes estalagmitas de puntas peligrosas, afiladas como lanzas, se alzaban entre el mar de roca fundida como negros colmillos de unas fauces encarnadas. Era esto, se dijo Haplo, lo que había causado las sacudidas que acababa de experimentar. El patryn se puso en movimiento otra vez, penetró en el puente y colocó las manos en la piedra de dirección, reaccionando más por reflejo que por un pensamiento consciente, mientras sus ojos, fascinados y horrorizados, seguían fijos en el espantoso mar de lava por el que navegaban.

—¡Sartán bendito! —murmuró una voz a su espalda—. ¿Qué terrible lugar es éste?

Haplo dirigió una breve mirada a Alfred.

—Es cosa de tu pueblo —declaró, y añadió—: Perro, vigílalo.

El animal, obedientemente, había conducido a Alfred hasta aquel lugar acosándolo y mordisqueándole los tobillos. Al oír a su amo, se echó en la cubierta jadeando de calor y clavó sus ojos inteligentes en el sartán. Este dio un paso hacia

adelante y el perro lanzó un gruñido mientras su cola batía la cubierta en gesto de advertencia.

—
—

«No tengo nada personal contra ti —parecía decir la expresión del animal—, pero órdenes son órdenes.»

Alfred tragó saliva y permaneció inmóvil, apoyado contra el mamparo con gesto de debilidad.

—¿Dónde..., dónde estamos? —repitió con un hilo de voz.

—En Abarrach.

—El mundo de piedra... ¿Era éste tu destino?

—¡Por supuesto! ¿Qué esperabas? ¿Creías que soy tan torpe como tú?

Alfred guardó silencio y observó el terrible panorama exterior.

—De modo que estás visitando cada uno de los mundos, ¿no? —murmuró por fin.

Haplo no vio ninguna razón para responder, de modo que continuó callado y concentrado en el pilotaje. Guiar la nave exigía concentración, pues los enormes peñascos aparecían de repente, sin aviso. Pensó si sería mejor alzar el vuelo, pero decidió que no. No podía calcular con precisión la altura del techo de la caverna y el casco resistiría el castigo mucho mejor que el frágil mástil o que la proa de la nave dragón.

El calor era intenso incluso en el interior de la nave, que tenía la ventaja de contar con la protección de las runas del exterior. La piel de Haplo despedía un fulgor azulado producido por los tatuajes mágicos que lo refrigeraban. El patryn advirtió que Alfred estaba murmurando en voz baja; trazaba runas en el aire con sus manos de dedos ahusados y arrastraba ligeramente los pies, meciendo el cuerpo al ritmo de la magia sartán. El perro jadeaba audiblemente, pero no apartaba los ojos de Alfred ni un solo instante.

—Supongo que has estado en el segundo mundo —continuó el sartán en voz baja, casi como si hablara consigo mismo—. Lo más normal sería que los recorrieras según el orden en que fueron creados, el orden por el que aparecen en los mapas antiguos. ¿Has..., has encontrado algún rastro de mi..., de mi gente? —inquirió por último, en un susurro tan débil que Haplo le entendió sólo porque sabía por anticipado cuál iba a ser la pregunta.

El patryn no respondió de inmediato. ¿Qué iba a hacer con Alfred, con aquel sartán, su enemigo mortal?

La primera intención de Haplo —y éste se asombró de las ganas que tenían sus manos de llevar a cabo lo que pasaba por su mente— fue arrojarlo por la borda al río de magma. Pero matar a Alfred sería ceder a su propio odio y una falta de disciplina que el Señor del Nexo no toleraría. Alfred, un sartán vivo —el único, por lo que Haplo sabía—, era una pieza de extraordinario valor.

«Mi Señor estará contento con este regalo —pensó Haplo—. Mucho más que con cualquier otra cosa que pudiera llevarle, incluido el informe sobre este mundo infernal. Probablemente, lo mejor sería dar media vuelta y llevarle de inmediato al sartán. Sin embargo...»

Sin embargo, aquello significaría volver a entrar en la Puerta de la Muerte y el patryn, aún negándose a reconocer tal debilidad, no podía contemplar tal perspectiva sin sentir profunda alarma. Vio de nuevo las filas y filas de tumbas, conoció de nuevo la muerte de toda esperanza y de toda promesa, experimentó la certidumbre de estar terrible, espantosa, dolorosamente solo...

Apartó a duras penas de su mente el sueño, o lo que hubiera sido, y maldijo los

ojos que le habían hecho verlo. No volvería a hacer la travesía, todavía no; era demasiado pronto. Sería preciso dejar pasar un tiempo. Que las imágenes se difuminaran un poco. Se dijo que sería muy difícil y peligroso hacer dar media vuelta al barco. Era mejor seguir adelante, terminar la misión, explorar aquel mundo y regresar entonces al Nexo. Alfred no iría a ninguna parte sin él, sin duda.

—

Haplo observó el rostro perlado de sudor del sartán, sus hombros temblorosos, y se sintió reconfortado. Alfred parecía incapaz de dar un paso sin ayuda, y el patryn juzgó improbable que su enemigo tuviera la fuerza o la habilidad para quitarle el dominio de la nave y escapar.

Miró a los ojos al sartán y, en lugar de odio o miedo, vio de nuevo comprensión y pena. De pronto, se le ocurrió que tal vez su enemigo no tenía intención de huir. Volvió a considerar la idea, pero la descartó. Alfred debía de saber el terrible destino que le aguardaba en manos del Señor del Nexo. Y, si no lo sabía, él mismo se lo explicaría con mucho gusto.

—¿Decías algo, sartán? —dijo, volviendo la cabeza.

—Pregunto que si has encontrado a alguien de mi pueblo en Pryan —repitió Alfred en tono humilde.

—Lo que haya encontrado o dejado de encontrar no es asunto tuyo. Mi Señor decidirá qué le parece que debas saber.

—¿Volvemos, entonces? ¿Vamos junto a tu Señor?

Haplo percibió con profunda satisfacción el temblor nervioso de la voz de su amigo. Así pues, Alfred conocía la recepción que lo esperaba, o al menos tenía una vaga idea de ella.

—No. —Haplo lo dijo con un rechinar de dientes—. Todavía no. Tengo una misión que cumplir y voy a hacerlo. No creo que tengas intención de largarte por ahí sin mí pero, por si se te ocurre intentar darme esquinazo, el perro estará pendiente de ti noche y día.

El animal, al oír que se referían a él, barrió la cubierta con el rabo y abrió la boca en una gran sonrisa, dejando a la vista unos dientes como cuchillas.

—Sí, el perro —murmuró Alfred—. Ya sé...

Haplo se preguntó con irritación a qué se refería el sartán; no le había gustado su tono de voz, que parecía al borde de la compasión cuando el patryn hubiera preferido captar miedo.

—Sólo una advertencia, sartán. Puedo hacerte, y me *encantaría*, cosas que no son nada agradables y que no perjudicarían tu utilidad para mi Señor. Haz lo que te digo, apártate de mi camino y te dejaré en paz, ¿entendido?

—No soy tan débil como pareces considerarme... —replicó Alfred, irguiéndose con aire digno.

El perro gruñó y alzó la cabeza, bajó las orejas y entrecerró los ojos. El rabo batió los tablones de la cubierta con un ruido amenazador. Alfred se encogió de nuevo, hundiendo los hombros que había erguido por un instante.

Haplo soltó un bufido de sorna y se concentró en la navegación.

A lo lejos, por la proa, el río de magma se dividía. Una corriente caudalosa se desviaba a la derecha y otra más pequeña lo hacía a la izquierda. Haplo derivó la nave hacia babor, por la única razón de que era la vía mayor y parecía más fácil y segura.

—¿Cómo podría nadie vivir en un ambiente tan terrible?

Alfred, que había formulado la pregunta sin esperar respuesta, para sí mismo, pareció llevarse una considerable sorpresa cuando Haplo respondió.

—Desde luego, ningún mensch podría hacerlo, pero uno de nuestra raza, sí. No creo que nuestro viaje por este mundo sea muy largo. Si alguna vez hubo vida aquí, debe de haber desaparecido hace mucho.

—Tal vez Abarrach no fue concebido para ser habitado. Quizá sólo estaba destinado a ser una fuente de energía para los otros... —Alfred se interrumpió súbitamente en mitad de la frase. Haplo soltó un gruñido y lo miró.

—¿Sí? ¡Continúa!

—
—

—Nada. —El sartán tenía los ojos fijos en sus pies desproporcionados—. Sólo eran divagaciones.

—Ya tendrás oportunidad de divagar todo lo que quieras cuando volvamos al Nexo. Antes de que mi Señor haya acabado contigo, desearás conocer los secretos del universo y poder revelárselos, hasta el último de ellos.

Alfred guardó silencio y miró hacia la portilla acristalada. Haplo contempló las riberas negras y peladas a un costado y otro de la nave. Pequeños afluentes del río de magma serpenteaban entre los afloramientos de rocas y desaparecían en las sombras, levemente iluminadas por el fuego. Tal vez conducían a alguna parte, al exterior. Encima de ellos no había otra cosa que roca.

—Si estamos en el centro de este mundo, en sus entrañas, es posible que exista vida más arriba, en la superficie —apuntó Alfred, haciéndose eco de los pensamientos de Haplo, para gran irritación de éste.

El patryn pensó si no sería mejor varar la nave y avanzar a pie, pero abandonó de inmediato tal idea. Caminar entre las estalagmitas negras, resbaladizas y empinadas, que reflejaban con un brillo tenue y espectral el resplandor apagado del magma, resultaría difícil y traicionero. No; sería mejor seguir en el río, al menos de momento...

Llegó a sus oídos una especie de sordo rugido. Una mirada al rostro de Alfred le dijo que el sartán también lo oía.

—Nos movemos más deprisa —apuntó Alfred, pasándose la lengua por unos labios que debían de estar orlados de sal, a juzgar por el sudor que le resbalaba por las mejillas.

La velocidad de la nave se incrementó y Haplo vio pasar el magma, cada vez más rápido, como si estuviera impaciente por llegar a algún ignorado destino. El rugido creció en intensidad. Manteniendo las manos en la piedra de dirección, el patryn miró al frente con inquietud y no vio otra cosa que una inmensa negrura.

—¡Rápidos! ¡Una cascada! —gritó Alfred, y la nave saltó el borde de una gigantesca catarata de lava.

Haplo se asió a la piedra de dirección y la embarcación inició la caída hacia un inmenso mar de lava fundida, de cuya masa en agitado movimiento surgían grandes rocas, como negras zarpas abiertas para atrapar la minúscula nave que se precipitaba hacia ellas.

Sacudiéndose de encima la horrorizada fascinación que lo atenazaba, Haplo elevó las manos sobre la esfera de gobierno de la nave y, al hacerlo, las runas de la piedra emitieron un brillo intenso, cegador. Entonces, la magia fluyó por sus alas, poniéndolas en acción, y la nave se elevó. Él *Ala de Dragón*, como la había bautizado, se desasíó del contacto con el magma viscoso y flotó sobre el mar de roca fundida.

El patryn escuchó detrás de él un gemido y un sonido confuso. Cuando se volvió, el perro estaba incorporado a cuatro patas, ladrando en tono amenazador. Alfred estaba encogido sobre la cubierta, con una palidez mortal en el rostro.

—Creo que me voy a marear —dijo desmayadamente.

—¡No se te ocurra devolver aquí! —exclamó Haplo, notando un temblor en sus manos y experimentando también un nudo en el estómago y el amargo regusto de la bilis en la boca. Se concentró en el pilotaje de la nave.

Al parecer, Alfred también consiguió dominarse, pues el patryn no volvió a oírlo mientras maniobraba para ganar altura, con la esperanza de descubrir que habían salido de la caverna. Conforme se elevaba en la oscuridad, Haplo observó con desazón las formaciones de estalactitas. Éstas tenían un tamaño increíble; algunas medían más de mil brazas de diámetro. Abajo, muy lejos, quedaba el resplandor del mar de magma que se extendía hasta un horizonte rojo sobre negro.

Llevó de nuevo la nave hacia abajo, cerca de la orilla del mar, pues había distinguido a babor un objeto que penetraba en el magma y que parecía obra de la

—

—

mano del hombre. Sus líneas eran demasiado rectas y regulares para ser producto de la naturaleza, por mucho que ésta fuera guiada por la magia. Al llegar un poco más cerca, Haplo observó lo que parecía un embarcadero, que se extendía desde la orilla hasta el océano de lava.

El patryn descendió todavía más y estudió detenidamente la extraña formación, tratando de obtener una visión clara.

—¡Mira! —exclamó Alfred, sentándose erguido y señalando algo. El perro, sobresaltado, emitió un gruñido—. ¡Ahí, a tu izquierda!

Haplo volvió la cabeza imaginando que estaban a punto de chocar con una estalactita, pero no vio nada delante de él y tardó unos instantes en determinar qué le señalaba el sartán.

A lo lejos se observaban bancos de nubes, creados por el encuentro del calor extremo del mar de magma y el aire frío de la parte superior de la inmensa caverna. En las nubes, arrastradas por el viento, se abrían algunos claros y entonces se hacían visibles mil y un pequeños puntos de luz que titilaban como estrellas.

Pero no podía tratarse de estrellas, en aquel mundo subterráneo.

El último velo de nubes se rasgó en jirones y, por fin, Haplo logró ver con claridad de qué se trataba. Repartidos por las planicies en terrazas, lejos del mar de magma, se alzaban los edificios y torres de una ciudad enorme.

—

—

CAPÍTULO

PUERTO SEGURO, ABARRACH

—¿Adonde conduces la nave? —quiso saber Alfred.

—Voy a amarrar en ese muelle, o lo que quiera que sea eso de ahí —respondió Haplo, dirigiendo la vista a la ventana con un gesto de la barbilla.

—¡Pero si la ciudad está en la orilla contraria!

—Precisamente.

—Entonces, ¿por qué no...?

—No me explico cómo has podido sobrevivir tanto tiempo, sartán. Supongo que se debe a esa costumbre tuya de desmayarte. ¿Qué harías tú? ¿Precisamente ante las puertas de una ciudad extraña, sin saber quién la habita, y pedir educadamente a sus moradores que te dejen entrar? ¿Qué les dirías cuando te preguntasen de dónde vienes, qué haces aquí y por qué quieres entrar en la ciudad?

—Les diría... esto... Está bien, supongo que tienes razón en este punto —concedió Alfred débilmente—. De todos modos, ¿qué conseguiremos amarrando la

nave donde tú dices? —preguntó, haciendo un gesto vago—. Quienquiera que viva en ese lugar espantoso —el sartán no pudo evitar un escalofrío— se hará esas mismas preguntas.

—Tal vez. —Haplo dirigió una mirada penetrante y escrutadora al lugar donde pensaba posar la embarcación—. O tal vez no. Echa un vistazo, con cuidado. Alfred dio un paso hacia la portilla acristalada. El perro emitió un gruñido, irguió las orejas y descubrió los dientes. El sartán se detuvo al instante.

—Está bien, perro. Deja que se acerque. Límitate a vigilarlo —ordenó Haplo al animal, que volvió a tumbarse sobre la cubierta sin apartar del sartán sus ojos de mirada inteligente.

Alfred cruzó con torpeza la cubierta, mirando de reojo al animal. El leve balanceo de la nave hizo que el sartán trastabillara. Haplo meneó la cabeza y se preguntó qué diablos iba a hacer con Alfred mientras exploraba aquel mundo. Alfred llegó hasta el mirador sin graves contratiempos y, apoyado en el cristal, observó el exterior.

La nave descendió en espiral por los aires hasta posarse con suavidad en el magma, donde quedó flotando sobre las olas viscosas de roca fundida.

El embarcadero había sido tallado en lo que una vez había sido un afloramiento natural de obsidiana que penetraba en el mar de magma. Otros edificios de factura humana, excavados en la misma roca, se alzaban frente al muelle al otro lado de una tosca calle.

—¿Ves alguna señal de vida? —preguntó Haplo.

—No observo el menor movimiento —respondió Alfred, mirando detenidamente—. Ni en los muelles ni en la ciudad. Somos la única embarcación a la vista. El lugar está desierto.

—Sí, tal vez. Nunca se sabe. Esto podría ser el equivalente a la noche en este mundo. Podría ser que todo el mundo durmiera. Pero, al menos, no hay vigilancia. Con un poco de suerte, seré yo quien haga las preguntas.

Haplo aproximó la nave dragón al muelle y su mirada escrutó la pequeña población tallada en la roca. Más que un pueblo, decidió por fin, parecía una zona portuaria de carga. La mayoría de los edificios tenía aspecto de almacenes, aunque aquí y allá había algunos que podían ser tiendas o tabernas.

—

—

¿Quién podía navegar por aquel océano espantoso, letal para cualquiera salvo para los protegidos por una magia poderosa, como la suya? Aquel mundo extraño y ominoso despertaba en él una gran curiosidad, mayor de la que había sentido por los mundos que había visitado antes, cuyas características recordaban bastante a las del suyo.

No obstante, seguía sin saber qué hacer con Alfred. Al parecer, el sartán compartía sus pensamientos, pues Haplo lo oyó preguntar en tono sumiso:

—¿Que vas a hacer conmigo?

—Lo estoy pensando —murmuró el patryn, fingiendo estar absorto en la delicada maniobra de amarre aunque, en realidad, la nave era gobernada por la magia de las runas de la piedra de dirección.

—No quiero quedarme aquí. Iré contigo.

—La decisión no es cosa tuya. Harás lo que yo te diga y basta, sartán. Y, si digo que te quedas aquí con el perro para vigilarte, aquí te quedas. De lo contrario, lo lamentarás.

Alfred movió la cabeza calva lentamente, con aire de serena dignidad.

—No me amenazas, Haplo. La magia sartán es diferente de la patryn, pero tiene

las mismas raíces y es igual de poderosa. Yo no he utilizado mi magia con la misma frecuencia con que las circunstancias te han obligado a ti a emplear la tuya. Pero soy más viejo y estarás de acuerdo conmigo en que cualquier tipo de magia se potencia y refuerza con la edad y el conocimiento.

—¿De acuerdo? ¿Estar de acuerdo? —repitió Haplo con una risilla burlona, aunque su mente evocó al instante a su Señor, cuya edad era insondable, y al enorme poder que había acumulado.

Echó un vistazo a su enemigo, al representante de una raza que había sido la única fuerza en el universo capaz de poner coto a la desmedida ambición de los patryn, a su justa aspiración de hacerse con el dominio completo y absoluto sobre los vacilantes sartán y sobre los pendencieros mensch, de comportamiento caótico. Alfred no parecía un enemigo muy formidable. Su rostro apacible indicaba, a juicio del patryn, una personalidad débil y blanda. Su porte, con los hombros hundidos, daba a entender una actitud servil, ovejuna. Haplo ya sabía que el sartán era un cobarde. Peor aún, Alfred iba vestido con una indumentaria apropiada sólo para una sala real: una levita raída, unos calzones ceñidos, atados a las rodillas con unos lazos de ralo terciopelo negro, un pañuelo de cuello con bordados, un gabán de amplias mangas y unos zapatos adornados con hebillas. Pese a ello, Haplo había visto a aquel tipo, a aquel débil ejemplar de sartán, paralizar con un hechizo a un dragón merodeador mediante unos simples movimientos de aquel cuerpo tan torpe. Haplo no tenía ninguna duda de quién vencería en un enfrentamiento entre los dos y supuso que Alfred tampoco la tendría, pero una lucha de aquellas características le haría perder tiempo y las armas mágicas de combate que emplearían dos seres como ellos, lo más parecido a dioses que podría concebir un mensch, anunciarían sin duda su presencia a cualquier ser que estuviera al alcance de la vista o del oído.

Además, después de reflexionar, Haplo llegó a la conclusión de que no tenía un especial interés en dejar al sartán a bordo. El perro no dejaría respirar siquiera a Alfred, si así se lo ordenaba. Pero a Haplo no le había gustado el comentario del sartán acerca del animal. «Sí, el perro, ya sé», había dicho. ¿Qué era lo que sabía? ¿Qué era lo que había que saber? El perro era un perro. Nada más, salvo que el animal le había salvado la vida en una ocasión.

El patryn amarró la nave en el muelle silencioso y vacío y se mantuvo alerta, casi convencido de que pronto aparecería alguien a recibirlos. Un funcionario interesado en saber qué los llevaba allí, o algún paseante ocioso que contemplara la arribada con curiosidad.

—
—

Siguió sin ver a nadie. Haplo sabía poco de muelles y dársenas pero interpretó aquella soledad como una mala señal. O todo el mundo estaba profundamente dormido y totalmente desinteresado de lo que sucedía en el muelle o bien el pueblo, como había apuntado Alfred, estaba desierto. Y los pueblos desiertos solían estarlo por alguna razón, y tal razón no solía ser nada bueno.

Una vez amarrada la nave, Haplo desactivó la piedra de dirección y la colocó de nuevo sobre el pedestal mientras el brillo de sus runas iba apagándose. A continuación, inició los preparativos para desembarcar. Revolviendo entre su equipaje, encontró un rollo de tela blanca y empezó a vendarse meticulosamente las manos y las muñecas, ocultando las runas tatuadas en su piel.

Los tatuajes cubrían casi todo su cuerpo, que mantenía siempre tapado bajo una gruesa indumentaria: blusa de manga larga, un largo manto de cuero, pantalones de piel con las perneras por dentro de unas botas altas, también de cuero, y un

pañuelo atado en torno al cuello. Ningún signo mágico adornaba su rostro torvo, de mandíbula cuadrada y recién afeitado, ni las palmas de sus manos o las plantas de sus pies, pues la magia de las runas podía afectar a los procesos mentales y a la percepción de los sentidos físicos; el tacto, la vista, el oído, el olfato...

—Permíteme una curiosidad —dijo Alfred, observando con interés las maniobras de su interlocutor—. ¿Por qué te molestas en camuflarte? Hace siglos que..., que... —titubeó, sin saber cómo continuar.

—¿...que nos encerrasteis en esa cámara de torturas que llamabais prisión? —completó la frase Haplo, lanzando una fría mirada al sartán. Éste bajó la cabeza.

—No sabía... No me había dado cuenta. Ahora sí. Ahora lo comprendo. Y lo lamento.

—¿Comprender? ¿Cómo vas a entender nada sin haber estado allí? —Haplo hizo una pausa y se preguntó de nuevo, incómodo, dónde habría estado Alfred durante la travesía de la Puerta de la Muerte—. Que lo lamentas... Eso seguro, sartán. Ya veremos el tiempo que duras en el Laberinto. Y, para responder a tu pregunta, la razón de que me camufle es que ahí fuera puede haber gente (como tú, por ejemplo) que recuerde a los patryn. Y mi Señor no quiere que nadie los recuerde. Al menos, por el momento...

—Podría haber otros como yo, que se acordarían de vosotros e intentarían deteneros. Es eso a lo que te refieres, ¿verdad? —Alfred exhaló un suspiro—. No seré yo quien pueda. Estoy solo y, por lo que deduzco, vosotros sois muchos. Cuando estuviste en Pryan, no encontraste rastro de que alguno de los míos viviera, ¿verdad?

Haplo lanzó una mirada penetrante al sartán, sospechando algún truco aunque no lograba imaginar cuál. Por un instante, volvió a ver las hileras de tumbas con sus jóvenes cadáveres bajo los cristales. Adivinó la búsqueda desesperada que había llevado a cabo Alfred por todos los rincones de Ariano, desde los reinos altos de los hechiceros autoprosritos hasta los territorios inferiores de los casi esclavos gegas, y experimentó de nuevo la terrible pena de llegar a la conclusión de que sólo él había sobrevivido, de que su raza y todos sus sueños y planes habían muerto.

¿Qué había salido mal? ¿Cómo podían haberse consumido hasta desaparecer unos seres casi divinos? Y, si un desastre semejante podía sucederles a los sartán, ¿era posible que se produjera también entre los patryn?

Molesto, Haplo apartó de su mente tal pensamiento. Los patryn habían sobrevivido en una tierra decidida a matarlos, lo cual demostraba que siempre habían tenido razón. Ellos eran los más fuertes, los más inteligentes, los más adecuados para mandar.

—En efecto, no encontré el menor rastro de los sartán en Pryan —repuso Haplo—, excepto una ciudad construida por ellos.

—¿Una ciudad? —repitió Alfred, esperanzado.

—

—

—Abandonada. Hace mucho. Dejaron un mensaje que hablaba de que una fuerza de algún tipo los obligaba a marcharse.

Alfred pareció desconcertado.

—¡Pero eso es imposible! —musitó—. ¿Qué clase de fuerza podría ser? No existe ninguna, salvo quizá la vuestra, que pueda destruirnos o tan siquiera intimidarnos. Haplo se vendó la mano diestra y miró al sartán con aire ceñudo. Alfred parecía sincero, pero Haplo había viajado con él por Ariano y sabía que no era tan ingenuo como parecía. Alfred había descubierto que Haplo era un patryn mucho antes de que éste averiguara su condición de sartán.

Si Alfred sabía algo de una fuerza semejante, no parecía dispuesto a decirlo. Ya se encargaría de sacárselo el Señor del Nexo.

Terminó de colocarse los extremos de las vendas bajo los puños cerrados de la blusa y llamó con un silbido al perro, que se levantó de un brinco, impaciente.

—¿Estás listo, sartán?

Alfred parpadeó, sorprendido, antes de responder:

—Sí, estoy preparado. Por cierto, ya que hablamos en el idioma humano, tal vez será mejor que me llames por mi nombre, en lugar de «sartán».

:—¿Qué? ¡Yo no llamo por un nombre ni siquiera al perro, y ese animal significa para mí mucho más que tú!

—Puede haber quien recuerde a los sartán, además de a los patryn.

Haplo se mordió el labio inferior y reconoció que su interlocutor tenía razón.

—Está bien, *Alfred* —hizo que el nombre sonara a insulto—. Aunque no creo que te llames así de verdad, ¿me equivoco?

—No. Es un nombre supuesto, en efecto. Al contrario que el tuyo, mi verdadero nombre sonaría muy extraño a los mensch.

—¿Cómo te llamas, entonces? ¿Cuál es tu nombre sartán? Por *si* te interesa, te diré que sé hablar en tu idioma, aunque no me gusta hacerlo.

—Si es cierto que dominas nuestra lengua —Alfred se puso más erguido—, sabrás que pronunciar nuestro nombre es pronunciar las runas e invocar el poder de éstas. Por lo tanto, nuestro verdadero nombre sólo lo conocemos nosotros y quienes nos aman. Sólo un sartán puede pronunciar el nombre de otro sartán. Igual que tu nombre —Alfred alzó uno de sus dedos finos y largos y apuntó con él al pecho de Haplo— está marcado en tu piel y sólo puede ser leído por aquellos a quienes amas y en quienes confías. Yo también hablo tu lengua, ¿sabes? aunque tampoco me gusta.

—¡Amar! —replicó Haplo con un bufido—. ¡Nosotros no amarnos a nadie! El amor es el mayor peligro que existe en el Laberinto, ya que todo cuanto uno ame tiene encima una muerte segura. En cuanto a confiar, hemos tenido que aprender a hacerlo. Esa prisión vuestra nos ha enseñado mucho al respecto. Hemos tenido que confiar los unos en los otros porque era el único medio de sobrevivir. Y, hablando de supervivencia, supongo que querrás asegurarte de que no me pase nada, a menos que creas que puedes pilotar la nave de regreso a través de la Puerta de la Muerte.

—¿Y qué sucede si mi supervivencia depende de ti?

—No te preocupes por eso. Me ocuparé de que no te suceda nada. Aunque no creo que me lo agradezcas más adelante.

Alfred echó un vistazo a la piedra de gobierno y a los signos mágicos grabados en ella. Una por una, reconocía todas las runas, pero estaban distribuidas en diseños muy distintos de los que él conocía. Los idiomas elfo y humano también utilizaban un alfabeto con las mismas letras, se dijo, pero las dos lenguas eran muy diferentes. Y, aunque supiera hablar el idioma patryn, Haplo tuvo la seguridad de que el sartán era incapaz de utilizar la magia patryn.

—

—

—No —respondió Alfred—. Me temo que no sabría pilotar la nave.

Haplo soltó una breve carcajada de ironía y empezó a dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo bruscamente. Volviéndose, levantó una mano en gesto de advertencia.

—Y no se te ocurra probar conmigo ese truco de desmayarse. No me hago responsable de lo que suceda si vuelves a perder el sentido.

—Me temo que no puedo controlar esas pérdidas de conocimiento —respondió Alfred, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Bueno, al principio podía; las empleaba para disfrazar mi magia, como tú utilizas esas vendas. ¿Qué iba a hacer, si no? Igual que en tu caso, yo tampoco podía revelar mi condición de semidiós pues todo el mundo habría querido utilizarme. Los elfos habrían querido que matara a los humanos, éstos me habrían pedido que acabara con los elfos... y todos los tipos codiciosos, de cualquier raza, me habrían insistido para que les proporcionara riquezas.

—De modo que optaste por recurrir a los desmayos.

—Sí —Alfred alzó las manos y las contempló detenidamente—. La primera vez fue cuando me asaltaron unos ladrones. Podría haberlos borrado del mapa con una sola palabra. Podría haberlos convertido en bloques de piedra. Podría haber fundido sus pies con el pavimento o hacerlos objeto de un hechizo irreversible..., pero con ello habría dejado una huella indeleble en el mundo, y me entró miedo. No de ellos, sino de lo que podía hacerles con mi magia. La confusión mental y la angustia que experimenté fueron tan intensas que mi mente no pudo soportarlas. Cuando volví en mí, supe cómo había resuelto el dilema. Sencillamente, me había desmayado. Los ladrones se habían llevado lo que querían y me habían dejado en paz. Pero ahora no puedo controlar esas pérdidas de conciencia. Simplemente... suceden.

—Estoy seguro de que puedes hacerlo. Lo que sucede es que no quieres. Has convertido ese número espectacular en una salida fácil. —El patryn señaló con un gesto el llameante mar de lava que emitía su calor y su resplandor en torno al casco de la nave—. ¡Pero si te sobreviene en este mundo donde nos encontramos ahora y caes a uno de esos charcos de magma incandescente, será la última vez que montes ese truco!

Haplo se volvió y añadió, en tono terminante:

—¡Vamos, perro! ¡Y tú también, *Alfred*!

—

—

CAPÍTULO

PUERTO SEGURO, ABARRACH

Haplo dejó la nave amarrada al muelle, flotando en el aire sobre el magma gracias a la magia. No lo inquietaba que pudiera sucederle algo a la embarcación, pues las runas de protección la defendían mejor de lo que pudiera hacerlo él mismo y no permitirían que nadie subiera a bordo durante su ausencia. Aunque parecía improbable que alguien fuera a intentarlo. Nadie se acercó a la nave, ningún funcionario del puerto les requirió qué los llevaba allí, ningún buhonero corrió a ofrecerles sus mercancías, ni apareció marinero alguno a observar con aire ocioso qué aspecto tenían los recién llegados.

El perro saltó de la cubierta al muelle. Haplo lo siguió y aterrizó casi con la misma ligereza y sigilo que el animal. Alfred remoloneó en cubierta, presa del nerviosismo, deambulando arriba y abajo.

Haplo, exasperado, estaba a punto de dejar allí al sartán cuando, en un gesto de desesperado valor, Alfred se lanzó al aire agitando brazos y piernas y fue a caer como un fardo sobre el embarcadero de roca. Tardó varios segundos en reaccionar, tras las cuales se palpó y se miró como si tratara de determinar dónde tenía cada extremidad y se confundiera con ellas. Haplo lo observó, divertido a medias e irritado por completo, y sintió el impulso de ayudar al torpe sartán aunque sólo fuera para apresurar la marcha. Por fin, Alfred se recuperó, comprobó que no tenía ningún hueso roto y echó a andar junto a Haplo y el perro.

Avanzaron lentamente por el embarcadero y Haplo se tomó su tiempo en

investigaciones. En un momento determinado, se detuvo a inspeccionar en detalle varios fardos apilados en los muelles. El perro los olisqueó y Alfred los observó con curiosidad.

—¿Qué crees que son?

—Materias primas de alguna clase —respondió Haplo, tocando uno de los fardos con cautela—. Algo fibroso y blando. Tal vez se utilice para fabricar tejidos... —Hizo una pausa, se inclinó más cerca del fardo, casi como si lo olfateara a imitación del perro. Después, se incorporó y dijo a Alfred, señalando algo—: ¿Qué opinas de esto?

El sartán pareció bastante sorprendido de que el patryn se dirigiera a él de aquella manera, pero se inclinó a su vez, entrecerrando sus ojos apacibles y mirando distraídamente donde le indicaba.

—¿Qué...? No sé qué...

—Fíjate bien. Las marcas del costado de los fardos. Alfred acercó la nariz al lugar que decía, dio un respingo, palideció ligeramente y dio un paso atrás.

—¿Y bien? —inquirió Haplo.

—Yo... no estoy seguro.

—¡Claro que sí!

—Las marcas están borrosas y resultan difíciles de leer.

Haplo movió la cabeza en gesto de negativa y continuó adelante al tiempo que lanzaba un silbido al perro, el cual creía haber encontrado una rata y estaba hurgando frenéticamente bajo uno de los fardos.

El pueblo de obsidiana estaba sumido en un silencio opresivo, cargado de malos presagios. No había niños corriendo por la calle ni cabezas asomadas a las ventanas. Sin embargo, era evidente que un día había estado rebosante de vida,

—
—

por imposible que pudiera parecer esto en la proximidad del mar de magma cuyo calor y vapores debían de ser letales para cualquier mortal.

Para cualquier mortal corriente. No para unos semidioses.

Haplo continuó la inspección de los diversos objetos y bultos apilados en el muelle. De vez en cuando, se detenía y miraba con más atención algo en concreto; entonces, se volvía a Alfred y lo señalaba en silencio. El sartán estudiaba el objeto, miraba a Haplo y se encogía de hombros con una mueca de perplejidad.

Los dos recién llegados penetraron en las calles del pueblo. Nadie salió a saludarlos, a darles la bienvenida o a amenazarlos. Para entonces, Haplo ya estaba seguro de que no aparecería nadie. Un escozor de ciertas runas de su piel lo habría alertado de la presencia de cualquier ser vivo, pero su magia sólo estaba ocupada en mantener su cuerpo frío y en filtrar ciertos componentes nocivos del aire que respiraba. Alfred parecía nervioso, pero el sartán habría parecido nervioso incluso en una guardería infantil.

Dos preguntas rondaban por la cabeza de Haplo: quién había vivido allí, y por qué ya no quedaba nadie.

La población constaba de una serie de edificios excavados en la negra roca, formando una única calle. Una de las edificaciones, frente al embarcadero, lucía en las ventanas unos cristales gruesos y toscos. Haplo miró a través de ellos. A lo largo de las paredes, una serie de globos bañaban con una luz suave y cálida una gran sala llena de mesas y sillas. Una posada, tal vez.

La puerta de la posada estaba confeccionada con una especie de hierba entretejida, áspera y resistente, que recordaba el cáñamo. Esta fibra había sido cubierta con una gruesa capa de una resina satinada que la hacía lisa e

impermeable. Haplo encontró la puerta entreabierta, no en señal de bienvenida sino como si el propietario hubiera abandonado el lugar con tantas prisas que se hubiera descuidado de cerrarla.

Haplo se disponía a entrar para investigar cuando llamó su atención una marca en la puerta. La estudió con detalle y la duda que daba vueltas en su mente se convirtió en firme certeza. No dijo nada; se limitó a señalar la marca con el dedo muy tieso.

—En efecto —asintió Alfred sin alzar la voz—. Una estructura rúnica.

—Una estructura rúnica sartán —lo corrigió Haplo con aspereza.

—Unas runas sartán degeneradas, o tal vez el calificativo más adecuado sería «alteradas». No puedo pronunciarlas, ni utilizarlas. —Con la cabeza ladeada y los hombros encogidos, Alfred tenía un insólito parecido con una tortuga asomando de su caparazón—. Y tampoco puedo explicarlas.

—Es la misma estructura que hemos visto en los fardos.

—No sé cómo puedes estar seguro. —Alfred seguía sin comprometerse en sus respuestas—. Las de esos bultos estaban casi borradas...

Haplo se acordó de Pryan y de la ciudad de los sartán que había descubierto allí.

En aquella ciudad también había visto runas, aunque no en las posadas. Las hospederías de Pryan tenían rótulos en humano, en elfo y también en el idioma de los enanos. Recordó entonces que el enano —¿cómo se llamaba el tipejo?— había demostrado tener algunos conocimientos de la magia rúnica, pero rudimentarios y casi infantiles. Cualquier niño sartán de tres años habría derrotado al enano de Pryan en un concurso de adivinación de runas.

Por degenerada o alterada que estuviera, aquella estructura rúnica era compleja.

Consistía en unas runas de protección de la posada y de buenos augurios para quienes entraban. Por fin, Haplo había dado con lo que andaba buscando, con lo que temía encontrar: el enemigo sartán. Y, a juzgar por las apariencias, se hallaba en mitad de una civilización entera de tales enemigos.

Estupendo. Sencillamente magnífico.

—

—

Haplo entró en la posada y sus botas avanzaron sin hacer ruido sobre el suelo alfombrado.

Alfred se deslizó tras él y miró a su alrededor con asombro.

—¡No sé quién habría aquí pero, desde luego, se marchó a toda prisa! —murmuró.

Haplo estaba de mal humor y no tenía ganas de conversación. Prosiguió su investigación en silencio, examinó las lámparas y lo sorprendió comprobar que no tenían mecha. Un estrecho tubo que sobresalía de la pared expelía un chorro de gas que se quemaba en una llamita luminosa. Haplo apagó la llama de un soplo, olfateó el gas y arrugó la nariz. Si uno lo respiraba demasiado tiempo sin la protección de la magia, podía morir sin apenas darse cuenta.

Escuchó un ruido y volvió la cabeza. Alfred, en un gesto automático e impulsivo, acababa de enderezar una silla que había encontrado volcada en el suelo. El perro olisqueó un pedazo de carne caído bajo una mesa.

Dondequiera que Haplo dirigiese la mirada, aparecían nuevas estructuras rúnicas de los sartán.

—No hace mucho tiempo que los tuyos han desaparecido de aquí —comentó, advirtiendo la amargura de su tono de voz y esperando que ocultara el nudo de temor, rabia y desesperación que sentía retorcerse en sus entrañas.

—¡No digas eso! —protestó Alfred. ¿Acaso trataba de no dar demasiado pábulo a

sus esperanzas? ¿O tal vez sonaba, más bien, tan asustado como Haplo?—. No tenemos otras pruebas que...

—¡No me vengas con ésas! ¿Crees que los humanos podrían vivir mucho tiempo en esta atmósfera tóxica, por muy avanzados que sean sus conocimientos de la magia? ¿Podrían hacerlo los elfos, o los enanos? ¡No! El único pueblo capaz de sobrevivir aquí es el tuyo.

—O el tuyo —lo corrigió Alfred.

—Sí, claro. Pero los dos sabemos que esto último es imposible.

—No sabemos nada. Podría ser que los mensch vivieran aquí, que se adaptaran con el tiempo...

Haplo se volvió, lamentando haber iniciado la conversación.

—De nada sirve hacer suposiciones —dijo—. Probablemente, no tardaremos en descubrir lo que pasó. No hace mucho tiempo que los habitantes de este lugar, fueran quienes fuesen, lo abandonaron.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Como respuesta, el patryn sostuvo en alto una hogaza de pan que acababa de partir.

—Observa —indicó a Alfred—. Está duro por fuera, pero el centro aún está blando. Si llevara mucho tiempo aquí, todo el pan estaría duro. Y la hogaza no lleva ninguna runa de conservación, de modo que tenían pensado comérsela, no guardarla.

—Ya veo. —Alfred estaba admirado—. Jamás se me habría ocurrido...

—En el Laberinto, uno aprende a buscar indicios e interpretarlos. Quién no lo hace, no sobrevive. El sartán, incómodo, cambió de tema.

—¿Por qué se marcharían? ¿Qué crees que sucedió?

—Yo diría que una guerra —respondió Haplo, levantando una copa llena de vino y acercándola a la nariz. El contenido tenía un olor horrible.

—¡Una guerra! —El tono de desconcierto de Alfred llamó de inmediato la atención del patryn.

—Sí, pensándolo bien resulta extraño, ¿verdad? Vosotros, los sartán, os enorgulleceís de encontrar soluciones pacíficas a los problemas, ¿verdad? Pues bien

—
—

—continuó, encogiéndose de hombros—, todo me lleva a pensar que la causa es ésa.

—No entiendo...

Haplo hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—La puerta entreabierta, la sillas caídas, la comida sin terminar, la ausencia de barcos en el puerto...

—Me temo que sigo sin entender.

—Una persona que abandona su propiedad esperando volver cierra y asegura la puerta para encontrarla como la ha dejado. Una persona que huye de su casa porque le va en ello la vida, lo deja todo como está. Además, la gente que estaba aquí huyó en mitad de una comida, dejando tras de sí objetos que suelen guardarse o llevarse: platos, cubiertos, jarras, botellas... Botellas llenas, por cierto. Seguro que, si subes al piso de arriba, encontrarás aún la mayor parte de su ropa en las habitaciones. Les llegó un aviso de peligro y todos se apresuraron a abandonar el lugar.

Alfred abrió unos ojos como platos, presa de un súbito espanto mientras la imagen que le describía Haplo iba abriéndose paso en su mente con una luz malsana.

—Pero... si lo que dices es cierto..., lo que los haya atacado a ellos...

—...nos atacará a nosotros —terminó la frase Haplo. Se sentía más alegre. Alfred tenía razón: aquello no podía ser cosa de los sartán. Por lo que conocía de su historia, éstos no habían hecho jamás la guerra a nadie, ni siquiera a sus enemigos más temidos. Habían encerrado a los patryn en una cárcel, en una prisión mortal, pero, según los propios patryn, aquella prisión había tenido como objeto original rehabilitar, y no matar, a sus internos.

—Y, si se han marchado con tantas prisas, la causa de su huida no puede andar muy lejos. —Alfred echó una nerviosa ojeada por la ventana—. ¿No deberíamos continuar la marcha?

—Sí, supongo que sí. No hay mucho más que descubrir, por aquí.

Pese a su torpeza, el sartán podía moverse con bastante rapidez, cuando quería.

El fue el primero en llegar a la puerta, antes incluso que el perro. Ganó precipitadamente la calle y ya estaba a medio camino del muelle, corriendo entre traspies hacia la nave, cuando se dio cuenta de que estaba solo. Dio media vuelta y llamó a Haplo, que se encaminaba en dirección contraria, hacia el otro extremo del pueblo.

El grito de Alfred arrancó un eco estentóreo de los silenciosos edificios. Haplo no hizo caso y continuó caminando. El sartán se encogió y reprimió otro grito. Luego, se lanzó a un trotecillo, tropezó con sus propios pies y cayó de bruces. El perro lo esperó, por orden de Haplo. Finalmente, Alfred llegó a su altura.

—Si lo que dices resulta cierto —dijo entre jadeos, casi sofocado por el esfuerzo—, el enemigo debe de estar ahí delante.

—Lo está —respondió Haplo con frialdad—. Mira.

Alfred lo hizo y vio un charco de sangre reciente, una lanza rota y un escudo. Se pasó una mano temblorosa por la calva, en gesto nervioso, y murmuró:

—Entonces..., ¿entonces, por qué quieres ir por ahí?

—Para encontrarlo.

—

—

CAPITULO

CAVERNAS DE Salfag, Abarrach

La calle estrecha que tomaron Haplo y su reacio acompañante se estrechó hasta terminar entre gigantescas estalagmitas que se alzaban en torno a la base de un acantilado de obsidiana de paredes cortadas a pico. El mar de magma lamía perezosamente su pie y la roca emitía un brillante reflejo bajo la tenue luz. La pared del acantilado se alzaba hasta perderse entre las sombras cargadas de vapor. Por allí no podía venir hacia ellos ningún ejército.

Haplo dio media vuelta y observó una amplia llanura tras la pequeña población portuaria. No alcanzó a ver gran cosa, pues buena parte de la planicie quedaba envuelta en las sombras de aquel mundo que no conocía otro sol que el de su propio núcleo. Sin embargo, a veces, un río de lava se desviaba del curso principal y se extendía hacia la enorme llanura rocosa. Al reflejo de su luz, el patryn vio desiertos de fango burbujeante y viscoso, montañas volcánicas de rocas retorcidas y angulosas y, sobre todo, unas extrañas columnas cilíndricas de inmensas dimensiones que se alzaban hasta la oscuridad.

—Obra de una mano inteligente —pensó Haplo y, demasiado tarde, se dio cuenta de que había pronunciado la frase en voz alta.

—Sí —respondió Alfred, volviendo la cabeza hacia arriba hasta casi caer de espalda. Recordando lo que había dicho Haplo de caerse a un charco, el sartán bajó la cabeza y se apresuró a recuperar el equilibrio—. Seguramente llegan hasta el

techo de esta enorme cavidad, pero... ¿por qué? Es evidente que la cueva no necesita esas columnas como apoyo.

Nunca, ni en sus momentos de imaginación más desbordante, había soñado Haplo que un día se vería conversando sobre formaciones geológicas como un sartán en un mundo infernal. No le gustaba hablar con Alfred, ni escuchar su voz aguda y quejumbrosa, pero esperaba infundirle una sensación de seguridad por medio de la conversación. Quería conducirlo a temas que quizá dieran lugar a un desliz, a revelar lo que pudiera ocultar acerca de los sartán y de sus planes.

—¿Has visto imágenes o leído historias sobre este mundo? —inquirió el patryn. Utilizó un tono despreocupado, sin mirar siquiera a Alfred, como si la respuesta de éste lo trajera sin cuidado.

El sartán, en cambio, le dirigió una rápida mirada y se pasó la lengua por los labios. La verdad es que era malísimo mintiendo.

—No.

—Pues yo, sí. Mi Señor descubrió unos dibujos de todos los mundos, que dejasteis olvidados cuando nos abandonasteis a nuestra suerte en el Laberinto. Alfred quiso decir algo, pero se contuvo y guardó silencio.

—Este mundo de piedra que creó tu gente parece un queso habitado por ratones —continuó Haplo—. Está lleno de cavernas como ésta. Son unas cavidades tan enormes que una sola de ellas podría contener fácilmente a toda la nación elfa de Tribus. Túneles y cuevas recorren todo el mundo de piedra entrecruzándose, descendiendo en pendiente y ascendiendo en espiral. Ascendiendo... ¿adonde? ¿Qué hay en la superficie?

—Haplo contempló las torres cilíndricas que se perdían en las tinieblas de las alturas—. ¿Qué hay en la superficie, sartán?

—Creía que ibas a llamarme por mi nombre —protestó Alfred sin alzar la voz.

—

—

—Lo haré cuando no quede más remedio —gruñó Haplo—. Me deja un regusto desagradable.

—Para responder a tu pregunta, no tengo la menor idea de qué pueda haber en la superficie. Tú sabes mucho más que yo respecto a este mundo. —A Alfred le brillaron los ojos al imaginar las posibilidades—. Sin embargo, se me ocurre que... Haplo alzó la mano en gesto de alarma.

—¡Silencio!

Recordando el peligro que corrían, Alfred fue presa de una palidez mortal y se quedó paralizado donde estaba, temblando de pies a cabeza. Haplo se encaramó con sigilo y facilidad a las rocas, teniendo cuidado de no desprender ningún guijarro que pudiera hacer ruido al caer y descubriera su presencia. El perro, con el mismo tiento que su amo, se adelantó a éste con las orejas erectas y el pelaje del cuello erizado.

Haplo descubrió que la prolongación de la calle no terminaba, como había creído, junto a la pelada pared de roca. Encontró un sendero que corría entre las estalagmitas a lo largo de la base del farallón. Alguien había llevado a cabo un intento torpe y apresurado de destruir el sendero o, al menos, de retrasar el avance de quien pudiera transitar por él a continuación. Delante de él se había apilado un montón de rocas para ocultarlo. Los charcos de lava fundida hacían muy peligroso un resbalón, pero Haplo escaló el montón de rocas detrás del perro, que parecía tener un talento extraordinario para escoger el lugar más seguro para su amo. Alfred se quedó donde estaba, sin dejar de temblar. Haplo habría jurado que llegaba hasta sus oídos el castañeteo de dientes del sartán.

Tras salvar el último obstáculo de rocas, el patryn se encontró en la boca de otra caverna. La entrada, en un enorme arco, quedaba invisible desde abajo, pero se observaba claramente desde el lado del mar. Un río de magma fluía hacia el interior de la caverna. El camino continuaba junto a una de sus orillas, siguiendo su curso hacia el seno de la oquedad iluminada por la lava.

Haplo se detuvo junto a la boca de la caverna y aguzó el oído. Los sonidos que había captado antes resultaban más claros desde allí. Eran voces, cuyo eco resonaba en la cueva. Un número considerable de gente, a juzgar por el estruendo que se producía en algunos momentos, aunque en otros todas las voces callaban y una sola continuaba hablando. El eco deformaba las palabras y no logró identificar qué idioma usaban, pero la cadencia no le sonó desconocida. Desde luego, no se parecía a ninguno de los dialectos elfos, humanos o enanos que había oído hablar en Ariano o en Pryan.

El patryn escrutó la cueva con aire meditabundo. El camino era ancho y sembrado de peñascos y rocas desprendidas. El curso de lava lo iluminaba, pero había rincones y huecos en sombras a lo largo del túnel donde podía ocultarse fácilmente alguien, sobre todo alguien acostumbrado a moverse en el silencio de la noche. Haplo calculó que le sería posible acercarse a los ocupantes de la oquedad, echarles un vistazo de cerca y trazar sus planes de acuerdo con lo que descubriera.

—Pero ¿qué diablos hago con Alfred? —murmuró. Miró atrás y vio al sartán larguirucho y desgarrado, posado en su roca como una cigüeña sobre una almena. Haplo recordó sus pies torpes, los imaginó tropezando entre las piedras y sacudió la cabeza. No; imposible, llevar a Alfred. Pero ¿dejarlo? Seguro que le ocurría algo a aquel estúpido. Como mínimo, se caería en algún charco de magma. Y el Señor del Nexo no estaría muy contento con la pérdida de una pieza tan valiosa.

¡Maldita fuera, pero si el sartán tenía su magia! ¡Y no tenía necesidad de esconderla! Al menos, de momento.

Haplo regresó con cuidado y sin hacer ruido hasta el lugar donde Alfred seguía paralizado y tembloroso. Acercando los labios al oído del sartán y cubriéndolos con la mano, el patryn cuchicheó:

—No digas una palabra. Límitate a escuchar.

—
—

Alfred asintió para mostrar que le había entendido. Su rostro podría haber servido de máscara en una obra titulada «Terror».

—Debajo de ese acantilado hay una caverna. Las voces que oímos proceden del interior. Probablemente, de mucho más lejos de lo que parece, pues la cavidad las deforma.

Alfred pareció muy aliviado. Y también muy dispuesto a dar media vuelta y correr a la nave. Haplo lo agarró por la manga, vieja y gastada, del gabán de terciopelo azul.

—Vamos a entrar ahí.

El sartán abrió los ojos con expresión alarmada, mostrando un círculo rojo en torno a los iris azul claro. Tragó saliva y habría asentido con la cabeza de no haber tenido el cuello rígido.

—Esas marcas sartán que hemos visto... ¿Acaso no quieres conocer la verdad? Si nos vamos ahora, quizá no lo descubriremos nunca.

Alfred bajó la cabeza y hundió los hombros. Haplo se dio cuenta de que su presa había caído en la red; ahora se trataba sólo de arrastrarlo. Por fin, el patryn entendió la fuerza que impulsaba la vida de Alfred. Costara lo que costase, el sartán tenía que saber con certeza si estaba solo en el universo o si quedaban con vida

más miembros de su raza y, en este último caso, qué había sido de ellos.

Alfred cerró los ojos, exhaló un profundo y estremecido suspiro y asintió. «Sí — leyó Haplo en sus labios—. Iré contigo.»

—Va a ser peligroso. Ni un ruido. El menor sonido y nos matarán a los dos, ¿entendido?

El sartán, con un gesto de impotencia, bajó la vista a sus pies enormes y torpes, y se miró las manos, que pendían a los costados como si su propietario no tuviera el menor control sobre ellas.

—¡Utiliza la magia! —lo instó Haplo con irritación.

Alfred dio un paso atrás, asustado. Haplo no dijo nada. Se limitó a señalar la caverna, el camino traicionero y sembrado de rocas y el resplandor de los charcos de roca fundida a ambos lados.

El sartán empezó a cantar y su voz nasal rebotó contra su paladar. Entonó el cántico en voz baja; Haplo, de pie junto a él, apenas lo oía pero, sensible al menor sonido que pudiera traicionarlos, el patryn tuvo que morderse la lengua para no ordenar a Alfred que cerrara la boca. La magia rúnica de los sartán emplea la vista, el sonido y el movimiento. Si Haplo quería que Alfred la utilizara, tendría que tolerar aquel cántico, que le producía dentera. Aguantó, pues, y observó la escena. Alfred se había puesto a bailar; las manos trazaban las runas que su voz conjuraba y los pies desmañados se movían en gráciles dibujos trazados por la voz. Y, de pronto, el sartán dejó de estar en la roca. Se elevó lentamente en el aire y se detuvo a un palmo del suelo. Luego, extendiendo las manos en gesto de modestia, sonrió a Haplo.

—Ésta es la solución más sencilla —susurró.

Haplo supuso que así era, pero le resultó desconcertante y tuvo que tranquilizar al perro, que se mostraba bastante amistoso con una Alfred posado en el suelo, pero que parecía tomarse a mal un compañero que flotaba en el aire.

Desde luego, el sartán había hecho lo que se le había pedido. Flotando sobre las rocas, Alfred hacía menos ruido que las corrientes de aire caliente que los envolvían. «Entonces, ¿qué sucede? —se preguntó Haplo con irritación—. ¿Estoy celoso, tal vez? ¿Por no poder hacer lo mismo? ¡Si no tengo el menor interés en imitarlo!»

Los patryn extraían su energía mágica de las posibilidades de lo que veían o percibían de algún modo, de lo físico. La tomaban del suelo, de las plantas y los árboles, de las rocas y de todos los objetos que existían a su alrededor. Apartarse

—
—

de la realidad era caer en un vacío caótico. La magia sartán utilizaba el aire, lo invisible, las posibilidades urdidas con la fe y la creencia. Haplo tenía la extraña sensación de que lo seguía un fantasma.

Volvió la espalda al flotante sartán, llamó al perro a su lado y se concentró en lo que estaba haciendo. Buscó de nuevo el mejor camino entre las rocas, con la esperanza de que Alfred se diera un buen golpe en la cabeza contra alguna.

El sendero que penetraba en la caverna resultó tal como Haplo había previsto.

Era ancho y mucho más fácil de recorrer de lo que había imaginado. Un carromato de gran tamaño habría podido circular por él sin apenas problemas.

Haplo se mantuvo pegado a la pared de la caverna, confundido con las sombras.

El perro, fascinado ante el Alfred volador, cerró la marcha con la cabeza levantada para observar, con absoluta incredulidad, aquella visión desconcertante. El sartán, con las manos unidas ante el cuerpo en ademán nervioso, flotaba suavemente entre ambos.

Desde allí, las voces del interior de la cavidad les llegaban con claridad. Parecía que la gente que hablaba iba a aparecer ante ellos al doblar el siguiente recodo del sinuoso túnel de acceso pero, como había anunciado Haplo, el sonido rebotaba en las paredes de roca y en el techo de la caverna, engañándolos. El patryn y su compañero avanzaron una distancia considerable hasta que la claridad de las palabras que captaban les avisó que, por fin, estaban acercándose.

La corriente de lava se hizo más estrecha y la oscuridad se incrementó a su alrededor. Alfred era ahora apenas una mancha confusa bajo la luz mortecina, y el perro desaparecía por completo cada vez que penetraba en una zona de sombras densas. El río de lava había sido en otro tiempo más ancho y profundo; Haplo reconoció su curso perfectamente dibujado en la roca. Sin embargo, el río se estaba agostando, enfriando, y el patryn notó el consecuente descenso de la temperatura en la cavidad a oscuras. Un poco más allá, el curso de magma se agotó por completo y la luz desapareció, dejándolos en una oscuridad impenetrable. Haplo se detuvo y recibió de inmediato en la espalda el impacto de un objeto pesado. Con una muda maldición, apartó al flotante Alfred, que se le había echado encima sin advertir su brusca detención. El patryn acarició la idea de invocar un poco de luz, una habilidad muy simple que había aprendido en la infancia, pero el resplandor azul de las runas anunciaría irremisiblemente su presencia en aquel mundo. Sería como ponerse a gritar. Alfred tampoco podía solucionar el asunto, por idéntica razón.

—Quédate aquí —susurró al sartán; éste asintió, muy contento de recibir tal orden—. Perro, vigílalo.

El animal se quedó quieto, con la cabeza ladeada, estudiando a Alfred con aire inquisitivo, como si tratara de entender cómo podía llevar a cabo aquel prodigio. Haplo avanzó tanteando la pared de roca. La corriente de lava, a lo lejos, le proporcionaba la pizca de luz suficiente para saber que no estaba a punto de precipitarse por una sima. Se aventuró a doblar otro recodo del camino y vio, al fondo, una luz brillante y amarilla: la luz de una fogata. Una luz producida por unos seres vivos, no por la lava. Y en torno a la luz, delante y detrás de ella, vio moverse las siluetas recortadas de centenares de individuos.

El fondo de la cavidad era enorme y formaba una amplísima sala capaz de acoger cómodamente todo un ejército. ¿Era esto lo que acababa de descubrir? ¿Era aquél el ejército que había hecho huir, presa del pánico, a los habitantes de aquel pueblo costero? Haplo escuchó y observó atentamente. Los oyó hablar y reconoció el idioma que hablaban. La oscuridad se hizo más intensa en torno a él mientras se debatía contra la sensación de desesperación y de derrota.

Había encontrado un ejército..., ¡un ejército de sartán!

—

¿Qué podía hacer? ¡Escapar! Atravesar de nuevo la Puerta de la Muerte y llevar la noticia de aquel desastre a su Señor. Pero éste le haría preguntas; preguntas cuya respuesta Haplo ignoraba todavía.

¿Y Alfred? Había cometido un error llevándolo consigo y Haplo se recriminó por ello amargamente. Debería haber dejado al sartán en el barco, sin permitirle acceso a más información. Después debería haberlo conducido al Laberinto, manteniéndolo en una completa ignorancia del hecho de que su raza seguía viva y próspera en Abarrach, el mundo de piedra. Ahora, con un solo grito, Alfred podía poner fin a la misión de Haplo, a las esperanzas y sueños de su amo y también del propio Haplo.

—¡Sartán bendito! —musitó una voz suave detrás de él; Haplo tuvo tal sobresalto que estuvo a punto de salir disparado de su piel cubierta de runas.

Se volvió rápidamente y encontró a Alfred cerniéndose en el aire sobre su cabeza y contemplando los cuerpos que se movían por la caverna a la luz de la fogata. El patryn, tenso, dirigió una mirada furiosa al perro, que había defraudado su confianza, y aguardó.

Al menos, pensó, tendría la satisfacción de matar a un sartán antes de morir.

Alfred observó la caverna con una extraña palidez en el rostro bañado por la luz de la fogata y una mirada triste y preocupada.

—¡Adelante, sartán! —exigió Haplo con un furioso susurro—. ¿Por qué no acabas de una vez? ¡Llámalos! ¡Son tus hermanos!

—¡No lo son! —le replicó Alfred con voz apagada—. ¡No lo son!

—¿Qué significa eso? ¿Acaso no hablan en sartán?

—No, Haplo. El idioma sartán es el idioma de la vida. El de éstos —Alfred alzó una mano, con un aire fantasmagórico en su garbo, y señaló las siluetas del fondo— es el lenguaje de los muertos.

—

—

CAPÍTULO

CAVERNAS DE SALFAG, ABARRACH

—¿Qué significa eso de «el lenguaje de los muertos»? ¡Baja aquí enseguida! —

Haplo alargó la mano, asió a Alfred y tiró de él hasta tenerlo a su lado—. ¡Y, ahora, explícate! —le ordenó con un enérgico susurro.

—Yo apenas lo entiendo más que tú —respondió el sartán con un gesto de impotencia—. Y no estoy seguro de qué significa. Es sólo que... en fin, escúchalo tú mismo. ¿No notas la diferencia?

Haplo hizo lo que decía Alfred, dejando a un lado las turbulentas emociones que se debatían en su interior para concentrarse en las voces que le llegaban. Ahora que prestaba atención, tenía que darle la razón a Alfred. El lenguaje de los sartán sonaba discordante a oídos de un patryn. Acostumbrados a emplear palabras ásperas, rápidas, duras e inflexibles para expresar lo que uno tenía que decir de la manera más sencilla, breve y directa posible, los patryn consideraban el idioma sartán muy complejo, etéreo y refinado, cargado de imágenes y de palabrería innecesaria y de una inexplicable necesidad de explicar lo que no requería explicaciones.

Pero escuchar a aquellos desconocidos ocupantes de la caverna era como oír el idioma sartán vuelto del revés. Sus palabras no volaban, sino que se arrastraban. Su entonación no evocaba imágenes de arco iris y amaneceres en la mente de Haplo. El patryn sólo captó una luz pálida y mortecina, la luminosidad desprendida por algo putrefacto y corrupto. Y sus oídos percibieron una pesadumbre que parecía arrancada de las entrañas más profundas y oscuras de aquel mundo. Haplo se enorgullecía de no sentir nunca emociones «blandengues», pero aquella expresión de abrumadora pesadumbre lo afectó en lo más profundo de su ser.

Lentamente, relajó la fuerza con que sujetaba a Alfred.

—¿Entiendes lo que hablan?

—No. No lo entiendo con claridad, pero creo que podría habituarme a ese lenguaje con un poco de tiempo.

—Sí, yo también. Igual que llegaría a acostumbrarme a estar colgado. ¿Qué piensas hacer? —Haplo miró fijamente al sartán.

—¿Yo? —Alfred parecía desconcertado—. ¿Hacer? ¿A qué te refieres?

—¿Vas a entregarme a ellos? ¿Vas a decirles que soy el antiguo enemigo?

Probablemente, no será preciso que se lo digas. Seguro que lo recuerdan.

Alfred no respondió de inmediato. Abrió varias veces los labios como si fuera a

decir algo, pero cada vez cambió de idea y los cerró de nuevo. Haplo tuvo la impresión de que Alfred, más que tomar una decisión, estaba tratando de encontrar el modo de explicarla.

—Tal vez te suene extraño lo que voy a decir, Haplo, pero no tengo ningún deseo de traicionarte. Desde luego, he escuchado tus amenazas y, créeme, no las tomo a la ligera; sé bien lo que me sucederá en el Nexo. Aun así, ahora somos extranjeros en un mundo extraño..., un mundo que parece hacerse más extraño cuanto más nos adentramos en él.

Alfred parecía confuso, casi tímido. Tras una pausa, continuó:

—No me lo explico, pero siento una especie de..., de parentesco contigo, Haplo. Tal vez se deba a lo que nos sucedió al atravesar la Puerta de la Muerte. He pasado por lo que tú pasaste y, si estoy en lo cierto, a ti te sucedió lo mismo. No me estoy explicando demasiado bien, ¿verdad?

—

—

—¡Parentesco! ¡Al diablo con eso! Ten presente una sola cosa: yo soy tu única vía de escape de este mundo. Tu única manera de salir de aquí.

—Tienes razón —asintió Alfred con gesto grave—. Parece, pues, que los dos tendremos que depender del otro para sobrevivir, mientras sigamos en este mundo. ¿Quieres que me comprometa a ello formalmente?

Haplo movió la cabeza en gesto de negativa, temiendo que el sartán le exigiera a cambio un compromiso similar.

—Sólo confío en que intentes salvar tu propia piel y, dado que ello implica salvar la mía, supongo que será suficiente. Alfred miró a su alrededor con gesto nervioso.

—Ahora que hemos resuelto este asunto, ¿no deberíamos volver enseguida a la nave?

—Esa gente de ahí... ¿son sartán?

—Sss... Sí.

—¿Y no quieres saber más cosas de ellos? Saber qué hacen en este mundo...

—Supongo que sí —dijo Alfred, titubeante. Haplo hizo caso omiso de sus vacilaciones.

—Entonces, nos acercaremos un poco más para intentar descubrir qué están haciendo.

Los dos viajeros y el perro avanzaron con sigilo, al amparo de las sombras de la pared, dirigiéndose hacia la luz de la fogata hasta que Haplo calculó que estaban lo bastante cerca como para ver sin ser vistos y oír sin ser oídos. Alzó una mano en gesto de advertencia y Alfred flotó hasta su lado, cerniéndose en el aire en completo silencio. El perro se dejó caer sobre el suelo de roca, con un ojo pendiente de su amo y el otro fijo en Alfred.

La caverna estaba llena de gente, toda ella sartán. Los sartán parecen humanos a primer golpe de vista, salvo en el color del cabello, que apenas varía entre los sartán. Desde la infancia, casi todos ellos tienen el cabello blanco, con un tono castaño en la raíz. La coloración capilar de los patryn es exactamente la contraria. Haplo tenía el cabello castaño en las puntas y blanco en la raíz. Alfred, por su parte, estaba casi calvo (quizás esa calvicie era otro intento inconsciente de pasar inadvertido) y por ello no resultaba fácilmente reconocible.

Los sartán también solían ser más altos que los individuos de las razas inferiores. Su poder mágico y el conocimiento de tal poder les proporcionaban unas facciones extraordinariamente hermosas y radiantes (Alfred era una excepción, en este aspecto).

Aquellos desconocidos eran sartán, sin la menor duda. Los ojos de Haplo

recorrieron rápidamente la multitud y sólo vio sartán. Ningún miembro de las razas inferiores: ni elfos, ni humanos ni enanos.

Pero había algo extraño en aquellos sartán. Algo que no cuadraba. El patryn había conocido a un sartán vivo, Alfred, y había visto imágenes de otros sartán en Pryan. Los había mirado con desdén, pero tenía que reconocer que eran figuras hermosas, radiantes. En cambio, los sartán que ahora contemplaba parecían envejecidos, decaídos; su brillo estaba apagado. Algunos tenían, en realidad, un aspecto espantoso. El patryn sintió repulsión al verlos y captó un nítido reflejo de aquella repulsión en los ojos de Alfred.

—Están celebrando algún tipo de ceremonia —susurró Alfred.

Haplo se disponía a decirle que guardara silencio cuando se le ocurrió que tal vez pudiera descubrir algo útil para sus fines. Se abstuvo, pues, de comentarios y se recomendó paciencia, un duro ejercicio que había aprendido en el Laberinto.

—Es un funeral —continuó Alfred en tono conmisericordioso—. Celebran un funeral por los difuntos.

—Sí es así, han esperado bastante para darles sepultura —murmuró Haplo.

—
—

Veinte cadáveres de diferentes edades, desde un niño pequeño hasta el cuerpo de un hombre muy anciano, yacían en el suelo de roca de la caverna. La multitud permanecía a una distancia respetuosa, lo que proporcionaba a Haplo y Alfred, observadores clandestinos, una excelente visión. Los cadáveres estaban amortajados, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados en el sueño eterno. Sin embargo, era evidente que algunos de ellos llevaban muertos mucho tiempo. El aire estaba impregnado de olor a podrido aunque, gracias probablemente a la magia, los sartán habían conseguido evitar que la carne se descompusiera.

Los cadáveres tenían la piel blanca, cerúlea, los ojos y las mejillas hundidos y los labios amoratados. Algunos mostraban unas uñas anormalmente crecidas y el cabello largo y despeinado. Haplo creyó advertir algo familiar en el aspecto de los difuntos, pero no logró concretar de qué se trataba. Se disponía a comentar el asunto con Alfred cuando el sartán le indicó que guardara silencio y observara.

Uno de los sartán se adelantó a la multitud y se detuvo ante los muertos. Hasta su aparición, la gente había estado cuchicheando y murmurando entre sí. Ahora, todos guardaron silencio y volvieron la mirada hacia él. Haplo casi pudo ver el amor y el respeto que les infundía el desconocido.

—Es un príncipe sartán —oyó murmurar a Alfred, y al patryn no le sorprendió el comentario, pues sabía reconocer a un líder cuando lo veía.

El príncipe levantó las manos para atraer la atención de los presentes. Fue un gesto innecesario, pues pareció que todos los ocupantes de la caverna tenían los ojos fijos en él.

—Pueblo mío —dijo, y pareció que se dirigía tanto a los vivos como a los muertos—, hemos viajado muy lejos de nuestra patria, de nuestra querida tierra... La voz se le entrecortó y tuvo que hacer una pausa para recobrar la compostura. Entonces, su pueblo dio muestras de quererlo aún más por su debilidad. Algunos se llevaron las manos a los ojos para enjugar las lágrimas. El príncipe exhaló un profundo suspiro y continuó:

—Pero eso ya queda atrás. Lo hecho, hecho está. Ahora nos toca continuar y construir una nueva vida sobre los restos de la vieja. Delante de nosotros —el príncipe extendió el brazo y señaló, sin saberlo, precisamente hacia donde estaban Haplo y un sobresaltado Alfred— se encuentra la ciudad de nuestros hermanos...

Unos murmullos encolerizados rompieron el silencio. El príncipe alzó la mano en un gesto suave pero autoritario y perentorio y las voces cesaron, aunque dejaron tras sí el calor de sus emociones, como el que se alzaba del mar de magma.

—Digo «nuestros hermanos» y lo digo en serio. Pertenecen a nuestra misma raza; tal vez son los únicos de nuestra raza que quedan en el mundo. O en ningún otro rincón del universo, por lo que a nosotros respecta. Si nos hicieron algún mal, cosa que aún está por ver, fue por desconocimiento. ¡Lo juro!

—¡Nos han robado todo lo que teníamos! —exclamó una anciana, blandiendo el puño. El peso de la edad le daba derecho a hablar—. Todos hemos oído los rumores que has intentado silenciar. Nos robaron nuestra agua y nuestro calor. Nos condenaron a morir de sed, si no nos mataba antes el frío y el hambre. ¡Y dices que no lo sabían! ¡Yo digo que sí lo sabían, y que no les importaba!

La anciana calló, apretó los labios y movió la cabeza con aire conecedor. El príncipe dirigió a la anciana una sonrisa afectuosa y paciente. Sin duda, la mujer había evocado unos recuerdos placenteros.

—Insisto en que lo ignoraban, Marta, y confío en tener razón. ¿Cómo podría ser de otro modo? —El príncipe alzó la vista hacia el techo de roca de la cavidad, pero su mirada pareció taladrar las estalactitas y transportarlo mucho más allá de las sombras de la caverna—. Nosotros, los que vivíamos ahí arriba, hemos estado separados durante mucho tiempo de nuestros hermanos que viven aquí abajo. Si su vida ha sido tan difícil como la nuestra, no es extraño que hayan olvidado hasta

—

—

que existíamos. Nosotros tenemos suerte de contar con unos sabios que han mantenido el recuerdo del pasado y del lugar de donde procedemos...

Alargando una mano, el príncipe la posó en el brazo de otro sartán que se había acercado hasta él. Al distinguir a este segundo individuo, Alfred exhaló un jadeo profundo y horrorizado que el eco repitió entre las rocas.

El príncipe y la mayor parte de la multitud que lo rodeaba iban envueltos en abrigos de todo tipo y material, principalmente con pieles de animales, como si el lugar que habían dejado atrás fuera una región terriblemente fría. El hombre al que se había referido el príncipe llevaba una indumentaria completamente distinta. Lucía un casquete negro y una larga túnica negra que, aunque incómoda de llevar, estaba limpia y cuidada. La túnica tenía unas runas bordadas en plata. Haplo reconoció aquellos signos mágicos como de origen sartán, pero no sacó nada más en claro de ellos. Alfred, evidentemente, sí; pero, cuando Haplo le dirigió una mirada inquisitiva, el sartán se limitó a mover la cabeza de un lado a otro y a morderse el labio.

El patryn concentró de nuevo su atención en el príncipe.

—Hemos traído a nuestros muertos con nosotros a lo largo de este lento y penoso trayecto. Muchos son los que han perdido la vida en el viaje. —El príncipe se acercó a los cadáveres y se arrodilló ante uno de ellos, colocado delante de los demás, que lucía una corona de oro sobre su cabeza de fina cabellera—. Mi propio padre se cuenta entre ellos. Y os juro —el príncipe alzó la mano una vez más, en gesto solemne—, os juro ante nuestros muertos que estoy seguro de que el pueblo de Kairn Necros resultará inocente del daño que nos ha causado. Creo que cuando se enteren de ello llorarán por nosotros y nos acogerán y nos ofrecerán refugio, como nosotros habríamos hecho con ellos. ¡Tan convencido estoy de lo que digo que yo mismo me presentaré ante ellos, solo y desarmado, y me entregaré a su compasión!

Los sartán alzaron sus lanzas y golpearon con ellas sus escudos. La multitud

lanzó exclamaciones de sobresalto. Haplo también se llevó una gran sorpresa: ¡los pacíficos sartán empuñando armas! Varias lanzas apuntaban a los muertos y Haplo vio que cuatro de los cadáveres eran los de unos varones jóvenes, cuyos cuerpos yacían sobre sus respectivos escudos.

El príncipe tuvo que gritar para hacerse oír en aquel clamor. Sus agraciadas facciones se hicieron severas; sus ojos lanzaron una mirada llameante a la multitud y el pueblo enmudeció, abrumado ante la demostración de ira de su líder.

—Sí, es cierto, nos han atacado. ¿Qué esperabais? ¡Os han visto lanzaros sobre ellos de repente, armados hasta los dientes y formulando demandas! Si hubierais tenido paciencia...

—¡Cuesta mucho tener paciencia cuando uno ve desfallecer de hambre a su hijo!

—protestó un hombre con la vista fija en un chiquillo delgado que se agarraba a la pierna de su padre. Con la mano, el hombre acarició la cabecita del pequeño—.

Sólo les pedimos agua y comida...

—Se lo pedíais a punta de lanza —lo corrigió el príncipe, pero su rostro se dulcificó en una mueca de compasión y moderó su tono de voz—. ¿No crees que te comprendo, Raef? Yo, he tenido en mis brazos a mi padre agonizante. Yo...

El príncipe bajó la cabeza y se llevó las manos a los ojos. El sartán de la túnica negra le comentó algo y el príncipe, con un gesto de asentimiento, alzó de nuevo el rostro.

—Ya nada podemos hacer respecto a la batalla. Como todo lo pasado, pasado está. La responsabilidad es mía. Debería haber mantenido a todo el grupo unido, pero creí mejor enviaros mientras yo me quedaba a preparar el cadáver de mi padre. Llevaré nuestras disculpas a nuestros hermanos. Estoy seguro de que lo entenderán.

—
—

A juzgar por el sordo gruñido de protesta de la multitud, el pueblo no compartía la certeza de su príncipe. La vieja estalló en lágrimas. Se adelantó hasta el príncipe, asió el brazo de éste entre sus débiles manos y le suplicó, por el amor que tenía a su pueblo, que no fuera.

—¿Qué querrías que hiciera, Marta? —preguntó el príncipe dando unas afectuosas palmaditas en los dedos nudosos de la anciana. Ésta alzó los ojos hacia él y respondió:

—¡Querría que lucharas como un hombre! ¡Qué les arrebatas lo que nos robaron!

El sordo gruñido creció en intensidad y las armas volvieron a batir contra los escudos. El príncipe se encaramó a un peñasco para poder ver y ser visto por toda la multitud reunida en la caverna. Estaba de espaldas a Haplo y Alfred, pero el patryn adivinó, por su postura rígida y sus hombros cuadrados, que al sartán se le había terminado la paciencia.

—El rey, mi padre, ha muerto. ¿Me aceptáis como nuevo monarca? —el tono de su voz cortó el murmullo general como el silbido del filo de una espada—. ¿O alguno de vosotros tiene intención de desafiar mi derecho? ¡Si lo hay, que salga! ¡Nos batiremos en duelo aquí y ahora!

El príncipe echó a un lado su capa de pieles y dejó a la vista un cuerpo joven, fuerte y musculoso. A juzgar por sus movimientos, era ágil y claramente experto en el uso de la espada que portaba al cinto. Pese a su cólera, era frío y mantenía el dominio de sí. Haplo lo hubiera pensado dos veces antes de enfrentarse a alguien así. Entre la multitud, nadie respondió al reto del príncipe. Todos parecían avergonzados y alzaron sus voces en un grito de apoyo que podría haberse oído en

la lejana ciudad. De nuevo, las lanzas golpearon los escudos, pero esta vez era en homenaje, no en desafío.

El hombre de los ropajes negros se adelantó y habló en voz alta por primera vez. —Nadie te está desafiando, Edmund. Eres nuestro príncipe —nuevos vítores— y te seguiremos como seguimos a tu padre. Sin embargo, es lógico que temamos por tu seguridad. Si te perdiéramos, ¿a quién recurriríamos?

El príncipe estrechó la mano de su interlocutor, contempló a su pueblo y, cuando habló, era patente en su voz la emoción.

—Ahora soy yo el que está avergonzado. He perdido la calma. No soy un ser especial, salvo que tengo el honor de ser hijo de mi padre. Cualquiera de vosotros podría conducir a nuestro pueblo. Cada uno de vosotros es digno de ello.

Muchos se echaron a llorar. Las lágrimas cayeron copiosamente por las mejillas de Alfred. Haplo, que jamás habría creído poder sentir lástima o compasión por nadie que no perteneciera a su propia raza, contempló a aquellas gentes, se fijó en sus indumentarias andrajosas, en sus caras macilentas, en sus tristes pequeños, y tuvo que recordarse a sí mismo con severidad que todos ellos eran sartán, que eran sus archienemigos.

—Es preciso que continuemos la ceremonia —indicó el hombre de negro. El príncipe asintió, descendió del peñasco y ocupó su lugar entre el pueblo.

El sartán de la túnica negra deambuló entre los cadáveres. Después, levantó ambas manos y empezó a trazar extraños dibujos en el aire, al tiempo que entonaba un cántico con una voz potente y monótona. Moviéndose entre los muertos, recorriendo arriba y abajo la silenciosa fila de cuerpos, el individuo dibujó un signo mágico sobre cada uno de ellos y el espectral sonsonete se hizo más sonoro, más insistente.

Aunque no tenía la menor idea de lo que decía la canción, Haplo notó que se le erizaba el vello de la nuca y se le ponía la piel de gallina. Un desagradable hormigueo nervioso lo recorrió de pies a cabeza.

Aquello, se dijo, no era un funeral ordinario.

—

—

—¿Qué está haciendo ese tipo? ¿Qué sucede ahí abajo? Alfred, mortalmente pálido, tenía una expresión de horror en sus ojos, abiertos como platos.

—¡No está dando sepultura a los muertos! ¡Está resucitándolos!

—

—

CAPITULO

CAVERNAS DE SALFAG, ABARRACH

—¡Nigromancia! —susurró Haplo con incredulidad, presa de emociones contrapuestas y abrumado por unos pensamientos descabellados que lo llenaban de confusión—. ¡Mi Señor tenía razón! ¡Los sartán poseen el secreto de devolver la vida a los muertos!

—¡Sí! —reconoció Alfred en un susurro, retorciéndose las manos—. ¡Lo descubrimos hace tiempo, lo conocemos! ¡Pero no debía utilizarse jamás! Jamás! El individuo de negro había iniciado una danza que lo llevaba en gráciles movimientos entre los cadáveres, dando vueltas en torno a cada uno de ellos. Con las manos alzadas en el aire sobre los cuerpos, continuó trazando los extraños signos que Haplo reconocía ahora como poderosas runas. Y entonces, de pronto, el patryn cayó en la cuenta de qué era lo que le había resultado familiar en aquellos cadáveres. Al observar a la multitud, advirtió que muchos de los reunidos, sobre todo los que se acurrucaban al fondo de la cavidad, no eran en absoluto seres

vivos. Tenían el mismo aspecto que los cadáveres, la misma palidez acusada, las mismas mejillas hundidas y los mismos ojos velados por las sombras. ¡Entre la multitud, eran muchos más los muertos que los vivos!

El nigromante, al parecer, estaba llegando al término de la ceremonia. Unas siluetas blancas e insustanciales se alzaron de los cadáveres, cobraron forma definida y tangible y permanecieron cada uno junto al cuerpo del que habían surgido. A un gesto imperioso del nigromante, las formas etéreas retrocedieron, pero cada cual se mantuvo cerca de su cadáver, como su sombra en un mundo sin sol.

Las sombras conservaban la forma y el aspecto del ser que acababan de abandonar. Algunas estaban firmes y altivas junto a los cuerpos de hombres de porte firme y altivo. Otras aparecían encorvadas junto al cuerpo de algún anciano. Una de ellas, una figura infantil, parecía velar el cadáver de un niño. Todas parecían reacias a separarse de sus cuerpos y algunas incluso hicieron un débil intento de volver a ellos, pero el nigromante, con otra orden terminante y enérgica, las hizo retroceder de nuevo.

—¡Ahora sois fantasmas! ¡Ya no tenéis nada que ver con esos cuerpos! ¡Abandonadlos! ¡Ya no estáis muertos! ¡Habéis vuelto a la vida! ¡Apartaos de ellos o, de lo contrario, os enviaré a vosotros y a los cuerpos al olvido eterno! A juzgar por su tono de voz, al nigromante le habría gustado deshacerse enseguida de aquellas formas etéreas, pero tal vez le era imposible hacerlo. Dócilmente, apesadumbrados, los fantasmas lo obedecieron y se alejaron un poco más de los cuerpos, deteniéndose lo más cerca de ellos que les fue posible sin despertar las iras del hechicero.

—¿Qué ha hecho mi pueblo? ¿Qué ha hecho? —se lamentó Alfred.

El perro se incorporó de un salto y soltó un agudo ladrido de alarma. Alfred olvidó su magia y cayó al suelo. Haplo se arrancó las vendas de las manos y se volvió para hacer frente a la amenaza. Su única esperanza era luchar e intentar la huida. Los signos mágicos de su piel emitieron su fulgor rojo y azul mientras la magia latía dentro de él pero, a la vista de lo que tenía delante, se sintió indefenso. ¿Cómo podía uno combatir algo que ya estaba muerto?

Haplo se quedó mirando, perplejo, incapaz de profundizar en la magia, de investigar las posibilidades que la gobernaban para hallar alguna que pudiera

—

—

ayudarlo. Aquella fracción de segundo de vacilación resultó muy cara. Una mano se alzó, se cerró en torno a su brazo y lo agarró con un tacto helado que estuvo a punto de paralizarle el corazón. Al patryn le dio la impresión de que las runas de su piel se encogían literalmente bajo el mortal contacto. Soltó un grito de dolor y cayó de rodillas. El perro reculó y, tendiéndose sobre el vientre, lanzó un aullido.

—¡Alfred! —gritó Haplo entre dientes, con las mandíbulas apretadas de dolor—. ¡Haz algo!

Pero Alfred dirigió una breve mirada a sus captores y se desmayó.

Los guerreros muertos condujeron a Haplo y al inconsciente Alfred a la caverna. El perro los siguió sin hacer ruido, pero se cuidó de no tocar en ningún momento a los muertos, que no parecían saber qué hacer con el animal. Los cadáveres ambulantes depositaron a Alfred en el suelo, frente al nigromante, y llevaron a un Haplo hosco y desafiante a presencia del príncipe.

Si la vida de Edmund se hubiera medido en puertas, como la de Haplo, el príncipe debía de tener la edad aproximada del patryn, unas veintiocho. Y Haplo, al observar los ojos serios, inteligentes y sombríos del príncipe, tuvo la impresión de

estar ante alguien que había sufrido mucho en aquellos veintiocho años; que había sufrido tanto, tal vez, como el propio Haplo.

—Los descubrimos espionando —dijo uno de los guerreros muertos. La voz del cadáver resultaba casi tan helada como su tacto sin vida. Haplo hizo un esfuerzo por permanecer inmóvil aunque el dolor de aquellos dedos muertos clavándose en su carne era un suplicio.

—¿Está armado? —preguntó Edmund. Los guerreros, tres de ellos, movieron sus espantosas cabezas en gesto de negativa.

—¿Y ése? —El príncipe miró a Alfred con una media sonrisa—. Aunque no importa mucho si lo está...

Los muertos vivientes indicaron que no. Los cadáveres yacentes tenían ojos, pero unos ojos que no miraban nada, que no se movían ni giraban, que nunca brillaban o se nublaban, que no se cerraban jamás. Sus fantasmas, que flotaban inquietos tras los cuerpos, poseían ojos que conservaban la sabiduría y el conocimiento de los vivos. Pero los fantasmas, al parecer, no tenían voz. No podían hablar.

—Ocupaos de que recobre la conciencia y tratadlo bien. Soltad al otro —ordenó el príncipe a los cadáveres, que apartaron sus dedos del brazo de Haplo—. Volved a la vigilancia.

Los muertos se alejaron arrastrando los pies, envueltos en los restos de sus ropas hechas jirones.

El príncipe contempló con curiosidad a Haplo, fijándose sobre todo en sus manos cubiertas de runas. El patryn esperó, impasible, a ser descubierto, a ser proclamado el antiguo enemigo y convertido, también él, en cadáver. Edmund alargó la mano para tocarlo.

—No te inquietes —dijo el príncipe. Pronunció la frase lentamente y en voz alta, como se hace con quien no domina un idioma—. No te haré daño.

Un destello cegador de luz azulada surgió de las runas y chisporroteó en torno a los dedos del príncipe, quien soltó un grito de sorpresa, más que de dolor. La descarga había sido de baja intensidad.

—¡Desde luego que no! —replicó Haplo en su propia lengua, con gesto torvo—.

¡Vuelve a intentar eso, y te costará la vida!

El príncipe retrocedió un paso, mirándolo fijamente. El nigromante, que estaba frotando las sienes de Alfred en un vano intento de despertarlo, abandonó su empeño y alzó la vista, perplejo.

—¿Qué idioma es ése? —El príncipe habló en su idioma, en aquel sartán modificado que Haplo comprendía, que empezaba a entender cada vez mejor, pero

—
—

que era incapaz de hablar—. Es extraño. He entendido lo que acabas de decir, aunque juro que nunca había oído tu lengua hasta hoy. Y tú me entiendes a mí, aunque no hables en mi idioma. Además, eso que has utilizado era magia rúnica. He reconocido la estructura. ¿De dónde venís? ¿De Necrópolis? ¿Os han enviado ellos? ¿Nos estabais espionando?

Haplo dirigió una mirada de desconfianza al nigromante. Éste parecía poderoso y astuto y podía resultar el mayor peligro para el patryn. Pero Haplo no advirtió señal alguna de reconocimiento en sus ojos negros y penetrantes y empezó a tranquilizarse. Aquellos sartán habían pasado tantas penalidades recientemente que tal vez habían perdido todas sus referencias del pasado.

Meditó qué responder. Por la conversación que había escuchado desde su escondite, comprendió que no lo ayudaría en nada declarar que procedía del lugar

mencionado por el príncipe (y que el patryn intuyó que debía de ser la ciudad que habían visto durante el descenso en el *Ala de Dragón*). Por una vez, parecía más conveniente decir la verdad que mentir. Además, Haplo sabía que Alfred, cuando fuera llamado a declarar, no actuaría de otra manera.

—No —dijo, pues—. No soy de la ciudad. Soy forastero en esta parte del mundo. He llegado aquí en una nave, surcando el mar de magma. Ahí encontraréis mi nave —añadió, señalando hacia el pueblo costero—. Yo... Nosotros... —se corrigió, incluyendo a Alfred a regañadientes— no somos espías.

—Entonces, ¿qué hacíais cuando os han capturado los muertos? Dicen que nos habéis estado vigilando mucho rato. Ellos también os vigilaban desde hace mucho rato.

Haplo alzó la barbilla y miró cara a cara al príncipe.

—Habíamos viajado una distancia enorme. Bajamos al puerto, descubrimos indicios de que había habido una batalla y comprobamos que todo el mundo había huido. Entonces oímos el eco de vuestras voces en el túnel. ¿Qué habrías hecho tú, en mi lugar? ¿Presentarte de inmediato y revelar tu presencia? ¿O más bien habrías optado por esperar, observar, escuchar y descubrir todo lo que pudieras?

El príncipe mostró una leve sonrisa, pero su mirada se mantuvo muy seria.

—De estar en tu lugar, habría vuelto a la nave y me habría apartado de algo que no parecía asunto mío. ¿Y cómo es que vienes con un compañero como ése, tan diferente de ti?

Alfred recuperaba lentamente la conciencia. El perro estaba encima de él, dándole lametones en la cara. Haplo alzó la voz con la esperanza de llamar la atención de Alfred, sabiendo que pronto sería llamado a corroborar el relato del patryn.

—Se llama Alfred y, como dices, somos muy distintos. Procedemos de mund..., de ciudades diferentes. Me acompaña porque no tiene a nadie más. Es el último superviviente de su raza.

Un murmullo de simpatía se levantó entre la multitud. Alfred se incorporó débilmente hasta quedar sentado y dirigió una mirada rápida y atemorizada a su alrededor. Los guerreros muertos habían desaparecido de la vista. Respiró, un poco más calmado, y pugnó torpemente por ponerse en pie, con la ayuda del nigromante. Tras sacudirse el polvo de sus ropas, dedicó una insegura reverencia al príncipe.

—¿Es cierto eso? —inquirió Edmund con un nuevo tono de voz, dulcificado por la lástima y la compasión—. ¿Eres el último de tu pueblo?

—Creo serlo —respondió Alfred en idioma sartán—, hasta que os he encontrado.

—Pero tú no eres de los nuestros —apuntó Edmund, cada vez más perplejo—.

Entiendo tu idioma, igual que entiendo el suyo —señaló con la mano a Haplo—, pero este último también habla otro distinto. Expíciate mejor.

Alfred puso una mueca de absoluto desconcierto.

—

—

—Yo... no sé qué decir...

—Cuéntanos cómo habéis llegado a esta caverna —sugirió el nigromante.

Alfred dirigió una mirada turbadora al patryn y movió las manos con gesto vago.

—He..., hemos venido en una nave. Está amarrada por ahí, en alguna parte —señaló vagamente en una dirección cualquiera, pues había perdido la orientación—. Oímos voces y acudimos a investigar quién había aquí abajo.

—Pero, si creíais que podíamos ser un ejército hostil —insistió el príncipe—, ¿por qué no salisteis huyendo? Con una sonrisa dulce y lánguida, Alfred contestó:

—Porque no encontramos un ejército hostil. Os encontramos a ti y a tu pueblo honrando a vuestros muertos.

«Una bella manera de expresarlo», pensó Haplo. El príncipe quedó impresionado con sus palabras.

—Tú eres uno de nosotros. Tus palabras son mis palabras, aunque son diferentes. Muy diferentes. En las tuyas —el príncipe vaciló, tratando de expresar con palabras sus pensamientos— veo una luz radiante y una enorme extensión de azul sin fin. Capto el rumor del viento y respiró un aire puro y fragante que no necesita de la magia para filtrar su veneno. En tus palabras percibo... vida. Y todo ello hace que mis palabras suenen oscuras y frías, como esta roca sobre la que nos encontramos.

Edmund se volvió hacia Haplo y añadió:

—En cuanto a ti, también eres uno de nosotros, pero no lo eres. En tus palabras capto rabia, odio. Veo una oscuridad que no es fría y carente de vida, sino activa y móvil con un ser viviente. Me siento atrapado, enjaulado, ansiando escapar. Haplo quedó impresionado, aunque hizo esfuerzos para que no se le notara. Tendría que andarse con cautela ante aquel joven tan perceptivo.

—Yo no me parezco a Alfred —dijo el patryn, escogiendo con cuidado sus palabras—, en el hecho de estar solo, pues mi pueblo aún sobrevive, aunque está prisionero en un lugar mucho más terrible de lo que puedas imaginar. El odio y la rabia que has notado se dirigen contra quienes nos encarcelaron. Yo soy uno de los afortunados que ha conseguido sobrevivir a esa prisión y escapar de ella. Ahora busco nuevas tierras donde mi pueblo pueda establecer un hogar...

—Aquí no lo encontrarás —lo interrumpió el nigromante con brusquedad, fríamente.

—Es cierto —asintió Edmund—. No podrás establecerte aquí, pues este mundo está agonizando. Nuestros muertos ya son más que los vivos. Si no cambian las cosas, llegará un día, y preveo que será muy pronto, en que sólo los muertos habitarán Abarrach.

—
—

CAPITULO

CAVERNAS DE SALFAG, ABARRACH

—Ahora debemos proceder a la resurrección. Después, nos sentiremos honrados de teneros por invitados y compartir con vosotros nuestra comida. Las provisiones son escasas —añadió Edmund con una triste sonrisa—, pero estaremos felices de compartir lo que tenemos.

—Aceptamos, siempre que nos permitáis añadir a ello nuestras provisiones —respondió Alfred, ensayando otra de sus torpes reverencias.

El príncipe observó las manos vacías de Alfred; después, volvió la vista hacia las de Haplo, cubiertas de runas pero igualmente vacías. Edmund puso una cara de cierta perplejidad, pero era demasiado cortés para pedir explicaciones. Haplo miró a Alfred para observar si éste mostraba algún desconcierto ante el extraño comentario del príncipe. ¿Cómo podían escasear las provisiones entre unos sartán cuando éstos, igual que los patryn, poseían unas facultades mágicas casi ilimitadas para multiplicarlas? El patryn advirtió que Alfred lo miraba con una expresión de sorpresa y confusión. Haplo apartó rápidamente los ojos para no dar al sartán la satisfacción de comprobar que los dos compartían pensamientos similares.

A una señal de Edmund, los guerreros muertos escoltaron a los dos extraños a un rincón de la caverna, lejos de la multitud, que continuaba mirándolos con curiosidad, y lejos de los cadáveres, que seguían tendidos sobre el suelo de roca.

El nigromante ocupó su lugar entre los cuerpos, cuyos fantasmas empezaron a agitarse y a moverse como bajo el impulso de un viento cálido. Los cuerpos continuaron donde estaban, inmóviles. El nigromante inició una vez más su cántico, elevó las manos y las juntó, dando una seca palmada. Los cuerpos se retorcieron y dieron sacudidas, como si los atravesara una descarga de energía mágica. El pequeño cadáver del niño incorporó el tronco casi al instante y, momentos después, se puso en pie. Los ojos del pequeño fantasma situado detrás del cuerpo parecieron buscar a alguien entre la multitud. Una mujer se adelantó a ésta, sollozando. El cadáver del niño corrió hacia ella con las manitas blancas y frías extendidas en gesto de amor y de añoranza. La mujer tendió sus brazos al chiquillo pero un hombre, con las facciones contraídas por el dolor, la detuvo, la estrechó entre los suyos y la obligó a retroceder. El pequeño cadáver se detuvo delante de la pareja, mirándola fijamente. Después, poco a poco, bajó los brazos; el fantasma, en cambio, mantuvo extendidos los suyos, vaporosos y etéreos.

—¡Qué ha hecho mi pueblo! —repitió Alfred con la voz sofocada por las lágrimas—. ¡Qué ha hecho!

Uno a uno, los cadáveres recuperaron aquella apariencia de vida. En cada ocasión, los ojos del fantasma correspondiente buscaron a sus seres queridos entre los vivos, pero éstos les volvieron la espalda. Uno a uno, cada uno de los cadáveres ocupó su lugar al fondo de la caverna, sumándose al numeroso grupo de muertos vivientes situado tras los vivos. Los jóvenes guerreros se sumaron a las filas de sus compañeros muertos. Los cadáveres de los ancianos, los más difíciles de convencer para que resucitaran, se alzaron como agotados durmientes que por fin hubieran podido tumbarse a descansar y no quisieran despertar de su sueño. El niño permaneció un rato cerca de sus padres y, por fin, se alejó para sumarse a un grupo de cadáveres animados de su misma edad. Haplo advirtió que había muchos chiquillos entre los muertos y muy pocos entre los vivos. Recordó las palabras de Edmund, «Este mundo está agonizando», y entendió a qué se refería.

—

Pero el patryn cayó también en la cuenta de otra cosa. ¡Aquella gente poseía la llave a la vida eterna! ¿Qué mejor regalo podía llevar Haplo a su Señor y a su pueblo? Con aquello, los patryn ya no volverían a estar a merced de su prisión. Si el Laberinto los mataba, sólo tendrían que resucitar y seguir luchando; los cadáveres pasarían a engrosar las filas de los patryn, una y otra vez, hasta que finalmente consiguieran derrotarlo. ¡Y, entonces, no habría en el universo ejército que pudiera detenerlos, pues mal podría un ejército de soldados vivos derrotar jamás a otro formado por los muertos!

Sólo tenía que aprender el secreto de la magia rúnica, se dijo Haplo. Y allí mismo, siguió pensando mientras volvía la mirada hacia Alfred, tenía a quien podía enseñarle. Sin embargo, debía ser paciente y esperar la ocasión propicia. Su compañero de viaje aún no sabía mucho más que él, pero no tardaría en enterarse. Era inevitable. ¡Y, cuando Alfred averiguara el secreto, él se encargaría de sonsacárselo!

El último cadáver en incorporarse fue el del anciano que lucía la corona de oro. Al principio, pareció que el viejo iba a resistirse a todos sus esfuerzos. Su fantasma era más poderoso que los demás y permaneció sobre el cuerpo con aire retador, desafiando las súplicas del nigromante e incluso —tras una mirada de disculpa al apenado príncipe— sus amenazas. Por último, con expresión ceñuda, el nigromante movió la cabeza y extendió las manos en alto en ademán de darse por vencido. Entonces, el propio príncipe se adelantó y dirigió unas palabras al cuerpo que yacía

en el suelo a sus pies.

—Sé lo cansado que estás de vivir, padre, y lo mucho que deseas y te mereces el descanso eterno, pero piensa en la alternativa. Te verás atrapado bajo tierra. Tu mente continuará funcionando, pero conocerás la desesperación, la amarga frustración de ser totalmente impotente para influir en el mundo que te rodea. Y vivirás así durante siglos y siglos, atrapado en la nada. ¡La resurrección es mucho mejor, padre! Así seguirás con nosotros, con el pueblo que te necesita. Podrás aconsejarnos...

El fantasma del anciano se agitó, movido por un viento que sólo él podía notar. Parecía frustrado por el hecho de no poder comunicar lo que, con evidente desesperación, deseaba revelar.

—¡Padre, por favor! —suplicó Edmund—. ¡Vuelve a nosotros! ¡Te necesitamos!

El fantasma fluctuó y perdió sustancia hasta casi desvanecerse. El cadáver se movió. Lo atravesó la misma energía mágica que había sacudido a los demás y se puso en pie a duras penas.

—Padre... Mi rey... —murmuró el príncipe con una profunda reverencia.

El fantasma, apenas una sombra, se meció en el aire como la niebla sobre un estanque. El cadáver levantó su mano débil y cerúlea aceptando el homenaje del príncipe pero, al propio tiempo, la cabeza que lucía la corona dorada volvió sus ojos fijos e inexpressivos a un lado y a otro, como si no supiera qué hacer a continuación. El príncipe lo miró y hundió el rostro y los hombros en gesto de abatimiento. El nigromante se acercó a él.

—Lo siento, Alteza.

—No es culpa tuya, Baltazar. Me advertiste sobre lo que podía esperar.

El cadáver del rey permaneció inmóvil ante su pueblo; su regia estampa era una terrible parodia del gran monarca que un día había sido.

—Tenía la esperanza de que las cosas pudieran resultar diferentes —añadió Edmund en voz baja, como si el resucitado pudiera oírlo—. En vida, era tan fuerte, tan resuelto...

—Los muertos no pueden ser otra cosa que lo que son, mi señor. Para ellos, la vida termina cuando su mente deja de funcionar. Podemos devolver la vida al cuerpo pero ahí se detiene nuestro poder. No podemos proporcionarles la capacidad

—
—

de aprender, de reaccionar al mundo vivo que los rodea. Tu padre continuará siendo rey, pero sólo de aquellos sobre los que reinaba antes de muertos.

El nigromante señaló algo. El difunto rey había vuelto sus ojos ciegos hacia el fondo de la caverna, donde se agolpaban los muertos. Todos los cadáveres resucitados hicieron una reverencia de homenaje y el monarca, acompañado de apenados cuchicheos de su fantasma, abandonó a los vivos a quienes ya no reconocía y fue a unirse a los muertos.

Edmund hizo ademán de ir tras él, pero Baltazar lo sujetó de la manga.

—Majestad... —El nigromante le indicó con una mirada que era preciso que hablaran en privado. Los dos se apartaron del resto de los presentes; la multitud colaboró, retirándose en actitud respetuosa.

Haplo, con un gesto inocente, mandó tras ellos al perro. El animal se colocó junto a la pierna de Edmund y éste, en un gesto inconsciente, bajó la mano para acariciar su suave pelaje. A través de los oídos del animal, Haplo escuchó hasta la última palabra de la conversación.

—¡...debes tomar la corona! —instaba el nigromante al príncipe en voz baja.

—¡No! —La respuesta de Edmund fue rotunda. Tenía los ojos puestos en el

cadáver de su padre, que recorría con porte orgulloso y espectral las legiones de los muertos—. Él no lo comprendería. ¡Es el rey!

—Pero, mi señor, necesitamos un monarca vivo...

—¿De veras? —Edmund le dirigió una sonrisa amarga—. ¿Por qué? Los muertos nos superan en número. Si los vivos se contentan con seguirme como príncipe, yo me contento también con seguir siéndolo. Y ya basta, Baltazar; no insistas.

La voz juvenil se endureció y en sus ojos apareció un destello de ira. El nigromante asintió en silencio y se retiró para llevar a cabo otras tareas relacionadas con los cadáveres. Edmund permaneció a solas un buen rato, concentrado en sus pensamientos. El perro emitió un gáñido y hurgó con el hocico la mano que lo acariciaba sin darse cuenta. El príncipe bajó la mirada y le dedicó una desvaída sonrisa.

—Gracias por consolarme, amigo —murmuró—. Y tienes razón, soy un anfitrión poco atento.

Recordando a sus huéspedes, Edmund se acercó a Haplo y Alfred y tomó asiento junto a ellos en el suelo de roca.

—Hubo un tiempo en que teníamos entre nosotros animales como éste. —El príncipe acarició de nuevo al perro, que meneó el rabo y le lamió la mano—.

Recuerdo que, siendo niño... —se detuvo a media frase, suspiró y movió la cabeza a un lado y otro—. Pero seguro que eso no os interesa... Por favor, perdonad tanta informalidad. Si estuviéramos en mi palacio, en nuestra patria, os atendería con regia opulencia. Pero si estuviéramos en palacio ya habríamos muerto congelados, así que supongo que preferiréis las cosas tal como están. Yo, sí, desde luego. Al menos, creo que sí.

—¿Qué terrible suceso destruyó vuestro reino? —preguntó Alfred.

El príncipe lo miró con los ojos entrecerrados.

—El mismo que acabó con el tuyo, sin duda. Al menos, eso supongo, a juzgar por lo que he visto en nuestro viaje.

Edmund los observaba ahora con renovada suspicacia. Alfred balbuceó algo, con aspecto muy confuso. Haplo inclinó el cuerpo hacia adelante e intentó salvar la situación cambiando de tema.

—¿No dijiste algo acerca de comer? Edmund hizo un gesto.

—Marta, trae la cena a nuestros invitados.

La anciana se acercó respetuosamente, trayendo en las manos varios peces secos. Depositó el pescado ante ellos y, con una reverencia, se dispuso a

—

—

marcharse. Sin embargo, Haplo, que la observaba, vio cómo sus ojos miraban con codicia la comida y se volvían luego hacia él y hacia Alfred.

—Vete, anciana —dijo Edmund en tono adusto, con las mejillas sonrojadas. Al parecer, él también había advertido la mirada.

—Espera —intervino el patryn. Alargando la mano, devolvió a la mujer parte del pescado—. Guarda esto para ti. Ya te dijimos, Alteza —añadió al ver que Edmund iniciaba una protesta—, que traemos nuestras propias provisiones.

Alfred se apresuró a asentir, contento de tener algo que hacer. Levantó el pescado en sus manos. La anciana, con su parte apretada contra el pecho, se alejó rápidamente.

—Estoy terriblemente avergonzado... —empezó a decir Edmund, pero las palabras murieron en sus labios.

Alfred había empezado a entonar las runas y su voz se alzó en aquel plañido agudo y nasal que parecía taladrar la cabeza de Haplo. El sartán tenía un pez en la

mano y, de pronto, tuvo dos; luego, tres. El canto cesó y Alfred ofreció el pescado al príncipe, que lo contempló con los ojos muy abiertos. El sartán ofreció otro pescado a Haplo con gesto obsequioso.

Las runas de la piel del patryn emitieron su fulgor rojo y azul y, donde había habido un pez, apareció una docena de ellos, y luego dos. Haplo depositó el pescado sobre la roca plana y se acordó de darle uno al perro, el cual, tras una inquieta mirada a los muertos del fondo arrastró su comida a un rincón oscuro para disfrutar de ella en privado.

—Esta magia es maravillosa, realmente maravillosa —dijo el príncipe lleno de asombro.

—Pero... vosotros también podéis hacerlo, ¿no? —inquirió Alfred mientras mordisqueaba el pescado, de gusto salado. Escuchó un ruido y alzó la vista. Un niño, un chiquillo encantador, contemplaba con envidia al perro. Alfred le indicó por señas que se acercara y le dio el pescado. El niño alargó la mano, lo cogió y salió corriendo a ofrecérselo a un adulto, que miró perplejo el pescado. El niño señaló hacia ellos y Haplo tuvo la certeza de que estaba a punto de entrar en el negocio de la pescadería.

—Se dice que en la antigüedad podíamos llevar a cabo tales proezas —respondió Edmund, con la vista fija en la comida—. Pero ahora la magia se concentra en nuestra supervivencia en este mundo... —dirigió una mirada a los cadáveres que aguardaban pacientemente, de pie entre las sombras— y en la de ellos...

Alfred se estremeció y pareció a punto de decir algo, pero Haplo le dio un rápido codazo en las costillas y el sartán, sumiso, guardó silencio.

—En ese pueblo de ahí atrás había comida y suministros —dijo el patryn, señalando con la cabeza en dirección a la pequeña ciudad portuaria—. Sin duda, lo tuvisteis que ver cuando pasasteis por allí.

—¡Nosotros no somos ladrones! —Edmund levantó la barbilla en gesto de orgullo—. No cogeremos lo que no nos pertenece. Si nuestros hermanos de la ciudad nos lo ofrecen libremente, será otra cosa. Trabajaremos y los compensaremos.

—Algunos entre nuestro pueblo opinan que son nuestros «hermanos» quienes deberían pagarnos a nosotros, mi señor.

La nueva voz pertenecía a Baltazar, quien había contemplado con ojos muy serios la exhibición de magia.

En silencio y sin alharacas, Haplo estaba multiplicando los peces y repartiéndolos a quienes se acercaban sigilosamente. Alfred hacía lo mismo y pronto los rodeó una gran multitud. El nigromante no continuó hasta que todo el mundo hubo recibido su ración y se hubo marchado. Entonces, cruzando las piernas bajo su negra túnica, se

—
—

sentó, tomó una porción de pescado y lo estudió con cautela, como si esperara que desapareciera en sus manos en el instante de tocarlo.

—De modo que no habéis perdido el arte...

—Quizá vuestra tierra sea diferente de la nuestra —dijo el príncipe, mirando a Alfred—. Quizás exista esperanza para el mundo, finalmente. Tiendo a juzgarlo todo por lo que veo, pero decidme que me he equivocado en mi juicio.

Alfred no podía mentir, pero tampoco podía confesar la verdad. Miró al príncipe y al nigromante, abriendo y cerrando la boca.

—¡El universo es grande! —intervino Haplo, sin inmutarse—. Hablemos de esta parte donde nos encontramos. Eso que ha dicho el nigromante respecto a que vuestros hermanos deberían compensaros, ¿a qué se refiere?

—Tened cuidado, Majestad —le advirtió Baltazar—. ¿Vais a confiar en extraños?
¡Sólo tenemos su propia palabra de que no son espías de Necrópolis!

—Estamos alimentándonos con su comida, Baltazar —replicó el príncipe con una débil sonrisa—. Lo menos que podemos hacer es responder a sus preguntas. Además, ¿qué importa si son espías? Que lleven nuestra historia a Necrópolis. No tenemos nada que ocultar...

—El reino de nuestro pueblo está... o estaba... ahí arriba —Edmund alzó los ojos más allá de las sombras del techo de la enorme oscuridad—. Muy lejos, allá arriba...

—¿En la superficie de este mundo? —quiso saber Haplo.

—No, no. Eso sería imposible. La superficie de Abarrach sólo consta de roca desnuda y fría y de enormes extensiones de hielo envuelto en sombras. Baltazar ha viajado a esos lugares y puede describirlos mejor que yo.

—Abarrach significa «mundo de piedra» en nuestro idioma, igual que en los vuestros —dijo Baltazar, dirigiéndose a Haplo y a Alfred—. Y no es otra cosa que eso, al menos hasta donde pudieron determinar los antiguos, que tuvieron el tiempo y el talento suficientes para dedicarse a estudiar el asunto. Nuestro mundo consta de rocas recorridas por incontables túneles y cavernas. Nuestro «sol» es el núcleo fundido del corazón de Abarrach. La superficie es como la ha descrito Su Alteza. No existe en ella vida alguna, ni posibilidad de que aparezca. Pero, bajo la superficie, donde teníamos nuestro hogar... ¡ah, allí la vida era muy agradable!
¡Muy agradable!

Baltazar suspiró al recordarlo. Después continuó:

—Los colosos...

—¿Los qué? —lo interrumpió Alfred.

—Los colosos. ¿No los tenéis en vuestro mundo?

—No está seguro —explicó Haplo—. Explicanos a qué te refieres.

—Unas gigantescas columnas redondas de piedra...

—¿Las que sostienen la caverna? Hemos visto una.

—Los colosos no sostienen la caverna. La roca no necesita su apoyo. Fueron creados mediante la magia por los antiguos y tenían por misión transmitir la energía calórica de esta parte del mundo hasta la que ocupábamos nosotros. Funcionaban perfectamente y nos permitían disponer de grandes suministros de alimentos y de agua. Esto hace aún más inexplicable lo sucedido.

—¿Y lo que sucedió fue...?

—Un descenso en nuestra tasa de natalidad. Año a año, el número de nacimientos se redujo. No obstante, en cierto modo, el fenómeno llegó a parecer una bendición. Nuestros hechiceros más poderosos volvieron entonces su atención a los secretos de la creación de la vida. Pero lo que descubrieron fue...

—¡...el modo de extender la vida más allá de la muerte! —exclamó Alfred con una vibración de sorpresa y desaprobación en la voz.

—

—

Afortunadamente, debido tal vez a las diferencias idiomáticas, Baltazar tomó la desaprobación por asombro y asintió con una sonrisa complacida.

—La incorporación de los muertos a nuestra población demostró ser muy beneficiosa. Mantenerlos con vida nos obliga a emplear gran parte de nuestras fuerzas mágicas pero, en el pasado, no teníamos mucha necesidad de magia. Los muertos se ocupaban de todo el trabajo físico y, cuando advertimos que el río de magma próximo a nuestra ciudad empezaba a enfriarse, no le dimos importancia. Seguíamos recibiendo energía de abajo y el calor nos llegaba como siempre a través del coloso. La Gente Menuda horadaba la roca, construía nuestras casas y se

ocupaba del mantenimiento de los colosos...

—¡Espera! —Haplo interrumpió a Baltazar—. ¿La Gente Menuda? ¿Qué es eso? El nigromante frunció el entrecejo, buscando en sus recuerdos.

—No sé mucho de ellos. Ya no existen.

—Recuerdo haber oído cosas sobre la Gente Menuda en boca de mi padre —intervino Edmund—. Y los vi una vez. Lo que más les gustaba era excavar y horadar la roca. Codiciaban los minerales que encontraban en ella, los llamaban con nombres como «oro» y «plata» y producían joyas de extraordinaria y maravillosa belleza...

—¿Enanos? —aventuró Alfred.

—Esa palabra me suena extrañamente familiar. Enanos...

—Baltazar miró al príncipe, quien asintió pensativo—. Nosotros les dábamos otro nombre, pero éste se parece. Enanos.

—Se dice que este mundo está habitado por otras dos razas —continuó Alfred, sin hacer caso o, simplemente, sin advertir los intentos de Haplo para evitar que el sartán se fuera de la lengua—. Una era la de los elfos; la otra, los humanos. Ni Baltazar ni el príncipe parecieron reconocer los nombres.

—Mensch —apuntó Haplo, empleando el término con el cual se referían a las razas inferiores tanto los sartán como los patryn.

—¡Ah, mensch! —Baltazar asintió, reconociendo la palabra. Después, se encogió de hombros—. Existen informes acerca de los mensch en los escritos de nuestros abuelos. No es que éstos vieran alguna vez alguno, pero oyeron hablar de ellos a sus padres, y éstos a los suyos. Esos mensch debían de ser terriblemente débiles. Las dos razas se extinguieron casi inmediatamente después de llegar a Abarrach.

—¿Te refieres a..., a que ya no queda ningún mensch vivo en este mundo? ¡Pero si fueron confiados a vuestro cuidado! —empezó a decir Alfred en tono recriminatorio—. Seguro que....

Al ver que aquello había llegado demasiado lejos, Haplo emitió un silbido. El perro dejó de comer y, siguiendo el gesto de su amo, se acercó al trote hasta Alfred, se acomodó junto a él y se puso a lamer alegremente la cara del sartán.

—Seguro que... ¡Ya basta! Vamos, perrito, lárgate. Vete, chuchó... —Alfred intentó quitarse de encima al animal. El perro, tomando la maniobra por un juego, entró enseguida en el espíritu de la competición—. ¡Quieto! ¡Siéntate! Perrito bonito. ¡No, por favor! ¡Vete!

—Tienes razón, nigromante —intervino Haplo sin inmutarse—. Esos mensch son débiles. Sé algunas cosas de ellos y no podrían haber sobrevivido en un mundo como el vuestro. Un hecho que algunos deberían haber sabido antes de traerlos aquí. En cambio, parece que a vosotros os iban bien las cosas. ¿Qué sucedió, pues? Baltazar frunció el entrecejo y su tono de voz se hizo sombrío.

—Un desastre. Pero el golpe no sobrevino de pronto, sino que llegó gradualmente. En mi opinión, eso hizo aún peores sus consecuencias. Empezaron a fallar pequeñas cosas. El suministro de agua comenzó a menguar de un modo misterioso. El aire se hizo más frío y nocivo; los gases ponzoñosos envenenaron nuestra atmósfera. Cada vez tuvimos que utilizar más nuestra magia en

—

—

protegernos del veneno, en producir agua y en aprovisionarnos de comida. La Gente Menuda, esos que llamáis enanos, sucumbió. No pudimos hacer nada para ayudarlos sin ponernos en peligro nosotros mismos.

—Pero vuestra magia... —protestó Alfred, quien por fin había convencido al perro que se sentara tranquilamente a su lado.

—¿No lo entiendes? ¡Necesitábamos la magia para nosotros! Éramos los más fuertes, los más aptos, los más preparados para sobrevivir. Hicimos lo que pudimos por los..., por esos enanos, pero al final sucumbieron como lo hicieran antes los otros mensch. Y entonces se hizo más importante que nunca para nosotros resucitar a los muertos y mantenerlos en ese estado.

Haplo movió la cabeza en gesto de profunda admiración.

—Una mano de obra que nunca descansa, que no come ni bebe, a la que no afecta el frío ni las penalidades. El esclavo perfecto. El soldado perfecto.

—Exacto —asintió Baltazar—. Sin nuestros muertos, los vivos no habríamos salido adelante.

—Pero ¿no entiendes lo que habéis hecho? —exclamó Alfred con expresión grave, atormentada—. ¿No os dais cuenta de que...?

—¡Perro! —ordenó Haplo.

El animal se incorporó, con la lengua fuera y meneando el rabo. Alfred se cubrió el rostro con las manos y, tras dirigir una mirada de temor a Haplo, enmudeció.

—Claro que nos damos cuenta —asintió el nigromante, entusiasmado—.

Recuperamos un arte que, según los viejos anales, nuestro pueblo había perdido.

—No. Perdido, no —murmuró Alfred con voz lastimera, pero sin que nadie lo oyera. Haplo captó sus palabras gracias al oído del perro.

—Desde luego, no creáis que permanecemos ociosos y que no intentamos descubrir qué estaba sucediendo —precisó Edmund—. Investigamos y por fin, muy a pesar nuestro, llegamos a la conclusión de que los colosos, que un día nos habían proporcionado la vida, eran ahora los responsables de que nos viéramos privados de ella. En otro tiempo, a través de las columnas nos había llegado el calor y el aire fresco. Ahora, nuestro calor estaba siendo desviado y aprovechado por...

—¿Por la gente de la ciudad? —Haplo movió la mano en dirección a los edificios que habían sobrevolado en la nave—. Es eso lo que sospecháis, ¿no?

Apenas prestó atención a la respuesta. El tema lo traía sin cuidado. Habría preferido profundizar en el asunto de la nigromancia, pero no se atrevió a dejar entrever su profundo interés por la cuestión delante del príncipe y su hechicero, ni delante de Alfred. Paciencia, se aconsejó.

—Fue un accidente. La gente de Necrópolis no tenía modo de saber que nos estaba causando tal perjuicio —protestó Edmund acaloradamente, dirigiéndose al nigromante. Baltazar arrugó la frente y Haplo comprendió que estaba ante una vieja discusión entre los dos.

El nigromante, tal vez porque estaba en presencia de extraños, se abstuvo de expresar una opinión contraria a la de su monarca. Haplo estaba a punto de llevar de nuevo la conversación a los muertos cuando un estrépito y una conmoción en la caverna atrajeron la atención de todos. Varios cadáveres —de soldados, a juzgar por los fragmentos harapientos de sus uniformes— llegaron a la carrera, procedentes de la entrada de la caverna.

El príncipe se incorporó de inmediato, seguido del nigromante. Baltazar agarró del brazo al príncipe y señaló algo. El cadáver del rey muerto avanzaba arrastrando los pies, dispuesto también a interrogar a los centinelas.

—Ya le dije a Su Alteza que esto sería un problema —declaró Baltazar con voz grave.

La cólera encendió la pálida piel del príncipe. Se dispuso a decir algo, pero reprimió a duras penas las palabras apresuradas que le venían a los labios.

—

—

—Tú tenías razón y yo estaba equivocado —declaró por último, tras una pausa

de reflexión—. ¿Estás satisfecho de oírme confesarlo?

—Su Alteza me malinterpreta —repuso el nigromante con suavidad—. No pretendía...

—Ya sé que no, amigo mío. —Edmund exhaló un cansino suspiro. El agotamiento borró el color de sus enjutas facciones—. Perdóname. Por favor, disculpadnos —tuvo apenas la serenidad de decir a sus invitados, y se dirigió apresuradamente hacia el lugar donde el rey se encontraba conferenciando con los cadáveres de sus subditos.

Haplo hizo un gesto con la mano y el perro se alejó al trote detrás del príncipe, sin que éste lo advirtiera. Los sartán vivos de la caverna habían enmudecido.

Intercambiando miradas sombrías, empezaron a recoger rápidamente los utensilios que habían sacado para dar cuenta de su magra comida. Pero, cuando pudieron apartar la atención de su tarea, los ojos de todos ellos se dirigieron a su príncipe.

—No es de buena educación que los espías de esta manera, Haplo —dijo Alfred en voz baja, mirando con aire severo hacia el perro, apostado junto al príncipe. Haplo no consideró que el comentario mereciera respuesta.

Alfred se puso a revolver nerviosamente los restos de pescado que había dejado en el plato.

—¿Qué dicen? —preguntó por último.

—¿Por qué quieres saberlo? No es de buena educación espiarlos, tú lo has dicho

—replicó Haplo—. De todos modos, tal vez te interese saber que esos muertos, que son sin duda exploradores, informan que ha arribado a puerto un ejército.

—¡Un ejército! ¿Qué hay de la nave?

—Las runas evitarán que nadie se acerque a ella, y mucho menos que le cause daños. Lo que debe preocuparte más es que ese ejército marcha hacia aquí.

—¿Un ejército de vivos? —inquirió Alfred en voz baja, temiendo la respuesta.

—No —respondió Haplo, observando fijamente a su compañero de viaje—. Un ejército de muertos.

Alfred lanzó un gemido y se cubrió el rostro con la mano. Haplo se inclinó hacia adelante.

—Escucha, sartán —dijo en voz baja, con tono urgente—. Necesito algunas respuestas acerca de esa nigromancia, y las necesito ahora.

—¿Qué te hace pensar que sé algo al respecto? —preguntó Alfred, incómodo, desviando la mirada.

—Todos esos gestos, gemidos y lamentos que has estado haciendo desde que te has enterado de lo que sucedía aquí. ¿Qué sabes tú de los muertos?

—No estoy seguro de que deba contártelo —respondió Alfred, hundiendo su cabeza calva entre los hombros encogidos, como una tortuga refugiándose en su caparazón.

Haplo alargó la mano, asió al sartán por la muñeca y la retorció enérgicamente.

—¡Estamos a punto de vernos envueltos en una guerra, sartán! ¡Y es obvio que tú eres incapaz de defenderte, lo cual deja en mis manos tu seguridad, además de la mía! ¿Vas a hablar?

Alfred hizo una mueca de dolor.

—Te..., te diré lo que sé.

Haplo gruñó de satisfacción y soltó al sartán. Alfred se frotó la muñeca.

—Los cadáveres están vivos, pero sólo en el sentido de que pueden moverse y obedecer órdenes. Recuerdan lo que hicieron en vida, pero no conocen nada más.

—El viejo rey, entonces... —Haplo dejó la frase en el aire, sin acabar de comprender.

—

—Aún se cree el rey —explicó Alfred dirigiendo la vista al cadáver, a su cabeza blanca y a sus guedejas canosas coronadas de oro—. Todavía trata de gobernar porque aún se considera el monarca. Pero, por supuesto, no tiene la menor idea de la situación actual. No sabe dónde está; lo más probable es que aún se crea en su patria.

—Pero los soldados muertos saben...

—Saben luchar, porque recuerdan lo que estaban habituados a hacer en vida. Y lo único que necesita hacer un comandante vivo es señalar al enemigo.

—¿Qué son esa suerte de espíritus que siguen a los cadáveres como sombras?

¿Qué tienen que ver con los muertos?

—En cierto modo son, efectivamente, sus sombras. Son la esencia de lo que eran cuando estaban vivos. Nadie sabe gran cosa acerca de los fantasmas, como los llaman. Al contrario que el cuerpo, el fantasma parece ser consciente de lo que sucede en el mundo, pero no puede actuar en él.

Alfred suspiró, y sus ojos pasaron del rey muerto a su hijo.

—Pobre joven. Al parecer, creía que con su padre sería distinto. ¿Viste cómo el fantasma se resistía a volver a esta forma de vida corrupta? Era como si supiese...

¡Ah, qué han hecho! ¡Qué han hecho!

—Bien, sartán, ¿qué es ello? —estalló Haplo, impaciente—. A mí me parece que la nigromancia puede tener sus ventajas.

Alfred se volvió y contempló al patryn con una mirada penetrante, cargada de una profunda serenidad.

—Sí, eso mismo creímos nosotros, hace mucho tiempo. Pero realizamos un descubrimiento terrible. Es preciso que el equilibrio se mantenga, pues, por cada persona devuelta a la vida cuando ya no le corresponde, otra persona muere, en alguna parte, cuando aún no era su hora. —El sartán dirigió una mirada desesperada a la multitud refugiada en la caverna y comentó con voz lúgubre—: Es posible, muy posible, que estas gentes hayan ocasionado, sin saberlo, la perdición de toda nuestra raza.

—
—

CAPITULO

CAVERNAS DE SALFAG, ABARRACH

—¡Teorías sin fundamento! —replicó Haplo con un resoplido de disgusto—. ¡No puedes demostrar lo que dices! —Tal vez ya haya sido demostrado —apuntó Alfred.

Haplo se puso en pie. No tenía intención de quedarse a escuchar los lloriqueos del sartán ni un momento más. De modo que los muertos tenían algunos problemas de memoria, unos períodos de atención muy cortos. Haplo reflexionó que, de estar en la posición de aquellos cadáveres animados, probablemente tampoco querría experimentar el presente. De estar en su posición... ¿querría ser resucitado?

La pregunta lo llevó a detenerse, una vez incorporado. Se imaginó tendido en el suelo de roca con el nigromante plantado ante él, imaginó su cuerpo alzándose... Se apresuró a borrar la imagen de su mente y echó a andar. Tenía cosas más importantes en que reflexionar.

O tal vez no, le susurró una vocecilla en su interior. Si moría en aquel mundo —y había estado muy cerca de la muerte en otros dos mundos—, ¡aquello era lo que harían con él!

Aquellos ojos que miraban directamente hacia su pasado. Aquella piel blanquecina, cerúlea, aquellos labios y uñas violáceos, aquel cabello lacio y despeinado... La repulsión le hizo un nudo en el estómago y, por un momento, el

patryn pensó en huir, en salir a escape.

Asombrado, consiguió dominarse. ¿Qué diablos le estaba sucediendo?, se dijo.

¡Huir! ¡Escapar! ¿De qué? ¿De un puñado de cadáveres?

—Esto es cosa del sartán —murmuró con rabia—. Ese cobarde lloriqueante me está afectando las ideas. Si estuviera muerto, supongo que poco me importaría estarlo de un modo o de otro.

Sin embargo, su mirada pasó de los cadáveres a los fantasmas, aquellas formas sombrías y patéticas siempre rondando cerca de su cuerpo correspondiente, al alcance de éste pero incapaz de tocarlo.

—Padre, déjame esto a mí —Edmund le hablaba al cadáver con loable paciencia—. Quédate con el pueblo. Yo iré con los soldados a ver qué sucede.

—¿Nos ataca la gente de la ciudad? ¿De qué ciudad? No recuerdo ninguna... —El resucitado monarca sonaba quejumbroso; su voz hueca expresaba frustración y perplejidad.

—¡No hay tiempo para explicaciones, padre! —La paciencia del príncipe estaba llegando al límite—. Por favor, no te preocupes. Yo me encargo de todo. El pueblo. Tú, quédate con el pueblo.

—Sí, el pueblo. —El cadáver captó esta palabra y pareció asirse a ella firmemente—. Mi pueblo se vuelve a mí en busca de liderazgo pero, ¿qué puedo hacer? ¡Nuestra tierra está muriendo! Tenemos que marcharnos, buscar otro lugar.

Hijo mío, ¿escuchas lo que digo? ¡Hemos de abandonar nuestra tierra!

Pero Edmund había dejado de prestar atención. Se alejó con los soldados muertos y retrocedió apresuradamente hacia la entrada de la caverna. El nigromante se quedó atrás para atender a las divagaciones del cadáver viviente. El perro, al no tener instrucciones de lo contrario, trotó junto a los talones del príncipe.

Haplo se apresuró tras Edmund pero, al alcanzarlo, vio el brillo de unas lágrimas en las mejillas del príncipe y advirtió su abrumado dolor. El patryn dejó unos pasos

—
—

de distancia y se entretuvo haciendo fiestas con el perro para dar tiempo al príncipe a recobrar el dominio de sí. Edmund se detuvo, se pasó el revés de la mano por los ojos en un gesto rápido y volvió la cabeza.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz áspera.

—He venido a coger al perro —respondió Haplo—. Ha salido corriendo detrás de ti antes de que pudiera detenerlo. ¿Qué sucede?

—No hay tiempo para... —Edmund reemprendió la marcha a toda prisa.

Los soldados muertos avanzaban con rapidez, aunque con torpeza. Les costaba caminar. Tenían problemas para medir los pasos y para efectuar cambios de dirección si encontraban un obstáculo. En consecuencia, tropezaban con los muros de la caverna, resbalaban de los peñascos y tropezaban con las rocas. Pero, aunque no parecían darse cuenta de los obstáculos, ninguno de éstos los detenía.

Avanzaban a través de los charcos de magma al rojo vivo sin la menor vacilación.

La lava quemaba las ropas y corazas que pudieran llevar todavía y convertía la carne muerta en grumos quemados. Y, sin embargo, incluso entonces seguían avanzando.

Haplo notó crecer de nuevo en su interior la repulsión que había sentido antes.

En el Laberinto había presenciado cosas que habrían vuelto loco a cualquiera, pero ahora se vio obligado a endurecer la que consideraba una voluntad de hierro para seguir avanzando junto a aquel horrendo ejército.

Edmund le dirigió una mirada como si deseara que su interlocutor se quitara de

en medio. Haplo mantuvo con determinación su expresión amistosa y preocupada.

—¿Qué has dicho que sucede? —insistió.

—Un ejército de Necrópolis ha desembarcado en el puerto del pueblo —respondió Edmund, lacónico. Al parecer, algo más pasó por su mente pues añadió, en tono más conciliador—: Lo siento. Vosotros tenáis un barco amarrado allí, creo recordar. Haplo estuvo a punto de responder que las runas protegerían la nave, pero lo pensó mejor.

—Sí, me preocupa el barco —contestó—. Me gustaría ver qué ha sido de él.

—Le pediría a los soldados que se ocuparan de ello, pero los informes que traen no son muy fiables. Bien podría ser que nos hayan puesto alerta frente a un enemigo contra el que lucharon hace diez años.

—¿Por qué los usas de exploradores, entonces? —le preguntó el patryn.

—Porque no podemos dedicar a eso a los vivos.

Así pues, lo que Alfred le había contado era cierto. Al menos, esa parte. Y aquel pensamiento trajo a la mente de Haplo otro problema. El sartán... a solas...

—Vuelve —ordenó al perro—. Quédate con Alfred. El animal, obediente, hizo lo que le ordenaba su amo.

Alfred se sentía cada vez más desanimado y casi se alegró del regreso del animal, aunque sabía perfectamente que lo había enviado Haplo para espíarlo. El perro se tendió a su lado, dio un rápido lametón a la mano del sartán y puso la cabeza bajo la palma para incitar a Alfred a acariciarlo detrás de las orejas.

El retorno del nigromante no le produjo tanta alegría. Baltazar era un hombre vigoroso y enérgico. Su porte erguido, su aire imperioso y los ropajes negros, largos y vaporosos, realzaban su estatura y lo hacían parecer más alto de lo que era. Tenía el tono de piel marfileño de quien nunca había visto el sol. Sus cabellos, a diferencia de la mayoría de los sartán, eran tan negros que casi parecían azules. La barba, cortada recta cuatro dedos por debajo del mentón, brillaba como la obsidiana de su tierra natal. Sus ojos negros resultaban extraordinariamente inteligentes, astutos y penetrantes; su mirada taladraba lo que observaba y lo colocaba al trasluz para un examen más minucioso.

Baltazar volvió aquellos ojos implacables hacia Alfred, quien notó cómo su afilada hoja penetraba en él, taladrándolo.

—

—

—Me alegro de tener la oportunidad de hablar contigo a solas —dijo el nigromante.

Alfred no compartía en absoluto su alegría, pero había pasado gran parte de su vida en la corte y acudió automáticamente a sus labios un comentario diplomático.

—¿Va..., va a haber problemas? —añadió, encogiéndose bajo la mirada de aquellos ojos negros.

Baltazar sonrió y le informó —diplomáticamente también— que, si los había, no era asunto suyo.

Era una afirmación que Alfred podría haber discutido, pues se encontraba en medio del posible combate, pero el sartán no era demasiado hábil discutiendo y prefirió guardar un sumiso silencio. El perro bostezó y los miró desde el suelo con ojos soñolientos.

Baltazar permaneció callado. Todos los vivos de la caverna guardaban silencio, observando y esperando. Los muertos también permanecían quietos en el fondo de la oquedad, pero ellos no esperaban porque no tenían nada que esperar.

Simplemente, estaban; y, al parecer, así seguirían hasta que uno de los vivos les dijera otra cosa. El cadáver del viejo monarca no parecía saber qué hacer consigo

mismo. Ninguno de los vivos le dijo nada y por último, desvalido y desolado, se encaminó al fondo de la caverna para unirse a sus difuntos subditos en aquella pasiva existencia.

—Tú no apruebas la nigromancia, ¿verdad? —preguntó de pronto Baltazar. Alfred notó como si la corriente de magma hubiera cambiado de curso y le subiera por las piernas y el cuerpo directamente hasta el rostro.

—Yo... No. No me gusta.

—Entonces, ¿por qué no volvisteis a buscarnos? ¿Por qué nos dejasteis abandonados?

—No sé..., no sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes.

La furia del nigromante, su rabia contenida, resultaba aún más espeluznante por el hecho de expresarla en apenas un susurro, que sólo Alfred podía escuchar.

Bueno, no sólo él. A sus pies, también el perro estaba pendiente de la conversación.

—Claro que sí. Eres un sartán, uno de nosotros. Y no procedes de este mundo. Alfred quedó totalmente anonadado. No tenía idea de qué responder. No podía mentir pero ¿cómo decir la verdad cuando, en realidad, la desconocía?

Baltazar sonrió, pero la suya era una expresión atemorizadora, con los labios apretados, llena de un extraño y repentino regocijo.

—Veo el mundo del que procedes. Lo veo en tus palabras. Un mundo opulento, un mundo de luz y aire puro. ¡De modo que las antiguas leyendas son ciertas! ¡Nuestra larga búsqueda debe aproximarse a su final!

—¿Búsqueda de qué? —preguntó Alfred, desesperado, con la esperanza de cambiar de tema. Lo consiguió.

—¡Del camino de regreso a esos otros mundos! ¡De la salida de éste! —Baltazar se inclinó hacia él y el susurro se volvió agudo, cargado de tensión e impaciencia—. ¡La Puerta de la Muerte!

Alfred no podía respirar; era como si lo estuvieran estrangulando.

—¿Si..., si me perdonas —balbució, tratando de ponerse en pie y escapar de allí—. No..., no me siento bien...

Baltazar lo agarró por el brazo, impidiendo que se moviese.

—Puedo hacer que te sientas peor —murmuró, y dirigió una mirada a uno de los cadáveres.

—

—

Alfred tragó saliva, emitió un jadeo y pareció encogerse. El perro alzó la testuz y gruñó, preguntando al sartán si necesitaba ayuda.

Baltazar pareció desconcertado y algo avergonzado ante la reacción de Alfred.

—Discúlpame. No debería haberte amenazado. No soy mala persona. Pero sí —añadió con voz grave y emocionada— un hombre desesperado.

Alfred, temblando, se acurrucó junto al suelo de la caverna. Alargó una mano vacilante y dio unas palmaditas al perro, tranquilizándolo. El animal bajó la cabeza y reanudó su callada vigilancia.

—Ese otro hombre, el que viene contigo. El de las runas tatuadas. ¿Qué es? Un sartán, no: no es como tú o como yo. Pero se parece más a nosotros que esos otros, la Gente Menuda. —Baltazar cogió una piedra de cantos afilados y la sostuvo en alto a la luz mortecina que llenaba la cavidad—. Esta piedra tiene dos caras, cada una distinta de la otra, pero ambas partes son de la misma roca. Tú y yo somos una cara, parece. Él es la otra. Pero los dos formamos parte de un todo. Los ojos negros de Baltazar clavaron contra la pared de roca al impotente Alfred.

—¡Habla! ¡Dime cosas de él! ¡Dime la verdad de ti! ¿Habéis venido a través de la Puerta de la Muerte? ¿Dónde está?

—No puedo hablarte de Haplo —respondió Alfred desmayadamente—. Cada persona tiene derecho a contar o mantener oculta su historia; la decisión le corresponde a él. —El sartán empezaba a sentir pánico y consideró que podría refugiarse en la verdad, aunque sólo fuera una verdad parcial—. Respecto a cómo llegué aquí, fue..., ¡fue un accidente! No fue a propósito.

Los ojos azabache del nigromante lo taladraron y hundieron su afilada hoja aquí y allá, sondeando y desgarrando. Por fin, con un gruñido, apartó la mirada. Pensativo, se quedó sentado mirando al rincón de la cavidad donde se habían reunido los muertos.

—Veo que no mientes —dijo por último—. No puedes mentir; eres incapaz de engañar. Pero tampoco estás diciendo la verdad. ¿Cómo puede existir esta dicotomía en tu interior?

—Porque desconozco esa verdad que me exiges contar. No la comprendo del todo y, por tanto, si hablara de la pequeña parte que conozco, y que sólo veo de manera imprecisa, tal vez estaría causando un daño irreparable. Es mejor que guarde para mí lo que sé.

Un destello de cólera brilló en los ojos de Baltazar, reflejando la luz amarilla de la hoguera. Alfred le plantó cara, resuelto y tranquilo; apenas palideció ligeramente. Fue el nigromante quien cedió primero y su iracunda frustración se redujo a un profundo abatimiento.

—Se dice que esta virtud fue un día la nuestra. Se dice que la mera idea de que uno de nuestra raza derramara la sangre de otro era tan inconcebible que no existía en nuestro idioma una palabra para denominar tal acto. Pues bien, ahora tenemos varias: asesinato, guerra, engaño, traición, trampa, muerte... Sí, muerte. Baltazar se puso en pie. Su ira ardiente se enfrió y se solidificó como la roca fundida al entrar en contacto con un charco de agua helada.

—Me dirás lo que sepas de la Puerta de la Muerte. Y, si no me lo cuentas con tu voz de vivo, ¡me lo dirás con la voz de los muertos! —Se volvió un poco y señaló los cadáveres—. Ellos nunca olvidan lo que han sido, lo que han hecho. Sólo olvidan las razones por las que lo hicieron. Y por eso están dispuestos a repetirlo una y otra vez.

El nigromante se alejó por el túnel en pos de un príncipe. Alfred, desconcertado y sobrecogido, se quedó mirándolo. Estaba demasiado horrorizado para articular palabra.

—

—

CAPÍTULO

CAVERNAS DE Salfag, Abarrach

—¡Sabía que no debía dejar solo a ese sartán enclenque! —se dijo Haplo con irritación cuando escuchó los balbuceos y las confusas negativas de Alfred a través de los oídos del perro. El patryn estuvo tentado de dar media vuelta y regresar sobre sus pasos para intentar remediar la situación, pero comprendió que, para cuando llegara al lugar de la caverna donde había dejado al sartán, la mayor parte del daño ya estaría hecho. Así pues, continuó la marcha tras el príncipe y su ejército de cadáveres hacia la boca de la cueva.

Cuando la conversación entre Baltazar y Alfred finalizó, Haplo se alegró de no haber intervenido. Ahora sabía qué se proponía el nigromante. Y, si Baltazar quería realizar un pequeño viaje a través de la Puerta de la Muerte, Haplo estaría más que contento de complacer sus deseos. Por supuesto, Alfred no lo aceptaría nunca pero,

a partir de aquel momento, su compañero de viaje sartán había dejado de ser imprescindible. El nigromante sartán era una pieza mucho más valiosa que un moralista lloriqueante como Alfred.

Habría problemas. Baltazar era un sartán y, por tanto, poseía una bondad innata. Si amenazaba con asesinar, era por su desesperada y profunda lealtad para con su pueblo y su príncipe. No era probable que aceptara dejar a su pueblo, abandonar a su príncipe y marcharse solo. Por otra parte, Haplo estaba seguro de que a su Señor no le haría la menor gracia ver a un ejército de sartán atravesando la Puerta de la Muerte y penetrando en el Nexo.

No obstante, se dijo el patryn, encontraría el modo de solventar las dificultades que se presentaran.

El príncipe, un poco por delante de Haplo, se detuvo. —El enemigo —anunció. Habían llegado a la boca de la caverna. Oculto en las sombras, en pie, vieron a la fuerza que se aproximaba. Era un ejército de cadáveres putrefactos y andrajosos que avanzaba, tambaleante y arrastrando los pies, en lo que aquellos muertos vivientes recordaban como una formación militar. Varios grupos de enemigos de las primeras avanzadillas ya habían chocado con las tropas del príncipe y se iniciaban las escaramuzas en el campo de batalla.

Era la batalla más extraña que Haplo había visto nunca. Los muertos combatían con los recursos que recordaban haber utilizado en vida, repartiendo y recibiendo golpes de espada, parándolos y descargándolos. Todos luchaban con evidente intención de matar al oponente. Y, sin embargo, no estaba claro si batallaban contra aquel enemigo concreto o contra alguno al que se habían enfrentado años antes.

Uno de los soldados muertos paró una estocada que su oponente no había lanzado. Otro dejó que una lanza le atravesara el pecho sin hacer el menor gesto para defenderse. Los golpes eran descargados a conciencia, aunque mal dirigidos, y unas veces eran detenidos y otras, no. La hoja de la espada empuñada por una mano muerta se hundía en una carne muerta que no la notaba. Las cadáveres extraían el arma y continuaban luchando, golpeándose una y otra vez, produciéndose daños considerables pero sin conseguir grandes progresos.

El combate entre los muertos habría podido continuar indefinidamente de haber estado parejas las fuerzas de ambos ejércitos. Pero los combatientes del ejército de Necrópolis mostraban un estado de putrefacción mucho más avanzado que los soldados del príncipe. Aquellos muertos parecían peor cuidados que los del príncipe, si era posible decir tal cosa.

—
—

En muchos casos, la carne de los cadáveres se había desprendido de los huesos. Todos presentaban numerosas heridas, recibidas en su mayor parte, al parecer, después de su muerte. A gran número de soldados les faltaban diversas partes del cuerpo, algún hueso aquí y allá, parte de un brazo o de una pierna... Las armaduras estaban muy oxidadas y los correajes de cuero que las mantenían en su lugar estaban casi podridas; corazas y espalderas colgaban de un hilo y las espinilleras, caídas en torno a los tobillos, hacían que los cadáveres tropezaran una y otra vez.

Los muertos hacían torpes intentos para pasar por encima o a través de los obstáculos y parecían constantemente estorbados por sus propios pertrechos, que iban perdiendo por el camino. Así, aquellos ejércitos de difuntos parecían pasar más tiempo recuperándose de sus tropiezos que avanzando. Los combatientes estaban siendo desmenuzados en montones de huesos y piezas de armadura sobre los

cuales se agitaban y se retorcían sus fantasmas, extendiendo en gesto de súplica sus brazos como volutas de humo. Habría constituido un espectáculo cómico, de no haber sido tan horroroso.

Haplo tuvo ganas de echarse a reír, pero un vuelco en el estómago le hizo ver que, si lo hacía, no podría contener las náuseas.

—Muertos viejos —dijo el príncipe, observando al ejército rival.

—¿Qué? —respondió Haplo—. ¿A qué te refieres?

—Necrópolis está utilizando sus antiguos difuntos, los muertos de generaciones pasadas. Manda a uno de tus hombres a buscar a Baltazar —ordenó Edmund al capitán de su propio ejército. Después, se volvió a Haplo y le comentó, como si tal cosa—: Los muertos viejos siempre son reconocibles. Los nigromantes de la ciudad no eran muy expertos en su arte. Les faltaba el conocimiento de cómo evitar que la carne se corrompa, de cómo conservar el cadáver.

—¿Vuestras guerras siempre las libran los muertos?

—Ahora que disponemos de ejércitos lo bastante numerosos, sí, ellos se encargan de la mayor parte. En otro tiempo, combatían los vivos —Edmund movió la cabeza—. Un trágico despilfarro. Pero eso fue hace mucho tiempo, mucho antes de que yo naciera. Necrópolis envía a sus muertos viejos. Me pregunto qué significará eso —añadió con gesto de preocupación.

—¿Qué puede significar?

—Podría ser un amago, un intento de atraernos y forzarnos a revelar nuestra fuerza real. Esto es lo que diría Baltazar. Pero también puede ser una señal del pueblo de Necrópolis para mostrarnos que no pretenden causarnos graves daños. Como verás, nuestros muertos nuevos pueden derrotar a los suyos con facilidad. Mi opinión —añadió el príncipe— es que Necrópolis quiere negociar.

Edmund miró hacia adelante y entrecerró los ojos para que no lo deslumbrase el fulgor rojizo del mar de magma.

—Tiene que haber algún vivo entre ellos —murmuró—. Sí, ya los veo. Están ahí, en retaguardia.

Dos nigromantes vestidos de negro y encapuchados caminaban tras su miserable ejército, fuera del alcance de las lanzas arrojadizas. Haplo se sorprendió al advertir la presencia de unos hechiceros vivos pero, al observar con más cuidado, comprobó que los nigromantes debían ocuparse no sólo de conducir al ejército y mantener la magia que conservaba unidos los cuerpos en descomposición, sino también de actuar como macabros pastores.

Con cierta frecuencia, algún cadáver se quedaba inmóvil, dejaba de luchar o caía y no volvía a levantarse. Los nigromantes se movían entre las tropas repartiendo órdenes, instándolos a continuar avanzando. A veces, cuando uno de los muertos ambulantes caía y se volvía a incorporar, quedaba orientado en otra dirección y se alejaba con rumbo errático, dirigido por su defectuosa memoria. El nigromante,

—

—

como un perro ovejero concienzudo, corría tras el soldado, le daba la vuelta y lo obligaba a regresar al lugar de la batalla.

Los muertos de Edmund, a quienes Haplo supuso que podía considerar «nuevos», no parecían sujetos a tales fallos. La pequeña fuerza que había enviado a la lucha se batía bien, reduciendo el número de enemigos, haciendo literalmente pedazos a los muertos viejos y sembrando el suelo de roca con sus huesos. La mayor parte del ejército del príncipe permaneció agrupado tras él a la entrada de la caverna, como unas fuerzas experimentadas a la espera de órdenes. La única precaución de Edmund consistía en recordarle continuamente sus órdenes al

capitán de los muertos. A cada recordatorio del príncipe, el capitán asentía con vigor, como si recibiera las instrucciones por primera vez. Haplo se preguntó si el mensajero enviado a Baltazar recordaría el mensaje para cuando llegara hasta el nigromante.

Edmund se estremeció, inquieto. De pronto, siguiendo un impulso, se encaramó de un salto a un peñasco, dejándose ver.

—¡Deteneos! —ordenó a sus tropas, y se volvió hacia el enemigo con las manos levantadas y las palmas abiertas, en un gesto de petición de tregua.

—¡Alto! —gritaron los nigromantes enemigos. Tras un momento de confusión, ambos ejércitos se quedaron inmóviles, tambaleándose. Los nigromantes permanecieron junto a sus tropas, donde podían ver y escuchar pero seguían protegidos por sus muertos.

—¿Por qué venís contra mi pueblo? —preguntó Edmund.

—¿Por qué atacasteis a los ciudadanos de Puerto Seguro? Quien había hablado era una mujer, cuya voz sonó clara y potente en el aire cargado de vapores sulfurosos.

—No atacamos a nadie —replicó el príncipe—. Acudimos a ese puerto con la intención de comprar provisiones y fuimos atacados por...

—¡Os presentasteis armados! —lo interrumpió la mujer con frialdad.

—¡Pues claro que nos presentamos armados! Hemos atravesado tierras peligrosas. Incluso nos ha atacado un dragón de fuego, desde que abandonamos nuestra patria. ¡Vuestro pueblo nos atacó sin mediar provocación! Como es lógico, nos defendimos, pero no teníamos intención de causar daños y, como prueba de lo que digo, podéis comprobar que hemos abandonado el puerto dejando intactas todas sus pertenencias, aunque mi pueblo está hambriento.

Los dos nigromantes conferenciaron en voz baja. El príncipe permaneció de pie sobre la roca negra, ofreciendo una estampa orgullosa y señorial.

—Lo que dices es cierto. Lo hemos comprobado —intervino el otro nigromante, un hombre, al tiempo que avanzaba unos pasos dando un rodeo en torno al ala derecha de su ejército y dejando atrás a la mujer. El hechicero se quitó la capucha y mostró su rostro. Era joven, más que el príncipe, y tenía la cara bien afeitada, unos grandes ojos verdes y los largos cabellos castaños de los sartán, con las puntas blancas cayéndole en rizados sobre los hombros. Mientras avanzaba hacia el enemigo, su expresión era seria, grave y valiente.

—¿Queréis que sigamos hablando? —preguntó a Edmund.

—Sí, me encantaría —respondió éste, y se dispuso a saltar de su roca. El joven nigromante levantó la mano en gesto de advertencia.

—No, por favor. No vamos a aceptar ventajas injustas sobre ti. ¿Tienes algún ministro de los muertos que pueda acompañarte?

—Mi nigromante viene hacia aquí mientras hablamos —contestó Edmund con un gesto de satisfacción ante aquella muestra de cortesía. Haplo volvió la cabeza hacia el fondo de la caverna y vio acercarse apresuradamente la figura de Baltazar, envuelta en sus negros ropajes. O bien el cadáver había recordado el mensaje, o el nigromante había decidido acudir junto a su príncipe por decisión propia. Y con él,

—

—

avanzando tras la negra figura con la misma torpeza que los cadáveres, venía Alfred acompañado del fiel perro.

Mientras esperaba a que Baltazar llegara a su altura, Edmund impartió órdenes a su ejército de que dejara ver la cantidad de tropas suficiente para impresionar al enemigo sin descubrir a éste su verdadero número. El nigromante enemigo

aguardó, paciente, a la cabeza de sus soldados espectrales. Si la demostración de fuerza de Edmund le produjo alguna impresión, su rostro juvenil no dio la menor señal de ello.

La mujer mantuvo el rostro oculto bajo la capucha. Haplo, atraído por el sonido de su voz suave y melodiosa, sentía una gran curiosidad por ver sus facciones, pero la nigromante permaneció tan inmóvil como las rocas que la rodeaban. De vez en cuando, el patryn escuchaba su voz entonando las runas que mantenían en acción a los cadáveres.

Baltazar alcanzó al príncipe, jadeando intensamente debido al esfuerzo, y los dos salieron del túnel al territorio neutral que había quedado entre los dos ejércitos. El joven nigromante avanzó a su vez, y el trío se encontró a medio camino. Haplo mandó al perro tras el príncipe y, apoyando la espalda en una pared, se instaló cómodamente.

Alfred, resoplando, casi se le echó encima.

—¿Has oído lo que decía Baltazar? ¡Conoce la existencia de la Puerta de la Muerte!

—¡Chist! —replicó Haplo con irritación—. ¡Baja la voz o todo el mundo se va a enterar! Sí, lo he oído. Y, si quiere atravesarla, yo le mostraré el camino.

Alfred se quedó mirándolo, estupefacto.

—¡No puedes hablar en serio!

El patryn, con los ojos fijos en los negociadores, ni se dignó contestar.

—¡Ya entiendo! —exclamó Alfred con un temblor en la voz—. ¡Tú..., tú quieres ese conocimiento! —El sartán señaló con un gesto las filas de cadáveres alineadas ante ellos.

—¡Exacto!

—¡Vas a traernos la perdición! ¡Destruirás todo lo que hemos creado!

—¡No! —replicó Haplo, volviéndose bruscamente—. ¡Fuisteis vosotros, los sartán, quienes lo destruisteis todo! —exclamó, y acompañó sus palabras con unos golpecitos de su índice acusador en el pecho de Alfred—. ¡Nosotros, los patryn, pondremos de nuevo las cosas como estaban! Ahora, calla y déjame escuchar.

—Te detendré —declaró Alfred en actitud resuelta y desafiante—. No permitiré que lo hagas. Yo...

Un poco de grava cedió bajo su pie y el sartán resbaló y perdió el equilibrio. Sus manos se agitaron frenéticamente en el aire, pero no encontraron ningún asidero y Alfred fue a caer sobre la dura roca con un ruido sordo.

Haplo bajó la vista hacia el patético tipejo, maduro y casi calvo, que yacía a sus pies como un bulto.

—Sí, hazlo —dijo al sartán con una sonrisa—. Impídemelo.

Apoyado en la pared, concentró toda su atención en el parlamento.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntaba el joven nigromante, una vez llevadas a cabo las formalidades de presentación.

El príncipe expuso su historia con dignidad y orgullo. No realizó acusaciones contra el pueblo de Kairn Necros, sino que tuvo buen cuidado de atribuir al infortunio o a la ignorancia de la verdadera situación las desgracias que había padecido su pueblo.

El idioma sartán, incluso en aquella forma alterada y algo corrompida, es dado a evocar imágenes mentales. A juzgar por la expresión del joven nigromante, era

—

—

evidente que veía mucho más allá de la superficie de las palabras de Edmund. El joven intentó mantener el rostro impassible, pero un hálito de duda y un tímido

sentimiento de culpa provocaron unas leves arrugas en su frente lisa y un ligero temblor en los labios; después, dirigió una rápida mirada a la mujer, que permanecía inmóvil en la retaguardia del ejército, invitándola a intervenir.

La nigromante entendió su gesto, avanzó como si flotara y llegó junto a los dos hombres a tiempo de escuchar el final del relato de Edmund.

Echando atrás la capucha con un grácil gesto de sus blancas manos, la mujer se descubrió y dirigió una apacible mirada al príncipe.

—Se nota que habéis sufrido mucho. Lo siento por ti y por tu pueblo.

—Tu compasión te honra, señora... —dijo Edmund con una reverencia.

—Gracias —respondió ella—. Mi nombre público es Jera. Este hombre —se volvió hacia su acompañante y lo miró con una sonrisa— es mi esposo, Jonathan, de la casa ducal de los Cerros de la Grieta.

—Noble Jonathan, eres afortunado de tener por esposa a una mujer como ésta

—proclamó el príncipe con cortesía—. Y tú, señora, de tener tal marido.

—Gracias de nuevo, Alteza. Tu relato inspira, ciertamente, piedad —continuó Jera—, y temo que mi pueblo sea, en muchos aspectos, responsable de vuestra desdicha...

—Yo no he hablado de culpas —la interrumpió Edmund.

—Cierto, Alteza —sonrió la mujer—, pero es fácil ver la acusación en las imágenes que evocan tus palabras. De todos modos —una expresión ceñuda frunció su entrecejo, liso como el mármol—, no creo que nuestro dinasta acepte con agrado a unos subditos que acuden a él como mendigos...

Edmund se irguió cuanto pudo. Baltazar, que no había dicho palabra hasta aquel momento, lanzó una mirada torva con sus oscuras cejas contraídas y el mortecino fulgor rojo del mar de magma en sus ojos negros.

—¡El dinasta! —repitió, incrédulo—. ¿Qué dinasta? ¿Y a quién llama subditos?

¡Nosotros somos una monarquía independiente...!

—Paz, Baltazar. —Edmund posó la mano en el brazo de su hechicero—. Señora, no hemos venido a suplicarles nada a nuestros hermanos —recalcó esto último—. Entre nuestros muertos contamos con campesinos, hábiles artesanos y guerreros. Sólo pedimos que se nos dé la oportunidad de trabajar, de ganarnos el pan y el cobijo en vuestra ciudad. La mujer lo miró fijamente.

—¿De veras no sabéis que os encontráis bajo la jurisdicción de nuestra Santísima Majestad Dinástica?

—Señoría —Edmund parecía avergonzado de tener que llevarle la contraria—, yo soy el gobernante de mi pueblo. Su único señor.

—¡Pues claro! —Jera juntó las manos en una sonora palmada, con expresión radiante e impaciente—. ¡Eso lo explica todo! ¡Se trata de un terrible malentendido! Alteza, tienes que venir inmediatamente a la capital para rendir pleitesía a Su Majestad. Mi esposo y yo nos sentiremos honrados de escoltarte hasta él y efectuar las presentaciones.

—¡Pleitesía! —La barba negra de Baltazar destacó en contraste con la palidez extrema de sus facciones—. ¡Es ese autoproclamado dinasta quien...!

—Agradezco tu amable invitación, duquesa Jera. —La mano de Edmund se cerró en torno al antebrazo de su ministro con una presión ligeramente superior a la que Los sartán tienen dos nombres, uno público y otro privado. Como ya contó Alfred a Haplo en un momento anterior de la historia, el nombre privado de un sartán puede dar poder sobre éste a quien lo conoce. Por eso, el nombre privado sólo se revela a las personas a las que se ama y en las que se confía.

—

—

hubiera podido considerarse normal—. El honor de acompañaros es mío. Sin embargo, no puedo dejar a mi pueblo con un ejército hostil apostado ante él. —Retiraremos nuestro ejército —propuso el duque—, si nos dais palabra de que el vuestro no cruzará el mar.

—Dado que no disponemos de barcos, tal travesía es impensable...

—Disculpa, Alteza, pero en el puerto hay una nave amarrada. Nunca antes habíamos visto una cosa parecida y hemos supuesto que...

—¡Ah! ¡Ahora soy yo quien entiende...! —Edmund asintió y volvió la vista a Haplo y Alfred—. Habéis visto la nave y habéis pensado que nos proponíamos embarcar al ejército y cruzar ese mar... Como has dicho antes, señora, existen muchos malentendidos entre nosotros. Esa embarcación pertenece a dos extranjeros que han arribado a Puerto Seguro durante este mismo ciclo. Nos ha complacido ofrecerles cuanta hospitalidad hemos podido, aunque... —añadió el príncipe sonrojándose, entre orgulloso y avergonzado— aunque lo cierto es que ellos nos han dado más de lo que nosotros hemos podido ofrecerles. Alfred se puso en pie a duras penas. Haplo se incorporó de la pared, muy erguido. La duquesa se volvió hacia ellos. Su rostro, aunque no hermoso en cuanto a la figura y perfección de sus rasgos, resultaba atractivo por su expresión de inteligencia fuera de lo normal y por su voluntad, evidentemente firme y resuelta. Sus ojos, pardos con un matiz verdoso, eran tremendamente perspicaces y reflejaban la capacidad de la mente que funcionaba tras ellos. La mirada de la mujer recorrió a los dos extranjeros e identificó de inmediato a Haplo como propietario de la nave.

—Hemos pasado junto a tu nave, señor, y la hemos encontrado interesantísima...

—¿Qué clase de runas son las de su casco? —inquirió su marido con juvenil impaciencia—. Nunca he visto...

—Querido —lo interrumpió ella con voz suave—, éste no es momento ni lugar para hablar de runas. El príncipe Edmund querrá informar a su pueblo del honor que le espera al ser presentado a Su Majestad Dinástica. Nos encontraremos en Puerto Seguro cuando estés preparado, Alteza. —Los ojos verdes de Jera observaron a Haplo y, tras él, a Alfred—. Y también nos sentiremos honrados de conducir a estos extranjeros a nuestra hermosa ciudad.

Haplo miró a la mujer, pensativo. El príncipe no lo había reconocido como a su enemigo ancestral, pero aquella última conversación había hecho comprender al patryn que el pueblo de Edmund no era sino un pequeño satélite que giraba en torno a un sol mayor y más brillante. Un sol que podía estar mucho mejor informado.

Si se marchaba en aquellos momentos, nadie podría reprochárselo; ni siquiera su Señor. Pero, si lo hacía, tanto él como su amo sabrían siempre que había dado media vuelta y había escapado.

—El honor será para nosotros, señora —respondió, pues, con una inclinación de cabeza. Jera le sonrió y miró de nuevo al príncipe.

—Mandaremos noticia de vuestra llegada, Alteza, para que se lleven a cabo los preparativos para recibirlos.

—Sois muy amables —respondió Edmund.

Tras las últimas reverencias de despedida, los interlocutores se separaron. El duque y la duquesa volvieron junto a su ejército de cadáveres, lo agruparon (algunos soldados se habían alejado del resto durante la conversación), dieron orden de formar filas y condujeron a sus soldados muertos hacia Puerto Seguro. Baltazar y el príncipe regresaron a la caverna.

—¡Un dinasta! —masculló el nigromante con acritud—. ¡Que las gentes de la nación soberana de Kairn Telest son sus subditos! ¡Dime ahora, Edmund, que los habitantes de Necrópolis provocaron nuestra catástrofe por ignorancia!

—

El príncipe daba visibles muestras de preocupación. Su mirada se dirigió hacia la lejana ciudad, apenas visible bajo la masa de nubes suspendida sobre ella a escasa altura.

—¿Qué puedo hacer, Baltazar? ¿Qué puedo hacer por nuestro pueblo si no voy?

—¡Yo te lo diré Alteza! Estos dos —el nigromante señaló a Haplo y Alfred— conocen la ubicación de la Puerta de la Muerte. ¡Han llegado aquí atravesándola! El príncipe los miró con perplejidad.

—¿La Puerta de la Muerte? ¿De veras? ¿Es posible que...? Haplo se apresuró a mover la cabeza en gesto de negativa.

—No resultaría, Alteza. Está muy lejos de aquí. Necesitaríais naves, muchísimas naves, para transportar a vuestro pueblo.

—¡Naves! —Edmund mostró una sonrisa pesadosa—. ¡No tenemos comida y hablas de barcos...! Dime —añadió tras una pausa—, ¿la gente de la ciudad sabe..., conoce algo de la Puerta de la Muerte?

—¿Cómo voy a saberlo, Alteza? —respondió Haplo, encogiéndose de hombros.

—Hay que ver si realmente dice la verdad —masculló Baltazar—. ¡Y, respecto a los barcos, sí que podemos conseguirlos! ¡Ellos los tienen! —exclamó, moviendo la cabeza en dirección a Necrópolis.

—¿Y cómo los pagaríamos, Baltazar?

—¿Pagar, Alteza? ¿No hemos pagado ya? ¿No hemos pagado con nuestras vidas?

—exclamó el nigromante, con los puños apretados—. ¡Yo digo que cojamos lo que queremos! ¡No te arrastres ante ellos, Edmund! ¡Condúcenos a ellos! ¡Guíanos a la guerra!

—¡No! —El príncipe señaló hacia los duques que se alejaban—. Esos hechiceros han sido comprensivos con nosotros. No tenemos ninguna razón para pensar que el dinasta mostrará menos disposición a escucharnos y entendernos. Primero voy a probar por medios pacíficos.

—«Vamos», Alteza. Yo te acompañaré, por supuesto...

—No. —Edmund tomó de la mano al nigromante—. Tú quédate con el pueblo. Si me sucede algo, tú serás su líder.

—Por fin habla tu corazón, mi príncipe. —La voz de Baltazar era amarga, apenada.

—Creo sinceramente que no nos sucederá nada, pero sería un mal gobernante si no tomara precauciones por si sucediera algún imprevisto. —Edmund continuó apretando la mano del hechicero—. ¿Puedo confiar en ti, amigo mío? Más que amigo: mentor..., mi segundo padre...

—Puedes confiar en mí, Alteza.

Esta última frase del nigromante fue apenas un susurro sofocado.

Edmund se dirigió a conferenciar con su pueblo, mientras Baltazar se retrasaba unos momentos entre las sombras para tranquilizarse y recuperar el dominio de sí mismo.

Cuando el príncipe se hubo alejado, el nigromante levantó la cabeza. Los estragos de una pena terrible, sobrecogedora, habían envejecido sus pálidas facciones. La mirada penetrante de sus ojos azabache se posó en Alfred, traspasó el cuerpo tembloroso del sartán y penetró en Haplo.

«No soy mala persona, pero sí soy un hombre desesperado.» Haplo escuchó el

eco de las palabras del nigromante en la oscuridad iluminada por el fuego.

—Sí, mi príncipe —prometió Baltazar con fervor, en un susurro—. Puedes confiar plenamente en mí. ¡Nuestro pueblo se salvará!

—
—

CAPITULO

NECRÓPOLIS, ABARRACH

—Majestad, un mensaje de Jonathan, el duque de los Cerros de la Grieta.

—¿El duque de los Cerros...? ¿No había muerto?

—El joven duque, Majestad. Recordad, señor, que lo enviasteis con su esposa a enfrentarse a esos invasores de la otra orilla...

—¡Ah, sí, es cierto! —El dinasta frunció el entrecejo—. ¿El mensaje tiene que ver con los invasores?

—Sí, Majestad.

—Despedid a la corte —ordenó el dinasta.

El Gran Canciller, consciente de que el asunto debía ser tratado con discreción, había hablado hasta entonces en voz baja, al oído del dinasta. La orden de despejar la corte no fue ninguna sorpresa, ni presentó la menor dificultad. El Gran Canciller sólo tuvo que volver los ojos hacia el chambelán, siempre atento, para verla cumplida.

Un bastón golpeó el suelo.

—La audiencia de Su Majestad ha terminado —anunció el chambelán.

Quienes habían acudido con sus peticiones enrollaron sus pergaminos con rapidez, los guardaron en sus envoltorios, hicieron la correspondiente reverencia y salieron de la sala del trono. Quienes se limitaban a rondar por la corte y a pasar el mayor tiempo posible cerca de Su Majestad Dinástica con la esperanza de captar la atención del rey bostezaron, se desperezaron y se propusieron unos a otros unas partidas de fichas rúnicas que los ayudaran a pasar otro día de aburrimiento. Los cadáveres de la guardia del rey, excepcionalmente bien cuidados y conservados, escoltaron a todos los reunidos hasta los vastos pasadizos del palacio real, cerraron las puertas de la sala del trono y tomaron posiciones ante ellas, indicando que Su Majestad se encontraba en conferencia privada.

Cuando en la sala se apagó el bullicio de las conversaciones y las risas afectadas, el dinasta ordenó con un gesto de la mano a su Gran Canciller que iniciara la lectura. El canciller asintió, desenrolló un pergamino y empezó:

—«Con el más reverente respeto a Su Gracia...»

—Sáltate todo eso.

—Sí, Majestad.

El Gran Canciller tardó unos instantes en pasar la vista por las profusas alabanzas a la persona del dinasta, a sus ilustres antepasados en el cargo, al ecuánime mandato del dinasta y demás. Por fin, el canciller encontró el meollo del mensaje y pasó a leerlo.

—«Los invasores proceden del círculo exterior, Majestad, de una tierra conocida como Kairn Telest, Las Cavernas Verdes, debido a la..., a la frondosa vegetación que crecía en esa región en otro tiempo. Al parecer, esa tierra ha sufrido últimamente una serie de infortunios. El río de magma que la calentaba se ha enfriado y la fuente de agua de ese pueblo se ha secado.» Según parece, Majestad —añadió el Gran Canciller, levantando la vista del manuscrito—, esas Cavernas Verdes podrían ser llamadas ahora las Cavernas del Arruinado.

Referencia a un movimiento del juego de las fichas rúnicas en el que uno de los contrincantes se queda con todas las runas de otro. El juego de las fichas rúnicas guarda un

—

—

El dinasta no dijo nada; su respuesta al comentario irónico del canciller fue un simple gruñido. El Gran Canciller reanudó la lectura:

—«Debido a esta catástrofe, el pueblo de Kairn Telest se ha visto obligado a abandonar su tierra. Ha encontrado innumerables peligros en su viaje, entre ellos...»

—Sí, sí —masculló el dinasta con impaciencia, y dirigió una mirada de astucia a su canciller—. ¿Menciona el duque por qué ha sentido esa gente de las Cavernas Verdes la necesidad de venir precisamente aquí?

El Gran Canciller leyó rápidamente el mensaje hasta el final, lo revisó de nuevo para cerciorarse de que no se dejaba nada, pues Su Majestad era muy poco tolerante con los errores, y movió por último la cabeza.

—No, Majestad. Por el tono de la carta, casi se diría que esa gente ha aparecido junto a Necrópolis por casualidad.

—¡Ja! —En los labios del dinasta apareció una leve sonrisa de astucia mientras hacía un gesto de negativa—. Te equivocas, Pons. Saben lo que se hacen. ¡Lo saben muy bien! En fin, sigue leyendo. Vayamos al grano: ¿cuáles son sus demandas?

—No hacen ninguna, Majestad. Su jefe, un tal príncipe... —el canciller consultó de nuevo el manuscrito para refrescar la memoria—... Edmund, de una casa desconocida, solicita la oportunidad de presentar sus respetos a Su Majestad Dinástica. En una nota final, el duque añade que el pueblo de Kairn Telest parece encontrarse en un estado de gran necesidad. Considera el duque que es probable que seamos, de algún modo, responsables de los citados desastres y espera que Su Majestad se entreviste con el príncipe cuando tenga ocasión.

—Ese duque de los Cerros de la Grieta, ¿es un hombre peligroso, Pons, o es simplemente estúpido?

El Gran Canciller se detuvo a estudiar la pregunta.

—No lo considero peligroso, Majestad. Y tampoco es estúpido. Es joven, idealista e ingenuo. Un poco candido en política, eso sí. Al fin y al cabo, es el hijo menor y no fue educado para que recayera sobre él, de repente, toda la responsabilidad del ducado. Sus palabras proceden del corazón, no de la cabeza. Estoy seguro de que no tiene idea de lo que dice.

—Su esposa, en cambio, es harina de otro costal.

—Me temo que sí, Majestad. —El canciller adoptó una expresión grave—. La duquesa Jera es sumamente lista.

—Y su padre, los diablos lo lleven, sigue siendo una odiosa molestia.

—Pero ahora no es más que eso, señor. Desterrarlo a las Antiguas Provincias fue un golpe genial. Allí tiene que dedicar todos sus esfuerzos a la mera supervivencia y está demasiado débil para causar problemas.

—Un golpe genial que debemos agradecerle, Pons. ¡Sí, lo recordamos bien! No es preciso que lo menciones a cada momento. Y ese viejo tal vez luche por sobrevivir, pero le queda el aliento suficiente como para continuar hablando en contra nuestra.

—Pero ¿quién lo escucha? Vuestros subditos son leales. Aman a Su Majestad...

—Basta, Pons. Es suficiente con la palabrería aduladora que arroja a nuestros pies el resto de la corte. Esperamos algo mejor de ti.

El Gran Canciller hizo una reverencia, satisfecho de la buena opinión que el dinasta tenía de él, pero consciente de que la flor del favor real dejaría de crecer si no era nutrida por la antedicha palabrería aduladora.

vago parecido con otro que se conocía antiguamente (antes de la Separación) con el nombre de mayong.

—
—

El dinasta había dejado de prestar atención a su ministro. Levantándose del trono de oro y diamantes y demás minerales preciosos tan abundantes en aquel mundo, Su Majestad dio un par de vueltas en torno al gran estrado con incrustaciones de oro y de plata. El dinasta tenía la costumbre de caminar y afirmaba que el movimiento lo ayudaba en sus procesos mentales. Con frecuencia, dejaba totalmente desconcertados a quienes le presentaban peticiones, al levantarse del trono de un salto y dar varias vueltas en torno a él antes de volver a ocuparlo y pronunciar sentencia.

Al menos, aquello mantenía pendientes de él a los cortesanos, se dijo Pons con cierta satisfacción. Cada vez que Su Majestad se ponía en pie, todos los presentes en la sala tenían que interrumpir la conversación y realizar la reverencia de rigor. Los cortesanos se veían obligados a dejar la charla, juntar las manos ante el pecho ocultándolas en las mangas e inclinar la cabeza prácticamente hasta el suelo cada vez que Su Majestad decidía resolver alguna cuestión dando unos pasos.

Aquella costumbre de andar era una más de las numerosas pequeñas excentricidades del dinasta, la más notable de las cuales era su amor por los torneos y su adicción al juego de las fichas rúnicas. Cualquiera de los nuevos muertos que hubiese demostrado cierta habilidad en alguna de ambas artes era conducido a palacio, donde no se ocupaba de otro servicio que de actuar como pareja de entrenamiento de Su Majestad durante la mitad del ciclo dedicado a la actividad, o de jugar a fichas rúnicas con él hasta entrada la mitad de descanso. Tales peculiaridades del monarca llevaban a muchos a malinterpretarlo, tomándolo por un hombre superficial, amante sólo de los juegos. Pons, que había visto a muchos cometer tal error, no se contaba entre ellos. Su respeto y su miedo hacia Su Majestad Dinástica eran profundos y bien fundados.

El canciller aguardó pues, en respetuoso silencio, a que Su Majestad se dignara prestarle atención. El asunto era grave, evidentemente. El dinasta le dedicó cinco giros completos en torno al dosel con la cabeza baja y las manos asidas a la espalda.

Algo entrado en años, Kleitus XIV era todavía un hombre robusto y musculoso, de sorprendente atractivo, cuya hermosura en su juventud había sido alabada en poemas y canciones. Había envejecido bien y, como rezaba el dicho, «sería un hermoso cadáver». Poderoso nigromante, le quedaban aún muchos años para que le llegara tal destino.

Por fin, Su Majestad cesó su pesado deambular. Sus ropas negras de piel, tratadas con un tinte púrpura para impregnarlas con el color regio, crujieron suavemente cuando volvió a sentarse en el trono.

—La Puerta de la Muerte —murmuró, dando unos golpecitos en el brazo del trono con un anillo. Oro contra oro, el metal despidió una nota musical—. Ésa es la razón.

—Tal vez Su Majestad se preocupa innecesariamente. Según lo que escribe el duque, quizás han llegado aquí por casualidad...

—¡Casualidad! Dentro de poco hablarás de «suerte», Pons. Pareces un jugador de fichas rúnicas inepto. Lo que hace ganar una partida es la táctica, la estrategia. No, canciller. Ten presente lo que decimos: han venido en busca de la Puerta de la Muerte, igual que tantos otros han hecho antes.

—En tal caso, dejadlos marchar, Majestad. Ya hemos tratado con esos locos

otras veces. Librémonos cuanto antes de esa basura... Kleitus frunció el entrecejo y movió la cabeza.

—Esta vez, no. Con esa gente, no debemos hacerlo. No nos arriesguemos.

El Gran Canciller dudó en hacer la siguiente pregunta, no muy seguro de querer saber la respuesta. Pero sabía lo que se esperaba de él y actuó una vez más como cámara de resonancia de los pensamientos de su monarca.

—¿Por qué no, señor?

—

—

—Porque esa gente no está loca. Porque..., porque la Puerta de la Muerte se ha abierto, Pons. ¡Se ha abierto y hemos visto más allá!

El Gran Canciller no había oído nunca a su dinasta hablar de aquel modo; jamás había oído su voz vibrante y confiada tan baja, tan llena de asombro, incluso de... temor. Pons se estremeció como si notara la primera oleada de una fiebre virulenta. Kleitus tenía la mirada en la lejanía, más allá de las gruesas paredes de granito del palacio, perdida en algún lugar que el Gran Canciller no podía ver, ni tan siquiera imaginar. Cuando habló, olvidó su plural mayestático.

—Sucedió poco antes de la hora de levantarse, Pons. Sabes que tengo un sueño ligero. Desperté de pronto, sobresaltado por un sonido que, cuando estuve completamente alerta, no pude ubicar. Parecía una puerta que se abriera... o se cerrara. Me incorporé en el lecho y corrí la cortina del dosel creyendo que se trataba de una emergencia, pero estaba solo. No había entrado nadie en la alcoba. »La impresión de que había oído una puerta era tan poderosa que encendí una lámpara junto a la cama y me dispuse a llamar a la guardia. Lo recuerdo perfectamente: tenía una mano en la cortina del lecho y estaba retirando la otra después de encender la lámpara cuando, a mi alrededor, todo..., todo vibró..., se rizó...

—¿Se rizó, Majestad? —Pons frunció el entrecejo.

—Ya sé, ya sé. Suena increíble, pero no tengo otro modo de describirlo. —Kleitus dirigió una sonrisa desconsolada a su canciller—. A mi alrededor, todo pareció perder forma y sustancia, perder dimensión. Era como si yo, y la cama, y las cortinas, y la lámpara, y la mesa no fuéramos, de pronto, otra cosa que una capa de aceite sobre un agua tranquila. La ondulación me dobló, dobló el suelo, la mesa, la cama... Y al cabo de un instante, todo pasó.

—Un sueño, Majestad. Aún no habíais despertado del todo.

—Eso fue lo que me dije. Pero en aquel instante, Pons, esto es lo que vi.

El dinasta era un hechicero poderoso entre los sartán. Cuando habló, sus palabras indujeron rápidas imágenes en la mente de su ministro. Las imágenes pasaron con tal rapidez que Pons quedó confuso, perplejo. No distinguió nada con nitidez, pero tuvo una vertiginosa impresión de una serie de objetos dando vueltas a su alrededor, parecida a una experiencia de su infancia, cuando su madre lo cogía por las manos y lo hacía girar y girar en el aire en una alegre danza.

Pons vio una máquina gigantesca, cuyas partes metálicas imitaban las de un cuerpo humano y que trabajaba con frenética intensidad sin ningún propósito concreto. Vio una mujer humana de piel negra y un príncipe elfo guerreando contra los de su propia raza. Vio una raza de enanos que se alzaba contra la tiranía, conducida por uno con gafas. Vio un mundo verde bañado en un sol excesivo y una hermosa ciudad reluciente, vacía, desprovista de vida. Vio unas criaturas enormes, horribles, sin ojos, que asolaban una tierra asesinando a todo el que encontraban a su paso, y las oyó gritar: «¿Dónde están las ciudadelas?». Vio una raza de gente siniestra, cargada de una rabia y de un odio que producían pavor, una raza con

runas dibujadas en la piel. Vio dragones...

—Ahí tienes, Pons. ¿Lo entiendes? —Kleitus suspiró de nuevo, entre el asombro y la frustración.

—No, Majestad —balbució el canciller con un jadeo—. No lo entiendo. ¿Qué...? ¿Dónde...? ¿Cuánto tiempo...?

—No sé más que tú acerca de esas visiones. Pasaban demasiado deprisa y, cuando quería retener una, se me escapaba de la mente como la niebla entre los dedos. ¡Pero lo que veía, Pons, eran otros mundos! Unos mundos que están más allá de la Puerta de la Muerte, como dicen los textos antiguos. ¡Estoy convencido de ello! Pero el pueblo no debe enterarse, Pons. Hasta que estemos preparados.

—Claro que no, señor.

El dinasta tenía una expresión muy seria, dura y resuelta.

—
—

—Este reino está agonizando. Hemos robado recursos a otras tierras para mantenerlo...

«Hemos diezmado otras tierras», lo corrigió Pons, pero sólo mentalmente.

—Hemos ocultado la verdad al pueblo por su propio bien, claro está. De lo contrario se habría producido el pánico, el caos, la anarquía. Y ahora llega este príncipe con su pueblo...

—...y la verdad —completó la frase el canciller.

—Sí —dijo el dinasta—. Y la verdad.

—Majestad, si puedo hablar con franqueza...

—¿Desde cuándo lo haces de otro modo, Pons?

—Sí, señor. —El Gran Canciller sonrió débilmente—. ¿Y si permitiéramos a esos desdichados quedarse..., establecerse, por ejemplo, en las Antiguas Provincias? Ahora que se ha retirado, esas tierras casi no tienen ningún valor para nosotros.

—¿Y dejar que extiendan sus historias sobre un mundo que se muere? Quienes consideran al conde un viejo estúpido y senil empezarían, de pronto, a tomárselo en serio.

—Podemos ocuparnos del conde... —El Gran Canciller emitió una leve tosecilla.

—Sí, pero saldrían otros como él. Añade a ello el príncipe de Kairn Telest hablando de su reino frío y yermo y de su búsqueda de una escapatoria, y acabaremos todos destruidos. ¡Será la anarquía, las revueltas! ¿Es eso lo que quieres, Pons?

—¡Claro que no! —El Gran Canciller se estremeció al pensarlo.

—Entonces, déjate de cavilar tonterías. Presentaremos a esos invasores como una amenaza y les declararemos la guerra. Las guerras unen al pueblo.

¡Necesitamos tiempo, Pons! ¡Tiempo! ¡Tiempo para encontrar la Puerta de la Muerte nosotros mismos, como dejó dicho la profecía!

—¡Majestad! —Pons reprimió un grito—. ¡Vos! La profecía. ¿Vos...?

—Claro, canciller —replicó Kleitus, con aire de ligero desconcierto—. ¿Alguna vez lo has dudado?

—No, claro que no, Majestad. —Pons hizo una reverencia, agradeciendo la ocasión de ocultar la cara hasta recuperar el dominio de su expresión, borrando la perplejidad para sustituirla por una mueca de absoluta fe—. Estoy abrumado por lo..., lo deprisa que va todo; están sucediendo demasiadas cosas a la vez... —Al menos, esto era bastante cierto.

—Cuando llegue el momento, conduciré a nuestro pueblo de este mundo de oscuridad a otro de radiante luz. Hemos cumplido la primera parte de la profecía...

«Sí, todos los nigromantes de Abarrach lo han hecho», pensó Pons.

—Ahora, sólo nos queda llevar a cabo el resto —continuó Kleitus.

—¿Y vos podéis hacerlo, Majestad? —preguntó el canciller, recitando su papel con diligencia al advertir la ceja del dinasta ligeramente enarcada.

—Sí —contestó Kleitus.

La declaración dejó paralizado de asombro a Pons.

—¡Mi señor! ¿Conocéis la ubicación de la Puerta de la Muerte?

—Sí, Pons. Por fin, mis estudios me han llevado a la respuesta. ¿Comprendes ahora por qué la llegada de ese príncipe y su pueblo harapiento, precisamente en este momento, representa tal molestia?

«Tal amenaza», tradujo Pons para sí. Porque si el dinasta podía descubrir el secreto de la Puerta de la Muerte en las antiguas escrituras, también podían hacerlo otros. La «ondulación» que había experimentado había hecho más que iluminarlo: lo había aterrorizado. Era posible que alguien se le hubiera adelantado en su

—

—

descubrimiento. Y *ésta* era la auténtica razón de que aquel príncipe y su pueblo tuvieran que ser destruidos.

—Me descubro humildemente ante vuestro genio, Majestad —dijo el canciller con una profunda reverencia.

Pons era casi del todo sincero. Si alguna duda tenía, era sólo porque nunca había tomado totalmente en serio la profecía. Ni siquiera había creído en ella, en realidad. Pero era evidente que Kleitus sí. ¡No sólo creía en ella, sino que había emprendido la tarea de darle cumplimiento! ¿De veras había descubierto la Puerta de la Muerte? Pons habría seguido teniendo sus dudas, de no haber visto aquellas imágenes fantásticas proyectadas por la magia de su dinasta. Las visiones habían estremecido al canciller, tanto físicamente como en su mente, como no lo había hecho ninguna otra cosa en más de cuarenta años. Al recordar lo que había visto, sintió por un instante una incontrolable excitación y le costó un considerable esfuerzo dominarse, apartando a duras penas de su imaginación los mundos brillantes y esperanzadores para concentrarse en el asunto sombrío y amenazador que tenían entre manos.

—¿Y cómo vamos a iniciar esta guerra de que habláis, Majestad? Es evidente que los de Kairn Telest no quieren luchar...

—Lucharán, Pons —respondió el dinasta—, cuando descubran que hemos ejecutado a su príncipe.

—

—

CAPITULO

, ABARRACH

El príncipe Edmund anunció a su pueblo dónde se proponía ir y por qué. La gente lo escuchó con muda tristeza, temerosa de perder a su príncipe pero consciente de que no había otra solución.

—Baltazar será vuestro líder en mi ausencia —se limitó a anunciar Edmund al final de su alocución—. Seguidlo y obedecedlo como haríais conmigo.

Edmund partió envuelto en silencio. Nadie encontró palabras para despedirlo con una bendición. Aunque en sus corazones temían por él, era aún más profundo el miedo que tenían a una muerte acerba y terrible, de modo que lo dejaron marchar en silencio, sofocadas las voces bajo su propio sentimiento de culpa.

Baltazar acompañó al príncipe hasta la boca de la caverna, sin dejar de insistir a éste para que llevara al menos una escolta personal, formada por los más fuertes y

valientes entre los muertos recientes, en su viaje a Necrópolis. Edmund se negó en redondo.

—Acudimos a presencia de nuestros hermanos en son de paz. La escolta daría a entender desconfianza.

—Llámalo guardia de honor —insistió Baltazar—. No está bien que Su Alteza vaya sin servidores. Dará una impresión de..., de...

—De lo que soy —terminó la frase Edmund con voz lúgubre—. Un pobre. Un príncipe de los famélicos, de los indigentes. Si el precio que debemos pagar para encontrar ayuda para nuestro pueblo es humillar nuestro orgullo ante ese dinasta, con gusto me postraré de rodillas a sus pies.

—¡Un príncipe de Kairn Telest, postrado de rodillas! —Las negras cejas del nigromante formaron un apretado nudo sobre sus ojos sombríos.

Edmund hizo un alto y se volvió hacia su acompañante.

—Podríamos habernos mantenido firmes y erguidos en Kairn Telest, Baltazar.

Claro que nos habríamos quedado congelados en esa postura, pero...

—Su Alteza tiene razón. Te ruego que me perdones, Edmund —Baltazar exhaló un profundo suspiro—. De todos modos, no me fio. Reconócelo en tu fuero interno, mi príncipe, aunque te niegues a admitirlo delante de mí o de cualquier otro. Esa gente destruyó nuestro mundo deliberadamente. Nuestra presencia en su tierra es un reproche a su actuación.

—Mejor todavía, Baltazar. El sentimiento de culpa ablanda el corazón...

—O lo endurece. Ten cuidado, Edmund. Ándate con cautela.

—Lo haré, mi querido amigo, lo haré. Y, al menos, no haré el viaje completamente solo. —El príncipe dirigió la vista hacia Haplo, que aguardaba ocioso contra la pared de la caverna, y hacia Alfred, concentrado en sacar el pie de una grieta del suelo. El perro se sentó sobre sus cuartos traseros a los pies de Edmund y movió el rabo.

—Es cierto —asintió Baltazar secamente—. Y, por alguna razón, la compañía que llevas aún me gusta menos. No confío en ese par de forasteros ni un ápice más que en ese llamado dinasta... Está bien, está bien, ya no diré nada más. Sólo adiós.

¡Adiós, Alteza!

El nigromante estrechó con fuerza entre sus brazos al príncipe. Edmund le devolvió el abrazo con gran afecto y los dos hombres se separaron. Uno continuó avanzando hacia el exterior de la caverna; el otro se quedó atrás, contemplando

—

—

cómo el fulgor rojizo d bañaba al príncipe con su luz mortecina.

Haplo emitió un silbido y el perro se apresuró a volver al trote junto a su amo.

El trío llegó a Puerto Seguro sin incidentes, si se descontaban los altos para rescatar al nervioso Alfred de los sucesivos apuros en que consiguió meterse a lo largo del camino. Haplo, impaciente, estuvo a punto de ordenar al sartán que utilizara su magia para flotar como había hecho para entrar en la caverna, que dejara que la magia llevara sus torpes pies por encima de rocas y grietas.

Sin embargo, el patryn guardó silencio. Tenía la impresión de que sus poderes mágicos y los de Alfred eran muy superiores a los de todos cuantos había conocido en aquel mundo, y no quería que nadie supiera hasta qué punto eran poderosos. Invocar una multiplicación de peces los había dejado asombrados y, para él, era un hechizo que hasta un niño podía realizar. Haplo recordó una máxima: no mostrar nunca un punto débil a un enemigo; no revelarle nunca un punto fuerte. Ahora, lo único que debía preocuparle era Alfred. Después de reflexionar, Haplo decidió que su compañero de viaje no sentiría la tentación de exhibir sus verdaderos poderes.

Alfred había pasado años tratando de ocultar su magia. No se le ocurriría utilizarla ahora.

A la llegada a Puerto Seguro, encontraron a los duques en el muelle de obsidiana. Los dos nigromantes estaban admirando —o tal vez inspeccionando— la nave de Haplo.

Cuando el joven duque advirtió su proximidad, dio por terminado el examen de la embarcación y fue al encuentro de Haplo.

—¿Sabes, viajero? ¡Ya recuerdo dónde he visto antes runas como éstas! ¡El juego...! ¡Las fichas rúnicas!

El duque aguardó la respuesta de Haplo, pensando evidentemente que Haplo sabría de qué le estaba hablando.

Pero Haplo lo ignoraba.

—Querido —intervino la sagaz Jera—, este hombre no tiene idea de a qué te refieres. ¿Por qué no le...?

—¡Oh! ¿De veras? —Jonathan parecía absolutamente perplejo—. Creía que todo el mundo... Las fichas para el juego son huesos, ¿sabes? En ellos se graban runas como éstas de tu barco... ¡Por cierto, ahora que me fijo, también son iguales a las que llevas grabadas en las manos y los brazos! ¡Vaya, si eres un juego de fichas ambulante! —El joven duque soltó una carcajada.

—¡Qué cosas más horribles dices, Jonathan! Estás avergonzando al pobre hombre —lo reconvinó su esposa, aunque miró a Haplo con una intensidad que desconcertó al patryn.

Haplo se rascó el revés de las manos y vio los ojos de la mujer concentrados en las runas tatuadas en su piel. Con frialdad, el patryn metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de cuero y se obligó a exhibir una sonrisa bonachona.

—Avergonzado, no. Estoy interesado. No he oído hablar nunca de un juego como el que mencionas. Me gustaría ver una partida y aprender a jugarlo.

—¡Nada más fácil! Tengo fichas en casa. Cuando lleguemos a puerto, tal vez podríamos pasar por allí y...

—¡Querido! —lo interrumpió Jera, perpleja—. ¡Cuando lleguemos, nos dirigiremos a palacio! Con Su Alteza —añadió, dando un codazo a su esposo para recordarle que, llevado de su entusiasmo, había cometido la descortesía de no prestar atención al príncipe.

—Ruego perdón a Su Alteza. —Jonathan se sonrojó—. Es que no había visto nunca una nave parecida a ésta y...

—No, por favor, no te disculpes. —Edmund también contemplaba la nave y estudiaba a Haplo con renovado interés—. Muy notable. Realmente, muy notable.

—
—

—¡El dinasta quedará fascinado! —afirmó Jonathan—. Le encanta jugar; nunca deja de hacer una partida a última hora. Cuando te vea y tenga noticia de tu nave, no te dejará marchar —le aseguró a Haplo.

A éste, la idea no le resultó en absoluto estimulante. Alfred le dirigió una mirada alarmada. Pero el patryn encontró una aliada inesperada en la duquesa.

—Jonathan, no creo que debamos mencionar la existencia de la nave al dinasta.

Al fin y al cabo, el asunto del príncipe Edmund es mucho más importante.

Además... —los ojos verdes de Jera se volvieron hacia Haplo—, me gustaría escuchar el consejo de mi padre en este tema antes de comentarlo con nadie más. Los jóvenes duques cruzaron sus miradas y el rostro de Jonathan se serenó al instante.

—Una sabia sugerencia, querida. Mi esposa es el cerebro de la familia —explicó a

los demás.

—No, no, Jonathan —protestó Jera con un leve sonrojo—. Después de todo, has sido tú quien se ha fijado en la relación entre las runas del barco y nuestro juego de fichas.

—Simple sentido común —apuntó el duque, con una sonrisa y unas palmaditas en la mano de su esposa—. Hacemos un buen equipo. Yo suelo dejarme llevar por el impulso, por el instinto. Tiendo a actuar sin reflexionar. Jera me mantiene a raya. Ella, en cambio, nunca haría nada emocionante o fuera de lo normal de no tenerme a mí para hacerle la vida interesante.

Inclinándose hacia ella, el hombre le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Jonathan, por favor! —A la duquesa se le encendió el rostro—. ¡Qué pensará de nosotros Su Alteza!

—Su Alteza piensa que rara vez ha visto a dos personas tan profundamente enamoradas —dijo Edmund con una sonrisa.

—No llevamos casados mucho tiempo, Alteza —añadió Jera, aún sonrojada, dirigiendo una mirada ardiente a su esposo mientras sus dedos se entrelazaban con los de él.

Haplo se sintió aliviado de que la conversación se hubiera desviado de él. Se arrodilló junto al perro y fingió que examinaba al animal.

—¡Sart...! ¡Alfred! —dijo a continuación—. ¿Quieres venir? Creo que al perro se le ha clavado una piedra en la pata. ¿Querías sujetarlo mientras echo un vistazo?

—¿Yo? ¡Sujetar al..., al...! —Alfred pareció al borde del pánico.

—¡Calla y haz lo que digo! —Haplo le dirigió una mirada torva—. El perro no te hará nada. A menos que yo se lo ordene.

El patryn se agachó, levantó la pata delantera izquierda del animal y fingió examinarla. Alfred siguió sus órdenes y sus manos sujetaron al perro por el lomo con cautela y torpeza.

—¿Qué te parece todo esto? —cuchicheó Haplo en voz baja.

—No estoy seguro. Apenas alcanzo a ver —respondió Alfred, estudiando la pata del animal—. Si pudieras volverlo hacia la luz...

—¡No me refiero al perro! —casi gritó Haplo, exasperado. Reprimiendo su frustración, bajó la voz—. Me refiero a las runas. ¿Has oído hablar alguna vez de ese juego de azar al que se refieren?

—No, nunca. Tu pueblo no era un tema que se tratara a la ligera entre nosotros. La idea de unas fichas con los signos mágicos... —Alfred contempló las runas de la mano de Haplo, que despedían su brillo azul y rojo tras activarse su magia para contrarrestar el calor del cercano mar de magma. El sartán se estremeció—. ¡No, tal cosa sería imposible!

—

—

—¿Como si yo tratara de utilizar tus runas? —inquirió Haplo. El perro, satisfecho con la atención que recibía, permaneció sentado pacientemente, dejando que lo manosearan y hurgaran la pata.

—Sí, eso mismo. Te resultaría difícil tocarlas, igual que no las puedes pronunciar con facilidad. Pero tal vez se trata de una coincidencia —añadió Alfred con voz esperanzada—. Podrían ser garabatos sin sentido con apariencia de runas.

—No creo en las coincidencias, sartán —masculló Haplo—. ¡Muy bien, muchacho! ¿A qué venía tanto quejarte, si no tenías nada?

Festivamente, puso boca arriba al perro y le rascó la panza. El animal se restregó contra el suelo largo rato, rascándose el lomo con gran placer. Por fin, rodando sobre sí mismo, se puso a cuatro patas y se sacudió, reavivado.

—¿Llevarás tu nave a través de o viajarás con nosotros? — preguntó la duquesa a Haplo.

El patryn se había estado haciendo la misma pregunta. Si en aquella ciudad se utilizaban realmente runas patryn, cabía la posibilidad, por remota que fuera, de que alguien pudiera abrirse paso en las defensas de la nave, cuidadosamente dispuestas. Amarrada donde ahora estaba, en la orilla opuesta a la ciudad, la nave estaría más lejos del alcance del patryn pero, por otra parte, serían menos quienes la verían, la contemplarían con asombro y, tal vez, probarían a enredar con ella. —Viajaré con vosotros, señora —respondió Haplo—. Y dejaré mi embarcación aquí.

—Es lo mejor —asintió la mujer, cuyos pensamientos parecían haber seguido el mismo curso que los del patryn. Éste vio que la mirada de Jera se perdía en dirección a la ciudad cubierta de nubes que colgaba de un risco al fondo de la inmensa cavidad. La vio torcer el gesto en una mueca de preocupación. Era evidente que allí no todo marchaba bien, pero Haplo había visto pocos lugares donde existieran seres humanos no sometidos a luchas y disputas. Sin embargo, los lugares donde había estado eran regidos por humanos, elfos o enanos. La ciudad a la que pronto se dirigiría estaba gobernada por los sartán, famosos por su capacidad para vivir juntos en paz y armonía. «Interesante», se dijo. «Muy interesante.»

El grupito recorrió el embarcadero desierto hacia el barco del duque, un monstruo de hierro cuya forma, como la mayoría de naves que Haplo había visto en los mundos, imitaba la de un dragón. De tamaño muy superior a la nave elfa de Haplo, la nave negra de hierro tenía un aspecto temible con su mascarón de proa, enorme y espantoso, levantándose del mar de magma. En los ojos de la figura brillaban unos destellos encarnados, de su boca abierta de par en par surgía un fuego rojo y sus ollares de hierro lanzaban vaharadas de vapor.

El ejército de cadáveres avanzó delante de ellos, dejando caer en su avance pedazos de hueso, piezas de armadura y mechones de cabello. Uno de los cuerpos, reducido casi por completo al esqueleto, se desequilibró de pronto y sus piernas se desmoronaron bajo el peso. El soldado muerto quedó tendido en el embarcadero en un confuso montón de huesos, con el casco colgando de su cráneo en un ángulo desquiciado.

Los duques hicieron una pausa y conferenciaron apresuradamente, entre susurros, estudiando la conveniencia de intentar levantar de nuevo aquellos restos. Por último, decidieron no hacerlo pues el tiempo apremiaba. El ejército continuó adelante, avanzando con estrépito por el embarcadero de obsidiana hacia la nave. Haplo volvió la vista al esqueleto caído y creyó ver al fantasma del soldado caído cerniéndose sobre el cuerpo, llorando como una madre sobre su hijito fallecido. ¿Qué clamaba aquella voz inaudible? ¿Ser devuelta a aquella torpe ficción de existencia? Haplo sintió dentro de sí un nudo de repulsión y se apresuró a apartar el pensamiento de su mente. Escuchó un resuello y, al volverse hacia Alfred con irritación, vio correr unas lágrimas por las mejillas del sartán.

—
—

Haplo soltó una risa burlona, pero sus ojos se fijaron también en el lastimoso ejército. Un ejército sartán. Se sintió indeciblemente incómodo y perturbado, como si el mundo perfectamente establecido que durante tanto tiempo había imaginado se hubiera vuelto por completo del revés.

—¿Qué clase de poderes mágicos tiene esta nave? —preguntó Haplo tras recorrer a lo largo y a lo ancho la cubierta superior sin encontrar rastro alguno de

emanaciones mágicas, de runas de cántico de los hechiceros sartán ni de dibujos rúnicos sartán en el casco o en el timón. Pese a ello, el dragón de hierro surcaba rápidamente el mar de magma expulsando nubes de humo por sus fauces.

—Nada de magia. Se mueve por agua —respondió Jonathan—. Por vapor, en realidad. —Ante la mirada de sorpresa de Haplo, el duque dio muestras de ligera incomodidad y se puso a la defensiva, añadiendo—. Pero hace mucho, en los tiempos antiguos, es cierto que los barcos se movían mediante la magia.

—Antes de que fuese necesaria para resucitar y mantener a los muertos, ¿no? —intervino Alfred, dirigiendo una mirada de horrorizado pesar a los cadáveres alineados en filas harapientas en la cubierta.

—Sí, así es —respondió Jonathan, más alicaído de lo que Haplo recordaba haberlo visto desde su primer encuentro—. Y, para ser totalmente sincero, también para mantenernos nosotros, los vivos. Vosotros estáis descubriendo ahora la fuerza mágica que se requiere aquí abajo sólo para sobrevivir. Este calor tremendo y los humos nocivos se cobran un alto precio. Cuando llegemos a la ciudad, os veréis sometidos constantemente a un tipo de lluvia terrible que no nutre nada sino que lo corroe todo: piedra, carne...

—No obstante, pese a lo que dice el duque, esta tierra resulta habitable en comparación con el resto del mundo —intervino Edmund con la vista fija en las nubes de tormenta que envolvían la ciudad en la distancia—. ¿Creéis que huimos de nuestra tierra en el momento en que la vida se nos puso difícil? ¡No! ¡Sólo nos marchamos cuando se hizo imposible! Llega un punto en que ni la más poderosa magia rúnica puede sostener la vida en un reino donde no hay calor, donde la propia agua se vuelve dura como la roca y la oscuridad perpetua se cierne sobre la tierra.

—Y, a cada ciclo que pasa —terció Jera sin alzar la voz—, el mar de magma por el cual navegamos se encoge un poco más y la temperatura en la ciudad disminuye ligeramente. ¡Y eso que estamos cerca del núcleo de nuestro mundo, según ha calculado mi padre!

—¿Es cierto lo que dices? —inquirió el príncipe con inquietud.

—Querida, no deberías decir estas cosas —susurró Jonathan, nervioso.

—Mi esposo tiene razón. Según los edictos, se considera traición incluso tener estos pensamientos. Pero sí, Alteza, lo que digo es cierto. Yo y otros como yo y como mi padre continuaremos proclamando la verdad aunque algunos no quieran escucharla. —Jera alzó el mentón con orgullo—. Mi padre estudia temas científicos, las leyes y propiedades físicas, asuntos que se consideran carentes de interés para nuestro pueblo. Podría haber sido nigromante, pero se negó a ello afirmando que era hora de que la gente de este mundo concentrara su atención en los vivos, y no en los muertos.

Edmund dio la impresión de considerar demasiado radical tal afirmación.

—Estoy de acuerdo con él, pero hasta cierto punto. Sin nuestros muertos, ¿cómo podríamos sobrevivir los demás? Nos veríamos obligados a utilizar nuestra magia para realizar trabajos manuales, en lugar de conservarla para nuestro mantenimiento.

—Si dejáramos morir a los muertos y construyéramos y empleáramos máquinas como las que impulsan esta nave, si trabajáramos y estudiáramos y aprendiéramos más sobre los recursos de nuestro mundo, mi padre está convencido de que, no

—

—

sólo sobreviviríamos, sino que podríamos prosperar. Tal vez incluso aprender el modo de devolver la vida a regiones como las tuyas, Alteza.

—Querida..., ¿te parece prudente hablar así delante de extraños? —murmuró Jonathan con las mejillas pálidas.

—¡Mucho mejor delante de ellos que hacerlo a esos que se llaman nuestros amigos! —respondió Jera con amargura—. Dice mi padre que ya hace tiempo que deberíamos haber dejado de esperar a que vengan a «rescatarnos» desde otros mundos. ¡Es hora de que nos rescatemos nosotros mismos!

Su mirada se dirigió, como por casualidad, a los dos forasteros. Haplo mantuvo los ojos fijos en la mujer, con el rostro impasible. No se atrevió a mirar a su compañero de viaje, pero no necesitaba verlo para saber que Alfred pondría tal cara de culpabilidad como si llevara escrita en la frente la leyenda: «Sí, vengo de otro mundo».

—En cambio tú, duquesa, te hiciste nigromante —apuntó Edmund, rompiendo el incómodo silencio.

—Sí, en efecto —reconoció Jera con pesar—. Fue preciso. Estamos atrapados en un círculo que es como una serpiente y que sólo puede mantenerse viva alimentándose de su propia cola. Es fundamental un nigromante para el funcionamiento de cada familia. Muy especialmente de la nuestra, desde que hemos sido desterrados a las Antiguas Provincias.

—¿Qué son? —inquirió Edmund, contento de cambiar de tema y alejar la conversación de unos asuntos que, sin duda, consideraba peligrosos y quizá blasfemos.

—Ya lo verás. Tendremos que atravesarlas camino de la ciudad.

—Alteza, caballeros... Tal vez os gustaría observar cómo funciona este barco —propuso Jonathan, impaciente por poner fin a la conversación—. Lo encontraréis muy entretenido y sorprendente.

Haplo accedió al instante, pues era fundamental para él cualquier conocimiento acerca de aquel mundo. Edmund asintió, tal vez con la secreta esperanza de que naves como aquella llevaran a su pueblo a través de la Puerta de la Muerte. El inepto de Alfred, pensó Haplo sin la menor benevolencia, se limitó a acompañarlos para tener la oportunidad de caer de cabeza por una escalerilla de peldaños de hierro hasta el vientre oscuro y caliente del barco.

La nave estaba tripulada por una dotación de cadáveres, mejor conservados que los soldados, que habían realizado tareas de marinero en vida y continuaban llevándolas a cabo una vez muertos. Haplo exploró los misterios de algo llamado «caldera» y dio educadas muestras de asombro ante otra pieza fundamental de la maquinaria que recibía el nombre de «rueda de palas» y cuyas planchas de hierro al rojo, situadas en la popa, batían el magma impulsando la nave hacia adelante. Los mecanismos del barco recordaban claramente, a juicio del patryn, los de la Tumpa-chumpa, la asombrosa máquina construida por los sartán y que ahora hacían funcionar los gegs de Ariano. La máquina prodigiosa cuyo propósito nadie había descubierto hasta que el chiquillo, Bane, dio con él.

«Ya hace tiempo que deberíamos haber dejado de esperar a que vengan a "rescatarnos" desde otros mundos.»

Mientras subía de nuevo a cubierta, contento de abandonar el calor terrible y la oscuridad opresiva de la sala de máquinas, Haplo recordó las palabras de Jera. El patryn no pudo evitar una sonrisa. ¡Qué dulce ironía! Quien había acudido a «rescatar» a aquellos sartán era su enemigo ancestral. ¡Cómo se reiría su Señor! El barco de hierro llegó a un puerto mucho mayor y más activo que el lugar del que habían zarpado. Varios barcos flotaban sobre el mar de magma a proa y a popa del lugar donde amarró la nave de los duques. Las prósperas Nuevas Provincias, indicó Jonathan, estaban situadas junto a las riberas d, lo bastante

cerca para aprovechar su calor pero a la distancia suficiente para no padecerlo.

—
—

Una vez que abandonaron el barco, los duques entregaron el mando de su ejército a otro nigromante, que meneó la cabeza a la vista de los cadáveres y se los llevó en formación para efectuar las reparaciones que fuera posible.

Satisfechos de librarse de sus obligaciones, Jera y su esposo llevaron a sus invitados a dar una breve vuelta por los muelles. Haplo tuvo la impresión de que, pese a los sombríos augurios de la duquesa, Necrópolis era una comunidad rica y llena de actividad, a juzgar por los productos que se apilaban en los muelles o que eran cargados en los barcos por brigadas de cadáveres.

Dejaron la zona portuaria y se dirigieron a la calzada principal que conducía a la ciudad pero, antes de llegar al camino, Jera mandó detenerse al grupo y señaló un punto de la costa del océano hirviente.

—Mirad ahí —dijo, extendiendo la mano—. ¿Véis esas tres piedras colocadas una encima de la otra? Las coloqué así antes de zarpar. Y, cuando las amontoné, el mar de magma llegaba justo hasta la base.

El océano ya no llegaba hasta allí. Haplo podría haber colocado la mano en la franja de costa pelada que separaba las piedras del mar de lava.

—En el breve plazo transcurrido —apuntó Jera—, el magma ha retrocedido toda esa distancia. ¿Qué será de este mundo y de nosotros cuando se haya enfriado por completo?

—
—

CAPITULO

CAMINO REAL DE LA NUEVA PROVINCIA, ABARRACH

Un carruaje abierto esperaba a los duques y a sus invitados. El vehículo estaba construido con el mismo material herboso, entretejido y recubierto con un acabado de barniz brillante en colores luminosos, según había advertido Haplo en el pueblo.

—Un material muy distinto del empleado en la construcción de tu nave —comentó Jera, subiendo al carruaje y tomando asiento al lado del patryn.

Haplo guardó silencio, pero Alfred cayó en la trampa con su habitual torpeza.

—¿La madera, te refieres? Sí, la madera es muy común en..., esto..., bien... —se dio cuenta de su error y continuó balbuciendo, pero era demasiado tarde.

Haplo vio en las palabras entusiastas del sartán imágenes de los árboles de Ariano, alzando sus ramas verdes y llenas de hojas hacia los cielos azules y bañados por el sol de aquel mundo lejano.

El primer impulso del patryn fue agarrar a Alfred por el cuello gastado de su gabán y sacudirlo con fuerza. A juzgar por sus expresiones, Jera y Jonathan habían visto aquellas mismas imágenes y contemplaban a Alfred con indisimulado asombro. Ya era suficientemente malo que aquellos sartán supiesen o sospechasen que venían de un mundo distinto del suyo, pero ¿era necesario que Alfred les mostrara hasta qué punto era distinto?

Alfred se encaramó al carruaje sin dejar de hablar, tratando de ocultar su desliz con un exceso de verborrea sin conseguir otra cosa que causar más perjuicio. Haplo deslizó su bota entre los tobillos del sartán y lo mandó de cabeza contra el regazo de Jera.

El perro, excitado ante la confusión, decidió ayudar a su amo y se puso a ladrar frenéticamente a la bestia que tiraba del vehículo, una gran criatura peluda que medía lo mismo a lo ancho que a lo alto y tenía dos ojillos negros, brillantes como cuentas, y tres cuernos en su enorme cabeza. Pese a sus dimensiones, la bestia se

movía con rapidez y lanzó un zarpazo de sus garras afiladas hacia el can incordiante. El perro saltó a un lado con agilidad, hizo varias fintas fuera del alcance de la bestia y volvió al asalto, lanzándose a mordisquearle las patas traseras.

—¡So, pauka! ¡Quieta! ¡Basta ya!

El cochero, un cadáver bien conservado, descargó el látigo sobre el perro mientras, a duras penas, trataba de mantener el control de las riendas. La pauka intentó volver la cabeza para echar un buen vistazo (y un buen mordisco) a su molesto antagonista. Los ocupantes del carruaje se vieron zarandeados y sacudidos, el propio vehículo pareció a punto de volcar y todos los pensamientos sobre otros mundos se borraron de sus mentes ante la preocupación por mantenerse vivos en el que se hallaban.

Haplo saltó al suelo, agarró al perro por el collar y lo arrastró lejos del revuelo.

Jonathan y Edmund corrieron a tranquilizar a la pauka, nombre que recibían aquellas bestias de tiro, según dedujo Haplo de las maldiciones que le lanzaba a la suya el cochero cadáver.

—¡Cuidado con el cuerno del hocico! —gritó con alarma Jonathan al príncipe.

—Ya he tratado con estos animales en otras ocasiones —replicó Edmund con frialdad. Asiéndose con fuerza al pelaje de la pauka, se encaramó con agilidad a su ancho lomo. Sentado a horcajadas sobre la bestia, que cabeceaba frenética, el príncipe se agarró a la parte curva del cuerno puntiagudo que sobresalía justo

—

—

detrás del hocico del animal. Entonces, con un tirón rápido y enérgico, obligó a la pauka a echar atrás la cabeza.

La bestia abrió desmesuradamente sus ojos, como cuentas de cristal, y sacudió la cabeza con tal fuerza que estuvo a punto de descabalgár al príncipe. Edmund se agarró con firmeza al cuerno y volvió a tirar de él. Después, inclinándose hacia adelante, dijo unas palabras tranquilizadoras al oído de la pauka y le dio unas palmaditas en el cuello. La pauka se detuvo a reflexionar sobre lo dicho por su jinete y dirigió una mirada malévola al perro, que aún le enseñaba los dientes. El príncipe añadió unas palabras más; la pauka pareció asentir y, con aire digno y ofendido, permaneció tranquila e impasible en el arnés.

Jonathan suspiró de alivio y se volvió hacia la parte trasera del carruaje para ver si el resto de los pasajeros había sufrido algún percance. El príncipe descabalgó del lomo de la pauka y volvió a darle unas palmaditas en el cuello. El cochero recuperó las riendas, que se le habían escapado de las manos. Alfred alzó la cara del regazo de Jera, del cual emergió con las mejillas encendidas de rubor y con un rosario interminable de disculpas en los labios. Un pequeño grupo de nigromantes portuarios que se había congregado a presenciar el espectáculo volvió a sus ocupaciones habituales, que consistían en mantener a los cadáveres en las suyas. Los duques y sus invitados subieron de nuevo al carruaje, que se puso en marcha otra vez. El perro avanzó al trote tras las ruedas de hierro, con la lengua fuera y los ojos brillantes ante el recuerdo de aquel rato de diversión.

No volvió a hacerse referencia a la madera pero Haplo advirtió que, a lo largo del trayecto, Jera lo observaba de vez en cuando con una sonrisa en los labios.

—¡Qué tierra tan fértil y frondosa! —exclamó Edmund contemplando con indisimulada envidia el territorio por el que avanzaban.

—Estamos en las Nuevas Provincias, Alteza —indicó Jonathan.

—Es la tierra que va quedando con la retirada d —añadió la

duquesa—. Sí, ahora es una región próspera, pero esa misma prosperidad anuncia nuestra ruina.

—Aquí cultivamos, sobre todo, hierba de kairn —intervino el duque con una animación casi desesperada. Jonathan percibía la incomodidad del príncipe y dirigió una mirada de súplica a su esposa, rogándole que se abstuviera de comentarios desagradables.

Jera lanzó otra mirada a Haplo con los párpados entrecerrados y tomó la mano de su marido entre las suyas en ademán de muda disculpa. Desde aquel momento, se esforzó por mostrarse encantadora. Haplo, recostado en el asiento del carruaje, observó el cambio de expresión de su rostro versátil, el destello de astucia de sus ojos, y pensó que sólo una vez en la vida había conocido a una mujer equiparable a aquella. Inteligente, sutil, despierta y a punto para la acción pero lo bastante fría como para no hablar o actuar precipitadamente, habría hecho de cualquier hombre un buen compañero en el Laberinto. Era una verdadera lástima que estuviera unida a otro.

¡Pero en qué estaba pensando! ¡Una mujer sartán! Una vez más, Haplo vio en su mente las figuras inmóviles descansando en paz en las tumbas de cristal del mausoleo. Aquello era cosa de Alfred, se dijo. Todo era culpa del sartán. De algún modo, le estaba haciendo alguna jugarreta mental. El patryn dirigió una mirada penetrante a su compañero de viaje; si lo sorprendía en algún truco, lo mataría. Ahora, ya no lo necesitaba.

Pero Alfred estaba acurrucado penosamente en un rincón del carruaje, incapaz de mirar siquiera a la duquesa sin que lo recorriera una oleada de rubor hasta lo más alto de la calva. El sartán parecía incapaz hasta de vestirse sin ayuda, pero Haplo continuó desconfiando de él. Alzó la vista al notar unos ojos posados en él y descubrió a Jera mirándolo como si pudiera leer cada uno de sus pensamientos. El patryn fingió un profundo interés por la conversación que se desarrollaba junto a él. —¿De modo que hierba de kairn...? —repitió Edmund.

—
—

Haplo contempló los campos de hierba alta y dorada que se mecía bajo el viento cálido procedente del mar de magma. Numerosos cadáveres, muertos recientes a juzgar por su aspecto, trabajaban afanosamente los campos, segando la hierba con hoces curvas y amontonándola en gavillas que otros cadáveres cargaban en carretas que seguían a los difuntos operarios.

—Sí. Es una planta muy versátil —explicó Jera—. Es resistente al fuego, le sienta bien el calor y extrae su nutrientes del suelo. Empleamos sus fibras para casi todo, desde este carruaje a las ropas que llevamos y a un tipo de té que tomamos por aquí.

Haplo se dio cuenta de que la duquesa hablaba con la certeza de estar haciéndolo a personas de otro mundo, a personas que no conocían la diferencia entre la hierba de kairn y una pauka. Sin embargo, todas sus palabras iba dirigidas al príncipe, el cual, probablemente, debía de haber comido, dormido y respirado hierba de kairn durante toda su vida. Edmund, aunque algo desconcertado de recibir semejante lección, era, pese a ello, demasiado cortés para sacarla de su error.

—Esos árboles que crecen ahí son lantís. Existen en estado salvaje, pero nosotros los cultivamos también. Sus flores azules son conocidas como encajes de lantí y son muy apreciadas como adorno. Son hermosas, ¿verdad, Alteza?

—Hacía tiempo que no veía un lantí —murmuró el príncipe con aire abatido—. Si aún crece alguno en estado silvestre, no lo hemos visto en nuestro viaje.

Tres árboles erguidos, de grueso tronco, se alzaban en mitad del campo dorado de hierba de kairn que cruzaba el carruaje. Los robustos troncos se entrelazaban en

el aire para formar un gigantesco tronco único que se alzaba a enorme altura y cuya copa quedaba envuelta en la bruma. Las ramas del árbol, delgadas y frágiles, despedían un reflejo plateado y estaban tan entretejidas que parecía imposible separarlas. Algunas de ellas tenían flores de un suave color azul celeste.

Cuando el vehículo se acercó a la arboleda que formaban los tres troncos, Haplo notó que el aire tenía una aroma más fragante y parecía más fácil de respirar.

Observó también que el resplandor de las runas de su piel se amortiguaba, señal de que su cuerpo no necesitaba emplear tanta magia para mantenerse.

—Sí —respondió Jera como si hubiera captado otra vez sus pensamientos—. Las flores del lantí tienen la excepcional cualidad de absorber la sustancias tóxicas de la atmósfera y devolver a ésta aire puro. Ésa es la razón de que nunca se tale ninguno de esos árboles. Matar un lantí es un delito punible con el destierro. En cambio, las flores azules pueden cortarse. Son muy apreciadas, sobre todo por los amantes —al decir esto, dirigió una tierna sonrisa a su marido, que le apretó la mano.

—Tomando por ese camino —Jonathan indicó una ruta secundaria que se desviaba del camino real por el cual viajaban— y siguiéndolo casi hasta los Cerros de la Grieta, se llega a las tierras de mi familia. En realidad, debería volver allí —añadió, contemplando con añoranza la ruta que dejaban atrás—. La hierba de kairn está a punto para la cosecha y, aunque he dejado a cargo de ella al cadáver de mi padre, a veces se olvida de las cosas y todo queda por hacer.

—¿Tu padre ha muerto, pues? —inquirió Edmund.

—Sí. Y también mi hermano mayor. Por eso soy ahora el señor de la propiedad, aunque el diablo me lleve si alguna vez he querido serlo o he pensado que algún día lo sería. No soy demasiado responsable, me temo —reconoció Jonathan, haciendo referencia a sus deficiencias con una alegre sinceridad que resultaba absolutamente cautivadora—. Por suerte, tengo a mi lado a alguien que sí lo es.

—Te subestimas —se apresuró a decir Jera—. Se debe a que fuiste el hijo pequeño. Lo malcriaron en la infancia, Alteza. Nunca le exigían nada. Ahora, todo eso ha cambiado.

—Es cierto. Tú no me malcrías en absoluto —asintió el duque en son de burla.

—
—

—¿Qué les sucedió a tu padre y a tu hermano? ¿Cómo murieron? —quiso saber Edmund, pensando sin duda en su propia pérdida, reciente todavía.

—De la misma enfermedad misteriosa que aflige a tanta de nuestra gente —respondió Jonathan, casi con desmayo—. Un día estaban sanos y llenos de vitalidad. Al siguiente... —el duque se encogió de hombros.

Haplo miró fijamente a Alfred. «Pues por cada persona devuelta a la vida cuando ya no le corresponde, otra persona muere, en alguna otra parte, cuando aún no era su hora.»

Los labios de Alfred se movieron en una muda letanía: «¿Qué han hecho? ¿Qué han hecho?».

Al pensar en todo lo que había visto y oído, Haplo empezaba a hacerse la misma pregunta.

El carruaje dejó atrás las Nuevas Provincias, los campos de alta hierba de kairn y los deliciosos lantís de flores como encajes. Poco a poco, el paisaje cambió.

El aire se hizo más frío y empezaron a caer las primeras gotas de una lluvia que, cuando tocaron la piel de Haplo, hicieron brillar sus runas protectoras. Los envolvió una niebla cerrada. Por orden de Jonathan, el cochero detuvo el vehículo y saltó del pescante para desplegar rápidamente sobre las cabezas de los pasajeros una capota de una tela protectora que los resguardó en pane de la lluvia. Entre las

nubes agitadas centelleaban los relámpagos y retumbaban los truenos.

—Esta región —indicó Jera— es conocida como las Antiguas Provincias. Aquí vive mi familia.

Era una tierra yerma, desprovista de vida salvo unas hileras de matas ralas de una hierba de kairn de aspecto enfermizo que luchaba por sobrevivir entre montones de cenizas volcánicas y algunas plantas con aspecto de flores que despedían una luminosidad pálida y espectral. Pero, pese al aspecto desolado de aquellas extensiones, numerosos segadores se movían entre los lodazales y los montones de escoria.

—¡Pero...! ¿Qué están haciendo? —Alfred asomó la cabeza fuera del carruaje.

—Son los muertos viejos —respondió Jera—. Están trabajando los campos.

—¡Pero...! —repitió Alfred con un susurro, presa de un horror demasiado intenso para ser expresado en palabras—. ¡Pero si no hay campos!

Cadáveres en un estado deplorable, mucho peor que los soldados del ejército de muertos, se afanaban bajo la lluvia corrosiva. Brazos esqueléticos alzaban y descargaban oxidadas hoces; algunos, desprovistos de aperos, seguían sus movimientos sin ellos, como autómatas. Otros cadáveres, con la carne putrefacta desprendiéndose de sus cuerpos, avanzaban tras los segadores atando gavillas inexistentes y apilándolas en montones invisibles. Los fantasmas, apenas distinguibles de la niebla que los envolvía, seguían a los cadáveres con aire desconsolado. Tal vez la propia niebla estaba formada, simplemente, por los fantasmas pertenecientes a aquellos cuyos huesos se habían esparcido por el suelo y ya nunca volverían a levantarse.

Haplo se fijó en la bruma y vio en ella manos, brazos y ojos. La niebla se agarraba a él, quería algo de él y parecía intentar hablarle. El patryn notó su contacto helado, que le entumecía el cuerpo y la mente.

—Ahora no crece nada en esta tierra, aunque en otro tiempo fue una región tan feraz como las Nuevas Provincias —explicó la duquesa—. Esas pocas matas de hierba de kairn que podéis ver siguen la dirección del coloso subterráneo que transporta el magma a la ciudad para proporcionarle calor. Lo único que queda aquí son los viejos muertos que trabajaron estas tierras cuando estaban vivos.

Intentamos trasladarlos a las Nuevas Provincias, pero siempre volvían a los lugares que conocieron en vida y, finalmente, los dejamos en paz.

—¡En paz! —repitió Alfred con amargura.

—

—

Jera pareció un tanto sorprendida ante su reacción.

—Sí, claro. ¿Vosotros no hacéis lo mismo con vuestros muertos cuando son demasiado viejos para resultar útiles?

«Allá va», pensó Haplo. Se daba cuenta de que debía detener a Alfred, impedir que dijera lo que estaba a punto de soltar. Pero no lo hizo. Se quedó inmóvil y guardó silencio.

—Entre nosotros no hay nigromantes —declaró Alfred con voz suave pero expresiva, de una fervorosa convicción—. Cuando nuestros difuntos mueren, los dejamos descansar de sus fatigosas existencias.

Los tres sartán que ocupaban el carruaje permanecieron callados. La conmoción los dejó mudos y miraron a Alfred casi con la misma expresión de horror que él les había dedicado antes.

Jera fue la primera en recuperarse.

—¿Quieres decir que..., que enviáis a vuestros muertos, a todos vuestros muertos, al olvido final?

—¿Al olvido? No entiendo. ¿Qué significa eso? —Alfred los miró uno por uno con aire desconcertado.

—El cuerpo se corrompe, se convierte en polvo. La mente queda atrapada en su interior, incapaz de liberarse.

—¿Mente? ¿Qué mente? ¡Esos no tienen mente! —exclamó Alfred, señalando con un gesto vago hacia los cadáveres que se afanaban entre las cenizas y el fango.

—¡Pues claro que la tienen! Trabajan, realizan funciones de utilidad...

—¡También funciona la nave dragón que nos ha traído aquí, y no piensa! Así es como utilizáis vosotros a los muertos. ¡Pero lo que habéis hecho es peor que eso! ¡Mucho peor! —exclamó Alfred.

La expresión del príncipe se ensombreció, pasando de una tolerante curiosidad a una ira manifiesta. Sólo su cortesía innata lo hizo guardar silencio, pues lo que hubiera dicho habría sonado, sin duda, desagradable. Jera frunció las cejas enérgicamente, adelantó el mentón y enderezó la espalda. Estuvo a punto de replicar, pero su marido la sujetó por la mano, apretándola con fuerza. Alfred no advirtió nada y continuó su perorata entre un helado mutismo de desaprobación.

—El uso de tales artes negras fue conocido por nuestro pueblo, pero está expresamente prohibido. Desde luego, los textos antiguos hablan de estas cosas. ¿Acaso los habéis perdido?

—Tal vez fueron destruidos —apuntó Haplo con frialdad, interviniendo por primera vez.

—¿Y cuál es tu opinión, señor? —preguntó Jera al patryn, sin hacer caso de la presión de la mano de su marido—. ¿Cómo trata a los muertos tu pueblo?

—Mi pueblo, señora, hace todo lo que puede para mantener con vida a los vivos, y no tiene tiempo de ocuparse de los muertos. Y, por cierto, me parece que ésta debería ser también nuestra principal preocupación, ahora mismo. ¿Habéis advertido que viene en esta dirección un destacamento de jinetes?

El príncipe dio un respingo y, sentándose muy erguido, intentó ver algo, asomándose bajo el toldo del carruaje. Sin embargo, sólo vio la niebla y la lluvia y se apresuró a resguardar de nuevo la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió. Haplo y Alfred empezaban a inspirarle más recelo del que había sentido hacia ellos en su primer encuentro, en la caverna.

—Tengo un oído extraordinario —replicó el patryn ásperamente—. Prestad atención y escucharéis el tintineo de los arneses.

El tintineo de los arneses, acompañado de un ruido que sonaba a cascots sobre las rocas, llegó hasta sus oídos débilmente por encima del ruido del carruaje.

Jonathan y su esposa se miraron con sorpresa. Jera pareció preocupada.

—

—

—¿He de suponer, entonces, que el movimiento de tropas por este camino no es precisamente normal? —preguntó Haplo, recostado en el carruaje y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es muy probable que sea una escolta real para Su Alteza —dijo Jonathan, esperanzado.

—Sí, eso será. Seguro —asintió Jera, con demasiado énfasis de alivio en la voz para resultar del todo convincente.

Edmund sonrió, siempre cortés, por muchas reservas que tuviera en privado.

Se alzó el viento y la niebla se aclaró. Las tropas estaban próximas y resultaban claramente visibles. Los soldados eran cadáveres, muertos nuevos en excelentes condiciones. A la vista del carruaje, se detuvieron y formaron una barrera que atravesaba el camino. El vehículo se detuvo a una rápida orden de Jonathan a su

cochero difunto. La pauka soltó un resoplido y cabeceó inquieta, mostrando su desagrado ante las bestias que montaban los soldados.

Las cabalgaduras de los soldados eran criaturas parecidas a lagartos, repulsivas y deformes. A cada lado de la cabeza tenían dos ojos que daban vueltas, cada uno independiente de los otros, produciendo la impresión de que podían mirar en todas direcciones a la vez. Bajas y rechonchas, con el cuerpo casi pegado al suelo, poseían unas patas traseras poderosas y una cola gruesa, erizada de púas. Los soldados muertos cabalgaban a su lomo.

—Son las tropas del dinasta —explicó Jera en un susurro—. Sólo sus soldados tienen permiso para montar dragones del barro. Y el hombre de ropas grises que las manda es el Gran Canciller, la mano derecha del dinasta.

—¿Y ese individuo de negro que cabalga a su lado?

—Es el nigromante de las tropas.

El canciller, montado a horcajadas en un dragón del barro con aire de extrema incomodidad, dijo unas palabras al capitán de las tropas, que avanzó a lomos de su montura.

La pauka piafó, y resopló, y sacudió la cabeza al olor del dragón del barro, que era hediondo y pestilente como si saliera de un charco de vapores ponzoñosos.

—Todos los de ahí, bajad del vehículo, por favor —solicitó el capitán. Jera miró a sus invitados.

—Creo que será mejor hacerlo —dijo, en tono de disculpa.

Todos se apearon del carruaje y el príncipe ayudó cortésmente a la duquesa.

Alfred bajó los dos estribos, tropezó y estuvo a punto de caer de cabeza en una zanja. Haplo permaneció quieto y callado al final del grupo. Un gesto disimulado de su mano hizo que el perro acudiera a su costado.

Los ojos inexpresivos del cadáver estudiaron al grupo y en su boca tomaron forma las palabras que el Gran Canciller le había ordenado decir:

—Cabalgo en nombre del Dinasta de Abarrach, gobernante de Kairn Necros, regente de las Viejas y las Nuevas Provincias, rey de los Cerros de la Grieta, rey de Salfag, rey de Thebis y señor feudal de Kairn Telest.

Edmund se sonrojó sombríamente al escuchar tal reivindicación de su reino, pero contuvo la lengua. El cadáver continuó:

—Busco al que se hace llamar rey de Kairn Telest.

—Yo soy el príncipe de ese reino —proclamó Edmund con voz orgullosa—. El rey, mi padre, ha muerto y acaba de ser revivido. Por eso estoy aquí yo, y no él —añadió, aceptando la explicación.

El capitán cadáver, en cambio, pareció algo desconcertado. Aquella nueva información se salía del alcance de sus órdenes. El canciller le indicó en breves términos que el príncipe ocuparía el lugar del rey y el capitán, satisfecho, continuó su proclama:

—

—

—Su Majestad ha ordenado poner al rey...

—Al príncipe —lo corrigió el canciller con aire paciente.

—...de Kairn Telest bajo arresto.

—¿De qué se me acusa? —exigió saber Edmund. Dio unos pasos adelante, haciendo caso omiso del cadáver, y miró con furia al canciller.

—De entrar en los reinos de Thebis y Selfag, reinos ajenos a él, sin solicitar primero el permiso del dinasta para cruzar sus fronteras...

—¡Pero esos presuntos reinos están deshabitados! ¡Y ni yo ni mi padre hemos sabido nunca que ese «dinasta» existiese siquiera!

El cadáver había continuado su declaración, tal vez porque no podía oír la interrupción.

—...y de atacar sin provocación la ciudad de Puerto Seguro; de expulsar a sus pacíficos habitantes y de saquearla...

—¡Eso es falso! —protestó Edmund, dejándose llevar por la indignación.

—¡Desde luego que lo es! —exclamó Jonathan impetuosamente—. ¡Mi esposa y yo venimos de esa ciudad y podemos atestiguar la veracidad de lo que dice el príncipe!

—Su Justísima Majestad estará encantado de escuchar vuestra versión del asunto. Y os hará saber a ti y a tu esposa cuándo debéis acudir a palacio. Esta vez, fue el canciller quien habló.

—Vamos a acompañar a su Alteza a palacio —declaró el duque.

—Es absolutamente innecesario. Su Majestad ha recibido tu informe, señor. Te solicitamos el uso de vuestro carruaje hasta las murallas de la ciudad pero, cuando lleguemos a Necrópolis, tú y la duquesa tenéis el permiso de Su Majestad para regresar a vuestra casa.

—Pero... —barboteó Jonathan. Esta vez, fue su esposa quien tuvo que contenerlo para que no soltara un exabrupto.

—Querido mío, la cosecha... —le recordó en voz baja. El duque calló, cerrándose en un torvo silencio.

—Y ahora, antes de continuar —añadió el canciller—, Su Alteza el príncipe comprenderá y me perdonará que le pida que me entregue su arma. Y las de sus compañeros...

La capucha gris del canciller, que le ocultaba el rostro, se volvió por primera vez hacia Haplo. Su voz enmudeció, la capucha cesó en su giro y la tela tembló como si la cabeza que cubría fuera presa de alguna extraña emoción.

Haplo notó un escozor en las runas de su piel. ¿Qué sucedía ahora? El patryn se puso en tensión, presintiendo un peligro. El perro, que se había limitado a tumbarse en mitad del camino aprovechando la pausa en el viaje, se incorporó de un salto y emitió por lo bajo un ronco gruñido. Uno de los ojos del dragón del barro se volvió en dirección al pequeño animal. Una lengua roja asomó por un instante, como un látigo, de la boca del animal.

—No tengo armas —declaró Haplo, alzando las manos.

—Yo, tampoco —añadió Alfred con una vocecilla miserable, aunque nadie se había dirigido a él.

El canciller se estremeció como quien despierta de una cabezada que no se proponía echar. Con cierto esfuerzo, la capucha gris consiguió arrancar su mirada de Haplo para devolverla al príncipe, que había permanecido inmóvil.

—La espada, Alteza. Nadie puede acudir armado a presencia del dinasta.

Edmund se quedó plantado, desafiante e indeciso. Los duques bajaron la vista; no querían influir en absoluto en la resolución que tomara el príncipe, aunque era evidente su deseo de que no creara problemas. Haplo no estaba seguro de qué esperaba que haría el príncipe. El patryn había recibido de su Señor la advertencia

—
—

de no involucrarse en ninguna disputa local, ¡pero el Señor del Nexo no había contado con que su servidor fuese a caer en manos de un dinasta sartán!

Con un gesto brusco e inesperado, Edmund desabrochó la hebilla del cinto de su espada y entregó ésta al cadáver. El capitán aceptó el arma con gesto grave y realizó un saludo con su mano blanquísima y ajada. Helado de orgullo ultrajado y de justa cólera, el príncipe subió de nuevo al carruaje, tomó asiento muy tieso y se

dedicó a contemplar el paisaje desolado con estudiada calma.

Jera y su esposo, avergonzados, no se atrevieron a mirar a Edmund, seguros de que el príncipe creería que lo habían conducido a sabiendas a aquella trampa.

Ocultando el rostro, subieron al vehículo sin decir palabra y tomaron asiento en silencio. Alfred dirigió una mirada dubitativa a Haplo, con todo el aire de estar esperando órdenes. Al patryn le resultaba incomprensible que el sartán hubiera sobrevivido tanto tiempo por sí solo; hizo un gesto con la cabeza y Alfred se encaramó al carruaje, tropezando con los pies de todos los ocupantes y cayendo, más que sentándose, en un rincón del vehículo.

Todos aguardaron a Haplo. El patryn se inclinó hacia el perro, le dio unas palmaditas y volvió la cabeza del animal hacia Alfred.

—Vigílalo —le ordenó en un susurro que sólo el perro pudo captar—. No importa lo que me suceda a mí, sigue vigilándolo.

Haplo montó en el carruaje. El capitán hizo avanzar a su montura, asió las riendas de la pauka y forzó a moverse al reacio animal. El vehículo reemprendió la marcha hacia Necrópolis, la Ciudad de los Muertos.

—

—

CAPITULO

NECRÓPOLIS, ABARRACH

La ciudad de Necrópolis estaba construida contra las elevadas paredes de la kairn que daba nombre al imperio. La kairn, una de las mayores y más antiguas de Abarrach, siempre había estado habitada, pero hasta tiempos muy recientes no se había convertido en un gran centro de población. Quienes habían viajado a aquel mundo en los primeros años de su historia se habían trasladado a regiones más templadas, más próximas a la superficie del planeta, y habían establecido sus ciudades «entre el fuego y el hielo», según rezaba el dicho.

El mundo de Abarrach había sido cuidadosamente planificado por los sartán cuando intentaron salvar su mundo separándolo con su magia. Resultaba verdaderamente desconcertante que un plan que parecía tan acertado hubiera terminado en un fracaso tan trágico, comentó Alfred para sí durante el deprimente trayecto hasta la ciudad, cargado de malos presagios.

Por supuesto, siguió pensando Alfred, ni aquél ni los otros tres mundos habían sido proyectados para ser autosuficientes. Deberían haber estado comunicados, haber cooperado. Sin embargo, por alguna razón desconocida, la cooperación no se había producido y la comunicación se había roto, dejando a cada mundo aislado de los demás.

Con todo, las razas de mensch de Ariano habían logrado adaptarse a su duro entorno y sobrevivir. Incluso parecían capaces de prosperar, si no acababan antes con ellos sus constantes rencillas y enfrentamientos.

Habían sido los sartán, su propia raza, quienes habían desaparecido de Ariano.

Aunque habría sido mejor —mucho mejor, reflexionó Alfred con tristeza— que los sartán se hubieran extinguido también en aquel reino de las cavernas.

—La ciudad de Necrópolis —anunció el Gran Canciller, desmontando con torpeza de su dragón del barro—. Me temo que a partir de aquí tendremos que caminar. No se permiten animales en el interior de las murallas. Y eso incluye a los perros —añadió, clavando los ojos en la mascota de Haplo.

—No voy a dejar a mi perro —declaró el patryn concisamente.

—Podría quedarse en el carruaje —propuso Jera con un ademán tímido—. ¿Se quedaría aquí, si se lo ordenaras? Si quieres, podemos llevárnoslo a nuestro feudo.

—El perro obedecería, pero no se quedará. —Haplo descendió del vehículo y

llamó al animal a su lado con un silbido—. Donde yo voy, viene el perro. O no va ninguno de los dos.

Jera se apeó del carruaje con su esposo y se volvió hacia el canciller.

—El animal está perfectamente entrenado —dijo—. Respondo de su buen comportamiento mientras esté en la ciudad.

—La ley es terminante: no se permiten animales dentro de las murallas de la ciudad —declaró el Gran Canciller con expresión severa, dura como el pedernal—. Excepto los destinados al mercado, y éstos deben ser sacrificados en un plazo de tiempo determinado desde el momento de su entrada. Y si no te sometes a nuestras leyes por las buenas, señor, tendrás que hacerlo por la fuerza.

Kairn es una palabra sartán que significa «caverna», y procede de la palabra enana *cairn*, que significa «pila de piedras». Es interesante señalar que los sartán no tenían una palabra propia para designar las cavernas antes de su traslado a Abarrach y que, según parece, se vieron obligados a tomar prestado un término del léxico enano.

—
—

—¡Ah, bien! —replicó Haplo, acariciando la piel cubierta de runas del revés de sus manos—. Eso sería muy interesante de ver.

«Más problemas», previó Alfred con desconsuelo. El sartán, conocedor de la sospechosa relación entre Haplo y su perro, no tenía idea de cómo se resolvería aquella situación. Haplo renunciaría a su vida antes que a su perro y, a juzgar por su expresión, parecía alegrarse de tener una oportunidad de luchar.

No era extraño, pensó Alfred. Poder enfrentarse al fin con un enemigo que había encerrado a su pueblo en un mundo infernal durante un millar de años. Un enemigo cuyas facultades mágicas —y quién sabía qué otras cosas— se habían deteriorado. Sin embargo, ¿podría el patryn enfrentarse a los muertos? En la caverna, los soldados cadáveres del príncipe Edmund lo habían capturado con cierta facilidad. Alfred había advertido la mueca de dolor de Haplo y conocía a éste lo suficiente como para imaginar que eran pocos los que lo habrían visto alguna vez tan impotente. Pero quizás esta vez estaba más preparado; quizá la magia de su cuerpo ya se había aclimatado mejor.

—No tengo tiempo para tonterías —declaró el Gran Canciller con frialdad—. Ya llegamos tarde a nuestra audiencia con Su Majestad. Capitán, adelante con ello. El perro, aburrido de la conversación, fue incapaz de resistir la tentación de olisquear de nuevo a la pauka y darle un malicioso mordisco. Haplo mantuvo la mirada fija en el canciller. El capitán de la guardia se agachó, cogió al can entre sus recios brazos y, antes de que Haplo pudiera impedirlo, arrojó al animal a una charca de fango caliente y burbujeante.

El perro lanzó un terrible aullido de dolor y chapoteó frenéticamente con sus patas delanteras, mientras sus ojos acuosos se volvían hacia su amo en una súplica desesperada.

Haplo saltó hacia él, pero el barro era espeso y viscoso y estaba caliente como un horno. Antes de que el patryn pudiera hacer nada por él, el perro fue engullido por el fango y desapareció sin dejar rastro.

Jera soltó una exclamación sofocada y ocultó el rostro en el pecho de su esposo.

Jonathan, conmocionado y consternado, lanzó una mirada de odio al canciller. El príncipe soltó un grito de amarga y colérica protesta.

Haplo se volvió loco de rabia.

Las runas de su cuerpo cobraron vida, rojas y azules, emitiendo un brillo cegador. Su intensísima luz era visible a través de sus ropas, irradiaba bajo la tela de la blusa y dibujaba nítidamente los signos mágicos de sus brazos. El chaleco de

cuero ocultaba los del pecho y de la espalda y los pantalones, también de cuero, hacían lo propio con los de las piernas, pero las runas eran tan poderosas que empezaba a formarse un halo luminoso en torno al patryn. Sin una palabra, con expresión torva, Haplo se lanzó contra el cadáver, el cual, advirtiendo la amenaza, echó mano a la espada.

El impulso llevó a Haplo a saltar sobre su presa antes de que el capitán terminara de desenvainar. Pero, en el momento en que las manos tocaron la carne helada del cadáver, dispuestas a retorcerle el cuello, estalló un relámpago blanco que dio vueltas vertiginosamente en torno a los dos. Haplo soltó un grito agónico y retrocedió tambaleándose, retorciendo y agitando convulsivamente brazos y piernas mientras la descarga le atravesaba el cuerpo. Terminó golpeándose contra el costado del carruaje y deslizándose con un gemido hasta quedar tumbado, aparentemente sin sentido, sobre la capa de blanda ceniza que cubría el camino. Un acre olor a azufre invadió el aire. El cadáver continuó, imperturbable, el movimiento de sacar la espada; después, miró al canciller y esperó órdenes. El Gran Canciller contemplaba con ojos muy abiertos la figura de Haplo y el resplandor de las runas de su piel, que empezaba a apagarse. El ministro del dinasta se pasó la lengua por los labios resecos.

—Mátalo —fue la orden.

—

—¿Qué? —dijo Alfred con voz temblorosa—. ¿Matarlo? ¿Por qué?

Jera asió por el brazo a Alfred para contenerlo y le susurró:

—Porque es más fácil obtener información de un cadáver que de un hombre vivo y terco. ¡No intervengas! ¡No puedes hacer nada por él!

—Yo sí que puedo hacer algo —intervino Edmund con voz gélida—. ¡No permitiré que se mate a un hombre indefenso!

Dio un paso adelante, claramente decidido a impedir que el cadáver llevara a cabo su terrible encargo.

El cadáver no se detuvo, sino que alzó la mano en un gesto imperioso. Dos de los soldados se apresuraron a obedecer. Sus manos muertas sujetaron al príncipe por detrás, inmovilizándole los brazos a los costados con gran habilidad. Edmund, indignado, pugnó por desasirse.

—Un momento, capitán —indicó el canciller—. Alteza, ¿ese individuo de las marcas extrañas en la piel es ciudadano de Kairn Telest?

—Sabes muy bien que no —respondió Edmund—. Es un forastero. Lo he conocido hoy mismo, en la orilla opuesta de este mar. Pero no ha causado ningún daño y acaba de ver cómo un compañero fiel sufría una muerte bárbara. Ya lo has castigado por su insolencia. ¡Deja ahí las cosas!

—¡Tonterías, Alteza! —exclamó el Gran Canciller—. Capitán, cumple tus órdenes.

—¿Cómo es posible que mi pueblo..., precisamente mi pueblo..., cometa crímenes tan horribles? —exclamó Alfred, hablando consigo mismo presa de una gran agitación, mientras se retorció las manos como si, estrujándolas, pudiera escurrir la respuesta de su propia carne—. Si estuviera entre patryn, entonces sí que lo entendería. Los patryn eran una raza despiadada, ambiciosa y cruel. Nosotros..., nosotros éramos el otro platillo de la balanza. Éramos la fuerza que anulaba la suya. La magia blanca frente a la negra. El bien frente al mal. Pero veo en Haplo..., he visto en él la bondad... y ahora descubro la maldad en mis congéneres sartán... ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Su respuesta inmediata fue: «Desmayarme».

—¡No! —jadeó, resistiéndose a la debilidad que se adueñaba de él. La oscuridad

fue apoderándose de su mente—. ¡Acción! Tengo que... actuar. Coger la espada. Eso es: coger la espada.

El sartán se arrojó sobre el capitán de la guardia de cadáveres.

Al menos, ésa fue su intención. Por desgracia, Alfred terminó arrojando sólo una *parte* de su figura contra el capitán de la guardia. La mitad superior de Alfred se abalanzó hacia la espada, pero la mitad inferior se negó a moverse y el sartán cayó cuan largo era y aterrizó de cabeza sobre Haplo.

Alfred advirtió que el patryn parpadeaba.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! —lo oyó mascullar por la comisura de los labios—. ¡Ya lo tenía todo controlado! ¡Suéltame!

O bien el cadáver del capitán no advirtió que ahora tenía dos víctimas en lugar de una, o tal vez decidió que ahorraría tiempo despachándolas a ambas a la vez.

—¡Yo... no puedo! —Alfred, paralizado de miedo, era incapaz de moverse. Alzó los ojos con expresión de frenético terror y vio descender la hoja de la espada, afilada como una cuchilla, si bien algo oxidada.

El sartán pronunció las primeras runas que le vinieron a los labios.

El capitán de los cadáveres había sido un soldado valiente y honorable, respetado y amado por sus hombres. Había muerto en la Batalla del Pilar de

—
—

Zembar, de una estocada en el vientre. La terrible herida aún era visible en forma de un agujero enorme, aunque ya limpio de sangre, en el estómago.

La runa entonada por Alfred pareció infligirle de nuevo la misma estocada mortal.

Por un breve instante, un hálito de vida pareció brillar en sus ojos muertos. El rostro del cadáver, perfectamente conservado, se contorsionó en una mueca de dolor y la espada le resbaló de entre los dedos. El capitán se llevó la mano a la herida en un gesto automático y un grito silencioso escapó de sus labios amoratados.

El cadáver se dobló sobre sí mismo, sujetándose el vientre. Los espectadores vieron con paralizada sorpresa cómo sus dedos se cerraban en torno a la hoja invisible de una espada imaginaria. A continuación, pareció como si la espada fuera extraída de su vientre. El cadáver emitió un último gemido mudo y se derrumbó en el suelo. No volvió a ponerse en pie ni reanudó su ataque. El capitán siguió tendido sobre el suelo cubierto de cenizas, muerto.

Nadie se movió. Nadie dijo nada. Fue como si todos los presentes hubieran sido golpeados también por aquella espada invisible. El Gran Canciller fue el primero en reaccionar.

—¡Ve y reaviva al capitán! —ordenó al nigromante de las tropas. El interpelado se adelantó rápidamente, con sus ropajes negros ondeando en torno a él. La capucha se le cayó hacia atrás, dejando la cabeza a la vista involuntariamente; el nigromante era una mujer. La hechicera se aproximó al cuerpo del capitán.

Y entonó las runas.

No sucedió nada. El capitán continuó inmóvil.

La nigromante emitió un sonoro jadeo, con los ojos como platos de perplejidad, y luego frunció el entrecejo con rabia. Empezó a cantar de nuevo las runas, pero las palabras mágicas murieron en sus labios.

El fantasma del cadáver se alzó ante la nigromante y se colocó entre ésta y el cuerpo del capitán.

—¡Vete! —le ordenó la hechicera, intentando aventar al fantasma como haría con unas volutas de humo alzadas de una fogata.

El fantasma, sin embargo, permaneció donde estaba y empezó a cambiar de aspecto. Ya no era un lastimoso jirón de niebla, sino que iba cobrando el porte de un hombre alto y gallardo, plantado ante la nigromante con aire digno. Y todos los que contemplaban la escena con perplejo asombro comprendieron que estaban viendo al muerto tal como había sido en vida.

El fantasma del capitán se enfrentó a la nigromante y los observadores vieron, o creyeron ver, cómo movía la cabeza en un gesto de rotunda negativa. Después, volvió la espalda al cuerpo inmóvil que yacía en el suelo y se alejó. Y dio la impresión de que en la niebla que los envolvía resonaba un lamento apesadumbrado. Un lamento cargado de envidia.

¿O tal vez era el aullido del viento entre las rocas?

La nigromante se quedó mirando al fantasma, boquiabierta y estupefacta.

Cuando la figura espectral desapareció, la hechicera se percató súbitamente de la presencia de los demás y cerró la boca.

Esta batalla se libró durante la rebelión del pueblo de Thebis, que se negó a pagar al dinasta unos impuestos de una tercera parte de las cosechas. La rebelión fracasó y, casi con toda seguridad, condujo a la decadencia de esa ciudad-estado, en otro tiempo grande y poderosa. Los historiadores mas imparciales apuntan que, si bien esta tasa de impuestos parece efectivamente excesiva, las gentes de Thebis no tenían en cuenta las cincuenta balas de hierba de kairn que cobraban al dinasta y al pueblo de Necrópolis por el uso del Pilar de Thebis, que suministraba a la ciudad de Necrópolis el agua que tanto necesitaba.

—

—

—Buen viaje —murmuró. Se inclinó sobre el cadáver y pronunció de nuevo las runas, añadiendo al final, para completar la cosa—: ¡Levántate, maldita sea!

El cadáver no se movió.

La nigromante enrojeció de ira y dio un puntapié al cuerpo inerte.

—¡Levántate! ¡Lucha! ¡Cumple tus órdenes!

—¡Basta! —exclamó Alfred, airado, mientras se ponía en pie con dificultad—.

¡Basta! ¡Déjalo descansar en paz!

—¿Qué has hecho? —La hechicera se volvió hacia Alfred—. ¿Qué le has hecho?

¡Dime!

Alfred, tomado por sorpresa, tropezó con los tobillos de Haplo. El patryn soltó un gemido y se movió.

—No..., no lo sé —respondió el sartán, chocando contra el costado del carruaje.

La nigromante avanzó hacia él.

—¿Qué has hecho? —repitió, alzando la voz en un agudo chillido.

—¡La profecía! —exclamó Jera agarrándose a su marido—. ¡La profecía!

La nigromante escuchó aquella palabra y cesó en sus gritos. Lanzó una mirada penetrante a Alfred y se apresuró a volverla hacia el canciller en espera de órdenes.

El Gran Canciller parecía desconcertado.

—¿Por qué no se levanta? —preguntó con voz temblorosa, mirando el cadáver.

La hechicera se mordió el labio, sacudió la cabeza y se acercó a su superior para tratar la cuestión en privado, con murmullos cargados de urgencia.

Jera aprovechó la distracción del canciller para llegar junto a Haplo. Se mostró solícita y atenta con el patryn, pero sus ojos verdes estaban fijos en el balbuceante Alfred con una muda pregunta.

—No..., no lo sé —respondió el torpe sartán, tan perplejo como cualquiera de los presentes—. ¡De veras, no lo sé! Todo ha sucedido muy deprisa y yo... estaba aterrorizado. Esa espada... —se estremeció, temblando de frío y de reacción a lo sucedido—. No soy un tipo valiente, ¿sabéis? La mayoría de las veces me limito

a..., a desmayarme. Si no preguntádselo a él —señaló a Edmund con un dedo tembloroso—. ¡Cuando sus hombres nos capturaron, perdí el sentido de inmediato! Esta vez también he querido desmayarme, pero no podía permitírmelo. Cuando he visto la espada... ¡he dicho las primeras palabras que me han venido a la cabeza! ¡Ni que me matarais podría recordar lo que he dicho!

—¡Ni que te matáramos! —La nigromante se volvió y dirigió una mirada de odio a Alfred desde lo más hondo de su capucha negra—. Tal vez sea como dices, pero las recordarás muy pronto, una vez muerto. Los muertos, ¿sabes?, nunca mienten ni esconden nada.

—Te estoy diciendo la verdad —insistió Alfred con aire sumiso—. Dudo que mi cadáver pudiera añadir mucho más.

Haplo soltó un nuevo gruñido, casi como si respondiera a las palabras del sartán.

—¿Cómo está? —preguntó Jonathan a la duquesa, refiriéndose al patryn. Jera alargó la mano para seguir los trazos de las runas sobre la piel de Haplo.

—Creo que se recuperará. Los signos mágicos parecen haber absorbido la mayor parte de la descarga. Sus latidos son firmes y...

De pronto, la mano de Haplo se cerró con fuerza en torno a su muñeca.

—¡No vuelvas a tocarme nunca! —masculló con voz ronca. Jera se sonrojó y se mordió el labio.

—Lo siento. No pretendía... —La duquesa se encogió e intentó retirar el brazo—. Me haces daño...

Haplo la apartó de un empujón y se puso en pie por sus propios medios, aunque se vio obligado a apoyarse en el carruaje para sostenerse. Jonathan se apresuró a acudir junto a su esposa.

—
—

—¿Cómo te atreves a tratarla así? —lo increpó el duque con furia, volviéndose hacia Haplo—. Jera sólo trataba de ayudarte...

—Déjalo, querido —lo cortó su esposa—. Merezco sus reproches. No tenía ningún derecho. Perdóname, forastero.

Haplo soltó un gruñido y murmuró algo, aceptando las disculpas a regañadientes. Era evidente que aún no se había recuperado por completo, pero el patryn era consciente de que el peligro no había pasado.

«Si acaso —pensó Alfred— ha aumentado.»

El canciller estaba impartiendo órdenes a sus tropas. Los soldados se situaron en torno al príncipe y a sus acompañantes, obligándolos a agruparse.

—¿Qué has hecho, en nombre del Laberinto? —susurró Haplo, acercándose más al desdichado Alfred.

—¡Ha dado cumplimiento a la profecía! —dijo Jera en voz baja.

—¿Profecía? —Haplo pasó la mirada de la una al otro—. ¿Qué profecía?

Pero Jera se limitó a sacudir la cabeza. Frotándose la muñeca dolorida, dio la espalda al patryn. Su esposo le pasó el brazo por los hombros en ademán protector.

—¿Qué profecía? —insistió Haplo, volviéndose a Alfred con expresión acusadora—. ¿Qué diablos le has hecho a ese cadáver?

—Lo he matado —respondió Alfred. Y, a modo de explicación, añadió—: El iba a matarte...

—¡De modo que me has salvado la vida matando a un muerto! Estupendo. Sólo que... —dejó la frase a medias, contempló el cuerpo caído en el suelo y, luego, miró de nuevo al sartán—. ¡Has dicho que lo has «matado»...!

—Exacto. Está muerto. Definitivamente muerto.

Los ojos del patryn escudaron sucesivamente a Alfred, a la furiosa nigromante, a la perspicaz duquesa y al vigilante y suspicaz príncipe Edmund.

—Te aseguro que no tenía intención de hacerlo —se excusó Alfred, abrumado—. Yo... estaba asustado.

—¡Guardias! ¡Separadlos! —El canciller hizo un gesto y dos de los cadáveres se apresuraron a interponerse entre Alfred y Haplo—. ¡Absteneos de comentarios entre vosotros! ¡Os lo digo a todos! —Se volvió hacia los duques y continuó—: Señorías, me temo que este... incidente cambia las cosas. Su Majestad querrá entrevistarse con todos vosotros. ¡Guardias, traedlos!

El canciller y el nigromante se pusieron en marcha, camino de las puertas de la ciudad. Los cadáveres cerraron filas en torno a los cautivos, separando a unos de otros, y les ordenaron que avanzaran.

Alfred vio al patryn dirigir una mirada a la charca de fango en la que había desaparecido su perro. Haplo apretó los labios y sus ojos de mirada severa parpadearon varias veces, rápidamente. Después, los soldados lo obligaron a seguir adelante, apartándolo de la vista del sartán.

Se produjo, acto seguido, un momento de confusión cuando Edmund rechazó el contacto de las manos heladas de los cadáveres y afirmó que entraría en la ciudad como príncipe que era, y no como cautivo. Tras la declaración, echó a andar orgullosamente por sí mismo, con los guardias tras él.

Jera aprovechó la situación para susurrar a toda prisa unas órdenes urgentes al cochero. El cadáver asintió y, volviendo la cabeza de la pauka hacia la mansión de los duques, condujo al animal por un camino que corría durante un trecho bajo la muralla de la ciudad. El duque y la duquesa intercambiaron unas miradas; algo les rondaba en la cabeza, pero el desdichado Alfred no tenía la menor idea de qué podía ser.

—
—

Y, de momento, no le importaba. Nada de cuanto había dicho era falso. No tenía la menor idea de lo que había hecho con el capitán y deseaba con todas sus fuerzas no haberlo hecho. Perdido en sombríos pensamientos, no advirtió que el duque y la duquesa se colocaban a su altura, uno a cada lado, mientras los guardias avanzaban en sus monturas tras los cautivos.

—
—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

Los habitantes de Necrópolis habían aprovechado una peculiar formación rocosa natural para levantar las murallas de la ciudad. Una larga hilera de estalagmitas, que se alzaban del suelo de la caverna, se extendía desde un lado del fondo de la caverna hasta el otro lado, cerrando un semicírculo. Desde arriba, las estalactitas bajaban al encuentro de las estalagmitas formando un muro que producía en el visitante la perturbadora impresión de entrar en una gigantesca boca con los dientes al descubierto.

La formación geológica era antigua; se remontaba a los orígenes de aquel mundo y era sin duda una razón importante para que aquel punto se hubiera convertido en uno de los primeros puestos avanzados de la civilización en Abarrach. Aquí y allá, podían verse en la impresionante muralla algunas viejas runas sartán, cuya magia había rellenado convenientemente las grietas que dejaba la arquitectura natural.

Pero la magia sartán había disminuido, la caída continua de lluvia corrosiva había

desgastado la mayoría de las runas hasta borrarlas y ya nadie recordaba los secretos de su conservación. Los muertos se ocupaban de las reparaciones de la muralla, llenando los huecos entre los «dientes» con lava fundida y bombeando magma en las cavidades. Los cadáveres se ocupaban también de montar guardia en la muralla de Necrópolis.

Las puertas de la ciudad permanecían abiertas durante las horas en que el dinasta permanecía despierto. Las puertas gigantescas, de resistente hierba de kairn entretejida y reforzada con las escasas runas toscas que los sartán aún recordaban, sólo se cerraban cuando lo hacían los ojos del dinasta para dormir. El tiempo, en aquel mundo sin sol, se regulaba según la actividad del monarca de Necrópolis, lo cual significaba que solía cambiar según los caprichos de cada ocupante del trono.

Debido a ello, los distintos momentos de la jornada recibían denominaciones como «la hora del desayuno del dinasta», «la hora de las audiencias del dinasta» o «la hora de la siesta del dinasta». Un monarca madrugador obligaba a sus subditos a levantarse temprano para dedicarse a sus asuntos bajo la atenta vigilancia del gobernante. Un monarca dormilón, como el dinasta que ocupaba el trono en aquellos momentos, alteraba las costumbres de toda la ciudad, aunque tales cambios no solían representar grandes contratiempos para sus habitantes vivos, quienes generalmente estaban en disposición de modificar su ritmo de vida para adecuarlo al del gobernante. Los muertos, que realizaban todo el trabajo, no dormían nunca.

El Gran Canciller y sus prisioneros cruzaron las puertas de la capital ya avanzada la hora de las audiencias del dinasta, uno de los momentos más bulliciosos de la jornada para los habitantes de la ciudad. La hora de las audiencias marcaba un último momento de apresurada actividad antes de que la ciudad se paralizara durante la hora del almuerzo y la hora de la siesta del dinasta.

Así pues, las estrechas calles de Necrópolis estaban abarrotadas de gente, tanto vivos como muertos. Las calles eran, en realidad, túneles de origen tanto natural como artificial, destinados a proporcionar a los habitantes cierta protección de la pertinaz llovizna ácida. Los túneles eran angostos y retorcidos y solían ser lugares oscuros y sombríos, apenas iluminados a trechos mediante siseantes lámparas de gas.

—

—

Gran número de viandantes, tanto vivos como cadáveres, llenaba los túneles. Parecía casi imposible que Alfred, el duque, la duquesa y los guardias de la escolta pudieran sumarse a la multitud. Alfred comprendió que la ley que prohibía el tránsito de animales por las calles de la ciudad no era una decisión arbitraria, sino producto de la necesidad. Un dragón del barro habría causado graves problemas de tráfico y la gran masa peluda de una pauka habría provocado un completo atasco en los túneles. Cuando estudió la muchedumbre que se apretujaba y se abría paso a empujones, Alfred advirtió que los muertos superaban con mucho en número a los vivos. Al observarlo, el corazón se le encogió en el pecho.

Los guardias cerraron filas en torno a sus prisioneros, pero la comitiva quedó separada en varios grupos casi de inmediato. Haplo y el príncipe desaparecieron de vista entre la multitud. El duque y la duquesa se apretaron contra Alfred y lo agarraron del brazo, cada uno por un lado. El sartán notó una tensión, una rigidez inusual en sus cuerpos y miró a ambos con expresión dubitativa, presa de una súbita aprensión que le revolvía el estómago.

—Sí —dijo Jera en voz baja, apenas audible en el bullicio de la multitud que se

apiñaba en las calles—, vamos a intentar ayudarte a escapar. Límitate a hacer lo que te digamos, cuando te lo indiquemos.

—Pero... el príncipe... y mi ami... —Alfred no terminó la palabra. Había estado a punto de llamar «amigo» a Haplo y se preguntó con inquietud si el término era adecuado y exacto.

Jonathan parecía preocupado y miró a su esposa, quien sacudió la cabeza con firmeza. El duque suspiró.

—Lo siento, pero es imposible ayudarlos —dijo—. Nos aseguraremos de que tú te pones a salvo y, luego, tal vez podamos hacer algo juntos para ayudar a tus amigos.

Era un plan muy razonable. ¿Cómo podía saber el duque que, sin Haplo, Alfred seguiría prisionero de aquel mundo no importaba dónde estuviese? Exhaló un leve suspiro, inaudible para sus acompañantes, y comentó:

—Supongo que no os haré cambiar de idea aunque os diga que no deseo escapar, ¿verdad?

—Estás asustado —replicó Jera con unas palmaditas en el brazo—. Es comprensible, pero confía en nosotros. Nos ocuparemos de ti. No será muy difícil —añadió, dirigiendo una mirada desdeñosa a los guardias cadáveres que se abrían paso a duras penas entre la multitud.

«No, claro. Ya lo suponía», respondió Alfred a su propia pregunta, sin llegar a despegar los labios.

—Nos preocupa tu seguridad —apuntó Jonathan.

—¿De veras? —inquirió Alfred, pensativo.

—¡Pues claro! —exclamó el duque, y Alfred tuvo la sensación de que el joven noble estaba convencido de lo que decía.

El sartán no pudo evitar preguntarse, con una suave melancolía, hasta qué punto estaría dispuesta la pareja a poner en riesgo su vida por salvar a un tipo torpe e inepto en lugar de al hombre que había cumplido «la profecía», fuera ésta lo que fuese. Estuvo a punto de preguntárselo a los duques, pero decidió que en realidad no quería saberlo.

—¿Qué les sucederá al príncipe y a..., a Haplo?

—Ya oíste a Pons —contestó la duquesa, lacónica.

—¿A quién?

—Al canciller.

—¡Pero ese tipo habla de matar! —Alfred estaba horrorizado. Podía imaginar algo así de los mensch o de los patryn, pero... ¿de su propia raza?

—
—

—Ya ha sucedido otras veces —asintió el duque en tono lúgubre—. Y volverá a suceder.

—Tienes que pensar en ti mismo —añadió Jera con suavidad—. Ya habrá tiempo de pensar en ayudar a tus amigos a escapar cuando estés a salvo.

—O, por lo menos, quizá podamos rescatar sus cadáveres —dijo Jonathan. Y Alfred, mirando a los ojos al duque, supo que el joven hablaba completamente en serio.

El sartán se sintió entumecido de pies a cabeza. Siguió andando como en un sueño pero, si era tal sueño, tenía que ser el de otro, pues no podía despertar de él. Las manos cálidas de los duques lo conducían en aquel mar de muertos, combatiendo la gelidez de la carne blancoazulada de los cadáveres que se apretujaban en torno al trío. El olor a podredumbre era penetrante y emanaba no sólo de los cuerpos sino de todo lo demás de aquel mundo.

Los propios edificios, hechos de obsidiana, granito y lava fría, se veían sometidos a la acción constante de la niebla y la llovizna cargadas de ácido. Viviendas y tiendas, como los cadáveres, se desmoronaban hasta caer en pedazos. Alfred vio en varios lugares antiguas runas, o lo que quedaba de ellas. Signos cuya magia debía de haber proporcionado luz y calor a aquella ciudad lúgubre y repulsiva. Pero la mayor parte de ellos había desaparecido, por efecto de la corrosión u ocultados tras improvisadas obras de reparación.

Los duques aminoraron el paso y Alfred los miró con inquietud.

—Ahí delante hay una intersección de túneles —le dijo Jera al oído. Su expresión era firme y resuelta; su tono, urgente e imperioso—. Encontraremos la habitual confusión en el tráfico. Cuando lleguemos allí, disponte a hacer lo que te digamos.

—Creo que debería advertiros. No soy muy bueno corriendo, huyendo de una persecución y esas cosas...

Jera le dirigió una sonrisa bastante tensa y forzada, pero en sus ojos verdes había un destello de calor.

—Ya lo sabemos, no te preocupes —le dijo, dándole unas nuevas palmaditas en el brazo—. El asunto debería resultar mucho más fácil que todo eso.

—Debería... —terció su esposo, jadeando de nerviosismo.

—Calma, Jonathan —murmuró la duquesa—. ¿Preparado?

—Preparado, querida —asintió él.

Llegaron a la encrucijada, donde convergían cuatro túneles. Los viandantes procedentes de las cuatro direcciones se cruzaban allí y Alfred vio por un instante a cuatro nigromantes, envueltos en sencillas ropas negras, colocados en el centro de la intersección y dirigiendo el río de tráfico.

De pronto, Jera se volvió y empezó a empujar con gesto irritado al guardia cadáver que avanzaba justo detrás de ella.

—¡Os digo que cometéis un error! —exclamó en voz alta.

—¡Sí, marchaos de una vez! —Jonathan alzó también la voz, deteniéndose a protestar ante otro de los guardias del canciller—. ¡Os equivocáis de gente! ¿Es que no lo entendéis? ¡Estáis siguiendo a quien no debéis! ¡Vuestros prisioneros se han ido por ahí! —El duque alzó la mano e indicó una dirección.

Los guardias muertos se quedaron inmóviles, formando un apretado círculo en torno a los duques y a Alfred tal como les habían ordenado. Los transeúntes tropezaron con el grupo y se detuvieron, los vivos para ver qué sucedía y los muertos sin otro propósito que continuar la marcha, camino de sus respectivas tareas.

Se produjo un atasco. Los que venían más atrás, que no podían ver lo que ocurría, empezaron a empujar a los que tenían delante, inquiriendo con voces estridentes cuál era la causa de la retención del tráfico. La situación empeoraba

—

—

cada vez más y los nigromantes actuaron con celeridad para descubrir qué sucedía e intentar resolver el lío.

Un controlador de encrucijada se abrió paso entre la multitud con sus sencillos ropajes negros. Al advertir el reborde rojo en las ropas negras de los duques, el nigromante los reconoció como miembros de la nobleza menor y les dedicó una reverencia. Sin embargo, también lanzó una breve mirada por el rabillo del ojo a los cadáveres de los soldados, que llevaban los distintivos regios.

—¿Puedo salvar a Sus Señorías? —preguntó el nigromante—. ¿Tienen algún problema?

—No estoy seguro del todo —dijo Jonathan, la viva imagen de la confusión y la

inocencia—. Verás, mi esposa y yo y este amigo veníamos caminando, ocupados en nuestros asuntos, cuando estos..., estos... —dirigió un gesto hacia los guardias como si no existieran palabras para describirlos— nos han rodeado de pronto y nos han obligado a acompañarlos en dirección a palacio.

—Les han ordenado custodiar a un prisionero pero, al parecer, lo han perdido y ahora la toman con nosotros —añadió Jera, mirando a su alrededor con aire desvalido.

El atasco era cada vez más monumental. Dos de los controladores intentaban desviar el tráfico en torno al grupo. El cuarto, con aspecto desolado, probó a dirigir a la gente hacia el otro lado del túnel, pero las paredes de éste impidieron a los viandantes llegar muy lejos. Alfred, que sacaba toda la cabeza al resto de la multitud, vio que el atasco se extendía ya por las cuatro vías. A aquel ritmo, pronto terminaría atascada toda la ciudad.

Alguien le estaba pisando el pie sin miramientos, y otro le había clavado el codo en las costillas. Jera estaba aplastada contra él y sus cabellos le hacían cosquillas en el mentón. El propio controlador se vio atrapado en la marea y tuvo que abrirse paso a la fuerza para evitar ser arrastrado por la muchedumbre.

—Hemos llegado a las puertas de la ciudad al mismo tiempo que el Gran Canciller y tres prisioneros políticos —dijo Jonathan a gritos para que el nigromante lo oyera entre el estrépito de los túneles—. ¿Los habéis visto? Un príncipe de una tribu bárbara y un hombre que parecía un juego de fichas rúnicas ambulante...

—Sí, los hemos visto. Iban con el Gran Canciller, en efecto.

—Pues bien, había un tercer hombre y este grupo de soldados lo escoltaba pero, de pronto, los hemos encontrado escoltándonos a nosotros, y el tipo se les ha escapado.

—Tal vez Sus Señorías —dijo el controlador, cada vez más aturdido— podrían limitarse a acompañar a los soldados a palacio y...

—¿Qué? ¡Yo, la duquesa de los Cerros de la Grieta, conducida ante el dinasta como una vulgar delincuente! ¡No me atrevería a dejarme ver en la corte nunca más! —La pálida piel de Jera se sonrojó y sus ojos centellearon de ira—. ¡Cómo te atreves a insinuar siquiera tal cosa...!

—Yo... lo siento, Señoría —balbució el nigromante—. No sé lo que me digo. Es a causa de toda esta multitud, ¿sabéis?, y de este calor...

—Entonces, te sugiero que hagas algo —intervino Jonathan con aire altivo. Alfred observó los cadáveres, que permanecían imperturbables en mitad de la confusión que los rodeaba, con un aire de concentrada determinación en sus rostros carentes de inteligencia.

—Sargento —dijo entonces el nigromante, dirigiéndose al cadáver que guiaba el reducido destacamento—, ¿cuál es la tarea que le han asignado?

—Escoltar prisioneros. Llevarlos a palacio —respondió el cadáver, y su voz hueca se confundió con las otras voces huecas de los demás muertos que intentaban ir y venir por los túneles.

—

—

—¿Qué prisioneros? —preguntó el controlador. El cadáver tardó en contestar, hurgando en su pasado, hasta asirse a un recuerdo.

—Prisioneros de guerra, señor.

—¿De qué batalla? —insistió el nigromante con un atisbo de exasperación en la voz.

—Batalla... —La sombra de una sonrisa rozó los labios amoratados del cadáver—. La batalla del Coloso Caído, señor.

—¡Ah! —exclamó Jera, sarcástica. El nigromante exhaló un suspiro.

—Lo siento terriblemente, Señorías. ¿Quieren que me ocupe del asunto?

—Si nos haces el favor. Lo habría hecho yo misma, pero resultará mucho más sencillo si te haces cargo tú, como funcionario que eres. Tú sabrás hacer mejor los informes pertinentes.

—Además, no queríamos montar una escena —añadió Jonathan—. A veces, los muertos son muy tercos. Y si se les hubiera metido en la cabeza que éramos sus prisioneros... —se encogió de hombros—. En fin, podría haber resultado difícil tratar con ellos. ¡Piensa en el escándalo si Su Señoría y yo fuéramos vistos discutiendo con cadáveres!

El nigromante encargado del tráfico pensó en ello, evidentemente, pues hizo una reverencia y empezó a mover las manos en el aire, trazando las runas y entonándolas. La expresión de los cadáveres cambió, se hizo algo confusa, perdida, desvalida. El controlador les ordenó entonces, con voz enérgica:

—Regresad a palacio. Informad a vuestro superior que habéis perdido al prisionero. —Se volvió hacia los duques y añadió—: Enviaré a alguien con ellos para que no molesten a nadie más por el camino. Y ahora, Señorías, si me excusáis... —añadió, llevándose la mano a la capucha de la túnica.

—Desde luego. Gracias. Has sido de gran ayuda.

Jera alzó la mano y trazó una cortés runa de buenos deseos.

El nigromante se la devolvió apresuradamente y corrió a encargarse del atasco que obstruía el túnel. Jera se cogió del brazo de su esposo, quien asió a Alfred por el codo. Los duques condujeron al sartán hasta un túnel que se alejaba en ángulo recto del que los había llevado hasta allí.

Aturdido por el ruido, la multitud y la atmósfera claustrofóbica de los túneles, Alfred tardó unos momentos en darse cuenta de que sus compañeros y él estaban libres.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber. Volvió la vista atrás, no se fijó dónde pisaba y trastabilló.

Jonathan lo ayudó a mantener el equilibrio.

—Una cuestión de tiempo, en realidad. Había que buscar el momento oportuno.

Por cierto, ¿crees que podrías apresurar un poco la marcha y tener cuidado de dónde pisas? Aún no hemos salido de ésta y cuanto antes lleguemos a la Puerta de la Grieta, mejor.

—Lo siento. —Alfred notó que le ardía la cara de rubor. Prestó suma atención adonde ponía los pies y los vio hacer las cosas más insospechadas: meterse en cada hoyo del camino, introducirse entre los pies de los demás y doblar esquinas que su mente no le ordenaba doblar.

—Pons tenía tanta prisa en conducirte a presencia del dinasta... ven, permíteme que te ayude a levantarte ...que se ha descuidado de renovar las instrucciones a los muertos. Es preciso hacerlo periódicamente o les sucede lo que a ese grupo de soldados. Vuelven a actuar de memoria, guiados por sus propios recuerdos.

—Pero, a pesar de lo que dices, nos conducían a palacio como les habían ordenado...

—

—

—Sí, y habrían llevado a cabo la misión con toda seguridad. La habrían cumplido con tenacidad, de hecho. Por eso no nos atrevíamos a librarnos de ellos por nosotros mismos. Tal como han ido las cosas, ese otro nigromante los ha confundido lo suficiente como para romper el fino hilo que aún los unía a las órdenes recibidas. La menor distracción puede enviar a esos cadáveres de vuelta a

los tiempos pasados. Ésta es una de las razones de que haya apostados controladores como éstos en la ciudad. Se encargan de los muertos que vagan por ahí perdidos y desconcertados. ¡Cuidado con ese carro! ¿Te ha sucedido algo? Un trecho más y habremos dejado atrás las calles más congestionadas.

Jera y Jonathan metieron prisas a Alfred, llevándolo casi a rastras y volviendo la vista a su alrededor con gesto nervioso mientras lo hacían. En su avance, buscaban la protección de las sombras siempre que era posible, evitando los charcos de luz de las lámparas de gas.

—¿Vendrán tras nosotros?

—¡Puedes estar seguro de ello! —exclamó el duque con rotundidad—. Cuando los guardias lleguen a palacio, Pons mandará a otros con nuestra descripción. Tenemos que llegar a las puertas antes que ellos.

Alfred no dijo nada más. No podía hacerlo, pues no tenía resuello para seguir hablando. El paso de la Puerta de la Muerte, el continuo sobresalto que habían significado los terribles acontecimientos de los últimos ciclos, el espantoso descubrimiento que había efectuado y el constante recurso a la magia para ayudarlo a sobrevivir habían dejado al sartán al borde del colapso. A ciegas, agotado, siguió avanzando a tumbos por donde sus acompañantes lo conducían. Sólo tuvo una confusa impresión de llegar a otra puerta, de salir por fin del laberinto de túneles. Escuchó a Jera y Jonathan respondiendo a las preguntas que les formulaba un centinela muerto, los oyó hablar de que llevaban a un enfermo y se preguntó vagamente quién sería; vio aparecer entre la niebla el corpachón peludo de una pauka, se sintió caer de bruces en el fondo de un carruaje y, como en un sueño, escuchó la voz de Jera que decía: «...la casa de mi padre...». Y una oscuridad eterna y horrible se cerró sobre él.

CAPÍTULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

—Así pues, Pons, lo has perdido —dijo el dinasta y, con gesto ocioso, dio un sorbo de un licor potente y ardiente de color rojizo, conocido como stalagma, que era la bebida favorita de Su Majestad después de las comidas.

—Lo siento, señor, pero no tenía idea de que iba a tener que encargarme de transportar cinco prisioneros. Pensaba que iba a ser sólo uno, el príncipe, y que me encargaría de él personalmente. Por eso tuve que confiar en los muertos. No tenía nadie más a mano.

El Gran Canciller no estaba preocupado. El dinasta era justo y no haría responsable a su ministro por las insuficiencias de los cadáveres. Los sartán de Abarrach habían aprendido hacía mucho tiempo a comprender las limitaciones de los muertos. Los vivos eran tolerantes con ellos, los trataban con paciencia y buen ánimo, igual que los padres afectuosos toleran las insuficiencias de sus hijos.

—¿Un vaso, Pons? —preguntó el dinasta, despidiendo con un gesto al criado cadáver y ofreciéndose a llenar una pequeña copa de oro con sus propias manos—. Tiene un sabor excelente.

—Gracias, Majestad —dijo Pons; el canciller detestaba el stalagma pero ni por un instante se le habría pasado por la cabeza la idea de ofender al dinasta negándose a beber con él—. ¿Veréis ahora a los prisioneros?—¿Qué prisa hay, Pons? Casi es la hora de nuestra partida de fichas rúnicas, ya lo sabes.

—La duquesa Jera mencionó algo acerca de la profecía, señor.

Kleitus estaba a punto de llevarse la copa a los labios, pero detuvo el gesto al oír sus palabras.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Después de que el extranjero hiciera..., hum..., hiciera lo que fuese al capitán de la guardia.

—Antes has dicho que «lo mató», Pons. La profecía habla de traer la vida a los muertos, no de ponerle fin.

—

El dinasta apuró el resto del licor, echándolo al fondo de la garganta y tragándolo de inmediato, como hacía cualquier bebedor de stalagma experimentado.

—La duquesa es muy hábil para transformar las palabras de manera que sirvan a sus propósitos, señor. Pensad en los rumores que podría difundir acerca de ese extranjero. Pensad en lo que podría hacer el propio extranjero para conseguir que la gente creyera en él.

—Es cierto, es cierto. —Al principio, Kleitus frunció el entrecejo con aire preocupado. Después, se encogió de hombros—. Pero sabemos dónde está y con quién. —El stalagma lo dejaba de un humor relajado.

—Podríamos enviar tropas... —apuntó el canciller.

—¿Y levantar en armas a la facción del viejo duque? Es posible que éste se aliara con esos rebeldes de Kairn Telest. No, Pons; continuaremos llevando este asunto con sutileza. Podría proporcionarnos la excusa que necesitamos para quitarnos de en medio de una vez a ese entrometido viejo y a su hija, la duquesa. Confío en que habrás tomado las precauciones de costumbre, ¿no?

—Sí, señor. El asunto ya está bajo control.

—Entonces, ¿a qué viene preocuparse por nada? ¿Has pensado, por cierto, a quién pasan las tierras del ducado de los Cerros de la Grieta si el joven Jonathan muere antes de tiempo?

—No tiene hijos, de modo que heredaría la esposa...

El dinasta hizo un ademán cansino. Pons bajó los párpados, dando muestras de haber entendido la insinuación.

—En tal caso —dijo—, la propiedad revierte en la corona, Majestad.

Kleitus asintió e indicó a un criado que le llenara otra vez la copa. Cuando el cadáver terminó de hacerlo y se retiró, el dinasta alzó la copa y se preparó a disfrutar del licor, pero su mirada se cruzó con la de su canciller y, con un suspiro, dejó de nuevo la copa sobre la mesa.

—¿Qué sucede, Pons? Con esa expresión avinagrada conseguirás echar a perder el disfrute de este excelente stalagma.

—Os pido perdón, señor, pero temo que no os estáis tomando este asunto con la seriedad que merece. —El canciller se acercó más al dinasta y le habló en voz baja pese a que estaban completamente solos, salvo los cadáveres de los servidores—. El otro hombre que he traído con el príncipe también es extraordinario. Tal vez lo es más incluso que ese otro que ha escapado. Creo que deberíais ver al prisionero inmediatamente.

—Ya has dejado caer varias vagas insinuaciones acerca de ese individuo.

¡Suéltalo todo, Pons! ¿Qué tiene de..., de tan extraordinario?

El canciller tardó un momento en responder, estudiando la manera de producir más efecto.

—Majestad —dijo al fin—, he visto antes a ese hombre.

—Soy consciente de la amplitud de tus relaciones sociales, Pons —respondió

el monarca. El stalagma solía disparar el humor sarcástico de Kleitus.

—Pero no lo he visto en Necrópolis, señor. Ni en ninguna otra parte. Lo he visto esta mañana..., en la visión.

El dinasta devolvió la copa a la bandeja próxima, sin llegar a tocar su contenido.

—Está bien, recibiré a ese hombre... y al príncipe.

—

—Muy bien, señor. —El Gran Canciller hizo una reverencia—. ¿Deseáis que los traigan aquí o preferís la sala de audiencias?

El dinasta echó un vistazo en torno a la estancia. Conocida como la salita de juegos, era mucho más pequeña e íntima que la imponente sala de audiencias y estaba bien iluminada por varias lámparas de gas de formas artísticas. En la estancia había numerosas mesas de hierba de kairn y sobre cada una de ellas había cuatro juegos de fichas de hueso blancas y rectangulares, adornadas con runas rojas y azules. Las paredes tenían unos tapices que representaban varias batallas famosas libradas en Abarrach. La atmósfera de la salita era seca y acogedora, calentada mediante el vapor que circulaba por unos conductos de hierro forjado con adornos de oro.

Todo el palacio era calentado mediante el vapor. Se trataba de un añadido moderno pues, en tiempos antiguos, el edificio —erigido como fortaleza y uno de los primeros que habían construido los sartán a su llegada a aquel mundo— no dependía de artilugios mecánicos para mantener unas condiciones de vida confortables. Pese al tiempo transcurrido, aún se podían ver rastros de las viejas runas en las partes más antiguas del palacio, unos signos mágicos que habían proporcionado calor, luz y aire fresco a la gente que habitaba en su interior. La mayoría de las runas, cuyo uso había caído en el olvido por descuido, habían sido borradas deliberadamente. La real consorte las consideraba una repulsiva ofensa para la vista.

—Recibiré a nuestros huéspedes aquí.

Kleitus, con otro vaso de stalagma en la mano, tomó asiento ante una de las mesas de juego y empezó a preparar ociosamente las fichas, como si se preparara para una partida.

Pons hizo un gesto a un sirviente, que a su vez hizo una seña a un soldado, y éste desapareció por una puerta para volver a entrar, instantes después, junto a un retén de guardias que conducía a los dos prisioneros a presencia del dinasta. El príncipe entró con aire orgulloso y desafiante, llameando de cólera, como si bajo la frialdad superficial de la etiqueta regia se agitara la lava hirviente. Tenía un lado de la cara amoratado y un labio hinchado; sus ropas estaban hechas harapos y sus cabellos, desgredados.

—Majestad, permitid que os presente al príncipe Edmund, de Kairn Telest —anunció Pons.

El príncipe hizo una leve inclinación de cabeza. No fue una reverencia. El dinasta hizo una pausa en su tarea de colocar las fichas en el tablero, miró al joven y enarcó las cejas.

—¡De rodillas ante Su Realísima Majestad! —susurró el escandalizado canciller por la comisura de los labios.

—No es mi rey —replicó el príncipe Edmund, erguido y con la cabeza muy alta—. Como soberano de Kairn Necros, lo saludo y le presento mis respetos...

El príncipe inclinó la cabeza otra vez, con gesto elegante y altivo. En los labios del dinasta apareció una sonrisa mientras colocaba una ficha en su sitio.

—Igual que confío en que Su Majestad me presentará también sus respetos —continuó Edmund con las mejillas encendidas y las cejas contraídas—, como príncipe que soy de un reino que, ciertamente, ha sido víctima de las penalidades, pero que en otro tiempo fue hermoso, rico y poderoso.

—Sí, sí —dijo el dinasta, sosteniendo en la mano una ficha de hueso con el signo rúnico grabado. Se pasó la ficha por los labios con gesto pensativo—. Todo el

—

honor al príncipe de Kairn Telest. Y ahora, canceller, ¿cuál es el nombre de este extranjero que has traído a mi real presencia?

Los ojos ocultos en las sombras de la capucha negra entretejida de púrpura y oro se volvieron hacia Haplo.

El príncipe tomó aire, enfurecido, pero contuvo la cólera pensando tal vez en su gente que, según los informes, estaba pasando hambre en una caverna. El otro prisionero, el que tenía la piel tatuada de runas, permaneció en pie, callado, altivo e impertérrito, casi se diría que desinteresado por lo que sucedía a su alrededor de no ser por sus ojos, que se fijaban en todo sin delatar a nadie que lo estaban naciendo.

—Se hace llamar Haplo, señor —dijo Pons con una profunda reverencia. «Y es un hombre peligroso», hubiera podido añadir el canceller. Un hombre que había perdido el control en una ocasión, pero al que nadie podría inducir a perderlo otra vez. Un hombre que se mantenía en las sombras, no furtivamente sino por instinto, como si hubiera aprendido hacía mucho tiempo que atraer la atención sobre él equivalía a convertirse en blanco.

El dinasta se recostó hacia atrás en su asiento y miró a Haplo con unos ojos que eran apenas dos rendijas. Kleitus parecía aburrido, amodorrado, y Pons se estremeció. Cuando se ponía de aquel humor, Su Majestad resultaba más peligroso que nunca.

—No te inclinas ante mí. Supongo que, a continuación, me dirás que tampoco soy tu rey... —comentó el dinasta.

Haplo sonrió y se encogió de hombros.

—Sin ánimo de ofender.

Su Majestad ocultó una mueca de sus labios tras una mano delicada y carraspeó.

—No es ofensa... No me siento ofendido por ninguno de los dos. Tal vez, con el tiempo, llegaremos a un entendimiento.

Tras esto, el dinasta guardó silencio, meditabundo. El príncipe Edmund dio muestras de impaciencia. Su Majestad le dirigió una rápida mirada y alzó la mano con gesto lánguido, señalando la mesa.

—¿Sabes jugar, Alteza?

La pregunta tomó a Edmund por sorpresa.

—Sí..., señor. Pero no he jugado una partida desde hace mucho tiempo.

Apenas he tenido tiempo para actividades frívolas —añadió con acritud.

El dinasta desechó sus excusas y dijo:

—Había pensado renunciar a la partida de esta noche, pero no veo razón para ello. Quizá logremos llegar a un entendimiento en torno a la mesa de juego.

¿Querrás participar tú, extranjero? ¡Ah!, por cierto..., ¿no serás tú también un

príncipe o..., o persona de sangre real de algún tipo a quien debamos presentar respetos?

—No —respondió Haplo, y no añadió una palabra más.

—¿No, qué? ¿No querrás jugar con nosotros? ¿No eres ningún príncipe? ¿O no, en general? —inquirió el dinasta.

—Yo diría que eso describe bastante bien la situación, señor.

La mirada de Haplo estaba fija en las fichas, hecho que no pasó inadvertido a Su Majestad. Éste se permitió una sonrisa condescendiente.

—Ven a sentarte con nosotros. El juego es complejo en sus sutilezas, pero no es difícil de aprender. Yo te enseñaré. Pons, ¿querrás ser el cuarto, por favor?

—

—Con gusto, señor —dijo el canciller.

Jugador inepto, Pons rara vez era llamado a jugar con el dinasta, quien no tenía apenas paciencia con los inexpertos. Pero la auténtica partida de aquella velada se jugaría a un nivel muy diferente, en el cual el Gran Canciller tenía una amplísima experiencia.

El príncipe Edmund titubeó. Pons supo qué le rondaba en la cabeza al joven.

¿Era posible que una actividad como aquélla mermara su dignidad y atenuara la gravedad de su causa? ¿O era conveniente, políticamente, ceder a aquel capricho regio? El canciller podría haber asegurado al joven que nada de ello importaba, que su destino estaba sellado sin importar lo que decidiera hacer.

El Gran Canciller, por un breve instante, sintió lástima del príncipe. Edmund era un joven con pesadas tareas a sus espaldas, que se tomaba con seriedad sus responsabilidades y que era evidentemente sincero en su deseo de ayudar a su pueblo. Era una pena que no comprendiera que era sólo una pieza más en el juego, una pieza que Su Majestad podía mover donde le conviniera... o eliminar del tablero, si así le convenía.

La cortesía propia de un príncipe de buena cuna se impuso. Edmund avanzó hasta la mesa de juego, tomó asiento frente al dinasta y empezó a disponer las piezas en la formación de salida, que requería alinearlas a imitación de la muralla de una fortaleza.

Haplo titubeó también, pero su resistencia a moverse tal vez no fue sino una muestra de su disgusto ante la idea de abandonar las sombras y aventurarse bajo la luz potente. Lo hizo por fin, avanzando lentamente hasta ocupar su sitio en la mesa. Una vez sentado, mantuvo las manos bajo la mesa y se apoyó en el respaldo. Pons se situó frente a él.

—Se empieza —dijo el canciller cuando el dinasta se lo indicó con un movimiento de las cejas— colocando las piezas de la siguiente manera: las marcadas con las runas azules son la base. Las rojas se ponen encima de las azules y las fichas con runas rojas y azules forman las almenas.

El dinasta había terminado de construir su muralla. El príncipe, frustrado y enfadado, levantaba la suya con indiferencia. Pons fingía estar concentrado en colocar sus piezas, pero su mirada se desviaba a hurtadillas hacia el extranjero que tenía ante él. Haplo sacó la mano diestra de debajo de la mesa, tomó una ficha de hueso y la colocó donde correspondía.

—Sorprendente —comentó el dinasta.

En la mesa cesaron todos los movimientos. Todos los ojos se fijaron en la mano de Haplo.

No había duda. Las runas de las fichas eran mucho más toscas que los tatuajes de la piel del individuo, como los garabatos de un niño en comparación con la caligrafía fluida de un adulto, pero los signos mágicos eran los mismos. El príncipe, tras unos instantes de involuntaria fascinación, apartó la mirada y continuó la construcción de su muralla. Kleitus alargó la mano a Haplo con la intención de cogerla y estudiarla más detenidamente.

—Yo no haría eso, señor —murmuró Haplo sin alzar la voz ni mover la mano. Sus palabras no sonaron abiertamente amenazadoras, pero algo en su tono de voz hizo que el dinasta detuviera su gesto—. Tal vez tu hombre —los ojos del patryn se volvieron hacia Pons— te lo habrá comentado. No me gusta que me toquen. —Me ha dicho que, cuando atacaste al guardia, las marcas de tu piel se iluminaron. Por cierto, te presento mis disculpas por ese trágico accidente. Lo

—

lamento profundamente. No tenía intención de hacerle daño a tu mascota. Es que los muertos tienden a..., a excederse.

Pons, que lo observaba con atención, vio que Haplo tensaba los músculos de las mandíbulas y apretaba los labios. Por lo demás, mantuvo la expresión impertérrita. Su Majestad continuó diciendo:

—Según el canciller, atacaste a un soldado sin llevar arma alguna y dio la impresión de que confiabas en tu capacidad para enfrentarte a él, que portaba una espada. Pero estoy seguro de que no pensabas combatir con las manos desnudas, ¿verdad? Esas marcas —el dinasta las señaló, sin tocarlas— son signos mágicos. ¡El arma que pensabas utilizar era la magia! Estoy seguro de que comprenderás que estemos fascinados. ¿De dónde has sacado esas runas? ¿Cómo funcionan? Haplo levantó otra ficha y la colocó junto a la anterior. Tomó la siguiente y procedió del mismo modo.

—Te he hecho una pregunta —insistió Su Majestad.

—Te he oído —replicó Haplo con una sonrisa en los labios.

El dinasta enrojeció de cólera ante la mueca burlona. Pons se puso en tensión. El príncipe alzó la vista de su muralla.

—¡Insolente! —exclamó Kleitus—. ¿Te niegas a contestar?

—No es que me niegue, señor. He hecho un juramento, un voto. No puedo revelarte cómo actúa mi magia. —Los ojos de Haplo se cruzaron por un instante con los de Kleitus y volvieron con frialdad a las fichas—, igual que tú no me podrías revelar cómo resucita la tuya a los muertos.

El dinasta se echó hacia atrás en su asiento y se puso a dar vueltas a una ficha entre los dedos. Pons se relajó y, al exhalar un largo suspiro, se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta aquel instante.

—Bien, bien —dijo Kleitus finalmente—. Canciller, estás retrasando el juego.

Su Alteza casi ha completado ya la muralla y hasta el novato va más deprisa que tú.

—Lo siento, señor —respondió Pons con aire humilde, conocedor de su papel en aquella escena.

—El palacio es antiguo, ¿verdad? —preguntó Haplo mientras estudiaba la estancia.

Pons, fingiendo estar absorto en terminar su muralla, observó al extranjero tras sus párpados entrecerrados. La pregunta tenía el tono de un comentario cortés y ocioso para mantener la conversación, pero aquél no era del tipo de

hombres amantes de la charla intrascendente. ¿Qué pretendía? El canciller, en su meticulosa vigilancia de Haplo, vio cómo la mirada de éste recorría varias de las marcas rúnicas medio borradas de las paredes.

Kleitus se encargó de responder:

—La parte vieja del palacio fue construida a partir de una formación natural, una caverna dentro de otra, podría decirse. Se encuentra en uno de los puntos más elevados de Kairn Necros. Las habitaciones de los niveles superiores proporcionaron en otro tiempo una vista espléndida; al menos, eso se deduce de los registros antiguos. Por supuesto, eso fue antes de que el mar se retirara.

Hizo una pausa para tomar un trago de licor y miró a su canciller. Éste prosiguió la explicación:

—Como habrás adivinado, esta sala se encuentra en una de las zonas más antiguas del palacio. Aunque, por supuesto, hemos efectuado considerables

—

mejoras para modernizarla. Los aposentos de la familia real se encuentran aquí atrás; el aire es más puro, ¿no te parece? Las cámaras de las recepciones oficiales y los salones de baile están en la parte delantera, cerca del lugar por donde entramos.

—El lugar resulta bastante desconcertante —apuntó Haplo—. Más parece una colmena que un palacio.

—¿Una colmena? —repitió el dinasta, levantando una ceja y reprimiendo un bostezo—. Esa palabra no me suena.

—Me refiero a que uno podría perderse aquí dentro sin demasiados problemas.

—Uno aprende a conocer dónde está —respondió Kleitus, divertido—. De todos modos, si de veras quieres ver un lugar donde es fácil perderse, podemos enseñarte las catacumbas.

—O, como nosotros las conocemos, las mazmorras —intervino el canciller con una risilla siniestra.

—Ocupate de tu muralla, Pons, o estaremos aquí toda la noche.

—Sí, señor.

La conversación terminó. Las murallas estaban a punto. Pons advirtió que Haplo, pese a afirmar que no había jugado nunca, había construido la suya con perfecta precisión, pese a que muchos jugadores principiantes tenían dificultades para reconocer las marcas de las fichas. El canciller pensó que era casi como si las runas le dijeran al extranjero algo que no decían a nadie más.

—Perdona, mi estimado amigo —le dijo en tono melindroso, inclinándose hacia adelante para no levantar la voz—. Creo que has cometido un error. Esa runa de ahí no corresponde a las almenas, donde la has colocado, sino que debe ir abajo.

—Está bien puesta. Va ahí —replicó Haplo con calma.

—Tiene razón, Pons —intervino Kleitus.

—¿De veras, señor? —El canciller se sonrojó de vergüenza—. Yo..., en fin, debo de haberme equivocado. Nunca he sido un buen jugador. Confieso que todas las fichas me parecen iguales. Las marcas no significan nada para mí.

—No significan nada para ninguno de nosotros, Canciller —señaló el dinasta en tono severo—. Al menos, así ha sido hasta ahora. —Dirigió una mirada a

Haplo—. Tienes que aprenderlas de memoria, Pons. Ya te lo he dicho muchas veces.

—Sí, Majestad. Agradezco a Su Majestad que sea tan paciente conmigo.

—Es tu turno, Alteza —indicó Kleitus al príncipe. Edmund se movió en su asiento, nervioso.

—Un hexágono rojo.

El dinasta movió la cabeza.

—Me temo, Alteza, que el hexágono rojo no es una buena salida.

El príncipe se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¡Majestad, he sido arrestado, golpeado e insultado! De haber estado solo, sin cargar con la responsabilidad de otros, me habría rebelado contra un trato semejante, que no es el debido entre sartán, y mucho menos entre reyes! Pero soy un príncipe. Tengo que pensar en las vidas de los demás. ¡Y no puedo concentrarme en..., en un juego —señaló el tablero con gesto despectivo—, cuando mi pueblo sufre de frío y de hambre!

—Tu pueblo atacó un pueblo inocente...

—

—¡No atacamos nada, señor! —Edmund estaba perdiendo el dominio de sí—. Queríamos comprar comida y vino. Teníamos intención de pagarlo todo, pero la gente del pueblo nos atacó sin darnos ocasión a decir una sola palabra. Resulta extraño, ahora que lo pienso. ¡Era como si alguien los hubiera convencido de que íbamos a atacarlos!

El dinasta volvió la mirada hacia Haplo para ver si tenía algo que añadir. El patryn continuó jugando con una ficha con aire de aburrimiento.

—Una preocupación muy lógica —dijo Kleitus, centrando de nuevo la atención en el príncipe—. Nuestros vigías avistaron una columna numerosa de bárbaros armados que avanzaba hacia la ciudad desde las tierras exteriores. ¿Qué habrías pensado tú?

—¡Bárbaros! —Edmund palideció de ira—. ¡Bárbaros! ¡No somos más bárbaros que ese..., ese mequetrefe de canciller! ¡Nuestra civilización es más antigua que la vuestra, y fue una de las primeras en establecerse en este mundo después de la Separación! ¡Nuestra hermosa ciudad, al aire libre en la inmensa oquedad de Kairn Telest, hace que ésta parezca el pestilente nido de ratas que es en realidad!

—Y, sin embargo, creo que venías a suplicar permiso para vivir dentro de este «pestilente nido de ratas», como lo llamas... —Kleitus se recostó en su asiento y dirigió una lánguida mirada al príncipe con los ojos entrecerrados.

Las facciones pálidas del príncipe enrojecieron de súbito en un febril acceso de rabia.

—¡No he venido a suplicar! ¡Trabajaremos! ¡Nos ganaremos el sustento! Lo único que pedimos es abrigo de esa lluvia mortífera y comida para alimentar a los niños. Nuestros muertos... y nuestros vivos también, si queréis, trabajarán vuestros campos y servirán en vuestro ejército. Incluso te... —Edmund tragó saliva como si engullera con esfuerzo un sorbo de amargo stalagma—, te reconoceremos como nuestro soberano...

—Muy amable por tu parte —murmuró el dinasta.

Edmund captó el sarcasmo. Sus manos se cerraron en torno al respaldo de la silla y sus dedos hicieron profundos surcos en la hierba de kairn entretejida, en un

desesperado intento de dominar su ira furiosa.

—No me proponía decir lo que vas a oír, pero tú me has incitado a ello.

Al llegar a este punto, Haplo se movió en su asiento. Por un instante, pareció que iba a intervenir, pero al parecer lo pensó mejor y volvió a su postura previa de observador impasible.

—¡Nos lo debéis! —prosiguió el príncipe—. ¡Vosotros habéis destruido el hogar de mi pueblo! ¡Nos habéis drenado el agua, nos habéis robado el calor para utilizarlo en vuestro provecho! ¡Habéis convertido nuestra tierra hermosa y fértil en un desierto helado y yermo! ¡Habéis causado la muerte de nuestros hijos, de nuestros ancianos y enfermos! Yo he mantenido ante mi pueblo que provocasteis este desastre por ignorancia, porque no teníais idea de nuestra existencia en Kairn Telest. No hemos venido a castigaros; no hemos venido a vengarnos, aunque habríamos podido hacerlo. Sólo hemos venido a pedir a nuestros hermanos que reparen el daño que cometieron sin saberlo. Y eso será lo que siga diciendo a mi pueblo, aunque ahora sé que no es cierto.

Edmund se retiró de la silla. Tenía las yemas de los dedos ensangrentadas debido a las agudas astillas que se le habían clavado en la carne al hundir los

—

dedos en la hierba de kairn, pero el príncipe no parecía advertirlo. Dando la vuelta en torno a la mesa de juego, hincó la rodilla y extendió las manos.

—Acepta a mi pueblo, Majestad, y te doy mi palabra de honor de que mantendré en secreto la verdad. Acoge a mi pueblo y yo trabajaré con los demás, codo con codo. Admite a mi pueblo, señor, y me arrodillaré ante ti, como pides. «Aunque, en mi corazón, te desprecie.» Esto último no lo dijo en voz alta. No había necesidad. Las palabras sisearon en el aire como el gas que ardía en las lámparas.

—¿Lo ves, Pons? Yo tenía razón —dijo Kleitus—. Un mendigo.

El canciller no pudo reprimir un suspiro. El príncipe, joven y atractivo, agraciado por la compasión que mostraba hacia su pueblo, tenía un aire majestuoso que lo elevaba en estatura y en rango por encima de la mayoría de reyes, y mucho más de los mendigos.

El dinasta se inclinó hacia adelante y juntó las manos por las yemas de los dedos.

—No encontrarás auxilio en Necrópolis, príncipe de los mendigos.

Edmund se incorporó y la rabia contenida dejó manchas de helada palidez en el carmesí enfebrecido de su piel.

—Entonces, no hay más que discutir. Volveré con los míos.

—Lamento dejar la partida, pero me voy con él —intervino Haplo, poniéndose en pie.

—Sí, claro —murmuró el dinasta con una voz grave y amenazadora que sólo llegó a oídos de Pons—. Supongo que esto significa la guerra, ¿verdad, Alteza? El príncipe no se detuvo. Ya estaba cerca de la puerta, con Haplo a su lado, cuando replicó:

—Ya he dicho, señor, que mi pueblo no quiere luchar. Continuaremos el viaje; quizá sigamos la costa d. Si tuviéramos barcos...

—¡Barcos! —exclamó Kleitus—. ¡Por fin aparece la verdad! ¡Eso es lo que has venido a buscar! ¡Barcos para encontrar la Puerta de la Muerte! ¡Estúpido! ¡No encontrarás otra cosa que la muerte!

El dinasta hizo una señal a uno de los guardias armados, quien respondió con un gesto de asentimiento. El cadáver alzó su lanza, apuntó y la arrojó. Edmund presintió la amenaza, se volvió rápidamente y levantó la mano para protegerse del ataque, pero su intento fue inútil. Vio venir la muerte. La lanza le acertó de lleno en el pecho con tal fuerza que la punta le traspasó el esternón y, asomando por la espalda del príncipe, lo clavó en el suelo. Edmund murió en el mismo instante de recibir el impacto, sin un grito. El afilado metal le atravesó el corazón.

A juzgar por la expresión de tristeza de su rostro, sus últimos pensamientos no fueron de lástima por su propia vida, por su joven existencia trágicamente cortada en flor, sino de pena por haber fallado a su pueblo de aquella manera. Kleitus hizo una nueva señal, indicando esta vez a Haplo. Otro cadáver preparó su lanza.

—¡Detenlo! —dijo el patryn con voz tensa y apresurada—. ¡Hazlo, o nunca sabrás nada sobre la Puerta de la Muerte!

—¡La Puerta de la Muerte! —repitió Kleitus en un susurro, con la vista fija en Haplo—. ¡Alto!

—

El cadáver, detenido en el momento en que lanzaba su arma, dejó que ésta le resbalara de sus dedos muertos. La lanza cayó al suelo con un estruendo. Fue el único sonido que rompió el tenso silencio.

—Dime —lo urgió el dinasta por fin—, ¿qué es lo que sabes de la Puerta de la Muerte?

—Que nunca podrás cruzarla si me matas —replicó Haplo.

—

CAPITULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

Sacar a colación el tema de la Puerta de la Muerte había sido una jugada arriesgada. El dinasta podría haberse limitado a parpadear, encogerse de hombros y ordenar al cadáver que recogiera la lanza del suelo y volviera a arrojarla. No era la vida lo que arriesgaba Haplo. A diferencia del desgraciado príncipe que yacía en el suelo a los pies del patryn, su magia lo protegía de la punta mortífera de la lanza. Lo que pretendía evitar era poner al descubierto sus poderes mágicos. Por eso había fingido quedar sin sentido cuando el cadáver lo había atacado en el camino. Haplo había aprendido que siempre era mejor inducir al enemigo a subestimarle a uno, que a sobreestimarle. Así, uno tenía muchas más posibilidades de pillarle desprevenido.

Por desgracia, no había contado con que Alfred acudiera al rescate. ¡Maldito fuera el sartán! La única vez que hubiera sido conveniente que se desmayara, el muy condenado urdía un hechizo inexplicablemente complejo y poderoso que erizaba el vello a todos los testigos.

En cualquier caso, la jugada con el dinasta había dado resultado, aparentemente. Kleitus no se había limitado a parpadear y encogerse de hombros. El dinasta conocía la existencia de la Puerta de la Muerte; era casi imposible que

no la conociese. Hombre de evidente inteligencia y poderoso nigromante, no cabía duda de que Su Majestad debía de haber buscado y encontrado los antiguos documentos dejados por los primeros sartán.

Haplo se decidió por la estrategia de poner las cartas boca arriba mientras la sangre salpicada de la herida mortal del príncipe Edmund aún estaba caliente sobre su piel cubierta de runas.

El dinasta había recobrado la compostura y fingía indiferencia.

—Tu cadáver me proporcionará toda la información que necesite. Me dirá incluso todo lo que puedas saber de esa llamada Puerta de la Muerte.

—Tal vez sí —replicó Haplo—, o tal vez no. Mi magia está emparentada con la vuestra, ciertamente, pero es distinta. Muy distinta. Entre los míos no se ha

—

practicado nunca la nigromancia, y ello podría deberse a alguna razón. Una vez que muere el cerebro que controla estas runas —el patryn levantó el brazo—, muere la magia. Si separas ambas cosas, es probable que te encuentres con un cadáver incapaz de recordar ni siquiera su nombre, y mucho menos cualquier otra cosa.

—¿Qué te hace pensar que me importa lo que recuerdes?

—«Barcos para encontrar la Puerta de la Muerte.» Estas son las palabras que has utilizado. Casi las últimas que ha podido escuchar ese pobre estúpido —Haplo indicó con un gesto el cuerpo exánime de Edmund—. Vuestro mundo está agonizando, pero tú sabes que no es el fin definitivo. Tú conoces la existencia de otros mundos. Tienes razón: esos mundos existen, yo los he visitado. Y puedo llevarte a ellos.

El soldado cadáver había recogido la lanza del suelo y volvía a estar en posición de lanzarla, apuntando al corazón de Haplo. El dinasta hizo un gesto brusco y el cadáver bajó el arma, apoyó el extremo del asta en el suelo con la punta metálica hacia el techo y se plantó de nuevo en posición de firmes.

—No le hagas daño. Condúcelo a las mazmorras —ordenó Kleitus—. Pons, llévalos a ambos a las mazmorras. Tengo que reflexionar acerca de todo esto.

—¿Y el cuerpo del príncipe, señor? ¿Lo mandamos al olvido?

—¿Dónde tienes la cabeza, Pons? —exclamó el dinasta, irritado—. ¡Claro que no! Su pueblo nos declarará la guerra y el cadáver del príncipe nos dirá todo lo que necesitamos saber para preparar nuestra defensa. Esos mendigos de Kairn Telest tienen que ser destruidos por completo, desde luego. Cuando hayamos terminado con ellos, podrás enviar al olvido al príncipe junto con el resto de su clan. Mantén en secreto la muerte del príncipe hasta que hayan transcurrido los días de espera necesarios para resucitarlo sin riesgos. No quiero que esa chusma nos ataque antes de que estemos preparados.

—¿Y cuánto tiempo cree Su Majestad que debemos esperar?

Kleitus hizo una valoración profesional del cuerpo de Edmund.

—Para un hombre de su juventud y vigor, con tanta vitalidad, será preciso un reposo de tres días para estar seguros de que su fantasma es tratable. Llevaré a cabo el ritual de resurrección yo mismo, por supuesto. Podría resultar un poco complicado. Que uno de los nigromantes de las mazmorras realice los ritos de conservación.

El dinasta abandonó la habitación con paso rápido. El borde de la túnica se agitó en torno a sus tobillos con las prisas.

Probablemente, pensó Haplo sonriendo para sí, iría derecho a la biblioteca o dondequiera que guardaran los antiguos códices.

A una orden de Pons, los cadáveres se pusieron en acción. Dos guardias extrajeron la lanza del cuerpo del príncipe, alzaron a éste entre ambos y se lo llevaron. Unos criados, también muertos, acudieron con agua y jabón para limpiar la sangre del suelo y las paredes. Haplo permaneció en un rincón, contemplando los trabajos con aire paciente. Advirtió que el canciller seguía rehuendo su mirada. Pons cruzó la estancia, se lamentó con grandes exclamaciones ante las manchas de sangre que habían salpicado uno de los tapices de las paredes y se apresuró a despachar a varios criados en busca de aserrín de hierba de kairn para aplicarlo al tapiz.

—Bien, supongo que esto es todo lo que se puede hacer —dijo a continuación con un suspiro—. ¡No sé qué voy a decirle a la reina cuando vea esto!

—

—Podrías sugerirle a su esposo que hay formas menos violentas de matar a un hombre —apuntó Haplo.

El canciller dio un respingo genuino y se volvió con temor hacia el patryn.

—¡Ah, eres tú! —Casi parecía aliviado—. No me había dado cuenta...

Disculpa, pero hay tan pocos prisioneros vivos que me había olvidado por completo de que no eres un cadáver. Vamos, te llevaré abajo yo mismo. ¡Guardias!

Pons hizo una señal. Dos cadáveres se apresuraron a colocarse al lado de Haplo y los cuatro, el canciller y Haplo y los dos guardias detrás, salieron de la sala de juegos.

—Pareces un hombre de acción —comentó el canciller, dirigiendo una breve mirada a Haplo—. No vacilaste en atacar al soldado que mató a tu perro. ¿Te ha molestado la muerte del príncipe?

¿Molestarle? ¿Que un sartán matara a otro a sangre fría? Sorprenderlo, tal vez, pero molestarle... Haplo se dijo a sí mismo que así era como debía sentirse, pero contempló con desagrado la sangre que le salpicaba la ropa y se la restregó con el revés de la mano.

—El príncipe sólo hacía lo que consideraba correcto. No se merecía que lo asesinaran.

—No ha sido un asesinato —replicó Pons, tajante—. La vida del príncipe Edmund pertenecía al dinasta, como la de cualquier otro súbdito de Su Majestad. Y el dinasta ha decidido que el joven le sería más valioso muerto que vivo.

—Debería haber permitido al joven expresar su opinión al respecto —apuntó Haplo en tono seco.

El patryn intentaba prestar cuidadosa atención al lugar donde se encontraba, pero muy pronto se sintió perdido en el laberinto de túneles interconectados idénticos. Sólo apreció que descendía por la pendiente del suelo liso de la caverna. Pronto quedaron atrás las lámparas de gas, reemplazadas por toscas antorchas que ardían en candelabros colgados de paredes húmedas. A la luz de sus llamas, Haplo advirtió leves trazas de runas que recorrían las paredes a la altura del suelo. Delante de él, escuchó el eco de unos pies que avanzaban pesadamente, arrastrándose por los túneles como si transportaran una gran carga. El cuerpo del príncipe, se dijo, camino de su lugar de descanso no tan eterno.

El Gran Canciller lo miró y frunció el entrecejo.

—Me cuesta mucho entenderte, extranjero. Tus palabras llegan a mí desde

una nube de oscuridad erizada de relámpagos. Veo en ti violencia, una violencia que me causa escalofríos, que me hiela la sangre. Veo una ambición orgullosa, un deseo de obtener poder por cualquier medio. La muerte no te es extraña. Y, a pesar de todo ello, noto que estás profundamente perturbado por lo que, en realidad, no ha sido sino la ejecución de un rebelde y traidor.

—Nosotros no matamos a los nuestros —respondió Haplo en un susurro.

—¿Qué? —Pons se acercó más a él—. ¿Cómo has dicho?

—Digo que nosotros no matamos a los nuestros —repitió Haplo. De inmediato, cerró la boca. Estaba molesto; e irritado de estarlo. No le gustaba la manera en que cualquiera en aquel lugar parecía capaz de ver hasta el fondo del corazón y del alma de los demás.

Se iba a sentir a gusto en la prisión, se dijo. Sería un placer la oscuridad, confortadora y relajante; sería un placer el silencio. Necesitaba la oscuridad, la quietud. Necesitaba tiempo para reflexionar y decidir qué hacer, para revisar y dominar aquellos pensamientos confusos y perturbadores.

—

Lo cual le recordó una cosa. Necesitaba una respuesta.

—¿Qué es eso que oí de una profecía?

—¿Profecía? —Pons miró por el rabillo del ojo a Haplo, pero apartó la vista rápidamente—. ¿Cuándo has oído hablar de una profecía?

—Justo después de que tu guardia intentara matarme.

—¡Ah!, pero si entonces apenas acababas de recobrar el conocimiento.

Sufriste una buena conmoción...

—Pero no me afectó en absoluto al oído. La duquesa dijo algo de una profecía. ¿A qué se refería?

—Una profecía... Veamos si me acuerdo. —El canciller se llevó un dedo al mentón y se dio unos golpecitos, pensativo—. Ahora que lo pienso, debo reconocer que me dejó algo perplejo que la duquesa dijera algo así. No acierto a imaginar a qué se refería. Ha habido tantísimas profecías entre nuestro pueblo durante los siglos pasados... Las usamos para distraer a los niños.

Haplo había visto la expresión del canciller cuando Jera había hecho mención a la profecía. Pons no había puesto cara de distraído.

Antes de que el patryn pudiera continuar con el tema, el canciller empezó a hablar con aparente inocencia sobre las runas de las fichas, en un claro intento de sonsacarle información. Esta vez le tocó a Haplo eludir las preguntas de Pons. Por fin, el canciller abandonó el tema y los dos continuaron caminando por los pasadizos en silencio.

El aire de las catacumbas era rancio, cargado y helado. El olor a putrefacción impregnaba la atmósfera hasta tal punto que Haplo habría jurado que la notaba como una capa aceitosa en el fondo de la boca. El único sonido que lo acompañaba eran las pisadas de los muertos que los escoltaban.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto una voz extraña.

El canciller soltó un jadeo y, en un gesto involuntario, alargó la mano y asió por el brazo a Haplo. El vivo se agarró al vivo. Haplo, por su parte, se sintió desconcertado al notar el vuelco que le daba el corazón y no amenazó a Pons por tocarlo, aunque casi al instante se sacudió con irritación la mano que lo asía.

Una forma fantasmal emergió de las sombras a la luz de las teas.

—¡Por las llamas y las cenizas, conservador, me has asustado! —exclamó

Pons, al tiempo que se secaba el sudor de la frente con la manga de la túnica negra orlada de verde, que era el distintivo de su rango en la corte—. ¡No vuelvas a hacerlo!

—Disculpadme, señor, pero aquí abajo no acostumbramos a recibir visitas de los vivos.

La figura hizo una reverencia. Haplo —para su alivio, aunque no le gustara reconocerlo— advirtió que el hombre era un vivo.

—Pues será mejor que te acostumbres —replicó Pons con acritud, en un evidente intento de compensar la debilidad que había mostrado momentos antes—.

Aquí tienes un prisionero vivo y ha de ser bien tratado, por orden de Su Majestad.

—Los prisioneros vivos —murmuró el conservador con una fría mirada a Haplo— son una molestia.

—Lo sé, lo sé, pero no nos queda otro remedio. Ese de ahí... —Pons se llevó a un rincón al nigromante conservador de cadáveres y le cuchicheó unas frases enfáticas al oído.

Los dos sartán dirigieron la vista a las runas tatuadas en la piel de las manos y de los brazos de Haplo. Las miradas le despertaron un hormigueo, pero el patryn

se obligó a permanecer inalterable durante la inspección. No pensaba darles la satisfacción de comprobar que conseguían ponerlo nervioso.

El conservador no pareció demasiado impresionado.

—Bicho raro o no, lo cierto es que será preciso darle de comer y de beber, y tenerlo vigilado, ¿no es eso? Y yo soy el único hombre aquí abajo durante el turno del medio ciclo de descanso; no tengo a nadie que me eche una mano, aunque la he pedido muchas veces.

—Su Majestad lo sabe..., lo lamenta mucho..., no es posible, de momento... —

Haplo oyó murmurar a Pons. El conservador de cadáveres soltó un bufido, señaló al patryn con un gesto y dio una orden a uno de los muertos.

—Pon al vivo en la celda contigua a la del muerto que han traído hace un rato. Así podré trabajar con uno y vigilar al otro.

—Estoy seguro de que Su Majestad querrá hablar contigo mañana —dijo el canciller a Haplo, a modo de despedida.

«Seguro que sí», respondió Haplo, pero sin abrir la boca.

—¡Dile a esa cosa que me quite inmediatamente las manos de encima! —exigió, rehuyendo el contacto con el cadáver.

—¿Qué os dije, señor? —comentó el conservador a Pons—. Ven conmigo, pues.

Haplo y su escolta avanzaron ante celdas ocupadas por cadáveres, unos tendidos sobre fríos lechos de piedra, otros en pie y deambulando sin objeto. En la oscuridad del lugar, podía verse a los fantasmas cerca de sus cuerpos; su suave resplandor pálido iluminaba débilmente las sombras de las celdas. Barrotes de hierro y puertas cerradas impedían la huida de las pequeñas celdas, parecidas a nichos.

—¿Encerráis a los muertos? —preguntó Haplo, casi riéndose.

El conservador se detuvo e introdujo una llave en la puerta de una celda vacía. Haplo vio en la celda contigua el cadáver del príncipe, con un gran orificio en el pecho, colocado sobre un féretro de piedra y velado por dos cadáveres.

—¡Claro que los tenemos encerrados! ¡No querrás que los tenga vagando por

ahí! Ya tengo bastante trabajo tal como están las cosas. ¡Deprisa, no tengo toda la noche! Ese recién llegado no está para retrasos. Supongo que querrás algo de comer y de beber, ¿no? —El conservador cerró la puerta, pasó la llave y miró con ira al prisionero a través de los barrotes.

—Sólo agua. —Haplo no tenía mucho apetito.

El conservador trajo una taza, la introdujo entre los barrotes y le sirvió un cucharón de agua de un cubo. Haplo tomó un sorbo y lo escupió. El agua sabía a podrido, con aquel olor que lo impregnaba todo. Con el resto del líquido, se lavó la sangre del príncipe de las manos, los brazos y las piernas.

El nigromante de las mazmorras frunció el entrecejo como si considerara aquello una pérdida de valiosa agua, pero no hizo comentarios. Era evidente su impaciencia por iniciar el trabajo con el príncipe. Haplo se dejó caer sobre la dura piedra, con unos puñados de hierba de kairn por colchón.

Un cántico sartán se alzó, agudo y quejumbroso, esparciendo un débil eco por las celdas. Ante aquel sonido, pareció surgir otro cántico casi inaudible, un gemido doliente y sobrecogedor, cargado de un indecible pesar. «Los fantasmas», se dijo Haplo. Pero el sonido le recordó al patryn el último aullido, lleno de dolor, de su perro. Vio los ojos del animal mirándolo, confiados en que su amo acudiría a ayudarlo como siempre hacía. Fiel, entregado a él hasta el final.

—

Haplo apretó los dientes y apartó la imagen de su mente. Rebuscó en el bolsillo y sacó una de las fichas de juego, que había conseguido escamotear de la mesa. En la oscuridad de la celda no podía verla, pero le dio vueltas en la mano y trazó con los dedos el signo mágico grabado en su superficie.

—

CAPÍTULO ANTIGUAS PROVINCIAS, ABARRACH

—Y entonces, padre, el fantasma empezó a cobrar forma y a...

—¿... a hacerse sólido, hija?

—No. —Jera titubeó, pensativa, intentando expresar sus recuerdos en palabras—. Continuó etéreo, traslúcido. Si intentaba tocarlo, mi mano no notaba nada. Sin embargo, podía ver... rasgos, detalles. Las insignias que llevaba en el pecho, la forma de la nariz, las cicatrices de combate de sus brazos. ¡Pude ver los ojos de ese hombre, padre! ¡Sí, sus ojos! Él me miró; nos miró a todos. Y fue como si hubiera obtenido una gran victoria. Después..., ¡desapareció!

Jera abrió los brazos. Sus palabras eran tan sugestivas y su gesto tan elocuente que Alfred casi pudo ver de nuevo la figura diáfana desvaneciéndose como la bruma matutina bajo un sol radiante.

—¡Deberías haber visto la expresión del viejo canciller! —añadió Jonathan con su risa cálida y juvenil.

—¡Hum...! Sí, claro —murmuró el viejo conde.

Jera se sonrojó delicadamente.

—Querido esposo, este asunto es muy serio.

—Lo sé, querida, lo sé —Jonathan luchó por recobrar la compostura—, pero

tienes que reconocer que fue divertido...

En los labios de Jera asomó una sonrisa.

—¿Más vino, padre? —musitó, y se apresuró a llenar la copa del anciano.

Cuando creyó que éste no la miraba, Jera sonrió de nuevo y movió la cabeza en un gesto burlón de fingido reproche a su esposo, quien le devolvió la sonrisa con un guiño.

El conde la vio y no le pareció divertido. Alfred tuvo la incómoda impresión de que al viejo no se le escapaba apenas nada de cuanto sucedía a su alrededor.

Hombre enjuto y marchito, los ojos negros y brillantes del conde recorrían constantemente la habitación, como dardos; de pronto, los dardos se clavaron en Alfred.

—

—Me gustaría verte hacer ese hechizo. —El hombre habló como si Alfred hubiera realizado un truco de cartas ingenioso. Se inclinó hacia adelante en su asiento y se apoyó sobre sus huesudos codos—. Hazlo otra vez. Llamaré a uno de los cadáveres. ¿De cuál nos podríamos desprender, hija...?

—Yo... No podría... —balbució Alfred, sonrojándose más y más mientras trataba de salir del estado de confusión que amenazaba con engullirlo—. Fue un impulso. Una reacción... instintiva, ¿entendéis? Levanté la vista y... y vi bajar la espada. Las runas... surgieron en mi cabeza, se iluminaron... por decirlo de algún modo.

—Y luego volvieron a apagarse, ¿no? —El conde hundió un dedo huesudo en las costillas de Alfred. Todo el cuerpo del viejo parecía tallado en granito.

—... Por decirlo de algún modo —asintió Alfred.

El conde se rió por lo bajo y le hundió de nuevo el dedo. Alfred casi pudo ver cómo le era aspirada la verdad como si de sangre se tratara, cada vez que aquel dedo como una navaja o aquellos ojos como cuchillas se clavaban en él. Pero ¿era realmente la verdad? ¿De veras no sabía lo que había hecho? ¿O era sólo que una parte de él se lo ocultaba a la otra, cosa que tan bien había aprendido a hacer tras tantos años de verse obligado a ocultar su identidad?

Por último, se pasó la mano por los cabellos.

—Déjalo, padre —Jera se colocó junto a Alfred y apoyó las manos en sus hombros—. ¿Más vino?

—No, gracias, señora. —El vaso de Alfred continuaba intacto—. Si me excusáis, estoy muy cansado. Querría acostarme...

—Desde luego, Alfred —intervino Jonathan—. Hemos sido muy desconsiderados al tenerte en vela hasta tan entrada la hora del sueño del dinasta, después de lo que debe de haber sido un ciclo terrible para ti...

«Más de lo que imaginas, —se dijo Alfred con tristeza—. Más de lo que imaginas.» Con un escalofrío, se puso en pie a duras penas.

—Te acompañaré a tu habitación —se ofreció Jera.

El leve sonido de una campanilla sonó débilmente en la penumbra a la luz de las lámparas de gas. Los cuatro ocupantes de la estancia callaron y tres de ellos intercambiaron miradas de inteligencia.

—Serán noticias de palacio —dijo el conde, empezando a incorporarse sobre sus piernas crepitantes.

—Iré yo —dijo Jera—. No me atrevo a confiar en los muertos.

La duquesa abandonó la estancia.

—Estoy seguro de que querrás escuchar esto, amigo —comentó el conde con un pronunciado brillo en sus ojos negros, e hizo un gesto invitando, u ordenando, a Alfred que se sentara.

Alfred no tuvo más remedio que volver a su asiento, aunque se sentía penosamente consciente de que no deseaba escuchar ninguna noticia que llegara apresuradamente y en secreto, a una hora que era el equivalente a la madrugada en aquel mundo en sombras.

Los tres sartán esperaron en silencio. Jonathan, pálido y con la expresión preocupada; el viejo conde, con aire astuto y animado. Y Alfred con la mirada extraviada en la pared desnuda de la estancia.

—*Una representación en miniatura del dinasta, en barro, situada dentro de una representación en miniatura del palacio. Según el diseño original, el muñequito estaba sincronizado con el dinasta por medio de la magia e indicaba la hora del ciclo mediante su posición en el palacio en miniatura. Así, cuando el muñeco se acostaba, era la hora de dormir del dinasta. Cuando se sentaba a la mesa, era la hora de comer del dinasta. Con el tiempo, conforme la magia comenzó a debilitarse en Abarrach, los muñecos empezaron a marcar el tiempo con menos precisión.*

El conde vivía en las Antiguas Provincias, en lo que tiempo atrás había sido una propiedad grande y rica. En eras pasadas, la tierra había estado viva y un número inmenso de cadáveres las atendía. La mansión se levantaba entonces entre campos ondulantes de hierba de kairn y grandes árboles lantís de flores azules. Ahora, la propia casa era un cadáver. Las tierras que la rodeaban eran mares de barro ceniciento, desolados y yermos, creados por la lluvia incesante. La vivienda del conde no era una edificación excavada en la caverna, como tantas en Necrópolis, sino que había sido construida con bloques de piedra en un estilo que recordó poderosamente a Alfred los castillos creados por los sartán en el momento cumbre de su poder en el Reino Superior de Ariano.

El castillo era imponente, pero la mayoría de las estancias de la parte de atrás habían sido cerradas y abandonadas, pues resultaban difíciles de mantener debido a que el único ser vivo que habitaba allí era el conde, junto a los cadáveres de sus viejos sirvientes. En cambio, la parte delantera estaba extraordinariamente bien conservada, en comparación con las demás mansiones en ruinas que habían visto durante el recorrido en carruaje por aquellas Antiguas Provincias.

—Es cosa de las antiguas runas, ¿sabes? —dijo el conde a Alfred con una mirada penetrante—. La mayoría de la gente las quitó. No sabían leerlas y consideraban que daban un aspecto anticuado a las casas. Yo, no; yo las dejé y me ocupé de ellas. Y ellas se han ocupado de mí. Han mantenido la mansión en pie cuando tantas otras se han hundido en el polvo.

Alfred leyó las runas y casi percibió la fuerza de la magia, que sostenía las paredes en el transcurso de los siglos. Pero no comentó nada, temeroso de decir demasiado.

La parte habitada del castillo consistía en las dependencias de los servicios del piso inferior: la cocina, habitaciones para criados, despensa, entradas delantera y trasera y un laboratorio donde el conde realizaba sus experimentos en un intento de devolver la vida al suelo de las Antiguas Provincias. Los dos pisos superiores se dividían en los confortables aposentos de la familia, las alcobas, las habitaciones de invitados, la sala de dibujo y el comedor.

La figurilla de un reloj de dinasta se encaminó a su alcoba, indicando la

hora. Alfred añoraba la cama, el sueño, la bendición del olvido, aunque sólo fuera durante unas pocas horas, antes de volver a aquella pesadilla en vela.

Debió de quedarse amodorrado pues, cuando se abrió una puerta, experimentó la desagradable sensación de despertar, con un hormigueo, de una siesta que no había tenido intención de hacer. Con un parpadeo, concentró sus ojos turbios en Jera y en un hombre envuelto en una capa negra, que aparecieron por una puerta en el extremo opuesto de la estancia.

—He pensado que debíais escuchar esta noticia de boca del propio Tomás, por si tenéis alguna pregunta que hacer —dijo Jera.

Alfred supo en aquel mismo instante que la noticia era mala y hundió la cabeza entre las manos. ¿Cuántos golpes más sería capaz de soportar?

—El príncipe y el forastero de la piel cubierta de runas han muerto —anunció Tomás en voz baja. Avanzó hasta la luz y se quitó la capucha que le ocultaba la

—

cabeza. Era un hombre joven, de la edad de Jonathan. Traía la ropa sucia, salpicada de barro, como si hubiera cabalgado largo y tendido—. El dinasta los ha ejecutado a ambos esta misma noche, en la sala de juegos de palacio.

—¿Estabas presente cuando lo ha hecho? ¿Lo has visto con tus propios ojos?

—inquirió el conde, volviendo hacia el recién llegado su rostro tallado a cincel. Su mirada pareció cortar el aire, impaciente y ansiosa.

—No, pero he hablado con un guardia muerto que se ha encargado de transportar los cuerpos a las catacumbas. El cadáver me ha dicho que el conservador ya ha empezado a trabajar en el mantenimiento de ambos.

—¡Te lo ha dicho un muerto! —exclamó el anciano conde con una mueca de desprecio—. ¡No se puede confiar en los muertos!

—Lo sé muy bien, señor. Por eso fingí ignorar que el dinasta había cancelado su partida de fichas rúnicas e irrumpí en la sala de juegos. Allí había varios cadáveres limpiando un charco de sangre. De sangre fresca. Cerca de ellos, en el suelo, había una lanza cubierta de sangre con la punta mellada. Para mí, quedan pocas dudas. Los dos prisioneros están muertos.

Jera movió la cabeza y suspiró.

—Pobre príncipe. Pobre joven, tan atractivo y honorable. Pero la desgracia de uno puede ser la fortuna de otro, como dice el refrán.

—¡Exacto! —asintió el anciano con gesto enérgico y fiero—. ¡Nuestra fortuna!

—Lo único que necesitamos hacer es rescatar los cadáveres del príncipe y de tu amigo —Jera se volvió hacia Alfred con avidez—. Será peligroso, por supuesto, pero... Mi querido amigo —añadió con súbita consternación—, ¿te encuentras bien? Jonathan, tráele un vaso de stalagma.

Alfred permaneció sentado mirándola, incapaz de pensar racionalmente.

Después, se puso en pie con torpeza, tropezando, y brotaron de sus labios unas palabras entrecortadas:

—Haplo y el príncipe... muertos. Asesinados. Por mi propia raza. Los sartán, matando a capricho. Y vosotros..., vosotros, insensibles... ¡Como si la muerte no fuera otra cosa que un ligero inconveniente, una molestia apenas mayor que un resfriado!

—Vamos, vamos... Bebe esto. —Jonathan le ofreció un vaso de un licor de aroma pestilente—. Deberías haber comido más en la cena...

—¡La cena! —exclamó Alfred con voz gutural. Apartó el vaso de un manotazo y

retrocedió hasta chocar con la pared—. ¡Dos hombres acaban de perder la vida violentamente y no se te ocurre otra cosa que hablar de la cena! ¡Y de..., de recuperar sus..., sus cuerpos!

—Te aseguro, señor, que los cadáveres serán bien tratados —intervino Tomás, el recién llegado—. Conozco personalmente al nigromante conservador y es muy experto en su arte. Notarás pocos cambios en tu amigo...

—¡Pocos cambios! —Alfred se pasó una mano temblorosa por la calva—. ¡Es la muerte lo que da sentido a la vida! La muerte, que a todos iguala. Hombre, mujer, campesino, rey, rico o pobre: todos somos viajeros en camino hacia idéntico destino. La vida es sagrada, preciosa, es algo a valorar, a apreciar, y no a ser tomado a la ligera, caprichosamente. Habéis perdido todo respeto a la muerte y, en consecuencia, también a la vida. Para vosotros, robarle la vida a un hombre no es un crimen mayor que..., que robarle el dinero.

—

—¡Un crimen! —replicó Jera—. ¿Y tú hablas de crimen? ¡Eres tú quien lo ha cometido! Destruiste ese cuerpo y enviaste su fantasma al olvido, donde será desgraciado toda la eternidad, privado de forma y de sustancia.

—¡Pero tenía forma, tenía sustancia! —exclamó Alfred—. ¡Tú misma lo viste! ¡El soldado quedó libre por fin!

Hizo una pausa, perplejo ante lo que acababa de decir. Jera lo miró con parecido desconcierto.

—¿Libre? ¿Libre para hacer qué, para ir adonde?

Alfred se sonrojó y las mejillas le ardieron mientras el resto de su cuerpo se estremecía de frío. Los sartán, semidioses capaces de forjar nuevos mundos a partir de uno condenado, capaces de crear. Pero la actividad creadora había sido provocada por la destrucción. Y la magia sartán había conducido a la nigromancia, en un paso al parecer inevitable. De controlar la vida a controlar la muerte.

Pero ¿por qué le parecía aquello tan terrible? ¿Por qué se revolvía contra aquella práctica hasta la última fibra de su ser?

Una vez más, su mente evocó la imagen del mausoleo de Ariano, con los cuerpos de sus amigos en las tumbas. La última vez que lo había visitado antes de abandonar Ariano, había sentido una tristeza abrumadora que, entonces, había comprendido que no era tanto por ellos como por él mismo, por su completa soledad.

Recordó también la muerte de sus padres en el Laberinto...

No, se dijo Alfred. Aquéllos eran los padres de Haplo. Pero, cuando el sartán los había visto durante su confusa experiencia, había sentido el dolor desgarrador, la rabia desbocada, el miedo terrible... Y, de nuevo, los había sentido por sí mismo. Es decir, por Haplo. Por su completa soledad.

Los cuerpos despedazados que habían luchado y resistido, habían encontrado al fin la paz. La muerte había enseñado a Haplo a odiar, lo había imbuido de odio al enemigo que había encerrado a sus padres en la prisión que los había matado. Pero, aunque Haplo no se diera cuenta, la muerte también le había enseñado otras lecciones.

Y, de pronto, Haplo estaba muerto. Justo cuando Alfred casi había empezado a pensar que cabía la posibilidad de que...

Un gañido interrumpió los pensamientos de Alfred. El contacto de una lengua fría y húmeda sobre la piel le hizo dar un respingo. Un perro negro, de raza

indefinida, lo miraba con aire preocupado, con la cabeza ladeada. El animal alzó una pata y la posó sobre la rodilla de Alfred. Unos ojos pardos y acuosos le ofrecieron consuelo para una inquietud que percibía, aun sin entenderla. Alfred contempló al perro y, recuperándose de la sorpresa inicial, le echó los brazos en torno al cuello. Estuvo a punto de ponerse a llorar. El perro estaba dispuesto a mostrarse comprensivo pero, al parecer, tan brusca familiaridad le resultó intolerable. Así pues, se desembarazó del abrazo de Alfred y lo miró con perplejidad. ¿A qué venía aquello?, parecía decir. El no hacía otra cosa que cumplir órdenes. «Vigíalo», era la última que le había dado Haplo. —Buen..., buen chico —dijo Alfred, alargando la mano con cautela para darle unas palmaditas en la negra testuz. El perro no rechazó la caricia pero indicó, con aire digno, que las palmaditas en la cabeza eran aceptables y que la relación podía progresar hasta el rascado de —

orejas, pero que era preciso trazar una línea en alguna parte y que esperaba que Alfred lo comprendiera. Y Alfred lo comprendió. —¡Haplo no ha muerto! ¡Está vivo! —exclamó. Miró a su alrededor y vio que todos lo observaban. —¿Cómo has hecho eso? —Jera estaba muy pálida, con los labios decoloridos—. ¡El cuerpo de ese animal quedó destruido! ¡Jonathan y yo lo vimos! —Dime, hija, ¿de qué estás hablando? —inquirió su padre, irritado. —¡El..., ese perro, padre! ¡Es el mismo que el soldado arrojó al charco de barro ardiente! —¿Estás segura? Quizá sólo se parezca... —¡Claro que estoy segura, padre! Mira a Alfred. ¡Lo ha reconocido! ¡Y el perro a él! —Otro truco. ¿Cómo has podido hacerlo? —quiso saber el conde—. ¿Qué clase de magia maravillosa es ésta? Si puedes restaurar cadáveres que han sido destruidos... — ¡Ya te lo decía, padre! —exclamó Jera con un jadeo; una sensación de temor reverencial casi le impidió seguir hablando—. ¡La profecía! Silencio. Jonathan contempló a Alfred con la admiración fascinada e indisimulada de un niño. El conde, su hija y el recién llegado de palacio observaron al forastero con ojos penetrantes y pensativos, calculando tal vez el mejor modo de utilizarlo para sus fines. —¡No es ningún truco! ¡Y no he sido yo! Yo no he hecho nada —protestó Alfred—. No ha sido mi magia la que ha devuelto al perro. Ha sido Haplo... —¿Tu amigo? ¡Pero Tomás asegura que está muerto! —replicó Jonathan con una mirada a su esposa en la que se leía claramente: «el pobre hombre ha enloquecido». —No, no está muerto. ¡Es tu amigo quien se equivoca! Has dicho que no has llegado a ver el cuerpo, ¿verdad? —preguntó a Tomás. —No. Pero la sangre, la lanza... —Os aseguro —insistió Alfred— que el perro no estaría aquí si Haplo hubiera muerto. No puedo explicaros cómo lo sé, pues ni siquiera estoy seguro de que mi teoría acerca del animal sea la acertada, pero estoy convencido de lo que os digo.

Sería preciso mucho más que una lanza para matar a mi... hum... amigo. Su magia es poderosa, muy poderosa.

—Está bien, está bien. De nada sirve discutir de eso ahora. Puede que siga vivo, puede que no. Razón de más para arrancarlo, a él o a lo que quede de él, de las garras del dinasta —declaró el conde, y se volvió hacia Tomás—. Y ahora, dinos cuándo se llevará a cabo la resurrección del príncipe.

—Dentro de tres ciclos, señor, según mi informador.

—Eso nos da tiempo —asintió Jera, entrelazando los dedos en gesto meditabundo—. Tiempo para trazar planes y para enviar un mensaje a su pueblo. Cuando comprueben que el príncipe no regresa, deducirán lo sucedido. Es preciso advertirles que no hagan nada hasta que estemos preparados.

—¿Preparados? ¿Para qué? —preguntó Alfred, desconcertado.

—Para la guerra —respondió Jera.

La guerra. Sartán combatiendo contra sartán. En todos los siglos de historia de los sartán, jamás había sucedido una tragedia semejante. Su raza, se dijo

—

Alfred, había separado un universo para salvarlo de su conquista por el enemigo y lo había conseguido. Había conseguido una gran victoria.

Y había perdido.

—

. Referencia a *Magia en los Reinos Separados*, extracto de *las Reflexiones de un Sartán*. vol. I.

CAPITULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

El ciclo siguiente a la muerte del príncipe, el dinasta canceló su hora de audiencias, hecho del que no se conocía ningún precedente. El Gran Canciller anunció públicamente que Su Majestad estaba fatigado por las presiones del cargo. En privado, Pons reveló a un grupito de privilegiados, «en estricta confianza», que Su Majestad había recibido informes preocupantes acerca de un ejército enemigo acampado al otro lado d.

Como había previsto Kleitus, la alarmante noticia alcanzó a todos los habitantes de Necrópolis igual que la incesante lluvia, creando una atmósfera de tensión y de pánico muy apropiada y adecuada para los planes del dinasta. Éste permaneció todo el ciclo encerrado en la biblioteca de palacio, absolutamente a solas salvo unos contados muertos de su guardia personal, y éstos no contaban.

Elihn, Dios en Uno, contempló el Caos con desagrado. Extendió su mano y este movimiento creó la Onda Primordial. Quedó establecido el Orden, que tomó la forma de un mundo bendecido con la presencia de vida inteligente. Elihn quedó satisfecho con su creación y le proporcionó todas las cosas necesarias para desarrollar la vida en adelante. Una vez puesta en movimiento la Onda, Elihn abandonó el mundo en la seguridad de que la Onda mantendría el mundo y que ya no necesitaba un Cuidador. Y las tres razas creadas por la Onda, los elfos, los humanos y los enanos, vivieron en armonía.

—Mensch —masculló Kleitus con desdén, y repasó rápidamente los párrafos

siguientes del texto, que trataba de la creación de las primeras razas, conocidas ahora como las razas inferiores. Tampoco encontró en aquella parte de la

—

disertación el fragmento concreto de información que buscaba, aunque el dinasta recordaba haberlo visto cerca del principio de la exposición.

Hacía mucho tiempo que no tenía ante los ojos aquel manuscrito; sólo lo había leído en una ocasión anterior y, al hacerlo, no había prestado demasiada atención al texto, pues lo que buscaba entonces era un medio de abandonar aquel mundo, y no una historia sobre otro mundo muerto y desaparecido muchísimo tiempo atrás.

Pero, durante las últimas horas de una mitad de ciclo dedicada al descanso en la que no consiguió pegar ojo, le había venido a la mente al dinasta una frase que recordaba haber leído en las páginas de un texto. Una frase que lo hizo saltar de la cama como impulsado por un resorte. Su descubrimiento era de tal importancia que lo había llevado a suspender las audiencias de aquel ciclo. Un recorrido por su memoria le había traído al recuerdo el libro en cuestión y ahora, a solas en la biblioteca, sólo tuvo que repasarlo hasta localizar la referencia que buscaba.

En su esfuerzo por mantener el equilibrio e impedir que la degeneración traiga de nuevo el Caos, la Onda Primordial se corrige constantemente a sí misma. Así, la Onda se eleva y se hunde. Así, existe luz y existe oscuridad. Así, hay bien y hay mal. Así, llega la paz y estalla la guerra. Al principio del mundo, durante lo que se conoce erróneamente como la Edad Oscura, las gentes creían en la existencia de leyes mágicas y leyes espirituales, equilibradas por leyes físicas. Sin embargo, con el paso del tiempo, una nueva religión se difundió por la tierra. Fue conocida como «ciencia». Propagadora de la supremacía de las leyes físicas, la ciencia ridiculizó las leyes espirituales y las mágicas, tachándolas de «ilusorias».

La raza humana, debido a lo corto de sus vidas, quedó especialmente prendada de esta nueva religión, que ofrecía una falsa promesa de inmortalidad. Los humanos dieron a este período el nombre de Renacimiento. La raza de los elfos mantuvo su creencia en la magia y, debido a ello, fue perseguida y expulsada del mundo. La raza de los enanos, muy hábil en cuestiones de mecánica, se ofreció a colaborar con los humanos, pero éstos deseaban esclavos, no socios, de modo que los enanos abandonaron el mundo por propia iniciativa y buscaron refugio en el subsuelo. Con el tiempo, los humanos olvidaron a esas otras razas y abandonaron la creencia en la magia. La Onda perdió su forma, se volvió irregular y uno de sus extremos rebotó de fuerza y poder mientras el otro quedaba débil y sin energía.

Vero la Onda siempre terminaba por corregir sus desequilibrios y así sucedió, a un coste terrible. A fines del siglo XX los humanos libraron una guerra terrible entre ellos. Sus armas eran maravillas de la ciencia y la tecnología, y produjeron la muerte y la destrucción de incontables millones de miembros de su raza. En ese día, la ciencia se destruyó a sí misma.

El dinasta frunció el entrecejo, disgustado. Ciertas partes de aquella obra le

parecían meras conjeturas e hipótesis sin fundamento. Kleitus no había conocido a ningún mensch, pues todos los existentes en Kairn Necros habían muerto antes

—

de que él naciera, pero le resultaba extremadamente difícil de creer que ninguna raza provocará de forma deliberada su autodestrucción.

—Es cierto que he encontrado textos que corroboran lo que éste apunta — murmuró, pues tenía la costumbre de hablar consigo mismo cuando estaba en la biblioteca, para romper el permanente silencio que le ponía los nervios a flor de piel—. Pero los autores proceden del mismo período histórico y, probablemente, comparten la misma información falsa o inexacta que este documento. Así pues, todos deben ser tomados con reparos. He de tenerlo en cuenta.

Los supervivientes se vieron sumergidos a lo que se conoció como la Edad del Polvo, durante la cual tuvieron que emplear todas sus fuerzas y recursos en la mera supervivencia. Fue durante esta época de penalidades cuando surgió una stirpe mutante de humanos que, una vez acallado el incesante estruendo de la ciencia, escucharon el flujo de la Onda a su alrededor y dentro de ellos. Luego, reconocieron y utilizaron el potencial de la Onda para la energía mágica. Y desarrollaron las runas para dirigir y canalizar esa magia. Los hechiceros, hombres y mujeres, recorrían la tierra en grupos para llevar la esperanza a unos seres perdidos en la oscuridad. Se llamaron a sí mismos sartán, que significa, en el lenguaje rúnico, «los que traen de vuelta la luz».

—Sí, sí. —El dinasta exhaló un suspiro. Hasta entonces, casi nunca había tenido ocasión de recurrir a la historia, de hurgar en un pasado muerto y acabado, en una especie de cadáver descompuesto más allá del límite de la resurrección. O tal vez no tanto...

La tarea resultó ingente. Nosotros, los sartán, éramos pocos. Para facilitar el renacimiento del mundo, recurrimos a enseñar a las razas inferiores el uso de nuestra magia más rudimentaria, reservándonos el conocimiento de la verdadera naturaleza y poder de la Onda con el fin de mantener el control y evitar que ocurriera de nuevo la catástrofe que se había producido una vez.

En nuestra ingenuidad, creímos que nosotros éramos la Onda. Cuando ya era demasiado tarde, nos dimos cuenta de que no éramos sino una parte de ella, que nos habíamos convertido en una irregularidad de la Onda y que ésta tomaría una acción correctora. Demasiado tarde, descubrimos que algunos de entre nosotros habían olvidado los objetivos altruistas de nuestra labor. Esos hechiceros buscaban hacerse con el poder por medio de la magia. Buscaban el dominio del mundo. Patryn, se hacían llamar: «Los que vuelven a la Oscuridad».

—¡Ah! —Kleitus respiró profundamente y se dispuso a leer con más atención y detenimiento.

Los patryn se pusieron ese nombre como burla hacia nosotros, sus hermanos, porque al principio se vieron obligados a actuar en lugares oscuros y secretos para mantenerse ocultos de nosotros. Forman un

—

pueblo muy unido y son ferozmente leales entre ellos y a su objetivo permanente, que es el dominio completo y absoluto del mundo.

—El dominio completo y absoluto —repitió el dinasta, frotándose la frente con la mano.

Nos resultó imposible infiltrarnos en una sociedad tan cerrada para aprender sus secretos. Los sartán lo intentamos, pero aquellos de nosotros a quienes enviamos entre los patryn desaparecieron y sólo cabe pensar que fueron descubiertos y destruidos. Por eso sabemos tan poco de los patryn y de su magia.

Kleitus hizo una mueca de decepción pero continuó leyendo.

Corre la teoría de que el uso de la magia rúnica por parte de los patryn se basa en la porción física de la Onda, mientras que nuestra magia se apoya más en la porción espiritual. Nosotros cantamos y bailamos las runas y las dibujamos en el aire, y recurrimos a transcribirlas físicamente cuando lo dicta la necesidad.

Los patryn, por el contrario, se apoyan sobre todo en la representación física de las runas, llegando al extremo de pintarlas en sus propios cuerpos para potenciar su magia. Dibujaré aquí...

El dinasta interrumpió la lectura, volvió atrás y repitió la última frase.

«Pintarlas en sus propios cuerpos para potenciar su magia.» Continuó leyendo, en voz alta:

—«Dibujaré aquí, como curiosidad, algunas de las estructuras rúnicas que se sabe que utilizan. Nótese la semejanza con las nuestras, pero adviértase también que es el estilo bárbaro en que están construidas las runas lo que modifica radicalmente la magia, creando todo un nuevo lenguaje de poderes mágicos toscos pero llenos de fuerza.»

Kleitus cogió varias fichas rúnicas del juego que llevaba en un bolsillo y las colocó sobre el escrito, junto a los dibujos realizados por el antiguo autor sartán. El parecido era casi perfecto.

—Es tan condenadamente obvio. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? —murmuró. Sacudió la cabeza, irritado consigo mismo, y reanudó la lectura.

La Onda, por el momento, parece estable. Sin embargo, entre nosotros hay quien teme que los patryn estén haciéndose más fuertes y que empiecen a constituir una irregularidad. Hay quienes afirman que debemos ir a la guerra y detener a los patryn ahora. Otros, entre los que me cuento, propugnamos que no se haga nada para perturbar el equilibrio pues, de lo contrario, la Onda se descompensará en el sentido opuesto.

El tratado continuaba sus explicaciones, pero el dinasta cerró el libro. El texto no contenía ninguna referencia más a los patryn y se dedicaba a conjeturar sobre lo que podría suceder si la Onda se desequilibraba. El dinasta ya conocía la respuesta. El desequilibrio se había producido y, a resultas de él, había llegado la

—

Separación y, luego, la vida en la especie de tumba que era aquel mundo. Kleitus estaba al corriente de aquella parte de la historia de los sartán.

Pero se había olvidado de los patryn, los enemigos ancestrales, portadores de

las sombras y poseedores de unos poderes mágicos «toscos pero llenos de fuerza». —«Un dominio absoluto y completo...» —repitió en voz baja para sí—. ¡Qué estúpidos hemos sido! ¡Qué redomados estúpidos! Pero aún no es demasiado tarde. Ellos se creen muy listos, creen que pueden pillarnos por sorpresa. Pero no les resultará.

Tras unos instantes más de reflexión, llamó a uno de los cadáveres.

—Busca al Gran Canciller y dile que venga.

El criado muerto salió de la biblioteca y regresó casi al instante con Pons, cuya mayor virtud era estar siempre donde fuera fácil encontrarlo si se lo requería, y permanecer convenientemente ausente cuando no se lo necesitaba.

—Majestad... —dijo Pons con una profunda reverencia.

—¿Ha regresado Tomás?

—Hace un instante, creo.

—Tráelo a mi presencia.

—¿Aquí, Majestad?

Kleitus tardó en responder, miró a su alrededor y asintió.

—Sí, aquí.

Como se trataba de un asunto importante, Pons se encargó de la tarea en persona. Podría haber despachado a uno de los cadáveres para que trajera al joven, pero con los sirvientes muertos siempre cabía la posibilidad de que volvieran con un cesto de flores de rez, habiendo olvidado por completo sus instrucciones originales.

Así pues, el Canciller regresó a uno de los salones públicos, donde solían reunirse gran número de correos y peticionarios. La aparición del dinasta en la estancia habría producido el mismo efecto que un rayo descargado del coloso, lanzando a sus ocupantes a un frenesí de lisonjas, reverencias y alharacas. Tratándose del Gran Canciller, su presencia despertó mucha menos conmoción entre los reunidos. Algunos miembros de la nobleza de bajo rango hicieron humildes reverencias y los de rango superior hicieron un alto en sus partidas de runas y en sus conversaciones para volver la cabeza. Quienes trataban a menudo con Pons lo saludaron, para envidia de quienes no tenían acceso a él.

—¿Qué sucede, Pons? —preguntó uno lánguidamente.

El Gran Canciller, con una sonrisa, respondió:

—Su Majestad necesita...

Numerosos correos se pusieron de pie al instante.

—... un mensajero vivo —acabó la frase Pons, recorriendo la sala con una mirada de aparente aburrimiento e indiferencia.

—Un chico de los recados, ¿no? —dijo un barón, con un bostezo.

Los de rango superior, conscientes de que era un trabajo de sirvientes y que, probablemente, ni siquiera implicaba ver en persona al dinasta, volvieron a sus partidas y a su charla.

—¡Eh, tú! —Pons señaló a un joven situado al fondo del salón—. ¿Cómo te llamas?

—Tomás, Señoría.

—Tomás. Creo que servirás. Ven conmigo.

—

El joven hizo una reverencia de mudo asentimiento y siguió al Gran Canciller fuera del salón, hacia una parte del palacio privada y protegida por la guardia.

Ninguno de los dos dijo nada, aparte de un breve intercambio de miradas de complicidad al dejar la antecámara. El Gran Canciller abrió la marcha seguido a varios pasos, como era debido, por su joven acompañante. Éste llevaba las manos resguardadas en las mangas y la capucha negra, sin orlas que indicaran nobleza, ocultándole la cabeza.

Pons se detuvo antes de entrar en la biblioteca y, con un gesto, indicó a Tomás que esperara. El joven hizo lo que le decían y permaneció en silencio entre las sombras. Uno de los soldados muertos abrió la puerta de piedra y Pons asomó la cabeza. Kleitus había vuelto a la lectura. Al oír abrirse la puerta, levantó la cabeza y asintió a su ministro.

Pons indicó al joven que se acercara. Tomás apareció de la oscuridad y cruzó el umbral. El Gran Canciller entró con él y cerró la puerta con suavidad. Los cadáveres que protegían a Su Majestad se colocaron en posición de alerta.

El dinasta retomó la lectura del texto que había extendido en la mesa ante sí.

El joven y Pons aguardaron en pie, callados e inmóviles.

—¿Has estado en la mansión del conde, Tomás? —preguntó Kleitus sin alzar la vista.

—Acabo de regresar de allí, señor —contestó el joven con una reverencia.

—¿Y los has encontrado allí... a los duques y al extranjero?

—Sí, Majestad.

—¿Has hecho lo que te ordené?

—Sí, por supuesto, señor.

—¿Con qué resultado?

—Un..., un resultado bastante peculiar, señor. Si me permitís explicar...

Tomás avanzó un paso. Kleitus, con los ojos fijos en el texto, agitó una mano con gesto despreocupado. El joven arrugó la frente y miró a Pons, preguntándole sin palabras si el dinasta le prestaba atención.

El Gran Canciller respondió arqueando las cejas en ademán perentorio, como si dijera: «Su Majestad te está prestando más atención de la que desearías».

Tomás, con cierta incomodidad, continuó su informe.

—Como sabe Su Majestad, los duques creen que soy uno de los suyos, del bando comprometido en esta descarriada rebelión...

El joven calló e hizo una profunda reverencia para demostrar sus verdaderos sentimientos.

El dinasta pasó una página.

Tomás, al no recibir orden de lo contrario, prosiguió con creciente desconfianza: —Les he hablado del asesinato del príncipe...

—¿Asesinato? —Kleitus se movió en su asiento y la mano con la que volvía la página se detuvo a medio gesto.

Tomás dirigió una mirada de súplica a Pons.

—Perdonadlo, Majestad —intervino el Gran Canciller con voz apacible—, pero así es como denominarían los rebeldes a la merecida ejecución del príncipe. Tomás debe fingir que comparte tal opinión para convencerlos de que es uno de ellos, y así seguir siendo útil a Su Majestad.

El dinasta terminó de pasar la hoja y la alisó con la mano. Tomás, con un ligero suspiro de alivio, continuó:

—

—Les he dicho que el hombre de la piel tatuada de runas también estaba

muerto... —el joven vaciló, sin saber cómo continuar.

—¿Y cómo han respondido?

—El amigo de ese hombre, el que mató al muerto, ha dicho que no era cierto.

—¿Eso ha dicho? —el dinasta alzó los ojos del pergamino.

—Sí, Majestad. Afirmó que sabía que su amigo, al que llaman Haplo, estaba vivo.

—¿Que lo sabía? —Kleitus cruzó una mirada con el Gran Canciller.

—Sí, señor. Parecía firmemente convencido de ello. Tenía algo que ver con un perro...

El dinasta se disponía a decir algo, pero el canciller alzó un dedo en un gesto, imperioso aunque siempre respetuoso, para que guardara silencio.

—¿Un perro? —inquirió Pons—. ¿Qué es eso de un perro?

—Mientras estaba con ellos, entró en la estancia un perro. Fue directamente hacia el extranjero, que se llama Alfred. Ese tal Alfred pareció muy contento de ver al perro y dijo que ahora sabía que Haplo no estaba muerto.

—¿Qué aspecto tenía ese perro?

Tomás reflexionó antes de responder.

—Es un animal bastante grande, de pelaje negro con las cejas blancas. Es muy inteligente, o así lo parece. Y... presta atención. A las conversaciones, me refiero. Casi como si las entendiera...

—Es el mismo animal, señor. —Pons se volvió hacia Kleitus—. El que mi guardia arrojó al charco de barro hirviente. ¡Yo mismo lo vi morir! ¡Su cuerpo desapareció bajo el cieno!

—¡Sí, eso es! ¡Exacto! —Tomás pareció asombrado—. ¡Es lo mismo que decía la duquesa, Majestad! Ella y el duque no podían creer lo que veían sus ojos. La duquesa Jera comentó algo sobre la profecía, pero el forastero, Alfred, rechazó con toda rotundidad tener nada que ver.

—¿Qué ha dicho del perro, de cómo puede estar vivo otra vez?

—Ha asegurado que no sabía explicarlo pero que, si el perro estaba vivo, Haplo también tenía que estarlo.

—¡Esto es sumamente extraño! —murmuró Kleitus—. ¿Y has descubierto, Tomás, cómo llegaron a Kairn Necros esos dos forasteros?

—En una nave, señor. Según me ha contado el duque cuando ya me marchaba, llegaron en una nave que dejaron amarrada en Puerto Seguro. La embarcación está hecha de una sustancia extraña y, según el duque, está cubierta de runas como el cuerpo de ese tal Haplo.

—¿Y qué se proponen hacer ahora los duques y el viejo conde?

—En este ciclo, mandarán un emisario a la gente del príncipe para comunicarles la muerte prematura de su líder. Dentro de tres ciclos, cuando la resurrección se haya completado, los duques proyectan rescatar el cadáver del príncipe, devolverlo a su pueblo e instar a éste a declarar la guerra a Su Majestad. La facción del conde se unirá al pueblo de Kairn Telest.

—De modo que, dentro de tres ciclos, proyectan irrumpir en las mazmorras de palacio y rescatar al príncipe.

—Exacto, señor.

—¿Y tú te ofreciste a ayudarlos, Tomás?

—

—Tal como me ordenasteis, señor. Tengo que reunirme con ellos esta noche

para repasar los últimos detalles.

—Manténnos al tanto. Corres un riesgo, ¿lo sabes? Si descubren que eres un espía, te matarán y te enviarán al olvido.

—Acepto el riesgo, señor. —Tomás se llevó la mano al corazón e hizo una profunda inclinación de cabeza—. Soy un completo devoto de Su Majestad.

—Continúa tu buena labor y tu devoción será recompensada.

Tras esto, Kleitus bajó los párpados y reanudó la lectura.

Tomás miró a Pons, quien indicó que la entrevista había terminado. Con una nueva reverencia, el joven abandonó la biblioteca y cruzó las cámaras privadas del dinasta escoltado por uno de los sirvientes cadáveres.

Cuando Tomás se hubo marchado, cerrando la puerta tras él, Kleitus levantó los ojos del manuscrito. Por su expresión inquisitiva y meditabunda, era evidente que no había leído una sola palabra del texto que tenía ante él. Tenía la mirada perdida en un punto muy lejano, mucho más allá de las paredes de la caverna en que se hallaba.

El Gran Canciller vio, con un nudo de aprensión en la boca del estómago, que la mirada del dinasta se hacía sombría y su frente se llenaba de profundas arrugas. Pons se acercó a él con cautela, sin atreverse a perturbarlo. Sabía que el dinasta lo quería cerca pues, de lo contrario, ya le habría mandado marcharse. Así pues, se acercó a la mesa, tomó asiento y esperó en silencio.

Trascurrió un rato largo hasta que Kleitus salió de su ensimismamiento con un suspiro. Pons, conocedor de su papel, le preguntó con tacto:

—¿Su Majestad comprende todo esto: la llegada de los dos extranjeros, el individuo de las runas en la piel, el perro que murió y ahora está vivo?

—Sí, Pons, creo que lo entiendo.

El Gran Canciller esperó de nuevo, en silencio.

—La Separación... —dijo el dinasta—. La guerra catastrófica que había de traer, de una vez por todas, la paz a nuestro universo. ¿Y si te dijera que no ganamos esa guerra, como hemos creído tan alegremente durante todos estos siglos? ¿Y si te dijera, Pons, que perdimos?

—¡Señor!

—Sí, fuimos derrotados. Por eso no llegó nunca la ayuda que se nos había prometido. Los patryn deben de haber conquistado los demás mundos y ahora esperan, tranquilamente, el momento de apoderarse de éste. Somos lo único que queda. La esperanza del universo.

— ¡La profecía! —musitó Pons, y su voz reflejó un verdadero temor reverencial. Por fin, empezaba a aceptar tal posibilidad.

Kleitus se dio cuenta de la conversión de su ministro, advirtió que le llegaba la fe. «Un poco tarde», pensó, pero se limitó a ensayar una sombría sonrisa y no dijo nada. No tenía importancia.

—Ahora, Pons, déjame solo —añadió por último, saliendo de nuevo de su ensimismamiento—. Anula todos mis compromisos para los dos próximos ciclos. Anuncia que hemos recibido noticias inquietantes sobre la presencia de una fuerza enemiga hostil al otro lado d y que estoy efectuando los preparativos para proteger nuestra ciudad. No recibiré a nadie.

—¿La orden incluye a Su Majestad, la reina, señor?

—

El matrimonio había sido un enlace de conveniencia sin otro propósito que

mantener la línea dinástica. Kleitus XIV había engendrado a Kleitus XV, junto a varios hijos e hijas más. La dinastía estaba asegurada.

—La única excepción eres tú, mi canciller. Pero sólo quiero que te presentes si se trata de una emergencia.

—Muy bien, señor. ¿Y dónde podré encontrar a Su Majestad si necesito consultarle algo?

—Estaré aquí, Pons —respondió el dinasta mientras su mirada recorría la biblioteca—. Estudiando. Queda mucho por hacer y sólo tengo dos ciclos para prepararlo todo.

—

CAPITULO ANTIGUAS PROVINCIAS, ABARRACH

Llegó el período del ciclo llamado «la hora de trabajo del dinasta» y, aunque el dinasta en persona se encontraba lejos de allí, en la ciudad de Necrópolis, la mansión de las Antiguas Provincias empezaba a desperezarse y a iniciar la actividad. A aquella hora, era preciso despertar a los cadáveres del estado de letargo en que permanecían durante el período de descanso; había que renovar la magia que los mantenía activos y era necesario instarlos a atender a sus tareas cotidianas. Jera, como nigromante de la casa de su padre, deambuló entre los muertos entonando las runas que devolvían aquel remedo de vida a sirvientes y operarios.

Los muertos no dormían como lo hacen los vivos. Al llegar la hora del descanso, se les ordenaba sentarse y no moverse, para impedir que perturbaran el sueño de los ocupantes vivos de la mansión. Los cadáveres, obedientes, se dirigían al primer rincón apartado del paso que encontraban y allí esperaban, inmóviles y silenciosos, a que llegara la siguiente jornada.

Seguro que no dormían pero ¿tendrían sueños?, se preguntó Alfred mientras observaba a los muertos con profunda conmiseración.

Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero le dio la impresión de que, durante el período en que perdían el contacto con los vivos, arrinconados hasta la jornada siguiente, los cadáveres adoptaban una expresión de tristeza. Las siluetas fantasmal es que rondaban en torno a sus cuerpos resucitados lanzaban mudos gritos de desesperación. Alfred pasó el período de descanso dando vueltas en su cama, con el sueño perturbado por los suspiros agitados, llenos de ansiedad.

—¡Vaya imaginación! —comentó Jera al respecto, durante el desayuno. Los duques y Alfred lo tomaron juntos. El conde ya había desayunado, explicó su hija como pidiendo disculpas, y había bajado a su laboratorio a trabajar.

—

. Muy probablemente, un descendiente del cerdo, que fue introducido en aquel mundo por los sartán después de la Separación. Gran parte de la dieta de los sartán en Abarrach consiste en carne, ya que las verduras son sumamente escasas, y el torb es la fuente principal. El torb se alimenta de hierba de kairn, se cría en las Nuevas Provincias y se vende en el mercado de Necrópolis.

Alfred sólo logró hacerse una vaga idea de en qué andaba metido el anciano, algo acerca de experimentar con variedades de hierba de kairn para intentar

desarrollar una cepa resistente que se pudiera plantar en la tierra desolada y fría de las Antiguas Provincias.

—Esos suspiros eran, sin duda, efecto del viento —continuó Jera, mientras servía un té de hierba de kairn, acompañado de lonchas de torb. (Alfred, que había tenido miedo de preguntar, sintió un inmenso alivio al advertir que la cocinera era una mujer viva.)

—No, a menos que el viento tenga voz y pronuncie palabras —replicó Alfred, pero se lo dijo en voz baja a su plato y nadie más lo oyó.

—¿Sabéis? Cuando era niño solía sucederme eso mismo —intervino

Jonathan—. Es curioso, me había olvidado por completo de ello hasta que has traído el tema a colación, Alfred. Tenía una niñera que acostumbraba quedarse a mi lado durante el período de descanso y, cuando murió y el cadáver fue resucitado, regresó, como es lógico, al cuarto de los niños para seguir haciendo lo que había hecho en vida. Pero, después de muerta, no pude volver a dormir cuando ella estaba presente. Me parecía que lloraba. Mi madre intentó explicarme que eran imaginaciones mías y supongo que tenía razón pero, en aquella época, la experiencia me pareció muy real.

—¿Qué fue de la niñera? —preguntó Alfred.

—Mi madre terminó deshaciéndose de ella —respondió Jonathan con aire algo avergonzado—. Ya sabes que cuando a los niños se les mete algo en la cabeza... No se pueden emplear argumentos lógicos con un niño. Todo el mundo intentaba razonar conmigo, pero la única solución fue librarse de la niñera.

—¡Chiquillo malcriado! —murmuró Jera, sonriendo a su esposo tras la taza de té.

—Sí, creo que lo era —dijo Jonathan, sonrojándose—. Era el pequeño de la familia, ¿sabéis? Por cierto, cariño, ahora que hablo de nuestra casa...

Jera dejó la taza de té sobre la mesa y movió la cabeza.

—Ni mencionarlo. Ya sé que te preocupa la cosecha, pero los Cerros de la Grieta será el primer lugar adonde vayan a buscarnos los hombres del dinasta.

—Pero ¿acaso no será éste el segundo? —replicó Jonathan, haciendo una pausa en el desayuno con el tenedor a medio camino de la boca.

Jera siguió dando cuenta de su plato con gesto complacido.

—Esta mañana he recibido un mensaje de Tomás. Los hombres del dinasta han salido hacia los Cerros. Tardarán medio ciclo, al menos, en llegar a nuestro castillo. Allí, perderán algún tiempo investigando y emplearán otro medio ciclo en el trayecto de vuelta para informar. Sólo entonces, si Kleitus sigue preocupado por nosotros todavía, con la perspectiva de una guerra ante él, el dinasta dará orden de que vengan aquí. Es imposible que lleguen a las Antiguas Provincias antes de mañana. Y nosotros nos vamos hoy, tan pronto como vuelva Tomás.

—¿No es maravillosa, Alfred? —dijo Jonathan, contemplando con admiración a su esposa—. Yo habría sido incapaz de trazar un plan como éste. Yo habría corrido a nuestra mansión sin reflexionar, y habría ido a parar a las manos de los hombres del dinasta.

—

—Sí, maravillosa —murmuró Alfred. Todo aquello de que los persiguieran los soldados, de escabullirse durante el período de descanso y de esconderse, lo dejó totalmente amilanado. El olor y el aspecto del torb grasiento que tenía en el plato le provocó náuseas. Jera y Jonathan seguían mirándose embelesados y Alfred

aprovechó para coger un buen pedazo de torb y pasárselo al perro, que estaba tumbado a sus pies. El animal aceptó el obsequio, agitando la cola en agradecimiento.

Después de desayunar, los duques desaparecieron para ultimar los preparativos de la marcha. El conde seguía en el laboratorio, de modo que Alfred se quedó en compañía de su propia y acobardada persona (y del omnipresente perro). Se dedicó a vagar por la mansión y, finalmente, dio con la biblioteca. La estancia era pequeña y carecía de ventanas. La única luz procedía de las lámparas de gas de las paredes. Los estantes, tallados en los muros de piedra, albergaban numerosos volúmenes. Algunos eran muy antiguos, con las tapas de cuero cuarteadas y raídas. Se acercó a ellos con cierta ansiedad, no muy seguro de qué temía encontrar; tal vez voces del pasado que le hablaran de fracaso y derrota. Sintió un inmenso alivio al comprobar que sólo se trataba de monografías, nada alarmantes, sobre temas agrícolas: *El cultivo de la hierba de kairn* o *Enfermedades comunes de la pauka*.

—Incluso hay uno sobre perros —dijo en tono coloquial, bajando la mirada. El animal, al escuchar su nombre, levantó las orejas y golpeó el suelo con el rabo.

—¡Aunque estoy seguro de que no encontraría ninguna mención a un bicho como tú! —murmuró el sartán. El perro abrió la boca y, con sus ojos inteligentes, dio la impresión de asentir con una sonrisa.

Alfred continuó su inspección al azar, con la esperanza de encontrar algo inocuo en que ocupar su mente y apartarla de la agitación, el peligro y el horror que lo rodeaban. Un grueso volumen con el lomo lujosamente decorado en pan de oro captó su atención. Era una obra hermosa, bien encuadrada y, aunque evidentemente muy consultada, se notaba que había sido tratada con gran cuidado. La sacó del estante y la volvió para ver la tapa.

El arte moderno de la Nigromancia.

Estremeciéndose de pies a cabeza, Alfred intentó devolver el libro al estante. Sus manos temblorosas, más torpes de lo habitual, no lo lograron. Dejó caer el volumen y huyó de la estancia. Se alejó incluso de aquella parte de la mansión. Deambuló desconsolado por el lúgubre castillo del conde. Incapaz de estar quieto, incapaz de descansar, fue de estancia en estancia, asomándose a las ventanas para contemplar el yermo paisaje, desplazando pequeñas piezas de mobiliario con sus grandes pies, tropezando con el perro, volcando tazas de té de hierba de kairn con sus manazas.

Sus pensamientos volvían una y otra vez a la biblioteca. ¿Qué era lo que temía?, se preguntaba. ¡Desde luego, no que fuera a sucumbir a la tentación de practicar aquella magia negra! Volvió la vista hacia un criado cadáver que, en vida, había limpiado el té volcado sobre las mesas y que ahora, después de muerto, seguía desempeñando mecánicamente la misma tarea.

Alfred contempló una vez más el paisaje negro, cubierto de cenizas, al otro lado de la ventana.

El perro, que lo había acompañado en todo instante siguiendo la última orden de su amo, observó atentamente al sartán. Tras decidir que tal vez, por fin, Alfred

—

iba a quedarse quieto, se dejó caer en el suelo, se hizo un ovillo con el hocico debajo de la cola, exhaló un profundo suspiro y cerró los ojos.

Alfred recordó la primera vez que había visto al perro. Recordó a Haplo y la visión de sus manos vendadas. Recordó a Hugh, el asesino, y a Bane, el niño suplantado.

Bane.

El sartán adquirió de pronto un aspecto macilento y apoyó la frente en el quicio de la ventana, como si no pudiera soportar el peso de la cabeza...

... El bosque de hargast estaba en Exilio de Pitrin, una isla de coralita que flotaba en Ariano, el mundo del aire. El bosque era un lugar espantoso..., al menos para Alfred, aunque era cierto que la mayor parte del mundo ajeno a la reconfortante paz del mausoleo resultaba aterrador para el sartán. El árbol de hargast es denominado a veces el árbol de cristal. Es muy apreciado en Ariano, donde se cultiva y se sangra para aprovechar el agua que almacena en su tronco frágil y cristalino. Pero el bosque no era lo mismo que un huerto de hargast, donde los árboles eran pequeños y estaban bien cuidados.

En la espesura virgen, los árboles de hargast crecían hasta alturas de cientos de palmos. El terreno por el que avanzaba Alfred estaba sembrado de ramas arrancadas por el viento que barría aquel extremo de la isla. El sartán observó las ramas y se fijó, con incredulidad, en sus bordes afilados como cuchillas. Los sonoros crujidos que retumbaban como truenos y los impactos en el suelo con el ruido del cristal haciéndose añicos llenaron su mente de espantosas imágenes de ramas gigantescas que le caían encima. Alfred se alegró de estar recorriendo un camino que seguía las márgenes del bosque cuando el asesino a sueldo, Hugh *la Mano*, se detuvo e hizo una señal.

—Por ahí —dijo, indicando el bosque.

—¿Meternos ahí? —Alfred no podía creerlo. Internarse en un bosque de hargast bajo una tormenta de viento era una locura suicida. Pero tal vez era eso lo que impulsaba a Hugh.

Hacía mucho tiempo que Alfred había empezado a sospechar que Hugh *la Mano* era incapaz de cumplir su «contrato» de matar a sangre fría a Bane, el chiquillo que viajaba con ellos. Alfred había observado la lucha interior del asesino consigo mismo. Casi podía oír las maldiciones que Hugh mascullaba en su mente, llamándose débil, estúpido y sentimental. Hugh *la Mano*, el hombre que había matado a tantos sin sentir jamás un escrúpulo, un momento de remordimiento. Pero Bane era un niño tan hermoso, tan encantador..., con un alma pervertida y torcida por las palabras cuchicheadas en su mente por un padre hechicero a quien el pequeño jamás había visto ni conocido. Hugh no tenía modo de saber que él, la araña, estaba siendo atrapado en una tela mucho más artera de la que él podía soñar en urdir jamás.

Los tres —Bane, Hugh y Alfred— penetraron en el bosque de hargast y se vieron obligados a abrirse camino con grandes dificultades entre la tupida maleza. Por fin, llegaron a su sendero despejado. Bane estaba muy excitado, impaciente por ver el famoso barco volador de Hugh, y echó a correr por delante de sus compañeros. El viento soplaba con fuerza, las ramas de los árboles hargast entrechocaban y sus sonidos cristalinos resultaban ásperos y siniestros al oído de Alfred.

—¿No deberíamos detenerlo, señor? —preguntó el sartán.

—

—No le sucederá nada —respondió Hugh, y Alfred comprendió que el asesino

estaba quitándose de encima su responsabilidad y dejando la muerte del pequeño al albur del destino o de cualquiera que fuese la deidad, si había alguna, que aquel hombre de espíritu sombrío creía que podía cargar con su peso.

Fuera lo que fuese, aceptó.

Alfred oyó el crujido, como el retumbar de la tormenta perpetua del Torbellino. Vio caer la rama, vio a Bane de pie debajo de ella, mirándola con paralizada sorpresa. El sartán corrió hacia él, pero era tarde. La rama cayó sobre el niño y se hizo añicos con un estrépito.

Le llegó un grito y, luego, el silencio.

Alfred continuó corriendo. La rama caída era enorme y cubría por completo el camino. Cuando llegó, no vio el cuerpo del pequeño por ninguna parte. Debía de estar enterrado bajo los fragmentos. El sartán contempló con desesperado abatimiento las ramas rotas, con los bordes afilados como lanzas.

«Déjalo —le dijo su mente—. No te entrometas. ¡Ya sabes lo que es ese niño!

Ya conoces la maldad que lo ha engendrado. Deja que muera con él.»

«¡Pero es un niño! —objetó él—. No ha tenido elección en su destino. ¿Tiene que pagar por el pecado del padre? ¿No debería tener la oportunidad de ver por sí mismo, de comprender, de juzgar, de redimirse y, quizá, de redimir a otros?»

Alfred volvió la vista al camino. Hugh tenía que haber oído el crujido de la rama y el grito del chiquillo. El asesino se lo tomaba con calma, o tal vez estaba ofreciendo una plegaria de agradecimiento. Pero no tardaría en llegar.

Para mover la enorme rama habría sido precisa una cuadrilla de hombres con cabos y cuerdas... o un solo hombre dotado de una magia poderosa. Alfred se colocó ante los fragmentos cristalinos y empezó a cantar las runas. Estas se entretejieron y enroscaron en torno a la rama, separaron los fragmentos en dos mitades y las depositaron a ambos lados del sendero. Bajo la rama hecha añicos yacía Bane.

El chiquillo aún no había muerto, pero estaba agonizando, bañado en sangre. Las astillas de cristal habían atravesado su cuerpecillo y eran incontables los huesos que tenía rotos o aplastados.

Dar vida a los muertos. La Onda debía corregirse a sí misma. Dar vida a alguien significaba que otro moriría prematuramente.

Bane estaba inconsciente, no notaba ningún dolor. Y la vida se le iba rápidamente.

De haber sido médico, se dijo Alfred, habría intentado salvarle la vida. ¿Cómo podía estar mal, entonces, lo que él era capaz de hacer?

El sartán levantó del suelo un pequeño fragmento de cristal. Sus manos, habitualmente tan torpes, se movieron con delicadeza y precisión. El sartán hizo un corte en su propia carne y, arrodillándose junto a Bane, trazó un signo mágico con su sangre sobre el cuerpo destrozado del chiquillo. Después, cantó las runas y, con la otra mano, repitió los trazos en el aire.

Los huesos rotos del niño se volvieron a unir. La carne desgarrada se cerró.

La respiración acelerada y superficial se normalizó. La piel grisácea recobró su tono rosado y enrojeció con el retorno de la vida.

Bane se incorporó hasta quedar sentado y contempló a Alfred con unos ojos azules más penetrantes que las astillas de cristal de los árboles hargast...

... Bane había vivido. Y Hugh había muerto. Había tenido una muerte prematura.

Alfred se llevó las manos a sus doloridas sienes. ¡Pero otros se habían salvado! ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo podía estar seguro de haber obrado bien? Lo único que sabía era que tenía el poder para salvar a aquel chiquillo y que lo había hecho. Había sido incapaz de soportar la idea de verlo morir. Entonces, Alfred comprendió la causa de su miedo. Si abría aquel libro de nigromancia, vería en sus páginas la runa que había trazado sobre el cuerpo de Bane. Había descendido el primer peldaño de aquel camino siniestro y tortuoso, y quién sabía si no bajaría un segundo y un tercero. ¿Acaso era más fuerte que sus congéneres sartán de aquel mundo? No, se dijo Alfred, y se dejó caer en una silla, desesperado. No; era igual que ellos.

—

CAPITULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

Haplo se apoyó en un codo y contempló a través de los barrotes de la prisión el cuerpo del príncipe, que yacía en la celda contigua a la suya. El conservador había cumplido bien con su trabajo. No había dejado las extremidades grotescamente rígidas y los músculos del rostro del cadáver estaban relajados; Edmund podría estado sumido en un apacible sueño, de no ser por el boquete abierto y ensangrentado de su pecho. El conservador había recibido órdenes de dejar la herida como prueba visible de la terrible muerte que había tenido el príncipe, lo cual inflamaria los ánimos de los exiliados y los arrastraría a la guerra cuando su cuerpo fuera devuelto a su pueblo.

El patryn volvió a tumbarse de espaldas, se colocó lo más cómodo posible en el duro lecho de piedra y se preguntó cuánto tardaría el dinasta en hacerle una visita.

—Eres un tipo frío, ¿verdad? —El conservador, camino de su casa después de terminar el turno de trabajo, se detuvo al pasar ante la celda de Haplo y observó a éste—. He visto cadáveres más inquietos. Ese, por ejemplo —el nigromante señaló siniestramente hacia el príncipe—, será un puñado de nervios cuando resucite. Continuamente se les olvida que están encerrados y se estrellan contra los barrotes. Cuando consigo hacérselo entender, caminan: arriba y abajo, arriba y abajo... Luego, se les vuelve a olvidar y empiezan otra vez a lanzarse contra los barrotes. Tú, en cambio, te quedas acostado ahí como si no tuvieras una sola preocupación.

—Sería gastar energías en vano. —Haplo se encogió de hombros—. ¿Para qué cansarme?

El conservador movió la cabeza y se alejó, contento de volver a casa con la familia después de un turno largo y arduo. Si tenía la sospecha de que Haplo no le estaba diciendo todo lo que sabía, el nigromante acertaba. Una prisión sólo es tal

—

para quien no puede escapar de ella. Y Haplo podría haber abandonado su celda

cuando le pareciera.

De momento, le convenía quedarse.

Kleitus no tardó en llegar, acompañado de Pons. El canciller se encargaría de que nadie molestara al prisionero y al dinasta durante su conversación. Pons deslizó su brazo para enganchar el de la muy asombrada conservadora del turno de vigilia, a la que empezaba a rodarle la cabeza de tantas reverencias y alharacas, y se la llevó. Los únicos que pudieron escuchar la conversación del dinasta con el prisionero fueron los muertos.

El dinasta se detuvo ante la puerta de la celda de Haplo y miró con detalle al individuo del interior. El rostro de Kleitus quedaba oculto bajo la capucha de su túnica negra con reflejos púrpura. Haplo no podía ver sus facciones, pero se incorporó hasta quedar sentado, inmóvil, sosteniendo con toda calma la mirada del dinasta.

Kleitus abrió la puerta de la celda con un gesto de la mano y pronunciando una runa. Todos los demás utilizaban la llave. Haplo se preguntó si aquella exhibición de magia tenía como intención impresionarlo. El patryn, que podría haber disuelto los barrotes de la puerta con un gesto y una runa, sonrió para sí. El dinasta se deslizó al interior de la celda y miró a su alrededor con una mueca de desagrado. No tenía dónde sentarse. Haplo se corrió a un lado y dio unas palmaditas sobre el lecho de piedra. Kleitus se puso tieso, como si pensara que el patryn estaba de broma. Haplo se encogió de hombros.

—Nadie permanece sentado mientras yo estoy de pie —dijo Kleitus fríamente. Acudieron a la boca de Haplo muchas réplicas adecuadas, pero se las tragó. No servía de nada pelearse con aquel individuo. Al fin y al cabo, iban a ser compañeros de viaje. Haplo se puso en pie lentamente.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Kleitus al tiempo que alzaba unas manos delicadas, de largos dedos, y echaba hacia atrás la capucha dejando al descubierto el rostro.

—Tus soldados me trajeron —respondió Haplo.

El dinasta, con una débil sonrisa, se cogió las manos a la espalda y empezó a caminar por la celda. Dio una vuelta completa a ella —lo cual no le llevó mucho tiempo, pues sus dimensiones eran muy reducidas— y, deteniéndose, miró de nuevo a Haplo.

—Me refiero a por qué has venido a este mundo a través de la Puerta de la Muerte.

La pregunta sorprendió a Haplo. El patryn esperaba algo así como «¿Dónde está la Puerta de la Muerte?», o tal vez «¿Cómo la has atravesado?», pero no había previsto que le preguntara por la razón del viaje. Para responder, se vería forzado a revelar la verdad o, al menos, parte de ella. Aunque, probablemente, el dinasta la descubriría de todos modos, porque cada palabra que él pronunciaba parecía crear nubes de imágenes en las mentes de aquellos sartán.

—Me ha enviado mi Señor, Majestad —respondió, pues.

Kleitus abrió los ojos como platos. Tal vez había captado una breve imagen del Señor del Nexo procedente de la mente de Haplo. No importaba, se dijo él. Así, reconocería a su Señor cuando lo tuviera delante.

—¿Para qué? ¿Por qué te ha enviado tu Señor?

—Para inspeccionar, para ver cómo están las cosas.

—¿Has viajado a los otros mundos?

—

Haplo no pudo evitar que aparecieran en su recuerdo las imágenes de Ariano y de Pryan, y tuvo la certeza que desde su mente pasarían a la de Kleitus.

—Sí.

—¿Y qué hay en esos otros mundos?

—Guerras. Caos. Agitación. Lo que cabría esperar, estando bajo el control de los mensch.

—Bajo el control de los mensch... —Kleitus sonrió de nuevo, esta vez con cortesía, como si Haplo hubiera contado un chiste sin gracia—. Con ello quieres dar a entender, naturalmente, que las gentes de Abarrach, con nuestras guerras y nuestra agitación, no somos mejores que los mensch... —Ladeó la cabeza y contempló a Haplo con los párpados entrecerrados—. Pons me ha comentado que no te gustan los sartán de

Abarrach. ¿Qué es lo que dijiste: «Nosotros no matamos a los de nuestra propia raza»?

La mirada del dinasta se desvió rápidamente al cuerpo del príncipe, que yacía sobre la piedra en la celda de al lado. Después, miró de nuevo a Haplo, quien no tuvo tiempo de borrar de sus labios la risilla sarcástica.

Kleitus frunció el entrecejo, pálido.

—¡Tú, el antiguo enemigo, vástago de una raza bárbara y cruel, cuya codicia y ambición llevaron a la destrucción de nuestro mundo, te atreves a juzgarnos! Sí, ya ves que sé quién eres. He estudiado, he encontrado referencias a ti, a tu pueblo, en los textos antiguos.

Haplo no dijo nada y esperó. El dinasta alzó una ceja.

—Te lo repito, ¿por qué has venido a nuestro mundo?

—Y yo te lo repito a ti —el patryn se estaba impacientando, decidido a ir al grano—. Me ha enviado mi Señor. Si quieres preguntarle a él por qué me ha mandado, puedes hacerlo tú mismo. Te llevaré ante él. Precisamente iba a proponerte hacer ese viaje.

—¿De veras? ¿Me llevarías contigo a través de la Puerta de la Muerte?

—No sólo eso, sino que te enseñaré a cruzarla en una dirección y en otra. Te presentaré a mi Señor, te enseñaré mi mundo...

—¿Y qué quieres a cambio? Por lo que he leído de tu pueblo, supongo que no me prestarás todos esos servicios por tu buen corazón.

—A cambio —respondió Haplo con aplomo—, enseñarás a mi gente el arte de la nigromancia.

—¡Ah! —La mirada de Kleitus estudió las runas tatuadas en el revés de la mano de Haplo—. El único poder mágico que no poseéis, ¿verdad? Bien, bien. Estudiaré la propuesta. Por supuesto, no puedo hacer el viaje ahora, cuando la paz de la ciudad está amenazada. Tendrás que esperar a que resolvamos el asunto entre nuestro pueblo y el de Kairn Telest.

—No tengo prisa.

Haplo hizo un gesto de indiferencia. «Seguid matándoos entre vosotros, sartán», sugirió en silencio. Cuantos menos enemigos quedaran vivos para interferir en los planes de su Señor, tanto mejor.

Kleitus entrecerró los ojos y, por un instante, Haplo creyó haber ido demasiado lejos. No estaba acostumbrado a que le leyeran la mente. El estúpido de Alfred siempre había estado demasiado absorto en sus propias preocupaciones para intentar hurgar en las de Haplo. Tendría que controlarse, se dijo el patryn.

—

—En el ínterin —dijo lentamente el dinasta—, espero que no te importará ser nuestro invitado. Lamento que los aposentos no sean más cómodos. Te ofrecería una cámara en palacio, pero ello ocasionaría comentarios y explicaciones. Es mucho mejor que te quedes aquí, seguro y oculto.

El dinasta empezó a marcharse, se detuvo y dio media vuelta.

—¡Ah, por cierto!, ese amigo tuyo...

—Yo no tengo amigos —declaró Haplo concisamente. Había empezado a sentarse, pero se vio obligado a seguir de pie.

—¿De veras? Me refiero a ese sartán que te salvó la vida. El que destruyó al guardia muerto que se disponía a ejecutarte...

—Eso fue instinto de autoconservación, Majestad. Soy su único medio de volver a casa.

—Entonces, no te afectará saber que ese conocido tuyo está confabulado con mis enemigos y, por tanto, ha puesto en peligro su vida.

Haplo sonrió y tomó asiento en la piedra. «Si pretendes utilizar las amenazas contra Alfred para hacerme hablar, amigo —pensó para sí—, cometes un lamentable error.»

—No me afectaría saber que Alfred ha caído de cabeza en .

Kleitus cerró la celda de un portazo, empleando esta vez las manos y no la magia rúnica. Empezó a alejarse.

— ¡Ah, por cierto, Majestad! —lo llamó Haplo mientras se rascaba los tatuajes del brazo. Bastaban dos para jugar aquella partida.

El dinasta no hizo caso de la llamada y continuó alejándose.

—He oído mencionar algo acerca de una profecía... —Haplo hizo una pausa y dejó la frase colgando en el aire helado y rancio de las catacumbas.

Kleitus se detuvo. Se había cubierto con la capucha y, cuando volvió la cabeza, su rostro quedó en las sombras. Su voz, pese a su esfuerzo por mantenerla fría y neutra, tenía un tono cortante como el filo del acero.

—¿Y bien? ¿Qué sucede con ello?

—Tenía curiosidad por saber de qué se trata. Pensaba que tal vez Su Majestad sabría contarme.

El dinasta soltó una seca risilla.

—Podría pasarme el resto del período de vigilia relatándote profecías, patryn, y aún quedarían para las horas de reposo.

—¿Tantas ha habido? —se asombró Haplo.

—Sí, tantas. Y la mayoría de ellas no son sino lo que cabía esperar: desvaríos de viejos o de alguna virgen marchita en pleno trance. ¿A qué viene tu interés? — La voz sondeó en Haplo.

«Así que tantas, ¿eh?», pensó el patryn. La profecía, había dicho Jara, y todo el mundo había sabido —o había dado la impresión de saber— exactamente a qué se refería. «¿Por qué no me lo quieres decir, astuto engendro del dragón? ¿Acaso he dado demasiado cerca del blanco?»

—Pensaba que tal vez alguna pudiera referirse a mi Señor —se arriesgó a responder. No sabía muy bien qué esperaba conseguir con aquel disparo, realizado absolutamente a ciegas. Pero, si pretendía hacer sangre, dio toda la impresión de fallar su objetivo. Kleitus no dio ningún respingo; ni siquiera parpadeó. No hizo ningún comentario, sino que dio media vuelta, como si estuviera harto del diálogo, y reemprendió la marcha por el angosto pasadizo.

—

Haplo aguzó el oído y escuchó al dinasta saludar a Pons con la misma voz aburrida e indiferente. El eco de las voces desapareció poco a poco en la distancia y el patryn quedó solo, con los muertos por única compañía.

Al menos, los muertos eran un grupo silencioso..., salvo aquellos incesantes suspiros, o gemidos, o lo que fuera aquel zumbido que sonaba en sus oídos. Se tumbó en la cama de piedra para reflexionar sobre su conversación con el dinasta, repasando una por una las palabras pronunciadas y las que habían quedado sin decir. El patryn llegó a la conclusión de que había salido con ventaja de aquella primera confrontación de voluntades. Kleitus estaba ansioso por abandonar aquel pedazo de roca, eso era evidente. Quería visitar otros mundos. Quería *gobernar* otros mundos. Esto último también era evidente.

—Si existiera realmente una cosa como el alma, como creían los antiguos, ese tipo la vendería por poder hacer el viaje —comentó Haplo a los cadáveres—. Pero, en lugar del alma, me venderá su nigromancia. ¡Con los muertos combatiendo para él, mi Señor forjará su propia profecía!

Volvió la vista hacia la silueta inmóvil tendida en la celda contigua.

—No te preocupes, Alteza —murmuró el patryn—. Tendrás tu venganza.

—Ese astuto diablo miente, desde luego —explicó el dinasta a Pons cuando los dos sartán estuvieron de nuevo a solas en la biblioteca—. ¡Quiere hacernos creer que los mensch dominan los otros mundos! ¡Como si los mensch fueran capaces de dominar algo!

—Pero Su Majestad ha visto...

—¡He visto lo que él ha querido que viera! Ese Haplo y su compañero son espías enviados con el fin de descubrir nuestras debilidades y averiguar nuestros puntos fuertes. Es su amo quien gobierna. —Kleitus hizo una pausa, recordando el diálogo con Haplo. Después, asintió con la cabeza lentamente—. Lo he visto, Pons, y es un enemigo a tener en cuenta. Un viejo hechicero de extraordinarios conocimientos, de gran disciplina y fuerza de voluntad.

—¿Os ha bastado con una visión para sacar esas conclusiones, señor?

—¡No seas idiota, Pons! Lo he visto a través de los ojos de su secuaz. Ese Haplo es peligroso, inteligente y experto en sus artes mágicas, por bárbaras que sean. Y, sin embargo, respeta y venera a ese individuo al que llama «su Señor». ¡Un hombre con los poderes de ese Haplo no se entregaría en cuerpo y alma a alguien inferior, o tan siquiera igual a él! Ese «Señor» será un enemigo de cuidado.

—Pero si tiene mundos a su mando, señor...

—Nosotros tenemos a los muertos, canceller. Y reconocemos el arte de resucitar a los muertos. Él, no. Su espía lo ha reconocido. Y pretende persuadirme a hacer un trato.

—¿Un trato, Majestad?

—El nos conduce a la Puerta de la Muerte y nosotros lo instruimos en el conocimiento de la nigromancia. —Kleitus sonrió con los labios apretados como dos finas líneas, en una mueca desprovista de humor—. Le he hecho creer que estudiaré su propuesta. Y ha traído a la conversación el tema de la profecía, Pons.

—¿De veras? —El canceller lo miró, boquiabierto.

—Bueno, finge que no sabe nada de ella. Incluso me ha pedido que se la recitara, pero estoy convencido de que conoce la verdad, Pons. ¿Comprendes lo que eso significa?

—

—No estoy seguro, señor. —El canciller actuaba con su habitual cautela, no queriendo parecer demasiado estúpido—. El extranjero estaba inconsciente cuando la duquesa Jera mencionó esa profecía...

—¡Inconsciente! —replicó Kleitus con una risa despectiva—. ¡Estaba tan inconsciente como cualquiera de nosotros! Haplo es un hechicero poderoso, Pons. Si quiere, puede salir de esa celda en cualquier momento. Por suerte, cree tener controlada la situación.

»No, Pons, todo ese episodio de su captura fue puro teatro. He estado estudiando su magia, ¿sabes? —Kleitus levantó una ficha rúnica y la sostuvo a la luz de las lámparas—. Y creo que empiezo a entender cómo funciona. Si esos antepasados nuestros, orondos y complacientes, se hubieran tomado la molestia de investigar más acerca de sus enemigos, tal vez habríamos podido escapar al desastre. Pero ¿qué es lo que hicieron, en su vanidad? ¡Convertir sus conocimientos en un juego de salón! ¡Bah!

El dinasta, en un inusual acceso de ira, derribó las fichas del tablero arrojándolas al suelo. Luego, se puso en pie y empezó a deambular por la estancia.

—¿Y la profecía, Majestad?

—Gracias, Pons. Siempre sabes recordarme lo realmente importante. Y el hecho de que ese Haplo haya mencionado la profecía tiene una importancia monumental.

—Perdonad, Majestad, pero no veo qué...

— ¡Pons! —Kleitus se detuvo frente a su ministro—. ¡Piensa! Un extranjero llega aquí a través de la Puerta de la Muerte y habla de la profecía. ¡Eso significa que es conocida más allá de nuestro mundo!

Al canciller se le iluminó el rostro, borrando su expresión de perplejidad.

—¡Majestad! —exclamó.

—Ese «Señor» patryn nos teme —añadió el dinasta en voz baja y la mirada perdida muy lejos, en unos mundos que sólo había visto en su mente—. Con nuestra nigromancia, nos hemos convertido en los sartán más poderosos que han existido nunca. Por eso ha enviado a sus espías: para descubrir nuestros secretos y perturbar nuestro mundo. Lo veo aguardando el regreso de sus agentes. ¡Pues su espera será en vano!

—¿Espías, en plural? Supongo que Su Majestad se refiere al otro individuo, al sartán que destruyó al muerto... ¿Puedo recordaros con todo respeto, señor, que ese hombre es un sartán? Es uno de nosotros...

—¿Lo es? ¿Y destruye a nuestros muertos? No, Pons. Si de verdad es un sartán, ha de ser uno que se haya pasado al enemigo. Es probable que, a lo largo de los siglos, los patryn hayan corrompido a nuestra raza. Pero a nosotros no nos harán lo mismo. Es preciso que capturemos a ese sartán. Tenemos que averiguar cómo realizó ese hechizo.

—Como ya expliqué, señor, no empleó ninguna estructura rúnica de las que yo conozco...

—Pero tus conocimientos son limitados, Pons. Tú no eres nigromante.

—Es cierto, señor.

Pons reconoció esta carencia con toda humildad. El campo en el cual era experto el canciller, el que conocía a fondo y en el cual mostraba aplomo y confianza, era otro muy concreto: cómo hacerse indispensable para su señor.

—Esta magia del sartán podría resultar una amenaza significativa. Es preciso

que averigüemos qué le hizo al cadáver para acabar con su «vida».

—

—Desde luego, señor. Pero si está con el conde, capturarlo será una empresa difícil...

—Por eso, precisamente, no vamos a intentarlo. Ni siquiera será necesario «capturarlo». El joven duque y la duquesa vendrán al rescate del príncipe, ¿verdad?

—Según Tomás, éstos son sus planes.

—Entonces, ese sartán querrá acompañarlos.

—¿Para rescatar al príncipe? ¿Qué interés puede tener en ello?

—No, Pons. A quien vendrá a rescatar es a su amigo, el patryn... El cual, para entonces, estará agonizando.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

Durante el ciclo siguiente, los conspiradores planificaron su traslado a la ciudad, a la casa de Tomás. No tendrían dificultades para colarse en Necrópolis aprovechando el período de descanso del dinasta. La ciudad sólo tenía una puerta, cuyos guardianes eran cadáveres. Sin embargo, al tratarse de una red de túneles y cavernas, Necrópolis tenía un número considerable de otros accesos y salidas, demasiado numerosos para que se pudieran apostar centinelas en todos ellos, sobre todo porque, por lo general, no existían enemigos de quienes protegerse.

—Pero ahora existe un enemigo —dijo Jera—. Tal vez el dinasta haya dado orden de que se obstruyan los «agujeros de rata».

No obstante, Tomás se mostró confiado en que el dinasta no hubiera ordenado tal cosa pues, al fin y al cabo, el enemigo estaba al otro lado del mar de Fuego. Jera mantuvo sus reticencias, pero Jonathan le recordó que su amigo Tomás gozaba de la consideración del dinasta y tenía un conocimiento muy profundo de la manera de pensar de Su Majestad. Por fin, todos estuvieron de acuerdo en introducirse clandestinamente en la ciudad a través de algún agujero de rata. Quedaba por resolver qué harían con el perro.

—Podríamos dejarlo aquí —sugirió Jera, observando al animal con aire pensativo.

—Me temo que no se quedaría —respondió Alfred.— Tiene razón —dijo Jonathan a su esposa en voz baja—. ¡A ese perro no lo detiene ni siquiera la muerte!

—Pero no podemos permitir que lo vean. En Necrópolis no es probable que nadie se fije en nosotros, pero puede suceder que algún ciudadano consciente informe al instante de la presencia de un animal en las calles.

Alfred podría haberles dicho que no debían preocuparse. El perro podía ser arrojado a todas las charcas de barro hirviendo que quisieran, podía ser arrastrado por todos los guardias del mundo o encerrado en mil y una jaulas y, mientras

—

Haplo viviera, el animal reaparecería tarde o temprano. Pero no encontró la manera más adecuada de expresar sus pensamientos en palabras, por lo que la conversación continuó hasta que llegaron a una conclusión: la solución más obvia era dejarlos a ambos, a él y al perro, en la mansión.

El viejo conde se mostró favorable a ello.

—¡He visto cadáveres que llevan diez lustros muertos y se mueven con menos probabilidades de hacerse pedazos! —aseguró a su hija con gesto irritado.

Momentos antes, Alfred había rodado por una escalera y había estado a punto de romperse el cuello.

—Estarás mucho más seguro aquí, Alfred —aseguró la duquesa—. No es que llevarnos de Necrópolis al príncipe sea demasiado peligroso, pero aun así...

—Iré con vosotros —insistió Alfred, terco. Para su sorpresa, encontró a un ardoroso valedor en Tomás.

—Estoy de acuerdo contigo —declaró el joven con entusiasmo—.

Decididamente, deberías acompañarnos.

Tomás llevó aparte ajera y le cuchicheó algo. Los ojos astutos de la mujer estudiaron con detenimiento a Alfred, para incomodidad de éste.

—Sí, quizá tengas razón.

Jera sostuvo una charla con su padre. Alfred prestó atención y captó algunos fragmentos del diálogo.

—No deberíamos dejarlo aquí (...) por si acaso las tropas del dinasta (...) recuerda lo que te conté que vi (...) la muerte del muerto (...).

—¡Está bien! —exclamó el anciano con desagrado—. Pero no sueñes con llevarlo con nosotros a palacio. ¡Seguro que tropezaría con algo y eso sería fatal para todos!

—No, no —lo tranquilizó Jera—. Pero ¿qué hacemos con el perro? —insistió con un suspiro.

Finalmente, decidieron correr el riesgo de llevarlo con ellos. Como apuntó Tomás, iban a entrar en la ciudad durante el período de descanso y serían muy escasas las probabilidades de que tropezaran con algún ciudadano vivo que se tomara la molestia de presentar una protesta por la presencia de un animal.

Viajaron por los caminos secundarios de las Antiguas Provincias y llegaron a Necrópolis en pleno período de reposo. El camino principal que conducía a la ciudad estaba desierto. La muralla se alzaba oscura y silenciosa. Las lámparas de gas estaban apagadas y la única luz era el leve resplandor rojizo de lejano mar de Fuego. Tras desmontar del carruaje, siguieron a Tomás hasta lo que parecía una madriguera bajo la pared de la caverna. Toda la ciudad conocía la existencia de los agujeros de rata, como los llamaban, y sus habitantes los utilizaban porque eran preferibles al acceso por la puerta principal y al tráfico congestionado de los túneles.

—¿Cómo piensa el dinasta defender esas entradas contra un ejército invasor?

—susurró Jera mientras agachaba la cabeza para no golpearse con el techo húmedo y brillante de la oquedad.

—Seguro que él debe de hacerse la misma pregunta —respondió Tomás con una leve sonrisa—. Tal vez por eso se ha encerrado en sus aposentos con los mapas y los consejeros militares.

—Pero también es posible que no sienta la menor preocupación —intervino Jonathan mientras ayudaba por enésima vez a Alfred a ponerse en pie—.

Necrópolis no ha caído nunca ante un asalto.

—

—Es este suelo resbaladizo... —murmuró Alfred en tono de disculpa, encogiéndose ante la mirada de irritación del viejo conde—. ¿De veras habéis librado tantas guerras entre vosotros?

—¡Oh, sí! —respondió Jonathan con toda tranquilidad, como si estuvieran hablando de partidas de fichas rúnicas—. Si te interesa el tema, ya te hablaré de eso más tarde. Ahora, supongo que será mejor si bajamos la voz. ¿Por dónde, Tomás? Aquí abajo me confundo fácilmente.

Tomás indicó una dirección y el grupo se adentró en un laberinto de túneles a oscuras, que se entrecruzaban de tal modo que Alfred no tardó en sentirse completamente perdido y confuso. Cuando miró a su alrededor, vio trotar tras ellos al perro.

Las primeras calles, las más próximas a la muralla, estaban vacías. Estrechas y lúgubres, serpenteaban entre un barrio desordenado de casas y pequeñas tiendas desvencijadas, construidas con bloques de piedra negra o excavadas en las formaciones de lava.

A aquellas horas del período de reposo del dinasta, las tiendas estaban cerradas y las casas, a oscuras. Muchas de éstas parecían desiertas, abandonadas a su suerte. Las puertas colgaban de las bisagras en ángulos extraños y las calles estaban sembradas de harapos y de fragmentos de hueso. El olor a descomposición resultaba allí inusualmente intenso. Alfred, movido por la curiosidad, se asomó por una ventana rota.

Un pálido rostro cadavérico lo miró desde la oscuridad. Unas cuencas vacías contemplaron la calle sin verla. Alarmado, Alfred retrocedió trastabillando y estuvo a punto de derribar a Jonathan.

—¡Vamos, sostente! —protestó el duque, recuperando el equilibrio y ayudando a Alfred a hacer lo propio—. Reconozco que es una vista deprimente. Esta parte de la ciudad fue en otro tiempo muy bonita, o así nos cuentan los códices antiguos. Entonces, este barrio albergaba a la clase trabajadora de Necrópolis: soldados, constructores, tenderos y nigromantes y conservadores de bajo rango. —Tras una mirada de advertencia de su esposa, bajó la voz y añadió—: Supongo que se puede decir que aún viven aquí, pero la mayoría de ellos lo hace como cadáveres.

Aquellas calles vacías con sus casas como tumbas resultaban tan deprimentes que Alfred suspiró de alivio cuando salieron a un túnel más amplio y vieron por fin a algún transeúnte. Entonces recordó el peligro de que se fijaran en el perro y, pese a los susurros de Jera asegurándole que todo iba bien, Alfred continuó su avance con aire nervioso, siempre pegado a la pared y evitando los charcos de luz mortecina de las lámparas siseantes. El perro lo siguió casi pegado a los talones, como si entendiera la situación y colaborara voluntariamente.

Los transeúntes pasaban junto al grupo sin mirarlos, como si no advirtieran siquiera su presencia. Poco a poco, Alfred se dio cuenta de que toda aquella gente eran cadáveres. Los muertos recorrían las calles de Necrópolis durante las horas de descanso de los vivos.

La mayoría de los cadáveres caminaba con decisión, claramente concentrada en alguna tarea encomendada por los vivos antes de acostarse. Sin embargo, aquí y allá, .topaban con algún muerto que vagaba sin rumbo o que realizaba algún trabajo que habría debido llevar a cabo durante el período de vigilia. Los nigromantes rondaban Necrópolis haciéndose cargo de los muertos que se despistaban, que olvidaban su tarea o que se convertían en una molestia. El grupo

de Alfred tuvo buen cuidado de ocultarse de dichos nigromantes, resguardándose

—

en las sombras de los portales hasta que los hechiceros de negras túnicas se alejaban.

Necrópolis estaba construida en una serie de semicírculos en cuyo centro se alzaba la fortaleza. En los primeros tiempos, dentro de esta fortaleza habitaba una pequeña población de mensch y sartán pero, cuando creció el número de los que acudían a instalarse permanentemente en la ciudad, la población no tardó en extenderse más allá de las murallas y empezaron a edificarse casas a la sombra de su protección.

En los tiempos más prósperos de Necrópolis, el entonces dinasta, Kleitus III, convirtió la fortaleza en su castillo. La nobleza habitaba en espléndidas casas situadas cerca del castillo y el resto de la población se extendía en torno a ellas, en orden de rango y riqueza.

La casa de Tomás se hallaba a medio camino entre las casas pobres de la muralla exterior de la ciudad y las mansiones de los ricos, próximas a los muros del castillo. Deprimido y fatigado tras el recorrido, Alfred se alegró muchísimo de escapar de la atmósfera lóbrega y húmeda de las calles y entrar en unas estancias cálidas y bien iluminadas.

Tomás se excusó ante los duques y el conde por la modestia de su casa, la cual, como la mayoría de las viviendas de la caverna, estaba diseñada para ganar espacio.

—Mi padre era un noble menor. Me dejó el derecho a acceder a la corte como los demás nobles, a la espera de una sonrisa de Su Majestad, y poco más —explicó Tomás con un deje de amargura—. Ahora, sigue acudiendo a la corte con los demás muertos. Yo también lo hago, con los vivos. Hay pocas diferencias entre los dos.

—Todo eso cambiará pronto —aseguró el conde, frotándose las manos—. La rebelión se acerca.

—La rebelión se acerca —repitieron los demás en una especie de reverente letanía.

Alfred emitió un débil suspiro, se dejó caer en una silla y se preguntó qué hacer a continuación. El perro se enroscó a sus pies. El sartán se sentía confuso, incapaz de pensar o reaccionar por propia iniciativa. No era un hombre de acción, como Haplo.

«Los acontecimientos me mueven a mí y no al contrario», reflexionó Alfred con tristeza. Se suponía que debía hacer algo para poner fin a la práctica de las artes nigrománticas, prohibidas durante tanto tiempo. Pero ¿qué? Estaba solo en ese empeño, y no era un hombre muy fuerte ni muy astuto para un asunto como aquél.

El único pensamiento que llenó su mente, su única aspiración, era huir de aquel mundo horrible, escapar, desaparecer, olvidarlo y no volver a pensar nunca más en él.

—Disculpa, amigo —dijo el duque, acercándose a él y dándole una afectuosa palmadita en la rodilla.

Alfred dio un respingo y levantó la vista, asustado.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Jonathan, preocupado.

Alfred asintió, hizo un vago gesto con la mano y murmuró algo sobre lo

fatigoso del trayecto.

—Antes has mencionado que te interesaba la historia de nuestras guerras. Mi esposa y el conde están planificando con Tomás la estrategia para hacernos con el

—

cuerpo del príncipe. A mí me han echado. —Jonathan se encogió de hombros con una sonrisa—. Sencillamente, no tengo dotes para las intrigas. Mi función es entretenerte, pero, si estás demasiado cansado y prefieres retirarte, Tomás te enseñará tu habitación...

—No, no. —Si algo no quería Alfred era quedarse a solas con sus pensamientos—. Por favor, me encantará escuchar historias de..., de guerras. —Tuvo que esforzarse para hacer pasar la palabra por el nudo que sentía en la garganta.

—Sólo puedo hablarte de las que se libraron aquí. —El duque acercó una silla y se puso cómodo—. ¿Té? ¿Unas galletas? ¿No tienes hambre? Bien, veamos por dónde empiezo. Al principio, Necrópolis era una población pequeña; era, sobre todo, un lugar donde aguardaba la gente hasta poder trasladarse a otras partes de Abarrach. Sin embargo, al cabo de un tiempo, los sartán y los mensch (entonces había mensch aquí) empezaron a considerar que la vida era bastante buena en la ciudad y que no era preciso marcharse. Necrópolis creció entonces rápidamente. Se empezó a cultivar la tierra fértil y las cosechas prosperaron. Por desgracia, no sucedió lo mismo con los mensch.

Jonathan hablaba con una ligereza y despreocupación que Alfred encontró desconcertante.

—No parece que eso te preocupe gran cosa —apuntó en un tono de suave rechazo—. Pero se suponía que los sartán tenían que proteger a las razas más débiles.

—Sí, creo que nuestros antepasados se preocuparon mucho, al principio —respondió Jonathan en actitud defensiva—. Se sintieron abrumados, incluso. Pero, en realidad, no fue culpa suya. La ayuda que les prometieron que recibirían de otros mundos no llegó nunca y la magia necesaria para mantener con vida a los mensch en este mundo hostil resultó, sencillamente, excesiva. Nuestros antepasados no pudieron proporcionársela. No estaba en su mano evitar su extinción y, con el tiempo, dejaron de echarse la culpa. La mayoría de sus descendientes acabó por creer que la era de la Agonía de los Mensch fue un suceso inevitable, necesario.

Alfred no dijo nada y sacudió la cabeza, abatido.

—Fue en esa época, posiblemente como reacción a lo sucedido —continuó Jonathan—, cuando se iniciaron los estudios sobre las artes nigrománticas.

—Las artes *prohibidas* —lo corrigió Alfred, pero en una voz tan baja que el duque no lo oyó.

—Cuando ya no tuvieron que dedicar energías a mantener a los mensch, nuestros antepasados descubrieron que podían vivir bastante bien en este mundo. Inventaron naves de hierro para cruzar, fundaron colonias sartán por todo Abarrach y establecieron rutas comerciales. Así nació el reino de Kairn Necros. Y, conforme progresaban, lo hacía también el arte de la nigromancia. Hasta que, pronto, los vivos vivían de los muertos.

Sí. Alfred fue viendo en imágenes lo que Jonathan le contaba.

La vida en Abarrach era satisfactoria. Y la muerte tampoco estaba mal. Pero

entonces, justo cuando todo parecía ir tan bien (dejando aparte el asunto de los mensch, que, de todos modos, ya había caído en un olvido casi total), las cosas empezaron a torcerse terriblemente.

y todos los lagos y ríos y océanos de magma empezaron a enfriarse y a encogerse. Reinos que hasta entonces habían sido vecinos

—

comerciales se convirtieron en acérrimos enemigos que acaparaban sus preciosos suministros de comida y combatían por los colosos portadores de vida. Entonces se libraron las primeras guerras.

—Supongo que sería más correcto llamarlas escaramuzas o altercados, y no guerras. Estas —continuó Jonathan en tono más serio y solemne— llegarían más tarde. Según parece, nuestros antepasados no tenían una idea demasiado clara de cómo se hacía una guerra.

—¡Por supuesto que no! —respondió Alfred con gesto grave—. Los sartán aborrecemos la violencia. Somos los pacificadores. ¡Promovemos la paz!

—Vosotros os podéis permitir ese lujo —apostilló Jonathan sin alzar la voz—. Nosotros, no.

Alfred enmudeció, desconcertado por el comentario del joven duque. ¿Acaso la paz era un lujo sólo al alcance de un mundo rico y bien abastecido? Recordó al pueblo del príncipe Edmund, harapiento, helado y hambriento, viendo morir a sus ancianos y a sus niños mientras en el interior de la ciudad había comida y calor. ¿Qué habría hecho él en su lugar? ¿Se limitaría a ver morir a sus hijos, a dejarse morir mansamente? ¿O lucharía? Alfred se movió en su asiento, repentinamente incómodo.

«Ya sé lo que haría —se dijo—. ¡Me desmayaría!»

—Con el paso del tiempo, nuestro pueblo se hizo más amante de la guerra —Jonathan dio un sorbo a la taza de té de hierba de kairn—. Los jóvenes empezaron a entrenarse como soldados y se organizaron ejércitos. Al principio intentaron combatir empleando como arma la magia, pero ésta consumía demasiadas energías que eran necesarias para la supervivencia, de modo que estudiaron el antiguo arte de fabricar armas. Las espadas y las lanzas son mucho más toscas que la magia, pero son eficaces. Las escaramuzas se convirtieron en batallas e, inevitablemente, condujeron a la gran guerra de hace aproximadamente un siglo: la Guerra del Abandono.

»Una poderosa hechicera llamada Bethel afirmó haber descubierto la manera de salir de este mundo. Anunció que tenía intención de marcharse y que se llevaría a todo el que quisiera ir con ella. Consiguió muchos seguidores y, si se hubieran marchado todos, la población del reino, que ya disminuía rápidamente de manera natural, habría quedado diezmada. Eso, por no hablar del temor que sentía todo el mundo a lo que pudiera suceder si la «Puerta», como ella la llamaba, se abría.

¿Quién sabía qué fuerza terrible podía entrar por ella y adueñarse de Abarrach?

»E dinasta de Kairn Necros, Kleitus VII, prohibió que Bethel y sus seguidores se marcharan. La hechicera se negó a acatar la orden y condujo a los suyos a través d hasta el Pilar de Zembar, disponiéndose a abandonar el mundo. Las batallas entre las dos facciones se prolongaron intermitentemente durante años, hasta que Bethel fue traicionada y capturada. Luego, mientras la trasladaban por , escapó a sus captores y se arrojó al magma para impedir que su cadáver fuera resucitado. Antes de saltar del barco, proclamó a

gritos lo que luego se conocería como la Profecía de la Puerta. Alfred imaginó a la mujer de pie sobre la proa de la nave, gritando desafiante. La imaginó arrojándose al océano incandescente. Perdió el hilo de la narración de Jonathan y sólo volvió a cogerlo cuando, de pronto, el joven bajó la voz. —Fue durante esa guerra cuando se formaron los primeros ejércitos de muertos para enfrentarlos entre sí. De hecho, se dice que algunos comandantes

—

llegaron a ordenar la muerte de sus propios soldados vivos para proveerse de unidades de cadáveres...

Alfred alzó la cabeza con gesto alterado.

—¿Qué me estás contando? ¡Dar muerte a sus propios jóvenes! ¡Sartán bendito! ¿A qué negras simas hemos caído? —Estaba pálido, tembloroso—. ¡No, no te acerques! —Alzó la mano en gesto de advertencia y se incorporó de la silla, aturdido—. ¡Tengo que salir de aquí! ¡Tengo que marcharme!

Por su actitud frenética, pareció que se refería a salir corriendo de la casa en aquel mismo instante.

—Jonathan, ¿qué le has dicho para trastornarlo de esta manera? —preguntó Jera, entrando en la habitación con Tomás—. Querido Alfred, por favor, toma asiento y tranquilízate.

—Sólo le estaba contando esa vieja historia de los generales que mataban a sus hombres durante la guerra...

—¡Oh, Jonathan! —Jera movió la cabeza en ademán de reproche—. Pues claro que puedes irte, Alfred. Cuando tú quieras. ¡No eres nuestro prisionero!

«¡Sí que lo soy! —se dijo Alfred con un gemido inaudible—. ¡Soy un prisionero de mi propia ineptitud! ¡He llegado aquí a través de la Puerta de la Muerte por pura casualidad!

¡Yo solo nunca tendré el valor ni los conocimientos necesarios para regresar!»

—Piensa en tu amigo —añadió Tomás en tono consolador, mientras servía una taza de té—. No querrás abandonarlo a su suerte, ¿verdad?

—Lo siento... —Alfred se dejó caer de nuevo en la silla—. Perdonadme.

Estoy..., estoy cansado, eso es todo. Muy cansado. Creo que iré a acostarme. Vamos, muchacho.

Posó una mano temblorosa en la cabeza del animal. Este alzó los ojos hacia él, soltó un gáñido y meneó lentamente la cola, barriendo el suelo, pero no se incorporó.

El gáñido tenía un tono extraño, un matiz que Alfred no le había oído nunca.

Al advertirlo, observó con más atención al perro; éste intentó levantar la cabeza y volvió a hundirla entre las patas como si no tuviera fuerzas. De todos modos, el movimiento de la cola se aceleró ligeramente para indicar que agradecía la preocupación del sartán.

—¿Sucedo algo malo? —inquirió Jera, mirando al can—. ¿Crees que el perro está enfermo?

—No estoy seguro. Me temo que no sé mucho de animales —murmuró Alfred, notando un nudo de temor en el estómago.

Había una cosa que sí sabía de aquel perro. O, al menos, la sospechaba. Y, si su sospecha era cierta, lo que le sucedía al animal indicaba que algo le sucedía a su amo.

—

CAPÍTULO
NECRÓPOLIS,
ABARRACH

El estado del perro empeoró gradualmente. Al iniciarse el ciclo siguiente, no podía moverse en absoluto y yacía de costado en el suelo; tenía la respiración entrecortada y sus flancos se hinchaban y se comprimían con penoso esfuerzo. El animal rechazó todos los intentos de alimentarlo y de darle agua.

Aunque todos los ocupantes de la casa sentían lástima por el perro, Alfred era el único que daba muestras de preocupación ante sus sufrimientos. Los demás estaban concentrados en la expedición al castillo para rescatar el cadáver del príncipe. Terminaron de trazar sus planes después de discutirlos y considerarlos desde todos los puntos de vista, buscando posibles fallos. No encontraron ninguno.

—Va a ser casi ridículamente fácil —dijo Jera durante el desayuno.

—Disculpad que intervenga —apuntó Alfred con voz tímida—, pero he pasado algún tiempo en la corte de..., hum... En fin, del mundo del cual procedo. Allí las mazmorras del rey Stephen estaban protegidas por una numerosa guardia. ¿Cómo pensáis...?

—No vas a participar en esto —lo cortó el conde con aspereza—. No te entrometas.

Pero tal vez sí terminaría participando, se dijo Alfred. Su mirada se posó de nuevo en el perro enfermo. Sin embargo, no hizo más comentarios y prefirió esperar hasta que tuviera más datos.—No seas tan arisco, mi respetado conde —dijo Jonathan con una carcajada—. Todos confiamos en Alfred, ¿verdad?

Un pesado silencio se extendió sobre el grupo y un leve sonrojo bañó las mejillas de Jera. La duquesa se volvió involuntariamente hacia Tomás y éste sostuvo su mirada, movió la cabeza en un leve gesto de negativa y bajó la vista al plato. El conde soltó un nuevo bufido. Jonathan los miró uno por uno con perplejidad.

—

La hora siguiente a la de la parada del dinasta, cuando la luz de las lámparas de gas se amortigua, siguiendo las órdenes de Su Majestad. Durante las horas de descanso del dinasta, las lámparas de gas se apagan por completo.

—¡Oh, vamos...! —empezó a decir.

—¿Más té, Alfred? —lo interrumpió Jera, al tiempo que levantaba la tetera de barro y la sostenía sobre la taza de éste.

—No, gracias, duquesa.

Nadie dijo una palabra más. Jonathan iba a añadir algo, pero lo detuvo una mirada de su esposa. Los únicos sonidos de la estancia eran la fatigosa respiración del perro y el esporádico tintineo de los cubiertos o de la vajilla de gres. Todos parecieron enormemente aliviados cuando Tomás se levantó de la mesa.

—Si me disculpáis, señoría —hizo una reverencia ajera—, es hora de que aparezca en la corte. Aunque soy un personaje que carece de importancia —añadió, con una sonrisa de modestia—, este ciclo, más que cualquier otro, no debo hacer nada que atraiga la atención sobre mí. Debo ser visto en mi lugar habitual a la hora de costumbre.

Alfred se mantuvo al margen del grupo, observando a los conspiradores, hasta que cada cual se dirigió a cumplir con su tarea. Tomás quedó solo en la planta baja del edificio y se encaminó a la puerta. Antes de que llegara a ésta, Alfred emergió de un rincón sombrío y agarró al cortesano por la manga de la túnica. Tomás dio un respingo y volvió la vista con las facciones muy pálidas y ojos de susto.

—Perdona —dijo Alfred, sorprendido ante la reacción—. No pretendía asustarte.

Al ver quién lo agarraba, Tomás torció el gesto.

—¿Qué quieres? —inquirió con impaciencia, desasiéndose del contacto de Alfred—. Voy con retraso...

—¿Sería posible..., podrías hablar con tu amigo de las mazmorras y enterarte del..., del estado de mi amigo?

—Ya lo he contado antes. Está vivo, tal como tú has dicho —respondió Tomás—. Es lo único que sé.

—Pero podrías enterarte de..., de cómo está hoy —insistió Alfred, algo sorprendido de su propia temeridad—. Tengo la sensación de que ha caído enfermo. Gravemente enfermo.

—¿Por lo que le sucede al perro?

—Por favor...

—¡Ah!, está bien. Haré lo que pueda, pero no te prometo nada. Y, ahora, tengo que irme.

—Gracias. Eso era lo único que...

Pero Tomás ya se había marchado, dejando atrás la casa y sumándose a la muchedumbre de vivos y muertos que poblaba las calles de Necrópolis.

Alfred tomó asiento junto al perro y acarició su piel suave con una mano tranquilizadora. El animal estaba sumamente grave.

Horas después, Tomás regresó. Era casi la hora de la cena del dinasta, momento en que los cortesanos menos afortunados, aquellos que no estaban invitados al comedor de Su Majestad, dejaban el palacio para buscarse su propio alimento.

—Bien, ¿qué noticias traes? —le preguntó Jera—. ¿Todo va bien?

—Todo está en orden —asintió Tomás con expresión grave—. Su Majestad resucitará al príncipe durante la hora de amortiguar las lámparas.

—¿Y tenemos permiso para ver a la Reina Madre?

—

—La Reina ha tenido un gran placer en conceder el permiso personalmente.

Jera se volvió a su padre con un gesto de asentimiento.

—Todo está preparado. De todos modos, me pregunto si no deberíamos...

Tomás dirigió una mirada significativa hacia Alfred y la duquesa calló.

—Disculpad —murmuró Alfred, incorporándose con movimientos rígidos—.

Os dejaré solos...

—No, espera. —Tomás levantó la mano y su expresión se hizo aún más seria—. Tengo noticias para ti, y me temo que esto afecta también a todos nosotros y a nuestros planes. He hablado con mi amigo, el conservador del turno de descanso, antes de que terminara el servicio hace unas horas. Lamento tener que confirmar que tus temores eran fundados, Alfred. Se rumorea que tu amigo está agonizando.

Veneno.

Haplo lo supo tan pronto como los calambres le retorcieron las tripas. Supo que aquélla era la causa de las náuseas que lo atenazaban. Lo supo, pero se negó a aceptarlo. ¡Aquello no tenía sentido! ¿Por qué?

Debilitado por los vómitos, permaneció tendido en la cama de piedra, encogido por el terrible dolor que le laceraba las entrañas con cuchillos de fuego. Se sentía reseco, atormentado por la sed. La conservadora del turno de vigilia le ofreció agua y Haplo tuvo las fuerzas justas para recoger el cuenco, pero el recipiente le resbaló de las manos y se estrelló en el suelo de roca. La nigromante se retiró a toda prisa. El agua se escurrió con rapidez en las grietas del suelo. Haplo se dejó caer de nuevo en la cama, observó cómo desaparecía y volvió a preguntarse por qué.

Intentó curarse con su magia, pero sus esfuerzos resultaron estériles; estaba demasiado débil y, al final, se dio por vencido. Desde el primer momento, había sabido que la magia curativa no daría resultado. Una mente astuta y sutil, una mente sartán, había tramado su muerte. El veneno era poderoso y actuaba por igual sobre su cuerpo y sobre su magia. El complejo círculo de runas interconectadas que constituía su esencia vital estaba desmoronándose y no podía reconstruirlo. Era como si los bordes de las runas estuvieran desapareciendo, y ya no pudieran unirse unas con otras. ¿Por qué?

—¿Por qué?

Haplo, perplejo, tardó un momento en darse cuenta de que su pregunta acababa de ser repetida en voz alta. Incorporó la cabeza. Cada uno de sus movimientos estaba cargado de dolor y le costaba una voluntad y un esfuerzo extraordinarios. Sus ojos, velados por la sombra de la muerte, apenas distinguieron la figura del dinasta en el marco de la puerta.

—¿Por qué, qué? —insistió Kleitus sin alzar la voz.

—¿Por qué... matarme? —logró articular Haplo. Jadeante, entre arcadas, se dobló por la cintura apretándose el vientre. El sudor le resbaló por el rostro y contuvo un grito de agonía.

—¡Ah!, veo que entiendes lo que te sucede. Doloroso, ¿verdad? Lo lamento, pero necesitaba un veneno de efecto lento y no he tenido mucho tiempo para dedicarme a estudiarlo. Lo que he improvisado es tosco, pero eficaz. ¿Te está matando, verdad?

Lo preguntó como si fuera un profesor inquiriendo a un alumno si su experimento de alquimia se desarrollaba satisfactoriamente.

—

—¡Sí, maldita sea! ¡Me está matando! —gruñó Haplo.

Se sentía furioso. No por el hecho de morir, pues ya había visto de cerca la muerte cuando lo habían atacado los caodín, pero en esa ocasión habría muerto satisfecho pues había combatido bien, había derrotado al enemigo y se había alzado vencedor. Ahora, en cambio, moría ignominiosamente, a manos de otro, tras una agonía penosa e incapaz de defenderse.

Se levantó del lecho de piedra en un supremo esfuerzo, se lanzó hacia la puerta de la celda y cayó al suelo. Alargó la mano y sus dedos asieron el borde de la túnica del dinasta antes de que el sorprendido Kleitus tuviera tiempo de apartarse.

—¿Por qué? —repitió Haplo, agarrado a la tela negra con tonos púrpura—. ¡Yo

te habría conducido a... la Puerta de la Muerte!

—No necesito que me lleves a ella —contestó Kleitus, flemático—. Ya sé dónde está la puerta. Sé cómo se cruza. No te necesito... para eso.

El dinasta se inclinó y alargó la mano para tocar la mano cubierta de runas que se agarraba de sus negras ropas.

Haplo rechinó los dientes pero no soltó su presa. Unos dedos delicados siguieron los trazos de las runas sobre la piel del patryn.

—Sí, ahora empiezas a entender. Dar nueva vida a los muertos nos exige tanta energía mágica que nos deja incapacitados para nada más. No me había dado cuenta de hasta qué punto hasta que te he conocido. Has intentado ocultar tu poder, pero lo he percibido. Podría haberte arrojado una lanza, cien lanzas, y no te habría causado ni un rasguño, ¿no es cierto? Sí, claro que lo es. De hecho, es probable que saldrías vivo e incólume aunque te cayera encima todo este castillo... Los dedos del dinasta continuaron trazando los signos mágicos tatuados. Los recorrieron lentamente, con ansia, con codicia. Haplo lo observó, incrédulo, comprendiendo sus propósitos.

—Ya no podemos conseguir nada más de nuestra magia. ¡Pero aún podemos obtener mucho de la tuya! —El dinasta se incorporó con gesto enérgico, contempló a Haplo desde lo que al moribundo patryn le pareció una tremenda altura, y añadió—: Por eso no podía permitirme estropear tu cuerpo. Las runas de tu piel deben permanecer intactas, completas, para que las pueda estudiar a conciencia. Sin duda, tu cadáver me ayudará mucho a explicar el significado de las runas. »Nuestros antepasados tacharon de "bárbara" vuestra magia. Estúpidos. Ahora, sumaré tu magia a la mía y seré invencible. Incluso, cálculo, frente a ese que llamas Señor del Nexo.

Haplo rodó por el suelo hasta quedar boca arriba. Su mano soltó la túnica del dinasta; ya no le quedaba fuerza en los dedos para seguir asido a ella.

—Y, luego, está tu camarada, tu aliado. El que puede dar muerte a los muertos.

—Amigo, no —susurró Haplo, apenas consciente de lo que decía el dinasta y de lo que él respondía—. Enemigo.

—¿Un hombre que arriesga su vida por salvar la tuya? Me parece que no dices la verdad —replicó Kleitus con una sonrisa—. Según dedujo Tomás de ciertos comentarios de ese compañero tuyo, parece que aborrece la nigromancia y que no habría venido a resucitar tu cadáver, si estuvieras muerto. Lo más probable es que hubiera huido de este mundo, y entonces lo habría perdido. Sin embargo, yo intuí que existía alguna especie de conexión empática entre vosotros. Y ha resultado que estaba en lo cierto. Según Tomás, ese amigo tuyo sabe, de alguna manera, que

—

estás agonizando. Y cree que existe alguna posibilidad de salvarte. Por supuesto, no es así, pero eso a tu amigo no lo preocupa. Al menos, no lo preocupará mucho tiempo...

El dinasta apartó el borde de la túnica y añadió para terminar:

—Y, ahora, debo comenzar la resurrección del príncipe Edmund.

Haplo escuchó la voz de Kleitus alejándose, escuchó el roce del borde de la túnica con el suelo y la voz se convirtió en el ruido de la tela, o tal vez este ruido era la voz:

—No te preocupes. Tu agonía ya casi ha terminado. Imagino que el dolor

remite, hacia el final.

»Ya lo ves, Haplo; no es preciso que te preguntes por qué. La profecía... —oyó decir a la voz—. Todo se debe a la profecía.

Haplo permaneció tendido, con la espalda contra el suelo, incapaz de moverse. Aquel bastardo tenía razón. El dolor empezaba a desaparecer... porque su vida también desaparecía. «Me estoy muriendo —pensó—. Me muero y no puedo hacer absolutamente nada para evitarlo. Muero en cumplimiento de una profecía.»

—¿Cuál..., cuál es esa profecía? —gritó el patryn.

Pero su grito no fue, en realidad, más que un jadeo. Nadie le respondió. Nadie lo oyó. Ni siquiera él mismo.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

Los conspiradores suplicaron, discutieron y apelaron hasta convencer finalmente al viejo conde de que permitiera a Alfred acompañarlos en la misión a palacio. Tomás habló con elocuencia en favor de Alfred, hecho que sorprendió considerablemente a éste. En su primer encuentro, había tenido la clara impresión de que Tomás desconfiaba de él. Alfred se preguntó, con cierta inquietud, a qué se debía el cambio.

No obstante, estaba decidido a ir al castillo, a acudir en ayuda de Haplo, pese a aquella molesta vocecilla interior que no dejaba de insistir en que sería mejor, más fácil y más cómodo dejar morir al patryn.

Alfred era consciente de la villanía que tramaba el patryn, de la maldad que ya había causado, provocando una guerra en el mundo de Ariano. Sí, tal vez Haplo había sido la mecha, se replicó a sí mismo, pero la pólvora ya estaba preparada y dispuesta para la ignición mucho antes de que el patryn se presentara.

Además, siguió diciéndose Alfred, necesitaba a Haplo para poder escapar de aquel mundo terrible.

«¡No necesitas a Haplo para eso! —le replicó la vocecilla—. Puedes atravesar la Puerta de la Muerte por tu cuenta. Tu magia es lo bastante fuerte. Ya te ha llevado al Nexo. Y, si está agonizando, ¿qué harás? ¿Salvarle la vida? ¿Salvarlo como hiciste con Bane? ¡El chiquillo estaba muñéndose y tú lo reviviste! ¡Nigromante!»

Alfred se le encogió el ánimo, indeciso. De nuevo, se veía enfrentado con aquella terrible opción. ¿Y si salvaba a Haplo y con ello daba otra oportunidad al mal? El patryn era capaz de cometer crímenes horribles; Alfred lo había visto en su mente. Habría sido fácil, muy fácil, volverse de espaldas y dejar morir al patryn. Si la situación hubiera sido la inversa, Haplo no habría levantado uno solo de sus dedos cubiertos de runas para salvarlo. Y, sin embargo..., sin embargo... ¿Dónde quedaba la compasión, la misericordia?

—

Un sonido quejumbroso despertó al sartán de sus confusas meditaciones y atrajo su atención hacia el perro, que yacía a sus pies. El animal no podía incorporar la cabeza y sólo era capaz de menear el rabo, que golpeaba el suelo

débilmente. Alfred apenas se había apartado del lado del perro en todo el ciclo, pues el animal parecía más tranquilo cuando lo tenía a la vista. En varias ocasiones, temiendo que el pobre can hubiera muerto, se vio obligado a poner la mano en el flanco de éste para comprobar si le latía el corazón. Pero siempre encontró el pulso vital, débil e inseguro, bajo sus dedos suaves.

Los ojos del perro lo contemplaron con una expresión de confianza que parecía decir: «No sé por qué sufro así, pero estoy seguro de que tú lo solucionarás».

Alfred alargó la mano y le acarició la testuz. El animal, reconfortado por el contacto, cerró los ojos con aire paciente.

«Digamos —replicó el sartán a la molesta vocecilla interior— que no estoy salvando a Haplo, sino a su perro. O, mejor, que voy a intentar salvarlo», se corrigió, preocupado e insatisfecho.

—¿Cómo? —preguntó Jera—. ¿Decías algo, Alfred?

—Yo... me preguntaba si se sabe qué le sucede a mi amigo.

—Según la estimada opinión del conservador —respondió Tomás—, la magia de tu amigo no puede mantenerlo vivo en este mundo. Igual que la magia de los mensch fue incapaz de asegurarles la supervivencia.

—Entiendo —murmuró Alfred, pero no era cierto que entendiera; más aún, no creía una palabra. El sartán no había estado mucho rato en el Laberinto (en el cuerpo de Haplo), pero estaba seguro de que nadie que hubiera sobrevivido en aquel lugar espantoso caería muerto ante las condiciones de vida de Abarrach. Alguien estaba engañando a Tomás..., o tal vez era éste quien mentía al grupo. Un temblor nervioso convulsionó una de sus piernas. Cerró la mano sobre el músculo crispado e intentó que el temblor no se notara en su voz.

—En ese caso, debo insistir en acompañaros. Estoy seguro de que puedo ser de utilidad.

—Tanto si puede ayudar a su amigo como si no —dijo Jera a su padre, el cual miraba a Alfred con gesto ceñudo—, nosotros sí que vamos a necesitar su ayuda. Jonathan y yo llevaremos al príncipe y Tomás no podrá acarrear él solo a un hombre enfermo o... perdona, Alfred, pero debemos ser realistas..., o muerto. No nos interesa dejar a Haplo, cualquiera que sea su estado, en manos del dinasta.

—Si tuviera veinte años menos...

—Pero no los tienes, padre —le advirtió Jera.

—¡Aún me desenvuelvo mejor que ése! —tronó el conde, señalando a Alfred con un dedo huesudo.

—Pero no puedes hacer nada para ayudar a Haplo.

—Todos nuestros planes continúan igual que antes, señoría —añadió Tomás—. Simplemente, incluimos a uno más en el grupo.

—Tal como han preparado las cosas mi esposa y Tomás, todo será absolutamente fácil y seguro —declaró Jonathan, contemplando con orgullo a la duquesa—. Cuando tengamos al príncipe, nos reuniremos en la puerta, como está previsto.

—Todo saldrá bien, padre. —Jera se inclinó hacia el viejo y lo besó en la mejilla llena de arrugas—. ¡Este período de descanso marcará el inicio del fin de la dinastía de Kleitus!

—

El principio del fin. Sus palabras atravesaron a Alfred como la vibración de la

onda, excitaron sus nervios y lo dejaron molido y aplanado cuando la sensación hubo pasado.

—No puedes aparecer en la corte con esas ropas —dijo Jera, estudiando la indumentaria de Alfred, sus desteñidos calzones de raso por las rodillas y la raída chaqueta de terciopelo—. Llamarías demasiado la atención. Tendremos que encontrar otras que te sirvan.

—Lo siento, querida —comentó Jonathan, una vez efectuada la transformación de Alfred—, pero no creo que las cosas hayan mejorado mucho. El modo de andar de Alfred, con los hombros echados hacia adelante, producía una falsa impresión de su auténtica estatura, haciéndolo parecer más bajo de lo que era en realidad. Al principio, Jera había pensado en enfundarlo en una túnica gris de Tomás, pero el joven era bajo para lo habitual en un sartán y el borde de su túnica le llegaba a Alfred a media pantorrilla, produciendo un efecto ridículo. La duquesa buscó la prenda más grande que pudo encontrar y, finalmente, proporcionó al extranjero una de las túnicas cortesanas desechadas por Tomás.

Alfred se sintió tremendamente incómodo con la túnica negra de nigromante e inició una débil protesta, pero nadie le hizo el menor caso. La túnica le llegaba justo por encima de sus tobillos, largos y huesudos. Por lo menos, pudo conservar su calzado, pues no había ningún zapato que se ajustara a sus enormes pies.

—Es probable que lo tomen por un refugiado —comentó Jera con un suspiro—. No te quites la capucha de la cabeza y no cruces una palabra con nadie —aleccionó a Alfred—. Deja que nosotros nos ocupemos de eso.

La túnica iba ceñida con un holgado cinturón. Tomás añadió una bolsa de puntillas que se llevaba al cinto. Jera habría agregado una daga para esconderla en la bolsa, pero Alfred la rechazó con gesto inflexible.

—No voy a llevar armas —proclamó, apartándose de la daga como si fuera una de aquellas mortíferas serpientes de la jungla de Ariano.

—Sólo es una medida de protección —indicó Jonathan—. Ninguno de nosotros piensa ni por un instante que tengamos que utilizar estas armas. Mira, yo llevo la mía —mostró un puñal de plata con incrustaciones de piedras preciosas—. Era de mi padre.

—No la quiero —insistió Alfred, terco—. Hice un juramento...

—¡Hice un juramento! ¡Hice un juramento! —remedó sus palabras el conde, con una mueca de desagrado—. No lo obligues a llevarla, Jera. Casi es mejor así. Probablemente, sólo conseguiría cortarse a sí mismo.

Así pues, Alfred no llevó armas.

Había supuesto que entrarían a hurtadillas en el palacio a altas horas del período que correspondía a la noche en aquel mundo, de modo que lo desconcertó mucho que, poco después de la cena, Tomás anunciara que era momento de ponerse en marcha.

Las despedidas fueron breves y desprovistas de emoción, como las de quienes saben que volverán a verse en breve. Todos estaban nerviosos, expectantes, y nadie parecía sentir miedo o sensación de peligro alguno.

La posible excepción era Tomás. Habiéndolo pillado en lo que estaba seguro de que era una mentira, al hablar de Haplo, Alfred estuvo muy pendiente de Tomás y creyó advertir que su sonrisa relajada era algo forzada, que su risa despreocupada llegaba siempre una fracción de segundo demasiado tarde para ser

natural, que tendía a desviar la vista cada vez que alguien lo miraba directamente a los ojos.

Alfred pensó en comentarle sus sospechas a Jera, pero rechazó la idea. Sólo conseguiría empeorar las cosas. Él era un extranjero, un desconocido, y los duques conocían a Tomás desde mucho antes que a él. La duquesa no lo escucharía. Allí, nadie confiaba en él. ¡Incluso podían decidir dejarlo atrás! Antes de marcharse, Alfred echó una última mirada al perro.

—El animal está muriéndose —afirmó el conde bruscamente.

—Sí, lo sé. —Alfred acarició la piel suave del pobre perro y le dio unas palmaditas en los flancos jadeantes.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer con él? —inquirió el viejo—. No puedo llevar el cadáver a rastras hasta la puerta.

—Déjalo —dijo Alfred, incorporándose con un suspiro—. Si todo sale bien, el animal vendrá a nuestro encuentro. De lo contrario, no importará.

Pese a que el dinasta no iba a aparecer en público, la corte estaba a rebosar de gente. Alfred había considerado abarrotadas y claustrofóbicas las calles hasta que entró en el castillo. Allí se podía encontrar de noche a la mayoría de los habitantes vivos de Necrópolis, dedicados a bailar, a cuchichear chismes, a las partidas de fichas rúnicas y a dar cuenta de la comida del dinasta.

Al entrar en la concurrida antecámara, con sumo cuidado de no tropezar con los pies de Jonathan y de no pisar el borde de la túnica de Jera, Alfred se sintió casi sofocado por el calor, el perfume de la flor de rez y el estruendo de las risas y la música. La fragancia del rez era deliciosa, dulce y aromática, pero no conseguía enmascarar por completo otro olor persistente en la sala de baile, un olor profundo, penetrante, empalagoso y nauseabundo en aquel calor. El olor de la muerte.

Los vivos comían, bebían, contaban chistes y coqueteaban. Los muertos se movían entre ellos, sirviéndoles. Detrás de los cadáveres, las sombras fantasmales casi desaparecían bajo el resplandor de la brillante iluminación.

Todo el mundo que se cruzaba con ellos saludaba con entusiasmo a los duques.

—¿Habéis oído la noticia, queridos? ¡Va a haber una guerra! ¿No es emocionante? —exclamó una mujer vestida con una túnica malva, poniendo los ojos en blanco de arrobamiento.

Jera, Jonathan y Tomás participaron en las risas, los bailes y los intercambios de chismes, mientras se abrían paso entre la multitud de la antecámara arrastrando con ellos, mediante empujones, a un Alfred tambaleante y acongojado. De la antecámara pasaron al salón de baile, que estaba aún más abarrotado, si tal cosa era posible.

De improviso, un movimiento de la multitud separó a Alfred de sus compañeros. El sartán dio un paso vacilante hacia el lugar donde había visto por última vez la cabellera lustrosa de Jera y se encontró en medio de un grupo de jóvenes que se entretenían contemplando la danza de un muerto.

El cadáver era el de un hombre de edad avanzada y de porte grave y majestuoso. A juzgar por el aspecto ruinoso del cuerpo y de las ropas que vestía, llevaba mucho tiempo resucitado. Incitado por los divertidos jóvenes, el muerto bailaba una danza que, probablemente, había interpretado en su propia juventud. Entre risas y rechiflas, los jóvenes se pusieron a bailar en torno al cadáver burlándose de sus pasos de danza pasados de moda. El muerto no les prestó

atención y continuó girando sobre sus piernas descompuestas, con aire solemne y un garbo patético, siguiendo una música que sólo él podía escuchar.

—Aquí está, por fin lo he encontrado —dijo Tomás, agarrando a Alfred y ayudándolo a sostenerse cuando el sartán empezaba a derrumbarse—. ¡Por el magma y las cenizas, se va a desmayar!

—Ya lo tengo —intervino Jonathan, sujetando a Alfred por el brazo que colgaba, inerte, a su costado.

—¿Qué le sucede? —preguntó Jera—. ¿Te encuentras bien, Alfred?—¡Es... el calor! —jadeó Alfred con la esperanza de hacer pasar por sudor las lágrimas que le bañaban el rostro—. Y el alboroto... Lo..., lo siento profundamente.

—Ya nos han visto en el salón de baile lo suficiente como para que nadie sospeche. Jonathan, ve a buscar al chambelán y pregúntale si la Reina Madre recibe ya.

Jonathan se abrió paso entre la multitud. Tomás y Jera condujeron a Alfred a un rincón un poco más tranquilo, donde desalojaron de su asiento a un nigromante grueso y rezongón para colocar en él a su tembloroso compañero. Alfred cerró los ojos, se estremeció y deseó fervientemente que cesara la sensación de mareo.

Jonathan no tardó en regresar con la noticia de que la Reina Madre, en efecto, recibía y que tenían permiso para visitarla y presentarle sus respetos.

Entre los tres, pusieron en pie a Alfred y, abriéndose paso entre la multitud, atravesaron la concurrida estancia hasta salir a un largo pasadizo vacío que, después del calor y el bullicio del salón de baile, les resultó un remanso de paz, fresco y tranquilo.

—Señorías —el chambelán apareció ante ellos—, si queréis seguirme...

El hombre abrió la marcha por el pasadizo, precediéndoles unos pasos y golpeando su vara de ceremonia contra el suelo de roca con un sonido seco cada cinco pasos, más o menos. Alfred lo siguió, extraordinariamente confuso, preguntándose por qué restaban tiempo de su desesperado intento por liberar el cadáver de un príncipe encarcelado para dedicarlo a una visita real. Se lo habría preguntado a Jonathan, que no se movía de su lado, pero en el pasadizo parecía resonar hasta el menor murmullo y tuvo miedo de que el chambelán lo oyera. Alfred estaba cada vez más desconcertado. Había creído que se dirigirían a los aposentos de la familia real, pero pronto dejaron atrás los salones suntuosos, bellamente decorados. El pasadizo que recorrieron era estrecho, sinuoso, y pronto empezó a descender progresivamente. Las lámparas de gas se hicieron más esporádicas, hasta desaparecer por completo; la oscuridad era intensa y pesada, impregnada de un profundo hedor a descomposición y a moho.

El chambelán pronunció una runa y en el extremo superior de la vara se encendió una luz, pero ésta sólo sirvió para marcar el camino y fue de poca ayuda para iluminar el suelo de roca que pisaban. Por fortuna, éste era liso y estaba libre de obstáculos y el grupo avanzó por él sin excesivas dificultades salvo Alfred, quien tropezó con una minúscula grieta en la roca y cayó de bruces.

—Estoy bien. No os molestéis, por favor —protestó. Con la nariz apretada contra el suelo, tuvo oportunidad de inspeccionar muy de cerca la base de las paredes de roca.

Marcas rúnicas. Alfred parpadeó y miró detenidamente los signos mágicos. Sus pensamientos rememoraron el mausoleo, el túnel construido por su pueblo

muy por debajo de Drevlin, el reino de los gegs en Ariano, y las marcas rúnicas

—

grabadas en el suelo del túnel que, al ser activadas mediante la magia pertinente, se convertían en pequeñas guías luminosas a través de la oscuridad. Allí, en Ariano, los túneles se habían mantenido en buen estado y las marcas rúnicas eran fáciles de ver para quienes sabían distinguirlas. En Abarrach, los signos mágicos estaban borrosos, muchos se hallaban cubiertos de barro y otros habían desaparecido por completo. Hacía mucho tiempo que nadie los había utilizado. Tal vez su uso había caído en un completo olvido, pensó.

—Mi querido señor, ¿te has hecho daño? —El chambelán retrocedió para comprobar su estado.

—¡Levántate! —susurró Tomás—. ¿Qué te sucede?

—¿Eh? ¡Nada, me encuentro bien! —Alfred se puso en pie—. Gracias.

El túnel serpenteaba, confluía con otros, era cruzado por otros más y avanzaba a través, por encima y por debajo de nuevos pasadizos. Cada uno parecía exactamente igual a los demás. Alfred se sentía absolutamente confuso y desorientado y se asombró del chambelán, quien se movía a través del laberinto sin titubeos.

Encontrar el camino habría sido fácil si su guía hubiera avanzado leyendo las marcas rúnicas del suelo, pero el chambelán ni siquiera dirigió la mirada hacia ellas en ningún momento. Alfred, por su parte, no podía verlas en la oscuridad y no se atrevió a atraer la atención sobre él activando su magia, de modo que continuó adelante a ciegas, trastabillando. Sólo sabía que el camino los conducía hacia abajo, siempre hacia abajo, y pensó que aquél era un lugar muy extraño para que la Reina Madre tuviera allí su salón de audiencias...

—

CAPÍTULO LAS CATACUMBAS, ABARRACH

La pendiente se hizo más suave y reaparecieron las lámparas de gas, con su resplandor amarillo. Alfred escuchó la respiración de Jera, ligeramente acelerada de excitación, y notó la tensión de los músculos de Jonathan. Bajo la luz de una lámpara, Tomás parecía casi tan pálido como uno de los muertos vivos, Alfred dedujo de estos indicios que ya estaban cerca de su objetivo. El corazón se le aceleró, las manos le temblaron y apartó con firmeza de su mente la consoladora idea de desmayarse.

El chambelán les indicó que se detuvieran con un gesto imperioso de su vara.

—Esperad aquí, por favor. Os anunciaré. —Se adelantó unos pasos y exclamó—: ¡Conservador! ¡Visitantes para la Reina Madre!

—¿Dónde estamos? —Alfred aprovechó aquel instante para cuchichearle las palabras a Jonathan.

— ¡En las catacumbas! —respondió el duque, con un brillo de alegría y excitación en los ojos.

—¿Qué? —Alfred puso cara de asombro—. ¿Las catacumbas? ¿Donde Haplo y el príncipe...?

—Sí, sí —murmuró Jera.

—Ya te dijimos que sería sencillo —añadió Jonathan.

Alfred advirtió que Tomás no decía nada, sino que se quedaba a un lado, entre las sombras, lejos de la luz de las lámparas de gas.—Por supuesto, tendremos que someternos a esa farsa de visitar a la Reina Madre —murmuró Jera, recorriendo las catacumbas con una mirada de impaciencia, en busca de algún rastro del desaparecido chambelán—. ¿Dónde se habrá metido nuestro guía?

—¿La Reina Madre, aquí abajo? —Alfred estaba totalmente perplejo—. ¿Acaso ha cometido algún crimen?

—

— ¡No, claro que no! —Jonathan lo miró, sorprendido—. Fue una gran dama mientras vivió. Ha sido su cadáver el que ha resultado difícil de tratar.

—¿Su cadáver...? —repitió Alfred con un hilo de voz, apoyándose en la húmeda pared de roca.

—Se entrometía a cada momento —dijo Jera en voz baja—. Sencillamente, no podía comprender que ya no debía ocuparse de las obligaciones regias y su cadáver siempre se entrometía en los momentos más inoportunos. Finalmente, al dinasta no le quedó más remedio que encerrar el cadáver aquí abajo, donde no causara molestias. De todos modos, está muy bien visto acudir a visitarla. Al dinasta le satisface mucho pues, si no otra cosa, al menos ha sido siempre un buen hijo.

—¡Silencio! —intervino Tomás bruscamente—. Ya viene el chambelán.

—Por aquí, si sois tan amables —dijo éste con voz potente.

El estrecho pasadizo y los muros rezumantes de humedad les devolvieron el eco del roce de sus túnicas y de sus pisadas. Un hombre vestido de negro riguroso efectuó una reverencia y se hizo a un lado con gesto respetuoso. ¿Eran imaginaciones suyas, se dijo Alfred, o Tomás y el recién aparecido de la túnica negra intercambiaban una mirada de inteligencia? Alfred empezó a temblar de frío y aprensión.

Llegaron a una intersección en forma de cruz, de la que partían estrechos pasadizos en las cuatro direcciones. Alfred dirigió una breve mirada al corredor de la derecha. A ambos lados se abrían celdas envueltas en densas sombras. Intentó ver algún rastro del príncipe Edmund o, mejor aún, de Haplo. No descubrió nada y no se atrevió a dedicar tiempo a un examen más detenido, pues tuvo la extraña sensación de que los ojos del conservador estaban fijos en él.

El chambelán tomó hacia la izquierda y el grupo avanzó tras él. Doblaron una esquina y se hallaron bajo un charco de luz resplandeciente que casi los cegó después de la penumbra de los pasadizos. Suntuosamente adornada y amueblada, parecía como si la estancia hubiera sido trasladada intacta desde las cámaras reales, salvo los barrotes de hierro de la celda, que echaban a perder el efecto. Tras los barrotes, rodeado de todos los lujos posibles, se hallaba un cadáver de mujer bien conservado, sentado en un trono de respaldo alto y bebiendo aire de una taza de té vacía. El cadáver iba vestido con ropas de hilo de oro y en sus dedos cerúleos brillaban el oro y las joyas. Sus cabellos plateados estaban perfectamente cuidados y peinados.

Una mujer joven, vestida con una sencilla túnica negra, estaba sentada junto al cadáver y mantenía con éste una conversación ficticia. Alfred advirtió con

desconcierto que la segunda mujer estaba viva; allí, la viva estaba al servicio de la muerta.

—Es la nigromante privada de la Reina Madre —le indicó Jera.

A la nigromante se le iluminó la mirada cuando los vio. Con rostro expresivo, se apresuró a ponerse en pie respetuosamente. El cadáver de la Reina Madre miró hacia el grupo e hizo un ademán majestuoso con su mano marchita invitándolos a pasar.

—Esperaré para acompañaros de vuelta, Señorías —dijo el chambelán—. Por favor, no os quedéis mucho tiempo. Su Muy Graciosa Majestad se fatiga con facilidad.

—No queremos distraerte de tus obligaciones —protestó Jera con suavidad—. No te molestes por nosotros. Conocemos el camino de salida.

—

Al principio, el chambelán no quiso ni oír hablar de ello, pero la duquesa era convincente y el duque se mostró descuidado con una bolsa de monedas de oro que, casualmente, fue a caer en las manos del chambelán. Éste los dejó y desanduvo el camino por el pasadizo acompañado de los golpes del bastón de ceremonia. Alfred lo observó alejarse y se fijó en que el chambelán hacía un breve gesto de asentimiento al conservador. El sartán notó un sudor frío. Cada fibra de su cuerpo lo urgía a huir o a desmayarse, o tal vez ambas cosas a la vez.

La mujer joven se había acercado para abrir la puerta de la celda.

—No, querida, no es necesario —le dijo Jera con suavidad.

Los conspiradores permanecieron quietos, esperando a que el sonido de la vara del chambelán desapareciera en la distancia. Cuando dejaron de oírlo, el conservador les hizo una seña.

—¡Por aquí! —susurró, indicándoles que se acercaran.

El grupo avanzó rápidamente, Alfred volvió la vista y advirtió una expresión de amarga decepción en el rostro de la mujer; luego, la vio hundirse de nuevo en su asiento y la oyó reanudar la conversación con el cadáver con voz apagada y sin vida.

El conservador los condujo por el pasadizo opuesto a aquel en que estaba recluida la Reina Madre. El nuevo corredor estaba mucho más a oscuras que el que acababan de dejar atrás. Estaba mucho más oscuro que cualquiera de los que habían recorrido. Alfred apretó el paso junto a Tomás y observó numerosas lámparas de gas en la pared pero, por alguna razón, la mayoría de ellas estaba a oscuras. O bien se habían apagado solas... o bien lo había hecho alguien voluntariamente.

Sólo permanecía encendida una lámpara en el pasadizo. Brillaba a cierta distancia, haciendo aún más densas las sombras, en contraste. Cuando se acercaron, Alfred vio que la luz brillaba encima de un cadáver sentado sobre una losa de piedra. Sus ojos miraban al frente y los brazos le colgaban entre los muslos, flácidos.

—¡Ésa es la celda del príncipe! —dijo Tomás con voz áspera y tensa—. La que está iluminada. Y tu amigo está en la celda contigua —añadió, mirando a Alfred. Jera, impaciente, se lanzó adelante. Jonathan siguió de cerca a su esposa.

Alfred se vio obligado a concentrarse en mantener ambos pies en la misma dirección. Pronto se encontró cerrando el grupo y, de pronto, se dio cuenta de que el conservador, quien momentos antes encabezaba la marcha, se había rezagado

inexplicablemente. También Tomás había desaparecido de la vista. Desde la oscuridad les llegó el rechinar metálico de una armadura. Alfred vio el peligro; lo vio con claridad en su mente, ya que no con los ojos. Tomó aire para lanzar una advertencia, pero se olvidó de vigilar dónde pisaba y los dedos de uno de sus pies tropezaron con el talón del otro. El torpe sartán cayó hacia adelante, se estrelló contra la superficie de piedra y la fuerza del impacto lo dejó sin resuello. El grito que pretendía dar se convirtió en apenas un jadeo, al que siguió un zumbido detrás de él. Una flecha pasó sobre su cabeza, cortando el aire donde Alfred había estado momentos antes.

Mirando hacia adelante y haciendo desesperados esfuerzos por recobrar el aliento, Alfred vio las siluetas de Jonathan y de Jera recortadas contra la luz, proporcionando blancos perfectos para los dardos.

—Jonathan! —exclamó Jera. Las dos siluetas convergieron en una sola forma confusa. Una lluvia de flechas cayó sobre ella.

—

Alfred se sintió una vez más a punto de perder el sentido, como si su mente tratara de sumirlo en aquella reconfortante inconsciencia. Luchó por vencer la sensación que lo envolvía y consiguió articular las runas, pero fue su subconsciente el que puso las palabras mágicas en unos labios que no tenían idea de lo que estaban diciendo.

Un gran peso cayó sobre el sartán, quien se preguntó confusamente si el conjuro habría derribado sobre él el techo de la caverna. Sin embargo, el olor y el contacto de la carne helada y de la fría coraza contra su piel le revelaron que, de nuevo, había conseguido llevar a cabo el conjuro mágico que había hecho poco antes en aquel mundo. Había vuelto a matar a un muerto.

—Jera! —La voz de Jonathan, incrédula y presa del pánico, se convirtió en un chillido—. Jera!

El cadáver del soldado se había derrumbado sobre las piernas de Alfred y éste salió de debajo a duras penas. Un fantasma flotó a su lado, adoptó la forma y las facciones que tenía en vida el cuerpo que había abandonado, y no tardó en alejarse, perdiéndose en la oscuridad. Alfred captó vagamente el ruido de unas pisadas —las pisadas de alguien vivo— que se retiraban con rapidez por el pasadizo y vio al conservador arrodillarse junto al soldado muerto y hablarle en tono imperioso, ordenándole que se pusiera en pie.

Alfred no tenía muy claro qué hacer o adonde ir. Se puso en pie y miró a su alrededor, confuso y aterrado. Unos sollozos entrecortados, desconsolados, lo impulsaron a avanzar en la oscuridad.

Jonathan, de rodillas en el suelo, sostenía a Jera en sus brazos.

Los duques casi habían llegado ante la puerta de la celda del príncipe. La luz de la lámpara de gas de la pared los bañaba y arrancó un reflejo del asta de una flecha, profundamente clavada en el pecho derecho de Jera. La mujer tenía los ojos fijos en el rostro de su esposo y, en el instante en que Alfred llegó junto a la pareja, sus labios se entreabrieron en un suspiro que se llevó su último aliento.

—Se ha puesto delante de mí de un salto —explicó Jonathan entre aturridos sollozos—. La flecha estaba dirigida a mí... y ella se ha interpuesto de un salto. Jera!

El duque sacudió el cadáver como si intentara despertarlo de un profundo sueño. La mano sin vida de Jera se deslizó hasta el suelo. La cabeza se inclinó a

un lado. La hermosa cabellera le cayó sobre el rostro, cubriéndolo como un sudario.

—Jera! —Jonathan la estrechó contra su pecho.

Alfred aún podía oír la voz del conservador intentando reanimar al soldado caído.

—Pero pronto se dará cuenta de que es inútil y llamará a otros guardias. Tal vez sea eso lo que ha ido a hacer ese traidor de Tomás. —El sartán se dio cuenta de que estaba hablando solo, pero no pudo evitarlo—. Tenemos que largarnos de aquí, pero ¿adonde vamos? ¿Y dónde está Haplo?

Como en respuesta al sonido de su nombre, un leve gemido llegó a oídos de Alfred por debajo de los lamentos de Jonathan y de los cánticos del conservador. Cuando miró a su alrededor apresuradamente, el sartán vio a Haplo tendido en el suelo cerca de la puerta de su celda.

Unas runas pronunciadas a toda prisa y acompañadas de unos garbosos gestos de las manos, todo ello efectuado por Alfred sin que interviniera su

—

voluntad, redujeron los barrotes de hierro a pequeños montones de óxido apilados en una perfecta hilera.

El sartán tocó el cuello de Haplo sin encontrarle el pulso. La fuerza vital del patryn parecía haberse agotado y Alfred temió haber llegado demasiado tarde. Con mano temblorosa, volvió el rostro de Haplo hacia la luz y advirtió una vibración en sus párpados. También notó el levísimo roce de su aliento cálido sobre la piel de la mano, que sostenía al patryn muy cerca de sus labios cuarteados y entreabiertos. Haplo estaba vivo, pero por muy poco.

—¡Haplo! —Alfred acercó la boca a su oído y le cuchicheó en tono urgente—.

¡Haplo! ¿Puedes escucharme? —Mirándolo con ansiedad, lo vio asentir en un débil gesto y experimentó una oleada de alivio—. ¡Haplo, dime! ¿Qué te ha sucedido?

¿Es una enfermedad? ¿Una herida? ¡Responde! Yo... —Tomó aire antes de continuar la frase, pero en su mente no había existido nunca la menor duda acerca de su decisión—, yo puedo curarte...—¡No! —Sus labios resecaos apenas podían moverse pero Haplo consiguió articular la palabra; luego, logró juntar fuerzas para añadir en voz alta—: No quiero... deber mi vida... a un sartán.

Tras esto, enmudeció y cerró los ojos. Un espasmo convulsionó su cuerpo y le arrancó un grito agónico.

Alfred no había previsto aquella respuesta y no supo cómo reaccionar a ella.

—¡No, no, nada de eso! ¡Soy yo quien te la debo a ti! —No era un argumento de peso, pero fue lo único que se le ocurrió a la vista de las circunstancias—. ¡Tú me salvaste del dragón! En Ariano...

Haplo tomó aire con un jadeo, abrió los ojos, alargó la mano y asió por la ropa a Alfred.

—Calla y... escucha. Hay una cosa que..., que puedes hacer por mí, sartán.

¡Prométemelo! Júralo!

—Lo..., lo juro —respondió Alfred, sin saber qué más decir. El patryn estaba al borde de la muerte.

Haplo tuvo que hacer una pausa para hacer acopio de las escasas fuerzas que le quedaban. Se pasó la lengua, muy hinchada, por los labios cubiertos de una extraña sustancia negruzca.

—No permitas... que me resuciten. Quema... mi cuerpo. Destrúyelo.

¿Entendido?

Sus ojos se abrieron y miraron fijamente a Alfred. Este movió la cabeza lentamente, en gesto de negativa.

—No puedo dejarte morir.

—¡Maldito seas! —exclamó Haplo con un jadeo. Su mano, sin fuerza, soltó la túnica. Alfred trazó las runas en el aire e inició su cántico. Ahora, el único interrogante, el único temor que albergaba su corazón era si su magia funcionaría en un patryn.

Detrás de él, como un eco de sus propias palabras, oyó que una voz repetía en un murmullo la misma frase, «¡No puedo dejarte morir!», y entonaba unas runas. Concentrado en su magia, Alfred no prestó atención.

—¡Maldito seas! —repitió Haplo.

—

CAPÍTULO LAS CATACUMBAS, ABARRACH

Después del primer encuentro de Alfred con Haplo en Ariano, el sartán se había dedicado en profundidad al estudio de los patryn, el enemigo ancestral. Los antiguos sartán habían sido meticulosos conservadores de documentos y Alfred había podido investigar la enorme cantidad de relatos históricos y tratados que se guardaban en los archivos del mausoleo bajo la isla de Drevlin. Allí había buscado, sobre todo, información sobre los propios patryn y su concepción de la magia. No había encontrado gran cosa, pues los patryn habían tenido gran cautela de no revelar sus secretos a sus enemigos.

Sin embargo, entre todos aquellos textos, uno le había llamado especialmente la atención y ahora, en las catacumbas de Abarrach, le vino a la mente de improviso. No lo había escrito un sartán, sino una hechicera elfa que había mantenido una fugaz relación sentimental con un patryn.

La clave para la comprensión de la magia patryn es el concepto del círculo. Este no sólo rige las runas que tatúan sus cuerpos y el modo en que dichas runas se estructuran, sino que se extiende a todos los aspectos de su vida: la relación entre mente y cuerpo, entre dos personas y entre el individuo y el resto de la sociedad. La ruptura del círculo, sea por heridas en el cuerpo, por la ruptura de una relación privada o por la falta de sintonía social, debe evitarse a cualquier coste. Los sartán y otros que han tenido encuentros con los patryn y son conocedores de sus personalidades ásperas, crueles y dictatoriales, siempre se sorprenden ante la profunda lealtad que sienten esos patryn hacia los de su propia raza (¡y sólo hacia ellos!). Sin embargo, para quienes entienden el concepto del círculo, tal lealtad no es sorprendente. El círculo preserva la fuerza de la comunidad aislándola de aquellos a quienes los patryn consideran inferiores. [Seguían en el texto unas consideraciones de la hechicera, que no vienen a cuento, respecto a su fracasada relación amorosa.]

—

Toda enfermedad o herida que sufre un patryn se considera una ruptura en el círculo establecido entre cuerpo y mente. En las prácticas curativas de los patryn, lo más importante es restablecer el círculo. Esto puede llevarlo a cabo el propio herido o enfermo, o puede encargarse de ello otro patryn. Cabe la posibilidad de que un sartán que entendiese el concepto pudiera llevar a efecto este círculo curativo pero, aun así, parece muy improbable: a) que el patryn lo permitiese y b) que hubiese ningún sartán dispuesto a mostrar tal piedad y compasión hacia un enemigo capaz de revolverse y matarlo sin el menor escrúpulo.

La hechicera mensch no sentía demasiadas simpatías por los patryn ni por los sartán. Cuando había leído el texto por primera vez, Alfred se había sentido un tanto indignado ante el tono de la mujer, convencido de que los sartán eran objeto de una burda e injusta calumnia. Ahora, no estaba tan seguro.

Piedad y compasión... con un enemigo que no mostraría ninguna hacia uno.

La primera vez, Alfred había leído aquellas palabras apresuradamente, sin reflexionar. Ahora, tampoco tenía tiempo para meditar sobre ellas, pero se le ocurrió que la respuesta se hallaba en algún rincón de aquella frase.

El círculo del ser de Haplo estaba roto, resquebrajado. Mediante un veneno, imaginó Alfred al advertir la sustancia negruzca entre sus labios, la lengua hinchada y la evidencia palpable de que el patryn había padecido unos vómitos terribles.

—Tengo que recomponer el círculo, y entonces podré curar al patryn.

Alfred cogió las manos cubiertas de runas de Haplo, la zurda del patryn en la diestra del sartán, la diestra del sartán en la zurda del patryn. El círculo quedó formado. Alfred cerró los

ojos, hizo oídos sordos a todos los sonidos que lo envolvían, apartó de su mente la certeza de que pronto llegarían más guardianes y de que aún estaban en peligro de muerte y, en voz baja, empezó a entonar las runas.

Un intenso calor se adueñó de él; la sangre latió con gran fuerza en sus venas y notó que su interior rebosaba de vitalidad. Las runas transportaron toda aquella energía vital desde su mente y su corazón hasta su brazo izquierdo, hasta la mano, y la notó pasar por sus dedos hasta la mano de Haplo. La piel helada del patryn agonizante recobró el calor al instante. Alfred advirtió, o creyó advertir, que la respiración de Haplo se hacía más firme.

Los patryn poseen la facultad de obstaculizar los hechizos sartán para contrarrestar su poder. Al principio, Alfred temía que ésta fuera la reacción de Haplo. No obstante, o bien el patryn estaba demasiado débil para resistirse a la telaraña de runas que el sartán tejó a su alrededor, o bien su instinto de supervivencia era demasiado poderoso.

Haplo se estaba recuperando pero, de repente, fue Alfred quien se vio atenazado por el dolor. El veneno entraba en su organismo, fluyendo del patryn al sartán, atravesándole las entrañas con cuchillas de fuego. Alfred jadeó, gimió y se dobló por la cintura mientras las náuseas le retorcían el estómago y los intestinos como si fueran a desgarrarlos.

«Un enemigo capaz de revolverse y matarlo a uno sin el menor escrúpulo.»

Una sospecha aterradora descendió sobre Alfred. ¡Haplo lo estaba matando! Al patryn no le importaba morir y estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad de llevarse con él a su enemigo.

—

Pero la sospecha desapareció al instante. Las manos de Haplo, cada vez más cálidas y fuertes, asieron las del sartán con energía, devolviéndole a Alfred toda la vida que podía proporcionarle. El círculo entre los dos quedó definitivamente forjado, auténticamente completado.

Y Alfred supo, con una sensación de abrumadora tristeza, que Haplo no lo perdonaría jamás.

—¡Basta! ¡No! ¿Qué estás haciendo? —gritaba alguien, con voz llena de espanto.

Alfred volvió en sí, despertó de nuevo a su peligrosa situación con un sobresalto. Haplo estaba sentado muy erguido y, aunque pálido y tembloroso, su respiración era normal, su mirada estaba despejada y sus ojos contemplaban fijamente a Alfred con aire de torva enemistad.

Por fin, Haplo rompió el círculo separando sus manos de las de Alfred con una sacudida.

—¿Te..., te encuentras bien? —preguntó el sartán, estudiando a Haplo con aire inquieto.

—¡Déjame en paz! —replicó Haplo. Intentó ponerse en pie, pero volvió a sentarse. Alfred alargó la mano para ayudarlo, pero Haplo lo apartó con brusquedad.

—¡Te he dicho que me dejes en paz!

El patryn apretó los dientes, se apoyó en el lecho de piedra y bajó los pies al suelo. Se disponía a soltarse cuando volvió la mirada hacia el exterior de la celda, por encima del hombro de Alfred. Entrecerró los ojos y se puso en tensión.

Consciente por fin del grito lleno de pánico que había sonado detrás de él, Alfred se volvió rápidamente. Era el conservador quien gritaba, pero lo hacía al duque, no a Alfred.

— ¡Estás loco! ¡No puedes hacer una cosa así! ¡Va contra todas las leyes! ¡Detente, loco!

Jonathan estaba entonando las runas, conjurando la magia sobre el cuerpo de su difunta esposa.

—¡No sabes lo que estás haciendo!

El conservador se lanzó hacia Jonathan e intentó arrastrarlo lejos del cadáver. Alfred lo oyó añadir algo acerca de un «lázaros», pero no entendió a qué se refería el conservador con aquel término incoherente.

Jonathan se quitó de encima al conservador con una fuerza nacida del dolor, de la desesperación y de la locura. El nigromante conservador fue a estrellarse contra una pared, se golpeó la cabeza y cayó derrumbado al suelo. El duque no le prestó la menor atención y tampoco reaccionó al sonido de unos pesados pasos, aún lejano pero cada vez más próximo. Con el cuerpo aún caliente de su esposa apretado contra su pecho, Jonathan continuó cantando las runas mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—Los guardias se acercan —dijo Haplo con voz acerada, cortante—.

Probablemente, sólo me has salvado la vida para que me vuelvan a matar.

Supongo que no se te habrá ocurrido pensar en el modo de salir de aquí, ¿verdad?

Alfred volvió la vista en un gesto involuntario hacia el pasadizo que los había llevado hasta allí y advirtió que el sonido de las botas pesadas procedía precisamente de allí.

—Yo..., yo... —balbució.

Haplo soltó un bufido de mofa y miró al duque con aire torvo.

—

—Está demasiado ido para resultarnos de alguna ayuda.

El patryn se incorporó con cierta vacilación y estuvo a punto de caer de nuevo sobre el lecho de piedra. Con una mirada furiosa, advirtió a Alfred que se mantuviera a distancia. Cuando recuperó el equilibrio, Haplo salió de la celda tambaleándose y observó el pasadizo, que continuaba hasta perderse en unas sombras impenetrables.

—¿Este conducto nos lleva fuera de las catacumbas, o a un callejón sin salida? Si es esto último, estamos atrapados. También puede suceder que nos perdamos en el laberinto de pasadizos. De todos modos, es nuestro único... ¡Eh, hola, muchacho! ¿De dónde sales?

Como si se materializara de la oscuridad, el perro saltó sobre su amo con un ladrido de alegría. Haplo se inclinó para acariciarlo. El perro hizo fiestas, dio vueltas en torno a su amo y le mordisqueó los tobillos en un frenesí de afecto. Los pasos sonaban más cerca, pero parecía que avanzaban más lentamente y Alfred captó unas voces, ininteligibles pero audibles. A juzgar por los retazos de conversación, parecía que los intrusos recelaban de penetrar en las catacumbas y hacer frente a la magia amenazadora del misterioso extranjero.

Haplo dio unas palmaditas en los flancos al perro y dirigió una mirada inquisitiva a Alfred.

—¡Ya sé qué me vas a preguntar! —exclamó el sartán con voz agitada. Se incorporó apresuradamente, evitando la mirada del patryn, y cruzó la estancia hasta donde yacía el conservador, hecho un ovillo en el suelo. Alfred se arrodilló junto al cuerpo inconsciente del nigromante y añadió—: La respuesta es no. No consigo recordar el hechizo que he utilizado para matar al muerto. Lo intento, pero no puedo. Es como lo de mis desmayos: ¡no tengo modo de controlarlos!

—Entonces, ¿qué diablos haces perdiendo el tiempo? —replicó Haplo, airado—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Si supiéramos por dónde...!

—¡Las runas! —Alfred recordó los signos mágicos que había visto durante el descenso y se volvió hacia la pared del pasadizo, que brillaba a la luz de la lámpara. Con mano temblorosa, señaló la parte inferior de la pared y repitió—: ¡Las runas!

—Sí, las runas. ¿Y qué?

—Nos ayudarán a salir de aquí. Yo... ¡Espera!

Los dedos de Alfred siguieron los trazos tallados en la roca, repasaron las espirales y las muescas y los intrincados dibujos. Tocó uno de ellos y pronunció la runa. El signo mágico bajo sus dedos empezó a despedir una suave y radiante luz azulada. El fuego mágico prendió entonces en la runa contigua a la que estaba tocando, y también ésta empezó a emitir un fulgor mortecino. Muy pronto, una tras otra, apareció de la oscuridad una hilera de runas iluminadas que marcaba el pasadizo hasta desaparecer tras un recodo.

—¿Eso nos conducirá fuera? —inquirió Haplo. —Sí —contestó Alfred con confianza—. Es decir... —El sartán vaciló, recordando lo que había visto en los salones de los niveles superiores. Hundió los hombros y añadió—: Siempre que los signos mágicos no hayan sido destruidos o borrados...

—*Derivado del nombre propio, Lázaros. Originariamente, en la antigüedad, el término se utilizaba para referirse a una persona que sufría de alguna enfermedad repulsiva, como la lepra (que era considerada la muerte en vida). En tiempos más*

modernos, después de la Separación, los sartán que practicaban las artes prohibidas de la nigromancia utilizaron la palabra para referirse a aquellos que eran resucitados de entre los muertos demasiado pronto.

—Bueno. Menos es nada... —murmuró el patryn con un gruñido. Las voces procedentes de los pasadizos sonaban más fuertes—. Vámonos. ¡Parece que estén agrupando ahí a todo el condenado ejército! Tú ve delante. Yo llevaré al príncipe. Conociendo a Baltazar, tengo la impresión de que pondrá trabas a que volvamos a la nave si no llevamos con nosotros a Su Alteza.

El nigromante conservador estaba inconsciente, pero vivo. Alfred podía dejarlo allí sin cargos de conciencia. Tras comprobarlo, el sartán corrió al lado de Jonathan y se agachó, sin saber qué hacer o decir para convencer al abrumado duque de que huyera para salvar una vida que, en aquel momento, debía de importarle muy poco.

Empezó a decir algo, se detuvo y reprimió una exclamación.

La magia de Jonathan había dado resultado: Jera tenía los ojos abiertos y miraba a su alrededor. Alfred la vio alzar el rostro hacia su esposo con la mirada cálida y brillante de los vivos. Jonathan alargó la mano para acariciarla pero, en aquel instante, la expresión de la duquesa fluctuó, se difuminó, y dio paso a la mirada fija, fría y vacía de los muertos.

—Jonathan! —murmuró su voz viva con un gemido de dolor—. ¿Qué has hecho?

Y, a continuación, se oyó el eco helado, como salido de una tumba, de una voz que repetía con un gemido: «¿Qué has hecho?».

Una sensación de horror llenó a Alfred. Se echó atrás, tropezó con Haplo y se agarró a él con alivio.

—¿No me has oído? ¡Sigue adelante! —soltó el patryn. Haplo llevaba asido por el brazo al príncipe y el cadáver se dejaba conducir con toda docilidad—. Si el duque no quiere venir, déjalo. No nos es de ninguna utilidad. ¿Qué diablos te sucede ahora? ¡Te juro que...!

Haplo volvió la vista y no terminó la frase. Boquiabierto, contempló la escena. Jonathan se había puesto en pie y ayudaba a su esposa a incorporarse. La flecha seguía alojada en su pecho y la sangre le embadurnaba las ropas. Ambos detalles de la figura se quedaron grabados en la mente de Haplo y de Alfred, pero era su rostro lo que...

—Una vez, en Drevlin, vi a una mujer que se había ahogado —comentó el sartán en un susurro, con una nota de espanto en la voz—. Yacía bajo el agua con los ojos abiertos y el cabello agitado por la corriente. ¡Parecía viva, pero yo supe en todo instante que..., que no lo estaba!

Tampoco la duquesa lo estaba. Alfred recordó la ceremonia que había presenciado en la caverna, recordó los fantasmas situados tras los cadáveres, separados de los cuerpos, distanciados de ellos.

—¿Jonathan? —repitió la voz una y otra vez—. ¿Qué has hecho?

Y el eco espectral: «¿Qué has hecho?».

El fantasma de Jera no había tenido tiempo de liberarse del cuerpo y la mujer estaba atrapada entre dos mundos, el de los muertos y el de los espíritus. La duquesa se había convertido en un lázaro.

—

CAPÍTULO LAS CATACUMBAS, ABARRACH

El conservador recobró el conocimiento y se incorporó entre quejidos. Los pasos de los guardias volvían a resonar y las voces que discutían habían callado. Al parecer, habían recibido órdenes e iban tras los fugitivos.

El cadáver animado del príncipe Edmund miró a su alrededor con el aire desconcertado de quien es despertado de golpe; su fantasma, cerniéndose en el aire junto al hombro de la figura, susurraba incoherencias que sonaban como el ulular de un viento helado. El cadáver de la duquesa constituía una aparición espantosa. Su imagen sufría continuos cambios, disolviéndose por un instante en la de un fantasma serpenteante, para hacerse tangible de nuevo al momento siguiente, bajo la forma de un cadáver pálido y ensangrentado. El duque no podía hacer otra cosa que mirarla; la enormidad de su crimen lo tenía totalmente aturdido. Alfred mostraba una palidez mortal, más acusada que la del cadáver, y daba la impresión de ir a desmayarse en cualquier momento. El perro ladró frenéticamente. Sería más fácil quedarse allí a morir, se dijo Haplo con amargura. Pero no se atrevía a dejar atrás su cuerpo incólume.

—¡En marcha! —ordenó, dando un codazo en las costillas a Alfred sin miramientos—. Yo tengo al príncipe. ¡Vamos!

—¿Qué hay de...? —Alfred no podía apartar la mirada del duque y del horrible espectro de lo que había sido la duquesa.—¡Olvídate de ellos! Tenemos que largarnos de aquí. Se acercan los soldados y, probablemente, el propio dinasta viene con ellos. —Haplo empujó a un reacio Alfred pasadizo adelante—. Kleitus se encargará de los duques.

— ¡Me mandarán al olvido! —chilló el lázaro. «... olvido...», repitió el eco.

El miedo puso en movimiento el cuerpo y el espíritu del lázaro. Haplo echó un vistazo a su espalda bajo la espectral oscuridad azulada, levemente iluminada por las runas, y tuvo la espantosa sensación de que dos mujeres corrían tras él.

—

La huida de Jera hizo reaccionar a Jonathan. El duque corrió tras su esposa. Sus manos avanzaron hacia ella, pero dio la impresión de que no se atrevía a tocarla. Por fin, los brazos cayeron a los costados, sin fuerzas.

Alfred inició un cántico. Las runas de las paredes se iluminaron brillantemente, guiándolos hacia el interior de las catacumbas. La luz azulada rara vez fallaba. Si una fila de signos mágicos de una pared se apagaba o perdía luminosidad, era casi seguro que las runas de la otra pared eran visibles.

Las runas los condujeron cada vez más abajo. El suelo formó una pendiente tan acusada que hacía incómodo el avance. El bloque de celdas quedó atrás muy pronto, igual que las mejoras modernas como las lámparas de gas de las paredes.

— ¡Esta parte... es antigua! —exclamó Alfred, jadeando debido al esfuerzo de tanto correr, trastabillar y tambalearse—. Las runas... están intactas.

—Sí, pero ¿adonde diablos nos conducen? —preguntó Haplo—. ¿No nos llevarán a un pozo, verdad? ¿O de cabeza a un callejón sin salida...?

—Yo... Creo que no.

— ¡Crees que no! —repitió Haplo con aire despectivo.

—Al menos, las runas no guían a nuestro enemigo hacia nosotros —apuntó

Alfred, señalando el camino por el que venían. El pasadizo había quedado engullido por la oscuridad; las runas se habían apagado. Haplo aguzó el oído y no logró captar rastro alguno de las pisadas ni de las voces. Tal vez el estúpido de Alfred había conseguido por fin hacer una a derechas. Y quizás el dinasta había abandonado la persecución.

—Eso, o tiene el suficiente juicio para no acudir aquí abajo —murmuró Haplo. El patryn se sentía mareado e inseguro de sus piernas. Cada respiración le costaba un considerable esfuerzo. Las runas pasaban borrosas ante sus ojos.

—Si pudiera descansar... un rato —sugirió Alfred tímidamente—. Si tuviera un momento para reflexionar...

Haplo no quería detenerse. Le parecía inimaginable que el dinasta permitiera que se les escurrieran de entre los dedos. Sin embargo, era consciente (aunque jamás lo hubiera reconocido) de que no estaba en condiciones de dar un paso más.

—Está bien —accedió, pues. Se dejó caer al suelo, aliviado. El perro se enroscó a su lado y, apretándose contra él, apoyó la cabeza en la pierna de su amo.

—Vigíalos, muchacho —le ordenó éste, moviendo la testuz del animal en un lento arco que abarcó a todos los presentes en el estrecho túnel. El cadáver del príncipe había dejado de avanzar y permanecía firme, mirando al vacío. El cuerpo y el espíritu de Jera se balanceaban inquietos de un lado a otro del pasadizo. Jonathan se derrumbó sobre el suelo de roca y hundió el rostro entre los brazos. No había pronunciado palabra desde el inicio de la huida.

El patryn cerró los ojos y se preguntó, agotado, si tendría energías suficientes para completar el proceso de curación. O si ésta era posible, teniendo en cuenta la potencia del veneno que Kleitus había empleado contra él...

El perro alzó la cabeza y soltó un ladrido seco. Haplo abrió los ojos.

—No te muevas de nuestro lado, Alteza —dijo el patryn.

El cadáver del príncipe, que ya se había alejado unos pasos túnel adelante, dio media vuelta. La expresión de perplejidad de su rostro aparecía reemplazada por una mueca de determinación.

—Vosotros no sois mi pueblo. Debo volver con mi pueblo.

—Te llevaremos con él, pero debes tener paciencia.

—

La respuesta pareció contentar al cadáver de Edmund, que volvió a quedarse inmóvil. Su fantasma, en cambio, se agitó y pareció susurrar algo. El lázaro detuvo su inquieto vagar y volvió la cabeza como si alguien le hubiera hablado.

—¿Es eso lo que deseas? ¡La experiencia no es nada agradable! ¡Fíjate en mí!

—exclamó con voz desgarrada.

«... en mí...», se oyó el eco.

El fantasma del príncipe parecía decidido.

El lázaro levantó los brazos y sus manos ensangrentadas trazaron unas extrañas runas en torno al cadáver de Edmund. El rostro de éste, antes apacible en la muerte, se contrajo de dolor. El fantasma desapareció y la vida brilló en los ojos del cadáver. Sus labios se entreabrieron y formaron unas palabras, pero sólo uno de los presentes escuchó lo que decían.

La figura cambiante de la duquesa se volvió hacia Haplo.

—Su Alteza se pregunta por qué lo ayudas.

Haplo intentó mirar hacia Jera, cruzar su mirada con la del lázaro, pero no

fue capaz. La visión de la sangre, la flecha y aquel rostro cambiante le resultó insoportable, demasiado horrible. Se maldijo por su debilidad, pero mantuvo la mirada fija en el príncipe.

—¿Cómo puede preguntarse nada? Está muerto.

—El cuerpo lo está —respondió el lázaro—. Pero el espíritu sigue vivo. El fantasma del príncipe es consciente de lo que sucede a su alrededor. Hasta este momento no podía hablar, ni actuar. ¡Ésa es la razón de que esta muertevida en la que estamos atrapados sea tan horrible!

«... horrible...»

—Pero ahora —continuó el lázaro con una fría expresión de orgullo en sus horribles facciones— le he concedido, hasta donde soy capaz, el poder de hablar, de comunicarse. Lo he dotado de la facultad de actuar con el cuerpo y el espíritu a la vez.

—Pero... seguimos sin oírlo —apuntó Alfred con un hilo de voz.

—En efecto. Eso se debe a que su cuerpo y su espíritu han estado separados demasiado tiempo. Han vuelto a unirse, pero la unión es dolorosa, como puedes observar. No durará mucho tiempo. Lo contrario que la mía. ¡Mi tormento es eterno!

«... eterno...»

Jonathan exhaló un gemido y se retorció de dolor como el lázaro de su esposa. Alfred pestañeó, incrédulo, y abrió la boca para decir algo. Haplo le dio otro enérgico codazo, advirtiéndole que guardara silencio.

—Su Alteza insiste en la pregunta: ¿por qué le prestas ayuda?

Haplo se volvió hacia el cadáver del príncipe y le respondió lentamente, midiendo con cuidado cada palabra:

—Verás, Alteza: ayudándote a ti, me estoy ayudando a mí mismo. Mi nave...

¿Recuerdas mi nave, príncipe?

El cadáver dio la impresión de asentir.

—Pues bien —continuó Haplo—, mi nave está en la orilla opuesta del mar de Fuego, en el muelle de Puerto Seguro que tu pueblo controla ahora. Yo te conduciré al otro lado d, si tú evitas que tu pueblo me ataque y si me garantizas paso franco hasta la nave.

—

El cadáver permaneció inmóvil. Solamente sus ojos muertos respondieron con un leve destello. La forma cambiante de Jera pareció prestar atención y luego, con un ademán algo despectivo, dijo:

—Su Alteza entiende tu propuesta y accede al trato.

Haplo dijo adiós a sus planes de abandonar al lázaro de la duquesa y al traumatizado esposo de ésta. Jera, o aquel extraño ser en que se había convertido, podía resultarle de extraordinaria utilidad. El patryn alargó la mano y tiró de la túnica de Alfred.

—¿Has descubierto algo? ¿Sabes ya adonde nos conducen las runas?

—Me..., me parece que sí. —Alfred bajó la voz y volvió la vista hacia el lázaro—. Pero ¿te das cuenta? ¡Puede comunicarse con los muertos!

—¡Sí, claro que me doy cuenta! ¡Y Kleitus también lo advertirá, si consigue apoderarse de ella! —Haplo se frotó los brazos. Notaba un escozor, una sensación de ardor, en las runas de su piel—. Esto no me gusta. Se acerca alguien. Nos siguen. Y, sea quien sea, no estoy en condiciones de luchar. Ahora, nuestra

salvación depende de ti, sartán.

—Y yo también te entiendo ahora —continuó diciendo el lázaro. Alfred y Haplo no supieron si se dirigía al príncipe o a la otra mitad de su torturado ser—. Oigo tus palabras de amargura y pesar. Comparto tus lamentaciones, tu desesperación, tu frustración... —El lázaro retorció las manos y alzó más la voz—: ¡Deseas desesperadamente hacerte oír, pero no pueden oírte! ¡El dolor es peor que esta flecha en mi corazón!

La mano de la duquesa agarró el asta de la flecha, la extrajo de su cuerpo de un tirón y la arrojó al suelo. Luego, añadió:

—El dolor que me produjo ésta pasó enseguida. ¡Pero el dolor que me atenaza ahora durará eternamente, no tendrá fin! ¡Ay, esposo mío, deberías haberme dejado morir!

«... deberías haberme dejado morir...», susurró el eco apesadumbrado antes de desvanecerse en el silencio del pasadizo.

—Sé cómo se siente la duquesa —apuntó Haplo con aire sombrío—. Ahora, sartán, préstame atención. Ya habrá tiempo luego para las lágrimas... si tenemos suerte. ¡Las runas, maldita sea!

Alfred apartó a duras penas la mirada del lázaro.

—Sí, las runas —dijo, tragando saliva—. Los signos mágicos nos conducen en una dirección determinada, siguiendo un camino trazado. Si te has fijado, hemos pasado frente a otros pasadizos que se ramifican a partir de éste y las runas iluminadas no nos han llevado por ninguno de ellos. Cuando he invocado las runas, tenía en mente que quería salir de las catacumbas y creo que los símbolos mágicos me conducen hacia el exterior, pero... —Alfred titubeó, con un gesto de inquietud.

—¿Pero...?

—Pero tal vez la salida a la que nos llevan esté justo frente a la entrada principal del palacio —terminó la frase Alfred, abatido.

Haplo exhaló un suspiro y reprimió el intenso deseo de hacerse un ovillo y abandonarse al dolor del veneno. El ardor de las runas de su piel se intensificó. Se puso en pie lenta y penosamente y llamó al perro con un sordo silbido.

—No tenemos más remedio que seguir adelante —proclamó.

—

—Haplo... —Alfred se incorporó también y tomó del brazo al patryn, con gesto inseguro—. ¿Qué has querido decir con eso de que sabes cómo se siente la duquesa? ¿Te refieres a que debería haberte dejado morir?

Haplo apartó el brazo, rechazando el contacto.

—Si lo que quieres es que te agradezca que me hayas salvado la vida, sartán, andas muy equivocado. Al hacerlo, tal vez hayas puesto en peligro a mi pueblo, al tuyo y a todos esos estúpidos mensch que tanto parecen preocuparte. ¡Sí, sartán, deberías haberme dejado morir! ¡Y, a continuación, deberías haber hecho lo que te pedí y destruir mi cuerpo!

Alfred lo miró, perplejo y asustado.

—¿En peligro? No entiendo...

El patryn alzó uno de sus brazos tatuados, lo colocó ante las narices de Alfred e indicó los signos mágicos que le cubrían la piel.

—¿Por qué crees que Kleitus ha optado por el veneno para acabar conmigo, en lugar de utilizar una lanza o una flecha? ¿Por qué el veneno? ¿Para no emplear

armas que pudieran *causar daños en mi piel!*

—¡Sartán bendito! —musitó Alfred, palidísimo.

Haplo soltó una breve carcajada.

—¿Sartán bendito? ¡Ja! ¡Maldita sea tu raza! ¡Vámonos de una vez! ¡Salgamos de aquí lo antes posible!

Alfred reemprendió la marcha, túnel adelante. Los signos mágicos de las paredes se iluminaron a su paso con su suave resplandor azulado. El cadáver del príncipe aguardó al lázaro de la duquesa y le ofreció su mano con aire regio, a pesar del boquete que le atravesaba el pecho.

El lázaro contempló al príncipe muerto y volvió luego la mirada hacia su esposo.

Jonathan tenía la cabeza hundida y se mesaba su larga melena, tirándose de los cabellos con gesto de amarga aflicción.

El ser que había sido su esposa lo miró sin el menor asomo de conmiseración.

Su expresión era fría, impasible, helada como una máscara mortuoria. El fantasma atrapado dentro de aquel cuerpo le infundía vida; una vida terrible que se reflejaba en los ojos muertos del lázaro con un destello amenazador, brusco y espeluznante.

—Son los vivos quienes nos han hecho esto —susurró.

«... nos han hecho esto...», susurró el eco.

El duque alzó el rostro con expresión desolada y los ojos muy abiertos. El lázaro dio un paso hacia él pero Jonathan, encogiéndose, rehuyó la proximidad de aquel extraño ser en que se había convertido su esposa.

Jera lo contempló en silencio. Las dos mitades de su ser se agitaron, separándose, en un intento inútil del espíritu por liberarse de la prisión que significaba su cuerpo. Sin una palabra, el lázaro dio media vuelta y volvió junto al cadáver del príncipe. Sus pies pisaron descuidadamente la flecha ensangrentada que había arrojado al suelo.

Con la mirada desencajada, Jonathan extrajo un objeto de debajo de la túnica y un reflejo metálico centelleó bajo la luz mortecina de las runas.

—¡Perro! ¡Detenlo! —gritó Haplo.

El animal dio un salto, dejando los dientes al descubierto. Jonathan soltó una exclamación de dolor y desconcierto. El puñal que sostenía cayó al suelo con un tintineo. El duque hizo ademán de agacharse a recogerlo, pero el can fue más

—

rápido. Plantado ante el arma, enseñó de nuevo los colmillos con un ronco gruñido. Jonathan dio un paso atrás y se sujetó la muñeca, ensangrentada, de la mano que había empuñado el arma.

Haplo tomó del brazo al duque y lo guió pasadizo adelante, tras los pasos de Alfred. Con un silbido, ordenó al perro que lo siguiera.

—¿Por qué me has detenido? —preguntó Jonathan con voz sorda. Echó a andar tras el patryn, arrastrando los pies y avanzando a ciegas—. ¡Quiero morir!

—¡Precisamente lo que me hace falta: otro muerto! —replicó Haplo con un gruñido—. ¡Apresura el paso!

—

CAPITULO LAS CATACUMBAS, ABARRACH

El pasadizo continuó descendiendo en suave pendiente y las runas iluminaron un camino liso y despejado que parecía conducir directamente a las entrañas de aquel mundo. Haplo recelaba de cualquier iniciativa que tomara Alfred, pero se vio obligado a aceptar que el túnel, aunque antiguo, era ancho y seco y se mantenía en buen estado. El patryn esperó no equivocarse al deducir de ello que había sido diseñado para acoger un tráfico considerable de personas. ¿Para qué, se dijo, podía servir un pasadizo semejante sino para conducir a un grupo numeroso de gente hacia un lugar concreto? ¿Y qué lugar más probable que una salida al exterior? Era una conclusión lógica, pero Haplo se recordó a sí mismo, sombríamente, que con los sartán nunca se sabía...

En cualquier caso, llevara donde los llevase el camino, estaban obligados a seguirlo. No había posible vuelta atrás. El patryn se detenía con frecuencia a escuchar y, últimamente, estaba seguro de reconocer unas pisadas, el estruendo de las corazas y el rechinar de las lanzas y las espadas. Echó un vistazo a sus compañeros de huida. Los muertos estaban en mejores condiciones que los vivos. El lázaro de Jera y el cadáver del príncipe avanzaban por el túnel con paso sereno y decidido. Tras ellos, Jonathan caminaba tambaleándose, sin apenas prestar atención a lo que sucedía a su alrededor y con la mirada fija, llena de horror y confusión, en la figura torturada de su amada esposa. Haplo tampoco se sentía muy bien. Aún tenía el veneno en el organismo y sólo terminaría de curarlo un largo sueño reparador. El fulgor de las runas de su piel era débil, enfermizo. La tarea de poner un pie delante del otro requería de todas sus fuerzas mágicas. Si tenía que hacer frente a algún reto más exigente, las runas parpadearían y se apagarían por completo. Silencioso y vigilante, el perro acompañó a su amo, pegado a sus talones.

El patryn apretó el paso por el túnel y dejó atrás al trío hasta llegar a la altura de Alfred. El sartán cantaba las runas en un murmullo casi inaudible y

—

contemplaba cómo los signos mágicos cobraban vida, flameantes, e iluminaban el camino.

—Vienen tras nosotros —anunció Haplo en voz baja.

El sartán, concentrado en sus runas, no se había percatado de la cercanía del patryn. Al oírlo, dio un respingo, tropezó y estuvo a punto de caer. Lo evitó apoyándose en la pared lisa y seca y dirigió una mirada nerviosa a su espalda. Haplo movió la cabeza.

—No creo que estén muy cerca, aunque no puedo estar totalmente seguro —dijo—. Estos malditos túneles perturban el sonido. Pero ellos tampoco podrán estar seguros de cuál seguimos. Supongo que tienen que detenerse a investigar cada intersección y a mandar patrullas por cada uno de los túneles para asegurarse de que no nos pierden el rastro. —Indicando las runas azules de la pared, añadió—: Esos signos mágicos... ¿no volverán a encenderse para mostrarles el camino, verdad?

Alfred hizo una pausa, meditó la respuesta y, con expresión desconsolada, murmuró:

—Es posible. Si el dinasta conoce los hechizos adecuados...

Haplo también se detuvo y masculló una sarta de juramentos.

—¡Esa maldita flecha!

—¿Qué flecha? —Alfred se pegó a la pared, pensando que se le venía encima una lluvia de dardos puntiagudos.

— ¡La que Su Señoría se ha arrancado del pecho! —Haplo se volvió hacia el oscuro túnel por el que habían llegado hasta allí—. ¡Cuando la encuentren, sabrán que están en el buen camino!

Casi sin saber lo que hacía, dio un paso en aquella dirección.

— ¡No estarás pensando en volver atrás! —exclamó Alfred, presa del pánico—.

¡No encontrarías el camino de vuelta!

De pronto, una idea cosquilleó en la mente de Haplo y éste se preguntó si no sería aquello lo que se proponía, inconscientemente. Lo de ir a recuperar la flecha podía ser una excusa para dar esquinazo al grupo. Los soldados seguirían tras éste, sin duda, El sólo tendría que esconderse hasta que hubieran pasado y, luego, podrían seguir su camino dejando a los sartán a expensas de su merecido destino. La idea era muy tentadora. Sin embargo, dejaba en pie el problema de regresar a la nave, que se hallaba amarrada en territorio hostil.

Por último, Haplo reanudó la marcha junto a Alfred.

—Yo sí que encontraría el camino de vuelta —afirmó con acritud—. Lo que has querido decir con eso es que *tú* no encontrarías el modo..., el modo de cruzar de nuevo la Puerta de la Muerte. Ésa ha sido la razón de que me hayas salvado la vida, ¿no, sartán?

—Por supuesto —respondió Alfred en un susurro cargado de tristeza—. ¿Por qué iba a hacerlo, si no?

—Sí, ¿por qué ibas a hacerlo, si no?

Alfred parecía profundamente absorto en su cántico. Haplo no captaba las palabras, pero vio cómo el sartán movía los labios y las runas iban encendiéndose. La pendiente se había suavizado de forma considerable y el suelo era ahora casi plano, lo cual debía de indicar que estaban llegando a alguna parte. Haplo no estuvo seguro de si aquello era bueno o malo.

—¿No tendrá nada que ver con la profecía, verdad? —preguntó de improviso, atento a la reacción de Alfred.

—

Todo el cuerpo del sartán dio un respingo como si fuera un muñeco movido por un titiritero: irguió la cabeza, alzó las manos y abrió unos ojos como platos.

— ¡No! —protestó—. ¡No, te lo aseguro! ¡No sé nada de esa..., de esa profecía!

Haplo lo estudió detenidamente. Alfred no renunciaba a mentir si se veía obligado a hacerlo, pero era malísimo para ello y soltaba sus mentiras con una expresión ansiosa, suplicante, como si rogara a su interlocutor que le creyese. En aquel momento, el sartán miraba a Haplo y tenía un aire asustado, abatido...

—¡No te creo!

—Lo digo de veras —respondió Alfred con un hilo de voz.

—¡Entonces, eres idiota! —exclamó Haplo, furioso y decepcionado—. ¡Deberías haberles preguntado! Al fin y al cabo, esa profecía fue mencionada en relación contigo.

—¡Razón de más para que no quiera saber nada de ella!

—¡Ésta sí que es buena!

—Una profecía significa que estamos destinados a hacer algo. Es una

imposición, algo sobre lo cual no tenemos elección. Nos priva de nuestro libre albedrío. Con demasiada frecuencia, las profecías terminan cumpliéndose por sí mismas. Una vez que la idea penetra en la mente, actuamos, consciente o inconscientemente, para que se cumpla. Es la única explicación..., a menos que uno crea en un poder superior.

—¡Un poder superior! ¿Cuál? ¿Los mensh? —replicó Haplo en son de burla—. No tengo la menor intención de creer en esa «profecía». Pero estos sartán sí creen en ella y es eso lo que me interesa. Como bien dices —añadió con un guiño—, esa profecía podría «cumplirse por sí misma».

—Tú tampoco sabes a qué se refiere, ¿verdad? —apuntó Alfred.

—No, pero me propongo descubrirlo. De todos modos, no te preocupes. No voy a contártelo. Escucha, duque... —el patryn se volvió hacia Jonathan.

—¡Haplo! —Alfred contuvo el aliento y lo sujetó por el brazo.

—¡No intentes detenerme, te lo advierto...! —Haplo se desasíó.

—¡Las runas! ¡Observa las runas!

Alfred señaló la pared con un dedo tembloroso. Haplo miró a su interlocutor pensando que se trataba de un truco para impedir que hablara con el duque, pero Alfred parecía sobresaltado de verdad. A regañadientes, con cautela, el patryn volvió la vista.

Desde que habían abandonado las mazmorras, los signos mágicos habían ido iluminándose uno tras otro, situados siempre en lo que sería el zócalo de las paredes. En cambio, en aquel punto, abandonaban la parte baja de la pared y subían por ésta hasta formar un arco de brillante luz azul. Haplo entrecerró los párpados para vencer el resplandor y miró más allá del arco de runas. No advirtió otra cosa que oscuridad.

—Es una puerta. Hemos llegado a una puerta —dijo Alfred, nervioso.

—¡Ya lo veo! ¿Adonde conduce?

—No..., no lo sé. Las runas no lo dicen. Pero... creo que no deberíamos avanzar más.

—¿Y qué sugieres que hagamos, entonces? ¿Esperar aquí y presentar nuestros respetos al dinasta?

Alfred se humedeció los labios con la lengua y su cabeza calva se perló de sudor.

—No, no... Es sólo que... En fin, que yo no...

—

Haplo avanzó hacia el arco. Ante su proximidad, las runas cambiaron de color; del tono azulado pasaron a un rojo flameante. Los signos mágicos humearon y estallaron en llamas. El patryn se cubrió el rostro con la mano e intentó seguir avanzando. El fuego rugía y crepitaba; el humo le cegaba los ojos. El aire sobrecalentado le laceró los pulmones. Las runas de sus brazos incrementaron su tono azul en respuesta, pero sus escasas fuerzas no podían protegerlo de las llamas que ya casi le chamuscaban la piel. Haplo retrocedió, respirando entrecortadamente. Atravesar aquel arco le habría costado la vida.

El patryn miró con rabia a Alfred considerándolo, sin ningún motivo, responsable de lo sucedido. Cuando Haplo se retiró, el fuego de las runas se convirtió en un leve resplandor rojo amarillento.

—Son runas de reclusión. No puedes cruzar —dijo Alfred, con la luz de los signos mágicos reflejada en sus ojos desorbitados—. ¡Nadie puede hacerlo! Por

aquí hay otro pasadizo —añadió, y señaló un túnel que se extendía en ángulo recto con el que ocupaban.

Dejaron el arco ardiente, cuyas runas se apagaron hasta quedar de nuevo en completa oscuridad tras ellos, y avanzaron por el nuevo pasadizo. Alfred reinició su canturreo y las runas azules volvieron a iluminarse en la parte baja de las paredes, guiando su avance. Sin embargo, no habían dado ni cincuenta pasos cuando descubrieron que el pasadizo doblaba a la derecha, conduciéndolos de nuevo en la dirección de la que venían. Haplo no se sorprendió al ver que ante ellos se iluminaba otro arco.

—¡Oh, vaya! —murmuró Alfred, afligido—. ¡Pero no puede ser el mismo!

—No lo es —confirmó Haplo con voz sombría.

—Mira, el pasadizo tiene otra salida por ahí...

—...y apuesto a que sólo nos conducirá a otro arco. Puedes ir a comprobarlo, pero...

—Los muertos se acercan —intervino de pronto el lázaro, con sus labios helados en una sonrisa extraña y espectral—. Puedo oírlos.

«... oírlos...», musitó el fantasma.

—Yo también los oigo —asintió Haplo—. El ruido del frío acero.

Miró al sartán. Alfred se encogió contra la pared; a juzgar por su expresión, se diría que hubiese querido fundirse con la roca.

—Runas de reclusión, has dicho. En tal caso, serán para impedir que alguien salga, no para evitar que entre.

Alfred lanzó una mirada trémula y desesperada a los signos mágicos.

—Nadie que se encuentre con estas runas querría entrar, por nada del mundo...

Haplo contuvo una réplica acerba y se volvió hacia Jonathan.

—¿Tienes alguna idea de lo que pueda haber ahí dentro?

El duque alzó hacia él unos ojos vidriosos y miró a su alrededor sin dar muestras de interés. Apenas tenía idea de dónde estaba y, evidentemente, le importaba aún menos. Haplo soltó un juramento en voz baja y se dirigió de nuevo a Alfred.

—¿Puedes romper las runas?

Al sartán le corría el sudor por el rostro. Tragó saliva, movió la nuez y asintió.

—Pero no lo entiendes —dijo con voz temblorosa, casi inaudible—. Estas runas son las más poderosas que es posible conjurar. ¡Tras esa puerta existe algo terrible! ¡No la abriré!

—

Haplo miró fijamente al sartán, midiendo qué sería preciso para forzarlo a actuar. Alfred estaba muy pálido pero tenía un aire resuelto, con los hombros muy erguidos; sus ojos sostuvieron la mirada de Haplo sin pestañear, con inesperada firmeza.

—¡Sea! —murmuró el patryn y, dando media vuelta, echó a andar hacia el arco. Las runas se inflamaron y notó el calor en el rostro y en los brazos. Apretó los dientes y continuó avanzando. El perro soltó un ladrido frenético.

—¡Quieto ahí! —le ordenó su amo, y siguió andando.

—¡Espera! —gritó Alfred en un tono no menos frenético que el del animal—.

¿Qué estás haciendo? ¡Tu magia no puede protegerte!

El calor era intenso. La respiración se hacía difícil. La puerta mágica estaba

en llamas, como un arco de fuego.

—Tienes razón, sartán —asintió Haplo. Entre toses, continuó avanzando con decisión—. Pero el final... será rápido. Y mi cuerpo... —miró atrás— no será de mucha utilidad a nadie cuando esté...

—¡No! ¡No lo hagas! ¡Yo... la abriré! —gritó Alfred entre temblores. Se despegó de la pared con esfuerzo y avanzó hacia el arco de runas arrastrando los pies. Haplo se detuvo, se hizo a un lado y lo miró con una sonrisa calmada y complacida.

—No tienes aguante —murmuró con desdén cuando el sartán pasó lentamente ante él.

—

CAPITULO

LA CÁMARA DE LOS CONDENADOS, ABARRACH

La figura de Alfred, ridícula y desmañada con la túnica negra excesivamente corta, empezó una danza solemne ante el arco en llamas.

Sus pies, incapaces de dar diez pasos sin tropezar, ejecutaron de pronto complicados pasos con una gracia y una elegancia extraordinarias. Su expresión era grave y severa, completamente absorta en la danza, que acompañaba de una cantinela también grave y severa. Sus manos trazaban runas en el aire y sus pies repetían los trazos sobre el suelo.

Haplo lo observó hasta que se dio cuenta de que una parte díscola de su ser se sentía conmovida y fascinada por la belleza de lo que contemplaba.

—¿Cuánto va a durar esto? —inquirió con voz áspera y disonante, interrumpiendo el canturreo.

Alfred no le prestó atención, pero el cántico y el baile terminaron poco después de que Haplo interviniera. La luz roja de las runas de reclusión parpadearon, se difuminaron y terminaron por apagarse. Alfred se sacudió y aspiró profundamente, como si emergiera de aguas profundas. Contempló la luz agonizante de las runas y exhaló un suspiro.

—Ya podemos pasar —anunció, secándose el sudor de la frente.

El grupo cruzó el arco sin novedad, aunque Haplo tuvo que vencer una inesperada y abrumadora sensación de rechazo a entrar, y experimentó un desagradable e intenso escozor en las runas tatuadas en su piel. De haber estado en el Laberinto, habría hecho caso de aquellas advertencias.

Fue el último en pasar bajo el arco, con el perro pegado a sus talones. Las runas volvieron a encenderse casi de inmediato y su fulgor rojizo iluminó el túnel.

—Esto debería detener a quien nos siga; al menos, debería retrasar su marcha. Puede que la mayoría de los sartán haya olvidado la antigua magia, pero no me atrevo a asegurar lo mismo de Kleitus... —Haplo hizo una pausa y frunció el

—

entrecejo. Los signos mágicos en forma de arco despedían su brillo a ambos lados del arco—. ¿Qué significa eso, sartán?

—Estas runas son distintas —respondió Alfred con voz débil y atemorizada—.

Los signos del otro lado estaban estructurados para mantener fuera a la gente.

Estas —se volvió y clavó la vista en el oscuro pasadizo— tienen por objeto mantener algo dentro.

Haplo, cauteloso, se agazapó junto a la pared del túnel. Los patryn no destacaban por su imaginación y su creatividad, pero era preciso muy poco de una y de otra para que Haplo evocara visiones de diversos monstruos terribles que pudieran acechar en las profundidades de aquel mundo.

Y no le quedaban fuerzas ni para enfrentarse a un gato casero enfurecido.

Notó una mirada posada en él y alzó la vista rápidamente. El lázaro de la duquesa lo estaba contemplando. Los ojos del rostro muerto estaban fijos y pasmados, inexpresivos. Pero los del fantasma, que a veces miraban a través de los del cuerpo como una sombra consciente, lo observaban ahora fijamente.

Y su mirada era aciaga, siniestra. Una leve sonrisa curvaba los labios amoratados del lázaro.

—¿Por qué luchar? Nada puede salvarte. Al final, serás uno de nosotros.

El miedo atenazó a Haplo, le comprimió las entrañas y se le clavó en las tripas. No era el miedo cargado de adrenalina del combate, que da al hombre la fuerza que no tiene, la resistencia y la capacidad de sufrimiento que no posee. El temor que experimentaba ahora era el del niño a la oscuridad, el terror a lo desconocido, el miedo debilitador a algo que no entendía y que, por lo tanto, no podía controlar.

El perro, percibiendo la amenaza, emitió un gruñido y se situó entre su amo y el lázaro, con los pelos del cuello erizados. El cadáver bajó sus ojos de mirada malévola, roto su horrible hechizo. Alfred había reemprendido el avance por el túnel, murmurando las runas para sí. Los signos mágicos azules de las paredes volvían a guiarlos hacia adelante. Detrás de él caminaba el cadáver del príncipe Edmund, cuyo fantasma había vuelto a separarse del cuerpo y flotaba tras éste como un velo de seda raído.

Tembloroso y acobardado, Haplo permaneció pegado a la pared, tratando de recuperarse, hasta que la luz de las runas casi se hubo desvanecido. En ese momento, una voz que surgía de la penumbra le puso en dolorosa tensión cada nervio de su cuerpo.

—¿Crees que todos los cadáveres nos odiarán tanto? —Era la voz de Jonathan, desgarrada y angustiada.

Haplo no había estado atento, no había percibido la proximidad del duque.

Tal desliz le habría costado la vida en el Laberinto. Haplo maldijo a Jonathan, y su maldición se extendió a sí mismo, al túnel, al veneno y a Alfred. Agarró al duque por el codo y lo empujó con aspereza pasadizo adelante.

El túnel era ancho y espacioso, con las paredes y el techo secos. El suelo de roca estaba cubierto de una capa virgen de polvo, sin marcas de pisadas o de garras, ni rastros sinuosos como los dejados por serpientes y dragones. Allí no se había producido intento alguno de borrar las runas y éstas brillaban con intensidad, iluminando el camino hacia lo que fuera que les esperaba.

Haplo aguzó el oído y olfateó, palpó y saboreó el aire. Pendiente de las reacciones de las runas tatuadas en su piel, avanzó muy atento a la menor señal de su cuerpo que pudiera advertirle de un peligro.

—

Nada.

Más aún: de no haberle parecido descabellado, el patryn habría jurado que

experimentaba, en realidad, una sensación de paz, de bienestar, que relajaba sus músculos en tensión y calmaba sus nervios exacerbados. El sentimiento era inexplicable, no tenía sentido y, en pocas palabras, aumentaba su irritación. Delante de él no percibía ningún peligro; en cambio, era indudable que sus perseguidores continuaban tras ellos.

El túnel se extendía en línea recta, sin curvas ni recodos, sin otros pasadizos que se bifurcaran de él. El grupo pasó bajo varios arcos, pero ninguno de ellos estaba protegido por runas de reclusión como las que habían encontrado en el primero. Entonces, de pronto, las runas azuladas que los guiaban desaparecieron bruscamente, como si el pasadizo quedara interrumpido por una pared.

Cuando Haplo llegó de nuevo a la altura de Alfred, descubrió que, efectivamente, de eso se trataba. Un muro de roca negra, sólida y firme, se alzaba ante ellos. Sobre su pulida superficie se adivinaban unos trazos borrosos. Runas. Más runas sartán, observó Haplo al estudiarlas en detalle bajo el tenue resplandor de los mágicos signos azulados que los habían llevado hasta allí. Sin embargo, hasta sus ojos inexpertos advirtieron que en aquellas runas había algo raro.

—¡Qué extraño! —murmuró Alfred al contemplarlas.

—¿El qué? —preguntó el patryn, nervioso e impaciente—. Perro, vigila —ordenó al animal. Éste, a un gesto de la mano de su amo, volvió sobre sus pasos para montar guardia en el camino—. ¿Qué es eso tan extraño? ¿Estamos en un callejón sin salida?

—No, no. Aquí hay una puerta...

—¿Puedes abrirla?

—Sí, desde luego. De hecho, un niño podría abrirla con facilidad.

—¡Entonces, busquemos a un niño para que lo haga!

Haplo ardía de impaciencia. Alfred, entretanto, estudiaba la pared con interés científico.

—La estructura rúnica no es complicada; se parece a los pestillos que uno usa en las alcobas o los cuartos de baño de una casa, pero...

—¿Pero qué? —Haplo reprimió el impulso de retorcerle el cuello largo y huesudo—. ¡Déjate de divagaciones!

—Aquí hay dos series de runas. —Alfred levantó un dedo y las señaló—. ¿Te das cuenta ahora, no?

Sí. Haplo reconoció las dos estructuras diferenciadas y se dio cuenta de que era aquello lo que había notado al contemplar la pared.

—Dos series de runas —Alfred parecía hablar consigo mismo—. Una de ellas, parece añadida más tarde..., mucho más tarde, me atrevería a decir, pues los signos están grabados encima de las runas originales.

La frente alta y abovedada del sartán se llenó de arrugas; sus cejas finas y canosas se juntaron en un gesto de pensativa consternación. El perro lanzó un único y sonoro ladrido de advertencia.

—¿Puedes abrir la condenada puerta o no? —repitió Haplo con las mandíbulas encajadas y los puños crispados, conteniendo su irritación.

Alfred asintió con aire abstraído.

—Entonces, hazlo.

—

El patryn lo dijo en un susurro para no hacerlo a gritos. Alfred se volvió hacia

él con expresión desolada.

—No estoy seguro de que deba.

—¿Que no estás seguro? —Haplo lo miró, sin dar crédito a lo que decía—.

¿Por qué? ¿Tan terrible es lo que hay escrito en esa puerta? ¿Más runas de reclusión?

—No —reconoció Alfred, tragando saliva en un gesto nervioso—. Son runas de..., de santidad. Este lugar es sagrado, ¿no lo notas?

—¡No! —mintió Haplo, colérico—. ¡Lo único que noto es el resuello de Kleitus en la nuca! ¡Abre la condenada puerta!

—Sagrado..., santificado. Tienes razón —susurró Jonathan con voz de temerosa admiración. El duque había recobrado algo el color y miraba a su alrededor con asombro, a la defensiva—. ¿Qué lugar es éste? ¿Cómo es que nadie sabía que existía esto aquí abajo?

—Las runas son antiguas, casi de la época de la Separación. Probablemente, los signos mágicos de reclusión mantuvieron a distancia a todo el mundo y, con el paso de los siglos, su existencia cayó en el olvido.

Haplo expulsó de su mente el desagradable pensamiento de que aquellas runas de reclusión habían sido colocadas para impedir que lo que hubiese más allá pudiera cruzarlas.

El perro ladró de nuevo. Volviendo sobre sus pasos, corrió hacia su amo y se plantó a sus pies, tenso y jadeante.

—Kleitus se acerca. Abre la puerta —insistió Haplo—. O quédate aquí y disponte a morir.

Alfred miró hacia atrás con temor. Después, miró adelante con la misma expresión. Exhaló un suspiro y pasó las manos por la pared recorriendo las runas y cantándolas en voz baja. La piedra empezó a disolverse bajo sus dedos y apareció en la pared, más rápido de lo que la vista podía captar, un boquete circundado de runas azuladas.

—¡Atrás! —gritó Haplo. Se pegó a la pared y se asomó con cautela a la oscuridad del orificio, preparado para enfrentarse a unas fauces babeantes, unos colmillos afilados o algo aún peor.

Nada. Sólo una nube de polvo. El perro lo olfateó y estornudó.

Haplo recuperó la compostura y, cruzando la abertura, se sumió en la oscuridad. Casi deseaba que algo saltara sobre él. Algo sólido y real, que el patryn pudiera ver y combatir.

Su pie encontró un obstáculo en el suelo. Lo empujó suavemente con la puntera y el objeto rodó hacia adelante con un sonido hueco.

—¡Necesito luz! —murmuró Haplo volviendo la cabeza hacia Alfred y Jonathan, que permanecían agazapados al otro lado de la abertura.

Alfred avanzó hacia el patryn agachando la cabeza para no golpearse con el quicio de la entrada. Una vez dentro, movió las manos con rápidos gestos y recitó unas runas con una cantinela que produjo dentera a Haplo. Pronto empezó a surgir una luz blanca y suave de un globo recubierto de runas que colgaba del centro de un techo alto en forma de bóveda.

Debajo del globo había una mesa ovalada tallada en una piedra blanca, inmaculada; una mesa que no procedía, con certeza, de aquel mundo. Siete puertas selladas en las paredes de la sala conducían sin duda a otros tantos túneles, parecidos al que habían seguido, que desde diferentes direcciones

—

confluían en aquel lugar. Y todos ellos, sin duda, estarían marcados con las mortíferas runas de reclusión.

Unas sillas, que un día debieron de estar colocadas en torno a la mesa, aparecían derribadas por el suelo, volcadas y desordenadas. Y, en medio de aquel desorden...

— ¡Sartán misericordioso! —exclamó Alfred, juntando las manos con una palmada.

Haplo siguió su mirada. El objeto que había apartado con el pie era un cráneo.

—

CAPITULO

LA CÁMARA DE LOS CONDENADOS, ABARRACH

El cráneo, impulsado por el puntapié, había rodado hasta tropezar con una pila de huesos pelados, donde se había detenido. Más esqueletos y más cráneos, casi demasiados para contarlos, llenaban la cámara. Todo el suelo de la habitación estaba alfombrado de huesos. Perfectamente conservados en la atmósfera sellada, intactos a lo largo de los siglos, los muertos yacían donde habían caído, con las extremidades torcidas en posturas grotescas.

—¿Cómo ha muerto esta gente? ¿Qué los mató? —Alfred miró a un lado y a otro, esperando ver surgir en cualquier momento al responsable de las muertes.

—Puedes tranquilarte —dijo Haplo—. No los atacó nada. Se mataron entre ellos. Y algunos ni siquiera iban armados. Mira esos dos, por ejemplo.

Una mano empuñaba una espada cuya brillante hoja de metal no se había oxidado en aquella atmósfera seca y cálida. El filo mellado del arma yacía junto a una cabeza seccionada y separada de los hombros.

—Un arma, dos cuerpos.

—Sí, pero entonces, ¿quién mató al matador? —inquirió Alfred.

—Buena pregunta —reconoció Haplo.

Se arrodilló a examinar con más detalle uno de los cuerpos. Las manos del esqueleto estaban cerradas en torno a la empuñadura de una daga. La hoja estaba firmemente encajada entre las costillas del propio cadáver.

—Parece que el matador se dio muerte a sí mismo —observó el patryn.

Alfred retrocedió un paso con una mueca de horror. Haplo echó un rápido vistazo a su alrededor y constató que más de uno había muerto de su propia mano.

—Asesinato en masa. —Se incorporó—. Suicidio en masa.

Alfred lo miró, espantado.

—¡Eso es imposible! ¡Los sartán veneramos la vida! ¡Nosotros jamás...!

—¿Igual que jamás habéis practicado la nigromancia? —lo cortó Haplo con brusquedad.

—

Alfred cerró los ojos, hundió los hombros y ocultó el rostro entre las manos.

Jonathan penetró a regañadientes en la estancia y contempló el panorama con aire

perplejo. El cadáver del príncipe Edmund se quedó junto a una pared, impasible, sin demostrar el menor interés. Aquella gente no era su pueblo. El lázaro de Jera se deslizó entre los restos de esqueletos moviendo con rapidez sus ojos muertosvivos. Haplo no perdió de vista a la duquesa mientras se acercaba a Alfred, que se había recostado contra la pared con aire abatido.

—Domínate, sartán. ¿Puedes cerrar esa puerta?

Alfred lo miró con cara angustiada.

¿Qué?

—¡Cerrar la puerta! ¿Puedes hacerlo?

—Eso no detendrá a Kleitus. Ha sabido cruzar las runas de reclusión.

—Al menos, retrasará su entrada. ¿Qué diablos te sucede?

—¿Estás seguro de que quieres que...? ¿De veras quieres... quedarte aquí encerrado?

Con un gesto de impaciencia, Haplo indicó las otras seis puertas de la cámara.

—¡Oh, sí, claro, ya entiendo...! —murmuró Alfred—. Supongo que no sucederá nada...

—¡Supón todo lo que quieras, pero cierra esa maldita puerta! —Haplo dio una vuelta sobre sí mismo, inspeccionando las otras salidas—. Bueno, debe haber algún modo de averiguar adonde conducen. Debe haber alguna indicación...

Un sonido crepitante lo interrumpió; la puerta empezaba a cerrarse.

«¡Vaya, muchas gracias!», se disponía a comentar Haplo con sarcasmo, pero se contuvo cuando advirtió la expresión de Alfred.

—¡No lo he hecho yo! —exclamó el sartán, vuelto con los ojos desorbitados hacia la puerta de piedra que cerraba lenta e inexorablemente la abertura.

De pronto, movido por un impulso irracional, Haplo no quiso verse atrapado en aquel lugar. De un salto, interpuso su cuerpo entre la puerta y la pared.

La maciza puerta de piedra siguió avanzando hacia él.

Haplo la empujó con todas sus fuerzas. Alfred se agarró furiosamente a la puerta con las manos, tratando de hundir los dedos en la piedra.

—¡Usa la magia! —ordenó Haplo.

Con voz desesperada, Alfred gritó una runa. La puerta continuó cerrándose.

El perro se puso a ladrar ante ella frenéticamente. Haplo hizo un intento de detenerla empleando su propia magia y sus manos trazaron unos signos mágicos sobre la puerta que estaba a punto de estrujarlo.

— ¡No servirá de nada! —gimió Alfred dándose por vencido en su intento de detener la puerta—. No hay nada que hacer. ¡Esa magia es demasiado poderosa! Haplo tuvo que darle la razón. En el último momento, cuando ya estaba a punto de quedar aplastado entre la puerta y la pared, saltó a un lado quitándose de en medio. La puerta se cerró con un estruendo sordo que levantó una nube de polvo e hizo vibrar los huesos de los esqueletos.

Bien, se dijo el patryn. La puerta ya estaba cerrada. Era lo que quería, ¿no?

¿A qué venía, entonces, su reacción de pánico?, se preguntó, furioso consigo mismo. Era aquel sitio. La sensación que le producía aquella sala. ¿Qué había impulsado a aquella gente a matarse entre sí, incluso a suicidarse? ¿Ya qué venían las runas de reclusión, destinadas a impedir que nadie entrara o saliera...?

—

Una suave luz blancoazulada empezó a iluminar la cámara. Haplo alzó la

cabeza rápidamente y vio aparecer una serie de runas que formaba un círculo en torno a la parte superior de las paredes de la cámara.

Alfred soltó un jadeo.

—¿Qué sucede? ¿Qué dicen esas runas? —Haplo se dispuso a defenderse.

—¡Este lugar está... santificado! —El sartán soltó una nueva exclamación de asombro y siguió contemplando las runas, cuyo resplandor se hizo más brillante, bañándolos con una potente luz—. Creo que empiezo a entender. «Quien traiga la violencia a este lugar... la encontrará vuelta contra él mismo.» Esto es lo que dicen. Haplo exhaló un suspiro de alivio. Había empezado a tener visiones de gente atrapada en el interior de una sala sellada, muriendo de asfixia, volviéndose loca y poniendo un rápido fin a sus vidas.

—Eso lo explica. Estos sartán empezaron a luchar entre ellos, la magia reaccionó para detener la violencia y el resultado fue el que vemos.

El patryn empujó a Alfred hacia una de las puertas. No importaba adonde condujera; lo único que quería Haplo era salir de allí. Por poco no estrelló al sartán contra la pared de roca.

—¡Ábrela!

—Pero ¿por qué es sagrada esta cámara? ¿A qué está consagrada? ¿Y por qué, si es sagrada, ha de tener una protección mágica tan poderosa?

Alfred, en lugar de concentrarse en las runas de la puerta, dejó vagar la mirada por la estancia. Haplo flexionó los dedos y apretó los puños.

—¡Va a ser sagrada para tu cadáver, sartán, si no abres inmediatamente esta puerta!

Alfred se dispuso a hacerlo con irritante lentitud, palpando la piedra con las manos. Miró con fijeza la roca y murmuró unas runas con voz ininteligible. Haplo se quedó junto al sartán para asegurarse de que no se distraía.

—Es nuestra oportunidad perfecta para escapar. Aunque Kleitus consiga llegar hasta aquí, no tendrá la menor idea de qué camino hemos tomado...

—Aquí no hay fantasmas —intervino la voz del lázaro.

«... no hay fantasmas...», susurró el eco.

Haplo volvió la cabeza y vio al lázaro pasando de un esqueleto al siguiente. El cadáver del príncipe abandonó su posición junto a la entrada y avanzó hasta las inmediaciones de la mesa de piedra blanca situada en el centro de la estancia.

¿Eran imaginaciones suyas, se preguntó Haplo, o el fantasma del príncipe se estaba haciendo más nítido y tangible?

El patryn parpadeó y se frotó los ojos. Era aquella condenada luz. ¡Nada tenía el aspecto que debería!

—Lo siento —dijo Alfred con un hilo de voz—. No quiere abrirse.

—¿Qué significa eso de que no quiere abrirse?

—bebe de tener algo que ver con esas runas. —Alfred hizo un vago gesto hacia el techo—. Mientras su magia está activada, ninguna otra puede funcionar. ¡Claro! ¡Ésa es la razón —indicó en tono complacido, como si acabara de resolver una complicada ecuación matemática—. No querían que los interrumpieran en lo que estaban haciendo, fuera lo que fuese.

—¡Pero fueron interrumpidos! —apuntó Haplo, dando una patada a uno de los cráneos—. A menos que se volvieran locos y se atacaran entre ellos.

—

Lo cual parecía una posibilidad muy real. Tenía que salir de allí. No podía

respirar. alguna fuerza extraña estaba expandiéndose en la sala, dejándola sin aire. La luz era intensa, dolorosa, deslumbrante.

Tenía que salir de allí antes de quedar ciego, antes de asfixiarse. Un sudor húmedo y frío le impregnó las palmas de las manos y le dejó el cuerpo aterido.

¡Tenía que salir de allí!

Empujó a Alfred a un lado y se lanzó contra la puerta sellada, sobre la cual empezó a trazar unas runas. Runas patryn. Estaba frenético; las manos le temblaban de tal manera que apenas podía dar forma a unos signos mágicos que sabía trazar desde que era un niño. Las runas despidieron un fulgor rojizo que se fue amortiguando hasta desaparecer. Había cometido un error. Un error estúpido. Sudoroso, apretó los dientes y empezó de nuevo. Tuvo la vaga sensación de que Alfred intentaba detenerlo. Haplo se lo quitó de encima como habría hecho con una mosca impertinente. La luz blancoazulada seguía aumentando de intensidad y caía sobre él con la fuerza del sol.

—¡Detenedlo! —exclamó la voz chillona del lázaro de Jera—. ¡Nos está dejando!

«... dejando...», les llegó el eco.

Haplo se echó a reír. No iba a poder salir de allí, y lo sabía. Su risa tenía un tono histérico. Escuchó la exclamación de la muertaviva, pero no le prestó atención. Morir. Todos iban a morir...

—¡El príncipe!

La voz de Alfred y el ladrido de alarma del perro llegaron al mismo tiempo y resultaron casi imposibles de distinguir, como si el sartán hubiera dotado de palabras al perro.

Con el cuerpo y la mente entumecidos por el veneno, la fatiga y lo que sólo podía catalogarse de pánico, Haplo advirtió que al menos uno de los miembros del grupo había descubierto una salida.

El cadáver del príncipe se derrumbó sobre la mesa, como si lo hubiese abandonado la magia horrible que lo había mantenido con vida. El fantasma de Edmund estaba alejándose del cuerpo que había sido su prisión con el porte regio y sereno que había poseído en vida y el rostro transfigurado de arrebatado éxtasis. Los brazos del cadáver yacieron laxos sobre la madera. El fantasma levantó los suyos. Dio un paso, avanzando entre la sólida piedra de la mesa como un fantasma de verdad. Dio otro paso y otro más. El fantasma estaba dejando atrás su cuerpo.

—¡Detenedlo! —Las facciones cambiantes del lázaro, en las que se fundían las de la muerta y la viva, miraron a Haplo—. ¡Sin él, nunca recuperarás la nave! En este mismo instante, su pueblo está intentando desmontar la estructura de runas que has colocado en la nave. Baltazar proyecta atravesar navegando y atacar Necrópolis.

—¿Cómo puedes saber tal cosa? —gritó Haplo. Se oyó a sí mismo gritando, pero no pudo evitarlo. Estaba perdiendo el control.

—¡Las voces de los muertos me lo cuentan! —respondió el lázaro—. Los oigo, desde cada rincón del mundo. ¡Detén al príncipe o tu voz se unirá a la suya!

«... tu voz se unirá a la suya...»

Nada de aquello tenía ya sentido. No era más que un sueño desquiciado.

Haplo dirigió una mirada acusadora a Alfred.

—

—¡No! ¡Esta vez no he sido yo quien ha formulado el hechizo! —protestó Alfred, retorciendo las manos—. ¡Pero es cierto! ¡Se está marchando! El fantasma del príncipe, con los brazos abiertos, se deslizó a través de la mesa de piedra aproximándose a su centro. El espíritu se hizo más nítido a los ojos de los testigos, mientras el cuerpo sin vida de Edmund empezaba a deslizarse hacia el suelo. ¿Adonde iba el fantasma? ¿Qué fuerza se lo llevaba?

¿Qué podía hacerlo volver?

—¡Alteza! —exclamó Jonathan, con la voz quebrada de frenética urgencia—.

¡Tu pueblo! ¡No puedes abandonarlo! ¡Te necesita!

—¡Tu pueblo! —añadió el lázaro en tono persuasivo—. Está en peligro.

Baltazar gobierna ahora en tu lugar y conduce a tu pueblo a una guerra que no puede en modo alguno esperar ganar.

—¿Nos puede oír? —preguntó Haplo.

Sí, podía. El fantasma titubeó por un instante, miró a quienes lo rodeaban y la expresión de extasiado asombro se borró de su rostro, sustituida por una mueca de duda y de pesar.

—Parece una lástima hacerlo volver —murmuró Alfred.

Haplo hubiera podido hacer algún comentario sarcástico, pero no tenía energías para ello. Además, se irritó consigo mismo por haber tenido idéntico pensamiento.

—Vuelve con tu pueblo. —El lázaro estaba convenciendo al fantasma para que regresara a su cuerpo, incitándolo con suavidad, como atrae una madre a un niño lejos de los peligros del borde del acantilado donde juega—. Es tu deber, Alteza. Eres responsable de él. Siempre lo has sido. ¡No puedes ser egoísta ahora y abandonarlo cuando más te necesita!

El fantasma perdió consistencia y se difuminó hasta volver a ser el mismo velo borroso de antes. Y, a continuación, se desvaneció. Desapareció por completo. Haplo cerró los ojos con fuerza, pensando de nuevo que la fantasmal luz azul le jugaba una mala pasada. Parpadeó repetidas veces y miró a su alrededor para ver si alguien más lo había visto.

Alfred tenía la mirada perdida en la mesa de piedra blanca. Jonathan ayudaba al cadáver resucitado a ponerse en pie.

¿Alguien se daría cuenta si, en la calle a plena luz del día, un transeúnte no produjera sombra?

—Mi pueblo —murmuró el cadáver—. Debo volver con mi pueblo.

Las palabras eran las mismas; el tono de voz había cambiado. La diferencia era sutil, un cambio en la entonación, en la modulación. No las pronunciaba de memoria, como un autómata, sino que las estaba pensando. Y Haplo se dio cuenta de que el cadáver de Edmund volvía a ser capaz de actuar. Los ojos ciegos volvían a ver. Estaban fijos en el lázaro y en su mirada había una sombra de duda. El patryn supo entonces dónde había ido a parar el fantasma. Una vez más, se había unido al cuerpo muerto del príncipe.

Miró al lázaro y advirtió que éste había apreciado el mismo fenómeno y que no le había gustado.

Haplo no sabía a qué venía aquello, ni le importó. En aquella sala habían sucedido —estaban sucediendo— cosas muy extrañas. Cuanto más tiempo permanecía allí, menos le gustaba la sala. Y ya desde el primer momento le había gustado bastante poco. Tenía que haber algún modo de apagar aquellas condenadas luces azules...

—

—La mesa —dijo Alfred de improviso—. La clave es la mesa.

Se acercó a ella, salvando con cuidado los cuerpos que cubrían el suelo.

Haplo fue con él, manteniéndose a su lado paso a paso.

—¡Y mira esto! —le dijo el sartán—. Los cuerpos que rodean la mesa están vueltos hacia afuera, como si hubieran caído defendiéndola.

—Y son los que iban desarmados —añadió Haplo—. Las runas sagradas, una mesa que esta gente murió por proteger... Si se tratara de mensch, apuntaría que esta mesa es un altar.

Sus ojos se encontraron con los de Alfred y en ambas miradas había la misma pregunta. Los sartán se consideraban dioses. ¿A qué, entonces, podían rendir veneración?

Alfred y el patryn llegaron junto a la mesa. Jonathan la estaba examinando minuciosamente, con aire concentrado, y alargó una mano hacia ella.

—¡No la toques! —exclamó Alfred. El duque retiró la mano al instante.

—¿Eh? ¿Por qué no?

—Las runas que tiene grabadas. ¿No lees lo que dicen?

—No muy bien —Jonathan se sonrojó—. Son muy antiguas.

—Sí que lo son —dijo Alfred en tono solemne—. Su magia tiene que ver con la comunicación.

—¿La comunicación? ¿Eso es todo? —Haplo estaba decepcionado, disgustado. Alfred empezó a descifrar poco a poco el enrevesado mensaje.

—La mesa es antigua. No procede de este mundo. La trajeron del viejo mundo, del mundo separado. La trajeron consigo y la colocaron aquí, debajo del primer edificio que construyeron en este lugar. ¿Con qué propósito? ¿Qué sería una de las primeras cosas que intentarían esos antiguos sartán?

—¡Comunicarse! —apuntó Haplo, estudiando la mesa con más interés.

—Comunicarse, en efecto. Pero no entre ellos en este mundo, pues para eso podían valerse de su magia. Lo que intentaban era establecer contacto con los otros mundos.

—Un contacto que no se produjo.

—¿De veras? —Alfred estudió la mesa y colocó las manos sobre las runas grabadas, sin tocar la piedra, con los dedos extendidos y las palmas hacia abajo—. Supongamos que, al intentar esa comunicación con los otros mundos, entraron en contacto con..., con algo o con alguien que no esperaban...

La fuerza que se nos opone es antigua y poderosa. No puede ser combatida ni aplacada. Las lágrimas no la conmueven, ni la afectan las armas que tenemos a nuestro alcance. Cuando al fin hemos reconocido su existencia, ya es demasiado tarde. Así pues, nos inclinamos ante ella...

Haplo recordó las palabras pero no consiguió concretar dónde las había oído.

En otro mundo. ¿En Ariano? ¿En Pryan? Le vino a la mente la imagen de un sartán, pero Haplo no había hablado nunca con otro sartán que no fuera Alfred, hasta su llegada a Abarrach. Aquello no tenía sentido.

—¿Dicen algo de cómo salir de aquí? —preguntó el patryn.

Alfred captó el tono nervioso de la voz de Haplo y, con expresión grave, respondió:

—Uno de nosotros tiene que intentar la comunicación.

—

—¿Y con quién crees que vas a establecer contacto?

—No lo sé.

—Está bien. Lo que sea, con tal de poner fin a esto. ¡No! Espera un momento, sartán. Yo también quiero participar en ello —dijo Haplo con aire sombrío—. Quiero escuchar lo que tú oigas.

—¿Y tú, Jonathan? —Alfred se volvió hacia el duque—. Tú eres el representante de este mundo.

—Sí, participaré. Tal vez pueda descubrir el modo de ayudar a... —Jonathan dirigió una mirada extraviada hacia su esposa y la frase murió en sus labios—. Sí —repitió por último, en un susurro.

—Yo vigilaré la puerta —apuntó el lázaro de la duquesa, desplazándose hasta colocarse junto a la roca sellada.

—En realidad, no es necesario. —A Alfred le resultaba difícil mirar directamente ajera. Lo intentó varias veces, pero sus ojos seguían desviándose del lázaro, evitando su visión—. Nadie puede penetrar en esta cámara sagrada.

—La última vez, entraron —replicó el lázaro.

«... entraron...», musitó su fantasma.

—¡Lo que dice es cierto! —Alfred se humedeció los labios resecos y tragó saliva.

—Ahora no podemos preocuparnos de eso —intervino Haplo en tono terminante—. ¿Qué hemos de hacer?

—Poned las... ¡hum!, poned las manos sobre la mesa. Ahí tenéis las muescas en la piedra donde tenéis que colocar las manos. Así: con la palma hacia abajo, los dedos separados y los pulgares en contacto. Haplo, asegúrate de que ninguno de tus tatuajes mágicos entra en contacto con la piedra. Pon la mente en blanco...

—¿Quieres que piense como un sartán, no es eso? No me será difícil.

Haplo siguió las instrucciones de Alfred. Con suma cautela, colocó las manos en contacto con la mesa y sus músculos se tensaron involuntariamente, esperando una descarga, una punzada dolorosa o algo parecido. Al tocar la piedra, la notó sólida, fría y tranquilizadora bajo sus manos.

—Os advierto que no tengo idea de lo que pueda suceder —reiteró Alfred mientras posaba sus manos sobre la mesa con gesto nervioso.

Jonathan, situado enfrente de ellos, los imitó.

Alfred empezó a cantar las runas. El duque, tras un momento de titubeo, se unió a él utilizando el lenguaje de sus antepasados con torpeza e indecisión. Haplo permaneció sentado, inmóvil y en silencio. El perro se enroscó en el suelo junto a su amo.

Muy pronto, el único sonido que captaban los tres era la cantinela de Alfred.

Y, poco después, ni siquiera ésta.

El lázaro permaneció junto a la puerta y, en silencio, observó cómo Alfred se derrumbaba hacia adelante sobre la mesa, cómo Haplo posaba la cabeza en la piedra y cómo Jonathan apoyaba la mejilla sobre la superficie blanca y fría de ésta. El perro parpadeó varias veces, soñoliento, y cerró los ojos definitivamente. Entonces, el lázaro dejó oír su voz helada:

—Venid a mí. Seguid mi llamada. No temáis a las runas de reclusión, pues son para los vivos y no tienen poder sobre los muertos. Venid a mí. Venid a esta cámara. Ellos os abrirán la puerta, como la abrieron hace tanto tiempo, e invitarán a entrar a su propia perdición. Son los vivos quienes nos han hecho esto.

—

«... quienes nos han hecho esto...», repitió el eco.

—Cuando no quede nadie con vida —proclamó el lázaro—, los muertos serán libres.

«... libres...»

—

CAPITULO

LA CÁMARA DE LOS CONDENADOS, ABARRACH

... Una sensación de pesar y tristeza embargó a Alfred. Pero, aunque dolorosas, la pena y la desdicha que sentía eran preferibles, con mucho, a la ausencia de sentimientos que había experimentado antes de unirse a aquella hermandad. Antes era un pellejo vacío, una cáscara sin contenido. Los muertos, aquellas espantosas creaciones de quienes empezaban a emplear la nigromancia, tenían más vida que él. Alfred exhaló un profundo suspiro y alzó la cabeza. Una mirada en torno a la mesa le permitió descubrir sentimientos parecidos en las expresiones apacibles de los hombres y mujeres congregados en aquella cámara sagrada.

La tristeza y el pesar no estaban cargados de amargura. Ésta invade a quienes han provocado su propia tragedia como consecuencia de sus malos actos, y Alfred previó un tiempo en que una profunda amargura se extendería entre todo su pueblo, a menos que pudiera curarse de su locura.

Suspiró otra vez. Apenas momentos antes, se había sentido radiante de alegría y la paz se había extendido como un bálsamo sobre el mar de magma en ebullición de sus dudas y temores. Pero tal sensación embriagadora de exaltación no podía durar en aquel mundo. Tenía que volver a afrontar sus problemas y peligros; y, con ello, la tristeza y la pesadumbre.

Una mano surgió de pronto y asió la suya. Era una mano firme, de piel fina y sin arrugas, que le apretaba los dedos con energía; la de Alfred, en cambio, envejecida y apergaminada, apenas tenía fuerza.

—Esperanza, hermano —dijo el joven en tono apacible—. Debemos tener esperanza.

Alfred se volvió a observar al hombre sentado a su lado. El joven tenía unas facciones atractivas, firmes y resueltas, como un buen acero templado en la forja. Ni la menor sombra de duda empañaba su brillante superficie; su hoja estaba esmerilada hasta formar un filo cortante como el de una navaja. El joven le

—

resultaba familiar a Alfred. Tenía el nombre en la punta de la lengua, pero no terminaba de salirle.

—Ya lo intento —contestó, reprimiendo con un parpadeo las lágrimas que, de pronto, le venían a los ojos—. Tal vez sea porque he visto muchas cosas durante mi larga existencia. Ya he conocido antes la esperanza, pero siempre he terminado viéndola marchitarse y morir como los mensch que habían puesto a nuestro

cuidado. Nuestro pueblo se lanza de cabeza hacia el mal como locos de atar corriendo hacia el borde del precipicio con la intención de arrojarse al abismo. ¿Cómo podemos detenerlos? Somos demasiado pocos...

—Nos presentaremos ante ellos —apuntó el joven—. Les revelaremos la verdad...

«... Y nos arrojarán al precipicio con ellos», pensó Alfred. Pero guardó las palabras para sí; prefería que el joven siguiera sumido en sus sueños luminosos mientras fuera posible.

—¿Qué crees que sucedió para que todo saliera tan mal? —preguntó pues, con tristeza.

El joven tenía la respuesta. Los jóvenes siempre la tienen para todo.

—A lo largo de la historia, el hombre siempre ha temido las fuerzas del mundo que no podía controlar. Estaba solo en un universo inmenso en el cual se sentía desamparado. Por eso, en la antigüedad, cuando se descargaba el rayo y retumbaba el trueno, el hombre llamaba a gritos a los dioses para que lo salvaran.

»En un pasado más reciente, empezó a comprender el universo y sus leyes. A través de la ciencia y de la tecnología, desarrolló los medios para controlar el universo. Por desgracia, como el rabino que creó el gólem, el hombre descubrió que no podía controlar su propia creación. En lugar de hacerse con el control del universo, estuvo a punto de destruirlo.

»Después del holocausto, no le quedó nada en que creer; todos sus dioses lo habían abandonado. Entonces, se volvió hacia sí mismo, hacia las fuerzas que tenía dentro de sí. Y descubrió la magia. Con el paso del tiempo, esa magia nos proporcionó más poder del que habíamos obtenido en nuestros muchos milenios de existencia. Dejamos de necesitar a los dioses; nosotros mismos ocupamos su lugar.

—Es cierto, nos consideramos dioses —asintió Alfred, pensativo—. Y ser dioses era una tarea gravosa, una pesada responsabilidad... Al menos, eso era lo que nos decíamos. Era preciso gobernar y controlar la existencia de los más débiles que nosotros, privarlos de su libertad para determinar su camino en la vida, obligarlos a seguir el único camino que *nosotros* considerábamos conveniente...

—¡Y, sin embargo, cuánto nos gustaba nuestro papel! —exclamó el joven.

Alfred replicó, con un suspiro:

—¡Vaya si nos gustaba! ¡Y cuánto nos gusta todavía, cuánto lo anhelamos! Por eso va a ser difícil, muy difícil...

—Hermanos —interrumpió una mujer, sentada a la cabecera de la mesa—. Ya vienen.

Nadie dijo una palabra más. Sólo los ojos se comunicaron. Con la cabeza vuelta, cada cual contempló inquisitivamente a quienes tenía a su alrededor, y recibió de ellos energía y confianza. Alfred vio un destello de decisión y de profunda alegría en los ojos del joven.

—

—¡Que vengan! —exclamó éste de pronto—. ¡No somos avaros decididos a atesorar el oro que hemos descubierto! ¡Que entren y lo compartiremos con ellos de buena gana!

Los demás jóvenes reunidos en torno a la mesa se enardecieron con la arenga del joven. Llenos de ardiente inspiración, asintieron a gritos. Los presentes de más

edad reaccionaron con sonrisas de indulgencia y de pena. Muchos entornaron los párpados para que su amarga experiencia y su desafortunada sabiduría no sofocaran aquella llama luminosa.

Además, pensó Alfred, tal vez eran ellos los que andaban errados. Quizá los jóvenes tenían razón. Al fin y al cabo, ¿por qué les había sido revelado aquello, si no era para divulgarlo...?

Del otro lado de la cámara sellada les llegó un estruendo que indicaba la presencia de mucha gente. Y no era el sonido de unos pasos que avanzaran en orden, disciplinados, sino el estrépito confuso y desordenado de la indisciplina, del caos y el tumulto, de la multitud desenfrenada. Los sartán sentados en torno a la mesa cambiaron de nuevo unas miradas dubitativas.

Nadie podía entrar en la cámara a menos que ellos la abrieran. Sus ocupantes podían quedarse allí encerrados para siempre, recreándose en lo que sabían y guardándolo para ellos solos.

—Nuestro hermano tiene razón —intervino la sartán de más edad, una mujer cuyo cuerpo era menudo y frágil como el de un pajarillo, pero cuyo espíritu indómito y cuya poderosa magia los había conducido a su maravilloso descubrimiento—. Hemos sido unos avaros que ocultábamos nuestra riqueza bajo el colchón, que vivíamos en la pobreza durante el día y sacábamos nuestro oro en la oscuridad de la noche para contemplarlo con codicia antes de devolverlo a su escondite. Como el avaro, que no saca provecho de su oro, también nosotros nos marchitaremos y nos secaremos por dentro muy pronto. Compartir nuestra riqueza no es sólo nuestra responsabilidad, sino también nuestra alegría.

Desactivemos las runas de protección.

Alfred bajó la cabeza. Sabía que aquello era lo que debían hacer, pero temía no ser lo bastante fuerte.

Notó que se cerraba sobre la suya una mano cálida y fuerte que intentaba transmitir la confianza de quien la guiaba.

—Nos escucharán —murmuró el joven con suavidad, exultante—. ¡Es preciso que lo hagan!

La luz blancoazulada, brillante y hermosa, perdió intensidad, se volvió mortecina y se apagó. El alboroto al otro lado de las puertas selladas se hizo de pronto más potente y mucho más siniestro, lleno de gritos y burlas, de cólera y de odio. A Alfred le dio un vuelco el corazón. Su mano, agarrada con fuerza a la del joven, temblaba.

«Tenemos razón. Lo que hacemos es lo correcto», se recordó a sí mismo una y otra vez. Pero ¡ay!, qué difícil resultaba.

Las puertas de roca se abrieron con un crujido. La multitud irrumpió en la estancia y los que venían detrás empujaron a quienes estaban delante para penetrar en su objetivo. Sin embargo, la vanguardia del grupo se detuvo, desconcertada ante la actitud de calma y los semblantes graves y solemnes de los congregados en torno a la mesa. Las multitudes se enardecen con el miedo. Frente a la calma y la razón, suelen empezar a perder parte de su energía.

—

Los gritos enfurecidos se redujeron a murmullos, rotos en ocasiones por la exclamación de alguien, desde las últimas filas de intrusos, exigiendo saber qué sucedía. Los que habían penetrado en la sala con intenciones violentas parecían perplejos, como si buscaran entre ellos a algún líder, a alguien que reavivara la

reconfortante llama de la rabia.

Un individuo se adelantó al grupo. El ánimo de Alfred, reavivado por un palpito de esperanza, volvió a hundirse en la desesperación. El hombre iba vestido de negro. Era, por tanto, uno de los practicantes de las artes nigrománticas, recién descubiertas y hasta entonces prohibidas. El individuo era poderoso, carismático, y se rumoreaba que aspiraba a proclamarse rey.

Abrió la boca pero, antes de que pudiera decir nada, la anciana le preguntó con ligero tono de reproche, contemplándolo como se mira a un chiquillo revoltoso que acaba de interrumpir a sus mayores:

—¿Por qué has venido con tus seguidores a perturbarnos en nuestro trabajo, Kleitus?

—Porque vuestro trabajo es cosa de herejes y hemos venido para ponerle fin

—respondió el nigromante.

—Nuestro trabajo aquí fue determinado por el consejo...

—¡... que ahora lamenta profundamente su decisión! —la cortó Kleitus en tono sarcástico.

Detrás de él sonaron unas voces de aprobación. Ahora, el nigromante sabía que él movía los hilos. O tal vez... Alfred comprendió entonces, en un súbito destello de aterradora lucidez, que Kleitus había estado detrás de todo lo sucedido. Suya era la chispa que había prendido el fuego. Ahora, sólo tenía que soplar sobre los carbones para crear un infierno.

—El consejo os encargó la tarea de establecer contacto con los otros mundos, de explicarles nuestra situación desesperada, el peligro que corremos, y rogarles que nos envíen la ayuda que nos prometieron antes de la Separación. ¿Y cuál ha sido el resultado? Durante meses, no hicisteis nada. Luego, de pronto, os presentáis diciendo tonterías que ni un niño creería...

—Si son tonterías —lo interrumpió la anciana en una voz calmada y armoniosa que contrastaba con el tono estridente y excitado de su acusador—, ¿por qué nos detienes? Déjanos continuar con...

—¡Porque son tonterías peligrosas! —gritó Kleitus. Luego, guardó silencio por unos instantes, tratando de dominarse. Hombre inteligente, sabía que descargar golpes furiosos a diestro y siniestro era tan poco práctico en el duelo verbal como en el combate con espadas de verdad. Su voz, cuando volvió a oírse, había recuperado la compostura—. Porque, por desgracia, algunos entre nuestro pueblo tienen la candidez de un niño. Y porque otros, como ése —la mirada de Kleitus se volvió hacia el joven y los ojos del nigromante se nublaron de ira—, son jóvenes que se han visto atraídos a vuestra trampa por los brillantes señuelos que habéis agitado delante de ellos.

El joven no dijo nada, pero la mano que agarraba la de Alfred aumentó su presión y sus atractivas facciones se hicieron más serenas. ¿Qué relación había entre el joven y Kleitus? No podía ser su hijo, pues Kleitus no tenía edad suficiente para haberlo engendrado. ¿Un hermano menor, tal vez, que había mostrado adoración por el mayor hasta que había descubierto la verdad? ¿El discípulo de un maestro en otro tiempo venerado? Alfred cayó en la cuenta de que ignoraba el nombre del joven. Los nombres no habían tenido nunca importancia para los

—

reunidos en torno a la mesa. Muy adentro, algo le dijo a Alfred que nunca llegaría a conocerlo. Y que ello, por alguna causa, no tendría importancia.

Se sintió más fuerte y consiguió responder a la presión del joven sobre su mano. El joven lo miró con una sonrisa.

Por desgracia, aquella sonrisa fue como arrojar aceite a las ascuas humeantes de Kleitus.

—¡Se os acusa de corromper la mente de nuestros jóvenes! ¡Y ahí está la prueba! —declaró, señalando al joven con dedo acusador.

La multitud se abalanzó hacia adelante. Su cólera rugía como el estruendo de la lava en filtrándose por las grietas del terreno.

La anciana apartó con gesto enérgico la mano de aquellos de sus hermanos que, respetuosamente, intentaron ayudarla y se puso en pie por sus propias fuerzas.

—¡Llévanos ante el consejo, pues! —respondió con una voz que apaciguó la feroz oleada—. ¡Allí responderemos de las acusaciones que se nos formulen!

—El consejo es un hatajo de estúpidos babosos que, en sus desencaminados esfuerzos por preservar la paz, han tolerado vuestras divagaciones durante demasiado tiempo. ¡El consejo me ha entregado el mando!

La multitud lo vitoreó. Kleitus envalentonado, volvió su dedo acusador del joven a la anciana.

—¡Vuestras mentiras heréticas no harán más daño a los incautos!

Los vítores aumentaron de intensidad y se hicieron más siniestros. La multitud volvió a empujar. Las hojas de puñales y espadas brillaron en la sala.

—¡Quien empuñe el acero en esta cámara sagrada verá cómo la punta de su arma se vuelve contra su propio pecho! —amenazó la anciana.

Esta vez fue Kleitus quien alzó la mano y detuvo el avance de sus secuaces. El clamor dio paso a un mar de murmullos. Pero si el nigromante detuvo la amenaza no fue por miedo o por compasión; lo hizo para demostrar su dominio, para dejar claro que podía soltar a su jauría en el momento que quisiera.

—No queremos haceros ningún daño —dijo con aire congradador—. Acceded a presentaros públicamente y confesar que habéis mentido al pueblo. Decidles... — Kleitus hizo una pausa, urdiendo su tela de araña—, decidles que, en realidad, sí os comunicasteis con los otros mundos y que pensabais apropiaros de sus riquezas. En realidad, ahora que lo pienso, es probable que no ande muy desencaminado...

—¡Mentiroso! —exclamó el joven, poniéndose en pie de un salto—. ¡Sabes muy bien lo que hemos hecho! ¡Yo te lo conté! ¡Te lo expliqué todo! Sólo quería compartir contigo... —El joven abrió los brazos y, vuelto hacia los reunidos en torno a la mesa, añadió—: Os ruego que me perdonéis. Yo he provocado todo esto.

—Habría sucedido de todos modos —le contestó la anciana con dulzura—. Sí, habría sucedido de todos modos. Llegamos demasiado pronto... o demasiado tarde. Ocupa otra vez tu lugar en la mesa.

Abatido, el joven se derrumbó en su asiento. Esta vez le tocaba a Alfred ofrecerle consuelo, todo el consuelo que pudiera. Posó la mano en el antebrazo del joven.

«Domínate —le dijo en silencio—. Prepárate para lo que se avecina.

Demasiado pronto..., demasiado tarde. ¡Por favor, que no sea demasiado tarde! Lo único que nos queda es la esperanza.»

Kleitus estaba diciendo algo:

—

—... aparecer en público y denunciaros vosotros mismos como charlatanes. Entonces se determinará el castigo adecuado. ¡Y, ahora, poneos en pie y apartaos de esa mesa! —ordenó con voz fría y chirriante como la puerta de piedra. Varios de sus secuaces avanzaron unos pasos empuñando cinceles y martillos de hierro.

—¿Qué te propones hacer, Kleitus?

El interpelado movió de nuevo el dedo, señalando esta vez la blanca piedra.

—La mesa será destruida para que no conduzca a otros al mal.

—A la verdad, te refieres... —replicó con calma la anciana—. ¿No es eso lo que temes?

—¡Apártate, o sufrirás el mismo destino!

El joven levantó la cabeza y miró a Kleitus, sobrecogido. Hasta aquel instante no había empezado a comprender el terrible plan que había tramado el nigromante. Alfred sintió una profunda lástima por el joven. La anciana permaneció en pie donde estaba, junto a la mesa. Como un solo ser, los hombres y mujeres reunidos en torno a la mesa se incorporaron de sus asientos y la imitaron.

—Pierdes el tiempo y, probablemente también perderás la vida, Kleitus. Puedes silenciar nuestras voces, pero vendrán otros —anunció la mujer—. ¡La mesa no será destruida!

—¿Te propones defenderla? —Kleitus usó de nuevo su tono socarrón.

—Con nuestro cuerpo, no. Con nuestras plegarias. Hermanos, no ejerzáis violencia. No hagáis daño a nadie. Este es nuestro pueblo. No levantéis defensas mágicas, pues no será necesaria ninguna. ¡Te lo advierto de nuevo, Kleitus! —La voz de la anciana se hizo más potente, llena de orgullo—. Esta cámara es sagrada. Quienes traigan violencia a ella...

Se escuchó el chasquido de un arco. Una flecha voló sobre la mesa y se clavó en el pecho de la mujer.

—... sean perdonados —susurró antes de derrumbarse. La blanca piedra se manchó con su sangre roja.

Alfred intuyó un movimiento y se volvió. Un hombre alzó el arco y apuntó el dardo en dirección a él. El rostro del arquero estaba contraído de miedo y de la cólera que éste alimenta. Alfred no podía moverse. No habría sido capaz de trazar una defensa mágica aunque hubiera querido. El arquero tensó el arma, dispuesto para soltar la flecha. Alfred continuó inmóvil, esperando la muerte. No con valentía, se dijo apenado, sino de la forma más estúpida.

Una mano firme, que apareció por detrás del sartán, lo empujó a un lado y Alfred se encontró cayendo...

—

CAPÍTULO

LA CÁMARA DE LOS CONDENADOS, ABARRACH

—¡Maldita sea, sartán! ¿Qué diablos crees que estas haciendo?

Una mano lo agarró y lo sacudió enérgicamente.

Alfred levantó la vista y miró a su alrededor, confuso. Estaba tendido en el suelo y esperaba encontrar los bordes ensangrentados de las túnicas blancas y los pies de la multitud. En lugar de ello, vio un perro plantado a su lado, y a Haplo. Escuchó voces, gritos y un tropel de pisadas. La multitud. Se acercaba. Pero no: los secuaces armados ya habían entrado...

—Es preciso... proteger la mesa... —Alfred pugnó por incorporarse.

—¡No hay tiempo para otro de tus trucos! —exclamó Haplo—. ¿No oyes eso?
¡Los soldados se acercan!

—Sí, la multitud... ataca...

Haplo lo agarró con ambas manos y lo agitó como si quisiera devolverlo a la realidad a sacudidas.

—¡Olvida tu magia, considérala un intento frustrado y concéntrate en cómo nos vas a sacar de aquí!

—No entiendo... ¡Por favor! ¡Dime qué sucede! ¡Yo..., yo...! ¡No lo entiendo, de veras!

El patryn, siempre atento a la puerta, apartó las manos de la túnica de Alfred con un gesto de exasperación.

—No me sorprende, tratándose de ti. Está bien, sartán. Parece que durante la representación que has escenificado para tu provecho...—Yo no...

— ¡Calla y escucha! Nuestra duquesa ha conseguido de algún modo amortiguar las luces sagradas y activar las runas que abren esa puerta. Y tú vas a hacer lo mismo con los signos mágicos de esa puerta de ahí —Haplo indicó otra de las puertas, situada en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a la primera—, cuando yo te dé la orden. ¿Crees que estarás en condiciones de andar?

—

—Sí —contestó Alfred con ciertas dudas. Se sostuvo en pie con dificultad, inseguro y mareado, y puso la mano en la mesa para apoyarse. Seguía confuso, como si estuviera en dos lugares al mismo tiempo, y experimentó una profunda resistencia a abandonar el de aquel joven y de la anciana, a pesar del peligro. La abrumadora sensación de paz y... y de haber encontrado algo largo tiempo buscado... y que ahora volvía a perder.

—No sé por qué lo pregunto —masculló Haplo con una mirada de cólera—. Si apenas puedes caminar como es debido desde que te conozco. ¡Y agáchate, maldita sea! ¡No me sirves de nada, con una flecha clavada en la cabeza! ¡Y, si se te ocurre desmayarte, te dejo aquí!

—¡No voy a desmayarme! —declaró Alfred con aire digno—. Y mi magia es ahora lo bastante poderosa como para protegerme de..., de un ataque —añadió, vacilante.

«Hermanos, no ejerzáis violencia. No hagáis daño a nadie. Este es nuestro pueblo. No levantéis defensas mágicas.»

«Hice lo que la anciana me dijo. Allí no tenía defensas mágicas. Haplo lo vio. ¡Sí, lo vio, porque estaba allí conmigo! ¡Estaba a mi lado! ¡Haplo vio lo mismo que yo! Pero... ¿qué es lo que vimos?»

Al otro lado de la puerta se escuchó una voz potente. Sonaba distante, pero el clamor de los soldados muertos se convirtió en un susurro.

—Es Kleitus —anunció Haplo en tono sombrío—. ¡Tenemos que darnos prisa!

—Empujó al sartán hacia adelante y lo condujo entre el amasijo de huesos sembrados por el suelo, llevándolo a rastras cuando Alfred tropezaba.

—Jonathan! —Alfred trató de volver la cabeza para localizar al duque.

—Yo me ocupo de él —dijo una voz.

El cadáver del príncipe Edmund venía tras ellos, conduciendo a un joven duque que parecía perplejo, estupefacto.

—El hechizo que obraste en él dio resultado —apuntó Haplo en tono irónico—. ¡El pobre idiota no tiene idea de dónde está!

—¡Yo no he obrado ningún hechizo! —protestó Alfred—. Y tampoco...

—Cierra la boca y sigue moviéndote. Guarda el aliento para activar las runas de la puerta.

—¿Qué hacemos con Jera...?

El lázaro de la duquesa se hallaba cerca de la puerta abierta. Los ojos del cadáver miraban fijos al frente; su espíritu rondaba en las inmediaciones del cuerpo, observando al grupo desde su atalaya, unas veces, o a través de los ojos del cadáver, en otras. Los labios muertos formaron palabras y Alfred las oyó. Y se dio cuenta de que las había estado oyendo desde el mismo instante en que había despertado de la visión.

—Los vivos nos tienen prisioneros. Somos esclavos de los vivos. Cuando no existan más los vivos, seremos libres.

«... seremos libres...», susurró el eco.

—¡Sartán bendito! —Alfred se estremeció.

—Sí —dijo Haplo, conciso—. Está invocando a los muertos a su lado. Tal vez Kleitus la ha sometido a algún hechizo...

—No —intervino el cadáver del príncipe Edmund—. No es ningún hechizo.

Ella ha visto lo mismo que yo, pero no ha entendido...

«¡El cadáver lo ha visto! ¡Y yo también lo he visto, sólo que no lo he visto!», se dijo Alfred. Dirigió una mirada de añoranza hacia la mesa. Fuera de la cámara, se

—

escuchaban unas órdenes y un rumor de pisadas. Sólo tenía que activar las runas para abrir la puerta. La luz sagrada había desaparecido y, ahora, la puerta obedecería a su magia. Pero las palabras se le atascaron en la garganta y la magia giró vertiginosamente en su cabeza. Si pudiera quedarse, si pudiera pasar un poco más de tiempo allí, recordaría...

— ¡Hazlo, sartán! —le susurró Haplo entre dientes—. ¡Si Kleitus me captura con vida, nosotros..., nuestros pueblos y nuestros mundos estamos perdidos!

Dos fuerzas tiraban de Alfred en direcciones opuestas. La esperanza de su pueblo y la perdición de su pueblo: ¡ambas allí, en aquella cámara! Si se marchaba, perdería una para siempre. Si no lo hacía...

—Mira qué hemos encontrado, Pons. —La figura vestida de negro del dinasta llenó la entrada y la figura más pequeña de su ministro asomó a su lado—. Tienes ante ti la Cámara de los Condenados. Sería interesante averiguar cómo han dado con ella estos desgraciados, y cómo han hecho para salvar las runas de reclusión. Pero, por desgracia, no podemos permitirles que vivan el tiempo suficiente para contárnoslo.

—¡La Cámara de los Condenados! —Pons pronunció las palabras en un susurro, como si fuera casi incapaz de hablar. El ministro del dinasta contempló la sala, los cuerpos que cubrían el suelo y la mesa de piedra blanca—. ¡Es real! ¡No es una leyenda!

—Claro que es real. Y también su maldición. ¡Soldados! —Un gesto de Kleitus hizo que un grupo de guerreros muertos, tantos como podían cruzar la puerta, se pusieran en movimiento—. ¡Matadlos!

«Hermanos, no ejerzáis violencia. No hagáis daño a nadie. Este es nuestro pueblo.. No levantéis defensas mágicas.»

Alfred movió las manos para formar las runas que abrirían la puerta, pero la voz de la anciana resonó en sus oídos impidiéndole completar la estructura

mágica. Tuvo una vaga conciencia de la presencia >de Haplo a su lado. El exhausto patryn se disponía a luchar, no ya por su vida sino para asegurarse de que su cuerpo resultara inútil a su perseguidor.

Pero los soldados rito atacaron.

—¿No habéis oído Ja orden? —exclamó Kleitus, furioso—. ¡Matadlos!

Los guardias muertos permanecieron con las armas levantadas, las flechas apuntadas y las espadas desenvainadas, pero no atacaron. Sus fantasmas, apenas visibles, se agitaron como si los moviera un viento cálido. Alfred casi apreció el aliento de sus agitados cuchicheos en la mejilla.

—No te obedecerán —declaró el lázaro de la duquesa—. Esta cámara es sagrada. La violencia se volverá contra quien la use.

«... quien la use...»

Kleitus se volvió. Entrecerró los ojos y frunció el entrecejo hasta juntar las cejas al contemplar el horripilante aspecto de la mujer. Pons soltó una exclamación y rehuyó su proximidad, tratando de ocultarse entre la tropa de cadáveres.

—¿Cómo sabes qué piensan los muertos? —preguntó el dinasta, estudiando detenidamente al lázaro.

«¡Las runas! —se dijo Alfred, frenético, mientras volvía a trazarlas mentalmente—. Sí, sí.» Los signos mágicos de la puerta se iluminaron y empezaron a despedir un suave fulgor azul.

—

—Puedo comunicarme con ellos. Entiendo sus pensamientos, sus necesidades, sus deseos.

—¡Bah! ¡Los muertos no piensan nada, no necesitan nada ni desean nada!

—Te equivocas —declaró el lázaro con una voz hueca que bañó el rostro de Pons en una capa de sudor—. Los muertos quieren una cosa: su libertad. ¡Y obtendremos esa libertad cuando nuestros tiranos hayan muerto!

«... tiranos hayan muerto...»

—Fíjate bien en esto, Pons —dijo Kleitus con una sonrisa atroz, fingiendo hablar en tono despreocupado, aunque en realidad estaba esforzándose por dominar el temblor de su voz—. La duquesa se ha convertido en un lázaro. Eso es lo que sucede cuando los muertos son resucitados demasiado pronto. ¿Entiendes ahora la sabiduría de nuestros antepasados al enseñarnos que el cuerpo debe dejarse en reposo hasta que el fantasma lo haya abandonado por completo? Tendremos que experimentar con ese cadáver. Los libros apuntan que, en estos casos, debe «matarse» otra vez el cuerpo. Aunque no estoy muy seguro... —El dinasta hizo una pausa; luego, se encogió de hombros—. Pero ya tendremos tiempo para estudiarlo más adelante. ¡Guardias, apresadla!

En los gélidos labios amoratados apareció aquella leve sonrisa terrible. El lázaro empezó a canturrear y los vaporosos fantasmas que se cernían en torno a sus cadáveres desaparecieron de pronto. Los ojos muertos de los cadáveres cobraron vida. Los brazos muertos se alzaron. Las manos muertas empuñaron las armas, pero no contra el lázaro. Los ojos muertos se volvieron hacia Kleitus y hacia el Gran Canciller. Los ojos muertos se volvieron hacia los vivos.

Pons cerró los dedos en torno a la túnica negra del dinasta.

— ¡Majestad! ¡Es esta cámara maldita! ¡Salgamos! ¡Sellémosla! ¡Dejémoslos a todos atrapados aquí dentro! ¡Por favor, Majestad!

Las runas que invocaba Alfred brillaban ya con gran intensidad. La puerta empezó a abrirse con su sonido chirriante. ¡Por fin había hecho algo como era debido!

—Haplo...

Intuyó un movimiento y se volvió.

Kleitus había cogido un arco de manos de un guardia.

Un hombre alzó el arco y apuntó el dardo en dirección a él. El rostro del arquero estaba contraído de miedo y de la cólera que éste alimentaba. Alfred no podía moverse. No habría sido capaz de trazar una defensa mágica aunque hubiera querido.

—¡No ejerzáis violencia!

El arquero tensó el arma, dispuesto para soltar la flecha. Alfred continuó inmóvil, esperando la muerte. No con valentía, se dijo apenado, sino de la forma más estúpida.

Una mano firme, que apareció por detrás del sartán, lo empujó a un lado y

Alfred se encontró cayendo...

La sala se llenó de una luz roja cegadora que laceraba los ojos y abrasaba el cerebro con su fuego. Alfred se encontró en el suelo, arrastrándose a gatas, avanzando a tientas entre piernas que tropezaban con él y le pasaban por encima. Junto a él, pegado a su costado, notó el cuerpo cálido del perro. Una mano lo agarró por el cuello de la túnica y tiró de él hasta ponerlo en pie. Una voz áspera le gritó al oído: «¡Ahora estamos en paz, sartán!», y aquella misma mano lo empujó

—

hacia la puerta, la cual, a juzgar por el sonido rechinante, empezaba a cerrarse de nuevo.

—¡Corre, maldita sea!

Alfred corrió, tambaleándose. Avanzó entre llamas y un humo espeso. A su alrededor, todo era presa de las llamas: el príncipe Edmund, Jonathan, Haplo, el perro, las paredes de roca, el suelo de piedra, la puerta... Todo ardía, se consumía...

Haplo cruzó la abertura de un salto y tiró de Alfred. El sartán notó el peso de la puerta comprimiéndolo, a punto de aplastarlo, pero incluso en aquel instante su corazón siguió dividido. Estaba dejando atrás algo maravilloso, de inmenso valor, algo...

— ¡... sólo cuando los vivos estén muertos! —exclamó la voz del lázaro.

Alfred volvió la mirada hacia el ardiente resplandor. Bajo la luz deslumbrante, vio el destello rojo de una hoja de acero en la mano muerta de la duquesa. Y vio cómo el puñal se hundía hasta la empuñadura en el pecho de Kleitus.

El grito de furia del dinasta se transformó en un alarido de dolor.

El lázaro extrajo el puñal ensangrentado y volvió a clavarlo.

Kleitus lanzó un quejido agónico, se agarró a la duquesa e intentó arrebatarle el arma de la mano. El lázaro lo acuchilló de nuevo y los soldados muertos se sumaron al ataque. El dinasta cayó al suelo y desapareció bajo el torbellino de manos, bajo el filo de las espadas y la punta de las lanzas.

Alfred notó un tirón que casi le desencajó el brazo y fue a parar de cabeza contra Haplo. Simultáneamente, escuchó un grito de súplica cortado de raíz en un barboteo agónico. El Gran Canciller, pensó.

La puerta terminó de cerrarse. Pero todos los presentes en el oscuro túnel escucharon la voz del lázaro de Jera, bien a través de las paredes o bien surgiendo

en sus corazones.

—Y ahora, dinasta, te enseñaré el auténtico poder. El mundo de Abarrach nos pertenecerá a nosotros, los muertos.

Y a su eco:

«... los muertos...»

La voz del lázaro aumentó de intensidad, entonando las runas de la resurrección.

—

CAPÍTULO

LAS CATACUMBAS,

ABARRACH

Los ojos de Alfred se adaptaron poco a poco a la oscuridad del túnel. Una oscuridad que no era absoluta, como había temido el sartán cuando había penetrado en ella deslumbrado por la brillante luz de la cámara, sino que estaba teñida de un resplandor rojizo, mortecino, reflejo de una lu que brillaba al fondo de un pasadizo de paredes lisas y bruñidas. A juzgar por la luz y el calor, no debían de estar lejos de un lago de magma. Alfred se volvió para preguntar a Haplo si quería que activara las runasguía y descubrió al patryn caído en el suelo.

Preocupado, se apresuró a volver junto a él.

El perro estaba plantado junto a su amo, con los dientes al descubierto y un gruñido de advertencia en la garganta. Alfred intentó razonar con el animal.

—Sólo quiero ver si está herido. Puedo ayudarlo... —y avanzó otro paso con la mano extendida hacia Haplo.

El perro entrecerró los ojos y echó las orejas hacia atrás. Sus gruñidos se hicieron más roncós. *Hemos compartido buenos momentos*, parecía decirle el animal. *Creo que eres un buen tipo y lamentaría verte sufrir algún mal, pero si acercas un poco más esa mano vas a llevarte un buen mordisco.*

Alfred se apresuró a retirar la mano y retrocedió un paso. El perro siguió observándolo, muy atento.

El sartán miró a Haplo por encima del lomo del animal, inspeccionó a distancia al patryn y llegó a la conclusión de que, después de todo, no estaba herido sino profundamente dormido. Aquello era el colmo de la valentía o de la insensatez; Alfred no pudo determinar cuál de las dos cosas.

Pero tal vez sólo era, en realidad, una muestra de sentido común. Le pareció recordar algo respecto a que los patryn poseían la facultad de curarse y recuperarse mediante el sueño. Pensándolo bien, también él estaba molido.

Aunque habría podido seguir corriendo, impulsado por el terrible espanto de lo que acababa de presenciar en la cámara, hasta caer al suelo de puro agotamiento. Tal

—

como estaban las cosas, lo mejor sería, probablemente, descansar y conservar sus fuerzas para lo que pudiera aguardarles más adelante. Dirigió una mirada nerviosa y temerosa hacia la puerta sellada y preguntó en voz alta, no muy seguro de a quién dirigía sus palabras:

—¿Estaremos..., estaremos a salvo aquí dentro?

—Más que en ningún otro lugar de esta ciudad condenada —respondió la voz

del príncipe Edmund.

El cadáver parecía más vivo que los vivos. Una vez más, el fantasma había abandonado el cuerpo, pero los dos parecían actuar al unísono. En esta ocasión, sin embargo, era como si la sombra fuera el cuerpo.

La mirada compasiva de Alfred se volvió hacia Jonathan. El duque, perdido en una visión arrobadora, había cruzado la puerta de la cámara conducido, como si fuera un niño, por el príncipe; la fría mano del cadáver aún apretaba entre sus dedos la de Jonathan, no mucho más cálida.

—¿Qué le sucede? ¿Se ha..., se ha vuelto loco?

—El duque vio lo que tú viste. Pero, a diferencia de ti, continúa viéndolo.

Testigo de aquella trágica carnicería de antaño, Jonathan parecía ajeno al terror que lo rodeaba en el presente. Ante la suave orden del cadáver, se sentó en el suelo de piedra. Sus ojos seguían contemplando escenas del pasado. De vez en cuando, soltaba un grito o gesticulaba con las manos como si tratara de ayudar a alguien invisible.

El fantasma del príncipe Edmund era claramente visible en la oscuridad como una sombra a la inversa: una luminosa silueta blancoazulada de un cadáver envuelto en sombras.

—Aquí estaremos a salvo —repitió—. Los muertos tienen ahora asuntos más urgentes de que ocuparse; no vendrán tras nosotros.

Alfred se estremeció ante su tono de voz, sombrío y solemne.

—¿Asuntos? ¿A qué te refieres?

El fantasma volvió sus ojos brillantes hacia la puerta de piedra.

—Ya la oíste: «Sólo seremos libres cuando los tiranos hayan muerto». Se refiere a los vivos. A todos los vivos.

—¿Van a matar a...? —Alfred dejó la frase a medias, pasmado. Su mente rechazó la suposición—. ¡No! ¡Es imposible! —exclamó, pero recordó las palabras del lázaro y la expresión de aquel rostro que, a veces, estaba muerto y, a veces, espantosamente vivo.

—Tenemos que avisar a la gente —murmuró, aunque la mera idea de obligar a su cuerpo débil y cansado a continuar la marcha era suficiente para hacerlo llorar. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo agotado que estaba.

—Demasiado tarde —respondió el fantasma—. La matanza ya ha comenzado y, ahora que Kleitus se ha sumado a las filas de los muertos, continuará sin tregua. Como ha dicho Jera, el dinasta descubrirá ahora el auténtico poder. Un poder que puede ser suyo eternamente. La única amenaza para Kleitus son ahora los vivos, y ya se ocupará de que tal amenaza no siga existiendo mucho tiempo más.

—Pero ¿qué pueden hacer los vivos frente a él? —preguntó Alfred, estremeciéndose ante sus horribles recuerdos—. ¡Kleitus está..., es un muerto!

—No obstante, no hace mucho que tú formulaste un hechizo que hace morir a los muertos —replicó el príncipe—. Si tú has sido capaz de ello, también podría hacerlo otro y Kleitus no puede correr el riesgo. Y, aunque no fuera así, el lázaro

—

de la duquesa perseguiría y mataría a los vivos por puro odio. Ahora, tanto Jera como Kleitus comprenden lo que los vivos han hecho a los muertos.

—Pero ¿y tú? —inquirió Alfred, y miró al fantasma con desconcierto—.

También has dicho que comprendías lo sucedido, pero en ti no percibo odio sino

sólo una profunda pena.

—Tú estabas allí. Has visto lo que sucedió.

—Lo he visto, pero no lo he entendido. ¿Me lo explicarás?

De pronto, al fantasma se le nubló la vista como si hubiera cerrado unos párpados invisibles.

—Mis palabras son para los muertos —dijo—, no para los vivos. Sólo quienes busquen hallarán.

—¡Pero yo estoy buscando! —protestó Alfred—. ¡Deseo sinceramente conocer y comprender...!

—Si lo que dices fuera verdad, lo entenderías —replicó el príncipe.

Jonathan soltó un quejido espantoso, se llevó las manos al pecho y se encogió hacia adelante, retorciéndose de dolor. Alfred corrió a su lado.

—¿Qué le ha sucedido? —murmuró con un jadeo, volviendo la cabeza hacia el cadáver de Edmund—. ¿Nos ataca alguien?

—No es un arma de nuestros días lo que lo ha herido, sino una espada del pasado. El duque aún revive la escena de lo que sucedió en ese pasado. Será mejor que lo despiertes, si puedes.

Alfred dio la vuelta al cuerpo de Jonathan y observó sus labios amoratados y apretados, sus ojos desorbitados. Le tocó la piel húmeda y fría y apreció los latidos irregulares de su corazón. El duque estaba tan sumido en el hechizo que parecía capaz de morir de la conmoción que le producían sus visiones. Sin embargo, tal vez fuera aún peor tratar de despertarlo. Alfred miró por un instante al dormido patryn y contempló la expresión apacible de su pálidas facciones, de las cuales habían desaparecido las arrugas de dolor y agotamiento.

Dormía. O, como lo habían denominado los antiguos, estaba sumido en «la pequeña muerte».

Alfred sostuvo en sus brazos al duque, tranquilizó al desgraciado joven, le murmuró palabras de consuelo y entretejió con ellas un cántico monocorde y uniforme. Las rígidas extremidades de Jonathan se relajaron y sus facciones contraídas de dolor se suavizaron. El duque exhaló un profundo suspiro, se estremeció y cerró los ojos. Alfred lo sostuvo entre sus brazos unos instantes más para asegurarse de que estaba de veras dormido, y luego lo depositó con cuidado sobre el suelo de roca.

—Pobre hombre —murmuró a continuación—. Tendrá que vivir con el peso de haber atraído este mal terrible sobre su pueblo.

El príncipe Edmund movió la cabeza en gesto de negativa.

—Sus actos los impulsó el amor. Aunque hayan provocado este mal, si el duque es fuerte, el bien prevalecerá.

Tal optimismo estaba bien para un cuento infantil a la hora de acostarse, pero en aquel túnel iluminado por el fuego, con aquellos indecibles espantos desatados en la ciudad que tenían sobre ellos...

Alfred se apoyó en la pared lisa y se dejó resbalar hasta el suelo.

—¿Qué me dices de tu pueblo, Alteza? —preguntó, recordando de pronto a la gente de Kairn Telest—. ¿No corre peligro? ¿No deberías hacer algo para advertirle, para ayudarlo?

—

La expresión del príncipe cambió, se entristeció. O tal vez Alfred sólo percibía la tristeza de Edmund y era su mente la que imaginaba que la expresión del

cadáver cambiaba.

—Siento lástima de mi pueblo y de sus sufrimientos, pero ahora la responsabilidad es suya, de los vivos. Yo los he abandonado y he pasado a otro mundo. Mis palabras son ahora para los muertos.

—Pero ¿qué vas a hacer? —insistió Alfred, impotente—. ¿Qué puedes hacer por los tuyos?

—Todavía no lo sé —respondió el fantasma del príncipe—. Pero ya me lo indicará alguien. De momento, tu cuerpo vivo necesita descanso. Yo montaré guardia mientras duermes. No temas, nadie nos encontrará. Por ahora, estás a salvo.

Alfred no tuvo más remedio que confiar en el príncipe y ceder al cansancio. La magia, incluso la de los sartán, tenía sus limitaciones físicas, como había quedado demostrado en aquel mundo espantoso. Sólo se podía recurrir a ella durante un tiempo determinado antes de que fuera preciso reponer fuerzas. Así pues, buscó la posición más cómoda posible sobre el suelo de dura roca.

El perro, que había mantenido bajo una atenta vigilancia a Alfred, se alegró de poder relajarse también y, enroscándose junto a su amo, apoyó la testuz sobre el pecho de éste. Pero mantuvo los ojos abiertos.

Haplo despertó del largo sueño, que había curado su cuerpo pero no había llevado la paz ni la tranquilidad a su mente. Se sentía extraordinariamente inquieto, corroído por una rabia inconcreta. Tendido en el suelo del túnel a oscuras, mientras acariciaba la cabeza del perro, trató de recordar...

Tenía que contarle algo de extrema importancia a no sabía quién. Algo urgente, de sumo valor... Pero no lograba recordar qué era.

—Tonterías —le dijo al perro—. Es imposible. Si tan importante fuera, me acordaría.

Pero, por mucho que lo intentó, no pudo recordar de qué se trataba y la sensación de haber perdido una información vital lo quemó por dentro como otro veneno.

A su inquietud se sumó una punzada de hambre y una sed tremenda. No había comido ni bebido nada desde la cena que había estado a punto de ser la última. Se incorporó hasta quedar sentado y miró a su alrededor en busca de agua; bastaba un minúsculo arroyo que surgiera de alguna grieta en la roca, una simple gota que cayera del techo. Con su magia rúnica, utilizaría esa gota para crear más, pero no podía invocar agua de una roca sólida.

No encontró agua. Ni esa gota que buscaba. Todo andaba mal, todo se había torcido desde que había llegado a aquel mundo maldito y marchito.

Por lo menos, se dijo, sabía a quién echar la culpa. Miró a Alfred, quien yacía de costado, encogido, con la boca abierta y soltando suaves ronquidos. Debería haber dejado morir allí dentro al sartán, sobre todo después de que me sometió a aquel hechizo, de que me hizo ver a aquella gente en torno a la mesa, de que me hizo decir...

Haplo apartó de su mente aquel desagradable recuerdo. Al menos, continuó diciéndose, ahora estaban a la par. Acababa de salvarle la vida al sartán a cambio de lo que Alfred había hecho por él en la celda. Ya no le debía nada.

Se puso en pie bruscamente, para sobresalto del perro, que se incorporó de un brinco y lo miró con aire de leve reproche.

—

—Te vas solo...

El cadáver del príncipe Edmund estaba de pie, inmóvil, junto a la puerta sellada y cerca de donde yacía Jonathan, sumido en el sueño provocado por la magia de Alfred.

—Así viajaré más deprisa. —Haplo estiró los brazos y se frotó el cuello, rígido y dolorido. No le gustaba el aspecto del fantasma. Verlo lo hacía pensar de nuevo en la información que había olvidado.

—Vas a marcharte sin las runasguía...

El fantasma no intentaba disuadirlo, aparentemente. No parecía que le importase si lo hacía o no; sólo señalaba algo que resultaba obvio. Haplo pensó que, probablemente, se sentía solo y le gustaba oír su propia voz.

—Calculo que estamos en la parte más profunda de las catacumbas —respondió—. Encontraré un pasadizo que lleve hacia arriba y lo seguiré hasta donde me lleve. ¡No puedo terminar mucho peor de lo que me ha ido siguiéndolo a él! —señaló con un gesto a Alfred, que se había movido y ahora yacía boca abajo, con las nalgas sobresaliendo en una postura de lo más indecorosa—. Además, he estado en sitios peores. Nací en uno de ellos. ¡Vamos, perro!

El animal bostezó, se desperezó, extendió las patas delanteras, echó el cuerpo hacia adelante, estiró las traseras y, por último, se sacudió desde el hocico hasta el rabo.

—¿Sabes qué sucede ahí arriba? —El fantasma alzó la mirada con un brillo en los ojos.

—Puedo adivinarlo —murmuró Haplo, sin ganas de hablar del tema.

—No llegarás con vida a la nave. Te convertirás en alguien como Kleitus y Jera: almas atrapadas en un cuerpo muerto, llenas de odio hacia la parodia de vida que los ata a este mundo y llenas de miedo a la muerte que los liberaría.

—Correré el riesgo —replicó Haplo, pero notó la palma de las manos húmeda y fría. Un sudor helado le bañó todo el cuerpo, aunque el aire del túnel era caluroso y sofocante.

«¡Muy bien, tengo miedo!», reconoció para sí. Los patryn respetaban el miedo, no se avergonzaban de él; así se lo enseñaban los mayores en el Laberinto. El conejo no siente vergüenza de huir del zorro, y éste no la siente de ponerse a distancia del león. Uno tenía que escuchar su propio miedo, enfrentarse a él, entenderlo y superarlo.

Haplo se acercó al fantasma del príncipe. Podía ver a través de él; pudo ver la pared que había tras él y, cuando advirtió la mirada fría y concentrada de los ojos del cadáver, supo que éstos también veían a través de su cuerpo.

—Revéleme la profecía.

—Mis palabras son para los muertos —dijo el príncipe.

Haplo se volvió bruscamente, con movimientos rápidos, y tropezó con el perro, que había seguido sus pasos. El patryn pisó sin querer las patas delanteras del animal y éste lanzó un gáñido de dolor, retrocedió de un salto y se encogió, sin entender qué había hecho mal.

Alfred despertó con un sobresalto.

—¿Qué...? ¿Dónde...? —balbució.

Haplo soltó una sarta de maldiciones y alargó la mano al perro.

—Lo siento, muchacho. Ven aquí. No lo he hecho a propósito...

—

El animal aceptó las disculpas y se acercó a su amo con aire congraciador para que lo rascara detrás de las orejas, indicando que no le guardaba resentimiento.

Al comprobar que sólo se trataba de Haplo, Alfred exhaló un suspiro de alivio y se enjugó el sudor de la frente.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con interés.

La pregunta molestó a Haplo casi más de lo que podía soportar. ¡Un sartán, preocupado por su salud! Soltó una breve y agria risotada y dio media vuelta para proseguir la búsqueda de agua.

Alfred suspiró de nuevo y movió la cabeza. Estaba visiblemente dolorido, con el cuerpo rígido y retorcido como un viejo árbol nudoso. Miró a Haplo un momento y adivinó lo que estaba haciendo.

—¡Agua! ¡Buena idea! Tengo la garganta en carne viva. Apenas puedo hablar...

—¡Pues no lo hagas! —Haplo completó la cuarta ronda infructuosa por el túnel en busca del preciado líquido, con el perro pegado a los talones—. Nada. Seguramente, la encontraremos más cerca de la superficie. Será mejor que nos pongamos en marcha. —Se acercó a Jonathan y le dio un suave puntapié—.

Despierta, duque.

—¡Oh, vaya! Me había olvidado. —Alfred se sonrojó—. Está bajo un hechizo. Estaba muriéndose. Bueno; en realidad, no, pero él creía que sí y el poder de sugestión...

—Sí, ya sé qué sucede con el poder de sugestión. ¡Tú y tus hechizos!

¡Despiértalo y larguémonos de aquí! ¡Y basta de runasguía, sartán! —añadió Haplo, alzando un dedo en gesto de advertencia—. ¡El Laberinto sabe adonde nos conducirían ahora! Esta vez, tú me seguirás a mí. Y date prisa o me marcharé sin ti.

Pero no lo hizo. Lo esperó. Esperó a que Alfred despertara al duque y esperó a que el desdichado Jonathan recobrara el sentido.

Esperó. Consumido de impaciencia y atormentado por la sed, pero esperó.

Y, cuando se preguntó por qué había cambiado de idea y no se había marchado solo, se respondió que era lógico viajar en grupo.

—

CAPITULO

LAS CATACUMBAS,

ABARRACH

El túnel ascendía en una pendiente suave y constante que los condujo lejos de la Cámara de los Condenados hasta desembocar en las orillas de un vasto lago de magma, cuyo fuego iluminaba la noche perpetua de la caverna con un fulgor rojizo. No había manera de rodearlo; sólo podían pasar por encima de la roca fundida, por un estrecho puente de roca que salvaba la masa de lava fundida como una fina línea negra serpenteante sobre un infierno. El grupo avanzó en fila india. Las runas tatuadas en la piel de Haplo despidieron su fulgor azulado, protegiéndolo con su magia del calor y de los vapores. Alfred entonó uno de sus cantos en un murmullo. Su magia debía ayudarlo a respirar mejor o a caminar con más agilidad. Haplo no estaba seguro, pero intuyó que era lo segundo, pues lo sorprendió que el torpe sartán consiguiera cruzar sin novedad el traicionero puente.

Jonathan los siguió con la cabeza gacha, sin hacer caso a los comentarios de

los demás, absorbo en sus propios pensamientos. Con todo, había cambiado desde la jornada anterior. Su deambular no era ya errante y trompocado, sino firme y resuelto. Cuando cruzó el puente, mostró interés por lo que lo rodeaba y por su autoconservación, recorriendo el trecho sobre el abismo de roca fundida con cautela y gran atención.

—Al fin y al cabo, es joven —comentó Alfred en voz baja mientras observaba con nerviosismo la llegada del duque al final del puente, acompañado del cadáver del príncipe—. Su instinto de conservación ha vencido al deseo de poner fin a su desesperación acabando con su vida.

—Observa su rostro —apuntó Haplo, deseando por enésima vez que Alfred dejara de hurgar en su cerebro y de quitarle las palabras de la boca.

Jonathan había alzado la cabeza y miraba al fantasma del príncipe, que se cernía en el aire cerca de él. Sus jóvenes facciones, iluminadas por el intenso resplandor del magma, estaban prematuramente envejecidas; el horror y la pena habían marcado una mueca de tensión en sus labios, antes sonrientes, y en

—

sombrecían la luz de sus ojos. Pero la hosca expresión de ausente desesperación se había borrado, reemplazada por una actitud pensativa, de estudio introspectivo. La mayor parte del tiempo, su mirada permanecía fija en el cadáver del príncipe. El túnel continuó conduciéndolos hacia arriba y la pendiente fue haciéndose más pronunciada, como si estuviera impaciente por dejar atrás el horror de lo que quedaba allá abajo. Sin embargo, ¿qué nuevo horror les aguardaba arriba? Haplo no tenía idea y, en aquellos momentos, tampoco le importaba.

—¿Qué le hiciste con ese hechizo? —El patryn continuó hablando para distraerse, para apartar de su mente el recuerdo de la sed. Con un gesto, envió al perro a vigilar al duque y al cadáver.

—Sólo era un simple hechizo de sueño... —Alfred tropezó con sus propios pies y cayó de bruces. Haplo continuó caminando, inflexible, sin hacer caso de los jadeos y los gemidos del sartán.

—Esto está muy oscuro —dijo Alfred tímidamente, cuando llegó de nuevo a la altura de Haplo—. Podríamos utilizar las runas para iluminar el camino...

—¡Olvidalo! Ya he tenido bastante de magia sartán para el resto de mi vida. Y no me refería al hechizo de sueño. Hablo de ese encantamiento que nos hiciste en la cámara.

—Te equivocas. No conjuré ningún hechizo. Viste lo mismo que yo, y que él...

Al menos, creo que vi... —Alfred miró de reojo a Haplo, en una clara invitación a hablar de lo que habían visto.

El patryn soltó un bufido y continuó la marcha en silencio.

El túnel se ensanchó y la pendiente se hizo más suave. Otros túneles partían de él en diversas direcciones. El aire era más fresco, más húmedo y fácil de respirar. Unas lámparas de gas siseaban en las paredes y formaban charcos de luz amarilla que alternaban con otros de oscuridad. Haplo no tuvo ninguna duda de que se acercaban a la ciudad.

¿Qué encontrarían cuando llegaran al final del pasadizo? ¿Guardias apostados, esperándolos? ¿Todas las salidas cerradas?

Agua. Esto era lo que importaba a Haplo en aquel momento. Al menos, habría agua. Era capaz de enfrentarse a un ejército de muertos por un sorbo.

Detrás de él, el príncipe y Jonathan conversaban en voz baja. El perro trotaba

a sus pies y, una vez más, sirvió a su amo como discreto espía de su diálogo. —Sucedá lo que suceda, todo será culpa mía —decía Jonathan. Su tono de voz era triste, apesadumbrado. Aceptaba su culpa, pero ya no gemía de autocompasión—. Siempre he sido descuidado y poco juicioso. ¡Olvidé todo lo que me habían enseñado! No, eso no es del todo cierto: yo *decidí* olvidarlo. Cuando obré la magia sobre Jera, sabía muy bien lo que me hacía... ¡pero no podía soportar la idea de perderla! —Hizo una breve pausa y añadió—: Nosotros, los sartán, nos hemos obsesionado con la vida y hemos perdido el respeto por la muerte. Para nosotros, incluso una apariencia de vida, una espantosa caricatura de la vida, era preferible a la muerte. Tal actitud es consecuencia de creernos dioses. ¿Qué es, al fin y al cabo, lo que separa al hombre de los dioses? El dominio último sobre la vida y la muerte. Podíamos controlar la vida con nuestra magia, y entonces trabajamos hasta conseguir controlar la muerte... o, al menos, eso creímos.

Haplo se dio cuenta de que el duque hablaba de sí mismo y de su pueblo en pasado. Era como si estuviera escuchando a hurtadillas una conversación entre dos cadáveres, y no entre un muerto y un vivo.

—

—Empiezas a entender —dijo el príncipe.

—Quiero entender más —contestó Jonathan en tono humilde.

—Ya sabes dónde buscar las respuestas.

«En esa maldita cámara de ahí abajo, seguro —pensó Haplo—. O haz que el bueno de Alfred te cante sus condenadas runas otra vez.» ¿Qué era lo que tenía que recordar? Lo había visto todo tan claro... ¿*Qué* había visto...? Lo había entendido... ¿*Qué* había entendido? ¡Ah, si pudiera recordar...!

«¡Al diablo con todo aquello! —siguió diciéndose—. Sé todo lo que tengo que saber. Mi Señor es todopoderoso y omnisciente. Mi Señor gobernará un día sobre este mundo y sobre los demás. Le debo lealtad a mi Señor y a su causa. Todas estas dudas, estas divagaciones que me quieren confundir son una tretra de los sartán.»

—Haplo... —le llegó la voz de Alfred.

—¿Qué quieres ahora?

Dio media vuelta y vio que el sartán había sufrido un nuevo traspie. Alfred yacía en el suelo con el rostro contraído de dolor y le alargaba la mano, mostrándole la palma.

—¡Si crees que voy a ayudarte, olvídalo! Por lo que a mí respecta, puedes quedarte ahí hasta que te pudras.

El perro corrió hasta Alfred y empezó a dar lametones en la cara al sartán.

Haplo apartó la mirada con repugnancia.

— ¡No, no es eso! —respondió Alfred—. Creo que..., es decir... He encontrado agua. Estoy..., estoy tendido encima de un charco.

Por desgracia, Alfred había dejado el charco casi vacío después de empaparse las ropas pero, una vez que tuvieron una pequeña cantidad del preciado líquido, pudieron crear más con sus hechizos mágicos. Haplo buscó hasta descubrir la fuente, un goteo constante que rezumaba a través de una hendidura del techo.

—Debemos de estar cerca del nivel superior. Será mejor estar alerta. No bebas demasiado —aconsejó Haplo al sartán—. Te sentaría mal. Poco a poco, a pequeños sorbos.

Al patryn le costó un gran esfuerzo seguir su propio consejo. El líquido era fangoso y tenía un ligero sabor a azufre y a hierro a pesar de haber sido purificado mediante la magia. Aun así, sació su sed y los reanimó.

—Algo dioses sí que somos... —dijo Haplo para sí mientras chupaba un retal de tela que había empapado en agua del charco. Captó la rápida mirada de Alfred, frunció el entrecejo y se volvió de espaldas, irritado. ¿Por qué había cruzado por su mente un pensamiento como aquél? Sin duda, era cosa del sartán...

El perro levantó la cabeza e irguió las orejas, al tiempo que emitía un gruñido sordo y grave.

—¡Viene alguien! —susurró Haplo, volviéndose sobre las puntas de los pies como un gato.

Una figura vestida con túnica negra emergió de las sombras al fondo del pasadizo. Avanzaba con paso lento y vacilante, como si estuviera herido o muy fatigado, y hacía frecuentes altos para volver la vista atrás.

—¡Tomás! —exclamó de pronto Jonathan, aunque Haplo no era capaz de comprender cómo se podía distinguir a un nigromante de otro bajo la túnica negra—. ¡Traidor!

—

Antes de que nadie pudiera detenerlo, el joven duque se abalanzó hacia adelante a la carrera, con la túnica ondeando tras él.

Tomás se volvió a mirarlos y su grito de pánico resonó por los pasillos. Intentó huir pero tenía una pierna herida o se torció el tobillo en aquel instante y cayó al suelo. Gateando de pies y manos, trató de alejarse a rastras. Jonathan llegó hasta él con facilidad y posó una mano en el hombro del joven traidor.

Entre gritos de miedo, Tomás se volvió boca arriba y se llevó las manos a la cara.

—¡No, por favor! ¡No! ¡No! ¡Por favor! —balbució una y otra vez. Su cuerpo rodó y se agitó en el suelo, retorciéndose en un paroxismo de terror. El duque contempló al nigromante.

—¡Tomás! ¡No voy a hacerte daño! ¡Tomás!

Jonathan intentó agarrar al desgraciado y apaciguarlo, pero la visión de unas manos que se acercaban no hizo sino incrementar su pánico.

—¡Hazlo callar! —ordenó Haplo, colérico—. ¡Atraerá hacia aquí a todos los guardias de palacio!

—¡No puedo! —Jonathan lo miró con aire de impotencia—. ¡Se..., se ha vuelto loco!

Alfred hincó la rodilla junto a Tomás y empezó a mover las manos sobre él, entonando las runas.

— ¡No lo duermas, sartán! Necesitamos información.

Alfred dirigió una severa mirada de reproche al patryn.

—¿Quieres que lo llevemos con nosotros por los túneles o prefieres dejarlo aquí, inconsciente? —preguntó Haplo.

Desconcertado, Alfred asintió. El movimiento de sus manos formó un velo invisible sobre el hombre. Los gritos de Tomás cesaron y empezó a respirar con más facilidad, pero continuó mirándolos con unos ojos desorbitados y un temblor incontenible en brazos y piernas. Haplo se puso en cuclillas en las proximidades del nigromante. El perro se acercó también, olisqueó la túnica de Tomás y la hurgó con la pata con gran interés. Haplo alargó la mano y tocó la tela. Estaba

empapada. Alzó los dedos a la luz y los encontró manchados de sangre. Alfred le remangó la túnica para observar la pierna. Tenía una contusión pero, salvo ésta, no se apreciaba herida alguna. La sangre no era suya. Alfred levantó la vista, mortalmente pálido.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó Haplo a Jonathan.

—Sí.

—Háblale. Averigua qué sucede ahí arriba.

—¿Tomás? Soy yo, Jonathan. ¿No me reconoces? —El duque había olvidado su cólera, transformada en lástima. Alargó la mano con cautela. Los ojos de Tomás siguieron el gesto y, de pronto, su mirada se volvió hacia el rostro de Jonathan.

—¡Estás vivo! —exclamó. Agarró la mano del duque con un ademán espasmódico y la apretó con fuerza—. ¡Estás vivo! —repitió una y otra vez, y estalló en sollozos.

—Tomás, ¿qué es lo que te ha ocurrido? ¿Estás herido? Tienes sangre...

—¡La sangre! —El nigromante se estremeció con un jadeo—. ¡Está en el aire!

¡Noto su sabor! ¡La respiro! Forma charcos, quema como el magma... Rezuma y rezuma. La oigo gotear. Todo el ciclo. Gotea y gotea.

—Tomás... —le dijo el duque.

—

El hombre no hizo caso. Agarrado a las manos de Jonathan, volvió la mirada hacia las sombras.

—Ella vino... a buscar a su padre. La sangre del viejo rezumaba a través del suelo... Goteaba, goteaba...

Jonathan palideció. Se desasíó de las manos contraídas de Tomás y, echándose atrás, se sentó sobre sus talones.

Haplo decidió que era momento de intervenir. Con gestos bruscos, apartó a un lado al duque, agarró por los hombros a Tomás y lo sacudió.

—¿Qué está pasando en la ciudad? ¿Qué sucede ahí arriba?

—Sólo uno vive. Sólo uno... —Empezó a ahogarse, los ojos le sobresalían de las órbitas y la lengua asomaba entre sus labios.

—¡Sartán! ¡Haz algo, maldita sea! ¡Tiene una especie de ataque! Tengo que averiguar...

Alfred se acercó para auxiliarlo, pero era demasiado tarde. Tomás puso los ojos en blanco y su cuerpo, tras unos espasmos, cayó en una completa flaccidez.

Haplo le buscó el pulso y movió la cabeza en gesto de negativa.

—¿Está...? ¿Está... muerto? —La voz de Jonathan era casi inaudible—.

¿Cómo...?

—Lo ha matado su propio miedo —respondió Alfred—. El terror a lo que ha visto ahí arriba, sea lo que sea.

—«Sólo uno vive»... —Haplo repitió lentamente las palabras.

—Oigo voces de los muertos —anunció el fantasma. El cadáver del príncipe Edmund se situó cerca de Jonathan y los ojos brillantes del fantasma contemplaron al muerto desapasionadamente—. Son muchos y están llenos de rabia. Ten paciencia, pobre espíritu —añadió el príncipe, hablándole a algo invisible—. Ya no tendrás que esperar mucho. El tiempo se acaba. La profecía está a punto de cumplirse.

¡La profecía! Haplo se había olvidado por completo del tema. Se incorporó y empezó a decir:

—¡Háblame de esa...!
El perro gruñó y bajó la cabeza.
—¡Maldición! ¡Apartaos de la luz! —ordenó el patryn, refugiándose entre las sombras—. ¡Y no hagáis ruido!
Al fondo del pasadizo aparecieron unas siluetas confusas, con el rostro oculto bajo la capucha.
—El nigromante ha huido por aquí —dijo uno de los intrusos—. Estoy seguro. Percibo una fuente de calor... ¡Ahí delante hay algo vivo!
«... hay algo vivo...», repitió una voz lejana, en un susurro débil y siseante.
—Un lázaro... —murmuró Alfred y, tras un leve suspiro, cayó al suelo resbalando por la pared.
—¡Se ha desmayado! —susurró Jonathan.
Haplo soltó un juramento por lo bajo. ¡Tenía que desmayarse precisamente ahora, en el momento en que el sartán podía resultar de utilidad! Echó un vistazo hacia el pasadizo, en la dirección por la que habían venido. Recordó que habían dejado atrás otros pasadizos. Si huía solo, tal vez podría llegar a alguno de ellos. Si lo conseguía, tendría una buena oportunidad para escapar, sobre todo porque el lázaro estaría ocupado con el duque y con Alfred. Así era cómo uno escapaba de las fieras en el Laberinto. Se les arrojaba un cadáver recién muerto y las bestias se detenían a devorarlo, mientras uno ponía distancia de por medio.

—

El patryn miró a Alfred, que yacía en el suelo, y a Jonathan, inclinado sobre él. Los fuertes sobrevivían; los débiles, no.
—¡Perro! ¡Aquí, muchacho! —llamó en un susurro al animal—. ¡Vamos!
El perro permaneció junto a Alfred.
El lázaro se había detenido a inspeccionar otro pasadizo. Era el momento ideal.
—¡Perro! —Haplo repitió la orden.
El animal meneó el rabo y se puso a gimotear.
—¡Perro! ¡Ven aquí! —El patryn insistió, chasqueando los dedos.
El perro dio unos pasos hacia él, pero volvió enseguida junto a Alfred. El lázaro avanzaba de nuevo. Jonathan volvió la mirada hacia Haplo y le dijo en voz muy baja:
—Vete. Ya has hecho suficiente. No puedo decirte que entregues tu vida por nosotros. Estoy seguro de que tu amigo lo querría de esta manera.
«¡No es amigo mío! —estuvo a punto de exclamar a gritos—. ¡Es mi enemigo! ¡Y tú también lo eres! Vosotros, los sartán, asesinasteis a mis padres y abandonasteis a mi pueblo en su terrible prisión. Incontables miles de patryn han sufrido y han muerto por vuestra causa. ¡Por supuesto que no voy a entregar mi vida por vosotros! ¡Por fin estáis recibiendo vuestro merecido!»
—¡Perro! —exclamó, furioso, y alargó la mano para agarrar al animal.
El perro esquivó el contacto, dio media vuelta y se lanzó a la carrera contra el lázaro.

—

CAPITULO

LAS CATACUMBAS, ABARRACH

Era difícil contar el número de lázaros. Entrevistos en la penumbra, los cuerpos y espíritus que se fundían y se separaban constantemente engañaban a la vista y desconcertaban a la mente. Todos ellos iban vestidos con túnicas negras; eran nigromantes, dotados del poder para convertir a otros recién muertos en seres como ellos, que no eran vivos ni difuntos.

Haplo sólo tuvo un consuelo. Sus perseguidores no se interesarían por su piel: se limitarían a hacerlo pedazos. El patryn supuso que debía sentirse contento.

Los lázaros se detuvieron y sus fuertes manos se levantaron para capturar al molesto perro, para retorcerle el cuello y estrangularlo.

Haplo trazó un signo mágico en el aire. La runa se encendió, salió disparada de sus manos con el fulgor de una centella y cayó sobre el perro. Una llama roja y azul envolvió al animal y éste creció de tamaño y siguió aumentando a cada tranco. Su cabeza enorme rozó el techo y sus patas gigantescas sacudieron el suelo. Sus ojos eran ascuas; su aliento, humo ardiente.

El perro saltó sobre los lázaros y aplastó sus cuerpos bajo las zarpas monstruosas. Los dientes del animal se hundieron en la carne muerta y no se limitaron a desgarrar gargantas, sino que arrancaron cabezas de cuajo.

— ¡Esto los detendrá, pero no por mucho tiempo! —gritó Haplo para hacerse oír por encima de los roncós gruñidos del perro—. ¡Poned en pie a Alfred y empecemos a movernos! Jonathan apartó a duras penas su mirada horrorizada de la carnicería que estaba teniendo lugar al fondo del pasadizo. Asiendo entre los dos a un Alfred tambaleante, que apenas empezaba a recobrar la conciencia, el duque y el cadáver del príncipe consiguieron ponerlo en pie.

Haplo dedicó unos momentos a estudiar su estrategia. Retroceder quedaba descartado. Su única esperanza era alcanzar la ciudad y unirse al resto de los vivos. Y, para llegar a la ciudad, había que abrirse paso entre los lázaros.

—

Echó a correr por el pasadizo sin mirar atrás. Si los demás lo seguían, bien; si no lo hacían, a él le daba igual.

El perro se encontraba en medio de un espeluznante campo de batalla lleno de cuerpos descuartizados y túnicas negras hechas trizas. El suelo de roca estaba resbaladizo de sangre. Haplo se mantuvo pegado a la pared, atento a dónde ponía el pie. Detrás de él, oyó cómo al joven duque se le aceleraba la respiración y le vacilaba el paso.

—¡Haplo! —exclamó con voz atenazada por el miedo.

Uno de los cadáveres destrozados empezó a moverse. Un brazo se arrastró hacia el tronco, una pierna se deslizó para unirse a éste. El fantasma del lázaro, que brillaba tenuemente en la oscuridad, había puesto en acción sus poderes mágicos para recomponer el cuerpo hecho pedazos.

—¡Corre! —gritó el patryn.

—¡No..., no puedo! —replicó Jonathan entrecortadamente. El duque estaba paralizado de terror.

Alfred, tambaleándose, miró a su alrededor con expresión aturdida. El cadáver del príncipe Edmund permaneció quieto, sin pestañear, impertérrito ante aquel horror.

Haplo emitió un silbido grave y penetrante. Las llamas en torno al perro decrecieron, parpadearon y se apagaron. El animal se encogió hasta recuperar su tamaño normal, saltó ágilmente por encima de los cuerpos en proceso de reensamblaje, corrió unos trancos y dio un mordisco a Alfred en el tobillo huesudo y desnudo.

El dolor hizo que el sartán volviera en sí. Advirtió el peligro y comprendió la reacción de Jonathan. Agarrando al duque por los hombros, lo arrastró hasta dejar atrás a los lázaros. El perro corrió alrededor de ellos y se plantó ante los pedazos espasmódicos de los cuerpos, ladrando amenazadoramente. El cadáver de Edmund avanzó en retaguardia, con aire grave y solemne.

Una de las manos amputadas se agarró a él. Sin inmutarse, el príncipe se la quitó de encima.

—Estoy bien —murmuró Jonathan con los labios tensos—. Ya me puedes soltar.

Alfred lo miró, dubitativo.

—De verdad —le aseguró el duque, pero empezó a volver la cabeza, atraído por una horrible fascinación—. Sólo..., sólo ha sido la conmoción de ver...

—¡No mires atrás! —Haplo, agarró al duque y lo obligó a mirar adelante—. No te importa lo que sucede ahí. ¿Sabes dónde estamos?

Las catacumbas habían terminado. Estaban junto a la entrada de unos corredores bien iluminados y suntuosamente decorados.

—El palacio... —dijo Jonathan.

—¿Puedes llevarnos fuera, a la ciudad?

Al principio, el patryn temió que todo lo sucedido hubiera sido demasiado para Jonathan y que ahora fuera a fallarle, pero el duque recurrió a unas reservas de energía que, sin duda, nunca había sabido que poseía. Sus pálidas mejillas adquirieron un leve color.

—Sí —contestó Jonathan con voz baja pero firme—. Puedo llevaros.

Seguidme.

Abrió la marcha con Alfred a su lado y el príncipe tras ellos. Haplo echó un último vistazo a los lázaros. Debería tratar de hacerse con algún arma, se dijo. Una

—

espada no mataría a aquellos seres, pero los dejaría fuera de combate el tiempo suficiente para escapar...

Un hocico helado se apretó contra su mano.

—No te quedes aquí conmigo —exclamó Haplo, apartando al animal de un empujón y dando un paso adelante—. Ya que tanto te gusta el sartán, ve y sé su perro. Ya no te quiero.

El animal sonrió. Meneando el rabo, avanzó al trote junto a su amo.

El único vivo.

Haplo había visto muchas escenas terribles en su vida. El Laberinto mataba sin piedad ni compasión, pero lo que presenció aquel día en el palacio de Necrópolis lo perseguiría el resto de su vida.

Jonathan conocía a fondo el palacio y los condujo con rapidez por los serpenteantes corredores y el confuso laberinto de estancias. Al principio, avanzaron con suma cautela, protegiéndose en las sombras, ocultándose en los quicios de las puertas y temiendo a cada recodo toparse con más lázaros en busca de nuevas víctimas.

«Los vivos nos tienen prisioneros. Somos sus esclavos. Cuando no quede nadie vivo, seremos libres.»

El eco de la voz de Jera persistía en las salas y en los pasillos, pero no había rastro de ella ni de ningún otro ser, tanto vivo como semimuerto.

En cambio, todo estaba sembrado de muertos.

Los cuerpos yacían por los pasillos donde habían caído asesinados. Ninguno de ellos había sido resucitado, ni tratado con la menor ceremonia. Una mujer abatida por una flecha sostenía aún en sus brazos a un niño de pecho degollado. Un hombre a quien habían hundido una espada entre los omóplatos a traición, miraba hacia ellos sin verlos, con una expresión de sorpresa casi cómica en su rostro muerto. Haplo le arrancó el arma del cuerpo y se la apropió para utilizarla.

—No necesitarás esa arma —dijo el príncipe—. Los lázaros ya no nos persiguen. Kleitus los ha llamado para otro asunto más urgente.

—Gracias por el consejo, pero me siento mejor con ella, si no te molesta.

Sin dejar de andar, mientras se ocupaba de mantener junto al grupo, el patryn dibujó con sangre varios signos mágicos en la hoja de acero. Cuando levantó la vista, encontró la mirada horrorizada de Alfred.

—Muy toscas, lo reconozco —le dijo Haplo—, pero no tengo tiempo para delicadezas.

Alfred abrió la boca para protestar.

—Este hechizo puede cortar la vida mágica que sostiene a esos lázaros, que mantiene juntos sus cuerpos —continuó el patryn con frialdad—. A menos que creas poder recordar ese hechizo que formulaste para dar muerte al soldado...

Alfred cerró la boca y desvió la mirada. El sartán parecía enfermo, demacrado. Tenía la piel amoratada, las manos temblorosas y los hombros hundidos bajo un peso insoportable. Sufría agudos dolores y Haplo debería haberse sentido exultante, debería haberse complacido con el tormento de su enemigo. Pero no pudo.

No pudo, y su impotencia lo irritó. Trazó un signo mágico en la sangre de su enemigo ancestral y sólo notó un dolor que le retorció las entrañas. Le gustara o no, Alfred y él procedían de la misma fuente. Eran ramas muy lejanas, una en la copa y otra cerca del suelo, una que se extendía hacia la luz y la otra que se resguardaba en las sombras, pero salidas ambas del mismo tronco. El filo de un

—

hacha se hundía en el tronco, dispuesto a derribar el árbol entero. En el destino del sartán, Haplo podía ver también el suyo.

¿Debía llevar el conocimiento de la nigromancia a su Señor? ¿O era mejor ocultar tal descubrimiento? Eso sería mentir a su Señor, al hombre que le había salvado la vida.

Pero ¿qué estaba pensando? ¡Pues claro que le llevaría la información a su Señor! Le llevaría a Jonathan. ¿Qué era aquello? ¡Se estaba volviendo débil, sentimental! Y toda la culpa era de aquel condenado Alfred. El sartán también lo acompañaría. Su Señor se encargaría de él.

«Y yo contemplaré el espectáculo y disfrutaré cada instante...»

El único vivo.

Llegaron a la antecámara, junto al salón del trono. Los cortesanos que habían servido a Kleitus buscando su favor, esperando una simple mirada del dinasta, yacían muertos en el suelo. Ninguno de ellos iba armado; ninguno había sido capaz de luchar por su vida, aunque parecía que unos pocos habían hecho un

intento desesperado por escapar. Todos ellos habían sido acuchillados por la espalda.

—Han conseguido lo que querían —sentenció Jonathan, contemplando los cuerpos desapasionadamente—. Por fin, Kleitus les ha prestado atención a todos, uno por uno.

Haplo observó al joven duque. Alfred sufría en su propio ser la terrible agonía que habían experimentado los muertos. Jonathan, por el contrario, podría haber sido uno de los cadáveres. El duque y el cadáver del príncipe Edmund guardaban un misterioso parecido. Los dos se mostraban tranquilos, solemnes, insensibles a la tragedia.

—¿Y dónde está Kleitus? —le preguntó Haplo en voz alta—. ¿Por qué ha dejado tras él a estos muertos? ¿Por qué no los ha convertido en lázaros?

—Observarás que no hay nigromantes entre los cuerpos —respondió Alfred en voz baja y temblorosa—. Kleitus tiene que mantener el control. Dentro de unos ciclos, regresará y resucitará estos cuerpos como ha hecho en el pasado.

—Con la diferencia —añadió Jonathan— de que ahora Kleitus puede comunicarse con los muertos directamente. Gracias a la intervención del lázaro, los muertos han obtenido inteligencia.

Ejércitos de muertos avanzando con determinación, resueltamente, decididos a matar a aquellos a quienes envidiaban y odiaban: a los vivos.

—Por eso no hemos encontrado a nadie en el palacio —señaló el príncipe—.

Kleitus y Jera, con su ejército, han partido. Se disponen a cruzar , para atacar y destruir al último pueblo que queda con vida en este mundo.

—A tu pueblo —señaló Haplo.

—Ya no son mi pueblo —replicó el príncipe—. Ahora, mi pueblo son éstos.

El fantasma blanquecino y brillante se cernió sobre los cadáveres tendidos en el suelo y bañó sus rostros helados con el leve resplandor de su luz fría. Los susurros de los desgraciados espíritus llenaban el aire como si le respondieran. O le suplicaran.

—Tenemos que poner sobre aviso a Baltazar. ¿Y qué hay de tu nave? —preguntó Alfred de pronto, volviéndose hacia el patryn—. ¿Estará a salvo?

¿Podremos marcharnos?

—

Haplo se dispuso a contestar que sí, por supuesto; la nave estaba a salvo, perfectamente protegida. Sin embargo, las palabras murieron en sus labios. Ignoraba qué poderes tenían aquellos lázaros. Si destruían su nave, se encontraría atrapado en aquel mundo hasta que pudiera encontrar otra embarcación. Se encontraría atrapado, combatiendo contra ejércitos de muertos, contra tropas que no podían ser detenidas ni derrotadas. A Haplo se le aceleró la respiración. El pánico del sartán era contagioso.

—¿Qué hace ahora? ¿Dónde está Kleitus en este momento? ¿Lo sabes?

—Sí —respondió el cadáver del príncipe—. Oigo las voces de los muertos. Está movilizand o sus fuerzas, reuniendo a su ejército y preparándolo para mandarlo a la lucha. Las naves se encuentran ancladas, a la espera. Pero le llevará algún tiempo embarcar a todas las tropas —Haplo habría jurado que el fantasma sonreía—. Ahora, los muertos no pueden ser conducidos como rebaños de ovejas. Ahora son inteligentes, y la inteligencia produce independencia de pensamiento y de acción, lo cual conduce inevitablemente a la confusión.

—De modo que tenemos tiempo —sacó en conclusión Haplo—. Pero tenemos que cruzar .

—Conozco un camino —apuntó el príncipe—, si tenéis valor para seguirlo. Pero ya no era cuestión de valor. Una vez más, Alfred puso voz a los pensamientos de Haplo.

—No tenemos alternativa.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS, ABARRACH

Necrópolis había cumplido el terrible presagio de su nombre. Cuerpos mutilados se apilaban en los quicios de las puertas, abatidos antes de poder encontrar refugio. Aunque ni siquiera así se habrían salvado, pues las puertas habían sido reventadas, hechas astillas por los muertos en sus esfuerzos por quitar la vida a los vivos. Lo habían logrado. El agua que corría por las cunetas estaba teñida de sangre.

El fantasma del príncipe Edmund los condujo a través de los sinuosos túneles de la Ciudad de los Muertos. Para evitar la puerta principal, que tal vez encontraran vigilada, escaparon de la ciudad a través de uno de los agujeros de rata. Una vez fuera de las murallas, escucharon a lo lejos un ruido sordo y atronador que resonaba en el elevado techo de la caverna y hacía vibrar el suelo sobre el que estaban. Eran los ejércitos de los muertos, preparándose para la guerra.

Numerosas paukas, aún enganchadas a los carromatos, vagaban por los alrededores de Necrópolis. Los animales estaban perplejos, asustados por el olor de la sangre. Sus propietarios y jinetes estaban muertos; ahora eran cadáveres abandonados donde habían caído abatidos o cuerpos resucitados y conducidos junto a los demás para participar en la contienda. Haplo y Jonathan requisaron un carruaje y desalojaron de él los cuerpos de un hombre, una mujer y dos niños. Alfred montó en el vehículo sin apenas darse cuenta de lo que hacía, dejándose llevar en todo momento, casi siempre por Jonathan pero a veces —ásperamente— por Haplo.

El carruaje se puso en marcha con un traqueteo. La pauka pareció aliviada de que alguien tomara el control de su vida otra vez. Conducía Jonathan y Haplo iba sentado a su lado, vigilando. El cadáver del príncipe Edmund, muy erguido, ocupaba el asiento de los pasajeros, al lado de Alfred. El fantasma del príncipe hacía de guía y dirigió la marcha hacia el este durante varios kilómetros, en dirección a los Cerros de la Grieta. Al llegar a una intersección, el vehículo tomó rumbo al sur,

—

hacia . El perro corría junto al carruaje, ladrando de vez en cuando a la pauka para gran desconcierto de la bestia.

Jonathan conducía lo más deprisa que se atrevía. El vehículo se bamboleaba y botaba sobre el camino salpicado de guijarros. A ambos lados, vieron pasar a toda velocidad unos campos de hierba de kairn como manchas borrosas, vertiginosas, de color pardo verdusco. Alfred se agarró al costado del carruaje

bamboleante, esperando verse arrojado de él o atrapado bajo sus restos volcados. Continuó la loca carrera temiendo por su vida, algo que el patryn no podía entender pues su existencia tenía ahora muy poco sentido.

Alfred, con amargura, se preguntó en silencio qué instinto animal básico los impulsaba, los obligaba a continuar viviendo cuando habría sido mucho más sencillo detenerse y esperar la muerte sentados.

Al tomar una curva muy cerrada, el carruaje se inclinó, con dos ruedas en el aire. Alfred se vio arrojado violentamente contra el cuerpo helado del cadáver. Cuando el vehículo se enderezó, Alfred hizo lo propio, auxiliado por el príncipe con su habitual aire digno.

«¿Por qué me agarro así a la vida?», se preguntó el sartán. ¿Qué era lo que le aguardaba, al fin y al cabo? Aunque lograra salir de aquel mundo, no podría escapar nunca del recuerdo de lo que había visto, del conocimiento de lo que había sido de su pueblo. ¿Por qué tenía que correr a advertir a Baltazar? Si éste conseguía sobrevivir, seguiría buscando la Puerta de la Muerte y terminaría por descubrir el modo de cruzarla y de llevar el contagio de la nigromancia a los otros mundos. Él propio Haplo había amenazado con llevar estas artes oscuras al conocimiento de su amo y señor.

Sin embargo, siguió diciéndose Alfred, el patryn no había vuelto a hacer mención del asunto desde que había descubierto estas prácticas. ¡A saber qué pensaría ahora al respecto! Alfred creía haber visto reflejado en los ojos del patryn, en ocasiones, el mismo horror que él había sentido en su alma. ¡Y, en la Cámara de los Condenados, Haplo era el joven sentado a su lado en la mesa! Los dos habían presenciado la misma escena...

—Él se resiste a aceptarlo, igual que tú... —dijo el príncipe, interrumpiendo las meditaciones de Alfred. Este, desconcertado, intentó decir algo, iniciar una protesta, pero las palabras le salieron de la boca entrecortadas por el traqueteo de la marcha y estuvo a punto de morderse la lengua. Pese a todo, el príncipe Edmund le entendió.

—Sólo uno de vosotros tres ha abierto su corazón a la verdad. Jonathan no lo entiende por completo todavía, pero está más cerca, mucho más cerca que vosotros.

—¡Quiero... conocer... la verdad! —consiguió articular Alfred, escupiendo las palabras entre dientes, con las mandíbulas apretadas para no volver a morderse la lengua.

—¿De veras? —inquirió el fantasma, y a Alfred le pareció advertir en él una fría sonrisa—. ¿Acaso no te has pasado la vida negándola?

Se refería a sus desmayos, empleados conscientemente al principio para evitar revelar sus facultades mágicas, y que luego se habían vuelto incontrolables. Y a su torpeza, tanto física como de espíritu. Y a su incapacidad (o era rechazo) para invocar un hechizo que le habría dado un poder excesivo, indeseado; un poder que otros podían intentar usurparle. Y a su permanente postura de observador, negándose a intervenir tanto para bien como para mal.

—

—¿Qué otra cosa podría hacer, si no? —preguntó al fantasma, en tono defensivo—. Si, en cierta ocasión, los mensch hubieran sabido que tenía el poder de un dios, me habrían obligado a emplearlo para intervenir en sus vidas.

—¿Obligado? ¿O más bien tentado?

—Tienes razón —reconoció Alfred—. Sé que soy débil. La tentación habría sido demasiado fuerte; lo fue, en realidad, y cedí ante ella salvando la vida del pequeño Bane cuando su muerte habría evitado las tragedias que siguieron.

—¿Por qué lo salvaste? ¿Y por qué salvaste a ése, a tu enemigo? —añadió, volviendo su mirada fantasmal hacia Haplo—.

Un enemigo que ha jurado matarte. Busca la respuesta, la auténtica respuesta, en tu corazón.

—Te llevarás una decepción —respondió Alfred tras un suspiro—. Ojalá pudiera decir que lo hice movido por algún noble ideal, por un quijotesco sentido del honor, por un valor altruista y abnegado, pero no fue así. En el caso de Bane, me impulsó la lástima, la compasión por un chiquillo criado sin amor que iba a morir sin haber conocido un solo instante de felicidad. ¿Y Haplo? Durante unos breves instantes, he vivido en su piel y lo comprendo. —Alfred volvió la vista hacia el perro—. Creo que lo entiendo mejor que él mismo.

—Lástima, piedad, compasión...

—Eso es todo, me temo —asintió Alfred.

—Es lo que cuenta —añadió el fantasma.

El camino que tomaron estaba desierto, aunque lo habían hollado muchos pies. Parte del ejército de los muertos había pasado por allí, dejando atrás la ciudad por las numerosas calzadas que conducían al mar de Fuego. Tras el paso de las tropas, el camino había quedado sembrado de cascos, escudos, piezas de armadura, huesos y, aquí y allá, algún esqueleto caído, con los huesos hechos astillas. El grupo descubrió abandonados gran número de carretas de carga y carruajes, cuyos pasajeros habían sido asesinados o habían huido ante el rumor de la llegada del ejército de los muertos.

Al principio, Alfred pensó que Tomás había dicho la verdad. Desde que habían salido de las catacumbas, no habían visto a nadie con vida y el sartán llegó a temer que todos, en Necrópolis y en sus alrededores, hubieran caído víctimas de la furia de los muertos. Sin embargo, en el trayecto hacia , más de una vez creyó captar un movimiento furtivo entre la alta hierba de kairn, le pareció ver alzarse una cabeza o intuyó unos ojos —los ojos de un ser vivo— observándolos con temor. Y, aunque el carruaje pasaba demasiado deprisa como para poder estar seguro de lo que había visto y Alfred decidió no comentarlo con los demás, aquello abrió un pequeño resquicio a la esperanza, rasgando las sombras como la luz que se cuela por debajo de la puerta en una habitación a oscuras.

Se sintió reanimado, aunque no estuvo seguro de si se debía a aquella nueva esperanza o a las palabras reconfortantes del fantasma. Su cerebro había recibido demasiados sobresaltos y traqueteos como para formar pensamientos coherentes, y se limitó a agarrarse del lateral del vehículo con ceñuda determinación. La vida tenía un sentido y un propósito; Alfred aún no estaba seguro de cuáles eran, pero había decidido, al menos, seguir buscando.

El carruaje se aproximó al mar de Fuego y al peligro. Al llegar a lo alto de una pendiente, Alfred contempló a sus pies los embarcaderos; allí, entre los barcos,

—

estaba el ejército de muertos arremolinándose y moviéndose en un gran caos. La escena evocó en él la imagen de una colonia de gusanos del coral invadida por un retoño de dragón hambriento. Al principio, cada gusano se ocupaba únicamente de

escapar de las voraces mandíbulas. Sin embargo, después del pánico y la confusión iniciales, la amenaza había unido a los insectos y éstos se habían vuelto, en bloque, para repeler la agresión. La madre dragón había rescatado a su pequeño justo a tiempo.

Aunque en aquel momento reinara el pánico y la confusión en el muelle, un objetivo común los uniría muy pronto.

El carruaje aceleró pendiente abajo y se desvió hacia el este para dejar a buena distancia las naves de los muertos. Jonathan forzó a la aterrada pauka a una marcha agotadora. El ejército y el muelle desaparecieron de la vista.

Por fin, la enloquecida carrera llegó a su término. El carruaje se detuvo junto a la costa rocosa d. La pauka se derrumbó en el suelo con los arreos aún puestos, jadeando pesadamente.

Delante de ellos, el vasto océano de magma incandescente despedía su fulgor rojo anaranjado, cuya intensa luz se reflejaba en la brillante superficie negra de las estalactitas que descendían en espiral desde el techo de la caverna. Enormes estalagmitas, oscuras contra el fondo encendido del mar de lava, formaban un perfil de costa como los dientes de una sierra mellada. Las olas de magma batían contra ellas perezosamente. Una sinuosa corriente de agua, procedente de la ciudad que se alzaba al fondo de la cavidad, caía al mar con un siseo y llenaba luego el aire caliente, infernal, convertido en enormes nubes de vapor.

Los vivos y el muerto se detuvieron cerca de la playa y observaron el mar.

Apenas visible a lo lejos, Alfred creyó distinguir la otra costa.

—Creía que habías dicho que aquí encontraríamos una embarcación... —

Haplo dirigió una mirada torva y cargada de suspicacia al cadáver del príncipe.

—Dije que os mostraría un modo para cruzar al otro lado —lo corrigió Edmund—. No hablé de ninguna embarcación.

El fantasma alzó un brazo blanco, luminoso, y señaló algo con un dedo etéreo. Al principio, Alfred pensó que Edmund se refería a que usaran su magia para cruzar el mar llameante.

—No puedo —murmuró el sartán, abatido—. Estoy demasiado débil. Tengo que emplear casi todas mis energías sólo para seguir vivo.

Hasta entonces, Alfred no había experimentado jamás el peso de su propia condición mortal; no había advertido nunca que sus poderes tenían límites físicos.

Ahora empezaba a comprender a los sartán de Abarrach; a comprenderlos como había empezado a entender a Haplo. Podía ponerse en su piel.

El fantasma no dijo nada, pero Alfred creyó ver de nuevo la sombra de una sonrisa en sus labios traslúcidos. Su dedo seguía alzado.

—Un puente —dijo Haplo—. Hay un puente.

—¡Sartán...! —Alfred estuvo a punto de exclamar, como de costumbre, «¡Sartán bendito!»—. Pero las palabras murieron en sus labios. Nunca volvería a utilizar aquella fórmula. Al menos, no sin pensarlo a fondo.

Cuando Haplo lo había señalado, Alfred distinguió el puente (si realmente merecía tal apelativo, pensó). En realidad, no era más que una larga hilera de grandes peñascos de formas extrañas que, como por casualidad, se extendía en una línea recta que llegaba de una costa a otra d. Era casi como si

—

una gigantesca columna de roca hubiera caído sobre el magma y sus restos formaran un puente.

—Es el coloso caído —dijo Jonathan, asintiendo—. Pero antes estaba en mitad del océano.

—Eso era antes —comentó el príncipe—. Pero el mar se está encogiéndose y ahora se puede alcanzar y utilizarlo para cruzar.

—Si es que tenemos valor para hacerlo —murmuró Haplo, y acarició al perro, rascándole la cabeza—. Aunque eso tanto da. —Con un pestañeo, miró a Alfred—. Como tú has dicho, sartán, no tenemos alternativa.

Alfred quiso responder, pero le ardía la garganta. La boca se le había quedado seca y sólo pudo contemplar el puente roto, las enormes brechas entre los fragmentos de la columna caída, el mar de magma que fluía debajo.

Un resbalón, un paso en falso...

«¿Y qué ha sido mi vida —se preguntó Alfred con desconsuelo— sino una serie interminable de resbalones y pasos en falso?»

Descendieron entre los peñascos hasta la orilla del mar. El camino era traicionero; manos y pies resbalaban sobre la roca húmeda y una espesa niebla flotaba ante sus ojos impidiéndoles la visión. Alfred entonó runas hasta quedarse afónico y casi sin aliento. Tenía que concentrarse para dar cada paso, para asirse a cada saliente. Cuando al fin llegaron a la base del coloso caído, estaba agotado. Y la parte más difícil aún no había comenzado.

Hicieron un alto junto a la base para descansar e inspeccionar el camino que les esperaba. Las pálidas facciones de Jonathan brillaban de sudor y el cabello le caía en húmedas greñas junto a las sienes. Tenía los ojos hundidos y rodeados de oscuras sombras. El duque se pasó la mano por la boca, asomó la lengua entre los labios cuarteados —el ataque de los lázaros les había impedido aprovisionarse de agua— y miró a la otra orilla, como si fijara un extremo de su voluntad en aquel oscuro horizonte con la intención de utilizarlo como maroma a la que sujetarse en su avance.

Haplo se encaramó al primer segmento del coloso hecho pedazos para examinar la piedra bajo sus pies. Aquel primer fragmento, la base, era el más largo y sería el más fácil de cruzar. Poniéndose en cuclillas, observó la roca con curiosidad y pasó la mano por ella. Alfred permaneció sentado en la orilla, jadeante, envidiando la fuerza y la juventud del patryn. Haplo le hizo una señal.

—¡Sartán! —dijo, en tono perentorio.

—Me llamo... Alfred.

Haplo alzó la mirada, frunció el entrecejo y masculló:

—¡No tengo tiempo para tonterías! Veamos si eres útil, por una vez. Ven a echarle un vistazo a esto.

Todo el grupo trepó al coloso. Arriba era tan ancho que se podría haber colocado en él tres carretas de carga atravesadas y aún quedaría espacio para un par de carruajes por cada lado. Alfred se arrastró por él con la misma cautela que si fuera la rama de un pequeño árbol hargast tendido sobre un torrente de aguas bravas. Cuando se acercó a Haplo, el sartán resbaló y cayó de cuatro manos sobre la roca. Cerró los ojos y hundió los dedos en la piedra.

—No ha sido nada —dijo Haplo, hastiado—. ¡Maldita sea, tendrías que ser el colmo de la torpeza para caerte de aquí! ¡Abre los ojos, estúpido! ¡Mira, mira eso!

—

Alfred abrió los ojos y miró a su alrededor, temeroso. Estaba muy lejos del borde pero tenía muy presente el mar de magma que fluía debajo de él, y aquel

pensamiento hacía que el borde pareciera mucho más próximo. Apartó la mirada del flujo viscoso, de color rojo aloque, y miró la roca bajo sus manos.

Signos mágicos... grabados en la roca. Alfred olvidó el peligro y sus manos siguieron amorosamente las antiguas runas talladas en la piedra.

—¿Pueden ayudarnos de algún modo esas runas? ¿Sirve todavía para algo su magia? —inquirió Haplo en un tono de voz que daba a entender que aquella magia no había servido nunca de gran cosa.

Alfred movió la cabeza en gesto de negativa y respondió:

—No, ya no puede ayudarnos. La magia de los colosos estaba destinada a proporcionar vida, a portar vida desde este reino inferior hasta las cavernas y territorios de más arriba.

El cadáver de Edmund levantó la cabeza y sus ojos muertos contemplaron otra tierra, que tal vez podían ver con más claridad que esta por la que el príncipe se desplazaba ahora. La expresión del fantasma se hizo lúgubre y triste.

—Ahora, esa magia se ha roto. —Alfred exhaló un profundo suspiro, miró atrás hacia la costa y contempló los bordes quebrados, mellados, de la base de la columna—. Y el coloso no cayó por accidente. Es imposible que así fuera, pues su magia lo habría impedido. El coloso fue derribado deliberadamente, tal vez por quienes temían que estuviera absorbiendo vida de Necrópolis para transportarla a los reinos de más arriba. Fuera cual fuese la razón, su magia se ha desvanecido y no podrá ya ser renovada.

Igual que aquel mundo. El mundo de los muertos.

—¡Mirad! —exclamó Jonathan. Su rostro y sus ojos reflejaban el calor del fuego.

A duras penas, distinguieron a lo lejos las primeras naves que se separaban de la costa.

Los muertos habían iniciado la travesía.

—

CAPITULO

MAR DE FUEGO,

ABARRACH

Echaron a correr por la columna cubierta de runas lo mas aprisa que se atrevieron. Tenían una ventaja sobre las naves, ya que el menguante mar de Fuego tenía en aquel punto su menor anchura y, por tanto, estaban mucho más cerca de la orilla opuesta que Kleitus y su ejército. La visión de las naves les dio renovados ímpetus y energías. Aunque los signos mágicos hubieran perdido su poder, los surcos de las runas les proporcionaban un terreno firme y una buena tracción para avanzar por la resbaladiza superficie.

Y, entonces, llegaron al final del primer fragmento. Un enorme precipicio en forma de uve separaba la base del coloso caído del segmento siguiente. Entre ambos se agitaba el mar de magma, turbulento entre los bordes mellados y cortados a pico.

—¡No podemos cruzar eso! —dijo Alfred, observando el abismo con abatimiento.

—No, aquí arriba es imposible. —Haplo calculó la distancia con la vista—.

Pero quizá podamos ahí abajo. ¡Incluso tú deberías poder dar ese salto, sartán!

—¡Pero...! ¡Resbalaré, me caeré! Yo... Está bien, lo intentaré... —A Alfred se le hizo un nudo en la garganta y bajó los ojos ante la mirada furiosa de Haplo.

—No hay alternativa, no hay alternativa... —canturreó Alfred una y otra vez, en lugar de las runas. Tenía que conservarlas reservas mágicas que aún tuviera. Y, de algún modo, la letanía pareció ayudarlo.

—Eres un estúpido —murmuró Haplo al escuchar su soniquete. El patryn se detuvo al fondo de la hendidura con las piernas separadas, en perfecto equilibrio sobre unos accidentados estratos de roca, como un gato. Agarró por el delgado antebrazo a Alfred y trató de calmar al tembloroso sartán—. ¡Ahora, salta al otro lado! Alfred miró atemorizado al otro lado de lo que le pareció un brazo inmenso de lava turbulenta.

—¡No! —se resistió a avanzar—. ¡No puedo! Jamás lo conseguiré! Yo...

—

—¡Salta! —rugió Haplo.

Alfred flexionó las rodillas y, de pronto, se encontró volando por los aires impulsado por un violento empujón desde detrás. Agitando los brazos como si volara, aterrizó pesadamente en el borde de un saliente rocoso a treinta palmos por encima del mar de lava. Y empezó a resbalar. Sus manos buscaron a tientas un asidero, pero bajo sus dedos se desmenuzaron unos guijarros. El sartán caía, resbalaba hacia el magma del fondo.

—¡Agárrate! —gritó Jonathan, frenético.

Alfred alargó la mano desesperadamente hacia un fragmento de roca que sobresalía del farallón. Cerró los dedos en torno a él y consiguió detener su caída. Tenía las manos sudorosas y empezó a resbalar de nuevo, pero sus pies encontraron un punto donde apoyarse y logró detenerse. Con los brazos y las piernas doloridos del esfuerzo, consiguió encaramarse al saliente y se quedó allí, encogido, tiritando de la impresión, sin atreverse a creer que se había salvado. No tuvo tiempo de relajarse. Antes de que supiera qué estaba sucediendo, Jonathan salvó la hendidura de un salto, ayudado por detrás por los brazos infatigables de Haplo. El joven duque aterrizó con gracia y tranquilidad. Alfred lo agarró y lo ayudó a sostenerse.

—Aquí no hay espacio para los dos. Sigue hacia arriba —le dijo Alfred—. Yo esperaré aquí.

Jonathan inició una protesta.

Alfred señaló hacia adelante. El borde superior de la columna sobresalía del precipicio formando otra repisa, ésta por encima de sus cabezas. Sería preciso unos brazos muy fuertes para encaramarse a aquel saliente.

Jonathan miró, entendió la situación y empezó a escalar hacia la cima. Alfred lo observó unos instantes, inquieto, y se sorprendió profundamente al descubrir al cadáver de Edmund en el mismo saliente que él ocupaba. El sartán no logró comprender cómo había conseguido saltar el príncipe muerto; sólo pudo suponer que el fantasma había ayudado al cuerpo a hacerlo.

La tenue silueta blanca era como una sombra brillante del cadáver, apenas distinguible de las espirales de niebla que los envolvían. El fantasma parecía tan independiente que Alfred se preguntó por qué se molestaba en arrastrar con él aquel cuerpo muerto.

—¡Despierta, sartán! —gritó Haplo—. ¡Sigue subiendo con los demás!

—¡Te esperaré aquí para ayudarte!

—¡No quiero tu... —las siguientes palabras resultaron ininteligibles, ahogadas por el estruendo del magma— ...ayuda!

Alfred fingió no haber oído nada y esperó, impertérrito, agarrado a la roca. Al otro lado de la grieta, Haplo soltó una maldición, pero no había tiempo que perder. Comprobó que el machete que había extraído del muerto en los pasadizos seguía en su cinto y se aseguró de que estuviera bien sujeto. Tensó los músculos de las piernas y se lanzó al vacío, surcando el aire por encima del magma hasta aterrizar como una mosca en el muro, en la roca lisa y sin resaltes debajo de donde estaba Alfred. De inmediato, empezó a resbalar. Al otro lado de la grieta, el perro soltó unos sonoros ladridos. Alfred alargó las manos, agarró al patryn por las muñecas cubiertas de runas y tiró de ellas. Una punzada de dolor le subió por el espinazo, sus músculos se estiraron y sus pies resbalaron sobre el resalte de roca que ocupaba. Estaba perdiendo el equilibrio. Tenía que soltar a Haplo so pena de resbalar de la repisa.

—

Pero se negó a darse por vencido. Buscó dentro de sí y encontró unos recursos físicos que nunca había sabido que poseía. Continuó sosteniendo al patryn y, en un último y desesperado esfuerzo, tiró de él con todas sus fuerzas. Los pies le resbalaron, pero no antes de que hubiera alzado a Haplo a la plataforma.

El patryn se agarró a las rocas y a Alfred, permaneció colgado unos instantes más para recobrar el aliento y terminó de arrastrar el resto del cuerpo sobre el saliente rocoso. Sin previo aviso, el perro cruzó el vacío en un grácil salto y aterrizó junto a los dos, casi desalojándolos del resalte. El animal los miró con ojos brillantes, visiblemente lleno de un inmenso orgullo.

—¡Están cruzando más naves! —informó Jonathan desde arriba—. ¡Tenemos que darnos prisa!

A Alfred le dolía todo el cuerpo. Los músculos lo mortificaban, y notaba en un costado un dolor como si alguien le clavara un puñal. Estaba lleno de cortes y magulladuras y se preguntó si tendría fuerzas para caminar siquiera, y mucho menos para escalar el trecho siguiente. Y no sólo eso: ¿cuántos segmentos más de aquel coloso les quedaban por cruzar? ¿Cuántos precipicios, tal vez más anchos que aquél? Cerró los ojos, tomó aire profundamente —aunque no sirvió de ningún alivio para sus pulmones ardientes— y se dispuso a continuar, con gesto agotado. —Supongo que debo darte las gracias... —empezó a decir Haplo en su habitual tonillo sarcástico.

—¡Olvidalo! ¡No quiero tu agradecimiento! —le gritó Alfred. Le sentó bien gritar. Le agradó la sensación de estar furioso y dejar ir la cólera—. ¡Y no te sientas obligado a recompensarme por haber salvado tu maldito pellejo, porque no es preciso que lo hagas! ¡He hecho lo que tenía que hacer, y basta!

Haplo miró a Alfred con absoluto asombro. Después, los labios del patryn empezaron a torcerse. Intentó controlarse, pero también él estaba cansado. Se echó a reír. Y siguió riéndose hasta verse obligado a apoyarse en la pared de roca para sostenerse; siguió riéndose hasta que le saltaron las lágrimas. Tras palparse la sangre que le caía de un corte en la frente, Haplo se contuvo, sonrió y movió la cabeza.

—Es la primera vez que te oigo soltar un juramento, sart... —hizo una breve pausa y se corrigió—: ... Alfred.

Habían cruzado sanos y salvos una de las grietas, pero sólo era la primera de muchas más. Las naves dragones de los muertos, impulsadas a vapor, avanzaban

traqueteando por el magma, negras contra el rojo ardiente. Alfred avanzó por la columna e hizo un esfuerzo por no mirar hacia las naves y por no pensar en la próxima hendidura que tendría que saltar. Se limitó a poner un pie delante del otro, una y otra y otra vez...

— ¡No conseguiremos llegar a la orilla a tiem...

—¡Chist! ¡Quietos! ¡Deteneos! —susurró Haplo, interrumpiendo a Jonathan a media frase.

Alfred volvió la cabeza a un lado y otro con gesto espasmódico. La alarma que sonaba en la voz del patryn lo despertó del letargo en que se habían sumido su cuerpo dolorido y su mente desesperada. Las runas tatuadas en la piel de Haplo se iluminaron, y su habitual color azul quedó teñido de púrpura por el fulgor rojo del magma. El perro permaneció junto a su amo, gruñendo, con el pelaje del lomo erizado y las patas rígidas. Alfred miró hacia atrás frenéticamente, esperando encontrar una horda de muertos avanzando tras sus pasos por el coloso caído.

—

Nada. Nadie los perseguía. Nada les obstruía el paso delante. Pero algo andaba mal. El mar se movía, se juntaba y se alzaba... ¿Una ola de marea? ¿De magma? Miró con más atención el mar e intentó convencerse de que era una ilusión óptica.

¡Ojos! Unos ojos lo miraban. Unos ojos en el mar. Unos ojos *del* mar. Una feroz cabeza roja asomó de las profundidades del magma y se deslizó hacia ellos. Los ojos, fijos, sin un parpadeo, mantuvieron al grupo bajo constante vigilancia. Eran unos ojos enormes. Alfred podría haber entrado en las negras rendijas que tenía por pupilas sin necesidad de agachar la cabeza.

—¡Un dragón de fuego! —exclamó Jonathan con un jadeo.

—Así es como termina todo... —musitó Haplo.

Alfred estaba demasiado cansado para reaccionar. De hecho, su primer pensamiento fue de alivio. No tendría que saltar ninguna otra maldita grieta. Lisa y afilada como una punta de lanza, la cabeza del dragón se estiró hacia lo alto. Tenía un cuello largo, estrecho y grácil, rematado por una crin espinosa que recordaba las estalagmitas. Cuando el cuerpo asomó del mar, las escamas despidieron un resplandor rojo muy intenso pero, al contacto con el aire, se enfriaron de inmediato y se volvieron negras con un fulgor rojizo latente en su interior, como las brasas apiladas en una chimenea.

—No tengo la fuerza necesaria para luchar con él —exclamó Haplo.

Alfred movió la cabeza en gesto de negativa. Él no tenía fuerzas para hablar, siquiera.

—Tal vez no sea necesario —apuntó Jonathan—. Sólo atacan cuando se sienten amenazados.

—Pero nos tienen muy poco amor —añadió el príncipe—, como he comprobado personalmente.

—Tanto si nos ataca como si no, un retraso nos resultaría fatal —intervino Haplo.

—Tengo una idea —dijo Jonathan. El duque avanzó lenta y pausadamente por la roca del coloso caído hacia el dragón recién aparecido—. No hagáis movimientos o gestos amenazadores.

El inmenso dragón lo miró, pero sus ojos como ascuas mostraron mucho más interés por el fantasma del príncipe.

—¿Qué eres tú?

La bestia se dirigía al príncipe, sin hacer caso de Jonathan ni del resto del grupo que ocupaba la columna derruida. Haplo le puso la mano en la testuz al perro, ordenándole silencio; el perro se estremeció, pero obedeció a su amo.

—No he visto nunca nada como tú.

Las palabras del dragón eran perfectamente inteligibles, muy claras, pero no eran pronunciadas en voz alta. El sonido parecía recorrerlo a uno por dentro, como la sangre, pensó Haplo.

—Soy lo que siempre estuve destinado a ser —proclamó el fantasma.

—Es cierto. —Los ojos como rendijas se pasearon por el grupo por unos instantes—. ¡Y un patryn, también! Encallado en una roca. ¿Qué más viene ahora? ¿El cumplimiento de la profecía?

—Estamos en una situación desesperada, señora —dijo Jonathan con una profunda reverencia—. Mucha de la gente de la ciudad de Necrópolis ha muerto...

—¡Muchos de los míos han muerto también! —El dragón emitió un siseo y su negra lengua asomó entre los labios—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—

—¿Ves esas naves que cruzan? —Jonathan las señaló, pero el dragón no se dignó volver la cabeza. Era evidente que sabía muy bien qué estaba sucediendo en su mar—. Llevan lázaros y ejércitos de muertos...

—Lázaros. —Las rendijas de los ojos del dragón se estrecharon aún más—. Ya es bastante malo que los muertos caminen... ¿Quién ha traído lázaros a Abarrach?

—He sido yo, señora —repuso Jonathan, y apretó las manos, con los dedos entrelazados, guardando el dolor para sí.

—¡Entonces, no tendréis ninguna ayuda de mí! —Los ojos del dragón emitieron un destello de rabia—. ¡Que el mal que habéis traído a este mundo os lleve con él!

—El sartán es inocente de su acto, señora. Éste ha sido consecuencia de su amor —declaró el fantasma del príncipe—. Su esposa murió, sacrificando su vida por él. Y él no pudo soportar la idea de perderla.

—Locura, pues. Pero locura criminal. No quiero saber nada más...

—Quiero poner remedio a lo hecho, señora —declaró Jonathan—. Me ha sido concedido el saber para lograrlo. Ahora, estoy tratando de reunir el valor necesario... —Se quedó sin palabras. Se le hizo un nudo en la garganta y tomó aire profundamente. Con las manos aún más apretadas, consiguió añadir—: Mis compañeros y yo debemos alcanzar la otra orilla antes que los lázaros y los muertos que los siguen.

—Y quieres que os transporte... —dijo el dragón.

—¡No...! —Alfred se estremeció de pies a cabeza.

—¡Calla! —Haplo cerró su mano en torno al brazo del sartán para hacerlo callar.

—Si nos hicieras tal honor, señora... —Jonathan hizo una nueva reverencia.

—¿Cómo puedo estar segura de que harás lo que dices? Quizá sólo empeores las cosas.

—Es de él de quien habla la profecía —anunció el príncipe.

Haplo notó un escozor en la mano que agarraba a Alfred. Éste vio cómo el patryn apretaba los labios y fruncía las cejas con aire de frustración. Sin embargo, el patryn guardó silencio. Su principal preocupación en aquel momento era

alcanzar su nave sano y salvo.

—¿Y tú estás con él en esto? —inquirió el dragón.

—Sí. —El cadáver del príncipe Edmund se irguió, majestuoso, con el fantasma por brillante sombra a su espalda.

—¿Y el patryn, también?

—Sí, señora. —La respuesta de Haplo fue breve, lacónica. ¿Qué más podía decir con aquellos ojos encendidos fijos en él?

—Os llevaré. Daos prisa.

El dragón se deslizó más cerca del coloso caído, y su cabeza y su cuello de crin espinosa se elevaron sobre las minúsculas siluetas que miraban desde abajo. Un cuerpo sinuoso y serpenteante se alzó del mar y mostró su lomo plano, con una hilera de espinas a lo largo de todo el espinazo. Detrás del cuerpo, a una distancia increíble, se podía observar el extremo de una cola espinosa chapoteando en la lava.

Jonathan descendió rápidamente, agarrado a una de las espinas y ayudándose de ella para sostenerse sobre el lomo. Después bajó el príncipe, cuyo brillante fantasma guió los pasos del cadáver. A continuación fue Alfred. El sartán

—

tocó la crin con precaución, esperando encontrarla caliente. Sin embargo, las escamas estaban completamente frías, duras y brillantes como cristal negro. Alfred había montado a lomos de un dragón en Ariano y, aunque el enorme dragón era considerablemente distinto de los del mundo del Aire, no se sintió, ni mucho menos, tan asustado como esperaba. Sólo Haplo y el perro permanecieron en la columna. El patryn contempló con cautela a la inmensa bestia y volvió la vista hacia los fragmentos de columna que tenía delante, como si calculara cuál sería la mejor decisión. El perro gemía, acurrucado tras su amo, procurando evitar en todo instante los ojos del dragón.

Alfred sabía lo suficiente sobre el Laberinto para entender el miedo del patryn, el dilema en que se hallaba. Los dragones del Laberinto eran fieras inteligentes, malévolas y mortíferas, en las que no había que confiar jamás y que debían ser evitadas en todo instante. Pero las naves impulsadas a vapor que transportaban a los muertos se hallaban ya en el centro del mar de magma; Haplo tomó una decisión y saltó al lomo del dragón.

—¡Perro, aquí! —gritó acto seguido.

El animal corrió en una dirección y otra junto al borde de la columna, hizo un amago de saltar, se arrepintió en el último momento y volvió a correr arriba y abajo por la columna cubierta de runas, entre gañidos.

— ¡Deprisa! —avisó el dragón.

— ¡Perro! —repitió Haplo, haciendo chasquear los dedos.

El animal se sobrepuso al temor y efectuó un salto desesperado que lo llevó directamente a los brazos de Haplo, al que casi derribó.

El dragón se separó de la columna con tal rapidez que pilló a Alfred por sorpresa. Se había soltado de la crin y estuvo a punto de resbalar del lomo.

Asiéndose de una espina más alta que él, se agarró a ella con ambas manos.

El dragón de fuego surcó el magma con la misma facilidad con que sus congéneres de Ariano volaban por el aire. Para avanzar por la lava, efectuaba movimientos serpenteantes y se ayudaba del impulso de su poderosa cola para propulsar hacia adelante el gigantesco cuerpo sin alas. El viento cálido que producía

su avance echó atrás los finos cabellos que le quedaban en la cabeza a Alfred y agitó su túnica. El perro no dejó de aullar durante toda la travesía. La enorme bestia surgida del magma avanzó en un rumbo que cortaba la trayectoria de las naves y aceleró por delante de ellas. A gusto en su elemento, el dragón alcanzó una velocidad formidable. Las embarcaciones de hierro no podían igualarla, pero ya habían dejado bastante atrás el centro del mar de lava. El dragón se vio obligado a acercarse a la flota y pasó a corta distancia de la proa de la nave insignia. Los muertos los vieron y una lluvia de flechas cayó sobre ellos, pero el dragón navegaba demasiado deprisa como para que los arqueros pudieran hacer diana.

—Mi pueblo... —anunció el cadáver de Edmund con su voz hueca.

El ejército de los muertos de Kairn Telest se hallaba desplegado en los muelles de Puerto Seguro, dispuesto para enfrentarse al ejército de cadáveres de Necrópolis y rechazarlo antes de que pudiera establecer una cabeza de playa.

La estrategia de Baltazar era la acertada, pero el nigromante no tenía idea de la existencia de los lázaros ni había recibido noticia de lo sucedido en Necrópolis. Se había preparado para una guerra entre ciudades, pero no sabía que, ahora, la guerra era entre los vivos y los muertos. No tenía la menor sospecha de que él y los

—

suyos se contaban entre los últimos seres vivos de Abarrach y de que, muy pronto, tal vez tendrían que luchar en defensa de su vida contra sus propios muertos.

—Vamos a conseguirlo —apuntó Haplo—, pero no por mucho. —Volvió la vista hacia Alfred y le dijo—: Si quieres volver conmigo a través de la Puerta de la Muerte, ve directo a la nave. El duque y yo llegaremos enseguida.

—¿El duque? —repitió Alfred con perplejidad—. No, Jonathan no vendrá con nosotros. Al menos, voluntariamente. —Y, entonces, el sanan lo entendió—. ¿No estarás pensando en ofrecerle una opción, verdad?

—Pienso llevar al nigromante al Nexo. Si vienes conmigo, corre a la nave.

Deberías darme las gracias, Alfred —añadió el patryn con una tétrica sonrisa—. Te estoy salvando la vida. ¿Cuánto tiempo crees que sobrevivirías aquí?

Llegaron a la vista de quienes esperaban en la orilla. El cadáver del príncipe Edmund, impulsado por su fantasma, levantó los brazos. Grandes vítores se alzaron en la orilla, dándole la bienvenida. Oleadas de sus soldados cadáveres echaron a correr por el embarcadero para ayudarlos y protegerlos de un posible ataque mientras saltaban a tierra.

El dragón detuvo su marcha entre los muelles y el impulso que llevaba levantó olas de lava que rompieron con estruendo contra la costa. Las naves de hierro de los muertos de Necrópolis llegaron pisándoles los talones, a tan corta distancia que Alfred distinguió en la proa de la nave capitana la imagen cambiante y espantosa del lázaro de Kleitus. Junto a él, también de pie en la proa de la embarcación, se hallaba el de Jera.

—

CAPÍTULO PUERTO SEGURO, ABARRACH

La nave de Haplo se mecía en el embarcadero, anclada e intacta. El patryn no advirtió en ella ninguna anormalidad. En unos instantes, estaría a bordo con sus acompañantes y las runas patryn los pondrían a cubierto de cualquier asalto. Alfred se encontró en un dilema. Haplo tenía razón, sin duda: el duque no sobreviviría mucho tiempo en aquel mundo. Nadie de los todavía vivos en Abarrach podría resistir a la furia de los muertos, impulsados a la venganza y la destrucción por los lázaros.

Al menos, pensó, iba a salvar a uno de sus congéneres sartán. Piedad, lástima, compasión... Sin duda, continuó diciéndose, sabría idear algún modo de evitar que el duque nigromante cayera en manos del llamado Señor del Nexo. Pero ¿y si fracasaba? ¿Qué terribles tragedias se producirían si un nigromante accedía a los otros mundos? ¿No sería mejor para él morir allí, en aquel mundo subterráneo?

Las tropas de Kairn Telest ocuparon los muelles, decididos a salvar a su príncipe. Los arqueros cubrieron el avance de los infantes y nubes de dardos cruzaron el aire para estrellarse con estrépito contra los flancos metálicos de las naves dragones. Los muertos se arrancaron los dardos de su carne helada y los arrojaron al magma, donde desaparecieron entre siseos de serpiente. Kleitus se arrancó una flecha que se había alojado en su pecho y la blandió en alto.—

¡Vuestro enemigo no somos nosotros! —gritó, y su voz resonó sobre el mar de magma silenciando al ejército de los muertos de Kairn Telest desplegado en los muelles—. ¡El auténtico enemigo son los vivos! —continuó, señalando la figura vestida de negro de Baltazar—. ¡Ellos os tienen esclavizados, os han privado de vuestra dignidad!

—¡Sólo cuando los vivos hayan muerto, serán libres los muertos! —lo secundó Jera.

«... serán libres los muertos...», repitió el eco de su atormentado espíritu.

—

El ejército de Kairn Telest titubeó. El aire se llenó con los lamentos quejumbrosos de sus fantasmas.

— ¡Es nuestra oportunidad! —dijo Haplo—. ¡Saltemos a tierra!

El patryn saltó del lomo del dragón al muelle de piedra. Alfred lo siguió y cayó hecho un ovillo de manos y pies y rodillas que tardó algunos momentos en desenredar. Cuando estuvo erguido y más o menos en condiciones de andar, vio que Haplo agarraba con firmeza al duque por el brazo.

—Vamos, Jonathan. Tú vienes conmigo.

—¿Adonde? ¿A qué te refieres? —El duque se resistió.

—A la Puerta de la Muerte. De vuelta a mi mundo. —Haplo hizo un gesto hacia la nave.

El duque siguió su mirada y vio la seguridad de la nave. Igual que los muertos que lo rodeaban, dio muestras de vacilación. El dragón se apartó a cierta distancia de la orilla, se detuvo y miró hacia tierra con sus ojos como ranuras muy atentos, esperando.

Jonathan movió la cabeza.

—No —dijo sin alzar la voz.

La mano de Haplo se cerró con más fuerza en torno a su brazo.

— ¡Te estoy salvando la vida, maldita sea! ¡Si te quedas aquí, morirás!

—¿Es que no entiendes? —replicó el duque, mirándolo con una calma

extraña, distante—. Eso es lo que debo hacer.

— ¡No seas estúpido! —Haplo perdió el dominio de sí—. ¡Sé que crees haberte comunicado con una especie de poder superior, pero fue un truco! ¡Un truco de ese tipo! —Señaló con el dedo a Alfred—. ¡Lo que tú y yo vimos allá abajo era falso! ¡*Nosotros* somos el poder supremo en el universo! Mi Señor es el poder supremo. Vuelve conmigo y lo entenderás...

¡Un poder superior! La revelación era abrumadora. Alfred se tambaleó, notó que las piernas no lo sostenían. ¡Ahora comprendía, por fin, lo que le había sucedido en la cámara! Recordó la sensación de paz y satisfacción que lo había embargado, comprendió la razón de que hubiera sentido tanta pena al despertar de la visión y descubrir que la sensación había desaparecido. ¡Pero había sido necesario que lo dijera el patryn para que se le abrieran los ojos!

Alfred se dio cuenta de que, en lo más profundo de sí, había sabido la verdad, pero no había querido aceptarla. ¿Por qué? ¿Por qué se había negado a escuchar a su corazón?

Porque, si existía un poder superior, ¡los sartán habrían cometido un error espantoso, tremendo e imperdonable!

La idea resultaba demasiado terrible. Su cerebro apenas era capaz de asimilar la oleada de emociones que se le venían encima, las olas de nuevas ideas y conceptos que lo sacudían una tras otra. El suelo firme que lo sostenía pareció borrado de pronto de debajo de sus pies y se sintió arrojado a la deriva en un mar peligroso sin barco, sin brújula, sin ancla...

Un dardo pasó silbando junto a Alfred y lo devolvió a la realidad que lo envolvía, al peligro que lo rodeaba. Los muertos de Kairn Telest estaban levantando las armas y volviéndolas hacia ellos.

Una lanza arrojada desde sus filas había acertado en el brazo a Haplo. La herida sangraba, aunque no era grave; no obstante, constituía una señal de que la magia del patryn se había debilitado hasta el punto de que el arma había penetrado la protección de las runas tatuadas en su piel.

—

—¿No puedes detenerlos? —gritó Alfred al príncipe Edmund, confiando en que haría algo para evitar la que iba a ser la matanza de los últimos seres vivos de Abarrach—. ¡Es tu pueblo!

El cadáver permaneció en silencio, más callado que la muerte en aquel mundo. Los ojos centelleantes del fantasma estaban fijos en Jonathan.

—Déjanos, patryn —dijo el duque—. Tú no tienes que ver con lo que sucede en Abarrach. Nosotros somos los responsables de lo sucedido y debemos hacer lo que podamos para ponerle remedio. Vuelve a tu mundo y comparte con tu pueblo el conocimiento que has obtenido en éste.

—¡Bah! —Haplo escupió en el suelo—. ¡Vámonos, perro!

—El patryn corrió hacia su nave. El perro, tras una breve mirada atrás hacia Alfred, salió corriendo detrás de su maestro.

La nave de Kleitus quedó amarrada y, una vez bajadas las rampas, los muertos desembarcaron para unirse a sus hermanos en el muelle. El duque no tardaría en quedar rodeado por un ejército. A bordo del barco, Kleitus y Jera permanecieron juntos. La duquesa, con la mano extendida, gritaba a los muertos que acabaran con su marido.

Jonathan permaneció impasible en medio del caos. Levantó los ojos hacia su

esposa con una expresión de pena y dolor en sus pálidas facciones. Una lucha breve y amarga le nubló la vista.

Alfred pensó: «Sabe lo que debe hacer, pero tiene miedo. ¿Lo puedo ayudar de alguna manera?». Frustrado, el sartán se apretó las manos. ¿Qué podía hacer para ayudar, si no entendía lo que estaba sucediendo?

Una nueva lluvia de flechas pasó junto a Alfred, como una nube de avispas.

Una se le clavó en la túnica, otra fue a dar en la puntera de su enorme zapato. Un dardo acertó en el muslo de Haplo. El patryn se llevó la mano a la pierna e intentó seguir corriendo. La sangre le corrió por los dedos. La pierna le falló y se derrumbó en el embarcadero.

Los muertos lanzaron un grito de victoria; varios de ellos rompieron filas y corrieron hacia él. El perro se volvió para hacerles frente, con los colmillos al descubierto y el pelaje del cuello erizado. Haplo se incorporó y trató de continuar, arrastrando la pierna, pero no podía avanzar lo bastante deprisa como para dejar atrás a los muertos. Sacó el machete, se volvió y se dispuso a luchar.

Las flechas llovían en torno a Jonathan como si fueran gotas de agua. El duque no les prestó la menor atención y ninguna de ellas lo tocó. Estaba tranquilo, resuelto. Levantó la mano en petición de silencio y tan imponente resultó la presencia del joven con el rostro consumido por la pena que los muertos callaron y los lázaros silenciaron sus llamadas a la venganza. Incluso el leve gemido lastimero de los fantasmas enmudeció.

Jonathan elevó la voz.

—En los tiempos antiguos, cuando los sartán llegamos por primera vez a este mundo que habíamos creado, nos dedicamos a organizar una vida para nosotros y los mensch y demás criaturas que nos fueron confiadas. Al principio, todo fue bien con una excepción: no recibimos noticias de nuestros hermanos de otros mundos. »En un primer momento, su silencio resultó inquietante. Después, resultó mucho más alarmante, pues nuestro mundo empezó a fallarnos. O tal vez sea más correcto decir que nosotros le fallamos a nuestro mundo. En lugar de estudiar el modo de conservar nuestros recursos, los explotamos caprichosamente en el

—

perpetuo convencimiento de que, con el tiempo, terminaríamos por comunicarnos con esos otros mundos. Ellos nos proporcionarían lo que nos faltaba.

»Los mensch fueron los primeros en sucumbir bajo los efectos de este mundo emponzoñado, cada vez más frío y yermo a nuestro alrededor. Después cayeron otras criaturas y, finalmente, también nuestra población empezó a menguar. Y en aquella coyuntura crítica, nuestro pueblo dio dos pasos: uno adelante, hacia la luz, y otro atrás, hacia la oscuridad.

»Un grupo de aquellos sartán escogió combatir la muerte, acabar con ella, y se dedicó a la nigromancia. Sin embargo, en lugar de conquistar a la muerte, se vieron esclavizados por ella. Mientras tanto, otro grupo de sartán unió sus facultades y conocimientos mágicos en un esfuerzo por establecer contacto con los otros tres mundos. Construyeron una cámara dedicada a tal propósito y colocaron en ella una mesa que era una de las últimas reliquias supervivientes de otro tiempo y lugar. Estos sartán establecieron contacto... —la voz de Jonathan bajó de tono—, pero no con nuestros hermanos de otros mundos, ¡Entraron en comunicación con un orden superior! ¡Hablaron con Uno que ha permanecido olvidado mucho, muchísimo tiempo!

—¡Herejía! —gritó Kleitus. «¡Herejía!», repitió el eco sibilante que se alzó entre los muertos.

—¡Sí, herejía! —gritó Jonathan imponiéndose al clamor—. ¡Ésta fue la acusación que se formuló contra esos sartán, tanto tiempo atrás! Al fin y al cabo, los dioses somos nosotros, ¿no? ¡Fuimos capaces de separar el mundo y de crear otros nuevos! ¡Incluso hemos vencido a la propia muerte! Mirad a vuestro alrededor. El duque abrió los brazos, se volvió a izquierda y derecha, señaló hacia adelante y hacia atrás.

—Decidme, ¿quién ha ganado?

Los muertos callaron. Alfred dirigió la vista a Kleitus, que seguía plantado en la proa de la nave dragón; la sonrisa torcida y burlona de las facciones siempre cambiantes del lázaro le dijo que el dinasta le estaba dando cuerda al duque para que él mismo se la anudara al cuello. El lázaro tiraría de ella cuando quisiera y contemplaría con placer cómo su víctima se retorció y sacudía.

Jonathan sólo estaba empeorando las cosas, pero Alfred no sabía cómo detenerlo... ni si debía hacerlo. Nunca se había sentido tan total y absolutamente impotente.

Un contacto frío en la pantorrilla estuvo a punto de enviarlo al mar de lava del sobresalto. Pensando que era la mano de alguno de los cadáveres, se estremeció y esperó la muerte, hasta que escuchó un suave y patético gemido.

Alfred abrió los ojos y suspiró aliviado. A su lado estaba el perro. Cuando estuvo seguro de tener toda la atención del sartán, el animal dio varios trancos en una dirección, volvió atrás y miró a Alfred esperando su reacción.

El animal quería que fuera junto a su amo, por supuesto. Haplo estaba sentado en el suelo del embarcadero, recostado contra una bala de hierba de kairn. El patryn tenía los hombros hundidos, y su rostro mostraba una palidez mortal. Sólo su férrea voluntad y un profundo instinto de supervivencia lo mantenían consciente.

Piedad, compasión, lástima...

—

Alfred tomó aire profundamente. Esperando ser detenido, desafiado o abatido por una flecha, una lanza o una espada; hizo acopio de valor y empezó a abrirse paso entre los muertos hacia Haplo.

Jonathan continuó su parlamento. Un discurso que llenaba de pena a Alfred. Este sabía cómo iba a terminar y, de pronto, se dio cuenta de que el joven duque también era consciente de ello.

—Nuestros antepasados temieron las palabras de los sartán de la cámara cuando éstos reaparecieron entre ellos clamando contra los nigromantes y anunciando que debíamos cambiar o terminaríamos destruyendo no sólo nuestro propio pueblo, sino también el frágil equilibrio que existe en el universo. La respuesta de nuestros antepasados fue matar a los «herejes», sellar sus cuerpos en la cámara que pasó a conocerse como «de los Condenados» y rodear ésta con runas de reclusión.

Los ojos muertos de los cadáveres siguieron los movimientos de Alfred pero no hicieron el menor intento de detenerlo. Cuando llegó junto a Haplo, hincó la rodilla cerca del herido.

—¿Qué..., qué puedo hacer? —preguntó en voz baja.

—Nada —respondió el patryn con las mandíbulas apretadas de dolor—, como

no sea cerrarle la boca a ese estúpido.

—Por lo menos, mientras habla, tenemos tiempo...

—¿Para qué? —replicó Haplo amargamente—. ¿Para escribir una carta póstuma a los tuyos, tal vez?

—No me han hecho nada.

—¿Por qué habrían de molestarse? Saben que no vamos a ir a ninguna parte.

—Pero tu nave...

—Da un paso hacia ella y será el último que des. —Haplo exhaló un jadeo tembloroso y reprimió un gemido—. Observa la nave dragón de Kleitus. Verás que la duquesa no presta atención al discurso de su marido.

Alfred alzó la vista y descubrió que el lázaro de Jera lo miraba sin disimulo.

—Ella sabe lo de la nave y lo de la Puerta de la Muerte, ¿recuerdas? —Haplo se incorporó con esfuerzo hasta quedar más erguido, venciendo el terrible dolor que le causaba el movimiento. El perro, siempre cerca de él, lanzó un gañido de condolencia—. Sospecho... que quieren apoderarse de ella para intentar entrar...

—¡Entrar en los mundos de los vivos! ¡Entrar para matar! ¡Es..., es espantoso!

¡Tenemos que hacer algo!

—Estoy abierto a tus sugerencias —contestó Haplo secamente.

El patryn había conseguido —Alfred no podía ni imaginar a costa de qué terrible dolor— arrancarse la mayor parte del asta de la flecha clavada en el muslo, pero la punta del dardo seguía alojado en su muslo y toda la pernera de su pantalón estaba empapada de sangre. La blusa se le había adherido a la herida del brazo, formando un tosco vendaje. El profundo tajo se abriría y empezaría a sangrar al menor movimiento que hiciera.

—Tal vez tengamos una oportunidad —dijo en un susurro, con la mirada fija en el joven duque—. Supongo que entiendes adonde conduce su discurso. Alfred no respondió.

—Cuando avancen para acabar con él, corramos hacia la nave. Una vez a bordo, las runas nos protegerán. Espero.

Alfred miró a Jonathan, solo ante los cadáveres.

—¿Te refieres a... abandonarlo?

—

La mano ensangrentada de Haplo agarró por el cuello de la túnica a Alfred y acercó el rostro del sartán a dos dedos del suyo.

—¡Escúchame, maldita sea! ¡Sabes muy bien qué sucederá si esos lázaros atraviesan la Puerta de la Muerte! ¿Cuántos inocentes morirán? ¿Cuántos en Ariano, en Pryan...? Compara eso con la vida de un hombre en este mundo. Tú le has hecho creer en ese «poder superior». ¡Tú eres quien lo ha llevado a este final! ¿Quieres ser responsable también de llevar la muerte misma a través de la Puerta de la Muerte?

Alfred notó la lengua entumecida. Incapaz de hablar, se quedó mirando a Haplo con muda perplejidad.

La voz de Jonathan, firme, potente y enérgica, atrajo la atención de los dos.

Atrajo incluso la mirada muerta de Jera.

—¡Vuestras runas de reclusión no han servido para impedir el paso a quienes han acudido en busca de la verdad! He visto. He oído. He tocado. Todavía no comprendo, pero tengo fe. Y os demostraré que cuanto he descubierto es cierto. Jonathan dio un paso adelante y alzó la mano en gesto de súplica.

—Amada esposa, te he causado un gran perjuicio y quisiera enmendarlo. Márame aquí mismo. Moriré con gusto a tus manos. Y luego resucítame para que me sume a tus filas, a las filas de los eternamente condenados.

El lázaro que una vez había sido la duquesa Jera se apartó del lázaro de Kleitus y descendió la rampa que conducía de la nave al muelle. Su fantasma, atrapado en el cuerpo muerto, sobresalió por delante de éste cuanto pudo, con unas manos efímeras extendidas al frente con ansiosa impaciencia.

Por las mejillas de Jonathan resbalaron unas lágrimas.

—Así viniste a mí en nuestra boda, Jera...

El duque la esperó. Los muertos se congregaron en torno a ellos y esperaron.

El cadáver del príncipe Edmund y su fantasma vaporoso, flotando en sus inmediaciones, esperaron. El lázaro de Kleitus, a bordo de la nave, se rió y esperó.

El cadáver alargó las manos como si quisiera estrechar a su esposo contra su pecho. Pero los crueles dedos, fuertes en la muerte, se cerraron por el contrario en torno al cuello de Jonathan.

— ¡Ahora! —exclamó Haplo.

—

CAPITULO

PUERTO SEGURO,

ABARRACH

Haplo tendió la mano a Alfred para que lo sostuviera. El sartán volvió la cabeza para dirigir una mirada aterrada a su espalda. La muralla de cadáveres que rodeaba a Jonathan le impedía ver al joven duque. Vio puños levantados y el centelleo de una espada, seguido de un gemido ahogado. Cuando el acero se alzó de nuevo, estaba ensangrentado.

Una densa oscuridad envolvió a Alfred. Lo embargó una lasitud reconfortante y sedante, la sensación de haber encontrado un rincón donde esconderse y no ser responsable de nada de lo que sucedía, incluida su propia muerte.

—¡Alfred, no vayas a desmayarte! ¡Maldita sea, sartán, por una vez en tu miserable vida, asume la responsabilidad!

Responsabilidad. Sí, era responsable. Responsable de aquello..., de todo aquello. Había sido como uno de aquellos cadáveres ambulantes, se dijo, vagando por la tierra en un pellejo animado, con el alma enterrada en una tumba de cristal...

—No puedes hacer nada por Jonathan —rugió la voz de Haplo—, salvo morir con él. ¡Ayúdame a llegar a la nave!

La oscuridad se retiró, pero pareció llevarse con ella todos los sentimientos y todo pensamiento racional. Aturdido, Alfred hizo lo que le decía Haplo, obedeciéndolo como un títere en manos de un niño. El sartán pasó los brazos en torno al hombro y el brazo del patryn. Alfred fue el sostén de los pasos renqueantes de Haplo y éste lo fue del ánimo renqueante del sartán.—¡Detenedlos!

—aulló Kleitus, furioso—. ¡Necesito esa nave! ¡Dejadme pasar para detenerlos!

Pero un millar de cadáveres agolpados en el embarcadero, dispuestos a matar, se interpusieron entre el dinasta y su presa. Algunos de los muertos oyeron el grito de Kleitus, pero la mayoría sólo escuchó los gritos de su víctima, que se les unía en la muerte.

—¡No mires atrás! —le ordenó Haplo con el poco aliento que le quedaba—.

¡Sigue corriendo!

—

A Alfred le dolía el brazo del esfuerzo de sostener al patryn, y el fuego del mar de magma que refulgía a su alrededor le quemaba los pulmones. Trató de invocar la magia pero estaba demasiado asustado, demasiado agotado, demasiado débil. Los signos mágicos surgieron de sus manos y estallaron ante sus ojos en destellos desconcertantes. Eran como un lenguaje olvidado, carente de significado para él. Haplo apoyó todo su peso en el sartán y sus pies resbalaron, aunque en ningún momento dejaron de avanzar. Alfred lo miró y observó el rostro ceniciento del patryn, sus mandíbulas apretadas y el sudor que brillaba en su piel. Estaban cerca de su objetivo; la nave se alzaba ante ellos. Pero el rumor de unas pisadas sonaba muy próximo.

El ruido de pisadas impulsó a Alfred a continuar. Estaba cerca, muy cerca... Un revuelo de túnicas negras se alzó ante ellos como un muro hecho de negra noche.

—Maldito sea todo... —masculló Haplo en un susurro tan lleno de agotamiento que sonó despreocupado.

En su temor a los muertos, se habían olvidado de los vivos. Ante ellos estaba Baltazar. Pálido, sereno, con el reflejo rojizo del magma en sus ojos negros, el nigromante de Kairn Telest les cortaba el paso hacia la nave. Baltazar levantó las manos temblorosas y Alfred se estremeció de terror. Pero las manos se juntaron en un gesto de súplica.

—¡Llevadnos con vosotros! —les rogó—. ¡Llevadnos a mí y a mi pueblo! ¡A todos los que quepamos a bordo!

Haplo dirigió una mirada penetrante a Baltazar pero, de momento, el patryn era incapaz de responder; le faltaba el aliento para pronunciar palabra alguna. Alfred imaginó que el nigromante ya había intentado abordar la nave, pero las runas protectoras del patryn debían de habérselo impedido. Tras ellos, las pisadas se hicieron más sonoras. El perro lanzó un ladrido de advertencia.

—¡Te enseñaré nigromancia! —dijo Baltazar en un susurro apremiante—.

¡Piensa en el poder que te dará en los otros mundos! ¡Ejércitos de cadáveres que luchen por ti! ¡Legiones de muertos a tu servicio!

Haplo dirigió una brevísima mirada a Alfred. Este bajó la vista. Estaba cansado, derrotado. Había hecho todo lo posible y no había sido suficiente. En la cámara había nacido dentro de él una esperanza, inexplicable y apenas entendida. Y esta esperanza había muerto con Jonathan.

—No —respondió Haplo.

Los ojos color azabache de Baltazar se desorbitaron de perplejidad, lo miraron con incredulidad y se entrecerraron de rabia. Las cejas oscuras se fruncieron hasta juntarse y las manos suplicantes se cerraron en puños apretados.

—¡Esta nave es nuestro único medio de escape! ¡Si tu cuerpo vivo no me dice cómo romper las runas de protección, lo hará tu cadáver! —declaró el nigromante dando un paso hacia Haplo.

El patryn dio un empujón a Alfred que mandó al sartán, trastabillando, contra una bala de hierba de kairn.

—¡No podrás, si mi cuerpo está ahí dentro! —Haplo señaló el mar de magma. En precario equilibrio sobre la pierna buena y blandiendo el machete en su mano ensangrentada, se detuvo al borde del muelle de obsidiana, apenas a un par de pasos de aquella muerte achicharrante.

Baltazar se detuvo. Alfred advirtió vagamente que los gritos de Kleitus se hacían más potentes y que eran más numerosas las pisadas que corrían hacia

—

donde estaban. El perro había dejado de ladrar y permanecía al costado de su amo. Alfred se incorporó de la bala de hierba sin saber muy bien qué hacer e intentó desesperadamente invocar su magia.

Una voz helada sonó junto a su oído.

—Deja que se vayan, Baltazar.

El nigromante dirigió una mirada de conmiseración al príncipe y movió la cabeza en gesto de negativa.

—Ahora estás muerto, Edmund. Ya no tienes poder sobre los vivos.

Baltazar dio otro paso hacia Haplo. Éste se acercó otro paso al borde del abismo mortal.

—Deja que se vayan —repitió el príncipe Edmund con voz severa.

—¿Pretendes causar la perdición de tu propio pueblo, Alteza? —El nigromante de Kairn Telest soltaba espumarajos por la boca—. ¡Yo puedo salvarlo! ¡Yo...!

El cadáver de Edmund levantó su mano cerúlea; un relámpago saltó de ella, viajó centelleante y se estrelló en el suelo de obsidiana ante los pies de su antiguo consejero. Baltazar retrocedió y miró al príncipe con miedo y asombro.

Edmund dio un suave empujón a Alfred.

—Coge a tu amigo y ayúdalo a subir a la nave. Será mejor que os deis prisa.

Los lázaros vienen en vuestra búsqueda.

Boquiabierto, estupefacto, Alfred obedeció y llegó hasta Haplo en el momento en que a éste empezaban a fallarle las piernas. Juntos —el sartán guiando los pasos debilitados de su enemigo ancestral—, los dos apresuraron la marcha hacia la nave.

De pronto, Alfred chocó contra una barrera invisible y tuvo la sorprendente impresión de ver centellear unos signos mágicos rojos y azules en torno a él. Una palabra de Haplo, casi inaudible, hizo que la barrera desapareciera. Alfred continuó la marcha con el patryn colgado pesadamente a su espalda. Haplo ponía una mueca de dolor al menor movimiento.

Baltazar vio bajadas las defensas mágicas y dio un paso desafiante hacia ellos.

—Hazlo y te mato, amigo mío —anunció la voz del príncipe, no con rabia sino con pena—. ¿Qué importa un muerto más o menos en este mundo nuestro?

Alfred contuvo el aliento en un sollozo acallado.

—¡Súbenos a bordo, maldita sea! —exclamó Haplo entre dientes—. ¡Tienes que hacerlo! ¡Yo no puedo! ¡He perdido... demasiada sangre...!

La nave flotaba sobre . Un ancho abismo de magma rojo incandescente se abría entre ellos y su esperanza de escapar de Abarrach. No había pasarela ni cuerdas... Detrás de ellos, Kleitus había saltado de su embarcación de hierro y venía al frente de sus muertos, guiándolos al asalto, instándolos a adueñarse de la codiciada nave alada, arengándolos a navegar en ella a través de la Puerta de la Muerte.

Alfred reprimió las lágrimas y volvió a ver con claridad las runas, fue capaz de leerlas y entenderlas. Tejió las runas en una red brillante y luminosa que los envolvió a él, a Haplo y al perro del patryn. La red los alzó en el aire, como si un pescador invisible cobrara su captura, y los transportó a bordo del *Ala de Dragón*.

Las runas de su enemigo se cerraron, protectoras, tras el sartán. Alfred contempló el muelle desde la portilla del puente. Los muertos, conducidos por el lázaro del dinasta, se arremolinaron en torno a la nave dragón, estrellándose infructuosamente contra las runas. Baltazar no aparecía por

—

ninguna parte. O había muerto a manos de los lázaros, o había conseguido escapar a tiempo.

Los vivos de Kairn Telest estaban abandonando Puerto Seguro para buscar refugio en las cavernas de Salfag o más allá. Alfred distinguió a los fugitivos, que formaban una columna larga, rala y raída, avanzando a marchas forzadas por la planicie. Los muertos, distraídos momentáneamente por su deseo de capturar la nave, los dejaban escapar. No importaba. ¿Dónde podrían ocultarse los vivos que los muertos no pudieran encontrarlos? No importaba. Nada importaba...

Kleitus gritó una orden. Los demás lázaros cesaron en sus vanos esfuerzos y se congregaron en torno a su líder. Las filas del ejército de cadáveres se abrieron y Alfred vio por un instante el cuerpo de Jonathan tendido en el embarcadero, inmóvil. Jera se inclinó sobre él y tomó el cuerpo del duque entre sus brazos muertos. A continuación, entonó el cántico que devolvería a Jonathan a su terrible y atormentada existencia.

Alfred apartó la vista.

—¿Qué hacen los lázaros? —Haplo estaba agachado en cubierta con las manos en la piedra de gobierno de la nave. Los signos mágicos tatuados en su piel empezaron a iluminarse pero sólo consiguieron despedir un levísimo fulgor azulado, apenas distinguible. El patryn tragó saliva, apartó las manos, flexionó los dedos y cerró los ojos.

—No lo sé —contestó Alfred con desaliento—. ¿Importa mucho?

—¡Sí, claro que importa! Tal vez sean capaces de desbaratar mi magia.

Todavía no hemos salido de ésta, sartán, de modo que deja de gimotear y cuéntame qué sucede ahí fuera.

Alfred, con un nudo en la garganta, se asomó de nuevo a la portilla.

—Los lázaros están... tramando algo. Al menos, ésa es la impresión que da. Están reunidos en torno a Kleitus, todos... excepto Jera. La duquesa... —no terminó la frase.

—Seguro que se trata de eso —murmuró Haplo—. Se disponen a intentar romper las runas de protección de la nave.

—Jonathan estaba tan seguro... —Alfred continuó mirando por la abertura—.

Tenía tanta fe...

—¡Fe en un truco que tú preparaste, sartán!

—Sé que no me creerás, Haplo, pero lo que te sucedió a ti en la cámara fue lo mismo que yo experimenté. Y también le sucedió a Jonathan. —Alfred sacudió la cabeza y añadió en voz baja—: No logro entender qué fue, ni estoy seguro de querer entenderlo. Si no somos dioses..., si existe algún poder superior...

La nave se movió bajo sus pies y Alfred estuvo a punto de perder el equilibrio.

Volvió la vista hacia Haplo. El patryn tenía las manos sobre la piedra de gobierno.

Los signos mágicos de la nave despidieron un fulgor azul intenso y luminoso. Las velas flamearon y los cabos se tensaron. La nave dragón extendió las alas,

dispuesta a volar. En el muelle, los muertos se pusieron a gritar y a batir con

estrépito sus armas. Los lázaros levantaron sus rostros horripilantes y avanzaron

como un solo hombre hacia la nave.

—¡Espera! ¡Detente! —exclamó Alfred, apretando la mejilla contra el cristal de la portilla—. ¿No podemos aguardar un momento más?

—Si quieres, puedes volverte atrás, sartán —respondió Haplo con un gesto de indiferencia—. Has cumplido con tu papel y ya no te necesito. ¡Vamos, lárgate!

—

La nave empezó a moverse. Las energías mágicas de Haplo fluyeron a través de él y la luz azulada aumentó de intensidad y se derramó de entre sus dedos hasta envolverlo en un halo brillante.

—¡Si vas a marcharte, hazlo ya! —gritó.

«Debería hacerlo», pensó Alfred. Jonathan había tenido suficiente fe, había estado dispuesto a morir por lo que creía, y él también debería haber estado dispuesto a hacer lo mismo.

El sartán se apartó de la portilla y se encaminó hacia la escalera que conducía desde el puente a la cubierta superior. En el exterior de la nave se oían las voces gélidas de los muertos, sus gritos de rabia, encolerizados de ver escapar a su presa. Escuchó a Kleitus y a los lázaros elevar sus voces en un cántico. A juzgar por la expresión tensa que apareció de pronto en el rostro de Haplo, el dinasta y los suyos estaban intentando desmoronar la frágil estructura rúnica de protección del *Ala de Dragón*.

La nave dragón se detuvo con una sacudida. Estaba atrapada, retenida como una mosca en la telaraña de la magia del lázaro. Haplo cerró los ojos y concentró sus poderes mentales, con un esfuerzo claramente visible en la rigidez con que sus manos apretaban la piedra de gobierno. Sus dedos, rojos de la luz que surgía de debajo de ellos, parecían hechos de llamas.

La nave dragón dio un bandazo y se hundió unos palmos.

—Tal vez la decisión no dependa de mí, finalmente —murmuró Alfred, casi aliviado, y volvió a la portilla.

Haplo soltó una exclamación, apretó los dientes y continuó asido a la piedra.

La nave se elevó ligeramente.

De improviso, a Alfred le vino a la cabeza una inspiración. Él podía potenciar las débiles energías del patryn y contribuir así a liberar la nave de la telaraña letal antes de que la araña los alcanzara.

Así pues, lejos de exonerarlo de responsabilidades, la decisión de qué hacer se le planteaba con más crudeza que nunca.

El lázaro de quien había sido Jonathan se mantuvo aparte de los demás lázaros, y la mirada de aquel espíritu no del todo separado del cuerpo se volvió hacia la nave y atravesó las runas, la madera, el cristal, la carne y los huesos de Alfred hasta alcanzar su corazón.

—Lo siento —dijo Alfred a aquellos ojos—. No tengo la fe necesaria. No comprendo...

Se apartó de la portilla de observación y, acercándose a Haplo, colocó las manos en los hombros del patryn e inició un cántico.

El círculo quedó cerrado. La nave dragón se estremeció, quedó libre de la trampa mágica, elevó las alas y remontó el vuelo, dejando atrás el mar hirviendo, el ejército de los muertos y el grupo de vivos fugitivos de aquel mundo de piedra de Abarrach.

La nave flotó ante la Puerta de la Muerte.

Haplo yacía en un camastro sobre la cubierta, cerca de la piedra de gobierno. Había perdido el sentido instantes después de que se liberaran. Al borde de la inconsciencia, había luchado por mantenerse despierto y conducir la nave a lugar seguro. Alfred se había dedicado a mirarlo con nerviosismo hasta que Haplo, irritado, le había ordenado que saliera del compartimiento y lo dejara en paz.

—

—Sólo necesito dormir. Cuando llegemos al Nexo, estaré recuperado por completo. Y tú, sartán, será mejor que te busques un sitio para acomodarte o acabarás rompiéndote el cuello mientras cruzamos la Puerta de la Muerte. ¡Y esta vez, cuando la atravesemos, mantén tu mente apartada de la mía!

Alfred no se movió de junto a la portilla; se quedó mirando al exterior mientras su mente volvía a Abarrach, torturada por los remordimientos.

—No fue mi intención hurgar en tu pasado. No poseo tal control...

—Siéntate y calla.

Alfred suspiró, se sentó —o, mejor, se derrumbó— en un rincón y allí se quedó acurrucado, abatido, con las rodillas huesudas a la altura del mentón.

El perro se enroscó al lado de Haplo y apoyó la cabeza en el pecho de éste. El patryn, cómodamente instalado en la cubierta, acarició las orejas del perro y el animal cerró los ojos, meneando el rabo con satisfacción.

—¿Estás despierto, sartán?

Alfred guardó silencio.

—Alfred... —se corrigió Haplo de mala gana.

—Sí, estoy despierto.

—Ya sabes qué será de ti en el Nexo... —Haplo no lo miró mientras hablaba, sino que mantuvo la vista fija en el perro—. Ya sabes lo que te hará mi Señor.

—Sí —respondió Alfred.

Haplo titubeó unos instantes, bien para escoger sus siguientes palabras o bien para decidir si las pronunciaba o no. Cuando tomó al fin una decisión, su voz sonó áspera y cortante, como si acabara de romper alguna barrera interior.

—Por tanto, si estuviera en tu lugar, procuraría no estar por aquí cuando despierte —dijo Haplo al tiempo que cerraba los ojos. Alfred lo miró con perplejidad y, por fin, sonrió suavemente.

—Ya entiendo. Gracias, Haplo.

El patryn no respondió. Su respiración fatigosa se hizo más relajada y regular.

Las arrugas de dolor desaparecieron de su rostro y el perro, con un suspiro, se acurrucó más cerca de él.

La Puerta de la Muerte se abrió y los atrajo lentamente a su seno.

Alfred se apoyó contra los mamparos. Notó que se le escapaba la conciencia y creyó escuchar la voz soñolienta de Haplo, aunque bien podría haber sido un sueño.

—No he llegado a saber qué decía la profecía. Supongo que no importa. No habrá quedado nadie ahí abajo para darle cumplimiento y, en cualquier caso, ¿quién cree en esas tonterías? Como tú has dicho, sartán, si uno cree en una profecía, tiene que creer en un poder superior.

«¿Quién cree en ello?», se preguntó Alfred.

—

CAPÍTULO PUERTO SEGURO, ABARRACH

Los lázaros, frustrados por la huida de la nave dragón, volvieron su cólera contra los vivos que aún quedaban en Abarrach. Kleitus condujo los ejércitos de los muertos contra el reducido grupo de refugiados de Kairn Telest.

Los vivos iban conducidos por Baltazar, que había conseguido escapar con vida de los muelles de Puerto Seguro. Protegido por el príncipe Edmund, el nigromante volvió rápidamente junto a su pueblo, refugiado en las cavernas de Salfag, donde anunció la terrible noticia de que su propio ejército de muertos se había vuelto contra ellos.

El pueblo de Kairn Telest huyó ante la llegada de los muertos, y escapó a las llanuras de aquella tierra también agonizante. Sin embargo, era una huida sin esperanza, pues entre ellos había muchos niños y numerosos enfermos que no podrían seguir la marcha agotadora. Sus días de sufrimiento y penalidades fueron piadosamente breves. Los muertos no tardaron en pisarles los talones y, muy pronto, los últimos sartán con vida de Abarrach quedaron acorralados y no tuvieron más remedio que volverse y combatir.

Durante toda esta persecución, yo avancé entre los lázaros, como uno más de ellos, pues sabía que aún no había llegado mi momento. El príncipe Edmund permaneció a mi lado y, aunque advertí la profunda pena que sentía por su pueblo, supe que él también esperaba su hora. El pueblo de Kairn Telest escogió como campo de batalla una llanura no lejos del Pilar de Zembar. Después de hacer algunos planes para intentar proteger a los niños y a los enfermos, Baltazar y los suyos llegaron a la conclusión de que no importaba lo que hicieran, pues contra el ejército de cadáveres sólo podía haber un resultado. Así pues, hombre y mujeres, jóvenes y viejos, tomaron las armas que pudieron y se aprestaron a luchar.

Formaron en un único frente, las familias juntas, los amigos codo con codo. Los más afortunados serían los que murieran primero y más deprisa.

Los cadáveres formaron en incontables filas frente a los vivos. El ejército era inmenso y superaba al de sus víctimas en proporción de casi mil a uno. Kleitus y

—

los lázaros lo encabezaban y el dinasta exhortó a los muertos a llevar ante él los cuerpos de los nigromantes de Kairn Telest para su inmediata resurrección.

Yo estaba al corriente de los planes de Kleitus pues había asistido a las reuniones de su consejo con el resto de los lázaros. Una vez destruido el pueblo de Kairn Telest, se proponía penetrar en la Puerta de la Muerte y pasar por ella a otros mundos. El objetivo último del dinasta era gobernar un universo de muertos. Las trompetas de los cadáveres emitieron unas notas agudas y metálicas que resonaron por la caverna. El ejército de cadáveres se dispuso a avanzar. Los vivos bajo el mando de Baltazar cerraron filas y aguardaron en silencio su destino.

El príncipe Edmund y yo permanecimos juntos en las primeras filas de combatientes. Su fantasma se volvió a mirarme y supe que se le había concedido el conocimiento que había estado esperando.

—Dime adiós, hermano.

—Buen viaje, hermano, en tu larga travesía —le respondí—. Que por fin conozcas la paz.

—Lo mismo te deseo.

—Cuando mi trabajo esté terminado —contesté.

Continuamos caminando juntos, codo con codo, y ocupamos nuestro lugar en primera línea de combate. Kleitus nos miró con cautela y suspicacia. Se disponía a decirnos algo, pero los muertos se pusieron a dar vítores pensando que Edmund había decidido conducir en persona la batalla contra su propio pueblo. Poco pudo hacer Kleitus contra nosotros. Mi fuerza y mi poder habían aumentado durante aquellos últimos días, iluminándome como ese sol que nunca había visto salvo en las visiones de aquel sartán de otro mundo, el que se hacía llamar Alfred. Y supe de dónde procedían. Y supe también el sacrificio que tendría que hacer para utilizar aquel poder y aquella fuerza.

Estaba dispuesto a hacerlo.

El príncipe Edmund levantó la mano y reclamó silencio. Los muertos obedecieron; los cadáveres cesaron en sus gritos huecos y los fantasmas acallaron sus incesantes lamentos.

—¡En este ciclo —gritó el príncipe Edmund— la muerte caerá sobre Abarrach!

Los muertos elevaron sus voces en un potente griterío. Las facciones perpetuamente cambiantes de Kleitus se nublaron.

—No me habéis entendido —proclamó el príncipe—. La muerte no caerá sobre los vivos, sino sobre nosotros, los muertos. Dejad a un lado el miedo, como hago yo. Confiad en éste. —En este punto, Edmund se arrodilló ante mí y alzó los ojos hacia mi rostro—. Pues es de él de quien habla la profecía.

—¿Estás preparado? —pregunté entonces.

—Sí —respondió él con firmeza.

Empecé a recitar el cántico, las palabras que había oído por primera vez en boca del sartán, Alfred, bendito sea El que lo envió a nosotros.

El cuerpo del príncipe Edmund se puso rígido y dio una brusca sacudida como si notara de nuevo la lanza clavada en el pecho. Su rostro se contorsionó de dolor físico y de certidumbre mental de estar muriendo, en una mueca que reflejaba esa lucha breve y enconada que libra la vida mientras abandona el cuerpo y el mundo.

Mi corazón se llenó de pena, pero continué el cántico. El cuerpo se derrumbó a mis pies.

—

Kleitus, al comprender qué estaba pasando, intentó detenerme. Él y los demás lázaros me rodearon enfurecidos, pero para mí no eran nada más que el viento cálido que soplaba d.

Los muertos no dijeron nada. Se limitaron a mirar.

Los vivos emitieron un murmullo y se tomaron de las manos, sin saber si les ofrecíamos esperanza o íbamos a ahondar su desesperación.

El cadáver de Edmund permaneció inmóvil y callado. Las espantosas cuerdas mágicas que lo animaban estaban cortadas. El fantasma del príncipe, su espíritu, se hizo más nítido y su perfil, más definido. Por un breve instante apareció ante mí y ante su pueblo como había sido en vida: joven, atractivo, orgulloso y compasivo. Su última mirada fue para su pueblo, tanto para los vivos como para los muertos; luego, se desvaneció como la bruma matutina bajo los rayos del sol. Aquel día se libró una batalla, pero no entre los vivos y los muertos. Los dos bandos fueron el mío, con los muertos, contra Kleitus y los demás lázaros. Cuando

terminó, los lázaros habían sido derrotados y su temible poder había quedado reducido. Junto al dinasta, huyeron con la intención de incrementar su fuerza y volver más adelante a la lucha. Algunos de los cadáveres se les unieron, temerosos de abandonar lo que conocían, prefiriéndolo a lo desconocido. Con todo, fueron muchos más los muertos que acudieron a mí tras el combate y me rogaron que los liberase.

Después de la batalla, los vivos de Kairn Telest cruzaron de nuevo el mar de Fuego y entraron en la trágica ciudad de Necrópolis, donde se les unieron los pocos que habían conseguido sobrevivir a la matanza. Baltazar es ahora su líder. La primera ley que firmó fue prohibir las prácticas nigrománticas. Su primer decreto fue que los cuerpos de las víctimas de la venganza de los muertos fueran entregados con respeto al mar de Fuego.

Los lázaros han desaparecido, pero su amenaza pende como siniestros nubarrones de tormenta sobre los vivos de Necrópolis. Las puertas de la ciudad permanecen cerradas, los agujeros de las murallas han sido cegados y los muros permanecen fuertemente custodiados. Baltazar opina que los lázaros están buscando el medio de entrar en la Puerta de la Muerte y que tal vez lo hayan conseguido.

Me parece muy probable que Kleitus busque un modo de cruzar la Puerta, pero no creo que lo haya encontrado. Sigue en este mundo, igual que todos los demás lázaros. A veces, durante las largas horas de insomnio, escucho sus voces, sus gritos de odio, de agonía y de tormento. Es su odio lo que los ata a este mundo; su odio hacia mí en particular, porque saben que la profecía se ha cumplido en mi persona.

El tormento que soportamos los lázaros es indescriptible. El alma anhela la libertad pero no puede separarse del cuerpo. El cuerpo ansia desprenderse de su pesada carga, pero lo aterra la idea de separarse del alma. No podemos dormir ni encontramos descanso. Ningún alimento puede darnos sustento, ninguna bebida puede calmar nuestra sed terrible. El cuerpo se duele de fatiga, pero el espíritu inquieto lo obliga a deambular constantemente por el mundo.

Recorro las calles de Necrópolis, las calles un día abarrotadas y hoy penosamente vacías. Recorro los pasadizos desiertos del palacio y escucho el eco de mis propios pasos. Recorro los campos de las Antiguas Provincias, desolados y abandonados. Recorro los campos de las Nuevas Provincias y veo a los vivos labrar las tierras en lugar de los muertos.

—
. Compilación de los escritos de Jonathan, el Lázaro, recopilados por Baltazar, soberano de Necrópolis, en Abarrach.

Recorro las costas del menguante mar de Fuego. Y, cuando el dolor de mi existencia se hace demasiado insoportable, vuelvo a la Cámara de los Condenados a buscar nuevas fuerzas.

El sufrimiento es mi penitencia, mi sacrificio. Mi amada Jera anda con los lázaros por ahí, en alguna parte. Su odio hacia mí es intenso, profundo, pero sólo porque ese odio tiene que librar una batalla constante contra su amor, más profundo aún. Cuando el tiempo de esperar termine, cuando mi obra esté completa, volveré a tomar a mi amada en mis brazos y hallaremos juntos la paz que ahora se nos niega. Guardo en mi corazón este sueño, el único que me permiten estos ojos eternamente desvelados. Es mi consuelo y mi esperanza. El amor y el conocimiento de mi deber me sostienen en la espera. El tiempo de la

profecía no ha llegado, pero está próximo.

«El traerá la vida a los muertos y la esperanza a los vivos. Y para él se abrirá la Puerta».

—

. *Informe de Haplo sobre Abarrach, de los archivos del Señor del Nexo.*

. *Inscripción en el margen del informe.*

EPÍLOGO

Mi Señor:

Puedes eliminar Abarrach de tus planes. Tengo pruebas que indican que los sartán y los mensch habitaron una vez esa masa de roca fundida y sin valor. El clima fue demasiado severo para sobrevivir, incluso recurriendo a su poderosa magia. Intentaron contactar con los otros mundos, pero fracasaron. Ahora, sus ciudades se han convertido en sus tumbas. Abarrach está muerto.

Mi Señor, estoy seguro, comprenderá la razón de que no le presente mi informe en persona. Ha surgido una emergencia que me llama lejos del Nexo. A mi regreso de Abarrach, he sabido que el sartán que descubrí en Ariano, el que se hace llamar Alfred, ha cruzado la Puerta de la Muerte. Según mis informaciones, ha viajado a Chelestra, el cuarto mundo que crearon los sartán, el mundo del agua. Me propongo seguirlo allí.

Quedo tu hijo devoto y leal.

HAPLO

Haplo, mi hijo devoto y leal, ERES UN EMBUSTERO.

EL MAGO DE LA SERPIENTE

SERIE EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE Vol.IV

MARGARET WEIS – TRACY HICKMAN

PRÓLOGO

Aquel día tuve que descargar mi cólera sobre Haplo. Un trabajo nada agradable. Pocos me creerán, pero me afligió obrar como requería el asunto. Tal vez me habría resultado más fácil si no me hubiese sentido responsable en buena medida. Cuando comprendí que a los patryn nos había llegado la hora, cuando ya casi éramos suficientemente fuertes como para fugarnos de esta atroz prisión a la que nos arrojaron los sartán y ponernos de nuevo en marcha para recuperar el liderazgo del universo que nos toca por derecho propio, escogí entre todos nosotros a uno para que se adelantara y explorara los nuevos mundos. Elegí a Haplo. Me indujeron a ello la rapidez de su mente, la independencia de su pensamiento, su coraje y su capacidad para adaptarse a nuevos entornos. Pero, ¡ay!, han sido estas mismas cualidades las que lo han llevado a rebelarse contra mí. Por eso, insisto, soy responsable en parte de lo sucedido.

Consideré que necesitaría capacidad para pensar por sí mismo si habría de enfrentarse a los territorios desconocidos de los mundos creados por nuestro antiguo enemigo, los sartán, en los que habitaban los mensch. Resultaba de vital importancia que reaccionara con inteligencia y destreza ante cualquier situación y que no revelara a nadie en ninguno de esos mundos que nosotros, los patryn, nos hemos liberado de nuestras cadenas. Haplo se portó espléndidamente en dos de los tres mundos que visitó, a excepción de algunos errores insignificantes. Fue en el tercero donde me traicionó y se traicionó a sí mismo.

Lo sorprendí justo antes de que partiera rumbo a su cuarta visita hacia Chelestra, el mundo del agua. Se hallaba a bordo de su nave dragón, la misma que lo había traído de Ariano, y se disponía a zarpar hacia la Puerta de la Muerte. No dijo nada al verme. No parecía sorprendido. Daba la impresión de haber estado esperándome, de estar seguro de que me presentaría, aunque el desorden que reinaba a bordo parecía indicar que se había estado preparando para una partida apresurada. Desde luego, también el interior de su persona albergaba una gran confusión.

Aquellos que me conocen pueden tildarme de hombre duro, cruel, pero el lugar en el que me crié es aun más duro y cruel. En mi larga vida he presenciado demasiado dolor, demasiado sufrimiento para que éste me conmueva. Pero no soy un monstruo. No soy un sádico. Lo que le hice a Haplo fue por necesidad, y no me produjo ningún placer.

Escatima la vara y echarás a perder al niño, dice un proverbio mensch.

Haplo, créeme cuando digo que esta noche estoy triste por ti. Pero fue por tu propio bien, hijo mío.

Por tu propio bien.

Xar, *Una crónica de poder*, vol. . El diario personal del Señor del Nexo. (Xar no era su verdadero nombre. De hecho, ni siquiera es un nombre patryn y, sin duda, fue él mismo quien lo inventó; probablemente proceda de la antigua palabra *zar*, derivada de *César*.)

Término utilizado por los sartán y los patryn para referirse a las razas inferiores: humanos, elfos y enanos. Es interesante apuntar que la palabra está tomada de una de las muchas lenguas humanas de

los tiempos anteriores a la Separación (alemán, probablemente) y significa «gente».

Referencias a los viajes de Haplo a los mundos de Ariano, Pryan y, por último, Abarrach, relatados en volúmenes anteriores de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*.

—

— I

CAPÍTULO

EL NEXO

—Maldición, apártate del camino. —Haplo dio un puntapié al perro. El animal se encogió y se escabulló en la penumbra de la bodega, hasta que le pasara el mal humor a su amo.

Sin embargo, Haplo podía ver la tristeza de aquellos ojos que lo observaban desde la oscuridad. La culpabilidad y los remordimientos que lo embargaron sólo contribuyeron a aumentar su irritación y su enojo. Miró con ferocidad al perro y el desorden de la bodega. En ella se habían amontonado apresuradamente arcas, cubas y cajas, rollos de cuerda y toneles, que permanecían allí donde habían sido tirados. Recordaba una ratonera, pero no se atrevía a perder tiempo poniendo orden, amontonando las cosas con cuidado, guardándolas de forma segura como hacía siempre.

Tenía mucha prisa. Estaba desesperado por abandonar el Nexo antes de que lo atrapara su señor. Contempló la confusión, incómodo, con una comezón en las manos que ansiaban arreglar aquel revoltijo. Dio media vuelta y abandonó la bodega en dirección al puente de mando. El perro se levantó sin hacer ruido y lo siguió con pasos silenciosos.

—¡Alfred! —le espetó al animal—. Todo es culpa de Alfred. ¡Maldito sartán! Nunca habría tenido que dejarlo marchar. Debería haberlo traído hasta aquí, a mi señor, para que fuera él quien se encargara del miserable desgraciado. Pero ¡cómo iba a imaginar que el cobarde tendría finalmente el valor de saltar de la nave! Supongo que *tú* no tendrás idea de cómo ocurrió, ¿verdad?

Se detuvo y clavó en el perro una mirada recelosa. El animal se sentó, ladeó la cabeza y lo miró con afable inocencia, pero movió con alegría la cola al oír el nombre de Alfred. Haplo prosiguió su camino gruñendo, lanzando rápidos vistazos a derecha e izquierda. Observó con alivio que su nave no había sufrido daños irreparables. La magia de las runas que cubrían el casco había cumplido su trabajo, preservando el *Ala de Dragón* del abrasador entorno de Abarrach y de los mortales hechizos que los lázaros le habían echado en sus intentos por secuestrarla.

Hacía muy poco que había traspasado la Puerta de la Muerte, y sabía que era peligroso darle la espalda demasiado deprisa. Había perdido la conciencia del viaje desde Abarrach. No, «perdido» no era la palabra correcta. La había apartado deliberadamente. El sueño no onírico posterior había acabado de restablecerle la salud mientras cicatrizaba la herida de la flecha que llevaba en el muslo y eliminaba los últimos vestigios del veneno que le había inoculado el señor de Kairn Necros. Al despertar, el cuerpo de Haplo se encontraba en perfectas condiciones, pero no podía decirse lo mismo de su mente. Casi lamentaba haber vuelto a la conciencia. Su cerebro se hallaba en el mismo estado que la bodega. En él se agolpaban una maraña de pensamientos, ideas y sentimientos. Algunos estaban alejados en rincones oscuros, desde donde veía cómo lo miraban. Otros se esparcían revueltos de cualquier manera. Amontonados de forma precaria y descuidada, podían

Los lázaros eran los terribles nigromantes de Abarrach, el reino de fuego, cuyas almas vivientes están atrapadas en cuerpos ya muertos.

—

— I

desmoronarse a la menor provocación. Sabía que podría organizarlos con tiempo, pero no disponía de mucho y no quería perderlo. Tenía que escapar, alejarse. Había enviado el informe sobre Abarrach a su señor a través de un mensajero, dándole como excusa para no presentarse en persona la necesidad de perseguir al sartán evadido.

Mi señor, podéis apañar por completo Abarrach de vuestros cálculos. He encontrado evidencias que indican que los sartán y los mensch habitaron una vez esta extensión de roca derretida y estéril.

Sin duda, ni siquiera su poderosa magia pudo hacer nada para so breponerse a un clima tan hostil. Al parecer, intentaron establecer contacto con los otros mundos, pero sus tentativas fracasaron. Sus ciudades se han convertido ahora en sus propias tumbas.

Abarrach es un mundo muerto.

El informe no mentía. Haplo no había dicho nada falso acerca de Abarrach. Pero su verdad estaba cubierta por un barniz que ocultaba debajo la madera podrida. Estaba prácticamente seguro de que su amo sabía que su sirviente mentía, pues el Señor del Nexo tenía la facultad de estar al corriente de lo que ocurría en la cabeza de un hombre... y en su corazón.

El Señor del Nexo era la única persona a quien Haplo respetaba y admiraba, la única a quien temía. La cólera de su señor era terrible y podía llegar a ser mortal. Su magia tenía un increíble poder. Cuando todavía era joven, había sido el primero en escapar del Laberinto. Era el único de todos los patryn –entre los que se incluía Haplo– que había tenido la valentía de regresar a esa prisión letal para luchar contra sus terribles hechizos y liberar a su gente.

El pánico congelaba a Haplo cada vez que imaginaba un posible encuentro con su señor. Y pensaba en ello casi constantemente. No temía el dolor físico, ni siquiera la muerte. Se trataba del miedo a ver la desilusión en los ojos de su señor, a en frentarse con la evidencia de haber traicionado al hombre que le había salvado la vida, que lo amaba como a un hijo.

–No –le dijo Haplo al perro–, es mejor continuar hacia Chelestra, el próximo mundo. Es preferible ir deprisa, correr el riesgo. Con suerte, con el tiempo llegaré a resolver la confusión que llevo dentro. Entonces, cuando regrese, podré enfrentarme a mi señor con la conciencia clara.

Alcanzó el puente, se detuvo y miró fijamente la piedra de gobierno. Había tomado una decisión. Sólo tenía que poner las manos sobre la piedra redonda cubierta de runas y la nave se soltaría de las amarras mágicas que la sujetaban al suelo y navegaría por el crepúsculo púrpura del Nexo. ¿Por qué dudaba?

Algo iba mal. No había examinado el vehículo con la minuciosidad habitual.

Había escapado sano y salvo de Abarrach y había cruzado sin problemas la Puerta de la Muerte, pero esto no significaba que pudiera realizar otro viaje.

Había preparado la nave de cualquier manera, improvisando arreglos para lo que no tenía tiempo de reparar a conciencia. Tendría que haber reforzado las estructuras rúnicas que seguramente se habrían debilitado con el viaje y haber revisado si se habían producido grietas, tanto en la madera como en los signos mágicos, y debería haber reemplazado los cabos desgastados.

También debería haber consultado a su señor acerca de este nuevo mundo. Los sartán habían dejado en el Nexo información escrita referente a los cuatro mundos. Sería una locura precipitarse a ciegas en el mundo del agua, sin contar siquiera con el más rudimentario conocimiento de aquello a lo que se enfrentaba.

Anteriormente, él y su señor se habían reunido y estudiado...

Pero aquél no era momento. No, no era buen momento.

Tenía la boca seca, con un sabor desagradable. Tragó saliva pero no notó alivio. Extendió las manos hacia la piedra de gobierno y se sobresaltó al contemplar cómo le temblaban los dedos. Se le agotaba el tiempo. A estas alturas, el Señor del Nexo ya habría recibido su informe. Ya sabía que le había mentado.

–Debo partir... ahora –dijo con voz queda, obligándose a tocar la piedra.

–

– I

Pero se sentía igual que un hombre que ve cómo se le viene encima un funesto destino, que es consciente de que debe correr para salvar la vida, y sin embargo se encuentra paralizado y los miembros no responden a las órdenes de su cerebro.

El perro lanzó un gruñido. Se le erizaron los pelos del cuello y fijó la vista en un punto por debajo y más allá de Haplo.

Haplo no se volvió. No tenía necesidad: sabía quién se encontraba en la puerta.

Lo supo a través de numerosos indicios. No había oído a nadie aproximándose, las runas de advertencia que llevaba tatuadas en la piel no se habían activado y el perro no había reaccionado hasta que el hombre estuvo al alcance de la mano. El animal permaneció plantado donde estaba, con las orejas levantadas y un grave gruñido retumbándole en el pecho.

Haplo cerró los ojos y suspiró. Para su sorpresa, sintió una gran sensación de alivio.

–Vete, perro –ordenó.

El animal levantó la vista hacia él y soltó un gruñido, rogándole que lo reconsiderara.

–Hazlo –masculló–, vamos.

Se le acercó gimiendo y le puso la pata sobre la pierna. Haplo le rascó las orejas peludas y le frotó el hocico.

–Vete. Espera fuera.

Cabizbajo, a regañadientes, el perro abandonó el puente con un trote lento.

Haplo lo oyó echarse justo al lado de la entrada, lo oyó resoplar, y supo que el animal estaría allí, tan cerca de la puerta como fuera posible sin llegar a desobedecer la orden de su amo.

No miró al hombre que se había materializado en la penumbra crepuscular del interior de la nave. Permaneció con la cabeza agachada. Tenso, nervioso, trazó con el dedo las runas grabadas en la piedra de gobierno.

Más que verlo u oírlo, presintió que el hombre se acercaba. Sobre su brazo se cerró una mano. Era anciana y nudosa, y sus runas configuraban una masa de colinas y valles sobre la arrugada piel, pero los signos eran todavía oscuros y fáciles de leer, y su poder era muy fuerte.

–Hijo mío –dijo una voz amable.

Si el Señor del Nexo se hubiera presentado en la nave furioso, llamándolo traidor, soltando amenazas y acusaciones, Haplo lo habría desafiado, se habría enfrentado a él hasta, sin duda, perder la vida.

Pero esas dos simples palabras lo desarmaron por completo: «Hijo mío».

En ellas escuchó compasión, comprensión. Lo estremeció un sollozo, y cayó de rodillas. De sus párpados brotaron lágrimas más abrasadoras y amargas que el veneno que había tomado en Abarrach.

–¡Ayudadme, mi señor! –suplicó, y las palabras fluyeron como un grito sofocado de una garganta que ardiera de dolor–. ¡Ayudadme!

–Lo haré, hijo mío –contestó Xar. Acarició con la mano nudosa el cabello de Haplo–. Lo haré.

La presión de la mano se intensificó dolorosamente. Xar le alzó con brusquedad

la cabeza, obligándolo a mirar hacia arriba.

—Has sido lastimado en lo más profundo, terriblemente herido, y tu lesión no está cicatrizando limpiamente. Supura, ¿no es cierto, Haplo? La gangrena se extiende. Ábrela con la lanceta. Púrgate de su hedionda infección o te consumirá la fiebre.

»Mírate, observa lo que esta infección ha hecho ya contigo. ¿Dónde está el Haplo que salió desafiante del Laberinto, sabiendo que cada paso podía ser el último?

¿Qué ha sido del Haplo que tantas veces se enfrentó a la Puerta de la Muerte?

¿Dónde se encuentra ahora? ¡Sollozando a mis pies igual que un niño!

»Dime la verdad, hijo mío. Cuéntame la verdad sobre Abarrach.

Haplo inclinó la cabeza y confesó. Las palabras manaron como un torrente, liberándolo, aflojando el dolor de la herida. Habló con rapidez febril. Su narración

—

— I

estaba llena de interrupciones y fragmentos inconexos y su discurso era, a menudo, incoherente, pero Xar no tuvo ninguna dificultad en seguir el relato. El lenguaje de los patryn y sus rivales, los sartán, tenía la facultad de crear imágenes en la mente que se podían ver y comprender en caso de que fallaran las palabras.

—De modo que los sartán han estado practicando el arte prohibido de la nigromancia... —murmuró el Señor del Nexo—. Eso era lo que temías contarme, ¿verdad? Lo comprendo, Haplo. Comparto tu repulsión y tu disgusto. Los sartán hicieron mal uso de este poder maravilloso. Cadáveres descompuestos que se arrastran, dedicados a trabajos de siervo. Ejércitos de huesos que se golpean entre sí hasta hacerse polvo.

De nuevo, lo tranquilizó acariciándolo con sus manos nerviosas.

—¿Tan poca fe tenías en mí, hijo mío? Después de todo este tiempo, ¿todavía no me conoces? ¿No conoces mi poder? ¿Realmente crees que utilizaría mal ese don como han hecho los sartán.

—Perdonadme, mi señor —susurró Haplo, que se sentía débil y abatido pero muy reconfortado—. He sido un estúpido. No utilicé la cabeza.

—Tuviste a un sartán en tu poder. Podrías habérmelo traído y lo dejaste marchar, Haplo, dejaste que escapara. Pero lo comprendo. Te confundió y te hizo ver lo que no era. Te engañó. Lo entiendo. Estabas enfermo, moribundo...

—No me excuséis, mi señor —protestó Haplo con aspereza. Se sentía avergonzado, y el llanto le había dejado la garganta en carne viva—. Lo hice a sabiendas. El veneno me afectó el cuerpo pero no la mente. Soy débil, corrupto. No merezco vuestra confianza.

—No, no, hijo. Tú no eres débil. El mal al que me refiero no es el que te ha producido el veneno del dinasta, sino el que te ha estado dando el sartán. Un veneno mucho más insidioso, que actúa sobre la mente en lugar de atacar el cuerpo. Es el verdadero culpable de la herida que antes he mencionado. Pero ahora hemos limpiado la llaga, ¿no?

Xar enredó en sus dedos los cabellos de Haplo.

El patryn alzó la vista hacia su señor. Las interminables batallas contra la poderosa magia del Laberinto habían dejado huellas en las líneas de su rostro. Aun así, tenía la piel tersa, el mentón firme y fuerte y una nariz que sobresalía como el pico afilado de un ave de presa. Los ojos brillantes traslucían sabiduría y avidez. — Sí —contestó Haplo—, la herida está drenada.

—Y ahora es necesario cauterizarla para evitar que vuelva la infección.

Desde el otro lado de la puerta llegó un sonido de rasguños. El terrible tono de amenaza que se percibía en la voz del Señor del Nexo había alertado al perro, que

saltó sobre sus patas, dispuesto a defender a su amo.

—Quietos, perros —le ordenó éste mientras, con la cabeza gacha, se disponía a recibir su castigo.

El Señor del Nexo alargó la mano, agarró a Haplo por la camisa y, de un tirón, rasgó en dos el tejido dejando al descubierto la espalda y los hombros de su servidor. El cuerpo de Haplo reaccionó involuntariamente ante el peligro que se avecinaba, y las runas tatuadas en su piel comenzaron a emitir un leve resplandor con tonalidades rojas y azuladas.

Apretó las mandíbulas y continuó arrodillado. El resplandor de los signos se desvaneció lentamente. Levantó la cabeza para fijar en su señor la mirada tranquila y resuelta.

—Acepto mi castigo. Ojalá me purifique, mi amo y señor.

—Que así sea, hijo mío. No me resulta placentero ejecutarlo.

El Señor del Nexo puso la mano en el pecho de Haplo, sobre el corazón. Siguió una runa con un dedo, y su larga uña dibujó un reguero de sangre. Pero el mayor dolor lo infligió en la magia del patryn. Las runas del corazón eran los primeros eslabones en el círculo de su ser. Al contacto de su señor, comenzaron a separarse y la cadena empezó a romperse.

—

— I

El Señor del Nexo hundió el filo de su magia dentro de los signos mágicos, y los seccionó. Un segundo eslabón se soltó del primero y se rompió. Lo mismo ocurrió con el tercero, el cuarto y, más tarde, el quinto. Cada vez a mayor velocidad, las runas que constituían la fuente del poder de Haplo y su defensa contra otras fuerzas se quebraron, se hicieron añicos, se convirtieron en astillas.

El dolor era insoportable. Agujas de metal le taladraban la piel y ríos de fuego atravesaban la sangre de sus venas. Cerró la boca y aguantó cuanto pudo sin gritar. Finalmente no resistió más, y no reconoció sus propios alaridos cuando éstos brotaron.

El Señor del Nexo era experto en su trabajo. Cuando pareció que Haplo estaba a punto de desmayarse de dolor, interrumpió el tormento y se puso a hablar con suavidad de su pasado juntos, hasta que recuperó el sentido. Entonces, reanudó el castigo.

La noche, o lo que en el Nexo se conocía como noche, proyectó sobre la nave el suave manto de un rayo de luna. El amo trazó un signo mágico en el aire, y la tortura terminó. Haplo se desplomó sobre la cubierta como si estuviera muerto. El sudor le cubría el cuerpo desnudo, tenía escalofríos y le castañeteaban los dientes. En sus venas resurgió un residuo de dolor similar al destello de una llama o la hendidura de una cuchilla, y profirió otro agónico lamento. El cuerpo se crispó y se agitó espasmódicamente, fuera de control.

El Señor del Nexo se inclinó y, una vez más, puso la mano sobre el corazón de su siervo. En ese momento podría haberlo matado. Podría haber roto la protección, destruido cualquier posibilidad de recuperación. Haplo notó el contacto frío de su amo sobre la piel ardiente. Se estremeció, ahogó un gemido y se quedó rígido, absolutamente inmóvil.

—¡Ejecutadme! ¡Os he traicionado! ¡No merezco vivir!

—Hijo —susurró su amo, apenado. Sobre el pecho de Haplo cayó una lágrima—. Mi pobre hijo...

La lágrima selló la runa.

Haplo, con un suspiro, se dio la vuelta y empezó a llorar. El Señor del Nexo se acercó a su joven servidor, cogió entre sus brazos la cabeza ensangrentada y lo

acunó, lo tranquilizó e hizo obrar su magia hasta reparar las runas y restablecer el círculo de su ser.

Haplo se sumió en un sueño reparador.

El Señor del Nexo se quitó su propia capa blanca de fino lino y lo cubrió con ella. Se detuvo un momento para contemplar al joven. Los estragos de la agonía comenzaban a remitir, y el rostro de Haplo volvía a mostrar un aire duro y severo, sereno y decidido, como una espada cuyo metal se había fortalecido al contacto con el fuego, como un muro de granito cuyas grietas se habían rellenado con acero fundido.

Colocó las manos sobre la piedra de gobierno y, pronunciando las runas, la activó para que iniciara su viaje a través de la Puerta de la Muerte. Se disponía a abandonar la nave cuando lo asaltó un pensamiento. Realizó una rápida inspección por la nave dragón y recorrió con su aguda vista cada rincón en penumbra.

El perro había desaparecido.

–Excelente.

El Señor del Nexo desembarcó por fin, plenamente satisfecho.

–

– I

CAPÍTULO

EN ALGÚN LUGAR MAS ALLÁ DE LA PUERTA DE LA MUERTE

Alfred despertó con un espantoso alarido resonándole en el oído. Permaneció inmóvil y aterrorizado mientras escuchaba con el corazón desbocado, las manos sudorosas y los párpados apretados a la espera de que se repitiera el grito. Tras unos instantes de profundo silencio, llegó a la confusa conclusión de que había sido él mismo.

–La Puerta de la Muerte. Caí por la Puerta de la Muerte. O, mejor dicho –se corrigió estremeciéndose ante la idea–, fui empujado a través de la Puerta.

«Yo que tú, no estaría por aquí cuando despierte», le había advertido Haplo...

...Haplo se había dormido, sumido en uno de los sueños reparadores vitales para los de su raza. Alfred estaba sentado en la nave tambaleante, en la única compañía del perro, que yacía junto a su amo en actitud protectora. Echando un vistazo a su alrededor, se dio cuenta de la soledad que lo envolvía. Estaba aterrorizado y, para combatir el pánico, se aproximó a Haplo en busca de su compañía, aunque éste estuviera inconsciente.

Se sentó a su lado y se entretuvo observando el rostro severo del patryn.

Advirtió que no descansaba en calma, sino que fruncía el entrecejo en una expresión de severidad, como si nada –ni el sueño y quizá ni la propia muerte– pudiera proporcionar una paz completa al patryn.

Movido por la compasión y la lástima, alargó la mano para alisar un mechón de cabello que caía sobre aquella cara implacable.

El perro alzó la cabeza y soltó un gáñido amenazante. Alfred apartó la mano.

–Lo siento, ha sido involuntario.

El animal, que conocía a Alfred, pareció considerar admisible la disculpa y volvió a echarse.

Alfred dejó escapar un enorme suspiro y echó una mirada nerviosa por la nave que avanzaba a sacudidas. A través de la ventana, vislumbró el abrasador mundo de Abarrach que se alejaba de ellos en un confuso torbellino de humo y llamas.

Frente a él, contempló el agujero negro de la Puerta de la Muerte que se aproximaba a gran velocidad.

–¡Oh, vaya! –murmuró al tiempo que se encogía. Si tenía que abandonar la nave, mejor que lo hiciera pronto.

El perro tuvo la misma idea. Se incorporó de un salto y empezó a ladrar para apremiarlo.

—Lo sé, ha llegado el momento —asintió—. Me has salvado la vida, Haplo. Y no es que no te esté agradecido, pero... estoy terriblemente asustado. Creo que no tendré el valor suficiente.

«¿Tendrás la valentía de quedarte? —parecía preguntarle el animal, exasperado—. ¿Tendrás el coraje de enfrentarte al Señor del Nexo?»

El Señor del Nexo, el amo de Haplo, era un poderoso mago patryn. Sus habituales desmayos no salvarían a Alfred de aquel hombre terrible. Escarbaría y rastrearía cada secreto que escondiera en su ser. La tortura, los tormentos se prolongarían tanto tiempo como aguantara vivo... y no cabía duda de que el patryn se encargaría de que su presa viviera mucho, mucho tiempo.

La amenaza tendría que haber bastado para hacer actuar a Alfred; por lo menos, eso era lo que él creía. Se recordó de pie en la cubierta superior, sin la más ligera noción de cómo había llegado allí.

—

— I

Los vientos de la magia y el tiempo silbaban a su alrededor. Se le pegaban sin ningún respeto a los mechones de su incipiente calva y hacían aletear los faldones de su larga prenda de abrigo. Se aferró a la barandilla con ambas manos y miró hacia el exterior, horriblemente fascinado con la Puerta de la Muerte.

Y entonces supo que sería tan incapaz de arrojarle a aquel abismo como de poner fin conscientemente a su miserable y solitaria existencia.

—Soy un cobarde —le dijo al perro que, aburrido, lo había seguido hasta la cubierta. Alfred sonrió débilmente y se miró las manos, que se agarraban a la baranda con los nudillos blancos por la presión—. Me parece que soy incapaz de soltarme. Yo...

De pronto, el perro pareció enloquecer. Con un gruñido, mostrando los dientes, saltó hacia él. Alfred soltó las manos para protegerse la cara en un acto reflejo de protección. El animal se le abalanzó sobre el pecho y lo hizo caer por la borda...

¿Qué había ocurrido después? No podía recordar nada excepto la sensación de confusión y extremo horror. Conservaba una vivida impresión de estar cayendo..., cayendo por un agujero que parecía demasiado pequeño para que pasara un mosquito y que sin embargo era suficientemente grande como para engullir la nave dragón alada. Recordaba la caída a través de la luz brillante en la oscuridad, el ensordecedor rugido del silencio, la sensación de dar volteretas mientras no se movía.

Y al fin, cuando iba a alcanzar el punto más alto, había llegado al suelo.

Y allí era donde se encontraba, o al menos eso suponía.

Consideró la posibilidad de abrir los ojos, pero decidió no hacerlo. No tenía ningún deseo de ver lo que lo rodeaba. Donde quiera que estuviese, tenía que ser horrible. Mejor dejarse llevar por el sueño y, con un poco de suerte, no despertar nunca más.

Por desgracia, como suele ocurrir en estos casos, cuanto más empeño ponía en dormirse, más se desvelaba. Una luz brillante se filtró a través de los párpados cerrados. Notó una superficie dura, llana y fría que se extendía bajo sus pies y advirtió que tenía dolorido el cuerpo, lo cual indicaba que había estado algún tiempo echado allí. También tenía frío y estaba sediento y hambriento.

No sabía dónde había aterrizado. La Puerta de la Muerte conducía a cada uno de los cuatro mundos que los sartán habían creado con su magia después de la Separación. También llevaba al Nexo, la bella tierra crepuscular ideada para

albergar a los patryn «rehabilitados» tras su liberación del Laberinto. Tal vez se hallaba allí. Quizás había regresado a Ariano. ¡Tal vez no había ido a ninguna parte, en realidad! Tal vez al abrir los ojos vería al perro mirándolo con aire afable.

Le dolían los músculos faciales de tanto apretar los párpados para mantenerlos cerrados. Pero la curiosidad y el punzante dolor que le atravesaba la parte inferior de la espalda pudieron con él. Abrió los ojos con un quejido, se sentó y miró nerviosamente a su alrededor.

Casi lloró de alivio.

Se encontraba en una gran habitación circular iluminada con una suave y relajante luz blanca que procedía de las paredes de mármol. El suelo era del mismo material y en él había incrustadas diversas runas, signos mágicos que le resultaron familiares. Delicadas columnas sostenían la cúpula del techo abovedado.

Empotrados en los muros de la sala, se disponían hileras sucesivas de compartimientos de cristal concebidos para mantener personas en un estado de animación suspendida y que al final, trágicamente, se habían convertido en ataúdes.

Alfred supo dónde se encontraba: en el mausoleo de Ariano. Estaba en casa. Y decidió, desde un principio, no volver a salir de allí. Se quedaría para siempre en aquel mundo subterráneo. Aquí estaría a salvo. Nadie conocía ese lugar, excepto una mensch, una enana llamada Jarre, y ésta no tenía manera de encontrar el camino de vuelta. Nadie daría con aquel sitio ahora, protegido como estaba por la

—

— I

poderosa magia sartán. Ya podía la guerra entre enanos, elfos y humanos causar estragos en Ariano, que él no volvería a participar. Ya podía Iridal seguir buscando al hijo que le habían cambiado, que él no estaba dispuesto a ayudarla. Ya podían seguir vagando por Abarrach los muertos vivientes, que él estaba decidido a volverles la espalda a todos, excepto a aquellos benditos cadáveres silenciosos que tan bien conocía y que ahora volvían a ser sus compañeros.

Al fin y al cabo, un hombre solo, ¿qué puede hacer?, se preguntó melancólico.

Nada.

¿Qué se puede esperar que haga?

Nada.

¿Quién puede esperar que haga algo?

Nadie.

Alfred se repitió este pensamiento: «nadie». Recordó la maravillosa y terrible experiencia en Abarrach cuando había creído tener la certeza de que en el universo existía un poder benéfico supremo, de que no estaba solo como había creído todos esos años.

Pero este sentimiento se había desvanecido, había muerto con el joven Jonathan, a quien habían destruido la muerte y los lázaros de Abarrach.

—Tendría que habérmelo imaginado —dijo Alfred con tristeza—. O quizás Haplo tenía razón. Tal vez yo mismo creé esa visión que todos experimentamos y no tuve conciencia de haber lo hecho, tal como sucede con mis desvanecimientos, o como cuando formulé el hechizo que privó de su vida mágica a los muertos. Y, si eso es así, entonces también es cierto lo que dijo Haplo. Yo conduje a la muerte al pobre Jonathan. Engañado por falsas visiones y promesas, se sacrificó para nada. — Escondió la cabeza entre las trémulas manos y hundió los hombros—. Donde quiera que voy, siembro el desastre, así que no iré a ningún otro sitio. No quiero hacer nada. Me quedaré aquí. A salvo, protegido, rodeado de los que una vez amé.

De cualquier forma, no podía pasar el resto de su vida en el suelo. Existían otras salas, otros lugares a donde ir. Hubo un tiempo en que los sartán habían vivido allí abajo. Temblando, entumecido y con el cuerpo dolorido, intentó ponerse en pie. Pero los pies y las piernas tenían distinta intención, se resistieron a ponerse en marcha y se desmoronaron bajo su peso. Cayó, pero continuó resuelto a seguir intentándolo y, tras unos momentos, lo consiguió. Cuando al fin se levantó, observó que sus pies parecían inclinados a tomar una dirección contraria a la que él se había propuesto.

Una vez que todas las partes de su cuerpo se pusieron más o menos de acuerdo, Alfred se impulsó hacia los compartimientos de cristal para dar un afectuoso saludo a aquellos que había abandonado tanto tiempo atrás. Los cuerpos de los ataúdes nunca le devolverían el saludo, nunca pronunciarían palabras de bienvenida. Jamás abrirían los ojos para mirarlo con amistosa satisfacción. Pero su presencia y la paz que de ésta emanaba lo reconfortaban.

Se sentía reconfortado y lo invadía la envidia.

Nigromancia. El pensamiento revoloteó en su mente como si se tratara de un murciélago: «Puedes devolverles la vida».

Pero la terrorífica sombra planeó sobre él sólo un instante. No se dejó tentar.

Había sido testigo de las espantosas consecuencias que la magia negra había tenido en Abarrach. Y tenía la horrible sensación de que la nigromancia había matado a aquellos amigos suyos, les había robado la fuerza vital para in suflársela a quienes, según sospechaba, no la deseaban.

. Fue directamente a un ataúd que le era bien conocido. En él yacía la mujer que amaba. Después de las horribles visiones de tumulto y muerte que había presenciado en Abarrach, necesitaba verla durmiendo en paz. Con cariño y lágrimas en los ojos, puso las manos en la cara externa de la ventana de cristal tras la que ella se encontraba y apretó la frente contra el vidrio.

Algo no encajaba.

—

— I

Tal vez la causa era el llanto que le empañaba la visión y le impedía ver con claridad. Parpadeó unas cuantas veces y se restregó los ojos. Cuando fijó la vista retrocedió apresuradamente, sobresaltado y presa de una gran conmoción.

No, no podía ser cierto. Estaba sobreexcitado, había cometido un error.

Despacio, se deslizó hacia el ataúd y volvió a mirar con atención en su interior.

Dentro se hallaba el cuerpo de una mujer sartán, ¡pero no era Lya!

Alfred se estremeció de pies a cabeza.

—¡Cálmate! —se aconsejó—. Estás mirando donde no es. Has estado dando tumbos durante ese terrible viaje a través de la Puerta de la Muerte. Te has equivocado de compartimiento y estás contemplando otro. Vuelve atrás y empieza de nuevo.

Se dio la vuelta y una vez más se acercó tambaleándose hasta el centro de la habitación, con las piernas débiles como cera derretida e incapaces de sostenerlo. Desde aquella posición contó cuidadosamente las hileras de compartimientos de cristal en un sentido y en el opuesto. Se dijo que se había saltado una hilera y volvió atrás, haciendo caso omiso a la voz interior que le decía que todo el tiempo había estado en el sitio correcto.

Apartó la vista y rehusó mirar hasta estar cerca, para evitar que sus ojos le jugaran otra mala pasada. Cuando se plantó frente al ataúd, cerró los párpados y luego los abrió con rapidez, casi esperando atrapar algo al vuelo.

La desconocida seguía allí.

Alfred boqueó con un escalofrío y se pegó al cristal. ¿Qué estaba ocurriendo?

¿Acaso estaba perdiendo el juicio?

—Es muy probable —se dijo—. Después de todo lo que he pasado... Tal vez Lya no existió nunca. Quizás únicamente deseé que existiera y, ahora, después de pasar tanto tiempo lejos, no consigo evocar su rostro.

Miró de nuevo. Si realmente su mente desvariaba, lo hacía de manera muy racional. La mujer era mayor que Lya; rayaba la edad de él, conjeturó. Tenía el cabello completamente blanco, y el rostro —un rostro atractivo, pensó, contemplándola con tristeza y perplejidad— había perdido la elasticidad y la delicada belleza de la juventud, pero en su lugar había adquirido la gravedad y la resolución propias de la madurez.

Tenía una expresión solemne y seria, aunque las arrugas alrededor de la boca indicaban que una sonrisa cálida y generosa había adornado los labios. La arruga de la frente, apenas visible bajo las finas ondas de su cabello, dejaba entrever que no había tenido una vida fácil, que había reflexionado y meditado mucho acerca de infinidad de cosas. Tenía un aire triste. La sonrisa que ahora se adivinaba, no la había iluminado con frecuencia. Un manto de profundo anhelo y punzante melancolía envolvieron a Alfred. Allí había alguien con quien podría haber conversado, alguien que lo habría comprendido.

Pero... ¿qué hacía ella en ese lugar?

—Yacer, debo yacer —murmuró para sí.

Con la vista nublada por la confusión de sus pensamientos, casi a ciegas, Alfred avanzó a tientas a lo largo del muro que albergaba numerosos compartimientos hasta llegar al suyo. Tenía que volver a él, descansar, dormir... o quizá despertar. Tal vez estaba soñando. Él...

—¡Sartán bendito! —Alfred dio un paso atrás con un grito ronco.

¡Allí había alguien! ¡En su propio compartimiento! Era un hombre de edad mediana, con una cara grave, fría, atractiva. Sus fuertes manos descansaban a los costados.

—¡Realmente, me he vuelto loco! —Se llevó las manos a la cabeza—. Esto..., esto es imposible. —Retrocedió tambaleándose para mirar otra vez con atención a la mujer que no era Lya—. Cerraré los ojos y cuando los abra todo habrá vuelto a la normalidad.

Pero no los cerró. Sin poder creer lo que había visto, fijó la mirada en ella. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

—

— I

Las manos. ¡Se habían movido! ¡Se alzaron..., cayeron! Había respirado.

La observó de cerca largo rato. El sueño mágico en el que descansaban los durmientes aminoraba el ritmo respiratorio.

Bajo las manos, el pecho se alzó y descendió otra vez. Y, ahora que Alfred se había repuesto de la conmoción inicial, contempló con claridad el leve rubor que le coloreaba las mejillas, un color que nunca había visto en el rostro de Lya.

—¡Está... viva! —susurró.

Se dirigió a trompicones hasta el compartimiento de cristal que antes le había pertenecido y en el que ahora yacía otro hombre y escudriñó su interior. La vestidura del hombre —una sencilla túnica blanca— se movió. Los globos oculares giraron bajo los párpados; un dedo se crispó.

Febrilmente, con la mente sobreexcitada y el corazón a punto de estallar de alegría, Alfred corrió de una cámara a otra para mirar en el interior de cada una.

No había duda. ¡Todos aquellos sartán estaban vivos!

Exhausto, con la cabeza dándole vueltas, regresó al centro del mausoleo e intentó poner orden en sus pensamientos. Le resultó imposible. No lograba encontrar el principio ni el fin de aquel ovillo.

Sus amigos del mausoleo llevaban muchos años muertos. En repetidas ocasiones los había dejado y, al regresar, nada había cambiado. Al principio, cuando había comprendido por primera vez que era el único superviviente entre todos los sartán de Ariano, se negó a creerlo. Se había apostado a sí mismo que, la próxima vez, cuando volviera, los encontraría vivos. Pero nunca había sucedido tal cosa y, muy pronto, el juego se hizo tan doloroso que prefirió abandonarlo.

Pero ahora había vuelto a jugar y lo que era más, ¡había ganado!

Cierto que todos aquellos sartán, del primero al último, le resultaban desconocidos. No tenía idea de cómo habían llegado hasta allí o por qué, ni de qué había sido de los que había dejado atrás. ¡Pero eran sartán y estaban vivos!

A menos, claro, que realmente se hubiera vuelto loco.

Había una manera de averiguarlo. Alfred vaciló. No estaba seguro de querer saberlo.

—¿Recuerdas lo que dijiste acerca de retirarte del mundo —se dijo a sí mismo—, de no volver a involucrarte en la vida de los demás? Podrías marcharte, abandonar esta habitación sin mirar atrás.

»Pero ¿dónde iría? —se preguntó con impotencia—. Si tengo algún hogar, es éste.

Aunque sólo fuera por curiosidad, se decidió a actuar.

Con su voz nasal, comenzó a salmodiar las runas en tono agudo. A medida que cantaba, su cuerpo se balanceaba y sus manos siguieron el ritmo. Después, las alzó y trazó los signos en el aire al mismo tiempo que dibujaba con los pies su intrincada estructura.

La magia envolvió aquel cuerpo tan extremadamente desmañado de ordinario y, por un momento, la belleza iluminó a Alfred. Sus miembros se movieron con elegancia, y la cara tristona resplandeció con una sonrisa radiante. Se entregó a la magia, bailó con ella, le cantó, la abrazó. Vuelta tras vuelta, danzó por el mausoleo con solemnidad, con los faldones flotando al aire y haciendo revolotear los raídos encajes.

Una a una, las puertas de cristal se fueron abriendo. Uno tras otro los que moraban en las cámaras tomaron el primer aliento del mundo exterior. Uno a uno volvieron la cabeza, abrieron los ojos y miraron a su alrededor maravillados o confusos, reacios a abandonar el dulce sueño en el que habían estado sumidos. Absorto en la magia, Alfred no se había dado cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Continuó bailando con gracia sobre el suelo de mármol, trazando con los pies movimientos precisos. Cuando hubo terminado de formular el hechizo y la danza llegaba a su fin, se movió cada vez más lentamente, continuando con sus gráciles gestos, menos exagerados ahora. Por fin se detuvo y, levantando la cabeza, miró a su alrededor, más desconcertado aún que aquellos que acababan de despertar de su sueño.

—

— I

Varios centenares de hombres y mujeres ataviados con delicadas túnicas blancas se habían reunido a su alrededor y esperaban cortésmente a que terminara de completar su danza mágica para no interrumpirlo. Alfred se detuvo y los otros continuaron esperando respetuosamente para darle tiempo a salir de su estado místico y volver a la realidad, en un acto parecido a la caída en un lago helado. Un sartán, el mismo que había encontrado Alfred en su compartimiento de

crystal, se adelantó hacia él. El modo en que los demás se apartaron con deferencia para dejarle paso y el respeto y la confianza con que lo miraron indicaban su condición de portavoz del grupo.

Se trataba, como Alfred había observado, de un hombre de mediana edad, y por su apariencia no era difícil adivinar por qué los mensch habían tomado por dioses a los sartán. Las líneas de su cara eran poderosas; sus rasgos y el brillo de sus ojos castaños delataban inteligencia. El cabello corto se rizaba sobre la frente en un estilo que le resultaba familiar aunque no acertaba a recordar dónde lo había visto antes.

El extraño sartán se movió con una gracia que causó la envidia del torpe Alfred.

—Me llamo Samah —dijo con una voz rica y melodiosa mientras le dedicaba una anticuada reverencia pasada de moda mucho antes de que Alfred fuera un chiquillo y que los sartán más ancianos practicaban con poca frecuencia.

No contestó. Lo miró de hito en hito, con el cuerpo paralizado. ¡Le había revelado su nombre sartán! Esto podía significar tanto que aquel Samah confiaba en él —un extraño, un desconocido— como en un hermano, como que tenía demasiada confianza en su propio dominio de la magia para temer el poder de un contrario. Se inclinó por el segundo motivo. El poder que irradiaba el sartán de la túnica calentó al pobre Alfred como el sol de un día de invierno.

En otro tiempo, Alfred le habría revelado su nombre sartán sin pensarlo dos veces, con la seguridad de que cualquier influencia que aquel hombre pudiera ejercer sobre él tenía que ser buena a la fuerza. Pero entonces aún era inocente, todavía no había visto el cuerpo de sus amigos y familiares yacer en ataúdes de cristal, ni el uso que los sartán habían dado a la práctica prohibida de la tenebrosa nigromancia. Deseó poder confiar en ellos, habría dado la vida por confiar en ellos.

—Me llamo... Alfred —contestó con una torpe reverencia.

—Ése no es un nombre sartán —comentó Samah ceñudo.

—No —concedió, sumiso.

—Es un nombre mensch. Pero tú eres un sartán, ¿no es cierto? No eres un mensch, ¿verdad?

—Sí, lo soy. Quiero decir no, no lo soy. —Alfred se confundió con las palabras.

El lenguaje sartán, como el patryn, poseía la facultad mágica de evocar imágenes del mundo y el entorno del que hablaba. En las palabras de Samah, Alfred había presenciado un reino de extraordinaria belleza, compuesto de agua por completo, con un sol brillante en su centro. Un mundo constituido a su vez por otros mundos pequeños: continentes encerrados en burbujas de aire, vivos en sí mismos, aunque dormidos ahora, que en sus sueños vagaban alrededor del sol. Vio una ciudad sartán, donde la gente trabajaba, luchaba...

Lucha. Guerra. Combate. Monstruos salvajes que emergían de las profundidades, causaban estragos, sembraban la muerte... Junto a las imágenes de la batalla, sintió un choque en el cerebro que estuvo a punto de hacerle perder el sentido.

—Soy el jefe del Consejo de los Siete... —comenzó Samah.

Lo miró boquiabierto y se quedó sin respiración, como si se hubiera dado un fuerte golpe contra el suelo.

Samah. El Consejo de los Siete. No podía ser cierto...

Dada la naturaleza mágica del lenguaje de los sartán, éstos tienen dos nombres: uno privado, que posee características mágicas y cuyo conocimiento podría dar a otro sartán poder sobre él, y uno público, que tiende a anular el efecto de la magia.

—

— I

Por la expresión ceñuda del hombre, Alfred comprendió que le estaba

formulando una pregunta.

–Eh..., ¿perdón? –balbuceó.

El resto de los sartán, que habían permanecido de pie sumidos en un silencio respetuoso, empezaron a murmurar e intercambiaron miradas. Samah echó un vistazo a su alrededor y los hizo callar sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

–Estaba diciendo, Alfred –el tono de su voz era amable, paciente; Alfred sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas–, que, como cabeza del Consejo, tengo el derecho y la obligación de hacerte ciertas preguntas, no por mera curiosidad ociosa, sino movido por la necesidad, dados los tiempos de crisis en que vivimos. ¿Dónde está el resto de nuestros hermanos?

Samah miró en torno a sí con expectación.

–Estoy..., estoy solo –respondió Alfred, y la palabra «solo» trajo imágenes que impulsaron a Samah y los otros sartán a clavar en él la mirada, con un repentino y punzante silencio.

–¿Algo ha salido mal? –preguntó por fin el presidente del Consejo.

«¡Sí, ha sucedido algo espantoso!», quiso gritar Alfred. Pero lo único que hizo fue mirar confuso a Samah mientras la realidad tronaba a su alrededor como la terrible tormenta que ruge perpetuamente sobre Ariano.

–No..., no estoy en Ariano, ¿verdad? –Las palabras brotaron de su oprimido pecho.

–No. ¿Qué te ha hecho creer tal cosa? Te encuentras en el mundo de Chelestra, por supuesto –respondió Samah con rudeza, a punto de perder los estribos.

–¡Oh, vaya! –exclamó débilmente y, con un grácil movimiento en espiral, se derrumbó suavemente hasta el suelo, inconsciente.

–

– I

CAPÍTULO

A LA DERIVA EN ALGÚN LUGAR DEL MAR DE LA BONDAD

Me llamo Grundle.

De niña, ésta fue la primera palabra que aprendí a escribir. No estoy segura de por qué la escribo aquí, ni de por qué empiezo con ella. Lo único que sé es que he estado mucho tiempo mirando esta página en blanco y debo escribir algo o de lo contrario no lo haré nunca.

Me pregunto quién encontrará y leerá esto. O si alguna vez llegará a manos de alguien. Dudo que lo sepa nunca. No tenemos ninguna esperanza de sobrevivir al final del viaje.

(A no ser, claro está, que confiemos ingenuamente en un milagro, en que algo o alguien venga en nuestra ayuda. Alake dice que esperar una cosa así y rezar para que ocurra es una crueldad, si pensamos en el sufrimiento que fe espera a nuestra gente si nos salvamos. Supongo que tiene razón, ya que es la más inteligente de todos. Pero he notado que continúa practicando sus ejercicios de invocación, cosa que no haría de seguir sus propios consejos.)

Alake fue quien me recomendó que escribiera la crónica del viaje. Dice que los nuestros pueden encontrarla cuando hayamos desaparecido y en ella encontrarán consuelo. Por supuesto, también es necesario hablar de Devon. Todo esto es cierto, pero sospecho que me ha asignado esta tarea para quedarse sola y que nadie la moleste cuando desee practicar su magia.

Supongo que tiene razón. Es mejor estar ocupado en algo que no hacer nada y sentarse a esperar la muerte. Pero tengo mis reservas acerca de que nuestra gente encuentre nunca este relato. Creo que es más probable que lo haga un extraño.

Me resulta raro pensar que un extraño pueda leerlo cuando yo haya muerto. Y todavía me es más insólito compartir con un desconocido mis temores y recelos, cuando no soy capaz de hacerlo con aquellos a quienes amo. Tal vez esa persona proceda de otra luna marina, si existen otras lunas marinas, cosa que dudo. Alake también dice que es pecado pensar que el Uno no ha creado a nadie más que a nosotros. Pero los enanos somos muy dados a dudar, a sospechar de cualquier cosa que no haya existido, como mínimo, tanto tiempo como nosotros. Dudo que nuestra muerte sirva para algo. Dudo que los señores del mar mantengan su palabra. Nuestro sacrificio será en vano. Los nuestros están condenados. Ya está. Por fin lo he escrito. Y me siento mejor después de hacerlo, aunque ahora deberé asegurarme de que Alake no vea nunca este diario.

Me llamo Grundle.

Esta vez será más fácil. Mi padre es Yngvar Barbapoblada, Vater de los gargan. Mi madre se llama Hilda. Se dice que de joven era la más hermosa de toda la luna marina. Se han dedicado canciones a mi belleza, pero he visto un retrato suyo del día de su boda, y yo no soy nada a su lado. Las patillas le llegaban casi a la cintura y eran de ese color dorado tan raro y apreciado entre los enanos.

Querido desconocido: diario de Grundle Barbapoblada, princesa de Gargan.

Padre o rey. La reina es conocida como Muter, «madre».

—

— I

Mi padre cuenta que, cuando mi madre apareció en la palestra del concurso, las demás participantes abandonaron nada más verla, dejándola como incontestable vencedora. Mi madre era especialmente diestra porque había practicado el tiro de hacha y era capaz de dar en el blanco cinco de cada seis veces. Si me hubiera quedado en Gargan, ya se habrían celebrado los concursos matrimoniales por obtener mi mano, ya que estoy al final de la Edad de la Búsqueda.

Este borrón es una lágrima. ¡Ahora estoy convencida de que Alake no debe ver este diario! No lloro por mí. Estoy llorando por Hartmut. Él me amaba y yo le correspondía. Pero no debo dejarme llevar por el recuerdo o pronto las lágrimas emborronarán toda la página.

Probablemente, la persona que encuentre esto se sorprenderá de que un enano sea su autor. Los nuestros no se interesan por materias como la escritura, la lectura y la aritmética. Escribir vuelve perezosa la mente, según dicen los míos, que son capaces de retener en la memoria la historia completa de Gargan, además de la familiar de cada individuo. En realidad, los enanos no tenemos un lenguaje escrito propio, razón por la cual estoy utilizando el de los humanos.

También conservamos en la cabeza excelentes relatos, que causan el asombro de nuestros proveedores elfos y humanos. Todavía no conozco al enano que no pueda decir con detalle cuánto dinero ha hecho en el transcurso de una vida. ¡Algunos de barba canosa podrían pasarse días enteros haciendo recuento! Yo misma no habría aprendido a leer y escribir si no fuera porque estoy —o estaba— destinada a gobernar. Como tendría que tratar de cerca con nuestros aliados humanos y elfos, mis padres decidieron que debía educarme entre ellos y conocer sus costumbres. Al propio tiempo (y creo que esto era para ellos lo más importante), esperaban que yo educara a elfos y a humanos en nuestros hábitos. A edad temprana, me mandaron a Elmas —la luna marina de los elfos— junto con Alake, la hija del gobernante de Phondra. Alake tiene aproximadamente mi edad mental, aunque no se corresponde en términos de ciclos reales. (La brevedad de la vida humana los obliga a crecer deprisa.) Con nosotras se encontraba Sadia, la princesa élfica que compartía nuestros estudios.

La bella y gentil Sadia... Nunca volveré a verla. Pero, gracias al Uno, ha escapado de este funesto destino.

Las tres muchachas pasamos juntas muchos años, durante los que volvimos locos a nuestros maestros y aprendimos a querernos como hermanas. De hecho, estábamos más unidas que muchas hermanas que conozco, pues entre nosotras jamás hubo celos o rivalidad.

Las únicas diferencias surgían al aprender a convivir con los defectos de las demás. Pero nuestros padres querían que creciéramos juntas. A mí, por ejemplo, nunca me habían gustado mucho los humanos. Hablaban muy fuerte y rápido, eran demasiado agresivos y corrían de tema en tema, de un sitio a otro. Nunca se paraban a sentarse ni se tomaban tiempo para pensar.

El largo período que pasé en contacto con humanos me enseñó que su impaciencia y ambición, la constante necesidad de darse prisa, prisa, prisa, era su manera de combatir la brevedad de su vida.

Por el contrario, comprendí que los longevos elfos no eran soñadores perezosos, como creen la mayoría de enanos, sino gente que simplemente se toma la vida como viene, sin preocuparse por el mañana, con la certeza de que habrá innumerables mañanas para enfrentarse a los problemas.

Por otro lado, Alake y Sadia tenían la paciencia suficiente para aguantar mi brusca franqueza, rasgo característico de mi gente. (Me gustaría pensar que es una buena cualidad, ¡pero no debe llevarse a extremos!) Un enano siempre debe decir la verdad, sin importar lo preparados que los demás estén para escucharla.

Una de las numerosas pequeñas tierras habitables que crearon los sar tán. Su nombre deriva del hecho de que estas pequeñas lunas orbitan el sol marino de Chelestra, aunque en el interior, no en el exterior.

—

— I

También podemos ser muy testarudos y, una vez que decidimos algo, nos mantenemos en nuestros trece y raramente cedemos. De un humano insólitamente tozudo se dice que tiene «pies de enano».

En mis estudios, aprendí a hablar y escribir con fluidez en humano y en élfico (a pesar de la irritación que causaba en nuestra pobre tutora mi manera de coger la pluma). Estudié la historia de sus lunas marinas y las distintas versiones de la historia de Chelestra, nuestro mundo. Pero lo que aprendí por encima de todo fue a querer a mis amadas hermanas-amigas y, a través de ellas, a sus respectivas razas.

Solíamos planear la manera de unir más a los nuestros, cuando por fin gobernáramos, cada una en su propia luna marina.

Ya nunca será así. Ninguna de nosotras vivirá lo suficiente.

Supongo que será mejor explicar lo que ocurrió.

Todo comenzó el día en que me disponía a bendecir el cazador de sol. Mi día. Mi gran día.

La excitación no me había dejado dormir. Apresuradamente me vestí con mis mejores ropas: una blusa de manga larga de tejido sencillo y práctico (en nuestra vida no tienen lugar los adornos), un vestido atado a la espalda y unas botas sólidas y resistentes. De pie frente al espejo de mi dormitorio en la casa de mi padre, comencé la tarea más importante del día: cepillar y rizarme el cabello y las patillas.

El tiempo pasó volando hasta que oí que mi padre me llamaba. Hice ver que no le había oído y continué observándome con ojo crítico mientras me preguntaba si estaba presentable para aparecer en público. No debe pensarse que esa

preocupación por mi aspecto nacía de la vanidad. Como heredera al trono de Gargan iba tanto a presenciar como a tomar parte del acto.

Tenía que admitirlo: estaba preciosa. Aparté los tarros de esencias importados de los elfos de Elmas, y devolví las tenacillas a su sitio junto a la chimenea. Sadia, que siempre tiene una nube de sirvientes revoloteando a su alrededor (y que nunca se ha cepillado ella misma su larga cabellera rubia) no entiende que yo no sólo me vista sin ayuda, sino que además lo recoja todo cuando termino. Los gargan somos gente orgullosa y autosuficiente y nunca se nos ocurriría dejar a otros este tipo de labores domésticas. Nuestro Vater tala su propia madera para el hogar, nuestra Mutter hace su colada y friega el suelo. Yo misma me rizo el pelo. La única marca de distinción que la familia real recibe sobre los demás es que se espera de nosotros que trabajemos el doble que el resto de gargan.

Aquel día, sin embargo, mi familia recibiría una de las contadas recompensas por los servicios prestados al pueblo. La flota de cazadores de sol estaba completa. Mi padre pediría al Uno que los bendijera, y yo tendría el honor de clavar un mechón de mis cabellos en la proa del buque insignia.

Mi padre me llamó de nuevo. Salí de prisa de mi habitación y entré corriendo al salón.

—¿Dónde está esa chica? —le preguntaba a mi madre—. El sol marino habrá pasado sobre nuestras cabezas y nos habremos congelado para cuando esté lista.

—Es su gran día —le recordó ella, apaciguadora—. Querrás que tenga buen aspecto, ¿no? Todos sus pretendientes van a estar presentes.

—¡Bah! —gruñó—. Aún es demasiado joven para pensar en esas cosas.

—Tal vez, pero lo que hoy ve el ojo, mañana llena la cabeza —replicó mi madre citando un proverbio enano.

Los enanos pasan por diversas etapas a lo largo de la vida, empezando por la Edad de la Infancia, a la que sigue la Edad de la Búsqueda, la cual da paso a la Edad de la Sensatez. A los enanos no se les permite casarse hasta que alcanzan la Edad de la Sensatez, momento en que se considera que la sangre

caliente de la Edad de la Búsqueda se ha enfriado hasta dar paso al sentido común de las personas adultas. Después de la Edad de la Sensatez, aproximadamente a los doscientos años, los enanos pasan a la Edad de la Sabiduría.

—

— I

—¡Hum! —resopló mi padre.

Pero, cuando me vio, se le hinchó el pecho de orgullo y no volvió a comentar nada más respecto a mi demora.

Padre, ¡cuánto te echo de menos! ¡Qué difícil es todo esto! ¡Qué difícil!

Abandonamos nuestra casa, que es más bien una cueva excavada en la montaña. Todas nuestras casas y comercios se construyen en su interior, al contrario que los de los humanos y elfos que se levantan en las laderas. Tardé largo tiempo en acostumbrarme a vivir en el palacio de coral de Elmas que, a mi entender, se apoyaba en la roca de forma precaria. Solía tener pesadillas en las que se desmoronaba por la montaña y me arrastraba en su caída.

Era una mañana espléndida. Los rayos del sol marino brillaban entre las olas.

Las escasas nubes que flotaban sobre la caverna atraían su destello. Nos unimos a la multitud que descendía por el escarpado camino que lleva a la playa del Mar de la Bondad. Nuestros vecinos llamaron a mi padre para palmotearle la gran barriga —el típico saludo enano— y lo invitaron a reunirse con ellos en la taberna después de la ceremonia.

Él les devolvió el saludo y continuamos el camino de bajada. Cuando estamos en tierra firme, los gargan viajamos siempre a pie. Los carros son para transportar patatas, no personas. A pesar de que estamos familiarizados con la costumbre élfica de viajar en carruaje y la humana de utilizar bestias de carga, la mayoría de enanos considera tal pereza un signo de debilidad innato en las otras dos razas. El único vehículo que utilizamos los gargan es nuestro famoso barco sumergible diseñado para navegar por el Mar de la Bondad. Estos barcos, orgullo de los enanos, se construyeron por necesidad, dada nuestra desafortunada tendencia a hundirnos como piedras en el agua. No ha nacido el enano capaz de nadar. Somos tan buenos constructores navales que los de Phondra y los de Elmas, que en un principio fabricaban sus propias embarcaciones, dejaron de hacerlo y empezaron a depender de nuestra producción. Ahora, con la financiación de elfos y humanos, hemos construido nuestra obra maestra: una flota de sumergibles, de cazadores de sol, con capacidad para alojar la población de tres lunas marinas. —Han pasado generaciones desde que fuimos llamados para construir los cazadores de sol —anunció mi padre. Nos detuvimos en el abrupto sendero para contemplar con admiración el puerto que se extendía allá abajo, al nivel del mar—. Nunca se diseñó una flota tan grande para transportar a tantos. Éste es un momento histórico que se recordará largo tiempo. —Y un gran honor para Grundle —dijo mi madre al tiempo que me dirigía una sonrisa.

Le devolví la sonrisa pero no dije nada. Los enanos no somos conocidos precisamente por nuestro sentido del humor, pero a mí se me considera más seria y responsable que cualquiera de mi raza, y aquel día el deber absorbía mi pensamiento. Tengo una naturaleza extremadamente práctica, sin un destello de sentimentalismo o romanticismo (como Sadia solía comentar con tristeza).

—Ojalá tus amigas estuvieran aquí hoy para verte —añadió—. Las invitamos, pero, claro, están muy ocupadas preparando la Caza del Sol con los suyos.

—Sí, madre —asentí—, me habría encantado que pudieran estar aquí.

Yo no deseaba que la persecución del sol marino alterara el estilo de vida de los enanos, pero no pude menos que envidiar el respeto que los phondranos sentían por Alake o el cariño y la admiración que los elmanos profesaban a Sadia. Para los míos, yo simplemente soy una joven enana más durante la mayor parte del tiempo.

Me consolé con la idea de poder contar todo lo ocurrido a mis amigas y (para ser

La posición del sol marino con relación a las lunas marinas produce a quien se encuentra en estas lunas la impresión de que el sol está en el agua, debajo de él. Así pues, la luz irradia desde el agua, no

desde el cielo. Éste suele presentar un color turquesa que procede de los musgos que crecen en la superficie de las cavernas de aire de la luna marina.

—

— I

sincera) con la certeza de que ningún cazador de sol llevaría en la proa un mechón de sus cabellos.

Llegamos al puerto, donde los gigantescos sumergibles flotaban anclados. Al verlos tan de cerca, me impresionó su gran tamaño, la cantidad de trabajo que había requerido su construcción.

Los cazadores de sol parecían ballenas negras; tenían la proa lisa y estaban fabricados con madera seca de Phondra, llamada así porque está cubierta de una capa de resina natural que la protege del agua. El casco estaba tachonado de ventanas, que brillaban como joyas a la luz del sol marino. ¡Y sus proporciones! ¡No podía creerlo! Cada cazador de sol, y allí había diez, tenía casi ocho estadios de

longitud. Aquella inmensidad me desconcertaba, hasta que, de pronto, recordé que estaban ideados para alojar a los habitantes de tres reinos.

La brisa del mar aumentó. Me atusé las patillas y mi madre me arregló el pelo.

La multitud que se congregaba en los muelles se apartó de buena gana para dejarnos paso. Los gargan, a pesar de la excitación, se movían en orden y con disciplina, sin asomo de los bulliciosos empujones que cabría esperar de una reunión similar de humanos.

Anduvimos entre ellos al tiempo que nos inclinábamos a derecha e izquierda. Los hombres se tocaban el mechón de pelo de la frente, signo ceremonioso de respeto apropiado para la ocasión. Las mujeres azuzaban a sus hijos, quienes miraban boquiabiertos los enormes sumergibles, incapaces de desviar la mirada de tales maravillas para prestar atención a algo tan cotidiano como era su rey.

Yo me situé al lado de mi madre, el lugar adecuado para una muchacha enana soltera. Miraba directamente al frente, aunque procuraba bajar los ojos con modestia, concentrada en mis deberes. Pero me resultaba difícil apartar la vista de las dos largas hileras de jóvenes enanos que, vestidos con su coraza de cuero y con la barba afeitada, formaban en el extremo del muelle.

Todos los hombres que se hallaban en la Edad de la Búsqueda prestaban servicio en el ejército. Se había escogido a los mejores para formar parte de la guardia de honor del Vater y su familia en aquel día.

Uno de esos hombres tendría, con toda seguridad, el privilegio de casarse conmigo. No era muy correcto que yo tuviera favoritos, pero sabía que Hartmut derrotaría a sus adversarios con facilidad.

Nuestras miradas se cruzaron y su sonrisa me inundó de una sensación de calor.

¡Es tan atractivo! Tiene el pelo cobrizo, largo y fuerte, y las patillas rojizas, y seguro que la barba que se dejará una vez casado también será del mismo color. Ya había alcanzado el rango de señor de los cuatro clanes, un alto honor para un enano soltero.

A una orden de su mariscal, los soldados levantaron las hachas –el arma favorita de los enanos– en señal de saludo, las hicieron girar y golpearon con ellas el suelo.

Advertí que Hartmut movía la suya con más destreza que cualquier otro hombre de su clan. Esto era un magnífico augurio, puesto que el lanzamiento de hacha, la tala y el arte de esquivarla determinaban al ganador de la contienda matrimonial.

–¡Deja de mirar a ese joven! –me susurró mi madre tirándome con fuerza de la manga–. ¿Qué va a pensar de tí?

Obedientemente, clavé los ojos en la ancha espalda de mi padre, pero me di perfecta cuenta de en qué momento pasé cerca de Hartmut, quien permanecía de

Medida patrón de los enanos: estadio = pies enanos. El estadio también es una carrera pedestre con la que los enanos conmemoran la era que recoge el reinado de los dos primeros monarcas.

No se sabe si la carrera recibió el nombre de la medida, o viceversa.

Entre los enanos, el servicio militar se organiza en clanes familiares, cuyos hombres jóvenes sirven juntos formando unidades. Éstas, conocidas como regos, están al mando del jefe de clan. Hartmut manda un rego que consta de cuatro clanes, de ahí su título. Por encima de él quedan el jefe de rego, el

mariscal, el jefe de clan y, finalmente, el Vater.

–

– I

pie al borde del muelle, y oí cómo la cabeza del hacha golpeaba contra el suelo de nuevo, esta vez sólo para mí.

Ante la proa del buque insignia se había levantado una reducida plataforma

ceremonial para que nos alzáramos sobre la multitud. Subimos al entarimado y mi padre se adelantó. El público, aunque nunca había sido muy ruidoso, se quedó ahora en absoluto silencio.

—Familia mía —comenzó el Vater mientras cruzaba los brazos sobre la gran barriga—, mucho tiempo ha pasado desde que los nuestros se vieron obligados a emprender la Caza del Sol. Ni siquiera los más viejos entre nosotros —y aquí dedicó una respetuosa reverencia a un enano de avanzada edad cuya barba ya griseaba y que se hallaba en el sitio de honor en primera fila entre la multitud— recuerdan la época en que los nuestros persiguieron el sol marino y desembarcaron en Gargan. —Mi padre se acordaría —intervino el anciano—. Hizo el viaje siendo muy joven.

El Vater, mi padre, se detuvo un momento, confuso por la inesperada interrupción. Miré por encima de la muchedumbre hacia nuestra caverna y sus hileras de puertas de vivos colores, y, por primera vez, caí en la cuenta de que me disponía a abandonar mi tierra natal y viajar hacia un lugar desconocido, donde tal vez no habría puertas que condujeran al seguro y oscuro refugio de la montaña. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Agaché la cabeza, avergonzada ante la posibilidad de que alguien (especialmente Hartmut) me viese llorar.

—Nos espera un nuevo reino, una luna marina suficientemente grande para que las tres razas, humana, élfica y enana, podamos convivir, cada una en su propio reino, pero compartiendo el comercio y el trabajo, en un esfuerzo común por construir un mundo próspero.

»E viaje será largo y penoso. Y, cuando lleguemos, nos enfrentaremos a la agotadora tarea de reconstruir nuestras casas y negocios. Será difícil partir de Gargan. La necesidad nos obliga a dejar atrás muchas cosas que amamos, pero llevaremos con nosotros lo más valioso y preciado: a los demás. Abandonaremos monedas, ropas, cacharos de cocina, cunas y camas, pero, como nos tenemos los unos a los otros, nuestra nación enana llegará a su destino fuerte y preparada para avanzar y establecer su grandeza en ese nuevo mundo.

Durante el discurso, mi padre había rodeado con el brazo a mi madre y ella, a su vez, me había cogido la mano. Nuestro pueblo lanzó vítores de alborozo y se me secaron las lágrimas.

«En tanto que nos tengamos los unos a los otros —me dije—, en tanto que permanezcamos unidos, esta tierra nueva será nuestro hogar.»

Eché un tímido vistazo a Hartmut. Le brillaban los ojos. Me sonrió a mí, solamente a mí. En esa mirada, en esa sonrisa nos lo dijimos todo. Las pruebas de selección para la boda no podían amañarse, pero la mayoría de enanos conocía de antemano el resultado.

Mi padre continuó hablando para hacer hincapié en que, por primera vez en la historia de Chelestra, humanos, elfos y enanos realizarían juntos la Caza del Sol. Por supuesto, en otros tiempos habíamos efectuado la Caza del Sol, y habíamos perseguido el sol marino que vaga indefinidamente a la deriva a través del agua que constituye nuestro mundo. Pero entonces los enanos estábamos solos y huíamos de la larga noche de hielo que amenazaba con cubrir lentamente nuestra luna marina.

Aparté de la mente el triste pensamiento de abandonar mi tierra natal y empecé a pensar en los ratos divertidos que me esperaban a bordo con Alake y Sadia. Les

Los enanos de Chelestra creen que todos ellos descienden de los dos únicos enanos que sobrevivieron a la Separación de los mundos y que, por tanto, todos están emparentados. Aunque la leyenda no tiene muchos visos de realidad, contribuye a explicar la sólida unidad de los enanos, que tienen en altísima estima los vínculos familiares. En este sentido, la familia real es vista más como un

arquetipo familiar que como una monarquía.

—

— I

hablaría de Hartmut, de su distinción, aunque ninguna muchacha élfica o humana podría apreciar con propiedad cuán atractivo era.

Mi padre carraspeó. Vi cómo me miraba. Mi madre me dio un codazo en el costado. Sentí que me ruborizaba y volví en el acto al desarrollo de la ceremonia. Sostuve en la mano el mechón de cabello que me había cortado y que ahora lucía atado con una cinta azul brillante. Mi padre me dio el martillo y mi madre el clavo. Con ambos en la mano me volví hacia el ancho bao de madera del cazador de sol que se alzaba sobre mi cabeza. La muchedumbre esperaba en silencio el momento de gritar su alegría cuando la ceremonia hubiese concluido.

Con todos los ojos (dos en particular) fijos en mí, enrosqué firmemente el mechón alrededor del clavo, apoyé éste en la viga de madera que sobresalía del casco y estaba a punto de golpearlo con el martillo cuando escuché un murmullo que se extendía entre el público. Me recordó el oleaje del mar durante una de las inusuales tormentas de Chelestra.

Mi primera reacción fue sentir una gran irritación hacia aquello o aquel que me estaba arruinando el gran momento. Consciente de que no atraía la atención del público, bajé el martillo e, indignada, eché un vistazo a mi alrededor para ver qué causaba aquella confusión.

Todos los gargan —hombres, mujeres y niños— contemplaban fijamente el mar. Algunos señalaban con el dedo. Los más bajos se ponían de puntillas y estiraban el cuello para conseguir vislumbrar algo.

—Me imagino —gruñí mientras intentaba asomar la cabeza por el sumergible sin demasiada suerte— que Alake y Sadia han venido después de todo, justo para acaparar el centro de atención. Bueno, han elegido un mal momento, pero al menos están aquí para mirar. Siempre puedo volver a empezar.

Pero por la expresión de las caras de los enanos que estaban por debajo de mi posición, quienes veían el mar con claridad, deduje que lo que quiera que fuese que se acercaba no era una de las naves cisne alegremente decoradas que construíamos para los elfos, ni tampoco una de las recias naves de pesca de los humanos. Cualquiera de las dos habría sido recibida con un gran revuelo de barbas y alguno que otro agitar de manos, el colmo de la expresividad de los enanos. En cambio, ahora se mesaban la barba —signo de intranquilidad en los de mi raza— y las madres reunían a Tos chiquillos que se habían alejado.

—¡Vater, es preciso que veas esto! —gritó el mariscal del ejército enano que se había precipitado sobre la plataforma.

—Quedaos aquí —nos ordenó mi padre, y después descendió de la tarima y corrió tras el otro hombre.

Obviamente, la ceremonia había terminado. Estaba enojada, enfadada porque no conseguía ver nada e irritada con mi padre por haberse marchado a la carrera. Me quedé aferrada al martillo y al mechón de pelo y maldije el destino que me había hecho princesa y me obligaba a permanecer en esa estúpida plataforma mientras todo el mundo en Gargan observaba lo que estaba sucediendo.

No me atrevía a desobedecer a mi padre —una joven enana que hiciera una cosa así tendría que cortarse las patillas como castigo y afrontar la humillante experiencia—, pero seguramente no se me tendría en cuenta que me deslizara hasta el extremo del entarimado. Quizá lograra ver algo desde allí. Acababa de dar un paso y ya oía a mi madre tomar aliento para ordenarme que volviera, cuando Hartmut saltó hasta donde nos encontrábamos y corrió hacia nosotras.

—El Vater me ha ordenado que vele por ti y por vuestra hija en su ausencia, Muter —explicó con una reverencia hacia mi madre. Sin embargo, sus ojos me miraban a mí. Tal vez el destino supiera lo que se traía entre manos, en fin de cuentas. Decidí quedarme donde me encontraba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella, nerviosa.

—Un incidente en el mar, eso es todo —contestó Hartmut sin darle importancia—. Una mancha de aceite que se extiende. Y algunos creen haber visto cabezas emerger de ella, pero me da la impresión de que las han visto a través del cristal

—

— I

de una jarra de cerveza. Lo más probable es que se trate de un banco de peces. Han zarpado botes para investigar.

Esta explicación pareció tranquilizarla. Pero a mí no me calmó. Vi cómo Hartmut no apartaba la vista de su mariscal, a la espera de órdenes. Y, aunque hacía un cortés esfuerzo por sonreír, su expresión era severa.

—Creo, Muter —prosiguió—, que será mejor que bajéis de esta plataforma hasta que determinemos cuál es la causa de esa mancha aceitosa.

—Tienes razón, muchacho. Grundle, dame ese martillo. Pareces una tonta ahí de pie, con eso en la mano. Voy a reunirme con tu padre. No, Grundle, tú quédate aquí con este joven guardia.

Echó a andar con paso decidido y, enérgicamente, se abrió paso entre la multitud. La bendije para mis adentros.

—A mí no me parece una tonta —me aseguró Hartmut—. Creo que estás espléndida.

Me acerqué a él y mi mano, ahora que se había librado del martillo, encontró el modo de llegar hasta la suya. Los barcos partían de la playa y los hombres remaban con gran esfuerzo para adentrarse en el mar. Bajamos de la plataforma y corrimos hacia la orilla mezclados con los demás habitantes de Gargan.

—¿De qué crees que se trata? —murmuré.

—No lo sé —contestó Hartmut, que dejaba aflorar su preocupación, ahora que estábamos a solas—. Llevamos toda la semana escuchando antiguas leyendas. Los delfines hablan de criaturas extrañas que nadan por el Mar de la Bondad: serpientes con la piel cubierta de un aceite que emponzoña el agua y envenena a cualquier pez que tenga la desgracia de pasar a su lado.

—¿De dónde proceden? —pregunté, acercándome más.

—Nadie lo sabe. Hemos oído extrañas historias a lo largo de los últimos ciclos. Según los delfines, cuando el curso del sol marino comenzó a alterarse, se deshelaron varias lunas marinas que permanecían congeladas desde sólo el Uno sabe cuándo. Quizás estas criaturas vengan de una de esas lunas.

—¡Mira! —grité—. Algo ocurre.

La mayoría de enanos había dejado de bogar en sus botes. Algunos habían alzado los remos y permanecían inmóviles en el agua con la vista fija en el mar. Él resto había empezado a remar hacia la playa, presa de un gran nerviosismo. Yo no veía nada más que la capa de aceite en el agua, un limo verde pardusco que alisaba las olas y se pegaba a la superficie de los barcos que tocaba. También me llegaba su olor, una pestilencia malsana que me revolvía el estómago.

Hartmut me apretó la mano. ¡El agua empezaba a retirarse! Nunca había visto nada igual: era como si una boca gigantesca que se hallara bajo nosotros se estuviera tragando el agua. Varios botes ya habían alcanzado la playa y permanecían varados en la arena mojada, cubierta de aceite. ¡Pero aquellos que aún se hallaban mar adentro estaban siendo engullidos junto con el agua! Los

marineros remaban con fuerza, en un intento frenético por detener su avance. Los sumergibles se hundieron más y más, cabeceando de proa a popa, y finalmente golpearon el fondo con un estrépito aterrador.

En ese momento, una cabeza enorme emergió entre las olas. Tenía la piel gris verdosa cubierta de escamas que relucían a la débil luz del sol con una siniestra iridiscencia. La cabeza era pequeña, del mismo tamaño que el cuello. Al parecer era toda cuello, a menos que se contara como cola la parte posterior. La serpiente trazó una horrible curva sinuosa. La primera vez que nos miró, tenía los ojos verdes, pero de pronto cambiaron de color y comenzaron a centellear con un feroz brillo rojo. La criatura se alzó más y más y, a medida que crecía, iba tragando agua. Era enorme, monstruosa. Como mínimo, tenía la mitad de la altura de la montaña.

Contemplé el agua que se alejaba y de repente tuve el escalofriante presentimiento de que me iba a arrastrar con ella. Hartmut me rodeó con el brazo. Su cuerpo, firme y fornido, era sólido y tranquilizador.

—

— I

El monstruo alcanzó una altura increíble y a continuación se abalanzó para aplastar con la cabeza el barco insignia, en cuyo casco abrió un gran boquete. El agua formó una gran ola que barrió la orilla de la playa.

—¡Corred! —aulló mi padre, y su voz retumbó sobre el griterío de la multitud—.

¡Corred hacia la montaña!

Los gargan dimos media vuelta y huimos. Ni siquiera en medio del terror se dio rienda suelta a la confusión, el desorden o el pánico. Los hijos alzaron en volandas a los enanos más ancianos, que no podían moverse con suficiente rapidez. Las madres cogieron en brazos a sus hijos más pequeños y los padres cargaron en la espalda a los mayores.

—¡Corre directamente hacia arriba, Grundle! —me dijo Hartmut—. Yo tengo que volver a mi puesto.

Se alejó corriendo con el hacha de combate en la mano y se reunió con el ejército que se agrupaba en la orilla, preparado para cubrir la retirada de la gente. Yo sabía que debía correr, pero se me habían paralizado los pies y tenía las piernas demasiado débiles como para hacer algo más que sostenerme. Miré fijamente a la serpiente que había emergido, indemne, entre los restos del sumergible. Con lo que podría ser una risa silenciosa en su boca desdentada, se arrojó sobre otro barco. La madera se rompió y quedó hecha astillas. Del mar surgieron otras criaturas idénticas a la primera que comenzaron a destrozar los demás sumergibles y cualquier otra embarcación que estuviera a su alcance. El oleaje que creaban las bestias era tan imponente que arrasó la playa, donde completó la devastación.

Los botes volcaron y arrojaron al agua a la tripulación. Algunas embarcaciones fueron simplemente engullidas, y los enanos que llevaban a bordo desaparecieron en la espuma aceitosa. El ejército opuso una rápida resistencia a las serpientes. Hartmut, el más bravo de todos, se adentró en el agua con el hacha alzada en desafío. Las criaturas no les hicieron el menor caso y se contentaron con aplastar todas las embarcaciones del puerto, excepto una: el barco real, el que usábamos para ir y volver de Phondra y Elmas.

El monstruo se detuvo y contempló los estragos que habían causado sus criaturas. Sus ojos habían vuelto a adquirir un tono verdoso y tenía la mirada inexpresiva, fija. Movié la cabeza de lado a lado en un gesto lento y prolongado, y, cada vez que sus ojos nos enfocaban, nos encogíamos ante su mirada.

Empezó a hablar y las otras bestias cesaron en su destrucción para escuchar.

La serpiente habló perfectamente en el idioma de los enanos.

–Este mensaje está destinado a vosotros y a vuestros aliados, los humanos y los elfos. Somos los nuevos Señores del Mar. Sólo podréis navegar con nuestro permiso, y éste tiene un precio. Más adelante sabréis cuál es el pago. Lo que hoy habéis presenciado es una demostración de nuestro poder, de lo que os ocurrirá si no pagáis. ¡Haced caso de nuestra advertencia!

La serpiente se hundió en el agua y desapareció. Las otras la imitaron y nadaron deprisa entre los trozos de madera que flotaban en la cenagosa superficie.

Permanecemos con la vista clavada en los restos de los cazadores de sol. Recuerdo el silencio que cayó sobre nosotros. Ni tan sólo se lloró por los muertos.

Cuando estuvimos seguros de que las serpientes se habían ido por fin, iniciamos la lúgubre tarea de recuperar los cuerpos de los que habían perecido, todos los cuales presentaban síntomas de envenenamiento. Una hedionda capa de aceite capaz de matar a cualquiera que sorbiera un trago cubría ahora las aguas marinas, hasta entonces puras y potables.

Y así fue como comenzó todo. Mi historia es mucho más larga, pero Alake se acerca por el barco para buscarme y recordarme que es la hora de comer.

¡Humanos! Creen que la comida es el remedio de todos los problemas. Me gusta tanto comer como a cualquier enano, pero ahora mismo no tengo mucho apetito. Por el momento, tengo que dejar aquí mi relato.

–

– I

CAPÍTULO

A LA DERIVA, EN ALGÚN LUGAR DEL MAR DE LA BONDAD

Alake sigue insistiendo en que tenemos que comer para conservar las fuerzas, pero no acabo de entender para qué cree que las vamos a necesitar. ¿Para luchar contra esas serpientes dragón, como supongo que debemos llamarlas? ¿Nosotros tres? Con estas mismas palabras se lo he dicho, malditos seamos los enanos por nuestra franqueza.

He notado que Alake estaba ofendida, aunque ella es demasiado amable como para devolverme el reproche. Devon se las ha arreglado para disimular lo embarazoso de la situación e incluso nos ha hecho reír, aunque sus bromas nos han puesto al borde de las lágrimas. Después, por supuesto, hemos tenido que comer algo para complacer a Alake. Ninguno de nosotros ha comido mucho, sin embargo, y todos –Alake incluida– nos hemos alegrado al terminar. Ella se ha levantado para seguir con su magia. Devon ha vuelto a su ocupación predilecta: soñar con Sadia. Y yo debo continuar con mi relato.

Una vez recuperados los cadáveres y extendidos por la playa para que los identificaran sus respectivas familias, éstas se alejaron en compañía de amigos que hacían lo posible por consolarlas. Como mínimo habían muerto veinticinco personas. Observé al amortajador andar de aquí para allá sin un objetivo concreto, con la mirada perdida. Nunca antes había tenido que preparar tantos cadáveres para el descanso final en el cementerio de la montaña.

Mi padre cruzó unas palabras con él, que consiguieron tranquilizarlo. Se mandó un destacamento de soldados para ayudarlo, entre los que se encontraba Hartmut. Era un trabajo triste y penoso y se me encogió el corazón por él.

Yo hacía cuanto estaba en mi mano por ayudar, lo que no era gran cosa. Estaba demasiado aturdida por los repentinos acontecimientos que habían trastornado mi ordenada vida. Por fin, me senté en la plataforma y me quedé contemplando el mar. Los cazadores de sol que habían quedado más o menos intactos flotaban

panza arriba. No eran muchos y tenían un aspecto alicaído y deprimente, como si se tratara de peces muertos. Todavía tenía en la mano el mechón con el lazo azul. Lo arrojé al agua y miré cómo se alejaba lentamente sobre la superficie aceitosa. Allí me encontraron mis padres. Mi madre me abrazó con fuerza. Estuvimos un largo instante sin hablar.

—Debemos contar lo ocurrido a nuestros amigos —suspiró mi padre.

—Pero ¿cómo vamos a hundirnos entre los mundos? ¿Qué ocurrirá si nos atacan esas terribles criaturas? —preguntó ella, asustada.

—No lo harán —aseguró él rotundamente y con la vista clavada en el único barco que las serpientes habían dejado intacto—. ¿Recordáis sus palabras? «Contádselo a vuestros aliados.»

Al día siguiente nos hundimos rumbo a Elmas.

Elmasia, la ciudad de los reyes elfos, es un lugar lleno de belleza y encanto.

Filigranas de coral rosa y blanco soportan el palacio, conocido con el nombre de la Gruta, que se alza a orillas de los diversos lagos de agua dulce de la luna marina. El

Los enanos utilizan el término «hundirse», más adecuado que el de «navegar», para describir el viaje en sumergible. Humanos y elfos prefieren la terminología antigua.

—
— I

coral está vivo y continúa creciendo. Los elfos se dejarían matar antes que sacrificarlo, de manera que la forma de la Gruta varía constantemente.

Esto nos puede parecer una molestia a humanos y enanos, pero los elfos lo encuentran muy ameno y entretenido. Si una habitación queda cerrada por el rápido desarrollo del coral, simplemente empaquetan sus cosas y se mudan a otra que con toda certeza se habrá creado mientras tanto.

Encontrar el camino en el interior del palacio es una experiencia interesante. Los corredores que un día conducen a un lugar pueden llevar a otro completamente distinto al siguiente. Como todas las habitaciones de la Gruta son de una belleza sin par —el coral blanco proyecta destellos opalescentes y el rosa produce un cálido resplandor—, a la mayoría de elfos no les importa demasiado dónde se encuentran.

Algunos visitantes que acuden a tratar asuntos de negocios con el rey pueden vagar por la Gruta durante días antes de emprender el más insignificante intento de presentarse ante Su Majestad.

No hay asunto que resulte apremiante para la comunidad elfa. Las palabras «prisa», «precipitación» y «urgencia» no existían en su vocabulario hasta que comenzaron a tratar con los humanos. Nosotros los enanos no nos hemos relacionado con unos ni con otros hasta nuestra historia más reciente.

Estas divergencias tan manifiestas en la naturaleza de humanos y elfos provocaron en una ocasión serios enfrentamientos entre las dos razas. Los elfos de Elmas, aunque por lo general son tolerantes, no tardan en revolverse si se los presiona demasiado. No obstante, después de varias guerras destructivas, ambos bandos comprendieron que saldrían ganando si trabajaban juntos en vez de separados. Los humanos de Phondra son una gente encantadora, aunque muy enérgica. Pronto aprendieron a manejar a los elfos, y en la actualidad los engatusan y halagan de tal modo que consiguen de ellos lo que quieren. Esta marcada simpatía de los humanos ha surtido efecto incluso en los hoscós enanos, y han acabado por ganarse también nuestra confianza.

Durante muchas generaciones, las tres razas hemos vivido y trabajado juntas en pacífica armonía, cada una en su propia luna marina. No me cabe ninguna duda de que habríamos continuado en estrecha relación durante muchas generaciones más, de no ser porque el sol marino —fuente de calor, luz y vida de las lunas marinas—

empezó a abandonarnos.

Fueron los magos humanos, que adoran investigar y escarbar hasta dar con el porqué, el cómo, el cuándo y el dónde, quienes descubrieron que el curso del sol marino se estaba alterando y que éste comenzaba a moverse a la deriva. Este hallazgo provocó un flujo de actividad en los humanos, digno de contemplación. Realizaron mediciones y cálculos, mandaron delfines a explorar en su lugar y los interrogaron ciclo tras ciclo, con la intención de averiguar lo que supieran sobre la historia del sol marino.

Según Alake, ésta es la explicación que ofrecieron los delfines: «Chelestra es un globo de agua en la infinitud del espacio. Su exterior, en contacto con la glacial oscuridad de la Nada, está compuesto de una gruesa capa de hielo. El interior, que comprende el Mar de la Bondad, es templado por la acción del sol marino, un astro cuyas llamas desprenden tanto calor que el agua del mar no puede extinguirlas. El sol marino caldea el agua que tiene a su alrededor, derrite el hielo y da vida a las lunas marinas, pequeños planetas que los Creadores de Chelestra han ideado para que sean habitados».

Los humanos fueron los primeros en comunicarse con los delfines y aprender su lenguaje. Los elfos

consideran a los delfines unos charlatanes entretenidos, unos conversadores amenos que resultan una

buena diversión en las fiestas. Los enanos, que aprendieron a hablar con estos animales gracias a los humanos, utilizan a los delfines, sobre todo, como fuente de información sobre asuntos de navegación. A

pesar de ello, los enanos, recelosos por naturaleza de todo aquel que no pertenezca a su raza, no se fían

de los delfines.

—

— I

Los enanos proporcionamos información concerniente a las lunas marinas, recopilada a base de dedicar largos Tiempos a la excavación y la investigación del interior de la esfera. Las esferas son una coraza de roca con un interior sometido a altas temperaturas y compuesto de diversos elementos químicos. Estas sustancias reaccionan ante los rayos del sol marino y producen aire respirable, que envuelve a las lunas marinas en una burbuja. El sol marino es, pues, imprescindible para que haya vida.

Los humanos de Phondra llegaron a la conclusión de que, dentro de unos cuatrocientos ciclos, el sol marino dejará muy atrás las lunas. Se impondrá una larga noche, el Mar de la Bondad se congelará, y con él cualquiera que permanezca en Phondra, Gargan o Elmas.

«Cuando el sol marino desvíe su curso —explicaron los delfines que habían sido testigos del fenómeno—, el Mar de la Bondad se convertirá en un estrato de hielo que, lentamente, aprisionará a las lunas marinas. Pero la naturaleza mágica de estas lunas es tal que la mayor parte de su vida vegetal y animal no perecerá, sino que se conservará en congelación. Cuando el sol marino regrese, las lunas iniciarán el deshielo y volverán a ser habitables. »

Recuerdo cuando Dumaka de Phondra, gobernante de su pueblo, explicó el relato de los delfines acerca de las lunas marinas en la primera reunión de emergencia de las familias reales de Elmas, Phondra y Gargan, encuentro que se celebró cuando tuvimos la primera noticia de la deriva del astro y de su distanciamiento respecto a nosotros.

La reunión tuvo lugar en Phondra, en la espaciosa casa grande donde los

humanos celebran todas sus ceremonias. Las tres muchachas nos ocultábamos entre los matorrales en el exterior y, como siempre, escuchábamos a escondidas. (Estábamos acostumbradas a espiar a nuestros padres con todo descaro. Lo hacíamos desde pequeñas.)

—¡Bah! ¿Qué sabrá un pez? —exclamó mi padre con menosprecio, pues nunca había creído en la idea de hablar con los delfines.

—Pues yo considero que la posibilidad de ser congelados es increíblemente romántica —opinó Eliason, rey de los elfos—. Imaginaos: dormir durante siglos y despertar en una nueva era.

Su esposa había fallecido recientemente. Supongo que encontraba consuelo en la noción de un sueño sin imágenes oníricas, sin dolor.

Mi madre me confesó más tarde que había tenido la visión mental de cientos de enanos descongelándose en una nueva era, con las barbas hasta el suelo. A ella no le parecía romántico, sino desaliñado.

Dumaka de Phondra señaló a los elfos que la idea de congelarse y volver a la vida varios miles de ciclos después podía parecer romántica, pero el proceso de congelación tenía desventajas dolorosas concretas. Además, ¿cómo podíamos estar seguros de que finalmente volveríamos a despertar?

—En fin de cuentas, sólo contamos con la palabra de un pez —expuso mi padre, y la mayoría estuvo de acuerdo con él.

Los delfines habían traído noticias acerca de una nueva luna marina, mucho mayor que cualquiera de las nuestras, la cual se había deshelado hacía poco tiempo. Los delfines sólo habían empezado a inspeccionarla, pero pensaban que era un lugar idóneo para poder establecernos. Fue Dumaka quien propuso construir una flota de cazadores de sol para perseguir el sol marino y encontrar esta nueva luna como hicieron los antiguos. Los términos «construir» y «perseguir», que implicaban una cantidad considerable de actividad, desconcertaron un tanto a Eliason, pero no se opuso a la idea. Los elfos raramente se oponen a algo, pues objetar requiere demasiada energía. Del mismo modo, tampoco se muestran a favor de nada. Los

Humanos y elfos afirman que el delfín no es un pez, sino una especie similar a nosotros, pues dan a luz a sus descendientes igual que hacemos nosotros. Los enanos no emplean un argumento tan carente de sentido. Para ellos, cualquier ser que nade como un pez, es un pez.

—

— I

elfos de Elmas se contentan con tomar la vida como viene y adaptarse a ella. Los humanos, en cambio, se empeñan siempre en cambiar y alterar, trastocar, fijar e introducir mejoras. Y, por lo que respecta a nosotros, los enanos, nos sentimos satisfechos siempre que nos paguen.

Los phondranos y los elmanos acordaron financiar los cazadores de sol. Los gargan nos encargaríamos de construirlos. Los humanos suministrarían la madera, y los elfos, la magia necesaria para gobernar las embarcaciones. Los elmanos eran especialmente hábiles en magia mecánica. (¡Cualquier cosa con tal de librarse del trabajo físico!)

Y, con la eficacia característica de los enanos, se habían construido los cazadores de sol. Y se habían construido a conciencia.

—Pero ahora —oí que mi padre decía con un suspiro—, todo ha fracasado. Los cazadores de sol están destruidos.

Ésta era la segunda reunión de emergencia de las familias reales, convocada por mi padre. En esta ocasión nos reunimos en Elmas, como ya expliqué anteriormente. A nosotras tres nos habían dejado en la habitación de Sadia para que nos hiciéramos una «visita». Tan pronto como nuestras familias se fueron, nos

apresuramos a buscar un lugar favorable desde el cual, como ya era habitual, poder escuchar la conversación.

Nuestros padres se hallaban en una terraza desde la cual se dominaba el Mar de la Bondad. Descubrimos una pequeña habitación (una nueva) que se había creado encima de la terraza, y Alake utilizó su magia para abrir un agujero que nos permitiera ver y escuchar con claridad. Nos apiñamos tan cerca de la nueva ventana como nos fue posible, con la prudencia de permanecer en la penumbra para evitar que nos vieran.

Mi padre les habló del ataque de las serpientes a los sumergibles.

—¿Todos los cazadores de sol han sido destruidos? —susurró Sadia con los ojos tan abiertos como le permitía su forma almendrada, típica de los elfos.

Pobre Sadia. Su padre nunca le contaba nada. Así de protegida era la vida de las hijas de los elfos. El mío siempre discutía sus planes con mi madre y conmigo.

—¡Shhh! —la regañó Alake, que trataba de escuchar.

—Te lo contaré más tarde —le prometí a Sadia mientras le apretaba la mano para calmarla.

—¿No existe ninguna posibilidad de arreglarlos, Yngvar? —preguntó Dumaka.

—No, a menos que esos magos tuyos sean capaces de volver a convertir las astillas en barcos sólidos —gruñó mi padre.

Hablaba con sarcasmo. Los enanos somos poco tolerantes con cualquier tipo de magia, pues consideramos que casi siempre tiene truco, aunque nos cuesta trabajo explicar en qué consiste. Sin embargo, podría asegurar que esperaba secretamente que los humanos dieran con la solución.

El rey de Phondra no respondió, lo cual era una mala señal. Por lo general, los humanos se apresuran a asegurar que su magia puede resolver cualquier problema. Desde la repisa de la ventana, vi la preocupación reflejada en el rostro de Dumaka. Mi padre lanzó otro suspiro y removió incómodo su corpachón en la silla. Me compadecí de él. Los asientos estaban hechos para las esbeltas posaderas de los elfos.

—Lo siento, amigo mío. —Mi padre se mesó la barba, signo inequívoco de preocupación—. No quería ofenderte. Esas malditas bestias nos tienen cogidos por las patillas, por extraño que parezca, y a este enano no se le ocurre qué podemos hacer ahora.

—Me parece que te inquietas por nada —lo tranquilizó Eliason con un lánguido movimiento de la mano—. Has navegado hasta Elmas sin ningún sobresalto. Tal vez esas criaturas tenían en su cabeza de serpiente la idea de que los cazadores de sol representaban algún tipo de amenaza para ellas, y, ahora que los han hecho añicos, se han calmado y se han marchado para no volver a molestarnos más.

—

— I

—«Señores del Mar», dijeron llamarse —les recordó mi padre con un centelleo en sus negros ojos—. Y lo decían en serio. Navegamos hasta aquí con su permiso.

Estoy tan seguro como si me hubieran dado su consentimiento. Estaban acechando. He sentido cómo nos observaban sus ojos verde rojizos durante todo el viaje.

—Sí, supongo que estás en lo cierto.

Dumaka se levantó bruscamente, se acercó a un muro bajo de coral y se quedó mirando los destellos que proyectaban las profundidades del calmado y plácido Mar de la Bondad. ¿Me jugó una mala pasada la imaginación o vi realmente el brillo de un rastro de aceite?

—Querido, creo que deberías contarles nuestras noticias —lo instó Delu, su esposa.

Dumaka no contestó de inmediato, sino que continuó de espaldas, sin dejar de mirar al mar con expresión sombría. Es un hombre alto, al que los humanos consideran atractivo. Su forma de hablar rápida y encendida, su paso veloz y la brusquedad de sus gestos siempre daban la impresión, en el parsimonioso reino de Elmas, de que lo hacía y decía todo con el doble de velocidad. Sin embargo, ahora no iba y venía de aquí para allá con la enérgica actividad que lo caracterizaba, en su intento de dominar la condición de mortal que acabaría por imponerse inevitablemente.

—¿Qué le pasa a tu padre, Alake? —cuchicheó Sadia—. ¿Acaso está enfermo?

—Espera y escucha —le contestó Alake en un susurro. Tenía una expresión triste—. Los padres de Grundle no son los únicos que tienen un relato terrible que contar. El cambio operado en su amigo debió de trastornar a Eliason tanto como a mí. Se puso de pie con los lánguidos movimientos y la gracia elegante propia de los elfos y apoyó una mano en el hombro de Dumaka, reconfortándolo.

—Las malas noticias, como el pescado, no por guardarse mucho tiempo huelen mejor —lo animó con amabilidad.

—Sí, tienes razón. —El rey de Phondra no apartó la vista del mar—. He intentado no contaros nada de esto a ninguno, porque no estaba seguro de los hechos. Los magos están investigando. —Cruzó una mirada con su mujer, que era una poderosa hechicera, y ella inclinó la cabeza como respuesta—. Quería esperar sus informes. Pero... —Suspiró profundamente—. Ahora todo lo sucedido me parece muy claro. »Hace dos días, un pequeño pueblo de pescadores de Phondra que se encuentra en la costa opuesta a Gargan fue atacado y destruido por completo. Se hicieron pedazos los barcos, las casas fueron aplastadas. En la aldea vivían ciento veinte hombres, mujeres y niños. —Sacudió la cabeza, con los hombros encorvados—. Ahora todos están muertos.

—¡Oh, no! —dijo mi padre tocándose el mechón de la frente con respetuosa compasión.

—El Uno tenga piedad —murmuró Eliason—. ¿Una guerra entre tribus?

Dumaka paseó la mirada por los que se hallaban congregados en la terraza. Los humanos de Phondra son una raza de piel oscura. Al contrario que los elfos de Elmas, cuyas emociones afloran a la piel desde lo más profundo de su ser, según reza el dicho, los phondranos no se ruborizan de vergüenza ni los hace palidecer el miedo o la ira. Su color de ébano con frecuencia oculta sus sentimientos más íntimos. Lo más expresivo de su rostro es su mirada, y, en aquel momento, la furia, la amargura y la impotencia ardían como una llama en sus ojos.

—No fue una guerra, sino asesinato.

—¿Asesinato? —Eliason tardó unos instantes en comprender la palabra que su amigo había pronunciado en humano. En el vocabulario de los elfos no existe un término para un crimen tan atroz—. ¡Ciento veinte personas! Pero... ¿quién? ¿Qué?

—Al principio no estábamos seguros. Encontramos rastros que no sabíamos explicar. No lo comprendíamos hasta este momento. —Dumaka trazó con la mano una ese—. Olas sinuosas en la arena. Y estelas de aceite.

—¿Las serpientes? —preguntó Eliason, incrédulo—. Pero ¿por qué? ¿Qué querían?

—

— I

—¡Asesinar! ¡Matar! —Cerró el puño—. Fue una carnicería. Una auténtica carnicería. El lobo se come al cordero y no nos enojamos porque sabemos que tal es su naturaleza y que el cordero servirá para llenar el estómago de sus cachorros. Pero esas serpientes o quienquiera que lo hiciese no mataban para comer. ¡Asesinaban por puro placer!

»Todas sus víctimas, incluso los niños, murieron lentamente y tuvieron una espantosa agonía. Y dejaron sus cadáveres allí para que los encontráramos. Me contaron que el terrible cuadro que hallaron los primeros que se acercaron al pueblo estuvo a punto de hacerles perder la razón.

–Yo estuve allí –afirmó Delu con un tono tan bajo en su sonora voz que nosotras tres tuvimos que pegarnos a la ventana para escuchar sus palabras–. Desde entonces, por la noche me atormentan horribles pesadillas. Ni siquiera pudimos darles un entierro decente en el Mar de la Bondad porque nadie fue capaz de soportar la evidencia de la agonía que reflejaban sus torturados rostros. Los magos decidimos que era mejor quemar el pueblo, o lo que de él quedaba.

–Parecía –añadió su esposo– como si los asesinos quisieran dejarnos un mensaje: «¡Ved en esto vuestro destino!».

Me vinieron a la memoria las palabras de la serpiente: «Esto es una muestra de nuestro poder... ¡Haced caso de nuestra advertencia!».

Las chicas nos miramos horrorizadas en silencio, un silencio como el que se impuso en la terraza de abajo. Dumaka dio media vuelta y fijó de nuevo la mirada en el mar. Eliason se hundió en su silla.

Mi padre intervino con la habitual franqueza de los enanos. Se levantó con dificultad de la estrecha silla y dio un enérgico pisotón en el suelo, seguramente con el propósito de restituir la circulación.

–No quiero parecer irreverente con los muertos, pero esa gente eran pescadores, inexpertos en temas militares, no tenían armas...

–Habría sido lo mismo si se hubiese tratado de un ejército –dictaminó Dumaka frunciendo el entrecejo–. Esa gente disponía de armas. Tenían que luchar contra otras tribus y defenderse de los animales de la jungla. Encontramos restos de flechas que habían sido disparadas, pero obviamente no sirvieron para nada. Las lanzas estaban partidas por la mitad, como si una boca gigantesca las hubiera masticado y escupido.

–Y la mayoría de nuestra gente maneja la hechicería –añadió Delu pausadamente– aunque sólo sea en un nivel inferior. Hallamos indicios de que trataron de utilizar la magia para defenderse, pero también fracasó.

–Pero quizás el Concilio de Magos pueda hacer algo –sugirió Eliason–. O tal vez las lanzas mágicas élficas, como las que fabricábamos en otros tiempos, funcionen allí donde otras fallan. Y no pretendo menospreciar a vuestros hechiceros –añadió con educación.

Delu miró a su marido, aparentemente buscando su aprobación para seguir dando a conocer las malas noticias. El asintió con la cabeza. La hechicera igualaba a su marido en altura. Su cabello canoso, que llevaba recogido en la nuca, proporcionaba un contraste atractivo a su piel oscura. Las siete bandas de color de su capa de plumas indicaban su rango de hechicera en la Séptima Casa, el máximo grado que podía alcanzarse en el arte de la magia. Se quedó mirando las manos entrelazadas, que apretaba para evitar que le temblaran.

–Un miembro del Concilio, la shamus del pueblo, se hallaba en la aldea en el momento del ataque. Encontramos su cadáver. Su muerte fue muy cruel. –Delu se estremeció, respiró profundamente y reunió fuerzas para proseguir–. Alrededor de su cuerpo desmembrado yacían las herramientas de su magia, esparcidas en una burla grotesca.

–Sola contra muchos... –comenzó a decir Eliason.

–¡Argana era un hechicera poderosa! –gritó Delu, y su alarido me hizo dar un brinco–. ¡Su magia era tan fuerte que podía calentar el mar hasta hacerlo hervir! Podía provocar un tifón con sólo mover una mano. ¡El suelo se abría a una palabra

—

— I

suya y podía tragarse enteros a sus enemigos! Sabemos que probó todo su poder. Y aun así murió. Murieron todos.

—Cálmate, querida. —Dumaka apoyó la mano en el hombro de su esposa para tranquilizarla—. Eliason sólo quería decir que el Concilio completo, todos unidos, quizá sea capaz de obrar un poder lo suficientemente fuerte como para que esas serpientes no puedan resistirlo.

—Perdóname. Lo siento, he perdido los estribos. —Sonrió débilmente al elfo—.

Pero, al igual que Yngvar, he visto con mis propios ojos la terrible destrucción que esas criaturas han traído a mi pueblo. —Suspiró—. Nuestra hechicería es impotente frente a tales monstruos, nos superan incluso cuando no podemos verlos. Tal vez el motivo resida en el limo hediondo que dejan pegado a todo lo que tocan. No estamos seguros. Todo lo que sabemos es que, cuando los magos entramos en el pueblo, sentimos que nuestro poder decrecía. Ni tan sólo pudimos utilizar la hechicería para encender las piras con las que quemar los cadáveres.

—¿Qué podemos hacer? —Eliason paseó la mirada por el afligido y grave grupo. Como elfo, su inclinación natural habría tendido a no hacer nada, esperar y ver qué traía el paso del tiempo. Pero, según palabras de mi padre, Eliason era un gobernante inteligente, uno de los más realistas y pragmáticos de su raza. Sabía, aunque habría preferido ignorar el hecho, que los días de su pueblo en la luna marina estaban contados. Había que tomar una decisión, pero se conformaría con que la tomaran los demás.

—Pasarán cien ciclos antes de que el efecto de la deriva del sol marino empiece a notarse —opinó Dumaka—. El tiempo suficiente para construir más cazadores de sol.

—Si nos lo permiten las serpientes —espetó mi padre en tono lúgubre—. Cosa que dudo. ¿Y cuál será el pago que pedirán? ¿Qué pueden querer?

Todos guardaron silencio, pensativos.

—Pensemos con lógica —propuso Eliason finalmente—. ¿Por qué lucha la gente?

¿Por qué se pelearon nuestras razas tiempo atrás? Por miedo, por incompreensión.

Cuando nos reunimos y discutimos nuestras diferencias, encontramos el medio de afrontarlas y desde entonces hemos vivido en paz. Tal vez esas serpientes nos tengan miedo, a pesar de lo poderosas que parecen. Es posible que representemos una amenaza. Si intentamos hablar con ellas, si les hacemos comprender que no queremos causarles ningún daño, que lo único que deseamos es viajar hacia esa nueva luna marina, entonces, quizá...

Lo interrumpió un clamor.

El ruido procedía de la parte de la terraza adosada al palacio, que no entraba en mi campo de visión, pues mi baja estatura me impedía mirar por la ventana.

—¿Qué ocurre? —pregunté, impaciente.

—No sé. —Sadia trataba de observar sin ser vista. Al fin, Alake asomó la cabeza por la abertura. Por fortuna, nuestros padres no estaban prestándonos atención.

—Parece un mensajero —informó.

—¿Un mensajero que interrumpe una conferencia real? —Sadia estaba desconcertada.

Arrastré un taburete y me subí encima. Entonces vi al lacayo de cara pálida que, contra todas las normas del protocolo, se había precipitado en la terraza. El hombre, que parecía a punto de desmayarse, inclinó la cabeza para susurrar algo en el oído de Eliason. El rey elfo lo escuchó con el entrecejo fruncido.

—Tráelo aquí —ordenó por fin. El lacayo salió corriendo.

—Uno de los mensajeros ha sido atacado por el camino y parece herido de

gravedad. –Eliason miró con expresión severa a sus amigos–. Trae un mensaje para todos los que hoy nos hallamos aquí reunidos. He ordenado que lo traigan a nuestra presencia.

–¿Quién lo atacó? –quiso saber Dumaka.

–Las serpientes –contestó tras un breve silencio.

–Un mensaje para «todos los aquí reunidos»... –repitió mi padre con expresión hosca–. Yo tenía razón: están observándonos.

–

– I

–El pago –dijo mi madre. Era la primera palabra que pronunciaba desde que había empezado la conferencia.

–No comprendo. –Eliason parecía frustrado–. ¿Qué querrán?

–Apuesto a que enseguida lo sabremos.

Sin decir nada más, se sentaron a esperar, evitando mirar a los otros, pues no hallaban ningún consuelo en ver en el rostro de sus amigos el reflejo de su propia perplejidad.

–No deberíamos estar aquí. No deberíamos estar haciendo esto –dijo Sadia de pronto. Estaba muy pálida y le temblaban los labios.

Alake y yo volvimos la vista hacia ella, nos miramos y agachamos la cabeza avergonzadas. Sadia tenía razón. Espiar a nuestros padres siempre había sido un juego para nosotras, algo de lo que nos reíamos por la noche cuando nos mandaban a la cama. Pero ahora ya no era un simple juego. No estaba segura de cómo se sentían las otras dos, pero a mí me resultaba espantoso ver a mis padres, que siempre me habían parecido fuertes y sabios, tan confusos y angustiados.

–Tenemos que irnos –urgió la princesa élfica. Yo sabía que estaba en lo cierto, pero me costaba tanto bajar de aquel taburete como salir volando por la ventana.

–Sólo un momento –suplicó Alake.

Hasta nosotras llegó el rumor de unos pies que se movían con lentitud y avanzaban como si arrastrasen una carga. Nuestras familias se levantaron y se irguieron en toda su estatura, sustituyendo la inquietud por una severa gravedad. Mi padre se alisó la barba. Dumaka cruzó los brazos sobre el pecho. Delu sacó una piedra de la bolsa que llevaba colgada a un lado y la frotó con los dedos, mientras movía los labios.

Comparecieron seis elfos que transportaban una litera. Se movían despacio, con cuidado para no magullar al herido. A una señal de su rey, dejaron delicadamente la litera en el suelo delante de él.

Los acompañaba un médico de su raza, avezado en las artes curativas de su gente. Al entrar vi que miraba con desconfianza a Delu, tal vez por temor a una interferencia. Las técnicas curativas de elfos y humanos son sustancialmente distintas; mientras las primeras se basan en un estudio profundo de la anatomía y la alquimia, las segundas tratan las heridas a través de la magia comprensiva, utilizan salmodias para extraer humores malignos y aplican ciertas piedras en las zonas vitales del cuerpo. Los enanos nos guiamos por el Uno y por nuestro sentido común.

Al comprobar que Delu no hacía ninguna tentativa de acercarse a su paciente, el médico se relajó. O tal vez comprendiera que no serviría de nada que la hechicera humana intentara usar su magia. Era obvio para todos los presentes que no había nada en este mundo que pudiera ayudar a aquel elfo moribundo.

–No mires, Sadia –advirtió Alake al tiempo que se echaba para atrás y trataba de ocultar a su amiga la horrible escena.

Pero era demasiado tarde. Oí la respiración entrecortada en su garganta y supe

que lo había visto.

El joven elfo tenía la ropa rasgada y empapada de sangre. De la carne amoratada de las piernas sobresalían unos huesos astillados. Le habían arrancado los ojos. Giró la cabeza ciega y abrió y cerró la boca para repetir en un cántico febril unas palabras que no alcancé a oír.

—Lo encontramos esta mañana en las afueras de la muralla de la ciudad, majestad —explicó uno de los acompañantes—. Oímos sus alaridos.

—¿Quién lo trajo? —preguntó Eliason, que había endurecido la voz para ocultar su horror.

—No vimos a nadie, majestad. Sólo había un reguero de limo maloliente que conducía a la playa.

—Gracias. Podéis iros. Esperad fuera.

Con una reverencia, los elfos que habían entrado la litera abandonaron la terraza.

—

— I

Una vez solos, nuestros padres dieron rienda suelta a sus sentimientos. Eliason se cubrió la cabeza con la capa y apartó la cara, signo élfico de pesadumbre. Dumaka se dio la vuelta, y su cuerpo fornido tembló de furia y tristeza. Su esposa se levantó para ponerse a su lado y apoyar la mano en su brazo. Mi padre se tironeó de la barba con lágrimas en los ojos. Mi madre se estiró las patillas. Yo hice lo mismo. Alake intentaba consolar a Sadia que casi había perdido el conocimiento.

—Deberíamos llevarla a su habitación —opiné.

—No. No iré. —Sadia levantó el mentón—. Algún día seré reina y tengo que aprender a controlar este tipo de situaciones.

La miré con sorpresa y un nuevo respeto. Alake y yo siempre habíamos considerado a Sadia una persona débil y delicada. La había visto palidecer ante la visión de un pedazo de carne cruda y sanguinolenta. Pero, enfrentada a una crisis, estaba reaccionando como un auténtico soldado enano. Me sentí orgullosa de ella. La cuna se deja notar, dicen.

Observamos con cautela por la ventana.

El médico estaba hablando con el rey.

—Majestad, este mensajero ha rechazado cualquier medicina para comunicaros el mensaje. Os ruego que lo escuchéis. Eliason se descubrió y se arrodilló junto al moribundo.

—Te hallas en presencia del rey —dijo con voz pausada y suave. Tomó la mano del hombre que se aferraba al aire débilmente—. Entrega tu mensaje y, después, con todos los honores, reúnete con el Uno y descansa en paz.

Las cuencas sangrientas de los ojos del elfo se volvieron hacia la voz. Las palabras fluyeron despacio, con numerosas interrupciones para tomar aliento penosamente.

—Los Señores del Mar me ordenan hablar así: «Os permitiremos construir barcos para transportar a vuestros subditos a un lugar seguro si nos entregáis como tributo a la hija mayor de cada familia real. Si estáis de acuerdo con el trato, debéis embarcar a las muchachas en un bote que ha de surcar las aguas del Mar de la Bondad. Si no, lo que le hemos hecho a este elfo, al pueblo de pescadores humanos y a los constructores de barcos, será tan sólo una muestra de la destrucción que llevaremos a vuestro pueblo. Tenéis dos ciclos para tomar una decisión».

—Pero ¿por qué? ¿Por qué nuestras hijas? —sollozó Eliason, aferrando por los hombros al herido hasta casi sacudirlo.

–Yo... no lo sé. –El mensajero exhaló un último jadeo y murió.

Alake se apartó de la ventana. Sadia se encogió contra la pared. Y yo, que estaba a punto de caerme, bajé del taburete.

–No tendríamos que haberlo escuchado –murmuró la humana con voz cavernosa.

–No –admití. Tenía frío y calor al mismo tiempo y no conseguía detener el escalofrío que recorría mi cuerpo.

–¿A nosotras? ¿Nos quieren a nosotras? –susurró Sadia como si no pudiera creerlo.

Intercambiamos miradas de impotencia sin saber qué hacer.

–La ventana –advertí, y Alake se apresuró a hacerla desaparecer por medio de la magia.

–Nuestros padres jamás consentirían tal cosa –aseguró enérgicamente–.

Tenemos que evitar que sepan que estamos al corriente, pues se llevarían un gran disgusto. Volvamos a la habitación de Sadia y actuemos como si no hubiera ocurrido nada.

Miré a mi hermana élfica con cierta reserva. Estaba tan blanca como el papel de fumar y parecía a punto de sufrir un colapso.

–¡No puedo mentir! –protestó–. Nunca he engañado a mi padre.

–

– I

–No es necesario que mientas –se enfureció Alake con una brusquedad que provocaba el propio miedo–. No tienes que decir nada. Sólo has de mantener la boca cerrada.

Tiró de la pobre Sadia que se acurrucaba contra el muro y entre las dos la ayudamos a recorrer los luminosos corredores. Tras desandar un par de pasillos equivocados dimos con el que conducía al dormitorio de la princesa élfica. Ninguna de nosotras habló por el camino.

La imagen del elfo torturado nos absorbía el pensamiento. El pánico me oprimía y notaba un sabor desagradable en la boca. No sabía por qué estaba tan aterrorizada. Como había dicho Alake, mi familia nunca permitiría que me llevaran las serpientes.

Ahora no me cabe duda de que era la voz del Uno la que me hablaba, pero yo me resistía a escucharla.

Entramos en la habitación de la princesa élfica, en la que afortunadamente no había ningún sirviente, y cerramos la puerta. Sadia se dejó caer en el borde de la cama y comenzó a retorcerse las manos. Alake se puso a mirar furiosa por la ventana, como si quisiera salir a pegar a alguien.

En medio del silencio, no pude seguir desoyendo al Uno. Por la expresión que vi en la cara de mis amigas, supe que también se dirigía a ellas. Me tocó a mí, la enana, pronunciar en voz alta las amargas palabras.

–Alake tiene razón. Nuestros padres no lo consentirán. Ni siquiera nos hablarán de ello. Ocultarán el secreto a los subditos y el pueblo morirá, sin saber que hubo una posibilidad de evitar la tragedia.

–¡Desearía no haberlo oído nunca! ¡Ojalá no hubiésemos subido allá arriba! –murmuró Sadia.

–Teníamos que escucharlo –gruñí.

–Estás en lo cierto, Grundle –coincidió la humana, y se dio la vuelta para mirarnos–. El Uno ha querido que lo oyéramos. Tenemos la oportunidad de salvar a los nuestros. Es el deseo del Uno que la elección esté en nuestras manos y no en las de nuestros padres. Nosotras hemos de ser las fuertes ahora.

Mientras hablaba, me di cuenta de que Alake había encontrado un sentido a todo aquello: el romanticismo del martirio y el sacrificio. Los humanos tienen una marcada tendencia hacia esos aspectos, algo que jamás entenderemos los enanos. La mayoría de sus héroes mueren jóvenes, prematuramente, y entregan su vida a alguna causa noble. Los nuestros no siguen este patrón. Nuestros héroes son los ancianos, que viven unas vidas largas a través de décadas repletas de conflictos, trabajo y penalidades.

No pude menos que pensar en el elfo moribundo al que habían arrancado los ojos.

«¿Qué nobleza encuentras en esa muerte?», habría querido preguntarle.

Pero por una vez me sujeté la lengua. Que Alake encontrara consuelo donde le fuera posible. Yo tenía que buscarlo en mis obligaciones. En cuanto a Sadia, decía realmente lo que pensaba, cuando había hablado de ser reina.

–Pero estaba a punto de casarme –dijo. No era un reproche ni una queja. Era su forma suave de quejarse ante un destino tan cruel.

Alake acaba de entrar por segunda vez para recordarme que debo dormir.

Tenemos que «conservar las fuerzas».

¡Bah! Pero la complaceré. Es mejor que deje aquí mi relato por el momento. El resto de la narración –la historia de Devon y Sadia– es tan tierna como triste. El recuerdo me consolará mientras descanso despierta y lucho por alejar en lo posible el miedo en la soledad de la penumbra.

–

– I

CAPÍTULO

LA PUERTA DE LA MUERTE CHELESTRA

Haplo recuperó la conciencia.

Despertó con un dolor agudo, pero en aquel mismo instante descubrió que había recuperado su integridad, y el dolor desapareció. El círculo de su ser se había restablecido. La agonía que acababa de sentir no era otra cosa que la boca de la rueda que comía su propia cola.

Pero el círculo no estaba fuerte, sino tenue y vacilante. Levantar la mano casi superaba sus fuerzas, pero consiguió tocarse el pecho desnudo con los dedos.

Comenzó por la runa del corazón y, con movimientos lentos, procedió a reconectar y fortalecer los signos mágicos que llevaba escritos en la piel.

Empezó por la runa del nombre, la primera que se tatúa sobre el corazón del recién nacido entre pataleos y llanto, casi en el preciso instante en que es expulsado del útero materno. Es la madre u otra patryn de la tribu –en el caso de que ésta fallezca– quien lleva a cabo el rito. El nombre lo escoge el padre, si está vivo o se halla aún en la tribu. En caso contrario, lo hace el jefe del grupo.

Esta runa no protege mucho al niño. La auténtica protección se la proporciona, como dice el refrán, la sustancia mágica del pecho materno o de la nodriza. Aun así, la runa del nombre es la más importante porque cualquier otra que se añada remite forzosamente a esta primera, el inicio del círculo.

Haplo recorrió con los dedos la runa del nombre, cuyo intrincado entramado conocía de memoria.

El recuerdo lo arrastró a su infancia, a uno de los insólitos y preciados momentos de paz y calma, y vio a un niño que recitaba su nombre y aprendía la forma de sus runas...

–Haplo: «único, solitario». Este es tu nombre y tu destino –dijo su padre con el áspero dedo presionando en el pecho del muchacho–. Tu madre y yo hemos superado todas las trabas. Cada Puerta que crucemos a partir de ahora será un

guiño a la suerte. Pero llegará el día en que el Laberinto nos reclame como a todos los evadidos, excepto a los afortunados y los fuertes. Y éstos, generalmente, son solitarios. Repite tu nombre.

Haplo lo hizo con gran solemnidad mientras se repasaba los tatuajes del pecho con su mugriento dedo.

—Y ahora las runas de protección y restablecimiento curativo —indicó el hombre.

Haplo se concentró en todas ellas. Comenzó con las del nombre, que se extendían por el pecho, y prosiguió el recorrido por los órganos vitales de la zona abdominal, la parte sensitiva de las ingles y el área de protección de la columna vertebral. Haplo las recitó como en innumerables ocasiones durante su corta vida.

Lo había hecho tan a menudo que dejó vagar la mente y se puso a pensar en las

Los ocupantes se encargan de criar a los niños, que son muy apreciados en el Laberinto. Los corredores, como Haplo, suelen tener hijos pero la naturaleza de su vida no les permite quedarse con la

tribu y hacerse cargo del niño. Las mujeres corredoras, cuando quedan embarazadas, se unen a un grupo de ocupantes hasta que dan a luz. Entonces entregan el recién nacido a una familia de la tribu. Algunos corredores, como los padres de Haplo, detienen su carrera y se establecen temporalmente con

un clan, hasta que el niño alcanza la edad apropiada para acompañarlos. Estos casos son poco frecuentes. El hecho de que Haplo recuerde a sus padres biológicos es algo extraordinario entre los patryn.

—

— I

trampas para conejo que había preparado aquel día, preguntándose si podría llevarle una sorpresa a su madre para la cena.

—¡No! ¡Te has equivocado! ¡Empieza de nuevo!

Un seco golpe en la desprotegida palma desprovista de runas, propinado sin miramientos por su padre con lo que se conocía como vara del nombre, y Haplo volvió a concentrarse en la lección. El azote hizo saltar las lágrimas, pero parpadeó rápidamente para evitar que lo viera su padre, quien lo observaba de cerca. La capacidad de resistir al dolor iba unida tanto al severo aprendizaje como al recitado y el dibujo de los símbolos. —Hoy no prestas atención, Haplo —lo regañó mientras golpeaba el duro suelo con la vara del nombre, una rama delgada y flexible de una planta llamada rosa trepadora, que estaba provista de espinas—. Se dice que en los tiempos en que éramos libres, antes de que nuestros enemigos nos arrojaran a esta maldita prisión... Di el nombre de nuestros enemigos, hijo.

—Los sartán —respondió el muchacho haciendo un esfuerzo por hacer caso omiso del dolor causado por los pinchos clavados en su piel.

—Se dice que en los tiempos en que éramos libres, los niños como tú iban a la escuela y aprendían las runas como un mero ejercicio mental. Pero ya no es así. Ahora es una cuestión de vida o muerte. Cuando tu madre y yo hayamos muerto, Haplo, tú serás el responsable de las runas que, de obrar correctamente, te proporcionarán la fuerza necesaria para escapar de esta prisión y vengar nuestras muertes. Enumera las runas de la fuerza y el poder.

Haplo separó la mano del tronco y repasó la progresión de signos tatuados que le cubrían brazos y piernas hasta el dorso de las manos y los pies. Las conocía mejor que a las de protección y restablecimiento —o runas «infantiles»— que llevaba desde el momento de ser destetado. En efecto, se le había permitido tatuarse sólo algunos de estos símbolos nuevos, que constituían la marca del adulto. Había sido un momento importante, su primer rito de iniciación a una vida que, sin duda, sería breve, cruel y dura.

Completó la lección sin cometer más errores y su padre, satisfecho, lo premió con un seco movimiento de cabeza.

Se arrancó los pinchos con los dientes, los escupió y unió las manos para formar el círculo de curación, tal como le habían enseñado. Las marcas encarnadas de las espinas desaparecieron gradualmente. Le mostró a su padre las palmas sucias pero lisas. Con un gruñido, el hombre se levantó y se alejó.

Dos días más tarde, él y su madre morirían y Haplo se quedaría solo.

Los afortunados y los fuertes, generalmente, eran solitarios...

Una nebulosa de agonía y debilidad ocupaba la mente de Haplo. En ella, aún estaba trazando los signos mágicos para su padre, y de pronto éste se convirtió en un cuerpo sanguinolento y despachurrado y, a continuación, pasó a ser el Señor del Nexo, que lo azotaba con la vara de rosal.

Apretó los dientes para no llorar y ahogó un grito para concentrarse en las runas. Recorrió con la diestra el brazo izquierdo, trazando los signos que le habían tatuado en la infancia, los que se había redibujado de muchacho y aquellos que había añadido siendo ya un adulto, y notó que la fuerza y el poder se renovaban en su interior.

Se sentó para alcanzar las runas de las piernas. El primer intento casi le hizo perder el sentido, pero combatió las brumas y logró asomar entre las luces parpadeantes que poblaban su mente; reprimió la náusea y consiguió sentarse prácticamente erguido. Con dedos trémulos siguió el entramado rúnico de las caderas, los muslos, las rodillas, las espinillas y los pies.

A cada momento, esperaba sentir el azote de la vara de espinas y oír la reprimenda: «¡NO! ¡Te has equivocado! ¡Vuelve a empezar!».

Finalmente completó el recorrido sin ningún error. Se tumbó de espaldas sobre la cubierta y se dejó invadir por la maravillosa sensación de calor que le fluía por el cuerpo y se extendía desde el nombre en el corazón hacia el tronco y los miembros. Se quedó dormido.

—

— I

Cuando despertó, todavía estaba débil, pero esa debilidad tenía su origen en el hambre y la sed, y era fácil de curar. Arrastró los pies hasta la enorme ventana del puente de mando y escudriñó el exterior, preguntándose dónde se encontraría. Tenía un vago recuerdo de haber cruzado otra vez los horrores de la Puerta de la Muerte, pero ese recuerdo ardía como una llama y pronto lo apartó de su pensamiento.

Al menos, no se hallaba en peligro inminente. Las runas brillaban con un resplandor desvaído, pero no era la reacción ante una posible amenaza, sino la consecuencia del sufrimiento soportado. Fuera de la nave no pudo ver nada más que una vasta extensión de agua azul. La observó sin distinguir si se trataba del cielo, agua, un sólido o un gas. No pudo descubrirlo y, mareado ya por el hambre, decidió abandonar la investigación.

Dando media vuelta, se dirigió a tropicones hacia la bodega, donde había almacenado las provisiones. Se preparó una ida frugal a base de pan y vino, siguiendo el proverbio de "Nunca rompas el ayuno con un festín».

Con las fuerzas algo recuperadas, regresó al puente y se puso los pantalones de cuero, la camisa blanca de manga larga y el chaleco y las botas de piel para cubrir las runas que podían delatar su condición de patryn a cualquiera que recordara las lecciones de historia. Sólo dejó las manos al descubierto, provisionalmente, puesto que las necesitaba para manejar la nave con las runas mágicas de la piedra de gobierno.

Por lo menos, suponía que tendría que gobernar la nave. Contempló aquella extensión azul que lo rodeaba e intentó descubrir de qué se trataba, pero debía de estar volando en una cúpula de aire que le tapaba la perspectiva, o bien estaba a punto de estrellarse contra un muro pintado de azul.

—Vayamos a la cubierta superior y echemos un vistazo, ¿eh, muchacho? — murmuró, y buscó a su alrededor, extrañado de no oír el habitual ladrido que siempre acompañaba aquella sugerencia.

El perro había desaparecido.

Entonces, se dio cuenta de que no había visto al animal desde..., desde... Bueno, desde hacía mucho tiempo.

—¡Eh, muchacho, aquí! —Silbó, pero no obtuvo respuesta.

Enojado, supuso que el perro se estaría dando un atracón de salchichas, como hacía de vez en cuando, y bajó a la bodega dando fuertes pisadas, esperando encontrar allí al perro con la expresión inocente de quien no ha cometido ninguna fechoría, a pesar de los delatores restos de grasa en el hocico.

Pero no estaba allí, y las salchichas seguían en su sitio.

Haplo silbó y lo llamó. Silencio. En ese momento supo, con una súbita punzada de soledad y tristeza, que el perro había desaparecido. Pero casi al mismo tiempo que experimentaba aquel dolor repentino, que en algunos aspectos era tan terrible como el fuego de la tortura, lo invadió una sensación de paz y enseguida remitió la angustia.

Su ser se abrió como una puerta. Un viento frío y cortante lenró en su interior y cubrió con un manto helado todas las dudas y sensaciones que había experimentado.

Se sintió renovado, fresco, vacío. Y descubrió que la nada que se había apoderado de él era mil veces preferible al caótico torbellino que antes se arremolinaba en su persona.

El perro. Una muleta, como solía decir su señor. Los afortunados y los fuertes generalmente eran solitarios. El perro le había prestado servicio.

—Se ha marchado. —Se encogió de hombros y se olvidó de él. Alfred. Aquel miserable sartán.

—Ahora lo comprendo. Me embaucó con su magia. Como engañaron a los míos antes de la Separación. Pero eso se acabó. Nos volveremos a encontrar, sartán, y esta vez no escaparás.

—

— I

Al recordar el pasado, se estremeció ante el pensamiento de su propia debilidad que finalmente lo había conducido a traicionar a su señor.

Su señor. Haplo se sentía en deuda con él por haberlo liberado de las dudas, por aquella nueva sensación de sosiego.

—Mi señor me ha castigado como hacía mi padre cuando yo era niño. Lo acepto y estoy agradecido. He aprendido la lección. No volveré a decepcionarte, mi señor.

Lo juró solemnemente, con la mano en el corazón, sobre la runa del nombre.

Después echó a andar, solo, hacia la cubierta superior de la nave élfica llamada Ala de Dragón.

Recorrió la cubierta, atisbo entre los altos mástiles de las alas de dragón cubiertas de escamas y se inclinó sobre la barandilla para escudriñar el exterior por debajo de la quilla; después siguió adelante para investigar lo que se extendía más allá de la feroz cabeza de dragón que era la proa de la nave. No descubrió gran cosa, poco más que una mancha negra contra el entorno azul, pero el parpadeo de las runas y la sensación de terror que le atenazaba las entrañas le indicaron que se

trataba de la Puerta de la Muerte.

Obviamente, había tenido que cruzarla porque, desde luego, no se hallaba en el Nexo. Sin duda, su señor se había encargado de propulsar la nave en aquella dirección.

—Y, teniendo en cuenta que me disponía a viajar al cuarto mundo, el del agua, esto debe de ser Chelestra —se dijo Haplo en voz alta, y lo reconfortó romper, con el sonido de su propia voz, el silencio que lo rodeaba como la interminable extensión de agua azul.

La nave avanzaba; no cabía duda, ahora que tenía la Puerta de la Muerte como punto de referencia y la veía reducirse tras de sí. Y allí, de pie en la cubierta exterior, sintió en la piel la fuerza del viento que creaba su desplazamiento.

El aire era frío y húmedo, y Haplo pensó que se trataba más bien de un mundo de agua que de uno con un alto grado de humedad. De nuevo, recorrió la cubierta, mientras intentaba imaginar dónde se encontraba y hacia dónde se dirigía.

Un mundo de agua. Trató de hacerse una idea, aunque tuvo que admitir que sus tentativas de prever cómo serían los tres mundos que había visitado anteriormente habían resultado un fracaso. Imaginó islas flotando en un mar infinito. Y, con esta imagen en la cabeza, fue incapaz de pensar en ninguna otra cosa más. Nada tenía sentido.

Pero, si era así, ¿dónde estaban las islas? ¿Tal vez se encontraba en el aire por encima de ellas? En ese caso, ¿dónde estaba la vasta extensión de agua? ¿Dónde, el reflejo del sol?

Descendió a las cubiertas inferiores para resolver el dilema. Quizá las runas de la piedra de gobierno le proporcionaran alguna pista.

Pero, en aquel preciso momento, descubrió cómo era Chelestra. La nave se estrelló contra un muro de agua.

La violencia del impacto le hizo perder el equilibrio. La piedra se desprendió del soporte y rodó por la cubierta. Se esforzaba por ponerse en pie, cuando se quedó petrificado al escuchar, atónito y horrorizado, el estruendo de una rotura y un estallido que retumbaron como un trueno. El mástil principal se había quebrado, estaba roto.

Haplo corrió hacia la ventana y escudriñó el exterior para ver qué lo estaba atacando.

No vio nada. Ni rastro de ningún enemigo, sólo agua.

Aunque Chelestra es un mundo compuesto enteramente de agua, en algunas zonas, grandes bolsas de aire se unen y forman gigantescas burbujas. La Puerta de la Muerte está rodeada por una de

esas pompas, que muy probablemente se encuentra allí por designio de los sartán, con la idea de ahorrar tiempo al viajero en la transición de un mundo a otro y preparar la nave para su entrada en el agua.

—

— I

Algo cayó sobre la ventana y le obstruyó la visión. Lo reconoció: era un pedazo de la vela del ala de dragón que ayudaba a guiar la nave. Ahora, aleteaba y revoloteaba impotente en el agua como un ave ahogada.

El ruido de roturas en los extremos de la nave y la súbita aparición de riachuelos de agua en el puente de mando revelaron un desagradable descubrimiento: no lo atacaban.

—¡La condenada nave se está rompiendo! —maldijo Haplo, que miraba incrédulo a su alrededor.

Era imposible. La magia de las runas protegía cada tablón, cada viga y cada mástil, cada fragmento de la nave. Nada podía dañarla.

El Ala de Dragón había viajado sin sufrir daños por los soles de Pryan. Había sobrevivido al Torbellino de Ariano, había salido ilesa de la lava fundida de Abarrach. Un poderoso mago sartán había intentado sin éxito romper su hechizo. Los terribles lázaros habían tratado de desentrañar su magia. El Ala de Dragón y su piloto habían sobrevivido a todos los incidentes. Sin embargo, algo tan ordinario como el agua la hacía añicos como si de cerámica defectuosa se tratara.

Las maderas crujieron y chasquearon mientras la nave se revolvía lentamente, luchaba por resistir la tensión y finalmente sucumbía. El Ala de Dragón se rompía poco a poco, aunque no debería haberse despedazado en absoluto.

Aún no podía creerlo, se negaba a creerlo. Se levantó con dificultad y se esforzó por mantener el equilibrio pese a la escora de la cubierta. El agua se le arremolinó en los tobillos.

Se volvió para buscar la piedra de mando y, mientras lo hacía, se preguntó fugazmente por qué se habría desenganchado. También estaba cubierta de runas, protegida con los símbolos que conducían la nave. Si encontraba la piedra y la reponía, conseguiría sacar la nave del agua y podría volver a lo que se le antojaba una especie de bolsa de aire.

La localizó; había rodado hasta los mamparos. Su superficie redondeada apenas sobresalía del agua cuyo nivel crecía por momentos. Vadeó hasta donde estaba y se agachó para recogerla. Detuvo la mano y miró la piedra de hito en hito.

Estaba lisa, redondeada y completamente en blanco. Los signos habían desaparecido.

Oyó otro estruendo. El nivel del agua subía con rapidez.

Debía de tratarse de una jugarreta de la mente, una reacción de pánico ante los acontecimientos. Los símbolos de la piedra estaban profundamente inscritos en la roca a través de la hechicería. No podían borrarse de ninguna manera. Hundiendo las manos en el agua para recuperarla, la sacó y pronunció las runas que deberían haber activado su magia.

No ocurrió nada. Era como si sostuviera una roca del jardín de su señor. Y, entonces, los ojos de Haplo –que miraban la piedra con una frustración llena de enojo y estupor– se fijaron en sus manos.

El agua le goteaba por los dedos, las muñecas y los antebrazos, se deslizaba por una piel lisa e impoluta, tan desnuda y desprovista de signos mágicos como la piedra de mando.

La dejó caer. Ajeno al agua que ya le llegaba a las rodillas y al estruendo de las roturas que le decían que el Ala de Dragón estaba en las últimas, se miró fijamente las manos y trató en vano de trazar las líneas reconfortantes y tranquilizadoras de sus runas.

Los signos mágicos ya no estaban.

Luchando contra una ola de terror que se elevaba como el agua, alzó el brazo derecho. Un reguero del líquido descendió desde el dorso de la mano –ahora descubierta– por el brazo tatuado. Entre horrorizado y perplejo, contempló cómo la estela de agua se deslizaba por la piel, serpenteaba entre el entramado de signos mágicos y, en su trayecto, dejaba un rastro de runas que se desvanecían y desaparecían.

–

– I

Así que aquello era lo que le sucedía a la nave: el agua disolvía las runas y borraba cualquier vestigio de poder mágico.

Incapaz de encontrar una explicación al hecho de que el agua destruía la magia, Haplo no tenía ningún medio de resolver la situación. Su cerebro estaba confuso y aturdido. Acostumbrado a que su vida dependiera de la magia, ahora se Veía impotente como un mensch.

El nivel del agua en el puente era tan alto que Haplo ya no tocaba fondo. Sentía una extraña resistencia a abandonar la protección de la nave, aunque la lógica le decía que muy pronto no le proporcionaría ningún amparo. La magia de la nave disminuía, agonizaba como la suya. Lo asaltó el pensamiento de que sería mejor morir que vivir como un mensch, o peor aún, porque algunos tenían cierto dominio de la hechicería, aunque fuera a un nivel muy rudimentario.

Lo atrajo la tentación de cerrar los ojos y dejar que el agua le cubriera la cabeza y pusiera fin a su angustia. Estaba enfadado, furioso por lo que le ocurría y contra aquello o aquel que lo provocaba. Decidió descubrir al responsable y sus motivos y hacérselo pagar. Y eso era algo que no podía hacer estando muerto.

Miró hacia arriba con la esperanza de ver alguna señal de la superficie. Se convenció de que había luz encima de su cabeza.

Con un último aliento, empujó a un lado los fragmentos flotantes del Ala de Dragón y se empujó moviendo los pies para abrirse camino a través del agua. Sus poderosas brazadas lo propulsaron hacia arriba al tiempo que apartaba los fragmentos de las tablas y tablones que flotaban a la deriva. Definitivamente, había luz; si miraba hacia abajo veía el contraste de la oscuridad del agua en las profundidades. Pero no había ninguna señal de la superficie.

Los pulmones comenzaron a arderle, y unos puntos brillantes le bailaron ante los ojos. No podría contener mucho más la respiración. Con furia, impulsado por un terrible miedo a ahogarse, nadó hacia arriba.

«No lo conseguiré. Voy a morir. Y nadie lo sabrá nunca... mi señor nunca lo sabrá...»

La agonía se hizo insoportable. No podía resistir más. La superficie, si existía, se encontraba muy por encima de él. Le fallaron las fuerzas para seguir luchando. Le ardía el corazón, los pulmones le explotaban, el pecho le quemaba con un dolor insoportable.

Los músculos actuaron en contra de lo que les dictaba el cerebro. Abrió la boca. Tragó agua por la garganta y la nariz, y, al sentir la extraña sensación de bienestar que le recorría el cuerpo, supuso que se estaba muriendo.

Pero no era así, y eso lo dejó atónito.

No sabía gran cosa de ahogados. Era obvio que nunca le había sucedido, ni tampoco conocía a nadie que hubiese pasado por tal trance y hubiera vuelto para contárselo. Sin embargo, había visto cadáveres de ahogados y sabía que cuando los pulmones se llenaban de agua dejaban de funcionar, junto con el resto de órganos del cuerpo. Estaba absolutamente sorprendido de que en su caso no fuera así.

De no parecer tan inverosímil, habría jurado que respiraba en el agua con la misma facilidad con que antes lo hacía en el aire.

Se mantuvo inmóvil en el agua y se detuvo a considerar aquel fenómeno tan insólito y desconcertante. Su lado racional y reflexivo se negaba a aceptarlo, y, si se ponía a pensar en que la siguiente inspiración sería de agua, lo invadía el terror y volvía a contener el aliento. Pero, si se relajaba y no pensaba en ello, la respiración volvía a la normalidad. Era inexplicable, pero volvía a respirar. Y, para cierta parte de su ser, olvidada hacía mucho, mucho tiempo, tenía sentido.

«Has vuelto a lo que fue. Aquí es donde y como empezaste a vivir.»

Consideró este hecho y decidió abordarlo más tarde. Ahora, lo más importante era que estaba vivo, irracionalmente, pero estaba vivo. Y esa circunstancia

acarreaba una nueva serie de problemas.

El agua podía ser aire para sus pulmones, pero eso era todo. Dedujo por el vacío y los gruñidos de sus tripas que no lo alimentaba ni le calmaba la sed. Tampoco lo

—

— I

ayudaba a recuperar las fuerzas que menguaban por momentos. Desposeído de la magia que lo sostenía, sobreviviría tan sólo para morir de hambre, sed y agotamiento.

Recobró la claridad de mente. Ahora que ya no tenía que luchar aterrorizado para salvar la vida, examinó los alrededores. Comprobó que la luz que atribuyó al sol parecía proyectar sus rayos desde algún punto lateral, en lugar de hacerlo desde arriba. Dudó que se tratara del sol, pero era luz y, con suerte, donde había luz habría vida.

Se agarró a un pedazo de madera procedente del naufragio del Ala de Dragón y se despojó de las pesadas botas y de gran parte de la ropa, que añadían carga y resistencia adicional a su cuerpo. Se observó los brazos desnudos con melancolía. No había rastro de las runas.

Se instaló tan cómodo como le fue posible sobre la tabla y se echó. Flotó en el agua, que no estaba ni fría ni caliente, sino a una temperatura tan parecida a la de su cuerpo que no le dejaba ninguna sensación en la piel.

Se relajó y, conscientemente, evitó pensar para recuperarse de la conmoción y el miedo. El agua lo aguantó y lo mantuvo a flote. El cabello se revolvía hacia atrás, y dedujo que el agua también se movía en una corriente, una marea que, al parecer, corría en la dirección deseada. Esto reforzó su decisión. Era más fácil ir con la marea que contra ella.

Descansó hasta que, poco a poco, recobró la energía. Entonces, utilizando el tablón como asidero, comenzó a nadar hacia la luz.

—

— I

CAPÍTULO

LA SALA DEL SUEÑO CHELESTRA

Las primeras palabras que escuchó Alfred al intentar recuperarse del desmayo no fueron muy apropiadas para su restablecimiento. Samah hablaba a los sartán allí reunidos, quienes —según se imaginó, porque tenía los ojos cerrados— observaban con perplejidad a su hermano allí caído.

—Perdimos a muchos durante la Separación. La muerte se llevó a la mayoría de nuestros hermanos, pero me temo que ahora nos enfrentamos a una circunstancia de distinta naturaleza. Es evidente que este pobre hermano ha perdido el juicio. Alfred se quedó inmóvil, haciendo ver que aún estaba inconsciente, y deseó con todas sus fuerzas que ése fuera el caso.

Notó que había gente a su alrededor. A pesar de que nadie hablaba, oyó su respiración, el crujido de sus ropas. Todavía yacía en el suelo frío del mausoleo, aunque alguien había tenido la amabilidad de colocarle una almohada —probablemente procedente de una cripta— bajo su calva cabeza.

—Mira, Samah. Creo que está volviendo en sí —escuchó que decía una mujer. «¡Samah, el gran Samah!», casi gimió Alfred, pero se tragó las palabras a tiempo.

—El resto, apartaos. No lo asustéis —ordenó una voz masculina que debía de pertenecer a Samah.

Alfred advirtió aflicción y compasión en su tono, y estuvo a punto de echarse a llorar. Deseaba levantarse, abrazar esas rodillas sartán y llamarlo padre, jefe,

patriarca, Consejero.

«¿Qué me detiene? –se preguntó desde el suelo helado con un escalofrío–. ¿Por qué engaño a mis propios hermanos? ¿Por qué hago ver que estoy inconsciente y los espío? Me estoy comportando de un modo horrible –pensó con un sobresalto–. ¡Es justo lo que haría Haplo!»

Y, con este terrible descubrimiento, gimoteó en voz alta.

Sabía que se estaba traicionando, pero todavía carecía de energía para enfrentarse a aquella gente. Recordó las palabras de Samah: «Tengo el derecho y la obligación de hacerte ciertas preguntas, no por mera curiosidad, sino empujado por la necesidad, teniendo en cuenta los tiempos de crisis que corren».

«¿Y qué le contestaré?», pensó Alfred, apenado.

La cabeza le rodaba de lado a lado, como si actuara por cuenta propia, porque no podía detenerla. Se retorció las manos. Abrió los ojos.

Los sartán que acababan de despertar lo rodeaban y lo miraban sin ningún ademán de ofrecerle ayuda. No eran crueles ni negligentes; simplemente, estaban desconcertados. Nunca habían visto a uno de su misma estirpe comportarse de forma tan extravagante, y no sabían qué hacer para socorrerlo.

–No sé si está reviviendo o si sufre alguna especie de ataque –explicó el jefe del Consejo–. Algunos de vosotros –se dirigió a unos cuantos jóvenes–, manteneos cerca de él. Es posible que haya que reprimirlo por la fuerza.

–¡Eso no será necesario! –protestó la mujer que estaba arrodillada junto a él.

La miró con atención y la reconoció. Era la mujer que había visto en la cripta que creía de Lya.

Ella le tomó la mano y comenzó a acariciársela con suavidad. Como era habitual, su mano actuó por cuenta propia. Realmente, él no le ordenaba que le presionara

–

– I

los dedos, pero hallaba consuelo en ello. En respuesta, ella le apretó la mano con firmeza y calor.

–Pensaba que el tiempo de los desafíos había terminado, Orla –dijo Samah.

El tono del Consejero era sosegado, pero había en él un deje afilado que hizo palidecer a Alfred. Oyó a los sartán que lo rodeaban agitarse intranquilos, como niños de un hogar desgraciado que temen la próxima pelea de sus padres.

La mujer apretó la mano de Alfred y, cuando habló, su voz sonó afligida.

–Sí, Samah. Supongo que así es.

–El Consejo tomó la decisión y tú formas parte de él. Emitiste tu voto como los demás.

No respondió en voz alta. Pero en la mente de Alfred irrumpieron de pronto unas palabras, que la mujer compartió con él a través del contacto de sus manos.

–Un voto en tu favor, como ya sabías. ¿Soy de verdad parte del Consejo? ¿O simplemente la esposa de Samah?

De repente, Alfred comprendió que no debería estar oyendo aquellas palabras.

En ocasiones, los sartán se hablan en silencio, pero esta comunicación sólo se da entre personas muy unidas, como marido y mujer.

Samah no prestó atención a Orla. Se había dado la vuelta, con la cabeza en otros asuntos más importantes que un hermano débil echado en el suelo.

La mujer continuaba con los ojos fijos en Alfred, pero no lo veía. Miraba a través de él, hacia algo que había ocurrido mucho tiempo atrás. Alfred no quería interrumpir aquellos pensamientos tan íntimos y tristes, pero el suelo estaba espantosamente duro. Se movió sólo un centímetro, para aliviar el calambre de su pierna derecha. La mujer volvió al presente.

—¿Cómo te encuentras?

Intentó que su voz sonara lo más enferma posible, con la esperanza de que Samah y todos aquellos sartán se fueran y lo dejaran en paz.

Bueno, quizá no todos. Descubrió que todavía tenía la mano cogida a la de la mujer. Al parecer, se llamaba Orla. Bonito nombre, aunque le traía imágenes tristes a la cabeza.

—¿Podemos hacer algo por ti? —Su voz sonaba impotente.

Alfred comprendió. Ella sabía que no estaba enfermo, se había dado cuenta de que fingía y estaba disgustada y desconcertada. Los sartán no se engañaban entre ellos. No tenían miedo de los demás. Tal vez Orla comenzaba a coincidir con Samah en que tenían entre las manos a un hermano desquiciado.

Suspiró y volvió a cerrar los ojos.

—Ten paciencia conmigo —rogó con suavidad—. Sé que me comporto de forma extraña. Sé que no lo entiendes y no espero que lo comprendas ahora, pero lo harás cuando hayas oído mi historia.

Entonces se sentó, desfallecido, con la ayuda de Orla. Pero consiguió levantarse por su propio pie y se enfrentó a Samah con dignidad.

—Eres el presidente del Consejo de los Siete. ¿Los otros miembros están presentes? —preguntó.

—Sí. —Samah paseó la vista por la cámara y señaló con ella a cinco sartán. Su severa mirada se posó finalmente en Orla—. Sí, éstos son los miembros del Consejo.

—Entonces —comenzó Alfred humildemente—, ruego la gracia de una audiencia ante el Consejo.

—Desde luego, hermano —aseguró Samah con una cortés reverencia—. Tan pronto como te sientas en condiciones. Tal vez en un par de días.

—No, no —se apresuró a contestar Alfred—. No hay tiempo que perder. Bueno, en realidad hay tiempo. El problema es el tiempo. Quiero decir..., creo que deberíais escuchar inmediatamente lo que tengo que decir, antes de que..., de que... —Su voz se desvaneció en un mar de dudas.

Orla dio un respingo. Sus ojos se encontraron con los de Samah, y la tensión que hubiera podido existir entre ellos se relajó al instante.

—

— I

El lenguaje sartán tenía la cualidad mágica de evocar imágenes y visiones que realzaban las palabras en la mente de los oyentes. Un sartán poderoso como Samah tenía la capacidad de controlar esas imágenes, para asegurarse de que los que lo escuchaban vieran exactamente lo que él quería transmitir.

Por desgracia, Alfred tenía la misma falta de control mental sobre sus procesos mentales que sobre los físicos. Orla, Samah y el resto de oyentes del mausoleo sólo presenciaron asombrados una serie de visiones confusas y espantosas que procedían directamente de Alfred.

—El Consejo debe reunirse de inmediato —declaró su máximo representante—. Los demás... —Se detuvo y miró con preocupación al resto de sartán que pacientemente esperaban sus órdenes—. Creo que tal vez deberíais quedaros hasta que veamos lo que aflora a la superficie. He advertido que algunos hermanos no han despertado. Averiguad si les ocurre algo.

Los sartán se inclinaron en silencio, sin cuestionar su autoridad, y se dispusieron a cumplir con su deber.

El jefe del Consejo se dio la vuelta y salió del mausoleo en dirección a una puerta separada de la cámara por un corredor estrecho y oscuro. Los cinco miembros restantes lo siguieron y Orla caminó junto a Alfred. No le dijo nada y,

amablemente, evitó mirarlo para darle tiempo a calmarse.

Alfred se lo agradeció, pero no creyó que eso le sirviera de gran ayuda.

Samah cruzó la sala con paso confiado, como si hubiera sido el día anterior la última vez que había pisado aquellos suelos. Su preocupación era tal que, al parecer, no advirtió el rastro que dejaba su larga y amplia túnica en la fina capa de polvo.

Las runas que cubrían la puerta se iluminaron con un brillo azulado cuando el jefe del Consejo se aproximó e inició una salmodia. La puerta se abrió de golpe y levantó una nube de polvo del suelo.

Alfred estornudó. Orla observó perpleja a su alrededor.

Entraron en la sala del Consejo, que Alfred reconoció gracias a la mesa redonda adornada con runas que se hallaba en el centro. Samah frunció el entrecejo al contemplar la fina capa de polvo que cubría completamente la mesa y ocultaba los símbolos grabados en su superficie. Se detuvo al llegar junto a la mesa y pasó el dedo por la sucia superficie con la vista fija en ella, sumido en un silencio meditabundo.

Los otros miembros no se acercaron a la mesa, sino que se quedaron junto a la puerta que, una vez abierta, comenzaba a perder el brillo de sus runas. A una breve palabra de Samah, apareció una esfera blanca que, suspendida sobre la mesa, se iluminó con un fulgor radiante. Miró el polvo con pesadumbre.

—Si limpiamos esto, no se podrá respirar aquí dentro. —Se calló un momento y luego clavó la vista en Alfred—. Puedo prever la dirección que van a tomar tus palabras, hermano, y debo reconocer que me llenan de un miedo que no creía capaz de sentir. Creo que deberíamos sentarnos todos, pero, por esta vez, me parece que no será necesario ocupar el sitio acostumbrado alrededor de la mesa. Apartó una silla y, después de limpiarla, se la ofreció a Orla, quien se acercó con paso firme y mesurado. El resto de los presentes cogieron cada uno su silla y levantaron tal cantidad de polvo que por un momento pareció que los envolvía una espesa niebla. Todos tosieron y elevaron rápidamente sus cánticos para limpiar el aire enrarecido. Mientras cantaban, el polvo que flotaba se removió a su alrededor y les cubrió la piel y la ropa.

Alfred permaneció de pie, como señalaba la costumbre cuando se aparecía ante el Consejo.

—Por favor, comienza, hermano —lo instó Samah.

—Primero debo pedirles que me dejéis formularos ciertas preguntas —dijo Alfred, que se retorció las manos, nervioso—. Es preciso que tenga ciertas respuestas antes de continuar, pues debo asegurarme de que lo que me dispongo a decir es cierto.

—Te concedo la gracia, hermano —contestó el jefe en tono grave.

—

— I

—Gracias. —Alfred hizo una torpe inclinación que pretendía ser una reverencia—.

Mi primera pregunta es la siguiente: ¿eres descendiente del Samah que fue jefe del Consejo en tiempos de la Separación?

Orla clavó los ojos en Samah. De repente, se había puesto muy pálida. Los otros miembros del Consejo se removieron en sus sillas; algunos miraron a Samah, y el resto extravió la mirada en el polvo que los envolvía.

—No —respondió—. No soy un descendiente de ese hombre. —Se interrumpió, tal vez para analizar las implicaciones de su respuesta—. Yo soy ese hombre —dijo por fin.

—Eso es lo que me figuraba —asintió Alfred con un leve suspiro—. Y éste es el Consejo de los Siete que tomó la decisión de separar el mundo y establecer cuatro

mundos diferentes en su lugar. Éste es el Consejo que encabezó la lucha contra los patryn, el mismo que llevó a cabo la derrota de nuestros enemigos y consiguió su captura. El que construyó el Laberinto y encarceló en él al enemigo. El Consejo bajo cuya dirección se rescataron de la destrucción algunos mensch y se transportaron a cada uno de esos cuatro mundos, para iniciar en ellos el nuevo orden que habíais planificado, para vivir en paz y prosperidad.

—Sí —asintió Samah—. Éste es el Consejo al que te refieres.

—Sí —repitió su mujer con voz queda y triste—. Éste es el Consejo.

Samah le lanzó una mirada de desaprobación. Los demás miembros, cuatro hombres y otra mujer, disintieron entre sí. Dos de ellos y la mujer fruncieron el entrecejo de acuerdo con Samah, mientras los otros dos asentían, al parecer, del lado de Orla.

La fisura del Consejo se abrió como una sima a los pies de Alfred y trastocó su pensamiento, que nunca había acabado de comprender del todo aquel asunto. Lo único que pudo hacer fue mirar boquiabierto a sus hermanos.

—Hemos respondido a tus preguntas —dijo Samah con amabilidad—. ¿Necesitas saber algo más?

Alfred tenía otras dudas, pero le costaba encontrar las palabras apropiadas para dirigirse al presidente del Consejo de los Siete.

—¿Por qué os quedasteis dormidos? —consiguió inquirir sin demasiada convicción.

La pregunta era sencilla. Para su horror, Alfred percibió en torno a ella el eco de las otras preguntas que debería haber guardado bajo llave en su corazón. Unas preguntas que resonaban en la sala como alaridos mudos, angustiados:

¿Por qué nos dejasteis? ¿Por qué abandonasteis a aquellos que os necesitaban?

¿Cómo pudisteis cerrar los ojos al caos, la devastación y la miseria?

Samah tenía un aspecto serio y preocupado. Alfred, horrorizado por lo que acababa de hacer, sólo fue capaz de tartamudear y gesticular con las manos inútilmente en un intento de acallar la voz que surgía del interior de su ser.

—Parece que tus preguntas engendran otras —comentó Samah al fin—. No podré contestarte a menos que antes me respondas ciertas cuestiones. No eres de Chelestra, ¿verdad?

—No, Samah, no soy de aquí. Vengo de Ariano, el mundo del aire.

—Y debo suponer que has llegado hasta aquí a través de la Puerta de la Muerte, ¿no? Alfred vaciló.

—Sería más correcto decir que he llegado por accidente... o tal vez por culpa de un perro —añadió con una ligera sonrisa.

Sus palabras creaban imágenes difíciles de comprender en la mente de aquellos a quienes iban dirigidas, a juzgar por la expresión de desconcierto que reflejaban sus rostros.

El lector habrá advertido que Alfred no utiliza un título ceremonioso como «señor» o «mi señor» cuando se dirige al jefe del Consejo, gobernante supremo en la sociedad sartán. Tales distinciones de

rango no se conocían entre los suyos en los tiempos de la Separación. Sin embargo, habría sido más correcto que Alfred se refiriera a Samah como «hermano». El hecho de que no fuera así indica la desconfianza que tenía en su propia gente.

—

— I

Alfred se hizo cargo de su confusión. En su cabeza veía también Ariano, las guerras entre las diversas razas de mensch, su máquina, su maravillosa máquina incapaz de hacer nada, y los sartán desaparecidos y olvidados. Asimismo, lo invadió la imagen del viaje a través de la Puerta de la Muerte, de la nave de Haplo y del

propio Haplo.

Supuso cuál iba a ser la siguiente pregunta de Samah, pero las imágenes irrumpían en su cerebro tan deprisa y con tanta furia que el sartán las apartó para poder concentrarse en su propio pensamiento.

–Dices que llegaste accidentalmente. ¿No te enviaron para despertarnos?

–No –respondió con un suspiro–. Para ser sincero no me mandó nadie.

–¿En Ariano no recibieron nuestro mensaje? ¿No llegó nuestra petición de ayuda?

–No lo sé. –Sacudió la cabeza y bajó la vista al suelo–. Si lo hicieron fue hace muchísimo tiempo. Mucho, mucho tiempo.

Samah guardó silencio. Alfred sabía en qué pensaba. El Consejero estaba buscando la mejor manera de formular la cuestión que se resistía a preguntar.

Desde la distancia, miró a Orla.

–Tenemos un hijo. Está en la otra habitación. Tiene veinticinco años, si contamos su edad como si estuviéramos en la época de la Separación. De haber continuado viviendo en lugar de elegir el Sueño, ¿cuántos años tendría ahora?

–No estaría vivo –respondió Alfred.

–Los sartán tenemos una vida muy larga. –Le temblaban los labios, pero hizo un esfuerzo por serenarse–. ¿Estás seguro de lo que dices? ¿No sería un hombre muy viejo?

–No estaría vivo, ni lo estarían sus hijos ni los hijos de sus hijos.

Alfred se calló lo peor: el hecho, más que probable, de que el joven no tuviera ningún descendiente. Trató de ocultárselo a Samah, pero se dio cuenta de que el Consejero empezaba a comprender. Había visto en la mente de Alfred las hileras de criptas de Ariano, los sartán muertos que deambulaban por los senderos de lava de Abarrach.

–¿Cuánto tiempo hemos dormido?

–No lo puedo asegurar ni tampoco puedo daros cifras exactas –respondió mientras se pasaba la mano por la calva–. La historia, el tiempo varía de un mundo a otro.

–¿Siglos?

–Creo que sí.

Orla movió los labios como si quisiera hablar, pero no dijo nada. Los sartán parecían confundidos, estupefactos. Alfred pensó que debía de ser terrible despertar y comprobar que habían transcurrido eones mientras uno dormía. Volver a la conciencia con la idea de que el perfecto universo sobre el que uno creía descansar su dormida cabeza se había desmoronado en medio del caos.

–Todo es tan... confuso... Los únicos que podrían tener un recuerdo fidedigno y saber lo que realmente ocurrió son los...

–Alfred se detuvo y las terribles palabras le bailaron en los labios. No debía poner aquello al descubierto, todavía no.

–...los patryn –completó la frase Samah–. Sí, hermano, he visto en tu mente al hombre, nuestro antiguo enemigo. Ha salido del Laberinto. Y tú has viajado con él.

–¿Podemos hallar en esto algún consuelo? –La expresión melancólica de Orla se encendió. Se inclinó hacia adelante con exaltación. Miró a su marido–. Yo no estaba de acuerdo con ese plan, pero nada me gustaría más que comprobar que estaba equivocada. ¿Debemos pensar que nuestras aspiraciones de reformarlos han tenido resultado, que los patryn aprendieron la dura lección antes de salir de su prisión y han renunciado a sus malévolos sueños de conquista y de despótica imposición?

Alfred no respondió inmediatamente.

–

– I

–No, Orla, no hallarás consuelo en ninguna parte –replicó Samah con frialdad–. Tendríamos que haberlo imaginado. ¡Observa la imagen del patryn en la mente de nuestro hermano! ¡Los patryn han sembrado la destrucción en los mundos! –Golpeó con la mano el brazo de la silla y el polvo volvió a esparcirse por la estancia.

–¡No, Samah, te equivocas! –protestó Alfred, que había sacado valor para desafiar al Consejero–. La mayoría de los patryn todavía están encerrados en esa prisión que creasteis. Han sufrido cruelmente. Un número incontable de ellos han perecido víctimas de monstruos espantosos que sólo una mente diabólica y perversa podría haber creado.

»Los que han conseguido escapar están llenos de odio hacia nosotros, un odio inculcado a través de incontables generaciones. Un rencor en cierto modo justificable, por lo que yo sé. Yo..., yo estuve allí, ¿sabéis?, durante un breve tiempo... en otro cuerpo.

Su reciente coraje se evaporó rápidamente bajo la mirada amenazante de Samah. Se arrugó y se encogió sobre sí mismo, con las manos aferradas a los raídos encajes de las mangas de su camisa que colgaban flaccidamente por debajo del aterciopelado tejido de su capa.

–¿De qué hablas, hermano? –inquirió Samah–. ¡Eso es imposible! El Laberinto se creó para instruir, enseñar. Era un juego... duro y difícil, pero nada más.

–Me temo que se convirtió en un juego letal –explicó Alfred, con los ojos clavados en los zapatos–. Aun así existe una esperanza. Ese patryn que conozco es un hombre muy complejo. Tiene un perro...

–Pareces muy comprensivo con el enemigo, hermano. –Samah entrecerró los ojos.

–¡No, no! –tartamudeó–. En realidad no conozco al enemigo. Sólo conozco a Haplo. Y él es...

Pero a Samah no le interesaba. Se sacudió las palabras de Alfred como si fueran polvo.

–El patryn que he visto en tu mente está libre y viaja por la Puerta de la Muerte.

¿Qué se propone?

–Explorar los mundos –consiguió decir.

–¡No, lo que hace no son exploraciones! –Samah se puso en pie y miró con severidad a su interlocutor, quien dio un paso atrás ante su penetrante mirada–.

¡Su misión no es explorar, sino reconocer el terreno!

Samah lo miró ceñudo y dirigió una mirada de triunfo a los miembros del Consejo.

–En fin de cuentas, parece que hemos despertado en el momento adecuado, hermanos. Una vez más, nuestro antiguo enemigo nos declara la guerra.

–

– I

CAPÍTULO

A LA DERIVA EN ALGUNA PARTE DEL MAR DE LA BONDAD

El amanecer. Otra mañana de desesperación, de miedo. La mañana es para mí el peor momento del día. Despierto de mis terribles pesadillas y, por un momento, pienso que estoy de nuevo en la cama del dormitorio de mi casa y me digo a mí misma que los sueños son sólo sueños y nada más. Pero no puedo desprenderme del pánico que me invade al pensar que en cualquier momento los horribles sueños pueden convertirse en realidad. No hemos visto ninguna señal de las serpientes dragón, pero sabemos que alguien nos observa. Ninguno de nosotros es marino, no

tenemos ni idea de cómo se maneja este barco y, sin embargo, algo lo guía. Y no sabemos qué.

El miedo nos impide incluso subir a la cubierta superior. Nos hemos instalado en la parte inferior de la embarcación, donde ese alguien no nos moleste.

Cada mañana, Alake, Devon y yo nos reunimos e intentamos engullir la comida sin apetito. Nos miramos unos a otros y nos preguntamos si hoy será el día, el último día.

La espera es la peor parte. Nuestro terror aumenta a cada momento que pasa.

Tenemos los nervios tensos, a punto de saltar. Devon —el afable Devon— tergiversa el más mínimo comentario que Alake hace sobre los elfos, y se pelean por insignificancias. Ahora mismo, los oigo discutir. No es el enojo lo que los empuja, sino el miedo. Creo que el terror acabará por volvernos locos.

Con el recuerdo, lograré evadirme un rato. Tengo que contar nuestra entrega.

Fue amarga y triste. La primera parte, tomar la decisión inicial de entregarnos a los dragones, fue la más fácil. Nos serenamos, secamos nuestras lágrimas y decidimos lo que íbamos a decirles a nuestros padres. Elegimos a Alake como portavoz y salimos a la terraza.

Ellos no estaban preparados para vernos. Eliason, que acababa de perder a su amada esposa a causa de alguna enfermedad élfica, no podía mirar a Sadia, que era la viva imagen de su madre. Apartó los ojos llenos de lágrimas.

En ese punto, Sadia perdió el valor. Se acercó a él, lo rodeó con los brazos y dejó que sus lágrimas se unieran a las de su padre. Eso lo expresó todo.

—¡Habéis estado espiando! —nos recriminó Dumaka, enfadado—. ¡Habéis escuchado otra vez!

Nunca lo había visto tan enfadado. El discurso que Alake había planeado con tanto cuidado, se heló en sus labios temblorosos.

—Padre, hemos decidido ir, no podrás detenernos...

—¡No! —rugió con furia, y comenzó a aporrear el coral con el puño; lo golpeó y aplastó hasta que la superficie rosada se tiñó de rojo con su sangre—. ¡No! ¡Moriré antes de permitirlo!

—¡Sí, morirás! —gritó Alake—. ¡Y también nuestro pueblo morirá! ¿Es eso lo que deseas, padre?

—¡Lucharé! —Sus ojos oscuros refulgían y echaba espuma por la boca—.

¡Lucharemos contra ellos! Esas bestias son tan mortales como nosotros. Se les puede atravesar el corazón, se les puede cortar la cabeza.

—Sí —coincidió mi padre enérgicamente—. Les presentaremos batalla.

Tenía la barba hecha jirones. Contemplé los mechones espesos de pelo que había en el suelo a sus pies. Por primera vez comprendí el alcance de nuestra decisión. No quiero decir que lo hubiésemos resuelto a la ligera, pero lo habíamos

—

— I

hecho pensando tan sólo en nosotras, en lo que sufriríamos en nuestra propia carne. Ahora me daba cuenta de que, aunque pereciéramos —y pereceríamos de forma espantosa—, sólo podíamos morir una vez y después todo habría terminado y descansaríamos a salvo al lado del Uno. Nuestros padres (y todos aquellos que nos amaban), por el contrario, sufrirían y morirían con nuestra muerte en la mente una y otra vez.

Estaba avergonzada. No podía enfrentarme a su mirada.

Él y Dumaka estuvieron discutiendo acerca de las hachas y lanzas que fabricarían y sobre los hechizos con que los elfos iban a embrujarlas. Finalmente, Eliason se recuperó lo suficiente como para aportar algunas sugerencias. Yo no

podía pronunciar palabra. Comencé a creer que tal vez nuestra gente tendría una oportunidad, que podíamos combatir a las serpientes y que se podía evitar nuestras muertes. Entonces me fijé en Alake. Me extrañaron su silencio y su tranquilidad.

—Madre —dijo de pronto con voz fría—, tienes que contarles la verdad.

Delu se encogió. Le lanzó a su hija una breve mirada furibunda para ordenarle silencio, pero era demasiado tarde. Aquello la delató, porque demostraba que tenía algo que ocultar.

—¿Qué verdad? —inquirió mi madre en tono cortante.

—No se me permite hablar de ello —contestó con voz apagada, evitando mirarnos—. Como bien sabe mi hija —añadió con amargura.

—Tienes que hacerlo, madre —insistió Alake—. ¿O acaso permitirás que se lancen a ciegas a luchar contra un enemigo imposible de derrotar?

—¿A qué se refiere, Delu?

Hablaba mi madre de nuevo. Era la persona de menor estatura de la reunión. Es incluso más baja que yo. Me parece estar viéndola, sacudiendo las patillas con el mentón alzado, los brazos en jarras y los pies plantados en el suelo. Delu era alta y esbelta y mi madre sólo le llegaba a las caderas, pero, en mi recuerdo, aquel día mi madre se alzaba por encima, con la altura que le conferían el valor y la fortaleza. Delu se desmoronó como un árbol talado por la hoja del hacha de mi madre. La hechicera humana se dejó caer en un banco bajo y empezó a enlazar y desenlazar las manos sobre el regazo con la cabeza gacha.

—No puedo entrar en detalles —explicó en voz queda—. No debería contaros demasiado, pero..., pero... —Tragó saliva y exhaló un suspiro tembloroso—.

Intentaré explicároslo. Cuando se ha cometido un crimen...

(Hago una pausa aquí para señalar que los humanos se matan entre sí. Ya sé que cuesta creerlo, pero es cierto. Podría pensarse que, dada la brevedad de su vida, debería ser para ellos algo sagrado. Pero no es así. Asesinan por los motivos más absurdos: la avaricia, la venganza y la codicia son los más frecuentes.)

—Cuando se comete un crimen y no se encuentra al asesino

—prosiguió Delu—, los miembros del Círculo pueden, mediante un hechizo cuya naturaleza no puedo revelar, reunir información sobre la persona que lo ha perpetrado.

—Pueden, incluso, evocar la imagen del asesino —apostilló Alake— si encuentran un mechón de su cabello o rastros de su sangre o su piel.

—Shh, niña. ¿Qué estás diciendo? —la regañó su madre, pero su protesta era débil, pues tenía el espíritu acongojado.

—Una simple hebra de hilo puede revelar al Círculo la ropa que llevaba el asesino —continuó Alake—. Si el crimen es reciente, la conmoción del ultraje permanece en el aire, de donde podemos extraer...

—¡No, hija! —Delu levantó la vista—. Ya es suficiente. Basta con decir que tenemos la facultad de evocar no sólo la imagen del asesino, sino la de su alma, por llamarlo de alguna manera.

—¿Y el Círculo formuló este hechizo en el pueblo?

—Sí, esposo. Pero fue un asunto estrictamente mágico y me prohibieron hablarte de ello.

—

— I

Dumaka no pareció muy complacido, pero no dijo nada. Los humanos reverencian la hechicería, la respetan y la temen. Los elfos, por el contrario, tienen un punto de vista mucho más práctico al respecto, pero esto tal vez se deba a que la magia élfica se utiliza para fines más cotidianos. Los enanos nunca hemos

confiado demasiado en ella. Es cierto que ahorra tiempo y trabajo, pero como pago uno pierde parte de su libertad. Después de todo, ¿en quién confía una hechicera? Por lo visto, ni siquiera en su esposo.

—De modo, Delu, que realizaste el hechizo sobre los excrementos de esas criaturas o lo que quiera que dejaran detrás.

—Mi madre, con toda sencillez, nos centró de nuevo en el tema—. ¿Y qué averiguaste acerca de su alma?

—No tienen alma —contestó.

Mi madre levantó las manos, exasperada, y miró a mi padre como queriéndole decir que estaban perdiendo el tiempo, pero por la expresión de Alake imaginé que aquello no acababa allí.

—No tienen alma —prosiguió la hechicera con su mirada penetrante clavada en mi madre—. ¿Lo entendéis? Todos los seres mortales tienen un alma además de un cuerpo.

—Y son sus cuerpos lo que nos preocupa —espetó mi madre.

—Lo que Delu intenta decir —explicó Alake— es que esas serpientes carecen de alma y, por lo tanto, no pueden morir.

—¿Lo cual significa que son inmortales? —Eliason miró estupefacto a la muchacha—. ¿No se las puede matar?

—No estamos seguros —contestó la maga, abatida, al tiempo que se ponía en pie—. Por eso creí mejor no hablar del tema. El Círculo jamás se ha enfrentado a criaturas de naturaleza similar. Estamos desconcertados.

—Sin embargo, habéis llegado a esta conclusión —apuntó Dumaka.

Delu habría preferido no contestar pero, tras un momento de reflexión, pensó que no tenía elección.

—Si lo que hemos descubierto es cierto, no nos enfrentamos a simples serpientes. Son criaturas que pertenecen a un género que antiguamente se conocía como «dragón». Nuestros antepasados sostenían que el dragón era inmortal, pero probablemente esto derivaba de la dificultad que entrañaba matarlo. Lo que no significa que no se pueda acabar con él. —Por un momento, nos miró desafiante, pero su actitud pronto se desvaneció—. El dragón es un ser poderoso en extremo, especialmente en lo que a magia se refiere.

—No podemos luchar con esas bestias —agregó mi padre con probabilidad de éxito. ¿Es eso lo que quieres decir? Porque a mí eso no me hace cambiar de opinión. No les entregaremos voluntariamente a un enano. A ningún enano. Y estoy seguro de que mi pueblo opinará lo mismo.

Yo sabía que tenía razón. Los enanos preferimos ser destruidos como raza antes que sacrificar a uno de los nuestros. Yo estaba a salvo. Respiré aliviada... y se agravó mi sensación de vergüenza.

—Estoy de acuerdo con Yngvar. —Dumaka echó un vistazo a su alrededor con chispas en los ojos—. Tenemos que luchar contra esos monstruos.

—Pero, padre —arguyó Alake—, ¿cómo puedes condenar a todo nuestro pueblo a la muerte por mi culpa?

—Esto no es por tu culpa, hija —contestó el rey humano con acritud—. Lo hago justamente por nuestro pueblo. Si ahora entregamos a una de nuestras hijas quien sabe si con el tiempo

esos dragones no reclamarán a todas nuestras hijas. Y con el tiempo, a nuestros hijos. ¡No! —Golpeó el coral con el puño ensangrentado—. ¡Lucharemos! Y los nuestros estarán de acuerdo.

—Yo no voy a entregar a mi niña querida —susurró Eliason con voz quebrada por el llanto.

—

— I

Abrazaba a Sadia con tanta firmeza como si ya estuviera viendo los anillos de la serpiente enroscarse alrededor de la muchacha. Ella se aferró a su padre, con los ojos llenos de lágrimas, más por él que por sí misma.

—Mi gente tampoco consentirá en pagar un precio tan espantoso para asegurar su propio bienestar, ni siquiera en el supuesto, como dice Dumaka, de que podamos confiar en esas serpientes, dragones o como quiera que debamos llamarlas.

«Lucharemos —prosiguió Eliason con mayor determinación. Después, suspiró y miró a los presentes con cierta impotencia—. Aunque hace mucho, mucho tiempo que los elfos no entramos en combate. De todos modos, supongo que el conocimiento necesario para fabricar armas se encuentra en nuestros archivos...

—¿Y crees que esas bestias van a esperar a que los elfos leáis los libros pertinentes, excavéis la mina para buscar el mineral adecuado y trabajéis en la fragua hasta obtener el filo deseado para vuestra empuñadura? —gruñó mi padre—.

¡Bah! Tenemos que apañarnos con lo que contamos. Enviaré hachas de guerra.

—Y yo suministraré lanzas y espadas —terció Dumaka con el ardor de la batalla brillándole en los ojos.

Delu y Eliason se enzarzaron en la discusión y el debate de los diversos encantos, mantras y hechizos militares. Desgraciadamente, la magia élfica y la humana son tan diferentes que ninguna puede aportar gran cosa a la otra, pero, al parecer, los dos hallaban consuelo en la mera apariencia de realizar juntos algo constructivo.

—Muchachas, ¿por qué no regresáis a la habitación de Sadia? —sugirió mi madre—. Estáis muy conmovidas. —Se acercó y me estrechó entre los brazos—. Pero siempre recordaré con orgullo a mi valiente hija ofreciendo la vida por su pueblo. Tras decir esto, se alejó para reunirse con mi padre que discutía acaloradamente con Dumaka sobre hachas de batalla y hachas de pértiga, y las chicas pronto fuimos olvidadas.

Y eso fue todo. Habían tomado una decisión. Tendría que haberme sentido alegre, pero mi corazón —que se había aligerado de forma extraña una vez que hubimos decidido sacrificarnos— me oprimía el pecho. Era cuanto podía hacer para llevar mi carea; los pies me arrastraron a través de los brillantes pasadizos de coral. Alake estaba malhumorada y pensativa. A Sadia todavía la asaltaban sollozos de tanto en tanto, de modo que no hablamos hasta llegar a la habitación de la princesa élfica.

Una vez allí, tampoco dijimos nada, por lo menos en voz alta. Pero nuestros pensamientos eran como riachuelos de agua, y todos convergían tras recorrer la misma dirección. Lo comprendí cuando miré de repente a Alake y vi que ella también me miraba. En el mismo instante, ambas nos volvimos hacia Sadia, que nos miró con los ojos muy abiertos. Se dejó caer sin fuerzas en la cama y sacudió la cabeza.

—¡No, no podéis estar pensando eso! Ya habéis oído lo que ha dicho mi padre...

—Escúchame, Sadia. —El tono de Alake me recordó las ocasiones en que habíamos intentado convencer a Sadia para que nos ayudara a gastar una broma a nuestra institutriz—. ¿Serás capaz de quedarte en esta habitación, ver a tu gente sacrificada ante tus ojos y decirte a ti misma: «Podría haber evitado esta matanza»?

Sadia hundió la cabeza.

Me acerqué a mi amiga y la rodeé con el brazo. Los elfos son tan delgados,

pensé. Tienen los huesos tan frágiles que se les pueden romper con el más ligero contacto.

—Nuestros padres no lo permitirán —dije—. De modo que la responsabilidad queda en nuestras manos. Si hay una oportunidad, por remota que sea, de que podamos salvar a nuestro pueblo, debemos llevarla a cabo.

—¡Mi padre! —gimió Sadia, y comenzó a llorar de nuevo—. Eso le va a romper el corazón.

—

— I

Pensé en el mío, en los mechones de barba esparcidos a sus pies en el suelo. Recordé el abrazo de mi madre, y casi me falló el valor. Entonces, imaginé a los enanos atrapados en la espantosa boca desdentada de la serpiente dragón. Pensé en Hartmut con su reluciente hacha de batalla, pequeño e impotente al lado de las gigantescas bestias.

Pienso en él ahora, mientras escribo, y en mi padre y mi madre, en mi pueblo, y sé que hicimos lo correcto. Tal como Alake dijo, no podía quedarme para ver morir a los míos y decirme: «Podría haber evitado esta matanza».

—Tu padre tendrá que pensar en su pueblo, Sadia. Será fuerte, por ti, puedes estar segura de ello. Grundle, ¿qué hay del barco? —Los ojos negros de Alake se volvieron hacia mí; sus ademanes eran bruscos, imperiosos.

—Está amarrado en el puerto —contesté—. El capitán y la mayor parte de la tripulación estarán en tierra durante las horas de descanso y dejarán solamente un vigía a bordo. Podremos arreglárnoslas con él. Tengo un plan.

—Muy bien —asintió Alake, dejándome a mí aquella parte—. Nos escabulliremos cuando todos duerman profundamente. Reunid todo aquello que creáis necesario. Habrá agua y comida en el barco, supongo.

—Y armas —añadí.

Era un error. Sadia estaba a punto de desmayarse, e incluso Alake parecía tener sus dudas. No dije nada más. No les dije que, por lo que a mí respectaba, moriría luchando.

—Cogeré mis útiles de magia —comentó Alake.

—Yo puedo llevar mi laúd —ofreció Sadia, que nos miraba con impotencia.

Pobre muchacha. Creo que esperaba vagamente poder encantar a los dragones con su música. Casi me eché a reír, pero vi la mirada de Alake y suspiré. Tras un momento de reflexión, comprendí que, en realidad, su laúd y mi hacha eran igualmente inútiles.

—Muy bien. Ahora debemos separarnos para reunir lo que vamos a llevarnos. Sed prudentes y silenciosos. ¡Mantenedlo en secreto! Mandaremos un mensaje a nuestros padres para decirles que estamos demasiado abatidas para ir a cenar. Cuanta menos gente nos vea, mejor. ¿Habéis comprendido? No se lo contéis a nadie. —Clavó su penetrante mirada en Sadia.

—A nadie... excepto a Devon.

—¡Devon! ¡Rotundamente no! Te convencería para que no lo hicieras. —Alake tenía una opinión muy baja de los hombres.

—Es el hombre con quien voy a casarme. —Sadia se estremeció—. Tiene derecho a saberlo. Entre nosotros no existen secretos. Es un asunto de honor. No dirá nada a nadie si yo se lo pido.

Su pequeña barbilla se alzó desafiante e irguió sus hombros delgados. Los elfos tienen la costumbre de elegir el peor momento para oponer resistencia.

A Alake no le agradaba la idea, pero tanto ella como yo sabíamos que no lograríamos sacárselo de la cabeza.

–¿Podrás resistir sus súplicas, lágrimas y argumentos? –le preguntó la humana, enfadada.

–Sí –aseguró nuestra amiga, y el color le volvió a las pálidas mejillas–. Sé la importancia que tiene todo esto, Alake. No cederé. Y Devon lo comprenderá. Ya verás. Recuerda que es un príncipe. Sabe lo que significa tener una responsabilidad sobre su pueblo.

Le di un codazo a Alake en las costillas.

–Tengo cosas que hacer –dije bruscamente–, y no disponemos de mucho tiempo.

El sol marino seguía su curso más allá de la lejana playa en medio de la noche.

El mar había tomado un color púrpura intenso, y los sirvientes revoloteaban por el palacio para encender las lámparas.

Sadia se levantó de la cama y comenzó a guardar el laúd en la funda. Era evidente que la conversación había concluido.

–

– I

–Volveremos a encontrarnos aquí –dije.

Sadia asintió con frialdad. Me las arreglé para sacar del dormitorio a Alake, que aún parecía dispuesta a discutir. A través de la puerta cerrada, me llegó el sonido de la voz de Sadia que cantaba una canción élfica llamada «Señora Oscuridad», tan triste que partía el corazón.

–¡Devon nunca la dejará marchar! ¡Se lo contará todo a sus padres! –me siseó Alake al oído.

–Vendremos pronto –susurré–, y no le quitaremos ojo. Si se empeña en salir, se lo impediremos. Puedes hacerlo con tu magia, ¿no?

–Sí, claro. –Los ojos oscuros de Alake refulgieron–. Excelente idea, Grundle. No sé cómo no se me había ocurrido antes. ¿A qué hora volveremos a reunimos?

–La cena es dentro de un signo. Él se encuentra en el palacio. Se extrañará al ver que ella no aparece y vendrá a ver qué sucede. Eso nos concede cierto margen.

–¿Pero qué ocurrirá si ella le envía un mensaje para que acuda antes?

–No puede correr el riesgo de perderse la cena y afrentar a Eliason –expliqué.

Tenía cierto conocimiento del protocolo élfico porque había tenido que soportarlo durante mi estancia en el palacio. Alake también había vivido aquí pero, como es típico en los humanos, siempre había hecho lo que le venía en gana. Para ser justa con Alake, debo decir que habría sido capaz de morir de hambre antes de aguantar una cena élfica, que podía prolongarse durante ciclos, con pausas de varias horas entre plato y plato. Sin embargo, imaginé que Eliason tendría poco apetito aquella noche.

Alake y yo nos separamos y cada una volvió a su propia habitación. Caminé arriba y abajo por la habitación al tiempo que preparaba un pequeño fardo con mi ropa, cepillo de las patillas y otros enseres necesarios, como si me fuera de vacaciones a Phondra. La excitación y el riesgo de nuestros planes me hacían olvidar momentáneamente el horror en que iban a terminar. Sólo cuando llegó la hora de escribir a mis padres la carta de despedida se me ablandó el corazón.

Desde luego, mis padres no estarían en condiciones de leerla, pero había pensado escribir una nota al rey Eliason para que lo hiciera por ellos. Rompí varias páginas antes de conseguir plasmar lo que quería decir y, cuando lo hube logrado, estaban tan llenas de lágrimas que estaba segura de que nadie podría descifrar lo que había escrito. Rogué para que sirviera de consuelo a mis padres.

Cuando terminé, metí la carta en la bolsa de mi padre de accesorios para la barba, donde no la encontraría antes de que se hiciera de día. Después me deslicé

hasta las habitaciones de invitado de mis padres y miré con cariño hasta la más pequeña de sus pertenencias y deseé con todo mi corazón verlos por última vez. Pero sabía muy bien que nunca podría engañar a mi madre, de modo que salí deprisa, mientras todavía cenaban, y me dirigí a la parte del palacio donde se encontraba el dormitorio de Sadia.

Necesitaba estar sola. Encontré un rincón tranquilo y me paré a rogarle al Uno fortaleza, guía y ayuda. Esto me reconfortó plenamente, y la sensación de paz que me invadió me indicó que estaba actuando de la forma correcta.

El Uno había querido que escucháramos aquella conversación. Él no nos abandonaría. Esos dragones serpiente podían ser diabólicos, pero el Uno es bueno. El Uno nos guiaría y nos protegería. Por mucho poder que tuvieran aquellas criaturas, no sobrepasarían el del Uno, a quien nosotros atribuimos la creación de este mundo y todo lo que hay en él.

Me sentía muchísimo mejor, y justo empezaba a preguntarme qué le habría ocurrido a Alake, cuando vi a Devon que se precipitaba ante mí en dirección a los aposentos de su amada. Salí del hueco con la esperanza de ver en qué cámara

En las lunas marinas, el tiempo se regula por el paso del sol marino desde su desaparición bajo una costa hasta su orto en el lado opuesto. Los hechiceros humanos determinaron que trazaba un arco

de grados y dividieron el día en dos sextantes de grados. Cada sextante se divide a su vez en cinco signos; un signo está constituido por minutos.

—

— I

había entrado (por supuesto, no le estaba permitida la entrada en su dormitorio) y me tropecé con Alake.

—¿Por qué has tardado tanto? —la recriminé, furiosa, en un susurro—. Devon ya está aquí.

—Ritos mágicos —me dijo con solemnidad—. No puedo explicarlo.

Debía habérmelo imaginado. Escuché la voz preocupada de Devon y la de la duenna de Sadia que le explicaba que ésta se encontraba indispuesta, pero se reuniría con él en la salita, si tenía la amabilidad de esperar.

Devon se dirigió hacia allí y la puerta se cerró.

Alake entró corriendo en la salita; yo salí disparada tras ella, y nos deslizamos en la sala de música que daba al salón un instante antes de que aparecieran Sadia y su duenna.

—¿Te encuentras en condiciones, cariño? —La duenna rondaba a nuestra amiga como una gallina a su polluelo—. Tienes muy mal aspecto.

—Tengo un terrible dolor de cabeza —oímos contestar a Sadia con voz débil—.

¿Podrías traerme un poco de agua de lavanda para refrescarme las sienes?

Alake puso la mano sobre el muro de coral, murmuró unas palabras, y el trozo de pared que había bajo sus dedos se disolvió y se creó así un agujero lo suficientemente grande como para permitirle mirar a través de él. Hizo otro orificio a mi altura. Afortunadamente, los elfos tenían la costumbre de adornar sus habitaciones con mobiliario, jarrones, flores, pajareras y cosas por el estilo, de forma que estábamos bien escondidas, aunque yo tenía que atisbar entre las hojas de una palmera y Alake tenía el ojo pegado a un pájaro cantor.

Sadia se hallaba cerca de Devon, todo lo cerca que se consideraba apropiado en una pareja de prometidos. La duenna regresó con lamentables noticias.

—Pobrecita Sadia, se nos ha terminado el agua de lavanda. No entiendo cómo es posible. La botella estaba llena ayer.

—¿Serías tan buena de llenarla otra vez, Marabella? Me va a estallar la cabeza. —

Sadia se puso la mano en la frente—. Creo que queda un poco en la habitación de mi madre.

—Me temo que está muy enferma —comentó Devon, angustiado.

—Pero la habitación de tu madre está al otro lado de la Gruta, y no debería dejaros solos a los dos...

—Sólo me quedaré un momento —aseguró el elfo.

—Por favor, Marabella —suplicó la princesa.

Sadia no había recibido una negativa en toda su vida. La duenna se retorció las manos indecisa. La muchacha soltó un débil gemido. Por fin, la señorita de compañía salió de la pieza. Teniendo en cuenta la cantidad de salas nuevas que se habrían abierto y las ramificaciones que se habrían producido entre los aposentos de Sadia y los de su madre, no esperaba que Marabella encontrara el camino de regreso antes del amanecer.

Nuestra amiga, con su voz melodiosa, comenzó a explicárselo todo a Devon.

No puedo describir la dolorosa escena que se produjo entre los dos. Habían crecido juntos y se habían amado a diario desde la infancia. El joven escuchó inmerso en una conmoción que se convirtió en furia, y protestó con vehemencia.

Me sentí orgullosa de Sadia, que permanecía calmada y sin perder la compostura, a pesar de lo que sabía que estaba sufriendo, y este pensamiento me llenó de lágrimas los ojos.

—Me sentía moralmente obligada a contarte nuestro secreto, querido —explicó al tiempo que le tomaba las manos y lo miraba a los ojos—. Si quieres puedes detenernos, delatarnos. Pero sé que no lo harás porque eres un príncipe y comprendes

Una duenna es un miembro de la corte real que sirve como señorita de compañía a las doncellas solteras.

—

— I

que me sacrifico por el bien de nuestro pueblo. Y no me cabe uda, mi amor, de que tu sacrificio será más duro que el mío, pero estoy segura de que serás fuerte por mí, como yo lo soy por ti.

Devon cayó sobre sus rodillas, superado por la aflicción. Sadia se arrodilló a su lado y lo abrazó. Me aparté del agujero desde el que espiaba, amargamente avergonzada de mí misma.

Alake también se alejó del suyo y volvió a tapar los orificios con la mano y una palabra mágica. Generalmente se burlaba del amor, pero advertí que en esta ocasión no tenía nada que decir y parpadeaba deprisa.

Nos sentamos en la oscuridad de la sala de música sin atrevernos a encender una lámpara. Le expliqué entre susurros mi plan para hacernos con el barco, y ella lo aprobó. Su cara se puso seria cuando mencioné que no tenía ni idea de cómo gobernarlo.

—No creo que eso sea problema —sentenció, y adiviné enseguida lo que había querido decir con aquello.

Las serpientes dragón nos estarían esperando.

Me contó algo sobre los hechizos que se estudiaban en su nivel (acababa de ascender a la Tercera Casa, fuera lo que fuera). Yo sabía que se esperaba de ella que no hablara de sus conocimientos mágicos, y debo admitir que ni me interesaban ni acertaba a comprender nada, pero mi amiga lo hacía para que estuviéramos distraídas y no nos envolviera el pánico, y por eso escuché con fingida atención.

Entonces, oímos que se cerraba una puerta. Devon debía de haberse marchado.

«Pobre muchacho», pensé, y me pregunté qué iría a hacer. Es bien sabido que los elfos enferman y mueren de pena, y tenía la certeza de que Devon no sobreviviría mucho tiempo a Sadia.

—Démosle unos minutos para que se recupere —dijo Alake con insólita consideración.

—No demasiado —advertí—. Los del castillo se irán a la cama dentro de un signo. Para entonces tenemos que haber salido de este laberinto, cruzado las calles y llegado al muelle.

Alake asintió y, después de unos momentos de tensión, ambas decidimos que no podíamos prolongar la espera y nos dirigimos hacia la puerta.

El corredor estaba oscuro y desierto. Habíamos planeado una historia verosímil para dar una explicación en caso de que nos tropezáramos con Marabella, pero no había ni rastro de la duenna ni de su agua de lavanda. Nos deslizamos hasta el dormitorio de Sadia, llamamos a la puerta con suavidad y la abrimos despacio. Sadia se movía en la oscuridad de la habitación, mientras recogía sus cosas. Al oír que se abría la puerta, dio un brinco y a toda prisa se cubrió la cabeza con un velo antes de darse la vuelta para enfrentarse a nosotras.

—¿Quién está ahí? —susurró atemorizada—. ¿Marabella?

—Somos nosotras —la tranquilicé—. ¿Estás preparada?

—Sí, sí. Tardo sólo un instante.

Era obvio que estaba nerviosa porque tropezaba por la habitación como si nunca hubiera estado en ella. También le había cambiado la voz, pero pensé que la tenía ronca por el llanto. Desde la distancia se dirigió hacia nosotras y por el camino derribó una silla. Llevaba una bolsa de seda de la cual sobresalían encajes y cintas.

—Estoy preparada —declaró con voz apagada y se echó el velo sobre la cara, probablemente para ocultar los ojos y la nariz enrojecidos de tanto llorar. Los elfos son así de presumidos.

—¿Y el laúd? —inquirí.

—¿El qué?

—El laúd. Ibas a llevártelo.

—Oh... Yo..., yo he decidido... no llevármelo —contestó sin demasiada convicción, y se aclaró la garganta.

Alake vigilaba la sala. Nos llamó por señas con impaciencia.

—

— I

—¡Vamonos antes de que nos vea Marabella!

Sadia se apresuró detrás de ella. Me disponía a seguirlas cuando oí un sollozo en la oscuridad y un crujido en la cama de Sadia. Miré hacia atrás y vi una sombra extraña. Iba a abrir la boca cuando me agarró Alake.

—¡Vamos, Grundle! —insistió mientras me clavaba en el brazo las uñas para arrastrarme hacia ella.

No le di más vueltas.

Salimos sin tropiezos de la Gruta. Sadia nos condujo, y sólo nos perdimos una vez. Gracias al Uno, los elfos nunca sienten la necesidad —tan común entre los humanos— de apostar guardias por todas partes. Las calles de la ciudad élfica estaban desiertas, como lo habría estado cualquier sendero de los enanos a aquellas horas. Sólo en los pueblos humanos puede encontrarse uno con gente a altas horas de la noche.

Llegamos al barco. Alake formuló su encantamiento para dormir a los vigilantes enanos, quienes se desplomaron sobre la cubierta entre sonoros ronquidos.

Después tuvimos que enfrentarnos a la parte más difícil de aquella noche:

desembarcar a los enanos dormidos y arrastrarlos hasta la playa, donde los escondimos entre unos cuantos toneles.

Los guardianes pesaban como muertos, y pensé que me iba a dislocar los brazos tras vérmelas con el primero. Le pregunté a Alake si no conocía un hechizo para hacerlos volar, pero me contestó que aún no había llegado tan lejos en sus estudios. Por extraño que parezca, la débil y frágil Sadia demostró una fuerza insólita y una capacidad de arrastre propia de una enana. Una vez más, me pareció raro. ¿Estaba ciega realmente, o el Uno quiso que cerrara los ojos?

Ocultarnos al último hombre y nos deslizamos a bordo del barco, que en realidad era una versión en pequeño del sumergible que describí anteriormente. Lo primero que hicimos fue registrar los camarotes y la bodega para recoger las numerosas hachas y lanzas que la tripulación había dejado en la nave. Las llevamos a la cubierta exterior, que se abría detrás de la cabina de observación.

Alake y Sadia comenzaron a arrojarlas por la borda. Me encogí ante el chapoteo que producían las armas al caer, segura de que lo oiría todo el mundo en la ciudad. –¡Esperad! –dije, agarrando a Alake–. No tenemos que deshacernos de todas, ¿no? ¿No podríamos quedarnos con una o dos?

–No. Tenemos que convencer a las criaturas de que estamos indefensas –replicó Alake con firmeza, y echó la última arma por encima de la barandilla.

–Hay ojos que nos espían, Grundle –cuchicheó Sadia, temerosa–. ¿No lo notas? Lo notaba, pero no me tranquilizaba la idea de echar las armas a los delfines. Me alegré de haber tenido la previsión de esconder un hacha bajo la cama. Si Alake no se enteraba, no tenía por qué sufrir por ello.

Retrocedimos hasta la cabina de observación en silencio, mientras cada una pensaba qué iba a suceder a continuación. Una vez allí, nos miramos unas a otras.

–Supongo que podría intentar manejar este trasto –me ofrecí.

Pero no fue necesario.

Como Alake había pronosticado, las escotillas se cerraron de golpe y nos quedamos encerradas dentro del barco. El barco, sin ningún piloto visible, se alejó del muelle y se adentró en el mar abierto.

La febril excitación y la emoción de nuestra sigilosa escapada comenzaban a abandonarnos, y nos fuimos quedando frías. La comprensión total de lo que, al parecer, iba a ser nuestro espantoso destino apareció ante nosotras con toda su crudeza. El agua barrió la cubierta y las escotillas se sumergieron. El barco se internó en el Mar de la Bondad.

Asustadas y solas, buscamos las manos de las otras. Y en ese momento, por supuesto, advertimos que Sadia no era Sadia.

Era Devon.

–

– I

CAPÍTULO

LA SALA DEL SUEÑO CHELESTRA

En la cámara del Consejo, en la ciudad sartán de Chelestra, la afirmación de Samah sobre la declaración de guerra de los patryn había provocado expresiones de afligida consternación en el rostro de los presentes.

–¿No es eso lo que pretenden? –inquirió Samah al tiempo que se volvía hacia Alfred.

–Yo..., yo supongo que sí –farfulló Alfred, que se echó para atrás–. La verdad es que nunca hablamos de ello... –Su voz se perdió en el aire.

–Qué casualidad, hermano, que hayas llegado accidentalmente y nos hayas despertado en este preciso momento. –Samah lo miró fijamente con aire pensativo.

—No..., no estoy muy seguro de lo que queréis decir, Consejero —respondió titubeando, amedrentado por el tono del jefe del Consejo.

—Tal vez tu llegada no fuera tan casual.

Alfred se preguntó por un momento si Samah se refería a algún poder sobrenatural, si era posible que el Uno se hubiera arriesgado a confiar en un mensajero tan torpe e inepto como aquel chapucero sartán.

—Su... supongo que ha sido así...

—¡Lo supones! —Samah recalcó la palabra—. ¡Supones esto y lo de más allá! ¿Qué quieres decir con «supongo»?

Alfred ignoraba lo que había querido decir. No había prestado atención a lo que decía porque estaba tratando de entender de qué hablaba Samah. Sólo pudo balbucir y mirar a su alrededor, lo cual lo hizo parecer tan culpable como si hubiese llegado hasta allí para matarlos a todos.

—Creo que estás siendo muy duro con nuestro pobre hermano —intervino Orla—. Deberíamos estarle agradecidos en lugar de mostrarnos recelosos y acusarlo de confabulación con el enemigo.

«Así que eso es lo que quería decir el Consejero —cayó en la cuenta Alfred, mirando a Samah, horrorizado—. ¡Piensa que me envían los patryn! ¿Pero por qué? ¿Por qué a mí?»

Una sombra cruzó el agraciado rostro de Samah y una nube de ira borró por un momento su calmada expresión. Desapareció casi de inmediato, aunque dejó un rastro tenebroso en su voz suave.

—No te he acusado de nada, hermano; simplemente formulaba una pregunta. Aun así, si mi esposa piensa que te he agraviado, te ruego que me perdones. Estoy cansado; sin duda es la reacción de recuperar la conciencia y la conmoción de las noticias que has traído.

Alfred se sintió obligado a decir algo.

—Yo os aseguro, miembros del Consejo —los miró patéticamente—, que si me conocierais no tendríais ninguna dificultad en creer mi historia. He llegado por accidente. En realidad, toda mi vida ha sido una especie de accidente.

Los otros miembros parecieron algo desconcertados. Ésa no era la manera de actuar y hablar de un sartán, un semidiós.

Samah escudriñó a Alfred con los ojos entrecerrados, sin ver al hombre, sino las imágenes que evocaban sus palabras.

—Si no hay objeciones —anunció bruscamente—, propongo que aplacemos la reunión del Consejo hasta mañana, para cuando espero que hayamos aclarado el auténtico estado de las cosas. Sugiero que se envíen partidas

—
— I

de hombres a la superficie para realizar un reconocimiento. ¿Alguien tiene algo que objetar? Nadie respondió.

—Elegid entre los hombres y mujeres más jóvenes —recomendó—. Aconsejadles que sean cautelosos e investiguen cualquier posible rastro del enemigo.

Recordadles que tengan especial cuidado en evitar el agua del mar.

La mente de Alfred también se pobló de imágenes que le revelaron la existencia de muros de ladrillos y espinas que se interponían entre los miembros del Consejo, que se habían puesto en pie en aparente armonía. Pero ninguna muralla era más alta que la que dividía a marido y mujer.

En un principio, al oír la noticia de su largo letargo y comprender que el mundo se había derrumbado a sus pies, se habían abierto grietas en aquella pared. Pero las resquebrajaduras pronto se taparon, y Alfred vio cómo se fortificaba su

estructura. Lo invadió una sensación de incomodidad y tristeza.

–Orla –añadió Samah al tiempo que se giraba a medio camino hacia la puerta, pues el jefe del Consejo siempre abría la marcha–, tal vez puedas cuidarte de las necesidades y deseos de nuestro hermano... Alfred. –Le costó que el nombre mensch fluyera de sus labios de sanan.

–Me sentiré honrada –contestó su mujer con una cortés reverencia. Piedra a piedra, el muro crecía y se extendía.

Alfred oyó el lánguido suspiro de la sartán. Seguía a su esposo con la mirada melancólica y pensativa. Ella también veía la pared que los separaba, sabía que estaba allí. Quizá deseaba derribarla y no sabía por dónde empezar. En cuanto a Samah, parecía satisfecho de su existencia.

El Consejero salió de la habitación y los otros lo siguieron. Tres caminaron junto a él, pero los dos restantes echaron un vistazo en dirección a Orla –quien hizo un gesto de asentimiento– antes de ir tras ellos. Alfred se quedó donde se encontraba, incómodo y sin saber qué hacer.

Unos dedos fríos se cerraron en torno a su muñeca. El contacto de la mujer lo sobresaltó de tal modo que estuvo a punto de dar un brinco; sus pies se movieron en distinta dirección y levantaron una polvareda asfixiante. Parpadeó y se tambaleó, soltó un estornudo y deseó hallarse en cualquier otro sitio, aunque fuera el Laberinto. ¿Pensaría Orla que se había aliado con el enemigo? Se encogió, temeroso, y esperó a que ella hablara.

–¡Qué nervioso estás! Cálmate, por favor –lo tranquilizó–. Supongo que esto habrá sido un choque tan fuerte para ti como para nosotros. Debes de tener hambre y sed. Yo sí que tengo. ¿Quieres venir conmigo?

No había nada terrorífico –ni siquiera para Alfred– en que a uno lo invitaran a comer, y estaba hambriento. En Abarrach no había tenido casi tiempo ni ganas de comer. La idea de sentarse a la mesa con tranquilidad entre sus hermanos y hermanas era una auténtica bendición. Porque aquéllos eran los suyos, tan próximos a él como los que había conocido antes de sumirse en su largo sueño. Quizá fuera ése el motivo por el que lo inquietaban tanto las dudas de Samah y sus propios recelos.

–Sí, me encantaría. Gracias –respondió con timidez.

Orla le sonrió. Su sonrisa era vacilante, trémula, como si no estuviera acostumbrada a mostrarla con frecuencia. Sin embargo, poseía una belleza que le iluminó los ojos. Alfred la observó con muda admiración.

Su espíritu se elevó y voló tan alto que los muros y su recuerdo quedaron muy por debajo, se perdieron de vista, se apartaron de la mente. Abandonaron la polvorienta cámara. Ninguno de los dos hablaba, pero la camaradería flotaba entre ellos y desembocó en una animada situación. Alfred iba pensando, y, al parecer, no tenía mucho cuidado con sus pensamientos.

–Me halaga tu estima, hermano –dijo Orla suavemente con un leve rubor en las mejillas–. Pero me parece que será mejor que no muestres esos pensamientos con tanta franqueza.

–

– I

–Te..., te ruego que me perdones –balbuceó con la cara colorada–. Es que... no estoy acostumbrado a estar rodeado...

Con la mano, hizo un gesto que abarcaba a los sartán, inmersos en la tarea de devolver la vida a aquello que llevaba siglos muerto. Echó un rápido vistazo a su alrededor, acobardado ante la idea de encontrarse con los chispeantes ojos de Samah, pero el jefe del Consejo estaba absorto en la discusión que sostenía con un

joven de unos veinte años, quien, a juzgar por el parecido, debía de ser el hijo que había mencionado.

—Temes que esté celoso. —Orla intentó acompañar su comentario con una risa despreocupada, pero no lo logró y acabó suspirando—. Realmente, hermano, has estado mucho tiempo sin tener contacto con los sartán, si tienes en la mente una debilidad mensch de ese tipo.

—Lo hago todo mal —se entristeció—. Soy un pobre tonto. Y no tiene nada que ver con los mensch. Es algo personal.

—Pero las cosas habrían sido distintas, si nuestro pueblo hubiera sobrevivido. No te gusta estar solo. Y lo has estado mucho tiempo, ¿no es cierto? —Rebosaba ternura y compasión.

—No fue tan malo como piensas. —Estaba al borde de las lágrimas, pero se esforzó por hablar en tono alegre—. Tenía a los mensch...

El aspecto apenado de Orla fue en aumento.

—No, no es como te imaginas —se apresuró a protestar Alfred—. Menosprecias a los mensch. Me parece que todos lo hacemos. Recuerdo cómo eran las cosas antes de sumirme en el sueño. Casi nunca nos mezclábamos con ellos y, cuando lo hacíamos, nos comportábamos como padres al visitar la guardería. Pero yo he vivido largo tiempo entre ellos. He compartido sus penas y alegrías. He conocido sus ambiciones y temores. Y, a pesar de que han hecho mal muchas cosas, no puedo dejar de admirarlos por sus logros.

—Y aun así —replicó Orla con ceño—, los mensch, por lo que leo en tu mente, siguen guerreando entre ellos, se matan unos a otros, elfos contra humanos, humanos contra enanos.

—¿Pero quién —le recordó Alfred— desencadenó sobre ellos la mayor catástrofe jamás conocida? ¿Quién los exterminó a millones en nombre del bien, quién separó el universo, quién los llevó a mundos extraños para abandonarlos a su suerte?

Las mejillas de Orla se tiñeron de un marcado tono escarlata. La línea oscura de su frente adquirió mayor profundidad.

—Lo siento —se apresuró a disculparse Alfred—. No tengo ningún derecho... No estuve allí...

—No, no estabas allí, en aquel mundo que me parece tan próximo en el corazón, aunque la cabeza me recuerde que ha desaparecido hace mucho. No conoces nuestro terror ante el auge del poder patryn. Su propósito era aniquilarnos, realizar un genocidio. Y entonces, ¿qué habrían heredado tus mensch? Una vida de esclavos bajo la bota de hierro de un gobierno totalitario. No sabes nada acerca de la agonía en que se debatió el Consejo intentando determinar la mejor manera de luchar contra esa amenaza. Las noches de insomnio, los días de amargas discusiones. No conoces nuestro tormento personal. El propio Samah... —Se paró bruscamente, y se mordió los labios.

Tenía experiencia en ocultar sus pensamientos y revelar sólo los que quería mostrar. Alfred se preguntó qué habría dicho si hubiese continuado.

Habían andado una gran distancia y se encontraban lejos de la Sala del Sueño.

La base de las paredes estaba cubierta de unos símbolos azules que les indicaban el camino a lo largo del polvoriento pasillo. El corredor se hallaba flanqueado de habitaciones a oscuras que pronto se convertirían en aposentos temporales para los sartán. Pero, de momento, se hallaban solos en la penumbra, iluminados tan sólo por el resplandor de las runas.

—Deberíamos volver —dijo Orla—. Hemos ido demasiado lejos. Hemos pasado de largo el comedor. —Orla empezó a desandar sus pasos.

—

– I

–No, espera. –Alfred le puso la mano en el brazo, extrañado de su propia temeridad al intentar detenerla–. Quizá no tengamos otra oportunidad como ésta para hablar en privado. Y... ¡yo quiero saber! Tú no estás de acuerdo, ¿verdad? Ni tampoco algunos miembros del Consejo.

–No, no lo estamos.

–¿Qué planes tenéis?

Orla respiró profundamente y permaneció inmóvil, sin volverse hacia él. Por un momento, Alfred temió que no le contestara, y, al parecer, ella tuvo la misma idea, pero finalmente optó por responder.

–Enseguida lo entenderás. La decisión de llevar a cabo la Separación fue discutida y debatida. Provocó amargos enfrentamientos, dividió a las familias. – Suspiró y sacudió la cabeza–. ¿Qué acción aconsejé yo? Ninguna. Sugerí que no hiciéramos nada, salvo tomar una posición defensiva contra los patryn en caso de que nos atacaran. Nunca estuve segura de que fueran a hacerlo, ¿sabes? Sólo lo temíamos...

–Y venció el miedo.

–¡No! –Orla dio un golpe, enfadada–. El miedo no nos empujó a tomar la decisión, al final. Fue el deseo de crear un mundo perfecto. ¡Cuatro mundos perfectos! Donde todos vivieran en paz y armonía. No más maldad, no más guerras... Ése era el sueño de Samah. Por eso decidí votar en su favor por encima de cualquier otra objeción. Por eso no protesté cuando Samah tomó la decisión de enviar... –De nuevo se interrumpió.

–¿Enviar? –la urgíó Alfred.

Orla adoptó una expresión fría y cambió de tema.

–El plan de Samah tendría que haber funcionado. ¿Por qué no fue así? ¿Qué causó su fracaso? –Lo miró fijamente, casi acusándolo.

«¡Yo no fui! –protestó Alfred para sus adentros–. No fue culpa mía. O quizá sí lo fue –reflexionó, incómodo–. La verdad es que no hice nada para ayudar.»

–Hemos estado fuera mucho rato –dijo Orla, echando a andar con paso enérgico–. Los otros estarán preocupados. El resplandor de las runas comenzó a desvanecerse.

–Miente.

–Padre, eso no es posible. Es un sartán.

–Un sartán débil, que ha viajado con un patryn, Ramu. Lo ha corrompido, se ha apoderado de su mente. No podemos culparlo por ello. No ha tenido ningún consejero a su lado, nadie a quien pedir ayuda en sus momentos de dificultad.

–¿Miente en todo?

–No. Creo que no –contestó Samah después de un instante de profunda reflexión–. La imagen de los nuestros yaciendo muertos en sus cámaras del sueño en Ariano, las imágenes de los sartán practicando el arte prohibido de la nigromancia en Abarrach eran demasiado reales. Pero también eran breves, veloces. No estoy seguro de entenderlo. Debemos interrogarlo otra vez para intentar sacar en claro lo que ocurrió. Sobre todo, tenemos que averiguar algo más acerca de ese patryn.

–Entiendo. Y es lo que quieres que yo haga, ¿no es cierto?

–Sé amistoso con ese Alfred, hijo. Anímalo a hablar, arráncale las palabras, procura estar de acuerdo con él y tratarlo con comprensión. Está solo y se muere de ganas de estar con los de su raza. Se esconde en una coraza que ha construido como defensa. Tenemos que abrirla con amabilidad y, una vez que hayamos conseguido sacarlo de ella, podremos utilizarlo. En realidad, ya he comenzado a

poner en práctica mi plan –concluyó, mientras miraba complacido en dirección al oscuro pasadizo.

–¿De veras? –Su hijo echó también un vistazo al pasillo.

–Sí. He puesto al desdichado en manos de tu madre. Es probable que comparta con ella sus verdaderos pensamientos.

–

– I

–¿Pero le contará ella lo que sabe? –se preguntó Ramu–. Creo que ha simpatizado con él.

–Ella siempre ha trabado amistad con el primero que llama a su puerta –replicó Samah con aire indiferente–. Pero nada más que eso. Nos lo contará todo. Es leal a los suyos. Justo antes de la Separación, se puso de mi parte, me dio soporte y dejó de lado todas sus objeciones. De ese modo, los otros miembros del Consejo se vieron obligados a aprobar mi idea. Sí, me dirá lo que necesito saber. Especialmente cuando comprenda que nuestro objetivo es ayudar al pobre hombre. Ramu se inclinó ante la sabiduría de su padre y se dispuso a marcharse. Samah lo detuvo con un gesto.

–De todas formas, Ramu, manten abiertos los ojos. No me fío de ese... Alfred.

–

– I

CAPÍTULO

A LA DERIVA EN ALGÚN LUGAR DEL MAR DE LA BONDAD

Ha ocurrido algo tan sumamente extraño y he estado (por fortuna) tan ocupada que no he tenido tiempo de escribir hasta ahora. Pero por fin todo ha vuelto a la normalidad, la excitación ha remitido, y nos hemos quedado con la duda: «¿Qué nos ocurrirá ahora?».

¿Por dónde debo empezar? Si miro hacia atrás, caigo en la cuenta de que todo comenzó con la tentativa mágica de Alake de convocar a los delfines para hablar con ellos. Queríamos averiguar, en la medida de lo posible, hacia dónde íbamos y qué nos esperaba, aunque nuestro destino fuera terrible. Era ese «no saber» lo más difícil de llevar.

Yo dije que nos hallábamos a la deriva en el mar. Aquello no era demasiado exacto, como recalcó Devon durante el almuerzo. Navegamos en una dirección concreta hacia la que nos guían las serpientes dragón. No tenemos ningún control sobre el barco. Ni siquiera podemos acercarnos al control de mandos.

Cuando nos dirigimos hacia el lugar en que se encuentran, nos invade una horrible sensación. Se nos debilitan las piernas, se quedan rígidas y se niegan a moverse. Imágenes de muerte y agonía nos pueblan la mente. Una vez lo intentamos, pero caímos presas del pánico y huimos precipitadamente para escondernos acurrucados en nuestro camarote. Todavía sueño con eso.

Fue después de ese incidente, ya recuperados, cuando Alake decidió intentar ponerse en contacto con los delfines.

–No hemos visto ninguno desde que embarcamos –comentó–, y me parece muy extraño. Quiero saber qué ocurre, hacia dónde nos llevan.

Ahora que pienso en ello, admito que es muy extraño que no viéramos ningún pez. Los delfines son muy amistosos y les encanta chismorrear. Por lo general acompañan a los barcos con la esperanza de enterarse de las nuevas y cuentan sus noticias a cualquier chiflado que esté dispuesto a escucharlos.

–¿Cómo los... eh... convocaremos? –pregunté.

Alake parecía sorprenderse de que yo no lo supiera. No entiendo por qué.

¡Ningún enano en su juicio convocaría voluntariamente a un montón de peces!

Hacemos todo lo posible por desembarazarnos de ellos.

–Utilizaré la magia, por supuesto –me contestó–. Y quiero que tú y Devon estéis a mi lado.

Tengo que admitir que yo estaba muy excitada. Había convivido con humanos y elfos, pero nunca había presenciado un rito mágico humano, y me sorprendió que Alake nos invitara a participar. Dijo que nuestra «energía» le serviría de ayuda. Personalmente, pienso que se sentía sola y tenía miedo, pero no dije nada.

Quizá debería explicar (lo mejor que pueda) el concepto mágico de los phondranos y los elmanos. Y el punto de vista de los gargan.

Enanos, elfos y humanos creen en el Uno, una fuerza poderosa que nos ha puesto en el mundo, nos vigila mientras estamos en él y nos acoge cuando lo abandonamos. Sin embargo, cada raza tiene su propia visión del Uno.

El credo fundamental de mi raza consiste en que todos los enanos estamos en el Uno y el Uno está en todos nosotros. Aquello que perjudica a un enano, perjudica a los otros y al Uno; por ese motivo, un enano jamás matará, estafará o engañará intencionadamente a otro enano. (Dejando de lado las peleas, por supuesto. Un

–

– I

puñetazo en la mandíbula en un regular toma y daca, se considera, por norma general, beneficioso para la salud.)

En la antigüedad, pensábamos que el Uno tenía un interés especial en nosotros.

En cuanto a elfos y humanos, si realmente procedían del Uno (algunos sostenían que brotaban como hongos en la oscuridad), eran un accidente o, por el contrario, habían sido creados por una fuerza maléfica opuesta a él.

El largo tiempo de coexistencia nos ha enseñado a aceptarnos. Ahora sabemos que el Uno cuida de todas sus criaturas (aunque algunos ancianos mantienen que ama a los enanos y simplemente tolera a las otras dos razas).

Los humanos creen que el Uno es el poder supremo pero –al igual que algunos gobernantes de Phondra– está abierto a sugerencias. Por eso lo acosan constantemente con súplicas y requerimientos. Los phondranos también piensan que tiene subordinados que realizan ciertas tareas serviles que no son dignas de él. (¡Este concepto es tan humano!) Esos dioses inferiores están sujetos a la manipulación humana a través de la magia, y los phondranos son felices cuando consiguen alterar las estaciones, invocar a los vientos o la lluvia y encender fuegos. Los elmanos tienen una idea del Uno mucho menos rígida. Según ellos, el Uno lo creó todo con una explosión y después se sentó perezosamente a observar su desarrollo –como hacía Sadia de pequeña con sus relucientes peonzas–. Los elmanos no consideran la magia algo reverente y espiritual, sino más bien un entretenimiento o instrumento para ahorrar esfuerzo.

Aunque Alake sólo tiene dieciséis años (una criatura a nuestros ojos, pero los humanos maduran deprisa), está considerada una experta en hechicería, y estoy segura de que el mayor anhelo de su madre es convertirla en cabeza de Círculo. Devon y yo la observamos instalarse ante el altar que había construido en la bodega vacía de la segunda cubierta. Tengo que admitir que fue un placer contemplarla.

Alake es alta y bien formada. (A propósito, yo nunca he envidiado la estatura de los humanos. Un viejo proverbio enano dice: «El palo, cuanto más alto, más frágil». Pero admiraba los gráciles movimientos de mi amiga, que parecían los de una fronda inclinada sobre el agua.) Tiene la piel oscura como el ébano. Lleva el pelo negro peinado en numerosas trenzas que le caen por la espalda, rematadas con cuentas azules y anaranjadas (los colores de su tribu) y de color cobre. Si no se

recoge las trenzas, las cuentas repican musicalmente al andar, y suenan como cientos de campanas diminutas. Vestía el traje de Phondra, una sencilla pieza de tela azul y naranja que le envolvía el cuerpo, sujeta ingeniosamente por los pliegues (un truco que sólo conocen los phondranos). El extremo libre del vestido iba sujeto sobre su hombro derecho (para señalar que es soltera; las mujeres casadas se lo recogen en el izquierdo).

Lucía pulseras ceremoniales de plata en los brazos, y de sus orejas colgaban campanas del mismo material.

—Nunca te había visto estos brazaletes, Alake —le comenté para romper el terrible silencio—. ¿Son tuyos o de tu madre? ¿Son un regalo?

Para mi sorpresa, Alake, a quien le encanta enseñar sus joyas nuevas, se quedó callada y apartó la cara. Creí que no me había oído, así que insistí.

—Alake, te preguntaba si...

—Shh... —me interrumpió Devon, golpeándome en las costillas con su codo puntiagudo—. No hagas ningún comentario sobre las joyas.

—¿Por qué no? —susurré furiosa. En honor a la verdad, ya estaba harta de andar por ahí de puntillas para no ofender a nadie.

—Son sus adornos mortuorios —explicó Devon.

Me quedé estupefacta. Desde luego, conocía la costumbre. Al nacer, se presenta a las niñas phondranas con los brazaletes de plata y los pendientes de cascabel que se supone que llevarán el día de su boda y que sus hijas heredarán con el tiempo. Pero, si una muchacha muere prematuramente antes del matrimonio, se la adorna con todos sus abalorios antes de que se reúna con el Uno en el Mar de la Bondad.

—

— I

Me entristecí mucho e intenté decir algo que suavizara la situación pero no encontré palabras. De modo que me senté, clavé los talones en el suelo y traté de interesarme por lo que hacía Alake.

Devon se sentó a mi lado. El mobiliario del barco era obra de los enanos. Me apenó por el elfo, que parecía muy incómodo con las largas piernas, aprisionadas entre los pliegues del vestido de Sadia, sobresaliendo a ambos lados del pequeño taburete.

Alake no acababa nunca de disponer los objetos en el altar; cada vez que colocaba uno se detenía para rezar.

—¡Si todos los humanos dedican una oración a cada detalle, me parece que el Uno debe de hacer tiempo que duerme! —refunfuñé en voz baja; pero ella debió de oírme, porque frunció el entrecejo y me miró con reproche.

Decidí cambiar de tema. Eché un vistazo a Devon, que vestía las ropas de Sadia, y me acordé de algo que hacía tiempo que me rondaba por la cabeza.

—¿Cómo te las arreglaste para que Sadia te dejara venir en su lugar? —le pregunté al elfo.

Aquello fue otro error. La expresión alegre de Devon desapareció y lo oscureció una sombra de tristeza. Escondió el rostro.

Alake se abalanzó sobre mí y me pellizcó con fuerza.

—¡No se la recuerdes!

—¡Oh! ¡Ya está bien! —gruñí, a punto de perder la paciencia—. No puedo mencionarle a Alake sus pendientes. No puedo hablarle a Devon de Sadia, a pesar de que lleva sus vestidos y tiene un aspecto de loco fuera de lo común. Pues bien, por si lo habéis olvidado, también es mi funeral y Sadia era mi amiga. Actuamos como si esto fuera un crucero. Y no lo es. Y no es bueno guardar las palabras en el estómago. Envenenan la comida —resoplé—. No es de extrañar que no podamos

tragar los alimentos.

Alake me miraba sobresaltada y en silencio. Devon tenía en la cara pálida el espectro de una sonrisa.

—Tienes razón, Grundle —admitió Devon al tiempo que miraba con tristeza la ajustada túnica con motivos floreados, decorada con lazos y cubierta de encajes. Los hombres de raza élfica son casi tan delgados como sus mujeres, pero suelen tener los hombros más anchos, y advertí que aquí y allá las costuras se descosían por la tirantez—. Realmente tenemos que habér de Sadia. Yo quería hacerlo pero temía afligirlos con recuerdos dolorosos.

—Te admiro por tu sacrificio y tu valentía, amigo mío. —Impulsivamente, Alake se arrodilló al lado del muchacho y tomó su mano entre las suyas—. No tengo a ningún hombre en más alta estima.

Era toda una alabanza, en boca de una humana. Devon se sintió halagado y complacido. Se ruborizó y sacudió la cabeza.

—Lo hice por mí —declaró con suavidad—. ¿Cómo podría vivir con la idea de que había muerto... y de un modo tan terrible? Mi fin será mucho más fácil sabiendo que ella está a salvo.

Me asombró que pensara que Sadia se sentiría mejor si él moría en su lugar.

Pero al fin y al cabo es un hombre: elfo, humano o enano..., todos son iguales.

—¿Pero cómo la convenciste? —insistí. Conociendo a Sadia como la conocía, y después de ver la fuerza de su determinación, me costaba creer que hubiera cedido sin más.

—No la convencí —respondió, y se ruborizó más aún—. Si queréis saberlo, esto fue lo que la convenció. —Alzó un puño apretado con los nudillos amoratados.

—¡La golpeaste! —grité.

—¡Le pegaste! —exclamó Alake.

—Le rogué que me dejara ir en su lugar. Se negó. No había manera de hablar con ella, de modo que hice lo único que podía hacer para evitarlo: le di un puñetazo.

¿Qué otra cosa se podía intentar? Estaba desesperado. ¡Creedme, pegar a Sadia es la cosa más dura que he hecho en la vida!

—

— I

Le creí. Un elmano sentía remordimientos durante días por el mero hecho de pisar una araña accidentalmente.

—En cuanto a mis joyas —dijo Alake, haciendo rodar el brazalete en su brazo—, éstas son mías, Grundle. Fueron un regalo de mi madre cuando nací. No fui capaz de dejarles otro mensaje a mi partida. Lo intenté pero era demasiado difícil expresar con palabras mis sentimientos. Cuando mi madre descubra que han desaparecido, lo comprenderá.

Volvió a su altar. Devon se estiró las mangas del vestido, que debían de cortar la circulación. Yo me senté entre lágrimas. Por fin habían hablado, pero aquellas palabras fueron duras de escuchar, y no sirvieron de nada.

—Bravo por los proverbios enanos —murmuré a mis patillas.

—Ya estoy preparada —anunció Alake, y yo respiré con alivio.

Mi amiga me prohibió que tomara nota de los detalles de la ceremonia, cosa que, por otra parte, me habría resultado imposible porque no entendía nada. Todo cuanto sabía es que estaba relacionada con bacalao en salmuera (el manjar favorito de los delfines, siempre que podían conseguirlo), la música de una flauta y los cánticos de Alake, entre palabras extrañas y ruidos propios de un pez. (Los humanos hablan la lengua de los delfines. Supongo que los enanos también podríamos, pero ¿para qué, si los delfines conocen el enano perfectamente?)

En un momento dado, durante el fragmento de flauta, me dormí y, cuando Alake volvió a hablar con palabras y voz normales, me desperté con un sobresalto.

—Ya está hecho. Los delfines vendrán a nosotros.

Desde luego, lo harían si echábamos el bacalao al agua. Pero en una vasija de plata, allí encima del altar, me pareció de muy poca utilidad. Quizá se figuraba que los atraería el olor.

Como cabe imaginar, no creo demasiado en la magia humana o élfica, y es fácil adivinar mi sorpresa cuando oímos y notamos una sacudida en el casco del barco.

—Han venido —se alegró Alake, y corrió hacia la cámara de agua para darles la bienvenida; las cuentas del cabello entrechocaron y los pies desnudos (los humanos casi nunca llevan zapatos) se movieron de prisa por la cubierta.

Miré a Devon, que se encogía de hombros y levantaba las cejas. Él conocía un hechizo mágico para llamar a los delfines que no hacía ningún ruido. Me aseguré que, pese a ello, esos animales lo oían y lo hallaban agradable.

Ambos nos precipitamos tras Alake.

El barco consta de cuatro cubiertas, numeradas de inferior a superior. No era muy grande, comparado con los sumergibles, pero suficiente para la familia real, que lo utilizaba de vez en cuando en sus hundimientos hacia los otros reinos.

La cuarta cubierta es la más alta (si no se cuenta la exterior). Aquí se encuentra la cabina de observación y un poco más allá la sala del piloto, a la que ninguno de nosotros se atrevía a acercarse. De la cabina desciende una escalerilla a través de un hueco que se abre en las demás cubiertas. En el extremo de popa de la sala de observación hay una serie de ventanas que permiten avistar el mar o la tierra, según la posición en que se encuentre el barco. El sol marino, que proyecta sus rayos en el agua, filtra en la cabina una alegre luz verdeazulada. Fuera, se halla la cubierta exterior con una baranda que la rodea. Sólo un humano estaría tan loco como para subir allí cuando el barco está en marcha.

La bodega de provisiones está en la cubierta tres. Detrás se encuentra la sala común, donde se come, se bebe, se practica el tiro de hacha o simplemente se pasa el rato. Esta habitación tiene numerosas ventanitas a los lados. Pasada esta sala, están los camarotes de la familia real y la tripulación, el cuarto de las herramientas y la sala de impulsión, donde la magia de los cristales élficos propulsa el barco.

Las cubiertas dos y tres se utilizan principalmente como espacio de carga, además de alojar la cámara de agua —un elemento importante—. Si no eres un enano, probablemente te preguntarás qué es una cámara de agua. Como ya he mencionado, ningún enano sabe nadar (ni quiere aprender). Uno de mi raza que

—

— I

caiga en el mar seguramente se hundirá hasta la base de Chelestra, a menos que sea rescatado y se lo lleve a tierra firme. Por eso, todos los barcos se construyen con una cámara de agua, que se utiliza para salvar a cualquiera que caiga al mar.

Encontramos a Alake sentada cerca de la base, con la cara aplastada contra una portilla y mirando fijamente el agua. Al oírnos llegar, se dio la vuelta. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—No son los delfines. Es un humano, por lo menos eso creo —añadió sin demasiada convicción.

—¿Lo es o no lo es? —inquirí—. ¿No lo sabes?

—Mira tú misma. —Alake parecía contrariada.

Devon y yo nos pegamos a la portilla, y él tuvo que inclinarse casi hasta la mitad de su altura para ponerse a mi nivel.

Con toda seguridad, aquello parecía un hombre humano. O quizá fuera más correcto decir que no parecía elfo ni enano. Era más alto que un enano, no tenía las orejas puntiagudas y los ojos eran redondos en lugar de almendrados. Pero su color no era el de un humano. Su piel tenía una tonalidad blanca como la masa del pan. Los labios eran de color azul y unas manchas de color púrpura le rodeaban los ojos que se hundían en la cabeza. Iba medio desnudo, cubierto sólo con unos pantalones ajustados y los restos de una camisa blanca hecha jirones. Se agarraba a una tabla y daba la impresión de estar en las últimas.

Al parecer, la sacudida la había provocado aquel hombre al chocar contra el casco. Nos vio a través de la portilla y observamos que hacía un débil intento de golpear el costado del barco. Estaba muy débil, y los brazos le colgaban inertes como si no tuviera energía para levantarlos. Se hallaba desplomado sobre el tablón, con las piernas hundidas en el agua.

—Sea lo que sea no va a durar mucho tiempo —comenté.

—Pobre hombre —murmuró Alake, y la compasión suavizó el brillo de sus ojos oscuros—. Tenemos que ayudarlo —dijo enérgicamente al tiempo que se dirigía hacia la escalera que lleva a la cubierta dos—. Lo subiremos a bordo y le daremos calor y comida. —Miró hacia atrás y vio que ninguno de los dos se movía—. ¡Vamos! Debe de pesar lo suyo. No podré arrastrarlo yo sola.

Humanos. Siempre dispuestos a actuar. Nunca se paran a pensar. Por fortuna, tenía una enana al lado.

—Espera, Alake. Para un momento. Piensa en qué estamos envueltos. Considera el destino que nos espera.

—Bueno, ¿qué hacemos? —Me miró con el entrecejo fruncido, enojada por mi oposición—. ¡Este hombre se está muriendo! No podemos dejarlo ahí.

—Sería lo mejor que podríamos hacer por él —respondió Devon con amabilidad.

—Si lo rescatamos ahora, tal vez sólo lo salvemos para conducirlo a un destino más terrible.

Me dolía tener que ser tan franca, pero a veces es la única manera de hacerles ver algo a los humanos. Alake comprendió por fin a lo que me refería y pareció que se encogía. Juraría que se hacía pequeña mientras la mirábamos. Se recostó contra la escalera y, con los ojos bajos, deslizó distraídamente la mano por los lisos peldaños de madera.

El barco tomaba velocidad. Pronto dejaríamos atrás al hombre. Él se había dado cuenta y, al límite de sus fuerzas, intentaba remar tras nosotros. La imagen era tan escalofriante que me volví. Pero debí imaginar que Alake no lo soportaría.

—El Uno lo envía —aseguró mientras ascendía por la escalera—. El Uno nos lo envía en respuesta a mis oraciones. ¡Tenemos que salvarlo!

—Invocaste a un delfín —puntalicé, enfadada. Alake no contestó, pero me miró con reproche.

—No blasfemes, Grundle. ¿Puedes manejar esto?

—Sí, pero necesitaré la ayuda de Devon —gruñí, y me dispuse a seguirla.

En realidad, podría haberlo hecho sola, pues soy más fuerte que el príncipe élfico, pero quería hablar con él. Le dije a Alake que vigilara al humano y conduje a

—

— I

Devon a la cubierta dos, la parte superior de la cámara de agua. Atisé por una ventana el soleado interior y giré la manivela de la escotilla para cerciorarme de que estaba cerrada herméticamente. Devon vino a ayudarme.

—¿Qué ocurrirá si no lo envía el Uno? —susurré con urgencia en el oído del elfo—.

¿Qué pasará si lo mandan las serpientes dragón para espiarnos?

—¿Crees que eso es posible? —preguntó mientras trataba de ayudar pero sólo conseguía interponerse en mi camino. Parecía trastornado.

—¿Tú no? —repliqué, apartándolo de un empujón.

—Puede ser. Pero ¿qué querrán? Ya nos tienen. No podemos escapar aunque queramos.

—¿Por qué hacen todo esto? Lo único que sé es que no voy a confiar sin más en ese humano, si es eso lo que es. Y me parece que será mejor que vuelvas a ser Sadia.

Me giré para descender la escalera, y Devon me siguió tropezando con los faldones.

—Sí, tal vez estés en lo cierto. Pero ¿qué hay de Alake? Estará de acuerdo con nosotros. Tienes que decírselo.

—No, yo no. Creerá que es otra excusa para desembarazarme de él. Díselo tú. Te escuchará. Anda, ve. Yo me las arreglaré sola.

De nuevo estábamos en la cubierta uno. Devon fue a encontrarse con Alake y yo pude, por fin, continuar con mi trabajo sin que me molestaran. No escuché su conversación, pero advertí que en un primer momento no coincidía con nosotros, porque vi cómo sacudía la cabeza haciendo repicar con fuerza sus pendientes. Pero Devon tenía mucha más paciencia con ella que yo, y poco a poco la fue convenciendo. Alake me miró y miró al hombre, con expresión pensativa y preocupada. Finalmente asintió, afligida.

Frente al bajo ventanal que daba a la cámara de agua, manipulé las palancas y las bajé con fuerza. Un panel ubicado en el casco se abrió. El agua espumosa borboteó y penetró en la cámara, al tiempo que arrastraba a numerosos peces indignados (que no eran delfines) y al humano.

Esperé a que el agua alcanzara el nivel adecuado y cerré el panel.

—¡Lo tengo! —grité.

Volvimos corriendo a la cubierta dos, la cima de la cámara. La abrí y escudriñé la profundidad. Si hubiera sido un enano, habría quedado en el fondo y habríamos tenido que usar las pinzas para sacarlo. Pero, como era un humano, nadó hasta la superficie y flotó, a una brazada de distancia respecto a nosotros.

—Alake y yo lo sacaremos, Devon —le dije con dulzura—. Tú ve a cubrirte con el velo.

Devon se marchó. Mi amiga se acercó para ayudarme, y entre las dos llevamos al hombre hacia el borde y lo alzamos hasta la cubierta. Cerré la compuerta y la sellé, abrí el panel superior para que pudieran salir los airados peces y puse en marcha las bombas. Después fui a ver a nuestra presa.

Cuando lo subimos a bordo y lo miramos de cerca, estuve a punto de cambiar de opinión. Si las serpientes dragón hubieran mandado un espía, habrían elegido algo mejor.

Tenía un aspecto lamentable, allí tirado en la cubierta, estremeciéndose de pies a cabeza, entre ataques de tos, convulsiones y vómitos acuosos; boqueaba como un pez fuera del agua. Era obvio que Alake nunca había visto nada igual. Por fortuna, yo sí.

—¿Qué le ocurre? —preguntó nerviosa.

—La temperatura de su cuerpo ha bajado mucho y se está reajustando para volver a respirar aire en lugar de agua.

—¿Cómo te lo explicas? ¿Qué podemos hacer por él?

—En ocasiones, los enanos caen al agua, de modo que sabría qué hacer si se tratara de un enano. Hacerlo entrar en calor por dentro y por fuera. Cubrirlo de mantas y hacerle beber todo el brandy que fuera capaz de tragar.

—

— I

—¿Estás segura? —Alake dudaba—. Me refiero al brandy. «Borracho como un enano», se dice en Phondra. Pero ¿quién se supone que compra la mayor parte de nuestro licor?

—Hay que emborracharlo. ¿Por qué crees que boquea de esa manera? El cerebro le dice a su cuerpo que aún respira agua. Dale a su mente otra cosa en que pensar y el cuerpo volverá a respirar aire... para lo que está hecho —añadí con rudeza.

—Ya entiendo, Grundle. Tráeme una botella de brandy y mi bolsa de hierbas. Y si ves a Dev... Sadia dile que me traiga todas las mantas que encuentre.

Bueno, no parecíamos empezar con buen pie. Por suerte, el humano estaba ocupado luchando por su vida y no advirtió la equivocación de Alake. Me dirigí a la bodega para buscar el licor y en el camino de vuelta me tropecé con Devon. Subía con el velo puesto y un chal sobre los hombros que ocultaba los desgarrones de las costuras. Le expliqué las instrucciones de Alake, y volvió a su camarote para reunir las mantas.

Proseguí mi camino mientras reflexionaba sobre lo que Alake había dicho. Me extrañaba que aquel humano estuviera tan desacostumbrado al agua. Los phondranos pasan tanto tiempo en el Mar de la Bondad como en tierra y, en consecuencia, no sufren esa enfermedad que los enanos llamamos «envenenamiento por agua». Era evidente que no era de Phondra. Pero, entonces, ¿quién era y de dónde procedía?

Aquello superaba la comprensión de un enano.

Una vez en la bodega, cogí una de las botellas, la descorché y tomé un trago sólo para cerciorarme de que el brandy estaba bueno.

Lo estaba. Parpadeé.

Di uno o dos tragos más. Volví a taparla y corrí a llevársela a nuestro pasajero.

Alake y Devon lo habían colocado en una silla enganchada a una cuerda que se podía subir y bajar por el hueco de la escalera, la cual se utilizaba para trasladar a los heridos y para uso de aquellos cuya corpulencia les impedía trepar por los peldaños. Llevamos al hombre a las habitaciones de la tripulación en la cubierta dos y lo instalamos en un pequeño camarote.

Por fortuna, podía caminar, aunque le temblaban las piernas como a un gatito recién nacido. Alake extendió un montón de mantas. Se dejó caer sin fuerzas sobre ellas y lo cubrimos con unas cuantas más. Todavía boqueaba y sufría mucho. Le ofrecí la botella. Pareció entender, porque se movió hacia mí. Acercó los labios y bebió un sorbo. El ahogo se convirtió en tos, y por un momento temí que el remedio acabara con él, pero se recuperó. Tomó unos cuantos tragos más y después se echó otra vez sobre las mantas. Su respiración se normalizó. Nos miró a uno detrás de otro y sus ojos tomaron nota de todo cuanto veían, sin excluir nada. De repente, se apartó las mantas. Alake reaccionó como una gallina a quien se le hubiera escapado el polluelo de debajo de las alas.

El humano hizo caso omiso de ella. Se miraba los brazos. Se los contempló largo rato, mientras se los frotaba frenético. Clavó la mirada en el dorso de las manos. Cerró los ojos con amarga desesperación y volvió a hundirse entre las mantas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alake en humano al tiempo que se arrodillaba junto a él—. ¿Estás herido? ¿Podemos ayudarte en algo?

Hizo el gesto de tocarle el brazo, pero él lo apartó y gruñó como un animal herido.

—No voy a hacerte daño —insistió—. Sólo quiero ayudarte. Continuó con los ojos fijos en ella y frunció el entrecejo con ira y frustración.

–Alake –dije con suavidad–. No te entiende. No comprende lo que le dices.

–Pero si hablo en humano...

–Dev... Sadia, inténtalo tú –rogué tartamudeando como Alake–. Quizá no sea humano, después de todo. El elfo se bajó el velo a la altura de la boca.

–¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas? –interrogó despacio y con claridad en el idioma musical de Elmas.

–

– I

El extraño, con expresión de enojo, clavó los ojos en Devon. Su frustración se convirtió en furia. Se apoyó en un brazo y nos empezó a gritar. No lo entendíamos, pero no necesitábamos un traductor.

–¡Fuera! –aullaba con toda seguridad–. ¡Largaos y dejadme en paz!

Entre gruñidos, se desplomó sobre las mantas una vez más. Tenía los ojos cerrados y estaba empapado de sudor. Pero movía los labios, aunque no conseguía articular palabra.

–Pobre hombre –dijo Alake con dulzura–. Está perdido, enfermo, y tiene miedo.

–Es posible –repuse, aunque tenía mi propia opinión–, pero será mejor que hagamos lo que dice.

–¿Estará..., estará bien? –Alake no le quitaba los ojos de encima.

–Perfectamente –aseguré mientras trataba de arrancarla de la puerta–. Si nos quedamos, sólo conseguiremos ponerlo nervioso.

–Grundle tiene razón –añadió Devon–. Dejémoslo solo para que descanse.

–Creo que debería quedarme con él –insistió.

Devon y yo intercambiamos miradas de alarma. El salvaje desconocido aullaba y su hosca expresión nos dio miedo. Como si no tuviéramos ya suficientes problemas, nos las teníamos que ver con un humano loco.

–Shh –susurré–. Vas a despertarlo. Vamos a hablar al corredor.

Sacamos a Alake de la habitación a pesar de su resistencia.

–Uno de nosotros debería vigilarlo –me cuchicheó Devon al oído.

Asentí y entendí lo que quería decir. Uno de nosotros sin contar a Alake.

–Traeré mi manta... –dijo ésta. Seguía haciendo planes para pasar la noche cerca de él.

–No, no –la interrumpí–. Vete a la cama. Yo me sentaré a su lado. Tengo experiencia en esta enfermedad –agregué, cortando de cuajo sus protestas–. Seguramente, dormirá varias horas. Tienes que descansar para atenderlo cuando se levante por la mañana.

Se animó con la perspectiva pero todavía dudaba y miraba hacia la puerta que acababa de cerrar detrás de mí.

–No sé...

–Te llamaré si se efectúa algún cambio –le prometí–. No querrás que mañana te vea adormilada y con los ojos enrojecidos, ¿no?

Aquello la convenció. Nos dio las buenas noches, echó un último vistazo a su paciente y se alejó por el corredor con una sonrisa.

–¿Qué hacemos ahora? –inquirió el elfo cuando Alake se hubo marchado.

–¿Cómo quieres que lo sepa? –contesté irritada.

–Bueno, eres una chica. Sabes de esas cosas.

–¿Qué cosas? –pregunté aunque sabía muy bien a qué se refería.

–Está clarísimo. Él la atrae.

–¡Bah! Me acuerdo de aquella vez que rescató un lobo herido. Se lo llevó a casa y lo trató de la misma manera.

–Esto no es un cachorro de lobo –replicó Devon con seriedad–. Es un joven

fuerte, atractivo y atlético, incluso para ser un humano. A Alake y a mí nos costó arrastrarlo por el pasillo.

Eso suponía otro problema. Si aquel hombre perdía los estribos y decidía hacer añicos el barco, nos veríamos en dificultades para detenerlo. Pero ¿qué había de las serpientes dragón? Era evidente que seguían al mando, porque el barco avanzaba por el agua. ¿Sabían que había un desconocido a bordo? ¿Les importaba?

—Vete a la cama —le dije a Devon, enojada, tras echar un trago de la botella—. No creo que saquemos nada en claro esta noche. Tal vez ocurra algo por la mañana. Sucedió algo.

Entré en la habitación donde se encontraba el hombre y me instalé en un rincón oscuro, cerca de la puerta. Si se despertaba, podría levantarme y salir antes de que se diera cuenta.

—

— I

Dormía intranquilo, agitado. Se revolvía entre las mantas y murmuraba en su lengua palabras que se me antojaban siniestras y afiladas, llenas de ira y odio. De vez en cuando gritaba y, en una ocasión, soltó un espantoso alarido y se quedó sentado y con la mirada fija en mí. Yo me levanté y estaba a punto de salir por la puerta, cuando comprendí que no me veía.

Se tumbó de nuevo y yo volví a mi sitio. Se aferraba a las mantas y repetía la misma palabra una y otra vez. Era algo parecido a «perro». Otras veces, gruñía y sacudía la cabeza mientras gritaba «¡señor!».

Finalmente, de puro agotamiento, se sumió en un profundo sueño.

Reconozco que para no perder el valor utilicé el brandy en abundancia. Ya no tenía miedo (para ser sincera apenas sentía nada). Al ver que dormía, decidí averiguar todo lo posible del hombre. Tal vez si investigaba en sus bolsillos, si es que tenía alguno...

Tras superar algunos problemas, logré ponerme en pie. (El barco se movía más de lo que yo recordaba.) Me acerqué hasta él y me agaché. Lo que presencié me quitó la borrachera más deprisa que los polvos de raíz negra de mi madre.

No me acuerdo de lo que ocurrió después, excepto que salí corriendo como una loca por el corredor.

Alake, vestida con la camisa de dormir, estaba de pie en la puerta y me miraba aterrorizada. Devon salió disparado de su camarote como si se prendiera fuego. Se veía forzado a dormir embutido en su vestido, pues el pobre muchacho sólo se había traído a bordo el vestido de Sadia.

—Te hemos oído gritar. ¿Qué sucede? —preguntaron al unísono.

—El humano... —Tomé aire—. ¡Se ha vuelto azul!

—¡Está agonizando! —sollozó Alake, y salió corriendo en dirección a la habitación del desconocido.

Nosotros la seguimos, y en el último momento Devon se acordó de cubrirse la cabeza con el velo.

Supongo que lo despertaron mis alaridos. (Devon me contó más tarde que creyó que me perseguían todas las serpientes dragón de Chelestra.) El humano estaba sentado en la cama y se miraba los brazos y las manos girándolos una y otra vez, como si no pudiera creer que fueran suyos.

No me extrañó. Si a mí me ocurriera algo así, también me quedaría atónita.

¿Cómo lo describiría? Sé que resulta increíble, pero juro por el Uno que el dorso de sus manos, sus brazos, su pecho desnudo y su cuello estaban cubiertos de una escritura azul.

Ya estábamos todos dentro del camarote cuando nos dimos cuenta de que

estaba completamente consciente. Levantó la cabeza y nos miró. Retrocedimos asustados. Incluso Alake se asustó un poco. El rostro del desconocido era severo, grave.

Pero, como si notara nuestro pánico, se esforzó en sonreír para tranquilizarnos.

Recuerdo que pensé que la suya era una cara poco acostumbrada a sonreír.

—No tengas miedo. Me llamo Haplo —dijo dirigiéndose a Alake—. ¿Cómo te llamaron?

No pudimos contestar. Hablaba en phondrano. En un phondrano fluido y perfecto.

Y, a continuación, él...

Pero eso tendrá que esperar. Alake me llama. Es la hora de comer.

En realidad, tengo hambre.

—

— I

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Los sartán, conducidos por el competente Samah, volvieron a la vida con una energía que asombró al anonadado Alfred. El pueblo salió de las criptas a un mundo que habían construido para ellos mismos mucho tiempo atrás. La magia sartán no tardó en infundir vida a lo que los rodeaba, un paisaje tan hermoso que Alfred solía contemplarlo a través de un velo de lágrimas de gozo.

Surunan. El nombre derivaba de la raíz rúnica que significaba centro. Era el núcleo, el centro de su civilización. Al menos, era lo que se habían propuesto que fuese. Por desgracia, aquel corazón había dejado de latir.

Pero ahora volvía a la vida.

Alfred recorrió sus calles y se maravilló ante su belleza. Los edificios estaban hechos de mármol de colores rosa y perlado que habían traído consigo del mundo antiguo. Sus altos chapiteles, levantados mediante la magia, se alzaban hacia un cielo esmeralda y turquesa. Paseos, avenidas y espléndidos jardines, que habían estado sumidos en un sueño tan profundo como el de sus creadores, resurgieron a una vida mágica. Y todos ellos conducían hacia el corazón de Surunan: la Cámara del Consejo.

Alfred había olvidado los placeres de estar en compañía de los de su propia especie, de poder relacionarse con otros. Se había ocultado tanto tiempo, había mantenido en secreto su verdadera naturaleza hasta tal punto, que era un gran alivio no tener que preocuparse por si revelaba sus poderes mágicos. Pero, a pesar de ello, incluso en aquel mundo nuevo y maravilloso y entre su propio pueblo, no conseguía sentirse del todo cómodo, del todo a gusto.

Había dos ciudades: una interna, central, y otra externa que era mucho más extensa, aunque no tan espléndida. Las dos estaban separadas por altos muros.

Alfred, al explorar la ciudad exterior, comprobó de inmediato que allí era donde habían vivido los mensch en otro tiempo. Pero ¿qué había sido de ellos mientras los sartán dormían? La respuesta, a juzgar por lo que pudo ver, parecía bastante sombría. Aunque los sartán estaban aplicando todos sus esfuerzos a eliminarlas, había pruebas evidentes de que se habían librado batallas devastadoras en aquella parte de la ciudad. Aparecían edificios derruidos, paredes hundidas y ventanas hechas añicos. Rótulos escritos en humano, elfo y enano yacían en las calles, arrancados y hechos pedazos.

Alfred lo contempló todo con pena. ¿Sería aquello obra de los mensch? ¿Se lo habrían hecho a sí mismos? Parecía probable, por lo que sabía de sus naturalezas belicosas. Pero entonces, ¿por qué no se lo habían impedido los sartán? Luego

recordó las imágenes de criaturas horribles que había visto en los pensamientos de Samah. ¿Qué eran aquellos seres? Otro interrogante. Demasiados. ¿Por qué habían recurrido a la hibernación aquellos sartán? ¿Por qué habían abandonado toda responsabilidad respecto de aquel mundo y de los otros que habían creado? Una tarde se detuvo en el jardín colgante de la casa de Samah, mientras reflexionaba que debía de llevar dentro de sí alguna terrible tara que le hacía seguir dando vueltas a aquellos pensamientos, algún defecto que le impedía ser feliz. Tenía, al fin, todo lo que había soñado poseer. Había encontrado a su gente y era todo lo que había esperado: fuerte, resuelta y poderosa. Los suyos estaban dispuestos a corregir todo lo que había salido mal. Alfred podía aliviarse de la carga

—
— I

agobiante que había acumulado sobre su espalda. Ahora tenía a otros que lo ayudaran a llevarla.

—¿Qué me sucede, entonces? —se preguntó en voz alta, abatido.

—Una vez oí hablar —le llegó una voz en un susurro— de un humano que había permanecido encerrado largos años en la celda de una prisión. Cuando al fin le abrieron la puerta y le ofrecieron la libertad, el hombre se negó a salir. Lo asustaba aquella libertad, la luz, el aire fresco. Prefería seguir en su celda oscura, porque la conocía. Allí se sentía a salvo, seguro.

Alfred se volvió y encontró a Orla. Le sonreía y tanto sus palabras como su tono de voz eran agradables, pero Alfred advirtió que estaba sinceramente preocupada al percibir su estado mental, confuso e inquieto.

Al verla allí, Alfred se sonrojó, suspiró y bajó los ojos.

—Tú aún no has abandonado tu celda —continuó Orla, que llegó a su lado y le apoyó la mano en el brazo—. Insistes en vestir ropas mensch —el tema quizás era mencionado porque Alfred tenía la vista fija en los zapatos que cubrían sus pies, excesivamente grandes—, no nos revelas tu nombre sartán, no nos abres tu corazón...

—¿Y vosotros? ¿Me habéis abierto los vuestros? —inquirió Alfred con calma, alzando la vista hacia ella—. ¿Qué terrible tragedia tuvo lugar aquí? ¿Qué fue de los mensch que vivían aquí? Allí donde miro, veo imágenes de destrucción, veo sangre en las piedras. Pero nadie habla de ello. Nadie se refiere a ello.

Orla palideció y apretó los labios.

—Lo siento —musitó Alfred con un suspiro—. No es asunto mío. Todos habéis sido maravillosos conmigo. Muy pacientes y atentos. La culpa la tengo yo y me esfuerzo por superarla pero, como has dicho, he estado mucho tiempo encerrado en la oscuridad. La luz... me hiere los ojos. Pero supongo que no puedes entenderlo.

—Hábame de ello, hermano —propuso Orla—. Ayúdame a comprender.

De nuevo, ella evitaba el tema, desviaba la conversación de ella y su pueblo y la dirigía de nuevo hacia él. ¿A qué venía aquella resistencia a hablar del asunto? Y, cada vez que hacía referencia al asunto, percibía miedo y vergüenza.

«Nuestra petición de ayuda...», había dicho Samah.

¿Por qué? A menos que la batalla allí librada hubiera sido adversa a los sartán, ¿y cómo era posible tal cosa? El único enemigo capaz de combatirlos a su mismo nivel estaba encerrado en el Laberinto.

Alfred, sin darse cuenta de lo que hacía, estaba arrancando las hojas de un vinilo en flor. Una a una, las arrancó, las miró sin verlas y las dejó caer al suelo.

Orla cerró la mano en torno a la suya.

—La planta gime de dolor.

—¡Cuánto lo siento! —Alfred dejó caer la flor y contempló con espanto el estrago

que había cometido—. Yo... no me daba cuenta de...

—Pero tu pena es mayor —continuó Orla—. Por favor, compártela conmigo.

Su sonrisa amable lo calentó como el vino aromático. Alfred, embriagado, olvidó su dudas y preguntas. Se descubrió expresando pensamientos y sentimientos guardados durante tanto tiempo que no era plenamente consciente de que los tenía.

—Cuando desperté y descubrí que los otros habían muerto, me negué a aceptar la verdad. Me negué a reconocer que estaba solo. No sé cuánto tiempo viví en el mausoleo de Ariano: meses, tal vez años. Viví en el pasado, recordando cómo había sido la existencia cuando estaba entre mis hermanos. Y pronto el pasado fue, para mí, más real que el presente. Cada noche, me iba a dormir diciéndome que, cuando me levantara a la mañana siguiente, los encontraría despiertos a ellos también. Y ya no estaría solo. Por supuesto, esa mañana no llegó jamás.

—¡Ahora ha llegado! —Orla volvió a estrechar la mano de Alfred entre sus dedos.

Él la miró, vio el brillo de unas lágrimas en sus ojos y estuvo a punto de echarse a llorar también. Con un carraspeo, tragó saliva a duras penas.

—

— I

—Si es así, la mañana ha tardado mucho en llegar —respondió con voz ronca—. Y la noche que la ha precedido ha sido muy oscura. Pero no debería perturbarte con...

—No, no. Soy yo quien lo siente —se apresuró a decir ella—. No debería haberte interrumpido. Continúa, por favor.

Orla continuó apretando su mano con dedos cálidos, firmes y consoladores.

Inconscientemente, Alfred se movió más cerca de ella.

—Un día me encontré ante las criptas de mis amigos. La mía estaba vacía y recuerdo que pensé: «Sólo tengo que volver a ocuparla y cerrar los ojos y la pena desaparecerá». Sí, el suicidio —añadió Alfred con calma, al ver la reacción de horror y perplejidad de Orla—. Había llegado a un punto crucial, como dicen los mensch. Finalmente, asimilé que estaba solo en el mundo. Podía continuar adelante y seguir formando parte de la vida, o abandonar ésta. Sostuve una lucha enconada conmigo mismo y, al cabo, dejé atrás todo lo que había conocido y amado y decidí salir al mundo. La experiencia fue espantosa, aterradora. Más de una vez pensé en volver atrás y ocultarme para siempre en las tumbas. Viví en un constante temor a que los mensch descubrieran mis verdaderos poderes e intentaran utilizarme. Si antes había vivido en el pasado y había encontrado consuelo en mis recuerdos, ahora veía que tales recuerdos eran un peligro. Tuve que apartar de mi cabeza todos los pensamientos de mi vida anterior para no sentir la constante tentación de utilizarlos, de recurrir a ellos. Tuve que adaptarme al modo de vida de los mensch. Tuve que convertirme en uno de ellos.

Alfred hizo un alto en sus explicaciones y contempló el cielo nocturno, de un azul marino intenso, vetado por nubes de tonos azules más claros.

—No puedes imaginar qué es la soledad —prosiguió, en voz tan baja que Orla se vio obligada a acercarse más a él para oírle—. Los mensch son seres muy solitarios. Los únicos medios de comunicación que poseen son físicos. Tienen que fiarse de las palabras, de una mirada o de un gesto para describir lo que sienten, y sus lenguajes son muy limitados. La mayoría de las veces son incapaces de expresar lo que sienten realmente, de modo que viven y mueren sin llegar nunca a saber la verdad acerca de sí mismos o de los demás.

—¡Qué tragedia tan terrible! —murmuró Orla.

—Eso mismo pensé yo, al principio —respondió Alfred—. Pero luego llegué a darme

cuenta de que muchas de las virtudes que poseen los mensch provienen de esta incapacidad para ver en el alma de los demás, como hacemos los sartán. En sus idiomas existen palabras como fe, confianza, honor... Un humano le dice a otro: «Tengo fe en ti. Confío en ti». No sabe qué ronda por la cabeza de su interlocutor, no puede ver su interior, pero tiene fe en él.

—También tienen otras palabras de las que carecemos los sartán —replicó Orla en tono más severo. Soltó la mano de Alfred y se apartó un poco de él—. Palabras como engaño, mentira, traición...

—Sí —asintió Alfred con suavidad—, pero llegué a descubrir que, de algún modo, unas cosas equilibran las otras.

Alfred escuchó un gañido, notó un hocico frío apretado contra su pantorrilla y, alargando la mano con gesto ausente, acarició las blandas orejas del perro y le dio unas palmaditas en la testuz para que guardara silencio.

—Me temo que tenías razón: no entiendo de qué me hablas

—dijo Orla—. ¿A qué te refieres con eso de «equilibrar»?

Alfred dio la impresión de tener tantas dificultades como un mensch para traducir sus pensamientos en palabras.

—Es sólo que... cuando veía a un mensch que traicionaba a otro, me sentía perplejo y enfermo. Pero, casi inmediatamente después, me encontraba con un acto de amor auténtico y desinteresado, un acto de fe y de sacrificio, y entonces me sentía humillado y avergonzado de mí mismo por haberlos juzgado tan mal. Escucha, Orla... —Alfred se volvió a mirar. El perro se apretó más contra él y la mano del sartán rascó al animal detrás de las orejas—. ¿Qué nos da derecho a

—

— I

juzgarlos? ¿Qué nos da derecho a decir que nuestro modo de vida es el correcto y el suyo el equivocado? ¿Qué nos da derecho a imponerles nuestra voluntad?

—¡El propio hecho de que los mensch tengan palabras como traición y asesinato!

—contestó ella—. Tenemos la obligación de guiarlos con mano firme y apartarlos de esas debilidades, enseñándoles a confiar sólo en sus fuerzas.

—Pero ¿no podría ser que, sin darnos cuenta, los estuviéramos alejando tanto de las debilidades como de las fuerzas?

—apuntó Alfred—. Me da la impresión de que el mundo que quisimos crear para los mensch era un lugar donde éstos quedaban absolutamente sometidos a nuestra voluntad. Seguro que me equivoco —continuó en tono humilde—, pero no entiendo la diferencia entre tal actitud y lo que se proponían los patryn.

—¡Pues claro que existe una diferencia! —estalló Orla—. ¿Cómo se te ocurre siquiera establecer la comparación?

—Lo siento —dijo Alfred, compungido—. Después de la bondad con que me has tratado, yo correspondo ofendiéndote. No me hagas caso. Yo... ¿Qué sucede? Orla había dejado de mirarlo y tenía ahora la vista fija en los pies de su interlocutor.

—¿De quién es ese perro?

—¿Perro? —Alfred también bajó la mirada.

El perro alzó la suya y meneó el rabo plumoso.

Alfred retrocedió tambaleándose hasta la pared de roca.

—¡Sartán bendito! —exclamó, asombrado—. ¿De dónde sales tú?

El perro, complacido ahora al tener la atención de ambos, irguió las orejas, ladeó la cabeza con gesto expectante y lanzó un único ladrido.

De pronto, Alfred había sido presa de una palidez mortal. Miró a un lado y a otro con gesto violento.

—¡Haplo! —exclamó—. ¿Dónde estás?

Al oír aquel nombre, el perro empezó a gemir, impaciente, y lanzó un solitario ladrido.

Pero nadie respondió.

El perro agachó las orejas. El rabo dejó de agitarse. El animal se dejó caer al suelo, posó el hocico entre las patas, suspiró y alzó la vista hacia Alfred con aire abatido.

El sartán recuperó la compostura y contempló al animal.

—Haplo no está aquí, ¿verdad?

El perro reaccionó de nuevo al nombre, levantó la testuz y miró a su alrededor con aire añorante.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Alfred.

—¡Haplo! —Orla pronunció el nombre con aversión, como si estuviera embadurnado de veneno—. Ésa es una palabra patryn.

—¿Qué? ¡Oh, sí, creo que lo es! —respondió Alfred, preocupado—. Significa «único». El perro no tiene nombre. Haplo nunca se lo ha puesto. Un detalle interesante, ¿no crees? —Hincó una rodilla junto al animal, le acarició la cabeza con una mano suave y temblorosa y le preguntó: ¿Cómo es que estás aquí? ¿No estás enfermo, verdad? No, me parece que no. Enfermo, no. Tal vez Haplo te ha enviado para espiarme; se trata de eso, ¿verdad?

El perro lanzó una mirada de reproche a Alfred. «Esperaba algo mejor de ti», parecía decir.

—El animal pertenece a un patryn —murmuró Orla. Alfred dirigió la vista hacia ella y respondió, tras un titubeo:

—Podría decirse que sí. Y, sin embargo...

—Podría estar espiándonos para él, ahora mismo.

—Es posible —concedió Alfred—, pero no lo creo. Es cierto que hemos utilizado al animal con tal propósito en alguna ocasión...

—¿Hemos? —Orla se apartó de él con un sobresalto.

—

— I

—Yo..., es decir..., Haplo lo propuso... en Abarrach... El príncipe y Baltazar, un nigromante. Yo, en realidad, no quería espiarlos pero no tuve más remedio... — Alfred comprendió que no estaba aclarando nada y empezó de nuevo: Haplo y yo estábamos perdidos en Abarrach...

—¡Por favor! —lo interrumpió Orla con un hilo de voz—. Por favor, deja de repetir ese nombre. Yo... —se tapó los ojos—... veo cosas horribles. Monstruos espantosos. Muertes brutales...

—Estás viendo el Laberinto. Ése es el lugar donde vosotros..., donde los patryn han permanecido encarcelados todos estos siglos.

—Donde nosotros los encerramos, estabas a punto de decir. Pero todo parece tan real en tu mente... Tan real como si hubieras estado allí.

—He estado allí, Orla.

Para desconcierto de Alfred, su interlocutora palideció y lo miró con aire asustado. Él se apresuró a tranquilizarla.

—En realidad, no he estado en carne y hueso...

—Por supuesto —musitó en un suspiro—. Es..., es imposible. No digas esas cosas, entonces, si no hablas en serio.

—Lo siento. No pretendía trastornarte.

Pese a la disculpa, Alfred no encontraba explicación a la actitud de Orla, a su turbación... y a su miedo. ¿Por qué estaba atemorizada? Más preguntas.

–Será mejor que te expliques, me parece –dijo ella.

–Sí, lo intentaré. Estuve en el Laberinto, pero fue a través del cuerpo de Haplo. Hicimos lo que podría denominarse un intercambio de mentes. Fue mientras atravesábamos la Puerta de la Muerte.

–¿Y él tuvo acceso a tu mente?

–Eso creo, aunque nunca me dijo nada al respecto. Incluso le costaba llamarme por mi nombre. Solía llamarme sartán, sin más. Me lo decía con un aire despectivo, pero no puedo recriminárselo. Tiene pocas razones para querernos...

Orla frunció el entrecejo.

–De modo que te sumergiste en la conciencia de un patryn. Creo que ningún otro sartán ha pasado por una experiencia semejante.

–Probablemente, no –asintió Alfred, apenado–. Tengo la impresión de que siempre estoy metiéndome en cosas raras.

–Debes contárselo a Samah. Alfred se sonrojó y bajó los ojos.

–En realidad, preferiría no...

Se puso a dar palmaditas al perro.

–¡Pero esto podría ser muy importante! ¿No lo ves? Has estado dentro de uno de ellos. Puedes decirnos cómo piensan y por qué reaccionan como lo hacen. Puedes proporcionarnos unos conocimientos que aún podrían ayudarnos a derrotarlos.

–La guerra ha terminado –le recordó Alfred, sin aspavientos.

–¡Pero puede llegar otra! –replicó ella, cerrando un puño y descargándolo contra la palma de la otra mano.

–Eso es lo que cree Samah. ¿Compartes esa opinión, acaso?

–Samah y yo tenemos ciertas diferencias –respondió Orla enérgicamente–. Todo el mundo lo sabe. Nunca lo hemos ocultado. Pero Samah es sabio, Alfred, y lo respeto. Es el jefe del Consejo. Y quiere lo que todos: vivir en paz.

–¿Es eso lo que quiere, en tu opinión?

–¡Pues claro! –aseguró Orla–. ¿Qué suponías?

–No lo sé. No estaba seguro.

Alfred recordó la expresión de Samah mientras decía: «Hermanos, parece que, finalmente, hemos despertado en un momento propicio. Una vez más, nuestro antiguo enemigo proyecta ir a la guerra». Su mente evocó la imagen y Orla la compartió con él. La expresión de su rostro se dulcificó.

–Habla con Samah. Sé sincero con él. Y él –suspiró– lo será contigo. Responderá a tus preguntas. Te contará qué nos sucedió en Chelestra y por qué, según tus palabras, abandonamos nuestras responsabilidades.

–

– I

–Yo no pretendía... –murmuró Alfred, sonrojándose.

–No. En cierto modo, tienes razón. Pero tienes que conocer la verdad antes de juzgarnos. Igual que nosotros debemos saber la verdad sobre ti antes de juzgarte. Alfred no supo qué decir. No se le ocurrían más argumentos.

–Y ahora –dijo Orla, con los brazos cruzados delante del pecho–, ¿qué hay del perro?

–¿Qué sucede con él? –Alfred se mostró inquieto.

–Si pertenece al patryn, ¿por qué está aquí? ¿Por qué ha venido a ti?

–No estoy seguro –respondió Alfred, dubitativo–, pero creo que se ha perdido.

–¿Perdido?

–Sí. Creo que el perro ha perdido el rastro de Haplo. Y quiere que yo lo ayude a encontrar a su amo.

–¡Pero eso es un disparate! Hablas como en un cuento para niños. Este chucho

puede ser bastante inteligente para los de su especie, pero no deja de ser sólo un animal irracional...

—¡Oh, no! Es un perro muy extraordinario —afirmó Alfred con rotundidad—. Y, si está aquí, en Chelestra, no te quepa duda de que Haplo está aquí también... en alguna parte.

El perro levantó la testuz y meneó el rabo, considerando que con toda aquella charla debían de estar haciendo progresos.

—¿Crees que el patryn está aquí, en Chelestra? —Orla frunció el entrecejo.

—Resulta lógico. Éste es el cuarto mundo, el último que tiene que visitar antes de... —no terminó la frase.

—... de que los patryn lancen su ataque, ¿no es eso? Alfred asintió en silencio.

—Comprendo que te perturbe la idea de que nuestro enemigo pueda estar en este mundo, pero pareces más apenado que inquieto. —Orla bajó la vista hacia el perro y añadió, perpleja—: ¿Por qué te preocupa tanto un perro perdido?

—Porque, si el perro ha perdido a Haplo —respondió Alfred, muy serio—, me temo que Haplo se haya perdido también.

—

— I

CAPÍTULO

A LA DERIVA EN ALGUNA PARTE DEL MAR DE LA BONDAD

Haplo yacía en su catre a bordo de la extraña nave, sin hacer otra cosa que reposar y contemplarse los brazos y las manos. Los signos mágicos aún eran sólo ligeramente visibles: un azul más pálido y desvaído que el de los ojos de aquel estúpido sartán, Alfred. ¡Sin embargo, las runas estaban de nuevo allí! ¡Habían reaparecido! Y, con ellas, su magia. Haplo cerró los ojos, respiró profundamente y exhaló un suspiro de alivio.

Recordó los momentos terribles después de recuperar la conciencia a bordo de la embarcación, al descubrirse rodeado de mensch y saberse indefenso y desvalido. ¡Ni siquiera había podido entender lo que le decían!

No importaba que fueran mujeres muy jóvenes, con aspecto casi de recién salidas del cuarto de los niños. Tampoco importaba que le hubieran tratado con amabilidad y gentileza o que lo hubieran observado con sorpresa, simpatía y lástima. Lo importante era que aquellas jóvenes habían tenido el dominio de la situación. Haplo, débil por el agotamiento y el hambre, privado de su magia, había estado a su merced. Por un momento, se había arrepentido amargamente de haber pedido su ayuda. Habría sido mejor perecer.

Pero, ahora, la magia volvía. Su poder se reavivaba. Igual que las runas, la magia aún era débil. No podía hacer gran cosa, más allá de las estructuras rúnicas más rudimentarias; había regresado a sus facultades mágicas de la infancia. Podía entender idiomas y hablarlos; probablemente sería capaz, si era necesario, de proveerse de alimento, y tenía el poder de curar cualquier herida de poca importancia que se causara. Y eso era todo.

Al pensar en lo que le faltaba, Haplo se sintió de pronto irritado y lleno de frustración. Se obligó a tranquilizarse. Ceder a la cólera significaba perder el control otra vez.

—Paciencia —se dijo, tendido de espaldas en el catre—. Aprendiste a tenerla en el Laberinto, y lo aprendiste de la manera más dura. Tranquilízate y ten paciencia. No parecía correr ningún peligro, aunque no estaba claro cuál era exactamente su situación. Había intentado hablar con las tres muchachas mensch pero éstas se habían mostrado tan asombradas por el hecho de que, de pronto, utilizara su idioma —y por el aspecto alarmante de las runas de su piel— que habían huido de su

lado antes de que pudiera hacerles más preguntas.

Haplo había esperado, tenso, a que algún otro mensch de más edad entrara a preguntar qué sucedía. Pero no se presentó ninguno. Allí tumbado, pese a sus esfuerzos por escuchar algo, no captó otro ruido que el crujido de las cuadernas de la nave. De no parecer demasiado improbable, casi habría dicho que las tres jóvenes y él eran los únicos a bordo.

«Fui demasiado duro con ellas –reflexionó–. Tendré que tomármelo con calma y tener cuidado de no sobresaltarlas otra vez. Estas muchachas podrían serme de utilidad. Tengo la impresión de que pronto voy a conseguir otra nave», concluyó, mirando a su alrededor con satisfacción.

A cada momento se sentía más fuerte y justo acababa de decidirse a correr el riesgo de abandonar el camarote e ir en busca de alguien, cuando escuchó unos leves golpes de nudillos en la puerta. Rápidamente, volvió a tenderse, se tapó con la manta y fingió estar dormido.

–

– I

La llamada a la puerta se repitió y Haplo oyó voces –tres voces– discutiendo qué hacer. La puerta crujió y empezó a abrirse lentamente. El patryn imaginó sin esfuerzo que unos ojos se asomaban por la rendija.

–¡Vamos, Alake!

Quien hablaba era la enana, con su voz grave y áspera.

–¡Pero si está dormido! Me temo que lo despertaré.

–Tú deja la comida en el suelo y sal enseguida.

Ésta era la voz de una doncella élfica, ligera y aguda, pero Haplo se descubrió pensando que había algo en ella que no terminaba de estar bien.

Haplo escuchó el sonido de unos pies desnudos que penetraban en el camarote y consideró que era el momento de despertarse despacio, con cuidado de no asustar a nadie. Exhaló un profundo suspiro, cambió de postura y emitió un gruñido. Las pisadas se detuvieron al momento y el patryn captó cómo la muchacha contenía la respiración.

Abrió los ojos, la miró y sonrió.

–Hola –dijo en el idioma de ella–. Alake, ¿no es eso?

La muchacha era humana, y una de las mujeres más atractivas que Haplo había visto. «Cuando crezca –pensó para sí– será una belleza.» Su piel era de un color negro suave, aterciopelado. Sus cabellos, de tan negros, tenían un tono casi azulado y brillaban con la intensidad de un ala de corneja. Tenía los ojos grandes y de un tono castaño difuminado. Pese a su comprensible alarma, permaneció donde estaba y no salió huyendo.

–Eso huele bien –continuó el patryn, alargando las manos hacia la comida–. No sé cuánto tiempo he estado a la deriva en el mar, sin nada que comer. Días, tal vez. Alake, así te llamas, ¿verdad? –repitió.

La muchacha depositó el plato en sus manos, con la mirada baja.

–Sí –respondió con timidez–, me llamo Alake. ¿Cómo lo has sabido?

–Un nombre encantador –respondió él–. Casi tanto como la chica que lo lleva.

Su comentario fue recompensado con una sonrisa y una caída de sus larguísimas pestañas. Haplo empezó a comer una especie de estofado y una rebanada de pan rancio.

–No os vayáis –murmuró con la boca llena. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo hambriento que estaba–. Entrad. Hablemos.

–Teníamos miedo de perturbar tu descanso –empezó a responder Alake, volviéndose hacia sus dos compañeras, que no habían pasado de la puerta.

Haplo movió la cabeza y señaló el catre con un pedazo de pan. Alake se sentó a su lado, pero no lo bastante cerca como para ser considerada atrevida. La doncella élfica se coló en el camarote y se acomodó en una silla que encontró en un rincón en sombras. Se movía con torpeza, carente de la gracia que Haplo siempre había asociado con los elfos. Pero quizás ello se debía a que llevaba un vestido que parecía demasiado pequeño para ella. Un chal le cubría los brazos, y un largo velo de seda le envolvía el rostro y la cabeza, dejando a la vista únicamente sus almendrados ojos.

La enana entró pisando enérgicamente con sus cortas y gruesas piernas, se acuclilló en el suelo, cruzó los brazos y miró a Haplo con profunda suspicacia.

—¿De dónde vienes? —preguntó, en el idioma enano.

—¡Grundle! —la riñó Alake—. Déjalo que termine de comer. La enana no le hizo caso.

—¿De dónde vienes? ¿Quién te envía? ¿Las serpientes dragón?

Haplo se tomó tiempo para contestar. Rebañó el cuenco con el pan y pidió algo que beber. La enana, sin una palabra, le pasó una botella de un licor de aroma intenso.

—¿Prefieres agua? —inquirió Alake, impaciente.

Haplo pensó que había tenido agua suficiente para toda una vida, pero no quería perder sus facultades en el fondo de una botella de licor, de modo que asintió.

—Grundle... —empezó a decir Alake.

—

— I

—Iré yo —murmuró la muchacha élfica, y abandonó el pequeño camarote.

—Me llamo Haplo... —comenzó.

—Eso ya nos lo dijiste anoche —lo cortó Grundle.

—¡No interrumpas! —intervino Alake, fulminando a su amiga con una mirada colérica.

Grundle murmuró algo por lo bajo y apoyó la espalda en el mamparo, con sus menudos pies extendidos delante de ella.

—La nave en la que viajaba naufragó. Logré escapar y estuve a flote en el agua hasta que me encontrasteis y tuvisteis la bondad de subirme a bordo. —Haplo dirigió una nueva sonrisa a Alake, quien bajó la mirada y se puso a jugar con los adornos de cobre que llevaba en el pelo—. En cuanto a de dónde vengo, es probable que no hayáis oído nunca el nombre, pero es un mundo muy parecido al vuestro. Era una respuesta suficientemente segura. Pero Haplo debería de haber sabido que no satisfaría a la enana.

—¿Una luna marina como la nuestra?

—Algo parecido.

—¿Cómo sabes qué aspecto tiene la nuestra?

—Lo único que sé es que todas las... hum..., las lunas marinas de Chelestra son iguales —contestó el patryn. Grundle lo señaló con un dedo acusador.

—¿Por qué llevas dibujos en la piel?

—¿Por qué llevan barba los enanos? —replicó Haplo.

—¡Ya basta, Grundle! —intervino Alake—. Lo que dice resulta perfectamente lógico.

—Sí, habla bastante bien —repuso la enana—. Aunque no dice gran cosa, si te has fijado. Pero me gustaría oír lo que tenga que decir sobre las serpientes dragón.

La doncella élfica había regresado con el agua. Le tendió la jarra a Haplo al tiempo que decía en voz baja:

—Grundle tiene razón. Necesitamos saber cosas de las serpientes dragón.

Alake dirigió una sonrisa de disculpa al patryn.

—Sadia y Grundle temen que te hayan enviado las serpientes dragón para espiarnos. No se me ocurre por qué tendrían que hacer tal cosa, si ya somos sus cautivas y acudimos voluntariamente a afrontar nuestro destino...

—¡Espera! Más despacio. —Haplo levantó la mano para detener el torrente y miró a las jóvenes—. No estoy seguro de comprender lo que estáis contando pero, antes de que sigáis, dejad que os diga que la persona que me envía es mi amo y señor. Un hombre, y no un dragón. Y, por lo que he visto de los dragones en mi mundo, no haría nada en absoluto por ellos, salvo matarlos.

Haplo dijo todo esto con calma, empleando un tono y unos ademanes convincentes. Además, sus palabras decían la verdad. En el Laberinto, los dragones eran seres inteligentes y temibles. Había visto otros dragones durante sus viajes, malvados unos, presuntamente buenos otros, pero nunca había encontrado en aquellas criaturas nada que le inspirase confianza.

—Bien —continuó Haplo, viendo cómo la enana abría la boca—, ahora podríais contarme qué hacéis las tres solas a bordo de esta embarcación.

—¿Quién dice que estamos solas? —replicó Grundle, pero su protesta era débil y desanimada.

No era tanto que las tres muchachas le creyeran, entendió Haplo, como que deseaban creerle. Y, una vez que hubo escuchado su relato, el patryn comprendió por qué.

Escuchó con aparente tranquilidad la historia que narraba Alake. Por dentro, estaba furioso. Si hubiese creído en un poder superior que controlara su destino (creencia que desde luego no compartía, pese a los trucos de Alfred para convencerlo de lo contrario), habría pensado que el poder superior se estaba riendo con ganas. Debilitado en su magia, más débil de lo que había estado en toda Según se narra en El Mar de Fuego, vol. de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

— I

su vida, Haplo había conseguido ser rescatado por tres corderos sacrificiales que corrían mansamente al encuentro de la inmolación.

—¡No diréis todo eso en serio!

—Claro que sí —afirmó Alake—. Es por el bien de nuestro pueblo.

—¿Y habéis accedido a hacerlo? ¿No habéis tratado de huir?

—No, y tampoco queríamos hacerlo —añadió Grundle con firmeza—. Nosotras tomamos la decisión. Nuestros padres ni siquiera sabían que nos íbamos. Habrían intentado detenernos.

—¡Y habrían hecho bien! —Haplo dirigió una mirada furibunda al trío. Corriendo mansamente hacia la muerte... ¡y llevándolo a él consigo!

La voz de Alake se redujo a un susurro.

—Crees que somos tontas, ¿verdad?

—Sí —respondió Haplo con toda franqueza—. Esas serpientes dragón, por lo que me habéis contado, han torturado y matado gente. ¿Creéis que van a mantener su palabra, aceptar tres sacrificios, y retirarse como si tal cosa?

Grundle carraspeó sonoramente, taconeó con fuerza sobre la cubierta y dijo:

—Entonces ¿por qué ofrecer un trato? ¿Qué sacan las serpientes dragón con ello?

¿Por qué no se limitan a matarnos y terminan con el asunto sin más?

—¿Qué consiguen las serpientes dragón, preguntas? Yo te diré qué consiguen.

Sembrar el miedo, la angustia, el caos. En mi tierra tenemos criaturas que viven del miedo, que se ceban con él. Piensa en ello. Si son tan poderosas como decís, esas serpientes dragón podrían haberse presentado de noche y atacar vuestras lunas marinas. Pero no. ¿Qué han hecho? Venir de día, crear el pánico entre

pequeños grupos de vuestros pueblos, proclamar mensajes, exigir sacrificios... ¡Y mirad los resultados!

Ahora, vuestros pueblos están más aterrorizados que si hubieran de hacer frente a un ataque imprevisto. Y que vosotras tres hayáis escapado de esta manera no hace sino empeorar las cosas para vuestros pueblos. No mejorarlas.

Alake se amilanó bajo la mirada iracunda de Haplo. Incluso la terca Grundle pareció perder su actitud desafiante y empezó a darse nerviosos tirones de sus largas patillas. Sólo Sadia, la doncella élfica, permaneció fría y calmada. Continuó sentada en su taburete, con la espalda muy recta, erguida y con aspecto distante y reservado, como si sólo ella estuviera satisfecha con su decisión. Para ella, nada de cuanto había dicho Haplo cambiaba las cosas.

Era extraño. Pero la propia muchacha resultaba extraña, aunque Haplo no lograba precisar en qué. Había algo en ella...

¿Ella?

Haplo advirtió, de pronto, la postura de Sadia en su asiento. Cuando había tomado asiento, había mantenido las rodillas juntas, los tobillos cruzados recatadamente bajo la falda larga. Sin embargo, durante la larga narración de Alake sobre su terrible historia, la doncella élfica se había relajado, olvidando sus cautelas. Ahora estaba sentada con las piernas abiertas sobre el taburete bajo, con las rodillas separadas, las manos sobre ellas y los pies recogidos debajo.

«Si tengo razón –pensó Haplo–, esto va a servirme. No tendrán más remedio que estar de acuerdo conmigo.»

–¿Qué crees que está sucediendo ahora mismo en tu familia? –preguntó Haplo a Alake–. En lugar de prepararse para la guerra, como debería, tu padre tiene ahora miedo a hacer cualquier cosa. No se atreve a atacar a las serpientes dragón mientras te tienen cautiva. Lo corroe el remordimiento y día a día lo debilita la desesperación.

Alake estaba sollozando en silencio. Sadia alargó la mano y estrechó la de su amiga. Haplo se puso en pie y empezó a dar zancadas por el pequeño camarote.

–¡Y tú! –Se volvió en redondo hacia la enana–. ¿Y tu pueblo? ¿Qué hace?

Procura armarse, o llora la pérdida de su princesa? Todos están allí, aguardando. Aguardando con esperanza y con temor. Y, cuanto más tiempo aguardan, más crece el miedo.

–

– I

–¡Lucharán, seguro! –insistió Grundle, pero le tembló la voz.

Haplo no hizo caso de su protesta. Continuó su deambular, diez pasos en cada dirección, y cada vuelta lo acercaba más a Sadia, que estaba ocupada tratando de consolar a Alake.

Grundle se levantó de pronto, como impulsada por un resorte, y se plantó ante Haplo en actitud desafiante, con sus bracitos en jarras.

–Sabíamos que nuestro sacrificio podía ser en vano, pero nos pareció que, si existía la menor posibilidad de que las serpientes dragón cumplieran su parte del trato, merecía la pena intentar salvar a nuestros pueblos. Yo aún sigo pensando así. ¿Qué decís vosotras? ¿Alake? ¿Sadia?

Alake la miró con unos ojos empañados por las lágrimas, pero consiguió asentir enérgicamente.

–Estoy de acuerdo –dijo Sadia, con la voz amortiguada por el velo–. Tenemos que someternos a esto. Por nuestros pueblos.

–De modo que esperaréis que las serpientes dragón mantengan su parte del trato, ¿eh? –Haplo contempló al trío con una expresión ceñuda e irónica–. ¿Y qué me

decís de vosotras? ¿Realmente cumplís con vuestra parte del trato? Si, por alguna remota casualidad, esas bestias son justas y fieles a su palabra, ¿cómo creéis que reaccionarán cuando descubran que las habéis engañado?

Alargó la mano, agarró el velo de Sadia y se lo arrancó.

La doncella élfica intentó en vano recuperarlo. Al ver que no lo conseguía, volvió el rostro y bajó la cabeza.

—¡Pero bueno! ¿Qué..., qué estás haciendo? Sadia juntó las rodillas y cruzó de nuevo los tobillos, pero ya era demasiado tarde.

—Tres hijas de familias regias... —Haplo enarcó una ceja—. ¿Qué pensabais contarles a las serpientes dragón? ¿Que todas las doncellas élficas tienen una nuez prominente en el cuello? ¿Que todas las doncellas élficas tienen mandíbulas fuertes y hombros musculosos y desarrollados? ¿Que por eso lucen unos pechos tan lisos? Por no hablar de otros adminículos que no suelen encontrarse en las doncellas... —El patryn dirigió una expresiva mirada a la entrepierna de la presunta princesa élfica. Sadia se sonrojó como lo habría hecho una chica de verdad. Dirigió una mirada a hurtadillas hacia Alake, que la observaba apenada, y se volvió luego hacia Grundle, quien suspiró y movió la cabeza a un lado y a otro.

El joven elfo se incorporó y se plantó ante Haplo con aire desafiante.

—Tienes razón, desconocido. Sólo pensé en salvar a la muchacha que amaba y con la que me tenía que casar. Nunca se me pasó por la cabeza que la suplantación pudiera dar motivo a las serpientes dragón para sostener que habíamos roto el pacto establecido con ellas.

—¡Es cierto, no se nos ocurrió en ningún momento! —dijo Alake con las manos juntas, retorciéndose los dedos con gesto nervioso—. Las serpientes dragón se pondrán furiosas...

—Quizá no les importe —terció la enana, Grundle, siempre poniendo reparos a todo. Haplo la habría estrangulado con gusto—. Devon no es una princesa, pero es príncipe. Mientras las serpientes dragón tengan a tres miembros de las casas reales, ¿qué importa si son varones o mujeres?

—Dijeron específicamente tres hijas, pero quizá Grundle tenga razón... —murmuró Alake, con una expresión de patética esperanza.

Haplo decidió que era momento de poner fin a aquello de una vez por todas.

—¿Tampoco se os ha ocurrido nunca pensar que los dragones quizá no tuvieran intención de mataros, que podrían tener otros planes para vosotras? Unos planes que requieran la presencia de mujeres. Como la reproducción, por ejemplo...

Alake soltó un gemido y se llevó las manos a la boca. El elfo le pasó el brazo por los hombros en gesto de consuelo y le comentó algo en voz baja. Grundle se quedó todo lo pálida que permitía su tez marrón avellana. La enana se dejó caer pesadamente en un taburete y bajó la vista hacia la cubierta de la nave con una expresión abatida.

—

— I

Había querido meterles miedo, lo había conseguido y eso era lo único que importaba, se dijo Haplo con toda frialdad. En adelante, los tres mensch acatarían lo que les dijese. Se habían acabado las discusiones. Se haría cargo de la nave, dejaría a los tres jóvenes en alguna parte y continuaría con su misión.

—¿Qué quieres que hagamos, señor? —preguntó el elfo.

—En primer lugar, ¿cómo te llamas de verdad? —gruñó Haplo.

—Devon, de la Casa de...

—Con Devon bastará. ¿Qué o quién dirige la nave? Vosotros no, por lo que veo.

¿Quién más hay a bordo?

—Nosotros... no lo sabemos, señor —respondió Devon con un gesto de impotencia—. Suponemos que son las serpientes dragón. Su magia...

—¿No habéis intentado variar el rumbo, o detener la nave?

—Ni siquiera podemos acercarnos a la sala de gobierno. Allí dentro hay algo horrible.

—¿De qué se trata? ¿Se puede ver?

—No —reconoció Devon, avergonzado—. No hemos podido acercarnos lo suficiente para ver nada.

—Es una sensación terrible, te lo aseguro —afirmó Grundle, en actitud hosca y desafiante—. Como avanzar hacia la muerte.

—... Que es exactamente lo que estáis haciendo en este momento —soltó Haplo. Los jóvenes mensch se miraron y agacharon la cabeza. Eran tres chiquillos perdidos y solitarios, enfrentados a un destino horrible. Haplo lamentó la aspereza de su comentario. Tampoco se trataba de asustarlos demasiado, se dijo, pues iba a necesitar su colaboración.

—Lamento haber sido tan brusco —se disculpó con cierta rudeza—, pero en mi mundo tenemos un dicho: «El dragón siempre es más pequeño para el ojo que para la cabeza».

—Lo cual significa que es mejor saber la verdad —dijo Alake, enjugándose las lágrimas—. Tienes razón. Ya no me siento tan asustada. Aunque, si lo que dices es cierto, tengo más motivos para estarlo.

—Es como hacerse arrancar una muela —intervino Grundle—. Uno siempre sufre más pensando en ello que cuando se la quitan de verdad. —Dirigió una mirada a Haplo y añadió—: Eres bastante listo... para ser humano. ¿De dónde has dicho que procedes?

Haplo lanzó una mirada severa a la enana. Una mensch muy perspicaz, aquella Grundle. Pero, en aquel momento, el patryn no tenía tiempo para dedicarse a esquivar sus afilados dardos.

—No debería preocuparte tanto el lugar del que procedo como el destino al que te diriges si no conseguimos desviar esta nave de su rumbo. ¿Por dónde se va a la sala de gobierno?

—Pero ¿cómo vas a conseguir lo que te propones? —inquirió Alake, acercándose a él. Cuando miró a Haplo, los ojos de la humana tenían una expresión cálida y suave—. Es evidente que la nave está controlada por una magia poderosa.

—Yo también tengo algunos conocimientos de magia —respondió él.

Por lo general, Haplo prefería guardar tales conocimientos para sí pero, en aquel caso, los jóvenes mensch iban a verlo utilizar sus recursos mágicos y era mejor prepararlos por anticipado.

—¿De veras? —Alake exhaló un profundo suspiro—. Yo también. He sido admitida en la Tercera Casa. ¿En qué Casa estás tú?

Haplo recurrió a los escasos datos que poseía sobre las toscas facultades de los humanos para las artes ocultas y recordó que, sobre todo, a éstos les gustaba envolver en un gran misterio incluso los hechizos más rudimentarios.

—Si has llegado a ese grado, sabrás que no me está permitido hablar de este tema —respondió.

Aquel leve rechazo no le hacía ningún daño a la muchacha. Si acaso, a juzgar por el brillo de sus ojos, la admiración que sentía por él había aumentado.

—

— I

—Perdóname —se apresuró a decir—. No ha estado bien por mi parte preguntarlo. Te enseñaremos el camino.

La enana dirigió otra mirada perspicaz a Haplo mientras se daba unos tirones de sus largas patillas.

Alake lo guió a través de los pasadizos angostos de la nave. Grundle y Devon los acompañaron y la enana fue indicándole los diversos aparatos mecánicos que gobernaban la embarcación, a la que denominó «sumergible». A través de las portillas, Haplo no alcanzaba a ver otra cosa que agua, iluminada por un resplandor suave, verdeazulado, procedente de arriba, de abajo y de todas partes.

Empezaba a pensar que aquel presunto mar de agua era, realmente, un mundo compuesto únicamente del líquido elemento. Tenía que haber tierra en alguna parte. Pero era evidente que una gente que construía naves para surcar los mares no vivía en ellos como los peces. Sentía una profunda curiosidad por saber cosas de aquellas lunas marinas que había mencionado la enana y pensó que debía idear el modo de averiguarlas sin despertar suspicacias entre aquellos mensch. También necesitaba saber más del propio mar, y cerciorarse de si los crecientes recelos que despertaba en él tenían alguna base.

Grundle y Devon se dedicaron a explicarle el funcionamiento del sumergible.

Construido por los enanos, iba impulsado por una combinación del ingenio mecánico de éstos y de magia mecánica élfica.

Según la imagen que Haplo logró componer a partir de las explicaciones, un tanto confusas, que le daba la enana, parecía que la principal dificultad para sumergir (hacer navegar) una embarcación era mantenerla alejada de la influencia de las lunas marinas. Debido a la repulsión (no tirón) gravitatoria de las lunas, los sumergibles, que estaban llenos de aire, resultaban menos densos que el agua que los rodeaba y tendían a flotar hacia los mundos como si fueran arrastrados de una cuerda. Para conseguir que el sumergible se hundiera, era preciso aumentar la densidad de la nave sin inundarla de agua.

Allí, explicó entonces Devon, entraba en acción la magia élfica. Unos cristales mágicos especiales, preparados por los magos de los elfos, tenían la propiedad de incrementar o disminuir su masa según se les ordenara. En realidad, eran dos los problemas que aquellos cristales, denominados desplazadores de masa, solucionaban en las naves. En primer lugar, al incrementar la masa en la quilla, permitían que la nave se hundiera al hacerse más densa que el agua que la rodeaba. En segundo lugar, al alejar la embarcación del influjo gravitatorio de los mundos, que la impulsaba hacia afuera, los desplazadores de masa proporcionaban una gravedad artificial a los ocupantes del sumergible.

Haplo sólo entendió vagamente el concepto, sin la menor idea de qué significaba «repulsión gravitatoria» o «desplazador de masa». Apenas entendió nada, en realidad, salvo que los cristales eran mágicos.

—Pero yo creía que la magia no funcionaba en el agua del mar —comentó como si tal cosa, mientras aparentaba un profundo interés por un revoltijo de cabos, poleas y aparejos.

Alake lo miró perpleja por un instante, pero luego sonrió.

—Ya entiendo. Estás poniéndome a prueba. Podría responderte a eso, pero no en presencia de no iniciados —dijo, señalando con un gesto de cabeza a Grundle y a Devon.

—¡Hum! —gruñó la enana, sin dejarse impresionar—. Por ahí se sube a la caseta de navegación.

Grundle empezó a subir la escalerilla que conducía a la cubierta superior. Devon y Alake fueron tras ella.

Haplo las siguió sin añadir nada más. No se le había escapado la expresión de sorpresa de Alake. Al parecer, la magia humana y la de los elfos funcionaba en el

mar. Y, dado que algo pilotaba la embarcación, también funcionaba la de los dragones. En cambio, aquellas mismas aguas habían diluido, por decirlo así, la

—

— I

magia del patryn. O tal vez no. Tal vez su debilitamiento había sido causado por el paso de la Puerta de la Muerte. Tal vez...

Una sensación de escozor en la piel interrumpió sus pensamientos. Era leve, apenas perceptible, como si unos hilos de seda de una telaraña le rozaran la epidermis. Haplo supo de qué se trataba y deseó haberse envuelto con la manta. Un rápido vistazo confirmó sus temores. Los signos mágicos de su piel empezaban a iluminarse, anunciando un peligro. Su resplandor era leve, difuso como las propias runas, pero su magia le estaba avisando como mejor podía, en aquel estado de debilidad.

Los mensch se encaramaron al rellano superior de la escalerilla, pero no siguieron adelante. Devon apretó los labios. Grundle emitió un carraspeo inesperado, sonoro y nervioso, que hizo dar un respingo a los demás. Alake empezó a cuchichear por lo bajo, probablemente algún encantamiento.

El hormigueo de los brazos de Haplo se hizo casi enloquecedor, como si corrieran por su piel las patas diminutas de un millón de arañas. Su cuerpo se estaba preparando instintivamente para afrontar el peligro. Notó la boca seca, un nudo en el estómago, una descarga de adrenalina. Se puso en tensión y volvió la vista a cada rincón en sombras mientras maldecía la luz difusa de sus signos mágicos y la debilidad que lo atenazaba.

La enana alzó una mano temblorosa y señaló, al frente, una puerta en sombras al fondo del pasillo.

—Ahí está la..., la sala de navegación.

De aquella puerta surgía una sensación de miedo como un río oscuro que amenazaba ahogarlos a todos en su marea asfixiante. Los jóvenes mensch se apretujaron, contemplando con espantada fascinación el fondo del corredor. Ninguno de ellos había advertido todavía el cambio experimentado por Haplo. Alake temblaba. Grundle jadeaba como un perro. Devon estaba apoyado contra los mamparos con aspecto abatido. Era evidente que los mensch no podían seguir adelante. Y Haplo tampoco estaba muy seguro de ser capaz.

Gotas de sudor le resbalaban por el rostro y se le hacía difícil respirar. ¡Y todo ello sin que hubiera el menor rastro de nada! Pero ahora sabía dónde estaba localizado el peligro y sabía que estaba avanzando directamente hacia él. Jamás había experimentado un miedo tal, ni siquiera en la caverna más horrible y más oscura del Laberinto. Cada fibra de su ser lo urgía a escapar de allí lo más deprisa posible y tuvo que hacer un esfuerzo de coordinación para obligarse a seguir avanzando.

Y, de pronto, no pudo continuar. Se detuvo, no lejos de los mensch, y captó la atención de Grundle. La enana abrió los ojos como platos y exhaló un jadeo de asombro. Alake y Devon, con un estremecimiento, se volvieron a mirar.

Haplo se vio reflejado en aquellos tres pares de ojos perplejos y asustados, vio su cuerpo envuelto en un leve resplandor azulado iridiscente, vio sus facciones tensas y fatigadas, relucientes de sudor.

—¿Qué hay ahí? —dijo, señalando el fondo del pasillo—. ¿Qué hay detrás de esa puerta? —Tuvo que respirar tres veces para conseguir que las palabras surgieran de su pecho contraído.

—¿Qué le sucede a tu piel? —inquirió Grundle con un chillido agudo—. Estás iluminado...

–¿Qué hay ahí? –insistió Haplo, mascullando la pregunta entre los dientes apretados mientras dirigía una mirada feroz a la enana.

Esta tragó saliva y respondió:

–La..., la sala de navegación. La cabina del piloto, ¿entiendes? –añadió, un poco más atrevida–. Yo tenía razón. Es como caminar hacia la muerte.

–Sí, tenías razón –asintió Haplo, y dio un paso adelante. Alake lo asió del brazo.

–¡Espera! ¡No puedes irte! ¡No nos dejes! Haplo se volvió.

–¿Acaso preferís dejaros llevar donde sea que os conducen?

–

– I

Los tres mensch lo miraron, rogándole en silencio que les dijera que estaba equivocado, que todo iba a salir bien. Pero no podía hacerlo. La verdad, dura y amarga como un viento frío, apagaba la luz débil y vacilante de la esperanza.

–Entonces, iremos contigo –declaró Devon, pálido y resuelto.

–No, no vendréis. Os quedaréis aquí los tres.

Haplo dirigió una mirada al pasillo y observó de nuevo sus brazos. El resplandor de los signos mágicos seguía débil y las runas de su cuerpo, apenas visibles.

Masculló una maldición por lo bajo. Incluso un niño en el Laberinto podía defenderse mejor que él en aquel momento.

–¿Alguno de vosotros tiene un arma? ¿Tú, elfo? ¿Una espada, un puñal?

–No... –balbuceó Devon.

–Había instrucciones de que no trajéramos armas –susurró Alake con voz atemorizada.

–Yo tengo un hacha –intervino Grundle en tono desafiante–. Un hacha de guerra. Alake la miró, desconcertada.

–Tráemela –ordenó Haplo, con la esperanza de que no fuera un simple juguete.

La enana lo miró un largo rato, con expresión severa, y luego volvió sobre sus pasos a toda prisa. Cuando regresó, jadeante, traía un arma recia y bien construida, según pudo comprobar Haplo con alivio.

–¡Grundle! –exclamó Alake en tono reprobatorio–. ¡Sabes muy bien lo que nos dijeron!

–¡Como que voy a hacer caso de lo que diga un puñado de serpientes! –replicó Grundle en tono burlón–. ¿Servirá esto? –añadió, ofreciéndole el hacha al patryn. Haplo la empuñó y la levantó a modo de prueba. Era una lástima que no tuviera tiempo para inscribir unas runas en el arma, para aportarle poderes mágicos. Y era una lástima que no tuviera fuerzas suficientes para hacerlo, se recordó a sí mismo con frustración. En fin, mejor era aquello que nada.

Reanudó su avance pero, al escuchar unos pasos que se arrastraban por la cubierta detrás de él, se volvió en redondo y lanzó una mirada iracunda a los mensch.

–¡Quedaos aquí! ¿Entendido?

Los tres jóvenes titubearon, se miraron entre ellos y, finalmente, se volvieron hacia Haplo. Devon empezó a sacudir la cabeza.

–¡Maldita sea! –exclamó el patryn–. ¿Qué ayuda pueden prestarme tres chiquillos aterrorizados? ¡Lo único que hacéis es estorbarme! ¡Quedaos ahí y no os interpongáis en mi camino!

El trío obedeció, se apretujó contra el mamparo y lo miró con ojos saltones y asustados, pero Haplo tuvo la sensación de que, en el momento en que les diera de nuevo la espalda, volverían a seguirlo como habían hecho antes.

–¡Allá ellos! ¡Que se ocupen de su propio pellejo! –murmuró por lo bajo. Y, hacha en mano, avanzó por el pasadizo.

Los signos mágicos de su piel le escocían, casi le quemaban. En torno a él se cerró la desesperación, la sensación dominante en el Laberinto. Allí, uno dormía por agotamiento, nunca para encontrar un descanso cómodo y relajado. Y, cada día, uno despertaba al miedo, al dolor y a la muerte.

Y a la cólera.

Haplo se concentró en la cólera. La cólera había mantenido con vida a los patryn en el Laberinto. Y la cólera lo llevó adelante en el pasadizo de aquella embarcación. Haplo no iba a correr mansamente al encuentro de su destino como aquellos mensch. Él lucharía. Él...

Llegó hasta la puerta que daba acceso a la sala de navegación, aquella puerta abierta que amenazaba —que garantizaba— la muerte. Hizo una pausa, escrutó el interior y aguzó el oído. No vio nada salvo aquella oscuridad profunda e impenetrable. No escuchó nada salvo el latir de su propio corazón, y su propia respiración acelerada y superficial. Sus dedos asían el hacha con tal fuerza que le dolían. Exhaló el aliento con un resoplido y penetró en la estancia.

—

— I

La oscuridad se cerró en torno a él, cayó sobre él como las redes que utilizaban los monkkers parloteantes del Laberinto para atrapar a los incautos. El leve resplandor de los signos había desaparecido y Haplo comprendió que estaba completamente indefenso, totalmente a merced de lo que acechara allí dentro, fuera lo que fuese. Dio un traspié, presa de un pánico ciego, y pugnó por recobrar el equilibrio. El hacha se deslizó de su mano bañada en sudor.

Dos ojos, dos rendijas de llamas rojo-verdosas, se abrieron lentamente. La oscuridad cobró forma en torno a los ojos, y Haplo reconoció la silueta de una cabeza de serpiente gigantesca. También percibió en aquella oscuridad una leve agitación, un vislumbre de duda y de asombro.

—¿Un patryn? —La voz era suave, sibilante.

—Sí —contestó Haplo, cauto y alerta—. Soy un patryn. ¿Y tú, qué eres?

Los ojos se cerraron y volvió la oscuridad, poderosa, intensa, vigilante. Haplo alargó la mano, tanteando a su alrededor con la esperanza de encontrar el mecanismo que gobernaba la nave. Sus dedos rozaron una carne fría y escamosa. Un líquido viscoso se adhirió a su piel, le heló la sangre y empezó a escaldarle la epidermis. Se le revolvió el estómago de asco y, con un escalofrío, intentó quitarse el líquido restregándose los dedos en los pantalones.

Los ojos se abrieron de nuevo con su luz espectral. Eran enormes. A Haplo le pareció que podría haber entrado por sus ahusadas pupilas, como dos rendijas negras, sin tener siquiera que agachar la cabeza.

—El Regio me ordena que te dé la bienvenida y te diga lo siguiente: «Se acerca el día. Tu enemigo ha despertado».

—No sé a qué te refieres ni de qué me hablas —respondió Haplo con cautela—.

¿Qué enemigo?

—El Regio te lo explicará todo si lo honras con tu presencia. Sin embargo, tengo permiso para decir una palabra que quizás avive tu interés. Se trata de un nombre: «Samah».

—¡Samah! —repitió Haplo con una exclamación—. ¡Samah!

No podía creer lo que acababa de oír. No tenía sentido. Quiso interrogar a aquel ser pero, de pronto, el corazón se le aceleró. La sangre se le agolpó en la cabeza y la mente se le llenó de fuego. Dio un paso, se tambaleó y cayó rodando al suelo hasta quedar tendido, boca abajo e inmóvil.

Los ojos rojo-verdosos brillaron un instante y luego, lentamente, se cerraron.

—

— I

CAPÍTULO

A LA DERIVA EN ALGÚN LUGAR DEL MAR DE LA BONDAD

De modo que ahí tenemos a ese humano, ese Haplo. Deseo mucho confiar en él, pero no lo consigo. ¿Se tratará sólo de los prejuicios de un enano frente a alguien de otra raza? En los viejos tiempos, tal vez pudiera tratarse de eso, pero en la actualidad confiaría mi vida a Alake y lo mismo respecto a Devon. Por desgracia, mi vida no parece estar en manos de ellos dos, sino en la de Haplo.

Será un alivio escribir lo que pienso realmente acerca de él. No puedo decir una palabra contra él en presencia de Alake, que está más embelesada con ese hombre que un enano con su jarra de cerveza. Por lo que se refiere a Devon, al principio miraba a Haplo con suspicacia pero, después de lo sucedido con las serpientes dragón... En fin, casi se diría que se había presentado un guerrero elfo de los tiempos antiguos para llamarlo a las armas.

Alake dice que sólo estoy disgustada porque Haplo me ha hecho ver que actuamos como estúpidas al apresurarnos en ofrecernos para el sacrificio. Sin embargo, nosotros los enanos somos, por naturaleza, escépticos y suspicaces con los extraños. Tenemos tendencia a no confiar en nadie hasta que hace varios cientos de ciclos que lo conocemos.

Ese Haplo aún no nos ha dicho nada respecto a quién es y de dónde viene y, además, ha hecho un par de afirmaciones sumamente curiosas y se ha comportado de un modo muy peculiar en el asunto de las serpientes dragón.

Reconozco que estaba equivocada en una cosa. Está claro que Haplo no es un espía enviado por los dragones. Resulta difícil ver el interior de ese hombre, pues una sombra lo cubre a él y a sus palabras. Haplo camina en una oscuridad que él mismo ha creado y que utiliza, yo diría, como protección y defensa. No obstante, a veces, a pesar de sus esfuerzos, las nubes se abren desgarradas por un relámpago que, a la vez, ilumina la escena y produce temor. Uno de tales relámpagos descargó cuando hablamos a Haplo sobre las serpientes dragón.

De hecho, si pienso de nuevo en su reacción, empiezo a advertir que al principio hizo esfuerzos extraordinarios por convencernos de que debíamos intentar tomar el control de la nave y huir para salvarnos. Lo cual hace todavía más extraño lo que sucedió después.

Y debo ser honrada y reconocer los méritos cuando existen. Por eso he de decir que Haplo es el hombre más valiente que he conocido. No sé de ningún enano, ni siquiera Hartmut, que hubiera sido capaz de adentrarse en ese espantoso pasadizo y penetrar en la sala de navegación.

Nosotros tres nos quedamos atrás, esperándolo, como nos había ordenado.

—Deberíamos ir con él —dijo Devon.

—Sí —asintió Alake con un hilo de voz, pero observé que ninguno de los dos movía un músculo—. Ojalá tuviéramos un poco de hierba contra el miedo. Entonces no nos sentiríamos tan asustados.

—Pues no tenemos de eso, sea lo que sea —susurré al oírla—. En cuanto a deseos, lo que yo querría es estar de nuevo en casa.

Devon presentaba ese desvaído color verdeazulado que adquieren los elfos cuando están enfermos o asustados. Sobre la piel negra de Alake brillaba el sudor y vi que temblaba como una hoja. No me avergüenza confesar que yo tenía los zapatos como clavados a la cubierta. De no haber sido así, habría tomado la única decisión sensata y habría echado a correr para salvar la vida.

—

– I

Los tres, pues, vimos entrar a Haplo en la sala de navegación. La negrura lo cubrió, lo engulló por completo. Alake lanzó un leve chillido y ocultó el rostro entre las manos. Luego escuchamos voces: la de Haplo, diciendo algo, y otra que le respondía.

–Al menos, nada lo ha matado todavía –murmuré.

Alake estiró el cuello y ladeó la cabeza. Todos nos esforzamos por escuchar lo que decían.

Pero las palabras eran un galimatías. Nos miramos, desconcertados; ninguno de los tres entendía lo que hablaban.

–¡Es el mismo idioma en el que hablaba en sus desvarios! –apunté en un cuchicheo–. ¡Y lo que hay ahí dentro, sea lo que sea, lo entiende!

Lo cual era algo que no me gustaba un ápice, y me disponía a decirlo cuando Haplo lanzó de pronto un gran grito que me cortó la respiración. De inmediato, Alake soltó un alarido como si alguien le hubiera desgarrado el corazón y echó a correr por el pasadizo, dirigiéndose de cabeza a la sala donde había entrado Haplo. Devon corrió detrás de Alake y me dejó sola con mis reflexiones sobre la naturaleza poco juiciosa de los elfos y de los humanos (y de los enanos). No tuve más remedio, por supuesto, que echar a correr también detrás de ellos.

Llegué a la sala y encontré a Alake inclinada sobre Haplo, que yacía inconsciente en la cubierta. Devon, con más presencia de ánimo de la que yo le habría concedido a un elfo, había recogido el hacha de guerra y la empuñaba delante de los otros dos en actitud protectora.

Eché un rápido vistazo a mi alrededor. Estaba más oscuro que el interior de nuestra montaña y despedía un olor espantoso. El hedor me dio arcadas. También resultaba espantosamente frío, pero aquella sensación de terror extraña y paralizante que nos había mantenido a distancia de aquel lugar había desaparecido.

–¿Está muerto? –pregunté.

–¡No! –Alake estaba acariciándole el cabello hacia atrás–. Está sin sentido.

¡Haplo ha expulsado a ese ser! ¿Te das cuenta, Grundle?

Vi la admiración y el amor en sus ojos, y el corazón se me encogió.

–¡Se ha enfrentado con lo que estaba aquí y lo ha expulsado! ¡Nos ha salvado!

–¡Sí! ¡Lo ha hecho! –corroboró Devon, contemplando a Haplo con una especie de temor reverencial.

–¡Dame eso! –exclamé malhumorada, arrancando el hacha de las manos del elfo–. ¡Dámelo, antes de que te cortes algo valioso y te conviertas de verdad en una chica! ¿Y a qué viene eso de que se ha enfrentado a algo y lo ha expulsado? Ese alarido que hemos oído no me ha sonado en absoluto a grito de guerra.

Pero, por supuesto, ni Alake ni Devon me estaban prestando la menor atención. Sólo estaban preocupados por su héroe. Y había que reconocer que la presencia que había ocupado la sala de navegación, fuera lo que fuese, daba la impresión de haber desaparecido. Aun así, ¿lo había expulsado Haplo por la fuerza, o tal vez los dos habían llegado a una componenda amistosa?

–No podemos quedarnos aquí –apunté, dejando el hacha en un rincón, lo más lejos posible del elfo (y de Haplo).

–Tienes razón –asintió Alake, echando una ojeada a su alrededor con un escalofrío.

–Podríamos improvisar una hamaca con unas mantas –sugirió Devon.

Haplo abrió los ojos y descubrió a Alake inclinada sobre él, con una mano posada en su cabeza. Jamás he visto a nadie moverse tan deprisa. Su reacción fue casi más rápida que la vista. Alargó las manos hacia Alake, la apartó de sí de un

empujón y se incorporó hasta quedar en cuclillas, agazapado, dispuesto para saltar sobre ella.

Alake cayó sobre la cubierta y allí quedó, mirándolo con expresión perpleja.

Devon y yo no nos movimos ni dijimos palabra. Volví a sentirme casi tan asustada como un rato antes.

—

— I

Haplo miró en torno a él, nos vio sólo a nosotros y pareció volver a sus cabales. Pero estaba furioso.

—¡No me toques! —gruñó con una voz más fría y más sombría que la oscuridad de la sala de navegación—. ¡No se te ocurra tocarme nunca!

Alake lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento —susurró—. No quería hacerte ningún daño. Temía que estuvieras herido y...

Haplo se calló el resto de lo que se disponía a decir y miró a la pobre Alake con gesto torvo. Después, con un suspiro, se enderezó y sacudió la cabeza a un lado y a otro. La cólera lo abandonó y, por un instante, el velo de oscuridad que lo envolvía pareció alzarse.

—Vamos, vamos, no llores más. Soy yo quien lo siente —dijo con voz cansada—.

No debería haberte gritado así. Estaba..., estaba en otra parte. En un sueño. En un lugar terrible. —Frunció el entrecejo y la oscuridad volvió a caer sobre él—.

Reacciono así por puro instinto. Soy incapaz de evitarlo y podría haceros daño a alguno, sin querer, así que... no os acerquéis nunca a mí si estoy dormido, ¿entendido?

Alake tragó saliva, asintió e incluso logró esbozar una sonrisa. Lo habría perdonado aunque Haplo se hubiera puesto a saltar sobre ella. Yo lo advertí con toda claridad, y creo que Haplo empezaba a darse cuenta de lo que sucedía con ella. Pareció sorprendido y confuso y, por un instante, casi impotente. Todo aquello era suficiente para hacerme reír, si no fuera porque me sentía con ganas de llorar. Creí que Haplo iba a decir algo y él también pensó hacerlo, pero entonces debió de comprender que con ello sólo empeoraría las cosas. Guardó silencio, pues, y se volvió para examinar la estancia.

Devon ayudó a Alake a ponerse en pie, y la humana se alisó el vestido.

—¿Estás bien? —preguntó Haplo con aspereza, sin mirarla.

—Sí —respondió ella, temblorosa. Haplo asintió.

—¿Y bien? —intervine entonces—, ¿has expulsado a la serpiente dragón o lo que fuese? ¿Puedes tomar el control de la nave?

—No. No he expulsado a la serpiente dragón, ni puedo tomar el mando de la nave.

—Pero la criatura ya no está aquí —apunté—. Puedo notar la diferencia. Todos la notamos. Voy a intentarlo. Tengo algunas nociones de cómo se pilota un barco y... No era cierto, pero quería ver qué sucedía. Puse las manos en la rueda del timón. Como esperaba. Haplo apareció al instante a mi lado. Su mano se cerró sobre mi brazo, y la presión de sus dedos parecía una tenaza de hierro.

—No lo intentes, Grundle. —Haplo no empleó un tono amenazador. Lo dijo con mucha calma, muy sereno. Y noté un nudo en el estómago—. No creo que sea una buena idea. La serpiente dragón no se ha marchado; en realidad, nunca ha estado aquí. Pero eso no significa que no estén vigilando, que no nos escuchen en este mismo momento. Su magia es poderosa y no querría que sufrieras ningún daño. Haplo quería dar a entender que no deseaba que las serpientes dragón me hicieran daño. Pero, al fijarme en sus ojos, no estuve tan segura de que se

estuviera refiriendo a eso, en realidad. La presión sobre mi brazo se intensificó. Poco a poco, aparté las manos de la rueda y él me soltó.

—Y ahora creo que deberíamos volver todos a nuestros camarotes —apuntó Haplo.

Ninguno de los tres se movió. Alake y Devon tenían un aire abatido, como si hubieran visto volar su última esperanza. Yo todavía notaba la fuerza de su mano en mi brazo y podía ver las marcas de sus dedos en mi piel.

—¡Tú has hablado con ellas! —solté—. ¡Te he oído! ¡Hablabas en tu idioma! ¿O acaso era su idioma? ¡Tengo la impresión de que estás aliado con esas serpientes dragón!

—¡Grundle! —exclamó Alake—. ¡Cómo te atreves!

—

— I

—Está bien. —Haplo se encogió de hombros y movió la comisura de los labios en una media sonrisa—. Grundle no confía en mí, ¿verdad?

—No —respondí abiertamente.

Alake arrugó la frente y chasqueó la lengua contra el velo del paladar. Devon me miró y movió la cabeza en gesto de negativa.

Haplo continuó observándome con su extraña media sonrisa.

—Si te tranquiliza saberlo, Grundle, yo tampoco confío en ti. Según me decís, todos vosotros, elfos, enanos y humanos, sois amigos. Vuestras razas conviven en paz. ¿Esperáis que lo crea, después de lo que he visto? ¿No será todo esto, más bien, una compleja trampa que me han tendido mis enemigos?

Todos permanecemos callados. Alake parecía desdichada. Devon, incómodo. Los dos habían tenido tantas ganas de creer en él...

Yo señalé las marcas azules de la piel de Haplo que había visto brillar con aquella luz radiante y misteriosa.

—Tú eres un hechicero —afirmé, utilizando el término humano—. Tu magia es poderosa, lo noto. Todos lo notamos. ¿Podrías hacer virar la nave y llevarnos de vuelta a casa?

Haplo permaneció callado un momento, observándome con una mirada fría y minuciosa, antes de responder:

—No.

—¿No puedes, o no quieres? —insistí. No contestó.

Dirigí una mirada de amargo triunfo a Alake y a Devon y les dije:

—Vamos. Será mejor que decidamos qué podemos hacer para ayudarnos a nosotros mismos. Quizá podríamos ganar la costa a nado...

—Grundle, recuerda que no sabes nadar —respondió Alake con un suspiro. Estaba al borde de las lágrimas y tenía los hombros hundidos.

—En cualquier caso, no estamos cerca de ninguna tierra firme. Terminaríamos agotados, medio famélicos, o algo aún peor.

—¿No sería preferible eso a las serpientes dragón? Por fin, mis compañeros comprendieron lo que les estaba diciendo y se miraron el uno al otro, titubeantes e indecisos.

—Vamos —repetí.

Me dirigí a la puerta. Alake empezó a seguir mis pasos con la cabeza gacha.

Devon le pasó el brazo por los hombros. Haplo se abrió paso a empujones entre nosotros, mascullando algo que me sonó a una maldición; alcanzó la puerta y la obstruyó con un brazo extendido.

—Nadie va a ninguna parte, como no sea a su camarote. Alake, muy erguida, le plantó cara con aire digno.

—Ábrenos paso —dijo, haciendo un gran esfuerzo para reprimir el temblor de su voz.

—Hazte a un lado —añadió Devon con voz ronca. Yo también di un paso adelante.

—¡Maldita sea! —Haplo nos dirigió una mirada iracunda—. Las serpientes dragón no os permitirán marcharos. No intentéis ninguna tontería como saltar de la nave, porque sólo conseguiréis salir malparados. Escuchadme. Grundle tiene razón: puedo hablar con esas criaturas. Ellas y yo nos..., nos entendemos. Y os prometo una cosa: mientras esté en mi mano impedirlo, no dejaré que sufráis ningún daño.

—Nos miró uno por uno y añadió—: Lo juro.

—¿Por quién lo juras? —inquirí.

—¿Por quién queréis que jure?

—Por el Uno, naturalmente —respondió Alake.

—¿Qué Uno? —Haplo parecía perplejo—. ¿Es un dios humano?

—El Uno es el Uno —dijo Devon, incapaz de explicarse mejor. Todo el mundo sabía quién era el Uno.

—El poder superior —apuntó Alake—. El Creador, el Motor, el Formador, el Ultimador.

—

— I

—El poder superior, ¿eh? —repitió Haplo, y yo me di cuenta de que ese extraño humano no tenía idea de lo que le estábamos contando—. ¿Y todos vosotros creéis en ese Uno? ¿Elfos, humanos y enanos?

—No es cuestión de creencias —replicó Devon—. El Uno es. Haplo nos miró con gesto ceñudo.

—¿Volveréis a vuestros camarotes y os quedaréis allí? ¿Dejaréis de hablar de arrojaros al mar?

—Sólo si lo juras por el Uno —respondí—. Es un juramento que no se puede romper.

Haplo sonrió relajadamente, como si supiera que no era así. Luego, con un encogimiento de hombros, continuó:

—Lo juro por el Uno, pues. Si está en mi poder evitarlo, no sufriréis ningún daño. Miré a Alake y a Devon y los vi asentir, satisfechos.

—Muy bien —gruñí entonces, aunque había advertido la mueca burlona en sus labios mientras pronunciaba el juramento.

—Prepararé algo de comer —se ofreció Alake con voz débil, y abandonó la sala de navegación apresuradamente.

Devon recogió el hacha antes de que pudiera impedírselo y observé en los ojos del joven elfo el brillo del gusto por la batalla, por el centelleo de las espadas y las armaduras.

—¿Crees que podrías enseñarme a usar esta arma? —le preguntó a Haplo.

—¡Vestido así, de ninguna manera! —respondí, y me encaminé a mi camarote con pesadas zancadas.

Quería estar a solas para pensar, para intentar analizar qué estaba sucediendo.

Sobre todo, para intentar reflexionar sobre Haplo.

Escuché una llamada a la puerta.

—¡No tengo hambre! —exclamé en tono irritado, pensando que era Alake.

—Soy yo, Haplo.

Sobresaltada, entreabrí la puerta y miré por la rendija.

—¿Qué quieres?

—Agua de mar.

—¿Agua de mar? —Pensé que se había vuelto loco otra vez.

–Necesito un poco de agua de mar... para un experimento. Alake me ha dicho que tú sabías abrir la escotilla.

–¿Para qué necesitas agua de mar?

–Olvidalo. –Haplo me volvió la espalda–. Voy a pedirselo a Devon...

–¡Devon! –Solté un bufido de disgusto–. Ven conmigo. Ese elfo sería capaz de inundar el sumergible.

Lo cual no era exactamente cierto. Probablemente, Devon era muy capaz de conseguirle el agua de mar que pedía, pero yo quería averiguar en qué andaba metido Haplo.

Recorrimos la embarcación hacia popa y, al pasar por la cocina, cogí un cubo.

–¿Bastará con esto? –pregunté.

Haplo asintió. Alake dijo algo respecto a que enseguida tendría preparada la cena.

–No tardaremos mucho –respondió él.

Seguimos adelante y pasamos junto a Devon, que estaba concentrado en lo que debía de considerar que eran unos ejercicios de adiestramiento con el hacha de guerra.

–No lo subestimes –apuntó Haplo–. He viajado por tierras donde los elfos son muy amantes de las batallas y supongo que podrían aprender otra vez. Si tuvieran a alguien que los guiara.

–Y alguien a quien enfrentarse –añadí.

–Pero vuestros pueblos estaban dispuestos a aliarse para combatir a esas serpientes dragón. ¿Y si pudiera demostraros que los dragones no son el verdadero enemigo? ¿Y si pudiera probaros que el auténtico enemigo es mucho más sutil y

–

– I

tiene intenciones mucho más terribles? ¿Y si yo os trajera un líder de gran sabiduría y poder para combatir a ese enemigo? ¿Lucharíais juntos entonces tu pueblo, los humanos y los elfos?

–¿Me estás diciendo que esas serpientes dragón han destrozado nuestro cazador de sol, han matado y torturado a nuestro pueblo, sólo para demostrarnos que tenemos un enemigo más peligroso? –repliqué con un gesto de desprecio.

–Cosas más extrañas han sucedido –afirmó Haplo fríamente–. Tal vez todo ha sido un malentendido. Quizá las serpientes dragón creen que estáis aliados con el enemigo.

De pronto, los ojos de Haplo volvían a ser dos finas agujas que me atravesaban.

Era la segunda vez que le oía decir algo semejante. No me pareció razonable seguir discutiendo, sobre todo porque no tenía la menor idea de a qué se refería. Así pues, no comenté nada, y él abandonó el tema.

Para entonces ya habíamos llegado a la esclusa del agua. Abrí el panel lo justo para dejar entrar un poco de agua –aproximadamente hasta el tobillo– y volví a cerrarlo. Levanté luego la escotilla de acceso, cogí el cubo, lo até a una cuerda, lo bajé hasta el agua y, cuando estuvo lleno, lo icé de nuevo.

Le tendí el cubo lleno a Haplo pero, para mi sorpresa, él se echó atrás y se negó a tocarlo.

–Llévalo ahí dentro –dijo, señalando la bodega.

Hice lo que me indicaba, cada vez más curiosa por saber qué era todo aquello. El cubo pesaba y era engorroso de llevar, y el agua se derramaba con el movimiento, salpicando la cubierta y mis zapatos. Haplo mostró un exquisito cuidado en evitar pisar hasta el charco más pequeño.

–Déjalo ahí –me ordenó, indicando un rincón alejado. Posé el cubo en la cubierta

y me froté las manos, en las que el asa había dejado unas profundas marcas.

–Gracias –me dijo entonces, de pie en la bodega, como si esperara algo.

–De nada. –Cogí un taburete y me instalé a gusto en él.

–Puedes irte cuando gustes.

–No tengo nada mejor que hacer –respondí.

Haplo pareció enfurecerse y, por un momento, pensé que iba a cogerme en volandas y arrojarme fuera (o a intentarlo, al menos; no resulta fácil mover a los enanos, una vez que han decidido quedarse quietos). Me lanzó una mirada colérica. Se la devolví, crucé los brazos y me asenté con más firmeza en el taburete.

Entonces, pareció que se le ocurría otra idea.

–Tal vez resultes útil, después de todo –murmuró.

Respecto a lo que sucedió a continuación, ni yo misma estoy segura de creerlo, aunque lo vi con mis propios ojos.

Haplo se arrodilló sobre la cubierta y empezó a escribir en uno de los tablones ¡sin utilizar otra cosa que la yema del dedo!

Inicié una carcajada, que se me atascó en la garganta casi asfixiándome.

Cuando el dedo de Haplo tocó la madera, una fina columna de humo formó unas volutas en el aire. Trazó una línea recta y dejó tras él un surco en llamas. El fuego se apagó en un instante dejando una marca oscura y chamuscada, como si hubiera pasado por la madera un atizador al rojo. Pero no era así. Haplo sólo estaba empleando su propio cuerpo, su propia carne, y con él prendía fuego en la madera. Su mano trabajó a toda prisa, dejando unas marcas extrañas en la cubierta.

Aquellas marcas me parecieron similares a las líneas y espirales azules que exhibía en los brazos y en el dorso de las manos. Dibujó una decena, quizá, de dichas marcas, dispuestas en círculo, cerciorándose meticulosamente de que estuvieran todas conectadas. El olor de la madera quemada era intenso y me provocó un estornudo.

Por último, dio el trabajo por concluido. El círculo estaba completo. Se echó hacia atrás hasta quedar sentado, lo estudió unos instantes y asintió con ademán satisfecho. Yo me fijé en sus dedos y no vi el menor rastro de quemaduras.

–

– I

Haplo se puso en pie y se colocó dentro del círculo. Una luz azulada empezó a irradiar de las marcas que había trazado en la cubierta y, de pronto, vi que sus pies ya no estaban tocando la madera. Haplo flotaba en el aire, sin más sostén, al parecer, que aquella luz azul.

Se me escapó una exclamación y me puse en pie tan deprisa que derribé el taburete.

–¡Grundle! ¡No te vayas! –se apresuró a decirme. Lo vi moverse y lo siguiente que supe fue que Haplo volvía a estar posado en cubierta. No obstante, la luz azulada continuaba emitiendo su ligero resplandor–. Quiero que hagas una cosa por mí.

–¿Cuál? –pregunté, manteniéndome lo más lejos que pude de aquella extraña luz.

–Trae el cubo y vierte agua en el círculo.

–¿Eso es todo? –Lo miré con suspicacia.

–Sí, es todo.

–¿Qué sucederá?

–No estoy seguro. Nada, tal vez.

–Entonces ¿por qué no lo haces tú?

Él sonrió, tratando de mostrarse agradable. Pero sus ojos eran fríos y duros.

—Creo que el agua no me sienta bien.

Reflexioné sobre lo que me pedía. No parecía probable que arrojar un cubo de agua sobre unos tablones chamuscados fuera a causarme ningún daño y, debo reconocerlo, seguía sintiendo una terrible curiosidad por observar qué más sucedía. Haplo no bromeaba respecto a sus prevenciones contra el agua. Tan pronto como cogí el cubo, él retrocedió a un rincón y se agachó tras un tonel para evitar cualquier salpicadura.

Vertí el agua sobre el círculo de extrañas marcas que despedía el leve fulgor azul.

El resplandor cesó al instante y, ante mi asombrada mirada, observé cómo las marcas a fuego de los tablones empezaban a desvanecerse.

—¡Pero eso es imposible! —Con un grito, dejé caer el cubo y retrocedí.

Haplo salió de detrás del tonel, cruzó la cubierta y se detuvo ante el círculo, que desaparecía rápidamente.

—Te estás mojando las botas —le avisé.

Por la expresión sombría de su rostro, no parecía que eso le importara ya. Alzó un pie y lo colocó sobre el lugar donde el círculo lo había sostenido antes en el aire. No sucedió nada. La bota volvió a posarse en la cubierta.

—No he visto ni he oído hablar de algo parecido en toda mi vida... —Interrumpió la frase, distraído por otro nuevo pensamiento—. ¿Por qué? ¿Qué puede significar? — Su expresión se nubló y apretó el puño—. ¡Los sartán!

Sin dirigirme una mirada ni media palabra, se volvió en redondo y abandonó el camarote a toda prisa. Escuché sus pasos por el corredor y lo oí cerrar de un portazo su cabina. Yo volví a observar de nuevo la cubierta mojada. Las marcas habían desaparecido casi por completo. Los tablones estaban empapados, pero no mostraban la menor cicatriz.

Alake, Devon y yo cenamos solos. Alake fue a llamar a la puerta de Haplo, pero no obtuvo respuesta. Cuando volvió, venía decepcionada y abatida.

No les conté nada a ninguno de los dos. Para ser sincera, no estaba segura de que fueran a creerme y no quería iniciar una discusión. Al fin y al cabo, la única prueba que tengo de lo que vi es un par de tablones mojados.

Pero, al menos, conozco la verdad.

Sea ésta la que sea.

Continuaré después. Ahora tengo tanto sueño que no soy capaz de seguir sosteniendo la pluma.

—

— I

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Alfred pasó muchas horas placenteras recorriendo las calles de Surunan. Como sus habitantes, la ciudad había despertado de su largo amodorramiento forzoso y había retornado rápidamente a la vida. Había allí mucha más gente de la que Alfred había supuesto al principio y pensó que sólo había descubierto una de entre muchas cámaras de durmientes que debían de existir allí.

Bajo la dirección del Consejo, los sartán trabajaron para devolver a la ciudad su belleza original. La magia sartán devolvió el verdor a las plantas muertas, reparó los edificios desmoronados y borró toda huella de destrucción. Una vez que la ciudad hubo recuperado la belleza, la armonía, el orden y la paz, los sartán empezaron a hablar de cómo hacer lo mismo con los otros tres mundos.

Alfred se recreó con la tranquilidad y la belleza que su alma recordaba. Disfrutó con la conversación de los sartán, con la multiplicidad de imágenes maravillosas

creadas por la magia del lenguaje de las runas. Escuchó la música de éstas y se preguntó, con lágrimas en los ojos, cómo había podido olvidar tal hermosura. Complacido con las amistosas sonrisas de sus hermanos y hermanas, comentó a Orla:

–Podría vivir aquí y ser feliz.

Los dos cruzaban la ciudad camino de una reunión del Consejo de los Siete. El perro, que no se había apartado del costado de Alfred desde la noche anterior, los acompañaba. La belleza de Surunan era alimento para el alma de Alfred; un alma que (ahora se daba cuenta de ello) casi se había marchitado y muerto de inanición. Alfred comprobó, con añoranza, que incluso era capaz de deambular por las calles sin trabarse con sus propios pies ni tropezar con los de nadie.

–Entiendo cómo te sientes –respondió Orla, mirando en torno a ella con placer–.

Vuelve a ser como antes. Parece que no ha pasado en absoluto el tiempo.

El perro, sintiéndose olvidado, lanzó un gáñido y hundió el hocico en la mano de Alfred.

El contacto con el morro frío y húmedo lo sobresaltó. Alfred bajó la vista al suelo, se olvidó de mirar dónde pisaba y tropezó con un banco de mármol.

–¿Te has hecho daño? –preguntó Orla, preocupada.

–No ha sido nada –murmuró Alfred, incorporándose y disponiéndose a reanudar la marcha.

Observó a Orla, con su amplia túnica blanca, y a todos los demás sartán, vestidos con idéntica indumentaria. Luego se miró a sí mismo, enfundado todavía en el traje de terciopelo púrpura desvaído de la corte mensch del rey Stephen de Ariano. Los puños de encaje deshilachados eran demasiado cortos para sus largos y delgados brazos, y los calzones que le cubrían las desmañadas piernas estaban arrugados y llenos de bolsas. Se pasó la mano por la cabeza, en la que ya escaseaba el cabello. Le pareció que las sonrisas de sus hermanos y hermanas ya no eran amistosas, sino altivas o compasivas.

De pronto, Alfred sintió deseos de agarrar a sus hermanos y hermanas por el cuello de sus largas túnicas blancas y sacudirlos hasta que les castañetearan los dientes.

«¡Pero el tiempo ha transcurrido! –quería gritarles–. Eones, siglos. Unos mundos que eran jóvenes y recién nacidos del fuego se han enfriado y han envejecido. Mientras dormíais, numerosas generaciones han vivido y sufrido y han sido felices y

–

– I

han muerto. Pero ¿qué significa eso para vosotros? Nada. Os importa tan poco como la gruesa capa de polvo que cubre vuestros mármoles inmaculadamente blancos. La barréis y pretendéis continuar igual que antes, como si tal cosa. Pero no puede ser. Nadie os recuerda. Nadie os quiere. Vuestros hijos han crecido y se han marchado de casa. Quizá no les vaya muy bien por su cuenta, pero al menos son libres de intentarlo.»

–¡Pero claro que ha sido algo! –dijo Orla, solícita–. Si no te encuentras bien, el Consejo puede esperar a que...

Alfred, perplejo, se descubrió temblando. Las palabras que se había callado le daban vueltas en el estómago. ¿Por qué no decirlas? ¿Por qué no soltarlas? Porque quizás estaba equivocado. Sí, muy probablemente lo estaba. ¿Quién era él, al fin y al cabo? Un sartán no muy listo. Y ni de lejos tan sabio como Samah y como Orla. El perro, acostumbrado a los inesperados e inconstantes tropezones de Alfred, se había apartado ágilmente de su trayectoria mientras caía. Cuando regresó a su lado, alzó la vista hacia él con cierta dosis de reproche.

Yo tengo cuatro patas de que ocuparme y tú, sólo dos, le advertía el perro. En buena lógica, deberías desempeñarte mejor.

Alfred se acordó de Haplo, de la irritación del patryn cada vez que el sartán daba un traspíe.

—Creo que deberíamos haber dejado atrás al animal —apuntó Orla, observando al perro con expresión seria.

—No se habría quedado —respondió Alfred.

Samah parecía ser de la misma opinión que Orla, y observó con suspicacia al perro que yacía a los pies de Alfred.

—Dices que este perro pertenece a un patryn. También has dicho que ese patryn utiliza al animal para espiar a otros. Por lo tanto, no debe asistir a la reunión del Consejo. Sacadlo. Ramu —hizo una señal a su hijo, que ejercía el cargo de Servidor del Consejo—, llévate al animal.

Alfred no protestó. El perro lanzó un gruñido a Ramu pero, tras una palabra tranquilizadora de Alfred, se dejó conducir fuera de la Cámara del Consejo. Ramu regresó, cerró la puerta tras él y se situó donde le correspondía, frente al Consejo. Samah ocupó su lugar tras la gran mesa de mármol blanco y lo mismo hicieron los restantes miembros del Consejo, tres a la derecha y tres a la izquierda. Los siete tomaron asiento a la vez.

Los sartán, con sus túnicas blancas y sus rostros esclarecidos de sabiduría e inteligencia, aparecían hermosos, radiantes, majestuosos.

Alfred, sentado en el banco del demandante, percibió el contraste con su figura encogida, decaída y medio calva.

El perro yacía a sus pies, con la lengua fuera.

Los ojos de Samah pasaron sin detenerse por Alfred y se clavaron en el perro. El presidente del Consejo frunció el entrecejo y miró a su hijo. Ramu pareció perplejo.

—¡Lo he dejado fuera, padre! —aseguró mientras se volvía para dirigir una mirada a su espalda—. ¡Y cerré la puerta, te lo aseguro!

Samah indicó a Alfred que se levantara y avanzara hasta el círculo del demandante.

Alfred obedeció, arrastrando los pies.

—Te pido que dejes fuera al animal, hermano. Alfred suspiró y movió la cabeza.

Un empleo de honor concedido a aquellos a quienes se considera mejor colocados para acceder en una fecha futura a la condición de miembros plenos del Consejo. El puesto es con frecuencia hereditario,

pero está abierto a todos los sartán. Los aspirantes se presentan ante el Consejo y tienen que pasar unas pruebas secretas que no sólo examinan su dominio de la magia rúnica, que debe ser excelente, sino también sus conocimientos generales. Los Servidores actúan como pajes, y emisarios, y deben estar dispuestos para defender a los miembros del Consejo en el caso improbable de que sean atacados.

Existen siete Servidores, pero únicamente dos asisten a las sesiones del Consejo.

—

— I

—Aunque lo haga, volverá a entrar de inmediato. Pero creo que no debemos preocuparnos de si nos espía para su dueño. El perro se ha perdido, no sabe dónde está ese dueño suyo, y por eso se ha presentado aquí.

—¿Quiere que tú lo ayudes a buscar a su amo, a un patryn?

—Me parece que sí —respondió Alfred con aire sumiso.

—¿Y no te parece extraño? —inquirió Samah, ceñudo—. Que un perro perteneciente a un patryn acuda a ti, un sartán, en busca de ayuda...

—La verdad es que no —repuso Alfred tras una breve reflexión—. Sobre todo,

considerando lo que es el perro. Es decir, lo que creo que es. O que podría ser... – Alfred se sentía un poco turbado.

–¿Qué es ese perro, pues?

–Prefiero no decirlo, Consejero.

–¿Te niegas a cumplir una petición expresa del presidente del Consejo?

Alfred encogió la cabeza entre los hombros como una tortuga amenazada y apuntó sin convicción:

–Lo más probable es que me equivoque. Me he equivocado en muchísimas cosas y no querría proporcionar información errónea al Consejo.

–¡Esto no me gusta, hermano! –Samah utilizó esta vez un tono de voz como un latigazo. Alfred se encogió al oírlo–. He tratado de ser indulgente contigo porque has vivido mucho tiempo entre los mensch, carente de la compañía, el consejo y la experiencia de tu propia gente. Pero ahora ya has paseado entre nosotros, has vivido entre nosotros, has comido nuestro pan y, sin embargo, sigues negándote tercamente a responder a nuestras preguntas. Ni siquiera quieres darnos a conocer tu nombre real. Se diría que desconfías de nosotros..., ¡de tu propio pueblo!

Alfred comprendió la justicia de tal acusación. Sabía que Samah tenía razón, sabía los muchos defectos que tenía, sabía que era indigno de estar allí, de hallarse entre su propia gente. Deseaba desesperadamente contarles todo lo que sabía, postrarse a sus pies, ocultarse bajo el borde de sus túnicas blancas.

Ocultarse. Sí, eso era lo que habría querido hacer. Ocultarse de sí mismo.

Ocultarse del perro. Ocultarse de la desesperación. Ocultarse de la esperanza...

Exhaló un suspiro y contestó:

–Confío en ti, Samah, y en los miembros del Consejo. Es de mí mismo de quien desconfío. ¿Está mal negarse a contestar a preguntas de las que no sabe uno la respuesta?

–Compartir información, compartir tus conjeturas, quizá nos beneficie a todos.

–Tal vez –dijo Alfred–. O tal vez no. Debo ser yo quien lo juzgue.

–Samah –intervino Orla en tono apaciguador–. Esta discusión no tiene sentido. Como has dicho, tenemos que ser indulgentes.

Si Samah hubiera sido un rey mensch, habría ordenado a su hijo que se llevara a Alfred y le sonsacara la información por otros medios. Y, por un instante, dio la impresión de que el presidente del Consejo se lamentaba de no ser uno de aquellos reyes. Cerró el puño con gesto de frustración y arrugó la frente, pero se dominó y continuó hablando.

–Voy a hacerte una pregunta y confío en que encontrarás una respuesta en tu corazón.

–Si puedo, lo haré –repuso Alfred en tono humilde.

–Tenemos la urgente necesidad de ponernos en contacto con nuestros hermanos de los otros tres mundos. ¿Es posible tal contacto?

Alfred alzó la mirada, sorprendido.

–¡Pero...! Creía que lo habías entendido. ¡No tenéis más hermanos en los otros mundos! Es decir... –añadió con un escalofrío–, a menos que contéis como tales a los nigromantes de Abarrach.

–Incluso esos nigromantes, como tú los llamas, son sartán –dijo Samah–. Si han caído en el mal, razón de más para intentar llegar hasta ellos. Y tú mismo has reconocido que no has viajado a Pryan, de modo que no sabes con seguridad que nuestro pueblo no habita ya ese mundo.

–

– I

–Pero he hablado con alguien que sí ha estado –protestó Alfred–. Ese informador

descubrió una ciudad sartán, pero no halló el menor rastro de sus habitantes. Sólo encontró unos seres terribles, que nosotros creamos...

—¿Y quién te ha proporcionado esa información? —tronó Samah—. ¡Un patryn! ¡Veo su imagen en tu mente! ¿Y quieres que nos convenzamos de lo que dices? Alfred se encogió de nuevo.

—El patryn no tenía por qué mentir...

—¡Tenía todas las razones del mundo para hacerlo! ¡Él y ese amo suyo que proyecta conquistarnos y esclavizarnos! —Samah calló y clavó su mirada furiosa en Alfred—. ¡Ahora, responde mi pregunta!

—Sí, Consejero. Supongo que podríais atravesar la Puerta de la Muerte.

Alfred no estaba siendo de mucha ayuda, pero no se le ocurría qué más decir. —

¿Y alertar a ese tirano patryn de nuestra presencia? No, to—

davía no. No somos lo bastante fuertes como para enfrentarnos a él.

—Aun así —apuntó Orla—, quizá no tengamos otra elección. Cuéntale a Alfred el resto.

—Tenemos que confiar en él —murmuró Samah con acritud—, incluso si él no confía en nosotros.

Alfred se sonrojó y clavó la vista en las punteras de sus zapatos.

—Después de la Separación se produjo una época de caos. Fue un tiempo espantoso —explicó Samah, con el entrecejo fruncido—. Sabíamos que se producirían sufrimientos y se perderían vidas, y lo lamentábamos, pero creíamos que de ello surgiría un bien superior.

—Ésa es la excusa de todos los que se lanzan a la guerra —comentó Alfred en voz baja.

Samah palideció de ira, y Orla se apresuró a intervenir.

—Lo que dices es cierto, hermano. Y hubo quienes argumentaron en contra de ello.

—Pero lo hecho, hecho está y el pasado queda atrás —continuó Samah con voz seria y severa, mientras varios de los miembros del Consejo se revolvían en sus escaños, inquietos—. Las fuerzas mágicas que desatamos demostraron ser mucho más destructivas de lo que habíamos previsto. Demasiado tarde, descubrimos que no podíamos seguir dominándolas. Muchos de los nuestros sacrificaron su propia vida en un intento de detener el holocausto que se extendía por el mundo, pero todo fue en vano. Sólo pudimos asistir a la catástrofe horrorizados e impotentes y, cuando todo terminó, hacer todo lo posible por salvar a quienes habían conseguido sobrevivir.

»La creación de los cuatro mundos tuvo éxito, así como el encarcelamiento de nuestros enemigos. Cogimos a los mensch y los llevamos a refugios de paz y seguridad. Uno de esos mundos era Chelestra.

»De los cuatro, éste fue del que nos sentimos más orgullosos. Cuelga en la oscuridad del universo como una hermosa joya blancoazulada. Chelestra está compuesta por entero de agua. En el exterior, está en forma de hielo; el frío del espacio que la rodea congela el agua en una capa sólida. En el corazón de Chelestra colocamos un sol marino que calienta el agua y también da calor a los durnais, unos seres vivos en hibernación que flotan a la deriva alrededor de ese sol marino. Los mensch denominan a esos durnais «lunas marinas». Según nuestros planes, cuando los mensch hubieran vivido aquí durante muchas generaciones y se hubieran habituado a ello, se trasladarían a estas lunas marinas. Nosotros nos quedaríamos aquí, en el continente.

—¿No estamos en una luna marina? —inquirió Alfred con aire confuso.

—No. Nosotros necesitábamos algo más sólido, más estable. Algo que se

pareciera más al mundo que dejamos atrás. Un cielo, un sol, árboles, nubes... Este reino descansa sobre una enorme formación de roca sólida que tiene la forma de un cáliz. Las runas cubren su superficie con intrincados diseños de fuerza tanto en la cara exterior de la piedra como por dentro.

—

— I

»En el interior de ese cáliz hay un manto de roca fundida, cubierto por una corteza superficial no muy distinta de la de nuestro mundo original. Aquí formamos nubes, ríos y valles, lagos y tierra fértil. Encima de todo ello se alza la cúpula del cielo que mantiene a raya el mar, al tiempo que permite el paso de la luz del sol marino.

—¿Quieres decir que estamos rodeados de agua? —dijo Alfred, asombrado.

—El azul turquesa que ves encima de ti y que llamas cielo no es un firmamento como el que tú conoces, sino agua —asintió Orla con una sonrisa—. Un agua que podríamos compartir con otros mundos. Mundos como Abarrach. —La sonrisa se desvaneció—. Llegamos aquí empujados por la desesperación, con la esperanza de encontrar paz. Y, en lugar de ella, encontramos muerte y destrucción.

—Construimos esta ciudad con nuestra magia —continuó Samah—. Trajimos a los mensch a vivir aquí. Durante un tiempo, todo fue bien. Luego, aparecieron unas criaturas que surgían de las profundidades. No podíamos creer lo que veíamos. Nosotros, que habíamos creado todos los animales de todos los nuevos mundos, no habíamos hecho aquéllos. Eran unas criaturas espantosas, de aspecto horripilante. Despedían un hedor insoportable a descomposición, a materia putrefacta. Los mensch las denominaron dragones, en recuerdo de unas bestias míticas del Antiguo Mundo.

Las palabras de Samah crearon unas imágenes mentales. Alfred se encontró transportado con el presidente del Consejo a un tiempo remoto y allí escuchó, y vio...

...Samah se hallaba en el exterior de la Cámara del Consejo, plantado en lo alto de la escalinata que conducía hasta ella, y contemplaba con ira y frustración la ciudad recién construida de Surunan. A su alrededor, todo era de una gran belleza, pero Samah no halló consuelo en ello. Al contrario, toda aquella belleza parecía una burla. Más allá de las altas murallas de la ciudad, resplandecientes y cubiertas de flores, se oían las voces de los mensch aporreando el mármol con la fuerza del oleaje marino levantado por una tormenta.

—Diles que regresen a sus casas —ordenó Samah a su hijo, Ramu—. Diles que no les sucederá nada.

—Ya se lo hemos dicho, padre —respondió Ramu—. Pero se niegan.

—Tienen miedo —explicó Orla al ver endurecerse la expresión de su esposo—.

Pánico. No puedes echarles la culpa, después de lo que han pasado, de todo lo que han sufrido.

—¿Y lo que hemos padecido todos nosotros? ¡Los mensch nunca piensan en eso!

—replicó Samah con amargura.

Permaneció en silencio unos largos minutos, pendiente de las voces. El sartán podía distinguir las de cada raza: el fragor ronco de los humanos, los lamentos aflautados de los elfos, el tono atronador de bajo de los enanos. Una orquesta terrible que, por primera vez en su existencia, sonaba en concierto, en lugar de que cada sección tocara por su cuenta intentando ahogar el sonido de las demás.

—¿Qué quieren? —preguntó finalmente el sartán.

—Los mensch sienten terror de esas criaturas que llaman dragones y quieren que les abramos las puertas de nuestra parte de la ciudad —le explicó Ramu—. Creen

que estarán más seguros dentro de nuestros muros.

–Lo estarán tanto como en sus hogares –señaló Samah–. Allí los protege la misma magia.

–Pero no puedes culparlos por no comprenderlo, padre –insistió Ramu en tono desdeñoso–. Son como niños asustados por los truenos, que buscan la seguridad del lecho de sus padres.

–Abrid las puertas, pues. Dejadlos entrar. Hacedles sitio donde podáis e intentad reducir al mínimo los daños que puedan causar. Explicadles con claridad que sólo se trata de una medida temporal. Decidles que el Consejo se dispone a destruir a los monstruos y que, una vez conseguido esto, esperamos que los mensch regresen a

–

– I

sus casas pacíficamente. O, al menos, tan pacíficamente como pueda esperarse de ellos –añadió con acritud.

Ramu hizo una reverencia y se dirigió a hacer cumplir las indicaciones de su padre, llevándose consigo a los demás servidores para que lo ayudaran.

–Los dragones no han causado grandes daños –apuntó Orla–. Y yo estoy harta de muertes. Por eso te emplazo de nuevo, Samah, a que intentes parlamentar, descubrir algo sobre la naturaleza de estos seres y sobre lo que se proponen. Quizá podamos negociar con ellos...

–Todo esto ya se habló en el Consejo, esposa –la interrumpió Samah con un gesto de impaciencia–. El Consejo votó, y se tomó una decisión. Nosotros no creamos esos seres, no tenemos ningún control sobre ellos y...

–...y, por tanto, deben ser destruidos –completó la frase Orla fríamente.

–El Consejo ha hablado.

–La votación no fue unánime.

–Ya lo sé. –Samah también empleaba un tono frío, enfadado–. Por eso, para mantener la armonía en el Consejo y en mi hogar, hablaré con esas serpientes y averiguaré lo que pueda acerca de ellas. Lo creas o no, esposa, yo también estoy harta de muertes.

–Gracias, marido –respondió Orla, al tiempo que intentaba colgarse de su brazo. Pero Samah, muy tenso, se apartó evitando el contacto.

El Consejo de los Siete de los sartán abandonó su ciudadela amurallada por primera vez desde que habían llegado a aquel mundo nuevo que ellos mismos habían creado. Los Consejeros se tomaron de las manos e iniciaron una danza solemne y airosa mientras entonaban las runas e invocaban a los vientos de las posibilidades siempre cambiantes para que los llevaran más allá de las murallas de la ciudad central, por encima de las cabezas de los mensch gimoteantes, hasta la orilla del cercano mar.

Los dragones los aguardaban, asomados sobre las aguas. Los sartán los contemplaron y se quedaron pasmados. Las serpientes, enormes, tenían la piel llena de arrugas, las fauces desdentadas y el aspecto de ser muy viejas, más viejas que el propio tiempo. Y eran criaturas malvadas. Emanaba de ellas una sensación que producía espanto; el odio brillaba en sus ojos verrojo como soles iracundos, y su expresión encogió el corazón de los sartán, que no habían visto nada igual ni siquiera en la mirada de los patryn, su más enconado enemigo. La arena, que siempre había sido blanca y deslumbrante como mármol molido, aparecía ahora gris verdosa, cubierta de regueros de un fango de olor pestilente. El agua, cubierta de una espesa película de aceite, chapoteaba perezosamente sobre la orilla contaminada.

Conducidos por Samah, los miembros del Consejo formaron una hilera sobre la

arena.

Los dragones empezaron a culebrear, a retorcerse y a saltar. Batiendo el agua del mar, levantaron grandes olas que rompieron en la orilla y cuya espuma roció a los sartán. El olor de las aguas era pútrido y transmitía una imagen horrible. A los Consejeros les pareció estar contemplando una tumba en la que yacían los restos en descomposición de todas las víctimas de crímenes siniestros enterradas a toda prisa, de todos los cuerpos putrefactos caídos en el campo de batalla, de todos los muertos durante siglos de violencia.

Samah levantó una mano y proclamó:

—Soy el presidente del Consejo, el órgano de gobierno de los sartán. Designad a uno de vosotros para parlamentar.

Uno de los dragones, mayor y más poderoso que el resto, irguió la cabeza del agua. Una ola enorme rompió en la orilla. Los sartán no pudieron evitarla y todos quedaron calados, con las ropas y el cabello empapados. El agua, helada, los dejó ateridos hasta los huesos.

Con un escalofrío, Orla corrió al lado de su esposo.

—

— I

—He quedado convencida. Tenías razón. Estas criaturas son perversas y deben ser destruidas. Hagamos enseguida lo que tenemos que hacer y marchémonos. Samah se enjugó el agua del rostro y observó el líquido de la palma de su mano con temor y perplejidad.

—¿Por qué me siento tan extraño? ¿Qué está pasando? Es como si, de pronto, mi cuerpo fuera de plomo, pesado y torpe. Las manos no parecen pertenecerme. No puedo mover los pies...

—Yo me siento igual —dijo Orla—. Tenemos que obrar enseguida la magia o...

—Yo soy el Regio, soberano de mi pueblo —declaró la serpiente, y su voz era suave y apenas audible y parecía llegar de muy lejos—. Hablaré contigo.

—¿Por qué habéis venido? ¿Qué queréis? —gritó Samah para hacerse oír entre el retumbar de las olas.

—Destruiros.

La palabra se retorció y culebreó en la mente de Samah igual que las serpientes se agitaban en las aguas, hundiendo la cabeza y alzándola de nuevo, sacudiendo a un lado y a otro el cuerpo y la cola. Las aguas marinas espumeaban y hervían y barrián la costa en tumultuoso desorden. Samah no había afrontado nunca una amenaza tan horrenda como aquella y estaba dubitativo, inquieto. El agua lo tenía congelado, con los brazos entumecidos y los pies helados. Ni siquiera su magia conseguía calentarlo.

Samah levantó las manos y trazó las runas en el aire. Empezó a mover los pies para interpretar la danza que dibujaría las runas con el cuerpo. Alzó la voz para cantar las runas al viento y al agua. Pero su voz sonó bronca y apagada, sus manos parecían zarpas que rasgaban el aire y sus pies se movieron en direcciones opuestas. Samah trastabilló, torpe e impotente. La magia no funcionaba.

Orla intentó acudir en ayuda de su esposo pero el cuerpo también le falló inexplicablemente. Sus pies reaccionaban a una voluntad que ya no estaba bajo su control, y la sartán empezó a deambular por la orilla. Los demás miembros del Consejo también habían empezado a vagar por ella o a dar tumbos chapoteando en el agua, como borrachos que volvieran de una francachela.

Samah se acuclilló en la arena, luchando contra el miedo. Se enfrentaba, pensó, a una muerte terrible.

—¿De dónde habéis salido? —gritó con frustrada amargura mientras veía a los

dragones acercarse a la orilla—. ¿Quién os ha creado?

—Vosotros mismos —fue la respuesta.

Las espantosas imágenes se desvanecieron y dejaron a Alfred tembloroso y muy afectado. Y eso que sólo había sido un testigo presencial de lo sucedido. No podía imaginar qué habría sido de él si hubiese vivido de verdad el incidente.

—Sin embargo, como habrás advertido, las serpientes dragón no nos dieron muerte ese día —concluyó Samah en tono seco.

Había narrado la historia con bastante calma, pero su sonrisa habitual, firme y confiada, era ahora una mueca fina y tensa. La mano que tenía apoyada sobre la mesa de mármol temblaba ligeramente. Orla mostraba una palidez extrema. Varios de los demás miembros del Consejo se estremecieron y uno hundió la cabeza entre las manos.

—Vino un período en el que anhelamos la muerte —añadió entonces Samah en voz baja, como si hablara para sí mismo—.

Los dragones nos utilizaron como diversión, nos hicieron ir y venir por la playa hasta que estuvimos agotados y al borde del desmayo. Cuando uno de nosotros caía, una gran boca desdentada se cernía sobre él y lo incorporaba a la fuerza. Sólo el terror daba vida a nuestros cuerpos. Y, por último, cuando ya no podíamos dar un paso más, cuando nuestro corazón parecía a punto de estallar y creíamos que las piernas ya no nos sostendrían un segundo más, nos derrumbamos en la arena mojada y aguardamos la muerte. Entonces, los dragones se marcharon.

—Pero regresaron, y en mayor número. —Orla tomó el relevo en la narración. Sus manos frotaban la mesa de mármol como si quisiera pulir aún más su superficie ya

—

— I

pulimentada—. Atacaron la ciudad utilizando sus enormes cuerpos como arietes contra las murallas, y mataron, torturaron y mutilaron a todo ser viviente que encontraron. Nuestra magia funcionó contra ellos y los mantuvimos a raya durante mucho tiempo, pero finalmente advertimos que la magia empezaba a desmoronarse igual que sucedía con las murallas cubiertas de runas que rodeaban nuestra ciudad.

—¿Cómo pudo suceder tal cosa? —Alfred paseó la mirada de rostro en rostro con estupor y perplejidad—. ¿Qué poder tienen esos dragones sobre nuestra magia?

—Ninguno. Saben combatirla, desde luego, y la resisten mejor que cualquier otro ser vivo con el que nos hayamos enfrentado, pero pronto descubrimos que no era el poder de los dragones lo que nos había dejado impotentes e indefensos en la playa. Era el agua del mar.

Alfred lo miró, boquiabierto de asombro. El perro alzó la cabeza con las orejas erguidas. Durante la narración del enfrentamiento con los dragones había permanecido dormido, con el hocico sobre las patas; ahora estaba sentado sobre los cuartos traseros, como si sintiera interés por el tema que trataban.

—Pero ese mar lo creasteis vosotros —apuntó Alfred.

—¿Igual que, supuestamente, creamos esas serpientes dragón? —Samah soltó una risotada amarga y miró a Alfred con aire perspicaz—. ¿No has encontrado criaturas parecidas a éstas en otros mundos?

—Pues no. Dragones, sí, desde luego, pero siempre podían ser controlados mediante la magia, incluso por la de los pueblos mensch. Al menos, ésa es la impresión que saqué... —añadió de pronto, pensativo.

—El agua de ese mar, de ese océano al que pusimos el nombre de «Mar de la Bondad» —Samah dijo esto último con un tonillo irónico—, produce el efecto de anular completamente nuestra magia. Ignoramos cómo o por qué; lo único que

sabemos es que una gota de agua de mar sobre nuestra piel desencadena un ciclo que desmorona la estructura rúnica hasta dejarnos tan indefensos o más, incluso, que los mensch.

»Y ésa fue la razón de que, finalmente, ordenáramos a los mensch que zarparan y se adentraran en el Mar de la Bondad. El sol marino estaba alejándose y carecíamos de la energía mágica necesaria para detenerlo; era preciso conservar todas nuestras fuerzas para combatir a los dragones, de modo que enviáramos a los mensch a perseguir el sol marino, a buscar otras lunas marinas donde poder vivir. Las criaturas de las profundidades, ballenas y delfines y otras con las que habían hecho amistad los mensch, se marcharon con ellos para ayudarlos a protegerse y defenderse de los dragones.

»No tenemos noticia de si los mensch lograron ponerse a salvo o no. Desde luego, tenían más posibilidades que nosotros. El agua del mar no los afecta físicamente ni en su magia. En realidad, parecen desenvolverse muy bien en ella. Nosotros nos quedamos, esperando a que el sol marino nos abandonase y a que el hielo se cerrase sobre nosotros... y sobre nuestros enemigos. Porque estábamos bastante seguros de que los dragones nos querían a nosotros. Los mensch les importaban muy poco.

—Y teníamos razón. Los dragones continuaron atacando nuestra ciudad — prosiguió Orla—, pero nunca en número suficiente para vencer. La victoria no parecía ser su objetivo. Lo que pretendían era causar dolor, sufrimientos, angustia. Nuestra esperanza se basaba en esperar, en ganar tiempo. Cada día, el calor del sol disminuía y la oscuridad aumentaba a nuestro alrededor. Tal vez los dragones, concentrados en su odio hacia nosotros, no se dieron cuenta, o quizá creyeron que su magia podría superar la situación. O, acaso, al fin decidieron retirarse. Lo único que sabemos es que un día el mar se heló y ese día los dragones no aparecieron. Ese día, enviémos un último mensaje a nuestro pueblo en los otros mundos, pidiendo que cien años más tarde vinieran a despertarnos. Luego, nos sumimos en un profundo sueño.

—Dudo mucho que recibieran el mensaje —apuntó Alfred—.

—

— I

Y, si llegó hasta ellos, es muy probable que no pudieran acudir. Según parece, cada mundo tiene sus propios problemas.

—Lanzó un suspiro y luego parpadeó varias veces—. Gracias por contarme todo esto. Ahora comprendo mejor las cosas y..., y lamento mucho cómo me he comportado con vosotros. Yo creía...

Bajó la vista al suelo y arrastró los pies en una muestra de incomodidad.

—Creías que habíamos abandonado nuestras responsabilidades —apuntó Samah con aire ceñudo.

—Ya he sido testigo de ello en otra ocasión. En Abarrach...

—Alfred dejó la frase a medias.

El presidente del Consejo no dijo nada y lo miró, expectante. Todos los miembros del Consejo lo miraron con expectación.

«Por fin lo entiendes —le estaban diciendo—. Ahora ya sabes qué tienes que hacer.»

Pero Alfred no lo sabía. Abrió las manos, temblorosas, e inquirió:

—¿Qué es lo que queréis de mí? ¿Queréis que os ayude a combatir a los dragones? Algo sé sobre esas criaturas; al menos, de las que tenemos en Ariano.

Pero los nuestros me parecen muy débiles e inútiles en comparación con esas serpientes que habéis descrito. En cuanto a experimentar con el agua marina, me

temo que...

—No, hermano —lo interrumpió Samah—. No queremos nada tan difícil. Le has dicho a Orla que la llegada de este perro a Chelestra significa que su dueño también está aquí. Tú tienes al animal. Queremos que encuentres a su amo y lo traigas a nosotros.

—No —respondió Alfred, aturdido y nervioso—. No podría... Él me dejó libre, ¿sabéis?, cuando podría haberme llevado prisionero al Laberinto...

—No tenemos ninguna intención de hacer daño a ese patryn —afirmó Samah en tono tranquilizador—. Sólo queremos interrogarlo, descubrir la verdad acerca del Laberinto y de los sufrimientos de su pueblo. ¿Quién sabe, hermano, si éste podría ser el inicio de unas negociaciones de paz entre nuestros pueblos? Si te niegas y la guerra estalla, ¿cómo podrás vivir contigo mismo, sabiendo que en una ocasión tuviste en tu mano evitarla?

—Pero no sé dónde buscar —protestó Alfred—. Y no sabría qué decir. Él no querría venir por las buenas...

—¿De veras lo crees? ¿No querría tener cara a cara al enemigo que hace tanto tiempo desea desafiar? Piensa en ello —añadió Samah antes de que el aturdido Alfred tuviera tiempo de pensar otro argumento—. Quizá podrías utilizar el perro como medio de llegar hasta él.

—Seguro que no vas a negarte a una petición directa del Consejo, ¿verdad? —preguntó Orla con suavidad—. Es una petición muy razonable, ¿no? Y un asunto que afecta a la seguridad de todos. No te negarás a ello, ¿verdad?

—Bueno... No..., claro que no... —respondió Alfred, poco convencido.

Bajó la vista al perro.

El animal ladeó la cabeza, batió el rabo despeinado contra el suelo y sonrió.

—

— I

CAPÍTULO

MAR DE LA BONDAD CHELESTRA

Acostado en su catre, Haplo estudió el dorso de sus manos. Los signos mágicos tatuados en su piel tenían un color azul más intenso y marcado; su magia se nacía más fuerte por momentos. Y, una vez más, las runas empezaban a despedir un leve resplandor al tiempo que la sensación de hormigueo le recorría el cuerpo. Era la señal de advertencia de algún peligro, lejano todavía pero que se acercaba rápidamente.

Las serpientes dragón, sin duda.

Le dio la impresión de que la embarcación había aumentado la velocidad. El movimiento del sumergible era menos suave, más irregular, y percibió una creciente vibración en la cubierta bajo sus pies.

—Debería preguntárselo a la enana. Ella sabría decírmelo —murmuró para sí.

Y, naturalmente, debería advertir a los jóvenes mensch que se estaban acercando a la guarida de las serpientes dragón. Avisarles que se dispusieran a...

¿A qué? ¿A morir?

Devon, aquel elfo delgado y delicado, casi lo había decapitado con el hacha de guerra.

Alake tenía sus hechizos mágicos, pero todos ellos eran signos de protección que cualquier chiquillo del Laberinto era capaz de trazar antes de haber cruzado su segunda Puerta. Frente al tremendo poder de las serpientes dragón, esos hechizos de Alake serían como oponer a uno de esos chiquillos contra un ejército de snogs. Y Grundle. Haplo sonrió y meneó la cabeza. Si alguno de aquellos mensch podía enfrentarse a las serpientes dragón, sería la doncella enana. Por lo menos, seguro

que se mostraría demasiado testaruda para dejarse matar.

Tenía que contarles lo que sabía y hacer lo posible para prepararlos. Se incorporó en el lecho, dispuesto a levantarse.

—¡No! —dijo de pronto, y volvió a tenderse en el catre—. Ya he tenido suficientes tratos con los mensch por este día.

En nombre del Laberinto, ¿qué se había adueñado de él para impulsarlo a hacerles aquella promesa? ¡No permitir que les sucediera ningún mal! ¡Pero si muy afortunado sería si conseguía salvar su propia vida!

Cerró los puños con fuerza y estudió los signos mágicos grabados en su piel, tensa sobre los huesos y los tendones. Alzó los brazos y estudió el perfil nítido de los músculos bajo la epidermis tatuada.

—El instinto —murmuró—. El mismo instinto que impulsó a mis padres a ocultarme entre los arbustos y conducir a los snogs lejos de mí. El instinto de proteger a los más débiles, el que permitió a nuestro pueblo sobrevivir en el Laberinto.

Se incorporó de un salto y empezó a deambular por el reducido espacio del camarote.

—Mi señor lo entendería —dijo, intentando tranquilizarse—. Mi señor siente lo mismo que yo. Cada día de su vida, regresa al Laberinto y vuelve a luchar y a defender y a proteger a sus hijos, a su pueblo. Es una emoción natural... —Haplo exhaló un suspiro y soltó un juramento entre dientes—. ¡Pero es tan poco práctica! Tenía otros asuntos más urgentes que ocuparse de mantener con vida a tres jóvenes mensch. Estaba aquel agua inmundada que se llevaba la magia de las runas más deprisa de lo que el agua normal se llevaba la suciedad de la ropa. Y estaba la promesa de las serpientes dragón.

—

— I

Por lo menos, él lo consideraba una promesa.

Samah. El gran Samah. El presidente del Consejo de los Siete. El Consejero que había organizado la Separación, el que había provocado la caída de los patryn, su encarcelamiento y los eones de sufrimientos.

El Consejero Samah. Muchas cosas habían muerto en el Laberinto, pero no aquel nombre, transmitido de generación en generación, susurrado de padre a hijo con el último aliento, revelado con una maldición de madres a hijas. Samah no había caído nunca en el olvido entre sus enemigos, y el pensamiento de que Samah pudiera ser encontrado con vida llenó a Haplo de una alegría indescriptible. Ni siquiera se detuvo a preguntarse cómo era posible tal cosa.

—Capturaré a Samah y lo llevaré ante mi señor. Será un regalo para compensarlo por mis fracasos anteriores. Mi señor se ocupará de que Samah pague, y pague muy caro, por cada lágrima y por cada gota de sangre vertidas por mi pueblo. Samah pasará toda su vida pagando. Sus días estarán llenos de dolor, de tormentos, de miedo. Sus noches estarán plagadas de horror, de agonía, de angustia. No conciliará el sueño y no tendrá paz, salvo en la muerte. Y pronto, muy pronto, Samah empezará a suplicar que le llegue la muerte.

Pero el Señor del Nexo se ocuparía de que Samah viviera. De que tuviera una vida muy larga...

Unos enérgicos golpes a la puerta despertaron a Haplo de aquella fantasía bañada en sangre. Los golpes sonaban desde hacía un rato ya pero, mientras soñaba despierto con aquella venganza, los había tomado por truenos y no se había dado cuenta de qué sucedía.

—Quizá no deberíamos molestarlo, Grundle —oyó que decía la suave voz de Devon al otro lado de la puerta—. Tal vez duerma...

—¡Entonces, será mejor que vaya despertándose! —replicó la enana.

Haplo se reprendió por aquel desliz. Una distracción como aquella podía costarle a uno la vida en el Laberinto. Se acercó a la puerta sin hacer ruido y la abrió tan de improviso que la enana, que había estado llamando a ella con el mango del hacha de guerra, penetró en el camarote dando tumbos.

—¿Y bien? ¿Qué queréis? —preguntó Haplo.

—Te..., te hemos despertado —dijo Alake, apartando la mirada de él hacia el lecho desordenado con expresión nerviosa.

—Lo..., lo sentimos —balbuceó Devon—. No queríamos...

—El sumergible está aumentando la velocidad —comunicó Grundle, al tiempo que dirigía una mirada suspicaz a la piel de Haplo—. Y tú vuelves a brillar.

Haplo permaneció callado y se limitó a lanzarle una mirada colérica, confiando en que la enana entendería la indirecta y se marcharía. Alake y Devon ya empezaban a retroceder sobre sus pasos.

Pero Grundle no se dejaba intimidar tan fácilmente. Apoyó el hacha de guerra en el hombro, plantó los pies con firmeza en la cubierta oscilante y miró a la cara a Haplo.

—Nos estamos acercando a las serpientes dragón, ¿verdad?

—Es probable —respondió y se dispuso a cerrar la puerta. El cuerpo recio de la enana se lo impidió.

—Queremos que nos digas qué hacer.

«¿Y cómo diablos voy a saberlo?», quiso gritarle Haplo, exasperado. Había estado cerca de un poder mágico parecido a aquél en el Laberinto, pero en absoluto era tan fuerte. Y lo único que tenían que hacer las serpientes dragón era echarle un cubo de agua de aquel mar, y podía considerarse acabado.

Los mensch siguieron allí plantados, mirándolo, confiando en él (bueno, dos de ellos, al menos), todos vueltos hacia él en una muda súplica, esperanzados.

¿Quién les había dado aquella esperanza? ¿Tenía derecho a destruirla ahora?

Además, se dijo fríamente, aquellos mensch podían resultarle útiles. En el fondo de su mente ya tramaba un plan que...

—Entrad —indicó de mala gana, abriendo la puerta de par en par.

—

— I

Los mensch obedecieron en bloque.

—Sentaos —les dijo Haplo.

En el camarote sólo había el camastro. Alake lo observó. Estaba revuelto, aún caliente del cuerpo de Haplo. Sus largas pestañas parpadearon varias veces, rozando sus mejillas. Finalmente, movió la cabeza en gesto de negativa.

—No, gracias. Me quedaré de pie. No me importa...

—Siéntate —le ordenó Haplo con malos modos.

Alake obedeció, apoyada en el borde mismo de la cama. Devon tomó asiento a su lado, con las piernas incómodamente extendidas (las camas de los enanos se levantan muy poco del suelo). Grundle se dejó caer cerca de la cabecera e hizo oscilar las piernas adelante y atrás, arrastrando los talones por la cubierta. Los tres miraron de nuevo a Haplo con expresiones serias y solemnes.

—Dejemos una cosa en claro. No sé más que vosotros sobre esas serpientes dragón. Si acaso, sé menos.

—Pero hablaste con ellas —le recordó Grundle. Haplo no le hizo caso.

—¡Silencio, Grundle! —cuchicheó Alake.

—Lo que haremos para protegernos es, sobre todo, usar el sentido común. Tú —Haplo volvió la vista hacia el elfo—, será mejor que sigas fingiendo que eres una

muchacha. Cúbrete el rostro y la cabeza y no te quites el velo por nada. Y ten la boca cerrada. Guarda silencio y deja que yo me encargue de hablar. Eso va por todos –añadió, dirigiendo una expresiva mirada a la enana.

Grundle soltó un bufido e irguió la cabeza con desdén. Había colocado el hacha de guerra entre las piernas y estaba dando nerviosos golpecitos con las yemas de los dedos en el mango del arma. Ésta le recordó algo a Haplo.

–¿Hay más armas a bordo? Armas pequeñas, como cuchillos, navajas...

Grundle soltó otro bufido, con aire de mofa.

–Los cuchillos son para los elfos. Los enanos no usamos armas tan insignificantes.

–Pero tenemos cuchillos a bordo –apuntó Alake–. En la cocina.

–Cuchillos de cocina... –murmuró Haplo–. ¿Son pequeños y afilados? ¿Podría Devon esconder uno de ellos en el cinto? ¿Podrías tú esconder otro... en alguna parte? –preguntó, indicando las ropas ajustadas al cuerpo que llevaba la humana.

–¡Pues claro que están afilados! –aseguró Grundle con voz indignada–. ¡No ha llegado el día en que un enano fabrique un cuchillo romo! Pero podría ser tan afilado como la hoja de esta hacha y, a pesar de ello, ser incapaz de penetrar en el pellejo de esas bestias horribles.

Haplo guardó silencio, tratando de encontrar la manera más sencilla y suave de decir lo que tenía en mente.

–No estaba pensando en utilizarlos contra las serpientes dragón –dijo por fin. Y no añadió nada más, esperando que los mensch captaran a qué se refería.

Y así fue... al cabo de un momento.

–¿Quieres decir –apuntó Alake con sus ojos negros abiertos como platos– que los llevemos para usarlos contra..., contra...? –Tragó saliva, sin terminar la frase.

–... contra vosotros mismos –la ayudó Haplo, optando por ser enérgico e ir al grano–. A veces, la muerte puede ser una buena amiga.

–Lo sé –respondió Alake con un escalofrío–. He visto morir a mi gente.

–Y yo he visto a un elfo torturado por las serpientes dragón –terció Devon.

Grundle, por una vez, no dijo nada. Incluso la irritable enana parecía alicaída.

Devon exhaló un profundo suspiro y añadió:

–Entendemos lo que nos propones y te agradecemos la intención, pero no estoy seguro de que pudiéramos...

«Podréis –le respondió Haplo en silencio–. Cuando el horror y la agonía y el tormento se hagan insoportables, desearéis desesperadamente poner fin a vuestros sufrimientos.»

–

– I

Pero ¿cómo podía decirles tal cosa? Aquellos tres mensch eran unos chiquillos, reflexionó con amargura. Aparte de una astilla clavada en el pie, de una caída o de un coscorrón en la cabeza, ¿qué sabían ellos de dolores y de padecimientos?

–¿Podrías...? –Devon se humedeció los labios, mientras hacía un supremo esfuerzo por demostrar valentía–. ¿Podrías... enseñarnos cómo? –Dirigió una rápida mirada a las dos muchachas que lo flanqueaban–. No sé si será el caso de Alake y de Grundle, pero yo nunca he tenido que..., que hacer nada parecido. Estoy bastante seguro de que metería la pata –añadió con una sonrisa desconsolada.

–No necesitamos cuchillos –intervino Alake–. Había pensado no decir nada, pero he traído conmigo ciertas hierbas que, empleadas en pequeñas dosis, se utilizan para aliviar dolores. Pero si una masca una hoja entera...

–...te lleva, muy aliviada, a la otra vida –terminó la frase Grundle, y contempló a la humana con envidiosa admiración–. No sabía que fueras capaz de una cosa así,

Alake. –De pronto le vino a la mente una pregunta–: ¿Pero qué significa eso de que no pensabas decir nada?

–Lo habría hecho –respondió Alake–. Os habría ofrecido la posibilidad de usarlas. Como he dicho –añadió suavemente, alzando sus ojos negros a Haplo–, he visto cómo moría mi gente.

Y, en aquel momento, Haplo comprendió que la humana se había enamorado de él.

Saberlo no lo ayudó en absoluto a sentirse mejor. Si acaso, lo hizo sentirse peor. Era sólo una maldita fuente más de preocupaciones. De todos modos... ¿por qué se había de preocupar? ¿Qué importaba si rompía o no el corazón de aquella infeliz humana? Al fin y al cabo, sólo era una mensch. Si acaso, a juzgar por el modo en que la muchacha lo miraba, el patryn tendría que revisar su idea de estar tratando con una niña.

–Bien. Has hecho muy bien, Alake –dijo pues, en un tono lo más frío y desapasionado posible–. ¿Tienes esas hierbas escondidas donde las serpientes dragón no puedan encontrarlas?

–Sí, las tengo en mi...

–¡No! –Haplo alzó una mano–. No lo digas. Si los demás no lo sabemos, esas criaturas no podrán sonsacárnoslo. Manten ese veneno a salvo, y guarda el secreto. Alake asintió con aire solemne y continuó mirándolo con ojos cálidos y limpidos. «No te hagas esto a ti misma –quiso decirle Haplo–. Es imposible.»

Tal vez debería decírselo. Tal vez era lo mejor que podía hacer. Pero ¿cómo explicárselo? ¿Cómo hacerle entender que, en el Laberinto, enamorarse era autoinfligirse deliberadamente una herida? Nada bueno podía resultar del amor. Nada, salvo la muerte y un amargo pesar y una soledad vacía.

¿Y cómo podía explicarle que un patryn jamás podría amar en serio a una mensch? Por lo que Haplo sabía de los tiempos anteriores a la Separación, había ocasiones en las que patryn, tanto de un sexo como de otro, habían encontrado placer en la compañía de los mensch. Tales relaciones eran seguras y entretenidas. Pero aquello había sido hacía mucho tiempo. Ahora, su pueblo se tomaba la vida mucho más en serio.

Alake bajó los ojos y entreabrió los labios en una sonrisa tímida. Haplo se dio cuenta de que había estado mirándola fijamente y de que la muchacha, sin duda, se estaría haciendo una impresión errónea.

–Ahora, largaos de aquí –añadió ásperamente–. Volved a vuestros camarotes y preparaos. No creo que tengamos que esperar mucho. Devon, será mejor que cojas uno de esos cuchillos, para mayor seguridad. Tú también, Grundle.

–Os enseñaré dónde están –se ofreció Alake.

Haplo se refería a que no podía haber descendencia de tales relaciones, ya que no existía compatibilidad genética entre las diferentes razas.

–

– I

Al marcharse, se volvió hacia Haplo con una sonrisa y le lanzó una mirada de soslayo con una caída de sus largas pestañas. Después, abrió la marcha por el pasadizo.

Devon siguió sus pasos. Mientras salía, el elfo estudió a Haplo y su mirada se hizo, de pronto, fría y sombría. Sin embargo, no dijo nada. Fue Grundle quien se detuvo en el umbral de la puerta, con la mandíbula inferior echada hacia adelante y las patillas encrespadas.

–La has herido –dijo la enana, levantando su pequeño puño en gesto de amenaza– y por eso, con serpientes dragón o sin ellas, voy a matarte.

—Me parece que tienes otros asuntos de los que ocuparte —replicó Haplo sin alterarse.

—¡Hum! —exclamó Grundle con desdén, y meneó la cabeza haciendo que las patillas se mecieran a un lado y otro. Luego, volviéndole su diminuta espalda, abandonó la estancia con pesadas zancadas, cargando al hombro el hacha de guerra.

—¡Maldita sea! —exclamó Haplo, y cerró de un portazo.

El patryn deambuló por su pequeño camarote urdiendo planes, descartándolos y tramando otros distintos. Estaba ya llegando al punto de admitir que todo aquello no tenía pies ni cabeza, que estaba tratando inútilmente de controlar algo sobre lo que no tenía el menor control, cuando la estancia se vio sumida de pronto en una completa oscuridad.

Haplo se quedó paralizado donde estaba, ciego y desorientado. El sumergible topó con algo y la sacudida lo mandó por los aires hasta chocar contra una de las paredes. Un ruido rechinante que procedía de debajo lo llevó a imaginar que la embarcación había varado.

El sumergible se mecía a un lado y otro, varió de dirección, se escoró a un costado y, por fin, pareció quedar en equilibrio. Entonces, cesó todo ruido y todo movimiento.

Haplo se quedó absolutamente quieto, conteniendo la respiración y aguzando el oído.

El camarote ya no estaba a oscuras. Los signos mágicos de su piel despedían un brillante resplandor azul que bañaba su persona y todos los objetos de la pequeña cabina con una luz trémula y fantasmagórica. Haplo sólo recordaba una ocasión en que las runas hubieran reaccionado con tanta intensidad a un peligro; había sido en el Laberinto, cuando había tropezado accidentalmente con la caverna de un dragón de sangre, la más temida de todas las temibles criaturas que prolaban aquel lugar infernal.

En aquella ocasión había dado media vuelta y había huido a toda prisa, había corrido hasta que los músculos de sus piernas se le habían agarrotado y el dolor de los pulmones se había hecho insoportable, había corrido hasta saltársele las lágrimas de dolor y agotamiento, e incluso entonces había seguido corriendo un rato más. Ahora, el cuerpo volvía a decirle que echara a correr...

Contempló los signos mágicos iluminados y percibió aquella sensación de hormigueo casi enloquecedora que lo incitaba a ponerse en acción. Pero las serpientes dragón no lo habían amenazado. Habían hecho precisamente lo contrario: le habían prometido —al menos, había parecido una promesa— vengarse de un antiguo enemigo.

—Podría ser una trampa —razonó en un susurro—. Un truco para atraerme aquí.

Pero ¿por qué?

Estudió de nuevo las runas de su piel y se sintió reconfortado. Se sentía fuerte, y su magia volvía a ser poderosa como siempre. Si se trataba de una trampa, aquellas serpientes dragón iban a descubrir que habían picado demasiado alto... Unos gritos, unas exclamaciones y unas pisadas sacaron a Haplo de sus reflexiones.

—¡Haplo! —Era Grundle, dando alaridos.

—

— I

El patryn abrió la puerta. Los tres mensch venían hacia él, corriendo por el pasadizo. Alake iluminaba el camino, portando en la mano un quinqué en cuyo interior había una especie de criatura con aspecto de esponja que despedía una

brillante luz blanca. Los mensch parecieron considerablemente sorprendidos al ver a Haplo, cuya piel refulgía con la misma intensidad que el quinqué. Los tres se detuvieron tropezando unos con otros, se apretujaron y lo contemplaron con admiración y temor.

Haplo pensó que, en aquella oscuridad y con las runas brillando tan intensamente, debía de constituir un espectáculo maravilloso.

—Bueno..., supongo que no necesitamos esto —apuntó Alake con un hilillo de voz, y soltó el quinqué. Este cayó al suelo con un estrépito que atravesó a Haplo como un puñal afilado.

—¡Silencio! —siseó.

El trío tragó saliva, asintió e intercambió unas miradas asustadas.

Probablemente, los mensch pensaban que las serpientes dragón los estaban espiando. Y era muy posible que así fuera, se dijo Haplo lúgubrementemente. Todos sus instintos más entrenados e innatos le advertían que pisara con suavidad, que caminara con cautela.

Con un gesto de la mano, les indicó que se acercaran. Los mensch avanzaron por el pasillo, esforzándose por no hacer ruido. A Alake le tintineaban los abalorios de la ropa, las pesadas botas de Grundle retumbaban sobre la cubierta con un sonido hueco y Devon se enredó con la falda, tropezó y fue a golpearse contra la pared.

—¡Silencio! —exigió Haplo en un susurro iracundo—. ¡No os mováis!

Los mensch se quedaron paralizados. Haciendo menos ruido que la oscuridad, Haplo llegó junto a Grundle e hincó la rodilla a su lado.

—¿Sabes qué ha sucedido? La enana asintió y abrió la boca.

Haplo la atrajo hacia sí y se señaló la oreja. Las patillas de Grundle le cosquillearon en la mejilla.

—Creo que hemos entrado en una caverna. Haplo reflexionó. Sí, aquello tenía sentido, y explicaría la súbita oscuridad.

—¿Crees que estamos en el lugar donde viven las serpientes dragón? —preguntó Alake, que se había deslizado hasta colocarse al lado de Haplo. Pese a la firmeza de su voz, el patryn percibió el temblor del esbelto cuerpo de la humana.

—Sí, las serpientes dragón están aquí —respondió Haplo, echando una ojeada a los signos mágicos que brillaban en sus manos.

Alake se acercó aún más a él. Devon exhaló un profundo suspiro tembloroso y apretó los labios. Grundle refunfuñó y frunció el entrecejo.

No hubo gritos, ni lágrimas, ni pánico. Haplo, a regañadientes, tuvo que reconocer que aquellos jóvenes mensch eran valerosos.

—¿Qué hacemos? —inquirió Devon, poniendo todo su empeño en evitar que se le quebrara la voz.

—Nos quedaremos aquí —respondió Haplo—. No iremos a ninguna parte ni haremos nada; sólo esperar.

—No vamos a tener que esperar mucho tiempo —apuntó Grundle.

—¿Qué? ¿Por qué no? —inquirió el patryn.

Como respuesta, la enana señaló algo por encima de sus cabezas. Haplo miró hacia arriba. El leve resplandor de su piel iluminaba los tablones de madera que formaban el techo. La madera estaba húmeda y reluciente. Una gota de agua cayó al suelo a los pies de Haplo. A esa gota siguió otra, y otra más.

El pez luz espinoso. Esférico y con largas frondas de bordes afilados como cuchillas, este animal emite una luz brillante que sirve para atraer a sus víctimas. Cuando se siente amenazado, esta luz se hace aún más intensa, hasta cegar al posible depredador y obligarlo a huir. Por esta razón, es recomendable mantener bien alimentados y a gusto a los peces de los quinqués.

—

— I

—La nave se está resquebrajando —anunció Grundle, y enseguida frunció el entrecejo—. Pero los sumergibles enanos no se resquebrajan. Debe de ser cosa de las serpientes.

—Nos están obligando a abandonar la nave —dijo Alake—. Tendremos que nadar, Grundle. Pero no te preocupes: Devon y yo te ayudaremos.

—No estoy preocupada —respondió la enana, y volvió su mirada a Haplo. Por primera vez en su vida, el patryn conocía el terror en estado puro, debilitador e incapacitante. Aquel miedo lo privaba de la facultad de pensar, de razonar. No podía hacer nada sino contemplar con terrible fascinación el agua que se acercaba cada vez más a sus pies.

¡Nadar! Casi se echó a reír. ¡De modo que, finalmente, era una trampa! Lo habían atraído allí y luego se habían ocupado de dejarlo impotente.

El agua le salpicó el brazo. Haplo retrocedió y se secó rápidamente, pero era demasiado tarde. Donde el agua del mar le había tocado la piel, el fulgor de las runas se apagó. El nivel del agua seguía subiendo y le lamía la puntera de las botas, y el patryn percibió que el círculo de su magia empezaba a agrietarse y a desmoronarse lentamente.

—¡Haplo! ¿Qué sucede? —gritó Alake.

Una sección del casco cedió a la presión. Los maderos se quebraron y saltaron hechos astillas, y el agua penetró por el agujero como una cascada. El elfo resbaló y cayó bajo el torrente. Alake, agarrada a una viga del techo, cogió a Devon por la muñeca y lo salvó de ser arrastrado pasillo abajo. El elfo se incorporó tambaleándose.

—¡No podemos quedarnos aquí! —exclamó.

El agua ya le llegaba a Grundle por la cintura y la enana empezaba a sentirse presa del pánico. Su tez morena se había vuelto pálida, tenía los ojos desorbitados, y el mentón le temblaba. Los enanos pueden respirar el agua del mar, igual que los elfos y los humanos, pero no son muy amantes del mar ni confían en él, probablemente porque sus macizos cuerpos son muy torpes en el agua.

Grundle no había estado nunca con el agua por encima de los tobillos, pero ahora ya le llegaba al pecho.

—¡Socorro! ¡Alake, Devon! ¡Ayudadme! —chilló, agitando los brazos y chapoteando frenéticamente—. ¡Alakeee!

—¡Grundle! ¡No sucede nada!

—¡Ten, cógete de mi mano! —sugirió Devon—. ¡Ay! No aprietes tanto. Ya está. Suelta un poco. Vamos, agarra también la mano de Alake.

—Ya te tengo, Grundle. No te va a suceder nada. Tranquilízate. No, no tragues así el agua. Hunde la cabeza y aspira como si estuvieras tomando aire. ¡No! ¡Así no! ¡Te vas a ahogar! ¡Se está asfixiando! ¡Grundle...!

La enana se hundió bajo el agua y emergió tosiendo y expulsando agua, aún más presa del pánico.

—¡Será mejor que la llevemos a la superficie! —gritó Devon.

Alake dirigió una preocupada mirada hacia Haplo.

Éste no se había movido ni había pronunciado palabra. El agua le llegaba ya por el muslo y el resplandor de su piel casi se había apagado por completo. Vio que la humana lo miraba y, al advertir que estaba preocupada por él, estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¡Adelante! —exclamó.

Empezaban a ceder otras cuerdas del sumergible y el agua ya casi le llegaba a

la nariz a Grundle, quien luchaba por mantener la cabeza emergida entre jadeos y gorgoteos.

Devon hizo una mueca de dolor.

–¡Me está arrancando la mano, Alake! ¡Vamos!

–Seguid adelante –ordenó Haplo, iracundo.

El casco del sumergible cedió por fin con un crujido estruendoso. El agua penetró con fuerza y se cerró sobre la cabeza de Haplo. Perdió de vista a los mensch y todo

–

– I

lo demás. Era como si la noche hubiera tomado forma líquida. De inmediato, se adueñó de él un pánico equiparable al de la enana. Contuvo la respiración hasta que le dolió el pecho, reacio a aspirar aquella oscuridad. Una parte de su desesperada mente le dijo que sería mucho más fácil ahogarse, pero su cuerpo se negó a permitirle tal cosa.

Hizo una inspiración y empezó a respirar agua. Al cabo de unos momentos, la cabeza se le aclaró. No veía nada y avanzó entre los restos del naufragio tanteando el terreno con las manos. Tras apartar unos fragmentos de mamparo, consiguió abrirse paso y empezó a nadar sin rumbo.

Se preguntó si iba a verse condenado a dar tumbos por aquella noche acuosa hasta caer vencido por el agotamiento pero, en el mismo instante en que el pensamiento tomaba forma en su mente, su cabeza emergió de las aguas.

Agradecido, tomó una bocanada de aire.

Se sostuvo flotando en la superficie, pedaleando en el agua con tranquilidad, y miró a su alrededor.

En la orilla se había preparado una gran hoguera, cuya leña ardía y crepitaba ofreciendo un calor y una luz muy reconfortantes. El fulgor rojizo de las llamas se reflejaba en el techo y en las paredes de roca de la cueva.

Haplo percibió una sensación de miedo, procedente de algo externo a él. Un terror abrumador lo rodeó. Las paredes estaban cubiertas con una especie de sustancia pegajosa pardoverdusca que parecía rezumar de la roca, y el patryn tuvo la extraña impresión de que la propia cueva estaba herida y que vivía presa del miedo. Del miedo y de un dolor horrible.

Resultaba ridículo.

Haplo se volvió rápidamente para mirar a su espalda, a un lado y otro, pero apenas distinguió nada. Aquí y allá, un reflejo de la luz de la hoguera centelleaba en la roca mojada.

Un ruido de chapoteo atrajo su atención. Tres siluetas, tres sombras negras contra el fulgor anaranjado del fuego, emergieron del agua. Dos de ellas ayudaban a la tercera, que no podía caminar. Este detalle, junto con el sonido musical de los abalorios y un gruñido sordo de la tercera figura, le indicó a Haplo que debían de ser sus mensch.

No vio rastro alguno de las serpientes dragón.

Alake y Devon consiguieron arrastrar a Grundle hasta la orilla. Una vez allí, visiblemente agotados, soltaron a la enana y los tres se derrumbaron en la playa para recuperarse. Alake, sin embargo, se incorporó apenas hubo recuperado el aliento y se dirigió de nuevo hacia el agua.

–¿Adonde vas? –La voz clara del elfo resonó en la cueva.

–¡Tengo que encontrar a Haplo, Devon! ¡Quizá necesite ayuda! ¿Viste su cara...?

Haplo, mascullando maldiciones para sí, siguió nadando hacia la orilla. Alake escuchó el ruido de su chapoteo e, incapaz de distinguir quién o qué causaba el ruido, se quedó paralizada. Devon corrió a su lado. En su mano brillaba el metal.

—¡Soy yo! —les gritó Haplo. Sintió que su vientre rozaba terreno sólido e, incorporándose, salió del agua, empapado.

—¿Estás..., estás bien? —Alake alargó la mano con timidez, pero la retiró a la vista de la expresión ceñuda de Haplo.

No, no estaba bien. Estaba fatal.

Sin hacer caso de la humana ni del elfo, pasó ante ellos y se dirigió rápidamente hacia la hoguera. Cuanto antes se secara, antes recuperaría su magia. La enana yacía en la arena como un bulto empapado y Haplo se preguntó si estaría muerta. Un gemido sofocado lo tranquilizó.

—¿Está herida? —preguntó, al llegar junto a la hoguera.

—No —respondió Devon, dándole alcance.

—Más que nada, está asustada —añadió Alake—. Se recuperará. ¿Qué..., qué estás haciendo?

—

— I

—Quitándome la ropa —gruñó Haplo, que ya se había despojado de la camisa y de las botas, y ahora empezaba a desabrocharse los pantalones de cuero.

Alake lanzó un grito contenido. Apartó rápidamente el rostro y se cubrió los ojos con las manos. Haplo soltó otro gruñido. Si la muchacha no había visto nunca a un hombre desnudo, ahora iba a ver el primero. No tenía tiempo ni paciencia para ser considerado con la sensibilidad de una joven humana. Aunque la magia que le advertía de los peligros había desaparecido de su piel, al haberse borrado los signos mágicos, tenía la clara sensación de que no estaban solos en aquella cueva. Los estaban observando.

Haplo arrojó los pantalones a la arena, se puso en cuclillas junto a la hoguera y acercó los brazos y las manos al fuego abrasador. Satisfecho, comprobó cómo las gotitas de agua se evaporaban y la piel empezaba a secarse. Luego, miró a su alrededor.

—Cúbrete la cabeza con el velo —ordenó a Devon— y ven a sentarte junto al fuego. Resultaría sospechoso si no lo hicieras, pero manten el rostro apartado de la luz. ¡Y guarda el maldito cuchillo!

Devon obedeció sus instrucciones. Guardó el cuchillo junto al pecho y se echó la tela empapada del velo por encima de la cabeza y del rostro. Tembloroso, se acercó al fuego con cautela y se dispuso a sentarse junto a las llamas con las piernas cruzadas.

—¡No te sientes como un hombre! —le dijo Haplo en un susurro—. Siéntate sobre los talones, con las rodillas juntas. Eso es. Alake, trae a Grundle hacia aquí. Y despiértala. Quiero que todos estemos conscientes y alerta.

Alake asintió en silencio y corrió hasta la enana postrada en la arena.

—Grundle, tienes que levantarte. Lo dice Haplo. Grundle... —Alake bajó la voz—, percibo la maldad. Las serpientes dragón están aquí, Grundle. Nos están observando. ¡Por favor, tienes que ser valiente!

La enana lanzó un nuevo gemido pero alzó la cabeza, refunfuñando y limpiándose los ojos de agua con un repetido parpadeo, entre estornudos. Alake la ayudó a ponerse en pie y las dos se encaminaron hacia la hoguera.

—¡Esperad! —les susurró Haplo, quien se incorporó lentamente. Captó, detrás de él, un jadeo contenido de Alake y la voz de Grundle que murmuraba por lo bajo en idioma enano antes de enmudecer. Devon se fundió en las sombras.

Unos ojos verdegriajos surgieron en la oscuridad e hicieron que la luz de la hoguera pareciese mortecina, en contraste con su brillo. Eran unos ojos oblicuos, de serpiente, y los había en gran número, en tal cantidad que Haplo fue incapaz de

contarlos. Las serpientes alzaron ante él sus moles enormes hasta una altura increíble y escuchó el ruido de sus pesados cuerpos al reptar sobre la arena y las rocas. Un hedor pestilente y repulsivo pareció llenarle la nariz y la boca con el sabor de la muerte y la descomposición. Se le encogió el estómago. A su espalda, escuchó a los mensch gemir de terror. Uno de los tres estaba vomitando.

Haplo no se volvió. Era incapaz de hacerlo. Las serpientes dragón reptaron hasta las proximidades de la hoguera. Las llamas brillaron sobre sus cuerpos enormes y escamosos. Se sintió abrumado por la enormidad de las criaturas que se alzaban ante él. No sólo era enorme su tamaño, sino también su poder. Se sintió lleno de temor reverencial, de asombro y de humildad. Dejó de lamentarse por la pérdida de su magia, pues no le habría servido de nada frente a aquellos seres, que eran capaces de aplastarlo con el aliento. Un susurro de aquellas bocas podía dejarlo incrustado en el suelo.

Con los puños apretados a los costados, Haplo aguardó con calma a que le llegara la muerte.

De pronto, la más imponente de las serpientes dragón alzó la cabeza. Sus ojos ardían y parecían bañar la cueva con un atroz fulgor verderrojizo. Al cabo de unos instantes, los ojos se cerraron y la cabeza volvió a descender hasta la arena delante de Haplo, quien permanecía en pie junto al fuego, desnudo.

—Patryn —dijo la criatura, en tono reverente—. Amo...

—

— I

CAPÍTULO

DRAKNOR CHELESTRA

—¡Vaya, que me arranquen de cuajo las patillas!

Haplo escuchó el murmullo de admiración de la enana y compartió su asombro.

La gigantesca serpiente dragón postró su cabeza en el suelo ante el patryn. Sus compañeras se habían retirado a una respetuosa distancia, con sus cuerpos escamosos arqueados, las cabezas gachas y las rendijas de los ojos cerradas.

El patryn permaneció tenso, alerta. Los dragones eran criaturas inteligentes y arteras, de las que no había que fiarse.

La serpiente dragón alzó la cabeza y elevó el cuerpo hasta casi alcanzar el elevado techo de la caverna. Los mensch soltaron un grito de alarma, pero Haplo levantó la mano.

—Estaos quietos —ordenó.

Al parecer, la serpiente dragón sólo estaba buscando una postura más cómoda.

Enroscó el cuerpo una y otra vez, apilando cada vuelta sobre la anterior, hasta terminar reposando la cabeza sobre sus propios lazos.

—Ahora podemos hablar con más comodidad. Por favor, patryn, toma asiento.

Bienvenido a Draknor.

La serpiente dragón hablaba en idioma patryn, un lenguaje basado en runas que, además de las palabras, debería haber llenado de imágenes la mente de Haplo. Sin embargo, no vio nada; sólo captó el sonido, y éste era monocorde y apagado. Un escalofrío le recorrió la piel. Era como si los dragones hubieran reducido el poder de las runas a meras siluetas y figuras que manipulaban a voluntad.

—Gracias, Regio. —Haplo se sentó otra vez, sin apartar la mirada de la serpiente dragón ni un solo instante.

Los ojos de la serpiente se volvieron hacia los mensch, que no se habían movido de sitio.

—¿Cómo es que nuestras jóvenes invitadas no se acercan a la hoguera para secarse? ¿Tal vez el calor es excesivo? ¿O acaso no es suficiente...? Sabemos tan

poco de vuestras frágiles constituciones que no podemos calcular como es debido...

Haplo movió la cabeza en un gesto de negativa.

—Les das miedo, Regio. Y, después de lo que hicisteis con sus pueblos, no se lo reprocho.

La serpiente dragón agitó sus anillos, cerró los párpados y de su boca desdentada escapó un leve suspiro sibilante.

—¡Ah!, me temo que hemos cometido un error terrible. Pero os compensaremos por ello. —Los ojos encendidos se abrieron y la serpiente añadió, en tono expectante—: ¿Tienes influencia sobre esas mensch? ¿Confían en ti? Sí, claro. Asegúrales que no les deseamos ningún mal. Haremos cuanto esté en nuestro poder para que se sientan a gusto entre nosotros. ¿Un lugar caliente para dormir? ¿Comida, ropa seca? ¿Piedras preciosas, oro, plata? ¿Las haría felices todo eso? ¿Ayudaría a apaciguar su miedo?

De pronto, delante de Haplo, el suelo quedó sembrado de cuencos, cestos, fuentes y platos que contenían manjares exquisitos de todas las clases imaginables: Traducido al humano, el Lugar Oscuro.

—

— I

fuentes de frutas fragantes, bandejas de carne humeante, botellas de vino, barriles de cerveza espumosa...

Ropajes de todo tipo y descripción flotaron en el aire como aves de seda multicolor que descendían revoloteando hasta posarse a los pies de Alake, envolver los flaccidos brazos de Devon y emitir reflejos ante los ojos desconcertados de Grundle. Cofrecillos de esmeraldas, zafiros y perlas esparcieron su deslumbrante contenido sobre la arena. Pilas de monedas de oro brillaron a la luz de la hoguera. A lo lejos se encendió otro fuego, que iluminó otra oscuridad dentro de la cueva.

—Ahí estaréis calientes y secas. —La serpiente dragón se dirigió a los jóvenes mensch en el idioma de los humanos—.

Hemos llenado esa cavidad con hierba fresca para que os sirva de lecho. Debéis de estar agotadas y hambrientas. —Pasó al élfico para añadir—: Por favor, aceptad nuestros regalos y retiraos a dormir. —Y, en el lenguaje de los enanos, concluyó—: No tengáis miedo. Vuestro reposo será seguro y tranquilo. Mi pueblo lo velará. Las demás serpientes dragón movieron el cuerpo en una danza sinuosa mientras el eco de la cueva repetía en un siseo las palabras «seguro... y tranquilo».

Los mensch, que esperaban encontrar allí la muerte y la tortura, se quedaron completamente desarmados y desconcertados ante aquellos lujosos presentes. Se limitaron a permanecer inmóviles, con una expresión de asombro y desconcierto y más espantados todavía, si cabe.

Grundle fue la primera en recuperar el habla. Una corona de plata había caído del aire sobre su cabeza, casi tapándole un ojo. Después de pasar a duras penas entre un montón de ropa y unas pilas de comida, se dirigió hacia Haplo con paso enérgico.

Brazos en jarras, pasó por alto ostentosamente la presencia de las serpientes dragón y habló al patryn como si los dos estuvieran solos en la playa.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué está pasando? ¿De qué estáis hablando en esa abstracta lengua vuestra?

—La serpiente dragón dice que se ha cometido un error e intenta ofreceros una compensación. A mi entender... —intentó continuar Haplo, pero no logró pasar de allí.

—¡Una compensación! —Grundle alzó el puño y se volvió en redondo hasta quedar frente a frente con la enorme criatura—. ¿Una compensación por destruir los

cazadores de sol, por asesinar al pueblo de Alake, por torturar al pobre elfo? ¡Yo te daré compensaciones! ¡Te...!

Haplo la sujetó y la retuvo, mientras la enana se debatía y lanzaba puntapiés.

–¡Basta, pequeña estúpida! ¿Quieres que nos maten a todos?

Grundle, jadeante, le lanzó una mirada furiosa. El patryn la mantuvo inmobilizada hasta notar que el recio cuerpo de la enana empezaba a relajarse.

–Ya estoy bien –murmuró ella con voz hosca.

Haplo la soltó. La enana se encogió a su lado, frotándose las muñecas doloridas.

Haplo hizo un gesto a los otros mensch para que se acercaran.

–¡Escuchadme bien! –dijo a continuación–. Voy a intentar descubrir qué sucede pero, mientras tanto, las tres vais a aceptar de buen talante la hospitalidad del dragón. Tal vez aún consigamos salir bien librados de ésta..., nosotros y vuestros pueblos. Ésa fue la razón que os ha traído aquí, ¿verdad?

–Claro que sí, Haplo –respondió Alake–. Haremos lo que dices.

–No creo que tengamos muchas alternativas, ¿verdad? –intervino Devon, con la voz apagada tras el velo mojado que le cubría la cara.

Grundle asintió a regañadientes.

–¡Pero sigo sin confiar en esas criaturas! –añadió, moviendo las patillas en dirección a las serpientes con gesto de desafío.

–Bien. –Haplo sonrió–. Yo, tampoco. Mantened los ojos y los oídos abiertos. Y la boca, cerrada. Ahora, haced lo que dice la serpiente dragón. Id a esa cueva. Id allí enseguida, tú y Alake y..., y...

–Sadia.

–

– I

–Eso es. Sadia. Las tres, meteos en esa cueva e intentad dormir un poco.

Llevaos ropa seca, un poco de vino y todo lo que queráis. Comida, quizá.

Grundle soltó un bufido.

–Probablemente estará envenenada. Haplo lanzó un suspiro de exasperación.

–Si los dragones quisieran matarte, habrían podido descargar un hacha sobre tu cabeza, en lugar de dejar caer eso –dijo, y señaló la corona de plata, que de nuevo se le había deslizado hacia adelante hasta taparle un ojo.

La enana se quitó la corona, la contempló con una mueca de suspicacia y, por último, se encogió de hombros.

–Tienes razón –admitió, con un deje de sorpresa.

Arrojó el rodete de plata a la arena y, tras agarrar una cesta de pan con una mano y un barrilete de cerveza con la otra, se encaminó hacia la cueva.

–Id con ella –dijo Haplo a Alake, que no se movía de su lado–. No os pasará nada, puedes estar tranquila.

–Sí, ya lo sé. Me..., me llevaré tus ropas para secarlas junto al fuego –se ofreció Alake, y dirigió una mirada de reojo a Haplo. Apartó rápidamente la vista y se inclinó para recoger sus pantalones mojados.

–No es preciso –respondió el patryn, posando suavemente una mano en el brazo de la humana–. Te lo agradezco, pero las serpientes dragón también me han proporcionado las ropas que preciso. De todos modos, quizá sea mejor que cojas algo para..., para Sadia. Algo que le vaya mas holgado que esa ropa que lleva.

–Sí, tienes razón –dijo Alake. La muchacha pareció aliviada al tener una tarea concreta que cumplir y empezó a revolver entre la enorme cantidad de vestimentas esparcidas por la arena. Cuando encontró lo que buscaba, se volvió hacia Haplo con una sonrisa, dirigió una fría mirada de desafío a las serpientes dragón y, por último, se alejó a toda prisa detrás de Grundle.

Devon, que aún seguía bajo el amparo de las sombras, estaba recogiendo comida y vino. Se disponía a seguir a sus dos compañeras hacia la cueva, cuando Haplo lo llamó.

—Dos de las tres podéis dormir. La otra debe permanecer despierta, ¿entendido?

—dijo el patryn en voz baja, hablando en élfico.

Devon no respondió. Se limitó a asentir y se alejó.

Haplo se volvió de nuevo hacia la serpiente dragón, que había permanecido todo el rato muy tranquila, con la cabeza apoyada en los anillos de su cuerpo y los ojos parpadeando con indolencia a la luz de la hoguera.

Cuando los tres jóvenes hubieron desaparecido en el interior de la oquedad, la enorme criatura comentó:

—Realmente, vosotros los patryn tenéis un gran poder de persuasión sobre los mensch. Si tu pueblo hubiera estado libre para ayudarlos durante todos estos siglos, cuántas maravillas habrían conseguido realizar. Pero, ¡ay!, no ha podido ser. La serpiente dragón permaneció unos largos minutos meditando con aire apenado y luego movió su gigantesca mole.

—Pero, ahora que habéis escapado a vuestro injusto encarcelamiento, sin duda sabréis encontrar compensación por el tiempo y la oportunidad perdidos. Háblame de tu gente y de vuestros planes.

—Nuestra historia es larga, Regio —respondió Haplo con un encogimiento de hombros— y, aunque amarga para nosotros, seguramente resultaría aburrida para los demás. —El patryn no estaba dispuesto a revelar a aquellas criaturas detalle alguno sobre su pueblo. Su cuerpo ya estaba seco y advirtió cómo los débiles trazos de las runas comenzaban a volver a su piel—. ¿Te importa si me visto?

De pronto, había advertido entre los montones de joyas y de ropa un puñado de armas y se propuso echarle un vistazo más detenido.

—Por favor, faltaría más. Ha sido una desconsideración por mi parte no proponértelo. Pero, claro —la serpiente dirigió una mirada complacida a su propia piel escamosa—, nuestra especie no suele pensar en tales detalles.

—

— I

Haplo hurgó entre la masa de ropa, encontró lo que necesitaba y se vistió.

Mientras lo hacía, sus ojos no se apartaron un instante de la espada y su mente no dejó de buscar el modo de hacerse con ella sin despertar la ira de la serpiente.

—Pero si la espada es tuya, amo —dijo la serpiente dragón con toda calma.

Haplo miró a la criatura con asombro y cautela.

—No es aconsejable acudir desarmado a presencia de tu enemigo —añadió la criatura.

Haplo empuñó la espada, la levantó a modo de prueba y le satisfizo la sensación que le producía. Era casi como si el arma hubiera sido fabricada para su mano.

Encontró un cinto con la vaina, se lo ajustó y guardó el arma en la funda.

—Supongo que cuando hablas del «enemigo» te refieres a los sartán, ¿verdad, Regio?

—¿A quién, si no? —La serpiente dragón pareció confundida por unos instantes.

Entonces entendió a qué venía el comentario—. ¡Ah!, te refieres a nosotros, ¿no?

Debería haberlo pensado. Te has formado tu opinión de nosotros después de hablar con ellos... —Dirigió la vista a la cueva.

—Si lo que han contado es verdad... —apuntó Haplo.

—Estoy seguro de que lo es. —La serpiente dragón suspiró de nuevo, y su suspiro fue acompañado por el de todos sus congéneres—. Hemos actuado con precipitación y quizás hemos caído, digámoslo así, en un exceso de celo en nuestros esfuerzos

por intimidar a los mensch. No obstante, todas las criaturas tienen derecho a defenderse. ¿Acaso el lobo es tachado de cruel cuando se lanza a la garganta del león?

Haplo soltó un gruñido y contempló la exhibición de poder mágico que podía observar en el suelo a su alrededor.

—¿Pretendes hacerme creer que os asustaba un puñado de elfos, humanos y enanos?

—No eran los mensch quienes nos preocupaban —replicó la voz siseante de la serpiente dragón—, sino quienes estaban detrás de ellos. Quienes los habían traído aquí.

—Los sartán.

—¡Sí! Vuestro antiguo enemigo, que también es el nuestro.

—¿Me estás diciendo que los sartán están aquí, en Chelestra?

—Sí, hay toda una ciudad de ellos. Y los dirige uno cuyo nombre no te resultará desconocido.

—¿Samah? —Haplo frunció el entrecejo—. Eso fue lo que me dijiste a bordo de la nave, Regio. Pero no puede ser el mismo Samah, el miembro del Consejo de los Siete responsable de nuestro encarcelamiento...

—¡Sí! ¡El mismo! —La serpiente dragón alzó la cabeza de los anillos de su cuerpo con un destello de cólera en sus ojos verrojozados. Luego, murmurando por lo bajo en tono tranquilizador, fue calmándose poco a poco hasta recobrar la postura que tenía un rato antes—. Por cierto, patryn, ¿cómo te llamas?

—Haplo.

—Haplo. —La serpiente pareció saborear la palabra y encontrarla de su agrado—. Pues bien, Haplo, voy a contarte cómo es que este Samah ha regresado a un

universo que él y los de su raza maldita estuvieron a punto de destruir.

»Después de la Separación, Samah y su Consejo de los Siete estudiaron los cuatro nuevos mundos que habían creado y escogieron el más hermoso entre ellos para convertirlo en su hogar. Consigo trajeron a sus favoritos entre los mensch para que les sirvieran de esclavos, y fundaron esa ciudad de Surunan sobre una tierra creada también por su magia, a la que pusieron por nombre el Cáliz.

»Imagina su sorpresa cuando descubrieron que su hermoso mundo ya estaba habitado.

—¿Por tu pueblo, Regio?

La serpiente dragón inclinó la cabeza en un gesto humilde de asentimiento.

—Pero ¿de dónde procedéis vosotros? ¿Quién os creó?

—

— I

—Somos obra vuestra, patryn —respondió la criatura en voz baja.

Haplo frunció el entrecejo, desconcertado. Pero, antes de que pudiera hacer más preguntas, la serpiente dragón continuó su narración.

—Al principio, acogimos con la mejor intención a esos recién llegados a nuestro mundo, esperando establecer unas relaciones pacíficas y prósperas con ellos. Sin embargo, Samah pronto nos odió porque no podía esclavizarnos como había hecho con los desdichados mensch. Él y los demás miembros del Consejo nos atacaron sin mediar la menor provocación. Como es lógico, nos defendimos. Pero no los matamos, sino que los obligamos a regresar de nuevo a su ciudad, batiéndose en retirada.

—¿Derrotasteis a Samah? —inquirió Haplo, incrédulo—. ¿Al más poderoso de todos los sartán que han existido?

—Tal vez habrás advertido cierta extraña propiedad del agua de este mar... —

apuntó la serpiente dragón.

—No me he ahogado en ella, si es a eso a lo que te refieres, Regio. La he respirado como si fuera aire.

—No era a eso a lo que me refería.

—Pues no se me ocurre nada más —dijo Haplo con un expresivo gesto de cabeza.

—¿De veras? —Un ligero temblor recorrió el cuerpo de la serpiente, casi como si se estuviera riendo—. Pues yo habría asegurado que el agua del mar ejercía el mismo efecto sobre la magia de las dos razas, los sartán y los patryn.

Haplo casi no podía respirar. La terrible alegría que llenaba su ser le provocó un dolor auténtico, físico, en el pecho. Necesitaba un escape para descargar su emoción y alargó la mano para coger algo que comer, aunque no estaba hambriento.

¡El agua del mar de aquel mundo destruía la magia de los sartán! Y era en aquel mundo, rodeado de agua marina, donde se hallaba el enemigo más odiado por los patryn. Haplo alzó un odre de vino que casi se le cayó de las manos, temblorosas de júbilo. Con cuidado, volvió a dejar el odre donde estaba. «Tranquilo —se dijo—. Sé cauto. No te fies de estas criaturas.»

Intentando aparentar tranquilidad, dio un bocado a un alimento que tomó del montón. No sabía qué era, ni le importaba.

—Pero todo eso que me cuentas debió de suceder hace muchas generaciones.

¿Cómo es posible que Samah siga vivo, Regio? Tal vez has cometido un error.

—No, ningún error —aseguró la serpiente dragón—. Pero... la comida, ¿es de tu agrado? ¿Te apetece más de algo?

Haplo ni se había fijado en el sabor de lo que acababa de morder.

—No, gracias. Continúa, por favor. La serpiente lo complació.

—Esperábamos que, después de haberlos derrotado y castigado, los sartán nos dejarían tranquilos y nos permitirían continuar nuestras vidas en paz. Pero Samah estaba furioso con nosotros. Lo habíamos dejado en ridículo ante los ojos de los mensch y éstos, al ver tan humillados a esos seres que habían considerado dioses, empezaron a hablar abiertamente de rebelión. Samah prometió entonces vengarse de nosotros, fuera cual fuese el precio a pagar por su propio pueblo y por los inocentes mensch.

«Gracias a sus poderes mágicos (ya supondrás, por cierto, que los sartán tenían, a esas alturas, una aversión extrema al agua marina), Samah y el Consejo desplazaron el sol marino de su posición estacionaria en el centro del mundo. El astro marino empezó a alejarse a la deriva, el agua se hizo más fría y la temperatura comenzó a descender tanto en el Cáliz de los sartán como en nuestra propia luna marina. De esta manera, los sartán esperaban matarnos por congelación aunque eso significara que ellos mismos se verían obligados a abandonar Chelestra a través de la Puerta de la Muerte.

«Naturalmente, su plan habría incluido la muerte por congelación de todos los mensch pero, ¿qué eran unos pocos miles de humanos, enanos y elfos, en comparación con las enormes cantidades de ellos ya sacrificadas a la ambición

—

— I

sartán durante la Separación? Los mensch, sin embargo, descubrieron el artero plan de sus amos y se rebelaron contra ellos. Construyeron naves y huyeron al Mar de la Bondad, persiguiendo el sol marino.

»El éxodo de los mensch causó consternación y alarma entre los sartán, quienes ya no querían este mundo para ellos pero tampoco tenían intención de dejárselo a los mensch. Juraron que ningún mensch sobreviviría y, llegados a este punto,

tuvimos que tomar una decisión.

La serpiente dragón exhaló un suspiro, alzó la cabeza y miró a sus congéneres con orgullo.

—Podríamos haber acompañado a los mensch. Ellos nos suplicaron que lo hiciéramos, para protegerlos de las ballenas y otras terribles criaturas de las profundidades traídas aquí por los sartán para mantener a raya a los mensch. Pero nosotros sabíamos que éramos lo único que podía interponerse entre los mensch y la furia de los sartán y por eso decidimos quedarnos, aunque ello significaba disponerse a sufrir.

«Salvamos a los mensch e impedimos que los sartán huyeran a través de la Puerta de la Muerte. El nielo se cerró sobre ellos y sobre nosotros. Samah y los suyos no tuvieron más remedio que buscar refugio en el Sueño. Nosotros entramos en hibernación, convencidos de que un día el sol marino volvería hacia aquí. Entonces, nuestros enemigos despertarían y nosotros, también.

—Pero, entonces, ¿por qué habéis atacado a los mensch, Regio? En la época de la que me hablas, fuisteis sus salvadores.

—Sí, pero de eso hace ya muchísimo tiempo. Ahora, los mensch han olvidado por completo quiénes somos y el sacrificio que hicimos. —La serpiente dragón emitió un profundo suspiro y apoyó de nuevo la cabeza sobre los anillos de su cuerpo—. Supongo que deberíamos haber tenido en cuenta el paso del tiempo y haber hecho concesiones, pero estábamos emocionados de haber regresado a este hermoso mundo, e impacientes por entrar en contacto con los descendientes de aquellos por cuya salvación lo habíamos arriesgado todo.

»Nos presentamos ante los mensch demasiado de improviso, sin avisar. Y reconozco que no tenemos un aspecto demasiado encantador. Según tengo entendido, nuestro olor resulta ofensivo y nuestro tamaño intimida. Los mensch reaccionaron con un miedo terrible y nos atacaron. Dolidos ante tamaña ingratitud, lamento decir que les respondimos. A veces, no somos conscientes de nuestra propia fuerza.

La serpiente dragón suspiró de nuevo. Sus congéneres, profundamente afectados, emitieron murmullos de pesar y bajaron la cabeza hasta la arena.

—Cuando tuvimos ocasión de reflexionar sobre el tema con más calma, reconocimos enseguida que gran parte de culpa de lo sucedido había sido nuestra. Aun así, ¿cómo podíamos rectificar lo hecho? Si nos acercábamos de nuevo a los mensch, ellos no harían sino redoblar sus esfuerzos por matarnos. Así pues, decidimos hacer venir a los mensch hasta nosotros. Uno de cada raza, una hija de cada una de las casas reales. Si lográbamos convencer a estas gentiles damiselas de que no pretendíamos causarles ningún mal, ellas volverían a sus pueblos, les presentarían nuestras disculpas y el malentendido quedaría aclarado. Y volveríamos a vivir en paz y armonía.

¿Grundle, una gentil damisela?. Haplo reprimió una risilla al pensarlo, pero no dijo nada y dejó de lado el comentario, al tiempo que apartaba de su mente cualquier duda que pudiera tener sobre la sinceridad de las palabras de la serpiente dragón.

Había partes del relato de ésta que no encajaban con la versión que le habían contado los mensch, pero tales detalles no importaban, en aquel momento. Lo importante era que había encontrado una oportunidad para descargar un golpe, un golpe efectivo, contra los sartán.

—La paz y la armonía están muy bien, Regio —respondió por fin, observando con cautela a la serpiente y escuchando con cuidado sus palabras—, pero los sartán no

– I

las permitirán jamás. Cuando sepan que habéis regresado, harán cuanto puedan para destruirlos.

–Tienes mucha razón –asintió la serpiente dragón–. Intentarán acabar con nosotros y esclavizar a los mensch, pero ¿qué podemos hacer para evitarlo?

Quedamos muy pocos de mi raza, pues muchos no han sobrevivido a la hibernación. Y los sartán, según nos han contado nuestros espías, los gushnis, son más fuertes que nunca. Han recibido refuerzos a través de la Puerta de la Muerte.

–Refuerzos... –Haplo meneó la cabeza en gesto de negativa–. Eso es imposible...

–Uno de ellos, por lo menos, ha aparecido en Chelestra –insistió la serpiente dragón con toda rotundidad–. Un sartán que viaja libremente a través de la Puerta de la Muerte para visitar otros mundos. Ese sartán se disfraza de mensch y se hace llamar por un nombre mensch. Finge ser torpe e incapaz, pero nosotros sabemos quién es en realidad. Es ese al que llamamos . Y es mucho más poderoso que el propio Samah.

La serpiente dragón entrecerró los ojos.

–¿De qué te ríes, patryn?

–Lo siento, Regio –respondió Haplo con una sonrisa–, pero conozco a ese sartán del que hablas y no es necesario que te preocupes por él. Su torpeza y su ineptitud no son ficticias, sino auténticas. Y no viaja a través de la Puerta de la Muerte. Lo más probable es que cayera por ella, accidentalmente.

–¿No es un mago poderoso?

Haplo señaló la cueva con un gesto del pulgar.

–Los mensch de ahí dentro lo son más que él.

–Tus palabras me desconciertan –declaró la serpiente dragón, con una voz que parecía verdaderamente sorprendida. La criatura dirigió una mirada de sus ojos verderrojizos a sus congéneres–. Toda la información de que disponemos nos lleva a creer precisamente lo contrario. Ese sartán es .

–Pues vuestra información es errónea –aseguró Haplo, meneando de nuevo la cabeza e incapaz de contener una nueva carcajada. ¡Alfred, un Mago de la Serpiente! Fuera esto lo que fuese, seguro que el desmañado Alfred no lo era.

–Vaya, vaya, vaya. Bueno, bueno, bueno –musitó la serpiente dragón–. Eso requiere ciertas reflexiones. Pero parece que nos hemos desviado del tema que hablábamos. Yo había preguntado qué se podía hacer con los sartán. Y me parece que tú tienes la respuesta.

Haplo se acercó varios pasos más a la serpiente dragón, sin hacer caso del leve resplandor de advertencia de los signos mágicos tatuados en su piel.

–Estas tres razas de mensch se llevan muy bien. De hecho, estaban disponiéndose a unir sus fuerzas para lanzarse a la guerra contra vosotros. ¿Y si lográramos convencerlas de que tienen un enemigo más peligroso?

La serpiente abrió mucho los ojos, el fulgor verderrojizo se volvió completamente rojo y adquirió una intensidad cegadora. Haplo entrecerró los párpados y se vio obligado a protegerse del resplandor cubriéndose los ojos con una mano.

–Pero esos mensch son amantes de la paz. No querrán combatir.

–Tengo un plan, Regio. Créeme: si el asunto afecta a su supervivencia como raza, lucharán.

–Capto las líneas generales de ese plan en tu mente y tienes razón. Dará resultado. –La serpiente dragón cerró los ojos y bajó la cabeza–. Ciertamente, Haplo, vosotros los patryn merecéis ser los amos del mundo. Nos inclinamos ante ti.

De aspecto parecido a las medusas, cada uno de estos animales comparte su inteligencia con todo

el resto de su especie, y cada uno lleva en él todo el conocimiento del grupo. Debido a ello resultan magníficos espías, ya que todo lo que uno averigua se transmite instantáneamente a todos los demás gushnis de Chelestra. Estas criaturas no hablan y probablemente se relacionen con las serpientes dragón mediante telepatía.

—

— I

Todas las serpientes dragón postraron la cabeza en la arena y agitaron sus cuerpos gigantescos en señal de homenaje y acatamiento. De pronto, Haplo se sintió exhausto, tan agotado que se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo. —Ahora, ve a gozar de tu merecido descanso —le susurró la serpiente dragón. Haplo avanzó a través de la arena arrastrando los pies, en dirección a la oquedad que daba refugio a los mensch. No recordaba haberse sentido tan cansado en toda su vida y pensó que debía de ser un efecto de la pérdida de su magia. Penetró en la cueva, dirigió una mirada a los mensch, les aseguró que estaban a salvo y se dejó caer al suelo, donde se sumió en un sopor profundo y carente de sueños. El rey de las serpientes dragón descansó cómodamente la cabeza sobre los anillos de su cuerpo, una vez más, mientras sus ojos continuaban despidiendo su fulgor verderrojizo.

—

— I

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Alfred, acompañado del perro, abandonó la reunión del Consejo tan pronto como pudo y se dedicó a vagar por las calles de Surunan. La alegría que le había producido encontrar aquel nuevo reino se había borrado de su corazón. Su vista se paseó por una exhibición de belleza que ya no lo conmovía; su oído captó palabras que eran pronunciadas en su propio idioma, pero que le sonaban extranjeras. Todo él se sentía un extraño en lo que debería haber sido su casa.

—¡Encontrar a Haplo! —murmuró al perro; éste, al escuchar el nombre de su querido amo, empezó a soltar gañidos de impaciencia—. ¿Cómo esperan que lo encuentre? ¿Y qué voy a hacer con él cuando lo tenga delante?

Aturdido y confuso, deambuló sin rumbo por las calles.

—¿Cómo voy a dar con tu amo si ni siquiera tú eres capaz de localizarlo? —preguntó al perro, que le dirigió una mirada comprensiva pero fue incapaz de proporcionarle una respuesta. Alfred soltó un gruñido—. ¿Por qué se niegan a entenderme? ¿Por qué no me dejan en paz?

De pronto, se detuvo y miró a su alrededor. Había caminado más de lo que tenía pensado y había llegado más lejos que en ninguno de sus paseos anteriores. Al advertirlo, se preguntó con el ánimo sombrío si su cuerpo, como de costumbre, habría resuelto huir de aquel lugar y no se había molestado en informar a su cerebro de la decisión.

«Sólo queremos interrogar al patryn», habían sido las palabras de Samah, y el Gran Consejero no le mentiría. No podía mentirle. Un sartán no podía mentirle a otro bajo ninguna circunstancia.

—¿Por qué, entonces, no confío en Samah? —preguntó Alfred al perro con un lamento—. ¿Por qué me merece más confianza la palabra de Haplo que la suya? El perro no le supo responder.

—Tal vez Samah tiene razón —prosiguió, presa del abatimiento—. Es posible que el patryn me trastornara, aunque no estoy seguro de que Haplo y los suyos tengan el

poder necesario para ello. No he oído nunca de un sartán que cayera víctima de un encantamiento patryn, pero supongo que cabe tal posibilidad. –Se pasó la mano por la calva y exhaló un suspiro–. Sobre todo, conmigo.

El perro se convenció de que, finalmente, Alfred no iba a hacer aparecer de la nada a Haplo. Jadeante de calor, el animal se dejó caer en el suelo a los pies del sartán.

Alfred, también acalorado y fatigado, miró en torno a sí en busca de un rincón donde poder descansar. No lejos de donde estaba vio un edificio cuadrado, no muy grande, realizado con el eterno mármol blanco que tanto apreciaban los sartán y que Alfred empezaba a encontrar un poco aburrido. Un pórtico cubierto, sostenido por innumerables columnas de mármol blanco, rodeaba las paredes exteriores y le proporcionaba el aspecto serio y firme de un edificio público, y no el aire más relajado de una residencia privada.

Lo único extraño era que estuviese tan lejos de los demás edificios públicos, que se apiñaban en su mayoría en el centro de la ciudad, se dijo Alfred mientras se aproximaba a él. El frescor del pórtico en sombras ofrecía un agradable refugio donde protegerse del radiante sol que brillaba permanentemente sobre la ciudad sartán. El perro avanzó a su lado, al trote.

–

– I

Cuando llegó al porche, Alfred se llevó la decepción de no encontrar en él ningún banco donde poder sentarse a descansar. Suponiendo que habría alguien en el interior del edificio, esperó a que sus ojos se acostumbraran a las sombras y procedió a leer las runas grabadas en la gran puerta doble de bronce que daba acceso al lugar.

Para su desconcierto y sorpresa, descubrió unas runas de advertencia. No eran unos signos mágicos muy poderosos, sobre todo en comparación con los que habían intentado impedirles el acceso a la Cámara de los Condenados de Abarrach. Las runas que ahora contemplaba eran mucho más moderadas y se limitaban a informar de modo amistoso que lo mejor, lo más educado y acertado que podía hacer era marcharse. Y también indicaban que, si tenía algún asunto que tratar en el interior del edificio, debía solicitar al Consejo el permiso para entrar. Cualquier otro sartán –Samah, por ejemplo, u Orla–, se habría limitado a sonreír, asentir y, de inmediato, dar media vuelta y alejarse. Alfred también quiso hacerlo. Tenía toda la intención de hacer precisamente aquello: dar media vuelta y marcharse.

De hecho, la mitad de su cuerpo llegó a hacerlo. Por desgracia, la otra mitad escogió aquel momento para decidir abrir la puerta un par de dedos y echar un vistazo al interior. Como consecuencia de ello, Alfred tropezó con sus propios pies, buscó apoyo en la puerta, ésta cedió y el sartán terminó en el suelo, boca abajo sobre el mármol cubierto por una capa de polvo.

Imaginando que se trataba de un juego, el perro entró tras el sartán y se puso a lamerle la cara y a mordisquearle las orejas con aire retozón.

Alfred se concentró en quitarse de encima al juguetón animal pero, al agitar brazos y piernas sobre el suelo polvoriento, empujó inadvertidamente la puerta con uno de los pies. La puerta se cerró con un estruendo que levantó una nube de polvo. Tanto Alfred como el perro se pusieron a estornudar.

Alfred aprovechó que el perro estaba ocupado con el polvo que se le había metido en el hocico y se apresuró a incorporarse. No sabía bien por qué, pero se había adueñado de él una profunda inquietud. Quizá se debía a la ausencia de luz. El interior del edificio no estaba envuelto en la oscuridad completa de la noche, sino

en una penumbra lóbrega que desfiguraba las siluetas y convertía la cosa más normal en una forma extraña, irreconocible y, en consecuencia, siniestra.

—Será mejor que salgamos —dijo Alfred al perro. Éste, sin dejar de frotarse el hocico con las patas, estornudó otra vez y pareció considerar la propuesta una idea excelente.

El sartán se abrió paso a tientas en la penumbra hasta la puerta de doble hoja y se dispuso a abrirla, pero descubrió que no había tirador. Alfred estudió la puerta mientras se rascaba la cabeza.

Las hojas de bronce se habían cerrado herméticamente, sin dejar la menor rendija. Era como si se hubieran convertido en parte de la propia pared. Alfred se quedó totalmente perplejo. Ningún edificio le había hecho algo semejante en su vida. Continuó observando la puerta con atención, a la espera de que se iluminara alguna runa para indicarle que estaba intentando salir por un acceso reservado a entrada y que debía dirigirse a la salida trasera.

Pero no apareció ninguna indicación semejante. No apareció indicación de ningún tipo.

Cada vez más inquieto, Alfred entonó con voz temblorosa unas runas que deberían haber abierto la puerta y haberle proporcionado una escapatoria.

Las runas se iluminaron levemente y volvieron a apagarse. La puerta estaba dotada de una magia negativa. Cualquier hechizo que lanzara contra ella sería contrarrestado al instante por un hechizo negativo de idéntica fuerza.

El Mar de Fuego, vol. III de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

—

— I

Alfred continuó avanzando a tientas en la profunda penumbra, buscando una salida. Le pisó el rabo al perro, se dio con la espinilla contra un banco de mármol y se hizo daño en las yemas de los dedos en un intento de abrir lo que creyó que podía ser otra puerta, pero que resultó ser un simple defecto de uno de los bloques de mármol.

Al parecer, quien entraba en aquel edificio estaba destinado a permanecer en él. Resultaba extraño, muy extraño. Alfred tomó asiento en el banco para reflexionar sobre ello.

Era cierto que los signos mágicos del exterior advertían que no se entrara, pero no formulaban una prohibición tajante. También era cierto que no tenía ningún asunto pendiente allí dentro, y que no había obtenido el permiso del Consejo para cruzar la puerta.

—Sí, me he saltado las advertencias —le dijo al perro mientras lo acariciaba para mantenerlo cerca de él; la presencia del animal a su lado le proporcionaba cierto consuelo—, pero no puedo haber cometido un acto tan grave; de lo contrario, seguro que habrían puesto en la puerta unos hechizos mucho más poderosos que impidieran rotundamente el paso a los no autorizados, y es evidente que la gente frecuente este lugar. Al menos, lo frecuentaba en el pasado.

»Y el hecho de que no aparezca ninguna indicación de otra salida —continuó sus reflexiones en voz alta— debe de significar que esa otra salida existe y que todo el que entraba aquí sabía dónde estaba. La salida era conocida por todos y por eso no se molestaron en señalarla. Como es lógico, yo no sé dónde está porque soy forastero, pero debería ser capaz de encontrarla. Quizas haya alguna puerta en el lateral o en la pared del fondo del edificio.

Un poco más animado, Alfred entonó una runa de luz cuyos trazos aparecieron en el aire sobre su cabeza (ante la absoluta fascinación del perro) y se encaminó hacia el interior del recinto.

Ahora que había más claridad, el sartán pudo hacerse una imagen mucho más precisa del lugar en el que estaba. Era un pasadizo que corría paralelo a la fachada de extremo a extremo y, según dedujo mientras avanzaba, luego doblaba en ángulo recto y seguía a lo largo de la pared lateral. Una luz mortecina se filtraba a través de varias claraboyas abiertas en el techo; unas claraboyas que, según advirtió Alfred, necesitaban una buena limpieza.

El lugar le recordó uno de los juguetes de Bane, una caja que tenía en su interior otra más pequeña, y otra aún más pequeña dentro de ésta.

En el centro de la pared opuesta a la puerta de bronce por la que había entrado, descubrió por fin otra puerta que daba paso a la siguiente caja, más pequeña.

Alfred estudió con detenimiento esta nueva puerta y las paredes que la enmarcaban, diciéndose a sí mismo que esta vez, si había alguna runa de advertencia sobre ella, haría caso del aviso. Sin embargo, la puerta estaba completamente lisa y no presentaba ningún signo mágico de advertencia o de consejo.

Alfred la empujó con suma cautela.

La puerta se abrió, girando con facilidad sobre unos goznes silenciosos. Penetró en la estancia, siempre con el perro pegado a él, y, cuando creyó que la abertura iba a cerrarse tras él, aseguró la puerta encajando un zapato debajo de ella como cuña. Cojeando, con un pie calzado y el otro no, avanzó unos pasos en el interior de la estancia y miró a su alrededor con asombro.

—Una biblioteca —murmuró para sí—. ¡Bah!, sólo es un almacén de libros.

Alfred no estaba muy seguro de qué había esperado encontrar allí (unos vagos pensamientos de bestias repulsivas con dientes largos y afilados habían acechado en lo más profundo de su mente antes de entrar) pero, desde luego, no era aquello. La sala era enorme, abierta y espaciosa. Una gran claraboya de cristal deslustrado amortiguaba el resplandor del sol y proporcionaba una luz con la que se podía leer sin hacerse daño a la vista. La zona central de la sala estaba ocupada por unas mesas y sillas de madera. En las paredes había grandes huecos taladrados en

—

— I

el mármol, y cada uno de ellos albergaba un montón ordenado de canutos dorados que contenían rollos manuscritos.

En aquella sala no había una mota de polvo y las paredes se hallaban adornadas con poderosas runas de conservación y protección destinadas a evitar que los documentos se deterioraran.

Alfred localizó una puerta en la pared del fondo.

—¡Ah! ¡Ahí está la salida!

Se encaminó hacia ella sin apresurar el paso, con el objeto de sortear el laberinto de mesas causando el menor daño posible a éstas y a sí mismo. Aun así, el avance le resultó difícil porque, mientras atravesaba la estancia, descubrió que los diversos compartimientos que contenían los documentos estaban rotulados y clasificados para facilitar el acceso a su contenido, y su atención no cesó de desviarse hacia ellos.

«El Mundo Antiguo.» Leyó los rótulos de los diversos apartados: «Artes..., Arquitectura..., Entomología..., Dinosaurios..., Fósiles..., Máquinas..., Psicología..., Religión..., Programa Espacial... (¿Espacial? ¿A qué se refería aquello? ¿A un espacio vacío? ¿A un espacio abierto?)... Tecnología..., Guerra...»

Alfred aminoró aún más el paso hasta detenerse. Después, dirigió una mirada en torno a él con creciente asombro. «Sólo un almacén de libros», se había dicho al entrar. ¡Qué estúpido había sido! Aquella no era una biblioteca cualquiera. Era la

biblioteca, la Gran Biblioteca de los sartán. En Ariano, los suyos la habían dado por perdida durante la Separación. Alfred se fijó en una de las paredes: «La Historia de los sartán», decía el rótulo. Y debajo, mucho menos extensa pero dividida en numerosos subapartados, vio «La Historia de los patryn».

De repente, Alfred tuvo que sentarse. Por suerte, cerca de donde estaba había una silla pues, de lo contrario, habría caído al suelo. Desapareció de su mente cualquier idea de marcharse de allí. ¡Qué riqueza! ¡Qué abundancia! ¡Qué fabuloso tesoro! Allí estaba la historia de un mundo que sólo conocía en sueños, un mundo que había existido completo y luego había sido violentamente desgarrado. Allí estaba la historia de su pueblo y la de su enemigo. Sin duda, allí estaban reflejados los hechos que habían conducido a la Separación, las reuniones del Consejo, las conversaciones...

—Podría pasarme aquí días enteros —murmuró para sí, aturdido y contento, más feliz de lo que recordaba haber estado en eones—. ¿Días? ¡Años!

Se sintió impulsado a expresar su homenaje a quienes habían puesto a salvo aquella cripta del conocimiento, a quienes tal vez habían sacrificado sus bienes personales más sagrados para poner a buen recaudo lo que sería de inmenso valor para las generaciones futuras. Puesto en pie otra vez, se dispuso a realizar una danza solemne (para gran diversión del perro) cuando una voz seca e irritada cortó de golpe su euforia.

—¿Debería haberlo sabido! ¿Qué haces aquí?

El perro se incorporó de un salto con los pelos del cuello erizados y empezó a lanzar frenéticos ladridos al vacío.

Alfred, sin aliento de puro pánico, se agarró débilmente a una mesa y miró a su alrededor con ojos desorbitados.

—¿Quién..., quién anda ahí...? —logró balbucear.

Una figura, luego otra, se materializaron delante de él.

—¡Samah! —Alfred exhaló un suspiro de alivio y se derrumbó de nuevo en la silla—. Ramu...

Sacó un pañuelo del sucio bolsillo y se secó el sudor de la calva.

El presidente del Consejo y su hijo avanzaron unos pasos hacia Alfred con expresión sombría y acusadora.

—Te lo repito, ¿qué haces aquí?

Alfred levantó la vista y empezó a temblar de pies a cabeza. El sudor se le heló en la piel. Samah estaba visible y peligrosamente furioso.

—Yo... buscaba la..., la salida... —respondió Alfred, sumiso.

—

— I

—Sí, supongo que es verdad lo que dices. —El tono del Consejero era gélido y mordaz. Alfred se encogió al oírlo—. ¿Qué más andabas buscando?

—¿Yo? Nada...

—Entonces ¿por qué has entrado aquí, en la biblioteca? ¡Haz que se calle ese animal! —exclamó Samah.

Alfred extendió una mano temblorosa, cogió al perro por la pelambre del cuello y tiró de él para acercarlo a su pierna.

—No sucede nada, muchacho —dijo en voz baja, aunque se preguntó por qué habría de creerle el animal, cuando él mismo no estaba convencido de ello.

El perro se tranquilizó al contacto con Alfred; sus ladridos fueron sustituidos por un gruñido grave y ronco que salía de lo más profundo de su pecho. Sin embargo, sus ojos no se apartaron un segundo de Samah y en algunos momentos, cuando creía poder hacerlo impunemente, levantó el belfo para dejar a la vista sus dientes

poderosos y afilados.

—¿Por qué has entrado en la biblioteca? ¿Qué andabas buscando? —repitió la pregunta Samah. Esta vez, acompañó la pregunta con un enérgico puñetazo sobre la mesa que hizo temblar por igual a ésta y a Alfred.

—¡Ha sido un accidente! He..., he entrado aquí sin querer. Es decir... —se corrigió, encogiéndose bajo la mirada colérica de Samah—, entré en el edificio por un motivo. Tenía calor, ¿sabes?... y la sombra... Me refiero a que no sabía que existiera una biblioteca... y tampoco sabía que no debía entrar aquí...

—En la puerta hay unas runas de prohibición. Al menos, estaban aún la última vez que miré —declaró Samah—. ¿Les ha sucedido algo?

—No —reconoció Alfred, tragando saliva—. Las he visto. Sólo me proponía echar un rápido vistazo al interior. La curiosidad. Es un defecto terrible que tengo. Entonces..., en fin, di un traspie y caí en el interior; luego, el perro me saltó encima y, con los pies, debí de..., es decir, creo que probablemente..., no estoy seguro de cómo, pero supongo que..., que le di un empujón a la puerta y se cerró —terminó de explicar con expresión abrumada.

—¿Accidentalmente?

—¡Sí, sí, desde luego! —aseguró Alfred—. Fue totalmente... accidental. —Notó la boca seca. Todo él estaba seco. Carraspeó y añadió—: Y..., y luego no podía encontrar la salida, de modo que, buscándola, he llegado hasta aquí...

—No existe ninguna salida —lo cortó Samah.

—¿No? —Alfred parpadeó como un búho sobresaltado.

—No. A menos que uno tenga el sello que sirve de llave, y yo soy el único que lo tiene. Para usarlo, es preciso pedírmelo.

—Yo... lo siento —tartamudeó Alfred—. Me he dejado llevar por la curiosidad, pero no pretendía causar ningún mal.

—La curiosidad... Un defecto de los mensch. Debería haber sabido que se te había contagiado. Ramu, comprueba que todo sigue en el debido orden.

Ramu se apresuró a obedecer. Alfred mantuvo la cabeza gacha y la vista vuelta hacia otra parte, hacia cualquier parte, para evitar cruzarla con la de Samah.

Observó al perro, que no dejaba de gruñir. Miró a Ramu y advirtió, sin prestar atención, que se encaminaba directamente a cierto compartimiento situado bajo el rótulo de «La Historia de los sartán» y lo examinaba detenidamente, tomándose incluso la molestia de emplear la magia para comprobar si había rastros de la presencia de Alfred en las proximidades.

En aquel momento, abrumado y pesoso, Alfred no sacó ninguna conclusión de lo que veía, aunque se fijó en que Ramu dedicaba mucho menos tiempo a comprobar los demás compartimientos, la mayoría de los cuales ni siquiera merecieron una mirada del sartán, hasta llegar a los marcados con el rótulo de «Los patryn». Éstos también los examinó con detalle.

—No ha llegado a acercarse —informó Ramu a su padre—. Probablemente, no le ha dado tiempo a hacer gran cosa.

—

— I

—¡No tenía intención de hacer nada! —protestó Alfred, que empezaba a perder el miedo. Cuantas más vueltas le daba, más se convencía de que tenía derecho a sentirse enfadado por el trato de que era objeto. Se irguió y miró a Samah cara a cara con aire digno—. ¿Qué pensabas que iba a hacer? ¡Sólo he entrado en una biblioteca! ¿Desde cuándo me está prohibido el acceso a los conocimientos y al saber de mi pueblo? ¿Por qué les está vedado a los demás? —Un pensamiento le cruzó por la mente—. ¿Y vosotros? ¿Qué estáis haciendo aquí vosotros? ¿Cómo es

que te has presentado aquí, Samah, a menos que supieras que me encontrarías...?

¡Eso es! ¡Claro que lo sabías! Tienes algún tipo de alarma que...

–Por favor, hermano, cálmate –respondió Samah en tono apaciguador. De pronto, su cólera parecía haber desaparecido como la lluvia cuando sale el sol. Incluso inició el gesto de posar una mano en el brazo de Alfred con ánimo conciliador. El movimiento no pareció gustarle al perro, que situó su cuerpo entre Alfred y el presidente del Consejo en actitud protectora.

Samah dirigió una mirada gélida al animal y retiró la mano.

–Parece que tienes un guardaespaldas.

Alfred, sonrojado, intentó apartar a un lado al perro.

–Lo siento. El animal...

–No, no, hermano. Soy yo quien debe presentar disculpas. –Samah meneó la cabeza y lanzó un suspiro desconsolado–. Orla dice que trabajo demasiado y tengo los nervios alterados. Me he excedido en mi reacción. He olvidado que eres forastero y no tenías modo de conocer nuestras normas respecto de la biblioteca. «Naturalmente, está abierta a todos los sartán. No obstante, como puedes observar –señaló con la mano la sección dedicada a la historia antigua–, algunos de estos documentos son muy viejos y frágiles. Sería un riesgo inaceptable, por ejemplo, dejarlos al alcance de los niños. O de los que quisieran hojearlos por mera curiosidad. Estos curiosos, sin darse cuenta y sin pretender causar el menor daño, por supuesto, podrían provocar pese a todo algún destrozo irreparable. No creo que puedas culparnos por querer saber quién entra en nuestra biblioteca.

Alfred tuvo que reconocer que el argumento sonaba bastante razonable. Sin embargo, Samah no era de la clase de hombres que acudiría allí a toda prisa por temor a que unos niños estuvieran embadurnando de mermelada de uva sus preciados manuscritos. Y, además, se había mostrado asustado. Asustado y colérico; la cólera había disimulado el miedo. Los ojos de Alfred, por su cuenta y riesgo, se volvieron hacia aquel compartimiento, el primero que Ramu había comprobado a fondo.

–En cambio, los estudiosos serios son bien acogidos –prosiguió diciendo Samah–. Lo único que deben hacer es presentarse ante el Consejo a pedir la llave.

Samah lo observaba con atención. Alfred intentó evitar que sus ojos se volvieran hacia el compartimiento en cuestión y trató de mantenerlos fijos en Samah, pero le costó un esfuerzo denodado. Los ojos insistían en desviarse en aquella dirección, y Alfred los forzó a no hacerlo. La tensión se hizo excesiva, los párpados empezaron a vibrar y terminó presa de un parpadeo incontrolable.

Samah dejó de hablar y le dirigió una mirada penetrante.

–¿Te encuentras bien?

–Discúlpame –murmuró Alfred, con la mano por visera–. Es un trastorno nervioso.

El Gran Consejero frunció el entrecejo. Los sartán no padecían trastornos nerviosos.

–¿Entiendes ahora, hermano, por qué deseamos controlar las idas y venidas de todo el que entra aquí? –preguntó con voz algo tensa. Era evidente que lo fatigaba mantener aquella expresión paciente.

¿Que si entendía por qué una biblioteca se convertía en una trampa, disparaba una alarma y mantenía preso a todo el que entraba hasta que el presidente del Consejo de los Siete acudía a interrogarlo? No, se dijo Alfred. En realidad, no lo entendía en absoluto.

–

– I

Pero se limitó a asentir y a murmurar algo que quiso que sonara como que sin duda había entendido.

—¡Vamos, vamos! —dijo entonces Samah con una sonrisa forzada—. Ha sido un accidente, como dices. No ha sucedido nada grave y estoy seguro de que lamentas lo que has hecho. Ramu y yo sentimos haberte dado un susto de muerte. Ahora se acerca la hora de la cena. Le contaremos lo sucedido a Orla. Ya verás, Ramu, cómo tu madre se reirá a gusto de nosotros por este patinazo.

Ramu soltó una risilla enfermiza, que sonaba a cualquier cosa menos a jocosidad.

—Toma asiento, hermano, haz el favor —le sugirió Samah, señalando una silla—. Se te nota fatigado y no es preciso que esperes de pie mientras procedo a abrir la salida. Las runas son complejas y lleva algún tiempo completarlas. Ramu se quedará a hacerte compañía en mi ausencia.

«Ramu se quedará para asegurarse de que no te espío y descubro la manera de salir», dijo Alfred para sí. Se dejó caer en el asiento, posó la mano sobre la testuz del perro y acarició sus orejas sedosas. Quizá la pregunta le haría más mal que bien, reflexionó, pero le pareció que tenía derecho a hacerla.

—Samah —dijo en voz alta. El jefe del Consejo, que ya iba camino de la puerta posterior, se detuvo y dio media vuelta—. Ahora que conozco las normas de la biblioteca, ¿me concedes tu permiso para entrar? Los mensch son una especie de entretenimiento para mí, ¿sabes? Una vez hice un estudio sobre los enanos de Ariano y observo que guardáis aquí varios textos que...

Alfred vio la respuesta en la mirada de Samah.

Se le quebró la voz, abrió y cerró la boca varias veces, pero no consiguió articular una palabra más.

Samah aguardó con paciencia hasta estar seguro de que Alfred había terminado.

—Por supuesto que puedes estudiar aquí, hermano. Nos complacerá facilitarte todos y cada uno de los documentos relacionados con el tema que te interesa. Pero no ahora.

—No ahora —repitió Alfred.

—No, me temo que no. El Consejo quiere inspeccionar la biblioteca para cerciorarse de que no ha sufrido daños durante el largo Sueño. Hasta que tengamos tiempo de dedicarnos a esa tarea, he recomendado al Consejo que la biblioteca permanezca cerrada. Y tendremos que asegurarnos de que, en adelante, no entre nadie más «por accidente».

Volviéndose en redondo, el presidente del Consejo abandonó la sala y desapareció por la puerta del fondo, que abrió mediante una runa que pronunció en voz suave y baja. La puerta se cerró tras él. A continuación, desde el otro lado, llegó hasta Alfred el sonido de un cántico mágico, pero fue incapaz de distinguir ninguna de las palabras.

Ramu tomó asiento cerca de Alfred y se puso a hacerle fiestas al perro; fiestas que el animal rechazó fríamente.

La mirada de Alfred se desvió, una vez más, hacia el compartimiento de los documentos prohibidos.

CAPÍTULO GARGAN CHELESTRA

¡Estamos en casa! ¡En casa!

Estoy dividida entre la alegría y la tristeza, pues una tragedia terrible ha tenido lugar mientras estábamos ausentes... Pero ya lo contaré todo con detalle cuando sea oportuno. Ahora escribo estas líneas sentada en mi habitación. A mi alrededor tengo todas mis pertenencias más queridas, exactamente igual que las dejé. Esto me ha dejado muda de asombro, pues los enanos somos gente muy práctica respecto a la muerte, al contrario que otras dos razas que podría citar. Cuando un enano muere, su familia y sus amigos guardan una noche de luto por su pérdida y celebran un día de fiesta por la felicidad del difunto que pasa a formar parte del Uno. A continuación, las pertenencias del enano desaparecido se reparten entre los familiares y amigos. Por último, se vacía la habitación que ocupaba y se instala en ella otro enano.

Yo había dado por hecho que, en mi caso, se habría procedido según la costumbre y ya me había convencido a mí misma de que, a aquellas alturas, mi prima Fricka ya estaría instalada en mi habitación. De hecho, no tengo reparos en reconocer que esperaba con impaciencia el momento de agarrar a mi detestable pariente por sus rizadas patillas, sacarla a empujones y mandarla rodando escalera abajo.

Sin embargo, parece que mi madre no podía meterse en la cabeza que hubiese muerto de verdad y se negaba tercamente a aceptarlo, aunque tía Gertrude (según me ha contado mi padre) llegó incluso a sugerir que mi madre había perdido el juicio. Según mi padre, al llegar a aquel punto, mi madre decidió hacer una demostración de su habilidad en el lanzamiento de hacha y propuso, en términos muy enérgicos y bastante alarmantes, «marcarle una raya en el pelo a Gertrude», o algo parecido.

Mientras mi madre descolgaba el hacha de guerra de su soporte en la pared, mi padre comentó a mi tía, como si tal cosa, que, si bien el brazo de lanzar de mi madre aún era fuerte, su puntería ya no era igual que la de su juventud. Tía Gertrude recordó de pronto que tenía unos asuntos pendientes, sacó a rastras a Fricka de mi habitación (empleando probablemente un montacargas) y las dos se marcharon airadamente.

Pero me temo que estoy perdiéndome por un túnel secundario, como dice el refrán enano. La última vez que anoté algo en el diario, nos dirigíamos en nuestra nave hacia una muerte segura; ahora, me encuentro en casa sana y salva, y realmente no tengo idea de cómo o por qué.

No libramos ninguna batalla heroica en la caverna de las serpientes dragón. Sólo hubo un montón de charla en un idioma que ninguno de los tres entendía. Nuestro sumergible naufragó y tuvimos que ganar la superficie a nado. Las serpientes dragón nos encontraron y, en lugar de matarnos, nos ofrecieron regalos y refugio en una cueva.

Luego, Haplo pasó despierto toda la noche hablando con ellas. Cuando al fin regresó, dijo que estaba cansado, que no tenía ganas de hablar y que nos lo explicaría todo en otro momento. Sólo nos aseguró que estábamos a salvo y nos dijo que podíamos dormir tranquilos y que por la mañana saldríamos de nuevo hacia nuestras casas.

Para los enanos de las lunas marinas, el espacio vital es un problema. Como prefieren habitar bajo el

nivel del suelo, construyen sus casas en túneles bajo la masa de tierra de la luna marina. Por desgracia, dado

que el centro de la luna es, en realidad, un ser vivo, no pueden profundizar más allá de cierto punto. Los

enanos ignoran que la luna está viva; en sus prospecciones, topan con una capa protectora que no pueden penetrar.

—

— II

Los tres nos quedamos desconcertados y comentamos el asunto en voz baja (Alake

nos hizo hablar en cuchicheos para no perturbar el sueño de Haplo). Sin embargo, no conseguimos desenredar la madeja y por fin, vencidos por el sueño, los tres nos quedamos dormidos también.

A la mañana siguiente, apareció en la cueva más comida, junto con nuevos regalos. Y, cuando me asomé fuera de la caverna, vi con asombro nuestro sumergible, intacto como si acabara de botarse, anclado frente a la costa. No había rastro de las serpientes dragón.

—Los dragones han reparado vuestra nave —indicó Haplo entre bocados de comida—. La utilizaremos para navegar de vuelta a casa.

Haplo comía algo que Alake había cocinado para él, y la vi sentarse a su lado y contemplarlo con ojos arrobados.

—Lo han hecho por ti —murmuró en voz queda la humana—. Nos has salvado, como prometiste que harías. Y, ahora, nos devuelves a casa. Serás un héroe para nuestro pueblo. Todo lo que quieras será tuyo. Cualquier cosa que pidas te será concedida. Por supuesto, Alake esperaba que Haplo pediría casarse con la hija del jefe (es decir, con ella).

Haplo se encogió de hombros y afirmó que no había hecho tanto. Advertí que las marcas azules empezaban a reaparecer en su piel y también me fijé en su extremo cuidado por no tocar, por no mirar siquiera, un gran jarro de agua que yo había traído para lavarme la cara y quitarme el sueño de los ojos.

—Me pregunto dónde estará la píldora amarga de todo este pastel —le murmuré a Devon.

—Lo único que sé, Grundle —me respondió con otro susurro, acompañado de un suspiro extasiado—, es que dentro de pocos días estaré otra vez con Sadia.

¡El elfo no había escuchado una sola palabra de lo que acababa de decirle! Y me habría jugado algo a que tampoco había prestado atención a Haplo. Lo cual viene a demostrar cómo el amor —al menos entre los humanos y entre los elfos— puede afectar al cerebro. En eso, los enanos somos distintos, ¡gracias al Uno! Yo quiero a Hartmut hasta el último mechón de pelo de su barba, pero me daría vergüenza que los sentimientos redujeran mis capacidades mentales hasta hacerme parecer boba.

Pero no debería decir estas cosas. Ahora que...

Alto. Me estoy adelantando demasiado en mi relato.

—Está bien, pero recuerda que nadie da nada a cambio de nada —dije yo, pero murmuré mi protesta por lo bajo. Tenía miedo de que, si Alake me oía, tratara de arrancarme los ojos.

Por cierto, me parece que Haplo sí me oyó. Tiene un oído muy fino, ese Haplo. Yo me alegré de ello. Que supiera ese forastero que uno de nosotros no tenía pensado tragar todo aquello sin haberlo masticado primero. El tipo me miró y lanzó una de esas medias sonrisas suyas con ese aire sombrío que me produce escalofríos.

Cuando terminó de comer, nos dijo que éramos libres de marcharnos. Podíamos llevar con nosotros toda la comida y los regalos que quisiéramos. Cuando nos lo propuso, vi que incluso Alake se mostraba ofendida.

—Ni el oro ni las piedras preciosas pueden devolvernos a la gente que mataron esos monstruos, ni compensar lo que hemos sufrido —declaró, al tiempo que dirigía una mirada de desdén a los montones de riquezas sin cuento.

—Antes arrojaría todo este dinero manchado de sangre al Mar de la Bondad, si no fuera porque envenenaría a los peces —la secundó Devon con voz airada.

—Haced lo que queráis —dijo Haplo con un nuevo encogimiento de hombros—, pero tal vez lo necesitéis, cuando pongáis rumbo a vuestra nueva tierra.

—¿Las serpientes dragón nos permitirán construir más cazadores de sol? —inquirí, escéptica.

—Mejor todavía. Se han ofrecido a utilizar su magia para reparar las naves destruidas. Y me han proporcionado información sobre esa nueva tierra. Información importante.

Una referencia a la costumbre de los elfos de esconder las medicinas de sabor desagradable entre pétalos de rosa endulzados.

—

— II

Lo acosamos a preguntas, pero Haplo se negó a responderlas, con el argumento de que no sería correcto contárnoslo a nosotros antes de tratar un tema de tal importancia con nuestros padres. Los tres tuvimos que reconocer que tenía razón.

Alake volvió la vista hacia el oro y declaró que sería una lástima desperdiciarlo. Devon apuntó que había visto varios rollos de telas de seda con los colores preferidos de Sadia. Yo ya me había guardado en los bolsillos algunas piedras preciosas (como ya he escrito antes, los enanos somos un pueblo práctico) pero no tuve reparos en coger algunas más para que los demás no pensarán que desdeñaba la sugerencia.

Cargados con los regalos y las provisiones, los cuatro subimos a bordo del sumergible. Antes de zarpar, hice una revisión a fondo de la nave. Las serpientes poseían una magia poderosa, era cierto, pero no me fiaba de que tuvieran muchos conocimientos sobre construcción naval. No obstante, las serpientes parecían haber colocado cada pieza exactamente como estaba antes del ataque, y llegué a la conclusión de que la embarcación estaba en condiciones de sumergirse.

Cada cual ocupó de nuevo la cabina que había utilizado a la ida. Todo estaba como lo habíamos dejado. Incluso encontré esto, mi diario, en el mismo lugar donde lo había guardado. El agua no lo había afectado. Ni una sola gota de tinta se había corrido. Era algo asombroso, que me llenó de intranquilidad. Durante el viaje, más de una vez me pregunté si todo aquello había sucedido de verdad o si sólo había sido un sueño extraño y terrible.

La nave emprendió viaje bajo el impulso de la misma energía mágica que antes, y puso rumbo de vuelta a casa.

Estoy segura de que el viaje de regreso tuvo la misma duración que el de ida, pero a los tres nos pareció mucho más largo. Entre risas y comentarios excitados, hablamos de lo primero que haríamos cuando llegásemos a nuestras respectivas patrias, de que probablemente seríamos considerados héroes y de la impresión que produciría Haplo en nuestras tierras.

Dedicamos mucho tiempo a hablar de Haplo. Por lo menos, eso hicimos Alake y yo. Muy entrada ya la primera noche de nuestro viaje, Alake se presentó en mi camarote. Estábamos en esa hora de calma antes de acostarse, cuando la añoranza del hogar se hace tan intensa que una llega a pensar que morirá de nostalgia. A mí también me embargaba esa misma sensación y debo reconocer que quizá me había resbalado por las mejillas un par de lágrimas cuando oí que Alake llamaba a mi puerta.

—Soy yo, Grundle. ¿Podemos hablar, o ya estás dormida?

—Si lo estaba, me has despertado —respondí con aspereza para ocultar que había estado llorando. Si se daba cuenta, seguro que intentaría administrarme unas hierbas o algo parecido.

Abrí la puerta. Alake entró y se sentó en la cama. La observé unos instantes —mi amiga humana parecía tímida, orgullosa, agitada y feliz— y supe enseguida de qué iba a tratar la conversación.

Alake se quedó allí sentada, dándole vueltas a los anillos que llevaba en los dedos. (Observé que había olvidado quitarse sus alhajas funerarias. Los enanos no somos especialmente supersticiosos, pero, si hay algo que consideramos de mal augurio, es precisamente eso. Quise decírselo pero, cuando me disponía a hacerlo, ella empezó a

hablar y ya no tuve otra ocasión de hacerlo.)

–Grundle –me dijo, convencida de que iba a dejarme atónita–, me he enamorado.

Decidí divertirme un poco. Me encanta bromear con Alake porque mi amiga se lo toma todo muy en serio.

–Créeme que os deseo lo mejor a los dos –respondí lentamente, mientras me acariciaba las patillas–, pero ¿cómo crees que se lo tomará Sadia?

–¿Sadia? –Alake me miró, desconcertada–. Bueno, supongo que se alegrará por mí.

¿Por qué no iba a hacerlo?

–Las dos sabemos que no es nada egoísta y que te quiere mucho, Alake, pero también quiere mucho a Devon y no creo que...

–¿Devon? –Alake reaccionó con tal sorpresa que casi fue incapaz de articular palabra–.

¿Has..., has creído que me he enamorado de Devon?

–¿De quién, si no? –pregunté con toda la inocencia que fui capaz de fingir.

–

– II

–Devon es muy agradable –prosiguió Alake– y ha sido muy amable y servicial.

Siempre lo tendré en la mayor consideración, pero no podría enamorarme de él. Al fin y al cabo, es casi un niño, todavía.

Un niño que tiene cien veces tu edad, podría haberle contestado, pero mantuve la boca cerrada. Los humanos suelen ser quisquillosos en el tema de las edades.

–No –continuó Alake en voz baja, con los ojos brillantes como un par de velas en la penumbra–. Me he enamorado de un hombre hecho y derecho... –Tragó saliva con esfuerzo y luego añadió apresuradamente–: ¡Se trata de Haplo!

Por supuesto, mi amiga esperaba que yo me pusiera a dar vueltas por la habitación, anonadada por la insólita revelación, y se mostró bastante decepcionada al ver que no reaccionaba así.

–Hum... –me limité a murmurar.

–¿No te sorprende?

–¿Sorprenderme? ¡Pero si cada vez que te acercas a él sólo falta que te escribas «te quiero» en la frente con pintura blanca! –respondí.

–¡Oh, vaya! ¿Tanto se me nota? ¿Crees..., crees que él lo sabe? Sería horrible que se hubiera dado cuenta.

Alake me dirigió una mirada de soslayo, aparentando miedo, pero comprendí que en el fondo estaba deseando que le respondiera: «Sí, claro que se ha dado cuenta». Podría haberlo hecho sin faltar a la verdad, puesto que Haplo tendría que haber estado ciego, sordo y atontado, además de ser estúpido, para no advertirlo. Podría haberle contestado eso y hacer feliz a Alake con mis palabras pero, por supuesto, no lo hice. Habría sido un tremendo error por mi parte y era consciente de ello, pero también me daba cuenta de que Alake sufriría un cruel desengaño y todo aquel asunto me llenaba de frustración.

–¡Pero si podría ser tu padre! –apunté.

–¡De ninguna manera! Además, ¿y qué si lo fuera? –protestó Alake con esa lógica tan absurda que una aprende a esperar de los humanos–. No he conocido nunca a nadie tan noble, valiente, fuerte y atractivo como él. ¿Te das cuenta, Grundle? Ya viste cómo se plantaba ante esas criaturas horribles: él solo, desnudo, sin armas. Desprovisto incluso de su magia... Sí, estoy al corriente del efecto que produce el agua del mar sobre su magia, de modo que no hace falta que me digas nada al respecto –añadió en actitud desafiante–. Los humanos no podemos usar la magia rúnica, pero nuestras leyendas cuentan que en otro tiempo, hace mucho, había gente que la conocía y empleaba. Es evidente que Haplo desea ocultar sus poderes y por eso no he dicho nada. Ya viste, Grundle, que estaba dispuesto a morir por nosotras.

(No tenía objeto que intentara responderle. Ni siquiera me habría escuchado.)

—¿Cómo podría *no* quererlo? —prosiguió—. ¡Y, luego, ver cómo esas temibles serpientes dragón se inclinaban ante él! ¡Fue maravilloso! Y, ahora, esos monstruos nos devuelven a casa cargadas de regalos y con la promesa de una nueva tierra que nos espera. ¡Y todo gracias a Haplo!

—Quizá sea como dices —contesté, más frustrada e irritada que nunca porque me veía obligada a admitir que todo cuanto decía mi amiga era verdad—, pero ¿qué saca él de todo esto? ¿Te lo has preguntado alguna vez? ¿A qué viene esa insistencia en saber cuántos soldados forman el ejército de mi padre, en preguntarle a Devon si cree que los elfos combatirían en caso de necesidad y si aún conservan los conocimientos necesarios para fabricar armas mágicas, o en averiguar si vuestro Concilio de Magos podría convencer a los delfines y las ballenas para pasarse a nuestro bando si estallara una guerra?

Ahora me doy cuenta de que he olvidado mencionar en este diario que Haplo nos había estado haciendo esas preguntas aquel mismo día, antes de zarpar.

—¡Oh, qué mezquina y desagradecida eres, Grundle! —exclamó Alake al tiempo que derramaba unas lágrimas.

No había sido mi intención hacerla llorar y me sentí fatal al verla. Me acerqué un poco más, le cogí la mano y le di unas palmaditas de ánimo.

—Lo siento —dije, apurada.

—

— II

—Le pregunté por qué quería saber todo eso —continuó Alake entre sollozos—, y me dijo que siempre debemos estar preparados para lo peor y que, si bien nuestro nuevo hogar puede parecer un lugar perfecto, podría ocultar algún peligro...

Alake hizo aquí una pausa para secarse la nariz. Yo aproveché para decir que lo entendía, lo cual era cierto. El comentario de Haplo era muy razonable. Todo lo que decía era siempre muy razonable. Y eso hacía aún más intolerable el sentimiento irritante y desagradable de desconfianza y de recelo que me inspiraba el extraño forastero.

Con todo, los enanos siempre somos sinceros y, finalmente, no pude evitar decirle:

—Si te he dicho todo eso, sólo es porque..., bueno..., porque Haplo no te corresponde, Alake. Él no te quiere.

—¡Oh, eso ya lo sé, Grundle! ¿Cómo podría esperar que me amara? Debe de tener miles de mujeres suspirando por él...

Me pareció conveniente reforzar aquel tipo de reflexiones y apunté:

—Sí. Y tal vez incluso tenga una esposa en alguna parte...

—Eso, no —replicó Alake al instante, demasiado deprisa. Con la vista fija en las manos, añadió—: Se lo pregunté, y me dijo que aún no había encontrado a la mujer adecuada.

Me encantaría ser esa mujer adecuada para él, Grundle, pero sé que ahora no soy merecedora de ello. Tal vez algún día llegue a serlo, si sigo esforzándome.

Alzó la cabeza y volvió hacia mí unos ojos en los que brillaban las lágrimas. Nunca la había visto tan encantadora, tan madura y adulta, y advertí que resplandecía con una especie de luz interior.

Allí, en aquel instante, me dije que, si el amor producía aquel efecto en ella, no podía ser tan terrible, sucediera lo que sucediese. Además, cuando llegásemos a nuestro destino, Haplo se marcharía, volvería al lugar del que había venido. Al fin y al cabo, ¿qué podía querer de nosotros? Decidí guardar para mí aquellas reflexiones.

Alake y yo nos abrazamos y esta vez nos echamos a llorar las dos y yo no dije una palabra más contra Haplo. Devon nos oyó y acudió a ver qué sucedía y Alake se desmoronó y se lo contó. El elfo dijo entonces que el amor, para él, era lo más maravilloso y lo más bello del mundo. Luego, hablamos de Sadia y, al fin, entre las dos me hicieron confesar que yo tampoco era ajena al amor. No pude contenerme y les hablé

de Hartmut y los tres compartimos lágrimas y risas, impacientes por alcanzar nuestro destino.

Lo cual hizo aún más terrible lo que sucedió cuando llegamos.

He estado aplazando el momento de ponerme a escribir sobre lo sucedido. Ante todo, no estaba segura de poder hacerlo. Recordarlo me pone terriblemente triste, pero ya he contado aquí todas mis andanzas y mal puedo continuar mi relato si omito la parte más importante.

Ser salvada de los dragones y regresar a mi casa sana y salva sería el final feliz con que suelen terminar la mayoría de relatos de taberna que he oído en mi vida, pero esta vez el final de la historia no fue feliz. Y tengo la sensación de que ni siquiera fue el final. En el momento en que nuestro sumergible abandonó la guarida de las serpientes dragón, nos vimos acosados –no podía ser de otro modo– por un grupo de cargantes delfines que deseaban saberlo todo: qué había sucedido, cómo habíamos logrado escapar... Apenas terminamos de contárselo, se alejaron a toda prisa, ansiosos por ser los primeros en difundir la noticia. No he visto nunca unos peces más amantes del chismorreó.

Por lo menos, nuestros padres recibirían la buena noticia y tendrían tiempo de recuperarse de la sorpresa inicial de saber que seguíamos con vida e ilesos. Empezamos a discutir entre nosotros en cuál de los tres reinos nos detendríamos primero, pero el asunto no tardó en resolverse. Los delfines regresaron con el mensaje de que nuestros padres se reunirían en Elmas, la luna marina de los elfos, para recibirnos.

Nos pareció una solución excelente. Para ser sincera, nos inquietaba un poco la posible reacción de nuestros padres. Sabíamos que se alegrarían mucho de tenernos de vuelta pero, después de los besos y las lágrimas, imaginábamos que nos aguardaría una severa reprimenda, si no algo peor. Después de todo, habíamos desobedecido sus órdenes y habíamos partido sin reparar en el sufrimiento y la pena que íbamos a causar.

—

— II

Incluso llegamos a comentárselo a Haplo, insinuándole que nos prestaría otro gran servicio más si se quedaba y nos ayudaba a suavizar las cosas con nuestros padres. Él se limitó a sonreír y responder que nos había protegido de las serpientes dragón pero que, en lo que tocaba a afrontar la cólera paterna, era asunto exclusivamente nuestro.

Sin embargo, no pensábamos en severos sermones y castigos cuando, finalmente, el sumergible tocó tierra y se abrió la escotilla y vimos allí a nuestros padres, esperándonos. Mi padre me tomó entre sus brazos y me estrujó contra su pecho y, por primera vez en mi vida, vi unas lágrimas en sus ojos. En aquel instante, habría aceptado la reprimenda más enérgica y habría amado cada palabra que hubiera salido de sus labios.

Luego, les presentamos a Haplo. (Los delfines, por supuesto, ya les habían contado cómo nos había salvado.) Nuestros padres se mostraron agradecidos, pero era evidente que todos ellos estaban un poco amilanados ante la presencia de aquel hombre, ante los tatuajes azules de su piel y ante su porte sereno y lleno de confianza en sí mismo. Sólo consiguieron balbucear unas cuantas frases entrecortadas de gratitud, que Haplo aceptó con una sonrisa y un encogimiento de hombros, al tiempo que explicaba que nosotros lo habíamos rescatado del mar y que se alegraba de haber podido devolvernos el favor. No añadió nada más, y nuestros padres se alegraron de poder concentrarse de nuevo en nosotros.

Durante un rato, todo fueron abrazos y palabras afectuosas. Los padres de Devon también se encontraban allí para recibir a su hijo. Estaban tan contentos de haberlo recuperado como los de Alake y los míos pero, cuando estuve de nuevo en condiciones

de advertir lo que sucedía a mi alrededor, observé que los dos elfos seguían pareciendo tristes, cuando deberían haberse mostrado exultantes de alegría. El rey de los elfos también había acudido a dar la bienvenida a Devon, pero Sadia no estaba presente. Entonces me fijé por primera vez en que su padre iba vestido de blanco, el color del luto entre los elfos. Vi que todos los elfos que nos rodeaban –y habían acudido en gran número a recibirnos– vestían también de blanco, algo que sólo sucedía cuando moría algún miembro de la familia real.

Un escalofrío me encogió el corazón. Miré a mi padre con una expresión que debía de reflejar pánico y alarma, pues él se limitó a mover la cabeza y llevarse un dedo a los labios para que no hiciera preguntas.

Alake ya había preguntado por Sadia. Su mirada buscó la mía y vi sus ojos desorbitados de miedo. Las dos nos volvimos hacia Devon. El elfo, ciego de alegría, con la vista nublada por la emoción, no se había fijado en nada. Por fin, se desasíó del abrazo de sus padres (¿fue mi imaginación, o éstos trataron de retenerlo entre ellos?) y se dirigió al rey elfo.

–¿Dónde está Sadia, señor? ¿Está enfadada conmigo por haber ocupado su lugar? ¡La recompensaré con creces, lo prometo! Decidle que salga...

En ese instante, el Uno dispersó las nubes de sus ojos y vio las ropas blancas, el rostro del rey ajado y envejecido por una profunda pena y los blancos pétalos de flores esparcidos sobre el Mar de la Bondad.

–¡Sadia! –exclamó, e hizo ademán de echar a correr hacia el castillo de coral que se alzaba con un trémulo resplandor a nuestra espalda.

Eliason lo asió antes de que diera un paso.

Devon se debatió enérgicamente hasta que, por último, se derrumbó entre los brazos del rey elfo.

–¡No! –exclamó entre sollozos–. ¡No! Yo no me proponía... Quería salvarla de...

–Lo sé, hijo, lo sé –murmuró Eliason mientras le acariciaba el cabello y trataba de tranquilizarlo como habría hecho con su propio hijo–. No fue culpa tuya. Tus intenciones eran las mejores, las más nobles. Sadia... –no pudo evitar un temblor en la voz al pronunciar el nombre, pero se controló–, Sadia está con el Uno. Ya descansa en paz y debemos consolarnos con ello. Y, ahora, creo que es momento de que cada familia se marche por su lado.

Eliason tomó a su cargo a Haplo con la elegante dignidad y la cortesía que siempre mostraban los elfos, fuera cual fuese pena o la preocupación que los atenazara por

–

– II

dentro. Desdichado monarca, pensé. ¡Cómo debía de haber añorado estar a solas con su hija!

Una vez en el interior del castillo, en una parte nueva que había crecido durante nuestra ausencia, mi madre me explicó lo sucedido.

–Apenas hubo abierto los ojos, Sadia supo lo que había hecho Devon. Supo que éste había sacrificado la vida por ella y que tendría una muerte terrible. Desde ese momento –continuó mi madre, enjugándose unas lágrimas con el dobladillo de la manga–, la pobre muchacha perdió todo interés por la vida. Se negó a comer y a levantarse de la cama. Sólo bebía agua cuando su padre se sentaba junto a ella y le acercaba un vaso a los labios. No hablaba con nadie y pasaba horas y horas acostada con la mirada perdida en la lejanía. Las pocas veces que llegaba a dormirse, su sueño era interrumpido por terribles pesadillas. Dicen que sus gritos podían oírse en todo el castillo.

»Y luego, un buen día, pareció recuperarse. Se levantó de la cama, se vistió con la ropa que llevaba la última vez que estuvisteis juntas las tres y se dedicó a deambular por el castillo canturreando. Sus canciones eran tristes y extrañas y a nadie le agradó

escucharlas, pero todo el mundo las interpretó como una señal de que volvía a encontrarse bien. Pero, ¡ay!, significaban todo lo contrario.

»Esa noche, pidió al ama que fuera a buscarle algo de comer. La mujer, emocionada con el hecho de que Sadia tuviera hambre de nuevo, salió a toda prisa a cumplir el encargo, sin sospechar nada. Cuando regresó, Sadia no estaba. Alarmada, el ama despertó al rey y se organizó la búsqueda.

Mi madre movió la cabeza, incapaz de continuar debido a las lágrimas. Por fin, tras recurrir otra vez al dobladillo de la manga, logró añadir:

—Encontraron su cuerpo en la terraza donde celebramos la reunión ese día infausto en que nos escuchasteis a escondidas. Se había arrojado por una ventana y yacía casi en el mismo lugar exacto donde murió ese día el mensajero elfo.

Tengo que dejar de escribir por ahora, pues no puedo continuar sin echarme a llorar.

Ahora, el Uno vela tu sueño, Sadia. Esas pesadillas terribles han terminado para siempre.

—

— II

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

La biblioteca de los sartán se convirtió para Alfred en una obsesión que lo perseguía como el fantasma de un cuento de viejas. Alargaba su fría mano para tocarlo y despertarlo en plena noche, lo atraía con un gesto de su índice, tratando de llamarlo a lo que sería su perdición.

—¡Tonterías! —se decía entonces y, dándose la vuelta, intentaba expulsar al fantasma enterrándolo en un sopor agitado.

Aquello daba resultado durante la noche, pero la sombra no desaparecía con la luz de la mañana. Alfred se sentaba a desayunar y fingía comer, pero en realidad no hacía sino recordar a Ramu mientras examinaba aquel compartimento. ¿Qué contenía, para que sus hermanos sartán lo guardaran tan celosamente?

—Curiosidad. No es más que curiosidad —se regañaba a sí mismo—. Samah tiene razón. He vivido demasiado tiempo entre los mensch. Soy como esa muchacha de los cuentos de fantasmas que el ama de Bane solía contarle al chiquillo. Esa muchacha a la que le dijeron: «Puedes entrar en todas las estancias del castillo excepto en la sala cerrada con llave que hay en lo alto de la escalera». ¿Y qué hizo ella? ¿Contentarse con las otras ciento veinticuatro salas del castillo? No; la muchacha no comía ni dormía, y no encontró descanso hasta que logró irrumpir en la estancia prohibida. Eso es lo que estoy haciendo yo: obsesionarme con la habitación del final de la escalera. Pero me mantendré a distancia de ella. No pensaré más en ella. Me contentaré con las demás habitaciones, con las salas repletas de tantas riquezas. Y seré feliz. Sí, seré feliz.

Pero no lo era. Cada día que pasaba se sentía más desdichado.

Trató de ocultar su inquietud a sus anfitriones y lo consiguió; al menos, eso fue lo que Alfred quiso imaginar. Samah lo observaba con la concentración de un geg que, pendiente de una válvula de vapor de la Tumpa-chumpa defectuosa, se preguntara cuándo reventaría. Intimidado por la presencia apabullante y atemorizadora de Samah, retraído por la certeza de haber cometido un desliz, Alfred se mostraba sumiso y asustado en presencia del Gran Consejero y apenas era capaz de alzar la vista hasta el rostro severo e implacable de Samah.

En cambio, cuando Samah no estaba en la casa —y pasaba ausente mucho tiempo, ocupado en asuntos del Consejo—, Alfred se tranquilizaba. Orla solía quedarse con él para hacerle compañía, y el fantasma que lo acechaba resultaba mucho, menos perturbador cuando Alfred estaba con Orla que en las escasas y breves ocasiones en que se quedaba solo. En ningún momento se le ocurrió extrañarse de que casi nunca lo dejaran a solas,

ni le pareció raro que Orla no participara en los asuntos del Consejo. Alfred sólo sabía que la mujer era muy amable al dedicarle tanto tiempo, y pensar en ello lo hacía sentirse aún más desdichado en las ocasiones en que reaparecía el fantasma.

Un día, Alfred y Orla se encontraban sentados en la terraza de los aposentos de ésta.

Orla estaba ocupada entonando en voz baja unas runas de protección sobre la tela de una de las túnicas de Samah. Mientras canturreaba la salmodia, trazaba los signos mágicos sobre la ropa con sus ágiles dedos, volcando su amor y su preocupación por su esposo en cada uno de los signos que, a una orden suya, aparecían en la tela.

Alfred la observaba apenado. En toda su vida, ninguna mujer había entonado runas de protección para él. Tampoco ahora lo haría ninguna. O, al menos, no lo haría la que él deseaba. De pronto, sintió unos celos furiosos y desquiciados de Samah. A Alfred le disgustaba el trato frío e indiferente que dispensaba el Consejero a su esposa. Y sabía que Orla estaba dolida por ello, pues había sido testigo de su callado sufrimiento. No; Samah no era merecedor de ella.

—

— II

«¿Acaso lo soy yo?», se preguntó, entristecido.

Orla alzó la vista hacia él, le sonrió y se dispuso a continuar la conversación que mantenían sobre el magnífico estado de sus rosales.

Alfred, pillado por sorpresa, no logró ocultar la imagen de las zarzas enredadas, espinosas y desagradables que se enroscaban dentro de su ser. Era dolorosamente obvio que no estaba pensando en las rosas.

La sonrisa de Orla se desvaneció. Con un suspiro, dejó la túnica a un lado y murmuró:

—Por favor, no me hagas esto a mí... ni a ti mismo.

—Lo siento —susurró Alfred, con una expresión que reflejaba lo desdichado que se sentía. Su mano acarició al perro que, viendo la infelicidad de su amigo, le ofreció consuelo posando la testa sobre su rodilla—. Debo de ser una persona extraordinariamente perversa. Sé muy bien que ningún sartán debería tener pensamientos tan indecorosos. Como dice tu esposo, vivir tanto tiempo entre los mensch me ha corrompido.

—Quizá no han sido los mensch —apuntó Orla con calma, mientras dirigía una mirada al perro.

—¿Insinúas que fue Haplo...? —Alfred acarició de nuevo las orejas del animal—. En realidad, los patryn son muy afectuosos. Profesan un amor casi ardiente, ¿lo sabías? Su triste mirada estaba fija en el perro, por lo que no advirtió la expresión de asombro de Orla.

—Ellos no lo entienden como tal y dan otros nombres a ese amor: lo llaman lealtad, o instinto protector para asegurar la supervivencia de su raza, pero es amor. Una clase de amor muy tenebroso, pero amor al fin y al cabo, y hasta el peor de ellos lo siente profundamente. Ese Señor del Nexo, un hombre cruel, poderoso y lleno de ambición, arriesga a diario su vida volviendo al Laberinto para ayudar a su pueblo doliente. Alfred, sumido en sus emociones, olvidó dónde estaba. Fijó la vista en los ojos del perro y éstos, límpidos y pardos, lo absorbieron y lo atraparon hasta que nada más le pareció real.

—Mis propios padres sacrificaron su vida para salvarme cuando nos perseguían los snogs. Podrían haber escapado, ¿sabes?, pero yo era muy pequeño y no podía ir tan deprisa como ellos. Así pues, me ocultaron y luego atrajeron a los snogs hacia ellos, alejándolos de mí. Presencié la muerte de mis padres, torturados por esos snogs. Después, unos desconocidos me tomaron a su cargo y me criaron como si fuera hijo suyo.

Los ojos del perro expresaban ternura y tristeza. Alfred escuchó su propia voz, que

continuaba diciendo:

—Y he conocido el amor. Ella era una corredora, como yo y como mis padres. Era hermosa, fuerte y esbelta. Las runas azules se entrelazaban en torno a su cuerpo, lleno de juventud y de vida, que vibraba bajo mis dedos cuando la estrechaba en mis brazos por la noche. Juntos combatimos, amamos y reímos. Sí, incluso en el Laberinto hay risas, a veces. Casi siempre es una risa amarga, producto de una chanza siniestra y sombría, pero perder la risa es perder la voluntad de vivir.

«Finalmente, ella me dejó. Un poblado de residentes, donde nos habían ofrecido refugio para pasar la noche, fue objeto de un ataque y ella quiso ayudarlos. Fue una decisión ilógica, estúpida, pues los residentes eran superados en número. De quedarnos allí, lo más probable era que terminaran matándonos, y así se lo dije. Ella sabía que mis palabras eran razonables, pero estaba frustrada y colérica. Había terminado por amar a aquella gente, y aquel sentimiento le daba miedo porque la hacía sentirse débil e impotente y dolida por dentro. Le daba miedo el amor que sentía por mí. Por eso me dejó. Llevaba en su seno un hijo mío. Sé que así era, aunque ella se negaba a admitirlo. Y no volví a verla nunca. Ni siquiera sé si ha muerto, si mi hijo vive...

—¡Basta!

La exclamación sobresaltó a Alfred y lo hizo salir de su ensueño. La mujer se había levantado de su asiento y ahora retrocedió unos pasos, apartándose de él con una mueca de horror.

—¡No me hagas esto nunca más! —Orla, mortalmente pálida, pugnó por recobrar el aliento—. ¡No lo soporto! Una y otra vez, veo esas imágenes tuyas, veo al desdichado

—

— II

chiquillo que presencia la violación, el asesinato y el descuartizamiento de sus padres. Tiene tanto miedo que es incapaz de llorar. Veo a esa mujer de la que hablas, y percibo su dolor y su desamparo. Conozco el dolor de dar a luz y pienso en ella, sola en ese lugar terrible. Ella tampoco puede llorar, por temor a que los sollozos causen su muerte y la del niño. Por la noche no puedo dormir, pensando en ellos y sabiendo que nosotros..., que yo..., ¡que yo soy responsable de su desdicha!

Orla se cubrió el rostro con las manos para cortar el flujo de imágenes y rompió en sollozos. Alfred estaba estupefacto, sin la menor idea de cómo habían podido entrar en su cabeza aquellas imágenes, que en realidad eran recuerdos de Haplo.

—Siéntate..., buen chico —murmuró, al tiempo que apartaba de su rodilla el hocico del perro. (¿Era una sonrisa, aquella expresión del animal?)

Alfred se apresuró a acercarse a Orla y por su cabeza pasó la vaga idea de ofrecerle su pañuelo, pero sus brazos parecían tener otra idea y contempló con asombro cómo rodeaban la espalda de la mujer y la atraían hacia él. Orla apoyó la cabeza en su pecho. Un hormigueo de profunda emoción recorrió a Alfred. Siguió abrazándola y la amó con cada fibra de su ser. Acarició su cabello reluciente con manos torpes y, como era propio de él, metió la pata al abrir la boca.

—Orla, ¿qué secreto guarda la biblioteca de los sartán para que Samah no quiera que nadie lo conozca?

La mujer dio un respingo y empujó a Alfred hacia atrás con tal violencia que el hombre tropezó con el perro y fue a caer entre los rosales. Con las mejillas encendidas, Orla le lanzó una mirada llena de rabia. De rabia y... ¿fue producto de su imaginación, o Alfred vio en sus ojos el mismo miedo que había observado en los de Samah?

Sin decir palabra, la mujer dio media vuelta y se marchó, abandonando la terraza con aire digno, dolida y ofendida.

Alfred luchó por desenredarse de las dolorosas espinas que se le clavaban en la piel. El perro se ofreció a ayudarlo, y Alfred le dirigió una mirada furibunda.

—¡Todo esto es culpa tuya! —masculló, malhumorado. El animal ladeó la cabeza con aire inocente, como si rechazara la acusación.

—Sí que lo es. ¡Meterme tales ideas en la cabeza! ¡Por qué no te largas a buscar a ese condenado amo tuyo y me dejas en paz! ¡Me basto solo para meterme en suficientes problemas sin que, encima, me ayudes!

El perro ladeó la cabeza en otra dirección, como si asintiera y le diera la razón. Con todo, dio la impresión de pensar que la conversación había llegado a su lógico final, pues se estiró a conciencia, llevando primero todo el peso del cuerpo sobre las patas delanteras y luego sobre las traseras, para terminar con una sacudida desde la cola hasta la cabeza. Después, se acercó al trote hasta la verja del jardín y miró a Alfred con impaciencia.

El sartán se sintió aterido de frío y abrasado de calor, las dos cosas al mismo tiempo. Era una sensación sumamente incómoda.

—Me estás diciendo que ahora estamos solos, ¿verdad? No hay nadie con nosotros.

Nadie nos vigila. El perro meneó la cola.

—Podemos... —Alfred tragó saliva—. Podemos ir a la biblioteca.

El perro agitó una vez más el rabo con expresión paciente y resignada. Era evidente que consideraba a Alfred lento y torpe, pero estaba magnánimamente dispuesto a pasar por alto aquellos defectos, poco importantes.

—Pero no puedo entrar. Y, aunque pudiera, no tendría modo de salir. Samah me cogería y...

Al perro le entró un repentino escozor y, dejándose caer al suelo, se dedicó a rascarse enérgicamente al tiempo que lanzaba a Alfred una severa mirada que parecía decir:

«Vamos, vamos. Soy yo, ¿recuerdas?».

—¡Ah! Está bien...

Alfred dirigió una mirada furtiva en torno a la terraza, casi esperando que Samah apareciese entre los rosales y le pusiera encima sus manos violentas. Al ver que no se presentaba nadie, empezó a cantar y bailar las runas.

Alfred se encontró ante el edificio de la biblioteca. El perro se acercó de inmediato a la puerta y la olisqueó con interés. Alfred lo siguió con paso lento y contempló la puerta con

—

— II

tristeza. Las runas de protección habían sido reforzadas, tal como había prometido Samah.

«Debido a la actual situación de crisis y al hecho de que no podemos dedicar el personal necesario para atender a los visitantes, la biblioteca permanecerá cerrada hasta nuevo aviso», decía un rótulo. Alfred lo leyó en voz alta y asintió.

—Resulta lógico. Además, ¿quién puede estar interesado en hacer investigaciones, en estos momentos? Samah y los suyos dedican todo su tiempo a intentar reconstruir y poner en funcionamiento la ciudad, a tomar una decisión respecto a qué hacer con los patryn y a preguntarse dónde está el resto de nuestro pueblo y cómo establecer contacto con él. Tienen que tratar el tema de los nigromantes de Abarrach, y el de esas serpientes dragón...

El perro expresó su desacuerdo.

—Tienes razón —se oyó discutiendo consigo mismo; su propio fuero interno parecía tan rebelde a los deseos de su mente como sus extremidades—. Si yo tuviera que buscar solución a todos estos problemas, ¿a qué recurriría? A la sabiduría de nuestro pueblo, como es lógico. Una sabiduría que se encuentra recogida en este edificio.

¿Y bien, qué estamos esperando?, lo apremió el perro, aburrido de olfatear la puerta.

—No puedo entrar —dijo Alfred, pero las palabras salieron de su boca en un susurro. Lo que acababa de decir era una mentira poco creíble y nada efectiva.

Sabía muy bien cómo entrar sin ser descubierto. La idea se le había ocurrido de improviso la noche anterior.

No había sido deseo suyo que tal idea le viniera a la cabeza y, al presentársele, él había insistido rotundamente en quitársela de la mente. Sin embargo, el pensamiento se había resistido a hacerlo. Su terco cerebro había seguido urdiendo planes y sopesando riesgos hasta llegar (con una frialdad que lo dejó estupefacto) a la conclusión de que éstos eran mínimos y que merecía la pena correrlos.

La idea le había venido a la cabeza a causa de aquel estúpido cuento infantil que narraba el ama de Bane. Alfred se descubrió deseando con irritación que la mujer hubiera tenido un mal final, por haberse dedicado a contar historias tan terribles a un niño tan impresionable (por mucho que el propio Bane fuera una pesadilla personificada).

Pensando en aquel cuento, Alfred se había descubierto evocando Ariano y el tiempo que había pasado en la corte del rey Stephen. Un recuerdo llevó a otro, y éste a un tercero, hasta que su mente lo transportó –sin que él fuera consciente de ello ni de adonde lo conducía– al día en que cierto ladrón había irrumpido en la bóveda del tesoro. En Ariano, donde escasea el agua, el líquido elemento fundamental para la vida es un bien muypreciado y posee un valor considerable. El palacio real tenía unas reservas de agua que se guardaban para su empleo en momentos de emergencia (como cuando los elfos conseguían interrumpir el suministro y desbaratar las rutas comerciales). La bóveda donde se guardaban los toneles estaba ubicada tras los muros de palacio, en un edificio de paredes gruesas y puertas cerradas a conciencia, custodiado día y noche.

Custodiado... salvo el techo.

En cierta ocasión, entrada la noche, un ladrón consiguió alcanzar el techo del depósito de agua desde el tejado de un edificio próximo, mediante un ingenioso sistema de cuerdas y poleas. Cuando el ladrón se encontraba abriendo un agujero en las vigas de madera de hargast, una de éstas cedió con un estrepitoso crujido y el desdichado caco fue a caer literalmente en brazos de los guardianes que vigilaban abajo.

Nunca se supo cómo se proponía el ladrón llevarse el agua suficiente para que mereciera la pena empeñarse en una empresa tan arriesgada. Se dio por seguro que contaba con cómplices pero, de ser cierto, todos ellos escaparon y el detenido no reveló nunca sus nombres, ni siquiera bajo tortura. El frustrado ladrón pagó con la muerte, sin haber conseguido nada, salvo que los guardianes también patrullaran el tejado desde entonces.

Sin embargo, su aventura inspiró a Alfred un plan para introducirse furtivamente en la biblioteca.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que Samah hubiera envuelto el edificio entero con una coraza mágica pero Alfred, conocedor de los sartán, lo consideró improbable. Sus congéneres habían considerado protección suficiente aquellas runas que avisaban

–

– II

educadamente que no se entrara en el recinto, y habrían bastado, en efecto, de no ser por la torpeza de Alfred, cuyo tropezón lo había llevado a caer en el interior del edificio. El Gran Consejero había reforzado) la magia, pero seguro que no le entraba en la cabeza la idea de que alguien (y mucho menos Alfred) pudiera tener la temeridad de entrar deliberadamente en un lugar que él había ordenado no pisar.

Sí, era una idea inconcebible, pensó Alfred con abatimiento. Producto de una mente corrompida. ¡De una mente enferma!

–Yo... tengo que marcharme de aquí... –murmuró débilmente, mientras se enjugaba el sudor de la frente con el puño de encaje de su casaca. Sí, estaba decidido a marcharse. No le importaba lo que hubiera en la biblioteca–. De haber algo (y probablemente no es así), Samah tendrá sin duda excelentes razones para no querer que

cualquier fisgón ocioso se ponga a hurgar en los documentos, aunque no se me ocurre cuáles puedan ser esas razones. Pero eso no es asunto mío.

Alfred continuó su monólogo un rato más, durante el cual tomó la decisión definitiva de marcharse e incluso llegó a dar media vuelta y empezó a desandar sus pasos, pero casi de inmediato se encontró aproximándose otra vez a la puerta del edificio. De nuevo, dio media vuelta, emprendió el regreso, y se encontró avanzando hacia la biblioteca.

El perro trotó tras él, arriba y abajo, hasta que se hartó. Se dejó caer en el suelo a medio camino entre el sartán y la puerta y contempló los titubeos de Alfred con considerable interés.

Por último, éste tomó una decisión definitiva.

—No voy a entrar —declaró con rotundidad y, con unos pasos de danza, empezó a entonar las runas.

Los signos mágicos lo envolvieron y obraron su efecto, levantándolo en el aire. El perro se incorporó de un brinco, excitado, y empezó a lanzar sonoros ladridos para consternación de Alfred. La biblioteca se encontraba lejos del centro de la ciudad sartán y de las viviendas de sus habitantes, pero al inquieto Alfred le pareció que los ladridos del animal debían de ser audibles desde Ariano.

—¡Calla! ¡Sé buen chico! No, deja de ladrar. Yo...

Concentrado en acallar al perro, Alfred se olvidó de observar adonde lo llevaba su vuelo. Al menos, ésa era la única explicación que encontró cuando advirtió que se encontraba flotando sobre el tejado de la biblioteca.

—¡Oh, vaya! —exclamó con un hilo de voz, y se dejó caer como una piedra.

Permaneció agachado sobre el tejado un buen rato, temeroso de que alguien hubiera oído al perro y de que una multitud de sus hermanos sartán estuviera acudiendo hacia allí, furiosa y acusadora.

Todo continuó en calma. No apareció nadie.

El perro le lamió la mano y emitió un gáñido, instándolo a volver a elevarse por los aires, hazaña que el animal había encontrado sumamente entretenida.

A Alfred, que había olvidado la excepcional facultad del perro para aparecer donde menos se esperaba, casi le saltó el corazón del pecho al notar el inesperado lametón de una lengua húmeda.

Apoyado débilmente en el parapeto, acarició al animal con mano temblorosa y miró a su alrededor. No se había equivocado. Los únicos signos mágicos visibles eran unas normalísimas runas de fuerza, de apoyo y de protección contra los elementos, idénticas a las que podían encontrarse en cualquier otro edificio sartán. Sí, sus suposiciones habían resultado acertadas, y se odió a sí mismo por ello.

El techo estaba formado de enormes vigas de madera procedentes de un tipo de árbol que Alfred no reconoció, y que despedían un aroma a bosque ligero y agradable.

Probablemente, aquella madera procedía del mundo antiguo y los sartán la habían llevado consigo a través de la Puerta de la Muerte. Esas enormes vigas estaban colocadas a intervalos regulares a lo largo del techo, y debajo de ellas se entrecruzaban una serie de tabloncillos más pequeños que rellenaban los espacios entre las vigas. Unos complejos signos mágicos trazados en éstas y en los tabloncillos protegían la madera de los efectos de la lluvia, de los roedores, del viento y del sol. La protegían de cualquier cosa...

Posiblemente debía de ser cedro.

—

— II

—Excepto de mí —murmuró Alfred, contemplando las runas con desconsuelo.

Permaneció sentado un rato más, reacio a moverse, hasta que la parte más aventurera de su ser le recordó que la reunión del Consejo no se prolongaría mucho más. Samah volvería entonces a su casa esperando encontrar allí a Alfred, y su ausencia

despertaría las suspicacias del Gran Consejero.

—¿Suspicias? —inquirió Alfred con un hilo de voz—. ¿Desde cuándo un sartán ha empleado esta palabra hablando de otro? ¿Qué nos está sucediendo? ¿Y por qué? Lentamente, se inclinó hacia adelante y empezó a trazar un signo mágico sobre una viga. Acompañó el gesto de un canturreo triste y abatido. Las runas se abrieron paso a través de la madera de aquellos árboles desconocidos en el mundo de Chelestra y transportaron a Alfred al interior de la biblioteca.

Orla deambuló por la casa, inquieta y agitada. Deseaba que Samah estuviera en casa, pero al mismo tiempo sentía una malévola alegría por el hecho de que se hubiera ausentado. Sabía que debía salir de nuevo a la terraza ajardinada, volver con Alfred, pedirle disculpas por comportarse como una estúpida y quitar hierro al incidente. No debería haber permitido que la afectara de aquel modo. ¡No debería haber permitido que Alfred la afectara de aquella manera!

—¿Por qué has venido? —preguntó con tristeza a su ausente interlocutor—. Toda la confusión y la infelicidad habían quedado atrás y, por fin, podía tener de nuevo la esperanza de encontrar la paz. ¿Por qué has vuelto? ¿Cuándo te marcharás?

Orla dio otra vuelta por la habitación. Las casas sartán eran grandes y espaciosas. Las estancias presentaban frías líneas rectas que se curvaban aquí y allá en arcos perfectos, sostenidos por columnas enhiestas. El mobiliario era sencillo y elegante, concebido sólo para cubrir las necesidades de comodidad y no como elementos de ostentación o de adorno. Se podía caminar con facilidad entre los escasos muebles.

Es decir, cualquier persona normal podía caminar entre ellos sin problemas, se corrigió la mujer mientras colocaba en su sitio una mesa que Alfred había movido al tropezar con ella.

Comprobó que la mesa quedaba perfectamente colocada, a sabiendas de que Samah reaccionaría con extrema irritación si no la encontraba en su lugar exacto. Sin embargo, la mano de Orla permaneció posada en ella unos instantes más, y en sus labios apareció una sonrisa mientras su mente revivía el choque de Alfred contra su borde. La mesa estaba junto a un sofá, bastante retirada del paso. Alfred se encontraba lejos de ella y no había tenido la menor intención de acercarse. Orla recordó haber presenciado con asombro cómo aquellos pies, demasiado grandes, se desviaban en dirección a la mesa, tropezando uno con otro en su prisa por llegar hasta ella, golpearla y desplazarla de su posición. Y recordó la expresión de Alfred contemplando el estropicio con perplejidad, estupefacto como una doncella ante un grupo de chiquillos rebeldes. Y recordó su mirada de disculpa, desvalida y suplicante.

«Sé que es culpa mía —decían los ojos de Alfred—, pero ¿qué puedo hacer? ¡Los pies, simplemente, no me obedecen!»

¿Por qué la había conmovido tanto aquella mirada melancólica? ¿Por qué anhelaba tomar entre las suyas aquellas manos torpes e intentar aliviar la carga que pesaba sobre aquellos hombros hundidos?

—Estoy casada con otro hombre —se recordó en voz alta—. Soy la esposa de Samah. Orla suponía que Samah y ella se habían amado. Le había dado hijos... Sí, debían de haberse amado... en otro tiempo.

Pero entonces recordó la imagen que Alfred había evocado para ella, la imagen de dos personas que se amaban con ardor, apasionadamente, porque lo único que tenían era aquella noche, porque lo único que tenían era el uno al otro. No, comprendió Orla, abatida. Ella no había amado nunca de verdad.

No sentía en su interior ningún dolor, ningún pesar, nada. Sólo un amplio vacío definido por frías líneas rectas y sostenido por columnas enhiestas. El mobiliario que allí había estaba fijo, bien ordenado; de vez en cuando, alguna pieza cambiaba de posición, pero nunca se producía un auténtico cambio de decoración. Así había sido hasta que

aquellos pies desproporcionados, aquellos ojos escrutadores y melancólicos y aquellas

—

— II

manos torpes habían entrado a tropezones en aquel vacío y habían puesto patas arriba todo lo que contenía.

«Samah —reflexionó la mujer— diría que es un instinto maternal y que, como hace tiempo que me pasó la edad de tener hijos, siento la necesidad de volcarlo en otra cosa. Resulta extraño, pero no logro recordar cuando cuidaba a mi propio hijo. Supongo que lo hice. Sí, supongo que debí de hacerlo, lo único que recuerdo es andar vagando por esta casa vacía, quitando el polvo.»

No obstante, el sentimiento que le inspiraba Alfred no era maternal. Orla recordó sus manos torpes, sus caricias tímidas, y se sonrojó, acalorada. No, aquello no tenía nada de maternal.

—¿Qué tiene de especial ese recién llegado? —se preguntó en voz alta.

Desde luego, nada que resultara visible exteriormente: una cabeza medio calva, unos hombros hundidos, unos pies que parecían dispuestos a conducir a su dueño al desastre, unos dulces ojos azules, unas andrajosas ropas mensch que se negaba a abandonar. Orla pensó en Samah: fuerte, sereno, enérgico... Pero Samah nunca la había hecho sentir compasión, nunca la había hecho llorar por el dolor de otro, nunca la había hecho amar a alguien por el puro placer de amar.

—Alfred lleva dentro un poder —explicó Orla al mobiliario ordenado e indiferente—, una energía que resulta aún más poderosa porque él no es consciente de que la tiene. De hecho, si se lo acusara de ello —añadió con una sonrisa—, seguro que pondría esa expresión suya de desconcierto y asombro y empezaría a tartamudear, a balbucear y... Me estoy enamorando de él. Es imposible, pero me estoy enamorando de él.

«Y a él le sucede lo mismo contigo», se dijo.

—¡No! —protestó, pero su protesta fue débil y la sonrisa no se borró de su rostro.

Los sartán no se enamoraban de la esposa de otro. Los sartán se mantenían fieles a sus votos matrimoniales. Aquel amor era imposible y sólo podía causar dolor. Orla era consciente de ello. Sabía que tendría que poner fin a sus sonrisas y sus lágrimas, reprimir sus emociones y volver a limitarse a sus líneas rectas y a su vacío de siempre, pero en aquel momento, por unos instantes, podía evocar el calor de la mano de Alfred acariciando dulcemente su piel, podía llorar en sus brazos por el hijo de otra mujer, podía emocionarse.

De pronto, se le hizo interminable el tiempo que llevaba separada de su lado.

—Creerá que estoy enfadada con él —murmuró compungida, mientras recordaba cómo había abandonado airadamente la terraza—. Seguro que lo he herido. Iré a excusarme... y luego le diré que tiene que abandonar esta casa. No es conveniente que nos sigamos viendo, salvo por asuntos del Consejo. Podré soportarlo. Sí, decididamente, podré soportarlo.

Pero el corazón le latía demasiado deprisa y se vio obligada a repetir un mantra sedante hasta relajarse lo suficiente como para ofrecer un aire firme y resuelto. Se alisó el cabello y borró de su rostro todo asomo de lágrimas; ensayó una sonrisa fría y serena y se contempló en un espejo para observar si la sonrisa parecía tan tensa y postiza como la sentía.

Luego, tuvo que detenerse a pensar la manera de plantear el asunto.

—Alfred, sé que me amas y... No. Aquello sonaba vanidoso.

—Alfred, te amo y...

¡No! Aquél no era un buen principio. Tras otro instante de reflexión, decidió que lo mejor sería ir al grano con rapidez y sin miramientos, como uno de aquellos terribles cirujanos mensch cuando amputaban una extremidad enferma.

—Alfred, tú y el perro debéis abandonar la casa esta misma noche.

Sí, eso sería mucho mejor. Con un suspiro, y con pocas esperanzas de que diera resultado, regresó a la terraza.

Alfred no estaba allí.

—Ha ido a la biblioteca —susurró.

Orla estuvo tan segura de ello como si su vista pudiera cubrir la distancia que la separaba del edificio, atravesar las paredes y distinguir su figura en el interior. Alfred había encontrado una vía de acceso que no alertaría a nadie de su presencia, Orla tuvo la certeza de que allí encontraría lo que buscaba.

—

— II

—Pero no lo entenderá. Él no estaba allí cuando sucedió. Debo intentar mostrárselo con *mis* imágenes.

La mujer musitó las runas, trazó los signos mágicos en el aire y partió en sus alas.

El perro emitió un gruñido de advertencia y se incorporó de un salto. Alfred alzó la vista de lo que estaba leyendo. Una figura vestida de blanco se acercaba a él desde el fondo de la biblioteca. No lograba distinguir quién era: ¿Samah? ¿Ramu?

No le importaba gran cosa. No estaba nervioso, no tenía miedo ni se sentía culpable de nada. Estaba anonadado, estupefacto y asqueado, y..., y estaba pasmado de su descubrimiento. Y contento de poder enfrentarse a alguien.

Se puso en pie. Todo el cuerpo le temblaba, no de miedo sino de cólera. La figura entró en la zona bañada por la luz que había creado con su magia para leer lo que tenía ante él.

Los dos se miraron. La respiración contenida por unos instantes dio paso a sendos suspiros, y sus ojos expresaron en silencio palabras que procedían de sus corazones y que nunca podrían decir sus labios.

—Lo sabes —murmuró Orla.

—Sí —respondió Alfred, y bajó la mirada, turbado.

Había esperado que fuera Samah quien se presentara. Con Samah podía ponerse furioso. Sentía la necesidad de ponerse furioso, de liberar la cólera que hervía en su interior como el mar de lava fundida de Abarrach. Pero ¿cómo podía descargar su ira sobre Orla, cuando lo que realmente deseaba era estrecharla en sus brazos?

—Lo siento —dijo ella—. Esto pone las cosas muy difíciles.

—¡Difíciles! —La furia y la indignación cayeron sobre Alfred como un mazazo que lo dejó aturdido, con la mente confusa—. ¡Difíciles! ¿Es todo lo que se te ocurre decir? —Señaló con gesto airado el rollo extendido sobre la mesa ante él—. Lo que hicisteis... Cuando supisteis... Aquí está registrado todo lo que se debatió en el Consejo. Aquí se explica que ciertos sartán empezaban a creer en la existencia de un poder superior. ¿Cómo pudisteis...? ¡Falso, todo mentiras! El horror, la destrucción, las muertes... ¡Todo innecesario! Y vosotros sabíais...

—¡No, no lo sabíamos! —replicó Orla.

Se acercó a la mesa, se detuvo frente a él y su mano tocó la mesa y el documento que los separaba. El perro se sentó sobre las patas traseras y los contempló con sus ojos inteligentes.

—¡No lo sabíamos! ¡No teníamos ninguna constancia! Y los patryn eran cada día más fuertes, más poderosos. ¿Y qué teníamos, frente a su poder? Sensaciones vagas, nada que pudiera concretarse de algún modo.

—¡Sensaciones vagas! —repitió Alfred—. Yo he conocido esas sensaciones y fueron..., fue... la experiencia más maravillosa de mi vida. La Cámara de los Condenados, la llamaban. Pero, para mí, fue la Cámara de los Bienaventurados. Allí comprendí la razón de mi existencia. Se me dio a conocer que podría cambiar las cosas para mejorarlas. Me

fue revelado que, si tenía fe, todo saldría bien. No quería abandonar aquel lugar maravilloso...

–¡Pero lo hiciste! ¡Te marchaste! –le recordó Orla–. No podías quedarte, ¿verdad? ¿Y qué sucedió en Abarrach cuando abandonaste la Cámara?

Alfred, perturbado, rehuyó su mirada y la bajó hacia el documento, aunque sus ojos no lo veían; sus dedos rozaron el borde del rollo.

–Dudaste –continuó ella–. No diste crédito a lo que habías visto. Pusiste en duda tus propios sentimientos. Regresaste a un mundo lóbrego y atemorizador y, si realmente tuviste una visión de un bien superior, de un poder más vasto y más prodigioso que el tuyo, ¿dónde estaba? Incluso te preguntaste si se trataría de una trampa...

Alfred recordó a Jonathan, el joven noble que había conocido en Abarrach, asesinado y descuartizado con sus manos por la que un día había sido su amante esposa. Jonathan había creído, había tenido fe, y había encontrado una muerte espantosa debido a ello. Ahora debía de formar parte de los lázaros, aquellos atormentados muertos vivientes.

¿Por qué, si tanto temía Samah que el documento fuera descubierto, no se decidió a quemarlo?

«Creo –

escribe Alfred en un apéndice a esta sección– que Samah poseía un respeto innato hacia la verdad. Intentó

negar el acceso a él, intentó ocultarlo a todos, pero no fue capaz de decidirse a destruirlo.»

–

– II

Se dejó caer pesadamente en la silla. El perro, apenado por la infelicidad del sartán, se le acercó en silencio y frotó el hocico contra su pierna. Alfred hundió la cabeza entre las manos.

Otras manos, suaves y frías, se deslizaron por sus hombros. Orla se arrodilló a su lado.

–Sé cómo te sientes. De verdad. Entonces, todos nos sentimos igual: Samah, el resto del Consejo... Fue como si... ¿cuáles fueron las palabras que empleó Samah? Éramos como humanos ebrios de vino. Cuando se embriagan, los humanos lo ven todo maravilloso y se creen capaces de cualquier cosa, de resolver cualquier problema. Pero, cuando los efectos del licor se desvanecen, esos humanos se sienten enfermos, doloridos y mucho peor que antes de beber.

Alfred levantó la cabeza y le dirigió una mirada sombría.

–¿Y si la culpa es nuestra? ¿Y si me hubiera quedado en Abarrach? ¿Qué fue lo que sucedió allí? ¿Un milagro? Nunca lo sabré. Me fui. Huí porque tuve miedo.

Orla le devolvió la mirada, muy seria, y sus dedos se cerraron con fuerza en torno al brazo de Alfred.

–Nosotros también lo tuvimos. La oscuridad de los patryn era muy tangible, y esa vaga luz que algunos de nosotros habíamos experimentado no era sino el leve parpadeo de la llama de una vela, que el simple aliento podía apagar. ¿Cómo podíamos depositar nuestra fe en eso, en algo que no entendíamos?

–¿Y qué es la fe, sino creer en algo que no se comprende? –inquirió Alfred en voz baja, hablando consigo mismo más que dirigiéndose a la mujer–. ¿Y cómo podemos nosotros, pobres mortales, entender esa mente inmensa, terrible y maravillosa?

–No lo sé –susurró ella entrecortadamente–. No lo sé. Alfred le asió la mano.

–Eso fue lo que discutisteis, tú y los demás miembros del Consejo. Tú y..., y... –le costó esfuerzo pronunciar la palabra–, y tu esposo.

–Samah no dio crédito a una sola palabra. Dijo que era un truco, una trampa de nuestros enemigos.

Alfred oyó de nuevo a Haplo, y las palabras del patryn casi eran un eco de las que acababa de pronunciar Orla: «¡Un truco, sartán! ¡Me has tendido una trampa...!».

—... opusimos a la Separación —seguía explicando Orla—. Queríamos esperar antes de tomar una decisión tan drástica. Pero Samah y los otros tenían miedo...

—Y con razón, según parece —terció una ominosa voz—. Al volver a casa y descubrir que los dos habíais desaparecido, supe enseguida dónde podría encontrarlos.

Con un escalofrío, Alfred se encogió al oír aquellas palabras. Orla, muy pálida, se puso en pie lentamente, pero permaneció al lado de Alfred y apoyó la mano en su hombro con aire protector. El perro, que había descuidado sus obligaciones, dio la impresión de querer compensar su fallo poniéndose a ladrar con todas sus fuerzas al recién llegado.

—Haz que ese animal se calle, o acabaré con él —dijo Samah.

—No podrás matarlo —replicó Alfred mientras movía la cabeza en gesto de negativa—. Por mucho que lo intentes, no podrás matar al perro ni lo que representa.

A pesar de ello, apoyó la mano en la testuz del animal y el perro se dejó convencer para guardar silencio.

—Al menos, ahora sabemos quién y qué eres —declaró el Gran Consejero, estudiando a Alfred con aire severo—. Un espía patryn, enviado para descubrir nuestros secretos. — Volvió la vista hacia su esposa y añadió—: Y a corromper a los incautos.

Con gesto digno y resuelto, Alfred se puso en pie.

—Te equivocas. Soy un sartán, para mi pesar. Y, por lo que se refiere a revelar secretos —señaló el documento con un gesto—, parece que los asuntos que acabo de descubrir estaban destinados a ser ocultados a nuestro propio pueblo, más que al presunto enemigo.

Samah estaba pálido de rabia y era incapaz de hablar.

—No —susurró Orla, y dirigió una intensa mirada a Alfred al tiempo que le clavaba los dedos en el brazo—. Te equivocas. No era el momento adecuado para...

—¡Las razones para hacer lo que hicimos no son de su incumbencia, esposa! —la interrumpió Samah. Éste hizo una pausa y aguardó a haber dominado su cólera para

—

— II

añadir—: Alfred Montbank, quedarás encerrado aquí, prisionero, hasta que se reúna el Consejo y decida qué medidas tomar.

—¿Preso? ¿Es necesario? —protestó Orla.

—Así lo considero. Por cierto, te buscaba para contarte las noticias que acabamos de recibir de los delfines. El patryn aliado de este hombre ha sido descubierto. Está aquí, en Chelestra, y, como temíamos, ha pactado una alianza con las serpientes dragón. Ha tenido una reunión con ellas y con representantes de las familias reales de los mensch.

—Alfred —dijo Orla—, ¿es posible eso?

—No lo sé —respondió Alfred, abrumado—. Me temo que Haplo es capaz de una cosa así, pero debes comprender que él...

—¡Escúchalo bien, esposa! Incluso ahora intenta defender a ese patryn.

—¿Cómo puedes...? —exclamó Orla, apartándose de Alfred al tiempo que lo miraba con una mezcla de dolor y de pena—. ¿Acaso querrías ver destruido a tu propio pueblo?

—No, querida. Lo que Alfred querría es ver a *su* pueblo victorioso —apuntó Samah con frialdad—. Olvidas que es más patryn que sartán.

Alfred no respondió. Permaneció de pie, abriendo y cerrando las manos en torno al respaldo de la silla.

—¿Por qué te quedas ahí plantado, sin decir nada? —gritó Orla—. ¡Dile a mi esposo que se equivoca! ¡Dime a *mí* que me equivoco!

Alfred levantó sus dulces ojos azules y respondió:

—¿Qué puedo decir que te convenza? Orla se dispuso a contestar, pero luego meneó la cabeza en un gesto de frustración y, volviéndole la espalda, abandonó la sala! Samah lanzó una torva mirada a Alfred y anunció:

—Esta vez voy a apostar un vigilante. Ya te mandaré llamar.

El Consejero abandonó también la sala a grandes zancadas, acompañado del gruñido desafiante del perro.

Ramu ocupó el lugar de su padre. Se acercó a la mesa, lanzó una mirada ominosa a Alfred y posó sus firmes manos sobre el documento. Con toda meticulosidad, lo enrolló, lo introdujo en el canuto y lo devolvió a su lugar correspondiente. Después, ocupó un asiento al fondo de la estancia, lo más alejado posible de Alfred sin llegar a perderlo de vista.

Sin embargo, aquella vigilancia resultaba totalmente innecesaria. Alfred no habría intentado escapar aunque hubieran dejado las puertas abiertas de par en par. Abatido, con los hombros hundidos de aflicción, se dejó caer en la silla. Allí estaba, prisionero de su propio pueblo, de sus congéneres a los que había esperado encontrar desde hacía tanto tiempo. Era culpable. Había cometido una falta terrible y no lograba imaginar, ni por asomo, qué lo había impulsado a ello.

Sus actos habían encolerizado a Samah. Peor aún, habían herido a Orla. ¿Y todo para qué? Para meter las narices en unos asuntos que no eran de su incumbencia. Unos asuntos que estaban más allá de su comprensión.

—Samah es mucho más sabio que yo —se dijo—. Él sabe qué es más conveniente. Y tiene razón en que no soy un sartán. Soy parte patryn, parte mensch. Incluso —añadió, dirigiendo una triste sonrisa al fiel animal que yacía a sus pies— un poco perro. Pero, sobre todo, soy un estúpido. Samah no intentaría ocultar estos datos. Como ha dicho Orla, sólo esperaba un momento más oportuno. Nada más.

»Me disculparé ante el Consejo —continuó con un suspiro— y cumpliré con gusto lo que me exijan. Luego, me marcharé. No puedo quedarme aquí por más tiempo. ¿Por qué...? —Se miró las manos y las sacudió con frustración—. ¿Por qué estropeo todo lo que toco? ¿Por qué traigo la desgracia a quienes más quiero? Abandonaré este mundo y no regresaré jamás. Volveré a mi cripta de Ariano y me sumiré en el sueño. Dormiré mucho, muchísimo tiempo. Si tengo suerte, quizá no vuelva a despertar jamás.

»Y tú —añadió, al tiempo que dirigía una mirada iracunda al perro—, eres libre de ir a donde quieras. Haplo no te perdió, ¿verdad? Te dio esquinazo deliberadamente. ¡No quiere que vuelvas! Muy bien, pues. Buen viaje. Te dejaré aquí a ti también. ¡Os dejaré a los dos!

—

— II

El animal se encogió al captar su tono de voz colérico y su mirada torva. Con las orejas gachas y el rabo entre piernas, se dejó caer a los pies de Alfred y se quedó allí tendido, contemplándolo con ojos tristes y apesadumbrados.

—

— II

CAPÍTULO

PHONDRA CHELESTRA

Para gran sorpresa de Haplo, las familias reales mensch, junto con sus hijos, decidieron partir. Al parecer, cada familia se proponía volver a su tierra para descansar y relajarse allí y, una vez que hubieran recuperado fuerzas, discutir la idea de llevar a cabo la Caza del Sol.

—¿Qué es esto? ¿Adonde vais? —preguntó Haplo a los enanos, que se disponían a abordar su sumergible. Los humanos ya se dirigían al suyo.

—Volvemos a Phondra —respondió Dumaka.

—¡A Phondra! —Haplo lo miró, boquiabierto. «¡Mensch!», pensó con hastío—. Escucha, Dumaka, sé que habéis sufrido una gran conmoción y lamento sinceramente vuestra pérdida —sus ojos se volvieron hacia Alake, quien seguía sollozando entre los brazos de

su madre—, pero da la impresión de que no entendéis la importancia de las cosas que están sucediendo y que os afectan a vosotros y a vuestros pueblos. ¡Tenéis que ponerlos en acción desde ahora mismo! Por ejemplo —añadió con la esperanza de captar su interés—, ¿sabíais que la luna marina que os proponéis ocupar ya está habitada? Dumaka y Delu fruncieron el entrecejo y le prestaron atención. Los enanos detuvieron su marcha y se volvieron hacia él. Incluso Eliason levantó la cabeza y un vago parpadeo de inquietud apareció en los hundidos ojos del rey elfo.

—Los delfines no nos han dicho nada de esto —respondió Dumaka con aire severo—.

¿Cómo es que tú lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Las serpientes dragón. Escuchad, sé que no os fiáis de ellas y no os lo reprocho, pero tengo razones para creer que esta vez dicen la verdad.

—¿Quién vive allí? ¿Esas criaturas horribles? —inquirió Yngvar, ceñudo.

—Supongo que te refieres a las serpientes dragón, ¿verdad? No, ellas tienen su propia luna marina y no necesitan ni desean otra. El pueblo que vive en esa luna a la que tenéis intención de viajar no son enanos, elfos ni humanos. No creo que hayáis oído hablar de ellos. Se llaman a sí mismos sanan.

Haplo lanzó una rápida mirada en torno a sí y, al no advertir el menor indicio de reconocimiento, exhaló un suspiro de alivio en su fuero interno. Aquello hacía más fáciles las cosas. Si aquellos pueblos hubiesen guardado algún remoto recuerdo de los sanan, probablemente habría resultado difícil convencerlos para que se enfrentaran a quienes debían de considerar dioses. El patryn, aprovechando el interés que había despertado su revelación: se apresuró a continuar:

—Las serpientes dragón han prometido reconstruir vuestras naves con su magia.

Lamentan mucho lo que os hicieron. Fue a causa de un malentendido que os explicaré con detalle cuando tengamos más tiempo. De momento, os contaré lo preciso para que podáis empezar a hacer planes. Esa luna marina es exactamente como os han contado los delfines. En realidad, no es una auténtica luna marina. Es una estructura permanente y tiene un tamaño enorme, más que suficiente para que todos vuestros pueblos puedan convivir en ella. Y allí podréis vivir durante muchas generaciones sin tener que preocuparos por construir más cazadores de sol.

Dumaka intervino entonces, con aire dubitativo.

—¿Estás seguro de que te refieres a... cómo se llama?

—Surunan —lo ayudó su esposa.

—Sí, Surunan.

—En efecto, ése es el lugar —respondió Haplo, evitando pronunciar el nombre sartán—.

Y es el único sitio de este mundo lo bastante próximo al sol marino. Me temo que para vuestros pueblos no hay alternativa: o ese lugar... o ninguno.

—Sí —murmuró Eliason—, ésa es la conclusión a la que llegamos.

—

— II

—Lo cual nos lleva a nuestro problema. Lo que no os han contado los delfines es que..., que ese lugar... es ahora el hogar de esos sartán. En favor de los delfines, os diré que no creo que lo supieran. Los sartán no llevan mucho tiempo viviendo. Bueno, en realidad sí, pero aquél no era momento para extenderse en explicaciones. Los mensch cruzaron unas miradas. Parecían desconcertados e incapaces de asimilar todas aquellas novedades.

—Pero ¿quiénes son esos sartán? Hablas de ellos como si fueran criaturas horribles dispuestas a rechazarnos —apuntó Delu—. ¿Cómo sabes que no se alegrarán de acogernos en su reino?

—¿Y cuántos son esos sartán? —inquirió su esposo.

—No muchos. Un millar, aproximadamente. Habitan una sola ciudad y el resto de esa

tierra está despoblada. A Yngvar se le iluminó la expresión.

–Entonces ¿de qué tenemos que preocuparnos? –exclamó–. ¡Hay sitio para todos!

–Estoy de acuerdo con el enano. Haremos de Surunan un lugar próspero y productivo. Haplo movió la cabeza en gesto de negativa.

–Lo que decís tiene sentido, desde luego, y los sartán deberían acceder de buen grado a que os instaléis en su reino, pero me temo que no sea así. Conozco algunas cosas de esa gente. Según las serpientes dragón, hace muchísimo tiempo, cuando el sol marino era reciente, vuestros antepasados vivían en ese mismo reino con los sartán. Entonces, un día, éstos ordenaron a vuestros antepasados que se marcharan. Los pusieron en unas naves y los obligaron a adentrarse en el Mar de la Bondad, despreocupándose por completo de la suerte que pudieran correr, de si sobrevivían o perecían. Por tanto, no es probable que los sartán se alegren de veros volver.

–Pero, si ése es el único lugar al que podemos ir, ¿cómo podrían rechazarnos? –protestó Eliason, perplejo.

–No digo que vayan a hacerlo –respondió Haplo, encogiéndose de hombros–. Sólo apunto que cabe esa posibilidad. Y vosotros tenéis que estudiar qué hacer si se niegan a acogeros. Por eso es preciso que os reunáis para elaborar planes, para tomar decisiones...

Miró a los mensch con expectación.

Los monarcas mensch intercambiaron una mirada.

–Yo no iré a la guerra –dijo el rey elfo.

–¡Vamos, Eliason! –resopló Yngvar–. Nadie desea luchar pero, si esos sanan no se muestran razonables...

–No combatiré –repitió el elfo con exasperante flema. Yngvar empezó a discutir. Dumaka intentó razonar con Eliason.

–El sol no nos dejará hasta dentro de muchos ciclos –insistió Eliason débilmente. Hizo un gesto con la mano y añadió–: Ahora mismo soy incapaz de pensar en esas cosas...

–¿Eres incapaz de pensar en el bienestar de tu propio pueblo?

Grundle, aún con rastros de lágrimas en los ojos, cruzó el embarcadero hasta llegar ante el rey elfo. La cabeza de la enana quedaba a la altura de la cintura de Eliason.

–Grundle, no deberías hablar así a tus mayores... –la reprendió su madre, pero no lo dijo en voz muy alta y su hija no la oyó.

–Sadia era amiga mía. Desde hoy hasta el final de mi vida, cada día que pase la recordaré y la echaré de menos. Pero ella estuvo dispuesta a entregar su vida por salvar a su pueblo y sería una afrenta a su memoria que tú, su padre, no fueras capaz de hacer lo mismo.

Eliason se quedó mirando a la enana como si estuviera en un sueño y Grundle fuera alguna extraña aparición surgida de la nada.

Yngvar, el rey enano, suspiró y se tiró de la barba.

–Mi hija tiene razón en lo que dice, Eliason, aunque arroje sus palabras con toda la gracia y encanto de una lanzadora de hachas. Compartimos tu dolor, pero también compartimos tu responsabilidad. Lo principal es la supervivencia de nuestras gentes. Este hombre, que ha salvado a nuestros hijos, tiene razón. Es preciso que nos reunamos para planificar qué vamos a hacer. Y debemos hacerlo pronto.

–

– II

–Estoy de acuerdo con Yngvar –declaró Dumaka–. Propongo que nos encontremos en Phondra dentro de catorce ciclos. ¿Bastará ese plazo para que deis por concluido el período de duelo, Eliason?

–¡Catorce ciclos!

Haplo se disponía a protestar, pero captó la penetrante mirada del enano instándolo a

guardar silencio y cerró la boca.

Más tarde, se enteraría de que el período de duelo de los elfos

—durante el cual nadie emparentado con el difunto por lazos de sangre o por matrimonio podía llevar a cabo ningún tipo de actividad pública— se prolongaba por lo general durante varios meses y, a veces, más incluso.

—¡Muy bien! —asintió Eliason tras un profundo suspiro—. Catorce ciclos. Me reuniré con vosotros en Phondra.

Los elmanos partieron. Los phondranos y los gargan se dirigieron a sus sumergibles y se dispusieron a regresar a sus respectivas esferas marinas. Dumaka, a instancias de Alake, se acercó a Haplo.

—Debes perdonarme, forastero. Discúlpanos a todos si parecemos desagradecidos contigo después de lo que has hecho. Las lágrimas de gran alegría y de terrible pesar nos han impedido mostrarte nuestra gratitud. Si deseas ser nuestro huésped, me harás un gran honor alojándote en mi casa.

—Seré yo quien se honre en compartir tu morada, gran jefe —respondió Haplo con solemnidad. De repente, lo asaltó la extraña sensación de encontrarse otra vez en el Laberinto, hablando con el jefe de una de las tribus de residentes.

Dumaka pronunció las frases de rigor expresando su satisfacción y se encaminó hacia el sumergible.

—¿Crees que Eliason acudirá? —preguntó Haplo mientras subían a bordo de la nave. Al hacerlo, el patryn tuvo sumo cuidado en evitar el contacto con el agua.

—Sí, vendrá —respondió Dumaka—. Para ser un elfo, es muy fiel a su palabra.

—¿Cuánto tiempo hace que los elfos no van a la guerra?

—¿A la guerra? —Dumaka puso una mueca de divertida sorpresa y dejó a la vista sus dientes, blanquísimos en contraste con su piel oscura—. ¿Los elfos? —Se encogió de hombros y añadió—: No han ido jamás.

Haplo había imaginado que pasaría aquellos días de espera en Phondra consumido de impaciencia y echando pestes ante la obligada inacción. Por eso, al cabo de un par de días, lo sorprendió comprobar, casi a su pesar, que se encontraba muy a gusto en aquel lugar.

Comparado con los otros mundos por los que había viajado, Phondra resultaba muy parecido a su propio mundo y, aunque nunca se le había pasado por la cabeza que algún día pudiera sentir nostalgia del Laberinto, la vida entre la tribu de Dumaka le evocó recuerdos de los escasos momentos de tranquilidad y descanso que había gozado en su dura existencia: los que había pasado en los campamentos de los residentes.

La tribu de Dumaka era la más numerosa de Phondra, y la más poderosa, razón por la cual aquél era caudillo de toda la raza humana. Al parecer, habían sido necesarias numerosas guerras para consolidar tal situación, pero Dumaka era ahora el soberano indiscutido de su pueblo y, en general, la mayoría de las restantes tribus acataba y aprobaba su liderazgo.

Sin embargo, Dumaka no ejercía el poder a solas. El Concilio de Magos ejercía una poderosa influencia sobre la comunidad, cuyas gentes veneraban la magia y a todos aquellos que sabían usarla.

—En otros tiempos —explicó Alake al patryn—, el Concilio de Magos y los caudillos de las tribus solían estar enfrentados, pues cada cual se creía con más derecho a gobernar que el otro. Mi propio abuelo paterno murió por esa causa, asesinado por un hechicero que se

Los patryn del Laberinto pueden dividirse a grandes rasgos en dos grupos: los corredores y los residentes.

Los corredores son aquellos que, como Haplo, buscan escapar del Laberinto. Viajan solos y sus vidas son

inquietas, aventureras... y breves. Los residentes se agrupan formando tribus para protegerse y para ocuparse de la continuidad de la raza. Son nómadas, pero no se desplazan tan lejos ni tan deprisa como los corredores.

El objetivo primordial de los residentes no es la fuga, sino la supervivencia.

—

— II

creía con derecho a ser jefe. La guerra que siguió fue cruel y sangrienta, y en ella murió un número incontable de nuestra gente. Mi padre juró que, si el Uno lo convertía en jefe, establecería la paz entre las tribus y el Concilio de Magos. El Uno le concedió la victoria y, entonces, tomó por esposa a mi madre, hija de la Sacerdotisa del Concilio.

»Mis padres se repartieron el poder. Mi padre gobierna sobre todas las disputas que se refieren a tierras o posesiones, promulga leyes y preside juicios. Mi madre y el Concilio se ocupan de todo cuanto afecta a la magia. De este modo, Phondra disfruta de paz desde hace años.

Haplo contempló el asentamiento de la tribu: las chozas de postes y techos de paja, las mujeres que charlaban entre risas con sus pequeños apoyados en sus caderas, los jóvenes que afilaban sus armas y ultimaban los preparativos para salir en persecución de cierta fiera salvaje. Un grupo de hombres demasiado viejos para participar en la cacería permanecía sentado bajo la luz cálida aún, pero menguante, del sol marino, rememorando batidas de antaño. El aire era una caricia perfumada con aromas a carne ahumada, vibrante con los chillidos agudos de los niños, que jugaban también a cazadores.

—Parece una lástima que todo esto deba terminar —murmuró Alake con un brillo trémulo en los ojos.

Sí, era una lástima. Haplo se sorprendió a sí mismo asintiendo a aquellas palabras.

Intentó quitarse la idea de la cabeza pero era innegable que en aquel lugar, entre aquella gente, se sentía relajado y en paz por primera vez en muchísimo tiempo.

Llegó a la conclusión de que sólo se trataba de una reacción al miedo. Una reacción al pánico inicial del encuentro con las serpientes dragón y al terror, aún mayor, de creer que había perdido su magia.

Probablemente, se dijo, estaba más débil de lo que había creído. Aprovecharía aquel intervalo para recobrar todas sus fuerzas, pues muy pronto las necesitaría para enfrentarse a su antiguo enemigo, para marchar a la guerra contra los sartán.

De todos modos, concluyó, no podía hacer nada para apresurar las cosas. No era conveniente ofender a aquellos mensch. Los necesitaba; necesitaba su presencia en gran número, más que su destreza con las armas.

Haplo le había dado muchas vueltas en la cabeza a la batalla que se avecinaba. Los elfos resultarían peor que inútiles. Tenía que encontrar algo que los mantuviese ocupados y los quitara de en medio. Los humanos eran guerreros preparados, duchos con las armas y fáciles de enardecer. Respecto a los enanos, de sus charlas con Grundle había deducido que eran gente recia y dura. Les costaba enfurecerse, pero eso no sería ningún problema. Haplo consideraba muy probable que los sartán le proporcionaran sin saberlo la provocación que necesitaba para despertar su ira.

Su única preocupación era que aquellos sartán resultaran ser parecidos a Alfred. Haplo reflexionó unos instantes sobre ello y movió la cabeza. No; por lo que sabía de Samah, por los documentos conservados en el Nexo, el Gran Consejero era tan distinto de Alfred como el mundo del aire, luminoso y exuberante, lo era del mundo de la tierra, oscuro y sofocante.

—Lo siento, pero tengo que dejarte solo durante un rato...

Alake le estaba diciendo algo respecto a que tenía que ir a ver a su madre. La

muchacha lo miraba con ansiedad, temerosa de contrariarlo. Haplo le dirigió una sonrisa. –Puedo arreglármelas por mí mismo. Y no tienes que preocuparte de entretenerme, pese a que me encanta tu compañía. Iré a dar una vuelta para conocer un poco mejor a tu pueblo.

–Te caemos bien, ¿verdad? –inquirió Alake, devolviéndole la sonrisa.

–Sí –contestó Haplo, y sólo cuando la palabra hubo salido de sus labios se dio cuenta de que lo había dicho en serio–. Sí, Alake, me gusta tu gente. Me recuerda..., me recuerda un sitio donde estuve hace tiempo...

Dejó la frase a medias y permaneció en silencio. Algunos de aquellos recuerdos no eran especialmente gratos, pero experimentó un extraño alivio al darles la bienvenida después de una larga ausencia.

–Ella debía de ser muy hermosa –apuntó Alake, un tanto abatida.

–

– II

Haplo se volvió a mirarla rápidamente. ¡Mujeres! Mensch, patryn... todas eran iguales. ¿Qué era lo que les daba aquella extraña capacidad para introducirse en la cabeza de un hombre y hurgar en los rincones oscuros que éste creía ocultos a todos?

–Sí, lo era –respondió, y se dio cuenta de que había hecho aquella confesión sin querer. Era aquel lugar. Se parecía demasiado a su hogar–. Será mejor que te apresures. Tu madre estará preguntándose dónde te has metido.

–Si te he hecho daño, lo siento –dijo ella con suavidad. Alargó su mano, rozó la de Haplo y entrelazó sus dedos en los de él.

Su piel era fina y suave; sus manos, fuertes. Los dedos de Haplo se cerraron en torno a los de ella y atrajeron la mano más cerca de sí. El patryn no reflexionaba sobre lo que estaba haciendo. Sólo sabía que la muchacha era hermosa y que su presencia daba calor a una parte helada de su ser.

–Un poco de dolor es bueno para todos –respondió a Alake–. Nos recuerda que estamos vivos.

La muchacha no entendió a qué se refería, pero se sintió reconfortada por su actitud y se alejó. Haplo la siguió con la mirada hasta que el dolor voraz y solitario que lo roía por dentro lo hizo sentirse *demasiado* vivo. Se puso en pie, estiró los brazos hacia el cálido sol y salió de la casa para unirse a los jóvenes guerreros en la cacería.

La batida fue prolongada, excitante y ardua. La fiera que perseguían, de la que Haplo no averiguó nunca el nombre, era astuta, vivaz y salvaje. El patryn renunció deliberadamente a emplear la magia y descubrió que le encontraba gusto a aquel exigente ejercicio físico, que disfrutaba enfrentando inteligencia y músculos a su oponente.

El acoso y la persecución se prolongaron durante horas; la caza en sí, a base de lanzas y redes, resultó tensa y peligrosa. Varios hombres resultaron heridos y uno estuvo cerca de ser atravesado por el cuerno que, como una espada, coronaba la cabeza de la fiera. Haplo se lanzó hacia el joven y, arrastrándolo, lo alejó de la zona de peligro. El cuerno llegó a rozar la piel del patryn pero, protegido como estaba por las runas, no le causó ningún daño.

Haplo no había corrido peligro en ningún momento, pero los humanos lo ignoraban y lo aclamaron como el héroe del día. Al final de la cacería, cuando los jóvenes regresaron cantando al campamento, el patryn disfrutó de su camaradería y de la sensación de pertenecer, una vez más, a una comunidad.

Aquella sensación no duraría mucho. Así había sucedido siempre en el Laberinto.

Haplo era un corredor. Pronto empezaría a sentirse inquieto e incómodo, a tropezar con muros que sólo él podía ver. Pero, de momento, se permitió disfrutar de ella.

–Estoy ganándome su confianza –se dijo como excusa. Presa de un agradable

cansancio, regresó a la cabaña que ocupaba con la intención de acostarse y descansar un rato hasta el banquete nocturno—. Ahora, estos humanos me seguirán a cualquier parte. Incluso a luchar contra un enemigo muy superior.

Se echó en el camastro y el dolor caliente de la fatiga relajó sus músculos y su mente.

Lo asaltó entonces el recuerdo inoportuno de las instrucciones de su señor.

«Tienes que ser un observador. No emprendas ninguna acción que pueda delatar tu condición de patryn. No alertes de nuestra presencia al enemigo.»

Pero el Señor del Nexo no podía haber previsto que su servidor diera con Samah, el Gran Consejero. Con Samah, el sartán que había encarcelado a los patryn en el Laberinto. Samah, el responsable de las torturas, los sufrimientos y las muertes que había padecido el pueblo de Haplo a lo largo de incontables generaciones.

—Cuando vuelva, lo haré con Samah y así mi señor volverá a confiar en mí y a considerarme hijo suyo...

Debió de quedarse dormido pues, de pronto, se incorporó de un salto, alarmado al percibir que había alguien más en la cabaña. Su reacción, rápida e instintiva, sobresaltó a Alake, quien se apartó de él un par de pasos involuntariamente.

—Yo... lo siento —murmuró Haplo cuando, al suave brillo de la luz de las hogueras encendidas en el exterior, advirtió de quién se trataba—. No pretendía saltarte encima. Es sólo que me has cogido por sorpresa...

Sí, había sido un sueño. Haplo aún trataba de calmar el acelerado latir de su corazón.

—

— II

—No, no te vayas.

El sueño acechaba en los márgenes de su mente, pero Haplo no tenía ninguna prisa por permitir que se adueñara de él otra vez.

—Eso huele bien... —murmuró, aspirando los apetitosos aromas que transportaba la suave brisa nocturna.

—Te he traído algo de comer —asintió Alake, señalando la puerta. Los phondranos no comían nunca en el interior de las viviendas, sino al aire libre. Una medida muy razonable, que contribuía a mantener la casa limpia y libre de roedores—. Te has perdido la cena y he pensado..., es decir, mi madre ha pensado que..., que tal vez estarías hambriento.

—Lo estoy. Dile a tu madre que agradezco mucho su atención —dijo Haplo con gravedad.

Alake sonrió, feliz de haberlo complacido. La muchacha siempre andaba haciendo cosas para él, le llevaba comida, le ofrecía pequeños regalos, cosas que ella misma hacía...

—Tienes la cama revuelta. Deja que la adecente un poco.

Alake dio un paso adelante. Haplo dio otro hacia la entrada de la choza. En la penumbra de ésta, los dos cuerpos chocaron. Antes de que Haplo supiera qué sucedía, unos brazos suaves lo rodearon, unos labios tiernos buscaron los suyos, una fragancia y una profunda calidez lo envolvieron.

El cuerpo del patryn reaccionó antes de que su cerebro pudiera evitarlo. Aún se sentía a medias en el Laberinto, y la muchacha era más una parte del sueño que una realidad. La besó con ardor, con rudeza, con la pasión de un hombre maduro, olvidando que tenía entre sus brazos a una niña. La estrechó contra sí y empezó a inclinarla sobre el camastro.

Alake emitió un jadeo desmayado, asustado.

El cerebro de Haplo se impuso por fin y lo devolvió a la realidad.

—¡Vete! —ordenó a Alake, apartándola de sí con brusquedad.

Ella, temblorosa, se detuvo en el umbral y se quedó mirándolo. No había estado

preparada para la fuerza de aquella pasión; quizá la había tomado por sorpresa la respuesta de su propio cuerpo a lo que hasta entonces habían sido sueños y fantasías de chiquilla. Alake estaba asustada de él y de sí misma. Pero también había descubierto, de pronto, su propio poder.

—¡Tú me quieres! —susurró.

—No —replicó Haplo con aspereza.

—Me has besado...

—Alake... —empezó a decir Haplo, exasperado.

Pero no continuó. Contuvo las palabras frías y duras que se disponía a dirigirle. No le convenía herir a la muchacha, que sin duda correría llorando al lado de su madre. No podía permitirse ofender a los caudillos de los phondranos y, por mucho que le irritara reconocerlo, no quería herir los sentimientos de Alake. Lo que acababa de suceder allí había sido culpa suya.

—Alake —empezó de nuevo, sin convicción—, soy demasiado viejo. Ni siquiera soy de tu raza...

—Entonces ¿qué eres? Desde luego, no eres enano ni elfo...

«Pertenezco a un pueblo que queda fuera de tu entendimiento, chiquilla —pensó—. A una raza de semidioses que tal vez se dignarían a tomar a una mensch como entretenimiento, pero que jamás la tomarían por esposa.»

—No puedo explicártelo, Alake. Pero tú sabes que soy diferente. ¡Mírame! Mira el color de mi piel. Fíjate en mi cabello y en mis ojos. Además, soy un extraño. No sabes nada de mí.

—Sé todo lo que necesito saber —musitó la muchacha—. Sé que me salvaste la vida...

—Y tú, la mía.

Alake dio un paso hacia él con la mirada cálida y brillante.

—Eres valiente..., el hombre más valiente que conozco. Y atractivo. Sí, eres distinto, pero eso es lo que te hace especial. Y quizá me lleves unos años, pero yo también soy mayor para mi edad. Los chicos de mi edad me aburren.

—

— II

Extendió las manos hacia Haplo, pero éste no movió las suyas de los costados. Por fin volvía a sentirse capaz de pensar con coherencia y se decidió a expresar lo que debería haber dicho desde el primer momento.

—Alake, tus padres no lo aprobarían.

—Quizá sí —replicó ella con un titubeo.

—No. —Haplo movió la cabeza—. Verás cómo tus padres repiten todo lo que acabo de decirte. Se enojarán, y con todo el derecho del mundo. Eres una princesa real. Tu matrimonio es muy importante para tu pueblo. Tienes responsabilidades. Debes casarte con un caudillo, o con el hijo de un caudillo. Yo no soy nadie, Alake.

La muchacha no lo soportó más. Hundió la cabeza, sus hombros se sacudieron incontroladamente y en sus pestañas brillaron unas lágrimas.

—Tú me has besado —insistió en un murmullo.

—Sí, no he podido evitarlo. Eres muy hermosa, Alake. Ella levantó la cabeza y lo miró, con el corazón en los ojos.

—Habrás una manera. Ya lo verás. El Uno no permitirá que dos que se aman vivan separados. No —le aseguró, con una mano alzada—, no tengas miedo. Te comprendo, y no les diré nada a mis padres. No le contaré nada de esto a nadie. Será nuestro secreto hasta que el Uno me muestre la manera de poder estar juntos.

Alake depositó un beso tierno y trémulo en su mejilla, dio media vuelta y salió de la choza a toda prisa.

Haplo la vio alejarse, frustrado, furioso con ella, consigo mismo y con las

circunstancias absurdas que lo habían arrojado a aquella situación. ¿Mantendría Alake su palabra de no decir nada a sus padres? Le pasó por la cabeza la idea de ir tras ella, pero no tenía la menor idea de qué decirle. ¿Cómo podía explicarle que no la había besado a ella, sino a un recuerdo evocado por aquellos parajes, por la cacería, por el sueño?

—

— II

CAPÍTULO

PHONDRA CHELESTRA

Haplo pasó el ciclo siguiente en guardia, esperando la mirada o el gesto que indicara que Dumaka había descubierto que su huésped andaba jugando con los sentimientos de su hija.

No obstante, Alake mantuvo su palabra, demostrando ser más fuerte de lo que Haplo había sospechado. Cuando la muchacha estaba en su compañía (circunstancia que Haplo procuraba por todos los medios evitar, pero que a veces no podía remediar), se mostraba reservada, cortés y digna. Ya no le llevaba pequeños regalos, ni escogía los bocados más selectos del cocido para ofrecérselos.

Y Haplo tuvo pronto otros problemas de que ocuparse.

El contingente enano llegó el duodécimo ciclo. Yngvar trajo con él un grupo numeroso, compuesto por los ancianos y varios jefes militares.

Los enanos fueron recibidos solemnemente por Dumaka, su esposa, miembros del consejo de tribus y por el Concilio de Magos. Una cueva cercana, cuyas frescas cámaras eran utilizadas para almacenar frutas y verduras y un vino bastante notable que elaboraban los humanos, fue despejada y ofrecida a los enanos durante el tiempo que durara su estancia en Phondra. Según explicó Yngvar a Haplo, ningún enano podía dormir tranquilo bajo un techo de paja. Él y Tos suyos necesitaban sentir sobre sus cabezas algo sólido, como una montaña.

Haplo se alegró de ver a los enanos. Su llegada desvió de él una atención que no deseaba y fue un anuncio de que el momento de ponerse en marcha quedaba mucho más próximo. Haplo ya estaba dispuesto para la acción, pues el incidente con Alake había tenido el benéfico efecto de cortar de raíz aquel breve período de euforia idílica.

Estaba ávido de noticias y los enanos traían algunas.

—Las serpientes dragón están reconstruyendo los cazadores de sol —informó Yngvar—.

Como él anunció que harían —añadió, señalando a Haplo con un gesto de cabeza.

Los jefes de las familias reales se habían reunido en privado después de la cena. Las conversaciones oficiales, en las que participarían todos los miembros de las respectivas delegaciones, no se celebrarían hasta la llegada de los elfos. Haplo había sido invitado a la reunión de los monarcas, como huésped de honor de Dumaka. Se abstuvo en todo instante de intervenir en la conversación y se limitó a observar y escuchar en silencio.

—Es una buena noticia —dijo Dumaka.

El enano se retorció la barba y arrugó la frente.

—¿Qué sucede, Yngvar? ¿Los trabajos avanzan demasiado despacio? ¿Tal vez se realizan de forma negligente?

—¡Oh, no, nada de eso! —refunfuñó el monarca enano, al tiempo que sacaba una pierna de debajo de la otra en un vano intento por encontrar una postura cómoda—. Lo que me incomoda es el medio que emplean: ¡la magia!

Yngvar soltó un gruñido, apoyó el peso del cuerpo sobre una nalga, refunfuñó de nuevo y empezó a frotarse la pierna.

—No pretendía ofenderos, señora —añadió, moviendo la cabeza bruscamente hacia Delu, que había montado en cólera al escuchar el tono despreciativo del enano y había fulminado a éste con un destello de indignación en sus ojos negros—. Ya hemos tratado este asunto otras veces. Tanto los elfos como los humanos sabéis la opinión que tenemos

los enanos respecto a la magia. Nosotros también conocemos la vuestra y, gracias al Uno, hemos llegado a respetar las creencias de cada cual y a no intentar cambiarlas. Y, si hubiera pensado que la magia de cualquiera de vuestros pueblos podía salvar del

Cuando estaban en su tierra de Phondra, los humanos no utilizaban muebles. Se sentaban y dormían en el suelo, costumbre que tanto elfos como enanos consideraban bárbara y que constituía una razón más para que las reuniones de las casas reales se celebraran, normalmente, en Elmas.

—

— II

naufragio a los cazadores de sol, habría sido el primero en sugerir que la empleáramos. — El enano entrecerró los ojos y olvidó su incomodidad—. Pero las naves fueron destrozadas en mil pedazos. En mil millares de pedazos, si queréis. ¡Podría sentarme en el pedazo más grande que quedó de ellas y no sería más que una astilla en mi culo!

—¡Querido! —protestó su esposa, sonrojándose—. ¡No estás en la taberna!

—Sí, sí, queda claro. Continúa —intervino Dumaka, impaciente—. ¿Qué dices, pues? ¿El trabajo avanza, o no?

Yngvar no estaba dispuesto a que le metieran prisas, a pesar de que se le habían dormido los dedos de los pies. Se incorporó bruscamente, se dirigió hacia lo que parecía ser un gran tambor ceremonial y, dejándose caer sobre él, tomó asiento con un suspiro de alivio. Delu puso una mueca de manifiesta perplejidad, pero su esposo acalló sus palabras de protesta con una mirada.

—El trabajo está acabado —anunció entonces el enano con parsimonia y un destello de cólera en los ojos, bajo sus tupidas cejas.

—¿Qué? —exclamó Dumaka.

—Las naves fueron reconstruidas en menos tiempo del que tardo en hacer esto. —

Yngvar chasqueó los dedos. Haplo sonrió, complacido.

—¡Pero..., pero eso es imposible! —protestó Delu—. Debes de estar confundido.

Nuestros hechiceros más poderosos...

—... son como niños, comparados con esas serpientes dragón —afirmó Yngvar con toda contundencia—. No estoy confundido. Jamás he visto magia igual. Los cazadores de sol eran una infinidad de astillas flotando en el agua. Las serpientes dragón se acercaron a la zona de los restos y la rodearon. Sus ojos verdes emitieron un fulgor rojo, más intenso que el del horno donde forjamos nuestras hachas. Pronunciaron unas palabras extrañas y el mar empezó a hervir. Las astillas de madera se elevaron en el aire y, como si se reconocieran, fueron unas al encuentro de las otras como la novia se echa en brazos de su prometido. Y ahí están las naves, exactamente como las construimos. Salvo que ahora —añadió el enano con una mueca ceñuda— nadie de mi gente se acercará a ellas. Y yo el primero.

La satisfacción de Haplo se convirtió al instante en abatimiento. ¡Maldita fuera! ¡Otro problema! Debería haber previsto aquella reacción de los mensch. En realidad, incluso Delu parecía trastornada.

—Desde luego, se trata de un hecho milagroso —la oyó murmurar en voz baja—. Me gustaría escuchar una descripción más detallada de lo sucedido. Yngvar, si mañana pudieras reunirte con el Concilio, tal vez...

El rey enano soltó un bufido.

—Si por mí fuera, preferiría no ver a otro mago en mi vida. No. Y no admito discusiones. He dicho mi última palabra al respecto. Los cazadores de sol están aquí, flotando en el puerto. Si el Concilio quiere, puede venir a verlos, sumergirlos, bailar en ellos, hacerlos volar o lo que le venga en gana. Ningún enano pondrá jamás ni un pelo de su barba en una de sus cubiertas. ¡Os lo juro!

–Entonces ¿los enanos están dispuestos a convertirse en bloques de hielo? –inquirió Dumaka con expresión ceñuda.

–Tenemos naves suficientes, naves construidas por nosotros a base de sudor y no de magia, para sacar a nuestro pueblo de esta luna marina condenada.

–¿Y nosotros? –clamó Dumaka.

–¡Lo que hagan los humanos no es asunto de los enanos! –replicó Yngvar, también a gritos–. ¡Utilizad esas malditas naves, si queréis!

–Sabes perfectamente que necesitamos tripulaciones enanas...

–¡Bobos supersticiosos! –masculló Delu para sí.

Haplo se puso en pie y abandonó la reunión. Por el tono de la discusión que seguía a su espalda, parecía que nadie había advertido su ausencia.

Se encaminó a su cabaña y casi se dio de bruces con Grundle y Alake, que se habían apostado en un bosquecillo próximo.

–¿Qué...? ¡Ah, sois vosotras! –exclamó, irritado–. Pensaba que ya habíais tenido suficiente de escuchar a escondidas las conversaciones de los demás.

–

– II

Las muchachas habían escogido un rincón cerca del fondo de la choza de la reunión, resguardado de la luz de las hogueras que iluminó de lleno sus caras cuando se incorporaron.

Alake tenía una expresión avergonzada. Grundle se limitó a sonreír.

–No tenía intención de espiarlos –protestó Alake–. Venía a ver si mi madre necesitaba que le trajera más vino para nuestros invitados y he encontrado a Grundle escondida aquí. Le he dicho que eso no estaba bien, que no debíamos volver a hacerlo, que el Uno ya nos castigó suficientemente...

–¡La única razón de que me hayas encontrado es que tú también te proponías esconderte aquí! –replicó Grundle.

–¡No es verdad! –cuchicheó Alake en tono indignado.

–Sí que lo es. Si no, ¿qué andabas haciendo aquí, en la parte de atrás de la cabaña de reuniones, en lugar de ir directamente a la puerta?

–Lo que hiciera es asunto mío...

–Marchaos a casa las dos –les ordenó Haplo–. Este lugar no es seguro. Estáis lejos de las fogatas y demasiado cerca de los bosques. Vamos, marchaos ahora mismo.

Esperó hasta que las vio alejarse y luego se dirigió a su choza. Escuchó unas pisadas que lo seguían. Volvió la cabeza y encontró a Grundle pisándole los talones.

–Bueno, ¿qué vas a hacer respecto a nuestros padres? –le preguntó la enana, señalando con el pulgar la cabaña donde éstos se habían reunido. De ella surgían voces estentóreas, coléricas, cuyo eco resonaba en el aire de la noche. Los que pasaban por las cercanías se miraban con rostro de preocupación.

–¿No deberías estar en alguna otra parte? –respondió Haplo con irritación–. ¿No te echará nadie de menos?

–Se supone que estoy en la cueva, durmiendo, pero he puesto un saco de patatas bajo mi manta y todo el mundo creerá que soy yo. Además, conozco al centinela de guardia. Se llama Hartmut y está enamorado de mí –explicó como si tal cosa–. Me dejará entrar otra vez. Hablando de amor, ¿cuándo es la boda?

–¿Qué boda? –preguntó Haplo sin prestar atención, concentrado en encontrar el modo de resolver el problema que se había planteado.

–La tuya con Alake.

Haplo se detuvo al instante y lanzó una mirada colérica a la enana. Grundle se la devolvió con una sonrisa inocente. Al ver que numerosos miembros de la tribu los observaban con curiosidad, Haplo asió del brazo a la enana y la obligó a entrar en la

intimidad de su choza.

–¡Oh! –exclamó ella, apartándose de Haplo con fingido pánico–. Ahora no intentarás seducirme a mí, ¿verdad?

–¡Yo no he seducido a nadie! –respondió Haplo con voz torva–. Y no levantes la voz. ¿Qué es lo que sabes? ¿Qué te ha contado Alake?

–Todo. ¿Te importa que me siente? Gracias. –Se dejó caer en el suelo y empezó a limpiarse de hojas las patillas–. ¡Vaya! Ese escondite tras el arbusto era realmente magnífico. Yo podría haberles dicho a esas serpientes dragón que cometían un error, exhibiendo su poder de esa manera. Aunque supongo que no me habrían hecho caso. –Movi6 la cabeza y su expresi6n se hizo de pronto grave y solemne–. ¿Sabes una cosa? Creo que lo hicieron a prop6sito. Creo que sabían que una magia como la suya asustaría a mi pueblo. ¡Creo que tenían la intenci6n de asustarnos!

–No seas ridícula. ¿Por qué iban a querer tal cosa cuando est6n tratando de salvaros? Y, de todos modos, eso no importa ahora. ¿Qué te ha contado Alake? No sé qué te ha dicho, pero te aseguro que no intenté aprovecharme de ella.

–¡Bah!, eso ya lo sé. –Grundle quit6 importancia al asunto con un gesto de la mano–. Lo he dicho en broma. Tengo que reconocer –añadi6 a regañadientes– que has tratado a Alake mejor de lo que yo esperaba. Supongo que te había juzgado mal. Lo siento.

–¿Qué te ha contado? –pregunt6 Haplo por tercera vez.

–Que ibais a casaros. No ahora, claro. Alake no es tonta y sabe que esta situaci6n de crisis no es buen momento para hablar de matrimonio. Pero, cuando los cazadores de sol nos lleven a todos a un nuevo reino..., si tal cosa sucede alguna vez, lo cual empiezo a

–

– II

dudar, Alake imagina que los dos seréis libres para casaros e iniciar una nueva vida juntos.

«¡Y yo que me había convencido de que Alake había recuperado el juicio!», se dijo Haplo con amargura. Al parecer, lo único que había estado haciendo la muchacha era atrincherarse aún más en sus fantasías.

–¿Tú la quieres? –pregunt6 Grundle.

Haplo se volvió, ceñudo, creyendo que la enana se burlaba de él otra vez. Sin embargo, constat6 que lo había dicho muy en serio.

–No. No la quiero.

–Ya lo imaginaba. –Grundle exhal6 un breve suspiro–. ¿Por qué no se lo dices abiertamente?

–No quiero herirla.

–Qué raro –replic6 la enana, estudiándolo con aire astuto–. Yo habría dicho que eras de la clase de persona a quien no importa mucho si hiere o no los sentimientos de los demás. Vamos, ¿cuál es la verdadera raz6n?

Haplo se puso en cuclillas, con sus ojos a la altura de los de ella, y respondi6:

–Digamos que nadie saldría ganando si yo hiciera algo que molestase a Alake.

¿Verdad que no? Grundle movió la cabeza.

–Supongo que tienes raz6n.

–Escucha –dijo Haplo, incorporándose–. Los gritos han cesado. Yo diría que la reuni6n ha concluido. Grundle se puso en pie a toda prisa.

–Eso significa que es mejor que me vaya. Si me echan en falta, quien se verá en problemas es Hartmut. Espero que mis padres hayan llegado a un acuerdo con los humanos. En el fondo, mi padre siente un gran respeto por Dumaka y por Delu, ¿sabes? Lo único que sucede es que las serpientes le dieron un susto terrible.

La enana se dispuso a cruzar la puerta, pero Haplo la agarr6 de nuevo y la oblig6 a retroceder.

—No creo que hayan resuelto nada. Grundle movió la cabeza a un lado y otro.
—Alake tiene razón. El Uno te ha enviado a nosotros. Le pediré a Él que te ayude.
—Ese Uno, ¿es el mismo por el que juré? —preguntó Haplo.
—¿Cuál, si no? —replicó Grundle, mirándolo con asombro—. El que guía las olas, por supuesto.

La enana se escabulló de la choza, moviendo las piernas a toda prisa mientras se perdía en la noche. Haplo observó su menuda figura sorteando las hogueras y apreció que muy pronto ponía distancia entre ella y sus padres. La cólera de Yngvar lo hacía avanzar con paso rápido, pero el patryn calculó que el orondo monarca se quedaría muy pronto sin aliento. Grundle alcanzaría la cueva con tiempo de sobra para reemplazar el saco de patatas por su propio cuerpo robusto y para salvar a su amante Hartmut de ver afeitada su barba o cualquier otra forma de castigo que estuviera establecida para el centinela que descuidaba su deber.

Haplo se retiró de la puerta, se dejó caer en el camastro y se quedó mirando las sombras. Pensó en los enanos y su fe en aquel Uno, y se preguntó si habría un modo de utilizarla para sus fines.

—«¡El que guía las olas»! —repitió, divertido.

Cerró los ojos y se relajó. El sueño empezó a cortar los lazos que ataban la mente al cuerpo, los hizo saltar uno a uno para permitir que aquella vagara libre hasta que el amanecer la atrapara y la volviera a traer. Pero, antes de que se cortara el último, Haplo escuchó el eco de las palabras de Grundle en su mente, aunque no era la voz de la enana quien las pronunciaba. De hecho, parecían llegar hasta él desde una luz blanca muy brillante, y eran ligeramente distintas.

El que guía la Onda.

Haplo parpadeó y, al instante, volvió a estar totalmente despierto. Se incorporó en el camastro y recorrió con la vista la oscuridad de la choza.

—¿Alfred? —murmuró.

De inmediato, se preguntó con irritación por qué había tenido la sensación de que el sartán estaba allí.

—

— II

Apoyó de nuevo la cabeza en la almohada, expulsó las sombras de la noche, a los enanos, los sartán, el Uno, las serpientes dragón y quienquiera más que se hubiera colado en la choza y se entregó al sueño.

—

— II

CAPÍTULO

PHONDRA CHELESTRA

Los elfos llegaron con dos ciclos de retraso, lo cual no sorprendió a nadie salvo, tal vez, a Haplo.

Dumaka, que no esperaba que Eliason apareciera tan pronto, se quedó de una pieza cuando los delfines le llevaron la noticia de que los elfos ya surcaban aguas de Phondra, y ordenó que los habitantes del poblado acudieran a abrir, limpiar y preparar las casas donde se alojarían los huéspedes elfos.

Estas casas eran especiales y habían sido construidas exclusivo propósito de albergar a los elfos, quienes —como los enanos— requerían ciertas condiciones especiales en sus alojamientos. Por ejemplo, ningún elfo aceptaría jamás dormir en el suelo. Y no por cuestiones de comodidad. Hacía mucho tiempo, los alquimistas elfos, quizás en un vano intento de frenar la deriva del sol marino, habían descubierto la naturaleza de la reacción química entre el sol y las lunas marinas que producía el aire respirable que envolvía éstas.

La reacción química, según dedujeron los alquimistas, tenía lugar entre la superficie de la luna marina y el sol marino. El siguiente paso lógico de tal deducción fue plantear que, de forma natural, se producía una reacción parecida entre el sol marino y cualquier cosa que descansara en la superficie de las lunas durante el tiempo que fuese, y que ello afectaba a los elfos y a cualquier otro ser viviente.

Así, en el reino de los elfos, sólo se permitía que descansaran en el suelo los objetos inanimados e, incluso así, los más valiosos de éstos eran trasladados de lugar periódicamente para evitar cualquier alteración perniciosa. En Elmas, los animales que dormían en el suelo eran poco apreciados y, poco a poco, habían desaparecido del entorno de los elfos en favor de las aves, los monos, los gatos y otras especies de hábitos arborícolas.

Los elfos no prueban los alimentos que han crecido bajo el suelo o sobre éste, no permanecen mucho rato quietos de pie en ninguna parte y pasan de pie el menor tiempo posible, si tienen modo de evitarlo. Prefieren sentarse con los pies recogidos bajo el cuerpo y despegados del suelo.

Uno de los primeros y más devastadores enfrentamientos entre phondranos y elmanos fue la Guerra de la Cama. Un príncipe elfo había viajado a tierras humanas para celebrar conversaciones que permitieran evitar un choque armado entre ambas razas. Todo transcurría en orden hasta que el jefe de los humanos condujo al elfo al aposento que había preparado para que éste pasara la noche. El elfo, al ver el camastro extendido sobre el suelo desnudo, creyó que el humano se proponía matarlo y declaró la guerra en aquel mismo instante.

Desde entonces, humanos y elfos han terminado por respetar las creencias de cada cual, aunque nunca han logrado aceptarlas. Las casas de Phondra destinadas a alojamiento de los elfos están provistas de toscas camas hechas de ramas de árboles sujetas mediante cuerdas. Por su parte, en tierras de los elfos, éstos han aprendido a desviar la mirada cuando sus huéspedes humanos cogen las mantas de la cama y las extienden en el suelo. (Incluso, desde que uno de los humanos había caído de las alturas Esta era una de las razones de que los elfos se adaptasen con tanta naturalidad a los constantes cambios

que se producían en sus viviendas coralinas, pues todas las piezas de mobiliario, vestimenta, ajuar de cama y demás debían cambiarse de sitio de todos modos.

Entre los elfos de Elmas existe la extendida creencia de que la brevedad de la vida de los humanos se

debe por entero a su malaventurada costumbre de dormir en el suelo. Los phondranos, por su parte, rechazan

las altísimas camas de los elfos, espantados con la idea de que durante la noche puedan caerse de ella y

matarse. Los gargan consideran ridícula toda la controversia. Mientras tenga un techo de roca sólida sobre él,

un enano es capaz de dormir incluso cabeza abajo. Sin embargo, por desgracia, esto provoca que muchos

enanos no se sientan cómodos a bordo de las embarcaciones.

—

— II

en plena noche y se había roto un brazo, Eliason había puesto fin a la práctica de intentar trasladar a los humanos a una cama sin que se dieran cuenta, mientras dormían.)

Casi no dio tiempo a terminar de acondicionar los aposentos de los huéspedes cuando la nave élfica amarró en el puerto. Dumaka y Delu acudieron a recibir a los invitados.

Yngvar también estuvo presente, aunque la delegación enana se mantuvo notoriamente

aparte de los humanos. Grundle y Alake asistieron al acto, pero separadas, cada cual con su familia.

Las desavenencias entre ambas razas se habían intensificado. Ambas parejas de progenitores habían prohibido a sus hijas hablarse entre ellas, pero Haplo, al advertir que las dos muchachas intercambiaban unas miradas a hurtadillas con un destello en los ojos, se preguntó cuánto tiempo seguirían obedeciendo. Lo único que esperaba era que las muchachas no fueran descubiertas, lo cual provocaría sin duda otra crisis. Por lo menos, la forzada separación dio a Alake algo en que pensar aparte de en el patryn, y éste supuso que debía dar gracias por ello.

Las familias reales se saludaron con grandes demostraciones de amistad... por consideración a sus respectivos séquitos. Dumaka incluyó en el suyo a Haplo, como invitado de honor, y el patryn experimentó al menos cierto alivio al comprobar que incluso el rey enano se mostraba un poco más cordial al observar su presencia. Aun así, ninguno de los presentes podía ocultar el hecho de que el encuentro no se producía en el mismo ambiente de armonía que en otras ocasiones. Los apretones de mano fueron rígidos y ceremoniosos; las voces, frías y cuidadosamente moduladas. Nadie utilizó los nombres de pila para dirigirse a los demás.

Haplo los habría ahogado a todos de buena gana.

Los delfines habían sido la causa de este último malentendido, al difundir alegremente la noticia de que los enanos se negaban a tripular los cazadores de sol donde debían viajar los elfos. Eliason estaba dispuesto a respaldar a Dumaka aunque, en un gesto muy propio de los elfos, había mandado aviso de que no toleraría que lo apremiaran a tomar una decisión. Este anuncio no había complacido a ninguna de las dos partes enfrentadas y, en consecuencia, Eliason había conseguido encolerizar tanto a humanos como a enanos, antes incluso de arribar al lugar del encuentro.

Todo esto hizo que a Haplo le rechinaran los dientes de frustración. Sólo tenía un pequeño consuelo, y hasta éste era negativo: las serpientes dragón no aparecieron por ninguna parte. El patryn temía que la visión de aquellas formidables criaturas reafirmara la disposición de los enanos contra ellas.

Una vez determinada una hora para la reunión, aquella misma noche, Yngvar y su comitiva abandonaron el lugar con paso enérgico.

Con expresión apenada, Eliason vio alejarse al colérico enano y movió la cabeza.

—¿Qué se puede hacer?—preguntó a Dumaka.

—No tengo idea—respondió el caudillo humano con un gruñido—. Para mí que la barba le ha crecido demasiado y le ha afectado al cerebro. Yngvar dice que él y su pueblo prefieren morir congelados a poner un pie en los cazadores de sol. Y esos enanos son tan tercos que los creo capaces de cumplir su palabra.

Haplo, callado y discreto, se abstuvo de intervenir pero se mantuvo a tiro de oreja con la esperanza de oír algo que lo ayudara a decidir qué hacer.

Dumaka posó una mano en el hombro de Eliason y murmuró:

—Amigo mío, lamento tener que añadir esta preocupación a la pesada carga de tu dolor. Aunque observo—añadió, tras contemplar detenidamente al elfo— que lo llevas mejor de lo que hubiese creído posible.

—He tenido que prescindir de los muertos—respondió Eliason en un susurro— para ocuparme de cuidar de los vivos.

Devon, el joven elfo, se encontraba en el embarcadero con la mirada fija en las aguas.

Alake, a su lado, le comentaba algo con gesto muy serio. Grundle, obligada a acompañar a sus padres, les había dirigido una mirada lastimera a ambos antes de marcharse.

Sin embargo, era evidente que Devon hacía oídos sordos a las palabras de Alake.

Devon no le prestaba atención ni respondía de ninguna manera.

La expresión sombría de Dumaka se suavizó.

—Muy joven, para haber recibido ya un golpe tan fuerte de la vida.

—

— II

—Hace tres noches —murmuró Eliason—, lo encontramos en la habitación donde mi hija..., donde Sadia... —Tragó saliva y una palidez extrema se adueñó de su rostro. Dumaka cerró su mano en torno al brazo del elfo en un gesto de muda comprensión. Eliason exhaló un profundo suspiro.

—Gracias, amigo mío. Encontramos a Devon allí, asomado a la ventana, contemplando las losas de la terraza desde las alturas. Puedes imaginar qué terrible idea pensamos que pasaba por su mente. Lo he traído conmigo con la esperanza de que la compañía de sus amigas lo rescaten de las sombras que lo envuelven. Ha sido por él que he emprendido el viaje antes de lo que tenía previsto.

—Gracias, Devon —murmuró Haplo.

Alake, tras dirigir una mirada de impotencia a su padre, sugirió que Devon quizá querría ver sus aposentos y se ofreció a conducirlo hasta ellos. El muchacho respondió como uno de los autómatas que los gegs usaban en Ariano, y fue tras Alake con paso lánguido y la cabeza hundida. No sabía dónde estaba, ni daba muestras de que le importara.

Haplo continuó en las proximidades de Eliason y Dumaka, pero pronto quedó patente que los dos monarcas iban a seguir hablando de las penas de Devon y no tratarían ningún otro asunto de importancia.

Mejor así, se dijo, y se alejó. No era probable que discutieran por aquel tema, y de esta manera tenía a dos mensch, entre cinco, que al menos se dirigían la palabra.

El patryn no pudo evitar pensar en su estancia en Ariano, en el tiempo que había pasado allí tratando de sembrar la discordia entre elfos, humanos y enanos. Ahora estaba dedicando el doble de esfuerzo a conseguir que las tres razas mensch se unieran. —Casi terminaré por creer en ese Uno —se dijo en un murmullo—. Alguien debe de estar partiéndose de risa con todo esto.

El redoble del tambor ceremonial convocó a las familias reales a la conferencia. Todo el pueblo se volvió a contemplar a las comitivas que se encaminaban hacia la gran cabaña. En cualquier otra ocasión, una reunión como aquella habría sido motivo de alborozo: los phondranos habrían intercambiado animados comentarios y habrían llamado la atención de sus pequeños sobre cosas tan curiosas como la notable longitud de las barbas de los enanos o el color rubio, luminoso como los rayos del sol, de los cabellos de los elfos.

En cambio, aquel día, los phondranos permanecieron en silencio, acallando con gesto irritado las preguntas que les hacían los chiquillos con sus voces agudas. Los rumores se habían difundido por Phondra como las pavesas de una fogata, impulsadas por un fuerte viento. Allí donde caían, originaban pequeños incendios que se extendían rápidamente entre las tribus del reino. Diversos humanos de otras tribus habían viajado hasta allí en sus naves de quilla larga y estrecha, para asistir a la reunión.

Muchos de estos viajeros eran brujos y hechiceras pertenecientes al Concilio de Magos, y fueron recibidos por Delu, que los albergó en su propia cabaña de invitados. Otros eran caudillos de tribus que habían jurado fidelidad a Dumaka, y éste se encargó de darles la bienvenida. Por último, algunos de los llegados no eran nadie en concreto, sólo simples curiosos. Éstos, invariablemente, tenían algún pariente o amigo entre la tribu, de modo que casi todas las cabañas familiares tenían al menos una manta extra extendida en el suelo.

Todos se congregaron para contemplar el desfile, que constaba de las tres familias reales, los representantes de otras tribus humanas, el Concilio de Magos de Phondra, los dirigentes de los gremios de Elmas y los ancianos gargan, todos los cuales actuarían

como testigos de sus pueblos. Los humanos estaban silenciosos, con rostros tensos y forzados, inquietos y expectantes. Todo el mundo sabía que su destino –para bien o para mal– dependía del resultado de la reunión, fuera cual fuese la decisión que se tomara en ésta.

Haplo se había encaminado hacia la gran cabaña con antelación, pues deseaba entrar en ella antes de que llegara ninguno de los dignatarios. Al volver la vista hacia el mar, observó con desconcierto y escasa satisfacción la presencia en las aguas de los largos cuellos sinuosos y los ojos rasgados, verderrojizos, de las serpientes dragón.

—
— II

No pudo reprimir su desasosiego, una incómoda tensión en los músculos del estómago, un escalofrío en el vientre. Los signos mágicos de su piel empezaron a emitir un leve resplandor azulado.

Irritado, Haplo maldijo la presencia de las serpientes y esperó que nadie más las hubiese visto. Tenía que acordarse de intentar mantener a todo el mundo apartado de la orilla.

El tambor resonó con gran estruendo y, acto seguido, enmudeció. Los miembros de las tres familias reales se encontraron ante la cabaña de la reunión e intercambiaron demostraciones de amistad, a regañadientes por parte de los enanos, tensas y embarazosas por parte de los demás.

Haplo estaba discutiendo el modo de evitar verse involucrado en las formalidades cuando dos figuras, una alta y la otra muy baja, aparecieron en su camino. Unas manos lo agarraron por los brazos y tiraron de él hacia las sombras del bosque. Eran Alake y Grundle.

—¡No tengo tiempo para juegos...! —empezó a protestar, impaciente. Sin embargo, tras observar con más atención la expresión de las muchachas, preguntó qué sucedía.

—¡Tienes que ayudarnos! —exclamó Alake sin alzar la voz—. No sabemos qué hacer. Creo que debería decirselo a mi padre...

—¡Eso es lo último que necesitamos! —la cortó Grundle—. La reunión va a empezar. Si la interrumpimos, quién sabe cuándo volverán a celebrar otra.

—Pero...

—¿Qué ha sucedido? —repitió Haplo.

—¡Se trata de Devon! —Alake tenía los ojos abiertos como platos de puro asustados—.

¡Ha desaparecido!

—¡Maldición! —masculló Haplo por lo bajo.

—Ha salido a dar un paseo, eso es todo —apuntó Grundle, pero las facciones de la enana, de color avellana, estaban muy pálidas y las patillas le temblaban.

—Voy a contárselo a mi padre. Él llamará a los rastreadores. Alake dio un paso, pero Haplo la retuvo, asiéndola por el brazo.

—No podemos interrumpir la reunión. Yo también soy un buen rastreador.

Ocupémonos nosotros de encontrarlo y traerlo de vuelta discretamente, sin que nadie se entere. Grundle tiene razón. Lo más probable es que haya ido a dar una vuelta buscando un poco de soledad. Bien, ¿dónde y cuándo lo habéis visto por última vez?

Alake había sido la última en verlo.

—Lo conduje a la casa donde se alojan los elfos, me quedé con él e intenté hablarle.

Luego, Eliason y los demás elfos regresaron para preparar la reunión y tuve que marcharme. Pero decidí esperar por allí con la intención de volver a hacerle compañía cuando su padre y los demás se marcharan. Cuando entré de nuevo, lo encontré allí, a solas en un rincón.

»Le conté que Grundle y yo habíamos encontrado un lugar detrás de la cabaña desde donde podíamos..., en fin...

—¿Escuchar a escondidas? —la ayudó Haplo.

—¡Tenemos derecho a hacerlo! —afirmó Grundle—. Todo esto ha sucedido por nuestra causa. Deberíamos estar presentes en la reunión.

—Yo también lo creo —dijo Haplo con calma, para serenar a la airada enana—. Veré lo que puedo hacer al respecto. Ahora, termina de contarme lo de Devon, Alake.

—Al principio, casi pareció enfadado de verme. Dijo que no quería escuchar nada de cuanto dijeran nuestros padres. Le daba igual. Luego, de pronto, se animó. Incluso me pareció casi demasiado agitado. Era... Casi me espantó. —Alake se estremeció al recordarlo—. Me dijo que tenía hambre. Devon sabía que la cena se retrasaría bastante, con el asunto de la reunión, y me preguntó si podría encontrarle algo que comer hasta entonces. Le dije que sí e intenté convencerlo para que me acompañara a buscarlo, pero me contestó que no quería dejar la cabaña de invitados, pues lo ponía nervioso ver tanta gente mirándolo.

»Pensé que le sentaría bien comer algo, ya que creo que lleva días sin probar bocado, de modo que salí a ver qué encontraba. En la cabaña quedaron con él otros elfos. De camino, me encontré con Grundle, que me buscaba. Le dije que me acompañara,

—

— II

pensando que su presencia quizá lograra animar a Devon pero, cuando volvimos al alojamiento —Alake abrió las manos—, había desaparecido.

A Haplo no le gustó en absoluto lo que estaba oyendo. En el Laberinto había conocido gente que, de pronto, no podía soportar por más tiempo el dolor, el horror, la pérdida de un amigo, de un compañero. Había visto la terrible euforia desatada que a menudo seguía a un período de abatimiento y depresión.

Alake observó su expresión sombría y, con un gemido, se llevó la mano a la boca.

Grundle se tiró de las patillas, melancólica y sombría.

—Lo más probable es que sólo esté dando un paseo —repitió Haplo—. ¿Lo habéis buscado en el pueblo? Quizá salió detrás de Eliason.

—No —dijo Alake en voz baja—. Al no encontrarlo en la cabaña de los invitados, inspeccioné los alrededores y la parte de atrás. Allí encontré... huellas. Huellas tuyas, estoy segura. Y conducen directamente hacia la espesura.

Aquello confirmaba sus sospechas, se dijo Haplo. En voz alta, añadió:

—Mantened la calma. Intentad comportaros con naturalidad y conducidme hasta esas huellas, de prisa.

Los tres volvieron a toda prisa hasta la cabaña que ocupaban los elfos. Para llegar hasta allí dieron un rodeo, con objeto de evitar a la multitud congregada en torno a la gran cabaña de reuniones.

Haplo vio a Dumaka en el momento de saludar a los dignatarios enanos. El monarca humano volvía la mirada a un lado y a otro, tal vez buscando al patryn. A continuación, Eliason dio un paso adelante y se dispuso a presentar a los miembros de su séquito.

Haplo advirtió con alivio que el grupo de elfos presentes era bastante numeroso y esperó que todos ellos tuvieran nombres largos.

Alake lo condujo a la parte de atrás de la cabaña de invitados y señaló el suelo húmedo. Haplo vio unas huellas de pisadas, demasiado largas y estrechas para corresponder a un enano y que habían dejado unos pies calzados, sin duda, con unas botas. Todos los phondranos sin excepción, recordó, iban siempre descalzos.

El patryn masculló para sus adentros un juramento.

—¿Han notado su ausencia los demás elfos de la cabaña de huéspedes? —Creo que no —respondió Alake—. Están todos fuera, contemplando la ceremonia.

—Yo iré a buscarlo. Vosotras dos quedaos aquí por si vuelve.

—Nosotras vamos contigo —dijo Grundle.

–Sí, Devon es nuestro amigo –la secundó Alake.

Haplo les dirigió una mirada colérica, pero la enana se mantuvo firme, con la barbilla levantada y sus pequeños brazos cruzados sobre el pecho con aspecto desafiante. Alake, por su parte, le sostuvo la mirada con aire sereno y resuelto. El patryn comprendió que iba a provocar una discusión y no tenía tiempo que perder.

–Vamos, pues.

Las dos muchachas echaron a andar por el camino, pero se detuvieron al advertir que Haplo no las seguía.

–¿Qué sucede? ¿Qué estás haciendo? –preguntó Alake–. ¿No deberíamos darnos prisa?

Haplo se había agachado y estaba trazando velozmente unos signos mágicos sobre las huellas que el elfo había dejado en el barro. Después susurró unas palabras; los signos mágicos despidieron un centelleo verdusco y, de pronto, empezaron a crecer y ramificarse. Flores y plantas surgieron de ellos, cubrieron el sendero y borraron de la vista las pisadas.

–No es momento de empezar un jardín –soltó Grundle.

–No tardarán en empezar a buscarlo. –Haplo se incorporó y observó que las plantas ocultaban por completo el sendero–. Con esto me aseguro de que no nos siga nadie. Nosotros tres haremos lo que debamos y daremos las explicaciones que sean precisas.

¿De acuerdo?

–¡Oh! –murmuró Alake, mordiéndose el labio.

–¿De acuerdo? –Haplo las miró a ambas con aire torvo.

–De acuerdo –dijo Grundle, en voz baja.

–De acuerdo –asintió Alake, pesarosa.

–

– II

Los tres dejaron atrás el poblado y se adentraron en la espesura siguiendo las huellas del elfo.

Al principio, Haplo pensó que Grundle tal vez había intuido, sin saberlo, la verdad.

Daba toda la impresión de que el desgraciado joven elfo se proponía, sencillamente, quitarse de encima la pena a base de caminar. Las huellas no se apartaban del sendero.

Devon no había hecho el menor intento de ocultar su paradero, no pretendía esconderse de nadie y tenía que ser consciente de que Alake, al menos, iría tras él.

Y entonces, de repente, las huellas terminaron.

El sendero continuaba, liso y sin marcas. La vegetación a ambos lados era tupida, demasiado para adentrarse en ella sin dejar algún tipo de rastro, pero no había una sola hoja arrancada, una sola flor aplastada, un solo tallo de hierba quebrado.

–¿Qué ha hecho? ¿Le han salido alas? –gruñó la enana, escrutando las sombras del bosque.

–Algo así –respondió Haplo, levantando la vista hacia las lianas que caían de las ramas.

El elfo debía de haberse subido a los árboles. Un rápido vistazo a las profundas sombras del bosque le reveló algo más.

Su primer pensamiento fue: «¡Maldición, otro período de luto para los elfos!».

–Vosotras dos, volved atrás –les ordenó con voz firme pero, de pronto, Alake soltó un alarido y, antes de que el patryn tuviera tiempo de detenerla, la humana se introdujo en la espesura.

Haplo saltó tras ella, la agarró, la hizo volver por la fuerza y la envió de un empujón sobre Grundle. Las dos muchachas cayeron al suelo una encima de otra. Haplo siguió adelante a toda prisa, volviendo la cabeza cada pocos pasos para cerciorarse de que había retrasado a las mensch lo suficiente como para que no lo siguieran.

La enana, con sus pesadas botas, se había enredado con las zarzas. Alake parecía dispuesta a dejar que su amiga se las arreglara por su cuenta y, en efecto, echó a correr detrás de Haplo. Grundle lanzó un alarido de rabia que pudo oírse a leguas de distancia. –¡Hazla callar! –ordenó Haplo mientras se abría paso entre el tupido follaje de aquella jungla.

Alake, con el rostro contraído de angustia, volvió atrás para ayudar a Grundle.

Haplo llegó hasta Devon.

El elfo había preparado un nudo con una liana, se lo había pasado por el cuello y había saltado de una rama a lo que había esperado que fuera su muerte.

Al contemplar el cuerpo flácido que colgaba grotescamente de la liana, girando en torno a ella, Haplo pensó en un primer momento que el muchacho había logrado su propósito. Luego advirtió un movimiento en dos de los dedos del elfo. Quizá fuera un espasmo cadavérico, pensó. O tal vez no.

Haplo pronunció las runas a gritos. Los signos mágicos, azules y rojos, surcaron el aire como centellas, cayeron sobre la liana y la cortaron. El cuerpo se desplomó sobre la vegetación.

Haplo llegó hasta el muchacho, cogió el nudo que le rodeaba el cuello y lo aflojó.

Devon no respiraba. Estaba inconsciente, con el rostro descolorido y los labios amoratados. La liana le había desgarrado la piel y se había hundido en la carne de su esbelto cuello, que aparecía ensangrentado y amoratado. Sin embargo, tras un examen rápido y somero, Haplo comprobó que el elfo no tenía el cuello roto ni la tráquea ocluida. Al parecer, la liana se había deslizado en torno al cuello sin llegar a quebrarlo, como era sin duda la intención de Devon. El joven elfo aún estaba vivo.

Pero no por mucho tiempo. Haplo le buscó el pulso y notó que la vida aleteaba débilmente bajo las yemas de sus dedos. El patryn se sentó sobre sus talones, meditabundo. No tenía idea de si daría resultado o no lo que se proponía. Hasta donde él sabía, no se había intentado nunca con un mensch. Aun así, le pareció recordar un comentario de Alfred respecto a que había empleado su magia para curar al chico, a Bane.

Si la magia sanan tenía efecto sobre los mensch, la magia patryn debería de actuar igual... o mejor.

—

— II

Haplo tomó las flojas manos del elfo, la zurda de Devon en su diestra y la zurda del patryn firmemente cerrada en torno a la diestra del muchacho. El círculo estaba completo.

Cerró los ojos y se concentró. Percibió vagamente, a su espalda, la presencia de Alake y de Grundle. Las oyó detenerse, captó un gemido de Alake y el silbido de la respiración acelerada de la enana entre sus dientes, pero no les prestó atención.

Estaba dándole su propia fuerza vital a Devon. Las runas de sus brazos emitieron un leve resplandor azulado. La magia fluyó de él al elfo, transportando con ella la vida de Haplo, y volvió al patryn llevándole el dolor y el sufrimiento de Devon.

El patryn experimentó, indirectamente, la pena terrible, el abrasador sentimiento de culpa, el remordimiento amargo y torturador que habían atormentado a Devon, en la vigilia y en el sueño, hasta que finalmente lo habían impulsado a buscar el descanso en la muerte. Experimentó el pánico paralizante que había sentido el elfo en el momento de saltar, la reacción instintiva de autoconservación de su cerebro en un último intento desesperado por resistirse...

Y, luego, la decisión. El dolor, la espantosa sensación de la asfixia, el conocimiento, sereno y pacífico, de que la muerte estaba cerca y de que el tormento pronto habría terminado.

Haplo escuchó un gemido y el suave roce de las plantas. Tomó aire y abrió los ojos. Devon lo contemplaba con el rostro angustiado, contraído, enconado. De su garganta herida y dolorida por la presión de la liana surgió un ronco susurro:

–¡No tenías derecho! ¡Quiero morir! ¡Déjame morir, maldito seas! ¡Déjame morir!

–¡No, Devon! –gritó Alake–. ¡No sabes lo que dices!

–Claro que lo sabe –replicó Haplo, ceñudo. Volvió a sentarse sobre los talones y se pasó la mano por la sudorosa frente–. Tú y Grundle, volved al sendero. Dejadme hablar con él.

–Pero...

–¡Marchaos! –gritó Haplo, colérico.

Grundle tiró de la mano de Alake. Las dos retrocedieron lentamente hasta el camino abriéndose paso entre la hojarasca y los matorrales que habían aplastado a la ida.

–Quieres morir –dijo Haplo al elfo, que volvió la cabeza a un lado y cerró los ojos–. Adelante, pues. Cuélgate. No puedo impedírtelo. Pero te agradecería que esperaras hasta que hayamos resuelto este asunto de los cazadores de sol, porque supongo que habría otro largo período de duelo por ti, y el retraso podría poner en peligro a tu pueblo. El elfo siguió negándose a mirarlo.

–No los afectará. Ellos tienen algo por lo que vivir. Yo, no. –Sus palabras eran un gruñido ronco. Su dolor se reflejó en una mueca.

–¿Sí? ¿Qué razón crees que tendrán tus padres para seguir viviendo una vez que hayan descolgado tu cuerpo de esa rama? ¿Tienes idea de cuál será su último recuerdo de ti? Tu cara abotargada, tu piel descolorida, o negra como los hongos de la putrefacción, tus ojos a punto de saltar de sus órbitas, tu lengua colgando de la boca... Devon palideció, dirigió una mirada cargada de odio a Haplo y volvió de nuevo la cabeza.

–Vete –musitó.

–Si tu cuerpo cuelga ahí el tiempo suficiente –continuó Haplo como si no lo hubiese oído–, acudirán las aves carroñeras, ¿sabes? Lo primero que atacan son los ojos. Tus padres ni siquiera podrán reconocer a su hijo... o lo que quede de él, cuando las aves hayan terminado su trabajo. Por no hablar de las hormigas y las moscas...

–¡Basta! –Devon pretendía gritar, pero lo que salió de sus labios fue un sollozo.

–Y están Alake y Grundle. Primero perdieron una amiga, y ahora te perderán a ti.

Pero, claro, tú no has pensado en ellas ni por un instante, supongo. No: sólo en ti mismo.

«¡El dolor, no puedo soportar el dolor!» –Haplo imitó la voz ligera y aflautada del elfo.

–¿Qué sabes tú de eso? –replicó Devon.

–¿Qué sé yo de eso..., del dolor? –repitió Haplo, bajando la voz–. Deja que te cuente una historia; luego te dejaré en paz para que te mates, si eso es lo que quieres. Una vez conocí a un hombre en el Labe..., en un lugar donde viví. Ese hombre libró un combate, una pelea terrible, defendiendo su vida. En ese lugar, uno tiene que luchar para vivir,

–

– II

nunca para morir. Sea como fuere, el hombre recibió terribles heridas en la lucha.

Heridas... por todo el cuerpo. Sus sufrimientos eran increíbles, insoportables.

»El hombre derrotó a sus enemigos. Los cadáveres de los caodines se apilaban a su alrededor. Pero no podía resistir más. Le dolía demasiado. Podría haber intentado curarse con su magia, pero decidió que no merecía la pena el esfuerzo. Y se quedó tendido sobre el suelo, dejando que la vida se le escapara. Entonces sucedió algo que lo hizo cambiar de idea. Tenía con él un perro...

Haplo hizo una pausa y un dolor extraño, una sensación de soledad, le atenazó el corazón. ¿Cómo podía haber olvidado al perro durante todo aquel tiempo?

–¿Qué sucedió? –susurró Devon, con sus ojos azules fijos en el hombre–. ¿Qué

sucedió con el..., con el perro?

Haplo frunció el entrecejo y se frotó la barbilla. Por una parte, lamentaba haber evocado aquella escena; por otra, se alegraba de recordarla.

–El perro... El animal había luchado contra los caodines y también había resultado herido. Estaba agonizando, entre tales dolores que no podía caminar. Sin embargo, cuando el perro vio el sufrimiento del hombre, intentó ayudarlo. El animal no se dio por vencido. Empezó a arrastrarse sobre el vientre, tratando de buscar ayuda. Su valor hizo que el hombre se avergonzara de sí mismo.

»Allí tenía a un animal irracional, un perro sin inteligencia, sin nada por lo que vivir, sin esperanzas, sueños o ambiciones... y aun así luchaba por seguir viviendo. Y yo que lo tenía todo..., yo, que era joven y fuerte, que había obtenido una gran victoria, iba ahora a arrojarlo todo por la borda... a causa del dolor.

–¿Murió el perro? –preguntó Devon en un susurro. Débil como un niño enfermo, como un chiquillo, quería oír el final del relato.

El patryn hizo un poderoso esfuerzo para distanciarse de sus recuerdos.

–No. El hombre curó al animal, y se curó a sí mismo. –Haplo no había advertido su desliz, no se había dado cuenta de que había mezclado confusamente el «ese hombre» y el «yo». Y alcanzó una posición de poder entre su pueblo. Cambió el curso de la vida de mucha gente...

–¿Y salvó a alguien de las serpientes dragón? ¿O tal vez de sí mismo? –inquirió Devon con una sonrisa torcida, desconsolada.

Haplo lo miró y, a continuación, respondió con un gruñido:

–Sí, tal vez. Algo parecido. Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Quieres que te deje aquí para que vuelvas a intentarlo?

Devon alzó la vista a la liana cortada, que pendía sobre su cabeza.

–No. Yo... iré contigo.

Devon intentó incorporarse y perdió el sentido.

Haplo alargó la mano y le buscó el pulso. Lo notó más firme, más constante. Apartó un mechón de rubios cabellos del elfo, que se habían quedado pegados a la sangre coagulada de su cuello.

–Te recuperarás –aseguró al muchacho inconsciente–. No la olvidarás, pero el recuerdo no te resultará tan doloroso.

–

– II

CAPÍTULO

PHONDRA CHELESTRA

La reunión de las familias reales se inició con rígidas formalidades, miradas frías y mudo resentimiento, que pronto dieron paso a una abierta hostilidad, a palabras acaloradas y a agrias recriminaciones.

La postura de Eliason contraria a la guerra no había cambiado con el paso del tiempo.

–Estoy totalmente dispuesto a zarpar en los cazadores de sol para buscar ese nuevo reino –declaró–. Y a emprender negociaciones con esos..., esos sartán, pues todos sabemos que los elfos somos expertos en este tipo de empresas diplomáticas. No veo por qué los sartán iban a rechazar una petición tan razonable como la nuestra, sobre todo cuando les hayamos explicado que les llevamos bienes y servicios muy necesarios.

Después de estudiar el asunto en profundidad, mis consejeros han determinado que esa raza de los sartán debe de ser relativamente nueva en ese reino y consideran probable que, en realidad, se alegren mucho de nuestra aparición. Pero si no es así, si los sartán se niegan a acogernos... –añadió Eliason con expresión sombría–, bien, al fin y al cabo, es su tierra. Sencillamente, tendremos que buscar en otra parte.

–Estupendo –replicó Dumaka con acritud–. Y mientras buscáis, ¿qué comeréis?

¿Dónde encontraréis la comida que necesita tu pueblo? ¿Cultivaréis cereal en las grietas de las cubiertas? ¿O acaso la magia de los elfos ha encontrado el modo de sacar pan del aire? Según nuestros cálculos, apenas podremos llevar suministros suficientes para el viaje, teniendo en cuenta todas las bocas que tendremos que alimentar. No quedará espacio para más.

—El mar nos ofrece pescado en abundancia —apuntó Eliason con suavidad.

—Es cierto —dijo Dumaka—, pero ni siquiera un elfo puede vivir exclusivamente a base de pescado. Sin frutas y verduras, la enfermedad de la boca hará estragos entre nuestros pueblos.

Yngvar puso una mueca de horror ante el mero pensamiento de verse obligado a una dieta de pescado. El enano plantó firmemente ambos pies en el suelo y recorrió la asamblea con una mirada iracunda.

—¡Estáis discutiendo quién ha robado el pastel, cuando éste ni siquiera está en el horno todavía! Los cazadores de sol están malditos y los enanos no quieren tener nada que ver con ellos. Además, tras consultar con los ancianos, hemos decidido no permitir que ninguno de nosotros se acerque a las naves, para que esa maldición no caiga sobre nosotros. Nos proponemos echar a pique esas embarcaciones, enviarlas al fondo del Mar de la Bondad, y construir otras naves con nuestras propias manos, sin la ayuda de las serpientes dragón.

—Sí, es una buena idea —apuntó Eliason—. Queda tiempo...

—¡No queda tiempo! —protestó Dumaka—. ¡Fuisteis vosotros, los elfos, quienes calculasteis de cuántos ciclos disponíamos...!

—¡Enanos! ¡Sois peores que chiquillos supersticiosos! —lo secundó Delu, quejándose estentóreamente—. ¡Esos sumergibles están tan malditos como yo!

—¿Y quién puede asegurar que no lo estás tú también, hechicera? —replicó Hilda con ardor.

En aquel instante, uno de los guardianes de la puerta entró en la cabaña —tratando de dar la impresión de estar sordo y ciego al revuelo que se había organizado en ella—, se Referencia a lo que entre los enanos se conoce por «escorbuto».

Los enanos desprecian el pescado y sólo lo comen cuando no disponen de otro alimento mejor que llevarse a la boca. Entre los enanos, familiarmente, el pescado recibe el apelativo de *elmas-fleish*, o «comida de elfo».

—

— II

acercó a Dumaka y le cuchicheó algo al oído. El jefe de los humanos asintió y le impartió una orden. Todos los presentes habían cesado de hablar y se preguntaban a qué era debida la interrupción. Nadie perturbaba nunca una reunión regia a menos que se tratara de un asunto de vida o muerte. El guardián partió rápidamente a cumplir la orden y Dumaka se volvió hacia Eliason.

—Tus centinelas han descubierto la ausencia de ese joven, Devon. Lo han buscado en el campamento pero no han encontrado el menor rastro de él. He convocado a los rastreadores. No te preocupes, amigo mío —añadió, olvidando su cólera ante la cara de angustia del rey elfo—, daremos con él.

—¡Un joven estúpido ha salido a dar un paseo! —soltó Yngvar, irritado—. ¿A qué viene tanta inquietud?

—Últimamente, Devon ha sido muy desgraciado —explicó Eliason en voz baja—.

Muchísimo. Nos tememos que... —le falló la voz y movió la cabeza en gesto pesadoso.

—¡Oh! —exclamó Yngvar muy serio, al comprender de pronto a qué se refería el elfo—. De modo que se trata de eso...

—¡Grundle! —Hilda llamó a su hija a gritos, con voz estridente—. ¡Grundle, ven aquí de

inmediato!

—¿Qué haces, esposa? Nuestra hija está en la cueva...

—¡Quítate el saco de la cabeza! —replicó la enana—. Estoy segura de que no la encontraremos allí. —Se puso en pie y alzó de nuevo la voz en tono amenazador—:

¡Grundle, sé que estás ahí, espionando! ¡Alake, esto va muy en serio! ¡No toleraré más tonterías!

Pero no obtuvo respuesta. Yngvar se tiró de la barba con gesto solemne y, dirigiéndose a la puerta de la cabaña, llamó con un gesto a uno de sus ayudantes, un joven enano llamado Hartmut, y lo mandó a la cueva.

Cuando volvió a entrar en el lugar de la reunión, Eliason también se había puesto en pie.

—Debo ir a buscar ayuda... —decía el rey elfo.

—¿Para qué? ¿Para terminar perdido en la espesura? —inquirió Dumaka—. Nuestra gente lo buscará. Y todo acabará bien, amigo mío... si el Uno quiere.

—Que Él lo quiera —asintió Eliason, y volvió a sentarse con la cabeza entre las manos. Yngvar intervino entonces para decir:

—Sí, pero ¿adonde ha ido ese Haplo? ¿Alguien lo ha visto? ¿No debería estar aquí? Esta reunión fue idea suya...

—¡Vosotros, los enanos, sospecháis de todo! —exclamó Dumaka—. Primero, de la magia de las serpientes dragón. Ahora, de Haplo. ¡Pero si fue él quien salvó a nuestras hijas...!

—Sí, las salvó, pero ¿qué sabemos de él en realidad, esposo? —apuntó Delu—. ¡Quizá sólo las trajo de vuelta para llevárselas otra vez!

—¡Delu tiene razón! —Hilda dio unos pasos hasta colocarse al lado de la reina humana—.

¡Propongo que nuestros rastreadores empiecen a buscar a ese Haplo!

—¡Muy bien! —replicó Dumaka, exasperado—. Mandaré a los rastreadores a buscar a todo el mundo...

—¡Señor! —gritó en aquel instante la voz del guardián—. ¡Los han encontrado! ¡A todos! Elfos, humanos y enanos abandonaron la cabaña de la reunión a toda prisa. Para entonces, todo el campamento estaba al corriente de lo sucedido, o de lo que se rumoreaba que había sucedido. Las familias reales se unieron a una multitud que se dirigía hacia la casa de invitados de los elfos.

Varios rastreadores humanos escoltaban a Haplo, Grundle y Alake, procedentes del bosque. Haplo llevaba en brazos a Devon. El elfo había recobrado la conciencia y sonreía débilmente, avergonzado de la atención que despertaba.

—¡Devon! ¿Estás herido? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Eliason mientras se abría paso a empujones entre la multitud.

—Estoy..., estoy bien —consiguió articular el joven elfo, con voz ronca.

Referencia a un popular juego de taberna de los enanos, cuyas reglas son demasiado complejas para

exponerlas aquí. Además, en cualquier caso, probablemente resultarían increíbles para el lector.

—

— II

—Se repondrá —intervino Haplo—. Ha sufrido una mala caída y se ha quedado colgado de una liana. Ahora debe descansar. ¿Dónde lo dejo?

—Por aquí —indicó Eliason, conduciendo al patryn al alojamiento de los elfos.

—Podemos explicarlo todo —dijo Grundle.

—De eso no tengo ninguna duda —murmuró su padre, lanzando una torva mirada a la enana.

Haplo condujo a Devon a la residencia provisional de los elfos y depositó al joven en su lecho.

—Gracias —musitó Devon.

–Duerme un poco –contestó el patryn con un gruñido.

Devon entendió la indirecta y cerró los ojos.

–Necesita descanso –anunció Haplo al tiempo que se colocaba entre Eliason y el muchacho–. Creo que deberíamos dejarlo solo.

–Quiero que mi médico lo vea... –protestó Eliason, inquieto.

–No será necesario. Se recuperará muy pronto, pero ahora tiene que descansar – insistió Haplo.

Eliason contempló al joven que yacía en el lecho, agotado y desaliñado. Grundle y Alake lo habían aseado y habían limpiado la sangre, pero las marcas y rozaduras de la línea aún eran claramente visibles en su cuello. El rey elfo miró de nuevo a Haplo.

–Se ha caído –replicó éste con toda flema–. Se ha enredado con una liana.

–¿Y crees que volverá a suceder? –inquirió Eliason en voz baja.

–No. –Haplo acompañó sus palabras con un gesto de cabeza–. Creo que no. Hemos tenido una charla... sobre los peligros de subirse a los árboles en el bosque.

–¡Bendito sea el Uno! –murmuró Eliason.

Devon se había quedado dormido. Haplo condujo al rey elfo al exterior de la cabaña.

Allí encontraron a Grundle, que explicaba a una multitud atenta:

–Alake y yo llevamos a Devon a dar un paseo. Sé que te desobedecí, padre –la enana dirigió una mirada de reojo a Yngvar–, pero Devon parecía tan desgraciado... Creímos que así se alegraría un poco...

–¡Hum! –resopló Yngvar–. Está bien, hija. Más tarde hablaremos del castigo que mereces. De momento, continúa el relato.

–Grundle y yo queríamos hablar a solas con Devon –retomó la narración Alake–. En el pueblo había demasiada gente, demasiado alboroto, de modo que le propusimos un paseo por el bosque. Hablamos y hablamos y hacía calor y nos entró sed, y entonces descubrí un árbol de jugo de azúcar cargado de frutos maduros. Supongo que lo sucedido fue culpa mía, porque le sugerí a Devon que subiera...

–Y llegó demasiado cerca de la copa –intervino Grundle con gestos dramáticos–.

Resbaló y cayó desde allí, de cabeza, sobre una maraña de lianas.

–¡Y se le enredaron al cuello! Se quedó ahí colgado y yo... y nosotras... ¡no sabíamos qué hacer! –Alake tenía los ojos desorbitados–. Estaba demasiado lejos del suelo y no podíamos bajarlo. Entonces, volvimos corriendo al campamento y la primera persona que encontramos allí fue Haplo. Lo llevamos al lugar y él cortó las lianas y bajó a Devon. Con una mirada radiante, Alake se volvió hacia el patryn, que permanecía al margen de la multitud.

–Le salvó la vida –siguió contando–. ¡Utilizó su magia para curarlo! Yo lo vi. Devon no respiraba. Las lianas se le habían enredado al cuello. Haplo posó las manos sobre él y su piel adquirió un resplandor azulado y, de pronto, Devon abrió los ojos y..., y estaba vivo.

–¿Es cierto eso? –preguntó Dumaka a Haplo.

–Alake exagera. Está trastornada por lo sucedido –contestó el patryn con un gesto de indiferencia–. El muchacho no estaba muerto, sólo desmayado. Habría recuperado el conocimiento antes o después...

–Es verdad que estaba trastornada –replicó Alake con una sonrisa–, pero no exagero. Todo el mundo se puso a hablar a la vez: Yngvar regañó fríamente a su hija por haber salido de la cueva; Delu declaró que intentar subir a un árbol de jugo de azúcar sin ayuda era una temeridad y que Alake debería haber tenido el buen juicio suficiente para no permitirlo. Eliason consideró que las muchachas habían demostrado buen tino al

–

– II

correr en busca de ayuda, y que deberían dar gracias al Uno de que Haplo hubiera llegado a tiempo de evitar otra tragedia.

–¡El Uno! –le respondió Grundle, abalanzándose sobre el perplejo monarca elfo–. ¡Sí, le agradeces al Uno que nos enviara a ese hombre –señaló a Haplo con su índice corto y grueso–, y luego das media vuelta y arrojas al Mar de la Bondad el resto de los dones que Él te proporciona!

El campamento enmudeció. Todos se volvieron hacia la joven enana.

–¡Hija! –exclamó Yngvar con voz severa.

–¡Calla! –le aconsejó Hilda, al tiempo que le daba un ligero pisotón–. La chica tiene razón.

–¿Por qué rechazáis sus bendiciones? –Grundle barrió a todos los presentes con una mirada colérica–. ¿Porque no las entendéis y, por tanto, os dan miedo? –reprochó a los enanos–. ¿O porque quizá tengáis que luchar para conseguirlas? –Esta vez les tocó a los elfos soportar su ira.

»Pues bien, nosotros ya hemos decidido. Alake, Devon y yo vamos a subir a un cazador de sol con Haplo. Vamos a zarpar hacia Surunan. Si es preciso, lo haremos solos...

–¡No, Grundle! –intervino Hartmut, avanzando hasta colocarse a su lado–. No irás sola. Yo voy contigo.

–¡Y nosotros! –gritaron varios jóvenes humanos.

–¡Nosotros también iremos! –se sumaron las voces de algunos jóvenes enanos.

El grito fue coreado por casi todos los jóvenes presentes. Grundle y Alake cruzaron una mirada y la enana se volvió hacia sus padres.

–Muy bien, hija, ¿qué es lo que has organizado ahora? –inquirió Yngvar con voz agria–. ¿Una rebelión abierta contra tu propio padre?

–Lo siento, padre –respondió Grundle, sonrojándose–, pero estoy absolutamente convencida de que es lo mejor. Seguro que no permitirás que nuestro pueblo muera congelado...

–Pues claro que no –intervino Hilda–. Reconócelo, Yngvar. Tienes unos pies demasiado grandes para esa cabeza. Buscabas una excusa para volverte atrás y tu hija acaba de dártela. ¿Vas a aprovecharla, o no?

Yngvar se mesó la barba.

–Me parece que no tengo muchas alternativas –murmuró, esforzándose por no arrugar la frente sin conseguirlo del todo–. Si no voy con cuidado, esa chica terminará organizando un ejército en mi contra.

El rey enano refunfuñó y dio unos pasos con aire colérico. Grundle lo vio alejarse con inquietud.

–Tranquilízate, querida –le dijo Hilda, sonriente–. En realidad, está muy orgulloso de ti.

Y, en efecto, Yngvar no tardó en dar media vuelta y proclamar delante de todos:

–¡Ahí tenéis a mi hija!

–Y mi pueblo irá también. –Eliason se inclinó y dio un sonoro beso a la joven enana–.

Gracias, hija, por hacernos ver nuestra estupidez. Que el Uno te bendiga y te guíe siempre –añadió con los ojos llenos de lágrimas–. Y, ahora, debo volver junto a Devon. Tras esto, Eliason se alejó apresuradamente.

Grundle estaba saboreando el poder, y era evidente que le resultaba más dulce que el zumo de azúcar, más embriagador que la cerveza de los enanos. Miró a su alrededor, exultante, buscando a Haplo, y lo distinguió medio oculto entre las sombras, observando la escena con atención.

–¡Lo he hecho! –exclamó la enana mientras echaba a correr hacia él–. ¡Lo he hecho!

¡He dicho lo que me sugeriste y ha dado resultado! ¡Vendrán! ¡Todos!

Haplo guardó silencio. Su expresión permaneció sombría, impenetrable.

–Era lo que querías, ¿no? –inquirió Grundle, irritada–. ¿No?

–Sí, claro. Eso era lo que quería –respondió el patryn. Alake se acercó también a él, con una sonrisa deslumbrante.

–¡Es maravilloso! –exclamó–. ¡Todos juntos, navegando hacia una nueva vida!

–

– II

Dos musculosos humanos se aproximaron a la joven enana, la alzaron en hombros y la pasearon en triunfo. Alake se puso a bailar y no tardó en organizarse un desfile: los humanos elevaron cánticos, los elfos dejaron oír sus melodiosas voces y los enanos añadieron las suyas, tan graves que rivalizaban con el sonido del tambor ceremonial. Navegando hacia una nueva vida.

Navegando hacia la muerte.

Haplo dio media vuelta en redondo, se internó en la oscuridad y dejó atrás el resplandor de las hogueras y la jubilosa celebración.

–

– II

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Alfred no fue obligado a pasar todo su tiempo como prisionero en la biblioteca. El Consejo de los sartán no se reunió una sola vez, sino muchas. Sus miembros, al parecer, tenían dificultades para alcanzar una decisión respecto a la infracción cometida por Alfred y concedieron permiso a éste para abandonar la biblioteca y volver a la casa. Quedaría confinado en su habitación hasta que los Consejeros adoptaran alguna resolución sobre su caso.

Los miembros del Consejo tenían prohibido hablar de lo que se trataba en las reuniones, pero Alfred tuvo la certeza de que era Orla quien más salía en su defensa. Aquel pensamiento lo reconfortó, hasta que advirtió que el muro existente entre marido y mujer se había hecho aún más alto y más grueso. Orla se mostraba grave y reservada; su marido, lleno de una cólera fría e impasible. Alfred se reafirmó en su decisión de marcharse. Sólo deseaba presentar sus disculpas ante el Consejo, antes de hacerlo.

–No es preciso que me encierres con llave –dijo Alfred a Ramu, a quien seguía teniendo por guardián–. Te doy mi palabra de sartán de que no intentaré huir de mi habitación. Sólo quisiera pedirte un favor. ¿Podrías ocuparte de que el perro salga al aire libre para hacer ejercicio?

–Supongo que podemos complacerlo –respondió Samah con displicencia cuando su hijo le presentó la petición.

–¿Por qué no nos deshacemos del animal? –propuso Ramu con indiferencia.

–Porque tengo planes para él –replicó Samah–. Me parece que le pediré a tu madre que se ocupe de pasear al perro. Padre e hijo cruzaron una mirada de complicidad. Orla se negó a la petición de su esposo.

–Ramu puede encargarse de eso. Yo no quiero saber nada de ese animal.

–Ramu tiene ahora su propia vida –le recordó Samah con severidad–. Tiene su familia, sus propias responsabilidades... Ese Alfred y su perro son responsabilidad nuestra. Una carga que sólo debes agradecerte a ti misma.

Orla captó el tono de reproche de su voz y fue consciente de su culpa por haber fallado ya una vez en aquella responsabilidad. Y había vuelto a fallarle a su esposo, obstruyendo la labor del Consejo con sus objeciones.

–Está bien, Samah –asintió por último, con frialdad.

A la mañana siguiente, muy temprano, acudió a la habitación de Alfred dispuesta a encargarse de la molesta tarea. Mientras iba hacia allí, se recordó a sí misma que, por mucho que hubiera salido en su defensa ante el Consejo, seguía enfadada con aquel hombre, decepcionada con su actitud. Se mostraría fría y distante, decidió al tiempo que

llamaba enérgicamente a su puerta.

—Adelante —le respondió una voz paciente.

Alfred no preguntó quién era; quizá no se creía con derecho a saberlo.

Orla entró en la estancia.

Alfred se hallaba junto a la ventana. Cuando la vio, se le encendió el rostro. Tras un titubeo, dio un paso hacia ella, pero Orla levantó una mano en gesto de advertencia.

—He venido a buscar al perro. Supongo que querrá acompañarme... —dijo y miró al animal con una mueca dubitativa.

—Yo... supongo que sí —respondió Alfred—. Sé bueno, muchacho. Ve con Orla. —Hizo un gesto al perro y, para su sorpresa, éste obedeció—. Quiero agradecerte...

Orla se volvió en redondo y abandonó la habitación, sin olvidar cerrar la puerta cuando hubo salido.

Condujo al perro al jardín, tomó asiento en un banco y miró al animal, expectante.

—Bueno, juega —le indicó, irritada—, o lo que quiera que hagas.

—

— II

El perro dio un par de vueltas por el jardín, pero no tardó en volver y, posando el hocico sobre la rodilla de Orla, suspiró y fijó sus ojos límpidos en su rostro.

Orla se quedó perpleja ante tamaña libertad y la proximidad del animal la hizo sentirse incómoda. Deseó librarse de él y apenas logró resistir el impulso de levantarse de un salto y escapar de allí, pero no estaba segura de cómo reaccionaría el perro y creyó recordar vagamente, según lo poco que sabía sobre animales, que un movimiento brusco podía desencadenar en ellos una conducta imprevisible.

Con mucha cautela, alargó la mano y le dio unas palmaditas en el hocico.

—Vamos... —dijo, como si se dirigiera a un chiquillo molesto—, vete. Pórtate bien y aléjate.

Se había propuesto quitarse de encima la cabeza del animal, pero la sensación de pasar la mano por el pelaje de éste le resultó agradable. Percibió bajo sus dedos el calor de la fuerza vital del animal, en marcado contraste con la frialdad del banco de mármol en el que estaba sentada. Y, cuando le acarició la testuz, el perro meneó el rabo y sus apacibles ojos pardos parecieron iluminarse.

De pronto, Orla sintió lástima de él.

—Estás solo —murmuró, frotándole las orejas sedosas con ambas manos—. Echas de menos a tu amo patryn, supongo. Aunque tienes a Alfred, él no es tuyo en realidad, ¿verdad? No —añadió con un suspiro—, Alfred no es tuyo, en realidad.

»Ni mío, ya que estamos en ello. Entonces ¿por qué me preocupo por él? No significa nada para mí; *no puede* significar nada.

Orla permaneció allí sentada sin dejar de acariciar al animal, un oyente atento, silencioso y paciente que le sacó más de lo que ella tenía intención de revelar.

—Tengo miedo por él —murmuró, con un acusado temblor en la mano posada sobre la cabeza del perro—. ¿Por qué, por qué tuvo que ser tan estúpido? ¿Por qué no podía conformarse con vivir en paz? ¿Por qué tenía que terminar como los otros? No... —suplicó en un susurro—, como los otros, no. ¡Que no termine como los otros!

Cogió la cabeza del perro en su mano, la sostuvo por la mandíbula inferior y observó aquellos ojos inteligentes que parecían entenderla.

—Tienes que avisarle. Dile que olvide lo que ha leído, dile que no merece la pena...

—Me parece que cada vez te gusta más ese animal... —dijo la voz de Samah en tono acusador.

Orla dio un respingo y se apresuró a retirar la mano. El perro lanzó un gruñido. La mujer se puso en pie con aire digno, apartó al animal e intentó limpiar las babas de éste de su vestido.

–Me da lástima –repuso.

–Te da lástima su dueño –replicó Samah.

–Sí, es verdad –declaró ella, molesta con su tono de voz–. ¿Te parece mal, Samah?

El Consejero contempló a su esposa con rostro sombrío; luego, de pronto, su expresión ceñuda se relajó y movió la cabeza con gesto de cansancio y hastío.

–No, esposa. Es muy encomiable por tu parte. Soy yo quien debe disculparse. No..., no he sabido controlarme.

Pese a sus disculpas, Orla siguió sintiéndose molesta y mantuvo su actitud distante. Samah le dirigió una fría reverencia y dio media vuelta dispuesto a marcharse. La mujer observó las arrugas de fatiga de su rostro, sus hombros hundidos de cansancio, y la asaltó un sentimiento de culpa. Alfred era culpable de lo que se lo acusaba; no tenía excusa. Samah tenía innumerables problemas en la cabeza, graves cargas que soportar. Su pueblo estaba en peligro; un peligro muy real, como era la existencia de aquellas serpientes dragón. Y, ahora, esto...

–Esposo mío –dijo, pues, compungida–, lo siento. Perdóname por ser una carga más para ti, en lugar de ayudarte a soportar las que ya tienes.

Avanzó unos pasos, alargó las manos y, pasándolas sobre los hombros de Samah, comenzó a acariciarlos. Sentía bajo las yemas de sus dedos el calor de su fuerza vital, como había experimentado con el perro. Y deseó que él se volviera, la tomara en sus brazos y la estrechara con fuerza. Deseó que Samah le transmitiera parte de su fortaleza, o que tomara parte de esa fortaleza de ella.

–Esposo mío... –musitó de nuevo, y se apretó más contra él.

–

– II

Samah se apartó. Tomó las dos manos de Orla entre las suyas, juntó las palmas y depositó un beso, ligero y frío, en las yemas de sus dedos.

–No hay nada que perdonar, esposa mía. Tenías derecho a hablar en defensa de ese hombre. La tensión nos afecta a los dos.

Le soltó las manos.

Orla las mantuvo extendidas hacia él un momento más, pero Samah fingió no verlo. Lentamente, ella las dejó caer a los costados. Su diestra encontró allí al perro, apretado contra su rodilla, y empezó a rascarle detrás de la oreja sin darse cuenta de lo que hacía.

–La tensión... Sí, supongo que es eso. –Respiró profundamente, para disimular un suspiro–. Esta mañana te has marchado muy temprano. ¿Ha habido más noticias de los mensch?

–Sí. –Samah paseó la mirada por el jardín, sin dirigirla en ningún momento a su esposa–. Según los delfines, las serpientes dragón han reparado las naves de los mensch. Éstos han celebrado una reunión conjunta de las tres razas y han decidido zarpar hacia aquí. No cabe duda de que traen intenciones bélicas.

–¡Oh, seguro que no...! –empezó a decir Orla.

–¡Seguro que sí! Seguro que proyectan atacarnos –la interrumpió Samah, impaciente–. Son mensch, ¿verdad? ¿Cuándo, en toda su sangrienta historia, han resuelto esas gentes un problema como no sea mediante la fuerza de la espada?

–Tal vez hayan cambiado.

–Los dirige ese patryn, las serpientes dragón están de su parte... Dime, esposa mía, ¿qué crees tú que se proponen? Ella prefirió no hacer caso de su sarcasmo.

–¿Tienes algún plan, esposo?

–Sí, lo tengo. Y pienso exponerlo ante el Consejo –añadió Samah con un énfasis que tal vez era inconsciente, o tal vez deliberado.

Orla se sonrojó ligeramente y no dijo nada. En otro tiempo, su esposo habría discutido

el plan con ella antes de presentarlo al Consejo. Pero ya no. No había vuelto a hacerlo desde antes de la Separación.

¿Qué había sucedido entre ellos? Orla intentó recordarlo. ¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho? ¿Y cómo era posible, se preguntó desolada, que ahora estuviera repitiéndolo todo?

—En esa reunión del Consejo, solicitaré una votación para adoptar una decisión definitiva sobre el destino de tu «amigo» —añadió Samah.

De nuevo, aquel tono sarcástico. Orla experimentó un escalofrío y mantuvo la mano apoyada en el perro para que no se apartara de su lado.

—¿Qué crees tú que le sucederá? —preguntó, fingiendo indiferencia.

—Eso depende del Consejo. Yo expresaré mi recomendación.

Samah empezó a marcharse.

Orla avanzó unos pasos y le tocó el brazo. Notó que él lo retiraba, rehuyendo el contacto. Sin embargo, cuando se volvió a mirarla, su expresión era agradable, paciente. Quizá sólo había imaginado aquella reacción, se dijo.

—¿Sí, esposa?

—Con él no será como..., como con los otros, ¿verdad? —murmuró con un titubeo.

Samah entrecerró los ojos.

—Eso lo ha de decidir el Consejo.

—Lo que hicimos hace tanto tiempo no..., no estuvo bien, esposo. —Orla lo dijo con determinación—. No estuvo bien.

—¿Significa eso que me desafiarías? ¿Que desafiarías la decisión del Consejo? ¿O tal vez ya lo has hecho?

—¿A qué te refieres? —inquirió Orla, desconcertada.

—No todos los que enviamos llegaron a su destino. El único modo de que pudieran haber escapado a su sino era conocerlo con antelación. Y los únicos que estaban en posesión de tal conocimiento eran los miembros del Consejo...

—¡Cómo te atreves a insinuar...! —replicó Orla, indignada. Samah no la dejó terminar.

—

— II

—Ahora no tengo tiempo para eso. El Consejo se reúne dentro de una hora. Te sugiero que devuelvas el animal a su cuidador y le digas a Alfred que prepare su defensa. Por supuesto, tendrá ocasión de exponer sus argumentos.

El Consejero abandonó el jardín en dirección al edificio del Consejo. Orla, perpleja y preocupada, lo siguió con la mirada y vio a Ramu salir a su encuentro. Vio que los dos intercambiaban comentarios con gesto grave y vehemente.

—Vamos —dijo y, con un suspiro, condujo de nuevo al perro hasta Alfred.

Orla entró en la cámara del Consejo llena de decisión, en actitud desafiante. Estaba dispuesta a luchar como debería haber hecho en otra ocasión. No tenía nada que perder. Samah la había acusado, prácticamente, de complicidad.

Se preguntó qué la había detenido, en aquella otra ocasión, pero conocía muy bien la respuesta, por mucho que la avergonzara reconocerlo.

El amor a Samah. Un último intento desesperado por asirse a algo que nunca había poseído de verdad. «Traicioné mis ideas —se dijo—, traicioné a mi pueblo, para intentar asir con ambas manos un amor que nunca llegué, en realidad, más que a rozar con las yemas de los dedos.»

Esta vez, lucharía. Esta vez, lo desafiaría.

Estaba bastante segura de poder convencer a los demás para que también desafiaran a Samah. Tenía la impresión de que varios miembros del Consejo no se sentían demasiado satisfechos con lo que habían hecho en el pasado. Si conseguía que venciesen su temor al futuro...

Los consejeros ocuparon su lugar en torno a la larga mesa de mármol. Cuando se hubieron presentado todos, entró Samah y tomó asiento en la silla presidencial. Orla, que pensaba encontrar a un presidente del Consejo en actitud de juez severo, se sorprendió hasta el desconcierto al ver a Samah relajado, jovial y agradable. El hombre le dirigió lo que podía tomarse por una sonrisa de disculpa, acompañada de un encogimiento de hombros. Luego, inclinándose hacia ella, le cuchicheó:
—Lamento lo que te he dicho antes, esposa mía. No sé lo que me hago. He hablado a la ligera. Sé comprensiva conmigo.

Samah pareció aguardar su respuesta con cierta ansiedad. Orla le dirigió una sonrisa incierta.

—Acepto tu disculpa, esposo.

A Samah se le ensanchó la sonrisa y le dio unas palmaditas en el revés de la mano, como si dijera: «No te preocupes, querida. A tu amiguito no le sucederá nada». Asombrada, perpleja, Orla no atinó a hacer otra cosa que apoyar la espalda en el respaldo de la silla y guardar silencio.

Alfred entró en la cámara, con el perro pegado a sus talones, y ocupó —otra vez— su lugar ante el Consejo. Orla no pudo evitar pensar en el aspecto tan desharrapado de Alfred: macilento, cargado de hombros, enfermizo. Lamentó no haber pasado más tiempo con él antes de la reunión, no haberle insistido para que se cambiara aquellas ropas mensch que producían una manifiesta irritación en los demás miembros del Consejo. Cuando había acudido a devolverle el perro, se había marchado a toda prisa aunque él había intentado detenerla. Estar con él la hacía sentirse incómoda. Los ojos límpidos y penetrantes de Alfred sabían bajarle la guardia y hurgar dentro de ella en busca de la verdad, igual que el hombre se había colado en la biblioteca. Y Orla no estaba preparada para dejarle ver la verdad que latía en su interior. No estaba preparada ni siquiera para verla ella misma.

—Alfred Montbank —Samah hizo una mueca al pronunciar el nombre mensch pero, al parecer, había cejado en sus esfuerzos por obligar a Alfred a revelar su nombre sartán—, has sido traído ante este Consejo para responder de dos acusaciones graves.

»La primera es la siguiente: que, voluntariamente y a conciencia, entraste en la biblioteca a pesar de que se habían colocado en la puerta unas runas que lo prohibían. Esta falta la cometiste dos veces. En la primera ocasión —continuó Samah, aunque Alfred hizo ademán de querer intervenir—, declaraste que habías entrado por accidente. Declaraste que el edificio despertó tu curiosidad y, al acercarte a la puerta, tuviste un..., hum..., un tropiezo y fuiste a caer en el interior. Una vez dentro, la puerta se cerró y, al

—

— II

no poder salir, te encontraste en la biblioteca propiamente dicha mientras buscabas otra salida. ¿Es cierto a grandes rasgos el testimonio que acabo de exponer?

—A grandes rasgos —respondió Alfred.

Tenía las manos juntas delante de él. No llegó a mirar directamente al Consejo, pero lanzó rápidos y repetidos vistazos en dirección a sus miembros. Era la viva imagen de la culpa, reflexionó Orla con desconsuelo.

—En esa ocasión, aceptamos esta explicación, te informamos por qué la biblioteca estaba prohibida a nuestro pueblo y nos olvidamos del asunto, confiando en que no habría necesidad de volver sobre él.

»Sin embargo, menos de una semana después, volviste a ser sorprendido en el mismo lugar. Lo cual nos lleva a la segunda y más grave acusación a la que te enfrentas: esta vez, se te acusa de entrar en la biblioteca deliberadamente y de una forma que indica que temías ser descubierto. ¿Es cierto esto último?

—Sí —respondió Alfred, pesaroso—. Me temo que sí. Y lo lamento, siento de veras haber

causado todo este revuelo, cuando tenéis otras preocupaciones mucho más importantes. Samah se echó hacia atrás en la silla, suspiró y se frotó los ojos con la mano. Orla lo observó con mudo asombro. Su esposo no era el juez estricto y terrible. Era el padre abatido, obligado a imponer un castigo a un hijo bienamado, aunque irresponsable.

—¿Quieres explicar al Consejo, hermano, por qué has desafiado nuestra prohibición?

—¿Os importa si cuento algo de mí mismo? —preguntó Alfred—. Quizás os ayude a comprender...

—No, no, hermano. Adelante, por favor. Tienes derecho a decir lo que te plazca ante el Consejo.

—Gracias. —Alfred ensayó una débil sonrisa—. Yo nací en Ariano, y fui uno de los últimos niños sartán que vio la luz en dicho mundo. Eso fue muchos cientos de años después de la Separación, después de que os sumierais en el Sueño. Las cosas no iban demasiado bien para nosotros en Ariano. Nuestra población disminuía. No nacían niños y los adultos morían prematuramente, sin razón aparente. Entonces ignorábamos la causa, aunque quizás ahora ya la conozca... —añadió en voz muy baja, casi para sí mismo—. De todos modos, no es eso lo que nos ha traído aquí...

»Para los sartán, la vida en Ariano era terriblemente difícil. Había mucho que hacer y no éramos suficientes para encargarnos de todo. Las poblaciones mensch crecían en número rápidamente y progresaban en conocimientos mágicos y en habilidades mecánicas. Llegaron a ser demasiados para que pudiéramos controlarlos. Y ahí, creo, estuvo nuestro error. No nos contentábamos con advertir o aconsejar, con ofrecer nuestra sabiduría. Queríamos controlarlos y, como no podíamos, los abandonamos a su suerte y nos retiramos bajo tierra. Teníamos miedo.

«Nuestro Consejo decidió que, en vista de que quedábamos tan pocos, debíamos poner a algunos de nuestros jóvenes en un estado mágico de animación suspendida, para que fueran devueltos a la vida en algún momento del futuro en que, esperábamos, la situación hubiera mejorado. Confiábamos en que, para entonces, habríamos establecido contacto con los otros tres mundos.

«Fuimos muchos los que nos presentamos voluntarios para ocupar las cámaras de cristal. Yo estaba entre ellos. Era un mundo y una vida que no me dio ninguna lástima abandonar —añadió en un murmullo.

»Por desgracia, fui el único en volver a despertar.

Samah, que había dado la impresión de estar escuchando sólo a medias, con una expresión paciente e indulgente, se sentó muy erguido en su asiento al escuchar esto último y frunció el entrecejo. Los demás miembros del Consejo intercambiaron unos comentarios en voz baja. Orla percibió la angustia y la amarga soledad de aquella época reflejadas en el rostro de Alfred, y notó que el corazón se le encogía de pena.

—Cuando desperté —prosiguió el sartán de Ariano—, descubrí que todos los demás, todos mis hermanos y hermanas, estaban muertos. Me encontraba solo en un mundo de Referencia al desconcertante y aterrador descubrimiento de que, en Abarrach, los muertos eran devueltos

a la vida, según se cuenta en *El Mar de Fuego*, vol. de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*. Existe la hipótesis de

que, para devolver a una persona a la vida cuando no le corresponde, otra ha de morir antes de su hora.

—

— II

mensch. Tuve miedo, un miedo terrible. Temí que los mensch descubrieran quién era, averiguaran mis poderes mágicos e intentaran obligarme a utilizarlos para ayudarlos en sus ambiciones.

»Al principio, me oculté de ellos. Viví..., no sé cuántos años, en el mundo subterráneo

al que nos habíamos retirado los sartán hacía tanto tiempo. No obstante, en las escasas ocasiones en que visité a los mensch de los mundos superiores, no pude dejar de observar las cosas terribles que estaban sucediendo, y descubrí que estaba deseando ayudarlos. Sabía que podía hacerlo y se me ocurrió que eso era lo que se suponía que debíamos hacer los sartán: ayudarlos. Empecé a pensar que era egoísta por mi parte ocultarme cuando podía, en alguna pequeña medida, contribuir a enderezar las cosas. Pero, como de costumbre, parece que lo único que he logrado es empeorarlo todo. Samah se revolvió en su asiento, algo inquieto.

—Realmente, tu historia es trágica, hermano, y lamentamos mucho haber perdido a tantos de los nuestros en Ariano, pero gran parte de lo que acabas de contar ya lo conocíamos y no veo que...

—Sé comprensivo conmigo, Samah, te lo ruego —lo interrumpió Alfred con un aire de serena dignidad que le resultaba, pensó Orla, muy favorecedor—. Todo ese tiempo que pasé entre los mensch, tuve en mi recuerdo a mi gente. Echaba de menos a los míos y me daba cuenta, para mi pesar, de que había sido poco considerado con ellos. Había prestado atención a sus historias del pasado, pero no la suficiente. Nunca me había interesado el tema, nunca había inquirido acerca de él. Comprendí que sabía muy poco sobre los sartán, y menos aún sobre la Separación. Y anhelé saber más, profundizar en ese conocimiento. Aún hoy sigo deseándolo. —Alfred miró a los miembros del Consejo con una súplica melancólica en los ojos—. ¿Comprendéis lo que os digo? Quiero saber quién soy, por qué estoy aquí, qué se espera de mí...

—Todas esas son preguntas propias de los mensch —respondió Samah en tono de reproche—. Un sartán no se las plantea. Un sartán sabe por qué existe, conoce su propósito en la vida y actúa movido por este conocimiento.

—Estoy seguro de que, si no hubiera pasado tanto tiempo en soledad, nunca me habría visto obligado a plantearme estos interrogantes —replicó Alfred—. Pero no tenía a nadie a quien acudir. —Alfred estaba ahora muy erguido; había abandonado su actitud sumisa, débil y encogida de respetuoso temor. La justicia de su causa le daba fuerzas—. Y, por lo que lei en la biblioteca, parece que hubo otros que se hicieron esas mismas preguntas antes que yo. Y que encontraron respuestas...

Varios miembros del Consejo cruzaron miradas inquietas entre ellos; luego, todos los ojos se volvieron a Samah.

El presidente del Consejo tenía una expresión grave y entristecida, no enfadada.

—Ahora te comprendo mejor, hermano. Ojalá hubieras confiado en nosotros lo suficiente como para habernos contado antes todo esto.

Alfred se sonrojó, pero no bajó la vista a las puntas de sus zapatos, como solía. La mantuvo fija en Samah, firme y penetrante, con aquella mirada límpida que a menudo había perturbado a Orla.

—Permite ahora que te describa nuestro mundo, hermano —continuó el Gran Consejero, al tiempo que se inclinaba hacia adelante sobre la mesa y acercaba las manos hasta poner en contacto las yemas de los dedos—. La Tierra, se llamaba. Una vez, hace muchos miles de años, estaba dominado exclusivamente por humanos pero éstos, consecuentes con su naturaleza belicosa y destructiva, desencadenaron una guerra espantosa entre ellos mismos. Esta guerra no destruyó el mundo, como tantos habían temido y pronosticado, pero lo transformó irremisiblemente. Según dicen, nuevas razas nacieron de aquel cataclismo de humo y ruego. Yo dudo que eso sea cierto. Mi opinión es que tales razas habían existido siempre, pero habían permanecido ocultas en las sombras a la espera de que amaneciera un nuevo día.

Referencia a las aventuras de Alfred con el pequeño Bane y el asesino Hugh *la Mano*, y a sus primeros

encuentros con Haplo, contadas en *Ala de Dragón*, vol. de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*.

—

— II

»Se supone que la magia llegó entonces al mundo, aunque todos sabemos que esta fuerza ancestral ha existido desde el principio de los tiempos. Y también la magia esperaba ese nuevo amanecer.

»A lo largo de los siglos, en ese mundo habían existido numerosas religiones, pues los mensch eran muy dados a volcar todos sus problemas y frustraciones en el regazo de algún nebuloso e intangible Ser Supremo. Tales dioses eran numerosos y variados, caprichosos y siempre invisibles. Y exigían que su existencia fuera aceptada por la fe, y sólo por ésta. Así pues, no es de extrañar que, cuando los sartán llegamos al poder, los mensch los abandonaran y pasaran a venerarnos a nosotros, seres de carne y hueso que promulgábamos leyes estrictas que resultaban buenas y justas.

«Todo habría ido bien de no ser porque nuestros adversarios, los patryn, empezaron a ejercer su influencia al mismo tiempo que nosotros. Muchos mensch, movidos a confusión, empezaron a seguir a los patryn, quienes recompensaron a sus esclavos con poderes y riquezas obtenidos a expensas de otros.

»Combatimos a nuestro enemigo, pero la batalla resultó disputada. Los patryn son sutiles y tramposos. Por ejemplo, ninguno de ellos se coronaba nunca monarca de un reino. Ese cargo lo dejaban a los mensch, pero junto a este monarca siempre se podía encontrar a un patryn que actuaba como «consejero» o como «asesor».

—En cualquier caso —intervino Alfred sin aspavientos—, por lo que he leído, los sartán también solían actuar en tales cargos...

Samah torció el gesto al captar la insinuación.

—¡Nosotros los asesorábamos *de verdad*! Les ofrecíamos consejo, guía y sabiduría. Nosotros no usábamos nuestro cargo para usurpar tronos y para reducir a los mensch a poco más que títeres. Nosotros pretendíamos enseñar, elevar, corregir...

—Y, si los mensch no seguían vuestro consejo —apuntó Alfred en voz baja y con una gran firmeza en sus ojos claros—, los castigabais, ¿no es eso?

—Es responsabilidad de los padres corregir al hijo que ha sido descuidado o imprudente. ¡Por supuesto que hacíamos ver a los mensch los errores que cometían! ¿Cómo, si no, iban a aprender?

—Pero ¿y el libre albedrío? —Alfred, apasionado e impulsivo, avanzó unos pasos hacia Samah—. ¿Y la libertad de escoger por sí mismos, de tomar sus propias decisiones?

¿Quién nos dio derecho a decidir el destino de otros?

Hablaba con fluidez, gravedad y confianza. Se movía con elegancia y con gracia. Orla se emocionó al escucharlo, pues Alfred estaba haciendo en voz alta las preguntas que ella se había hecho a menudo en el corazón.

El Gran Consejero aguantó en silencio la andanada, frío e insensible. Dejó que las palabras de Alfred pendieran en la atmósfera callada y tensa de la estancia y, al cabo de unos instantes, respondió a ellas con estudiada calma.

—¿Acaso un niño puede educarse a sí mismo, hermano? No, claro que no. Necesita que sus padres lo nutran, le enseñen, lo guíen...

—Los mensch no son nuestros hijos —replicó Alfred con irritación—. ¡Nosotros no los creamos, no los llevamos a ese mundo! ¡No teníamos ni tenemos derecho a gobernar sus vidas!

—¡No intentábamos gobernarlos! —Samah se puso en pie. Su mano se posó sobre la mesa como si se dispusiera a descargar un golpe sobre ella, pero se controló—. Les permitíamos actuar por su cuenta, aunque a menudo contemplábamos sus acciones con profunda pena y tristeza. Eran los patryn quienes se proponían someter y gobernar a los mensch. ¡Y lo habrían conseguido, de no ser por nosotros!

»En la época de la Separación, el poder de nuestros enemigos se hacía cada vez más

fuerte. Más y más gobiernos habían caído bajo su dominio. El mundo estaba envuelto en guerras, raza contra raza, nación contra nación. Quienes nada tenían sólo buscaban degollar a quienes lo poseían todo. No había habido nunca una era tan oscura, y parecía que lo peor aún estaba por llegar.

Una historia más completa de los patryn aparece en *El Mar de Fuego*, vol. de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*.

—

— II

»Y entonces fue cuando los patryn consiguieron descubrir nuestro punto débil.

Mediante viles trucos y su magia, convencieron a algunos de los nuestros que ese nebuloso Ser Supremo, al que incluso los mensch habían dejado ya de venerar, existía realmente.

Alfred intentó intervenir, pero Samah levantó una mano.

—Déjame continuar, por favor—dijo. Hizo una breve pausa y se llevó los dedos a la frente, como si le doliera. Tenía el rostro ojeroso, con una expresión de cansancio. Con un suspiro, volvió a ocupar su asiento y contempló de nuevo a Alfred—. No culpo a quienes cayeron víctimas de este engaño, hermano. Todos, en un momento u otro, anhelamos descansar nuestra cabeza en el pecho de alguien más fuerte y más sabio que nosotros; todos deseamos delegar toda responsabilidad en un Ser Todopoderoso y Omnisciente. Y tales sueños y deseos son agradables, pero luego debemos despertar a la realidad.

—Y ésa era vuestra realidad. —Alfred contempló a los presentes con lástima y continuó, con una voz apagada por la pena—: Dime si me equivoco. Los patryn se hacían cada vez más fuertes mientras los sartán se dividían en facciones. Algunos empezaban a negar su condición divina, dispuestos a seguir aquella nueva visión. Y amenazaban con llevarse a los mensch con ellos. Os visteis a punto de perderlo todo.

—No te equivocas —murmuró Orla.

Samah le dirigió una mirada colérica que su esposa percibió, aun sin verla. Sus ojos estaban fijos en Alfred.

—Seré indulgente contigo, hermano —dijo el Gran Consejero—. Tú no estabas allí y no puedes comprender lo que sucedía.

—Claro que comprendo —replicó Alfred con voz clara y firme. Ahora, su porte era erguido y distinguido. Casi resultaba atractivo, pensó Orla—. Por fin, después de tanto tiempo, consigo entender, ¿De quién teníais miedo, en realidad? —Su mirada recorrió uno por uno a los miembros del Consejo—. ¿De los patryn? ¿O más bien temíais la verdad, el conocimiento de que no erais la fuerza que movía el universo, de que en realidad no erais mejores que los mensch a quienes siempre habíais despreciado? ¿No es eso lo que realmente os asustaba? ¿No fue ésa la razón por la cual destruisteis el mundo, con la esperanza de destruir con él esa verdad?

Las palabras de Alfred resonaron en el silencio de la sala.

Orla contuvo la respiración. Ramu, con el rostro sombrío de rabia contenida, dirigió una mirada inquisitiva a su padre como si le pidiera permiso para hacer o decir algo. El perro, que se había dejado caer en el suelo a los pies de Alfred para dormitar mientras se desarrollaba el tedioso parlamento, se incorporó de pronto y volvió los ojos a un lado y a otro, percibiendo algo amenazador.

Samah hizo un ligero gesto de negativa con la mano y su hijo, a regañadientes, volvió a ocupar su asiento. Los demás Consejeros pasaron la vista de Samah a Alfred y de nuevo al presidente del Consejo. Y fueron varios los que menearon la cabeza con ademán incómodo.

Samah miró fijamente a Alfred y no dijo nada.

En la sala creció la tensión.

Alfred parpadeó repetidamente y, de pronto, pareció darse cuenta de lo que estaba diciendo. Al instante, empezó a flaquear, como si la energía que acaba de exhibir lo estuviera abandonando.

—Lo siento, Samah. No pretendía... —Alfred dio un paso atrás, encogiéndose los hombros, y tropezó con el perro.

El Consejero se puso en pie bruscamente, abandonó su asiento, rodeó la mesa y avanzó hasta llegar junto a Alfred. El perro soltó un gruñido, con las orejas aplastadas contra el cráneo y los dientes al descubierto, y movió lentamente el rabo de un lado a otro.

—¡Quieto! —le cuchicheó Alfred con aire desconsolado.

Samah alargó la mano y Alfred se encogió aún más, como si esperara un golpe. Pero lo que hizo el Gran Consejero fue pasar el brazo por los hombros de su adversario en el debate.

—

— II

—Muy bien, hermano —dijo en tono amable y bondadoso—, ¿no te sientes mejor ahora? Por fin nos has abierto tu corazón. Por fin has confiado en nosotros. Reflexiona y dime si no habría sido mucho mejor que acudieras desde el principio a mí, a Ramu, a Orla o a cualquier otro miembro del Consejo para exponernos estas dudas y estos problemas. Ahora, finalmente, podemos ayudarte.

—¿De veras? —Alfred lo miró fijamente.

—Sí, hermano. Al fin y al cabo, eres un sartán. Eres uno de nosotros.

—Yo... lamento mucho haber irrumpido de esa manera en la biblioteca —balbuceó Alfred—. Obré mal, lo sé. Y estoy aquí para disculparme. Yo no..., no sé qué me ha pasado para decir todas esas otras cosas...

—El veneno te ha estado emponzoñando las entrañas durante mucho tiempo. Ahora que lo has expulsado, la herida curará.

—Eso espero —respondió él, aunque parecía escéptico—. Eso espero. —Exhaló un suspiro y bajó la vista al suelo—. ¿Qué haréis conmigo?

—¿Hacerme? —Samah puso cara de sorpresa—. ¡Ah! ¿Te refieres a si te impondremos alguna sanción? Mi querido Alfred, ya te has castigado a ti mismo más de lo que exige tu infracción de las normas. El Consejo acepta tus disculpas. Y, cuando te apetezca utilizar la biblioteca, sólo tienes que pedirnos la llave a mí o a Ramu. Me parece que te resultará muy beneficioso estudiar la historia de nuestro pueblo.

Alfred lo miró, boquiabierto, incapaz de articular palabra de puro desconcierto.

—El Consejo tiene que tratar ahora ciertos asuntos menores —continuó Samah rápidamente, al tiempo que retiraba la mano de los hombros de Alfred—. Toma asiento entre nosotros; no tardaremos en atender nuestras obligaciones y luego podremos marcharnos.

A un gesto de su padre, sin decir una palabra, Ramu acercó una silla a Alfred. Éste se derrumbó en ella y permaneció allí encogido, enervado, aturdido.

Samah volvió a su asiento y empezó a exponer algunos asuntos triviales que bien podrían haber esperado. Los demás miembros del Consejo, visiblemente incómodos e impacientes por terminar la reunión, no le prestaban atención.

El Gran Consejero continuó hablando con voz paciente y calmada. Orla observó a su esposo, contempló el destello de inteligencia de su rostro firme y atractivo, y cayó en la cuenta de la habilidad y la maestría con las que estaba manipulando al Consejo. Samah había logrado ganarse la voluntad del pobre Alfred. Ahora, de forma lenta y firme, estaba recuperando la lealtad y la confianza de sus seguidores. Los miembros del Consejo empezaron a tranquilizarse bajo la influencia de la voz relajante de su líder. Incluso se

oyeron unas risas tras una pequeña broma.

«Cuando salgan de aquí –pensó Orla–, la voz que tendrán en sus oídos será la de Samah. Habrán olvidado la de Alfred. Es extraño, pero hasta hoy no había advertido la forma en que nos manipula.

»Pero en adelante será "los", no "nos". Conmigo, ya no lo hará más.»

Nunca más.

La reunión concluyó por fin.

Alfred, sumido en sus atormentados pensamientos, no escuchó nada de lo que se decía. Sólo salió de su ensimismamiento cuando los presentes empezaron a marcharse.

Samah se puso en pie. Los restantes Consejeros estaban ya relajados y de buen humor. Le dirigieron una reverencia, se despidieron unos de otros con idéntico gesto (de Alfred, no; a Alfred no le prestaron la menor atención) y abandonaron la sala.

Alfred se incorporó, tambaleándose.

«Creía tener la respuesta... –dijo para sí– pero se me ha ido de la cabeza. ¿Cómo ha podido borrarse tan de repente? Tal vez estaba equivocado. Tal vez la visión fue un truco de Haplo, como dijo Samah.»

–He observado que nuestro invitado parece terriblemente cansado, esposa mía – estaba diciendo Samah–. ¿Por qué no lo llevas de vuelta a nuestra casa y te ocupas de que descanse y coma algo?

Todos los miembros del Consejo habían abandonado ya el lugar. Sólo Ramu permanecía junto a su padre.

Orla tomó del brazo a Alfred.

–

– II

–¿Te encuentras bien?

Él aún se sentía aturdido; lo recorrió un estremecimiento y trastabilló.

–Sí, sí –respondió vagamente–. Pero creo que me convendría descansar un poco. Si pudiera volver a mi habitación y..., y acostarme...

–Desde luego –asintió Orla, preocupada–. ¿Vienes con nosotros, esposo? –preguntó, volviéndose hacia Samah.

–No, todavía no, querida. Tengo que hablar con Ramu sobre esas pequeñas cuestiones que acaba de votar el Consejo. Adelántate con Alfred. Yo llegaré a tiempo para la cena. Alfred dejó que Orla lo condujera hacia la puerta. Casi habían dejado atrás la Cámara del Consejo cuando advirtió que el perro no lo seguía. Volvió la vista buscando al animal, pero al principio no lo vio. Luego distinguió la punta del rabo, que asomaba debajo de la gran mesa del Consejo.

Se le ocurrió entonces un pensamiento inoportuno. Haplo había entrenado a su perro para actuar como espía. A menudo le había ordenado quedarse, sin despertar sospechas, cerca de alguien cuyas palabras llegaban al patryn a través de los oídos del animal. En aquel instante, Alfred comprendió que el perro estaba ofreciéndose a prestarle el mismo servicio a él. Se quedaría con Ramu y Samah para escuchar lo que conversaran.

–¿Alfred? –inquirió Orla.

El sartán dio un respingo, asaltado por el sentimiento de culpa. Se volvió en redondo, no vio lo que tenía delante y se dio de bruces con el marco de la puerta.

–¡Alfred...! ¡Oh, vaya! ¿Qué has hecho? ¡Te sangra la nariz!

–Creo que he tropezado con la puerta.

–Echa la cabeza hacia atrás. Entonaré una runa curativa...

Alfred se estremeció de nuevo. «¡Debería llamar al perro! –se dijo–. No debería tolerar jamás una cosa así. Soy peor que Haplo. El patryn espiaba a los extraños; yo me dispongo a hacerlo a mi propia gente. Sólo tengo que pronunciar una palabra, llamarlo, y el perro acudirá a mi lado.» Miró atrás.

—Perro... —empezó a decir.

Samah lo contemplaba con irónico desdén. Ramu, con hastío. Pero los dos observaban.

—¿Qué dices del perro? —inquirió Orla con aire inquieto. Alfred cerró los ojos y suspiró.

—Nada. Sólo que..., que lo he mandado a casa.

—... Donde tú deberías estar ya —apuntó ella.

—Sí. Ya estoy dispuesto.

Apenas había llegado a la puerta exterior de la sala del Consejo cuando oyó, a través de los oídos del perro, que padre e hijo se ponían a hablar.

—Ese hombre es peligroso —dijo la voz de Ramu.

—Sí, hijo mío. Tienes razón. Es muy peligroso. Por eso no debemos volver a relajar ni por un instante nuestra vigilancia sobre él.

—¿Eso opinas? Entonces ¿por qué lo has dejado marchar? Deberíamos hacer con él lo que hicimos con los demás.

—Ahora no podemos. Los demás miembros del Consejo, y en especial tu madre, no lo tolerarían nunca. Todo esto es parte de su astuto plan, por supuesto. Dejémosle creer que nos ha engañado. Dejemos que se relaje, que se crea a sus anchas, libre de sospechas.

—¿Una trampa?

—Sí —respondió Samah, complacido—. Una trampa para atraparlo *in fraganti* mientras nos traiciona con ese patryn amigo suyo. Entonces tendremos suficientes pruebas para convencerlos a todos, incluso a tu madre, de que ese sartán con nombre mensch intenta provocar nuestra ruina.

Apenas hubo salido de la Cámara del Consejo, Alfred se dejó caer en un banco próximo.

—Tienes un aspecto terrible —comentó Orla—. Tal vez te has roto la nariz. ¿Te sientes débil? Si no te crees capaz de caminar, puedo...

—Orla... —Alfred alzó la vista hacia ella—. Sé que te va a parecer una muestra de ingratitud por mi parte, pero ¿podrías, por favor, dejarme solo?

—No, imposible. Yo...

—

— II

—Por favor. Necesito estar solo —insistió él con suavidad.

Orla lo estudió de arriba abajo. Luego dio media vuelta y miró hacia la sala del Consejo. Contempló el interior en sombras con fijeza, como si pudiera ver lo que sucedía dentro. Tal vez podía. Tal vez, aunque sus oídos no captaban las voces del interior de la cámara, su corazón sí las escuchaba. Su expresión se hizo grave y triste.

—Lo siento —murmuró, y se alejó.

Alfred emitió un gemido y hundió el rostro entre sus temblorosas manos.

—

— II

CAPÍTULO

PHONDRA CHELESTRA

Los acontecimientos se han precipitado sobre nosotros como peñascos caídos de la cima de la montaña. Algunos parecían que iban a aplastarnos, pero hemos sabido ponernos a cubierto y, así, sobrevivir.

Pasamos varios días más en Phondra, pues teníamos que planificar muchísimas cosas, como bien podéis imaginar. Fue preciso concretar numerosos detalles: cuánta gente viajaría en cada cazador del sol, qué podía cada uno llevar consigo y qué no, cuánta agua y comida sería necesaria para el trayecto y multitud de otros factores que no me molestaré en enumerar aquí. Bastante tuve con los apuros que pasé para solucionarlos.

Finalmente, fuimos autorizadas a asistir a las reuniones reales. Fue un momento de tremendo orgullo para nosotras.

Durante la primera reunión, Alake y yo nos concentramos en mostrarnos serias, solemnes e interesadas. Prestamos estricta atención a cada palabra y ofrecimos nuestra opinión con presteza, pese a que nadie nos la pidió.

Sin embargo, la tarde siguiente, mientras mi padre y Dumaka se dedicaban a dibujar en el suelo –por sexta vez– un diagrama de uno de los cazadores de sol para determinar cuántos toneles de agua podían almacenarse de forma segura en la bodega, Alake y yo empezamos a descubrir que ser monarca es, en palabras de mi amiga, un real fastidio. Allí estábamos, sin poder movernos de la cabaña de reuniones, calurosa y mal ventilada, obligadas a escuchar la perorata interminable de Eliason sobre las virtudes del aceite de pescado y por qué los elfos consideraban de absoluta necesidad llevar varios barriles de él. En el exterior (podíamos observarlo claramente a través de las rendijas de las paredes de troncos) estaban sucediendo las cosas más interesantes.

La aguda vista de Alake distinguió a Haplo deambulando inquieto por el campamento. Devon lo acompañaba. Nuestro amigo elfo se había recuperado casi por completo de su accidente. Las heridas del cuello estaban curando y, salvo una voz terriblemente cascada, volvía a ser el mismo de antes. (Bueno, casi. Supongo que nunca volverá a ser el Devon alegre y despreocupado que conocimos, pero también supongo que ninguno de los demás volverá a ser igual.)

Devon pasaba la mayor parte del tiempo con Haplo. No parecían hablar gran cosa, pero daba la impresión que los dos se sentían a gusto en compañía del otro. Resulta difícil saber en qué está pensando Haplo. Por ejemplo, durante los últimos días se había mostrado de muy mal humor, lo cual era extraño si se tenía en cuenta que todo se desarrollaba como él había deseado. A pesar de ello, tuve la clara sensación de que estaba impaciente, ansioso por partir y harto de retrasos.

Los estaba observando desde la cabaña –mientras pensaba, compungida, que si Alake y yo hubiéramos estado fuera espiando, como de costumbre, ya haría mucho rato que nos habríamos marchado (¡o que nos habríamos quedado dormidas!)-, cuando vi que Haplo se detenía de pronto y se volvía en dirección al lugar de la reunión. Tenía una expresión torva y furiosa. Cambiando bruscamente de dirección, casi arrollando al sorprendido elfo, Haplo se encaminó hacia la puerta de la cabaña.

Me desperecé, pues tuve la impresión de que muy pronto iba a suceder algo. Alake también lo había visto acercarse y se apresuró a alisarse el cabello y arreglarse los

Las páginas que siguen en el diario de Grundle relatan hechos que ya han quedado expuestos con anterioridad y dado que, con una excepción, se corresponden fielmente con el relato de Haplo, prescindiremos

de ellas. La excepción es el intento de suicidio de Devon, que la enana describe como «el accidente mientras

recogía frutos de azúcar». Es interesante observar que, incluso en su propio diario privado, Grundle perpetúa lealmente el equívoco.

—

— II

pendientes. Se irguió en el asiento y fingió un profundo interés por el tema del aceite de pescado, cuando apenas un momento antes se le caían los párpados y hacía esfuerzos por no bostezar. Era para partirse de risa. De hecho, no pude contener una carcajada, y mi madre me lanzó una severa mirada de reproche.

El guardián de la puerta entró, pidió excusas por la interrupción y anunció que Haplo tenía algo que exponer. Por supuesto, fue acogido gustosamente (había sido invitado a asistir a las reuniones, pero había tenido el buen sentido de no acudir).

Haplo empezó diciendo que esperaba que estuviéramos haciendo progresos y nos recordó de nuevo que no teníamos mucho tiempo. Me pareció que su mirada, cuando lo dijo, era sombría.

—¿De qué os ocupáis ahora? —preguntó, dirigiendo la vista al diagrama dibujado en el suelo.

Ninguno de los presentes parecía dispuesto a responder, de modo que lo hice yo.

—Del aceite de pescado.

—Del aceite de pescado... —repitió él—. Cada día que pasa, los sartán se hacen más fuertes, vuestro sol se aleja más... ¡y vosotros seguís aquí sentados tan tranquilos, hablando del aceite de pescado!

Nuestros padres parecían avergonzados. Mi padre bajó la cabeza y se acarició la barba, pensativo. Mi madre exhaló un sonoro suspiro. Las pálidas mejillas de Eliason se ruborizaron por un instante y el elfo empezó a decir algo, tartamudeó y volvió a callarse.

—Dejar nuestra patria resulta difícil —dijo finalmente Dumaka, sin apartar los ojos del diagrama de la embarcación.

Al principio no entendí qué tenía que ver aquello con el aceite de pescado, pero luego caí en la cuenta de que todas aquellas discusiones y rectificaciones sobre pequeños detalles no eran sino la manera que tenían nuestros padres de retrasar lo inevitable, de negarse a aceptar lo que se aproximaba. Sabían que tenían que partir, pero no querían hacerlo. De improviso, tuve ganas de echarme a llorar.

—Creo que estábamos esperando un milagro —añadió Delu.

—El único milagro que veréis será el que vosotros mismos hagáis —replicó Haplo con irritación—. Ahora, prestad atención. Aquí tenéis lo que vais a llevar, y cómo distribuirlo. Y procedió a exponerlo. En cuclillas junto al diagrama, nos lo explicó todo. Nos dijo qué llevar, cómo embalarlo, qué podía llevar cada hombre, cada mujer y cada niño, cuánto espacio destinar a cada cosa, qué necesitaríamos cuando llegáramos a Surunan y qué podíamos dejar porque podríamos obtenerlo cuando estuviéramos en nuestro destino. Y nos dijo qué necesitaríamos en caso de guerra.

Todos lo escuchamos, aturridos. Nuestros padres formularon débiles protestas.

—Pero ¿qué hay de...?

—No es necesario.

—Pero deberíamos llevar...

—No, no debéis.

En menos de una hora, todo quedó decidido.

—Disponed para zarpar mañana hacia vuestros reinos. Una vez allí, dad la orden para que vuestros pueblos empiecen a reunirse en los lugares señalados. —Haplo se incorporó y se limpió el polvo de las manos—. Los enanos llevarán los cazadores de sol hasta Phondra y Elmas. Permanecerán un ciclo entero en cada pueblo o ciudad para que todo el mundo suba a bordo.

»La flota se reunirá en Gargan dentro de... —hizo un rápido cálculo mental—, dentro de catorce ciclos. Tenemos que viajar juntos; ser muchos nos proporcionará seguridad. A quien se retrase —dirigió una severa mirada a los elfos—, lo dejaremos atrás. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Eliason con una leve sonrisa.

—Bien. Os dejo para que perfiléis los detalles finales. Lo cual me recuerda que necesito un traductor. Quiero hacer unas preguntas a los delfines acerca de Surunan. ¿Podría llevar a Grundle?

—Sí, llévatela —dijo mi padre con una voz que sonó sospechosamente aliviada.

Ya estaba en pie camino de la puerta, contenta de escapar de allí, cuando escuché un sonido sofocado y capté la mirada suplicante de Alake. Mi amiga habría dado todos los

—

pendientes que poseía, y probablemente las orejas también, por acompañar a Haplo. Tiré de la manga a éste y le dije:

—Alake habla el idioma de los delfines mucho mejor que yo. De hecho, yo no lo hablo en absoluto. Creo que debería venir con nosotros.

Haplo me miró con irritación, pero no hice caso. Al fin y al cabo, Alake y yo éramos amigas. Y él no podía seguir evitándola eternamente.

—Además —añadí con disimulo—, seguro que nos seguiría. Lo cual era cierto y me sacó del apuro. Así pues, de no muy buena gana, Haplo dijo que lo complacería que Alake fuera también con nosotros.

—¿Y Devon? —inquirí, al ver al elfo expectante, solitario y perdido.

—¿Por qué no? —creí oírle murmurar—. ¡Invita a todo el maldito pueblo! ¡Celebremos un desfile!

Hice una seña a Devon y su rostro se iluminó. Se unió al grupo con entusiasmo.

—¿Adonde vamos?

—Haplo quiere hablar con los delfines. Lo acompañamos para traducir lo que digan. Por cierto —añadí, al caer en la cuenta—, los delfines hablan nuestros idiomas y tú, también.

¿Por qué no hablas con los delfines tú mismo?

—Ya lo he intentado. Pero creo que no quieren saber nada conmigo.

—¿De veras? —Devon lo miró, perplejo—. Nunca he oído nada igual.

Tengo que reconocer que a mí también me sorprendió bastante. Esos peces charlatanes hablan con todo el mundo. Normalmente, no hay manera de hacerlos callar.

—Yo les hablaré —se ofreció Alake—. Quizá sólo sea porque no han visto nunca a nadie como tú.

Haplo soltó un gruñido y no dijo nada más. Como ya he dicho, estaba de un humor sombrío y arisco. Alake me miró, preocupada, y levantó las cejas. Yo me encogí de hombros y volví la vista a Devon, quien movió la cabeza a un lado y a otro. Ninguno de los tres tenía idea de a qué se debía aquel mal talante.

Llegamos a la orilla del mar. Los delfines retozaban por los alrededores, como de costumbre, con la esperanza de que acudiera alguien a ofrecerles un jugoso bocado de noticias, o de arenques, o a escuchar lo que los animales tuvieran que contar. Pero, cuando vieron acercarse a Haplo, todos batieron las colas, dieron media vuelta y se alejaron a mar abierto.

—¡Esperad! —exclamó Alake, batiendo los pies contra la arena en el mismo borde del agua—. ¡Volved!

—Bueno, ya veis... —Haplo, impaciente, movió la mano en dirección a los delfines.

—¿Qué esperabas? Sólo son peces —dije.

Él miró a los animales con ira y frustración, y a nosotros con resentimiento. Me pasó por la cabeza que, en realidad, Haplo no deseaba que estuviésemos allí; probablemente, no quería que escucháramos lo que había pensado preguntar a los delfines, pero no le había quedado otra alternativa.

Me acerqué a la orilla, donde Alake estaba hablando con uno de los animales que, despacio y a regañadientes, había vuelto a acercarse. Haplo se quedó atrás, siempre a una distancia prudente del agua.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Alake lanzó unos silbidos y chasquidos agudos. Me pregunté si se habría dado cuenta de lo absolutamente ridícula que sonaba. Nadie conseguirá nunca que me rebaje a usar el idioma de los peces.

Alake se volvió.

—Haplo tiene razón. Se niegan a hablar con él. Dicen que está aliado con las serpientes dragón, y los delfines odian y temen a las serpientes dragón.

—Escucha, pez —le dije al delfín—, a nosotros tampoco nos vuelven locas esas

serpientes dragón, pero Haplo ejerce cierto poder sobre ellas. Hizo que nos soltaran y que repararan los cazadores de sol.

El delfín meneó la cabeza enérgicamente, salpicándonos de agua. Luego empezó a lanzar chillidos muy agudos, alarmantes, mientras batía las aletas contra el agua.

—¿Qué le sucede? —inquirió Devon, avanzando hasta donde estábamos.

—

— II

—¡Eso es ridículo! —exclamó Alake en tono airado—. No te creo. No voy a quedarme aquí y seguir escuchando tales cosas.

Volvió la espalda al frenético delfín y se apartó del agua hasta llegar donde estaba Haplo.

—Es inútil —dijo a éste—. Hoy se comportan como niños malcriados. Vámonos.

—Necesito hablar con ellos —insistió Haplo.

—¿Qué le ha dicho ese delfín? —le pregunté a Devon por lo bajo.

El elfo miró a los otros dos y me hizo un gesto de que me acercara más.

—Ha dicho que las serpientes dragón son malas, peores de lo que podamos imaginar. Y que Haplo es tan malo como ellas. Guarda un odio secreto contra esos sartán. Una vez, hace mucho tiempo, su pueblo combatió a los sartán y fue derrotado. Ahora Haplo busca vengarse y nos utiliza para conseguirlo. Cuando lo hayamos ayudado a destruir a los sartán, nos entregará a las serpientes dragón.

Lo miré fijamente. No podía creerlo pero aun así, de algún modo, me pareció posible.

Me sentí mareada y asustada. A juzgar por su expresión, Devon no estaba mucho mejor.

Los delfines suelen exagerar la verdad y a veces sólo cuentan una parte de ésta pero, a grandes rasgos, lo que dicen siempre es cierto. No he conocido nunca a uno que mienta.

Devon y yo contemplamos a Haplo, que intentaba convencer a Alake para que volviera a la orilla y hablara con ellos otra vez.

—¿Tú qué opinas? —pregunté a Devon. Éste se tomó su tiempo para responder.

—Creo que los delfines se equivocan. Yo confío en él. Me salvó la vida, Grundle. Me salvó la vida dándome parte de la suya.

—¿Qué?

Lo que acababa de oír no tenía sentido y me disponía a decírselo así a Devon, pero éste me hizo una seña para que guardara silencio. Alake volvía a acercarse al borde del agua, seguida por Haplo. Al verlo tan cerca del marr, corriendo el riesgo de ser salpicado por el agua, llegué a la conclusión de que el asunto debía de ser muy importante.

Alake emplazó al delfín a presentarse ante ella, utilizando su porte más imperioso y un estrépito de pulseras, con los brazos extendidos hacia el agua. La voz de Alake era imperiosa y le centelleaban los ojos. Incluso yo quedé impresionada. El delfín nadó hasta ella mansamente.

—Escúchame —le dijo Alake—, responderás lo mejor que sepas a las preguntas que te haga este hombre o, a partir de este momento, ningún humano, elfo ni enano volverá a relacionarse con los delfines.

—¿No te parece que exageras un poco nuestra autoridad? —murmuré, al tiempo que le daba un codazo.

—Callad. —Alake me estrujó el brazo—. Y confirmad lo que digo.

Así lo hicimos. Tanto Devon como yo confirmamos que ningún elfo y ningún enano volverían a dirigir la palabra a un delfín. Ante tan terrible amenaza, los delfines de los alrededores asomaron la cabeza, se agitaron y batieron el agua, expresando su alarma y su inquietud al tiempo que juraban que sólo estaban interesados en nuestro bienestar.

(Todo ello un poco exagerado, si queréis mi opinión.) Finalmente, tras unos lamentos patéticos de los cuales no hicimos el menor caso, uno de los peces accedió a hablar con Haplo.

Y entonces, después de todo aquello, ¿qué suponéis que preguntó Haplo? ¿Se interesó por las defensas de los sartán, por cuántos hombres defendían las almenas, por su habilidad en el lanzamiento de hachas? Nada de eso.

Alake, después de intimidar a los delfines, observó a Haplo con expectación. Y él pronunció unas fluidas palabras en el idioma de los peces.

—¿Qué dice? —pregunté a Devon.

—¡Quiere saber cómo visten los sartán! —respondió el elfo, perplejo.

Desde luego, Haplo no había podido escoger una pregunta más del gusto de los delfines (lo cual, se me ocurre, debió de ser la razón de que la hiciera). Los delfines no han entendido nunca nuestra extraña propensión a envolvernos el cuerpo con ropas, igual que no comprenden otras extrañas costumbres de nuestra especie, como vivir en tierra firme y dedicar tantas energías a caminar, cuando podríamos nadar.

—

— II

Sin embargo, por alguna razón, el asunto de la indumentaria les resulta especialmente hilarante y les produce una fascinación ilimitada y permanente. Basta con que una dama élfica asista a un baile con un vestido de mangas abultadas cuando están de moda las mangas largas y ceñidas, y hasta el último delfín del mar de la Bondad lo sabrá antes de que amanezca.

Gracias a ello, los animales nos proporcionaron una descripción muy gráfica (Alake traducía para que me enterara) de lo que vestían Tos sartán. Una ropa que, en conjunto, me pareció bastante aburrida.

—Los delfines dicen que todos los sartán visten parecido. Los hombres llevan túnicas que les cuelgan de los hombros en largos pliegues sueltos; las mujeres lucen ropas parecidas, pero las ciñen a la cintura. Las túnicas son de colores sencillos, blanco o gris. Muchas llevan unos bordados sencillos en la parte inferior, que a veces son de hilo de oro. Los delfines sospechan que el oro denota algún tipo de rango oficial, pero ignoran cuál.

Devon y yo nos sentamos en la arena, melancólicos y taciturnos. Me pregunté si el elfo estaría pensando en lo mismo que yo, y tuve la respuesta cuando lo vi fruncir el entrecejo y le oí repetir:

—Me salvó la vida.

—Los delfines no tienen una gran opinión de los sartán —me comentó Alake en voz baja—. Al parecer, los sartán acuden continuamente a ellos en busca de información, pero, cuando los delfines les hacen preguntas a ellos, los sartán se niegan a responder. Haplo asintió; evidentemente, aquella información no lo sorprendía gran cosa. De hecho, pude advertir que no mostraba sorpresa por nada de cuanto oía, como si ya lo conociera de antemano. Pensé por qué se molestaba en preguntar. Haplo se había unido a nosotros y estaba sentado en la arena con los brazos en torno a las rodillas, dobladas y recogidas, y las manos entrelazadas. Parecía relajado y dispuesto a permanecer allí sentado durante varios ciclos.

—¿Hay..., hay algo más que quieras saber? —Alake lo miró y luego se volvió hacia nosotros para ver si sabíamos qué estaba sucediendo.

Pero ninguno de los dos pudimos ayudarla. Devon estaba concentrado en cavar hoyos en la arena y contemplar cómo se llenaban de agua y de pequeños animales marinos. Yo me sentía furiosa y desgraciada y empecé a arrojar piedras al delfín, sólo para comprobar lo cerca que podía estar de acertarle.

El estúpido pez, supongo que atraído por la pregunta sobre la indumentaria, nadó hasta quedar fuera de mi alcance y empezó a dar saltos sobre el agua con una especie de risilla.

—¿Qué es eso tan gracioso? —inquirió Haplo. Parecía relajado pero, desde el lugar

donde yo estaba sentada, aprecié en sus ojos un destello brillante como el de un rayo de sol sobre una plancha de acero, dura y fría.

Naturalmente, el delfín estaba impaciente por contarle.

—¿Qué dice? —quise saber.

Alake se encogió de hombros y explicó:

—Sólo que hay un sartán que viste muy diferente de los demás. Y que también tiene un aspecto distinto de los otros.

—¿Distinto? ¿A qué se refiere?

Parecía una conversación trivial, pero observé que Haplo cerraba los puños, visiblemente tenso.

Los delfines se apresuraron a explicarlo. Un grupo de ellos se acercó a la orilla, hablando todos a la vez. Haplo prestó mucha atención y a Alake le llevó unos instantes determinar cuál de los animales decía cada cosa.

—Ese hombre al que se refieren lleva una casaca y calzones por la rodilla, como un enano, pero no es un enano. Es mucho más alto que éstos. Y no tiene pelo en la parte superior del cráneo. Sus ropas están sucias y andrajosas, y los delfines dicen que el hombre es tan andrajoso como su indumentaria.

Observé a Haplo por el rabillo del ojo y me recorrió un escalofrío. Su expresión había cambiado. Sonreía, pero su sonrisa era una mueca desagradable que me despertó el impulso de apartar la mirada. Tenía los dedos de las manos entrecruzados con tal fuerza

—

— II

que los nudillos aparecían blanquísimos bajo las marcas azules de su piel. Aquello era lo que Haplo había estado esperando, lo que deseaba oír. Pero ¿por qué? ¿Quién era aquel hombre?

—Los delfines no creen que sea un sartán.

Alake continuó hablando con cierta perplejidad, esperando que Haplo pusiera fin en cualquier momento a lo que parecía una conversación tediosa. No obstante, él siguió escuchando con sereno interés, sin decir nada, animando en silencio a los delfines a proseguir.

—El hombre no suele mezclarse con los sartán. Los delfines lo ven a menudo paseando a solas por el embarcadero. Dicen que parece mucho más agradable que los sartán, cuyo rostro da la impresión de haber permanecido helado mientras el resto de su cuerpo se descongelaba. A los delfines les gustaría hablar con él, pero el hombre lleva consigo a un perro que les ladra si se acercan demasiado y...

—¡Un perro!

Haplo se encogió como si alguien acabara de golpearlo. Y nunca, ni que viva cuatrocientos años, olvidaré el tono de su voz. Me puso los pelos de punta. Alake lo contempló azorada. Los delfines, percibiendo la posibilidad de obtener allí un jugoso tema para sus chismorreos, se acercaron a la orilla hasta donde podían hacerlo sin riesgo de quedar varados en el fondo.

—Un perro... —Devon alzó la cabeza bruscamente. Creo que, hasta aquel momento, no había prestado gran atención a lo que oía—. ¿Qué es eso de un perro? —me susurró al oído.

Yo moví la cabeza a un lado y a otro para que se callara. No quería perderme lo que Haplo fuera a hacer o decir a continuación. Pero no hizo ni dijo nada. Se limitó a seguir sentado donde estaba.

No sé por qué, me vino a la memoria una velada que había pasado hacía poco en nuestra taberna local, disfrutando de la pelea de costumbre. Uno de mis tíos había recibido de lleno el impacto de una silla en la cabeza y se había quedado sentado en el suelo un buen rato, con una expresión idéntica a la que mostraba el rostro de Haplo en

aquel momento.

Al principio, mi tío había parecido aturdido y mareado. Luego, el dolor lo ayudó a volver en sí; su rostro se contrajo y emitió un leve gemido. Pero, una vez consciente, también cayó en la cuenta de lo que había sucedido y reaccionó con tal furia que se olvidó por entero del dolor. A Haplo no lo oí gemir, ni emitir ningún otro sonido. Pero vi cómo su rostro se contraía y se encendía de cólera. Se puso en pie de un brinco y, sin decir una palabra, se apartó de nosotros y volvió sobre sus pasos en dirección al campamento.

Alake lanzó una exclamación y habría salido corriendo tras él, si yo no hubiera asido el borde de su vestido. Como ya ha quedado dicho, los phondranos no utilizan botones ni nada parecido, sino que se envuelven la ropa en torno al cuerpo y, aunque por lo general las prendas quedan sujetas con bastante seguridad, un buen tirón en un lugar estratégico puede desmontar la prenda mejor colocada.

Alake soltó un jadeo y se apresuró a sujetar los pliegues de tela que le resbalaban de los hombros. Para cuando estuvo de nuevo correctamente vestida, Haplo ya había desaparecido de la vista.

—¡Grundle! —exclamó entonces, abalanzándose sobre mí—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque he observado la cara de Haplo —respondí—, cosa que, sin duda, tú no has hecho. En este momento desea estar solo, créeme.

Creí que de todos modos iba a salir tras él y me incorporé, dispuesta a detenerla, cuando de pronto Alake suspiró y movió la cabeza.

—Yo también he visto su expresión —se limitó a decir. Los delfines se habían puesto a chillar, excitados, suplicando conocer los detalles morbosos.

—¡Marchaos! ¡Idos de aquí! —exclamé, y empecé a lanzarles guijarros, esta vez en serio.

Los peces se alejaron entre chirridos, dolidos y ofendidos. Sin embargo, observé que sólo nadaban hasta quedar fuera del alcance de mi brazo y que luego se detenían,

—

— II

sacaban la cabeza del agua y, boquiabiertos, observaban la escena ávidamente con sus ojillos, pequeños y brillantes como cuentas de cristal.

—¡Estúpidos peces! —masculló Alake con un movimiento de cabeza que hizo tintinear como campanillas sus pendientes—. ¡Condenados chismosos! No creo una palabra de lo que dicen.

Alake se quedó mirándonos con inquietud, preguntándose si habríamos oído lo que decían los delfines acerca de Haplo y las serpientes dragón. Intenté poner cara de inocencia, pero me temo que no lo conseguí.

—¡Oh, Grundle! ¡Seguro que no habrás pensado ni por un momento que eso que dicen es cierto, que Haplo nos está utilizando! Devon —Alake se volvió hacia el elfo en busca de apoyo—, dile a Grundle que se equivoca. Haplo no haría... lo que esos delfines dicen.

¡Seguro que no! Él te salvó la vida, Devon.

Pero Devon no le prestaba atención.

—Un perro... —repitió el elfo, pensativo—. Haplo me contó algo de un perro, pero no consigo..., no consigo acordarme...

—Tienes que reconocer que no sabemos nada de él, Alake —dije a regañadientes—. No sabemos de dónde viene, ni a qué raza pertenece. Y ahora está lo de ese hombre sin pelo en la cabeza y vestido con ropas andrajosas. Es evidente que Haplo sabía que ese hombre estaba con los sartán, pues no ha mostrado la menor sorpresa cuando los delfines han hablado de él. En cambio, lo del perro no se lo esperaba y, por su expresión, la noticia no le ha gustado. ¿Quién es ese desconocido? ¿Qué tiene que ver con Haplo? ¿Y qué significa eso del perro?

Al decir esto último, miró con severidad a Devon. Pero fue en vano. El elfo se limitó a encogerse de hombros.

—Lo siento, Grundle. Cuando lo dijo, yo no me sentía demasiado bien...

—¡Pues yo sé todo lo que necesito saber de él! —protestó Alake, irritada, mientras seguía colocando en su sitio los pliegues del vestido—. Nos salvó la vida. ¡Y la tuya, Devon, por dos veces!

—Sí —respondió el elfo, sin mirar a Alake—. Y qué provechoso le ha resultado todo el asunto.

—Es cierto —apunté, haciendo memoria de lo ocurrido—. Lo ha convertido en el héroe, el salvador. Nadie ha cuestionado una sola de sus decisiones. Creo que deberíamos contar a nuestros padres...

Alake dio un enérgico pisotón que hizo tintinear violentamente los pendientes. Nunca la había visto tan enfadada.

—¡Hazlo, Grundle Barbapoblada, y no volveré a dirigirte la palabra! ¡Te lo juro por el Uno!

—Conozco una manera de averiguarlo... —apuntó Devon en tono conciliador, para tranquilizarla. El elfo se puso en pie y se sacudió la arena de las manos.

—¿Cuál? —inquirió Alake con gesto hosco y receloso.

—Espiar...

—¡No! ¡Os lo prohibo! ¡No permitiré que lo hagáis! ¡Haplo...!

—A Haplo, no —la cortó Devon—. A las serpientes dragón.

Esta vez fui yo quien se sintió como si le hubieran estrellado una silla en la cabeza.

Sólo de pensarlo se me cortaba la respiración.

—Estoy de acuerdo contigo, Alake —continuó nuestro amigo elfo con voz persuasiva—.

Yo también quiero creer en Haplo. Pero no podemos pasar por alto que los delfines, por lo general, saben muy bien lo que sucede y...

—¡Por lo general! —repitió Alake con acritud.

—Sí, a eso me refiero. ¿Y si sólo fuera verdad parte de lo que nos han dicho? ¿Y si, por ejemplo las serpientes dragón estuvieran utilizando a Haplo? ¿Y si corriera el mismo peligro que todos los demás? Creo que, antes de contarle nada a nuestros padres o a nadie más, deberíamos averiguar la verdad.

—Devon tiene razón —reconocí—. De momento, al menos, las serpientes dragón parecen estar de nuestro lado. Y, con serpientes o sin ellas, no podemos quedarnos en las lunas marinas. Es imprescindible que alcancemos Surunan y, si hacemos público todo esto...

—

— II

No fue preciso que terminara la frase. Los tres comprendimos con absoluta claridad que aquella información desataría de nuevo las rencillas, la desconfianza y las suspicacias.

—Está bien —asintió Alake.

La idea de que Haplo corriera peligro la había convencido, por supuesto, y contemplé a Devon con nueva e inesperada admiración. Eliason había tenido razón al decir que los elfos eran buenos diplomáticos.

—Lo haremos —añadió Alake—. ¿Pero cuándo? ¿Y cómo? Los hermanos, siempre igual. Siempre han de tener un plan.

—Será preciso que esperemos a ver durante un tiempo —apuntó Devon—. Es probable que surja la oportunidad durante el viaje.

De pronto, me vino a la cabeza un pensamiento horrible.

—¿Y si los delfines cuentan a nuestros padres lo que acaban de contarnos a nosotros?

—Tendremos que vigilarlos y ocuparnos de que no comenten el asunto con nuestros

padres ni con nadie más –dijo Alake tras un momento de reflexión durante el cual a ninguno de los tres se nos ocurrió nada mejor–. Con un poco de suerte, nuestra gente estará demasiado ocupada para perder el tiempo en chismorreos.

Una dudosa esperanza, pero preferí no mencionar que era no sólo probable, sino lógico, que nuestros padres pidieran información a los delfines antes de emprender el viaje. Me sorprendió que no hubieran pensado ya en ello, pero supongo que tenían cosas más importantes en la cabeza. Como el aceite de pescado.

Nos pusimos de acuerdo en mantener una estricta vigilancia y en preparar argumentos para el caso de que fracasáramos en nuestro empeño. Alake advertiría a Haplo –discretamente y sin revelar nuestras intenciones– de que sería mejor que nadie hablara con los delfines durante algún tiempo.

Después nos separamos para ultimar los preparativos para el gran viaje y para empezar a vigilar los movimientos de nuestros padres.

Es una suerte que nos tengan con ellos. Ahora tengo que marcharme. Seguiré escribiendo más tarde.

Pese a su intención, ésta es la última anotación en el diario de Grundle.

–

– II

CAPÍTULO

PHONDRA CHELESTRA

El perro estaba con Alfred.

Haplo no tuvo la menor duda de que el perro al que se habían referido los delfines era el suyo, y que estaba con Alfred. La idea le produjo irritación, le molestó más de lo que le gustaba reconocer, lo torturó como una punta de flecha emponzoñada clavada en su carne. Se descubrió pensando en el animal cuando debería estar concentrado en asuntos más importantes, como el viaje que le esperaba. Como la guerra contra los sartán.

–No es más que un maldito perro –se dijo en voz alta.

Elfos y enanos abordaban ya los sumergibles, a punto de emprender el regreso a sus tierras para preparar a sus pueblos para la gran Caza del Sol. Haplo se quedó con ellos hasta el último momento, tranquilizando a los enanos, animando a la acción a los elfos, resolviendo problemas reales e imaginarios. Los mensch todavía no habían acordado ir a la guerra, pero él los estaba conduciendo a ella con suavidad, sin que ellos fueran conscientes de su intención. Y Haplo tenía pocas dudas de que los sartán terminarían lo que él había empezado.

Los humanos, con su típica impetuosidad, querían conducir los sumergibles directamente a Surunan, desembarcar a la gente en la costa y luego abrir negociaciones.

–Así hablaremos desde una posición de fuerza –expuso Dumaka–. Los sartán verán nuestro número y que ya hemos establecido un primer asentamiento. También verán que llegamos en son de paz y con las mejores intenciones. Se asomarán a los muros de la ciudad y verán mujeres y niños...

–Se asomarán a los muros y verán un ejército –refunfuñó Yngvar–. Primero, empuñarán las hachas; lo de hablar lo dejarán para después.

–Estoy de acuerdo con Yngvar –dijo Eliason–. No debemos intimidar a esos sartán.

Propongo que detengamos la flota cerca de Surunan, lo suficiente como para que los sartán vean nuestras naves y los impresione nuestro número, pero lo bastante lejos como para que no se sientan amenazados...

–¿Y qué tiene de malo mostrarse un poco amenazantes?

–protestó Dumaka–. Supongo que los elfos pensáis presentaros humildemente, arrastrándoos por el suelo y dispuestos a lavarles los pies...

–Desde luego que no. Los elfos sabemos comportarnos con educación y presentar nuestras propuestas de manera civilizada sin perder por ello la dignidad.

–¿Estás diciendo que los humanos no somos civilizados? –estalló Dumaka.

–Quien se pica... –empezó una réplica Yngvar, pero en aquel momento intervino Haplo.

–Creo que lo mejor será seguir el plan de Eliason. ¿Y si, como apunta Yngvar, los sartán deciden atacar? Tendríais a vuestras familias esparcidas a lo largo de las playas, indefensas. Es mucho mejor permanecer a bordo de las naves. Existe un lugar donde amarrar las naves no lejos de Draknor, donde viven las serpientes dragón.

»No os preocupéis –se apresuró a añadir Haplo, al observar las miradas ceñudas que provocaba su propuesta–, no tendrá que ser demasiado cerca de las serpientes. Podéis aprovechar su burbuja de aire para llevar las naves a la superficie. Y seguro que, cuando lleguéis a ese lugar, os alegraréis de volver a respirar aire fresco. Una vez allí, podréis proponer a los sartán una reunión, y luego abrir negociaciones.

El plan fue aceptado. Haplo sonrió por lo bajo. Podía dar casi por hecho que los mensch se meterían ellos mismos en problemas, con tales conversaciones.

Lo cual lo llevó a recordar el otro tema que quería comentar: el armamento. En especial, las armas mágicas de los elfos.

–

– II

Ningún arma, mágica o no, fabricada por un mensch podía compararse al poder de la magia rúnica de los sartán. Pese a ello, Haplo había elaborado un plan que los igualaría a todos; un plan que incluso proporcionaría ventaja a los mensch. Todavía no había hablado de aquel plan con nadie, ni siquiera con sus aliadas, las serpientes dragón. Estaba en juego algo demasiado importante: la victoria sobre el antiguo enemigo; Samah, impotente, a merced de los patryn. Haplo lo haría público cuando fuera necesario. Ni un segundo antes.

Aunque ninguno de los elfos recordara haber vivido una guerra, las armas mágicas que en otro tiempo habían empleado los de su raza eran celebradas todavía en relatos y leyendas. Eliason era un experto en ellas y se las describió a Haplo una por una. Los dos se dedicaron a determinar cuáles de ellas podrían fabricar los elfos con rapidez y cuáles serían capaces de aprender a utilizar con eficacia (al menos, con la suficiente como para infligir más daño a un enemigo que a sí mismos).

Tras algunas discusiones, Haplo y Eliason se decidieron por el arco y la flecha. El rey elfo era un enamorado del tiro con arco, deporte que algunos elfos todavía practicaban en las fiestas como esparcimiento. Las flechas mágicas acertaban cualquier blanco que se les indicara una vez disparadas y, por tanto, la puntería no era un elemento importante. Los humanos ya eran expertos en el uso del arco y la flecha, así como de otras numerosas armas. Aunque las suyas no tenían propiedades mágicas (ya que los humanos no estaban dispuestos a utilizar los arcos de los elfos, por considerarlos adecuados únicamente para enclenques), el Concilio de Magos tenía poder suficiente para invocar a los elementos para que los ayudaran en la batalla.

Decidido este punto, phondranos, elmanos y gargan se despidieron amistosamente.

Enanos y elfos zarparon hacia sus tierras, y Haplo exhaló un suspiro de alivio.

De vuelta hacia su cabaña, el patryn iba pensando para sí que, por fin, todo parecía funcionar como era debido.

–Haplo... ¿puedo hablar contigo? –Era Alake–. Se trata de los delfines...

La miró con impaciencia, irritado por la interrupción.

–¿Sí? ¿Qué sucede con ellos?

Alake se mordió el labio con aire avergonzado.

–Es urgente –dijo con voz baja, en tono de disculpa–. Si no lo fuera, no te habría molestado. Sé que tienes muchos asuntos importantes en la cabeza...

Haplo pensó al instante que quizá la muchacha no le había contado todo lo que le

habían revelado los delfines. No tenía modo de saberlo, pues había estado ocupado en reuniones desde la escena en la playa.

Se obligó a hacer una pausa, sonreír a la muchacha y fingir que se alegraba de verla.

–Me dirigía a mi cabaña. ¿Quieres acompañarme?

Alake le devolvió la sonrisa –qué fácil era contentarla– y echó a andar a su lado, moviéndose con gracia acompañada del tintineo de plata de las cuentas y cascabeles que lucía.

–Bien –dijo el patryn–, ¿qué sucede con los delfines?

–No tienen mala intención, pero les gusta provocar excitación y, por supuesto, les cuesta comprender lo importante que es para nosotros encontrar una nueva luna marina. Los delfines no pueden entender por qué queremos vivir en tierra firme. Creen que deberíamos vivir en el agua, como ellos. Y, además, las serpientes dragón les producen verdadero pavor...

Alake hablaba sin mirarlo. Sus ojos estaban vueltos en otra dirección y sus manos, advirtió Haplo, no dejaban de dar vueltas a los anillos de sus dedos con gesto nervioso. La muchacha sabía algo, decidió el patryn. Algo que se callaba.

–Lo siento, Alake –le dijo, sin dejar de sonreír–, pero me temo que los delfines no me parecen una gran amenaza.

–Pero he pensado..., es decir, nosotros..., Grundle y Devon también... Hemos pensado que si los delfines hablaban con nuestra gente, podían contarles cosas. Los delfines, me refiero. Cosas que inquietarían a nuestros padres y que tal vez causarían más retrasos.

–¿Qué cosas, Alake? –Haplo hizo un nuevo alto. Estaba cerca de la cabaña, pero no había nadie por los alrededores–. ¿Qué han dicho los delfines?

La muchacha abrió los ojos como platos.

–

– II

–¡Nada! –exclamó. Titubeó por un instante y bajó la cabeza–. Por favor, no me obligues a decírtelo.

Fue una suerte que no pudiera ver la expresión de Haplo. Éste exhaló un profundo suspiro y reprimió el impulso de agarrar a la muchacha y sacarle la información a sacudidas. Llegó a cogerla por los hombros, pero su gesto fue suave, cariñoso.

–Cuéntame, Alake. Podrían estar en juego las vidas de los tuyos.

–No tiene nada que ver con mi gente...

–Alake... –Haplo intensificó la presión de sus manos.

–¡Han dicho... han dicho cosas terribles de ti!

–¿Qué cosas?

–Que las serpientes dragón son malas, y que tú también eres malo. Que sólo estás utilizándonos. –Alake alzó el rostro y lo miró con un brillo intenso en los ojos–. ¡Pero no les he creído! ¡No he creído una palabra! Grundle y Devon tampoco les han creído, pero si los delfines les insinúan algo así a mis padres...

«Sí –pensó Haplo–. Lo echarían todo por tierra. ¡Maldita sea, tenía que suceder algo así! ¡Mi grandioso plan al borde del naufragio por culpa de un estúpido grupo de peces chismosos!»

–No te preocupes –se apresuró a decir Alake cuando vio la expresión sombría del hombre–. Tengo una idea.

–¿Cuál es? –Haplo sólo la escuchaba a medias. Su atención estaba más concentrada en buscar el modo de resolver aquella crisis latente.

–He pensado –apuntó Alake con timidez– que podría pedir a los delfines que vayan por delante de nosotros..., que actúen de exploradores. Seguro que les gustará hacerlo. Les encanta sentirse importantes. Podría decirles que es una sugerencia de mi padre. Haplo meditó la idea. Lo que Alake proponía evitaría que los delfines causaran

problemas. Y, para cuando llegaran a Surunan, sería demasiado tarde para que la expedición mensch diera marcha atrás, no importaba lo que les dijeran los peces.

—Es una buena idea, Alake.

Observó la expresión radiante de la muchacha. Qué poco costaba hacerla feliz. Una voz, que sonaba muy parecida a la de su señor, susurró en la cabeza del patryn:

Puedes inducir a esta muchacha a hacer lo que quieras. Sé agradable con ella, regálale alguna chuchería, susúrrale palabras dulces en plena noche, prométele matrimonio. Ella será tu esclava, hará cualquier cosa por ti, incluso morir. Y, cuando hayas terminado, siempre puedes desprenderte de ella. Al fin y al cabo, sólo es una mensch.

Los dos estaban todavía junto a la puerta de la cabaña. Haplo no había retirado los brazos de la muchacha y ella se apretó contra su cuerpo. El patryn sólo tenía que atraerla al interior de la cabaña y la haría suya. La primera vez, tomada por sorpresa, Alake se había asustado. Pero ahora la muchacha había tenido tiempo de soñar en estar entre sus brazos, y el temor había quedado amortiguado por el deseo.

Y, además del placer que le proporcionaría, también le sería de utilidad. Sería su espía entre sus padres, entre los enanos y los elfos. Ella le informaría de cada palabra y cada pensamiento que surgiera. Y él se aseguraría de que guardara en secreto todo lo que descubriese. No era probable que lo traicionara, desde luego, pero tenía el medio de asegurarse de ello...

Completamente decidido a seguir adelante con su seducción, Haplo se sorprendió a sí mismo dándole unas cariñosas palmaditas en los brazos como si Alake fuera una chiquilla obediente.

—Es una buena idea —repitió—. No tenemos un momento que perder. ¿Por qué no vas a ocuparte de los delfines ahora mismo? —añadió, y dio un paso atrás apartándose de ella.

—¿Es eso lo que quieres? —dijo la muchacha con un tono de voz grave y susurrante.

—Tú misma has apuntado lo importante que era hacerlo, Alake. Quién sabe si, en este mismo momento, tu padre no va camino de la orilla para hablar con ellos.

—Seguro que no —respondió ella con aire lánguido—. Está en la cabaña, hablando con mi madre.

—Entonces, es un momento ideal.

—

— II

—Sí —dijo Alake, pero siguió sin moverse un momento más, esperando tal vez que Haplo cambiara de idea.

La muchacha era joven y bonita.

Haplo le dio la espalda, entró en la cabaña y se dejó caer en el camastro como si estuviera exhausto. Allí aguardó, inmóvil en la fría oscuridad, hasta que oyó las suaves pisadas de los pies descalzos de Alake, alejándose. La muchacha estaba dolida, pero mucho menos de lo que habría podido estarlo.

—Al fin y al cabo, ¿desde cuándo necesito la ayuda de un mensch? Yo actúo solo. Y, de todas formas, ese maldito Alfred... —añadió incongruentemente—. ¡Esta vez acabaré con él!

Los cazadores de sol llegaron según lo previsto. Dos de ellos se quedaron para que subiera a bordo la tribu de Dumaka. Los demás circundaron las costas de la luna marina recogiendo al resto de la población humana de Phondra.

Haplo se quedó agradablemente sorprendido ante la diligencia y la eficiencia de los humanos, que lograron reunir a todo el mundo a bordo de los sumergibles con un mínimo de problemas y de confusión. Contemplando el campamento desierto, el patryn recordó la facilidad con que, en el Laberinto, los ocupantes recogían sus avíos y continuaban camino.

—Antes, nuestro pueblo era nómada —explicó Dumaka—. Viajábamos a diferentes partes de Phondra siguiendo la caza y recolectando frutas y vegetales. Pero ese estilo de vida provocaba guerra, pues los humanos siempre imaginan que el antílope es más grande y sabroso en la porción de selva del vecino que en la Suya. La paz nos ha llegado poco a poco, hemos trabajado mucho tiempo y de firme para conseguirla. Me entristece pensar que podamos vernos obligados a tomar las armas otra vez.

Delu se le acercó y le pasó el brazo por los hombros. Juntos, contemplaron con ojos melancólicos su poblado ya vacío, casi desierto.

—Todo saldrá bien, esposo. Estamos juntos. Nuestro pueblo está junto. El que guía las olas está con nosotros. Llevaremos la paz en nuestros corazones y se la ofreceremos a los sartán como nuestro mejor regalo.

Si todo salía como esperaba, pensó Haplo, les escupirían a la cara. Su única preocupación era Alfred. Alfred no sólo llevaría a aquellos mensch a su casa, sino que les ofrecería hasta la raída capa de terciopelo que llevaba encima. Pero Haplo empezaba a pensar que Alfred no era un sartán típico. El patryn esperaba mucho más de Samah. Una vez a bordo de los sumergibles, los humanos sólo derramaron unas pocas lágrimas por tener que abandonar su tierra. Y esas lágrimas pronto se secaron en la excitación del viaje y la esperanza de un nuevo mundo, que se suponía rico y feraz. No había señal alguna de las serpientes dragón.

Haplo embarcó en la mayor de las embarcaciones, con el caudillo de los humanos, su familia y amigos y los miembros del Concilio de Magos. El cazador de sol era parecido al pequeño sumergible en el que había navegado anteriormente, pero el que ocupaba esta vez tenía varios niveles superpuestos.

Llegaron a Gargan y allí encontraron a los enanos dispuestos para la partida, pero no a los elfos, lo cual no sorprendió a nadie. Incluso Haplo había dado por sentado que se retrasarían; su abierta amenaza de dejarlos atrás sólo había sido un intento de apremiarlos a que se dieran prisa.

—Será un caos —predijo Yngvar con acritud—, pero he enviado a mis mejores hombres para tripular los barcos y ocuparse de todo. Llegarán, aunque sea con retraso.

El contingente élfico llegó sólo cuatro ciclos tarde; los sumergibles avanzaban lentamente, surcando las aguas como ballenas sobrealimentadas.

—¿Qué significa esto? —inquirió Yngvar.

—¡Traemos exceso de carga, eso es todo, Vater! —gritó el capitán enano con voz furiosa, a punto de arrancarse la barba a tirones—. Habría sido más fácil arrastrar la luna marina tras nosotros, te lo aseguro. ¡Es lo único que han dejado atrás estos condenados elfos! ¡Obsérvalo tú mismo!

Los enanos se habían ocupado de construir literas para los elfos, pero los elmanos les habían echado un vistazo y se habían negado a dormir en algo tan tosco. Acto seguido, habían intentado subir a bordo sus propias camas, de recia madera tallada, voluminosas

—

— II

y pesadas, en vista de lo cual el capitán enano les había dicho que había espacio para las camas o para ellos; la decisión era suya.

—Esperaba que se decidieran por las camas —dijo el enano a Yngvar con amargura—. Al menos, no habrían montado alboroto.

Finalmente, los elfos accedieron a dormir en las literas; entonces empezaron a subir a bordo colchones de plumón de ganso, sábanas con embozo de encaje, cubrecamas de seda y almohadas de plumas. Y eso fue sólo el principio. Cada familia élfica traía valiosos objetos transmitidos por herencia que, simplemente, no podían dejar atrás. Había de todo: desde fantásticos relojes mágicos hasta arpas que tocaban solas. Un elfo llegó con un árbol ya crecido en una enorme maceta; otro, con veintisiete pájaros cantores en

otras tantas jaulas de plata.

Y, por último, todos y todo quedó distribuido a bordo de las embarcaciones a satisfacción de la mayoría de los elfos, aunque era imposible moverse en sus cazadores de sol sin tropezar con algo o con alguien.

Entonces empezó el capítulo verdaderamente difícil: abandonar su patria. Para los humanos, acostumbrados a desplazarse constantemente, había sido algo prosaico. Los enanos, aunque abandonar sus amadas cuevas les resultaba doloroso, se tomaron la partida con serenó estoicismo. Los elfos, en cambio, se mostraban destrozados de pena. Uno de los capitanes enanos comentó que, con las lágrimas vertidas en su nave, había más agua dentro de ella que en el exterior.

Pero, a pesar de todo, la enorme flota de cazadores de sol quedó al fin reunida y dispuesta para zarpar rumbo a su nueva tierra. Los cabezas de las familias reales se reunieron en la cubierta de la nave insignia para dirigir la plegaria conjunta de los tres pueblos al Uno, pidiéndole que les concediera una travesía segura y un desembarco pacífico.

Terminada la oración, los capitanes enanos empezaron a intercambiar una serie de apresuradas señales y los sumergibles se hundieron bajo las olas.

Sólo habían avanzado un breve trecho cuando un primer oficial, pálido y asustado, se acercó a Yngvar, aproximó los labios al oído de su monarca y le dijo algo en tono grave. Yngvar frunció el entrecejo y se volvió a los demás.

–Serpientes dragón –anunció.

Haplo había percibido su presencia hacía rato, en forma de un hormigueo en los signos mágicos de su piel. Se frotó el cuerpo con irritación y las runas de sus manos despidieron un leve resplandor azulado.

–Dejadme hablar con ellas –propuso.

–¿Cómo va nadie a «hablar» con ellas? –exclamó Yngvar con aspereza–. ¡Estamos bajo el agua!

–Hay maneras –dijo Haplo, y se dirigió al puente acompañado, le gustara o no, de la realeza mensch.

El resplandor azul de las runas que le avisaban del peligro escapaba a través de su camisa y se reflejaba en los ojos asombrados de los mensch, que habían oído explicar aquel fenómeno a sus hijas pero no lo habían observado nunca.

Era inútil que Haplo intentara decirse a sí mismo que las serpientes dragón no representaban una amenaza. Su cuerpo reaccionaba a la presencia de aquellas criaturas como le habían enseñado a hacerlo siglos de instinto. Lo único que podía hacer el patryn era despreocuparse de aquella sensación y esperar que, con el tiempo, su cuerpo terminara por entender.

Entró en la sala de gobierno y encontró a la tripulación enana acurrucada en un rincón, murmurando por lo bajo. El capitán señaló hacia el mar.

Las serpientes dragón flotaban entre dos aguas, moviendo sus cuerpos con sinuosa gracia y observándolos con sus ojos como dos rendijas rojas en el agua verdosa.

–Están cerrándonos el paso, Vater. Propongo que volvamos atrás.

–¿Atrás? ¿Adonde? –inquirió Haplo–. ¿Otra vez a vuestra tierra, y sentaros allí a esperar que llegue el hielo? Yo hablaré *con* ellas.

–¿Cómo? –insistió Yngvar, pero la pregunta surgió de sus labios como si estuviera haciendo gárgaras.

–

– II

La figura trémula y fantasmal de una serpiente dragón apareció en el puente. De ella fluía el miedo como un chorro de agua helada. Los tripulantes enanos que aún eran capaces de moverse lo hicieron, huyendo del puente entre alaridos. Los paralizados por

el terror se quedaron mirando, temblorosos. El capitán se mantuvo en su puesto, aunque le temblaba la barba y se vio obligado a cerrar la mano en torno al timón para sostenerse.

Las familias reales también permanecieron firmes y Haplo, de mala gana, tuvo que reconocer su valor. Al propio patryn, su instinto lo impulsaba a salir corriendo, a escapar nadando, a romper con sus propias manos las cuernas de madera para huir. Luchó contra el miedo y consiguió dominarlo, aunque le costó esfuerzo encontrar saliva suficiente para humedecerse la boca y poder hablar.

—La flota de cazadores de sol está reunida, Regio. Nos dirigimos a Surunan según lo proyectado. ¿Por qué os interponéis en nuestro camino?

Los ojos rasgados de la serpiente dragón, un mero reflejo de los ojos reales, lanzaron un fulgor rojizo y miraron fijamente a Haplo.

—El viaje es largo, la distancia es mucha. Hemos venido a guiaros, amo.

—¡Es una trampa! —masculló Yngvar entre dientes.

—Podremos encontrar el camino nosotros solos —añadió Dumaka.

Delu alzó la voz de pronto en un cántico y sostuvo en alto una roca de alguna clase que llevaba colgada de una cadena en torno al cuello, probablemente alguna tosca forma de magia protectora mensch.

Los ojos encarnados de la serpiente dragón se convirtieron en dos finas rendijas.

—¡Callad! ¡Todos! —exclamó Haplo, sin apartar la mirada de la serpiente dragón—. Te agradecemos el ofrecimiento, y os seguiremos. Capitán, mantén la nave en la estela del dragón y ordena al resto de cazadores de sol que hagan lo mismo.

El enano miró a su monarca, buscando la confirmación de éste. Yngvar, con una expresión sombría de furia y terror, empezó a mover la cabeza en gesto de negativa.

—No seas estúpido —le avisó Haplo sin aspavientos—. Si quisieran mataros, ya lo habrían hecho hace tiempo. Acepta su ofrecimiento. No es ninguna trampa. Lo garantizo... con mi vida —añadió, al ver que el rey enano aún dudaba.

—No tenemos alternativa, Yngvar —intervino Eliason.

—¿Y tú, Dumaka? —inquirió el enano, resoplando profundamente—. ¿Qué dices?

El humano y su esposa se miraron. Delu se encogió de hombros en gesto de amarga resignación.

—Tenemos que pensar en nuestro pueblo —repuso la mujer.

—Adelante, pues —asintió Dumaka, ceñudo.

—Muy bien —dijo entonces el monarca enano—. Haz lo que dice.

—Sí, Vater —contestó el capitán, pero dirigió una mirada hosca a Haplo—. Dile al dragón que debe alejarse de mi puente. No puedo gobernar el sumergible sin la tripulación.

Pero la serpiente dragón ya empezaba a desaparecer, perdiéndose de vista lentamente y dejando tras ella la vaga inquietud y los miedos recordados a medias que asaltan al durmiente cuando despierta de pronto de un mal sueño.

Los mensch exhalaban profundos suspiros de alivio, aunque sus semblantes sombríos no se iluminaron. Los tripulantes y oficiales volvieron a sus puestos, avergonzados, procurando evitar la mirada furibunda de su capitán.

Haplo dio media vuelta y abandonó la sala de mando del sumergible. Cuando salía, casi tropezó con Grundle, Alake y Devon que salían apresuradamente de las sombras de un pasadizo cercano.

—¡Te equivocas! —oyó que Alake le decía a Devon.

—Por tu bien, espero que...

—¡Sssh! —Grundle había visto a Haplo.

Los tres mensch enmudecieron. Era evidente que había interrumpido una conversación importante, pensó Haplo, y tenía la sensación de que giraba en torno a él. Al parecer, los otros dos jóvenes también habían oído a los delfines. Devon parecía avergonzado y

desvió la vista. Grundle, en cambio, miró a Haplo con aire desafiante.

—¿Otra vez espiando? —dijo él—. Pensaba que habíais aprendido la lección.

—Pensabas mal —murmuró Grundle mientras lo veía pasar.

—

— II

El resto del viaje transcurrió en paz. Las serpientes dragón no eran visibles y su espantoso influjo no se dejaba notar. La flota de sumergibles navegaba siguiendo la estela de los cuerpos enormes que avanzaban muy por delante de sus proas.

La vida a bordo era monótona, aburrida y asfixiante.

Haplo estaba seguro de que los tres mensch se traían algo entre manos pero, tras observarlos de cerca durante algunos días, llegó a la conclusión de que sus sospechas eran infundadas.

Alake lo evitaba y se dedicaba a su madre y a los estudios de magia, por los que había desarrollado un renovado interés. Devon y un numeroso grupo de jóvenes elfos pasaban el tiempo practicando el tiro con arco contra una diana que habían improvisado. Grundle era la única que producía cierta preocupación al patryn y, aun así, apenas como una pequeña molestia, como la proximidad de un mosquito.

Más de una vez la sorprendió siguiéndolo con la mirada, observándolo con expresión grave y pensativa, como si le costara decidirse respecto a él. Y, cuando la enana se daba cuenta de que él la miraba, le dirigía un brusco gesto de cabeza o agitaba las patillas hacia él, daba media vuelta y se alejaba. Alake había dicho que Grundle no creía a los delfines pero, al parecer, se equivocaba.

Haplo no perdió el tiempo intentando hablar con la enana. Al fin y al cabo, lo que los delfines habían contado a los jóvenes era cierto. Estaba utilizando a los mensch para sus fines.

Pasaba casi todas sus horas de vigilia con ellos, moldeándolos, dándoles forma, conduciéndolos hacia donde él quería. La tarea no era fácil. Los mensch, espantados de sus aliados, las serpientes dragón, podían desarrollar una exagerada admiración por su presunto enemigo.

Este era el único miedo de Haplo, el único lanzamiento de dados rúnicos que podía echar a perder la partida. Si los sartán recibían a los mensch con los brazos abiertos, si los acogían en su seno, por así decirlo, Haplo estaba perdido. Podría escapar, desde luego —las serpientes dragón se ocuparían de ello—, pero tendría que volver al Nexo con las manos vacías y presentar un informe humillante a su señor.

Enfrentado a tal alternativa, Haplo no estaba seguro de querer volver. Era preferible morir...

El tiempo transcurrió deprisa incluso para el patryn, impaciente por encontrarse al fin frente a su enemigo supremo. Estaba acostado en su camarote cuando escuchó un sonido chirriante y notó que una sacudida recorría la nave. Se alzaron unas voces alarmadas, que los reyes se encargaron de tranquilizar al instante.

Los sumergibles navegaron hacia arriba y emergieron del agua. Fuera, los recibió el aire fresco y la luz. Una luz muy brillante.

Los cazadores habían atrapado al sol.

—

— II

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Alfred pasó la mayor parte del día y una aún mayor de la noche escuchando el eco de la conversación entre Samah y su hijo que le había llegado a través del perro. Volvió a oírlo todo en su mente, una y otra vez, pero un fragmento en especial se repetía con mas insistencia que lo demás.

«Debemos hacer con él lo que hicimos con los otros.»

¿Qué otros?

¿Aquellos que habían descubierto que no eran dioses, que eran (o debían ser) devotos de otro? ¿Aquellos que habían descubierto que los sartán no eran el sol, sino sólo otro planeta más? ¿Qué había sido de ellos? ¿Dónde estaban?

Miró a su alrededor, casi como si esperara encontrarlos sentados en el jardín de Orla. No, los heréticos no estaban en Chelestra. No se encontraban en el Consejo. Pese a que había ciertas disensiones, los miembros del Consejo, con excepción de Orla, parecían respaldar firmemente a Samah.

Tal vez a lo único que se refería Ramu era a que los herejes habían recibido consejo y habían acabado por convertirse al pensamiento ortodoxo sartán. Era una idea reconfortante, y Alfred deseó con todas sus fuerzas crearla. Pasó casi una hora entera convenciéndose de que debía de ser cierta. Pero aquella malhadada parte rebelde de su ser que siempre parecía actuar por su lado (y llevar con ella sus pies) no dejó de replicar que estaba negándose, como de costumbre, a afrontar la realidad.

Aquel debate interno resultaba fatigoso y lo dejó agotado y descontento. Estaba cansado de aquello, cansado de estar solo y obligado a discutir consigo mismo. Le parecía que Orla lo había estado evitando y por eso tuvo una inmensa alegría al verla aparecer en el jardín y dirigirse hacia él.

—¡Ah, estás aquí! —Orla habló en un tono enérgico, impersonal. Era evidente que ahora lo odiaba y Alfred pensó que, en realidad, no podía recriminárselo.

—Sí, estoy aquí —respondió—. ¿Dónde pensabas que estaría, en la biblioteca?

Orla enrojeció de cólera; después palideció y se mordió el labio,

—Lo siento —dijo, al cabo de un momento—. Supongo que me lo he merecido.

—No, soy yo quien lo lamenta —respondió Alfred, consternado consigo mismo—. No sé qué me ha sucedido. ¿No quieres sentarte?

—No, gracias —repuso ella, y el color le volvió al rostro—. No puedo quedarme. Vengo a decirte que hemos recibido un mensaje de los mensch. Han llegado a Draknor. —Su voz se endureció—. Quieren concertar una reunión.

—¿Qué es Draknor? ¿Uno de los durnais?

—Sí, pobre criatura. Según los planes, los durnais debían hibernar hasta que el sol marino se alejara; entonces los despertaríamos y ellos lo seguirían. Pero, después de nuestra desaparición, la mayoría de los durnais no volvió a despertar. Dudo mucho que los propios mensch, que han vivido en los durnais todo este tiempo, tengan idea de que han desarrollado sus existencias sobre un ser vivo.

»Por desgracia, las serpientes dragón se dieron cuenta enseguida de que los durnais eran criaturas vivientes. Atacaron a una de ellas, la despertaron y la han torturado desde entonces. Según los delfines, las serpientes dragón están devorándola lentamente, bocado a bocado. El durnai vive en perpetuo temor y agonía.

»Sí —añadió Orla, al observar que Alfred palidecía de espanto—, así son esas serpientes dragón que se han aliado con tu amigo patryn. Y con los mensch.

Alfred se sintió abrumado. Bajó la vista hacia el perro que dormitaba apaciblemente a sus pies.

—

— II

—No puedo creerlo. De Haplo, no. Haplo es un patryn, desde luego: ambicioso, duro y frío. Pero no es un cobarde, y tampoco es cruel. No se complace en atormentar al indefenso, ni le alegra infligir dolor.

—Pero, aun así, está en Draknor. Y los mensch lo acompañan. Pero no se contentarán con quedarse ahí. Lo que pretenden es instalarse aquí, en este reino. —Orla paseó la mirada por el jardín, frondoso y magnífico bajo la suave oscuridad de la noche—. Para eso

han convocado la reunión.

–Bueno, es comprensible que no puedan quedarse en Draknor. Debe de ser un lugar terrible. Aquí hay espacio de sobra para ellos –comentó Alfred, más animado de lo que se había sentido en varios días.

En realidad, estaba impaciente por volver a encontrarse en compañía de mensch.

Quizá fueran pendencieros e imprevisibles, pero resultaban interesantes.

Entonces vio la expresión de Orla.

–Pensáis dejar que se instalen en Surunan, ¿verdad? –preguntó. Pero vio la respuesta en sus ojos y la miró con asombro y consternación–. ¡No puedo creerlo! ¿Vais a rechazarlos?

–No son los mensch, Alfred –respondió Orla–. Es el que viene con ellos. El patryn. Ha pedido asistir a la reunión.

–¿Haplo? –repitió Alfred, perplejo.

Al oír el nombre, el perro se incorporó de un salto, con las orejas tiesas, buscando con la mirada a su alrededor.

–Vamos, vamos –dijo Alfred mientras, con unas palmaditas, intentaba calmar al animal–. Haplo no está aquí. Todavía no.

El animal lanzó un breve gáñido y volvió a tumbarse con el hocico sobre las patas.

–Haplo en una reunión con los sartán... –murmuró Alfred, inquieto con la noticia–.

Tiene que estar muy confiado, para descubrirse ante vosotros. Naturalmente, vosotros ya sabéis que está en Chelestra y es probable que él esté al corriente de que lo sabéis. De todos modos, no es muy propio de él...

–¡Confiado! –exclamó Orla–. ¡Por supuesto que está confiado! ¡Tiene con él a las serpientes dragón, por no hablar de los miles de guerreros mensch que...!

–Pero los mensch quizá sólo deseen vivir en paz –apuntó él.

–¿De veras lo crees? –Orla lo miró con asombro–. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo?

–Reconozco que no soy tan sabio o inteligente como vosotros –reconoció Alfred modestamente–, pero ¿no deberíais, al menos, escuchar lo que tengan que decir?

–El Consejo los escuchará, desde luego. Por eso Samah ha accedido a celebrar la reunión. Y quiere que tú estés presente. Me ha enviado a decírtelo.

–Entonces, no has venido a verme por tu propia voluntad... –musitó Alfred, bajando la vista al suelo–. Tenía razón: me has estado evitando. No, no te preocupes. Lo comprendo. Ya te he causado suficientes dificultades. Es sólo que echo tanto de menos hablar contigo, escuchar tu voz... –Alzó los ojos–. Añoro tanto contemplarte...

–Alfred, por favor, no. Ya te he dicho que...

–Lo sé. Lo siento. Creo que lo mejor sería marcharme de esta casa. Marcharme de Chelestra incluso, tal vez.

–¡Oh, Alfred, no! No seas ridículo. Tu lugar es éste, con nosotros, con los tuyos...

–¿De veras? –Alfred se lo preguntó en serio, con tal gravedad que la respuesta de Orla no llegó a surgir de sus labios–. Orla, ¿qué les sucedió a los otros?

–¿Los otros? ¿Qué otros? –preguntó ella, perpleja.

–Los otros, los heréticos. Antes de la Separación. ¿Qué les sucedió?

–Yo... no sé de qué me hablas –protestó la mujer.

Pero Alfred advirtió que no decía la verdad. Una palidez extrema se había adueñado del rostro de Orla, que lo miraba con ojos enormes y llenos de temor. La vio abrir los labios como si fuera a decir algo, pero no salió de ellos sonido alguno. Dando media vuelta apresuradamente, la mujer abandonó el jardín casi a la carrera.

Alfred se dejó caer en el banco, desconsolado.

Estaba empezando a sentir un miedo terrible... de su propia gente.

La reunión entre los sartán y los mensch fue acordada a través de los delfines, a los cuales, como había dicho Alake, les encantaba sentirse importantes. Y con tanto nadar de

—
— II

un bando a otro, sugiriendo calendarios, modificándolos, confirmándolos, con tanto discutir dónde, cómo y con quién, los animales estaban muy ocupados y no se les ocurría mencionar sus sospechas acerca de Haplo y de las serpientes dragón.

O tal vez simplemente, con la excitación de los acontecimientos, los delfines se habían olvidado por completo del patryn. Como decía Grundle, ¿qué cabe esperar de la cabeza de un pez?

Haplo se mantuvo en guardia, siempre presente cuando los delfines andaban cerca y siempre atento a pedir que hablaran alguna de las lenguas mensch para no perderse palabra de lo que contaban.

Era una precaución innecesaria.

Los monarcas de las diferentes casas reales tenían preocupaciones demasiado urgentes como para prestar oídos a los chismes ociosos de sus mensajeros. Los mensch discutían en aquel momento sobre si celebrar el encuentro en tierra sartán, como éstos querían, o si insistir en que los sartán embarcaran y se reunieran con los representantes de las tres razas a mitad de camino.

Dumaka, que ya había decidido que los sartán no le gustaban, era favorable a obligarlos a acudir a Draknor.

Eliason declaró que sería más cortés ir ellos a presencia de los sartán. «Somos nosotros los que venimos como mendigos», apuntó.

Yngvar declaró, malhumorado, que no le importaba dónde tuviese lugar la reunión, siempre que fuera en tierra firme. Estaba mareado y harto de vivir en una condenada embarcación.

Haplo permaneció callado, cerca de ellos, limitándose a observar y escuchar. Los dejaría discutir, soltar lo que llevaban dentro, y luego intervendría y les diría qué hacer. Finalmente, los sartán insistieron en que las conversaciones se desarrollarían en Surunan o no habría reunión.

Haplo sonrió para sí. A bordo de una embarcación, en aquellas aguas del Mar de la Bondad que anulaban la magia, los sartán estarían totalmente a merced de los mensch... o de cualquiera que se hallara con éstos.

Pero aún era pronto para pensar en esto. Los mensch aún no estaban en condiciones para luchar. Todavía no.

—Reunios con los sartán en Surunan —les aconsejó Haplo—. Pretenden impresionaros con su fuerza. No sería mala idea hacerles creer que lo han conseguido.

—¡Impresionarnos! ¡A nosotros! —se mofó Delu.

Los delfines se apresuraron a transmitir el asentimiento de los mensch y volvieron para comunicar que los sartán invitaban a los representantes regios de los mensch a acudir a primera hora de la mañana siguiente, para presentarse ante el Consejo y plantear en persona sus peticiones a tan augusto organismo.

Los representantes regios accedieron a ello.

Haplo volvió a su cabina. Nunca en su vida había experimentado tanta excitación. Necesitaba silencio y soledad para tranquilizar su corazón desbocado, para mitigar el ardor de su sangre.

Si todos sus planes se cumplían —y en aquel momento no veía ninguna razón para que no fuera así— regresaría al Nexo en olor de triunfo, con el gran Samah como prisionero. Esta victoria lo reivindicaría, compensaría sus errores y le procuraría nuevamente la mayor estima de su señor, el hombre al que amaba y reverenciaba por encima de todo lo demás.

Y, de paso, Haplo se proponía recuperar también al perro.

—

– II

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Alfred sabía muy bien por qué lo habían invitado a asistir a la reunión entre los mensch y los miembros del Consejo de los sartán, encuentro al cual, en circunstancias normales, no habría sido admitido jamás. Samah estaba al corriente de que Haplo acompañaría a los mensch y, sin duda, estaría observándolo con suma atención para ver si lo sorprendía intentando alguna comunicación con el patryn.

De haber encontrado a Haplo en circunstancias normales, Alfred no habría tenido motivo para inquietarse, pues el patryn no se habría dignado ni a reconocer su presencia, y mucho menos a hablarle. Pero ahora Alfred tenía al perro. Cómo había aparecido el animal a su lado y cómo había hecho Haplo para perderlo eran preguntas que el sartán seguía siendo incapaz de responder.

Alfred tenía el presentimiento de que, cuando Haplo viera al perro, exigiría que se lo devolviera. Así, Samah conseguiría muy probablemente lo que buscaba: una prueba de que Alfred estaba confabulado con un patryn. Y él no podía hacer nada por evitarlo. Pensó en la posibilidad de no asistir a la reunión, de esconderse en algún rincón de la ciudad. Se le pasó por la cabeza, incluso, la loca posibilidad de volver a escapar a través de la Puerta de la Muerte. No obstante, se vio obligado a rechazar todas aquellas ideas por diversas razones, la principal de las cuales era que Ramu se había pegado a él y lo acompañaba dondequiera que iba.

Ramu se encaminó con Alfred y el perro hacia el salón del Consejo y guió a ambos hasta la cámara donde se celebraría el encuentro. Los demás miembros del Consejo ya estaban presentes y ocupaban sus escaños. Todos observaron a Alfred con expresión severa y apartaron la mirada. Ramu señaló una silla, pidió a Alfred que la ocupara y luego se situó justo detrás de él. El perro se enroscó a los pies de su cuidador.

Alfred intentó captar la mirada de Orla, pero no lo consiguió. Ella mostraba un porte sereno, tranquilo, frío como el mármol de la mesa sobre la que apoyaba las manos.

Como los demás, se abstuvo de mirarlo cara a cara. Samah, en cambio, compensó sobradamente la actitud de sus colegas.

Cuando Alfred se volvió en dirección al presidente del Consejo, descubrió sobresaltado los ojos severos de Samah clavados en él con un brillo colérico. Alfred intentó no mirarlo, pero aún fue peor porque entonces, aun sin verlos, siguió notándolos y su mirada dura, iracunda y recelosa le causó un escalofrío.

Absorto en sus vagos terrores, pero sin la menor idea de a qué le tenía miedo, Alfred no percibió la llegada de los mensch hasta que oyó los murmullos y cuchicheos de los miembros del Consejo que lo rodeaban.

Los mensch penetraron en la Cámara del Consejo. Con la cabeza erguida, avanzaron orgullosos tratando de no parecer asombrados e intimidados ante las maravillas que observaban a su paso.

No eran los mensch, sin embargo, lo que había provocado los murmullos de los miembros del Consejo. Las miradas de éstos estaban fijas en una figura, en la piel tatuada de azul del patryn, que entró el último y, manteniéndose detrás de los mensch, se retiró a un rincón en penumbra de la gran sala.

Haplo sabía que lo estaban observando. Sonrió ligeramente, cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda en la pared. Su mirada repasó rápidamente a los miembros del Consejo, se detuvo brevemente en Samah y se clavó, por último, en uno de los presentes.

A Alfred se le subió la sangre al rostro. Notó su calor, escuchó los latidos en los oídos y se preguntó, perturbado, si no le estaría goteando por la nariz.

–

– II

La sonrisa de Haplo se convirtió en una mueca tensa. Pasó la vista de Alfred al perro que dormitaba tranquilamente bajo la mesa, ignorante aún de que su amo había entrado. Luego, los ojos del patryn volvieron a fijarse en Alfred.

Todavía no, le dijo Haplo en silencio. *Todavía no haré nada. Pero aguarda un poco.*

Alfred reprimió un gemido y encogió brazos y piernas como las patas de una araña muerta. Ahora, todos los presentes lo estaban observando: Samah, Ramu, Orla, todos los demás miembros del Consejo... Vio desprecio y disgusto en todas las miradas, menos en la de Orla. Pero en la de ésta vio lástima. Si hubiese tenido cerca la Puerta de la Muerte, se habría arrojado a ella sin pensarlo dos veces.

No prestó atención a los trámites. Tuvo la vaga impresión de que los mensch decían algunas cortesías y se presentaban. Samah se puso en pie y respondió debidamente, presentando a los miembros del Consejo (sin utilizar sus auténticos nombres sartán, sino sus equivalentes mensch).

–Si no os importa –oyó añadir a Samah–, hablaré en el idioma humano. Lo considero el más adecuado para tratar este tipo de asuntos. Naturalmente, me ocuparé de traducir a los elfos y a los enanos...

–No será necesario –lo interrumpió el rey elfo, hablando en un fluído humano–. Todos entendemos los idiomas de los demás.

–¿De veras? –murmuró Samah, levantando una ceja.

Para entonces, Alfred se había tranquilizado ya lo suficiente como para estudiar a los mensch y prestar oído a lo que decían. Le gustó lo que vio y escuchó. Los dos enanos – marido y mujer– tenían el feroz orgullo y la dignidad de los mejores de su raza. Los humanos –también esposos– poseían los movimientos vivaces y las lenguas rápidas de su pueblo, pero moderados por la inteligencia y el sentido común. El elfo estaba solo y tenía un aspecto pálido y apesadumbrado; afligido por la muerte reciente de algún familiar, aventuró Alfred al fijarse en las ropas blancas que vestía. El rey elfo tenía la sabiduría de sus años y, además, la que su pueblo había acumulado con el transcurso del tiempo; una sabiduría que Alfred no había visto en muchos de los elfos de otros mundos. ¡Y las tres razas, tan dispares, estaban unificadas! Y no se trataba de una alianza acordada a toda prisa, concertada por amor de las circunstancias, sino una unidad que se prolongaba, era evidente, desde hacía mucho tiempo y que había sido alimentada con gran cuidado hasta que había arraigado y se había hecho fuerte y firme. Alfred se quedó muy favorablemente impresionado y no pudo por menos que suponer que Samah y el resto de los sartán se habrían llevado la misma impresión.

Los miembros del Consejo, que se habían levantado para ser presentados, volvieron a sus asientos.

–Tomad asiento, por favor –dijo Samah a los mensch con un grácil gesto de la mano. Los mensch miraron a un lado y a otro. Allí no había ninguna silla.

–¿Qué es esto, una broma? –inquirió Dumaka, ceñudo–. ¿O pretendes que nos sentemos en el frío suelo de piedra?

–¿Qué...? ¡Ah, ha sido un descuido! Perdonadme –contestó Samah, como si cayera en la cuenta de su desliz en aquel momento.

El Gran Consejero entonó varias runas. Unas sillas de oro puro tomaron cuerpo de la nada, una detrás de cada mensch. El enano, al notar de pronto que algo lo rozaba por la espalda, dio un respingo de alarma. Cuando se volvió y encontró la silla donde un momento antes no había nada, hizo una profunda inspiración y exhaló el aire en una sonora maldición.

Los humanos se quedaron anonadados por un instante. Sólo el elfo permaneció tranquilo, impertérrito. Con toda frialdad, Eliason tomó asiento y recogió las piernas, separándolas del suelo según la costumbre de los suyos.

Delu se sentó con elegancia y dignidad y tiró de la manga a su ceñudo esposo para que hiciera otro tanto. Dumaka tenía el puño cerrado y las venas le sobresalían pronunciadamente bajo la piel reluciente.

Yngvar lanzó una mirada sombría a su silla y dirigió otra, aún más torva, al sartán.

–Yo me quedaré de pie –declaró el enano.

–Como gustes.

Samah se disponía a continuar, pero el elfo lo interrumpió:

–

– II

–¿No hay otra silla para Haplo, nuestro amigo? Eliason se volvió con su proverbial gracia y señaló al patryn, que seguía de pie junto a la pared.

–Te refieres a ese hombre cuando dices «amigo», ¿no es eso? –inquirió Samah con un tonillo peligroso en la voz.

Los mensch captaron la amenaza sin comprender la causa.

–Sí, desde luego que es nuestro amigo –replicó Delu–. Es decir –se corrigió al tiempo que dirigía una cálida mirada a Haplo–, nos sentiremos honrados si se digna considerarnos como tales.

–«Salvador» es como lo llama mi pueblo –añadió Eliason sin alterarse.

Samah entrecerró los ojos. Se inclinó un poco hacia adelante, con los puños cerrados sobre la mesa que tenía ante él.

–¿Qué sabéis de este hombre? Nada, supongo. ¿Sabéis, por ejemplo, que él y su pueblo han sido durante mucho tiempo nuestros enemigos más enconados?

–Todos hemos sido alguna vez enemigos acérrimos –respondió Yngvar–. Enanos, humanos y elfos supimos hacer las paces. Tal vez vosotros deberíais hacer lo mismo.

–Podríamos ayudaros a negociar, si queréis –se ofreció Eliason, con evidente sinceridad.

La inesperada respuesta tomó por sorpresa a Samah y, por unos instantes, no supo qué decir. Alfred reprimió un repentino impulso de aplaudir. Haplo, de pie en su rincón, sonrió levemente.

Samah recobró el dominio de sí.

–Te agradezco el ofrecimiento, pero las diferencias que separan a su pueblo del nuestro están más allá de tu comprensión. Escuchad mi advertencia: este hombre es un peligro para vosotros. Él y los suyos sólo quieren una cosa, y es el dominio absoluto sobre vosotros y vuestro mundo. No se detendrá ante nada para conseguir su propósito: trampas, engaños, traiciones, mentiras. Fingirá ser vuestro amigo pero, al final, demostrará ser vuestro más letal enemigo.

Dumaka se incorporó de un salto, encolerizado. Eliason se apresuró a detenerlo y las palabras tranquilizadoras del elfo serenaron la cólera del humano como si fueran aceite vertido sobre aguas agitadas.

–Este hombre ha arriesgado su vida por salvar la de nuestras hijas, ha negociado un acuerdo pacífico entre nuestros pueblos y las serpientes dragón, ha sido responsable en gran parte de que hayamos llegado sanos y salvos hasta este reino donde esperamos poder establecernos y levantar nuestros hogares. ¿Son éstos los actos de un enemigo?

–Ésas son las trampas de un enemigo –replicó Samah con frialdad–. De todos modos, no voy a discutir con vosotros. Veo que os tiene completamente engañados.

Los mensch hicieron ademán de querer añadir algo más, pero el Gran Consejero sartán levantó la mano pidiendo silencio con gesto imperioso y continuó:

–Os presentáis aquí con la petición de que compartamos nuestro reino con vosotros.

Aceptamos vuestra solicitud. Permitiremos que vuestros pueblos se establezcan en las zonas de Surunan que determinemos. Estableceremos un gobierno que os dirija y sancionaremos leyes para que os rijáis por ellas. Colaboraremos con vosotros para

ayudaros a mejorar vuestra situación económica. Os educaremos a vosotros y a vuestros hijos. Todo esto y más haremos por vosotros si, a cambio, vosotros hacéis una cosa por nosotros. –Samah dirigió una mirada penetrante a Haplo–. Libraos de ese hombre. Ordenadle que se vaya. Si es vuestro «amigo», como afirmáis, comprenderá que nuestra propuesta sólo busca la defensa de vuestros intereses supremos y no pondrá reparos a hacer lo que le decís.

Los mensch se quedaron mirando fijamente al sartán y, durante un largo momento, la perplejidad les impidió articular palabra.

–¡Intereses supremos! –Dumaka consiguió por fin poner voz a su desconcierto–. ¿A qué te refieres, con eso de «intereses supremos»?

–¿Imponernos un gobierno? ¿Promulgar leyes? –Yngvar se golpeó el pecho con el puño–. ¡Los enanos se gobiernan ellos mismos! ¡Nadie toma las decisiones por ellos! ¡Ni humanos, ni elfos... ni vosotros!

–¡Por muchas sillas de oro que podáis sacar del aire! –añadió Hilda.

–

– II

–Nosotros, los humanos, escogemos a nuestros amigos. ¡Y también a nuestros enemigos! –exclamó Delu con vehemencia.

–Paz, amigos –intervino Eliason suavemente–. Paz. Acordamos que yo me encargaría de parlamentar, ¿verdad?

–Adelante, pues –refunfuñó Dumaka al tiempo que ocupaba de nuevo su asiento.

El rey elfo se puso en pie, dio un paso adelante e hizo una grácil reverencia.

–Parece que sufrimos un malentendido. Hemos venido hasta aquí a pedirnos a ti y a tu gente que tengáis la bondad de compartir vuestro reino con nuestros pueblos. Surunan es, sin duda, suficientemente grande para todos. Cuando nos hemos acercado a vuestras costas camino de esta reunión, hemos podido observar que gran parte de estas magníficas tierras se halla abandonada actualmente.

«Nosotros trabajaremos esas tierras y haremos de Surunan un lugar próspero. Os proporcionaremos gran número de bienes y de servicios de los cuales, sin duda, carecéis en estos momentos. Y, por supuesto, estaremos más que complacidos de incluir a vuestro pueblo en nuestra alianza. Gozaréis de igualdad de voto...

–¡Igualdad! –El asombro de Samah no tuvo límites–. ¡Pero nosotros no somos vuestros iguales! ¡En inteligencia, poderes mágicos y sabiduría, somos infinitamente superiores! Seré indulgente con vosotros –añadió, tras una breve pausa para recobrar la compostura– porque todavía no sabéis nada de nosotros...

–¡Ya sabemos lo suficiente! –Dumaka se puso en pie otra vez. Delu lo imitó y se colocó al lado de su esposo–. Hemos venido en son de paz, con el ofrecimiento de compartir este reino con vosotros pacíficamente, en igualdad de condiciones. ¿Aceptáis o no nuestra propuesta?

–¡Compartir! ¡Con unos mensch! –Samah descargó el puño sobre la mesa de mármol–. ¡No puede haber igualdad de condiciones! ¡Volved a vuestras naves y buscad otra tierra donde podáis ser todos «iguales»!

–Sabes muy bien que no existe otra tierra donde podamos ir –respondió Eliason en tono muy serio–. Nuestra propuesta es razonable y no alcanzo a ver ningún motivo para que no os resulte aceptable. No tenemos intención de apoderarnos de vuestro reino, sino sólo de aprovechar aquella parte de las tierras que no utilizéis.

–Consideramos irrazonables tales demandas. Los sartán no nos limitamos a «utilizar» este mundo. ¡Somos sus creadores! ¡Vuestros antepasados nos adoraban como a dioses! Los mensch contemplaron a Samah, incrédulos.

–Si nos excusáis, nos marcharemos ahora –dijo Delu con aire digno.

–Nosotros adoramos a un dios –proclamó Yngvar–. Adoramos al Uno, al que creó este

mundo. Al que guía las olas.

«El que guía las olas.» Alfred, que había permanecido en su asiento con los hombros hundidos y aire abatido, frustrado y colérico, deseoso de intervenir pero temeroso de que con ello sólo empeorase las cosas, dio un respingo y se quedó sentado con el cuerpo muy erguido. Una profunda conmoción lo recorrió de pies a cabeza. «El que guía las olas.»

¿Dónde había oído aquella frase? ¿Qué otra voz la había pronunciado?

Aquella misma frase, u otra muy parecida. Porque a Alfred le parecía que las palabras estaban ligeramente cambiadas.

«El que guía las olas.»

Estoy en una sala, sentado a una mesa, rodeado de mis hermanos y hermanas. Una luz blanca brilla sobre nosotros, y me envuelve la paz y la serenidad. ¡Tengo la respuesta! Por fin la he encontrado, tras todos estos años de búsqueda infructuosa.

Ahora la conozco, igual que todos los demás. Haplo y yo...

No puedo resistir el impulso de volver la mirada hacia el patryn. ¿Había oído Haplo aquellas palabras? ¿Las recordaba?

¡Sí! Alfred lo vio en su rostro, en sus ojos oscuros y recelosos que le devolvían la mirada, en sus labios tensos y apretados en una mueca torva. Lo percibió en los brazos tatuados del patryn, cruzados sobre el pecho en actitud defensiva. Pero Alfred conocía ahora la verdad. Recordó la Cámara de los Benditos de Abarrach, recordó la luz cegadora, la mesa... y recordó la voz, el Uno...

¡El que guía la Onda!

—

— II

—¡Eso es! —exclamó, saltando de su asiento—. ¡El que guía la Onda! ¿Recuerdas, Haplo? ¡En Abarrach, en la cámara! ¡La luz! ¡La voz que habló! Sonaba en mi corazón, pero la escuché con toda nitidez y tú también la oíste. ¡Tienes que recordarla! Tú estabas sentado junto a...

Alfred dejó la frase a medias. Haplo lo miraba fijamente, con una expresión de profundo odio y de acérrima enemistad. *Sí, lo recuerdo*, decía en silencio aquella mirada. *No puedo olvidarlo por mucho que lo desee. Yo lo tenía todo previsto; sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Tú lo desbarataste todo. Me hiciste dudar de mi señor. Me hiciste dudar incluso de mí mismo. Nunca te lo perdonaré.*

Al oír pronunciar el nombre de su amado dueño, el perro había despertado. Meneó el rabo enérgicamente, se incorporó con las patas temblorosas y volvió la cabeza hacia su amo.

Haplo lanzó un silbido y se dio una palmada en el muslo.

—¡Aquí, muchacho! —llamó al animal.

El perro emitió un gañido, salió arrastrándose de debajo de la mesa, avanzó unos trancos hacia el patryn y, a continuación, se volvió hacia Alfred. Al instante, se detuvo. Con un gimoteo, miró de nuevo a Haplo. Después, sus pasos completaron un círculo y lo llevaron de nuevo donde había empezado, a los pies del sartán.

Alfred alargó la mano hacia él.

—Vamos —incitó al animal—. Ve con él.

El perro soltó otro gañido y se encaminó por segunda vez hacia Haplo, pero acabó por trazar un nuevo círculo y volver junto a Alfred.

—¡Perro! —exclamó Haplo con voz imperiosa, severa e irritada.

Alfred estaba concentrado en el patryn y el perro, pero seguía incómodamente

consciente de la presencia de Samah, quien observaba la escena sin perderse detalle.

Alfred recordó las palabras que acababa de dirigir a Haplo, se dio cuenta de cómo debían de haber sonado a oídos del Gran Consejero, previo más preguntas de éste, nuevos interrogatorios, y exhaló un profundo suspiro.

En aquel momento, sin embargo, nada de ello tenía importancia. Lo importante era el perro... y Haplo.

—Ve con él —suplicó al animal, al tiempo que le daba un suave empujón en la grupa.

El can se negó a moverse.

Haplo lanzó a Alfred una mirada que habría tenido el efecto de un puñetazo, de haber estado lo bastante cerca. Luego, dio media vuelta sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—¡Haplo, espera! —exclamó Alfred—. ¡No puedes dejarlo aquí! Y tú —se volvió al perro—, tú no puedes dejar que se vaya.

Pero el animal continuó sin moverse y Haplo no detuvo sus pasos.

«¡Es preciso que los dos vuelvan a estar juntos! —dijo Alfred para sí mientras acariciaba al afligido animal—. Y es preciso hacerlo pronto. Haplo recuerda al perro y quiere recuperarlo. Buena señal. Si se hubiera olvidado por completo de él...»

Alfred suspiró y movió la cabeza melancólicamente.

Los humanos empezaron a abandonar la cámara en pos de Haplo.

Samah lanzó una mirada colérica a los mensch y anunció:

—Si os marcháis ahora, si seguís a vuestro «amigo», no os permitiremos volver nunca más.

Eliason comentó algo a los demás, en voz muy baja.

—¡No! —exclamó Dumaka, furioso, pero Delu apoyó una mano en el brazo de su esposo pidiéndole moderación.

—No me gusta —se oyó murmurar a Yngvar.

—No tenemos alternativa —replicó su esposa. Eliason les dirigió a todos una última mirada de interrogación. Dumaka apartó el rostro, pero Delu asintió en silencio.

El rey elfo se volvió al sartán.

—Aceptamos vuestro ofrecimiento. Aceptamos todos vuestros términos, con una excepción. No pediremos a este hombre, a nuestro amigo, que nos deje.

Samah arqueó una ceja.

—

— II

—Bueno, eso nos deja en un callejón sin salida, porque no os permitiremos poner pie en esta tierra mientras acojáis entre vosotros a un patryn.

—¡No puedes decirlo en serio! —exclamó Alfred, movido a hablar por la sorpresa—. ¡Han accedido al resto de tus demandas...!

Samah lo miró fríamente.

—Tú no formas parte del Consejo, hermano. Te agradeceré que no intervengas en los asuntos que incumben a la institución.

Alfred palideció, se mordió el labio inferior y guardó silencio.

—¿Y adonde irán nuestros pueblos, entonces? —inquirió Dumaka.

—Preguntad a vuestros amigos —respondió Samah—. Preguntad a los patryn y a las serpientes dragón.

—Nos estáis sentenciando a muerte —dijo Eliason sin alzar la voz—. Y quizás os estáis sentenciando vosotros, también. Hemos acudido aquí en son de paz y ofreciendo amistad. Hemos planteado una petición que consideramos razonable y, en respuesta a ella, hemos sido humillados y tratados con altivez, como si fuéramos niños pequeños. Nuestro pueblo es pacífico. Hasta hoy, no me había pasado nunca por la cabeza que un día pudiera abogar por el uso de la fuerza. Pero ahora...

—¡Ah, por fin aparece la verdad! —El tono de voz de Samah era frío y altivo—. ¡Vaya, vaya! De modo que es esto lo que os proponíais desde el primer momento, ¿no? Vosotros y el patryn lo traíais todo perfectamente estudiado. Queréis destruirnos. Una guerra...

¡Muy bien, emprended una guerra contra nosotros! Si sois afortunados, tal vez

sobreviváis para lamentar vuestra decisión.

El Gran Consejero pronunció unas runas. Los signos mágicos chisporrotearon en el aire con un intenso resplandor rojo y amarillo y estallaron sobre las cabezas de los sorprendidos mensch con la virulencia de un tronido. El calor les quemó la piel, la luz brillantísima los cegó y las ondas de choque del potente trueno los derribó al suelo. El hechizo finalizó bruscamente. La Cámara del Consejo quedó sumida en el silencio. Aturdidos y estupefactos ante aquella demostración de poder mágico —un poder más allá de su comprensión—, los mensch buscaron con la mirada a Samah.

El presidente del Consejo de los sartán había desaparecido.

Los mensch, asustados e irritados, se incorporaron del suelo y abandonaron la sala.

—No lo ha dicho en serio, ¿verdad? —preguntó Alfred, volviéndose hacia Orla—. No puede ser. ¿Ir a la guerra contra quienes son más débiles que nosotros, contra los que estamos destinados a proteger? Nunca ha sucedido una cosa tan abominable. Jamás en nuestra historia. ¡Samah no puede hablar en serio!

Orla rehusó cruzar su mirada con él e hizo como si no lo oyera. Dirigió un fugaz vistazo a los mensch que se alejaban y abandonó la Cámara del Consejo sin contestar a Alfred.

Pero él no necesitaba oír su respuesta. Ya la conocía, pues había observado la expresión del rostro de Samah mientras éste llevaba a cabo su exhibición de magia amedrentadora.

Alfred había reconocido aquella expresión. En incontables ocasiones la había notado en su propio rostro, la había visto reflejada en el espejo de su propia alma.

Era una mueca de miedo.

—

— II

CAPÍTULO

EN LAS PROXIMIDADES DE DRAKNOR CHELESTRA

—Nuestros padres han vuelto. —Con todo el sigilo del que era capaz un enano, Grundle se coló en el pequeño camarote que Alake compartía con sus padres—. Y no parecen muy contentos.

Alake exhaló un suspiro.

—Tenemos que enterarnos de cómo ha ido la reunión —dijo Devon—. ¿Creéis que vuestros padres vendrán aquí?

—No. Están en el camarote de Eliason, justo al lado de éste. Escuchad. —Grundle ladeó la cabeza—. Son sus voces.

Los tres se acercaron al tabique. Desde allí se oían unas voces, en efecto, pero demasiado apagadas para entender lo que decían.

Grundle señaló un pequeño agujero en un nudo de la madera.

Alake comprendió el gesto, colocó la mano en el agujero y empezó a pasar los dedos en torno a su borde, dando vueltas y vueltas mientras cuchicheaba unas palabras. Poco a poco, casi imperceptiblemente, el agujero se hizo más grande. Alake pegó el ojo a él, se volvió a sus compañeros y les hizo un gesto para que se acercaran.

—Tenemos suerte. Queda camuflado detrás de uno de los báculos emplumados de mi madre.

Los tres jóvenes acercaron la cabeza al agujero y pegaron el oído a la pared.

—Jamás he visto una magia parecida —decía Delu en un tono cargado de abatimiento—.

¿Cómo podemos luchar contra un poder tan pasmoso?

—No lo sabremos hasta que lo probemos —declaró su esposo—. Y yo estoy a favor de probarlo. ¡Yo no le hablaría ni a un perro como esa gente nos ha hablado a nosotros!

—Estamos ante un dilema terrible —intervino Eliason—. La tierra es suya por derecho.

Es prerrogativa de esos sartán negarnos permiso para instalarnos en su reino. Pero, con

ello, condenan a nuestros pueblos a la muerte y no me parece que tengan derecho a eso. No deseo luchar contra ellos, pero tampoco puedo ver morir a mi pueblo.

—¿Y tú, Yngvar? —preguntó Haplo—. ¿Qué opinas?

El enano guardó silencio largo rato. Grundle, de puntillas, miró por el agujero. El rostro de su padre estaba muy serio. La enana lo vio mover la cabeza.

—Mi pueblo es valiente. Nos batiríamos con cualquier humano, elfo o como quiera que se llamen éstos... —movió la mano con un gesto de menosprecio dirigido vagamente a los sartán—, si la lucha fuera limpia, con hachas, espadas y arcos. Mi gente no es cobarde. —Yngvar lanzó una mirada ceñuda en torno a él, desafiando a cualquiera a acusarlo de tal cosa. Después soltó un suspiro—. Pero frente a una magia como la que hemos visto hoy... no sé. No lo sé.

—No tendréis que enfrentaros a su magia —apuntó Haplo. Los demás lo miraron.

—Tengo un plan —añadió entonces—. Hay un modo. De lo contrario, no os habría traído aquí.

—¿Tú..., tú sabías esto? —inclinó Dumaka, arrugando la frente con aire receloso—.

¿Cómo es posible? —Ya os lo dije. Mi pueblo y el suyo somos... parecidos. —Señaló los signos mágicos tatuados en su piel y continuó—: Ésta es mi magia. Si el agua de este mar moja las runas, la magia deja actuar y me quedo indefenso, más que cualquiera de vosotros. Pregúntale a tu hija, Yngvar. Ella me vio y lo sabe. Y lo mismo les sucede a los sartán.

—¿Qué va a proponer ahora? —masculló Grundle al otro lado del tabique—. ¿Que invadamos la ciudad con una brigada armada de cubos?

Como se ha apuntado anteriormente, Grundle no nos ha dejado más anotaciones sobre sucesos posteriores. Debemos, por tanto, acudir a este relato de los hechos, tomado de la obra de Haplo, *Chelestra, el*

mundo del Agua, vol. de *Los diarios de la Puerta de la Muerte*.

—

— II

Devon la pellizcó para que callara.

—¡Silencio!

Sin embargo, los soberanos se mostraron casi tan perplejos como la enana.

—Muy sencillo —explicó entonces Haplo—. Inundaremos la ciudad.

Todos se quedaron mirándolo mientras digerían en silencio la extraña propuesta.

Aquello parecía demasiado fácil. Tenía que haber algún error. Cada cual rumió la idea por su cuenta. Luego, poco a poco, la esperanza empezó a avivar un nuevo fuego en sus ojos, hasta entonces nublados por el desaliento.

—¿El agua no les causa daño? —preguntó Eliason con vehemencia.

—El mismo que me causa a mí —respondió Haplo—. El agua nos hace iguales a todos. Y no hay derramamiento de sangre.

—Parece que ahí tenemos la respuesta —apuntó Delu, no muy segura.

—Pero lo único que han de hacer los sartán es evitar mojarse —apuntó Hilda—. Y unos seres tan poderosos serán, sin duda, capaces de ello.

—Los sartán pueden evitar la subida de las aguas durante un tiempo. Pueden refugiarse en los tejados y quedarse allí como gallinas colgadas de sus perchas, pero no podrán permanecer ahí eternamente. El agua subirá más y más. Tarde o temprano, los alcanzará. Y, cuando lo haga, los sartán quedarán indefensos. Entonces podréis llevar los sumergibles a Surunan y adueñaros de ella sin tener que blandir un hacha ni disparar una flecha.

—Pero no podemos vivir en un mundo lleno de agua —protestó Yngvar—. Y, cuando ésta se retire, los sartán recordarán su magia, ¿verdad?

—Sí, pero, para entonces, se habrá producido un cambio de líder entre los sartán. Él

todavía no lo sabe, pero ese Samah con el que habéis hablado hoy va a emprender un viaje. –Haplo sonrió secretamente–. Creo que las negociaciones os serán mucho más fáciles cuando él se haya marchado. Sobre todo si lo único que tenéis que hacer es recordar a los sartán que podéis hacer volver las aguas cuando os venga en gana.

–¿Y será verdad? –quiso saber Delu, perpleja–. ¿Tendremos ese poder?

–Desde luego. Sólo tenéis que pedirselo a las serpientes dragón. ¡No, no, esperad! Dejad que os explique. Las serpientes dragón horadan agujeros en los cimientos de roca. El agua fluye por ellos, se eleva, «humedece» el ánimo de los sartán y, cuando éstos se rinden, las serpientes la hacen retroceder. Las serpientes podrían utilizar su magia para erigir compuertas en la boca de los agujeros para evitar la entrada de agua. Cada vez que se lo pidierais, abrirían de nuevo esas compuertas y repetirían todo el proceso, si fuese necesario. Aunque, como he dicho, no creo que lo sea.

Grundle, pensativa, estudió la idea desde todos los ángulos, como sabía que estarían haciendo sus padres en aquel momento, buscando un punto débil. No pudo encontrar ninguno y, al parecer, lo mismo sucedió entre quienes escuchaban a Haplo de manera más convencional.

–Hablaré con las serpientes dragón, les explicaré el plan –propuso Haplo–. Acudiré a Draknor, si puedo utilizar una de vuestras naves. No deseo traer a las serpientes a bordo de vuestra nave otra vez –se apresuró a añadir, al ver que los mensch palidecían ante tal perspectiva.

Alake estaba radiante.

–¡Es un plan magnífico! Nadie saldrá herido. ¡Y tú pensabas que estaba aliado con las serpientes dragón! –murmuró, y dirigió una mirada colérica a Grundle.

–¡Chist! –replicó la enana, irritada, y pellizcó a su amiga. Elfos, humanos y enanos se mostraron aliviados y esperanzados.

–Llegaremos a un acuerdo con los sartán –comentó Eliason–. El problema es que todavía no nos conocen. Cuando vean que sólo deseamos llevar unas existencias pacíficas y productivas y no molestarlos en absoluto, no pondrán ningún reparo a que nos quedemos.

–*Sin* sus leyes y *sin* considerarlos dioses –precisó Dumaka en tono inflexible.

Los demás asintieron. La conversación volvió a centrarse en los planes para el traslado a Surunan, sobre dónde y cómo viviría cada cual. Grundle ya había oído todo aquello otras veces; los soberanos casi no habían hablado de otra cosa durante la travesía.

–

– II

–Cierra eso –murmuró–. Yo también tengo un plan. Alake cerró el agujero del tabique. Luego, ella y Devon miraron a la enana con expectación.

–Es nuestra oportunidad.

–¿Oportunidad para qué? –preguntó Devon.

–Para descubrir qué está sucediendo realmente –explicó la enana en voz baja, al tiempo que dirigía una mirada de inteligencia a sus compinches.

–¿Te refieres a...? –Alake dejó la frase a medias.

–Seguiremos a Haplo –asintió Grundle–. Descubriremos la verdad acerca de él. Quizás esté en peligro –añadió a toda prisa al advertir el brillo de cólera en los ojos oscuros de Alake–, ¿recordáis?

–Sí, y ésta es la única razón de que apruebe lo que propones –dijo la humana en tono altivo–. La única razón de que consienta en ir.

–Hablando de peligro –intervino Devon en tono sombrío–, ¿qué me decís de las serpientes dragón? La vez que esas criaturas estuvieron a bordo de nuestro sumergible, no fuimos capaces ni de acercarnos al puente. Me refiero a cuando Haplo se enfrentó a ellas. ¿Recordáis?

–Tienes razón –reconoció Grundle, alicaída–. Los tres nos quedamos atontados de miedo. Yo era incapaz de moverme. Y pensé que tú ibas a desmayarte.

–¡Y esa serpiente dragón ni siquiera era real! –subrayó Alake–. Era sólo un..., un reflejo o algo parecido.

–Si nos acercamos a una de verdad, los dientes nos castañetearán tan fuerte que no podremos oír lo que hablen.

–Por lo menos, podremos defendernos –apuntó Devon–. Tengo buena mano con el arco y... Grundle se burló de él.

–Las flechas no tendrán efecto sobre esos monstruos. Ni siquiera las flechas mágicas, ¿verdad, Alake?

–¿Qué? Lo siento, estaba distraída. Has mencionado la magia, ¿no? Veréis, he estado practicando mis hechizos y he aprendido tres nuevos, defensivos. No puedo explicaros en qué consisten porque son secretos, pero me dieron un resultado estupendo frente a mi maestro.

–Sí, ya lo vi. ¿Le ha vuelto a salir el cabello?

–¡Cómo te atreves a espiarme, pequeña bestia!

–¡No lo he hecho! ¡Como si me importara! Pasaba casualmente por allí cuando escuché un ruido y olí a humo. Creí que podía haber un incendio a bordo, de modo que miré por el ojo de la cerradura y...

–¡Aja! ¡Tú misma lo reconoces...!

–Las serpientes dragón –intervino Devon con la diplomacia innata de los elfos–. Y Haplo. Esto es lo importante, ¿recordáis?

–¡Claro que recuerdo! Pero no veo de qué van a servir las flechas mágicas, el fuego mágico o lo que sea si, de todos modos, no podemos acercarnos a esas malditas criaturas.

–Me temo que tiene razón –suspiró Devon.

–Y Alake tiene una idea –apuntó Grundle, mirando fijamente a la humana–. ¿Verdad, Alake?

–Tal vez. Es algo que no deberíamos hacer. Podríamos meternos en un verdadero lío. Alake miró a un lado y a otro, aunque en el pequeño camarote sólo estaban ellos tres. Hizo un gesto a sus amigos para que se acercaran y se inclinó adelante hacia ellos.

–He oído contar a mi padre que en los viejos tiempos, cuando las tribus luchaban unas con otras, algunos guerreros mascaban una hierba que hacía desaparecer el miedo. Mi padre no la utilizó nunca, pues dice que el miedo es la mejor arma de un guerrero en el combate porque aguzar el instinto y...

–¡Bah! Cuando notas las tripas como si fueran a salirse por la boca en cualquier momento, no importa lo aguzado que tengas el instinto.

–¡Silencio, Grundle! –Devon apretó la mano de la enana–. Deja que Alake termine.

–Lo que me disponía a decir antes de la interrupción –la humana dirigió una severa mirada a Grundle– es que, en este caso, no necesitamos en realidad tener los instintos especialmente alerta porque no nos proponemos combatir contra nada. Lo único que

–

– II

queremos es acercarnos a escondidas a las serpientes dragón, escuchar lo que dicen y escabullimos sin ser descubiertos. Esa hierba de la que hablo podría ayudarnos a vencer el miedo que nos provocan.

–¿Es una hierba mágica? –quiso saber Grundle, recelosa.

–No. Es una simple planta, como la lechuga. Sus propiedades son inherentes a ella, no producto de hechizos. Sólo es preciso masticala.

Los tres se miraron.

–¿Qué opinas?

–Me parece buena idea.

–¿Podrás conseguir un poco, Alake?

–Sí. La herborista ha traído una buena reserva, pensando que tal vez la querrían tomar algunos de los combatientes, en el caso de que fuéramos a la guerra.

–Muy bien, pues. Alake, encárgate de traerla. ¿Cómo se llama?

–Zarza impávida.

–¿Zarza? –Grundle frunció el entrecejo–. No creo que... Unas voces en el pasillo interrumpieron la conversación. La reunión de los monarcas estaba finalizando.

–¿Cuándo zarparás, Haplo? –les llegó con nitidez la voz grave de Dumaka al otro lado de la puerta cerrada.

–Esta noche.

Los tres jóvenes intercambiaron una mirada.

–¿Podrás conseguir la hierba para entonces? –susurró Devon.

Alake asintió.

–Muy bien, pues. Está todo decidido. Nos vamos. Grundle extendió la mano al frente. Devon colocó la suya sobre la de la enana. Alake sostuvo ambas entre las suyas.

–Nos vamos –repitieron los tres con voz firme.

Haplo pasó el resto del día aprendiendo ostentosamente a pilotar uno de los pequeños sumergibles biplaza que utilizaban humanos y elfos para pescar. Estudió con todo detalle el funcionamiento de la embarcación enana e hizo gran número de preguntas, muchas más de las necesarias para tripular el sumergible la breve distancia que lo separaba de Draknor. Repasó toda la nave, centímetro a centímetro, con tan profundo interés que terminó por despertar las suspicacias de los enanos.

Sin embargo, el patryn no escatimó alabanzas a la maestría de los enanos en la carpintería y en la navegación y, finalmente, el capitán y la tripulación terminaron buscando detalles que lo impresionaran.

–La nave servirá perfectamente para mis propósitos –declaró por último, contemplando el sumergible con satisfacción.

–Por supuesto –rezongó el enano–. Sólo vas a navegar en ella hasta Draknor. No te propones dar la vuelta al mundo. Haplo le dirigió una leve sonrisa.

–Tienes razón, amigo mío. No me propongo dar la vuelta al mundo.

Se proponía abandonarlo. Lo haría tan pronto como las serpientes dragón inundaran Surunan, lo cual esperaba que sucediera mañana mismo. Capturaría a Samah, y el pequeño sumergible lo llevaría –junto con su prisionero– a través de la Puerta de la Muerte.

–Pondré las runas de protección en el interior de la embarcación, en lugar de en el exterior –se dijo en un murmullo, cuando estuvo de nuevo a solas en su camarote–. Eso debería resolver el problema del agua del mar.

»Eso me recuerda que necesito llevar una muestra de esa agua a mi señor para proceder a analizarla y determinar si existe algún modo de anular sus efectos debilitadores sobre nosotros. Tal vez mi señor pueda descubrir incluso de dónde ha salido este líquido tan especial. Dudo mucho que sea una creación de los sartán...

Haplo escuchó un ruido sordo en el pasillo, junto al camarote.

–Grundle... –murmuró, moviendo la cabeza con una mueca de fastidio.

Había tenido a la mensch siguiéndole los pasos todo el día. Sus pesados andares, sus botas aún más pesadas, sus jadeos y resuellos, habrían alertado de su presencia incluso a alguien sordo y ciego. El patryn se preguntó vagamente en qué travesura andaría metida, pero no se preocupó más del tema. Un pensamiento incómodo seguía royéndole la mente, borrando de ella todo lo demás.

–

El perro. El perro que una vez había sido suyo y ahora parecía estar con Alfred. Haplo sacó del cinto dos puñales que le había regalado Dumaka, los depositó sobre la cama y los examinó minuciosamente. Eran buenas armas, de excelente factura. Invocó su magia y las runas de su piel emitieron su resplandor azulado y su brillo rojizo. Pronunció las runas y colocó el índice en la hoja de uno de los puñales. El acero siseó y burbujéo, y se levantó de él una fina columna de humo. Unas runas de muerte empezaron a cobrar forma en la hoja bajo el dedo de Haplo.

—Que el maldito perro haga lo que le venga en gana. —Haplo puso exquisito cuidado en trazar los signos mágicos de los cuales podía depender su vida, pero había llevado a cabo aquella operación tantas veces que podía permitir que su mente se ocupara de otros asuntos—. He vivido mucho tiempo sin él y puedo volver a hacerlo. Reconozco que me ha sido de utilidad, pero no lo necesito. No quiero recuperarlo. Ya no. Después de haber vivido con un sartán, no lo quiero.

Haplo completó su trabajo en una cara de la hoja. Se echó hacia atrás en la silla y estudió con gran cuidado los trazos en busca de la menor imperfección, del más mínimo error en el intrincado dibujo. No habría ninguno, por supuesto. Haplo era experto en lo que hacía.

Experto en matar, en mentir, en engañar. Incluso era experto en mentirse a sí mismo. Por lo menos, lo había sido en otro tiempo. Entonces no le costaba creer sus propias mentiras. ¿Por qué ya no podía seguir haciéndolo?

—Porque eres débil —se mofó de sí mismo—. Eso es lo que diría mi señor. Y tendría razón. ¡Preocuparme por un perro! ¡Preocuparme por unos mensch! ¡Por una mujer que me dejó nace tanto tiempo! ¡Por un hijo mío que tal vez esté ahí, en el Laberinto, desvalido! ¡Un niño desamparado! ¡Y yo no tengo el valor de volver a buscarlo..., a buscarla!

Un error. Un signo mágico roto, incompleto. Ahora, nada de lo hecho servía. Haplo soltó unas amargas y furiosas maldiciones. Con un gesto brusco, barrió del lecho los puñales.

¡El valiente patryn que arriesgaba la vida por entrar en la Puerta de la Muerte, por explorar nuevos mundos desconocidos!

«... porque tengo miedo de volver al único mundo que conozco de verdad. Ésa fue la verdadera razón por la cual aquel día en el Laberinto, hace tanto tiempo, estuve dispuesto a darme por vencido y morir. No puedo soportar la soledad. No puedo soportar el miedo.»

Y entonces, Haplo había encontrado al perro.

Y ahora, el perro se había marchado.

Alfred. Todo era obra de Alfred. ¡Maldito fuera cien veces!

Del otro lado de la puerta del camarote le llegó un sonoro tamborileo, que sonaba sospechosamente como el taconeo de unas botas pesadas sobre una cubierta de madera. Grundle debía de estar muerta de aburrimiento.

El patryn contempló con aire torvo los puñales caídos en la cubierta. Un trabajo mal hecho. Estaba perdiendo el control, se dijo.

Alfred podía quedarse con el maldito perro. Por él, encantado.

Recogió los puñales y reinició la tarea; esta vez, concentró en ella toda su atención.

Por fin, enlazó el último signo mágico en la hoja del arma. Recostándose en el respaldo de la silla, estudió el puñal. En esta ocasión, todo estaba como era debido. Tomó el otro puñal y empezó a actuar sobre él.

Terminada la tarea, envolvió las dos dagas potenciadas con las runas en un retal de una tela que los enanos llamaban hule, donde su magia estaría perfectamente protegida. La tela era absolutamente impermeable; Haplo lo sabía porque lo había comprobado. El hule mantendría los puñales intactos y evitaría que perdiesen su magia, incluso si

sucedía algo y él se quedaba sin la suya.

No era que esperase problemas, pero no estaba de más andar preparado. Para ser sincero –y Haplo pensó con acritud que aquél debía de ser su día para la sinceridad–, no

Referencia al combate de Haplo con los caodín, *Ala de Dragón*, vol. de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*.

–

– II

se fiaba de las serpientes dragón aunque la lógica le dijera que no había ninguna razón para ello. Quizá su instinto sabía algo que su cerebro ignoraba. En el Laberinto, había aprendido a confiar en su instinto.

Haplo se acercó a la puerta y la abrió de golpe.

Grundle se precipitó en el interior dando tumbos y aterrizó sobre la cubierta, boca abajo. Desconcertada, se incorporó, se sacudió el polvo de la ropa y dirigió una mirada colérica a Haplo.

–¿No deberías ponerte en marcha? –inquirió luego en tono exigente.

–Ahora mismo –respondió él con su media sonrisa. El patryn ató la bolsa de hule al cinturón que ceñía sus calzones y la ocultó bajo los pliegues de la camisa.

–Ya era hora –masculló Grundle, y se alejó con sus sonoras pisadas.

Aquella tarde, Alake acudió a la herbolaria quejándose de que tenía tos e irritación de garganta. Mientras la mujer preparaba una infusión de manzanilla y menta y rezongaba sobre lo terrible que resultaba que la mayoría de los jóvenes no mostrara ya ningún respeto por las viejas costumbres y sobre lo mucho que le alegraba que Alake fuera diferente, la muchacha se ¡ arregló para arrancar varias hojas de la zarza contra el miedo le la herbolaria tenía plantada en un pequeño tonel.

Con las hojas ocultas en una mano y ésta tras la espalda, Alake recogió la mezcla para la infusión y escuchó con atención las instrucciones de la mujer respecto a que debía tomarla recién hecha y repetir la dosis antes de acostarse.

La muchacha prometió que así lo haría y se excusó en la tos para no prolongar la conversación. Cuando hubo salido, añadió las hojas de la zarza impávida a la mezcla para la infusión y regresó rápidamente a su habitación.

Por la noche, Devon y Grundle se reunieron con Alake en la cabina de ésta.

–Ya se ha ido –informó la enana–. Lo vi abordar el sumergible. Es un tipo extraño. Lo he oído en su camarote, hablando consigo mismo. No he entendido gran cosa, pero sonaba preocupado. ¿Sabéis?, no creo que vuelva.

–¡No seas ridícula! –se burló Alake–. Por supuesto que volverá. ¿Adonde va a ir, si no?

–Quizás al lugar del que vino.

–Tonterías. Haplo ha prometido ayudar a nuestro pueblo y no nos dejaría ahora.

–¿Qué te hace pensar lo que dices, Grundle? –preguntó Devon.

–No lo sé –respondió la enana con un aire meditabundo y solemne insólito en ella–.

Había algo en su forma de mirar... –añadió con un lúgubre suspiro.

–Muy pronto lo descubriremos –predijo Devon–. ¿Has conseguido las hierbas?

Alake asintió y ofreció una hoja de la zarza contra el miedo a cada uno. Grundle contempló la hoja gris verdusca con desagrado, la olió y estornudó. Procedió a taparse la nariz, se introdujo la hoja en la boca, la masticó y la tragó.

Después, los tres se quedaron sentados mirándose, a la espera de que los abandonara el miedo.

A los enanos no les gustan las hortalizas; patatas, zanahorias y cebollas son los únicos vegetales de la

dieta enana, e incluso éstos no los comen nunca crudos.

–

– II

CAPÍTULO

DRAKNOR CHELESTRA

—¿Dónde crees que vas con esa nave? El marinero enano, que parecía haber surgido de la nada, observaba a los tres jóvenes con mirada ceñuda.

—Estás hablando con la hija del monarca de los humanos —respondió Alake, irguiéndose con porte imperioso—. Y con la hija de tu rey.

—Eso es —asintió Grundle, avanzando unos pasos. El marinero, desconcertado, se quitó el gorro con que cubría su cabeza e hizo una reverencia.

—Disculpad, pero tengo órdenes de vigilar estas embarcaciones. Nadie puede cogerlas sin permiso del Vater.

—Ya lo sé —replicó Grundle—. Y traigo el permiso de mi padre. Muéstraselo, Alake.

—¿Qué? —Alake miró a la enana, perpleja.

—Enséñale al marinero la carta de autorización de mi padre.

—Grundle guiñó un ojo y lanzó una mirada de inteligencia a la bolsa que colgaba del cinturón, de tiras de cuero trenzadas, que rodeaba el talle de la humana. De la boca de la bolsa sobresalía el extremo, apenas visible, de varios pequeños pergaminos perfectamente enrollados.

Alake enrojeció y entrecerró los ojos.

—¡Eso son mis hechizos! —exclamó, irritada—. ¡Y no voy a enseñarlos a nadie!

—Mujeres... —se apresuró a intervenir Devon, tomando al marinero por el brazo y alejándolo de las muchachas—. Nunca saben lo que llevan en la bolsa.

—¡Calma, Alake! —insistió Grundle en voz baja—. A ese marinero se los puedes enseñar. No sabe leer... La humana le lanzó una mirada colérica.

—¡Vamos! ¡No tenemos mucho tiempo! —dijo la enana, impaciente—, Haplo ya debe de haberse marchado.

Con un suspiro, Alake se llevó la mano a la bolsa y extrajo de ella uno de los pergaminos.

—¿Te vale esto? —preguntó, al tiempo que lo desenrollaba, lo pasaba ante las narices del marinero y lo volvía a guardar antes de que el enano tuviera tiempo ni de parpadear.

—Yo... supongo que sí —respondió el marinero y, tras unos instantes de reflexión, añadió—: Pero, para estar más seguro, creo que iré a preguntárselo directamente al Vater. No os importa esperar un momento, ¿verdad?

—Claro que no. Adelante, tómate tu tiempo —repuso Grundle en tono benévolo.

El marinero se marchó. En el mismo instante en que les dio la espalda, los tres jóvenes se colaron en la embarcación por una escotilla y de allí pasaron al pequeño sumergible, que se mecía al costado de la nave nodriza como una cría de delfín agarrada a su madre. Grundle cerró ambas escotillas, la del casco de la nave nodriza y la del sumergible, y separó este último del gran cazador de sol.

—¿Estás segura de que sabes pilotarlo? —preguntó Alake, a quien gustaban tan poco los aparatos mecánicos como a Grundle las artes mágicas.

—Desde luego —se apresuró a contestar Grundle—. He estado haciendo prácticas. Se me ocurrió que, si alguna vez se presentaba la ocasión de espiar a las serpientes dragón, necesitaríamos una embarcación para hacerlo.

—Muy bien pensado —concedió Alake con gesto magnánimo.

A diferencia del resto del Mar de la Bondad, las aguas que bañaban Draknor eran oscuras y casi opacas.

—Es como navegar en un mar de sangre —apuntó Devon, apostado tras el cristal de la portilla en busca de la pequeña nave de Haplo.

Las dos muchachas asintieron sin alterarse. La hierba contra el miedo se había mostrado a la altura de su fama.

– II

–¿Qué estará haciendo? –se preguntó Alake, inquieta–. Lleva muchísimo tiempo en el interior del sumergible.

–Ya os lo dije –contestó Grundle–. No piensa volver. Probablemente está acondicionándolo para vivir en él durante algún tiempo...

–Ahí está –exclamó Devon, señalando en una dirección.

El sumergible de Haplo era fácil de reconocer: pertenecía a Yngvar y, por ello, llevaba el distintivo del penacho real.

Dando por sentado que Haplo sabía adonde se dirigía (al contrario que los tres jóvenes, ninguno de los cuales había recibido enseñanzas sobre los misterios de la navegación por el Mar de la Bondad), los mensch siguieron la estela de la pequeña nave del patryn.

–Grundle, no te acerques demasiado, no vaya a descubrírnos –le recomendó Alake con voz preocupada.

–¡Bah! En estas aguas no puede vernos. No advertiría nuestra presencia aunque nos tuviera pegados a su...

–... popa –se apresuró a decir Devon.

Grundle continuó al timón. Alake y Devon permanecieron detrás de ella, mirando con expectación por encima de los hombros de la enana. La hierba contra el miedo estaba resultando muy efectiva. Los tres estaban tensos y excitados como era de esperar, pero no sentían el menor miedo. Aun así, de pronto, Grundle se volvió a sus amigos con una expresión afligida en el rostro.

–¡Acabo de recordar una cosa!

–¡Presta atención a lo que estás haciendo!

–¿Os acordáis de la última vez que vimos a la serpiente dragón? La criatura habló con Haplo, ¿recordáis? Alake y Devon asintieron.

–Y le habló en su idioma. ¡No entendimos una sola palabra! ¿Cómo vamos a averiguar qué conversan cuando ni siquiera entendemos lo que dicen?

–¡Oh, vaya! –murmuró Alake con patente desánimo–. No había pensado en eso.

–¿Qué hacemos ahora? –inquirió Grundle, desinflada. En un momento, se había borrado de su ánimo la excitación ante la promesa de aventuras–. ¿Volver al cazador de sol?

–No –contestó Devon con voz resuelta–. Aunque no entendamos lo que dicen, tenemos ojos y tal vez nos ayuden a intuir algo de lo que conversan. Además, Haplo podría correr peligro. Podría necesitar nuestra ayuda.

–¡Y a mí podrían crecerme las patillas hasta que me tocan los pies! –exclamó Grundle, despectiva.

–Entonces ¿qué queréis que hagamos? –inquirió el elfo.

–¿Alake? –Grundle miró a su amiga.

–Estoy de acuerdo con Devon. Voto por seguir adelante.

–Sí, creo que merece la pena continuar –dijo la enana, encogiéndose de hombros.

Después, más animada, añadió: ¿Quién sabe? Tal vez encontremos más joyas de esas.

Haplo pilotó el sumergible hacia Draknor sin prisas, tomándose el tiempo necesario y muy atento a no encallar otra vez. El agua, turbia y oscura, ofrecía un aspecto repulsivo. El patryn apenas podía distinguir nada a través de ella y no tenía la menor idea de dónde estaba ni de qué rumbo seguía. No podía hacer otra cosa que dejar que las serpientes dragón lo guiaran, que lo atrajeran hacia ellas.

Los signos mágicos de su piel emitían un intenso resplandor azulado y Haplo tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para seguir dirigiendo la nave hacia la costa de Draknor cuando todos sus instintos le gritaban que diera media vuelta y se alejara de allí.

La forma de comunicación más fiable en el mar es el sonido. Los capitanes de barco conocen y utilizan los diferentes sonidos característicos que producen las lunas marinas –los durnais– en su deriva a través de las aguas. Estos sonidos son detectados mediante los «oídos elfos», unos aparatos mágicos, manufacturados por los magos elfos, que recogen los sonidos y los transmiten al comandante de a bordo a través de un conducto hueco. Una vez establecida la fuente de estos sonidos y la distancia a que se encuentra cada una, el navegante puede determinar la posición de la nave. Sin embargo, por desgracia, los capitanes sólo están familiarizados con las aguas de la zona por la que se desenvuelven normalmente. Fuera de ellas, deben fiarse ahora de las serpientes dragón para que les indiquen la ruta.

–

– II

La pequeña embarcación emergió de las aguas y quedó flotando en la superficie tan de improviso que Haplo se sobresaltó. Desde la nave se divisaba una larga extensión de playa cuya arena blanca resplandecía en la oscuridad con una luz misteriosa y espectral que emanaba de alguna fuente desconocida, tal vez de la propia roca estrujada y desmenuzada.

Esta vez no había ninguna fogata de bienvenida, lo cual significaba que no lo esperaban –algo que Haplo consideró imposible–, o que no era bien recibido. Se llevó la mano a la bolsa de hule y la notó junto a su piel, pesada y tranquilizadora.

Tras varar el sumergible en la misma orilla, saltó de la cubierta a tierra con cuidado de no mojarse los pies. Fue a parar a la blanca arena, sano y salvo, y dedicó unos instantes a orientarse.

La playa se extendía ante él a lo largo de varias leguas. Unas grandes formaciones rocosas alzaban de la arena sus picos mellados, negras contra el negro mar.

«Extrañas montañas», pensó Haplo mientras las contemplaba con desagrado. Le recordaban un montón de huesos raídos y quebrados. Miró a su alrededor preguntándose dónde estarían las serpientes, y sus ojos descubrieron una abertura oscura en la falda de una de las montañas. Una cueva.

Haplo echó a andar hacia ella por la playa desierta, desolada. Las runas de su piel ardían como llamas.

Los tres mensch arribaron a la ensenada tan cerca de Haplo que prácticamente rozaron su timón con la proa. Una vez allí, sin embargo, mantuvieron su embarcación a distancia.

Observando con dificultad a través de las aguas turbias, vieron que el patryn varaba su nave, saltaba a tierra, se detenía y miraba a su alrededor como si se preguntara qué camino tomar.

Por fin, pareció tomar una decisión y echó a andar con paso resuelto a lo largo de la orilla.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, los tres jóvenes llevaron el sumergible hasta la orilla, lo amarraron a una formación de coral que asomaba del agua «como un dedo que nos advierte que nos larguemos de aquí», apuntó Grundle.

Los tres se echaron a reír.

Llegaron a tierra chapoteando en las aguas poco profundas de la playa, obligados a darse prisa para no perder de vista a Haplo.

Seguirlo resultó fácil, pues la piel del patryn despedía un luminoso resplandor azulado. Avanzaron tras él en silencio.

O, mejor, Devon avanzó tras Haplo en silencio. El elfo se deslizaba sobre la arena con suave facilidad, pisando con tal ligereza que sus pies parecían no llegar a tocar el suelo. Grundle imaginó, optimista, que emulaba a Devon en su sigilo y, en efecto, avanzó con toda la discreción... de que era capaz una enana. Sus recias botas crujían sobre la arena y respiraba en sonoros jadeos, aunque apenas en media docena de ocasiones abrió la boca para decir algo cuando debería haberse quedado callada.

Alake podía moverse casi tan silenciosamente como el elfo pero, con la excitación del momento, había olvidado quitarse los pendientes y las cuentas de cristal. Además, uno de sus hechizos mágicos requería una campanilla de plata, que llevaba guardada en una bolsa. Cuando Alake dio un traspié, la campana emitió un leve tintineo apagado.

Los tres se quedaron inmóviles, conteniendo la respiración, convencidos de que Haplo los había oído. El único miedo que la hierba no había conseguido disipar era el temor a que el patryn los descubriera y los obligara a volver.

El hombre continuó andando. Quedaba claro que no había oído nada. Con un suspiro de alivio, el trío siguió tras él.

A ninguno de los mensch se le pasó por la cabeza, en cambio, que el sonido de la campanilla hubiera sido captado por las serpientes dragón.

Haplo se detuvo a la entrada de la caverna. Sólo había experimentado un terror semejante en una ocasión, frente a la Puerta del Laberinto, donde había acompañado a su señor.

Su señor había sido capaz de entrar. El, no.

—

— II

—Adelante, patryn —dijo una voz siseante desde la oscuridad—. No temas. Nos inclinamos ante ti.

Los signos mágicos de su piel se encendieron con tal intensidad que su resplandor iluminó la cueva en sombras. Más reconfortado por la visión de la potencia de su magia que por las palabras tranquilizadoras de la serpiente, Haplo avanzó unos pasos hasta la boca de la caverna.

Se asomó al interior y las vio.

La luz de sus runas se reflejaba en las relucientes escamas de las serpientes dragón, cuyos cuerpos se enredaban unos con otros en un ovillo monstruoso, aterrador, en el cual era imposible saber dónde terminaba una y empezaba la siguiente.

La mayoría de las criaturas parecían dormidas, pues tenían los ojos cerrados. Haplo avanzó con el sigilo que aprendían a desarrollar los patryn en el Laberinto, pero apenas había puesto pie en la caverna cuando dos de los ojos rasgados se abrieron y fijaron en él su mirada verderrojiza.

—Patryn... —dijo el rey de las serpientes—. Amo... Tu presencia nos honra. Por favor, acércate más.

Haplo hizo lo que la criatura pedía. El ardor y el escozor de los signos mágicos tatuados en su piel casi lo volvieron loco. Se rascó el revés de la mano. La cabeza enorme del reptil se cernió sobre él, mientras el resto del cuerpo seguía cómodamente apoyado sobre el lomo de uno de sus congéneres.

—¿Qué tal fue la reunión entre los mensch y los sartán? —inquirió la serpiente dragón con un perezoso parpadeo.

—Tan bien como cabía esperar —se limitó a contestar Haplo. El patryn estaba impaciente por exponer su plan, impartir las órdenes oportunas a las serpientes y marcharse enseguida. Aquellas criaturas le resultaban repulsivas—. Los sartán...

—Discúlpame —lo interrumpió el rey de los ofidios—, ¿podríamos hablar en humano?

Conversar en tu lengua me fatiga mucho. Reconozco que el idioma humano es tosco e impreciso, pero tiene sus ventajas. Si no te importa...

A Haplo le importaba. No le gustó la propuesta y se preguntó qué habría detrás de aquel cambio inesperado. En su primer encuentro, las serpientes habían hablado en patryn con fluidez y extensamente. Consideró la posibilidad de rechazar la sugerencia, aunque sólo fuera para reafirmar su autoridad, pero decidió que no tenía objeto hacerlo. ¿Qué importaba en qué lengua hablaran? Lo que Haplo no quería de ningún modo era prolongar aquel encuentro un instante más de lo imprescindible.

—Está bien —respondió, pues, y continuó explicando sus planes en el idioma de los humanos.

Los tres mensch vieron entrar en la cueva a Haplo, cuya piel despedía un resplandor azul deslumbrante.

—Ahí debe de ser donde viven las serpientes —dijo Grundle.

—¡Silencio! —Devon tapó la boca de la enana con su mano.

—No podemos entrar detrás de él —cuchicheó Alake, preocupada.

—Quizás haya una entrada por detrás.

Los jóvenes dieron la vuelta a la falda de la montaña, abriéndose camino entre enormes peñascos caídos. La marcha era traicionera, pues el suelo estaba húmedo y resbaladizo, empapado en un líquido oscuro que rezumaba de las rocas. Avanzaron entre tropezones y caídas mientras Grundle mascullaba maldiciones en voz baja.

La ladera de la montaña estaba cubierta de enormes estrías, «como si algo le hubiera dado gigantescos mordiscos», comentó Alake. Pero ninguna de aquellas profundas muescas conducía al interior de la caverna.

Ya iban a darse por vencidos cuando, de pronto, encontraron exactamente lo que habían esperado descubrir: un pequeño túnel horadaba la falda de la montaña. El trío se asomó a la abertura con cautela y examinó el interior. El pasadizo estaba seco y tenía un suelo regular que permitía avanzar por él con facilidad.

—¡Oigo voces! —anunció Grundle con excitación—. ¡Es Haplo! —Prestó atención a lo que oía y, con los ojos como platos, añadió—: Y puedo entender lo que dicen. ¡He aprendido su lengua!

—Los entiendes porque hablan en humano —declaró Alake.

—

— II

—Por lo menos, así nos enteraremos de qué se traen entre manos —intervino Devon, disimulando una sonrisa—. ¿No podríamos acercarnos un poco más?

—Sigamos el pasadizo —propuso Grundle—. Parece avanzar en la dirección correcta.

Los tres entraron en el túnel que, por un increíble azar, parecía llevarlos exactamente hacia donde ellos deseaban ir. Avanzaron por él apresuradamente, y la voz de Haplo se hizo más potente y más nítida a cada instante, igual que las voces de las serpientes dragón. Las paredes del pasadizo despedían un delicioso resplandor fosforescente que iluminaba sus pasos.

—¿Sabéis? —dijo Alake, complacida—, casi parece construido *ex profeso* para nosotros.

—Entonces, eso significa la guerra —fue el comentario de la serpiente dragón.

—¿Acaso tenías alguna duda, Regio? —Haplo soltó una breve carcajada.

—Debo reconocer que sí. Los sartán son imprevisibles. Entre ellos hay algunos verdaderamente desinteresados que acogerían a los mensch con los brazos abiertos y los llevarían a sus propias casas, aunque ello significara quedarse sin un techo sobre sus propias cabezas.

—Samah no es de esos —le aseguró Haplo.

—No, claro. Nunca he supuesto que lo fuese.

La serpiente dragón pareció sonreír, aunque el patryn no logró entender cómo era

posible que el rostro del reptil cambiara de expresión.

—¿Y cuándo atacarán los mensch? —prosiguió la enorme criatura.

—De eso he venido a hablar contigo. Quería sugerirte una cosa. Sé que no se ajusta al plan que habíamos trazado, pero creo que esto resultará mejor. Lo único que tenemos que hacer para derrotar a los sartán es anegar su ciudad con agua del mar.

Haplo expuso su idea en términos muy parecidos a como lo había hecho ante los mensch.

—El agua anulará su magia y los hará presa fácil de los mensch...

—...que entonces podrán atacar y matarlos sin problemas. Apruebo el plan. —La serpiente dragón movió la cabeza en un perezoso gesto de asentimiento. Varias de sus vecinas abrieron los ojos y expresaron su acuerdo con un soñoliento parpadeo.

—No. Los mensch no harán ninguna matanza. Yo pensaba más bien en una rendición... total e incondicional. No quiero que los sartán mueran ahora. Me propongo llevar a Samah y quizás a alguno más a presencia de mi señor para interrogarlos. Y sería muy conveniente que, cuando lleguen allí, aún estén lo bastante vivos como para contestar...

—añadió el patryn irónicamente.

Los ojos rasgados se cerraron hasta quedar reducidos a dos rendijas amenazadoras.

Haplo se puso en tensión, muy atento.

No obstante, la voz del rey de las serpientes sonó casi jocosa.

—¿Y qué harán los mensch con esos sartán empapados?

—Cuando las aguas se hayan retirado y los sartán vuelvan a estar secos, los mensch ya se habrán instalado en Surunan. Los sartán van a tener trabajo para expulsar a varios miles de humanos, elfos y enanos que ya estarán asentados en sus tierras. Y, por supuesto, con vuestra colaboración, rey de las serpientes, los mensch siempre podrán amenazar con abrir las compuertas marinas e inundar de nuevo la ciudad.

—Tengo curiosidad por saber qué te ha llevado a presentar este nuevo plan, en lugar del que tú mismo trazaste. ¿Qué has encontrado de malo en forzar a los mensch a una guerra abierta?

La voz siseante del reptil era fría; su tono, letal. Haplo no entendía a qué se debía aquello.

—Los mensch no saben luchar —explicó—. No han librado una guerra desde quién sabe cuándo. Bueno, los humanos libran escaramuzas esporádicamente, pero pocas veces sale alguien malparado. Los sartán, incluso privados de su magia, podrían causar muchas bajas. Creo que la otra idea es mejor, eso es todo.

La serpiente dragón levantó ligeramente la cabeza, deslizó su cuerpo sobre el cojín que formaban sus súbditos y reptó por el piso de la cueva hacia Haplo. El patryn no se movió de donde estaba y mantuvo la mirada fija en los ojos encendidos de la criatura. El instinto le decía que ceder al miedo, dar media vuelta y salir huyendo, significaría su

—

— II

muerte segura. Sólo tenía una alternativa: hacer frente a todo aquello e intentar descubrir cuáles eran los verdaderos propósitos de las serpientes.

La cabeza plana y desdentada se detuvo frente a él, a la distancia de un brazo.

—¿Desde cuándo un patryn se preocupa de cómo viven los mensch... o de cómo mueren?

Un escalofrío recorrió a Haplo desde lo más profundo de su ser, encogiéndole las entrañas. Abrió la boca y se dispuso a contestar...

—¡Espera! —siseó la serpiente dragón—. ¿Qué tenemos aquí?

Una forma empezó a materializarse en el aire rancio de la cueva. La figura fluctuó y osciló en el aire, casi se hizo sólida y volvió a difuminarse, vacilante bien en su magia o en su decisión, o tal vez en ambas.

La serpiente dragón observó la escena con interés, aunque Haplo advirtió que retrocedía, acercándose al ovillo que formaban sus congéneres.

Lo que el patryn distinguía de la trémula figura le bastó para reconocer de quién se trataba. Era la única persona cuya presencia no necesitaba. ¿Qué estaba haciendo allí? Tal vez era una trampa. Tal vez lo enviaba Samah.

Alfred terminó de materializarse en la caverna, dirigió una vaga mirada a su alrededor, parpadeó repetidamente en la oscuridad y descubrió a Haplo.

—¡Cuánto me alegro de encontrarte! —exclamó con un suspiro de alivio—. ¡No te imaginas lo difícil que resulta este hechizo...!

—¿Qué quieres? —preguntó Haplo, tenso e irritado.

—Vengo a devolverte el perro —respondió Alfred animadamente, al tiempo que movía la mano hacia el animal que acababa de aparecer detrás de él.

—Si hubiera querido recuperarlo, que no es el caso, ya habría ido en su busca...

El perro, más rápido que Alfred en hacerse cargo de la situación, descubrió la presencia de las serpientes dragón y empezó a lanzar unos ladridos furiosos, frenéticos. Alfred se dio cuenta por fin de dónde lo había llevado su magia. Todas las serpientes dragón estaban ahora completamente despiertas y las vio contorsionarse y deshacer con escurridiza rapidez el enmarañado ovillo que formaban momentos antes.

—¡Oh, por el bendito...! —balbuceó Alfred, y cayó al suelo como un fardo.

El rey de las serpientes dragón abalanzó su cabeza sobre el perro con la rapidez de un dardo. Haplo saltó por encima del cuerpo sin sentido de Alfred y agarró al animal por el pelaje del cuello.

—¡Perro, calla! —ordenó.

El perro lanzó un gáñido y miró a Haplo con aire lastimero, como si no estuviera seguro de qué bienvenida darle. La serpiente dragón se retiró.

El patryn señaló a Alfred con un gesto del pulgar.

—Ve con él —dijo al animal—. Cuida de tu amigo.

El perro obedeció, no sin antes dirigir una mirada amenazadora a las serpientes dragón para advertirles que se mantuvieran a distancia. Después, se acercó a Alfred y empezó a lamerle el rostro.

—¿Es tuya esa molesta criatura? —preguntó la serpiente dragón.

—Lo fue, Regio —respondió Haplo—, pero ahora es de éste.

—¿De veras? —Los ojos de la serpiente lanzaron un destello de cólera, pero pronto se calmaron—. Pues aún parece tenerte apego.

—¡Olvidate del condenado perro! —exclamó el patryn, con la impaciencia que le provocaba el miedo—. Estábamos discutiendo mi plan. ¿Querrás...?

—No trataremos nada en presencia del sartán —lo interrumpió la serpiente dragón.

—¿Te refieres a Alfred? ¡Pero si está inconsciente!

—Es una persona muy peligrosa —insistió la criatura con su voz siseante.

—Sí, claro —repuso Haplo mientras contemplaba al sartán tendido en el suelo como un bulto informe. El perro le estaba lamiendo la calva.

—Y parece conocerte muy bien.

Haplo notó un hormigueo de peligro en la piel. ¡Maldito fuera aquel estúpido sartán! Debería haberlo matado cuando había tenido la ocasión. La siguiente oportunidad que tuviera, lo haría sin dudar...

—

— II

—Mátalo ahora —dijo la serpiente dragón. Haplo, tenso, dirigió una torva mirada a las enormes criaturas.

—No —replicó.

—¿Por qué no?

—Porque quizá lo han enviado a espiarme y, si es así, quiero saber por qué, quién se lo ha ordenado y qué pensaba hacer. Y tú también deberías enterarte, si tan peligroso lo crees.

—Poco me importa a mí todo eso. Y te aseguro que es peligroso, aunque nosotras podemos cuidar de nosotras mismas. Para quien es un auténtico peligro es para ti. Ese sartán es . ¡No lo dejes con vida! Mávalo... ahora.

—Me llamas amo, pero quieres darme órdenes —respondió Haplo sin alterarse—. Sólo un hombre, mi señor, tiene tal poder sobre mí. Quizás algún día mate al sartán, pero ese día llegará cuando yo lo marque, cuando yo decida.

La llama verderrojiza de los ojos de la serpiente dragón resultaba casi cegadora. A Haplo le escocieron los ojos, pero reprimió el impulso de parpadear. Tenía el convencimiento de que, si apartaba la mirada aunque sólo fuera un instante, no vería nada más salvo su propia muerte.

Entonces, de pronto, volvió la oscuridad. Los párpados de la serpiente se cerraron sobre la llama.

—Sólo me preocupo por tu bienestar, amo. Por supuesto que tú sabes mejor lo que conviene. Como dices, tal vez sea preferible interrogarlo. Puedes hacerlo ahora.

—El sartán no hablará si os ve cerca. De hecho, no recobrará el conocimiento mientras sigáis por aquí —añadió Haplo—. Si no te importa, Regio, me lo llevaré fuera...

Con movimientos lentos y decididos, sin apartar la vista de la serpiente dragón, Haplo agarró a Alfred por sus flácidos brazos y cargó a la espalda el cuerpo exánime del sartán, que no era precisamente liviano.

—Lo llevaré a mi embarcación. Si le sonsaco algo, te lo haré saber.

La serpiente dragón hizo oscilar la cabeza adelante y atrás, lentamente, en un movimiento sinuoso.

«Está decidiendo si me deja ir o no», pensó Haplo. Se preguntó qué haría si la serpiente no se lo permitía, si le ordenaba quedarse. Calculó que podía arrojarles a Alfred y...

La serpiente cerró los párpados y los abrió de nuevo con otra llamarada en los ojos.

—Está bien. Mientras tanto, estudiaremos tu plan.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis —gruñó Haplo, que no tenía la menor intención de volver. Se encaminó a la salida de la caverna.

—Discúlpame, patryn —dijo entonces la serpiente dragón—. Me parece que te olvidas de tu perro.

Haplo no lo había olvidado. Había sido parte de su plan: dejar allí al animal para que fuera sus oídos. Se volvió hacia las serpientes dragón.

Ellas lo sabían.

—Perro, aquí.

Haplo pasó un brazo por debajo de las piernas de Alfred. El sartán quedó colgado de la espalda del patryn, con los brazos balanceándose en una dirección y otra como un muñeco desmañado y grotesco. El perro los siguió al trote, depositando de vez en cuando un lametón de consuelo en la mano del sartán.

Una vez fuera de la caverna, Haplo exhaló un profundo suspiro y se secó el sudor de la frente con una mano. Entonces comprobó con desconcierto que estaba temblando.

Devon, Alake y Grundle alcanzaron la boca del túnel a tiempo de ver a Alfred surgir de la nada. Al abrigo de las sombras, prudentemente ocultos tras varios grandes peñascos, los tres observaron y escucharon.

—¡El perro! —susurró Devon.

Alake le apretó la mano en una muda petición de silencio. La humana se estremeció y se mostró inquieta cuando las serpientes dragón ordenaron a Haplo que matara a Alfred, pero su rostro se iluminó cuando el patryn respondió que lo haría cuando él decidiera.

—Es un truco —cuchicheó a sus compañeros—. Un truco para rescatar a ese sartán. Estoy segura de que Haplo no tiene intención de matarlo, en realidad.

—

— II

Grundle la miró como si fuera a discutir sus palabras, pero esta vez fue Devon quien asió la mano de la enana y la apretó en gesto de aviso. Con un murmullo, Grundle se sumió de nuevo en el silencio. Haplo dejó la cueva, llevándose con él a Alfred, y las serpientes dragón empezaron a hablar entre ellas.

—Ya habéis visto al perro —dijo su rey, sin abandonar el idioma humano a pesar de dirigirse sólo a sus congéneres.

Los tres jóvenes mensch, acostumbrados a aquellas alturas a oírlos hablar en humano, no se extrañaron en absoluto de tan insólito detalle.

—Y sabéis qué significa el perro —continuó la serpiente dragón con voz cargada de malos presagios.

—¡Yo, no! —susurró Grundle audiblemente. Devon le estrujó la mano otra vez. Las serpientes dragón asintieron a las palabras de su rey.

—Esto es inaceptable —continuó éste—. No nos conviene. Nos hemos relajado y el terror ha remitido. Habíamos confiado en que ese patryn sería nuestra arma perfecta, pero ha demostrado ser débil e incompetente. Y ahora lo encontramos en compañía de un sartán de inmenso poder. ¡De un Mago de la Serpiente cuya vida ha tenido en sus manos y a la cual, sin embargo, no ha puesto fin!

Unos siseos de ira surgieron de la oscuridad. Los tres jóvenes mensch se miraron, perplejos. Todos ellos empezaban a notar un leve temblor en el estómago, un escalofrío que se extendía por su cuerpo... Los efectos de la hierba contra el miedo estaban desapareciendo y Alake no había tenido la previsión de traer más hojas. Los tres se acurrucaron muy juntos en busca de consuelo.

El rey de las serpientes dragón alzó la cabeza y la volvió para abarcar con su mirada a todos los presentes en la caverna. A todos.

—¡Y esta guerra que propone, sin sangre y sin dolor! ¡Habla de «rendición»! —La serpiente pronunció la palabra con un siseo burlón—. El caos es la sangre que nos da vida. La muerte, nuestra comida y nuestra bebida. No. No es la rendición lo que nosotros buscamos. Los sartán están más atemorizados a cada día que pasa. Ahora creen estar solos en este vasto universo que crearon. Su número es escaso; sus enemigos, muchos y poderosos.

»Aun así, el patryn ha tenido una buena idea, y estoy en deuda con él por ello: inundar la ciudad con las aguas del mar. ¿Qué sutil genialidad! Los sartán verán subir el agua y su miedo se convertirá en pánico. Su única esperanza será la huida. Se verán obligados a llevar a cabo lo que hace tanto tiempo tuvieron fuerzas suficientes para resistirse a hacer. ¡Samah abrirá la Puerta de la Muerte!

—¿Y qué hay de los mensch?

—Los confundiremos; los convertiremos de amigos en enemigos. Se matarán entre ellos. Y nosotros nos alimentaremos de su miedo y de su terror y nos haremos más fuertes. Porque necesitaremos todas nuestras fuerzas para entrar en la Puerta de la Muerte.

Alake estaba temblando. Devon le pasó el brazo en torno a los hombros para reconfortarla. Grundle lloraba, pero lo hacía en absoluto silencio, con los labios cerrados con fuerza. Se llevó una mano sucia y temblorosa a la mejilla para enjugar una lágrima.

—¿Y el patryn? —preguntó una de las criaturas—. ¿Ha de morir también?

—No, el patryn vivirá. Recordad que nuestro objetivo es el caos. Una vez que hayamos cruzado la Puerta de la Muerte, haré una visita a ese que se proclama a sí mismo Señor del Nexo. Y me congratificaré con él llevándole como regalo a ese Haplo, un traidor a su

propia raza, un patryn que protege a un sartán.

El miedo creció en los tres jóvenes, invadió sus cuerpos como una enfermedad insidiosa. Se notaban febriles y helados a la vez, brazos y piernas les temblaban sin control y tenían el estómago contraído por las arcadas. Alake intentó decir algo pero tenía los músculos faciales rígidos de pánico y los labios no le obedecían.

—Debemos... avisar a Haplo —consiguió articular.

Los demás asintieron con la cabeza, incapaces de hacerlo de viva voz, pero estaban demasiado asustados para moverse, temerosos de que el menor ruido atrajera sobre ellos la atención de las serpientes dragón.

—

— II

—Tengo que alcanzar a Haplo —insistió Alake débilmente. Extendió la mano, se agarró a la pared de la caverna y se puso en pie con gran esfuerzo. Respiraba con jadeos superficiales, entrecortados.

Emprendió el regreso, pero la luz que les había mostrado el camino a la ida se había apagado. Un olor terrible, a carne viva putrefacta, casi la hizo vomitar. Le pareció escuchar, muy lejano, un lamento desconsolado; como la voz de una criatura enorme que gemía de dolor.

Alake se adentró en el pasadizo en sombras lleno de ruidos.

Devon se dispuso a seguirla, pero descubrió que no podía desasirse de Grundle, cuya mano lo agarraba, rígida y contraída como la de un cadáver.

—¡No! —suplicó la enana—. ¡No me dejéis! El elfo tenía la cara blanca como la tiza y en sus ojos brillaban unas lágrimas contenidas.

—¡Nuestros pueblos, Grundle! —susurró, tragando saliva—. ¡Nuestros pueblos...!

La enana dejó de gimotear y se mordió el labio. Luego, a regañadientes, soltó al elfo.

Devon echó a correr. Grundle se puso en pie trabajosamente y fue tras él dando tumbos.

—¿Se marchan ya los jóvenes mensch? —inquirió el rey de las serpientes dragón.

—Sí, Regio —contestó uno de sus secuaces—. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Matadlos poco a poco, uno después del otro. Dejad que el último viva lo suficiente para contarle a Haplo lo que han escuchado aquí.

—Cómo tú digas.

La lengua de la serpiente dragón vibró de placer fuera de su boca.

—¡Ah! —añadió el soberano de los ofidios como si se le ocurriera en aquel instante—, haced que parezca que han sido los sartán quienes los han matado. Luego, devolved los cuerpos a sus padres. Eso pondrá fin a cualquier proyecto de «guerra sin derramamiento de sangre».

—

— II

CAPÍTULO

DRAKNOR

CHELESTRA

El sumergible ofrecía un aspecto extrañamente patético y desvalido, varado en la orilla como una ballena agonizante. Haplo dejó al inconsciente Alfred en el suelo sin demasiada suavidad. El sartán se desplomó y emitió un gemido. Haplo lo miró con expresión sombría. El perro se mantuvo a cierta distancia de ambos y miró a uno y otro, expectante e indeciso.

Alfred abrió los párpados. Durante unos instantes, su cara de desconcierto hizo patente que no tenía idea de dónde estaba ni de qué había sucedido. Luego recobró la memoria y, con ella, el miedo.

—¿Se..., se han ido? —preguntó con voz temblorosa. Se incorporó, apoyado en sus codos huesudos, y miró en torno a sí con el pánico en los ojos.

—¿Qué pretendías con tu aparición? —exigió saber Haplo.

Tras comprobar que no se veía ninguna serpiente dragón, Alfred se tranquilizó y, con aire avergonzado, respondió mansamente:

—Devolverte el perro. Haplo movió la cabeza.

—¿De verdad esperas que crea eso? ¿Quién te ha enviado? ¿Samah?

—No me ha enviado nadie. —Alfred reunió las diversas partes de su cuerpo larguirucho y huesudo, puso cierta apariencia de orden en ellas y consiguió sostenerse en pie—. He venido por propia voluntad para devolverte el perro... y para hablar con los mensch. —Titubeó ligeramente, antes de decir esto último.

—¿Con los mensch?

—Sí, bien... ésa era mi intención. —Alfred se sonrojó de vergüenza—. Dispuse la magia para que me llevara hasta ti, dando por hecho que estarías a bordo de los cazadores de sol, con los mensch.

—Pues no es así.

Alfred bajó la cabeza y dirigió una mirada nerviosa a su alrededor.

—No, ya veo que no. ¿Pero no..., no deberíamos marcharnos de aquí?

—Yo voy a irme bastante pronto, desde luego. Pero antes vas a decirme por qué me has seguido. Cuando me marche, no quiero caer en una trampa sartán.

—Ya te lo he dicho —protestó Alfred—. Quería devolverte el perro. Ha sido muy desgraciado. Pensé que estarías con los mensch. Ni se me pasó por la cabeza que pudieras estar en otra parte. Tenía prisa y no pensé...

—¡Eso sí que puedo creerlo! —dijo Haplo con impaciencia, cortando sus excusas. Miró fijamente a Alfred y continuó—: Pero todo lo demás, no. ¡Oh! Seguro que no mientes, sartán, pero, como de costumbre, tampoco dices la verdad. Has venido a devolverme el perro. De acuerdo. ¿Qué más?

El rubor de Alfred se intensificó y se extendió al cuello y a la calva.

—Pensaba que te encontraría con los mensch y tendría ocasión de hablar con ellos, de instarlos a tener paciencia. Esta guerra será una cosa terrible, Haplo. ¡Terrible! ¡Debo detenerla! Necesito tiempo, eso es todo. La participación de esas..., de esas criaturas espantosas...

Alfred observó de nuevo la cueva con un estremecimiento y, volviéndose otra vez a Haplo, contempló los signos mágicos de su piel, que despedían un brillante resplandor azul.

—Tú tampoco te fías de ellas, ¿verdad?

—

— II

Una vez más, el sartán invadía la mente de Haplo, compartía sus pensamientos. El patryn estaba más que harto de aquello. Un rato antes, en la caverna, había dicho lo que no debía: «Los mensch no saben luchar... Los sartán podrían causar muchas bajas».

Y escuchó de nuevo la respuesta siseante: «¿Desde cuándo un patryn se preocupa de cómo viven los mensch... o de cómo mueren?».

¿Desde cuándo?

«Y ni siquiera puedo echar la culpa a Alfred —se dijo—. Eso sucedió antes de que él hiciera su torpe entrada en escena. Fue cosa mía. Fue un error mío», reflexionó Haplo con amargura. El peligro estaba presente desde el principio, pero no había querido reconocerlo. Su propio odio lo había cegado. Como las serpientes sabían que sucedería. Miró a Alfred y éste, al percibir que el patryn libraba en su interior una suerte de batalla, guardó silencio y esperó con impaciencia el resultado.

Haplo notó el hocico frío del perro contra su mano, y bajó la mirada. El animal alzó la suya y movió la cola. Haplo le acarició la cabeza, y el perro se arrimó a él.

—La guerra con los mensch es el menor de vuestros problemas, sartán —dijo por

último. Volvió los ojos hacia la caverna, perfectamente visible pese a la oscuridad, como un jirón de nebrura abierto en la ladera de la montaña—. He estado cerca del mal otras veces... en el Laberinto. Pero nunca de algo parecido.

—Movié la cabeza y miré de nuevo a Alfred—. Pon sobre aviso a tu pueblo, como yo voy a alertar al mío. Esos dragones no quieren conquistar los cuatro mundos: ¡quieren destruirlos! Alfred palideció.

—Sí... Sí, lo he notado. Hablaré con Samah, con el Consejo. Intentaré hacerles comprender...

—¡Como si fuéramos a hablar con un traidor!

En el aire de la noche se dibujaron los trazos de unas runas llameantes que chisporroteaban como una cascada de estrellas. Samah apareció en mitad de su despliegue mágico.

—¡Qué extraño que no me sorprenda! —Haplo miró a Alfred con una sonrisa lúgubre—. Casi me empezaba a fiar de ti, sartán.

—¡No sabía nada, Haplo, te lo juro...! —protestó Alfred—. ¡No es cosa mía...!

—No es preciso que sigas tratando de engañarnos, patryn

—declaró Samah—. Hemos vigilado hasta el menor movimiento de tu compatriota, ese «Alfred». Supongo que te resultó muy fácil seducirlo, atraerlo a tus perversos proyectos. Pero estoy seguro de que, a la vista de su ineptitud, ya estarás lamentando la decisión de utilizar a un patán torpe e incapaz como él.

—¡Nunca me rebajaría a utilizar a uno de vuestra raza débil y lloriqueante! —replicó Haplo en son de burla. Pero en silencio, para sí, estaba diciendo: «¡Si pudiera capturar a Samah, podría abandonar este lugar ahora mismo! Dejar atrás a las serpientes dragón y a los mensch, quitarme de encima a Alfred y al condenado perro. El sumergible está dispuesto, las runas nos llevarán sanos y salvos a través de la Puerta de la Muerte...». Haplo dirigió una mirada de soslayo hacia la caverna. Las serpientes dragón seguían sin dejarse ver, aunque sin duda estaban enteradas de la presencia del Gran Consejero sartán en su isla. Pero Haplo sabía que estarían vigilando; estaba tan seguro de ello como si tuviera aquellos ojos verderrojizos delante de él, brillando en la oscuridad. Y los notó urgiéndole a seguir adelante, impacientes por asistir al inicio de la batalla. Ávidos de miedo, de caos. Ávidos de muerte.

—Ahí dentro se refugia nuestro enemigo común. Vuelve con los tuyos, Consejero —dijo Haplo—. Vuelve y alértalos, igual que yo me dispongo a volver con los míos para ponerlos sobre aviso.

Tras esto, dio media vuelta y echó a andar hacia su nave.

—¡Alto, patryn!

Unos brillantes signos mágicos estallaron en el aire y un muro de llamas obstruyó la retirada de Haplo. Las runas despedían un calor intenso que le chamuscó la piel y le laceró los pulmones. —Vuelvo a Surunan —le informó Samah—, y tú vas a volver conmigo, como prisionero.

Haplo se volvió hacia él y sonrió.

—

— II

—Sabes que no lo haré sin resistirme. Tendremos que luchar, y eso es precisamente lo que ellas quieren —respondió señalando hacia la caverna.

Alfred extendió las manos, temblorosas y suplicantes, hacia Samah.

—¡Gran Consejero, escúchalo! Haplo tiene razón...

—¡Silencio, traidor! ¿Crees que no entiendo por qué te pones del lado de ese patryn? Sus confesiones ratificarán tu culpabilidad. Voy a llevarte conmigo a Surunan, patryn. Prefiero conducirte pacíficamente, pero si prefieres luchar... —Samah se encogió de hombros.

—Te lo advierto, sartán —replicó Haplo sin alterarse—. Si no dejas que me vaya ahora, los tres tendremos mucha suerte si escapamos con vida.

Sin embargo, al tiempo que hablaba, el patryn ya empezaba a construir su magia. Antiguamente, los enfrentamientos físicos entre los sartán y los patryn habían sido escasos. Los sartán —que enseñaban a los mensch que la violencia era reprobable— tenían que cuidar su imagen y se resistían, por regla general, a ser arrastrados a la lucha. En lugar de ella, recurrían a medios más sutiles para derrotar a su enemigo. Aun así, de vez en cuando el enfrentamiento era inevitable y se llegaba al duelo. Éste —siempre espectacular y, a menudo, mortífero— se llevaba a cabo en secreto, sin testigos, pues no era conveniente que los mensch vieran morir a uno de sus semidioses.

El combate entre dos oponentes de estas características resulta largo y agotador, tanto física como mentalmente, y corrían historias de combatientes que habían perdido la vida de puro agotamiento. Cada adversario debe preparar no sólo su propio ataque, adecuando su magia a las incontables posibilidades que se le ofrecen en ese momento, sino también una defensa contra el ataque mágico que su oponente pueda lanzarle. La defensa es, principalmente, cosa de intuición y de conjeturas, aunque ambos bandos afirman haber desarrollado maneras de sondear el estado mental del adversario y, con ello, poder prever su siguiente movimiento.

Así era el duelo que Haplo y Samah se disponían a librar. Haplo había soñado con aquel momento, lo había anhelado durante toda su vida. Era el mayor deseo de cualquier patryn pues, aunque en el transcurso de los eones habían perdido muchas cosas, había una en la que siempre se habían mantenido firmes: el odio. No obstante, ahora que por fin se le presentaba la ocasión que había impulsado su existencia, Haplo se sentía incapaz de saborearla. Sólo le sabía a cenizas. El patryn no podía apartar de su cabeza el recuerdo de los ojos enormes, rasgados y encendidos, que sin duda observaban cada uno de sus movimientos.

Se obligó a borrar de su mente la imagen de las serpientes dragón y a concentrarse. Invocó la magia y percibió su respuesta. El júbilo lo inundó y sumergió todos sus temores, todos sus pensamientos sobre los dragones. Se vio joven y fuerte, en el momento culminante de su vigor, y se sintió confiado en la victoria.

El sartán tenía una ventaja que el patryn no había previsto. Samah debía de haber librado ya otros duelos mágicos parecidos. Haplo, no.

Los dos quedaron frente a frente.

—Vete, muchacho —dijo Haplo en voz baja, al tiempo que daba un empujón al perro—. Vuelve con Alfred.

El animal soltó un gáñido, reacio a apartarse de él.

—¡Hazlo! —Haplo le lanzó una mirada iracunda. El perro, con las orejas gachas, obedeció.

—¡Deteneos! ¡Detened esta locura! —exclamó Alfred, y echó a correr en un desesperado intento de interponerse físicamente entre los dos adversarios. Por desgracia, Alfred no se fijó en lo que tenía delante y tropezó con el perro. Los dos rodaron por la arena en un confuso lío aderezado de aullidos.

Haplo lanzó su hechizo.

Para más información sobre estos duelos mágicos, véase el Apéndice I.

Tal cosa es sumamente improbable, si se tienen en cuenta las amplísimas diferencias que existen entre

las estructuras mágicas de cada raza. La mayoría de los duelos se decidían por puro azar, aunque no había

vencedor dispuesto a reconocerlo así.

—

— II

Los signos mágicos de la piel del patryn emitieron unos cegadores destellos azules y rojos que, de pronto, se retorcieron en el aire y se unieron hasta formar una cadena de acero que reflejaba con un brillo mortecino el resplandor de las llamas. La cadena surcó el aire a la velocidad del rayo para prender a Samah entre sus recios eslabones. En un abrir y cerrar de ojos, la magia rúnica de los patryn dejaría al Consejero impotente y en manos de su enemigo.

Por lo menos, esto era lo que Haplo había previsto.

Pero era evidente que Samah había intuido la posibilidad de que su rival intentara hacerlo prisionero. El Gran Consejero invocó un hechizo de modo que, cuando el patryn lanzara su ataque, él ya no ocupara el lugar al que éste iba dirigido. Y así sucedió.

La cadena de acero se cerró en el aire. Samah apareció a cierta distancia de ella y contempló a Haplo con desdén, como habría mirado a un chiquillo que le arrojara piedras. Luego, se puso a cantar y bailar.

Haplo intuyó un contraataque del sartán y comprendió que tenía apenas una fracción de segundo para tomar una decisión angustiosa: o bien preparaba una defensa contra el ataque —y ello exigía acertar al instante entre las mil y una posibilidades que se ofrecían a su enemigo—, o lanzaba un nuevo ataque él mismo, con la esperanza de sorprender a Samah indefenso mientras realizaba su encantamiento. Por desgracia, tal maniobra también lo dejaría indefenso a él.

Haplo, frustrado y furioso al verse desafiado por un enemigo al que había considerado un fácil adversario, se sintió impaciente por poner fin al duelo lo antes posible. Su cadena de acero aún flotaba en el aire. En un instante, Haplo modificó la magia: cambió la forma que habían adoptado los signos mágicos, les dio la de una lanza y arrojó ésta directamente al pecho de Samah.

En la mano izquierda del sartán apareció un escudo. La lanza chocó contra él y los eslabones mágicos que la formaban empezaron a abrirse y separarse.

En aquel mismo instante, una ráfaga de viento se levantó de las aguas y, tomando la forma y la fuerza de un puño enorme, se abatió sobre Haplo, lo golpeó de lleno y lo obligó a retroceder tambaleándose.

El patryn fue a aterrizar pesadamente sobre la arena de la playa.

Aturdido por el impacto, Haplo se puso en pie rápidamente en una reacción intuitiva que su cuerpo había perfeccionado en el Laberinto, donde ceder a la debilidad aunque sólo fuera por un instante significaba la muerte.

El patryn pronunció las runas y los signos mágicos de su cuerpo brillaron como llamas. Abrió la boca para dar la orden que pondría fin a aquel encarnizado enfrentamiento, pero la orden se convirtió en una maldición de sorpresa.

Notó que algo se enrollaba con fuerza a su tobillo y empezaba a tirar de él, tratando de hacerle perder el equilibrio.

Haplo se vio obligado a olvidarse de su hechizo y bajó la vista para ver qué era lo que había hecho presa en él.

El largo tentáculo de alguna mágica criatura marina había surgido del agua.

Concentrado en sus hechizos, Haplo no había advertido cómo se deslizaba por la arena hacia él. Ahora, el tentáculo lo había atrapado; sus anillos, relucientes de runas sanan, se enroscaron rápidamente en torno al tobillo del patryn, a su pantorrilla, a su muslo...

La criatura tenía una fuerza increíble. Haplo hizo esfuerzos por soltarse pero, cuanto más se debatía, más aumentaba la presión del tentáculo hasta que, con un brusco tirón, hizo caer al patryn de bruces en la arena. Haplo agitó las piernas y lanzó puntapiés en un vano intento por desasirse. De nuevo, se vio enfrentado a una decisión terrible: o dedicaba su magia a liberarse, o la empleaba para lanzar un nuevo ataque.

Se volvió para echar una ojeada a su adversario. Samah lo observaba complacido, con una sonrisa de triunfo en los labios.

«¿Cómo puede pensar que ha vencido?», se preguntó Haplo con irritación. Aquel estúpido monstruo no era letal; no lo estaba envenenando, ni trataba de exprimirle la vida con la fuerza de sus anillos.

Era un truco, una distracción para ganar tiempo, se dijo. Seguro que Samah daba por sentado que su adversario concentraría sus energías en intentar liberarse, en lugar de lanzar un contraataque. Pues bien, el sartán iba a llevarse una sorpresa.

—

— II

Haplo concentró todos sus poderes mentales en reorganizar el hechizo que había estado a punto de lanzar. Los signos mágicos centellearon en el aire y, ya empezaban a juntarse con un zumbido que denotaba su poder, cuando el patryn notó la puntera de una bota empapada de agua.

Agua...

De pronto, Haplo comprendió la intención de Samah. Así era como el sartán se proponía derrotarlo. Un recurso muy sencillo, pero eficaz.

Bañarlo en agua del Mar de la Bondad.

Soltó una maldición, pero se esforzó en no dejarse llevar por el pánico. Ordenó a la estructura rúnica cambiar de objetivo, la convirtió en una lluvia de dardos incendiados y la dirigió contra la criatura que lo tenía atrapado.

Pero el tentáculo de la criatura estaba mojado con aquella agua y, cuando las flechas mágicas lo tocaron, emitieron un siseo y su fuego se apagó.

El agua lamió el pie de Haplo, luego la pierna... El patryn, con desesperación ahora, hundió las manos en la arena tratando de agarrarse a algo, de evitar verse arrastrado al mar. Sus dedos dejaron largos surcos en la playa. La criatura de las profundidades era demasiado fuerte y la magia de Haplo se estaba debilitando; las complejas estructuras rúnicas empezaban a desunirse, a desbaratarse.

¡Los puñales! Logró volverse de espaldas, debatiéndose contra los anillos cada vez más apretados que lo inmovilizaban; a continuación, se abrió la camisa a tirones, llevó la mano a la bolsa de hule y empezó a desenvolver la tela que protegía las armas.

Pero un pensamiento frío y cargado de lógica lo impulsó a detenerse. Era la lógica del Laberinto, la lógica que más de una vez le había valido la supervivencia. El agua le llegaba a los muslos. Aquellos puñales eran su único medio de defensa y había estado a punto de permitir que se mojaran. No sólo eso, sino que había estado a punto de revelar su existencia a su enemigo..., a sus enemigos, pues no podía olvidar al público invisible que, probablemente, asistía decepcionado al final del espectáculo.

Era preferible aceptar la derrota —por amargo que resultara— y conservar la esperanza de poder devolver el golpe, que arriesgarlo todo en un intento desesperado que no le llevaría a ninguna parte.

Con la bolsa de hule apretada con fuerza contra el pecho, Haplo cerró los ojos. El agua le cubrió la cintura, el pecho y la cabeza, hasta sumergirlo.

Samah pronunció una palabra. El tentáculo liberó a su presa y desapareció.

Haplo quedó varado en la arena, a merced de las olas. No tuvo necesidad de mirarse para saber qué descubriría: una piel desnuda, de un color blanco enfermizo.

Permaneció tendido tanto rato y tan inmóvil, con las olas lamiéndole suavemente el cuerpo, que Alfred debió de alarmarse.

—¡Haplo! —exclamó, y el patryn escuchó unas pisadas torpes arrastrándose sobre la arena en dirección a él, acercándose insensatamente al agua.

Incorporó la cabeza y lanzó un grito:

—¡Perro! ¡Deténlo!

El animal corrió tras Alfred, atrapó entre sus dientes los faldones de la levita del sartán y tiró de él.

Alfred cayó pesadamente hacia atrás y quedó sentado sobre la arena con las piernas abiertas y extendidas y los brazos en jarras. El perro se plantó a su lado, visiblemente satisfecho de sí mismo, aunque de vez en cuando volvía la vista a Haplo con aire inquieto.

Samah dirigió una mirada de disgusto y desprecio a Alfred.

–Ese animal parece tener más juicio que tú.

–Pero... ¡Haplo está herido! ¡Podría estar ahogándose! –protestó Alfred.

–El patryn no está más herido que tú o que yo –replicó Samah con indiferencia–. Está fingiendo. Lo más probable es que, incluso ahora, esté urdiendo algún plan. Pero, sea el que sea, ahora tendrá que hacerlo sin su magia.

El Consejero se acercó, manteniendo en todo instante una distancia prudencial entre él y el borde del agua.

–Levántate, patryn. Tú y tu secuaz me acompañaréis a Surunan, donde el Consejo decidirá qué hacer con vosotros.

–

– II

Haplo no le prestó atención. El agua había destruido su magia, pero también lo había tranquilizado. Había calmado su fiebre, su rabia. Volvía a pensar con claridad y podía empezar a analizar sus opciones. Una pregunta asaltaba con insistencia su mente:

¿dónde estaban las serpientes dragón?

Estaban escuchando, observando, saboreando el miedo y el odio, a la espera de una muerte final. No intervendrían, al menos mientras durara el duelo. Pero éste ya había terminado. Y Haplo había perdido su magia.

–Muy bien –añadió Samah–, os llevaré conmigo como estáis.

Haplo se sentó en el agua.

–Inténtalo.

Samah empezó a entonar las runas, pero le falló la voz. Carraspeó y probó de nuevo.

Alfred contempló al Consejero con perplejidad. Haplo, con una siniestra sonrisa.

–¿Cómo...? –Samah se volvió? furioso, hacia el patryn–. ¡Pero si ya no tienes poderes mágicos!

–Yo, no –respondió Haplo sin alterarse–. ¡Pero ellas, sí! –Y señaló hacia la caverna con una mano aún mojada.

–¡Bah! ¡Otro truco!

Samah intentó de nuevo pronunciar el encantamiento.

Haplo se puso en pie y avanzó unos pasos chapoteando hasta volver a pisar arena seca. Se sentía observado. Los estaban observando a todos. Lanzó un gemido de dolor y miró con rabia a Samah.

–Creo que me has roto una costilla –dijo, y se llevó una mano al costado, palpando los puñales ocultos bajo la camisa. Para utilizarlos debería tener la piel seca, pero esto no sería difícil de conseguir.

Con un nuevo gemido, se tambaleó y cayó sobre la playa. Al instante, hundió las manos en la arena cálida y seca. El perro soltó un gáñido y empezó a gimotear, compadeciéndose de él.

Alfred, con una expresión ceñuda de preocupación, se encaminó hacia el patryn y le tendió las manos.

–¡No me toques! –exclamó Haplo–. ¡Estoy mojado! –añadió, con la esperanza de que aquel estúpido captara la indirecta.

Alfred retrocedió con aire dolido.

–¡Tú! –dijo entonces Samah, en tono acusador–. ¡Eres tú quien está obstruyendo mi magia!

–¿Yo? –Alfred, boquiabierto, balbuceó unas palabras incoherentes–. Yo... yo... ¿Yo?

No, imposible... Yo no podría...

Haplo se concentró en un pensamiento: regresar al Nexo para transmitir el aviso. Permaneció tendido sobre la cálida arena, encogido, lanzando gemidos como si sufriera un dolor atroz. Su mano, seca ya al contacto con la arena, se deslizó bajo la camisa hasta el interior de la bolsa.

Si Samah intentaba detenerlo, moriría. Se abalanzaría sobre él y le hundiría el puñal hasta el corazón. Las runas grabadas en el acero desbaratarían cualquier magia protectora que hubiese invocado en torno a sí.

Entonces empezaría el auténtico reto.

Los dragones. Aquellas criaturas no tenían intención de permitir que ninguno de ellos escapara.

Si conseguía llegar hasta el sumergible, continuó pensando Haplo, la magia de la nave debería de ser lo bastante poderosa como para mantener a raya a los dragones. Al menos, el tiempo suficiente para permitirle alcanzar de nuevo la Puerta de la Muerte.

La mano de Haplo se cerró en torno a la empuñadura de la daga.

En aquel instante, un grito lleno de terror hendió el aire.

—¡Haplo, ayúdanos! ¡Socorro!

—¡Parece la voz de una humana! —exclamó Alfred con estupor, al tiempo que sus ojos escrutaban la oscuridad—. ¿Qué hace aquí un mensch?

Haplo se quedó inmóvil, con el puñal en la mano. Había reconocido la voz: era la de Alake.

—¡Haplo! —volvió a gritar ésta con desesperación, frenética.

—

— II

—¡Ya los veo!

Alfred indicó una dirección, por donde aparecieron tres mensch que corrían para salvar la vida. Las serpientes dragón se deslizaban tras ellos conduciendo a sus víctimas como ovejas al matadero, divirtiéndose con ellas, alimentándose con su pánico.

Alfred corrió hasta Haplo y volvió a tenderle la mano para ayudarlo a incorporarse.

—¡Deprisa! ¡No tienen ninguna posibilidad! Una extraña sensación invadió a Haplo. Ya había hecho aquello, o algo parecido, en otra ocasión...

... La mujer le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse. Haplo no le agradeció que le hubiera salvado la vida. Ella no esperaba que lo hiciera. Aquel mismo día, tal vez al siguiente, él quizá le devolviera el favor. Así era la vida en el Laberinto.

—Eran dos —dijo, tras contemplar los cuerpos.

La mujer extrajo su lanza de uno de ellos y la inspeccionó para cerciorarse de que seguía en buen estado. El otro enemigo había muerto por la descarga eléctrica que la mujer había tenido tiempo de generar con las runas. El cuerpo todavía humeaba.

—Exploradores —apuntó—. Una partida de caza. —Se apartó la cabellera castaña del rostro y añadió—: Encontrarán a los residentes.

—Sí. —Haplo volvió la cabeza en dirección al lugar del que venían él y la mujer.

Aquellos seres lobunos cazaban en manadas de treinta o cuarenta individuos, y los residentes sólo eran quince, cinco de ellos niños.

—No tienen ninguna posibilidad. —Fue un comentario desapasionado, acompañado de un encogimiento de hombros. Haplo limpió de sangre y pelos su puñal.

—Podríamos volver y ayudarlos a luchar —dijo la mujer.

—Los dos solos no haríamos gran cosa. Moriríamos con los demás. Lo sabes perfectamente.

A lo lejos, sonaron unos gritos ásperos. Los residentes llamaban a la defensa. Por encima de los gritos, las voces agudas de las mujeres entonaban las runas. Y, más agudo todavía que éstas, el llanto de un niño.

La expresión de la mujer se hizo sombría. Su mirada se volvió en dirección a los gritos, indecisa.

—Vamos —la urgió Haplo mientras envainaba el puñal—. Puede haber más fieras de éstas en las inmediaciones.

—No. Se han reunido todas para la cacería.

El llanto del niño subió aún más de tono hasta convertirse en un estridente alarido de terror.

—Los sartán... —murmuró Haplo con tono sombrío—. Ellos nos trajeron a este infierno. Ellos son los responsables de tanta maldad.

La mujer lo miró, con un destello de oro en sus pardos ojos.

—No estoy segura. Tal vez la maldad está dentro de nosotros.

Un grito aterrizado. El grito de un niño. Una mano tendida hacia él. Una mano rechazada. Un vacío, una profunda tristeza por algo irremediablemente perdido.

La maldad dentro de nosotros.

«¿De dónde procedéis? ¿Quién os creó?» Haplo recordó sus palabras a las serpientes dragón.

«Vosotros, patryn.»

El perro lanzó un seco ladrido de advertencia y corrió a su lado, inquieto y expectante, suplicando que le ordenara atacar.

Haplo se puso en pie.

—¡No me toques! —dijo a Alfred con aspereza—. Mantente apartado de mí y evita cualquier contacto con el agua. Desbarataría tu magia —explicó con impaciencia al observar la confusión del sartán—. Aunque para lo que sirve...

—¡Oh! Sí, tienes razón... —murmuró Alfred, y se apresuró a retroceder.

Haplo sacó el puñal. Sacó los dos puñales.

Al instante, Samah pronunció una palabra. Esta vez, su magia surtió efecto. Unos signos mágicos resplandecientes rodearon al patryn, se cerraron como esposas en torno a sus muñecas y le inmovilizaron los pies. Con un gañido de perplejidad, el perro se apartó de su lado de un brinco y huyó a refugiarse tras Alfred.

Haplo casi podía oír la risa estentórea del rey de las serpientes dragón.

—

— II

—¡Suéltame, estúpido! Tal vez aún podría salvarlos.

—No me engañarás con tus trucos, patryn. —Samah empezó a cantar las runas—. No esperarás hacerme creer que la vida de esos mensch te importa algo, ¿verdad?

No, Haplo no esperaba que Samah creyera tal cosa, porque él mismo no la creía. Era cosa del instinto, de la necesidad de proteger a los débiles, a los desvalidos. De la expresión del rostro de su madre mientras ocultaba a su hijo entre los matorrales y se volvía para enfrentarse a su enemigo.

—¡Haplo, ayúdanos!

Los gritos de Alake resonaron en sus oídos. Trató de liberarse de las ataduras, pero la magia era demasiado poderosa. Notó que la fuerza de Samah lo arrastraba lejos de aquel lugar. La arena, el agua y las montañas empezaron a desaparecer de su vista. Los gritos de la mensch se hicieron débiles y lejanos.

Y entonces, de pronto, el hechizo cesó. Haplo se encontró nuevamente de pie en la playa. Se sentía aturdido, como si hubiera caído desde una gran altura.

—Adelante, Haplo —dijo Alfred a su lado. El cuerpo del sartán, por lo general encorvado, estaba ahora muy erguido; sus hombros caídos aparecían perfectamente cuadrados—. Ve tras los muchachos. Sávalos si puedes.

Una mano se cerró sobre la suya. Haplo bajó la vista a sus muñecas. Las esposas habían desaparecido. Estaba libre.

Samah estaba paralizado de rabia, con el rostro desfigurado por una mueca de furia.
–¡Nunca, en toda la historia de nuestro pueblo, se ha oído de un sanan que ayudara a un patryn! ¡Con esto te has condenado, Alfred Montbank! ¡Tu destino está sellado!
–Ve tras ellos, Haplo –repitió Alfred, haciendo oídos sordos a los desvaríos de Samah–. Yo me ocuparé de que no se entrometa.
El perro corría en círculos alrededor de Haplo lanzando ladridos de alarma, avanzaba unos trancos hacia las serpientes dragón y corría atrás para apremiar a su amo.
Su amo, otra vez.
–Te debo una, Alfred –dijo el patryn–. Aunque dudo que viva para poder pagarte.
Sacó los puñales, cuyas runas refulgieron, azules y rojas. El perro se alejó a la carrera, lanzándose directamente contra las serpientes dragón.
Haplo lo siguió.

–

– II

CAPÍTULO

DRAKNOR CHELESTRA

Las serpientes dragón habían permitido a los mensch abandonar la caverna ilesos, sin perderlos de vista en ningún momento. Los tres alcanzaron la orilla y vieron a lo lejos a Haplo y su nave. El miedo remitió y la esperanza volvió a sus corazones. Los tres echaron a correr hacia el patryn.

Las serpientes dragón surgieron entonces de la cueva. Cien cuerpos sinuosos se cernieron sobre el suelo formando una masa palpitante, embadurnada de cieno.

Los tres mensch escucharon su siseo y se volvieron, aterrorizados.

La mirada verderrojiza de las criaturas los cautivó, los paralizó, fascinados. Las lenguas chasquearon como látigos probando el aire, oliendo y saboreando el miedo. Las serpientes dragón se abalanzaron sobre sus presas. Pero no era su intención acabar con ellas enseguida.

El miedo hacía fuertes a las gigantescas criaturas; el terror les proporcionaba poder. Siempre les disgustaba ver morir a sus víctimas.

Bajaron de nuevo la cabeza de ojos llameantes y frenaron su avance hasta convertirlo en un lento y perezoso reptar.

Los mensch, liberados de la fascinación paralizante, echaron a correr por la playa entre gritos de terror.

Las serpientes dragón sisearon complacidas y se deslizaron rápidamente tras ellos. Se mantuvieron cerca de los jóvenes, lo suficiente como para que percibieran el hedor húmedo y pútrido de la muerte que traían con ellas, lo bastante cerca como para que captaran los sonidos que iban a ser los últimos que oyesen... aparte de sus propios gritos de agonía. Los gigantescos cuerpos se deslizaban sobre la arena, que rechinaba bajo su peso. Las cabezas aplastadas se cernían sobre los mensch y producían espantosas sombras oscilantes delante de ellos.

Y, mientras tanto, las serpientes dragón contemplaban con regocijo el duelo entre el patryn y el sartán, se alimentaban con el odio de aquel enfrentamiento y se hacían aún más fuertes.

A los mensch se les terminaban las fuerzas y, cuando sus cuerpos empezaron a debilitarse, cedió también la intensidad de su terror. Las serpientes dragón necesitaban azucar un poco a sus presas, espolearlas para que volvieran a la acción.

–Coged a uno de ellos –ordenó el rey de las serpientes desde su posición, a la cabeza de sus súbditos–. A la humana. Matadla.

Amanecía. La noche se desvanecía y la oscuridad se retiraba, todo lo que podía retirarse en aquel lóbrego paraje. La luz del sol brillaba tenuemente sobre las oscuras aguas. Haplo dejaba una sombra en la playa mientras corría.

—¡Tenemos que ayudarlo! —apremió Alfred a Samah—. ¡Tú puedes ayudarlo, Gran Consejero! Utiliza tu magia. Entre los dos, tal vez logremos derrotar a los dragones... —...y mientras yo combato a esos monstruos, tu amigo el patryn escapa. ¿Es ése tu plan?

—¿Escapar? —Alfred pestañeó, con un destello de estupor en sus ojos azul pálido—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Míralo! ¡Fíjate! Está arriesgando su vida...

—¡Bah! ¡No corre ningún peligro! ¡Esas criaturas espantosas están a sus órdenes! Su pueblo las creó...

—No es eso lo que me ha dicho Orla —replicó Alfred, irritado—. Y tampoco es eso lo que te dijeron las serpientes dragón en la playa, ¿verdad, Gran Consejero? «¿Quién os creó?», les preguntaste. «Vosotros, sartán», fue su respuesta. Eso te dijeron, ¿verdad? Samah tenía el semblante muy pálido. Levantó su mano diestra y empezó a trazar un signo mágico en el aire.

—

— II

Alfred alzó su zurda y trazó el mismo signo al revés, anulando la magia.

Samah se desplazó a un lado en un garboso paso de danza, murmurando unas palabras casi inaudibles.

Alfred se deslizó con el mismo garbo hacia el lado opuesto y repitió las mismas palabras, pero al revés.

De nuevo, la magia de Samah quedó anulada.

Mientras tanto, a su espalda, Alfred podía oír un furioso siseo y el roce de los cuerpos de los reptiles al deslizarse, además de la voz ronca de Haplo gritando instrucciones al perro. Alfred ardía en deseos de ver qué sucedía, pero no se atrevía a apartar un ápice su atención de Samah.

El Gran Consejero sartán recurrió a todo su poder y empezó a trazar un nuevo hechizo. La magia retumbó en la distancia, las runas chisporrotearon y la tremenda y aturdidora tormenta de posibilidades se abatió con toda su fuerza sobre Alfred.

Empezó a sentirse mareado.

El único objetivo de Haplo era rescatar a los mensch. Una vez que lo consiguiera, no tenía la menor idea de qué hacer, ni había trazado ningún plan de ataque. ¿Para qué molestarse?, se dijo a sí mismo con amargura. Desde el primer momento, había sabido que su acción era desesperada. Necesitaba emplear toda su concentración para mantener a raya el miedo que amenazaba con adueñarse de él, aplastarlo y arrojarlo sobre la arena vomitando hasta que le salieran las tripas por la boca.

El perro lo había dejado atrás y ya había alcanzado a los mensch. Los tres estaban casi exánimes, pues el agotamiento y el terror habían acabado con sus últimas fuerzas. Sin hacer caso de las serpientes, el perro corrió en torno a los mensch, los mantuvo agrupados y los animó a seguir cuando parecía que alguno iba a quedarse atrás.

Una de las serpientes se acercó demasiado, y el animal se lanzó hacia ella con un gruñido de advertencia.

La serpiente dragón retrocedió reptando.

Devon se derrumbó en el suelo. Grundle lo asió por el hombro y lo sacudió.

—¡Levanta, Devon! —suplicó la enana—. ¡Levántate!

Alake, con una valentía nacida de la desesperación, se plantó junto a su amigo caído y se volvió para hacer frente a las serpientes dragón. Levantó una mano temblorosa, pero sus dedos no aflojaron su firme presión en torno al objeto que sostenían, una pequeña vara de madera. Mostró la vara con gesto atrevido y empezó a formular su hechizo, tomándose tiempo para pronunciar las palabras con claridad y nitidez, como le había enseñado su madre.

La madera se inflamó con una llama mágica. Alake movió la tea ante los ojos de las

criaturas como lo habría hecho ante los ojos de algún gato depredador que acechara a sus gallinas.

Las serpientes dragón titubearon y retrocedieron. Haplo comprendió su juego y la rabia le hizo olvidar el miedo. Devon estaba reincorporándose con la ayuda de Grundle. El perro ladraba y saltaba en un intento de atraer la atención de las criaturas hacia él y apartarla de los mensch.

Alake, orgullosa, hermosa y exultante, arrojó la tea hacia las serpientes.

—¡Abandonad este lugar! ¡Marchaos! —exclamó.

—¡Alake, agáchate! —le gritó Haplo.

La serpiente atacó con increíble rapidez, lanzando la cabeza hacia adelante más deprisa de lo que el ojo podía seguir y de lo que el cerebro podía asimilar. Fue como una mancha borrosa en movimiento, nada más. Una mancha borrosa que avanzó y retrocedió.

Alake soltó un grito y cayó al suelo retorciéndose de dolor.

Grundle y Devon se arrodillaron a su lado. Haplo casi tropezó con el trío. Asió a la enana por el hombro y la puso en pie de un tirón.

—¡Sigue adelante! ¡Corre! —le gritó—. ¡Busca ayuda!

¿Ayuda? ¿Ayuda de quién? ¿De Alfred? ¿En qué estaba pensando?, se dijo con irritación. Las palabras habían acudido a sus labios como un reflejo. Pero, por lo menos, con aquello quitaría de en medio a la enana.

—

— II

Grundle pestañeó, entendió lo que le decía el patryn y, tras una mirada desesperada a Alake, dio media vuelta y echó a correr hacia la orilla.

La cabeza de la serpiente dragón se alzó en el aire, cerniéndose sobre su víctima, sobre Haplo. Sus ojos estaban fijos en el patryn, en las dagas que empuñaba, en el resplandor azul de las runas grabadas en el acero. La serpiente confiaba en sus fuerzas, pero actuó con cautela. No sentía ningún respeto por el patryn pero era lo bastante inteligente como para no subestimar a su enemigo.

—Devon —dijo Haplo, con voz calculadamente calmada—, ¿cómo está Alake?

La respuesta del elfo fue un sollozo entrecortado. El patryn oyó los gritos de la muchacha. No estaba muerta, pero casi era peor. Envenenada, pensó; con la carne desgarrada por la boca del dragón, dura como el hueso.

Se arriesgó a echar una breve mirada a su espalda. Devon tenía en sus brazos a Alake y la estrechaba contra él tratando de reconfortarla. El perro estaba al lado del elfo, gruñendo amenazadoramente a toda serpiente que mirara hacia ellos.

Haplo se colocó entre la serpiente y los mensch.

—Perro, quédate con ellos —dijo. Después, plantó cara a la serpiente dragón con los puñales en alto.

—Cógelo —ordenó el rey de las serpientes.

La cabeza de la criatura descendió sobre el patryn con las fauces abiertas, babeando veneno. Haplo esquivó ésto lo mejor que pudo, pero varias gotas cayeron sobre él, atravesaron sus ropas mojadas y llegaron a su piel.

Experimentó un dolor lacerante, ardiente, pero aquello no tenía importancia en aquel momento. Mantuvo la mirada y la atención fija en su objetivo.

La serpiente se lanzó sobre él.

Haplo retrocedió de un salto, juntó las manos y hundió ambos puñales en el cráneo de la criatura, entre sus ojos rasgados y encendidos.

Los aceros potenciados por la magia se clavaron profundamente y brotó de la herida un chorro de sangre. La serpiente dragón lanzó un rugido de dolor y llevó la cabeza hacia arriba y hacia atrás arrastrando con ella a Haplo, que trataba de conservar sus armas.

Al patryn casi se le descoyuntaron los brazos y se vio obligado a soltar los puñales. Cayó a la arena y, acuclillado en ella, esperó.

La serpiente dragón herida se debatió y se agitó a ciegas en sus estertores de muerte. Por fin, tras un estremecimiento, se quedó quieta. Sus ojos quedaron abiertos, pero el fuego había desaparecido de ellos. La lengua bifurcada colgaba de su boca desdentada. Los puñales seguían firmemente clavados en la cabeza ensangrentada.

–Ve por tus armas, patryn –dijo el rey de las serpientes con un destello complacido en sus ojos verrojozados–. ¡Cógelas! ¡Sigue luchando! Ya has matado a una de nosotras. ¡No te rindas ahora!

Era su única oportunidad. Avanzó un paso y extendió la mano en un intento desesperado.

Otra serpiente abatió su cabeza sobre él, y notó un destello de dolor en el brazo. Tenía algún hueso astillado y el veneno le quemaba en la sangre. Con la diestra inutilizada, Haplo insistió e hizo un nuevo intento con la zurda.

La serpiente se dispuso a lanzarse de nuevo contra él, pero una orden siseante de su rey la detuvo.

–¡No, no! ¡No acabes con él todavía! El patryn es fuerte. ¿Quién sabe?, quizá sea capaz de alcanzar su nave...

¡Ah!, si pudiera llegar hasta el sumergible... Pero Haplo se rió al pensarlo.

–Eso es lo que quieres, ¿verdad? Quieres verme dar media vuelta y echar a correr. Pero... ¿hasta dónde me dejarías llegar? ¿Hasta casi tocar la nave? Tal vez incluso me dejarías poner pie en ella. Y luego, ¿qué? ¿Capturarme otra vez? ¿Llevarme a tu cubil?

–Tu terror nos alimentará durante mucho tiempo, patryn –siseó la serpiente dragón.

–No cuentes conmigo. Tendrás que buscar diversión en otra parte.

Lenta y premeditadamente, Haplo volvió la espalda a las serpientes y se agachó junto a los dos jóvenes. El perro montó guardia detrás de su amo, sin dejar de gruñir a toda serpiente que se acercaba demasiado.

–

– II

Alake ya no gemía, ni se debatía. Tenía los ojos cerrados y la respiración agitada y superficial.

–Yo... me parece que está mejor –dijo Devon, tragando saliva con esfuerzo.

–Sí –musitó Haplo–. Pronto se pondrá bien. Escuchó detrás de él los enormes cuerpos que se acercaban reptando. Los gruñidos del perro se intensificaron. Alake abrió los ojos y le sonrió.

–Estoy mejor –susurró–. Ya..., ya no me duele.

–¡Haplo! –lo alertó el elfo.

Volvió la cabeza. Las serpientes habían empezado a rodearlos, unas avanzando por la izquierda y otras por la derecha. Sus cuerpos se deslizaban sobre el suelo haciendo eses, enroscándose, con sus cabezas aplastadas vueltas siempre hacia él. Lenta e inexorablemente, lo envolvían. Las criaturas iniciaron un siseo, unos cuchicheos suaves, sibilantes, mortales. El perro dejó de gruñir y se acurrucó contra su amo.

–¿Qué sucede? –musitó Alake–. Has matado a la serpiente dragón. Te he visto. Se han marchado, ¿verdad?

–Sí –respondió Haplo, con las manos de la muchacha entre las suyas–. Se han ido. El peligro ha pasado. Ahora, descansa.

–Descansaré. ¿Me velarás?

–Te velaré.

Alake sonrió y cerró los ojos. Su cuerpo se estremeció; después quedó inmóvil. Samah pronunció la primera runa, empezó a decir la segunda... La magia se formaba en torno a él como una nube tachonada de lentejuelas.

Una persona diminuta apareció delante del sartán, gritando a pleno pulmón, y se agarró a él. El impulso que traía casi dio con los dos por el suelo.

El hechizo quedó interrumpido, y Samah bajó la vista a la joven enana, cuyas manos sucias tiraban de su túnica con tal fuerza que casi se la arrancaban.

—Rescate... Alake cayó... Haplo solo... dragones... necesita... ayuda... —La enana jadeó, sin dejar de tirar de la túnica—. ¡Tú... ven!

Samah apartó a la mensch con desdén.

—Otro truco.

—¡Ven! ¡Por favor! —suplicó la enana, y estalló en lágrimas.

—Yo te ayudaré —dijo Alfred.

La enana tragó saliva y lo miró con aire dubitativo. Alfred se volvió hacia Samah.

El Gran Consejero estaba pronunciando las runas otra vez, pero en esta ocasión Alfred no lo detuvo. El cuerpo de Samah emitió un resplandor tenue y empezó a desaparecer.

—¡Ven en ayuda de tu amigo, el patryn! —exclamó—. ¡Verás cómo te lo agradece!

El Gran Consejero se desvaneció por completo.

La enana estaba demasiado preocupada y asustada para mostrar sorpresa. Se limitó a asir la mano surcada de arrugas de Alfred. Había recobrado el aliento, más o menos, y lo apremió:

—¡Tienes que ayudarlo! ¡Las serpientes dragón lo están matando!

Alfred dio un paso, dispuesto a hacer lo que pudiera aunque no estaba seguro de qué sería ello. Pero, concentrado en Samah, había olvidado el espanto de aquellas criaturas.

En aquel momento, horrorizado, las observó: sus largos cuerpos de ofidios que zigzagueaban en la arena y se agitaban como látigos, sus ojos rojos como las llamas y verdes como el siniestro mar, sus mandíbulas desdentadas y babeantes, sus lenguas de las que rezumaba veneno.

La debilidad se adueñó una vez más de él. Alfred se dio cuenta y trató de resistirse, pero sin mucho ánimo. Tambaleándose, se dejó ir, se dejó llevar lejos del miedo...

Unos pequeños puños lo golpeaban.

Desconcertado, Alfred abrió los ojos. Estaba tendido en la arena. Una enana se hallaba a su lado y le gritaba, mientras descargaba los puños sobre su pecho.

—¡Tú puedes hacer magia! ¡Te he visto hacerla! ¡Le has traído el perro! ¡Ayúdalo, maldita sea! ¡Ayuda a Alake y a Devon! ¡Hazlo, maldita sea!

La enana se derrumbó y hundió el rostro entre las manos.

—Vamos..., no llores —dijo Alfred, alargando la mano tímidamente, con torpeza, para darle unas palmaditas en el hombro, pequeño y abatido. Miró de nuevo hacia las

—

— II

serpientes dragón y el corazón casi se le detuvo—. Quiero ayudar —explicó con gesto patético—, pero no sé cómo.

—Reza al Uno —replicó la enana con vehemencia, levantando la cara—. Él te dará fuerzas.

—Quizá tengas razón —murmuró el sartán.

—¡Alake! —exclamó Devon al tiempo que sacudía el cuerpo sin vida de la muchacha—. ¡Alake!

—No sigas —murmuró Haplo—. Ya ha dejado de sufrir. Devon alzó la cabeza y lo miró, afligido.

—¿Quieres decir que está...? ¡Pero tú puedes salvarla, devolverla a la vida! ¡Hazlo, Haplo! ¡Hazlo como hiciste conmigo!

—¡Ahora no tengo mi magia! —contestó Haplo con aspereza—. No puedo salvarla. Ni a ella, ni a ti. ¡Si ni siquiera puedo salvarme a mí mismo!

Devon depositó con suavidad el cuerpo de Alake en el suelo.

—Antes tenía miedo de vivir. Ahora tengo miedo a morir. No; no quería decir eso. No temo la muerte. Morir es fácil. —El elfo alargó la mano y asió los dedos helados de Alake—. Me refiero al dolor, al miedo...

Haplo permaneció en silencio. No tenía nada que decir, ninguna palabra de consuelo que ofrecer. A los dos los aguardaba un final terrible. Él lo sabía, y también Devon. Y Grundle.

Grundle... ¿Dónde se había metido?

El patryn recordó que la había enviado a buscar ayuda. A buscar a Alfred. El sartán era un perfecto inepto, pero Haplo tenía que reconocer que lo había visto hacer cosas realmente notables... cuando no se desmayaba antes.

Se incorporó y su brusco movimiento sobresaltó al perro y alertó a las serpientes dragón. Una de ellas lo atacó por detrás y su lengua bifurcada le azotó la espalda como un látigo ardiente, lacerando su carne hasta los propios huesos. El dolor fue intenso, paralizante; hasta el último nervio del cuerpo del patryn ardió de agonía. Vencido, Haplo cayó de rodillas.

Desde allí distinguió a Grundle, una figura menuda y patética junto al borde del agua, solitaria. No vio rastro alguno de Alfred.

El patryn se dejó caer sobre la arena cuan largo era. Percibió vagamente que Devon se agachaba sobre él mientras el perro lanzaba un asalto heroico, aunque inútil, contra la serpiente que lo había atacado. Para él, nada era real salvo el dolor. Un dolor que formaba una cortina de llamas ante sus ojos, que llenaba de fuego su mente.

La serpiente dragón debía de haberlo alcanzado otra vez porque, de pronto, el dolor se intensificó. Y, a continuación, notó que el perro le daba lametones en el rostro y hundía el hocico en su cuello, entre gemidos y gañidos vehementes. El animal ya no parecía asustado.

—¡Haplo! —oyó exclamar a Devon—. ¡Haplo, resiste! ¡Vuelve en ti! ¡Levanta la cabeza y mira!

Haplo abrió los ojos. Las negras brumas que se habían empezado a cerrar en torno a él retrocedieron. Miró a su alrededor y observó que el elfo tenía su palidísima cara vuelta hacia el cielo.

Una sombra pasó sobre Haplo. Una sombra que enfrió las llamas del veneno de la serpiente. El patryn parpadeó, tratando de aclarar su visión, y miró hacia arriba.

Un dragón los sobrevolaba. Un dragón como Haplo no había visto otro en su vida. Su belleza hacía que el ánimo se encogiera de asombro y temor reverencial. Sus bruñidas escamas verdes refulgían como esmeraldas, sus alas eran de cuero dorado y su crin de oro brillaba y resplandecía más que el sol marino de Chelestra. Tenía unas dimensiones enormes y sus alas extendidas parecían, a los ojos ofuscados de Haplo, abarcar de un extremo a otro del horizonte.

El dragón voló a baja altura, lanzó un grito de advertencia y se abatió sobre las serpientes. Devon se agachó y levantó un brazo para protegerse la cabeza en un gesto involuntario. Haplo no se movió y permaneció tendido, observando la escena. El perro ladraba como un poseso, y dando un brinco en el aire, enseñó los dientes a la enorme criatura alada en un gesto casi festivo.

—

— II

El impetuoso batir de alas del dragón levantó nubes de arena en torno a ellos. Haplo incorporó el cuerpo entre toses y, sentado en el suelo, intentó distinguir qué sucedía. Las serpientes dragón retrocedieron. Con el cuerpo aplastado contra la arena, a regañadientes, se retiraron de las inmediaciones de sus víctimas. Sus ojos rasgados, como rendijas llameantes, volvieron la atención a aquella nueva amenaza con un destello malévolo.

El dragón sobrevoló a las serpientes, ganó altura, giró sobre sí mismo y se lanzó de nuevo hacia el suelo con las zarpas de sus patas extendidas.

El rey de las serpientes levantó la cabeza para responder al desafío y su boca escupió veneno, tratando de alcanzar con él los ojos del dragón.

La criatura alada, sin embargo, completó su ataque e hizo presa en el cuerpo de la serpiente. Sus zarpas se clavaron profundamente en la carne bajo las escamas.

El rey de las serpientes se retorció y se contorsionó con rabia. Volvió la cabeza e intentó cerrar las fauces sobre el cuerpo del dragón alado, pero éste se cuidó de mantenerse fuera del alcance de sus ponzoñosas mandíbulas. Otras serpientes acudían ya a toda prisa en ayuda de su líder. El dragón, con un impulso de sus grandes alas, levantó del suelo al rey de las serpientes y remontó el vuelo.

La serpiente quedó colgando de sus garras, pero no dejó de oponer resistencia, agitando la cola como un enorme látigo y tratando una y otra vez de alcanzar a su enemigo con sus peligrosas fauces.

El dragón continuó elevándose hasta que Haplo casi no pudo distinguirlo. Y allí, a enorme altura sobre las montañas cortadas a pico de Draknor, soltó finalmente a la serpiente dragón y la dejó caer.

Con un alarido, sin dejar de contorsionarse, el rey de las serpientes dragón se precipitó contra la montaña, contra los huesos puntiagudos de la atormentada criatura que había utilizado como cubil. La luna marina se estremeció con la fuerza del impacto. Las rocas se resquebrajaron y se desprendieron; la montaña se hundió, enterrando el cuerpo de la serpiente.

El dragón alado reapareció y sobrevoló la escena en círculos. Sus ojos centelleantes buscaban otra presa.

Las serpientes se enroscaron en una postura defensiva y se volvieron unas hacia otras con un destello de inquietud en sus ojos verrojo.

—Si logramos atrapar al dragón en el suelo y atacarlo todas a una, podemos derrotarlo —siseó una.

—Buena idea —asintió otra—. Tú, desafíalo. Atráelo para que descienda de los aires. Entonces, yo lo atacaré.

—¿Por qué yo? ¡Ocupate tú de atraerlo!

Las discusiones entre ellas continuaron, pues ninguna se atrevía a iniciar el desafío que pudiera atraer al dragón alado de su refugio seguro en las alturas. Ninguna estaba dispuesta a arriesgar su piel viscosa para salvar a sus compañeras y ahora no tenían a un rey que les diera órdenes. Privadas de su líder y enfrentadas a un enemigo como jamás habían encontrado, decidieron que era preferible efectuar una retirada estratégica. Las serpientes dragón reptaron rápidamente por la arena en dirección a la oscura seguridad de lo que quedaba de su montaña desmoronada.

El dragón alado las persiguió, las acosó y las hostigó hasta que la última de las criaturas hubo entrado en la cueva. Entonces dio media vuelta, regresó hacia Haplo y sobrevoló en círculos al patryn. Éste intentó mirarlo directamente, pero el brillo radiante de su cuerpo escamoso lo obligó a apartar los ojos, llenos de lágrimas.

Estás herido, pero tienes que encontrar las fuerzas necesarias para volver a tu nave.

Las serpientes dragón están desorganizadas de momento, pero no tardarán en reagruparse y no tengo el poder suficiente para enfrentarme a todas ellas.

El dragón no le habló en voz alta. Haplo escuchó aquellas palabras en su mente y la voz le resultó familiar, pero no consiguió identificarla.

Obligó a su cuerpo torturado a ponerse en pie. Unos destellos amarillentos estallaron en sus ojos y se tambaleó. Habría perdido el equilibrio, pero Devon apareció a su lado. El elfo lo sujetó a tiempo y lo sostuvo en pie. El perro dio vueltas en torno a ellos, inquieto y deseoso de ayudar. Haplo se mantuvo sobre sus piernas, inmóvil, hasta que el

—

— II

desfallecimiento hubo pasado; entonces asintió, incapaz de hablar, y dio un paso débil y vacilante. De pronto, se detuvo otra vez.

—Alake... —murmuró, y bajó la vista hacia el cuerpo de la muchacha. Luego, su mirada se dirigió con aire sombrío hacia la caverna, donde podía ver aún el fuego de los ojos rasgados de las serpientes dragón que lo observaban.

El dragón comprendió qué quería. *Yo me ocuparé de ella. No temas. Las serpientes no perturbarán su descanso.*

Haplo asintió otra vez con gesto cansado, y volvió la mirada hacia su objetivo, el sumergible. Y allí estaba Grundle. De pie en la arena, los miraba sin moverse de sitio, como si hubiera echado raíces allí.

El patryn y Devon reemprendieron la marcha por la playa. El flaco elfo encontró dentro de sí reservas de fuerzas que jamás había sabido que poseía y guió los trastabillantes pasos del malherido Haplo, sosteniéndolo cuando parecía a punto de caer. El patryn perdió de vista al dragón, se olvidó de él y de las serpientes y se concentró en luchar contra el dolor y mantenerse consciente.

Llegaron hasta Grundle, que seguía sin moverse de sitio. La enana los miró con ojos desorbitados y permaneció callada. El único sonido que escapó de ella fue un vago gemido.

—Desde aquí puedo... seguir solo —dijo Haplo con un jadeo y, con unos pasos vacilantes, logró asirse a la proa de madera del sumergible. Apoyado en ella, señaló hacia la enana, balbuceante—. ¡Ve..., ve a buscarla! —indicó a Devon.

—¿Qué crees que le sucede? —preguntó éste, preocupado—. Nunca la había visto así.

—Probablemente está paralizada de pánico. —Haplo lanzó un nuevo gemido. Tenía que subir a bordo. Urgentemente—. Cógela... y tráela.

Asido a la pasarela con la mano buena, avanzó a duras penas por la cubierta superior de la nave en dirección a la escotilla.

—¿Y él, qué? —le llegó la voz de Grundle en un chillido estridente.

El patryn volvió la vista y distinguió una silueta tendida en la arena. Alfred.

—Lo que me figuraba —murmuró Haplo con disgusto.

Estuvo a punto de decir que lo dejaran allí pero, por supuesto, el perro ya se había apresurado a correr hasta el inconsciente sartán y lo estaba olisqueando, zarandeando con las patas y dando lametones. Haplo recordó de mala gana lo sucedido un rato antes y decidió que, al fin y al cabo, estaba en deuda con el sartán.

—Traedlo, si no hay más remedio.

—¡Se convirtió en el dragón! —dijo Grundle con un temblor de temor reverencial en la voz.

Haplo soltó una carcajada y movió la cabeza con incredulidad.

—¡Es cierto! —insistió la enana, muy seria y solemne—. Yo lo vi. ¡Él se..., se transformó en un dragón alado!

El patryn desvió su mirada de Grundle y la dirigió hacia Alfred, que había recuperado el sentido y hacía ahora unos débiles gestos con las manos en un intento de moderar la entusiasta y húmeda bienvenida del perro.

Haplo dio la espalda a la escena. Estaba demasiado débil para discutir con Grundle o para preocuparse de nada.

Tras convencer por fin al animal para que lo dejara en paz, Alfred coordinó todas las partes de su cuerpo para ponerse en pie, vacilante. Luego miró a su alrededor con perplejidad. Cuando sus ojos se volvieron hacia la caverna, su mente recordó lo sucedido y se encogió en un gesto de repulsión y temor.

—¿Se han ido?

—¡Tú deberías saberlo! —exclamó Grundle—. ¡Has sido tú quien las ha ahuyentado! Alfred sonrió débilmente, con modestia. Bajó la vista a la huella que había dejado su cuerpo sobre la arena y movió la cabeza en gesto de negativa.

—Me temo que te equivocas, jovencita. Una vez más, no he sido de mucha ayuda para nadie, ni siquiera para mí mismo.

—¡Pero yo te vi! —La enana se mantuvo tercamente en sus trece.

—¡Sartán! ¡Si vas a venir, date prisa! —exclamó Haplo. Sólo unos pasos más y...

—

— II

—Vendrá, patryn. Nosotros nos ocuparemos de ello. Vas a tener compañía en tu prisión.

Haplo se detuvo y se apoyó en el pasamanos. Apenas tuvo fuerzas para levantar la cabeza.

Ante él estaba Samah.

—

— II

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Haplo volvió en sí lentamente, de mala gana, consciente de que despertar le traería un dolor insoportable, de que le traería la constatación de que su vida, cuidadosamente ordenada, había sido consumida por las llamas y esparcida como cenizas en el mar. Permaneció tendido largo rato sin abrir los ojos, no por cautela, como habría hecho en circunstancias parecidas, sino por puro agotamiento. En adelante, la vida iba a ser para él una lucha constante. Cuando había iniciado aquel viaje, en Ariano, tanto tiempo atrás, había creído tener todas las respuestas. Ahora, al término de su peregrinaje, no le quedaban más que preguntas. Había perdido su antigua confianza, su antigua seguridad. Ahora, dudaba. Y la duda le producía miedo.

Escuchó un gañido y el roce de un rabo desgredado que barría el suelo. Una lengua húmeda le lamió la mano. Con los ojos aún cerrados, acarició la testuz del perro y lo rascó detrás de las orejas. Su señor no iba a alegrarse de ver regresar al animal. Pero, en realidad, eran muchas las cosas que su señor no iba a alegrarse de ver.

Exhaló un suspiro y, cuando se hizo evidente que no iba a conciliar de nuevo el sueño, lanzó un gruñido y abrió los ojos. Y, por supuesto, la primera cara que vio al hacerlo fue la de Alfred.

El sanan se inclinó sobre él y lo estudió con aire inquieto.

—¿Te duele? ¿Dónde?

Haplo estuvo tentado de volver a cerrar los ojos pero, finalmente, se incorporó y miró a su alrededor. Se hallaba en una estancia de lo que parecía una casa privada. Una casa sartán; se lo decía el instinto. Pero la casa ya no era tal, sino una prisión. Una prisión sartán. En sus ventanas crepitaban unas runas infranqueables. Otros poderosos signos mágicos, que despedían una intensa luz roja, reforzaban la puerta cerrada y atrancada. Haplo echó un vistazo a sus brazos y a su cuerpo y comprobó, abatido, que sus ropas seguían mojadas y su piel, libre de toda marca.

—Te han estado bañando en agua de mar. Órdenes de Samah —dijo Alfred—. Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? —gruñó Haplo, y lanzó una mirada irritada al sartán—. No es culpa tuya. ¿Por qué insistes en pedir perdón por cosas que no son culpa tuya?

Alfred se sonrojó.

—No lo sé. Supongo que siempre he creído que eran culpa mía, en cierto modo.

—¡Pues no, así que deja de gimotear por cualquier cosa! —replicó el patryn. Necesitaba descargar su frustración contra algo y Alfred era lo que tenía más a mano—. ¡No fuiste tú quien encerró a mi pueblo en el Laberinto! ¡No fuiste tú quien provocó la Separación!

—Es cierto —murmuró Alfred con tristeza—, pero no he hecho gran cosa por enderezar los entuertos que he encontrado. ¡No he hecho otra cosa que desmayarme continuamente!

—¿Siempre? —Haplo dirigió una mirada penetrante al sartán, recordando de repente las palabras vehementes de Grundle—. ¿Qué me dices de Draknor? ¿Allí también te desmayaste?

—Me temo que sí —respondió Alfred, y bajó la vista al suelo, avergonzado—. Aunque no estoy seguro. Parece que no soy capaz de recordar gran cosa de lo que sucedió allí. ¡Ah, por cierto...! —Dirigió una mirada inquieta, de soslayo, al patryn—. Me temo que... En fin, he hecho lo que he podido por tus heridas. Espero que no te enfades demasiado conmigo, pero sufrías unos dolores terribles y...

Haplo estudió de nuevo su piel desnuda. No; él no habría sido capaz de curarse a sí mismo. Intentó sentirse furioso. Le habría gustado sentirse furioso, pero en aquel momento era incapaz de reunir la energía necesaria para sentirse de ninguna manera.

—Ya estás disculpándote otra vez —dijo, y volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

—

— II

—Lo sé. Lo siento —murmuró Alfred. Haplo le lanzó una mirada colérica.

El sartán dio media vuelta y cruzó la pequeña estancia hasta otra cama allí instalada.

—Gracias —musitó Haplo en voz baja. Alfred, perplejo, se volvió para cerciorarse de que había oído bien.

—¿Decías algo?

Pero Haplo no estaba dispuesto a repetirlo.

—¿Dónde estamos? —preguntó, aunque ya lo sabía—. ¿Qué sucedió después de que dejamos Draknor? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un día, una noche y la mitad de otro día. Estabas malherido. Intenté convencer a Samah de que te permitiera recuperar la magia, de que te dejara usarla para curarte a ti mismo, pero se negó. Está asustado, muy asustado. Sé muy bien cómo se siente. Comprendo muy bien ese miedo.

Alfred se quedó callado largo rato, con la mirada perdida en el vacío. Haplo cambió de postura, inquieto.

—Te he preguntado...

El sartán pestañeó y salió de su ensimismamiento.

—Lo siento... ¡Oh, ya estoy otra vez disculpándome! No lo volveré a hacer, te lo prometo. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí, el agua! Te han estado bañando en ella dos veces al día. —Alfred miró al perro y sonrió—. Tu amiguito les ha plantado cara cada vez que se acercaban a ti. Estuvo a punto de morder a Samah. Ahora, el perro me hace caso cuando le digo algo. Creo que empieza a fiarse de mí.

Haplo soltó un bufido burlón. No veía la necesidad de seguir discutiendo aquel tema.

—¿Y los mensch? ¿Han vuelto con los suyos sanos y salvos?

—En realidad, no. Es decir, se encuentran bien —se apresuró a rectificar cuando vio que Haplo fruncía el entrecejo—, pero no han vuelto con el resto de los mensch. Samah se ofreció a llevarlos. Lo cierto es que, a su modo, se ha portado muy bien con ellos. Es sólo que no los comprende. Pero esa enana y el joven elfo se negaron a marcharse de tu lado. La enana se mostró terriblemente terca al respecto. Hasta le soltó cuatro frescas a Samah.

Haplo imaginó a Grundle con el mentón levantado, agitando las patillas ante el Gran Consejero sartán, y sonrió. Era una lástima habérselo perdido.

—Los mensch están aquí, se alojan en esta casa. Han venido a verte tantas veces como se lo han permitido los sartán. En realidad, me sorprende que todavía no hayan pasado a visitarte en toda la mañana. Pero, claro, hoy es el día de la...

Alfred se detuvo a media frase, perturbado.

—¿De qué? —exigió saber Haplo, súbitamente receloso.

—En realidad, no tenía intención de mencionarlo. No quería preocuparte.

—¿Preocuparme? ¿A mí? —Haplo miró al sartán, estupefacto; a continuación, estalló en una carcajada. Se rió hasta que notó el escozor de las lágrimas en sus ojos y, por fin, aspiró profundamente con un estremecimiento—. Estoy en una prisión sartán, privado de mi magia, cautivo del hechicero sartán más poderoso que ha existido jamás, y tú no quieres que me preocupe...

—Lo sien... —Alfred captó la mirada ominosa de Haplo, tragó saliva y guardó silencio.

—Deja que adivine —continuó Haplo en tono lúgubre—. Hoy es el día en que se reúne el Consejo para decidir qué hacen con nosotros. Es eso, ¿verdad?

Alfred asintió. Volvió a su cama y se sentó en ella con los brazos largos y desmañados colgando entre las piernas.

—Bueno, ¿qué pueden hacerte a ti? —dijo Haplo—. ¿Darte unos palmetazos? ¿Hacerte prometer que serás buen chico y no te acercarás a este detestable patryn?

Pretendía ser una broma, pero Alfred no la celebró.

—No sé —respondió con voz grave y medrosa—. Verás, en una ocasión oí una conversación de Samah sin que él supiera que lo escuchaba, y lo que dijo...

—¡Silencio! —exigió Haplo, incorporándose en su lecho.

Una voz femenina había iniciado un cántico al otro lado de la puerta. El brillo de las runas que sellaban la estancia perdió intensidad y los signos mágicos empezaron a desaparecer.

—¡Ah! ¡Ésa es Orla!

—

— II

A Alfred se le iluminó el rostro. El sartán se transformó. Sus hombros hundidos se enderezaron e irguió la espalda hasta mostrar su verdadera estatura, con un porte casi majestuoso. La puerta se abrió y entró una mujer, que conducía ante ella a los dos mensh.

—¡Haplo! —exclamó Grundle y, antes de que el patryn supiera qué estaba sucediendo, corrió hacia él y se arrojó en sus brazos. ¡Alake ha muerto! —sollozó—. Yo no quería que muriese. ¡Es todo culpa mía!

—Vamos, vamos —dijo el patryn mientras daba unas torpes palmaditas en la espalda recia y ancha de la enana. Ella se abrazó con más fuerza y rompió a llorar. Haplo la sacudió ligeramente por los hombros—. Escúchame, Grundle...

La enana tragó saliva, se enjugó las lágrimas y se tranquilizó gradualmente.

—Os metisteis en un asunto peligroso y arriesgado —los recriminó Haplo con severidad—. Hicisteis mal. No deberíais haber ido allí vosotros solos. Pero lo hicisteis, y eso ya no se puede cambiar. Tu amiga Alake era una princesa. Su vida estuvo dedicada a su pueblo. Y murió por su pueblo, Grundle. Por su pueblo... —el patryn miró al sartán— y quizá por mucha gente más.

La mujer sartán que había entrado con ellos se llevó la mano a los ojos y apartó el rostro. Alfred acudió a su lado y aguardó allí, tímido. Su brazo empezó, por su propia iniciativa, a rodear los hombros de la mujer para ofrecerle consuelo. El brazo titubeó, se retiró de nuevo...

«¡Condenado individuo! —pensó Haplo—. Ni siquiera sabe cortejar a una mujer como es debido.»

Grundle exhaló un leve resuello. Haplo la oyó hipar.

—¡Eh, vamos! ¡Deja de hacer eso! —le dijo con rudeza—. Mira, estás contagiando al perro.

El animal, que parecía haberse tomado aquello muy a pecho, había sumado sus

aullidos al llanto de la enana. Grundle se enjugó las lágrimas y ensayó una débil sonrisa.

—¿Cómo estás? —preguntó Devon, tomando asiento al pie de la cama.

—He estado mejor. Pero supongo que tú también.

—Sí, desde luego —respondió el elfo.

Haplo lo encontró pálido y desdichado. La terrible prueba por la que acababa de pasar había dejado su huella en él. Pero también parecía más seguro de sí, más confiado.

Había empezado a conocerse a sí mismo.

No era el único.

—¡Tenemos que decirte una cosa! —dijo Grundle al tiempo que tiraba de la manga húmeda de Haplo.

—Sí, es muy importante —añadió Devon. Los dos mensch cruzaron una mirada y se volvieron hacia los sartán.

—Queréis quedaros solos. De acuerdo. Esperaremos fuera —dijo Alfred, e hizo ademán de encaminarse a la puerta pero la mujer, a la que había llamado Orla, posó una mano en su brazo con una sonrisa.

—Me parece que eso no será posible —declaró, y lanzó una significativa mirada a la puerta. Las runas seguían apagadas, pero al otro lado se escuchaban unas pisadas. Un guardián.

Alfred pareció marchitarse.

—Tienes razón —recordó con voz grave—. No había caído. Bueno, nos sentaremos aquí y no escucharemos. Prometido.

Se sentó en la cama y dio unas palmaditas sobre ésta, ofreciendo a la mujer un lugar a su lado.

—Ven, toma asiento aquí.

Ella contempló la cama, se volvió hacia Alfred y se ruborizó intensamente. Haplo recordó a Alake: la misma mirada, la misma reacción.

Alfred exhibió en todo su rostro un tono rojo subido verdaderamente extraordinario y se puso en pie de un salto.

—Yo no pretendía... Desde luego que nunca... ¿Qué debes pensar de mí? Como no hay sillas, yo...

—Sí, gracias —murmuró Orla, y tomó asiento en el ángulo de la cama.

—

— II

Alfred volvió a ocupar su lugar en el extremo opuesto del lecho, con la mirada fija en las punteras de los zapatos.

Grundle, que había asistido a la escena con considerable impaciencia, tomó de la mano a Haplo y lo arrastró hasta un rincón, lo más lejos posible de los sartán. Devon los siguió. Los dos, serios y solemnes, empezaron a explicar el asunto con sonoros cuchicheos.

Habría parecido imposible que los dos sartán, encerrados en la misma habitación con tres personas que mantenían una intensa discusión, no escucharan lo que hablaban. Sin embargo, Alfred y Orla lo consiguieron admirablemente. Ninguno de los dos oyó una sola palabra de las que se pronunciaban, pues ambos estaban demasiados concentrados en las voces que escuchaban en su interior para prestar mucha atención a las de fuera.

Orla suspiró, retorció las manos con gesto nervioso y dirigió la mirada a Alfred cada pocos segundos, como si estuviera indecisa entre hablar o no. Alfred percibió su tensión y se preguntó cuál sería la causa. Le vino a la cabeza una idea.

—El Consejo. Está reunido en este momento, ¿verdad?

—Sí —respondió Orla, sin llegar a emitir sonido alguno.

—¿Y tú..., tú no estás presente?

La mujer abrió la boca para responder pero, finalmente, se limitó a mover la cabeza

en gesto de negativa.

—No —añadió tras una pausa. Luego alzó el mentón y prosiguió con voz más firme—:

No, no estoy presente. He abandonado el Consejo.

Alfred la miró, boquiabierto. Que él supiera, ningún sartán había hecho nunca una cosa así. Que él supiera, a nadie se le había pasado siquiera por la cabeza una idea semejante.

—¿Lo has hecho... por mí? —preguntó con timidez.

—Sí. Por ti. Por él —señaló al patryn—. Por ellos. —Su mirada abarcó a los mensch.

—¿Y Samah? ¿Qué...? ¿Cómo...?

—Se ha puesto furioso. De hecho —añadió Orla con una sonrisa satisfecha—, en este momento también estoy siendo juzgada, contigo y con el patryn.

—¡No! —Alfred estaba consternado—. ¡No puede...! ¡No permitiré que tú...!

—No digas nada. —Orla apoyó sus dedos en los labios de Alfred—. No importa. —Lo cogió de la mano, de aquella mano torpe, huesuda y desproporcionada—. Tú me has enseñado mucho. Ya no tengo miedo. No importa lo que nos hagan, no tengo miedo.

—¿Qué nos hará Samah? —Los dedos de Alfred se cerraron en torno a los de ella—.

¿Qué les sucedió a los otros, querida mía? ¿Qué fue de aquellos de nuestro pueblo que, hace tanto tiempo, descubrieron la verdad?

Orla se volvió. Sus ojos buscaron los de Alfred y sostuvieron su mirada. Su voz sonó muy serena.

—Samah los encerró en el Laberinto.

—

— II

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

—Esto es lo que oímos decir a las serpientes dragón, Haplo —afirmó Grundle, con una mueca de miedo al recordarlo—. Dijeron que todo era una trampa y que iban a hacer que nuestros pueblos se mataran entre ellos. Y que iban a llevarte prisionero...

—...ante tu señor —terminó la frase Devon—. Las serpientes dragón piensan llevarte ante tu señor y denunciarte como traidor. Lo dijeron. Nosotros las oímos.

—¡Tienes que creernos! —insistió Grundle.

El patryn había prestado mucha atención, con una mueca de preocupación ante lo que oía, pero no había pronunciado una palabra.

—Nos crees, ¿verdad? —inquirió Devon.

—Sí, os creo.

Al oír el tono convencido de su voz, los dos jóvenes se relajaron y parecieron aliviados. Haplo escuchó el eco de las palabras de la serpiente: «El caos es la sangre que nos da vida. La muerte, nuestra comida y nuestra bebida».

En Abarrach, Haplo había encontrado indicios de que tal vez existiera un poder benéfico superior. Si entonces había estado en lo cierto, tenía la impresión de que ahora, en Chelestra, había descubierto exactamente lo contrario.

Se preguntó si Alfred habría oído lo que decían los mensch y dirigió la mirada hacia él. Era evidente que no. El sartán estaba tan pálido como si una lanza acabara de atravesarle el corazón.

—¡Sartán! —dijo bruscamente—. Tienes que escuchar esto. Contadle lo que acabáis de decirme acerca de las serpientes dragón y la Puerta de la Muerte —indicó a la enana.

Alfred volvió la cabeza hacia Grundle. Profundamente perturbado, se apreciaba que sólo escuchaba a medias. Orla, más serena, prestó a Grundle toda su atención.

Complacida ante tal auditorio, Grundle inició su relato un tanto nerviosa pero adquirió más confianza a medida que avanzaba.

—No entendí casi nada de lo que dijeron. Al principio, sí; todo lo de cómo proyectaban

inundar vuestra ciudad con el agua del mar, y que eso os privaría de vuestra magia y tendríais que escapar. Pero luego empezaron a hablar de una cosa llamada «Puerta de la Muerte».

Se volvió hacia Devon buscando su confirmación. El elfo asintió.

—Sí, eso es. La Puerta de la Muerte.

—¿La Puerta de la Muerte? ¿Qué decís de la Puerta de la Muerte? —De pronto, Alfred prestó sumo interés a la conversación.

—Cuéntaselo tú —indicó la enana al elfo—. Tú sabes las palabras exactas que usaron. A mí se me olvidan.

Devon vaciló un instante, hasta estar seguro de que se acordaba de todo.

—Las serpientes dijeron: «Se verán obligados a llevar a cabo lo que hace tanto tiempo tuvieron fuerzas suficientes para resistirse a hacer. ¡Samah abrirá la Puerta de la Muerte!». Y luego añadieron algo acerca de cruzar la Puerta de la Muerte y...

Orla lanzó una exclamación, se puso en pie y se llevó una mano al pecho.

—¡Eso es lo que Samah se propone hacer! ¡Habla de abrir la Puerta de la Muerte si los mensch nos atacan!

—Y tal cosa dispersará este mal terrible por los demás mundos —añadió Haplo—. Las serpientes dragón crecerán en número y en poder. ¿Y quién quedará para combatir las?

—Es preciso detener a Samah —dijo Orla. Se volvió hacia los mensch y añadió—: Y es preciso detener a vuestros pueblos.

—Nosotros no queremos la guerra —replicó Devon, muy serio—. Pero es preciso que tengamos un lugar donde vivir. Nos dejáis pocas alternativas.

—

— II

—Podemos llegar a un acuerdo. Nos reuniremos otra vez a negociar...

—Es tarde para eso, «esposa». —Samah apareció en el umbral de la puerta—. La guerra ha empezado. Hordas de mensch navegan hacia la ciudad, guiadas por las serpientes dragón.

—¡Pero... eso es imposible! —exclamó Grundle—. Mi pueblo teme a esas serpientes.

—Los elfos no seguirían a las serpientes dragón sin una buena razón —afirmó Devon, y lanzó una mirada ceñuda a Samah—. Tiene que haber sucedido algo que los obligara a tomar una decisión tan drástica.

—En efecto, *algo* ha sucedido... como estoy seguro de que sabéis. Vosotros dos... y el patryn.

—¿Nosotros? —exclamó Grundle—. ¿Qué podemos haber hecho nosotros? ¡Si hemos estado aquí, contigo! Aunque nos encantaría poder hacer lo que fuese... —añadió, pero en un murmullo que sólo pudieron oír sus patillas.

Devon le hincó un dedo en la espalda y la enana se calló.

—Me parece, Samah —intervino Orla—, que deberías explicarte antes de acusar a unos niños de desencadenar una guerra.

—Muy bien, «esposa». Me explicaré.

Samah utilizó el término como un látigo, pero Orla no pestañeó al oír su chasquido. Permaneció tranquilamente al lado de Alfred.

—Las serpientes dragón se presentaron a los mensch y les contaron que *nosotros*, los sartán, éramos los responsables de la desdichada muerte de la joven humana. Las serpientes añadieron que habíamos tomado cautivos a los otros dos mensch y que los reteníamos como rehenes. —Su fría mirada volvió a Devon y Grundle—. Muy astuto, vuestro plan; la manera cómo nos convencisteis para que os trajéramos con nosotros. Idea del patryn, sin duda...

—Sí, claro —murmuró Haplo con hastío—. Lo ideé todo justo antes de perder el conocimiento.

–¡Nosotros no urdimos nada de eso! –protestó Grundle, con un temblor en el labio inferior–. ¡Lo que hemos dicho es verdad! ¡Eres un hombre malvado!

–Calla, Grundle. –Devon pasó sus brazos en torno a los hombros de la enana–. ¿Qué vais a hacer con nosotros?

–Seréis devueltos sanos y salvos a vuestras familias. Nosotros no combatimos contra chiquillos. Y llevaréis este mensaje a vuestros pueblos: atacadnos y ateneos a las consecuencias. Conocemos vuestro plan de inundar la ciudad. Creéis que esto nos debilitará pero vuestros amigos, el patryn y sus maléficas secuaces, os han mentido intencionadamente. Os han dicho que encontraréis en la ciudad a un puñado de sartán indefensos, pero lo que encontraréis es una ciudad con miles de sartán armados con el poder de siglos, acorazados por el poder de otros mundos.

–Os proponéis abrir la Puerta de la Muerte... –dijo Haplo. Samah no se dignó responder.

–Repetid mis palabras a vuestros pueblos. Deseo que quede constancia de que os advertimos lealmente.

–¡No puedes hablar en serio! –Alfred extendió las manos en un gesto de súplica–. ¡No sabes lo que estás diciendo! ¡Abrir la Puerta de la Muerte significaría... la catástrofe! Las serpientes dragón podrían entrar en otros mundos. ¡Y los espantosos lázaros de Abarrach están esperando una oportunidad así para entrar en éste!

–Igual que mi señor –añadió Haplo con un encogimiento de hombros–. Le harías un favor.

–¡Eso es lo que las serpientes dragón quieren que hagas, Samah! –exclamó Orla–. Pregunta a estos mensch. Ellos oyeron a esas criaturas mientras tramaban su plan.

–¿Piensas que voy a creerles? ¿Qué voy a creer a alguno de vosotros? –Samah dirigió una mirada desdeñosa a los presentes–. A la primera brecha en las murallas, abriré la Puerta de la Muerte e invocaré a nuestros hermanos de los otros mundos. Y estoy seguro de que existen sartán en esos otros mundos. No me vais a confundir con vuestras mentiras. Respecto a tu señor –Samah se volvió hacia Haplo–, será devuelto al Laberinto con el resto de vuestra raza perversa. ¡Y esta vez no habrá escapatoria posible!

–

– II

–No lo hagas, Consejero. –La voz de Alfred sonaba serena y triste–. El verdadero mal no está fuera. El verdadero mal está aquí dentro. –Se llevó la mano al corazón–. Es el miedo. Lo sé muy bien, pues he cedido a su poder la mayor parte de mi vida.

»En otra época, hace mucho tiempo, la Puerta de la Muerte estaba destinada a permanecer abierta para conducirnos de la muerte a una existencia nueva y mejor. Pero esa época ha quedado atrás. Demasiadas cosas han cambiado. Si abres la Puerta de la Muerte ahora descubrirás, para tu más acerbo pesar y para tu desconsuelo, que has desencadenado otro aspecto más oscuro y siniestro de ese nombre. Un nombre, la Puerta de la Muerte, que un día estuvo destinado a representar la esperanza.

Samah lo escuchó en silencio, con paciencia ejemplar.

–¿Has terminado? –preguntó.

–Sí –respondió Alfred con modestia.

–Muy bien. Es hora de que estos mensch sean devueltos a sus familias. Venid, muchachos. –Samah hizo una seña a Grundle y a Devon–. Quedaos juntos. No tengáis miedo de la magia. No os hará ningún daño. Os parecerá que dormís y, al despertar, estaréis sanos y salvos entre los vuestros.

–A mí no me das miedo –replicó Grundle despectivamente–. He visto mejor magia de la que tú podrías soñar hacer en tu vida.

Volvió la vista hacia Alfred y le guiñó un ojo con ademán conspirador. Alfred puso una cara de extrema perplejidad.

–¿Recordáis lo que tenéis que decir a vuestros pueblos? –inquirió Samah.
–Lo recordamos –asintió Devon–. Y también lo recordarán nuestros pueblos. No olvidaremos tus palabras mientras vivamos. Adiós, Haplo. –El joven elfo se volvió hacia él–. Gracias no sólo por salvarme la vida, sino también por enseñarme a vivirla.
–Adiós, Haplo –dijo Grundle. La enana se le acercó y se abrazó a sus rodillas.
–No vuelvas a escuchar a escondidas –la previno el patryn con severidad. Grundle exhaló un suspiro.
–No lo haré jamás. Te lo prometo.
La enana se demoró un instante mientras buscaba algo que había guardado en un bolsillo del vestido. El objeto era grande, demasiado para el bolsillo, y se había quedado atascado en éste. Grundle dio un tirón y el bolsillo se desgarró. Cuando logró extraer el objeto, se lo ofreció a Haplo. Era un libro encuadernado en cuero, con la tapa gastada y manchada con lo que debían de ser rastros de lágrimas.
–Quiero que guardes esto. Es un diario que empecé cuando nos escapamos para entregarnos a las serpientes dragón. Le pedí a la señora –Grundle señaló a Orla con un gesto de cabeza– que me lo trajera. Y ella lo ha hecho, con su magia. Es estupenda. Me proponía escribir algo más. Pensaba escribir el final, pero... no he podido. Es demasiado triste. En cualquier caso –continuó, tras secarse una lágrima furtiva–, pasa por alto todas esas cosas malas que digo de ti al principio. Entonces no te conocía. Quiero decir... ¿me comprendes...?
–Sí –dijo Haplo, aceptando el regalo–. Te comprendo.
Devon tomó de la mano a la enana y los dos se colocaron ante Samah. El Gran Consejero entonó las runas y unos trazos de runas llameantes se formaron en el aire y rodearon a los mensch. Con los ojos cerrados y las cabezas caídas hacia adelante, los dos se sostuvieron el uno al otro. Las runas estallaron y el elfo y la enana desaparecieron.
–Ya está –dijo Samah con tono enérgico–. Ahora nos espera una tarea muy desagradable. Cuanto antes acabemos, mejor.
»Tú, que te haces llamar Alfred Montbank. Tu caso ha sido presentado ante el Consejo y, tras una minuciosa deliberación, te hemos hallado culpable de connivencia con el enemigo, de conspirar contra tu propio pueblo, de intentar engañarnos con mentiras y de profesar herejías. Hemos dictado sentencia contra ti. Alfred Montbank, ¿acatas que el Consejo tiene el derecho y el conocimiento para decretar contra ti una sentencia que te permita aprender de tus errores y repararlos?
La pregunta era un mero trámite que se formulaba siempre a quien era juzgado por el Consejo. Pese a ello, Alfred la escuchó con atención y pareció sopesar con cuidado cada palabra.
–
– II
–«Aprender de mis errores y repararlos...» –repitió para sí. Alzó la vista hacia Samah y, cuando habló, su voz sonó firme y resuelta–. Sí, Gran Consejero, lo acepto.
–¡Alfred, no! –Orla se abalanzó hacia su esposo–. ¡No sigas con esto, Samah! ¡Te lo suplico! ¿Por qué no quieres escuchar...?
–¡Silencio, esposa! –Samah la apartó de sí con brusquedad–. Contra ti también se ha dictado sentencia. Puedes escoger entre ir con él o quedarte con nosotros. Pero, decidas lo que decidas, serás despojada de tus poderes mágicos.
Orla lo miró y palideció. Movié la cabeza, muy despacio, y dijo:
–Estás loco, Samah. El miedo te ha vuelto loco. –Avanzó hasta Alfred y lo cogió del brazo–. Elijo ir con él.
–No, Orla, no puedo permitirlo –protestó Alfred–. No sabes lo que estás diciendo.
–Sí que lo sé. Olvidas que he compartido tus visiones –le recordó ella con una sonrisa trémula. Se volvió hacia el patryn y añadió–: Sé lo que nos espera y no tengo miedo.

Haplo no prestaba atención a la escena. El patryn llevaba un rato estudiando al sartán que montaba guardia a la puerta, calculando las posibilidades de pillarlo por sorpresa y lograr la huida. La esperanza era remota, casi inexistente, pero aun así era preferible intentarlo a seguir allí encerrado, esperando a que Samah le diera el siguiente baño. Se puso en tensión, dispuesto para atacar pero, de pronto, Samah se volvió hacia el guardián. Haplo se obligó a relajarse e intentó aparentar indiferencia.

—Ramu —dijo Samah—, lleva a estos dos a la Cámara del Consejo y preparadlos para el cumplimiento de la sentencia. Tenemos que llevar a cabo el hechizo de transporte de inmediato, antes de que ataquen los mensch. Reúne a los miembros del Consejo. Serán necesarios todos para llevar a cabo un acto mágico de esta magnitud.

—¿Hechizo de transporte? —Haplo se puso en guardia al instante, pensando que tenía algo que ver con él—. ¿Qué sucede?

Ramu entró en la estancia y se detuvo junto a la puerta.

Alfred avanzó hacia él, con Orla a su lado. Los dos caminaban con calma, muy dignos.

Y, por una vez —apreció Haplo con asombro—, Alfred no tropezó con nada.

El patryn salió al paso de la pareja.

—¿Dónde os envían? —preguntó a Alfred.

—Al Laberinto.

—¿Qué? —Haplo soltó una carcajada, convencido de que se trataba de algún extravagante truco para hacerlo caer en una trampa, aunque no logró imaginar con qué propósito—. ¡No te creo!

—Ya fueron enviados otros antes que nosotros, Haplo. No somos los primeros. Hace mucho tiempo, durante la Separación, los sartán que descubrieron y abrazaron la verdad fueron encarcelados junto a tu pueblo.

Haplo lo miró fijamente, perplejo. Aquello no tenía sentido. Era imposible. Y, a pesar de todo, sabía que Alfred decía la verdad. El sartán no podía mentir.

—¡No puedes hacerlo! —protestó Haplo, vuelto hacia Samah—. ¡Los estás sentenciando a muerte!

—¡Déjate de fingir preocupación, patryn! No conseguirás nada con ello. Tú no tardarás en ir a hacer compañía a tu «amigo», cuando te hayamos interrogado a fondo acerca de ese que se hace llamar Señor del Nexo y de sus planes.

Haplo hizo caso omiso de sus palabras y se volvió a Alfred.

—¿Vas a permitir que te envíen al Laberinto? ¿Como si tal cosa? ¡Tú has estado allí, con mi mente! ¡Sabes cómo es! No durarás allí ni cinco minutos. ¡Ni tú, ni ella! ¡Lucha, maldita sea! ¡Por una vez en tu vida, planta cara y lucha!

Alfred palideció y gesticuló nerviosamente.

—No, no podría...

—¡Claro que sí! Grundle tenía razón. Ese dragón alado eras tú, ¿verdad? Tú nos salvaste la vida en Draknor. Eres poderoso, más que Samah, más que cualquier sartán que haya existido. Las serpientes dragón lo saben. «Mago de la Serpiente», te llamaron. Y él, Samah, también lo sabe. Por eso intenta librarse de ti.

—Gracias, Haplo —contestó Alfred con suavidad—, pero, aunque lo que dices fuera verdad y realmente me convertí en dragón, no puedo recordar cómo lo hice. No, Haplo. Las cosas están bien así. Por favor, entiéndelo. —Alargó una mano y la apoyó en el brazo

—

— II

musculoso del patryn—. Me he pasado toda la vida huyendo de lo que soy. Eso, o desmayándome. O pidiendo disculpas. —Estaba tranquilo, casi sereno—. Pero no volveré a huir.

—Ya —dijo Haplo secamente—. Bueno, será mejor que no vuelvas a desmayarte, tampoco. En el Laberinto, me refiero. —Y, con gesto brusco, se sacudió del brazo el

contacto con el sartán.

–Intentaré recordarlo. –Alfred sonrió. El perro se acercó a él y frotó el hocico contra su pierna con un gimoteo. El sartán le dio unas palmaditas con cautela.

–Cuida de él, muchacho. No vuelvas a perderlo.

Ramu se interpuso entre ambos y empezó a entonar las runas.

Unos signos mágicos centellearon ante Haplo, cegándolo. El calor lo obligó a retroceder. Cuando recuperó la visión, las runas rojas ardían de nuevo ante la puerta y obstruían las ventanas.

Los sartán se habían marchado.

–

– II

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

Haplo permaneció tendido en la cama. No podía hacer otra cosa que esperar. Su piel empezaba a secarse y los signos mágicos de su cuerpo volvían a ser débilmente visibles, pero aún tardarían mucho tiempo en recuperar todo su poder. Más tiempo del que suponía que podría disponer. Los sartán no tardarían en volver, empaparlo de agua y, luego, intentar obligarlo a hablar.

Esto último podía resultar entretenido.

Mientras tanto, se dijo, era mejor que intentara descansar cuanto pudiera. La pérdida de la magia lo hacía sentirse cansado y débil y se preguntó si sería una reacción auténtica, física, o sólo cosa de su mente. Se preguntó muchas otras cosas, allí tendido, mientras trataba de consolar al apenado perro.

Hombres y mujeres sartán en el Laberinto. Enviados allá por sus enemigos. ¿Qué había sido de ellos? Por supuesto, cabía esperar que los patryn, llevados de su furia, se hubiesen lanzado sobre ellos y les hubiesen dado muerte.

Pero ¿y si no había sido así? ¿Y si aquellos enemigos seculares se habían visto obligados a olvidar el odio y el rencor y a colaborar para sobrevivir? ¿Y si, durante las noches largas y oscuras, habían dormido juntos, si habían buscado consuelo unos en brazos de otros en los escasos momentos de respiro en su vida de terror? ¿Era posible que alguna vez, mucho tiempo atrás, la sangre patryn y la sartán se hubieran mezclado? La idea dejó perplejo a Haplo. Era demasiado abrumadora para asimilarla. Las posibilidades que ofrecía eran demasiado perturbadoras.

Su mano acarició la cabeza del perro, que descansaba sobre su pecho. El animal cerró los ojos, suspiró y se acurrucó contra él en la cama. Haplo casi se había dormido también cuando el mundo tembló.

Abrió los ojos al instante, tenso y alarmado, presa del pánico ante aquella aterradora sensación pero incapaz de mover un músculo para combatirlo. El temblor, la ondulación, se inició por sus pies y se extendió hacia arriba llevando consigo el vértigo y el mareo. Incapaz de actuar, no pudo hacer otra cosa que observar y percibir lo que sucedía.

Ya había experimentado aquello en una ocasión. Una vez, el mundo había vibrado así a su alrededor. Una vez, se había visto a sí mismo sin forma ni dimensión, aplastado contra lo que lo rodeaba, que a su vez parecía frágil y quebradizo como una hoja seca. Las ondas se extendieron por encima de él. Doblaron la estancia, las paredes, el techo... Las runas rojas de aislamiento que obstruían la puerta y las ventanas se apagaron, pero Haplo no pudo aprovecharse de ello porque le resultaba imposible moverse.

La vez anterior, el perro había desaparecido también. Agarró al animal, que esta vez permaneció a su lado dormitando tranquilamente, sin enterarse de nada.

Aquella extraña ondulación cesó con la misma rapidez con que se había iniciado. Las runas rojas volvían a brillar. El perro resopló.

Haplo hizo una profunda inspiración, soltó el aire y miró al vacío. La última vez que el mundo había vibrado, Alfred había sido la causa.

Alfred había cruzado la Puerta de la Muerte.

El patryn despertó de improviso con un hormigueo de alarma en el cuerpo. Era de noche y la habitación estaba a oscuras, o lo habría estado de no ser por el resplandor de las runas. Se sentó en la cama e intentó recordar e identificar el sonido que lo había sacado con tal brusquedad de su profundo sueño. Estaba tan concentrado en escuchar que, en un primer momento, no se dio cuenta del intenso fulgor azul de los signos mágicos de su piel.

—

— II

—Debo de haber dormido mucho rato —dijo al perro, que también había sido despertado por el ruido—. ¿Cómo es que no han venido a buscarme? ¿Qué supones que sucede, muchacho?

El perro pareció pensar que tenía alguna idea, pues saltó del lecho y cruzó la estancia hasta una ventana. Haplo tuvo la misma idea y lo imitó. Se acercó a las runas todo lo que pudo, sin hacer caso del calor mágico que le quemaba la piel y contra el cual su propia magia era incapaz de protegerlo mucho rato. Con una mano como escudo, el patryn entrecerró los ojos e intentó observar el exterior pese al brillo cegador de las runas.

No pudo distinguir gran cosa en la noche; sombras que se confundían con más sombras, siluetas negras de pura oscuridad. En cambio, captó con nitidez los gritos. Era el griterío lo que lo había despertado.

—¡La muralla! ¡Hay una brecha en la muralla! ¡El agua inunda la ciudad!

Haplo creyó escuchar unas pisadas al otro lado de la puerta. Se puso en tensión y se volvió, dispuesto a luchar. Habían cometido una imprudencia al permitirle recuperar su poder. El les enseñaría hasta qué punto habían sido negligentes.

Los pasos vacilaron un momento; luego, empezaron a retirarse. Haplo se acercó a la puerta y escuchó hasta que el sonido se perdió en la lejanía. Si se trataba de algún centinela sartán, ya no rondaba por allí.

Sin embargo, las runas de aislamiento seguían fuertes, llenas de poder. El patryn se vio obligado a retirarse de la puerta. Enfrentarse al calor le desgastaba las fuerzas.

Además, no había necesidad de desperdiciar energías.

—Será mejor que te relajes, muchacho —recomendó al perro—. No tardaremos en salir de aquí.

Y entonces ¿adonde iría? ¿Qué haría?

Volver al Laberinto a buscar a Alfred, a buscar a los otros...

Con una ligera sonrisa, Haplo volvió a la cama, se tendió en ella cómodamente y aguardó a que las aguas subieran.

LA MANO DEL CAOS

SERIE EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE Vol.V

Margaret Weis – Tracy Hickman

INTRODUCCIÓN

A LOS CUATRO REINOS

Me llamo Haplo.

Mi nombre significa solitario, singular. Me lo pusieron mis padres como una especie de profecía, pues sabían que no sobrevivirían al Laberinto, la prisión dominada por una magia siniestra y terrible a la que mi pueblo, los patryn, había sido arrojado.

Con el tiempo, me convertí en un *corredor*, un patryn que se enfrenta al Laberinto. Y soy uno de los afortunados que consiguió cruzar la Puerta Final, aunque casi perdí la vida en el intento. De no ser por este perro ladrón de salchichas que yace a mi lado, no me encontraría aquí, escribiendo este relato. El perro me dio la voluntad de vivir cuando yo me habría dado por vencido y habría muerto. El perro me salvó la vida.

Sí, el perro me dio la voluntad de vivir, pero fue Xar, mi señor, quien me dio una razón para vivir, un objetivo.

Xar fue el primer patryn en escapar del Laberinto. Xar es viejo y poderoso, muy experto en la magia rúnica que nos proporciona nuestra fuerza tanto a los patryn como a nuestros enemigos, los sartán. Mi señor escapó del Laberinto y, de inmediato, volvió a entrar en él. Nadie ha vuelto a demostrar el valor necesario para hacer tal cosa, y aún hoy sigue arriesgando su vida cada día para rescatarnos.

Somos ya muchos los patryn que hemos emergido del Laberinto y vivimos ahora en el Nexo, que hemos transformado en una hermosa ciudad. Sin embargo,

—

¿hemos sido rehabilitados como pretendían quienes nos encerraron en esa prisión?

En tan severa escuela, los patryn, un pueblo impaciente, aprendimos a tener paciencia. Egoístas, aprendimos a ser abnegados y leales. Y, por encima de todo, aprendimos a odiar.

El objetivo de mi señor Xar —el de todos nosotros— es recuperar el mundo que nos fue arrebatado, gobernarlo como siempre fue nuestro destino hacerlo e infligir el castigo más terrible a nuestros enemigos.

Los mundos que existen hoy fueron en otro tiempo uno solo, un hermoso mundo verdeazulado que nos pertenecía a nosotros y a los sartán, pues nuestra magia rúnica nos hacía poderosos. Las otras razas *inferiores*, a las que llamamos mensch —los humanos, los elfos y los enanos—, nos adoraban como a dioses. Pero los sartán creyeron que los patryn estábamos consiguiendo demasiado dominio. El equilibrio de poder empezó a romperse a nuestro favor y los sartán, furiosos, hicieron lo único que estaba en su mano para impedirlo. Mediante su magia rúnica —la magia basada en las probabilidades—, separaron el mundo y

nos encerraron en el Laberinto.

Con los restos del antiguo, los sartán formaron cuatro mundos nuevos, cada uno con un elemento del original: aire, fuego, piedra y agua. Los cuatro mundos están conectados por la mágica Puerta de la Muerte, un conducto por el cual pueden viajar sanos y salvos aquellos que poseen los secretos de la magia rúnica. Esos cuatro mundos deberían haber funcionado coordinadamente, complementándose unos a otros. Así, Pryan, el mundo del fuego, tenía que proporcionar energía a Abarrach, el mundo de la piedra. Abarrach proporcionaría rocas y minerales a Chelestra, el mundo del agua, etcétera. Y todo tenía que ser coordinado e impulsado por una máquina asombrosa, la Tumpa-chumpa, que los sartán construyeron en Ariano.

Sin embargo, los planes de los sartán se torcieron. Sus colonias en los mundos que habían creado empezaron a perder población y a extinguirse. Desde cada uno de ellos, lanzaron llamadas de auxilio a los demás, pero sus peticiones no tuvieron respuesta. En cada mundo, los sartán tenían sus propios problemas. Yo descubrí lo sucedido porque Xar, mi señor, me encomendó la misión de viajar a cada uno de esos mundos para investigarlos y para descubrir qué había sido de nuestro enemigo ancestral. Y, así, he podido visitar todos esos reinos. La crónica completa de mis aventuras en ellos puede encontrarse en mis diarios, que han terminado por conocerse como *El ciclo de la Puerta de la Muerte*.

Lo que hallé en ellos fue una absoluta sorpresa. Mis descubrimientos han cambiado mi vida, y no para mejor. Cuando emprendí mis viajes, tenía todas las respuestas. Ahora, en mi cabeza sólo hay preguntas.

Mi señor achaca mi estado de ánimo inquieto y perturbado a un sartán al que conocí durante mis viajes, un sartán que utiliza un nombre mensch: Alfred Montbank. Y, al principio, estuve de acuerdo con mi señor: la culpa era de Alfred. Sin duda, el sartán me estaba embaucando.

Pero ahora no estoy tan seguro. Ahora dudo de todo: de mí mismo, de mi señor...

Permitid que intente resumiros lo que me sucedió.

—

ARIANO

El primer mundo que visité fue el reino del aire, Ariano, que está formado por continentes flotantes repartidos en tres niveles. El reino inferior es el hogar de los enanos y es allí, en Drevlin, donde los sartán colocaron la Tumpa-chumpa, esa máquina asombrosa. Pero antes de que pudieran ponerla en funcionamiento, los sartán empezaron a morir. Sobrecogidos de pánico, esos sartán colocaron a sus jóvenes en un estado de animación suspendida con la esperanza de que, cuando despertaran, la situación ya se habría normalizado.

Pero sólo uno de ellos, Alfred, sobrevivió al trance. Y, al despertar, descubrió que era el único aún con vida de todos sus amigos y parientes. El hallazgo lo dejó abrumado, aterrado. Alfred se sintió responsable del caos en el que se había sumido su mundo, pues los mensch, naturalmente, estaban al borde de una guerra abierta. Pese a ello, Alfred tuvo miedo de revelar su verdadera identidad. Su magia rúnica le proporcionaba el poder de un semidiós sobre los mensch, y tuvo miedo de que los mensch trataran de obligarlo a utilizar esa magia para sus propósitos destructores. Así pues, ocultó sus poderes y se negó a Utilizarlos incluso para salvarse a sí mismo. Ahora, cada vez que se siente amenazado, en lugar de

responder con su poderosa magia, Alfred recurre a un oportuno desmayo. El perro y yo nos estrellamos en Ariano y estuvimos a punto de morir. Nos rescató un enano llamado Limbeck. Los enanos de Ariano son esclavos de la Tumpa-chumpa, de la que se ocupan ciegamente mientras la máquina trabaja, también a ciegas, carente de cualquier dirección. Pero Limbeck es un revolucionario, un librepensador. En la época de mi viaje, los enanos estaban bajo el dominio de una poderosa nación de elfos que habían establecido una dictadura en el Reino Medio de Ariano. Así pues, los elfos dominaban la única fuente de agua dulce de ese mundo, un agua que produce la Tumpa-chumpa.

Los humanos, que también habitan en el Reino Medio, han estado en guerra con los elfos por el agua durante la mayor parte de la historia de Ariano. La contienda estaba en pleno fragor durante mi estancia allí y continúa todavía, aunque ahora con una importante diferencia. Ha surgido un príncipe elfo que desea la paz y la unidad entre las razas. Este príncipe ha organizado una rebelión contra su propio pueblo, pero lo único que ha conseguido con ello, hasta el momento, ha sido provocar más caos.

Durante mi estancia allí, me las ingenié para ayudar a Limbeck, el enano, a encabezar una revuelta de su pueblo contra los humanos y los elfos. Y, cuando abandoné ese mundo, llevé conmigo a un niño humano, Bane, que había suplantado en la cuna al verdadero hijo de un rey. Desde entonces, Bane ha desentrañado el secreto de la Tumpa-chumpa. Una vez que la máquina empiece a funcionar como los sartán tenían pensado, mi señor utilizará su energía para empezar la conquista de los otros mundos.

También me habría gustado llevar conmigo a otro mensch, un humano llamado Hugh *la Mano*. Este Hugh, un asesino muy hábil y experimentado, era uno de los escasos mensch que he conocido al que podría aceptar como un aliado

—
. *Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

de confianza. Por desgracia, Hugh *la Mano* murió luchando contra el verdadero padre de Bane, un perverso hechicero humano. ¿Y a quién tengo ahora por compañero de viaje?

A Alfred.

Pero no nos adelantemos a los hechos.

Durante mi estancia en Ariano, tropecé con Alfred, que actuaba como sirviente del pequeño Bane. Me avergüenza reconocerlo, pero Alfred descubrió mi condición de patryn mucho antes de que yo supiera que él era un sartán. Cuando lo averigüé, me propuse matarlo pero, en aquellos momentos, bastante trabajo tuve para salvar mi propia vida...

Pero ésta es una larga historia. Baste con decir que me vi obligado a dejar Ariano sin ajustar las cuentas al único sartán que había tenido a mi alcance.

PRYAN

El siguiente mundo que visité con el perro fue Pryan, el mundo del fuego.

Pryan es un mundo gigante, una esfera hueca de roca de un tamaño casi incomprensible para la mente, en cuyo centro arde un sol. La superficie interior de la esfera de roca sostiene la vegetación y la vida. Como ese mundo no gira, el sol de su centro luce permanentemente y no existe noche. En consecuencia, Pryan está cubierto por una jungla tan tupida y gigantesca que pocos de los que habitan el planeta han visto el suelo alguna vez. Ciudades enteras se levantan en los vástagos de árboles enormes cuyas poderosas ramas sostienen lagos, océanos

incluso.

Los primeros personajes que conocí en Pryan fueron un viejo mago delirante y el dragón que parece ocuparse de su cuidado. Ese mago se hace llamar Zifnab (¡cuando es capaz de recordar su propio nombre!) y produce toda la impresión de estar chiflado, pero hay ocasiones en que su locura es demasiado lúcida. Ese viejo alucinado conoce demasiadas cosas: sabe demasiado de mí, de los patryn, de los sartán, de todo en general. Sabe demasiado, pero no suelta prenda.

En Pryan, igual que en Ariano, los mensch están en guerra entre ellos. Los elfos odian a los humanos, éstos desconfían de los elfos, y los enanos odian y desconfían de ambos. Lo sé muy bien, pues tuve que viajar con un grupo de humanos, elfos y un enano y nunca he visto tantas disputas, discusiones y peleas. Me harté de ellos y los dejé. Estoy seguro de que, a estas alturas, ya deben de haberse matado entre ellos. Eso, o han acabado con ellos los titanes.

Estos titanes... En el Laberinto encontré muchos monstruos temibles, pero pocos de ellos comparables con los titanes de Pryan. Humanoides gigantes, ciegos y de inteligencia muy limitada, son creaciones mágicas de los sartán, que los utilizaban como vigilantes de los mensch. Mientras sobrevivieron, los sartán tuvieron bajo su control a los titanes, pero también en ese mundo, como en Ariano, la raza sartán empezó a menguar misteriosamente. Los titanes se quedaron sin tarea que cumplir y sin supervisión y ahora vagan por Pryan en grandes grupos, preguntando a todos los mensch que encuentran: « ¿Dónde están las ciudadelas?

¿Cuál es nuestro propósito?

—

. *La estrella de los elfos, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

Cuando no reciben respuesta a esas extrañas preguntas, los titanes son presa de una rabia incontenible y hacen pedazos al desgraciado mensch. Nada ni nadie puede resistirse a estos seres espantosos, pues los titanes poseen una forma rudimentaria de magia rúnica de los sartán. De hecho, estuvieron en un tris de acabar conmigo, pero eso también es otra historia.

En cualquier caso, yo también empecé a hacerme sus mismas preguntas:

¿Dónde estaban esas ciudadelas? ¿Qué eran, en realidad? Y di con la respuesta, al menos en parte.

Las ciudadelas son recintos maravillosos y relucientes contruidos por los sartán a su llegada a Pryan. Por lo que he podido deducir de los registros y documentos que dejaron los sartán, las ciudadelas tenían como propósito captar energía del sol perpetuo de Pryan y transmitirla a los otros mundos a través de la Puerta de la Muerte, mediante la acción de la Tumpa-chumpa. Sin embargo, la máquina no funcionó y la Puerta de la Muerte permaneció cerrada. Las ciudadelas quedaron vacías, desiertas, y su luz no pasó de un leve resplandor, como mucho.

ABARRACH

A continuación, viajé a Abarrach, el mundo de piedra.

Y fue en este viaje cuando recogí en mi nave a mi indeseado compañero de travesía: Alfred, el sartán.

Alfred había estado rondando la Puerta de la Muerte en un vano intento de localizar al pequeño Bane, el niño humano que me había llevado de Ariano. Por supuesto, sus intentos resultaron fallidos. Alfred, un individuo que no sabe andar sin tropezar con los cordones de sus propios zapatos, se equivocó de blanco y fue a aterrizar en mi nave.

En ese trance, cometí una equivocación. En aquel momento, tenía a Alfred en mis manos y debería haberlo llevado inmediatamente ante mi señor. Xar habría podido arrancar, dolorosamente, todos los secretos del alma de aquel sartán. Pero mi nave acababa de entrar en Abarrach y no quise marcharme, no quise volver a hacer el viaje, temible y perturbador, a través de la Puerta de la Muerte. Y, para ser sincero, quise tener cerca a Alfred durante un tiempo. Al atravesar la Puerta de la Muerte, Alfred y yo habíamos experimentado, de forma totalmente involuntaria, un cambio de cuerpos. Durante unos breves instantes, me había encontrado en la mente de Alfred, compartiendo sus pensamientos, sus miedos, sus recuerdos. Y, al propio tiempo, el sartán se había encontrado en la mía. Muy pronto, los dos regresamos a nuestro cuerpo respectivo, pero me di cuenta de que yo ya no era el mismo, aunque me costó mucho tiempo aceptarlo. Aquella experiencia me había permitido conocer y comprender a mi enemigo, y eso me hacía difícil seguir odiándolo. Además, como pudimos comprobar, Alfred y yo nos necesitábamos mutuamente para nuestra propia supervivencia. Abarrach es un mundo terrible. Fría piedra en el exterior, roca fundida y lava en el interior. Los mensch que los sartán instalaron allí no pudieron sobrevivir mucho tiempo en sus cavernas infernales. Alfred y yo tuvimos que recurrir a todos nuestros poderes mágicos para sobrevivir al calor ardiente que surgía de los océanos de magma y a los vapores ponzoñosos que impregnaban el aire. No obstante, en Abarrach vive gente. Y también viven los muertos.

—

Fue allí, en Abarrach, donde Alfred y yo descubrimos a unos descendientes envilecidos de su raza, los sartán. Y fue allí, también, donde encontramos la trágica respuesta al misterio de qué había sido de esa raza. Los sartán de Abarrach se habían dedicado al arte prohibido de la nigromancia y despertaban a sus propios muertos, proporcionándoles una penosa y execrable apariencia de vida, para utilizarlos como esclavos. Según Alfred, este arte arcano estaba prohibido antiguamente porque se había descubierto que, por cada muerto devuelto a la vida, uno de los vivos perdía la suya. Pero esos sartán de Abarrach habían olvidado la prohibición, o bien habían decidido saltársela. Yo, que había sobrevivido al Laberinto, me consideraba endurecido e insensible a casi cualquier atrocidad, pero los muertos vivientes de Abarrach aún pueblan mis peores pesadillas. Intenté convencerme de que la nigromancia podía resultar un instrumento muy valioso para mi señor, pues un ejército de muertos es indestructible, invencible, imbatible. Con un ejército así, mi señor podía conquistar fácilmente los demás mundos y ahorrarse la trágica pérdida de vidas de mi pueblo.

En ese mundo, estuve muy cerca de acabar convertido también en un cadáver. La idea de que mi cuerpo continuara viviendo en una perpetua esclavitud idiotizada me horrorizaba, y la posibilidad de que tal cosa les sucediera a otros me resultó insoportable. Decidí, por tanto, no informar a mi señor de que los sartán de aquel mundo maldito practicaban las artes nigrománticas. Éste fue mi primer acto de rebelión contra mi señor.

Pero no iba a ser el último.

También allí, en Abarrach, tuve otra experiencia que me produjo dolor, perplejidad, irritación y confusión, pero que aún me inspira un temor reverencial

cada vez que la evoco.

Huyendo de una persecución, Alfred y yo penetramos en una sala conocida como la Cámara de los Condenados. Mediante la magia del lugar, fui transportado al pasado y me encontré de nuevo dentro de un cuerpo ajeno, el de un sartán. Y fue entonces, durante esta experiencia mágica y extraña, cuando descubrí la existencia de un poder superior. Me fue revelado que yo no era ningún semidiós, como siempre había creído, y que la magia que yo dominaba no era la fuerza más poderosa del universo.

Existe otra aún más poderosa, una fuerza benévola que sólo persigue la bondad, el orden y la paz. En el cuerpo de ese sartán desconocido, deseé vehementemente entrar en contacto con esa fuerza, pero, antes de que pudiera hacerlo, otros sartán —temerosos de la verdad que acabábamos de descubrir— irrumpieron en la cámara y nos atacaron. Los reunidos en aquella sala morimos allí y todo rastro de nosotros y de nuestro hallazgo se perdió, salvo una misteriosa profecía.

Cuando desperté, en mi propio cuerpo y en mi propio tiempo, sólo guardaba un recuerdo bastante impreciso de lo que había visto y oído, pero puse todo mi empeño en olvidar incluso eso. No quería afrontar el hecho de que, comparado con ese poder, yo era tan débil como cualquier mensch. Acusé a Alfred de intentar engañarme, de haber creado aquella fantasía. Él lo negó, por supuesto, y juró que había experimentado exactamente lo mismo que yo. Me negué a creerle.

—
. *El Mar de Fuego, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

Juntos, escapamos de Abarrach salvando la vida por muy poco. Cuando lo abandonamos, los sartán de ese mundo espantoso estaban ocupados en destruirse unos a otros, convirtiendo a los vivos en «lazaros», cuerpos muertos cuyas almas quedan atrapadas eternamente dentro de sus cáscaras sin vida. Diferentes de los cadáveres ambulantes, los lazaros son mucho más peligrosos porque poseen inteligencia y voluntad. Y una determinación siniestra y espantosa.

Me alegré de abandonar un mundo así. Una vez dentro de la Puerta de la Muerte, dejé que Alfred siguiera su camino mientras yo tomaba el mío. Al fin y al cabo, el sartán me había salvado la vida. Y yo estaba harto de tanta muerte, de tanto dolor, de tantos padecimientos. Ya había visto suficiente y sabía muy bien el trato que Alfred recibiría de Xar, si caía en manos de mi señor.

CHELESTRA

Cuando regresé al Nexo, efectué mi informe sobre Abarrach en forma de un mensaje escrito a mi señor, pues temí no poder ocultarle la verdad si me presentaba ante él. Pero Xar supo que le había mentido y me pilló antes de que tuviera ocasión de abandonar el Nexo. Mi señor me castigó, estuvo a punto de matarme. Yo merecía el castigo. El dolor físico que me produjo fue mucho más soportable que la aflicción que me causó el sentimiento de culpabilidad. Así, terminé por contarle a Xar todo lo que había descubierto en Abarrach. Le hablé de las artes nigrománticas, de la Cámara de los Condenados y de ese poder superior. Mi señor me perdonó y me sentí limpio, renovado. Todas mis preguntas habían tenido respuesta. Una vez más, conocía mi propósito, mi objetivo. Eran los de Xar. Yo pertenecía a Xar. Cuando viajé a Chelestra, el mundo del agua, lo hice con la firme determinación de ganarme otra vez la confianza de mi señor.

Y, en aquel punto, se produjo una circunstancia extraña. El perro, mi permanente compañero desde que me había salvado la vida en el Laberinto,

desapareció de mi lado. Yo me había acostumbrado a tenerlo cerca, aunque a veces fuera una molestia, de modo que me dediqué a buscarlo, pero se había esfumado. Lo lamenté, pero no por mucho rato. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

Chelestra es un mundo compuesto casi únicamente de agua, que vaga a la deriva en las frías profundidades del espacio. Su superficie exterior está formada de hielo sólido; en cambio, en el interior, los sartán colocaron un sol que arde mágicamente en el agua y proporciona luz y calor a ese mundo.

Los sartán tenían la intención de controlar ese sol, pero se encontraron con que carecían de la energía necesaria para ello, de modo que el sol se mueve a la deriva por las aguas, calentando sólo ciertas zonas de Chelestra cada vez, mientras otras zonas quedan congeladas hasta el regreso del sol. En Chelestra, en lo que se conoce como lunas marinas, viven varios grupos de mensch. Y una de esas lunas está habitada por los sartán, pero eso no lo supe hasta más adelante.

Mi llegada a Chelestra no fue muy afortunada. Mi nave penetró en sus aguas y, al instante, empezó a romperse. Tal destrucción resultaba incomprensible, ya que todo el exterior de mi nave estaba protegido con runas y muy pocas fuerzas —

— desde luego, no el agua de mar normal y corriente— podían desbaratar su poderosísima magia.

Pero, por desgracia, aquélla no era un agua normal.

Me vi obligado a abandonar la nave y me encontré nadando en un océano inmenso. Pensé que iba a ahogarme sin remedio, pero pronto descubrí, para mi asombro y mi satisfacción, que podía respirar aquella agua con la misma facilidad que respiraba aire. También descubrí, con mucha menos satisfacción, que el agua tenía el efecto de destruir por completo las runas de protección tatuadas en mi piel, lo que me dejaba impotente y desvalido como un mensch.

En Chelestra encontré nuevas pruebas de la existencia de un poder superior. Sin embargo, este poder no busca el bien, sino el mal. Se refuerza con el miedo, se alimenta del terror y se complace en infligir dolor. Y sólo vive para fomentar el caos, el odio y la destrucción.

Encarnado en forma de enormes serpientes dragón, este poder maléfico estuvo muy cerca de seducirme para que le sirviera. Me salvaron de ello tres chiquillos mensch, uno de los cuales murió en mis brazos más tarde. Así pues, tuve ocasión de ver el mal cara a cara y de comprender que su propósito era destruirlo todo, incluso a nosotros, los patryn. Y decidí enfrentarme a él, aunque sabía que no podía vencerlo. Este poder es inmortal, pues vive dentro de cada uno de nosotros. Nosotros lo hemos creado.

Al principio, creí que luchaba solo, pero luego advertí que alguien acudía en mi apoyo. Era mi amigo, mi enemigo: Alfred.

El sartán había llegado también a Chelestra casi al mismo tiempo que yo, pero habíamos ido a parar a lugares muy diferentes y alejados. Alfred se encontró en una cripta sartán parecida a aquella de Ariano donde yacía muerta la mayoría de su pueblo. Pero, en Chelestra, los ocupantes de la cripta estaban vivos. Y resultaron ser los miembros del Consejo Sartán, los responsables de la Separación de los mundos y de nuestro encierro en el Laberinto.

Ante la amenaza de las maléficas serpientes dragón, contra las cuales no podían luchar porque el agua del mar anulaba su magia, los sartán lanzaron una

llamada de ayuda a sus hermanos y, a continuación, se sumieron en un estado letárgico a la espera de la llegada de otros sartán.

Pero el único que acudió, y por pura casualidad, fue Alfred.

No es preciso decir que no era, precisamente, lo que el Consejo esperaba.

Samah, el jefe del Consejo, es un calco de mi señor, Xar (¡aunque ninguno de los dos me agradecería la comparación!). Los dos son orgullosos, despiadados y ambiciosos. Los dos creen ejercer el poder supremo del universo y la idea de que pudiera existir una fuerza superior, un poder más alto, es anatema para ambos. Samah descubrió que Alfred no sólo creía en este poder superior, sino que incluso había estado cerca de establecer contacto con él, y consideró esto como una abierta rebelión. Intentó someter a Alfred, quebrantar su fe, pero fue como querer hacer añicos una masa de pan. Alfred soportó mansamente cada golpe, cada ataque, negándose a retractarse y a aceptar los dictados de Samah.

Debo reconocer que casi sentí lástima de Alfred. Cuando por fin había encontrado a los suyos, tras buscarlos con tanto ahínco y esperanza, descubría que no podía confiar en ellos. No sólo eso, sino que tuvo conocimiento de una verdad terrible sobre el pasado de los sartán.

—
. El Mago de la Serpiente, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

Con la ayuda de un aliado inesperado (mi propio perro, para ser exacto), Alfred tropezó (textualmente) por casualidad con una biblioteca secreta de los sartán. Allí descubrió que Samah y el Consejo habían sospechado la existencia de ese poder superior. La Separación no había sido necesaria. Con la ayuda de ese poder, los sartán habrían podido promover la paz.

Pero Samah no había querido la paz. El Gran Consejero quería regir el mundo a su modo, y sólo al suyo. Y por eso forzó la Separación. Por desgracia, cuando intentó recomponerlo, el mundo se desmenuzó en fragmentos cada vez más pequeños y empezó a escurrírsele entre los dedos.

Alfred descubrió la verdad. Y eso lo convirtió en una amenaza para Samah.

Sin embargo, fue Alfred —el débil y torpe Alfred, que se desmayaba ante la mera mención de la palabra «peligro»— quien vino en mi ayuda en la lucha contra las serpientes dragón. Su intervención me salvó la vida, salvó la de los mensch y, muy probablemente, la de su propia raza desagradecida.

A pesar de ello —o tal vez a causa de ello—, Samah sentenció a Alfred a un destino terrible. El Gran Consejero arrojó a Alfred y a Orla, su amante sartán, al Laberinto.

Ahora, soy el único que conoce la auténtica verdad del peligro al que nos enfrentamos. Las fuerzas maléficas encarnadas en las serpientes dragón no pretenden dominarnos. No, sus deseos no son tan constructivos. El sufrimiento, la agonía, el caos, el miedo: éstos son sus objetivos. Y los alcanzarán, a menos que nos unamos todos para encontrar algún modo de detenerlas. Porque las serpientes dragón son poderosas, mucho más que cualquiera de nosotros. Mucho más que Samah. Mucho más que Xar.

Ahora tengo que convencer de esto a mi señor y la tarea no resultará sencilla.

Para Xar, ya soy sospechoso de traición. ¿Cómo podría demostrarle que mi lealtad a él y a mi pueblo nunca ha sido más firme?

Y Alfred... ¿Qué voy a hacer con Alfred? Ese sartán calmoso, indeciso y torpe no sobrevivirá mucho tiempo en el Laberinto. Si me atreviera, podría regresar allí a salvarlo.

Pero debo reconocerlo: tengo miedo.

Estoy atemorizado como nunca en mi vida. El mal es muy grande, muy poderoso, y me enfrento a él a solas, como si mi nombre fuese profético. A solas, con la única excepción de un perro.

—

—

. Escrita por Haplo en el idioma de los humanos, esta anotación se encuentra en el diario entregado al patryn por Grundle. Los patryn utilizan el idioma humano para registrar sucesos y pensamientos, pues consideran su lenguaje demasiado poderoso para utilizarlo indiscriminadamente.

. Referencia al hecho de que el agua del mar de Chelestra anula la poderosa magia que utilizan tanto los patryn como los sartán.

. «Serpiente dragón» es un término mensch, acuñado por Grundle. La palabra sartán para estas criaturas es sólo «serpiente». Haplo adopta en este volumen el vocablo sartán, a diferencia de sus escritos anteriores. Una de las explicaciones para este cambio es que Haplo quiere evitar confusiones entre estos falsos «dragones» y los auténticos que pueblan los mundos. Haplo utiliza una palabra sartán porque los patryn, que no han tenido nunca contacto con estas criaturas, carecen de una palabra concreta para denominarlas.

PRÓLOGO

Escribo esto mientras aguardo mi libertad, sentado en una celda de una prisión sartán. La espera será larga, sospecho, porque el nivel del agua de mar que me liberará sube muy lentamente. Sin duda, el nivel del agua está siendo controlado por los mensch, que no quieren causar daño a los sartán sino, simplemente, despojarlos de su magia. El agua del mar de Chelestra es respirable como el aire, pero una muralla de agua que arrasara la costa provocaría una destrucción considerable. Los mensch han demostrado tener una mentalidad práctica bastante notable al haberlo tenido en cuenta, pero sigo preguntándome cómo habrán conseguido obligar a las serpientes dragón a colaborar.

Las serpientes de Chelestra...

Yo sé bastante de maldad, pues he nacido y sobrevivido en el Laberinto, y escapado de él, pero jamás he conocido algo tan maléfico como esas bestias. Han sido ellas quienes me han enseñado a creer en un poder superior, un poder sobre el cual tenemos escaso control y que es intrínsecamente perverso.

Alfred, mi antiguo adversario, se horrorizaría si leyera esta afirmación. Casi puedo oírlo balbucear y tartamudear una protesta: « ¡No, no! ¡Existe un poder benéfico equivalente! Los dos lo hemos visto».

Sí, eso es lo que me dirías. ¿De veras lo viste, Alfred? Y si es así, ¿dónde? Tu propia gente te ha declarado hereje y te ha enviado al Laberinto o, al menos, ésa fue su amenaza. Y Samah no parece de los que amenazan a la ligera. Dime, Alfred, ¿qué opinas de tu poder benéfico ahora... mientras luchas por sobrevivir en el Laberinto?

—

Te diré lo que pienso yo. Pienso que ese bien se parece mucho a ti: es débil y torpe. Aunque debo reconocer que fuiste tú quien nos salvó en nuestra lucha contra las serpientes... si es cierto que fuiste tú quien se convirtió en el mago de las serpientes, como afirmó Grundle.

Pero, cuando llegó el momento de defenderte ante Samah (y voy a concederte que pudieras haber vencido a ese maldito), «no pudiste recordar el hechizo» y aceptaste mansamente que os llevaran —a ti y a la mujer que amas— a un lugar donde, si aún estás vivo, probablemente desearías no estarlo.

El agua del mar ya empieza a colarse por debajo de la puerta. El perro no sabe qué pensar de ella. Le ladra como si intentara convencerla para que dé media vuelta y desaparezca. Comprendo cómo se siente. No puedo hacer otra cosa que sentarme aquí tranquilamente y esperar, esperar a que el líquido tibio suba por encima de la puntera de la bota, esperar la terrible sensación de pánico que me atenaza cada vez que noto cómo mi magia empieza a disolverse al contacto con el agua.

Pero esta agua es mi salvación, debo recordarlo. Ahora mismo, las runas sartán que me mantienen encerrado en esta celda ya empiezan a perder su fuerza. Su resplandor rojo se difumina. Finalmente, se apagará por completo y entonces quedaré libre.

¿Libre para ir adonde? ¿Para hacer qué?

Debo regresar al Nexo y advertir a mi señor del peligro de las serpientes. Xar no me creerá; no querrá creerme. Siempre se ha considerado la fuerza más poderosa del universo y, desde luego, tenía buenas razones para pensar que lo era. El poder siniestro y amenazador del Laberinto no podía aplastarlo. Aun hoy, lo desafía continuamente para sacar a más de los nuestros de esa prisión terrible. Pero, contra el poder mágico de las malévolas serpientes —y empiezo a creer que éstas sólo son instrumentos del mal—, Xar tiene que inclinarse. Esta fuerza espantosa y caótica no sólo es poderosa, sino también astuta y falaz. Impone su voluntad diciéndonos lo que queremos escuchar, complaciéndonos, adulándonos y sirviéndonos. No le importa degradarse, no tiene dignidad ni sentido del honor. Emplea mentiras cuya fuerza reside en que son falsedades que uno se dice a sí mismo.

Si esta fuerza del mal penetra en la Puerta de la Muerte y no se hace nada por detenerla, preveo un día en que este universo se convertirá en una cárcel de sufrimientos y desesperación. Los cuatro mundos —Ariano, Pryan, Abarrach y Chelestra— quedarán arrasados. El Laberinto no será destruido, como era nuestra esperanza. Mi pueblo saldrá de una prisión para encontrarse en otra.

¡Debo conseguir que mi señor me crea! ¿Pero cómo, si a veces no estoy seguro de creerlo yo mismo...?

El agua me llega al tobillo. El perro ha dejado de ladrar. Me mira con gesto de reproche, exigiendo saber por qué no abandonamos este lugar incómodo. Cuando ha intentado lamer el agua, ésta se le ha metido por el hocico.

Desde la ventana no veo a ningún sartán en la calle, donde el agua fluye ya en un río caudaloso y continuo. Oigo a lo lejos la llamada de unas trompas: los mensch, probablemente, avanzando hacia el Cáliz, como llaman los sartán a su refugio. Magnífico; eso significa que habrá naves cerca. Sumergibles mensch. Mi nave, el sumergible de los enanos que modifiqué con mi magia para que me condujera a través de la Puerta de la Muerte, está amarrada en Draknor, la isla de las serpientes.

No tengo ningún deseo de volver allí, pero no tengo más remedio. Potenciada con las runas, esa nave es el único vehículo de este mundo que puede conducirme sano y salvo a través de la Puerta de la Muerte. No tengo más que bajar la mirada a las piernas, ya bañadas en el agua marina, para ver cómo se borran las runas azules tatuadas en mi piel. Pasará mucho tiempo hasta que vuelva a estar en condiciones de utilizar mi magia para modificar otra embarcación. Y se me acaba el tiempo. A mi pueblo se le acaba el tiempo.

Con un poco de suerte, conseguiré colarme en Draknor sin ser detectado, recuperar la nave y marcharme. Las serpientes deben de estar concentradas en colaborar al asalto al Cáliz, aunque me resulta extraño y, tal vez, un mal presagio no haber visto todavía ninguna de ellas. Pero, como antes he dicho, son astutas y falsas. ¿Quién sabe qué estarán tramando?

Sí, perro, ya nos vamos. Espero que los perros sepan nadar. Me parece haber oído en alguna parte que todas las especies de cuadrúpedos saben nadar lo suficiente como para mantenerse a flote.

Es el hombre el que piensa, se deja llevar por el pánico y se ahoga.

CAPÍTULO

SURUNAN CHELESTRA

El agua del mar avanzó perezosamente por las calles de Surunan, la ciudad levantada por los sartán. Poco a poco, aumentó de nivel, fluyó a través de puertas y ventanas y rebosó sobre tejados de poca altura.

Fragmentos de la vida sartán flotaron sobre el agua: un cuenco de cerámica intacto, una sandalia de hombre, un peine femenino, una silla de madera.

El agua penetró en la sala de la casa de Samah que éste utilizaba como celda.

La sala estaba situada en uno de los pisos altos y, durante un rato, permaneció por encima del nivel de la inundación, pero al fin el agua se coló por debajo de la puerta, bañó el suelo y ganó altura en las paredes de la estancia. Su contacto borró la magia, la anuló, la eliminó. Las runas deslumbrantes, cuyo calor lacerante impedía a Haplo incluso acercarse a la puerta, se apagaron con un chisporroteo. Los signos mágicos que protegían la ventana eran los únicos aún intactos. Su brillante resplandor se reflejó en el agua.

Prisionero de la magia, Haplo permaneció sentado en forzosa inactividad, contemplando el reflejo de las runas que se agitaban, vibraban y danzaban con las corrientes y remolinos de las aguas en ascenso. En el momento en que el agua rozó el trazo inferior de los signos mágicos de la ventana y su resplandor empezó a debilitarse y desaparecer, Haplo se incorporó. El agua le llegaba por las rodillas.

El perro emitió un gáñido. Con la cabeza y el lomo por encima del agua, el animal estaba incómodo.

—Ya está, muchacho. Es hora de irnos.

Haplo guardó el libro en el que había estado escribiendo, dentro de la camisa, se ciñó ésta a la cintura y la introdujo entre los pantalones y la piel.

Al hacerlo, advirtió que las runas tatuadas en su cuerpo se habían borrado casi por completo. El agua marina que era su bendición y le permitía escapar, también era su calamidad. Privado de sus poderes mágicos, estaba desvalido como un recién nacido y ni siquiera tenía los brazos reconfortantes y protectores de una

madre que lo acunaran.

Débil e impotente, con la mente perturbada y el ánimo inquieto, tenía que abandonar aquella sala y sumergirse en el vasto mar cuyas aguas le daban la vida y lo despojaban de ella, y que lo llevarían a una arriesgada travesía.

Haplo abrió la ventana e hizo una pausa. El perro miró a su amo con aire inquisitivo. La idea de quedarse allí, a salvo en aquella prisión, resultaba tentadora. Fuera, en algún lugar más allá de aquellos muros acogedores, aguardaban las serpientes. Aquellas criaturas lo destruirían; tenían que hacerlo, pues él conocía la verdad. Sabía que eran la encarnación del caos.

—

Y este conocimiento de la verdad era también la causa por la que debía marcharse. Era preciso que avisara a su señor. Un enemigo mayor que cualquier otro al que se hubieran enfrentado, más cruel y más astuto que ningún dragón del Laberinto, más poderoso que los sartán, se proponía destruirlos.

—Vamos —dijo Haplo al perro, con un gesto.

Contento ante la perspectiva de abandonar por fin aquel lugar húmedo y aburrido, el animal saltó alegremente por la ventana y se sumergió en el agua con un chapoteo. Haplo llenó los pulmones de aire —una reacción instintiva, innecesaria en realidad, pues el agua del mar era tan respirable como el aire— y saltó tras él.

Haplo encontró un pedazo de madera, se asió a él y lo empleó para mantenerse a flote. El Cáliz era la única masa de tierra estable en el mundo acuático de Chelestra. Construido por los sartán para que evocara mejor el mundo que habían separado y del cual habían huido, el Cáliz estaba encerrado en una burbuja de aire protectora. El agua que la rodeaba producía el efecto de un cielo en el cual brillaba con radiante fulgor el sol marino de Chelestra. Las serpientes habían horadado esta contención y, ahora, el Cáliz estaba inundándose.

Entre chapoteos, Haplo miró a su alrededor, intentó hacerse una idea de su situación y vio con alivio la cúpula del Salón del Consejo, que se levantaba en la cima de una colina y sería el último lugar en caer víctima de la marea. Sin duda, allí se habían refugiado los sartán. Se protegió del resplandor del sol que se reflejaba en el agua y creyó distinguir unas figuras en el tejado, gente que intentaba permanecer seca, libre del agua debilitadora de la magia, mientras ello fuera posible.

—No os resistáis —les aconsejó, aunque estaban demasiado lejos para oírlo—.

En el fondo, eso sólo empeora las cosas.

Por lo menos, ahora tenía una idea de dónde estaba. Se propulsó hacia adelante, en dirección a las torres de la muralla de la ciudad que asomaban por encima del agua. La muralla separaba el sector sartán de lo que en otro tiempo habían sido los barrios mensch. Y más allá quedaba la orilla del Cáliz; la orilla y las partidas de desembarco mensch y una nave para llevarlo a Draknor. En aquella luna marina torturada estaba amarrado su sumergible, una embarcación de los enanos modificada con la magia de las runas y reforzada para llevarlo a través de la Puerta de la Muerte. Su única esperanza de huida.

Pero allí, en Draknor, esperaban también las serpientes.

—Si es así, el nuestro va a ser un viaje muy corto —dijo al perro, que nadaba a su lado con valentía, moviendo las patas delanteras como una máquina mientras las traseras no sabían muy bien cómo tomarse aquel extraño asunto de nadar,

pero hacían cuanto podían por mantener elevado su extremo.

Los planes de Haplo eran vagos; no podría concretarlos hasta que supiera dónde estaban las serpientes... y cómo evitarlas.

Siguió adelante, apoyado en el madero y batiendo el agua con los pies. Habría podido soltarse de la tabla y abandonarse al mar, donde no le habría costado más esfuerzo respirar, pero detestaba aquellos primeros momentos de pánico que producía el hecho de ahogarse voluntariamente, el rechazo del cuerpo a aceptar las seguridades que le ofrecía la mente, diciéndole que sólo era un retorno al útero, a un mundo que una vez había experimentado. Asido a la plancha, batió los pies hasta que le dolieron las piernas.

—

De pronto, se le ocurrió que el madero era una señal de mal agüero. O mucho se equivocaba, o procedía de uno de los sumergibles de madera de los enanos, y se notaba partida, con ambos extremos astillados.

¿Era cosa de las serpientes? ¿Se habían aburrido de aquella toma pacífica de Surunan y se habían vuelto contra los mensch, causando una carnicería?

—Si es así, tendré que echarme la culpa.

Necesitaba con urgencia saber qué había sucedido. Pataleó con más fuerza, más deprisa, pero pronto se sintió cansado, con los músculos ardientes y acalambrados. Nadaba contra la marea, contra la corriente del agua que penetraba en la ciudad. La pérdida de su magia, como bien sabía de amargas experiencias anteriores, lo hacía sentirse inusualmente débil.

La marea lo condujo hasta la muralla de la ciudad. Se agarró a una torreta y ascendió por sus piedras con la idea no sólo de descansar, sino también de efectuar un reconocimiento y observar qué sucedía en la orilla. El perro intentó detenerse, pero la corriente lo arrastró. Haplo alargó el brazo arriesgadamente y logró agarrar al perro por el pellejo del cuello; lo elevó del agua —mientras el animal batía las patas traseras en busca de apoyo— y lo subió a la balaustrada a la que el patryn se había encaramado.

Desde aquel puesto de observación, Haplo tenía una visión excelente del puerto de Surunan y la costa. Haplo echó una ojeada y asintió con gesto sombrío.

—No era preciso que nos preocupáramos, muchacho —murmuró mientras daba unas palmaditas en el flanco del perro, empapado y desgredado—. Por lo menos, las naves están a salvo.

El animal sonrió y se sacudió.

La flota de sumergibles mensch estaba dispuesta en el puerto en una fila más o menos ordenada. Los cazadores del sol se mecían en la superficie con la proa abarrotada de mensch que señalaban y gritaban, asomaban el cuerpo por la borda y saltaban al agua. Numerosas embarcaciones de pequeño tamaño iban y venían entre el barco y la orilla; probablemente, trasladaban a los enanos, que no sabían nadar. Humanos y elfos, mucho más habituados al agua, dirigían el trabajo de varias ballenas enormes que arrastraban hacia el puerto unas balsas de construcción tosca, llenas a rebosar.

Al ver las balsas, Haplo volvió la mirada al madero que había alzado con él a la torreta. Los mensch estaban desembarcando con la idea de asentarse; por eso habían empezado a desguazar las naves.

—Pero... ¿dónde están las serpientes? —preguntó al perro, que yacía a sus pies, jadeante.

Decididamente, no aparecían por ninguna parte. Haplo continuó observando todo el tiempo que pudo, movido por la necesidad de escapar de aquel mundo y volver al Nexo y a su señor, pero forzado por la pareja necesidad de alcanzar el Nexo con vida. Paciencia, cautela... Eran asignaturas difíciles de aprender, pero el Laberinto había sido un excelente maestro.

No vio rastro alguno de cabezas de serpientes asomando del agua. Quizás estaban todas bajo la superficie, horadando los agujeros a través de los cuales el agua del mar de Chelestra se colaba en los cimientos del Cáliz.

—Necesito saber más —se dijo Haplo con frustración. Si las serpientes descubrían que estaba vivo y se proponía huir de Chelestra, harían lo posible por detenerlo.

—

Sopesó las alternativas. Detenerse a hablar con los mensch significaría un retraso, además del riesgo de revelar su presencia a las serpientes. Los mensch lo acogerían con alegría y querrían retenerlo y utilizarlo, pero Haplo no tenía tiempo para tontear con los mensch. Sin embargo, no perder algún tiempo en averiguar qué sucedía con las serpientes podía significar un retraso aún mayor. Y quizá mortal.

Haplo aguardó unos momentos, a la espera de algún indicio de las serpientes.

Nada. Y no podía quedarse eternamente en aquella maldita muralla.

Decidido a confiar en la suerte, Haplo saltó de nuevo al agua. El perro, con un potente ladrido, se arrojó tras él.

Haplo penetró en el puerto a nado. Sujeto al madero, se mantuvo a ras del agua evitando el tráfico de embarcaciones. Muchos mensch lo conocían de vista y quería eludirlos cuanto fuera posible. Agarrado a la plancha, estudió con atención las naves enanas. Si conseguía dar con Grundle, hablaría con ella. La enana era más juiciosa que la mayoría de los mensch y, aunque sin duda lo recibiría con grandes muestras de alegría, Haplo estaba seguro de poder librarse de sus abrazos afectuosos sin excesivas dificultades.

Pero no logró encontrar a la enana. Y seguía sin haber rastro de las serpientes. Lo que sí encontró, amarrado a un poste, fue un pequeño sumergible utilizado para rescatar a los enanos que tenían la desgracia de caer al agua. Se acercó a la embarcación y la observó atentamente. No había nadie a la vista; era como si la nave hubiera sido abandonada.

Una balsa tirada por una gran ballena acababa de llegar a la orilla, donde un numeroso grupo de enanos se había congregado para proceder a la descarga. Haplo supuso que la tripulación del sumergible había acudido a echar una mano. Nadó hasta la embarcación. Aquel golpe de suerte era demasiado bueno como para desaprovecharlo. Robaría el sumergible y navegaría a Draknor. Si las serpientes estaban allí..., bueno, tendría que ocuparse de eso cuando llegara el momento.

Una cosa grande, viva y de piel lisa y resbaladiza chocó con él. A Haplo le dio un vuelco el corazón. Tomó aire, tragó un poco de agua al mismo tiempo, se atragantó y empezó a toser. A la vez que se apartaba de la criatura batiendo el agua con enérgicas patadas, el patryn pugnó por recobrar el aliento y se aprestó a luchar.

Una cabeza reluciente con dos ojos como cuentas de cristal y una boca abierta en una gran sonrisa emergió del agua delante de él. Otras dos cabezas

parecidas asomaron a ambos lados de Haplo y una cuarta nadó en torno a él, alegre y retozona, dándole golpecitos con el morro con aire juguetón. Delfines. Haplo jadeó y escupió agua. El perro intentó un ladrido furioso en un esfuerzo que causó una gran diversión entre los delfines y estuvo a punto de ahogar al animal. Haplo lo agarró por las patas delanteras y colocó éstas sobre el madero, donde el animal se tumbó jadeante, con una mirada de rabia.

— ¿Dónde están las serpientes dragón? —inquirió Haplo en el idioma de los humanos.

Los delfines, en anteriores encuentros, se habían negado a hablar o a tener cualquier relación con él. Sin embargo, eso había sucedido cuando las criaturas marinas lo consideraban, cosa comprensible, un aliado de las serpientes. Ahora, la actitud hacia él había cambiado. El grupo de delfines empezó a emitir chillidos y silbidos de excitación y alguno empezó a alejarse, impaciente por ser el primero en

—

difundir entre los mensch la noticia de que el hombre misterioso de los tatuajes azules en la piel había reaparecido.

— ¡No! ¡Esperad, no os vayáis! No le digáis a nadie que me habéis visto —se apresuró a decirles—. ¿Qué sucede aquí? ¿Dónde están las serpientes dragón?

Los delfines organizaron un gran revuelo, hablando todos a la vez. En cuestión de segundos, Haplo escuchó todo lo que quería saber y muchas cosas más que ignoraba.

—Nos enteramos de que Saman te había cogido preso...

—Las serpientes han devuelto el cuerpo de la pobre Alake a...

—Sus padres están abatidos de pena...

— ¿Serpientes, has dicho?

—... y el sartán...

—Sí, tú y el sartán fuisteis responsables de...

—Tú has traicionado...

—... has traicionado a tus amigos...

—Cobarde...

—Nadie lo creyó...

—Sí, sí que lo creyeron...

—No. Seguro que no. Bueno, quizá por unos momentos...

—En cualquier caso, las serpientes han utilizado su magia para horadar conductos de acceso al Cáliz...

— ¡Unos agujeros gigantescos!

— ¡Enormes!

— ¡Inmensos!

—Las compuertas.

—Abiertas a la vez: un muro de agua...

—Olas de marea...

—Nada sobrevive... ¡Los sartán, aplastados!

—Arrasados...

—La ciudad, destruida...

—Nosotros alertamos a los mensch acerca de las serpientes dragón y las galerías que estaban horadando...

—Grundle y Devon regresaron...

—Y contaron la verdad de lo sucedido. Eres un héroe...

—No; él, no. El héroe es el otro, ese Alfred.
—Sólo quería ser cortés...
—Los mensch estaban preocupados...
—No quieren matar a los sartán...
—Temen a las serpientes dragón. Unas naves enanas salieron a investigar...
—Pero resulta que las serpientes dragón no aparecen por ninguna parte...
—Los enanos sólo entreabrieron ligeramente las compuertas y...
— ¡Alto! ¡Silencio! —Exclamó Haplo, consiguiendo por fin hacerse oír entre la algarabía—. ¿Qué significa eso de que «las serpientes dragón no aparecen por ninguna parte»? ¿Dónde están?
Los delfines empezaron a discutir entre ellos. Algunos decían que las terribles bestias habían regresado a Draknor, pero la opinión más generalizada era, al parecer, que las serpientes se habían colado por las galerías excavadas y estaban atacando a los sartán de Surunan.

—No es así —replicó Haplo—. Acabo de llegar de Surunan y la ciudad está en calma. Hasta donde sé, los sartán se encuentran a salvo en su Cámara del Consejo, donde tratan de mantenerse secos.
Los delfines acogieron la noticia con patente decepción. No deseaban ningún mal a los sartán, pero habría sido una historia tan espléndida... Después de oír a Haplo, hubo unanimidad en la opinión de las criaturas marinas: las serpientes dragón debían de haber regresado a Draknor.
El patryn no tuvo más remedio que compartir tal opinión. Las serpientes habían regresado a Draknor, pero ¿por qué? ¿Qué razón las había hecho abandonar Surunan tan bruscamente? ¿Por qué desperdiciaban la oportunidad de destruir a los sartán? ¿Por qué abandonaban sus planes de fomentar el caos entre los mensch, volviendo a unos contra los otros?
Haplo no podía contestar a tales preguntas, pero se dijo con amargura que eso no tenía importancia. En aquel momento, lo único importante era que las serpientes estaban en Draknor y su nave, también.
—Supongo que ninguno de vosotros se ha acercado a Draknor para cerciorarse, ¿verdad? —inquirió.
Los delfines lanzaron chillidos de alarma sólo de pensarlo y movieron la cabeza con energía. Ninguno de ellos se aproximaría a Draknor, un lugar terrible de gran maldad y tristeza. Sus propias aguas eran ponzoñosas y envenenaban a cualquiera que nadara en ellas.
Haplo se abstuvo de comentar que él había surcado tales aguas y había sobrevivido. No podía culpar a aquellas apacibles criaturas por no querer acercarse a Draknor. Tampoco a él lo entusiasmaba la perspectiva de regresar a aquella torturada luna marina. Pero no tenía alternativa.
Ahora, su principal problema era quitarse de encima a los delfines. Por suerte, eso era coser y cantar. A aquellas criaturas marinas les encantaba sentirse imprescindibles.
—Necesito que llevéis un mensaje mío a los líderes mensch, para que sea entregado en persona y en privado a cada miembro de la familia real. Es de suma importancia.
—Estaremos encantados de...
—Puedes confiar en que...

—Implicítamente...
—Decirle a todo el mundo...
—No; a todo el mundo, no...
—Sólo a la familia real...
—A todo el mundo, te digo...
—Estoy seguro de que ha dicho...

Cuando consiguió que se callaran y lo escucharan, Haplo les transmitió el mensaje, teniendo buen cuidado de que fuera complicado y enrevesado.

Los delfines estuvieron muy atentos a sus palabras y, tan pronto como Haplo cerró la boca, se alejaron nadando a toda velocidad.

Cuando el patryn estuvo seguro de que los delfines habían dejado de prestarle atención, se acercó a nado hasta el sumergible, se encaramó a bordo, subió al perro y zarpó.

—

CAPÍTULO

DRAKNOR CHELESTRA

Haplo no había llegado nunca a dominar por completo el sistema de navegación de los enanos, el cual, según Grundle, se basaba en unos sonidos emitidos por las propias lunas marinas. Al principio, le preocupó si sería capaz de encontrar Draknor, pero pronto descubrió que dicha luna marina era fácil de localizar. Demasiado fácil. Las serpientes dragón dejaban a su paso una estela de un légamo repulsivo, un sendero de aguas turbias que conducía a la lóbrega oscuridad del mar que rodeaba la atormentada luna marina.

Una negrura absoluta lo envolvió. Había penetrado en las cavernas de Draknor y la visibilidad era nula. Temeroso de embarrancar, aminoró la velocidad del sumergible hasta que éste apenas se movió. Esperaba que no fuese necesario, pero, si era preciso, nadaría en aquellas aguas inmundas. Ya lo había hecho otras veces.

Hacía rato que tenía secas las manos y los antebrazos hasta las mangas húmedas de la camisa, que se había arremangado hasta el codo. Las runas eran aún sumamente débiles, pero ya volvían a ser visibles y, aunque apenas le proporcionaban la fuerza mágica de un niño de dos años, la presencia de su desvaído color azul resultaba reconfortante. Deseó no tener que mojarse otra vez. La proa del sumergible rozó una roca. Haplo maniobró rápidamente hacia arriba y exhaló un suspiro al comprobar que la nave obedecía sin contratiempos. Debía de estar acercándose a la costa. Decidió arriesgarse a llevar la embarcación hasta la superficie.

Contempló de nuevo las runas de sus manos: azules, de un azul desvaído.

Haplo detuvo la nave por completo y estudió los signos mágicos. Se fijó, sobre todo, en su color tenue, más pálido que el de las venas que recorrían el revés de sus manos. Era algo extraño, muy extraño. Por débiles que fueran, las runas de su piel deberían haber brillado con fuerza, como reacción instintiva de su cuerpo al peligro de las serpientes. Sin embargo, esta vez no respondían como en otras ocasiones. Y lo mismo sucedía, advirtió, con sus demás instintos. Si no se había dado cuenta hasta entonces, era porque había estado demasiado concentrado en pilotar el sumergible.

En las anteriores ocasiones, al llegar tan cerca del cubil de las serpientes, Haplo apenas podía moverse, y menos aún pensar con claridad, a causa del terror

paralizante y debilitador que emanaba de aquellos monstruos.
Pero, esta vez, Haplo no tenía miedo: al menos, se corrigió, no temía por sí mismo. Su miedo era más profundo. Era frío y lo retorció por dentro.

— ¿Qué sucede, muchacho? —preguntó al perro, que se había acurrucado contra él y soltaba gañidos pegado a su pierna. Haplo le dio unas palmaditas tranquilizadoras, aunque a él tampoco le habría ido mal que alguien le diera confianza. El perro lanzó un gemido y se apretó todavía más a su amo. Puso en marcha la nave de nuevo y la pilotó hasta la superficie con la atención dividida entre el agua, cada vez más luminosa, y los signos mágicos de su piel. Las runas no habían cambiado de aspecto.

A juzgar por la reacción de su cuerpo, las serpientes ya no estaban en Draknor. Pero, si no estaban allí, y tampoco con los mensch ni enfrentándose a los sartán, ¿dónde se habían metido?

El submarino emergió. Haplo echó una rápida ojeada a la orilla, localizó su nave y sonrió satisfecho al verla entera e intacta. Pero su miedo se intensificó, aunque los signos mágicos de su piel no le daban pie a sentirse inquieto. Frente a la nave, entre las rocas, yacía el cuerpo del rey de las serpientes, muerto por el misterioso «mago de las serpientes» (que podía, o no, haber sido Alfred). No había rastro alguno de serpientes vivas.

Haplo varó el sumergible. Cautó y alerta, abrió la escotilla y salió a la cubierta superior. No iba armado, aunque había encontrado una provisión de hachas de guerra en una dependencia de la nave. Pero sólo las hojas potenciadas mediante magia podrían penetrar la piel de las serpientes y, de momento, Haplo estaba demasiado débil como para infundir su poder mágico al metal.

El perro lo siguió, con un gruñido de advertencia. Con las patas rígidas y el pelaje del cuello erizado, el animal tenía la vista fija en la cueva.

— ¿Qué sucede, muchacho? —inquirió Haplo, nervioso.

El perro se estremeció desde el hocico hasta la cola y miró a su amo suplicándole permiso para lanzarse al ataque.

—No, perro. Vamos a nuestra nave. Nos largamos de este lugar.

Haplo saltó de la cubierta, fue a caer sobre una arena repulsiva, cubierta de aquel limo, y se encaminó hacia su nave cubierta de runas siguiendo la línea de la costa. El perro continuó con sus ladridos y gruñidos y siguió los pasos de Haplo a regañadientes, sólo después de repetidas órdenes de su amo.

El patryn estaba a punto de llegar a su nave, cuando advirtió que algo se movía cerca de la boca de la caverna.

Se detuvo a observar por cautela, pero no especialmente preocupado. Ahora estaba lo bastante cerca de la nave como para alcanzar la seguridad de sus runas protectoras. Los ladridos del perro se convirtieron en gruñidos, y el animal levantó los belfos dejando a la vista unos dientes afilados.

Una figura emergió de la cueva.

Samah.

—Calma, muchacho —dijo Haplo.

El jefe del Consejo Sartán avanzaba con la cabeza baja y el paso desganado de quien camina sumido en profundos pensamientos. No había llegado allí en barco, pues no había más sumergibles anclados junto a la costa. Así pues, se había transportado mediante la magia.

Haplo observó de nuevo los signos de sus manos. Las runas tenían un tono un poco más oscuro pero seguían sin brillar, sin avisarle de la proximidad de un enemigo. A la vista de aquello y por deducción lógica, Haplo supuso que la magia de Samah, como la del propio Haplo, debía de ser inoperante. Seguramente, también el sartán se había mojado. Samah también estaba esperando,

—

descansando, para recobrar las fuerzas necesarias para el viaje de vuelta. No significaba ninguna amenaza para Haplo, igual que éste no la representaba para él.

¿O acaso sí? En igualdad de condiciones y privados ambos de su magia, Haplo era el más joven de los dos, el más fuerte. El combate sería tosco, indigno, propio de los mensch: dos hombres rodando por la arena, golpeándose con los puños. Haplo lo pensó mejor, suspiró y movió la cabeza. Sencillamente, estaba demasiado agotado.

Además, Samah parecía haber recibido ya una paliza.

Haplo aguardó, quieto y en silencio. Samah no levantó la vista de sus preocupadas meditaciones. Habría sido capaz de pasar por delante del patryn sin advertir su presencia de no ser porque el perro, incapaz de contenerse al recordar pasadas afrentas, soltó un seco ladrido de advertencia: el sartán ya se había acercado suficiente.

Samah alzó la cabeza, sobresaltado por el sonido pero nada sorprendido, al parecer, de ver allí al perro y a su amo. El sartán apretó los labios, y su mirada fue de Haplo al pequeño sumergible que flotaba detrás de él.

— ¿De vuelta con tu señor? —inquirió con frialdad.

Haplo no consideró necesario responder. Samah asintió; él tampoco había esperado que lo hiciera.

—Te alegrará saber que tus esbirros ya están en camino. Te han precedido y, sin duda, te aguarda un recibimiento de héroe.

Su tono de voz era agrio; su mirada, sombría y cargada de odio. Y, acechando debajo, se intuía el miedo.

—En camino... —Haplo miró al sartán y, de pronto, comprendió. Comprendió qué había sucedido y entendió la razón de aquel miedo aparentemente irracional. Por fin sabía adonde habían ido las serpientes... y por qué.

— ¡Condenado idiota! —Masculló Haplo—. ¡Has abierto la Puerta de la Muerte!

—Te advertí que lo haríamos si tus mensch nos atacaban, patryn.

—Fui yo quien os previno. La enana os contó lo que había oído. Las serpientes querían que abrierais la Puerta de la Muerte. Éste era su plan desde el principio.

¿No escuchaste a Grundle?

— ¿De modo que ahora tengo que seguir los consejos de los mensch? —

Samah soltó una risotada burlona.

—Parece que ellos tienen más juicio que tú. ¿Con qué intención has abierto la Puerta? ¿Para huir? No, seguro que no es ése tan plan. ¿Para buscar ayuda? Sí, exacto: pretendías encontrar ayuda. ¡Después de lo que te contó Alfred...! Pero, claro, no creíste ciertas sus palabras. Casi toda tu raza ha muerto, Samah. Los pocos de Chelestra sois los únicos que quedáis, aparte de un par de miles de cadáveres animados en Abarrach. Has abierto la Puerta de la Muerte, pero han sido las serpientes las que la han cruzado. Ahora extenderán su maldad a lo largo

y ancho de los cuatro mundos. ¡Espero que se detuvieran lo suficiente como para darte las gracias!

— ¡El poder de la Puerta debería haber detenido a las bestias! —Replicó Samah con voz grave, al tiempo que cerraba el puño—. ¡Las serpientes no deberían haber podido pasar!

—

— ¿Igual que los mensch? ¿Crees que necesitan tu ayuda para entrar?

¿Todavía no lo has comprendido, sartán? Esas serpientes son más poderosas que tú, que yo, que mi señor o quizá que todos juntos. ¡No necesitan ayuda de nadie!

— ¡No! ¡Ésas bestias tuvieron ayuda! —contestó Samah agriamente—. ¡Ayuda patryn!

Haplo abrió la boca para protestar, pero decidió que no merecía la pena.

Estaba perdiendo el tiempo. El mal estaba extendiéndose y ahora, más que nunca, era imperioso que regresara para poner sobre aviso a su señor. Meneó la cabeza, dio media vuelta y echó a andar hacia su nave.

—Vamos, perro.

Pero el animal ladró otra vez, reacio a moverse, y miró a Haplo con las orejas erguidas.

¿No había algo que querías preguntar, amo?

En efecto, a Haplo le vino a la cabeza un pensamiento, y se volvió.

— ¿Qué ha sido de Alfred?

— ¿Tu amigo? —Samah esbozó otra sonrisa burlona—. Ha sido enviado al Laberinto, el destino de todos los que predicán herejías y conspiran con el enemigo.

—Supongo que sabes que era la única persona que podría haber detenido el mal, ¿verdad?

Por un instante, Samah pareció divertido con la idea.

—Si ese Alfred es tan poderoso como dices, podría haberme impedido que lo enviara a prisión. Pero no lo hizo. Al contrario, se dejó llevar al castigo sin apenas resistencia.

—Sí —murmuró Haplo en voz baja—. Eso es muy propio de él.

—Ya que aprecias tanto a tu amigo, patryn, ¿por qué no vuelves tú también a tu prisión para intentar rescatarlo?

—Quizá lo haga. ¡No, muchacho! —Añadió Haplo al advertir que el perro tenía la vista fija en el cuello de Samah—. Te pasarías la noche vomitando.

El patryn subió a su nave, soltó las amarras, arrastró adentro al perro —que aún seguía lanzando gruñidos a Samah— y cerró la escotilla. Una vez a bordo, Haplo corrió a la ventana del puente de mando de la nave para echar un vistazo al sartán. Con magia o sin ella, Haplo no se fiaba de él.

Samah permaneció inmóvil en la arena. Sus blancas ropas estaban mojadas y sucias, con el dobladillo embadurnado de limo y de sangre de las serpientes muertas. Tenía los hombros hundidos y la piel grisácea y parecía a punto de derrumbarse de puro agotamiento, pero, consciente probablemente de que lo estaba espiando, se mantuvo en pie muy erguido, con la mandíbula encajada y los brazos cruzados.

Satisfecho al comprobar que su enemigo seguía siendo inofensivo, Haplo volvió la atención a las runas marcadas a fuego en las planchas de madera del interior de la embarcación. Una a una, las trazó de nuevo mentalmente: runas de

protección, runas de poder, runas para llevarlo de nuevo en el viaje extraño y aterrador a la Puerta de la Muerte, runas para asegurar su supervivencia hasta que alcanzara el Nexo. Pronunció una palabra y, en respuesta a ella, los signos mágicos empezaron a despedir un suave fulgor azulado.

Haplo exhaló un profundo suspiro. Por fin estaba a salvo, protegido, y se permitió relajarse un poco por primera vez en mucho, muchísimo tiempo. Tras cerciorarse de que tenía las manos secas, las colocó sobre la rueda del timón de la

—

nave. Esta rueda también había sido potenciada con runas. El mecanismo de gobierno del sumergible no era tan poderoso como la piedra de gobierno que había utilizado a bordo del *Ala de Dragón*, pero tanto éste como la piedra estaban ahora en el fondo del mar..., si es que el mar de Chelestra tenía un fondo. La magia rúnica de la rueda del timón era tosca, elaborada con prisas, pero lo transportaría a través de la Puerta de la Muerte y eso era lo único que importaba.

Haplo maniobró para separar el sumergible de la orilla y observó de nuevo al sartán, cuya figura fue menguando a medida que se hacía mayor la extensión de aguas oscuras que los distanciaba.

— ¿Qué vas a hacer ahora, Samah? ¿Te atreverás a entrar en la Puerta de la Muerte en busca de tu gente? No, me parece que no lo harás. Tienes miedo, ¿verdad, sartán? Sabes que has cometido un error terrible, un error que puede significar la destrucción de todo lo que te has esforzado en construir. Tanto si crees que las serpientes representan un poder maléfico superior como si no, esas bestias son una fuerza que escapa a tu comprensión y a tu control. »Samah, has enviado la muerte a través de la Puerta de la Muerte.

—

CAPÍTULO

EL NEXO

Xar, Señor del Nexo, recorría las calles de su tierra apacible y crepuscular, una tierra construida por su enemigo. El Nexo era un lugar hermoso de suaves colinas, prados y bosques llenos de verdor. Sus edificios se alzaban con perfiles suavizados, redondeados, a diferencia de sus habitantes, que eran fríos y afilados como cuchillas de acero. La luz del sol era apagada, difusa, como si brillara a través de un velo de fina gasa. En el Nexo, nunca era totalmente de día, ni noche cerrada. Era difícil distinguir un objeto de su sombra, saber dónde terminaba uno y empezaba la otra. El Nexo parecía una tierra de sombras.

Xar estaba cansado. Acababa de emerger del Laberinto, tras salir victorioso de una batalla con la magia perversa de aquella tierra espantosa. En esta ocasión, la magia había enviado a un ejército de caodines para destruirlo. Estos caodines, criaturas inteligentes parecidas a enormes insectos, miden lo que un hombre y tienen el cuerpo cubierto por un caparazón negro de gran dureza. El único modo de destruir a un caodín es acertarle de lleno en el corazón y matarlo en el acto, pues si vive, aunque sólo sea unos segundos, de una gota de sangre derramada puede hacer surgir una copia de sí mismo.

Y Xar acababa de enfrentarse a un ejército de aquellos seres: cien, doscientos... el número no importaba porque crecía cada vez que hería a uno. El

patryn les había hecho frente a solas y sólo había tenido unos momentos para reaccionar antes de que la marea de insectos de ojos bulbosos lo engullera. Xar había entonado las runas y había creado entre él y la vanguardia de los caodines un muro de llamas que lo había protegido del primer asalto y le había proporcionado tiempo para ampliar más su círculo defensivo.

Los caodines habían intentado entonces eludir las llamas, que se extendían alimentándose de las hierbas del Laberinto, dotadas de una vida mágica gracias a los vientos mágicos que les insuflaba Xar. A los pocos caodines que habían escapado a las llamas, Xar les había dado muerte con una espada rúnica, teniendo buen cuidado de incrustarla bajo el caparazón para alcanzar el corazón. Y, mientras lo hacía, el viento continuó soplando y las llamas crepitaron, alimentadas con los restos de los muertos. El fuego saltaba ahora de una víctima a otra, diezmando las filas de las ominosas criaturas.

La retaguardia de los caodines observó el holocausto que se avecinaba, titubeó, dio media vuelta y huyó.

—
. Los patryn aceptan a muy pocos en su círculo más íntimo, pero demuestran una ferviente lealtad a aquellos a quienes denominan su «familia», lo sean por sangre o por juramento. Estos círculos de lealtad (los patryn rehusarían llamarla afecto) se mantienen generalmente hasta la muerte. Pero, una vez roto, el círculo no puede rehacerse nunca mas.

Con la protección de las llamas, Xar había rescatado a varios de los suyos, más muertos que vivos. Los caodines los habían tomado prisioneros para utilizarlos como cebo y tentar al Señor del Nexo a combatir.

Ahora, los rehenes estaban siendo atendidos por otros patryn, que también debían su vida a Xar. Pueblo severo y sombrío, despiadado, inflexible e inmovible, los patryn no eran efusivos en su gratitud al señor que una y otra vez ponía en riesgo su vida por salvar las de ellos. Los patryn no proclamaban su lealtad y su devoción hacia él, sino que la demostraban, aplicándose con esfuerzo y sin protestas a cualquier tarea que les asignaba. Todos obedecían sus órdenes sin vacilar. Y, cada vez que Xar entraba en el Laberinto, una multitud se congregaba a la boca de la Última Puerta para mantener una silenciosa vigilia hasta su regreso.

Y siempre había algunos, en especial entre los jóvenes, que acudían con la intención de entrar con él. Eran patryn que llevaban en el Nexo el tiempo suficiente como para que se hubiera difuminado en su recuerdo el horror del tiempo pasado en el Laberinto.

—Regresaré contigo —afirmaban—. Me atreveré a hacerlo, mi señor.

Y Xar siempre se lo permitía. Y nunca les hacía la menor re—criminación cuando los veía vacilar ante la Puerta, cuando sus rostros palidecían y se les helaba la sangre, cuando les temblaban las piernas y sus cuerpos se derrumbaban.

Haplo, uno de los más fuertes entre los jóvenes, había llegado más lejos que la mayoría. Ante la Última Puerta, había caído al suelo, torturado por el miedo, pero aun entonces había seguido avanzando a cuatro manos, gateando, hasta que por fin, presa de temblores, había retrocedido hacia las acogedoras sombras del Nexo.

— ¡Perdóname, mi señor! —había gritado con desesperación, como hacían todos.

—No hay nada que perdonar, hijo mío —respondía siempre Xar.

Y era sincero. Él comprendía aquel miedo mejor que cualquiera, pues tenía que afrontarlo cada vez que entraba, y cada vez resultaba peor. Rara era la ocasión en que, ante la Última Puerta, sus pasos no vacilaban y su corazón no se encogía. Cada vez que entraba, lo hacía con la certeza de que no regresaría. Cada vez que salía de nuevo, sano y salvo, se prometía a sí mismo que no lo repetiría.

Pero seguía haciéndolo. Una y otra vez.

—Son las caras —reflexionaba en voz alta—. Las caras de los míos, los rostros de quienes me esperan, de quienes me incluyen en el círculo de su ser. Esos rostros me dan el valor. Son mis hijos, todos y cada uno de ellos. Yo los he arrancado de ese útero terrible donde fueron engendrados. Yo los he traído al aire y a la luz.

»Qué gran ejército harán —continuó murmurando—. Débil en número, pero fuerte en magia, en lealtad y en amor. ¡Qué gran ejército! —repitió con una risilla. Xar hablaba consigo mismo a menudo. Pasaba mucho tiempo a solas, pues los patryn tenían propensión a la soledad, y por eso hablaba solo muchas veces, pero nunca se reía, nunca soltaba carcajadas.

—

La risilla era una farsa, un hábil recurso de comedia. El Señor del Nexo continuó hablando, como haría cualquier anciano, haciéndose compañía a sí mismo en las vigiliassolitarias en aquella tierra crepuscular. Dirigió una mirada de reojo hacia sus manos, cuya piel mostraba su edad. Una edad que Xar no podía calcular con exactitud, pues no tenía una idea clara de cuándo había empezado su vida. Sólo sabía que era viejo, mucho más que cualquiera de los otros patryn que habían salido del Laberinto.

La piel del dorso de sus manos, surcada de arrugas, estaba tensa y estirada, y en ella se dibujaba claramente el perfil de cada tendón, de cada hueso. Los signos mágicos azules tatuados en el dorso de la mano eran complejos y enrevesados pero su color era intenso, en absoluto desvaído por el paso del tiempo. Y su magia, si acaso, era aún más poderosa. Aquellas runas tatuadas habían empezado a emitir un resplandor azulado.

A Xar no lo habría sorprendido aquel aviso de peligro en el interior del Laberinto, donde su magia actuaba instintivamente para prevenirlo de peligros, para alertarlo de ataques, pero en aquel momento caminaba por las calles del Nexo, unas calles que siempre habían sido seguras, unas calles que eran un refugio. El Señor del Nexo observó el resplandor azul que brillaba con luz fantasmal en el apacible crepúsculo, notó el ardor de las runas de su piel y percibió el calor de la magia en su sangre.

Continuó andando como si no sucediera nada, sin dejar de murmurar por lo bajo. La advertencia de los signos mágicos se hizo más urgente; las runas brillaron con más intensidad. Xar cerró los puños y los ocultó bajo las anchas mangas de la larga túnica negra. Sus ojos escudaron cada sombra, cada objeto.

Dejó las calles y tomó un sendero que se adentraba en el bosque que rodeaba su residencia. Xar vivía aparte de su pueblo pues prefería —mejor, necesitaba— tener silencio y tranquilidad. Las sombras más oscuras de los árboles proporcionaban al lugar un remedo de noche. Volvió la vista hacia la mano; la luz de las runas era perceptible a través de las ropas negras. No había dejado atrás el peligro; al contrario, se encaminaba directamente hacia su origen.

El Señor del Nexo estaba más perplejo que nervioso, más enfadado que

inquieto. ¿Acaso la maldad del Laberinto se había colado de alguna manera en el Nexo a través de la Última Puerta? Tal idea le resultaba inconcebible. Aquel lugar era obra de la magia sartán, igual que la Puerta y la Muralla que rodeaba el mundo prisión del Laberinto. Los patryn, reacios a confiar en un enemigo que los había arrojado a dicha cárcel, habían reforzado la Muralla y la Puerta con su propia magia. No; era imposible que algo pudiera escapar.

El Nexo estaba protegido de los otros mundos —los mundos de los sartán y de los mensch— mediante la Puerta de la Muerte. En tanto ésta permaneciera cerrada, no podía cruzarla nadie que no dominase la poderosa magia necesaria para recorrerla. Xar había aprendido el secreto, pero sólo después de eones de concienzudos estudios de escritos sartán. Lo había aprendido y había transmitido su conocimiento a Haplo, que se había aventurado en esos otros mundos del universo separado.

—Pero supongamos —se dijo Xar en un leve murmullo, mientras volvía la vista a un lado y a otro tratando de rasgar la oscuridad que siempre le había resultado apacible y que ahora era perturbadora—, ¿supongamos que alguien ha abierto la Puerta de la Muerte! Al salir del Laberinto, he notado un cambio, como si

un soplo de aire se agitara de pronto dentro de una casa largo tiempo cerrada y atrancada. Me pregunto...

—No es preciso que te inquietes, Xar, señor de los patryn —lo interrumpió una voz procedente de la oscuridad—. Tu mente es rápida y tu lógica, infalible. Tienes razón en tus suposiciones. La Puerta de la Muerte ha sido abierta. Y por tus enemigos.

Xar detuvo sus pasos. No podía ver a quien hablaba, oculto entre las sombras, pero distinguía unos ojos que brillaban con una tenue y extraña luz rojiza, como si reflejaran las llamas de una fogata lejana. Su cuerpo le advertía que quien hablaba era poderoso y podía resultar peligroso, pero Xar no percibía la menor nota de amenaza en la voz sibilante. Sus palabras, como su tono, estaban llenas de respeto, incluso de admiración.

Pese a ello, Xar se mantuvo en guardia. Si había llegado a viejo en el Laberinto, no había sido prestando oídos a voces seductoras. Y la que ahora oía había cometido un grave error. De algún modo, había penetrado dentro de su mente y había descubierto el secreto. Xar había hecho sus comentarios en voz muy baja. Era imposible que nadie lo oyera desde aquella distancia.

—Me llevas ventaja, señor —respondió calmamente—. Acércate donde estos viejos ojos míos, a los que las sombras confunden fácilmente, puedan veros. Su vista era aguda, más penetrante de lo que había sido en su juventud, pues ahora sabía qué mirar. Su oído también era excelente, pero esto no tenía por qué saberlo su interlocutor. Era mejor, se dijo Xar, que creyera estar ante un frágil anciano.

Pero el desconocido no se dejó engañar.

—Sospecho que tus viejos ojos ven mejor que la mayoría, señor. Pero incluso los tuyos pueden dejarse cegar por el afecto, por la confianza mal otorgada. El desconocido emergió del bosque y salió al camino. Se detuvo ante el Señor del Nexo y abrió las manos para indicar que no portaba armas. Con una llamarada, una tea encendida se materializó en sus manos y, bajo su luz, permaneció inmóvil donde estaba, sonriendo con serena confianza.

Xar lo contempló y pestañeó. Una duda asaltó su mente e incrementó su cólera.

—Eres un patryn, uno de los míos —dijo, estudiando al recién aparecido—, pero no te reconozco. ¿Qué truco es éste? —Su voz adquirió un tono duro—. Será mejor que hables enseguida. Hazlo mientras puedas, que no será mucho.

—Realmente, señor, tu fama no es exagerada. No me extraña que Haplo te admire, aunque te traicione. No soy ningún patryn, como has creído. En tu mundo, he adoptado esta apariencia para mantener en secreto mi verdadera forma. Puedo mostrarme con ella si eso te complace, mi señor, pero te advierto que resulta bastante desagradable. He considerado preferible que tú mismo decidas si quieres revelar mi presencia a tu pueblo.

—¿Y cuál es tu verdadero aspecto, entonces? —inquirió Xar, sin hacer caso por el momento de la acusación vertida contra Haplo.

—Entre los mensch, se nos conoce por «dragones», mi señor.

Xar entrecerró los ojos:

—He tratado con tu especie en otras ocasiones y no veo ninguna razón por la que deba dejarte vivir más que tus congéneres. Sobre todo, estando en mi propio reino.

—*Naturalmente, la serpiente miente a Xar. Dado que esta criatura maléfica no tiene una forma propia definida, toma prestada en cada ocasión la que mejor convenga a sus intereses.*

El falso patryn sonrió y sacudió la cabeza.

—Esos a los que te refieres con ese nombre no son verdaderos dragones, sino meros primos lejanos. Igual que los simios,

—*Naturalmente, la serpiente miente a Xar. Dado que esta criatura maléfica no tiene una forma propia definida, toma prestada en cada ocasión la que mejor convenga a sus intereses.*

Se dice, son primos lejanos de los humanos. Nosotros somos mucho más inteligentes y nuestra magia es mucho más poderosa.

—Razón de más para que te mate...

—Razón de más para que vivamos, sobre todo porque sólo vivimos para servirte, Señor de los Patryn, Señor del Nexo y, en breve, Señor de los Cuatro Reinos.

—¿Quieres servirme, eh? Y has hablado en plural: ¿cuántos sois?

—Nuestro número es enorme. Nunca ha sido contado.

—¿Quién os creó?

—Vosotros, los patryn, hace mucho tiempo —respondió la serpiente con un suave siseo.

—Ya. ¿Y dónde habéis estado todo este tiempo?

—Te contaré nuestra historia, señor —contestó la serpiente con frialdad, haciendo oídos sordos al tono sarcástico de Xar—. Los sartán nos tenían miedo; temían nuestro poder igual que os temían a vosotros, patryn. Los sartán encerraron a tu pueblo en una prisión mientras que a nosotros, por ser de una raza diferente, decidieron exterminarnos. Nos hicieron caer en una falsa sensación de seguridad fingiendo firmar la paz con nuestra especie y, cuando se produjo la Separación, nos pilló completamente desprevenidos e indefensos. Logramos escapar con vida por muy poco y, por desgracia, poco pudimos hacer por salvar a tu pueblo, del cual hemos sido siempre amigos y aliados. Escapamos, pues, a uno

de los mundos recién creados y nos ocultamos allí para atender nuestras heridas y recuperar fuerzas.

«Nuestra intención era buscar el Laberinto y liberar a tu pueblo. Juntos, podíamos reagrupar a los mensch, que habían quedado aturdidos e indefensos por la terrible prueba, y derrotar a los sartán. Por desgracia, el mundo al que decidimos huir, Chelestra, fue también el escogido por el Consejo Sartán. El poderoso Samah en persona fundó y edificó allí una ciudad, Surunan, y la pobló con miles de mensch esclavizados.

»No tardó en descubrir nuestra presencia y nuestros planes para derrocarlo. Samah juró que nunca abandonaríamos Chelestra con vida. Cerró y selló la Puerta de la Muerte, condenándose al aislamiento a sí mismo y al resto de los sartán dispersos por los demás mundos. Tal situación tenía que durar poco; al menos, ésa era su intención, pues pensaba acabar con nosotros enseguida. Pero demostramos ser más fuertes de lo que él había previsto. Le plantamos batalla y, aunque muchos de los nuestros perdieron la vida, lo obligamos a liberar a los mensch y, al final, lo forzamos a buscar la seguridad de la cámara donde los sartán dormían su sueño mágico.

»Antes de abandonar aquel mundo, los sartán se vengaron de nosotros. Samah dejó a la deriva el sol marino que calienta las aguas de Chelestra y el frío terrible del hielo que envuelve ese mundo de agua se apoderó de nosotros sin

—
. De nuevo, la serpiente relata su propia versión de los hechos, que difiere considerablemente de la historia contada por los sartán, que se puede leer en El Mago de la Serpiente, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte. Es interesante anotar, como hace Haplo en su comentario -un tanto mordaz- de esta parte del diario de Xar, que las serpientes son expertas en decir a la gente precisamente aquello que quiere escuchar.

darnos tiempo a escapar. Lo único que pudimos hacer fue regresar a nuestra luna marina y refugiarnos en sus cavernas. El hielo nos encerró en su interior, condenándonos a una hibernación forzosa que ha durado siglos.

»Con el tiempo, el sol marino regresó y trajo consigo el calor y una nueva vida para nosotros. Con el sol llegó un sartán, uno al que se conoce como el Mago de la Serpiente, un poderoso hechicero que ha cruzado la Puerta de la Muerte. Él despertó a los sartán y los liberó de su largo sueño. Pero para entonces, mi señor, tú y algunos de los tuyos habíais alcanzado también la libertad y, a pesar de la lejanía, lo percibimos. Notamos que vuestra esperanza nos iluminaba y nos daba más calor que el propio sol. Y entonces Haplo se presentó ante nosotros y nos inclinamos ante él y le ofrecimos nuestra ayuda para derrotar a los sartán. Para derrotar a Samah, el enemigo ancestral.

La serpiente bajó la voz y continuó:

—Haplo nos causó admiración. Confiamos en él. Teníamos a nuestro alcance la victoria sobre Samah. Nos proponíamos traer ante ti al líder de los sartán como muestra de nuestra devoción a tu causa. Pero, ay, Haplo nos traicionó. Te traicionó a ti, mi señor. Samah huyó, igual que el Mago de la Serpiente, el sartán que le envenenó la cabeza a Haplo. Los dos sartán escaparon, ¡pero sólo después que Samah, movido por el miedo a nosotros y a ti, gran Xar, abriera la Puerta de la Muerte!

»Los sartán ya no podían impedir que regresáramos para ayudarte. Hemos cruzado la Puerta de la Muerte y nos presentamos ante ti, gran Xar. Te

reconocemos como nuestro dueño y señor.

La serpiente hizo una suerte de reverencia.

— ¿Y cuál es el nombre de ese «poderoso» sartán al que no cesas de mencionar? —inquirió Xar.

—Se hace llamar «Alfred». Un nombre mensch, mi señor.

— ¡Alfred! —Xar olvidó su compostura. Bajo la túnica negra, sus puños se cerraron con fuerza—. ¡Alfred! —repitió en un susurro. Alzó la cara y vio el brillo rojo de los ojos de la serpiente. Rápidamente, recobró la calma—. ¿Haplo está con ese Alfred?

—Sí, señor.

—Entonces, Haplo me lo traerá. No debes preocuparte. Evidentemente, has malinterpretado los motivos de Haplo. Es un patryn muy astuto. Inteligente y avisado. Quizá no sea enemigo para Samah (si se trata realmente del mismo Samah, cosa que dudo mucho), pero Haplo será más que rival para ese sartán de nombre mensch. Haplo no tardará en volver, ya lo verás. Y traerá con él a Alfred. Y todo tendrá explicación.

«Mientras tanto —añadió, interrumpiendo a la serpiente antes de que ésta pudiera responder—, estoy muy cansado. Soy un viejo y los viejos necesitamos descansar. Te invitaría a mi casa pero tengo a un niño alojado conmigo. Un chico muy listo, de una inteligencia sorprendente en un mensch. Me haría preguntas que prefiero no responder. Ocúltate en el bosque y evita el contacto con mi gente, pues reaccionará como lo he hecho yo.

—

—El Señor del Nexo extendió la mano y mostró los tatuajes mágicos que resplandecían con un azul eléctrico—. Y quizá no sea tan paciente.

—Tu preocupación me halaga, mi señor. Haré lo que ordenes.

La serpiente hizo una nueva reverencia. Xar dio media vuelta para marcharse.

A su espalda sonaron las palabras de la serpiente:

—Espero que este Haplo, en quien mi señor ha puesto tanta fe, resulte merecedor de ella.

¡Pero, muy sinceramente, lo dudo!

Las sombras crepusculares susurraron aquellas palabras no pronunciadas.

Xar las captó claramente. O quizá fue él quien les dio forma en su mente, si no en voz alta. Volvió la vista atrás, irritado con la serpiente, pero ésta ya no estaba. Al parecer, se había retirado a la oscuridad del bosque sin un ruido, sin el crepitar de una hoja seca, sin el chasquido de una ramita al quebrarse. Xar se irritó aún más, y luego se enfureció consigo mismo por permitir que la serpiente lo alterara.

—Perder la confianza en Haplo es perderla en mí mismo. Yo le salvé la vida, lo saqué del Laberinto, lo eduqué y lo preparé. Le asigné esta importantísima misión de viajar a través de la Puerta de la Muerte. La primera vez que mostró dudas, lo castigué. Ya entonces limpié de su ser la ponzoña que le había inoculado ese sartán, Alfred. Haplo me es muy querido. ¡Descubrir que me ha fallado es descubrir que yo he fallado!

El resplandor de los signos mágicos de la piel de Xar empezaba a amortiguarse, pero aún bastaba para iluminar el camino del señor por el lindero del bosque. Irritado, reprimió la tentación de mirar atrás otra vez.

Desconfiaba de la serpiente pero, bien pensado, no se fiaba de casi nadie. Le habría gustado suprimir el «casi», decir que no confiaba en nadie. Pero no era así.

Sintiéndose más viejo y cansado de lo habitual, el Señor del Nexo pronunció las runas e invocó de las probabilidades mágicas un bastón de roble, recio y firme, para ayudar sus cansados pasos.

—Hijo mío... —susurró con tristeza, apoyado y encorvado sobre el bastón—. ¡Haplo, hijo mío!

—
. El Mar de Fuego, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

CAPÍTULO

LA PUERTA DE LA MUERTE

La travesía de la Puerta de la Muerte es un viaje terrible, una colisión espeluznante de paradojas que golpean la conciencia con tal fuerza que la mente queda en blanco. En una ocasión, Haplo había tratado de permanecer consciente durante el tránsito¹¹ y todavía se estremecía al recordar la espantosa experiencia. Incapaz de encontrar refugio en el vacío, su mente había saltado a otro cuerpo, al que tenía más cerca: el de Alfred. El sartán y él habían intercambiado sus conciencias y habían revivido las experiencias vitales más profundas del otro. Cada uno había descubierto algo del otro, y ninguno de los dos había podido seguir viendo al otro igual que antes. Haplo sabía lo que se sentía cuando uno se creía el último miembro de su raza, a solas en un mundo de extranjeros. Alfred sabía qué era estar prisionero en el Laberinto.

—Supongo que ahora lo sabe de primera mano —dijo Haplo mientras se instalaba junto al perro, disponiéndose a conciliar el sueño como hacía ahora cada vez que iba a entrar en la Puerta de la Muerte—. Pobre estúpido. Dudo que aún siga vivo. Él y esa mujer que llevó consigo... ¿cómo se llamaba? ¿Orla? Sí, eso es: Orla.

A la mención del nombre de Alfred, el perro lanzó un gáñido y apoyó la cabeza en el regazo de Haplo. El patryn lo rascó bajo el hocico mientras murmuraba:

—Supongo que lo mejor que puedo desear para Alfred es que tenga una muerte rápida.

El perro suspiró y miró hacia la ventana con ojos tristes y esperanzados, como si esperara ver en cualquier momento a Alfred, regresando a bordo con su habitual paso vacilante.

Guiada por la magia de las runas, la nave dejó atrás las aguas de Chelestra y entró en la enorme bolsa de aire que rodeaba la Puerta de la Muerte. Haplo apartó de su cabeza unos pensamientos que no le ofrecían ayuda ni consuelo y procedió a verificar si la magia estaba actuando como debía, protegiendo la nave, sosteniéndola, propulsándola hacia adelante.

El patryn, sin embargo, comprobó con perplejidad que su magia apenas actuaba. Los signos mágicos estaban inscritos en el interior de la nave y no en el exterior del casco, como en anteriores ocasiones, pero esto no debería haber importado. Si acaso, las runas deberían estar actuando con más intensidad para compensar tal hecho. La sala de gobierno debería haber estado iluminada por un

—
. Sin duda, un «colisionescopio» elfo. Elartilugio consiste en un tubo hueco de madera en cuyo fondo hay una esfera de cristal que contiene pequeños fragmentos de cristales de colores. Cuando la esfera gira, los fragmentos de cristal «colisionan» formando una gran variedad de diseños, visibles por el otro extremo del tubo.

intenso resplandor rojo y azul, pero apenas reinaba en ella un agradable fulgor mortecino de un difuminado tono púrpura.

Haplo reprimió un breve instante de vacilación y de pánico y repasó meticulosamente toda la estructura de runas grabada en el interior del pequeño sumergible. No descubrió ningún error, lo cual no lo sorprendió puesto que, previamente, ya había revisado dos veces las inscripciones.

Corrió a la gran claraboya de la sala de gobierno, observó el exterior y alcanzó a ver la Puerta de la Muerte como un pequeño agujero que parecía demasiado angosto para cualquier nave de un tamaño mayor de...

Parpadeó y se frotó los ojos.

La Puerta de la Muerte había cambiado. Por unos instantes, Haplo se quedó en blanco, incapaz de encontrar explicación a lo que sucedía. Momentos después, tuvo la respuesta.

La Puerta de la Muerte estaba abierta.

No se le había ocurrido pensar que la apertura de la Puerta significara ninguna diferencia a la hora de cruzarla pero, por supuesto, tenía que haberla. Los sartán que habían diseñado la Puerta debían de haberla concebido como un conducto de acceso rápido y fácil a los otros tres mundos. Era lógico que así lo hicieran, y Haplo se reprendió por haber sido tan estúpido para no haber caído antes en ello. Probablemente, se habría ahorrado tiempo y preocupaciones.

¿O no?

Frunció el entrecejo y reflexionó. La entrada en la Puerta de la Muerte quizá fuese más sencilla pero, ¿qué haría una vez dentro? ¿Cómo se controlaba la travesía? ¿Funcionaría su magia? ¿O la nave se desmontaría por las juntas? —Muy pronto conocerás la respuesta —se dijo en un murmullo—. Ya no puedes volver atrás.

Domino el impulso de ponerse a deambular por la pequeña cabina de pilotaje con paso nervioso y concentró la atención en la Puerta de la Muerte.

El agujero, que momentos antes parecía demasiado pequeño como para que pasara por él un mosquito, se había hecho enorme. La entrada, antes oscura y siniestra, estaba ahora llena de luz y color. Haplo no estaba seguro, pero le pareció captar visiones fugaces de los otros mundos. Unas imágenes pasaron velozmente por su mente y desaparecieron enseguida, como en un sueño, demasiado deprisa como para concentrarse en alguna en particular.

Las junglas cálidas y húmedas de Pryan, los ríos de roca fundida de

Abarrach, las islas flotantes de Ariano: todo pasó aceleradamente ante sus ojos.

Haplo vio también el tenue resplandor del suave crepúsculo del Nexo. La visión se difuminó y surgió de ella el erial yermo y aterrador del Laberinto. Luego, por un instante —tan breve que no estuvo seguro de haberlo visto realmente—, captó una fugaz visión de otro lugar, un sitio extraño que no reconoció, un paraje de tal paz y tal belleza que el corazón se le contrajo de dolor cuando la imagen se desvaneció.

Perplejo, Haplo contempló la rápida sucesión de imágenes, que le recordaba un juguete élfico¹² que había visto en Pryan. Las imágenes empezaron a repetirse. Era extraño, se dijo, aunque no sabía por qué. El torbellino de visiones giró de nuevo en su mente, en el mismo orden, y por fin entendió qué significaba.

—*Xar descubrió en el Nexo una pequeña biblioteca de libros sartán sobre diversos temas, entre ellos una Historia de la Separación, con varias descripciones incompletas de los cuatro mundos y detalles de cómo viajar a través de la Puerta de la Muerte. Estos libros estaban escritos en el lenguaje rúnico de los sartán, y Xar aprendió por sí solo a descifrarlo, en una laboriosa tarea que le llevó muchos años.*

Haplo escribe: «Creíamos que los sartán dejaron esos textos para burlarse de nosotros, sin imaginar que tendríamos la paciencia y el interés necesarios para aprender a leerlos y hacer uso de ellos. Pero ahora, sabiendo que los sartán estuvieron una vez en el Laberinto, me pregunto si nos habremos equivocado. Quizá Xar no fue el primero en escapar del Laberinto. Quizás un sartán salvó la Última Puerta y dejó estos libros, no para nosotros, sino para aquellos de su pueblo que esperaba que lo seguirían.

La Puerta le estaba dando a elegir destino. ¿Adonde quería ir?

Haplo sabía muy bien adonde quería dirigirse, pero esta vez no estaba seguro de cómo llegar. En otras ocasiones, la decisión había estado vinculada a su magia; sólo había tenido que buscar entre las posibilidades y seleccionar un lugar. La estructura rúnica necesaria para llevar a efecto tal selección era muy compleja y había sido extremadamente difícil de diseñar. Su señor había pasado incontables horas estudiando los textos sartán hasta dar con la clave; luego, había dedicado otro tiempo considerable a traducir el idioma sartán al patryn para enseñárselo a Haplo.

Pero ahora todo había cambiado. Haplo estaba cada vez más cerca de la Puerta, su nave avanzaba cada vez más deprisa y él no tenía la menor idea de cómo controlarla.

Sobreponiéndose a su creciente pánico, llegó a la conclusión de que los sartán debían de haber concebido la Puerta como un lugar seguro y de fácil acceso. Las imágenes se sucedieron de nuevo ante sus ojos en un torbellino cada vez más acelerado. Tuvo la sensación horrible de estar cayendo, como experimenta uno en los sueños: las junglas de Pryan, las islas de Ariano, el agua de Chelestra, la lava de Abarrach... Todo daba vueltas en torno a él, debajo de él. La nave caía girando hacia ellos y Haplo no podía detenerla. El crepúsculo del Nexo...

Haplo se agarró a aquella imagen con desesperación, se asió a ella y la fijó en su mente. Pensó en el Nexo, lo recordó, evocó las imágenes de sus bosques umbríos, de sus calles ordenadas, de su gente. Cerró los ojos para concentrarse mejor y para olvidar la visión aterradora del torbellino caótico. El perro empezó a lanzar aullidos, no de advertencia, sino de alegría, excitación y reconocimiento. Haplo abrió los ojos. La nave sobrevolaba tranquilamente una tierra a media luz, bañada por un sol que nunca terminaba de alzarse, que nunca se ponía por completo.

Estaba en casa.

No perdió un segundo. Tan pronto como hubo posado la nave, se encaminó directamente a la morada de su señor en el bosque para presentarle su informe. Caminaba deprisa, abstraído, absorto en sus pensamientos y sin apenas prestar atención a su entorno. Estaba en el Nexo, un lugar libre de peligros para él. Por eso se sobresaltó bastante cuando el gruñido agresivo del perro lo sacó de sus meditaciones.

El patryn dirigió automáticamente la vista hacia los signos mágicos de su piel y observó con sorpresa que despedían un leve fulgor azulado.

Ante él, en el camino, había alguien.

Haplo calmó al perro posando sobre su testuz una mano cuyas runas brillaban con más fuerza a cada momento. Notó el calor y el hormigueo de los signos mágicos tatuados en su piel y aguardó, inmóvil, en mitad del camino.

—
. Referencia al número de Puertas del Laberinto que ha atravesado un patryn.

Utilizado en otro tiempo para determinar la edad de una persona, el número de puertas también ofrece una buena indicación del tipo de vida que uno ha llevado. Un residente, por ejemplo, pasaría pocas en comparación con un corredor de una edad similar. El Señor del Nexo había regulado y uniformado el término en relación con la edad, empleando las runas tatuadas en el cuerpo de la persona, en combinación con ciclos descubiertos en el Laberinto, para determinar la verdadera edad de un patryn.

La pregunta formulada por Haplo vendría a ser como si un mensch le preguntara a otro cuál era su oficio.

De nada servía esconderse. El desconocido, fuera quien fuese, ya lo había visto y oído. Haplo decidió quedarse, averiguar qué peligro acechaba tan cerca de la mansión de su señor y ocuparse de él, si era preciso.

El perro tensó las patas. Se le erizó el pelaje del cuello y lanzó desde lo más hondo un gruñido amenazador. La figura en sombras avanzó sin molestarse en ocultarse, pero cuidando de evitar los escasos charcos de luz que se filtraban por los huecos entre el follaje. Tenía la forma y la altura de un hombre y se movía como tal, pero no era un patryn. La magia defensiva de Haplo no habría reaccionado nunca de aquella manera a uno de su propia raza.

Su desconcierto aumentó. La idea de que pudiera existir un enemigo de cualquier clase en el Nexo era impensable. Lo primero que le vino a la cabeza fue Samah. ¿Acaso el jefe del Consejo Sartán había penetrado en la Puerta de la Muerte y había llegado hasta allí? Cabía tal posibilidad, aunque no era muy probable. ¡Aquél era el último lugar al que viajaría Samah! Con todo, a Haplo no se le ocurría otra explicación. El desconocido se acercó más, y Haplo observó, con asombro, que sus temores habían sido infundados. El hombre era un patryn. Haplo no lo reconoció, pero no había nada de insólito en ello. Haplo había estado ausente bastante tiempo; su señor habría rescatado del Laberinto a muchos patryn, mientras tanto.

El desconocido mantuvo la mirada baja, observando a Haplo bajo unos párpados entornados. Tras un gesto seco y austero de saludo con la cabeza como es costumbre entre los patryn, que son gente solitaria y poco expresiva, pareció disponerse a continuar su camino sin una palabra. El desconocido venía en dirección contraria a la de Haplo, es decir, alejándose de la casa de su señor. De ordinario, Haplo habría respondido con igual reserva y habría olvidado al desconocido. Pero la comezón y el ardor de los signos mágicos de su piel casi lo volvieron loco. El resplandor azul iluminó las sombras. Los demás tatuajes del patryn no habían alterado su aspecto y permanecían apagados. Haplo observó las manos del desconocido y percibió algo raro en sus tatuajes.

El extraño había llegado a su altura. Haplo tuvo que sujetar al perro y obligar al animal a permanecer donde estaba pues, de lo contrario, se habría lanzado a la garganta del individuo. Era otra cosa muy extraña.

— ¡Espera! —exclamó—. ¡Tú, espera! No te conozco, ¿verdad? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu Puerta?

Haplo preguntaba por preguntar; de hecho, casi no prestó atención a lo que decía. Lo único que quería era echar una mirada más detenida a las manos y los brazos del individuo, a los signos tatuados en ellos.

—Te equivocas. Ya nos hemos encontrado —dijo el desconocido con una voz susurrante que le resultó familiar.

No conseguía recordar dónde la había oído, pero pronto tuvo algo más

preocupante en qué pensar.

—

Los signos mágicos en las manos y en los brazos del individuo eran falsos; garabatos sin sentido que cualquier chiquillo patryn habría dibujado mejor. Cada signo individual estaba formado correctamente, pero no encajaba con los demás como era debido.

Los tatuajes en los brazos del hombre deberían haber sido runas de poder, de defensa, de curación, pero eran, por el contrario, un trabalenguas sin inteligencia. De pronto, Haplo recordó el juego de las tabas rúnicas practicado por los sartán de Abarrach, en el que se arrojaban las runas al azar sobre una mesa. Las de aquel individuo habían sido arrojadas al azar sobre su piel.

Haplo se abalanzó sobre el falso patryn con la intención de reducirlo y averiguar quién o qué estaba intentando espiarlos.

Sus manos se cerraron en el aire.

Desequilibrado, Haplo trastabilló y cayó al suelo de bruces. Al instante, se incorporó y miró en todas direcciones.

El falso patryn había desaparecido. Se había esfumado sin dejar rastro. Haplo miró al perro. El animal soltó un gáñido y se estremeció de hocico a rabo.

Haplo tuvo ganas de imitarlo. Buscó sin ánimo entre los árboles y matorrales que bordeaban el camino, convencido de no hallar nada y no muy seguro de querer descubrirlo. Fuera lo que fuese, la misteriosa aparición se había ido. Las runas de sus brazos empezaban a apagarse y la sensación ardiente de alarma se enfriaba.

El patryn reemprendió la marcha sin perder más tiempo. El misterioso encuentro era una razón añadida para darse prisa. Evidentemente, la aparición del desconocido y la apertura de la Puerta de la Muerte no eran coincidencia. Ahora, Haplo sabía dónde había oído aquella voz y lo sorprendía cómo no había conseguido reconocerla.

Quizás había querido olvidarla.

Por lo menos, ahora podía dar un nombre al desconocido.

—

CAPÍTULO

EL NEXO

—Serpientes, mi señor —dijo Haplo—. Pero no como las que conocemos. ¡El áspid más mortífero del Laberinto es una lombriz comparada con éstas! Son bestias antiguas; tanto, creo, como el propio hombre. Tienen la astucia y el conocimiento de su edad. Y tienen un poder, señor... Un poder que es vasto y... y... Haplo vaciló e hizo una pausa.

—¿Y qué, hijo mío? —lo estimuló Xar con suavidad.

—Todopoderoso —respondió Haplo.

—¿Un poder omnipotente? —Musitó Xar—. ¿Sabes qué estás diciendo, hijo mío?

Haplo percibió el tono de advertencia de su voz.

Ten mucho cuidado con tus pensamientos, tus conjeturas y tus deducciones, hijo mío, lo prevenía el tono. Ten cuidado con tus afirmaciones y con tus juicios.

Porque, al calificar ese poder como «todopoderoso», lo estás colocando por encima de mí.

Haplo tuvo cuidado. Permaneció largo rato sentado sin responder, con la mirada fija en el fuego que calentaba el hogar de su señor, contemplando el juego de luces de las llamas sobre las runas azules tatuadas de manos y brazos. Evocó una vez más las runas de los brazos del falso patryn: caóticas, ininteligibles, sin orden ni concierto. La visión le trajo el recuerdo del miedo torturador, debilitante, que había experimentado en el cubil de las serpientes en Draknor.

—Jamás he experimentado un miedo igual —dijo de pronto, dando voz a los pensamientos de su mente.

Y, aunque las palabras correspondían a la conversación mental de Haplo, Xar comprendió a qué se refería. El señor de los patryn siempre comprendía.

—Un miedo que me hizo desear esconderme en algún rincón oscuro, mi señor. Quise hacerme un ovillo y quedarme allí encogido, acurrucado. Tuve miedo... del propio miedo que sentía. No podía entenderlo, ni superarlo. —Haplo sacudió la cabeza—. Y eso que he nacido y he crecido en el espanto del Laberinto. ¿Por qué esa diferencia, mi señor? No lo entiendo.

Reclinado en su asiento, imperturbable, Xar no respondió. El Señor del Nexo era un oyente silencioso y atento; jamás revelaba una emoción, su atención jamás se desviaba y su interés siempre estaba concentrado por entero en el interlocutor. Ante un tipo de oyente tan especial, la gente suelta la lengua; habla con

—

vehemencia, a menudo incautamente, y concentra sus pensamientos en lo que está diciendo, en lugar de en quien las escucha. Y así Xar, con su poder mágico, era capaz de captar a menudo lo que no se decía, además de lo que se hablaba. La gente volcaba su mente en el pozo vacío del señor de los patryn.

Haplo cerró el puño, observó cómo los signos mágicos se estiraban uniformes y protectoramente en su piel y respondió a su propia pregunta:

—Yo sabía que el Laberinto podía ser derrotado —dijo en un susurro—. Ahí está la diferencia, ¿verdad, señor? Incluso cuando creí que iba a morir en ese terrible lugar, me acompañaba en mi última hora la certeza de un amargo triunfo. Había estado muy cerca de derrotarlo y, aunque yo hubiese fracasado esta vez, me seguirían otros que finalmente triunfarían. El Laberinto, pese a todo su poder, es vulnerable. —Haplo alzó la cabeza y miró a Xar antes de proseguir—. Tú lo demostraste, mi señor. Tú lo venciste. Y has seguido derrotándolo una y otra vez. Incluso yo acabé por vencerlo... con ayuda.

Bajó la mano y rascó la testuz del perro. El animal yacía a sus pies, dormitando al calor de las llamas. De vez en cuando, entreabría los ojos y los fijaba en Xar.

Mera vigilancia, parecía decir. Desde su posición, Haplo no advirtió la cauta y atenta observación de su perro. Xar, sentado frente a él, sí se fijó.

Haplo cayó en un completo silencio, con la vista fija en el fuego y la expresión sombría y desconsolada.

—Estás diciendo que ese poder no puede ser derrotado, ¿no es eso, hijo mío?

Haplo se revolvió, inquieto e incómodo. Dirigió una mirada preocupada a su señor y volvió a fijarla en las llamas rápidamente. Sus mejillas se sonrojaron, y su mano soltó y volvió a agarrar el brazo del asiento.

—Sí, señor. Eso es lo que estoy diciendo —respondió por fin con voz grave y

pausada—. Creo que ese poder puede ser desafiado, detenido, controlado y forzado a retroceder, pero jamás puede ser vencido. Jamás puede ser destruido definitivamente.

—¿Ni siquiera por nosotros, los tuyos, fuertes y poderosos como somos? —Xar hizo la pregunta con suavidad. No discutía sus palabras; sólo pedía más información.

—Ni siquiera por nosotros, señor. Por muy fuertes y poderosos que seamos. —Algún pensamiento secreto hizo asomar en sus labios una sonrisa sarcástica. El Señor del Nexo se enfureció al verla aunque, para un observador casual, su expresión se mantuvo tan plácida y tranquila como antes. Haplo no se percató, perdido en una maraña de negros pensamientos. Pero había alguien más pendiente de su conversación, escuchando a escondidas lo que decían. Y este alguien no era un observador casual, sino que sabía perfectamente qué le rondaba por la cabeza al Señor del Nexo.

Aquel observador, oculto en una estancia a oscuras, idolatraba a Xar y por ello había llegado a reconocer hasta la más leve expresión de su rostro. Y el observador invisible advertía en aquel instante, a la luz de la chimenea, el mínimo entrecerrar de ojos de Xar, el levísimo ensombrecimiento de ciertas arrugas entre la telaraña de ellas que le cubría la frente. El observador invisible sabía que su señor estaba furioso y que Haplo había cometido un error. Sabía ambas cosas, y estaba complacido de conocerlas.

—

Tal era su regocijo que, imprudente, se estremeció al pensarlo, con el resultado de que el taburete donde estaba sentado se movió de sitio. El perro levantó la cabeza al instante, atento al ruido, con las orejas muy erguidas. El observador permaneció paralizado. Conocía al perro, lo recordaba y lo respetaba. Lo quería. No volvió a moverse y se mantuvo quieto hasta el punto de contener el aliento, temiendo que incluso su respiración fuera a delatarlo. Al no oír nada más, el perro pareció llegar a la conclusión de que había sido una rata y reanudó su intermitente duermevela.

—Tal vez piensas —apuntó Xar como si tal cosa, acompañándose de un leve gesto de la mano— que los sartán son los únicos capaces de derrotar a este «poder todopoderoso».

Haplo movió la cabeza y dirigió una sonrisa hacia los rescoldos del fuego agonizante.

—No, señor. Ellos están tan ciegos como... —midió las palabras, asustado de lo que había estado a punto de decir.

—... como yo, ¿no es eso? —terminó la frase Xar, en tono adusto.

Haplo alzó enseguida la vista, y el rubor de sus mejillas se acentuó. Era demasiado tarde para volverse atrás, para decir que no. Cualquier intento de explicarse lo haría parecer un chiquillo lloriqueante tratando de escabullirse de un castigo merecido.

Así pues, se puso en pie y plantó cara al Señor del Nexo, que permaneció sentado y lo miró con ojos sombríos e insondables.

—Mi señor, es cierto que hemos estado ciegos. E igual les ha sucedido a nuestros enemigos. A ambos nos han cegado las mismas cosas: el odio y el miedo. Las serpientes, o la fuerza que representan, sea cual sea, se han aprovechado de ello. Se han hecho fuertes y poderosas. «El caos es la sangre de nuestra vida»,

decían. «La muerte, nuestra comida y nuestra bebida.» Y, ahora que han penetrado en la Puerta de la Muerte, pueden extender su influencia a lo largo y ancho de los cuatro mundos. Esas criaturas buscan el caos, el derramamiento de sangre.

¡Desean que vayamos a la guerra, señor!

— ¿Y por eso aconsejas que no la emprendamos, Haplo? ¿Dices de veras que no debemos buscar venganza por los siglos de padecimientos infligidos a nuestro pueblo? ¿Que no vengamos la muerte de nuestros padres? ¿Que no intentemos derrotar al Laberinto y liberar a los aún atrapados en él? ¿Hemos de permitir que Samah continúe su tarea donde la dejó? Eso es lo que hará, hijo mío, bien lo sabes. Y esta vez no nos encarcelará. ¡Esta vez nos destruirá, si se lo permitimos! ¿Y aun así nos aconsejas, Haplo, que no nos opongamos?

—No lo sé, mi señor —dijo Haplo con voz rota, mientras abría y cerraba los puños—. No lo sé...

Xar suspiró, bajó la vista y apoyó la cabeza en la mano. Si hubiera reaccionado con cólera, si hubiera gritado y reclamado, acusado y amenazado, habría perdido a Haplo.

Pero no dijo nada, ni hizo otra cosa que suspirar.

Haplo se derrumbó de rodillas y, tomando la mano de su señor, se la llevó a los labios, la besó y la retuvo con fuerza.

—Padre, veo dolor y disgusto en tus ojos. Te ruego que me perdones si te he ofendido, pero la última vez que estuve en tu presencia, antes de partir hacia Chelestra, me enseñaste que mi salvación estaba en decirte la verdad y eso he

—

hecho, padre. Te he desnudado mi alma, aunque me avergüenza haber puesto al descubierto mi debilidad.

»Yo no ofrezco consejo, señor. Soy un patryn despierto y estoy presto para actuar, pero no soy sabio. El sabio eres tú, padre mío. Por esto te he venido a plantear este gran dilema. Las serpientes están aquí, padre —añadió Haplo en un tono de voz tético—. Están aquí. He visto una de ellas. Iba camuflada como uno de nuestro pueblo, pero la reconocí sin ninguna duda.

—Estoy al corriente de ello, Haplo. —Xar agarró la mano que retenía la suya.

— ¿Lo sabes? —Haplo se sentó sobre sus talones con expresión de desconcierto y preocupación.

—Naturalmente, hijo mío. Dices que soy sabio, pero no debes de considerarme muy brillante —murmuró Xar con cierta aspereza—. ¿Imaginas que no sé lo que sucede en mi propia tierra? He visto a la serpiente y he hablado con ella, tanto anoche como hoy.

Haplo lo miró en silencio, asombrado.

—Como dices, es poderosa —concedió Xar con aire magnánimo—. He quedado impresionado. Un enfrentamiento entre nosotros, los patryn, y esas criaturas resultaría interesante, aunque no tengo la menor duda de quién saldría vencedor. Sin embargo, no hay que temer tal enfrentamiento pues no se producirá jamás, hijo mío. Las serpientes son nuestros aliados en esta campaña. Me han jurado fidelidad. Se han inclinado ante mí y me han llamado amo.

—También lo hicieron conmigo —replicó Haplo en voz baja—, y luego me traicionaron.

—Eso te sucedió a ti, hijo mío —dijo Xar, y de nuevo se hizo presente la cólera, ahora patente tanto para los observadores visibles como para los

invisibles—. ¡Pero esta vez me han jurado lealtad *a miiii!*

El perro se incorporó de un brinco con un bufido y miró a su alrededor con gesto de ferocidad.

—Tranquilo, muchacho —dijo Haplo sin pensarlo—. Sólo era un sueño.

Xar contempló al animal con desagrado.

—Creía que te habías librado de esta criatura.

—Volvió a mí —respondió Haplo, atormentado e inquieto. Se incorporó y se quedó inmóvil donde había hincado la rodilla, como si pensara que la entrevista había llegado a su fin.

—No exactamente. Alguien te lo devolvió, ¿no es así?

Xar se puso en pie. Su estatura era prácticamente igual que la de Haplo y, muy probablemente, la fuerza física de ambos era pareja, pues el Señor del Nexo no había permitido que la edad debilitara su cuerpo. Pero en poderes mágicos era muy superior a Haplo. En una ocasión —ésa a la que se había referido el patryn, esa vez en que mintió a su señor—, Xar había desarmado a Haplo. En aquel momento podría haberlo matado, pero había decidido dejarlo vivir.

—Sí, mi señor —reconoció Haplo. Bajó la vista al perro y añadió—: Alguien me lo devolvió.

— ¿El sartán llamado Alfred?

—Sí, señor —respondió con un hilo de voz.

Xar suspiró. Haplo captó el suspiro, cerró los ojos e inclinó la cabeza. Su señor posó la mano sobre su joven hombro.

—Hijo mío, te has dejado engañar. Yo sé lo sucedido. Las serpientes me lo han contado. No te traicionaron; vieron el peligro que corrías e intentaron

—

ayudarte, pero te volviste contra ellas y las atacaste. No tuvieron más remedio que defenderse...

— ¿De unos chiquillos mensch? —Haplo levantó la cabeza con un centelleo en la mirada.

—Una verdadera lástima, hijo mío. Me han contado que la chica te gustaba. Pero debes reconocer que los mensch actuaron como siempre: de forma desordenada, estúpida, sin pensar. Tenían aspiraciones demasiado altas y se entrometieron en asuntos que no podían entender. Al final, como bien sabes, las serpientes fueron indulgentes y ayudaron a los mensch a derrotar a los sartán. Haplo movió la cabeza en un gesto de negativa y volvió la vista de su señor al perro.

La expresión de Xar se hizo más ceñuda. La mano posada en el hombro de Haplo aumentó su presión.

—Hijo mío, he sido muy indulgente contigo. He escuchado con toda paciencia lo que algunos llamarían quiméricas especulaciones metafísicas. Pero no te confundas —continuó, cuando Haplo se disponía a responder—. Me complace que hayas expuesto y compartido conmigo estos pensamientos pero, una vez respondidas tus dudas y preguntas, como creo que he hecho cumplidamente, me disgusta comprobar que sigues empeñado en tu error.

»No, hijo mío, déjame terminar. Afirmas confiar en mi sabiduría, en mi juicio. Y así era antes, Haplo, sin ninguna duda. Ésta fue la principal razón por la que te escogí para estas delicadas tareas que, hasta hoy, has llevado a cabo a mi entera satisfacción. Pero dime, Haplo, ¿todavía confías ciegamente en mí? ¿O has puesto

tu fe en otro?

—Si te refieres a Alfred, mi señor, te equivocas —replicó Haplo con expresión burlona y un rápido gesto de negativa con la mano—. Y, de todos modos, ya no cuenta. Probablemente, está muerto.

El patryn bajó la vista al fuego, al perro o a ambos a la vez, durante un largo rato; de pronto, volvió a alzar la cabeza y, con aire resuelto, miró a los ojos a Xar.

—No, mi señor, no he puesto la fe en ningún otro. Soy leal a ti. Por eso he venido a tu presencia: para ponerte en conocimiento de lo que he visto. ¡No sabes cuánto me gustaría equivocarme!

—¿De veras, hijo mío? —Xar estudió a Haplo con mirada inquisitiva y, satisfecho al parecer con lo que veía, se relajó, sonrió y le dio unas afectuosas palmaditas en el hombro—. Excelente. Tengo otra tarea para ti. Ahora que la Puerta de la Muerte está abierta y nuestros enemigos, los sartán, conocen nuestra situación, tenemos que movernos deprisa, más de lo que había proyectado. Dentro de poco, partiré hacia Abarrach para aprender allí las artes nigrománticas...

Hizo una pausa y dirigió una mirada penetrante a Haplo. La expresión de éste no varió un ápice ni mostró la menor oposición a tal plan. Xar continuó:

—No tenemos un número de patryn suficiente para formar un ejército pero, si podemos contar con batallones de muertos que combatan por nosotros, no tendremos que desperdiciar las vidas de los nuestros. Y, para conseguirlo, es imprescindible que vaya a Abarrach, y que lo haga lo antes posible, pues soy lo bastante sabio —hizo un seco énfasis en el término— como para comprender que deberé dedicar mucho tiempo y esfuerzo al estudio antes de poder dominar el arte de resucitar a los muertos.

»Pero este viaje representa un problema. Tengo que ir a Abarrach pero, al mismo tiempo, es indispensable que acuda a Ariano, el mundo del aire. Te

—

explicaré: esa necesidad de viajar allí tiene que ver con esa gran máquina de Ariano, ese gigantesco artefacto al que los mensch denominan, un tanto estrafulariamente, la Tumpa-chumpa.

»En tu informe, Haplo, decías que descubriste informaciones dejadas por los sartán según las cuales habían construido la Tumpa-chumpa para conseguir la alineación de las islas flotantes de Ariano.

Haplo asintió.

—No sólo para alinearlas, señor, sino también para enviar a continuación un chorro de agua que alcanzara las islas superiores, en la actualidad secas y yermas.

—Quien gobierne la máquina, domina el agua. Y quien domina el agua, gobierna a quienes deben beberla para no perecer.

—Sí, señor.

—Refréscame la memoria sobre la situación política en Ariano cuando abandonaste ese mundo.

Xar permaneció de pie. El resumen tenía que ser breve, evidentemente, e iba destinado al propio Haplo, más que a su señor. Xar había releído muchas veces el informe de su subordinado y lo conocía de memoria. Haplo, en cambio, había visitado otros tres mundos desde su estancia en Ariano. Por eso habló con un titubeo, tratando de refrescar la memoria.

—Los enanos, que en Ariano son conocidos como «gegs», viven en las islas inferiores, cerca del Torbellino. Ellos son quienes hacen funcionar la máquina, o

más bien quienes la atienden, ya que la máquina funciona sola. Los elfos descubrieron que la máquina podía suministrar agua para su imperio, situado en el Reino Medio de ese mundo. Ni los humanos ni los elfos que habitan en el Reino Medio pueden acumular reservas de agua en su territorio, debido a la naturaleza porosa de los continentes flotantes.

»Los elfos viajaban a los reinos inferiores en sus mágicas naves dragón, compraban el agua a los enanos y les pagaban con chucherías sin valor y artilugios inútiles desechados en los reinos élficos. Un enano llamado Limbeck descubrió la explotación a que sometían los elfos al pueblo enano y en estos momentos (o, al menos, cuando abandoné ese mundo) encabeza la rebelión contra el imperio elfo mediante el corte del suministro de agua.

»Los elfos también tienen otros problemas. Un príncipe exiliado ha organizado otra rebelión contra el régimen tiránico que actualmente ostenta el poder. Los humanos, a su vez, se están uniendo bajo el mando de un rey y una reina y están plantando resistencia al dominio elfo.

—Un mundo en caos —dijo Xar con satisfacción.

—Sí, señor —respondió Haplo, sonrojándose. Se preguntó si el comentario no sería un sutil reproche por las palabras pronunciadas antes, un recordatorio ole que los patryn querían ver los mundos sumidos en el caos.

—El pequeño Bane debe volver a Ariano —declaró Xar—. Es vital que tomemos el control de la Tumpa-chumpa antes de que los sartán regresen y la reclamen. Bane y yo hemos llevado a cabo un estudio pormenorizado de la máquina. Ese chiquillo la pondrá en funcionamiento e iniciará el proceso para realinear las islas. Sin duda, esto perturbará aún más la vida de los mensch y causará pánico y terror. Entonces, en medio del tumulto, entraré en Ariano con mis legiones, restauraré el orden y, gracias a ello, seré visto como un salvador. — Con un encogimiento de hombros, Xar añadió—: Conquistar Ariano, el primero de los mundos en caer bajo mi poder, será sencillo.

—

Haplo se dispuso a preguntar algo, pero se detuvo antes de abrir la boca y contempló las brasas medio apagadas con aire pensativo.

— ¿Qué sucede, hijo mío? —Inquirió Xar con suavidad—. Sé franco. Tienes dudas, ¿verdad? ¿Cuáles?

Haplo asintió.

—Las serpientes, señor. ¿Qué hay de las serpientes?

Xar apretó los labios y entrecerró los ojos alarmantemente. Con las manos a la espalda y los dedos largos y firmes entrelazados, mantuvo el círculo tranquilizador de su ser. El Señor del Nexo rara vez se había sentido tan furioso.

—Las serpientes harán lo que yo les ordene. Igual que tú, Haplo. Igual que todos mis súbditos.

Su voz no había subido de volumen ni había cambiado su tono apacible, pero el observador invisible de la estancia en sombras se estremeció y se encogió en su taburete, agradeciendo no ser él quien se consumía bajo el calor de la ira del poderoso Xar.

Haplo comprendió que había disgustado a su señor y recordó el castigo que había recibido una vez. Instintivamente, se llevó la mano al nombre rúnico tatuado sobre su corazón, al signo que era la raíz y fuente de todo su poder mágico, el inicio del círculo.

De improviso, Xar se inclinó hacia adelante y posó una mano vieja y nudosa sobre las de Haplo y la otra sobre el corazón de su siervo.

Haplo se encogió y exhaló un breve suspiro, pero no se movió de donde estaba. El observador invisible apretó los dientes. Por mucho que lo complaciera presenciar la caída de Haplo, también sentía unos profundos celos del patryn por su evidente proximidad al Señor del Nexo, una proximidad que el observador sabía que no podría alcanzar jamás.

—Perdóname, padre —dijo Haplo simplemente, con una dignidad nacida de una sincera contrición, no del miedo—. No te fallaré. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Escotarás al pequeño Bane hasta Ariano. Una vez allí, lo ayudarás en la puesta en funcionamiento de la Tumpa-chumpa. También harás todo lo que sea necesario para fomentar el caos y la revuelta en ese mundo. Esto último debería resultar sencillo. Ese líder enano, el tal Limbeck, te aprecia y confía en ti, ¿verdad?

—Sí, señor. —Haplo no se había movido un ápice al contacto de la mano de su señor con su pecho, a la altura del corazón—. ¿Y cuando lo haya conseguido?

—Aguardarás en Ariano mis instrucciones.

Haplo asintió en muda aceptación.

Xar lo retuvo un momento más y percibió bajo las yemas de sus dedos el latido vital de Haplo, consciente de que podía penetrar en aquella vida en un abrir y cerrar de ojos, si se lo proponía, y consciente de que Haplo también se daba cuenta de ello.

Haplo exhaló otro suspiro, esta vez profundo y estremecido, e inclinó la cabeza. Su señor se le acercó aún más.

—Hijo mío... Mi pobre hijo atormentado. Soportas mi contacto con tal entereza...

Haplo alzó la cabeza. Con el rostro sonrojado, encorajinado, respondió:

—Porque, mi señor, ni tú ni nadie podría infligirme un dolor peor al que soporto dentro de mí.

Desasiéndose de la mano de Xar, Haplo abandonó bruscamente la sala, retirándose de la presencia de su señor. El perro se incorporó de un brinco y corrió

—

tras él acompañado del leve traqueteo de sus pezuñas. Instantes después, se oyó un portazo.

Xar contempló la marcha de Haplo sin gran satisfacción.

—Me estoy cansando de esas dudas, de esos gimoteos. Te daré una oportunidad más de demostrar tu lealtad —murmuró.

El observador abandonó su taburete y se deslizó hasta la sala, ahora envuelta en sombras puesto que el fuego se había extinguido casi por completo.

—No te ha pedido permiso para marcharse, abuelo —apuntó con voz aguda—. ¿Por qué no lo has detenido? Yo lo habría mandado azotar.

Xar miró a su alrededor sin sorprenderse de la presencia del chiquillo o del hecho de que hubiera estado escuchando la conversación; incluso le resultaba divertido el tono vehemente que utilizaba.

—¿De veras, Bane? —Inquirió Xar, sonriendo afectuosamente al muchacho y alargando una mano para revolver sus rubios cabellos—. Recuerda una cosa, pequeño: el amor rompe el corazón; el odio lo fortalece. Quiero a Haplo abrumado, contrito y arrepentido.

—Pero Haplo no te ama, abuelo —exclamó Bane, sin terminar de entender. Se

acercó a Xar y lo miró con adoración—. El único que te ama soy yo, y te lo demostraré. ¡Ya lo verás!

— ¿Lo dices en serio, Bane? —El anciano Señor del Nexo dio unas palmaditas de aprobación al muchacho y lo acarició con afecto.

Un niño patryn jamás habría sido estimulado a experimentar tal cariño, y mucho menos a demostrarlo, pero Xar había tomado gusto por el chiquillo humano. Después de una larga vida solitaria, el poderoso patryn disfrutaba con la compañía del muchacho y se complacía enseñándole. Bane era brillante, inteligente y extraordinariamente hábil para la magia, tratándose de un mensch. Y, además de todo esto, al Señor del Nexo le resultaba muy agradable sentirse adorado.

— ¿Vamos a estudiar las runas sartán esta noche, abuelo? —Preguntó Bane con expectación—. He aprendido algunas nuevas. Y puedo hacerlas actuar. Te lo enseñaré...

—No, pequeño. —Xar retiró la mano de la cabeza del muchacho y apartó de su cuerpo el firme abrazo del chiquillo—. Estoy cansado y debo estudiar ciertas cosas antes de viajar a Abarrach. Ve a jugar por ahí.

El muchacho se quedó cabizbajo, pero guardó silencio pues ya había aprendido la dura lección de que discutir con Xar era tan inútil como peligroso. Bane recordaría el resto de su vida la primera vez que había organizado un berrinche de pataleos y sofocos en un esfuerzo por conseguir sus propósitos. El truco siempre le había dado resultado con otros adultos, pero con el Señor del Nexo no tuvo éxito.

Y el castigo había sido inmediato, duro y severo.

Bane no había respetado a ningún adulto hasta aquel momento. En adelante, respetó a Xar, lo temió y terminó por amarlo con toda la pasión de la naturaleza afectuosa que había heredado de su madre, ensombrecida y corrompida por su malévolo padre.

Xar se encaminó a la biblioteca, una dependencia en la que Bane no tenía permitido entrar. El pequeño regresó a sus aposentos para trazar de nuevo la elemental estructura rúnica sartán que finalmente, tras muchos y concienzudos

—

esfuerzos, había conseguido reproducir y hacer actuar. Una vez a solas en su habitación, Bane se detuvo.

Acababa de tener una idea. La revisó para asegurarse de que no tenía ningún punto débil, pues era un chico muy listo y había aprendido muy bien las lecciones de Xar acerca de avanzar con cautela y con muchas reflexiones en cualquier empresa.

El plan parecía impecable. Si lo descubrían, siempre podría salirse con la suya a base de lamentos, lágrimas o encanto. Aquellos trucos no funcionaban con el hombre al que había adoptado como abuelo, pero Bane no sabía que fallaran jamás con otros adultos.

Incluido Haplo.

Bane agarró una capa oscura, se la echó sobre sus enclenques hombros, salió de la casa de Xar y se confundió con las sombras crepusculares del Nexo.

—

CAPÍTULO EL NEXO

Preocupado, Haplo abandonó la casa de su señor y echó a andar sin una idea clara de adonde iba. Deambuló por los senderos del bosque, varios de los cuales se entrecruzaban en dirección a diferentes partes del Nexo. La mayor parte de sus pensamientos estaba concentrada en reconstruir la conversación con su señor, tratando de encontrar en ella alguna esperanza de que Xar hubiera escuchado su advertencia y estuviese en guardia contra las serpientes.

No tuvo mucho éxito en su búsqueda, pero no podía culpar de ello a su señor. En Chelestra, aquellas bestias lo habían seducido también a él con sus lisonjas, con su actitud de abyecta degradación y de adulador servilismo. Era evidente que las serpientes habían engañado al Señor del Nexo y él, Haplo, tenía que encontrar el modo de convencerlo de que el verdadero peligro eran aquellas criaturas, y no los sartán.

Con la mayor parte de su mente ocupada en este tema preocupante, Haplo buscó a su alrededor algún rastro de la serpiente, con la vaga idea en la cabeza de que quizá pudiera sorprender a la criatura en un momento de descuido y obligarla a confesar ante Xar sus verdaderas intenciones. Sin embargo, no vio señal del falso patryn. Probablemente, era lo mejor, reconoció para sí de mal talante. Las malévolas criaturas eran astutas y sumamente inteligentes. Cabían pocas esperanzas de que alguna se dejara engatusar. Haplo continuó caminando y reflexionando. Por fin, abandonó el bosque y se encaminó a la ciudad del Nexo entre prados bañados por la media luz.

Después de haber visto otras ciudades sartán, Haplo sabía que la del Nexo también era obra suya.

Una altísima torre helicoidal de cristal, sostenida por columnas, se alzaba sobre una cúpula formada por arcos de mármol en el centro de la ciudad. La aguja central estaba enmarcada por otras cuatro, en un conjunto armonioso. En un nivel inferior había otras ocho enormes torres y entre ambos niveles se extendían grandes terrazas de muros de mármol. Allí, en las terrazas, se alzaban viviendas y tiendas, escuelas y bibliotecas, todo aquello que los sartán consideraban necesario para una vida civilizada.

Haplo había visto una ciudad idéntica en el mundo de Pryan y otra muy similar en Chelestra. Observando la ciudad desde la distancia, contemplándola

—

con los ojos de quien ha visto a sus hermanas y reconoce un desconcertante parecido de familia, Haplo creyó comprender por fin la razón de que su señor hubiera decidido no vivir dentro de sus paredes de mármol.

—No es más que otra prisión, hijo mío —le había dicho Xar—. Una prisión diferente del Laberinto y, en cierto modo, aún más peligrosa. Aquí, en su mundo crepuscular, los sartán esperaban que nos haríamos tan apacibles como el aire, tan grises como las sombras. Planeaban hacernos caer presa de los lujos y de la vida fácil. De cumplirse sus intenciones, nuestras espadas de afilada hoja se oxidarían en sus vainas tachonadas de piedras preciosas.

—Entonces, nuestra gente no debería vivir en la ciudad —había protestado Haplo—. Deberíamos abandonar esos edificios e instalarnos en el bosque —había propuesto. En aquel tiempo, Haplo era joven y estaba lleno de rabia.

Pero Xar se había encogido de hombros.

— ¿Y desperdiciar todas estas excelentes construcciones? No. Los sartán nos subestiman si creen que nos dejaremos seducir tan fácilmente. Volveremos su plan contra ellos: nuestro pueblo descansará y se recuperará de su terrible prueba y nos haremos fuertes como nunca lo hemos sido. Y entonces estaremos dispuestos para la lucha.

Así pues, los patryn —los pocos cientos que habían escapado del Laberinto— ocuparon la ciudad y la adaptaron a sus necesidades. Al principio, a muchos les resultó difícil instalarse y sentirse cómodos entre cuatro paredes, pues procedían de un ambiente primitivo y áspero. Pero los patryn son gente práctica, estoica, adaptable. La energía mágica que en otro tiempo habían dedicado a la lucha por la supervivencia se canalizaba ahora en otros usos más constructivos: el arte de la guerra, el estudio del control de mentes más débiles, la preparación de los suministros y equipo necesarios para llevar a cabo una campaña bélica en unos mundos con enormes diferencias.

Haplo entró en la ciudad y recorrió sus calles, que brillaban como perlas a la media luz. Hasta entonces, siempre que vagaba por el Nexo había experimentado un orgullo y una exaltación desbordantes. Los patryn no son como los sartán. Los patryn no se detienen en las esquinas para charlar de encumbrados ideales, para comparar filosofías o para complacerse en agradables muestras de camaradería. Serios y adustos, estoicos y decididos, ocupados en cuestiones importantes que sólo eran asunto de cada cual, los patryn se cruzaban por la calle deprisa y en silencio, con un seco gesto de reconocimiento a veces, como mucho.

Pero, a pesar de todo, existe entre ellos un sentido de comunidad, de proximidad familiar. Una mutua confianza, completa y absoluta.

O, al menos, la había habido hasta entonces. Ahora, Haplo miraba a su alrededor con inquietud y recorría las calles con cautela. Se había descubierto a sí mismo mirando ceñudo a cada uno de sus compatriotas patryn, estudiándolos con recelo. Él había visto a las serpientes como áspides gigantescos en Chelestra y, hacía muy poco, se había encontrado con una que tenía el aspecto de uno de los suyos. Ahora, para él no cabía duda de que las perversas criaturas podían adoptar cualquier forma que quisieran.

Los demás patryn empezaron a notar la extraña conducta de Haplo y a dirigirle miradas sombrías y perplejas que instintivamente pasaban a defensivas si los suspicaces ojos de Haplo parecían amenazar con invadir el terreno personal.

—

A Haplo le dio la impresión de que había un montón de extraños en el Nexo, más de los que recordaba. No era capaz de reconocer ni la mitad de las caras que veía. Los que creía reconocer estaban cambiados, diferentes.

Los signos mágicos de su piel empezaron a emitir un leve resplandor y notó su escozor, su quemazón. Se frotó la mano y miró furtivamente a todos cuantos pasaban cerca de él. El perro, que avanzaba a su lado con un trotecillo alegre, advirtió el cambio experimentado por su amo y, al instante, se puso en guardia él también.

Una mujer con ropas de mangas largas y anchas que le cubrían los brazos y las manos pasó demasiado cerca de él, o eso le pareció a Haplo.

— ¿Qué andas haciendo? —exclamó. Alargó la mano, agarró a la mujer por el brazo con rudeza y remangó la ropa para observar las runas de su piel.

— ¿Pero qué demonios significa esto? —La mujer le lanzó una mirada iracunda, se desasíó de él con un ágil y experto giro de muñeca e insistió—: ¿Qué diablos te sucede?

Otros patryn hicieron un alto en sus cavilaciones privadas y se agruparon al instante frente a la posible amenaza.

Haplo se sintió ridículo. La mujer era, efectivamente, una patryn.

—Lo siento —murmuró al tiempo que alzaba las manos, mostrando las palmas desnudas y desprotegidas en señal de que no tenía intención de causar daño y de que no haría uso de la magia—. Silencio, perro. Yo... he creído que... No podía decirles lo que había creído, lo que había temido. No le habrían creído, igual que había sucedido con Xar.

—La enfermedad del Laberinto —dijo otra mujer de más edad en tono neutro, práctico—. Yo me ocuparé de él.

Los demás asintieron; el diagnóstico era correcto. Habían visto reacciones como aquélla a menudo, sobre todo entre los recién llegados del Laberinto. Un terror insensato se adueñaba de la víctima y lo impulsaba a correr por las calles creyéndose de nuevo en aquel lugar espantoso.

La mujer alargó las manos para tomar entre ellas las de Haplo, para compartir el círculo de sus respectivos seres, para reponer sus sentidos confundidos y desvariantes.

El perro miró a su amo, inquisitivo. *¿Debo permitirlo? ¿O no?*

Haplo se descubrió mirando fijamente las runas de las manos y los brazos de la segunda mujer. ¿Tenían sentido? ¿Había en ellas orden, sentido y propósito? ¿O era otra serpiente?

Retrocedió un paso y hundió las manos en los bolsillos.

—No —murmuró—. Gracias, pero ya estoy bien. Yo... lo siento mucho —repitió sus disculpas a la primera mujer, que lo observaba con fría piedad.

Con los hombros encogidos y las manos todavía en los bolsillos, Haplo se alejó rápidamente con la esperanza de perderse por las calles zigzagueantes. El perro, confundido, lo siguió pegado a los talones con una mirada desdichada fija en su amo.

A solas, fuera de la vista de los transeúntes, Haplo se apoyó contra un edificio e intentó contener el temblor que lo atenazaba.

— ¿Qué me sucede? No confío en nadie, ¡ni siquiera en mi propio pueblo, en mi propia gente! ¡Es cosa de las serpientes! Me han metido el miedo en el cuerpo. En adelante, cada vez que vea a alguien, me asaltará la duda: ¿será un enemigo?, ¿será una de ellas? ¡Ya nunca podré confiar en nadie! ¡Y, pronto, todo el mundo en

— todos los mundos se verá obligado a vivir así! ¡Xar, mi señor! —Gritó con angustia—. ¿Por qué no te das cuenta?

» ¡Tengo que hacerle entender! —murmuró, febril—. Tengo que hacer que mi pueblo comprenda. ¿Cómo? ¿Cómo puedo convencerlo de algo que yo mismo no estoy seguro de entender? ¿Cómo puedo convencerme yo mismo?

Anduvo y anduvo sin saber adonde y sin que le importara. Y, por fin, se encontró fuera de la ciudad, en una llanura desolada. Una muralla cubierta de runas sartán de advertencia le impedía el paso. Los signos mágicos, con suficiente poder como para matar, prohibían que nadie se acercara a la muralla desde ninguno de los dos lados. Sólo había un estrecho pasadizo por donde cruzarla.

Haplo estaba ante la Última Puerta, ante el conducto que conducía fuera... o dentro... del Laberinto.

Se detuvo ante la Puerta sin una idea muy clara de por qué estaba allí, de qué lo había conducido a aquel lugar. La contempló y experimentó la mezcla de sensaciones de repulsión, miedo y amenaza que lo asaltaba cada vez que se aventuraba a acercarse a aquel lugar.

La tierra a su alrededor estaba en silencio, e imaginó oír las voces de los atrapados al otro lado, sus súplicas de ayuda, sus gritos de desafío, las sonoras maldiciones en sus estertores de muerte contra aquellos que los habían encerrado en tal lugar.

Haplo se sentía abrumado, como siempre que se acercaba allí. Quería entrar a ayudar, quería unirse a la lucha, quería aliviar a los moribundos con promesas de venganza. Pero sus recuerdos, su temor, eran manos poderosas que lo retenían, que lo paralizaban.

Pero había acudido allí por alguna razón y, desde luego, no para quedarse plantado ante la Puerta.

El perro le tocó la pierna con la pata y soltó un gañido, como si quisiera decirle algo.

—Silencio, muchacho —le ordenó, apartándolo de sí.

El perro se puso más inquieto. Haplo miró a su alrededor y no vio nada ni distinguió a nadie. Sin prestar atención al animal, volvió a contemplar la Puerta con creciente frustración. Había acudido allí por alguna razón, pero no tenía la más remota idea de cuál.

—Ya sé lo que es eso —tronó una voz justo a su espalda, en tono conmisericordioso—. Ya sé cómo te sientes.

Haplo acababa de comprobar que estaba absolutamente a solas. Ante las inesperadas palabras, pronunciadas junto a su oído, saltó como un resorte, instantáneamente a la defensiva. Las runas se activaron, esta vez con una agradable sensación de protección.

Lo único que descubrió fue la figura nada alarmante de un hombre muy anciano, de larga barba rala, vestido con ropas de color plomizo y tocado con un sombrero de punta de aspecto desgarrado. Haplo se quedó mudo de asombro, pero su silencio no preocupó al viejo, que continuó su cháchara.

—Sé exactamente cómo te sientes. Yo me he sentido igual. Recuerdo que una vez caminaba por ahí pensando en algo tremendamente importante... ¿Qué era? Déjame ver... ¡Ah, sí! La teoría de la relatividad. «E igual a eme ce al cuadrado.» ¡Caramba, ya lo tengo!, me dije. Por un instante vi la Imagen Completa y luego, al momento siguiente, ¡zas!, había desaparecido. Sin ninguna razón. Desaparecido, sin más. —El viejo parecía afligido—. ¡Después, un sabiondo llamado Einstein

—

afirmó que se le había ocurrido a él! ¡Hum! Desde entonces, siempre anotaba las cosas en la manga de la camisa, aunque tampoco me daba resultado. Mis mejores ideas... planchadas, dobladas y almidonadas.

El viejo exhaló un suspiro, y Haplo recuperó el habla.

— ¡Zifnab! —murmuró con disgusto, pero no relajó su postura defensiva. Las serpientes podían adoptar cualquier forma. Aunque, pensándolo bien, no era ésta precisamente la que escogería una de aquellas criaturas.

— ¿Zifnab, has dicho? ¿Dónde está? —preguntó el viejo, sumamente airado.

Con la barba erizada, se volvió en redondo—. ¡Esta vez te voy a dar tu merecido! — exclamó en tono amenazador, agitando el puño hacia el vacío—. ¡Otra vez siguiéndome, pedazo de...!

—Déjate de comedias, viejo chiflado —intervino Haplo. Puso su mano firme sobre el hombro frágil y delgado del hechicero, lo obligó a volverse hacia él y lo miró fijamente a los ojos.

Los vio cansados, llorosos e inyectados en sangre. Pero no emitían ningún fulgor rojizo. El viejo quizá no fuese una serpiente, se dijo Haplo, pero desde luego tampoco era quien fingía.

— ¿Aún afirmas que eres humano? —inquirió en tono burlón.

— ¿Y qué te hace creer que no lo soy? —replicó Zifnab, con aire profundamente ofendido.

—Si acaso, subhumano —retumbó una voz grave.

El perro gruñó, y Haplo se acordó del dragón del viejo. Un dragón auténtico, quizá no tan peligroso como las serpientes, pero también de cuidado. El patryn echó un rápido vistazo a sus manos y observó que los signos mágicos de su piel empezaban a emitir un ligero fulgor azul. Buscó al dragón, pero no distinguió nada con claridad. La parte alta de la muralla y la propia Última Puerta estaban envueltas en una niebla gris teñida de rosa.

— ¡Cállate, rana obesa! —exclamó Zifnab. Al parecer, estaba hablando con el dragón, pero miró a Haplo con incomodidad—. ¿De modo que no humano, eh? — Zifnab se llevó de pronto los índices enjutos al rabillo de los ojos—. ¿Qué, entonces? ¿Un elfo? —dijo, imitando los ojos sesgados de éstos.

El perro ladeó la cabeza como si encontrara aquello muy divertido.

— ¿No? —Zifnab hizo un gesto de decepción. Permaneció unos instantes pensativo y, de nuevo, se le iluminó el rostro—. Ya sé: ¡un enano con una tiroides hiperactiva!

— ¡Viejo...! —empezó a replicar Haplo, impaciente.

— ¡Espera! ¡No me lo digas! Lo adivinaré. ¿Soy más grande que una caja de pan? ¿Sí, o no? Vamos, responde. —Zifnab parecía un poco confundido. Con el cuerpo inclinado hacia adelante, cuchicheó audiblemente—: Oye, ¿tú no sabrás por casualidad qué es una caja de pan o qué tamaño tiene más o menos, verdad?

— ¡Eres un sartán! —exclamó Haplo.

—No, no, nada de eso, muchacho. No estoy seguro de qué es, exactamente, pero desde luego no es lo que dices. Ese bicho no es ningún sartán.

— ¡No hablo de tu dragón! Me refiero a ti.

— ¡Ah! No te había entendido. Así que me tomas por un sartán, ¿eh, muchacho? Bueno, debo decirte que me siento muy halagado, pero...

— ¿Puedo sugerirte que le cuentes la verdad, señor? —dijo la voz atronadora del dragón.

Zifnab pestañeó y miró a su alrededor.

—

— ¿Tú has oído algo?

—Creo que sería lo más conveniente, señor —insistió el dragón—. De todos modos, ahora ya está al corriente...

Zifnab se acarició la larga barba blanca y estudió a Haplo con una mirada que, de pronto, se había hecho penetrante y astuta.

— ¿De modo que crees que debería decirle la verdad, eh?

—Lo que recuerdes de ella, señor —precisó el dragón con un tonillo melancólico.

— ¿Recordar? —Zifnab montó en cólera—. Recuerdo muchas cosas, boca de lagarto, y seguro que lamentas escucharlas. Veamos... Berlín, : Tanis el Semielfo estaba en la ducha cuando...

—Disculpa, señor, pero no tenemos todo el día —lo interrumpió el dragón con voz severa—. El mensaje que recibimos era muy claro: « ¡Grave peligro! ¡Acude inmediatamente! ».

Zifnab asintió, cabizbajo.

—Sí, supongo que tienes razón. La verdad, ¿eh? Muy bien. Como si me la hubieses arrancado a la fuerza, con astillas de bambú debajo de las uñas y todo eso. Sí... —El viejo exhaló un profundo suspiro, hizo una pausa teatral y completó la frase—: Soy un sartán, efectivamente.

El raído sombrero cónico le resbaló de la cabeza y cayó al suelo. El perro se acercó, lo olisqueó y soltó un poderoso estornudo. Zifnab recuperó el sombrero con gesto ofendido.

— ¿Qué significa esto? —Dijo al perro—. ¡Estornudar sobre mi sombrero! ¡Mira esto! ¡Mocos de perro...!

— ¿Y? —inquirió Haplo, mirando con furia al viejo hechicero.

—...y gérmenes de perro y no sé qué más...

—No, no. Que eras un sartán, ya lo sabía. Lo deduje en Pryan y ahora lo has confirmado. Tienes que ser uno de ellos, para haber podido cruzar la Puerta de la Muerte. Lo que quiero saber es por qué estás aquí.

— ¿Que por qué estoy aquí? —Repitió Zifnab vagamente, alzando la vista al cielo—. ¿Por qué estoy aquí?

El dragón no lo ayudó. El viejo cruzó los brazos y se llevó una mano a la barbilla.

— ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estamos cada uno de nosotros? Según el filósofo Voltaire, estamos...

— ¡Maldita sea! —Estalló Haplo al tiempo que agarraba por el brazo al anciano—. Ven conmigo. Ya le contarás al Señor del Nexo acerca de ese Voltaire...

— ¡El Nexo! —Zifnab dio un respingo de alarma. Con las manos sobre el corazón, retrocedió unos pasos, vacilante—. ¿Qué significa eso del Nexo? ¡Estamos en Chelestra!

—No, hechicero —replicó Haplo con aire severo—. Estás en el Nexo, y mi señor...

— ¡Tú! —Zifnab agitó el puño en dirección al cielo—. ¡Tú, penosa imitación de ómnibus! ¡Nos has traído al lugar equivocado!

—No, nada de eso —lo contradijo el dragón, indignado—. Dijiste que nos detendríamos aquí, primero, y luego continuaríamos hacia Chelestra.

— ¿Eso dije? —Zifnab parecía terriblemente nervioso.

—Sí, señor, eso dijiste.

—

— ¿Y no te comentaría, por casualidad, por qué quería pasar por aquí? No apuntaría a que éste es un gran lugar para comer caparazón de caodín a la barbacoa o algo parecido, ¿verdad?

El dragón suspiró y respondió:

—Me parece que mencionaste que querías hablar con este caballero.

— ¿Qué caballero?

— Ese con el que hablas en estos momentos.

— ¡Ah, ése! —exclamó Zifnab con tono triunfal. Alargó la mano y estrechó la de Haplo—. Bien, muchacho, es un placer volver a verte. Lamento las prisas, pero tenemos que marcharnos enseguida, de verdad. Me alegro de que recuperaras el perro. Ahora que te observo, me recuerdas a Harold Square. Buen chico, ese Harold. Trabajaba en una tienda de comestibles de la Quinta Avenida. Y ahora, ¿dónde tengo el sombrero...?

— Lo tienes en la mano, señor —apuntó el dragón con sufrida paciencia—. Y acabas de volverlo del revés.

— No, no, éste no es el mío, seguro. Debe de ser el tuyo. —Zifnab intentó poner el sombrero en las manos de Haplo—. El mío era mucho más nuevo. Estaba en mejor estado. Este está cubierto de tónico capilar por todas partes. ¡No intentes engañarme cambiando nuestros sombreros, muchacho!

— ¿Dices que vais a Chelestra? —inquirió Haplo, tomando a su cuidado el sombrero con gesto despreocupado—. ¿Para qué?

— No es idea nuestra. ¡Nos han convocado! —Declaró Zifnab dándose aires de importancia—. Una llamada urgente a todos los sartán: «Grave peligro. Acude inmediatamente». Yo no estaba haciendo nada de provecho en este momento así que... Oye —añadió, mirando al patryn con cierto nerviosismo—, eso que tienes en la mano, ¿no es mi sombrero?

Haplo había vuelto del derecho el capirote y lo sostenía justo fuera del alcance del viejo.

— ¿Quién envió el mensaje?

— No venía firmado. —Zifnab no apartó la vista del sombrero.

— ¿Quién envió el mensaje? —insistió Haplo, y empezó a dar vueltas al sombrero entre las manos.

Zifnab alargó la suya, temblorosa.

— ¿Te importaría no estrujar el ala...?

Haplo apartó el sombrero. Zifnab tragó saliva.

— Samuel. Sí, señor. Así se llamaba quien lo envió: Samuel... ¿o era Samil?

— Samuel, Samil... ¡Te refieres a Samah! De modo que anda reuniendo a sus huestes. ¿Qué se propone hacer, dime?

Haplo bajó el sombrero hasta dejarlo a la altura del hocico del perro. Esta vez, el animal lo olisqueó con cautela antes de ponerse a roer la punta ya informe.

Zifnab soltó un grito agudo.

— ¡Ay! ¡Oh, cielos! Yo... creo que dijo algo... ¡No, por favor! ¡Anda, sé un buen perrito y no lo babeas! Algo acerca de... de Abarrach. Nigromancia. No..., no sé nada más, me temo. —El viejo se cogió las manos y lanzó una mirada de súplica a Haplo—. ¿Me devuelves el sombrero, ahora?

— Abarrach... Nigromancia. De modo que Samah piensa ir a Abarrach a aprender el arte prohibido. Ese mundo va a hacerse muy visitado. A mi señor le interesará mucho la noticia. Creo que será mejor que te lleve conmigo...

— A mí no me lo parece.

—

La voz del dragón había cambiado. Hendía el aire como un trueno. Los signos mágicos de la piel de Haplo se encendieron en un destello. El perro se incorporó de un brinco, con los dientes al aire, y buscó a su alrededor la amenaza invisible.

—Devuélvele el sombrero a ese viejo senil —ordenó la voz—. Ya te ha dicho todo lo que sabe. Ese señor tuyo no le sacaría nada más. No trates de enfrentarte conmigo, Haplo —añadió el dragón con tono serio y amenazador—. Podría verme obligado a matarte... y sería una lástima.

—Sí —intervino Zifnab, aprovechando la preocupación de Haplo por el dragón para avanzar la mano con agilidad. El hechicero recuperó el maltrecho sombrero y empezó a retroceder sobre sus pasos en la dirección de la que procedía la voz del dragón—. Sería una lástima. ¿Quién encontraría a Alfred en el Laberinto? ¿Quién rescataría a tu hijo?

Haplo lo miró con los ojos como platos.

—¿Qué has dicho? ¡Espera!

Se lanzó tras el viejo. Zifnab se encogió y apretó el sombrero contra el pecho con gesto protector.

—¡No, no intentes cogerlo! ¡Déjame!

—¡Al diablo tu sombrero! Mi hijo, has dicho... ¿Qué significa eso? ¿Me estás diciendo que tengo un hijo?

Zifnab miró a Haplo con cautela, sospechando que aún quería arrebatarse el sombrero.

—Respóndele, viejo idiota —exclamó el dragón—. ¡Es lo que hemos venido a contarle, en primer lugar!

—¿De veras? —El anciano dirigió una sonrisa de disculpa hacia lo alto y luego, ruborizado, añadió—: ¡Oh, sí! ¡Es cierto!

—Un hijo... —repitió Haplo—. ¿Estás seguro?

—Pues sí, querido muchacho, un retoño. Mis felicitaciones. —Zifnab alargó la mano y estrechó de nuevo la de Haplo—. Aunque, para ser precisos, es una niña —añadió, después de algunas cavilaciones.

Haplo no prestó atención al último comentario y murmuró con aire agitado:

—Un hijo. Me estás diciendo que he tenido un descendiente y que..., que está atrapado ahí dentro, en el Laberinto —y señaló la Última Puerta.

—Me temo que sí —respondió Zifnab con voz grave. De pronto, había adoptado una expresión seria, solemne—. La mujer, esa a la que amaste..., ¿no te lo dijo?

—No. —Haplo casi no se daba cuenta de lo que decía, ni a quién—. No me dijo... Pero creo que siempre supe... Y, hablando de saber, ¿cómo es que tú...?

—¡Aja! ¡Ahí te ha pillado! —Exclamó el dragón—. ¡Explicale eso, si puedes! Zifnab bajó la mirada, azorado.

—Bueno, verás, una vez... Es decir, conocí a un tipo que conocía a alguien que había conocido una vez a...

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó Haplo en voz alta. Cruzó por su cabeza la idea de si se estaría volviendo loco—. ¿Cómo ibas a saber nada? Es un truco. Sí, eso es. Un truco para obligarme a volver al Laberinto...

—¡Oh, no, querido! ¡Nada de eso, muchacho! —Protestó Zifnab con vehemencia—. Lo que pretendo es evitar eso, precisamente.

—¿Y para eso me dices que un hijo mío está atrapado dentro?

—No digo que no debas volver, Haplo. Pero no debes hacerlo ahora. No es el momento. Te queda mucho por hacer, antes. Y, sobre todo, no debes volver solo. —

El viejo hechicero entrecerró los ojos—. Al fin y al cabo, eso es lo que estabas

pensando hacer cuando nos hemos presentado aquí, ¿me equivoco? ¿No te disponías a entrar en el Laberinto para buscar a Alfred?

Haplo frunció el entrecejo y no respondió. El perro, al oír el nombre de Alfred, meneó el rabo y alzó el hocico con expectación.

—Proyectabas encontrar a Alfred y llevarlo contigo a Abarrach —continuó Zifnab sin alzar la voz—. ¿Por qué? Porque allí, en Abarrach, en la llamada Cámara de los Condenados, es donde encontraréis las respuestas. Tú no puedes entrar allí sin ayuda, pues los sartán tienen el lugar muy bien guardado. Y Alfred es el único sartán que se atrevería a desobedecer las órdenes del Consejo y desactivar las runas de protección. Era eso lo que estabas pensando, ¿verdad, Haplo?

El patryn se encogió de hombros mientras contemplaba la Última Puerta con expresión sombría.

—¿Y qué, si así era?

—Todavía no es el momento. Antes, tienes que poner en funcionamiento la máquina. Entonces, las ciudadelas empezarán a brillar y los durnais despertarán. Cuando todo eso suceda, si realmente se produce algún día, el Laberinto empezará a cambiar. Es lo mejor para ti. Y lo mejor para ellos —añadió, con una ominosa indicación de cabeza hacia la Puerta.

Haplo lo miró, colérico.

—¿Alguna vez dices algo coherente?

Zifnab puso una mueca de alarma y sacudió la cabeza.

—Intento que no. Me da marcha. Pero me has interrumpido y ya no sé qué más iba a decir...

—Que no debe ir solo —le apuntó el dragón.

— ¡Ah, sí! No debes ir solo, muchacho —dijo Zifnab con énfasis, como si la idea se le acabara de ocurrir—. Ni al Laberinto, ni al Vórtice. Y menos aún a Abarrach.

El perro lanzó un ladrido, herido en lo más hondo.

— ¡Oh, perdóname! —Añadió Zifnab y, alargando la mano, dio unas tímidas palmaditas en la cabeza al animal—. Mis sinceras disculpas y todo eso. Sé que *tú* estarás con él, pero me temo que no será suficiente con eso. Me refería más bien a un grupo. A un escuadrón de comandos. Los *Doce del patíbulo*, *Los héroes de Kelly*, *Los siete magníficos* o *El equipo A*. Una cosa así. Bueno, quizás *El equipo A*, no; demasiado perfeccionismo, tal vez, pero...

—Señor —intervino el dragón, exasperado—, ¿necesito recordarte que estamos en el Nexo? ¡Éste no es, precisamente, el lugar que yo escogería para dedicarme a fantasías de chiquillo!

— ¡Ah, sí! Tal vez tengas razón. —Zifnab agarró el sombrero y miró a su alrededor con nerviosismo—. Este sitio ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. Los patryn habéis hecho maravillas. Supongo que no tengo tiempo para echar una mirada a...

—No, señor —dijo el dragón con firmeza.

—¿Y tal vez...?

—Tampoco, señor.

—Supongo que tienes razón. —Zifnab suspiró y se echó sobre los ojos el ala del sombrero raído y deformado—. La próxima vez, entonces. Adiós, querido muchacho. —Tanteando a ciegas, el viejo estrechó con gesto solemne la pata del perro, tomándola aparentemente por la mano de Haplo—. La mejor de las suertes.

—

Te dejo con el consejo que Gandalf le dio a Frodo Bolsón: «Cuando viajes, hazlo bajo el nombre de señor Sotomonte». Un consejo bastante inútil, en mi opinión; creo que, como hechicero, Gandalf estaba muy sobrestimado. De todos modos, algo debía de significar ese dicho; de lo contrario, ¿para qué se habrían molestado en escribirlo? Para mí, deberías considerar en serio la idea de cortarte las uñas... —Llévatelo de aquí —aconsejó Haplo al dragón—. Mi señor podría presentarse en cualquier momento.

—Sí, señor. Creo que será lo mejor.

Una enorme cabeza de escamas verdes asomó entre las nubes.

Las runas de la piel de Haplo se iluminaron al máximo, y el patryn retrocedió hasta que su espalda chocó con la Última Puerta. El dragón, sin embargo, no le prestó atención. Unos colmillos enormes, que le sobresalían de ambas mandíbulas, ensartaron al hechicero por las aberturas de sus ropas de color ceniciento y, sin la menor delicadeza, lo levantaron del suelo.

— ¡Eh, suéltame, sapo deforme! —gritó Zifnab, agitando furiosamente brazos y piernas en el aire. Luego, empezó a estornudar y a toser—. ¡Puaj! Con ese aliento podrías tumbar al mismísimo Godzilla. ¡Que me bajes, te digo!

—Sí, señor —dijo el dragón entre dientes, mientras sostenía al mago a una decena de metros del suelo—. Si es eso lo que quieres realmente, señor.

Zifnab levantó el ala del sombrero y vio dónde estaba. Con un escalofrío, volvió a calarse el sombrero hasta los ojos.

—No. He cambiado de idea. Llévame a... ¿dónde dijo Samah que nos reuniéramos con él?

—En Chelestra, señor.

—Sí. Rumbo a allí, pues. Esperemos que no sea un viaje sólo de ida. A Chelestra, y veamos qué sucede.

—Sí, señor. Con toda diligencia.

El dragón desapareció entre las nubes transportando al hechicero, que parecía, desde aquella distancia, un auténtico ratoncillo sin fuerzas. Haplo permaneció alerta hasta estar seguro de que el dragón había desaparecido. Poco a poco, la luz azulada de las runas tatuadas se apagó. El perro se relajó y se echó para rascarse.

Haplo volvió la vista hacia la Última Puerta. Tras los barrotes de acero se distinguían las tierras del Laberinto. Una llanura desolada, sin un árbol, matorral o seto tras el que refugiarse, se extendía desde la Puerta hasta los bosques sombríos de la lejanía.

La última travesía, la más mortífera. Desde aquellos árboles se alcanza a ver la Puerta, la libertad. Parece tan cercana...

Uno echa a correr. Sale a campo abierto, desnudo y desprotegido. El Laberinto le permite llegar hasta media planicie, a medio camino de la libertad, y entonces le envía sus maléficas legiones de caodines, lobunos y dragones. La propia hierba se alza y le traba los pies; las enredaderas lo aprisionan. Y eso es cuando uno intenta salir.

Volver a entrar resultaba mucho peor. Haplo lo sabía por—que había visto a su señor luchar contra aquella prisión siniestra cada vez que cruzaba la Puerta. El Laberinto odiaba a aquellos que habían escapado de sus garras y no quería otra cosa que arrastrar de nuevo tras el muro a su antiguo prisionero y castigarlo por su temeridad.

— ¿A quién intento engañar? —Preguntó Haplo al perro—. El viejo tiene razón. Yo solo no llegaría vivo a la primera línea de árboles. Me pregunto qué habrá querido decir ese viejo chiflado con eso del Vórtice. Me parece recordar haber oído a mi señor mencionar algo al respecto en una ocasión. Se supone que es el centro mismo del Laberinto. ¿Y Alfred está ahí? ¡Sí, sería muy propio de Alfred hacerse llevar justo al centro de un lugar así!

Haplo dio un puntapié a un montón de guijarros. Una vez, hacía mucho tiempo, los patryn habían intentado derribar la muralla. Su señor los había detenido, y les había hecho ver que, aunque la muralla les impedía entrar, también impedía la salida al mal.

«Quizás el mal está dentro de nosotros», había dicho ella antes de dejarlo.

—Un hijo —murmuró Haplo, con la mirada fija en la Puerta—. Solo y desamparado, igual que yo. Quizás ha visto morir a su madre, como yo. ¿Qué edad tendrá ahora, seis, siete...? Si aún sigue vivo.

Haplo cogió del suelo una piedra de buen tamaño y la arrojó a través de la Puerta. La lanzó con todas sus fuerzas, alargando el brazo hasta casi dislocarse el hombro. El dolor que le recorrió el cuerpo le sentó bien. Al menos, mejor que la punzada amarga que le atravesaba el corazón.

Aguardó a ver dónde caía la piedra; a una buena distancia en la planicie yerma. Sólo tenía que cruzar la reja y caminar hasta ella. Sin duda, tenía valor suficiente para aquello. Sin duda, era capaz de hacer aquello por su hijo...

Bruscamente, dio media vuelta y se alejó. El perro, pillado por sorpresa por el inesperado movimiento de su amo, se vio obligado a correr para ponerse a su altura.

Haplo se llamó cobarde, pero sabía que la acusación era infundada. Era consciente de su propia valentía, de que su decisión no estaba basada en el miedo sino en la lógica. El viejo tenía razón.

—Hacerme matar no sería útil a nadie. Ni al pequeño, ni a su madre, si todavía vive, ni a mi pueblo. Ni a Alfred.

»Pediré a mi señor que me acompañe —decidió, apretando el paso con creciente determinación y vehemencia—. Y mi señor vendrá. Estará impaciente por hacerlo, cuando le haya contado lo que ha dicho el viejo. Juntos nos internaremos en el Laberinto como nunca lo ha hecho él solo. Encontraremos el Vórtice, si existe. Encontraremos a Alfred y... y a quien sea. Después, iremos a Abarrach. Llevaré a mi señor a la Cámara de los Condenados y allí descubrirá por sí mismo...

—Hola, Haplo. ¿Cuándo has vuelto? —inquirió una voz infantil.

— ¡Oh! ¡Bane! —murmuró.

—Yo también me alegro de verte —dijo el niño con una sonrisa irónica de la que Haplo no hizo caso.

Estaba otra vez en el Nexo. Había entrado en la ciudad sin darse cuenta.

Tras el saludo, Bane se marchó corriendo. Haplo lo miró mientras se alejaba y no lamentó perderlo de vista. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos. En su carrera por las calles del Nexo, Bane sorteó a los patryn que le salían al paso, quienes lo observaron con paciente tolerancia. Los niños eran seres escasos y preciados: la continuación de la raza.

Haplo recordó vagamente que le habían adjudicado la tarea de llevar a Bane de vuelta a Ariano y ayudarlo a poner en acción la máquina.

Poner en acción la máquina.

Bueno, aquello podía esperar. Esperar a que volviera del Laberinto y...

—
«Tienes que poner en funcionamiento la máquina. Entonces, las ciudadelas empezarán a brillar y los durnais despertarán. Cuando todo eso suceda, si realmente se produce algún día, el Laberinto empezará a cambiar. Es lo mejor para ti. Y lo mejor para ellos.»

— ¿Oh, qué sabrás tú, viejo hechicero? —Murmuró Haplo—. Sólo eres otro sartán chiflado...
—

CAPÍTULO

EL NEXO

Bane había estudiado detenidamente a Haplo durante unos momentos, después de su saludo, y había advertido que el patryn estaba más atento a sus meditaciones que a los elementos externos.

Excelente, pensó el chiquillo, y siguió corriendo. Ya no importaba si Haplo lo veía. Probablemente, ni siquiera habría importado si lo hubiera visto un rato antes, mientras lo observaba.

Los adultos tenían una marcada tendencia a no fijarse en la presencia de un niño, a tratarlo como si fuera un animal estúpido e incapaz de entender lo que sucedía a su alrededor, lo que se hablaba. Bane había descubierto esta tendencia muy temprano en su corta vida, y la había utilizado para su provecho.

Pero Bane había aprendido también a tener cuidado con Haplo. Aunque el pequeño lo despreciaba, como a casi todos los adultos, se había visto forzado —a regañadientes— a guardar cierto respeto a aquel patryn, que no era tan estúpido como la mayoría de los adultos. Por eso, Bane había adoptado precauciones extraordinarias. Pero ahora ya no eran necesarias; ahora, lo urgente era darse prisa.

Siguió corriendo por un sendero del bosque y tropezó con un patryn al que estuvo a punto de derribar al suelo y que volvió la cabeza para seguir la carrera del chiquillo con unos ojos que reflejaban el crepúsculo con un destello rojo.

Cuando llegó a la casa del señor, Bane abrió la puerta de un empujón y corrió al estudio.

El señor no estaba allí.

Por un instante, se dejó llevar por el pánico. ¡Xar ya se había marchado a Abarrach! Entonces, se detuvo un momento a recuperar el aliento y reflexionó.

No, imposible. El señor no le había dado sus instrucciones finales ni se había despedido. Bane respiró más tranquilo y, con la cabeza más clara, supo dónde encontrar a su «abuelo» adoptivo.

Deambuló por la gran mansión hasta llegar a una puerta de la parte posterior y sanó a una gran explanada de suave y verde césped.

—
. Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte. Haplo condujo la nave a Ariano pero, al haber subestimado el poder mágico de la Puerta de la Muerte, no había preparado la nave como era debido y terminó por estrellarse. El geg, Limbeck, descubrió la nave averiada y rescató a Haplo y al perro.

En el centro se encontraba una nave cubierta de runas. Haplo la habría reconocido, pues era idéntica hasta el menor detalle a la que había pilotado a través de la Puerta de la Muerte hasta Ariano. Limbeck, el geg de Ariano, también la habría reconocido, pues era igual a la que había descubierto embarrancada en una de las islas de Drevlin, en Ariano.

La nave era perfectamente redonda y había sido forjada de metal y magia. El casco exterior estaba cubierto de signos mágicos que envolvían el interior del vehículo en una esfera de poder protector. La escotilla estaba abierta, y de ella salía una luz brillante. Bane vio una silueta moviéndose en el interior.

— ¡Abuelo! —exclamó, y corrió hacia la nave.

El Señor del Nexo hizo un alto en su actividad y se asomó por la escotilla.

Bane no alcanzaba a ver su rostro, recortado contra la potente luz, pero el pequeño sabía, por la rigidez de su porte y la leve inclinación de sus hombros, que Xar estaba irritado por la interrupción.

—Estaré contigo enseguida —le dijo Xar antes de desaparecer de nuevo en el interior de la nave para continuar sus quehaceres—. Vuelve a tus lecciones...

— ¡Abuelo! ¡He seguido a Haplo! —El chiquillo jadeó, recuperándose del esfuerzo—. Se disponía a entrar en el Laberinto, pero ha aparecido un sartán que lo ha convencido para que no lo hiciera.

Dentro de la nave se hizo el silencio y cesó toda actividad. Bane aguardó junto a la boca de la escotilla, respirando a grandes bocanadas. La excitación y la falta de oxígeno se combinaban en su cabeza, mareándolo. Xar reapareció como una silueta oscura recortada contra la potente luz.

— ¿Qué estás diciendo, pequeño? —inquirió. Su tono de voz era suave, amable—. Cálmate. Relaja esos nervios.

La mano recia y encallecida del Señor del Nexo acarició los rizos dorados de Bane, empapados en sudor.

—Yo... temía que te marcharas... sin saberlo —Bane tomó aliento.

—No, no, pequeño. Estoy haciendo ajustes de última hora, preparativos para la colocación de la piedra de gobierno. Veamos, ¿qué es eso que me contabas de Haplo?

La voz de Xar era suave, pero su mirada era dura y helada. A Bane no le dio miedo su frialdad, pues aquel hielo tenía por destino quemar a otro.

—Seguí a Haplo sólo por ver adonde iba. Ya te dije que él no te ama, abuelo.

Lo vi vagar por el bosque largo rato, buscando a alguien, sin dejar de hablar con ese perro suyo acerca de unas serpientes. Después, al volver a la ciudad, ha estado a punto de organizar una pelea.

Bane explicó todo aquello con los ojos desorbitados y una expresión de asombro y temor.

— ¿Haplo? —inquirió Xar con tono incrédulo.

—Puedes preguntar a quien te parezca. Todo el mundo lo vio. —Bane exageraba ligeramente—. Una mujer dijo que Haplo tenía no sé qué enfermedad. Se ofreció a ayudarlo, pero él la apartó de un empujón y se alejó del grupo. Me fijé en su expresión y no era nada agradable.

—La enfermedad del Laberinto —murmuró Xar, y su expresión se relajó—.

Nos afecta a todos...

—

Bane comprendió que había cometido un error al mencionar la enfermedad, pues con ello había proporcionado una salida a su enemigo, y se apresuró a cerrar tal vía de escape.

—Haplo se ha acercado hasta la Última Puerta y eso me da mala espina, abuelo. ¿Por qué razón ha tenido que hacerlo? Tú le ordenaste que me llevara a Ariano y ya debería estar aquí, ayudándote a poner a punto la nave. ¿Tengo razón o no?

Xar entrecerró los ojos, pero se encogió de hombros.

—Todavía tiene tiempo. La Última Puerta atrae a muchos. Tú no lo entenderías, pequeño...

— ¡Estaba a punto de entrar ahí, abuelo! —Insistió Bane—. Estoy seguro de ello. Y eso habría sido desafiarte, ¿verdad? Tú no quieres que Haplo entre ahí, ¿verdad? Lo que quieres es que me lleve a Ariano.

— ¿Cómo sabes que iba a entrar, muchacho? —inquirió Xar. Su voz seguía siendo calmada, pero había en ella un tonillo amenazador.

— ¡Porque el sartán lo dijo y Haplo no lo negó! —respondió Haplo con aire triunfal.

— ¿Qué sartán? ¿Un sartán en el Nexo? —Xar casi soltó una carcajada—. Debes de estar soñando. O lo has inventado. ¿Se trata de eso, Bane?

El Señor del Nexo preguntó esto último con voz severa y miró a Bane fijamente.

—Todo lo que te cuento es cierto —le aseguró Bane con aire solemne—. Un sartán apareció de la nada. Era un viejo que vestía ropas grises e iba ataviado con un sombrero viejo de forma extravagante...

— ¿Se llamaba Alfred, acaso? —lo interrumpió Xar, ceñudo.

— ¡No, no! Yo conozco a Alfred, ¿recuerdas, abuelo? No era él. Haplo lo llamó «Zifnab». Dijo que Haplo entraría en el Laberinto para buscar a Alfred, y Haplo aceptó hacerlo. Al menos, no se negó. Luego, el viejo le dijo a Haplo que entrar allí él solo, por su cuenta y riesgo, sería un error; que no conseguiría llegar hasta Alfred con vida. Y Haplo respondió que era preciso que encontrase vivo al sartán porque se proponía llevarlo a la Cámara de los Condenados de Abarrach y demostrarte que estás equivocado, abuelo.

—Demostrarme que estoy equivocado... —repitió Xar.

—Eso es lo que dijo Haplo. —Bane no tuvo ningún inconveniente en apartarse de la verdad—. Que iba a demostrarte que estás equivocado.

Xar movió lentamente la cabeza en gesto de negativa y apuntó:

—Debes de haberte confundido, muchacho. Si Haplo hubiera descubierto a un sartán en el Nexo, lo habría traído a mi presencia.

—Desde luego, yo sí que te habría traído a ese viejo, abuelo —dijo Bane—.

Haplo pudo hacerlo, pero decidió que no. —El chiquillo no hizo ninguna referencia al dragón—. Y alertó al sartán a marcharse enseguida, porque podías presentarte en cualquier momento.

Xar emitió un siseo entre dientes y la mano nudosa que había estado acariciando los rizos de Bane se cerró en un espasmo, dando un involuntario tirón del cabello al chiquillo. Bane aguantó el dolor con una mueca, pero por dentro se complació ante aquella reacción. Se dio cuenta de que Xar experimentaba otro dolor mucho más intenso que el suyo, y de que sería Haplo quien sufriría las consecuencias.

De pronto, Xar agarró conscientemente el pelo del chiquillo, le echó la cabeza hacia atrás y lo obligó a fijar sus azules ojos en los suyos, negros como el azabache. El Señor del Nexo mantuvo al niño prendido de su mirada intimidadora largo rato, buscando, penetrando hasta el fondo del alma de Bane. Para ello, no tuvo que hurgar mucho.

Bane sostuvo su mirada sin un parpadeo, impertérrito entre las ásperas manos de Xar. Éste conocía a fondo al pequeño, sabía de su habilidad y astucia para las mentiras, y Bane sabía que Xar lo sabía. El chiquillo había dejado flotar suficientes verdades como para ocultar las mentiras bajo su superficie. Y, gracias a aquel profundo conocimiento de la conducta de los adultos que había adquirido en las largas horas de soledad cuando no tenía otra cosa que hacer más que estudiarlos, Bane calculó que Xar se sentiría demasiado dolido por la traición de Haplo como para hurgar más profundo.

—Ya te lo dije, abuelo —dijo pues, de todo corazón—: Haplo no te quiere. El único que te quiere soy yo.

La mano que sujetaba a Bane se quedó sin fuerzas súbitamente. Xar soltó al muchacho y volvió la vista hacia el crepúsculo con el dolor patente en su demacrado rostro, en el gesto hundido de sus hombros, en la flaccidez de la mano. Bane no esperaba aquello y no le gustó. Envidió a Haplo su capacidad para causar tal dolor.

El amor rompe el corazón.

Pasó sus brazos en torno a las piernas de Xar y se apretó contra ellas.

— ¡Lo odio, abuelo! Lo odio por hacerte sentir así. Debería ser castigado, ¿verdad, abuelo? Esa vez que te mentí, me castigaste. Y Haplo ha hecho algo mucho peor. Me contaste que a él también lo castigaste antes de su viaje a Chelestra, que podrías haberlo matado pero no lo hiciste porque querías que aprendiera del castigo. Debes volver a hacerlo, abuelo. Castígalo otra vez.

Molesto, Xar inició un gesto para desasirse del pegajoso abrazo de Bane, pero se detuvo. Con un suspiro, revolvió de nuevo el cabello del muchacho y su mirada se perdió en el cielo a media luz.

—Te conté eso, pequeño, porque quería que entendieras la razón de tu castigo, y del suyo. Yo no inflijo dolor a capricho. Del dolor, se aprende; por eso lo siente nuestro cuerpo. Pero algunos, al parecer, prefieren hacer caso omiso de la lección.

— ¿Entonces, vas a castigarlo otra vez? —Bane alzó la mirada.

—El tiempo de los castigos ha pasado, muchacho.

Aunque Bane llevaba un año esperando escuchar aquellas palabras, no pudo evitar un escalofrío al oír pronunciarlas en aquel tono.

— ¿Vas a matarlo? —susurró, sin aliento.

—No, hijo —respondió el Señor del Nexo mientras sus dedos jugaban con los rizos dorados—. Lo harás tú.

Haplo llegó a la mansión de su señor. Una vez dentro, cruzó un salón en dirección a la biblioteca de Xar.

—Se ha marchado —le anunció Bane, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos. Estaba estudiando runas sartán.

—Se ha marchado... —Haplo se detuvo, miró a Bane, ceñudo, y volvió la cabeza hacia la puerta que conducía a la biblioteca—. ¿Estás seguro?

—Compruébalo tú mismo —replicó el chiquillo, encogiéndose de hombros.

Haplo lo hizo. Penetró en la biblioteca, miró a su alrededor y volvió al salón.

— ¿Adonde ha ido? ¿Al Laberinto?

Bane levantó una mano.

— ¡Ven, perro! ¡Aquí, muchacho!

El perro se acercó y olisqueó con precaución el libro de runas sartán.

—El abuelo se ha marchado a ese mundo..., el que está hecho de fuego. Ése donde están los muertos que caminan. —Bane alzó la cabeza y lo miró con sus grandes y brillantes ojos azules—. ¿Querrás hablarme de ese mundo? El abuelo ha dicho que tal vez...

— ¿A Abarrach? —Inquirió Haplo con incredulidad—. ¿Se ha marchado ya?

¿Sin...? —El patryn abandonó el salón a toda prisa—. Perro, quédate —ordenó al animal, que ya se disponía a seguirlo.

Bane oyó al patryn dando portazos en la parte de atrás de la mansión. Haplo se dirigía en busca de la nave de Xar. Bane sonrió y se estremeció de placer; luego, se serenó rápidamente y siguió fingiendo que estudiaba las runas. Con sus largas pestañas entornadas, dirigió una mirada a hurtadillas al perro, que se había echado sobre la panza y lo observaba con amistoso interés.

—Te gustaría ser mi perro, ¿verdad? —Preguntó Bane en un murmullo—. Nos pasaríamos el día jugando y te pondría un nombre...

Haplo regresó con pasos lentos.

—No puedo creer que se haya marchado. Sin decirme..., sin decirme nada.

Bane fijó la vista en las runas y recordó las palabras de Xar: «Está claro que Haplo me ha traicionado. Está aliado con mis enemigos. Será mejor, me parece, que no vuelva a verlo cara a cara. No estoy seguro de poder controlar mi cólera».

—El abuelo ha tenido que irse precipitadamente —dijo al patryn—. Sucedió algo. Alguna noticia inesperada.

— ¿Qué noticia es ésta?

¿Eran imaginaciones de Bane, o Haplo parecía inquieto y compungido? El chiquillo hundió de nuevo el mentón entre las manos para disimular una sonrisa.

—No sé —murmuró, encogiéndose de hombros—. Cosas de adultos. No presté atención.

«Debo dejar vivir a Haplo un poco más. Una desafortunada necesidad pero ahora no puedo prescindir de él y tú, tampoco. No discutas mis decisiones. Haplo es el único entre nuestro pueblo que ha estado en Ariano. Limbeck, ese geg que se ocupa del control de la gran máquina, conoce a Haplo y confía en él. Necesitarás ganarte la confianza de los enanos, Bane, si quieres llegar a dominarlos, a dominar la Tumpa-chumpa y, finalmente, el mundo.

—El abuelo ha dicho que ya te había dado sus órdenes. Tienes que conducirme a Ariano...

—Ya lo sé —lo interrumpió Haplo, impaciente—. Ya lo sé.

Bane se arriesgó a echar un vistazo. El patryn no estaba pendiente de él; no le prestaba la menor atención. Haplo, sombrío y pensativo, tenía la mirada fija en el vacío.

El chiquillo tuvo un brusco sobresalto. ¿Y si Haplo se negaba a ir? ¿Y si decidía entrar en el Laberinto y emprender la búsqueda de Alfred? Xar había dicho que no lo haría, que obedecería sus órdenes. Pero el propio Xar lo había tachado de traidor.

Bane no quería perderlo: Haplo era suyo. El chiquillo decidió ponerse en acción por su cuenta. Se incorporó de un salto, excitado e impaciente, y se plantó ante el patryn.

—Estoy preparado para la marcha cuando tú digas. Va a ser divertido, ¿verdad? Ver otra vez a Limbeck, y la Tumpa-chumpa. Ahora sé hacerla funcionar. He estudiado las runas sartán, ¿sabes? ¡Será glorioso! —Bane agitó los brazos con medido abandono infantil—. El abuelo Xar dice que los efectos de la máquina se sentirán en todos los mundos, ahora que la Puerta de la Muerte está abierta. Dice que todas las construcciones edificadas por los sartán cobrarán vida y asegura que él notará esos efectos, incluso en un lugar tan remoto como Abarrach.

Bane estudió con detenimiento a Haplo, tratando de adivinar sus pensamientos. Era difícil, prácticamente imposible. El patryn permanecía impasible, inexpresivo, casi como si no lo hubiera oído. Pero no era así: había estado muy atento. Bane lo sabía.

«Haplo lo escucha todo y habla poco. Eso es lo que lo hace útil. Y lo que lo hace peligroso.»

Y Bane había advertido una ligera, una levisima vibración en sus párpados al mencionar el mundo de Abarrach. ¿Qué era lo que había despertado el interés del patryn: la idea de que la Tumpa-chumpa tuviera algún efecto sobre Abarrach o más bien el recordatorio de que, incluso en Abarrach, Xar conocería qué estaba haciendo, o dejando de hacer, su siervo? Xar sabría cuándo cobraba vida la Tumpa-chumpa. Y, si no notaba nada, empezaría a preguntarse qué había salido mal.

Bane rodeó la cintura de Haplo con sus brazos.

—El abuelo me dijo que te diera este abrazo. Me insistió en que te dijera que confiaba en ti, que ponía toda su fe en ti. Está seguro de que no le fallarás. Ni a mí.

Haplo asió por los brazos a Bane y lo apartó de sí como si se quitara de encima una sanguijuela.

— ¡Ay! ¡Me haces daño! —gimió el chiquillo.

—Escúchame bien, muchacho —dijo Haplo con voz torva, sin aflojar la presión—. Dejemos en claro una cosa: te conozco bien, ¿recuerdas? Sé perfectamente que eres un pequeño monstruo intrigante, artero y manipulador. Obedeceré la orden de mi amo y te llevaré a Ariano. Me ocuparé de que tengas ocasión de hacer lo que tengas que hacer con esa condenada máquina. Pero no creas que vas a deslumbrarme con la luz de tu aureola, muchacho, porque ya he visto antes esa aureola, y muy de cerca.

—No te caigo bien —dijo Bane con aire lloroso—. No le caigo bien a nadie, salvo al abuelo. No le he caído nunca bien a nadie.

Haplo se enderezó con un gruñido.

—Por eso nos entendemos. Y otra cosa más: yo llevo el mando. Y tú haces lo que te diga. ¿Entendido?

—Tú me caes bien, Haplo —respondió Bane con otro gimoteo.

El perro, enternecido, se acercó al pequeño y le lamió el rostro. Bane rodeó el cuello del animal con su brazo.

«Yo te cuidaré —prometió en silencio al can—. Cuando Haplo haya muerto, serás mi perro. Resultará divertido.»

—Por lo menos, a él le gusto —añadió en voz alta, enfurruñado—. ¿Verdad

que sí, muchacho?

—

El perro meneó el rabo.

—A este condenado animal le cae bien todo el mundo —murmuró Haplo—.

Incluso los sartán. Y ahora, ve a tu cuarto y recoge tus cosas. Esperaré aquí a que estés preparado.

— ¿Puede venir conmigo el perro?

—Si quiere... Vamos, date prisa. Cuanto antes lleguemos, antes podré volver.

Bane dejó el salón en una muestra de callada obediencia. Le divertía hacer la comedia ante Haplo, burlarse de él. Le divertía fingir obediencia a un hombre cuya vida tenía entre sus manitas. El chiquillo evocó una conversación, casi la última, que había tenido con Xar.

«—Cuando hayas completado tu tarea, Bane, cuando la Tumpa-chumpa esté en funcionamiento y te hayas adueñado de Ariano, Haplo dejará de ser imprescindible. Tú te ocuparás de que sea eliminado. Creo que conocías a un asesino en Ariano...»

«—Hugo *la Mano*, abuelo. Pero ya no vive. Mi padre lo mató.»

«—Habrá otros asesinos a sueldo. Pero hay algo muy importante que debes prometerme. Tienes que conservar el cadáver de Haplo en buen estado hasta mi llegada.»

«— ¿Vas a resucitar a Haplo, abuelo? ¿Piensas hacerlo tu servidor después de muerto, como hacen con los difuntos en Abarrach?»

«—Sí, hijo. Sólo entonces podré confiar en él otra vez...»

El amor rompe el corazón.

— ¡Vamos, muchacho! —exclamó Bane de improviso—. ¡Date prisa!

Acompañado del perro, el chiquillo echó a correr alocadamente hacia sus aposentos.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

El viaje a través de la Puerta de la Muerte transcurrió sin incidentes. Haplo sumió a Bane en un sueño mágico casi inmediatamente después de su partida del Nexo. Al patryn se le había ocurrido que el paso de la Puerta de la Muerte se había hecho tan sencillo que incluso un mago mensch con cierta habilidad podía intentarlo, y Bane era un mensch observador, inteligente... e hijo de un hechicero avezado. Por un instante, Haplo había tenido una visión de Bane revoloteando de un mundo a otro... No. Era mejor dormirlo.

No tuvieron ninguna dificultad en alcanzar Ariano, el mundo del aire.

Imágenes de los otros mundos pasaron como centellas antes los ojos de Haplo, quien reconoció las islas flotantes de Ariano con facilidad. Pero, antes de concentrarse en ellas, dedicó unos instantes a contemplar los demás mundos que desfilaban ante sus ojos, con radiantes destellos tornasolados como pompas de jabón, antes de estallar y dar paso al siguiente. Todos ellos eran lugares que reconocía, excepto uno. Y éste era el más hermoso, el más intrigante.

Haplo contempló la visión todo el tiempo que pudo, que apenas fueron unos

fugaces segundos. Hubiera querido preguntarle a Xar qué era, pero su señor se había marchado sin darle ocasión a consultarle nada.

¿Existía un quinto mundo?

Haplo rechazó la idea. En ningún escrito de los antiguos sartán aparecía la menor mención a algo semejante.

El antiguo mundo, entonces.

A Haplo le pareció mucho mas probable esto último. La imagen deslumbrante que captaba coincidía con las descripciones del mundo antiguo. Pero éste ya no existía, había sido destruido mediante la magia. Tal vez aquello no era más que una evocación vivida, mantenida como estaba para recordar a los sartán lo que un día había sido.

Pero, si así era, ¿por qué se le ofrecía como una opción? Haplo vio pasar una y otra vez ante sus ojos el carrusel de posibilidades. Siempre en el mismo orden: el extraño mundo de cielo azul y sol luminoso, luna, estrellas, océanos ilimitados y amplias panorámicas; después, el Laberinto, tenebroso y confuso; luego, el Nexo crepuscular y, por fin, los cuatro mundos elementales.

—

Si Haplo no hubiera llevado consigo a Bane, habría tenido la tentación de explorar aquel mundo, de seleccionar la imagen en su mente y ver qué sucedía. Volvió la vista al niño, que dormía apaciblemente con el brazo en torno al perro, tendidos ambos en un jergón que Haplo había arrastrado hasta el puente para no perder de vista al chiquillo.

El perro, percibiendo la mirada de su amo, abrió los ojos, parpadeó ociosamente, dio un gran bostezo y, viendo que no era inminente ninguna acción, exhaló un gáñido de satisfacción y se apretujó contra el niño, casi derribándolo del catre. Bane murmuró algo en sueños, algo acerca de Xar, y de pronto cerró los dedos en torno al pelaje del animal como si fueran zarpas.

Con un gemido de dolor, el animal alzó la testuz y miró al muchacho con aire sorprendido, como si se preguntara qué había hecho para merecer aquel trato. Luego, sin saber muy bien qué hacer para desasirse, se volvió hacia Haplo en petición de auxilio.

El patryn, con una sonrisa, forzó al durmiente a abrir los dedos y soltar el pellejo del can; luego, acarició la cabeza de éste, disculpándose. El perro dirigió una mirada desconfiada a Bane, saltó del jergón y se enroscó a los pies de Haplo en la seguridad de la cubierta.

Haplo volvió a fijar su atención en las visiones, se concentró en la de Ariano y apartó las demás de su cabeza.

La primera vez que Haplo había viajado a Ariano casi había resultado la última. Poco preparado para las fuerzas mágicas de la Puerta de la Muerte y para las violentas fuerzas físicas existentes en el mundo del aire, se había visto obligado a estrellar la nave en lo que más tarde sabría que era un archipiélago de pequeñas islas flotantes conocido como los Peldaños de Terrel Fen.

En esta ocasión, estaba preparado para los terribles efectos de la feroz tormenta perpetua que rugía en el Reino Inferior. Los signos mágicos de protección que sólo habían brillado débilmente durante el tránsito de la Puerta de la Muerte, refulgieron con un azul vibrante cuando la primera ráfaga de viento zarandeo la embarcación. Los relámpagos eran casi continuos, deslumbrantes, cegadores. Los truenos retumbaban a su alrededor y el viento los sacudía. El granizo barrió el

casco de madera, y la lluvia golpeó la claraboya formando una cortina maciza de agua que impedía la visión.

Haplo detuvo el avance de la nave y la dejó flotar en el aire. Gracias a la temporada que había pasado en Drevlin, la isla principal del Reino Inferior, sabía que aquellas tormentas eran fenómenos cíclicos. Sólo tenía que esperar a que aquélla terminara; a continuación, vendría un período de relativa calma hasta la siguiente. Durante esta calma, buscaría un lugar para posarse y establecer contacto con los enanos.

Pensó en la conveniencia de mantener dormido a Bane, pero decidió dejarlo despertar. Tal vez le resultara útil. Un rápido gesto de su mano borró la runa que había trazado sobre la frente del chiquillo.

Bane se incorporó hasta quedar sentado, pestañeó durante unos instantes, confuso, y por fin dirigió una mirada acusadora al patryn.

— ¡Me has obligado a dormir!

Haplo no vio la necesidad de corroborar, comentar o disculpar su acción. Sin dejar de prestar atención a la claraboya bañada por la lluvia, lanzó una breve ojeada al muchacho.

—

—Revisa la popa; comprueba si hay alguna grieta o filtración en el casco.

Bane se sonrojó, enfurecido con el tono imperioso y despreocupado del patryn. Haplo observó la oleada carmesí que se extendió desde el blanco cuello hasta las mejillas. En los ojos azules apareció un destello de rebelión. Xar no había estropeado al chico, que ya llevaba más de un año al cuidado de su señor; no, Xar había hecho mucho por mejorar el carácter de Bane, pero el muchacho tenía la educación de un príncipe de la casa real y estaba acostumbrado a dar órdenes, no a recibirlas.

En especial, de Haplo.

—Si has hecho bien tu magia, no debería haber ninguna grieta —replicó en tono irritado.

—La he hecho como es debido, pero tú ya sabes cómo son las runas. Ya conoces lo delicado que es su equilibrio. La menor astilla podría iniciar una resquebrajadura que podría terminar por partir la nave entera. Es mejor asegurarse, detenerla ahora, antes de que se haga más amplia.

Se produjo un momento de silencio y Haplo creyó percibir la lucha interior del pequeño.

— ¿Puedo llevar al perro? —preguntó Bane con voz hosca.

—Claro —concedió Haplo con un gesto. El niño pareció alegrar el ánimo.

— ¿Puedo darle una salchicha?

El perro, al escuchar su palabra favorita, se incorporó de un brinco con la lengua fuera y agitando el rabo.

—Sólo una —dijo Haplo—. No estoy seguro de cuánto va a durar la tormenta. Quizá tengamos que alimentarnos con esas salchichas.

—Siempre puedes invocar más —dijo Bane alegremente—. Vamos, perro.

Los dos se alejaron del puente en dirección a la proa de la nave.

Haplo continuó con la vista fija en la lluvia que se deslizaba por el cristal de la claraboya y recordó el día en que había llevado al pequeño al Nexo...

—El pequeño se llama Bane, mi señor —informó Haplo—. Ya sé —añadió al momento, al ver el gesto ceñudo de Xar—, es raro que un niño humano lleve un

nombre que en la lengua antigua significa veneno, o causa de aflicción, pero, una vez que conozcas la historia, verás que es muy indicado. Encontrarás un relato sobre él aquí, mi señor, en mi diario.

Xar pasó los dedos por la tapa del documento pero no lo abrió. Haplo permaneció de pie en respetuoso silencio, a la espera de que su señor hablase. La siguiente pregunta no le resultó del todo inesperada.

—Te pedí que me trajeras de ese mundo un discípulo, Haplo. Ariano es, según lo describes, un mundo en pleno caos: elfos, enanos y humanos combaten entre ellos, y los elfos, entre sí. Una grave escasez de agua, debido al fracaso de los sartán en su intento de alinear las islas flotantes y hacer actuar según lo previsto su máquina fabulosa. Cuando empiece mi conquista, necesitaré un lugarteniente, preferiblemente un mensch, que se instale en Ariano y se ocupe de dominar a sus pueblos en mi nombre mientras yo me dedico a otra cosa. ¿Y tú, ahora, me traes para esa tarea a... un niño de diez años?

El niño al que se refería estaba dormido en una alcoba de la parte de atrás de la mansión de Xar. Haplo había dejado al perro con él, para que avisara a su amo si el pequeño despertaba. El patryn no se intimidó ante la severa mirada de su señor. Xar no dudaba de su siervo; sencillamente, estaba desconcertado, perplejo...

—*Haplo, Ariano, el mundo del aire, volumen del Diario de la Puerta de la Muerte.*

Una sensación que Haplo podía comprender muy bien. Había estado preparado para la pregunta y tenía dispuesta la contestación.

—Bane no es un niño mensch normal, señor. Como verás en el diario...

—Ya leeré ese diario más tarde, a mi conveniencia. Ahora, estoy muy interesado en escuchar tu informe sobre el niño.

Haplo asintió sumiso y tomó asiento en la silla que Xar le ofreció con un gesto de la mano.

—El muchacho es hijo de dos humanos conocidos entre su pueblo como «misteriarcas», unos hechiceros muy poderosos (al menos para lo habitual entre los mensch). El padre se llama Sinistrad y la madre, Iridal. Estos misteriarcas, con su gran conocimiento de la magia, llegaron a considerar al resto de sus congéneres humanos como toscos patanes. Finalmente, abandonaron el caos de luchas del Reino Medio y viajaron hasta el Reino Superior, donde descubrieron una tierra de gran belleza que, por desgracia para ellos, resultó ser una trampa mortal. »E Reino Superior había sido creado por la magia rúnica de los sartán, y los misteriarcas no sabían interpretar la magia sartán mejor de lo que un bebé entendería un tratado de metafísica. Las cosechas se agostaban en los campos, el agua era escasa y el aire enrarecido era difícil de respirar. Su gente empezó a morir. Los misteriarcas comprendieron que tendrían que abandonar aquel lugar y volver al Reino Medio pero, como la mayoría de los humanos, temían a sus congéneres. Les daba miedo reconocer su debilidad. Y, así, decidieron que, cuando volvieran, lo harían como conquistadores y no como suplicantes. »Sinistrad, el padre del muchacho, elaboró un plan notable. El rey humano del Reino Medio, un tal Stephen, y su esposa, Ana, acababan de dar un heredero al trono. Aproximadamente por la misma época, la esposa de Sinistrad, Iridal, también había dado a luz un hijo. Sinistrad cambió a los recién nacidos, llevando a su hijo al Reino Medio y arrebatando al hijo de Stephen a las tierras del Reino Superior. Sinistrad se proponía con ello utilizar a Bane (como heredero al trono)

para conseguir el control del Reino Medio.

»Por supuesto, en las tierras del rey Stephen todo el mundo se dio cuenta del cambio de los bebés, pero Sinistrad había tenido la astucia de envolver a su hijo en un hechizo que hacía que quien lo miraba se quedara prendado del pequeño. Cuando Bane cumplió un año, Sinistrad se presentó ante Stephen y le informó de su plan. El rey Stephen se vio impotente ante el misteriarca. En sus corazones, Stephen y Ana odiaban y temían al niño cambiado (de ahí que le pusieran ese nombre) pero el encantamiento que lo protegía era tan poderoso que les impedía hacer nada, personalmente, para librarse de él. Por último, llevados de la desesperación, contrataron a un asesino para que se llevara a Bane y le diera muerte.

»Pero, según resultaron las cosas —añadió con una sonrisa—, fue Bane quien casi asesina al asesino.

— ¿De veras? —Xar parecía impresionado.

—Sí, y encontrarás los detalles ahí. —Haplo señaló el diario—. Bane llevaba un amuleto, regalo de Sinistrad, que transmitía al muchacho las órdenes del mago y hacía llegar a éste todo cuanto el chiquillo escuchaba. De este modo, los misteriarcas espiaban a los humanos y conocían todos los movimientos del rey Stephen. Y no era que Bane necesitara muchas lecciones de intrigante. Por lo que he visto de ese pequeño, podría enseñarle un par de cosas a su propio padre.

»Bane es inteligente y perspicaz. Posee clarividencia y, aunque no está instruido, tiene grandes dotes para la magia, tratándose de un humano. Fue él quien dedujo cómo funciona la Tumpa-chumpa y cuál es su propósito. El diagrama que he incluido ahí es suyo, mi señor. Y es ambicioso. Cuando asimiló la idea de que su padre no se proponía en absoluto gobernar el Reino Medio junto a él, como equipo de padre e hijo, Bane decidió quitar de en medio a Sinistrad.

»La trama de Bane tuvo éxito, aunque no salió exactamente como él había proyectado. Por una ironía de la vida, la del muchacho fue salvada, precisamente, por el hombre a quien se había contratado para matarlo. Una lástima, por cierto —añadió Haplo, pensativo—. Hugh *la Mano* era un humano interesante, un combatiente experto y capaz. Me pareció exactamente lo que andabais buscando como discípulo, mi señor. Tenía pensado traerlo conmigo a tu presencia pero, por desgracia, murió combatiendo al hechicero. Una lástima, repito.

El Señor del Nexo sólo le estaba prestando atención a medias. Había abierto el diario, había descubierto el diagrama de la Tumpa-chumpa y estaba estudiándolo detenidamente.

— ¿Esto lo ha hecho el niño? —inquirió.

—Sí, señor.

— ¿Estás seguro?

—Yo los estaba espiando cuando Bane le mostró el dibujo a su padre.

Sinistrad se quedó tan impresionado como tú ahora.

—Asombroso. Y dices que el niño es encantador, cautivador y atractivo. El encantamiento que le proporcionó su padre no puede ejercer efecto sobre nosotros, desde luego, ¿pero funciona todavía con los mensch?

Haplo se encogió de hombros.

—Alfred, el sartán, opinaba que el hechizo ya había sido levantado. Pero Hugh *la Mano* estaba bajo el influjo del muchacho, fuera por la magia o por mera

compasión por un niño a quien nadie había querido nunca y que durante toda su vida no había sido más que un peón. Bane es listo y sabe utilizar su juventud y su encanto para manipular a los demás.

— ¿Qué hay de la madre del chico? ¿Cómo has dicho que se llamaba, Iridal?

—Podría traer problemas. Cuando nos marchamos, andaba en busca de su hijo en compañía del sartán, Alfred.

—Supongo que ella quiere al muchacho para sus propios planes.

—No; creo que lo quiere porque es su hijo, sin más. En realidad, ella nunca consintió en los proyectos de su esposo, pero Sinistrad ejercía algún tipo de poder terrible sobre ella, que le tenía un gran temor. Y, con la desaparición de Sinistrad, el valor de los demás misteriarcas se vino abajo. A mi marcha, había rumores de que se disponían a abandonar el Reino Superior y proyectaban establecerse entre los demás humanos.

— ¿Costaría mucho eliminar a la madre?

—Sería fácil hacerlo, mi señor.

Xar pasó sus nudosos dedos por las hojas del diario, pero ya no prestaba atención al documento. Ni siquiera lo miraba.

—«Un niño los conducirá.» Es un viejo dicho humano, Haplo. Has actuado con tino, hijo mío. Incluso diría que tu elección ha sido inspirada. Los mismos mensch que se sentirían amenazados si llegara un adulto para encabezarlos, se sentirán completamente desarmados por este chiquillo de aspecto inocente. El muchacho tiene los típicos defectos humanos, por supuesto: es atolondrado y le falta

—

paciencia y disciplina. Pero, con la debida tutela, creo que puede ser moldeado hasta convertirlo en un ser extraordinario, para tratarse de un mensch. Ya empiezo a ver los trazos maestros de mi plan.

—Me alegra haberte complacido, mi señor —murmuró Haplo.

—Sí —respondió en el mismo tono el Señor del Nexo—. «Un niño los conducirá...»

La tormenta amainó. Haplo aprovechó la calma relativa para sobrevolar la isla de Drevlin en busca de un lugar donde posar la nave. Había llegado a conocer muy bien aquella zona, en la que había pasado un tiempo considerable durante su anterior visita, preparando la nave elfa para el regreso a través de la Puerta de la Muerte.

El continente de Drevlin era llano y sin hitos destacables, una simple masa de lo que los mensch denominaban «coralita» flotando en el Torbellino. Con todo, se podían apreciar rasgos identificativos en su superficie gracias a la Tumpa-chumpa, la máquina gigantesca cuyas ruedas, motores, engranajes, brazos, poleas y tenazas se extendían por Drevlin y penetraban profundamente en el interior de la isla.

Haplo buscaba los Levarriba, nueve brazos mecánicos inmensos hechos de acero y oro que se alzaban hasta las nubes de la vertiginosa tormenta. Estos Levarriba eran la parte más importante de la Tumpa-chumpa, al menos por lo que hacía a los mensch de Ariano, pues estas conducciones aprovisionaban de agua a los reinos áridos situados más arriba. Los Levarriba estaban situados en la ciudad de Wombe, y era allí donde Haplo esperaba encontrar a Limbeck.

Haplo no tenía idea de cómo había podido variar la situación política durante su ausencia, pero, cuando había abandonado Ariano, Limbeck tenía instalada su

base de operaciones en Wombe. Era preciso que encontrara al líder de los enanos, y el patryn se dijo que Wombe era un sitio tan bueno como cualquier otro para iniciar la búsqueda.

Los nueve brazos, cada uno con su correspondiente mano dorada extendida, eran fáciles de distinguir desde el aire. La tormenta había quedado atrás, aunque nuevas nubes empezaban a acumularse en el horizonte. Los relámpagos se reflejaban en el metal, y la silueta de las manos heladas se recortaba contra las nubes. Haplo se posó en un terreno vacío dejando la nave a la sombra de una parte de la máquina aparentemente abandonada. Al menos, eso fue lo que pensó al observarla, pues no surgía de ella ninguna luz, ni se movía ningún engranaje, ni giraba ninguna rueda, ni había «letricidad», como la denominaban los geggs, que emulaba a los relámpagos con su voltaje azulamarillento.

Una vez a salvo en el suelo, Haplo advirtió que no había luces por ninguna parte. Desconcertado, escrutó el exterior por la claraboya, de cuyo cristal ya se había secado la lluvia. Según recordaba, la Tumpa-chumpa convertía la oscuridad tormentosa de Drevlin en un día artificial perpetuo. Numerosas lámparas brillaban por doquier y varios «lectrozumbadores» enviaban rayos chispeantes hacia el aire. Ahora, en cambio, la ciudad y sus alrededores sólo estaban bañados por la luz del sol, la cual, después de filtrarse a través de las nubes del Torbellino, resultaba plomiza y apagada y más deprimente que la oscuridad.

Haplo se quedó plantado ante el mirador, recordando su última visita y tratando de evocar si había habido luces en aquella parte de la Tumpa-chumpa o si, en realidad, la estaba confundiendo con otra sección de la enorme máquina.

—

—Tal vez eso era en Het... —murmuró para sí. Pero enseguida movió la cabeza—. No, no; era aquí, definitivamente. Recuerdo...

Un golpe sordo y un ladrido de advertencia lo sacaron de sus reflexiones. Regresó a la popa. Bane estaba junto a la escotilla, sosteniendo una salchicha justo fuera del alcance del perro.

—Te la daré —le prometía al perro—, pero sólo si dejas de ladrar. Deja que abra esto, ¿de acuerdo? Buen chico.

Bane guardó la salchicha en el bolsillo, volvió a la escotilla y empezó a manosear el cerrojo que, normalmente, debería haberse abierto sin esfuerzo. El cerrojo, sin embargo, se resistió a sus intentos. Bane lo miró con irritación y descargó su pequeño puño sobre él. El perro mantuvo la vista fija en la salchicha, muy atento a ella.

— ¿Ibas a alguna parte, Alteza? —inquirió Haplo, apoyado en uno de los mamparos con aire relajado. El patryn había decidido emplear el tratamiento debido a un príncipe humano, con el fin de destacar la figura de Bane como legítimo heredero del trono de las Volkaran, y se había dicho que era mejor empezar a acostumbrarse enseguida, antes de aparecer en público. Naturalmente, tendría que reprimir el tonillo irónico que se le había escapado en esta ocasión. Bane dirigió una mirada de reproche al perro, hizo un último y vano intento de forzar el cerrojo recalcitrante y, por fin, se volvió hacia Haplo con una mirada gélida.

—Quiero salir fuera. Aquí dentro hace calor y me sofoco. Y huele a perro —añadió despectivamente.

El animal escuchó su nombre y, creyendo que se referían a él con algún

comentario amistoso —tal vez en relación con la salchicha—, meneó el rabo y se relamió por anticipado.

—Has usado la magia para cerrar eso, ¿verdad? —continuó Bane en tono acusador, al tiempo que daba otro empujón a la escotilla.

—La misma que para el resto de la nave, Alteza. Tuve que hacerlo. De nada serviría dejar una sola parte de ella sin proteger, igual que sería absurdo lanzarse a la batalla con un agujero en mitad de la armadura. Además, no creo que quieras salir ahí fuera ahora mismo. Se avecina otra tormenta, y recuerdas cómo eran las tormentas de Drevlin, ¿verdad?

—Lo recuerdo. Soy tan capaz como tú de ver aproximarse una tormenta. Y no habría estado demasiado rato fuera. No pensaba ir muy lejos.

— ¿Adonde ibas, pues, Alteza?

—A ninguna parte. A estirar un poco las piernas, simplemente.

— ¿No pensarías entrar en contacto con los enanos por tu cuenta y riesgo?, ¿verdad?

—Claro que no, Haplo —respondió Bane con los ojos como platos—. El abuelo dijo que me quedara a tu lado. Y yo siempre obedezco al *abuelo*.

Haplo apreció el énfasis en esta última palabra y, con una sonrisa torva, murmuró:

—Bien. Recuerda que estoy aquí para protegerte, ante todo. En este mundo no estás muy seguro. Ni siquiera siendo un príncipe. Hay quien querría matarte sólo por eso.

—Ya lo sé —dijo Bane con aire sumiso y algo contrito—. La última vez que estuve aquí, casi perdí la vida a manos de los elfos. Creo que no había pensado en ello. Lo lamento, Haplo. —Sus claros ojos azules se alzaron hacia el patryn—. El

—

abuelo ha acertado de lleno al elegirte como mi protector. Tú también obedeces siempre a Xar, ¿verdad, Haplo?

La pregunta pilló por sorpresa al patryn, que dirigió una rápida mirada a Bane mientras se preguntaba qué pretendía insinuar el chiquillo con sus palabras. Nada, tal vez, pero... Por un instante, Haplo creyó distinguir un destello de astucia, socarrón y malévolo, en aquellos grandes ojos azules. Pero no; Bane lo miraba con candidez y no vio en él más que a un niño que hacía una pregunta infantil. Dio media vuelta y anunció:

—Vuelvo a la sala de gobierno para seguir la vigilancia.

El perro soltó un gañido y dirigió una mirada patética a la salchicha, aún guardada en el bolsillo de Bane.

—No me has preguntado si he visto alguna grieta en el casco —le recordó el pequeño.

— ¿Y bien? ¿Has visto alguna?

—No. Has obrado la magia bastante bien. No tanto como el abuelo, pero bastante bien.

—Gracias, Alteza —dijo Haplo y, con una reverencia, se alejó.

Bane extrajo la salchicha y dio con ella un golpecito juguetón en el hocico al animal.

—Esto, por delatarme —dijo con un leve tono de reproche.

El perro clavó la mirada en la salchicha, hambriento y babeante.

—De todos modos, supongo que ha sido mejor así —continuó Bane, con gesto

enfurruñado—. Haplo tiene razón. Me había olvidado de esos malditos elfos. Me gustaría encontrar al que me arrojó de la nave en esa ocasión. Le diría a Haplo que lo arrojara al Torbellino. Y me quedaría mirando mientras cae hasta el mismo fondo. Seguro que oiría sus gritos mucho, muchísimo rato. Sí, el abuelo tenía razón, ahora lo comprendo. Haplo me resultará útil hasta que encuentre a otro. Aquí tienes. —Bane bajó la salchicha. El perro la cogió con avidez y la engulló de un bocado. El muchacho le acarició el sedoso pelaje de la cabeza con afecto—. Entonces serás mío. Y tú, yo y el abuelo viviremos juntos y no dejaremos que nadie le haga daño nunca más. ¿Verdad, muchacho?

Bane acercó la mejilla a la testuz del animal y abrazó su peludo cuerpo.

— ¿Verdad, muchacho?

—

CAPÍTULO

WOMBE REINO INFERIOR, ARIANO

La gran Tumpa-chumpa se había detenido.

Y, en Drevlin, nadie sabía qué hacer. Nunca, en toda la historia de los gegs, había sucedido nada parecido.

La fabulosa máquina venía funcionando desde que los gegs alcanzaban a recordar (y, tratándose de enanos, eso significaba realmente mucho tiempo). Funcionaba y funcionaba; febril, serena, frenética y torpemente, no había dejado de funcionar jamás. Incluso cuando se descomponía alguna parte, la máquina seguía funcionando; otras partes se ponían en acción para reparar las estropeadas. Nadie estaba completamente seguro de qué hacía la Tumpa-chumpa, pero todos sabían que funcionaba bien, o al menos lo daban por sentado. Pero, ahora, se había detenido.

Los lectrozumbadores ya no zumbaban, sino que emitían un leve murmullo (de mal agüero, según algunos). Las girarruedas ya no giraban ni impulsaban engranajes, sino que permanecían absolutamente inmóviles, salvo un ligero temblor. Las centellas rodantes también se habían detenido, interrumpiendo el transporte a través del Reino Inferior. Las mordazas metálicas de los vehículos, que se cerraban en torno al cable del cual iban suspendidos éstos y —con la ayuda de los lectrozumbadores— tiraban de ellos, estaban quietas. Como manos metálicas con las palmas abiertas, las mordazas se alzaban en un vano intento de tocar el cielo.

Los silbatos estaban callados, salvo algún suspiro que escapaba de ellos de vez en cuando. Las flechas negras del interior de las cajitas acristaladas —unas flechas que no debía permitirse que alcanzaran el tramo rojo— habían apuntado a la mitad inferior de las cajas, primero, y ahora ya no apuntaban a nada.

Tan pronto como la Tumpa-chumpa se detuvo, se extendió una inmediata consternación general. Todos los gegs —hombres, mujeres y niños; incluso los que no estaban de servicio, incluso los militantes en las guerrillas contra los welfos— habían dejado sus puestos y habían corrido a contemplar a la gran máquina, ahora inactiva. Algunos habían pensado que volvería a funcionar. Los gegs congregados habían aguardado con esperanza... pero la espera se había hecho interminable. La hora del cambio de turno había quedado atrás y la máquina maravillosa había seguido sin hacer nada.

—

Y aún estaba así.

Lo cual significaba que los gegs tampoco hacían nada. Peor aún, parecía que iban a verse obligados a permanecer inactivos, sin calor y sin luz. Debido a las constantes y feroces tormentas del Torbellino que barrían continuamente las islas, los gegs vivían bajo tierra. La Tumpa-chumpa había proporcionado siempre el calor para los calderos de burbujas y para las linternas parpadeantes. Los calderos habían dejado de burbujear casi al instante; las linternas habían continuado ardiendo algún tiempo después del parón de la máquina, pero sus llamas ya empezaban a apagarse. A lo largo y ancho de Drevlin, las luces vacilaban, perdían fuerza e iban consumiéndose.

Y, por todas partes, se extendía un silencio terrible.

Los gegs vivían en un mundo de ruido. Lo primero que oía un niño al nacer era el reconfortante estruendo de la Tumpa-chumpa en acción. Ahora, había dejado de funcionar y había enmudecido. Y los gegs estaban aterrorizados ante aquel silencio.

— ¡Ha muerto! —fue el lamento que se alzó simultáneamente de mil gargantas gegs, de un extremo a otro de la isla de Drevlin.

—No, no ha muerto —replicó Limbeck Aprietatuercas, estudiando una porción de la Tumpa-chumpa con expresión grave a través de sus gafas nuevas—. Ha sido asesinada.

— ¿Asesinada? —repitió Jarre en un susurro asombrado—. ¿Quién haría algo así?

Pero sabía la respuesta antes de formular la pregunta.

Limbeck Aprietatuercas se quitó las gafas, las limpió minuciosamente con un pañuelo limpio de tela blanca, una costumbre que había adquirido hacía poco. Después, se puso de nuevo las gafas, contempló la máquina a la luz de una antorcha hecha con un rollo de pergamino que contenía uno de sus discursos, y que había encendido acercando el extremo a las llamas vacilantes de una linterna a punto de extinguirse.

—Los elfos.

— ¡Oh, Limbeck, no! —exclamó Jarre—. No puede ser. Fíjate, si la Tumpachumpa deja de funcionar, se interrumpe la producción de agua y los welfos..., los elfos necesitan el agua para sus pueblos. Sin ella, morirían. Necesitan la máquina tanto como nosotros. ¿Por qué iban a paralizarla?

—Tal vez tienen agua almacenada —dijo Limbeck con frialdad—. Ahí arriba tienen el control, ¿entiendes? Tienen ejércitos enteros apostados en torno a los elevadores. Ya entiendo su plan: se proponen detener el funcionamiento de la máquina y matarnos de hambre, de sed y de frío.

Limbeck volvió la mirada hacia Jarre, y ella apartó la suya de inmediato.

— ¡Jarre! —Exclamó el enano—. ¡Ya estás otra vez con eso!

Jarre se sonrojó e intentó con todas sus fuerzas mirar a Limbeck, pero no le gustaba nada hacerlo cuando llevaba puestas aquellas gafas. Eran nuevas, de un diseño original y, según decía él, mejoraban increíblemente la visión. Sin embargo, por alguna extraña peculiaridad del cristal, le hacían los ojos pequeños y severos. «Igual que su corazón», pensó Jarre con tristeza, poniendo todo su empeño en mirar a Limbeck a la cara y fracasando estrepitosamente. Por fin, se dio por vencida y ocultó los ojos tras un pañuelo que terminó por ser un deslumbrante retal blanco asomando entre la masa oscura de sus patillas, largas y tupidas.

La antorcha se consumió muy pronto. Limbeck hizo una seña a uno de sus guardaespaldas, el cual cogió rápidamente otro discurso, hizo un canuto con él y lo encendió antes de que el anterior se apagara.

—Siempre he dicho que tus discursos eran incendiarios —dijo Jarre.

Limbeck frunció el entrecejo ante el intento de chiste.

—No es momento para ligerezas. No me gusta tu actitud, Jarre. Empiezo a pensar que estás volviéndote débil, querida. Que estás perdiendo el ánimo...

— ¡Tienes razón! —dijo Jarre de pronto, hablándole al pañuelo. Le resultaba más fácil hablar al pañuelo que a su dueño—. Me estoy desanimando. Tengo miedo...

—No soporto a los cobardes —declaró Limbeck—. Si estás tan asustada de los elfos como para no poder desarrollar tu labor como secretaria del Partido UAPP...

— ¡No son los elfos, Limbeck! —Jarre se agarró las manos con fuerza para evitar que éstas le arrancaran las gafas a Limbeck y las hicieran trizas—. ¡Somos nosotros! ¡Tengo miedo por nosotros! ¡Tengo miedo por ti... y por ti —señaló a uno de los guardaespaldas, que parecía muy complacido y orgulloso de sí mismo—y por ti y por ti! Y también por mí. Tengo miedo de lo que vaya a ser de mí. ¿En qué nos hemos convertido, Limbeck? ¿En qué nos hemos convertido?

—No entiendo qué quieres decir, querida. —La voz de Limbeck sonó tan cortante y nítida como sus gafas nuevas, que se quitó y empezó a limpiar por enésima vez.

—Antes éramos amantes de la paz. Nunca, en la historia de los glegs, dimos muerte a nadie...

— ¡«Glegs», no! —le recordó Limbeck con severidad.

Jarre no le hizo caso.

— ¡Ahora vivimos para matar! Algunos de los jóvenes ya no piensan en otra cosa. Matar welfos...

—Elfos, querida —la corrigió Limbeck—. Ya te lo he explicado. El término «welfos» es una palabra de esclavos, que nos enseñaron nuestros «amos». Y nosotros no somos glegs, sino enanos. El término «geg» es despreciativo, utilizado para mantenernos en nuestro lugar.

Se puso las gafas de nuevo y dirigió una mirada de furia a su interlocutora.

La luz de la antorcha que brillaba por debajo de su rostro (el enano que la portaba era extraordinariamente bajo) dibujaba las sombras de las gafas hacia arriba, lo que proporcionaba a Limbeck una apariencia sumamente siniestra. Esta vez, Jarre no pudo evitar mirarlo; contempló a Limbeck con una extraña fascinación.

— ¿Quieres volver a ser una esclava, Jarre? —Inquirió el enano—. ¿Acaso debemos rendirnos y arrastrarnos hasta los elfos y arrojarnos a sus pies y besarles sus posaderas peladas y decirles que lo sentimos, que en adelante seremos buenos glegs? ¿Es eso lo que quieres?

—No, claro que no. —Jarre suspiró y se secó una lágrima que le rodaba por la mejilla—. Pero podríamos hablar con elfos. Negociar. Creo que los Wheel... los elfos están tan cansados de esta lucha como nosotros.

—Tienes mucha razón, están cansados —asintió Limbeck con satisfacción—. Saben que no pueden ganar.

— ¡Y nosotros, tampoco! ¡No podemos acabar con todo el imperio de Tribus!

¡No podemos remontar los cielos y volar a Aristagón para combatir allí!

— ¡Y elfos tampoco pueden acabar con nosotros!

—
. *Gobernante de los gegs de Drevlin, en el Reino Inferior de Ariano.*

¡Podemos vivir durante generaciones aquí abajo, en nuestros túneles, sin que den con nosotros jamás...!

— ¡Generaciones! —exclamó Jarre—. ¿Es eso lo que quieres, Limbeck? ¿Una guerra que dure generaciones? ¿Niños que crezcan sin conocer jamás otra cosa que no sea el miedo, que no sea huir y ocultarse?

—Por lo menos, serán libres —sentenció Limbeck mientras se sujetaba de nuevo las gafas a las orejas.

—No lo serán. Mientras uno tiene miedo, no es nunca libre —replicó la enana sin alzar la voz.

Limbeck no dijo nada. Permaneció silencioso.

Aquel silencio era terrible. Jarre no lo soportaba. Era triste, lastimero y pesado, y le recordaba algo, algún lugar, alguien. Alfred. Alfred y el mausoleo. Los túneles secretos bajo la estatua del dictor, las hileras de sepulcros de cristal con los cuerpos de los hermosos jóvenes muertos. Allí abajo también había silencio, y Jarre se había asustado con aquella quietud.

«— ¡No pares! —le había dicho a Alfred.»

«— ¿Parar, qué? —Alfred había parecido bastante obtuso.»

«— ¡Parar de hablar! ¡Es el silencio! ¡No soporto escucharlo!»

Y Alfred la había consolado.

«—Éstos son mis amigos... Aquí nadie puede causarte daño. Ya no. Y no es que te lo hubieran hecho en otro momento: al menos, no conscientemente.»

Y entonces Alfred había dicho algo que Jarre había recordado, algo que se había estado diciéndolo a sí misma muchas veces.

«—Pero ¡cuánto daño hemos causado involuntariamente, con la mejor intención!»

«—Con la mejor intención —repitió, hablando para llenar el espantoso silencio.»

—Has cambiado, Jarre —le dijo Limbeck en tono severo.

—Tú también —replicó ella.

Y, tras esto, no quedó mucho por hablar y se quedaron allí plantados, en la casa de Limbeck, escuchando el silencio. El guardaespaldas arrastró los pies e intentó aparentar haberse vuelto sordo y no haber oído una palabra.

La discusión tenía lugar en los aposentos de Limbeck, en su presente vivienda de Wombe, no en su antigua casa de Het. Era una vivienda excelente para lo acostumbrado entre los gegs, digna de acoger al supervisor jefe, que es lo que Limbeck era ahora. Ciertamente, el habitáculo no era tan perfecto como el tanque de almacenaje donde tenía su morada el anterior supervisor jefe, Darral Estibador. Pero el tanque de almacenaje estaba demasiado cerca de la superficie y, en consecuencia, demasiado cerca de los elfos, que se habían adueñado de la superficie de Drevlin.

Limbeck, junto con el resto de su pueblo, se había visto obligado a excavar más lejos de la superficie y buscar refugio en las profundidades de la isla flotante. Esto no había sido un problema grave para los enanos. La gran Tumpa-chumpa estaba excavando, taladrando y horadando continuamente. Apenas pasaba un ciclo sin que se descubriera un nuevo túnel en algún lugar de Wombe, de Het, Lek, Herot o cualquier otra de las ciudades gegs de Drevlin.

—

. En este y futuros relatos, Haplo utiliza el término «enanos» en lugar de «gegs», como hacía en la narración de su primer viaje a Ariano. Haplo no da una razón para este cambio, pero es probable que coincidiera con Limbeck en que «geg» era un término despectivo. Haplo incluye en su manuscrito una nota que define la palabra «geg» como una versión acortada del vocablo elfo «gega'rega», un término coloquial para referirse a cierto insecto.

Lo cual era una suerte, pues la Tumpa-chumpa, sin ninguna razón aparente que nadie fuera capaz de descubrir, también solía enterrar, aplastar, rellenar o destruir de alguna otra manera túneles existentes previamente. Los enanos se tomaban todo ello con filosofía, se escabullían de los túneles hundidos y se dedicaban a buscar otros nuevos.

Por supuesto, ahora que la Tumpa-chumpa había dejado de funcionar, no se producirían más derrumbes ni se crearían nuevos túneles. No habría más luz, ni sonido, ni calor. Jarre se estremeció y deseó no haber pensado en calor. La antorcha empezaba a vacilar y a apagarse. Rápidamente, Limbeck enrolló otro discurso.

Los aposentos de Limbeck se encontraban a gran profundidad, en uno de los puntos más distantes de la superficie de Drevlin, directamente debajo del gran edificio conocido como la Factría. Una serie de escaleras de peldaños pronunciados y estrechos descendía de un pasadizo al siguiente, hasta llegar al que daba acceso al refugio de Limbeck.

Las escaleras, los peldaños, el pasillo y el refugio no estaban tallados en la coralita, como la mayor parte de los túneles excavados por la Tumpa-chumpa. Los peldaños eran de piedra lisa, el pasadizo tenía las paredes lisas y el suelo era liso, igual que el techo. El refugio de Limbeck incluso tenía una puerta, una puerta auténtica con una inscripción. Ninguno de los enanos sabía leer, de modo que todos aceptaban sin vacilar la interpretación de Limbeck de que SALA DE CALDERAS significaba SUR—VISORJEFE.

En el interior del refugio no había mucho espacio libre, debido a la presencia de una pieza enorme de la Tumpa-chumpa, de aspecto absolutamente imponente. El gigantesco artilugio, con sus innumerables tuberías y depósitos, ya no funcionaba ni lo había hecho desde hacía muchísimo tiempo, igual que la propia Factría había permanecido inactiva desde que los enanos tenían recuerdo. La Tumpa-chumpa había seguido en otra dirección, abandonando tras sí aquella parte de ella misma.

Jarre, reacia a mirar a Limbeck con las gafas puestas, fijó la vista en el artefacto y suspiró.

—El Limbeck de antes ya habría desmontado todo eso, a estas alturas —se dijo en un susurro, para llenar el silencio—. Se habría pasado el rato quitando tornillos por aquí, dando martillazos por allá, y todo el rato preguntando por qué, por qué, por qué. ¿Por qué está eso ahí? ¿Por qué funcionaba? ¿Por qué se ha parado?

»Ya nunca preguntas por qué, ¿te das cuenta, Limbeck? —dijo en voz alta.

— ¿Por qué, qué? —murmuró el enano, pensativo.

Jarre exhaló otro suspiro, pero Limbeck no lo oyó, o no hizo caso.

—Tenemos que ir a la superficie —dijo—. Tenemos que descubrir cómo han conseguido esos elfos detener la Tumpa-chumpa...

Lo interrumpió el rumor de unas pisadas que avanzaban lentamente, arrastrándose por el suelo. Eran las de un grupo que intentaba descender un

empinado tramo de escaleras en completa oscuridad, e iban acompañadas de esporádicos tropiezos y maldiciones apenas contenidas.

— ¿Qué es eso? —preguntó Jarre, alarmada.

— ¡Elfos! —exclamó Limbeck con aire aguerrido.

Dirigió una mirada torva a su escolta personal; el geg también parecía alarmado pero, al advertir el gesto enfurruñado de su líder, varió su expresión y adoptó también un aire de ferocidad.

Unos gritos de « ¡Survivor! ¡Survivor jefe!» se filtraron a través de la puerta cerrada.

—Son los nuestros —murmuró Limbeck, irritado—. Supongo que vienen a que les diga qué hacer.

—Tú eres el survivor jefe, ¿no? —le recordó Jarre con cierta aspereza.

—Sí, bien... Claro que les diré qué hacer —soltó Limbeck, enérgico—. ¡Luchar!

¡Luchar y seguir luchando! Los elfos han cometido un error al parar la Tumpachumpa.

Una parte de nuestro pueblo no era muy favorable al derramamiento de sangre hasta ahora, ¡pero después de esto, cambiará de opinión! Los elfos lamentarán el día en que...

— ¡Survivor! —Gritaron varias voces a coro—. ¿Dónde estás?

—No ven nada —dijo Jarre y, tomando la antorcha de manos de Limbeck, abrió la puerta y salió al pasillo apresuradamente.

» ¿Lof? —Inquirió, al reconocer la voz de uno de los enanos—. ¿Qué sucede?

¿A qué viene esto?

Limbeck llegó a su lado.

—Saludos, Compañeros de Armas en la Lucha por Acabar con la Tiranía.

Los enanos, afectados por el peligroso viaje escaleras abajo en la oscuridad, dieron muestras de desconcierto. Lof miró a su alrededor con aire nervioso, buscando algún grupo que encajara con apelativo tan amenazador.

—Se refiere a vosotros —explicó Jarre, lacónica.

— ¿Sí? —Lof se quedó impresionado, hasta el punto de olvidar por un instante la razón de su presencia allí.

—Me habéis llamado —dijo Limbeck—. ¿Qué queréis? Si se trata de la Tumpa-chumpa, estoy preparando una declaración...

— ¡No, no! ¡Una nave, Seoría! —Respondieron varias voces—. ¡Una nave!

—Una nave ha aterrizado en el Exterior —Lof señaló hacia arriba con gesto vago—..., Seoría —añadió con cierto retraso y algo malhumorado. Limbeck nunca le había gustado.

— ¿Una nave elfa? —Inquirió Limbeck con expectación—. ¿Estrellada? ¿Sigue ahí todavía? ¿Se ha visto a algún elfo con vida? ¡Prisioneros! —añadió en un aparte a Jarre—. ¡Es lo que estábamos esperando! Los interrogaremos y luego los utilizaremos como rehenes...

—No —dijo Lof, tras reflexionar.

—No, ¿qué? —inquirió Limbeck, irritado.

—No, Seoría.

—Quiero decir, ¿qué significa ese no?

Lof meditó la respuesta.

—Que la nave no se ha estrellado, que no es una nave welfa y que no vi a nadie a bordo.

— ¿Cómo sabes que no es una nave wel... elfa? ¡Claro que ha de serlo! ¿Qué otra clase de nave podría ser?

—Eso, no lo sé. Pero te aseguro que reconocería inmediatamente una nave welfa —declaró Lof—. Una vez estuve a bordo de una de ellas.

—

Al decir esto, dirigió la mirada a Jarre con la esperanza de haberla impresionado. Jarre era la principal razón de que a Lof no le gustara Limbeck.

—Por lo menos, estuve cerca de una, la vez que atacamos la nave en los Levarriba. La de ahora no tiene alas, para empezar. Y no ha caído de los cielos, como hacen las welfas. Ésta bajó flotando suavemente, como si lo hiciera a propósito. Y, además —añadió con la vista aún fija en Jarre, pues había reservado lo mejor para el final—, está completamente cubierta de dibujos.

—Dibujos... —Jarre miró con inquietud a Limbeck, cuyos ojos mostraban un brillo intenso y firme tras las gafas—. ¿Estás seguro, Lof? En el Exterior está oscuro y seguramente caía una tormenta...

—Claro que estoy seguro. —Lof no estaba dispuesto a renunciar a su momento de gloria—. Estaba junto a los Soplarresopla de vigilancia, cuando de pronto vi esa nave que parecía..., parecía..., bueno, se parecía a él. —Lof señaló a su exaltado líder—. Grueso y orondo en el medio y prácticamente plano en los extremos.

Por fortuna, Limbeck se había quitado las gafas y estaba limpiándolas con aire pensativo, por lo que no advirtió el gesto de Lof.

—En fin —continuó éste, dándose importancia al advertir que todos, incluido el supervisor jefe, estaban pendientes de sus palabras—, la nave apareció de entre las nubes y descendió hasta posarse allí. Y está completamente cubierta de dibujos. Los vi a la luz de los relámpagos.

— ¿Y no observaste que estuviera dañada? —preguntó Limbeck, con los anteojos de nuevo en su sitio.

—No tenía ni un rasguño. No sufrió el menor daño ni siquiera cuando le cayó encima un granizo de tu tamaño, Seoría. Ni siquiera cuando el viento levantó por los aires piezas de la Tumpa-chumpa. La nave se quedó allí, tan campante.

—Quizás esté muerta —murmuró Jarre, tratando de no parecer demasiado esperanzada.

—No. Vi una luz y a alguien moviéndose en el interior. No está muerta.

—No, claro que no —dijo Limbeck—. Es Haplo. Tiene que ser él. Una nave con dibujos, como la que encontré en Terrel Fen. ¡Haplo ha vuelto!

Jarre se aproximó a Lof, lo agarró por la barba, lo olfateó y arrugó la nariz.

—Lo que pensaba: ha metido la cabeza en el barril de la cerveza. No le hagas caso, Limbeck.

Tras dar al asombrado Lof un empujón que lo mandó rodando hacia atrás hasta sus compañeros, Jarre agarró a Limbeck por el brazo e intentó forzarlo a dar la vuelta para arrastrarlo al interior del refugio.

Pero Limbeck, como todos los enanos, era difícil de mover una vez que se plantaba con firmeza en el suelo (Jarre había pillado desprevenido a Lof). El enano se desasíó de Jarre, apartándole el brazo como si fuera una mota de polvo.

— ¿Sabes si avistó la nave algún elfo, Lof? —Inquirió a continuación—.

¿Sabes si alguno de ellos hizo algún intento de ponerse en contacto con ella o de ver quién viajaba dentro?

Limbeck tuvo que repetir las preguntas varias veces. El perplejo Lof, a quien sus compañeros habían ayudado a incorporarse, miraba a Jarre con dolido desconcierto.

— ¿Pero qué he hecho yo? —exclamó.

—Limbeck, por favor... —suplicó Jarre, dando un nuevo tirón de la manga al enano.

—

—Déjame solo, querida —respondió él, mirándola a través de las brillantes gafas. Su tono era severo, áspero incluso. Jarre bajó la mano poco a poco.

—Ha sido Haplo quien te ha hecho esto —murmuró en voz baja—. Ha sido él quien nos ha hecho esto a todos.

—Sí, le debemos mucho, en efecto. —Limbeck apartó la vista de ella—.

Vamos, Lof. ¿Viste rondar por allí a algún elfo? De ser así, Haplo podría estar en peligro.

—Nada de welfos, Seoría. —Lof meneó la cabeza—. No he visto a ningún welfo desde que la máquina dejó de funcionar. Yo... ¡ay!

Jarre le acababa de dar un puntapié en la espinilla.

— ¿Por qué narices has tenido que hacer esto? —rugió Lof.

Jarre no respondió y desfiló delante de él y del resto de los enanos sin dedicarles una sola mirada. Regresó a la SALA DE CALDERAS, se volvió en redondo y señaló a Limbeck con dedo tembloroso.

— ¡Haplo será la ruina de todos nosotros! ¡Ya lo verás!

Y cerró de un portazo.

Los enanos se quedaron absolutamente inmóviles, sin osar moverse. Jarre se había llevado la antorcha.

Limbeck frunció el entrecejo, se encogió de hombros y continuó la conversación donde había sido interrumpido con tal violencia.

—Haplo podría estar en peligro. No queríamos que lo capturasen.

— ¿Alguien tiene una luz? —se aventuró a preguntar uno de los compañeros de Lof.

Limbeck no le prestó atención, considerando que la pregunta carecía de importancia, y añadió:

—Tenemos que ir a rescatarlo.

— ¿Salir al Exterior? —Los demás enanos lo miraron, estupefactos.

—Yo he estado allí —les recordó Limbeck sucintamente.

—Bien. Entonces, ve otra vez y tráelo. Nosotros montaremos guardia —propuso Lof.

—No. Sin luz, no lo haremos —murmuró otro.

Limbeck miró con enfado a sus camaradas, pero la irritación era bastante ineficaz cuando nadie podía verla.

Lof, que al parecer había estado pensando en el asunto, alzó la voz:

— ¿No es ese Haplo el dios que...?

—No existen dioses —lo cortó Limbeck.

—Está bien, Seoría... Entonces —no había modo de detener a Lof—, ¿es ese Haplo que se enfrentó al mago de quien siempre andas hablando?

—Sinistrad. Sí, es ese Haplo. Ahora veréis...

— ¡Entonces, no necesitará que nadie lo rescate! —sentenció Lof, triunfal—.

¡Seguro que puede rescatarse solo!

—Cualquiera que pueda enfrentarse a un mago puede hacerlo a los elfos —
dijo otro, con la firme convicción de quien no ha visto nunca a un elfo de cerca—.
No son tan duros.

Limbeck contuvo el impulso de lanzarse al cuello de sus Compañeros de
Armas en la Lucha por Acabar con la Tiranía. Se quitó las gafas y las limpió con
un gran paño blanco. Estaba muy orgulloso de sus gafas nuevas, que le permitían
ver con una sorprendente nitidez. Por desgracia, los cristales eran tan gruesos que
se le deslizaban por la nariz a menos que los sostuviera con unas varillas de

—
alambre resistentes sujetas en torno a las orejas. Las varillas le presionaban
dolorosamente, las gruesas lentes le provocaban dolores en el globo ocular y la
montura de la nariz se le incrustaba en la carne, pero veía estupendamente.
Sin embargo, en ocasiones como aquélla, Limbeck se preguntaba por qué se
molestaba. Por alguna razón, la revolución, como una centella rodante fuera de
control, se había salido del camino marcado y había descarrilado. Limbeck había
tratado de encauzarla otra vez, de devolverla a la línea trazada, pero había sido en
vano. Ahora, por fin, veía un destello de esperanza. Después de todo, no había
descarrilado. Sencillamente, había entrado en una vía muerta. Y lo que al principio
había considerado un desastre terrible, la detención de la Tumpa-chumpa, podía
servir finalmente para poner de nuevo en marcha la revuelta. Se colocó de nuevo
las gafas y empezó a decir:

—La razón de que no tengamos luz es que...

— ¿Que Jarre se ha llevado la antorcha? —apuntó Lof, solícito.

— ¡No! —Limbeck tomó aire profundamente y cerró los puños para evitar que
sus manos saltaran al cuello de su interlocutor—. ¡Que los elfos han detenido la
Tumpa-chumpa!

Hubo un silencio. Después, la voz de Lof inquirió, dubitativa:

— ¿Estás seguro?

— ¿Qué otra explicación puede haber? Los elfos la han detenido. Proyectan
matarnos de hambre y de frío; tal vez utilizar su magia para invadirnos al amparo
de la oscuridad y matarnos a todos. ¿Qué vamos a hacer, quedarnos aquí
sentados, esperando, o plantarles cara y luchar?

— ¡Luchar! —gritaron los enanos, y su cólera tronó a través de la oscuridad
como las tormentas que barrían la superficie de Drevlin.

—Para eso necesitamos a Haplo. ¿Estáis conmigo?

— ¡Sí, Seoría! —exclamaron los compañeros de armas.

Pero su entusiasmo se mitigó bastante cuando dos de ellos emprendieron la
marcha y se dieron de bruces contra una pared.

— ¿Cómo vamos a luchar, si no podemos ver? —refunfuñó Lof.

—*Podemos* ver —replicó Limbeck, impertérrito—. Haplo me contó que, mucho
tiempo atrás, unos enanos como nosotros pasaban toda su vida bajo tierra, en
lugares oscuros. Y así aprendieron a ver en la oscuridad. Hasta ahora hemos
dependido de la luz pero, ya que nos hemos quedado sin ella, tendremos que hacer
como nuestros antepasados y aprender a ver, a luchar y a vivir en la oscuridad.
Los gags no podrían arreglárselas. Los gags no podrían hacerlo. Pero los enanos sí
podemos. Ahora, todo el mundo adelante —añadió tras un profundo suspiro—.

¡Seguidme!

Dio un paso, y luego otro, y otro. No tropezó con nada. ¡Y se dio cuenta de

que, en efecto!, *¡veía!* No muy claro, es cierto; no podría haber leído uno de sus discursos, por ejemplo. Pero parecía como si las paredes hubieran absorbido una parte de la luz que había estado brillando sobre los enanos desde hacía tanto tiempo como podían recordar y ahora, como acto de gratitud, les devolvieran un poco de esa luz. Limbeck alcanzaba a distinguir un leve resplandor en las paredes, el suelo y el techo. Distinguió el hueco por el que ascendía la escalera y los peldaños de ésta, en un juego de sombras y de leves luces fantasmales. Detrás de él, escuchó las exclamaciones de asombro reverente de los demás enanos y supo que no estaba solo. Ellos también veían. A Limbeck se le llenó el pecho de orgullo por su pueblo.

—

—Ahora, las cosas cambiarán —murmuró para sí mientras emprendía la ascensión de los peldaños, seguido de cerca por el paso firme de los demás. La revolución volvía a estar en marcha y, aunque no fuera a paso acelerado, precisamente, al menos avanzaba de nuevo.

Casi debía agradecerse a los elfos.

Jarre se enjugó unas lágrimas y permaneció tras la puerta, apoyada de espaldas contra ella, esperando a que Limbeck llamara con los nudillos y pidiera mansamente la antorcha. Entonces se la daría, decidió, y la acompañaría de unas palabritas. Prestó atención a las voces y escuchó una que recordaba la de Limbeck, enfrascado en un discurso. Exhaló un impetuoso suspiro y golpeó el suelo con un taconeo nervioso.

La antorcha casi se había consumido. Jarre agarró otro pliego de discursos y le aplicó la llama. « ¡Luchar! », oyó exclamar en un sonoro rugido; después, notó un golpe contra la pared. Jarre soltó una carcajada, pero había en ella un tono amargo. Posó la mano en el picaporte.

Y entonces captó el insólito sonido de unos pasos firmes y acompasados, las poderosas vibraciones de muchos pares de rancias botas enanas avanzando por el pasadizo.

— ¡Dejemos que se den un par de coscorriones en esas cabezotas! — murmuró—. Ya volverán.

Pero sólo volvió el silencio.

Jarre entreabrió la puerta y se asomó.

El pasadizo estaba vacío.

— ¿Limbeck? —Gritó, abriendo de par en par—. ¿Lof? ¿Hay alguien ahí?

No tuvo respuesta. A lo lejos, le llegó el sonido de unas botas que ascendían los peldaños con paso firme. Fragmentos de discurso de Limbeck, convertidos en ceniza, se desprendieron de la antorcha y cayeron a los pies de la enana.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

Haplo había utilizado a menudo al perro para escuchar las conversaciones de otros, escuchando sus voces a través de los oídos del animal. En cambio, no se le había ocurrido nunca escuchar las conversaciones que alguien pudiera mantener con el perro. Éste había recibido la orden de vigilar al muchacho y alertar a Haplo

de cualquier fechoría que intentara cometer, como intentar abrir la escotilla. Aparte de eso, a Haplo no le importaba lo que Bane dijera o pensara. Aunque tuvo que reconocer que lo había inquietado la pregunta del muchacho, presuntamente inocente, respecto a su obediencia al Señor del Nexo. En otro tiempo, Haplo lo sabía muy bien, habría respondido a aquella pregunta al instante, sin reservas y con toda rotundidad.

Ahora, no. Ya no.

De nada le valía decirse que, en realidad, no había llegado en ningún momento a la desobediencia. La verdadera lealtad está en el corazón, además de en la mente. Y, en su corazón, Haplo se había rebelado. Las evasivas y las medias verdades no eran tan malas como las negativas rotundas y las mentiras, pero tampoco eran tan buenas como la sincera franqueza. Ya hacía mucho tiempo, desde su estancia en Abarrach, que Haplo no era sincero y franco con su señor. Y ser consciente de ello lo había hecho sentirse culpable, incómodo, durante gran parte de ese tiempo.

—Pero ahora —se dijo Haplo por lo bajo, contemplando por la claraboya la tormenta que arremetía por momentos—, ahora empiezo a dudar de si mi señor ha sido sincero conmigo.

La tormenta descargó sobre la nave, que se agitó entre las amarras bajo el viento enfurecido pero resistió sin problemas, segura. El centelleo constante de los relámpagos en el fragor de la tormenta iluminaba el paisaje con más intensidad que el sol durante los períodos de calma. Haplo apartó de la cabeza las dudas sobre su señor. Aquello no era problema suyo; al menos, no en aquellos momentos. Lo importante ahora era la Tumpa-chumpa. Instalado tras la claraboya, estudió lo que alcanzaba a ver de la gran máquina.

Bane y el perro se presentaron en el puente. El perro olía a salchichas. Bane estaba visiblemente aburrido y malhumorado. Haplo no les prestó atención. Ahora estaba seguro de que la memoria no le jugaba una mala pasada. Decididamente, había algo que no andaba bien...

—¿Qué miras? —Preguntó Bane con un bostezo, dejándose caer en un banco—. Ahí fuera no hay nada más que...

Un rayo alcanzó el suelo cerca de la nave y levantó fragmentos de roca por los aires. Un trueno sobrecogedor reventó a su alrededor. El perro se aplastó contra el suelo, y Haplo se apartó instintivamente del mirador, aunque volvió a él al cabo de

—

un instante y clavó la vista en el exterior. Bane bajó la cabeza y se cubrió con los brazos.

—¡Odio este lugar! —chilló—. Yo... ¿Qué era eso? ¿Lo has visto?

El pequeño se incorporó de un salto y señaló algo.

—¡Las rocas! ¡Se han movido!

—Sí, lo he visto —dijo Haplo, contento de que alguien confirmara lo que había presenciado. Por un instante, se había preguntado si el rayo no le habría afectado la vista.

Cerca de la nave descargó otro. El perro se puso a aullar. Haplo y Bane apretaron la cara contra el cristal y contemplaron la tormenta.

Fuera, varios peñascos de coralita estaban comportándose de la manera más extraordinaria. Parecían haberse separado del suelo y avanzaban por él a gran velocidad, dirigiéndose por el camino más derecho —de eso ya no cabía la menor

duda— hacia la nave.

— ¡Vienen hacia nosotros! —dijo Bane con asombro.

—Enanos —apuntó Haplo. Pero, ¿por qué unos enanos se arriesgarían a salir al Exterior, y sobre todo bajo una tormenta?

Los peñascos empezaron a rodear la nave en busca de una vía de acceso.

Haplo corrió a la escotilla con Bane y el perro pegados a los talones. Tuvo un instante de duda, reacio a romper el sello protector de la magia rúnica. Pero, si las rocas móviles eran realmente enanos, éstos corrían peligro de ser partidos por un rayo en cualquier instante mientras estuvieran expuestos a la tormenta.

El patryn concluyó que los empujaba la desesperación. Y que aquello tenía algo que ver con el cambio en la Tumpa-chumpa. Colocó la mano sobre un signo mágico trazado en el centro de la escotilla y lo dibujó a la inversa. De inmediato, su luminoso fulgor azul empezó a perder intensidad y a desvanecerse. Otros signos en contacto con el primero comenzaron a oscurecerse a su vez. Haplo esperó a que todas las runas de la escotilla estuvieran prácticamente apagadas y, tras recorrer el pestillo, abrió la compuerta de par en par.

Una ráfaga de viento estuvo a punto de derribarlo. La lluvia lo empapó al instante.

— ¡Volved atrás! —gritó, alzando un brazo para proteger el rostro del diluvio de pedrisco.

Bane ya se había retirado de la abertura y, al retroceder, estuvo a punto de caer sobre el perro. Los dos se acurrucaron a prudente distancia de la escotilla abierta.

Haplo se sujetó con fuerza y asomó la cabeza bajo la tormenta.

— ¡Deprisa! —exclamó, aunque dudaba que alguien pudiera oírlo entre el estampido de los truenos. Para llamar la atención, agitó un brazo.

El peñasco que encabezaba la marcha, y que ya completaba la segunda vuelta de inspección en torno a la nave, vio la luz azul que surgía de la escotilla abierta y se encaminó hacia ella directamente. Los otros dos peñascos, al ver a su líder, se deslizaron detrás de él. El que abría la marcha golpeó el costado de la nave, giró sin control unos instantes y, al fin, se impulsó hacia arriba.

El rostro de Limbeck con gafas, jadeante y sonrojado, asomó ante la claraboya.

La nave había sido construida para navegar por las aguas y no por los aires y, debido a ello, la escotilla se encontraba a una buena distancia del suelo. Haplo

—

había añadido al casco una escala de cuerda para su propia comodidad y la desenrolló para que Limbeck la utilizara.

El enano, casi aplastado contra el casco por el viento, empezó a subir con esfuerzo mientras dirigía miradas preocupadas a los otros dos bultos, que se habían pegado al costado de la nave. Uno de los enanos consiguió desembarazarse de su concha protectora pero el otro daba muestras de tener dificultades para lograrlo. Un lamento lastimero se alzó sobre el rugido del viento y sobre el retumbar del trueno.

Limbeck, con aire de extrema irritación, masculló una exclamación de impaciencia y empezó a desandar sus pasos, descendiendo lenta y cautelosamente al rescate de su compañero de armas.

Haplo echó una rápida mirada a su alrededor. El resplandor azul se estaba

haciendo más débil a cada instante.

— ¡Sube aquí! —Gritó a Limbeck—. ¡Yo me ocuparé de eso!

Limbeck no alcanzó a oír las palabras, pero captó el sentido y reinició la ascensión. Haplo saltó al suelo con un ágil salto. Los signos de su piel refulgían, rojos y azules, protegiéndolo de las cortantes piedras de granizo y —esperaba fervientemente—también de los rayos.

Medio cegado por la lluvia que le azotaba el rostro, estudió el artefacto en el que se había quedado atrapado el enano. El tercero de ellos había introducido las manos debajo del artillugio y, a juzgar por los resoplidos y jadeos, era evidente que intentaba levantarlo. Haplo sumó sus fuerzas —potenciadas por la magia— a las del enano. Cogió el falso peñasco y lo alzó del suelo con tal ímpetu que el enano perdió el apoyo y cayó de bruces en un charco.

Haplo incorporó al geg de un tirón para evitar que se ahogara y agarró el enano atrapado, que miraba a su alrededor con desconcierto, perplejo ante su inesperado rescate. Haplo los condujo a ambas escaleras arriba, entre maldiciones por la lentitud de aquellos enanos de piernas rechonchas. Por fortuna, un rayo que cayó alarmantemente cerca los impulsó a todos a darse más prisa. Envueltos en el fragor de los truenos, ascendieron la escala a toda velocidad y se zambulleron de cabeza por la escotilla de la nave.

Haplo, en la retaguardia del grupito, cerró la compuerta y la selló, volviendo a trazar rápidamente los signos mágicos. El resplandor azul empezó a cobrar intensidad, y el patryn respiró más tranquilo.

Bane, más previsor de lo que Haplo habría esperado de él, se presentó con unas mantas, que distribuyó entre los empapados enanos. Ninguno de éstos, jadeantes a causa del esfuerzo, el miedo y el asombro de ver el resplandor azul de la piel de Haplo, fue capaz de articular palabra. Se escurrieron el agua de las barbas, recobraron el aliento con profundas inspiraciones y contemplaron al patryn con considerable perplejidad. Haplo se secó la cara y rechazó con un gesto la manta que le ofreció Bane.

—Me alegro de volver a verte, Limbeck —dijo Haplo con una sonrisa serena y amistosa. El calor de los signos mágicos hacía que el agua de la lluvia se evaporara rápidamente de su piel.

—Haplo... —murmuró Limbeck con voz algo vacilante. Tenía las gafas cubiertas de agua. Se las quitó y se dispuso a secarlas con su pañuelo blanco, pero lo que sacó del bolsillo fue un retal de tela empapada. El enano contempló el pañuelo chorreante con frustración.

—Toma —ofreció Bane, solícito, tendiéndole el faldón de su camisa, que sacó de debajo de sus calzones de cuero.

Limbeck aceptó su colaboración y se limpió cuidadosamente las gafas con la camisa de Bane. Cuando se las puso de nuevo, observó largo rato al muchacho, se volvió hacia Haplo y, de nuevo, miró al chiquillo.

Era extraño, pero Haplo habría jurado que Limbeck los veía a ambos por primera vez.

—Haplo —saludó el enano con voz solemne. Miró de nuevo a Bane y titubeó, sin saber cómo dirigirse a aquel muchacho que, al principio, le había sido presentado como un dios, luego como un príncipe humano y, por fin, como el hijo de un hechicero humano tremendamente poderoso.

—Recordarás a Bane... —dijo el patryn con soltura—. Príncipe real y heredero del trono de las islas Volkaran.

Limbeck asintió con una expresión de extrema astucia y viveza en los ojos. La gran máquina de Drevlin quizás hubiera dejado de funcionar, pero en la cabeza del enano seguían en acción todos los engranajes. Sus pensamientos se reflejaban con tanta claridad en su rostro que Haplo podría haberlos proclamado en voz alta.

«¿De modo que ésta es la historia, no?», y «¿Cómo me afectará esto?».

Haplo, recordando al enano impreciso, idealista y nada práctico que había dejado allí, se sorprendió ante el cambio experimentado por Limbeck y se preguntó qué significaría. Aquello no lo complacía especialmente. Cualquier clase de cambio, incluso para mejor, era una incomodidad. Desde aquellos primeros momentos del reencuentro, se dio cuenta de que iba a tener que tratar con un Limbeck completamente nuevo y diferente.

—Alteza... —saludó el enano, el cual, a juzgar por la sonrisa taimada de sus labios, había llegado a la conclusión de que la situación podía resultarle conveniente.

—Limbeck es supervisor jefe, Alteza —apuntó Haplo, esperando que Bane captara la indirecta y tratara al enano con el respeto que éste merecía.

—Supervisor jefe Limbeck... —respondió Bane en el tono de fría cortesía utilizado por un gobernante real para dirigirse a su igual—. Me complace verte de nuevo. ¿Y quiénes son esos otros gegas que te acompañan?

— ¡Gegas, no! —Replicó Limbeck con severidad, y su expresión se hizo sombría—. ¡«Geg» es una palabra esclava, un insulto, un desprecio!

Sorprendido ante la vehemencia del enano, Bane se volvió rápidamente a Haplo para que le explicara a qué venía aquello. El patryn también se quedó desconcertado pero enseguida creyó entender qué sucedía, al recordar algunas de sus conversaciones con Limbeck en el pasado. De hecho, incluso era posible que Haplo fuera responsable de ello, en parte.

—Tienes que entender, Alteza, que Limbeck y su pueblo son enanos. Éste es el término antiguo y adecuado para referirse a su raza, igual que tú y tu pueblo sois conocidos como «humanos». El término «gegs»...

—... nos fue puesto por los elfos —terminó la frase Limbeck, al tiempo que volvía a quitarse las gafas, que empezaban a empañarse debido a la humedad que ascendía de su barba—. Perdón, Alteza, me permitirías otra vez... ¡Aja, gracias! Limpió de nuevo los cristales con el faldón de la camisa que le ofrecía Bane.

—Lamento haberte hablado así, Alteza —añadió luego con frialdad, mientras se ajustaba otra vez las gafas en torno a las orejas y observaba a Bane a través de

ellas—. Naturalmente, no tenías manera de saber que, ahora, esa palabra se ha convertido en un insulto intolerable para nosotros, los enanos. ¿No es verdad? Miró a sus camaradas de armas en busca de apoyo, pero Lof seguía con la vista fija en Haplo, cuyos tatuajes mágicos aún no habían perdido por completo su fulgor. El otro enano estaba pendiente del perro, con evidente inquietud.

— ¡Lof! —Exclamó Limbeck—. ¿Has oído lo que acabo de decir?

Lof dio un respingo, puso una expresión absolutamente contrita y dio un codazo a su compañero. La voz de su líder resonó, severa:

—Estaba diciendo que el término «geg» es un insulto para nosotros.

De inmediato, los otros dos enanos intentaron aparentar que se sentían

mortalmente ofendidos y profundamente dolidos, aunque era evidente que no tenían la más ligera idea de qué estaba sucediendo.

Limbeck frunció el entrecejo e hizo ademán de decir algo pero, al fin, guardó silencio con un suspiro.

— ¿Puedo hablar contigo... a solas? —preguntó de pronto a Haplo.

—Claro —respondió el patryn, encogiéndose de hombros.

Bane se sonrojó y abrió la boca, pero Haplo lo hizo callar con una mirada.

Limbeck miró al muchacho.

—Tú eres el que dibujó un diagrama de la Tumpa-chumpa. El que descubrió cómo funcionaba, ¿no es verdad, príncipe Bane?

—Sí, fui yo —reconoció Bane con la debida modestia.

Limbeck se quitó las gafas y buscó el pañuelo inconscientemente. Al sacarlo, descubrió la tela empapada. Volvió a colgarse las gafas de la nariz.

—Entonces, tú también puedes venir. —Se volvió a sus compañeros de armas e impartió unas órdenes—. Vosotros, quedaos aquí y montad guardia. Avisadme cuando la tormenta empiece a amainar.

Los dos enanos asintieron con gesto solemne y se apostaron ante la claraboya.

—Lo que me preocupa son los elfos —explicó Limbeck a Haplo mientras se encaminaban hacia la parte delantera de la nave, donde Haplo tenía sus aposentos—. Verán tu nave y vendrán a investigar. Tendremos que regresar a los túneles antes de que cese la tormenta.

— ¿Elfos? —repitió Haplo, desconcertado—. ¿Aquí abajo, en Drevlin?

—Sí —dijo Limbeck—. Es uno de los asuntos que debo contarte.

Ya en el camarote de Haplo, el enano se instaló en una banqueta, que una vez había pertenecido a los enanos de Chelestra. Haplo estuvo a punto de hacer un comentario al respecto, pero se contuvo. Limbeck no tenía ningún interés por los enanos de otros mundos. Demasiados problemas tenía sólo en éste, al parecer.

—Cuando fui nombrado supervisor jefe, mi primera orden fue cerrar los elevadores. Los elfos vinieron a buscar su suministro de agua... y no lo encontraron. Entonces, decidieron luchar; imaginaron que nos asustarían con su brillante acero y con su magia.

» ¡Huid, gegs!», nos gritaban. « ¡Huid, antes de que os aplastemos como los insectos que sois!» Pero con ello sólo consiguieron hacerme el juego —explicó Limbeck mientras se quitaba las gafas y las hacía girar por la patilla—. Muy pocos enanos estaban de acuerdo conmigo en que debíamos luchar. Los ofinistas, sobre todo, no querían que las cosas cambiaran e insistían en que siguiéramos llevando la misma vida de siempre.

—*El agua es un bien extraordinariamente valioso en el Reino Medio, debido a su escasez. Tanto los humanos como los elfos basan sus sistemas monetarios en el agua. En tierras humanas, un barl equivale a un barril de agua y puede cambiarse por uno de ellos en la tesorería real o en cualquiera de las cisternas reales repartidas a lo largo y ancho de las islas Volitaran y Uylandinas.*

Pero, cuando oyeron que los elfos nos llamaban insectos y hablaban como si realmente no tuviéramos más inteligencia ni más sentimientos que esos bichos, hasta el barbicano más amante de la paz estuvo de acuerdo en darles un buen tirón de sus puntiagudas orejas a esos elfos.

»Así, rodeamos a los elfos y su nave. Ese día, había allí cientos de enanos,

quizás un millar...

Limbeck fijó la mirada en el vacío con una expresión soñadora y nostálgica y, por primera vez desde que había reencontrado al enano, Haplo percibió en él un asomo del Limbeck idealista de antaño.

—Los elfos se pusieron furiosos de frustración, pero no podían hacer nada.

Los superábamos en número y los obligamos a rendirse. Entonces nos ofrecieron dinero.

»Pero no quisimos su dinero. ¿Para qué nos servía? Y tampoco queríamos ya su basura y sus desperdicios.

— ¿Qué queráis, entonces? —inquirió Haplo, con curiosidad.

—Una ciudad —respondió Limbeck con un brillo de orgullo en los ojos.

Parecía haberse olvidado de las gafas, que colgaban libremente de su mano—. Una ciudad ahí arriba, en el Reino Medio, por encima de la tormenta. Una ciudad donde nuestros hijos puedan sentir el sol en el rostro y ver árboles y jugar en el Exterior. Y naves dragón elfas que nos llevaran allí.

— ¿Y eso le gustaría a tu pueblo? ¿No echaría en falta su... esto? —Haplo indicó con un gesto vago el paisaje iluminado por los relámpagos y los relucientes brazos esqueléticos de la Tumpa-chumpa.

—No tenemos muchas alternativas —explicó el enano—. Aquí abajo somos demasiados. Nuestra población aumenta pero los túneles, no. En una ocasión empecé a estudiar el asunto y descubrí que la Tumpa-chumpa ha estado destruyendo más zonas habitables de las que ha proporcionado. Estamos al borde de la superpoblación. Y ahí arriba, en el Reino Medio, hay zonas montañosas en las que nuestro pueblo podría construir túneles y habitarlos. Con el tiempo, aprenderían a ser felices allí.

El enano suspiró y guardó silencio, con la mirada en un suelo que no alcanzaba a ver sin las gafas.

— ¿Y qué sucedió? ¿Qué dijeron los elfos?

Limbeck se revolvió, inquieto, y alzó la cara.

—Nos mintieron. Supongo que fue culpa mía. Ya sabes cómo era yo, entonces: confiado, ingenuo... —Se colocó una vez más las gafas y miró a Haplo como

desafiándolo a discutir, pero el patryn permaneció callado—. Los elfos nos prometieron acceder a todas nuestras condiciones. Dijeron que volverían con naves acondicionadas para llevar a nuestro pueblo al Reino Medio. Y volvieron, es cierto.

En su voz había un resabio de amargura.

—Con un ejército.

—Sí. Afortunadamente, estábamos sobre aviso. ¿Recuerdas al elfo que te trajo desde el Reino Superior, el capitán Bothar'el?

Haplo asintió.

—

—Se ha unido a los rebeldes elfos que encabeza ese... ¿cómo se llama? Me temo que lo he olvidado. En fin, Bothar'el bajó hasta aquí para avisarnos que los elfos de Tribus habían puesto en acción todas sus fuerzas navales para aplastar nuestra resistencia. No tengo reparos en confesarte, amigo mío, que me sentí abrumado.

» ¿Qué podíamos hacer frente al poder del imperio elfo? —Limbeck descargó con fuerza el puño sobre su propio pecho—. Los enanos no sabíamos nada de

combatir. La primera vez, los habíamos obligado a rendirse por pura superioridad numérica. En esa ocasión, tuvimos mucha suerte de que no nos atacaran pues, de haberlo hecho, la mitad de los enanos habría huido al instante.

»Ningún enano vivo había alzado jamás un arma contra nadie. Parecía que no teníamos la menor oportunidad, que deberíamos rendirnos. Pero Bothar'el dijo que no, que debíamos resistir, y nos enseñó la manera.

Tras las gafas, los ojos de Limbeck brillaron con un súbito destello de astucia, casi de crueldad.

—Por supuesto —continuó su relato—, Bothar'el y ese jefe rebelde tenían sus propias razones para querer que lucháramos. Eso no tardé en deducirlo. De este modo, en lugar de concentrar todas sus fuerzas en los elfos rebeldes, el imperio de Tribus se veía forzado a dividir sus ejércitos y enviar la mitad de ellos aquí, para combatirnos. Tribus daba por descontado que sería una campaña corta y que pronto podrían volver para hacer frente a la revuelta de su propio pueblo y, quizá, también a los humanos. Así que ya ves, amigo mío, que a Bothar'el y a sus rebeldes les convenía ayudarnos a mantener ocupados a los ejércitos de Tribus.

»Cuando llegaron en sus enormes naves dragón, los elfos no nos encontraron por ninguna parte. Se apoderaron de los elevadores, pero eso era inevitable desde el principio. Después, intentaron bajar a los túneles, pero pronto se dieron cuenta de que cometían un error.

»Hasta entonces, a la mayoría de mi pueblo le daba igual que los elfos nos invadieran. Lo único que les importaba de verdad era cuidar de la Tumpa-chumpa y de su familia. ¡De hecho, los ofinistas incluso intentaron hacer las paces con los invasores! Enviaron una delegación a su encuentro. Pero los elfos mataron a los emisarios. A todos. Y, entonces, los demás nos enfurecimos.

Haplo, que había visto combatir a los enanos en otros mundos, podía imaginar muy bien qué había sucedido a continuación. Los enanos estaban estrechísimamente unidos entre ellos. La filosofía de los enanos podía resumirse en un lema: «Lo que le sucede a un enano, les sucede a todos».

—Los elfos que salvaron la vida huyeron —continuó Limbeck con una sonrisa hosca—. Al principio, creí que abandonaban Drevlin definitivamente, pero debería haber sabido que no lo harían. Se hicieron fuertes en torno a los elevadores.

Algunos de los nuestros querían continuar la lucha, pero Bothar'el nos hizo ver que esto era precisamente lo que querían los elfos: que saliéramos a campo abierto, donde estaríamos a merced de los hechiceros de sus naves y de sus armas mágicas. Así pues, dejamos en sus manos los elevadores y el aguar También se han apoderado de nuestra Factría. Pero ya no bajan a los túneles.

—Estoy seguro de ello —apostilló Haplo.

—Y desde entonces les hemos hecho difícil la existencia —continuó Limbeck—. Saboteamos tantas de sus naves dragón que ya no se atreven a posarlas en Drevlin. Tienen que transportarse a través de los elevadores y se ven obligados a mantener un gran ejército aquí abajo para proteger el suministro de agua.

— Los elfos rebeldes conocen una canción mágica que produce entre sus congéneres que la escuchan el efecto de reavivar el recuerdo de unos valores, largo tiempo olvidados, que un día fueron respetados por todos los elfos. Quienes oyen tal canción se dan cuenta de la corrupción que reina en el imperio de Tribus y se sienten impulsados a romper su fidelidad y a adherirse a la rebelión. Por eso, a los rebeldes que son capturados con vida se les arranca la lengua o se los silencia de algún otro modo.

Y tienen que reemplazar a sus soldados con mucha frecuencia, aunque creo que esto último se debe más al Torbellino que a nosotros.

»Los elfos no soportan la tormenta, según nos ha contado Bothar'el. No soportan estar encerrados en un recinto, y el ruido constante y combinado de la tormenta y la Tumpa-chumpa vuelve locos a algunos. Continuamente, tienen que enviar nuevos hombres. Y han traído esclavos (rebeldes elfos capturados, a los que se ha cortado la lengua, o a todos los nuestros que consiguen atrapar) para ocuparse de su parte de la Tumpa-chumpa.

«Nosotros los atacamos en pequeños grupos, los acosamos. Nos hemos convertido en una molestia que los obliga a mantener en Drevlin un gran ejército, en lugar del pequeño destacamento simbólico que habían previsto. Pero ahora... Limbeck frunció el entrecejo y sacudió la cabeza.

—... pero ahora estáis en un callejón sin salida —terminó la frase Haplo—.

Vosotros no podéis recuperar los elevadores y los elfos no pueden sacaros de vuestros túneles. Y ambas partes dependéis de la Tumpa-chumpa, de modo que debéis seguir como estáis.

—Todo eso es verdad —asintió Limbeck, sacándose las gafas para frotarse las marcas rojas de la nariz, donde se apoyaban los anteojos—. Así estaban las cosas, hasta ahora.

—¿Estaban? —inquirió Haplo, sorprendido—. ¿Qué ha cambiado?

—Todo —respondió Limbeck con voz lúgubre—. Los elfos han puesto fuera de funcionamiento la Tumpa-chumpa.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

— ¡Fuera de funcionamiento! —Exclamó Bane—. ¡La máquina entera!

—Ya hace siete ciclos de eso —asintió Limbeck—. Mira ahí fuera y tú mismo lo verás. Está oscuro y en silencio. No se mueve nada. No funciona nada. No tenemos luz, ni calor. —El enano exhaló un suspiro de frustración—. Hasta ahora, no habíamos sabido lo mucho que la Tumpa-chumpa hacía por nosotros. Culpa nuestra, por supuesto, pues a ningún enano se le había ocurrido nunca pensar por qué se ocupaba de nosotros.

»Ahora que las bombas se han detenido, muchos de los túneles más profundos se están llenando de agua. Mi pueblo tenía hogares en ellos y muchos enanos se han visto obligados a marcharse para no morir ahogados. Las viviendas que nos quedan están abarrotadas.

»En Herot teníamos unas cuevas especiales donde cultivábamos nuestra comida. Unas linternas que brillaban como el sol nos proporcionaban luz para las cosechas. Pero, cuando la Tumpa-chumpa dejó de funcionar, las linternas se apagaron y desde entonces estamos a oscuras. Las plantas empiezan a marchitarse y pronto morirán.

»Pero, además de todo eso —continuó Limbeck, frotándose las sienes—, mi pueblo está aterrorizado. Cuando los elfos atacaron, nadie mostró miedo, pero ahora están paralizados de pánico. Es el silencio, ¿sabéis? —Miró en torno a sí con un pestañeo—. No pueden soportar el silencio.

Naturalmente, era más que eso y Limbeck lo sabía, se dijo Haplo. Durante siglos, la vida de los enanos había girado en torno a su gran y amada máquina, a

la que servían con fidelidad, con devoción, sin molestarse nunca en preguntar cornos y porqués. Y, ahora que el corazón del amo había dejado de latir, los siervos no tenían idea de qué hacer de sí mismos.

— ¿A qué te refieres, supervisor jefe, cuando dices que «los elfos han puesto fuera de funcionamiento la Tumpa-chumpa»? ¿Cómo? —preguntó Bane.

— ¡No lo sé! —Limbeck se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Pero ¿estás seguro de que han sido los elfos? —insistió Bane.

—

—Disculpa, príncipe Bane, pero, ¿qué importa eso? —inquirió el enano con acritud.

—Podría tener importancia, y mucha —explicó Bane—. Si los elfos han puesto fuera de funcionamiento la Tumpa-chumpa, podría ser que hubieran descubierto cómo ponerla en marcha...

A Limbeck se le ensombreció la expresión. Se llevó las manos a las gafas y terminó con éstas colgadas de una sola oreja en un ángulo inverosímil.

— ¡Eso significaría que controlarían nuestras vidas! ¡Es intolerable! ¡Tenemos que luchar!

Mientras el enano hablaba, Bane observaba a Haplo por el rabillo de sus azules ojos, con una leve sonrisa en los labios suavemente curvados. El muchacho estaba complacido consigo mismo; sabía que le llevaba un paso de ventaja al patryn en la partida que jugaban, fuera la que fuese.

—Ten calma —pidió Haplo al enano—. Pensemos en esto un momento.

Si Bane tenía razón en lo que decía, y Haplo se vio obligado a reconocer que la sugerencia parecía sensata, era muy probable que los elfos hubieran aprendido a hacer funcionar la Tumpa-chumpa, algo que nadie había conseguido hacer desde que los sartán habían abandonado misteriosamente su gran máquina, tantos siglos atrás. Y, si los elfos sabían ponerla en acción, también sabrían controlarla, controlar sus acciones, el alineamiento de las islas flotantes, el agua y, en definitiva, todo aquel mundo.

«Quien domina la máquina, domina el agua. Y quien domina el agua, gobierna a quienes deben beberla para no perecer.»

Palabras de Xar. El Señor del Nexo esperaba llegar a Ariano como salvador, para imponer el orden en un mundo en caos. No le interesaba presentarse en un mundo forzado a la sumisión por el puño de hierro de los elfos de Tribus, que no cederían su dominio por las buenas.

Haplo reflexionó y comprendió que estaba cometiendo la misma torpeza que Limbeck. Dejaba que lo preocupase algo que podía no tener la menor importancia. Lo primero que debía hacer era averiguar la verdad. Era posible que la condenada máquina se hubiera descompuesto, sencillamente, aunque la Tumpa-chumpa, por lo que le había contado Limbeck en el pasado, era muy capaz de repararse a sí misma y así lo había hecho durante todos aquellos años.

Pero cabía otra posibilidad, se dijo el patryn. Y, si tenía razón y ésa era la verdadera situación, los elfos debían de estar tan desconcertados y preocupados como los enanos ante la inactividad de la Tumpa-chumpa. Se volvió hacia Limbeck.

—He entendido que sólo os desplazáis por el Exterior durante las tormentas y que utilizáis éstas como camuflaje, ¿es así?

Limbeck asintió. Finalmente, consiguió ajustarse las gafas.

—Y ésta no va a durar mucho más —apuntó.

—Tenemos que descubrir la verdad acerca de la máquina. No querrás enviar a tu pueblo a una guerra sangrienta que tal vez sea innecesaria, ¿verdad? Tengo que entrar en la Factría. ¿Puedes ayudarme?

Bane asintió enérgicamente y murmuró:

—Allí debe de estar el control central.

—
. Durante un viaje a través de la Puerta de la Muerte, de regreso a Abarrach, Alfred y Haplo se intercambiaron sus conciencias y vivieron los recuerdos más vividos y dolorosos del otro. Ver El Mar de Fuego, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

—Pero ahora la Factría está vacía. Allí no ha habido nada desde hace mucho tiempo.

—En la Factría, no. Debajo de ella —replicó Haplo—. Cuando los sartán (los dictores, como vosotros los llamáis) vivían en Drevlin, construyeron una red de salas y túneles subterráneos que ocultaron bajo la protección de su magia de modo que nadie pudiera encontrarlas nunca. Los controles de la Tumpa-chumpa no están en ningún lugar de la superficie de Drevlin, ¿verdad? —preguntó, mirando a Bane.

El muchacho sacudió la cabeza.

—No sería lógico que los sartán los dejaran al aire libre —respondió—. Más bien procurarían protegerlos, ponerlos a salvo. Naturalmente, los controles podrían encontrarse en cualquier lugar de Drevlin, pero lo más lógico es pensar que estarán en la Factría, que es donde nació la Tumpa-chumpa..., por decirlo de algún modo. ¿Qué sucede?

Limbeck parecía terriblemente excitado.

— ¡Tienes razón! ¡Existen esos túneles secretos, ahí abajo! ¡Unos túneles protegidos por la magia! Jarre los vio. Ese..., ese otro hombre que estaba con vosotros, el criado de Su Alteza. El que andaba siempre tropezando con sus propios pies...

—Alfred —apuntó Haplo con una ligera sonrisa.

— ¡Sí, Alfred! ¡Él llevó a Jarre ahí abajo! Pero ella —Limbeck recuperó su anterior expresión sombría— dijo que lo único que vio allí fue gente muerta. « ¡De modo que es ahí donde estuve! », se dijo Haplo. Y no lo sedujo especialmente la idea de volver.

—Aquí abajo hay más que eso —dijo, esperando que fuera verdad—. Veréis...

— ¡Survivor! ¡Survivor jefe! —De la parte delantera de la nave les llegaron unos gritos, acompañados de un ladrido—. ¡La tormenta está amainando!

—Tenemos que irnos. —Limbeck se puso en pie—. ¿Queréis venir con nosotros? Aquí, en la nave, no estaréis seguros, una vez que los elfos la vean. Aunque, probablemente, la destruirán. Eso, o sus magos intentarán apoderarse de ella y...

—No te preocupes —lo interrumpió Haplo con una sonrisa—. Yo también tengo poderes mágicos, ¿recuerdas? Nadie se acercará a la nave si no lo permito. Pero iremos contigo. Necesito hablar con Jarre.

Haplo mandó a Bane a recoger sus ropas y, sobre todo, el diagrama de la Tumpa-chumpa que el muchacho había dibujado. Luego se ciñó una espada con inscripciones rúnicas y guardó una daga con parecidos signos mágicos en la caña de la bota.

Se miró las manos y observó los tatuajes azules visibles en su piel. La vez anterior que había visitado Ariano, había ocultado los signos mágicos bajo unas vendas y tampoco había revelado su condición de patryn. En esta ocasión, no era necesario que ocultara su identidad. Ese momento ya había quedado atrás. Se unió a Limbeck y a los dos enanos cerca de la escotilla. La tormenta soplaba con la misma fuerza de siempre, por lo que Haplo pudo calcular, aunque consideró posible que el huracán hubiera menguado un ápice para convertirse en un chaparrón torrencial. Granizos enormes continuaban golpeando el casco de la

nave, y los rayos abrieron tres cráteres en la coralita durante el breve rato en que Haplo permaneció observando. Podía utilizar la magia para transportarse y hacer lo propio con Bane pero, para que funcionaran las posibilidades que regían su magia, tenía que visualizar exactamente adonde quería ir, y el único lugar de Drevlin que recordaba con claridad era la Factría.

De pronto, lo asaltó la ominosa idea de aparecer entre un círculo de llamas azules justo en medio del ejército elfo.

Estudió lo mejor que pudo, a través de la cortina de agua de la claraboya, los artilugios que utilizaban los enanos para viajar a través de la tormenta.

— ¿Qué son esas cosas?

—Carretillas de la Tumpa-chumpa —explicó Limbeck. Se quitó las gafas y esbozó una sonrisa vaga que recordó por fin al Limbeck de antes—. Idea mía. Es probable que no lo recuerdes, pero te llevamos en una cuando estabas herido, esa vez que las zarpas excavadoras los llevaron arriba. Ahora hemos vuelto las carretillas del revés y hemos puesto las ruedas en la parte abierta, en lugar de en el fondo, y las hemos cubierto de coralita. Cabrás en una de ellas, Haplo —añadió en un afán tranquilizador—, aunque estarás bastante justo e incómodo. Yo iré con Lof. Tú puedes ocupar la mía...

—No me preocupa si quepo en ella —lo interrumpió Haplo, ceñudo—. Pensaba en los relámpagos. —Su magia lo protegería, pero no a Bane ni a los enanos—. Si un rayo alcanza ese metal...

— ¡Ah, no debes inquietarte por eso! —Respondió Limbeck, con el pecho henchido de orgullo—. Observa esas varillas metálicas en la parte superior de cada carretilla. Si cae un rayo, la varilla transporta la centella por el costado del vehículo y a través de las ruedas hasta el suelo. Yo las llamo «atraparrayos».

— ¿Funcionan?

—Bueno —concedió Limbeck a regañadientes—, en realidad no se ha comprobado nunca. Pero la teoría parece sólida. Algún día —añadió con tono esperanzado—, nos caerá un rayo encima y entonces lo veremos.

Los demás enanos parecieron sumamente alarmados ante tal perspectiva. Era obvio que no compartían el entusiasmo de Limbeck por la ciencia. Tampoco Haplo lo hacía. Llevaría a Bane en su vehículo y usaría la magia para invocar un hechizo en torno a ambos que los protegería de cualquier daño.

Haplo abrió la escotilla. La lluvia entró con fuerza, el viento aullaba y el trueno hacía vibrar el suelo bajo sus pies. Bane, ahora con la furia desatada de la tormenta a su alrededor, estaba pálido y con los ojos desorbitados. Limbeck y los enanos salieron a toda prisa. Bane se detuvo junto a la escotilla abierta.

—No tengo miedo —dijo, aunque le temblaban los labios—. Mi padre podría detener el rayo.

—Sí, claro. Pero papá no está. Y dudo que ni siquiera Sinistrad pudiera hacer mucho por dominar esta tormenta.

Haplo agarró al muchacho por la cintura, lo levantó a pulso y corrió a la primera carretilla, con el perro trotando a sus talones. Limbeck y sus compañeros de armas ya habían alcanzado las suyas. Los enanos levantaron los artilugios y se escabulleron debajo con notable rapidez. Las carretillas cayeron sobre ellos, ocultándolos por entero y poniéndolos a cubierto de la terrible tormenta.

Los signos mágicos de la piel de Haplo emitieron su resplandor azul y formaron en torno a él un escudo protector que los puso a salvo de la lluvia y el granizo. Allí donde el brazo del patryn u otra parte de su cuerpo entraba en

—

contacto con Bane, éste también quedaba protegido, pero Haplo no podía apretarlo contra sí y, al mismo tiempo, meterlo en el vehículo.

En la oscuridad completa, Haplo manoseó con torpeza la carretilla. Los lados estaban resbaladizos y no lograba introducir los dedos bajo el borde metálico. Un relámpago iluminó el cielo, y una piedra de granizo golpeó en la mejilla a Bane. El pequeño se llevó la mano al corte, pero no gritó. El perro respondió al trueno con unos ladridos, como si fuera una amenaza viva que el animal podía ahuyentar.

Por último Haplo consiguió levantar la carretilla lo suficiente como para introducir en ella a Bane. El perro se deslizó dentro junto al muchacho.

— ¡Quédate quieto! —le ordenó Haplo, y corrió otra vez a la nave.

Los enanos ya avanzaban a campo abierto en sus cascarones, camino de la seguridad. Haplo tomó nota de la dirección que seguían y volvió a sus asuntos. Rápidamente, trazó un signo mágico en el casco exterior de la nave. La runa emitió un destello azul y otras, en cadena, prendieron el fuego mágico. Luces rojas y azules se extendieron en dibujos por el casco. Haplo permaneció bajo la tormenta, observando minuciosamente que la magia hubiera cubierto por completo la nave. Una leve luz azulada irradiaba de ella y Haplo asintió satisfecho, seguro de que nadie —elfo, humano o enano— podía ahora causar daño a la embarcación. Dio media vuelta, corrió a la carretilla y se arrastró a su interior. Bane estaba acurrucado en el centro, con los brazos en torno al perro.

—Largo, desaparece —ordenó Haplo al animal, y éste se desvaneció.

Bane miró a su alrededor, perplejo, y olvidó el miedo.

— ¿Eh, qué ha pasado con el perro? —chilló.

—Silencio —gruñó Haplo. Doblándose por la cintura, encajó la espalda contra la parte superior de la carretilla—. Ponte debajo de mí —dijo a Bane.

El chiquillo se colocó a duras penas bajo los brazos extendidos de Haplo.

—Cuando empiece a gatear, haz lo mismo.

Moviéndose torpemente, con muchos altos y vacilaciones, sin dejar de tropezar a cada instante, avanzaron penosamente. Un agujero abierto en la plancha de la carretilla permitía a Haplo ver por dónde iban, y el camino era mucho más largo de lo que había calculado. La cordita, donde era dura, resultaba resbaladiza debido al agua; en otros lugares, se hundían hasta el codo en el fango y chapoteaban entre los charcos.

La lluvia seguía cayendo y el granizo repiqueteaba sobre la cubierta de la carretilla metálica con un estrépito ensordecedor. Fuera, se oía al perro responder a los truenos con sus ladridos.

— ¡«Atraparrayos»! —murmuró Haplo.

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

— ¡No voy a deciros nada de la estatua! —declaró Jarre—. ¡Sólo causaría más problemas, estoy segura!

Limbeck enrojeció de furia y lanzó una mirada colérica a la enana a través de las gafas. Al instante, abrió la boca para soltar algún impropio contra Jarre; un impropio que no sólo habría puesto fin a sus relaciones sino que le habría deparado la rotura de las gafas, probablemente. Haplo se apresuró a dar un pisotón al enano, disimuladamente. Limbeck comprendió la indicación y guardó silencio a duras penas.

Se encontraban de nuevo en la SALA DE CALDERAS, la vivienda de Limbeck, iluminada ahora por lo que Jarre llamaba un «guingué». Harta de quemar discursos de Limbeck y harta también de oír que podía ver en la oscuridad si se concentraba en ello, Jarre había salido a dar una vuelta y le había quitado de las manos el guingué a un compañero de armas, diciendo que lo necesitaba el supervisor jefe. El compañero de armas, según resultó, no sentía mucho aprecio por el supervisor jefe, pero Jarre era muy corpulenta y perfectamente capaz de subrayar con los músculos su influencia política.

Así pues, se quedó con el guingué, un desecho de los elfos, reliquia de los días en que éstos pagaban el agua a los enanos con sus desperdicios. El guingué, colgado de un gancho, resultaba bastante útil cuando una se acostumbraba a la llama humeante, al olor y a la grieta de uno de los lados, por la que rezumaba hasta el suelo una sustancia obviamente muy inflamable.

Jarre lanzó una mirada de desafío al grupo. La luz del guingué endureció aún más su expresión ceñuda y terca. Haplo pensó que la cólera de la enana era un disfraz que enmascaraba su afectuosa preocupación, tanto por su pueblo como por Limbeck. Aunque no necesariamente por este orden.

Bane llamó la atención del patryn arqueando una ceja.

Yo puedo manejarla, se ofreció el muchacho. *Si me das permiso.*

Haplo respondió con un encogimiento de hombros. No podía hacer ningún mal. Además de una insólita intuición, Bane poseía clarividencia. A veces podía ver los pensamientos más íntimos de otra gente..., es decir, de otros mensch. El muchacho no tenía manera de penetrar en la mente de Haplo.

Bane se deslizó junto a Jarre y tomó las manos de la enana entre las suyas.

—Puedo ver las criptas de cristal, Jarre. Puedo verlas y no te culpo por tener miedo de volver allí. Realmente, es muy triste. Pero Jarre, querida Jarre, es preciso que nos digas cómo entrar en los túneles. ¿Acaso no quieres descubrir si los elfos han dejado fuera de servicio la Tumpa-chumpa...? —insistió en tono halagador.

— ¿Y qué harás, si es así? —inquirió Jarre, retirando las manos—. ¿Y cómo sabes lo que vi? Estás imaginándolo todo. Eso, o Limbeck te lo ha contado.

—No, te aseguro que no —gimoteó Bane, dolido en su orgullo.

— ¿Ves lo que has hecho ahora? —intervino Limbeck, pasando el brazo en torno a los hombros del muchacho para consolarlo.

Jarre se sonrojó de vergüenza.

—Lo siento —murmuró, retorciendo entre sus rechonchos dedos la falda de su vestido—. No quería chillarte. Pero insisto: ¿qué vais a hacer? —Levantó la cabeza y miró a Haplo con los ojos nublados por las lágrimas—. ¡No podemos luchar contra los elfos! ¡Muchísimos de nosotros moriríamos, lo sabéis muy bien! ¡Sabéis lo que sucedería! ¡Tenemos que rendirnos, decirles que cometimos un error, que nos equivocamos! ¡Así, tal vez se marcharán y nos dejarán en paz y todo volverá a ser como antes!

Hundió el rostro entre las manos. El perro se acercó a ella y le ofreció su silenciosa comprensión.

Limbeck se hinchó hasta que Haplo creyó que el enano iba a estallar. Al tiempo que le dirigía un gesto de advertencia con el índice extendido hacia arriba, el patryn habló con voz serena y firme.

—Ya es demasiado tarde para eso, Jarre. Nada puede volver a ser como antes. Los elfos no se marcharán. Ahora que tienen el control del suministro de agua de Ariano, no lo entregarán. Y, tarde o temprano, se cansarán de vuestros hostigamientos y vuestra táctica de guerrillas. Enviarán un gran ejército y esclavizarán a vuestro pueblo o lo barrerán de Drevlin. Es demasiado tarde, Jarre. Habéis ido demasiado lejos.

—Lo sé. —Jarre se enjugó las lágrimas con la punta de la falda y suspiró—.

Pero para mí es evidente que los elfos se han apoderado de la máquina. Y no sé qué crees que puedes hacer tú —añadió en tono sombrío, sin esperanza.

—Ahora no te lo puedo explicar —dijo Haplo—, pero existe la posibilidad de que no hayan sido los elfos quienes han dejado fuera de servicio la Tumpachumpa. Y tal vez están más preocupados que vosotros, incluso, ante lo sucedido.

Y, si es así y Su Alteza puede ponerla en funcionamiento otra vez, será el momento de coger a los elfos y decirles que ya pueden ir saltando de cabeza al Torbellino.

—¿Quieres decir que podemos recuperar el control de los Levarriba? —preguntó Jarre, no muy convencida.

—No sólo los Levarriba —intervino Bane con una sonrisa de oreja a oreja—.

¡De todo Ariano! ¡De todo el mundo! ¡Todas sus gentes, elfas y humanas, bajo vuestro mando!

Jarre puso una expresión más alarmada que complacida ante tal perspectiva e incluso Limbeck pareció un tanto desconcertado.

—En realidad, no queremos tenerlos bajo nuestro mando —empezó a decir; luego hizo una pausa, meditando la cuestión—. ¿O sí?

—Claro que no —sentenció Jarre, enérgica—. ¿Qué haríamos con un montón de humanos y de elfos en nuestras manos, siempre peleándose, siempre insatisfechos?

—Pero, querida...

—

Limbeck parecía dispuesto a discutir y Haplo se apresuró a cortarlo.

—Perdonad, pero aún estamos muy lejos de todo eso; no es preciso que nos preocupemos de ello, de momento.

Por no mencionar el hecho, añadió el patryn en silencio, de que Bane estaba mintiendo por aquella boquita de dientes blancos como perlas. Sería el Señor del Nexo quien gobernaría Ariano. ¡Pues claro que su señor dominaría aquel mundo! No se trataba de eso, sino de que a Haplo le desagradaba engañar a los enanos,

impulsarlos a arriesgarse con falsas esperanzas, con falsas promesas.

—Hay otro aspecto que no habéis tomado en cuenta. Si no han sido los elfos quienes han detenido el funcionamiento de la Tumpa-chumpa, probablemente pensarán que es cosa vuestra. Lo cual significa que estarán aún más preocupados por vosotros de lo que vosotros lo estáis por ellos. Al fin y al cabo, con la máquina inactiva, se han quedado sin agua para su pueblo.

— ¡Tal vez están preparando un ataque ahora mismo! —murmuró Limbeck, abatido. Haplo asintió.

— ¿De veras crees que los elfos tal vez no se han hecho con el control de la...?

—Jarre empezaba a titubear.

—No saldremos de dudas hasta que lo veamos con nuestros propios ojos.

—La verdad, querida —dijo Limbeck con voz suavizada—. En eso creemos.

—En eso creíamos —murmuró la enana. Con un suspiro, añadió—: Está bien, os diré lo que pueda de la estatua del dictor, pero me temo que no sé gran cosa. Resultó todo tan confuso, con la pelea y los gardas y...

—Háblanos de la estatua —sugirió Haplo—. Tú y el otro hombre que estaba con nosotros, ése tan torpe, Alfred. Tú entraste en la estatua con él y lo acompañaste por los túneles.

—Sí —murmuró Jarre, alicaída—. Y resultó muy triste, mucho. Toda aquella gente tan bella, muerta. Y Alfred, tan abrumado de pena. No me gusta recordarlo. El perro, al oír el nombre de Alfred, meneó la cola y soltó un gáñido. Haplo le dio unas palmaditas y le recomendó silencio. El perro jadeó y se dejó caer en el suelo con el hocico entre las patas.

—No pienses en eso —dijo Haplo—. Háblanos de la estatua. Empieza por el principio.

—Bien... —Jarre frunció el entrecejo, pensativa, y se mordisqueó las largas patillas—, la lucha continuaba. Yo andaba buscando a Limbeck y lo vi cerca de la estatua. El supervisor jefe y los gardas intentaban llevárselo y corrí a ayudarlo pero, cuando llegué, ya no estaba allí. Miré a mi alrededor... ¡Y vi que la estatua se había abierto!

Jarre asintió enérgicamente.

—Vi sus pies, que sobresalían de un hueco bajo la estatua.

Por aquel hueco descendían unos peldaños, y Alfred estaba caído de espaldas en ellos, con los pies en el aire. En aquel momento, vi acercarse más gardas y comprendí que debía ocultarme o me encontrarían. Me colé por el hueco y entonces tuve miedo de que vieran los pies de Alfred, de modo que lo arrastré conmigo escaleras abajo.

»Entonces sucedió algo extraño. —Jarre sacudió la cabeza—.

Cuando arrastré a Alfred hacia abajo, la estatua empezó a cerrarse. Estaba tan asustada que fui incapaz de reaccionar. Allí abajo estaba oscuro y silencioso. — Jarre se estremeció y miró a su alrededor—. Un silencio horrible. Como éste de ahora Yo me eché a gritar.

—

— ¿Qué sucedió después?

—Alfred despertó. Se había desmayado, creo...

—Sí, tiene esa costumbre —apuntó Haplo tétricamente.

—En fin, yo estaba aterrorizada y le pregunté si podía abrir la estatua, pero él dijo que no. Yo insistí en que lo intentara— al fin y al cabo, ya la había abierto una

vez, ¿no? Alfred lo negó y dijo que no lo había hecho voluntariamente. Se había desmayado y había caído sobre la estatua y sólo podía suponer que esta se había abierto por accidente.

—Te mintió —murmuró Haplo—. Alfred sabía abrirla. ¿No lo viste hacerlo? Jarre movió la cabeza en gesto de negativa.

—¿No lo viste acercarse a la estatua en algún momento? ¿Durante la batalla, por ejemplo?

—Mal pude hacerlo. Yo había corrido hasta el lugar de los túneles donde se ocultaban los nuestros para anunciarles que era el momento de atacar. Cuando volví, la lucha había empezado y no pude ver nada.

—Pero... ¡ahora lo recuerdo! —intervino Limbeck de improviso—. ¡Yo vi a ese otro hombre, el asesino...!

— ¡A Hugh *la Mano*!

—Sí. Yo estaba con Alfred, y Hugh corrió hacia nosotros gritando que se acercaban los gardas. Alfred se puso pálido y Hugh le gritó que no se desmayara, pero Alfred lo hizo a pesar de la advertencia. ¡Y cayó justo a los pies de la estatua!

— ¡Y ésta se abrió! —exclamó Bane, excitado.

—No. —Limbeck se rascó la cabeza—. Creo que no. Me temo que tengo las cosas un poco confusas, desde ese momento. Pero recuerdo que lo vi allí tendido y me pregunté si estaría herido. Creo que me habría fijado en la estatua, de haber estado abierta.

Haplo no compartía esa opinión, teniendo en cuenta la pobre vista del enano. El patryn intentó ponerse en el lugar de Alfred e intentó recrear en su mente lo que podía haber sucedido. El sartán, temeroso como siempre de utilizar su poder mágico y descubrirse, se ve atrapado en el fragor de la batalla. Se desmaya —su reacción normal ante situaciones violentas— y cae a los pies de la estatua. Cuando despierta, la lucha ya está entablada. Debe escapar.

Abre la estatua con la intención de colarse por ella y hacer mutis, pero se lleva algún otro susto y termina perdiendo de nuevo el sentido y cayendo por el hueco. Eso, o recibe algún golpe en la cabeza. La estatua queda abierta y Jarre aprovecha la ocasión.

Sí, eso era lo que debía de haber ocurrido, se dijo Haplo, aunque de poco les servía saberlo. Salvo por el detalle de que Alfred estaba semiinconsciente y con la cabeza bastante espesa en el momento de abrir la estatua. Era una buena señal: el artificio no debía de ser demasiado difícil de abrir. Si estaba protegido por la magia sartán, la estructura rúnica no podía ser demasiado compleja. Lo más difícil sería encontrarla... y evitar a los elfos el tiempo suficiente para abrirla.

Haplo se dio cuenta, gradualmente, de que todos los demás habían dejado de hablar y lo miraban con expectación. Al parecer, se había perdido algo.

— ¿Qué? —inquirió.

— ¿Qué hacemos una vez que lleguemos a los túneles? —inquirió Jarre con pragmatismo.

—Buscar los controles de la Tumpa-chumpa —respondió el patryn. Jarre sacudió la cabeza.

—

—No recuerdo que nada de lo que vi pareciera pertenecer a la Tumpachumpa.

—Bajó el tono de voz para añadir—: Sólo recuerdo a toda esa gente tan bella... muerta.

—Sí, bien... Los controles tienen que estar ahí abajo, en alguna parte — aseguró Haplo con firmeza, preguntándose a quién trataba de convencer—. Su Alteza los encontrará. Y allí abajo estaremos bastante a salvo. Tú misma dijiste que la estatua se cerró detrás de ti. Lo que necesitamos es un elemento de diversión que haga salir a los elfos de la Factría el tiempo suficiente para que podamos entrar. ¿Crees que tu pueblo podrá ocuparse de eso?

—Una de las naves dragón de los elfos está anclada junto a los Levarriba — apuntó Limbeck—. Podríamos atacarla y...

— ¡Nada de atacar!

Jarre y Limbeck se enzarzaron en una discusión que casi al instante se hizo borrascosa. Haplo se echó hacia atrás en su asiento y los dejó debatir el asunto, satisfecho del cambio de tema. No le importaba qué hicieran los enanos, con tal que cumplieran. El perro, tumbado sobre un costado, soñaba que perseguía o era perseguido por algo. Las patas le temblaban y sus flancos se agitaban aceleradamente.

Bane observó al perro dormido, contuvo un bostezo e intentó dar la impresión de que no tenía un ápice de sueño. Pero se le cerraron los ojos y se le cayó hacia adelante la cabeza. Haplo lo despertó.

—A la cama, Alteza. No haremos nada hasta mañana.

Bane asintió, demasiado cansado para discusiones. Con paso tambaleante y ojos nublados, se dirigió a la cama de Limbeck, se derrumbó sobre ella y cayó dormido casi al instante.

Haplo notó un dolor agudo y extraño en el corazón al contemplarlo. Dormido, con los párpados cerrados sobre aquellos ojillos azules en los que brillaba una astucia y una sutileza propia de un adulto, Bane parecía un chiquillo de diez años como cualquier otro. Su sueño era profundo y relajado. Correspondía a otros, mayores y más sabios, ocuparse de su bienestar.

«Así podría estar durmiendo, en este mismo instante, un hijo mío —dijo el patryn para sí con un dolor que le resultaba casi insoportable—. ¿Dónde lo hará él? En la choza de algún residente, probablemente, si su madre lo ha dejado en la seguridad del grupo (toda la seguridad que uno puede tener en el Laberinto), antes de seguir su camino. O estará con su madre, si sigue viva. Y si el chico sigue vivo. Seguro que sí. Sé que sigue vivo, igual que supe que había nacido. Siempre lo he sabido. Lo sabía cuando ella se marchó, y no hice nada. Nada en absoluto, salvo intentar hacerme matar para no tener que seguir pensando en ello.»

«Pero volveré allí. Volveré por ti, hijo. El viejo quizá tenía razón. Aún no es el momento. Y no puedo hacerlo solo. —Alargó la mano y apartó de la frente de Bane un rizo de cabello húmedo—. Debo esperar un poco más. Sólo un poco más...»

En la cama, Bane se enroscó en un ovillo. Hacía frío allí abajo, en los túneles, sin el calor de la Tumpa-chumpa. Haplo se puso en pie, cogió la manta de Limbeck y la colocó sobre el muchacho, cubriendo cuidadosamente sus hombros aún enclenques. Volvió a su asiento y, mientras escuchaba la discusión entre Limbeck y Jarre, sacó la espada de la vaina y empezó a repasar los signos mágicos grabados en la empuñadura. Necesitaba otra cosa en la que pensar. Y se le ocurrió una mientras depositaba con cuidado la espada sobre la mesa que tenía ante sí.

—

«No estoy en Ariano porque me haya mandado mi señor. No estoy aquí porque quiera conquistar el mundo.»

«Estoy aquí para hacer seguro el mundo para ese niño. Para mi hijo, atrapado en el Laberinto.»

Pero eso mismo era lo que impulsaba a Xar en su plan, comprendió Haplo. El Señor del Nexo hacía aquello por sus hijos. Por todos sus hijos atrapados en el Laberinto.

Reconfortado, reconciliado por fin consigo mismo y con su señor, Haplo pronunció las runas y observó el llamear de los signos mágicos en la hoja del arma. Su resplandor eclipsaba el del guingúe de la enana.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

—En realidad, esta necesidad de un elemento de diversión no podía llegar en mejor momento —afirmó Limbeck, estudiando a Haplo a través de las gafas—. He desarrollado una nueva arma y tenía ganas de probarla.

— ¡Hum! —resopló Jarre—. ¡Armas!

Limbeck no le hizo caso. La discusión de los planes para la maniobra de distracción había sido larga y enconada y, en ocasiones, peligrosa para los espectadores. Incluso faltó poco para que a Haplo lo alcanzara un cuenco de sopa volante. El perro se Había retirado prudentemente bajo la cama. Bane continuó durmiendo durante toda la trifulca.

Y Haplo advirtió que, si bien la enana no tenía ningún freno en arrojar utensilios de cocina, tenía mucho cuidado de no acertar con ellos al supervisor jefe y augusto líder de la UAPP. Jarre parecía nerviosa e inquieta por Limbeck y lo observaba por el rabillo del ojo con una extraña mezcla de frustración y ansiedad. En los primeros tiempos de la revolución, Jarre acostumbraba estampar sonoros besos en las mejillas del enano, o tirarle de la barba —juguetona, aunque dolorosamente— para devolverlo a la realidad. Pero ya no lo hacía. Ahora, parecía reacia a acercarse a él. Haplo observó cómo retorció las manos en más de una ocasión durante la discusión y le pareció que nada le habría gustado tanto como agarrar a su líder por las patillas y darles un buen tirón. Pero sus manos siempre terminaban retorciendo su propia falda o revolviendo tenedores.

—He diseñado esa arma yo mismo —explicó Limbeck con orgullo. Revolvió entre un montón de discursos, la sacó de debajo y la mostró a la luz vacilante del guingúe—. La llamo lanzadora.

Haplo lo habría catalogado de juguete. Los humanos del Reino Medio la habrían denominado «honda». Sin embargo, el patryn se guardó de cualquier comentario despectivo y, por el contrario, manifestó su admiración y preguntó cómo funcionaba. Limbeck hizo una demostración teórica.

—Cuando la Tumpa-chumpa hacía nuevas piezas para sí misma, solía fabricar muchas de éstas. —Sostuvo en alto un fragmento de metal de bordes afilados y de aspecto especialmente amenazador—. Entonces las arrojábamos al fundetodo, pero se me ocurrió que, arrojados contra las alas de las naves dragón elfas, estos fragmentos metálicos producirían agujeros en ellas...

—

. Sin duda, una referencia a una aventura anterior en la que Limbeck fue obligado a «descender los Peldaños de Terrel Fen», una forma de ejecución. Se sujetaban a los brazos del acusado unas alas emplumadas y se lo empujaba desde el borde de la isla flotante de Drevlin hacia el Torbellino. Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la

Puerta de la Muerte.

Y sé por propia experiencia que un objeto no puede viajar por el aire con agujeros en las alas. Si se llena ésta de suficientes agujeros, me parece razonable deducir que la nave dragón no podrá volar.

Haplo tuvo que reconocer que él también lo encontraba lógico y contempló el arma con más respeto.

—Esto podría hacer bastante daño, si acertara a alguien —murmuró, sosteniendo entre sus dedos con cuidado el fragmento de metal, afilado como una cuchilla—. Incluidos los elfos.

—Sí, también había pensado en eso —asintió Limbeck con satisfacción.

Detrás de él estalló una tremenda zarabanda. Jarre estaba golpeando amenazadora el horno frío con una sartén de hierro. Limbeck se volvió y la miró a través de sus gafas. Jarre dejó caer la sartén con un estrépito que hizo recular al perro hasta el rincón más alejado, debajo de la cama, y se encaminó hacia la puerta con la cabeza muy erguida.

—¿Adonde vas? —preguntó Limbeck.

—A dar un paseo —respondió ella, desdeñosa.

—Necesitarás el guingué —apuntó él.

—No, quédate —murmuró la enana, llevándose una mano a los ojos y la nariz.

—Necesitamos que vengas con nosotros, Jarre —dijo Haplo—. Eres la única que ha estado en esos túneles.

—No puedo ayudaros —replicó ella con voz entrecortada, vuelta de espaldas todavía—. Yo no hice nada. No sé cómo bajamos allí ni cómo volvimos a salir. Me limité a ir por donde ese Alfred me decía.

—Vamos, Jarre, esto es importante —insistió Haplo con voz serena—. Podría significar la paz, el final de la guerra.

Ella volvió la cabeza por encima del hombro y lo miró entre una maraña de cabellos y patillas. Después, con los labios tensos, anunció que volvería y se marchó dando un portazo.

—Lo lamento, Haplo —dijo Limbeck con las mejillas coloradas de cólera—. Ya no la entiendo. En los primeros días de la revolución, Jarre era la más militante...

—Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. ¡Fue ella quien atacó la Tumpa-chumpa! Aunque a quien detuvieron y casi matan fue a mí. —Con voz más calmada y con una sonrisa nostálgica, revivió el pasado con su borrosa visión y añadió—: Era ella la que deseaba un cambio. Y ahora que ya lo tiene, ahora... ¡se pone a tirar sartenes!

Haplo se recordó a sí mismo que las preocupaciones de los enanos lo traían sin cuidado. No se entrometería. Los necesitaba para que lo condujeran a la máquina, eso era todo.

—Me parece que a Jarre no le gusta matar —dijo, esperando apaciguar a Limbeck y poner fin a la controversia.

—A mí tampoco —replicó el enano, al tiempo que se ponía de nuevo las garras—. Pero se trata de nosotros o ellos. No fuimos nosotros quienes empezamos. Fueron ellos.

Haplo le dio la razón y dejó de lado el tema. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba a él? Cuando llegara Xar, el caos y la muerte acabarían y la paz llegaría a Ariano.

Limbeck continuó urdiendo sus planes para la maniobra de diversión. El perro, tras asegurarse de que Jarre se había marchado, salió de debajo de la cama. Haplo dedicó también unas horas al descanso y, al despertar, encontró a un contingente de enanos arremolinado en el pasillo ante la puerta de la SALA DE CALDERAS. Cada enano iba armado con su lanzador y sus proyectiles metálicos, guardados en bolsas de lona resistente. Haplo se lavó las manos y el rostro (que apestaban al aceite del guingú), miró y escuchó. La mayoría de los enanos había hecho prácticas con el arma y parecía bastante experta en su uso, a juzgar por lo que vio en la tosca exhibición de tiro al blanco que tenía lugar en el pasadizo. Por supuesto, una cosa era tirar contra la silueta de un enano dibujada en la pared y otra muy distinta hacerlo a un elfo vivo que le respondía a uno con otra arma.

—No queremos que nadie salga herido —aleccionó Jarre a los enanos. La enérgica enana había regresado y, con su típica energía, había tomado el control de la situación—. Por lo tanto, manteneos a cubierto, quedaos cerca de las puertas y accesos a los Levarriba y estad preparados para echar a correr si os persiguen los elfos. Nuestro objetivo es distraerlos y mantenerlos ocupados.

— ¡Para ello bastará con hacer suficientes agujeros en su nave dragón! — exclamó Lof con una sonrisa.

—Mejor sería hacerles esos agujeros a los elfos —añadió Limbeck, y hubo un grito general de asentimiento.

—Sí, y ellos os los harán a vosotros y ya estaremos otra vez —replicó Jarre, airada, lanzando una torva mirada a Limbeck.

El enano, impertérrito, asintió y sonrió. Pero su mueca pareció sombría y fría, rematada por los cristales de los anteojos.

—Recordad esto, compañeros de armas —prorrumpió—: Si conseguimos abatir la nave elfa, habremos conseguido una gran victoria. Los elfos ya no volverán a amarrar sus naves dragón en Drevlin y evitarán incluso acercarse. Eso significa que pensarán mejor lo de tener tropas desplegadas aquí abajo. Éste podría ser el primer paso para expulsarlos.

Los enanos lanzaron nuevos vítores.

Haplo fue a comprobar que su nave seguía a salvo.

Regresó satisfecho. Las runas que había activado no sólo protegían la nave sino que creaban también una especie de camuflaje que la hacía confundirse con los objetos y las sombras del entorno. Haplo no podía hacer invisible la nave, pues tal cosa no entraba en el abanico de las posibilidades probables y, por tanto, no podía conseguirse con su magia. Pero sí podía hacerla tremendamente difícil de ver, y así sucedía. Un elfo habría tenido que tropezar físicamente con ella para advertir su presencia, y tal cosa era imposible porque los signos mágicos creaban en torno al casco un campo de energía que repelía cualquier intento de acercarse. Cuando regresó, los enanos marchaban ya a atacar los Levarriba y la nave elfa que estaba allí amarrada, flotando en el aire y sujeta a los brazos mediante cabos. Haplo, Bane, Limbeck, Jarre y el perro se encaminaron en dirección opuesta, hacia los túneles que corrían bajo la Factría.

Haplo había recorrido aquella ruta una vez, en la anterior ocasión que había visitado la Factría. Sin embargo, no habría recordado el camino y se alegró de llevar una guía. El tiempo y las maravillas presenciados en otros mundos habían hecho borroso su recuerdo de la Tumpa-chumpa, pero, al llegar a la presencia de la enorme máquina, volvió a experimentar la misma sensación de asombro y

—
respeto. Una especie de temor reverencial al que se unía esta vez una sensación de incomodidad, de inquietud, como si estuviera en presencia de un cadáver. Recordó la enorme máquina latiendo, llena de vida: los lectrozumbadores zumbando, las girarruedas dando vueltas, las manos de hierro machacando y moldeando, las zarpas de cavar hurgando el suelo. Ahora, todo estaba quieto. Todo estaba en silencio.

Los túneles lo condujeron más allá de la máquina, debajo de ella, encima, alrededor, a través... Y de pronto lo asaltó el pensamiento de que se había equivocado. La Tumpa-chumpa no era un cadáver. La máquina no estaba muerta.

—Está esperando —dijo Bane.

—Sí —contestó Haplo—. Creo que tienes razón.

El chico se acercó al patryn y lo miró con los párpados entrecerrados.

—Cuéntame lo que sabes de la Tumpa-chumpa.

—No sé nada.

—Pero dijiste que había otra explicación...

—Dije que podía haberla, nada más. —Se encogió de hombros—. Llámalo una suposición, un presentimiento.

—No quieres decírmelo.

—Veremos si mi conjetura es acertada cuando lleguemos, Alteza.

— ¡El abuelo me ha encargado esa máquina a mí! —le recordó Bane, enfurruñado—. ¡Tú sólo estás aquí para protegerme!

—Eso es precisamente lo que me propongo hacer, Alteza —replicó Haplo.

Bane le dirigió una mirada hosca, malévola, pero no dijo nada. Sabía que sería inútil discutir. No obstante, al cabo de un rato, o bien el muchacho olvidó el agravio, o decidió que no era propio de su dignidad mostrar resentimiento.

Abandonando la compañía del patryn, Bane corrió unos pasos hasta llegar a la altura de Limbeck. Haplo envió al perro para escuchar la conversación entre ambos.

A decir verdad, el perro no captó nada interesante. De hecho, escuchó muy pocas palabras. La visión de la Tumpa-chumpa inmóvil y callada producía un efecto deprimente sobre todos ellos. Limbeck la estudió a través de las gafas con expresión seria y tensa. Jarre contempló con profunda tristeza la máquina que un día había atacado. Al llegar a una parte en la que había trabajado, la enana se acercó a unos conductos y les dio unas palmaditas de consuelo, como si fueran un niño enfermo.

Pasaron entre numerosos enanos que permanecían en la zona en una forzada inactividad con un aspecto desvalido, asustado y abatido. La mayoría de ellos había seguido acudiendo a su trabajo todos los días desde que la máquina se había detenido, aunque ahora no había ningún trabajo que hacer.

Al principio habían confiado en que todo aquello no era más que un error, una avería pasajera, un desajuste temporal de proporciones monumentales. Los enanos permanecían sentados o plantados en la oscuridad, iluminados sólo por aquellas luces que podían improvisar, y contemplaban la Tumpa-chumpa con expectación, esperando que reviviera con un rugido. Cuando terminaba su turno, volvían a sus casas y otro turno ocupaba su lugar. Pero, a aquellas alturas, la esperanza empezaba a desvanecerse.

—Volved a casa —les decía Limbeck en sus discursos—. Volved a casa y esperad allí. Aquí sólo malgastáis luz.

—
Algunos le habían hecho caso, otros se habían quedado. Algunos se habían marchado y habían vuelto. Otros se habían quedado y, más tarde, se habían marchado.

—No podemos seguir así —declaró Limbeck.

—Sí, tienes razón —lo apoyó Jarre, asintiendo a sus palabras por una vez—. Sucederá algo terrible.

— ¡Un juicio! —gritó una voz ronca y crispada desde la oscuridad excesivamente silenciosa—. ¡Un juicio, eso es de lo que se trata! ¡Has traído la cólera de los dioses sobre nuestras cabezas, Limbeck Aprietatuercas! ¡Yo digo que nos presentemos ante los welfos y nos rindamos! Les diremos a los dioses que lo sentimos. Quizás así nos devuelvan la Tumpa-chumpa.

—Sí —murmuraron otras voces, al amparo de las sombras—. Queremos que todo vuelva a ser como antes.

— ¿Lo ves? ¡Ya te lo dije! —indicó Limbeck a Jarre—. Cada día se extiende más este tipo de comentarios.

—Pero... ¡es imposible que crean que los elfos son dioses! —protestó Jarre, volviendo la vista hacia las sombras susurrantes con una mueca de preocupación—. ¡Los hemos visto morir!

—No lo creen —respondió Limbeck con aire sombrío—. Pero estarían dispuestos a jurar su fe si ello significara recuperar la luz y el calor y el tranquilizador estruendo de la Tumpa-chumpa.

— ¡Muerte al supervisor jefe! —se oyó entre los susurros.

— ¡Entreguémoslo a los welfos!

— ¡Aquí tienes una tuerca para que la aprietes, Aprietatuercas!

Algo cruzó la oscuridad con un zumbido: una tuerca, del tamaño de la mano de Bane. La pieza de metal no se acercó en absoluto al objetivo, sino que golpeó el muro posterior sin causar daños. Los enanos aún sentían cierto respeto por su líder, que les había proporcionado dignidad y esperanza durante un breve tiempo. Pero aquel respeto no se mantendría mucho tiempo. El hambre, la oscuridad, el frío y el silencio alimentaban el miedo.

Limbeck no dijo nada, no agachó la cabeza ni pestañeó. Sus labios se apretaron en una mueca sombría y continuó caminando. Jarre, pálida de preocupación, se apostó a su lado y lanzó miradas desafiantes a cuantos enanos aparecían a su paso. Bane se apresuró a volver junto a la protección de Haplo. El patryn notó un hormigueo en la piel; bajó la mirada y vio que los tatuajes mágicos empezaban a despedir un leve fulgor azulado, reaccionando a un peligro. Era extraño, se dijo. La magia de su cuerpo no reaccionaría así en respuesta a un puñado de enanos asustados, unas cuantas amenazas y el lanzamiento de una pieza de maquinaria. Allí, en alguna parte, había algo o alguien verdaderamente peligroso, una amenaza para él. Para todos ellos.

El perro gruñó y enseñó los dientes.

— ¿Qué sucede? —inquirió Bane, alarmado. Había vivido entre patryn lo suficiente como para reconocer las señales de advertencia.

—No lo sé, Alteza —contestó Haplo—. Pero, cuanto antes volvamos a poner en funcionamiento la máquina, mejor. Por tanto, démonos prisa.

Penetraron en los túneles, que, según recordaba Haplo de su última estancia allí, se bifurcaban, se dividían y se entrecruzaban debajo de la Tumpa-chumpa.

Allí abajo no encontraron enanos. Aquellos túneles permanecían vacíos normalmente, ya que no conducían a ninguna parte que alguien tuviera motivos

—

para visitar. La Factoría no había sido utilizada desde hacía tiempo inmemorial, salvo como lugar de reunión, y esto último había terminado cuando los elfos se habían adueñado del lugar y lo habían convertido en acuartelamiento. Lejos de los cuchicheos y de la visión de la máquina exánime, todos se relajaron perceptiblemente. Todos, menos Haplo. Las runas de su piel sólo emitían un levisimo resplandor, pero éste aún permanecía. El peligro seguía presente, aunque no conseguía imaginar dónde o en qué forma. El perro también estaba inquieto y, de vez en cuando, prorrumpía en un sonoro y bronco gruñido que sobresaltaba a todo el grupo.

— ¿No puedes hacer que se calle? —Se quejó Bane—. Va a conseguir que me moje en los pantalones.

Haplo posó la mano con suavidad en la cabeza del animal. El perro se tranquilizó, pero no estaba satisfecho. Y tampoco Haplo.

¿Los elfos? Haplo no recordaba que su cuerpo hubiera reaccionado nunca a un peligro procedente de los mensch, pero los elfos de Tribus tenían fama de crueles y perversos. ¿Era posible que...?

— ¡Vaya, mirad! —exclamó Jarre, señalando con el dedo—. ¡Mirad eso! ¡Nunca he visto nada parecido! ¿Y tú, Limbeck?

Señaló una marca en la pared. Una marca que emitía un luminoso resplandor rojizo.

—No —reconoció el enano, y se quitó las gafas para contemplarla. Su voz estaba impregnada del mismo tono de asombro y curiosidad infantiles que lo había llevado, tiempo atrás, a plantearse los primeros porqués acerca de los welfos y de la Tumpa-chumpa—. ¿Qué será?

— ¡Yo lo sé! —Exclamó Bane—. ¡Es una runa sartán!

—Chist! —le avisó Haplo, cogiendo la mano del muchacho y apretándola enérgicamente.

— ¿Una qué? —Limbeck se volvió hacia ellos con los ojos como platos.

Dominado por la curiosidad, había olvidado la razón que los había llevado allí abajo y su necesidad de darse prisa.

—Los dictores hacían marcas como ésa. Luego te lo explicaré —dijo Haplo, dirigiendo al grupo hacia adelante.

Jarre continuó avanzando, pero no miraba por dónde andaba. Sus ojos seguían fijos en la runa.

—Vi algunos de esos curiosos dibujos luminosos cuando el hombre y yo bajamos al lugar de los muertos. Pero aquéllos eran azules, no rojos.

« ¿Por qué, entonces, la sigla que hemos encontrado es roja? », se preguntó Haplo. Las runas sartán eran parecidas a las patryn en muchos aspectos. El color rojo era una advertencia.

—La luz se está apagando —anunció Jarre, aún vuelta hacia atrás. De inmediato, dio un traspié.

—La estructura de runas está rota —indicó Bane a Haplo—. Ya no puede hacer nada..., nada de lo que se suponía que debía hacer.

Sí, Haplo sabía que el almacén de signos mágicos se había desestructurado.

Era algo evidente: grandes extensiones de la pared habían quedado enterradas,

bien por obra de la Tumpa-chumpa o bien de los enanos. Las runas sartán estaban apagadas; algunas habían desaparecido por entero y otras, como aquella, aparecían resquebrajadas y privadas de su poder. Fuera cual fuese su propósito —

advertir, detener, impedir la entrada—. Habían perdido el poder para llevarlo a cabo.

—Tal vez eres tú —sugirió Bane, mirando al patryn con una sonrisa picara—.

Tal vez no les gustas a esas runas.

«Tal vez», pensó Haplo. Pero la última vez que había bajado allí, ninguna runa había emitido aquel fulgor rojo.

Continuaron caminando.

—Es por aquí —anunció Jarre. Se detuvo bajo una escalerilla y alzó el guingué hacia el hueco.

Haplo miró a su alrededor. Sí, ya sabía dónde se encontraban. Lo recordaba. Estaban justo debajo de la Factría. Una escalerilla conducía hacia arriba y, allí, una pieza del techo del túnel se deslizaba a un lado y permitía el acceso a la Factría propiamente dicha. Haplo estudió la escalerilla y volvió la vista a Limbeck.

— ¿Tienes idea de qué hay ahí arriba, ahora? No me gustaría aparecer en mitad del comedor de los elfos en pleno desayuno.

Limbeck movió la cabeza.

—No —respondió—. Ninguno de los nuestros ha estado en la Factría desde que los elfos se apoderaron de ella.

—Iré a ver —se ofreció Bane, sediento de aventuras.

—No, Alteza —Haplo se mostró firme—. Tú, quédate aquí. Perro, vigílalo.

—Iré yo. —Limbeck miró a un lado y otro con aire confuso—. ¿Dónde está la escalerilla?

— ¡Ponte las gafas! —se burló Jarre.

Limbeck se sonrojó, llevó la mano al bolsillo, encontró los anteojos y se los ajustó a las orejas.

—Quedaos todos aquí. Seré yo quien vaya a echar un vistazo —resolvió Haplo, que ya tenía un pie en el primer peldaño—. ¿Cuándo has dicho que empezaba esa maniobra de distracción?

—Según lo previsto, en cualquier momento —respondió Limbeck, mirando hacia las sombras de lo alto con expresión cegata.

— ¿Esto..., quieres el guingué? —preguntó Jarre con un titubeo. La enana estaba visiblemente impresionada ante el resplandor azulado de la piel de Haplo, algo que no había visto nunca en su vida.

—No —fue la lacónica respuesta de Haplo. Su cuerpo despedía suficiente luz. Podía pasarse sin el estorbo del guingué de la enana. Empezó a escalar los peldaños.

Había recorrido la mitad del camino cuando escuchó un revuelo a sus pies y escuchó un agudo lamento de Bane. Al parecer, el muchacho había intentado seguirlo y el perro había clavado los dientes con firmeza en los fondillos de los calzones de Su Alteza.

— ¡Chist! —siseó el patryn, con una mirada furiosa.

Prosiguió la ascensión y llegó a la plancha metálica. Según recordaba de la vez anterior que había hecho aquello, la plancha se deslizaba fácilmente y —algo aún más importante— en silencio. Ahora, a no ser que algún elfo hubiera colocado

algún mueble justo encima...
Apoyó los dedos en el metal y lo forzó con cuidado.

—
. Limbeck había descubierto que el globo ocular era, en realidad, una linterna mágica. Fue mirando sus imágenes como Bane descubrió la finalidad de la Tumpachumpa: alinear los diversos continentes flotantes de los Reinos Medio y Superior para abastecerlos de agua. Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte

Se movió, y por la rendija entró una luz que lo bañó. Se detuvo y esperó, aguzando el oído. Nada.

Empujó de nuevo la plancha, no más que la longitud de su índice. Luego, hizo otra pausa, absolutamente inmóvil y en completo silencio.

Arriba se oían voces. Voces ligeras y delicadas de elfos. Los ojos de Haplo tardaron un rato en acostumbrarse a la luz brillante. El hecho de que los elfos tuvieran luz resultaba inquietante. Tal vez se había equivocado; tal vez era cierto que los elfos habían aprendido a hacer funcionar la Tumpa-chumpa y habían dejado sin luz y sin calor a los enanos.

Pero una mirada más detenida reveló la verdad. Los elfos —conocidos por sus artes mágicas mecánicas— habían organizado su propio sistema de iluminación. Las lámparas dependientes de la Tumpa-chumpa que un día habían iluminado la Factría estaban frías y apagadas.

Y en aquel extremo de la Factría no había ninguna luz encendida. Aquella parte del local estaba vacía, desierta. Los elfos estaban acampados en el otro extremo, cerca de la entrada. Haplo estaba a ras de una ordenada fila de camastros colocados contra la pared. Los elfos estaban en movimiento, unos barriendo el suelo, otros comprobando las armas. Algunos dormían. Vio a varios en torno a una olla de la que salía una nube de vapor y un aroma fragante. Un grupo estaba acucillado en el suelo, dedicado a algún tipo de juego según se deducía de sus comentarios sobre «apuestas» y de sus exclamaciones de triunfo o de desengaño. Nadie prestaba la menor atención a la zona de la Factría donde estaba Haplo. El sistema de iluminación ni siquiera llegaba hasta aquella parte. Justo delante de donde se encontraba, distinguió la estatua del dictor: la figura cubierta con capa y capucha de un sartán que sostenía en una mano un único globo ocular, que miraba fijamente. Haplo dedicó un instante a examinar el ojo y se alegró de comprobar que estaba tan oscuro y sin vida como la máquina. Una vez activado, aquel globo ocular revelaría el secreto de la Tumpa-chumpa a cualquiera que observara sus imágenes animadas. O bien los elfos no habían descubierto el secreto del ojo, o, si lo habían hecho, no le habían dado importancia, como había sucedido con los enanos durante todos aquellos años. Quizá, como los enanos, los elfos sólo utilizaban aquella parte del enorme edificio para reuniones. O quizá no le daban ningún uso en absoluto. Haplo deslizó de nuevo la placa en su lugar, dejando abierto sólo un resquicio, y descendió la escalerilla.

—Está bien —dijo a Limbeck—. Los elfos están en la parte delantera de la Factría pero, o tu plan no ha dado resultado, o esos elfos ni se han inmutado con...

Se interrumpió. Desde arriba les llegó el lejano sonido de una corneta. A continuación, se produjo un revuelo de gritos, rechinar de armas, arrastrar de camas y voces estentóreas de irritación o de satisfacción, según los soldados

tomaron la alarma por una agradable interrupción de su aburrida rutina o por una molestia.

Haplo se apresuró a subir los peldaños otra vez y se asomó por la rendija.

—

Los elfos estaban ciñéndose las espadas, recogiendo los arcos y el correspondiente carcaj lleno y corriendo a la llamada, entre las maldiciones y los gritos de sus oficiales para que se dieran prisa.

La maniobra de los enanos había comenzado. Haplo no estaba seguro de cuánto tiempo tenían, de cuánto tiempo conseguirían los enanos tener entretenidos a los elfos. No mucho, probablemente.

— ¡Vamos! —Dijo, gesticulante—. ¡Deprisa! Está bien, perro. Déjalo subir.

Bane fue el primero en ascender, trepando como una ardilla. Limbeck lo siguió, más despacio. Detrás lo hizo Jarre. La enana, con el ardor del lanzamiento de objetos de cocina, había olvidado cambiarse la falda por unos pantalones, más cómodos, y tenía problemas con los peldaños. El perro permaneció en el fondo, observándolos con interés.

Haplo mantuvo la vigilancia y aguardó a que el último elfo hubiera abandonado la Factoría.

— ¡Ahora! —Exclamó entonces—. ¡Corred!

Apartó la plancha metálica y se encaramó al suelo del enorme recinto.

Volviéndose, tendió la mano a Bane y lo ayudó a subir. Bane estaba sonrojado y le brillaban los ojos de excitación.

—Iré a ver la estatua...

—Espera.

El patryn dirigió una rápida mirada a su alrededor, al tiempo que se preguntaba por qué vacilaba. Los elfos se habían marchado. Él y su grupo estaban solos en la Factoría. A no ser, claro, que los elfos hubieran estado sobre aviso de su llegada y les hubiesen tendido una celada. Pero era un riesgo. La magia de Haplo podía afrontar sin apuros cualquier emboscada. A pesar de ello, persistía aquel hormigueo en su piel, y aquel leve resplandor azul, tan perturbador.

—Adelante —asintió, enfadado consigo mismo—. Perro, ve con él.

Bane echó a correr, acompañado por el perro.

Limbeck asomó la cabeza del agujero. Observó al animal que daba brinco al lado de Bane, y los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—Habría jurado... —El enano miró hacia el fondo del conducto—. El perro estaba ahí abajo...

— ¡Deprisa! —refunfuñó Haplo. Cuanto antes abandonaran aquel sitio, más tranquilo se sentiría. Ayudó a salir a Limbeck y tendió la mano para nacer lo mismo con Jarre cuando, de pronto, escuchó un grito y un ladrido excitado. Se volvió tan deprisa que estuvo a punto de desencajarle el brazo a la enana.

Bane, tendido boca abajo a los pies de la estatua, señalaba hacia abajo.

— ¡Lo he encontrado!

El perro, firme a su lado con las patas separadas, miraba el hueco con profunda suspicacia, desconfiando de cualquier cosa que pudiera haber allí abajo.

Antes de que Haplo pudiera impedirselo, Bane se deslizó como una anguila por el hueco y desapareció.

La estatua del dictor empezó a girar sobre su base, cerrando la abertura.

— ¡Ve tras él! —gritó Haplo.

El perro saltó al hueco que empezaba a cerrarse. Lo último que Haplo vio de él fue la punta de una cola plumosa.

— ¡Limbeck, evita que se cierre!

Haplo casi arrojó al suelo a Jarre y echó a correr hacia la estatua. Pero Limbeck le llevaba la delantera.

—

El rechoncho enano corrió cuanto pudo por el suelo de la Factoría, impulsando furiosamente sus cortas y gruesas piernas. Al llegar a la estatua, se arrojó físicamente a la abertura, que seguía cerrándose lentamente, y se encajó como una firme cuña entre la base de la estatua y el suelo. Dio un empujón a aquélla para obligarla a abrirse otra vez de par en par y se inclinó a examinar la base.

— ¡Ah!, de modo que funciona así... —murmuró, al tiempo que se ajustaba las gafas en el puente de la nariz. Luego, alargó la mano para someter a prueba su teoría manipulando una lengüeta que había descubierto.

Haplo plantó el pie, suavemente pero con firmeza, sobre los dedos del enano.

—No toques eso. La estatua podría cerrarse de nuevo y quizá esta vez no pudiéramos impedirlo.

— ¿Haplo? —Le llegó la voz de Bane desde el interior del hueco—. Aquí abajo está terriblemente oscuro. ¿Me podrías pasar el guingúe?

—Su Alteza debería haber esperado a los demás —fue la severa réplica de Haplo.

No hubo respuesta.

—Quédate quieto. No te muevas —dijo Haplo al muchacho—. Bajaremos en un momento. ¿Dónde está Jarre?

—Aquí —murmuró ella con una vocecilla, acercándose hasta detenerse frente a la estatua con la cara muy pálida—. Alfred dijo que no podríamos volver a salir por aquí.

— ¿Alfred dijo eso?

—Bueno, no con esas palabras. No querría asustarme, probablemente. Pero ésa tuvo que ser la razón por la que nos internamos en los túneles. Si hubiéramos podido escapar por la estatua, seguro que lo habríamos hecho, ¿no te parece?

—Con Alfred, ¿quién sabe? —Murmuró Haplo—. Pero es probable que tengas razón. Este artificio debe de cerrarse cada vez que alguien se cuela por el hueco. Lo cual significa que debemos encontrar la manera de mantenerlo abierto.

— ¿Lo consideráis prudente? —Inquirió Limbeck con inquietud, mirándolos desde su posición, mitad dentro y mitad fuera de la abertura—. ¿Y si vuelven los elfos y lo encuentran abierto?

—Si lo hacen, ya veremos —respondió Haplo, aunque no consideraba muy probable tal cosa, pues parecía que los elfos evitaban aquella zona de la Factoría—. No quiero terminar atrapado ahí abajo.

—Las luces azules nos condujeron a la salida —apuntó Jarre en un susurro, casi como si hablara consigo misma—. Unas luces azules que se parecían a ésas —añadió, señalando los tatuajes luminosos de la piel del patryn.

Haplo no hizo más comentarios y se alejó sigilosamente en busca de algo que utilizar como cuña. Regresó con un pedazo de tubería de sólido metal, indicó a Jarre y a Limbeck que se metieran en el hueco y siguió sus pasos. Tan pronto como hubo cruzado el umbral de la peana, la estatua empezó a deslizarse de nuevo a su lugar, lentamente y en silencio. Haplo colocó el tubo en la abertura. La

estatua se cerró hasta presionar el obstáculo y éste resistió. El patryn probó a empujar y notó que la estatua cedía.

—Ya está. No es probable que los elfos se den cuenta, y así podremos abrir cuando regresemos. Y, ahora, veamos dónde estamos.

Jarre alzó el guingué, y la luz bañó el lugar.

Una angosta escalera de caracol de piedra conducía hacia el subsuelo en tinieblas. Unas tinieblas que, como había dicho Jarre, resultaban increíblemente

—

silenciosas. El silencio daba la impresión de cubrirlo todo como una gruesa capa de polvo acumulada durante siglos sin la menor perturbación.

Jarre tragó saliva, la mano con que sostenía el guingué fue presa de un temblor y la luz se volvió vacilante. Limbeck sacó el pañuelo pero lo empleó para secarse la frente, no para limpiar las gafas. Bane, acurrucado al fondo de la escalera con la espalda apoyada en la pared de piedra, parecía alicaído e impresionado.

Haplo se frotó los signos mágicos que le escocían en el revés de las manos y reprimió con firmeza el impulso de marcharse de allí. El patryn había supuesto que, al bajar a aquellos túneles, eludirían el peligro invisible que los amenazaba, fuera cual fuese. Sin embargo, las runas de su cuerpo seguían emitiendo su leve resplandor azul, ni más intenso ni más apagado que minutos antes, en la Factría. Lo cual resultaba incomprensible pues, ¿cómo podía la amenaza estar a la vez arriba y abajo?

— ¡Ahí! Esas cosas son las que hacen luz —dijo Jarre, e indicó una pared.

Haplo bajó la mirada y vio una hilera de runas sartán que orlaba la parte inferior de la pared. Recordó haber visto la misma serie de runas en Abarrach, donde Alfred las había empleado como guía para salir de los túneles de la Cámara de los Condenados.

Bane se agachó a estudiarlas y sonrió para sí. Satisfecho de sus conocimientos, puso un dedo en uno de los signos mágicos y lo pronunció en voz alta.

Al principio, no sucedió nada. Haplo entendió las palabras en idioma sartán, aunque el acento le resultó desagradable y chirriante como el chillido de una rata.

—Lo has pronunciado mal —dijo.

Bane alzó la mirada hacia él con un destello de rabia, pues no le gustaba que lo corrigieran, pero procedió a repetir la runa tomándose tiempo para articular debidamente los sonidos, extraños y difíciles.

El signo mágico se encendió con un centelleo, y su luz prendió al signo contiguo. Una tras otra, las runas continuaron iluminándose. En la parte inferior de la pared se formó una estela azulada que indicaba el camino escaleras abajo.

—Sigámosla —dijo Haplo, pero no era necesario que lo hiciera porque Bane, Limbeck y el perro ya descendían los peldaños de piedra.

Sólo Jarre se quedó atrás con la cara pálida y una expresión solemne, retorciendo los dedos y manoseando entre ellos un pequeño pliegue de tela de su falda.

—Es tan triste... —murmuró.

—Ya lo sé —respondió Haplo con un susurro.

—

CAPÍTULO

WONBE, DREVLIN REINO INFERIOR

Limbeck hizo un alto al pie de la escalera.

— ¿Y ahora, qué?

Desde el túnel en el que se encontraban, iluminado por las runas azules del zócalo, se abría un auténtico hormigueo de conductos. Los signos mágicos no iban más allá, casi como si aguardaran instrucciones.

— ¿Qué camino tomamos?

El enano habló en un susurro. Todos hablaban en voz baja, aunque no había ninguna razón para que no lo hicieran en un tono normal. El silencio se cernía sobre ellos, estricto e imponente, cortando todo asomo de conversación. Hasta el menor cuchicheo los hacía sentirse inquietos y culpables.

—La vez que estuve aquí, las luces azules nos condujeron al mausoleo — murmuró Jarre—. No quiero volver allí.

Haplo compartía sus deseos.

— ¿Recuerdas dónde estaba?

Jarre, agarrada con fuerza a la mano de Haplo como una vez había asido la de Alfred, cerró los ojos y se concentró.

—Creo que era el tercero por la derecha —dijo, señalando el túnel correspondiente.

Al instante, los signos mágicos se iluminaron y se dirigieron hacia el lugar indicado. Jarre soltó una exclamación y se acercó más a Haplo, asiéndose a él con ambas manos.

— ¡Vaya! —Bane emitió un leve silbido.

—Pensamientos —dijo Haplo, al tiempo que recordaba algo que Alfred le había contado mientras recorrían los túneles de Abarrach para ponerse a salvo—. Los pensamientos pueden afectar a las runas. Pensemos adonde queremos ir, y la magia nos conducirá hasta allí.

—Pero ¿cómo podemos pensar en un lugar si no sabemos cómo es ni dónde está?

—

Haplo seguía con el hormigueo y el escozor en la piel. Se frotó una mano con la pernera del pantalón y se obligó a mantener la paciencia y la calma.

—Tú y mi señor debéis de haber hablado de cómo funcionaría el control central de la máquina, ¿verdad, Alteza? ¿Qué idea tienes al respecto?

Bane guardó silencio unos momentos, meditando la respuesta.

—Le mostré al abuelo mis dibujos de la Tumpa-chumpa, y él se dio cuenta de que las partes de la máquina tenían un parecido con los órganos de nuestro cuerpo o los de los animales: las manos y los brazos dorados de los Levarriba, los silbatos con forma de bocas, las garras como patas de aves para excavar la coralita. Así pues, los controles deben de ser...

— ¡Un cerebro! —apuntó Limbeck, impaciente.

—No —replicó Bane con suficiencia—. Eso fue lo que dijo el abuelo, pero yo apunté que si la máquina tuviera un cerebro sabría lo que debía hacer y que resultaba obvio que carecía de él, ya que no cumplía su cometido. Alinear las islas, me refiero. Si tuviera un cerebro, la máquina lo haría por su cuenta; la Tumpachumpa

funciona, le dije a Xar, pero sin un propósito. Más bien creo que lo que buscamos es el corazón.

— ¿Y qué dijo a eso mi señor? —inquirió Haplo con tono escéptico.

—Estuvo de acuerdo conmigo —contestó Bane con un aire de altiva superioridad.

— ¿Y qué hemos de hacer? ¿Pensar en corazones? —intervino Limbeck.

—Merece la pena intentarlo. —Haplo frunció el entrecejo y se rascó la mano—.

Al menos, es mejor que quedarse aquí sin hacer nada. No podemos permitirnos perder un momento más.

Concentró sus pensamientos en la imagen de un corazón gigantesco, un corazón que bombeaba vida a un cuerpo sin mente que lo dirigiera. Cuanto más pensaba en ello, más sentido cobraba la idea, aunque no estaba dispuesto a reconocerlo de ningún modo ante Bane. Además, encajaba con la teoría del propio patryn.

— ¡Las luces se están apagando! —Jarre se agarró de la mano de Haplo, clavándole los dedos.

— ¡Concéntrate! —soltó el patryn.

Los signos mágicos que iluminaban el pasadizo por la derecha parpadearon y perdieron intensidad hasta apagarse. Todos esperaron, conteniendo el aliento y pensando en corazones; todos eran, en aquel instante, profundamente conscientes de los latidos de sus propios corazones, que sonaban con fuerza en sus oídos.

A la izquierda, los signos mágicos mantuvieron su leve fulgor. Haplo deseó con fervor que las runas cobraran vida. En efecto, la luz se hizo más intensa, más firme, iluminando el camino en una dirección opuesta a la del mausoleo.

Bane lanzó una exclamación de triunfo. El grito le llegó rebotado, pero la voz que le devolvía el eco ya no parecía humana. Sonaba hueca, vacía, y le evocó a Haplo el desagradable recuerdo de la voz inánime de los muertos de Abarrach, los lazaros. Los signos tatuados en la piel del patryn centellearon de pronto y su luz aumentó de intensidad.

—Yo, de ti, no volvería a hacer eso, Alteza —advirtió entre dientes—. No sé qué hay ahí afuera, pero tengo la sensación de que alguien te ha oído.

Bane, con los ojos como platos, se acurrucó contra la pared.

—Creo que tienes razón —susurró con labios temblorosos—. Lo..., lo siento.

¿Qué hacemos?

—

Haplo soltó un bufido exasperado y trató de desasirse de los dedos contraídos de Jarre, que le estaban cortando la circulación.

—Vamos allá. ¡Pero démonos prisa!

Nadie del grupo necesitaba que le metieran prisa. A aquellas alturas, todos, incluido Bane, estaban impacientes por terminar su tarea y salir cuanto antes de aquel lugar.

Los signos luminosos los condujeron a través de los mil y un pasadizos.

— ¿Qué haces? —Preguntó Bane al tiempo que se detenía a observar a Haplo, que había hecho un alto en su avance por cuarta vez desde que habían penetrado en los túneles—. Creía haberte oído decir que no nos entretuviéramos.

—Así estaremos seguros de encontrar la salida, Alteza —replicó Haplo con frialdad—. Si te fijas, los signos mágicos se apagan una vez que los dejamos atrás. Quizá no vuelvan a encenderse, o nos lleven en otra dirección. Una dirección que

bien podría conducirnos a los brazos de los elfos.

El patryn estaba frente al arco de entrada del ramal del túnel en el que acababan de penetrar y, con la punta de la daga, trazaba su propio signo mágico en la pared. La runa no sólo era útil; a Haplo le producía cierta satisfacción dejar una marca patryn en un santuario sartán.

—Las runas sartán nos enseñarán la salida —protestó Bane, irritado.

—De momento, no nos han enseñado gran cosa —contestó Haplo.

Pero al cabo, tras unas cuantas vueltas y revueltas más, las runas los condujeron a una puerta cerrada al final de un pasillo.

Los signos mágicos luminosos que corrían a ras del suelo y saltaban otras puertas y bocas de túneles, dejándolas a oscuras, seguían ahora el arco de la puerta, enmarcándola con su luz. Recordando las runas de advertencia de Abarrach, Haplo se alegró de comprobar que, esta vez, los signos mágicos despedían un fulgor azulado y no rojizo. La puerta tenía la forma de un hexágono en cuyo centro había grabado un pequeño círculo de runas en torno a un punto sin inscripciones. A diferencia de la mayoría de runas sartán, éstas no estaban completas sino que parecían apenas a medio terminar.

La forma extraña de la puerta y la disposición de los signos mágicos le recordó a Haplo algo que ya había visto o encontrado antes, pero su memoria no le ofreció ayuda y apenas volvió a pensar en ello. Parecía un sencillo sistema de apertura cuya llave eran los signos grabados en el centro.

—Esto lo conozco —apuntó Bane tras estudiar la puerta unos instantes—. El abuelo me lo enseñó. Estaba en sus libros antiguos. Pero necesito estar más alto.

—Se volvió hacia Haplo—. Y necesito tu daga.

—Ten cuidado con ella —indicó el patryn, entregándole el arma—. Está muy afilada.

Sin duda, este recuerdo que no conseguía ubicar era el de las puertas de la ciudad sartán de Pryan, que Haplo describe en su diario, *Pryan, mundo del fuego*.

Bane contempló la hoja por unos instantes con añoranza y frustración. Haplo encaramó al muchacho y lo sostuvo a la altura de la estructura rúnica que guardaba la puerta.

Ceñudo y asomando la lengua en gesto de concentración, Bane clavó la punta de la daga en la madera de la puerta y empezó a trazar lentamente un signo mágico. Cuando lo hubo ultimado, la runa se encendió. Su llama se extendió a las runas que la rodeaban. Toda la estructura de signos mágicos brilló por unos

instantes y se apagó de nuevo. La puerta se entreabrió, y una luz blanca y potente los hizo parpadear después de la prolongada oscuridad de los túneles.

Del otro lado de la puerta les llegó un sonido mecánico, metálico.

Haplo devolvió a Su Alteza al suelo sin miramientos, colocó al muchacho detrás de él y alargó la mano para sujetar a Limbeck, que ya se disponía a empujar la puerta para cruzar el umbral. El perro emitió un gruñido ronco y profundo.

— ¡Ahí dentro hay algo! —Los previno Haplo en un siseo—. ¡Atrás! ¡Todos atrás!

Más alarmados por la tensión de Haplo que por el ruido que les llegaba amortiguado, Bane y Limbeck obedecieron y retrocedieron hacia la pared. Jarre se unió a ellos con cara de susto.

— ¿Qué...? —empezó a decir Bane.

Haplo le dirigió una mirada furiosa, y el muchacho se apresuró a cerrar la boca. El patryn hizo una pausa y continuó escuchando por la rendija de la puerta entreabierta, desconcertado por los sonidos procedentes del otro lado. El tintineo metálico rechinante seguía a veces un patrón rítmico, otras veces era un matraqueo caótico y, en ocasiones, cesaba por completo, para recomenzar acto seguido. Y el ruido se desplazaba, primero acercándose a él y luego alejándose. El patryn habría jurado que el ruido que escuchaba era el de . Haplo debería haber reconocido este signo mágico, que también había tenido ocasión de ver en Pryan. El enano Drugar lo llevaba grabado en un amuleto que pendía de su cuello. Estos signos mágicos, un sistema de apertura común entre los sanan, eran más ornamentales que funcionales pues —como demuestra Bane en este episodio— incluso los mensch pueden aprender a manejar la magia de los elementos. Los lugares que los sartán querían proteger de verdad y cuya entrada pretendían prohibir estaban rodeados de runas de advertencia y protección, una persona vestida con armadura completa que deambulaba por una gran sala. Sin embargo, en toda la historia de sus poderosas razas, ningún sartán o patryn había llevado jamás un artilugio tal, propio de los mensch. Y ello significaba que quien estaba detrás de la puerta, fuera quien fuese, tenía que ser un mensch. Probablemente, un elfo.

Limbeck tenía razón: los elfos habían detenido la Tumpa-chumpa.

Haplo prestó atención de nuevo a los sonidos metálicos que se desplazaban de un lugar a otro lentamente, con determinación, y sacudió la cabeza. No; si los elfos hubieran descubierto aquel lugar, habría gran número de ellos tras aquella puerta y el túnel donde se hallaban sería un hormiguero. En cambio, hasta donde Haplo alcanzaba a determinar, era una sola persona quien hacía aquellos ruidos extraños en el interior de la sala iluminada.

Echó un vistazo a sus tatuajes. Los signos mágicos seguían emitiendo un resplandor azul de advertencia, pero bastante mortecino.

— ¡Quedaos aquí! —Haplo dio la orden moviendo los labios sin emitir el menor sonido, y la acompañó de una severa mirada a Bane y Limbeck.

El muchacho y el enano asintieron.

Haplo desenvainó la espada, abrió la puerta de un enérgico puntapié y entró en la sala como una tromba, con el perro pegado a sus talones. De pronto, se detuvo, boquiabierto de asombro. El arma casi le resbaló de la mano.

Un hombre se volvió para recibirlo. Un hombre hecho totalmente de metal.

— ¿Cuáles son mis instrucciones? —preguntó el hombre metálico con voz monocorde, en el idioma de los humanos.

—

— ¡Un autómeta! —exclamó Bane, que había desobedecido a Haplo y había penetrado en la estancia tras él.

El autómeta era de la estatura de Haplo, o un poco más alto. Su cuerpo, réplica del de un humano, era de latón. Manos, brazos, dedos, piernas, pies; todo estaba articulado y se movía de una manera bastante natural, si bien un poco rígida. El rostro metálico había sido moldeado artísticamente para que recordara un rostro humano, con nariz y boca, aunque esta última no se movía. Las cejas y los labios estaban perfilados en oro, y en las cuencas de sus ojos brillaban unas piedras preciosas. Unas runas —runas sartán— cubrían todo su cuerpo de modo

muy parecido a los tatuajes del patryn y, probablemente, con el mismo objeto. Todo lo cual le resultaba a Haplo bastante curioso, aunque algo insultante, también.

El autómata estaba a solas en una sala circular vacía, de grandes dimensiones. En torno a él, instalados en las paredes de la sala, había globos oculares, cientos de ellos, idénticos al que sostenía en sus manos la estatua del dictor de la Factría, allá arriba. Cada uno de aquellos ojos fijos retrataba en su visión una parte distinta de la Tumpa-chumpa.

Haplo tuvo la impresión fantasmagórica de que aquellos ojos le pertenecían. Se encontró mirando a través de cada una de aquellas pupilas. Entonces, comprendió: los ojos pertenecían al autómata. El traqueteo metálico que Haplo había escuchado procedía de los movimientos del autómata desplazándose de un ojo a otro, haciendo su ronda, manteniendo la vigilancia.

— ¡Ahí dentro hay alguien vivo! —exclamó Jarre en la puerta de la sala, sin osar aventurarse en ella. Los ojos de la enana estaban tan desorbitados que parecían a punto de saltarse del rostro—. ¡Tenemos que sacar a Haplo de aquí!

— ¡No! —Bane desechó la propuesta con resolución—. Sólo es una máquina, como la Tumpa-chumpa.

—Yo soy la máquina —declaró el autómata con voz inanimada.

— ¡Eso es! —Exclamó Bane, agitado, mientras se volvía hacia Haplo—. ¿No lo ves? ¡Él es la máquina! ¿Ves esas runas que lo cubren? Todas las piezas de la Tumpa-chumpa están conectadas con él mediante la magia. ¡Él ha dirigido su funcionamiento durante todos estos siglos!

—Sin cerebro... —murmuró Haplo—. Obedeciendo sus últimas instrucciones, fueran cuales fuesen...

— ¡Esto es maravilloso! —Limbeck exhaló un suspiro. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y el cristal de sus gafas se empañó. El enano se las quitó de la nariz y se quedó mirando al hombre máquina con sus ojos miopes y una expresión de temor reverente, sin hacer el menor movimiento para acercarse a él, satisfecho con adarlo a distancia—. Jamás imaginé algo tan maravilloso.

—A mí me parece espantoso —intervino Jarre con un estremecimiento—. Y, ahora que lo hemos visto, vamonos. No me gusta este lugar. Y tampoco me gusta esa cosa.

Haplo compartía sus sentimientos. A él tampoco le gustaba aquel lugar. El autómata le recordaba a los cadáveres vivientes de Abarrach, cuerpos muertos devueltos a la vida por el poder de la nigromancia. El patryn tenía la sensación de que allí estaba actuando el mismo tipo de magia negra, sólo que en este caso había dado vida a algo que no estaba destinado a tenerla. Aquello era un poco mejor, pensó, que devolver a la vida un cuerpo en putrefacción. O tal vez no. Al menos,

—

los muertos poseían alma. Aquel artefacto de metal carecía no sólo de mente, sino también de espíritu.

El perro olisqueó los pies del autómata y alzó la cabeza hacia Haplo, desconcertado, como preguntándose por qué aquello, que se movía como un hombre y hablaba como un hombre, no olía como tal.

—Ve a la puerta a vigilar —ordenó Haplo al animal.

Harto del autómata, el perro obedeció de buena gana.

Limbeck, pensativo, recurrió a su pregunta favorita:

— ¿Por qué? Si ese hombre de metal ha estado dirigiendo la máquina todos estos años, ¿por qué se ha detenido la Tumpa-chumpa?

Bane meditó la respuesta y sacudió la cabeza.

—No tengo idea —se vio obligado a reconocer, encogiéndose de hombros.

Haplo se rascó los tatuajes luminosos de la mano, consciente de que el peligro que acechaba al grupo no se había reducido.

—Quizá tiene algo que ver con la apertura de la Puerta de la Muerte, Alteza.

—Mucho sabes tú de... —empezó a decir Bane en tono de suficiencia, pero lo interrumpió el autómatas, que se volvió hacia Haplo.

—La Puerta está abierta. ¿Cuáles son mis instrucciones?

—Ahí está —apuntó Haplo con satisfacción—. Ya lo imaginaba. Ésa es la razón de que la Tumpa-chumpa se haya detenido.

— ¿Qué puerta? —inquirió Limbeck con expresión ceñuda. Se limpió las gafas y volvió a colocarlas en su sitio—. ¿De qué estáis hablando?

—Supongo que puedes tener razón —murmuró Bane, al tiempo que dirigía una mirada torva a Haplo—. Pero, ¿y si es así? ¿Qué hacemos entonces?

— ¡Exijo saber qué está sucediendo! —Limbeck les dirigió una mirada de furia.

—Te lo explicaré en cuatro palabras —dijo Haplo—. Míralo así, Alteza: los sartán pretendían que los cuatro mundos funcionaran conjuntamente. Digamos que la Tumpa-chumpa no estaba destinada sólo a provocar el alineamiento de las islas de Ariano. Supongamos que la máquina tenía otras tareas, aparte de ésta; tareas que tienen algo que ver con los demás mundos.

—Mi verdadera tarea empieza con la apertura de la Puerta —dijo el autómatas—. ¿Cuáles son mis instrucciones?

— ¿Cuál es tu verdadera tarea? —fue la astuta respuesta de Bane.

—Mi verdadera tarea empieza con la apertura de la Puerta. He recibido la señal. La Puerta está abierta. ¿Cuáles son mis instrucciones?

« ¿Dónde están las ciudadelas?»

De pronto, Haplo evocó el recuerdo de los titanes de Pryan. Otras criaturas sin alma cuya frustración al no tener respuesta a su pregunta las había conducido a dar muerte a cualquier desventurado ser vivo que se cruzara en su camino. « ¿Dónde están las ciudadelas? ¿Cuáles son mis instrucciones?»

—Bien, dadle las instrucciones. ¡Decidle que ponga en funcionamiento la máquina y vayámonos de aquí! —dijo Jarre, cambiando el peso de su cuerpo de su pie a otro con gesto nervioso—. La maniobra de diversión no puede durar mucho más.

—No pienso ir a ninguna parte hasta que sepa exactamente qué sucede aquí

—declaró Limbeck con firmeza.

—Jarre tiene razón, Alteza —terció Haplo—. Indícale qué debe hacer y marchémonos.

—

—No puedo —respondió Bane, mirando al patryn por el rabillo del ojo con ademán socarrón.

— ¿Cómo es eso, Alteza?

—O sea, sí que puedo, pero me llevará mucho tiempo. Muchísimo. Primero, tengo que averiguar cuál es el propósito de cada parte de la máquina. Después, tendré que dar instrucciones específicas a cada una de ellas...

— ¿Estás seguro? —Haplo miró al muchacho con suspicacia.

—Es el único método seguro —replicó Bane, envuelto en un halo de inocencia—. Y quieres que haga todo esto de la manera más segura, ¿verdad? Si cometiera un error, o lo cometieras tú, y la máquina empezara a funcionar caóticamente... tal vez dispersando las islas al azar o enviándolas al fondo del Torbellino... —El pequeño se encogió de hombros—: Miles de personas podrían morir...

Jarre ya tenía el borde de la falda hecho un nudo de tanto retorcerlo.

—Marchémonos de aquí ahora mismo. Sabremos arreglárnoslas tal como estamos. Aprenderemos a vivir sin la Tumpa-chumpa. Cuando los elfos descubran que no volverá a funcionar, se marcharán...

—No lo harán —replicó Limbeck—. Si lo hicieran, morirían de sed. Se quedarán y buscarán y hurgarán hasta descubrir al hombre de metal y entonces serán ellos los que se apoderen de...

—El supervisor jefe Limbeck tiene razón —lo apoyó Bane—. Debemos...

El perro empezó a gruñir y lanzó su ladrido de advertencia. Haplo se observó la mano y el brazo y advirtió que las runas brillaban con más intensidad.

—Viene alguien. Probablemente, han descubierto el agujero de la estatua.

—Pero, ¿cómo? ¡Ahí arriba no había ningún elfo!

—No lo sé —murmuró Haplo con tono sombrío—. O bien la maniobra de los enanos no ha dado resultado, o los elfos han sido puestos sobre aviso. Pero, ahora, eso no importa. ¡Tenemos que marcharnos de aquí, enseguida!

— ¡Qué tontería! —Bane se plantó ante él con una mirada colérica y desafiante—. No seas estúpido. ¿Cómo van a encontrarnos esos elfos? Las runas que nos han conducido hasta aquí se han ido apagando a nuestro paso. Sólo tenemos que ocultarnos aquí y...

El muchacho tenía razón, reflexionó Haplo. Se estaba comportando como un estúpido. ¿De qué tenía miedo? Podían cerrar la puerta y esconderse allí dentro. Los elfos podían batir los túneles durante años sin dar con ellos.

Abrió la boca para dar la orden, pero no surgió de sus labios palabra alguna. El patryn había sobrevivido hasta allí gracias a confiar en su intuición. Y la intuición, ahora, le decía que se marchara de aquel lugar lo antes posible.

—Haz lo que digo, Alteza.

Haplo agarró a Bane por un brazo y empezó a arrastrarlo hacia la puerta, pese a la resistencia del pequeño.

—Mira esto. —El patryn colocó la mano, cuyos tatuajes brillaban intensamente, ante las narices de Bane—. No sé cómo han averiguado que estábamos aquí abajo, pero lo saben, créeme.

Nos están buscando y, si nos quedamos en esta sala, será aquí donde nos encuentren. Aquí... con el autómeta. ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso lo que querría Xar?

Bane lo miró, furioso; el odio brillaba en los ojos del pequeño, frío y desnudo como la hoja de un puñal. La intensidad de aquel odio y la malicia que lo

—

acompañaba dejaron perplejo a Haplo y perturbaron sus pensamientos por unos momentos. La mano aflojó la presión, y Bane se desasíó con un enérgico tirón.

— ¡Eres un completo estúpido! —masculló por lo bajo, amenazador—. ¡Te demostraré que eres un estúpido de pies a cabeza! —Y, dando media vuelta,

empujó a Jarre a un lado, llegó a la puerta y echó a correr pasadizo adelante.

— ¡Vete tras él! —ordenó Haplo al perro, y éste obedeció en el acto.

Limbeck se quitó las gafas y contempló con añoranza al autómatas que, impertérrito, seguía inmóvil en el centro de la estancia.

—Sigo sin comprender... —empezó a decir.

— ¡Ya te lo explicaré más tarde! —respondió Haplo con exasperación.

Jarre se hizo cargo de la situación. Agarrando al augusto líder de la UAPP como solía, arrastró a Limbeck al otro lado de la puerta, a la antesala.

— ¿Cuáles son mis instrucciones? —inquirió el autómatas.

—Cierra la puerta —le gruñó Haplo, satisfecho de alejarse de aquel cadáver metálico.

Ya en el pasadizo, hizo una pausa para orientarse. Llegaron hasta él las ruidosas pisadas de Bane mientras corría túnel adelante, desandando el camino por el que habían venido. El símbolo mágico patryn que Haplo había grabado sobre el arco emitía un mortecino y vacilante resplandor verdeazulado. Por lo menos, Bane había tenido el buen juicio de echar a correr en la dirección adecuada, aunque era muy posible que ello lo condujera directamente a los brazos de sus perseguidores.

Se preguntó qué le rondaría por la cabeza a aquel chiquillo estúpido.

Cualquier cosa, con tal de crear problemas, se respondió. Aunque, en realidad, poco importaba. Bane era un mensch, igual que los elfos. Podía ocuparse de todos ellos con suma facilidad. Ni siquiera se enterarían de lo que se les venía encima. Entonces, ¿por qué estaba asustado, tan asustado que el miedo casi le impedía pensar?

—No me lo explicó —se respondió en un murmullo. Se volvió a Limbeck y a Jarre—. Tengo que detener a Su Alteza. Vosotros dos seguidme lo más rápido que podáis y alejaos todo lo posible de esa sala. Esos signos no seguirán encendidos mucho tiempo —añadió, señalando el símbolo patryn—. Si los elfos capturan a Bane, ocultaos y dejadme actuar a mí. No intentéis haceros los héroes.

Dicho esto, echó a correr pasadizo adelante.

— ¡Te seguiremos! —prometió Jarre, y se volvió hacia Limbeck. El enano, con las gafas en la mano, contemplaba con ojos miopes la puerta que se había cerrado tras él.

— ¡Limbeck, vamos! —ordenó la enana.

— ¿Y si no volvemos a encontrar este sitio nunca más? —apuntó él en tono lastimero.

« ¡Espero que así sea! », estuvo a punto de replicar Jarre, pero se mordió la lengua. Tomó de la mano al abstraído supervisor jefe (algo que no había hecho en mucho tiempo, advirtió la enana) y tiró de él con insistencia.

—Tenemos que irnos, querido. Haplo tiene razón. No podemos permitir que los elfos encuentren a ese..., ese autómatas.

Limbeck exhaló un profundo suspiro. Se puso las gafas y, plantándose ante la puerta, cruzó los brazos sobre su amplio pecho y declaró resueltamente:

—No. Yo no me voy.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

—Como sospechaba, los gegs han efectuado esa maniobra para desviar

nuestra atención —declaró el capitán elfo junto a la estatua del dictor, tras inspeccionar el hueco que se apreciaba tras la rendija de la peana—. Uno de vosotros, quitad ese pedazo de tubería.

Ninguno de los miembros del escuadrón de elfos se apresuró a cumplir la indicación del capitán. Sin mover los pies de donde los tenían, los soldados se limitaron a mirarse unos a otros o a lanzar miradas de reojo a la estatua.

El capitán se volvió para ver por qué no se cumplía su orden.

— ¿Y bien? ¿Qué os sucede?

Uno de los elfos, tras un marcial saludo, tomó la palabra.

—La estatua está maldita, capitán Sang-Drax.. Todo el que haya pasado un poco de tiempo aquí lo sabe...

El comentario era una referencia, nada sutil, al hecho de que el capitán era un recién llegado a Drevlin.

—Si los gegas han bajado ahí, están perdidos —dijo otro soldado.

— ¡Maldita sea! —Sang-Drax soltó un bufido—. ¡Malditos vosotros, si no obedecéis las órdenes! ¡Y, si pensáis que ese feo pedazo de roca os puede hacer algún mal, esperad a ver las consecuencias de *mi* maldición! —Con una mirada furiosa, añadió—: ¡Teniente Ban'glor, quite ese tubo!

A regañadientes, temeroso de la maldición de la estatua pero más temeroso de su capitán, el elfo elegido dio un paso adelante. Con cautela, pálido y con un reguero de sudor en el rostro, alargó la mano y sujetó el objeto. Los demás soldados retrocedieron un paso inconscientemente, captaron la mirada colérica del oficial y se detuvieron. Ban'glor tiró del tubo y casi cayó de espaldas, pues no esperaba que se deslizara con tanta facilidad. La base de la estatua giró y se abrió, dejando a la vista los peldaños que se perdían en las tinieblas.

—Oigo ruidos ahí abajo.

—

El capitán se acercó y miró hacia el fondo del hueco. Los demás elfos lo observaron en un silencio incómodo. Todos sabían cuál iba a ser la siguiente orden.

— ¿De dónde ha sacado el alto mando a este imbécil con ardor guerrero? —le cuchicheó un soldado a otro.

—Ha llegado en el último embarque de tropas —respondió el otro en tono tenebroso.

—Vaya una suerte, haber caído en sus manos. Primero, el capitán Ander'el va y se mata...

— ¿Nunca te has preguntado cómo pudo suceder eso? —lo interrumpió su compañero.

El capitán Sang-Drax tenía la mirada fija en el hueco de la peana de la estatua, pendiente de la posible repetición del sonido que había atraído su atención.

—Silencio ahí atrás —exclamó, volviéndose con gesto irritado.

Los dos soldados enmudecieron y se quedaron inmóviles, inexpresivos. El oficial reanudó su reconocimiento y se introdujo a medias por la abertura en un vano intento de ver algo en la oscuridad.

— ¿Cómo pudo suceder, qué? —cuchicheó el soldado a espaldas del capitán.

—La muerte de Ander'el.

—Se emborrachó, salió al descubierto bajo la tormenta y... —El soldado se

encogió de hombros.

— ¿Ah, sí? —Replicó su compañero—. ¿Y cuándo has visto que el capitán Ander'el no aguantara el licor?

El otro soldado dirigió una mirada sorprendida al que acababa de hablar.

— ¿Qué estás diciendo?

—Lo que comentan muchos. Que la muerte del capitán no fue ningún accidente...

Sang-Drax se volvió.

—Vamos a entrar —anunció. Señaló a los dos soldados que estaban hablando y les ordenó—: Vosotros dos, abrid la marcha.

Los dos soldados cruzaron una mirada. Desde aquella distancia, se dijeron en silencio el uno al otro, era imposible que los hubiera oído. Displicentemente, sin prisas, se dispusieron a obedecer. El resto del escuadrón avanzó tras ellos, lanzando nerviosas miradas a la estatua y dando un amplio rodeo para no pasar cerca de ella. El capitán Sang-Drax, el último en descender, siguió a sus hombres con una leve sonrisa en sus finos y delicados labios.

Haplo corrió tras Bane y el perro. Mientras lo hacía, echó una ojeada a su piel, que ahora despedía un intenso resplandor azulado teñido de un rojo subido, y masculló una maldición. No debería haber acudido allí, ni debería haber permitido la presencia de Bane y de los enanos. Debería haber hecho caso de la advertencia que intentaba transmitirle su cuerpo aunque no le encontrara sentido. En el Laberinto, no habría cometido nunca tal error.

—Me he vuelto demasiado arrogante, maldita sea —murmuró—. Demasiado seguro de mí mismo, creyéndome a salvo en un mundo de mensch.

Pero lo más inexplicable, lo más desquiciante, era que, efectivamente, estaba a salvo. Y, no obstante, sus runas de protección y defensa brillaban en la oscuridad, aún más intensas y, ahora, rojas además de azules.

—

Aguzó el oído tratando de captar las recias pisadas de los dos enanos, pero no las escuchó. Tal vez habían tomado otra dirección. Los pasos de Bane sonaban más cercanos, pero aún a cierta distancia. El muchacho corría con toda la rapidez y todo el descuido de un chiquillo asustado. Estaba haciendo lo acertado, evitar que los elfos descubrieran la sala del autómatas, pero dejarse coger para conseguirlo no parecía una buena solución.

Haplo dobló un recodo y se detuvo un momento a escuchar. Oyó voces; voces de elfos, estaba seguro, aunque era incapaz de calcular a qué distancia estaban, pues los sinuosos pasadizos distorsionaban los sonidos impidiéndole precisar si se hallaba o no cerca de la estatua.

El patryn envió un mensaje urgente al perro: *¡Deteen a Bane! ¡Y no te separes de él!* Después, emprendió de nuevo la persecución a la carrera. Si conseguía alcanzar al muchacho antes de que los elfos...

Un grito, ruidos de pelea y los gruñidos y ladridos del perro, urgentes y furiosos, lo hicieron detenerse en seco. Delante de él había problemas. Dirigió una breve mirada sobre el hombro. Los enanos seguían sin aparecer por ninguna parte. Bueno, tendrían que arreglarse por su cuenta. Haplo no podía ocuparse de ellos, pues debía hacerlo de Bane. Además, Limbeck y Jarre estarían más cómodos en aquellos túneles, donde sin duda serían capaces de encontrar un escondrijo. Así pues, los apartó de su mente y siguió avanzando, esta vez con sigilo.

¡Silencio, perro!, ordenó al animal. *¡Y sigue atento!*

Los ladridos del perro cesaron.

— ¡Vaya!, ¿qué tenemos aquí, teniente?

— ¡Un niño! Un cachorro humano, capitán. —El elfo parecía sumamente perplejo—. ¡Ay! ¡Deja eso, pequeño bastardo!

— ¡Suéltame! ¡Me haces daño! —exclamó Bane.

— ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí, muchacho? —preguntó el oficial en el tono brusco que utilizaba la mayoría de los elfos para dirigirse a los humanos, convencidos de que era el único que éstos entendían.

—Y cuida tus modales, muchacho. —Sonó un bofetón; seco, frío e impersonal—. El capitán te ha hecho una pregunta. Responde, pues.

El perro emitió un gruñido. *¡No, muchacho!*, le ordenó Haplo en silencio.

Quieto.

Bane soltó un jadeo de dolor, pero no lloriqueó ni se quejó.

—Lamentarás lo que has hecho —dijo en un susurro amenazador.

El elfo soltó una risotada y golpeó de nuevo al chiquillo.

— ¡Habla!

Bane tragó saliva, y tomó aire entre dientes. Cuando volvió a hablar, lo hizo con fluidez en el idioma de los elfos.

—Estaba buscándoos cuando encontré la estatua abierta y bajé por curiosidad. No soy un humano cualquiera. Soy el príncipe Bane, hijo del rey Stephen y de la reina Ana de Volitaran y Ulyndia. Será mejor que me tratéis con el debido respeto.

«Bravo, muchacho.» Haplo, a su pesar, tuvo que dar su aplauso a Bane.

Aquella declaración haría que los elfos se detuvieran a pensar.

El patryn se deslizó en silencio hasta la boca del pasadizo donde los elfos habían capturado al chiquillo. Desde allí podía verlos: seis soldados y un oficial elfos, situados cerca de la escalera que conducía de nuevo a la estatua.

—

Los soldados se habían desplegado por el pasadizo con las espadas desenvainadas y lanzaban miradas nerviosas a un lado y a otro. Era evidente que se sentían incómodos, allí abajo. Sólo el oficial parecía frío y despreocupado, aunque Haplo apreció que la respuesta de Bane lo había tomado por sorpresa. El capitán elfo se frotó la puntiaguda barbilla y estudió al humano con aire pensativo.

—El cachorro del rey Stephen ha muerto —dijo el soldado que retenía a Bane—. Lo sabemos muy bien, pues nos ha acusa—o de asesinarlo.

—Entonces, deberíais saber que no lo habéis hecho —replicó el muchacho con astucia—. Soy el príncipe, podéis estar seguros. El hecho mismo de que esté aquí, en Drevlin, debería ser una demostración de lo que digo. —El muchacho hablaba con desdén. Se llevó la mano a la mejilla dolorida para frotársela, pero reprimió el gesto y se mantuvo firme donde estaba, lanzando miradas iracundas a sus captores, demasiado orgulloso como para reconocer que le habían hecho daño. — ¿Ah, sí? —Dijo el capitán—. ¿Cómo es eso?

Era evidente que el oficial estaba impresionado. ¡Qué caramba!, el propio Haplo lo estaba. Por un instante, había olvidado la astucia y la capacidad de manipulación del pequeño. El patryn se relajó y se dedicó a estudiar a los soldados para decidir qué clase de magia podía usar para dejar fuera de combate a los elfos sin que Bane sufriera daño.

—Estoy prisionero. Prisionero del rey Stephen. Estaba esperando una oportunidad para escapar y, cuando esos estúpidos gregs se marcharon para atacar vuestra nave, se presentó la ocasión. Huí y vine en vuestra busca, pero me perdí y he terminado aquí abajo. Llevadme de vuelta a Tribus. Veréis cómo sois recompensados por las molestias. —Bane les dirigió una sonrisa candorosa.

— ¿Llevarte de vuelta a Tribus? —El capitán elfo parecía sumamente divertido—. ¡Tendrás suerte si decido malgastar las energías necesarias para llevarte a lo alto de esa escalera, siquiera! La única razón de que no te haya matado todavía, pequeño gusano, es que tienes razón en una cosa: en efecto, siento una gran curiosidad por saber qué hace aquí, en el Reino Inferior, un mocoso humano como tú. Y te recomiendo que esta vez digas la verdad.

—No veo la necesidad de decirte nada. ¡Y no estoy solo! —exclamó Bane en un chillido agudo. Luego, volviéndose, señaló el túnel por el que había llegado hasta allí—. Se ocupa de mí un guardián, uno de los misteriarcas. Y tiene con él a algunos gregs. ¡Ayúdame a escapar de él antes de que pueda detenerme! Bane se agachó bajo el brazo del capitán elfo y corrió hacia la escalera. El perro, tras una breve mirada a Haplo, salió tras el muchacho.

— ¡Vosotros dos, coged al mocoso! —Se apresuró a ordenar el capitán—. ¡Los demás, venid conmigo!

El oficial extrajo una daga de la vaina que llevaba al cinto y se encaminó hacia el pasadizo que había señalado Bane.

« ¡Pequeño miserame!», pensó Haplo entre maldiciones. Invocó la magia y pronunció y trazó los signos mágicos que llenarían el pasadizo con un gas tóxico. En cuestión de segundos, todos, incluido Bane, quedarían inconscientes. Elevó la mano y, mientras el primer signo mágico ardía en el aire bajo sus dedos, se preguntó de quién intentaba escapar Bane, en realidad.

De pronto, una silueta rechoncha apareció de detrás del patryn.

— ¡Estoy aquí! ¡No me hagáis daño! ¡Estoy sola, no hay nadie más conmigo! Era la voz de Jarre. Avanzando con paso trabajoso por el pasadizo, la enana se encaminó directamente hacia los elfos.

—

Haplo no había advertido la cercanía de la enana y no se atrevió a detener su magia el tiempo necesario para cogerla y ponerla fuera del campo de acción de su hechizo. Jarre recibiría el efecto del gas somnífero, pues el patryn no tenía más remedio que continuar. Más tarde, cuando volviera a buscar a Bane, recogería también a Jarre.

Salió de su escondite. Los elfos se detuvieron, confusos. Vieron las runas que brillaban en el aire y, ante ellos, a un hombre que irradiaba un resplandor rojo y azul. Aquél no era ningún misteriarca. Ningún humano podía obrar una magia parecida. Los soldados se volvieron hacia el capitán en espera de órdenes.

Haplo terminó de trazar la última runa. El hechizo estaba casi ultimado. El capitán elfo se dispuso a arrojar su daga, pero el patryn apenas le prestó atención. Ningún arma mensch podía hacerle nada. Terminó el signo mágico, dio un paso atrás y aguardó a que el hechizo obrara efecto.

No sucedió nada.

La primera runa, inexplicablemente, parpadeó y no tardó en apagarse. Haplo lo presenció, perplejo. La segunda runa, que dependía de la primera, empezó a difuminarse también. El patryn no podía creer lo que veía. ¿Había cometido algún

error? No, imposible. El hechizo era muy sencillo y...

Una llamarada de dolor le traspasó el hombro. Bajó la vista y descubrió la empuñadura de un puñal sobresaliendo de su camisa. Debajo de ésta se formó al instante una gran mancha oscura de sangre. La rabia, la confusión y el dolor le nublaron cualquier pensamiento coherente. ¡Nada de aquello debería estar sucediendo! ¡Las runas tatuadas en su piel deberían haberlo protegido! ¡El maldito hechizo debería estar surtiendo efecto! ¿Por qué no había sucedido nada de ello? Miró a los ojos —los encendidos y almendrados ojos— del capitán elfo y vio la respuesta.

Agarró la daga, pero no tuvo fuerzas para extraerla. Un calor horrible, mareante, había empezado a extenderse por su cuerpo. El calor le revolvió las entrañas, le dio náuseas. La terrible sensación le debilitó los músculos, y la mano le cayó al costado, flácida e inerte. Le fallaron las rodillas. Se tambaleó, estuvo a punto de caer y trastabilló hasta la pared en un esfuerzo por mantenerse en pie. Pero el calor se extendía ya hasta su cerebro. Se derrumbó en el suelo... Y ya no supo nada más.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

Jarre estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la Factría, cerca de la estatua del dictor, tratando de mantener la vista apartada de la peana de la estatua, de la abertura que conducía a los extraños túneles. Pero, cuantos más esfuerzos hacía por no mirar hacia allí, más a menudo se descubría con los ojos fijos en ella.

Clavó la mirada en cualquier otra parte: en uno de los centinelas elfos, en Bane, en el perro inquieto... Cuando se dio cuenta, volvía a tener la mirada puesta en la abertura.

Esperando ver aparecer a Limbeck.

Había pensado al detalle lo que haría cuando viera a Limbeck asomar torpemente por el hueco. Crearía una maniobra de distracción como la que había llevado a cabo en los túneles. Simularía que intentaba escapar. Echaría a correr hacia la puerta principal de la Factría, alejándose de la estatua. Eso le daría tiempo a Limbeck para salir, cruzar el suelo sin ser visto y colarse de nuevo en los túneles que empleaban los enanos y que los habían conducido hasta allí.

«Sólo espero que no se le ocurra hacer nada estúpido y caballeroso —se dijo Jarre, mientras la mirada se le escapaba una vez más hacia la estatua—. Aleo así como intentar rescatarme. Eso es lo que habría hecho el Limbeck de antes.

Afortunadamente, ahora es más razonable.»

Sí, ahora era más razonable. Sumamente razonable. Era muy razonable por su parte dejar que ella se sacrificara, que se dejara capturar por los elfos, que fuera ella quien los despistara y los alejara de la sala del autómeta. Al fin y al cabo, el plan había sido de ella, pero Limbeck lo había aceptado de inmediato. Una actitud muy razonable por su parte: no había protestado, no había intentado convencerla de que se quedara, no se había ofrecido a acompañarla.

—Cuídate, querida —le había dicho, mirándola a través de aquellas gafas infernales—, y no les digas nada de esta sala.

Todo muy razonable.

—

Jarre admiraba a la gente razonable. Lo cual le hacía preguntarse por qué tenía el incontenible deseo de romperle de un puñetazo aquella boca tan razonable.

Con un suspiro, contempló la estatua y siguió recordando su plan y las consecuencias que había tenido.

Mientras corría por el túnel, la había asustado más la visión de Haplo, de su piel deslumbrante de magia luminosa, que la presencia de los elfos. Allí, casi se había sentido incapaz de continuar con su plan de acción, pero entonces Bane había gritado algo en elfo acerca de los gegs y había señalado el túnel, en dirección a la sala del autómata.

A partir de aquel momento, todo había sido muy confuso. Aterrorizada ante la posibilidad de que descubrieran a Limbeck, Jarre se puso al descubierto y echó a correr, gritando que estaba sola. Bane desapareció escaleras arriba, algo pasó zumbando junto a su cabeza y oyó una exclamación de dolor de Haplo. Cuando volvió la cabeza, lo vio retorciéndose en el suelo mientras el resplandor mágico de su piel se desvanecía rápidamente. En el momento en que se disponía a acudir en su ayuda, dos elfos la atraparon y la inmovilizaron.

Uno de los elfos se inclinó sobre Haplo y lo examinó con detenimiento. Los demás se mantuvieron a distancia. Un grito procedente de arriba, seguido de un lamento de Bane, indicó que los elfos habían conseguido capturar al muchacho.

El elfo arrodillado junto a Haplo alzó la vista a sus subordinados, dijo algo que Jarre no comprendió e hizo un gesto imperioso. Los dos elfos la llevaron escaleras arriba y la depositaron donde estaba ahora, en el suelo de la Factoría. Sentado a su lado, la enana encontró a Bane. El muchacho tenía un aspecto contrito; el perro estaba agazapado a su lado y Bane tenía la mano sobre el lomo del animal. Cada vez que el perro intentaba incorporarse, probablemente para ir a ver qué le sucedía a su amo, el muchacho lo obligaba a quedarse donde estaba.

— ¡No te muevas! —ordenaron los elfos a Jarre en un tosco idioma enano.

Ella obedeció con bastante docilidad y se dejó caer al lado de Bane.

— ¿Dónde anda Limbeck? —preguntó éste a Jarre en un susurro, utilizando también el idioma de la enana.

¿Cuándo lo había aprendido? La última vez que Bane había estado allí, no sabía hablar su lengua. Hasta aquel momento, Jarre no le había oído una palabra en el idioma de los enanos y el descubrimiento de que lo dominaba le produjo una profunda irritación.

Como única respuesta, Jarre le dirigió una mirada absolutamente inexpresiva, como si le hubiera hablado en elfo y no hubiese entendido una palabra. Con una mirada a hurtadillas a sus guardianes, los vio concentrados en una conversación en voz baja y observó cómo volvían mas de una vez la mirada hacia la abertura en la base de la estatua.

Jarre se volvió hacia Bane, le hundió dos dedos en el brazo y le susurró:

—Estoy sola. No lo olvides.

Bane abrió la boca para soltar un grito pero, tras echar un vistazo a la expresión de Jarre, decidió que era mejor guardar silencio. Mientras se acariciaba el brazo dolorido, se apartó de la enana y permaneció sentado a cierta distancia, callado y malhumorado, urdiendo probablemente alguna nueva diablura.

Jarre no pudo evitar pensar que, en cierto modo, todo aquello era culpa del muchacho. Y llegó a la conclusión de que Bane no le agradaba.

De momento, no sucedió mucho más. Los otros elfos deambulaban inquietos en torno a la estatua, vigilando a los prisioneros sin dejar de dirigir miradas nerviosas hacia el hueco en sombras. El capitán elfo y Haplo no aparecieron. Y no había el menor rastro de Limbeck.

En situaciones como aquélla, el tiempo transcurría muy despacio. Jarre lo sabía y aguantó con paciencia. Pero, incluso con esa paciencia, llegó un momento en que se dijo que llevaba allí sentada muchísimo rato. Se preguntó cuánto durarían iluminados los símbolos mágicos que Haplo había trazado sobre los arcos para señalar el camino de salida; seguramente, pensó, ya se habían apagado. Limbeck no vendría. No acudiría en su rescate, no se uniría a ella. El enano iba a ser... razonable.

Las recias pisadas de unas botas atronaron sobre el suelo de la Factría. Una voz gritó algo, y los centinelas se pusieron firmes. Jarre, esperanzada, se dispuso a correr. Pero quien apareció no fue el respetable líder de la UAPP, con sus gruesas gafas.

Sólo era un elfo. Y venía de otra dirección, procedente de la parte delantera de la Factría. Jarre emitió un suspiro.

El elfo señaló a los dos prisioneros y dijo algo que Jarre no entendió. Los guardianes se apresuraron a responder, con evidente alivio.

Bane se incorporó al instante, con aire más animado. El perro también se levantó con un gimoteo anhelante. Jarre permaneció donde estaba.

—Vamos, Jarre —dijo el muchacho con una sonrisa magnánima que lo perdonaba todo—. Se nos llevan de aquí.

—¿Adonde? —preguntó la enana con suspicacia, poniéndose en pie lentamente.

—A ver al comandante jefe. No te preocupes, todo irá bien. Yo me ocuparé de ti.

Jarre no le creyó. Miró con irritación a los elfos que se acercaban y cruzó los brazos sobre el pecho, dispuesta a resistirse, si era necesario.

—¿Dónde está Haplo? —inquirió.

—¿Cómo voy a saberlo? —Replicó Bane, encogiéndose de hombros—. La última vez que lo vi estaba ahí abajo, a punto de hacer alguno de sus trucos de magia. Supongo que no le ha funcionado —añadió.

Con una nota de presuntuosidad, en opinión de Jarre.

—Tienes razón, no le dio resultado —dijo la enana—. Haplo estaba herido. El elfo le arrojó un puñal.

—Una verdadera lástima —murmuró Bane con sus azules ojos muy abiertos—. ¿Y Limbeck? ¿Estaba con él?

Jarre miró al muchacho con rostro inexpresivo.

—¿Quién?

Bane enrojeció de rabia pero, antes de que pudiera replicar, un guardián elfo interrumpió el diálogo.

—Muévete, geg —ordenó en idioma enano.

Jarre no quería moverse. No quería ir a presencia de aquel comandante jefe.

No quería marcharse sin saber qué había sido de Limbeck y de Haplo. Adoptó un aire desafiante y se dispuso a plantar una resistencia que probablemente le costaría un par de golpes del soldado, cuando de pronto se le ocurrió que Limbeck

podía estar oculto allí abajo, esperando el momento más oportuno. Es decir, aguardando a que los centinelas se marchasen, para poder escapar con garantías.

—

Mansamente, se puso a la altura de Bane.

Detrás de ellos, uno de los elfos hizo una pregunta a gritos. El elfo recién llegado respondió en un tono que sonó a orden.

Inquieta, Jarre volvió la vista.

Varios elfos se estaban apostando en torno a la estatua.

— ¿Qué hacen? —preguntó a Bane con temor.

—Vigilando la abertura —respondió Bane con una sonrisa socarrona.

— ¡Mirad por dónde vais! Y tú, gusano, sigue adelante —ordenó el elfo al tiempo que daba un brusco empujón a Jarre.

La enana no tuvo más remedio que obedecer y se encaminó hacia la entrada de la Factoría. Detrás de ella, los elfos habían tomado posiciones cerca de la estatua, pero no demasiado próximos a la amenazadora abertura.

— ¡Oh, Limbeck! —suspiró Jarre—. Sé razonable.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

Haplo despertó dolorido, alternando escalofríos y ardores febriles. Al abrir los ojos, encontró ante sí los del capitán elfo, que despedían un fulgor rojizo pasado por un filtro que lo amortiguaba.

Unos ojos rojos.

El capitán elfo estaba acucillado a su lado, con sus largas y finas manos, de dedos delgados, colgando entre las rodillas flexionadas. Al ver a Haplo consciente y mirándolo, sonrió.

—Saludos, amo —dijo con voz obsequiosa, en un tono ligero y festivo—. ¿Te sientes mareado, verdad? Sí, supongo que sí. Yo no he experimentado nunca el efecto del veneno nervioso, pero tengo entendido que provoca unas sensaciones bastante desagradables. No te preocupes. El veneno no es mortal y sus efectos pasan pronto.

Haplo apretó los dientes para detener su castañeteo y cerró los ojos. El elfo hablaba en patryn, el lenguaje rúnico del pueblo de Haplo, un idioma que ningún elfo vivo o muerto había hablado jamás, ni sería nunca capaz de dominar.

Una mano lo tocaba, se deslizaba sobre su hombro herido.

Abrió los ojos de inmediato y lanzó instintivamente un golpe al elfo... Al menos, ésa era su intención. En realidad, apenas alcanzó a mover el brazo. El elfo sonrió con burlona compasión y soltó un cloqueo como una gallina aturdida. Unas manos fuertes sostuvieron al debilitado patryn, y lo ayudaron a incorporar el cuerpo hasta quedar sentado con la cabeza en alto.

—Vamos, vamos, amo. No es para tanto —dijo el capitán con voz animosa, esta vez en la lengua de los elfos—. Desde luego, si las miradas matasen, ya tendrías colgada del cinto mi cabeza. —Los ojos encarnados brillaron, divertidos—. O tal vez debería decir la cabeza de una *serpiente*, ¿no te parece?

— ¿Qué..., quién eres tú?

—

Al menos, eso fue lo que Haplo trató de decir. Las palabras se formaron claramente en su cerebro, pero lo que salió de sus labios fue una serie de sonidos inarticulados.

—Supongo que aún te resulta difícil hablar, ¿verdad? —Apuntó el elfo, hablándole de nuevo en patryn—. No es necesario que digas nada. Puedo entender tus pensamientos. Ya sabes qué soy. Me has visto en Chelestra, aunque es probable que no lo recuerdes. Allí tenía un cuerpo distinto. Serpientes dragón, nos llamaban los mensch de ese mundo. ¿Qué nombre podríamos adoptar?

¿Serpientes elfo? Sí, me suena bastante bien.

Aquellos seres, pensó Haplo con una vaga sensación de horror, podían cambiar de forma a voluntad... Se estremeció y masculló algo para sí.

—En efecto, podemos adoptar cualquier forma —asintió la serpiente elfo—.

Pero ven conmigo. Te llevo a presencia del Regio. Desea hablar contigo.

Haplo ordenó a sus músculos obedecer sus instrucciones, ordenó a sus manos estrangular, golpear, aporrear, cualquier cosa. Pero el cuerpo no le respondió. Sus músculos se contrajeron y vibraron en sacudidas espasmódicas.

Apenas consiguió ponerse en pie y enseguida se vio obligado a apoyarse en el elfo.

En la serpiente, se corrigió de inmediato. Era mejor empezar a hacerse a la idea, supuso el patryn.

—Empieza a hacerte a la idea de que tienes que sostenerte por ti solo, patryn.

Aja, así está muy bien. Y, ahora, camina. Llegamos con retraso. Así, un pie delante del otro.

La serpiente elfo guió los pasos vacilantes del patryn como si éste fuera un anciano achacoso. Haplo avanzó arrastrando los pies, tropezándose con ellos, y moviendo las manos a sacudidas, sin control. Un sudor frío le bañó la camisa. Los nervios le hormigueaban y le ardían. Los signos tatuados en su piel permanecían apagados, con su magia desorganizada. El patryn se estremeció, presa sucesivamente de escalofríos y acaloramientos; se apoyó de nuevo en el falso elfo y continuó adelante.

Limbeck se detuvo en mitad de aquella oscuridad que resultaba tan extraordinariamente oscura —mucho más oscura que cualquier otra oscuridad que recordara— y empezó a pensar que había cometido un error. El signo mágico que Haplo había dibujado sobre el arco del pasadizo aún brillaba, pero no despedía ninguna luz útil y, si acaso, su resplandor solitario a tanta altura sobre la cabeza del enano sólo servía para acentuar la sensación de oscuridad.

Y, entonces, la luz del signo mágico empezó a perder intensidad.

—Voy a quedar atrapado aquí abajo, a ciegas —murmuró para sí. Se quitó las gafas y empezó a mordisquear el extremo de la patilla, cosa que solía hacer cuando estaba nervioso—. Atrapado a solas. Nadie volverá a buscarme.

Hasta aquel momento, no se le había pasado por la cabeza tal posibilidad.

Limbeck había visto a Haplo realizar prodigios maravillosos con su magia. Sin duda, un puñado de elfos no sería ningún problema para alguien que había ahuyentado a un dragón merodeador. Había dado por sentado que Haplo ahuyentaría a los elfos y regresaría; entonces, él podría continuar investigando aquella criatura metálica maravillosa de la sala de los ojos.

Pero Haplo no volvía. Había pasado mucho rato, el signo mágico empezaba a apagarse, y Haplo no se presentaba todavía. Algo había salido mal.

Limbeck titubeó. La idea de abandonar aquel lugar, quizá para siempre, resultaba perturbadora. Había estado tan cerca...

—
. Dado que la vida de los enanos de Drevlin se centra exclusivamente en torno a la Tumpa-chumpa, varones y mujeres enanos comparten las tareas domésticas como el cuidado de los hijos, la cocina, coser o limpiar. Así, todos los enanos saben tejer, hacer punto o zurcir y, de hecho, consideran estas labores como una forma de entretenimiento. Todos los enanos necesitan tener siempre las manos ocupadas; permanecer sentados sin hacer nada, perdidos en especulaciones y soñando despiertos (como solía hacer Limbeck en su juventud) estaba considerado un pecado terrible.

Limbeck sabía hacer punto pero, evidentemente, no era demasiado hábil, como demuestra el hecho de que los calcetines se deshilaran con tanta facilidad.

Sólo era preciso dar las instrucciones precisas al hombre metálico y éste pondría a latir de nuevo el corazón de la gran máquina. Limbeck no estaba muy seguro de cuáles eran las instrucciones, cómo había que darlas o qué sucedería una vez que la gran máquina se pusiera en marcha, pero confiaba en que todo se aclararía en el momento oportuno, igual que sucedía cuando se ponía las gafas. Pero, por ahora, la puerta estaba cerrada y Limbeck no podía entrar. Lo había comprobado tras un par de intentos de abrirla a empujones, después de que Jarre se marchara. El enano supuso que, por lo menos, debía alegrarse de que el hombre metálico estuviera cumpliendo la orden de Haplo, aunque habría preferido una actitud más relajada, menos disciplinada, por parte del autómatas. Limbeck consideró la posibilidad de golpear la puerta, de pedir a gritos que lo dejara entrar.

—No —se dijo enseguida, con una mueca de asco ante el desagradable sabor que le había dejado en la boca la patilla de las gafas—, las voces y los golpes podrían alertar a los elfos. Acudirían a investigar y descubrirían el Corazón de la Máquina —así había bautizado Limbeck la sala del hombre metálico—. Si tuviera luz, podría estudiar el símbolo que Bane trazó en la puerta y quizá podría abrirla. Pero no tengo nada para iluminarme, ni manera de conseguirlo como no sea yendo a buscarlo a otra parte y volviendo con ello. Pero, si voy a buscar una luz, ¿cómo podré volver con ella si no conozco el camino?

Con un suspiro, Limbeck se colocó las gafas una vez más. Su mirada se concentró en el arco del túnel, en el signo mágico que un rato antes brillaba con intensidad pero que apenas era ya un pálido fantasma de sí mismo.

—Puedo dejar un rastro, como hizo Haplo —murmuró, arrugando la frente con una expresión de profunda concentración—. Pero, ¿con qué? No tengo nada con que escribir. Ni siquiera —se palpó rápidamente los bolsillos— llevo encima una sola tuerca.

De pronto, había recordado un cuento de su infancia en el que dos jóvenes gregs, antes de entrar en los túneles de la gran máquina, habían marcado su ruta dejando tras ellos un rastro de tuercas y tornillos.

Entonces tuvo una idea que casi le dejó sin aliento.

— ¡Los calcetines!

Rápidamente, se sentó en el suelo. Con un ojo en el signo mágico, cuyo resplandor se apagaba por momentos, y el otro en lo que estaba haciendo, se quitó las botas y las colocó ordenadamente junto a la puerta. Después de sacarse uno de sus calcetines de lana, altos y gruesos, que él mismo había tejido, tanteó a ciegas

el borde, buscando el nudo que marcaba el extremo del hilo. No le costó mucho encontrarlo, pues no se había molestado en intentar disimularlo entre el resto del tejido. Tras cortarlo con un rápido y preciso mordisco de sus incisivos, tiró del hilo. El siguiente problema fue encontrar dónde sujetarlo. Las paredes, igual que la puerta, eran lisas. Limbeck las palpó a ciegas buscando algún saliente, pero no

—
encontró ninguno. Finalmente, ató el hilo a la hebilla de su bota e introdujo la caña de ésta bajo la puerta hasta que sólo sobresalió de ella la parte de la suela. —Y tú, deja eso como está, ¿de acuerdo? —dijo al hombre metálico del otro lado de la puerta, pensando que quizás al autómata se le metía en su metálica cabeza la idea de que debía echar fuera aquello que asomaba por debajo de la puerta o, si le gustaba la bota, de tirar de ella para tener todo el resto. La bota, no obstante, permaneció como estaba. Nada la importunó. Rápidamente, Limbeck cogió el calcetín, empezó a deshilarlo y avanzó por el pasadizo dejando tras él un rastro de lana. Había pasado bajo tres arcos marcados con los signos mágicos y ya llevaba desenrollada la mitad del calcetín cuando cayó en la cuenta de que su plan tenía un punto débil.

— ¡Vaya fastidio! —se dijo con irritación.

Porque, lógicamente, si él podía encontrar el camino de vuelta siguiendo el hilo, también podrían hacerlo los elfos. Sin embargo, aquello ya no tenía remedio; sólo le quedaba la esperanza de dar pronto con Haplo y Bane y regresar con ellos al Corazón de la Máquina antes de que los elfos lo descubrieran.

Los signos a las entradas de los túneles seguían despidiendo su resplandor mortecino. Limbeck los siguió hasta terminar el calcetín. Entonces, se quitó el otro, ató el extremo al cabo suelto del primero y prosiguió la marcha, mientras resolvía qué hacer si también se le terminaba el hilo del segundo. Empezaba a pensar cómo servirse de la camisa, incluso a considerar que ya debía de estar cerca de las escaleras que conducían a la estatua, cuando dobló un recodo y casi se dio de bruces con Haplo.

Pero el patryn no le era de ninguna utilidad a Limbeck, por dos razones: porque no estaba solo, y porque no tenía en absoluto buen aspecto. Un elfo llevaba a Haplo, medio a rastras.

Desconcertado, Limbeck se ocultó en el hueco de un túnel. El enano, que avanzaba con los pies descalzos, apenas hizo el menor ruido. El elfo, que había pasado sobre sus hombros el brazo flojo y sin fuerzas de Haplo, venía hablando con su derrengado acompañante y no había oído acercarse al enano, ni captó su retroceso. El elfo y Haplo avanzaron sin detenerse por un pasadizo que se desviaba del que ocupaba Limbeck.

A éste le dio un vuelco el corazón. El elfo avanzaba por los túneles confiadamente, lo cual significaba que los conocía a fondo. ¿Conocía también la existencia del Corazón de la Máquina y del hombre metálico? ¿Eran los elfos, entonces, los responsables de que la Tumpa-chumpa no funcionara?

Limbeck se dijo que tenía que descubrirlo de una vez por todas, y el único medio de hacerlo era espiar a los elfos. Averiguaría dónde llevaban a Haplo y, a ser posible, qué hacían con él. Y qué les hacía él.

Hizo un ovillo con lo que quedaba del segundo calcetín, lo depositó en un rincón y, moviéndose con más sigilo (sin las botas) de lo que había hecho ningún

enano en toda la historia de su raza, avanzó por el pasadizo tras Haplo y el elfo. Haplo no tenía idea de dónde estaba, salvo que lo habían llevado a uno de los túneles subterráneos excavados por la Tumpa-chumpa. Aquél no era un túnel sartán... No. Una rápida mirada a la pared le confirmó su impresión. No había runas sartán por ninguna parte. Reprimió el pensamiento tan pronto como le vino a la mente.

—
. En el idioma de los elfos, «Drax» significa dragón. «Sang» es «serpiente».

Por supuesto, si no lo conocían previamente, las serpientes ya estaban, a aquellas alturas, al corriente de la existencia de los túneles secretos de los sartán. Aún así, era mejor no ponerlas al corriente de nada más, si podía evitarlo.

A no ser porque Bane...

— ¿El muchacho? —La serpiente elfo se volvió hacia él—. No te preocupes. Lo he mandado con mis hombres. Elfos verdaderos, naturalmente. Yo soy su capitán, Sang-Drax; es mi nombre en elfo. Muy adecuado, ¿no te parece? Sí, he mandado a Bane con los elfos. Será mucho más útil para nosotras en sus manos. Un mensch muy notable, ese Bane. Tenemos depositadas en él grandes esperanzas. »No, no, te lo aseguro, *amo*. —Sus ojos centellearon—. El chiquillo no está bajo nuestro control. No es necesario. ¡Ah!, ya hemos llegado. ¿Te sientes mejor? Estupendo. Queremos que estés en condiciones de concentrar toda tu atención en lo que el Regio tiene que decirte.

—... antes de que me matéis —murmuró el patryn.

Sang-Drax sonrió y sacudió la cabeza, pero no respondió. Dirigió una mirada despreocupada a un extremo y otro del pasadizo. Después, sujetando al patryn con firmeza, la serpiente elfo alargó la mano y llamó a una puerta.

Abrió un enano.

—Échame una mano —dijo Sang-Drax, señalando a Haplo—. Pesa.

El enano asintió. Entre los dos, condujeron al patryn, aún semiinconsciente, al interior de la estancia. El enano dio un puntapié a la puerta para cerrarla, pero no se molestó en comprobar si lo había hecho realmente. Era evidente que se sentían seguros en aquel reducto.

—Lo he traído, Regio —anunció Sang-Drax.

—Entra y acomoda a nuestro invitado —fue la respuesta, en el idioma de los humanos.

Limbeck, en su avance tras la pareja, pronto se sintió completamente desorientado. Sospechó que el elfo había vuelto hacia los túneles por donde él acababa de pasar y prestó atención con nerviosismo, casi temiendo que el elfo tropezaría con el hilo de lana en cualquier momento. Con todo, el enano llegó finalmente a la conclusión de que debía de haberse equivocado, pues en ningún momento dieron con el rastro.

Recorrieron una gran distancia por los pasadizos subterráneos. Limbeck se sentía fatigado de andar. Tenía los desnudos pies helados y los dedos llenos de arañazos y contusiones de tropezar con ellos contra las paredes. Esperaba que Haplo empezara pronto a recuperarse; después, entre los dos, podrían reducir al elfo y escapar.

Sin embargo, Haplo no parecía especialmente animado, y un gruñido vino a confirmarlo. El elfo no demostraba estar preocupado por su prisionero. De vez en cuando hacía una pausa, pero sólo para colocarse la carga mas cómodamente en los hombros. Después, continuaba la marcha, acompañado de una espectral luz

rojiza —surgida no sabía de dónde— que iluminaba el camino a su paso.
« ¡Caramba, esos elfos son poderosos! —Se dijo Limbeck—. ¡Mucho más de lo que había imaginado!»

Tomó nota mental del dato para tenerlo en cuenta en el caso de que alguna vez se produjera una guerra a plena escala contra el enemigo.

Dieron muchas vueltas y revueltas por los sinuosos pasadizos hasta que, por fin, el elfo hizo un alto. Apoyó al herido patryn contra la pared y echó una mirada somera en una y otra dirección del corredor.

—
. Limbeck había aprendido el idioma de los elfos con el capitán Bothar'el.

Limbeck se encogió en la boca de un oportuno túnel situado directamente enfrente de donde se encontraba el elfo y se aplastó contra la pared. En aquel momento, descubrió la fuente del fantasmagórico resplandor rojizo: emanaba de los ojos del elfo.

Los extraños ojos de feroz mirada brillaron como llamas en dirección a Limbeck. Su luz espantosa, antinatural, casi lo cegó. El enano sabía que lo habían descubierto y se agachó, aguardando el momento de la captura. Pero la mirada encendida pasó justo por encima de él, barrió el resto del pasadizo y se volvió otra vez hacia adelante.

Limbeck quedó enervado de puro alivio y recordó la ocasión en que uno de los lectrozumbadores de la Tumpa-chumpa se había vuelto loco y se había puesto a escupir grandes centellas hasta que los enanos habían conseguido dominarlo. Una de las chispas había pasado rozándole la oreja. De haber estado cuatro dedos mas a la izquierda de donde se encontraba, lo habría alcanzado. Esta vez, de haber estado cuatro dedos mas adelante en el túnel, el elfo lo habría descubierto sin remedio.

Al cabo, el elfo pareció seguro de que nadie lo observaba, aunque en ningún momento había dado muestras de que tal cosa lo preocupara demasiado. Asintió para sí con aire satisfecho, se volvió y llamó a una puerta.

Cuando se abrió, una luz potente bañó el túnel. Limbeck parpadeó mientras sus ojos se acostumbraban al súbito resplandor.

—Échame una mano —dijo el elfo.

Limbeck, que esperaba ver aparecer a otro elfo en ayuda del primero, se quedó boquiabierto de asombro al ver aparecer en el umbral a un enano.

¡Un enano!

Por fortuna para él, la sorpresa de descubrir a uno de los suyos ayudando a un elfo a transportar al debilitado Haplo al interior de aquella sala secreta subterránea fue tan extraordinaria que le paralizó el habla y todas las demás facultades. De lo contrario, se le habría escapado un « ¡Eh!», un « ¡Hola!» o un «Por las patillas de la tía abuela Sally, ¿qué crees que estás haciendo?», y se habría descubierto.

Así pues, cuando por fin el cerebro de Limbeck restableció contacto con el resto de su cuerpo, el elfo y el enano ya habían entrado a rastras en la sala a un Haplo aún medio inconsciente. Los dos porteadores cerraron la puerta tras ellos, y a Limbeck se le cayó el alma a los pies. Entonces advirtió una rendija de luz y el corazón le dio un brinco, aunque pareció que no conseguía volver donde estaba antes y se quedaba latiendo no mucho más arriba, daba la impresión, de las rodillas. La puerta había quedado ligeramente entreabierta.

No fue el valor lo que impulsó a Limbeck hacia adelante. Fueron los

interrogantes: ¿qué?, ¿por qué?, ¿cómo?

La curiosidad, la fuerza que daba impulso a su vida, lo atrajo a la puerta de la estancia igual que los mágicos lectrozumbadores de la Tumpa-chumpa atraían el hierro. Limbeck se encontró pegado a la puerta, con un ojo tras el correspondiente cristal de las gafas aplicado a la rendija, antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo o reflexionara sobre el peligro que corría.

¡Enanos que colaboraban con el enemigo! ¿Cómo era posible? Descubriría quiénes eran los traidores y entonces..., bueno, entonces los..., o tal vez...

—

Limbeck observó por la rendija y pestañeó. Se echó hacia atrás y aplicó ambos ojos a la abertura, como si mirar con uno solo le produjera alucinaciones. Pero no lo eran. Se quitó las gafas, se frotó los ojos y miró otra vez.

¡En la sala había humanos! ¡Humanos, elfos y enanos! Todos juntos, en paz. Relacionándose los unos con los otros. Todos unidos, aparentemente, en una gran fraternidad.

De no ser porque los ojos de todos ellos despedían aquel fulgor rojo y porque verlos lo llenaba de un terror frío, inexpresable, Limbeck habría dicho que era la visión más maravillosa que había presenciado en su vida.

Humanos, elfos, y enanos, unidos...

Haplo se encontró en la sala y miró a su alrededor. La horrible alternancia de ardores y tiritones había cesado, pero ahora se sentía débil, exánime. Deseaba dormir y reconocía este deseo como un intento de su cuerpo para recuperarse, para restablecer el círculo de su ser, su magia.

Pero estaría muerto mucho antes de que tal cosa pudiera suceder.

La estancia era amplia y estaba iluminada por el débil resplandor de unas cuantas lámparas de luz vacilante colgadas de unos ganchos en las paredes. Al principio, a Haplo lo confundió lo que veía. Pero luego, al pensarlo mejor, lo encontró lógico. Era coherente y brillante. Se dejó caer en una silla que Sang-Drax colocó bajo sus flácidas piernas.

Sí. Era perfectamente lógico.

La sala estaba llena de mensch: elfos como Sang-Drax, humanos como Bane, enanos como Limbeck y Jarre. Un soldado elfo se daba golpecitos en la puntera de la bota con la punta de la espada. Un noble elfo alisaba las plumas de un halcón que sostenía en su puño. Una mujer humana, cubierta con una falda hecha jirones y una blusa deliberadamente provocativa, mataba el tiempo apoyada contra una pared con aire aburrido. A su lado, un hechicero humano se entretenía lanzando una moneda al aire y haciéndola desaparecer. Un enano, con la indumentaria de los geggs, sonreía entre una espesa barba revuelta. Todos mensch, y todos completamente distintos de aspecto y facciones, salvo en una cosa: todos ellos miraban a Haplo con unos brillantes ojos rojos.

Sang-Drax, situado al lado del patryn, hizo una señal a un humano, vestido de obrero común, que se adelantó hasta quedar en el centro del grupo.

—El Regio —anunció la serpiente elfo, en la lengua del patryn.

—Pensaba que habías muerto —dijo Haplo con voz vacilante y pastosa, pero inteligible.

La serpiente humana pareció desconcertada por un instante, pero enseguida soltó una carcajada.

— ¡Ah, sí! Chelestra... No, no estoy muerto. Nosotros no podemos morir.

—Pues a mí bien me pareció que lo estabas, cuando Alfred hubo terminado contigo.

— ¿El Mago de la Serpiente? Reconozco que mató una parte de mí pero, por cada parte de mí que muere, nacen otras dos.

Nosotras vivimos mientras vosotros sigáis vivos. Vosotros nos mantenéis vivas. Estamos en deuda con vosotros.

La serpiente humana hizo una reverencia. Haplo lo contempló, perplejo.

—Entonces, ¿cuál es vuestra verdadera forma? —Quiso saber—. ¿Sois serpientes, dragones, mensch o qué...?

—

—Somos cualquier cosa que queráis que seamos —respondió la serpiente humano—. Vosotros nos dais forma, igual que nos dais vida.

—Lo cual significa que os adaptáis al mundo en que estáis y utilizáis cualquier forma que sirva a vuestros intereses. —Haplo habló lentamente, mientras sus pensamientos se abrían paso con esfuerzo entre una bruma narcótica—. En el Nexo eras un patryn. En Chelestra, convenía a vuestros propósitos manifestaros en forma de esas aterradoras serpientes...

—Aquí, podemos ser más sutiles —apuntó la serpiente humano con un gesto de despreocupación—. No tenemos necesidad de aparecer como monstruos feroces para sembrar en este mundo el caos y la confusión que nos da vida. Nos basta con ser sus habitantes.

El resto de los presentes confirmó su declaración con una carcajada de coro. «Transformistas», pensó Haplo. El mal podía tomar cualquier forma, asumir cualquier disfraz. En Chelestra, serpientes dragón; en Ariano, mensch; en el Nexo, su propio pueblo. Nadie las reconocería, nadie sabría que estaban allí. Podían ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa, fomentar guerras, forzar a luchar a enanos contra elfos, a elfos contra humanos... a sartán contra patryn. «Todos nosotros, demasiado impacientes por dar rienda suelta a nuestro odio, sin darnos cuenta de que ese odio nos debilita, todos estamos abiertos y somos vulnerables al mal que terminará por devorarnos.»

— ¿Por qué me habéis traído aquí? —preguntó, casi demasiado abatido y desesperado como para que le importara.

—Para contarte nuestros planes.

Haplo soltó un soplido de ironía.

—Una pérdida de tiempo, si lo que pretendéis es matarme.

— ¡No! Eso sí que sería una pérdida lastimosa.

El rey de las serpientes avanzó entre filas de elfos, enanos y humanos hasta llegar ante Haplo.

—Todavía no has entendido el asunto, ¿verdad, patryn?

El humano alargó la mano, clavó un dedo en el pecho de Haplo y le dio unos golpecitos.

—Nosotras vivimos mientras lo hagáis vosotros. El miedo, el odio, la venganza, el terror, el dolor, el sufrimiento; ése es el légamo repulsivo y turgente del cual nos alimentamos. Si vosotros vivís en paz, todas nosotras morimos un poco. Si vivís en el temor, vuestra existencia nos da vitalidad.

— ¡Os combatiré! —murmuró Haplo.

— ¡Por supuesto! —se rió la serpiente humano.

Haplo se frotó la cabeza dolorida y los ojos llorosos.

—Ya comprendo: eso es lo que queréis que haga.

—Por fin empiezas a entender. Cuanto más te resistas, más fuertes nos harás.

«¿Qué hay de Xar? —Se preguntó el patryn—. Las serpientes juraron servirle. ¿Será otro truco...?»

—Serviremos a tu señor. —La serpiente humana era sincera. Haplo frunció el entrecejo. Había olvidado que aquellas criaturas podían leerle el pensamiento. La serpiente continuó—: Serviremos a Xar con entusiasmo. Ya estamos con él en Abarrach, bajo el aspecto de patryn, naturalmente. Lo estamos ayudando a penetrar en los secretos de la nigromancia. Cuando lance su ataque nos uniremos a su ejército, lo ayudaremos en su guerra, libraremos sus combates y haremos con gusto todo lo que nos pida. Y después...

—

—Después, lo destruiréis.

—Me temo que nos veremos obligadas a hacerlo. Xar quiere paz y unidad.

Conseguidas mediante la tiranía y el miedo, es cierto, y ello nos procuraría cierto alimento, pero la dieta acabaría por resultar demasiado pobre.

—¿Y los sartán?

—Sí, claro; nosotras no apostamos por un solo favorito. También estamos colaborando con ellos. Samah ha quedado sumamente complacido de sí mismo cuando varios «sartán» han respondido a su llamada y han acudido a «sus queridos hermanos» a través de la Puerta de la Muerte. Samah también ha ido a Abarrach, pero, en su ausencia, los «sartán» recién llegados están incitando a sus congéneres a declarar la guerra a los mensch.

»Y, muy pronto, incluso los pacíficos mensch de Chelestra terminarán peleándose entre ellos mismos. O quizá debería decir... entre *nosotros* mismos. Haplo hundió la cabeza, que le pesaba como si fuera una roca. Sus brazos eran piedras; sus pies, guijarros.

Sang-Drax lo agarró por el pelo, tiró de su cabeza hacia arriba y lo obligó a mirar a la serpiente humano, que se transformó en un ser espantoso. La criatura se agrandó y su cuerpo se hinchó y se expandió. Y, luego, el cuerpo empezó a desmembrarse. Brazos, piernas, manos y pies se separaron del torso y se alejaron flotando mientras la cabeza se encogía de tamaño hasta que Haplo sólo distinguió de ella dos ojos como rendijas llameantes.

Ahora dormirás, dijo una voz en la mente del patryn. Y cuando despiertes, te habrás recuperado por completo. Y recordarás todo lo sucedido. Recordarás claramente todo lo que he dicho y todo lo que ahora voy a añadir. Aquí, en Ariano, corremos cierto peligro. En este mundo existe una tendencia hacia la paz que no nos conviene en absoluto. El imperio de Tribus, débil y corrompido, mantiene una guerra en dos frentes que, según nuestras consideraciones, no podrá ganar. Si Tribus es vencido, los elfos y sus aliados humanos negociarán un tratado con los enanos. No podemos permitir que tal cosa suceda.

A tu señor tampoco le agradaría que se alcanzara ese pacto, Haplo. En los ojos de la serpiente humana brilló una llamada burlona. Ése será tu dilema. Un dilema torturador. Si ayudas a esos mensch, irás contra los deseos de tu señor. Si ayudas a éste, nos estarás ayudando a nosotras. Ayúdanos a nosotras y terminarás destruyendo a tu señor. Y, acabando con él, destruirás a todo tu pueblo.

La oscuridad, reconfortante y tranquilizadora, borró la visión de los ojos rojos.

Sin embargo, siguió escuchando la voz zahiriente:

Piensa en ello, patryn. Mientras tanto, nosotras nos cebaremos en tu miedo.

Limbeck distinguió claramente a Haplo, a quien habían dejado caer al suelo cerca de la puerta. Vio que el patryn echaba una mirada a su alrededor, al parecer tan asombrado como él mismo ante la visión de aquella concurrencia insólita. Sin embargo, la expresión de Haplo no parecía de complacencia, precisamente. De hecho, a juzgar por todos los indicios, el patryn parecía tan aterrorizado como se sentía el propio enano.

Un humano, vestido con las ropas de un trabajador normal, avanzó hasta Haplo y los dos empezaron a conversar en una lengua que Limbeck no entendía, pero que sonaba áspera e irritada y que le produjo un escalofrío cargado de sensaciones sombrías y atemorizadoras. No obstante, en cierto momento del diálogo, todos los presentes en la sala soltaron una carcajada e hicieron

—

comentarios de aprobación y se mostraron sumamente contentos, asintiendo a algo de lo que se había dicho.

En aquel punto, Limbeck pudo hacerse cierta idea del tema de la conversación, pues los enanos hablaban en enano, los elfos lo hacían en elfo y los humanos —presumiblemente, ya que Limbeck no conocía una sola palabra en su idioma— hablaban en humano. Pero nada de cuanto escuchaba alegró el ánimo de Haplo; si acaso, el patryn parecía aún más tenso y desesperado que antes. Limbeck apreció en él el aspecto de un hombre que se disponía a afrontar un final terrible.

Un elfo agarró por el cabello a Haplo y tiró de él, obligándolo a levantar la cabeza para mirar al humano. Limbeck, con ojos desorbitados, contempló la escena sin tener la menor idea de lo que sucedía, pero completamente seguro —de algún modo— de que Haplo iba a morir.

El patryn pestañeó y cerró los ojos. La cabeza le cayó a un costado y su cuerpo quedó exánime en brazos del elfo. El corazón de Limbeck, que había ascendido trabajosamente desde sus pies hasta su pecho, se le alojó ahora firmemente en la garganta. El enano tuvo la certeza de haber visto morir a Haplo. El elfo tendió al patryn en el suelo. El humano lo contempló, movió la cabeza y soltó una carcajada. Haplo volvió la cabeza y emitió un suspiro. Sólo estaba dormido, advirtió Limbeck con alivio.

El enano se sintió tan aliviado que se le empañaron las gafas. Se las quitó y procedió a limpiarlas con manos temblorosas.

—Que varios elfos me ayuden a transportarlo —ordenó el elfo que había conducido a Haplo a aquel lugar. De nuevo, empleaba la lengua de los elfos y no aquel extraño idioma incomprensible para Limbeck—. Tengo que llevarlo de vuelta a la Factría antes de que los demás recelen.

Un grupo de elfos —al menos, Limbeck supuso que lo eran; resultaba difícil estar seguro, pues llevaban una indumentaria que los hacía semejar más a las paredes de los túneles que a verdaderos elfos— se congregó en torno al durmiente Haplo. Varios de ellos asieron al patryn por piernas y hombros, lo levantaron del suelo con facilidad, como si no pesara más que un niño, y se encaminaron hacia la puerta.

Limbeck se ocultó rápidamente en el túnel y observó cómo los elfos se llevaban a Haplo en dirección contraria. Lo asaltó la idea de que iba a quedarse de nuevo a solas allí abajo, sin la menor noción de cómo salir. Era preciso que

siguiera a aquella comitiva; de lo contrario...

Bueno, quizá podría preguntarle a uno de aquellos enanos. Se volvió para asomarse de nuevo a la sala, y las gafas estuvieron a punto de saltarle de la nariz. Se apresuró a ajustarse las patillas a las orejas y observó atentamente a través de los gruesos cristales, incapaz de creer lo que veía.

La estancia, que momentos antes estaba llena de luces y de risas, de humanos, elfos y enanos, estaba completamente vacía.

Limbeck tomó aire profundamente y lo expulsó en un suspiro tembloroso. La curiosidad se apoderó de él, y ya se disponía a entrar en la estancia para investigar cuando se dio cuenta de que los elfos —su único recurso para encontrar la salida— estaban dejándolo atrás rápidamente. Limbeck movió la cabeza a un lado y otro pensando en las cosas extrañas e inexplicables que acababa de presenciar y, con las patillas meciéndose al ritmo de su trotecillo, avanzó por el pasadizo siguiendo con cautela a los elfos de tan insólita indumentaria.

—*Una unidad militar de élite creada por el emperador con la misión aparente de descubrir y destruir a los elfos rebeldes. La Invisible —como era conocida popularmente por la misteriosa capacidad de sus miembros para hacerse casi invisibles— había obtenido un poder enorme, antes incluso de que las maléficas serpientes se infiltraran en ella.*

Uno de los siete clanes de elfos que los sartán llevaron a Ariano inmediatamente después de la Separación. Todos los clanes elfos tenían sus hechiceros, pero los kenkari poseían unas facultades mágicas superiores a las de la mayoría y, con el transcurso de los siglos y a través de una estricta política de matrimonios endogámicos, consiguieron potenciar aún más tales facultades. En consecuencia, existe una gran demanda de hechiceros kenkari entre los demás clanes elfos. Aunque no tienen tierras de su propiedad, son muy respetados y apreciados en toda la nación elfa y viven como «huéspedes» entre las diversas familias reales. Con todo, su principal tarea sigue siendo el Cuidado de las Almas.

El espectral fulgor rojizo de sus ojos iluminaba los pasadizos y les permitía ver por dónde avanzaban. Limbeck no alcanzaba a comprender cómo distinguían un túnel de otro, un corredor de entrada de otro de salida. La comitiva avanzaba a paso rápido, sin hacer altos, sin un paso en falso, sin verse obligada una sola vez a retroceder para tomar otra dirección.

—¿Qué planes tienes ahora, Sang-Drax? —preguntó uno—. Un nombre muy ingenioso, si me permites el comentario.

—¿Te gusta? Me pareció el más adecuado —dijo el elfo que había conducido a Haplo allí abajo—. Ahora debo ocuparme de que el chiquillo humano, Bane, y este patryn sean conducidos ante el emperador. El niño tiene en mente un plan que podría fomentar el caos en el reino humano de manera mucho más eficaz que cualquier acción que pudiéramos emprender nosotros. Confío en que correréis la voz entre los círculos más próximos al emperador y le solicitaréis su colaboración.

—El emperador colaborará, si se lo aconseja la Invisible.

—Me asombra que consiguierais incorporaros tan pronto a una unidad tan preparada y poderosa. Mis felicitaciones.

Uno de los elfos de extrañas ropas se encogió de hombros.

—En realidad, resultó muy sencillo. En todo Ariano no existe otro grupo cuyos métodos y medios coincidían tanto con los nuestros. Con excepción de esa malhadada tendencia a respetar escrupulosamente la ley y el orden elfos y a llevar

a cabo sus acciones en nombre de ellos, la Guardia Invisible es perfecta para nosotras.

—Es una lástima que no sea tan fácil penetrar en las filas de los kenkari.

—Empiezo a pensar que tal cosa será imposible, Sang-Drax. Como le explicaba hace un rato al Regio, antes de tu llegada, los kenkari tienen una naturaleza espiritual y, gracias a ella, son extraordinariamente sensibles a nosotras. De todos modos, hemos llegado a la conclusión de que no representan una amenaza. Todo su interés se concentra en el espíritu de los muertos, cuyo poder mantiene al imperio. Entre los kenkari, el principal objetivo en la vida es el cuidado y la vigilancia de esos espíritus cautivos.

La conversación continuó pero Limbeck, que debía esforzarse para no quedarse atrás y empezaba a fatigarse con aquel ejercicio al que no estaba acostumbrado, no tardó en perder interés por lo que se decía. De todos modos, apenas había entendido nada de lo que hablaban, y lo poco que había captado lo había llenado de perplejidad. ¿Cómo era que aquellos elfos, que momentos antes hacían tan buenas migas con los humanos, hablaban ahora de «fomentar el caos»?

—

En cualquier caso, pensó el enano deseando poder sentarse a descansar un rato, nada de cuanto hicieran humanos o elfos podía sorprenderlo. Y, en aquel momento, ciertas palabras oídas a medias en la conversación de los elfos hicieron que Limbeck se olvidara de sus pies llagados y de sus tobillos doloridos.

— ¿Qué harás con la enana que han capturado tus hombres? —inquiría uno de los elfos.

— ¿La han cogido? —Respondió Sang-Drax sin darle importancia—. No me había percatado.

—Sí, la capturaron mientras tú te ocupabas del patryn. Ahora la tienen en custodia con el muchacho humano.

¡Jarre! ¡Estaban hablando de Jarre!, comprendió Limbeck.

Sang-Drax permaneció pensativo unos instantes.

—Bueno, supongo que la llevaré conmigo —dijo por último—. Podría resultarnos útil en futuras negociaciones, ¿no te parece? Si esos estúpidos elfos no la matan antes. El odio que sienten por esos enanos me tiene asombrado.

¡Matar a Jarre! A Limbeck se le heló la sangre al oírlo; después, la misma sangre le hirvió de furia y, por fin, le bajó de la cabeza al estómago y le provocó en éste la náusea del remordimiento.

—Si Jarre muere, será por culpa mía —murmuró para sí, casi sin mirar por dónde iba—. Se sacrificó por mí y...

— ¿No habéis oído algo? —preguntó uno de los elfos que sostenían las piernas de Haplo.

—Sabandijas —dijo Sang-Drax—. Este lugar está lleno de ellas. Los sartán deberían haber puesto más cuidado en lo que hacían. Deprisa. Mis hombres pensarán que me he perdido aquí abajo y no quiero que ninguno de ellos decida hacerse el héroe y venir a buscarme.

—Dudo que lo hagan —apuntó el elfo de extrañas vestiduras, con una risotada—. Por lo que he oído, tus hombres no te aprecian demasiado.

—Es cierto —reconoció Sang-Drax, impertérrito—. Dos de ellos sospechan que la muerte de su anterior capitán fue cosa mía. Y tienen razón, desde luego. A decir verdad, han sido muy sagaces para descubrirlo; es una lástima que esa sagacidad

les vaya a costar la vida. ¡Ah, ya estamos aquí! El acceso a la Factoría. Ahora, mucho silencio.

Los elfos enmudecieron y aguzaron el oído. Limbeck —indignado, trastornado y confundido— se había detenido a cierta distancia. Ya sabía dónde estaba: reconocía el pie de la escalera que conducía a la estatua del dictador y aún pudo ver el débil resplandor de la marca rúnica que Haplo había dejado a su paso.

—Ahí arriba se mueve algo —anunció Sang-Drax—. Seguramente, han montado una guardia. Dejad al patryn en el suelo. Yo lo llevaré desde aquí. Vosotros, volved a vuestras tareas.

—Sí, señor, capitán, señor.

Los demás elfos saludaron burlonamente, entre risas; a continuación —para completo asombro de un Limbeck que no daba crédito a lo que veía—, se desvanecieron en el aire. El enano se quitó las gafas y limpió los cristales, con la vana esperanza de que la desaparición de los elfos fuera cosa de alguna mota de polvo en ellos, pero las gafas limpias no mejoraron mucho las cosas: todos los elfos se habían esfumado, salvo el capitán del escuadrón, que estaba incorporando a Haplo.

—Despierta, patryn —dijo Sang-Drax, al tiempo que le daba unos cachetes en el rostro—. Así está mejor. ¿Qué sucede, te sientes un poco mareado? Tardarás algún tiempo en recuperarte por completo de los efectos del veneno. Para entonces, ya estaremos camino del Imperanon. No te preocupes: me ocuparé de los mensch. Sobre todo, del muchacho.

Haplo apenas se sostenía en pie y se vio obligado a apoyarse como un saco en el capitán elfo. El patryn parecía sumamente enfermo pero incluso así, en aquel estado de postración, parecía reacio a tener nada que ver con el elfo. No obstante, era evidente que no tenía elección. Estaba demasiado débil para subir los peldaños por sus propias fuerzas. Si quería salir de los túneles, tendría que aceptar la ayuda de los poderosos brazos de Sang-Drax.

Y Limbeck tampoco tenía elección. El enfurecido enano habría querido salir al descubierto y enfrentarse al elfo, exigirle la devolución inmediata de Jarre, intacta. El Limbeck de antes habría actuado así, sin que le importaran las consecuencias. Ahora, en cambio, el enano miró a través de sus anteojos y vio a un elfo de una fortaleza física inaudita. Recordó que el capitán había mencionado a otros elfos que montaban guardia arriba y apreció que Haplo no estaba en condiciones de ayudar. Limbeck decidió ser razonable y se quedó donde estaba, oculto entre las sombras, hasta que oyó sus pisadas en los peldaños. Sólo cuando hubo calculado que estaban a mitad de camino de la abertura superior, se atrevió el enano a avanzar, descalzo, y asomarse al hueco del pie de la escalera.

—Capitán Sang-Drax, señor —escuchó una voz en lo alto—. Ya nos preguntábamos si habría sucedido algo.

—El prisionero —explicó Sang-Drax—. Tuve que ir tras él.

—¿Intentaba huir con un puñal clavado en el hombro?

—Estos malditos humanos son duros, como animales heridos —murmuró el capitán—. Me ha brindado la oportunidad de una buena persecución, hasta que el veneno ha surtido efecto.

—¿Quién es, señor? ¿Una especie de hechicero? Nunca había visto a un humano cuya piel despidiera ese resplandor azul.

—Sí. Es uno de esos llamados misteriarcas. Probablemente, está aquí abajo para cuidar del muchacho.

—Entonces, señor, ¿hemos de dar por cierta la historia del chico? —el elfo parecía escéptico.

—Creo que deberíamos esperar a que el emperador decida qué tenemos que dar por cierto. ¿De acuerdo, teniente?

—Sí, señor. Supongo que sí, señor.

— ¿Adonde han llevado al chico?

«Al diablo con el chico —pensó Limbeck con irritación—. ¿Dónde tienen a Jarre?»

El elfo y Haplo habían llegado a lo alto de la escalera. El enano contuvo el aliento con la esperanza de oír algo más.

—Al cuartel de la guardia, capitán. Esperan allí tus órdenes.

—Necesitaré una nave, dispuesta para volver a Paxaria...

—Tendré que solicitarla al comandante en jefe, señor.

—Hazlo enseguida, teniente. Llevaré conmigo al muchacho, a ese mago y a la otra criatura que capturamos...

— ¿La enana, señor? —El elfo puso cara de estupefacción—. Habíamos pensado ejecutarla, para dar ejemplo...

Limbeck no escuchó más. Un sonido atronador en sus oídos lo dejó mareado y confuso. Las rodillas casi dejaron de sostenerlo, y tuvo que apoyarse en una pared. Jarre, ¡ejecútala! ¡Jarre, que lo había salvado a él de la ejecución! ¡Jarre, que lo quería más de lo que él merecía! ¡No! ¡Nadie ejecutaría a la enana! Nadie, si él podía impedirlo... y...

El rugido remitió, reemplazado por un vacío helado que lo hizo sentirse hueco y oscuro por dentro, tan frío, oscuro y vacío como los túneles donde estaba. Ahora sabía qué hacer. Tenía un plan.

Y volvía a oír la conversación.

— ¿Qué hemos de hacer con esa abertura, señor?

—Cerrarla —dijo Sang-Drax.

— ¿Estás seguro, señor? No me gusta la sensación que produce ese lugar.

Parece... maléfico. Tal vez deberíamos dejarlo abierto y mandar escuadrones a investigar...

—Muy bien, teniente —asintió Sang-Drax con gesto despreocupado—. Yo no he visto nada de interés ahí abajo, pero, si quieres investigar, adelante. Aunque tendrás que investigar tú solo, por supuesto. No puedo desprenderme de ningún hombre para que te ayude. De todos modos...

—Me ocuparé de cerrar, señor —se apresuró a decir el elfo.

—Como a ti te parezca. La decisión es tuya. Necesitaré una litera y algunos porteadores. Yo sólo no podría llegar muy lejos, cargado con ese desgraciado.

—Permite que te ayude, señor.

—Déjalo en el suelo. Después, cierra esa abertura. Mientras, yo voy a...

Las voces de los elfos se alejaron. Limbeck no se atrevió a esperar más. Subió los peldaños con sigilo y mantuvo la cabeza agachada hasta poder echar un vistazo desde la boca del hueco. Los dos elfos ocupados en arrastrar al semiinconsciente Haplo lejos de la peana de la estatua estaban vueltos de espalda. Otros dos elfos que montaban guardia estaban distraídos contemplando al

humano herido, uno de los famosos misteriarcas de terrible reputación. También ellos le daban la espalda.

Era ahora o nunca.

Se ajustó las gafas a la nariz, salió a gatas de la abertura y corrió desesperadamente hacia el agujero del suelo de la Factría que conducía al sistema de túneles que daba cobijo a los gegs.

Aquella parte de la Factría apenas estaba iluminada. Los centinelas elfos, inquietos ante la proximidad de aquella estatua extraña y ominosa, procuraban no pasar demasiado cerca de ella. Limbeck consiguió llegar a un refugio seguro sin ser visto.

En su asustada huida, estuvo a punto de caer de cabeza por la boca del pozo, pero consiguió frenarse en el último instante; se arrojó al suelo, tanteó el primer peldaño metálico de la escalerilla, se agarró con fuerza y, ejecutando una especie de salto mortal, dejó caer el cuerpo al interior. Permaneció suspendido en el vacío un instante, con las manos torpemente asidas al primer peldaño y los pies pataleando frenéticamente en busca de apoyo. El pozo era muy profundo.

Por fin, consiguió tocar el peldaño con los gordos dedos y pronto tuvo ambos pies apoyados más o menos firmemente en el frío metal. Desasiendo con cuidado las sudorosas manos, se volvió en el peldaño y se aplastó contra la escalerilla.

Contuvo el aliento y trató de captar algún ruido de persecución.

— ¿No has oído algo? —preguntaba uno de los elfos.

—

Limbeck permaneció absolutamente inmóvil en el pozo.

— ¡Tonterías! —replicó la voz del teniente, tajante. Es ese maldito hueco. Hace que oigamos cosas raras. El capitán Sang-Drax tiene razón: cuanto antes lo cerremos, mejor.

El enano escuchó un leve rechinar producido por la estatua al deslizarse sobre su peana. Descendió la escalerilla y, al llegar al pie, emprendió el regreso a su cuartel general, con expresión ceñuda y embargado por una fría cólera, para perfilar los detalles de su plan.

El hilo que conducía al autómatas, el propio hombre metálico, la impensable unión pacífica de humanos, elfos y enanos; nada de aquello importaba ahora.

Y quizá no volviera a importar nunca más.

Recuperaría a Jarre. Eso o...

—

. Los weesham son magos elfos cuya misión consiste en recoger el alma de un miembro de la realeza en el momento de la muerte y transportarla a la Catedral del Albedo. A cada miembro de la estirpe real se le adjudica, en el momento de nacer, uno o una weesham que seguirá al pequeño a lo largo de toda su vida, esperando el momento de su muerte y la liberación de su alma para capturarla de inmediato en una cajita mágica.

. Una palabra antigua tomada de la Antigua Tierra. En su origen, el término albedo se refiere a la proporción de la luz solar recibida por un planeta que éste refleja a su vez. Los elfos utilizan el vocablo en una forma muy lírica, para referirse a la luz de las almas elfas que se refleja en sus congéneres vivos.

CAPÍTULO

LA CATEDRAL DEL ALBEDO ARISTAGÓN REINO INFERIOR

La weesham experimentó una sensación abrumadora de gratitud al aproximarse a la Catedral del Albedo. No era la belleza del edificio lo que la conmovía, aunque la catedral tenía la merecida consideración de ser la estructura más hermosa de todas las levantadas por los elfos de Ariano. Tampoco estaba demasiado influida por la veneración temerosa que sentía la mayoría de los elfos cuando se acercaba al centro depositario de las almas de las familias reales elfas. La weesham estaba demasiado asustada para apreciar la belleza, demasiado amargada y desgraciada para sentir veneración. Lo único que sentía era alivio por haber alcanzado, al fin, un refugio seguro.

Con la cajita de lapislázuli y calcedonia sujeta con firmeza entre las manos, ascendió los peldaños de coralita apresuradamente. Los bordes dorados de los escalones brillaban al sol y parecían iluminarse al paso de la weesham, que rodeó el edificio octogonal hasta llegar ante la puerta central. Mientras avanzaba, la maga echó más de una mirada a su espalda, un acto reflejo que era producto de tres días de terror.

Debería haberse dado cuenta de que allí, en aquel recinto sagrado, no podía seguirla nadie, ni siquiera la Invisible. Sin embargo, el miedo le impedía cualquier pensamiento racional. El miedo la había consumido como el delirio de una fiebre, le hacía ver cosas inexistentes y escuchar palabras que nadie había pronunciado. Palidecía y le temblaban las piernas a la vista de su propia sombra y, cuando alcanzó la puerta del santuario, en lugar de llamar con suavidad y veneración como debía, empezó a descargar en ella fuertes golpes con el puño cerrado.

—
. «Geir» es un término vulgar que significa «buitre».

. Puede ser weesham un elfo o una elfa de cualquiera de los clanes, pero sólo los kenkari sirven en la catedral. Los weesham, que deben tener grandes conocimientos de magia espiritual, estudian con los kenkari desde que inician la adolescencia hasta que alcanzan la edad adulta (equivalente en términos humanos a una edad de veinte años). Al alcanzarla, se asigna al geir un protegido al que atender; normalmente, es otro miembro de su propio clan.

El Guardián de la Puerta, cuya estatura excepcionalmente alta y su complexión delgadísima, casi demacrada, lo señalaba como uno de los elfos kenkari, se sobresaltó al escuchar los golpes. Apresurando el paso hasta la puerta, echó un vistazo por la mirilla acristalada y torció el gesto. El kenkari estaba acostumbrado a ver llegar a los weesham —o geir, nombre menos ceremonioso, pero más acertado, que también recibían— en diversos grados de aflicción. Estos grados iban desde la pena serena y resignada de los ancianos, que habían convivido con sus pupilos desde la juventud, hasta el dolor de labios apretados del weesham soldado que había visto al noble a su cargo perder la vida en la guerra que se libraba en aquellos días en Ariano, o el pesar torturado del weesham que ha perdido a un niño. El sentimiento de pesar por parte del weesham era aceptable, incluso encomiable. Pero, últimamente, el Guardián de la Puerta había estado observando otra emoción relacionada con el duelo, una emoción que resultaba inaceptable: el miedo.

Apreció signos de miedo en aquella geir, igual que los había apreciado en demasiados otros weesham, en los últimos tiempos. Los golpes apresurados a la puerta, las miradas inquietas por encima del hombro, la tez pálida, ajada por

sombras grises de noches de insomnio. El Guardián abrió la puerta con la parsimonia y la solemnidad de costumbre, recibió a la geir con semblante grave y la obligó a llevar a cabo toda la ceremonia ritual antes de permitirle el acceso. El kenkari, experto en aquellos temas, sabía que las familiares palabras del rito, aunque parecían tediosas en aquel momento, proporcionaban consuelo a los que sufrían y a los que tenían miedo.

— ¡Por favor, permíteme entrar! —exclamó la mujer cuando la puerta de cristal se abrió en silencio sobre sus goznes.

El Guardián le impidió la entrada con su esbeltísimo cuerpo, al tiempo que alzaba los brazos en alto. Los pliegues de su ropa, bordada con hilos de seda en un tornasol de tonos rojos, amarillos y anaranjados con orlas negras, semejaban las alas de una mariposa. Todo él pareció convertirse, de hecho, en una mariposa: su cuerpo era el del insecto sagrado de los elfos, y las alas se abrían a ambos lados. La visión era deslumbrante para el ojo y para la mente, y también resultaba reconfortante. La exhibición sirvió para que la geir recordara de inmediato sus obligaciones. Su mente evocó de nuevo toda su instrucción, su preparación. El color volvió a sus pálidas mejillas, recordó la forma correcta de presentarse y, al cabo de unos momentos, dejó de temblar.

Dio su nombre, el de su clan y el de la persona real a su cargo. Este último nombre lo pronunció con un nudo en la garganta y tuvo que repetirlo para que el Guardián lo entendiera. El mago kenkari buscó rápidamente en los datos de su memoria y localizó enseguida el nombre, entre cientos de otros, certificando que el alma de aquella joven princesa tenía derecho a ser acogida en la catedral.

(Resultaba difícil de creer pero, en aquella época de degeneración, había elfos de sangre común que intentaban infiltrar a sus propios antepasados plebeyos en la catedral.

—
. Referencia a los elfos rebeldes que, por aquel tiempo, intentaban derrocar al imperio de Tribus.

. Los geir no abandonan nunca la compañía de la persona a su cargo, sino que permanecen a su lado día y noche, por si la muerte las arrebatara de improviso.

El Guardián de la Puerta —gracias a su profundo conocimiento del árbol genealógico de la familia real con sus numerosas ramas, tanto legítimas como no— descubría a los impostores, los hacía prisioneros y los entregaba a la Guardia Invisible.)

En esta ocasión, el Guardián no tuvo ninguna duda y tomó su decisión al momento. La joven princesa, prima segunda del emperador por el lado de su abuela paterna, había tenido renombre por su belleza, su inteligencia y su espíritu. Debería haber vivido muchos más años, haber sido esposa y madre y educar a muchos hijos a su semejanza para bien de aquel mundo.

Así lo expresó el Guardián cuando, terminada la ceremonia de admisión, permitió el paso a la catedral a la geir y cerró la puerta de cristal tras ella. Al hacerlo, advirtió que la mujer casi lloraba de alivio pero no olvidaba aún seguir mirando a un lado y otro con expresión asustada.

—Sí —respondió la geir en un susurro, como si temiera hablar en voz más alta incluso en aquel santuario—. Mi hermosa muchacha debería haber vivido más. ¡Yo debería haber cosido las sábanas de su lecho nupcial, no el borde de su sudario!

Sosteniendo la cajita en la palma de la mano, la geir —una elfa de unos

cuarenta ciclos de edad— acarició la tapa delicadamente labrada con las yemas de los dedos y murmuró unas palabras entrecortadas de afecto por el alma desdichada contenida en su interior.

— ¿Cuál fue la causa de su muerte? —inquirió el Guardián, solícito—. ¿La peste?

— ¡Ojalá hubiera sido eso! —Exclamó la geir con amargura—. Una muerte así habría podido soportarla... —Cubrió la caja con la otra mano, como si con ello pudiera proteger todavía al ser cuya esencia guardaba en ella—. Fue asesinada.

— ¿Quién lo hizo?, ¿los humanos? —La expresión del Guardián era severa y sombría—. ¿O algún rebelde?

— ¿Y qué trato podía tener mi ovejita, una princesa de sangre real, con ningún humano o con esa escoria rebelde? —replicó la geir; por un instante, la pena y la rabia le hicieron olvidarse de que estaba hablando a un superior. El Guardián le recordó su lugar con una mirada. La geir bajó los ojos y acarició la cajita.

—No —continuó—. ¡Fue su propia carne, su propia sangre!

—Vamos, vamos, mujer. Estás histérica —la interrumpió el Guardián con severidad—. ¿Qué razón podía tener nadie para...?

—Como era joven y fuerte, su espíritu también lo es. Y para algunos —añadió la geir sin ocultar las lágrimas que le corrían por las mejillas—, tales cualidades son más valiosas en la muerte que en la vida.

—No puedo creer que...

—Entonces, cree esto. —La geir hizo algo impensable. Alargó la mano y, asiendo por la muñeca al Guardián, lo atrajo hacia ella para que escuchara las palabras, llenas de espanto, que tenía que contarle—. Mi ovejita y yo siempre tomábamos un vaso de negus caliente antes de retirarnos. Esa noche también compartimos la bebida. Me pareció que tenía un sabor extraño, pero supuse que el vino no estaba muy bueno. Ninguna de las dos terminó su vaso porque nos acostamos enseguida. Mi ovejita había sufrido varias pesadillas...

—*Las primeras palabras que aprende un niño elfo de estirpe real son las que componen la fórmula que liberará su alma del cuerpo a la muerte de éste. Los elfos repiten esta fórmula en el instante de la muerte, y el weesham procede entonces a capturar el alma para llevarla a la catedral. Pero, si el elfo muere antes de poder pronunciar las palabras, para liberar el alma el weesham tiene que abrir una vena del brazo izquierdo del difunto y extraer una cantidad de sangre del corazón. Y esto debe hacerse en los instantes posteriores a la muerte.*

La geir tuvo que hacer una pausa para recobrar la compostura. Después, continuó su relato:

—Mi ovejita cayó dormida casi al momento. Yo estaba poniendo un poco de orden en la estancia, recogiendo sus preciosos lazos y preparando el vestido para la mañana, cuando noté una sensación extraña. Noté los brazos y las manos muy pesados, y la lengua hinchada y reseca. Apenas conseguí alcanzar mi cama tambaleándome y, al momento, caí en un estado extraño. Estaba dormida y, al mismo tiempo, no lo estaba. Podía ver y oír cosas, pero era incapaz de responder. Y, en ese estado, lo vi.

La geir apretó la mano del Guardián con más fuerza. Él inclinó la cabeza hacia ella para oír mejor, pero apenas logró comprender lo que le decía con palabras rápidas y apenas susurradas.

— ¡Vi cómo la noche se introducía por su ventana!

El Guardián frunció el entrecejo y se echó hacia atrás.

—Ya sé qué estás pensando —se apresuró a decir la geir—. Que debí de beber demasiado o que estaba dormida. Pero te juro que es verdad. Vi un movimiento, unas siluetas negras que se colaban por el marco de la ventana y avanzaban por la pared. Eran tres y, por un instante, fueron tres agujeros de negrura contra la pared. Luego, se quedaron quietas, ¡y, de pronto, *eran* la pared!

»Pero yo aún seguía viéndolas moverse, aunque era como si la propia pared se ondulara o respirara. Las sombras se deslizaron hasta el lecho de mi protegida. Intenté gritar, alertarla, pero no salió sonido alguno de mi garganta. No podía hacer nada. ¡Nada en absoluto! —La geir se estremeció—. Entonces, un cojín, uno de los cojines de seda bordados que mi ovejita había cosido con sus propias manitas queridas, se alzó en el aire, sostenido por unas manos invisibles que lo depositaron sobre su rostro... y apretaron. Mi ovejita se resistió. Incluso en medio de su sopor, luchó por su vida. Pero las manos invisibles mantuvieron el cojín contra su cara hasta..., hasta que dejó de moverse. Y allí quedó, exánime.

»Entonces percibí que una de las sombras venía hacia mí. No había nada más visible, ni siquiera un rostro, pero tuve la certeza de que tenía una cerca. Una mano se posó en mi hombro y me sacudió.

»«Tu protegida está muerta, geir», me dijo entonces una voz. «Deprisa, coge su espíritu.»

»La sensación terrible de la resaca se me pasó de golpe. Lancé un grito e, incorporándome en la silla, alargué la mano para sujetar a la horrible criatura, para retenerla hasta que pudiera avisar a los centinelas, pero mis dedos atravesaron la negrura sin encontrar más que aire. Las sombras habían desaparecido. Ya no eran las paredes, sino que volvían a formar parte de la noche. Se habían marchado.

»Corrí junto a mi ovejita pero, efectivamente, estaba muerta. Los latidos de su corazón se habían apagado y la vida escapaba de ella por instantes. Ni siquiera le habían dado ocasión de liberar su propia alma y tuve que cortarla. ¡Ay, su piel pálida y fina! Tuve que...

—

La geir rompió en incontenibles sollozos y no vio la expresión del Guardián, las arrugas que se le formaban en la frente, la sombra que le cubría los ojos.

—Debes de haberlo soñado, querida —fue su única respuesta a la mujer.

—No —replicó ella con voz hueca, una vez derramadas las lágrimas—. No fue ningún sueño, aunque eso es lo que quisieron hacerme creer. Y desde entonces he notado su presencia, siguiéndome allí adonde voy. Pero eso no me importa. No tengo ninguna razón para seguir viviendo; lo único que quería era contárselo a alguien. Y esas sombras no podrían matarme antes de que cumpliera mi deber, ¿verdad?

Dirigió una última mirada emocionada y pesarosa a la cajita antes de depositar ésta en la mano del Guardián con suavidad y veneración.

—Sobre todo, porque lo que pretendían esas sombras era ver completada esta ceremonia.

Tras esto, con la cabeza agachada, la geir dio media vuelta y abandonó la catedral por la puerta acristalada, que el Guardián se apresuró a abrir para facilitarle la salida. El kenkari musitó unas palabras de consuelo, pero sonaron

vacías de convicción y tanto quien las pronunciaba como quien las escuchaba —si la geir llegaba a oírlas siquiera— lo sabían. Con la cajita de lapislázuli y calcedonia en la mano, el Guardián observó a la mujer mientras ésta descendía los peldaños de cantos dorados y se alejaba por el patio, grande y vacío, que rodeaba la catedral. El sol brillaba con fuerza, y el cuerpo de la geir formaba tras ella una larga sombra.

El Guardián experimentó un escalofrío y continuó mirando atentamente a la mujer hasta que la perdió de vista. La cajita aún estaba caliente del contacto con la mano de la maga. Con un suspiro, el kenkari se volvió y llamó a un pequeño gong de plata situado en un nicho de la pared, junto a la puerta.

Otro kenkari, vestido con las ropas multicolores de mariposa, se acercó por el pasillo silenciosamente, calzado con unas babuchas.

—Relévame en mis obligaciones —le ordenó el Guardián—. Debo llevar esto al Aviario. Llámame si me necesitas.

El kenkari, principal ayudante del Guardián, asintió y ocupó su lugar junto a la puerta, dispuesto para recibir las almas que fueran llevadas hasta allí. Con la cajita entre las manos y el entrecejo fruncido, el Guardián dejó la gran puerta y se encaminó al Aviario.

La Catedral del Albedo es una edificación de planta octogonal. La coralita, dirigida y podada mediante la magia, se eleva del suelo majestuosamente para formar una cúpula altísima, de paredes muy pronunciadas. Unos muros de cristal llenan el espacio entre los pilares y nervaduras de coralita, y sus paneles cristalinos reflejan con un brillo cegador la luz del sol de Aria—no, Solarus.

Las superficies acristaladas crean una ilusión óptica por la que a un observador casual (a quienes nunca se permite acercarse demasiado) tiene la impresión de poder ver todo el edificio, de lado a lado, sin obstáculos. En realidad, esos muros de cristal del interior del octógono actúan como espejos y reflejan la cara interna del muro exterior. Así pues, desde fuera no se puede ver el interior, pero desde dentro se observa todo a la perfección. El patio que rodea la catedral es vastísimo y desprovisto de cualquier objeto. Ni siquiera una oruga podría cruzarlo sin ser observada. Así es como los kenkari mantienen preservados sus antiguos misterios.

—
. Para una historia del Reino Superior, ver Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

En el centro del octógono está el Aviario. Formando un círculo en torno a él se encuentran las salas de estudio y de meditación. Debajo de la catedral se hallan los aposentos permanentes de los kenkari y los temporales de sus aprendices, los weesham.

El Guardián dirigió sus pasos hacia el Aviario.

Éste, la cámara de mayores dimensiones de la catedral, es un lugar hermoso, lleno de árboles y plantas vivos traídos de todo el reino elfo para que crezcan allí. El agua, el preciado líquido elemento que resultaba tan escaso en el resto del mundo, debido a la guerra con los geks, corría libremente por el Aviario, derrochada para mantener la vida en lo que, irónicamente, era una cámara destinada a los muertos.

En aquel Aviario no volaba ningún pájaro. Las únicas alas que se extendían dentro de sus paredes de cristal eran invisibles y efímeras: las alas de las almas de los elfos regios, capturadas, mantenidas cautivas, obligadas a cantar eternamente

su música silenciosa por el bien del imperio.

El Guardián se detuvo a la puerta del Aviario y se asomó al interior.

Resultaba verdaderamente bello. Los árboles y las plantas de flores crecían allí como en ningún otro lugar del Reino Medio. Ni siquiera el jardín del emperador estaba tan exuberante, pues el racionamiento de agua había afectado incluso a Su Majestad Imperial.

El agua del Aviario fluía a través de conducciones enterradas a buena profundidad bajo la tierra de cultivo que, según la leyenda, había sido traída desde la isla jardín de Hesthea, en el Reino Superior abandonado hacía ya mucho tiempo. Salvo el trabajo de plantarlas, nadie dedicaba más cuidados a los vegetales, a no ser que los muertos se ocuparan de ellos (como el Guardián gustaba de imaginar, en ocasiones). Sólo en rarísimas ocasiones se permitía a los vivos la entrada en el Aviario; tal cosa no había sucedido en toda la larguísima existencia del Guardián, o en la de ningún kenkari del que se guardara recuerdo.

En la cámara sellada no soplaban viento alguno. Ni una corriente de aire, ni una brizna de brisa, podía penetrar en su interior. Y, a pesar de ello, el Guardián vio cómo las hojas de los árboles se agitaban y vibraban, vio cómo los pétalos de las rosas temblaban y cómo los tallos de las flores se doblaban. Las almas de los muertos revoloteaban entre el verdor de la vida vegetal. El Guardián contempló el Aviario unos instantes más, antes de volverle la espalda. Aquel recinto, en otro tiempo lugar de paz, de tranquilidad y de esperanza, había terminado por producirle una siniestra tristeza. Bajó la mirada a la cajita que tenía entre las manos, y las profundas arrugas de su demacrado rostro se hicieron aún más marcadas.

Apretando el paso hasta la capilla anexa al Aviario, pronunció la oración ceremonial y empujó con suavidad la puerta de madera, adornada con un bello trabajo de marquetería. En la pequeña estancia se encontraba la Guardiana del Libro, sentada ante su escritorio y ocupada en anotar unos datos en un volumen grande y grueso, encuadernado en piel. La Guardiana del Libro tenía por deber tomar nota del nombre, linaje y hechos más importantes de la vida de quienes llegaban encerrados en las cajitas.

—

«El cuerpo al fuego, la vida al libro, el alma al cielo.» Así decía el ritual. Al oír que entraba alguien, la Guardiana del Libro hizo un alto en su escritura y alzó la vista.

—Un alma quiere ser admitida —dijo el Puerta con aplomo.

La Libro (los títulos completos se abreviaban, para mayor fluidez) asintió e hizo sonar un pequeño gong de plata colocado en un extremo del escritorio. Un tercer kenkari, el Guardián del Alma, entró en la capilla por otra puerta. La Libro se puso en pie respetuosamente, y el Puerta hizo una reverencia. Guardián del Alma era el mayor rango que podía alcanzar un kenkari. Quien ostentaba el cargo —necesariamente, un mago de la Séptima Casa— no sólo era el primero en su clan, sino uno de los elfos más poderosos del imperio. En otras épocas, una palabra del Guardián de las Almas había bastado para que los reyes hincaran la rodilla; sin embargo, el Puerta no estaba seguro de que las cosas siguieran igual. El Alma extendió las manos y aceptó la cajita con respeto. Dando media vuelta, la depositó sobre el altar y se arrodilló para iniciar sus oraciones. El Puerta comunicó el nombre de la difunta y recitó todos los datos que conocía sobre el

linaje y la historia de la muchacha a la Libro, quien tomó nota de todo. Cuando tuviera tiempo, registraría los detalles con mas precisión.

—Qué joven —murmuró la Libro con un suspiro—. ¿Cuál ha sido la causa de la muerte?

El Puerta se humedeció los resechos labios.

—Asesinato.

La Libro alzó la vista, lo contempló y se volvió hacia el Alma. Éste hizo un alto en sus plegarias y volvió la cabeza.

—Esta vez parece seguro.

—Había un testigo. La pócima no le surtió efecto por completo. Al parecer, nuestra weesham tiene paladar para el buen vino —añadió el Puerta con una sonrisa torcida—. Al menos, sabe distinguirlo del malo y no lo apuró.

—¿Lo sabe la Guardia?

—La Invisible lo sabe todo —intervino la Libro en voz baja.

—La weesham dice que la siguen. Que la han venido siguiendo —informó el Puerta.

—¿Aquí? No habrán entrado en el recinto sagrado, ¿verdad? —inquirió el Alma con fuego en los ojos.

—No. Por el momento, el emperador no se atreve a tanto.

Las palabras «por el momento» flotaron en el aire como un mal presagio.

—Cada día se vuelve más descuidado —dijo el Alma.

—O más atrevido —apuntó el Puerta.

—O más desesperado —tercio la Libro sin alzar la voz.

Los kenkari se miraron. El Alma sacudió la cabeza y pasó la mano, temblorosa, entre sus canosos cabellos.

—Y ahora sabemos la verdad —murmuró.

—Hace tiempo que la conocíamos —replicó el Puerta, pero lo dijo casi en silencio y el Alma no lo oyó.

—El emperador está matando a su propia estirpe para tener sus almas y hacer que lo ayuden en su causa. El nombre libra dos guerras y lucha contra tres enemigos: los rebeldes, los humanos y los gegs del Reino Inferior. El odio y la desconfianza ancestrales mantienen divididos a esos tres grupos, pero ¿y si

—

sucediera algo que los uniese? Eso es lo que teme el emperador y lo que lo impulsa a esa locura.

—Ciertamente, es una locura —asintió el Puerta—. Está diezmando la línea genealógica real, cortándole la cabeza y arrancándole el corazón. ¿A quién está ordenando matar sino a los jóvenes, a los fuertes, a aquellos cuyas almas se agarran con más fuerza a la vida? Con ello espera que esas almas unan sus voces llenas de energía a la palabra sagrada de Krenka-Anris, que proporcionen más poder mágico a nuestros hechiceros, que fortalezcan el brazo y la voluntad de nuestros soldados.

—De todos modos, ¿por quién habla ahora Krenka-Anris? —preguntó el Alma.

El Guardián de la Puerta y la Guardiania del Libro permanecieron callados, sin atreverse a responder.

—Preguntémosle —dijo entonces el Guardián del Alma, y se volvió hacia el altar.

El Guardián de la Puerta y la Guardiania del Libro se arrodillaron junto a él,

uno a la izquierda del Alma, la otra a su derecha. Una hoja de cristal transparente sobre el altar les permitía ver el interior del Aviarío. El Guardián del Alma cogió del altar una campanilla de oro y la tañó. La campanilla no tenía badajo y no hacía ningún sonido que pudieran captar los oídos humanos. Sólo los muertos podían escucharlo, o eso creían los kenkari.

—Krenka-Anris, te invocamos —clamó el Guardián de las Almas, alzando los brazos—. Sacerdotisa sagrada, la primera que conoció el prodigio de esta magia, escucha nuestra plegaria y acude para darnos consejo. He aquí nuestra oración:
Krenka-Anris, sacerdotisa sagrada.

Tres hijos bienamados mandaste a la batalla; en torno a sus cuellos, relicarios y cajitas mágicas trabajadas con tu propia mano. El dragón Krishach, con su aliento de fuego y veneno, mató a tus tres hijos bienamados. Sus almas escaparon. Los relicarios se abrieron. Las tres almas fueron capturadas. Tres voces silenciosas
[te llamaron.

Krenka-Anris, sacerdotisa sagrada.

Acudiste al campo de batalla.

Encontraste a tus tres hijos bienamados
y lloraste su pérdida, un día por cada uno.

El dragón Krishach, con su aliento de fuego y ponzoña,
escuchó a la madre doliente
y llegó volando para matarte.

Krenka-Anris,
sacerdotisa sagrada.

Con un grito, llamaste a tus hijos bienamados.

El alma de cada uno de ellos salió del relicario
y fue como una espada reluciente en el vientre del dragón.

Krishach murió, cayó de los cielos.

Y los kenkari fueron salvados.

Krenka-Anris,

—

sacerdotisa sagrada.

Bendijiste a tus tres hijos bienamados.

Guardaste sus espíritus contigo, para siempre.

Para siempre, sus espíritus luchan por nosotros, su pueblo.

Tú nos enseñaste el secreto sagrado, el modo de capturar
[las almas.

Krenka-Anris, sacerdotisa sagrada, danos consejo en este trance,
pues varias vidas han sido arrebatadas antes de que llegara
[su hora

para prestar servicio a una ambición ciega. La magia que nos trajiste, la
que un día fue tu bendición, es ahora un recurso perverso, oscuro e
impío. Dinos qué hacer, Krenka-Anris, sacerdotisa sagrada. Iluminanos,
te suplicamos.

Los tres permanecieron arrodillados ante el altar en profundo silencio, aguardando sus respectivas respuestas. No sonó ninguna voz, no se encendió repentinamente ninguna llamarada en el altar, ni apareció ante ellos ninguna visión trémula e incorpórea, pero cada uno de los tres escuchó la respuesta en su

propia alma, igual que cada uno de ellos escuchó el tintineo de la campanilla sin lengua. Después, se incorporaron y se miraron entre ellos con mejillas pálidas y ojos desorbitados de confusión e incredulidad.

—Tenemos nuestra respuesta —dijo el Guardián del Alma con voz solemne, llena de admiración y temor.

— ¿De veras? —Susurró el Puerta—. ¿Y quién puede entenderla?

—Otros mundos... Una puerta de muerte que conduce a la vida... Un hombre que está muerto pero no lo está... ¿Qué podemos sacar en claro de todo eso? —inquirió la Libro.

—Cuando llegue el momento propicio, Krenka-Anris nos lo hará saber a todos

—declaró el Alma con firmeza, recobrada ya la serenidad—. Hasta entonces, nuestro camino es claro. Guardián de la Puerta, ya sabes qué hacer.

El Puerta asintió con una reverencia, hizo una última genuflexión ante el altar y se alejó para llevar a cabo su labor. El Guardián de las Almas y la Guardiana del Libro permanecieron en la capilla, aguardando con el aliento contenido y el corazón acelerado a captar el sonido que ninguno de los dos había imaginado que llegaría a escuchar jamás.

Y entonces lo oyeron: un estruendo hueco y grave. Un enrejado hecho de oro, trabajado en forma de mariposas, había descendido hasta ocupar el lugar que tenía destinado. Delicado, delicioso, de aspecto frágil, el enrejado estaba imbuido de una magia que lo hacía más resistente que cualquier rastrillo de hierro forjado que sirviera para el mismo propósito.

La gran puerta central que conducía al interior de la Catedral del Albedo había sido cerrada y no volvería a abrirse.

—

CAPÍTULO

EN CIELO ABIERTO, REINO MEDIO

Haplo deambulaba hecho una furia por una celda carcelaria tan amplia, espaciosa y abierta como el mundo entero. Con desesperación, intentó romper unas rejas frágiles como hilos de una telaraña. Recorrió un espacio no limitado por pared alguna, trató de derribar una puerta inexistente que no vigilaba ningún centinela. Y, pese a todo, como hombre nacido en una cárcel, sabía que no había prisión peor que aquella en la que se encontraba. Al dejarlo libre, al dejarlo marchar, al concederle el privilegio de hacer lo que se le antojara, las serpientes lo habían encerrado en una jaula, habían pasado el cerrojo y habían arrojado la llave.

Porque el patryn no podía hacer nada, no podía ir a ninguna parte, no tenía modo de escapar.

Pensamientos y planes febriles se sucedieron en su cabeza aceleradamente.

Lo primero que había descubierto al despertar era que se encontraba a bordo de una de las naves dragón elfas, rumbo —según Sang-Drax— a la ciudad elfa de Paxaria, situada en el continente del Aristagón. Haplo consideró la posibilidad de matar a Sang-Drax, de apoderarse de la nave elfa o de saltar por la borda de la nave y arrojarse a la muerte a través de los cielos vacíos de Ariano. Al repasar sus planes de modo más frío y racional, esta última le pareció la única alternativa que podía tener algo de positivo.

Tal vez pudiera matar a Sang-Drax pero, como le había explicado la serpiente, su malévola presencia no sólo regresaría, sino que lo haría con el doble de fuerza.

También podía adueñarse de la nave elfa, pues la magia del patryn era demasiado poderosa como para que la pudiese contrarrestar el insignificante mago de la nave. Pero la magia de Haplo no podía hacer volar la nave dragón y, aunque hubiese podido, ¿adonde la habría dirigido? ¿De vuelta a Drevlin? Las serpientes estaban allí. ¿De regreso al Nexo? Las serpientes también habían llegado allí. ¿Camino de Abarrach? Lo más probable era que las maléficas criaturas también hubieran llegado a aquel mundo.

—
. Todas las naves dragón, incluso si llevaban prisioneros políticos, estaban obligadas a transportar agua al Reino Medio. Los elfos tenían agua almacenada en Drevlin antes de que la Tumpa-chumpa quedara fuera de funcionamiento. También habían desarrollado diversos métodos de recogida de agua de lluvia procedente de las tormentas que barrían Drevlin casi de continuo. Aun así, estos métodos no alcanzaban a cubrir, ciertamente, las necesidades del Reino Medio.

Podía avisar a alguien, pero, ¿a quién? ¿A Xar? ¿Para alertarlo de qué? ¿Y por qué iba a creerle Xar, si ni siquiera él mismo estaba convencido de que fuera cierto?

Aquel estado febril, aquel constante urdir planes y fantasías, sus posteriores reflexiones en frío y el rechazo de sus locas ideas no fueron lo peor del tormento de Haplo en aquella prisión sin rejas. Lo peor de todo era tener la certeza de que Sang-Drax conocía cada uno de sus planes, cada uno de sus pensamientos desesperados. Y saber que la serpiente elfo los aprobaba todos y hasta lo incitaba mentalmente a ponerlos en práctica. Y así, como única forma de rebelión contra la serpiente elfo y contra su prisión, el patryn se abstuvo de emprender acción alguna. Sin embargo, poca satisfacción obtuvo con ello, puesto que Sang-Drax también mostró su absoluta aprobación ante tal decisión.

Haplo no hizo nada durante el viaje y mantuvo su postura con una torva tenacidad que inquietó al perro, asustó a Jarre y dejó visiblemente intimidado a Bañe, pues el chiquillo tuvo buen cuidado de no cruzarse en el camino del patryn. Bañe estaba dedicado a otras estrategias. Una de las fuentes de entretenimiento de Haplo era observar los arduos esfuerzos del muchacho por congraciarse con Sang-Drax.

—No es precisamente el tipo de persona que yo escogería para depositar en él mi confianza —apuntó Haplo al chiquillo.

— ¿A quién, entonces? ¿A ti? —replicó Bañe con una sonrisa burlona—. ¡Para lo que me has servido! Has permitido que los elfos nos capturaran. De no haber sido por mí y mi rapidez de reacción, a estas alturas ya estaríamos todos muertos.

— ¿Qué ves cuando miras a Sang-Drax?

—Veo un elfo, por supuesto. —El tono de Bañe era sarcástico—. ¿Por qué?

¿Qué ves tú?

—Ya entiendes a qué me refiero. ¿Qué imágenes sugiere en tu mente, si empleas esa facultad tuya para la clarividencia?

De pronto, Bañe se mostró incómodo.

—Lo que vea es asunto mío. Sé lo que me hago, así que déjame en paz.

Sí, el muchacho creía saber lo que se hacía, se dijo Haplo con fastidio. Y quizá fuera verdad, en el fondo. Él, desde luego, no tenía la menor idea.

El patryn tenía una esperanza. Era muy vaga y ni siquiera estaba seguro de que fuera tal esperanza, ni de qué hacer con ella. Había llegado a la conclusión de que las serpientes ignoraban la existencia del autómatas y su relación con la

Tumpa-chumpa.

Haplo lo había descubierto mientras escuchaba a escondidas una conversación que tenía lugar entre Sang-Drax y Jarre. Al patryn le resultaba siniestramente fascinante observar a la serpiente en acción, verla difundir el contagio del odio y las disensiones, observar cómo infectaba a quienes hasta entonces habían sido inmunes a su efecto.

Poco después de su llegada al Reino Medio, la nave dragón sobrevoló Tolthom, una comunidad agrícola elfa, para desembarcar una cargamento de agua. No se quedaron allí mucho tiempo, sino que procedieron a la descarga con la mayor rapi-

dez posible, pues la isla era uno de los objetivos predilectos de los piratas del agua humanos. Todos los elfos de a bordo permanecieron armados y en alerta para repeler posibles ataques. Los galeotes humanos, esclavos que accionaban las alas gigantescas de la nave dragón, fueron subidos a cubierta, a la vista de todos. Junto a ellos se apostaron centinelas con los arcos a punto, preparados para atravesar el corazón de los prisioneros en el caso de un ataque de los humanos. Las naves dragón de la propia Tolthom sobrevolaron la de Sang-Drax mientras se procedía al bombeo de la preciada agua desde la nave a los inmensos tanques contenedores del continente.

Haplo se hallaba en cubierta siguiendo la descarga del agua, contemplando el brillo del sol sobre su rutilante superficie, e imaginó su vida como un chorro parecido a aquél. Y se dio cuenta de que era tan incapaz de detenerla como de cortar aquel flujo de agua. No le importó. No tenía importancia. Nada la tenía. El perro, plantado cerca de él, lanzó un gañido de nerviosa inquietud y frotó la testuz contra las rodillas de su amo en un intento de atraer su atención.

Haplo habría bajado la mano para acariciar al animal, pero hacerlo le habría costado demasiado esfuerzo.

—Vete —ordenó al can. Éste, dolido, se acercó a Jarre y se enroscó a sus pies con aire desgraciado.

Haplo se inclinó sobre los pasamanos y contempló fijamente el chorro de agua.

—Lo siento, Limbeck. Ahora comprendo.

Las palabras llegaron hasta Haplo a través del oído del perro.

Jarre, a cierta distancia del patryn, contemplaba con asombro y temor la isla de coralita que flotaba en el cielo azul perla. Las calles bulliciosas de la ciudad portuaria estaban llenas de gente. Unas pulcras casitas salpicaban los farallones de coralita. Por las calles traqueteaban los carros de los agricultores que, en fila india, aguardaban pacientemente para recibir su cuota de agua. Los elfos reían y charlaban relajadamente mientras sus hijos jugaban y corrían bajo el sol, al aire libre.

A Jarre se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Podríamos vivir aquí. Nuestro pueblo se sentiría feliz, aquí. Quizá le llevaría algún tiempo...

—No tanto como crees —intervino Sang-Drax, mientras avanzaba por la cubierta con su andar relajado y despreocupado de costumbre. El perro se incorporó hasta quedar sentado sobre las patas traseras y lanzó un gruñido. Haplo, en silencio, ordenó al animal que prestara atención, aunque al mismo tiempo se preguntó por qué se molestaba.

—En otro tiempo, existieron en estas islas diversas colonias de enanos. De eso hace muchísimo —añadió la serpiente elfo, encogiendo sus delgadísimos hombros— pero, según la leyenda, esos asentamientos fueron muy prósperos. Por desgracia, la carencia de facultades mágicas causó vuestra ruina. Los elfos de esa época obligaron a los enanos a abandonar el Reino Medio, los embarcaron rumbo a Drevlin y los forzaron a sumarse a los demás que ya trabajaban al servicio de la Tumpa-chumpa. Una vez expulsados los enanos, los elfos se apropiaron de sus casas y de sus tierras.

—*La coralita es sumamente porosa y el agua se cuela por ella como por un tamiz. Todas las razas han intentado desarrollar diversos sistemas y métodos para captar y recoger el agua mediante el sellado de la coralita pero, como ésta es en esencia una materia viva, sometida a constantes alteraciones, todos los esfuerzos han obtenido resultados apenas mediocres. Una explicación más detallada de la naturaleza de la coralita y de la construcción de los continentes flotantes del Reino Medio puede encontrarse en Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

Sang-Drax extendió una mano elegante, bien formada y señaló algo al tiempo que añadía:

—¿Ves ese grupito de casas, esas que horadan la ladera de aquella colina? Fueron construidas por enanos y son antiquísimas, pero aún se sostienen en pie. Son las entradas de unas galerías subterráneas que se adentran hasta el corazón de las montañas y resultan refugios confortables y secos; tu pueblo descubrió un modo de sellar la cordita para impedir que el agua de lluvia se filtrara en ella. Hoy, los elfos las utilizamos como almacenes.

Jarre examinó las construcciones, apenas visibles en la lejana ladera.

—Podríamos volver e instalarnos en ellas. ¡Esta riqueza, este paraíso que debía pertenecemos, podría volver a nuestras manos!

—En efecto, podría —asintió Sang-Drax, apoyándose en la barandilla de la borda—. Aunque para ello tendríais que organizar un ejército lo bastante numeroso y fuerte como para expulsarnos de las islas. Eso es lo que necesitaríais. Reflexiona, geg: ¿de veras crees que permitiríamos a vuestra raza volver a vivir entre nosotros?

Los dedos cortos y rechonchos de Jarre se asieron a las tablillas del pasamanos. La enana, demasiado baja para mirar por encima de la barandilla, se veía obligada a observar entre los balaustres de ésta.

—¿Por qué me atormentas con estos comentarios? —preguntó con voz fría y tensa—. Ya te odio lo suficiente.

Haplo permaneció en la cubierta viendo fluir el agua y escuchando el flujo de comentarios en torno a él, y llegó a la conclusión de que todo, en conjunto, se resumía en lo mismo: nada. Con una especie de ociosa curiosidad, advirtió que sus

—*La coralita es sumamente porosa y el agua se cuela por ella como por un tamiz. Todas las razas han intentado desarrollar diversos sistemas y métodos para captar y recoger el agua mediante el sellado de la coralita pero, como ésta es en esencia una materia viva, sometida a constantes alteraciones, todos los esfuerzos han obtenido resultados apenas mediocres. Una explicación más detallada de la naturaleza de la coralita y de la construcción de los continentes flotantes del Reino Medio puede encontrarse en Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

defensas mágicas ya no reaccionaban a la cercanía de Sang-Drax. Haplo ya no reaccionaba a nada. Pero, en lo más hondo de su ser, una parte de él se resistía todavía a su prisión y pugnaba por liberarse. Y esa parte de él sabía que si era capaz de encontrar la energía necesaria, podría liberarse y entonces... entonces... ... entonces podría seguir viendo fluir el agua.

De no ser porque ésta había dejado de hacerlo. Y los aljibes sólo estaban llenos a medias.

—Hablas de odiar —seguía diciéndole Sang-Drax a la enana—. Observa ahí abajo. ¿Sabes qué sucede?

—No —respondió Jarre—. Ni me importa.

—

La caravana de carros, cargados de toneles, había empezado a desfilar ante los tanques de almacenamiento pero, una vez atendidos los primeros, los campesinos hicieron una pausa y empezaron a lanzar exclamaciones furibundas. La noticia no tardó en correr y, pronto, una multitud se arremolinaba en torno a los aljibes con los puños en alto.

—Se acaba de comunicar a mi pueblo que el agua queda racionada y que, en adelante, los cargamentos que lleguen de Drevlin serán muy escasos. Ahora, los elfos saben que vosotros, los gegas, habéis cortado el suministro.

— ¡Pero eso no es verdad! —protestó Jarre, sin reflexionar lo que decía.

— ¿Ah, no? —dijo Sang-Drax con interés.

Con un interés indudable.

Haplo despertó de su letargo. Mientras escuchaba a través del oído del perro, el patryn estudió detenidamente a la serpiente elfo.

Jarre observó el agua de los aljibes, y se le endureció la expresión. Frunció el entrecejo y permaneció callada.

—Me parece que estás mintiendo —dijo Sang-Drax tras una breve pausa—.

Me parece que será mejor para ti que me estés mintiendo, querida.

Acto seguido, la serpiente dragón se alejó de la enana. Terminada su misión, los elfos que iban a bordo de la nave condujeron a los esclavos humanos de vuelta a la bodega. Unos centinelas escoltaron al patryn, a su perro y a la enana a sus camarotes. Jarre se agarró de la barandilla para echar una última mirada interminable a tierra, con los ojos fijos en los edificios medio en ruinas de la ladera. Los elfos tuvieron que soltarle las manos casi con palancas y se la llevaron prácticamente a rastras.

Con una sonrisa amarga, Haplo sacudió la cabeza. ¡Construidas por enanos hacía siglos! ¡Vaya tontería! Pero Jarre se lo había tragado. Y había empezado a sentir odio. Sí, la enana empezaba a odiar de verdad. «Nunca tienes suficiente, ¿verdad, Sang-Drax? —Pensó para sí—. Siempre necesitas más odio, ¿no es eso?»

El patryn se dejó llevar con docilidad. ¿Qué importaba adonde? Fuera donde fuese, siempre llevaría con él su celda. El perro dejó a Jarre, volvió junto a Haplo y no dejó de gruñir a cualquier elfo que se acercara demasiado a su amo.

Pero el patryn había descubierto algo. Las serpientes no sabían la verdad acerca de la Tumpa-chumpa. Daban por sentado que la habían puesto fuera de funcionamiento los enanos. Y esto debía de ser buena cosa, se dijo, aunque fue incapaz de determinar qué importancia podía tener.

Sí, buena cosa para él. Buena cosa para Bañe, que tal vez podría despertar la máquina y ponerla en marcha. Buena cosa para los enanos y para Limbeck.

Pero no, probablemente, para Jarre.

Aquella fue la única incidencia digna de mención en todo el viaje, salvo una última conversación con Sang-Drax, poco antes de que la nave dragón arribara a la capital imperial.

Una vez que zarparon de Tolthom (después de una agria disputa con la multitud enfurecida, que había descubierto que la nave llevaba más agua a bordo, con destino al continente), el viaje a Aristagón se completó rápidamente. Los esclavos humanos de la bodega fueron obligados a trabajar hasta el borde del agotamiento, en cuyo momento fueron sometidos al látigo para que se esforzaran aún más. La nave dragón cruzaba el cielo abierto a solas y era un objetivo fácil para los piratas.

—

Apenas un año antes, las naves dragón cargadas de agua como aquella, lentas y pesadas, habrían sido escoltadas por una flota de pequeñas naves de guerra. Estas, construidas a semejanza de las naves dragón de mayor tamaño, eran capaces de maniobrar con rapidez en el aire y transportaban a varios magos pirotécnicos cuya misión era combatir a los corsarios humanos. Sin embargo, últimamente, las escoltas habían desaparecido y las naves como la de Sang-Drax debían hacer la travesía sin escolta alguna.

La posición pública oficial del emperador era que los humanos se habían convertido en una amenaza tan débil que las escoltas se habían hecho innecesarias.

—La verdad del asunto —informó la serpiente elfo a Haplo la última noche del viaje— es que los ejércitos de Tribus están demasiado dispersos. Las naves de guerra se están utilizando para mantener al príncipe Reesh'ahn y a sus rebeldes confinados en las Remotas Kirikai. De momento, lo está consiguiendo. Reesh'ahn no cuenta con ninguna nave dragón. Pero, si se alía con Stephen, el rebelde conseguirá suficientes dragones para lanzar una invasión en toda regla. Así pues, las naves de guerra no sólo están impidiendo que Reesh'ahn salga de su encierro, sino también se ocupan de que Stephen no entre.

—¿Qué les ha impedido aliarse antes? —inquirió Haplo en tono grosero. Detestaba hablar con la serpiente elfo, pero estaba obligado a hacerlo si quería enterarse de qué estaba pasando.

Sang-Drax sonrió. Comprendía el dilema de Haplo y se recreaba con él. Vuelto hacia el patryn, susurró:

—Viejos miedos, viejas desconfianzas, viejos odios, viejos prejuicios. Llamas que son fáciles de avivar y difíciles de apagar.

—Y vosotras, las serpientes, ponéis todo vuestro empeño en aventarlas.

—Por supuesto. Tenemos gente trabajando para ambos bandos... o más bien debería decir contra ambos bandos. Pero no me importa decirte que ha sido difícil y que no estamos muy confiadas todavía. Por eso apreciamos a Bañe. El chiquillo posee una astucia sorprendente. Algo que debemos atribuir a su padre... y no me refiero a Stephen.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Bañe con todo esto? Debes saber que todo ese galimatías que te contó en el túnel era un montón de mentiras.

Haplo se inquietó. ¿Le habría contado el chiquillo algo acerca de la Tumpachumpa?

—Estamos al corriente, por supuesto. Pero otros no lo saben. Ni lo sabrán.

—Mi señor se ha encaprichado del muchacho —dijo Haplo en tono de

advertencia, sin alzar la voz—. No le gustaría que le sucediera algo malo.

— ¿Insinúas que tal vez queríamos hacerle daño? Te aseguro, patryn, que protegeremos a ese niño humano con el mismo cuidado que si fuera uno de nuestros propios retoños. Todo ha sido idea suya, ¿sabes? Y hemos comprobado que vosotros, los mortales, trabajáis con mucha más eficacia cuando os impulsa la codicia y la ambición personal.

— ¿Cuál es el plan?

—Vamos, vamos. La vida debe tener algunas sorpresas, patryn. De lo contrario, uno se aburriría mortalmente.

—
. Una batalla librada cuando los paxarias intentaron establecerse en lo que más tarde se conocería como el Valle de los Dragones. Fue durante esta batalla cuando Krenka-Anris descubrió el modo de capturar las almas y utilizarlas para potenciar la magia elfa. Los paxarias se aliaron con los kenkari para derrotar a los dragones. Los supervivientes de estos últimos huyeron a tierras humanas, donde fueron bien acogidos. La magia humana, que trataba de los seres vivos y las propiedades naturales, puede encantar dragones. La magia elfa, que se basa en la mecánica, es incapaz de ello.

A la mañana siguiente, la nave dragón atracó en Paxaria, cuyo nombre significa «Tierra de Almas Pacíficas».

Antiguamente, los paxarias (Almas en Paz) eran el clan dominante en los territorios elfos.

El fundador del clan, según la leyenda elfa, fue Paxar Kethin, de quien se afirmaba que «cayó del cielo» siendo un recién nacido y que fue a aterrizar en un hermoso valle, del cual tomó el nombre. Para él, los minutos fueron como años: se hizo un adulto en un abrir y cerrar de ojos y decidió que fundaría una gran ciudad en ese lugar, pues había tenido una visión de los tres ríos y del Pozo Eterno cuando todavía estaba en el útero de su madre.

Cada uno de los clanes de Aristagón posee una historia similar, que difiere en casi todos los detalles, excepto uno: todos los elfos creen que «llegaron de arriba», lo cual es verdad, en cierto modo. Los sartán, al llegar a aquel mundo del aire, instalaron a los mensch en el Reino Superior mientras trabajaban en la construcción de la Tumpa-chumpa y esperaban la señal de los otros mundos. Pero, como esta señal se retrasó indefinidamente, los sartán se vieron obligados a recolocar a los mensch —cuya población aumentaba rápidamente—, repartiéndolos entre los Reinos Medio e Inferior. Y, para llevar agua a los mensch hasta que la Tumpa-chumpa funcionase por fin como era debido, construyeron el Pozo Eterno.

Para ello, edificaron tres enormes torres en Fendi, Gonster y Templar.

Imbuidas de la magia sartán, estas torres cubiertas de runas recogían el agua de lluvia, la almacenaban y la repartían de manera controlada. Una vez al mes, las tres torres abrían sus esclusas y enviaban tres ríos de agua turbulenta a través de sendos canales horadados en la coralita, unos canales sellados mágicamente para evitar que el agua se filtrara por el material poroso.

Los tres ríos convergían en un punto central formando una especie de Y, para desplomarse allí en una espléndida cascada hasta el fondo del Pozo Eterno, una cavidad subterránea cuyas paredes eran de roca traída de la antigua Tierra. Del centro de la cavidad brotaba una fuente llamada WaTid, que proporcionaba agua a todo el que la necesitaba.

Este sistema estaba pensado para ser provisional y para proveer de agua a una población reducida, pero el número de mensch crecía con rapidez, al tiempo que la población sartán menguaba. El suministro de agua —un día tan abundante que nadie había pensado en conservarla— empezaba a contarse casi gota a gota. Después de la Guerra del Firmamento, los elfos paxarias, reforzados por los kenkari, emergieron como los clanes más poderosos. Reclamaron la propiedad del Pozo Eterno, colocaron centinelas en la fuente Wal'id y levantaron el palacio real del clan junto a tal emplazamiento. Los paxarias continuaron compartiendo el agua con los demás clanes elfos e incluso con los humanos, que en un tiempo habían vivido en Aristagón, pero luego se habían trasladado a las Volkaran y a Ulyndia. Los paxarias no cortaron nunca

—

el acceso al agua ni cobraron por ella. El dominio paxaria fue benévolo y bien intencionado, aunque paternalista.

Pero la amenaza de perturbación del vital sistema de suministro de agua se mantuvo omnipresente.

El agresivo clan de Tribus consideraba deshonroso y humillante ser obligado a suplicar —así lo consideraban ellos— el agua. Tampoco les gustaba tener que compartir ésta con los humanos. Esta disputa condujo finalmente a la Sangre Hermana, una guerra entre los elfos de Tribus y los paxarias que duró tres años y que concluyó con la caída de Paxaria en poder de Tribus.

El golpe definitivo para los paxarias llegó cuando los kenkari, autoproclamados neutrales en el conflicto, incitaron a las almas elfas conservadas en la Catedral del Albedo a apoyar el bando de Tribus. (Los kenkari siempre han negado tal extremo. Insisten en que mantuvieron la neutralidad pero nadie, y menos aún los paxarias, da crédito a sus alegaciones.)

Los vencedores saquearon el palacio real de los paxarias y edificaron otro mayor en las inmediaciones del Pozo Eterno. Conocido como el Imperanon, es casi una pequeña ciudad por sí solo. Cuenta con el palacio, los parques del Refugio (para uso exclusivo de la familia real), la Catedral del Albedo y, bajo el suelo, los salones de la Invisible.

Una vez al mes, las torres construidas por los sartán mandan el agua dadora de vida. Pero, ahora, el líquido estaba bajo el control de Tribus. Los demás clanes elfos fueron obligados a pagar una tasa, supuestamente para atender los costes de mantenimiento y conservación. A los humanos se les negó el agua tajantemente. Las arcas de Tribus engordaron. Los otros clanes, irritados con la tasa, buscaron suministros alternativos de agua y los encontraron abajo, en Drevlin.

Esos otros clanes, y en especial el de los trataros, inventor de las famosas naves dragón, empezaron a prosperar. Tribus habría podido terminar colgado de su propia soga pero, por fortuna para el clan, grupos de humanos desesperados empezaron a atacar las naves dragón para robar el agua. Enfrentados a tal amenaza, los diversos clanes elfos olvidaron viejas diferencias, se coaligaron y formaron el imperio de Tribus, cuyo corazón es el Imperanon.

La guerra contra los humanos iba bien para los elfos, que ya estaban cerca de la victoria. Pero entonces su estrategia militar más carismático y experto, el príncipe Reesh'ahn, cayó bajo el influjo (algunos dicen que mágico) de una canción entonada por un humano de piel negra conocido como Cornejalondra. Esta canción hace recordar a los elfos los ideales de Paxar Kethin y de Krenka-Anris.

Los elfos que escuchan la canción ven la verdad, ven el corazón siniestro y corrupto del imperio dictatorial de Tribus y comprenden que significa la destrucción de su mundo.

Ahora, las torres de los sartán siguen enviando agua, pero a lo largo de su ruta se encuentran apostados guarniciones elfas. Corre el rumor de que grandes partidas de esclavos humanos y de elfos rebeldes capturados están construyendo acueductos secretos que conducen directamente desde los ríos al Imperanon. Cada mes, el caudal de agua que fluye de las torres es menor que el del precedente. Los magos elfos, que han estudiado a fondo las torres, dicen que la magia que las sostiene empieza a fallar, por alguna causa desconocida. Y ninguno de ellos sabe qué hacer para evitarlo.

—
. Una rara especie de ave, que según las leyendas, anida entre las quebradizas ramas del árbol del mismo nombre. Dado que nadie ha encontrado nunca un nido de estas aves, el hecho no se ha podido verificar. El pájaro hargast es difícil de cazar con red y, por tanto, adquirir uno resulta tremendamente caro. Su canto es exquisito.

. Los siete clanes elfos son: los paxarias, los quintaras, los trétaros, los savagos, los melistas, los tribus y los kenkari. El emperador es miembro del clan de Tribus, igual que su hijo, el príncipe rebelde, Reesh'ahn. Los matrimonios entre clanes han difuminado la mayoría de las líneas genealógicas, con excepción de los kenkari, que tienen prohibido casarse o tener hijos fuera del clan. No se sabe de ninguno que haya quebrantado esa regla.

CAPÍTULO

EL IMPERANON, ARISTAGÓN REINO MEDIO

—No pueden hacer eso —afirmó Agah'ran, encogiéndose de hombros. Le estaba dando de comer un gajo de naranja a un pájaro hargast y no volvió la vista mientras hablaba—. Sencillamente, no pueden.

— ¡Ah, mi venerado señor, sí que pueden! —replicó el conde Tretar, cabeza de su clan y, en aquellos momentos, el consejero más valorado y escuchado por Su Majestad Imperial—. Más aun: lo han hecho.

— ¿Cerrar la Catedral del Albedo? ¿No aceptar más almas? Me niego a permitirlo. Mándales aviso, Tretar, de que han provocado nuestro disgusto más profundo y que la catedral debe ser reabierta al instante.

—Eso es precisamente lo que Su Majestad Imperial no debe hacer.

— ¿Que no debemos? Explicate, Tretar.

Agah'ran alzó sus maquillados párpados con lentitud, lánguidamente, como si el esfuerzo casi fuera superior a sus fuerzas. Al propio tiempo, movió las manos en un gesto de impotencia. Tenía los dedos manchados de zumo y la sensación pegajosa le desagradaba.

Tretar hizo una seña al ayuda de cámara, quien llamó a un esclavo. Éste corrió con presteza a ofrecer una toalla húmeda y tibia al emperador. Agah'ran posó los dedos en el paño con gesto lánguido, y el esclavo los limpió reverentemente.

—Los kenkari no han proclamado nunca su fidelidad al imperio. A lo largo de la historia, mi señor, siempre han sido independientes y han servido a todos los clanes sin deudas de lealtad con ninguna.

—Pero aprobaron la formación del imperio... —Era casi la hora de la siesta y Agah'ran empezaba a sentirse malhumorado.

—Porque les complacía ver la unión de los seis clanes. Y por eso han servido a Su Majestad Imperial y han apoyado la guerra de Su Majestad contra su hijo rebelde, Reeshahn. Incluso lo han proscrito, como Su Majestad Imperial ordenó, y han obligado a su weesham a abandonarlo, y condenar así irremisiblemente a su alma a vivir fuera del Reino Sagrado.

—Sí, sí, todo eso ya lo sabemos, Tretar. Ve al grano. Nos sentimos cansados, y Solarus calienta mucho. Si no tenemos cuidado, empezaremos a sudar.

—Si la Luz del Imperio me permite un momento más...

Agah'ran movió la mano en un gesto que, en cualquier otro, habría sido el acto de apretar el puño.

—Necesitamos esas almas, Tretar. Tú estabas presente y escuchaste el informe. Nuestro desagradecido hijo, Reesh'ahn (que los antepasados lo devoren), ha mantenido conversaciones secretas con ese enemigo bárbaro, Stephen de Volkaran. Si se alían... ¡Ah!, fíjate la perturbación que esto nos ha causado. Estamos temblando. Nos sentimos débiles; debemos retirarnos.

Tretar chasqueó los dedos. El ayuda de cámara dio unas palmadas, y unos esclavos acercaron una silla de mano que habían custodiado hasta entonces. Otros esclavos alzaron delicadamente en sus brazos a Su Majestad Imperial, lo trasladaron a peso desde los cojines donde estaba recostado hasta la silla y lo instalaron en ella con gran revuelo y alharacas, acomodado entre almohadones. Los esclavos cargaron la silla a hombros.

—Con suavidad, con suavidad —ordenó el ayuda de cámara—. No levanteis tan deprisa. Su Majestad se mareará con el movimiento.

Lenta y solemnemente, la silla se puso en marcha. El weesham real se levantó y la siguió. El conde Tretar se unió a la marcha detrás del weesham. El ayuda de cámara, con aire solícito, no se separó del costado de la silla por si a Su Majestad le daba un vahído. La comitiva, encabezada por la litera, se trasladó desde el jardín hasta el salón del emperador, un fatigoso trayecto de unos diez pasos.

Agah'ran, un elfo de extraordinaria belleza (bajo el maquillaje) y de unos doscientos años recién cumplidos, no estaba impedido, como suponían algunos la primera vez que lo veían. A las extremidades de su Majestad Imperial no les sucedía absolutamente nada. Agah'ran (en la mitad de su vida, para lo habitual en un elfo) era muy capaz de caminar y lo hacía, cuando era necesario. Sin embargo, tan inhabitual actividad lo dejaba fatigado durante varios ciclos.

Una vez llegados al salón, lujosamente amueblado, Agah'ran hizo un lánguido gesto con los dedos.

—Su Majestad desea parar —anunció Tretar.

El ayuda de cámara repitió las órdenes del conde, y los esclavos obedecieron. La silla de mano fue bajada hasta el suelo con lentitud para no causar mareos a Su Majestad Imperial. El emperador fue alzado de ella y colocado en un diván, de cara al jardín.

—Volvednos un poco a la izquierda. La vista nos resulta menos fatigante desde este ángulo. Servidnos un poco de chocolate. ¿Te apetece tomar una taza conmigo, Tretar?

—Me honra que Su Majestad Imperial piense en mí —respondió el conde Tretar con una reverencia. Detestaba el chocolate, pero jamás se le ocurriría ofender al emperador con una negativa.

—
Uno de los esclavos acercó el samovar. El weesham, visiblemente inquieto (como no podía ser menos, dado que la conversación se refería a sus verdaderos amos, los kenkari), vio en aquello una vía de escape e intervino:

—Me temo que el chocolate está demasiado tibio, venerado monarca. Me complacería mucho traer más a Su Majestad Imperial. Conozco la temperatura exacta a la que le gusta a Su Majestad Imperial.

Agah'ran miró a Tretar, y el conde asintió.

—Está bien, weesham —dijo el emperador con su habitual languidez—.

Puedes ausentarte de nuestra real presencia. Seis grados por encima de la temperatura ambiente, ni uno más.

—Sí, mi señor. —El geir se despidió con una reverencia, escondiendo las manos nerviosamente bajos sus negras ropas. Tretar movió la mano, y el ayuda de cámara hizo salir de la estancia a los esclavos. El propio criado desapareció de la vista.

—¿Crees que es un espía? —preguntó Agah'ran, refiriéndose al weesham—.

¿Los kenkari lo han descubierto a través de él?

—No, mi señor. Los kenkari no recurrirían a algo tan tosco. Quizá sean magos poderosos, pero en política son gente sencilla, infantil. El geir es leal a un solo deber, y éste es la salvaguarda del alma de Su Majestad Imperial. Se trata de un deber sagrado con el que no deben interferir las cuestiones de clan. —Tretar se inclinó hacia adelante y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Por lo que he podido saber, mi señor, ha sido la ineptitud de la Invisible lo que ha precipitado esta crisis.

El rabillo de uno de los ojos maquillados vibró ligeramente.

—La Guardia Invisible no comete errores, Tretar —sentenció el emperador.

—Son hombres, Luz del Imperio, y son falibles como todos los hombres, a excepción de Su Majestad Imperial. Y he oído decir —Tretar se acercó aún más— que la Invisible ha tomado medidas para castigar a los elfos participantes. Ya *no* existen. Y tampoco la geir que llevó la noticia del asesinato de la princesa a los kenkari.

Agah'ran se mostró visiblemente aliviado.

—Entonces, el asunto está solucionado y no volverá a repetirse. Tú te ocuparás de ello, Tretar. Expresa nuestros deseos a la Invisible con la debida contundencia.

—Desde luego, mi señor —asintió el conde, que no tenía la menor intención de obedecer la orden. ¡Que aquellos demonios de sangre fría se ocuparan de sus propios asuntos! Él no quería participar en ellos.

—De todos modos, esto no nos ayuda en nuestro problema actual, Tretar —insistió Agah'ran con suavidad—. Los nuevos se han roto, por así decirlo. No vemos manera de volver a meterlos en las cáscaras.

—No lo hay, Luz del Imperio —asintió Tretar, satisfecho de volver a un tema menos peligroso y de mucha más importancia—. Y, por tanto, propongo a Su Majestad Imperial que haga una tortilla.

—Muy astuto, Tretar. —Los maquillados labios del emperador se fruncieron ligeramente—. ¿Y nos tomamos esa tortilla, o se la damos a los kenkari?

—Ninguna de las dos cosas, Majestad. Se la damos a nuestro enemigo.

—¿Una tortilla envenenada, entonces?

Tretar hizo una reverencia de homenaje.
—Veo que Su Majestad me lleva mucha ventaja.

—Te refieres a ese chiquillo humano... ¿cómo se llama? El que trajeron ayer al Imperanon.

—Bane, Majestad.

—Sí. Un muchacho encantador, por lo que hemos oído. Un aspecto aceptable para tratarse de un humano, hemos oído. ¿Qué vamos a hacer con él, Tretar? ¿Merece credibilidad esa desquiciada historia que cuenta?

—He hecho algunas averiguaciones, Majestad Imperial. Si os interesa oír lo que he descubierto...

—Al menos, nos entretendrá —asintió el emperador con un pestañeo de sus pintados párpados.

—Su Majestad tiene entre sus esclavos a un humano que una vez sirvió en la casa del rey Stephen. Un siervo menor, que fue obligado a alistarse en el ejército de Volkaran. Me he tomado la libertad, mi señor, de enfrentar a ese hombre con el niño, Bane. El esclavo lo ha reconocido de inmediato. De hecho, ese desgraciado casi se ha desmayado, convencido de haber visto un fantasma.

—Esos humanos... supersticiosos hasta la médula —comentó Agah'ran.

—Sí, mi señor. Y no sólo el hombre reconoció al niño, sino que éste también reconoció al esclavo. ¡Lo llamó por su nombre!

— ¿Por su nombre? ¿A un criado? ¡Bah, ese Bane no puede haber sido un príncipe!

—Los humanos tienden a tener una mentalidad democrática, señor. He oído que el rey Stephen admite en su presencia a cualquier humano, incluso a los de condición más baja y común, si tienen una queja o demanda que plantearle.

— ¡Oh! ¡Qué espanto! Me siento a punto de desmayarme —anunció Agah'ran—. Acércame esas sales, Tretar.

El conde tomó un frasquito decorado en plata e hizo un gesto al ayuda de cámara, quien llamó a un esclavo que tomó el frasco y lo sostuvo a la distancia adecuada bajo la nariz imperial. Varias inhalaciones de las sales aromáticas devolvieron a Agah'ran la atención y la agilidad mental, aliviando la conmoción de enterarse de aquellas prácticas bárbaras de los humanos.

—Sí os habéis recuperado por completo, mi señor, continuaré mi relato.

— ¿Adonde conduce todo esto, Tretar? ¿Qué tiene que ver el muchacho con los kenkari? No podéis engañarnos, conde. Somos listos y aquí vemos establecerse una relación.

El conde hizo una nueva reverencia de homenaje.

—El cerebro de Su Majestad Imperial es una verdadera trampa para dragones. Si puedo abusar de la paciencia de Su Majestad, os ruego que me permitáis traer al niño a vuestra real presencia. Creo que Su Majestad Imperial encontrará muy interesante la historia que quiere contarle ese Bane.

— ¿Un humano en nuestra presencia? Supón, conde... —Agah'ran parecía aturdido. Incluso movió la mano—. Imagina que me contagia algo...

—El muchacho ha sido lavado y restregado convenientemente, Majestad —aseguró el conde con la debida seriedad.

Agah'ran hizo una señal al ayuda de cámara, quien dirigió un gesto a un esclavo, el cual ofreció al emperador un frasco de perfume. Llevandoselo a la nariz,

el emperador indicó con un leve gesto de cabeza que Tretar podía proceder. El conde chasqueó los dedos, y dos miembros de la guardia imperial entraron en la estancia, conduciendo entre ellos al pequeño.

— ¡Alto! ¡Alto ahí! —ordenó Agah'ran, aunque el muchacho apenas había penetrado cuatro pasos en el amplio salón.

—Guardias, dejadnos —indicó el conde—. Majestad Imperial, os presento a Su Alteza Bane, príncipe de Volkaran.

— ¡Y de Ulyndia! ¡Y del Reino Superior, ahora que mi verdadero padre ha muerto! —añadió el muchacho y, con aire imperioso, se adelantó e hizo una elegante reverencia doblándose por la cintura. El príncipe mostraba respeto por el emperador, pero dejaba claro con su porte que se lo ofrecía de igual a igual. Agah'ran, acostumbrado a ver a su pueblo postrarse de hinojos ante su emperador, se quedó considerablemente perplejo ante tal arrogancia y presunción. Al cualquier elfo, aquello le habría costado el alma. Tretar contuvo el aliento y pensó que tal vez había cometido un grave error.

Bane alzó la cabeza, enderezó su menudo cuerpo y sonrió. Había sido bañado y vestido con las mejores ropas que Tretar pudo encontrarle (los chicos humanos eran considerablemente más corpulentos que los elfos). Sus rizos dorados habían sido peinados con esmero y brillaban bajo la luz. Su piel era como la porcelana fina y sus ojos lucían, mas azules que el lapislázuli de la caja que portaba el geir del emperador. Agah'ran se quedó impresionado ante la belleza del pequeño, o así le pareció a Tretar, advirtiéndole que su monarca enarcaba una ceja y apartaba ligeramente el frasco aromático.

—Acércate, muchacho...

Tretar carraspeó con disimulo. Agah'ran captó la insinuación.

—Acercaos, Alteza, para que pueda veros.

El conde respiró de nuevo. El emperador estaba encantado. No textualmente, por supuesto. Agah'ran llevaba poderosos talismanes que lo protegían de la magia. Tretar, en su primera entrevista con Bane, se había sorprendido de ver que éste intentaba obrar en él alguna especie de magia tosca, algún tipo de encantamiento. La magia no había surtido efecto, pero su uso había sido uno de los primeros indicios que Tretar había tenido de que el muchacho podía estar diciendo parte, al menos, de la verdad (si no toda).

—Pero no demasiado —se apresuró a añadir Agah'ran. Ni todo el perfume de Aristagón podía enmascarar el olor de un humano—. Ahí, donde estás, es suficiente. De modo que afirmas ser el hijo del rey Stephen de Volkaran.

—No, Majestad, nada de eso —respondió Bane, con aire algo ceñudo.

Agah'ran dirigió una severa mirada a Tretar, quien inclinó la cabeza.

—Paciencia, mi señor —dijo en un susurro—. Reveladle a Su Majestad Imperial el nombre de vuestro verdadero padre, Alteza —añadió en voz más alta.

—Sinistrad, Majestad Imperial —respondió Bane con orgullo—. Un misteriarca del Reino Superior.

— ¿Misteriarca?

—Es un término humano para referirse a un mago de la Séptima Casa, mi señor —explicó Tretar.

—De la Séptima Casa... ¿Y cómo se llama vuestra madre?

—Ana de Ulyndia, reina de Volkaran y Ulyndia.

— ¡Vaya, vaya! —murmuró Agah'ran, sorprendido, aunque él mismo era padre de más hijos ilegítimos de los que podía contar—. Nos tememos que has cometido un error, conde. Si este bastardo no es el hijo del rey, no puede ser príncipe.

— ¡Sí que lo soy, señor! —exclamó Bane con un ímpetu infantil que resultaba muy apropiado y, más aún, muy convincente—. Stephen me proclamó hijo suyo

—

legítimo y me convirtió en heredero. Mi madre lo obligó a firmar documentos al respecto; los he visto con mis propios ojos. Stephen tiene que hacer lo que diga mi madre, porque ella está al mando de su propio ejército y el rey necesita su apoyo si quiere seguir manteniéndose en el trono.

Agah'ran volvió la mirada a Tretar, y éste puso los ojos en blanco como si dijera: «¿Qué se puede esperar de unos humanos?». El emperador casi inició una sonrisa, pero se contuvo. La mueca le habría estropeado la pintura facial.

—Tal situación parece muy satisfactoria para todos los interesados, Alteza.

Imaginamos que debió de suceder algo que la perturbara, ya que has sido encontrado en esa tierra geg, ¿cómo se llama...?

—Drevlin, mi señor —apuntó Tretar.

—Sí, Drevlin. ¿Qué hacías ahí abajo, muchacho?

—Estaba prisionero, Majestad Imperial. —En los ojos de Bane brillaron de pronto unas lágrimas—. Stephen contrató a un asesino, un hombre llamado Hugh *la Mano*...

— ¡No puede ser! —Los maquillados párpados de Agah'ran pestañearon.

—Mi señor, os ruego que no interrumpáis —lo reconvinó con suavidad el conde Tretar.

—Hugh *la Mano* viajó al Reino Superior y allí mató a mi padre. Iba a hacer lo mismo conmigo pero, antes de morir, mi padre consiguió herir de muerte también al sicario. Entonces, fui capturado por un capitán elfo, llamado Bothar'el, que está aliado con los rebeldes, según tengo entendido.

Agah'ran miró de nuevo a Tretar, que confirmó las palabras de Bane con un gesto de asentimiento. El chiquillo continuó hablando.

—Bothar'el me llevó de vuelta a las Volkaran, imaginando que Stephen pagaría por recuperarme sano y salvo. —En los labios del muchacho se formó una mueca burlona—. Pero el rey le dio dinero para que me quitara de en medio y Bothar'el me envió con los gegs, a quienes pagó para que me retuvieran prisionero.

—Su Majestad recordará —intervino Tretar— que por esa época Stephen proclamó entre los humanos que el príncipe había sido hecho prisionero y asesinado por los elfos. Y fue esta acusación lo que levantó a los humanos contra nosotros.

—Pero dínos, conde, ¿por qué no se limitó Stephen a deshacerse del pequeño sin más complicaciones? —inquirió Agah'ran, observando a Bane como si fuera una especie de animal exótico liberado de su jaula.

—Porque, para entonces, los misteriarcas se habían visto obligados a abandonar el Reino Superior, que, según nuestros espías, se ha hecho inhabitable para su raza. Esos misteriarcas se trasladaron a Volkaran y le advirtieron que, si quería seguir vivo, no debía tocar un solo cabello al hijo de Sinistrad, quien había sido un líder poderoso entre los magos del Reino Superior.

—Pero la reina aceptó que su hijo permaneciera prisionero. ¿Cómo iba tu madre a consentir tal cosa? —preguntó el emperador a Bane.

—Porque, si el pueblo se enteraba de que había sido la ramera de un misteriarca, la quemaría en la hoguera por bruja —respondió el chiquillo con un aire inocente que suavizaba y hacía aceptable el empleo de unas palabras tan crudas, si bien descriptivas.

El conde carraspeó, incómodo.

—Creo que hay algo más, Majestad Imperial. Según nuestros espías, la reina Ana aspira a sentarse en el trono. Ya lo intentó en alianza con ese misteriarca,

—

Sinistrad, el padre del muchacho. Pero Sinistrad murió y, ahora, ni ella ni los magos supervivientes son lo bastante poderosos como para derrocar a Stephen y adueñarse de Volkaran.

—Pero yo, sí —añadió Bane con candidez.

Agah'ran pareció muy divertido. Incluso apartó el frasco de perfume para dirigirle una mirada más detenida.

— ¿De veras, muchacho?

—Sí, Majestad. Le he estado dando vueltas al asunto. ¿Y si, de pronto, apareciera de nuevo en Volkaran, sano y salvo? Podría proclamar que los elfos me raptasteis pero que había conseguido escapar. El pueblo me quiere y eso me convertiría en un héroe. Stephen y Ana no tendrían más remedio que acogerme.

—Pero Stephen intentaría librarse de ti otra vez —replicó Agah'ran con un bostezo, al tiempo que se pasaba una mano cansada por la frente. La hora de la siesta ya había quedado atrás—. Y, aunque tú sacaras algún provecho, no alcanzamos a ver qué saldríamos ganando nosotros.

—Mucho, mi señor —dijo Bane con frialdad—. Si el rey y la reina muriesen de pronto, si los dos desaparecieran, yo heredaría el trono.

— ¡Vaya, vaya! —murmuró Agah'ran, abriendo tanto los ojos que la pintura de sus párpados se cuarteó.

—Ayuda de cámara, llama a los guardias —ordenó Tretar, interpretando sus gestos—. Que se lleven al muchacho.

Bane le dirigió una mirada furibunda.

— ¡Señor, estáis hablándole a un príncipe de Volkaran!

Tretar miró al emperador y observó un parpadeo de diversión en sus maquillados ojos. El conde hizo una reverencia ante el príncipe.

—Os pido disculpas, Alteza. Su Majestad Imperial ha quedado sumamente complacido con la entrevista, pero ahora se siente fatigado.

—Y padecemos una fuerte jaqueca —añadió Agah'ran, llevándose las yemas de los dedos a las sienes.

—Lamento que Su Majestad esté indispuesto —proclamó Bane con gran seriedad—. Me retiraré.

—Gracias, Alteza —dijo Tretar, mientras hacía un cortés esfuerzo por contener la risa—. Guardias, haced el favor de escoltar a Su Alteza Real a sus aposentos.

Los guardias entraron en la sala y se llevaron a Bane. El chiquillo dirigió una mirada disimulada e inquisitiva a Tretar. El conde sonrió, indicando que todo estaba en orden. Bane, visiblemente satisfecho, salió entre los guardianes avanzando con un garbo y una elegancia que pocos jóvenes elfos igualarían.

—Admirable —comentó el emperador, aunque había recurrido de nuevo al frasco de esencia.

—Confío en que no será necesario recordar a Su Majestad que estamos tratando con humanos y que no debemos dejarnos afectar por sus costumbres bárbaras.

—Gracias por comentarlo, conde, pero puedes tener por seguro que ese relato nauseabundo de asesinos y ramera ha borrado por completo nuestro apetito. Tenemos un sistema digestivo sumamente delicado, Tretar.

—Soy conocedor de ello, Majestad, y os pido mis más humildes disculpas por haberos perturbado.

—

—Aun así —reflexionó el emperador—, si el muchacho accediera al trono de Volkaran, tendría razones para estarnos profundamente agradecido.

—Así es, Luz del Imperio —respondió Tretar—. Como poco, seguro que se negaría a aliarse con el príncipe Reesh'ahn, dejaría que los rebeldes se las arreglaran solos y, tal vez, incluso se lo podría convencer para que les declarara la guerra. También sugiero a Su Majestad Imperial que podría ofrecerse para actuar como protector del joven rey Bane. Podríamos enviar una fuerza de ocupación para ayudarlo a mantener la paz entre las diversas facciones enfrentadas de humanos. Por su propio bien, naturalmente.

A Agah'ran le brillaron las pupilas bajo el maquillaje.

—¿Insinúas, Tretar, que este muchacho podría entregarnos Volkaran sin más?

—Sí, mi señor, eso opino. A cambio de una sustanciosa compensación, desde luego.

—¿Y qué hay de esos magos, los «misteriarcas»? —El emperador puso una mueca de asco al verse obligado a pronunciar aquella palabra humana. El conde se encogió de hombros.

—Están agonizando, Majestad Imperial. Son arrogantes, tercos y desagradables; incluso los de su propia raza desconfían de ellos. Dudo que nos molesten, pero, si lo hacen, el muchacho los mantendrá a raya.

—¿Y los kenkari? ¿Qué hay de nuestros hechiceros?

—Que hagan lo que quieran, mi señor. Una vez conquistados y sometidos los humanos, podréis concentrar vuestras fuerzas en la liquidación de los rebeldes. Aplastados éstos, podréis barrer a los gegas de Drevlin y adueñaros de la Tumpachumpa. Entonces ya no tendréis más necesidad de las almas de los muertos, Luz del Imperio. ¿Para qué las querréis, cuando estarán a vuestras órdenes las almas de todos los vivos de Ariano?

—Muy ingenioso, conde Tretar. Os alabamos.

—Gracias, mi señor —murmuró el conde con una profunda reverencia.

—Pero tu plan llevará tiempo.

—Sí, Majestad Imperial.

—¿Y qué vamos a hacer con esos condenados gegas que han detenido la máquina y nos han cortado el suministro de agua?

—El capitán Sang-Drax... por cierto, un oficial excelente (llamó la atención de Su Majestad acerca de él)... nos ha traído una prisionera geg.

—Eso hemos oído. —El emperador sostuvo el frasco bajo su nariz como si el olor hubiera conseguido filtrarse en su mitad del palacio—. Y no entendemos por qué. Ya tenemos un par de ellos en el jardín zoológico, ¿verdad?

—Su Majestad está de un humor excelente, esta mañana —comentó Tretar,

añadiendo la carcajada que Agah'ran, como bien sabía el conde, estaba esperando.

—No lo estamos —declaró el monarca, repentinamente malhumorado—. Nada anda bien. Pero suponemos que esa geg tiene alguna importancia para ti, ¿no es eso?

—Sí, mi señor. Como rehén. Os sugiero que ofrezcamos a los gegs un ultimátum: o vuelven a poner en funcionamiento la Tumpa-chumpa, o recibirán en varias cajitas los restos de la enana.

— ¿Y qué es un geg más o menos, Tretar? Se reproducen como ratas. No veo qué...

—

—Su Majestad Imperial me perdone, pero los gegs son una raza muy unida. Comparten la creencia, bastante peregrina, de que lo que le sucede a un geg les sucede a todos. Me parece que la amenaza debería bastar para persuadirlos a cumplir nuestras indicaciones.

—Si así lo crees, conde, daremos esa orden.

—Gracias, mi señor. Y ahora, ya que Su Majestad parece fatigado...

—Lo estamos, Tretar, lo estamos. Son las cargas del estado, querido conde, las presiones del cargo... Sin embargo, se nos ocurre una pregunta.

— ¿Sí, Luz del Imperio?

— ¿Cómo devolvemos al muchacho a Volitaran sin despertar las sospechas de los humanos? Y, si lo enviamos, ¿cómo haremos para impedir que el rey Stephen, sencillamente, se deshaga de él a escondidas? —Agah'ran movió la cabeza y quedó casi exhausto del esfuerzo—. Vemos demasiadas dificultades...

—Descansad tranquilo, Monarca Magnífico. Ya he pensado en todo eso.

— ¿De veras?

—Sí, mi señor.

— ¿Y qué propones que hagamos, conde?

Tretar echó un vistazo a los esclavos y al ayuda de cámara. Luego, se inclinó hacia su perfumada Majestad Imperial y le cuchicheó algo al oído. Agah'ran miró a su ministro, perplejo por unos instantes. Después, una lenta sonrisa asomó en los labios pintados con coral molido. El emperador era consciente de la inteligencia de su ministro, igual que éste sabía que el monarca, pese a las apariencias, no era ningún estúpido.

—Lo aprobamos, conde. ¿Te encargarás de disponerlo todo?

—Dadlo por hecho, Majestad Imperial.

— ¿Qué le dirás al muchacho? Estará impaciente por marcharse...

—Debo reconocer, mi señor —dijo el conde con una sonrisa—, que fue el chico quien me sugirió el plan.

—Ese astuto diablillo... ¿Todos los niños humanos son como éste, Tretar?

—Supongo que no, Majestad, o los humanos ya nos habrían derrotado hace mucho.

—Sí, bien... Éste, al menos, merece ser vigilado. No lo pierdas de vista, Tretar.

Nos encantará conocer más detalles del asunto, pero en otra ocasión. —Agah'ran se pasó la mano por la frente con gesto lánguido—. La jaqueca aumenta por momentos.

—Mi señor padece mucho por su pueblo —musitó Tretar con una profunda reverencia.

—Lo sabemos, Tretar. Lo sabemos. —Agah'ran exhaló un suspiro dolorido—.

Y el pueblo no lo apreciaba.

—Al contrario, mi señor. Todos os adoran. Ayudad a Su Majestad —ordenó el conde, chasqueando los dedos.

El ayuda de cámara reaccionó con un respingo. Varios esclavos acudieron apresuradamente desde todas direcciones para ofrecerle compresas frías, toallas calientes, vino tibio y agua helada.

—Llebadnos a nuestra alcoba —dijo Agah'ran con voz desmayada.

El ayuda de cámara se hizo cargo de las operaciones y dirigió la compleja maniobra. El conde Tretar aguardó hasta que el emperador fue alzado del diván, colocado entre cojines de seda en una litera dorada y transportado en procesión, a la velocidad de un gusano del coral (para no trastornar el sentido del equilibrio del

—

monarca), hacia la cámara real. Ya cerca de la puerta, Agah'ran hizo un débil gesto.

Tretar, que había estado observando atentamente, acudió a su lado de inmediato.

— ¿Sí, mi señor?

—El muchacho tiene a alguien con él. Un humano extraño cuya piel se ha vuelto azul.

—Sí, Majestad Imperial —respondió Tretar, quien no creyó necesario extenderse en su explicación—. Así me han informado.

— ¿Qué hay de él?

—No tenéis de qué preocuparos, mi señor. Me llegaron rumores de que el hombre era uno de los misteriarcas e interrogué al capitán Sang-Drax. Al respecto; según el capitán, el individuo de la piel azulada sólo es el sirviente personal del muchacho.

Agah'ran asintió, se recostó entre los cojines y cerró los párpados. Los esclavos se lo llevaron. Tretar esperó hasta estar seguro de que el emperador ya no lo necesitaba y a continuación, con una sonrisa de satisfacción, se dirigió a poner en marcha los primeros pasos de su plan.

—

. Sistema de referencia direccional, definido en detalle en Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte. A efectos generales, kiracurso equivale al oeste, kanacurso es el este, procurso es el norte y contracurso, el sur. El comentario respecto a Stephen da a entender que el rey está más preocupado por los dragones procedentes de Ulyndia que por los del imperio elfo.

. Documento encontrado en la biblioteca del castillo de Volkaran. Alfred escribió la historia en el idioma de los humanos, indudablemente con la intención de utilizarla para instruir a los humanos en su propia estupidez. Fiel a su carácter vacilante, el sartán no se atrevió a presentar el libro al rey, sino que lo guardó en la biblioteca, tal vez con la remota esperanza de que Stephen o Ana tropezaran casualmente con él.

CAPÍTULO

PALACIO REAL, ISLAS VOLKARAN REINO MEDIO

El castillo del rey Stephen en la isla de Providencia tenía un aspecto muy distinto del de su correspondiente en Aristagón. El Imperanon era una vasta

acumulación de edificios de diseño bello y elegante, con torres de esbeltas agujas y delicados minaretes decorados con mosaicos, motivos pintados y volutas talladas. La fortaleza del rey Stephen, en cambio, era sólida, recia y construida a base de rectas; sus torres sombrías, erizadas de almenas, se alzaban oscuras y ominosas hacia el cielo de color humo. Tal casa, tal dueño, decía el refrán.

La noche en el Imperanon se iluminaba con hachones y candelabros. En Volkaran, el suave resplandor del Firmamento se reflejaba en la piel escamosa de los dragones vigías, apostados en lo alto de las torres. Las fogatas de vigilancia brillaban intensamente en la media luz, señalando el camino a los corsarios de dragones que regresaban y proporcionando calor a los centinelas, cuyos ojos nunca dejaban de escrutar los cielos en busca de las naves dragón elfas.

El hecho de que ninguna nave dragón de los elfos se hubiera atrevido a surcar los cielos de Volkaran desde hacía muchísimo tiempo no relajaba la guardia de los centinelas. Pero en la ciudad de Festfol, situada en las inmediaciones de las murallas del castillo, había quienes murmuraban que Stephen no temía la presencia de las naves dragón elfas. No; los enemigos de los que estaba pendiente se hallaban más cerca y procedían del kiracurso, no del kanacurso.

Alfred, quien vivió durante un tiempo entre los humanos, escribió la siguiente descripción de esta raza. Su título es *Una historia desconcertante*.

Los elfos de Ariano no se habrían hecho fuertes y poderosos si los humanos hubieran sido capaces de unirse. Juntos como raza, los humanos podrían haber formado una muralla que los elfos no habrían podido penetrar. Podrían haber aprovechado fácilmente las diversas guerras entre los clanes elfos para haber establecido posiciones firmes en Aristagón (o, por lo menos, para evitar que los expulsaran).

Pero los humanos, que consideran a los elfos débiles y vanidosos, cometieron el error de despreciarlos. Las diversas facciones humanas, con su larga historia de disputas sangrientas, estaban más interesadas en pelearse entre ellas que en defenderse de los ataques de los elfos. En pocas palabras, los humanos se derrotaron a sí mismos y quedaron tan exhaustos que los poderosos paxarias sólo tuvieron que patalear y gritar « ¡buuu!», para que sus enemigos huyeran aterrorizados.

Los humanos fueron expulsados de Aristagón y escaparon a las islas Volkaran y al extenso territorio continental de Ulyndia, donde habrían podido reagrupar sus fuerzas. Durante la guerra de la Sangre Hermana que se desencadenó entre los elfos, los humanos habrían conseguido recuperar con facilidad todo el territorio que habían perdido. No es exagerado decir que incluso habrían logrado adueñarse del Imperanon, pues los humanos contaban en aquel tiempo con la ayuda de los misteriarcas, cuyas facultades mágicas estaban mucho más desarrolladas que las de cualquier elfo, a excepción de los kenkari, y éstos se mantenían neutrales, supuestamente, en la guerra civil de los clanes.

Sin embargo, las luchas intestinas de su propia raza irritaban a los poderosos misteriarcas. Hastiados, tras decidir que sus esfuerzos por traer la paz entre las belicosas facciones eran inútiles, los grandes magos abandonaron el Reino Medio y viajaron al Superior, a las

ciudades construidas allí por los sartán, donde esperaban vivir en paz. Su partida dejó a los humanos vulnerables al ataque de los elfos de Tribus que, tras haber derrotado y unido por la fuerza a los demás clanes elfos, volvieron su atención a los corsarios humanos que habían estado atacando y pirateando los transportes elfos de agua desde Drevlin.

El imperio de Tribus conquistó muchos reinos humanos en las Volkaran, utilizando no sólo la espada, sino también el soborno y la traición, para dividir y vencer. Los humanos vieron a sus hijos e hijas sometidos a la esclavitud, vieron cómo la mayor parte de su comida iba a parar a bocas elfos, vieron a los señores elfos matar dragones por diversión. Y, finalmente, llegaron a la conclusión de que odiaban a los elfos más de lo que se odiaban entre ellos.

—
. Derrotado en la batalla, el rey Stephen se vio obligado a rendir su ejército al príncipe Reesh'ahn. El elfo tomó prisioneros a los humanos y los conducían a la esclavitud cuando un juglar humano llamado Cornejalondra empezó a entonar una canción de desafío. La canción resultó tener un efecto muy profundo, casi mágico, en los elfos que los escoltaban. Su melodía transporta a todos los elfos que la escuchan a una época remota en la que vivían en paz y en la que su sociedad se complacía en todas las cosas hermosas. Los soldados elfos arrojaron sus armas y muchos se echaron a llorar por aquel mundo que habían perdido. El rey y su ejército se retiraron a un castillo cercano, mientras los elfos abandonaban el campo de batalla y regresaban a sus naves. Así dio comienzo la revolución elfa. *Ala de Dragón*, volumen de *El ciclo de la Puerta de la Muerte*

Los dos clanes humanos más poderosos, tras negociaciones secretas, formaron una alianza sellada por el matrimonio de Stephen de Volkaran y Ana de Ulyndia. Los humanos empezaron a expulsar de Volkaran a las fuerzas ocupantes en una lucha que alcanzó su punto culminante en la famosa batalla de los Siete Campos, un combate memorable por el hecho de que el perdedor terminó siendo el vencedor.

La posterior rebelión entre los elfos, encabezada por el príncipe Reesh'ahn, forzó la retirada de las tropas de ocupación elfos.

La historia de Alfred concluye con una nota triste:

Ulyndia y Volkaran vuelven a estar bajo control humano. Pero ahora, una vez eliminada la amenaza elfa, los humanos han decidido que ya pueden permitirse de nuevo empezar a odiarse entre ellos. Las facciones se enardecen y se lanzan a la garganta de sus rivales. Poderosos barones de ambos bandos murmuran en las sombras que la alianza de Stephen y Ana ha dejado de tener utilidad. El rey y la reina se ven obligados a llevar a cabo un juego peligroso.

La pareja se ama profundamente, con sentimientos sinceros. El matrimonio de conveniencia, sembrado en el légamo de años de odio, ha florecido en afecto y respeto mutuo. Pero los dos saben que la flor se marchitará y morirá prematuramente, a menos que puedan mantener el control de sus seguidores.

Así, los dos fingen odiar lo que más aprecian en el mundo: al otro. Se pelean a gritos en público, se abrazan con amor en la intimidad. Seguros de que el matrimonio —y, por tanto, la alianza— se está

desmoronando, los miembros de las facciones opuestas cuchichean sus intrigas sin disimulo a uno u otro monarca, sin darse cuenta de que rey y reina son, en realidad, uno solo. De este modo, Stephen y Ana han logrado controlar y apagar unas brasas que habrían podido incendiar al reino.

Pero ahora surge un nuevo problema: Bane. No consigo imaginar qué vamos a hacer con él. Pero tengo miedo por los mensch. Por todos los mensch.

—
. La historia de Bane se narra con detalle en Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

El problema se había solucionado. Bane había desaparecido, supuestamente trasladado a un reino lejano por un hombre de piel azul; al menos, ésta había sido la vaga información que había recibido el rey Stephen de la verdadera madre de Bane, Iridal del Reino Superior.

Para Stephen, cuanto más lejos se llevaran a Bane, mejor. El pequeño había desaparecido hacía un año y, con él, parecía haberse desvanecido una maldición que había pesado sobre el reino entero.

La reina Ana había quedado embarazada otra vez y dio a luz felizmente una niña. La pequeña era princesa de Ulyndia y, aunque, por ley, la corona de Volkaran no podía ceñir una cabeza femenina, las leyes podían cambiarse con los años, sobre todo si Stephen no engendraba más hijos varones. Los reyes adoraban a su hija y, para asegurarse de que esta vez no aparecía en la cuna ningún bebé ajeno y aciago, contrataron magos de la Tercera Casa para que montaran guardia en torno a ella día y noche.

Por otra parte, durante aquel año trascendental, la rebelión de los geggs del Reino Inferior había debilitado todavía más a los elfos, agotando sus fuerzas. Los ejércitos de Stephen habían conseguido expulsar a los elfos de su últimos reductos en las islas Volkaran más exteriores.

Una nave dragón elfa cargada de agua acababa de caer en manos humanas.

La recogida de agua había sido abundante aquel año. Stephen había podido levantar el racionamiento, con gran satisfacción del pueblo. No existían apenas enfrentamientos entre las facciones en disputa y las peleas que se producían entre ellas esporádicamente eran ahora bastante moderadas. La única sangre que corría era la que brotaba de alguna nariz partida, y no la que goteaba de la hoja de los puñales.

—Incluso empiezo a pensar seriamente, querida, en anunciar al mundo que te quiero —dijo Stephen, inclinándose sobre el hombro de su esposa para hacer carantoñas a la pequeña.

—No vayas demasiado lejos —respondió Ana—. Eso de pelearnos en público ha terminado por gustarme. Creo que nos conviene a los dos. Cada vez que me siento furiosa contigo, vuelco todo el enfado en la siguiente pelea fingida y me siento mucho mejor. ¡Oh, Stephen, qué cara tan espantosa! Vas a asustarla... La pequeña, sin embargo, se rió complacida y alargó la manita para intentar asir la barba del rey, bastante canosa ya.

—¿De modo que, todos estos años, me has estado diciendo en serio todas esas cosas terribles? —inquirió Stephen, burlón.

—Ojalá se te quede la cara paralizada en esa mueca. ¡Así aprenderías! Qué feísimo está papá, ¿verdad, cariño? —Dijo Ana a la niña—. ¿Por qué no vas

volando y atacas a un papá tan espantoso? Vamos, mi dragoncito, vuela hasta papá.

Levantando a la pequeña, Ana la llevó «volando» hacia Stephen, que cogió entre las manos a su hija y la impulsó repetidas veces en el aire. La niña rió y gorjeó y probó de nuevo a agarrarlo de la barba.

Los tres estaban en el cuarto de la pequeña, disfrutando de un breve y precioso momento juntos. Tales momentos eran sumamente escasos para la

—

familia real, y el hombre que acababa de aparecer a la puerta se detuvo a observar, con una sonrisa apenada en los labios. El instante iba a terminar. Él mismo iba a ponerle fin. No obstante, se detuvo a disfrutar de aquellos escasos segundos extra de felicidad abierta que se disponía a perturbar.

Stephen tal vez percibió la sombra de la nube de tristeza pasando sobre él. El visitante no había hecho el menor ruido, pero el rey percibió su presencia. Triano, el mago real, era el único que tenía permiso para abrir puertas sin llamar y sin haber sido anunciado. Stephen alzó la cabeza y observó al hechicero, de pie a la puerta de la estancia.

El rey sonrió al verlo y se dispuso a hacer alguna broma, pero la expresión de Triano era aún más espantosa que la mueca que Stephen había ensayado para entretener a su hijita. La sonrisa del rey se difuminó y se volvió fría. Ana, que había contemplado amorosamente el juego del padre con la pequeña, vio nublarse su expresión y volvió la cabeza, alarmada. Al distinguir a Triano, la reina se puso en pie.

— ¿Qué es? ¿Qué sucede?

Triano dirigió una rápida mirada al pasillo sin apenas alzar las pestañas e hizo un leve gesto con la mano para indicar que había alguien escuchando.

—Ha llegado un mensajero del barón Fitz Warren, Majestad —anunció el mago en voz alta—. Una escaramuza sin importancia con los elfos en Kurinandistai, creo. Lamento sinceramente apartar a Sus Majestades de ocupaciones más agradables, pero ya conocéis al barón...

Tanto el rey como la reina conocían al barón, en efecto, y aquella misma mañana habían recibido un informe suyo en el que decía que no había visto a un elfo desde hacía semanas, se quejaba airadamente de la inactividad (que consideraba mala para la disciplina) y pedía permiso para ir en persecución de las naves elfas.

—Fitz Warren es demasiado fogoso —apuntó Stephen, respondiendo al hechicero. Dejó a la pequeña en manos de la niñera, que había entrado en la estancia a una indicación de Triano—. Es uno de tus primos, mi reina. Un ulyndiano —añadió con una sonrisa burlona.

—El barón es un hombre que no rehuiría una batalla, lo cual es más de lo que puede decirse de los hombres de Volkaran —replicó Ana con buen temple, aunque sus mejillas estaban muy pálidas.

Triano exhaló el suspiro apenas audible y cargado de paciencia de quien querría administrar una buena azotaina a un niño malcriado, pero no lo tenía permitido.

—Si Sus Majestades son tan amables de querer escuchar al mensajero, lo tengo en mi estudio. Fitz Warren ha pedido un encantamiento para protegerse de las congelaciones. Se lo prepararé mientras Sus Majestades entrevistan a su

enviado; así ahorraremos tiempo.

Una reunión en el estudio de Triano. El rey y la reina cruzaron una mirada de preocupación. Ana apretó los labios y posó sus helados dedos en la mano de su esposo. Stephen frunció el entrecejo y acompañó a su esposa pasillo adelante. El estudio de Triano era la única estancia del castillo donde los tres podían reunirse en privado con la seguridad de que sus conversaciones no serían escuchadas. El castillo era campo abonado para las intrigas y los chismorreos; la mitad de los sirvientes estaba a sueldo de un barón u otro, y la otra mitad revelaba gratis lo que llegaba a su conocimiento.

—

Situado en una planta aireada y bien iluminada de un torreón, el estudio del mago estaba muy apartado del ruido y el alboroto de la bulliciosa vida castellana. El propio Triano era amigo de las juergas; su porte juvenil y atractivo y sus modales encantadores le permitían que, si bien soltero, rara vez pasara una noche sin compañía en la cama, a menos que él quisiera. Nadie en el reino bailaba con más elegancia, y muchos nobles habrían pagado sumas incalculables por conocer el secreto del mago para ingerir grandes cantidades de vino sin dar jamás la menor muestra de ebriedad.

Pero, aunque Triano dedicara las noches a la parranda, durante el día se volcaba con seriedad y empeño en su responsabilidad de colaborar al gobierno del reino. El hechicero estaba total, completa y devotamente dedicado a sus reyes, a quienes estimaba como amigos además de respetar como soberanos. Conocía todos sus secretos y podría haber decuplicado su fortuna traicionando a uno de los dos. Pero, antes de hacer tal cosa, Triano habría preferido arrojarse al Torbellino. Y, aunque veinte años más joven que Stephen, el mago era consejero, ministro y mentor de su monarca.

Al entrar en el estudio, los reyes encontraron a dos personas esperándolos. Una de ellas era un hombre al que no conocían, aunque les sonó vagamente familiar. A la otra, una mujer, la conocían muy bien, y su presencia hizo que la nube de tormenta que había cubierto a la real pareja se hiciera más espesa y oscura.

La mujer se puso en pie y dedicó una respetuosa reverencia a los monarcas. Stephen y Ana correspondieron al saludo con igual respeto pues, aunque la mujer y sus seguidores los habían reconocido como soberanos, el vínculo establecido era incómodo. Resultaba difícil gobernar a quienes eran más poderosos que uno mismo y podían, con sólo murmurar una palabra, hacer que el castillo de uno se desmoronara a su alrededor.

—Creo que ya conocéis a la dama Iridal, Majestades —dijo Triano innecesariamente, en un cortés esfuerzo por conseguir que todo el mundo se relajara antes de soltar la bomba que iba a destrozarse sus vidas.

Se produjo un intercambio de ceremoniosos saludos en los que todos utilizaron fórmulas establecidas, sin reflexionar en las palabras que pronunciaban. Así, los «Me alegro de volver a veros» y «Ha pasado mucho tiempo» y «Gracias por el precioso regalo para la niña» dejaron paso rápidamente a un incómodo silencio. Sobre todo, cuando se mencionó a la niña. Una palidez mortal se adueñó de Ana, quien tuvo que dejarse caer en una silla. Iridal apretó las manos entrelazadas y bajó la vista a los dedos, sin verlos. Stephen carraspeó y miró con recelo al desconocido que presenciaba la escena, tratando de recordar dónde lo había visto.

—Bien, Triano, ¿de qué se trata? —preguntó—. ¿Por qué nos has traído aquí? Supongo que no tiene nada que ver con Fitz Warren —añadió con marcada ironía al tiempo que volvía la mirada hacia la dama Iridal, pues ésta, pese a vivir cerca de palacio, rara vez se aventuraba a visitarlo, consciente de que su presencia hacía revivir recuerdos dolorosos y desagradables a la pareja real, además de despertar parecidas evocaciones en la propia misteriarca.

— ¿Su Majestad quiere hacer el honor de tomar asiento? —ofreció Triano. Ninguno de los presentes podía sentarse antes de que lo hiciera el rey. Stephen, ceñudo, ocupó el lugar que le indicaba su consejero.

—Procedamos —murmuró.

—

—Si me permitís un momento, Majestad... —dijo Triano. Alzó las manos, agitó los dedos en el aire e imitó el trino de unos pájaros—. Ya está. Ahora podemos hablar con libertad.

Cualquiera que escuchase al otro lado de la puerta, fuera del círculo del encantamiento, escucharía sólo lo que le parecía el gorjeo animado de unas aves. Los situados dentro del alcance del hechizo, en cambio, se oirían y se entenderían perfectamente.

Triano miró con modestia a la dama Iridal. La misteriarca era una maga de la Séptima Casa, mientras que él no pasaría nunca de la Tercera; Iridal podía convertirlos a todos en pájaros canoros, si se lo proponía.

La dama respondió a su mirada con una sonrisa tranquilizadora.

—Muy bien hecho, mago —fue su comentario. Triano se sonrojó de satisfacción, pues no era inmune a los elogios sobre su arte. No obstante, tenía entre manos asuntos de gran importancia y se concentró en ellos rápidamente. Posó la mano en el brazo del desconocido, que se había puesto en pie a la entrada de sus reyes y ahora había vuelto a sentarse en su banqueta junto al escritorio del hechicero. Stephen seguía mirando al desconocido como si lo conociera, pero no consiguiera situarlo.

—Veo que Su Majestad reconoce a este hombre. Su aspecto ha cambiado mucho, es cierto. Cosas de la esclavitud. Es Peter Hamish, de Exilio de Pitrin, en otro tiempo criado de la casa real.

— ¡Por los antepasados, tienes razón! —Exclamó Stephen, descargando una palmada en el brazo del asiento—. Te marchaste para servir como escudero de mi señor Guinido, ¿no es así, Peter?

—En efecto, señor —asintió el hombre con una amplia sonrisa, rojo de satisfacción por el hecho de que el rey lo recordara—. Estaba con él en la Batalla del Pico. Los elfos nos habían rodeado. Mi señor resultó abatido y yo fui hecho prisionero. No fue culpa de mi señor, rey Stephen. Los elfos nos acometieron por sorpresa y...

—Sí, Peter, Su Majestad conoce perfectamente lo sucedido —lo interrumpió Triano con suavidad—. Haz el favor de continuar tu relato. No te pongas nervioso. Explícalo todo a Sus Majestades y a la dama Iridal como me lo has contado a mí. Triano observó que el hombre dirigía una mirada al vaso vacío que tenía junto a la mano. De inmediato, el mago lo llenó de vino. Peter tomó el vaso entre los dedos con aire satisfecho pero, al darse cuenta de que estaba en presencia del rey, detuvo el gesto antes de que el cristal llegara a sus labios.

—Adelante, haz el favor —dijo Stephen, complaciente—. Es evidente que has

pasado por un trance horrible.

—El vino es bueno para fortalecer la sangre —añadió Ana, serena por fuera pero temblando por dentro.

Peter tomó un trago reconfortante de aquel dulce vino, que se sumó al vaso que ya le había ofrecido el mago previamente, y que ya le había fortalecido la sangre.

—Fui hecho prisionero, señor. La mayoría de mis compañeros terminó en las bodegas de esas maléficas naves dragón, como galeotes de los elfos. Mis captores, en cambio, se enteraron por algún medio de que en una época había servido en la casa real. Entonces me llevaron aparte y me hicieron toda clase de preguntas acerca de vos, mi señor. Pero aunque me golpearon y me azotaron hasta dejar a la

—

vista los cartílagos de mis costillas, os aseguro que no dije una sola palabra a esos elfos perversos.

—Alabo tu valor —respondió Stephen con expresión seria, buen conocedor de que Peter, probablemente, había contado cuanto sabía al primer golpe del látigo. Igual que debía de haber proclamado su condición de antiguo sirviente de la familia real para salvarse de las galeras.

—Cuando nuestros perversos enemigos comprendieron que no podrían conseguir nada de mí, Majestad, me encerraron en su propio palacio real, que llaman el «Imprenón». —Peter estaba visiblemente orgulloso de sus conocimientos del idioma de los elfos—. Imaginé que querían que les enseñara cómo deben hacerse las cosas en una casa de reyes, pero sólo me pusieron a barrer suelos y hablar con otros prisioneros.

—¿Qué otros...? —empezó a preguntar Stephen, pero Triano movió la cabeza en un gesto de negativa y el rey guardó silencio.

—Haz el favor de contar a Su Majestad lo del prisionero más reciente que has visto en el palacio de los elfos.

—No era ningún prisionero, señor —lo corrigió Peter, ya por el cuarto vaso de vino—, sino más bien un huésped de honor. Los elfos le ofrecen un trato excelente, señor. No debéis inquietaros por eso.

—Dinos de una vez a quién viste —le insistió Triano con suavidad.

—A vuestro hijo, señor —dijo Peter, ya un poco afectado por la bebida—. El príncipe Bane. Me alegro de anunciarte que está vivo. Pude hablar con él, y lo habría sumado al grupo con el que me proponía intentar la fuga, pero me dijo que estaba demasiado vigilado y que su presencia sólo perjudicaría nuestro plan.

Vuestro pequeño, señor, es un verdadero héroe.

»E príncipe Bane me entregó esto. —El sirviente señaló un objeto depositado sobre la mesa de Triano—. Dijo que se lo trajera a su madre. Ella lo reconocería y sabría que era él quien lo enviaba. Lo hizo para ella.

Peter alzó el vaso con mano temblorosa y lágrimas en los ojos.

—Un brindis por Su Alteza y por Sus Majestades.

La mirada borrosa de Peter estaba concentrada en el vaso que acariciaba entre los dedos (todo lo que era capaz de fijarla en su estado, ya lamentable). Gracias a ello, no advirtió el hecho de que la gozosa noticia de la reaparición de Bane había dejado a Stephen totalmente rígido, como si lo hubiera golpeado un hacha de guerra.

Ana miró al sirviente, horrorizada, y se hundió en su asiento con la tez pálida.

En los ojos de la dama Iridal llameó una súbita esperanza.

—Gracias, Peter, esto es todo por ahora —dijo Triano. Tomó del brazo al criado, lo arrancó de la banqueta y se lo llevó, tambaleante y haciendo reverencias, lejos de los reyes y de la misteriarca—. Me ocuparé de que no guarde ningún recuerdo de esto, Majestad —prometió el consejero en voz baja—. Y sugiero a sus Majestades que no prueben ese vino.

Triano abandonó la sala con Peter y cerró la puerta tras ellos. El mago estuvo fuera mucho rato. La guardia del rey no había acompañado a Su Majestad al estudio de Triano, sino que había tomado posiciones a una distancia prudencial, unos treinta pasos, en el otro extremo del pasadizo. Triano condujo a Peter por éste, dejó al criado embriagado en manos de los guardias y ordenó a éstos que lo condujeran a algún sitio a dormir la borrachera. El dulce vino del hechicero

—

producía tal efecto que, cuando el aturdido Peter despertara, no recordaría ni siquiera haber estado en el «Impernón».

Cuando regresó al estudio, apreció que la conmoción producida por la noticia había remitido en parte, aunque la alarma era, si acaso, aún más intensa.

—¿Es posible que haya dicho la verdad? —preguntó Stephen, que se había puesto en pie y deambulaba por la estancia con paso agitado—. ¿Cómo podemos fiarnos de ese redomado idiota?

—Sencillamente, porque es un redomado idiota, señor —respondió Triano con aire deliberadamente tranquilo y apacible, cruzando los brazos delante del pecho—. Ésta es una de las razones por las que he querido que escucharais la historia de sus propios labios. Desde luego, ese hombre no es lo bastante sagaz como para haber inventado una historia tan extraordinaria. He podido interrogarlo más a fondo y estoy seguro de que no miente. Y, además, está esto.

El mago tomó del escritorio el objeto que había traído Peter, el regalo de Bane a su madre, y lo mostró directamente a Iridal, no a Ana.

La misteriarca lo observó. En un primer momento, se sonrojó; luego, su palidez se hizo aún más marcada que antes. El objeto era una pluma de halcón decorada con cuentas de cristal y suspendida de una cinta de cuero. Tenía el aspecto inocente del regalo que prepararía un chiquillo, siguiendo las instrucciones de su niñera, para complacer el tierno corazón de su madre. Pero aquel collar con la pluma era obra de un hijo de magos, de un descendiente de misteriarcas. La pluma era un amuleto y, a través de él, el chiquillo podía comunicarse con su madre. Con su verdadera madre. Iridal alargó una mano temblorosa, cogió la pluma y la apretó entre sus dedos.

—Es de mi hijo, sin duda —dijo, aunque no se oyó su voz.

Triano asintió.

—Tened la seguridad, Majestades, dama Iridal, de que no os habría sometido a este trance si no hubiera estado seguro de que Peter dice la verdad. El chico al que vio era Bane.

Stephen se sonrojó ante la reprimenda insinuada en aquellas palabras y murmuró en un susurro apenas audible algo que tal vez quería ser una disculpa.

Con un profundo suspiro, se dejó caer en su asiento. El rey y la reina se acercaron imperceptiblemente, dejando a la dama Iridal a solas, ligeramente aparte.

Triano se situó delante de los tres y corroboró con palabras firmes y serenas lo que todos sabían ya pero tal vez no habían terminado de aceptar todavía.

—Bane está vivo y en manos de los elfos.

— ¿Cómo es posible? —inquirió Ana con voz sofocada, llevándose una mano al cuello como si tuviera dificultades para respirar. Se volvió hacia Iridal y exclamó—: ¡Tú dijiste que se lo habían llevado! ¡A otra tierra! ¡Dijiste que Alfred se lo había llevado!

—Alfred, no —la corrigió Iridal. La sorpresa inicial estaba remitiendo; la misteriarca empezaba a darse cuenta de que su deseo más acariciado se estaba cumpliendo—. El otro hombre, ese Haplo.

— ¿Ese que me describiste, el de la piel azul? —intervino Triano.

—Sí. —En los ojos de Iridal apareció un destello de esperanza—. Sí, ése fue quien se llevó a mi hijo...

—Pues ahora parece que lo ha traído de vuelta —continuó Triano con sequedad—. Porque el hombre también está en el castillo elfo, según he sabido. El criado vio a un hombre de piel azul en compañía del príncipe. Tal vez ha sido ese

—

detalle, más que cualquier otro, lo que me ha convencido de que su historia era cierta. Aparte de la dama Iridal, Sus Majestades y yo mismo, nadie más en el reino conoce la existencia del hombre de la piel azul o su relación con el príncipe Bane. Si se añade a ello el hecho de que Peter no sólo vio a Bane, sino que habló con él, y que el príncipe reconoció al criado y lo llamó por su nombre... No, señor. Os lo repito: no me cabe la menor duda.

—De modo que el chico es rehén de los elfos —dijo Stephen con aire sombrío—. Seguro que los elfos proyectan utilizarlo para obligarnos a detener nuestros ataques a sus naves; tal vez incluso para intentar perturbar las negociaciones con Reesh'ahn. Pues no se saldrán con la suya. Pueden hacer lo que les plazca con él. No negociaré una sola gota de agua a cambio de...

— ¡Querido, por favor! —musitó Ana, posando la mano en el brazo de su marido al tiempo que, con los párpados entornados, dirigida una mirada a la dama Iridal. La misteriarca, pálida y fría, permanecía sentada con las manos juntas en el regazo y la mirada perdida en el vacío, fingiendo no escuchar—. ¡Es su madre!

—Me doy perfecta cuenta de que el chico es hijo de la dama. ¿Puedo recordarte, querida, que Bane tenía también un padre..., un padre cuya maldad estuvo a punto de destruirnos a todos?

Disculpame por hablar con esta franqueza, dama Iridal —añadió, sin dejarse conmover por la mirada suplicante de su esposa—, pero debemos afrontar la verdad. Tú misma has dicho que tu esposo ejercía una influencia poderosa y siniestra sobre el muchacho.

Un leve rubor iluminó las ebúrneas mejillas de Iridal, y un escalofrío le recorrió el esbelto cuerpo. Sin embargo, permaneció callada y Stephen se volvió hacia Triano.

—Incluso me pregunto hasta qué punto todo esto es obra de Bane —añadió el monarca—. Pero, sea como fuere, estoy decidido. Los elfos descubrirán que han intentado una maniobra en falso.

El leve rubor de vergüenza de Iridal había dado paso a un rojo más intenso, producto de la ira. Se disponía a replicar a Stephen, cuando Triano alzó la mano para detenerla.

—Si me permitís, dama Iridal —se le adelantó—. Las cosas no son tan sencillas, mi señor. Los elfos son astutos. Peter, ese desgraciado, no escapó gracias

a su astucia; ellos le permitieron la huida adrede. Los elfos sabían que te traería esta información, y es probable que incluso lo animasen sutilmente a hacerlo. Seguro que dieron una apariencia muy real y convincente a la «fuga». Igual que hicieron con todos los otros.

— ¿Otros? —Stephen alzó el rostro, ceñudo y con la mirada borrosa.

Triano suspiró. Había estado posponiendo el momento de comunicar las malas noticias, pero era el momento de hacerlo.

—Me temo, señor, que Peter no ha sido el único que ha vuelto con la noticia de que Su Alteza, el príncipe Bane, está vivo. Más de una veintena de esclavos humanos «escapó» con él, y cada cual ha vuelto a su lugar de procedencia contando la misma historia. He borrado los recuerdos de Peter, pero la situación no habría cambiado si no lo hubiera hecho. Dentro de pocos ciclos, la noticia de que Bane está vivo y en manos de los elfos será el comentario general en todas las tabernas desde Exilio de Pitrin a Winsheer.

—Que los benditos antepasados nos protejan —murmuró Ana.

—

—No dudo que estáis al corriente, mi señor, de los maliciosos rumores que se han extendido respecto a la condición de ilegítimo de Bane —continuó Triano, escogiendo las palabras con cuidado—. Si arrojas al muchacho a los lobos, por así decirlo, el pueblo dará por ciertos esos rumores y dirá que intentas librarte de un bastardo. La reputación de la reina sufrirá un perjuicio irreparable. Los barones de Volkaran exigirán que os divorciéis y toméis por reina a una mujer de su clan. Los barones de Ulyndia se pondrán del lado de la reina Ana y se alzarán contra vos. La alianza que tanto tiempo y esfuerzo hemos dedicado a consolidar se desmoronará como un castillo de arena, y la consecuencia final podría ser una guerra civil. Stephen se encogió en su asiento, con el rostro ceniciento y demacrado.

Normalmente, su cuerpo firme y musculoso no aparentaba sus cincuenta años; aún se batía dignamente con los caballeros más jóvenes en los torneos, y con frecuencia derrotaba a los mejores. Pero en esta ocasión, con los hombros hundidos y la cabeza caída hacia adelante, parecía de pronto un anciano.

—Podríamos contarle la verdad al pueblo —propuso la dama Iridal.

Triano se volvió hacia ella con una triste sonrisa.

—Un ofrecimiento muy magnánimo, señora. Sé lo doloroso que eso resultaría para vos. Sin embargo, sólo empeoraría las cosas. Desde su regreso del Reino Superior, vuestra gente adoptó la sabia decisión de mantenerse apartada de la vista del pueblo. Los misteriarcas han vivido desde entonces discretamente, ayudándonos en secreto. ¿Queréis que se conozcan los terribles planes que nos tenía reservados Sinistrad? El pueblo sospecharía de todos los misteriarcas y se volvería contra ellos. Quién sabe qué terrible persecución podría desencadenarse...

—Estamos perdidos —murmuró Stephen, abatido—. Tendremos que ceder.

—No —respondió Iridal, con la voz y el porte muy fríos—. Hay otra alternativa. Bane es responsabilidad mía. Es mi hijo y quiero recuperarlo. Yo misma lo rescataré de los elfos.

— ¿Piensas ir sola al reino de los elfos y rescatar a tu hijo?

Stephen apartó la mano de la frente y alzó la mirada hacia su mago. El rey necesitaba de la poderosa magia de los misteriarcas y era preferible no ofender a la hechicera, de modo que se limitó a hacer una leve indicación con la cabeza para que Triano instara a Iridal a abandonar el estudio. Tenían importantes asuntos que

tratar, a solas.

«La mujer se ha vuelto loca», dijo su mirada, aunque, naturalmente, las palabras no salieron de sus labios.

Triano respondió con una breve sacudida de cabeza. «Escucha la propuesta de la mujer», fue su mudo consejo al rey. En voz alta, dijo:

— ¿Sí, mi señora? Continúad, por favor.

—Cuando lo haya recuperado, llevaré a mi hijo al Reino Superior. Nuestra vivienda allí aún es habitable, al menos durante un tiempo. A solas conmigo, sin nadie más que lo influya, Bane se apartará de la senda que sigue, del camino que su padre le enseñó a seguir. —Se volvió hacia el monarca e insistió—: ¡Tienes que dejarme ir, Stephen! ¡Es preciso!

—Bien, señora, no necesitas mi permiso para ello —replicó el rey con brusquedad—. Si te lo propones, puedes arrojarte de la almena más alta del castillo. ¿Qué podría hacer yo para evitarlo? Pero estás hablando de viajar a tierras elfas. ¡Una mujer humana, y sola! Te propones entrar en las mazmorras elfas y volver a salir. ¿Acaso los misteriarcas habéis descubierto un medio de volveros invisibles?

—

Ana y Triano intentaron contener el torrente de palabras, pero fue Iridal quien hizo callar a Stephen.

—Tienes razón, Majestad —reconoció con una vaga sonrisa de disculpa—. Iré, con tu permiso o sin él. Lo he pedido por pura cortesía, por mantener las buenas relaciones entre todas las partes. Soy consciente de los peligros y de las dificultades. No he estado nunca en tierras elfas y no tengo medios para llegar a ellas... todavía. Pero lo haré. Y no me propongo ir sola.

En un gesto impulsivo, Ana alargó la mano, tomó la de Iridal y la estrechó con fuerza.

— ¡Yo también iría a donde fuere y afrontaría cualquier peligro por encontrar a mi pequeña, si la hubiese perdido! Sé cómo te sientes y te comprendo. Pero, querida dama, debes atender a razones y...

—Exacto, dama Iridal —asintió Stephen en tono aún áspero—. Disculpa si al principio he sido demasiado rudo. Es el peso de la carga que ha caído sobre mí, cuando parecía que por fin mis hombros habían quedado libres de lastre, lo que me ha hecho perder la paciencia. Dices que no irás sola. Señora mía, . Los sartán construyeron un escudo mágico en torno al Reino Superior para adaptar su enrarecida atmósfera a las necesidades de los mensch. Este escudo estaba empezando a romperse, y nadie conocía el secreto de su reconstrucción. Una legión entera no bastaría para... —El rey se encogió de hombros.

—No quiero una legión. Sólo quiero un hombre. Uno que vale por un ejército. El mejor de todos: tú mismo lo dijiste. Si no estoy equivocada, registraste todo el reino en su busca y lo salvaste del tajo del verdugo. Conoces su temple y su valor mejor que nadie, puesto que lo contrataste para hacer un trabajo peligroso y delicado.

Stephen contempló a la mujer con espanto; Triano, con preocupada perplejidad. Ana soltó la mano de Iridal y, atenazada por el sentimiento de culpa, se acurrucó en su asiento.

Iridal se puso en pie, alta y majestuosa, orgullosa e imperial.

—Contrataste a ese hombre para matar a mi hijo.

— ¡Que nuestros bondadosos antepasados nos amparen! —Clamó Stephen con voz ronca—. ¿Acaso los misteriarcas habéis adquirido el poder de resucitar a los muertos?

—Nosotros, no —musitó Iridal—. Nosotros, no. Y doy gracias por ello, pues es un don terrible. —Durante unos instantes interminables permaneció callada; luego, con un suspiro, levantó la cabeza con gesto resuelto—. ¿Y bien? ¿Tengo el permiso real para intentarlo? No tienes nada que perder. Si fracaso, no estarás peor que antes. Diré a mi gente que regreso al Reino Superior. Si no vuelvo, puedes decirles que he muerto allí. Nadie podrá achacarte la culpa. Concédeme unos días, Stephen.

El monarca se incorporó, juntó las manos tras la espalda y deambuló por la estancia. Hizo una pausa y consultó con Triano.

— ¿Bien, qué dices tú, mago? ¿Hay alguna alternativa?

—Ninguna que tenga posibilidades de éxito, por remotas que sean. La dama Iridal está en lo cierto, señor. No tenemos nada que perder y sí mucho que ganar. Si está dispuesta a correr el riesgo...

—Lo estoy, Majestad —asintió la misteriarca.

—Entonces, estoy conforme, señor —dijo Triano.

—

Stephen miró a su esposa.

— ¿Qué dice la reina?

—No tenemos alternativa. —Ana habló sin levantar la cabeza—. Ninguna alternativa. Y después de lo que hicimos... —Se cubrió los ojos con la mano.

—Si te refieres a contratar a un asesino para matar al pequeño, tampoco entonces tuvimos otra alternativa —replicó Stephen, serio y enérgico—. Está bien, dama Iridal, te concedo quince días. Al término de este plazo, nos reuniremos con el príncipe Reesh'rahn en Siete Campos para elaborar los planes para la alianza de nuestros tres ejércitos y el derrocamiento definitivo del imperio de Tribus. Si Bane aún está en manos elfas para entonces...

— ¡No te preocupes, Stephen! No fallaré. ¡Esta vez, no le fallaré a mi hijo! — Con estas palabras, la misteriarca dedicó una profunda reverencia a cada miembro de la real pareja.

—Os acompañaré a la salida, mi señora —se ofreció Triano—. Será mejor que salgáis por donde habéis entrado. Cuanta menos gente sepa que habéis estado aquí, mejor. Si Sus Majestades...

—Sí, sí, puedes marcharte. —Stephen agitó la mano con brusquedad.

Mientras Triano abandonaba la estancia, el rey le dirigió una mirada de inteligencia. Triano bajó la vista, indicando que había entendido.

Mago y misteriarca salieron del estudio, donde Stephen se sentó de nuevo a esperar el regreso de su consejero.

Los Señores de la Noche extendieron sus capas sobre el cielo, y la luz del Firmamento se amortiguó. La sala en la que rey y reina esperaban juntos, callados e inmóviles, quedó en penumbra, pero ninguno de los dos se movió para encender alguna luz. Las sombras nocturnas acompañaban perfectamente sus lúgubres pensamientos.

Una puerta se abrió discretamente; no la que habían usado el mago y la dama Iridal para salir, sino otra, una puerta secreta situada al fondo del estudio y oculta tras un cuadro de la pared. De ella emergió Triano, portando una lámpara de

hierro que iluminaba su camino.

Stephen parpadeó y levantó la mano para proteger los ojos de la súbita luminosidad.

—Apaga eso —ordenó. Triano obedeció. El rey continuó hablando—: La propia Iridal nos dijo que Hugh *la Mano* había muerto. Ella misma nos contó cómo había sido su muerte.

—Es evidente que nos ha mentado, señor. Eso, o se ha vuelto loca, y no creo que haya perdido la razón. Más bien me inclino a pensar que la misteriarca previo el día en que su conocimiento sería de utilidad para ella.

Stephen refunfuñó y calló otra vez. Luego, lenta y pesadamente, murmuró:

—Ya sabes lo que debe hacerse. Supongo que por eso la trajiste aquí.

—Sí, señor. Aunque debo confesar que no había imaginado que se ofrecería ella misma para ir a buscar al niño. Sólo esperaba que Iridal pudiera establecer contacto con él. Desde luego, esto simplifica mucho las cosas.

—¿Es preciso hacerlo, Stephen? —La reina Ana se puso en pie—. ¿No podríamos dejar que lo intentara...?

—Mientras el muchacho siga vivo, no importa si es en el Reino Superior, en el Inferior, en el nuestro o en cualquier otro, será un peligro para nosotros... y para nuestra hija.

—

Ana bajó la cabeza y no añadió nada más. Stephen miró a Triano y asintió. El mago, tras una reverencia, abandonó la estancia por la puerta secreta.

La pareja real aguardó un momento más en la oscuridad para recuperar el dominio de sí mismos, para volver a colocarse sus falsas sonrisas, ensayar las risas despreocupadas y jugar a urdir planes e intrigas mientras en la cena, por debajo de la mesa, donde nadie podía verlos, sus frías manos se tocarían y se estrecharían con fuerza.

CAPÍTULO

MONASTERIO KIR, ISLAS VOLKARAN REINO MEDIO

Los perfiles angulosos de las paredes de granito que formaban el monasterio kir se alzaban, negros y severos, contra la luz mortecina y suavemente radiante que despedía la coralita de las colinas de alrededor. El edificio estaba oscuro y silencioso; de su interior no escapaba luz o sonido alguno. Un quinqué solitario que ardía con una débil llama sobre la entrada —una señal para quienes precisaban socorro— era el único indicio de que el lugar estaba habitado.

Iridal desmontó de su dragón y dedicó unos momentos a calmarlo, acariciándole el cuello. La criatura estaba nerviosa, inquieta, y no respondió de inmediato al hechizo de sueño que la mujer intentó lanzarle. Los jinetes siempre hacían dormir a sus dragones después de un vuelo; el hechizo no sólo proporcionaba a la criatura el descanso preciso, sino que la volvía inofensiva, evitando que se le ocurriera arrasar los alrededores en ausencia de su jinete. Pero aquel dragón se resistía a dejarse hechizar. Apartaba la cabeza, tiraba de las bridas y agitaba la cola a un lado y a otro. De haber sido una jinete de dragones experimentada, Iridal habría reconocido en aquellas reacciones una señal de que había otro dragón en las proximidades.

Los dragones son criaturas muy sociables, amantes de la compañía de sus

congéneres, y el de Iridal prefería claramente una charla amistosa a una siesta. El dragón estaba demasiado bien entrenado como para lanzar una llamada (las criaturas aprenden a guardar silencio para no delatar su posición a un posible enemigo), pero no necesitaba emplear la voz pues podía percibir a un compañero por muchos otros medios: el olfato y el oído, entre otros más sutiles. Si el otro dragón hubiera respondido, Iridal habría tenido que recurrir a medidas mas firmes para dominar a su montura. Sin embargo, la otra criatura no dio ni la más pequeña muestra de haberse percatado de su presencia.

—
. Se rumorea que los elfos kenkari sienten una cierta vinculación con los monjes kir, cuya religión de veneración de la muerte derivó de un intento fallido de emular a los kenkari en la captura de almas. Muchos creen que los poderosos kenkari extendieron una mano protectora sobre los monjes humanos, prohibiendo a los soldados elfos molestar a los kir.

El dragón que le habían prestado a Iridal —una criatura mansa, de una inteligencia nada excepcional— se mostró dolido, pero era demasiado estúpido como para sentirse ofendido gravemente. Fatigado del largo viaje, el dragón se relajó por fin y atendió a las palabras tranquilizadoras de Iridal. Cuando vio que los párpados se cerraban y la cola empezaba a enroscarse en torno a sus patas, y que las garras se hundían con firmeza en el suelo para quedar bien apoyado, Iridal se apresuró a entonar el encantamiento. El dragón no tardó en quedar profundamente dormido. No volvió a preocuparse por la causa de la inquietud de su montura; concentrada en sus reflexiones sobre el inminente encuentro, que la misteriarca sabía que no sería en absoluto agradable, Iridal borró de su mente la extraña conducta del dragón y empezó a recorrer la corta distancia que la separaba del monasterio.

El edificio carecía de muralla exterior protectora, y ninguna verja impedía la entrada. Los monjes de la muerte no necesitaban de tales protecciones. Cuando los elfos habían ocupado las tierras humanas, habían saqueado y arrasado poblaciones enteras, pero los monasterios kir habían permanecido intactos. Hasta el elfo más ebrio de vino y de sangre recobraba la sobriedad al momento cuando se acercaba a aquellos muros negros y helados.

Iridal reprimió un escalofrío y se concentró de nuevo en lo importante, la recuperación de su hijo perdido. Envuelta en la capa, avanzó con paso firme hasta la puerta de barro cocido, iluminada por el quinqué. Sobre la puerta colgaba una campanilla de hierro. Iridal tiró de la cadena. El tintineo metálico sonó amortiguado y quedó absorbido de inmediato, engullido por las gruesas paredes del edificio. Aceptada como una necesidad para el contacto con el mundo exterior, los monjes permitían que la campanilla hablase, pero no que cantase. Captó un ruido chirriante. En la puerta apareció una abertura y, en ésta, un ojo.

— ¿Dónde está el cadáver? —preguntó sin interés una voz monocorde.

Iridal, con los pensamientos en su hijo, se quedó paralizada, sorprendida y alarmada ante la pregunta. Tomó las palabras como un presagio siniestro y estuvo a punto de dar media vuelta y escapar de allí, pero la lógica se impuso. La misteriarca se recordó que la pregunta —tan espantosa para ella— era perfectamente natural para los residentes entre aquellos muros.

Los monjes kir veneran la muerte y consideran la vida una especie de estancia en una cárcel que debemos soportar hasta que el alma pueda escapar y

encontrar la paz y la felicidad verdaderas en otra parte. Así pues, los kir no prestan ayuda a los vivos, no cuidan a los enfermos ni dan de comer a los hambrientos ni atienden a los heridos. En cambio, asisten a los muertos y celebran el hecho de que el alma haya abandonado su cautiverio. A los kir no les perturba la muerte ni siquiera en sus formas más horribles. Se ocupan de la víctima cuando el asesino ha terminado, recorren el campo de batalla cuando la lucha ha cesado, entran en la ciudad apestada cuando todos los demás han huido...

El único servicio que los monjes ofrecen a los vivos es la custodia de los niños varones desamparados: huérfanos, bastardos, hijos que sus padres no pueden

—

mantener. Todos ellos son educados en la Orden, en el culto a la muerte, y así pervive la tradición kir.

La pregunta que el monje había hecho a Iridal era la que formulaba a cualquiera que llegara a la puerta del monasterio a aquellas horas de la noche, pues, ¿qué otra razón podía tener nadie para acercarse a aquellos muros ominosos?

—No vengo por los muertos —respondió Iridal, recobrando el dominio de sí misma—. Vengo por los vivos.

— ¿Se trata de algún niño? —inquirió el monje.

—Sí, hermano —contestó la mujer. «Aunque no en el sentido que lo has dicho», añadió en silencio para sí.

El ojo desapareció, y la mirilla se cerró con un chasquido. La puerta se abrió, y el monje se hizo a un lado con el rostro oculto bajo la capucha negra que le cubría la cabeza. El monje no le dio la bienvenida, no inclinó la cabeza como saludo ni le dedicó ninguna otra muestra de respeto; se limitó a mirar a la recién llegada con muy poco interés. La mujer estaba viva y los vivos apenas contaban para los kir.

El monje avanzó por un corredor sin volver la mirada a Iridal en ningún momento, dando por supuesto que la mujer decidiría si quería seguirlo o no. La condujo a una sala de grandes dimensiones, no lejos de la entrada; desde luego, demasiado cerca como para permitirle más que una fugaz visión del interior de los muros del monasterio. Estaba más oscuro dentro que fuera, pues, en el exterior, la coralita despedía su leve fulgor plateado. En el interior, no había lámparas que iluminasen los pasillos y las salas. Aquí y allá, Iridal distinguió el resplandor de una vela cuya débil luz vacilante permitía a su portador avanzar sin tropiezos. El monje invitó a Iridal a entrar en la estancia, le dijo que aguardara y le anunció que el abad acudiría en breve. Después, se marchó y cerró la puerta con llave, dejando a Iridal incomunicada y a oscuras.

La misteriarca sonrió, al tiempo que se estremecía y se arrebujaba bajo la capa. La puerta era de barro cocido, como todas las del monasterio. Con su magia, Iridal podía hacerla añicos como si fuera hielo. Sin embargo, decidió sentarse a esperar pacientemente, consciente de que no era el momento indicado para recurrir a amenazas. Eso llegaría más tarde.

La puerta se abrió, y entró un hombre portando una vela. Era un anciano de considerable estatura, delgado y enjuto hasta el punto de parecer que no tenía carne suficiente para cubrir todos sus huesos. Estaba completamente calvo, o tal vez llevaba el cráneo rasurado. Apenas dedicó una mirada a Iridal mientras pasaba

por delante de ella y, sin la menor cortesía, tomó asiento tras un escritorio. Cogió una pluma, alargó la mano, colocó debidamente una hoja de pergamino y —sin mirar a la mujer ni siquiera entonces— se dispuso a escribir.

—No ofrecemos dinero, ya lo sabes —anunció el hombre (el abad, probablemente, aunque no se había molestado en presentarse) —. Acogeremos al niño, eso es todo. ¿Eres la madre?

De nuevo, la pregunta fue a dar dolorosamente cerca de la herida. Iridal sabía muy bien que el abad daba por sentado que había acudido allí para desprenderse de una carga no deseada; precisamente, la mujer había elegido aquella artimaña para poder entrar en el monasterio. Pese a ello, la hechicera se descubrió a sí misma respondiendo a la pregunta.

—

Sí, era la madre de Bane. Y había entregado a su hijo. Había dejado que su esposo cogiera al niño y lo diera a otros. ¿Qué podía haber hecho ella para impedirselo? Estaba asustada, y Sinistrad la amenazaba con dar muerte a su padre. Y, cuando Bane había vuelto a ella, Iridal había intentado ganárselo otra vez. Sí, había puesto todo su empeño pero, de nuevo, se había visto impotente. Sinistrad había amenazado con matar a los acompañantes de Bane. El geg, el hombre de la piel azul y...

—En fin, señora —dijo por fin el abad con voz fría, alzando la cabeza y mirando a su interlocutora por primera vez desde su entrada en la sala—. Deberías haber tomado una decisión antes de venir a importunarnos. ¿Quieres que nos hagamos cargo del muchacho, sí o no?

—No he venido para entregaros a ningún muchacho —repuso Iridal, desterrando de su mente aquellos recuerdos del pasado—. He venido para hablar con alguien que reside en esta casa.

— ¡Imposible! —declaró el abad. Los ojos hundidos en su flaco y demacrado rostro miraron a la mujer con impaciencia desde unas cuencas en sombras, y reflejaron la luz de la vela como dos llamitas vacilantes en sus pupilas brillantes—. Una vez que un hombre o un muchacho cruza ese umbral, deja atrás el mundo y ya no tiene padre ni madre, hermano ni hermana, amigo ni amante. Respeta sus votos, mujer. Vete y no lo molestes más.

El abad se puso en pie. Lo mismo hizo Iridal. El monje esperaba verla marcharse, de modo que se mostró algo sorprendido y bastante disgustado —a juzgar por su expresión torva y exasperada— cuando observó que la mujer daba un paso adelante y se plantaba ante él.

—Respeto vuestras costumbres, venerable abad. Mi asunto no tiene que ver con ninguno de tus hermanos, sino con alguien que nunca ha hecho los votos. Con alguien a quien se permite residir aquí quebrantando, podría añadir, todas las normas establecidas y haciendo caso omiso de la tradición. Me refiero a Hugh *la Mano*.

El abad ni siquiera pestañeó.

—Estás confundida —respondió, con tal convicción en la voz que Iridal no habría dudado de su palabra, de no haber sabido positivamente que el monje mentía—. Alguien que empleaba ese nombre vivió aquí, es cierto, pero eso fue cuando era un niño. Hace mucho tiempo que se marchó y no sabemos nada de él.

—Lo primero es cierto —replicó Iridal—. Lo segundo, no. Ese hombre volvió a vosotros hace un año, más o menos. Os contó una historia extraña y os suplicó

cobijo. Vosotros disteis por cierto su relato, o bien lo tomasteis por loco y os apiadasteis de él. No —se corrigió al momento—. Vosotros no os apiadáis de nadie. Así pues, le creísteis. Me pregunto por qué.

El abad movió una ceja, la enarcó y cruzó los brazos ante su descarnado pecho.

—Si lo vieras, no tendrías que volver a preguntártelo. Pero no perdamos más tiempo en charlas ociosas, señora. En efecto, el que se hace llamar Hugh *la Mano* reside aquí y, como dices, no ha hecho los votos que nos apartan del mundo, pero aun así permanece apartado de él. Así lo ha decidido por propia voluntad. No volverá a ver absolutamente a nadie del mundo exterior. Sólo admite el contacto con nosotros, y únicamente para llevarle comida y bebida. Iridal experimentó un escalofrío pero se mantuvo firme.

—

—Digas lo que digas, abad, estoy dispuesta a verlo. —Abriendo la capa, Iridal dejó al descubierto un vestido gris plateado, guarnecido de símbolos cabalísticos en el dobladillo, en el cuello, en los puños de las mangas y en el cinto que le ceñía el talle—. Soy una de los que llamáis misteriarcas y vengo del Reino Superior. Mi magia podría hacer pedazos esas puertas de barro, estos muros y hasta tu cabeza, si me lo propongo. Llévame a presencia de Hugh *la Mano* y no se hable más. El abad se encogió de hombros. La amenaza lo dejaba indiferente. Antes de permitir a la misteriarca el encuentro con alguien que hubiera tomado los votos, el kir habría dejado que destruyese el monasterio piedra por piedra. En cambio, el caso de Hugh era distinto. El hombre estaba allí por la tolerancia de los monjes. Que se ocupara, pues, de sus propios asuntos.

—Por aquí —dijo con displicencia, pasando ante la mujer camino de la puerta—. No hables con nadie ni levantes los ojos para mirar a nadie. So pena de expulsión.

Al parecer, las amenazas no lo habían impresionado demasiado. Al fin y al cabo, para un monje kir, un misteriarca no era más que otro futuro cadáver.

—He dicho que respetaba vuestros votos y, por tanto, haré lo que me indicas —respondió Iridal con firmeza—. No me importa en absoluto lo que suceda aquí. Lo único que me interesa —hizo hincapié en la palabra— es ver a Hugh *la Mano*. El abad abrió la marcha. Como única luz portaba una vela, la mayor parte de cuyo resplandor obstruía con sus propias ropas. Iridal, detrás de él, tenía dificultades para ver dónde ponía os pies y, como los suelos del viejo edificio eran desiguales y estaban salpicados de grietas, se veía forzada a no levantar la mirada del suelo. Los pasadizos estaban desiertos y silenciosos. La misteriarca tuvo la vaga impresión de que a ambos lados de los pasillos se sucedían las puertas cerradas y, en cierto momento, le pareció oír el llanto de un bebé; su corazón se compadeció del pobre pequeño, abandonado y a solas en un lugar tan deprimente. Llegaron a una escalera, en cuyo rellano se detuvo el abad a buscar otra vela para ella antes de iniciar el descenso. Iridal llegó a la conclusión de que el monje, más que preocuparse por su seguridad, deseaba evitarse la molestia de tener que atenderla si se caía y se rompía algún hueso. Abajo, al pie de la escalera, se hallaban los aljibes del agua. Una serie de puertas cerradas a cal y canto protegían el preciado líquido, que no sólo era empleado para beber y cocinar, sino que formaba parte de las riquezas del monasterio.

Pero, por lo visto, no todas las puertas guardaban agua. El abad se acercó a

una de ellas, alargó la mano y movió el picaporte con un chirrido.

—Tienes una visita, Hugh.

No hubo respuesta. Sólo el ruido de algún objeto, quizás una silla, arrastrado por el suelo.

El abad hizo sonar el picaporte con más fuerza.

—¿Está encerrado? ¿Le tenéis prisionero? —inquirió Iridal en voz baja.

—Sólo es prisionero de sí mismo, señora —contestó el abad—. Tiene la llave consigo, ahí dentro. Nadie puede entrar, y tú tampoco debes hacerlo, a menos que él nos entregue la llave.

Iridal vaciló en su determinación y estuvo muy cerca de dar media vuelta y marcharse. En aquellos momentos, dudaba que Hugh pudiese ayudarla y tenía miedo de descubrir en qué se había convertido. Con todo, si él no la ayudaba, ¿quién lo haría? Stephen, no, desde luego; lo había dejado muy claro. Tampoco los

—

demás misteriarcas. La mayor parte de ellos eran magos poderosos, pero no sentían el menor aprecio por su difunto esposo ni tenían motivo alguno para desear que les fuera restituido el descendiente de Sinistrad.

Respecto a otros humanos, Iridal conocía muy pocos y ninguno de ellos la había impresionado demasiado. Sólo Hugh cumplía todos sus requisitos: sabía pilotar una nave dragón elfa, había viajado a tierras de elfos, hablaba su idioma con fluidez y estaba familiarizado con sus costumbres. Era un hombre valiente y osado que se había ganado la vida como asesino profesional y se había labrado la fama de ser el mejor en su oficio. Como la propia Iridal le había recordado a Stephen, él mismo —un rey que podía permitirse lo mejor— lo había contratado en cierta ocasión.

—Hugh, tienes visita —repitió el abad.

— ¡Dejadme en paz! —exclamó una voz al otro lado de la puerta.

Iridal suspiró. La voz sonó pastosa y ronca de fumar esterego (la mujer apreció el olor de la pipa desde el pasadizo), de beber en exceso y de falta de uso. Pero la reconoció.

Su esperanza era aquella llave. Hugh la guardaba en su poder por temor a que, si la dejaba en otras manos, pudiera sentir la tentación de pedir que le abrieran. Por lo tanto, debía de quedar en él una parte que deseaba salir.

—Hugh *la Mano*, soy Iridal, del Reino Superior. Necesito ayuda desesperadamente. Tengo que hablar contigo. Yo... quiero contratarte.

La misteriarca tenía pocas dudas de que Hugh se negaría y, al observar la leve sonrisa desdeñosa de los finos labios del abad, supo que éste pensaba de igual manera.

—Iridal... —repitió Hugh en tono perplejo, como si el nombre se abriera paso a duras penas en su mente empapada de alcohol—. ¡Iridal!

Esta última fue una exclamación, un jadeo áspero, un susurro que surgía de muy adentro, como de algo largo tiempo anhelado y conseguido por fin. Pero en la voz no había amor ni anhelo; al contrario, había una rabia que habría podido fundir el granito.

Un cuerpo pesado golpeó la puerta de barro cocido y, tras unos chasquidos, se abrió en ella una mirilla. Un ojo inyectado en sangre, cubierto en parte por una mata de cabello inmundito, miró afuera, localizó la figura de la mujer, y se fijó en ella sin un parpadeo.

—Iridal...

La mirilla se cerró bruscamente.

El abad se volvió hacia la misteriarca, curioso por ver su respuesta y esperando, probablemente, que la mujer daría media vuelta y saldría corriendo. Pero Iridal se mantuvo firme, aunque los dedos de una mano, oculta bajo la capa, se le clavaron en la carne. La otra mano, la que sostenía la vela, no tembló un ápice.

Del interior llegaron ruidos de una actividad frenética, de muebles volcados y arrastrados, como si Hugh estuviera buscando algo. Una exclamación de triunfo y el golpe de un objeto metálico con la parte inferior de la puerta. Tras una nueva exclamación, ésta de frustración, una llave asomó por debajo de la plancha de barro cocido.

—

El abad se agachó, recogió la llave y la sostuvo un momento entre los dedos, estudiándola con aire pensativo. Después, se volvió a Iridal y le preguntó con la mirada si quería que abriera la puerta.

Con los labios apretados y un frío gesto de cabeza, la misteriarca indicó que procediera. El abad se encogió de hombros y obedeció.

En el mismo instante en que saltó el pestillo, la puerta se abrió desde dentro.

En el umbral apareció una figura fantasmagórica, recortada contra la penumbra ahumada de la celda e iluminada por la vela que ardía ante ella.

La aparición saltó sobre Iridal. Unas manos fuertes la asieron por los brazos, la arrastraron al interior de la celda y la inmovilizaron con la espalda contra la pared. La mujer soltó la vela, que cayó al suelo; la luz se apagó en un charco de cera licuada.

Hugh *la Mano* se plantó ante el abad, impidiéndole el paso por el hueco de la puerta.

—La llave —exigió. El abad se la entregó—. ¡Ahora, déjanos! —añadió *la Mano*. Cerrando la celda de un portazo, Hugh se volvió hacia Iridal. La mujer oyó las suaves pisadas del abad alejándose, desinteresado.

La estancia era pequeña. El mobiliario constaba de un tosco catre, una mesa, una silla —volcada— y, en un rincón, un balde que el inquilino utilizaba, a juzgar por el hedor, para recoger sus necesidades. Presidía la mesa un grueso cirio y, junto a él, la pipa de Hugh. También sobre la mesa había una jarra, un plato de comida a medio terminar y una botella de un licor que olía casi tan mal como el esterego.

Iridal abarcó todos estos objetos en una rápida mirada que también buscaba posibles armas. No temía por ella, naturalmente, pues iba protegida por su poderosa magia, con la que podía dominar al hombre más fácilmente de lo que había hecho con su dragón. No: por quien temía era por Hugh. Le daba miedo que el hombre pudiera hacerse daño antes de que ella pudiera evitarlo, pues su aspecto era el de una persona ebria hasta el punto de la locura.

Hugh se quedó plantado ante ella, mirándola. Su rostro —con la nariz aguileña, la frente despejada y los ojos hundidos y entrecerrados— resultaba espantoso, semioculto por las sombras ondulantes y el halo de humo amarillento. Su respiración era pesada debido al ejercicio frenético, al licor y a una ávida excitación que lo hacía temblar de pies a cabeza. De pronto, se abalanzó sobre ella tambaleándose, con las manos extendidas al frente. La luz bañó de lleno sus

facciones y, al verlas, Iridal sí temió por sí misma, pues el licor había inflamado la piel de Hugh, pero no había afectado su mirada.

Una parte de él, en lo más hondo, estaba sobria; una parte de su ser que no podía sentir los efectos del vino por mucho que bebiera, una parte que no podía ser ahogada. Su rostro era casi irreconocible, deformado por el remordimiento y el tormento interior. Sus negros cabellos estaban veteados de canas y su barba, un día cuidadosamente trenzada, aparecía ahora muy larga, rala y despeinada. Llevaba las ropas negras de un monje kir, prendas de desecho a juzgar por su estado lamentable y por el hecho de que le iban demasiado pequeñas. La firme musculatura de su cuerpo se había vuelto fofa pero Hugh poseía una fuerza nacida del vino, pues Iridal aún notaba la presión de sus dedos en los brazos doloridos.

—

Dio un nuevo paso tambaleante hacia ella. Iridal señaló la llave que mostraba el hombre en su mano temblorosa. Tenía las palabras del hechizo en la punta de la lengua, pero no las pronunció. Ahora podía distinguir con claridad el rostro de Hugh y se habría echado a llorar. La pena, la compasión, el recuerdo de que aquel hombre había entregado su vida y había tenido una muerte horrible por salvar a su hijo la impulsaron a extender las manos hacia él.

Hugh la cogió por las muñecas con una presión intensa y dolorosa; luego, cayó de rodillas ante ella.

— ¡Pon fin a la maldición! —le suplicó con voz quebrada—. ¡Te lo suplico, señora! ¡Pon fin a la maldición que lanzaste sobre mí! ¡Libérame! ¡Levántame la pena!

El hombre hundió la cabeza. Unos sollozos ásperos, secos, le estremecieron el cuerpo. Entre temblores incontenibles, sus manos sin fuerzas soltaron las muñecas de Iridal, y la misteriarca se inclinó sobre él, derramando lágrimas sobre sus cabellos canosos, que acarició con dedos helados.

—Lo siento —murmuró, también con voz rota—. ¡Lo siento tanto...!

Hugh alzó la cabeza.

— ¡No quiero tu maldita lástima! ¡Libérame! —repitió. Su tono era áspero, cargado de urgencia. Sus manos asieron nuevamente las de ella—. ¡No sabes lo que me has hecho! ¡Ponle fin... ahora!

Iridal lo miró largamente, incapaz de hablar.

—No puedo, Hugh —musitó por último—. No fui yo.

— ¡Sí! —Exclamó él con violencia—. ¡Te vi allí! Cuando desperté...

Pero ella movió la cabeza, insistiendo en su negativa.

—Un hechizo así está muy lejos de mi alcance, lo cual agradezco a los antepasados. Debes saberlo —añadió, contemplando los ojos desesperados y suplicantes de Hugh—. Sí, tienes que saberlo. Fue Alfred.

— ¡Alfred! —Hugh repitió el nombre con un jadeo—. ¿Dónde está? ¿Ha venido contigo...?

Vio la respuesta en los ojos de la mujer y echó la cabeza hacia atrás como si la agonía le resultara insoportable. Dos gruesas lágrimas escaparon de sus párpados entrecerrados y rodaron por sus mejillas hasta la barba rala y enmarañada. Exhaló un suspiro hondo y estremecido y, de pronto, se volvió loco y empezó a soltar terribles gritos de rabia, a arrancarse el pelo a tirones y a arañarse el rostro con las uñas. Luego, tan de improviso como había empezado, se dejó caer

al suelo boca abajo y se quedó quieto, inmóvil como un muerto.
Como ya había estado una vez.

—
. Quienes no pueden permitirse el agua para bañarse emplean la grisa para lavarse el cuerpo o para limpiar cualquier otra superficie. La grisa, una sustancia parecida a la piedra pómez compuesta de coralita molida, suele mezclarse con cabezuda, una hierba de olor fuerte pero no ofensivo, y se utiliza para matar piojos, pulgas, garrapatas y otras sabandijas.

CAPÍTULO

MONASTERIO KIR, ISLAS VOLKARAN REINO MEDIO

Hugh despertó con un zumbido en la cabeza, un dolor sordo y pulsante que le subía por el cuello y lo atravesaba hasta la parte posterior de los globos oculares, y la lengua torpe e hinchada. Sabía qué le sucedía y cómo ponerle remedio. Se incorporó en la cama y su mano buscó a tientas la botella de vino que nunca estaba lejos de su alcance. Fue entonces cuando vio a la mujer y el recuerdo lo golpeó con crueldad, más doloroso que las punzadas que le taladraban la cabeza. Se quedó mirándola, falto de palabras.

Estaba sentada en una silla —la única silla— y, por su actitud, llevaba allí bastante tiempo. Su tez estaba pálida y fría y toda su figura, con los cabellos blancos y la túnica plateada, resultaba descolorida como el hielo del Firmamento. Salvo los ojos, que reflejaban los mil y un colores del sol como un prisma de cristal.

—La botella está ahí, si la quieres —dijo.

Hugh consiguió bajar los pies de la cama, se dio impulso y se levantó. Hizo una breve pausa hasta que la luz que estalló ante sus ojos se hubo amortiguado lo suficiente como para permitirle ver más allá y avanzó hacia la mesa. Se percató de la presencia de otra silla y advirtió, al mismo tiempo, que la celda estaba limpia y ordenada.

Y él, también.

Tenía el cabello y la barba llenos de un polvo fino y la piel le escocía, impregnada en el penetrante olor de la grisa. El olor le evocó vívidos recuerdos de la infancia, de los monjes kir frotando los cuerpos de los jóvenes acólitos, hijos abandonados como él.

Hugh hizo una mueca, se rascó la barbilla y se sirvió una jarra del vino peleón. Se disponía a dar un trago cuando recordó que tenía una invitada. Sólo había una jarra, de modo que se la ofreció, advirtiendo con sombría satisfacción que la mano no le temblaba.

Iridal movió la cabeza y dijo «no, gracias» sin emitir sonido alguno, formando las palabras en los labios.

—
Hugh soltó un bufido y engulló el vino de un rápido trago para no tener que saborearlo. El zumbido de la cabeza disminuyó y el dolor se hizo mas sordo. Levantó la botella sin pensar, pero titubeó. Podía dejar las preguntas sin respuesta; al fin y al cabo, ¿qué más daba? Pero también podía averiguar qué sucedía, la razón de la presencia de Iridal.

— ¿Me has dado un baño? —inquirió, mirándola.

Un leve rubor bañó las pálidas mejillas de la misteriarca. Sin mirar a su interlocutor, respondió:

—Lo han hecho los monjes. Yo se lo pedí. Y también han fregado el suelo, han traído ropa de cama limpia y una túnica...

—Estoy impresionado. Me asombra que te dejaran entrar, y que hayan cumplido tus órdenes. ¿Con qué los has amenazado? ¿Con vientos aulladores, con terremotos; con evaporar sus reservas de agua, tal vez...?

Iridal no respondió. Hugh sólo hablaba para llenar el silencio, y los dos lo sabían.

—¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

—No lo sé. Muchas horas.

—Y tú te has quedado y has hecho todo esto... —Dirigió una mirada en torno a la estancia—. El asunto que te ha traído tiene que ser importante...

—Lo es —asintió Iridal, y volvió los ojos hacia él.

Hugh había olvidado la belleza de aquellos ojos, la hermosura de la mujer.

Había olvidado que la amaba y la compadecía, que había muerto por ella y por su hijo. Todo aquello se había perdido en los sueños que lo atormentaban de noche y que ni siquiera el vino podía ahogar.

Y en aquel momento, mientras se sentaba y fijaba la mirada en sus ojos, se dio cuenta de que la noche anterior, por primera vez en todo aquel tiempo, no había tenido sueños.

—Quiero contratarte —dijo la mujer con voz fría, como si estuviera tratando de negocios—. Quiero que hagas un trabajo para mí...

—¡No! —Exclamó él, y se puso en pie de un brinco, sobreponiéndose al destello de dolor que centelleó en su cabeza—. ¡No volveré a salir ahí fuera! Cerró el puño y descargó un golpe en la mesa que derribó la botella de vino y la hizo caer al suelo. El frasco de grueso vidrio no se rompió, pero el líquido se derramó, para desaparecer entre las grietas del suelo.

Iridal lo miró, perpleja.

—Siéntate, por favor. No estás bien.

Crispado de dolor, Hugh se llevó las manos a las sienes y se tambaleó.

Apoyándose pesadamente en la mesa, volvió a su silla dando tumbos y se derrumbó en ella.

—¡No estoy bien...! —Ensayó una sonrisa—. Esto es una resaca, señora, por si no habías visto ninguna. —Fijó la mirada en las sombras y añadió bruscamente—: Ya lo intenté, ¿sabes? Cuando me trajeron de vuelta de ese lugar, probé a volver a mi antigua actividad. La muerte es mi oficio, lo único que conozco. Pero nadie quería contratarme. Nadie, excepto ellos —movió la cabeza en dirección a la puerta, refiriéndose a los monjes—, soportaba mi cercanía.

—¿Qué significa eso de que nadie quería contratarte?

—Se sentaban a mi mesa para negociar y empezaban contándome sus agravios, mencionando el nombre de la persona que querían hacer matar, dónde

—

podría encontrarla... Pero entonces, poco a poco, iban dejando de hablar. Y no me sucedió sólo una vez, sino cinco, diez... no lo sé. Perdí la cuenta.

—¿Y bien? ¿Qué sucedía? —lo apremió Iridal.

—Hablaban y hablaban de la persona que querían eliminar, de lo mucho que la odiaban, de cómo querían que muriese y de que merecía pasar los mismos

sufrimientos que habían padecido su hija, su padre o quien fuera. Pero, cuanto más hablaban de ello conmigo, más nerviosos se ponían. Me miraban y apartaban la vista; después, volvían a estudiarme a hurtadillas y retiraban de nuevo la mirada. Y su tono de voz bajaba y se sentían confundidos con lo que habían dicho. Empezaban a balbucear y a carraspear y, por último, se levantaban del asiento y se alejaban a toda prisa, muchas veces sin una palabra de disculpa. Viéndolos —añadió en tono sombrío—, cualquiera habría pensado que habían apuñalado a la víctima ellos mismos y que los habían sorprendido con el arma ensangrentada todavía en las manos.

—Y lo habían hecho; al menos, de pensamiento —apuntó Iridal.

—¿Y bien? Hasta ahora, el sentimiento de culpa no había afectado a ninguno de mis clientes. ¿A qué viene esto? ¿Qué ha cambiado?

—Has cambiado tú, Hugh. Antes eras como la coralita: te empapabas de su mal, lo absorbías, lo incorporabas a ti y, con ello, los liberabas de la responsabilidad. Pero ahora te has convertido en algo parecido a los cristales del Firmamento. Te miran y ven el reflejo de su propia maldad. Te has convertido en su conciencia.

—Mala cosa, para un asesino —comentó Hugh con una risa irónica—. ¡Pone muy difícil encontrar trabajo! —Fijó la vista en la botella de vino sin reconocerla, la rozó con la punta del pie y la envió rodando por el suelo, trazando un círculo. Luego, levantó la cabeza, se volvió hacia la mujer con una mirada borrosa y murmuró—: Pero a ti no te produzco este efecto.

—Sí, claro que sí. Por eso lo sé —suspiró Iridal—. Te miro y veo mi estupidez, mi ceguera, mi locura, mi debilidad. Me casé con un hombre cuya maldad y crueldad conocía, con la idea romántica de que podría cambiarlo. Cuando comprendí que no sería así, ya me encontraba enredada irremisiblemente en la trama de Sinistrad. Peor aún, había dado a luz un niño inocente y había permitido que el pequeño también se viera envuelto en sus artimañas.

»Habría podido frustrar los planes de mi esposo, pero tuve miedo. Y me resultaba más fácil convencerme de que cambiaría, de que con el tiempo todo mejoraría. Pero entonces apareciste tú y me trajiste a mi hijo y, por fin, vi el amargo fruto de mi estupidez. Vi lo que le había hecho a Bane, el mal que le había causado con mi debilidad. Lo vi entonces y vuelvo a verlo ahora, cuando te miro.

—Al principio, creí que era cosa de los demás. —Hugh retomó su explicación como si no hubiera oído nada—. Pensé que el mundo se había vuelto loco. Pero luego empecé a comprender que era yo. Los sueños... —Se estremeció y sacudió la cabeza—. No. No quiero hablarte de mis sueños.

—¿Por qué acudiste aquí?

—Estaba desesperado y sin dinero —respondió Hugh amargamente—.

¿Adonde podía acudir, si no? Los monjes habían dicho que volvería, ¿sabes? Siempre habían dicho que volvería. —Miró a su alrededor con aire inquieto y se estremeció como si quisiera sacudirse de encima los recuerdos—. En cualquier caso, el abad me contó lo sucedido. Nada más verme, me explicó qué había sido de

—
mí. Había muerto. Había abandonado esta vida... y había sido devuelto a ella. Me habían resucitado.

De improviso, Hugh lanzó otro puntapié a la botella —esta vez con rabia y frustración— y la mandó rodando a un rincón de la celda.

— ¿No..., no recuerdas lo que sucedió? —preguntó Iridal con un titubeo. El hombre la miró en silencio, sombrío y ceñudo.

—Mis sueños lo recuerdan. Mis sueños evocan un lugar de belleza inexpresable, imposible de..., de soñar siquiera. Un lugar lleno de comprensión, de compasión... —Quedó en silencio, tragó saliva, carraspeó y volvió a hablar—: Pero el viaje para llegar a ese lugar es terrible. El dolor, el sentimiento de culpa, la conciencia de mis crímenes... El alma arrancada de mi cuerpo... Y ahora no puedo volver atrás. Ya lo he intentado.

Iridal lo miró, espantada.

— ¿Suicidio...?

Hugh asintió con una sonrisa terrible.

—Frustrado. En dos ocasiones. El miedo me impidió consumarlo.

—El valor es preciso para vivir, no para morir —replicó Iridal.

— ¿Cómo puedes estar segura de tal cosa, señora? —inquirió Hugh con amarga ironía.

Iridal apartó la mirada y la bajó a las manos, que se retorcían en su regazo.

—Cuéntame qué sucedió —pidió Hugh.

—Tú..., tú y Sinistrad luchasteis. Conseguiste clavarle el puñal, pero la herida no fue mortal. Sinistrad tenía el poder de convertirse en serpiente; lo hizo y te atacó. Su magia... te emponzoñó la sangre. Al final, Sinistrad murió, pero no sin haberte...

— ¿No sin haberme dado muerte a mí también?

Iridal se humedeció los labios, pero no miró al hombre a la cara.

—El dragón nos atacó. El dragón de azogue de Sinistrad. Muerto mi esposo, el dragón quedó libre de su control y se volvió loco. A partir de ahí, todo se confunde en mi mente. Haplo, el hombre de la piel azul, se llevó a Bane. Me vi a punto de morir... y no me importó. Tienes razón —la mujer levantó la cabeza y dirigió una mirada lánguida a su interlocutor—: Parecía mejor opción la muerte que seguir viviendo. Pero Alfred hechizó al dragón y lo sometió a su dominio. Y entonces... Los recuerdos revivieron...

Iridal contempló con asombro y temor al dragón, cuya gigantesca cabeza se mecía adelante y atrás como si escuchara una voz tranquilizante y arrulladora.

—Lo has encarcelado en su mente —murmuró.

—Exacto —asintió Alfred—. Es la prisión más sólida que se ha construido jamás.

—Y yo estoy libre —continuó ella con alegre sorpresa—. Y no es demasiado tarde. ¡Aún hay esperanza! ¡Bane, hijo mío! ¡Bane!

Iridal corrió hacia la puerta donde había visto al chiquillo por última vez. La puerta había desaparecido. Los muros de su prisión se habían derrumbado, pero los cascotes le impedían el paso.

— ¡Bane! —exclamó, tratando en vano de apartar uno de los pesados bloques de piedra que el dragón había derribado en su furia. Su magia podría haberla ayudado, pero Iridal no conseguía recordar las palabras del hechizo. Estaba

—

demasiado cansada, demasiado vacía. Pero tenía que alcanzar al pequeño. Si conseguía mover aquel obstáculo...

—No, mujer. Deja eso —dijo una voz suave y afable. Unas manos cariñosas asieron las suyas—. No serviría de nada. A estas alturas ya está muy lejos. Haplo

se lo ha llevado de nuevo a la nave elfa.

— ¿Haplo? ¿Que Haplo se..., se ha llevado a mi hijo? —Para Iridal, aquello no tenía pies ni cabeza—. ¿Por qué? ¿Qué quiere de él?

—No lo sé —respondió Alfred—. No estoy seguro. Pero no te preocupes: recuperaremos a Bane. Sé adonde se dirigen.

—Entonces, tenemos que ir tras ellos —dijo Iridal.

Pero, al mirar a su alrededor, se sintió impotente. Las puertas habían desaparecido bajo los cascotes, y los huecos abiertos en las paredes dejaban a la vista un paisaje de parecida desolación. La estancia estaba tan cambiada que, de pronto, le resultaba ajena; como si hubiera entrado en la casa de un desconocido. No tenía idea de adonde ir, de cómo encontrar una salida, de cómo abandonar el lugar.

Y entonces vio a Hugh.

Iridal sabía que había muerto. Antes de que el hombre exhalara el último aliento, ella había querido decirle que por fin comprendía, que le agradecía su ayuda. Pero Hugh había expirado demasiado pronto, demasiado deprisa.

Se dejó caer al lado del cuerpo, tomó una mano helada entre las suyas y la apretó contra su mejilla. En la muerte, el rostro de Hugh reflejaba una serenidad y una paz como el hombre no había conocido en toda su existencia. Una paz que Iridal envidió.

—Has entregado tu vida por mí y por mi hijo —murmuró, vuelta hacia él—.

Ojalá hubieras vivido para ocuparte de que hiciera buen uso de tu regalo. Me has enseñado muchas cosas y todavía me habrías podido instruir en muchas más.

Podrías haberme ayudado, y yo a ti. Podría haber llenado el vacío que llevabas dentro. ¿Por qué no lo haría cuando tuve ocasión?

— ¿Qué crees que habría sido de él, si no hubiera muerto? —inquirió Alfred.

—Creo que habría intentado compensar todo el mal que hizo en su vida. Hugh era un prisionero, como yo —continuó Iridal—, pero ha conseguido escapar. Ahora, es libre.

—Tú también lo eres.

—Sí, pero estoy sola.

Con la mente tan vacía como su corazón, Iridal se sentó junto a Hugh y tomó su mano inerte entre los dedos. Aquel vacío le gustaba. Tenía miedo de sus sentimientos y, en aquel estado, no sentía nada. Pero sabía que el dolor llegaría, más terrible que las zarpas de un dragón desgarrándole las entrañas. El dolor del remordimiento, del arrepentimiento, que le desgarraría el alma.

La mujer se percató vagamente de que Alfred se había puesto a canturrear y había iniciado una danza lenta y garbosa —que parecía muy inapropiada en aquel hombre ya anciano, con su cabeza calva y los faldones de su casaca aleteantes, sus pies demasiado grandes y sus manos torpes—, girando y agachándose y meciéndose a un lado y a otro por la estancia cubierta de cascotes. Iridal no tenía idea de qué significaba aquello, ni le importaba.

Permaneció sentada, estrechando la mano de Hugh... y notó una vibración en los dedos del hombre. Iridal no dio crédito a la sensación.

«La mente nos juega malas pasadas —se dijo—. Cuando deseamos muchísimo una cosa, nos convencemos a nosotros mismos de que...»

Los dedos de Hugh se agitaron entre los suyos con movimientos

espasmódicos, como estertores de muerte.

Pero Hugh llevaba mucho rato muerto. El suficiente como para que ya tuviera la piel fría, la sangre se hubiera retirado de sus labios y de su rostro, y sus ojos se hubieran hundido en las órbitas.

—Me estoy volviendo loca... —musitó, y dejó caer la mano de Hugh sobre su pecho inmóvil. Se inclinó sobre él para cerrarle los ojos, todavía abiertos. Las pupilas se movieron y la miraron. Los párpados pestañearon. La mano tembló. El pecho recobró la actividad, subiendo y bajando al ritmo de la respiración. Hugh lanzó un grito angustiado, lleno de dolor...

Cuando Iridal recobró el sentido, yacía en otra estancia, en una cama ajena; estaba en una casa amiga, perteneciente a otro de los misteriarcas del Reino Superior.

Al lado de la cama distinguió a Alfred, que la observaba con expresión inquieta.

— ¡Hugh! —Exclamó ella, incorporándose hasta quedar sentada en el lecho—.

¿Dónde está Hugh?

—Está bien atendido, querida —respondió Alfred, solícito y (así se lo pareció a Iridal) algo confuso—. No te preocupes por él; se pondrá bien. Unos amigos tuyos se han ocupado de él.

— ¡Quiero verlo!

—No me parece aconsejable —replicó él—. Tiéndete otra vez, por favor.

Alfred se afanó con las mantas, arropó a Iridal, le envolvió los pies con ternura y alisó unas arrugas imaginarias.

—Tienes que descansar, dama Iridal. Has pasado por un trance terrible. El desconcierto, la tensión... Hugh resultó herido de gravedad, pero está siendo tratado...

—Estaba muerto —dijo la mujer.

Alfred evitó su mirada y continuó jugueteando con la ropa de cama.

Iridal intentó asirlo de la muñeca, pero Alfred fue demasiado rápido para ella y retrocedió varios pasos. Cuando abrió la boca, pareció que dialogaba con sus zapatos.

—Hugh no estaba muerto, aunque su estado era pésimo. Comprendo que te confundieras. A veces, el veneno produce este efecto de..., de hacer que los vivos parezcan estar muertos.

Iridal apartó la manta, se puso en pie y avanzó hacia Alfred, quien intentó apartarse, tal vez escapar de la estancia, pero se hizo un lío con sus propios pies, trastabilló y tuvo que asirse a una silla.

—Estaba muerto. ¡Y tú le has devuelto la vida!

—No, no. Vamos, no seas ridícula —protestó Alfred con una débil sonrisa—.

Has..., has sufrido una gran conmoción e imaginas cosas. Jamás podría hacer una cosa así. ¡Ni yo, ni nadie!

—Un sartán, sí —replicó Iridal—. Conozco la historia de los sartán. Tenían su biblioteca aquí, en el Reino Superior, y Sinistrad los estudiaba. Estaba obsesionado con ellos y con su magia. Nunca logró descubrir la clave que desvelara sus misterios, pero conocía su existencia por los escritos que dejaron en

—

humano y en elfo. Y los sartán tenían el poder de resucitar a los muertos. La nigromancia...

— ¡No! —Protestó Alfred con un escalofrío—. Quiero decir, sí. Es cierto que tienen... que tenemos ese poder. Pero no debe ser utilizado jamás. ¡Jamás! Porque, por cada ser que es devuelto a la vida cuando no le corresponde, hay otro que pierde la suya antes de que sea su hora. Podemos ayudar a los agonizantes y hacer todo lo posible para impedir que traspasen el umbral pero, una vez cruzado éste... ¡jamás!

¡Jamás...!

—Alfred mantuvo su negativa con insistencia, calma y firmeza —declaró Iridal, volviendo al presente con un leve suspiro—. Respondió a todas mis preguntas de buen grado, aunque no sin reservas. Incluso empecé a pensar que, en efecto, me había confundido y sólo estabas bajo los efectos del veneno. Pero ahora lo sé —continuó al ver la sonrisa amarga de los labios de Hugh—. Ahora sé la verdad. Creo que ya entonces la supe, pero no quise creerla por consideración hacia Alfred. Él fue muy bueno conmigo, ayudándome a buscar a mi hijo cuando no le habría costado nada desembarazarse de mí... Porque Alfred tiene sus propios problemas.

Hugh refunfuñó. No tenía ningún interés por los problemas de otros.

— ¡Mintió! ¡Fue él quien me devolvió a la vida! ¡El maldito mintió!

—Yo no estoy tan segura —apuntó Iridal con un suspiro—. Resulta extraño, pero creo que Alfred estaba seguro de decir la verdad. No recordaba lo que había sucedido en realidad.

—Cuando le ponga la mano encima, recordará. Sartán o no, te aseguro que lo hará.

Iridal lo miró con cierta perplejidad.

— ¿Entonces, me crees?

— ¿Respecto a Alfred? —Hugh la miró téticamente y alargó la mano para coger la pipa—. Sí, te creo. Creo que lo he sabido desde el principio, pero no quería reconocerlo. Ésa no fue la primera ocasión en que Alfred llevó a cabo ese truco suyo de la resucitación.

—Entonces, ¿por qué insistías en que había sido yo? —preguntó ella, desconcertada.

—No lo sé —murmuró Hugh, jugando con la pipa entre los dedos—. Tal vez quería creer que habías sido tú quien me había devuelto la vida.

Iridal se sonrojó y apartó la mirada.

—En cierto modo, así fue. Alfred te salvó porque le dio lástima mi dolor, y por compasión ante tu sacrificio.

Los dos permanecieron sentados en silencio largo rato. Iridal, mirándose las manos; Hugh, dando chupadas a la pipa fría y vacía. Para encenderla tendría que haberse levantado y caminado hasta el fuego de la chimenea y no estaba seguro de poder cubrir ni siquiera aquella breve distancia sin caerse. Miró con pesar la botella de vino vacía. Podía haber pedido otra, pero decidió no hacerlo. Ahora tenía un objetivo claro y los medios para alcanzarlo.

— ¿Cómo has dado conmigo? —inquirió—. ¿Y por qué has esperado tanto?

Iridal alzó el rostro, aún más ruborizado, y respondió primero a la última pregunta.

—

— ¿Cómo iba a venir? Volver a verte... El dolor habría sido insoportable. Acudí a los otros misteriarcas, a los que te recogieron del castillo y te trajeron aquí abajo.

Ellos me contaron que... —La mujer vaciló, sin saber muy bien adonde la llevarían sus palabras.

—... que había retomado mi antigua profesión como si nada hubiera sucedido, ¿no es eso? Bien, es verdad que intenté fingir que todo era como antes... —reconoció Hugh con aire sombrío—. Y pensé que no te gustaría verme aparecer a tu puerta.

—Nada de eso, Hugh. Créeme, si hubiera sabido... —Iridal tampoco terminó de ver claro adonde conducía aquello y dejó la frase a medias.

—... si hubieras sabido que me había vuelto un borracho, me habrías ofrecido de buen grado unos cuantos barls, un tazón de sopa y un rincón para dormir en el establo, ¿no es eso? ¡Gracias, señora, pero no necesito tu compasión ni tu limosna!

—Se incorporó, sobreponiéndose al dolor que le taladraba la cabeza, y dirigió una mirada furiosa a la mujer. Con los dientes apretados contra la boquilla de la pipa, masculló—: ¿Qué puedo hacer por Su Señoría?

Iridal se encolerizó también. Nadie se dirigía en aquel tono a una misteriarca, y menos aún un asesino borracho y fracasado. Los ojos irisados brillaron como el sol a través de un prisma cuando se puso en pie y se irguió con una expresión de dignidad ofendida.

—¿Y bien? —insistió el hombre.

Ella lo miró de hito en hito y, advirtiendo la angustia de su interlocutor, vaciló:

—Supongo que me lo he merecido. Te pido disculpas...

— ¡Maldita sea! —Exclamó él, casi partiendo en dos de un mordisco la boquilla de la pipa—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Iridal palideció de nuevo.

—Quiero... contratarte.

Hugh la miró en silencio, con expresión sombría. Apartándose de ella, anduvo hasta la puerta y clavó la vista en la mirilla cerrada.

— ¿Quién es el objetivo? Y no levantes la voz.

— ¡No se trata de matar a nadie! —Respondió Iridal—. No he venido a contratarte para que mates a nadie. Mi hijo ha aparecido. Los elfos lo retienen como rehén. Me propongo liberarlo y necesito tu ayuda.

— ¡De modo que se trata de eso! —Gruñó Hugh—. ¿Y dónde tienen al muchacho?

—En el Imperanon.

Hugh se volvió, incrédulo, y miró a Iridal.

— ¿El Imperanon? Señora, necesitas ayuda, es cierto —se quitó la pipa de la boca y señaló con ella a Iridal—. Alguien debería encerrarte a ti en una celda y...

—Te pagaré. Te recompensaré espléndidamente. La tesorería real...

—No tiene suficiente riqueza —la interrumpió Hugh—. No existen suficientes barls en el mundo para convencerme de que me interne hasta el corazón mismo del imperio enemigo para rescatar a ese pequeño...

Con una llamada de sus tornasolados ojos, Iridal le avisó que no siguiera.

—Es evidente que he cometido un error —murmuró fríamente—. No seguiré molestándote.

—

Se encaminó a la puerta pero Hugh permaneció donde estaba, plantado ante ella e impidiéndole el paso.

—Apártate —ordenó.

Hugh se llevó otra vez la pipa a los labios, le dio una breve chupada y contempló a Iridal con una sonrisa de mal agüero.

—Ahora me necesitas, señora. Soy la única posibilidad que tienes. Me pagarás lo que te pida.

—¿Y qué quieres? —preguntó ella.

—Que me ayudes a encontrar a Alfred.

Iridal lo miró, muda de sorpresa. Después, movió la cabeza.

—No..., no puedo hacer nada al respecto, Hugh. Alfred ha desaparecido y no tengo modo de dar con él.

—Quizás está con Bane.

—Quien está con mi hijo es el otro, Haplo, el hombre de la piel azul. Y, si Haplo está con él, seguro que Alfred no. Son enemigos acérrimos, aunque no puedo explicarte por qué, Hugh. No lo entenderías.

Hugh arrojó la pipa al suelo y, extendiendo las manos, asió a Iridal por ambos brazos y los presionó con fuerza.

— ¡Me haces daño! —protestó ella.

—Ya lo sé, y no me importa. ¡Ahora, intenta entender tú! —Exclamó Hugh—. Imagina que eres ciega de nacimiento y te contentas con un mundo de oscuridad porque no has conocido nunca otra cosa. Entonces, de pronto, se te concede el don de la vista y conoces todas las maravillas que jamás habías sido capaz de imaginar: el cielo, los árboles, las nubes y el Firmamento. Y luego, tan de improviso como llegó, el don te es arrebatado.

Vuelves a estar ciega y te sumerges de nuevo en la oscuridad. ¡Pero, esta vez, sabes lo que has perdido!

—Lo siento —susurró Iridal. Inició el gesto de levantar la mano para tocar el rostro de Hugh, pero él la rechazó. Airado, avergonzado, apartó la cara—. Está bien, accedo a lo que pides. Si haces esto por mí, yo haré cuanto esté en mi mano para ayudarte a encontrar a Alfred.

Durante unos instantes, ninguno de los dos dijo nada. Ninguno fue capaz.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó él por último, con aspereza.

—Quince días. Stephen se encontrará en esa fecha con el príncipe Reesh'ahn. Aunque no creo que los elfos de Tribus estén al corriente de ello...

—Por supuesto que lo están, señora. Tribus no se atreverá a permitir que tal encuentro se produzca. Me pregunto qué tendrían pensado hacer antes de que ese chico tuyo cayera en sus manos. Reesh'ahn es listo. Ha sobrevivido a tres intentos de asesinato gracias a su guardia especial, ésa que llaman la Invisible. Hay quien dice que son los kenkari quienes ponen sobre aviso al príncipe... —Hugh hizo una pausa, pensativo, y añadió—: Esto me acaba de dar una idea...

Se sumió en reflexiones al tiempo que se palpaba las ropas en busca de la pipa, olvidando que la había arrojado al suelo.

Iridal se inclinó, alargó la mano y la recogió para devolvérsela.

Él la cogió casi sin darse cuenta, sacó un poco de esterego de una bolsa de cuero grasienta y llenó la cazoleta. Dio unos pasos hasta el hogar, levantó un ascua con las tenazas y aplicó el carbón a la pipa. Una fina columna de humo se alzó de ella, acompañada del olor acre del esterego.

—

—¿Qué...? —empezó a decir Iridal.

— ¡Silencio! —La interrumpió el hombre—. Que quede claro, señora: a partir de ahora harás lo que yo diga y cuando lo diga. Nada de preguntas. Si hay tiempo, te daré explicaciones; si no lo hay, tendrás que confiar en mí. Rescataré a ese hijo tuyo. Y tú me ayudarás a encontrar a Alfred. ¿Cerramos el trato?

—Sí —se apresuró a responder Iridal.

—Bien. —Hugh bajó la voz y dirigió la mirada a la puerta—. Necesito a dos monjes aquí. Y ningún observador. ¿Puedes encargarte?

Iridal se acercó a la puerta y abrió la mirilla. En el pasillo había un monje, probablemente con órdenes de esperar a que la mujer saliera.

La misteriarca se volvió y asintió.

— ¿Estás en condiciones de andar? —preguntó en voz alta, con tono de repugnancia.

Hugh captó la indirecta. Depositó la pipa con todo cuidado cerca de la chimenea y luego, cogiendo la botella de vino, la estrelló contra el suelo. Tropezó con la mesa, cayó en el charco de vino derramado y cristales rotos y rodó entre ellos.

— ¡Oh, sí! —murmuró, tratando de incorporarse sin conseguirlo—. Claro que estoy en condiciones. Vamos.

Iridal volvió a la puerta y llamó enérgicamente con los nudillos.

—Ve a buscar al abad —ordenó.

El monje se marchó y regresó con el superior. Iridal corrió el cerrojo y abrió la puerta.

—Hugh *la Mano* ha accedido a acompañarme —anunció—, pero ya ves el estado en que se encuentra. Es incapaz de caminar sin ayuda. Si dos de tus monjes pudieran transportarlo, te estaría sumamente agradecida.

El abad frunció el entrecejo con aire dubitativo. Iridal sacó una bolsa de debajo de la capa.

—Mi gratitud es de naturaleza material —añadió, sonriendo—. Creo que las donaciones al monasterio siempre son bien recibidas...

El abad aceptó la bolsa.

—Enviaré a dos de los hermanos. Pero no debes mirarlos ni hablar con ellos.

—Entendido, abad. Ya estoy dispuesta para marcharme.

No se volvió para mirar a Hugh, pero escuchó claramente el crujir de los cristales rotos, la respiración pesada y las maldiciones por lo bajo.

El abad se mostró muy complacido y agradecido por su partida. La misteriarca había perturbado el monasterio con sus imperiosas exigencias, había causado una conmoción entre los hermanos y había traído demasiado del mundo de los vivos a un lugar dedicado a los muertos. Él mismo escoltó a Iridal escaleras arriba y por los pasadizos del monasterio hasta la puerta de entrada. Una vez allí, prometió que enviaría a Hugh a reunirse con ella, por su pie si podía andar, o trasladado por sus monjes si era incapaz de hacerlo. Tal vez el abad tampoco lamentaba librarse de su incómodo huésped.

Iridal inclinó la cabeza y expresó su agradecimiento, sin decidirse a emprender la marcha. Deseaba quedarse en las inmediaciones por si Hugh necesitaba su ayuda, pero el abad, con la bolsa entre las manos, no desapareció en el interior del edificio sino que aguardó bajo el quinqué de la puerta para asegurarse de que la mujer se alejaba de verdad.

Así pues, a Iridal no le quedó otro remedio que dar media vuelta, abandonar las cercanías del monasterio y regresar donde aguardaba dormido su dragón. Sólo entonces, cuando la vio con el dragón, el abad dio media vuelta y entró de nuevo en el sombrío edificio, cerrando de un portazo.

Iridal miró hacia allí y se preguntó qué hacer. No sabía qué se proponía Hugh, pero llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era despertar al dragón y tenerlo a punto para trasladarlos a ambos lejos de aquel lugar, lo antes posible.

Despertar a un dragón dormido es siempre un asunto delicado, pues estas criaturas son independientes por naturaleza y, si la de Iridal despertaba libre del hechizo que la subyugaba, era capaz de decidir cualquier cosa: escapar volando, atacar a la mujer, atacar el monasterio o una combinación de las tres.

Por fortuna, el dragón permanecía sometido al encantamiento y emergió del sueño sólo ligeramente irritado por el hecho de que lo despertaran. Iridal lo tranquilizó y lo cubrió de elogios, prometiéndole un opíparo banquete cuando regresaran a casa.

El dragón extendió las alas, agitó la cola y procedió a inspeccionar su escamosa piel buscando alguna señal de las pequeñas y molestas lombrices de dragón, un parásito que gusta de refugiarse bajo las escamas y chuparle la sangre a las enormes criaturas.

Iridal lo dejó dedicarse a su labor y se volvió para observar la entrada del monasterio, que distinguía desde su atalaya. Ya empezaba a inquietarse, temiendo que Hugh hubiese cambiado de idea, y se preguntó qué hacer en tal caso, pues con toda seguridad el abad no volvería a permitirle la entrada por mucho que lo amenazara con emplear la magia.

En aquel instante, Hugh apareció en la puerta, casi como si lo hubiesen expulsado de un empujón. Llevaba un hatillo en una mano —una capa y ropas para el viaje, sin duda— y una botella de vino en la otra. Cayó al suelo, se incorporó, miró atrás y dijo algo que Iridal no llegó a entender. Mejor para ella, probablemente. Después, se enderezó y miró a su alrededor, sin duda tratando de localizarla.

Iridal levantó el brazo, lo agitó para llamar su atención y lo llamó a gritos.

Quizá fue el sonido de su voz, alarmantemente estridente en la noche clara y fría, o su inesperado gesto —nunca llegaría a averiguarlo—, pero algo despertó al dragón de su hechizo.

Un chillido agudo se alzó detrás de ella, acompañado de un aleteo, y, antes de que la mujer pudiera impedirlo, el dragón alzó el vuelo. El encantamiento del dragón era un juego de niños para una misteriarca. Iridal sólo tuvo que rehacer un hechizo muy simple pero, para ello, se vio obligada a desviar su atención de Hugh durante unos breves instantes.

Desconocedora de las intrigas y maquinaciones de la corte real, a Iridal no se le pasó por la imaginación que tal distracción fuera deliberadamente provocada.

—

CAPÍTULO

MONASTERIO KIR, ISLAS VOLKARAN REINO MEDIO

Hugh vio cómo el dragón remontaba el aire y supo de inmediato que había roto las riendas de su hechizo. Él no era mago y no podía ayudar de ninguna manera a Iridal a capturarlo de nuevo o a lanzarle otro hechizo. Encogiéndose de hombros, sacó el tapón de la botella de vino con los dientes y se dispuso a tomar

un trago cuando escuchó una voz masculina que le hablaba desde las sombras.
—No hagas movimientos bruscos. No hagas nada que delate que me escuchas. Acércate con disimulo.

Hugh reconoció la voz y se esforzó por asociarla con un rostro y un nombre, pero no lo consiguió. Los meses de cautiverio autoimpuesto, empapados en vino, habían ahogado sus recuerdos. No podía distinguir nada en la oscuridad reinante; puesto a temer, era perfectamente posible que en aquel instante una flecha apuntara directa a su corazón. Y, aunque Hugh buscaba la muerte, quería ser él quien marcara sus términos, y no otro. Por un instante, se preguntó si Iridal le habría tendido una trampa, pero enseguida descartó tal posibilidad. La zozobra que había mostrado por aquel hijo suyo había sido auténtica.

El desconocido parecía saber que Hugh sólo fingía la borrachera, pero *la Mano* se dijo que no perdía nada manteniendo el simulacro. Actuando como si no hubiera oído nada, avanzó en dirección a la voz como por casualidad. Sus manos asieron el fardo de ropa y la botella de vino, convertidas de pronto en escudo y en arma. Empleando la capa para disimular sus movimientos, sujetó el pesado fardo en la zurda, atento a levantarlo para protegerse, y empuñó la botella por el cuello con la diestra. De este modo, con un rápido movimiento, podía estrellar el frasco contra la cabeza de un asaltante, o hacerlo añicos contra su rostro.

Refunfuñando por lo bajo sobre la incapacidad de las mujeres para controlar a los dragones, Hugh dejó atrás el pequeño charco de luz que iluminaba las inmediaciones de la entrada del monasterio y se encontró entre unos matorrales ralos y una arboleda de troncos tortuosos.

—Detente ahí. No es preciso que te acerques más. Sólo tienes que escuchar lo que voy a decirte. ¿Me reconoces, Hugh *la Mano*?

—

Y Hugh supo, en aquel instante, a quién pertenecía la voz. Agarró la botella con más fuerza y respondió:

—Triano, ¿verdad? El mago doméstico del rey Stephen.

—En efecto. No tenemos mucho tiempo. La dama Iridal no debe saber que hemos tenido esta conversación. Su Majestad desea recordarte que no has cumplido lo pactado.

—¿Qué? —Hugh movió los ojos y escrutó las sombras con disimulo.

—No has terminado el trabajo para el que se te contrató. El muchacho sigue vivo.

—¿Y qué? —Replicó *la Mano* con aspereza—. Le devolveré a tu rey el dinero que me adelantó. Al fin y al cabo, sólo me pagó la mitad de lo convenido.

—No queremos que nos devuelvas el dinero. Queremos que elimines al muchacho.

—No puedo hacerlo —dijo Hugh a la noche.

—¿Por qué? —Inquirió la voz con manifiesto disgusto—. No puede ser que tú, precisamente, alegues escrúpulos morales. ¿Acaso le has perdido el gusto a matar?

Hugh dejó caer la botella y, de improviso, saltó hacia adelante. Su mano libre se cerró en torno a la ropa del mago y arrastró a éste fuera de su escondite.

—No —respondió entonces Hugh, acercando el rostro agraciado del mago, de rasgos refinados, a su barba canosa—. ¡Tal vez me gusta demasiado!

Tras esto, apartó a Triano de un enérgico empujón y tuvo la satisfacción de

ver cómo el mago caía entre los arbustos.

—Tal vez no sea capaz de dominarme. Díselo así a tu rey.

No alcanzó a ver la expresión de Triano, pues el mago era apenas un bulto negro cuya silueta se recortaba contra la coralita luminiscente. Hugh tampoco deseaba verla. Apartó a puntapiés los fragmentos de vidrio de la botella rota, lamentó su pérdida entre maldiciones y se dispuso a reemprender la marcha. Iridal ya había conseguido convencer al dragón para que descendiera y lo estaba acariciando mientras susurraba las palabras del encantamiento.

Triano se incorporó y, pese a su desconcierto, insistió con voz serena:

—Te propusimos un trabajo y lo aceptaste. Te pagamos lo convenido, pero no lo has llevado a cabo.

Hugh continuó andando.

—Sólo tenías una cosa que te hacía destacar entre los asesinos de tu ralea, Hugh *la Mano* —prosiguió Triano. Sus palabras eran apenas un susurro transportado por el viento—. El honor.

El asesino no respondió ni volvió la cabeza. Con paso apresurado, ascendió la colina en dirección a Iridal, a la que encontró despeinada e irritada.

—Lamento el retraso. No logro entender cómo ha podido liberarse del hechizo...

Él sabía cómo, pensó Hugh. Había sido cosa de Triano. El mago la había seguido, había perturbado el encantamiento y había liberado al dragón para distraer a la misteriarca mientras conversaba con él. Stephen no la había mandado para que rescatara a su hijo, sino que la había utilizado para conducirlo a él hasta el muchacho. «No confíes en él, Iridal —añadió para sí—. No te fíes de Triano, ni de Stephen. No te fíes de mí.»

—

Estuvo a punto de decirlo en voz alta. Tenía las palabras en los labios... pero allí se quedaron, sin llegar a transformarse en sonidos.

—No te preocupes por eso ahora —optó por responder al cabo, con voz áspera y enérgica—. ¿Te has asegurado de que el nuevo encantamiento funciona?

—Sí, pero...

—Entonces, conduce al dragón lejos de aquí, antes de que el abad descubra a dos de los hermanos de la orden desnudos y atados de pies y manos en la celda. Acompañó sus palabras de una mirada iracunda, esperando las preguntas de Iridal y dispuesto a recordarle que se había comprometido a no hacer ninguna. Ella se limitó a dirigirle una mirada inquisitiva; después, asintió y se apresuró a montar en el dragón. Hugh aseguró el fardo de ropa en la parte posterior de la silla de montar de dos plazas que lucía el Ojo Alado, la divisa del rey Stephen.

—No me extraña que el condenado mago haya sido capaz de perturbar el hechizo —murmuró para sí—. ¡Viajar en un dragón real!

Se encaramó a lomos de la criatura y se acomodó detrás de Iridal. Ésta dio la orden y el dragón saltó al aire, extendió las alas y las batió con energía, tomando altura. Hugh no perdió el tiempo intentando localizar al mago. Era inútil hacerlo, pues Triano era demasiado hábil para permitirlo. La incógnita estaba en si el mago real los seguiría, o si se limitaría a esperar a que el dragón volviera e informara.

Con una sonrisa sombría, el hombre se inclinó hacia adelante.

—¿Adonde nos dirigimos?

—A mi casa, para recoger equipo y provisiones.

—Será mejor no hacerlo. —Hugh lo dijo a gritos para hacerse oír por encima del aullido del viento y del estruendo de las alas del dragón—. ¿Tienes dinero, barls con el sello del rey?

—Sí —respondió Iridal. El vuelo del dragón era errático, sin control. El viento abrió la capa de Iridal, y sus canosos cabellos flotaron libremente, como una nube en torno a su rostro.

—Entonces, ya compraremos lo que necesitamos. A partir de este momento, dama Iridal, tú y yo vamos a desaparecer. Es una lástima que la noche esté tan clara —añadió tras echar un vistazo a su alrededor—. Una buena tormenta en este instante sería ideal.

—Como bien sabrás, hay maneras de invocar una tormenta —intervino ella—. Quizá no sea muy experta en el trato con los dragones, pero el viento y la lluvia son otra cosa muy distinta. De todos modos, ¿cómo vamos a orientarnos, entonces?

—Por la sensación del viento en la cara —respondió Hugh con una sonrisa. Se deslizó hacia adelante en el asiento, alargó los brazos por ambos costados del cuerpo de Iridal y tomó las riendas de sus manos—. Tú, límitate a invocar la tormenta.

— ¿Es preciso que hagas eso? —inquirió ella, incómoda ante la avasalladora proximidad del hombre, cuyo cuerpo se apretaba contra el suyo y cuyos firmes brazos la rodeaban—. Dime qué dirección quieres tomar y yo me encargaré de guiar al dragón.

—No —contestó Hugh—. Yo me guío por el tacto; la mayor parte del tiempo, ni siquiera soy consciente de que lo hago. Apóyate en mí y estarás más protegida de la lluvia. Y relájate, señora. Esta noche nos espera una larga travesía. Duerme, si

puedes. Donde vamos, el sueño será un lujo que pocas noches podremos permitirnos.

Iridal permaneció tensa y rígida unos momentos más; luego, con un suspiro, apoyó la espalda contra el pecho del hombre. Él se movió ligeramente para que la mujer se acomodara mejor y la ciñó con más fuerza entre sus brazos.

Asió las riendas con mano firme y experimentada. El dragón, al notar el cambio de conductor, se tranquilizó y su vuelo se hizo más uniforme. Iridal pronunció en voz baja el hechizo, cuyas palabras arrancaron grandes nubes del lejano Firmamento y las hicieron descender hasta envolver a montura y jinetes en un velo de bruma húmedo e impenetrable. No tardó en empezar a llover.

—No puedo mantener el hechizo mucho tiempo —anunció ella, notando cómo el sueño la vencía por momentos. La lluvia le azotaba el rostro con suavidad y la mujer se acurrucó aún más entre los brazos de Hugh.

—No será preciso que lo hagas.

Triano no era amigo de incomodidades, reflexionó Hugh. Seguro que no los perseguiría bajo una tormenta como aquélla. Sobre todo, cuando creía saber adonde se dirigían.

—Temes que alguien nos siga, ¿verdad? —apuntó Iridal.

—Digamos, simplemente, que no me gusta correr riesgos —repuso su acompañante.

Volaron en la noche bajo la tormenta, sumidos en un silencio tan cálido y confortable que ninguno de los dos quiso perturbarlo. Iridal podría haber insistido

en sus preguntas, pues sabía que era muy improbable que los monjes kir trataran de seguirlos. ¿A quién, pues, temía Hugh?

Sin embargo, no dijo nada. Había prometido no hacerlo y se proponía cumplir su palabra. De hecho, se alegraba de que Hugh le hubiera exigido aquella condición. Iridal no quería preguntar nada. No quería saber nada.

Se llevó la mano al pecho y la posó sobre el amuleto de la pluma que llevaba oculto bajo la ropa y que la ponía en contacto mental con su hijo. Hugh no sabía nada al respecto y ella no pensaba contárselo. Estaba segura de que lo desaprobaba; probablemente, se enfurecería si se enteraba. Pero Iridal no estaba dispuesta a romper aquel vínculo con su pequeño, perdido hacía tanto tiempo y, ahora, milagrosamente reencontrado. Hugh tenía sus secretos, se dijo. Ella también guardaría los suyos.

Apoyada entre los brazos del hombre, agradeciendo su fuerza y su presencia acogedora, Iridal borró de su mente el pasado, con sus amargas penas y sus auto recriminaciones aún más acerbadas, y el futuro con sus peligros ineludibles. Borró de su mente ambas cosas con la misma facilidad con que había entregado las riendas del dragón para que fuera otro quien lo guiara. Llegaría un día en que necesitaría cogerlas de nuevo con sus propias manos, en que tal vez incluso tendría que pelear para nacerse con ellas. Pero, hasta entonces, no había nada malo en seguir el consejo de Hugh de relajarse y dormir.

Hugh notó que Iridal dormía sin necesidad de verla. La lluvia que empapaba la oscuridad era una tupida cortina que impedía el paso del leve resplandor de la coralita y hacía que el suelo y el cielo se fundieran sin solución de continuidad.

Tomando las riendas con una sola mano, empleó la otra para cubrir a la mujer con

—

su capa, formando una especie de tienda de campaña bajo la cual mantenerla seca y caliente.

En su mente, las palabras de Triano se repetían una y otra vez, sin descanso:

«Sólo tenías una cosa que te hacía destacar entre los asesinos de tu ralea,

Hugh *la Mano*.

»E honor... El honor... El honor...»

— ¿Hablaste con él, Triano? ¿Lo reconociste?

—Sí, Majestad.

Stephen se frotó el mentón entre la barba.

—Hugh *la Mano* vive y ha estado vivo todo este tiempo. Iridal nos mintió.

—No se le puede reprochar que lo hiciera, señor —reflexionó su mago y consejero.

— ¡Qué estúpidos hemos sido al creerla! ¡Un hombre con la piel azul! Y que el estúpido de Alfred partió en busca del muchacho. ¡Pero si Alfred sería incapaz de encontrarse a sí mismo, en la oscuridad! ¡Esa misteriarca intrigante nos engañó desde el principio!

—No estoy tan seguro, Majestad —respondió Triano, pensativo—. Alfred siempre se guardaba más, mucho más, de lo que dejaba saber. Y, respecto al hombre de la piel azul, yo mismo he encontrado interesantes referencias en los libros que los misteriarcas trajeron consigo...

—Todo eso que me cuentas, ¿tiene algo que ver con Bane o con Hugh *la Mano*? —inquirió Stephen, irritado.

—No, señor —dijo el consejero—. Pero puede resultar importante más

adelante.

—Entonces, ya lo trataremos cuando llegue el momento. ¿*La Mano* hará lo que le has dicho?

—No estoy seguro, señor. Ojalá lo estuviera —se apresuró a añadir al observar la expresión de profundo disgusto de Stephen—. Tuvimos poco tiempo para hablar. ¡Y su rostro, Majestad...! El resplandor de la coralita sólo me permitió verlo unos instantes, afortunadamente. No habría podido contemplarlo mucho rato. Observé en él maldad, astucia, desesperación...

— ¡Por supuesto! Al fin y al cabo, ese hombre es un asesino.

—Pero esa maldad, señor, era la mía. —Triano bajó la cabeza y fijó la vista en algunos de los libros esparcidos sobre el escritorio de su estudio.

—Y la mía también, por extensión... —murmuró el rey.

—Yo no he dicho tal cosa, señor...

— ¡No es preciso que lo hagas, maldita sea! —Exclamó Stephen y, tras un profundo suspiro, añadió—: Pongo a los antepasados por testigos, Triano, de que esto me gusta tan poco como a ti. Nadie se alegró tanto como yo al saber que Bane había sobrevivido y que no era responsable del asesinato de un chiquillo de apenas diez años. Si creí a Iridal, fue porque quería creerla. Y mira adonde nos ha llevado eso: a un peligro mucho más grave. Pero, ¿tenía alguna alternativa, Triano? — Stephen descargó el puño sobre la mesa—. ¿Qué respondes?

—Ninguna, señor.

Stephen asintió. Luego, volviendo a la conversación, insistió con brusquedad:

—*Siete islas del conglomerado de Griphith que, según los humanos, están habitadas por los espíritus de los antepasados que cometieron alguna fechoría durante su vida y murieron sin arrepentirse y rechazados por sus familiares. Los elfos tienen una creencia similar y una de las amenazas más utilizadas en su lengua es «¡Vas a ir de cabeza a los Siete Misterios, si haces eso!».* Varias expediciones, tanto humanas como elfas, han sido enviadas a lo largo del tiempo para explorar esas islas. Ninguna de ellas ha regresado. Alfred dejó escrito que se proponía explorarlas él mismo, pero no llegó a hacerlo. Según parece, tenía una vaga teoría según la cual el lugar guardaba alguna relación con la magia sartán, aunque Alfred era incapaz de aventurar cómo actuaba esa magia, ni con qué propósito.

—Entonces, ¿*la Mano* cumplirá su encargo?

—No lo sé, señor. Y, si lo hace, será mejor que tomemos todas las precauciones posibles. «Quizá me guste demasiado matar», fueron sus palabras. «Quizá no sea capaz de controlarme.»

Stephen se volvió, pálido y demacrado. Levantó las manos, las miró fijamente y se las frotó.

—No te inquietes por eso. Una vez terminado el trabajo, eliminaremos al sicario. Tratándose de *la Mano*, al menos podremos considerarlo un acto justificado. Ese hombre ya lleva mucho tiempo burlando el hacha del verdugo. Supongo que los seguiste a la salida del monasterio. ¿Adonde han ido, Triano?

—Verás, señor. Hugh es muy hábil para burlar persecuciones. El cielo estaba despejado, pero de pronto descargó una tormenta. Mi dragón perdió el rastro y yo me quedé calado hasta los huesos. Me pareció mejor regresar al monasterio e interrogar a los monjes kir que han dado cobijo a *la Mano*.

— ¿Y qué has sacado en limpio? Tal vez ellos conocían las intenciones de

nuestro hombre.

—Si es así, señor, no me las revelaron —respondió Triano con una mueca de pesadumbre—. El abad estaba furioso por alguna razón que ignoro. Se limitó a decir que ya tenía suficiente de magos y hechiceros y me cerró la puerta en las narices.

— ¿Y tú no hiciste nada?

—Sólo soy un mago de la Tercera Casa —dijo el consejero humildemente—.

Los hechiceros kir pertenecen al mismo nivel que yo y no me pareció adecuado ni oportuno un enfrentamiento. De nada serviría ofender a los monjes, señor.

Stephen lo miró con gesto ceñudo.

—Supongo que tienes razón, pero ahora hemos perdido el rastro de *la Mano* y de la dama Iridal.

—Ya te advertí que podías esperar tal cosa, Majestad. Y, en cualquier caso, iba a suceder de todos modos. Estoy bastante seguro de saber adonde se han dirigido y, desde luego, yo nunca me atrevería a seguirlos ahí. Ni creo que puedas encontrar a muchos dispuestos a hacerlo.

— ¿Qué lugar es ése? ¿Los Siete Misterios?

—No, señor. Es otro lugar más conocido y, si acaso, más temible, pues sus peligros son reales. Hugh *la Mano* está camino de Skurvash, Majestad.

—

CAPÍTULO

SKURVASH, ISLAS VOLKARAN REINO MEDIO

Hugh despertó de su sueño a Iridal mientras aún estaban en el aire y el fatigado dragón buscaba con impaciencia un lugar donde posarse. Los Señores de la Noche ya habían retirado sus capas oscuras, y el Firmamento empezaba a iluminarse con los primeros rayos de Solarus. Iridal volvió en sí, admirada de haber dormido tanto y tan profundamente.

— ¿Dónde estamos? —preguntó mientras contemplaba con satisfacción, medio adormilada todavía, la isla que emergía de las sombras de la noche y las aldeas, como piezas de un juego para niños desde aquella altura, que recibían la caricia del amanecer. Las chimeneas empezaban a humear. Sobre un acantilado, el punto más elevado de la isla, una fortaleza construida del preciado granito tan escaso en Ariano extendía la sombra de sus torres macizas sobre la tierra.

—En Skurvash —respondió Hugh *la Mano*. Con un tirón de las bridas, desvió al dragón de lo que sin duda era un activo puerto comercial y lo dirigió hacia el lado boscoso de la ciudad, donde se podía posar más discretamente, ya que no en secreto.

Iridal ya estaba despierta del todo, como si le hubieran echado encima una jofaina de agua fría. Permaneció callada y pensativa hasta que, por fin, dijo en voz baja:

—Supongo que esto es necesario...

—Ya has oído hablar de este lugar, ¿verdad?

—Nada bueno.

—Y, posiblemente, los rumores se quedan cortos. Pero tú pretendes ir a Aristagón, señora. ¿Cómo piensas hacerlo? ¿Pidiendo a los elfos que tengan la bondad de permitirte una breve visita?

—Claro que no —respondió ella con frialdad, ofendida—. Pero...

—Nada de peros. Nada de preguntas. Harás sólo lo que yo diga, ¿recuerdas?

A Hugh le dolían todos los músculos del cuerpo, desacostumbrados a los rigores del vuelo. Echó de menos su pipa y un buen vaso de vino. Más de uno.
—Nuestras vidas correrán peligro cada minuto que pasemos en esta tierra, señora. Guarda silencio y déjame hablar a mí. Sigue mis instrucciones y, por el

—
bien de ambos, no hagas ningún acto de magia. Ni siquiera hacer desaparecer un bari. Si descubren que eres una misteriarca, estamos perdidos.

El dragón había localizado un lugar adecuado para posarse, un paraje despejado cerca de la costa. Hugh dio rienda suelta a la criatura alada y la dejó descender en espiral.

—No me llames señora. Sólo Iridal —dijo ella con suavidad.

—¿Siempre permites que la gente a tu servicio te llame por el nombre?

La mujer suspiró.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Hugh?

—No prometo contestarla.

—Dices que no deben saber que soy una misteriarca. ¿A quién te refieres?

—A los gobernantes de Skurvash.

—El gobernante es el rey Stephen.

Hugh soltó una risotada, breve y áspera.

—En Skurvash, no. Bien, es cierto que ha prometido presentarse aquí para hacer limpieza, pero sabe que no puede. No conseguiría reunir las fuerzas necesarias. No hay en todo Volkaran y Ulyndia un solo barón que no tenga vinculación con este lugar, aunque no encontrarías uno solo que se atreviera a reconocerlo. Ni siquiera los elfos, cuando dominaban casi todo el resto del Reino Medio, llegaron nunca a conquistar Skurvash.

Iridal contempló la isla a sus pies. Salvo la fortaleza, de aspecto formidable, tenía poco más que destacar. En su mayor parte, estaba cubierta por ese arbusto ralo conocido como la «mata del enano», así llamado porque recuerda vagamente la barba pelirroja de los enanos y porque, una vez enraizada en la coralita, es casi imposible de arrancar. Una pequeña ciudad llena de desniveles colgaba de una pronunciada pendiente junto a la orilla, agarrándose al terreno con la misma tenacidad que los arbustos. Una única carretera partía de la ciudad, entre bosques de árboles hargast, y ascendía la ladera de la montaña hasta la fortaleza.

—¿Sabes si los elfos la sitiaron? Da la impresión de que una fortaleza como ésa podría resistir mucho tiempo...

—¡Bah! —Hugh flexionó los brazos con una mueca y probó a relajar los músculos acalambrados del cuello y de los hombros—. Los elfos no atacaron. La guerra es algo maravilloso, señora, hasta que empieza a tocarle a uno el bolsillo.

—¿Insinúas que estos humanos comercian con los elfos?

Iridal parecía perpleja. Hugh se encogió de hombros.

—A los gobernantes de Skurvash no les importa si el cliente tiene los ojos más o menos rasgados. Lo único que les interesa es el brillo de su dinero.

—¿Y quién es ese gobernante? —A Iridal se le había despertado el interés y la curiosidad.

—No es una persona sola, sino un grupo —explicó Hugh—. Sus miembros son conocidos como la Hermandad.

El dragón decidió posarse en un espacio amplio y despejado que, al parecer, ya había servido para aquel mismo propósito en muchas ocasiones, a juzgar por

las ramas rotas (arrancadas con el batir de las alas), las marcas de zarpas dejadas en la coralita y los excrementos esparcidos por el campo.

Hugh desmontó, estiró la dolorida espalda y flexionó las piernas.

—O quizá debería decir «somos» —se corrigió mientras ayudaba a Iridal a descender del lomo del dragón—. «Somos» conocidos como la Hermandad.

—

La mujer había estado a punto de colocar su mano en la de él pero, al oírlo, titubeó y lo miró fijamente con la cara muy pálida y los ojos como platos. Su color tornasolado estaba empañado, oscurecido por la sombra de los árboles hargast que los rodeaban.

—No comprendo qué...

—Regresa, Iridal —le dijo él, ceñudo y sincero—. Vete, márchate ahora. El dragón está cansado, pero podrá hacerlo. Por lo menos, seguro que te lleva hasta Providencia.

Al oír que hablaban de él, el dragón cambió el peso del cuerpo de una pata a otra con aire irritado y batió las alas. La criatura quería librarse de sus jinetes y ocultarse entre los árboles para echarse a dormir.

—Primero, estás impaciente por acompañarme. Ahora, intentas convencerme para que me marche. —Iridal lo miró fríamente—. ¿Qué ha sucedido? ¿A qué viene el cambio?

—He dicho que nada de preguntas —refunfuñó Hugh, con la mirada sombría perdida más allá de la orilla de la isla, en las insondables profundidades azules del cielo abierto. Después, la volvió hacia la mujer y añadió—: A menos que quieras responder a algunas que yo te podría hacer.

Iridal se sonrojó y retiró la mano. Desmontó del dragón sin ayuda y aprovechó la oportunidad para mantener la cabeza baja y el rostro oculto tras los pliegues de la capucha con que se cubría. Cuando estuvo bien asentada en el suelo y segura de mantener el dominio de sí, se volvió a Hugh.

—Tú me necesitas. Me necesitas para que te ayude a encontrar a Alfred. Yo sé algunas cosas de él; muchas cosas, en realidad. Sé quién y qué es y, créeme, no darás con él sin mi ayuda. ¿De veras quieres renunciar a ella? ¿De veras quieres que me vaya?

Hugh rehusó mirarla.

—Sí —dijo en voz baja—. ¡Sí, maldita sea!

Sus manos se asieron a la silla del dragón y apoyó la cabeza sobre ellas.

— ¡Maldito sea Triano! —Masculló entre dientes—. ¡Maldito sea Stephen!

¡Maldita esa mujer y maldito su hijo! Debería haber ofrecido mi cabeza al verdugo cuando tuve ocasión. Entonces estaba seguro. Algo me lo advirtió. Me habría envuelto en la muerte como si fuera un sudario y me habría sumido en un sueño...

— ¿Qué andas diciendo?

Hugh notó la mano de Iridal en su hombro, suave y cálida. Con un estremecimiento, rehuyó el contacto.

— ¡Qué terrible peso llevas encima! —escuchó su voz compasiva—. Déjame compartirlo.

Se volvió hacia ella bruscamente, con gesto furioso.

—Olvídame. Contrata a otro. Puedo darte el nombre de diez hombres que te podrán ayudar mejor que yo. Y, respecto a lo que has dicho, no te necesito. Sabré encontrar a Alfred yo solo. Soy capaz de encontrar a cualquiera...

—... siempre que esté en el fondo de una botella —terminó la frase Iridal.
Hugo la agarró por los brazos con firmeza, dolorosamente. La sacudió y la obligó a alzar la cabeza para mirarlo.
—Fíjate bien en mí, en lo que soy: un asesino a sueldo. Tengo las manos manchadas de sangre..., de una sangre por cuyo derramamiento me han pagado. ¡Incluso acepté dinero por matar a un niño!

—También diste la vida por él...
— ¡Pura causalidad! —Hugh apartó a la mujer de un empujón, alejándola de sí—. Fue ese maldito hechizo que me lanzó. O quizá fue cosa tuya, con otro encantamiento.
A continuación, volviéndole la espalda, empezó a desatar el fardo de la silla de montar a base de rápidos y enérgicos tirones.
— ¡Vete! —repitió, sin mirarla—. ¡Vete ahora, Iridal!
—No. Hicimos un trato —contestó ella—. Lo mejor que he oído decir de ti es que nunca has incumplido un contrato.
Hugh dejó lo que estaba haciendo y se volvió a mirarla, con sus hundidos ojos muy sombríos bajo las cejas fruncidas y sobresalientes. De pronto, se sentía frío y calmado.
—Tienes razón, señora. Nunca he incumplido un contrato. Recuérdalo, cuando llegue el momento. —Cuando hubo soltado el fardo, lo sostuvo bajo el brazo y señaló hacia el dragón con un gesto de cabeza—. Levántale el encantamiento.
— ¡Pero...! Si hago lo que dices, quedará libre y escapará volando. Quizá no podamos capturarlo de nuevo.
—Exacto. Ni nosotros, ni nadie. Y también es improbable que regrese a los establos reales en el próximo futuro. Tardará en hacerlo el tiempo suficiente para que podamos desaparecer.
—Pero, ¿y si nos ataca?
—No lo hará. Tiene más sueño que hambre. —Hugh miró fijamente a la mujer, con los ojos enrojecidos de falta de sueño y de la resaca—. Suéltalo, o móntalo, dama Iridal. No voy a discutir.
Iridal miró al dragón, el último vínculo con su hogar y con su pueblo. Hasta aquel momento, todo el viaje había sido un sueño. Un sueño como el que había tenido entre los brazos de Hugh: un glorioso rescate, lleno de magia y de bruñido acero, en el que tomaba a su hijo en brazos y desafiaba a sus enemigos a cogerlo y los elfos retrocedían, intimidados ante el amor de una madre y ante la bravura de Hugh.
Pero en aquel sueño no aparecía Skurvash. Ni las palabras duras y ominosas de Hugh.
No estaba siendo muy práctica, se dijo Iridal con desconsuelo. Ni práctica, ni muy realista. Como todos los que habían vivido en el Reino Superior, pues allí no había necesidad de serlo. Salvo Sinistrad. Por eso se habían permitido llevar adelante sus planes perversos y no habían dado el menor paso para detenerlo. Los misteriarcas eran débiles, impotentes. Pero ella se había prometido cambiar. Se había prometido ser fuerte, por su hijo.
Apoyó la mano en el pecho, sobre el amuleto de la pluma que llevaba guardado bajo el corpiño. Cuando se sintió con más fuerzas, levantó el hechizo del

dragón. Con ello rompía el último eslabón de la cadena.

Una vez libre, la criatura sacudió su espinosa crin y miró a los humanos con ferocidad; por unos instantes, pareció tentado de engullirlos para saciar el hambre pero, finalmente, decidió no hacerlo. Tras lanzar un bramido hacia ellos, remontó el vuelo.

El dragón buscaría un lugar seguro para descansar, algún reducto elevado y oculto.

—
. *Rateros.*

Más adelante, se cansaría de estar solo y volvería a su establo, pues los dragones son criaturas sociales y no tardaría en sentir añoranza de su compañera y de los demás congéneres que había dejado atrás.

Hugh esperó a que se hubiera alejado; luego, dio media vuelta y echó a andar por un estrecho sendero que conducía al camino principal que habían visto desde el aire. Iridal se apresuró a colocarse a su lado. Sin dejar de caminar, Hugh revolvió en el hatillo. Sacó de él un objeto, una bolsa cuyo contenido emitió un tintineo metálico, y procedió a atarlo al cinturón.

—Dame el dinero que tengas —ordenó entonces a Iridal—. Todo.

Sin una palabra, la mujer le entregó su bolsa.

Hugh la abrió, hizo un rápido cálculo aproximado del contenido y, cerrándola de nuevo, la guardó bajo la camisa, en contacto con su piel.

—Los dedos ligeros de Skurvash hacen honor a su fama —explicó secamente—. Tendremos que guardar bien el dinero que tenemos, para comprar los pasajes.

— ¿Comprar los pasajes? ¿A Aristagón? —repitió Iridal, perpleja—. ¡Pero si estamos en guerra! ¿Acaso..., acaso volar a tierras elfas es así de sencillo?

—No —respondió Hugh—, pero con dinero se puede conseguir cualquier cosa.

Iridal esperó a que continuara, pero quedó claro que no iba a añadir nada más. Solarus brillaba, la coralita refulgía bajo su luz y el aire se calentaba rápidamente tras el frío nocturno. A lo lejos, posada en lo alto de la ladera de una montaña, se alzaba la fortaleza, recia e imponente y de un tamaño equiparable al del palacio de Stephen. Iridal no alcanzaba a ver ninguna casa u otros edificios, pero imaginó que se dirigían a la pequeña población que había visto desde el lomo del dragón. De entre la vegetación se alzaban columnas de humo procedente de las forjas y de los fuegos matutinos en las cocinas.

—Tú tienes amigos aquí... —murmuró la mujer, recordando las palabras de Hugh y cómo había corregido el «ellos» por el «nosotros».

—Es una manera de decirlo. Mantén cubierto el rostro.

— ¿Por qué? Aquí no me conocen y nadie puede saber que soy una misteriarca sólo por mi aspecto.

Hugh se detuvo y la miró severamente.

—Lo siento —dijo Iridal con un suspiro—. Sé que te prometí no pedir explicaciones de nada de lo que hicieras y me doy cuenta de que no hago otra cosa. No lo hago a propósito, pero no entiendo lo que sucede y... y estoy asustada.

—Tienes derecho a estarlo, supongo —respondió él después de dedicar un instante a tirarse de las largas y finas trenzas de la barba, en actitud pensativa—. Y también supongo que, cuantas más cosas sepas, en mejor situación estaremos los dos. Mírate: con esos ojos, esas ropas y esa voz, hasta un niño vería que eres de noble cuna. Y eso te convierte en una presa valiosa, en una pieza de caza

codiciada. Pues bien, quiero que todo el mundo entienda que eres *mi* pieza.
— ¡No pienso serlo de nadie! —Protestó Iridal con rotundidad—. ¿Por qué no les cuentas la verdad: que soy tu patrona?
Hugh la miró de hito en hito. Después, sonrió. Por último, echó la cabeza atrás y rompió a reír. La carcajada sonó espontánea y sentida, como si hubiera liberado algo en su interior.
La sonrisa que dirigió esta vez a Iridal era sincera y se reflejaba en sus ojos.

—Buena respuesta, dama Iridal. Tal vez lo haga. Pero, mientras tanto, no te apartes de mi lado. Aquí eres una extraña. Y en Skurvash se ofrece un recibimiento muy especial a los extraños.
La ciudad portuaria de Klervashna se extendía a poca distancia de la costa. Estaba construida en terreno abierto, sin murallas que la rodeasen, ni puertas que impidieran la entrada, y los dos viajeros no encontraron ningún centinela que les preguntase qué andaban haciendo allí. Una única carretera conducía desde la orilla hasta la ciudad y una única carretera —la misma— ascendía desde la ciudad hacia las montañas.
—Desde luego, no les preocupa la posibilidad de un ataque —comentó Iridal, acostumbrada a las ciudades fortificadas de Volkaran y de Ulyndia, cuyos habitantes, en constante alerta frente a los corsarios elfos, vivían en un estado de inquietud casi permanente.
—Si algo llegara a amenazarlos, los residentes recogerían los bártulos y se dirigirían a la fortaleza. Pero tienes razón: no están preocupados.
Unos chiquillos que jugaban a piratas en una callejuela fueron los primeros que repararon en ellos. Los niños se olvidaron de sus espadas de palo de hargast y corrieron a contemplarlos con ingenua franqueza y abierta curiosidad.
Los pequeños eran de la edad de Bane, más o menos, e Iridal les dirigió una sonrisa. Una niña vestida con harapos se acercó a ella y extendió la mano.
—Déme dinero, bella señora —le suplicó con una sonrisa encantadora—. Mi madre está enferma y mi padre ha muerto. Y tengo dos hermanitos más pequeños. Écheme para comer, bella señora, sólo una moneda...
Iridal inició el gesto de llevar la mano a la bolsa; entonces recordó que ya no la llevaba encima.
— ¡Lárgate! —masculló Hugh con aspereza, al tiempo que levantaba la mano derecha con la palma hacia afuera.
La chiquilla lo miró con perspicacia y, encogiéndose de hombros, se escabulló y volvió al juego. Los demás fueron tras ella entre cabriolas y gritos, excepto uno que echó a correr por la carretera hacia la ciudad.
—No había necesidad de ser tan rudo con la pequeña —dijo Iridal en tono reprobatorio—. Era tan dulce... Podríamos habernos desprendido de una moneda...
—...y perder la bolsa. Esa niña «tan dulce» se encarga de descubrir dónde guarda uno el dinero. Después, pasa la información a su padre, que sin duda está vivo y coleando, y éste se encarga de aliviarlo a uno de la bolsa mientras recorre la ciudad.
— ¡No puedo creerlo! ¡Una niña tan...!
Hugh se encogió de hombros y continuó la marcha.
Iridal se envolvió en la capa, ciñéndola al cuerpo con fuerza.

— ¿Tendremos que estar mucho tiempo en este lugar horrible? —preguntó en voz baja, acercándose más al hombre.

—Ni siquiera vamos a detenernos. Seguiremos directamente hasta la fortaleza.

— ¿No hay otro camino?

—No. La única ruta es a través de Klervashna. Así nos pueden echar un vistazo. Esos niños juegan aquí por una razón: estar atentos a la llegada de extraños.

—
. *Se dice que curan la impotencia.*

Pero ya les he dado la señal, y uno de ellos corre ahora a informar de nuestra llegada a la Hermandad. No te preocupes. En adelante, nadie más nos molestará. Pero es mejor que guardes silencio.

Iridal casi agradeció la orden. Niños ladrones. Niños espías. Por un instante, se escandalizó al pensar que unos padres pudieran abusar y destruir de aquel modo la inocencia de la infancia. Pero entonces recordó a un padre que había utilizado a su hijo para espiar a un rey.

—Klervashna —anunció Hugh, señalando con la mano.

Iridal miró a su alrededor con perplejidad. Por los comentarios de Hugh, había esperado encontrar una ciudad del pecado, desenfrenada y violenta, con ladrones acechando en las sombras y asesinos sueltos por las calles. Por eso le produjo una considerable sorpresa no observar nada alarmante; sólo unas muchachas que conducían unos gansos al mercado, unas mujeres cargadas con cestas de huevos y unos hombres dedicados a su trabajo, aparentemente honrado. La ciudad rebosaba de actividad. Sus calles estaban concurridas y la única diferencia que Iridal pudo apreciar entre aquella y cualquier respetable ciudad de Ulyndia era que la población parecía ser de muy variada procedencia, pues abarcaba todo tipo de humanos, desde los habitantes de Humbisash, con su tez oscura, hasta los rubísimos nómadas de Malakal. Pero ni siquiera esta variedad de gentes preparó a Iridal para la insólita visión de dos elfos que salían de una tienda de quesos, casi tropezaban con ella y se abrían paso entre la multitud murmurando juramentos.

Iridal se volvió hacia Hugh, alarmada, pensando que tal vez la ciudad había sido conquistada, después de todo. Pero el hombre no parecía preocupado y apenas dirigió una mirada a los elfos. Los habitantes de la ciudad tampoco prestaron demasiada atención a los enemigos, a excepción de una mujer joven que los siguió, intentando venderles una bolsa de frutos de búa.

«A los gobernantes de Skurvash no les importa si el cliente tiene los ojos más o menos rasgados. Lo único que les interesa es el brillo de su dinero.»

Idéntico desconcierto causó a Iridal la visión de unos criados bien vestidos, pertenecientes a familias ricas de otras islas, que deambulaban por las calles con paquetes en los brazos. Algunos llevaban a la vista sus libreas, sin que pareciera importarles que se conociera el nombre de sus amos. La mujer reconoció el escudo de armas de más de un barón de Volkaran y de más de un duque de Ulyndia.

—Productos de contrabando —explicó Hugh—. Tejidos elfos, armas elfas, vino elfo, joyas elfas. Y los elfos acuden aquí por la misma razón, para comprar productos humanos que no pueden conseguir en Aristagón. Hierbas y pócimas, dientes y zarpas de dragón, pieles y escamas de esas criaturas para emplearlas en sus naves...

Para aquella gente, reflexionó Iridal, la guerra resultaba lucrativa. La paz significaría el desastre económico. O tal vez no. Los vientos de la cambiante fortuna debían de haber soplado muchas veces sobre Klervashna. La ciudad sobreviviría tal como, según la leyenda, las ratas habían sobrevivido a la Separación. Cruzaron la ciudad sin prisas. Hugh hizo un alto para comprar esterego para la pipa, una botella de vino y un cuenco de agua, que ofreció a Iridal. Después, continuó la marcha abriéndose paso entre la multitud sin soltar por un instante a «su presa». Algunos de los viandantes les dirigieron unas miradas penetrantes, inquisitivas, que resbalaron sobre el rostro serio e impasible de Hugh y se fijaron

—

en la rica vestimenta de Iridal. Algunas cejas se enarcaron a su paso, una sonrisa de complicidad asomó en algunos labios, pero nadie dijo una palabra y nadie los detuvo. Lo que cada cual hiciera en Klervashna era asunto suyo.

Y de la Hermandad.

— ¿Seguimos hasta la fortaleza? —preguntó Iridal.

Las filas de casas ordenadas, con sus tejados de caballete, habían quedado atrás y se encaminaban de nuevo a campo abierto. Un grupo de niños los había seguido un rato, pero incluso ellos habían desaparecido.

Hugh destapó la botella de vino con los dientes y escupió el tapón al suelo.

—Sí —respondió—. ¿Cansada?

Ella alzó la cabeza y contempló la fortaleza, que parecía aún muy lejana.

—Me temo que no estoy acostumbrada a caminar. ¿Podríamos detenernos a descansar?

Hugh reflexionó unos instantes y asintió.

—Pero no mucho rato —dijo mientras la ayudaba a sentarse en un afloramiento de coralita—. Saben que hemos salido de la ciudad y estarán esperándonos.

El hombre dio cuenta del vino y arrojó la botella entre los arbustos que bordeaban el camino. Dedicó otro momento a cargar la pipa con unas hebras del hongo seco de la bolsa y la encendió, empleando yesca y pedernal. Dio unas chupadas y llenó sus pulmones con el humo. Después cerró el fardo, lo colocó bajo el brazo y se puso en pie.

—Será mejor que continuemos. Ya descansarás cuando lleguemos. Tengo que negociar un asunto.

— ¿Qué es esa Hermandad? —preguntó Iridal, incorporándose con esfuerzo—.

¿Quiénes la forman?

—Yo pertenezco a ella —dijo Hugh, con los dientes apretados contra la boquilla—. ¿No lo adivinas?

—No, me temo que no.

—Es la Hermandad de la Mano. La sociedad de los asesinos.

—

. Bane estuvo en trance de morir cuando, durante una violenta ventolera, lo alcanzó una rama desprendida de uno de estos árboles. Véase Ala de Dragón, volumen de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

CAPÍTULO

SKURVASH, ISLAS VOLKARAN REINO MEDIO

La fortaleza de la Hermandad reinaba, sólida e inexpugnable, sobre la isla de Skurvash. Formada por una serie de edificios construidos con el paso del tiempo, a medida que la Hermandad crecía y sus necesidades cambiaban, la plaza fuerte permitía dominar con la vista el cielo abierto y sus vías aéreas, así como de la tierra que se extendía a su alrededor y de la única carretera sinuosa que conducía hasta ella.

Desde sus torres se podía distinguir un dragón solitario con su jinete a mil menkas de distancia y una nave dragón cargada de tropas, a más de dos mil. La carretera —el único camino abierto a través del áspero terreno, cubierto de árboles hargast de ramas quebradizas y en ocasiones mortíferas— serpenteaba a través de profundos barrancos y numerosos puentes oscilantes. Al cruzar uno de éstos, Hugh enseñó a Iridal cómo, de un solo tajo de una espada, podía enviarlo contra las rocas cortantes del fondo junto con todos los que se encontraran en él. Y si, pese a todo, un ejército conseguía llegar a lo alto de la montaña, aún le quedaría conquistar la fortaleza en sí, un amplio complejo de edificios protegido por hombres y mujeres desesperados que no tenían nada que perder.

No era extraño que tanto el rey Stephen como el emperador Agah'ran hubieran renunciado (salvo en sus fantasías) a atacar la posición.

La Hermandad sabía que estaba a salvo. Su vasta red de espías le advertía al instante de cualquier amenaza, mucho antes de que ésta se concretara. Debido a ello, la vigilancia era escasa y relajada. Las puertas estaban abiertas de par en par y los centinelas, que jugaban a tabas rúnicas junto a ellas, ni siquiera se molestaron en levantar la vista de la partida cuando Hugh e Iridal cruzaron la verja y penetraron en un patio de adoquines. La mayoría de las dependencias estaban vacías, aunque los ciudadanos de Klervashna las habrían llenado rápidamente en caso de amenaza. Hugh y la mujer no vieron a nadie en su recorrido por las avenidas sinuosas que conducían, en un suave ascenso, hasta el edificio principal.

—*Haplo realizó un estudio de la Hermandad y pudo penetrar en muchos de sus secretos. En sus escritos, refiere que las tallas de la puerta forman parte de cierto ciclo ritual en el calendario de la Hermandad. Los miembros de ésta escogen la mano que corresponde según este ciclo y la presionan con la suya. Un pequeño agujero taladrado en la puerta deja entrar la luz del sol en la sala de guardia. Si la mano está colocada en el lugar debido, tapa el agujero e interrumpe el paso de la luz. De este modo, el centinela sabe que el visitante es un miembro de la Hermandad, con derecho a entrar. De noche y en los días nublados, el visitante debe acercar una vela, antorcha u otra fuente de luz a la mano debida para que el centinela la capte por el agujero.*

Quienes no llevan a cabo debidamente este ritual son muertos en el acto por el arquero apostado en todo momento tras la aspillera de la puerta.

Éste, más antiguo que el resto, era el cuartel general de la Hermandad, que tenía el valor de hacer ondear su propia bandera, un estandarte de color rojo sangre con el dibujo de una mano levantada, con la palma al frente y los dedos juntos. La puerta de entrada —una rareza en Ariano, pues era de madera, decorada con complejos diseños grabados— estaba cerrada y atrancada. —Espera aquí —ordenó Hugh, señalándola—. No te muevas de donde estás. Iridal, entumecida y aturdida, bajó la vista y advirtió que se encontraba sobre una losa que, observada con más detenimiento, tenía una forma y un color

diferentes del camino de lajas que conducía hasta la puerta. La losa estaba tallada en una forma que recordaba vagamente el perfil de una mano.

—No te muevas de esa piedra —insistió Hugh, y señaló una estrecha rendija en la fachada de piedra, sobre la puerta—. Ahí hay una flecha apuntando a tu corazón. Un paso a la derecha o a la izquierda, y considérate muerta.

Iridal se quedó inmóvil y observó la rendija en sombras, sin apreciar movimiento ni señal de vida alguna al otro lado. Sin embargo, el tono de Hugh no dejaba lugar a dudas: estaba diciendo la verdad. Permaneció quieta sobre la roca en forma de mano. Hugh la dejó allí y se acercó a la puerta.

Se detuvo ante ésta y estudió los dibujos tallados en la madera, que también representaban el contorno de unas manos abiertas como la del estandarte. Había doce manos en total, distribuidas en círculo con los dedos hacia afuera. Hugh escogió una, colocó la suya sobre ella y empujó. La puerta se abrió de par en par.

—Ven —dijo entonces a Iridal, acompañando la orden con un gesto de que se acercara—. Ya no corres peligro.

Con una mirada a hurtadillas hacia la aspillera situada sobre la puerta, Iridal se apresuró a ponerse a la altura de Hugh. La fortaleza le resultaba opresiva y le producía una terrible sensación de soledad que la llenaba de abatimiento y lúgubres presentimientos. Tomó la mano que le ofrecía Hugh y se agarró a ella con fuerza.

Hugh observó con preocupación su intensa palidez y le presionó los helados dedos para tranquilizarla al tiempo que, con una severa mirada, le advertía que se calmara y se controlara. Iridal bajó la cabeza, se ajustó la capucha para ocultar el rostro y entró con Hugh en una pequeña sala.

La puerta se cerró de inmediato tras ellos con un estruendo que paralizó el corazón de la mujer. Deslumbrada por la intensa luz del exterior, Iridal no distinguió nada. Hugh también se detuvo, parpadeando, hasta que su visión se ajustó a la penumbra.

—Por aquí —dijo una voz seca que sonó como el crepitar de un pergamino muy antiguo. La pareja captó un movimiento a su derecha.

—

Hugh lo siguió; sabía a quién pertenecía la voz y adonde se dirigía. Iridal agradeció que la guiara, sin soltarle la mano un solo instante. La oscuridad resultaba fantasmal, irritante. Ése era su propósito.

La misteriarca se recordó que ella misma había querido aquello. Sería mejor que se acostumbrara a los lugares oscuros e irritantes.

—Hugh *la Mano* —dijo la voz seca—. Cuánto me alegro de verte, señor. Ha pasado mucho tiempo.

Penetraron en una cámara sin ventanas, bañada por el resplandor mortecino de una piedra de luz colocada en una linterna. Un anciano encorvado y marchito contemplaba a Hugh con expresión plácida y afectuosa que sus ojos, maravillosamente claros y penetrantes, contribuían a subrayar.

—En efecto, Anciano —respondió Hugh, y su expresión severa se relajó con una sonrisa—. Me sorprende encontrarte activo todavía. Pensaba que estarías retirado, reposando junto a un buen fuego.

— ¡Ah!, éste es el único trabajo que me ocupa ya —murmuró el viejo—. Hace mucho que he dejado lo demás, salvo alguno que otro consejo de vez en cuando a quien lo pide, como tú. Fuiste un alumno aventajado, mi señor Hugh. Tenías el

tacto adecuado: delicado, sensible... No como esos patosos que suelen verse hoy día.

El Anciano sacudió la cabeza, y sus luminosos ojos pasaron sin prisas de Hugh a la mujer y la estudiaron con tal detalle que Iridal tuvo la sensación de que podía ver a través de sus ropas, tal vez incluso a través de su cuerpo.

Por fin, la mirada penetrante se apartó de ella y volvió a Hugh.

—Me perdonarás, señor, pero debo pedírtelo. No merece la pena quebrantar las normas, ni siquiera en tu caso.

—Por supuesto —asintió Hugh, y alzó la mano diestra con la palma boca arriba y los dedos extendidos y juntos.

El Anciano cogió la mano de Hugh entre las suyas y la estudió fijamente a la luz de la linterna.

—Gracias, señor —dijo al cabo con aire ceremonioso—. ¿Qué te trae aquí?

—¿Ciang recibe a alguien hoy?

—Sí, señor. Ha venido uno para ser admitido. La ceremonia se llevará a cabo en breves horas. Estoy seguro de que tu presencia será bien acogida. ¿Qué dispones respecto a tu invitada?

—Que sea escoltada a una cámara con un buen fuego. El asunto que debo tratar con Ciang puede ocupar un buen rato. Ocupate de que sea atendida; procúrale comida y bebida, y una cama si lo desea.

—¿Una cámara? —Preguntó el viejo con cierta sorpresa—. ¿O una celda?

—Una cámara. Y que se acomode. Puedo tardar bastante.

El Anciano miró a Iridal, pensativo.

—Sospecho que esa mujer es una maga. Es asunto tuyo, Hugh, pero ¿estás seguro de que no quieres tenerla vigilada?

—Te aseguro que no utilizará su magia. Está en juego otra vida, que ella tiene por más valiosa que la suya propia. Además —añadió secamente—, es mi cliente.

— ¡Ah, ya entiendo!

—

El Anciano asintió y dedicó una inclinación de cabeza a Iridal con una elegancia herrumbrosa que habría podido ser la de cualquier cortesano de Stephen.

—Escoltaré a la dama a su cámara personalmente —indicó en tono cortés—.

No suelo tener deberes tan agradables. Tú, Hugh *la Mano*, puedes seguir adelante.

Ciang ya ha sido informada de tu llegada.

Hugh emitió un gruñido. La revelación no lo sorprendía. Vació la pipa de cenizas, volvió a llenarla y se la llevó a los labios. Se volvió a Iridal y le dirigió una mirada sombría y vacía en la que no había consuelo, indicación o mensaje alguno.

Después, dio media vuelta y se perdió en las sombras.

—Por esa puerta, señora —dijo el Anciano, señalando en dirección opuesta a la que había tomado Hugh.

Alzando la linterna con la piedra de luz en su arrugada mano, el viejo se disculpó por pasar delante de ella y comentó que el camino estaba oscuro y las escaleras se hallaban en mal estado y podían resultar traicioneras. Iridal, en voz baja, le rogó que no pensara en ello.

—¿Conoces a Hugh *la Mano* desde hace mucho, Anciano? —preguntó Iridal, esforzándose en dar a sus palabras un tono intrascendente, aunque notó cómo le

subía el rubor a las mejillas.

—Desde hace más de veinte años —respondió el Anciano—. Desde que vino a nosotros por primera vez, siendo apenas un mocoso.

La mujer se preguntó qué significaría aquello, qué era aquella Hermandad que gobernaba la isla. Hugh formaba parte de ella y parecía un miembro muy respetado. Algo sorprendente en un hombre que se había apartado de su camino para aislarse en una celda.

—Has mencionado que le enseñaste algo. ¿Qué era? —Podrían haber sido unas lecciones de música, a juzgar por el aspecto benévolo y apacible del Anciano.

—El arte del puñal, señora. ¡Ah!, no ha existido nunca alguien tan hábil con la daga como Hugh *la Mano*. Yo era bueno, pero él me superó. Una vez apuñaló a un hombre que estaba sentado a su lado en una taberna. Hizo un trabajo tan excelente que el hombre no llegó a soltar el menor grito, no hizo el menor movimiento. Nadie se dio cuenta de que estaba muerto hasta la mañana siguiente, cuando lo encontraron allí sentado todavía, tieso como un palo. El truco está en conocer el sitio preciso y deslizar la hoja entre las costillas para rajarle el corazón antes de que la víctima sepa qué ha sucedido.

»Hemos llegado, señora. Una estancia cómoda y limpia, con un fuego bien provisto y una cama, por si deseas acostarte. ¿Qué te apetece con la comida, vino blanco o tinto?

Hugh recorrió despacio los pasillos y salones de la fortaleza, tomándose tiempo para disfrutar de aquel regreso a un entorno tan familiar. Nada había cambiado. Nada, excepto él. Por eso no había vuelto allí, pese a saber que habría sido bien acogido. No lo habrían entendido y no habría podido explicarse. Los kir tampoco habían comprendido, pero no hacían preguntas.

Muchos miembros de la Hermandad habían acudido a morir allí. Algunos de los más viejos, como el Anciano, volvían para pasar sus últimos años entre aquellos que habían sido su única familia, una familia más leal y más unida que la mayoría.

—*Pues, aunque los monjes kir veneran la muerte y la consideran el triunfo final sobre la vida, se vieron obligados a afrontar el hecho de que, a menos que tomaran ciertas precauciones, podían quedarse rápidamente sin adoradores.*
Este no es su verdadero nombre. En elfo, el término ciang significa «despiadado», «implacable». Esta figura es uno de los grandes misterios de Ariano. Nadie conoce su pasado; el elfo vivo más viejo es muy joven, comparado con ella.

Otros, más jóvenes, llegaban para recuperarse de sus heridas —gajes del oficio— o a morir de ellas. La mayor parte de las veces, el paciente se recuperaba. Como consecuencia de su larga relación con la muerte, la Hermandad había alcanzado considerables conocimientos en el tratamiento de las heridas de puñal, de espada y de flecha, así como de las mordeduras y zarpazos de dragón, y había descubierto antídotos para ciertos venenos.

La Hermandad contaba entre sus miembros con magos expertos en contrarrestar hechizos formulados por otros magos y en levantar encantamientos de anillos malditos y cosas parecidas. Hugh *la Mano* había adquirido también algunos conocimientos gracias a los monjes kir, cuya labor los llevaba siempre entre los muertos y cuyos magos habían desarrollado hechizos de protección contra el contagio y la contaminación.

«Podría haber acudido aquí —reflexionó Hugh mientras daba unas chupadas

a la pipa, estudiando los lóbregos pasadizos con nostálgico interés—. Pero ¿qué les habría dicho? No estoy enfermo de una herida mortal, sino de una que es inmortal.»

Sacudió la cabeza y apresuró el paso. Ciang le haría preguntas, de todos modos, pero Hugh tenía ahora algunas respuestas y, dado que se encontraba allí por cuestión de negocios, Ciang no insistiría. Al menos, no tal como lo habría hecho si se hubiera presentado allí al principio.

Subió una escalera de caracol y llegó a un pasadizo desierto y en sombras. A cada lado había una serie de puertas cerradas. Al fondo, una de ellas estaba abierta y la luz que surgía de ella se derramaba por el pasillo. Hugh avanzó hacia la luz y se detuvo al llegar al umbral para dar tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la claridad después del paseo por el oscuro interior de la fortaleza.

En el interior había tres personas. Dos le resultaron desconocidas: un hombre y un muchacho que no llegaba a los veinte años. A la tercera, Hugh la conocía muy bien. Ella se volvió para darle la bienvenida. Sin alzarse del escritorio tras el cual estaba sentada, ladeó la cabeza y lo miró con unos ojos rasgados y astutos que lo captaban todo y no revelaban nada.

—Entra —dijo—. Y bienvenido.

Hugh limpió de cenizas la pipa golpeándola contra la pared del pasillo y guardó la cachimba en un bolsillo del chaleco de cuero.

—Ciang —dijo, penetrando en la estancia. Se detuvo ante ella e hizo una profunda reverencia.

—Hugh *la Mano*.

La mujer le tendió la mano. Hugh posó los labios en ella, un gesto que pareció divertirla.

—¿Besas esta mano vieja y arrugada?

—Con sumo honor, Ciang —respondió Hugh ardientemente. Y era sincero.

Ella le sonrió. Ciang era anciana, uno de los seres vivos más ancianos de Ariano, pues era una elfa, y longeva incluso para los de su raza.

Su rostro era una red de arrugas, con la piel tersa sólo sobre los pómulos salientes y la nariz afilada, aguiluña, blanca como un pedazo de marfil.

—
. Véase el Apéndice I, Sobre la Hermandad.

Seguía la costumbre elfa de pintarse los labios, y el rojo fluía entre las arrugas como minúsculos riachuelos de sangre. Su cabeza, desprovista de cabello desde hacía mucho, aparecía siempre absolutamente calva. Ciang le hacía ascos a las pelucas y, en realidad, no las necesitaba puesto que su cráneo era liso y bien formado. Y la elfa era consciente del efecto desconcertante que producía en la gente, del poder de la mirada de sus brillantes ojos azules incrustados en aquel cráneo de color de hueso.

—Una vez, los príncipes se batieron a muerte por el privilegio de besar esta mano, cuando era fina y delicada... —dijo.

—Todavía lo harían, Ciang —aseguró Hugh—. Algunos de ellos estarían sumamente felices de ello.

—Sí, amigo mío, pero no por mi belleza. En cualquier caso, lo que tengo ahora es mejor. No volvería atrás. Siéntate aquí, Hugh, a mi derecha. Serás testigo de la admisión de este joven.

Con un gesto, Ciang le indicó que acercara una silla. Hugh se disponía a hacerlo cuando el joven se apresuró a ayudarlo.

—Per... permitidme, señor —balbució el muchacho, sonrojado. Levantó una pesada silla de aquella preciada madera tan escasa en Ariano y la colocó donde Ciang había indicado, a su derecha.

— ¿Eres..., eres de verdad Hugh *la Mano*? —tartamudeó de nuevo el muchacho, al tiempo que dejaba la silla en su sitio y retrocedía para contemplarlo.

—Lo es, en efecto —respondió Ciang—. Pocos obtienen el honor de la Mano. Quizás algún día la alcances tú, pero, de momento, ahí tienes a quien lo ostenta.

—No..., no puedo creerlo. —El muchacho parecía abrumado—. ¡Pensar que Hugh *la Mano* estará presente en mi investidura! Yo..., yo... —le faltaron las palabras.

Su acompañante, a quien Hugh no reconoció, alargó la mano y dio un tirón de la manga al joven, indicándole que retrocediera hasta su lugar, al extremo del escritorio de Ciang. El joven se retiró con la torpeza de movimientos de la juventud y, en una ocasión, tropezó con sus propios pies.

Hugh no dijo nada y miró a Ciang. La elfa inició una sonrisa en la comisura de los labios, pero se compadeció del joven y contuvo la risa.

—Una digna y apropiada muestra de respeto de un joven a quien lo supera en años —comentó gravemente—. Se llama John Darby. Su padrino es Ernst Twist. Me parece que no os conocíais.

Hugh hizo un gesto de negativa. Ernst lo imitó, le dirigió una mirada a hurtadillas y, con una ligera reverencia, se llevó la mano a la frente en un torpe gesto de respeto, propio de un patán. El hombre parecía un campesino palurdo, vestido con ropas remendadas, un sombrero grasiento y unos zapatos rotos. Pese a ello, no era ningún patán y quienes lo tomaban por tal nunca vivían lo suficiente, probablemente, como para poder lamentarse de su error. Sus manos eran finas, de dedos largos, y evidenciaban que nunca habían hecho trabajos pesados. Y sus ojos fríos, que en ningún momento habían mirado directamente a Hugh, tenían un aire peculiar, un fulgor rojizo que *la Mano* encontró desconcertante.

—Las cicatrices de Twist aún son recientes —dijo Ciang—, pero ya ha progresado de vaina a punta. Llegará a hoja antes de que acabe el año. Un gran elogio, procediendo de quien lo hacía. Hugh observó al individuo con desagrado. Aquél era un asesino que «mataría por un plato de asado», como decía el refrán. *La Mano* adivinó, por una cierta tensión y frialdad en su tono de

—

voz, que Ciang compartía su sensación de desagrado. Sin embargo, la Hermandad necesitaba miembros de todas clases y el dinero de aquél era tan bueno como el de cualquiera. Mientras Ernst Twist se atuviera a las reglas de la Hermandad, el modo en que quebrantara las leyes del hombre y de la naturaleza era asunto suyo, por vil que fuese.

—Twist necesita un socio —continuó Ciang—. Ha presentado a este joven, John Darby, y después de revisar su propuesta he accedido a admitirlo en la Hermandad en las condiciones de costumbre.

Ciang se puso en pie y lo mismo hizo Hugh. La elfa era alta y se sostenía muy erguida. Una ligera caída de hombros era su única concesión a la edad. Su larga túnica, de la seda más fina, estaba tejida con el arco iris de colores y los fantásticos diseños que tanto gustaban a los elfos. Ciang era una presencia regia, hechizadora e impresionante en su majestuosidad.

El joven —sin duda un asesino a sangre fría, ya que no habría conseguido la

admisión sin haber dado alguna prueba de su pericia— se encogió, sonrojado y nervioso, casi como si se fuera a marear.

Su acompañante le dio un golpe seco en la espalda al tiempo que murmuraba:

—Ponte erguido. Pórtate como un hombre.

El muchacho tragó saliva, se enderezó, exhaló un profundo suspiro y, con los labios casi blancos, anunció:

—Estoy dispuesto.

Ciang dirigió una mirada de reojo a Hugh y entornó los párpados como diciendo, «en fin, todos hemos sido jóvenes alguna vez». Con uno de sus largos dedos, señaló una caja de madera con incrustaciones de gemas deslumbrantes colocada en el centro del escritorio.

Hugh se inclinó hacia adelante, tomó la caja entre las manos respetuosamente y la colocó al alcance de la elfa. Luego, abrió la tapa. En el interior había una daga de hoja afilada cuya empuñadura de oro tenía la forma de una mano abierta con los dedos juntos. El pulgar extendido formaba la cruz. Ciang extrajo el arma, manejándola con delicadeza. La luz del fuego se reflejó en la hoja, afilada como una cuchilla, y la hizo arder.

— ¿Eres diestro o zurdo? —inquirió la elfa.

—Diestro —dijo John Darby. Unas gotas de sudor resbalaban de sus sienes y corrían por sus mejillas.

—Dame tu diestra —ordenó Ciang.

El joven adelantó la mano, con la palma abierta hacia ella.

—Tu padrino puede prestarte ayuda...

— ¡No! —dijo el muchacho con un jadeo. Pasándose la lengua por los labios secos, rechazó el brazo que le ofrecía Twist—. Puedo soportarlo solo. Ciang expresó su aprobación arqueando una ceja.

—Sostén la mano como es debido —indicó—. Hugh, muéstrale cómo.

Hugh tomó una vela de la repisa de la chimenea, la llevó al escritorio y la depositó en él. El resplandor de la llama brilló en la madera pulimentada, una madera salpicada y teñida de manchas oscuras. El muchacho contempló las manchas, y el color huyó de su rostro.

Ciang esperó.

—

John Darby apretó los labios y acercó más la mano.

—Estoy preparado —repitió.

La elfa asintió. Levantó la daga por la empuñadura, con la hoja apuntada hacia abajo.

—Coge la hoja como si fuera el mango —ordenó Ciang.

John Darby lo hizo, cerrando la mano en torno al acero con cautela. La empuñadura en forma de mano descansó en la suya, con el pulgar de la cruz paralelo al suyo. Ahora se oía la respiración acelerada del muchacho.

—Aprieta —ordenó Ciang, fría e impasible.

John Darby contuvo el aliento un instante. Casi cerró los ojos, pero reaccionó a tiempo. Con una mirada avergonzada a Hugh, el joven se obligó a mantenerlos abiertos. Tragó saliva y apretó la mano en torno a la hoja de la daga. De nuevo, contuvo la respiración con un jadeo, pero no emitió otro sonido.

Unas gotas de sangre cayeron sobre el escritorio, y un fino reguero del líquido rojo

corrió por el antebrazo del muchacho.

—Hugh, la correa —indicó Ciang.

La Mano llevó la mano a la caja y extrajo una tirilla de suave cuero, de la anchura de un par de dedos humanos. El símbolo de la Hermandad formaba un dibujo a lo largo de la correa. También ésta mostraba manchas oscuras en algunas zonas.

—Dásela al padrino —dijo la elfa.

Hugh entregó la correa a Ernst Twist, quien la tomó en sus manos de largos dedos, unas manos que sin duda estaban manchadas con las mismas salpicaduras oscuras que rociaban el cuero.

—Átalo —ordenó Ciang.

Entretanto, John Darby había permanecido allí plantado, apretando la daga entre su mano. La sangre rezumaba de la empuñadura. Ernst pasó la correa en torno a la mano del joven, la ató con fuerza y dejó libres los extremos de la tirilla. Cogió uno de ellos y lo sostuvo entre sus dedos. Hugh cogió el otro y miró a Ciang. Ella asintió.

Los dos hombres tiraron de los extremos de la correa con energía, y el filo de la daga se hundió más profundamente en la mano del novicio, hasta el hueso. La sangre brotó con más fuerza. John Darby no pudo contener el dolor, y de su garganta surgió un grito agónico, estremecedor. Cerró los ojos, se tambaleó y se apoyó contra la mesa. Después tragó saliva, entre acelerados jadeos, y se irguió de nuevo con la mirada vuelta hacia Ciang. La sangre goteó sobre el escritorio. La elfa sonrió como si hubiera probado un sorbo de aquella sangre y la hubiese encontrado de su gusto.

—Ahora, repetirás el juramento de la Hermandad.

Así lo hizo el muchacho, evocando entre una bruma de dolor las palabras que había aprendido laboriosamente de memoria. En adelante, las llevaría grabadas en su mente, tan indelebles como las cicatrices de la ceremonia de iniciación en la palma de su mano.

Completado el juramento, John permaneció firme, rechazando con un gesto de cabeza la ayuda de su padrino. Ciang sonrió al muchacho con una mueca que, por un fugaz instante, evocó en el rostro envejecido un asomo de la que debía de haber sido una notable belleza.

La elfa posó sus dedos sobre la mano torturada.

—

—Lo encuentro aceptable. Quitadle la correa.

Hugh hizo lo que pedía y desató la tira de cuero de la mano ensangrentada de John Darby. El joven abrió ésta lentamente, con esfuerzo, pues tenía los dedos pegajosos y entumecidos. Ciang retiró la daga de la mano temblorosa.

Entonces, cuando todo hubo terminado y la excitación antinatural hubo cedido, llegó la debilidad. John Darby se miró la mano, la carne abierta, el latir de la sangre roja que manaba de sus heridas, y de pronto fue consciente del dolor como no lo había sentido hasta aquel momento. Con una palidez enfermiza en el rostro, se tambaleó, inseguro. En esta ocasión agradeció el brazo de Ernst Twist, que lo sostuvo en pie.

—Puedes sentarlo —dijo Ciang.

Dándose la vuelta, entregó la daga ensangrentada a Hugh, quien tomó el arma y la lavó en un cuenco de agua traído a propósito para tal fin. Cuando hubo

terminado, secó la daga minuciosamente con un paño blanco y limpio y se la devolvió a la anciana elfa. Ciang guardó el arma ceremonial y la cinta de cuero en la caja y devolvió ésta a su lugar en el centro del escritorio. La sangre derramada sobre éste impregnaría la madera, mezclando la del joven Darby con la de incontables otros que se habían sometido a la misma ceremonia.

Aún quedaba por completarse un pequeño ritual más.

—Padrino —dijo Ciang, volviendo la mirada a Ernst Twist.

El individuo acababa de instalar al joven, pálido y tembloroso, en una silla.

Con aquella sonrisa suya, engañosamente imbécil, se acercó arrastrando los pies y levantó la mano diestra con la palma hacia Ciang. La eirá mojó las yemas de los dedos en la sangre de Darby y trazó dos largas líneas rojas siguiendo las cicatrices de la mano de Twist, que se correspondían con las heridas recién abiertas en la del muchacho.

—Tu vida está unida a la suya —recitó Ciang—, igual que la de él está unida a la tuya. Ya conoces el castigo por quebrantar el juramento.

Hugh asistió a la escena distraído, dándole vueltas en la cabeza a la difícil conversación que iba a sostener con Ciang, aunque de nuevo apreció aquel extraño fulgor rojizo en los ojos de Ernst Twist, que le recordaron los de un gato al amor de la lumbre. Cuando quiso observar con más detalle el curioso fenómeno, Twist bajó los párpados en signo de deferencia a Ciang y retrocedió, arrastrando los pies, hasta ocupar de nuevo su lugar junto a su nuevo socio.

Ciang volvió la vista hacia el joven Darby.

—El Anciano te dará hierbas para prevenir infecciones. Podrás llevar la mano vendada hasta que se cierren las heridas, pero deberás quitarte las vendas si alguien te lo exige. Puedes quedarte aquí hasta que consideres que ya estás en condiciones de viajar. La ceremonia se cobra su precio, joven. Por hoy, descansa y renueva la sangre con comida y bebida. En adelante, sólo tienes que abrir la mano así —Ciang hizo una demostración— y los miembros de la Hermandad sabrán que eres uno de los nuestros.

Hugh contempló por unos instantes las cicatrices de su propia mano, ya apenas visibles en su palma encallecida. La señal en la parte carnosa del pulgar era la más clara y la más larga, pues había sido la última en curar. Formaba un fino trozo blanco que atravesaba lo que los quiromantes conocen como «línea de la vida». La otra cicatriz corría casi paralela a las líneas del corazón y de la cabeza.

—

Unas cicatrices de aspecto inocente, en las que nadie reparaba apenas, a menos que supiera qué significaban.

Darby y Twist se disponían a marcharse, y Hugh se incorporó para hacer el comentario de rigor. Sus palabras llevaron un leve sonrojo de orgullo y satisfacción a las pálidas mejillas del muchacho. Éste ya se sostenía con más firmeza. Unos tragos de cerveza, unos alardes sobre su hazaña y volvería a sentirse muy ufano de sí mismo. Por la noche, cuando el dolor lo despertara de sus sueños febriles, pensaría de otra manera.

El Anciano apareció en el umbral de la sala como si acudiera a una orden, aunque Ciang no había reclamado su presencia. El viejo había asistido muchas veces a aquel rito y conocía su duración al segundo.

—Conduce a nuestros hermanos a sus aposentos —le ordenó Ciang.

El Anciano hizo una reverencia y miró a la elfa.

— ¿Necesitáis algo tú y tu invitado? —inquirió.

—No, gracias, amigo mío —respondió Ciang con afabilidad—. Yo me ocuparé de todo.

Con una nueva reverencia, el Anciano escoltó a los dos miembros de la Hermandad pasillo adelante.

Hugh, tenso, se revolvió en su asiento disponiéndose para enfrentarse a aquellos ojos sabios y penetrantes.

Pero no estaba preparado para lo que oyó.

—Así pues, Hugh *la Mano* —comentó Ciang en tono amigable—, has vuelto a nosotros de entre los muertos...

—

CAPÍTULO

SKURVASH, ISLAS VOLKARAN REINO MEDIO

Pasmado ante el comentario, Hugh contempló a Ciang con mudo desconcierto.

Su semblante parecía tan perturbado y sombrío que esta vez le tocó a Ciang contemplarlo con asombro.

— ¿Bien, qué sucede, Hugh? Cualquiera diría que he descubierto la verdad.

Pero no estoy hablando con ningún fantasma, ¿verdad? Eres de carne y hueso... —

Alargó la mano y cerró los dedos en torno a los de él.

Hugh volvió a respirar cuando comprendió que la elfa había hecho el comentario en abstracto, refiriéndose a su larga ausencia de Skurvash. Mantuvo la mano relajada bajo sus dedos, ensayó una risa y murmuró una explicación respecto a que su último trabajo lo había puesto demasiado cerca de la muerte como para poder tomárselo a broma.

—Sí, eso es lo que he oído —dijo Ciang, estudiándolo con detenimiento mientras despertaban en su mente nuevos pensamientos.

Hugh vio, por la expresión de la elfa, que se había delatado. Ciang era demasiado astuta, demasiado sensible para no haber advertido su insólita reacción.

Aguardó sus preguntas, nervioso, y se sintió aliviado, aunque algo decepcionado, al advertir que no llegaban.

—Esas son las consecuencias de viajar al Reino Superior —comentó ella—. De tratar con misteriarcas... y otras gentes poderosas. —Se incorporó—. Te serviré el vino. Luego hablaremos.

Hugh la observó dirigirse lentamente hacia el aparador, sobre el cual había una preciosa botella de cristal y dos copas. «Y otras gentes poderosas.» ¿A qué se referiría? ¿Era posible que la elfa conociera la existencia del sartán, o la del hombre de la piel tatuada de azul? Y, si sabía algo de ellos, ¿qué era?

Probablemente, más de lo que él conocía, se dijo.

Ciang caminaba con paso lento, una concesión a la edad, pero su porte y dignidad producían la impresión de que era voluntad suya mover los pies con aquella calma, y no exigencia de sus muchos años. Hugh se abstuvo de ayudarla, consciente de que ella habría tomado su ofrecimiento como una afrenta. Ciang siempre servía personalmente a sus invitados, una costumbre que se remontaba a los inicios de la nobleza elfa, cuando los reyes servían el vino a sus nobles. La

—

costumbre había sido abandonada hacía tiempo por la realeza elfa moderna, aunque se decía que había sido recuperada por Reesh'ahn, el príncipe rebelde. Ciang escanció el vino en las copas, colocó éstas en una bandejita de plata y cruzó la sala con ellas hasta Hugh.

No derramó una sola gota.

Ofreció la bandeja al hombre, quien le dio las gracias, tomó una de las copas y la sostuvo ante sí hasta que ella hubo tomado asiento otra vez. Cuando Ciang levantó su copa, Hugh se puso en pie, brindó a la salud de la elfa y dio un largo sorbo.

Ciang se incorporó y, con una airosa reverencia, brindó a la salud de Hugh y se llevó la copa a los labios. Cuando la ceremonia hubo terminado, los dos ocuparon de nuevo sus asientos. Ahora, Hugh era libre de servirse más vino o de llenar la copa de Ciang, si ella lo pedía.

—Resultaste gravemente herido —murmuró ella.

—Sí. —Hugh rehuyó su mirada y fijó los ojos en el vino, del mismo color que la sangre del joven Darby, ya seca sobre la mesa.

—Y no volviste aquí. —Ciang dejó la copa—. Era tu derecho.

—Lo sé. Estaba avergonzado. —Levantó la mirada, sombría y ceñuda—. Había fracasado. No había cumplido el contrato.

—Nosotros habríamos comprendido. Ha sucedido a otros, en ocasiones...

— ¡A mí, no! —replicó Hugh con un gesto brusco, enérgico, que casi derramó el contenido de la copa. Lo impidió en último extremo, miró a Ciang y murmuró una disculpa.

La elfa lo miró fijamente.

—Y ahora —dijo tras una breve pausa— has sido llamado a rendir cuentas.

—He sido llamado a cumplir el contrato.

—Y eso está en conflicto con tus deseos. La mujer que has traído contigo, la misteriarca...

Hugh se sonrojó y tomó otro sorbo de vino, no porque le apeteciera sino porque le proporcionaba una excusa para evitar los ojos de Ciang, en cuya voz captó —o eso le pareció— una nota de rechazo.

—No tenía intención de ocultarte su identidad, Ciang —respondió—. Era sólo que esos estúpidos de la ciudad... No quería problemas con ellos. Esa mujer es mi cliente.

Escuchó un crujido de fina seda y adivinó que Ciang sonreía, al tiempo que encogía los hombros. Captó en su gesto unas palabras mudas: «Engáñate a ti mismo, si tienes que hacerlo. Pero no me mientas a mí».

—Muy astuto —fue su única respuesta en voz alta—. ¿Y dónde está el problema?

—El anterior contrato está en conflicto con otro trabajo.

— ¿Y qué vas a hacer para conciliar la situación, Hugh *la Mano*?

—No lo sé —repuso Hugh mientras hacía girar la copa vacía por el pie, admirando los reflejos de la luz en las piedras preciosas de la base.

Ciang emitió un suave suspiro, y sus dedos iniciaron un ligero tamborileo sobre la mesa.

—Ya que no pides consejo, no te daré ninguno. Sin embargo, te recuerdo las palabras que acabas de oír pronunciar a ese joven. Reflexiona sobre ellas. Un contrato es sagrado.

—
. Véase el Apéndice I, Sobre la Hermandad.

Si lo violas, no tendremos más remedio que considerar que has quebrantado tu fe en nosotros. Y el castigo será ejecutado, aunque se trate de ti, Hugh *la Mano*.

—Lo sé —respondió él, y por fin pudo dirigir la mirada hacia ella.

—Muy bien. —Con una enérgica palmada, la elfa pareció quitarse de encima la inquietud—. Has venido aquí por negocios. ¿En qué puedo ayudarte?

Hugh se puso en pie, anduvo hasta el aparador, se sirvió otra copa de vino y la engulló de un trago sin detenerse a apreciar su excelente sabor. Si no daba muerte a Bane, no sólo estaba perdido su honor, sino también su vida. Pero matar al niño era matar a la madre, al menos en lo que se refería a Hugh.

Recordó aquellos momentos en que Iridal había dormido en sus brazos, confiada. Ella lo había acompañado allí, a aquel lugar terrible, confiando en él, movida por una fe en algo que había dentro de él. Creyendo en su honor y en su amor por ella. Él le había entregado ambas cosas, se las había donado, al dar su vida. Y, en la muerte, las había visto devueltas por centuplicado.

Y, luego, había sido arrebatado a la muerte. Y el honor y el amor habían muerto, aunque él vivía. Una paradoja extraña y terrible. Tal vez pudiera encontrarlos de nuevo en la muerte, pero no si cometía aquel acto tan terrible. Pero sabía que, si no lo hacía, si quebrantaba el juramento a la Hermandad, ésta lo perseguiría. Y él tendría que enfrentarse a ella por instinto. Y nunca encontraría lo que había perdido. Y cometería un crimen espantoso tras otro, hasta que la oscuridad lo envolviera por completo y para siempre.

Sería mejor para todos, pensó, si le pedía a Ciane que empuñara la daga de la caja y le atravesara el corazón con ella.

—Necesito pasaje —dijo de improviso, volviéndose a mirarla—. Pasaje a tierras elfas. E información. Toda la que puedas darme.

—El pasaje no es problema, como bien sabes —respondió Ciang. Si le había molestado el largo silencio de Hugh, no dio la menor muestra de ello—. ¿Qué me dices del disfraz? Tú tienes tus sistemas para ocultarte en tierras enemigas, pues ya has viajado otras veces a Aristagón y nunca te han descubierto. Sin embargo, ¿servirá ese mismo disfraz para tu acompañante?

—Sí —respondió Hugh, lacónico.

Ciang no insistió. Los métodos de un miembro de la Hermandad eran asunto suyo.

—¿Adonde tienes que ir? —Ciang tomó una pluma de escribir y acercó una hoja de papel.

—A Paxaria.

Ciang mojó el cálamo en la tinta y esperó a que Hugh fuera más concreto.

—Al Imperanon —dijo al fin.

Ciang apretó los labios y devolvió la pluma al tintero. Miró fijamente a Hugh y le preguntó:

—¿Ese asunto tuyo te lleva ahí, al castillo del emperador?

—En efecto, Ciang. —Hugh sacó la pipa, se la llevó a la boca y dio unas chupadas, pensativo y melancólico.

—Puedes fumar —dijo Ciang, señalando el fuego del hogar con un gesto de la cabeza—. Si abres la ventana.

—

Hugh alzó ligeramente el ventanuco de cristal emplomado. Llenó la pipa de

esterego, la encendió con una brasa de la chimenea y aspiró el humo acre con delectación, llenándose los pulmones de él.

—Lo que te propones no será sencillo —continuó Ciang—. Puedo proporcionarte un mapa detallado del palacio y de sus contornos. También tenemos a alguien dentro que puede ayudarte por un precio. Pero entrar en la plaza fuerte elfa... —Ciang se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Entrar no me preocupa —respondió Hugh en tono lúgubre—. Lo que no veo es cómo salir... con vida.

El hombre se volvió, y desanduvo sus pasos hasta la silla junto al escritorio. Ahora que estaban tratando asuntos concretos, con la pipa en las manos y el esterego mezclándose agradablemente con el vino en su sangre, Hugh logró olvidar por un rato los terrores que lo acosaban.

—Tienes un plan, por supuesto —dijo la elfa—. De lo contrario no habrías venido de tan lejos.

—Sólo un esbozo —repuso él—. Por eso necesito información. Cualquier cosa, por pequeña o irrelevante que parezca, puede ayudarme. ¿Cuál es la situación política del emperador?

—Desesperada —le confió Ciang, echándose hacia atrás en su asiento—.

Bueno, la vida no ha cambiado en el Imperanon. Sigue habiendo fiestas, alegría y diversión cada noche. Pero es la alegría que da el vino, no la que surge del corazón, como dice el refrán. Agah'ran teme que se produzca la alianza entre Reesh'ahn y Stephen. Si se establece el pacto, el imperio de Tribus está acabado y Agah'ran lo sabe.

Hugh dio unas chupadas a la pipa con un gruñido. Ciang lo observó con ojos lánguidos, de párpados entrecerrados.

—Esto tiene que ver con el hijo de Stephen, que no es, según dicen, hijo suyo.

Sí, he oído que el muchacho está en manos del emperador. Tranquilízate, amigo mío. No pregunto nada. Empiezo a ver con demasiada claridad el lío en que estás metido.

—¿De qué lado está la Hermandad, en todo esto?

—Del nuestro, naturalmente —respondió Ciang con un encogimiento de hombros—. La guerra ha sido provechosa para nosotros, para Skurvash. La paz significaría el fin del contrabando. Pero no me cabe duda de que surgirían nuevas oportunidades comerciales. Sí; mientras siga habiendo codicia, odio, lujuria y ambición en el mundo (en otras palabras, mientras siga existiendo la humanidad en este mundo), seguiremos prosperando.

—Me sorprende que nadie nos haya contratado para dar muerte a Reesh'ahn.

—Lo han hecho, puedes estar seguro. Un sujeto notable, ese príncipe. —Ciang suspiró y su mirada se perdió en el vacío—. No me importa reconocerlo ante ti, Hugh *la Mano*: es el hombre que me habría gustado conocer cuando era joven y atractiva. Incluso ahora... Pero esto no va a suceder.

La elfa suspiró otra vez y volvió al presente, al tema que estaban tratando.

—Hemos perdido dos buenos hombres y una mujer en ese empeño. Según algunas informaciones, a Reesh'ahn lo puso sobre aviso esa maga que siempre está con él, la humana conocida como Cornejalondra. ¿No te interesaría hacerte cargo de este trabajo tú mismo, amigo mío? La cabeza de Reeshahn tiene que valer un buen precio.

—

— ¡Que los antepasados no lo permitan! —Replicó Hugh con rotundidad—. Ni por toda el agua del mundo aceptaría ese encargo.

—Sí, eres muy prudente. En mi juventud, habríamos dicho que Krenka-Anris lo protege.

Ciang se sumió en el silencio y volvió a entornar los ojos mientras, sin darse cuenta de lo que hacía, uno de sus dedos trazaba un círculo en la sangre de la madera pulimentada. Hugh se disponía a marcharse, creyendo que la anciana elfa estaba cansada, cuando ella abrió los ojos y los clavó en él.

—Tengo una información que puede ayudarte. Es algo extraño, sólo un rumor. Pero, si es cierta, ¡qué gran portento!

— ¿De qué se trata?

—Según dicen, los kenkari han dejado de aceptar almas.

Hugh se quitó la pipa de los labios y entrecerró los ojos.

— ¿Por qué?

Ciang sonrió e hizo un leve gesto.

—Han descubierto que a las almas que les estaban llevando a la Catedral del Albedo aún no les había llegado su hora. Habían sido enviadas a él por decreto imperial.

Hugh tardó un momento en comprender la indirecta.

— ¿Asesinato? —Miró a su interlocutora y sacudió la cabeza—. ¿Agah'ran se ha vuelto loco?

—No. Está desesperado. Y, si es verdad eso, entonces también es un estúpido.

Las almas de los asesinados no lo ayudarán en su causa, pues dedican todas sus energías a clamar justicia. La magia del Albedo está marchitándose, lo cual es otra de las causas de que el poder de Reesh'ahn siga creciendo.

—Pero los kenkari están del lado del emperador.

—De momento. Pero esos monjes ya han cambiado de aliados en otras ocasiones; podrían volver a hacerlo.

Hugh permaneció sentado, pensativo.

Ciang no dijo nada más y dejó que Hugh reflexionara. Tomó de nuevo la pluma, escribió unas líneas en el papel con mano firme y una letra rotunda que parecía más humana que elfa. Esperó a que la tinta se secara y luego enrolló el papel y lo ató con un complicado lazo que la identificaba tanto como su firma en el escrito.

— ¿Te sirve de algo esta información? —inquirió.

—Tal vez —murmuró Hugh. No pretendía mostrarse evasivo; sólo estaba sopesando alguna posibilidad—. Por lo menos, me sugiere una idea. Lo que no sé es si llevará a alguna parte...

Se incorporó y se dispuso a marcharse. Ciang lo imitó para escoltarlo hasta la puerta. Cortésmente, Hugh le ofreció su brazo. Ella lo aceptó con expresión grave, pero se cuidó de no apoyarse en él. El hombre acomodó su andar al paso lento de la elfa. Al llegar a la puerta, Ciang le entregó el papel.

—Ve al muelle principal. Entrega esto al capitán de una nave llamada *Dragón de siete ojos*. Tú y tu acompañante seréis admitidos a bordo sin preguntas.

— ¿Una nave elfa?

—Sí. —Ciang sonrió—. Al capitán no le gustará, pero hará lo que le diga. Tiene una deuda conmigo. De todos modos, sería conveniente que llevaras tu disfraz.

— ¿Cuál es su destino?

—

—Paxaua. Confío en que te convendrá.

—Ideal —asintió Hugh—. La ciudad capital.

Estaban en el umbral. El Anciano había regresado de su trabajo anterior y esperaba allí a Hugh, pacientemente.

—Te lo agradezco, Ciang. —De nuevo, Hugh tomó la mano de la mujer y se la llevó a los labios—. Tu ayuda ha sido inestimable.

—Igual que el peligro que corres, Hugh *la Mano* —respondió ella, mirándolo con ojos sombríos y fríos—. Recuerda bien: la Hermandad puede ayudarte a entrar en el Imperanon... quizá. Pero no podemos ayudar a salir. De ninguna manera.

—Lo sé. —Hugh sonrió y la miró con expresión entre curiosa e irónica—. Dime, Ciang, ¿alguna vez tuviste una weesham rondando a tu alrededor a la espera de coger tu alma en una de esas cajitas de los kenkari?

La elfa lo miró con perplejidad.

—Sí, tuve una, en otro tiempo, como todos los elfos de estirpe real. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y qué sucedió, si la pregunta no es demasiado personal?

—Lo es, pero no me importa responder. Un día decidí que mi alma era mía.

Nunca he sido una esclava en vida, y no iba a permitir serlo en la muerte.

—¿Y la weesham? ¿Qué fue de ella?

—Cuando le dije que me dejara, no quiso hacerlo. Entonces, la maté. No tuve más remedio —Ciang se encogió de hombros—. Un veneno suave, de efecto rápido. Había estado a mi lado desde mi nacimiento y era muy leal. Sólo por ese crimen, mi cabeza está puesta a precio en las tierras elfas.

Hugh permaneció en silencio, concentrado, tal vez sin escuchar siquiera la respuesta, aunque había sido él quien había hecho la pregunta.

Ciang, quien de ordinario podía leer la expresión de los hombres con la misma facilidad con que observaba las cicatrices en las palmas de los miembros de la Hermandad, no vio nada en la de Hugh. En aquel momento, casi habría dado crédito a las absurdas historias que corrían sobre él.

Eso, o *la Mano* había perdido su temple, se dijo la elfa, observándolo.

Ciang retiró la mano de su brazo en una sutil indicación de que era hora de marcharse. Hugh dio un respingo, volvió en sí y retomó el asunto que habían tratado.

—Has dicho que en Imperanon había alguien que tal vez me ayudaría.

—Un capitán del ejército elfo. No sé nada de él, salvo los informes. Ese hombre que has visto antes aquí, Twist, me lo recomendó. Su nombre es Sang-drax.

—Sang-Drax... —repitió Hugh, anotándolo en su memoria. Después, alzó la mano diestra con la palma al frente—. Adiós, Ciang. Gracias por el vino... y por la ayuda.

Ciang hizo una leve inclinación de cabeza y entornó los párpados.

—Adiós, Hugh *la Mano*. Ve a buscar a esa mujer tú mismo. Yo tengo que hablar con el Anciano. Ya conoces el camino. El Anciano se reunirá contigo en el vestíbulo principal.

Hugh asintió, dio media vuelta y se alejó.

Ciang lo siguió con los ojos entrecerrados hasta tener la certeza de que nos los oía. Incluso entonces, su voz no fue más que un susurro:

—
. Véase el Apéndice I, Sobre la Hermandad.

—Si vuelve aquí, se lo debe matar.

El Anciano la miró, afligido, pero dio su mudo asentimiento. Él también había visto los indicios.

— ¿Hago circular el cuchillo? —preguntó, desconsolado.

—No —respondió Ciang—. No será necesario. Hugh lleva consigo su propia muerte.

—

CAPÍTULO

EL IMPERANON, ARISTAGÓN REINO MEDIO

La mayoría de los elfos no cree en la existencia de las temidas mazmorras de la Invisible, la guardia personal del emperador. La mayoría de los elfos considera las mazmorras poco más que un rumor siniestro, un recurso para amenazar a los niños que se portaban mal. «Si no dejas de pegarle a tu hermanita, Rohana'ie — riñe el padre cargado de paciencia—, esta noche vendrá la Invisible y se te llevará a sus mazmorras. ¿Qué será de ti, entonces?»

Pocos elfos tenían en su vida algún encuentro con la Invisible; de ahí su nombre. La guardia de élite no recorría las calles ni deambulaba por callejones. No acudían a llamar a las puertas durante las horas en que los Señores de la Noche extendían sus mantos. Pero, aunque los elfos no creyeran en las mazmorras, casi todos ellos estaban convencidos de la existencia de la Invisible.

Para los ciudadanos respetuosos de las leyes, tal creencia era reconfortante.

Los delincuentes —ladrones, asesinos y otros inadaptados sociales— simplemente desaparecían de la manera más discreta. Sin líos. Sin molestias. Nada parecido al espectáculo que los elfos asociaban a la extraña costumbre humana de garantizar a los criminales un juicio público que podía terminar dejándolos en libertad (entonces, ¿para qué detenerlos antes?) o en una ejecución en mitad de la plaza del pueblo (¡qué barbarie!).

Los elfos rebeldes afirmaban que las mazmorras existían. Según ellos, la Invisible no era una guardia de élite sino la escuadra de asesinos del propio emperador, y las mazmorras encerraban más presos políticos que ladrones y asesinos.

Entre las familias reales ya había quienes empezaban a pensar, en su fuero interno, que el príncipe Reesh'ann y sus rebeldes tenían razón: el marido que despertaba tras un sueño extrañamente pesado y descubría que su esposa faltaba de la cama; los padres cuyo hijo mayor desaparecía sin dejar rastro en el trayecto de la academia a casa... A quienes se atrevían a hacer indagaciones abiertamente, el jefe del clan se apresuraba a aconsejarles que mantuvieran la boca cerrada.

—

No obstante, la mayoría de los elfos desechara las afirmaciones de los rebeldes o respondía a ellas con un encogimiento de hombros o con el popular proverbio de que si la Invisible buscaba un dragón, seguro que acabaría por encontrarlo.

Con todo, en una cosa tenían razón los rebeldes: las mazmorras de la Invisible existían realmente. Haplo lo sabía, pues estaba en una de ellas.

Situadas a gran profundidad bajo el Imperanon, las mazmorras eran poco más que celdas de detención y no había en ellas nada especialmente terrible. El

encarcelamiento por largos períodos de tiempo era desconocido entre la Invisible. Los elfos a quienes se permitía vivir lo suficiente como para visitar las mazmorras llegaban a ellas por alguna razón concreta, la principal de las cuales era la de estar en posesión de alguna información que interesara a la Invisible. Cuando ésta había obtenido lo que buscaba, como sucedía invariablemente, el prisionero desaparecía. La celda era limpiada y preparada para el siguiente.

Haplo, no obstante, era un caso especial y la mayoría de los miembros de la Invisible no estaba aún segura de por qué. Un capitán, un elfo al que se conocía por el extraño nombre de Sang-Drax, había mostrado un interés casi posesivo por el humano de la piel azul y corría el rumor de que iban a dejar a éste en manos del capitán, para que dispusiera de él.

Ciclo tras ciclo, Haplo permaneció encerrado en una prisión elfa cuyos barrotes de acero habría podido fundir con un gesto. Permaneció en su celda sin hacer nada y preguntándose si se habría vuelto loco.

Sang-Drax no lo había sometido a un hechizo. Las cadenas que ataban a Haplo lo hacían porque el patryn quería. El encarcelamiento era otra jugada de la serpiente elfo para atormentarlo, para tentarlo, para forzarlo a adoptar alguna acción desesperada. Y, convencido de que Sang-Drax deseaba de él que hiciera algo, Haplo había decidido frustrar sus intenciones con la inacción más absoluta. Al menos, eso era lo que estaba haciendo, se decía. Aunque de vez en cuando se preguntaba amargamente si no estaría volviéndose loco.

—Estamos haciendo lo adecuado —aseguró al perro.

El animal yacía en el suelo con el hocico entre las patas y alzó la vista a su amo con aire incrédulo, como si pensara que no estaba tan claro.

—Bane trama algo. Y dudo que ese maldito pequeño trate de defender los intereses del «abuelo». Pero tendré que sorprenderlo *infraganti* para demostrarlo. ¿Para demostrar qué?, preguntaron los tristes ojos del perro. ¿Demostrar a Xar que su confianza en el muchacho estaba injustificada y que sólo debería haberse fiado de ti? ¿Estás celoso de Bane?

Haplo miró al animal con irritación.

— ¡Yo no...!

— ¡Tienes visita! —anunció una voz jovial.

Haplo se puso en tensión. Sang-Drax apareció de la nada y, como de costumbre, se detuvo al otro lado de la puerta de la celda. La puerta era de hierro, con una reja de fuertes barrotes en la mitad superior. Sang-Drax se limitó a mirar a través de la reja. En sus diarias visitas, nunca pedía que se abriera la puerta ni entraba en la celda.

¡Ven a buscarme, patryn! Su presencia, justo fuera de su alcance, era una muda burla para Haplo.

—

« ¿Por qué habría de hacerlo? », deseó gritar Haplo, frustrado e incapaz de afrontar el sentimiento de miedo, de pánico, que crecía en su interior y lo hacía cada vez más más impotente. « ¿Qué quieres que haga? »

Pero se controló, al menos exteriormente, y permaneció sentado en el catre.

Haciendo caso omiso de la serpiente elfo, fijó la mirada en el perro.

El animal gruñó y enseñó los dientes, con el vello del cuello erizado y los belfos levantados para dejar al descubierto sus afilados colmillos, como hacía cada vez que la serpiente elfo estaba al alcance de su vista o de su olfato.

Haplo estuvo tentado de darle orden de atacar. Una serie de signos mágicos podía transformar al animal en un monstruo gigantesco cuyo tamaño reventaría la celda y cuyos dientes podían arrancarle la cabeza a un hombre... o a una serpiente. La poderosa y temible aberración que Haplo podía crear no habría tenido una batalla fácil. La serpiente elfo poseía su propia magia, más poderosa que la de Haplo, pero el perro podía distraer a Sang-Drax el tiempo suficiente para dar a Haplo ocasión de armarse.

El patryn había abandonado su celda una noche, la primera de su llegada, para conseguir armas. Había escogido dos, una daga y una espada de hoja corta, del armero que la Invisible tenía en su sala de guardia. De vuelta en su celda, había pasado el resto de la noche grabando runas de muerte en la hoja de ambas armas, runas que funcionarían muy bien contra los mensch y no tanto contra las serpientes. Ambas armas estaban ocultas en un agujero bajo una piedra que había extraído y vuelto a colocar mediante la magia. Las armas acudirían a su mano tan pronto como las llamara.

Haplo se humedeció los labios. Los signos mágicos de su piel resplandecían, ardientes. El perro gruñó con más fuerza; captaba que las cosas se estaban poniendo serias.

— ¡Qué vergüenza, Haplo! —musitó Sang-Drax—. Quizá me destruyeras, pero, ¿qué ganarías con ello? Nada. ¿Y qué perderías? Todo. Me necesitas, Haplo. Soy tan parte de ti como ese animal. —Dirigió la mirada al perro.

Éste notó que la determinación de Haplo se tambaleaba. Lanzó un gañido, suplicando que le permitiera clavar los dientes en las espinillas de la serpiente elfo, si no le ofrecía nada mejor.

—Deja esas armas donde están. —Sang-Drax fijó la vista en la roca bajo la cual las había ocultado—. Ya les encontrarás utilidad más adelante, como comprobarás. De momento, he venido a traerte información.

Haplo murmuró una maldición y ordenó al perro que se retirara a un rincón.

El animal obedeció a regañadientes, pero antes dio rienda suelta a sus sentimientos; se lanzó hacia la puerta e incorporándose sobre las patas traseras, ladró y gruñó amenazadoramente. Con la cabeza a la altura de los barrotes, enseñó los dientes. Por fin, bajó las patas y se escabulló a su rincón.

—Tener a ese animal es una debilidad —comentó la serpiente elfo—. Me sorprende que tu amo lo permita. Una debilidad por su parte, sin duda.

Haplo volvió la espalda a Sang-Drax, se tumbó en el camastro y se quedó contemplando el techo. No veía ninguna razón para hablar con él acerca del perro ni de su señor; en realidad, no tenía interés en hablar de nada con el falso elfo.

Sang-Drax no se apartó de la puerta e inició lo que denominaba «su informe diario».

—

—He pasado la mañana con el príncipe Bane. El muchacho se encuentra bien y está muy animado. Parece haberme tomado afecto. Se le permite ir y venir a su gusto por el palacio (a excepción de los aposentos imperiales, por supuesto), siempre que yo lo acompañe. Por si te lo estás preguntando, he solicitado y obtenido que me asignaran a esta misión. También me ha tomado afecto un conde elfo llamado Tretar, que goza de la confianza del emperador.

«Respecto a la salud de la enana, me temo que no puedo decir lo mismo. Está fatal.

— ¿No le habrán hecho daño, verdad? —preguntó Haplo, olvidando su decisión de no hablar con la serpiente elfo.

—Claro que no —le aseguró Sang-drax—. Es demasiado valiosa como para que los elfos la maltraten. Tiene una habitación contigua a la de Bane, aunque no se le permite abandonarla. En realidad, el valor de la enana se incrementa por momentos, pronto lo descubrirás. Pero está enferma de nostalgia. Añora su tierra desesperadamente: no duerme, no tiene apetito... Temo que muera de tristeza. Haplo soltó un bufido, colocó las manos debajo de la cabeza y se instaló más cómodamente en el catre. No creía la mitad de lo que estaba escuchando. Jarre era sensata y equilibrada. Probablemente, gran parte de lo que le sucedía era que estaba preocupada por Limbeck. De todos modos, no estaría mal que la sacara de allí, que se la llevara con él, la devolviera a Drevlin y...

— ¡Eso es! ¿Por qué no escapas? —Preguntó Sang-Drax, con su irritante costumbre de entrometerse en los pensamientos de Haplo—. Estaría encantado de ayudarte. No comprendo por qué no lo haces.

—Tal vez porque vosotras, las serpientes, parecéis muy impacientes por libraros de mí.

—No es por eso. Es el muchacho. Bane no querría marcharse y tú no te atreves a dejarlo. No te atreves a marcharte sin él.

—Cosa tuya, sin duda.

Sang-Drax soltó una carcajada.

—Me siento halagado, pero me temo que no puedo adjudicarme el mérito. El razonamiento es sólo suyo. Un muchacho admirable, ese Bane.

Haplo bostezó, cerró los ojos y apretó los dientes. Incluso con los ojos cerrados, seguía viendo la sonrisa de Sang-Drax.

—Los gegis han amenazado con destruir la Tumpa-chumpa —dijo éste.

Haplo se encogió involuntariamente, se maldijo por haberlo hecho y se obligó a permanecer inmóvil, con todos los músculos del cuerpo en tensión.

Sang-Drax continuó hablando en voz baja, de modo que sólo Haplo pudiera oír sus palabras.

—Los elfos, partiendo de la falsa premisa de que los enanos habían puesto fuera de funcionamiento la máquina, han enviado un ultimátum al líder enano... ¿cómo se llama?

Haplo guardó silencio.

—Limbeck, eso es... —Sang-Drax respondió a su propia pregunta—. Extraño nombre, para un enano. No hay manera de que se me quede. Los elfos han comunicado a ese Limbeck que vuelva a poner en marcha la Tumpa-chumpa, o le devolverán a su amiguita suya cortada en pedazos.

»Los enanos, sumidos en el mismo error de creer que eran sus enemigos los causantes del cese de operaciones de la máquina, quedaron comprensiblemente

—

perplejos ante el ultimátum pero en último término, gracias a ciertos indicios que les hemos hecho llegar, han llegado a la conclusión de que la amenaza es un truco, una especie de sutil ardid de los elfos contra ellos.

»La respuesta de Limbeck (la cual, por cierto, he sabido por el conde Tretar) es ésta: si los elfos le tocan un pelo a Jarre, los gegis destruirán la Tumpa-chumpa.

¡Destruir la Tumpa-chumpa! —Repitió la serpiente elfo—. Y supongo que serían capaces de nacerlo. ¿Tú, no?

Sí. Haplo estaba convencido de que lo serían. Los enanos habían trabajado en la máquina durante generaciones, y la habían mantenido en funcionamiento incluso después de que los sartán la abandonaran. Los enanos mantenían vivo el cuerpo. Seguro que podían hacerlo morir.

—Sí, desde luego que podrían —asintió Sang-Drax en tono relajado—. Casi puedo verlo: los gegs dejan que aumente la presión en las calderas, permiten que la electricidad quede fuera de control. Muchos componentes de la máquina estallarían, liberando una enorme fuerza destructiva. Sin proponérselo, los enanos podrían causar la destrucción del continente entero de Drevlin, por no hablar de la propia máquina. Y, si eso sucede, adiós a los planes del Señor del Nexo para conquistar los cuatro mundos.

La serpiente elfo soltó una carcajada antes de continuar:

—Todo esto me resulta muy divertido. Lo más irónico es que ni los elfos ni los enanos podrían poner en marcha la condenada máquina, aunque quisieran. Sí; he hecho algunas investigaciones, basadas en lo que Jarre me contó a bordo de la nave. Hasta entonces había creído, como los elfos, que los enanos la habían puesto fuera de funcionamiento. Pero no es así. Tú descubriste la causa: la apertura de la Puerta de la Muerte. Ésa es la clave, ¿verdad? Todavía no sabemos el modo ni la razón pero, para ser sincero, eso nos importa poco a nosotras, las serpientes.

»Verás, patryn, se me ha ocurrido que la destrucción de la Tumpa-chumpa quizá sumergiría en el caos no sólo este mundo, sino también los otros.

» ¿Que por qué no la destruimos nosotras mismas, preguntas?

«Podríamos hacerlo. Tal vez lo hagamos. Pero preferimos dejar la destrucción a los enanos para alimentarnos de su rabia, de su furia, de su terror. De momento, patryn, la intensidad de sus sentimientos de desamparo y de temor, de frustración y de cólera, nos ha dado alimento para un ciclo entero, por lo menos. Haplo permaneció tendido, inmóvil. Los músculos de la mandíbula empezaban a dolerle de la tensión de tenerlas encajadas.

Sang-Drax continuó informándole:

—Limbeck ha dado a los elfos dos ciclos para decidir. Te haré saber cuál es la decisión. Bien, lamento dejarte pero el deber me reclama. He prometido a Bane enseñarle a jugar a tabas rúnicas.

Haplo escuchó los pasos ligeros de la serpiente elfo alejarse por el pasadizo, detenerse y volver atrás.

—Me cebo con tu miedo, patryn.

—*Un monstruo enviado por Krenka—Anris para poner a prueba el valor y la pericia de Mnarash'ai, la legendaria guerrera elfa. En cada uno de los ojos del dragón, Mnarash'ai contempló siete muertes. Tuvo que vencer el miedo a cada una de ellas antes de poder, finalmente, dar muerte al dragón.*

CAPÍTULO

PAXAUA, ARISTAGÓN REINO MEDIO

La nave elfa, el *Dragón de siete ojos*, así llamada en alusión a un monstruo legendario del folklore elfo, realizó un aterrizaje seguro, si bien algo pesado, en Paxaua. La embarcación iba cargada hasta los topes. El tiempo durante la travesía no había sido bueno, con lluvias, viento y niebla desde que habían zarpado, y llegaban a puerto con un ciclo de retraso. La tripulación estaba irritada y picajosa y los pasajeros —abrigados hasta los ojos contra el frío— tenían un aspecto ligeramente enfermizo. Los esclavos humanos de la bodega, cuyos músculos

proporcionaba la energía que propulsaba las alas gigantescas, se derrumbaron sobre sus cadenas, demasiado agotados como para emprender la marcha a los barracones carcelarios donde permanecerían hasta el siguiente viaje.

Un funcionario de aduanas salió de su cálida oficina en tierra y subió la pasarela con aire aburrido. Pisándole los talones en su prisa por subir a bordo, lo acompañaba un excitado mercader paxaria. El elfo había invertido una fortuna considerable en un cargamento de fruta de bua para su venta inmediata y estaba seguro de que el retraso y la humedad habrían podrido la mercancía.

El capitán de la nave salió al encuentro del aduanero.

— ¿Algo de contrabando, capitán? —inquirió el funcionario sin gran interés.

—Claro que no, excelencia —respondió el capitán con una sonrisa y una pequeña reverencia—. ¿Quieres examinar el registro de carga? —propuso, indicando su cabina.

—Sí, gracias —aceptó el aduanero, ceremonioso.

Los dos abandonaron la cubierta y se encerraron en el camarote.

— ¡Mi fruta! ¡Quiero mi fruta! —parloteó el mercader, apretando el paso por la cubierta con aire agitado. Tropezó con los cabos y faltó poco para que cayera de cabeza por una escotilla abierta.

Uno de los tripulantes se ocupó del individuo y lo condujo hasta el contraataque, quien estaba acostumbrado a tratar aquellos temas.

— ¡Quiero mi fruta! —exclamó el comerciante entre jadeos.

—

—Lo siento, señor —se disculpó el contraataque con un cortés saludo—, pero no podemos descargar hasta que tengamos la autorización de la aduana.

— ¿Cuánto tardará en llegar? —inquirió el mercader con zozobra.

El contraataque dirigió una mirada a la cabina del capitán. Unos tres vasos de vino, podría haber respondido.

—Puedo asegurarte, señor... —empezó a decir.

El mercader olfateó el aire.

— ¡La fruta! ¡Se ha estropeado, puedo olerlo!

—Ese hedor es el de los galeotes, señor —replicó el contraataque con expresión grave.

—Permíteme ver la carga, al menos —suplicó el comerciante, al tiempo que sacaba un pañuelo y se secaba el sudor del rostro.

El contraataque, tras reflexionar, accedió a ello y lo escoltó a través de la cubierta hacia la escalerilla que conducía a la bodega. Pasaron junto a los pasajeros que, apoyados en la barandilla, saludaban a los parientes y amigos que habían acudido a recibirlos. Tampoco ellos podrían abandonar la embarcación hasta haber sido interrogados, y controlados sus equipajes.

—El precio de la fruta de bua en el mercado es el más alto que he visto nunca —explicó el mercader, que avanzaba torpemente tras los pasos del contraataque, tropezando con los extremos de los cabos y sorteando toneles de vino—. Es a causa de los abordajes corsarios, por supuesto. Éste será el primer cargamento de fruta de bua que llega al puerto en doce ciclos. Voy a hacer un negocio magnífico... si no se ha podrido, ¡la Sagrada Madre no lo quiera!

De pronto, alarmado, el mercader alargó la mano para asir al contraataque, con tal torpeza que estuvo a punto de mandarlo por la borda. Increíble y sobresaltado, exclamó:

— ¡Humanos!

El contraamaestre, al ver el semblante pálido y los ojos desorbitados del individuo, llevó la mano a la espada y escrutó el cielo en busca de dragones, seguro de que debía de haber un ejército de tales criaturas, por lo menos. Al comprobar que no había más amenaza que la de otra tormenta en el cielo deprimente cubierto de nubes, dirigió una mirada ceñuda al mercader. Éste continuó señalando con mano temblorosa.

Efectivamente, había descubierto unos humanos. Dos de ellos. Eran dos pasajeros y permanecían aparte de todos los demás. Los humanos iban vestidos con largas sotanas negras y llevaban la cabeza cubierta con sendas capuchas; uno de los dos, el más bajo, ocultaba por completo sus facciones bajo la tela pero, a pesar de no poder verles el rostro, el mercader no tenía ninguna duda en reconocerlos como humanos. Ningún elfo poseía unos hombros tan anchos y musculosos como los del más alto, y nadie salvo un humano vestiría ropas de un tejido tan áspero y de un color tan nefasto como el negro. Todos los que iban a bordo de la nave, incluso los esclavos humanos, evitaban la proximidad de la pareja.

El contraamaestre envainó la espada con gesto de gran irritación.

—Por aquí, señor —indicó al comerciante, instando al boquiabierto elfo a continuar la marcha.

—Pero..., pero ¡si andan libremente por la nave!

—Sí, señor.

—

El comerciante, que seguía con la mirada fija en los humanos, presa de una horrorizada fascinación, avanzó con paso inseguro hasta la escotilla abierta.

—Ya hemos llegado, señor. Cuidado con los escalones. Podrías caerte y romperte el cuello —dijo el contraamaestre, alzando la vista al cielo como si pidiera que lo librara de la tentación.

—¿No deberían estar encadenados? ¿Llevar grilletes, o algo así? —inquirió el mercader mientras iniciaba con cautela el descenso de la escalerilla.

—Probablemente, señor —contestó el contraamaestre, disponiéndose a seguirlo—. Pero no nos está permitido.

—¡No os está permitido! —El elfo se detuvo y añadió en tono indignado—: ¡Jamás había oído nada igual! ¿Y quién os lo prohíbe, si puede saberse?

—Los kenkari, señor —le informó el contraamaestre, impertérrito, y tuvo la satisfacción de ver palidecer a su interlocutor.

—¡Por la Sagrada Madre! —Volvió a jurar el comerciante, pero esta vez con más fervor—. ¿Y cuál es la razón? —Preguntó en un susurro—. Si no es un secreto, por supuesto.

—Claro que no. Esos dos son lo que los humanos llaman «monjes de la muerte». Acuden a la catedral en santa peregrinación y tienen salvoconducto para acudir aquí y regresar, mientras no hablen con nadie.

—Monjes de la muerte... Bien, yo nunca... —musitó el elfo y reemprendió el descenso hasta la bodega, donde encontró la fruta en perfecto estado y sólo ligeramente zarandeada tras la dura travesía.

El funcionario de aduanas emergió del camarote del capitán secándose los labios, con las mejillas de un tono más sonrosado que cuando había entrado. En las cercanías del bolsillo del pecho llevaba ahora un visible bulto que no estaba allí

a su llegada y, en su rostro, una expresión de satisfacción había reemplazado la mueca de aburrimiento que mostraba al abordar la nave. El aduanero volvió la atención a los pasajeros, que esperaban con impaciencia el permiso para desembarcar.

—Monjes kir, ¿eh? —Una sombra le cruzó el rostro.

—Sí, excelencia —respondió el capitán—. Subieron a bordo en Suthnas.

—¿Han causado algún problema?

—No, excelencia. Tenían un camarote para ellos. Es la primera vez que salen de él. Los kenkari han decretado que debíamos dejarles paso libre —recordó el capitán al funcionario, que aún mostraba el entrecejo fruncido—. Sus personas son sagradas.

—Sí, y también tus beneficios —añadió el aduanero con aspereza—. Sin duda, les habrás cobrado seis veces el precio del pasaje.

—Uno tiene que ganarse la vida, excelencia —fue la vaga respuesta del capitán, mientras encogía los hombros.

El aduanero imitó el gesto. Al fin y al cabo, él ya tenía su parte.

—Supongo que tendré que hacerles unas cuantas preguntas. —El funcionario puso una mueca de disgusto ante la idea y sacó un pañuelo del bolsillo. Luego, con aire dubitativo, añadió—: ¿Es posible hacerlo? Quiero decir, ¿no se ofenderán por ello los kenkari?

—En absoluto, excelencia. Y a los demás pasajeros les parecerá estupendo que lo hagas.

—

El funcionario, aliviado al saber que no estaba a punto de cometer un terrible desliz diplomático, decidió poner término a la desagradable tarea lo antes posible y se aproximó a los monjes, que permanecían apartados de todos los elfos. Al ver que se acercaba, ambos se volvieron hacia él y le dedicaron una silenciosa reverencia. El aduanero se detuvo a un paso de ellos, cubriéndose la nariz y la boca con el pañuelo.

—¿De dónde venir? —les preguntó, utilizando un elfo muy simple.

Los monjes inclinaron la cabeza otra vez, pero no hubo respuesta. El funcionario torció el gesto, pero el capitán se apresuró a cuchichearle:

—Tienen prohibido hablar.

—¡Ah, es cierto! —El aduanero reflexionó un momento—. Vosotros hablar a mí —dijo a continuación, señalándose el pecho—. Yo, jefe.

—Procedemos de Exilio de Pitrin, excelencia —respondió el más alto de los monjes, con una nueva reverencia.

—¿Adonde ir? —insistió el funcionario, fingiendo no haber advertido que el humano había hablado en un elfo excelente.

—Estamos realizando una peregrinación sagrada a la Catedral del Albedo, excelencia —contestó el mismo monje.

—¿Qué llevar en el saco? —preguntó el elfo mientras dirigía una severa mirada a los macutos que llevaban los humanos.

—Objetos que nuestros hermanos nos han pedido; hierbas, pócimas y cosas así. ¿Quieres inspeccionarlas? —preguntó el monje humildemente, al tiempo que abría uno de los sacos.

Un hedor repulsivo emanó de él. El aduanero no quiso ni imaginar qué podía haber allí dentro. Boqueó, apretó el pañuelo con más fuerza contra los labios y

sacudió la cabeza.

— ¡Cierra el condenado talego o nos emponzoñarás a todos! Y ese amigo tuyo, ¿por qué no dice algo?

—No tiene labios, excelencia, y ha perdido una parte de la lengua. Un accidente terrible. ¿Quieres ver cómo quedó?

El aduanero retrocedió, horrorizado, y advirtió por primera vez que el otro monje llevaba las manos cubiertas con guantes negros y que sus dedos parecían retorcidos y deformes.

—Desde luego que no. Los humanos ya sois bastante feos normalmente — murmuró, aunque esto último lo dijo para su bigote. No era prudente ofender a los kenkari que, por alguna razón misteriosa, habían establecido vínculos con aquellos siniestros necrófilos.

—Poneos en marcha, pues. Tenéis cinco ciclos para cumplir vuestra peregrinación. Recoged vuestros documentos en el despacho del puerto. Es ese edificio de la izquierda.

—Sí, excelencia. Gracias, excelencia —respondió el monje con una nueva reverencia.

El kir cogió los dos macutos, se los echó al hombro y ayudó al otro monje a ponerse en marcha con paso lento, arrastrando los pies y con la espalda encorvada. Juntos, descendieron por la pasarela mientras todos los demás, pasajeros, tripulantes y esclavos humanos, se apresuraban a apartarse de ellos. El aduanero se estremeció y comentó al capitán:

—
. Paxaria, uno de los reinos del continente de Aristagón, es la tierra del clan elfo de los paxarias. La ciudad más importante de Paxaria es Paxaua, una localidad portuaria. Unidos actualmente al imperio de los elfos de Tribus, los paxarias mantienen una notoria autonomía en el gobierno de su propio reino. Sin embargo, el monarca paxaria, casado con una de las muchas hijas de Agah'ran, no es más que un títere del emperador.

. Probablemente, una deformación de la palabra «kenkari».

—Me ponen la piel de gallina. Seguro que te alegras de librarte de ellos.

—Desde luego que sí, excelencia —aseguró el marino.

Hugh e Iridal no tuvieron dificultades para obtener los documentos que les permitirían permanecer en el reino de Paxaria durante un período de cinco ciclos, a cuyo término deberían abandonarlo, so pena de ser detenidos. Ni siquiera los kenkari podían proteger a sus hermanos monjes si prolongaban su estancia más allá de aquel plazo.

El vínculo entre las dos sectas religiosas, cuyas razas habían sido enemigas casi desde el principio de Aristagón, se remontaba a Krenka—Anris, la elfa kenkari que descubrió la magia secreta de atrapar el alma de los muertos. En aquella época, poco después de que los mensch fueran trasladados del Reino Superior, todavía vivían humanos en Aristagón y, si bien las relaciones entre ambas razas empeoraban rápidamente, algunos elfos y humanos aún mantenían amistad y contacto.

Entre estos últimos había un mago humano que había tratado a Krenka—Anris durante muchos años. Los humanos habían oído hablar de la nueva magia elfa capaz de recoger el alma de sus muertos, pero habían sido incapaces de descubrir el secreto, que los kenkari guardaban como un don sagrado. Un día, ese mago —un humano sabio y benévolo— se presentó ante Krenka—Anris para

suplicarle ayuda. Su esposa estaba agonizando, explicó, y no podía soportar la idea de perderla. Por eso había acudido a pedir a la kenkari que salvara el alma de la mujer, ya que no podía hacer nada por su cuerpo.

Krenka—Anris se compadeció de su amigo, viajó con él e intentó capturar el alma de la moribunda, pero la magia kenkari no producía efecto en los humanos. La mujer murió y su alma escapó. El marido, desesperado de pena, se obsesionó con lograr la captura de las almas humanas. Para ello viajó a las islas de Aristagón y, con el tiempo, a toda la parte habitada del Reino Medio, visitando los lechos de muerte, deambulando entre los apestados, aguardando en las proximidades de cada batalla, sin dejar de ensayar diversos métodos para capturar el alma de los moribundos. Pero todo fue en vano.

Durante sus viajes fue sumando seguidores y estos humanos continuaron su trabajo una vez que el propio mago hubo muerto y su propia alma se hubo escapado, pese a los esfuerzos de estos seguidores por retenerla. Los adeptos al mago, que se llamaron a sí mismos «kir», intentaron proseguir su búsqueda de la magia que capturaba las almas pero, debido a su costumbre de presentarse en las casas al mismo tiempo que la muerte, empezaron a hacerse cada vez más impopulares entre el pueblo. Corría la voz de que los kir llevaban la muerte con ellos, y a menudo eran agredidos físicamente y expulsados de sus casas y de sus pueblos.

Entonces, los kir se agruparon para autoprotegerse, y se refugiaron en los rincones más aislados del Reino Medio. Su búsqueda del método para capturar las almas tomó un camino más oscuro. No habiendo tenido suerte con los vivos, los kir empezaron a estudiar a los muertos, con la esperanza de descubrir qué sucedía

—

con el alma una vez que ésta había abandonado el cuerpo. Así pues, se concentraron en la búsqueda de cadáveres y, en particular, de aquellos que los vivos abandonaban.

Los kir mantuvieron aquella actitud reservada, evitando en lo posible el contacto con desconocidos y concentrando su interés mucho más en los muertos que en los vivos. Aunque todavía eran mirados con aversión, ya no producían miedo y, con el tiempo, volvieron a ser aceptados como miembros de la sociedad. Finalmente, abandonaron la búsqueda de la magia para atrapar las almas y pasaron —en un proceso que parece bastante natural— a adorar la muerte. Y, aunque a lo largo de los siglos sus planteamientos de la vida y de la muerte habían divergido mucho y se hallaban muy distantes a aquellas alturas, los monjes kir y los elfos kenkari no habían olvidado nunca que los dos árboles habían surgido de la misma semilla. Los kenkari estaban entre los pocos forasteros a los que se permitía la entrada en los monasterios kir, y los kir eran los únicos humanos que podían obtener salvoconductos para entrar en tierras de elfos.

Hugh, educado por los monjes kir, conocía aquel vínculo y sabía que aquel disfraz le proporcionaba el único medio seguro de moverse entre los elfos. Ya lo había empleado con éxito en anteriores ocasiones y había tenido la precaución de procurarse dos sotanas negras antes de abandonar el monasterio, una para él y la otra para Iridal.

Dado que no se permitía el ingreso de mujeres en la orden, era imprescindible que Iridal mantuviera ocultas las manos y el rostro y que se abstuviera de hablar.

Esto último no representaba una gran dificultad, ya que los monjes kir debían atenerse a la ley que les prohibía hablar con los elfos. Tampoco era probable que éstos quebrantaran dicha prohibición, pues sentían tal desprecio y tal temor supersticioso hacia los monjes de la muerte que Hugh e Iridal podían contar con que su viaje apenas encontraría interferencias.

El escribiente de la oficina del puerto procedió a extenderles los documentos con insultante celeridad y se los arrojó desde una distancia prudente.

— ¿Cómo encontraremos la Catedral del Albedo? —preguntó Hugh en su fluido elfo.

—No entender. —El elfo sacudió la cabeza.

— ¿Cuál es la mejor ruta hacia las montañas, entonces? —insistió Hugh.

—No hablar humano. —El elfo dio media vuelta y se alejó.

Hugh lo miró con furia pero no insistió más. Cogió los papeles, los guardó bajo el cinturón de cuerda que le ceñía la cintura y salió a las calles de la bulliciosa ciudad portuaria de Paxaua.

Desde las profundidades de su embozo, Iridal contempló con asombro y desesperación las incontables hileras de edificios, las calles sinuosas y la multitud que las recorría. La ciudad más populosa de las Volkaran habría cabido fácilmente en el barrio del mercado de Paxaua.

— ¡Jamás había imaginado un lugar tan inmenso y tan lleno de gente! —susurró a Hugh, agarrándolo del brazo y acercándose a él—. ¿Habías estado aquí antes?

—Mi oficio no me había traído nunca tan dentro del territorio elfo —respondió Hugh con una sonrisa siniestra.

—

Iridal contempló con desánimo las numerosas calles de la ciudad, sinuosas, recoletas y laberínticas.

— ¿Cómo vamos a encontrar nuestro camino? ¿No tienes un plano?

—Sólo del propio Imperanon. Lo único que sé es que la catedral está situada en algún lugar de esas montañas —respondió Hugh, señalando una cadena montañosa que se recortaba en el lejano horizonte—. Que yo sepa, nunca se ha hecho un plano de esta ratonera. La mayoría de las calles carece de nombre o, si lo tiene, sólo lo conocen los habitantes. Ya preguntaremos. Tú, continúa caminando. Siguieron el flujo de la multitud y empezaron a recorrer lo que parecía una calle principal.

—Preguntar la dirección va a ser difícil —apuntó Iridal en voz baja, cuando apenas había dado unos pasos—. ¡No se nos acerca nadie! Se limitan a... mirar...

—Ya encontraremos la manera. No temas, no se atreverán a hacernos daño.

Prosiguieron su paseo. Sus túnicas negras destacaban como dos agujeros oscuros en el tapiz viviente de alegres colores que formaba la multitud de elfos que iba y venía, dedicada a sus quehaceres cotidianos. Allí donde aparecían las dos figuras negras, la vida diaria se detenía.

Los elfos dejaban de charlar, de regatear, de reír o de discutir. Dejaban de correr, dejaban de caminar y casi parecían dejar de vivir, a excepción de los ojos, que seguían a la pareja enfundada en negro hasta que ésta desaparecía en la calle siguiente, donde el proceso se repetía desde el principio. Iridal empezó a pensar que llevaba en su mano el silencio y que extendía sus pesados pliegues sobre cada persona y cada objeto ante los que pasaba.

Iridal observó aquellos ojos y vio odio. Pero no a lo que fingía ser —lo cual la sorprendió—, sino a lo que anunciaba: la muerte. La sotana negra era un recordatorio de la condición mortal. Y los elfos, aunque longevos, no vivían eternamente.

Ella y Hugh continuaron andando. Sin rumbo fijo, le pareció a Iridal, aunque seguían viajando en la misma dirección, presumiblemente hacia las montañas, si bien ahora no alcanzaba a distinguirlas, ocultas por los elevados edificios. Por fin, cayó en la cuenta de que Hugh andaba buscando algo. Se percató de que su cabeza encapuchada se volvía a un lado y otro de las estrechas callejas, estudiando las tiendas y los rótulos colocados sobre ellas. De pronto, sin razón aparente, abandonaba una calle para tomar otra que corría paralela a la anterior. Después se detenía, estudiaba dos calles divergentes, escogía una y se encaminaba en aquella dirección.

Iridal se cuidó mucho de preguntarle, convencida de que no iba a tener respuesta, pero empezó a utilizar los ojos para estudiar las tiendas y los rótulos al tiempo que lo hacía él. El bazar de Paxaua estaba dividido por gremios. Los vendedores de tejidos tenían su calle junto a la de los tejedores. Las armerías quedaban a un par de bloques de los tintoreros y los vendedores de fruta parecían extenderse sin fin. Hugh condujo a su acompañante por una calle repleta de perfumerías cuyos vapores aromáticos dejaron a Iridal sin aliento. Un giro a la izquierda los llevó hasta los herboristas.

Hugh dio muestras de estar acercándose a su objetivo, pues apretó el paso y apenas dirigió alguna brevísima mirada a los rótulos colgados sobre las tiendas. Pronto dejaron atrás las herboristerías principales y continuaron calle abajo, en dirección al distrito central de Paxaua. En aquella parte de la calle, las tiendas

eran más pequeñas y menos limpias. La multitud también era más reducida —lo cual agradeció Iridal— y parecía de clase más pobre.

Hugh miró a su derecha y se inclinó hacia Iridal.

—Te sientes desfallecer —le susurró.

Iridal trastabilló, se agarró a él para mantenerse en pie y le flaquearon las piernas. Hugh la sostuvo y miró en torno a sí.

— ¡Agua! —Exclamó con voz firme—. Pido agua para mi compañero. No se encuentra bien.

Los pocos elfos que había en la calle se esfumaron. Iridal dejó muerto el cuerpo y se derrumbó en los brazos de Hugh. Él la condujo, medio a rastras, hasta un porche bajo un rótulo andrajoso que se balanceaba sobre la puerta de otra tienda de hierbas.

—Descansa aquí —dijo el robusto monje a su compañero, en voz muy alta—. Yo entraré a pedir agua.

Pero antes de separarse de ella, murmuró a Iridal en un susurro:

—Presta atención a todo.

Iridal asintió en silencio y se ajustó la capucha al rostro, aunque se aseguró de no perder campo de visión. Se quedó sentada, sin fuerzas, donde Hugh la había dejado, y empezó a dirigir alarmadas miradas arriba y abajo de la calle. Hasta aquel momento no se le había pasado por la cabeza la idea de que alguien pudiera seguirlos. Tal cosa parecía ridícula, cuando hasta el último elfo de Paxaua debía de estar ya al corriente de su presencia y también de su destino, puesto que no

habían hecho un secreto de ese dato.

Hugh entró en la tienda y dejó la puerta abierta tras él. Iridal, por el rabillo del ojo, lo vio acercarse a un mostrador, tras el cual había una sucesión de estanterías abarrotadas de frascos de todas las formas, colores y tamaños, que contenían una asombrosa diversidad de plantas, polvos y pócimas.

La magia de los elfos tiende a ser de naturaleza mecánica (relacionada con las máquinas e ingenios) o espiritual (los kenkari). Los elfos no creen en eso de mezclar una pizca de esta hierba con una cucharada de esos polvos, salvo en su uso curativo. Y las pociones curativas no eran consideradas mágicas, sino sólo prácticas. El elfo del otro lado del mostrador era un herbolario, autorizado a dispensar ungüentos para curar furúnculos, ampollas o rozaduras y a preparar brebajes para aliviar la tos, el insomnio y los desmayos inesperados. Y, probablemente, también vendía alguno que otro filtro amoroso, que facilitaba a escondidas.

Iridal no logró imaginar qué buscaba allí Hugh. Tenía la razonable certeza de que no era agua.

El elfo de detrás del mostrador no pareció nada contento de verlo.

—No me gusta tu raza. Vete —dijo, agitando la mano.

Hugh alzó su diestra y le mostró la palma con los dedos juntos, como si le dirigiera un saludo.

—Mi compañero no se encuentra bien. Deseo un cuenco de agua. Y nos hemos perdido: necesitamos que nos orientes. En nombre de los kenkari, no puedes negarte.

El elfo lo observó en silencio y dirigió una mirada furtiva y penetrante hacia la puerta.

—*Traducido, «la Invisible nos está siguiendo».*

— ¡Tú, monje! —Gritó a Iridal con irritación—. No sentarte aquí. Malo para el negocio. Entra. ¡Entra!

Hugh salió para ayudar a Iridal a ponerse en pie y la condujo a la tienda. El elfo cerró de un portazo, se volvió hacia *la Mano* y dijo en voz muy baja:

— ¿Qué necesitas, hermano? Date prisa. No tenemos mucho tiempo.

— ¿Cuál es la ruta más rápida a la Catedral del Albedo?

— ¿Qué? —exclamó el elfo, desconcertado.

Hugh repitió la pregunta.

—Está bien. —El elfo estaba perplejo, pero respondió—: Vuelve a la calle de las espaderías, toma el callejón de los plateros y síguelo hasta el final. Saldrás a una gran avenida conocida como el Camino Real. Da algunas vueltas, pero te llevará a las montañas. El paso de montaña tiene una guarnición numerosa, pero no deberías tener muchos problemas. Esos disfraces son una idea muy astuta. Aunque no te permitirán entrar en el Impera—non. Y supongo que ése es tu destino final.

—Vamos a la catedral. ¿Dónde está?

El elfo movió la cabeza a un lado y otro.

—Sigue mi consejo, hermano. Será mejor que no entres ahí. Los kenkari sabrán que eres un impostor. Y más te vale no buscarte problemas con ellos.

Hugh no respondió, sino que aguardó pacientemente.

El elfo se encogió de hombros.

—Es tu funeral, hermano. El Imperanon está construido en la ladera de la

montaña. La catedral está enfrente, sobre una gran meseta llana. El edificio es una enorme cúpula de cristal que se alza en el centro de un gran patio redondo. La verás desde menkas de distancia. Créeme, no tendrás ningún problema en encontrarla, aunque se me escapa para qué puedas querer ir allí. En fin, es asunto tuyo. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Nos ha llegado el rumor de que los kenkari han dejado de aceptar almas.

¿Es cierto?

El elfo arqueó las cejas. Desde luego, no era la pregunta que esperaba. Dirigió la mirada a la ventana, hacia la calle vacía, y después hacia la puerta para asegurarse de que estaba cerrada. Y, a pesar de todo ello, tuvo la precaución de bajar la voz.

—Es cierto, hermano. La noticia corre por toda la ciudad. Cuando llegues a la catedral, encontrarás cerradas las puertas.

—Gracias por tu ayuda, hermano —dijo Hugh—. Nos marchamos. No queremos causarte problemas. Las paredes se han movido.

Iridal miró a Hugh y se preguntó qué significaría aquello. El elfo, en cambio, pareció entender y asintió.

—Por supuesto. Pero no temas. Más que vigilarte a ti, la Invisible nos controla a nosotros, a su propio pueblo. Observan con quién hablas, dónde te detienes...

—Confío en que no te habremos puesto en dificultades.

—¿Quién soy yo? —El elfo se encogió de hombros—. Nadie. Ésta es mi seguridad. Si fuera alguien, alguien rico o poderoso, entonces sí que podrías ponerme en apuros.

Hugh e Iridal se dispusieron a marcharse.

—Toma, bebe esto. —El elfo ofreció un cuenco de agua a Iridal, que lo aceptó agradecida—. Tienes aspecto de necesitarlo. ¿Estás seguro de que no puedo hacer

—

nada más por ti, hermano? ¿Venenos? Tengo algunos venenos de serpiente excelentes. Perfectos para dar un poco más de efectividad al filo de tu daga...

—No, gracias —dijo *la Mano*.

—Está bien —aceptó el elfo de buena gana. Abrió la puerta y su expresión se volvió ceñuda:

» ¡Y no volváis más, perros humanos! ¡Y decidles a los kenkari que me deben una bendición!

Sacó a los falsos monjes al porche con bruscos empujones y cerró tras ellos de otro portazo. Hugh e Iridal se quedaron en mitad de la calle con un aspecto, confió Iridal, tan desamparado, agotado y desanimado como se sentía por dentro.

—Parece que hemos tomado el camino equivocado —comentó Hugh en la lengua de los humanos. Por si la Invisible acechaba, imaginó Iridal.

De modo que era la guardia de élite elfa quien los seguía. Miró a su alrededor con disimulo y no vio a nadie ni nada sospechoso. Ni siquiera vio moverse las paredes; se preguntó cómo se había dado cuenta Hugh.

—Debemos volver sobre nuestros pasos —le indicó él.

Iridal aceptó el brazo que Hugh le ofrecía y se apoyó en él con el pensamiento puesto en la larga y agotadora distancia que aún les quedaba por cubrir.

—No tenía idea de que tu oficio fuera tan agotador —cuchicheó ella. Hugh la miró con una sonrisa en los labios, una mueca inhabitual en él.

—Me temo que queda una buena distancia hasta las montañas, y no podemos

arriesgarnos a hacer nuevos altos.

—Sí, entiendo.

—A estas alturas, ya debes de echar en falta tu magia, ¿verdad? —comentó él, dándole una palmadita en la mano y sin dejar de sonreír.

—Y tú debes de añorar la pipa...

La mano de Iridal se cerró en torno a la de él y así caminaron un rato en silencio y buena compañía.

—Andabas buscando esa tienda, ¿verdad?

—Ésa en particular, no —respondió Hugh—. Una con cierto signo en la ventana.

Iridal no recordó ningún cartel en el cristal mugriento de la pequeña ventana.

Por fin, cayó en la cuenta de que, efectivamente, había un cartel no muy grande colocado tras el cristal. En él, ahora que lo recordaba, había una imagen toscamente dibujada... de una mano.

La Hermandad se anunciaba abiertamente en las calles, al parecer. Elfos y humanos, enemigos mortales, arriesgaban sus vidas por ayudarse, unidos por un pacto de sangre, de muerte. Algo terrible, desde luego, pero ¿no era aquello, al mismo tiempo, una esperanza de un futuro favorable? ¿No era una indicación de que las dos razas no eran enemigos naturales, como propugnaban algunos en ambos bandos?

—Tenemos que conseguirlo —se dijo Iridal en un susurro—. La posibilidad de la paz está en nuestras manos.

Sin embargo, en aquella tierra extraña, entre aquella cultura ajena, sus esperanzas de encontrar a su hijo y liberarlo se hacían cada vez más sombrías.

—Hugh —murmuró—, sé que no debo hacer preguntas, pero lo que ha dicho el elfo es cierto. Los kenkari sabrán que somos impostores, pero hablas como si

—

realmente pensaras acudir a ellos. No lo entiendo. ¿Qué les dirás? ¿Cómo puedes esperar...?

—Tienes razón, señora mía —replicó Hugh, cortando la pregunta. La sonrisa había desaparecido de sus labios y su tono de voz era amenazador—. No debes hacer preguntas. Ya estamos. Ahí está el camino que buscábamos.

Entraron en una amplia avenida señalada con la corona real del monarca de Paxaria. De nuevo, se vieron rodeados por la multitud y, de nuevo, se encontraron envueltos por el silencio.

En silencio, continuaron la marcha.

—

CAPÍTULO

LA CATEDRAL DEL ALBEDO REINO MEDIO

El Guardián de la Puerta de la Catedral del Albedo tenía una nueva responsabilidad. Hasta entonces había atendido a los weesham que traían las almas de sus pupilos para ser liberadas en el Aviario. Ahora, se veía obligado a rechazarlos.

Entre el perplejo pueblo se había propagado rápidamente la noticia de que la catedral estaba cerrada, aunque no se sabía la causa concreta que había llevado a

los kenkari a hacer tal cosa. Los kenkari eran poderosos, pero ni siquiera ellos se atrevían a acusar abiertamente al emperador de asesinar a sus propios súbditos. Los hechiceros kenkari habían temido un ataque de las tropas del emperador, o una reacción parecida, y se quedaron considerablemente sorprendidos (y aliviados) al observar que no era así.

Sin embargo, para consternación del Guardián, los weesham continuaban cruzando el gran patio. Algunos no se habían enterado de la noticia; otros, aunque informados de que la catedral estaba cerrada, trataban de acceder a ella de todos modos.

— ¡Pero esa ley no puede afectarme a mí! —Reclamaba el weesham—. A todos los demás, quizá, pero el alma que traigo es la de un príncipe...

O de una duquesa, un marqués o un conde. No importaba. Todos eran rechazados. Y el weesham se marchaba desconcertado, sin saber qué hacer y con su cajita sujeta entre sus manos temblorosas.

—Me dan tanta lástima —comentó el Puerta a la Libro. Los dos guardianes conversaban en la capilla—. Los weesham parecen perdidos. Me preguntan adonde deben ir, qué deben hacer. Es su razón de vivir. ¿Qué puedo decirles, salvo que regresen a sus casas y esperen? ¿Esperar, a qué?

—A la señal —respondió la Libro con tono confiado—. Llegará, ya lo verás. Debes tener fe.

—Para ti es fácil decirlo —replicó el Puerta con cierta acritud—. No eres tú quien tiene que despedirlos. No has visto sus expresiones.

—Lo sé y lo lamento —respondió la Libro, posando la mano sobre los largos y ahusados dedos de su colega kenkari—. Pero las cosas serán más sencillas ahora que ha corrido la noticia. Los weesham han dejado de acudir. En los dos últimos ciclos no se ha presentado ninguno. Ya no tendrás que preocuparte por eso.

—

—Bien, por eso tal vez no, pero... —dejó la frase a medias, cargada de presagios.

— ¿Todavía temes que nos ataquen?

—Casi empiezo a desear que lo hagan. Así, por lo menos, conoceríamos las intenciones del emperador. Agah'ran no nos ha denunciado públicamente, no ha intentado ordenarnos que cambiemos nuestra decisión ni ha mandado tropas.

—Las tropas no vendrían. Contra nosotros, no —afirmó la Libro.

—En tiempos pasados, seguro que no. Pero en la actualidad están cambiando tantas cosas que me pregunto si...

El sonido de un gong se propagó por todo el recinto de la catedral. Los dos guardianes alzaron la mirada. Las notas parecían estremecer el aire quieto del lugar. El primer ayudante del Puerta, que ocupaba el lugar de éste en su ausencia, llamaba a su superior.

El Puerta exhaló un suspiro.

— ¡Ah!, he hablado demasiado pronto. Otro.

La Libro lo miró con muda comprensión. El Guardián de la Puerta se incorporó, abandonó el Aviaro y regresó a su puesto. Mientras se encaminaba hacia allí, sin darse excesiva prisa, volvió la mirada con tristeza hacia las paredes de cristal esperando ver a otro weesham y temiéndose otro de aquellos penosos diálogos. Pero lo que descubrió lo hizo detenerse en seco. Miró de nuevo, asombrado, y, cuando se puso en movimiento otra vez, la prisa hizo que las

babuchas que calzaba resbalaran precariamente sobre los suelos pulimentados. El primer ayudante se mostró sumamente complacido de verlo.

—Agradezco que hayas podido venir, Guardián. Temía que estuvieras rezando.

—No, no. —El Guardián de la Puerta dirigió la mirada al otro lado de la pared de cristal, más allá de la reja de oro que impedía la entrada.

Por unos momentos había esperado que la vista lo estuviera engañando, que un juego de luces lo hubiese confundido y no fuera cierto lo que le decían sus ojos, pero ya estaban tan cerca que no cabía ninguna duda: las figuras que se aproximaban por el inmenso patio desierto eran las de dos humanos envueltos en ropas negras.

Su expresión se hizo sombría.

— ¡Monjes kir, nada menos! En un momento como éste, precisamente...

—En efecto —murmuró su ayudante—. ¿Qué vamos a hacer?

—Debemos acogerlos —dijo el Puerta con un suspiro—. La tradición lo exige, pues han llegado a nuestra puerta. Y corriendo graves peligros, tal vez, pues unos viajeros no pueden saber lo mal que están las cosas por aquí. La norma sagrada que los protege sigue en pie, pero quién sabe por cuánto tiempo. Levanta la reja. Yo hablaré con ellos.

El ayudante se apresuró a obedecer. El Guardián de la Puerta esperó hasta que los kir, que avanzaban con lentitud, llegaron a la escalinata. Los dos humanos llevaban cubierta la cabeza con la capucha.

La reja se alzó en silencio, sin esfuerzo. El Guardián empujó la puerta de cristal, que se desplazó sin el menor ruido hasta quedar abierta de par en par. Los kir se habían detenido cuando la reja había empezado a levantarse y permanecieron inmóviles donde estaban, con la cabeza baja, mientras el Puerta descendía a su encuentro.

—

El Guardián alzó los brazos y sus ropajes tornasolados, con sus alas de mariposa y sus mil colores, refulgieron bajo la luz de Solarus.

—Os doy la bienvenida, hermanos, en nombre de Krenka—Anris —saludó el Puerta en el idioma de los humanos.

—Loda sea Krenka—Anris —respondió en elfo el más alto de los dos monjes kir—. Y loados sean sus hijos.

El Puerta asintió. Era la fórmula correcta.

—Entrad y reposad tras vuestro largo viaje —dijo el Puerta, bajando los brazos y haciéndose a un lado.

—Gracias, hermano —repuso el monje ásperamente, y se volvió para ayudar a su acompañante, que daba muestras de agotamiento y de tener los pies lastimados.

La pareja de humanos cruzó el umbral, y el Guardián cerró la puerta. Su ayudante bajó la reja. El Puerta se volvió hacia los visitantes y, aunque éstos no habían dicho o hecho nada sospechoso, supo que Había cometido un error.

El más alto de los monjes se percató, por el cambio de expresión del Guardián, de que sus disfraces habían sido descubiertos. Echó atrás la capucha y sus penetrantes ojos destellaron bajo unas cejas prominentes. De su mandíbula, recia y cuadrada, pendía una barba peinada en dos gruesas trenzas y su nariz era como el pico de un gavián. El Puerta se dijo que jamás había visto a un humano

de aspecto tan intimidador.

—Tienes razón, Guardián —dijo el humano—. No somos monjes kir. Hemos utilizado estos disfraces porque era la única manera de llegar hasta aquí sanos y salvos.

— ¡Sacrilegio! —Exclamó el Puerta con un temblor en la voz, no de miedo, sino de rabia—. ¡Os habéis atrevido a entrar en este recinto sagrado bajo engaño! No sé qué esperabais conseguir, pero habéis cometido un error terrible. No saldréis de aquí con vida. ¡Krenka—Anris, yo te invoco! ¡Envía tu fuego sagrado contra ellos y haz que sus cuerpos ardan! ¡Limpia tu templo de esta presencia profanadora! No sucedió nada. El Guardián de la Puerta se quedó perplejo. Instantes después, creyó empezar a comprender cómo era que su magia había quedado frustrada. El otro monje kir se había quitado el embozo, y el kenkari observó sus irisados ojos y se percató de la sabiduría que había en ellos.

— ¡Una misteriarca! —musitó cuando se hubo recuperado de la sorpresa. Aquello explicaba lo sucedido—. Puede que hayas desbaratado mi primer encantamiento, pero tú estás sola y nosotros somos muchos...

—Yo no he desbaratado ningún hechizo —replicó la mujer con voz serena—. Y tampoco voy a emplear mi magia contra ti, ni siquiera en defensa propia. No os deseamos ningún mal ni pretendemos cometer ningún sacrilegio. Nuestra causa es la de la paz entre nuestros pueblos.

—Somos vuestros prisioneros —intervino el hombre—. Átanos y véndanos los ojos, si quieres. No nos resistiremos. Lo único que pedimos es que nos conduzcas a presencia del Guardián de las Almas. Tenemos que hablar con él. Cuando nos haya escuchado, que él mismo decida qué hacer con nosotros. Si estima que debemos morir, que así sea.

El Guardián estudió a los dos humanos de hito en hito. Su ayudante había dado la alarma haciendo sonar el gong repetidas veces. Otros kenkari acudieron a

—

la carrera y formaron un círculo en torno a los falsos monjes. El Guardián, con su ayuda, podría lanzar de nuevo su hechizo.

Pero, ¿por qué no había producido efecto la primera vez?

—Tú sabes mucho de nosotros —dijo, mientras trataba de decidir qué hacer—. Conoces la respuesta correcta (algo que sólo un auténtico monje kir podría saber) y la existencia del Guardián de las Almas...

—Crecí al cuidado de los monjes kir —explicó el humano—. Y he pasado entre ellos gran parte de mi vida.

—Tráemelos. —La voz crepitó en el aire, como el crujido de la escarcha o las notas de una campana sin badajo.

El Guardián de la Puerta inclinó la cabeza en un gesto de mudo asentimiento, reconociendo la voz de su superior y acatando la orden. Pero, antes de emprender la marcha, posó la mano sobre los ojos de los humanos y formó un hechizo que los privó de la visión. Ninguno de los dos intrusos intentó impedirlo, aunque el hombre se encogió y se puso en tensión, como si le costara un enorme esfuerzo de voluntad someterse a aquella privación.

—Los ojos profanos no deben ver el sagrado milagro —proclamó el Guardián.

—Lo entendemos —respondió con calma la misteriarca.

—No temáis tropezar o caer. Os guiaremos —aseguró el Puerta, ofreciendo su mano a la mujer. El tacto de los dedos de ésta era ligero y frío.

—Gracias, mago —dijo ella. Incluso ensayó una sonrisa aunque, a juzgar por sus facciones, debía de estar agotada hasta el punto de casi no sostenerse en pie. Cojeando, con los pies llagados e hinchados, la misteriarca se puso en marcha con una mueca de dolor contenido.

El Puerta miró a su espalda. El primer ayudante había cogido del brazo al hombre y le hacía de lazarillo. Al Guardián le costaba un gran esfuerzo apartar la vista del rostro del humano. Resultaba desagradable, con sus facciones toscas y su aspecto brutal, pero todos los rostros de humanos parecían animalescos a los ojos de los elfos, de constitución tan delicada. En el rostro de aquel humano, el Puerta apreció algo diferente. Y se dio cuenta de que no le producía repulsión, de que tenía la vista fija en él con una sensación de respeto y temor, con un hormigueo en la piel. La mujer pisó la cola de la larga túnica del kenkari y trastabilló. El Guardián se había puesto en su camino sin darse cuenta.

—Lo siento mucho, hechicera —se excusó. Le habría gustado llamarla por su nombre, pero le correspondía a su superior encargarse de las formalidades—. No miraba por dónde andaba.

—Lamento que te hayamos perturbado —respondió la mujer con otra lánguida sonrisa.

El Puerta empezaba a sentir lástima de ella. Sus facciones no eran tan ásperas como las de la mayoría de humanos y casi resultaba agradable. Y parecía tan cansada y tan..., tan triste...

—No falta mucho. Venís de muy lejos, supongo.

—De Paxaua, a pie. No me he atrevido a utilizar mi magia... —explicó la mujer.

—Ya lo supongo. ¿Alguien os ha puesto problemas, os ha impedido el paso?

—El único lugar donde nos han detenido ha sido en las montañas. Los centinelas del paso nos interrogaron, pero no nos retuvieron mucho tiempo, cuando les recordamos que estábamos bajo vuestra protección.

—

El Puerta se alegró de escuchar aquello. Por lo menos, las tropas seguían respetando a los kenkari y no se habían vuelto contra ellos. Asunto muy distinto era el emperador. Agah'ran estaba tramando algo; de lo contrario, jamás habría permitido que mantuvieran la prohibición de aceptar almas. Al fin y al cabo, con aquella decisión, los kenkari le hacían saber que conocían su condición de asesino. Y Agah'ran debía de haber captado que no tolerarían su mandato durante mucho tiempo más.

¿Qué esperaban, pues?, se preguntó de nuevo el Guardián de la Puerta.

Esperaban una señal. Otros mundos. Una puerta de muerte que conducía a la vida. Un hombre que estaba muerto y no lo estaba. ¡Por Krenka—Anris bendita!

¿Cuándo habría explicación a todo aquello?

La Guardiania del Libro y el Guardián de las Almas los esperaban en la capilla. Los humanos fueron conducidos a su interior. El ayudante del Puerta, que había acompañado al hombre, hizo una reverencia y se marchó, cerrando la puerta tras él. Al oír el ruido, el humano volvió la cabeza con gesto sombrío.

— ¿Iridal?

—Aquí estoy, Hugh —repuso ella en un susurro.

—No temáis —dijo el Guardián de las Almas—. Estáis en la capilla del Aviario y yo soy con quien habéis pedido hablar. Conmigo están también el Guardián de la

Puerta y la Guardiana del Libro. Lamento no poder levantar el hechizo de ceguera, pero la ley prohíbe que los ojos de nuestros enemigos contemplen el milagro.

—Lo entendemos —asintió Iridal—. Tal vez llegue el día en que no haya necesidad de tales leyes.

—Esperemos que así sea, misteriarca —añadió el Guardián—. ¿Cuál es tu nombre, desconocida?

—Soy Iridal, antes del Reino Superior y ahora de Volkaran.

— ¿Y tu acompañante? —inquirió el kenkari tras esperar unos momentos a que el humano se presentara a sí mismo.

—Es Hugh *la Mano* —explicó Iridal cuando quedó claro que Hugh no iba a decir nada. Con expresión preocupada, la mujer volvió sus ojos, momentáneamente ciegos, hacia donde calculaba que se encontraba Hugh y alargó la mano, buscándolo a tientas.

—Un hombre criado por los monjes kir. Un hombre de rostro muy notable —comentó el Guardián mientras estudiaba a Hugh minuciosamente—. He visto muchos humanos y en ti hay algo distinto, Hugh *la Mano*. Algo terrible y aciago. No lo comprendo. Habéis venido a hablar conmigo. ¿Por qué? ¿Qué es lo que queréis de los kenkari?

Hugh abrió los labios y pareció a punto de responder, pero finalmente no dijo nada. Cuando la mano de Iridal encontró por fin el brazo de Hugh, la mujer se alarmó al notar los músculos rígidos y temblorosos.

— ¿Suced algo, Hugh? ¿Está todo bien? El hombre rehuyó su contacto, abrió la boca y volvió a cerrarla. Los tendones del cuello se le marcaron pronunciadamente y se le hizo un nudo en la garganta. Por último, visiblemente furioso consigo mismo, logró articular las palabras con esfuerzo, como si las arrancara de una sima profunda y oscura: —He venido para venderos mi alma.

—

CAPÍTULO

LA CATEDRAL DEL ALBEDO

ARISTAGÓN

REINO MEDIO

—Está loco —dijo la Libro, la primera en recuperar el habla.

—No lo creo —replicó el Guardián de las Almas, observando a Hugh con profundo interés, no exento de perplejidad—. No estás loco, ¿verdad, Hugh? —Los labios elfos pronunciaron con dificultad y torpeza el nombre humano.

—No —respondió Hugh, lacónico. Ahora que había pasado lo peor (y jamás habría imaginado que resultara tan difícil), se sentía relajado e incluso podía contemplar la perplejidad de los elfos con sarcasmo. La única persona a la que aún no se sentía con ánimos de enfrentarse era Iridal y, por ello, agradeció su provisional ceguera.

Ella no dijo nada, azorada y desconcertada, creyendo que tal vez se trataba de otro de los trucos de *la Mano*.

Pero no era un truco. Hugh hablaba absolutamente en serio.

—Dices que has crecido entre los monjes kir. Entonces, algo conocerás de nuestras costumbres.

—Conozco mucho, Guardián. Averiguar cosas es mi oficio —repuso Hugh.

—Sí —murmuró el Alma—, no lo dudo. Ya sabes, pues, que no aceptamos almas humanas y que nunca *compramos* alma alguna. Las que aceptamos y

tomamos a nuestro cargo nos son entregadas libremente...

La voz del Guardián sufrió una ligera vacilación al decir esto último.

Hugh, con una sonrisa torva, movió la cabeza en gesto de negativa.

El Guardián permaneció callado largo rato.

—Estás bien informado —dijo por fin. Calló de nuevo y, luego, añadió—: Has hecho un largo viaje, lleno de peligros, para ofrecer algo que sabías que deberíamos rechazar...

—Sé que no querréis rechazarlo —replicó Hugh—. Yo soy diferente.

—Me he apercibido de ello —asintió el Guardián—. Pero no lo entiendo. ¿Por qué eres diferente, Hugh? ¿Qué tiene tu alma que la haga valiosa para nosotros, que incluso nos mueva a aceptarla?

—

—Lo que tiene de especial —Hugh frunció los labios— es que ha dejado atrás esta existencia... y ha regresado.

— ¡Hugh! —Exclamó Iridal, comprendiendo de pronto que no era ninguna broma, ningún truco—. ¡No puedes hablar en serio! ¡Hugh, no lo hagas! Pero él no le prestó oídos.

— ¿Quieres decir —inquirió el Alma en un tono susurrante que sonó como si se estuviera asfixiando— que has muerto y has... y has...?

—Resucitado —lo ayudó Hugh.

La Mano había esperado que su declaración causaría asombro e incredulidad, pero el efecto que provocó entre los elfos fue el de un verdadero rayo. Percibió la electricidad en el aire y casi la oyó crepitar a su alrededor.

—Eso es lo que veo en tu rostro —asintió el Alma.

—El hombre que está muerto y no lo está —musitó el Puerta.

—La señal —terció la Libro.

Un momento antes, Hugh dominaba la situación. Ahora, de repente, había perdido el control y se sentía desamparado. Como cuando su nave dragón había sido aspirada por el Torbellino.

— ¿Qué significa eso? ¡Decídmelo! —exigió bruscamente, extendiendo los brazos al frente. Al moverse, tropezó con una silla.

— ¡Hugh, no! ¿Qué es todo esto? —chilló Iridal, agarrándose a él en su ceguera. Se volvió hacia los elfos, frenética, y suplicó—: ¡Explicádmelo! No comprendo...

—Creo que podemos devolverles la visión —propuso el Alma.

— ¡Sería una decisión sin precedentes! —protestó la Libro.

— ¡Nada de esto tiene precedentes! —replicó el Alma con seriedad.

Tomó las manos de Hugh con una de las suyas y las apretó con firmeza, con una fuerza sorprendente en alguien tan delgado, al tiempo que posaba la otra sobre los ojos del humano.

Hugh parpadeó y dirigió una rápida mirada a su alrededor. El Guardián de la Puerta levantó la ceguera de Iridal con una maniobra parecida. Ninguno de los dos humanos había visto con anterioridad ningún elfo kenkari y su aspecto les produjo asombro.

Los tres kenkari sobrepasaban en una cabeza a Hugh *la Mano*, que estaba considerado de buena talla entre los humanos. En cambio, los elfos eran tan extraordinariamente delgados que los tres juntos, lado a lado, apenas igualaban la amplitud de hombros de Hugh. Llevaban el cabello largo, pues no se lo cortaban

nunca, y eran blancos desde el nacimiento.

Los kenkari de ambos sexos apenas difieren en su aspecto exterior, sobre todo cuando visten las ropas de mariposa, que ocultan fácilmente las poco marcadas curvas de las elfas. La diferencia más apreciable es el peinado del cabello. Los elfos llevan éste en una larga trenza a la espalda. Las elfas se envuelven la trenza en torno a la cabeza como una guirnalda. Tienen unos ojos grandes, enormes en sus rostros pequeños y delicados, con unas pupilas extraordinariamente oscuras. Algunos elfos comentan con menosprecio (aunque nunca en voz alta) que los kenkari han terminado por parecerse al insecto alado que adoran y emulan. Con un gesto de debilidad, Iridal se dejó caer en una silla que le ofreció uno de los kenkari. Una vez que hubo remitido su conmoción inicial ante la visión de los extrañísimos elfos, volvió la mirada a Hugh.

—

— ¿Qué estás haciendo, dime? No lo entiendo.

—Confía en mí, Iridal —respondió Hugh con voz tranquila—. Prometiste que confiarías en mí.

Iridal movió la cabeza y, al hacerlo, sus ojos se volvieron hacia el Aviario. Su expresión se dulcificó ante la belleza y exuberancia de la vegetación, pero no tardó en caer en la cuenta de qué era lo que estaba contemplando. De inmediato, volvió la mirada a Hugh con una mueca de espanto.

—Ahora, humano, haz el favor de explicarte —dijo el Guardián de las Almas.

—Primero, explicaos vosotros —exigió Hugh, mirando sucesivamente a los tres elfos—. No parecéis sorprendidos en absoluto de verme. Tengo la sensación de que estabais esperándome.

Los guardianes cruzaron unas miradas de sus oscuros ojos, intercambiando pensamientos bajo los párpados medio entornados.

—Siéntate, Hugh, haz el favor. Creo que deberíamos sentarnos todos. Gracias.

En primer lugar, Hugh, no estábamos esperándote precisamente a ti. No sabíamos muy bien qué era lo que aguardábamos. Sin duda habrás oído comentar que hemos cerrado la Catedral del Albedo debido a..., a circunstancias muy desafortunadas, digamos.

—A que el emperador estaba dando muerte a su propia estirpe para adueñarse de sus almas —acotó Hugh, al tiempo que hurgaba en los bolsillos y sacaba de ellos su pipa, la cual se llevó a los labios sin encenderla.

Molesto ante la brusquedad de Hugh y su patente desdén, la expresión del Alma se volvió dura e irritada.

— ¿Qué derecho a juzgarnos tenéis los humanos? ¡Vuestras manos también están manchadas de sangre!

—Es una guerra terrible —musitó Iridal—. Una guerra que ninguno de los dos bandos puede ganar.

El Alma se tranquilizó. Con un suspiro, asintió pesaroso.

—Sí, hechicera. A eso mismo nos han conducido nuestras reflexiones.

Rogamos a Krenka—Anris que nos ofreciera una respuesta y nos la dio, aunque no la entendemos. «Otros mundos. Una puerta de muerte que conduce a la vida. Un hombre que está muerto y no lo está». El mensaje era más complejo, desde luego, pero ésas son las señales que debemos buscar y que nos dirán que el final de esta terrible destrucción está cercano.

—Una puerta de muerte... —repitió Iridal, contemplando a los elfos con

asombro—. Sí, claro, la Puerta de la Muerte...

— ¿Conoces algo llamado así? —inquirió el Alma, perplejo.

—En efecto. Y esa Puerta... ¡conduce a otros mundos! Unos mundos creados por los sartán, igual que la Puerta. Un sartán que conocí cruzó esa Puerta de la Muerte no hace mucho. El mismo sartán... —La voz de Iridal se difuminó en un susurro—. El mismo sartán que le devolvió la vida a este hombre.

Nadie dijo nada. Todos los presentes, elfos y humanos, se sumieron en el silencio respetuoso y temeroso que se produce entre los mortales cuando perciben el roce de una mano inmortal, cuando escuchan el susurro de una voz inmortal.

— ¿Por qué has acudido a nosotros, Hugh *la Mano*? —Preguntó el Alma—.

¿Qué trato esperabas cerrar? Porque nadie —añadió con una sonrisa irónica, aunque trémula— vende su alma por algo tan mezquino como el dinero.

—

—Tienes razón. —Hugh se movió en su asiento, incómodo, y concentró su mirada ceñuda en la pipa, evitando todas las miradas y, en especial, la de Iridal—. Naturalmente, estaréis al corriente de la presencia de ese chiquillo humano en el Imperanon...

—Sí, el hijo del rey Stephen.

—El mismo, excepto que no es hijo de Stephen. Esta mujer es su madre — Hugh señaló a Iridal con la pipa—. Y el padre es su difunto esposo, misteriarca como ella. La historia de cómo el muchacho terminó convertido en hijo de Stephen y aceptado por todos como tal es larga y prolija y no tiene nada que ver con la razón que nos ha traído aquí. Baste decir que el emperador proyecta utilizar al muchacho como rehén, para forzar la rendición de Stephen.

—Dentro de unos pocos días —explicó Iridal—, el rey Stephen tiene previsto un encuentro con el príncipe Reesh'ahn para formar una alianza entre nuestros dos pueblos y emprender una guerra que, sin duda, pondrá fin al cruel imperio de Tribus. El emperador proyecta utilizar a mi hijo para obligar a Stephen a renunciar a tal alianza —continuó la misteriarca—, lo cual haría añicos cualquier esperanza de paz y de unidad entre las razas. Pero, si consigo liberar a mi hijo, el emperador no tendrá con qué presionar a Stephen y el camino para la alianza quedará expedito.

—Pero nosotros no podemos entrar en el Imperanon para liberar al pequeño

—añadió Hugh—. Para ello, necesitamos ayuda.

—Y nos pedís colaboración para poder introducirnos en el palacio, ¿no es eso?

—A cambio de mi alma —apuntó Hugh, llevándose la pipa a los labios otra vez.

— ¡A cambio de nada! —Intervino Iridal con brusquedad—. ¡Nada, salvo la satisfacción de saber que habéis hecho lo correcto!

— ¿Comprendes, hechicera, que nos pides que traicionemos a nuestro pueblo? —apuntó el Alma.

— ¡Os pido que lo salvéis! —Replicó Iridal con voz apasionada—. Observad el abismo en que se ha sumido vuestro emperador. ¡Mandar matar a los de su propia sangre! ¿Qué sucederá si ese tirano llega a gobernar el mundo sin oposición?

Los guardianes intercambiaron de nuevo unas miradas.

—Rezaremos para que Krenka—Anris nos ilumine —sentenció el Alma, al tiempo que se ponía en pie—. Venid. Si nos excusáis...

Los otros guardianes se incorporaron de sus asientos y, siguiendo los pasos del Alma, abandonaron la sala por una puerta de pequeño tamaño que conducía a

una sala anexa. Presumiblemente, otra capilla. Los elfos cerraron la puerta tras ellos al salir.

Los dos humanos se quedaron solos y permanecieron en sus asientos, sumidos en un silencio frío e incómodo. Eran muchas las cosas que Iridal quería decir, pero la expresión severa y sombría de Hugh le dio a entender que sus palabras y argumentos no serían bien recibidos y que tal vez harían más daño que bien. Pese a todo, a la mujer le resultaba inconcebible que los elfos aceptaran la oferta de Hugh. Sin duda, los kenkari los ayudarían sin cobrarse un precio tan terrible.

Se convenció de ello y se relajó. Debió de quedarse adormilada debido al cansancio, pues no se enteró del regreso de los kenkari hasta que el contacto de la mano de Hugh la devolvió a la conciencia con un sobresalto.

—

—Estás cansada —dijo el Alma, contemplándola con una amigable benevolencia que reforzó las esperanzas de Iridal— y os hemos tenido esperando demasiado rato. Ahora mismo os proporcionaremos comida y descanso pero, antes, nuestra respuesta. —El Guardián de las Almas se volvió hacia Hugh y juntó sus delgadísimas manos ante el pecho—: Aceptamos tu propuesta.

Hugh no dijo nada. Se limitó a asentir una vez, con gesto brusco.

— ¿Aceptarás la muerte ritual a nuestras manos?

—La aceptaré con gusto —repuso Hugh, clavando los dientes en la boquilla de la pipa.

— ¡No puedes hablar en serio! —Exclamó Iridal, puesta en pie—. ¡Y vosotros no podéis exigir tal sacrificio...!

—Todavía eres muy joven, hechicera —respondió el Alma, volviendo sus oscuros ojos hacia la humana—. Con el tiempo aprenderás, como hemos aprendido nosotros en nuestras largas existencias, que lo que se ofrece gratuitamente suele ser despreciado. Sólo valoramos las cosas cuando nos cuestan un precio. Os ayudaremos a entrar en el palacio y, cuando el muchacho haya sido rescatado, tú, Hugh *la Mano*, volverás a nosotros. Tu alma será extraordinariamente valiosa.

«Nuestros protegidos —el Alma dirigió la mirada hacia el Aviario y contempló las hojas que temblaban y se agitaban bajo el aliento de los espíritus— empiezan a mostrarse inquietos. Algunos de ellos quieren dejarnos. Tú los tranquilizarás, les dirás que ahí dentro están mejor que en ninguna parte.

—No es verdad, pero acepto —asintió Hugh. Apartó la pipa de los labios, se puso en pie y estiró sus cansados y doloridos músculos.

— ¡No! —Protestó Iridal con voz quebrada—. ¡No puedes hacer eso, Hugh! ¡No lo hagas!

Hugh intentó mostrarse insensible ante ella pero de pronto, con un gran suspiro, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Ella rompió a llorar. Hugh tragó saliva y una lágrima solitaria escapó de sus ojos y resbaló por su mejilla hasta caer en los cabellos de Iridal.

—Es el único modo —le susurró en humano—. Nuestra única oportunidad. Y salimos muy beneficiados en el trato. Una vida vieja, usada y malgastada, la mía, a cambio de otra vida joven, como la de tu hijo.

«Deseo que la muerte me llegue de esta manera, Iridal —añadió, con voz más grave—. Soy incapaz de dármele con mi propia mano. Es el miedo, ¿sabes? Ya he

pasado por eso y el viaje es..., es... —Dejó la frase a medias con un escalofrío—. Pero ellos lo harán por mí. Y esta vez será más sencillo, si me envían. Iridal fue incapaz de decir nada. Hugh la alzó en sus brazos y la misteriarca se agarró a él, sollozando.

—Está cansada, Guardián —la disculpó Hugh—. Los dos lo estamos. ¿Dónde podemos descansar?

El Guardián de las Almas le dirigió una sonrisa compungida.

—Entiendo. El Guardián de la Puerta te conducirá. Os hemos preparado habitaciones y comida, aunque temo que no sea la que estáis acostumbrados. En cambio, no puedo darte permiso para que fumes.

Hugh emitió un gruñido, ensayó una mueca y no dijo nada.

—

—Cuando hayáis descansado, discutiremos los detalles. No debéis esperar mucho tiempo. Es probable que no os hayáis percatado de ello, pero no me cabe duda de que os habrán seguido hasta aquí.

— ¿La Invisible? Soy consciente de ello. La vi, ¿sabes? Al menos, todo lo que puede uno verla.

El Guardián abrió los ojos, admirado.

—Desde luego —comentó—, eres un hombre peligroso.

—También soy consciente de ello —fue la lúgubre respuesta de Hugh—. Este mundo será un lugar mejor sin mi presencia.

Portando en brazos a Iridal, Hugh abandonó la estancia tras los pasos del Guardián de la Puerta, en cuyo rostro había una expresión de esperanza, mezclada con otra de absoluta perplejidad.

— ¿De veras crees que regresará para morir? —inquirió la Libro cuando el trío hubo desaparecido.

—Sí —respondió el Guardián de las Almas—. Volverá.

—

CAPÍTULO

LA CATEDRAL DEL ALBEDO

ARISTAGÓN

REINO MEDIO

Conducido por el Guardián de la Puerta, Hugh transportó en brazos a Iridal por los pasadizos de la catedral hacia los niveles inferiores, donde se encontraban los aposentos destinados a los weesham. El Puerta abrió dos de las estancias, contiguas. En cada una de ellas, sobre una mesa, había comida, consistente en fruta y pan, además de un pequeño cántaro de agua.

—Las puertas quedan selladas una vez que se cierran —indicó el elfo en tono de disculpa—. No lo toméis a mal, por favor. Hacemos eso con nuestra propia gente, no por desconfianza sino para mantener el silencio y la calma necesarios en la catedral. No se permite que nadie deambule por los pasillos, a excepción de mí y de mis ayudantes, la Guardiana del Libro y el Guardián de las Almas.

—Lo entendemos. Gracias —asintió Hugh.

Entró en una de las estancias y depositó a Iridal en la cama. Cuando se disponía a retirarse, ella lo tomó de la mano.

—No te vayas todavía, por favor. Quédate a hablar conmigo. Sólo un momento, por favor.

Hugh la miró con expresión sombría. Se volvió hacia el kenkari, y éste bajó la vista y asintió levemente.

—Os dejaré para que podáis comer en privado. Cuando desees ir a tu aposento, sólo tienes que llamar con esa campanilla de la cabecera de la cama y regresaré para escoltarte.

Tras esto, con una inclinación de cabeza, el Guardián se retiró.

—Siéntate —indicó Iridal, sin soltar la mano de Hugh.

—Estoy muy cansado, señora —dijo él, evitando su mirada—. Ya hablaremos por la mañana...

—No. Debemos hacerlo ahora. —Iridal se puso en pie frente a él y, levantando la mano, le acarició el rostro—. No lo hagas, Hugh. No te comprometas a lo que has dicho.

—

—Tengo que hacerlo —respondió él en tono áspero, con la mandíbula tensa bajo el suave contacto de su mano y la mirada vuelta a cualquier parte menos a ella—. No hay alternativa.

—Sí, claro que la hay. Tiene que haberla. Los kenkari desean la paz tanto como nosotros. Más incluso, quizá. Tú mismo los has visto y los has oído. Tienen miedo, Hugh. Miedo del emperador. Hablaremos con ellos y llegaremos a otro acuerdo. Luego, rescataremos a Bane y te ayudaré a buscar a Alfred, como te prometí...

—No —replicó Hugh. Cogió por la muñeca la mano de Iridal y la obligó a soltarlo. Después, la miró fijamente a los ojos—. No, es mejor así.

— ¡Hugh! —A Iridal le fallaron las rodillas; las mejillas se le tiñeron de carmesí, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Hugh, te quiero!

— ¿De veras? —Hugh la miró con una sonrisa irónica y sombría. Alzó la mano derecha y mostró la palma—. Mira esto, fíjate en la cicatriz. No, no vuelvas la cabeza. Mírala, Iridal, e imagina que mi mano acaricia tu suave piel. ¿Qué sentirías? ¿Mi tacto amoroso o la cicatriz?

Iridal bajó la vista y hundió la cabeza.

—Tú no me quieres, Iridal —continuó él con un suspiro—. Tú amas sólo una parte de mí.

Ella levantó la cabeza y replicó con vehemencia:

— ¡Amo la parte mejor!

—Entonces, déjala ir.

Iridal movió la cabeza en gesto de negativa pero no dijo nada más, ni insistió en sus protestas.

—Tu hijo. Él es el único que te importa, mi señora. Y tienes la oportunidad de salvarlo. A él, no a mí. Mi alma está perdida desde hace mucho tiempo.

Iridal se volvió de espaldas, se sentó al borde de la cama y, abatida, fijó la vista en sus manos, entrelazadas en su regazo.

Hugh llegó a la conclusión de que Iridal sabía que él tenía la razón, pero no quería aceptarla. Aún seguía luchando contra lo que le decía la lógica, pero su resistencia se debilitaba. Iridal era una mujer razonable, no una chiquilla enferma de amor. Por la mañana, cuando hubiera reflexionado un poco, seguro que estaría de acuerdo con él.

—Buenas noches, mi señora.

Hugh alargó la mano y agitó la campanilla de plata.

Hugh había juzgado a Iridal correctamente; al menos, eso le pareció. Por la mañana, sus lágrimas se habían secado. Más calmada, recibió a Hugh con una sonrisa tranquilizadora y le susurró unas palabras:

—Puedes contar conmigo, no te fallaré.

—No fallarás a tu hijo —la corrigió él.

Iridal le sonrió de nuevo, dándole a creer que eso era lo más importante para ella. Y lo era, en efecto. Bane sería su redención; la suya y la de su marido, el difunto Sinistrad. Todo el mal que sus padres habían cometido —él, por comisión; ella, por omisión— sería expurgado por el hijo. Pero éste era sólo un factor en su decisión de fingir que estaba de acuerdo con Hugh.

—

Por la noche, antes de acostarse, Iridal había recordado otra vez el silencioso consejo de la voz del Inmortal. Una voz que la había dejado perpleja, pues la misteriarca no había creído jamás en la existencia de un Ser Todopoderoso.

«El hombre que estuvo muerto y no lo está.»

Iridal había interpretado que Hugh estaba destinado a estar allí y había decidido tomar aquella misteriosa voz como un buen presagio y confiar en que todo saldría bien.

Por eso no insistió en sus argumentos contrarios al sacrificio. Se había convencido de que éste no tendría lugar.

Avanzado el día, ella y Hugh se reunieron de nuevo con los tres guardianes, Libro, Puerta y Alma, en la pequeña capilla del Aviario.

—No sabemos si habéis trazado algún plan para entrar en el Imperanon —empezó a decir el Guardián de las Almas, con una mirada apaciguadora a Hugh—. Si no es así, tenemos algunas ideas que proponeros.

La Mano movió la cabeza en gesto de negativa y respondió que tenía interés por escuchar lo que había pensado el Guarnirás ¿tu también, hechicera? —Preguntó el Alma a Iridal—.

El riesgo es muy grande. Si el emperador capturase a una humana con tus facultades...

—Iré —lo cortó ella—. Es mi hijo.

—Ya contábamos con esa respuesta. Si todo funciona según el plan, los peligros deberían ser mínimos. Entraréis en el palacio muy tarde, cuando la mayoría de los ocupantes esté profundamente dormida.

»Su Majestad Imperial da una fiesta esta noche, como todas las noches, pero en esta ocasión es para celebrar el aniversario de la unificación elfa. Se espera que asistan todos los residentes en el Imperanon y mucha más gente procedente de todos los rincones del reino. La celebración se prolongará hasta muy tarde y habrá un considerable bullicio y movimiento en el castillo.

»Os dirigiréis a la alcoba del muchacho, lo sacaréis de palacio y lo traeréis aquí. En la catedral estará totalmente a salvo, hechicera, te lo prometo —añadió el Alma—. Aunque el emperador descubra que el muchacho está aquí, no se atreverá a ordenar un ataque al recinto sagrado. Sus propios soldados se rebelarían contra esa orden.

—Comprendo —asintió Iridal.

Hugh, con la pipa fría entre los labios, también hizo un gesto de aprobación.

El Guardián manifestó su complacencia.

—Os procuraremos un transporte seguro a vuestras tierras a ti y a tu hijo, hechicera. En cuanto a ti, señor —inclinó ligeramente la cabeza en dirección a Hugh—, permanecerás aquí con nosotros.

Iridal mantuvo los labios firmemente apretados y no hizo el menor comentario.

—Parece todo bastante sencillo —comentó Hugh, quitándose la pipa de la boca— pero, ¿cómo entramos y volvemos a salir del palacio? Sin duda, los centinelas no participarán de la algazara.

El Guardián de las Almas dirigió una mirada al Guardián de la Puerta y dejó el resto de la conversación a su subordinado.

El Puerta miró a Iridal.

—

—Hemos oído decir que los de tu categoría arcana, la Séptima Casa, poseen la facultad de crear... llamémoslas así... falsas impresiones en las mentes de los demás.

—Espejismos, quieres decir —lo corrigió Iridal—. Sí, pero con ciertas limitaciones. El observador del espejismo debe estar dispuesto a creer que la ilusión es cierta, o tomarla por tal. Por ejemplo, ahora mismo podría crear un espejismo que me permitiera adoptar el mismo aspecto que ella —Iridal señaló a la Guardiania del Libro—. Pero la ilusión se desmoronaría porque, sencillamente, no la creeríais. Vuestra mente os diría que, lógicamente, no puede existir la misma mujer dos veces en el mismo sitio.

—Pero, si formarás el espejismo y me cruzara contigo en un pasillo, los dos solos —insistió el Puerta—, podrías hacerte pasar por mi colega kenkari, ¿verdad?

—Sí. Si sólo nos cruzáramos, tendrías pocos motivos para dudar.

—¿Y podría detenerme a hablar contigo, o tocarte? ¿Me parecerías real y tangible?

—Sería arriesgado. Aunque hablo en elfo, el timbre y el tono de mi voz es necesariamente humano y podría delatarme. Los gestos también serían los míos, no los de tu compañera. Cuanto más tiempo pasáramos juntos, menores serían las probabilidades de mantener el engaño. De todos modos, empiezo a entender por dónde van tus preguntas. Y tienes razón, podría dar resultado. Pero sólo en mi caso. Yo podría pasar por una elfa y entrar en el castillo sin ser descubierta, pero no puedo obrar tal hechizo sobre Hugh.

—No es preciso. No hemos contado con ello. Para él hemos previsto otra cosa. Ayer dijiste que conocías la existencia de la llamada Guardia Invisible, ¿no es cierto?

—Sólo por su fama —asintió Hugh.

—La tiene, en efecto. Y mucha. —El Puerta sonrió lánguidamente—. ¿Conoces el tejido mágico con que se cubren sus agentes?

—No. —Hugh bajó la pipa y pareció interesado—. Cuéntame.

—Esa tela está tejida con un hilo maravilloso que cambia de color y de textura para imitar lo que tiene alrededor. Ahí en el suelo, cerca del escritorio, hay un uniforme de la guardia. ¿Lo distingues?

Hugh miró hacia donde decía el elfo, frunció el entrecejo y levantó las cejas.

—¡Que me aspen si...!

—Ahora puedes verlo, naturalmente, porque te he llamado la atención

respecto a él. Se parece a lo de la dama Iridal y su hechizo. Ahora ves los pliegues, la forma, el volumen. Sin embargo, llevabas en esta habitación un tiempo considerable y esas ropas te habían pasado inadvertidas incluso a ti, un hombre siempre tan observador...

«Envuelta en ellas, la Invisible puede ir a cualquier parte en cualquier momento, de día o de noche, y ser prácticamente invisible al ojo normal, aunque quien vigile su presencia podría detectarla por sus movimientos y por su..., su sustancia, digamos, a falta de una palabra mejor. Además, es preciso cierto tiempo para que la tela cambie de color y de aspecto. Así, los miembros de la Invisible aprenden a moverse despacio, en silencio y con fluidez, para confundirse mejor con su entorno.

»Tú también deberás aprender a hacerlo, Hugh *la Mano*, antes de entrar en el palacio esta noche.

—

Hugh se acercó al uniforme y acarició el tejido. Lo levantó del suelo y lo sostuvo ante sí con el escritorio de madera como fondo. Maravillado, observó cómo el paño cambiaba del verde apagado de la alfombra del suelo al marrón oscuro de la madera. Como había dicho el kenkari, se alteró la propia textura y el aspecto de la tela, que tomó las rugosidades y el tacto de la madera hasta que casi pareció desaparecer en su mano.

—«Las paredes se mueven.»; ¡Lo que habría dado por esto en otros tiempos...!

—exclamó Hugh para sí.

La Hermandad se había preguntado durante mucho tiempo cómo había logrado la Guardia Invisible funcionar con tanta eficacia y cómo hacía para que nadie viera nunca a sus miembros ni se supiera qué aspecto tenían. Pero los secretos de la Invisible estaban guardados con el mismo sigilo y el mismo cuidado con que la Hermandad protegía los suyos.

Existía la opinión generalizada de que la magia élfica debía de tener algo que ver con aquella sorprendente habilidad, aunque estaba abierto a debate cuál era ésta y cómo funcionaba. Los elfos no poseían la facultad de invocar espejismos como hacían los hechiceros humanos de máximo rango. Pero, al parecer, eran capaces de producir hilo mágico.

La prenda que tenía entre sus manos habría podido proporcionarle una fortuna. Sumando a sus evidentes ventajas la habilidad, el conocimiento y la experiencia que él tenía...

Hugh se burló cruelmente de sí mismo y arrojó el uniforme al suelo, donde al instante empezó a cambiar de nuevo de color, para adoptar otra vez el verde de la alfombra.

— ¿Me quedará bien? Soy más corpulento que un elfo.

—Las prendas son muy holgadas, para que permitan libertad de movimientos a su portador, y también deben adaptarse a todas las tallas y medidas de nuestro pueblo. Como puedes imaginar, los uniformes como ése son muy escasos y cotizados. Se tarda cien ciclos en producir el hilo necesario sólo para la blusa, y otros cien ciclos para tejerlo. El tejido y el cosido sólo pueden ser hechos por magos expertos que han dedicado años a aprender el arte secreto. Los pantalones llevan un cinturón del mismo tejido para ceñirlos a la cintura. También hay calzado, una máscara con capucha para la cabeza y guantes para las manos.

—Veamos qué aspecto tengo —propuso Hugh, recogiendo las prendas en un

hato—. O, mejor, qué aspecto *no* tengo.

Hugh cupo en el uniforme, aunque le tiraba un poco de los hombros y tuvo que aflojar el cinturón todo lo que podía. Por suerte, durante su encarcelamiento autoimpuesto había adelgazado. El calzado de tejido mágico estaba hecho para colocarlo sobre las botas y así lo hizo Hugh sin dificultad. Lo único que no pudo ponerse fueron los guantes.

Esto último perturbó profundamente a los kenkari, pero Hugh le quitó importancia. Siempre podía mantener las manos fuera de la vista, ocultarlas tras la espalda o bajo los pliegues de la blusa.

Se contempló en el espejo. Su cuerpo se confundía rápidamente con la pared.

La única parte de él que seguía claramente visible, la única parte que seguía siendo real, de carne y hueso, eran las manos.

—Muy apropiado —fue su comentario.

—

Hugh extendió su plano del Imperanon. Los guardianes lo examinaron y certificaron su fidelidad.

—De hecho —apuntó el Alma con un tonillo de disgusto—, me asombra su precisión. Sólo otro elfo, y que además haya pasado un tiempo considerable en el palacio, puede haber dibujado este plano.

Hugh se encogió de hombros y no hizo comentarios.

—Tú y la dama Iridal entraréis por aquí, a través de la puerta principal que conduce al palacio propiamente dicho —explicó el Guardián, concentrándose en el plano y trazando la ruta con su descarnado dedo—. La dama Iridal dirá a los centinelas que ha sido llamada a palacio a hora tan avanzada para «atender a un pariente enfermo». Tales excusas son corrientes. Muchos miembros de las familias reales mantienen casas privadas en las colinas que rodean el palacio, y no son pocos los que vuelven a éste bajo la protección de la noche para mantener citas secretas. Los centinelas están habituados a tales encuentros clandestinos y seguro que Iridal no tendrá dificultades con ellos.

—¿No debería ir con ella su weesham? —intervino la Libro, inquieta.

—Sería lo propio —reconoció el Alma—, pero se sabe que los miembros de las familias reales se escabullen en ocasiones de sus weesham, sobre todo cuando tienen por delante una noche de placer prohibido.

«Mientras los centinelas hablen con la dama, tú, Hugh, permanecerás oculto en las sombras. Cuando la reja se levante, será tu momento para deslizarte al interior. Pasar esa puerta será la parte fácil, me temo. Como podéis apreciar, el palacio es enorme. Contiene cientos de estancias en numerosos niveles distintos. El muchacho podría estar retenido en cualquier sitio. Pero una de las weesham, que estuvo en palacio recientemente, me comentó que un chiquillo humano ocupaba una estancia junto al Jardín Imperial. Eso podría ser cualquiera de las habitaciones de esa zona...

—Yo sé dónde está —anunció Iridal en voz baja.

Los guardianes callaron. Hugh enderezó la cabeza del plano y miró a la misteriarca, ceñudo.

—¿Cómo...? —inquirió, en un tono que daba a entender que ya conocía cuál iba a ser su respuesta... y que no le iba a gustar.

—Me lo ha dicho mi hijo —explicó ella, alzando la cabeza para mirar a Hugh a los ojos. Introdujo la mano bajo el corpiño de su vestido elfo, sacó una pluma

atada a un cordón de cuero y la mostró en la mano—. Él me mandó esto. Así hemos estado en contacto.

— ¡Maldición! —Gruñó Hugh—. Entonces, supongo que sabe de nuestra llegada, ¿no?

—Por supuesto. Si no, ¿cómo iba a estar preparado? —Replicó Iridal, a la defensiva—. Ya sé lo que piensas, que no debemos arriesgarnos a confiar en él...

— ¡No sé de dónde puedes haber sacado esa impresión! —as—postilló Hugh en tono irónico.

Iridal enrojeció de cólera.

—Pero te equivocas —continuó—. Bane está asustado y quiere marcharse.

Fue ese Haplo quien lo entregó a los elfos. Todo ha sido idea de Haplo. Él y ese señor suyo..., un personaje terrible llamado Xar, quieren que la guerra continúe. No desean la paz.

—

—Xar, Haplo... Nombres extraños. ¿Quiénes son?

—Son dos patryn, Guardián —repuso Iridal, volviéndose hacia el kenkari.

— ¡Patryn! —El kenkari miró a Iridal y se volvió a sus compañeros—. ¿Los enemigos ancestrales de los sartán?

—Sí —dijo Iridal, algo más calmada.

— ¿Cómo es posible? Según los registros que dejaron, los sartán destruyeron a sus enemigos antes de traernos a Ariano.

—Ignoro cómo es posible; lo único que sé es que los patryn no fueron destruidos. Alfred me habló de ello, pero me temo que no comprendí casi nada de lo que dijo. Los patryn han estado encarcelados, o algo así, pero ahora han vuelto y quieren conquistar el mundo, quedárselo para ellos. —Se volvió a Hugh y continuó—. Debemos rescatar a Bane, pero sin que Haplo se entere. No debería ser muy difícil. Mi hijo dice que Haplo está retenido por la Invisible en una especie de mazmorra. Las he buscado, pero no he conseguido localizarlas en el plano...

—Por supuesto que no las encontrarás —intervino el Guardián—. Ni siquiera el hábil autor de este bosquejo conocía la situación de las mazmorras de la Invisible. ¿Significará esto algún problema?

—Espero que no... por nuestro bien —contestó Hugh fríamente. Se inclinó de nuevo sobre el plano—. Ahora, supongamos que hemos llegado hasta el niño sin problemas. ¿Cuál es la mejor vía de escape?

—Los patryn... —murmuró el Alma con asombro y temor—. ¿Qué más vendrá ahora? ¿El fin del mundo...?

—Guardián —Hugh lo sacó de sus reflexiones con voz paciente.

—Perdóname. ¿Qué has preguntado? ¿La salida? Sería por aquí. Una puerta privada, utilizada por quienes salen al alba y quieren marcharse discretamente, sin molestar. Si el pequeño fuera envuelto en una capa y llevase un sombrero de mujer, podría pasar por la doncella de la dama, en el caso de cruzarse con alguien.

—No me gusta, pero es lo mejor que podemos hacer, dadas las circunstancias —murmuró Hugh, malhumorado—. ¿Habéis oído hablar de un elfo llamado Sang-Drax?

Los kenkari se miraron y movieron la cabeza.

—No lo conocemos, pero eso no tiene nada de extraño —dijo el Alma—.

Mucha gente viene y va. ¿Por qué lo preguntas?

—Alguien me dijo que, si tenía problemas, podía confiar en él.

—Roguemos que no sea preciso hacerlo —dijo el Alma en tono solemne.

—Que así sea —asintió Hugh.

Los kenkari y él continuaron haciendo planes, discutiendo, repasando las dificultades y los peligros, tratando de analizarlos, de encontrarles solución y de buscar modos de sortearlos. Iridal dejó de prestar atención. Ya sabía qué iba a hacer y cuál sería su papel. No tenía miedo. Estaba impaciente y sólo deseaba que el tiempo transcurriera más deprisa. Hasta entonces no se había permitido demasiadas ilusiones respecto a recuperar a Bane, por miedo a que algo saliera mal. Por miedo a verse decepcionada de nuevo, como había sucedido en el pasado. Pero ahora estaba muy cerca y no le cabía en la imaginación que algo saliera mal. Se permitió creer que el sueño se hacía realidad por fin. Suspiró por su hijo, por el chiquillo que no había visto en un año, por el pequeño que había perdido y ahora reencontraba.

—

Con la pluma apretada entre los dedos, cerró los ojos y evocó en su mente la imagen de Bane con un susurro:

—Hijo mío, voy a tu encuentro. Esta noche estaremos juntos tú y yo. Y nadie te volverá a apartar de mí. No volveremos a separarnos nunca.

—

CAPÍTULO

EL IMPERANON, ARISTAGÓN

REINO MEDIO

—Mi madre vendrá a buscarme esta noche —dijo Bane, jugueteando con la pluma que sostenía en la mano—. Todo está dispuesto. Acabo de hablar con ella.

—Excelente noticia, Alteza —respondió Sang-Drax con una inclinación de cabeza—. ¿Puedes darnos más detalles?

—Vendrá por la puerta delantera, disfrazada de elfa. Un hechizo de espejismo. No es un truco complicado. Yo mismo podría hacerlo si quisiera.

—Estoy seguro de que podrías, Alteza —asintió Sang-Drax—. ¿Y el asesino? ¿La acompañará?

—Sí. Hugh *la Mano*. Pensaba que estaba muerto —añadió el pequeño. Frunció el entrecejo y se estremeció—. Desde luego, su aspecto era de estar muerto. Pero mi madre ha dicho que no, que sólo estaba muy malherido.

—Las apariencias engañan a veces, Alteza; sobre todo, cuando están implicados los sartán.

Bane no comprendió el comentario, ni le prestó interés. Tenía la cabeza suficientemente ocupada con sus propias preocupaciones, planes y conspiraciones.

—¿Avisarás al conde Tretar? ¿Le dirás que esté preparado?

—Ahora mismo voy a encargarme de ello, Alteza.

—¿Se lo comunicará a los que deben saberlo? —insistió Bane.

—A todos, Alteza —repuso Sang-Drax con una reverencia y una sonrisa.

—Estupendo —dijo el príncipe, haciendo girar a toda prisa la pluma entre los dedos.

—¿Todavía aquí? —comentó Sang-Drax mientras se asomaba por la reja de la

celda.

—Calma, muchacho —ordenó Haplo al perro, el cual había empezado a ladrar con tal ferocidad que estaba a punto de quedarse afónico—. No malgastes los esfuerzos.

El patryn permaneció tendido en la cama con las manos debajo de la cabeza.

—

—Estoy verdaderamente asombrado —dijo Sang-Drax, apoyado contra la puerta de la celda—. Tal vez te hayamos juzgado mal. Te creíamos temerario, lleno de fuego y de vigor y dispuesto a defender la causa de tu pueblo. ¿Acaso te hemos asustado hasta el punto de dejarte estupefacto?

Haplo se recomendó paciencia mientras apretaba los dedos, entrelazados bajo la nuca. El elfo sólo trataba de provocarlo.

—Yo habría apostado —continuó Sang-Drax— a que, a estas alturas, ya habrías trazado un plan para conseguir la fuga de la enana.

« ¿Para qué? —Pensó Haplo—. ¿Para que Jarre, desgraciadamente, resulte muerta en el intento? ¿Para que el emperador diga que lo lamenta mucho pero que ya no puede hacerle nada? ¿Para que los enanos también digan que lo lamentan mucho, pero que tendrán que destruir la máquina de todos modos?» Sin nacer el menor ademán de incorporarse, el patryn replicó:

—Vete a jugar a tabas rúnicas con Bane, Sang-Drax. Seguro que eres capaz de ganar un par de partidas a un chiquillo.

—La partida de esta noche sí que va a ser interesante —apuntó Sang-Drax sin alzar la voz—. Y creo que tú serás uno de los principales jugadores.

Haplo no se movió, con la vista en el techo. El perro, incorporado junto a su amo, había dejado de ladrar pero mantenía un gruñido grave y constante en la garganta.

—Bane va a tener una visita. Su madre.

Haplo permaneció inmóvil, sin apartar los ojos del techo. Empezaba a conocer muy bien cada detalle de éste.

—Iridal es una mujer muy decidida. No viene a traerle galle—titas a su pequeño y a llorar por él. Al contrario, viene con la intención de llevárselo, de hacerlo desaparecer y ocultarlo lejos de ti, su malvado secuestrador. Y será muy capaz de conseguirlo, no lo dudes. ¿Adonde irás entonces a buscar a tu querido pequeño Bane? ¿Al Reino Superior? ¿Al Inferior? ¿O tal vez aquí, en el Reino Medio? ¿Cuánto durará tu búsqueda? ¿Y qué se dedicará a hacer Bane, mientras tanto? Como bien sabrás, el pequeño tiene sus propios planes y en ellos no tenéis lugar ni tú ni ese «abuelo» suyo.

Haplo alargó la mano y acarició al perro.

—Muy bien. —Sang-Drax se encogió de hombros—. Pensaba que quizá te interesaría saberlo. No, no me des las gracias. Me disgusta verte aburrido, eso es todo. ¿Esperamos tu presencia esta noche?

Haplo replicó con el adecuado exabrupto. Sang-Drax soltó una carcajada:

— ¡Ah, mi querido amigo! ¡Pero si ese sitio lo hemos inventado nosotras! — Sacó de entre las ropas una hoja de pergamino y la deslizó por debajo de la puerta—. Por si no sabes dónde está la habitación del muchacho, he dibujado un plano para ti. ¡Ah, por cierto! El emperador se niega a ceder a las exigencias de Limbeck. Se propone ejecutar a Jarre y enviar a Drevlin un ejército numeroso para acabar con el pueblo de los enanos. Un hombre encantador, el emperador. Nos cae

estupendamente.

La serpiente elfo hizo una airosa reverencia y añadió:

—Hasta esta noche, Haplo. Esperamos tener el placer de contar con tu presencia. La fiesta no sería lo mismo sin ti.

Todavía con la sonrisa en los labios, Sang-Drax se retiró de la puerta de la celda.

—

Haplo no se movió de la cama, con los puños apretados y la vista siempre fija en el techo.

Los Señores de la Noche cubrieron con su capas el mundo de Ariano. En el Imperanon, los soles artificiales mantenían a raya la oscuridad, los hachones iluminaban los pasillos, las lámparas de velas eran bajadas de los techos de las salas de baile y los candelabros ardían en los salones. Los elfos comían, bebían, bailaban y eran todo lo felices que podían con la presencia permanente de las sombras oscuras de sus atentos weesham, siempre con las ominosas cajitas entre las manos. La incógnita de qué hacían ahora los geir con las almas que capturaban era objeto de cuchicheos y conjeturas, aunque no en la mesa. Aquella noche, la alegría era más radiante de lo habitual. Desde que los kenkari habían proclamado el edicto por el que se negaban a aceptar más almas, la mortalidad entre los jóvenes elfos de estirpe real había descendido significativamente.

Las fiestas se prolongaron hasta avanzada la noche pero, finalmente, incluso los jóvenes se retiraron a dormir... o, al menos, a disfrutar de placeres más privados. Se apagaron las antorchas, se alzaron de nuevo hasta el techo las lámparas, a oscuras, y se distribuyeron los candelabros entre los invitados para ayudarlos a encontrar el camino de vuelta, bien a sus casas o a sus habitaciones en palacio.

Había transcurrido una hora desde que el último puñado de elfos había dejado el palacio camino de sus casas codo con codo, tambaleándose y cantando a gritos una tonada obscena, sin prestar la menor atención a los pacientes y sobrios weesham que trotaban tras ellos con aire soñoliento. La verja principal no se cerraba nunca: era extraordinariamente pesada, funcionaba mecánicamente y producía un terrible sonido chirriante que podía escucharse desde la mismísima Paxaua. El emperador, aburrido, había ordenado cerrarla en cierta ocasión, por curiosidad. La experiencia resultó terrible, y el emperador había tardado más de un ciclo en recuperarse plenamente de la pérdida de audición.

Así pues, la verja no estaba cerrada, pero los centinelas que patrullaban la entrada principal estaban alerta, aunque mucho más interesados en los cielos que en la tierra. Todos sabían que la fuerza de invasión humana, cuando llegara, lo haría por el aire. En las torres, los vigías estaban permanentemente pendientes de la presencia de corsarios cuyos dragones pudieran haberse infiltrado entre la flota elfa.

Ataviada con ricas y coloridas ropas elfas —un vestido de talle alto decorado con joyas y cintas, de mangas abombadas hasta las muñecas y falda larga y vaporosa de fina seda, cubierto con una capa de satén azul cobalto—, Iridal salió de las sombras de la muralla del Imperanon y caminó rápidamente hacia el puesto de guardia situado en las inmediaciones de la puerta principal.

Los centinelas que hacían la ronda en lo alto de la muralla le dirigieron una breve mirada sumaria y la borraron de sus pensamientos al instante. Los guardias

apostados junto a la verja la observaron pero no hicieron el menor gesto de detenerla, dejando el trabajo al portero.

Éste abrió la puerta en respuesta a su llamada.

— ¿En qué puedo ayudarte, señora?

Iridal casi no lo oyó entre el estruendo de la sangre en los oídos. El corazón le latía aceleradamente. Tanto, que creyó que iba a desmayarse. Y, sin embargo, el corazón no parecía funcionar como era debido; no parecía bombear sangre a sus

—

extremidades. Tenía las manos heladas y los pies tan entumecidos que casi no podía andar.

Pese a ello, la actitud relajada del centinela y su aire desinteresado dieron confianza a Iridal. El hechizo daba resultado. El guarda no veía a una mujer humana vestida con unas ropas elfas que le quedaban demasiado pequeñas, demasiado justas, sino a una doncella elfa de rasgos delicados, ojos almendrados y piel de porcelana.

—Deseo entrar en palacio —susurró en elfo, esperando que el centinela tomara su miedo por el azoramiento propio de una joven discreta.

— ¿Con qué objeto? —inquirió el portero con voz recia.

—Yo... es que... mi tía está muy enferma. Me ha mandado llamar.

Varios centinelas situados en las inmediaciones se miraron con una sonrisa irónica; uno de ellos susurró a los demás un comentario acerca de las sorpresas que acechaban entre las sábanas de «las tías enfermas». Iridal, que escuchó los susurros aunque no entendió las palabras, creyó conveniente erguirse y dirigir al desvergonzado una mirada imperiosa desde los confines de su capucha forrada de satén. Y, al hacerlo, tuvo ocasión de echar una rápida ojeada inquisitiva a la zona de la verja.

No distinguió nada y su corazón, que momentos antes latía demasiado deprisa, pareció detenerse de pronto. Deseó desesperadamente saber dónde estaba Hugh, qué hacía. Tal vez, en aquel mismo instante, estuviera deslizándose tras la verja ante las largas narices de los centinelas elfos. Hubo de aplicar toda su fuerza de voluntad para no volver la cabeza a buscarlo, con la esperanza de captar algún rastro de él a la luz de las antorchas, de oír el más ligero sonido que lo delatara. Pero Hugh era un maestro en el arte de moverse furtivamente y se había adaptado muy deprisa a la indumentaria camaleónica de la Invisible. Los kenkari habían quedado impresionados.

Detrás de Iridal, los cuchicheos cesaron. La mujer se vio obligada a prestar atención de nuevo al portero.

— ¿Tienes pase, señora?

Lo tenía, extendido por los kenkari. Lo presentó. Todo estaba en orden y el elfo se lo devolvió.

— ¿El nombre de tu tía?

Iridal se lo dio. A ella se lo habían facilitado los kenkari.

El portero desapareció en la garita y anotó el nombre en un libro dispuesto para tal propósito. Iridal se habría preocupado por ello, temiendo que el elfo hiciera más indagaciones sobre ella, pero los kenkari le habían asegurado que todo aquello era una mera formalidad. El portero no daría abasto si tuviera que controlar los antecedentes de los cientos de elfos que entraban y salían en una sola noche, le habían dicho.

—Puedes pasar, señora. Y espero que tu tía mejore —añadió el portero cortésmente.

—Gracias —respondió Iridal y, apresurándose a dejarlo atrás, cruzó bajo la enorme reja y las altísimas murallas.

Las pisadas de los centinelas resonaron en los bastiones por encima de ella. Iridal se quedó boquiabierta ante la inmensidad del Imperanon, que era más enorme de lo que nunca hubiera imaginado. El edificio principal se alzaba ante ella, borrando de la vista las cumbres de las montañas. Desde él se extendían in-

numerables dependencias anexas, alas enteras que envolvían la base de la montaña.

Iridal pensó en el gran número de centinelas que patrullaba el palacio, los imaginó a todos montando guardia ante la puerta de su hijo y, de pronto, su esfuerzo le pareció desesperado. ¿Cómo había podido soñar que tendría éxito? Lo tendría, se dijo. Era preciso.

Acallando con firmeza sus dudas, continuó andando. Hugh le había avisado que no debía vacilar. Tenía que dar la impresión de saber adonde se dirigía. Sus pasos no vacilaron ni siquiera cuando un soldado elfo que se cruzó con ella le informó, tras una fugaz visión de su rostro a la luz de la antorcha, que terminaba el servicio en apenas una hora, por si quería esperarlo.

Con el plano muy presente en la cabeza, Iridal se desvió a su derecha, dejando a un lado el edificio principal. Su camino la condujo a la parte de las viviendas regias que se alzaba en la falda de la montaña. Pasó bajo unos arcos y dejó atrás un acuartelamiento y varias dependencias más. Doblando un recodo, ascendió por una avenida orlada de árboles y continuó junto a lo que en otro tiempo habían sido unas fuentes de agua (una exhibición ofensiva de la riqueza del emperador), pero que ahora permanecían cerradas «por reparaciones». Iridal empezaba a preocuparse. Nada de aquello figuraba en el plano. Pensó que tal vez no debería haber llegado tan lejos y ya estaba tentada de dar media vuelta y regresar sobre sus pasos cuando, por fin, vio algo que reconoció del plano.

Estaba en las lindes del Jardín Imperial. Sus terrazas, que ascendían la ladera de la montaña, eran admirables aunque no estaban tan exuberantes de vegetación como en el pasado, antes de que se racionara el agua. Con todo, a Iridal le parecieron exquisitas, y se detuvo un momento a relajarse en su contemplación.

Una serie de ocho edificios, destinados a alojar a los huéspedes imperiales, rodeaba el jardín. Cada edificio tenía una puerta central de entrada. Iridal contó seis edificios; Bane estaba en el séptimo. Casi podía asomarse a su ventana. Con el amuleto de la pluma apretado con fuerza en la mano, Iridal se encaminó hacia allí.

Un criado abrió la puerta a su llamada y le pidió el pase.

Iridal, sin traspasar el umbral, buscó el documento entre los pliegues de la ropa. Al sacarlo, le resbaló de los dedos y cayó al suelo.

El criado se agachó a recogerlo.

Iridal notó, o creyó notar, una ligera agitación del borde del vestido, como si alguien se hubiera deslizado junto a ella, colándose por los angostos confines de la puerta abierta. Recuperó el pase —que el criado no se molestó en examinar— y esperó que el sirviente no hubiera advertido el temblor de su mano. Tras darle las gracias, penetró en el edificio. El criado le ofreció los servicios de un muchacho que la escoltara por los salones y le iluminara el camino, pero ella lo rechazó,

afirmando que ya lo conocía. En cambio, aceptó un hachón encendido. Continuó la marcha por el largo pasillo, segura de que el criado no la perdía de vista desde la puerta, aunque lo cierto era que el elfo había vuelto a su intercambio de los últimos chismes de la corte con el muchacho que lo ayudaba. Abandonando el corredor principal, la mujer ascendió un tramo de escaleras alfombradas y penetró en otro pasadizo, vacío e iluminado aquí y allá por unas teas instaladas en candelabros en las paredes. La habitación de Bane estaba al fondo del pasillo.

— ¿Hugh? —susurró e hizo una pausa, escrutando las sombras.

—

—Estoy aquí. Silencio. Sigue anclando.

Iridal suspiró, aliviada. Pero el suspiro se transformó en un jadeo inaudible cuando una silueta se separó de la pared y avanzó hacia ella.

Era un elfo, vestido con el uniforme de un soldado. La mujer se recordó que tenía todo el derecho a estar allí e imaginó que el elfo debía de estar allí por algún recado parecido al que ella había alegado. Con una frialdad de la que nunca se habría creído capaz, se cubrió el rostro con la capucha y se dispuso a dejar atrás al elfo, cuando éste alargó la mano y la detuvo.

Iridal se apartó con muestras de indignación.

— ¡Pero, señor...! ¿Qué...?

— ¿Dama Iridal? —inquirió el desconocido con un susurro.

Perpleja y sobresaltada, Iridal consiguió mantener la compostura. Hugh no andaba lejos, aunque la mujer tembló al pensar qué era capaz de hacer. Y de pronto lo vio. Las manos de Hugh se materializaron en el aire detrás del elfo. Una daga centelleó en el aire.

Iridal no fue capaz de decir nada, ni de hacer uso de sus poderes mágicos.

—Eres tú, en efecto —dijo el elfo con una sonrisa—. Ahora puedo verte a través del espejismo. No temas, me envía tu hijo. —Le mostró una pluma idéntica a la que ella llevaba—. Soy el capitán Sang-Drax...

La hoja de la daga permaneció inmóvil, pero no se retiró. La mano de Hugh se alzó e hizo una señal a la mujer para que averiguara qué quería el elfo.

Sang-Drax... Iridal recordó vagamente el nombre. Sí, era el elfo en el cual les habían dicho que podían confiar si tenían problemas. ¿Los tenían?

—Te he asustado. Lo siento, pero no he encontrado otra manera de detenerte. He venido para advertirte que estás en peligro. El hombre de la piel azul...

— ¡Haplo! —exclamó Iridal, olvidando toda cautela.

—Sí, Haplo. Él fue quien entregó a tu hijo a los elfos, ¿lo sabías? Lo hizo por sus propios turbios intereses, puedes estar segura. Ahora, ha descubierto tus planes de rescatar a Bane y se propone detenerte. Puede presentarse en cualquier momento. ¡No tenemos un segundo que perder!

Sang-Drax tomó de la mano a Iridal y la urgió a continuar pasillo adelante.

—Deprisa, señora. Tenemos que llegar hasta tu hijo antes de que lo haga Haplo.

— ¡Espera! —se resistió Iridal.

La hoja de la daga seguía brillando a la luz de la tea, detrás del elfo. La mano de Hugh estaba levantada en un gesto que recomendaba cautela.

— ¿Cómo ha podido descubrir? —Iridal tragó saliva—. No lo sabía nadie, salvo mi hijo...

Sang-Drax la miró con expresión muy seria.

—Haplo sospechó que sucedía algo. Tu hijo es valiente, señora, pero hasta los valientes sucumben bajo la tortura...

— ¡Tortura! ¡Un niño! —Iridal estaba anonadada.

—Ese Haplo es un monstruo que no se detiene ante nada. Afortunadamente, pude intervenir. El muchacho estaba más asustado que herido. Pero se alegrará mucho de verte. Ven, yo llevaré la luz.

Sang-Drax tomó la antorcha de sus manos y abrió la marcha. Esta vez, Iridal lo siguió de buena gana.

La mano y la daga habían desaparecido otra vez.

—

—Es una lástima que no tengamos a nadie para montar guardia mientras preparamos a tu hijo para el viaje —continuó Sang-Drax—. Haplo puede llegar en cualquier momento, pero no me he atrevido a confiar en ninguno de mis hombres...

—No es preciso que te preocupes —respondió Iridal con frialdad—. Me acompaña alguien.

Sang-Drax se mostró atónito e impresionado.

—Alguien tan experto en la magia como tú, según parece. No, no me cuentes nada. Cuanto menos sepa, mejor. Ahí está la habitación. Te llevaré con tu hijo, pero luego tendré que dejarlos solos un momento. El muchacho tiene una amiga, una enana llamada Jarre, que está a la espera de ser ejecutada, y tu hijo, un chico valiente como pocos, ha dicho que no escapará sin llevarla consigo. Tú, quédate con Bane; yo iré a buscar a la enana.

Iridal asintió. Llegaron a la puerta de la habitación del fondo del pasillo. Sang-Drax llamó con los nudillos de forma muy peculiar.

—Un amigo —dijo en voz baja ante la puerta—. Sang-Drax.

La puerta se abrió. La estancia estaba a oscuras, una circunstancia que habría extrañado a Iridal si se le hubiera ocurrido pensar en ello. Pero en aquel momento escuchó una exclamación ahogada:

— ¡Madre! ¡Madre, sabía que vendrías a buscarme!

Iridal cayó de rodillas y extendió los brazos. Bane se arrojó a ellos. Unos rizos dorados y una mejilla bañada en lágrimas se apretaron contra las de ella.

—Vuelvo enseguida —prometió Sang-Drax.

Iridal casi no lo oyó y apenas prestó atención mientras la puerta se cerraba suavemente detrás de ella y de su hijo.

En las mazmorras de la Invisible reinaba la noche. Allí no ardía más luz que alguna esporádica lámpara destinada a facilitar el ir y venir de los soldados de servicio. Y la luz estaba demasiado lejos de Haplo, en el extremo opuesto de la larga hilera de celdas. A través de la reja, sólo alcanzaba a verla como un punto de luz parpadeante que, desde aquella distancia, apenas parecía mayor que una vela. Ningún ruido rompía el silencio, salvo la tos áspera de algún maleante en otra parte de la prisión, o el gemido de alguien cuyas opiniones políticas habían resultado sospechosas. Haplo estaba tan acostumbrado a estos sonidos que ya no los registraba en su cerebro.

Contempló la puerta de la celda.

El perro se plantó a su lado con las orejas erguidas y los ojos brillantes, moviendo el rabo lentamente. El animal notaba que sucedía algo y lanzó un ligero

gañido, apremiando a su amo a ponerse en acción.

Haplo alargó la mano, tocó la puerta que apenas alcanzaba a ver en la oscuridad y notó bajo sus dedos el hierro frío y áspero de la herrumbre. Trazó un signo mágico sobre la puerta, pronunció una palabra y observó cómo la runa emitía un resplandor, primero azulado y luego rojo. El hierro se fundió bajo el calor de la magia. Haplo observó el agujero que había creado, visible hasta que el fulgor mágico se apagó. Dos, tres signos mágicos más y el agujero se agrandó hasta permitirle salir libre.

—*La magia de Haplo no lo hacía invisible, pero potenciaba las probabilidades de pasar inadvertido a la gente que no estuviera pendiente de él.*

—Libre... —murmuró. Las serpientes lo habían obligado a emprender aquella acción, lo habían manipulado para que se lanzara a ella.

»He perdido el control —se dijo—. Tengo que recuperarlo y eso significa derrotarlas en su propio juego. ¡Lo cual va a ser interesante, dado que no conozco las malditas reglas!

Miró de nuevo el agujero que acababa de hacer.

Era el momento de hacer un movimiento.

—Un movimiento que ellas están esperando que haga —masculló amargamente.

Haplo estaba solo allí abajo, al final del bloque de celdas. No había centinelas, ni siquiera la Invisible con su indumentaria mágica de camuflaje. Haplo los había reconocido desde el primer día y, al principio, se había sentido algo impresionado ante aquella muestra de ingeniosidad por parte de los mensch. Pero la Invisible no rondaba por allí. No tenía necesidad de seguirlo. Todo el mundo sabía cuál era su destino. ¡Maldita fuera, si incluso le habían proporcionado un plano!

—Me sorprende que esos malditos no hayan dejado la llave en la cerradura —gruñó.

El perro lanzó un gañido y tocó la puerta con la pata.

Haplo trazó dos runas más y pronunció las palabras. El hierro terminó de fundirse, y el patryn pasó por el hueco. El perro lo siguió con un trote excitado.

Haplo echó un vistazo a los signos mágicos tatuados en su piel. Estaban apagados, oscuros como la noche que lo envolvía. Sang-Drax no estaba en las inmediaciones y, para Haplo, en aquel palacio no había otro peligro que la serpiente elfo. Dejó atrás la celda con el perro pegado a sus talones y pasó ante el soldado de guardia, que no se dio cuenta de nada.

Poco después, abandonaba las mazmorras de la Invisible.

Hugh *la Mano* se apostó en su posición, al otro lado del pasillo y frente a la habitación de Bane. El corredor tenía forma de letra T, y la alcoba del muchacho estaba en el punto de cruce de los dos trazos. De pie en el cruce, Hugh dominaba la escalera situada en el extremo del trazo largo, y los tres tramos de pasillo.

Sang-Drax había permitido a Iridal el acceso a la habitación de Bane y se había retirado discretamente, cerrando la puerta. Hugh tuvo la cautela de permanecer inmóvil, confundido con las sombras y la pared que tenía detrás. Era imposible que el capitán elfo lo viera, pero a Hugh lo desconcertó advertir que sus ojos casi lo miraban directamente. También advirtió con extrañeza que aquellos ojos tenían un color rojo intenso que le recordaban los de Ernst Twist. Recordó asimismo que Ciang había dicho algo respecto a que Twist, un humano, había recomendado a aquel tal Sang-Drax.

Y Ernst Twist, casualmente, estaba con Ciang cuando él se había presentado en el castillo. Y ahora resultaba que Sang-Drax había trabado amistad con Bane. ¿Coincidencias? Hugh no creía en ellas, igual que no creía en la suerte. Allí había algo raro...

—Voy a buscar a la enana —dijo Sang-Drax y, si no hubiera sido imposible, Hugh podría haber jurado que el elfo se lo decía a él. Sang-Drax señaló el pasillo a la izquierda de Hugh—. Espera aquí. Vigila por si aparece Haplo. Viene hacia aquí. Tras esto, el elfo dio media vuelta y se alejó a toda prisa por el pasadizo.

Hugh dirigió una mirada al fondo del corredor. Acababa de hacerlo y no había visto a nadie. El pasadizo estaba vacío.

Pero ya no lo estaba. Hugh pestañeó y miró otra vez. Por el pasillo que momentos antes estaba desierto avanzaba ahora un hombre, casi como si las palabras del elfo lo hubieran materializado por arte de magia.

Y el hombre era Haplo.

A Hugh no le costó ningún esfuerzo reconocer al patryn: su aire engañosamente retraído y modesto, su andar tranquilo y confiado, su serena cautela. La última vez que Hugh lo había visto, sin embargo, Haplo llevaba las manos vendadas.

Ahora sabía por qué. Iridal había comentado algo acerca de una piel azul, pero no había dicho nada de que esa piel azul emitiera un leve resplandor en la oscuridad. Alguna clase de magia, supuso Hugh, pero en aquel momento no podía preocuparse de magias. Su principal preocupación era el perro. Se había olvidado del perro.

El animal lo miraba fijamente. Su actitud no era amenazadora, sino que más bien parecía haber encontrado un amigo. Con las orejas erectas y meneando la cola, abrió la boca en una ancha sonrisa.

—¿Qué te pasa? —Dijo Haplo—. Vuelve aquí.

El perro obedeció, aunque continuó mirando a Hugh con la cabeza ladeada, como si no terminara de entender en qué consistía aquel nuevo juego, pero estuviera dispuesto a participar en él ya que todos allí eran viejos camaradas. Haplo continuó avanzando por el pasillo. Aunque dirigió una brevísima mirada de soslayo en dirección a Hugh, el patryn parecía andar buscando otra cosa, o a alguien distinto.

La Mano extrajo la daga y avanzó con movimientos rápidos y silenciosos, con habilidad letal.

Haplo hizo un breve gesto con la mano.

—¡Cógelo, perro!

El perro saltó, con las fauces abiertas y un destello en los dientes. Sus poderosas mandíbulas se cerraron en torno al brazo derecho de Hugh, y el peso del animal al caer sobre él lo derribó al suelo.

Haplo desarmó a Hugh de una patada en la mano y se colocó encima de él.

El perro empezó a lamerle la mano a Hugh, meneando el rabo.

Hugh hizo un intento de incorporarse.

—Yo, de ti, no lo haría, elfo —dijo Haplo con toda calma—. El perro te abriría la garganta de una dentellada.

Pero el feroz animal que supuestamente debía rajarle el cuello con sus dientes estaba olisqueando al humano y dándole golpecitos con sus patas en actitud

amistosa.

— ¡Atrás! —ordenó Haplo, obligando al perro a apartarse—. ¡Atrás, he dicho!

—Se volvió hacia Hugh, que llevaba el rostro oculto bajo la máscara de la Invisible, y le dijo—: ¿Sabes, elfo?, si no fuera imposible, diría que te conozco. ¿Quién diablos eres, de todos modos?

El patryn se inclinó hacia adelante, agarró la máscara de Hugh y la arrancó de la cabeza del humano.

Al reconocerlo, Haplo se incorporó y retrocedió tambaleándose, paralizado por la sorpresa.

—

— ¡Hugh *la Mano!* —exclamó en un susurro sofocado—. ¡Pero si estabas... muerto!

— ¡No! ¡Tú lo estás! —gruñó Hugh.

Aprovechando la sorpresa de su enemigo, Hugh lanzó un puntapié, dirigido a la entrepierna de Haplo.

Un fuego azulado chisporroteó en torno a Hugh. Era como si hubiese metido el pie en uno de aquellos lectrozumbadores de la Tumpa-chumpa. La descarga lo envió hacia atrás con una voltereta. Hugh se quedó tendido, aturdido, con un hormigueo en los nervios y un zumbido en la cabeza. Haplo se inclinó sobre él.

— ¿Dónde está Iridal? Bane sabía que venía. ¿Sabía el chico algo sobre ti? ¡Maldita sea, claro que lo sabía! —se respondió a sí mismo—. Ése es el plan. Yo... Captó una explosión sorda procedente del fondo del pasillo, de detrás de la puerta cerrada de la habitación de Bane.

— ¡Hugh! ¡Auxilio...! —exclamó Iridal. Su grito se cortó en un jadeo sofocado. Hugh se incorporó a duras penas.

—Es una trampa —le avisó Haplo sin alzar la voz.

— ¡Obra tuya! —replicó Hugh con furia, disponiéndose a luchar aunque hasta el último nervio de su cuerpo le transmitía una punzada ardiente.

— ¿Mía? ¡No! —Haplo miró al hombre con actitud calmada—. ¡De Bane!

Hugh lanzó una mirada penetrante al patryn.

Haplo la sostuvo resueltamente.

—Sabes que tengo razón. Lo has sospechado desde el principio.

Hugh bajó los ojos, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta en una carrera descontrolada, tambaleante.

—

CAPÍTULO

EL IMPERANON, ARISTAGÓN

REINO MEDIO

Haplo vio alejarse a Hugh y se propuso seguirlo, pero antes dirigió una cauta mirada a su alrededor. Sang-Drax andaba por allí, en alguna parte; las runas de la piel del patryn reaccionaban a la presencia de la serpiente.

Sin duda, Sang-Drax aguardaba en aquella misma habitación. Lo cual significaba que...

— ¡Haplo! —Chilló una voz—. ¡Haplo, ven con nosotros!

— ¿Jarre? —El patryn se volvió.

Sang-Drax tenía asida a la enana por la mano y corría con ella por el pasadizo hacia la escalera.

A la espalda de Haplo, la madera saltó hecha astillas. Hugh había echado abajo la puerta y el patryn lo oyó irrumpir en la habitación con un rugido. Fue recibido con gritos, órdenes en elfo y un estruendo de acero contra acero.

— ¡Ven conmigo, Haplo! —Jarre alargó la mano libre hacia él—. ¡Nos escapamos!

—No podemos detenernos, querida —avisó Sang-Drax, arrastrando consigo a la enana—. Tenemos que huir antes de que termine la confusión. He prometido a Limbeck que me ocuparía de que volvieras a Drevlin sana y salva.

Pero Sang-Drax no miraba a Jarre. Miraba a Haplo. Y los ojos de la serpiente tenían un intenso fulgor rojo.

Jarre no llegaría viva a la tierra de los enanos.

Sang-Drax y la enana descendieron a toda prisa la escalera; la enana, dando traspies y produciendo un gran estruendo de tintineos y pisadas firmes con sus recias botas.

— ¡Haplo! —le llegó el grito de Jarre.

Se quedó plantado en mitad del pasillo, soltando juramentos de amarga frustración. De haber podido, se habría dividido en dos, pero tal cosa era inalcanzable incluso para un semidiós. Hizo, pues, lo más parecido que estaba en su mano.

— ¡Perro! —ordenó a éste—. ¡Ve con Bane! ¡Quédate con él!

—

Apenas esperó a ver que el perro se alejaba a toda velocidad hacia la habitación de Bane, donde reinaba ahora un silencio cargado de malos presagios, y se puso en marcha por el pasillo en persecución de Sang-Drax.

« ¡Una trampa! »

El eco de la advertencia de Haplo resonó en la cabeza de Hugh.

«Lo has sospechado desde el principio.»

Muy cierto, maldita fuera. Hugh llegó hasta la habitación de Bane y encontró cerrada la puerta. Le dio una patada, y la débil madera de tile saltó hecha astillas, que lo llenaron de arañazos cuando se abrió paso por el hueco. No tenía ningún plan de ataque y no había tiempo para improvisar alguno, pero la experiencia le había enseñado que una acción temeraria e inesperada podía, en ocasiones, derrotar a un enemigo superior, sobre todo si éste ya daba por hecho su triunfo. Hugh dejó a un lado el disimulo y la discreción y empezó a hacer todo el ruido, a armar todo el revuelo del que fue capaz.

Los guardias elfos que se habían ocultado en la habitación sabían que Iridal tenía un cómplice, pues su llamada de auxilio los había puesto sobre aviso. Una vez reducida la misteriarca, los guardias permanecieron al acecho del hombre y saltaron sobre él cuando irrumpió a través de la puerta. Pero, al cabo de pocos segundos, los elfos empezaron a preguntarse si estaban viéndoselas con un hombre o con una legión de demonios.

La habitación había permanecido a oscuras hasta entonces pero en aquel momento, con la puerta reventada, la luz de la antorcha del pasadizo iluminaba en parte la escena, aunque la luz vacilante no hacía sino contribuir a la confusión. Hugh no llevaba puesta la máscara, que Haplo le había arrancado, de modo que eran visibles su cabeza y sus manos, mientras el resto de su cuerpo aún seguía

camuflado por la magia elfa. A los desconcertados guardias les produjo la impresión de que una cabeza humana incorpórea se abalanzaba sobre ellos al tiempo que unas manos portadoras de muerte surgían de la nada con un destello. La afilada daga de Hugh alcanzó a uno de los elfos en el rostro y se hundió en el gaznate de otro. De una patada en la entrepierna, Hugh envió a un tercero al suelo, retorciéndose de dolor; su puño, como un ariete, derribó a otro. Los elfos, cogidos por sorpresa ante la ferocidad del ataque y sin saber a ciencia cierta si estaban combatiendo a un ser vivo o a un espectro, retrocedieron en desorden.

Hugh no les prestó más atención. Bane —con las mejillas pálidas, los ojos muy abiertos y los rizos desgreñados— estaba en cuclillas al lado de su madre, la cual yacía en el suelo, inconsciente. Hugh apartó a un lado muebles y cuerpos. Estaba a punto de tomar en brazos a la mujer y salir de allí con ella y el pequeño, cuando escuchó una voz fría:

—Esto es ridículo. Es un humano y está solo. Detenedlo.

Avergonzados, reaccionando tras su exhibición de terror, los soldados elfos volvieron al ataque. Tres de ellos se lanzaron por la espalda sobre Hugh, le sujetaron los brazos y se los inmovilizaron contra los costados. Otro guardia le cruzó el rostro con un golpe plano de su espada y dos elfos más lo cogieron por los pies. La lucha terminó.

Los elfos ataron brazos, muñecas y tobillos de Hugh con cuerdas de arco. El hombre quedó tendido de costado, con las rodillas encogidas contra el pecho, aturdido e impotente.

—*Término sartán para denominar la tercera fase de su plan.*

De una herida en un lado de la cabeza descendía un pequeño reguero de sangre, que también goteaba de un corte en los labios. Dos elfos lo vigilaron estrechamente mientras los demás iban en busca de luz y de ayuda para sus compañeros caídos.

Velas y antorchas iluminaron un escenario de destrucción. Hugh no tenía idea de qué clase de hechizos había lanzado Iridal antes de ser reducida, pero las paredes estaban tiznadas como por el impacto de algún objeto ardiente, varios espléndidos tapices humeaban todavía y dos elfos estaban siendo retirados de la estancia con quemaduras graves.

Iridal yacía en el suelo con los ojos cerrados y el cuerpo flácido, pero respiraba. Estaba viva. Hugh no apreció ninguna herida y se preguntó qué le habría sucedido. Después, dirigió la mirada a Bane, que seguía acuclillado junto a la figura inmóvil de su madre. Hugh recordó las palabras de Haplo y, aunque no confiaba en el patryn, tampoco se fiaba de Bane. ¿Los habría traicionado el chiquillo?

Dirigió una mirada penetrante a éste. Bane se la devolvió con rostro impassible, sin revelar nada, ni inocencia ni culpabilidad. No obstante, cuanto más tiempo sostenía la mirada de Hugh, más nervioso parecía ponerse. Sus ojos se apartaron del rostro de Hugh y se fijaron en un punto justo por encima del hombro del humano. De pronto, con los ojos abiertos como platos, Bane emitió un grito ahogado:

— ¡Alfred!

Hugh estuvo a punto de volver la cabeza, pero enseguida se dio cuenta de que el muchacho sólo trataba de engañarlo para desviar su atención de Iridal.

Pero, si Bane estaba haciendo comedia, su interpretación era magistral. El pequeño se encogió, retrocedió un paso y levantó una de sus manitas como para protegerse.

— ¡Alfred! ¿Qué haces aquí? ¡Vete! ¡No te quiero por aquí! No te necesito...

El chiquillo sólo era capaz de balbucir unas palabras casi incoherentes. La voz fría intervino de nuevo:

—Tranquilízate, Alteza. Aquí no hay nadie.

Bane estalló de cólera.

— ¡Alfred está aquí! Justo sobre el hombro de Hugh! ¡Lo veo perfectamente, te lo aseguro...!

De pronto, el muchacho parpadeó y miró a Hugh con los ojos entrecerrados.

Tragó saliva y ensayó una sonrisa, astuta y socarrona.

—Estaba tendiendo una trampa, conde. Trataba de averiguar si este hombre tenía un cómplice, pero tú lo has estropeado. ¡Lo has echado todo a perder!

Bane intentó parecer indignado, pero no apartó la vista de Hugh, y éste siguió percibiendo cierta inquietud en los ojos del muchacho.

Hugh no tenía idea de qué se proponía Bane, ni le importaba. Algún truco, sin duda. *La Mano* recordó una ocasión en que el muchacho había afirmado ver a un monje kir detrás de su hombro. Se lamió la sangre de la herida del labio y miró a su alrededor tratando de identificar la voz que daba las órdenes.

Descubrió ante él a un elfo alto y bien formado. Ataviado con unas ropas refulgentes, el elfo había salido milagrosamente ileso del torbellino de destrucción que había arrasado gran parte de la estancia. El conde avanzó unos pasos y

—

estudió a Hugh con distante interés, como si inspeccionara una especie de insecto recién descubierta.

—Soy el conde Tretar, señor de los elfos trétaros. Y tú, creo, eres conocido como Hugh *la Mano*.

—Mí no habla elfo —gruñó Hugh.

— ¿No? —Tretar sonrió—. Pero sabes lucir muy bien nuestras ropas. Vamos, vamos, señor mío... —El conde seguía hablando en elfo—. El juego ha terminado. Acepta la derrota con elegancia. Yo sé muchas cosas de ti, Hugh: sé que hablas elfo con fluidez, que eres responsable de la muerte de varios de mi raza, que robaste una de nuestras naves dragón... Y tengo una orden de busca y captura contra ti... vivo o muerto.

Hugh miró de nuevo a Bane, que lo contemplaba con la inocencia candida e impertérrita que ponen en práctica los niños como su mejor defensa contra los adultos.

Con una mueca de dolor, Hugh movió el cuerpo con la aparente intención de ponerse más cómodo, aunque lo que pretendía en realidad era probar la firmeza de sus ataduras. Las cuerdas de arco estaban seguras. Si intentaba desatarse, sólo conseguiría que se le hundieran aún más en la carne.

Aquel Tretar no era estúpido. De nada le serviría seguir fingiendo, se dijo.

Quizá si intentaba un trato...

— ¿Qué le ha sucedido a la madre del muchacho? —preguntó—. ¿Qué le habéis hecho?

El conde miró brevemente a Iridal y enarcó una ceja.

—Le hemos inoculado un veneno. ¡Oh!, nada peligroso, te lo aseguro. Es un

preparado poco potente, administrado mediante un dardo, que la mantendrá inconsciente e incapacitada durante el tiempo que estimemos necesario. Es el único modo de tratar a esos humanos conocidos como «misteriarcas». Esto, o matarlos directamente, por...

El conde se detuvo a media frase. Su mirada se había vuelto hacia un perro que acababa de entrar en la sala.

El perro de Haplo. Hugh se preguntó dónde se habría metido el patryn y cuál era su papel en todo aquello, pero no encontró respuesta. Y, desde luego, no iba a pedírsela a los elfos por sí, por alguna casualidad, éstos no habían contado con Haplo en sus cálculos.

Tretar frunció el entrecejo y se dirigió a sus soldados.

—Ése es el perro del criado de Su Alteza. ¿Qué hace aquí? Lleváoslo.

— ¡No! —Exclamó Bane—. ¡Es mío!

El niño se incorporó de un salto y echó los brazos al cuello del animal. Éste respondió lamiéndole la mejilla y haciéndole fiestas demostrativas de que acababa de recuperar a un amigo al que no veía en mucho tiempo.

—Me prefiere a Haplo —anunció el muchacho—. Me quedo con él.

El conde contempló al niño y su mascota con aire pensativo.

—Está bien, el animal puede quedarse. Ve a averiguar cómo ha escapado el perro —dijo en voz baja a uno de sus subordinados—. Y averigua qué ha sido de su amo.

Bane forzó al perro a tenderse a su lado. El animal se tumbó en el suelo jadeando y miró a su alrededor con ojos brillantes.

El conde volvió de nuevo la atención a Hugh.

—

—Me has capturado —dijo éste—. Soy tu prisionero. Enciérrame, mátame si quieres. Lo que hagas conmigo no importa, pero deja que la mujer y el muchacho se vayan.

Tretar lo observó, visiblemente divertido.

— ¿De veras me crees tan estúpido, señor mío? ¿Un famoso asesino y una poderosa hechicera caen en nuestras manos y esperas que nos deshagamos de vosotros sin más? ¡Qué desperdicio! ¡Qué estupidez!

— ¿Qué quieres de mí, entonces? —preguntó Hugh con voz ronca.

—Contratarte —respondió Tretar sin alterarse.

—No estoy disponible.

—Todo hombre tiene su precio.

Hugh gruñó y cambió de postura otra vez.

—En este repugnante reino vuestro no hay suficientes barls como para comprarme.

—Dinero, no —replicó Tretar, limpiando cuidadosamente el hollín del asiento de una silla con un pañuelo de seda. La ocupó, cruzó con garbo las piernas, cubiertas con unas medias del mismo material que el pañuelo, y se recostó en el respaldo—. El pago es una vida. La de esa mujer.

—De modo que es eso.

Rodó sobre sí mismo hasta quedar boca arriba y tensó los músculos en un nuevo intento de romper sus ataduras. La sangre, caliente y pegajosa, se deslizó por sus manos.

—Tranquilízate, humano. Con eso sólo consigues hacerte daño. —Tretar

exhaló un suspiro afectado—. Reconozco que mis hombres no son combatientes especialmente admirables, pero son expertos en hacer nudos. Es imposible que te sueltes y no somos tan estúpidos como para permitir que mueras intentándolo, si era eso lo que esperabas. Al fin y al cabo, no te pedimos nada que no hayas hecho ya incontables veces. Queremos contratarte para un asesinato. Así de simple.

—¿Y quién es el objetivo? —inquirió Hugh, creyendo adivinar la respuesta.

—El rey Stephen y la reina Ana.

Sorprendido, Hugh volvió la vista hacia Tretar. El conde asintió, comprensivo.

—Esperabas que dijera el príncipe Reesh'ahn, ¿me equivoco? Cuando supimos que venías, pensamos en ello. Pero el príncipe ha sobrevivido a varios atentados. Se dice que lo protegen unos poderes sobrenaturales y, aunque no creo demasiado en esas tonterías, sí me parece que tú, un humano, tendrías más oportunidades de matar a los gobernantes humanos. Y sus muertes serán tan útiles como la de Reesh'ahn, para nuestros propósitos. Muertos Stephen y Ana, con su hijo en el trono, la alianza con el rebelde se desmoronará.

Hugh miró a Bane con aire torvo.

—¿De modo que es idea tuya?

—Quiero ser rey —declaró Bane sin dejar de acariciar al perro.

—¿Y tú confías en este pequeño bastardo? —Dijo Hugh al conde—. ¡Si es capaz de traicionar a su propia madre!

—Es una especie de chiste, ¿verdad? Lo siento, pero nunca he entendido el sentido del humor de los humanos. Su Alteza, el príncipe Bane, sabe muy bien lo que más le interesa.

Hugh dirigió la mirada a Iridal y agradeció que siguiera inconsciente. Casi deseó, por su bien, que estuviera muerta.

—

—Si accedo a matar a los reyes, la dejarás libre. Ése es el trato.

—De acuerdo.

—¿Qué seguridad puedo tener de que mantendrás tu palabra?

—Ninguna. Pero tampoco tienes muchas alternativas salvo confiar en nosotros, ¿no te parece? De todos modos, te haré una concesión. El muchacho te acompañará. Está en contacto con su madre y, a través de él, sabrás que la hechicera está viva.

—Y a través de él sabrás si he hecho lo que me pides, ¿no es eso?

—Naturalmente. —Tretar se encogió de hombros—. Y la madre se mantendrá informada del estado de su hijo. Supongo que quedaría desolada si le sucediera algo a su hijo. Sería un sufrimiento tan terrible para ella...

—No debes hacerle daño —ordenó Bane—. Ella va a convencer a todos los misteriarcas para que se pongan de mi parte. Me adora —añadió con una sonrisa picara—. Hará todo lo que yo le diga.

Era cierto, pensó Hugh. Y, aunque le contara la verdad, Iridal no le creería.

De todos modos, continuó pensando, él no tendría ocasión de verlo. Bane se ocuparía de ello. El pequeño diablo no podía dejarlo con vida; sin duda, una vez que hubiera servido a su propósito, sería «capturado» y ejecutado. Pero, ¿cómo encajaba Haplo en todo aquello? ¿Dónde estaba?

—Bien, Hugh, ¿puedo saber tu respuesta? —Tretar tocó al prisionero con la punta de su reluciente zapato.

—No es preciso que te la dé —replicó *la Mano*—. Me tienes en tu poder y ya la

conoces.

—Excelente —asintió Tretar con energía. Se incorporó del asiento e hizo una indicación a varios de sus hombres—. Llevaos a la dama a las mazmorras.

Mantenedla drogada. Salvo eso, ocupaos de que reciba buen trato.

Los elfos pusieron en pie a Iridal. Ella abrió los ojos, miró a su alrededor como si estuviera ebria, vio a su hijo y sonrió. Después, con un parpadeo, ladeó la cabeza y se dejó caer en brazos de sus captores. Tretar le cubrió la cabeza con la capucha para ocultarle las facciones.

—Así, si alguien os ve, pensará que la mujer sólo padece de un exceso de vino. Marchaos.

Los elfos cruzaron la puerta y se alejaron por el pasillo llevando a Iridal medio a rastras. Bane, con el brazo en torno al perro, contempló la escena sin mucho interés. Después, se volvió a Hugh con expectación.

— ¿Cuándo nos vamos?

—Tiene que ser pronto —intervino Tretar—. Reesh'ahn ya está en Siete Campos. Stephen y Ana ya están en camino. Te proporcionaremos todo lo que necesites, Hugh...

—No creo que pueda ir a ninguna parte, así —replicó Hugh desde el suelo.

Tretar lo miró detenidamente y, por fin, hizo un breve y seco gesto de asentimiento.

—Soltadlo. Hugh ya sabe que, incluso si consigue escapar de nosotros y encuentra el camino a las mazmorras, la mujer morirá antes de que llegue hasta ella.

Los elfos cortaron las ataduras del humano y lo ayudaron a ponerse en pie.

—Quiero una espada corta —dijo Hugh mientras se frotaba los brazos, tratando de estimular la circulación en sus venas—. Y quiero recuperar mis dagas.

—

Y veneno para el acero. Conozco uno que... ¿Tienes algún alquimista? Bien. Hablaré con él. Y quiero dinero. Mucho, por si tenemos que recurrir al soborno. Y un dragón.

Tretar apretó los labios.

—Esto último será difícil, pero no imposible.

—Necesitaré ropas para el viaje —continuó Hugh—. El muchacho, también.

Ropas humanas. Las que llevaría un buhonero. Y algunas joyas elfas. Nada de valor; sólo algunas piezas baratas y llamativas.

—En esto no habrá problemas. Pero, ¿dónde están tus ropas? —inquirió con una mirada penetrante.

—Las he quemado —respondió Hugh sin alterarse.

Tretar no añadió nada más. El conde ardía en deseos de saber cómo, de dónde y de quién había obtenido Hugh el uniforme mágico de la Invisible, pero daba por descontado que el humano mantendría la boca cerrada al respecto. Y, de todos modos, creía tener una idea bastante aproximada. Por supuesto, a aquellas alturas, sus espías ya habían relacionado a Hugh e Iridal con los dos monjes kir que habían llegado a Paxaua. ¿Y a quién podían recurrir tales monjes, sino a sus hermanos espirituales, los kenkari?

—Voy a llevarme el perro —anunció Bane, excitado, poniéndose en pie de un salto.

—Sólo si le enseñas a volar a lomos de un dragón —replicó Hugh.

Por unos instantes, Bane pareció abatido. Después, dio unos pasos apresurados hasta la cama y ordenó al perro que lo siguiera.

—Fíjate, esto es un dragón —dijo Bane, señalando la cama. Dio unas palmaditas en el colchón y añadió—: Ahora, súbete aquí... Eso es. Y siéntate. No, así no; siéntate. Baja las patas traseras.

El animal, meneando el rabo con la lengua fuera y las orejas en alto, se mostró gustoso de participar en el juego, aunque no parecía saber muy bien qué se requería de él y terminó por ofrecer la pata al muchacho.

— ¡No, no, no! ¡Siéntate! —Bane presionó la parte trasera del animal.

—Un encanto de muchacho —comentó Tretar—. Cualquiera pensaría que se marcha de vacaciones...

Hugh no dijo nada y contempló al perro. El animal era mágico, recordó. Al menos, sospechaba que lo era, después de haberlo visto hacer cosas muy extrañas en varias ocasiones. Y no solía separarse de Haplo; más aún: cuando lo hacía, siempre era por alguna razón concreta. Esta vez, sin embargo, Hugh no conseguía imaginar cuál podía ser ésta. De todos modos, no importaba mucho pues, desde el punto de vista de Hugh, sólo había una salida de todo aquello.

Un elfo entró en la habitación, se acercó a Tretar y le susurró algo. Hugh tenía un oído muy fino.

—Sang-Drax... Todo según el plan. Tiene a la enana... Llegará a Drevlin sana y salva. Explicará la fuga. El orgullo del emperador quedará salvado... La Tumpachumpa, también. El muchacho puede quedarse el perro...

Al principio, Haplo no tuvo dificultades para seguir a Sang-Drax y a la enana.

Jarre, con sus pesadas botas, sus cortas piernas que no alcanzaban a mantener el paso de su supuesto rescatador y sus resoplidos de fatiga ante el ejercicio extenuante al que no estaba acostumbrada, avanzaba con lentitud y haciendo tanto ruido como la mismísima Tumpa— chumpa.

—

Lo cual hacía aún más inexplicable que Haplo les perdiera la pista.

El patryn los había seguido por el pasillo que arrancaba de la habitación de Bane y escaleras abajo pero, al llegar al pie de éstas, que daba a otro pasadizo —el mismo por el que había entrado—, los dos habían desaparecido de vista sin dejar el menor rastro.

Haplo, con una maldición, echó a correr por el pasillo barriendo con la vista el suelo, las paredes y las puertas cerradas a ambos lados. Ya estaba cerca del final del pasadizo, casi junto a la puerta delantera, cuando cayó en la cuenta de que allí sucedía algo extraño.

Las teas estaban encendidas, cuando antes las había encontrado apagadas. Y en la entrada no había ningún criado bostezando o comentando chismes. De pronto, con súbita perplejidad, advirtió que no había ninguna entrada. Al llegar al fondo del pasillo, donde debía estar la puerta, Haplo descubrió una pared lisa y dos pasadizos más, que se abrían en direcciones opuestas. Estos pasillos eran mucho más largos de lo normal, mucho más de lo que resultaba concebible, tomando en cuenta el tamaño del edificio, y el patryn tuvo la certeza de que si echaba a correr por cualquiera de ellos, descubriría que conducían a otros tantos. Estaba en un laberinto, una creación mágica de la serpiente elfo, una maquinación frustrante y de pesadilla que haría correr a Haplo de un lado a otro interminablemente, sin conducirlo a otro sitio que a la locura.

Haplo se detuvo y alargó las manos con la esperanza de tocar algo sólido y real que lo ayudara a disipar la magia. Se sentía en peligro pues, aunque le parecía estar en un corredor vacío, en realidad podía encontrarse en mitad de un patio abierto, rodeado por un centenar de elfos armados.

Aquello era peor, mucho peor, que quedarse ciego de repente. Privado de la vista, aún podría haberse fiado de los demás sentidos, haberse apoyado en ellos. Pero ahora su cerebro estaba obligado a dudar de sus percepciones. El parecido de aquella ilusión con los sueños resultaba enervante. Dio un paso, y el corredor osciló y se cimbrió. El suelo que notaba bajo los pies no era el mismo que veían sus ojos. Las paredes se deslizaban entre sus dedos, pero éstos tocaban algo sólido. Haplo se sentía cada vez más mareado, más desorientado.

Cerró los ojos e intentó concentrarse en los sonidos, pero tampoco podía fiarse de ellos. Los únicos que oía le llegaban a través del perro. Era como si estuviese en la habitación con Hugh y Bane.

Notó en la piel el hormigueo de las runas al activarse. Algo o alguien se acercaba a él. Y allí se quedó plantado, con los ojos cerrados y agitando los puños con impotencia. Captó unas pisadas pero, ¿a quién se acercaban, a él... o al perro? Haplo reprimió el impulso del pánico que lo urgía a lanzar golpes a ciegas.

Un soplo de brisa le rozó la mejilla, y se volvió.

El pasillo seguía vacío pero, maldita fuera, el patryn sabía que tenía algo o a alguien justo detrás de él. Activó su magia e hizo que los tatuajes mágicos emitieran su resplandor azul, envolviéndolo en un escudo protector.

Funcionaría contra los mensch. Pero no contra...

De pronto, se produjo un estallido de dolor en su cabeza y se notó caer, caer en el sueño. Golpeó el suelo, y la conmoción lo devolvió bruscamente a la conciencia. La sangre le nublaba la vista y le adhería los párpados. Pugnó por mantenerlos abiertos pero acabó por rendirse. La luz deslumbrante que brillaba ante él lo dañaba. Su protección mágica se estaba desbaratando.

—

Otro estallido de dolor...

—

CAPÍTULO

LA CATEDRAL DEL ALBEDO

REINO MEDIO

—Guardián —dijo el kenkari ayudante del Puerta—, un weesham pide verte.

El weesham del conde Tretar, para ser preciso.

—Dile que no aceptamos...

—Si me perdonas, Guardián, ya se lo he hecho saber, pero es muy terco.

Insiste en hablar contigo personalmente.

El Puerta suspiró, tomó un sorbo de vino, se secó los labios con una servilleta

y dejó el almuerzo para ir al encuentro de aquel weesham tan pesado.

Estuvo largo rato de conversación con él y, cuando la conferencia terminó, el Guardián de la Puerta reflexionó un momento, llamó a su ayudante y le informó que estaría en la capilla.

El Guardián de las Almas y la Guardiania del Libro estaban arrodillados ante

el altar de la capilla. Viéndolos en plena oración, el Puerta entró en silencio, cerró la puerta tras él y se arrodilló también, con las manos juntas y la cabeza inclinada. El Alma se volvió.

— ¿Tienes noticias?

—Sí, pero no querría...

—No, no. Haces muy bien en interrumpirnos. Observa.

Puerta levantó la cabeza y contempló el Aviario con un sobresalto. Era como si una tormenta furiosa se hubiera desatado sobre la frondosa vegetación. Los árboles temblaban y se combaban y gemían bajo un viento que era el clamor de miles de almas atrapadas. Las hojas se agitaban, presa de violentas sacudidas, y las ramas crujían y se quebraban.

— ¿Qué es esto? —musitó el Puerta, olvidando en su espanto que no debía hablar hasta que lo hubiera hecho el Guardián de las Almas. Al recordarlo, se encogió y se dispuso a pedir disculpas, pero no le dio tiempo.

—Quizás tú puedes decírnoslo.

Puerta, perplejo, movió la cabeza en gesto de negativa.

—Acaba de estar aquí un weesham, el mismo que nos habló del chiquillo humano, ese Bane. El weesham recibió nuestro aviso y nos ha traído esta noticia:

—

su pupilo, el conde Tretar, ha capturado a la dama Iridal y a Hugh *la Mano*. La misteriarca ha sido encerrada en las mazmorras de la Invisible. El weesham no está seguro de qué ha sido de Hugh, pero cree que a él y al muchacho los están conduciendo a alguna parte, lejos de aquí.

El Guardián de las Almas se puso en pie.

—Tenemos que actuar. Y tenemos que hacerlo enseguida.

—Pero, ¿a qué viene el clamor de los muertos? —Insistió el Puerta—. ¿Qué es lo que los perturba?

—No consigo entenderlo. —El Guardián de las Almas tenía un aire perplejo y dolorido—. Tengo la impresión de que tal vez no lo comprendamos nunca, en esta vida. Pero ellas, sí. —Volvió la vista al Aviario, y le cambió la cara; sus facciones expresaban ahora un temor reverencial, una añoranza cargada de melancolía—. Ellas lo entienden. Y nosotros debemos actuar. Debemos ponernos en marcha.

— ¡Ponernos en marcha! —El Guardián de la Puerta palideció. Jamás, en los incontables años que había dedicado a abrirla a los demás, la habían traspasado sus pies—. En marcha, ¿adonde?

—A unirnos a ellas, tal vez —respondió el Alma con una sonrisa desvaída, como si captara los lamentos silenciosos de los muertos en el interior del Aviario. En la hora fría y oscura que precede al alba, el Guardián de las Almas cerró la puerta que conducía al Aviario e invocó ante ella un hechizo que la dejó sellada. Era algo que no había sucedido en toda la historia de la catedral. Ni una sola vez, en todo aquel tiempo, había abandonado su sagrado puesto el Guardián de las Almas.

El Guardián de la Puerta y la Guardiania del Libro intercambiaron una mirada solemne mientras las puertas se cerraban y eran pronunciadas las palabras del hechizo. Abrumados de asombro, los dos kenkari estaban más asustados por aquel brusco cambio en sus vidas que por la vaga sensación de amenaza que percibían, pues interpretaban aquella pequeña alteración como el anuncio de un cambio de proporciones muy superiores que afectaría, para bien o para mal, a

todos los pueblos de todas las razas de Ariano.

El Guardián de las Almas abandonó el Aviario y enfiló el corredor. Dos pasos más atrás, como era debido, lo siguieron el Guardián de la Puerta, a la izquierda, y la Guardiania del Libro, a la diestra. Ninguno de los tres dijo nada, aunque el Puerta estuvo a punto de soltar una exclamación cuando pasaron junto al pasillo que conducía a la puerta principal y continuaron adentrándose en la catedral. El Guardián había dado por sentado que deberían abandonar el recinto para encaminarse al Imperanon, pues había supuesto que éste sería su destino. Al parecer, había supuesto mal.

No se atrevió a hacer preguntas, ya que el Alma no decía nada. Lo único que pudo hacer fue intercambiar miradas de muda perplejidad con la Libro mientras acompañaban a su superior escaleras abajo. Llegaron a las cámaras de los weesham, dejaron atrás salas de estudio y almacenes y, finalmente, entraron en la gran biblioteca de los kenkari.

El Alma pronunció una palabra, y las lámparas cobraron vida en paredes y techos, bañando la sala en una suave luz. El Puerta se dijo que tal vez habían acudido en busca de algún volumen de referencia, de algún texto que les proporcionara alguna explicación o instrucción.

—

En la biblioteca de los kenkari constaba la historia entera de los elfos de Ariano y también, en menor medida, de las otras dos razas. El material sobre los humanos era voluminoso; el que trataba de los enanos, en cambio, era sumamente exiguo, algo comprensible pues los elfos consideraban a los enanos una mera nota a pie de página. Allí, a aquella biblioteca, era donde la Libro llevaba su tarea cuando estaba completa: allí bajaba los enormes volúmenes a medida que los iba llenando de nombres y los colocaba en el orden adecuado en las estanterías, en perpetua expansión, que albergaban el Registro de Almas.

En la biblioteca había también numerosos volúmenes abandonados por los sanan, aunque la colección no era tan extensa como la que podía verse en el Reino Superior.

Los elfos no podían leer la mayoría de las obras de los sartan. Pocas de ellas podían siquiera ser abiertas, pues no había modo de penetrar en los misterios de la magia rúnica empleada por los sartán, a quienes los elfos consideraban dioses. A pesar de ello, sus libros eran conservados como reliquias sagradas y ningún kenkari entraba en la biblioteca sin dedicar un recuerdo respetuoso y reverente en honor de aquellos seres divinos, desaparecidos hacía tanto tiempo.

El Puerta no se sorprendió, pues, al ver que el Guardián de las Almas se detenía ante la vitrina de cristal que contenía diversos rollos manuscritos y volúmenes encuadernados de los sartán. Tampoco lo hizo la Libro. Ella y el Puerta emularon a su superior y rindieron veneración a los sartán, pero luego observaron con perplejidad cómo el Alma alargaba la mano, posaba sus finos dedos sobre el cristal y pronunciaba unas palabras mágicas. El cristal se hundió al contacto con sus yemas. El Alma traspasó el cristal con la mano y tomó del interior un volumen delgado, de aspecto poco llamativo, que había quedado relegado en el fondo de la vitrina. Estaba cubierto de polvo.

Al retirar el libro, el cristal cubrió rápidamente el hueco, cerrando la vitrina.

El Alma contempló el libro con un aire de añoranza, tristeza y temor.

—Empiezo a creer que hemos cometido un error terrible, pero teníamos

miedo. —Levantó la cabeza hacia el techo. Después, volvió a bajarla con un suspiro—. Los humanos y los enanos son distintos de nosotros. Muy distintos. ¿Quién sabe? Tal vez esto nos ayude a todos a comprender...

Guardando el libro en las voluminosas mangas de su túnica multicolor, el Guardián de las Almas condujo a sus desconcertados seguidores por la amplia biblioteca hasta llegar ante una pared desnuda.

Allí se detuvo, y su expresión cambió, se hizo sombría y ceñuda. Se volvió y, por primera vez desde que habían iniciado la expedición, miró a los ojos a sus compañeros.

— ¿Sabéis por qué os he traído aquí?

—No, en absoluto —murmuraron los dos, con absoluta sinceridad, pues ninguno de ellos tenía la menor idea de por qué estaban plantados ante una pared vacía cuando a su alrededor se estaban produciendo grandes y portentosos sucesos.

—Ésta es la razón —dijo entonces el Alma con un tono de severidad en su voz, normalmente dulce. Levantó la mano, la posó en la pared y empujó.

Una parte de la pared se abrió, girando suavemente y sin ruido sobre un eje central, y dejó a la vista unos peldaños toscamente tallados que se perdían en la oscuridad.

—

La Libro y el Puerta hablaron a la vez.

— ¿Cuánto tiempo lleva esto aquí...?

— ¿Quién ha podido hacer...?

—La Invisible —respondió el Alma, lúgubre—. La escalera conduce a un túnel que lleva directamente a sus mazmorras. Lo sé porque las he seguido.

Los otros dos kenkari miraron a su superior con asombro y desconsuelo, perplejos ante la revelación y temerosos de su significado.

—Respecto a cuánto tiempo lleva aquí, no tengo idea. Apenas hace unos pocos ciclos que lo descubrí. Una noche, no podía dormir y pensé que un rato de estudio me relajaría. Vine aquí a una hora muy avanzada, cuando normalmente no ronda nadie por este lugar. A decir verdad, no llegué a sorprenderlos del todo. Apenas capté un levísimo movimiento por el rabillo del ojo. Lo habría tomado por un mero efecto óptico causado por el paso de la penumbra a la luz brillante, de no haber ido acompañado por un extraño sonido que atrajo mi atención hacia esta pared. Y entonces vi claramente el contorno de la puerta, que desapareció instantes después.

»Durante tres noches, aceché en la oscuridad esperando que se presentaran otra vez. No lo hicieron. Entonces, la cuarta noche, volvieron. Los vi entrar y salir. Percibí la cólera de Krenka-Anris ante tal sacrilegio. Envuelto en su cólera, me deslicé tras ellos y los seguí a su guarida. Las mazmorras de la Invisible.

—Pero, ¿por qué? —Inquirió la Libro—. ¿Acaso se han atrevido a espiarnos?

—Sí, creo que sí —respondió el Guardián de las Almas con el rostro muy serio—. Espiarnos y algo peor, quizá. Los dos que vi entrar esa noche se pusieron a revolver entre los libros y parecieron mostrar un especial interés en los volúmenes de los sartán. Trataron de forzar la urna de cristal pero nuestra magia frustró sus intentos. Sin embargo, había algo muy extraño en esos dos agentes. — El Alma bajó la voz y dirigió una mirada a la pared abierta—: Hablaron en un idioma que jamás he oído. No entendí una palabra de lo que decían.

—Quizá la Invisible ha desarrollado un idioma secreto que sólo usan sus miembros —apuntó el Puerta—. Como la jerga que emplean los ladrones entre los humanos...

—Tal vez. —El Alma no parecía muy convencido—. Fuera lo que fuese, resultaba horrible. Sólo de oírlos hablar, me quedé casi paralizado. Las almas de los muertos temblaron y gritaron de espanto.

—Pero, aun así, los seguiste —dijo el Puerta, mirando con admiración a su superior.

—Era mi obligación —se limitó a responder éste—. Krenka—Anris me lo ordenó. Y ahora nos ordena que entremos otra vez. Y que recorramos el camino de esos guardias y empleemos contra ellos sus propios secretos oscuros.

El Alma se detuvo a la entrada del pasadizo secreto. El viento helado y desagradablemente húmedo que fluía del conducto subterráneo hizo vibrar los pliegues sedosos de su túnica multicolor, los extendió, los levantó y alzó consigo el esbelto cuerpo del elfo. Éste menguó de tamaño hasta que no fue mayor que el insecto al que emulaba.

Con un airoso batir de alas, el kenkari cruzó el umbral y penetró volando en el túnel oscuro. Sus dos compañeros también se alzaron del suelo, obraron su magia y entraron tras él. Sus ropas despidieron un fulgor radiante que iluminó su

camino, un brillo que se amortiguó, transformándose en un suavísimo terciopelo negro cuando llegaron a su destino.

Sin que nadie advirtiera su presencia, los tres kenkari entraron en las mazmorras de la Invisible.

Unos pájaros gigantescos, unas criaturas espantosas de alas coriáceas, pico afilado como una cuchilla y dientes desgarradores, atacaron a Haplo. El patryn intentó escapar, pero las aves se abatieron sobre él repetidamente, batiendo las alas a su alrededor. Haplo se defendió, pero no podía verlas. Las criaturas le habían sacado los ojos a picotazos.

Trató de escapar de ellas y avanzó a tientas por el terreno áspero y desigual del Laberinto. Las aves descendieron en picado hacia él para desgarrarle la espalda desnuda con sus zarpas. El patryn cayó al suelo, y, al hacerlo, las espantosas criaturas se abatieron sobre él. Haplo volvió las cuencas sanguinolentas de sus ojos hacia la algarabía que producían, hacia los gritos estridentes de regocijo y sus risillas ahogadas de hambre saciada.

Intentó alcanzarlas con los puños y alejarlas a patadas, pero las criaturas se limitaron a revolotear en torno a él, acercándose lo justo como para burlarse de sus esfuerzos y desgastar sus energías. Y, cuando Haplo cayó al suelo, agotado, las aves se posaron sobre su cuerpo, le hundieron las zarpas en la piel, le arrancaron pedazos de carne a picotazos y se cebaron en su cuerpo, alimentándose de su miedo y de su terror.

Las criaturas se proponían matarlo. Pero lo devoraban poco a poco. Le descarnaban los huesos hasta dejarlos limpios y luego pasaban a la porción siguiente de carne aún viva. Y, una vez saciadas, batían las alas y remontaban el vuelo, dejándolo sumido en el dolor y en la oscuridad. Y, cuando el patryn recuperaba las fuerzas, cuando se curaba a sí mismo y trataba de escapar, de nuevo escuchaba el horrible aleteo de las monstruosas criaturas. Y, a cada nuevo ataque de éstas, Haplo perdía un poco más su poder para combatir las.

Lo perdía... para no recuperarlo más.

Una vez dentro de las mazmorras de la Invisible, los kenkari recuperaron su forma y aspecto normales, con la salvedad de que sus ropas conservaron aquel color negro aterciopelado, más suave que la oscuridad que los rodeaba.

El Guardián de las Almas hizo una pausa y se volvió hacia sus compañeros, preguntándose si percibían lo mismo que él.

A juzgar por sus expresiones, así era.

—Aquí se nota la influencia de algo terriblemente maléfico —apuntó el Alma en voz baja—. En toda mi vida he experimentado nada semejante.

—Y, no obstante —intervino la Libro con timidez—, parece antiguo, como si llevara aquí desde siempre.

—Sí, más antiguo que nosotros —añadió el Puerta—. Más antiguo que nuestro pueblo.

—¿Cómo vamos a combatirlo? —inquirió la Libro con impotencia.

—¿Cómo vamos a no hacerlo? —respondió el Alma, y avanzó por el oscuro pasillo del bloque de celdas, en dirección a un charco de luz. Uno de los miembros de la Invisible, encargado de la vigilancia nocturna, acababa de dejar su puesto tras el cambio de guardia. El centinela diurno, con un voluminoso llavero en las manos, se disponía a hacer su primera ronda de la jornada para controlar a los presos y ver cuántos de ellos habían muerto durante la noche.

—

Una figura emergió de las sombras y se interpuso en su camino.

El Invisible se detuvo al instante y llevó la mano a la espada.

—¿Qué...? —Murmuró, dando un paso atrás ante el avance del elfo envuelto en ropas negras—. ¿Un kenkari?

El guardia apartó la mano de la empuñadura de la espada y, ya recuperado de la sorpresa inicial, recordó sus deberes.

—Los kenkari no tenéis jurisdicción aquí —murmuró con voz ronca, aunque con el respeto que consideró necesario mostrar ante uno de aquellos poderosos magos—. Accedisteis a no intervenir y debes respetar ese compromiso. En nombre del emperador, te pido que te vayas.

—El compromiso que establecimos con Su Majestad Imperial ha sido roto, y no por nosotros. Nos marcharemos cuando tengamos lo que hemos venido a buscar —respondió el Alma sin alterarse—. Ábrenos paso.

El guardia desenvainó la espada y abrió la boca para pedir refuerzos. El Guardián de las Almas levantó la mano y su gesto paralizó el del Invisible. Éste quedó inmóvil, silenciado.

—Tu cuerpo es una envoltura que abandonarás algún día —dijo el kenkari—. Ahora le hablo a tu alma, que vivirá eternamente y deberá responder ante los antepasados de lo que ha hecho en esta vida. Si no estás completamente entregada al odio y a la ambición siniestra, ayúdanos en nuestra tarea.

El Invisible empezó a estremecerse violentamente, presa de una lucha interior. Por fin, dejó caer la espada, alargó la mano hacia el llavero y, sin una palabra, se lo entregó al Alma.

—¿Cuál es la celda de la hechicera humana?

Los ojos del guardia se volvieron hacia un pasadizo a oscuras que parecía en desuso.

—No debéis ir por ahí —dijo con una voz hueca como el eco en una caverna—.

Os encontraríais con ellos. Traen un prisionero.

— ¿Ellos? ¿Quiénes?

—No lo sé, Guardián. Aparecieron entre nosotros no hace mucho. Fingen ser elfos como nosotros, pero no lo son. Todos lo sabemos, pero no nos atrevemos a decir nada. Sean lo que sean, resultan terribles.

— ¿Cuál es la celda?

El Invisible gimoteó entre estremecimientos.

—Yo... no puedo...

—Un miedo poderoso que socava el ánimo —murmuró el Alma—. No importa. Iremos a su encuentro. Suceda lo que suceda, tu cuerpo no verá ni oirá nada hasta que nos hayamos marchado.

El Guardián de las Almas bajó la mano. El guardia, con un ligero pestañeo como si acabara de despertar de una siesta, se sentó ante el escritorio, cogió el cuaderno de incidencias de la noche y se puso a estudiarlo con profundo interés.

El Alma cogió las llaves con expresión seria y preocupada y se adentró por el oscuro corredor. Sus camaradas avanzaron tras él. Sus pasos vacilaron, sus corazones latieron aceleradamente y un escalofrío de miedo los estremeció, helándolos hasta los huesos.

En el bloque de celdas había reinado hasta entonces un silencio cargado de malos presagios; de pronto, los elfos escucharon unas pisadas y un ruido como de un pesado saco arrastrado por el suelo.

—

Cuatro figuras surgieron de una pared en el extremo opuesto del corredor, produciendo la impresión de que se materializaban y cobraban forma de la propia oscuridad. Entre las cuatro llevaban una quinta figura, laxa y exánime.

Las cuatro figuras pasaban por soldados elfos a los ojos de todos los demás, pero los kenkari veían más allá de lo que podían hacerlo los ojos mortales. Sin prestar atención a la máscara externa de carne, los tres guardianes de la Catedral del Albedo buscaron las almas. Y no encontraron nada.

Y, aunque no pudieron ver a las serpientes en su verdadera forma, lo que captaron los kenkari fue su absoluta maldad. Una maldad espantosa, indecible, vieja como el inicio de los tiempos y terribles como su final.

Las serpientes elfo percibieron la presencia de los kenkari —una presencia radiante— y desviaron su atención del prisionero. Los falsos elfos miraron con sorna a los hechiceros.

— ¿Qué buscas, viejo senil? —Dijo uno al Guardián de las Almas—. ¿Vienes a ver cómo matamos a este tipo?

— ¿O acaso vienes a capturar su alma? —añadió otro.

—No te molestes —intervino un tercero con una risotada—. Él es como nosotros. Tampoco la tiene.

Los kenkari no pudieron replicar. El terror les había robado la voz. Los tres habían tenido existencias muy largas, más que las de casi cualquier otro elfo, y jamás habían conocido una maldad semejante.

¿O sí? El Guardián de las Almas miró a su alrededor y observó las mazmorras. Con un suspiro, se asomó a su propio corazón. Y en él ya no encontró miedo. Sólo vergüenza.

—Soltad al patryn —dijo—. Soltadlo y, luego, marchaos.

—De modo que sabes quién es... —Las serpientes elfo se mostraron

sorprendidas—. Pero tal vez no te das cuenta de lo poderoso de su magia. Sólo nosotras podemos controlarla. Sois tú y tus compañeros quienes debéis marcharos... mientras podáis.

El Alma juntó sus manos y dio un paso adelante.

—Soltadlo —repitió el Guardián sin alterarse—. Y marchaos.

Las cuatro serpientes elfo dejaron a Haplo en el suelo pero no se retiraron.

Abandonando su apariencia de elfo, se fundieron en sombras informes. Sólo quedó visible el resplandor rojizo de sus ojos. La oscuridad avanzó hacia el kenkari, y de ella surgió el siseo de un millar de serpientes:

—Mucho tiempo habéis trabajado para nosotras. Nos habéis servido bien.

Éste es un asunto que no os concierne. La mujer es humana, vuestro enemigo mortal. El patryn se propone someter a todo vuestro pueblo, también a vosotros.

Marchaos, volved a vuestros puestos y vivid en paz.

—Os veo y os escucho por primera vez —respondió el Alma con un temblor en la voz— y grande es mi vergüenza. Sí, os he servido. Lo he hecho por miedo, por malentendidos, por odio. Pero, después de haber visto cómo sois en realidad, después de verme a mí mismo, os repruebo. No volveré a servirlos.

El terciopelo negro de sus ropas empezó a brillar tenuemente hasta que recuperó su centelleo multicolor, envolviendo su silueta en un halo luminoso. El kenkari elevó los brazos, y el tejido sedoso flotó en torno a su delgadísimo cuerpo.

El Guardián de las Almas avanzó invocando su magia, la magia de los muertos.

Invocando el nombre de Krenka—Anris y pidiendo su ayuda. La oscuridad se

—

cernió sobre él, terrible y amenazadora. El kenkari no se movió y plantó cara, sin temor. La oscuridad siseó, se retorció en torno a él y se retiró serpenteando.

La Libro y el Puerta contemplaron la escena y lanzaron una exclamación.

— ¡Has hecho que se vayan!

—Porque ya no tenía miedo —explicó el Alma. Dirigió una mirada al patryn inconsciente, aparentemente sin vida, y añadió—: Pero me temo que llegamos demasiado tarde.

—

CAPÍTULO

EL IMPERANON, ARISTAGÓN

REINO MEDIO

Hugh *la Mano* despertó al alba con la impresión de que alguien lo observaba.

Se incorporó y encontró ante sí al conde Tretar.

—Admirable —dijo éste—. Lo que dicen de ti no es exagerado. Un verdadero profesional, un asesino frío e insensible como no ha habido otro. Imagino que no son muchos los hombres que podrían dormir a pierna suelta la noche antes de intentar matar a un rey.

Hugh, sentado en la cama, se desperezó.

—Más de los que supones. ¿Y qué tal has dormido tú?

—Bastante mal —respondió Tretar con una sonrisa—. Pero confío en que mañana descansaré mejor. He conseguido el dragón. Sang-Drax tiene un amigo humano que resulta muy útil para asuntos así...

—Ese humano... ¿no se llamará Ernst Twist, por casualidad?

—Sí, ése es su nombre, en efecto.

Hugh asintió. Aún no tenía idea de qué estaba sucediendo, pero el dato de que Twist estaba involucrado no lo sorprendió.

—El dragón está preparado y espera en las inmediaciones de la muralla del Imperanon. No podía traerlo hasta aquí. El emperador caería en un estado de postración nerviosa que lo incapacitaría durante varios ciclos. Yo mismo os llevaré hasta la bestia, a ti y al muchacho. Su Alteza está impaciente por ponerse en marcha.

Tretar se volvió hacia Bane, que ya estaba vestido y dispuesto. El perro yacía al lado del muchacho.

Hugh estudió al animal y se preguntó qué le sucedía. Hasta aquel momento, había permanecido tumbado con las orejas gachas y un aire profundamente desdichado; ahora, de pronto, Hugh lo vio levantar la cabeza y volver la vista hacia la puerta con expectación, como si esperara una llamada.

Luego, al no captar nada, volvió a tumbarse en el suelo con un suspiro.

Evidentemente, el perro estaba esperando a su amo.

—

Una espera que podía ser muy larga, pensó Hugh.

—Aquí tienes las ropas que pediste —oyó decir a Tretar—. Se las hemos cogido a uno de los esclavos.

—¿Qué hay de mis armas? —inquirió Hugh. Examinó los calzones de cuero, las botas de suela blanda, la camisa de remiendos y la capa raída. Tras asentir, satisfecho, empezó a vestirse.

Tretar lo contempló con aire desdenguado y arrugó la nariz al captar el olor del humano.

—Tus armas te esperan con el dragón.

Hugh se esforzó en parecer relajado, despreocupado, y ocultar su decepción.

Había sido una esperanza efímera, un plan medio trazado, urdido antes de rendirse al agotamiento. En realidad, no había esperado que los elfos le entregaran las armas. Si se las hubieran llevado hasta allí...

Pero no lo habían hecho.

Borró la esperanza de su mente y se dijo que debía darse por satisfecho con haber conseguido una salida.

Recogió la pipa de la mesilla contigua al diván donde había dormido. La noche anterior había conseguido que los elfos le llevaran un poco de esterego y había fumado unas chupadas antes de acostarse. Limpió la cazoleta, guardó la pipa en el cinto e indicó que estaba dispuesto para la marcha.

—¿Algo de comer? —le ofreció Tretar, indicando unos pasteles de miel y unas frutas.

Hugh dijo que no con la cabeza.

—Lo que coméis los elfos no es comida. —A decir verdad, tenía tal nudo en el estómago que no se creía capaz de engullir un solo bocado.

—¿Nos vamos por fin? —preguntó Bane, malhumorado. El muchacho empezó a tirar del perro hasta que el animal se incorporó a regañadientes y se quedó plantado ante él con aire lastimero—. ¡Ánimate! —le ordenó el príncipe al tiempo que le daba una sonora palmadita festiva en el hocico.

—¿Qué tal tu madre, está mañana? —inquirió Hugh.

—Bien —contestó Bane, mirándolo con una tierna sonrisa. Llevó los dedos a la pluma que le colgaba del cuello y la sostuvo en alto para que Hugh la viera—. Está durmiendo.

—Eso mismo me dirías, y con idéntica expresión, si Iridal estuviera muerta —murmuró Hugh—. Pero, si le sucede algo, lo sabré. ¡Lo sabré, pequeño bastardo! A Bane se le heló la sonrisa en los labios. Apartándose los rizos de la frente, musitó en tono socarrón:

—No deberías llamarme eso. Estás insultando a mi madre.

—De eso, nada —replicó Hugh—. Tú no eres hijo suyo. Eres una creación de tu padre.

Dando la espalda a Bane, Hugh tomó la puerta. A una orden del conde, tres guardias elfos armados hasta los dientes rodearon al humano y lo escoltaron pasillo adelante. Bane y Tretar avanzaron detrás, conversando entre ellos.

—Debes encargarte, Alteza, de que sea acusado públicamente de los asesinatos y de que se lo ejecute antes de poder hablar —susurró Tretar al chiquillo—. Los humanos no deben sospechar que los elfos hemos tenido nada que ver con esto.

—

—No te preocupes por eso, conde —respondió Bane, en cuyas pálidas mejillas habían aparecido dos ardientes círculos de rubor—. Cuando el asesino deje de serme útil, lo haré ejecutar. Y esta vez me ocuparé de que siga muerto. No creo que pueda volver a la vida si hago pedazos su cuerpo, ¿no te parece?

Tretar no tenía idea de a qué se refería Bane, pero supuso que no tenía importancia. Mientras contemplaba al príncipe, que lo miraba con ojos transparentes y una ligera curva en sus labios teñidos de rosa, Tretar casi sintió lástima por los desgraciados que, en breve, serían los súbditos de Bane.

La nave dragón privada del propio conde Tretar transportaría a Hugh y a Bane hasta las montañas donde aguardaba, bien atado, el dragón que *la Mano* había exigido.

En el puerto imperial estaban preparando apresuradamente otra nave dragón —una de las grandes, que efectuaban el trayecto hasta Drevlin a través del Torbellino— para zarpar lo antes posible.

Los esclavos humanos eran conducidos a las bodegas, trastabillando con sus cadenas. Los tripulantes elfos recorrían la nave comprobando cabos y alzando y bajando las velas. El capitán subió a bordo mientras terminaba de acomodarse los faldones de la casaca del uniforme, que se había enfundado a la carrera. Un hechicero de la nave siguió los pasos del capitán mientras se restregaba los ojos para sacudirse de encima el sueño.

La pequeña nave dragón de Tretar extendió las alas y se dispuso a remontar el vuelo. Hugh observó la bulliciosa actividad a bordo de la embarcación mayor hasta aburrirse; ya se disponía a volver la vista a otro lado cuando captó su atención una figura familiar.

Dos figuras familiares, se corrigió Hugh, perplejo. La más alta era la de Sang-Drax, sin duda. La segunda, que avanzaba junto al elfo, pertenecía ni más ni menos que a una enana.

—Jarre —murmuró Hugh, dando con el nombre después de hacer memoria—. La novia de Limbeck. ¿Qué demonios estará haciendo, mezclada en todo esto? Su curiosidad por Jarre pasó fugazmente, pues Hugh no estaba muy

interesado en la enana. En cambio, miró fijamente a Sang-Drax deseando tener alguna vez la oportunidad de arreglar cuentas con aquel elfo traicionero. Pero tal cosa no iba a ser posible.

La nave del conde se elevó y surcó los aires en dirección a los picos de las montañas. Tretar no quiso correr riesgos con Hugh. Durante todo el viaje, un soldado elfo permaneció con su espada en el gazon de *la Mano* por si éste tenía algún plan desesperado para hacerse con el control de la nave.

Pero los elfos no tenían de qué preocuparse. Cualquier intento de fuga habría resultado inútil y habría puesto en peligro la vida de Iridal. Y todo para nada, comprendió en aquel instante; debería haberse dado cuenta de ello la noche anterior, cuando se había puesto a tramar estúpidos planes desesperados. Sólo había una única manera de advertir a Stephen del peligro, de entregar a Bane al rey y de mantener al chiquillo con vida para que los elfos no causaran daño a Iridal. Esto último era poco probable, pero Hugh tenía que correr el riesgo. Iridal hubiera querido que lo corriese.

Y algo aún más importante: aquello abriría los ojos de la misteriarca a la verdad.

—

Hugh había trazado su plan. Lo tenía decidido y confiaba en que daría resultado. Se relajó, pues, sintiéndose en paz consigo mismo por primera vez en mucho tiempo.

Esperó tranquilamente la llegada del crepúsculo.

Para él, iba a ser una noche interminable.

—

CAPÍTULO

LAS MAZMORRAS DE LA INVISIBLE

REINO MEDIO

Haplo cerró el círculo de su ser, reunió todas las fuerzas que le quedaban y se curó a sí mismo. Sin embargo, aquella vez sería la última. Ya no podía seguir resistiendo, ya no tenía ánimos para ello. Estaba machacado y exhausto. Era inútil luchar; hiciera lo que hiciese, las criaturas aladas terminarían vencándolo.

Permaneció tendido en el suelo, envuelto en la oscuridad, esperando un nuevo ataque.

Pero éste no llegó.

Y, a continuación, la oscuridad dio paso a la luz.

Haplo abrió los ojos y recordó que no los tenía. Se llevó las manos a las órbitas ensangrentadas, se vio las manos y comprendió que aún tenía los ojos y que conservaba la vista. Se incorporó hasta quedar sentado y se inspeccionó. Estaba entero e ileso; sólo notaba unas punzadas de dolor en la base del cráneo y una sensación de mareo provocada por sus movimientos, demasiado rápidos.

—¿Te encuentras bien? —le llegó una voz.

Haplo se puso en tensión y pestañeó rápidamente para aclararse la vista.

—No temas. No hemos sido nosotros quienes te han estado torturando. Tus captores se han marchado.

Haplo sólo tuvo que echar una breve ojeada a su antebrazo para saber que la

voz decía la verdad. Los signos mágicos estaban apagados. No corría ningún peligro inminente.

El patryn dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Iridal penetró en un mundo terrible, un mundo distorsionado donde cada objeto estaba un poco más allá del alcance de su mano, un mundo donde la gente hablaba un idioma cuyas palabras entendía, pero a las que no encontraba sentido. La mujer vio transcurrir aquel mundo a su alrededor sin poder influir en él, ni controlarlo. Era una sensación aterradora, como la de existir en una fantasía, soñando despierta.

—

Y, acto seguido, todo fue oscuridad. Oscuridad y el conocimiento de que estaba encarcelada y de que le habían arrebatado a su hijo. Intentó emplear la magia para liberarse pero la oscuridad ocultaba las palabras del hechizo. Iridal no alcanzaba a verlas y no conseguía recordarlas.

Y, entonces, la oscuridad se transformó en luz. Unas manos fuertes tomaron las suyas y la guiaron hacia la estabilidad, hacia la realidad. Captó nuevas voces y comprendió lo que decían. Alargó la mano, titubeante, hasta tocar a la persona que se inclinaba sobre ella; sus dedos se cerraron en torno a unos huesos finos, frágiles al tacto. Iridal soltó una exclamación de alivio y estuvo a punto de echarse a llorar.

—Vamos, vamos, señora, ya ha pasado todo —dijo el kenkari—. Descansa y tranquilízate. Deja que el antídoto surta efecto.

Iridal hizo lo que le decía la voz, demasiado débil y desorientada todavía para hacer otra cosa, aunque su primero y más importante pensamiento fue el rescate de Bane. Estaba segura de que aquella parte había sido real. Los elfos le habían robado a su hijo pero, con la ayuda de los kenkari, lo recuperaría.

Mientras se esforzaba por disipar las brumas ardientes de su mente, escuchó otras voces en las cercanías. Una de ellas le resultó familiar. Estremecedoramente familiar. Iridal se incorporó para escuchar mejor y apartó con irritación la mano del kenkari cuando éste intentó detenerla.

—¿Quiénes sois? —preguntó la voz.

—Soy un kenkari, el Guardián de las Almas. Y éste es mi ayudante, el Guardián de la Puerta. Aunque me temo que estos títulos no tienen ningún significado para ti.

—¿Qué ha sucedido con las ser... quiero decir, con los..., los elfos que me hicieron prisionero?

—Las criaturas se han ido —respondió el kenkari—. ¿Qué te han hecho? Pensábamos que habías muerto. ¿Cómo es que aún estás vivito y coleando? Iridal contuvo una exclamación. ¿Quien hablaba era Haplo, el patryn! El hombre que le había arrebatado a su hijo.

—¡Ayúdame a salir! —pidió la mujer al kenkari—. Tengo que... Él no debe encontrarme...

Probó a ponerse en pie, pero le fallaron las piernas y volvió a caer al suelo. El kenkari la observó, perplejo y nervioso.

—No lo intentes, señora. Aún no te has recuperado lo suficiente...

—Lo que me hicieron a mí no importa —masculló Haplo mientras tanto, con voz áspera—. ¿Qué les habéis hecho vosotros? ¿Cómo habéis luchado contra esas horribles criaturas?

—Les hemos plantado cara —replicó el Alma con semblante muy serio—. Nos hemos enfrentado a ellas sin temor. Nuestras armas son el valor, el honor, la determinación de defender lo justo. Tal vez hemos tardado en descubrirlas —añadió con un suspiro—, pero no nos han fallado cuando las hemos necesitado. Iridal apartó a un lado al kenkari. Ya se sentía capaz de sostenerse sola; estaba débil, pero no se caería. Los efectos de la droga que le habían administrado los elfos estaban desapareciendo rápidamente, borrados de su sangre por el temor a que Haplo la encontrara... y encontrara a Bane. Avanzó hasta la puerta de la celda y se asomó al exterior. Casi al momento, retrocedió y se refugió en las sombras.

—

A menos de cuatro pasos de ella, apoyado en una pared, se encontraba Haplo. Estaba pálido y demacrado, como si hubiera padecido algún tormento espantoso, pero Iridal recordaba su poder mágico y sabía que era mucho más fuerte que el suyo. No podía permitir que la encontrara.

—Gracias por..., por lo que sea —les decía Haplo a los elfos en aquel mismo instante, de mala gana—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Ya es por la mañana —respondió el Puerta.

El patryn masculló un juramento.

—¿No habréis visto, por casualidad, a un elfo con una enana? Un militar elfo, un capitán, acompañado de una enana de Drevlin.

—Sabemos a quién te refieres, pero no hemos visto a ninguno de ambos. El weesham del conde Tretar nos ha informado que los dos han zarpado en una nave dragón con rumbo al Reino Inferior. Se han marchado al alba.

Haplo soltó otra maldición. Murmurando una disculpa, se abrió paso entre los mensch, dispuesto a emprender la persecución de la enana y del capitán elfo. No había dicho una sola palabra sobre Bane; Iridal contuvo el aliento, y le flojearon las piernas de alivio.

En silencio, instó al patryn a marcharse de una vez. «Dejad que se vaya», fue su mudo ruego a los elfos. Pero, para su consternación, uno de éstos posó una mano larga y delgada en el hombro de Haplo. Los demás kenkari cerraron el paso a Haplo.

—¿Cómo piensas ir tras ellos? —dijo el Alma.

—Eso es asunto mío —replicó el patryn, impaciente—. Mirad, quizás a vosotros no os importe, pero van a matar a esa enana a menos que...

—Nos censuras —dijo el Alma, al tiempo que cerraba los ojos y bajaba la cabeza—. Aceptamos tus críticas. Somos conscientes del mal que hemos cometido y sólo pretendemos enmendar nuestros errores, si es posible. Pero tranquilízate. Tienes tiempo para recuperarte de tus heridas, pues creo que posees facultades mágicas para curarte. De momento, descansa. Tenemos que liberar a la misteriarca.

—¿Misteriarca? —Haplo se disponía a abrirse paso por la fuerza, pero se detuvo—. ¿Qué misteriarca?

Iridal inició una invocación mágica para desmoronar la roca en torno a ellos. No quería hacer daño a los kenkari, después de lo mucho que habían hecho por ella, pero se disponían a revelarle su presencia a Haplo y no podía permitirlo... Una mano se cerró en torno a su muñeca.

—No, hechicera —dijo la Libro con voz suave y cansada—. No podemos

permitirlo. Espera.

—La dama Iridal —respondió el Alma a la pregunta de Haplo, y volvió la vista hacia ella.

—¿La..., la madre de Bane? ¿Está aquí? —Haplo siguió la mirada del kenkari.

—Libro —añadió el Guardián de las Almas—, ¿está la dama Iridal en condiciones de viajar?

Iridal dirigió una mirada furibunda a la Libro y desasíó la mano que le sujetaba la elfa.

—¿Qué es esto, una trampa? Vosotros, kenkari, dijisteis que me ayudaríais a rescatar a mi hijo, ¡Y ahora os encuentro con este hombre, este patryn!

¡Precisamente quien se llevó a Bane! No voy a...

—

—Sí, claro que lo harás. —Haplo se acercó hasta quedar frente a ella—. Tienes razón, es una trampa, ¡pero tú misma te has metido en ella! Y ha sido ese hijo tuyo quien la ha preparado.

—¡No te creo! —replicó Iridal, cerrando la mano sobre el amuleto de la pluma. Los kenkari se mantuvieron aparte, intercambiando miradas elocuentes pero sin abrir la boca ni intervenir de ningún modo.

—¡El amuleto! ¡Claro! —exclamó Haplo tétricamente—. Como el que llevaba cuando se comunicaba con Sinistrad. Ahora entiendo cómo se ha enterado Bane de que venías. Tú se lo dijiste. Y le dijiste que venías con Hugh *la Mano*. Bane tendió la trampa y proyectó la captura. Ahora, él y ese asesino van camino de Siete Campos para dar muerte al rey Stephen y a su reina. Hugh participa en el complot por la fuerza, pues cree que, si se niega a hacerlo, te matarán.

Iridal asió con fuerza el amuleto de la pluma.

—Bane, hijo mío —invocó. Le demostraría a Haplo que sus acusaciones eran falsas—. ¿Me escuchas? ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—¿Madre? No, madre, estoy bien. De verdad.

—¿Te tienen prisionero? Yo te rescataré. ¿Cómo puedo dar contigo?

—No soy prisionero de nadie. No te preocupes por mí, madre. Estoy con Hugh *la Mano*. Vamos a lomos de un dragón. ¡El perro también! Aunque he tenido muchos problemas para conseguir que se encaramara a la bestia. Me parece que no le gustan los dragones. En cambio, a mí me encantan. Algún día tendré uno para mí solo. —Tras una breve pausa, la voz infantil añadió, algo alterada—: ¿A qué viene eso de que me rescatarás madre? ¿Dónde estás?

Haplo la estaba observando. Era imposible que oyera lo que Bane le decía, pues las palabras de su hijo llegaban a la mente de Iridal por arte de magia, a través del amuleto. Pero el patryn intuyó lo que sucedía.

—¡No le digas que irás a buscarlo! —le susurró.

En aquel instante, Iridal comprendió que, si Haplo tenía razón, todo aquello era culpa de ella. Una vez más, era culpa de ella. Cerró los ojos como si con ello pudiera hacer desaparecer a Haplo y a los kenkari con sus expresiones comprensivas. No obstante, aunque se odió a sí misma por hacerlo, siguió el consejo de Haplo.

—Estoy..., estoy en una celda, Bane. Los elfos me han encerrado aquí y me..., me están dando una droga que...

—No te preocupes, madre. —La voz de Bane volvió a sonar animada—. No te harán daño. Nadie te tratará mal. Pronto estaremos de vuelta. Puedo quedarme el

perro, ¿verdad, madre?

Iridal retiró la mano del amuleto y alisó la pluma con los dedos. Después, miró a su alrededor y se contempló, en mitad de una mazmorra.

La mano empezó a temblarle. Unas lágrimas le saltaron de los ojos, nublando el brillo de desafío de su mirada. Poco a poco, sus dedos relajaron la presión en torno al amuleto.

—¿Qué quieres que haga? —inquirió con voz grave sin mirar a Haplo.

—Ve tras ellos. Deten a Hugh. Si sabe que estás libre y a salvo, no matará al rey.

—Encontraré a Hugh y también a mi hijo —replicó ella con un temblor en la voz—, pero sólo para demostrarte que estás equivocado. Bane ha sido engañado. Malas compañías, como la tuya...

—

—No me importa por qué decides marcharte, señora —interrumpió Haplo, exasperado—. Vete, y no se hable más. Quizás estos elfos puedan ayudarte —añadió, volviendo la vista a los kenkari.

Iridal lo miró con odio. Haciendo caso omiso de él, se volvió a los kenkari y los contempló con igual acritud.

—Vosotros me ayudaréis. ¡Por supuesto que lo haréis! Seguíis queriendo el alma de Hugh, ¿verdad? ¡Si lo salvo, os lo devolveré!

—Eso, señora, será decisión suya —replicó el Alma—. Pero, sí, podemos ayudarte, en efecto. Podemos ayudaros a los dos.

Haplo movió la cabeza con un gesto despectivo.

—No necesito la ayuda de ningún... —dejó la frase sin acabar.

—¿... de ningún mensch? —lo ayudó el Alma con una sonrisa—. Necesitarás algún medio para alcanzar la nave dragón que transporta a la enana hacia su muerte. ¿Puede proporcionártelo tu magia?

Haplo lo miró, ceñudo, y preguntó a su vez:

—¿Puede la tuya?

—Creo que sí. Pero antes tenemos que regresar a la catedral. Condúcenos a ella, Puerta.

—Pero... —Haplo titubeó—. ¿Y los guardias?

—No nos molestarán. Tenemos sus almas en nuestro poder, ¿sabes? Ven con nosotros y escucha nuestro plan. Al menos, debes tomarte el tiempo necesario para recuperarte por completo. Así, si decides continuar por tu cuenta, tendrás la fuerza necesaria para hacer frente a tus enemigos.

—¡Está bien, está bien! —exclamó Haplo—. Iré. No pierdas más el tiempo.

El grupo penetró en un túnel oscuro, iluminado solamente por el fulgor tornasolado de las extrañas telas que cubrían a los kenkari. Iridal no prestó gran atención al lugar y se dejó conducir como si no se fijara en nada y nada le importara. No quería creer a Haplo; no podía creerle. Debía de haber otra explicación. Tenía que haberla.

Haplo continuó vigilando de cerca a Iridal. Ella no le dirigió una sola palabra cuando llegaron a la catedral. Ni siquiera lo miró o hizo ademán de advertir su presencia. Estaba fría y concentrada en sí misma. Cuando los kenkari le hablaban, respondía, pero sólo con monosílabos de cortesía, diciendo lo menos posible.

¿Habría asimilado la verdad? ¿Habría sido Bane lo bastante descuidado como

para descubrirse, o mantenía aún el engaño? ¿E Iridal, seguiría engañándose a sí misma? Haplo la observó con atención pero no pudo adivinar las respuestas. Una cosa era evidente: ella lo odiaba. Lo odiaba por haberle arrebatado a su hijo y por hacerla dudar del muchacho.

Y aún lo odiaría más, se dijo Haplo, si finalmente tenía razón. No podía censurarla por ello. ¿Quién sabía cómo habría salido Bane si lo hubiera dejado con ella? ¿Quién sabía cómo habría sido el pequeño sin la influencia de su «abuelo»? Pero, entonces, no habrían descubierto nunca el funcionamiento de la Tumpachumpa, ni la existencia del autómatas. Era curioso cómo resultaban las cosas. Y era posible que todo aquello no hubiera tenido trascendencia, de todos modos. Bane sería siempre el hijo de Sinistrad. Y también de Iridal. Sí, ella había tenido algo que ver en la educación del pequeño, aunque sólo fuera absteniéndose

—

de intervenir. Iridal podría haber detenido a su esposo. Podría haber recuperado a su hijo. Pero, ahora, la mujer ya lo sabía. Y quizá, después de todo. Iridal no había podido hacer nada. Quizás estaba demasiado asustada.

Tan asustada como lo estaba él ahora. Asustado de volver al Laberinto, de ayudar él también a su propio hijo...

«Supongo que tú y yo no somos tan distintos, en el fondo —dijo en silencio a Iridal—. Adelante, ódiame, si eso te hace sentir mejor. Volcar tu odio en mí es mucho más fácil que volverlo contra ti misma.»

—¿Qué es este lugar? —preguntó en voz alta—. ¿Dónde estamos?

—Esta es la Catedral del Albedo —respondió el kenkari.

Habían dejado atrás el túnel y habían entrado en lo que parecía una biblioteca. Haplo observó con curiosidad varios volúmenes que mostraban lo que reconoció como runas sartán. Esto lo llevó a pensar en Alfred y recordó otra pregunta que quería hacerle a la dama Iridal. Pero eso tendría que esperar al momento en que estuviera a solas con ella, si tal momento llegaba. Y si ella quería responderle.

—La Catedral del Albedo —repitió Haplo, tratando de recordar dónde había oído aquel nombre con anterioridad. Y, por fin, le vino a la memoria. El abordaje de la nave elfa en Drevlin; el capitán agonizante, un mago que sostenía una caja ante los labios del capitán. La captura de un alma. Ahora cobraba más sentido lo que había dicho el kenkari. O tal vez era el hecho de que el dolor de cabeza empezaba a remitir.

—Ahí es donde vosotros, los elfos, guardáis las almas de vuestros muertos —continuó—. Tenéis la creencia de que este lugar fortalece vuestra magia.

—Sí, así lo creemos.

Después de pasar por las partes inferiores de la catedral, habían llegado a las paredes de cristal que daban al patio bañado por el sol. Todo estaba tranquilo, sereno y silencioso. Otros kenkari deambulaban por el recinto con calzado silencioso y realizaron elegantes reverencias a los tres Guardianes al pasar cerca de ellos.

—Hablando de almas, ¿dónde está la tuya? —inquirió el Guardián de las Almas.

—¿Dónde está mi qué? —Haplo no dio crédito a lo que acababa de escuchar.

—Tu alma. Sabemos que tienes una —añadió el kenkari, tomando por indignación lo que era incredulidad.

—¿Ah, sí? ¡Pues sabéis más que yo! —murmuró Haplo, al tiempo que se frotaba la cabeza dolorida. Nada de aquello tenía sentido. El extraño mensch (y aquéllos eran, sin la menor duda, los más extraños de todos los mensch que había conocido) tenía razón. Definitivamente, iba a tener que dedicar algún tiempo a curarse por completo.

Después, encontraría el modo de robar una nave y...

—Ya estamos. Podéis descansar aquí.

El kenkari los condujo a una sala silenciosa que parecía una pequeña capilla.

Una ventana ofrecía la vista de un invernadero bello y exuberante. Haplo lo contempló sin interés, impaciente por completar la curación y marcharse.

El kenkari señaló unos asientos con un gesto cortés y elegante.

—¿Podemos traer algo? ¿Comida? ¿Bebida?

—Sí —dijo Haplo—. Una nave dragón.

—

Iridal se dejó caer en el asiento, cerró los ojos y dijo que no con la cabeza.

—Ahora tenemos que irnos. Nos quedan muchos preparativos por hacer —explicó el Guardián de las Almas—. Volveremos. Si necesitáis algo, llamad con esa campanilla sin badajo.

El patryn se preguntó cómo podría ponerse en contacto con Jarre. Tenía que haber un modo. Robar una nave llevaría demasiado tiempo: cuando llegara hasta ella, la enana ya estaría muerta. Haplo empezó a deambular de un extremo a otro de la pequeña sala. Absorto en sus pensamientos, se olvidó de la presencia de Iridal y se sobresaltó cuando la oyó hablar. Más sorprendido aún se quedó al darse cuenta de que ella estaba respondiendo a sus pensamientos.

—Según recuerdo, tienes unos poderes mágicos considerables —la oyó decir—. Arrebataste a mi hijo del castillo en ruinas mediante la magia. Lo mismo podrías hacer aquí, supongo. ¿Por qué no te limitas a largarte y dejas que tu magia te conduzca a donde quieras?

—Podría hacerlo —replicó Haplo, volviéndose a mirarla—. Si tuviera un lugar concreto en mi mente, un lugar en el que hubiera estado, que conociera previamente... Resulta difícil de explicar, pero entonces podría invocar la posibilidad de estar allí, y no aquí. Puedo viajar a Drevlin porque he estado allí. Podría llevarte conmigo al Imperanon, otra vez. Pero no puedo proyectarme a una nave dragón desconocida que vuela por algún lugar entre aquí y el Reino Inferior. Y no puedo llevarte hasta tu hijo, si era eso lo que esperabas.

Iridal lo contempló fríamente.

—Entonces, parece que tendremos que fiarnos de esos elfos. Se te ha vuelto a abrir la herida de la cabeza y está sangrando otra vez. Si es verdad que puedes curarte a ti mismo, patryn, creo que sería conveniente que lo hicieras.

Haplo tuvo que darle la razón. Se estaba agotando sin conseguir nada.

Dejándose caer en una silla, se llevó la mano a la parte lesionada de su cráneo, estableció el círculo de su ser y dejó que el calor de su magia cerrara la fractura del hueso y borrara el recuerdo de las zarpas desgarradoras, de los picos feroces... Ya se había sumergido en un sueño reparador cuando lo despertó una voz sobresaltada.

Iridal se había puesto en pie y lo miraba con asombro y temor. Haplo, perplejo, no tenía idea de qué había podido hacer para alterarla de aquel modo. Entonces se miró la piel y vio que el resplandor azulado de sus tatuajes apenas

empezaba a difuminarse. Había olvidado que los mensch de aquel mundo no estaban acostumbrados a ver tales cosas.

—¡Eres un dios! —susurró Iridal, con voz respetuosa.

—Así me consideraba, en efecto —replicó Haplo con sequedad mientras se frotaba el cráneo con cuidado. Lo notó entero e intacto bajo las yemas de los dedos—. Pero ya no. En este universo existen fuerzas más poderosas que las mías y de mi pueblo.

—No comprendo... —murmuró Iridal.

—De eso se trata.

Ella lo miró, pensativa.

—Eres diferente de cuando te conocí. Antes tenías confianza, dominio de la situación.

—Creía tenerlo. Desde entonces he descubierto muchas cosas.

—

—Ahora eres más como nosotros, los... *mensch*. Creo que fue éste el término que, según Alfred, utilizáis para referiros a nosotros. Pareces... —Iridal titubeó.

—¿Asustado? —apuntó Haplo con aire sombrío.

—Sí, asustado.

Se abrió una pequeña puerta. Uno de los kenkari entró e inclinó la cabeza.

—Todo está dispuesto. Podéis entrar en el Aviario.

Su mano señaló el invernadero. Haplo, irritado, se disponía a protestar alegando que no era momento para paseos entre las plantas cuando se fijó por un instante en Iridal. La mujer estaba contemplando la frondosa vegetación con una mueca de horror, apartándose de ella y encogiéndose.

—¿Tenemos que entrar ahí? —susurró Iridal.

—No sucederá nada malo —la tranquilizó el kenkari—. Ellas entienden. Y quieren colaborar. Sois bien recibidos.

—¿Quién? —preguntó Haplo al kenkari—. ¿Quién entiende? ¿Quién quiere colaborar?

—Los muertos —respondió el Guardián.

Haplo recordó Pryan, el segundo mundo que había visitado. Aquellas junglas exuberantes de la cúpula de cristal podrían haber sido desarraigadas de él y trasplantadas aquí. Después, observó que el follaje estaba colocado para que produjera la impresión de crecer salvaje. En realidad, estaba atendido con esmero y alimentado amorosamente.

Quedó asombrado ante la inmensidad de la cúpula. A través de la ventana de la capilla, el Aviario no había parecido tener aquellas dimensiones. En su parte más ancha habrían podido flotar, amura contra amura, dos de las naves dragón más grandes. Pero lo que más lo asombró, lo que lo hizo detenerse a pensar en ello, fue la vegetación: aquellos árboles, helechos y plantas no crecían en el árido Reino Medio.

—¡Vaya! —exclamó Iridal, mirando a su alrededor—, estos árboles son como los del Reino Superior. —Al decir esto, alargó la mano para tocar un gran helecho, suave y plumoso—. Pero ya no crece allí nada parecido. Todo murió hace mucho.

—Todo, no. Estos de aquí proceden del Reino Superior —explicó el Guardián de las Almas—. Nuestro pueblo los trajo a este reino cuando abandonaron aquél, hace mucho tiempo. Algunos de estos árboles son muy viejos, tanto que yo me siento joven entre ellos. Y los helechos...

—¡Deja en paz los malditos helechos! Sigamos con lo nuestro, sea lo que sea
—intervino Haplo, impaciente. Empezaba a sentirse incómodo. Al entrar, el Aviario le había parecido un refugio de paz y tranquilidad. Ahora, en cambio, percibía cólera, agitación y miedo. Ráfagas de aire cálido le acariciaban el rostro y le agitaban la ropa. Notó un escalofrío y un escozor en la piel, como si lo estuvieran rozando unas suaves alas.

Las almas de los muertos, guardadas allí como pájaros enjaulados.

En fin, había visto cosas más extrañas, se recordó Haplo. Había visto *andar* a los muertos. Daría una oportunidad a aquellos mensch para que demostraran su utilidad; después, se ocuparía de las cosas personalmente.

Los kenkari alzaron la mirada a los cielos y empezaron a rezar.

—Te invocamos, ¡oh, Krenka—Anris! —exclamó el Guardián de las Almas—. Sacerdotisa sagrada, primera en descubrir la maravilla de esta magia, escucha nuestra plegaria y danos consejo. Por ello rezamos.

—

*Krenka-Anris, sacerdotisa sagrada.
Tres hijos bienamados mandaste a la batalla;
en torno a sus cuellos, relicarios y cajitas mágicas
trabajadas con tu propia mano.
El dragón Krishach, con su aliento de juego y veneno,
mató a tus tres hijos bienamados.
Sus almas escaparon. Los relicarios se abrieron.
Las tres almas fueron capturadas.
Tres voces silenciosas
[te llamaron.
Krenka-Anris,
sacerdotisa sagrada,
aconséjanos en esta hora de tribulación.
Una fuerza maligna, oscura e impía,
ha entrado en nuestro mundo.
Se ha presentado a instancias nuestras. Nosotros
[la hemos
traído, nosotros la hemos creado, en nombre del odio
[y del miedo.
Ahora cumplimos la penitencia por ello.
Ahora debemos intentar expulsar este mal
y no tenemos suficientes fuerzas.
Concédenos tu ayuda, Krenka-Anris,
sacerdotisa sagrada, te lo imploramos.*

La brisa cálida empezó a soplar con más fuerza, con más ferocidad, hasta adquirir las proporciones de un vendaval furioso. Los árboles se combaron y gimieron, como lamentándose; varias ramas se quebraron y las hojas susurraron de agitación. Haplo imaginó que oía voces, miles de voces silenciosas que añadían sus plegarias a las pronunciadas en voz alta por los kenkari. Y las voces se alzaron hasta la cima del Aviario, por encima de los árboles y demás vegetación.

Iridal soltó una exclamación y se agarró al brazo del patryn. Con la cabeza levantada, fijó la vista en el techo de la cúpula.

—¡Mira! —dijo con un jadeo.

Allá arriba empezaron a formarse, a materializarse, unas nubes extrañas, surgidas y tejidas de la algarabía de cuchicheos.

Y las nubes empezaron a adoptar la forma de un dragón. Un buen truquillo de magia. Haplo quedó moderadamente impresionado, aunque se preguntó con cierta irritación cómo creían los mensch que podía ayudar a nadie una nube con forma de dragón. Se disponía a abrir la boca para preguntar, para intervenir, cuando las runas de su piel se encendieron en señal de advertencia.

—El dragón *Krishach* —dijo el Alma.

—Viene a salvarnos —añadió la Libro.

—

—Bendita sea Krenka—Anris —terció el Puerta.

—¡Pero no es real! —protestó Haplo, dirigiendo las palabras hacia sus propios instintos, más que a cualquier otra cosa. Los signos mágicos de su piel intensificaron su resplandor azulado, preparándose para defenderlo.

Y entonces vio que era real.

El dragón era una criatura de nubes y de sombras, insustancial pero dotado de una terrible solidez. Su carne era de un blanco pálido, traslúcido, del color de un cadáver con varios días. El esqueleto del dragón era visible a través de la piel flácida, que le colgaba sobre los huesos. Las cuencas de los ojos estaban vacías y oscuras, salvo la llama abrasadora que surgió deslumbrante por unos momentos, se apagó y volvió a brillar, como ascuas a las que un soplo de viento hiciera revivir.

El dragón fantasma los sobrevoló en círculos, flotando sobre el aliento de las almas de los muertos. Luego, de improviso, descendió en picado.

Haplo se agachó instintivamente y juntó las manos para activar la magia rúnica.

El Guardián de las Almas se volvió y lo miró con sus grandes ojos oscuros.

—*Krishach* no te hará daño. Son tus enemigos quienes deben temerlo.

—¿Sí? ¿Esperas que crea eso?

—Krenka—Anris ha escuchado tu súplica y te ofrece su ayuda en este trance.

El dragón fantasma se posó en el suelo cerca de ellos. No se quedó quieto, sino que permaneció en un movimiento constante, agitado, levantando las alas y meneando la cola. Su cabeza esquelética, envuelta en aquella carne muerta y fría, se volvía constantemente a un lado y otro, abarcando a todos los presentes con sus vacíos y huecos ojos.

—¿Se supone que he de montar... en eso? —murmuró Haplo.

—Podría ser una trampa para provocar mi muerte. —Iridal tenía los labios temblorosos, del color de la ceniza—. ¡Vosotros, los elfos, sois mis enemigos! El kenkari asintió.

—Sí, hechicera, tienes razón. Pero algún día, en alguna parte, alguien debe tener la confianza suficiente para tender la mano al enemigo, aunque sepa que con ello corre el riesgo de que esa mano le sea arrancada del brazo.

El Alma introdujo la mano en las voluminosas mangas de su túnica y sacó de ellas un libro pequeño, delgado y de aspecto nada llamativo.

—Cuando llegues a Drevlin —continuó entonces, ofreciendo el libro a Haplo—, dale esto a nuestros hermanos, los enanos. Pídeles que nos perdonen si pueden. Sabemos que no les será fácil. Ni siquiera nosotros podremos perdonarnos fácilmente.

El patryn cogió el libro, lo abrió y lo hojeó con impaciencia. Parecía de factura

sartán, pero estaba escrito en las lenguas de los mensch. Haplo fingió estudiar su contenido. En realidad, lo estaba empleando como excusa para urdir su siguiente movimiento. Se proponía...

Sus ojos recorrieron unas líneas y se alzaron enseguida hacia el kenkari.

—¿Sabes qué es esto?

—Sí —reconoció el Guardián—. Creo que es lo que buscaban esos seres maléficos cuando irrumpieron en nuestra biblioteca. Sin embargo, se equivocaron de lugar. Dieron por sentado que estaría entre los volúmenes sartán, protegidos por las runas de éstos. Pero los sartán escribieron ese libro para nosotros, ¿comprendes? Nos lo dejaron a nosotros.

—

—¿Cuánto tiempo hace que conocéis su existencia?

—Mucho —respondió el Guardián, compungido—. Mucho tiempo, para vergüenza nuestra.

—Esto podría dar a los enanos, a los humanos... a cualquiera, un poder tremendo sobre vosotros y vuestro pueblo.

—Eso también lo sabemos.

Haplo guardó el libro bajo su grueso cinturón.

—No es ninguna trampa, dama Iridal. Te lo explicaré por el camino, si tú me cuentas también algunas cosas. Por ejemplo, cómo hizo Hugh *la Mano* para resucitar.

Iridal contempló a los elfos, al espantoso fantasma y, por último, al patryn que le había arrebatado a su hijo. Las defensas mágicas de Haplo habían empezado a perder intensidad mientras su mente reprimía el miedo y la repugnancia. El resplandor azulado de las runas tatuadas en su piel se amortiguó hasta apagarse.

Recobrada su serena sonrisa, tendió la mano a Iridal.

Lenta, dubitativamente, ella la aceptó.

—

CAPÍTULO

EN CIELO ABIERTO REINO MEDIO

Siete Campos, situado en el continente flotante de Ulyndia, era tema de leyendas y canciones; sobre todo de estas últimas, pues había sido una canción lo que había decidido en favor de los humanos la famosa batalla librada en aquel lugar. Hacía once años, según el cómputo humano, que el príncipe elfo, Reesh'ahn, y sus seguidores habían escuchado la tonada que cambiaría sus vidas evocando una era en que los elfos paxarias habían construido un gran reino basado en la paz.

Agah'ran, rey en la época de la batalla y autoproclamado emperador más adelante, había declarado traidor a su hijo, Reesh'ahn, lo envió al exilio e intentó matarlo en varias ocasiones. Pero los atentados habían fracasado, y Reesh'ahn se había hecho más poderoso con el paso de los años. Cada vez habían sido más los elfos que se habían reunido bajo el estandarte del príncipe, conmovidos por la canción o por su propio sentimiento de indignación ante las atrocidades cometidas en nombre del imperio de Tribus.

La rebelión de los enanos de Drevlin había sido para los rebeldes «un regalo de los antepasados», como dicen los elfos. En la fortaleza recién construida por el príncipe Reesh'ahn en Kirikai se habían entonado cánticos de gratitud. El emperador se había visto obligado a dividir sus fuerzas y librar una guerra en dos frentes. Los rebeldes habían redoblado de inmediato sus ataques, y ahora sus territorios se extendían mucho más allá de los límites de las Remotas Kirikai. El rey Stephen y la reina Ana se alegraban de ver a los elfos de Tribus mantenidos a raya, pero los inquietaba un poco que los rebeldes empezaran a aproximarse a tierras humanas. Un elfo era un elfo, como rezaba el dicho, y nadie podía estar seguro de que, un mal día, aquellos rebeldes de voz melodiosa no empezarían a cantar una tonada muy diferente.

El rey Stephen había abierto negociaciones con el príncipe Reesh'ahn y, de momento, se sentía sumamente satisfecho con lo que había oído. Reesh'ahn no sólo prometía respetar la soberanía humana sobre las tierras que ya poseían, sino que ofrecía abrir otros continentes del Reino Medio a la colonización humana. El

—
príncipe elfo prometía poner fin a la práctica de utilizar esclavos humanos para mover las naves dragón. En adelante, los humanos que sirvieran en las naves que cubrían la vital ruta del agua entre el Reino Medio y Drevlin serían contratados por un sueldo y, como miembros de la tripulación, recibirían su parte correspondiente del agua y podrían venderla libremente en los mercados de Volkaran y Ulyndia. Stephen, a su vez, accedió a poner fin a los ataques piratas sobre las embarcaciones elfas y prometió enviar ejércitos, magos y dragones para combatir junto a los elfos rebeldes. Juntos, lograrían derribar el imperio de Tribus. Las negociaciones habían alcanzado aquel punto cuando se decidió que deberían encontrarse cara a cara los caudillos de ambas partes, para pulir detalles y elaborar los acuerdos finales. Si había que asestar un golpe concertado contra el ejército imperial, era el mejor momento para hacerlo. Últimamente, se habían descubierto algunas grietas en la fortaleza aparentemente inexpugnable que constituía el imperio de Tribus. Tales grietas, según los rumores, se hacían cada vez más extensas y amplias. La defección de los kenkari era el ariete que permitiría a Reesh'ahn derribar las puertas y penetrar en el Imperanon.

La ayuda de los humanos era fundamental para los planes del príncipe. Las dos razas sólo podían tener la esperanza de derrotar al ejército imperial si unían sus fuerzas. Reesh'ahn era consciente de ello, y también los monarcas humanos. Por eso, todos ellos estaban dispuestos a aceptar un pacto. Por desgracia, entre los humanos había facciones poderosas que desconfiaban profundamente de los elfos y cuyos barones ponían objeciones a la propuesta de alianza de Stephen, invocando públicamente pasados agravios y recordando al pueblo sus terribles padecimientos bajo el dominio de los elfos.

Los elfos, decían los barones, eran astutos e insidiosos. Todo aquello era un truco. El rey Stephen no los estaba vendiendo a los elfos. ¡Los estaba entregando a cambio de nada!

Bane le estaba explicando la situación política, tal como la había oído contar al conde Tretar, a un Hugh silencioso, sombrío y desinteresado.

—La reunión entre Reesh'ahn y mi padre, el rey, es sumamente delicada.

Crítica, yo diría —expuso el muchacho—. Si algo, el menor detalle, saliera mal, toda la alianza se desmoronaría.

—El rey no es tu padre —replicó Hugh. Eran las primeras palabras que pronunciaba casi desde el inicio del viaje.

—Ya lo sé —dijo Bane con su dulce sonrisa—. Pero debo acostumbrarme a llamarle así para no cometer un desliz. El conde Tretar me ha prevenido. Y tengo que llorar en el funeral. No mucho, para que la gente no dude de mi presencia de ánimo, pero seguro que se espera de mí que derrame alguna lagrimilla, ¿no te parece?

Hugh no contestó. El muchacho iba sentado delante de él, sujeto a la perilla de la silla de montar y disfrutando de la emoción del viaje en dragón desde las tierras elfas de Aristagón al territorio de Ulyndia, ocupado por los humanos. Hugh no pudo evitar el recuerdo que la última vez que había hecho aquel trayecto, Iridal, la madre de Bane, iba sentada —acurrucada entre sus brazos— en el lugar que esta vez ocupaba su hijo. Sólo la imagen de la mujer y los pensamientos que le inspiraba refrenaban los impulsos de *la Mano*, tentado a agarrar a Bane y arrojarlo al vacío.

—

El muchacho debía de percibirlo, pues, de vez en cuando, se volvía en redondo y hacía oscilar el amuleto de la pluma ante el rostro del asesino.

—Mamá te manda su cariño —le decía con voz socarrona.

El único inconveniente del plan de Hugh era que los elfos podían descargar su rabia contra él en su prisionera, en Iridal. Aunque, ahora que los kenkari sabían que estaba viva (al menos, Hugh esperaba que lo supieran) tal vez pudieran salvarla.

Esto tenía que agradecérselo al perro.

En el mismo instante en que sus ojos y su olfato habían detectado la presencia del dragón, el perro había dirigido una mirada a la bestia y, con un aullido frenético y el rabo entre las patas, había huido a la carrera.

El conde Tretar había sugerido que dejaran allí al animal, pero Bane había iniciado un berrinche de pataletas y sofocos, chillando que no iría a ninguna parte sin él. Finalmente, Tretar había enviado a sus hombres en persecución del aterrorizado can.

La Mano había aprovechado la distracción para susurrar unas palabras al omnipresente weesham de Tretar. Si el weesham era más leal a los kenkari que al conde, llegaría a oídos de los guardianes de la catedral que Iridal había sido capturada.

El weesham no había dicho nada, pero había dirigido a Hugh una mirada de inteligencia que parecía una promesa de que llevaría el mensaje a sus maestros.

Los elfos habían tardado algún tiempo en capturar al perro. Sujetándolo por el hocico, se habían visto forzados a envolverle la cabeza con una capa para poder subirlo a pulso a lomos del dragón y atarlo firmemente detrás de la silla, entre los fardos y paquetes.

El animal se pasó la primera mitad del vuelo lanzando quejumbrosos aullidos; después, agotado, se había quedado dormido, y Hugh daba gracias por ello.

—¿Qué es eso de ahí abajo? —preguntó Bane con voz excitada, mientras señalaba una masa de tierra que flotaba entre las nubes debajo de ellos.

—Ulyndia —respondió Hugh.

—¿Estamos llegando?

—Sí, Alteza —le ofreció el tratamiento con un tonillo irónico—, ya casi hemos

llegado.

—Hugh —dijo el muchacho tras unos instantes de profunda reflexión, a juzgar por su expresión—, cuando hayas hecho ese trabajo para mí, cuando sea rey, quiero contratarte para otro asunto.

—Me siento abrumado, Alteza —respondió Hugh en el mismo tono—. ¿A quién más quieres que asesine? ¿Qué te parece el emperador elfo? Así gobernarías todo el mundo.

Bane hizo caso omiso del sarcasmo.

—Quiero contratarte para que mates a Haplo.

—Probablemente, ya está muerto —dijo Hugh con un gruñido—. Los elfos habrán acabado con él.

—No, lo dudo. Los elfos no podrían hacerlo. Haplo es demasiado listo para ellos. En cambio, me parece que tú sí podrías. Sobre todo si te cuento todos sus poderes secretos. ¿Lo harás, Hugh? Te pagaré bien. —Bane se volvió y lo miró a los ojos—. ¿Matarás a Haplo?

—

Una mano helada atenazó las entrañas de Hugh. Lo habían contratado hombres de toda condición para que asesinara a otros hombres de toda calaña, por toda suerte de razones. Pero jamás había visto en los ojos de ninguno de ellos tanta malevolencia, tanto odio y tantos celos como los que percibía en aquel momento en los hermosos ojos azules del chiquillo.

Por unos instantes, fue incapaz de responder.

—Sólo hay una cosa que te pido que hagas —continuó Bane, dirigiendo la mirada al perro que dormitaba detrás de ellos—. Cuando esté agonizando, debes decirle a Haplo que es Xar quien ha ordenado su muerte. ¿Recordarás el nombre? Xar es quien ordena la muerte de Haplo.

—Claro —dijo Hugh, encogiéndose de hombros—. Lo que el cliente diga.

—Entonces, ¿aceptas el trabajo? —dijo Bane, radiante.

—Sí, lo acepto —asintió Hugh. Habría asentido a cualquier cosa con tal de hacer callar al muchacho.

Hugh guió al dragón en una espiral descendente, volando despacio y con parsimonia, dejándose ver por los vigías avanzados que sin duda estarían apostados allá abajo.

—Se acercan más dragones —anunció Bane, escrutando el cielo entre las nubes.

Hugh no dijo nada.

Bane continuó mirando un rato más; luego, se volvió y miró a Hugh con una expresión de desconfianza.

—Vienen hacia aquí. ¿Quiénes son?

—Escoltas. La guardia de Su Majestad. Nos detendrán y nos interrogarán. Recuerdas lo que tienes que hacer, ¿verdad? Cúbrete con la capucha. Algún soldado podría reconocerte.

— ¡Ah, sí! Ya lo sé —asintió Bane.

Hugh se dijo que, por lo menos, no tenía que preocuparse de que el muchacho los delatara. El disimulo y el engaño eran sus derechos de primogenitura.

Muy abajo, Hugh distinguió el contorno de Ulyndia y las llanuras conocidas como los Siete Campos. La inmensa extensión de cordita, normalmente vacía y

solitaria, bullía de movimiento de hombres y animales. Rectas hileras de pequeñas tiendas atravesaban los campos: el ejército elfo, a un lado; el ejército humano, al otro.

En el centro se levantaban dos grandes tiendas de brillantes colores. Una enarbolaba la enseña elfa del príncipe Reesh'ahn, con su emblema de un cuervo, un lirio y una alondra alzando el vuelo, en honor de la humana, Cornejalondra, que había forjado el milagro de la canción entre los elfos. La otra tienda lucía el estandarte del rey Stephen, el Ojo Alado. Hugh se fijó en esta última, tomó nota de la distribución de tropas en torno a ella y estudió la mejor vía de entrada posible. Respecto a la vía de escape, no debía preocuparse.

Frente a la costa flotaban, ancladas, las naves dragón de los elfos. Los dragones de los humanos estaban agrupados a cierta distancia tierra adentro, a contraviento de las naves elfas, que utilizaban el pellejo y las escamas de dragones muertos en su construcción. Si un dragón vivo hubiera captado el olor que producían, se habría enfurecido hasta el extremo de romper el hechizo que lo sometía y habría podido crear una barahúnda terrible.

—

La guardia real, la escolta personal de Stephen, tenía un destacamento de vigilancia aérea. Dos de los gigantescos dragones de guerra, cada uno con su contingente de tropas montado en el lomo, mantenían la vigilancia sobre el suelo. Los dragones de menor tamaño, mucho más ágiles y rápidos, recorrían los cielos ocupados por dos hombres. Eran dos de estas bestias las que habían descubierto a Hugh y se lanzaban hacia él.

Hugh controló el descenso de su dragón y le ordenó planear en el aire, sin apenas batir las alas, desplazándose con las corrientes térmicas que se alzaban desde la tierra a sus pies. El perro despertó, alzó la cabeza y reanudó sus aullidos. Aunque la actitud de Hugh al refrenar su montura era una señal que denotaba intenciones pacíficas, la guardia aérea no corrió ningún riesgo. Los dos soldados del primero de los dragones empuñaban sus arcos, con la saeta en la cuerda, apuntando a Hugh y al dragón, respectivamente. El soldado que conducía el segundo dragón sólo se acercó cuando estuvo seguro de que sus compañeros tenían bien cubierto a Hugh. Pero éste observó una sonrisa en el adusto rostro del soldado cuando vio —y oyó—al perro.

Hugh se agachó y se llevó la mano a la frente en una muestra de humilde respeto.

—¿Qué te trae aquí? —Preguntó el soldado—. ¿Qué quieres?

—Soy un simple buhonero, señoría. —Hugh tuvo que gritar para hacerse oír por encima de los aullidos del perro y del aleteo del dragón. Señaló los fardos que llevaba tras él y continuó—: Mi hijo y yo hemos venido a ofrecer muchas cosas maravillosas de gran valor a los muy ilustres y valientes soldados de su señoría.

—Lo que quieres decir es que has venido a desplumarlos de su paga con tus burdas mercancías de mala calidad, ¿no es eso?

Hugh protestó, indignado.

—No, mi general, señor, te lo aseguro. Mi mercadería es de lo mejor: variados utensilios de cocina, pequeñas alhajas para hacer brillar los bellos ojos de las que lloran tu partida...

—Vete a otra parte con tu hijo, tus cachivaches, tu perro y tu labia, buhonero. Esto no es ningún mercado. Y no soy ningún general —añadió el soldado.

—Ya sé que no es un mercado —replicó Hugh, sumiso—. Y si no eres general es sólo porque quienes mandan no te valoran como te mereces. Pero veo las tiendas de muchos de mis cama—radas instaladas ya ahí abajo. Seguro que el rey Stephen no le negará a un hombre honrado como yo, con un hijo pequeño que mantener y doce más como él en casa, por no contar a dos hijas, la oportunidad de ganarse la vida decentemente.

El soldado tomó con escepticismo la historia familiar del buhonero, pero comprendió que había perdido la discusión. En realidad, sabía que la había perdido antes de empezar. La noticia del encuentro pacífico de los dos ejércitos en las llanuras de Siete Campos era como el aroma dulzón de la fruta de bua al pudrirse: atraía a toda clase de moscas. Prostitutas, jugadores, buhoneros, artesanos de armas, aguadores; todos acudían a chupar su parte. Y el rey sólo podía hacer dos cosas: tratar de expulsarlos, lo cual significaría derramamiento de sangre y resentimiento entre el pueblo, o tolerar su presencia y mantenerlos vigilados.

—Está bien —dijo el soldado con un gesto de la mano—. Puedes posarte en tierra. Preséntate en la tienda del supervisor con una muestra de tus productos y veinte barls para la licencia de ventas.

— ¡Veinte barls! ¡Qué barbaridad! —refunfuñó Hugh.

— ¿Qué dices, buhonero?

—Digo que te estoy sumamente agradecido por tu gran amabilidad, mi general. Mi hijo te presenta sus respetos. Preséntale tus respetos al ilustre general, hijo...

Bane, convenientemente sonrojado, inclinó la cabeza y se llevó las manitas al rostro como debía hacerlo un chiquillo campesino en presencia de la nobleza. El soldado quedó encantado. Tras hacer una señal a los arqueros, se alejó en su dragón al encuentro de otro viajero más, con aspecto de calderero, que se aproximaba.

Hugh ordenó al dragón abandonar el planeo, y reiniciaron el descenso.

— ¡Lo hemos logrado! —exclamó Bane con satisfacción, despojándose de la capucha.

—En ningún momento he dudado de ello —murmuró Hugh—. Y cúbrete la cabeza otra vez. A partir de ahora, llevarás la capucha mientras yo no indique que te la quites. Sólo faltaría que alguien te reconociera antes de que estemos preparados para actuar.

Bane lo miró con un destello de odio en sus azules ojos, fríos y rebeldes. Pero el chiquillo era inteligente y sabía que el comentario de Hugh era sensato. Con aire hosco, volvió a ocultar la cabeza y el rostro bajo la capucha de la capa andrajosa. Vuelto de espaldas, permaneció sentado con la barbilla apoyada en las manos, tenso y rígido, contemplando el panorama que se extendía allá abajo.

«Seguramente estás pensando en todos los modos imaginables de torturarme —pensó Hugh mientras lo observaba—. Pues bien, Alteza, el último placer que tendré en esta vida será frustrar tus expectativas.»

También tenía asegurada otra satisfacción. El perro se había quedado afónico de tanto aullar y ahora sólo alcanzaba a emitir unos patéticos graznidos.

En el cielo abierto del Reino Medio, volando por otra ruta distinta muy por debajo de Ulyndia, el dragón fantasma avanzaba hacia su destino a toda velocidad,

casi demasiado deprisa para que sus pasajeros se sintieran cómodos. Pero ninguno de los dos pasajeros estaba preocupado por la comodidad; sólo les interesaba la rapidez y, por tanto, Haplo e Iridal inclinaron la cabeza contra el viento ululante que soplaba a su alrededor, se agarraron con fuerza al dragón y el uno al otro, y trataron de distinguir algo entre el lagrimeo que les empañaba los ojos.

Krishach no necesitaba ser guiado, o quizá conocía el rumbo que debía tomar porque lo leía en la mente de los pasajeros. Éstos montaban sin silla, sin riendas. Una vez que los dos se habían encaramado a su lomo, a regañadientes y con grandes precauciones, el dragón fantasma había alzado el vuelo con un salto y había atravesado las paredes de cristal del Aviario. Las cristalerías no habían saltado en pedazos, sino que se habían fundido en una brillante cortina de agua, permitiéndoles el paso con absoluta facilidad. Al dirigir la vista atrás, Haplo había comprobado que el cristal volvía a solidificarse tras ellos, como tocado por un sople helado.

—

Krishach sobrevoló el Imperanon. Los soldados elfos los contemplaron con asombro y terror, pero, antes de que pudieran tensar los arcos, el dragón fantasma se alejó, ganando altura.

Haplo e Iridal, acercando la cabeza para oírse, discutieron su destino. Iridal quería volar inmediatamente a Siete Campos.

Haplo quería volar hasta la nave dragón.

—La vida de la enana es la que corre un peligro más inmediato. Hugh proyecta matar al rey esta noche. Tendrás tiempo de dejarme en la nave de Sang-Drax y volar a Siete Campos. Además, no quiero montar a solas esta bestia diabólica.

—Si sigue así, no creo que ninguno de los dos consiga mantenerse sobre él —respondió Iridal con un escalofrío. Tuvo que poner en juego toda su energía y toda su resolución para mantenerse agarrada a los pliegues de carne muerta, helada, y para soportar aquel frío espantoso, tan terriblemente distinto del calor de los dragones vivos—. Además, cuando dejemos de necesitarlo, *Krishach* estará más que impaciente por volver a su descanso.

Iridal guardó silencio un momento; luego, miró a Haplo con un aire más triste y conciliador.

—Si encuentro a Bane y lo llevo conmigo al Reino Superior, ¿vendrás a buscarlo allí?

—No —respondió Haplo en el mismo tono—. Ya no lo necesito.

—¿Por qué no?

—Ahora tengo ese libro que me han dado los kenkari.

—¿De qué trata? —preguntó la mujer.

Haplo se lo dijo.

Iridal prestó atención, al principio con asombro, luego con perplejidad, finalmente con incredulidad.

—De modo que lo han sabido, todo este tiempo..., y no han hecho nada. ¿Por qué? ¿Cómo han podido?

—Como ellos decían: el odio, el miedo...

Iridal se quedó pensativa, con los ojos en el cielo vacío que los rodeaba.

—Y ese señor, ese amo tuyo, ¿qué hará él, cuando se presente en Ariano?

Porque vendrá, ¿no es cierto? ¿Querrá él arrebatarme a Bane otra vez?

—No lo sé —respondió Haplo lacónicamente. No le gustaba pensar en ello—. Ignoro las intenciones de mi señor. No me cuenta sus planes; sólo espera que obedezca sus órdenes.

—Pero tú no lo haces, ¿verdad? —Iridal lo miró de nuevo.

«No, no lo hago», reconoció Haplo, pero sólo para sus adentros. No veía ningún motivo para tratar aquello con una mensch. Xar comprendería. Tendría que comprender.

—Ahora es mi turno de hacer preguntas —dijo en voz alta, cambiando de tema—. La última vez que lo vi, Hugh *la Mano* tenía aspecto de estar muy muerto. ¿Cómo consiguió volver a la vida? ¿Los misteriarcas habéis encontrado un modo de hacerlo?

—Sabes perfectamente que no. Nosotros sólo somos «mensch». —Iridal ensayó una débil sonrisa—. Fue Alfred.

—

Era lo que él había pensado, se dijo el patryn. Alfred había traído de vuelta al asesino de entre los muertos. Precisamente lo había hecho el sartán que había jurado que jamás se rebajaría a practicar el arte oculto de la nigromancia.

— ¿Te explicó por qué lo había resucitado? —inquirió.

—No, pero estoy segura de que lo hizo por mí. —Iridal suspiró y movió la cabeza—. Alfred rehusó hablar del tema. Incluso negó haberlo hecho.

—Sí, ya lo imagino. Es experto en negar cosas. «Por cada persona devuelta a la vida, otra muere antes de su hora.» Esto es o que creen los sartán. Y la vida recuperada por Hugh significa la muerte prematura del rey Stephen. A menos que consigas alcanzarlo y detenerlo..., detener a tu hijo.

—Lo haré —afirmó Iridal—. Ahora tengo esperanza.

Otra vez guardaron silencio. El esfuerzo de hacerse oír entre el estruendo del viento resultaba agotador. El dragón había dejado atrás el último rastro de tierra, y Haplo no tardó en perder cualquier punto de referencia. Lo único que alcanzaba a ver era el cielo azul encima de ellos, debajo, a su alrededor, absolutamente vacío. Una bruma amortiguaba el resplandor del Firmamento y todavía estaban demasiado lejos, también, para avistar la espiral de nubes cenicientas del Torbellino.

Iridal quedó abstraída en sus pensamientos, en sus planes y esperanzas respecto a su hijo. Haplo se mantuvo alerta, escrutando los cielos en una vigilancia permanente, y fue el primero en distinguir la pequeña mancha negra delante y debajo de ellos. Se concentró en ella y se percató de que *Krishach* volvía las cuencas vacías de sus ojos en aquella dirección.

—Creo que los hemos encontrado —anunció cuando, finalmente, logró distinguir la cabeza curva y las grandes alas desplegadas de la nave dragón.

Iridal miró hacia donde indicaba. El dragón fantasma había aminorado la velocidad y empezaba a descender en una amplia y lenta espiral.

—Sí, es una nave dragón —dijo tras estudiarla—. ¿Pero cómo sabrás si es o no la que buscamos?

—Lo sabré —le aseguró Haplo en tono lúgubre, al tiempo que dirigía una mirada a las runas tatuadas en su piel—. ¿Te parece que nos ven desde la nave?

—Lo dudo. Pero, aunque así fuera, desde esta distancia seguro que tomarían nuestra montura por un dragón normal y corriente. Y una nave de ese tamaño no

se alarmaría por la presencia de un dragón solitario.

En efecto, la nave no parecía alarmada, ni tampoco parecía llevar prisa.

Avanzaba a una velocidad cómoda, aprovechando con sus amplias alas las corrientes de aire, cada vez más intensas. Abajo, muy lejos, el color plomizo del cielo presagiaba el Torbellino.

Distinguió detalles de la nave dragón: la talla de la proa, las alas pintadas...

Unas figuras diminutas se movían en la cubierta. Y en el casco de la embarcación había una insignia.

—La corona imperial —apuntó Iridal—. Creo que, en efecto, es la nave que buscabas.

Haplo notó el escozor ardiente en la piel. Los signos mágicos empezaban a despedir un leve fulgor azulado.

—Lo es.

Lo dijo con tal convicción que Iridal se volvió a mirarlo, preguntándose cómo podía estar tan seguro. Sus ojos se abrieron como platos al observar los trazos

—

luminosos cie la piel del patryn, pero no dijo nada y volvió a fijar la vista en la nave dragón.

Seguro que desde ella ya los distinguían, pensó Haplo. Y, si él sabía que Sang-Drax estaba allí abajo, sin duda su enemigo sabía que él viajaba a lomos del dragón.

Quizá fue cosa de su imaginación, pero Haplo casi habría jurado que veía la figura brillantemente vestida de la serpiente elfo plantada en el puente, con la vista levantada hacia él. Y Haplo creyó oír también unos débiles gritos, los lejanos alaridos de alguien presa de un dolor terrible.

—¿Cuánto podemos acercarnos? —preguntó Haplo.

—Si voláramos en un dragón corriente, no mucho —respondió Iridal—. Las corrientes de aire serían demasiado peligrosas, por no hablar de las flechas, y quizá la magia, que sin duda empezarán a lanzar contra nosotros dentro de poco. Pero tratándose de *Krishach*... —La maga se encogió de hombros—. Dudo mucho que las corrientes de aire, las flechas o la magia tengan efecto en él.

—Entonces, acerquémonos todo lo posible —dijo Haplo—. Saltaré a la cubierta.

Iridal asintió, aunque fue el dragón fantasma quien respondió. Ya estaban lo bastante cerca como para que Haplo pudiera distinguir a los elfos señalando hacia arriba, algunos corriendo a buscar sus armas y otros apresurándose a cambiar el rumbo. En medio del revuelo, un solo elfo permanecía inmóvil, firme. El resplandor azulado de la piel de Haplo aumentó de intensidad, veteado de rojo.

—Ha sido esa misma maldad que percibo ahora lo que ha movido a los kenkari a entregarte el libro, ¿verdad? —Inquirió Iridal de pronto, con un escalofrío—. Fue eso lo que encontraron en las mazmorras, ¿verdad?

Para entonces, *Krishach* ya era claramente visible para los elfos, y éstos debían de advertir que no estaban ante un dragón vivo, ante una bestia corriente.

Muchos empezaron a gritar, aterrorizados. Los que empuñaban los arcos arrojaron las armas. Algunos abandonaron sus obligaciones y corrieron a las escotillas.

—Pero, ¿qué es esa maldad? —Exclamó Iridal, haciéndose oír por encima del viento impetuoso, el aleteo de las velas de la nave dragón y los gritos de espanto de la tripulación—. ¿Qué es eso que veo ahí abajo?

—Lo mismo que todos acabaremos por ver, si tenemos el valor de asomarnos a la oscuridad —respondió Haplo, tenso, disponiéndose a saltar—: a nosotros mismos.

—

CAPÍTULO

EN CIELO ABIERTO ARIANO

El dragón fantasma se aproximó a la nave elfa, tal vez incluso demasiado. El ala de *Krishach* cortó uno de los cabos de guía que sujetaban las velas. El cable saltó, y el ala de estribor se combó como el ala quebrada de un ave herida. Los elfos, paralizados de terror ante la monstruosa aparición, huyeron de ella. *Krishach* pareció a punto de abatirse de lleno sobre la frágil nave. Haplo, en precario equilibrio sobre el lomo del dragón, efectuó un vertiginoso salto a la cubierta.

Su magia amortiguó la caída. Golpeó la cubierta, rodó sobre sí mismo y se incorporó, temiendo escuchar el crujido del palo mayor al romperse y temiendo ver al dragón fantasma destruyendo la embarcación. Se agachó por puro reflejo mientras el enorme vientre cadavérico pasaba sobre su cabeza. Una ráfaga de aire helado, producida por las pálidas alas, hinchó la vela restante e impulsó la nave elfa a un peligroso descenso. Cuando alzó la mirada, Haplo contempló las terribles llamas que ardían en las cuencas vacías de la monstruosa calavera y, encima de esta, el aterrorizado rostro de Iridal.

—¡Sigue volando! —le gritó desde la nave—. ¡Vete! ¡Deprisa!

Haplo no vio a Sang-Drax; probablemente, la serpiente elfo estaba bajo cubierta. Con Jarre.

Iridal parecía reacia a dejarlo; *Krishach* seguía cerniéndose en las inmediaciones de la nave averiada. Pero Haplo no estaba en un peligro inminente, pues los elfos de cubierta habían huido de ella, estaban desquiciados de miedo o habían saltado por la borda.

Haplo lanzó un nuevo grito a Iridal y agitó la mano.

—¡Aquí ya no puedes hacer nada más! ¡Ve a buscar a Bane!

Iridal levantó la mano diciéndole adiós y volvió el rostro hacia lo alto. *Krishach* batió las alas y se alejó a toda prisa hacia su siguiente destino.

Haplo miró a su alrededor. Los pocos elfos que permanecían en la cubierta superior estaban paralizados de terror, con la mente y el cuerpo entumecidos de

—

asombro. Aquel ser de piel luminosa había descendido entre ellos en alas de la muerte. Haplo cruzó a grandes pasos la cubierta y agarró a uno por el cuello.

—¿Dónde está la enana? ¿Dónde está Sang-Drax?

El elfo puso los ojos en blanco y se desmayó en brazos de Haplo. Pero el patryn escuchó, abajo, los gritos agudos de Jarre, llenos de dolor. Apartando a un lado al inútil mensch, Haplo corrió a una de las escotillas y trató de abrirla.

La puerta estaba bien cerrada, atrancada probablemente por la espantada tripulación que debía de haberse refugiado tras ella. Abajo, alguien gritaba unas órdenes. Haplo prestó atención por si era Sang-Drax, pero no reconoció la voz y llegó a la conclusión de que debía ser el capitán o uno de los oficiales intentando

restaurar el orden.

Haplo dio una patada a la puerta. Podía utilizar su magia para hacerla saltar, pero detrás se encontraría con una multitud de mensch desesperados que, a aquellas alturas, ya debían de estar templando los ánimos para plantar batalla. Y no tenía tiempo de luchar. Dejó de oír los gritos de Jarre, ¿Y dónde estaba Sang-Drax? Esperando emboscado, al acecho...

Con un juramento inaudible, Haplo buscó otro acceso al interior de la nave. El patryn conocía a fondo las naves dragón, pues las había pilotado en otros mundos que había visitado. La embarcación empezaba a inclinarse, a consecuencia del peso del ala rota. Sólo la mantenía a flote la magia del mago de a bordo.

Una ráfaga de viento golpeó la nave dragón y la zarandeó. Un estremecimiento recorrió sus cuadernas. La embarcación había caído demasiado cerca del Torbellino y estaba atrapada en las espirales tormentosas. El capitán debió de darse cuenta de lo que sucedía, puesto que las voces se convirtieron en bramidos. —¡Poned a trabajar otra vez a esos esclavos de babor! ¡Emplead el látigo, si es preciso! ¿Qué quiere decir, eso de que han cerrado la puerta del cuarto de amarras? Que alguien traiga al mago de a bordo. ¡Echad abajo la maldita puerta! Los demás, volved a vuestros puestos o, por los antepasados, os juro que vais a terminar destinados en Drevlin. ¿Dónde diablos está ese condenado mago? El ala de babor había dejado de moverse, pues el cable que la gobernaba se había aflojado. Tal vez los esclavos humanos estaban demasiado locos de miedo como para llevar a cabo su tarea. Al fin y al cabo, era posible que hubiesen visto el fantasma por el escobén, el agujero del casco por el cual pasaba el cable del ancla. El escoben...

Haplo corrió a la amura de babor y se asomó por la borda. El Torbellino estaba todavía muy lejos, aunque bastante menos que cuando había puesto pie en la nave. Saltó el pasamano y, agarrándose y deslizándose como pudo por el casco inclinado, logró asirse finalmente al cable que gobernaba el ala de babor. Agarrado del grueso cable, cruzó las piernas en torno a él y avanzó hacia el escobén que se abría como una boca en el costado de la nave. Unos rostros perplejos —rostros de humanos— contemplaron su acrobacia. Haplo avanzó con la mirada fija en ellos, no en la caída que tenía debajo. Dudaba que ni siquiera su magia lo salvara de una caída en el Torbellino.

Hugh había denominado a aquella maniobra «paseo por el ala del dragón», un término que se había convertido en Ariano en sinónimo de una hazaña atrevida y peligrosa.

—¿Quién es? ¿Y qué es? —preguntó una voz.

—

—No lo sé. Humano, por su aspecto.

—¿Con la piel azul?

—Lo único que sé es que no tiene ojos rasgados ni orejas puntiagudas, y con eso me basta —dijo un humano con el tono firme de un líder reconocido—. Que venga alguien a echarme una mano.

Haplo alcanzó el escobén y se agarró a los fuertes brazos que lo asieron y lo introdujeron por el edificio. El patryn vio la razón de que el ala de babor hubiera dejado de funcionar. Los galeotes humanos habían aprovechado la confusión para librarse de sus grilletes y reducir a sus guardianes. Ahora, estaban armados con

espadas y machetes. Uno de los esclavos tenía una daga apoyada en el gazonate de un joven elfo, vestido con la túnica mago.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? Te hemos visto cabalgando en ese monstruo...

Los humanos se arremolinaron en torno a él, suspicaces, asustados y casi amenazantes.

—Soy un misteriarca —anunció.

El miedo se transformó en respeto, primero, y luego en esperanza.

—¿Has venido a salvarnos? —preguntó uno del grupo, bajando la espada.

—Sí, claro —respondió Haplo—. Y también para salvar a una amiga mía, una enana. ¿Me ayudaréis?

— ¿Una enana? —Las sospechas crecieron de nuevo.

El que parecía líder de los humanos se abrió paso entre el grupo. Era de más edad que el resto, alto y musculoso, con los hombros y los bíceps enormes de quien había pasado la vida amarrado al banco y moviendo las alas gigantescas de las naves dragón.

—¿Qué significa una maldita enana, comparada con nosotros? —inquirió el humano cuando estuvo ante el patryn—. ¿Y qué hace aquí un misteriarca? Estupendo. Lo único que le faltaba a Haplo en aquellos momentos era una exhibición de lógica mensch. Se escucharon unos poderosos golpes en la puerta, y la madera saltó hecha astillas. El filo de un hacha asomó a través de ella, fue retirada a tirones y se abatió de nuevo sobre la puerta.

—¿Qué pensáis hacer? —replicó Haplo—. ¿Qué os proponéis hacer, ahora que habéis tomado el control?

La respuesta fue la que el patryn podía esperar:

—¡Matar a los elfos!

—¡Sí! ¡Y, mientras lo hacéis, la nave está siendo aspirada hacia el Torbellino!

La embarcación se estremeció, la cubierta se escoró precariamente y los humanos resbalaron y rodaron por el suelo, uno sobre otros y contra los mamparos.

—¿Sabéis pilotarla? —gritó Haplo, asido de una viga del techo.

Los humanos se miraron, vacilantes. Su líder adoptó una expresión torva y sombría.

—Entonces, moriremos. Pero antes enviaremos sus almas a su preciado emperador.

Sang-Drax. Aquello era obra de Sang-Drax. De pronto, Haplo tuvo una idea bastante precisa de cómo habían llegado aquellas armas a poder de los humanos. El caos, la discordia, la muerte violenta: comida y bebida para la serpiente elfo.

—

Por desgracia, no era buen momento para que Haplo intentara explicar a los humanos que habían sido engañados por un jugador de una partida cósmica, ni para lanzarse a una exhortación a amar a quienes habían infligido las marcas sangrantes y abiertas de latigazos que podía ver en sus espaldas.

Demasiado tarde, susurró la voz burlona de Sang-Drax en la cabeza de Haplo. *Es demasiado tarde, patryn. La enana está muerta; yo la he matado. Ahora, los humanos matarán a los elfos y los elfos a los humanos. Y la nave condenada sigue cayendo, llevándolos a todos a la destrucción. Así sucederá con su mundo, patryn. Y así sucederá con el tuyo.*

—¡Enfréntate a mí, Sang-Drax! —exclamó Haplo con rabia, cerrando los puños—. ¡Lucha conmigo, maldito seas!

No eres distinto de esos mensch, ¿verdad, patryn? Y yo me cebo con tu miedo. Nos encontraremos, te lo aseguro, pero cuando yo decida.

La voz calló.

Sang-Drax se había marchado. Haplo notó que el hormigueo de las runas de su piel empezaba a remitir. Y no podía hacer nada. Como había dicho la serpiente elfo, estaba impotente.

La puerta cedió y se abrió de pronto. Los elfos entraron a la carga. Los humanos, olvidándose de Haplo, saltaron a su encuentro. El hombre que retenía al mago de a bordo empezó a hundir la daga en la garganta del joven elfo.

—¡Os he mentido! —exclamó Haplo, agarrando al primer mensch que se puso al alcance de su mano—. ¡No soy un misteriarca!

De los signos mágicos azules y rojos del brazo del patryn surgió una llamarada que envolvió el cuerpo del mensch, un humano, con unas runas oscilantes. Los signos mágicos empezaron a girar en torno al aterrorizado humano como un remolino y, con la velocidad del rayo, saltaron en un arco desde él hasta el elfo con el que había trabado combate. La centella saltó con un chisporroteo del elfo a un humano que luchaba detrás de él. Antes de que ninguno de ellos pudiera expulsar el aliento de sus pulmones, las runas alcanzaron a todos los elfos y humanos presentes en la bodega y se dispersaron con la misma rapidez por el resto de la nave.

Se produjo un brusco silencio, helado.

—Soy un dios —anunció con aire lúgubre.

El hechizo dejó a los mensch inmovilizados, con los músculos en tensión, paralizados en pleno movimiento, frenados en sus estocadas mortales y en sus golpes decisivos. La daga derramó sangre de un corte superficial en el cuello del mago, pero la mano que la empuñaba no pudo penetrar más hondo. Sólo los ojos de cada uno de los mensch continuaron moviéndose libremente.

Al escuchar el anuncio de Haplo, los ojos de los mensch se volvieron hacia él en sus cabezas inmóviles, y lo contemplaron con un terror mudo e impotente.

—No vayáis a ninguna parte hasta que vuelva —les dijo, y se abrió paso entre los mensch, que despedían un leve resplandor azul.

Con cautela, se aventuró a través de la puerta hecha astillas. Mientras recorría la nave, allá donde fuera, lo siguieron los ojos llenos de temor reverencial de los mensch hechizados.

¿Un dios? Y bien, ¿por qué no? Limbeck lo había tomado por tal, en su primer encuentro.

«El dios que no lo era», lo había llamado el enano. Muy adecuado...

—

Haplo recorrió la embarcación, que, sumida en un silencio fantasmagórico, cabeceaba y se mecía y vibraba como si expresara su terror a las nubes negras que giraban amenazadoras allí abajo. Abrió puertas, derribó a patadas las que se resistían e inspeccionó las dependencias hasta encontrar lo que andaba buscando. En un camarote, tendida en el suelo empapado de sangre como un guiñapo apaleado y ensangrentado, estaba Jarre.

—Jarre, Jarre —musitó Haplo, llegando hasta el cuello de la enana—. No me hagas esto...

Suavemente, con cuidado, le dio la vuelta hasta ponerla boca arriba. El rostro estaba magullado, amoratado, con los ojos cerrados de puro hinchados, pero, cuando el patryn la examinó, advirtió un leve movimiento en sus párpados. Y la enana tenía la piel caliente.

No le encontró el pulso pero, cuando acercó el oído al pecho de Jarre, captó el leve latir de su corazón. Sang-Drax había mentido: Jarre no estaba muerta.

—Buena chica —le dijo en un susurro, tomándola en brazos—. Resiste un poco más.

Haplo no podía ayudarla en aquel instante. No podía dedicarle las energías necesarias para curarla y, al mismo tiempo, mantener el control sobre los mensch de la nave. Tendría que trasladarla a un lugar tranquilo, a un lugar seguro.

El patryn salió del camarote portando en brazos el cuerpo de la enana, inconsciente y torturado. Se abrió paso lentamente por la nave. Los ojos que lo seguían dirigieron su interés a la penosa visión de la atormentada enana.

—¿No escuchasteis sus gritos? —preguntó Haplo a los Mensch—. ¿Y qué hacíais, reiros? ¿Los oís todavía? Bien. Espero que sigáis escuchándolos mucho tiempo. Aunque no tenéis tanto. Vuestra nave está cayendo en el Torbellino.

» ¿Qué piensas hacer al respecto, capitán? —preguntó al elfo, Paralizado a medio paso mientras abandonaba el puente a toda prisa—. ¿Matar a los humanos, que son los únicos capaces de gobernar las alas? Sí, me parece una idea muy razonable.

» ¿Y vosotros, estúpidos? —se dirigió a los humanos inmóviles en la sala del cable del ancla—. Adelante, matad al hechicero, cu—ya magia es lo único que os mantiene a flote todavía.

Sosteniendo a Jarre en sus brazos, el patryn empezó a entonar las runas. El hechizo quedó levantado y el resplandor azul que envolvía a los mensch se escurrió de ellos como si fuera agua. Fluyendo a través de la nave, la magia empezó a concentrarse en torno a Haplo. Las runas encendidas formaron un círculo de llamas que envolvió al patryn y a la enana agonizante. Las llamas resultaban cegadoras y obligaron a los mensch más próximos a retirarse rápidamente, entrecerrando los ojos para protegerse de la luz brillantísima.

—Me marchó —les dijo—. Por mí, podéis seguir donde lo dejasteis.

—

CAPÍTULO

SIETE CAMPOS, ULYNDIA REINO MEDIO

Los Señores de la Noche extendieron sus capas, y el resplandor del Firmamento menguó hasta desaparecer. El leve fulgor mortecino de la coralita se perdió ante la luz más potente de los cientos de hogueras de los campamentos. El humo llenaba el aire de una neblina que transportaba el aroma de los asados y los guisos, el sonido de las risas y de los gritos y fragmentos de canciones. Era una ocasión histórica, una noche de celebración.

Aquel mismo día, el príncipe Reesh'ahn y el rey Stephen habían anunciado su acuerdo en los términos de la alianza. Cada parte había expresado su más profunda satisfacción por haber forjado un vínculo entre dos razas que, durante siglos, no habían hecho sino lanzarse la una al cuello de la otra a la menor ocasión.

Para que todo fuera legal y oficial, sólo quedaba cubrir las formalidades: la redacción de los documentos (los escribientes estaban trabajando febrilmente a la

luz de los quinqués) y la firma. La ceremonia de esta última tendría lugar en el plazo de dos ciclos, una vez que las partes hubieran tenido tiempo de leer los documentos y el rey Stephen y la reina Ana los hubieran presentado a la consideración de los barones.

Sus Majestades no dudaban que los barones votarían a favor de la firma, aunque algunos descontentos accederían a regañadientes, de mala gana y con torvas miradas de desconfianza hacia el campamento elfo. Pero cada barón sentía sobre su garganta la mano de hierro del rey Stephen o de la reina Ana, y sólo tenían que asomarse al exterior de sus respectivas tiendas y echar un vistazo a la guardia real —fuerte y poderosa y de una lealtad inquebrantable— para imaginar aquel ejército sobrevolando su señorío.

Los barones no expresaron en voz alta sus protestas pero aquella noche, mientras la mayoría de los reunidos celebraba la alianza, un puñado de aquellos nobles permaneció en sus tiendas respectivas, dándole vueltas en la cabeza a la idea de qué sucedería si aquella mano de hierro aflojaba algún día su presión.

—

Stephen y Ana conocían los nombres de los disidentes, a quienes habían hecho acudir allí adrede. La real pareja se proponía obligar a los barones recalcitrantes a exponer sus quejas en público, a plena vista de la guardia personal de los monarcas y del resto de la nobleza. Sus Majestades estaban al corriente —o pronto lo estarían— de los comentarios que corrían por el campamento aquella noche, pues el mago Triano no se hallaba presente entre quienes celebraban el acontecimiento en la tienda regia. De haber escrutado detenidamente las sombras de sus propias tiendas, los barones reticentes se habrían llevado una desagradable sorpresa.

La guardia real tampoco relajaba su vigilancia, aunque Stephen y Ana habían invitado a sus soldados a beber a su salud y los habían surtido de vino para la celebración. Los que estaban de servicio —sobre todo, los que montaban guardia en torno a la tienda real— sólo podían esperar con impaciencia su momento de incorporarse a la fiesta.

Pero quienes se encontraban fuera de servicio obedecieron complacidos la orden de sus monarcas. Así pues, en el campamento reinaba la alegría y una gozosa confusión. Los soldados se reunían en torno a los fuegos, vanagloriándose de grandes hazañas e intercambiando relatos de supremo heroísmo, mientras los vendedores atendían activamente a sus negocios.

— ¡Joyas! Joyas elfas traídas del propio Aristagón! —anunció Hugh *la Mano*, yendo de fogata en fogata.

— ¡Ehy, tú! ¡Ven aquí! —gritó una voz estentórea.

Hugh obedeció, sumiso, y penetró en el círculo iluminado por las llamas. Los soldados, con las copas de vino en las manos, abandonaron sus bravatas y se congregaron en torno al buhonero.

—Veamos qué traes ahí.

—Desde luego, honorables caballeros —asintió Hugh con una reverencia—.

Enséñales, muchacho.

El hijo del vendedor ambulante se adelantó y exhibió una gran bandeja que sostenía en ambas manos. El chiquillo tenía la cara sucia de rango y semioculta bajo una amplia capucha que lo cubría hasta la frente. Los soldados no dedicaron la menor atención al muchacho; ¿qué interés podía tener nadie en el hijo de un

buhonero? Las miradas de los hombres estaban concentradas en las brillantes baratijas de la bandeja.

El perro se echó, se rascó, bostezó y miró con ojos hambrientos una tira de salchichas puesta a asar sobre una fogata.

Hugh interpretó su papel a la perfección; ya lo había hecho en otras ocasiones y se volcó en el regateo con un ardor y una habilidad que le hubieran reportado una fortuna, de haber sido un verdadero vendedor ambulante. Mientras discutía sobre precios, su mirada recorrió el campamento y midió la distancia que lo separaba de la tienda real, calculando dónde hacer el siguiente alto.

Cerró el trato, entregó las joyas, guardó los barils en la bolsa y, a grandes voces, se lamentó de haber salido perdiendo en el trato.

—Vamos, hijo —murmuró por último, malhumorado, al tiempo que posaba una mano en el hombro de Bane.

El chiquillo cerró la caja de la mercancía y lo siguió, obediente. El perro, después de echar una última mirada melancólica a las salchichas, fue tras ellos.

—

La tienda de los monarcas se alzaba en el centro del campamento, en mitad de una amplia zona despejada. Un extenso campo de coralita la separaba de las tiendas de su guardia personal. La carpa real era amplia, cuadrada y con un dosel ante la entrada. En torno a la tienda, en cada esquina, había apostado un centinela. Otros dos, bajo el mando de un sargento, vigilaban el acceso al interior.

Y, por un golpe de suerte, también se hallaba presente el capitán de la guardia, quien comentaba en voz baja con el sargento los acontecimientos de la jornada.

—Ven aquí, muchacho. Déjame ver qué nos queda —dijo Hugh con voz áspera, por si alguien lo estaba escuchando. Había escogido para detenerse un rincón en sombras, apartado de la luz directa de los fuegos del campamento y justo enfrente de la entrada a la tienda real.

Bane abrió la caja. Hugh se inclinó sobre ella murmurando para sus adentros y dirigió una penetrante mirada a Bane, cuyo rostro era una máscara blanquecina bajo la luz lejana de las fogatas. Hugh buscó en sus facciones algún signo de debilidad, de miedo, de nerviosismo.

Con un brusco sobresalto, el asesino se dio cuenta de que era como si estuviera mirándose en un espejo.

Los azules ojos del muchacho tenían una mirada fría, dura, radiante de determinación y vacía de cualquier expresión o sentimiento, a pesar de que se disponía a presenciar el brutal asesinato de quienes habían sido sus padres durante diez años. Y, mientras aquellos ojos sostenían la mirada escrutadora de Hugh, los dulces labios del chiquillo se curvaron en una sonrisa.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró con nerviosa impaciencia.

Hugh tardó unos momentos en encontrar palabras con que responder. El amuleto de la pluma que colgaba del cuello del muchacho era lo único que refrenaba al asesino de cumplir el contrato que había cerrado hacía tanto tiempo. Por el bien de Iridal, su hijo viviría.

—¿Está el rey en la tienda?

—Están los dos, Stephen y Ana. Seguro. Si la pareja no estuviera, la guardia real no tendría esos centinelas apostados en torno a ella. La guardia personal acompaña siempre al rey, dondequiera que vaya.

—Observa a los centinelas de la entrada —dijo Hugh, en el mismo tono áspero

de antes—. ¿Conoces a alguno de ellos?

Bane dirigió la vista hacia la tienda y entrecerró los ojos.

—Sí —dijo al cabo de un momento—. Recuerdo a ese capitán. Y al sargento, también, creo.

— ¿Te reconocería alguno de ellos?

—Seguro que sí. Los dos entraban y salían a menudo de palacio. Una vez, el capitán me hizo una espada de juguete.

Hugh percibió la exactitud con que se desarrollaban las cosas y experimentó la vivificante calidez y la extraña calma que lo embargaba en ocasiones cuando tenía la absoluta certeza de que el destino estaba actuando en su favor y de que nada podía salir mal.

Nada.

—Bien —dijo—. Perfecto. Quédate quieto.

Tomando la cabeza del chiquillo entre las manos, Hugh volvió el rostro de Bane hacia la luz y procedió a restregar el fango y la suciedad con que se había

enmascarado para pasar inadvertido. Hugh no se anduvo con miramientos; no había tiempo para ello. Bane puso una mueca de dolor pero no dijo nada. Cuando hubo concluido, Hugh estudió aquel rostro: las mejillas enrojecidas por la excitación y las enérgicas fricciones, los rizos dorados caídos sobre la frente en un mechón desgredado.

—Ahora deberían reconocerte —dijo Hugh con un gruñido—. Recuerda bien lo que tienes que decir y lo que debes hacer.

— ¡Claro que lo recordaré! Ya lo hemos repasado más de veinte veces. Tú cumple tu papel —añadió Bane con una mirada fría y hostil— y yo me ocuparé del mío.

— ¡Oh, sí, Alteza! Cumpliré mi papel —musitó Hugh *la Mano*—. Pongámonos manos a la obra, antes de que ese capitán tuyo decida marcharse.

Hugh se puso en movimiento y estuvo a punto de caer sobre el perro, que había aprovechado el alto en la marcha para tumbarse en el suelo a descansar. El animal se incorporó de un brinco con un gáñido sofocado. Hugh le había pisado una pata.

— ¡Maldito animal! ¡Cállate! —le ordenó, irritado—. Dile a ese condenado perro que se quede aquí.

— ¡No! —replicó Bane con idéntica irritación, agarrando del pelaje del cuello al animal y tirando de él. El animal le ofrecía la pata dolorida con aire afligido—.

¡Ahora es mío! Él me protegerá si es preciso. Nunca se sabe. Podría sucederte algo, y entonces me quedaría solo.

Hugh miró al muchacho. Bane sostuvo su mirada.

No merecía la pena discutir.

—Vamos, pues —murmuró *la Mano*, y los dos emprendieron la marcha hacia la tienda real.

Olvidando el dolor, el perro fue tras ellos al trote.

En el interior de la tienda, Stephen y Ana disfrutaban de uno de los escasos momentos de intimidad que les permitía el viaje, mientras se disponían al merecido descanso nocturno. Acababan de regresar de una cena de honor con el príncipe Reesh'ahn en el campamento elfo.

—Un tipo admirable, ese Reesh'ahn —comentó Stephen mientras empezaba a

despojarse de la armadura que había lucido en la mesa, tanto por protocolo como por seguridad.

Levantó los brazos para que su esposa pudiera desatar las correas que sujetaban el peto. De ordinario, en un campamento militar, habría sido el camarero real quien se encargara de hacerlo, pero esa noche, como todas las noches cuando Stephen y Ana viajaban juntos, los criados tenían vedada la entrada a la tienda.

Entre los sirvientes corría el rumor de que el rey y la reina se libraban de ellos para poder pelearse en privado. Más de una vez, Ana había abandonado la tienda hecha una furia y muchas noches era Stephen quien lo hacía. Pero todo era un simulacro, una ficción que estaba a punto de terminar. Los barones descontentos que esperaran una disputa entre los monarcas esa noche iban a quedar rotundamente decepcionados.

La reina desató las correas y las hebillas con dedos hábiles y expertos; luego, ayudó a Stephen a desembarazarse del pesado peto y del espaldar. Ana procedía de un clan que había adquirido su fortuna sometiendo a sus rivales por la fuerza

—

de las armas y la propia reina había participado en numerosas campañas y había pasado muchas noches en tiendas mucho menos cómodas y provistas que aquélla. Pero eso había sido en su juventud, antes de su matrimonio. Ahora, estaba disfrutando enormemente con aquella salida, cuyo único pero era haber tenido que dejar a su preciada hija en el castillo, atendida por la niñera.

—Tienes razón respecto a Reesh'ahn, querido. No hay mucha gente, elfa o humana, capaz de seguir luchando pese a todas las penalidades que ha tenido que afrontar —dijo la reina, mientras sostenía la ropa de dormir de su esposo a la espera de que éste terminara de desvestirse—. Acosado como una alimaña, al borde de la inanición, convertido en un traidor ante sus amigos y enfrentándose a asesinos enviados por su propio padre. Mira, querido, aquí tienes un eslabón roto. Debes hacer que te lo arreglen.

Stephen se despojó de la cota de malla y la arrojó sin miramientos a un rincón de la tienda. Después, se volvió y aceptó la ayuda de Ana para ponerse la ropa de noche (¡no era cierto pues, contra lo que decían los rumores, que el rey durmiera con la armadura puesta!). A continuación, tomó en brazos a su esposa. — ¡Pero...! ¡Ni siquiera lo has mirado! —protestó la reina, volviendo la vista a la cota de malla tirada en el suelo.

—Ya me ocuparé por la mañana —dijo él, mirándola con una sonrisa festiva— O tal vez no. ¿Quién sabe? Quizá no me la ponga. Quizá no me la ponga mañana, ni pasado, ni el siguiente. Quizá coja la armadura y la arroje lejos de las costas de Ulyndia. Estamos al borde de la paz, mi queridísima esposa, mi reina. Stephen alargó la mano hacia ella, desató las cintas de la larga trenza recogida sobre su cabeza y ahuecó sus cabellos para que cayeran sobre sus hombros.

— ¿Qué te parecería un mundo donde hombres y mujeres no tuvieran que llevar nunca más los pertrechos de guerra?

—No podría creerlo —respondió ella, moviendo la cabeza con un suspiro—.

¡Ay, esposo mío!, incluso ahora estamos muy lejos de un mundo así. Tal vez sea cierto que Agah'ran está debilitado y desesperado, como asegura Reesh'ahn, pero el emperador elfo es astuto y está rodeado de leales fanáticos. La batalla contra el

imperio de Tribus será larga y sangrienta. Y las facciones entre nuestro propio pueblo...

— ¡No! ¡Esta noche, no! —Stephen la hizo callar con sus labios—. Esta noche sólo hablaremos de paz, de un mundo que quizá nosotros no alcancemos a ver, pero que dejaremos en herencia a nuestra hija.

—Sí, cuánto me gustaría eso —murmuró la reina, apoyando la cabeza en el amplio pecho de su esposo—. Ojalá ella no se vea obligada a llevar una cota de malla debajo del vestido de boda.

Stephen echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

— ¡Vaya sorpresa me llevé! No se me olvidará nunca. ¡Abracé a mi esposa y creí que lo estaba haciendo a uno de mis sargentos! ¿Cuánto tiempo pasó hasta que dejaste de dormir con un puñal bajo la almohada?

—Más o menos, el mismo que tú tardaste en renunciar a que un catador probara todo cuanto cocinaba para ti —respondió ella al instante.

—Hacer el amor tenía entonces un morbo extraño. Nunca estaba muy seguro de salir con vida.

—

— ¿Sabes cuándo supe por primera vez que te quería? —comentó ella, poniéndose de pronto muy seria—. Fue la mañana en que desapareció nuestro hijo, nuestro desdichado chiquitín, y encontramos en su cama al suplantados..

— ¡Silencio! ¡No hables de esas cosas! —La interrumpió Stephen, estrechando a su esposa contra sí—. Ni una palabra de mal agüero. Todo eso quedó atrás, ya se acabó.

—No, todavía no. No hemos tenido noticias de...

— ¿Cómo íbamos a tenerlas, desde tierras elfas? Si eso te tranquiliza, diré a Triano que haga averiguaciones discretamente.

—Sí, por favor. —Ana pareció aliviada—. Y ahora, Majestad, si me sueltas un momento, calentaré un poco de ambrosia para combatir el frío.

—Olvida el vino —murmuró Stephen, depositando un beso en su nuca—. Revivamos la noche de bodas...

— ¿Con esos soldados montando guardia ahí afuera? —replicó Ana, escandalizada.

—Entonces no nos importó, querida.

—Tampoco nos importó cuando hiciste caer la tienda encima de nosotros y mi tío pensó que me habías asesinado y estuvo a punto de atravesarte con su espada antes de que pudiera detenerlo. Ahora somos una pareja sensata y formal que lleva muchos años casada. Anda, tómate la ambrosia y acuéstate.

Con una amplia sonrisa, Stephen dejó libre a la mujer y la contempló con afecto mientras ella revolvía las especias en el vino caliente. El rey se acercó, tomó asiento junto a ella, apartó un rizo de sus largos cabellos y la besó.

—Apuesto a que aún podría echar abajo la tienda —bromeó.

—Estoy segura de ello —repuso ella, ofreciéndole el vino con una sonrisa.

—

CAPÍTULO

SIETE CAMPOS, ULYNDIA REINO MEDIO

— ¡Alto! —exclamó el centinela, y la guardia real empuñó las lanzas y las sostuvo en alto frente a dos desconocidos embozados en pesadas capas, uno alto y el otro muy bajo, que se habían aproximado demasiado al cinturón de acero que rodeaba a los monarcas—. ¡Volved atrás! ¡Aquí no se os ha perdido nada!

— ¡Claro que sí! —replicó una voz chillona. Bane apartó la capucha que le cubría la cabeza y se adelantó hasta la luz de las fogatas de la guardia—. ¡Soy yo, capitán Miklovich! ¡El príncipe! ¡He vuelto! ¿No me reconoces?

El muchacho asomó la *cabeza* por debajo de las lanzas cruzadas. Al oír su voz, el capitán se volvió con una mueca de ceñuda sorpresa y escrutó la oscuridad nocturna. La luz de la hoguera se reflejaba en el acero de las espadas, en las puntas de las lanzas y en las armaduras bruñidas, formando extrañas sombras que dificultaban distinguir nada más. Dos de los centinelas se disponían a cerrar sus manos sobre el escurridizo muchacho pero, ante las palabras de éste, vacilaron, se miraron el uno al otro y volvieron la cabeza hacia su capitán. Éste avanzó unos pasos con expresión severa e incrédula.

—No sé a qué juegas, rapaz, pero...

El resto de la frase quedó silenciado por un jadeo sibilante de perplejidad.

— ¡Que me aspen si...! —Exclamó el capitán Miklovich mientras estudiaba minuciosamente al chiquillo—. ¿Es posible...?

Acércate, muchacho. Deja que te eche un vistazo aquí, a la luz de la fogata. Guardias, dejadlo pasar.

Bane asió de la mano a Hugh y tiró de él para que lo acompañara. Los centinelas movieron las lanzas impidiéndole el paso. Nadie prestaba atención al perro, que se deslizó entre las piernas de un soldado y se quedó observando a todo el mundo, con la lengua fuera y con evidente interés.

— ¡Este hombre me ha salvado la vida! —Proclamó Bane—. Él me encontró cuando estaba perdido y a punto de morir de hambre. Se ha ocupado de mí, aunque no creía que fuera el príncipe de verdad.

—

— ¿Es cierto, señoría? —Preguntó Hugh con los modales serviles y el acento marcado de un campesino sin educación—. Perdonadme si no le creí, pero pensé que estaba loco. La curandera del pueblo dijo que el único remedio para su locura era traerlo aquí y hacerle ver que...

— ¡Pero no estoy loco! ¡Soy el príncipe! —Bane irradiaba excitación, belleza y encanto. Sus dorados rizos reflejaban la luz y sus azules ojos despedían un intenso brillo. El niño perdido había vuelto a casa—. Díselo, capitán Miklovich. Dile quién soy. Prometo que lo recompensaré. Se ha portado muy bien conmigo.

— ¡Por los antepasados! —Musitó el capitán, mirando a Bane—. ¡Sin duda, eres Su Alteza!

— ¿Lo es? —Hugh abrió la boca con asombro y confusión. Arrancándose la gorra de la cabeza, empezó a darle vueltas entre las manos sin dejar de avanzar lentamente entre el círculo de acero—. No lo sabía, señoría. Perdonadme. Realmente, creía que el muchacho estaba chiflado.

— ¡Que te perdone! —El capitán repitió sus palabras con una sonrisa—. Acabas de hacer tu fortuna. Vas a ser el campesino más rico de las Volkaran.

— ¿Qué sucede ahí fuera? —Les llegó la voz del rey Stephen desde el interior de la tienda—. ¿Una alarma?

— ¡Una novedad muy gozosa, Majestad! —Respondió el capitán—. ¡Venid a

ver!

Los guardias del rey se volvieron para presenciar el reencuentro. Estaban relajados, sonrientes, con las manos flojas en las armas. Bane había seguido a la perfección las instrucciones de Hugh y había arrastrado tras él al asesino. Llegados a aquel punto, el chiquillo soltó el brazo de Hugh y se hizo a un lado con disimulo, dejándole espacio para sacar el arma. Nadie estaba pendiente del «campesino». Todas las miradas estaban concentradas en el príncipe de cabellos dorados y en la cortina de la entrada de la tienda. Los presentes oyeron a Stephen y a Ana acudiendo precipitadamente hacia ésta. En unos instantes, padres e hijo estarían juntos de nuevo.

El capitán avanzó un poco por delante de Hugh, a su derecha, y un par de pasos detrás de Bane, que corría alegremente hacia la tienda. El perro trotó tras los humanos, inadvertido en el revuelo.

A la izquierda de Hugh, el sargento abrió la cortina de la tienda y empezó a anudarla. Excelente, pensó el asesino. Su mano, oculta bajo la capa y las ropas holgadas de buhonero, rozó el cinturón y se cerró en torno a la empuñadura de una espada corta, un arma poco adecuada para un asesino puesto que su hoja, plana y ancha, reflejaría fácilmente la luz.

Stephen apareció en la entrada y pestañeó, tratando de acostumbrar los ojos al resplandor de las fogatas de la guardia. Unos pasos detrás de él, recogiendo sus ropas en torno a sí, la reina observó la escena.

— ¿Qué sucede...?

Bane se adelantó a la carrera y abrió los brazos.

— ¡Madre! ¡Padre! —exclamó con un grito de alegría.

Stephen palideció y una mueca de horror le cruzó el rostro. Tambaleándose, retrocedió unos pasos.

Bane continuó su impecable interpretación. Llegados a aquel punto, tenía que volverse, llamar a Hugh y decirle que se acercara. Después, tenía que apartarse de la trayectoria del golpe letal de *la Mano*. Así lo habían ensayado.

—

Pero Hugh iba a malograr su papel.

La Mano iba a morir. Su tiempo de vida podía medirse en dos, tal vez tres respiraciones. Por lo menos, esta vez la muerte sería rápida: una espada atravesándole la garganta o el pecho. La guardia no correría riesgos con un hombre que se disponía a asesinar a su rey.

—Éste es el hombre que me ha salvado la vida, padre —dijo Bane con su voz aguda. Se volvió y tendió la mano hacia el asesino.

Hugh sacó la espada con movimientos lentos y torpes, la blandió en alto dejando que la luz de las hogueras se reflejara en la hoja y soltó un alarido alarmante. Después, se lanzó hacia Stephen.

La guardia real reaccionó con rapidez, por puro instinto. Al ver el centelleo de la hoja del asesino y escuchar su grito, dejaron caer las lanzas y saltaron sobre él para reducirlo, el capitán hizo saltar la espada de la mano de Hugh, desenvainó la suya y se dispuso a conceder al asesino la muerte rápida que éste había pedido cuando, de improviso, se le vino encima una forma peluda y enorme.

El perro había presenciado todos aquellos acontecimientos con interés, disfrutando de la excitación con las orejas tiesas y los ojos brillantes, pero aquellos últimos movimientos bruscos, los gritos y el revuelo, sobresaltaron al animal.

Zarandeado, trató de salirse de en medio y, en aquel instante, vio al capitán a punto de hacer daño a un hombre a quien el perro tenía por amigo.

Sus mandíbulas se cerraron en torno al brazo del capitán. El animal arrastró al hombre al suelo y los dos rodaron juntos, el perro entre gruñidos y el capitán tratando de desembarazarse de su feroz ataque.

La guardia real retuvo inmovilizado a Hugh. El sargento, espada en mano, se dispuso a acabar con el asesino.

— ¡Alto! —gritó Stephen. Recuperado del primer instante de sorpresa, había reconocido a Hugh.

El sargento obedeció y se volvió hacia su rey. El capitán rodó por el suelo mientras el perro lo acosaba como a una rata. Stephen, perplejo, atraído por la expresión que veía en el rostro del asesino, avanzó de nuevo hacia él.

— ¿Qué...?

Nadie, salvo Hugh, prestaba atención a Bane.

El príncipe había recogido del suelo la espada de Hugh y avanzaba hacia el rey, acercándose a él por la espalda.

— ¡Majestad...! —gritó Hugh e hizo un esfuerzo por desasirse.

El sargento le asestó un golpe en la cabeza con la espada plana. Hugh perdió el sentido y se derrumbó en brazos de sus captores. Pero su acción atrajo la atención de la reina. Ana se percató del peligro, pero estaba demasiado lejos y no podía hacer nada.

— ¡Stephen! —gritó.

Bane asió la empuñadura del arma con ambas manitas.

— ¡Seré rey! —gritó con rabia, y hundió la espada con todas sus fuerzas en la espalda de Stephen.

El rey soltó un grito de dolor y se tambaleó hacia adelante.

Se llevó la mano a la herida con incredulidad y notó que la sangre le empapaba los dedos. Bane extrajo el arma. Tras dar unos pasos vacilantes, Stephen cayó al suelo. Ana abandonó la entrada de la tienda y corrió hacia él.

—

El sargento, estupefacto, incapaz de asimilar lo que acababa de presenciar, contempló al chiquillo y vio sus manitas bañadas en sangre. Bane preparó otro golpe, una estocada mortal, pero la reina se arrojó sobre el cuerpo de su esposo herido.

Con la espada levantada, Bane se precipitó sobre ella.

De pronto, el cuerpo del chiquillo experimentó un espasmo y sus ojos se abrieron como platos. Dejando caer la espada, se llevó las manos al cuello entre jadeos, como si no pudiera respirar. Lentamente, con una mueca de espanto, volvió la cabeza.

— ¿Madre? —Medio asfixiado, sólo logró articular esta palabra.

Iridal apareció entre las sombras. Sus pálidas facciones tenían una expresión firme y resuelta. Sus movimientos denotaban una calma amenazadora, una determinación terrible. Un extraño sonido susurrante, como si la noche exhalara un suspiro, envolvió a los presentes.

— ¡Madre! —Bane jadeó, cayó de rodillas y extendió una mano suplicante—.

¡Madre, no...!

—Lo siento, hijo mío —dijo Iridal—. Perdóname. No puedo salvarte. Tú mismo te has condenado. Sólo hago lo que debo.

Iridal levantó la mano.

Bane la miró con furia e impotencia; después, puso los ojos en blanco y se derrumbó en el suelo. Su pequeño cuerpo se estremeció y ya no volvió a moverse. Nadie dijo nada, nadie se movió. Las mentes trataron de asimilar lo sucedido, que incluso en aquel momento parecía inconcebible. El perro percibió que el peligro había pasado y abandonó su ataque. Se acercó a Iridal y tocó con su hocico la mano fría de la mujer.

—Cerré los ojos a lo que era su padre —dijo ella con voz serena, terrible de escuchar—. Y cerré los ojos a aquello en que se había convertido Bane. Lo siento. En ningún momento fue mi intención que nada de esto sucediera... ¿Está..., está muerto?

Un soldado próximo al cuerpo del muchacho se agachó y le puso la mano en el pecho. Después, alzó la vista a Iridal y asintió sin una palabra.

—Es lo justo. Así fue cómo murió tu hijo, Majestad —dijo Iridal con un suspiro. Su mirada estaba posada en Bane; sus palabras iban dirigidas a Ana—. El pequeño no podía respirar el aire tenue del Reino Superior. Hice lo que pude, pero el pobrecito murió sofocado.

La reina prorrumpió en un sollozo, volvió la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. Stephen se incorporó de rodillas y pasó el brazo en torno a sus hombros. Horrorizado y conmovido, contempló el cuerpecillo que yacía en el suelo.

—Soltad a ese hombre —dijo Iridal, volviendo hacia Hugh su mirada vacía—. No tenía ninguna intención de matar al rey.

La guardia real no pareció muy convencida y miró a Hugh con aire amenazador. El asesino tenía la cabeza caída hacia adelante y no la levantó. Su destino lo traía sin cuidado.

—Hugh hizo un intento de agresión deliberadamente torpe —explicó Iridal—.

Un intento con el que quería poner al descubierto ante ti... y ante mí... la traición de mi hijo. Y lo ha conseguido —añadió en un susurro.

—

El capitán, sucio y desgredado pero sin mayores males, ya estaba en pie y dirigió una mirada de interrogación al monarca.

—Haz lo que la mujer dice, capitán —ordenó Stephen mientras se incorporaba jadeando de dolor. Apenas podía respirar. La reina lo abrazó por la cintura para ayudarlo—. Soltadlo. En el momento en que ha levantado la espada he sabido que... —El rey intentó andar y estuvo a punto de caer.

— ¡Ayudadme! —gritó la reina mientras lo sostenía—. ¡Que venga Triano! ¿Dónde está Triano? ¡El rey está malherido!

—No hay para tanto, querida —dijo Stephen, esbozando una sonrisa—. He sufrido... otras heridas más graves que ésta...

La cabeza le cayó a un costado y se derrumbó en los brazos de su esposa.

El capitán corrió en ayuda de su desmayado rey, pero se detuvo y volvió la cabeza alarmado al oír la voz de alerta de un centinela. Una sombra se movió contra la luz de las hogueras y se oyó el entrecuchar del acero. La guardia real, nerviosa, se aprestó a la acción. Capitán y sargento blandieron las espadas y se plantaron delante de Sus Majestades. Stephen había caído al suelo, y Ana se agachó sobre él en un gesto protector.

—Tranquilizaos. Soy yo, Triano —dijo el joven hechicero, surgiendo de la

oscuridad.

Una rápida mirada a Hugh, al chiquillo muerto y a la madre de éste le bastó para hacerse una idea de la situación.

Triano no perdió el tiempo en preguntas, y de inmediato tomó el mando.

—Deprisa. Llevad a Su Majestad a su tienda y cerrad la cortina. ¡Deprisa, antes de que os vea nadie!

El capitán, con una expresión de inmediato alivio, impartió sus órdenes.

Varios hombres condujeron al rey a la tienda. El sargento bajó la cortina de la entrada y se plantó ante ella para montar guardia personalmente. El joven hechicero dedicó unos instantes a dirigir unas breves palabras de ánimo a la reina y la mandó a la tienda para que preparara agua caliente y unas vendas.

—Vosotros, soldados —dijo a continuación, volviéndose hacia la guardia real—, ni una palabra a nadie de lo sucedido, por vuestras vidas.

Los soldados asintieron y saludaron.

—¿Debemos doblar la guardia, mago? —preguntó el sargento de rostro ceniciento.

—Rotundamente, no —contestó Triano—. Todo debe parecer normal, ¿entendido? El lobo ataca cuando huele la sangre. —Dirigió una mirada a Iridal, inmóvil ante el cuerpo de su hijo—. Apagad esa hoguera y ocultad el cadáver. Nadie debe abandonar esta zona hasta que yo regrese. Con tacto, soldados —previno a éstos mientras lanzaba otra mirada a Iridal.

La reina Ana, nerviosa, se asomó por la cortina de la tienda reclamando su presencia.

—Triano... —empezó a decir.

—Ya voy, Majestad. Vuelve adentro. Todo irá bien. —El hechicero se dispuso a entrar en la tienda real—. Uno de vosotros, que venga conmigo. Y trae una capa. El sargento y un soldado se pusieron en movimiento para obedecer las órdenes, pero Hugh levantó la cabeza.

—Yo me ocuparé de ello —dijo.

—

El sargento contempló el rostro del individuo, gris y demacrado, embadurnado de barro y manchado de la sangre que manaba de una cuchillada profunda que casi dejaba a la vista el hueco del pómulo. Sus ojos eran casi invisibles bajo las cejas fruncidas y sobresalientes; dos puntitos llameantes, reflejo de las hogueras de la guardia, ardían en lo más hondo de sus cuencas envueltas en sombras.

Hugh se movió para cortar el paso al sargento.

—Hazte a un lado —ordenó éste, irritado.

—He dicho que lo haré yo.

El sargento miró a la hechicera, pálida e inmóvil. Luego, miró el cuerpo menudo que yacía a los pies de la mujer. Por último, se volvió hacia Hugh, sombrío y ceñudo.

—Adelante, pues —dijo el sargento, tal vez aliviado. Cuanto menos tuviera que ver con aquellos desconocidos, mejor para él—. ¿Hay algo que...? ¿Necesitarás algo de nosotros?

Hugh dijo que no con la cabeza, se volvió y se acercó a Iridal. El perro yacía en silencio junto a ella. Al aproximarse Hugh, meneó el rabo suavemente.

Detrás de Hugh, los soldados arrojaron agua sobre la fogata. Con un siseo, una lluvia de chispas se alzó en el aire. La oscuridad los envolvió, y el sargento y

sus hombres se situaron más cerca de la tienda real.

El leve resplandor perlado de la coralita iluminó el rostro de Bane. Con los ojos cerrados, apagada la luz de aquella ambición y aquel odio tan insólitos, parecía un chiquillo cualquiera, profundamente dormido, que soñara con un día de travesuras normales. Sólo las manos manchadas de sangre desmentían aquel espejismo.

Hugh se despojó de su capa raída y la extendió sobre Bane sin decir nada.

Iridal no se movió. Los soldados ocuparon sus posiciones y cerraron el círculo de acero como si nada hubiera sucedido. A lo lejos se escuchaban retazos de canciones: las celebraciones continuaban.

Triano emergió de la tienda. Con las manos juntas, se acercó rápidamente al lugar donde se encontraban Hugh e Iridal, a solas con el cadáver.

—Su Majestad vivirá —anunció.

Hugh soltó un gruñido y se llevó el revés de la mano a la mejilla sangrante.

Iridal se estremeció de pies a cabeza y dirigió la mirada al hechicero.

—La herida no es grave —continuó Triano—. El acero no ha tocado ningún órgano vital, sino que ha resbalado sobre las costillas. El rey ha perdido bastante sangre, pero está consciente y descansa tranquilo. Asistirá a la ceremonia de la firma, mañana. Una noche de fiesta y el vino elfo explicarán su palidez y su lentitud de movimientos. No es preciso que os diga que todo esto debe mantenerse en secreto.

El hechicero los miró fijamente y se humedeció los labios. Dirigió una brevísim ojeada al cuerpo que yacía en el suelo cubierto con la capa, apartó los ojos enseguida y evitó volver a dirigirlos hacia allí.

—Sus Majestades me piden que os exprese su gratitud... y su comprensión.

No hay palabras que puedan expresar...

—Entonces, no digas nada —lo interrumpió Hugh.

Triano se sonrojó, pero guardó silencio.

—¿Puedo llevarme a mi hijo? —inquirió Iridal, pálida y fría.

—

—Sí, señora —respondió Triano con suavidad—. Sería muy conveniente. Si me permites que pregunte adonde...

—Al Reino Superior. Levantaré allí su pira funeraria. Nadie lo sabrá.

—Y tú, Hugh *la Mano* —Triano volvió la vista al asesino y lo estudió detenidamente—. ¿Irás con ella?

Hugh no parecía muy decidido a responder. De nuevo, se llevó la mano a la mejilla y la retiró empapada en sangre. Fijó la vista en sus dedos por unos instantes, sin apenas darse cuenta de lo que veía, y luego procedió a restregarlos lentamente contra su camisa.

—No —dijo por fin—. Tengo que cumplir otro contrato.

Iridal se estremeció y lo miró. Él evitó su mirada y la mujer exhaló un leve suspiro.

En los finos labios de Triano asomó una sonrisa.

—Otro contrato, por supuesto. Lo cual me recuerda que no has recibido tu paga por éste. Creo que Su Majestad estará de acuerdo en que te lo has ganado.

¿Adonde envió el dinero?

Hugh se agachó y alzó en brazos el cuerpo de Bane, cubierto con la capa. Una de sus manitas, manchada de sangre todavía, resbaló de debajo del tosco sudario.

Iridal tomó la manita, la besó y la depositó otra vez sobre el pecho del pequeño.
—Dile a Stephen —murmuró Hugh— que le entregue ese dinero a su hija.
Será mi regalo para su dote.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

Limbeck se quitó las gafas por vigésima vez en casi otros tantos minutos y se frotó los ojos. Tras arrojar las gafas sobre la mesa que tenía delante, se dejó caer en una silla y las miró con irritación. Las había confeccionado con sus propias manos y estaba orgulloso de ellas. Con aquellas lentes, por primera vez en la vida, lo veía todo con claridad: todo resultaba nítido y enfocado, sin zonas borrosas y sin contornos difusos y vagos. Limbeck contempló los anteojos (lo que podía distinguir de ellos, sin llevarlos puestos) con admiración y, al mismo tiempo, con desagrado. Odiaba aquellas gafas, las detestaba. Y no se atrevía a moverse sin ellas.

Habían empezado a darle unos espantosos dolores de cabeza que se iniciaban detrás de los ojos y le atravesaban la cabeza con lo que le parecían pequeñas descargas eléctricas. Y las descargas ponían en acción un enorme martilleo que marcaba el compás golpeando contra el cráneo.

Pero, con ellas puestas, podía ver a su pueblo con claridad y podía apreciar sus rostros famélicos y contraídos por un miedo que aumentaba cada día que transcurría, cada nuevo día que la Tumpa-chumpa se negaba a funcionar y seguía apagada, muerta, silenciosa. Y, cuando Limbeck observaba a su pueblo a través de las gafas, cuando veía su desesperación, sentía crecer el odio.

Odiaba a los elfos que les habían causado todo aquello. Odiaba a los elfos que le habían arrebatado a Jarre y que ahora amenazaban con matarla. Odiaba a los elfos o a quien fuera que había matado a la Tumpa-chumpa. Y, cuando experimentaba aquel odio, los músculos de su estómago se contraían y se enroscaban en torno a sus pulmones y la presión era tal que apenas podía respirar.

Después, hacía planes para grandes y gloriosas batallas y pronunciaba excelentes y apasionados discursos ante su gente, y, durante un rato, ellos también sentían aquel odio y se olvidaban del frío y del hambre y del pánico a aquel silencio aterrador. Pero, finalmente, Limbeck tenía que callar, y entonces los enanos volvían a sus casas y tenían que soportar el llanto de sus hijos.

—

Tras esto, el dolor era tan insoportable en ocasiones que se le revolvía el estómago. Y, cuando terminaba de vomitar, Limbeck notaba que las entrañas volvían a sus respectivos lugares. Entonces recordaba cómo era la vida antes de la revolución, antes de que se preguntara «¿Por qué?», antes de su encuentro con el dios que no era dios y que resultó ser Haplo. Recordaba a Jarre y lo mucho que la echaba en falta, lo mucho que añoraba sus regañinas —«¡memo!»— y sus tirones de barba.

Limbeck sabía que aquel «¿Por qué?» había sido una buena pregunta. Quizá la respuesta que había dado a ella no había sido tan buena...

—Hay demasiados porqués —murmuró, hablando para sí mismo (el único enano con el que hablaba últimamente, pues al resto de los enanos no le gustaba

mucho su compañía, lo cual no extrañaba a Limbeck ya que él tampoco se soportaba demasiado a sí mismo) —. Y muy pocas respuestas. Fui un estúpido al preguntarme. Ahora sé algunas cosas. Cosas como: « ¡Eso es mío!», « ¡Quita las manos!», « ¡Dame eso o te parto la cabeza!» o « ¿Ah, sí? ¡Pues tú, otro!».

Ya estaba muy lejos de ser un memo.

Reclinó la cabeza sobre la mesa y, malhumorado, miró a través de los cristales de las gafas por la parte exterior, lo cual produjo el interesante y bastante consolador efecto de hacer que todo pareciera más lejano y pequeño. Cuando era un memo, se dijo, era mucho más feliz.

Exhaló un suspiro. Todo era culpa de Jarre. ¿Por qué había tenido que echar a correr y dejarse capturar por los elfos? Si no lo hubiera hecho, él no se encontraría en aquel apuro. Estaría amenazando con destruir la Tumpa-chumpa...

—Aunque no podría hacerlo, de todos modos —murmuró—.

Esos estúpidos gegs nunca le causarían daño a su preciosa máquina. Y los elfos lo saben. No se toman en serio mi amenaza. Voy... —Limbeck se detuvo, horrorizado.

Gegs. Había llamado a su pueblo «gegs». A su propio pueblo. Y Fue como si viera a sus congéneres con las gafas puestas del revés: distantes, lejanos, pequeños.

— ¡Oh, Jarre! —Exclamó con un gemido—. ¡Ojalá fuera un memo!

Levantó una mano y dio un tirón seco y doloroso de su propia barba, pero el efecto no fue el mismo. Jarre ponía amor en sus tirones de barba. Jarre lo quería, cuando era un memo.

Limbeck cogió las gafas y las arrojó sobre la mesa con la esperanza de que se rompieran, pero no sucedió así. Mirando a su alrededor con sus miopes ojos, emprendió una búsqueda sombría y frenética de un martillo. Acababa de asir lo que había tomado por uno de éstos —pero que había resultado ser un plumero para el polvo—, cuando escuchó unos golpes a la puerta y una explosión de gritos estentóreos de pánico.

— ¡Limbeck, Limbeck! —aulló una voz que el enano reconoció como la de Lof.

Tropezando con la mesa, Limbeck palpó la superficie de ésta en busca de las gafas, se las colocó en la nariz —ligeramente ladeadas— y abrió la puerta empuñando el plumero.

— ¿Bien, qué sucede? ¿No veis que estoy ocupado? —increpó, adoptando la «voz importante» con la que solía librarse de las visitas incómodas, últimamente.

Lof hizo caso omiso. Presentaba un estado lamentable, con la barba desgreñada, los cabellos erizados y las ropas descompuestas. Además, venía

frotándose las manos, y cuando un enano se frotaba las manos era señal de que la situación era desesperada. Durante un momento interminable, fue incapaz de articular palabra y sólo pudo mover la cabeza, estrujarse las manos y emitir un gemido.

Limbeck llevaba las gafas colgando de una oreja. Se las quitó, las guardó en un bolsillo del chaleco y dio unas palmaditas tranquilizadoras en el hombro al desmadejado Lof.

—Cálmate, ¿quieres? ¿Qué ha sucedido?

Lof tragó saliva y exhaló un inesperado jadeo. Estimulado por las palabras de Limbeck, consiguió balbucear:

—Jarre... Es Jarre. Está muerta. Los elfos la han matado. Yo..., yo la he visto, Limbeck.

Hundió el rostro entre las manos y, con un ronco sollozo, se echó a llorar. Se hizo el silencio. Un silencio que surgía de Limbeck, rebotaba en las paredes y volvía a él. Ni siquiera podía escuchar los lamentos de Lof. No oía nada. La Tumpa-chumpa llevaba mucho tiempo callada. Y, ahora, Jarre también quedaba en silencio. Para siempre.

Todo quedó en un absoluto silencio.

— ¿Dónde está? —preguntó. Y supo que había hecho la pregunta aunque no alcanzó a escuchar el sonido de su propia voz.

—En..., en la Factría —tartamudeó Lof—. Haplo está con ella. Él dice..., dice que no está muerta... pero yo sé..., yo he visto...

Limbeck vio que Lof movía la boca y formaba palabras en los labios, pero sólo entendió una de ellas: «Factría».

Sacó las gafas del bolsillo, se las ajustó firmemente a la nariz y tras las orejas y agarró por el brazo a Lof. Arrastrándolo consigo, Limbeck se encaminó a los túneles secretos que conducían a la Factría.

Y, en su avance, animó a cuantos enanos se cruzaban con él a que lo acompañaran.

— ¡Venid conmigo! —les dijo—. ¡Vamos a matar elfos!

Haplo se transportó mediante su magia a la Factría, el único lugar de Drevlin, aparte de su nave, cuya imagen podía evocar con detalle. Había considerado la posibilidad de emplear la nave, pues una vez en ella podría salvarle la vida a Jarre, devolverla a su pueblo y, luego, regresar entre los suyos. Viajaría a Abarrach e intentaría convencer a su señor de que las serpientes lo estaban utilizando, que los estaban utilizando a todos.

La idea de usar la nave sólo estuvo en su cabeza unos instantes, y enseguida la descartó. Sang-Drax y las serpientes dragón estaban tramando algo: algo importante, algo terrible. Sus planes para Ariano se estaban torciendo. No habían previsto que Haplo e Iridal escaparan, ni habían tomado en consideración a los kenkari. Tendrían que intentar alguna jugada para contrarrestar todo lo positivo que Iridal fuera capaz de conseguir en el Reino Medio. Y Haplo tenía una idea bastante clara de cuál iba a ser esa jugada.

Se materializó en el interior de la Factría, cerca de la estatua del dictor.

Depositó suavemente a Jarre sobre la peana de la estatua y dirigió una rápida mirada a su alrededor. Su piel despedía un leve resplandor azulado, rescoldos de la magia que había utilizado para transportarse hasta allí con la enana, pero tam-

bién señal de advertencia. Las serpientes estaban cerca. Allí abajo, probablemente; en sus cavernas secretas.

Como peligro más inmediato, se preparó para hacer frente a los soldados elfos que tenían establecida su base en el inmenso recinto y para neutralizar a todos los que pudieran estar montando guardia en torno a la estatua. Los elfos se quedarían paralizados de asombro al verlo surgir de la nada y, aprovechando la sorpresa, podría reducirlos.

Pero no encontró a nadie allí. La base de la estatua había sido cerrada otra vez, cubriendo el túnel que se abría debajo. Los elfos todavía ocupaban la Factría, pero estaban todos agrupados a la entrada del enorme edificio, a la máxima

distancia posible de la escultura del dictor. Las lámparas se hallaban apagadas, y aquella parte de la Factoría estaba sumida en la oscuridad.

Haplo levantó la vista hacia el benigno rostro de la estatua, que reflejaba la luz de los tatuajes. El patryn reconoció en aquel rostro el de Alfred.

—Este miedo te dolería, ¿verdad, mi torpe amigo? —murmuró. Después, las sombras se movieron ligeramente, y el rostro bajo la capucha de la estatua adquirió los severos rasgos de Samah—. En cambio, tú pensarías que su miedo es un tributo apropiado.

Jarre se movió con un gemido. Haplo hincó la rodilla a su lado. La estatua los protegía de la curiosidad de los elfos. Si alguno de ellos acertaba a mirar en aquella dirección —una posibilidad que el patryn no consideraba probable—, sólo advertirían un resplandor azul, mortecino y suave, tan mortecino y suave que probablemente pensarían que la vista los engañaba y no lo tomarían en cuenta. Pero otros ojos lo observaban. Unos ojos con los que no había contado.

— ¡Jarre! —exclamó una voz horrorizada.

— ¡Maldición! —juró Haplo, dándose la vuelta.

Dos figuras salieron de la oscuridad con cautela, emergiendo del agujero del suelo que conducía a los túneles secretos de los enanos.

Por supuesto, se dijo Haplo. Sin duda, Limbeck había apostado espías para tener vigilados a los elfos. Los enanos podían colarse por la escalera, apostarse entre las sombras y observar los movimientos de los elfos sin correr grandes riesgos. El único inconveniente era la sensación de miedo que fluía de debajo de la estatua, del cubil de las serpientes.

Haplo observó que los enanos dudaban de si acercarse a la estatua, pero eran atraídos hacia ella por la sorpresa y la preocupación por Jarre.

—Vuestra amiga está bien —les dijo, tratando de transmitir confianza y esperando evitar el pánico. Un grito y todo habría acabado: se vería rodeado por el ejército elfo al completo—. Parece que está muy mal, pero voy a...

— ¡Está muerta! —exclamó el enano, con los ojos desorbitados—. Debemos decírselo... a Limbeck.

Sin dar tiempo a Haplo a decir una palabra más, los dos enanos dieron media vuelta y se alejaron a la carrera por el suelo de la Factoría hacia la boca del túnel. El patryn escuchó el estruendo de sus pesadas botas descendiendo los peldaños de la escalerilla; habían olvidado cerrar la tapa metálica.

Bien, estupendo. Si conocía a Limbeck, podía estar seguro de que muy pronto lo tendría allí con la mitad de los enanos de Drevlin.

Pero, en fin, ya se ocuparía de aquello cuando sucediese.

—

Se inclinó sobre Jarre, puso ambas manos sobre las de ella y extendió el círculo de su ser para abarcarla en él. El resplandor de los signos mágicos se incrementó y viajó desde la mano derecha de Haplo hasta la izquierda de Jarre. La salud y la energía fluyeron a ella mientras él absorbía el dolor y el tormento de la enana.

Haplo había sabido que llegaría el dolor y se había preparado para recibirlo.

La misma sensación experimentó en Chelestra cuando había curado al joven elfo, Devon. Pero esta vez fue más terrible; el dolor fue mucho peor y, como si las serpientes hubieran sabido que finalmente lo alcanzaría, el tormento lo llevó una vez más al Laberinto.

De nuevo, las crueles aves de dientes como cuchillas y picos lacerantes se cebaron en su carne, le desgarraron las entrañas, lo golpearon con las alas coriáceas. Haplo apretó los dientes, cerró los ojos y se mantuvo asido a Jarre, repitiéndose una y otra vez que aquello no era real.

Y parte de la fuerza de la enana, de la resistencia y la bravura que la habían mantenido con vida, fluyó al patryn.

Haplo jadeó y se estremeció. El dolor y el miedo eran tan espantosos que deseó desesperadamente morir en aquel instante. Pero unas manos firmes y poderosas tomaron las suyas y oyó que una voz le decía: «Ya pasó todo. Ya se han ido. Estoy aquí».

Era la voz de una mujer, de una patryn. La reconoció: ¡Era la voz de ella!

Había vuelto a él. Allí, en el Laberinto, ella lo había encontrado otra vez, por fin.

Ella había expulsado a las serpientes. Ahora estaba a salvo, como ella.

Pero sólo por el momento. Las serpientes volverían, y Haplo tenía un hijo que proteger... El hijo de ambos.

— ¿Y nuestro hijo? —preguntó—. ¿Dónde está nuestro hijo?

— ¿Haplo? —Dijo la voz, esta vez con un tono de preocupación—. ¿Haplo, qué sucede? Soy yo, Jarre...

Haplo se incorporó y recobró el aliento. Frente a su rostro estaba la cara asustada y nerviosa (y las patillas oscilantes) de una enana. La decepción que experimentó resultó casi tan terrible, tan insoportable, como el dolor. Cerró los ojos y hundió los hombros. Todo era en vano. ¿Cómo podía seguir? ¿Por qué iba a hacerlo? Había fracasado. Le había fallado a ella, al hijo que habían tenido, a su pueblo, al pueblo de Jarre...

— ¡Haplo! —Esta vez, el tono de Jarre era severo—. ¡Basta ya! ¡Despierta de una vez!

El patryn abrió los ojos y la observó, plantada junto a él. La enana movía las manos con impaciencia y Haplo tuvo la impresión de que, si hubiera llevado barba, Jarre estaría tirando de ella: era su remedio habitual para devolverle el juicio a Limbeck.

Dedicó a la enana una de sus plácidas sonrisas mientras se incorporaba.

—Lo siento —dijo.

— ¿Dónde estaba? ¿Qué me has hecho? —quiso saber Jarre, observándolo con suspicacia. De pronto, la enana palideció y el miedo asomó a sus facciones—. El..., el elfo... Me hizo daño. —Su rostro expresó perplejidad—. Sólo que no era un elfo. Era un monstruo horrible, con los ojos muy rojos...

—Lo sé —dijo Haplo.

—

— ¿Se ha ido? Sí, ¿verdad? —En los ojos de la enana brilló una chispa de esperanza—. Tú lo has expulsado.

Haplo la miró en silencio.

Jarre movió la cabeza, viendo apagarse su esperanza.

— ¿No?

—No. Ese monstruo está aquí. Ahí abajo. Y hay más como él. Muchos más.

Sang-Drax, el elfo, sólo era uno de ellos. Pueden entrar en tu mundo de la misma manera que yo.

— ¿Pero cómo...? —gimió ella.

— ¡Chist! —Haplo levantó la mano.

Debajo del suelo, junto a la entrada secreta de los enanos, resonó la vibración de unas pisadas, de muchos pies, calzados con recias botas. Unas voces graves, potentes y cargadas de cólera, tronaron en los túneles. Las pesadas botas empezaron a trepar por la escalerilla que conducía a la Factría.

El ruido era como el rugido de las tormentas que barrían Drevlin, pero esta vez procedía de las entrañas de la Factría. Haplo dirigió una rápida mirada a los elfos al tiempo que corría hacia los enanos. Los soldados elfos estaban ya en pie, buscando sus armas entre los gritos y órdenes de sus oficiales. El esperado ataque de los enanos había empezado. Los elfos estaban preparados.

Haplo alcanzó la entrada del túnel y estuvo a punto de ser arrastrado por la oleada de enanos que se le echaba encima. Los elfos montaban barricadas con sus pertrechos, a toda prisa. Las puertas de la Factría se abrieron y una ráfaga de viento cargada de lluvia penetró en el recinto. El fulgor de los relámpagos y el crepitar de los truenos casi sofocó los gritos de los enanos. Alguien gritó, en elfo, que toda la comunidad humana estaba en armas. Un oficial replicó que eso era lo que habían estado esperando y que ahora podrían exterminar a aquellos pequeños «gegs».

Limbeck pasó ante Haplo, a la carga. Por lo menos, el patryn creyó que era él. El enano tenía el rostro contraído de odio, de furia y de sed de matar. Haplo no lo habría reconocido de no ser por las gafas, firmemente sujetas a la nariz y atadas en torno a la cabeza con una cinta. En una mano llevaba un hacha de combate de terrible aspecto y en la otra, inexplicablemente, un plumero.

Limbeck pasó ante el patryn, encabezando a sus enanos en una carrera desquiciada y frenética que los llevaría directamente contra la vanguardia de las disciplinadas tropas elfas.

— ¡Vengueemos a Jarre! —gritó Limbeck.

— ¡Vengueemos a Jarre! —respondieron los enanos al unísono, con una voz atronadora, abrumadora.

— ¡No necesito que nadie me vengue! —chilló Jarre desde su posición en la peana de la estatua del dictor—. ¡No fueron los elfos, Limbeck! —Aulló, estrujándose las manos—. ¡No seas memo!

Muy bien, aquello ya había surtido efecto una vez, se dijo Haplo, y empezó a extender el brazo para invocar el hechizo que dejaría paralizados a todos los presentes. Pero el canturreo murió en sus labios. El patryn se contempló el brazo, vio brillar las runas con un intenso azul resplandeciente, entreverado de rojo, y notó que le ardía la piel en señal de advertencia.

La estatua del dictor cobró vida y empezó a moverse.

—

Jarre soltó un grito, perdió el equilibrio y cayó dando tumbos de la peana sobre la que se alzaba la estatua. Limbeck no había oído su primer chillido, pero esta vez escuchó el grito. Se detuvo a media carrera, volvió la cabeza en la dirección de la que procedía la voz, vio a Jarre incorporándose con esfuerzo y observó que la estatua del dictor se abría lentamente.

El miedo, el terror y el espanto que fluían del túnel precediendo a las serpientes resultó más efectivo que cualquier hechizo de Haplo para detener el avance de los enanos. Éstos interrumpieron en seco el asalto a los elfos y volvieron la vista hacia la boca del orificio. La furia desafiante que los había llevado hasta allí los abandonó, dejándolos en un frío espantoso. Los elfos, más alejados de la

boca del túnel, no podían distinguir con precisión qué estaba sucediendo pero alcanzaron a ver que la enorme estatua se movía y escucharon el ruido sordo que emitía al desplazarse. Y ellos también percibieron el miedo. Agachados tras sus barricadas, empuñaron las armas y dirigieron miradas nerviosas e interrogativas a sus oficiales, cuya expresión también era de sombría inquietud.

—No dará resultado, Sang-Drax —gritó Haplo. A través de los oídos del perro, el patryn podía escuchar a Hugh conversando con Triano y captó sus comentarios sobre la amarga pena de Iridal—. ¡Estás derrotado! Bane ha muerto y la alianza se mantendrá. Llegará la paz ¡Ya no puedes hacer nada por evitarlo!

Oh, sí, claro que sí, susurró Sang-Drax en la mente de Haplo. *¡Observa!*

Jarre corrió hacia Limbeck, abriéndose paso a trompicones.

—Tenemos que escapar —exclamó, abalanzándose sobre el enano con tal fuerza que casi lo derribó al suelo—. Díselo a todos. Tenemos que marcharnos. Se..., acerca un monstruo terrible que vive ahí abajo. Haplo dice...

Limbeck sabía que se acercaba un monstruo horrible, algo siniestro, maléfico y espantoso. Sabía que debía correr, que debía ordenar a todos que escaparan para salvar la vida, pero no consiguió articular palabra. Estaba demasiado asustado. Y no veía nada con claridad. El sudor que le resbalaba de la frente le había empañado las gafas y no podía quitárselas. La cinta con que las había sujetado estaba anudada en la parte posterior de la cabeza y el enano no se atrevía a soltar el hacha que blandía para desatar el nudo.

Unas formas oscuras, unos seres amenazadores, surgieron por la abertura que había dejado la estatua al desplazarse.

Era..., eran...

Limbeck pestañeó y se frotó los cristales de las gafas con las mangas de la camisa.

—¿Qué..., qué son, Jarre? —preguntó.

—¡Oh, Limbeck! —La enana exhaló un suspiro estremecido—. Limbeck... ¡somos nosotros!

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

Un ejército de enanos emergió del túnel bajo la estatua.

—No está mal, Sang-Drax —murmuró Haplo con mal disimulada admiración—. No está nada mal. Eso creará una confusión terrible.

Las serpientes imitaban a los enanos de Drevlin hasta el menor detalle: su aspecto, su indumentaria, las armas que portaban. Surgían del hueco gritando su odio a los elfos y animando a sus congéneres a lanzarse al ataque. Los enanos auténticos empezaron a titubear. Tenían miedo a los recién llegados, pero este temor empezaba a mezclarse con el miedo a los elfos y pronto no serían capaces de distinguir uno de otro.

Y no serían capaces de distinguir a un enano verdadero de uno falso.

Haplo, sí. El patryn sabía reconocer el fulgor rojizo de los ojos que delataba a las serpientes, pero ¿cómo explicarlo a los enanos? ¿Cómo prevenirlos, cómo convencerlos? Los dos ejércitos enanos estaban a punto de juntarse. Unidos, atacarían a los elfos, los derrotarían y los expulsarían de Drevlin. Y luego, aún bajo el disfraz de enanos, las serpientes atacarían la máquina, la Tumpa-chumpa, de la que dependía la existencia de todas las razas de Ariano.

Un golpe brillante. Ante esto, poco importaba que los humanos y los elfos se aliaran. Poco importaba que Reesh'ahn y Stephen derribaran el imperio de Tribus. No tardaría en llegarles la noticia de que los enanos estaban destrozando la Tumpa-chumpa y se disponían a privar de agua al Reino Medio. Humanos y elfos no tendrían más remedio que combatir a los enanos para salvar la enorme máquina...

Caos. Conflictos sin fin. Las serpientes se harían poderosas, invencibles.

— ¡No les hagáis caso! ¡No son de los nuestros! —gritó Jarre con voz agudísima—. ¡No son enanos! Y tampoco son elfos. Son esos monstruos que me hicieron daño. ¡Míralos, Limbeck! ¡Obsérvalos bien!

Limbeck trató de limpiar el vaho de los cristales.

—

Impaciente, Jarre agarró las gafas por la montura y dio un tirón que rompió la cinta. Arrancándolas de la nariz del enano, las arrojó al suelo.

— ¡Pero...! ¿Por qué has hecho esto? —rugió Limbeck, furioso.

— ¡Ahora puedes ver, memo! ¡Míralos! ¡Fíjate!

Limbeck volvió sus miopes ojos hacia donde Jarre decía. El ejército de enanos sólo era ahora una mancha borrosa y oscura, congelada en una masa alargada y sinuosa. La masa palpitaba y se retorecía y lo miraba con odio a través de incontables pares de ojos como brasas encendidas.

— ¡Una serpiente gigante! —Exclamó Limbeck, enarbolando el hacha de combate—. ¡Nos ataca una serpiente gigante!

— ¿Qué? —Lof, perplejo, volvió la vista en todas direcciones—. ¿Dónde?

—Aquí —intervino Haplo.

Empuñando la espada elfa que había robado del Impera—non, el patryn se lanzó contra el enano de ojos rojos que tenía más cerca. Las runas grabadas en la hoja del arma se encendieron y el acero refulgió. Una cascada de llamas rojas y azules fluyó de la punta de la espada hasta la cabeza del enano.

Pero éste había dejado de ser tal.

Un cuerpo enorme aplanado que recordaba el de una serpiente se alzaba ante el patryn, expandiéndose desde el cuerpo del falso enano como una planta monstruosa que germinara en un plantel. La serpiente cobró forma más deprisa de lo que la vista podía seguir. Con un latigazo de la cola, hizo saltar la espada de la mano del patryn y la envió por los aires. La magia rúnica del arma empezó a disgregarse, los símbolos mágicos se desmoronaron y se derrumbaron en el aire como eslabones de una cadena rota y esparcida.

Haplo retrocedió de un salto, apartándose del alcance de la cola de la criatura, y buscó una oportunidad para recuperar el arma. Lo sucedido, reflexionó, era de esperar: su ataque había sido demasiado apresurado, demasiado al azar. No le había dado tiempo a concentrarse en su magia. Pero había conseguido su objetivo. El patryn sólo se había propuesto perturbar la maja de la criatura y obligarla a mostrar su verdadera forma. Por o menos, ahora, los auténticos enanos verían a la serpiente tal como era.

—Muy hábil por tu parte, patryn —dijo Sang-Drax. La esbelta silueta de la serpiente elfo se adelantó lentamente de las filas de enanos de ojos ígneos—. Pero ¿qué has conseguido con ello, sino la muerte de todos esos amigos tuyos?

Los enanos, entre exclamaciones de espanto, tropezaron y cayeron unos encima de otros en un esfuerzo por escapar de la horrible criatura que se cernía

sobre ellos.

Como una centella, Haplo se coló bajo la cola de la serpiente y recuperó la espada. Retrocediendo, se enfrentó a Sang-Drax. Un puñado de enanos, avergonzados ante la cobardía de sus congéneres, acudieron al lado del patryn. Los demás se arremolinaron en torno a él empuñando pedazos de tubería, hachas de combate y cualquier otra arma que habían podido encontrar.

Pero su demostración de valor duró muy poco. El resto de las serpientes empezó a abandonar sus disfraces de mensch. La oscuridad se llenó con el siseo y el olor nauseabundo a podredumbre y descomposición que despedían las criaturas. El fuego de sus ojos se intensificó. Una cabeza monstruosa descendió. Una cola se abatió como un látigo. Unas mandíbulas inmensas se cerraron en torno a un enano, lo levantaron hasta el altísimo techo de la Factría y lo dejaron

—

caer. El enano emitió un grito horripilante mientras se precipitaba a la muerte. Otra serpiente aplastó a uno de los gegs con la cola. La mejor arma de aquellas maléficas criaturas, el miedo, se extendió entre las filas de los enanos como una epidemia.

Entre alaridos de pánico, los enanos arrojaron sus armas. Los más próximos a las serpientes pugnaron por retroceder hacia los accesos a sus túneles, pero toparon con un muro de sus camaradas, a quienes no dio tiempo de apartarse. Las serpientes, con parsimonia, se dedicaron a capturar a algunos de ellos, asegurándose de que tuvieran una muerte horrible entre alaridos espeluznantes. Los enanos retrocedieron hacia la entrada de la Factría, donde sólo encontraron las barricadas elfas. Los refuerzos elfos habían empezado a llegar pero, a juzgar por el ruido, estaban encontrando resistencia enana en el exterior de la Factría. Elfos y enanos combatían entre las ruedas y engranajes de la Tumpachumpa mientras, en el interior de la Factría, reinaba el caos.

Los elfos gritaron que las serpientes eran una maquinación de los enanos. Éstos clamaron que las maléficas criaturas eran un truco mágico de los elfos. Las dos razas se lanzaron una contra otra y las serpientes los animaron a ello, los azuzaron a la carnicería.

Sang-Drax era la única que no había cambiado de aspecto y permaneció plantado ante Haplo, con una sonrisa en sus delicadas facciones de elfo.

—Pero no queréis que mueran —dijo el patryn con la espada aún en alto, observando atentamente a su rival para intentar adivinar su siguiente movimiento—. Porque, si ellos mueren, vosotras también.

—Es cierto —respondió Sang-Drax y avanzó hacia Haplo desenvainando su acero—. No tenemos intención de matarlos. Al menos, no a todos. Pero tú, patryn... Tú ya no nos proporcionas alimento. Te has convertido en una rémora, un riesgo, una amenaza...

Haplo aventuró una rápida mirada a su alrededor. No vio en las proximidades a Limbeck ni a Jarre y supuso que los había arrastrado la marea de pánico. Estaba solo, plantado junto a la estatua del dictor, cuyos ciegos ojos eran testigos del baño de sangre con una expresión severa de absurda y estúpida compasión en su metálico rostro.

—Está todo perdido, amigo mío —continuó Sang-Drax—. Míralos. Estás viendo un prólogo del caos que regirá el universo. Para siempre. Eternamente. Piensa en ello mientras mueres...

Sang-Drax lanzó una estocada. El metal de su espada brilló con la luz rojiza, mortecina, de la magia de las serpientes. No podría penetrar a la primera el escudo mágico de las runas tatuadas en la piel del patryn, pero intentaría debilitarla, demolerla con golpes sucesivos.

Haplo paró la estocada, cruzando su acero con el de la serpiente elfo. Una descarga eléctrica saltó de la espada de Sang-Drax a la de Haplo, ascendió por la hoja hasta la empuñadura, pasó a la palma de la mano del patryn —la única zona de su piel que no protegían las runas— y desde ella le subió por el brazo. La magia del patryn se vio perturbada. Intentó retener la espada, pero una nueva descarga le quemó la palma de la mano e hizo que los músculos y nervios de su antebrazo se contrajeran y temblaran espasmódicamente. La mano quedó inutilizada y la espada le resbaló de los dedos.

—

Haplo retrocedió hasta apoyarse en la estatua mientras sostenía el brazo inútil con la otra mano. Sang-Drax se acercó más. La magia corporal del patryn reaccionó de forma instintiva para protegerlo, pero la espada de la serpiente penetró con facilidad en el escudo debilitado y le rajó el pecho.

El acero partió por la mitad la runa del corazón, el signo mágico central del cual extraía Haplo su fuerza y del cual emanaba el círculo de su ser. La hoja penetró en la carne hasta dejar a la vista el esternón.

Para un hombre normal, para un mensch, la herida, aunque grave, no habría sido mortal. Sin embargo, Haplo supo que acababa de recibir una estocada letal.

La espada mágica de Sang-Drax había cortado mucho más que la mera carne.

Había roto la propia magia protectora del patryn dejándolo indefenso, vulnerable.

A menos que tuviera tiempo para descansar, para reestructurar las runas y curarse a sí mismo, el siguiente ataque de la serpiente acabaría con él.

—Y moriré a los pies de un sartán —murmuró Haplo para sí, aturdido, mientras alzaba la vista hacia el rostro de la estatua.

La sangre manaba de su pecho, le empapaba la camisa, corría por sus brazos y sus manos. El resplandor azulado de los signos mágicos menguaba, se apagaba.

Cayó de rodillas, demasiado agotado para seguir luchando. Demasiado...

desesperado. Sang-Drax tenía razón: todo era inútil.

—Acaba conmigo de una vez —masculló—. ¿A qué esperas?

—Lo sabes muy bien, patryn —respondió Sang-Drax con su voz susurrante—.

¡Quiero tu miedo!

El falso elfo empezó a cambiar de forma y sus extremidades se alargaron horriblemente y se soldaron, fundiéndose en un cuerpo de piel fofa y tacto viscoso.

Una luz roja, cada vez más intensa, enfocó a Haplo. El patryn no tuvo necesidad de alzar la vista para saber que la cabeza del gigantesco reptil acechaba encima de él, dispuesta a desgarrarle la carne, estrujarle los huesos y destruirlo.

Recordó la ocasión en que había resultado herido de muerte en el Laberinto.

Recordó cómo se había dejado caer al suelo para morir, demasiado cansado, demasiado malherido...

— ¡No! —exclamó.

Alargando la mano, empuñó la espada y la blandió en la zurda mientras se incorporaba tambaleándose. En la hoja del arma, las inscripciones mágicas no emitían ningún resplandor. Había perdido el poder de la magia. La espada era de acero mensch, sencilla y sin adornos, llena de muescas y golpes. Lo que Haplo

sentía era cólera, no miedo. Y, si echaba a correr al encuentro de la muerte, quizá pudiera dejar atrás ese miedo.

Haplo se lanzó contra Sang-Drax y levantó la espada para descargar un golpe, consciente de que no viviría el tiempo suficiente para asestarlo.

Al inicio de la batalla, Limbeck Aprietatuercas andaba a gatas por el suelo tratando de encontrar las gafas.

Dejando caer el hacha de combate, el enano no prestó atención a los gritos y a las voces asustadas de los suyos, ni a los siseos y movimientos de las serpientes, que para él sólo eran, de todos modos, vagas formas oscuras. No prestó atención a la lucha que se desarrollaba en torno a él ni tampoco a Lof, que se quedó clavado donde estaba, paralizado de terror. Y Limbeck no prestó la menor atención a Jarre, que se hallaba de pie delante de él y le golpeaba la cabeza con el plumero.

—

— ¡Limbeck! ¡Haz algo, por favor! ¡Los nuestros están muriendo! ¡Los elfos están muriendo! ¡El mundo está muriendo! ¡Haz algo!

— ¡Ya voy, maldita sea! —Le replicó él por fin, en un chillido arisco, mientras palpaba desesperadamente el suelo—. ¡Pero antes tengo que ver qué sucede!

— ¡Antes, nunca veías nada! —Jarre chilló con la misma intensidad—. ¡Eso era lo que me encantaba de ti!

La luz de los ojos de la serpiente arrancó un reflejo rojizo de los cristales de las gafas. Limbeck alargó la mano hacia ellas pero, de pronto, desaparecieron ante sus propios dedos. Lof, a quien el grito de Jarre había sacado de su terror paralizante, había dado media vuelta para escapar y había dado un puntapié involuntario a las gafas, que se deslizaron por el suelo un buen trecho.

Limbeck se lanzó tras ellas, arrastrándose sobre su orondo vientre. Se abrió paso entre las piernas de un enano y alargó la mano entre los tobillos de otro. Las gafas parecían haber cobrado vida propia y mantenerse maliciosamente fuera de su alcance. Unas botas pisaron los dedos que las buscaban. Unos talones golpearon el costado del enano. Lof cayó al suelo con un alarido de pánico y su trasero no aplastó las gafas por muy poco. Limbeck gateó por encima del postrado Lof, le clavó una rodilla en la cara a su desventurado camarada y alargó de nuevo la mano.

Concentrado en las gafas, Limbeck no vio lo que había aterrorizado a Lof. A decir verdad, Limbeck no habría visto gran cosa de todos modos. Sólo habría podido distinguir una gran masa gris y escamosa que descendía sobre él. Las yemas de sus dedos ya rozaban la montura de alambre de los anteojos cuando, de pronto, alguien lo agarró con brusquedad por la espalda. Unas manos poderosas lo asieron por el cuello de la camisa y lo mandaron volando por los aires.

Jarre había echado a correr en pos de Limbeck, tratando de alcanzarlo entre la multitud de atemorizados enanos. Lo perdió de vista un instante y lo volvió a encontrar, montado encima de Lof y los dos a punto de quedar aplastados bajo una de las horribles serpientes.

Jarre se lanzó sobre Limbeck, lo agarró por el cuello de la camisa, tiró de él y lo alejó del peligro. El enano estaba salvado, pero no sus gafas. El cuerpo de la serpiente cayó sobre ellas. El suelo vibró y las gafas crujieron. Al cabo de unos instantes, la serpiente se alzó de nuevo, buscando a sus víctimas con sus ojos encendidos.

Limbeck yacía boca abajo, buscando aire sin demasiada suerte. Jarre sólo

tenía una idea en la cabeza: evitar que los ojos de la serpiente dragón los descubriesen. De nuevo, asió a su camarada por el cuello y empezó a arrastrarlo (no tenía fuerzas para levantarlo otra vez) hacia la estatua del dictor. Hacía mucho tiempo, durante otra pelea en la Factoría, Jarre se había refugiado bajo aquella estatua. Esta vez, volvería a hacerlo. Pero no había contado con Limbeck.

— ¡Mis gafas! —exclamó el enano tan pronto como consiguió llenar sus pulmones.

Se incorporó a medias, se desasíó de Jarre con una sacudida... y estuvo a punto de ser decapitado por la espada de Sang-Drax en el arco que describió ésta tras descargar un golpe contra alguien que Limbeck no distinguía.

Limbeck sólo vio una mancha de fuego al rojo, pero escuchó el silbido de la hoja sobre su cabeza y notó la corriente de aire en la mejilla. Retrocedió

—

apresuradamente y tropezó con Jarre, que volvió a agarrarlo y lo arrastró a su lado junto a la base de la estatua.

« ¡Haplo! », iba a gritar la enana, pero se reprimió a tiempo. El patryn estaba muy atento a su enemigo; el grito sólo podía contribuir a distraerlo. Concentrados el uno en el otro, ni Haplo ni la serpiente advirtieron la presencia de los dos enanos agachados junto a la peana de la estatua, temerosos de moverse.

Limbeck sólo tenía una vaga idea de lo que estaba sucediendo. Para él, todo era un torbellino confuso de luces, movimientos e impresiones borrosas. Haplo estaba luchando con un elfo y, de pronto, parecía que el elfo se había tragado una serpiente... ¿o tal vez era a la inversa?

— ¡Sang-Drax! —susurró Jarre, y Limbeck percibió el miedo y la repulsión de su voz. La enana se acurrucó contra él y le musitó con desconuelo—: ¡Oh, Limbeck! ¡Haplo está perdido! ¡Está muriéndose, Limbeck!

— ¿Dónde está? —Gritó Limbeck con exasperación—. ¡No veo nada!

Y, cuando se volvió hacia ella, Jarre había desaparecido. El enano escuchó su voz:

—Él me salvó. Ahora, voy a salvarlo yo.

La cola de la serpiente lanzó un latigazo que alcanzó a Haplo, le hizo caer la espada de la mano y lo derribó al suelo. El patryn quedó tendido, aturdido, debilitado por la pérdida de sangre y casi incapaz de respirar. Dolorido y exhausto, esperó el final, el siguiente golpe. Pero no llegó.

Abrió los ojos. Una enana se había plantado ante él en actitud protectora.

Desafiante, intrépida, con las patillas oscilando a un lado y otro y empuñando con ambas manos un hacha de combate, Jarre miraba a la serpiente con una mueca de rabia.

— ¡Vete! —la oyó decir—. ¡Vete y déjanos en paz!

La serpiente hizo caso omiso de la enana. Sang-Drax tenía la mirada y la atención fijas en el patryn.

Jarre se adelantó de un salto, y descargó el hacha en la pútrida carne de la serpiente. La hoja se hundió profundamente y un fluido viscoso manó de la herida. Haplo trató de reincorporarse. La serpiente, doliéndose de la herida, se abatió sobre Jarre con la intención de librarse de un insecto molesto antes de ocuparse del patryn.

La serpiente bajó la cabeza hacia la enana. Jarre mantuvo su posición y

aguardó hasta que la cabeza estuvo al alcance de su hacha. El reptil abrió de par en par sus desdentadas mandíbulas, y Jarre saltó torpemente a un lado, blandiendo el arma. La afilada hoja de ésta golpeó la mandíbula inferior de la serpiente con tal potencia que el metal quedó incrustado en la carne de ésta. Sang-Drax soltó un alarido de dolor y de rabia y trató de quitarse el hacha a sacudidas, pero Jarre se mantuvo tercamente asida al mango. La serpiente irguió la cabeza con la intención de estrellar a la enana contra el suelo.

Haplo empuñó la espada y la blandió en alto.

— ¡Jarre! —gritó—. ¡Basta! ¡Suelta eso!

La enana aflojó la presión de las manos sobre el mango del hacha y cayó al suelo, ilesa.

Sang-Drax se liberó del hacha. Enfurecido con aquella criatura insignificante que le había infligido un dolor tan terrible, se abatió de nuevo sobre ella con las mandíbulas abiertas para partirla en dos.

—

Haplo hundió la espada en el llameante ojo de la serpiente.

Un chorro de sangre brotó de la herida. Medio ciega, loca de dolor y de rabia e imposibilitada de seguir sacando energías de su miedo, la repulsiva criatura se debatió en un acceso de furia asesina.

Haplo se mantuvo en pie a duras penas.

— ¡Jarre! ¡Por la escalera! —logró articular.

— ¡No! —gritó ella—. ¡Tengo que salvar a Limbeck! —añadió, y desapareció al instante.

Haplo intentó seguirla, pero resbaló en la sangre de la serpiente y, en su caída, se precipitó dolorosamente peldaños abajo, demasiado débil para conseguir frenarse.

Le pareció que caía durante un rato interminable.

Sin prestar atención a la lucha, interesado sólo en dar con Jarre, Limbeck rodeó la estatua del dictor a tientas y estuvo cerca de caer de cabeza por el hueco que se había abierto de pronto ante sus pies. Se detuvo a inspeccionar su interior desde la abertura y vio sangre en los peldaños, y oscuridad, y el inicio de los túneles que conducían a la pista de sus calcetines deshilachados, al autómata y a la sala misteriosa donde había visto a elfos, enanos y humanos conviviendo en armonía. Miró a su alrededor y vio en el suelo a elfos y enanos yaciendo juntos, muertos.

Le vino a los labios un frustrado « ¿Por qué? », pero no llegó a pronunciarlo.

Por primera vez en su vida, Limbeck veía algo con nitidez: veía lo que tenía que hacer.

Hurgando en el bolsillo, Limbeck sacó el paño blanco que usaba para limpiarse las gafas y se puso a agitarlo con la mano en alto.

— ¡Basta! —Gritó, y su voz sonó potente y enérgica en el silencio—.

¡Detened la lucha! ¡Nos rendimos!

—

CAPÍTULO LA FACTRÍA REINO INFERIOR

Elfos y enanos se detuvieron el tiempo suficiente como para volver la mirada a Limbeck. Algunos parecían desconcertados; otros, malhumorados; la mayoría, suspicaces, y todos, asombrados. Aprovechando la estupefacción general, Limbeck se encaramó a la pena de la estatua.

—¿Estáis ciegos? —gritó—. ¿Acaso no veis adonde nos conduce todo esto? ¡A la muerte! ¡Esto será nuestra muerte y la de todo nuestro mundo, si no nos detenemos! —Extendió las manos a los elfos y continuó—: Soy el supervisor jefe y mi palabra es ley. Hablemos. Negociemos. Los elfos podéis quedaros con la Tumpachumpa. Y voy a demostrar que hablo en serio. Ahí abajo —indicó el túnel— hay una sala desde la que se puede controlar la máquina. Os la enseñaré...

Jarre lanzó una exclamación. Limbeck tuvo la súbita sensación de que una mole enorme se alzaba sobre él y notó un aliento malsano y siseante que lo envolvía como el viento del Torbellino.

—¡Demasiado tarde! —rugió Sang-Drax—. No habrá paz en este mundo. Sólo caos y terror, y lucha por la supervivencia. ¡En todo Ariano, tendréis que beber sangre en lugar de agua! ¡Destruid la máquina!

La cabeza de la serpiente pasó por encima del desconcertado enano y golpeó la estatua del dictor.

Un estruendo resonante, grave y estremecedor, recorrió la Factría. La estatua del dictor, la severa y silenciosa figura del sartan que se había mantenido allí durante siglos, adorada y reverenciada por innumerables generaciones de enanos, se estremeció y osciló sobre su base. La serpiente se lanzó de nuevo contra ella y la golpeó con furia. El dictor emitió otro retumbo metálico, se inclinó, osciló y se derrumbó sobre el suelo.

El eco estruendoso de la caída sonó como el toque a muertos de una campana a lo largo y ancho de la Factría.

Por todo Drevlin, las serpientes empezaron a golpear los le—trozumbadores, a romper los silbatos y reducir a pedazos de metal la máquina maravillosa. Los elfos

—

vieron lo que sucedía y, de pronto, acudió a su mente una visión de sus naves cisternas regresando al Reino Medio... vacías.

Los enanos detuvieron su retirada, volvieron a tomar las armas y se volvieron para hacer frente a las odiosas criaturas. Los elfos empezaron a arrojar flechas mágicas a sus rojos ojos y, dentro y fuera de la Factría, unidos por la terrible visión de las serpientes atacando la máquina, enanos y elfos combatieron juntos para proteger la Tumpa-chumpa.

Los ayudó en la lucha la oportuna llegada de una nave dragón desarbolada que, merced al esfuerzo conjunto de sus ocupantes elfos y humanos, había conseguido escapar a duras penas del Torbellino. Un grupo de robustos humanos, bajo el mando de un capitán elfo y empuñando armas encantadas con los hechizos de un mago elfo, se unió a los enanos. Los mensch atacaron a las serpientes con tal ferocidad que éstas dieron media vuelta y huyeron.

Era la primera vez en toda la historia de Ariano que humanos, elfos y enanos combatían juntos, y no unos contra otros.

La escena habría enorgullecido al líder de la UAPP, pero, por desgracia, Limbeck no podía verla. El enano había desaparecido, enterrado bajo la estatua rota del dictor.

Jarre, casi sin ver entre las lágrimas, levantó el hacha y se dispuso a combatir

a la serpiente cuya ensangrentada cabeza se cernía sobre la estatua, quizá buscando a Haplo, quizás a Limbeck. Jarre se lanzó adelante entre gritos de desafío, blandiendo el hacha... y no encontró a su enemigo.

La serpiente había desaparecido.

La enana trastabilló y no pudo detener el impulso de su violento ataque. El hacha voló de sus manos pringosas de sangre, y Jarre cayó de cuatro manos.

—¿Limbeck? —gritó desesperada, febril, y gateó hacia la estatua rota. Entre los fragmentos apareció una mano que se agitó débilmente.

—Estoy aquí. Yo..., me parece...

—¿Limbeck! —Jarre se arrojó sobre la mano, la tomó entre las suyas, la besó y empezó a tirar de ella.

—¡Ay! ¡Espera! ¡Estoy atrapado! ¡Oh, el brazo...! ¡No...!

Jarre no hizo caso de las protestas. No tenía tiempo para mimos. Agarró firmemente su regordeta mano, apoyó los pies en la estatua y tiró con fuerza. Tras un breve y enérgico esfuerzo, consiguió liberar al enano.

El augusto líder de la UAPP emergió de los pedazos de la estatua despeinado y desaliñado, apurado y confundido, sin un solo botón en sus ropas y con todo el aspecto de haber sido aplastado y estrujado pero, por lo demás, estaba ileso.

—¿Qué..., qué ha sucedido? —preguntó, entrecerrando los ojos para intentar distinguir algo.

—Estamos luchando para salvar la Tumpa-chumpa —explicó Jarre mientras le daba un rápido abrazo. Después, empuñó de nuevo el hacha ensangrentada y se dispuso a sumarse a la refriega.

— ¡Espera! ¡Voy contigo! —gritó Limbeck, cerrando los puños y con una mueca de ferocidad.

—No seas memo —replicó Jarre cariñosamente, y acompañó sus palabras de un tirón de barba—. No ves nada. Sólo conseguirás hacerte daño. Tú quédate aquí.

—Pero... ¿qué puedo hacer? —protestó él, disgustado—. Debe haber algo...

—

Jarre podría haberle dicho (y lo haría más tarde, cuando estuvieran los dos a solas) que todo había sido obra suya. Que él era el héroe de aquella guerra, el responsable de la salvación de la Tumpa-chumpa y de las vidas no sólo de su propio pueblo, sino de todos los habitantes de Ariano.

Pero, en aquel momento, no tenía tiempo para todo aquello.

—¿Por qué no haces un discurso? —se apresuró a sugerir—. Sí, creo que uno de tus discursos sería lo más oportuno.

Limbeck reflexionó en ello. Hacía mucho tiempo que no pronunciaba un discurso; descontado el parlamento de rendición, que había sido interrumpido de una manera bastante brusca. De todos modos, no recordaba muy bien adonde quería llegar con aquella alocución.

—Pero..., es que no tengo ninguno preparado...

—Sí, claro que sí, querido. Aquí.

Jarre buscó en uno de los amplios bolsillos de Limbeck, extrajo una hoja de papel con manchones de tinta y, sacando el bocado de su interior, la entregó a Limbeck.

El enano apoyó una mano en la estatua caída del dictor, acercó el papel a la nariz y empezó a declamar:

—¡Operarios de Drevlin! ¡Hundios y liberaos de las cadenas...! No, eso no

puede ser. ¡Aja!: ¡Operarios de Drevlin! ¡Unios y liberaos de las cadenas...! Y así marcharon los enanos a la que más tarde pasaría a la historia como la batalla de la Tumpa-chumpa, con las palabras a veces confusas —pero siempre inspiradoras— del líder de la UAPP y héroe mundial en ciernes, Limbeck Aprietatuercas, resonando en sus oídos.

—

CAPÍTULO

WOMBE, DREVLIN REINO INFERIOR

Haplo se sentó en los peldaños de la escalera que conducía desde la abertura en la base de la estatua hacia los túneles secretos de los sartán. Encima de él, Limbeck proseguía su arenga, los mensch combatían contra las serpientes por salvar su mundo y la Tumpa-chumpa permanecía callada y paralizada. Haplo se apoyó en la pared, débil y mareado por la conmoción y la pérdida de sangre. El perro estaba a su lado, mirándolo con inquietud. Haplo no sabía cuándo había vuelto y se sentía demasiado fatigado para pensar en ello o para preguntarse qué significaba su regreso. Y no podía hacer nada por ayudar a los mensch; a duras penas podía hacer nada por sí mismo.

—De todos modos, parece que no necesitan mucha ayuda, a juzgar por los gritos —dijo al perro.

Había cerrado la terrible herida del pecho, pero necesitaría tiempo, mucho tiempo, para curarse por completo. La runa del corazón, el centro mismo de su ser, estaba rota, desorganizada.

Apoyado en la pared, cerró los ojos y agradeció la penumbra. Su mente divagó. Tenía en las manos el librito que le habían dado los kenkari. Tendría que acordarse de entregar el libro a Limbeck. Le echó una nueva ojeada. Tenía que ir con cuidado, para no manchar de sangre las páginas..., los dibujos..., diagramas..., instrucciones...

—Los sartán no abandonaron los mundos —le explicó a Limbeck... o al perro... que todo el rato tomaba la forma de Limbeck—. Los de este mundo, la gente de Alfred, previeron su propio fracaso. Descubrieron que no podrían completar su magno plan para unir los mundos, para proporcionar aire al mundo de la piedra, agua al mundo del aire y fuego al mundo del agua. Lo expusieron todo por escrito, como legado para quienes, estaban seguros, habían de quedar después de ellos.

»Está todo aquí, en este librito. Las palabras que pondrán al autómata a cumplir sus tareas, que harán volver a funcionar la Tumpa-chumpa, que alinearán

—

los continentes y llevarán a todos ellos el agua imprescindible. Las palabras que enviarán una señal a todos los demás mundos a través de la Puerta de la Muerte.

»Está todo aquí, en este libro, repetido en cuatro idiomas: sartán, elfo, humano y enano.

»Alfred estaría muy complacido de ver esto —añadió finalmente Haplo, dirigiéndose a un Limbeck que seguía transformándose en el perro—. Ese torpe podría dejar de pedir disculpas.

Pero el plan no había dado resultado.

Aquellos antiguos sartán habían previsto que sus congéneres despertarían y utilizarían el libro, pero no había sucedido así. Alfred, el único de los sartán en animación suspendida que había despertado finalmente, o bien desconocía la existencia del libro o bien lo había buscado sin poder encontrarlo. Eran los elfos kenkari quienes lo habían descubierto. Lo habían descubierto... y habían ocultado su existencia con un absoluto hermetismo.

—Y si no hubieran sido los elfos —añadió Haplo—, seguro que los humanos o los enanos habrían actuado igual. Todos ellos estaban demasiado llenos de odio y desconfianza como para colaborar juntos...

— ¡Trabajadores del mundo! —concluyó su alegato Limbeck—. ¡Unios! Y esta vez no se equivocó.

—Ojalá esta vez lo hayan comprendido por fin —murmuró Haplo con una sonrisa cansada. Exhaló un suspiro. El perro emitió un gáñido, se apretó contra su amo y olisqueó preocupado, con los músculos tensos, la sangre que le embadurnaba manos y brazos.

De pronto, se escuchó otra voz:

—Podría arrebatarte ese libro. Podría cogerlo de tu cadáver, patryn.

El perro emitió un gemido y apretó el hocico contra su mano.

Haplo abrió los ojos como una centella. El miedo lo dejó completamente despejado y alerta.

Sang-Drax estaba al pie de la escalera. La serpiente había adoptado de nuevo su forma elfa y volvía a ser el de antes, salvo en la palidez de sus facciones, en su aspecto macilento y en el hecho de que sólo brillaba uno de sus rojos ojos. La otra órbita era un hueco oscuro, como si la serpiente se hubiera arrancado el globo ocular herido y se hubiera desembarazado de él.

Haplo escuchó los gritos de triunfo de los enanos sobre su cabeza y comprendió qué estaba sucediendo.

—¡Están ganando! El valor, la unión de los mensch... Esto te produce un dolor más profundo que la estocada de una espada, ¿verdad, Sang-Drax? Vamos, bestia inmundada, lárgate. Estás tan débil como yo. Ahora no puedes hacerme daño.

—Sí, claro que podría. Pero no voy a hacerlo. Tenemos nuevas «órdenes». —Sang-Drax sonrió y puso el énfasis en esta última palabra, como si la encontrara divertida—. Parece que, finalmente, vas a seguir vivo. O tal vez debería ser más preciso: parece que no voy a ser yo el destinado a matarte.

Haplo hundió la cabeza, cerró los ojos y se apoyó de nuevo en la pared.

Estaba cansado, tan cansado...

—En cuanto a tus amigos mensch —prosiguió Sang-Drax—, todavía no han conseguido poner en funcionamiento la máquina. Puede resultarles una experiencia «estremecedora». Para ellos... y para todos los demás mundos. Lee el libro, patryn. Léelo detenidamente.

—

La forma elfa de la serpiente empezó a fluctuar y a perder consistencia. Por unos instantes, fue visible en su repulsiva forma de reptil, pero también le resultó difícil mantener aquella apariencia. Como acababa de decir Haplo, la espantosa criatura estaba cada vez más débil. Muy pronto, sólo quedaron de él su voz y el resplandor mortecino de un único ojo rojo en la penumbra de los túneles sartán.

—Estás condenado, patryn. La tuya es una batalla que nunca podrás ganar... a menos que te derrotes a ti mismo.

CAPÍTULO

LA CATEDRAL DEL ALBEDO REINO MEDIO

Las puertas de la Catedral del Albedo permanecieron cerradas. Los kenkari siguieron rechazando a los weesham que, de vez en cuando, acudían ante ellas con aire desvalido y se quedaban allí, contemplando la ornada verja de oro, hasta que salía el Guardián de la Puerta.

—Debéis iros —les decía éste—. No ha llegado el momento.

—Pero, ¿qué hacemos? —se lamentaban los weesham, asiendo con fuerza sus cajitas de lapislázuli—. ¿Cuándo volvemos?

—Esperad —se limitaba a responder el Guardián.

Los weesham no encontraban ningún consuelo en esto, pero no podían hacer nada salvo regresar al Imperanon o a sus ducados y principados y seguir esperando. Todo el mundo, en Paxaria, estaba esperando.

Aguardando su destino.

La noticia de la alianza establecida entre los elfos rebeldes y los humanos se había difundido rápidamente. La Invisible había presentado informes según los cuales las fuerzas elfas y humanas estaban agrupándose para el asalto final. Las tropas imperiales elfas empezaron a retirarse de las poblaciones periféricas de Volkaran para montar un sólido cinturón defensivo en torno a Aristagón. Pueblos y ciudades de la periferia trazaron de inmediato planes para rendirse al príncipe Reesh'ahn, a condición de que no se permitiera ocuparlos a los ejércitos humanos. (Los elfos recordaban la ocupación tiránica de las tierras humanas que ellos habían realizado y temían ser objeto del mismo trato. Sus temores estaban justificados, desde luego. Algunos dudaban que las heridas, abiertas y supurantes durante siglos, pudieran cerrarse algún día.)

En cierto momento, circuló por el Imperanon un extraño informe cuya fuente, según se descubrió más tarde, resultó ser el conde Tretar. Agah'ran había anunciado públicamente, durante el almuerzo, que el rey Stephen había sido asesinado. Según el mismo informe, los barones humanos se habían levantado

contra la reina Ana. El príncipe Reesh'ahn había huido para salvar la vida y la alianza estaba a punto de desmoronarse.

De inmediato, se organizaron fiestas para celebrarlo. Sin embargo, cuando se le pasó la embriaguez, el emperador pudo comprobar que el informe no era cierto. La Invisible le aseguró que el rey Stephen estaba sano y salvo, aunque se había aprecia—o que el rey caminaba con cierta rigidez y paso algo vacilante como resultado de una caída causada por un exceso de bebida.

Al conde Tretar no volvió a vérselo por la corte.

Pero Agah'ran hizo alarde de confianza. Celebró más fiestas, cada una más brillante y desenfrenada que la anterior. Los elfos que asistían a ellas (cuyo número menguaba con cada noche que pasaba) se burlaban de ciertos miembros de la familia real que, se decía, habían abandonado sus hogares, habían hecho acopio de los bienes que podían transportar y se habían encaminado hacia los territorios fronterizos.

—Dejemos que los rebeldes y esa basura humana se acerquen. Veremos qué hacen cuando se enfrenten a un ejército de verdad —dijo Agah'ran.

Mientras tanto, el emperador y los demás príncipes y princesas, condes, duques y barones, seguían comiendo, bebiendo y bailando regaladamente.

Y sus weesham permanecían sentados en silencio en un rincón, esperando.

El gong de plata sonó una vez más. El Guardián de la Puerta se incorporó con un suspiro. Se asomó a la reja esperando encontrar a otro geir y soltó una ligera exclamación. Con manos temblorosas, se apresuró a abrir la puerta.

—Entra, mi señor. Entra —dijo en tono grave y solemne.

Hugh *la Mano* penetró en la catedral.

El asesino vestía de nuevo la indumentaria de un monje kir, aunque en esta ocasión no la llevaba como disfraz para viajar por tierras enemigas. Acompañaba a Hugh un monje kenkari encargado de darle escolta desde el campamento del príncipe Reeshahn, en Ulyndia, hasta la catedral de Aristagón. No es preciso decir que ningún elfo se había atrevido a interrumpir su camino.

Hugh cruzó el umbral. No se dignó volver la cabeza para dirigir una última mirada al mundo que pronto abandonaría para siempre. Ya había visto suficiente de aquel mundo. Allí no había felicidad posible para él, y lo abandonaba sin pena.

—Yo me hago cargo de él desde ahora —dijo el Puerta en voz baja al escolta de Hugh—. Mi ayudante te acompañará a tus aposentos.

Hugh permaneció apartado, silencioso y taciturno, con la vista fija al frente.

El kenkari que lo había acompañado susurró una breve bendición y presionó el brazo del humano con sus dedos, largos y de huesos delicados. Hugh agradeció la bendición con un parpadeo en los ojos, profundamente hundidos, y una ligera inclinación de cabeza.

—Ahora iremos al Aviario —dijo el Guardián de la Puerta cuando los dos quedaron a solas—. Si éste es tu deseo.

—Cuanto antes acabemos con esto, mejor —respondió Hugh.

Recorrieron el pasadizo acristalado que conducía el Aviario y a la pequeña capilla anexa.

—¿Cómo lo hacéis? —preguntó el asesino.

El Puerta, abstraído en sus pensamientos, dio un respingo al escucharlo.

—¿Hacer, qué? —inquirió, confuso.

—

—Ejecutar a la gente —dijo *la Mano*—. Disculpa la pregunta, pero tengo un interés bastante... personal en saberlo.

El Puerta se volvió con una palidez mortal en las mejillas.

—Perdona, pero no... no puedo contestarte. El Guardián de las Almas... —logró balbucear. Luego se sumió en el silencio.

Hugh se encogió de hombros. Al fin y al cabo, poco importaba. La parte peor era el viaje, la torturadora agonía del alma, reacia a abandonar el cuerpo. Cuando todos los brazos se hubieran cortado, recuperaría la paz.

Entraron en la capilla sin ceremonias, sin llamar siquiera. Era evidente que los esperaban. La Guardiana del Libro estaba tras su escritorio, con el Libro abierto. El Guardián de las Almas se hallaba ante el altar.

El kenkari cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

—Hugh *la Mano*, acércate al altar —dijo el Alma.

El humano obedeció. Detrás del altar, a través de la ventana, podía distinguir

el Aviario. Las hojas verdes estaban muy quietas, en esta ocasión; no apreció ningún movimiento, ninguna perturbación. Las almas de los muertos también estaban esperando.

En breves momentos, la de Hugh se sumaría a ellas.

—Hazlo rápido —pidió—. Nada de oraciones y de cánticos. Limítate al asunto.

—Será como desees —respondió el Guardián de las Almas en tono apaciguador. Levantó los brazos y las alas de mariposa brillaron tenuemente, cayendo en pliegues en torno a su delgadísima silueta—. Hugh *la Mano*, has accedido a entregarnos tu alma a cambio de prestaros ayuda a ti y a la dama Iridal. Hemos cumplido nuestra parte. Tu intención de poner a salvo al muchacho ha tenido éxito.

—Sí —respondió Hugh con voz ronca, apenas audible—. Ahora está a salvo.

Igual que él iba a estarlo muy pronto. A salvo en la muerte.

El Guardián de las Almas dirigió una breve mirada a la Libro y al Puerta; después, concentró de nuevo toda su atención en el humano.

—Y tú, Hugh *la Mano*, te presentas ahora para cumplir tu contrato con nosotros y entregarnos tu alma.

—Eso es —asintió Hugh al tiempo que hincaba la rodilla—. Tómala.

Con las manos entrelazadas delante de sí, llenó los pulmones pensando que era la última vez que lo hacía y se aprestó al final.

—Lo haría —dijo el Guardián con una expresión muy seria—, pero no estás en condiciones de entregarla.

—¿Qué? —Hugh soltó el aire y miró con irritación al Guardián—. ¿A qué te refieres? Aquí me tenéis. He cumplido mi parte...

—Sí, pero no acudes a nosotros libre de ataduras mortales. Has aceptado otro contrato. Has accedido a matar a otro hombre.

Hugh estaba cada vez más encolerizado.

—¿Qué jugarreta estáis intentando, elfos? ¿A quién me he comprometido a matar?

—A ese llamado Haplo.

—¿Haplo? —Hugh miró al Alma, boquiabierto y desconcertado. Sinceramente, no tenía la menor idea de a qué venía todo aquello.

Y entonces...

—

«Sólo hay una cosa que te pido que hagas. Cuando esté agonizando, debes decirle a Haplo que es Xar quien ha ordenado su muerte. ¿Recordarás el nombre? Xar. Él es quien ordena la muerte de Haplo.»

El Guardián de las Almas estudió el rostro de Hugh y asintió cuando éste alzó la mirada hacia él, confundido y abrumado al recordar la conversación.

—Se lo prometiste a Bane. Cerraste el contrato con el muchacho.

—Pero yo... en ningún momento...

—Creíste que no ibas a vivir lo suficiente como para tener que cumplirlo, ¿no es eso? Pero sigues vivo. Y el contrato está en vigor.

—¡Pero Bane ha muerto! —protestó Hugh con voz ronca.

—Eso no cuenta para la Hermandad. El contrato es sagrado...

Hugh se incorporó y se plantó ante el Guardián con expresión sombría y siniestra.

—¡Sagrado! —Soltó una amarga risotada—. Sí, es sagrado. Al parecer, es la

única cosa sagrada en esta maldita existencia. Pensaba que vosotros, los kenkari, seríais distintos. Pensaba que por fin encontraría algo en que poder creer, algo...
—¿Pero qué os importa eso? ¡Bah! —Hugh escupió en el suelo ante los pies del Guardián—. ¡No sois mejores que los demás!

Las hojas de los árboles susurraron y suspiraron en el interior del Aviario. El Alma contempló a Hugh en silencio. La Libro soltó una exclamación contenida. El Puerta desvió la mirada.

Al cabo, en tono calmoso y apacible, el primero de los kenkari murmuró:
—Nos debes una vida. En lugar de la tuya, escogemos la de él.

A la Libro se le cortó el aliento; horrorizada, miró al Alma con ojos desorbitados. El Puerta abrió la boca, a punto de hacer lo más impensable: protestar. El Guardián de las Almas dirigió una breve mirada severa a sus dos compañeros, y éstos bajaron la vista y guardaron silencio.

—¿Por qué? ¿Qué os ha hecho? —quiso saber Hugh.

—Tenemos nuestras razones. ¿Te parece aceptable este arreglo?

Hugh cruzó los brazos sobre el pecho y se mesó la barba, pensativo.

—¿Con esto queda saldado todo?

El Guardián respondió con una suave sonrisa:
—Todo, quizá no. Pero se acercará mucho.

Hugh reflexionó y estudió al kenkari con suspicacia. Después, se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Dónde encontraré a Haplo?

—En la isla de Drevlin. Está herido de gravedad y muy débil. —El kenkari bajó la vista y se sonrojó—. No deberías tener ninguna dificultad para...

La Guardiania del Libro emitió un gemido sofocado y se llevó ambas manos a la boca. Hugh se volvió hacia ella con una sonrisa sarcástica.

—¿Se te revuelve el estómago? No te preocupes, os ahorraré los detalles escabrosos. A menos, naturalmente, que queráis escuchar cómo murió. Esto os lo ofreceré gratis: la descripción de sus estertores de muerte...

La Libro volvió la cabeza y se apoyó débilmente en el escritorio. El Puerta estaba palidísimo y temblaba de la cabeza a los pies. El Guardián de las Almas permaneció inmóvil, en silencio.

Hugh dio media vuelta sobre los talones y se dirigió a la puerta. El Guardián de ésta dirigió una mirada inquisitiva al Alma.

—

—Acompáñalo —ordenó éste a su colega—. Ocúpate de los preparativos que Hugh considere necesarios para su traslado a Drevlin. Y proporcionarle también cuantas... armas...

El Puerta estaba blanco como la cera.

—Como tú digas —murmuró, casi incapaz de andar. Antes de salir, volvió la vista atrás con aire contrito, como si suplicara a su superior que reconsiderara su decisión. El Guardián de las Almas, sin embargo, se mantuvo firme e implacable. Con un suspiro, el Puerta se dispuso a escoltar al asesino hasta la salida.

—Hugh *la Mano* —dijo el Alma.

Ya en el umbral de la puerta, Hugh se volvió.

—¿Qué quieres ahora?

—Recuerda que debes cumplir esa condición a la que accediste: decirle a Haplo que es Xar quien ordena su muerte. ¿Te asegurarás de hacerlo? Es muy

importante.

—Sí, se lo diré. Lo que el cliente guste. —Hugh hizo una reverencia burlona.

Después, se volvió hacia el Puerta—. Lo único que necesito es un puñal de hoja afilada y bien templada.

El kenkari se encogió. Pálido y descolorido, dirigió una última mirada al Alma y, al no recibir de él ninguna rectificación a las órdenes, acompañó a Hugh fuera de la capilla y cerró las puertas tras ellos.

Cuando se quedaron solos, la Libro se volvió hacia el Alma, incapaz de contenerse.

—¿Qué has hecho? ¡Nunca, en todos nuestros siglos de existencia, hemos quitado una vida! ¡Ni una sola! Ahora, nuestras manos se teñirán de sangre. ¿Por qué? ¿Qué razón hay para...?

El Guardián de las Almas mantuvo la mirada fija en la puerta tras la que había desaparecido el asesino.

—No lo sé —respondió con voz hueca—. No me lo han dicho. Me he limitado a hacer lo que me ordenaban.

Volvió la vista hacia la ventana de la parte posterior del altar. En el Aviario, las hojas de los árboles se estremecieron suavemente. Las almas estaban satisfechas.

EN EL LABERINTO

SERIE EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE Vol.VI

Margaret Weis – Tracy Hickman

CAPITULO ABARRACH

Abarrach, mundo de piedra, mundo de oscuridad iluminada por el fuego del mar de magma fundido, mundo de estalagmitas y estalactitas, mundo de dragones de fuego, mundo de aire ponzoñoso de vapores sulfurosos, mundo de magia...

Abarrach, mundo de los muertos.

Xar, Señor del Nexo y, ahora, Señor de Abarrach, se recostó en el asiento y se restregó los ojos. Las estructuras rúnicas que estaba estudiando empezaban a hacerse borrosas. Había estado a punto de cometer un error (algo inexcusable), pero se había dado cuenta a tiempo y lo había enmendado. Cerró los ojos, doloridos, y repasó mentalmente la estructura una vez más.

Empezar por la runa del corazón. Conectar el pie del signo mágico a la base de una runa contigua. Inscribir los signos en el pecho, ascendiendo hasta la cabeza. Sí, allí era donde se había equivocado las primeras veces. La cabeza era importante, vital. Después, trazar las rimas sobre el tronco y, finalmente, sobre brazos y piernas.

Un trabajo perfecto. Xar no apreció el menor fallo. En su imaginación, ya veía levantarse y revivir el cuerpo muerto en el que había estado afanándose. Una forma de vida corrupta, era cierto, pero muy provechosa. El cadáver resultaba mucho más útil así que si se hubiera descompuesto bajo tierra.

Xar mostró una sonrisa de triunfo, pero la mueca tuvo en su rostro una vida aún más corta que la de su imaginario difunto. Sus pensamientos siguieron, más o menos, esta secuencia:

Soy capaz de resucitar a los muertos.

Al menos, estoy bastante seguro de poder resucitar a los muertos.

Pero no puedo estar seguro.

Allí estaba el freno a su entusiasmo. No disponía de muertos a quienes resucitar. O mejor dicho, disponía de demasiados. Pero no lo bastante muertos.

Presa de la frustración, Xar descargó las manos sobre la enrevesada estructura de signos mágicos.

—
. Juego que se practica en Abarrach, parecido a un antiguo juego de salón de la Tierra conocido como mayong. Las fichas del juego llevan inscritos los signos utilizados tanto por los patryn como por los sartán para elaborar su magia. El Mar de luego, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

. Los sartán que poblaban Abarrach aprendieron a practicar el arte prohibido de la nigromancia y empezaron a proporcionar a los cadáveres de sus difuntos una especie de vida que resultaba espantosa. Los muertos se convertían así en esclavos al servicio de los vivos. Cuando los cadáveres son devueltos a la vida demasiado pronto, una vez producida la muerte, el alma no llega a abandonar el cuerpo sino que permanece unida a éste. Los sartán a quienes sucede tal cosa se convierten en lázaros, seres temibles que habitan simultáneamente en el plano de los vivos y en el mundo de los muertos. El lázaro no puede encontrar paz ni reposo. Su «vida» es un constante tormento. El Mar de Fuego, de El ciclo de la Fuerza de la Muerte.

Las tabas rúnicas se estremecieron, resbalaron de la mesa y se precipitaron al suelo.

El Señor del Nexo no prestó atención a las fichas. Siempre podía recomponer la estructura. Una y otra vez. Ahora, la conocía tan bien como la magia para invocar el agua. Aunque, para lo que le había de servir...

Xar necesitaba un cadáver, un cuerpo que llevara muerto no más de tres días y que no hubiese caído en poder de aquellos malditos lázaros. Irritado barrió la mesa con el brazo, arrojando al suelo las pocas tabas rúnicas que aún quedaban sobre ella.

Abandonó la estancia que utilizaba como estudio y se dirigió a sus aposentos privados. De camino, pasó por la biblioteca y allí encontró a Kleitus, el dinasta, antiguo gobernante (hasta su muerte) de Necrópolis, la ciudad más extensa de Abarrada. A su muerte, Kleitus se había convertido en un lázaro, uno de aquellos muertos vivientes. Desde entonces, la horrenda forma del dinasta —que no estaba vivo ni muerto— vagaba por los corredores y salones del palacio que una vez había sido suyo. El lázaro creía que seguía siéndolo y Xar, pese a saber que no era así, no veía ninguna razón para sacar a Kleitus de su error.

El Señor del Nexo se preparó para hablar con el Señor de los Muertos Vivientes. Xar había combatido a muchos enemigos terribles durante sus esfuerzos por liberar a su pueblo del Laberinto. Dragones, lobunos, caodines y otras fieras... Xar no temía a ninguno de los monstruos que el Laberinto pudiera crear. No temía a ningún ser vivo. Aun así, no pudo evitar un nudo en las entrañas cuando contempló el rostro del lázaro, como una horrible máscara mortuoria en permanente cambio, y vio el odio en su mirada. El odio que los muertos sienten por los vivos en Abarrach.

Los encuentros con Kleitus no resultaban nunca agradables, y Xar solía evitar al lázaro. Al Señor del Nexo le resultaba incómodo hablar con un ser que sólo tenía una idea en su mente: la muerte. La muerte de su interlocutor.

Los signos mágicos de la piel de Xar emitieron un leve resplandor azulado, para defenderlo de un posible ataque. La luz azul se reflejó en los muertos ojos del dinasta, que emitieron un destello de disgusto. El lázaro había intentado matar al patryn en una ocasión, a su llegada a Necrópolis. El combate entre ellos había sido breve y espectacular. Kleitus no había vuelto a intentarlo, pero soñaba con ello durante las interminables horas de su atormentada existencia. Y nunca dejaba de mencionarlo cuando vían a encontrarse.

—Algún día, Xar —dijo Kleitus, el cadáver parlante—, te cogeré por sorpresa, Y entonces te unirás a nosotros.

—

—... a nosotros —repitió el triste eco del alma del lázaro. Las dos partes del muerto siempre hablaban juntas, aunque el alma iba un poco más lenta que el cuerpo.

—Debe de ser magnífico para ti tener todavía un objetivo —replicó Xar con cierta acritud. No podía evitarlo: el lázaro lo ponía nervioso. Pero el Señor del Nexo necesitaba ayuda, información, y, hasta donde él sabía, Kleitus era el único que podía proporcionársela—. Yo también tengo uno. Un objetivo que me gustaría tratar contigo... si tienes tiempo para ello, claro. —El nerviosismo de Xar provocó el comentario sarcástico.

Por mucho que se empeñara, el patryn era incapaz de mantener durante mucho rato la mirada fija en el rostro del lázaro. Era el rostro de un cadáver, de un cadáver asesinado, pues Kleitus había muerto a manos de otro lázaro y, a continuación, había sido devuelto a aquella existencia penosa. El rostro era en ocasiones el de un cuerpo que llevaba mucho tiempo muerto y luego, de pronto, adquiría las facciones que Kleitus tenía cuando estaba vivo. La transformación se producía cuando el alma penetraba en el cuerpo y pugnaba por renovar la vida y por recuperar lo que una vez había poseído. Frustrados sus intentos, el alma fluía Riera del cuerpo en un vano esfuerzo por liberarse de su prisión. La rabia y la frustración permanente del alma proporcionaban una calidez antinatural a la carne muerta, fría.

Xar dirigió una nueva mirada a Kleitus y la retiró rápidamente.

— ¿Me acompañas a la biblioteca? —preguntó con un gesto de cortesía y con la vista en cualquier sitio menos en el cadáver.

El lázaro lo siguió de buena gana. Kleitus no tenía un especial interés en servir de ayuda al Señor del Nexo, como éste bien sabía. Si lo acompañó, fue porque siempre cabía la posibilidad de que Xar pudiera descuidarse y bajar sus defensas sin advertirlo. Kleitus fue con él con la esperanza de poder matarlo. A solas con el lázaro en la estancia, Xar pensó por un instante en llamar a otro patryn para que montara guardia, pero abandonó la idea de inmediato, horrorizado consigo mismo por el mero hecho de que se le hubiera ocurrido tal pensamiento. Tomar tal precaución sólo lo haría parecer débil a los ojos de su pueblo, que lo adoraba: además, no deseaba que nadie más conociera el tema de la conversación.

En consecuencia, aunque con bastante recelo, Xar cerró la puerta, hecha de hierba kairn trenzada, y la marcó con runas patryn de protección para que no pudiera ser abierta. Cuando trazó sus signos mágicos, lo hizo sobre unas borrosas runas sartán, cuya magia había dejado de actuar hacía mucho tiempo.

Los ojos inanimados de Kleitus recobraron de repente un destello de vida y concentraron la mirada en el cuello de Xar. Los dedos muertos temblaron de expectación.

—No, no, amigo mío —dijo Xar con tono afable—. Otro día, quizás. ¿O prefieres verte de nuevo en mí círculo de poder? ¿Quieres experimentar otra vez cómo mi magia empieza a desbaratar tu existencia?

Kleitus lo miró sin pestañear, inflamado de odio.

— ¿Qué es lo que quieres, Señor del Nexo?

—... Nexo —repitió el triste eco.

—Lo que quiero es sentarme —dijo Xar—. No me tengo en pie. He pasado dos días y dos noches concentrado en la estructura rúnica. Pero ya la he resuelto.

—

Ahora conozco el secreto del arte de la nigromancia. Ahora, también yo sé resucitar a los muertos.

—Felicidades —apostilló Kleitus. Sus labios se fruncieron en una mueca burlona—. Ahora podrás destruir a tu pueblo como hicimos nosotros con el nuestro.

Xar no hizo caso del comentario. Los lázaros tenían, por lo general, una perspectiva bastante sombría de las cosas, pero el patryn lo encontraba comprensible.

Tomó asiento ante una gran mesa de piedra cuya superficie estaba cubierta de úmenes polvorientos: un tesoro de conocimientos sartán. Xar había dedicado al estudio de aquellas obras todo el tiempo posible, teniendo en cuenta las mil y una obligaciones de un caudillo que se disponía a conducir a su pueblo a la guerra, pero aquel tiempo que había pasado entre los libros sartán era mínimo en comparación con los años que Kleitus había dedicado a tal labor. Además, Xar estaba en desventaja: estaba obligado a leer el material en un idioma ajeno: la lengua sartán. Aunque había aprendido el idioma mientras permanecía en el Nexo, la tarea de descomponer la estructura rúnica sartán y, luego, reconstruirla según el pensamiento patryn resultaba agotador y exigía mucho tiempo.

Xar no podría nunca, en ninguna circunstancia, pensar como un sartán.

Kleitus tenía la información que Xar necesitaba. Había hurgado a fondo en aquellos libros y él mismo era —o había sido— un sartán. Kleitus sabía. Y entendía. Pero ¿cómo sonsacar al cadáver? Allí estaba la dificultad.

Xar no se dejó engañar por el caminar arrastrado del lázaro ni por su ademán sediento de sangre. El juego de Kleitus era mucho más sutil. Un ejército de seres vivos, de sangre caliente, había llegado recientemente a Abarrach. Un ejército de patryn, trasladado allí por Xar con el propósito de instruirlo para la guerra. Los lázaros codiciaban a aquellos seres vivos, anhelaban destruir la vida que tanto envidiaban y que, a la vez, tan detestable les resultaba. Los lázaros no podían atacar a los patryn, demasiado poderosos para ellos.

Con todo, los patryn necesitaban un despliegue inmenso de su magia para convertir las oscuras cavernas de Abarrach en un lugar capaz de sostener la vida. Y el esfuerzo empezaba a debilitarlos, aunque sólo fuera muy ligeramente. Lo mismo les había sucedido a los sartán, en el pasado; así habían terminado por morir tantos de ellos.

Tiempo. Los muertos tenían tiempo. No sería pronto pero un día u otro, inevitablemente, la magia patryn empezaría a desmoronarse. Y entonces sería el momento de los lázaros. Xar no pensaba prolongar tanto su estancia allí. Ya había descubierto lo que había acudido a buscar en Abarrach. Ahora sólo tenía que determinar si el descubrimiento era o no real.

Kleitus no se sentó. Los lázaros no pueden descansar mucho tiempo en el mismo sitio, sino que se mantienen en constante movimiento, deambulando como si buscaran algo que han perdido toda esperanza de encontrar.

Xar no miró al cadáver viviente que se desplazaba adelante y atrás delante de él, sino que dirigió la mirada a los polvorientos úmenes esparcidos sobre la mesa.

—Quiero poder probar mis conocimientos de nigromancia —declaró—. Deseo saber si realmente puedo resucitar a los muertos.

— ¿Y qué te lo impide? —inquirió Kleitus.

— ¿...te lo impide?

—

Xar frunció el entrecejo. El molesto eco era una especie de zumbido en sus oídos. Siempre se producía cuando él se disponía a decir algo, interrumpiéndolo y cortándole el hilo de los pensamientos.

—Necesito un cadáver. Y no me digas que utilice a uno de mi pueblo. Eso es inaceptable. Yo, personalmente, he salvado la vida de cada patryn que he rescatado y llevado al. Nexo.

—Les has dado la vida —apuntó Kleitus—. Tienes derecho a quitársela.
—... a quitársela.
—Tal vez —concedió Xar, alzando la voz para imponerse al eco—. Quizá lo que dices sea verdad. Y, si hubiera mayor número de los míos, si fuéramos muchos más, tal vez lo tomara en consideración. Pero somos pocos y no me atrevo a desperdiciar a uno solo.
— ¿Qué quieres de mí, Señor del Nexo?
— ¿... del Nexo?
—He hablado con otro de los lázaros, una mujer llamada Jera. Mencionó que en Abarrach aún había sartán. Sartán vivos. Un hombre llamado... hum... —Xar titubeó, como si no consiguiera recordar el nombre.
— ¡Balthazar! —susurró Kleitus.
—... Balthazar—gimió el eco.
—Sí, ése era el nombre —se apresuró a decir Xar—. Balthazar. Él es quien los dirige. Un informe anterior que recibí de un tal Haplo, un patryn que visitó Abarrach, me indujo a creer que ese sartán, Balthazar, y todo su pueblo habían perecido a vuestras manos. No obstante, Jera me asegura que no fue así.
—Haplo... Sí, lo recuerdo. —La evocación no parecía ser muy del agrado de Kleitus, que permaneció largo rato meditabundo mientras el alma penetraba en su cuerpo, pugnaba por quedarse y se separaba de nuevo. El lázaro se detuvo delante de Xar y lo contempló con ojos evasivos—. ¿Te contó Jera lo sucedido?
La mirada del cadáver llenó de perplejidad a Xar.
—No —mintió, obligándose a permanecer sentado cuando su primer impulso habría sido levantarse y huir a algún rincón lejano—. Jera no me lo contó. Pensé que quizá tú...
—Los vivos huyeron de nosotros. —Kleitus reanudó su inquieto deambular—. Los seguimos. No tenían ninguna posibilidad de escapar. Nosotros no nos cansamos nunca, no necesitamos reposo, ni comida, ni agua. Finalmente, logramos atraparlos. Entonces organizaron una débil resistencia, dispuestos a luchar por salvar sus miserables vidas. Entre nosotros teníamos a su propio príncipe, muerto. Yo mismo lo había devuelto a la vida. El príncipe conocía lo que los vivos habían hecho a los muertos y comprendía que sólo cuando todos los vivos hubieran muerto podríamos ser libres los muertos. El príncipe había jurado conducirnos en la lucha contra su propio pueblo.
»Nos preparamos para la matanza. Pero en aquel instante intervino uno de los nuestros, el que fue marido de esa Jera, precisamente. Ahora es un lázaro; su propia esposa lo mató, lo resucitó y le proporcionó el poder que nosotros poseemos. Pero él nos traicionó. De algún modo, en alguna parte, había adquirido un poder propio. Posee el don de la muerte, igual que ese otro sartán que llegó a este mundo a través de la Puerta de la Muerte...
— ¿A quién te refieres? —quiso saber Xar. De pronto, las palabras de Kleitus despertaron su interés, adormecido durante el prolijo discurso del lázaro.

—No sé quién era. Un sartán, sin duda, pero tenía un nombre mensch —respondió Kleitus, irritado ante la interrupción.
— ¿Alfred?
—Tal vez. ¿Qué más da el nombre? —El lázaro parecía obsesionado por continuar su narración—. El marido de Jera rompió el hechizo que mantenía

cautivo el cadáver del príncipe, y el cuerpo de éste murió. Los muros carcelarios de su carne se desmoronaron y el alma flotó libre.

La voz de Kleitus sonó irritada, llena de acritud.

—... flotó Ubre.

El eco tenía un tono anhelante, nostálgico. Xar se impacientó. El «don de la muerte»... ¡Bobadas de los sartán!

— ¿Qué fue de Balthazar y los suyos? —inquirió.

—Se nos escaparon —siseó Kleitus entre dientes, furioso. Sus cerúleos puños se cerraron—. Intentamos ir tras ellos, pero el esposo de Jera resultó ser demasiado poderoso y nos lo impidió.

—Entonces, es cierto que aún existen sartán vivos en Abarrach —murmuró Xar, haciendo tamborilear los dedos sobre la mesa—. Sartán que pueden proporcionarme los cadáveres que necesito para mis experimentos. Y para convertirlos en soldados de mi ejército. ¿Tienes alguna idea de dónde están?

—Si la tuviéramos, no estarían vivos todavía —declaró Kleitus, con una mirada de odio—. ¿Verdad que no, Señor del Nexo?

—Supongo que tienes razón —murmuró Xar—. Ese esposo de Jera... ¿dónde se encuentra? Sin duda, él sabe cómo dar con Balthazar...

—Tampoco sé dónde se ha ocultado. Hasta que tú y tu gente llegasteis, él ocupaba Necrópolis. Y nos mantenía fuera de la ciudad. Me mantenía apartado de mi palacio. Pero cuando os presentasteis aquí, se marchó.

—Atemorizado de mi presencia, sin duda —comentó Xar despreocupadamente.

— ¡Ese lázaro no le teme a nada, Señor del Nexo! —Replicó Kleitus con una desagradable risotada—. Él es ese de quien habla la profecía.

—He oído hablar de una profecía —dijo el patryn, restando importancia al asunto con un gesto de la mano—. Haplo me comentó algo al respecto, pero su opinión respecto a los oráculos coinciden con la mía. Les doy poco crédito. Para mí, no son más que deseos.

—Pues a ésta deberías prestarle más atención. Esto es lo que dice la profecía: «Él traerá vida a los muertos y esperanza a los vivos. Y para él se abrirá la Puerta». Así proclama la profecía y así se ha cumplido.

—... se ha cumplido

—Sí, se ha cumplido. —Xar repitió las últimas palabras del eco—. Pero soy yo quien le ha dado cumplimiento. La profecía se refiere a mí, y no a un cadáver ambulante.

—Me temo que no...

—... temo que no.

— ¡Claro que sí! —Exclamó Xar con irritación—. «La Puerta se abrirá...» ¡La Puerta se ha abierto!

— ¡La que se ha abierto es la Puerta de la Muerte!

— ¿Acaso existe alguna otra? —preguntó Xar sin prestar mucha atención, molesto e impaciente por retomar la conversación donde la habían iniciado.

—

—La Séptima Puerta —respondió Kleitus. Y, esta vez, el eco guardó silencio. Xar alzó la vista, preguntándose a qué venía aquello. Kleitus le dedicó un rictus que quería ser una sonrisa y prosiguió—: Hablas de ejércitos, de conquistas, de viajes de mundo en mundo... ¡Qué pérdida de tiempo y de esfuerzo, cuando lo único que necesitas hacer es entrar en la Séptima Puerta!

— ¿De veras? —Xar torció el gesto—. He cruzado muchas puertas en mi vida. ¿Qué tiene ésta de especial?

—Fue dentro de esa cámara, dentro de la Séptima Puerta, donde el Consejo de los Siete realizó la separación de los mundos.

—...la separación de los mundos.

Xar guardó silencio, lleno de asombro. Las consecuencias, las posibilidades que se abrían si Kleitus estaba en lo cierto, si lo que decía era cierto, si aquel lugar existía todavía...

—Existe —afirmó Kleitus.

— ¿Qué hay en esa..., en esa cámara? —quiso saber Xar, cauto, sin terminar de creer al lázaro.

Kleitus aparentó no haber oído la pregunta y se vió hacia las estanterías de úmenes que cubrían las paredes de la biblioteca. Sus ojos muertos, iluminados esporádicamente por el alma fugaz, buscaron algo. Por último, su marchita mano, manchada todavía con la sangre de aquellos a los que había dado muerte, se alzó para escoger un delgado de pequeñas dimensiones.

El lázaro arrojó el libro sobre la mesa, delante de Xar.

—Lee —le indicó.

—... lee —llegó la triste coletilla.

—Parece la primera cartilla de un chiquillo —dijo Xar, examinando el con cierto desdén. Él también había utilizado libros parecidos a aquél, encontrados en el Nexo, para enseñar el lenguaje de las runas sartán a Bane, el niño mensch.

—Lo es —asintió Kleitus—. Procede de los tiempos en que nuestros hijos vivían y alborotaban. Lee.

Xar estudió el libro con recelo, pero parecía auténtico. Era antiguo, muy antiguo, a juzgar por su olor rancio y por su pergamino quebradizo y amarillento. Con cuidado, temeroso de que las páginas se convirtieran en polvo al contacto con su mano, abrió la tapa de piel y leyó en silencio para sí mismo:

La Tierra fue destruida.

Cuatro mundos fueron creados de sus ruinas. Cuatro mundos para nosotros y los mensch: Aire, Fuego, Piedra y Agua. Cuatro Puertas conectan cada mundo con los otros: Ariano, Pryan, Abarracb y Chelestra. Para nuestros enemigos se construyó un correccional: el Laberinto.

El Laberinto está conectado con los demás mundos a través de la Quinta Puerta: el Nexo.

La Sexta Puerta está en el centro y permite la entrada en el Vórtice. Y todo se consumó a través de la Séptima Puerta.

El final fue el principio.

—

Aquél era el texto impreso. Debajo, escrita a mano con letra tosca, había otra frase: *El principio fue nuestro final.*

— ¿Eso lo has escrito tú? —inquirió Xar.

—Con mi propia sangre —asintió Kleitus.

—... propia sangre.

A Xar le temblaron las manos de expectación. El sartán, la profecía, la nigromancia; nada de eso importaba. Lo que revelaba el libro: ¡eso era lo realmente valioso!

—¿Sabes dónde está esa puerta? ¿Me conducirás a ella? —dijo Xar, poniéndose de pie con impaciencia.

—Sí, lo sé. Los muertos lo sabemos. Y me encantaría conducirte a ella, Señor del Nexo... —El rostro de Kleitus se contorsionó mientras el alma entraba y salía agitadamente del cadáver ambulante. Sus manos se flexionaron—. Me encantaría, si tú cumplieras un requisito. Podríamos disponer tu muerte y...

Xar no estaba de humor para chanzas.

—No seas ridículo. Llévame allí ahora o, si tal cosa no es posible —el Señor del Caos tuvo la repentina idea de que aquella Séptima Puerta se encontraba quizás en otro mundo—, dime dónde encontrarla.

Kleitus pareció meditar la respuesta. Por fin, movió la cabeza en gesto de negativa:

—No creo que lo haga.

—... que lo haga.

—¿Por qué no? —Xar dejó entrever su enfado.

—Digamos que... por lealtad.

—¡Que hable así quien ha sacrificado a su propio pueblo! —replicó Xar burlón—. ¿Por qué, pues, me hablas de la Séptima Puerta, si te niegas a llevarme a ella? —De pronto, le vino una idea a la cabeza—: Quieres algo a cambio, ¿no es eso? ¿De qué se trata?

—De matar. Y seguir matando. De librarme del olor de la sangre caliente que me atormenta cada instante de mi existencia... ¡y voy a vivir eternamente! Lo que quiero es la muerte. Respecto a la Séptima Puerta, no necesitas que te la muestre. Ese secuaz tuyo ya ha estado allí. Pensaba que él ya te habría informado.

—... muerte... informado.

—¿Qué secuaz? ¿Quién? —Tras un instante de perplejidad, Xar inquirió—: ¿Haplo?

—Sí, puede que ése fuera el nombre... —Kleitus estaba perdiendo el interés por el tema.

—... nombre.

—¿Que Haplo conoce la ubicación de la Séptima Puerta? —resopló Xar con aire burlón—. ¡Imposible! Jamás lo ha mencionado...

—Eso es porque el no sabe... Ningún vivo lo sabe. Pero su cadáver sí que lo reconocería. Y querría ver a ese lugar. Resucita el cuerpo de ese Haplo, Señor del Nexo, y él te conducirá a la Séptima Puerta.

«Me gustaría saber qué te propones», pensó Xar y fingió seguir hojeando el libro infantil mientras observaba disimuladamente al lázaro. «¡Me gustaría saber qué es lo que persigues! ¿Qué representa para ti esa Séptima Puerta? ¿Y por qué quieres a Haplo? Sí, ya veo adonde quieres llevarme pero, mientras sea en la misma dirección que yo he tomado...»

Se encogió de hombros, levantó el libro y leyó en voz alta:

—

—«Y todo se consumó a través de la Séptima Puerta.» ¿Cómo? ¿Qué significa eso, dinasta? ¿O acaso no significa nada? No es fácil saberlo; a vosotros, los sartán, os produce un gran placer jugar con las palabras.

—Yo diría que significa mucho, Señor del Nexo. —Por un instante, un leve destello de siniestra diversión dio auténtica vida a los ojos muertos—. En cuanto a cuál sea ese significado, no lo sé ni me importa.

Kleitus alargó una mano, de piel blancoazulada salpicada de sangre y uñas negras, y, vuelto hacia la puerta, pronunció una runa sartán.

Los signos patryn que protegían la puerta se desmoronaron. Kleitus se abrió paso y abandonó la estancia.

Xar habría podido mantener las runas en su lugar frente a la magia del dinasta, pero no deseaba malgastar sus energías. ¿Para qué molestarse? Que se marchara; el lázaro ya no le sería de más utilidad,

La Séptima Puerta. La cámara donde los sartán habían separado el mundo.

¿Quién sabía qué poderosa magia existía aún en tal lugar?

Si era cierto que Kleitus conocía la ubicación de la Séptima Puerta, reflexionó el Señor del Nexo, no necesitaba de Haplo para que lo condujera. Era evidente, pues, que el lázaro quería a Haplo por sus propios motivos. ¿Por qué? Era cierto que Haplo había escapado de las manos del dinasta y a la persecución asesina de los lázaros, pero resultaba improbable que Kleitus le tuviera un especial rencor por ello. El lázaro odiaba a todos los seres vivos, sin excepción. No destacaría a uno en concreto si no tuviera un motivo especial para ello.

Haplo tenía o sabía algo que Kleitus codiciaba. ¿Qué podía ser? Era preciso preservar a Haplo, se dijo Xar. Al menos, hasta que descubriera el misterio. Se concentró de nuevo en el libro y fijó la vista en las runas sartán hasta que las hubo grabado en su memoria. Un revuelo en el pasillo y unas voces que pronunciaban su nombre lo perturbaron.

Se levantó de la mesa, cruzó la estancia y abrió la puerta. Varios patryn deambulaban arriba y abajo por el corredor.

— ¿Qué queréis?

— ¡Mi Señor! ¡Te hemos buscado por todas partes!

La mujer que había respondido hizo una pausa para recuperar el aliento. Xar advirtió su excitación. Los patryn eran disciplinados; de ordinario, no dejaban exteriorizar sus emociones.

— ¿Qué sucede, hija?

— Hemos capturado dos prisioneros, mi Señor. Los hemos cogido cuando salían de la Puerta de la Muerte.

— ¿De veras? Una excelente noticia. ¿Qué...?

— ¡Escúchame, mi Señor! —En circunstancias normales, ningún patryn habría osado interrumpir a Xar; sin embargo, la mujer era presa de tal agitación que no pudo contenerse—: Los dos son sartán. Y uno de ellos es...

— ¡Alfred! —conjeturó Xar.

— No, mi Señor. Uno de ellos es Samah...

¡Samah! El presidente del Consejo de los Siete sartán.

Samah, que había permanecido durante largos siglos en estado de animación suspendida en Chelestra.

Samah. El mismo Samah que había provocado la destrucción de los mundos.

Samah, que había arrojado a los patryn al Laberinto.

—

En aquel instante. Xar casi habría creído en la existencia de aquel poder superior del que Haplo no dejaba de parlotear. Y casi habría creído en él por poner en sus manos a Samah.

—

CAPITULO ABARRACH

Saman. Él, entre todas las espléndidas presas. Samah el sartán que había urdido todo el complot para separar el mundo, El sartán que había vendido tal idea a su pueblo. El sartán que había tomado en pago la sangre de los suyos y las de incontables miles de inocentes. El sartán que había encerrado a los patryn en la infernal prisión del Laberinto.

Y el sartán que, sin duda, conocía la localización de la Séptima Puerta, se dijo de pronto.

—No sólo eso —masculló Xar por lo bajo, mientras vía la vista al libro una vez más—, sino que probablemente se negará a decirme dónde está o a contarme nada al respecto, —Xar se frotó las manos—. ¡Así tendré el inmenso placer de obligar a Samah a hablar!

En el palacio de piedra de Abarrach había mazmorras. Haplo había informado a Xar de su existencia, después de haber estado al borde de la muerte entre sus muros.

¿Para qué habían utilizado aquellas mazmorras los antiguos sartán? ¿Como prisiones para los mensch descontentos? ¿O tal vez los sartán habían intentado incluso alojar a los mensch allí abajo, lejos de la corrompida atmósfera de las cavernas de arriba, aquella atmósfera que emponzoñaba lentamente a todos los seres vivientes que los sartán habían llevado con ellos a aquel mundo? Según el informe de Haplo, allí abajo había otras estancias, además de celdas. Salas grandes, de tamaño suficiente para contener a gran número de personas. Unas runas sartán trazadas en el suelo mostraban el camino a aquellos que conocían los secretos de su magia.

En unos candelabros de pared ardían unas antorchas; a su luz, Xar distinguió aquí y allá los trazos de aquellas runas sartán. Pronunció una palabra —una palabra sartán— y observó cómo los signos mágicos cobraban vida con un débil resplandor; brillaban tenuemente durante unos instantes y vían a apagarse, con su magia disgregada y agotada.

Xar se rió por lo bajo. Aquél era un juego que practicaba por todo el palacio y del cual nunca se cansaba. Las runas resultaban simbólicas: al igual que sucedía

—

con la magia de aquellos signos mágicos, el poder de los sartán había brillado brevemente para luego apagarse, disgregado y agotado.

Tal como, ahora, moriría Samah. Xar se frotó las manos otra vez, con expectación.

En esta ocasión, las catacumbas estaban vacías. En los días anteriores a la creación accidental de los terribles lázaros, las dependencias habían sido empleadas para acoger a los muertos; es decir, a las dos clases de muertos: a los que habían sido reanimados y a los que aguardaban la resurrección. Allí se conservaban los cuerpos mientras transcurría el plazo de tres días que debía respetarse antes de proceder a devolverles la vida. Allí, también, se encontraban los esporádicos casos de muertos que, una vez reanimados, habían demostrado ser una molestia para los vivos. Uno de ellos había sido la propia madre de Kleitus.

Pero, ahora, las celdas estaban vacías. Todos los muertos habían sido

liberados. Algunos, convertidos en lázaros; otros —como la reina madre—, fallecidos hacía demasiado tiempo como para resultar de utilidad a los lázaros, vagaban a su antojo por las estancias subterráneas. A la llegada de los patryn, estos muertos habían sido agrupados y encuadrados en ejércitos, que ahora aguardaban la llamada a la batalla.

Las catacumbas eran un lugar deprimente en un mundo de lugares deprimentes. A Xar no le había gustado en ningún momento la idea de descender allí abajo y, en realidad, no había vuelto a hacerlo desde su primera y breve visita de inspección. La atmósfera era cargada, rancia y gélida. El olor a podredumbre que impregnaba el aire resultaba fétido. Incluso podía captar su sabor. Las antorchas chisporroteaban y humeaban lánguidamente.

Sin embargo, en esta ocasión, Xar no se percató de ese sabor o, en cualquier caso, le dejó un regusto dulzón en la boca. Cuando emergió de los pasadizos en la zona de celdas, vio dos siluetas que lo observaban entre las sombras. Una de ellas correspondía a la mujer que le había anunciado la noticia, una joven llamada Marit, a quien había enviado por delante para que preparase su llegada. Aunque no la distinguía con claridad en aquella lóbrega penumbra, Xar la reconoció por el leve resplandor azulado de los signos mágicos de su piel, en permanente actividad para mantenerla con vida en aquel mundo de muertos vivientes.

Respecto a la otra silueta, la del hombre, Xar la reconoció precisamente porque no se apreciaba el menor resplandor en su piel. Por eso y por el hecho de que, en cambio, lo que brillaba en ella era uno de sus ojos, de un rojo encendido.

—Mi Señor... —Marit hizo una profunda reverencia.

—Mi Señor... —La serpiente dragón con forma humana saludó también con una venia, pero aquel único ojo rojo (el otro le faltaba) no perdió de vista a Xar ni un solo instante.

Al Señor del Nexo no le gustó aquello. No le agradaba el modo en que aquel ojo lo observaba siempre; parecía aguardar el momento en que bajara la guardia para atravesarlo con su roja mirada como si fuese una espada. Y tampoco le agradaba la risa secreta que estaba seguro de reconocer en aquel único ojo encarnado. Lo cierto era que la mirada de aquel ojo siempre resultaba obsequiosa y servil y que Xar nunca descubría tal risa secreta cuando lo observaba directamente, pero el Señor del Nexo tenía la permanente sensación de que el ojo emitía un destello burlón tan pronto como él apartaba la vista de la criatura. Xar no dejaba traslucir jamás lo mucho que lo irritaba aquel ojo rojo, la incomodidad que le producía. Incluso había convertido a Sang-drax (el nombre

—

—Sang-drax pronunció las palabras con el más absoluto respeto—. Los prisioneros están en celdas separadas, como has ordenado.

Xar vio la mirada hacia la hilera de celdas. Resultaba difícil distinguir algo a la débil luz de las antorchas, que también parecían sofocarse en aquel aire viciado. La magia patryn había podido iluminar aquel lugar nefasto con todo el brillo de un día en el soleado mundo de Pryan, pero los patryn habían aprendido por amarga experiencia que no se debía malgastar la magia en tales lujos. Además, después de su prolongada existencia en el peligroso mundo del Laberinto, la

mayoría de los patryn se sentían más cómodos bajo la protección de la oscuridad.

El Señor del Nexo se mostró disgustado:

— ¿Dónde está la guardia que he ordenado colocar? —Se vió a Marit y añadió—: Esos sartán son peligrosos. Podrían ser capaces de liberarse de nuestros hechizos.

La mujer se giró hacia Sang-drax. Su mirada no fue amistosa; era evidente que Marit desconfiaba de la serpiente dragón y sentía aversión por la criatura.

—Yo quería hacerlo, mi Señor. Pero éste me lo ha impedido.

Xar dirigió una mirada ominosa a Sang-drax. La serpiente dragón con forma de patryn le dedicó una sonrisa de disculpa y extendió las manos. Runas patryn, similares en apariencia a las que tatuaban las manos de Xar y de Marit, adornaban el revés de aquéllas. Pero los signos mágicos de las manos de la criatura no resplandecían y, si otro patryn hubiera intentado descifrarlos, habría advertido que carecían de sentido. Aquellas runas eran un mero disfraz; no formaban ninguna estructura. Sang-drax no era ningún patryn.

De lo que Xar no estaba seguro era en dónde encajarlo. Sang-drax se llamaba a sí mismo «dragón», decía proceder del mundo de Chelestra y proclamaba que él y otros de su especie eran leales a Xar y sólo vivían para servir al Señor del Nexo y para apoyar su causa. Haplo se refería a aquellas criaturas como «serpientes dragón» e insistía en que eran seres traicioneros en quienes no se debía confiar.

Xar no tenía motivos para dudar del dragón, serpiente dragón o lo que fuera.

Al servir a Xar, Sang-drax no hacía más que mostrar buen juicio. Con todo, al Señor del Nexo no le gustaba aquel ojo encendido, que no parpadeaba jamás, ni la risa burlona que nunca lograba ver pero que, estaba seguro, aparecería en la criatura tan pronto como le viera la espalda.

— ¿Por qué has contrariado mis órdenes? —quiso saber.

— ¿Cuántos patryn serían necesarios para custodiar al gran Samah? —fue la respuesta de Sang-drax—. ¿Cuatro? ¿Ocho? ¿Bastaría con éstos? ¡Estamos hablando del sartán que obró la separación de los mundos!

—De modo que, como los guardianes no iban a ser de utilidad, has mandado retirarlos a todos... ¡Una decisión muy lógica! —exclamó Xar con un bufido.

Sang-drax captó la ironía del comentario y sonrió, pero recuperó inmediatamente la seriedad.

—Ahora, Samah está privado de sus poderes. En su estado actual, hasta un chiquillo podría vigilarlo.

— ¿Está herido? —inquirió Xar con aire preocupado.

—No, mi Señor. Está mojado.

— ¿Mojado?

—

—Es cosa del mar de Chelestra, mi Señor. Su agua anula los poderes mágicos de tu especie. —La voz de la serpiente dragón hizo especial hincapié en las dos últimas palabras.

— ¿Y cómo ha sido que Samah se empapó de agua de ese mundo antes de penetrar en la Puerta de la Muerte?

—No sabría decirte, Señor del Nexo, pero ha resultado muy oportuno.

— ¡Hum! De todos modos, Samah no tardará en secarse y entonces sí que serán precisos los guardias...

—Sería una pérdida, de tiempo y de energías, mi Señor Xar. Tu gente no es

muy numerosa y tiene demasiados asuntos urgentes de suma importancia de que ocuparse. Los preparativos para tu viaje a Pryan...

— ¡Ah! De modo que iré a Pryan, ¿no?

Sang-drax se mostró algo desconcertado.

—Creía que ésta era tu intención, mi Señor. Cuando tratamos el asunto, dijiste...

—Dije que estudiaría la idea de ir a Pryan, no que hubiera tomado la decisión.

—Xar dedicó una mirada de severidad a la serpiente dragón—. Te noto insólitamente interesado en hacerme viajar a ese mundo en concreto. Me pregunto si tienes alguna razón especial para ello...

—Tú mismo has dicho, mi Señor, que los titanes de Pryan serían un formidable refuerzo para el ejército. Además, creo muy probable que pudieras encontrar la Séptima Puerta en...

— ¿La Séptima Puerta? ¿Cómo te has enterado de su existencia?

Decididamente, Sang-drax dio muestras de perplejidad.

—Bueno... Kleitus me ha contado que la buscas, mi Señor.

— ¿Eso ha hecho?

—Sí, mi Señor. Hace un momento.

— ¿Y qué sabes tú de la Séptima Puerta?

—Nada, Señor, te lo aseguro...

—Entonces, ¿por qué hablas de ello?

—Ha sido el lázaro quien ha sacado el tema a colación. Yo sólo quería...

Xar rara vez se había sentido tan furioso. Parecía como si él fuese el único que no había oído hablar nunca de la Séptima Puerta. Muy bien, se dijo; aquello se acabaría enseguida.

— ¡Ya basta! —Exclamó, al tiempo que lanzaba una mirada de soslayo a Marit—, Hablaremos de este asunto más tarde, Sang-drax. Cuando nos hayamos ocupado de Samah. Confío en que obtendré de él respuestas a mis preguntas. Y, respecto a los guardias...

—Permíteme que te sirva, mi Señor. Utilizaré mi propia magia para custodiar a los prisioneros. No necesitarás nada más.

— ¿Insinúas que tu magia es más poderosa que la nuestra, que la magia patryn? —Xar hizo la pregunta en un tono ligero. Un tono peligroso, para quienes lo conocían.

Y Marit lo conocía. La patryn se apartó un par de pasos de la serpiente dragón.

—No es cuestión de cuál sea más poderosa, mi Señor —replicó Sang-drax humildemente—, pero afrontemos los hechos: los sartán han aprendido a defenderse de la magia patryn igual que vosotros, mi Señor, podéis defenderos

—

frente a la suya. En cambio, los sartán no han aprendido a enfrentarse a nuestra magia. Como recordarás, mi Señor, los derrotamos en Chelestra...

—Por muy poco.

—Pero eso fue antes de que se abriera la Puerta de la Muerte. Ahora, nuestra magia es mucho más poderosa. —De nuevo, Xar percibió su amenazadora suavidad—. He sido yo quien ha capturado a esos dos.

Xar se vio a Marit, que confirmó el hecho con un gesto de asentimiento.

—Sí —murmuró la patryn—. Él los trajo hasta nuestro puesto de guardia, a

las puertas de Necrópolis.

El Señor del Nexo permaneció pensativo. Pese a las explicaciones de Sangdrax, a Xar no le gustaba el engreimiento implícito en la declaración de la serpiente dragón. Tampoco le gustaba tener que reconocer que la criatura tenía razón en parte. Samah. El gran Samah. ¿Quién entre los patryn podría custodiarlo con eficacia? «Sólo yo mismo», se dijo.

Sang-drax parecía dispuesto a seguir discutiendo, pero Xar atajó sus intenciones con un gesto impaciente de su mano.

—Sólo hay un modo seguro de impedir que Samah escape, y es matarlo.

La serpiente dragón puso objeciones a cal propuesta:

—Pero, mi Señor, sin duda querrás sonsacarle información...

—Desde luego —asintió Xar, tranquilo y satisfecho—. Y la obtendré... ¡de su cadáver!

— ¡Ah! —Sang-drax hizo una reverencia—. Has adquirido el arte de la nigromancia. Mi admiración por ti es ilimitada, Señor del Nexo.

La serpiente dragón se acercó un poco más con aire furtivo; su roja pupila brilló a la luz de una antorcha.

—Samah morirá como ordenas, mi Señor, pero... no hay necesidad de apresurarse. Creo que el sartán debería experimentar lo mismo que ha sufrido tu pueblo. Creo que deberías obligarlo a soportar una parte, al menos, del tormento que tu pueblo ha tenido que soportar.

—Sí —Xar tomó aire con un temblor en los labios—. ¡Sí, Samah sufrirá, te lo aseguro! Yo, personalmente...

—Permíteme, mi Señor —le rogó la serpiente dragón—. Tengo un talento bastante especial para esos asuntos. Tú límitate a observar y verás cómo quedas complacido. Si no es así, sólo tienes que ocupar mi lugar.

—Está bien. —Xar observó, con sorpresa, que la serpiente dragón casi jadeaba de impaciencia—. Pero antes quiero hablar con él. A solas —añadió cuando Sang-drax se aprestó a acompañarlo—. Tú espérame aquí. Marit me conducirá hasta él.

—Como desees, mi Señor. —La criatura disfrazada de patryn hizo una nueva reverencia y, al incorporarse, añadió en tono solícito—: Ten cuidado, mi Señor, de que no te alcance una gota de esa agua de mar.

Xar le lanzó una mirada furiosa. Después, desvió la vista, pero vió a dirigirla hacia la criatura y, una vez más, le pareció advertir un destello de burla en aquel ojo encarnado.

El Señor del Nexo no replicó al comentario. Dio media vuelta sobre sus talones y se alejó, adentrándose en el pasadizo de celdas vacías. Marit avanzó a su lado. Los signos mágicos de los brazos y las manos de ambos patryn emitían un fulgor rojo azulado que era algo más que una mera respuesta a la atmósfera ponzoñosa de Abarrach.

. Marit no es descendiente suya en el senado literal del término, pero Xar considera hijos suyos a todos los patryn ya que fue él quien los sacó uno por uno de la oscuridad del Laberinto. No se tiene noticia de que Xar engendrara ningún descendiente directo: de ser así, por joven que fuese, tal hijo sería ya un anciano para lo habitual entre los patryn; por lo menos, debería haber dejado atrás su Septuagésima Puerta. Dado que pocos patryn atrapados alcanzan siquiera la mitad de tal edad, debemos dar por sentado que, si tuvo alguno, los hijos de Xar han muerto hace mucho tiempo.

. Los patryn del Laberinto se dividen en dos categorías, corredores y pobladores.

Los corredores viven y viajan solos, con el único propósito de escapar del Laberinto. Los pobladores viven en grupos numerosos. Su objetivo también es escapar, pero dan más valor a la supervivencia y a la perpetuación de la raza.

—No confías en él, ¿verdad, hija? —preguntó Xar a su acompañante,
—No me corresponde a mí confiar o desconfiar de aquel a quien mi Señor distingue con su favor —respondió Marit ceremoniosamente—. Si mi Señor confía en ese ser, yo acepto el juicio de mi Señor.
Xar aprobó la respuesta con un gesto de asentimiento.
—Tú eras una corredora, ¿verdad?
—Sí, mi Señor.
Xar aminoró la marcha y posó su nudosa mano en la suave piel tatuada de la joven.
—Yo también. Y ninguno de los dos sobrevivimos al Laberinto confiando en nada ni en nadie más que en nosotros mismos. ¿Tengo razón hija?
—Sí, mi Señor. —La mujer pareció aliviada.
—Entonces, ¿querrás no perder de vista a esa serpiente tuerta?
—Desde luego, mi Señor. —Al observar que Xar miraba a su alrededor con gesto nervioso, Marit añadió—: La celda de Samah está por aquí. El otro prisionero está encerrado en el otro extremo de la hilera de celdas. He considerado preferible no colocarlos demasiado cerca, aunque el segundo prisionero parece inofensivo.
—Sí, había olvidado que eran dos. ¿Quién es el otro? ¿Un guardaespaldas? ¿El hijo de Samah?
—No lo creo, mi Señor. —Marit sonrió al tiempo que movía la cabeza en gesto de negativa—. Ni siquiera estoy segura de que sea un sartán. Si lo es, está trastornado. Resulta extraño —añadió, pensativa—. Si fuese un patryn, yo diría que sufre la enfermedad del Laberinto.
—Probablemente, finge. Si estuviera loco, cosa que dudo, los sartán no permitirían jamás que se lo viera en público. Podría perjudicar su consideración de semidioses. ¿Cómo se hace llamar?
—Un nombre muy raro: Zifnab.
— ¡Zifnab! —Xar se puso a pensar—. He oído ese nombre en alguna parte... Bane lo mencionó... Sí, en relación con...
Dirigió una rápida mirada hacia Marit y cerró la boca de golpe.
— ¿Señor?
—Nada importante, hija. Estaba pensando en voz alta. ¡Ah!, veo que ya hemos llegado a nuestro destino.
—Ésta es la celda de Samah, mi Señor. —Marit dirigió una mirada fría y desapasionada al ocupante de la mazmorra—. Iré a ocuparme de nuestro otro prisionero.
—Creo que ése se las arreglará bastante bien a solas —apuntó Xar en tono ligero—. ¿Por qué no le haces compañía a nuestro amigo, la serpiente dragón? —
Con un gesto de la cabeza indicó la entrada de los túneles de las mazmorras,

—
donde Sang-drax permanecía observándolos—. No quiero que nadie me moleste durante mi conversación con el sartán.

—Comprendo, mi Señor. —Tras hacer una reverencia, Marit se retiró y

desanduvo el camino por el pasadizo largo y oscuro, flanqueado por las puertas de las celdas desocupadas.

Xar aguardó hasta que la patryn hubo llegado al fondo del corredor y la oyó hablar con Sang-drax. Cuando el encarnado ojo de éste se desvió de él para concentrarse en Marit, el Señor del Nexo se acercó a la puerta de la celda y se asomó al interior.

Samah, líder del órgano de gobierno sartán, conocido como el Consejo de los Siete, era —en años de edad— mucho más viejo que Xar. Sin embargo, debido a su letargo mágico —estado en el que había previsto permanecer durante sólo una década, pero que, accidentalmente, se había prolongado largos siglos—, Samah era todavía un hombre en el esplendor de su madurez.

Alto y fuerte, en otro tiempo había tenido unas facciones duras, grabadas a cincel, y un porte imponente. Ahora, la piel cetrina le colgaba de los huesos y sus músculos estaban flácidos y sin tono. Su rostro, que debería haber reflejado sabiduría y experiencia, estaba surcado de arrugas, demacrado y ojeroso. Samah estaba sentado sobre el frío catre de piedra, abatido, con la cabeza gacha y los hombros hundidos. Era la imagen de la aflicción y la desesperación. Sus ropas y su piel estaban empapadas.

Xar cerró las manos en torno a los barrotes y acercó más el rostro para observar mejor. Esbozó una sonrisa.

—Sí —murmuró suavemente—, ya sabes qué destino te aguarda, ¿verdad Samah? No hay nada peor que el miedo, que la espera. Incluso cuando llega el dolor y tu muerte será muy dolorosa, sartán, te lo aseguro), no alcanza a ser tan terrible como ese miedo.

Sus dedos se aferraron con más fuerza a los barrotes. Los mágicos signos azules tatuados en el revés de sus nudosas manos eran trazos nítidos en su piel tirante; los prominentes nudillos estaban tan blancos que parecían huesos a la vista. Apenas podía respirar y, durante unos largos segundos, fue incapaz de articular palabra. No había previsto experimentar tal apasionamiento ante la presencia de su enemigo pero, de pronto, vieron a su memoria todos aquellos años de lucha y de sufrimiento, todos aquellos años de miedo.

— ¡Ojalá —estuvo a punto de sofocarse con sus propias palabras—, ojalá pudiera hacerte vivir mucho, mucho tiempo, Samah! ¡Ojalá pudiera dejarte vivir con ese miedo, como ha tenido que vivir mi gente! ¡Ojalá pudiera dejarte vivir siglos y siglos!

Los barrotes de hierro se disolvieron bajo las manos de Xar. El ni siquiera se dio cuenta. Samah no había levantado la cabeza y tampoco entonces alzó la vista a su torturador. Permaneció sentado en la misma postura, pero ahora con las manos juntas.

Xar entró en la celda y se detuvo ante él.

—No puedes escapar del miedo ni por un instante. Ni siquiera mientras duermes. Siempre está ahí, en tus sueños. Corres y corres hasta que piensas que el corazón te va a reventar y entonces despiertas y oyes el sonido aterrador que te ha sacado del sueño y te levantas y corres y corres sin parar... sabiendo en todo instante que es inútil. La zarpa, el colmillo, la flecha, el fuego, la ciénaga, el hoyo terminará por atraparte.

—

«Nuestros hijos maman el miedo en la leche de su madre. Nuestros bebés no

lloran. Desde el momento en que nacen, se les enseña a callar... por miedo. Y nuestros chiquillos tampoco se ríen, por temor a quien podría escucharlos. »Según me han dicho, tienes un hijo. Un hijo que se ríe y llora. Un hijo que te llama «padre» y que sonríe como su madre.

Un estremecimiento recorrió a Samah. Xar no sabía qué fibra sensible había tocado, pero se recreó en el descubrimiento y continuó hurgando:

—Nuestros hijos rara vez conocen a sus padres. Es un favor, uno de los pocos que podemos hacerles. Así no se sienten vinculados a sus progenitores y no los afecta tanto cuando los encuentran muertos. O cuando los ven morir ante sus ojos.

El odio y la furia iban sofocando poco a poco a Xar. Abarrach no tenía aire suficiente para sus pulmones. Notaba el latir de la sangre en las sienes y, por un instante, el Señor del Nexo pensó que iba a estallarle el corazón. Levantó la cabeza y soltó un alarido, un grito salvaje de angustia y de rabia, como si la sangre de aquel corazón manara de su boca.

El alarido resultó espeluznante. Al resonar a través de las catacumbas, por algún truco de la acústica, se hizo aún más sonoro y más potente, como si los muertos de Abarrach hubieran abierto la boca y estuvieran sumando sus gritos horripilantes al del Señor del Nexo.

Marit palideció y, espantada, se apretó con un gemido contra la helada pared de las mazmorras. El propio Sang-drax parecía algo amilanado. La roja pupila se agitó con nerviosismo, lanzando rápidas miradas hacia las sombras como si buscara a algún enemigo oculto allí.

Samah se estremeció. El grito pareció producirle el efecto de una lanza que le atravesara el pecho. Cerró los ojos.

— ¡Ojalá no te necesitara! —Masculló Xar, lanzando espumarajos y con la saliva rebosando de sus labios—. Me gustaría no necesitar la información que guardas en ese negro corazón. Me gustaría llevarte al Laberinto y que tuvieras en brazos a los niños agonizantes como los he tenido yo. Te dejaría murmurarles, como he hecho yo: «Todo irá bien. Pronto se acabará el miedo». ¡Y me gustaría que sintieras la envidia, Samah! La envidia que te embarga cuando contemplas esa carita fría y pacífica y te das cuenta de que, para ese chiquillo, el miedo ha terminado mientras que, para ti, acaba de empezar...

Ahora, Xar estaba en calma. La furia había pasado y sentía un gran cansancio, como si hubiera pasado horas combatiendo contra un poderoso enemigo. Cuando quiso dar un paso, notó que le fallaba la pierna y se vio obligado a apoyarse en el muro de piedra de la celda.

—Pero, por desgracia, preciso de ti, Samah. Te necesito para que respondas a una... cuestión. —Xar se pasó la manga de la túnica por los labios y se secó el sudor frío del rostro. Después, exhibió una sonrisa melancólica y desanimada—.

¡Para ser sincero, Samah, cabeza del Consejo de los Siete, espero..., deseo fervientemente que decidas no responder!

Samah levantó el rostro. Tenía los ojos hundidos y la piel muy pálida. Parecía realmente como si lo hubiera atravesado la lanza de su enemigo.

—No te culpo por odiarme así. No pretendíamos... —Se vio obligado a hacer una pausa para humedecerse los labios—. Nunca fue nuestra intención someteros a tales sufrimientos. No fue nuestra intención que la prisión se convirtiera en una trampa mortal. La concebimos como un lugar donde someteros a prueba... ¿No lo

entiendes? —Samah miró a Xar con expresión de abierta súplica—. Era una prueba, nada más. Una prueba difícil, destinada a enseñaros humildad y paciencia. Una prueba dirigida a aplacar vuestra agresividad...

—A hacernos más débiles —intervino Xar en un susurro.

—Sí —confirmó Samah, al tiempo que bajaba lentamente la cabeza—. A debilitaros.

—Nos teníais miedo.

—Sí, os temíamos.

—Esperabais que muriésemos allí...

—No. —Samah movió la cabeza.

—El Laberinto —insistió Xar— fue la forma concreta que adoptó esa esperanza. Una esperanza secreta que no os atrevíais a reconocer ni siquiera a vosotros mismos, pero que quedó susurrada en las palabras mágicas que crearon el Laberinto. Y fue esa terrible esperanza secreta lo que proporcionó a éste su maléo poder.

Samah no respondió. vió a hundir la cabeza.

El Señor del Nexo se apartó de la pared de piedra y se plantó ante Samah; alargó la mano hasta colocarla bajo la mandíbula del sartán y tiró de ella hacia arriba y hacia atrás, obligando a Samah a levantar la vista.

El sartán se encogió en un gesto defensivo. Cerró las manos en torno a las muñecas del viejo patryn e intentó liberarse de la presa, pero Xar era poderoso y su magia estaba intacta. Las runas azules emitieron un destello. Samah exhaló un gemido de dolor y apartó las manos como si hubiera tocado unas brasas encendidas.

Los delgados dedos de Xar se hundieron profunda y dolorosa—mente en la mandíbula del sartán.

— ¿Dónde está la Séptima Puerta?

Samah lo miró con perplejidad y Xar, complacido, vio — ¡por fin!—el miedo en los ojos del sartán.

— ¿Dónde está la Séptima Puerta? —repitió, estrujando la cara de Samah.

—No sé... de qué me hablas —murmuró a duras penas el sartán.

—Me alegro —replicó Xar con satisfacción—. De momento, tendré el placer de enseñarte. Entonces me lo dirás.

Samah logró sacudir la cabeza.

— ¡Antes muerto! —jadeó.

—Sí, es probable que antes te mate —asintió Xar—. Y *entonces* me lo dirás.

Tu cadáver me lo dirá. He dominado el arte, ¿sabes? Ese arte que tú has venido a aprender. Haré que te lo enseñen también a ti, aunque para entonces no te servirá de mucho.

Xar soltó al sartán y se limpió las manos en la ropa. No le gustaba la sensación del agua de mar en la piel y ya podía apreciar el erecto debilitador sobre su magia rúnica. Se dio la vuelta con gesto cansino y abandonó la celda. Los barrotes de hierro reaparecieron en la puerta cuando el Señor del Nexo la hubo dejado atrás.

—Lo único que lamento es no tener fuerza suficiente para enseñarte yo mismo. Pero te espera uno que, como yo, también desea venganza. Creo que lo conoces; intervino en tu captura.

Samah se puso en pie y sus manos se aferraron a los barrotes.

—

— ¡Me equivoqué! ¡Mi pueblo cometió un error, lo reconozco! No puedo ofrecerte ninguna excusa salvo, que tal vez, que nosotros también sabemos qué es vivir en el miedo. Ahora me doy cuenta. Alfred, Orla... Ella tenía razón. —Samah cerró los ojos con una mueca de dolor y exhaló un profundo suspiro. Cuando vió a abrirlos, clavó la vista en Xar y sacudió los barrotes—. Pero tenemos un enemigo común —dijo—. Un enemigo que nos destruirá a todos. A nuestros dos pueblos, a los mensch... ¡A todos!

— ¿Y qué enemigo es ése? —Xar estaba jugando con su víctima.

— ¡Las serpientes dragón! O la forma que adopten. Esas criaturas pueden transformarse en cualquier cosa, Xar. Eso es lo que las hace tan peligrosas y tan poderosas. Ese Sang-drax, el que me capturó... es una de ellas.

—Sí, lo sé—respondió Xar—. Me ha resultado muy útil.

— ¡Eres tú quien está siendo utilizado! —exclamó Samah con frustración. Hizo una pausa, tratando desesperadamente de encontrar algún modo de demostrar lo que decía—. Seguro que uno de los tuyos te habrá alertado. Ese joven patryn, el que llegó a Chelestra... El descubrió la verdad acerca de las serpientes dragón e intentó avisarme, pero no le hice caso. No le creí. Y abrí la Puerta de la Muerte. El y Alfred... ¡Haplo! Ése era el nombre que utilizaba: Haplo.

— ¿Qué sabes de Haplo?

—El descubrió la verdad —insistió Samah tétricamente—. Intentó hacerme entender... Estoy seguro de que también te habrá alertado a ti, su Señor.

« ¿De modo que así me muestras tu agradecimiento, Haplo? —preguntó Xar a las cerradas sombras—. Ésta es tu gratitud por haberte salvado la vida, hijo. Me pagas con la traición.»

—Tu plan ha fracasado, Samah —replicó con frialdad—. Tu intento de corromper la fidelidad de mi sirviente ha sido vano. Haplo me lo contó todo, lo reconoció todo. Sí quieres hablar, sartán, hazlo de algo interesante. ¿Dónde está la Séptima Puerta?

—Es evidente que Haplo no te lo ha contado todo —dijo Samah con una mueca de ironía en los labios—. De lo contrario, ya conocerías la respuesta. Él estuvo allí. Él y Alfred; al menos, eso es lo que he deducido de algo que dijo Alfred. Al parecer, tu Haplo no confía en ti más de lo que Alfred en mí. Me pregunto dónde nos equivocaríamos...

Xar estaba molesto, aunque tuvo buen cuidado de no demostrarlo. ¡Haplo otra vez! Haplo sabía... ¡y él, no! Era enloquecedor.

—La Séptima Puerta —repitió Xar, como si no hubiese oído nada.

—Eres un estúpido —murmuró Samah con gesto abatido. Soltó los barrotes y se dejó caer de nuevo en el banco de piedra—. Un estúpido. Igual que yo lo fui. Estás condenando a tu pueblo. —Con un suspiro, hundió la cabeza entre las manos—. Igual que yo he condenado al mío.

Xar hizo un gesto seco e imperioso. Sang-drax se apresuró por el pasadizo en penumbra, desagradablemente húmedo.

El Señor del Nexo estaba en un dilema. Deseaba ver sufrir a Samah, desde luego, pero también lo quería muerto. Notaba una comezón en los dedos. En su cerebro, ya estaba trazando las runas de la nigromancia que darían inicio a la terrible resurrección.

Sang-drax entró en la celda. Samah no alzó la mirada, aunque Xar notó que el cuerpo del sartán se ponía tenso en una reacción inuntaria, disponiéndose a soportar lo que se avecinaba.

—
Xar se preguntó qué sería esto. ¿Qué se proponía hacer la serpiente dragón? La curiosidad le hizo olvidar por un instante su impaciencia por ver terminado todo aquello.

—Empieza —dijo a Sang-drax.

La serpiente dragón no se movió. No levantó la mano contra Samah, ni invocó el fuego ni el metal. Pero, de pronto, Samah echó atrás la cabeza. Sus ojos, abiertos de terror, contemplaron algo que sólo él veía. Levantó las manos e intentó emplear las runas sartán para defenderse pero, empapado como estaba con el agua del mar de Chelestra que anulaba su magia, ésta no surtió efecto.

Y quizá no habría funcionado en ningún caso, pues Samah combatía contra un enemigo surgido de su propia mente, un enemigo salido de las profundidades de su propia ciencia al que habían dado vida las insidiosas facultades de la serpiente dragón.

Samah soltó un grito, se incorporó de un salto y se lanzó contra la pared de piedra en un esfuerzo de escapar.

No había escapatoria. Se tambaleó como si hubiera recibido un golpe tremendo y lanzó un nuevo grito, esta vez de dolor. Quizás unas zarpas afiladas le estaban desgarrando la piel, o unos colmillos le desgarraban la carne o acababa de acertarle en el pecho una flecha. Se derrumbó en el suelo, retorciéndose de agonía. Después, tras un estremecimiento, se quedó inmóvil.

Xar lo miró un momento y torció el gesto.

— ¿Está muerto? —El patryn estaba decepcionado. Aunque ahora podía empezar a practicar sus artes nigrománticas, la muerte había llegado demasiado deprisa; había sido demasiado fácil.

— ¡Espera! — le previno la serpiente dragón, y pronunció una palabra en sartán.

Samah se incorporó hasta quedar sentado en el suelo, con las manos en una herida inexistente. Miró a su alrededor con pánico, recordando lo sucedido. Se puso en pie, prorrumpió en un alarido grave y hueco y corrió al otro extremo de la celda. El fantasma que lo atacaba se abatió sobre él otra vez. Y otra.

Xar escuchó los aritos aterrorizados del sartán y asintió satisfecho.

— ¿Cuánto durará esto? —preguntó a Sang-drax, quien permanecía apoyado en uno de los muros, contemplando la escena con una sonrisa.

—Hasta que muera..., hasta que muera de verdad. El miedo, el agotamiento, el terror, acabarán por matarlo. Pero morirá sin una marca en el cuerpo. ¿Cuánto tiempo? Depende de lo que a ti te plazca, mí Señor Xar.

—Deja que continúe —decidió éste por último, tras reflexionar—. Iré a interrogar al otro sartán. Quizás él esté mucho más dispuesto a hablar, con los gritos de su compatriota resonando en los oídos. Cuando vuelva, preguntaré una vez más a Samah por la Séptima Puerta. Después, podrás poner fin al tormento. La serpiente dragón asintió. Xar dedicó un momento más a contemplar cómo el cuerpo de Samah se contorsionaba y sacudía entre terribles dolores; después, abandonó la celda del enemigo ancestral y avanzó por el pasadizo hasta llegar junto a Marit, que aguardaba ante la mazmorra del otro sartán.

El llamado Zifnab.

—

CAPITULO ABARRACH

El viejo estaba acurrucado en la celda. Tenía un aspecto patético y macilento. En el momento en que un alarido explosivo de tormento insoportable surgió de los labios de Samah, el viejo se estremeció y se llevó a los ojos la punta de su barba cana amarillenta. Xar lo observó desde las sombras y llegó a la conclusión de que aquel despojo sartán se desmoronaría en un amasijo tembloroso si le daba un puntapié.

Xar se acercó a la puerta y, con un gesto, indicó a Marit que utilizara la magia rúnica para disolver los barrotes.

Las ropas empapadas del viejo se adherían a su cuerpo, lastimosamente flaco. El cabello le caía por la espalda en una masa goteante y el agua también rezumaba de su barba desordenada. Sobre el lecho de piedra, a su lado, había un ajado sombrero puntiagudo. Según todas las apariencias, el viejo había intentado escurrir el agua del sombrero, que ofrecía un aspecto retorcido y maltratado. Xar observó el sombrero con suspicacia, pensando que podía ser una fuente oculta de poder, y recibió la extraña impresión de que el sombrero estaba resentido del trato. —Ése que oyes gritar es tu amigo —comentó Xar con despreocupación, al tiempo que tomaba asiento junto al prisionero con buen cuidado de no mojarse. —Pobre Samah —dijo el viejo, temblando—. Algunos dirían que tiene su merecido, pero —su tono se hizo más suave— sólo hizo lo que creía que era más acertado. Lo mismo que tú, Señor del Nexo.

El prisionero levantó la cabeza y lanzó una penetrante mirada a Xar con una mueca de astucia desconcertante.

—Lo mismo que tú —repitió—. ¡Ah!, si hubieras sido más razonable... Si él hubiera sido más razonable... —inclinó la cabeza en dirección a los gritos y emitió un leve suspiro.

Xar frunció el entrecejo. No era así como había previsto que se desarrollaran las cosas.

—Eso mismo te espera a ti dentro de poco, Zifnab.

—

— ¿Dónde...? —El viejo miró alrededor con curiosidad.

— ¿Dónde, que? —Xar estaba irritándose por momentos.

— ¿Zifnab? Creía... —el prisionero parecía profundamente ofendido—, creía que ésta era una celda privada.

—No intentes uno de tus trucos conmigo, viejo estúpido. No me dejaré engañar... como le sucedió a Haplo.

Los gritos de Samah cesaron por un instante; luego, se reanudaron. El viejo miraba a Xar con cara inexpresiva, aguardando a que el Señor del Nexo continuara.

— ¿Quién? —inquinó por último.

Xar estuvo tentado de empezar a torturarlo allí mismo y sólo logró contenerse gracias a un poderoso esfuerzo de untad.

—Haplo. Lo conociste en el Nexo, junto a la Ultima Puerta, laque conduce al Laberinto. Alguien te vio y te escuchó allí, de modo que no te hagas el tonto.

— ¡Yo nunca me hago el tonto! —El prisionero se irguió con arrogancia—.

¿Quién me vio?

—Un niño, un tal Bane. ¿Qué sabes de Haplo? —inquirió Xar.

—Haplo... Sí, me parece que recuerdo... —El viejo dio nuevas muestras de inquietud y alargó una mano mojada y temblorosa—. ¿Un tipo bastante joven, con tatuajes azules, al que acompaña un perro?

—Sí —masculló Xar—, ése es Haplo.

El viejo agarró la mano de Xar y la estrechó calurosamente.

—Haz el favor de darle recuerdos míos...

Xar apartó la mano al instante y dirigió la vista hacia ella; percibió con disgusto la debilidad de los signos allí donde el agua de Chelestra había tocado la piel.

—De modo que he de darle a Haplo, un patryn, recuerdos de un sartán... —Se secó la mano en la ropa y añadió—; Así pues, mi enviado es un traidor, como vengo sospechando desde hace mucho tiempo.

—No, Señor del Nexo, te equivocas —replicó el prisionero en tono franco y bastante apenado—. De todos los patryn, Haplo es el más leal a ti. Él os salvará a ti y a tu pueblo, si le concedes la oportunidad.

— ¿Que él me salvará? ¿A mí? —Xar se quedó boquiabierto de asombro. Por fin, sonrió tétricamente—. Será mejor que se preocupe de salvarse a sí mismo. Lo mismo que deberías hacer tú, sartán. ¿Qué sabes de la Séptima Puerta?

—La ciudadela—dijo el viejo.

— ¿Qué? —Inquirió Xar con fingida despreocupación—. ¿Qué has dicho de la ciudadela?

El prisionero abrió la boca, dispuesto a responder, cuando de pronto soltó un grito de dolor, como si hubiera recibido una patada.

— ¿Por qué has hecho eso? —exclamó, viéndose en redondo y dirigiéndose al vacío—. No he dicho nada que... Bueno, por supuesto, pero pensaba que tú... ¡Oh, muy bien!

Con gesto mohíno, se vio otra vez y dio un respingo al ver a Xar.

— ¡Oh, hola! ¿Nos han presentado?

— ¿Qué has dicho de la ciudadela? —repitió Xar. El Señor del Nexo tenía la certeza de haber oído algo acerca de una ciudadela, pero no era capaz de recordar qué.

—

— ¿La ciudadela? ¿Qué ciudadela? —El anciano prisionero parecía desconcertado.

Xar emitió un suspiro.

—Te he preguntado por la Séptima Puerta y tú has mencionado la ciudadela.

—Pero no está ahí. Rotundamente, no —aseguró el viejo con un enérgico gesto de cabeza. Ganó tiempo dirigiendo la mirada con aire nervioso a todos los rincones de la celda y, por fin, añadió en voz alta—: Lo lamento por Bane.

— ¿Qué hay de Bane? —quiso saber Xar, entrecerrando los ojos.

—Ha muerto, ¿sabes? Pobre chiquillo.

Xar se quedó sin habla, tan grande fue su sorpresa. El prisionero continuó desvariando:

—Hay quien diría que no tenía la culpa de ser como era, teniendo en cuenta cómo fue criado y todo eso. Una infancia desdichada y sin amor, un padre que era un hechicero maléo... El pequeño no tenía la menor posibilidad. ¡Esa historia no

me convence! —El viejo parecía terriblemente acalorado—. Ahí está el problema del mundo. Ya nadie está dispuesto a asumir la responsabilidad de sus actos. Adán culpa del incidente de la manzana a Eva. Ella dice que obró por influencia de la serpiente. La serpiente dice que, en primer lugar, la culpa es de Dios por poner el árbol allí. ¿Lo ves? Nadie quiere asumir su responsabilidad.

De alguna manera, Xar había perdido el control de la situación. Ni siquiera disfrutaba ya con el eco de los gritos de Samah.

— ¿Qué hay de Bane? —insistió.

— ¡Y tú! —Gritó el viejo, sin hacerle caso—. Has fumado cuarenta paquetes de cigarrillos al día desde que cumpliste los doce y ahora culpas a un anuncio de producirte cáncer de pulmón.

— ¡Eres un chiflado delirante! —Xar empezó a dar media vuelta—. Mávalo —ordenó a Marit—. No sacaremos nada más de este idiota mientras siga vivo...

— ¿De qué estábamos hablando? ¡Ah, sí! De Bane. —El viejo suspiró y movió la cabeza. vió la vista hacia Marit y añadió—: ¿Quieres que te cuente algo de él, querida?

Marit guardó silencio y miró a Xar, quien asintió.

—Sí —dijo entonces la patryn, tomando asiento a regañadientes junto al prisionero.

—Pobre Bane —suspiró éste—. Pero todo fue para bien. Ahora habrá paz en Ariano. Y muy pronto los enanos pondrán en funcionamiento la Tumpa-chumpa...

Xar ya había oído suficiente y abandonó la celda como una tromba. Notaba una furia casi irracional, una sensación que no le agradó. Se obligó a pensar con lógica, y la llamarada de cólera se mitigó como si alguien hubiera cerrado uno de los chorros de gas que proveían de luz a aquel palacio, oscuro como una tumba. Ya fuera, llamó a Marit con un gesto.

La patryn dejó la compañía del viejo y éste, en su ausencia, continuó hablándole a su sombrero.

—No me gusta eso que he oído sobre Ariano —dijo Xar en voz baja—. No creo lo que dice ese viejo bobo y senil, pero hace mucho tiempo que tengo la sensación de que algo anda mal. Ya debería tener noticias de Bane. Viaja a Ariano, hija, y averigua qué está pasando. ¡Pero abstente de intervenir en nada! ¡Y no te des a conocer... a nadie!

Marit hizo un breve gesto de asentimiento.

—

—Haz los preparativos para la marcha y luego ven a mis aposentos para recibir las instrucciones finales —continuó el Señor del Nexo—. Utilizarás mi nave. ¿Sabrás pilotarla a través de la Puerta de la Muerte?

—Sí, mi Señor —respondió Marit—. ¿Deseas que envíe a alguien aquí abajo para ocupar mi lugar?

Xar reflexionó unos instantes.

—Manda a uno de los lázaros. Pero que no sea Kleitus —se apresuró a añadir—. Cualquiera otro. Tal vez, tenga que hacerle alguna consulta cuando proceda a resucitar el cuerpo de Samah.

—Sí, mi Señor. —Con una respetuosa reverencia, Marit se marchó.

Xar permaneció donde estaba, con la vista fija en la celda de Zifnab. El prisionero parecía haberse olvidado de la existencia del patryn y se mecía de un lado a otro, haciendo chasquear los dedos mientras canturreaba por lo bajo: «Soy

un *bluesman*, ba-dop, daba-dop, daba-dop, ba-dop. Sí, soy un *bluesman*...».

Xar repuso los barrotes en la entrada de la mazmorra con torvo placer.

—Viejo estúpido, tu cadáver revivido me dirá quién eres de verdad. Y me dirá la verdad acerca de Haplo.

El patryn desanduvo sus pasos por el corredor hacia la celda de Samah. Los gritos habían cesado temporalmente. La serpiente dragón estaba asomada a través de los barrotes. Xar se le acercó por detrás.

Samah yacía en el suelo y parecía al borde de la muerte; su piel había adquirido un color arcilloso y brillaba por el sudor. Su respiración era espasmódica. Su cuerpo seguía contorsionándose y sacudiéndose.

—Lo estás matando —apuntó Xar.

—Ha resultado ser más débil de lo que había creído, Señor —dijo Sang-drax en tono de disculpa—. En fin, podría secarlo y permitirle que se curase a sí mismo. Incluso así seguiría muy débil, probablemente demasiado como para intentar escapar. De todos modos, correríamos cierto riesgo...

—No. —Xar empezaba a estar harto—. Necesito la información. Reanímalo lo suficiente como para que pueda hablar con él.

Los barrotes de la celda se disolvieron. Sang-drax entró en la mazmorra y sacudió a Samah con la puntera de la bota. El sartán se encogió con un gemido.

Xar se acercó, hincó la rodilla junto al cuerpo de Samah y, tomando entre ambas manos la cabeza del sartán, la levantó del suelo. El gesto no tuvo nada de delicado: las largas uñas se clavaron en la grisácea carne de Samah y dejaron unos relucientes regueros de sangre.

El sartán abrió los ojos— los vio hacia el Señor del Nexo y se estremeció de terror, pero su mirada no mostraba el menor indicio de reconocimiento. Xar le sacudió la cabeza y clavó los dedos hasta el hueso.

— ¡Reconóceme! ¡Recuerda quién soy!

La única reacción de Samah fue un jadeo, un intento de encontrar aire. Su garganta emitió un barboteo. Xar reconoció los síntomas.

— ¡La Séptima Puerta! ¿Dónde está la Séptima Puerta?

A Samah casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—No fue nuestra intención... Muerte... ¡Caos! ¿Qué... fue mal...?

— ¡La Séptima Puerta! —insistió Xar.

—Desaparecida. —Samah cerró los párpados y balbuceó, febril—:

Desaparecida. Nos deshicimos... de ella. Nadie sabe... Los rebeldes... Podrían intentar... perturbar... Nos deshicimos de...

—

Un borbotón de sangre asomó entre los labios de Samah. Su mirada se perdió en el vacío, fija con horror en algo que sólo el sartán podía ver.

Xar dejó caer la cabeza, que cayó sin oponer resistencia y golpeó el suelo de piedra con un ruido seco. El patryn posó una mano sobre el inerte pecho de Samah y le buscó el pulso en la muñeca con los dedos de la otra. Nada.

—Está muerto —anunció con frialdad, presa de una expectación contenida—, Y sus últimos pensamientos han sido para la Séptima Puerta. Deshacerse de la Puerta, ha dicho. ¡Qué absurdo! Ha demostrado ser más poderoso que tú, Sangdrax. El sartán ha tenido fuerzas para mantener su discurso hasta el final. ¡Y ahora, deprisa!

Xar arrancó a jirones las ropas mojadas del sartán hasta dejar al descubierto

su torso. Sacó una daga cuya hoja llevaba grabadas unas runas, apoyó su aguda punta sobre el corazón de Samah y cortó la piel. La sangre, caliente y carmesí, manó bajo la afilada hoja del arma. Xar empleó la daga para trazar las runas de la nigromancia en la carne muerta de Saman con gestos rápidos y seguros, repitiendo los signos mágicos en un murmullo inaudible al tiempo que los dibujaba en el cadáver.

La piel se enfrió bajo la mano del Señor del Nexo y la sangre fluyó con menos fuerza. La serpiente dragón permanecía en las proximidades, observando la escena con una sonrisa en su ojo bueno. Xar no levantó la vista de su trabajo. Al oír unas pisadas que se aproximaban, se limitó a decir:

— ¿Lázaro? ¿Estás ahí?

—Aquí estoy —anunció una voz.

—... aquí estoy —repitió el eco susurrante.

—Excelente.

El Señor del Nexo se relajó. Tenía las manos bañadas en sangre; la daga también estaba empapada en ella. Colocó la diestra sobre el corazón de Samah y pronunció una palabra. La runa del corazón emitió un brillo azulado. Con la velocidad del rayo, la magia se extendió del signo mágico del corazón a otro contiguo, y de éste al siguiente, y muy pronto el resplandor azulado parpadeaba por todo su cuerpo.

Una forma fantasmagórica, luminosa, se hizo corpórea cerca del cuerpo, como una sombra del sartán compuesta de luz y no de oscuridad. Xar exhaló un jadeo tembloroso de asombro y temor. Aquella pálida imagen era el fantasma, la parte etérea e inmortal de todo ser viviente, lo que los mensch llamaban «el alma».

El fantasma intentó alejarse del cuerpo, liberarse de él, pero estaba atrapado en el entorrio de carne helada y ensangrentada y no podía hacer otra cosa que agitarse en una agonía comparable a la experimentada por el cuerpo cuando, aún vivo, lo habían sometido al tormento.

De pronto, el fantasma desapareció. Xar torció el gesto pero, al momento, apreció cómo los ojos muertos se iluminaban patéticamente desde dentro. El espíritu se había unido por un instante con el cuerpo y había producido en éste un remedo de auténtica vida.

— ¡Lo he hecho! —Exclamó Xar con júbilo—. ¡Lo he hecho! ¡He devuelto a la vida a un muerto!

Pero ¿qué hacer con él, ahora? El Señor del Nexo no había visto resucitar a nadie; su única referencia al respecto era la descripción que le había hecho Haplo y éste, pasmado y trastornado, había sido muy sucinto en su exposición.

—

El cadáver de Samah se incorporó hasta quedar sentado en el suelo, con el cuerpo muy erguido. Se había convertido en un lázaro.

Sobresaltado, Xar retrocedió un paso. Las runas de su piel emitieron un intenso fulgor rojo y azul. Los lázaros son seres poderosos que regresan a la vida con un odio terrible por todos los seres vivos. El lázaro tiene la fuerza de quien es insensible al dolor y a la fatiga.

Desnudo, con el cuerpo cubierto de sangrientos trazos de signos mágicos patryn, Samah miró a su alrededor con aire confuso mientras sus ojos muertos se iluminaban esporádicamente con una penosa imitación de vida cada vez que el fantasma se colaba en el cuerpo por unos instantes.

Emocionado por su logro, admirado de lo que había hecho, Xar necesitó tiempo para pensar, para tranquilizarse.

—Dile algo, lázaro. Háblale.

Con una mano temblorosa de excitación, el Señor del Nexo hizo un gesto al recién llegado y se retiró contra una pared lejana para observar la escena y gozar de su triunfo.

El lázaro se adelantó, obediente. Antes de su muerte —que sin duda había sido violenta, a juzgar por las terribles marcas aún visibles en el gáznare del cadáver—, el hombre era joven y bien parecido. Xar apenas le prestó atención, salvo una breve mirada para asegurarse de que no era Kleitus.

—Tú eres uno de los nuestros —dijo el lázaro a Samah—. Eres un sartán.

—Lo soy.... lo era —dijo la voz del cadáver.

—... lo soy..., lo era —repitió el eco lúgubre del fantasma atrapado.

—¿Por qué viniste a Abarrach?

—Para aprender nigromancia.

—Viniste aquí, a Abarrach, para aprender el arte de la nigromancia. Para usar a los muertos como esclavos de los vivos.

—Sí, eso hice.

—Pero ahora conoces el odio que los muertos sienten por los vivos, que los mantienen sometidos. Porque te das cuenta de ello, ¿verdad? Te das cuenta... La libertad...

El fantasma se agitó con furia en un vano intento de escapar. El odio en la expresión del cadáver cuando vió sus ojos ciegos —y, a la vez, terriblemente penetrantes— hacia Xar hizo que incluso el patryn palideciera.

—Tú, lázaro —interrumpió con aspereza el Señor del Nexo—, ¿cómo te llamabas?

—Jonathon.

—Jonathon, pues. —El nombre le recordaba algo a Xar, pero no consiguió concretar qué—. Ya basta de hablar de odio. Ahora, vosotros los lázaros estáis libres de las debilidades de la carne que conocíais cuando estabais vivos. Y sois inmortales. Es un gran don el que nosotros, los vivos, os hemos otorgado...

—Un don que compartiríamos contigo gustosamente —replicó el lázaro de Samah con voz grave y pesadosa.

—... gustosamente —repitió el eco aciago.

Xar se sentía irritado, y el resplandor de las runas que despedía su cuerpo se intensificó.

—No me hagas perder más tiempo. Hay muchas preguntas que deseo hacerte, Samah. Muchas cuestiones para las que quiero respuesta. Pero la primera, la más

—

importante, es la que te hice antes de que murieras. ¿Dónde está la Séptima Puerta?

El cadáver contrajo sus facciones; su cuerpo se estremeció. El fantasma asomó a través de los ojos sin vida con una especie de terror.

—No voy a... —Los labios amoratados se movieron, pero no salió de ellos sonido alguno—. No voy a...

—¡Claro que sí! —replicó Xar con severidad, aunque no estaba muy seguro de qué hacer. ¿Cómo se amenaza a un ser que no siente dolor y que desconoce el miedo? Frustrado, se vió hacia Jonathon—. ¿Qué significa este desafío?

Vosotros, los sartán obligabais a los muertos a revelaros sus secretos. Lo sé porque me lo dijo el propio Kleitus, además de mi siervo, que estuvo aquí antes de mi llegada.

—Este sartán era un ser de poderosa untad cuando vivía —contestó el lázaro—. Quizá lo has resucitado demasiado pronto. Sí hubieras dejado reposar el cuerpo durante los tres días preceptivos, el fantasma habría abandonado el cuerpo y así el alma, la untad, habría dejado de obrar efecto sobre lo que hacía el cuerpo. Pero ahora el ánimo desafiante con el que murió aún permanece en él.

—Pero ¿responderá a mis preguntas? —insistió Xar con creciente frustración.

—Sí. Con el tiempo —repuso Jonathon, y el eco de su voz sonó cargado de pesadumbre—. Con el tiempo olvidará todo lo que, en vida, tuvo importancia para él. Finalmente, sólo conocerá el odio amargo hacia quienes aún viven.

— ¡Tiempo! —Xar hizo rechinar los dientes—. ¿Cuánto tiempo? ¿Un día?

¿Quince?

—No puedo decirte...

— ¡Bah! —Xar se adelantó hasta situarse directamente delante de Saman—.

¡Respóndeme! ¿Dónde está la Séptima Puerta? ¿Qué te importa eso, ahora? —añadió en tono halagador—. Ya no significa nada para ti. Sólo me desafías porque es lo único que aún te acuerdas de hacer.

La luz parpadeó de nuevo en los ojos inertes.

—Nos deshicimos... de ella...

— ¡Imposible! —Xar estaba perdiendo la paciencia. Aquello no estaba dando el resultado previsto. Había sido demasiado impaciente. Debería haber esperado. La próxima vez, lo haría. Sí, cuando diera cuenta de su siguiente víctima: el viejo—. Deshacerse de ella no tiene sentido. Seguro que la guardaríais donde pudierais utilizarla de nuevo si era preciso. Tal vez tú mismo la usaste... ¡para abrir la Puerta de la Muerte! Dime la verdad. ¿Tiene alguna relación con una ciudadela...?

— ¡Amo!

El grito de alarma llegó del pasadizo. Xar vió la cabeza bruscamente hacia el sonido.

— ¡Amo! —Era Sang-drax quien llamaba, gesticulante, desde el fondo del corredor—, ¡Ven enseguida! ¡El viejo...!

— ¿Ha muerto? —Gruñó Xar—. No importa. Ahora, déjame que siga...

—Muerto, no. ¡Ha desaparecido! ¡Se ha esfumado!

— ¿Qué broma es ésa? ¡No puede ser! ¿Cómo iba a escaparse?

—No lo sé, Señor del Nexo. —El susurro sibilante de Sang-drax vibró con una furia que sobresaltó al propio Xar—. ¡Pero no está! Ven a comprobarlo tú mismo. No había otro remedio. Xar dirigió una última mirada funesta a Samah, que parecía completamente ajeno a cuanto estaba sucediendo, y se apresuró pasadizo adelante.

—

Cuando el Señor del Nexo hubo salido, cuando su voz se alzó, estridente y furiosa, desde el otro extremo del bloque de mazmorras, Jonathon habló en un susurro apaciguador.

—Ahora ves. Ahora entiendes.

— ¡Sí! —El fantasma se asomó a través de los ojos muertos con desesperación, como el cuerpo se había asomado entre los barrotes de la celda cuando aún estaba con vida—. Ahora veo. Ahora entiendo.

—Siempre supiste la verdad, ¿no es cierto?

— ¿Cómo podía aceptarla? Teníamos que parecer dioses. ¿En que podía convertirnos la verdad?

—En mortales. Lo que erais.

—Demasiado tarde. Todo está perdido. Todo está perdido.

—No. La Onda se corrige. Descansa en ella. Relájate. Flota con ella y deja que te transporte.

El fantasma de Samah pareció titubear. Se introdujo en el cuerpo y vio a salir de él, pero todavía no pudo escapar.

—No puedo. Debo quedarme. Tengo que aferrarme...

— ¿Aferrarte a qué? ¿Al odio? ¿Al miedo? ¿A la venganza? Reposa. Descansa en la Onda. Nota cómo te eleva.

El cadáver de Samah permaneció sentado sobre la dura piedra. Los ojos contemplaron a Jonathon.

— ¿Podrán perdonarme...? —musitó.

— ¿Puedes perdonarte a ti mismo? —replicó el lázaro con suavidad.

El cuerpo de Samah, con la carne cenicienta y cubierta de sangre, se tendió lentamente sobre el lecho de piedra y, tras un estremecimiento, se quedó inmóvil.

Los ojos se apagaron hasta quedar desprovistos de cualquier chispa de vida.

Jonathon alargó la mano y le cerró los párpados.

Xar contempló la entrada de la celda de Zifnab con resquemor, sospechando algún truco. Novio nada. Ni rastro del viejo sartán empapado y abatido.

— ¡Dame esa antorcha! —ordenó, mirando a un lado y otro con irritada frustración.

El Señor del Nexo disolvió los barrotes de la mazmorra con un gesto impaciente, penetró en la celda y escrutó a la luz de la antorcha cada rincón del recinto.

— ¿Qué imaginas que vas a encontrar, mi Señor? —refunfuñó Sang-drax—.

¿Acaso crees que el viejo está jugando al escondite? ¡Te digo que ha desaparecido!

A Xar no le gustó el tono de la serpiente dragón. Se vio y sostuvo la tea de modo que su luz llamara justo frente al único ojo útil de la criatura.

—Si ha escapado, es culpa *tuya*. Tú eras el encargado de su custodia. ¡El agua del mar de Chelestra...! —añadió, en tono irónico—. Decías que los privaba de sus poderes... ¡Es evidente que no!

— ¡Te aseguro que lo hacía! —murmuró Sang-drax.

—Pero no podrá ir muy lejos —prosiguió Xar, pensativo—. Tenemos guardias apostados a la entrada de la Puerta de la Muerte.

—
. *El Mago de la Serpiente, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

El viejo...

De repente, la serpiente dragón soltó un siseo, un silbido de furia que pareció rodear a Xar con sus anillos y estrujarlo hasta dejarlo sin aliento. Sang-drax señaló el lecho de piedra con una mano cubierta de falsas runas.

— ¡Ahí, ahí! —fue lo único que alcanzó a articular entre gorgoteos.

Xar movió la antorcha para iluminar el lugar que indicaba y captó un destello, un reflejo producido por algo colocado sobre la piedra. Alargó la mano, lo recogió y lo sostuvo a la luz de la tea.

—Sólo es una escama...

— ¡Una escama de dragón! —Sang-drax la observó con aborrecimiento y no

hizo el menor ademán de tocarla.

—Es posible. —Xar no se mostró tan seguro—. Hay muchos reptiles que tienen escamas, y no todos ellos son dragones. ¿Y qué? Esto no tiene nada que ver con la desaparición del viejo. Debe de llevar siglos aquí...

—Seguro que tienes razón, Señor del Nexo. —De pronto, la voz de Sang-drax había adquirido un tono de indiferencia y desinterés, aunque su ojo bueno permaneció fijo en la escama—. ¿Qué relación podría haber entre un dragón, uno de mis primos, por ejemplo, y ese viejo chiflado? Iré a alertar a la guardia.

—Soy yo quien da las órdenes... —empezó a decir Xar, pero era desperdiciar saliva.

Sang-drax se había esfumado.

Colérico, el Señor del Nexo echó una nueva mirada en torno a la mazmorra vacía al tiempo que notaba bajo la piel un hormigueo, una inquietud perturbadora como nunca había experimentado.

— ¿Qué está sucediendo aquí? —se vio obligado a mascullar. Y el mero hecho de tener que hacerse aquella pregunta indicó al Señor del Nexo que había perdido el control.

Xar había conocido el miedo muchas veces en su vida. Lo conocía cada vez que se introducía, pero a pesar de todo era capaz de entrar; era capaz de dominar el miedo y utilizarlo, de canalizarlo para usar su energía en la auto conservación, porque sabía que dominaba la situación. Quizás ignorase qué enemigo en concreto iba a enviarle el Laberinto, pero conocía todas las clases de enemigo que existían allí y sabía todos sus puntos fuertes y sus debilidades.

En cambio, esta vez... ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cómo había podido escapar aquel viejo atontado? Y otra cosa aún más importante, ¿de qué tenía miedo Sangdrax? ¿Qué le ocultaba la serpiente dragón?

Haplo no confiaba en ellas, se dijo mientras dirigía una mirada colérica a la escama que sostenía en la mano. «Me avisó que desconfiara de ellas —continuó pensando, ceñudo—. Y lo mismo me recomendó ese estúpido que acabo de resucitar en la otra celda. No es que esté dispuesto a creer cualquier cosa de ninguno de los dos, pero empiezo a sospechar que esas serpientes dragón tienen sus propios objetivos, que tal vez coincidan con los míos o tal vez no.»

«Sí, Haplo me previno contra ellas pero ¿y si lo hizo sólo para disimular que, en realidad, está aliado con ellas? Una vez lo llamaron "amo"; él mismo me lo contó. Y Kleitus también habla con ellas. Tal vez todos ellos se han conjurado contra mí.»

Xar contempló de nuevo la celda. La luz de la antorcha empezaba a vacilar; las sombras se hicieron más oscuras y comenzaron a cerrarse a su alrededor. Al patryn le resultaba indiferente que hubiera luz o no. Los signos mágicos tatuados

—

en su cuerpo podían compensar su ausencia e iluminar las tinieblas, si quería. No le gustaba aquel mundo; en Abarrach se sentía permanentemente asfixiado, sofocado. El aire era nocivo y, aunque su magia anulaba los efectos tóxicos, era incapaz de eliminar la pestilencia de los vapores sulfurosos y de amortiguar el hedor a muerte.

—Tengo que ponerme en marcha, y pronto —murmuró entre dientes.

Empezaría por determinar la ubicación de la Séptima Puerta.

Abandonó la celda de Zifnab y, con paso rápido, regresó por el corredor hasta

la celda de Samah. El lázaro Jonathon (¿dónde había oído aquel nombre?, se dijo Xar. En boca de Haplo, sin duda, pero ¿en qué contexto?) estaba en el pasadizo. El cuerpo del lázaro permanecía inmóvil, pero su fantasma se cernía, inquieto, en una actitud que a Xar le resultó sumamente desconcertante.

—Ya has cumplido tu propósito —le dijo—. Puedes irte.

El lázaro no respondió, ni puso reparos. Se limitó a marcharse.

Xar esperó hasta que hubo desaparecido por el pasadizo arrastrando los pies.

A continuación, borró de su mente la perturbadora figura del lázaro y el asunto de Sang-drax y la escama de dragón y concentró la atención en lo importante: Samah.

El cuerpo yacía sobre el catre de piedra, donde parecía dormir apaciblemente.

Al Señor del Nexo, aquello le resultó más irritante que nunca.

— ¡Levántate! —ordenó enérgicamente—. Quiero hablar contigo.

El cadáver no se movió.

Una sensación de pánico atenazó el cuerpo de Xar al advertir que Samah tenía los ojos cerrados. El patryn no había visto ningún lázaro que deambulara con los ojos cerrados, igual que no lo hacían los vivos. Se inclinó sobre el cuerpo yaciente y levantó uno de los flácidos párpados.

Nada le devió la mirada. Ninguna luz de vida espectral brilló levemente o titiló. Los ojos estaban vacíos. El fantasma se había marchado, había escapado.

Samah estaba libre.

—

CAPÍTULO

NECRÓPOLIS ABARRACH

A Marit no le llevó mucho tiempo prepararse para el viaje. Escogió las ropas que llevaría en Ariano, seleccionándolas de los guardarropas que habían dejado los sartán asesinados por sus propios muertos. Se decidió por una prenda que ocultaba las runas de su cuerpo y cogió otra que le daba el aspecto de una humana. Empacó las ropas junto con varias de sus armas favoritas, llenas de runas grabadas, y llevó el equipo a una nave patryn que flotaba en el mar de lava de Abarrach. Después, regresó al castillo de Necrópolis.

Recorrió las estancias aún manchadas con la sangre vertida la espantosa Noche de los Muertos Alzados, término que empleaban los lázaros para referirse a su triunfo. La sangre derramada era sartán, sangre de sus enemigos, de modo que los patryn no habían hecho el menor intento de eliminarla sino que la habían dejado donde estaba, salpicando suelos y paredes. Los coágulos secos, mezclados con las runas rotas de la magia sartán, eran para los patryn un símbolo de la derrota final de su enemigo ancestral.

Camino del estudio de su señor, Marit se cruzó con otros patryn. Con ninguno intercambió saludos ni perdió tiempo en charlas ociosas. Los patryn que Xar había llevado consigo a Abarrach eran los más duros y capaces de una raza dura y capaz. Casi todos habían sido corredores y todos habían alcanzado la Última Puerta o casi. La mayor parte de ellos había sido rescatada, en último término, por Xar; eran pocos los patryn que no le debieran la vida a su señor. Marit se enorgullecía del hecho de haber combatido junto a su señor, hombro con hombro, en la terrible lucha por conseguir su liberación del Laberinto...

Estaba cerca de la Última Puerta cuando fue atacada por unas aves gigantescas de alas coriáceas y dientes afilados que, primero, incapacitaban a sus víctimas vaciándoles los ojos y luego se lanzaban a devorar sus entrañas calientes

y aún palpitantes.

Marit combatió a las aves transformándose también en una gran rapaz, un águila gigantesca. Sus espolones abrieron grandes desgarros en muchas alas enemigas; sus vertiginosos picados abatieron a muchas otras criaturas.

—

Pero, como siempre hacía el Laberinto, su magia infernal se hizo más poderosa ante la amenaza de la derrota. El número de aves de alas coriáceas aumentó, y Marit fue alcanzada incontables veces por los dientes y las garras de los atacantes. Se quedó sin fuerzas y cayó a tierra. La magia ya no podía mantener su forma alterada. vió a tomar la suya y continuó librando una batalla que sabía perdida, mientras las horripilantes criaturas aladas reoteaban en un torbellino ante su rostro, tratando de alcanzarle los ojos.

Herida y ensangrentada, los ataques por la espalda le hicieron hincar la rodilla. Ya se disponía a darse por vencida y dejarse matar, cuando una voz atronó el aire:

— ¡Levántate, hija! ¡Levántate y sigue luchando! ¡Ya no estás sola!

Marit abrió los ojos, ya entornados ante la proximidad de la muerte, y vio a su señor, el Señor del Nexo.

Se presentó como un dios, blandiendo bolas de fuego, y se colocó ante ella en actitud protectora hasta que Marit consiguió incorporarse. Le ofreció su mano, nudosa y surcada de arrugas, pero que a ella le resultó hermosísima pues le traía no sólo vida, sino también esperanza y renovado valor. Juntos, combatieron hasta obligar al Laberinto a retirarse. Las criaturas aladas supervivientes se alejaron entre agudos graznidos de rabia y frustración.

Entonces, Marit se derrumbó. El Señor del Nexo la cogió en sus hierres brazos y atravesó con ella la Última Puerta, transportándola a la libertad.

—Te ofrezco mi vida. Señor. Dispón de ella como quieras —le susurró ella antes de perder la conciencia—. Siempre... en cualquier momento...

Xar había sonreído. El Señor del Nexo había oído muchas ofertas parecidas y sabía que todas ellas serían tomadas en cuenta. Marit había sido elegida para viajar a Abarrach como una más de los numerosos patryn que Xar había llevado con él, todos los cuales estaban dispuestos a entregar su vida por quien se la había dado.

Cuando se aproximaba al estudio, Marit vio con extrañeza a un lázaro que deambulaba por las salas anexas. Al principio creyó que era Kleitus y estuvo a punto de ordenarle que se marchara de allí. Era cierto que el castillo había sido suyo en otro tiempo, pero el lázaro ya no tenía nada que hacer allí. Al fijarse con más atención, cosa que la patryn hizo con suma aversión, comprobó que el lázaro era el mismo que había enviado a las mazmorras a servir a su señor. ¿Qué hacía rondando por allí? Si Marit hubiera creído posible tal cosa, habría asegurado que el lázaro merodeaba por las salas para escuchar lo que se hablaba tras las puertas.

De nuevo, se dispuso a ordenar al lázaro que se fuera cuando otra voz, acompañada por el eco espectral que la identificaba como de otro lázaro, se adelantó a sus palabras.

—Jonathon! —Kleitus se acercó por el corredor arrastrando los pies—. He oído al líder patryn lamentándose a gritos de su fracaso en resucitar a los muertos y se me ha ocurrido que tal vez tengas algo que ver con ello. Parece que no me

equivocaba...

—... no me equivocaba —repitió el eco doliente.

Los dos lázaros hablaban en sartán, un idioma que Marit comprendía bastante bien, aunque le resultara desagradable e incómodo de escuchar. Se resguardó entre las sombras con la esperanza de escuchar algo que pudiera resultar útil a su señor.

—

El lázaro llamado Jonathon se vió lentamente.

—Podría darte la misma paz que he proporcionado a Samah, Kleitus.

El difunto dinasta soltó una risotada, un sonido terrible que aún empeoró con el eco, convertido en un acongojante lamento de desesperación.

. — ¡Sí, estoy seguro de que te alegraría mucho reducirme a polvo! —El cadáver flexionó las manos blancoazuladas y cerró los dedos de largas uñas—.

¡Enviarme a la nada!

—A la nada, no —lo corrigió Jonathon—. A la libertad.

Su voz calmosa y su eco suave fue el contrapunto al tono desesperado de Kleitus; entre ambos produjeron una tonalidad triste, pero armoniosa.

— ¡Libertad! —Kleitus hizo rechinar sus dientes en descomposición—, ¡Yo te daré libertad!

—... libertad —aulló el eco.

Kleitus se abalanzó sobre el otro lázaro y sus esqueléticas manos se cerraron entorno a la garganta de Jonathon. Los dos muertos vivientes quedaron enzarzados; las manos de Jonathon se cerraron en torno a las muñecas de Kleitus y trataron de arrancarlas de allí. El dinasta se resistió, y Jonathon insistió, clavando las uñas en la carne de Kleitus sin que brotara una gota de sangre. Marit contempló la escena con horror, asqueada por lo que veía. No hizo el menor gesto de intervenir. Aquella pelea no le incumbía.

Se escuchó un crujido, y uno de los brazos de Kleitus quedó doblado en un ángulo inverosímil. Jonathon arrojó a su oponente lejos de sí, y el dinasta se tambaleó hacia atrás hasta la pared. Desde allí, mientras se sostenía el brazo roto con el otro, Kleitus observó al otro lázaro con rabia y profunda animosidad.

— ¡Tú le hablaste a Xar sobre la Séptima Puerta! —Contraatacó Jonathon, plantado ante Kleitus—. ¿Por qué? ¿Por qué apresurar lo que necesariamente debes considerar tu destrucción?

Kleitus procedió a frotarse el brazo roto mientras murmuraba unas runas sartán. El hueso empezó a recomponerse; así mantenían operativos los cuerpos descompuestos que utilizaban. El cadáver del dinasta contempló a Jonathon con una sonrisa horripilante.

—No le dije dónde estaba.

—Tarde o temprano lo descubrirá.

— ¡Sí, lo descubrirá! —Kleitus se rió—. Haplo le revelará su ubicación. Haplo lo conducirá a esa sala. Allí se reunirán todos...

—... se reunirán todos—murmuró el eco con un suspiro de desconsuelo.

—Y tú lo estarás esperando, ¿no?—apuntó Jonathon.

—Yo encontré mi «libertad» en esa cámara —respondió Kleitus, con una sonrisa burlona en sus amoratados labios—. ¡Una vez allí, los ayudaré a encontrar la suya! Igual que tú podrás hallar la tuya...

El dinasta hizo una pausa, vió la mirada directamente hacia donde estaba

Marit y clavó en ella sus extraños ojos, que a veces eran los de un muerto y, otras veces, los de un vivo.

A la patryn se le erizó la piel, y las runas de brazos y manos despidieron un intenso fulgor azul. Marit se maldijo a sí misma en silencio. Había hecho un ruido, apenas una inspiración un poco más profunda de lo normal, pero había resultado suficiente para delatar su presencia.

La cosa ya no tenía remedio y decidió avanzar resueltamente hacia los lázaros.

—

— ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Espiar a mi señor? Marchaos —ordenó—. ¿O acaso debo llamar a Xar para que os lo mande el?

El lázaro Jonathon obedeció de inmediato, escabulléndose por el corredor salpicado de sangre seca. Kleitus no se movió de donde estaba y observó a Marit con expresión maléa. Parecía a punto de atacar.

La patryn empezó a urdir en su mente un hechizo rúnico, y los signos mágicos tatuados en su piel se encendieron aún más.

Kleitus se retiró a las sombras y recorrió el largo pasillo con sus andares arrastrados.

Marit se estremeció al tiempo que se decía que cualquier enemigo vivo, por temible que fuese, resultaba mil veces preferible a aquellos muertos ambulantes. Se disponía a llamar a la puerta cuando escuchó al otro lado de ella la voz de su amo, cargada de cólera.

— ¡Y no me has informado de ello! ¡He tenido que enterarme de lo que sucede en mi universo gracias a un viejo sartán senil!

—Ahora comprendo que cometí un error al no informarte, mi Señor. Mi única excusa es que estabas can concentrado en el estudio de la nigromancia que no me atreví a molestarte con la penosa noticia.

Quien así respondía era Sang-drax. La serpiente dragón empleaba de nuevo su voz lastimosa.

Marit no supo qué hacer. No deseaba verse inucrada en una discusión entre su señor y la serpiente dragón, que le producía un profundo desagrado. Sin embargo, Xar le había ordenado presentarse ante él de inmediato y, por otra parte, no podía quedarse mucho rato ante la puerta so riesgo de parecer una espía, como el lázaro se lo había parecido a ella. Aprovechando una pausa en la conversación (una pausa debida, tal vez, a que Xar no lograba articular palabra de pura indignación), Marit llamó tímidamente a la puerta de hierba kairn.

—Soy yo, Marit, mi Señor.

La puerta se abrió al instante por orden mágica de Xar. Sang-drax recibió a la patryn con una reverencia y su habitual parsimonia viscosa. Haciendo caso omiso de su presencia, Marit miró a Xar.

—Estás ocupado, mi Señor —murmuró—. Puedo ver más tarde...

—No, querida. Entra. Esto tiene que ver contigo y con tu viaje. —Xar había recobrado su aspecto calmado, aunque sus ojos aún llameaban cuando vió la mirada hacia la serpiente dragón.

Mark penetró en el estudio y cerró la puerta después de echar un vistazo para cerciorarse de que la antesala estaba vacía.

—He encontrado a Kleitus y a otro lázaro junto a la puerta, mi Señor —se apresuró a informar—. Creo que estaban espionando tus palabras.

— ¡Que lo hagan! —respondió Xar sin mostrar interés. A continuación, se dirigió a Sang-drax—: Dices que luchaste contra Haplo en Ariano. ¿Por qué?
—Me proponía impedir que los mensch tomaran el control de la Tumpachumpa —respondió la serpiente dragón, encogiéndose—. El poder de esa máquina es inmenso, como tú mismo has supuesto. Una vez en marcha, no sólo cambiará Ariano sino que también afectará a todos los demás mundos. En manos de los mensch... — Sang-drax se encogió de hombros, dejando a la imaginación tan terrible posibilidad.
— ¿Y Haplo ayudaba a los mensch? —insistió Xar.

—No sólo los ayudaba. Incluso les proporcionó información, obtenida sin duda de ese sartán amigo suyo, sobre cómo hacer funcionar la gran máquina. Xar entornó los ojos.
—No creo lo que dices.
—Haplo tenía un libro, escrito en cuatro idiomas: sartán, elfo, humano y enano. ¿Quién podía habérselo proporcionado, mi Señor, sino ese que se hace llamar Alfred?
—Si lo que dices es verdad, Haplo ya debía de tenerlo en su poder la última vez que se presentó ante mí en el Nexo —murmuró Xar—. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? ¿Por qué razón?
—Porque quiere gobernar Ariano, mi Señor. Y quizás el resto de los mundos, también. ¿No resulta evidente?
—Así pues, los mensch están a punto de poner en funcionamiento la Tumpachumpa según las instrucciones de Haplo. —Xar apretó el puño con fuerza—. ¿Por qué no me has contado nada de esto hasta hoy?
— ¿Me habrías creído? —Replicó Sang-drax sin alzar el tono de voz—. Aunque he perdido un ojo, no soy yo quien está ciego, sino tú, Señor del Nexo. ¡Mira! ¡Observa las pruebas que has reunido: unas pruebas que sólo indican una cosa! Haplo te ha mentado, te ha traicionado una y otra vez, ¡Y tú lo permites! ¡Tú lo amas, mi Señor! Y tu amor te ha cegado más aún de lo que su espada estuvo a punto de cegarme a mí.
Marit se estremeció, asombrada ante la temeridad de la serpiente dragón, y se preparó para la tormenta de furia que, sin duda, iba a desencadenar Xar. Sin embargo, éste relajó lentamente el puño y, con mano temblorosa, se apoyó en el escritorio y apartó la mirada de Sang-drax y de la patryn.
— ¿Lo mataste? —inquirió por último, con voz hueca.
—No, mi Señor. Es uno de los tuyos, de modo que tuve buen cuidado de no matarlo. Aun así, lo dejé muy malherido. Te presento mis disculpas por ello, pero a veces no advierto mi propia fuerza. Le rompí la runa del corazón. Cuando lo vi al borde de la muerte, me di cuenta de lo que había hecho y, temiendo tu enfado, me retiré de la batalla.
— ¿Y fue así como perdiste el ojo? —Inquirió Xar con ironía, mirando en torno a sí—. ¿Retirándote de la pelea?
Sang-drax se sonrojó; su único ojo sano emitió un destello virulento, y las urnas defensivas de Marit cobraron vida de inmediato. Xar continuó observando a la serpiente dragón con aparente calma, y Sang-drax bajó el párpado. El fulgor rojo se apagó.
—Tu gente son guerreros experimentados, mi Señor. —El ojo enfocó a Marit y

emitió otro breve destello; después, recuperó su resplandor mortecino habitual.

— ¿Y en qué estado se encuentra Haplo ahora? —Inquirió Xar—. No muy bueno, supongo. Recomponer la runa del corazón es un asunto lento.

—Es cierto, mi Señor. Está terriblemente débil y no se recuperará en bastante tiempo.

— ¿Cómo murió Bane? —preguntó Xar con bastante comedimiento, aunque sus ojos parpadeaban amenazadoramente—. ¿Y por qué te atacó Haplo?

—Bane sabía demasiado y era leal a ti. Haplo contrató a un mensch llamado Hugh *la Mano*, un asesino amigo de Alfred, para que lo matara. Cuando lo hubo hecho, Haplo se adueñó del control de la gran Tumpa-chumpa.

— *Quienes hayan leído anteriormente lo sucedido con las serpientes dragón observarán la diferencia entre el relato que hace Sang-drax de la batalla de la Tumpa-chumpa y la verdad de lo ocurrido, según consta en la mano del caos, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

Cuando intenté impedírselo... en nombre tuyo, mi Señor, Haplo incitó a los mensch a atacarme a mí y a los míos. — ¿Y ellos os derrotaron? ¿Un puñado de mensch? —Xar contempló a Sang-drax con desprecio.

—No nos derrotaron, mi Señor —respondió Sang-drax, muy digno—. Como he dicho, nos retiramos. Temimos que la Tumpa-chumpa pudiera sufrir daños si continuábamos la lucha y, como sabíamos que querías que la gran máquina permaneciera intacta, decidimos abandonar Ariano en deferencia a ti. —La serpiente dragón alzó la cabeza y miró a Xar con un brillo mortecino en el ojo—. Controlar la Tumpa-chumpa no era tan urgente. Lo que mi Señor quiera, seguro que lo conseguirá. En cuanto a los mensch, quizás hayan encontrado paz por el momento, pero pronto la perturbarán. Siempre se comportan así.

Xar lanzó una mirada colérica a la serpiente dragón, que permaneció plantada ante él con aire avergonzado y compungido.

— ¿Y qué sucede en Ariano en estos momentos?

— ¡Ay, mi señor! Como te he dicho, toda mi gente se ha marchado de allí.

Puedo enviarla de nuevo, si lo crees realmente necesario. No obstante, mi Señor, si me permites una sugerencia, deberías centrar tu interés en Pryan...

— ¡Otra vez con ésas! ¿Qué hay en Pryan para que insistas en que viaje allí?

—La escama de dragón que descubriste en la celda del viejo...

— ¿Sí? ¿Qué sucede? —inquirió Xar con impaciencia.

—Esas criaturas proceden de Pryan, mi Señor. —Sang-drax hizo una pausa; después, añadió en voz baja—: En tiempos remotos, esos dragones eran servidores de los sartán. Se me había ocurrido que quizá los sartán dejaron en Pryan algo que querían mantener secreto, bien protegido e inalterado... Algo como la Séptima Puerta.

La cólera de Xar se enfrió. De improviso, adoptó una expresión pensativa.

Acababa de recordar dónde había oído hablar de las ciudadelas de Pryan.

—Entiendo. ¿Y dices que esos dragones existen sólo en ese mundo?

—Eso me dijo el propio Haplo, mi Señor. Y fue allí donde descubrió a ese viejo sartán chiflado. Sin duda, el dragón y el viejo han regresado a Pryan, Y, si han sido capaces de viajar aquí, ya Chelestra, ¿quién sabe si la próxima vez regresarán con un ejército de titanes?

Xar no estaba dispuesto a que la serpiente dragón notara su excitación. Con aire indiferente, respondió:

—Quizá te haga caso y vaya a Pryan. Ya hablaremos de ello más tarde, Sangdrax. Por ahora, sabe que estoy disgustado contigo. Puedes retirarte.

Encogiéndose bajo la amenaza de la cólera de Xar, la serpiente dragón se escabulló de la presencia de éste.

El Señor del Nexo permaneció callado largo rato tras la partida de Sang-drax.

Marit se preguntó si habría cambiado de idea respecto a enviarla a Ariano, después de lo que había contado la serpiente dragón. Al parecer, su señor también le daba vueltas al mismo tema, pues lo oyó murmurar para sí:

— ¡No, no confío en él!

Pero la patryn no tuvo la menor idea de si se refería, a Sang-drax... o a Haplo.

Xar se vió hacia ella. Había tomado una decisión.

—Viajarás a Ariano, hija. Allí investigarás la verdad del asunto. Sang-drax me había ocultado todo esto por alguna razón, y no creo que fuera para ahorrarme un

—

sufrimiento. De todos modos —añadió en un tono más suave—, la traición de uno de los míos, en especial de Haplo... —Guardó silencio un momento, pensativo—. He leído que en el mundo antiguo, antes de la separación, los patryn éramos un pueblo frío y austero que no amaba, que se enorgullecía de no sentir nunca afecto, ni siquiera entre nosotros. Sólo la lujuria era permitida y estimulada, pues perpetuaba la especie. El Laberinto nos enseñó muchas lecciones amargas, pero me pregunto si no nos enseñaría también a amar. —Exhaló un suspiro—. La traición de Haplo me ha causado más dolor que las heridas que recibí de cualquiera de las criaturas del Laberinto.

—Yo no creo que te traicionase, mi Señor —dijo Marit.

— ¿Ah, no? —Xar la miró con ojos penetrantes—. ¿Y por qué no? ¿Es posible que tú también lo ames?

Marit se sonrojó:

—Ésa no es la razón. Es sólo que... no me cabe en la cabeza que un patryn pueda ser tan desleal.

Xar la observó como si buscara un sentido oculto más profundo a sus palabras. Ella le devió la mirada con aire decidido, y Xar se sintió satisfecho.

—Eso es porque tu corazón es sincero, hija, y por tanto no puedes concebir que exista uno tan falso. —Hizo una pausa antes de añadir—: Sí Haplo resultara ser un traidor, no sólo a mí sino a todo nuestro pueblo, ¿qué castigo merecería?

—La muerte, mi Señor —respondió Marit sin alterarse.

Él sonrió y asintió con la cabeza. Sin abandonar aquella mirada penetrante, continuó:

—Bien hablado, hija. Dime, Marit, ¿alguna vez has unido tus runas con las de alguien, hombre o mujer?

—No, mi Señor. —Al principio, la patryn pareció desconcertada por la pregunta; luego comprendió a qué se refería en realidad—. Te equivocas, mi Señor, si piensas que Haplo y yo...

—No, no, hija —la interrumpió Xar con suavidad—. No lo pregunto por eso, aunque me alegra saberlo. Me interesa por otra razón más egoísta.

Se acercó a su escritorio y cogió de él un largo punzón. También sobre la mesa había un recipiente de una tinta tan azul que casi era negra. Inclinado sobre el tintero, murmuró unas palabras en el lenguaje rúnico empleado por los sartán.

A continuación, retiró de su rostro la capucha que lo ocultaba parcialmente y

apartó los largos mechones que le caían sobre la frente para dejar al descubierto un solitario signo mágico azul, allí tatuado.

—¿Quieres unir runas conmigo, hija? —preguntó en un susurro.

Marit lo miró con asombro y se dejó caer de rodillas. Con los puños apretados, humilló la cabeza.

—Señor, no soy merecedora de tal honor.

—Sí lo eres, hija. Muy merecedora.

Ella permaneció arrodillada. De pronto, alzó el rostro hacia él.

—Entonces, sí, mi Señor. Uniré runas contigo y será para mí la mayor alegría de mi vida. —Se llevó una mano a la blusa de cuello abierto que llevaba y rasgó el escote hasta dejar al descubierto sus pechos repletos de runas.

Sobre el izquierdo llevaba tatuada su runa del corazón.

Xar retiró de la frente de Marit sus cabellos castaños. Después, su mano buscó los pechos pequeños y firmes que sobresalían, turgentes, en la poderosa

—

musculatura de su torso. La mano se deslizó por el cuello Fino y esbelto hasta coger y acariciar su pecho izquierdo.

Ella cerró los ojos y, al notar el contacto, se estremeció, aunque más de la impresión que de placer.

Xar se percató de ello, y su nudosa mano cesó en sus caricias. Marit lo oyó suspirar.

—Pocas veces echo de menos mi juventud perdida. Ésta es una.

La patryn abrió los ojos con una mirada ardiente, abrumada de vergüenza por el hecho de que su señor la hubiera malinterpretado.

—Mi Señor, con gusto calentaré tu lecho...

—Sí, eso sería lo que harías, hija: calentarme la cama —la interrumpió secamente—. Me temo que no podría deverte el favor. El fuego carnal hace mucho tiempo que se ha apagado en este cuerpo mío. Pero uniremos nuestras mentes, ya que no pueden hacerlo nuestros cuerpos.

Xar colocó la punta del punzón sobre la piel lisa de la frente de Marit y presionó.

Marit vio a estremecerse, aunque no de dolor. Desde el momento de nacer, los patryn reciben diversos tatuajes en diferentes momentos de su vida. No sólo se los acostumbra al dolor, sino que se les enseña a soportarlo sin pestañear. El estremecimiento de Marit se debió al flujo de magia que penetró en su cuerpo, una magia que pasaba del cuerpo de su señor al de ella, una magia que se hacía más y más poderosa a medida que el punzón daba forma al signo mágico que los uniría íntimamente: la runa del corazón de Xar, entremezclada con la de ella.

Una y otra vez, el Señor del Nexo repitió el proceso. Más de un centenar de veces insertó el punzón en la fina piel de Marit hasta que hubo completado los complejos trazos. Xar compartió su éxtasis, que era más de la mente que del cuerpo. Después del clímax de compartir runas, las relaciones sexuales suelen resultar decepcionantes.

Cuando hubo terminado, dejó el punzón manchado de tinta y de sangre sobre el escritorio, hincó la rodilla delante de Marit y la rodeó con sus brazos. Los dos juntaron sus frentes, runa contra runa, y los círculos de sus seres se fundieron en uno. Marit soltó una exclamación de asombrado placer y se entregó en sus brazos, rendida y temblorosa. Él se sintió complacido con ella y continuó estrechándola

hasta que Marit recuperó la calma. Entonces, llevó una mano a su barbilla y la miró a los ojos.

—Ahora somos uno. Aunque estemos separados, nuestros pensamientos arán al otro con sólo desearlo.

La retuvo con sus manos y con sus ojos. Ella estaba transfigurada, extasiada. Su carne era tierna y moldeable bajo los poderosos dedos de su señor. La patryn tenía la sensación de que todos sus huesos se habían disuelto bajo las manos y la mirada de Xar.

—Tú amaste a Haplo, en otra época —murmuró él con voz afable.

Marit no supo qué responder y bajó la cabeza en un gesto silencioso y avergonzado de asentimiento.

—Yo también, hija —continuó Xar en el mismo tono—. Yo también. Eso será un vínculo entre nosotros.

—
. Aunque parezca una crueldad, entre los corredores era una práctica corriente entregar sus hijos a las tribus de los pobladores, más sedentarias, entre las cuales un niño tenía muchas más posibilidades de supervivencia.

Y, si decido que Haplo debe morir, tú serás quien le quite la vida.

Ella levantó el rostro.

—Sí, mi Señor.

—Te has dado mucha prisa en contestar. —Xar la estudió con expresión dubitativa—. Tengo que estar seguro. ¿Hiciste el amor con él y, sin embargo, estás dispuesta a matarlo...?

—Hicimos el amor, sí. Y tuve un hijo suyo. Pero si mi Señor lo ordena, lo mataré.

Marit hizo su declaración con voz tranquila y firme. Xar no percibió la menor vacilación en su ánimo, la menor tensión en su cuerpo. No obstante, de pronto, la patryn tuvo una sospecha. Quizá todo aquello era un modo de someterla a prueba...

—Mi Señor... —dijo entonces, rodeando las manos de Xar con las suyas—, no habré incurrido en tu desaprobación, ¿verdad? No dudarás de mi lealtad...

—No, hija mía... o, mejor dicho, esposa mía —se corrigió Xar con una sonrisa. Ella besó las manos que tenía entre las suyas.

—No, esposa mía. Tú eres la más indicada. He visto el fondo del corazón de Haplo. Él te ama. Tú y sólo tú, entre nuestra gente, puedes penetrar en el círculo de su ser. Haplo confiará en ti allí donde no confiaría en nadie más. Y tendrá reparos en hacerte daño, por ser la madre de su hijo.

—¿Él conoce la existencia de ese hijo? —preguntó Marit, incrédula.

—Sí —confirmó Xar.

—¿Cómo es posible? Abandoné a Haplo sin decírselo. Y nunca se lo he contado a nadie.

—Alguien lo descubrió. —Xar formuló su siguiente pregunta con expresión ceñuda—: ¿Dónde está ese hijo, por cierto?

Marit tuvo de nuevo la sensación de estar siendo sometida a prueba, pero sólo podía dar una respuesta, y era la verdad. Se encogió de hombros.

—No tengo idea. Entregué el bebé a una tribu de pobladores.

La expresión de Xar se relajó.

—Una decisión muy sensata. —Xar se desasíó del abrazo y se puso en pie—.

Es hora de que partas para Ariano. Nos comunicaremos a través de la unión de

runas. Me informarás de tus descubrimientos. Sobre todo, deberás mantener en secreto tu llegada a ese mundo. No permitas que Haplo sepa que lo estamos observando. Si decido que debe morir, tendrás que pillarlo por sorpresa.

—Sí, Señor mío.

—«Esposo mío», Marit —corrigió él con un tonillo burlón—. Tienes que llamarme «esposo».

—Es demasiado honor para mí, Se..., esp..., esposo —balbuceó, alarmada ante la dificultad con que había conseguido que sus labios formasen la palabra. Xar le pasó la mano por la frente.

—Oculta la unión de runas. Si Haplo la viera, reconocería mi marca y sabría de inmediato que tú y yo nos hemos convertido en uno. Entonces, sospecharía.

—Sí, mi Se..., esposo mío.

—Adiós pues, esposa. Infórmame desde Ariano tan pronto como tengas ocasión.

Marit no se sorprendió por la fría y brusca despedida de su reciente marido.

—*. Haplo describe la ceremonia en Ala de Dragón. de el ciclo de la Puerta de la Muerte.*

. El procedimiento acostumbrado es que el de más edad inscribe la runa en el más joven, o bien el que une runas por primera vez las inscribe en el otro. Si los dos han unido runas anteriormente, se graban las suyas el uno al otro. Una vez que unen runas, los patryn tienen prohibida unir las con otro mientras viva aquel o aquella con quien lo han hecho.

La patryn era lo bastante despierta como para darse cuenta de que la unión de sus runas había sido un recurso de conveniencia para facilitar el envío de informes a su señor desde un mundo lejano. Con todo, estaba satisfecha y complacida. Aquello era una muestra de la fe que Xar tenía en ella. Estaban unidos de por vida y, gracias al intercambio de magia, ahora podían comunicarse a través de los círculos combinados de sus seres. Tal intimidad tenía sus ventajas, pero también sus desventajas... en especial páralos patryn, con su tendencia a la soledad y a la introspección y con su rechazo a permitir que ni sus más íntimos se entremetieran en sus pensamientos y emociones privadas.

Pocos patryn llegaban alguna vez a unir sus runas de manera formal. La mayoría se limitaba, simplemente, a compartir el círculo de sus seres. Xar había otorgado un gran honor a Marit. Le había impuesto su marca y todo el que la viera sabría que los dos se habían unido. Haberse convertido en su esposa aumentaría su consideración entre los patryn. A la muerte de Xar, podría optar al liderazgo de su pueblo.

En favor de Marit, debe decirse que no pensaba en nada de ello. La patryn estaba conmovida, honrada, desconcertada y abrumada, incapaz de experimentar nada salvo un ilimitado amor a su señor. Deseaba que éste viviera eternamente para poder servirle para siempre. Su único pensamiento era complacerlo. La piel de la frente le ardía de escozor y aún notaba el cacto de la mano nudosa en su pecho desnudo. El recuerdo de aquel dolor y de la caricia la acompañaría el resto de sus días.

Marit abordó la nave y abandonó Abarrach con rumbo a la Puerta de la Muerte. En ningún momento le pasó por la cabeza informar a Xar de la conversación entre los dos lázaros. Con la emoción, se había olvidado por completo del asunto.

En Necrópolis, en su estudio, Xar tomó asiento frente al escritorio y retomó la lectura de uno de los textos sartán sobre necromancia. Se sentía de buen humor. Era estimulante sentirse adorado, venerado, y había visto adoración y veneración en la mirada de Marit.

La mujer había estado enteramente a sus órdenes en todo instante, pero ahora lo estaba doblemente, unida a él en cuerpo y mente. Marit se abriría a él por completo, como tantos otros habían hecho antes. Sin embargo, por lo que hacía a Xar, él misino *era* la ley, y había descubierto que unir runas le abría los secretos de muchos corazones. En cuanto a revelar sus secretos a otros, Xar tenía demasiada disciplina mental como para permitir que sucediera tal cosa. Sólo revelaba de sí mismo lo que estimaba necesario, y ni un ápice más.

Estaba tan satisfecho con Marit como lo habría estado con cualquier arma nueva que cayera en sus manos. La patryn haría con presteza todo lo que fuera preciso, aunque se tratara de dar muerte al hombre que una vez había amado.

Y Haplo moriría sabiendo que había sido traicionado.

—Así, tendré mi venganza —masculló el Señor del Nexo.

—*Expresión utilizada entre la Hermandad para indicar que ésta ha ordenado la muerte de uno de sus miembros. Véase Apéndice I, «La Hermandad" de la mano, La mano del caos, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

CAPITULO

FORTALEZA DE LA HERMANDAD

SKURVASH,

ARIANO

—Ya ha llegado —anunció el mensajero—. Espera ante la puerta.

El Anciano miró a Ciang con una súplica en los ojos. La formidable elfa sólo tenía que abrir la boca... No, sólo tenía que asentir con la cabeza... y Hugh *la Mano* moriría. Si la elfa, muy erguida y rígida en su asiento, hacía la menor inclinación con su cabeza calva, lisa y brillante, el Anciano abandonaría su presencia para entregar al arquero un puñal de madera con el nombre de Hugh grabado en la hoja. Y el arquero, sin la menor vacilación, atravesaría el pecho de Hugh con uno de sus dardos.

Hugh *la Mano* era conocedor de ello. Al regresar a la Hermandad, estaba corriendo un riesgo tremendo. Todavía no se había hecho circular el puñal con su nombre (de lo contrario, ya no estaría vivo), pero había corrido entre los miembros el rumor de que Ciang estaba molesta con él y lo había repudiado. De momento, nadie lo mataría, pero nadie lo ayudaría tampoco. El repudio era el paso previo al envío del puñal. Lo mejor que podía hacer un miembro que se veía repudiado era presentarse enseguida ante la Hermandad y exponer su defensa. Por eso, la llegada de Hugh a la fortaleza no sorprendió a nadie, aunque algunos se sintieron algo decepcionados.

Poder ufanarse de haber dado muerte a Hugh *la Mano*, uno de los mejores asesinos que había acogido el Gremio... Tal orgullo habría valido una fortuna. Sin embargo, nadie se atrevería a hacerlo. Hugh era, o había sido, uno de los favoritos de Ciang y, aunque el brazo protector de la elfa estaba deformado, surcado de arrugas y con manchas de vejez, también estaba manchado de sangre. Nadie tocaría a Hugh a menos que Ciang diera la orden.

La elfa hundió sus dientes, pequeños y amarillentos, en el labio inferior. Al observar aquel gesto, la esperanza del Anciano creció. Ciang estaba indecisa. Tal

vez había una emoción que todavía era capaz de afectar su insensible corazón. El

—

amor, no; la curiosidad. Ciang se preguntaba por qué había regresado Hugh, si sabía que su vida dependía de una mera palabra de ella. Y la respuesta no podría dársela su cadáver.

Los dientes amarillentos apretaron el labio con más fuerza.

—Dejadlo llegar a mi presencia.

Ciang pronunció las palabras a regañadientes y con expresión ceñuda, pero las dijo, y el Anciano no necesitaba oír nada más. Temeroso de que cambiara de opinión, se apresuró a dejar la estancia moviendo sus viejas piernas torcidas más deprisa de lo que lo había hecho en los últimos veinte años.

El en persona asió el enorme aro de hierro sujeto a la puerta y la abrió.

—Entra, Hugh, entra. Ciang accede a verte.

El asesino cruzó el umbral y se detuvo en el vestíbulo en penumbra hasta que sus ojos se acomodaron a la escasa luz. El Anciano estudió a Hugh con curiosidad. Otros individuos a los que había visto en aquel trance durante su larga vida flaqueaban después de la prueba de la puerta. Flaqueaban de tal modo que tenía que cargar con ellos y llevarlos a rastras ante la elfa. Todos los miembros de la Hermandad conocían la existencia del arquero. Hugh sabía que había estado a un breve gesto de cabeza de una muerte segura. Aun así, su rostro no mostraba el menor indicio de ello; sus facciones parecían talladas en un granito más duro que el de los muros de la fortaleza.

Pese a ello, el ojo penetrante del Anciano captó un palpito de emoción, aunque no la que él esperaba. Cuando la puerta que ofrecía la vida en lugar de la muerte se había abierto para Hugh *la Mano*, éste había parecido, por un instante, decepcionado.

—¿Ciang me recibirá en este instante? —inquirió el recién llegado con voz ronca y grave, al tiempo que levantaba la mano con la palma al frente para mostrar las cicatrices que la cruzaban. El gesto formaba parte del ritual.

El Anciano contempló las cicatrices detenidamente, aunque conocía a aquel hombre desde hacía más años de los que podía recordar. El examen también era parte de la ceremonia.

—En efecto, señor. Haced el favor de subir. ¿Puedo decir, señor —añadió el Anciano con voz temblorosa—, que me alegro mucho de veros en tan excelente estado?

La expresión corva y sombría de Hugh se relajó. Su mano surcada de cicatrices se posó en el brazo del viejo, de huesos frágiles como los de un pájaro, en gesto de reconocimiento. Después, apretó los dientes, dejó al Anciano y emprendió la larga ascensión de los innumerables peldaños que conducían a los aposentos privados de Ciang.

El Anciano lo siguió con la mirada. Hugh *la Mano* siempre había sido un individuo extraño. Y quizás eran ciertos los rumores que corrían acerca de él. Eso explicaría muchas cosas. Consciente de que muy probablemente no lo averiguaría nunca, el Anciano meneó la cabeza y vio a su puesto de guardia junto a la puerta.

Hugh subió lentamente la escalera sin mirar a izquierda ni a derecha. De todos modos, no vería a nadie, y nadie lo vería a él. Era una de las reglas de la fortaleza. Una vez en su interior, ya no tenía prisa. Tan seguro había estado de su

muerte a manos del arquero que no había dedicado muchas reflexiones a lo que haría si sobrevivía. Mientras avanzaba, dando nerviosos tirones de una de las trenzas de la barba que cubría su sobresaliente barbilla, pensó en qué contar a la

—

elfo y urdió varias explicaciones. Fue en vano; finalmente, se dio por vencido. Con Ciang sólo cabía una solución: decir la verdad.

Lo más probable era que ya la supiera.

Recorrió el pasadizo vacío y silencioso, forrado de paneles de una madera oscura, muy pulimentada y sumamente exótica. Al fondo, la puerta de Ciang estaba abierta.

Hugh se detuvo en el umbral y observó el interior. Esperaba encontraría sentada tras su escritorio, tras aquella mesa marcada con la sangre de incontables iniciados en el Gremio, pero Ciang estaba de pie ante una de las ventanas de forma de rombo, contemplando las tierras vírgenes de la isla de Skurvash. Desde aquella ventana podía observar todo lo que merecía la pena: la próspera ciudad —refugio de contrabandistas— que se extendía a lo largo de la costa; el bosque frágil de los quebradizos árboles hargast que separaba la ciudad de la fortaleza; el único sendero que conducía de una a otra (hasta un perro que apareciese en el estrecho camino sería descubierto por los vigías de la Hermandad) y, al fondo, encima y debajo, el cielo en el cual flotaba la isla de Skurvash.

Hugh cerró el puño; tenía la garganta tan seca que, por un instante, no pudo ni siquiera anunciarse. El corazón se le aceleró.

La elfa era muy vieja; muchos la consideraban la persona viva más longeva de Ariano. Menuda y frágil, Hugh habría podido estrujarla con una de sus poderosas manos. Ciang vestía las ropas sedosas de brillantes colores que tanto gustan a los elfos e, incluso a su edad, seguía conservando su gracia y delicadeza, así como un asomo de la belleza por la que había sido famosa en otro tiempo. Su cabeza calva, un cráneo de formas exquisitas y de piel fina e inmaculada, formaba un interesante contraste con las arrugas de su rostro.

La ausencia de cabello hacía que sus ojos almendrados parecieran más grandes y brillantes y, cuando se dio la vuelta —no a causa de algún ruido, sino precisamente por la ausencia de éstos—, la penetrante mirada de aquellos ojos oscuros fue la flecha que, hasta aquel momento, no se había alojado en el pecho de Hugh.

—Te arriesgas mucho con tu regreso, Hugh —murmuró Ciang.

—No tanto como pudieras pensar, Ciang—replicó él.

Su respuesta no era sarcástica ni impertinente. La ofreció con voz grave, en un tono apagado y abatido. La flecha del arquero, al parecer, lo habría privado ya de muy poco.

—¿Has venido hasta aquí con la esperanza de morir? —Ciang puso una mueca de desagrado. La elfa despreciaba a los cobardes. No se había movido de la ventana ni había invitado a Hugh a entrar en la estancia y tomar asiento, lo cual era mala señal. En el ritual de la Hermandad, aquello significaba que ella también lo repudiaba. No obstante, Hugh gozaba del rango de «mano», inmediatamente inferior al de ella, «brazo», que era el grado máximo en la Hermandad. Por eso, Ciang le concedería el favor de escuchar sus explicaciones antes de dictar sentencia.

—No me habría desagrado que la flecha encontrara su objetivo —dijo Hugh

con expresión sombría—. Pero no, no he venido aquí en busca de la muerte. Tengo un contrato —acompañó sus palabras de una mueca—. He venido en busca de ayuda y consejo.

—El contrato de los kenkari. —Ciang entrecerró los ojos.

—

Pese a todo lo que conocía de Ciang, a Hugh lo sorprendió que tuviera noticia de aquello. El encuentro con los kenkari, la secta de elfos que tenía a su cuidado las almas de los elfos muertos, había estado envuelto en el secreto. Así pues, Ciang tenía espías incluso entre aquella piadosa secta.

—No, no es con los kenkari —explicó, frunciendo el entrecejo—. Aunque son ellos quienes me obligan a cumplirlo.

— ¿Te obligan a cumplir un contrato...? ¿Un compromiso sagrado?

¿Pretendes decirme, Hugh *la Mano*, que no lo habrías llevado a cabo si los kenkari no te forzaran a ello?

Ahora, Ciang estaba realmente irritada. Dos círculos carmesíes aparecieron en sus mejillas arrugadas, que se sostenían sobre el cuello enjuto y acartonado. Su mano se extendió hacia adelante como una zarpa, señalando a Hugh con un dedo esquelético en un gesto acusador.

—Así pues, los rumores que nos han llegado eran ciertos. Has perdido el ánimo... —La elfa empezó a verse, empezó a darle la espalda. Una vez que lo hiciera, Hugh era hombre muerto. Peor que muerto, pues sin la ayuda de Ciang no podría cumplir el contrato y, por tanto, quedaría deshonorado.

Hugh decidió saltarse las reglas. Penetró en la estancia sin haber sido invitado a hacerlo y cruzó el suelo alfombrado hasta el escritorio de Ciang. Encima de éste había una caja de madera con incrustaciones de gemas rutilantes, y Hugh levantó la tapa.

Ciang se detuvo y miró tras ella. Su expresión se endureció. El hombre había quebrantado su ley no escrita y, si su decisión final era desfavorable, Hugh recibiría por ello un castigo mucho más severo. De todos modos, a Ciang le gustaban los movimientos atrevidos y aquél era, ciertamente, uno de los más osados que nadie había llevado a cabo ante su presencia. Por eso, esperó a ver qué sucedía.

Hugh hurgó en la caja y extrajo de ella una afilada daga cuya empuñadura dorada reproducía la forma de una mano con la palma abierta, los dedos juntos y extendidos y el pulgar separado, formando la cruz. Empuñando la daga ceremonial, Hugh avanzó hasta colocarse ante Ciang.

Ella lo miró fríamente, con distante curiosidad, sin la menor alarma.

— ¿Qué es esto?

Hugh se arrodilló y alzó la daga, ofreciéndole la empuñadura y dirigiendo la punta del arma a su propio pecho.

Ciang la aceptó y su mano se cerró en torno a la empuñadura con gesto amoroso y experto. Hugh se abrió el cuello de la camisa, dejando a la vista el gáznate.

—Húndela aquí, Ciang —dijo con voz áspera y gélida—. En la garganta.

No la miró. Sus ojos estaban vueltos hacia la ventana, hacia el atardecer. Los Señores de la Noche ya extendían sus capas sobre Solaris; las sombras de la noche comenzaban a extenderse sobre Skurvash.

Ciang sostuvo la daga en su diestra y, extendiendo la zurda, agarró con ella

las retorcidas guedejas de la barba de Hugh, tiró de ellas para obligarlo a ver el rostro hacia ella... y para tenerlo mejor colocado si decidía rebanarle el cuello.

—No has hecho nada para merecer tal honor, Hugh *la Mano* —declaró fríamente—. ¿Por qué pides morir a mis manos?

—Quiero ver —dijo él con voz monocorde y apagada.

—

Ciang rara vez dejaba ver sus emociones pero la declaración de Hugh, realizada con tal calma y simplicidad, la tomó por sorpresa. Soltó su barba, retrocedió un paso y clavó su penetrante mirada en los oscuros ojos del hombre. No vio en ellos ningún destello de locura; sólo un profundo vacío, como si se asomara a un pozo seco.

Hugh agarró el chaleco de piel que llevaba puesto y lo abrió a tirones. Luego, rasgó de arriba abajo el escote de la camisa.

—Mira mi pecho. Fíjate bien. La marca es difícil de distinguir.

Era un hombre de piel morena y tenía el pecho cubierto de un vello negro, espeso y rizado, que ya empezaba a verse canoso.

—Aquí —dijo, y guió la mano de la elfa, que no ofreció resistencia, hacia la zona situada sobre el corazón.

Ella observó con detenimiento, pasando los dedos entre el vello. Su tacto era como el de las garras de un ave que le rascaran la piel. Hugh se estremeció y notó que se le ponía carne de gallina.

Ciang hizo una profunda inspiración, apartó la mano y miró al hombre hincado ante ella con una asombrada perplejidad que poco a poco se transformó en comprensión.

— ¡La magia de las runas! —jadeó.

Con la cabeza gacha en gesto de derrota, Hugh se derrumbó hasta apoyar las nalgas en los talones. Se llevó una mano al pecho para sujetar convulsivamente la camisa y juntar de nuevo las dos mitades desgarradas. El otro puño se cerró con fuerza. Con los hombros hundidos, clavó la vista en el suelo sin verlo.

Ciang lo contempló, plantada ante él, con la daga balanceándose todavía en su mano pero ya olvidada. La elfa no había conocido el miedo en mucho, muchísimo tiempo. Tanto, que ni siquiera se acordaba ya de la última vez. Y, en esa ocasión, el miedo no había sido como lo experimentaba ahora: como un gusano que se arrastraba por sus entrañas.

El mundo estaba cambiando. Atravesaba un proceso de cambios drásticos.

Ciang lo sabía, y no temía los cambios. Había investigado el futuro y estaba dispuesta a afrontarlo. Y, según cambiara el mundo, también lo haría la Hermandad. Ahora habría paz entre las razas: humanos, elfos y enanos vivirían juntos en armonía. El fin de la guerra y de la rebelión sería un golpe para la organización, al principio; la paz podía significar que elfos y humanos se imaginaran lo bastante fuertes como para atacar a la Hermandad. Sin embargo, Ciang tenía muchas dudas sobre esto último. Eran demasiados los barones humanos y los señores elfos que le debían a la Hermandad incontables favores. Ciang no temía la paz. La auténtica pacificación sólo se conseguiría cuando se hubiera cortado la cabeza y arrancado el corazón al último elfo, humano y enano. Mientras hubiera vida, existirían los celos, la codicia, el odio, la lujuria... y, mientras hubiese cabezas que pensarán y corazones que sintieran, la Hermandad seguiría actuando.

No, Ciang *el Brazo* no temía el futuro en un mundo en el cual todas las cosas seguían igual. Esto, en cambio... ¡esto perturbaba el equilibrio! ¡Esto inclinaba la balanza! Tenía que encargarse de ello enseguida, si era posible. Por primera vez en su vida, Ciang dudó de sí misma. Y ésta era la raíz del miedo.

Contempló la daga y la dejó caer al suelo.

Posó sus manos en las mejillas hundidas y macilentas de Hugh y alzó su rostro, esta vez con suavidad.

—

—Mi pobre muchacho —le susurró dulcemente—. Mi pobre muchacho...

Los ojos del hombre se nublaron de lágrimas. Su cuerpo se estremeció. Hugh no había dormido ni comido desde hacía tanto tiempo que había perdido la necesidad de ambas cosas. Se derrumbó en las manos de la mujer como fruta podrida.

—Debes decírmelo todo —murmuró ella. Ciang estrechó la cabeza del hombre contra su huesudo pecho *e* insistió con el mismo tono de voz—: Cuéntamelo todo, Hugh. Sólo así podré ayudarte.

Hugh cerró los párpados con fuerza, tratando de contener las lágrimas, pero estaba demasiado débil. Con un sollozo que encogía el ánimo, se cubrió el rostro con las manos.

Ciang lo abrazó, acunándolo.

—Cuéntamelo todo...

—

CAPÍTULO

FORTALEZA DE LA HERMANDAD,

SKURVASH,

ARIANO

—No estoy para nadie esta noche —anunció Ciang al Anciano cuando éste subió hasta sus aposentos con un mensaje de otro miembro de la Hermandad que pedía audiencia.

El Anciano asintió y cerró la puerta al salir, dejando a los dos a solas. Hugh había recobrado el aplomo. Varios vasos de vino y una cena caliente, que devoró de la fuente depositada sobre el escritorio manchado de sangre, le devieron las fuerzas físicas y también, en cierto grado, las mentales. Estaba lo bastante recuperado como para recordar su crisis con desazón y sonrojarse cada vez que pensaba en ello. Ciang movió la cabeza ante las disculpas que le oía balbucear.

—No es una trivialidad, habérselas con un dios —comentó la elfa.

—Un dios... —Hugh sonrió con amargura—, Alfred, un dios...

Había caído la noche; las velas estaban encendidas.

—Cuéntame —repitió Ciang.

Hugh empezó por el principio. Le habló de Bane, el niño cambiado en la cuna, del malvado hechicero, Sinistrad, y de cómo lo habían contratado para matar al chiquillo pero había caído bajo el embrujo del pequeño. Le contó a Ciang cómo había caído también bajo el hechizo de la madre del pequeño, Iridal; no bajo un hechizo mágico, sino de simple y llano amor. Le contó, sin ningún recato, cómo había incumplido el contrato de matar al niño por amor a Iridal y sus planes para

sacrificar su propia vida por salvar la del hijo de la mujer.

Y el sacrificio se había llevado a cabo.

—Morí —dijo Hugh, recordando el dolor y el horror de la experiencia con un escalofrío—. Conocí el tormento, un tormento terrible, mucho peor que cualquier agonía que pueda sufrir un hombre. Me vi forzado a mirar dentro de mí, a contemplar la criatura malvada y despiadada en que me había convertido. Y lo lamenté. Me pesó de veras. Y entonces... comprendí. Y, al comprender, pude perdonarme a mí mismo. Y fui perdonado. Conocí la paz,.. Y, entonces, todo esto me fue arrebatado.

—

—Él... Alfred... te vió a la vida.

Perplejo, Hugh alzó el rostro.

—Entonces, ¿me crees, Ciang? Nunca pensé... Por eso no acudí a ti cuando sucedió...

—Te creo. —La elfa suspiró. Hugh observó un ligero temblor en sus manos, posadas sobre el escritorio—. Ahora, te creo —continuó, con la mirada fija en el pecho del hombre. Aunque cubierta con la ropa, la marca rúnica parecía brillar a través de la tela—. Si te hubieras presentado entonces, quizá no me habría dignado escucharte. Pero lo hecho, hecho está.

—Intente ver a mi vida anterior, pero nadie quería contratarme. Iridal dijo que me había convertido en la conciencia de la humanidad. Quien urdía alguna intriga veía reflejada en mi rostro su propia maldad. No sé si eso es cierto o no —prosiguió con un encogimiento de hombros—. En cualquier caso, fui a ocultarme en el monasterio de los monjes kir. Pero ella me encontró.

— ¿Te refieres a la mujer que te trajo aquí... esa Iridal, la madre del muchacho? ¿Cómo sabía que estabas vivo?

—Ella estaba con Alfred cuando..., cuando hizo esto —Hugh se llevó la mano al pecho—. Después, negó haberlo hecho, pero Iridal sabía muy bien lo que había presenciado. De todos modos, me dejó solo. Estaba asustada...

—El toque del dios —murmuró Ciang con un gesto de asentimiento.

—Y entonces apareció de nuevo Bane, con los elfos. El muchacho era una auténtica maldición. Se proponía destruir la paz que estaban acordando el príncipe Reesh`ahn y el rey Stephen. Con la ayuda de los kenkari, Iridal y yo mis dispusimos a liberar a Bane de los *elfos*, pero el chiquillo nos traicionó y nos puso en sus manos. Los elfos retuvieron a Iridal como rehén y me obligaron a acceder a matar a Stephen. Bane, como supuesto heredero del trono, se haría con el liderazgo de los humanos y, a continuación, traicionaría a éstos entregándolos a los elfos.

—Y el contrato que has incumplido es el asesinato de Stephen, ¿no es eso? —intervino Ciang.

—Entonces, tú también has tenido noticia del plan, ¿no? Tomé la decisión de dejarme matar. No se me ocurrió otro modo de salvar a Iridal. La guardia de Stephen se ocuparía de mí. El rey sabría que Bane estaba detrás del asunto y se encargaría de él. Pero, de nuevo, no morí. El perro saltó sobre el guardia que estaba a punto de...

— ¿El perro? —Lo interrumpió Ciang—. ¿Qué perro?

Hugh empezó a responder; de repente, una expresión extraña le cruzó el rostro.

—El perro de Haplo —murmuró—. Resulta extraño. No me había acordado de eso hasta ahora.

—Ya nos extenderemos en eso cuando sea el momento oportuno —dijo Ciang, refunfuñando—. Prosigue el relato. Ese Bane murió. Lo mató su madre en el momento en que el muchacho se disponía a matar al rey Stephen. Sí, he oído toda esa historia —reconoció, con una sonrisa ante la mirada de perplejidad de Hugh—. La misteriarca, Iridal, regresó a los Reinos Superiores. Pero tú no la acompañaste, sino que viste con los kenkari. ¿Por qué?

—Tenía una deuda con ellos —dijo Hugh lentamente, mientras hacía girar el vaso de vino en la mano una y otra vez—. Les había vendido mi alma. Ciang abrió los ojos como platos y se echó hacia atrás en su asiento.

—

—Pero los kenkari no se ocupan de almas humanas y, desde luego, no comprarían ninguna —objetó—. Ni humana, ni elfa.

—Pero querían la mía. O, al menos, yo pensé que la querían. Ya comprendes por qué, supongo... —Hugh dio cuenta del vino de un solo trago.

—Por supuesto. —Ciang se encogió de hombros—. Habías regresado de la muerte; por tanto, tu alma habría sido de gran valor. Pero también entiendo por qué la rechazaron.

— ¿Ah, sí? —Hugh, que estaba sirviéndose otro vaso de vino, se detuvo en pleno gesto y se concentró en la elfa. Estaba bebido, pero no lo suficiente. Nunca alcanzaría a estarlo suficientemente.

—Las almas de los elfos están retenidas por la fuerza para prestar servicio a los vivos. A esas almas se les impide ir más allá y tal vez ni siquiera sepan que existe una paz como la que describes. —Ciang le apuntó con un dedo huesudo—. Eres un peligro para los kenkari, Hugh *la Mano*. Y eres más amenaza para ellos muerto que vivo.

Hugh emitió un grave silbido. Su rostro se ensombreció.

—No se me había pasado por la cabeza. ¡Los muy falaces! Y yo que pensé...—

—Sacudió la cabeza—. Parecían tan compasivos... y, sin embargo, no hacían más que mirar en su propio provecho.

— ¿Has conocido alguna vez a alguien que no lo hiciera, Hugh *la Mano*? —Replicó la elfa—. En otro tiempo, no te habrías dejado engañar con tales estratagemas. Habrías visto la maniobra con claridad. Pero has cambiado. Al menos, ahora sé por qué.

—Ahora, veré a ver claro —musitó Hugh.

—Quizá. —Ciang contempló las manchas de sangre del escritorio. Sin darse cuenta de lo que nacía, sus dedos las recorrieron—. Quizá.

Abstraída en sus pensamientos, guardó silencio.

Hugh, preocupado, no la perturbó. Finalmente, ella levantó la mirada y lo observó con perspicacia:

—Has mencionado un contrato. ¿Con quién lo acordaste y para qué?

El hombre se humedeció los labios. Parecía reacio a hablar de aquel detalle.

—Antes de morir —dijo por fin—, Bane me arrancó la promesa de que mataría a cierto individuo en su nombre. Se trata de ese tal Haplo.

— ¿El hombre que viajó contigo y con Alfred? —Al principio, Ciang pareció sorprendida; después, sonrió con aire sombrío. Todo empezaba a tener sentido—. El hombre de las manos vendadas.

Hugh asintió.

— ¿Por qué debe morir ese Haplo?

—Bane dijo algo de no sé qué «señor» que quería verlo eliminado. El muchacho era muy insistente; no dejaba de acosarme para que accediera. Nos acercábamos a Siete Campos, donde estaba acampado el rey Stephen. Yo tenía demasiado que hacer como para entretenerme con los caprichos de un chiquillo, efe modo que accedí, sólo para que callase. En cualquier caso, no tenía previsto vivir tanto...

—Pero viviste. Y Bane murió. Y ahora tienes un contrato con un muerto.

—Sí, Ciang.

— ¿Y te proponías incumplirlo? —El tono de Ciang era de desaprobación.

—

— ¡Me había olvidado del condenado asunto! —Replicó Hugh con impaciencia—. ¡Que los antepasados me lleven, estaba seguro de que iba a morir! Se suponía que los kenkari comprarían mi alma.

—Y eso hicieron... aunque no del modo que tú esperabas.

Hugh asintió con una mueca:

—Ellos me recordaron la existencia del contrato. Dijeron que mi alma está atada a Bane. No puedo disponer de ella libremente para entregársela.

—Muy elegante. —El tono de Ciang era de admiración—. Muy elegante y muy Fino. Y así, con elegancia y finura, evitan el gran peligro que representas para ellos.

— ¿Peligro? —Hugh descargó el puño sobre el escritorio. El mueble estaba impregnado con su propia sangre, vertida en aquella estancia hacía años, cuando había sido iniciado en la Hermandad—. ¿Qué peligro? ¿Cómo es que los kenkari conocen todo esto? ¡Fueron ellos quienes me mostraron la marca! —Se agarró el pecho como si quisiera arrancarse la carne.

—Respecto a cómo lo saben, los kenkari tienen acceso a los libros antiguos. Y, además, los sartán los privilegiaron, les contaron sus secretos...

—Sartán... —Hugh alzó la vista—, Iridal mencionó esa palabra. Decía que Alfred...

—... es un sartán. En efecto, resulta evidente. Solamente los sartán podían utilizar la magia rúnica. Al menos, eso era lo que decían, Pero había rumores, oscuros rumores, sobre la existencia de otra clase de dioses...

— ¿Dioses con marcas como ésta sobre todo el cuerpo? ¿Unos dioses conocidos como «patryn»? Iridal me habló de ellos, también. Ella sospechaba que ese Haplo era un patryn.

—Patryn... —Ciang hizo una pausa, como si catara el sabor de la palabra. Después, se encogió de hombros—. Puede ser. Han pasado muchos años desde que leí los textos antiguos y, cuando lo hice, no estaba muy interesada en ellos, ¿Qué tenían que ver *con nosotros* esos dioses, sartán o patryn? Nada. Ya no. La elfa sonrió; el contorno rojo de sus labios, finos y fruncidos, que se confundía con sus arrugas, producía la impresión de que acabara de beber la sangre del escritorio.

—Lo cual resulta un alivio —añadió.

Hugh emitió un suspiro:

—Ahora puedes comprender mi problema. Ese Haplo tiene todo el cuerpo tatuado de runas como las mías, que emiten un extraño resplandor. En una

ocasión traté de saltar sobre él y fue como si tocara un relámpago. ¿Cómo he de hacer para matar a ese hombre, Ciang? —Inquirió con un gesto de impaciencia—. ¿Cómo se mata a un dios?

— ¿Por eso has venido? —preguntó ella con los labios apretados—. ¿A buscar ayuda?

—Ayuda... o la muerte, no estoy seguro. —Se frotó las sienes, que empezaban a latirle por efecto del vino—. No tenía otro sitio al que acudir.

— ¿Los kenkari no te prestaron colaboración?

—Por poco se desmayan con sólo hablar de ello. Los obligué a darme una daga... más por reírme de ellos que por otra cosa. Mucha gente me ha contratado para matar por muy diversas razones, pero nunca había visto a nadie que se pusiera a lloriquear por la futura víctima.

— ¿Los kenkari lloraban, dices?

—

—El que me entregó la daga, el Guardián de la Puerta, sí. Se resistía a soltar el arma. Casi sentí lástima de él.

— ¿Y qué te dijo?

— ¿Decirme? —Hugh arrugó la frente, pensativo, intentando abrirse camino entre los vapores del vino—. No presté mucha atención a sus palabras... hasta que empezó a hablar de esto —Hugh se golpeó el pecho con el puño—. De la magia rúnica. De que no debía perturbar el funcionamiento de la gran máquina. Y de que debía decirle a Haplo que Xar lo quería muerto. Eso es. Xar. Ése es el nombre de su señor. Xar lo quiere muerto.

—Los dioses luchan entre ellos. Un signo esperanzador para nosotros, pobres mortales. —Ciang sonreía de nuevo—. Si se matan mutuamente, seremos libres para desarrollar nuestras vidas sin interferencias.

Hugh *la Mano* movió la cabeza a un lado y a otro; no entendía a qué se refería, ni le importaba.

— ¿Cómo se supone que voy a matarlo?

—Dame hasta mañana —dijo la elfa—. Estudiaré el asunto esta noche. Como decía, hace mucho tiempo que leí los textos antiguos. Y tienes que dormir, Hugh. *La Mano* no lo oyó. Él vino y el agotamiento se habían aliado, piadosamente, para dejarlo inconsciente. Ciang lo vio inclinado sobre el escritorio, con el brazo extendido sobre la cabeza y la mejilla apoyada en la madera manchada de sangre. Y con el vaso de vino aún sujeto entre los dedos.

La elfa se puso en pie. Buscando apoyo en la mesa, rodeó ésta lentamente. Hasta llegar junto a él. En sus días de juventud, hacía tantísimo tiempo, habría tomado a Hugh por amante. Siempre había preferido los amantes humanos a los elfos. Los humanos eran apasionados, agresivos: la llama que se consume antes arde con mi luz. Además, los humanos morían a su debido tiempo, dejándola a una en situación de buscar otro. No vivían el tiempo suficiente como para convertirse en un engorro.

La mayoría de los humanos. Aquellos que no estaban tocados por un dios. O malditos por un dios.

—Pobre insecto —murmuró al tiempo que posaba la mano en el hombro del dormido—. ¿En qué horrible especie de telaraña te debates? ¿Y quién es la araña que la ha tejido? Los kenkari, no, sospecho. Empiezo a pensar que estaba confundida. Sus propias alas de mariposa podrían verse prendidas también en

este enredo.

» ¿Debo ayudarte? ¿Debo intervenir en esto? Puedo hacerlo, ¿sabes, Hugh? — Sin darse cuenta de lo que hacía, Ciang hundió los dedos en la larga y tupida cabellera negra y cana que caía, enmarañada, sobre los hombros de Hugh—. Puedo ayudarte pero ¿por qué habría de hacerlo? ¿Qué consigo yo con ello? Un temblor se apoderó de su mano. La posó en el respaldo del asiento y se apoyó en él pesadamente. Un nuevo acceso de debilidad. Últimamente, los experimentaba cada vez con más frecuencia. La sensación de mareo, la falta de aire... Se aferró a la silla, terca y estoica, y esperó a que pasara. Siempre pasaba. Pero se acercaba el día en que la sensación no remitiría. El día en que uno de aquellos ataques se la llevaría.

—Dices que morir es duro, Hugh *la Mano* —murmuró cuando estuvo de nuevo en condiciones de hacerlo—.

—
. La biblioteca de la Hermandad es muy extensa, según las notas de Haplo sobre el rema. Como es de esperar, están los úmenes dedicados a la confección y uso de casi cualquier arma imaginable (humana, elfo o enana; terrenal o mágica). Innumerables obras tratan de botánica y del uso de las plantas, en especial las relacionadas con venenos y antídotos, y otras sobre serpientes venenosas y sobre las especies de arañas más mortíferas, sobre trampas y artimañas, sobre el cuidado y manejo de dragones...

También hay libros sobre temas inesperados: tratados sobre el funcionamiento interno de las mentes y corazones de humanos, elfos, enanos e incluso de esos seres ancestrales, los sartán. ¿Ensayos filosóficos en una guarida de asesinos? Extraño. O tal vez no. Como reza el dicho: "Cuando uno sigue a la víctima, debe tratar de colocar los pies en las huellas que va dejando".

No me sorprende: he visto suficiente muerte para saberlo. Pero debo reconocer que estoy decepcionada. Paz, perdón... Pero primero se nos pide cuentas.

»Y yo pensaba que no había nada... Los kenkari, con sus estúpidas cajas de almas. Almas viviendo en los jardines de su cúpula de cristal. Vaya estupidez. Nada. Todo es nada. Ésa fue mi apuesta. —Sus dedos se cerraron en torno al respaldo—. Y parece que perdí. A menos..., a menos que estés mintiendo. Se inclinó hacia Hugh y lo contempló minuciosamente, con esperanza.

Después, se enderezó con un suspiro.

—No, el vino no miente. Y tú tampoco lo has hecho, Hugh, en todos los años que te conozco. Pasar cuentas... ¿Qué maldad no he cometido? Pero ¿qué puedo hacer para enmendar las cosas? He echado los dados sobre la mesa y es demasiado tarde para recogerlos. Pero quizás otra tirada, ¿eh? El ganador se lo lleva todo, ¿vale? —Con aire astuto, perspicaz, la anciana elfa clavó la mirada en las densas sombras—. ¿Hace la apuesta?

Unos leves golpes sonaron a la puerta. Ciang contuvo una risilla, medio burlona, medio en serio.

—Adelante.

El Anciano empujó la puerta y entró, renqueante.

— ¡Oh, vaya! —dijo al ver a Hugh *la Mano*. Se vio a Ciang con un gesto de interrogación—. ¿Lo dejamos aquí?

—Ninguno de los dos tenemos suficiente fuerza para moverlo, mi viejo amigo. No le sucederá nada si se queda donde está hasta mañana.

La elfa extendió el brazo. El Anciano se apresuró a sostenerlo. Los dos juntos —ella con paso vacilante, él ayudándola con sus escasas fuerzas— recorrieron despacio el corto pasadizo a oscuras hasta la alcoba de Ciang.

—Enciende la lámpara, Anciano. Esta noche me quedará leyendo hasta muy tarde.

El Anciano hizo lo que le decía, encendió la lámpara y la colocó en la mesilla junto a la cama.

—Ve a la biblioteca. Tráeme todos los libros sobre los sanan que encuentres. Y tráeme la llave del Cofre Negro. Después, puedes retirarte.

—Muy bien, señora. Y buscaré una manta para tapar a Hugh *la Mano*.

El Anciano ya empezaba a retirarse con paso tambaleante cuando Ciang lo detuvo.

—Amigo mío, ¿piensas en la muerte alguna vez? En la tuya, me refiero.

El Anciano no parpadeó siquiera.

—Sólo cuando no tengo nada mejor que hacer, señora. ¿Deseas algo más?

—

. Una muestra de la riqueza de la Hermandad. En ningún otro lugar del Reino Medio podía encontrarse un tonel de agua en campo abierto, sin vigilancia, con su preciado contenido a disposición de quien quisiera probarlo.

CAPITULO

FORTALEZA DE LA HERMANDAD,

SKURVASH,

ARIANO

Hugh durmió hasta avanzada la mañana. El vino que le abotagaba la mente permitió que el agotamiento se adueñara de su cuerpo, pero fue el sueño de la embriaguez, pesado y poco reparador, que le hace a uno despertar con la cabeza torpe y dolorida y con náuseas en el estómago. Sabedor de que estaría aturdido y desorientado, el Anciano estaba presente para guiar los pasos inseguros de Hugh hasta un gran tonel de agua colocado en el exterior de la fortaleza para refresco de los vigías. El anciano llenó un cubo y se lo ofreció a Hugh. *La Mano* derramó el contenido sobre su cabeza y sus hombros, ropa incluida. Tras enjuagarse el rostro, se sintió un poco mejor.

—Ciang te recibirá esta mañana —anunció el Anciano cuando estimó que Hugh era capaz de entender sus palabras. *La Mano* asintió, todavía sin poder articular una respuesta—. Te concederá audiencia en sus aposentos —añadió su acompañante.

Hugh enarcó las cejas. Aquél era un honor que se otorgaba a pocos. Después, con gesto desconsolado, paseó la mirada por las ropas húmedas, con las que había dormido. El anciano comprendió su muda petición y se ofreció a proporcionarle una camisa limpia. El viejo también le propuso desayunar, pero Hugh dijo que no con un enérgico movimiento de cabeza.

. Una muestra de la riqueza de la Hermandad. En ningún otro lugar del Reino Medio podía encontrarse un tonel de agua en campo abierto, sin vigilancia, con su preciado contenido a disposición de quien quisiera probarlo.

Una vez lavado y vestido, con las punzadas de las sienes reducidas a un dolor sordo tras los globos oculares, Hugh se presentó una vez más ante Ciang, *el Brazo* de la Hermandad.

Los aposentos de Ciang eran enormes, decorados en el estilo suntuoso y extravagante que los elfos admiran y que a los humanos les resulta ostentoso.

—

Todo el mobiliario era de madera tallada, un material sumamente raro en el Reino Medio. Agah'ran, el emperador elfo, habría abierto de envidia sus maquillados párpados ante la visión de tantas piezas valiosas y bellas. La cama, inmensa, era una obra de arte. Cuatro postes, tallados en forma de animales mitológicos —cada uno colocado sobre la cabeza de otro—, sostenían un dosel de madera decorado con las mismas bestias tumbadas en el suelo, con las zarpas extendidas. De cada zarpa colgaba un aro y, suspendida de ellos, había una cortina de seda de urdimbre, colores y dibujo fabulosos. Se rumoreaba que aquella cortina tenía propiedades mágicas y que a ella se debía la longevidad de la elfa, superior a la normal.

Fuera o no cierta su naturaleza mágica, la cortina resultaba deliciosa a la vista y parecía invitar a la admiración. Hugh no había estado nunca en las habitaciones privadas de Ciang. Contempló con asombro la jaspeada cortina multicolor, alargó la mano y la tocó antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Sonrojándose, empezó a retirar los dedos pero Ciang, sentada en una especie de trono monstruoso de respaldo alto, le hizo un gesto.

—Puedes tocarla, amigo mío. Te hará bien.

Hugh recordó los rumores y no estuvo seguro de querer tocar de nuevo la cortina, pero no hacerlo habría sido ofender a Ciang. Con cautela, pasó los dedos por ella y notó, sorprendido, un cosquilleo agradable y estimulante que le recorría el cuerpo. Al apreciarlo, retiró la mano pero la sensación continuó hasta que tuvo la cabeza despejada y hubo desaparecido el dolor.

Ciang estaba sentada en el otro extremo de la gran sala. Las ventanas en forma de rombo que se extendían desde el techo hasta el cielo dejaban entrar un chorro de luz. Hugh cruzó las brillantes franjas iluminadas que recorrían las lujosas alfombras hasta llegar ante el asiento de madera de la elfa.

La majestuosa silla había sido tallada por un admirador de Ciang, a quien se la había ofrecido como presente. Realmente, resultaba grotesca. Estaba rematada por una calavera de mirada maliciosa. Los cojines de color rojo sangre en los que reposaba la frágil forma de Ciang estaban rodeados de diversos espíritus fantasmales que se alzaban por parejas. Los pies de la elfa descansaban en un escabel formado por cuerpos desnudos encogidos y acucillados. Ciang indicó con un grácil gesto de la mano una silla colocada frente a la suya, y Hugh comprobó, con alivio, que tenía un aspecto perfectamente normal.

Ciang se saltó los absurdos preámbulos y galanterías para apuntar, como una flecha, al meollo del asunto.

—He pasado la noche estudiando —declaró al tiempo que apoyaba la mano, nudosa y casi en los huesos, pero de movimientos elegantes y ágiles, sobre la polvorienta tapa de cuero de un libro que tenía en el regazo.

—Lamento haberte perturbado el sueño —empezó diciendo Hugh.

Ciang cortó enseguida sus disculpas.

—Para ser sincera, no habría podido dormir, de todos modos. Eres una influencia perturbadora, Hugh *la Mano* —añadió, estudiándolo con los ojos entrecerrados—. Cuando te marches de aquí, no lo lamentaré. He hecho cuanto he podido por apresurar ese momento. —Sus párpados (sin pestañas, igual que su cabeza estaba completamente calva) aletearon una sola vez—. Y, cuando te hayas marchado, no regreses.

Hugh comprendió. La siguiente vez no habría vacilaciones. El arquero tendría órdenes muy claras. La expresión de Hugh se vió dura y sombría.

—No lo haría en ningún caso —dijo en un susurro, con la mirada puesta en los cuerpos encogidos e inclinados que sostenían los pies de la elfa, pequeños y de huesos delicados—. Si Haplo no me mata, debo encontrar...

—¿Qué has dicho? —inquirió Ciang, interrumpiéndolo. Hugh dio un respingo, alzó la mirada hacia ella y frunció el entrecejo.

—He dicho que, si no mato a Haplo...

—¡No! —exclamó ella con el puño cerrado—. ¡Has dicho «Si Haplo no me mata»! ¿Vas en busca de ese hombre buscando su muerte... o la tuya?

Hugh se llevó una mano a la cabeza:

—Yo... me he confundido, eso es todo. —Su voz era ronca—. El vino...

—... suelta la lengua, dice el refrán. —Ciang meneó la cabeza—. No, Hugh *la Mano*. No verás con nosotros.

—¿Harás pasar el puñal contra mí? —inquirió con aspereza.

Ciang reflexionó antes de responder.

—No, hasta que hayas cumplido el contrato. Está en juego nuestro honor y, por tanto, la Hermandad te ayudará, si es posible. —La elfa lo miró fijamente, con un extraño brillo en los ojos— Y si tú quieres.

Cerró el libro cuidadosamente y lo depositó en la mesilla contigua a la silla.

Cogió de la mesa una llave de hierro que colgaba de una cinta negra y, alargando el brazo, permitió a Hugh el raro privilegio de ayudarla a incorporarse. Ciang rechazó su ayuda para caminar y avanzó con paso lento y digno hasta una puerta de la pared opuesta.

—Encontrarás lo que buscas en el Cofre Negro —indicó.

El Cofre Negro no era tal cofre, ni mucho menos, sino una bóveda en la que se depositaban y guardaban armas, tanto mágicas como corrientes. Por supuesto, las armas mágicas eran muy apreciadas y las leyes de la Hermandad relativas a ellas se cumplían rigurosamente. El miembro que adquiría o confeccionaba una de tales armas podía considerarla una posesión personal, pero debía poner en conocimiento de la Hermandad su existencia y su modo de funcionamiento. La información se guardaba en un expediente en la biblioteca de la Hermandad, donde podía ser consultada en todo momento por cualquier miembro.

Un miembro que necesitara un arma como la descrita en alguno de estos expedientes podía dirigirse al poseedor y solicitársela en préstamo. El propietario podía negarse, pero tal cosa no sucedía casi nunca, pues era muy probable que el dueño también tuviera que pedir un arma a otro en alguna ocasión. Si el arma no era devuelta —otra cosa que tampoco era frecuente—, el ladrón era denunciado y se hacía circular el puñal.

A la muerte del propietario, el arma pasaba a propiedad de la Hermandad. En el caso de los miembros de más edad, como el Anciano, que había acudido a la fortaleza para pasar a su amparo los años de vida que le quedaban, la entrega de armas mágicas era asunto fácil. Por lo que hacía a aquellos otros miembros que encontraban el rápido y violento final que se consideraba un gaje del oficio, recoger las armas de los muertos podía representar un problema.

A veces, se perdían irremisiblemente, como en los casos en que el cuerpo y cuanto llevaba encima terminaba quemado en una pira funeraria, o arrojado desde

las islas flotantes al Torbellino. Sin embargo, tan apreciadas eran aquellas armas que, cuando corría la voz (lo cual sucedía con sorprendente celeridad) de que el poseedor de alguna de ellas había muerto, la Hermandad se ponía en acción al momento. Todo se hacía con discreción, en silencio. Muchas veces, la doliente

—

familia del difunto era sorprendida por la repentina aparición de unos desconocidos a su puerta. Los desconocidos entraban en la casa (en ocasiones, cuando el cuerpo aún no estaba frío siquiera) y vían a salir casi de inmediato. Normalmente, con ellos desaparecía un objeto: el cofre negro. Los miembros de la Hermandad tenían instrucciones de guardar esas valiosas armas mágicas en una sencilla caja negra para facilitar su recuperación. Esta caja acabó por ser conocida como «el cofre». Por tanto, es comprensible que el lugar donde se depositaban tales armas en la fortaleza de la Hermandad recibiera también el nombre genérico de Cofre Negro.

Cuando un miembro solicitaba el uso de un arma allí guardada, debía explicar con detalle por qué la necesitaba y pagar una tarifa proporcional al poder del arma. Ciang tenía la última palabra sobre la concesión, así como sobre el precio que se debía satisfacer.

Plantada ante la puerta del Cofre Negro, Ciang introdujo la llave de hierro en la cerradura y la hizo girar.

El cerrojo chasqueó. La elfa asió el tirador de la pesada puerta metálica y empujó. Hugh se dispuso a ayudarla si ella lo pedía pero la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes, abriéndose con facilidad bajo la levisima presión de sus manos.

—Acerca una luz —ordenó.

Hugh obedeció, tras localizar una lámpara colocada, probablemente con ese fin, sobre una mesa próxima a la puerta. La encendió, y los dos penetraron en la bóveda.

Era la primera vez que Hugh *la Mano* pisaba el Cofre Negro (siempre se había vanagloriado de no haber necesitado jamás recurrir a las armas dotadas de magia) y se preguntó por qué se le concedería tal honor en aquel momento. A pocos miembros se les permitía entrar allí. Cuando alguno solicitaba un arma, Ciang la iba a buscar ella misma o mandaba al Anciano.

Hugh penetró en la enorme bóveda de losas de piedra con paso silencioso y el corazón encogido. La lámpara hizo retroceder las sombras pero no las despejó. Un centenar de lámparas con la luminosidad de Solaris no habría podido eliminar las sombras que reinaban en la enorme sala. Los instrumentos de muerte creaban su propia oscuridad.

Se acumulaban allí en un número inconcebible. Descansaban sobre mesas, o apoyadas en las paredes, o protegidas en vitrinas. Era demasiado para captarlo todo de una ojeada.

La luz se reflejó en las hojas de puñales y navajas de todas clases y formas imaginables, dispuestos en un círculo enorme, en perpetua expansión; una especie de resplandor solar metálico. En las paredes montaban guardia picas y hachas de guerra. Arcos grandes y pequeños estaban debidamente expuestos, cada uno con su carcaj de flechas, sin duda los famosos dardos explosivos de los elfos que tanto temían los soldados humanos.

En las estanterías había hileras de botellas y frascos, grandes y pequeños, de

pócimas mágicas y de venenos, todo perfectamente etiquetado.

Hugh pasó ante una vitrina llena sólo de anillos: anillos de veneno, anillos de cliente de serpiente (que contenían una pequeña aguja cargada de veneno de reptil) y anillos mágicos de todas clases, desde los de encantamiento (que proporcionan poder sobre su víctima a quien los usa) a los de defensa (que protegen a su portador de los efectos de un anillo de encantamiento).

—

Cada uno de los objetos del Cofre Negro estaba documentado y etiquetado en los dos idiomas, humano y elfo (y, en ciertos casos, también en enano). Las palabras de los hechizos —cuando eran necesarias— estaban registradas. El valor de todo aquello era incalculable. Hugh no pudo contener su asombro. Allí estaba almacenada la verdadera riqueza de la Hermandad, mucho más valiosa que todos los toneles de agua y todas las joyas de los tesoros reales humanos y elfos, juntos. Allí se guardaba la muerte y los medios de producirla. Allí se guardaba el miedo y el poder.

Ciang lo condujo a través de un verdadero laberinto de estanterías, armarios y cajas hasta una mesa de aspecto sencillo arrinconada en una esquina de la estancia. Sobre aquella mesa descansaba un único objeto, oculto bajo un paño que un día había sido negro pero que, cubierto de polvo, había adquirido un color grisáceo. La mesa parecía encadenada a la pared por unas gruesas telarañas.

Nadie se había aventurado hasta aquella mesa desde hacía muchísimo tiempo.

—Deja la lámpara —indicó Ciang.

Hugh obedeció y colocó la luz sobre una caja que contenía un enorme surtido de dardos. Después, contempló con curiosidad el objeto cubierto con la tela; notó algo extraño en el objeto, pero no pudo precisar qué.

—Fíjate bien en eso —ordenó Ciang, como el eco de sus pensamientos.

Hugh lo hizo, inclinándose sobre la mesa con cautela. Conocía lo suficiente sobre armas mágicas como para sentir respeto por aquélla. No tocaría el objeto o nada relacionado con él hasta que le hubieran explicado con detalle cómo utilizarlo. Ésta era una de las razones por las que Hugh *la Mano* siempre había preferido no confiar en tales armas. Una buena hoja de acero, dura y afilada, era un instrumento del que uno podía fiarse sin reservas.

Se enderezó con expresión ceñuda y se mesó las trenzas de la barba.

—¿Te has fijado? —inquirió Ciang, casi como si lo sometiera a prueba.

—Veo polvo y telarañas sobre todo lo demás, pero ni rastro sobre el objeto en sí —respondió.

Ciang exhaló un suave suspiro y lo miró casi con tristeza.

—¡Ah!, no hay muchos como tú, Hugh. Ojo veloz, mano rápida... Una lástima—sentenció con frialdad.

Hugh no dijo nada. No podía alegar ninguna defensa, pues estaba claro que no había lugar a ella. Observó minuciosamente el objeto bajo el paño y reconoció la forma gracias a que el polvo se acumulaba en torno a ella pero no encima. Era un puñal de hoja considerablemente larga.

—Pon la mano sobre él —dijo Ciang—. No corres ningún riesgo al hacerlo —añadió al advertir un destello en los ojos de *la Mano*.

Hugh detuvo el gesto, cauteloso, antes de que los dedos tocaran el objeto. No tenía miedo, pero le producía repulsión tocarlo, como la produce tocar una

serpiente o una araña peluda. Se repitió mentalmente que sólo era un puñal (aunque, entonces, ¿por qué estaba cubierto con aquel paño negro?) y apoyó las yemas de los dedos sobre él. Con un respingo, retiró la mano al instante y se vio hacia Ciang.

— ¡Se ha movido!

La elfa asintió, impertérrita.

—Un temblor. Como el de un ser vivo. Apenas se nota, pero es lo bastante fuerte como para sacudirse de encima el polvo de siglos y para perturbar a las

—

tejedoras de telarañas. Pero no está vivo, como verás. No lo está según lo que *nosotros* conocemos por vida —se corrigió.

Retiró la reía. El polvo que la cubría se levantó en una nube que les produjo un cosquilleo en la nariz y los obligó a retroceder, al tiempo que se sacudían y trataban de librarse de la horrible sensación de las telarañas, pegajosas y sedosas, en el rostro y las manos.

Debajo del paño había... un puñal metálico de aspecto vulgar. Hugh había visco armas mucho mejor elaboradas. Aquélla era sumamente tosca en forma y diseño; podía pasar por obra del hijo de un herrero que intentara aprender el oficio de su padre. La empuñadura y la cruz estaban forjadas en un hierro al que parecía haberse dado forma mientras se enfriaba. Las marcas de cada golpe de martillo se observaban claramente en ambas partes del puñal.

La hoja era lisa, tal vez porque estaba hecha de acero, pues resultaba reluciente como un espejo en comparación con el torpe acabado del mango. El acero estaba sujeto a la empuñadura mediante metal fundido; las señales de la soldadura se observaban con claridad.

Lo único notable que tenía el objeto eran los extraños símbolos grabados en la hoja. Unos símbolos que no eran iguales al que Hugh llevaba en el pecho, pero lo recordaban.

—Las runas mágicas —dijo Ciang. Su dedo huesudo se paseó sobre la hoja con buen cuidado de no tocarla.

— ¿Qué hace ese puñal? —preguntó Hugh, mirando el arma con una mezcla de desdén y disgusto.

—No lo sabemos —respondió Ciang. Hugh arqueó una ceja y la miró con una mueca de interrogación. La elfa se encogió de hombros—. El último hermano que lo utilizó, murió al hacerlo.

—No me extraña —refunfuñó *la Mano*—. Sin duda, trató de acabar con su víctima utilizando esta arma de niño.

Ciang movió la cabeza en gesto de negativa:

—No lo comprendes. —vió hacia él sus rasgados ojos, y Hugh advirtió de nuevo aquel extraño fulgor en su mirada—. Ese hermano murió de una impresión.

—Hizo una pausa, miró de nuevo hacia el arma y añadió, casi con indiferencia—: Le habían crecido cuatro brazos.

Hugh se quedó boquiabierto. Después, cerró las mandíbulas y carraspeó.

—No me crees. No te culpo. Yo tampoco lo creía hasta que lo vi con mis propios ojos. —Ciang contempló las telarañas como si fueran tiempo tejido—. Fue hace muchos ciclos. Cuando me convertí en *el Brazo*. El puñal nos había llegado de un señor elfo en tiempos remotos, en la primera época de existencia de la Hermandad. Fue guardada en esta bóveda con una advertencia. Según ésta, el

arma tenía una maldición. Un humano, un hombre joven, se burló del aviso; no creyó en la maldición y reclamó el puñal en préstamo, pues está escrito que «quien domine el puñal será invencible contra cualquier enemigo. *Ni los propios dioses* se atreverán a oponerse a él». —Al decir esto, estudió a Hugh. Después, añadió—: Por supuesto, eso fue en los tiempos en que no había dioses. En que ya no los había. — ¿Y qué sucedió?—quiso saber Hugh, tratando de ocultar su incredulidad puesto que era Ciang quien hablaba. —No estoy segura. El compañero de ese hombre, que sobrevivió a la experiencia, no fue capaz de ofrecernos un relato coherente. Al parecer, el joven atacó a su blanco utilizando el puñal y, de pronto, éste dejó de serlo. Se

—

transformó en una espada enorme, de múltiples hojas que giraban como aspas. Dos brazos normales no podían sostenerla. Entonces fue cuando al hombre le crecieron otros dos brazos... Le salieron del pecho. El joven vio los cuatro brazos y cayó muerto de terror, de la conmoción. Más adelante, su compañero perdió totalmente la razón y se arrojó de la isla. No lo culpo por ello. Yo también vi el cuerpo: tenía esos cuatro brazos. A veces, todavía sueño con él. Tras esto, Ciang guardó silencio con los labios apretados. Hugh alzó la mirada a aquel rostro severo y despiadado y lo vio palidecer. La presión de los labios la ayudaba a mantener firme la expresión. vió la vista al puñal y notó un nudo en el estómago.

—Ese incidente pudo ser el fin de la Hermandad. —Ciang lo miró de soslayo—. Puedes imaginar en qué habrían convertido el asunto los rumores. Tal vez habíamos sido nosotros, la Hermandad, quienes habíamos lanzado la terrible maldición sobre el joven. Me apresuré a actuar. Ordené que trajeran el cuerpo aquí al amparo de la oscuridad. Ordené traer también a su compañero y lo interrogué ante testigos. Leí a éstos el documento..., el documento que acompañaba al puñal. »Estuvimos de acuerdo en que era el propio puñal lo que estaba maldito. Prohibí su uso. Enterramos en secreto el cuerpo grotesco y se ordenó a todos los hermanos y hermanas que guardaran silencio sobre el incidente, so pena de muerte.

»De eso hace mucho tiempo. Ahora —añadió en un susurro—, soy la única que recuerda todavía la historia. Nadie más queda vivo de aquellos tiempos. Nadie, ni siquiera el Anciano, cuyo abuelo aún no había nacido cuando eso sucedió, conoce la existencia del puñal maldito. En mi última untad he escrito una orden para que no se utilice. Pero, hasta este momento, no le había contado la historia a nadie.

—Vuelve a taparlo —dijo Hugh, inflexible—. No lo quiero. Nunca he empleado la magia... —Su semblante se ensombreció.

—Nunca te habían pedido que mataras a un dios... —replicó Ciang con gesto de disgusto.

—Limbeck, el enano, dice que los dioses no existen. Dice que Haplo estaba casi muerto, como un hombre cualquiera, la primera vez que lo vio. ¡No, no lo usaré!

Dos manchas rojas de cólera se encendieron en el cadavérico rostro de la elfa. Parecía dispuesta a hacer algún comentario mordaz, pero se contuvo. Las manchas rojas se difuminaron y los ojos rasgados se vieron, de pronto, muy fríos.

—Por supuesto, amigo mío, tú decides. Sí insistes en morir con deshonor, es cosa tuya. No diré nada más, salvo recordarte que aquí está en juego otra vida. Quizá no lo habías tomado en cuenta.

— ¿Qué otra vida? —inquirió Hugh, suspicaz—. El muchacho, Bane, ha muerto.

—Pero su madre sigue viva. Una mujer que te inspira tan profundos sentimientos... ¿Quién sabe si Haplo no irá tras ella, si fracasas en tu intento? Ella sabe quién... qué es Haplo.

Hugh revivió sus recuerdos. Iridal le había dicho algo de Haplo, pero no lograba recordar qué. Habían tenido poco tiempo para hablar y él tenía la cabeza en otras cosas: en el chiquillo muerto que tenía en sus brazos, en el dolor de Iridal, en su propia confusión al encontrarse vivo cuando se suponía que estaría

—

muerto... No; lo que Iridal le hubiera contado acerca del patryn, Hugh lo había olvidado entre las sombras teñidas de horror de aquella noche terrible. ¿Qué importancia podían tener sus palabras en aquellos momentos, cuando él se proponía entregar su alma a los kenkari, cuando iba a regresar a aquel reino de belleza y paz...?

¿Intentaría Haplo encontrar a Iridal? El hombre había tomado cautivo a su hijo. ¿Por qué no a la madre? ¿Podía permitirse correr el riesgo? Al fin y al cabo, se sentía en deuda con ella. Estaba en deuda con ella por haberle fallado.

— ¿Un documento, has dicho? —comentó.

La mano de Ciang se deslizó en los grandes bolsillos de sus uminosas ropas y extrajo varios pliegos de pergamino enrollados y sujetos con una cinta negra. FJ pergamino estaba viejo y descolorido; la cinta, deshilachada y desteñida. La elfa alisó el documento con la mano.

—Anoche ví a leerlo. Es la primera vez que lo hago desde esa noche terrible. Entonces lo leí en voz alta ante los testigos. Ahora te lo leeré a ti.

Hugh se sonrojó. Lo que él deseaba era leerlo y estudiarlo en privado, pero no se atrevió a insultar a la elfa.

—Te he causado ya tantas molestias, Ciang...

—Debo traducírtelo —respondió ella con una sonrisa que daba a entender que había capeado sus pensamientos—. Está escrito en alto elfo, una lengua que se hablaba después de la separación de los mundos, pero que hoy está completamente olvidado. No podrías descifrarlo.

Hugh no puso más objeciones.

—Tráeme una silla. El texto es largo y estoy cansada de estar de pie. Y acerca la lámpara.

Hugh fue en busca de una silla y la colocó en un rincón junto a la mesa en la que descansaba el puñal «maldito». Después, permaneció fuera del claro de luz, sin lamentar que su rostro quedara oculto en las sombras, disimulando sus dudas.

Seguía incrédulo. No daba crédito a nada de aquello.

No obstante, tampoco habría creído nunca que un hombre pudiera morir y regresar otra vez a la vida.

De modo que prestó atención a la lectura.

—

. Con esto, podemos dar por seguro que el autor de este documento era miembro del clan de los elfos de Tribus, que combatirían contra sus primos paxarias en la

guerra que se conoció como «de la Sangre Fraterna». Véase La mano del caos, de El ciclo de la Puerta de la Muerte, para más detalles.

Nota adicional: hoy, este manuscrito forma parte de la colección de Haplo.

CAPÍTULO

LA HOJA MALDITA

Puesto que estás leyendo esto, hijo mío, yo he muerto y mi alma ha viajado al encuentro de Krenka-Anris para contribuir a la liberación de nuestro pueblo. Dado que hemos entrado en guerra abierta, confío en que te desempeñarás con honor en la batalla, como lo han hecho todos los que te han precedido en llevar este nombre.

Soy el primero de nuestra familia que expone este relato por escrito. Hasta hoy, la historia de la Hoja Maldita se ha transmitido oralmente de padres a hijos, musitada desde el lecho de muerte. Así lo hizo mi padre conmigo, y el suyo con él, y así hasta remontarnos a antes de la separación de los mundos. Pero, como parece probable que mi lecho de muerte sea el duro suelo de un campo de batalla y que tú, mi querido hijo, estés muy lejos en el momento señalado, te dejo esta narración para que la leas cuando haya muerto. Y también harás juramento, por Krenka-Anris y por mi alma, de transmitir todo esto a tu hijo (quiera la diosa bendecir a tu esposa con un parto normal).

En el armero hay una caja con la tapa adornada de perlas engastadas que contiene las dagas de duelo ceremoniales. Estoy seguro de que sabes a qué caja me refiero porque, de niño, ya expresabas tu admiración por los puñales; una admiración muy mal enfocada, como bien sabes ahora que eres un guerrero experimentado. Sin duda, más de una vez te habrás preguntado por qué he conservado esas dagas y, sobre todo, por qué las tengo guardadas en el armero. Poco imaginas, hijo mío, lo que ocultan estas dagas.

Escoge un momento en que tu esposa y su séquito hayan dejado el castillo. Despide a los criados y asegúrate bien de que estás solo. Ve al armero y coge esa caja. En la tapa, observarás que hay una mariposa en cada esquina. Presiona simultáneamente las mariposas de la esquina superior derecha e inferior izquierda. Con eso se abrirá un falso fondo en el lado izquierdo.

. La antigua costumbre elfa de los duelos con dagas había caído en desuso en los últimos tiempos, probablemente porque los elfos tenían que luchar por sus vidas en el campo de batalla. Los duelos alcanzaron su máxima aceptación durante el pacífico reinado de los paxarias, proporcionando a los jóvenes una manera de someter a prueba su valor sin poner a nadie en verdadero peligro. Como da a entender el elfo que escribe el documento, los puñales estaban más destinados a la exhibición que a su empleo real y solían tener empuñaduras con piedras preciosas y hojas de formas fantasiosas.

Las reglas del duelo eran complicadas. El objetivo era cortar una oreja. Un elfo que anduviera por ahí con una oreja despuntada, "humana" era objeto de ridículo. Para evitar heridas en los ojos y marcas en la cara, se empleaba un complejo arnés que sólo dejaba al descubierto las orejas.

¡Por favor, hijo mío, por el bien de mi alma y de la tuya propia, no introduces la mano en ese doble fondo!

Dentro encontrarás un puñal mucho menos artístico que el par de dagas que

ya conoces. El puñal es de hierro y parece forjado por un humano. Es un objeto muy feo y deforme y confío en que, una vez que lo hayas visto, sientas tan pocos deseos de tocarlo como los que tuve yo la primera vez que lo contemplé. Pero, ¡ay!, seguro que despierta tu curiosidad, como despertó la mía. ¡Te ruego, te suplico, mi amadísimo hijo, que reprimas esa curiosidad! Contempla la hoja y fíjate en su aspecto perverso y atiende la advertencia de tus propios sentidos, que reaccionarán con repulsión ante ese objeto.

Yo no hice caso de esa advertencia y atraje sobre mí una desgracia que ha sido una sombra permanente en mi vida. Con ese puñal, con esa Hoja Maldita, di muerte a mi amado hermano.

Imagino que habrás palidecido de la impresión al leer lo anterior. Siempre se ha dicho que tu tío murió de las heridas sufridas a manos de unos asaltantes humanos, que lo sorprendieron en un trecho solitario del camino, cerca del castillo. Esa historia no es cierta. Tu tío murió a mis manos en el armero, probablemente no muy lejos del lugar en el que te encuentras ahora. ¡Pero te juro, por Krenka-Anris, por los dulces ojos de tu madre, por el alma de mi difunto hermano, que fue ese puñal quien lo mató, y no yo!

Hete aquí lo que sucedió, y perdona la caligrafía. Todavía hoy, mientras te relato esto, me siento atenazado por el horror de ese incidente, que se produjo hace bastante más de un siglo.

Mi padre murió. En su lecho de muerte, nos contó a mi hermano y a mí la historia de la Hoja Maldita, Era un instrumento raro y valioso, nos dijo, que procedía de un tiempo en el que dos razas de dioses terribles dominaban el mundo. Estas dos razas de dioses se odiaban y se temían y cada una trataba de imponer su dominio sobre aquellos a los que llamaban *mensch*: los humanos, los elfos y los enanos. Entonces se produjeron las Guerras de los Dioses, terribles batallas de magia que arrasaron un mundo entero hasta que, por fin, ante la amenaza de ser derrotada, una de las razas de dioses causó la separación de los mundos.

Los dioses libraron estas guerras entre sí, sobre todo, pero en ocasiones, cuando se veían superados en número, reclutaban mortales para que los ayudaran. Naturalmente, éstos no podían ser rival para los ataques mágicos de los dioses, de modo que los sartán (por este nombre conocemos a los dioses) armaron a sus partidarios *mensch* con fantásticas armas mágicas.

La mayoría de estas armas se perdió durante la separación, igual que desapareció mucha de nuestra gente. Al menos, así lo cuentan las leyendas. Sin embargo, unas cuantas permanecieron en manos de los supervivientes, que las

conservaron en su poder. El puñal, según una leyenda familiar, es una de tales armas. Mí padre me contó que había visitado a los kenkari para verificarlo.

Los kenkari no pudieron asegurarle que el puñal fuera anterior a la separación, pero estuvieron de acuerdo en su carácter mágico. Le advirtieron que su magia era poderosa y le aconsejaron que no lo utilizara nunca. Mi padre era un hombre tímido y las palabras de los kenkari lo atemorizaron. Hizo construir esa caja especialmente para guardar el arma, que los kenkari habían considerado maldita. Colocó el puñal en la caja y no volvió a mirarlo nunca más.

Le pregunté por qué no lo había destruido y me respondió que los kenkari le habían advertido que no lo intentara. Un arma como aquella no podía ser

destruida jamás, dijeron. Lucharía por sobrevivir y ver con su dueño en tanto que, mientras estuviera en posesión de mi padre, éste podía garantizar que el objeto mágico no tendría poder para causar daño. Si intentaba librarse del puñal— arrojándolo al Torbellino, tal vez— el arma terminaría, simplemente, en manos de otro y podría causar grandes daños. Mi padre juró a los kenkari que la mantendría a salvo y nos obligó a efectuar la misma promesa solemne. Después de su muerte, mientras mi hermano y yo arreglábamos los asuntos pendientes de mi padre, recordamos la historia del puñal. Fuimos al armero, abrimos la caja y encontramos el puñal en el doble fondo. Me temo que, conociendo la timidez de mi padre y su amor por los relatos románticos, no dimos mucho crédito a gran parte de lo que nos había contado. ¿Aquél puñal feo y tosco, forjado por un dios? Mi hermano y yo meneamos la cabeza con una sonrisa de incredulidad.

Y, como suelen hacer los hermanos, nos enzarzamos en una parodia de duelo. (En tiempos de la muerte de mi padre éramos jóvenes. Ésta es la única excusa que puedo ofrecer para nuestra imprudencia.) Mi hermano cogió una de las dagas adornadas y yo empuñé la que llamamos, en son de broma (que la diosa perdone mi escepticismo), la Hoja Maldita.

No creerás lo que sucedió a continuación. Aún hoy, ni siquiera yo mismo estoy seguro de creerlo, pese a que lo vi con mis propios ojos.

Cuando lo tuve en la mano, noté algo extraño en el puñal. Vibraba como si fuera un ser vivo y, de pronto, cuando empecé a lanzar una fingida estocada a mi hermano, se agitó entre mis dedos como una serpiente y..., y me encontré empuñando, en lugar del puñal, una larga espada. Y, antes de que me diera cuenta de qué estaba sucediendo, la hoja de la espada había atravesado limpiamente el cuerpo de mi hermano, rajándole el corazón. Nunca, quizá ni siquiera después de muerto, olvidaré la mueca de horrorizada sorpresa y de dolor que vi en su rostro.

Dejé caer el arma y sostuve a mi hermano, pero no había remedio. Murió en mis brazos, con su sangre empapándome las manos.

Creo que lancé un grito de horror, pero no estoy seguro. Y, cuando al fin levanté la vista, encontré en el umbral de la estancia a nuestro viejo criado.

— ¡Ah! —me dijo el viejo An'lee—, ahora eres el único heredero.

Como ves, dio por sentado que había asesinado a mi hermano para hacerme con toda la herencia de nuestro padre.

Le aseguré que se equivocaba y le conté lo sucedido pero, como es lógico, no me creyó. No se lo tuve en cuenta; al fin y al cabo, yo mismo no acababa de creerlo.

El puñal había cambiado de forma otra vez. Vía a ser como lo ves ahora.

Comprendí que, si An'lee no me creía, nadie más lo haría. El escándalo traería la

—

ruina para nuestra familia. El fratricidio se castiga con la muerte y, por tanto, me ahorcarían. El castillo y las tierras serían confiscadas por el rey. Mi madre sería arrojada a las calles y mis hermanas quedarían deshonradas y sin dote. Por grande que fuese mi dolor personal (y con gusto habría confesado el hecho y cumplido la pena), no podía infligir tal perjuicio a la familia.

An'lee era leal y se ofreció a ayudarme a ocultar mi crimen. ¿Qué podía hacer yo, sino seguirle la corriente? Entre los dos, a escondidas, sacamos el cuerpo de mi desdichado hermano del castillo, lo transportamos a un lugar alejado, conocido

por ser una zona frecuentada por los bandidos Rumanos, y lo arrojamos allí en una zanja. Después, regresamos al castillo.

Le conté a nuestra madre que mi hermano había oído rumores de partidas de bandidos humanos y había salido a investigar. Cuando fue encontrado el cuerpo, días más tarde, se dio por hecho que había tenido un mal encuentro con el grupo al que buscaba. Nadie sospechó nada. An'lee, fiel servidor, se llevó el secreto a la tumba.

En cuanto a mí, no puedes imaginar, hijo mío, la tortura que he soportado. A veces he creído que el sentimiento de culpa y la pena iban a verme loco. Noche tras noche, permanecía despierto y acariciaba la idea de arrojarme del parapeto y poner fin a la agonía, de una vez por todas. Pero tuve que seguir viviendo, por el bien de otros, ya que no por el mío.

Me propuse destruir el puñal, pero tenía grabada en la cabeza la advertencia de los kenkari a mi padre. ¿Y si caía en otras manos? ¿Y si decidía matar otra vez? ¿Por qué debía nadie más sufrir lo que había pasado yo? No; como parte de mi penitencia, conservaría la Hoja Maldita en mi poder. Y estoy obligado a transmitirme su custodia. Es la carga que lleva nuestra familia, y que deberá seguir acarreando hasta el fin de los tiempos.

Compadéceme, hijo, y reza por mí. Krenka—Anris, que todo lo ve, conoce la verdad y confío en que me perdonará. Como hará, espero, mi querido hermano. Y te imploro, hijo mío, por lo que más quieras... por la diosa, por mi recuerdo, por el corazón de tu madre, por los ojos de tu esposa, por tu hijo no nacido... te encarezco que conserves en lugar seguro la Hoja Maldita y que nunca, jamás, la toques o vuelvas a mirarla siquiera.

Que Krenka—Anris esté contigo.

Tu padre, que te quiere.

—

CAPÍTULO

FORTALEZA DE LA HERMANDAD

SKURVASH

ARIANO

Ciang concluyó la lectura y levantó la vista hacia Hugh.

Mientras ella leía la cana, *la Mano* había permanecido en silencio, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de cuero y la espalda apoyada en la pared. Por fin, desplazó el cuerpo para apoyar su peso alternativamente sobre ambos pies, cruzó los brazos y bajó la vista al suelo.

—No le das crédito —murmuró la elfa.

Hugh movió la cabeza:

—Un asesino que trata de sacarse de encima un muerto. Dice que nadie sospechó, pero es evidente que no fue así, y el tipo trata de justificarse con su hijo antes de marcharse a la guerra.

Ciang mostró su enfado. Sus labios desaparecieron, convertidos en una fina línea de irritación.

—Si fueras un elfo, lo habrías creído. Incluso hoy, los juramentos que hace no se lanzan a la ligera.

Hugh se sonrojó y se apresuró a disculparse:

—Lo siento, Ciang. No pretendía ser irrespetuoso. Es sólo que... he visto algunas armas mágicas en mi vida y no he conocido ninguna capaz de una cosa

así, ni nada parecido.

— ¿Y cuántos hombres has conocido que, después de muertos, hayan sido devueltos a la vida, Hugh *la Mano*? —inquirió Ciang con voz suave—. ¿Y cuántos son cuatro brazos? ¿O acaso ahora te niegas a darme crédito a mí, también?

Hugh bajó la vista y la clavó otra vez en el sucio. Con expresión torva y sombría, contempló de nuevo el puñal.

—Entonces, ¿cómo funciona?

—

—No lo sé —respondió Ciang, también con la mirada fija en la tosca arma—. Tengo algunas suposiciones, pero sólo son eso; suposiciones. Ahora sabes tanto de este asunto como yo.

Hugh se revió, inquieto.

— ¿Cómo llegó a poder de la Hermandad? ¿Sabrías decirme eso?

—Ya estaba aquí cuando llegué, pero la respuesta no es muy difícil de imaginar. La guerra elfa fue larga y costosa y causó la ruina de muchas familias elfas. Quizás esta noble familia pasó tiempos difíciles y uno de los hijos menores se vio obligado a buscar fortuna y se afilió a la Hermandad. Tal vez trajo consigo la Hoja Maldita; ahora, sólo Krenka—Anris sabe qué sucedió en realidad. El hombre que me precedió en el cargo me entregó la caja con la carta; era un humano que no había leído su contenido, ni lo habría entendido, de haberlo hecho. Sin duda, sólo eso explica que permitiera que el puñal se entregara en préstamo.

— ¿Y tú nunca has permitido que nadie lo usara? —preguntó Hugh con una mirada penetrante.

—Jamás. Olvidas, amigo mío —añadió Ciang—, que ayudé a enterrar al hombre de los cuatro brazos. Pero, por otra parte, ninguno de nosotros se ha visto tampoco, hasta hoy, en la obligación de matar a un dios.

— ¿Y crees que con esa arma es posible hacerlo?

—Si crees el relato, fue creada precisamente con ese propósito. He pasado la noche estudiando la magia sartán; aunque ese hombre al que debes matar no es uno de ellos, la base de la magia que utiliza es, en esencia, la misma.

Ciang se puso en pie y se desplazó con paso lento desde la silla hasta las inmediaciones de la mesa sobre la que descansaba la caja del puñal. Sin dejar de hablar, pasó delicadamente la larga uña del índice por la empuñadura, siguiendo las marcas del martillo en el metal. Pero tuvo buen cuidado de no tocar la hoja en sí, la hoja marcada de runas.

—Un mago de Paxaria, que vivió en los tiempos en que los sartán vivían todavía en el Reino Medio, hizo un intento de desentrañar los secretos de la magia sartán. No es un caso raro. Sinistrad, el hechicero, hizo lo mismo, según me han dicho...

La mirada de Ciang se desvió en dirección a Hugh. Él frunció el entrecejo y asintió, pero no dijo nada.

—Según ese mago la magia sartán es muy distinta de la elfa. Y de la humana. Su magia no se basa en manipular sucesos naturales como la humana, ni se utiliza para potenciar la mecánica, como hacemos los elfos. Vuestra magia y la nuestra funcionan con lo pasado o con lo que existe aquí y ahora; la de los sartán controla el futuro. Y eso es lo que la hace tan poderosa. Y la utilizan controlando el flujo de las posibilidades,

Hugh puso expresión de perplejidad. Ciang hizo una pausa para reflexionar.

— ¿Cómo puedo explicártelo? Supongamos, amigo mío, que estamos en esta sala cuando, de repente, trece hombres entran en tromba por esa puerta para atacarte. ¿Qué harías?

Hugh le dedicó una mueca irónica.

—Saltar por la ventana.

Ciang sonrió y apoyó la mano en su hombro.

—Siempre prudente, amigo mío. Gracias a ello has vivido tanto. Sí, ésa sería una posibilidad, desde luego. Y aquí hay numerosas armas que te ofrecen muchas otras alternativas. Podrías utilizar una pica para mantener a raya a los atacantes.

—

Podrías arrojarles unas flechas explosivas elfas. Incluso podrías echarles una de esas pociones humanas que desencadenan tormentas de fuego. Tendrías a tu alcance todas estas posibilidades.

»Y existen otras, amigo mío. Algunas más extrañas, pero todas posibles. Por ejemplo, el techo podría desplomarse inesperadamente y aplastar a tus enemigos. El peso de todos ellos podría provocar el hundimiento del suelo bajo sus pies.

Podría entrar ando por la ventana un dragón y devorarlos.

— ¡No es probable! —exclamó Hugh con una breve risa tétrica.

—Pero reconoces que es posible, ¿no?

— ¡Cualquier cosa es posible!

—Casi cualquiera. Aunque, cuanto más improbable es la posibilidad, más poder se necesita para producirla. Los sartán tienen la facultad de escrutar el futuro, estudiar las posibilidades y escoger aquella que más les conviene. Entonces, la invocan y hacen que cobre realidad. Así fue, amigo mío, como fuiste devuelto a la vida.

Hugh había dejado de reírse.

— ¿De modo que Alfred buscó en el futuro y descubrió la posibilidad...?

—... de que sobrevivieras al ataque del hechicero. Entonces, la escogió y tú viste a la vida.

—Pero ¿eso no significaría que no había llegado a estar muerto, realmente?

— ¡Ah! En este punto topamos con el arte prohibido de la nigromancia. A los sartán no les estaba permitida su práctica, según el mago...

—Sí, Iridal comentó algo al respecto, lo cual provocó que Alfred negara haber utilizado su magia conmigo. «Por cada uno que es devuelto a la vida cuando ha llegado su hora, otro muere antes de la suya», fueron sus palabras. Bane, tal vez. Su propio hijo.

Ciang se encogió de hombros.

— ¿Quién sabe? Es probable que, si Alfred hubiera estado presente cuando el hechicero te atacó, hubiese podido salvarte la vida. En ese caso, no habrías muerto. Pero ya lo estabas, y ése era un hecho que no podía alterarse. La magia sartán no puede cambiar el pasado; sólo afecta al futuro. Anoche pasé largas horas reflexionando sobre ello, amigo mío, utilizando el texto del mago como referencia aunque el autor no se dignó referirse a la nigromancia, ya que los sartán no la estaban practicando en esa época.

«Sabemos que moriste. Y que experimentaste otra vida después de la muerte.

—Ciang torció levemente el gesto al decirlo—, Y ahora estás vivo. Concibe esto como un niño que juega a la pídola. El niño empieza en este punto. Salta por encima de la espalda del chico que tiene delante y llega al punto siguiente. Alfred

no puede cambiar el hecho de que moriste, pero puede saltar por encima de ello, por así decirlo. Avanza de atrás adelante...

— ¡Y me deja atrapado en medio!

—Sí, creo que eso es lo que ha sucedido. No estás muerto, pero tampoco estás vivo de verdad.

Hugh miró a la elfa:

—No pretendo ofenderte, Ciang, pero no puedo aceptarlo. ¡No tiene sentido!

—Quizá yo tampoco. —Ciang movió la cabeza—. Es una teoría interesante. Y me ayudó a pasar las largas horas de la noche. Pero vamos al arma. Ahora que sabemos más acerca del funcionamiento de la magia sartán, podemos empezar a entender cómo actúa ese puñal...

—

—... dando por sentado que la magia patryn funciona como la sartán.

—Puede haber algunas diferencias, igual que la magia elfa es diferente de la humana. Pero repito que los fundamentos son los mismos. Primero, estudiemos esa historia del señor elfo que mató a su hermano. Concedamos que todo lo que cuenta es cierto. ¿Qué podemos deducir, entonces?

»Los dos hermanos se enzarzan en un duelo amistoso con armas blancas, pero el puñal que nuestro elfo ha escogido no sabe que la lucha es fingida. Sólo sabe que se enfrenta a un oponente que empuña una daga...

—Y, entonces, entra en acción, y lo hace convirtiéndose en un arma superior—asintió Hugh, observando la hoja con más interés—. Eso tiene sentido. Un hombre te acomete con un puñal. Si tienes la posibilidad de escoger tu arma, optarás por una espada. Así, el oponente no tiene ocasión de penetrar en tu guardia.

Hugh levantó la vista hacia Ciang, perplejo.

— ¿Y tú crees que el arma escogió por sí misma convertirse en espada?

—Eso —respondió la elfa, muy despacio—, o reaccionó al deseo del señor elfo.

¿Y si éste pensó en aquel instante, como mera conjetura, desde luego, que una espada sería el arma perfecta frente a un adversario que empuñaba una daga... y, de pronto, se encuentra con la espada en la mano?

—Pero... estoy seguro de que el hombre de los cuatro brazos no deseó que le saliera el par extra —protestó Hugh.

—Quizá deseó tener una espada más grande y terminó con una de tal tamaño y peso que eran precisos cuatro brazos para sostenerla. —Ciang dio unos golpecitos en el mango del puñal con la uña—. Es como el cuento de hadas que oíamos de niños: la hermosa doncella que anhelaba la vida inmortal y se le concedió su deseo. Pero se le olvidó pedir la eterna juventud, de modo que se hizo más y más vieja, y su cuerpo se marchitó hasta convertirse en un pellejo. Y así se vio condenada a vivir sin fin...

Hugh tuvo una súbita visión de sí mismo condenado a una existencia parecida. Miró a Ciang, que había vivido mucho tiempo más que el elfo más longevo...

—No —respondió ella a su muda pregunta—. Yo nunca encontré un hada.

Nunca la he buscado. Moriré. Pero tú, amigo mío..., no estoy tan segura. Ese sartán, Alfred, es el que tiene el control de tu fu—curo. Debes encontrarlo para recobrarla libertad de tu alma.

—Lo haré —afirmó Hugh—. Tan pronto como haya librado al mundo de ese

Haplo. Cogeré el puñal. Tal vez no lo use, pero podría resultar útil. Posiblemente...
—añadió con una sonrisa torcida.

Ciang le dio permiso con un gesto de cabeza.

Hugh titubeó un instante, flexionó las manos con nerviosismo y, notando los ojos rasgados de la elfa fijos en él, se apresuró a enver el puñal en su paño de terciopelo negro y lo levantó de la caja. Después, lo sostuvo en la mano y lo observó con suspicacia, manteniéndolo lejos del cuerpo.

El puñal no hizo nada, aunque a Hugh le pareció notar que temblaba, que latía con la misteriosa vida mágica que poseía. Empezó a ceñírselo a la cintura, pero entonces lo pensó mejor y lo mantuvo en la mano. Necesitaría una vaina para llevarlo; una vaina que pudiera colgarse al hombro, para evitar el contacto con el metal. La sensación del arma en la mano, culebreando como una anguila, era desconcertante.

—

Ciang dio media vuelta para dirigirse a la salida. Hugh le ofreció el brazo y la elfa lo aceptó, aunque se esmeró en no apoyarse en él. Avanzaron con paso lento. Un pensamiento le vino a la cabeza a Hugh. Sonrojándose, se detuvo Bruscamente.

— ¿Qué sucede, amigo mío?

—Yo... no tengo con qué pagar esto, Ciang —reconoció, avergonzado—. Las riquezas que poseía las entregué a los monjes kir. A cambio de haberme dejado vivir con ellos.

—Ya pagarás —respondió Ciang, y la sonrisa que apareció en su rostro resultó sombría y melancólica—. Llévate la Hoja Maldita, Hugh *la Mano*. Llévate también tu maldita persona. Éste será el pago que des a la Hermandad. Y, si alguna vez regresas, el siguiente pago será cobrado en sangre.

—

CAPÍTULO

TERREL FEN DREVLIN

ARIANO

Marit no tuvo dificultades para cruzar la Puerta de la Muerte. El tránsito era mucho más sencillo ahora, con la Puerta abierta, que en los primeros viajes aterradores que había realizado su compatriota, Haplo. El abanico de destinos se desplegó ante sus ojos: las terribles calderas de lava del mundo que acababa de dejar, la joya de zafiros y esmeraldas que era el mundo acuático de Chelestra, las frondosas junglas bañadas por el sol de Pryan, las islas flotantes y la gran máquina de Ariano. E, insertado en aquellos cuatro, un mundo de paz y belleza maravillosas que resultaba irreconocible, pero que le producía un extraño vuelco del corazón.

Marit hizo caso omiso de aquellas sensaciones, debilitadoras y sentimentales. No les encontraba mucho sentido, pues no tenía idea de qué mundo era aquél y se negaba a dejarse llevar por conjeturas sin base. Su señor, su marido, le había hablado de los otros mundos y no había mencionado aquél. Si Xar lo hubiera considerado importante, no habría dejado de informarle.

Seleccionó un destino: Ariano.

En el tiempo que se tarda en parpadear, la nave cubierta de runas se deslizó

por la abertura de la Puerta de la Muerte y Marit se vio sumergida casi al instante en las violentas tormentas del Torbellino.

A su alrededor crepitaron los relámpagos, estallaron los truenos, sopló el vendaval y la lluvia azotó la nave. Marit capeó la tormenta con calma, contemplándola con cierta curiosidad. Había leído los informes de Haplo sobre Ariano y sabía qué debía esperar. La furia de la tormenta no tardaría en amainar y entonces podría atracar la nave sin riesgos.

Hasta entonces, se dedicó a observar y esperar.

Poco a poco, los relámpagos se hicieron menos violentos y los truenos sonaron más lejanos. El chapaleteo de la lluvia sobre el casco de la nave persistió, pero más ligero.

—
. Marit no lo sabe, pero su embarcación toca tierra no lejos del paraje en el cual Hugh la Mano, Alfred y Bañe atracaron con el Ala de Dragón. La parte de la máquina que alcanza a contemplar es la ciudad de Het.
. La mano del caos, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

Marit empezó a apreciar, a través de las nubes impulsadas por el viento, varias islas flotantes de coralita dispuestas como peldaños de una escalera. La patryn supo dónde estaba. La descripción de Ariano que Haplo había ofrecido a Xar, y que éste había repetido a Marit, era muy precisa y detallada. Reconoció las islas como los Peldaños de Terrel Fen. Pilotó la nave entre ellos y llegó al vasto continente flotante de Drevlin. Atracó la nave en el primer lugar accesible de la costa pues, aunque la embarcación estaba protegida por la magia rúnica y, por tanto, no sería visible para los mensch a menos que la buscaran específicamente, Haplo se percataría de su presencia y sabría enseguida qué estaba sucediendo.

Según la información de Sang-drax, el último paradero conocido de Haplo era la ciudad que los enanos de aquel mundo llamaban Wombe, en la parte occidental de Drevlin. Marit no tenía una idea muy precisa de dónde se encontraba pero, dada la proximidad de Terrel Fen, dedujo que había tocado tierra cerca del borde del continente; posiblemente, cerca de donde el propio Haplo había sido conducido para recuperarse de las heridas sufridas en su primera visita, cuando su nave se había estrellado contra los Peldaños.

A través de la portilla de la nave, Marit alcanzó a ver lo que, supuso, era una parte de aquella máquina asombrosa conocida como la Tumpa-chumpa. La encontró admirable. La descripción de Haplo y las explicaciones añadidas de su señor no la habían preparado para algo semejante.

Construida por los sartán para proveer de agua a Ariano y de energía a los otros tres mundos, la Tumpa-chumpa era un monstruo enorme que se extendía a lo largo y ancho del continente. La inmensa máquina, de forma y diseño fantásticos, estaba hecha de oro y plata, de bronce y acero. Sus diversas partes estaban construidas a semejanza de partes del cuerpo de un ser vivo, fuese humano o de algún animal. Hacía muchísimo tiempo, aquellos brazos y piernas, zarpas y espolones, oídos y ojos —todo ello, metálico— habían formado tal vez un todo reconocible. Sin embargo, abandonada a su propia suerte durante siglos, la máquina los había distorsionado por completo, hasta convertirse en una visión dantesca.

El vapor escapaba de lo que parecían bocas humanas en pleno grito.

Colosales espolones de ave se clavaban en la coralita; colmillos de felino

arrancaban pedazos de suelo y los escupían.

Al menos, éste habría sido el panorama, de haber estado en funcionamiento la máquina. Pero, hacía algún tiempo, la Tumpa-chumpa se había detenido por completo, misteriosamente. Ahora, una vez descubierta la causa de la paralización —la apertura de la Puerta de la Muerte—, los enanos tenían los medios para poner en actividad de nuevo la gran máquina.

Por lo menos, eso era lo que había contado Sang-drax. A ella le correspondía descubrir si era verdad.

Escrutó el horizonte, que parecía sembrado de restos de un cuerpo descuartizado. Ya no sentía un especial interés por la máquina, pero continuó observando para comprobar si alguien había advertido la arribada de la nave. Las runas invocarían la posibilidad de que cualquier extraño que no buscara específicamente una nave en aquel lugar pasara de largo sin verla, lo cual hacía casi invisible la embarcación.

—*. Las mujeres de! Laberinto, en especial las corredoras, visten igual que los hombres: pantalones y chalecos de cuero, cubiertos de runas de protección. Las pobladoras, que son recolectoras y cultivadoras, llevan en ocasiones una falda para ayudarse en esas tareas. Tales faldas se colocan sobre los pantalones y pueden quitarse fácilmente si la mujer necesita huir o enfrentarse a un enemigo que la acosa.*

Con todo, siempre existía el riesgo, por mínimo que fuese, de que algún mensch estuviese mirando precisamente hacia allí y se hubiera percatado de su presencia. Los mensch no podrían causar daños en la nave; las runas se encargarían de ello. Pero un ejército de aquellos mensch arrastrándose en torno al casco sería una evidente molestia, por no hablar del hecho de que la noticia podía llegar a oídos de Haplo.

Pese a sus temores, no vio aparecer sobre el terreno empapado por la lluvia ningún ejército de enanos. Otra tormenta empezaba a oscurecer el horizonte. Gran parte de la máquina quedaba ya cubierta de nubes amenazadoras, cargadas de relámpagos. Marit sabía, por la experiencia anterior de Haplo, que los enanos no se aventuraban bajo la tormenta. Satisfecha y sintiéndose a salvo, se cambió de ropas y se puso las prendas sartán que había escogido en Abarrach.

—¿Cómo pueden soportar esto esas mujeres? —murmuró.

Era la primera vez que se probaba un vestido, y la falda larga, junto con el corpiño ceñido, le resultaba oprimente, engorrosa y difícil de llevar. Observó la ropa con aire ceñudo. El tacto del tejido sartán le resultaba irritante. Aunque se dijo a sí misma que todo era cosa de su mente, de repente se sintió terriblemente incómoda con las ropas de una enemiga. De una enemiga muerta, además. Decidió quitarse el vestido.

Al momento, contuvo su impulso. Estaba actuando irracionalmente, como una estúpida. Su señor, su marido, no se sentiría satisfecho. Al estudiar su imagen reflejada en el cristal de la portilla, tuvo que reconocer que el vestido era un camuflaje perfecto. Con él, resultaba idéntica a los mensch cuyas imágenes había visto en los libros de su señor..., de su marido. Ni siquiera Haplo, si por casualidad la veía, sería capaz de reconocerla.

—Aunque, de todas formas, no creo que se acordara de mí —murmuró para sí mientras daba unos pasos por la cabina de la nave, tratando de acostumbrarse a la falda larga, con la que tropezaba continuamente hasta que aprendió a caminar

con pasos cortos—. Los dos hemos cruzado demasiadas puertas desde nuestro encuentro.

Acompañó sus palabras con un suspiro, y el sonido de éste la alarmó. Hizo una pausa en su deambular y se detuvo a reflexionar sobre sus sentimientos, a examinarlos en busca de algún punto débil como inspeccionaría sus armas antes de marchar al combate. Aquel encuentro. Aquel tiempo que habían pasado juntos...

El día había sido largo y cansado. Marit lo había pasado batallando, no contra un monstruo del laberinto, sino contra un pedazo del Laberinto mismo. Había tenido la impresión de que el propio terreno estaba poseído por la misma magia maléa que gobernaba aquel mundo prisión al que habían sido arrojados los patryn. El destino de Marit, la siguiente puerta, estaba al otro lado de una cresta montañosa de laderas cortadas a pico. Había alcanzado a divisar la puerta desde la copa del árbol en el que había pasado la noche, pero no encontraba el modo de alcanzarla.

Por el lado que tenía que escalar, la sierra era de una roca lisa, resbaladiza como el hielo, por la que resultaba casi imposible subir. Casi, pero no del todo. En

el Laberinto no había nada que resultase absolutamente imposible, Todo ofrecía alguna esperanza; una esperanza burlona y provocadora. Un día más y alean/aras tu objetivo. Una batalla más y podrás descansar a salvo. Sigue luchando, sigue escalando, sigue caminando, sigue corriendo...

Y lo mismo sucedía con aquellos riscos. La pared era de roca lisa, pero rota por pequeñas fisuras que proporcionaban una vía de ascenso, si se era capaz de introducir en ellas los dedos despellejados y sangrantes. Y, justo cuando se disponía a encaramarse a lo más alto, el pie resbalaba... ¿o tal vez la hendidura en la que había apoyado las puntas de los dedos se cerraba deliberadamente? ¿En qué momento la superficie firme que tenía bajo los pies se transformaba, bruscamente, en arena suelta? ¿Cuál era la causa de que le resbalaran las manos: el sudor o aquella extraña humedad que exudaba de la propia roca?

Entonces, Marit caía deslizándose entre maldiciones, asiéndose a las plantas para tratar de frenar el descenso. Unas plantas que le clavaban sus ocultas espinas en las palmas de las manos o que, cuando la patryn se agarraba a ellas, se desprendían del suelo y la acompañaban en la caída.

Dedicó una jornada entera a intentar superar la cresta montañosa, recorriéndola arriba y abajo en un esfuerzo por encontrar un paso. La búsqueda resultó infructuosa. Se aproximaba la noche y no estaba más cerca de su objetivo que con las primeras horas del día. Le dolía todo el cuerpo y tenía las palmas de las manos y las plantas de los pies (se había quitado las botas para intentar la escalada) llenas de cortes y ensangrentadas. Estaba hambrienta y no tenía nada que comer, pues se había pasado el día escalando, sin cazar.

Al pie de la sierra corría un arroyo. Marit se lavó los pies y las manos en el agua fría y buscó algún pescado que le sirviera de cena. Vio varios pero, de pronto, el esfuerzo preciso para capturarlos le resultó excesivo. Estaba cansada, mucho más cansada de lo que habría sido de esperar, y comprendió que el suyo era el agotamiento de la desesperación. Un agotamiento que podía resultar mortal en el Laberinto.

Aquel cansancio significaba que una dejaba de preocuparse, que una buscaba

un rincón tranquilo donde dejarse morir.

¿Tanto empeño, para qué?, se preguntó, chapoteando con la mano en el agua, insensible ya al dolor, insensible ya a cualquier cosa. ¿De qué servía, tanto esfuerzo? Si lograba superar aquella cadena de montañas, detrás sólo encontraría otra. Más alta. Más difícil.

Marit observó el reguero de sangre que manaba de los cortes de las manos, lo vio fluir entre el agua clara y descender con la corriente. En su mente aturdida, vio brillar su sangre en la superficie del agua, formando un reguero que conducía a un saliente en la ribera del arroyo. Al levantar la mirada, distinguió la cueva.

Era pequeña y se abría en el terraplén de la orilla. Podía resguardarse en su interior y allí nada la encontraría. Podía refugiarse en sus sombras y dormir. Dormir todo el tiempo que quisiera. Dormir para siempre, tal vez.

Marit se introdujo en el agua y vadeó la corriente. Cuando llegó al otro lado, avanzó despacio y con cautela por las aguas poco profundas junto a la orilla, bajo la protección de los árboles que bordeaban el arroyo. , las cavernas rara vez estaban desocupadas, pero una ojeada a la piel tatuada de runas le confirmó que, si había algo en el interior, no era demasiado grande ni amenazador. Lo más probable era que pudiese dar buena cuenta de lo que fuese, sobre todo si

—

conseguía sorprenderlo. O quizá, por una vez en la vida, la suerte le sonriese.

Quizás encontrase vacía la cueva.

Cuando estuvo en las inmediaciones sin haber visto u oído nada y sin que sus tatuajes ofrecieran ninguna advertencia de peligro, Marit salió del agua de un salto y cubrió a la carrera la escasa distancia que la separaba de la entrada. Llegó a desenvainar el puñal en una concesión a los posibles riesgos, pero lo hizo más por un impulso natural que por temor a ser atacada. Finalmente, se había convencido de que la cueva estaba vacía y de que era suya.

Por eso se llevó una sorpresa morrocotuda al descubrir a un hombre instalado cómodamente en su interior.

Al principio, Marit no se percató de su presencia, deslumbrada por el reflejo de los inclinados rayos del sol poniente sobre el agua del arroyo. En el interior de la caverna reinaba la oscuridad y el hombre estaba sentado, muy quieto. A pesar de ello, Marit percibió su presencia por el olor y, al cabo de un instante, por el sonido de su voz.

—Quédate ahí, a la luz —dijo el desconocido con voz pausada y tranquila.

Por supuesto que estaba tranquilo. La había visto acercarse y había tenido tiempo para prepararse. Marit se maldijo a sí misma, pero maldijo aún más al individuo.

— ¡Al carajo con la luz! —exclamó ella. Penetró en la cueva y se encaminó hacia donde había sonado la voz, parpadeando rápidamente para intentar localizar a su dueño—. ¡Fuera! ¡Sal de mi cueva!

Marit estaba arriesgándose a morir a manos del desconocido y lo sabía. Quizá lo deseaba. La advertencia del hombre de que se quedara a la luz tenía una razón. En ocasiones, el Laberinto enviaba contra los patryn copias mortíferas de sí mismos; «espantajos» las llamaban. Eran idénticos a los patryn en todos los detalles, excepto en que los signos mágicos de su piel estaban del revés, como si uno viera su propio reflejo en un lago.

El ocupante de la cueva se puso en pie en un abrir y cerrar de ojos. Marit ya

estaba en condiciones de verlo y, a pesar de sí misma, se sintió impresionada con la facilidad y rapidez de sus movimientos. Podría haberla matado, pues iba armada y había irrumpido ante él de mala manera, pero no lo hizo.

— ¡Fuera! —insistió. Dio un enérgico pisotón en el suelo y exhibió el puñal.

— ¡No! —replicó el hombre, y vió a sentarse.

Al parecer, Marit lo había interrumpido en mitad de alguna tarea, pues el desconocido cogió algo entre las manos —la patryn no pudo distinguir qué era a causa de las sombras y de las lágrimas que, de pronto, le escocían los ojos— y se puso a trabajar.

—Pero... quiero morir aquí —dijo ella—, y me estorbas.

Él levantó el rostro y asintió fríamente.

—Lo que necesitas es comer. Supongo que no has probado bocado en todo el día, ¿me equivoco? Coge lo que quieras. Hay pescado fresco y bayas.

Marit movió la cabeza en gesto de negativa. Seguía de pie con el puñal en la mano.

—Como prefieras —continuó el hombre, encogiéndose de hombros—. ¿Has estado tratando de escalar la sierra? —Debía de haber observado los cortes de sus manos—. Yo, también —prosiguió, por propia iniciativa. Marit no lo había invitado en absoluto a hacerlo—.

—*Líder de una tribu de pobladores, famosos por su sabiduría.*

Durante una semana. Cuando te oí acercarte, estaba aquí sentado, pensando que dos personas podrían conseguirlo, trabajando en equipo, y si tuvieran una cuerda.

Entonces, levantó lo que tenía entre las manos. Eso era lo que estaba haciendo: trenzar una cuerda.

Marit se dejó caer en el suelo. Alargó la mano, cogió un pedazo de pescado y empezó a comer con voracidad.

— ¿Cuántas puertas? —preguntó él, entrelazando las enredaderas con habilidad.

—Dieciocho—respondió ella, estudiando el movimiento de sus manos.,

El patryn levantó la vista con expresión ceñuda.

— ¿Por qué me miras así? Es verdad —dijo Marit en tono defensivo.

—Me sorprende que hayas vivido tanto, teniendo en cuenta lo descuidada que eres. Te he oído acercarte desde que te has metido en el agua.

—Estaba cansada —respondió ella con enfado—. Y, en realidad, no me importaba. Y tú no puedes ser mucho mayor que yo, así que no me hables como un conductor.

—Es peligroso —dijo él, sin alterarse. Todos sus actos eran tranquilos. Su voz era serena; sus movimientos, calmados.

— ¿El qué?

—Despreocuparse.

Sus ojos se clavaron en ella. Marit notó un hormigueo en las venas.

—Más peligroso es preocuparse —replicó—. Le impulsa a uno a hacer cosas estúpidas, Como no matarme. Con ese breve vistazo inicial, no podías estar seguro de que no fuera un espantajo.

— ¿Alguna vez has luchado con un espantajo?

—No —reconoció ella.

El patryn le dedicó una sonrisa. Una sonrisa tranquila.

—Normalmente, un espantajo no comienza un ataque irrumpiendo de improviso y exigiéndome que salga de su cueva.

Marit no pudo contener una carcajada. Empezaba a sentirse mejor. Debía de ser cosa de la comida.

—Eres una corredora, ¿verdad?

—Sí. Dejé el campamento cuando tenía doce años, de modo que, en realidad, suelo ser bastante más juiciosa de lo que he demostrado en esta ocasión —explicó, sonrojada—. No era capaz de razonar con coherencia. —Su tono de voz se apagó un poco—. Ya sabes lo que sucede a veces...

Él asintió y continuó trabajando. Sus manos eran fuertes y hábiles. Marit se acercó un poco más.

—Dos personas juntas podrían salvar esos riscos. Me llamo Marit.

Abrió el chaleco de cuero y dejó a la vista la runa del corazón tatuada en su pecho. Era una muestra de confianza.

Él dejó la cuerda, se subió el chaleco y mostró la suya.

—Yo soy Haplo,

—Permite que te ayude —se ofreció ella.

Levantó un enorme retijo de enredaderas y empezó a separarlas para que Haplo pudiera trenzar una buena sogá con ellas. Mientras trabajaban, se dedicaron a charlar.

—*Un patryn que conoce a otro puede actuar sobre la posibilidad de estar con ese otro patryn, y la magia los reunirá. Pero, así como un patryn debe poder visualizar mentalmente un lugar para que la magia lo transporte hasta allí, Marit debía hacerse una imagen mental de Haplo antes de poder utilizar la magia para acercarse a él.*

Sus manos se rozaron a menudo y muy pronto, por supuesto, ella tuvo que sentarse muy próxima a Haplo para que él pudiera enseñarle cómo se entrelazaba correctamente la cuerda. Y, un rato después, arrojaron ésta al fondo de la cueva para que no los estorbara...

Marit se obligó a revivir aquella noche y comprobó, complacida, que no la atenazaban emociones poco recomendables, que no quedaba en ella ni un rescoldo de atracción por Haplo. Ahora, el único contacto que podía inflamar su ser era el de su señor, Xar. No la sorprendía que así fuese. Al fin y al cabo, había habido otras cuevas, otras noches, otros hombres. Ninguno como Haplo, tal vez, pero incluso Xar había reconocido que Haplo era distinto de los demás patryn. Resultaría interesante ver de nuevo a Haplo. Sería interesante comprobar cómo había cambiado.

Marit estimó que estaba preparada para pasar a la acción. Había aprendido a moverse con la falda larga, aunque seguía sin gustarle y continuaba preguntándose cómo una mujer, aunque fuera una mensch, podía soportar permanentemente una prenda tan molesta.

Otra tormenta descargó sobre Drevlin, pero Marit prestó poca atención al azote de la lluvia y al retumbar del trueno. No tendría que aventurarse bajo ella, pues la magia la conduciría a su destino. La magia la conduciría a Haplo. Sólo debía tener cuidado de que no la condujera demasiado cerca.

Se echó sobre los hombros una larga capa y se cubrió la cabeza con la capucha. Después, se contempló por última vez y quedó satisfecha. Haplo no la reconocería. En cuanto a los mensch...

Marit se encogió de hombros. No había conocido a ningún humano, ni a ningún otro mensch, y, como la mayoría de los patryn, sentía poco respeto por ellos. En aquel momento, iba disfrazada como una de ellos y se proponía mezclarse con los otros humanos. Tenía pocas dudas de que llegarán a advertir alguna diferencia.

No pensó que los enanos podían extrañarse de la súbita aparición de una mujer humana entre ellos. Para Marit, todos los mensch eran iguales. ¿Qué importaba una rata más en el grupo?

La patryn empezó a trazar los signos mágicos en el aire, los pronunció y contempló cómo se encendían y ardían. Cuando el círculo estuvo completo, lo atravesó y desapareció.

—

CAPÍTULO WOMBE, DREVLIN ARIANO

En cualquier otro momento de la larga —y algunos calificarían de ignominiosa— historia de Drevlin, la visión de una mujer humana recorriendo los pasadizos iluminados de la Factría habría provocado un considerable desconcierto, por no decir asombro. Ninguna mujer humana, desde el principio del mundo, había pisado el suelo de la Factría. Incluso los pocos varones humanos que lo habían hecho sólo habían entrado allí en fechas muy recientes, formando parte de la tripulación de una nave que había ayudado a los enanos en la histórica batalla de la Tumpa-chumpa.

Si la hubieran descubierto, Marit no habría corrido ningún peligro, salvo quizá ser acosada a porqués, cómo y qué hasta la muerte... la muerte de los enanos, porque Marit no era una patryn que hubiese aprendido la lección de la paciencia. Lo que quería, lo cogía. Si algo se interponía en su camino, lo apartaba. Sin contemplaciones.

Pero la visitante tuvo la fortuna de llegar a la Factría en uno de esos momentos de la historia que son a la vez el más oportuno y el más inoportuno. Llegó en el instante más oportuno para ella, y en el más inoportuno para Haplo. En el preciso momento en que Marit se materializaba en el interior de la Factría y emergía del círculo de su magia, que había alterado la posibilidad de encontrarse allí y no en otra parte, un contingente de elfos y humanos se reunía con los enanos para formar una histórica alianza. Como suele suceder en estas ocasiones, los nobles y poderosos no podían llevar a cabo aquel acto sin ser observados por los seres más corrientes y humildes. Así, un número enorme de representantes de todas las razas mensch deambulaba por el suelo de la Factría por primera vez en la historia de Ariano. Entre ellos había un grupo de humanas del Reino Medio, damas de compañía de la reina Ana.

Marit permaneció entre las sombras, observó y escuchó. Al principio, cuando advirtió el gran número de mensch, temió haber caído accidentalmente en plena batalla mensch, pues Xar le había contado que éstos se peleaban entre ellos casi

—

constantemente. No obstante, pronto cayó en la cuenta de que aquél no era un

encuentro bélico, sino que parecía una especie de... de fiesta. Los tres grupos se sentían visiblemente incómodos entre ellos pero, bajo los ojos vigilantes de sus gobernantes, ponían todo su empeño en llevarse bien.

Los humanos hablaban con los elfos; los enanos se acariciaban las barbas y se esforzaban por trabar conversación con los humanos. Cada vez que varios miembros de una raza se distanciaban para formar un grupo propio, alguien se acercaba a dispersarlos. En aquella atmósfera tensa y confusa, no era probable que nadie se fijara en Marit.

La patryn añadió a tal posibilidad un hechizo que aumentaba su protección potenciando la probabilidad de que nadie que no la buscara alcanzase a verla. Así pudo pasar de grupo en grupo, distante y solitaria pero pendiente de sus conversaciones. Mediante su magia, comprendía todos los idiomas mensch, de modo que no tardó en averiguar qué sucedía allí.

Una enorme estatua, no lejos de ella, llamó su atención. Era la figura de un hombre encapuchado y con capa al que reconoció, con desagrado, como un sartán. Tres mensch se hallaban junto a la estatua; un cuarto personaje estaba sentado en la peana. Por lo que les oyó hablar, los tres hombres eran dirigentes mensch. El cuarto individuo era el héroe aclamado por todos, que había hecho posible la paz en Ariano.

Aquel cuarto hombre era Haplo.

Siempre a cubierto de las sombras, Marit se acercó a la estatua. Tenía que ser cuidadosa pues, si Haplo la veía, podía reconocerla. De hecho, lo vio levantar la cabeza y lanzar una rápida y penetrante mirada en torno a la Factoría, como si hubiera oído una vocecilla que pronunciaba su nombre.

Marit deshizo enseguida el encantamiento para protegerse de la vista de los mensch y se retiró más aún entre las sombras. Notaba lo mismo que debía percibir Haplo: un hormigueo en la sangre, el roce de unos dedos invisibles en la nuca. Era una sensación extraña pero no desagradable: como una llamada de la especie.

Marit no había previsto que pudiera suceder algo así y no podía creer que los sentimientos que compartían fueran tan intensos. Se preguntó si aquel fenómeno sucedería entre cualquier par de patryn que se encontraran a solas en un mundo... o si era algo personal entre Haplo y ella.

Analizando la situación, Marit llegó pronto a la conclusión de que dos patryn que se encontraran en cualquier lugar de un mundo de mensch siempre se sentirían atraídos, como el hierro al imán. Respecto a que fuese un efecto de la atracción que Haplo despertaba en ella, no lo creyó probable. Apenas lo reconocía.

Haplo parecía viejo, mucho más de lo que ella recordaba. No era raro, pues el Laberinto envejecía rápidamente a sus víctimas, pero el suyo no era el aspecto áspero y duro de quien ha luchado cada día por la supervivencia. Su rostro, macilento y ojeroso, era el de quien ha luchado por su alma. Marit no comprendió, no reconoció las marcas de la lucha interior, pero percibió ésta vagamente y la desaprobó con firmeza. Haplo le pareció enfermo; enfermo y derrotado.

Y, en aquel momento, también parecía desconcertado, tratando de ubicar la voz silenciosa que le había hablado, de ver la mano invisible que lo había tocado.

Por último, se encogió de hombros y borró el asunto de su mente. Vió a lo que estaba haciendo y prestó atención a lo que hablaban los mensch mientras acariciaba a su perro.

El perro.

Xar le había hablado del perro. A Marit le había costado creer que un patryn pudiera caer en semejante debilidad. No había dudado de las palabras de su señor, por supuesto, pero había considerado que quizá se había equivocado. Ahora sabía que no era así. Observó a Haplo acariciar la suave cabeza del animal y torció los labios en una mueca burlona.

Después, dejó de prestar atención a Haplo y su perro y se concentró en la conversación de los tres mensch. Un enano, un humano y un elfo formaban un pequeño grupo bajo la estatua del sartán. Marit no se atrevió a formular un hechizo que le llevara sus palabras, de modo que tuvo que acercarse a ellos. Así lo hizo, moviéndose sin hacer ruido y manteniéndose a cubierto de sus miradas tras la mole de la estatua. Su mayor temor era ser descubierta por el perro, pero éste parecía totalmente absorto y ocupado con su amo. El animal tenía fijos en éste sus brillantes ojos y, de vez en cuando, posaba la pata sobre su rodilla como en una caricia de consuelo.

—Por cierto, majestad, ¿te sientes ya completamente recuperado? —le decía el elfo al humano,

—Sí, gracias, príncipe Reesh'ahn. —El humano, un monarca de su raza al parecer, se llevó una mano a la espalda con una mueca—. La herida era profunda pero, afortunadamente, no afectó ningún órgano vital. Noto cierta rigidez que me acompañará el resto de la vida, según Ariano, pero al menos sigo vivo, de lo que doy gracias a los antepasados... y a la dama Iridal.

Con una expresión ceñuda, el monarca sacudió la cabeza.

El enano miraba alternativamente a los otros dos mensch, levantando mucho la cabeza para observar sus rostros con los ojos entrecerrados, como si fuese sumamente corto de vista.

— ¿Dices que un niño te atacó? ¿Ese chiquillo que teníamos aquí abajo, ese Bane? —El enano parpadeó repetidas veces—. Disculpa, rey Stephen, pero ¿es ésta una conducta normal entre los niños humanos?

El rey humano reaccionó a la pregunta con manifiesta irritación.

—No pretende ofendernos, majestad —explicó Haplo con su calmada sonrisa—.

El supervisor jefe, Limbeck, sólo siente curiosidad.

— ¿Oh? ¡Por supuesto! —afirmó Limbeck con ojos saltones—. No pretendía insinuar... No es que importe mucho, claro. Es sólo que me preguntaba si tal vez rocíos los humanos...

—No —lo cortó en seco Haplo—. Nada de eso.

— ¡Ah! —Limbeck se acarició la barba—. Lo lamento —añadió, algo nervioso—. O sea, no quiero decir que lamento que todos los niños humanos no sean asesinos. Me refiero a que lamento mucho...

—Está bien. —En esta ocasión fue el rey Stephen quien lo interrumpió, algo tenso pero con un asomo de sonrisa en la comisura de los labios—. Te comprendo perfectamente, supervisor jefe. Y debo reconocer que Bane no es un representante muy bueno de nuestra raza. Como tampoco lo es su padre, Sinistrad.

—Tienes razón. —Limbeck reaccionó al nombre con aire alicaído—. Lo recuerdo.

—Una situación trágica, en conjunto —intervino el príncipe Reesh'ahn—, pero al menos algo bueno ha salido de tanta maldad. Gracias a nuestro amigo, Haplo —el elfo posó una de sus manos largas y finas en el hombro de éste—, y a ese asesino humano.

Marit se sintió abrumada de disgusto. Un mensch que se comportaba con aquella familiaridad, tratando a un patryn como si fueran iguales... ¡Y Haplo lo toleraba!

— ¿Cómo se llamaba el asesino, Stephen? —continuó Reesh'ahn—. Era un nombre extraño, incluso para un humano...

—Hugh *la Mano* —apuntó Stephen con desagrado.

Reesh'ahn no apartó la mano del hombro de Haplo; a los elfos les gustaba el contacto, los abrazos... Haplo parecía incómodo con la caricia del mensch, y Marit lo comprendió perfectamente. El patryn consiguió librarse de él con suavidad, poniéndose en pie y apartándose ligeramente.

—Yo esperaba hablar con ese hombre, Hugh *la Mano* —comentó—. ¿Por casualidad no sabrás dónde está, majestad?

Stephen endureció la expresión.

—Lo ignoro. Y, con franqueza, no quiero saberlo. Y tú tampoco deberías. El asesino le dijo a Ariano que tenía otro «contrato» que cumplir. Mi mago está convencido —añadió el monarca, viéndose hacia Reesh'ahn— de que ese Hugh es miembro de la Hermandad.

El príncipe elfo tomó la palabra en este punto, con semblante ceñudo.

—Una organización inicua. Cuando quede establecida la paz, debemos marcarnos como una de nuestras máximas prioridades borrar de la existencia ese nido de víboras. Tú, señor —añadió, viéndose a Haplo—, quizá puedas ayudarnos en esta empresa. Según nos ha contado nuestro amigo, el supervisor jefe, tu magia es muy poderosa.

De modo que Haplo había revelado sus poderes mágicos a los mensch. Y, según todos los indicios, los mensch estaban totalmente encandilados con él. Lo reverenciaban. Como era debido, se apresuró a admitir Marit. Pero deberían haberlo venerado como a *serviente* de su señor, no como a tal señor. Y aquella era la oportunidad perfecta para que Haplo les informara de la venida de Xar. El Señor del Nexo se encargaría de librar al mundo de aquella Hermandad, fuera lo que fuese.

Haplo se limitó a mover la cabeza.

—Lo siento, no puedo ayudarlos. En cualquier caso, creo que mis poderes han sido exagerados. Aquí, nuestro amigo —añadió, viéndose a Limbeck con una sonrisa— es un poco corto de vista.

— ¡Lo vi todo! —declaró Limbeck con aire terco—. Te vi combatir con esa horrible serpiente dragón. Os ví, a ti y a Jarre. Ella la atacó con el hacha. —El enano gesticuló enérgicamente, imitando los movimientos—. Entonces, tú lanzaste una estocada con la espada, ¡zas!, y la heriste en el ojo. Todo el lugar quedó salpicado de su sangre. ¡Te aseguro que lo vi, rey Stephen! —insistió el enano. Por desgracia, dirigió su vehemente declaración a la reina Ana, que se había acercado para acompañar un rato a su esposo.

Una enana le dio un enérgico codazo en las costillas al supervisor jefe.

— ¡Bobo! ¡El rey está allí, Limbeck! —exclamó la enana, al tiempo que agarraba a éste por la barba y tiraba de ella hasta forzarlo a mirar en la dirección correcta.

Limbeck no dio la menor muestra de turbación por la confusión.

—Gracias, jarre, querida —dijo, y dedicó una sonrisa y una caída de ojos al perro.

—

La conversación de los mensch pasó a otros asuntos. Hablaron de la guerra de Ariano. Una fuerza conjunta de humanos y elfos estaba atacando la isla de Aristagón contra el emperador y sus seguidores, que se habían refugiado en uno de sus palacios.

Marit no estaba interesada en las andanzas de los mensch. Quien le interesaba de verdad era Haplo. La tez de éste había adquirido de pronto un tono ceniciento y se le había borrado la sonrisa. Lo vio llevarse una mano al corazón, como si la herida le doliese todavía, y apoyar la espalda en la estatua para disimular su debilidad. El perro, con un gáñido, se arrastró al lado de su amo y se apretó contra su pierna.

Marit reconoció entonces que Sang-drax había dicho la verdad: que Haplo había recibido una herida gravísima. En privado, la patryn había dudado de ello. Marit conocía y respetaba el poder de Haplo; en cambio, no tenía buena opinión de la serpiente dragón, la cual, hasta donde ella sabía, poseía unas capacidades mágicas mínimas, quizá de la misma categoría que los mensch. Desde luego, en absoluto comparables a la magia patryn. Marit no acababa de entender cómo tal criatura podía haber infligido una herida casi mortal a Haplo, pero ahora no le quedaban dudas de ello. Reconocía los síntomas de una rotura en la runa del corazón, un golpe que alcanzaba lo más hondo del ser de un patryn. Una herida difícil de curar, sin ayuda.

Los mensch continuaron su charla acerca de cómo pondrían en marcha la Tumpa-chumpa y qué sucedería cuando lo hicieran. Haplo permaneció en silencio durante la conversación, sin dejar de acariciar la suave cabeza del perro. Marit, que no sabía de qué hablaban prestó atención sólo a medias. No era aquello lo que quería escuchar. De pronto, Haplo se irguió y habló, interrumpiendo una compleja explicación del enano acerca de «granajes giratorios» y «zum—zum rotores».

—¿Habéis prevenido a vuestra gente para que tome precauciones? —

Preguntó Haplo—. Según los escritos sartán, cuando la Tumpa-chumpa entre en funcionamiento, los continentes empezarán a moverse. Los edificios podrían derrumbarse y la gente podría morir de miedo si no sabe qué está sucediendo.

—Todo el mundo está informado —respondió Stephen—. He enviado a la guardia real a todos los confines de nuestras tierras para llevar la noticia... pero que la gente haga caso es otro cantar. La mitad no da crédito a la advertencia y los demás han sido convencidos por los barones de que se trata de un complot elfo. Ha habido disturbios y amenazas de derrocamiento. No me atrevo a pensar qué sucederá si esto no funciona... —La expresión del monarca se ensombreció.

Haplo movió la cabeza con gesto grave.

—No puedo prometerte nada, majestad. Los sartán se proponían coordinar los continentes al cabo de pocos años de establecerse aquí. Proyectaban hacerlo antes de que los continentes estuvieran habitados siquiera. Pero, cuando sus planes se torcieron y los sartán desaparecieron, la Tumpa-chumpa continuó funcionando, construyéndose y reparándose a sí misma... aunque sin ningún control. ¿Quién sabe si no se habrá causado algún daño irreparable, en todo este tiempo?

»Lo único a nuestro favor es esto: durante generaciones, los enanos han continuado haciendo exactamente lo que los sartán les enseñaron. Nunca se han desviado de sus instrucciones originales, sino que las han transmitido religiosamente de padre a hijo, de madre a hija. Y, así, los enanos no sólo han mantenido viva la Tumpa-chumpa, sino que han evitado que enloqueciera, por así

decirlo.

—

—Resulta todo... tan extraño —dijo Stephen con una mirada de desconfianza a las lámparas y pasadizos de la Facería y a la silenciosa figura encapuchada del sartán que sostenía en la mano un misterioso globo ocular—. Extraño y aterrador. Totalmente incomprensible.

—De hecho —añadió con suavidad la reina Ana—, mi esposo y yo empezamos a preguntarnos si no habremos cometido un error. Quizá deberíamos limitarnos a dejar que el mundo siguiera como es. Hasta ahora nos las hemos arreglado bastante bien.

—Pero nosotros, no —replicó Limbeck—, Vuestras dos razas han librado guerras por el agua desde que se tiene recuerdo. Elfos contra elfos. Humanos contra humanos. Luego, todos contra todos hasta estar a punto de destruir cuanto teníamos. Quizá mi vista no sea muy aguda para otras cosas, pero esto lo veo clarísimo. Si no tenemos necesidad de luchar por el agua, habrá una oportunidad para alcanzar una verdadera paz.

Limbeck rebuscó en la chaqueta, extrajo un pequeño objeto y lo sostuvo en alto.

—Tengo esto, el libro de los sartán. Haplo me lo dio. Él y yo lo hemos repasado y creemos que la máquina funcionará, pero no podemos garantizarlo. Lo único que puedo decir es que, si algo empieza a funcionar mal *de verdad*, siempre podemos detener la Tumpa-chumpa e intentar repararla.

—¿Qué opinas tú, príncipe? —Stephen se vió a Reesh'ahn—. ¿Qué nos dices de tu gente? ¿Qué piensa?

—Los kenkari les han informado que juntar los continentes es la untad de Krenka—Anris. Nadie se atrevería a oponerse a los kenkari; por lo menos, abiertamente —añadió el príncipe con una sonrisa triste—. Nuestro pueblo está preparado. Los únicos a quienes no se ha podido avisar son el emperador y los encerrados con él en el Imperanon. Se niegan a permitir la entrada a los kenkari; incluso les han disparado flechas, algo que no había sucedido jamás en toda la historia de nuestro pueblo. Mi padre, sin duda, se ha vuelto loco. —La expresión de Reesh'ahn se endureció—. Siento poca simpatía por él, pues mató a su propia gente para conseguir sus almas. Pero entre los sitiados del Imperanon hay algunos inocentes de cualquier fechoría y que lo apoyan por malentendida lealtad. Ojalá hubiera alguna forma de ayudarlos, pero se niegan a parlamentar aun bajo la bandera de tregua. Tendrán que arreglarse como puedan.

—¿Entonces, estáis de acuerdo en llevar adelante el plan? —Haplo los miró de uno en uno.

Reesh'ahn contestó que sí. La barba de Limbeck se agitó de abierto entusiasmo. Stephen miró a su reina, y ésta titubeó y asintió una sola vez, brevemente.

—Sí, estamos de acuerdo —dijo el monarca por fin—. El supervisor jefe tiene razón. Parece nuestra única posibilidad para alcanzar la paz.

Haplo se separó de la estatua contra la que había permanecido apoyado.

—Así pues, queda decidido. Dentro de dos días pondremos en funcionamiento la máquina. Tú, príncipe Reesh'ahn, y vuestras majestades debéis ver a vuestros reinos para intentar controlar el pánico de la gente. Podéis dejar aquí vuestros representantes.

—Sí, yo regresaré al Reino Medio. Triano se quedará en mi lugar —anunció Stephen.

—

—Y yo dejaré al capitán Bothar'el, amigo tuyo según tengo entendido, supervisor jefe... —dijo el príncipe Reesh'ahn.

— ¡Magnífico, magnífico! —Exclamó Limbeck con un aplauso—. Entonces, codos manos a la obra.

—Si no me necesitáis para nada mas —dijo Haplo—, veré a mi nave,

— ¿Te encuentras bien, Haplo? —preguntó la enana con un destello de inquietud en los ojos.

Él bajo la vista hacia ella con su tranquila sonrisa.

—Sí, me encuentro bien. Estoy cansado, eso es todo. Vamos, perro.

Los mensch se despidieron de él con manifiesta deferencia y con una expresión de evidente preocupación en los rostros. Haplo se mantuvo erguido y enérgico, con paso firme, pero todos los observadores —entre ellos la única observadora clandestina— se dieron cuenta de que recurría a todas sus fuerzas para continuar avanzando. El perro lo siguió. Incluso él miraba a su amo con preocupación.

Los demás movieron la cabeza con gesto pesadoso y hablaron de él en tono ansioso. Marit hizo una mueca de desdén al verlo alejarse en dirección a la puerta abierta de la Factoría como un mensch cualquiera, sin utilizar su magia.

La patryn pensó en seguirlo, pero abandonó la idea de inmediato. Lejos de los mensch, Haplo percibiría claramente su presencia. Además, Marit ya había oído todo lo que necesitaba. Sólo se quedó allí un momento más para escuchar lo que decían los menchs, pues éstos se referían a Haplo.

—Es un hombre sabio —comentaba el príncipe Reesh'ahn—. Los kenkari están muy impresionados con él. Me han insistido en que le pregunte si querría actuar como gobernante provisional de todos nosotros durante este período de transición.

—No es mala idea—reconoció Stephen después de reflexionar en ello—. Es probable que los barones rebeldes acepten que un tercero resuelva las disputas que, inevitablemente, surgirán entre nuestro pueblo. Sobre todo, porque Haplo parece un humano, salvo en esos extraños tatuajes de su piel. ¿Qué opinas tú, supervisor jefe?

Marit no esperó a oír el comentario del enano. ¿A quién le importaba su opinión? De modo que Haplo iba a gobernar Ariano... ¡No sólo había traicionado a su señor, sino que lo había suplantado!

La patryn se apartó de los mensch, se retiró a rincón más sombrío de la Factoría y penetró de nuevo en su círculo mágico.

Si hubiera esperado un momento más, esto es lo que habría podido escuchar:

—No aceptará —respondió Limbeck en voz baja, siguiendo a Haplo con su miope mirada—. Ya le he pedido que se quedara aquí para ayudar a nuestro pueblo. Tenemos mucho que aprender si queremos ocupar nuestro lugar entre vosotros. Pero Haplo ha rechazado la oferta. Dice que debe regresar a su mundo, al lugar de donde procede. Tiene que rescatar a un hijo suyo que está atrapado allí.

—Un hijo... —murmuró Stephen. Su expresión se suavizó y tomó de la mano a su esposa—. ¡Ah!, entonces no le insistiremos más para que se quede. Tal vez así... Tal vez salvando a su hijo compense en cierta medida la pérdida de ese otro

chiquillo...

Marit no llegó a oír nada de aquello, aunque los comentarios de los mensch no habrían cambiado en absoluto su opinión. Una vez a bordo de la nave, mientras

—

las violentas rachas de viento de la tormenta sacudían la nave, colocó la mano en la marca de la frente y cerró los ojos.

En su mente apareció una imagen de Xar.

—Esposo mío —dijo Marit en voz alta—, lo que dice la serpiente dragón es cierto. Haplo es un traidor. Ha entregado a los mensch el libro de los sartán y se propone ayudarlos a poner en funcionamiento esa máquina. No sólo eso, sino que los mensch le han ofrecido el gobierno de Ariano.

—Entonces, debe morir —fue la inmediata respuesta de Xar, que sonó en la cabeza de la patryn.

—Sí, mi Señor.

—Cuando lo hayas hecho, esposa, mándame aviso. Estaré en el mundo de Pryan.

— ¿De modo que Sang-drax te ha convencido para que viajes allí...? —apuntó Marit, no muy satisfecha.

—Nadie me convence para que haga algo que yo no quiera hacer, esposa.

—Perdóname, mi Señor. —Marit notó que le ardía la piel—. Tú sabes más que nadie, por supuesto.

—Voy a Pryan acompañado por Sang-drax y un contingente de los nuestros.

En ese mundo espero someter a los titanes para utilizarlos en favor de nuestra causa. Y tengo otros asuntos que llevar a cabo en ese mundo. Asuntos en los que Haplo puede resultar de utilidad.

—Pero Haplo estará muerto... —empezó a replicar Marit, pero se interrumpió a media frase, sobrecogida de espanto.

—Sí, claro que estará muerto. Tú me traerás el cadáver de Haplo, esposa.

A Mark se le heló la sangre. Debería haberlo imaginado; debería haber sabido que Xar le exigiría algo así. Por supuesto. Su señor tenía que interrogar a Haplo, averiguar qué sabía, qué había hecho, y resultaría mucho más sencillo interrogar al cadáver que al vivo. La patryn evocó la figura del lázaro, recordó sus ojos muertos y, a la vez, espantosamente vivos...

—Esposa... —El tono de Xar era suavemente apremiante—. No me rallarás, ¿verdad?

—No, esposo mío —respondió ella—. No te fallaré.

—Así me gusta —asintió Xar antes de retirarse de su mente.

Marit se quedó a solas en la oscuridad iluminada por los relámpagos, escuchando el tamborileo de la lluvia en el casco de la nave.

—

CAPÍTULO

GREVINOR, ISLAS KARAN

ARIANO

— ¿Qué puesto solicitas? —El teniente elfo apenas alzó la vista hacia Hugh *la Mano* cuando éste llegó ante él. —Remero, patrón —respondió Hugh. El teniente

repasó los roles de tripulación.

— ¿Experiencia?

— Sí, patrón.

— ¿Traes referencias?

— ¿Quieres ver las marcas de los latigazos, patrón?

El teniente levantó por fin la cabeza. Un gesto ceñudo estropeaba las delicadas facciones del elfo.

— No necesito camorristas —dijo.

— Sólo soy sincero, patrón. —Hugh soltó una risilla y enseñó los dientes—.

Además, ¿qué mejores referencias quieres?

El elfo estudió los poderosos hombros de Hugh, su ancho pecho y sus encallecidas manos, todo ello característico de los que «vivían con los arneses puestos», como se decía comúnmente: humanos que habían sido capturados y obligados a servir como galeotes a bordo de las naves dragón elfas. El teniente parecía realmente impresionado no sólo con la fuerza de Hugh, sino también con su franqueza.

— Pareces viejo para este trabajo —comentó con una vaga sonrisa.

— Otro punto a mi favor, patrón —replicó Hugh fríamente—. Aún sigo vivo.

Al oír aquello, el elfo quedó decididamente impresionado.

— Tienes razón, es una buena señal. Muy bien, quedas... ¡hum!, quedas contratado.

El teniente apretó los labios como si le costara pronunciar la palabra. Sin duda, estaba evocando con sentimiento los viejos tiempos en que lo único que sacaban sus remeros era agua, comida y látigo.

— Un barl al día, más la comida y el agua. Y el pasajero pagará una prima por tener un viaje tranquilo a la ida y al regreso.

—

Hugh protestó un poco, para guardar las apariencias, pero no iba a sacar otro barl, aunque consiguió una ración extra de agua. Se encogió de hombros, accedió a los términos y estampó su cruz en el contrato.

— Zarpamos mañana, cuando los Señores de la Noche retiren sus capas.

Preséntate a bordo esta noche, con tus avíos. Dormirás en tu puesto.

Hugh asintió y se marchó. De regreso hacia la destartalada taberna en la que había pasado la noche, un lugar muy adecuado para el papel que estaba representando, se cruzó con el «pasajero», que emergía de entre la multitud que se apiñaba en los muelles. Hugh *la Mano* lo reconoció: era Triano, el hechicero del rey Stephen.

La gente se había congregado en gran número ante la insólita vista de una nave elfa anclada en la ciudad portuaria humana de Grevinor. Tal visión no se había contemplado allí desde los días en que los elfos ocupaban las islas karan.

Los niños, demasiado pequeños para guardar recuerdo de ello, observaban la nave con excitado asombro y tiraban de sus padres para acercarse más, maravillados de los brillantes colores de la indumentaria de los oficiales elfos y de sus voces aflautadas.

Los padres, en cambio, la miraban *con* aire sombrío. Ellos sí que se acordaban todavía... Se acordaban demasiado bien de la ocupación elfa y no sentían el menor aprecio por sus antiguos esclaviza—dores. Sin embargo, la guardia real montaba vigilancia en torno a la nave; sus dragones de guerra

aban en círculos sobre sus cabezas. Por eso, los comentarios se hacían en voz baja; y todo el mundo cuidaba de que no lo oyera el hechicero regio.

Triano estaba entre un grupo de cortesanos y nobles que lo acompañarían en el viaje, que habían acudido a despedirlo o que intentaban tratar con él asuntos de última hora. El mago se mostraba amable, sonriente y cortés; lo escuchaba todo y parecía prometerlo todo aunque, en realidad, no prometía nada. El joven hechicero era ducho en intrigas palaciegas. Era como un jugador de runas de feria, capaz de jugar cualquier número de partidas a la vez y de recordar cada movimiento, que bacia fácilmente a cualquier oponente.

A casi cualquier oponente Hugh *la Mano* pasó cerca de él. Triano lo vio —el mago veía a todo el mundo— pero no prestó más atención al marinero andrajoso. Hugh se abrió paso entre la multitud con una sonrisa sombría. Mostrarse ante Triano no había sido un acto de osadía. Si el mago hubiera reconocido a Hugh como el asesino que una vez había contratado para dar muerte a Bane> habría llamado de inmediato a la guardia. En cuyo caso, Hugh quería tener mucha gente a su alrededor. Y una ciudad en la que esconderse.

Una vez a bordo, no era probable que Triano descendiera a las entrañas de la nave para codearse con los esclavos de la galera —o con los remeros, que era el término oficial que se empleaba en aquellos días—, pero, con un hechicero, no había modo de estar seguro. Por eso era mucho mejor probar su disfraz allí, en Grevinor, que a bordo de la pequeña nave dragón, donde lo único que tendrían que hacer los guardias sería atarlo de manos y pies con cuerdas de arco y arrojarlo por la borda al Torbellino.

Tras obtener un arma con la que matar a Haplo, el siguiente problema de *la Mano* había sido llegar hasta él. Los kenkari le habían dicho que el patryn estaba en Drevlin, en el Reino Inferior, un lugar casi imposible de alcanzar en las mejores circunstancias. En circunstancias normales, para Hugh no habría sido problema

ar a ningún lugar de Ariano, pues era experto jinete de dragones y buen piloto de las pequeñas naves dragón monoplaça.

Pero estas naves pequeñas no se comportaban bien en el Torbellino, como sabía Hugh por amarga experiencia. Y los dragones, incluso los gigantes, no se aventuraban en el traicionero remolino. Había sido Gane quien había descubierto, a través de sus numerosos contactos, que el mago Triano aría a Drevlin el día anterior a la ceremonia que marcaría la puesta en funcionamiento de la Tumpachumpa. El hechicero, uno de los consejeros reales más apreciados, se había quedado en el continente para vigilar a los barones levantiscos. Cuando los monarcas estuvieran de vuelta para retomar el poder con mano férrea, Triano viajaría a Drevlin para asegurarse de que los intereses humanos estuvieran representados cuando la máquina gigantesca se pusiera en marcha y empezara a hacerlo que se suponía que hacía.

En una ocasión, Hugh había servido como galeote forzado a bordo de una nave dragón elfa y calculó que los elfos, probablemente, necesitarían hombres de refresco cuando tocaran tierra en Grevinor para recoger a Triano. Maniobrar las alas de las naves dragón era una tarea difícil y peligrosa; rara era la travesía que terminaba sin que algún remero resultase herido o muerto.

Hugh no se había equivocado en su cálculo; una vez en puerto, lo primero que hizo el capitán elfo fue colocar un anuncio en el que solicitaba tres remeros, uno

para trabajar y dos para cubrir posibles bajas. No sería fácil encontrar gente dispuesta a ar al Torbellino aunque la paga fuera de un barl diario, una fortuna para muchos en las islas itaran.

La Mano vió a la taberna, se dirigió a la sala común donde había pasado la noche en el suelo, recogió la manta y el macuto, pagó la cuenta y se marchó. Antes, se detuvo un instante a estudiar el reflejo de su imagen en el cristal de la ventana, sucio y cuarteado.

No era extraño que Triano no lo hubiera conocido. Hugh apenas se reconocía a sí mismo. Se había afeitado todo el vello de la cabeza: rostro y cuero cabelludo, absolutamente rasurados. Incluso se había arrancado la mayor parte de sus cejas, negras y espesas —al precio de un dolor que le llenó los ojos de lágrimas—, dejando sólo una línea rala que se alzaba oblicua hacia la frente, dando un aspecto anormalmente grande a sus rasgados ojos.

La palidez del cráneo y del mentón, protegidos del sol hasta entonces gracias al cabello y a la barba, contrastaba con el tono del resto de la cara. Hugh había empleado una cocción de corteza de hargast para teñir la piel descolorida; ahora daba la impresión de haber sido calvo toda la vida. Triano no había tenido la menor oportunidad de reconocerlo.

Haplo tampoco la tendría.

Hugh *la Mano* regresó a la nave. Sentado en un tonel en los muelles, observó detenidamente a todo el que iba y venía, vio llegar a Triano y estudió a los otros miembros del grupo del mago que subieron a bordo con él.

Cuando se hubo asegurado de que no había en la nave nadie más que reconociera, Hugh subió también a la nave. Le había causado una ligera inquietud (¿o era una ligera esperanza?) la idea de que entre el grupo de misteriarcas que acompañaba al hechicero del rey pudiera estar Iridal. Lo único seguro era que Hugh se alegraba de que ella no estuviera. Iridal sí que lo habría reconocido. Los ojos del amor eran difíciles de engañar.

—
. Nueve brazos gigantescos, hechos de latón y acero, se alzaban de la coralita, algunos de ellos a varios menka de altura sobre el suelo. Sobre cada brazo había una mano enorme con los dedos de oro y goznes de latón en todas las articulaciones y en la muñeca. Las manos eran [...] de un tamaño tal que habrían podido sostener una de las enormes naves de transporte de agua en la dorada palma [...]
Así describe Haplo los Levarriba en Ala de Dragón, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

. El texto da a encender que la nave se ha posado en el suelo. Quien haya leído el primer relato de Haplo sobre la llegada de una nave elfa a los Levarriba recordará que la nave dragón permanecía en el aire. Por norma general, las naves de transporte de agua emprendían el trayecto de retorno antes de que descargara la siguiente tormenta y, aunque Haplo no ofrece explicaciones concretas al respecto, es lógico suponer que las embarcaciones elfas destinadas a permanecer en el Reino Inferior durante largos períodos estaban obligadas a posarse en tierra para capear la tormenta.

Hugh apartó de su cabeza, enérgicamente, a la mujer. Tenía un trabajo que hacer. Se presentó al teniente, quien lo asignó a un marinero; éste lo condujo a la bodega de la nave, le mostró su arnés y lo dejó allí para que conociera a sus compañeros de tripulación.

Los humanos, abolida su condición de esclavos, se enorgullecían ahora de su

trabajo. Querían conseguir la prima por un viaje tranquilo e hicieron más preguntas a Hugh sobre su experiencia en las naves dragón de las que le había formulado el teniente elfo para contratarlo.

La Mano respondió con frases breves y concisas. Prometió que trabajaría como el que más y, a continuación, dejó muy claro que quería que lo dejaran en paz.

Los remeros vieron a sus tabas y juegos; se ganarían unos a otros la prima cien veces, antes de que la tuvieran en los bolsillos. Hugh palpó la bolsa para asegurarse de que la Hoja Maldita estaba a buen recaudo; después, se tumbó en la cubierta bajo sus correajes y fingió dormir.

Los remeros no consiguieron la prima en aquel viaje. Ni siquiera tuvieron oportunidad de aspirar a ella. Hubo ocasiones en que Hugh *la Mano* pensó que Triano debía de lamentar no haber ofrecido un premio mayor a cambio, simplemente, de ser depositado en Drevlin sano y salvo. Hugh no debería haberse preocupado de que Triano pudiera reconocerlo, pues el hechicero no se dejó ver en todo el viaje hasta que, por fin, la nave atracó con un estremecimiento.

Los Levarriba estaban situados en el ojo de la tormenta perpetua que barría Drevlin. Los Levarriba eran el único lugar del continente donde las tormentas amainaban en ocasiones, permitiendo que los rayos de Solaris penetraran entre el vértigo de nubes. Las naves elfas habían aprendido a esperar a tales ocasiones — los únicos momentos de calma— para posarse en el continente. La nave de Hugh tocó tierra durante una relativa calma y aprovechó ese breve período (otra tormenta se preparaba ya en el horizonte) para desembarcar a los pasajeros.

Triano apareció. Llevaba el rostro parcialmente cubierto pero, aun así, su tez estaba decididamente verdosa. Del brazo de una atractiva joven que lo ayudaba, Triano descendió la pasarela con paso vacilante y aspecto desfallecido. O bien el hechicero no tenía una curación mágica para el mareo, o fingía para ganarse la simpatía de la joven. Fuera como fuese, Triano no vio la mirada a ninguna parte, sino que se alejó del lugar a toda prisa, como si no viera el momento de abandonar la nave. Una vez en tierra, fue recibido por un contingente de enanos y

—

de otros humanos, los cuales, ante la amenaza de la nueva tormenta, abreviaron los discursos y se llevaron rápidamente al mago a otro lugar más seco y seguro. Hugh sabía cómo se sentía Triano. Al asesino le dolían todos los músculos del cuerpo. Tenía las manos ensangrentadas y en carne viva y la mandíbula hinchada y magullada, pues una de las correas que controlaban las alas de la nave se había soltado durante la tormenta y lo había alcanzado en el rostro. Cuando la embarcación hubo tocado tierra, permaneció un buen rato tendido en cubierta preguntándose si no estarían todos muertos.

Pero no disponía de tiempo para recrearse en su padecimiento, Y, por lo que hacía a la hinchazón del rostro, no habría podido comprar con dinero un aderezo mejor para su disfraz. Con un poco de suerte, el dolor de cabeza y el pitido en el oído desaparecerían en unas horas. Se concedió hasta entonces para descansar, esperar una tregua en la tormenta y llevar a cabo el siguiente movimiento.

A los tripulantes no se les permitiría desembarcar, aunque, después de haber capeado la terrible tormenta, no era probable que ninguno tuviese ganas de aventurarse bajo ella. La mayoría se había dejado caer en la cubierta, agotada. Uno de los remeros, que había recibido el impacto de una viga rota en la cabeza,

yacía inconsciente.

Tiempo atrás, antes de la alianza, los elfos habrían encadenado a los esclavos galeotes, pese a la tormenta, tan pronto la nave hubiera atracado. Los humanos tenían fama de imprudentes, atolondrados y faltos de sentido común. A Hugh no lo habría sorprendido demasiado ver a los guardias bajar a la bodega de todos modos, pues las viejas costumbres tardan en desarraigarse. Esperó con tensión a ver qué hadan; su presencia habría sido un grave inconveniente para él. Pero no se presentó nadie.

Hugh reflexionó y llegó a la conclusión de que era lo más lógico, al menos desde el punto de vista del capitán. ¿Por qué poner vigilancia a unos hombres que le costaban un barl diario (pagadero al término del viaje)? Si alguno quería saltar del barco sin cobrar su paga, era asunto suyo. Todos los capitanes llevaban tripulantes de reserva, dado el elevado índice de mortalidad que se registraba. Era posible que el capitán armara un buen revuelo cuando descubriera que faltaba uno de los miembros de la tripulación, pero Hugh lo dudaba. El capitán tendría que informar del asunto a un oficial superior en tierra firme y éste, ocupado en atender a los dignatarios, se mostraría muy irritado de que lo molestaran con semejante minucia. Cabía, pues, en lo posible que quien se llevara la bronca fuera el propio capitán de la nave: « ¿Cómo es posible, en nombre de los antepasados, que no seas capaz de controlar a tus humanos, capitán? El alto mando te cortará las orejas por esto cuando regreses a Pasaríaís.

No; lo más probable era que la desaparición de Hugh quedara silenciada. O, en cualquier caso, sería convenientemente olvidada poco después.

El vendaval estaba amainando y los truenos rugían a lo lejos. Hugh no disponía de mucho tiempo. Se incorporó a duras penas, cogió el macuto y se dirigió a la proa, la cabeza del dragón, tambaleándose. Los pocos elfos que encontró a su paso no le prestaron atención. La mayoría estaba tan agotada por los rigores del vuelo que era incapaz hasta de abrir los ojos.

En la cabeza de la nave, imitó de la forma más convincente el ruido de unas náuseas. Entre gemidos, sacó del macuto un bulto que sólo parecía el propio interior de la bolsa.

—
. Ala de Dragón, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

Sin embargo, una vez que lo hubo extraído, el bulto —una prenda— empezó de inmediato a cambiar de color y de textura, imitando a la perfección el casco de madera de la nave. Si alguien lo hubiera observado, habría creído ver algo muy raro, como si el remero humano estuviera enviéndose con la nada. Y, acto seguido, su contorno habría desaparecido por completo de la vista del observador. Muy contra su untad, los kenkari le habían proporcionado las ropas mágicas de la Guardia Invisible, que camuflaban a su portador como un camaleón. Los kenkari no habían tenido mi remedio que acceder a las demandas de Hugh. Al fin y al cabo, eran ellos quienes querían matar a Haplo. Las ropas tenían el poder mágico de confundirse con el paisaje, viendo prácticamente invisible a quien las llevaba. Hugh se preguntó si serían las mismas que vestía en el palacio la aciaga noche en que él e Iridal habían caído en la trampa de Bane. No tenía modo de estar seguro y los kenkari no habían querido aclararlo. En cualquier caso, no tenía importancia.

La Mano se despojó de su tosca indumentaria, propia de un marinero, y se vistió los pantalones, largos y holgados, y la túnica de la Invisible. Las prendas,

confeccionadas para elfos, le quedaban bastante ajustadas. Una capucha le cubría la cabeza, pero las manos quedaban al descubierto, pues no había modo de introducirlas en los guantes para elfos. Pero, la última vez que había llevado aquellas ropas» había aprendido a mantener las manos ocultas bajo los pliegues de la túnica hasta que llegara el momento de usarlas. Para entonces, si alguien lo veía, sería demasiado tarde.

Hugh recuperó el macuto, que contenía otro disfraz y la pipa, aunque no se atrevió a utilizar ésta. No había muchos fumadores de estregno y era probable que Triano y Haplo percibieran que alguien lo hacía y evocaran el recuerdo de Hugh *la Mano*. La Hoja Maldita, segura en la vaina, colgaba de su hombro oculta bajo la ropa.

Con movimientos lentos para dar tiempo a la tela mágica a adaptarse al entorno, el asesino se deslizó entre los centinelas elfos, que habían salido a cubierta durante la breve calma entre tormentas para aprovechar aquellos fugaces instantes de sol y aire fresco.

Mientras hablaban entre ellos de las maravillas que pronto presenciarían cuando la gran máquina se pusiera en funcionamiento, vieron la vista directamente hacia donde estaba Hugh y no advirtieron nada. El humano se deslizó fuera de la *nave* elfa con la misma facilidad con que el viento refrescante se deslizaba en torno a su casco.

Hugh *la Mano* había estado en Drevlin anteriormente, con Alfred y Bane.

Conocía el lugar donde estaba como conocía todos los lugares donde había estado y algunos que jamás había visitado. Los nueve enormes brazos de latón y oro que se alzaban del suelo eran conocidos como los Levarriba. La nave elfo se había posado justo en el centro del círculo formado por los brazos. Cerca del perímetro del círculo se levantaba otro brazo, éste más corto que los demás, conocido como el Brazo Corto. Dentro de éste había una escalera de caracol que conducía hasta las manos colgantes e inanimadas que remataban cada uno de los nueve brazos. Hugh penetró como una centella en el pozo de la escalera y lanzó una rápida mirada a su alrededor para cerciorarse de que el lugar estaba vacío. Se quitó las ropas de la Invisible y efectuó el que iba a ser su último cambio de indumentaria.

Tenía tiempo de sobra, pues había estallado otra tormenta sobre Drevlin, y aprovechó para vestirse cuidadosamente. Tras examinarse en el metal bruñido de la pared interior de la escalera, decidió que estaba demasiado seco como para resultar creíble y salió al exterior. En un abrir y cerrar de ojos, quedó calado hasta el rico forro de piel de su capa bordada. Satisfecho, regresó al abrigo del Brazo Corto y esperó con la paciencia que todo asesino con experiencia sabe que es el auténtico fundamento de su oficio.

La cortina de lluvia se rasgó lo suficiente como para distinguir la nave elfa. La tormenta empezaba a amainar. Hugh *la Mano* se disponía a aventurarse fuera cuando observó a una enana que se aproximaba hacia donde estaba. Decidió que sería más apropiado esperar a su llegada y se quedó donde estaba pero, cuando la enana estuvo más cerca, Hugh soltó una maldición entre dientes.

¡Perra suerte! ¡La conocía! ¡Y ella lo conocía a él!

Era Jarre, la compañera de Limbeck.

La situación ya no tenía remedio. Tendría que confiar en su disfraz y en sus considerables dotes de actor.

Jarre venía chapoteando entre los charcos, sin mirar dónde pisaba y con la vista fija en el cielo. Hugh dedujo que debía de estar a punto de llegar otra nave, en la que venía probablemente el contingente de dignatarios elfos. Excelente: eso mantendría ocupada a la enana y evitaría» tal vez, que le prestara demasiada atención. Se preparó para el encuentro. Jarre abrió la puerta y entró a toda prisa.

— ¡Caramba! —Hugh se puso en pie con gesto altivo—. ¡Ya era hora!

Jarre frenó y sus pies patinaron por el suelo antes de detenerse. Miró a Hugh con perplejidad y *la Mano* observó, complacido, que la enana no daba la menor muestra de reconocerlo. Hugh conservó puesta la capucha, que dejaba sus facciones en sombras, pero evitó ocultar demasiado el rostro pues esto podía levantar sospechas.

— ¿Qué..., qué haces aquí? —balbuceó la enana en su idioma.

— ¡No me hables en esa lengua extraña! —respondió Hugh con tono quisquilloso—. Tú hablas el idioma humano, lo sé. Todo el mundo que se precie lo habla. —Soltó un violento estornudo, aprovechó la ocasión para subirse el cuello de la capa en torno a la mitad inferior del rostro y empezó a tiritar—. ¿Lo ves?, he pillado un resfriado de muerte. Estoy calado hasta los huesos —y vió a estornudar.

— ¿Qué haces aquí, señor? —repitió Jarre en un humano bastante aceptable—. ¿Te han dejado atrás?

— ¿Dejado atrás? ¡Claro que me han dejado atrás! ¿Crees que he buscado refugio en este lugar espantoso por gusto? ¿Fue culpa mía que estuviera demasiado mareado como para bajar a tierra cuando llegamos? ¿Me esperó alguien? ¡No, no y no! Se largaron como flechas y me dejaron a los solícitos cuidados de los elfos. Cuando me he encontrado en condiciones de asomarme a cubierta, mis amigos ya no estaban a la vista. He conseguido llegar hasta aquí cuando ha estallado la tormenta y ahora, mírame. —Hugh estornudó una vez más. Jarre frunció los labios. Estuvo a punto de soltar una carcajada, lo pensó mejor y la transformó en un cortés carraspeo.

—Estamos esperando otra nave, señor, pero si quieres esperar, con mucho gusto te acompañaré a los túneles...

Hugh vió la vista hacia el exterior y vio a un grupo numeroso de enanos que avanzaban entre los charcos. La mirada penetrante de *la Mano* distinguió al

—

líder, Limbeck. Después, estudió con detalle el resto del grupo pensando que Haplo podía tomar parte de él, pero no lo vio. Se vió a la enana, muy erguido, con aire de ofendida dignidad.

— ¡No! ¡Nada de esperar! Estoy a punto de morir de pulmonía. Simplemente, si tienes la bondad de indicarme la dirección correcta...

—Bueno... —Jarre titubeó, pero era evidente que tenía entre manos asuntos más importantes que perder el tiempo con un humano empapado y atontado—. ¿Ves ese edificio enorme de allá lejos? Es la Factría. Todo el mundo está allí. Si te das prisa —añadió, con una breve mirada a las nubes de tormenta, aún distantes—, puedes llegar justo a tiempo antes de que descargue el próximo chaparrón.

—Eso ya no importaría mucho —dijo Hugh con una expresión de desdén—.

Ya no puedo empaparme más, ¿no te parece? Bien, querida mía, muchas gracias.

—Hugh le tendió una mano que parecía un pescado mojado, movió levemente los

dedos hasta casi rozar los de ella y retiró la mano antes de que la enana llegara a tocarla—. Has sido muy amable.

Enviándose en su capa, Hugh salió de los Levarriba y se topó con las desconcertadas miradas de los enanos (salvo Limbeck, que miraba a su alrededor con su feliz miopía y no alcanzaba a distinguirlo). Hugh les dedicó un ademán que los encomendaba a todos desfavorablemente a sus antepasados, se echó la capa sobre el hombro y se abrió paso entre ellos hasta dejarlos atrás.

Una segunda nave elfa que transportaba a los representantes del príncipe Reesh'ahn estaba descendiendo sobre Drevlin. El comité de bienvenida no tardó en olvidarse de Hugh, quien avanzó entre los charcos hasta alcanzar la Factría, en la que logró refugiarse al tiempo que la nueva tormenta empezaba a descargar sobre Wombe.

Una multitud de elfos, humanos y enanos se había reunido en la enorme Factría que, según la leyenda, había sido el lugar de nacimiento de la fabulosa Tumpa-chumpa. Todos los presentes se dedicaban a comer y a beber y a tratarse con la nerviosa cortesía de unos enemigos ancestrales que, de pronto, se reconcilian. Hugh buscó de nuevo a Haplo entre los congregados.

Tampoco estaba allí.

Mejor. Aquél no era el momento adecuado.

Se encaminó hacia un fuego encendido dentro de un barril de hierro. Se secó las ropas, probó el vino y saludó a sus congéneres humanos con los brazos abiertos, dejándolo con la confusa sensación de que lo conocían de alguna parte.

Cuando alguien intentó, con circunloquios, preguntarle quién era, Hugh miró al hombre con aire algo ofendido y respondió vagamente que estaba «en el séquito de ese caballero de ahí, el barón [estornudo, toses], el hombre que está de pie junto a la cosa esa [un gesto de la mano]». Añadió a esto un cortés saludo al barón, agitando los dedos. Al ver que aquel caballero, bien vestido y evidentemente rico, lo saludaba, el barón correspondió a la atención deviéndole el saludo. El hombre que había preguntado se dio por satisfecho.

La Mano tuvo buen cuidado de no hablar demasiado rato con la misma persona, pero se aseguró de cruzar alguna frase con todo el mundo.

Al cabo de varias horas, todos los humanos de la Factría, incluido un Triano pálido y de aspecto enfermo, habrían estado dispuestos a jurar que eran amigos de toda la vida de aquel caballero cultivado y bien vestido.

Se llamaba... ¡Ah!, todos tenían el nombre en la punta de la lengua...

—
Los sartán se dieron cuenta de que se verían obligados a abandonar Ariano sin haber completado su tarea y, previendo su desaparición, dejaron a los mensch instrucciones detalladas sobre cómo hacer funcionar la Tumpachumpa. El libro estaba escrito en los tres idiomas mensch, además de en sartán. Por desgracia, en esa época, las razas mensch ya estaban en guerra, divididas por el odio y los prejuicios. El libro cayó en manos de los elfos kenkari, una poderosa orden religiosa.

CAPÍTULO WOMBE, DREVLÍN ARIANO

Amaneció el día señalado para la puesta en marcha de la gran máquina. Los dignatarios se reunieron en la Factría, formando un círculo en torno a la estatua del Dictor. El supervisor jefe de los enanos, Limbeck Aprietatuercas, tendría el honor

de abrir la estatua y ser el primero en descender a los túneles, abriendo la marcha hacia el corazón y el cerebro de la Tumpa-chumpa.

Aquél fue el gran momento triunfal de Limbeck. Sosteniendo en la mano el preciado libro de los sartán (aunque no era necesario que hiciera tal cosa, pues se lo había aprendido de memoria, de cabo a rabo; además, con su cortedad de vista, era incapaz de leerlo amenos que lo colocara justo delante de sus narices), con Jarre (ahora, «señora del supervisor jefe») a su lado y acompañado de una muchedumbre de dignatarios, Limbeck Aprietatuercas se acercó al Dictor. Cediendo a sus propios temores —sobre todo, a los humanos—, los kenkari ocultaron el libro y cualquier rastro suyo durante mucho tiempo. Finalmente, el presente Portavoz del Alma —un kenkari estudioso que, como Limbeck, padecía de una curiosidad insaciable— había descubierto el libro y había comprendido al momento que milagros maravillosos podía proporcionar al mundo. Sin embargo, también el tenía miedo de los humanos... hasta que se produjo un incidente que le hizo ver el auténtico mal. Entonces, el kenkari entregó el libro a Haplo para que lo llevara a los enanos.

—*Runas sartán colocadas para guiar el descenso por la escalera.*

. Irónicamente, lo que vio Limbeck fue una reunión de serpientes dragón que habían adoptado formas de mensch para pasar inadvertidas en aquel mundo. Haplo sabe la verdad pero, viendo a Limbeck tan embelesado con la idea de que las razas pueden vivir y colaborar en paz, no le ha revelado nunca al enano qué fue lo que vio en realidad.

El enano, que había iniciado todos aquellos prodigiosos cambios con un simple.

«¿Por qué?», dio un suave empujón a la estatua.

La figura del sartán envuelto en la capa y encapuchado giró sobre la peana.

Antes de iniciar el descenso, Limbeck se detuvo un momento y escrutó la oscuridad con la mirada.

—Baja los peldaños uno a uno —le aconsejó Jarre en un murmullo nervioso, rodeada de dignatarios impacientes por empezar la marcha—. No vayas demasiado deprisa y agárrate de mi mano; así no te caerás.

—¿Qué? —Limbeck parpadeó—. ¡Ah! No se trata de eso. Veo perfectamente. Esas luces azules facilitan mucho las cosas, ¿sabes? Sólo estaba... recordando. El enano suspiró, y los ojos se le nublaron; de repente, veía las luces azules aun más borrosas que antes, si tal cosa era posible.

—Han sucedido muchas cosas y la mayoría de ellas aquí, en la Factría. Aquí se celebró mi juicio, cuando me di cuenta por primera vez de que el Dictor intentaba decirnos cómo funcionaba la máquina; más tarde, la lucha con los gardas...

—Cuando Alfred cayó por la escalera y yo quedé atrapada aquí dentro con él y vimos a su gente, tan hermosa, todos muertos. —Jarre tomó de la mano a Limbeck y apretó con fuerza—. Sí, lo recuerdo.

—Y cuando encontramos al hombre de metal y descubrí esa sala donde humanos, elfos y enanos convivían armoniosamente. Entonces comprendí que nosotros también podíamos vivir así. —Ensayó una sonrisa y suspiró otra vez—. Y luego llegó ese terrible combate con las serpientes dragón. Estuviste realmente heroica, querida —comentó, mirándola con orgullo. La veía perfectamente, aunque fuera lo único en el mundo que podía distinguir con claridad.

Jarre movió la cabeza a un lado y otro.

—Lo único que hice fue enfrentarme a una serpiente dragón. Tú combatiste con monstruos mucho mayores y diez veces más terribles. Tú luchaste contra la ignorancia y la apatía. Combatiste el miedo, que habían adoptado formas de mensch para pasar inadvertidas en aquel mundo. Haplo sabe la verdad pero, viendo a Limbeck tan embelesado con la idea de que las razas pueden vivir y colaborar en paz, no le ha revelado nunca al enana qué fue lo que vio en realidad obligaste a la gente a pensar, a hacer preguntas y a exigir respuestas. Tú eres el verdadero héroe, Limbeck Aprietatuercas, y te quiero, aunque a veces seas un poco borrico.

Jarre dijo esto último en un susurro y luego se inclinó hacia él para darle un beso en las patillas delante de todos los dignatarios y de la mitad de la población enana de Drevlin.

Hubo grandes vítores y carcajadas, y Limbeck se sonrojó hasta las raíces de la barba.

—¿A qué viene el retraso? —inquirió Haplo con suavidad. Silencioso y al amparo de las sombras, lejos de los demás mensch, el patryn permanecía cerca de la estatua del Dictor—. Puedes empezar a bajar cuando quieras. El lugar es seguro. Las serpientes dragón se han marchado.

—

«Al menos, ya no están en los túneles», añadió, pero lo hizo para sus adentros. El mal estaba presente en el mundo y siempre lo estaría, pero en aquel momento, con la perspectiva de una paz entre las razas mensch, la influencia del mal había decrecido.

Limbeck pestañeó y se vió hacia donde estaba Haplo, aproximadamente.

—Y Haplo, también —le dijo a Jarre—. Haplo también es un héroe. Él es el verdadero artífice...

—No, nada de eso —se apresuró a replicar Haplo con gesto de irritación—. Mirad, será mejor que os deis prisa con este asunto. La gente de los demás continentes debe de estar esperando. Si la cosa se retrasa, es probable que empiece a ponerse nerviosa.

—Haplo tiene razón —asintió la enana, siempre pragmática, y tiró de Limbeck hacia la entrada de la escalera.

Los dignatarios se arremolinaron en torno a la estatua, disponiéndose a seguirlos. Haplo se quedó donde estaba. Se sentía inquieto y no podía determinar la causa.

Observó por centésima vez los signos tatuados en su piel, las runas que le advertían de los peligros. No vio que despidieran su resplandor mágico como harían si lo amenazara algún riesgo; si las serpientes dragón acecharan en algún lugar allá abajo, por ejemplo. Sin embargo, la sensación no desaparecía: el hormigueo de la piel, el cosquilleo de las terminaciones nerviosas... Allí había algo raro.

Se retiró a las sombras con la intención de inspeccionar detenidamente a los presentes, uno por uno. Las serpientes dragón podían adoptar perfectamente la forma de los mensch, pero sus brillantes ojos rojos de reptil los delataba. Haplo esperaba pasar inadvertido, olvidado. Pero el perro, excitado por el ruido y la actividad, no estaba dispuesto a quedar excluido de las celebraciones. Con un alegre ladrido, se apartó del lado de Haplo y corrió hacia la escalera.

— ¡Perro! —Haplo alargó el brazo para coger al animal y lo habría conseguido, pero en aquel preciso instante percibió un movimiento a su espalda, más notado que visto: alguien acercándose a él, un aliento en la nuca...

Perturbado, vió la mirada y no logró dar alcance al perro. El animal, juguetón, saltó a la escalera y se enredó rápidamente entre las angustas piernas del supervisor jefe.

Hubo un momento delicado en que pareció que Limbeck y perro iban a celebrar aquella ocasión histórica rodando escalera abajo en un confuso ovillo de barba y pelambre pero Jarre, rápida de reflejos, agarró por sus respectivas nuca a su renombrado líder y al perro y consiguió impedirlo, con lo que salvó el día.

Con el perro firmemente agarrado en una mano y Limbeck en la otra, Jarre vió la cabeza. En realidad, no había sido nunca muy amante de los perros.

— ¡Haplo! —gritó en tono severo de desaprobación.

El patryn no tenía a nadie cerca. Estaba solo, si no contaba a los diversos dignatarios que formaban en fila a la entrada de la angosta escalera, esperando su turno para descender por ella. Haplo echó un vistazo a la mano. Por un instante, había pensado que las runas estaban a punto de activarse, de prepararse para defenderlo de un ataque inminente. Pero los tatuajes mágicos permanecieron apagados.

Era una sensación extraña, que nunca antes había experimentado. Le recordaba la llama de una vela, apagada de un soplo. Tenía la perturbadora

—

sensación de que alguien, de un soplo, había apagado su magia. Pero tal cosa no era posible.

— ¡Haplo! —vió a gritar Jarre—. ¡Ven a coger este perro tuyo!

No había nada que hacer. Todos los presentes en la Factría lo miraban entre sonrisas. Haplo había perdido cualquier oportunidad de mantener su cómodo anonimato. Mientras se frotaba el revés de la mano, avanzó hasta la boca del pasadizo y, con expresión sombría, ordenó al animal que viera a su lado.

Conocedor, por el tono de voz de *su* amo, de que había hecho algo malo pero no muy seguro de a que venía la bronca, el perro trotó dócilmente hacia Haplo.

Sentado sobre los cuartos traseros ante la estatua, el animal levantó una pata delantera con aire contrito, pidiendo perdón. El gesto provocó la admiración de los dignatarios, quienes le dedicaron una salva de aplausos.

Limbeck creyó que el aplauso era para él y correspondió con una *solemne* reverencia. Después, se *encaminó* escalera abajo. Haplo, empujado por la multitud, no tuvo más remedio que unirse a la comitiva. Dirigió una rápida mirada a su espalda, pero no vio nada. Nadie acechaba en las inmediaciones de la estatua. Nadie le prestaba especial atención.

Quizás habían sido imaginaciones suyas. Quizá la herida lo había dejado más débil de lo que creía.

Confundido, Haplo siguió los pasos de Limbeck y jarre. Las runas sartán iluminaron su descenso hacia los túneles.

Hugh *la Mano* permaneció junto a una pared, al amparo de las sombras, observando al resto de los mensch desfilas escalera abajo. Cuando lo hubiera hecho el último, él los seguiría, en silencio y sin ser visto.

Estaba satisfecho, complacido consigo mismo. Ahora sabía lo que necesitaba saber. Su experimento había sido un éxito. Recordó las palabras de Ciang:

—Se dice que la magia de los patryn los previene de los peligros, de forma parecida a como actúa lo que llamamos nuestro sexto sentido, aunque el suyo es mucho más preciso, mucho más refinado. Las tunas que llevan tatuadas en la piel emiten un brillante fulgor y no sólo les avisan del peligro sino que actúan como escudo defensivo.

En efecto; Hugh guardaba todavía un doloroso recuerdo de la ocasión en que había intentado atacar a Haplo, en el Imperanon. Una luz azul se había encendido como una llamarada y una descarga como un rayo había atravesado el cuerpo del asesino.

—Considero bastante lógico que, para que esta arma funcione, deba penetrar o desbaratar de algún modo la magia patryn. Te sugiero que experimentes —le había aconsejado Ciang—. Que pruebes cómo funciona.

Y eso había hecho Hugh. Aquella mañana, cuando el grupo de dignatarios se congregó en la Factría, *la Mano* estaba entre ellos. El asesino distinguió a su presa tan pronto como entró.

Recordando lo que conocía de Haplo, intuyó que el patryn taciturno y reservado se mantendría en segundo plano —«lejos de los focos», como dice la expresión— y bajo la protección de las sombras, lo cual facilitaría relativamente la tarea de Hugh.

La Mano acertó: Haplo se mantuvo apartado, cerca de la enorme estatua del que los mensch denominaban el Dictor. Sin embargo, Hugh masculló una maldición al ver al perro junto al patryn. No se había olvidado del animal, pero lo asombraba encontrarlo junto a su amo. La última vez que había visto al perro,

—

estaba con él y con Bane en el Reino Medio. Poco después de salvarle la vida, el perro había desaparecido. El asesino no había estado especialmente agradecido al animal por su acto y no se había molestado en buscarlo.

Hugh no tenía idea de cómo había podido viajar el animal desde el Reino Medio hasta el Reino Inferior, ni le importaba. El perro iba a resultar una molestia añadida. Si era preciso, acabaría con él antes que con su amo. Hasta entonces, *la Mano* tenía que comprobar hasta qué distancia podía aproximarse al patryn y observar si la Hoja Maldita mostraba alguna reacción.

Desenvainó el puñal, lo mantuvo oculto entre los pliegues de la capa y se retiró a las sombras. Las lámparas que habrían convertido la noche de la Factría en un día luminoso permanecían apagadas, puesto que la Tumpa-chumpa que les daba vida no funcionaba. Humanos y elfos estaban equipados con lámparas de aceite y antorchas, pero sus luces apenas conseguían penetrar en la oscuridad cavernaria del enorme edificio. Hugh *la Mano*, enfundado en las ropas de la Invisible, no tuvo ninguna dificultad para sumarse a aquella oscuridad y confundirse con ella.

Avanzó lenta y silenciosamente tras su presa, hizo un alto y aguardó con paciencia el momento oportuno para efectuar su movimiento. En el oficio de Hugh había muchos que, impulsados por el miedo, el nerviosismo o la impaciencia, se precipitaban en atacar en lugar de esperar, observar y prepararse mental y físicamente para el momento correcto, que siempre se presentaba. Y, cuando lo hacía, uno tenía que reaccionar, a menudo en apenas un abrir y cerrar de ojos. Era esta capacidad para esperar el momento con paciencia, para reconocer la oportunidad y aprovecharla, lo que había dado fama a Hugh *la Mano*.

Aguardó su ocasión y, mientras lo hacía, pensó que el puñal se había adaptado maravillosamente a su mano. No habría encontrado un herrero capaz de forjar una empuñadura que se ajustara mejor. Era como si el arma se hubiera amoldado a su mano. Hugh esperó y observó, más pendiente del perro que de su amo.

Y el momento llegó.

Limbeck y Jarre se disponían a iniciar el descenso cuando, de pronto, el supervisor jefe se detuvo. Haplo se inclinó hacia él para comentarle algo; Hugh no pudo captar lo que decían, ni le importó. A continuación, los enanos se pusieron en marcha escalera abajo.

—Ojalá ese maldito perro siga sus pasos —murmuró para sí.

Y, en aquel preciso instante, el animal saltó tras ellos.

Hugh *la Mano* se quedó perplejo ante la coincidencia, pero reaccionó rápidamente para aprovechar la oportunidad. Se deslizó hacia adelante y la mano del puñal asomó entre los pliegues de su capa.

No lo sorprendió apreciar que Haplo, de pronto, percibía su presencia. *La Mano* tenía un saludable respeto por su oponente y, por tanto, no había esperado que el asunto resultara sencillo. El puñal se agitó entre los dedos de Hugh produciéndole una sensación repulsiva, como si tuviera en la mano una serpiente. Avanzó hacia Haplo esperando que en cualquier momento se encenderían las runas de advertencia del patryn, en cuyo caso Hugh se quedaría inmóvil, amparado por la ropa mágica de la Invisible que le permitía confundirse con la noche.

—

Sin embargo, las runas no mostraron el menor cambio. No apareció ningún fulgor azulado. Esto pareció inquietar a Haplo, que había percibido una amenaza y se miraba la piel buscando la confirmación, sin encontrar nada.

Hugh supo en aquel instante que podía matar a Haplo, que la magia del patryn había follado, que el puñal debía de haber ejercido algún efecto sobre ella, y que así vería a suceder.

Pero no era el momento de actuar. Demasiada gente. Además, habría perturbado la ceremonia y los kenkari habían sido muy precisos en sus instrucciones: Hugh no debía, bajo ningún concepto, perturbar la puesta en marcha de la Tumpa-chumpa. Aquello sólo había sido una prueba del arma. Ahora sabía que funcionaba.

Era una lástima haber alertado a Haplo de un posible peligro, pues el patryn estaría en guardia, pero esto último no era necesariamente malo para sus propósitos. «Un hombre que vuelve la vista a su espalda es un hombre que tropezará y caerá de bruces», decía una conocida broma de la Hermandad. Hugh no se proponía emboscar a su víctima, ni tomarlo por sorpresa. Una cláusula de su contrato —otro detalle sobre el cual los kenkari habían sido muy explícitos— decía que *la Mano* debería revelar a Haplo, en sus últimos momentos, el nombre de quien había ordenado su muerte.

Hugh observó el desfile desde la oscuridad. Cuando el último noble elfo hubo desaparecido por la escalera, el asesino lo siguió, invisible y silencioso. Ya llegaría el momento, la ocasión en que Haplo quedara separado de la multitud, aislado. Y, en ese momento, al patryn le fallaría su magia. La Hoja Maldita se encargaría de ello. Hugh *la Mano* sólo tenía que seguir, observar y esperar.

—

CAPÍTULO
WOMBE, DREVLIN
ARIANO

— ¡Mirad! —exclamó Limbeck, y se detuvo tan de improviso que varios de los que seguían sus pasos se le echaron encima—. ¡Eso de ahí es mi calcetín!

Los túneles sartán eran sombríos y fantasmagóricos, iluminados únicamente por las runas azules que brillaban débilmente en la parte inferior de las paredes. Estas runas conducían al grupo hacia su destino; al menos, así lo esperaban todos fervientemente, aunque algunos empezaban a albergar serias dudas. Nadie había llevado antorchas ni lámparas, pues Limbeck había asegurado que los túneles estaban bien iluminados (y así era, para un enano).

Desde la partida de las serpientes dragón, la sensación de maleencia que había invadido los túneles como el hedor repugnante de algo muerto y descompuesto había desaparecido. Con todo, allí abajo seguía percibiéndose una sensación de persistente tristeza, de pesar por unos errores cometidos en el pasado, de pesadumbre de no disponer de un futuro en el cual repararlos. Era como si los espíritus de los constructores de la Tumpa-chumpa anduvieran entre ellos, benéos pero desconsolados. *Lo lamentamos*, parecían susurrar las sombras. *Lo lamentamos muchísimo...*

Los ánimos se enfriaron. Los dignatarios se apelotonaron en la oscuridad, contentos de notar el contacto de una mano cálida, no importaba que fuera humana, elfa o enana. Triano estaba visiblemente emocionado y Jarre empezaba a notar un nudo en la garganta cuando Limbeck hizo su descubrimiento.

— ¡Mi calcetín!

El enano se apresuró a acercarse a la pared y señaló con orgullo una hebra de hilo que corría por el suelo.

—Disculpa, supervisor jefe... —Triano no estaba seguro de haber comprendido la exclamación, pues la había hecho en idioma enano—. ¿Has dicho algo de un... un...?

— ¡Calcetín! —repitió Limbeck por tercera vez, y se dispuso a narrar la emocionante historia, que se había convertido en una de sus preferidas: cómo

—

habían descubierto al hombre metálico, la captura de Haplo por los elfos y cómo él, Limbeck, se había quedado solo y perdido en los túneles, sin salida y sin otra cosa que sus calcetines entre él y el desastre.

— ¡Querido! —intervino Jarre, retorciéndole la barba— ¡No tenemos tiempo!

—Pero estoy seguro de que lo habrá cuando la máquina esté en funcionamiento —se apresuró a añadir Triano al observar la extrema decepción del enano—. Me encantaría escuchar tu relato.

— ¿De veras? —A Limbeck se le iluminó la expresión.

—Por supuesto —asintió Triano con tal entusiasmo que Jarre lo miró con suspicacia.

—Por lo menos, ahora estoy seguro de que vamos en la dirección correcta— dijo Limbeck, poniéndose en marcha de nuevo con Triano a su lado. Sus palabras

reconfortaron visiblemente al resto de la comitiva, que siguió los pasos de Limbeck. Sin embargo, Jarre se rezagó un poco.

Se sentía triste y malhumorada el día que habría debido ser el más feliz de su vida y no entendía por qué.

Un hocico frío y húmedo le hurgó en la corva de la pierna.

—Hola, perro —murmuró con desánimo, y le dio unas suaves palmaditas en la cabeza.

— ¿Qué sucede? —inquirió Haplo, apareciendo a su lado.

Jarre se quedó perpleja. Había creído que Haplo estaba delante, con Limbeck.

Pero Haplo casi nunca estaba donde debía.

—Todo está cambiando —respondió con un suspiro.

—Eso es bueno, ¿no? Es lo que querías. Para eso habéis trabajado Limbeck y tú. Para eso habéis arriesgado la vida.

—Sí —reconoció Jarre—, Lo sé. Y el cambio será favorable. Los elfos han ofrecido permitir a nuestra gente trasladarse a sus hogares ancestrales en el Reino Medio. Nuestros hijos jugarán al sol. Y, por supuesto, quienes quieran quedarse aquí abajo a trabajar en la máquina, podrán hacerlo.

—Ahora, vuestro trabajo tendrá un sentido, un propósito —dijo Haplo—. Y dignidad. Ya no será labor de esclavos.

—Todo eso ya lo sé. Y no quiero ver al pasado. De verdad que no. Es sólo que... bueno, había muchas cosas buenas, mezcladas con lo malo. Entonces no me daba cuenta, pero ahora lo echo de menos. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí —repuso Haplo con calma—, te entiendo. A veces, a mí también me gustaría que las cosas vieran a ser como eran en mi vida. Nunca pensé que diría esto. No tenía gran cosa pero, lo poco que tenía, no lo valoraba. Tratando de conseguir otra cosa, se me escapó lo que importaba de verdad. Y, cuando conseguí lo que quería, resultó ser inútil sin lo otro. Ahora podría perderlo todo. O quizá ya lo he perdido sin remedio.

Jarre comprendió sin comprender. Deslizó su mano en la de Haplo y, juntos, echaron a andar lentamente tras Limbeck y los otros. Se preguntó por un instante por qué habría preferido Haplo quedarse en la retaguardia del grupo; era casi como si estuviera vigilando. Lo vio ver la mirada continuamente en una dirección y otra, pero no parecía tener miedo (eso sí que habría asustado a la enana). Su expresión era, sencillamente, de desconcierto.

—Haplo —dijo de pronto, recordando otra ocasión en la que había recorrido aquellos túneles de la mano de otra persona—, voy a contarte un secreto. Ni siquiera Limbeck lo conoce.

—

Haplo no dijo nada pero le dirigió una sonrisa de estímulo.

—Me ocuparé de que nadie... —al decirlo, clavó la mirada en la silueta del hechicero Triano—, de que nadie perturbe jamás a los hermosos muertos. De que nadie los descubra. Todavía no sé cómo lo haré, pero daré con el modo. —Se pasó la mano por los ojos—. No soporto imaginar a los humanos reviendo en esa cripta silenciosa con sus voces estentóreas y sus manos fisgonas. O los elfos, con sus gorjeos y sus risillas agudas. O a mi propio pueblo, deambulando entre los sepulcros con sus botas recias y pesadas. Me aseguraré de que todo permanezca como está. Creo que así lo querría Alfred, ¿no te parece?

—Sí —respondió Haplo—. Alfred lo querría así. Y no creo que debas

preocuparte de eso —añadió, apretando los dedos de la enana—. La magia sartán se ocupará por sí sola. Nadie que no esté destinado a ello encontrará esa cripta.

— ¿Eso crees? ¿Entonces, no es preciso que me preocupe?

—No. Ahora, será mejor que vuelvas con Limbeck. Me parece que te está buscando.

En efecto, la comitiva había hecho un nuevo alto para esperar a los rezagados. Al frente se distinguía a Limbeck a la luz mortecina de las runas sartán, escrutando las sombras con sus miopes ojos.

— ¿Jarre? —le oyeron decir.

—Es tan tonto —musitó la enana cariñosamente, y se dispuso a partir a la carrera hacia la vanguardia del grupo—. ¿No quieres venir también? —preguntó a Haplo antes de hacerlo. Y añadió, titubeante—: ¿Te encuentras bien?

—Un poco débil, nada más —mintió Haplo sin alterarse—. Olvida el pasado, Jarre. Agarra el futuro con ambas manos. Será bueno, para ti y para los tuyos.

—Lo haré —dijo Jarre con firmeza—. Al fin y al cabo, has sido tú quien nos ha dado ese futuro.

De repente, la enana tuvo la extraña sensación de que no vería a verlo.

— ¡Jarre! —El tono de Limbeck era de creciente preocupación.

—Será mejor que vayas enseguida —le aconsejó Haplo.

—Adiós... —musitó ella, con un dolor lacerante en el pecho. Inclinandose ligeramente, abrazó al perro con tal fuerza que estuvo a punto de asfixiar al animal; después, echó a correr por fin hacia Limbeck mientras reprimía unas lágrimas inesperadas e inexplicables.

Los cambios —incluso los cambios para bien— eran duros. Muy duros, realmente.

La comitiva se detuvo ante una puerta en la que había grabadas más runas sartán de resplandor azulado. Bañado por su suave luminosidad, Limbeck avanzó hasta la puerta y, siguiendo las directrices de Jarre (ella tenía el libro y leía las instrucciones), trazó con sus rechonchos dedos el signo mágico sartán que completaba el círculo de runas en la piedra.

La puerta se abrió.

Se oyó un extraño sonido metálico procedente del interior, que se acercaba a ellos. Elfos y humanos se mantuvieron a distancia, curiosos pero alarmados.

Limbeck, en cambio, avanzó resueltamente. Jarre se apresuró a colocarse a su lado. Triano, el hechicero, siguió a la enana casi pisándole los talones.

La sala en la que entraron estaba brillantemente iluminada por unos globos que colgaban del techo. La luz era tan potente, en comparación con la penumbra de los túneles, que tuvieron que protegerse los ojos unos momentos.

—

Un hombre totalmente hecho de metal —plata, oro y bronce— salió a su encuentro. Los ojos del hombre de metal eran joyas. Sus movimientos eran rígidos. Todo su cuerpo estaba cubierto de runas sartán.

—Es un autómata— anunció Limbeck, recordando el término que había empleado Bane, y movió la mano presentando al hombre metálico con el mismo orgullo que si lo hubiera construido él mismo.

Asombrado, Triano contempló al autómata y los enormes ojos que cubrían las paredes, cada uno de los cuales observaba atentamente una parte de la gran máquina. El mago, asombrado, recorrió con la mirada los paneles de metal

reluciente adornados con cajas de cristal y pequeñas ruedas, palancas y otros objetos fascinantes e incomprensibles.

Ninguna de las palancas, pedales y ruedas se movía. Todo estaba absolutamente quieto, como si la Tumpa-chumpa se hubiera dormido y estuviese esperando a que la luz del sol tocara sus párpados, en cuyo instante despertaría.

—La puerta está abierta. ¿Cuáles son mis instrucciones? —preguntó el hombre de metal.

— ¡Habla! —Triano se quedó boquiabierto.

— ¡Por supuesto! —Dijo Limbeck con orgullo—. Si no lo hiciera, no nos serviría para mucho.

El enano tragó saliva, excitado, y alargó su temblorosa mano hacia Jarre. Ella la cogió con una de las suyas mientras, con la otra, sostenía el libro. Triano temblaba de expectación.

Uno de los misteríarcas humanos, que había asomado la cabeza por la puerta con aire nervioso, se había descompuesto y lloraba des—controladamente.

— ¡Todo perdido! —Balbuceaba, apenas coherente—, ¡Todo perdido durante tantos siglos...!

—Y ahora encontrado —susurró Triano—. Y legado a nosotros. Que los antepasados nos hagan merecedores de ello.

— ¿Qué le digo al hombre metálico, querida? —preguntó Limbeck con voz trémula—. Yo... quiero asegurarme de hacerlo bien.

—«Pon la mano en la rueda de la vida y gírala» —Jarre leyó las instrucciones en lenguaje enano.

Triano tradujo las palabras al elfo y al humano para todos los que se apiñaban a la puerta.

—Pon la mano en la rueda de la vida y gírala—ordenó Limbeck al autómata.

La voz del enano se quebró al principio, pero enseguida cogió confianza y pronunció las palabras finales con tal potencia que incluso Haplo, a solas y olvidado en el pasadizo, las escuchó perfectamente.

Fijada a una de las paredes metálicas había una gigantesca rueda de oro, cubierta de runas grabadas en él. El autómata, obediente, se desplazó con su chirrido metálico hasta situarse ante ella. Colocó las manos sobre la rueda y, a continuación, vió el rostro con sus ojos de gemas hacia el enano.

— ¿Cuántas veces la hago girar? —inquirió la voz metálica.

—«Una por cada mundo» —dijo Jarre, con tono dubitativo.

—La respuesta es correcta —dijo el hombre de metal—. Y bien, ¿cuántos mundos hay?

Ninguno de los que conocían el libro estaba seguro de la respuesta. No venía en sus páginas. Era como si los sartán hubieran dado por sentado que el número sería de conocimiento común.

—

Cuando, anteriormente, habían tratado el asunto con Haplo, éste había cerrado los ojos como si estuviera viendo en su mente imágenes en movimiento (como las de la linterna mágica sartán).

—Probad el número siete —les había aconsejado Haplo, pero no había querido explicar cómo había llegado a tal conclusión—, Pero no estoy muy seguro...

—Siete —apuntó Jarre, entre escéptica e impotente.

—Siete —repitió Limbeck.

—Siete mundos... —murmuró Triano—. ¿Es posible tal cosa?

Al parecer, lo era, pues el autómeta asintió y, levantando las manos, asió la rueda y le dio un vigoroso tirón.

La rueda se estremeció; sus engranajes chirriaron debido a la prolongada inactividad, pero se movió.

El hombre metálico empezó a hablar, pronunciando una palabra cada vuelta que daba a la rueda. Nadie entendió lo que decía, excepto Haplo.

—El primer mundo, el Vórtice —dijo el autómeta en sartán.

La rueda giró con un chirrido quejumbroso.

—El Vórtice —repitió Haplo—. Me pregunto qué...

Sus reflexiones fueron interrumpidas en seco.

—El Laberinto —anunció el autómeta.

La rueda giró de nuevo.

—El Nexo —prosiguió el hombre de metal.

—El Laberinto; luego, el Nexo. —Haplo reflexionó sobre lo que estaba escuchando. Tranquilizó al perro, que había roto en aullidos quejumbrosos (el chirriar de la rueda taladraba sus sensibles oídos) —. Los dos por este orden. Quizás esto significa que el Vórtice está en...

—Ariano —dijo el hombre de metal.

— ¡Eh, ése es el nuestro! —exclamó Jarre con regocijo, reconociendo el término sartán para denominar su mundo.

—Pryan. Abarrach. Chelestra. —A cada nombre de la lista, el hombre metálico dio otra vuelta a la rueda. Cuando llegó al último nombre, se detuvo.

— ¿Y ahora, qué? —inquirió Triano.

—«El fuego del cielo prenderá la vida» —leyó jarre.

—Me temo que nunca hemos tenido una idea muy clara de a qué se refiere esta parte —musitó Limbeck en tono de disculpa.

— ¡Mirad! —exclamó Triano, señalando uno de los ojos de cristal que observaban el mundo.

Terribles nubes de tormenta, más oscuras y amenazadoras que cualquiera que se hubiera visto hasta entonces en Drevlin, se arremolinaban en el cielo sobre el continente. La tierra se vió negra como la brea. La propia sala en la que estaban, tan iluminada, pareció oscurecerse un poco pese a que estaban a mucha profundidad bajo el suelo.

— ¡Por todas las cavernas! —balbuceó Limbeck con los ojos como platos.

Incluso sin las gafas, podía ver las nubes hirvientes que giraban sobre su tierra.

— ¿Qué hemos hecho? —murmuró Jarre, apretándose contra Limbeck.

— ¡Nuestras naves...! —Exclamaron elfos y humanos—. Eso destruirá nuestras naves. Nos quedaremos inmovilizados aquí...

Un relámpago zigzagueante surgió de las nubes y descargó en una de las manos metálicas de los Levarriba. Unos arcos de fuego rodearon la mano y descendieron, centelleando, por el brazo metálico. El brazo se agitó.

—

Simultáneamente, cientos de relámpagos más llovieron del cielo y alcanzaron cientos de manos y brazos metálicos a lo largo y ancho de Drevlin. Los ojos de cristal de la sala se concentraron en cada uno de ellos. Los mensch pasaron la vista de un ojo al siguiente con aterrorizado asombro.

—« ¡El cielo está ardiendo!» —anunció Triano de improviso.

Y, en aquel preciso instante, toda la maquinaria de la sala cobró vida. La rueda de la pared empezó a girar por sí sola. En los ojos de cristal, las imágenes comenzaron a parpadear y moverse, viéndose hacia diferentes partes de la gran máquina. Las flechas guardadas en las cajas de cristal fueron ascendiendo poco a poco.

Por todo el continente de Drevlin, la Tumpa-chumpa vía a la vida.

De inmediato, el hombre de metal dejó la gran rueda y se encaminó hacia las palancas y las ruedas pequeñas. Los mensch se apartaron de su camino a toda prisa, pues el autómatas no permitía que nada lo detuviera.

— ¡Mira! ¡Oh, Limbeck, fíjate! —Jarre estaba sollozando sin darse cuenta.

Las ruedas giratorias empezaban a girar, los lectrozumbadores zumbaban de nuevo, las flechas se movían y las centellas rodantes centelleaban. Las zarpas excavadoras herían el suelo furiosamente, los engranajes funcionaban y las poleas levantaban sus pesos. Las lámparas se encendieron de nuevo a lo largo y ancho de la enorme máquina; los fuelles aspiraron grandes bocanadas de aire para expulsarlas luego con un gran silbido, y una corriente de aire cálido se extendió nuevamente por la red de túneles.

Se pudo ver a los enanos saliendo de sus hogares en tropel, abrazándose entre ellos y abrazando a la parte de la máquina que cada cual podía abrazar cómodamente. Los capítaces de truno aparecieron entre ellos y empezaron de inmediato a dar órdenes, que era lo que se suponía que hacía un capítaz de truno, de modo que nadie protestó. Todos los enanos vieron al trabajo como habían hecho anteriormente.

El hombre de metal también seguía trabajando, y los mensch ocupándose de apartarse de su camino. Nadie tenía idea de qué estaba haciendo. De pronto, Limbeck señaló uno de los ojos de cristal.

— ¡Los Levarriba!

Las nubes de tormenta giraban en un remolino en torno al círculo de los nueve brazos enormes, formando un agujero a través del cual el sol brillaba sobre un surtidor que había dejado de funcionar.

En la antigüedad, el surtidor había conducido el agua recogida del Torbellino a una tubería que descendía de Aristagón. Los elfos se habían hecho con el control de la tubería y del agua, imprescindible para la vida. Lo cual provocó la primera de muchas guerras. Pero, cuando la Tumpa-chumpa había dejado de funcionar, el surtidor también había dejado de hacerlo... para todos.

¿vería a funcionar ahora?

—Según esto —apuntó, sin levantar la vista del libro—, parte del agua recogida de la tormenta será calentada hasta convertirla en vapor y agua caliente; entonces, ese vapor y esa agua caliente saldrán disparados hacia el cielo...

Lentamente, las nueve manos unidas a los nueve brazos se irguieron en el aire. Todas las manos se abrieron y vieron la palma hacia el sol. Entonces, cada mano pareció coger algo, una especie de cuerda invisible atada a una cometa invisible» e inició el gesto de tirar de la cuerda y recoger la cometa.

—

Arriba, en el Reino Medio y en el Superior, los continentes se estremecieron, se desplazaron y empezaron lentamente a modificar su posición.

Y, de pronto, un chorro de agua espumeante surgió del surtidor y se alzó más y más, envuelto en nubes de vapor de agua que lo ocultaban a la vista.

—Está empezando —dijo Triano en un susurro reverente.

CAPÍTULO
ISLAS KARAN
ARIANO

De pie en el exterior del pabellón real, Stephen contempló el campo donde se había librado la batalla de Siete Campos. El monarca aguardaba con expectación lo que muchos en su reino creían que sería el fin del mundo. Su esposa, la reina Ana, se encontraba a su lado sosteniendo entre los brazos a su hija recién nacida. —Esta vez he notado algo —dijo Stephen, mirando fijamente el suelo bajo sus pies.

— ¿Por qué insistes en eso? —replicó Ana con fingida exasperación—. Yo no he notado nada.

El monarca refunfuñó, pero no respondió. Los dos habían decidido poner término a sus constantes disputas (las cuales, de todos modos, eran una comedia entre la pareja desde hacía tiempo). Ahora, Stephen y Ana habían proclamado públicamente su mutuo amor. Durante aquellas primeras semanas tras la firma del tratado de paz con los elfos, había sido muy curioso y divertido observar la reacción desconcertada de las diversas facciones que creían estar consiguiendo sus propósitos de enfrentar al rey con la reina.

Unos cuantos barones trataban todavía de provocar agitación y lo estaban consiguiendo, en gran parte porque la mayoría de los humanos desconfiaba todavía de los elfos y tenía grandes reservas respecto a la paz entre las razas. Stephen guardaba silencio y esperaba su oportunidad. Tenía el buen juicio suficiente como para saber que el odio era una mala hierba que no se agostaría por el mero hecho de que la iluminara el sol. Sería precisa mucha paciencia para arrancarla. Con suerte y dedicación, su hijita llegaría a verla extinguirse. En cambio, era muy probable que él no alcanzara a vivirlo, pensó el monarca. Aun así, había hecho cuanto había podido por colaborar en ello y se sentía satisfecho. Y si aquella máquina desquiciada de los enanos funcionaba, mucho mejor. De lo contrario... Bien, de lo contrario, él y Reesh'ahn y aquel enano (¿cómo se llamaba? No-sé-que Tuercas) encontrarían el modo de conseguirlo.

Un súbito vocerío procedente de la orilla atrajo la atención de Stephen. La guardia del rey estaba desplegada y prevenida y, en aquel momento, casi todos sus componentes se asomaban con cautela al borde de la isla flotante, señalando algo entre exclamaciones.

— ¿Qué diablos...? —Stephen echó a andar para observar por sí mismo qué sucedía y tropezó con un mensajero que acudía a informarle.

— ¡Majestad! —El mensajero era un joven paje, tan excitado que se mordió la lengua cuando intentó hablar—. ¡A... a... agua!

Stephen no necesitó dar un paso más para ver... y notar. Una gota de agua en la mejilla. Miró a su alrededor con asombro. Ana, a su lado, se cogió de su brazo. Un chorro de agua se elevaba en el aire cerca de la isla, ganando altura hasta perderse en el cielo. Stephen extendió el cuello hasta casi caer de espaldas,

tratando de ver el final. El geiser ascendía hasta una altura que, según el cálculo del monarca, casi debía de alcanzar el firmamento; a continuación, se precipitaba hacia abajo en una cascada suave y centelleante, como una mansa llovizna primaveral.

Casi hirviendo cuando surgía de Drevlin, el agua era enfriada por el aire a través del cual se alzaba, y aún más por la fría atmósfera de las cercanías de los témpanos de hielo que formaban el firmamento. Cuando las gotas bañaron los rostros de los humanos, levantados con expresión de asombro hacia el milagro que caía sobre ellos, el agua ya estaba tibia.

— ¡Es..., es maravilloso! —susurró Ana.

Los potentes rayos de Solaris penetraron las nubes e iluminaron la cascada, transformando la cortina transparente en brillantes franjas de colores. Anillos de arco iris enviaron el geiser. Las gotitas de agua centelleantes empezaron a acumularse en las cubiertas combadas de las tiendas de campaña. La pequeña se rió hasta que una gota le acertó en la punta de la nariz; entonces, se echó a llorar. —Estoy seguro de que esta vez he notado moverse el suelo —declaró Stephen, exprimiendo el agua de su barba.

—Sí, querido —respondió Ana con tono paciente—. Voy a llevar a la niña a cubierto antes de que pille un resfriado de muerte.

Stephen se quedó en el exterior, disfrutando del aguacero, hasta que estuvo empapado hasta la piel y aún más. Se rió al ver a los campesinos afanándose con cubos, dispuestos a recoger hasta la última gota de aquel bien, tanpreciado que se había convertido en la unidad de cuenta en las tierras humanas (un barl equivalía a un barril de agua). Stephen podría haberles dicho que estaban perdiendo el tiempo. El agua caía y seguiría cayendo sin cesar mientras la Tumpa-chumpa continuara funcionando. Y, conociendo a los trabajadores enanos, seguiría haciéndolo indefinidamente.

Deambuló durante horas por el campo de batalla, convertido ahora en símbolo de paz pues era allí donde él y Reesh'ahn habían firmado el acuerdo de alianza. De pronto, vio descender entre la cortina de agua la centelleante silueta de un dragón cuyas alas mojadas brillaban bajo los rayos del sol. Tras posarse en el suelo, la bestia se sacudió desde el hocico hasta la cola, dando muestras de satisfacción por la ducha.

Stephen se protegió los ojos de la luz e intentó distinguir al jinete. Una mujer, a juzgar por la indumentaria. Vio a la guardia ofrecerle una respetuosa escolta. Y entonces supo de quién se trataba. La dama Iridal.

—

El re) frunció el entrecejo, resentido. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Tenía que venir a estropearle aquel día maravilloso? Aquella mujer, en el mejor de los casos, lo hacía sentirse terriblemente incómodo. Y ahora, después de que Iridal se viera obligada a sacrificar a su propio hijo para salvarle la vida, Stephen se sentía aun peor. Dirigió una mirada anhelante hacia su tienda con la esperanza de que Ana acudiera a rescatarlo, pero la cortina de la entrada no sólo permaneció echada, sino que pudo observar cómo asomaba una mano para anudar las cuerdas que la cerraban.

La reina Ana tenía aún menos deseos de ver a Iridal que su esposo.

La dama Iridal era una misteriarca, una de las hechiceras más poderosas del mundo de Ariano. Stephen tenía que ser cortés y acudió a su encuentro

chapoteando entre los charcos.

—Señora... —dijo con aspereza, y le tendió su mojada mano.

Iridal la estrechó fríamente. Estaba sumamente pálida, pero su porte era sereno. Mantuvo la capucha sobre su cabeza para protegerse del agua. Sus ojos, que en otro tiempo brillaban luminosos como arco iris en el agua, estaban ahora apagados, nublados por una pena que la acompañaría hasta su muerte. No obstante, parecía en paz consigo misma y con las trágicas circunstancias de su vida. Stephen todavía se sentía incómodo en su compañía, pero la sensación que experimentaba ahora era de comprensión, no de culpabilidad.

—Te traigo noticias, majestad —anunció Iridal tras concluir las formalidades de rigor y el intercambio de comentarios admirados acerca del agua—. He estado con los kenkari en Aristagón. Me envían para decirte que el Imperanon ha caído.

—¿Y el emperador? ¿Ha muerto? —preguntó el rey con voz ansiosa.

—No, majestad. Nadie está seguro de qué sucedió pero, según todos los indicios, Agah'ran se disfrazó con las ropas mágicas de la Invisible y, con su ayuda, consiguió evadirse al amparo de la noche. Cuando su gente descubrió que el emperador había huido, abandonándolos a la muerte, se rindieron sin condiciones al príncipe Reesh'ahn.

—Una magnífica noticia, señora. Sé que al príncipe le repugnaba la idea de tener que matar a su propio padre. De todos modos, es una lástima que Agah'ran escapara. Así, aún podría causar daño.

—Hay mucho en este mundo que todavía ha de causar daño —apuntó Iridal con un suspiro—. Y siempre lo habrá. Ni siquiera este milagro de agua puede eliminar eso.

—Pero quizás ahora estamos protegidos frente a ello —respondió Stephen con una sonrisa—, ¡Otra vez! —Exclamó, dando una fuerte pisada—. ¿No lo has notado?

—¿Notar qué, majestad?

—El suelo tiembla. ¡La isla se mueve, te lo aseguro! Tal como prometía el libro.

—Si sucede como dices, Stephen, dudo mucho que puedas percibirlo. Según el libro, el movimiento de las islas y continentes se producirá muy lentamente. Transcurrirán muchos ciclos hasta que todo quede ordenado como es debido. Stephen no dijo nada. No tenía el menor deseo de discutir con una misteriarca. Estaba convencido de haber notado cómo se movía el suelo. Con libro o sin él, estaba seguro de ello.

—¿Qué harás ahora, dama Iridal? —Inquirió, cambiando de tema—. ¿Regresar al Reino Superior?

—

Tan pronto como hubo formulado la pregunta, se sintió incómodo y deseó no haberlo hecho. Allá arriba estaba enterrado su hijo, y también su esposo.

—No, majestad. —La palidez de su rostro se acentuó, pero su respuesta fue muy calmada—. El Reino Superior está muerto. El caparazón que lo protegía se ha resquebrajado. El sol abrasa la tierra y el aire es demasiado caliente para poder respirar.

—Lo siento, señora —fue el único comentario que se le ocurrió al monarca.

—No lo sientas, Stephen. Es mejor así. En cuanto a mí, voy a hacer de contacto entre los misteriarcas y los kenkari. Vamos a juntar nuestros

conocimientos mágicos y aprender unos de otros para beneficio de todos.

— ¡Excelente! —dijo el rey, de corazón. Que se entendieran entre ellos, aquellos condenados hechiceros, y dejaran en paz a la gente normal y corriente. Stephen nunca había confiado demasiado en ninguno de ellos.

Iridal acogió su entusiasmo con una leve sonrisa. Sin duda se preguntaba qué estaba pensando, pero era lo bastante discreta como para no hacer comentarios. Esta vez fue ella quien cambió de tema.

—Acabas de regresar de Drevlin, ¿verdad, majestad?

—En efecto, señora. Mi esposa y yo hemos estado allí con el príncipe, supervisando las cosas.

— ¿No verías, por casualidad, a Hugh *la Mano*, el asesino?

Una mancha carmesí se extendió por las mejillas de Iridal cuando sus labios pronunciaron aquel nombre. Stephen frunció el entrecejo.

—No, gracias a los antepasados. ¿Por qué había de verlo? ¿Qué podría hacer allí? A menos que tenga otro contrato...

El sonrojo de Iridal se hizo aún más intenso.

—Los kenkari... —empezó a decir; después, se mordió el labio y guardó silencio.

— ¿A quién le han encargado eliminar? —Inquirió Stephen, sombrío—, ¿A mí o a Reesh'ahn?

—No... por favor... yo... no me has interpretado bien. —Iridal puso una expresión de alarma—. No digas nada...

Con una breve inclinación de cabeza, Iridal ocultó aún más su rostro bajo la capucha, se vió y regresó corriendo a su dragón. La bestia estaba disfrutando del baño y no quería ar. La misteriarca apoyó la mano en su cuello y le murmuró unas palabras tranquilizadoras que reforzaron su control mágico sobre el dragón. Éste sacudió la cabeza y batió las alas con expresión arrobada.

Stephen regresó apresuradamente a su tienda, como si quisiera alcanzarla antes de que a Iridal se le ocurriese algo más y viera a llamarlo. Una vez en su pabellón, informó a la guardia que no quería ser molestado. Probablemente debería averiguar algo más acerca del asesino, pero no iba a conseguir la información de ella. Cuando Triano regresara, pondría al hechicero tras aquel misterio.

Sin embargo, en definitiva, Stephen se alegró de haber hablado con Iridal. La noticia que le había traído era favorable. Ahora que el emperador elfo había desaparecido de la escena, el príncipe Reesh'ahn podría tomar el mando de su gente y contribuir a la paz. Stephen esperaba que los misteriarcas se sintieran tan interesados en la magia kenkari como para no preocuparse de los asuntos mundanos. En cuanto a Hugh *la Mano*, era posible que los kenkari sólo hubiesen querido quitarse de en medio al asesino y lo hubieran enviado a su destino, el Torbellino.

—

—Sería muy propio de un puñado de elfos, urdir algo tan retorcido — murmuró entre dientes. Al darse cuenta de lo que había dicho, se apresuró a mirar a su alrededor para cerciorarse de que no le había oído nadie.

Sí, los prejuicios tardarían mucho tiempo en desaparecer.

Camino de la tienda, sacó la bolsa y arrojó todos los barls a un charco.

—

CAPITULO
WOMBE, DREVLIN
ARIANO

El perro se aburría.

No sólo se aburría. También estaba hambriento.

El animal no le echaba la culpa de aquel estado de cosas a su amo. Haplo no estaba bien. La herida abierta en la runa del pecho había sanado, pero había dejado una cicatriz, una costura blanquecina que cruzaba el signo mágico que constituía el centro del ser de Haplo. El patryn había intentado extender sus tatuajes sobre ella para cerrar la runa pero, por alguna causa desconocida para ambos, perro y amo, el pigmento no producía efecto sobre el tejido cicatricial; su magia, por tanto, no funcionaba.

—Probablemente es algún tipo de veneno dejado por la serpiente dragón — había razonado Haplo cuando se hubo tranquilizado lo suficiente como para razonar.

Los primeros instantes posteriores al descubrimiento de que su herida no curaría por completo habían rivalizado en furia, según la estimación del perro, con la tormenta que rugía fuera de la nave. El animal había considerado conveniente retirarse, en los peores momentos, a un rincón seguro bajo la cama.

El perro, sencillamente, no alcanzaba a comprender todo aquel alboroto. La magia de Haplo era tan poderosa como siempre; al menos, así se lo parecía al animal, el cual, al fin y al cabo, algo debía de saber sobre la cuestión pues no sólo había sido testigo de algunas de las hazañas más espectaculares de Haplo, sino también participante untario en ellas.

El conocimiento de que su magia funcionaba como era debido no había satisfecho a Haplo como el perro esperaba. Haplo se había vuelto taciturno, esquivo, preocupado. Y, si se olvidaba de dar de comer a su fiel compañero de andanzas, el perro no podía tenérselo en cuenta porque, muchas veces, Haplo se olvidaba de alimentarse él mismo.

—

Pero llegó el momento en que el perro ya no pudo escuchar las exclamaciones de alegría de los mensch, que festejaban el maravilloso funcionamiento de la Tumpa-chumpa, porque el ruido de sus propias tripas acallaba todo lo demás. El animal decidió que ya había suficiente.

Estaban en los túneles. La cosa metálica que parecía un hombre y caminaba como un hombre, pero olía como una caja de herramientas de Limbeck, deambulaba con su rechinar de metal sin hacer nada interesante, según el parecer del perro, aunque recibiendo toda clase de encendidos elogios. Únicamente Haplo mostraba desinterés, apoyado en una de las paredes del túnel, en las sombras, con la mirada en el vacío.

El animal echó un vistazo a su amo y soltó un ladrido que expresaba estos pensamientos: «Muy bien, amo. Ese hombre—cosa sin olor ha puesto en marcha la máquina que nos destroza el oído. Nuestros amigos, grandes y pequeños, están contentos. Vámonos a comer».

— ¡Silencio, perro! —ordenó Haplo, y le dio unas palmaditas en la testuz, distraídamente.

El animal suspiró. Allá afuera, a bordo de la nave, había rstras y rstras de morcillas, aromáticas y apetitosas. Con la imaginación, podía verlas, olerías, saborearlas. Un verdadero tormento, pues la lealtad lo impulsaba a permanecer junto a su amo, que se podía meter en algún problema grave, si lo dejaba solo. «De todos modos —reflexionó el animal—, un perro desmayado de hambre no sirve de mucho en una pelea.»

Emitió un gáñido, se frotó contra la pierna de Haplo y dirigió una mirada anhelante hacia el túnel por el que habían venido.

— ¿Tienes que salir? —inquirió Haplo, mirándolo con irritación.

El perro meditó la respuesta. No era aquello lo que pretendía. Y, en realidad, no tenía que salir fuera; por lo menos, en el sentido que lo decía Haplo. De momento, no era necesario. De todos modos, al menos, los dos estarían fuera. En cualquier otra parte que no fuese aquel túnel iluminado por las runas.

Así pues, irguió las orejas, muy tiesas, para indicar que sí, que tenía necesidad de salir. Una vez en el exterior, había un corto trecho hasta la nave y las morcillas.

—Ve, pues —dijo Haplo, impaciente—. No me necesitas. No te pierdas en la tormenta,

¡Perderse en la tormenta! ¡Mirad quién hablaba de perderse! En cualquier caso, el perro había recibido permiso para irse y eso era lo principal, aunque su amo se lo hubiese concedido gracias a un malentendido. Al animal, este detalle le producía punzadas en la conciencia, pero las punzadas del hambre eran mucho más dolorosas y se alejó al trote sin profundizar más en el asunto.

Solamente cuando estuvo a medio camino de la escalera que conducía a la boca de los túneles, cerca de otro hombre que no olía como Alfred pero se le parecía, se dio cuenta de que tenía un problema.

No podría ver a bordo sin ayuda.

El animal desfalleció. Sus pisadas vacilaron. La cola, que agitaba frenéticamente momentos antes, cayó flácida entre sus cuartos traseros. Se habría dejado caer sobre el vientre, de desesperación, de no haberse encontrado en aquel momento subiendo por la escalera, lo que hacía muy incómoda tal postura. Se arrastró, pues, peldaños arriba. Cerca del hombre que parecía Alfred aunque no

—

tenía su olor, se detuvo un momento a rascarse y a reflexionar sobre su problema más inmediato.

La nave de Haplo estaba completamente protegida por la magia rúnica patryn, pero ésta no era traba para el perro, que podía colarse en los signos con la misma facilidad que si estuviera embadurnado de grasa. En cambio, las patas no servían para abrir puertas y, aunque puertas y paredes no lo habían detenido cuando había acudido al rescate de su amo, tales obstáculos podían perfectamente impedirle colarse en el interior para robar morcillas. Incluso el animal era capaz de reconocer que había una clara diferencia.

También estaba el desgraciado contratiempo de que Haplo guardaba las morcillas colgadas cerca del techo, fuera del alcance de un perro hambriento. Era otro detalle que el animal no había tenido en cuenta.

«Sencillamente, no es mi día», se dijo el perro, o algo parecido.

Acababa de exhalar otro suspiro de frustración y ya pensaba en echar el diente a otra cosa, cuando captó un olor.

Se puso tenso. Era un olor familiar, de una persona que el perro conocía bien. El aroma de aquel hombre era muy peculiar, compuesto por una mezcla de elfo y humano, mezclado con el olor del estregno y atado todo ello por un penetrante tufo a peligro, a nerviosa expectación.

Se incorporó a cuatro patas de un brinco, buscó el origen del aroma en la sala y dio con él casi de inmediato.

Era su amigo, el amigo de su amo, Hugh *la Mano*. Se había afeitado todo el pelo, por alguna razón que el perro no se molestó en intentar descubrir. Pocas de las cosas que hacía la gente tenían sentido para él.

El perro enseñó los dientes en una sonrisa y agitó la cola en señal de amistoso reconocimiento.

Hugh no respondió. Parecía desconcertado ante la presencia del perro.

Refunfuñando, le soltó un puntapié. El animal comprendió que no era bien recibido.

No se conformó. Posado sobre los cuartos traseros, levantó una pata para que Hugh la sacudiera. Por alguna razón que siempre se le escapaba, a la gente le resultaba encantador aquel gesto estúpido.

Al parecer, dio resultado. El perro no alcanzaba a ver la cara del hombre, oculta bajo una capucha (¡qué rara era la gente!), pero sabía que Hugh lo observaba ahora con interés. El hombre se puso en cuclillas y lo incitó a acercarse. El animal captó el ruido del movimiento de la mano bajo la capa, aunque el hombre ponía todo su empeño en hacerlo en silencio. Con un chirrido, Hugh sacó un objeto. El perro olfateó a hierro impregnado de sangre vieja, un olor que no le gustó demasiado, pero no era momento para andarse con remilgos.

Hugh aceptó la pata del perro y la sacudió con gesto grave.

— ¿Dónde está tu amo? ¿Dónde está Haplo?

Bien, a aquellas alturas el perro no estaba dispuesto a lanzarse a una explicación detallada. Se puso de nuevo a cuatro patas, impaciente por marcharse. Allí tenía a alguien que podía abrir puertas y descolgar morcillas de sus ganchos. Así pues, le contó una mentira.

Soltó un ladrido y vio la cabeza hacia la puerta de la Factoría, en dirección a la nave de Haplo.

Es preciso añadir que el perro no lo consideró tal mentira. Se trataba simplemente de coger la verdad, mordisquearla un poco y, luego, enterrarla para

—

más adelante. Su amo no estaba a bordo en aquel preciso momento, como quería hacer creer a Hugh, pero pronto llegaría.

Mientras lo esperaban, el perro y Hugh podrían hacer una agradable visita y compartir un par de morcillas. Ya habría tiempo para explicaciones más adelante.

Pero, naturalmente, el hombre no fue capaz de reaccionar de forma sencilla y lógica. Hugh *la Mano* miró en torno a él con desconfianza, como si esperara que Haplo saltara sobre él en cualquier momento. Tras comprobar que no estaba, Hugh lanzó una mirada iracunda al animal.

— ¿Cómo ha pasado junto a mí sin que lo viera?

El perro sintió crecer dentro de él un aullido de frustración, ¡Condenado hombre, había muchos modos en que Haplo podía haberse deslizado junto a él, inadvertido! La magia, por ejemplo...

—Supongo que habrá utilizado la magia —murmuró Hugh al tiempo que se

incorporaba. Se escuchó de nuevo aquel sonido chirriante y el olor a hierro y sangre se redujo considerablemente, para alivio del perro—. ¿Y por qué se escabulle? —Continuó diciéndose Hugh *la Mano*—. Tal vez sospecha que se está tramando algo. Eso debe de ser. Haplo no es de los que corren riesgos. Pero, entonces, ¿qué haces tú suelto por aquí? No te habrá mandado él a buscarme, ¿verdad?

El hombre vía a mirarlo fijamente. ¡Oh, por el amor de todo lo grasiento!, pensó el perro. Con gusto habría mordido al tipo. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Acaso el hombre no había tenido hambre nunca?

Con aire de inocencia, ladeó la cabeza y, dedicando al hombre una mirada enternecedora de sus oscuros ojos, gimió un poco para protestar de la falsa acusación.

—Supongo que no —dijo Hugh, clavando la vista en el perro—. Y seguro que no puede saber de ninguna manera que soy yo quien lo sigue. Y tú..., tú podrías ser mi billete a bordo de la nave. Haplo te dejaría subir. Y, cuando vea que yo te acompaño, me dejará hacerlo también. Vamos, pues, chuchó. Guíame. Cuando aquel hombre tomaba una decisión, se ponía en marcha enseguida. Él tuvo que reconocérselo, de modo que prefirió hacer caso omiso, de momento, del uso de aquel término tan ofensivo, «chuchó».

Tras dar unas vueltas en torno a sí mismo, el perro salió corriendo por la entrada a la Factría. El hombre lo siguió de cerca. Pareció algo amilanado ante la visión de la tremenda tormenta que se abatía sobre Drevlin pero, tras unos momentos de vacilación, se caló la capucha y avanzó decidido bajo el viento y la lluvia.

El perro, respondiendo con ladridos a los truenos, avanzó chapoteando alegremente en los charcos en dirección a la nave, una enorme mole de oscuridad tachonada de runas, apenas visible entre la cortina inclinada de lluvia.

Por supuesto, llegaría el momento en que, ya a bordo de la nave, Hugh *la Mano* descubriría que Haplo no estaba a bordo. Un momento que podía resultar delicado. Sin embargo, el perro tenía la esperanza de que no llegara antes de que hubiera convencido al hombre de que le alcanzara unas cuantas morcillas.

El animal se sentía capaz de cualquier cosa, una vez que tuviera el estómago lleno.

—

CAPITULO WOMBE, DREVLIN ARIANO

A solas en el pasadizo, Haplo echó una ojeada a la sala del autómata. Los mensch hablaban animadamente entre ellos, moviéndose de un ojo de cristal al siguiente para contemplar las maravillas del nuevo mundo. Limbeck estaba plantado en el centro de la sala, desde donde pronunciaba un discurso. La única que lo escuchaba era Jarre, pero el enano no se enteraba de lo reducido de su público, ni le hubiese importado. Jarre lo miraba con ojos tiernos: los suyos verían perfectamente por los dos.

—Adiós, amigos míos —dijo Haplo a los enanos desde el pasadizo, a suficiente distancia como para que no pudieran oírlo. Dio media vuelta y se alejó.

Ahora, Ariano estaría en paz. Una paz inquieta, salpicada de grietas y desgarros. Una paz que temblaría y se tambalearía y amenazaría más de una vez

con desmoronarse y aplastar debajo a todos ellos, pero los menschs guiados por sus sabios líderes, apuntalarían la paz aquí, la remendarían allá, y lograrían mantenerla en pie, fuerte en su imperfección.

No era aquello, precisamente, lo que su señor le había ordenado.

—Tenía que hacerse así, Xar. De lo contrario, las serpientes dragón...

Sin darse cuenta de lo que hacía. Haplo se llevó la mano al pecho. A veces, la herida le molestaba. El tejido cicatricial estaba inflamado y resultaba dolorosa al tacto. Lo rascó con aire ausente, torció el gesto y apartó la mano al tiempo que mascullaba una maldición.

Bajó la vista y observó unas manchas de sangre en la camisa. Acababa de reabrirse la herida.

Emergió de los túneles, subió la escalera y se detuvo en lo alto, frente a la estatua del Dictor. La contempló y, mas que nunca, le recordó a Alfred.

—Xar no querrá escucharme, ¿verdad? —Preguntó a la estatua—. Igual que Samah no quiso escucharte a ti.

La estatua no respondió.

—

—Pero tengo que intentarlo —insistió Haplo—. Tengo que conseguir que mi señor comprenda. De lo contrario, estaremos todos en peligro. Entonces, cuando Xar conozca el peligro que representan las serpientes dragón, podrá combatir contra ellas. Y yo podré regresar al Laberinto a buscar a mi hijo.

Extrañamente, la idea de ver al Laberinto ya no lo aterrorizaba. Ahora, por fin, podía cruzar de nuevo la Última Puerta. Su hijo. El hijo que ella había parido. Tal vez la encontrara a ella, también. Así podría corregir el error que había cometido entonces dejándola marchar.

—Tenías razón, Marit —dijo en un susurro—. «El mal dentro de nosotros», dijiste. Ahora comprendo...

Se quedó mirando la estatua. La primera vez que la había visto, la efigie del sartán le había parecido imponente y majestuosa. En esta ocasión parecía cansada, melancólica y ligeramente aliviada.

—Resultaba difícil ser un dios, ¿verdad? Tanta responsabilidad... y nadie que prestara atención. Pero, ahora, tu pueblo va a descansar en paz. —Haplo apoyó la mano en el brazo de metal—. Ya no tienes que seguir preocupándote por ellos. Y yo, tampoco.

Una vez en el exterior de la Factría, Haplo se dirigió a su nave. La tormenta empezaba a amainar y las nubes emprendían la retirada. Hasta donde el patryn alcanzaba a ver, no se preparaba ninguna nueva en el horizonte. Pronto, el sol podría brillar sobre Drevlin; sobre toda la extensión de Drevlin, no sólo sobre la zona de los Levarriba. Haplo se preguntó cómo recibirían aquello los enanos. Conociéndolos, lo más probable era que se opusieran, se dijo, y el pensamiento le provocó una sonrisa.

Haplo avanzó chapoteando, con buen cuidado de mantenerse a distancia de cualquier parte de la ruidosa Tumpa-chumpa que pareciera capaz de arrollarlo, aplastarlo, golpearlo o algo semejante. El aire estaba saturado de los diversos sonidos de la intensa actividad de la máquina: silbidos y resoplidos, pitidos y chirridos, el zumbido de la electricidad... Un puñado de enanos incluso se había aventurado en el exterior y miraba al cielo con aire dubitativo.

Haplo miró rápidamente hacia su nave y comprobó con satisfacción que no

había nadie ni nada cerca de ella (ni siquiera alguna parte de la Tumpa-chumpa). No le agradó tanto advertir que el perro tampoco aparecía por ninguna parte, pero tuvo que reconocer que últimamente no había sido muy buena compañía para el animal. Tal vez el perro estaba persiguiendo ratas.

Las nubes de la tormenta se entreabrieron y, por los resquicios, penetraron con toda su fuerza los rayos de Solaris. A lo lejos, una cascada de colores irisados brillaba tenuemente en torno al poderoso geiser. La luz del sol proporcionó una insólita belleza a la gran máquina, arrancó un intenso brillo a los bruñidos brazos plateados y se reflejó en los fantásticos dedos dorados. Los enanos se detuvieron a admirar la prodigiosa vista; luego, se apresuraron a protegerse los ojos y empezaron a quejarse de la intensidad de la luz.

Haplo se detuvo a echar una prolongada mirada a su alrededor.

—No veré aquí nunca más... —murmuró para sí, de improviso. La certeza de aquel hecho no le produjo pesar, sino sólo una especie de tristeza nostálgica muy parecida a la que había visto en el rostro de la estatua del sartán. No era una sensación de mal presagio, pero sí de absoluta certidumbre.

En el fondo, lamentaba no haberse despedido de Limbeck. Y no haberle dado las gracias por salvarle la vida. Haplo no recordaba haberlo hecho nunca. Estuvo a

punto de ver sobre sus pasos pero, finalmente, continuó avanzando hacia la nave. Era mejor dejar las cosas como estaban.

Eliminó las runas de la entrada y se disponía a abrir la escotilla cuando, de nuevo, se detuvo a echar un vistazo.

— ¡Perro!

Llegó a sus oídos un apagado ladrido de respuesta, procedente de dentro de la nave. De *muy* adentro. De las bodegas, tal vez, donde estaban colgadas las morcillas...

— ¿De modo que es eso lo que andabas haciendo? —masculló Haplo, ceñudo.

Abrió la compuerta y entró.

Una punzada de dolor atravesó su nuca, estalló detrás de sus ojos y lo sumió, debatiéndose, en la oscuridad.

El agua helada, arrojada sobre su rostro, devió el conocimiento a Haplo al instante. A pesar del dolor de cabeza, estaba despierto y alerta. Se encontró tumbado de espaldas, con las muñecas y los tobillos firmemente atados con fragmentos de su propia cuerda. Alguien le había tendido una emboscada, pero ¿quién? ¿Y por qué? ¿Y cómo había podido subir a bordo de su nave, quienquiera que fuese?

Sang-drax. La serpiente dragón. Pero su magia le habría advertido de su cercanía...

Haplo parpadeó y abrió los ojos inuntariamente cuando el agua le cayó encima, pero vio a cerrarlos casi al instante. Con un gemido, dejó caer la cabeza a un costado, fláccidamente. Después, permaneció quieto, fingiéndose aún inconsciente, y esperó a captar algún sonido que le indicara qué estaba sucediendo.

— ¡Vamos, deja de disimular!

Algo, probablemente un pie o una bota, lo golpeó en el costado. La voz le resultó familiar.

—Es un truco muy viejo —continuó la voz—. Estás despierto, lo sé. Sí quieres,

puedo demostrarlo. Una buena patada en el costado de la rodilla. Sientes como si alguien te atravesara con un atizador al rojo. Nadie puede hacerse el muerto con ese dolor.

Haplo abrió los ojos, más por efecto de la perplejidad al reconocer la voz que a causa de la amenaza, pues ésta, frente a las runas protectoras del patryn, no era tal.

Contempló con desconcierto al hombre que había hablado.

— ¿Hugh *la Mano*? —inquirió, vacilante.

Hugh asintió con un gruñido. Estaba sentado en un banco de madera bajo, situado contra los mamparos, y tenía una pipa en los labios. El nocivo olor del estregno se extendía por la nave. Aunque parecía relajado, estaba vigilante y, sin duda, tenía un arma a mano.

Ninguna arma mensch podía herir a un patryn, por supuesto, pero también era imposible que un mensch penetrase su magia para colarse a bordo de la nave. O que le tendiera una emboscada con éxito.

Ya aclararía eso más tarde, cuando se hubiera librado de las cuerdas. Invocó la magia que desataría los nudos y disolvería la sogas, que la quemaría...

No sucedió nada.

Perplejo, Haplo tiró de las cuerdas sin ningún resultado.

—

Hugh *la Mano* lo observó, dio una chupada a la pipa y permaneció callado.

Haplo tuvo la extraña sensación de que el humano sentía tanta curiosidad como él ame lo que estaba sucediendo.

Hizo caso omiso del asesino y se dedicó a analizar la magia para ver si se había olvidado de algo, pues invocar un hechizo de aquel tipo era casi automático para él. Examinó las posibilidades y descubrió que sólo existía una: aquella en la que estaba, perfectamente inmovilizado mediante gruesas sogas. Todas las demás posibilidades habían desaparecido.

No; desaparecido, no. Todavía estaban presentes. Haplo podía verlas, pero le resultaban inalcanzables. Acostumbrado a forzar la apertura de incontables puertas, al patryn lo desconcertó encontrarse con que, de pronto, todas menos una estaban cerradas a cal y canto.

Frustrado, tiró de las ataduras tratando de liberarse. La sogas le produjo dolorosas rozaduras en las muñecas, y un reguero de sangre se deslizó sobre los signos mágicos de sus antebrazos. Unos signos mágicos que deberían estar encendidos con todo su fulgor azul y rojo; unos signos mágicos que deberían estar trabajando para devolverle la libertad.

— ¿Qué has hecho? —preguntó Haplo. No estaba atemorizado; sólo sorprendido—. ¿Cómo lo has logrado?

Hugh movió la cabeza en gesto de negativa y se sacó la pipa de la boca.

—Si te lo dijera, quizá podrías encontrar una manera de combatirlo. Me parece una lástima dejarte morir sin que lo sepas, pero... —el asesino se encogió de hombros— no puedo correr el riesgo.

—Morir...

Haplo tenía un dolor de cabeza terrible. Nada de aquello tenía sentido. Vió a cerrar los ojos, pero esta vez ya no trataba de engañar a su captor. Sólo pretendía calmar el dolor que le taladraba el cráneo durante el tiempo suficiente como para hacerse una idea de qué estaba sucediendo.

—He jurado revelarte una cosa antes de matarte —dijo *la Mano* mientras se ponía en pie—. Se trata del nombre de la persona que te quiere muerto: Xar. ¿Te dice algo este nombre? Xar quiere verte muerto.

— ¡Xar! —Haplo abrió los ojos y surgió de ellos una llamarada de furia—, ¿Cómo es que conoces a Xar? El nunca te contrataría. No recurriría a un mensch. ¡No, maldita sea, todo esto no tiene sentido!

—No fue él quien me contrató. Fue Bane, antes de morir. Me dijo que debía informarte de que Xar te quiere muerto.

Haplo se quedó anonadado. «Xar te quiere muerto.» No podía creerlo. Xar podía estar decepcionado con él, o furioso, pero ¿quererlo muerto?

No, se dijo; eso significaría que Xar tenía miedo de él. Y Xar no le temía a nada.

Bane. Aquello era cosa de Bane. Tenía que serlo.

Pero, ahora que había resuelto aquel punto, ¿qué se proponía hacer al respecto?

Hugh se acercó a él. Haplo lo vio llevarse la mano bajo la capa, sin duda para empuñar el arma que se proponía usar para terminar su trabajo.

—Escúchame, Hugh —Haplo esperaba distraer al asesino con su charla mientras, sigilosamente, trataba de aflojar los nudos—. Te han engañado. Bane te mintió. ¡Era él quien me quería ver muerto!

—

—No importa. —Hugh sacó un puñal de la vaina que llevaba atada a la espalda—. Un contrato es un contrato, no importa quién lo hiciera. Lo acepté y mi honor me obliga a cumplirlo.

Haplo no lo escuchó. Sólo miró fijamente el puñal. ¡Runas sartán! ¿Pero cómo...? ¿Dónde...? ¡No, maldición, eso no importaba! Lo importante era que ahora sabía, de alguna manera, qué era lo que anulaba su magia. Si lograra comprender cómo actuaban las runas...

—Hugh, eres un buen hombre, un buen luchador. —Haplo no apartó la vista del puñal—. No quiero tener que matarte...

—Magnífico —replicó *la Mano* con una siniestra sonrisa—. Porque no vas a tener la oportunidad de hacerlo.

Oculto en la bota, Haplo tenía su propia daga cubierta de runas. Invocó la posibilidad de que el arma no estuviera en la bota, sino en su mano.

La magia dio resultado. La daga apareció en su mano. Pero, en el mismo instante, el puñal del asesino se convirtió en un hacha de doble hoja.

La pesada hacha estuvo a punto de caérsele de las manos, pero Hugh reaccionó y consiguió sostenerla.

De modo que así funcionaba su magia, reflexionó Haplo. Ingenioso. El puñal no podía detener su magia, pero limitaba sus opciones. Le permitiría luchar, porque podía contrarrestar cualquier arma que él escogiera. Y era evidente que el puñal actuaba por sí solo, a juzgar por la mirada que observó en Hugh. El humano estaba más perplejo, incluso, que él mismo.

Todo aquello no servía de mucho, puesto que el puñal sartán siempre le daría ventaja al asesino, pero ¿reaccionaba a toda la magia, o sólo a una amenaza...? Emitió un silbido grave.

El perro, con el hocico embadurnado en grasa de morcilla, apareció al trote procedente de la bodega. Se detuvo a contemplar a su amo y a Hugh con sorpresa

y curiosidad. Evidentemente, se trataba de un juego.

¡Atácalo!, le ordenó Haplo en silencio.

El perro puso cara de perplejidad. *¿Atacarlo, amo? ¡Pero si es amigo nuestro!*

Le salvé la vida. Y ha tenido la consideración de regalarme un par de morcillas.

Seguro que te confundes, amo.

¡Hazlo!, insistió Haplo.

Por primera y única vez en su vida, el perro quizás habría desobedecido. Pero, en aquel momento, Hugh blandió el hacha en alto.

El perro se quedó desconcertado. De pronto, el juego había dejado de gustarle. Aquello no podía permitirse. El hombre debía de estar cometiendo un error. En silencio, sin un gruñido o un ladrido, el perro saltó sobre Hugh.

La Mano no se enteró de lo que le venía encima. El animal lo golpeó de lleno por la espalda. El asesino perdió el equilibrio; el hacha ó de sus manos y se estrelló contra la pared sin causar daños. Hugh trastabilló y cayó con todo su peso sobre el cuerpo de Haplo. Emitió un gran gemido y su cuerpo se puso rígido. Haplo notó que un torrente de sangre caliente le empapaba manos y antebrazos.

— ¡Maldición!

Haplo empujó por el hombro al asesino, que rodó hasta quedar boca arriba.

La daga del patryn sobresalía del vientre del humano.

— ¡Maldita sea! Yo no quería... ¿Por qué diablos tuviste...? —Entre maldiciones, Haplo se agachó sobre el hombre. Le había segado una arteria

—

principal y la sangre brotaba de la herida del ritmo de los latidos. Hugh aún vivía, pero no sería por mucho tiempo.

—Hugh, ¿puedes oírme? —Murmuró Haplo—. No tenía intención de hacer esto.

La Mano abrió los ojos con un parpadeo. Casi parecía sonreír. Intentó hablar pero la sangre anegaba su voz. Abrió la mandíbula, flácida. La mirada quedó fija. La cabeza cayó a un costado.

El perro se acercó y tocó al muerto con la pata. *El juego ha terminado. Ha sido divertido. Ahora, levántate y vamos a jugar.*

—Déjalo en paz, muchacho —dijo Haplo, apartando al animal.

El perro no lo entendía, pero tuvo la sensación de que era culpable de alguna cosa y se tumbó con el vientre aplastado contra el suelo. Con el hocico entre las patas, vió la mirada de su amo al hombre, que ahora yacía totalmente inmóvil. Esperaba que alguien le explicara de qué se trataba todo aquello.

—Precisamente tú —dijo Haplo al cadáver—. ¡Maldita sea! —Se golpeó ligeramente el muslo con un puño cerrado—. ¡Maldito sea todo! ¡Bane! ¿Por qué Bane... y por qué esto? ¿Qué destino maldito puso esa arma en tus manos?

El arma sartán yacía en la cubierta salpicada de sangre, junco al cuerpo. El objeto, que había sido un hacha, vía a ser un tosco puñal. Haplo no lo tocó. No quería hacerlo. Las runas sartán grabadas en el metal eran espantosas, repulsivas; le recordaron las corrompidas runas sartán que había visto en Abarrach. Dejó el puñal donde estaba.

Furioso con Hugh, consigo mismo y con el destino, o como uno quisiera llamarlo, Haplo se incorporó y dirigió una mirada sombría por la portilla de la nave.

El sol derramaba sus rayos sobre Drevlin con cegadora intensidad. El arco iris

del geiser brillaba y bailaba. Más y más enanos salían a la superficie y miraban a su alrededor con asombro y aturdimiento.

— ¿Qué voy a hacer con el cuerpo? —Se preguntó Haplo—. No puedo dejarlo aquí, en Drevlin. ¿Cómo explicaría lo sucedido? Y si me limito a arrojarlo por la borda, los humanos sospecharán que la muerte es obra de los enanos. Se desencadenará un infierno y todos verán a estar como al principio... Lo deberé a los kenkari —decidió—. Ellos sabrán qué hacer. Pobre desdichado... Un grito de rabia y angustia, poderoso y terrible, que sonó directamente a su espalda, paralizó el corazón de Haplo con un pasmo helado. Por un instante, fue incapaz de moverse, con el cerebro y los nervios paralizados de miedo e incredulidad.

El grito se repitió. La sangre helada de Haplo se esparció por su cuerpo en oleadas estremecedoras. El patryn se vió, muy despacio.

Hugh *la Mano* estaba sentado en el suelo contemplando el mango del puñal que le sobresalía del vientre. Con una mueca como en recuerdo del dolor, el asesino agarró la empuñadura y extrajo la hoja. Profiriendo una amarga maldición, arrojó lejos de sí el arma, manchada con su propia sangre. Después, hundió el rostro entre las manos.

El desconcierto inicial sólo tardó unos instantes en desvanecerse, pues Haplo cayó enseguida en la cuenta de lo que había sucedido. Murmuró un nombre: —Alfred.

Hugh *la Mano* levantó la vista. Su rostro estaba demacrado y sus ojos, febriles.

—

— ¿Estaba muerto, verdad? —inquinó con aire de total abatimiento.

Haplo asintió sin decir palabra.

Hugh cerró los puños con fuerza; las uñas se le clavaron en la carne.

—Yo... no podía marcharme. Estoy atrapado. Ni aquí, ni allí, ¿Será siempre así? ¡Dime! ¿Lo será? —Se puso en pie como impulsado por un resorte. Estaba al borde del desvarío—. ¿Debo conocer el dolor de la muerte sin conocer jamás el descanso? ¡Ayúdame! ¡Tienes que ayudarme!

—Lo haré —asintió Haplo sin alzar la voz—. Puedo hacerlo.

Hugh guardó silencio y miró a Haplo con suspicacia. Se llevó la mano al pecho y rasgó la camisa empapada en sangre hasta dejar la piel al descubierto.

— ¿Puedes hacer algo con esto? ¿Puedes librarme de ello?

Haplo vio el signo mágico y movió la cabeza en gesto de negativa.

—Una runa sartán... No, no puedo, Hugh. Pero puedo ayudarte a encontrar a quien puede. Alfred te la puso, y él es el único que puede quitártela. Te llevaré hasta él, si quieres... si tienes valor para ello. Está aprisionado en...

— ¡Valor! —Hugh soltó una carcajada estentórea—. ¡Valor! ¿Para qué quiero valor? ¡No puedo morir! —Puso los ojos en blanco—. ¡No le temo a la muerte! ¡Lo que me da miedo es la vida! Todo está del revés, ¿no lo entiendes? ¡Todo está del revés!

Estalló en una nueva risotada interminable. Haplo captó en ella una fina nota aguda de locura. No era de extrañar, después de lo que había soportado el humano, pero no podía permitirle que se entregara a ella. Cogió por las muñecas al asesino y éste, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se debatió violentamente para intentar desasirse.

Haplo lo mantuvo agarrado. Las runas de las manos y los brazos del patryn emitieron una luz azulada que extendió su sedante resplandor a Hugh *la Mano*. La luz lo envió y se adhirió a su cuerpo.

Hugh contempló el resplandor con una exclamación de asombro. Después, cerró los ojos. Entre sus párpados escaparon unas lágrimas que resbalaron por sus mejillas. Finalmente, se relajó.

El patryn no lo soltó. Atrajo a Hugh al círculo de su ser, le dio su fuerza y tomó de él su tortura.

Una mente fluyó en la otra; los recuerdos se enmarañaron, compartidos.

Haplo se encogió y lanzó un grito de dolor. Fue Hugh *la Mano*, su potencial asesino, quien lo sostuvo en pie. Los dos permanecieron unidos, encajados en un abrazo que era a la vez físico, mental y espiritual.

Poco a poco, la luz azul se desvaneció. Cada cual vió a su propio reducto individual. Hugh se tranquilizó. A Haplo se le alivió el dolor.

La Mano levantó la cabeza. Tenía la cara muy pálida y brillante de sudor, pero sus oscuros ojos estaban serenos.

—Ya lo sabes —murmuró.

Haplo exhaló un suspiro tembloroso y asintió, incapaz de hablar.

El asesino retrocedió unos pasos, tambaleándose, y tomó asiento en un banco bajo. Debajo de éste asomaba la cola del perro. Al parecer, la resurrección de Hugh había sido demasiado para él.

Haplo llamó al animal.

—Vamos, muchacho. No ha sido nada. Ya puedes salir.

El rabo barrió la cubierta una vez y desapareció de la vista. Haplo sonrió y movió la cabeza:

—

—Está bien, quédate ahí. Que te sirva de lección por haber robado esas morcillas.

Cuando echó un nuevo vistazo por la portilla, Haplo vio a varios enanos que miraban con curiosidad hacia la nave, parpadeando bajo la intensa luz. Algunos incluso señalaban la nave y empezaban a caminar hacia ella.

Cuanto antes dejaran Ariano, mejor.

El patryn posó las manos en el mecanismo de gobierno de la embarcación y empezó a pronunciar las runas para asegurarse de que todas estaban intactas y de que estaba preparada la magia que los conduciría a través de la Puerta de la Muerte.

El primer signo mágico de la piedra de gobierno se encendió. Las llamas se extendieron al segundo y así, sucesivamente. Pronto, la nave flotaría en el aire.

— ¿Qué sucede? —preguntó Hugh, observando con recelo el brillo de las runas.

—Nos preparamos para zarpar. Vamos a Abarrach. Tengo que informar a mi señor... —Haplo dejó la frase a medias.

Xar quiere verte muerto.»

¡No! ¡Imposible! Era Bane quien quería verlo muerto. Después iremos a buscar a Alf... —empezó a decir el patryn. Pero no terminó la frase.

De repente, todo lo tridimensional se vió plano, como si a todos los objetos y seres a bordo de la nave les hubiera exprimido todo el jugo la pulpa, el hueso y la fibra. Sin dimensión, quebradizo como hoja marchita, Haplo se notó aplastado

contra el tiempo, incapaz de moverse, incapaz hasta de respirar. En el centro de la nave refulgieron unos signos mágicos. Un agujero en el tiempo llameó, se ensanchó, se expandió... y a través de él penetró una figura, una mujer alta y nervuda de cabello castaño jaspeado de blanco que le caía sobre los hombros y la espalda. Un largo flequillo le cubría la frente, dejando los ojos en sombras. Vestía la ropa del Laberinto: pantalones de cuero, botas, chaleco de piel y blusa de mangas anchas. Sus pies tocaron la cubierta y, al momento, el tiempo y la vida vieron a todas las cosas. vieron a Haplo. El patryn miró a la mujer con asombro. — ¡Marit! — ¿Haplo? —preguntó ella con voz grave y clara. — ¡Sí, soy yo! ¿Por qué estas aquí? ¿Cómo...? —Haplo tartamudeó de asombro. Marit le dirigió una sonrisa. Avanzó hacia él y le tendió la mano. —Xar quiere verte, Haplo. Me ha pedido que te lleve de vuelca a Abarrach. Haplo le tendió la suya...

—

CAPÍTULO WOMBE, DREVLIN ARIANO

— ¡Cuidado! —exclamó Hugh *la Mano*. Incorporándose de un salto, se abalanzó sobre Marit y la asió por la muñeca. El fuego azul chisporroteó. Los signos mágicos del brazo de Marit se encendieron. *La Mano* salió despedido hacia atrás por la descarga. Se estrelló contra la pared y se deslizó lentamente hasta el suelo, con un intenso hormigueo en el brazo. — ¿Qué...? —Haplo los observó a ambos alternativamente. Los dedos del asesino tocaron un objeto de frío hierro: era su puñal, olvidado en el suelo. El entumecimiento, provocado por la descarga que había sometido sus músculos a aquellos dolorosos espasmos, desapareció. Los dedos de Hugh se cerraron en torno a la empuñadura. — ¡Bajo la manga! —gritó—. ¡Una daga! Haplo lo miró con incredulidad, incapaz de reaccionar. Marit extrajo la daga de la vaina que llevaba sujeta al antebrazo y la arrojó contra él, todo en un único movimiento fluido. Si lo hubiera pillado desprevenido, el ataque de la mujer habría tenido éxito. La magia defensiva de Haplo no habría reaccionado para protegerlo de otro patryn. En especial, de ella. Pero, antes incluso de la advertencia de Hugh, Haplo había experimentado un asomo de desconfianza, de inquietud. «Xar quiere verte», le dijo Marit. Y, en su mente. Haplo escuchó el eco de las palabras de Hugh: «Xar quiere verte muerto». Se agachó. La daga chocó contra el mamparo y rebotó inofensivamente sobre su cabeza y su pecho antes de caer al suelo con un tintineo. Marit se lanzó a recuperar el arma caída. El perro saltó de debajo del banco, decidido a interponer su cuerpo entre su amo y el peligro. La patryn tropezó con el

animal y cayó sobre Haplo. Este perdió el equilibrio y, para no terminar en el suelo, alargó el brazo y se asió a la piedra de gobierno.

Hugh *la Mano* alzó su puñal con la intención de defender a Haplo.

—
. Véase Apéndice I, *La Hoja Maldita*.

Pero la Hoja Maldita tenía otros planes. Forjada en una época remota y diseñada específicamente por los sartán para combatir a sus acérrimos enemigos, el puñal advirtió que tenía dos patryn que destruir, y no uno solo. Las intenciones de Hugh *la Mano* no contaban para nada. El humano no tenía control sobre la hoja; al contrario, era ésta quien lo usaba a él. Así era como la habían fabricado los sartán, con su habitual desdén por los mensch. La hoja necesitaba un cuerpo caliente, la energía de ese cuerpo, y nada más.

El puñal se convirtió en un ser vivo en la mano de Hugh. Vibró y se agitó y empezó a crecer. Pasmado, el asesino lo soltó, pero la hoja no se inmutó. Ya no lo necesitaba. Adoptando la forma de un gigantesco murciélago de alas negras, se abatió sobre Marit.

Haplo palpó las runas de la piedra de gobierno bajo sus dedos. Marit había recuperado la daga y se disponía a clavarla. Su magia defensiva, que habría reaccionado al instante para protegerlo del ataque de un mensch o de un sartán, era incapaz de responder al peligro de un congénere patryn. Las runas de su piel permanecieron apagadas, sin ofrecerle protección.

Levantó un brazo para zafarse del ataque mientras, con la otra intentaba activar la magia de la piedra de gobierno. Su fulgor rojo y azul aumentó rápidamente, y la nave se elevó del suelo.

— ¡La... la Puerta de la Muerte! —consiguió balbucear Haplo.

El brusco movimiento de la embarcación desequilibró a Marit y la hizo fallar.

La daga hizo un corte en el antebrazo de Haplo, del que manó un reguero de sangre roja y brillante. Sin embargo, el patryn seguía caído en la cubierta en una posición torpe y vulnerable.

Marit recobró el equilibrio enseguida. Con la determinación, eficiencia y concentración de una combatiente bien entrenada, hizo caso omiso del movimiento errático de la nave y se lanzó al ataque una vez más.

Haplo no la miró a ella, sino a algo situado más arras.

— ¡Marit! —exclamó—. ¡Cuidado!

La mujer no iba a dejarse engañar con un truco que había aprendido a evitar desde niña. Estaba más preocupada por el maldito perro...

De repente, algo de gran tamaño, con zarpas aguzadas, la atacó por la espalda. Unos dientes pequeños y afilados, cuyo mordisco era como una llama torturadora, se clavaron en su nuca por encima de los tatuajes protectores. Unas alas batieron el aire y le golpearon la cabeza. Marit reconoció a su atacante: un chupasangre. El dolor de su mordisco era un tormento; peor aun, los dientes de la criatura inculcaban un veneno paralizante a sus víctimas para reducirías. En unos momentos, quedaría inmovilizada e impotente para evitar que la criatura le sorbiera la sangre y la vida.

Reprimiendo el pánico, dejó caer la daga. Llevó las manos atrás por encima de la cabeza y agarró el peludo cuerpo de la bestia. El murciélago había clavado sus zarpas profundamente en la carne. Sus dientes mordisqueaban y hurgaban, a la busca de una vena principal. Marit, mareada y con vómitos, notaba el veneno como un fuego que se extendía por su cuerpo.

— ¡Quítatelo de encima! —Gritaba Haplo—. ¡Deprisa!

Intentó ayudarla, pero el cabeceo de la nave le dificultaba acercarse.

Marit supo qué debía hacer. Apretando los dientes, agarró al aleteante murciélago con ambas manos y tiró de él con todas sus fuerzas. La criatura se

—

llevó entre las zarpas fragmentos de carne y, con un chillido, le mordió los dedos.

Cada mordisco le inyectó una nueva dosis de veneno.

La patryn se quitó de encima al horrible ser y lo arrojó contra la pared con todas las fuerzas que le quedaban. Después, cayó de rodillas. Haplo pasó junto a ella. El perro saltó por encima de su cuerpo. Marit notó la daga bajo la palma de la mano. Sus dedos se cerraron en torno a ella y la deslizó en la manga de la blusa.

Con la cabeza baja. Esperó a que pasara el mareo, a recuperar fuerzas...

Escuchó detrás de ella un gruñido y unos golpes; después, la voz de Haplo:

— ¡Hugh, detén ese condenado puñal!

— ¡No puedo!

El sol que brillaba poco antes por la portilla había desaparecido. Marit observó la vista. Ariano había sido reemplazado por un vertiginoso caleidoscopio de imágenes que se sucedían a gran velocidad. Un mundo de jungla verde, un mundo de agua azul, un mundo de fuego rojo, un mundo de crepúsculo, un mundo de terrible oscuridad y una radiante luz blanca.

Los golpes cesaron. La patryn escuchó la respiración pesada y trabajosa de los dos hombres y los jadeos del perro.

Las imágenes se repitieron como torbellinos de color para su mente confusa: verde, azul, rojo, gris perla, claros, oscuros... Marit conocía el funcionamiento de la Puerta de la Muerte. Se concentró en el verde.

—Pryan —musitó—. ¡Llévame a Xar!

La nave modificó el rumbo inmediatamente.

Haplo contempló al perro con rostro inexpresivo. El animal estaba observando atentamente la cubierta. Con un gruñido, preguntándose dónde había ido a parar su presa, empezó a rascar con sus patas el casco de madera de la nave, cubierto de runas; quizás el murciélago había conseguido, de algún modo, colarse en algún resquicio.

El patryn sabía que no era así. vió la mirada en otra dirección.

Hugh sostenía el arma, un tosco puñal de hierro, en sus manos. Pálido y perturbado, lo dejó caer.

—Si estuviéramos en tierra firme, enterraría ese maldito objeto en un hoyo muy profundo. —Miró por la portilla con expresión sombría e inquirió— ¿Dónde estamos?

—En la Puerta de la Muerte —respondió Haplo. Preocupado, hincó la rodilla junto a Marit—: ¿Cómo estás?

La mujer temblaba intensa, casi convulsivamente.

Haplo le cogió las manos. Con gesto de irritación, ella las retiró y se apartó de él.

— ¡Déjame en paz!

—Tienes fiebre. Puedo ayudarte a... —empezó a decir, al tiempo que empezaba a apartar el sedoso flequillo castaño que cubría la frente e Marit.

Ella titubeó. Algo en su interior la impulsaba a revelar la verdad, pues sabía que le dolería más incluso que la herida de la daga. Pero Xar la había prevenido

que no revelara el poder secreto que ella gozaba, el vínculo que la unía a él.

Marit rechazó de un manotazo la ayuda de Haplo.

— ¡Traidor! ¡No me toques!

—No soy ningún traidor. —Haplo bajó la mano.

Marit le dedicó una sonrisa torva.

—Nuestro señor sabe lo de Bane. La serpiente dragón se lo ha dicho.

—

— ¡La serpiente dragón! —A Haplo le centellearon los ojos—. ¿Cuál de ellas?

¿Esa que se hace llamar Sang-drax?

— ¿Qué importa cómo se haga llamar esa criatura? La serpiente dragón le ha hablado a nuestro señor acerca de la Tumpa-chumpa y de Ariano. Le ha contado cómo trajiste la paz a ese mundo, cuando tenías órdenes de provocar la guerra. ¡Y todo por tu propia gloria!

— ¡No! —Rugió Haplo—. ¡Miente!

Marit rechazó sus protestas con un gesto impaciente de su mano.

—Yo misma oí lo que decían los mensch, allá en Ariano. Escuché lo que conversaban tus amigos mensch. —Con una agria sonrisa en los labios, la mujer dirigió una mirada desdeñosa a Hugh *la Mano*—, Unos amigos mensch dotados con armas sartán... ¡fabricadas por nuestro enemigo para nuestra destrucción! ¡Unas armas que, sin duda, te propones utilizar contra tu propia gente!

El perro, con un gañido, empezó a acercarse a Haplo. Hugh lanzó un silbido y masculló con voz ronca:

—Aquí, muchacho. Quédate aquí, conmigo.

El animal, afligido, miró a su amo. Haplo parecía haberse olvidado de su existencia. Despacio, con las orejas gachas y el rabo entre las patas, el perro vio junto a Hugh y se echó flojamente a su lado.

—Has traicionado a Xar—insistió Marit—. Tu acción le ha dolido profundamente. Por eso me ha enviado.

— ¡Pero sí yo no lo he traicionado! ¡Soy leal a nuestro pueblo, Marit! Todo lo que he hecho ha sido por él, por su bien. Los verdaderos traidores son esas serpientes dragón que...

—Haplo—intervino *la Mano* en tono de alarma, al tiempo que indicaba la portilla con una mirada de inteligencia—, parece que hemos cambiado de rumbo.

El patryn apenas necesitó echar un vistazo.

—Esto es Pryan. —Se vio hacia Marit—. Tú nos has traído aquí. ¿Por qué?

Ella se incorporó hasta ponerse en pie, tambaleante.

—Xar me ordenó que te trajera aquí. Desea interrogarte.

—Y no podrá tener ese placer si estoy muerto, ¿verdad? —Haplo hizo una pausa, recordando Abarrach—. Aunque, pensándolo mejor, intuyo que sí. De modo que nuestro señor ha aprendido el arte prohibido *sartán* de la nigromancia, ¿no es eso?

Marit decidió hacer caso omiso del sarcasmo.

— ¿Vendrás conmigo por las buenas, Haplo? ¿Te someterás a su juicio? ¿O tengo que matarte?

Haplo vio la vista hacia la portilla y contempló Pryan; una esfera de roca, hueca, con el sol brillando en el centro. Gracias a la perenne luz de día, las plantas de Pryan crecían en tal profusión que los mensch habían construido enormes ciudades en las ramas de sus árboles gigantescos. Naves mensch surcaban

océanos que llenaban amplias extensiones de musgo e incalculable altura sobre el suelo.

Haplo tenía Pryan ante sí, pero no lo veía. A quien estaba viendo era a Xar. Qué fácil sería postrarse de rodillas ante Xar, inclinar la cabeza y aceptar su destino. Abandonar la lucha. Olvidar su pugna interior.

Si no lo hacía, tendría que matar a Marit.

Conocía a la mujer, sabía cómo pensaba. En otro tiempo, los dos habían pensado igual. Ella sentía veneración por Xar. Él, también. ¿Cómo no iba a

—

sentirla? Xar le había salvado la vida, la de todo su pueblo. Los había arrancado de aquella prisión infame.

Pero el Señor del Nexo se equivocaba. Igual que Haplo se había equivocado.

—Eras tú quien tenía razón, Marit —murmuró a ésta—. Entonces no podía entenderlo, pero ahora es evidente para mí.

Ella lo miró con recelo; no sabía a qué se refería.

—«El mal está en nosotros», dijiste. Somos nosotros mismos quienes damos fuerza al laberinto. Ese lugar se alimenta de nuestro odio, de nuestro miedo. Engorda con nuestro miedo —explicó con una sonrisa amarga, recordando las palabras de Sang-drax.

—No sé de qué me hablas —murmuró ella con desprecio. Se sentía mejor, más fuerte. El efecto del veneno estaba remitiendo gracias a su propia magia, que actuaba para contrarrestarlo—. Entonces dije muchas cosas que no sentía. Era joven.

Mentalmente, en silencio, estableció contacto con Xar. *Estoy en Pryan, esposo. Tengo a Haplo. No, no está muerto. Conduceme al lugar de reunión.*

Apoyó la mano en la piedra de gobierno. Las runas se encendieron. La nave había estado flotando al paio; de pronto, empezó a deslizarse rápidamente por el cielo teñido de un tono verdoso. La voz de su señor fluía en el interior de Marit, atrayéndola hacia él.

— ¿Qué decides? —Establecido el rumbo, Marit soltó la piedra. Sacó la daga de la manga y la blandió con firmeza.

El perro, detrás de ella, emitió un gruñido muy grave. Hugh tranquilizó al animal con unas suaves palmaditas. *La Mano* observó la escena con interés; estaba en juego su destino, que estaba vinculado a Haplo, quien había de conducirlo a Alfred. Marit mantenía al humano en su campo de visión, pero le prestaba escasa atención.

—Xar ha cometido un error terrible, Marit —le aseguró Haplo sin alzar la voz—. Su auténtico enemigo son las serpientes dragón. Son ellas quienes lo traicionarán.

— ¡Las serpientes dragón son sus aliados!

— ¡Sólo fingen que lo son! Le darán a Xar lo que desea. Lo coronarán gobernante de los cuatro mundos y se inclinarán ante él. Luego, lo devorarán. Y nuestra gente será destruida tan completamente como lo fueron los sartán.

"Fíjate —continuó Haplo—. Fíjate lo que nos han hecho. ¿Cuándo se ha visto, en la historia de nuestro pueblo, que dos patryn luchan entre ellos como hemos hecho nosotros?

— ¡Desde que uno de ellos traicionó a su gente! —replicó ella con aire despectivo—. Ahora eres más sartán que patryn. Eso dice Xar.

Haplo suspiró y llamó al perro a su lado. El animal, con las orejas erguidas y meneando el rabo de contento, trotó hasta él. Haplo le rascó la cabeza.

—Si se tratara sólo de mí, Marit, me entregaría. Iría contigo y moriría a manos de mi señor. Pero no estoy solo. Está nuestro hijo. Diste a luz a nuestro hijo, ¿verdad?

—Sí. Yo sola. En una choza de pobladores. —Su voz era dura, afilada como la hoja que empuñaba—. Una niña.

Haplo permaneció callado; finalmente, repitió:

— ¿Una niña?

—

—Sí. Y, si te propones ablandarme, no te dará resultado. Aprendí muy bien la única lección que me enseñaste, Haplo: encariñarse con algo sólo produce dolor. Le puse un nombre, tatué la runa del corazón en su pecho y la dejé allí.

— ¿Qué nombre le pusiste?

—Rué.

Haplo vaciló y palideció; el nombre significaba «desengaño», en patryn. Sus dedos se cerraron y se clavaron en la pelambre del perro.

Al animal soltó un gañido y le dedicó una mirada de reproche.

—Lo siento —murmuró su amo.

La nave había descendido hasta casi rozar las copas de los árboles y avanzaba a una velocidad increíble, mucho más deprisa que durante la primera visita de Haplo a aquel mundo.

La magia de Xar los atraía hacia él.

Debajo, la jungla era un vertiginoso torbellino verde. Un destello de azul, apenas entrevisto antes de desaparecer, era un océano. La nave caía más y más. A lo lejos. Haplo observó la deslumbrante belleza de una ciudad blanca. Era una de las ciudadelas sanan; probablemente, la misma que él había descubierto.

Era lógico que Xar visitara la ciudadela; podía guiarse por la descripción que le había hecho Haplo.

¿Qué esperaba de su cadáver?, se preguntó. ¿Qué creía que le diría? Xar, evidentemente, sospechaba que le ocultaba algo, que se reservaba algún dato secreto. Pero ¿qué? Se lo había contado todo... casi... Y lo demás no era importante para nadie, aparte de él.

— ¿Y bien? —Inquirió Marit, impaciente— ¿Has tomado una decisión?

Las torres y agujas de la ciudad se cernieron sobre ellos. La nave sobreó la muralla y descendió en un patio abierto. Haplo no distinguió a Xar, pero el Señor del Nexo no debía de andar muy lejos.

Sí tenía que tomar una decisión, se dijo, tenía que ser en aquel instante.

—No voy a ver, Marit —declaró—, Y no voy a luchar contigo. Eso es lo que Sang-drax quiere que hagamos.

Apartó la vista de la portilla, la paseó por la nave con calculada lentitud y se detuvo brevemente en Hugh *la Mano* antes de concentrarse de nuevo en Marit.

Se preguntó cuánto habría entendido el humano de lo sucedido. Haplo había empleado el idioma humano en consideración a él, pero Marit había utilizado el lenguaje de los patryn.

Bien, si a Hugh se le había escapado algo, ahora lo captaría.

—Supongo que tendrás que matarme —sentenció.

La Mano se agachó para coger el puñal. No la Hoja Maldita, sino el arma de Haplo, que yacía en cubierta empapada de sangre del propio Hugh. El humano sabía que no tenía la menor posibilidad de detener a Marit; sólo se proponía distraerla.

La patryn lo oyó, se vió en redondo y alargó la mano. Los signos mágicos de su piel emitieron un destello. Las runas danzaron en el aire y se enlazaron en una cuerda de fuego llameante que se enredó en torno al humano. Hugh lanzó un grito de dolor y cayó en la cubierta, aprisionado por las runas azules y rojas.

Haplo aprovechó la distracción para posar la mano en la piedra de gobierno.

Pronunció las runas y ordenó a la nave alejarse de allí.

Notó una resistencia. La magia de Xar los retenía.

—

El perro lanzó un ladrido de aviso, y Haplo se vió. Marit había dejado caer la daga y se disponía a utilizar su magia para matarlo. Las runas del revés de la mano emitieron su mortecino resplandor.

La Hoja Maldita cobró vida de nuevo.

—

CAPITULO LACIUDADELA PRYAN

La espada maldita cambió de forma. Ante ellos se alzó un titán, uno de aquellos gigantes aterradores y mortíferos de Pryan.

Las enormes manos del titán se cerraron en unos puños del tamaño de peñascos. Su ciego rostro se contrajo de rabia, y la criatura descargó un golpe brutal sobre los ocupantes de la nave, a quienes percibía sin ver.

Marit oyó rugir al titán encima de ella y observó en Haplo una expresión de miedo y asombro que en modo alguno era fingida. La magia de la patryn cambió inmediatamente de un ataque ofensivo a un escudo protector.

Haplo se abalanzó sobre ella y se arrojó al suelo, arrastrándola consigo. El puño del gigante pasó sobre ellos sin alcanzarlos. Marit pugnó por incorporarse de nuevo, concentrada todavía en su intención de matar a Haplo. No dio muestras de temor al monstruo hasta que, de pronto, observó que su escudo mágico defensivo empezaba a desmoronarse.

Haplo vio que las runas de Marit comenzaban a derramarse y observó su expresión de desconcierto.

— ¡Los titanes conocen la magia sartán! —gritó a Marit para hacerse oír entre los rugidos del gigante.

El propio Haplo no daba crédito a lo que sucedía, y su contusión limitaba su capacidad de respuesta. O bien la nave se había agrandado para albergar al gigante, o bien éste había encogido para caber dentro de la embarcación.

Hugh *la Mano*, liberado del hechizo de Marit, yacía junto a uno de los mamparos entre gemidos. El sonido atrajo la atención del titán, que se vió, levantó uno de sus pies enormes sobre el humano postrado en la cubierta y se dispuso a aplastarlo. Entonces, inexplicablemente, el titán retiró el pie y dejó en paz a Hugh. La atención del titán se concentró de nuevo en los patryn.

Haplo cayó en la cuenta. ¡El puñal sartán! La criatura no era real, sino una creación de la Hoja Maldita. Por eso, no haría daño a su amo.

—

Pero *la Mano* estaba semiinconsciente; en aquel momento, no podía en modo alguno controlar el arma... y Haplo empezaba a dudar de que lo hubiera hecho alguna vez.

La Puerta de la Muerte. Tal vez había sido una mera coincidencia, pero el murciélago había desaparecido; la magia del puñal había fallado al entrar en la Puerta de la Muerte.

— ¡Perro, ataca! —gritó.

El perro se colocó detrás del titán y le mordió el talón. El ataque del animal debería de haber tenido menos efecto que una picadura de abeja, pero el titán se dolió del mordisco lo suficiente como para distraerse. Se vió, con un pisotón furioso. El perro saltó a un lado ágilmente y atacó otra vez, clavando los dientes en el otro talón.

Haplo invocó un hechizo defensivo. Unas runas azules se encendieron a su alrededor, encerrándolo en una especie de cascarón que parecía tan frágil como el de un pollo. Se vió hacia Marit, que estaba agachada en la cubierta con la vista en el gigante. Los signos mágicos de la mujer estaban difuminándose y la oyó murmurar unas runas, como si se dispusiera a lanzar otro hechizo.

— ¡No puedes detenerlo! —Exclamó él, sujetándole las manos—. Tú sola no podrás. Tenemos que crear el círculo.

Marit lo rechazó de un empujón.

El titán alcanzó al perro; de un puntapié, lo mandó ando al otro extremo de la cubierta y el animal se estrelló contra un mamparo, se estremeció y quedó inmóvil. La cabeza sin ojos del titán se vió en una dirección y otra, olfateando a su presa.

— ¡Creemos el círculo! —gritó Haplo a la mujer con gesto feroz—. ¡Es nuestra única posibilidad! ¡Ese monstruo es un arma sartán y se propone matarnos a los dos!

El puño del gigante se descargó sobre el escudo mágico de Haplo. Los signos mágicos empezaron a cuartearse y difuminarse. Marit lo miró. Quizás empezaba a comprender la situación, o tal vez fue el instinto de conservación, agudizado en el Laberinto, lo que la impulsó a reaccionar. Alargó las manos y asió las de Haplo. Él las retuvo con fuerza. Juntos, pronunciaron velozmente las runas al unísono. Sus magias, combinadas, se reforzaron y formaron un escudo mas resistente que el acero más templado. El titán descargó el puño en la resplandeciente estructura rúnica. Los signos mágicos se tambalearon pero resistieron. Con todo, Haplo percibió una pequeña brecha en ellos. El escudo mágico no resistiría mucho.

— ¿Cómo vamos a combatirlo? —inquirió Marit, reacia a colaborar pero consciente de la necesidad de hacerlo.

—No lo haremos —respondió él con expresión sombría—. No podemos.

Tenemos que salir de aquí. Préstame atención: la criatura que te atacó se desvaneció cuando entramos en la Puerta de la Muerte. La magia de la Puerta debe de perturbar la del arma.

El titán, rabioso de frustración, descargó golpe tras golpe sobre el escudo resplandeciente, machacándolo con los puños y con los pies. Las grietas se

agrandaron.

— ¡Yo lo mantendré ocupado! —Gritó Haplo, haciéndose oír por encima de los rugidos del titán—. ¡Tú llévanos de vuelta a la Puerta de la Muerte!

—

—Todo esto es un truco —exclamó ella, viéndose hacia él con una mirada de odio—. Sólo intentas escapar a tu destino. Yo puedo enfrentarme a esa criatura. Se desasíó de las manos de Haplo. El escudo que los rodeaba estalló en llamas, que alcanzaron las manos del titán. Este soltó un bramido de dolor y retiró las manos. Hizo una profunda inspiración, lo expulsó sobre el niego con un poderoso soplo y, de pronto, las llamas enviaron a Marit.

La patryn lanzó un grito. Su magia rúnica actuó para protegerla, pero los signos tatuados en su piel empezaban a ajarse por efecto del calor.

Haplo se apresuró a transformar sus runas en una enorme lanza que arrojó al titán. El arma acertó en el pecho del gigante. La punta penetró en el músculo y las vísceras. El titán estaba herido, aunque no de gravedad, y acusó el golpe. Las llamas que envían a Marit se extinguieron.

Haplo la sostuvo y la arrastró hasta donde estaba la piedra de gobierno de la nave. Al otro lado de la portilla distinguió a dos mensch, un elfo y un humano, que agitaban las manos y corrían frenéticamente en torno a la nave como si buscaran un acceso. Apenas les prestó atención. Colocó las manos sobre la piedra y pronunció las runas.

Estalló una luz cegadora. Los signos mágicos de las paredes de la nave brillaron con un fulgor deslumbrador. Los mensch desaparecieron de la vista, igual que la ciudadela y que la jungla que la rodeaba.

Estaban de nuevo en la Puerta de la Muerte. El titán había desaparecido.

De nuevo, empezó el torbellino centelleante de colores: azul agua, rojo fuego, verde jungla, gris tormenta, oscuridad, luz... Las imágenes se sucedieron, cada vez más deprisa. Haplo se vio atrapado en un caleidoscopio de colores. Intentó concentrarse en una sola imagen, pero todas pasaban ante sus ojos demasiado deprisa. No podía distinguir nada, salvo los colores. Perdió de vista a Marit, a Hugh, al perro...

Perdió de vista todo, excepto el puñal sartán.

Estaba en mitad de la cubierta. Aquella fuerza maléa y trepidante vía a ser un puñal de hierro. La habían derrotado otra vez, pero él y Marit estaban casi acabados y la magia del arma era poderosa. El puñal había perdurado a través de los siglos. Había sobrevivido a sus creadores. ¿Cómo podría él destruirla?

Los colores, las posibilidades, continuaron girando en torno a él. Azul.

Existía una fuerza que podía destruir el puñal. Por desgracia, también podía destruirlos a todos.

Cerró los ojos a los colores y escogió el azul.

La nave abandonó la Puerta de la Muerte y se estrelló en un muro de agua.

El torbellino de colores desapareció. Haplo vio de nuevo el interior de la embarcación y, al otro lado de la portilla, el pacífico océano que constituía el acuático mundo de Chelestra.

— ¿Dónde diablos estamos ahora? —preguntó *la Mano*—, que había recobrado el conocimiento y miraba por la ventana con expresión perpleja.

—En el cuarto mundo.

Haplo percibió unos sonidos de mal agüero en la nave. Un gemido procedente

de algún lugar de la bodega, unos extraños suspiros, como si la embarcación se lamentara de su destino.

Marit cambien los captó. Tensa y alarmada, vió la cabeza.

— ¿Qué es eso?

—

—La nave se está rompiendo —respondió Haplo, sombrío, con la vista fija en el puñal, cuyas runas brillaban tenuemente.

— ¿Qué? —Exclamó Marit—. ¡Es imposible! ¡La magia rúnica la protege! Eso es... es mentira.

—Está bien, estoy mintiendo. —Haplo estaba demasiado cansado, demasiado malherido, demasiado preocupado para discusiones. Pendiente del puñal con el rabillo del ojo, buscó con la mirada la piedra de gobierno de la nave, situada en un pedestal de madera a buena altura sobre la cubierta. Cuando la nave empezara a partirse, pensó, aquella posición no serviría de nada.

—Dame tu chaleco —dijo a Marit.

— ¿Qué?

— ¡El chaleco! ¡Dame tu chaleco de cuero! —Repitió, fulminándola con la mirada—. ¡Maldita sea, no hay tiempo para explicaciones! ¡Dámelo y basta! Ella lo miró con suspicacia, pero los crujidos se hacían más audibles; los suspiros desconsolados habían dado paso a secos chasquidos. Marit se despojó de la prenda, cubierta de runas de protección, y la arrojó a Haplo, que envió con ella la piedra de gobierno.

Las runas de la Hoja Maldita emitieron un repulsivo resplandor verdoso. El perro, al parecer ileso y dando muestras de morbosa curiosidad, se acercó al puñal arrastrándose sobre el vientre y lo olisqueó. De pronto, el animal se apartó de un salto con el pelo del cuello erizado.

Haplo dirigió la vista al techo y recordó la última vez que había llegado a Chelestra: la destrucción de la nave, la desaparición de la magia de las runas, el agua que empezaba a filtrarse por las rendijas. Entonces había reaccionado con perplejidad, con rabia, con miedo. Ahora, rogó que llegaran enseguida unas gotas. ¡Y así sucedió! Un fino reguero de agua de mar se deslizó por uno de los mamparos.

— ¡Hugh! —Gritó Haplo—. ¡Coge el puñal! ¡Mételo en el agua!

La Mano no respondió. No se movió. Permaneció agachado, pegado al casco de la nave, agarrado a él como si le fuera la vida, contemplando el agua boquiabierto y con ojos desorbitados.

El agua. Haplo lamentó su torpeza. Él humano procedía de un mundo en el que la gente libraba guerras por el agua; un cubo del preciado líquido era una fortuna. Sin duda, jamás en su vida había visto tanta agua. Y, desde luego, no la había visto como un puño aterrador que se cerraba sobre la nave estrujando lentamente su casco de madera.

Era posible que los idiomas de los mensch de Ariano no tuvieran un término para ^ahogarse», pero Hugh no necesitó ninguna palabra para imaginarse vividamente tal muerte. Haplo lo comprendió; él había pasado por la misma experiencia.

El ahogo, el sofoco, los pulmones a punto de estallar... Era inútil intentar explicarle a Hugh que podría respirar el agua con la misma facilidad que el aire. Inútil explicarle que, si actuaban de prisa, podrían marcharse antes de que la nave

se hiciera pedazos. Inútil recordarle que no podía morir. En aquel instante, tal cosa no le parecería una bendición, precisamente.

Una gota de agua que se filtraba por una de las grietas que, poco a poco, se ensanchaban en el casco de madera, cayó sobre el rostro de Hugh. El humano se estremeció de pies a cabeza y emitió un grito sordo.

—

Haplo cruzó la cubierta como un rayo y, agarrando al asesino, le clavó los dedos en el brazo.

— ¡El puñal! ¡Cógelo!

El arma ó de la cubierta a la mano de Hugh. No había cambiado de forma, pero su resplandor verdusco se había intensificado. Hugh *la Mano* lo contempló como si no lo hubiera visto nunca.

Haplo retrocedió inmediatamente.

— ¡Hugh! —El patryn hizo un intento desesperado de penetrar en el terror del humano—. ¡Pon el puñal en el agua!

Un grito de Marit lo hizo detenerse.

La mujer señalaba la portilla con una mueca de horror en la cara.

— ¿Qué..., qué es eso?

Un légamo repulsivo, como sangre, teñía el agua. El hermoso océano aparecía ahora oscuro y siniestro. Dos ojos brillantes, rojo—verdosos, los observaban. Unos ojos que eran más grandes que la propia nave. Una boca desdentada les dedicaba una sonrisa silenciosa y burlona.

—Las serpientes dragón... en su verdadera forma —respondió Haplo.

El puñal. Por eso no había cambiado la Hoja Maldita. No necesitaba hacerlo.

Estaba tomando fuerza de la mayor fuente de maldad de los cuatro mundos.

Marit no podía apartar la mirada.

—No —dijo con voz apagada, moviendo la cabeza a un lado y otro—. No lo creo... Xar no lo permitiría... —Hizo una pausa y susurró, casi para sí misma—:

Los ojos rojos...

Haplo no respondió. Tenso, esperó que la serpiente dragón atacara, que destrozara la embarcación, los capturara y los devorara.

Pero la criatura no lo hizo, y Haplo comprendió que no se proponía nada parecido. «Me cebo con tu miedo», le había dicho Sang-drax. A bordo de la nave había suficiente miedo, odio y desconfianza a alimentar a una legión de serpientes dragón. Y, con la embarcación desmoronándose lentamente, la criatura sólo tenía que esperar a que sus víctimas vieran desvanecerse su magia y a que se dieran cuenta de su absoluta indefensión. Su terror no haría sino incrementarse.

Otro chasquido y una serie de crujidos en la parte de popa. Unas gotas de agua cayeron en la mano de Haplo. Los signos mágicos, que habían irradiado un intenso fulgor rojo y azulado ante la aparición de la serpiente dragón, empezaron a perder intensidad; el resplandor, la magia, estaba debilitándose.

Muy pronto, su magia se rompería en pedazos como estaba haciendo la nave.

Con un nudo de repulsión en el estómago, el patryn alargó el brazo y tomó la Hoja Maldita de la mano de Hugh, que no se resistió.

El dolor fue peor, mucho peor que si hubiera cogido un atizador al rojo. El instinto lo impulsó a soltarlo, pero apretó los dientes para resistir el dolor y lo sostuvo. El hierro ardiente laceró su piel, se fundió con su carne y pareció fluir de su mano a sus propias venas.

La hoja cobró vida, se retorció y, enviéndole la mano, penetró insidiosamente en su carne. Le devoró el hueso. Empezó a devorarle todo el cuerpo.

Tambaleándose, en un esfuerzo ciego y frenético por librarse del dolor, hincó la rodilla y llevó la mano a un charco de agua que se formaba en la cubierta. Al instante, la Hoja Maldita quedó apagada y fría.

—

Tembloroso, sujetándose la mano herida con miedo a mirarla, Haplo se encogió de rodillas y echó el cuerpo hacia adelante, mareado y con náuseas. La nave recibió un golpe. Encima del humano, una viga crujió y cedió. Hugh *la Mano* emitió un gran alarido. El agua cayó encima de él, encima de ambos. Haplo quedó empapado. Su magia desapareció de golpe.

El perro ladró una advertencia. Un resplandor rojo iluminó el interior de la cabina.

Haplo se asomó a la ventana. La Hoja Maldita estaba inutilizada, al parecer, pero la serpiente dragón, a diferencia del titán y del murciélago, no había desaparecido. El puñal la había llamado y ahora no había modo de obligarla a marcharse. Pero la serpiente dragón vio que la nave empezaba a romperse; los ocupantes tenían una oportunidad de escapar. La criatura no podía permitirse esperar. La cola golpeó de nuevo el casco de la embarcación. —Marit —musitó Haplo. Tenía la boca seca y casi no podía hablar.

La patryn estaba a cierta distancia de la vía de agua y, como la nave escoraba en la dirección opuesta, aún permanecía relativamente seca.

— ¡La piedra de gobierno! —Las palabras salieron de su boca como un graznido; Haplo tuvo la certeza de que Marit no le había entendido y probó otra vez—: ¡La piedra! Utilízala...

Ella lo oyó, o tuvo la misma idea por su cuenta. Un vistazo le había bastado para percatarse del efecto que ejercía el agua sobre su magia; por fin comprendía por qué Haplo había envuelto la piedra de gobierno con el chaleco.

Los ojos de la serpiente dragón emitieron un fulgor repulsivo. La criatura leyó los pensamientos de la patryn, comprendió sus intenciones y abrió de par en par sus fauces desdentadas.

Marit le dirigió una mirada atemorizada pero enseguida, con gesto resuelto, hizo caso omiso de la amenaza. Descubrió la piedra, se inclinó sobre ella para proteger su magia de las gotas que se filtraban del techo y rodeó la piedra con las manos.

La serpiente dragón atacó. La nave pareció estallar. El agua barrió a Haplo, y el patryn notó que se hundía bajo ella.

De pronto, unos brazos poderosos lo agarraron y lo retuvieron. Una voz tranquilizadora le habló.

Todos sus dolores desaparecieron y Haplo descansó, flotando en la superficie del agua, en paz consigo mismo.

La voz habló de nuevo.

El patryn abrió los ojos, miró hacia arriba y vio...

A Alfred.

—

. El mago Zifnab consiguió con engaños que Haplo Transportara a los hermanos humanos Roland y Rega, a los hermanos elfos Paithan y Aleatha y al enano Dragar

hasta la ciudadela sartán de Pryan. Sus aventuras están recogidas en La estrella de los elfos, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

— ¡No! ¡No os marchéis! ¡Llevadnos con vosotros! ¡Llevadnos con vosotros!

— ¡Oh, basta, Roland, por el amor de Orn! —Dijo el elfo con irritación—, ¡Ya se han ido!

El humano lanzó una mirada colérica a su acompañante y, más por desafiar a éste que por creer que podía conseguir algo positivo, continuó agitando los brazos y lanzando gritos a la extraña nave, que ya había desaparecido de la vista.

Finalmente, cuando se sintió ridículo y se cansó de mover las manos por encima de la cabeza, Roland dejó de gritar y se vió para car su frustración en el elfo.

— ¡Es culpa tuya que los hayamos perdido, Quindiniar!

— ¿Culpa mía? —exclamó Paithan con asombro.

—Sí, tuya. Si me hubieras dejado hablar con ellos tan pronto como llegaron, habría establecido contacto. ¡Pero tú has creído ver un titán dentro de la nave! ¡Qué ocurrencia! ¡Uno de esos enormes monstruos no podría meter el dedo pequeño del pie en esa nave! —se mofó Roland.

—Vi lo que vi —replicó Paithan, con evidente malhumor—. Y, de todos modos, no podrías haber hablado con ellos. La nave estaba completamente cubierta de esos extraños dibujos, como los de la embarcación de Haplo cuando estuvo aquí.

¿Te acuerdas de Haplo?

— ¿De nuestro salvador? Claro que me acuerdo. Él nos trajo a esta maldita ciudadela. Él y ese viejo. Me gustaría tenerlos delante en este momento.

Roland levantó un puño amenazador y, de forma totalmente accidental, golpeó en el hombro a Paithan.

— ¡Oh, lo siento! —murmuró el humano.

— ¡Lo has hecho adrede! —Paithan se frotó la zona del impacto.

—Tonterías. Te has puesto en medio. Siempre andas estorbando...

—

— ¿Estorbando? ¡Eres tú el que siempre se cruza en mi camino! Dividimos la ciudad en dos mitades; si te quedaras en tu mitad como acordamos, no me encontrarías en medio.

— ¡Eso te gustaría! —dijo Roland, burlón—. Que Rega y yo nos quedemos en nuestro lado a morirnos de hambre mientras tú y la zorra de tu hermana engordáis...

— ¿Engordar? ¿Qué dices? —Paithan había empezado a hablar en elfo, como solía hacer cuando se exasperaba... y últimamente tenía la impresión de emplearlo casi continuamente—. ¿Y dónde crees que conseguimos la comida?

—No lo sé, pero pasas mucho tiempo en esa ridícula Cámara de la Estrella, o como sea que la llames. —Roland, terco e irritado, no se apeó del uso del lenguaje humano.

—Sí, cultivo alimento, ahí. A oscuras. Aleatha y yo vivimos de hongos. Y no llames así a mi hermana.

— ¡Te creo muy capaz! ¡Os creo capaces a los dos! Y a tu hermana la llamaré

exactamente lo que es: una zorra intrigante...

— ¿Una qué? —inquirió una voz adormilada desde las sombras.

Roland enmudeció, y se vió hacia donde había sonado la voz.

— ¡Oh, hola, Thea! —Paithan recibió a su hermana sin entusiasmo—. No sabía que estuvieras aquí.

Una elfa apareció bajo el eterno resplandor del sol de Pryan. Por su expresión lánguida, se adivinaba que acababa de despenar de una siesta. A juzgar por la mirada de sus azules ojos, el descanso había estado lleno de dulces sueños.

Llevaba el cabello rubio ceniza algo revuelto y parecía haberse vestido apresuradamente, pues sus ropas estaban levisimamente desarregladas. Las ropas y los encajes parecían desear una enérgica mano varonil que los acabara de poner en su sitio... o que lo quitara todo para empezar otra vez desde el principio.

Aleatha sólo permaneció a la luz unos instantes, lo suficiente como para que iluminara sus cabellos. Después, se retiró de nuevo a la sombra que extendía la altísima muralla de la ciudadela que cerraba la plaza. El fiero sol hería su pálida tez y le producía arrugas. Con gesto displicente, se apoyó en la muralla y observó a Roland con aire divertido; bajo sus pestañas largas y soñolientas refulgían dos zafiros azules.

— ¿Qué ibas a llamarme? —inquirió de nuevo, cuando se aburrió por fin de oírlo balbucear y farfullar.

—Sabes muy bien lo que eres —logró articular Roland, al cabo.

—No, no lo sé. —Aleatha abrió los ojos durante una fracción de segundo, lo suficiente para absorber al humano con ellos; después, como si el esfuerzo fuera demasiado agotador, bajó de nuevo las pestañas y despidió al humano—. Pero ¿por qué no vienes a verme al jardín del laberinto a la hora del vino y me lo cuentas?

Roland murmuró por lo bajo que antes la vería en el infierno y abandonó el lugar con gesto mohíno.

—No deberías burlarte así de él, Thea —dijo Paithan cuando Roland ya no podía oírlos—. Los humanos son como perros salvajes. Cuando uno los azuza, sólo consigue...

— ¿Hacerlos más salvajes? —apuntó Aleatha con una sonrisa.

—A ti tal vez te resulte muy divertido jugar con él, pero eso hace muy difícil la convivencia —comentó Paithan a su hermana.

—

Emprendió el regreso hacia la parte principal de la ciudadela atravesando el sector humano de la ciudad. Aleatha se puso en marcha a su lado, con paso pausado.

—Me gustaría que lo dejaras en paz —añadió Paithan.

— ¡Pero es la única fuente de entretenimiento que tengo en este lugar tan horrible! —Protestó Aleatha y miró a su hermano; una mueca levemente ceñuda emborronó la delicada belleza de su rostro—. ¿Qué te sucede, Paít? Antes no me regañabas así. Te juro que cada vez te pareces más a Cal. Te comportas como una solterona gruñona...

— ¡Basta, Thea! —Paithan la asió por la muñeca y la obligó a mirarlo—. No hables así de ella. Ahora, Calandra ha muerto y nuestro padre, también, y todos vamos a morir y...

Aleatha se desasíó y usó la mano para abofetear el rostro de su hermano.

— ¡No digas eso!

Paithan se frotó la mejilla, ardiente, y contempló a Aleatha con aire tétrico.

—Pégame todo lo que quieras. Thea, pero eso no cambiará las cosas. Al final, nos quedaremos sin comida. Cuando eso suceda... —se encogió de hombros.

—Saldremos a buscar más —dijo ella. Dos manchas rojas, como si tuviera fiebre, ardían en sus mejillas—. Ahí fuera hay toda la comida que queramos: hortalizas, frutas...

—Y titanes —añadió Paithan secamente.

Aleatha se remangó la larga falda, cuyo borde empezaba a notarse un poco deshilachado, y se adelantó a su hermano con un paso mucho más rápido que el que había llevado hasta entonces.

—Se han ido —respondió, viendo la cabeza.

Paithan tuvo dificultades para llegar a su altura.

—Eso fue lo que dijo el último grupo antes de salir. Y ya sabes qué sucedió.

—No, no lo sé —replicó Aleatha, avanzando a toda prisa por las calles vacías.

—Claro que sí. —Su hermano la alcanzó por fin—. Tú oíste los gritos. Todos los oímos.

— ¡Fue un truco! —Aleatha alzó el rostro—. Un truco para engañarnos, para hacernos quedar aquí. Probablemente, los demás están ahí fuera saciándose de... de todo tipo de comidas maravillosas y riéndose de nosotros... —A pesar de sus esfuerzos, le tembló la voz—. Cook dijo que allí fuera había una nave. Ella y sus hijos la encontraron y se marcharon ando de este lugar espantoso...

Paithan abrió la boca para discutir, pero vió a cerrarla. Aleatha conocía la verdad. Sabía perfectamente qué había sucedido aquella noche terrible. Ella y Roland, Paithan, Rega y Drugar, el enano, reunidos en la escalinata, habían presenciado con zozobra cómo Cook y los demás abandonaban la seguridad de la ciudadela y penetraban en la remota selva. Fue el vacío y la soledad lo que los impulsó a dejar la seguridad de los muros de la ciudadela. Eso y el constante discutir, las peleas sobre la menguante reserva de alimentos. La antipatía y la desconfianza habían dado paso al temor y al odio.

Ninguno de ellos había visto u oído indicios de los titanes, aquellos gigantes aterradores que vagaban por Pryan, desde hacía mucho tiempo. Todos —excepto Paithan— se habían convencido de que las monstruosas criaturas se habían marchado. Paithan, en cambio, sabía que aún seguían allí; lo sabía porque había leído un libro que había encontrado en una biblioteca polvorienta de la ciudadela.

—

El libro era un manuscrito elfo, redactado en un estilo y con unos términos muy anticuados y en desuso, y estaba ilustrado con numerosas imágenes, razón que había impulsado a Paithan a escogerlo.

En la biblioteca había otros libros escritos en aquel elfo antiguo, pero tenían más texto que ilustraciones; sólo con verlos, le entraba sueño.

Una especie de divinidades que se llamaban a sí mismas «sartán» eran quienes, según ellas, habían llevado a elfos, humanos y enanos a aquel mundo.

Su hermana Calandra habría tachado todo aquello de «tonterías heréticas».

El mundo de Pryan, el mundo de fuego, era presuntamente uno de cuatro mundos distintos.

Paithan no podía dar crédito a ello, aunque había encontrado un diagrama del supuesto «universo»: cuatro esferas flotando en el aire como si un prestidigitador

las hubiera lanzado a lo alto y se hubiera marchado, dejándolas suspendidas allí.
¿Por qué clase de estúpidos los estaban tomando?

Según el libro, Pryan era un mundo tropical, de vegetación exuberante, cuyos soles, localizados en el centro del planeta hueco, brillaban constantemente; aquel mundo, de acuerdo con el libro, tenía que proveer de luz y alimento a los otros tres.

Respecto a la primera, Paithan no tuvo reparos en aceptar que tenía más luz de la que podía desear. La comida era otro cantar. Era cierto que la jungla rebosaba de ella, si uno estaba dispuesto a enfrentarse a los titanes para conseguirla. ¿Y cómo se suponía que iba a mandarla a esos otros mundos, en cualquier caso?

«Arrojándosela, supongo», pensó para sí, bastante divertido ante la idea de arrojar frutos de *pua* al universo. Realmente, aquellos sartán debían de tomarlos a todos por idiotas, si esperaban que se tragarán aquella historia.

Los sartán habían construido aquella ciudadela y, según el libro, habían construido muchas más. A Paithan, aquella idea le resultó intrigante. Casi le resultaba creíble. Había visto brillar las luces en el cielo. Y los sartán decían haber llevado a elfos, humanos y enanos para que vivieran con ellos en las ciudadelas. Paithan también aceptó aquella parte de la historia, sobre todo porque podía constatar con sus propios ojos que en otro tiempo, gente como él había habitado aquella ciudad. Había edificios construidos en el estilo que gustaba a los elfos, con profusión de adornos y utas y columnas inútiles y ventanas en arco. También había casas destinadas a albergar humanos: sólidas, bajas y poco vistosas. Incluso había túneles bajo tierra para los enanos. Paithan lo sabía porque Drugar lo había llevado allá abajo en una ocasión, poco después de su llegada a la ciudad, cuando los cinco todavía se hablaban entre ellos.

La ciudadela era muy hermosa y práctica y el redactor de aquel libro parecía desconcertado ante el hecho de que no hubiera funcionado como estaba previsto. Habían estallado guerras; elfos, humanos y enanos («las razas mensch» los llamaba «autor») habían renunciado a vivir en paz y habían empezado a luchar entre ellos.

Paithan, en cambio, lo entendía perfectamente. En aquel momento, sólo quedaban en la ciudad dos elfos, dos humanos y un enano... y ni siquiera podían entenderse entre los cinco. Podía imaginar cómo serían las cosas en esa época... fuera cuando fuese.

La población mensch (Paithan empezó a odiar el término) había aumentado a un ritmo alarmante. Incapaces de controlar su creciente número, los sartán (que

Orn les arrugara las orejas y cualquier otra parte del cuerpo que tuviera a bien) habían creado a unos seres terribles llamados titanes, los cuales, al parecer, tenían que actuar como niñeras de los mensch y trabajar en las ciudadelas. La luz que surgía de la Cámara de la Estrella de la ciudadela era tan brillante que cualquier común mortal que mirara hacia ella quedaba ciego, de modo que los sartán crearon a los titanes sin ojos.

Para compensar la discapacidad (y para controlarlos mejor), los dotaron de facultades telepáticas, de modo que los titanes podían comunicarse mediante el mero pensamiento. Sus creadores también les proporcionaron una inteligencia muy limitada (seres tan grandes y poderosos podrían haber resultado una

amenaza, de haber sido más listos) y los iniciaron en la magia de las runas, o algo parecido.

Paithan no era muy amante de la lectura y se había saltado los párrafos más aburridos.

Al parecer, el plan había dado resultado. Los titanes rondaban por las calles, y elfos, humanos y enanos estaban demasiado intimidados por la presencia de los monstruos como para enfrentarse entre ellos.

Todo iba a pedir de boca pero ¿qué había sucedido después de aquello? ¿Por qué los mensch habían abandonado las ciudades para aventurarse en la jungla? ¿Cómo habían quedado fuera de control los titanes? ¿Y dónde estaban ahora aquellos sartán y qué se proponían hacer con todo aquel caos?

Paithan no tenía las respuestas, ya que el libro terminaba precisamente allí.

El elfo se sentía frustrado. A pesar de sus opiniones, la historia le había interesado y quería saber cómo había terminado, pero el libro no lo explicaba. Daba la impresión de que el autor se proponía hacerlo, pues el libro tenía más páginas, pero todas éstas estaban en blanco.

No obstante, Paithan había leído suficiente como para saber que los titanes habían sido creados en las ciudadelas, de modo que parecía más que probable que se sintieran atraídos a ellas. Sobre todo, porque los titanes no dejaban de preguntara todo el que encontraban (antes de machacarle los sesos) cosas como « ¿Dónde está la ciudadela? ». Una vez que la encontraran, difícilmente querrían salir de ella.

Eso era lo que había vaticinado ante los demás.

—Yo me quedo aquí, dentro de las murallas. Los titanes aún siguen ahí fuera, ocultos en la jungla, esperándonos. Haced caso de lo que os digo —los previno. Y había tenido razón. Sus aciagos presagios se habían cumplido. A veces, Paithan despertaba en plena noche bañado en un sudor frío y creyendo oír los gritos de agonía procedentes de la jungla, más allá de las murallas.

Paithan se había negado a acompañar a Cook y los demás. Y, como él se negaba, Rega —hermana de Roland y amante de Paithan— también se había negado. Y, como Rega se quedaba, Roland había decidido hacer lo mismo. O quizá la verdadera causa de su decisión había sido saber que Aleatha, la hermana de Paithan, se proponía no abandonar a éste. Nadie estaba seguro de las razones de Aleatha para quedarse, salvo que tenía mucho cariño por su hermano y que le habría costado un esfuerzo terrible abandonarlo.

En cuanto a Drugar, el enano, estaba allí porque el grupo que se disponía a partir había dejado muy claro que no lo querían con ellos.

—*El dragón de Zifnab. Véase La estrella de los elfos, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.*

—*La descripción de Haplo sobre la ciudadela de Pryan, realizada en su primera visita a este mundo, sitúa la plaza del mercado precisamente en el interior de las puertas de la ciudad.*

Tampoco era especialmente bien acogido entre los que se quedaban, pero nunca se habrían atrevido a decírselo en voz alta ya que el enano era quien los había salvado de ser devorados por el dragón. En cualquier caso, el enano hizo lo que le vino en gana y se mantuvo en una gran reserva, sin apenas cambiar palabra con ninguno de los demás.

Con todo, al parecer, Drugar coincidía en su opinión con Paithan; el áspero

enano no había mostrado el menor deseo de abandonar la ciudadela y, cuando habían empezado los gritos angustiosos, se había limitado a acariciarse la barba y asentir con la cabeza, como si lo esperase.

Paithan reflexionó sobre todo aquello y, con un suspiro, pasó el brazo por los hombros de su hermana.

— ¿Qué andabais haciendo tú y Roland en la plaza? —preguntó ésta. El cambio de tema quería indicar que lamentaba haberle pegado—. Cuando os he visto desde la muralla parecíais un par de idiotas, saltando y gritándole al cielo.

—Una nave... —contestó Paithan—. Una nave descendió... Salió de la nada...

— ¿Una nave? —Aleatha abrió los ojos como platos; de puro perpleja, olvidó que estaba desperdiciando su belleza en un simple hermano—. ¿Qué clase de nave? ¿Por qué no se ha quedado? ¡Oh, Paithan, quizá regrese y nos saque de este lugar tan horrible!

—Quizá —dijo él. Personalmente, tenía sus dudas, pero no quería desanimar sus esperanzas y ganarse otro bofetón—. Respecto a por qué no se han quedado... bien, Roland no opina igual, pero yo juraría que los ocupantes de la nave estaban luchando contra un titán. Sé que parece una locura, que la nave era pequeña, pero estoy seguro de lo que vi. Y vi también otra cosa. Vi a un hombre que parecía Ha— pío.

— ¡Ah! Bien, entonces me alegro de que se haya marchado —declaró Aleatha fríamente—. No habría ido a ninguna parte con él. Ese Haplo nos condujo a esta prisión insoportable fingiendo ser nuestro salvador y, luego, nos abandonó. El es la causa de todas las desgracias que nos han sucedido. No me sorprendería que fuera él quien azuzó a los titanes contra nosotros.

Paithan dejó que su hermana continuara sus divagaciones. Necesitaba tener a alguien a quien echar las culpas y, gracias a Orn esta vez no le tocaba a él. Pero no podía dejar de pensar que Haplo había tenido razón. Si las tres razas se hubieran aliado para combatir a los titanes, sus pueblos quizás estarían vivos todavía. Pero, tal como habían sucedido las cosas...

—Por cierto, Thea —Paithan salió de sus sombrías meditaciones cuando lo asaltó un pensamiento—, ¿que hacías ahí en la plaza del mercado? Nunca llegas tan lejos en tus paseos.

—Estaba aburrida. No tengo a nadie para hablar, aparte de esa golfa humana. Hablando de Rega, me ha pedido que te dijera que está sucediendo algo raro en esa Cámara de la Estrella que tanto aprecias.

— ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Paithan le dirigió una mirada de ira—. ¡Y no llares golfa a Rega!

A la carrera, el elfo cruzó las calles de la reluciente ciudad de mármol, una ciudad de torres y agujas y cúpulas, de maravillosa belleza. Una ciudad que tenía muchas probabilidades de convertirse en su tumba.

—

Aleatha lo observó alejarse y se preguntó cómo podía gastar todas aquellas energías en algo tan inútil como acudir a una sala gigantesca y manosear unas máquinas que nunca hacían nada y que, con toda seguridad, nunca lo harían. Nada constructivo, al menos, como producir comida.

Bien, por lo menos no pasaban hambre todavía. Paithan había intentado imponer algún tipo de sistema de racionamiento, pero Roland se había negado a aceptarlo con el argumento de que los humanos, al ser más corpulentos,

necesitaban comer más que los elfos y que, por tanto, era injusto que Paithan adjudicara a Roland y a Rega la misma cantidad de comida que a él y Aleatha. Ante lo cual Drugar había dejado oír su voz —un hecho excepcional en él— y había afirmado que los enanos, con su masa corporal mis pesada, necesitaban el doble de comida que un elfo o un humano.

Llegados a aquel punto, se había armado una trifulca y, finalmente, no había habido reparto de ninguna clase.

Aleatha contempló la calle y se estremeció bajo el radiante sol. Las paredes de mármol siempre estaban frías. El sol no conseguía calentarlas, sin duda a causa de la extraña oscuridad que se extendía sobre la ciudad cada noche. Habiendo crecido en un mundo de luz perpetua, Aleatha había llegado a disfrutar de la noche artificial que caía sobre la ciudadela y en ninguna otra parte de todo Pryan. Le gustaba pasear en la oscuridad, disfrutando del misterio y de la suavidad aterciopelada del aire nocturno.

Especialmente agradable resultaba pasear en la oscuridad *acompañada*. Miró a su alrededor. Las sombras se hacían más densas. La extraña noche no tardaría en caer. Podía hacer dos cosas: ver a la Cámara de la Estrella y llorar de aburrimiento observando a Paithan enfrascado en su estúpida máquina, o ir a ver si Roland acudía a la cita en el jardín del laberinto.

Aleatha contempló su imagen reflejada en el cristal de la ventana de una casa vacía. Estaba un poco más delgada, pero aquello no desmerecía su belleza. Si acaso, su cintura de avispa hacía más uptuosos sus generosos pechos. Con destreza, se arregló el vestido lo mejor posible y hundió los dedos entre los tupidos cabellos.

Roland la estaría esperando. Lo sabía.

—

CAPÍTULO LA CIUDADELA PRYAN

El jardín del laberinto estaba en la parte de atrás de la ciudad, en una suave pendiente que descendía desde la ciudad propiamente dicha hasta el muro protector que la circundaba. A ninguno de sus compañeros le agradaba demasiado aquel laberinto; Paithan se quejaba de que producía una sensación extraña, pero Aleatha se sentía atraída por el lugar y solía rondar por allí a la hora del vino. Si tenía que estar sola, y en aquellos tiempos era cada vez más difícil encontrar compañía, era allí donde más le gustaba estar.

—El jardín del laberinto fue construido por los sartán —le había contado Paithan, que había descubierto el dato en uno de los libros que se vanagloriaba de haber leído—. Lo hicieron para ellos, porque les gustaba pasear al aire libre y les recordaba el lugar del que procedían. Nosotros, los mensch —en sus labios se había formado una mueca al pronunciar la palabra—, teníamos prohibido el acceso. No sé por qué se molestaban. No puedo imaginar a ningún elfo en sus cabaes que quisiera entrar ahí. No te lo tomes a mal, Thea, pero ¿qué encuentras de fascinante en este rincón tan lúgubre?

— ¡Oh!, no lo sé —había respondido ella con un encogimiento de hombros—. Tienes razón, quizá sea un poco tétrico. Pero aquí todo... todos resultan tan aburridos...

Según Paithan, en el pasado, el laberinto —una serie de setos, árboles y

arbustos— había sido cuidado y conservado con gran atención. Sus caminos conducían, a través de intrincadas rutas, hasta un anfiteatro situado en el centro. Allí, lejos de los ojos y oídos de los mensch, los sartán celebraban sus reuniones secretas.

—Yo, en tu lugar, no entraría ahí, Thea —le había advertido Paithan—. Según el libro, esos sartán dotaron al laberinto de algún tipo de magia, destinada a atrapar a cualquiera que no estuviera autorizado a entraren él.

A Aleatha, la advertencia le resultó emocionante, del mismo modo que encontraba fascinante el laberinto.

Con el paso del tiempo, abandonado y olvidado, el laberinto se había asilvestrado. Los setos que en otra época eran recortados con todo cuidado se

—

alzaban de forma desigual, crecían en los caminos y formaban una cúpula verde entretejida de modo que impedía el paso de la luz y mantenían el laberinto fresco y oscuro incluso en las cálidas horas diurnas. Penetrar en él era como aventurarse en un túnel de vida vegetal, pues algo mantenía despejado el centro de los caminos: quizás eran las extrañas marcas grabadas en la piedra, aquellas marcas que podían verse en los edificios de la ciudad y en sus murallas y que, según Paithan, eran algún tipo de magia.

Una verja de hierro (una rareza en Pryan, donde poca gente llegaba a ver el suelo en algún momento de su vida) conducía a un arco Formado por un seto sobre un sendero de piedra. Cada losa del camino llevaba grabado uno de los signos mágicos. Paithan había prevenido a su hermana de que las marcas podían causarle daño, pero Aleatha sabía que no era así. La elfa las había recorrido muchas veces sin prestarles atención, antes de enterarse de qué eran, y nunca le habían causado el menor mal.

Desde la verja, el camino conducía directamente al laberinto. Unos altos muros de vegetación se elevaban por encima de su cabeza, y las flores llenaban el aire con su dulce fragancia.

El camino avanzaba recto durante un breve trecho; después se dividía en dos direcciones distintas que se adentraban aún más . La bifurcación era lo más lejos que se había adentrado Aleatha en sus paseos: los dos caminos que partían de ella la llevaban fuera de la vista de la verja, y la elfa, aunque atrevida y temeraria, no carecía de sentido común.

En la bifurcación había un banco de mármol y un estanque. Aleatha solía sentarse allí bajo la fresca sombra y escuchar el trino de unos pájaros ocultos mientras admiraba su imagen reflejada en el agua y se preguntaba ociosamente que encontraría si se internaba más . Después de ver un dibujo del laberinto en el libro de Paithan, había llegado a la conclusión de que no había allí nada interesante que mereciera el esfuerzo. Se había llevado una tremenda decepción al enterarse de que los caminos sólo conducían a un círculo de piedra rodeado de filas de asientos.

Mientras recorría la calle vacía (¡tan vacía!) que conducía al laberinto, Aleatha sonrió. Allí estaba Roland, meditabundo, deambulando arriba y abajo ante la verja sin dejar de lanzar miradas indecisas y sombrías hacia la vegetación.

Aleatha permitió que su falda crujiera audiblemente y, al captar el sonido, Roland irguió los hombros, hundió las manos en los bolsillos y empezó a pasear con aire calmoso, contemplando el seto con interés como si acabara de llegar.

Aleatha reprimió una carcajada. Llevaba todo el día pensando en Roland, en lo mucho que le desagradaba. En realidad, lo detestaba. Roland era tan tosco, tan arrogante y tan... en fin, tan humano... Al evocar lo mucho que lo odiaba, le vino a la cabeza espontáneamente el recuerdo de la noche en que había hecho el amor con él. Naturalmente, aquello había sucedido en circunstancias excepcionales. Ninguno de los dos había tenido la culpa. Los dos estaban recuperándose del terrible trance de haber estado a punto de ser devorados por un dragón. Roland estaba herido y ella sólo había querido reconfortarlo...
¿Por qué no podía borrar de su mente aquella noche, ni olvidar los fuertes brazos de Roland, sus labios tiernos y su manera de hacerle el amor como no se había atrevido a hacer ningún otro hombre...?
Aleatha no se había acordado de que Roland era un humano hasta el día siguiente; entonces, le había ordenado terminantemente que no viera a tocarla

—

jamás. El, al parecer, había obedecido con sumo gusto, a juzgar por la respuesta que había dado a la elfa. Sin embargo, desde entonces, ella se dedicó con entusiasmo a burlarse de él. Era el único placer que le quedaba. Roland, a su vez, parecía encontrar igual deleite en provocar su irritación.

La elfa llegó a las proximidades de la verja. Roland, apoyado en el seto, le dirigió una mirada de soslayo con una sonrisa que ella consideró aviesa.

— ¡Ah!, veo que has venido —comentó el humano, dando a entender que Aleatha había acudido a la cita por él. Sus palabras frustraron el comentario que la elfa había preparado como salutación (una insinuación de que Roland había acudido allí por ella), lo cual desató de inmediato su cólera.

Y, cuando Aleatha estaba furiosa, se mostraba más dulce y más encantadora que nunca.

— ¡Vaya, Roland! —Exclamó en un tono de sorpresa que sonó muy natural—. De modo que eres tú, ¿eh?

— ¿Y quien más podría ser? ¿El noble Dumdum, tal vez?

Aleatha se sonrojó. El noble *Durndrun* había sido su prometido elfo y, aunque ella no había estado enamorada de él y sólo iba a casarse por el dinero del novio, ahora estaba muerto y aquel humano no tenía derecho a burlarse de él y... ¡Bah, mejor dejarlo estar!

—No estaba segura —contestó, echándose el cabello hacia atrás sobre el hombro desnudo (la manga del vestido ya no le ajustaba como era debido porque había perdido peso y se le deslizaba por el brazo dejando a la vista un hombro blanco de excepcional belleza) —. ¿Quién sabe qué cosa viscosa podría haber surgido de Abajo?

La blancura de su piel atrajo la mirada de Roland. Ella le permitió mirarla y desearla (confió en despertar su deseo); Luego, despacio y con suavidad, se cubrió el hombro con un chal de encaje que había encontrado en una casa abandonada.

—Bueno, si realmente apareciera de la nada algún ser viscoso, estoy seguro de que lo espantarías, —Roland dio un paso hacia ella y vio a fijar la vista en su hombro con una mueca de sarcasmo—, 'le estás quedando en los huesos.

¡En los huesos! Aleatha le dirigió una mirada de odio, tan furiosa que olvidó cualquier asomo de dulzura y se lanzó contra él con el puño levantado para golpearlo.

Roland la asió por la muñeca, le retorció el brazo, se inclinó sobre ella y la

besó. Aleatha se resistió el tiempo preciso, no demasiado (lo cual quizás habría desanimado al humano), pero sí el suficiente como para obligarlo a emplear la fuerza para dominarla. Después, se relajó en sus brazos.

Los labios de Roland se deslizaron por su cuello.

—Sé que te vas a llevar una decepción —susurró él—, pero sólo he venido a decirte que no voy a venir. Lo siento.

Y, con esto, la soltó.

Aleatha había apoyado todo su peso en el cuerpo de Roland y, cuando éste retiró los brazos, la elfa se desplomó en el suelo a cuatro pies. El hombre la miró con una mueca burlona.

— ¿Me estás suplicando que me quede? Me temo que es inútil.

A continuación, le dio la espalda y abandonó el lugar.

Aleatha, furiosa, intentó incorporarse pero su falda larga y uminosa le obstaculizó los movimientos.

—
. Los titanes borrarón de Piyan el pueblo de Drugar. Éste responsabilizó de lo sucedido a humanos y a elfos por haber abandonado a los enanos y juró vengarse en Roland, Rega y Paithan. La estrella de los elfos, de El ciclo de la Puerta de la Muerte.

Cuando por un estuvo en pie y dispuesta para sacarle los ojos al humano, éste ya había doblado la esquina de un edificio y había desaparecido de la vista. La elfa se detuvo, con la respiración acelerada. Sí echaba a correr tras él, produciría la impresión de estar haciendo precisamente eso: correr tras él. (De haber ido tras sus pasos, habría descubierto a Roland acurrucado contra una pared, tembloroso y secándose el sudor del rostro.) Aleatha, enfurecida clavó las uñas en la palma de las manos, cruzó la verja que daba acceso al laberinto, avanzó por las piedras marcadas con las runas sartán y se arrojó sobre el banco de mármol.

Convencida de encontrarse a solas, resguardada de la curiosidad donde nadie vería si se le enrojecían los ojos o se le hinchaba la nariz, la elfa se echó a llorar.

— ¿Te ha hecho daño? —preguntó una voz áspera.

Sobresaltada, Aleatha levantó la vista.

— ¿Que...? ¡Ah!, Drugar... —murmuró con un suspiro. En *un* primer momento se sintió aliviada; después, no tanto. El enano era un tipo extraño y adusto. ¿Quién sabía qué le rondaba en la cabeza? Además, ya había intentado matarlos a todos en una ocasión.. .

—No, claro que no —respondió pues, desdeñosamente, mientras se secaba los ojos y se sorbía la nariz—. No estoy llorando —añadió con una risilla— Me ha entrado algo en el ojo, ¿Cuánto,..., cuánto tiempo llevas aquí? —inquirió con tono ligero, despreocupado.

El enano soltó un gruñido.

—El suficiente—murmuró, y Aleatha no tuvo modo de concretar qué quería decir con ello.

Entre los humanos, Drugar recibía el apodo de Barbanegra, que le cuadraba perfectamente. Su barba era larga y tan tupida y abundante que apenas alcanzaba a distinguirse la boca y uno nunca sabía si estaba serio o sonriente. Sus brillantes ojos negros, que refulgían bajo unas cejas pobladas y despeinadas, no ofrecían ninguna pista de sus pensamientos o de sus emociones,

—Tú lo amas y él te quiere. ¿Por qué, pues, os dedicáis a haceros daño con

estos juegos?

— ¿Yo? ¿Amarlo, yo? —Aleatha emitió una nueva risilla—. No seas ridículo, Drugar. Lo que dices es imposible. Roland es un humano, ¿verdad? Y yo, una elfa. Es como si le pidieras a un gato que amara a un perro.

—No es imposible. Yo lo sé muy bien —replicó el enano.

Sus ojos oscuros se cruzaron con los de ella y, al instante, los dos apartaron la mirada. Drugar fijó la suya en el seto, sombrío y silencioso.

« ¡Madre santa!», pensó Aleatha, muda de sorpresa. Aunque Roland no la quisiera (y, en aquel momento, estaba totalmente convencida de que el humano no sentía amor por ella y nunca lo sentiría), allí tenía a alguien que sí la amaba.

Aunque lo que había visto en aquellos ojos anhelantes no era mero amor. Era mucho más. Casi adoración.

De haberse tratado de cualquier otro, elfo o humano, Aleatha se lo habría tomado a broma, habría aceptado su enamoramiento como un tributo y habría colgado aquel amor como un trofeo más de su colección. Sin embargo, la sensación que tuvo en aquel momento no fue de triunfo ante una nueva conquista. Lo que sintió fue pena, una profunda lástima.

—

Si Aleatha se mostraba a menudo insensible, era porque le habían roto tantas veces el corazón que había decidido encerrarlo en una caja y ocultar la llave. Todos aquellos a los que había querido en su vida la habían abandonado. Primero, su madre; después, Calandra y su padre. Incluso el petimetre de Durndrun —un verdadero zopenco, pero un zopenco adorable— había conseguido hacerse matar por los titanes.

Y, si una vez se había sentido atraída por Roland (Aleatha tuvo buen cuidado de formular el pensamiento en pasado), era porque el humano no había mostrado nunca el menor interés por encontrar la llave de la caja que contenía su corazón, lo cual hacía el juego más seguro y divertido. La mayor parte del tiempo.

Pero esta vez no se trataba de un juego. Drugar no bromeaba. El enano estaba solo; tan carente de compañía como ella. Más, incluso, pues todo su pueblo, toda la gente a la que había querido, todos los que habían significado algo para él, habían muerto, destruidos por los titanes. Drugar no tenía nada. No le quedaba nadie.

La pena quedó barrida por la vergüenza. Por primera vez en su vida, Aleatha no encontraba palabras. No necesitaba decirle que su amor era imposible: Drugar era consciente de ello. La elfa no tenía que preocuparse de que el enano fuera a convertirse en un latoso. Seguro que no vería a mencionar el asunto. Lo sucedido momentos antes había sido un accidente; Drugar había abierto la boca para reconfortarla. En adelante, el enano estaría prevenido. Ella no podía evitar que se sintiera herido.

El silencio se hizo sumamente incómodo. Aleatha bajó la cabeza y dejó que el cabello le cayera en torno al rostro, ocultándolo de la vista del enano y ocultando a éste de la suya. Sus dedos hurgaron en los pequeños agujeros del encaje del chal.

«Drugar, —deseó decirle—. Soy una persona horrible. No valgo nada. Tú no me has visto nunca como soy en realidad. Por dentro soy repugnante.

¡Verdaderamente repugnante!»

Tragó saliva y empezó a decir:

—Drugar, yo...

— ¿Qué es eso? —gruñó el enano de pronto, al tiempo que vía la cabeza.
— ¿Qué es qué? —preguntó ella, incorporándose del banco con un respingo.
La sangre afluyó a su rostro. Lo primero que pensó fue que Roland había regresado furtivamente y los había estado espiando. De ser así, él sabría... ¡Ah!, eso sería intolerable...

—Ese sonido —contestó Drugar frunciendo el entrecejo—. Como SÍ alguien tarareara una tonada. ¿No lo oyes?

Aleatha lo captó por fin. Una especie de tarareo, como había dicho el enano. El sonido no resultaba desagradable. De hecho, era dulce y tranquilizador y le evocó el recuerdo de su madre cantándole una nana. Exhaló un suspiro. Una cosa era segura: quien canturreaba de aquella manera no era Roland, pues éste tenía una voz como un rallador de queso.

—Qué curioso —comentó mientras se alisaba la falda y se llevaba las yemas de los dedos a los ojos para comprobar que había borrado cualquier asomo de lágrimas—. Supongo que deberíamos ir a ver de dónde procede.

—Sí—dijo Drugar, con los pulgares por dentro del cinturón. El enano aguardó cortésmente a que Aleatha abriera la marcha por el camino, sin atreverse a caminar a su lado.

—

A la elfa le enterneció su delicadeza y, al llegar a la verja, se detuvo y se vió hacia él. Con una sonrisa que no tenía nada de coqueteo, sino de entendimiento entre dos personas solitarias, inquirió:

—Drugar, ¿te has adentrado mucho ?

—Sí —repuso el enano, bajando la vista.

—Me encantaría internarme en él alguna vez. ¿Querías llevarme? Sólo a mí.

A los demás, no —se apresuró a añadir Aleatha cuando vio que el enano empezaba a torcer el gesto.

Drugar la miró con cautela, como si pensara que la elfa bromeaba. Su rostro se relajó.

—Sí, te llevaré —asintió. Sus ojos adquirieron un brillo poco común—. Ahí dentro hay cosas extrañas que merece la pena ver.

— ¿De veras? —Aleatha olvidó el canturreo fantasmagórico—. ¿Cuáles?

El enano se limitó a mover la cabeza en gesto de negativa.

—Pronto oscurecerá —apuntó— y no llevas ninguna luz. No podrás encontrar el camino de vuelta a la ciudadela. Tenemos que marchamos.

Drugar sostuvo la verja hasta que Aleatha hubo cruzado la entrada; después, la cerró. Se vió hacia la elfa, hizo una torpe reverencia y murmuró algo en voz baja, probablemente en la lengua de los enanos, porque Aleatha no entendió nada.

Aun así, sus palabras le sonaron a una especie de bendición.

Tras esto, Drugar dio media vuelta y se alejó.

Aleatha notó un leve palpito de inusual calidez en su corazón, encerrado en su caja.

—

. En su relato, Haplo se refiere a esta sala como «el santuario».

CAPITULO LA CIUDADELA

PRYAN

Subiendo los peldaños de dos en dos, presa de una gran agitación, Paithan ascendió la escalera de caracol que conducía a la torre más alta de la ciudadela y penetró en una gran estancia a la que había puesto el nombre de Cámara de la Estrella. Desde allí pudo ver —y oír— por sí mismo que su máquina estelar (casi la consideraba propiedad suya, al haber sido su descubridor} había experimentado un cambio de algún tipo, y maldijo a Roland por haberle privado de observar el cambio mientras se producía.

A Paithan también lo sorprendía bastante —y le producía una considerable alarma— que fuera Rega quien le había enviado el mensaje acerca de la máquina. Los humanos no se sentían cómodos entre la maquinaria. En general, desconfiaban de los artilugios mecánicos y, cuando tenían que habérselas con ellos, solían romperlos. Y Rega, en concreto, había demostrado ser peor que la mayoría.

Aunque al principio había fingido interés por la máquina y la había contemplado con admiración mientras Paithan le enseñaba *sus características* más destacadas, *más* tarde había desarrollado gradualmente una aversión irracional a aquel aparato maravilloso. Rega se quejaba del tiempo que él pasaba en aquella sala y acusaba al elfo de interesarse más por la máquina que por ella.

— ¡Oh Pait!, eres tan obtuso —le había dicho Aleatha en una ocasión—. Está celosa, es evidente. Si esa máquina tuya fuera otra mujer, Rega ya le habría arrancado el cabello a tirones.

Paithan se había tomado a broma el comentario. Rega era demasiado juiciosa como para sentir celos de un montón de relucientes mecanismos metálicos, aunque fuera el artilugio mecánico más complejo que había visto en su vida, imponente con aquellas piedras refulgentes llamadas «diamantes» y aquellos objetos creadores de arco iris llamados «prismas» y otras maravillas. Esta vez, sin embargo, Paithan empezaba a pensar que su hermana quizá tenía razón y por eso había, subido los peldaños de dos en dos.

—

Tal vez Rega había roto la máquina.

Abrió la puerta de un empujón, entró precipitadamente en la Cámara de la Estrella... y vio a salir de inmediato. Dentro de la estancia reinaba una luz cegadora que le impidió ver nada. Acurrucado en una sombra que formaba la puerta abierta, se frotó los ojos doloridos. Después, entreabriéndolos ligeramente, intentó distinguir qué estaba sucediendo pero sólo alcanzó a apreciar los hechos más evidentes: su máquina producía una luz multicolor, vertiginosa, al tiempo que chirriaba, giraba, emitía un tictac... y parecía canturrear.

— ¿Rega? —exclamó desde detrás de la puerta.

Llegó hasta sus oídos un sollozo sofocado.

— ¿Paithan? ¡Oh, Paithan!

—Sí, soy yo. ¿Dónde estás?

— ¡Estoy..., estoy aquí dentro!

— ¡Vamos, sal de ahí! —dijo él con cierta exasperación.

— ¡No puedo! —gimoteó ella—. Hay tanta luz que no veo nada. Tengo miedo de moverme. Yo... ¡tengo miedo de caer en el agujero!

—No puedes caer por ningún «agujero», Rega— Ese diamante, lo que tú llamas roca, está encajado en él.

— ¡Ya no! ¡La roca se ha movido, Paithan! ¡Lo he visto! Uno de esos brazos lo ha levantado. Dentro del agujero había una especie de ruego ardiente y la luz era tan brillante que no podía mirar, y luego se ha empezado a abrir el techo de cristal...

— ¡Se ha abierto! —Exclamó el elfo—. ¿Cómo ha sido? ¿Los paneles se deslizaban unos sobre otros como una flor de loto gigante? ¿Como en la ilustración de...?

Rega le informó, con chillidos casi incoherentes, de lo que podía hacer con su ilustración y sus flores de loto. Por último, con un estallido de nervios, exigió a Paithan que la sacara de allí de una vez por todas.

En aquel preciso instante, la luz se apagó. El murmullo cesó. La sala quedó oscura y silenciosa. La oscuridad y el silencio se extendieron por toda la ciudadela, por todo el mundo. Al menos, ésa fue la impresión que produjo.

Pero, en realidad, no reinaba tal oscuridad. Nada tenía que ver con aquella extraña «noche» que se extendía sobre la ciudadela por alguna razón desconocida, ni con la ausencia de luz de Abajo. Porque, aunque cayera la noche sobre la ciudadela, la luz de los cuatro soles de Pryan continuaba bañando la Cámara de la Estrella, convertida en una isla en un mar de niebla negra. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la luz normal del día, en contraste con la cegadora luz irisada de unos momentos antes, Paithan estuvo en condiciones de entrar en la cámara.

Encontró a Rega aplastada contra una pared con las manos sobre los ojos. Dirigió una mirada rápida y nerviosa en torno a la cámara. Desde el momento en que entró, supo que la luz no se había apagado definitivamente; sólo estaba descansando, por así decirlo. El mecanismo situado sobre el hoyo del suelo (él lo llamaba «el pozo») continuó su tictac. Los paneles del techo estaban cerrándose. Extasiado, se detuvo a contemplar la escena. ¡El libro estaba en lo cierto! Los paneles de cristal, cubiertos de extrañas imágenes, empezaban a cerrarse como los pétalos de una flor de loto. Y se percibía una atmósfera de expectación, de espera impaciente. La máquina vibraba de vida.

—
. Parte de esta explicación y un diagrama complementario aparecen en el Apéndice II.

Paithan estaba tan excitado que casi se lanzó a examinarla, pero primero debía ocuparse de Rega. Corrió hasta ella y la tomó entre sus brazos con suavidad.

La mujer se agarró a él como si fuera a caerse, con los ojos cerrados con fuerza.

— ¡Ay! ¡No me claves los dedos! —Se quejó el elfo—. Ya te tengo. Ya puedes mirar —añadió con más suavidad. Rega era presa de un temblor incontrolable—.

La luz se ha apagado.

Rega entreabrió los párpados con cautela, echó una ojeada, vio los paneles del techo en movimiento y, al momento, cerró los ojos otra vez.

—Rega, mira—la animó Paithan—. Es fascinante.

—No —replicó ella con otro estremecimiento—. No quiero. Yo... ¡Sácame de aquí!

—Si te tomaras la molestia de estudiar la máquina, querida, le perderías el miedo.

—Eso es lo que trataba de hacer, Paithan. Estudiarla —dijo Rega con un sollozo—. Estuve mirando esos condenados libros que siempre andas leyendo y vine..., entré aquí a la hora del vino para... para echar un vistazo... —prosiguió

entre hipidos—.

Tú estabas tan... tan interesado en esa máquina que pensé que te complacería que yo...

—Y así es, querida, así es —le aseguró Paithan mientras le acariciaba los cabellos—. Entraste y echaste un vistazo. Dime querida, ¿tocaste algo?

Ella abrió los ojos con un destello de odio. Paithan notó cómo se ponía tensa entre sus brazos.

—Crees que esto es obra mía, ¿verdad?

—No, Rega. Bien, tal vez no a propósito, pero...

— ¡Pues no he sido yo! ¡No he hecho nada! ¡Odio esa máquina!

Acompañó sus palabras de una tuerca pisada.

Un mecanismo se movió como un péndulo, y el brazo que sostenía el diamante sobre el pozo empezó a girar con un chirrido. Rega se arrojó a los brazos de Paithan.

El la retuvo mientras contemplaba fascinado una luz roja, pulsante, que empezaba a elevarse de las profundidades del pozo,

— ¡Paithan! —gimió Rega.

—Sí, sí querida. Ya nos vamos. —Pero no fue hacia la puerta.

Los libros proporcionaban un diagrama completo del funcionamiento de la Cámara de la Estrella y explicaban al detalle cuál era su propósito. Paithan alcanzaba a entender la parte que trataba de los mecanismos, pero era un lego absoluto en la parte que se refería a la magia.

De haberse tratado de magia élfica, al menos habría podido hacerse una idea de qué tenía entre manos pues, aunque no tenía gran interés por las artes mágicas, había trabajado con hechiceros elfos en el negocio familiar de las armas el tiempo suficiente como para haber aprendido los rudimentos.

Pero la magia sartán —que trataba con conceptos como las «probabilidades» y utilizaba aquellos signos mágicos conocidos como «runas»— quedaba fuera de su alcance.

—*Los humanos cambien utilizan la magia, pero la suya se basa en la manipulación de la naturaleza y de todas las cosas naturales, a diferencia de los elfos, que emplean recursos mágicos mecánicos. Debido a ello, los elfos no se recatan en despreciar la magia humana, tachándola de tosca y atrasada. Esto explica la actitud de superioridad de Paithan. Por desgracia, la mayoría de los humanos de Pryan, acostumbrada a utilizar la tecnología mágica de los elfos, comparte la opinión de estos respecto a su propia magia. Los hechiceros humano gozan de muy poco respeto.*

Paithan se sentía tan abrumado y lleno de temor reverencial en presencia de aquella magia como, sin duda, la humana Rega debía de sentirse en presencia de la magia de los elfos.

Despacio y en silencio, con elegancia, la flor de loto del techo empezó a abrir de nuevo sus pétalos.

—Así..., así es como ha empezado antes, Paithan —gimoteó Rega—. ¡No había tocado nada, lo juro! ¡Lo..., lo hace todo ella sola!

—Te creo, querida. En serio, te creo —asintió él—. Resulta tan..., tan maravilloso.

— ¡No! ¡Nada de eso! ¡Es horrible! Es mejor que nos vayamos, ¡Deprisa, antes de que vuelva esa luz!

—Sí, supongo que tienes razón. —Paithan se encaminó a la puerta con paso lento, a regañadientes.
Rega avanzó agarrada a él, tan apretada contra su cuerpo que sus pies tropezaban a cada paso.
— ¿Por qué te detienes?
—Rega, querida, así no puedo caminar...
— ¡No me sueltes! ¡Y date prisa, por favor!
—Con tus pies encima de los míos, querida, no hay forma de apresurarse...
Cruzaron el suelo de mármol pulimentado de la sala y rodearon el pozo — taponado con su inmensa joya de múltiples facetas— y las siete sillas enormes que se asomaban a éste.
—Ahí se sentaban los titanes —explicó Paithan, apoyando la mano en la pata de una de las sillas, una pata que se alzaba muy por encima de su cabeza—. Ahora comprendo por qué esas criaturas son ciegas.
—Y por qué están locas —murmuró Rega, tirando de él.
La luz roja que surgía de las profundidades del pozo se hacía cada vez más potente. La mano mecánica que sostenía el diamante movió éste en un sentido y en otro. La luz se refractó y centelleó en las facetas, perfectamente pulidas, de la piedra. Los rayos de sol que penetraban a través de los paneles —que seguían abriéndose lentamente— frieron dispersados en colores por los prismas.
De pronto, el diamante pareció encenderse con un estallido de luz. El mecanismo de relojería aceleró su tictac y la máquina cobró vida. La luz de la sala se hizo más y más intensa, e incluso Paithan reconoció que era el momento de irse. Rega y él cubrieron a la carrera el resto de la distancia, resbalando sobre el suelo pulimentado, y dejaron atrás la puerta en el preciso instante en que empezaba a oírse de nuevo aquel extraño murmullo.
El elfo se apresuró a cerrar la puerta. La brillante luz multicolor escapaba por las rendijas e iluminaba el pasadizo.
Los dos se apoyaron en una pared para recuperar el aliento. Paithan contempló la puerta con añoranza.

— ¡Cuánto me gustaría ver qué sucede ahí dentro! ¡Así, tal vez podría averiguar cómo funciona!

—Por lo menos, has visco cómo empezaba —replicó Rega. La humana ya se sentía mucho mejor. Ahora que su rival, en esencia, había despreciado la devoción de un rendido seguidor, Rega podía permitirse ser generosa—. Ese canturreo es muy agradable, ¿no te parece?

—Capto una especie de palabras —asintió Paithan, frunciendo el entrecejo—. Como si estuviera llamando...

—Mientras no te llame a ti —comentó Rega en voz baja, al tiempo que cerraba la mano en torno a la del elfo—. Ven, siéntate aquí conmigo y hablemos un momento.

Paithan, con un suspiro, obedeció deslizando la espalda por la pared. Rega se enroscó en el suelo, acurrucada a su lado. Él la miró con afecto y pasó el brazo en torno a sus hombros.

Formaban una pareja rara, tan distinta en su aspecto exterior como lo era en casi todo lo demás. Él era elfo; ella, humana. Él era alto y delgado, de piel lechosa y rostro alargado, zorruno; ella era baja y algo rolliza, de tez oscura y un cabello

castaño, lacio, que le caía por la espalda. Él tenía cien años: estaba en la flor de su juventud. Ella también: apenas había cumplido los veinte. Paithan era un aventurero y un tenorio; ella, una timadora y contrabandista, despreocupada en sus relaciones con los hombres. Lo único que tenían en común era el amor, un amor que había sobrevivido a titanes y a salvadores, a dragones, perros y viejos hechiceros chiflados.

—Últimamente te he descuidado bastante, Rega —murmuró Paithan con la mejilla apoyada en su cabeza—. Lo siento.

—Me has estado evitando —lo corrigió ella con voz tajante.

—No ha sido a ti en especial. He intentado evitar a todo el mundo.

Rega esperó a que él le ofreciera alguna explicación.

—¿Por alguna razón? Sé que andabas liado con esa máquina...

—¡Oh! La máquina... ¡Orn la confunda! —Gruñó Paithan—. Me interesa, es cierto. Pensaba que tal vez podría hacerla funcionar, aunque en realidad no sé qué estaba destinada a hacer. Supongo que esperaba que pudiera ayudarnos, pero no creo que lo haga. Por mucho que murmure, nadie la escuchará.

Rega no entendió a qué se refería.

—Escucha. Paithan, sé que Roland resulta insoportable a veces...

—No se trata de Roland —la interrumpió él, impaciente—. Si hablamos de eso, lo que sucede con él es, sobre todo, culpa de Aleatha. Se trata de otra cosa...

Verás... —Paithan titubeó; luego, lo soltó de golpe—: He encontrado nuevos depósitos de comida.

—¿De veras? —Rega juntó las manos con una palmada—. ¡Oh, Paithan, es una noticia maravillosa!

—No lo es —murmuró él.

—¡Claro que sí! ¡Dejaremos de pasar hambre! Hay..., hay suficiente, ¿verdad?

—¡Oh!, mas que suficiente —respondió Paithan en tono lúgubre—. Suficiente para toda una vida humana, incluso para una vida elfa. Tal vez hasta para un longevo enano. Sobre todo si no hay más bocas que alimentar, y no las habrá.

—Lo siento, Paithan, pero la noticia me parece estupenda y no alcanzo a entender por qué te preocupa tanto...

—Debido a las diferencias genéticas, elfos, humanos y enanos no pueden tener descendencia fuera de su propio grupo.

—¿Ah, no? —El elfo le lanzó una mirada iracunda y añadió, casi fuera de sí—: No habrá más bocas que alimentar. ¡Sólo quedamos nosotros! Es el fin. ¿Qué importa si vivimos sólo dos mañanas más o dos millones? No podemos tener hijos. Con nuestra muerte, probablemente, se acabarán los últimos humanos, elfos y enanos de Pryan. Y no verá a haber ninguno. Nunca más.

Rega lo miró, abatida.

—Pero... seguro que te equivocas. Este mundo es muy grande. Tiene que haber más de los nuestros... en alguna parte.

Paithan se limitó a mover la cabeza.

Rega probó de nuevo.

—Tú mismo me dijiste que cada una de esas luces que vemos brillar en el cielo es una ciudad como ésta. Allí tiene que haber gente como nosotros.

—No estoy seguro —se vio obligado a reconocer Paithan—. Pero el libro dice que, antiguamente, los habitantes de las ciudades podían comunicarse con las demás. Nosotros no hemos recibido comunicaciones, ¿verdad?

—Pero es posible que, sencillamente, no sepamos cómo... El canturreo... —A Rega se le iluminó el rostro—. Quizá sea eso lo que está haciendo. Llamar a las otras ciudades.

—Sí, yo diría que llama a alguien —concedió Paithan con aire pensativo, y aguzó el oído. Sin embargo, no tuvo ningún problema para reconocer el siguiente sonido. Era una voz humana, resonando con estruendo.

— ¡Paithan! ¿Dónde estás?

—Es Roland —dijo el elfo con un suspiro—. Y ahora, ¿que?

— ¡Estamos aquí arriba! —gritó Rega. Se puso en pie y se asomó sobre la barandilla de la escalera—. Con la máquina.

Escucharon las pisadas de las botas peldaños arriba. Roland llegó jadeante y vió la vista hacia la luz que escapaba por debajo de la puerta cerrada.

— ¿Es ahí... de donde sale... ese sonido?—preguntó con la respiración entrecortada.

— ¿Que quieres? —respondió Paithan en tono defensivo. Se había incorporado y observaba al humano con cautela. A Roland, la máquina le gustaba tan poco como a su hermana.

—Será mejor que detengas el maldito artefacto. Eso es lo que quiero —dijo Roland con semblante torvo.

—No podemos... —empezó a explicar Rega, pero dejó la frase a medias cuando Paithan le pisó el pie.

— ¿Por qué habría de hacerlo? —lo desafió el elfo, levantando la barbilla alargada y prominente.

—Echa un vistazo por la ventana, elfo.

Paithan se encrespó.

— ¡Sigue hablándome así y no veré a asomarme a una ventana mientras viva!

Pero Rega conocía a su medio hermano y adivinó que tras su apariencia belicosa se ocultaba el miedo. Corrió a la ventana y miró unos instantes sin ver nada. Después, emitió un gemido apagado.

— ¡Oh, Paithan! Será mejor que vengas a ver esto.

A regañadientes, el elfo se desplazó hasta su lado y se asomó.

—

— ¿Qué? No veo...

Y, entonces, él también lo vio.

Parecía como si la jungla entera se hubiera puesto en movimiento y avanzara sobre la ciudadela. Grandes masas de verdor ascendían lentamente por la montaña. Sólo que no se trataba de vegetación. Era un ejército.

— ¡Madre santa! —exclamó Paithan.

— ¡Tú mismo has dicho que la máquina llamaba a alguien! —musitó Rega con un gemido.

Y así era. La máquina llamaba a los titanes.

—

CAPITULO FUERA DE LA CIUDADELA

PRYAN

¡Marit! ¡Esposa mía! ¡Escúchame! ¡Respóndeme!

Xar envió su orden en silencio, y el mensaje vio a él en silencio. No hubo respuesta.

Frustrado, repitió el nombre varias veces antes de darse por vencido. Marit debía de estar inconsciente... o muerta. Eran las únicas dos circunstancias en las que un patryn dejaría de responder a una llamada semejante.

Xar medicó su siguiente movimiento. Su nave ya había llegado a Pryan y Xar estaba intentando guiar a Marit hacia el lugar de aterrizaje escogido cuando había perdido el contacto con ella. El Señor del Nexo consideró la posibilidad de un cambio de rumbo, ya que el último mensaje frenético de Marit procedía de Chelestra, pero finalmente decidió proseguir hacia la ciudadela. Chelestra era un mundo océano cuyas aguas anulaban la magia y Xar no tenía mucho interés en visitarlo, pues allí sus poderes se verían debilitados. Viajaría a Chelestra cuando hubiera descubierto la Séptima Puerta.

La Séptima Puerta.

Se había convertido en una obsesión para el Señor del Nexo. Desde la Séptima Puerta, los sartán habían enviado a los patryn a su prisión. Desde la Séptima Puerta, él los liberaría.

En la Séptima Puerta, Samah había provocado la separación del mundo y había creado nuevos mundos a partir del viejo. Mí, en aquella misma puerta, Xar forjaría su propio nuevo mundo... y éste sería todo suyo. Ésta era la verdadera razón de su viaje a Pryan.

El motivo aducido ante los demás, la razón que había dado a su pueblo (y a Sang-drax) para acudir a aquel mundo verde, era ganar influencia sobre los titanes e incorporarlos a su ejército. El auténtico objetivo de la visita era descubrir la ubicación de la Séptima Puerta.

Xar estaba convencido de que ésta se hallaba en la ciudadela. Su deducción se basaba en dos hechos: el primero, que Haplo había estado en la fortaleza y sabía dónde se encontraba la Puerta, según las declaraciones coincidentes de

—

Kleitus y de Samah; el segundo, que, como había dicho Sang-drax, si los sartán tenían algo que proteger, ¿qué mejores guardianes que los titanes?

Siguiendo las indicaciones de Haplo, que conducían a la ciudadela, el Señor del Nexo había llegado finalmente a Pryan, acompañado por Sang-drax y una pequeña escolta de una veintena de patryn. La ciudadela no había resultado difícil de localizar. Una luz intensísima, formada por franjas de brillantes colores, surgía de ellas como una baliza de orientación.

En su fuero interno, Xar estaba asombrado ante el inmenso tamaño de Pryan. Nada de cuanto Haplo había escrito había preparado a su señor para lo que se encontró al llegar. Xar se vio obligado a revisar sus planes y pensar que la conquista de aquel mundo enorme con sus cuatro soles brillando permanentemente en lo alto iba a ser imposible, incluso con la ayuda de los titanes.

Pero no lo sería si lograba adueñarse de la Séptima Puerta.

—La ciudadela, mi Señor—anunció uno de los suyos.

—Posad la nave dentro de las murallas —ordenó Xar.

Distinguió un lugar perfecto para el aterrizaje, una gran zona despejada justo

al otro lado de la muralla; probablemente, una plaza de mercado. Aguardó con impaciencia a que la nave tocara el suelo.

Pero la embarcación no pudo posarse. Ni siquiera pudo acercarse al lugar escogido. Cuando llegó a la altura de la muralla de la ciudadela, dio la impresión de chocar contra una barrera invisible, de estrellarse contra ella suavemente, sin sufrir daños pero incapaz de traspasarla. Los patryn lo intentaron una y otra vez, sin éxito.

—Debe de ser la magia sartán, mi Señor—apuntó Sang-drax.

— ¡Por supuesto que es la magia sartán! —Exclamó Xar, irritado—, ¿Qué otra protección iba a tener una ciudad sartán?

Pero ni el propio Señor del Nexo había previsto aquello. No lo esperaba y esto era lo que lo ponía más furioso. Haplo había entrado en la ciudadela. ¿Cómo? La magia sartán era poderosa. Xar era incapaz de descifrarla; no lograba encontrar el principio de la estructura rúnica. El patryn sabía que no era una tarea imposible, pero le podía llevar años.

El Señor del Nexo releyó el informe de Haplo con la esperanza de encontrar una clave:

La ciudad está edificada muy por encima de la jungla, tras una enorme muralla que se alza más arriba que la copa más alta. En el mismo centro, en equilibrio sobre una cúpula de arcos de mármol, se eleva una inmensa torre de cristal sobre pilares. La aguja que remata la torre debe de ser uno de los puntos más elevados de este mundo. Esa torre central es el punto en que la luz irradia con más brillo.

Pero, en el relato de Haplo, esa luz era blanca. Al menos, así lo recordaba Xar.

No había referencias a aquel vertiginoso despliegue de colores. ¿Qué había provocado aquel cambio? Y otra cosa importantísima: ¿cómo podría entrar en la ciudadela para descubrirlo?

Xar continuó leyendo:

—

La torre central está enmarcada por otras cuatro, no tan altas pero idénticas a la primera, que arrancan de la plataforma que sostiene la cúpula. A un nivel inferior, se alzan otras ocho torres iguales. Detrás de estas últimas se suceden ocho enormes terrazas de mármol escalonadas. Y, finalmente, a cada extremo de la muralla de defensa se levanta otra torre rematada con su correspondiente aguja. Hay cuatro de estas torres, situada cada una en un punto cardinal.

Un camino conduce directamente hasta una gran puerta metálica en forma de hexágono con inscripciones rúnicas. Es la entrada de la ciudad.

La puerta está sellada.

Conozco el mapa de los sartán y podría haberla utilizado para abrir esa puerta, pero preferí no hacerlo. Entré atravesando la muralla de mármol y utilicé una configuración rúnica normal con poderes disolventes.

Así pues, reflexionó Xar, ahí estaba la diferencia: Haplo había entrado a través de la muralla, La magia sartán debía de extenderse por encima de los muros como una cúpula invisible para impedir el paso de enemigos adores como los dragones. La magia de la propia muralla era más débil desde el momento de su creación, o bien había perdido fuerza con el paso del tiempo.

—Posad la nave en la jungla, tan cerca de la ciudadela como sea posible—

ordenó.

La tripulación hizo descender la embarcación en un claro a cierta distancia de las murallas. La enorme nave de guerra era una de los dragones impulsados a vapor que utilizaban los sartán de Abarrach para surcar sus mares de roca fundida. La embarcación había sido completamente remodelada para acomodarla a los patryn y sobreó con facilidad las copas de los árboles para descender sobre un enorme lecho de musgo, en el que se posó.

La luz estriada y multicolor se filtraba a través del denso follaje que los rodeaba y sus rayos acariciaron la nave, moviéndose en torno a ella en un juego de colores en permanente cambio.

— ¡Mi Señor! —Uno de los patryn señaló la portilla.

Un ser gigantesco había aparecido cerca de la nave, tan cerca que, si hubieran estado en la proa, sus ocupantes podrían haberlo tocado con sólo alargar el brazo. Aquel ser tenía forma humana, pero su piel era del color y la textura de la jungla, de modo que se confundía perfectamente con los árboles (lo cual explicaba que la embarcación se hubiera posado casi encima de él y no hubieran advertido su presencia hasta aquel momento). La cabeza enorme de la criatura carecía de ojos, pero parecía estar mirando fijamente hacia alguna parte. El ser permanecía inmóvil, casi como si se hallara en trance.

— ¡Un titán! —Xar dio muestras de un enorme interés por la criatura. Cuando se puso a buscar en las inmediaciones, vio otras. Alrededor de la nave había media docena de ellas, aproximadamente.

Recordó el informe de Haplo:

Son unos seres de cuarenta palmos de altura. Tienen una piel que se confunde con el paisaje, lo cual dificulta verlos. Carecen de ojos; son ciegos, pero tienen otros sentidos que compensan largamente la falta de visión. Una cosa los tiene obsesionados: las ciudadelas. Preguntan por ellas a todo el mundo a quien encuentran y, cuando no obtienen una

—

respuesta satisfactoria (y nadie ha descubierto todavía cuál pueda ser), esas criaturas montan en una cólera asesina y dan muerte a todo ser vivo que tensan cerca. Creados por los sartán para supervisar a los mensch (y, probablemente, con algún otro propósito relacionado con la luz), los titanes utilizan una forma tosca de magia sartán...

Estas criaturas estuvieron muy cerca de destruirme y de destrozar mi nave. Son poderosas y no conozco ningún modo de controlarlas.

—Está claro que tú no conocías ningún modo de controlar a un titán —asintió Xar—. Pero también es evidente, Haplo, hijo mío, que tú no eres yo.

Se vió hacia Sang-drax con visible satisfacción al tiempo que exclamaba:

— ¡Nada podría resistirse a una fuerza de combate formada con estos seres! Y no parecen tan peligrosos. Desde luego, no nos han molestado en absoluto. A pesar de todo, la serpiente dragón parecía nerviosa.

—Es cierto, Señor. Me parece muy probable que se encuentren bajo algún tipo de hechizo. Si te propones acudir a la ciudadela, deberías hacerlo ahora, antes de que desaparezcan los efectos del hechizo.

—Tonterías, Sang-drax. Puedo ocuparme de ellas —replicó con desdén—.

¿Qué te sucede?

—Percibo la presencia de un gran mal... —dijo Sang-drax en voz baja—. Una

fuerza maléa...

—Seguro que no son estos seres estúpidos —lo interrumpió Xar, indicando con un gesto a los titanes.

—No. Es una presencia inteligente, astuta. —Sang-drax guardó silencio unos instantes; después, añadió en un susurro—: Me parece que tal vez hemos caído en una trampa, Señor del Nexo.

—Fuiste tú quien me aconsejó venir —le recordó Xar.

—Pero no fui yo quien te metió la idea en la cabeza, mi Señor... —contestó la serpiente dragón, entornando los párpados de su único ojo sano.

Xar mostró su disgusto.

—Primero me insistes que venga aquí y ahora me recomiendas que nos vayamos. Como sigas por ese camino, amigo mío...

—Sólo me preocupa la seguridad de mi Señor...

—¿Y no temes por tu propia piel? Basta ya, Sang-drax. Y ahora, si piensas acompañarme, vamos allá de una vez. ¿O prefieres quedarte aquí y esconderte de esa «fuerza maléa»?

La serpiente dragón no respondió, pero tampoco mostró la menor intención de abandonar el barco.

Xar abrió la escotilla y descendió la pasarela de la nave. Antes de pisar el campo de musgo, dirigió una apresurada mirada a su alrededor y observó con recelo a los titanes.

Los monstruos no le prestaron atención. Xar era poco más que un insecto a sus pies. Todos tenían la cabeza vuelta en dirección a la ciudadela. La luz irisada bañaba a las gigantescas criaturas con su fulgor.

Y fue entonces cuando Xar captó el murmullo.

—¿Quién hace ese sonido irritante? —inquirió. Dirigió un gesto a un patryn que esperaba en la cubierta superior de la nave, preparado para cumplir con diligencia cualquier encargo que su señor le hiciera—. Averigua de dónde procede este extraño murmullo y hazlo callar.

—

El patryn se retiró rápidamente. Cuando se presentó de nuevo, informó a su señor:

—Todo el mundo a bordo lo ha oído, pero nadie tiene la menor idea de qué lo causa. No parece proceder de la nave. Si prestas atención, mi Señor, parece sonar más fuerte aquí fuera que dentro de la embarcación.

Xar le dio la razón. En efecto, el sonido era más audible al aire libre. Ladeó ligeramente la cabeza y le pareció que procedía de la dirección en que se hallaba la ciudadela.

—En ese sonido hay palabras —añadió, aguzando el oído.

—En efecto, Señor. Es como si estuviera hablándole a alguien —asintió el patryn.

—¡Hablando! —Repitió Xar en un murmullo—. Sí, pero ¿qué dice? ¿Ya quién? Continuó escuchando con suma atención. Alcanzó a distinguir diferencias de tono e intensidad que debían de indicar una sucesión de palabras. Le parecía estar a punto de entenderlas, pero no lograba descifrar una sola. Y se dio cuenta de que era eso, precisamente, lo que hacía tan irritante aquel sonido.

Una razón más, se dijo el Señor del Nexo, para alcanzar la ciudadela. Por fin, pisó el musgo y echó a andar en dirección a ésta. No se molestó en buscar un

camino despejado, pues su magia abriría un sendero entre la vegetación más enmarañada. Con todo, no apartó la vista de los titanes y avanzó con cautela, preparado para defenderse.

Los titanes no le prestaron atención. Sus ciegos rostros seguían vueltos hacia la ciudadela.

Xar apenas se había alejado unos pasos de la nave cuando, de improviso, Sang-drax apareció a su lado.

—Si la ciudadela funciona, podría significar que los sartán están dentro, controlándola —dijo la serpiente dragón en tono de advertencia.

—Según Haplo, estaba deshabitada...

— ¡Haplo es un traidor y un mentiroso! —masculló Sang-drax con un siseo.

Xar no vio motivos para replicar a sus palabras. Siempre pendiente de los titanes, se aventuró cada vez más lejos de la nave. Ninguno de los monstruos dio muestras de sentir el menor interés por él.

—Es más probable que la luz tenga algo que ver con la puesta en marcha de la Tumpa-chumpa —apuntó Xar con frialdad.

—Quizá sea ambas cosas —insistió Sang-drax—. O algo aún peor... —añadió con voz casi inaudible.

Xar le dirigió una brevísima mirada.

—Entonces, yo mismo me ocuparé de averiguarlo. Te agradezco que te preocupes por mí. Ahora, puedes ver a la nave.

—He decidido ir contigo, mi Señor.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué hay de esa «fuerza maléa» que tanto te asustaba?

—No me asusta —replicó Sang-drax en tono hosco—. La respeto, y te recomendaría que tú también lo hicieras, Señor del Nexo, porque esa fuerza es tan enemiga mía como tuya. Me han pedido que la investigue.

— ¿Te lo han pedido? ¿Quién? Yo no te he dado ninguna orden...

—Mis hermanas, Señor. Confío en que no tendrás inconveniente en ello, ¿verdad?

Xar apreció una nota de sarcasmo en la siseante voz de su consejero. La insinuación le desagradó.

—

—No hay en el universo mayor enemigo que los sartán, ni fuerza más poderosa que la suya... y la nuestra. Harás bien en recordarlo. Tú y tus hermanas.

—Sí, mi Señor —murmuró Sang-drax con aire sumiso, como si la reprimenda lo hubiera afectado—. No pretendía faltarte al respeto. He sabido que la Tumpachumpa ha sido puesta en marcha en Ariano. Mis hermanas me han pedido que investigue si existe alguna relación con lo que sucede aquí.

Xar no alcanzaba a entender cómo podría haberla, ni por qué. No le dio más vueltas al asunto. Abandonó el claro y penetró en la jungla. Su magia hizo que las ramas de los árboles se levantaran para permitirle avanzar y que las enmarañadas lianas se desenredasen para abrirle paso. Se vio hacia su gente, alineada en la cubierta y preparada para acudir en su defensa si era necesario. Con un gesto de la mano, indicó que continuaba adelante. Los demás debían permanecer con la nave, protegerla y mantenerla a salvo.

Xar rodeó el tronco de un árbol y, de pronto, se topó de bruces con la espinilla de uno de los titanes. La criatura emitió un gruñido y empezó a moverse. De inmediato, el Señor del Nexo se aprestó a defenderse, pero el titán no dio muestras

de haberse percatado de su presencia. Simplemente, había dado un paso lento y vacilante.

Cuando alzó la mirada para observar al gigante, Xar vio una expresión de felicidad en su rostro sin ojos.

Y entonces pudo distinguir las palabras de aquel canturreo:

Regresad..., regresad...

Y, en el preciso instante en que creía que iba a ser capaz de descifrar el resto, el murmullo cesó. La luz irisada se apagó. Y, aunque los cuatro soles de Pryan continuaron brillando en el cielo, la jungla pareció mucho más oscura y sombría en comparación.

El deán vio la cabeza. Su rostro ciego se fijó en Xar. La expresión de felicidad había desaparecido.

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA

PRYAN

— ¡Detén la máquina! —gritó Roland.

— ¡No puedo! —aulló Paithan.

— ¡Está llamando a los titanes!

—Tal vez sí, tal vez no. ¿Quién sabe? Además, mira a los titanes. Se mueven como si estuvieran bebidos...

— ¿Bebidos? ¡Un cuerno! Lo que sucede es que no quieres parar tu preciosa máquina. ¡Piensas más en ese condenado artefacto que en nosotros!

— ¡Oh, Roland!, eso no es verdad... —inició una protesta Rega.

— ¡No me vengas con « ¡Oh, Roland! », ahora! —Replicó su hermano—. ¡No hago sino repetir lo que tú misma dijiste anoche!

—Pero no lo decía en serio —se apresuró a explicar ella, viéndose hacia Paithan con una sonrisa de disculpa.

— ¿Por qué no intentas detener la máquina tú mismo? ¡Adelante! —exclamó Paithan, señalando la puerta.

— ¡Quizá lo haga! —contestó Roland con altivez, un poco intimidado pero incapaz de rechazar el desafío.

Dio un paso hacia la puerta y, en ese preciso instante, la luz se apagó y el murmullo cesó.

Roland también se detuvo.

— ¿Qué has hecho? —quiso saber Paithan, abalanzándose sobre él con gesto colérico.

— ¡Nada, lo juro! ¡Ni me he acercado a la maldita máquina!

— ¡La has estropeado!

Paithan cerró los puños. Roland lo imitó y se aprestó a una pelea.

— ¡Ahí fuera hay alguien! —exclamó Rega.

— ¡No me vengas con trucos, Rega! —dijo su hermano. Él y Paithan se observaban atentamente, girando en círculos en torno al adversario—. No te dará

—

resultado. Voy a coger a ese elfo por sus puntiagudas orejas y voy a hacer un nudo

con ellas alrededor de su cuello.

— ¡Basta! ¡Dejadlo ya los dos! —Rega agarró a Paithan y tiró de él, casi arrastrándolo, para obligarlo a asomarse de nuevo por la ventana—, ¡Mira ahí, maldita sea! Ahí fuera hay dos personas..., dos humanos, a juzgar por su aspecto.

— ¡Por las orejas de Orn, tienes razón! ¡Ya los veo! —exclamó Paithan, asombrado—. Están huyendo de los titanes.

— ¡Oh, Paithan! ¡Entonces, estabas equivocado! —Dijo Rega, con gran excitación—. ¡Hay más gente en el mundo, aparte de nosotros!

—Esos dos no seguirán en él mucho tiempo más —auguró Paithan en tono tétrico—. No tienen la menor oportunidad. Ahí fuera debe de haber unos cincuenta monstruos...

— ¡Los titanes! ¡Los van a atrapar! ¡Tenemos que ayudarlos!

Rega hizo ademán de echar a correr. Paithan la retuvo, cogiéndola por la cintura.

— ¿Estás loca? No podemos hacer nada por ellos.

—Tiene razón, hermana. —Roland había bajado los puños y miraba hacia la ventana—. Si salimos ahí, sólo conseguiremos que nos maten a nosotros también...

—Además —añadió Paithan con un tono de admiración temerosa en la voz—, no parece que esos dos necesiten nuestra ayuda. ¡Madre santa! ¿Habéis visto eso? Llevado de su asombro, Paithan relajó la presión de sus manos en torno a Rega y se asomó a la ventana. Roland se apretó a su lado. Rega se puso de puntillas para mirar por encima de los hombros de ambos.

La ciudadela estaba construida en una de las pocas montañas de Pryan lo bastante alta como para sobresalir de la masa de vegetación de aquel enorme mundo. La jungla la rodeaba, pero no la había invadido. Un camino tallado en la roca conducía desde la espesura hasta los muros de la ciudadela, hasta la gran puerta metálica de forma hexagonal en la que había grabado gran número de aquellos pictogramas que los libros denominaban «runas».

Hacía ya muchos ciclos, el quinteto encerrado en la ciudadela había recorrido aquel camino, perseguido por un dragón devorador de carne. En esa ocasión había sido Drugar, el enano, quien había descubierto la manera de abrir aquella puerta mágica. Gracias a él, habían conseguido refugiarse en el interior y dejar fuera al dragón.

Ahora, de nuevo, dos figuras corrían por aquel sendero traicionero en un intento de alcanzar el refugio de la ciudadela. Los titanes, blandiendo ramas en sus enormes puños, pisaban los talones a los fugitivos, que parecían pequeños y frágiles como insectos.

De pronto, uno de los desconocidos, vestido con ropas negras, dio media vuelta y se plantó ante los titanes. El humano levantó los brazos; un resplandor azulado envió su cuerpo, se agitó y danzó en torno a él para, a continuación, extenderse y formar una enorme cortina azul, una muralla azul que estalló en llamas.

Ante la presencia de aquel fuego mágico, los titanes retrocedieron. Los perseguidos aprovecharon los momentos de confusión de los monstruos para continuar su carrera, camino arriba.

—Haplo... —murmuró Paithan.

— ¿Qué? —exclamó Rega.

—

— ¡Ay! ¡No es preciso que me claves las uñas en el hombro! Digo que ese fuego azul me recuerda a ese Haplo, eso es todo.

—Tal vez. Pero fíjate, Paithan: ¡el fuego no detiene a los titanes! El fuego mágico estaba parpadeando, apagándose. Los monstruos continuaron su avance.

— ¡Pero los humanos casi han alcanzado la puerta y llevan suficiente ventaja como para conseguirlo!

Los tres guardaron silencio y contemplaron su carrera a vida o muerte. Los desconocidos —el de las ropas negras y el que iba vestido con ropas humanas normales— alcanzaron la puerta metálica y se detuvieron ante ella.

— ¿Por qué se detienen? —preguntó Roland.

— ¡No pueden entrar! —exclamó Rega.

—Claro que pueden —replicó su hermano—. Cualquier mago capaz de obrar un hechizo como esa cortina de Riego ha de poder abrir una simple puerta.

—Ese Haplo consiguió entrar —apuntó Paithan—. Al menos, dijo que lo había hecho.

— ¿Quieres dejar en paz a Haplo? —Le gritó Rega—. ¡Te digo que no pueden entrar! Tenemos que bajar a abrirles.

. Probablemente, ésta fue la causa de que Paithan tomara a Xar por un humano. Ningún elfo viste jamás de negro, pues este color está considerado de mal augurio.

Paithan y Roland cruzaron una mirada. Ninguno de los dos se movió un ápice.

Rega les lanzó una mirada furiosa; después, dio media vuelta y se dirigió a la escalera.

— ¡No! ¡Espera! ¡Si les abres la puerta, también se colarán los titanes!

Paithan alargó la mano para cogerla pero, esta vez, Rega estaba prevenida. Se escabulló fuera de su alcance y echó a correr por el pasadizo antes de que el elfo pudiera detenerla.

Mascullando algo en su idioma, Paithan fue tras ella pero, cuando advirtió que estaba solo, se detuvo y vio la cabeza.

— ¡Roland! ¡Vamos! Tenemos que colaborar los dos, si queremos mantener a raya a los titanes...

—No es necesario —respondió Roland. Con un gesto, instó al elfo a mirar de nuevo por la ventana—. Drugar está ahí abajo. Y está abriendo la puerta.

El enano había cogido en la mano el colgante que llevaba al cuello y, en aquel instante, procedía a colocarlo en el centro de las runas como había hecho en otra ocasión, sólo que esta vez se encontraba dentro del recinto y no al otro lado. La inscripción mágica del colgante se encendió en un fuego azulado que empezó a expandirse. Allí donde el fuego tocaba una runa de la puerta, el signo mágico prendía en llamas azules. Pronto, un círculo de magia ardía con brillante fulgor.

La puerta se abrió. Los dos desconocidos la cruzaron a toda prisa con los titanes rugiendo a sus talones. El mego mágico, sin embargo, intimidó a los monstruos y los hizo retroceder. La puerta se cerró y las llamas se apagaron. Los titanes empezaron a golpear la puerta con sus puños.

— ¡Están atacando la ciudadela! —exclamó Paithan, horrorizado—. Nunca habían hecho algo semejante. ¿Crees que podrán entrar?

—

— ¿Cómo quieres que lo sepa?—replicó Roland—. ¡El experto eres tú! ¿Quién, si no, se ha dedicado a leer esos condenados libros? Quizá deberías poner en marcha otra vez esa máquina tuya. Parece que eso los calma.

Paithan habría puesto en funcionamiento la máquina con mucho gusto, pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo. No podía confesárselo a Roland, quien, de momento, parecía mostrar cierto respeto hacia él a pesar de sí mismo.

El elfo se dejó guiar por la teoría de que cuanto menos supiera el humano, mejor sería para éste. Era preferible que Roland siguiera considerándolo un genio de la mecánica. Si tenía suerte, la máquina vería a funcionar por sí misma. De lo contrario, y si los titanes conseguían derrumbar la muralla... En fin, en ese caso tampoco importaría mucho la verdad, de todos modos.

—La máquina... ejem... tiene que descansar. Pronto se pondrá en marcha otra vez. — Paithan rogó a Orn que así sucediera.

—Será mejor que así sea. De lo contrario, ya nos podemos ir preparando para descansar... para descansar en paz, ¿entiendes a qué me refiero?

A través de la ventana abierta les llegó con nitidez el estruendo de los rugidos y golpes de los titanes contra la muralla en su frenético esfuerzo por penetrar en la fortaleza. Rega ya había aparecido allá abajo y la vieron hablar con el humano de la indumentaria negra.

—Uno de nosotros debería bajar ahí —sugirió Paithan, estimulando a Roland a ofrecerse para ello.

—Sí. Hazlo tú —asintió Roland, deviéndole la pelota.

De pronto, una silueta enorme llenó la ventana ocultando la luz solar. Un olor rancio y pestilente los sofocó.

Medio muertos de miedo, elfo y humano se agarraron el uno al otro y se agacharon a la vez. Un cuerpo enorme de escamas verdes se deslizó ante la ventana.

— ¡Un dragón! —exclamó Paithan con un temblor en la voz.

Roland murmuró algo irreproducibile.

Un gigantesco espolón penetró por la ventana.

— ¡Oh, dios! —Paithan se desasíó del humano y se abrazó al suelo.

Roland levantó los brazos para cubrirse la cabeza.

Pero el espolón desapareció tras romper un fragmento de la pared de mármol.

Daba la impresión de que el dragón había utilizado la ventana para impulsarse. El cuerpo escamoso pasó ante el hueco y la luz entró de nuevo por la ventana.

Aún temblorosos, los dos se asieron al alféizar, se incorporaron lentamente y se asomaron con cautela.

El dragón descendió reptando por la torre, enroscando su cuerpo sin alas en torno a las esbeltas agujas, hasta alcanzar el patio del fondo. Los que estaban en el patio —Rega, Drugar y los dos recién llegados—parecían paralizados de terror. Ninguno de ellos hizo el menor movimiento. El dragón se lanzó hacia ellos.

Paithan se cubrió los ojos con un gemido. Roland sacó el cuerpo por la ventana:

— ¡Rega! ¡Corre! —gritó.

Pero el dragón pasó zumbando junto a ellos sin prestarles atención y se dirigió como una flecha hacia la puerca. Las runas sartán emitieron su resplandor rojo y azul, pero la criatura atravesó la barrera mágica y dejó atrás la puerta hexagonal.

—

Al otro lado de la muralla, el dragón se irguió en toda su pasmosa altura, con la cabeza casi al nivel de las torres más elevadas de la ciudadela. Los titanes dieron media vuelta y huyeron, moviendo sus cuerpos enormes con una gracia y una fluidez inesperadas.

— ¡Nos ha salvado! —exclamó Paithan.

—Sí..., ¡para zampársenos él! —apuntó Roland en tono tético.

— ¡Tonterías! —dijo una voz a su espalda.

Paithan dio un respingo y se golpeó en la cabeza con el bastidor de la ventana. Afortunadamente, Paithan sintió la súbita necesidad de asirse a algo sólido y se agarró al humano. Los dos se quedaron mirando.

Un viejo de barba blanca deshilachada, ropas pardas y gorro desgarrado venía por el pasadizo agitando las manos con expresión de extrema complacencia.

—El dragón está por completo bajo mi control. De no ser por mí, ahora mismo seríais mermelada de guayaba. He aparecido en el momento justo... sea quien sea ese Justo. *Deus ex machina*, podría decirse.

El viejo se plantó ante Paithan y Roland con gesto triunfal, cruzó los brazos sobre el pecho y se balanceó adelante y atrás sobre los talones.

— ¿Cómo dices? —murmuró el elfo débilmente.

—*Deus ex machina* —repitió el viejo con una mirada severa—. Con unas orejas de ese tamaño, deberías tener mejor oído. He bajado a salvaros la vida y he llegado en el momento oportuno. *Deus ex machina*. Es latín —añadió, dándose importancia—. Significa... bien, significa que... en fin, que he aparecido en... en el momento oportuno.

—No comprendo... —Paithan tragó saliva.

Roland estaba sin habla.

— ¡Claro que no comprendes! —Dijo el anciano—. Hay que ser un hechicero grande y poderoso para comprender. ¿No serás tú, por casualidad, un hechicero grande y poderoso? —preguntó de inmediato, con cierto nerviosismo.

— ¿Que? ¡Oh, no! —Paithan movió la cabeza a un lado y a otro.

— ¡Aji! ¿Lo ves? —asintió el anciano, complacido de sí mismo.

Roland tomó aliento y, con un titubeo, inquirió:

— ¡Tú *no* eres..., no eres Zifnab!

— ¿Quién? ¡Espera! —El viejo cerró los ojos y levantó las manos—.

No me digas más; déjame adivinar... ¿Zifnab, dices? No, no; creo que no soy ése.

—Entonces, ¿quién diablos eres? —insistió Roland.

El anciano enderezó el cuerpo, sacó pecho y se acarició la barba.

—Me llamo Bond, James Bond.

—No, señor, nada de eso —resonó una voz sepulcral desde el fondo del pasillo—. Me temo que hoy no toca, señor.

El anciano, acobardado, se acercó más a Paithan y a Roland.

—No hagáis caso —murmuró a éstos—. Probablemente es sólo Moneypenny. Está colada por mí.

— ¡Nosotros te vimos morir! —exclamó Paithan.

— ¡El dragón te mató! —añadió Roland con voz ronca.

— ¡Bah!, esas criaturas tratan de eliminarme cada vez que tienen ocasión, pero yo siempre salgo bien librado en el último rollo de la película. *Deus ex machina* y todo eso. ¿No tendréis por ahí un buen Martini seco, verdad?

Unas pisadas acompasadas resonaron en el pasadizo en dirección a ellos y, aunque el anciano dio visibles muestras de poner todo su empeño en hacer caso omiso del inquietante sonido, cuanto más cerca sonaban los pasos, más nervioso se lo veía.

Un caballero muy alto, de aspecto imponente, hizo acto de presencia y avanzó hasta el viejo. El recién llegado vestía de riguroso negro: chaqueta negra, chaleco negro, calzones negros con cordones negros, medias negras y zapatos negros con hebillas de plata. Llevaba el cabello, largo y blanco, recogido en la nuca con una cinta negra, pero su rostro era joven y había en él una expresión de cierta severidad. El caballero saludó a los presentes con una reverencia.

—Maese Quindiniar... Maese Hojarroja... Me alegro de ver a veros. Espero que os encontréis bien de salud.

— ¡Zifnab murió! —Insistió Paithan—. ¡Nosotros lo vimos!

—No se puede tener todo, ¿verdad? —El imponente caballero exhaló un suspiro de resignación—. Disculpadme, por favor. —Se vió al anciano, que tenía la mirada fija en el techo, y continuó—: Lo siento, señor, pero hoy no puedes ser James Bond.

El anciano empezó a tararear una musiquilla:

— ¡Tan, tararán, tan—tan—tan— tan tararán...!

—Señor... —La voz del caballero sonó esta vez ligeramente irritada—. Debo insistir en ello.

El viejo pareció desinflarse. Se quitó el sombrero y, cogiéndolo por el ala con ambas manos, le dio vueltas y vueltas al tiempo que lanzaba breves miradas a hurtadillas al imponente caballero.

—Por favor... —suplicó el anciano con un gemido.

—No, señor.

—Sólo por un día...

—Señor, eso no serviría de nada, simplemente.

El anciano exhaló un nuevo suspiro.

—Bien, ¿quién soy, entonces?

—Eres Zifnab, señor —respondió el caballero con un resoplido.

— ¡Ese idiota senil! —masculló el anciano, profundamente indignado.

—Si culo dices, señor...

El viejo resopló y se agitó, al tiempo que hacía un auténtico ovillo con el sombrero. De pronto, exclamó:

— ¡Ah! ¡Aja! ¡No puedo ser Zifnab! ¡Zifnab está muerto! —Señaló a Paithan y a Roland con un dedo huesudo y añadió—: ¡Ellos lo han dicho! ¡Qué caramba, si hasta tengo testigos!

—*Deus ex machina*, señor. Te salvaste en el último rollo, como antes has dicho.

— ¡Malditos latinajos! —clamó Zifnab con creciente irritación.

—Sí, señor —dijo el caballero con voz tranquila—. Y ahora, si me permites que te lo recuerde, el Señor del Nexo está en el patio...

—El patio... ¡Madre santa, el dragón!—Paithan dio media vuelta y estuvo a punto de caer por la ventana. Consiguió sujetarse y parpadeó—. Ha desaparecido. Roland se vió.

— ¿Qué? ¿Dónde...?

— ¡El dragón! ¡Ha desaparecido!

—No exactamente, señor —intervino el caballero imponente tras una nueva reverencia—. Creo que estás refiriéndote a mí. Yo soy el dragón. —Se vió de nuevo hacia Zifnab y añadió—: Y yo también tengo un asunto pendiente ahí abajo, señor.

El anciano lo miró, alarmado.

—Entonces, ¿esto va a terminar en una pelea?

—Confío en que no, señor —respondió el dragón. Después, suavizó su tono de voz—. Pero me temo que voy a ausentarme una larga temporada. De todos modos, sé que te dejo en buena compañía.

Zifnab extendió una mano temblorosa.

—Sabrás cuidar de ti mismo, ¿verdad, viejo camarada?

—Sí, señor. Y tú te acordarás de tomar tu bebida reconstituyente cada noche, ¿verdad? De poco servirá si no la tomas con regu...

—Sí, sí, el reconstituyente. Me acordaré. —Zifnab se sonrojó y miró de soslayo a Paithan y Roland.

—Y no pierdas de vista al Señor del Nexo. No permitas que descubra... lo que tú ya sabes.

—¿Lo que ya sé? ¿Estás seguro de eso? —inquirió Zifnab, desconcertado.

—Sí, señor. Lo sabes.

—Si tú lo dices... —murmuró el anciano con resignación.

El dragón no pareció demasiado complacido con ello, pero el viejo había vuelto a cubrirse la cabeza con el manoseado sombrero y ya se alejaba a toda prisa por el pasadizo.

—Señores... —El dragón dedicó una última reverencia a Paithan y Roland antes de desaparecer tras Zifnab.

Roland se secó el sudor de la frente.

—Me parece que he tenido una alucinación...

—¡Eh, vosotros! —Zifnab hizo un alto en su avance y vió la cabeza para mirarlos—. ¿No vais a venir? —Señaló la escalera con gesto majestuoso y añadió—: Tenéis un invitado. Ha llegado el Señor del Nexo.

—... quienquiera que sea —murmuró el elfo al humano.

No sabiendo qué otra cosa hacer, sin la menor idea de qué estaba sucediendo pero con la desesperada esperanza de descubrirlo, Paithan y Roland echaron a andar a regañadientes tras los pasos del anciano.

Y, en el instante en que pasaban ante la puerta de la Cámara de la Estrella, la máquina se puso en marcha otra vez.

CAPÍTULO LA CIUDADELA PRYAN

Xar estaba de pésimo humor. Primero, había tenido que huir de un puñado de gigantes ciegos; después, una magia que incluso un mensch podía descifrar le había impedido atravesar una puerta. Por último, ahora le debía, si no la vida, sí al menos su dignidad y bienestar a un dragón. Todo aquello lo irritaba

profundamente. Todo aquello y el conocimiento de que Haplo había podido entrar en la ciudadela y él, el Señor del Nexo, había sido incapaz de hacerlo.

—Eso si Haplo no mentía —apuntó Sang-drax en su susurro.

El patryn y Sang-drax se encontraban en el patio, a poca distancia de la puerta de la muralla. Tres mensch los contemplaban con la expresión embobada que Xar esperaba encontrar en ellos.

—Haplo dijo la verdad —replicó el Señor del Nexo con aire ceñudo—.

Recuerda que hurgué en su corazón. Estuvo aquí. Estuvo en el interior de esta ciudadela. Y eso..., esos mensch toscos y primitivos también han conseguido entrar. —Xar hablaba en patryn para poder expresar sin trabas sus sentimientos—. ¿Y a ti qué te sucede?

Sang-drax llevaba un rato mirando a un lado y otro con nerviosismo, viendo su único ojo sano para contemplar todas las partes de la ciudadela: las murallas, las torres, las ventanas, las sombras del suelo y el cielo verdeazulado sobre sus cabezas.

—Me pregunto adonde habrá ido el dragón, señor.

—¿Qué importa eso? La fiera ha desaparecido. ¿No? Deja las cosas como están. Tenemos otros asuntos más importantes de que ocuparnos.

La serpiente dragón prosiguió con sus miradas nerviosas. Los mensch la observaban ahora atentamente, preguntándose sin duda qué le sucedía.

—¡Basta! —Ordenó Xar a Sang-drax, en un tono aún mas colérico—. ¡Pareces atontado! Casi estoy por pensar que tienes miedo.

—

—Sólo temo por ti y por tu seguridad, mi Señor —respondió la serpiente dragón con una sonrisa untuosa que se notaba algo tensa. El solitario ojo rojo dejó de vagar de un lado a otro y se concentró en los mensch.

Uno de ellos, una mujer humana, se adelantó a los otros.

—Bienvenidos, señores —los saludó en idioma humano—. Gracias por ahuyentar a los titanes. ¡Vuestra magia es maravillosa!

La mujer miraba a Xar con respeto y temor. El Señor del Nexo se sintió complacido y su ánimo mejoró.

—Gracias a ti, señora, por permitirme entrar en vuestra ciudad. Y a ti, señor —dedicó una reverencia al enano— por la ayuda que nos has prestado en la puerta.

Xar observó minuciosamente el colgante que el enano llevaba alrededor del cuello. El patryn había reconocido al instante las runas sartán del objeto.

El enano, con una mirada ceñuda, se llevó la mano al colgante y lo ocultó de nuevo bajo su recia coraza de cuero.

—Te pido disculpas, señor —dijo Xar en tono contrito—. No pretendía ser desconsiderado. Estaba admirando tu amuleto. ¿Puedo preguntarte dónde lo adquiriste?

—Puedes preguntarlo —masculló el enano con aspereza.

Xar esperó.

El enano permaneció callado.

La humana dirigió una mirada colérica al enano, se colocó delante de él y se acercó a Xar.

—No se lo tomes en cuenta, señor. Drugar es un enano —añadió, como si eso lo explicara todo—. Me llamo Rega Hojarroja y ésta es Aleatha Quindiniar.

Con un gesto de la mano, señaló a la tercera componente del grupo de mensch, una elfa. Ésta era bellísima, para tratarse de una mensch. Xar le dedicó un saludo, inclinando la cabeza.

—Encantado, señora.

Ella correspondió al saludo con un frío y lánguido gesto de asentimiento.

— ¿Te ha enviado ese Haplo?

Sang-drax se apresuró a intervenir.

—Estás hablando con Xar, el Señor del Nexo. Haplo es un simple subdito de mi señor. Fue él quien envió a Haplo, y no a la inversa.

Rega se mostró impresionada, la expresión ceñuda de Drugar se hizo aún más marcada y Aleatha reprimió un bostezo como si estuviera aburrida de tanta palabrería.

Rega continuó las introducciones, puesto que dos nuevos mensch, un humano y un elfo, acababan de hacer acto de presencia en la plaza.

—Éste es mi hermano, Roland, y ése es mi... mi amigo, Paithan Quindiniar.

—Hola, señor. —Paithan dirigió una breve mirada a Xar y se vió de inmediato hacia Rega—. ¿Lo has visto? ¿No ha pasado por aquí?

— ¿Dónde has estado durante todo el jaleo, Roland? —inquirió Aleatha en tono melifluo—. ¿Escondido bajo la cama?

— ¡Claro que no! —respondió Roland airadamente, viéndose en redondo hacia ella—. Estaba...

—Roland... —Rega tiró de la manga de su hermano—. Estás olvidando la cortesía. Te presento a Xar, el Señor del Nexo.

—

—Encantado de conocerte, señor. —Roland dedicó un gesto de asentimiento a Xar; después, se vió otra vez hacia Aleatha—. Por si te interesa, Paithan y yo estábamos atrapados en la torre con un...

— ¡Bajaba justo delante de nosotros! —Lo interrumpió Paithan—. ¡Tiene que estar aquí!

— ¿De quién hablas?

— ¡Del dragón! —exclamó Roland.

— ¡De Zifnab! —dijo Paithan al mismo tiempo.

— ¿Quién dices? —preguntó Rega.

—Zifnab.

Rega miró al elfo con perplejidad.

Xar y Sang-drax cruzaron varias rápidas miradas. El patryn apretó los labios.

—Zifnab... —repitió Rega, desconcertada—. Eso es imposible, Paithan. El viejo está muerto.

—No, hermanita. No lo está.

Aleatha se echó a reír.

—No es broma, Thea —intervino Paithan—. Era él. Y ese dragón era el suyo.

¿No lo has reconocido?

Sang-drax tomó aire con un jadeo. Un destello rojo escapó entre los párpados entornados de su único ojo sano. Su boca emitió un siseo.

— ¿Qué sucede? —preguntó Xar en patryn.

—Ese viejo del cual hablan. Ya sé quién es.

— ¿Un sartán...?

—No. O, mejor dicho, lo fue, pero ya no lo es. ¡Se ha convertido en uno de

ellos!

— ¿Adónde vas? —preguntó Xar. Sang-drax había empezado a retroceder hacia la puerta.

—Ten cuidado con el viejo, mi Señor. Ten mucho cuidado...

Un caballero de aspecto imponente, vestido de negro de pies a cabeza, se materializó de entre las sombras. Tan pronto como lo vio Sang-drax lo señaló con el dedo.

— ¡Es el dragón, mi Señor! ¡Mires el dragón! ¡Atrápalo! ¡Mátalo! ¡Deprisa, mientras está en ese cuerpo débil!

Xar no necesitaba sus advertencias. Los signos mágicos tatuados dos en la pies del patryn emitían ya su resplandor rojo y azulado, ardiendo con aquel fuego que le advertía de la presencia de un enemigo

—El eterno cobarde, ¿verdad? —El dragón se plantó ante Sang-drax—. Esta vez lucharemos tú y yo.

— ¡Mátalo, mi Señor! —insistió la serpiente dragón. Después, se vió a los demás, que contemplaban la escena con perplejidad sin entender una palabra de lo que hablaban—. Hermanos míos —dijo esta vez en humano—, no os dejéis engañar. Ese hombre no es lo que parece. ¡Es un dragón y se propone matarnos a todos! ¡Acabad con él! ¡Deprisa!

—Id a buscar refugio, amigos míos, yo me ocuparé de esto —indicó Xar a los mensch.

Pero éstos no se movieron, fuera por miedo, por confusión o por estupidez supina. En cualquier caso, estaban justo en medio.

— ¡Corred, estúpidos! —gritó Xar, exasperado.

—

El caballero imponente no prestó la menor atención a Xar ni a los mensch y continuó avanzando hacia Sang-drax. Este siguió, retrocediendo lentamente, entre maldiciones, hacia la puerta de la muralla.

— ¡Mátalo, mi Señor! —siseó.

Xar hizo rechinar los dientes. No podía lanzar un hechizo que matara al dragón sin acabar también con la vida de los mensch, y necesitaba a éstos para interrogarlos.

Tal vez, si veían al dragón en su forma verdadera, el susto los empujaría a salir huyendo.

El patryn trazó una única runa en el aire. Era un encantamiento sencillo, no un acto de magia de combate. El signo mágico emitió una llamarada roja, se expandió y surcó el aire como un fogonazo en dirección al caballero vestido de negro.

En aquel preciso instante, el caballero agarró por el cuello al gimoteante Sang-drax. La runa ardiente los alcanzó a ambos y los rodeó, enviéndolos en una cortina de llamas mágicas.

Un enorme dragón sin alas, de escamas brillantes y relucientes del color verde de la jungla en que vivía, se alzó sobre las murallas de la ciudad. Frente a él apareció una enorme serpiente, con el repulsivo cuerpo cubierto de légamo viscoso y despidiendo una pestilencia que hedía a siglos de muertos. En su cabeza lucía un único ojo rojo.

Aquella aparición produjo en Xar casi el mismo asombro que en los mensch.

El Señor del Nexo no había visto nunca a una serpiente dragón con su auténtica

forma. Había leído la descripción que había hecho Haplo tras su encuentro con ellas en Chelestra, pero sólo ahora comprendía de verdad el asco, la repulsión, incluso el miedo que habían provocado en su enviado. El propio Xar, Señor del Nexo, que había batallado contra innumerables enemigos terribles, estaba perturbado y acobardado.

El dragón abrió unas fauces enormes y las cerró en torno al cuello de la serpiente, justo por debajo de la desdentada cabeza de ésta. La serpiente agitó la cola como un látigo y se enroscó en torno al dragón con todas sus fuerzas en un intento de acabar con su enemigo comprimiéndolo hasta asfixiarlo. Retorciéndose entre bramidos furiosos, las dos criaturas se debatieron y se golpearon, amenazando con destruir la ciudadela. Las murallas se estremecieron; la puerta tembló bajo el impacto de los cuerpos enormes. Si los muros caían, los titanes tendrían acceso a la ciudad.

Los mensch no huyeron, sino que permanecieron clavados donde estaban, paralizados de terror. Xar no podía utilizar su magia, fuera por miedo a causar daño a Sang-drax... o, tal vez, por miedo al propio Sang-drax. El Señor del Nexo no estaba seguro de cuál de ambas cosas y aquella confusión lo irritó profundamente, lo que lo hizo titubear aún más.

Y, de pronto, las dos criaturas desaparecieron. El dragón y la serpiente unidos en un abrazo letal, se desvanecieron en el aire.

Los mensch se quedaron mirando el vacío con expresión estúpida. Xar trató de poner orden en sus perplejos pensamientos. Un anciano de ropas pardas apareció de entre las sombras.

— ¡Cuídate, mal remedo de reptil! —exclamó Zifnab, al tiempo que agitaba la mano en un compungido adiós.

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

Xar se quedó mirando, asombrado. Las dos criaturas habían desaparecido. De golpe. Extendió su mente para encontrar su rastro. Buscó en la Puerta de la Muerte. Buscó en los otros mundos. Se habían esfumado por completo. Y no tenía idea de adonde habían ido.

Si había que creer a Haplo...

Pero no lo hizo. Xar apartó tal idea de su cabeza.

Estaba desconcertado, enfurecido..., intrigado. Si el dragón y su rival habían desaparecido de aquel mundo, tenían que haber encontrado una salida de él. Lo cual significaba que tal salida *existía*.

— ¡Pues claro que existe! —Una mano dio una sonora palmada en la espalda de Xar—. Una salida. Un camino al Inmortal.

El Señor del Nexo se dio la vuelta rápidamente y frunció el entrecejo:

— ¡Tú!

— ¿Quién? —Al anciano se le iluminó el rostro.

— ¡Zifnab! —Xar escupió el nombre.

— ¡Oh! —El viejo hundió los hombros, desalentado—. ¿Seguro que no soy otro? ¿No estabas esperando a otra persona? ¿A un tal señor Bond, quizás? Xar recordó la advertencia de Sang-drax: «Cuidado con el viejo». Casi resultaba gracioso. Con todo, el anciano había escapado de las prisiones de Abarrach.

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó, observando a su interlocutor con más interés.

—No tengo ni idea —respondió Zifnab, tan contento—. ¿De qué estaba

hablando? Apenas me acuerdo. En realidad, intento no recordar.
Su tez se vio cenicienta. Sus ojos perdieron la expresión vaga y, de pronto, miraron con fijeza, con un destello de dolor.
—Recordar... duele. No lo hago. Mis recuerdos, no. Los de otros... Sí, los de otros son más fáciles, mucho más fáciles...

—

Xar lo miró, ceñudo.

—«Una salida», has dicho. «Un camino al Inmortal»...

Zifnab entrecerró los ojos.

—La pregunta final del concurso, ¿verdad? Tengo treinta segundos para escribir la pregunta. Tictac, tictac, ¡tachan! ¡Ya está! Creo que ya la tengo. —Miró a Xar con aire triunfante—. ¿Qué es la Séptima Puerta?

—¿Qué es la Séptima Puerta...? —repitió Xar con indiferencia.

—¡Ésa es la pregunta!

—¿Pero cuál es la respuesta? —La paciencia de Xar se estaba agotando.

—¡Ésa es la respuesta! A la pregunta. ¿He ganado? —inquirió Zifnab esperanzadamente—. ¿Tendré ocasión de concursar en el próximo programa?

—¡Quizá te dé ocasión de terminar vivo el día de hoy! —exclamó Xar.

Extendió el brazo, asió el del mago y apretó con fuerza—. ¡Basta de tonterías, anciano! ¿Dónde está la Séptima Puerta? Es evidente que tu compañero lo sabía...

—¡Bueno, el tuyo también! —Replicó Zifnab—. ¿No te lo dijo él? Oye, haz el favor de no arrugarme la ropa...

—¿Mi compañero? ¿Sang-drax? Tonterías. Sólo sabe que la estoy buscando.

Si Sang-drax conociera su paradero, me habría conducido hasta ella.

Zifnab adoptó una expresión de extrema perspicacia e inteligencia; al menos, ésa fue su intención. Acercó el rostro al oído de Xar y le susurró:

—Al contrario. La serpiente no hace más que despistarte y confundirte.

Como respuesta, Xar retorció dolorosamente el brazo del viejo.

—¡Vamos! ¡Tú sabes dónde está la Séptima Puerta!

—Sé dónde no está —repuso Zifnab dócilmente—. Si eso te sirve de ayuda...

—¡Déjalo en paz!

Ocupado con el viejo sartán, Xar se había olvidado por completo de los mensch, uno de los cuales había tenido la osadía de entrometerse. El Señor del Nexo vio la cabeza.

La mujer elfa (Xar no lograba recordar su nombre) intentaba obligarlo a abrir la mano y soltar el brazo de Zifnab.

—¡Le haces daño! ¡Déjalo en paz! No es más que un viejo chiflado. ¡Paithan, ven a ayudarme!

Xar se recordó otra vez que necesitaba a aquellos mensch, por lo menos hasta que le hubieran enseñado los secretos de la ciudad. Retiró la mano del brazo de Zifnab y se dispuso a improvisar unas palabras de disculpa cuando otro mensch se acercó corriendo. Éste parecía escandalizado.

—¡Aleatha! ¿Qué estás haciendo? Esto no es asunto tuyo. Señor, te ruego que disculpes a mi hermana. Es un poco... en fin, un poco... —el elfo titubeó.

—¿Testaruda? —apuntó un humano, varón, al tiempo que se colocaba detrás de la elfa. Ésta, al oírlo, se vio en redondo y le cruzó la cara de un bofetón.

En aquel punto, entró en la disputa una mujer humana.

—¿Por qué has pegado a Roland? ¡No te ha hecho nada!

—Rega tiene razón —asintió el humano llamado Roland mientras se acariciaba una mejilla enrojecida—. No he hecho nada.
— ¡Me has insultado! —declaró Aleatha con arrogancia.
—Sólo ha dicho que eres testaruda, hermana —intentó explicar Paithan—. Los humanos no emplean esa palabra en el mismo sentido que nosotros...

— ¡Vamos, Paithan, no intentes disculparla! —Intervino Rega—. Aleatha sabe perfectamente qué ha querido decir Roland. Tu hermana domina el idioma humano mejor de lo que aparenta.

—Disculpa, Rega, pero éste es un asunto entre Aleatha y yo...

—Sí, Rega —terció la elfa, arqueando las cejas—. No necesitamos que ninguna *intrusa* se entremeta en nuestros asuntos familiares.

— ¡Intrusa! —Rega, sofocada, dirigió una mirada iracunda a Paithan—. ¿De modo que eso es lo que opinas de mí? ¡Me consideras una intrusa! Roland, ven conmigo. Tú y yo, los *intrusos*, nos vemos a *nuestra* parte de la ciudad. La humana agarró del brazo a su hermano y tiró de él, arrastrándolo calle abajo.

—Rega, yo no he dicho en ningún momento... —Paithan corrió unos pasos tras los humanos; después, se detuvo y vió la vista a Xar—. ¡Hum...! Discúlpame un momento, ¿quieres?

— ¡Oh, Paithan, por el amor de Orn, un poco de seriedad! —exclamó Aleatha. Paithan no respondió. Continuó en pos de Rega mientras Aleatha se alejaba en otra dirección, contoneándose.

El único mensch que no se movió fue el enano, que no había dicho una sola palabra. Drugar estudió con mirada ceñuda y sombría a Xar y a Zifnab; después, sin un gruñido de despedida, dio media vuelta sobre los talones y se marchó. Mucho tiempo atrás, sartán y patryn habían combatido por el control de aquellas criaturas. ¿Para qué molestarse?, se preguntó Xar. Lo que deberían haber hecho con ellas era meterlas todas en un saco y echarlas a un pozo.

—Haplo lo sabe —anunció Zifnab.

—Eso me han dicho —asintió Xar con irritación.

—No sabe que lo sabe, pero lo sabe. —Zifnab se quitó el desvencijado sombrero y se frotó la cabeza hasta que los cabellos le quedaron de punta.

—Si estás probando alguna estratagema para intentar que Haplo siga vivo, no te dará resultado —masculló Xar, colérico—. Haplo morirá. Tal vez haya muerto ya. Y su cadáver me conducirá a la Séptima Puerta.

—Una estratagema... —Zifnab suspiró—. Me temo, colega, que el lazo te lo estás echando tú. Morir... Sí, Haplo podría morir, sin duda... ¡en un lugar donde tú nunca lo encontrarás!

— ¡Ah! Entonces, sabes dónde está... —Xar no lo creía, pero le seguía la corriente al anciano con la esperanza, todavía, de descubrir algo que le resultara útil.

— ¡Pues claro que lo sé! —afirmó Zifnab en tono ofendido—. Está en... ¡gulp!
El anciano se cubrió la boca con una mano.

— ¿Sí? —probó Xar.

—No puedo decírtelo. Es un asunto confidencial.

Xar tuvo una idea.

—Quizá me he precipitado en mi decisión de ejecutar a Haplo —dijo,

meditabundo—. Es un traidor, pero puedo permitirme ser generoso. Sí, seré generoso. Perdono a Haplo. Ya lo ves: lo perdono... como un padre debe perdonar los yerros de un hijo. Y ahora dices que corre alguna clase de peligro. Iremos a encontrarlo, tú y yo. Tú me conducirás a él.

Xar empezó a guiar al viejo hacia la puerta de la ciudad.

—Acudiremos a rescatar a Haplo en mi nave y...

—

—Estoy conmovido, verdaderamente conmovido —murmuró Zifnab con los ojos humedecidos—. Mi dragón dice a menudo eso mismo de mí, ¿sabes?, pero es de todo punto imposible, realmente...

Xar empezó a trazar un signo mágico.

—Vendrás conmigo, viejo...

— ¡Oh!, te acompañaría gustosísimo —dijo Zifnab en tono jovial—si fueras a alguna parte. Pero no es así. Como ves, tu nave...

El anciano levantó la vista al cielo. La nave de Xar se elevaba por encima de las copas de los árboles, alejándose cielo arriba. El Señor del Nexo la observó unos instantes con asombro; después, se apresuró a formular un hechizo que debería haberlo llevado a bordo instantáneamente. Las runas de su cuerpo emitieron su resplandor y Xar inició el salto a través del tiempo y del espacio, pero quedó frenado como si hubiera topado con una pared. Magia sartán, se dijo. Hizo un nuevo intento y vio a chocar contra la barrera invisible.

Enfurecido, se vió en redondo hacia el anciano, dispuesto a lanzarle un hechizo que abrasara la carne que cubría sus frágiles huesos.

El caballero de aspecto imponente vestido de negro de pies a cabeza reapareció de entre las sombras. Esta vez venía ensangrentado y desgredado, con las ropas desgarradas y aspecto agotado. Pese a ello, asió la muñeca de Xar entre sus dedos y la retuvo con una fuerza que ni el Señor del Nexo con toda su magia fue capaz de vencer.

— ¡Déjalo en paz! —Dijo el caballero—. Él no tiene la culpa. Tu amigo, la serpiente dragón a quien conoces como Sang-drax, se me ha escapado. Es él quien anula tu magia. Y quien te ha robado la nave.

— ¡No te creo!

La nave de Xar ya no era más que una mota de polvo en el cielo.

—Ha tomado tu aspecto, Señor del Nexo —insistió el caballero—. Tu gente ha caído en el engaño. Obedecerá todas sus órdenes... y Sang-drax, probablemente, los recompensará a todos con la muerte.

—Si es cierto lo que dices, Sang-drax debe de tener urgente necesidad de la nave por alguna razón —afirmó Xar, en tono confiado, e intentó tranquilizarse, aunque se le escapó una mirada ceñuda hacia la nave que desaparecía.

El caballero de negro estaba hablando con Zifnab.

—No tienes buen aspecto, señor.

—No es culpa mía—respondió el anciano, enfurruñado. Señaló a Xar con dedo acusador y añadió—: Le he dicho que era Bond, James Bond, pero no me ha creído.

— ¿Qué más le has dicho, señor? —preguntó el caballero con tono severo—.

Nada que no debieras, espero.

—Bueno, eso depende. —Zifnab se frotó las manos con gesto nervioso y rehuyó la mirada de su interlocutor—. La verdad es que hemos tenido una

conversación muy agradable.

El caballero imponente asintió lúgubrementemente.

—Me lo temía. Ya has hecho suficiente daño por hoy, señor. Es hora de que entres a tomar tu reconstituyente. La humana te lo preparará con mucho gusto.

— ¡Desde luego que le gustaría! ¡La haría feliz! ¡Pero no dejaré que lo haga! — Zifnab soltó un gemido quejumbroso—. La mensch no sabría prepararlo. Nadie lo hace como tú...

—

—Sí, señor. Gracias, señor, pero lo siento mucho. No voy a poder... prepararte la bebida esta noche. —El caballero de negro mostraba una palidez extrema. Consiguió esbozar una débil sonrisa y añadió—: No me siento muy bien. Te acompañaré a tu alcoba, señor...

Cuando se hubieron marchado, Xar pudo dar rienda suelta a su cólera y contempló con rabia las murallas de la ciudad, unas murallas que, de pronto, se habían transformado en muros de prisión pues, aunque podía cruzar su puerta con facilidad (si no tenía en cuenta a los titanes, convertidos ahora en la menor de sus preocupaciones), se había quedado sin nave y no tenía modo de ver a cruzar la Puerta de la Muerte. No tenía modo de llegar a Haplo, vivo o muerto.

Esto es, si tenía que creer lo que había dicho el anciano.

Xar se sentó en un banco bajo la extraña oscuridad que parecía estar cayendo sobre la ciudadela y solamente sobre ella. Se sentía débil, viejo y cansado, sensaciones insólitas para el Señor del Nexo. Intentó de nuevo ponerse en comunicación con Marit, pero no tuvo respuesta a sus urgentes llamadas.

¿Lo habría traicionado su esposa? ¿Lo habría hecho Sang-drax?

— ¿Vas a creer la palabra de mi enemigo?

El susurro surgió de la noche y sobresaltó a Xar. Escrutó las sombras y observó el resplandor rojo de un único ojo. Se puso en pie.

— ¿Eres tú? ¡Sal donde pueda verte!

—No estoy aquí en presencia tangible, mi Señor. Sólo mis pensamientos están contigo.

—Preferiría tener conmigo mi nave, Sang-drax —dijo Xar, irritado—.

Devuélvemela.

—Si así lo ordenas, lo haré —asintió Sang-drax con humildad—. Pero permíteme que te proponga un plan alternativo. He oído tu conversación con ese viejo chiflado, que quizá no es tan estúpido como quería hacernos creer. Permíteme a mí buscar a Haplo mientras tú prosigues el asunto que te ha traído aquí.

Xar meditó la propuesta. No era una mala idea. Tenía demasiado que hacer, demasiado en juego, como para marcharse en aquellos momentos. Su gente estaba en Abarrach, presta para la guerra. Tenía que seguir buscando la Séptima Puerta; aún tenía que determinar si había dominado el arte de resucitar a los muertos. Varios de aquellos objetivos podía alcanzarlos allí. Además, así descubriría si Sang-drax era leal.

Empezaba a perfilar el esbozo de un plan.

—Si accedo a dejarte buscar a Haplo, ¿cómo veré a Abarrach? —inquirió.

Quería evitar que Sang-drax pensara que tenía el dominio de la situación.

—Existe otra nave de la cual puedes disponer, mi Señor. Los mensch conocen su paradero.

«Supongo que en algún lugar de la ciudad», pensó Xar. El Señor del Nexo concedió magnánimamente su permiso.

—Está bien. Tan pronto como tenga noticias de Marit, te lo comunicaré.

Mientras tanto, haz lo que puedas para encontrarlo por tu cuenta. Recuerda que quiero el cadáver de Haplo... ¡y en buen estado!

—Sólo vivo para servirte, Xar —declaró Sang-drax. El ojo rojo se cerró en una muestra de respeto y, al instante, la presencia se desvaneció.

—Discúlpame, señor —dijo una voz en el idioma de los elfos.

—

Hacía bastante rato que Xar había percibido la presencia del joven mensch pero, abstraído en su conversación mental con Sang-drax, no le había prestado atención. Sin embargo, había llegado el momento de empezar a poner en marcha su plan.

El Señor del Nexo dio un respingo de fingida sorpresa y escrutó las sombras.

—Disculpa, joven elfo. No te he oído llegar. ¿Puedes repetirme tu nombre?

Perdona que lo pregunte, pero soy viejo y me falla la memoria.

—Paithan —respondió el elfo de buen grado—. Paithan Quindiniar. He vuelto para disculparme por nuestro comportamiento. De un tiempo a esta parte, todos hemos estado bajo una gran tensión. Y, además, con la presencia de Zifnab, del dragón y de esa horrible serpiente... Por cierto, ¿has visto al anciano, últimamente?

—No, me temo que no —respondió Xar—. Debo de haberme quedado dormido. Cuando he despertado, ya no estaba.

Paithan, con una mueca de alarma, dirigió una nerviosa mirada a su alrededor.

—Ese viejo bribón chiflado, ¡que Orn lo lleve! Me pregunto dónde se habrá metido. De todos modos, no merece la pena buscarlo esta noche. Estarás cansado y hambriento. Ven, si gustas, y comparte la cena con mi hermana y conmigo. Normalmente..., normalmente comemos con los demás, pero me temo que esta noche no van a acompañarnos.

— ¡Oh!, gracias, muchacho. —Xar extendió la mano—. ¿Te importaría ayudarme? Estoy un poco débil...

—Desde luego, señor —Paithan le ofreció su brazo.

El Señor del Nexo se asió del elfo y, pegado a él, avanzaron lentamente por las calles hacia la ciudadela.

Y, mientras caminaban, Xar recibió por fin una respuesta a sus llamadas.

Marit, dijo en silencio. *Llevo mucho tiempo esperando noticias tuyas...*

—

CAPÍTULO PERDIDOS

Marit se sentó con la espalda contra una fría pared de piedra y observó al asesino humano que la vigilaba. El hombre estaba apoyado en la pared de enfrente, y de su boca sobresalía una pipa que despedía un humo tremendamente pestilente. Tenía los párpados cerrados, pero la patryn sabía que, con sólo apartarse un mechón de cabello del rostro, alcanzaría a ver el negro brillo de los

hundidos ojos de su vigilante.

Tumbado en el suelo entre los dos, sobre un jergón, Haplo se revía en un sueño agitado, inquieto, muy distinto del sueño reparador propio de su raza. A su lado, otro par de ojos mantenía una atenta guardia, repartiendo la atención entre Marit y su amo. Hugh *la Mano* dormía esporádicamente. El perro, nunca. Cada vez más irritada ante la vigilancia permanente, Marit vió la espalda a los dos observadores y, acurrucada, empezó a afilar la daga. No necesitaba hacerlo, ni tampoco ver a trazar las runas grabadas en ella, pero jugar con la daga era la única alternativa a pasear por el suelo helado, dando vueltas y vueltas y vueltas hasta que le dolían las piernas. En realidad no tenía muchas esperanzas de conseguirlo pero, si dejaba de mirarlos, quizá sus vigilantes se relajarían y cometerían algún descuido.

Podría haberles explicado que no debían preocuparse. No iba a hacerle daño.

Ahora, no. Sus órdenes habían cambiado. Haplo tenía que vivir.

Una vez afilada, Marit introdujo la hoja en una rendija minúscula entre dos de los grandes bloques de piedra blanca pulimentada que formaban el suelo, las paredes y el techo en cúpula de la extraña estancia en la que habían sido encerrados. Deslizó la daga a lo largo de la rendija, hurgando en busca de algún punto débil que, estaba segura, no encontraría. Todos los bloques tenían grabadas runas sartán. Los signos mágicos del enemigo ancestral la rodeaban por todas partes, tapizaban el suelo y estaban allí donde posaba la vista. Las runas no le

—

causaban daño, pero evitaba tocarlas. La hacían sentirse incómoda y nerviosa; toda la estancia le producía aquellas sensaciones.

Y evadirse de ella era imposible.

Lo sabía. Lo había intentado.

La estancia era amplia y estaba bien iluminada por una luz blanca difusa que surgía de todas partes a la vez y de ninguna en concreto. Una luz irritante que ya empezaba a molestarla. Había una puerta, pero estaba cubierta de signos mágicos sartán. Y, aunque las runas tampoco reaccionaban a su proximidad, a Marit le repugnaba tocar la puerta que guardaban. No sabía leer la escritura sartán; nunca había aprendido. Haplo, en cambio sí. Esperaría a que despertara para que le tradujera lo que decían. Hasta entonces, era preciso que viviera.

Haplo tenía que vivir. Marit hundió con rabia la hoja en la hendidura, hizo palanca con la daga contra el bloque de piedra en un intento absolutamente inútil de desencajarlo. No se movió un ápice. Era más probable que rompiera el arma en el intento. Irritada, frustrada y (aunque se negara a admitirlo) atemorizada, extrajo la daga de la rendija y la arrojó lejos de sí. El arma resbaló por el suelo pulimentado, rebotó en la pared y se deslizó de nuevo hasta el centro de la estancia.

El asesino abrió los ojos, dos rendijas brillantes. El perro levantó la testuz y miró a Marit con cautela. La patryn se despreocupó de ellos y se vió de espaldas a ambos.

— ¿Y Haplo? ¿Está muerto?

—No, mi Señor. Me temo que he fallado mi...

—No está muerto... ¿Se te ha escapado?

—No, mi Señor. Estoy con él...

—Entonces, ¿por qué no está muerto?

Por culpa de un puñal, podría haberle explicado. Un puñal sartán maldito.

Haplo me salvó la vida, podría haberle dicho. Me salvó aunque yo había intentado matarlo. Todas estas cosas podría haberle contado mentalmente.

—No tengo disculpa, mi Señor—fue lo que dijo—. Fracasé.

—Quizá la tarea es demasiado difícil para ti, Marit. He enviado a Sang-drax para que se encargue de Haplo. ¿Dónde estás ahora?

Marit se ruborizó de nuevo, hasta el sofoco, antes de ofrecer su azorada respuesta:

—En una prisión sartán, mi Señor.

— ¡Una prisión sartán! ¿Estás segura?

—Lo único que sé es que estoy en una sala blanca cubierta de runas sartán y que no hay salida. Aquí hay un sartán que hace de carcelero. Es ése que tú describiste, ése que se hace llamar Alfred. Un amigo de Haplo. Alfred fue quien nos trajo aquí. Nuestra nave quedó destruida en Chelestra.

—Los dos están juntos en esto, no hay duda. Cuéntame qué ha sucedido.

Así lo hizo Marit: le habló del extraño puñal cubierto de runas sartán, de los titanes, de las aguas de Chelestra, de la piedra de gobierno que había tenido en sus manos, de las serpientes dragón...

—Por fin, hemos sido traídos aquí, mi Señor. Ha sido cosa del sartán.

— ¿El sartán? ¿Cómo...?

—El... puso el pie en el hueco de la puerta. No encuentro otra manera de describirlo.

»Recuerdo que el agua subía; la nave estaba desmontándose y nuestra magia empezaba a debilitarse. Cogí la piedra de gobierno; todavía estaba seca y su magia

—

aún se mantenía intacta. En mi mente centellearon imágenes de los mundos. Me agarré a la primera que vi y me concentré en ella hasta que la Puerta de la Muerte se abrió para mí. En aquel instante, el agua me alcanzó y me cubrió, ahogando la magia y casi ahogándome a mí. La puerta empezó a cerrarse. La nave empezó a deslizarse bajo las aguas y a su alrededor se enroscaron las serpientes dragón.

»Una de éstas abrió un boquete en el casco, introdujo la cabeza y se lanzó directamente hacia Haplo. Yo alargué la mano, lo agarré y lo puse a salvo de las fauces del monstruo, cuyos espantosos ojos rojos barrieron la cabina hasta localizarme. La puerta estaba cerrándose rápidamente, demasiado como para que pudiera evitarlo. Y, entonces, se detuvo y permaneció entreabierta, como si algún obstáculo le impidiera terminar de cerrarse.

»Una luz brillante me bañó. Recortada contra ella vi la silueta de un hombre larguirucho y encorvado que nos miraba con preocupación. El hombre extendió sus manos hacia Haplo. Yo seguí cogida a él y me vi impulsada a través de la puerta. Y, cuando empezó a cerrarse de nuevo, me sentí caer y caer interminablemente.

Marit tenía la sensación de que había habido algo más, pero su pálpito apenas era una vaga sombra en los límites de la conciencia y, por tanto, la patryn no consideró pertinente mencionárselo a Xar. En cualquier caso, carecía de importancia. No era más que una voz —una voz cordial y benigna— que le había dicho: «Ya está, ya lo tengo. Está a salvo; ya puedes soltarlo». Salvo esto, sólo recordaba el alivio de sentirse liberada del peso de Haplo antes de sumirse en un apacible sueño.

— ¿Qué te está haciendo el sartán?

—Nada, mi Señor. Va y viene como un ladrón, entrando y saliendo de la estancia. Evita mirarme y dirigirme la palabra. El único por quien muestra interés el sartán es Haplo. Y no, mi Señor, no he cambiado una palabra con nuestro captor. ¡Ni pienso darle esa satisfacción!

— ¡Bien! Eso te haría parecer débil y vulnerable. ¿Cómo es ese Alfred?

—Parece un ratón, un conejo asustado. Pero imagino que sólo era un disfraz, mi Señor, para provocar en mí una falsa sensación de seguridad.

—Tienes razón, sin duda, pero hay algo que me intriga, esposa mía. Parece que le salvaste la vida a Haplo en Chelestra. Por lo que has contado, podrías haberlo dejado morir.

—Sí, lo salvé, mi Señor. Tú querías su cadáver.

Por no mencionar el terror que le habían producido las serpientes dragón. O el hecho de que ella misma se había creído al borde de la muerte, junto con Haplo. Xar confiaba en las serpientes dragón. Las conocía mejor que ella y no le correspondía a Marit poner en cuestión...

—Las serpientes dragón me habrían traído su cuerpo —replicó Xar—. Pero supongo que no podías saberlo. Descríbeme esa posición.

Marit obedeció. Describió la sala vacía, de piedra blanca pulimentada y cubierta de runas sartán.

—Por eso mi magia no surte efecto aquí —añadió con pesar—. Incluso me sorprende que, a pesar de todo, podamos comunicarnos, esposo.

—Eso se debe a que la magia que nos une es interna. No pretende sondear en las posibilidades y, por tanto, la magia sartán no la afecta. Como dices, Haplo sabrá interpretar las runas sartán. Sabrá dónde estáis. O quizá se lo dirá su

—

«amigo». Haplo no tendrá intención de matarte, ¿verdad? Tú intentaste acabar con él, de modo que...

—No, mi Señor. Haplo no me matará.

Era una suerte que Xar, a través de la magia, sólo pudiera captar las palabras; así no llegó a sus oídos el suspiro de Marit.

—Excelente. Pensándolo bien, creo que sería mejor que te quedaras con él.

— ¿Estás seguro, mi Señor? Cuando logre escapar de este lugar, encontraré una nave. Sé que la encontraré. Yo...

—No. Quédate con Haplo. Infórmame de todo lo que él y su amigo sartán comenten acerca de esa estancia, de Pryan y de cualquiera de los otros mundos. En adelante, Marit, infórmame de todo lo que diga Haplo.

—Sí, mi Señor. —Ahora, Xar la convertía en espía. La humillación final para ella—. ¿Pero qué debo decirle? Se preguntará por qué no intento matarlo...

—Duerme con él. Tuviste un hijo suyo y él te ama todavía. ¿Tengo que ser más explícito, querida?

No; no tenía que serlo. Y así terminó su conversación.

A Marit se le hizo un nudo en el estómago. Se sentía casi físicamente enferma.

¿Cómo podía pedirle Xar una cosa así? ¡Fingir que se congraciaba con Haplo!

Hacer el amor con él, pegarse a su lado y, mientras tanto, chuparle la sangre como una sanguijuela... ¡No! ¡Una maquinación tan perversa resultaba deshonrosa!

Ningún patryn accedería a ella. Marit se había llevado una amarga desilusión con Xar; la había decepcionado el mero hecho de que insinuara una maniobra tan...

La cólera y la decepción se aplacaron por fin.

—Comprendo —dijo en un susurro al ausente Xar—. No crees que fingiera, si hiciese lo que dices. Te he fallado, es cierto. He salvado la vida de Haplo... y tú crees que aún estoy enamorada de él, ¿no es eso, mi Señor? De lo contrario, no se te habría pasado por la cabeza pedírmelo.

Tenía que haber un modo —otro modo— de convencer a Haplo de que, si no exactamente de su parte, al menos ya no estaba contra él.

¡La ley patryn! Marit levantó la cabeza y casi esbozó una sonrisa, pero se contuvo y dirigió una mirada furtiva al asesino mensch. No era conveniente parecer, de repente, satisfecha y complacida consigo misma.

Continuó sentada tranquilamente en su prisión hasta perder el sentido del tiempo. Alfred entraba y salía. Marit lo observó con desconfianza. Hugh *la Mano* la observó a ella con desconfianza. El perro los observó a todos (a excepción de Alfred) con desconfianza. Y Alfred parecía sumamente perturbado e incómodo con todo aquello.

Al cabo, rendida de cansancio, Marit se echó a dormir. Casi había conciliado el sueño cuando una voz la devió a la realidad con un sobresalto.

— ¿Cómo te sientes, Haplo?

La pregunta la formulaba Hugh *la Mano*. Marit cambió ligeramente de posición para poder observar la estancia. Haplo estaba sentado en el camastro y miraba a su alrededor con perplejidad. El perro, con un ladrido de alegría, se había plantado ante su amo y restregaba su hocico contra él con fruición. Haplo le dio unas palmaditas cariñosas y le frotó el hocico y las mandíbulas. El animal agitó la cola como un loco.

— ¿Cuánto tiempo he pasado sin sentido? —preguntó Haplo.

— ¿Quién sabe? —Respondió *la Mano* con desdén—. ¿Cómo puede uno saberlo, en este lugar? Supongo que no tendrás idea de dónde estamos, ¿verdad?

—

Haplo dirigió una nueva mirada en torno a sí y frunció el entrecejo.

—Creo haber visto un lugar como éste en alguna ocasión... pero no consigo recordar...

Su mirada alcanzó a Marit y se detuvo en ella. La había sorprendido observándolo. Era demasiado tarde para fingir que seguía dormida; se enderezó y apartó la mirada. De pronto, advirtió la presencia de la daga en el suelo, entre ella y Haplo.

—No te preocupes —gruñó Hugh, siguiendo la mirada de Haplo—. Entre Alfred, el perro y yo, no dejaremos que la mujer se acerque a ti.

Haplo se echó hacia atrás y se apoyó en un codo. Estaba débil, demasiado débil para acabar de salir del sueño curativo de los patryn. La herida de la runa del corazón... , una herida semejante lo habría condenado irremisiblemente.

—Ella me salvó la vida —declaró.

Marit notaba sus ojos fijos en ella. Deseó tener algún lugar donde ocultarse en aquella maldita celda, algún modo de escapar. Incluso estaba dispuesta a probar la puerta, aunque quedaría como una estúpida si no conseguía forzarla. Hizo rechinar los dientes y, con un firme dominio de sí misma, se sentó en el borde del camastro y fingió concentrarse en anudar los cordones de las botas. Al fin y al cabo, lo que Haplo acababa de decir la favorecía.

El asesino emitió un gruñido. Apartó la pipa de los labios, golpeó la cazoleta

contra la pared y dejó caer las cenizas al suelo.

Haplo dirigió la atención al humano.

— ¿Has mencionado a Alfred?

—Sí, he mencionado a Alfred. Está aquí. Ahora ha ido a alguna parte, por comida. —Hugh indicó la puerta con un gesto del pulgar.

Haplo estudió de nuevo la estancia.

—Alfred... Ahora recuerdo qué me recuerda este lugar: el mausoleo de Ariano.

Recordando la orden de Xar, Marit prestó atención a lo que decía. Las palabras no significaban nada para ella, pero notó que la embargaba un escalofrío. Mausoleo... El término le recordaba Abarrach, un mundo que era un inmenso mausoleo.

— ¿Ha dicho Alfred dónde estamos?

Hugh le dirigió una sonrisa; una sonrisa terrible que tensó sus labios y le nubló los ojos.

—Alfred no parece tener mucho que decirme. De hecho, me ha estado evitando.

—No me sorprende.

Haplo se sentó erguido y se miró la mano que había empuñado el maldito puñal sartán. Antes de su sueño reparador la tenía negra, con la carne quemada.

Ahora, el brazo estaba ileso, intacto. vió la vista a Marit.

Ella comprendió lo que pasaba por la cabeza de Haplo con la misma claridad que si éste lo anunciara en voz alta. Aún se sentía próxima a él, y eso la irritaba.

«Rastreas mis pensamientos como un lobuno sigue el rastro de un hombre herido», le había dicho Haplo una vez, en broma.

Lo que ella no le había contado nunca era lo mucho que él habría podido rastrear los suyos. Al principio, Marit había anhelado aquella intimidad; ésta había sido una de las principales razones de que se hubiera quedado junto a Haplo tanto tiempo, más que con cualquier otro hombre. Pero entonces había descubierto que

—

se sentía demasiado atraída por él, que contaba demasiado con él, que empezaba a depender de él. Y, poco después, había descubierto que iba a tener un hijo suyo.

Había sido entonces cuando se había marchado de su lado.

Saber que acabaría perdiéndolo a manos del Laberinto le resultaba suficientemente terrible; tener que afrontar, además, la pérdida de un hijo...

«Sé la que abandona, no la abandonada.» La frase se había convertido en su credo.

Así pues, Marit miró a Haplo y supo exactamente lo que estaba pensando.

«Alguien me ha curado. Alguien ha cerrado el círculo de mi ser.»

Haplo la miró, deseando que hubiera sido ella. ¿Por qué?, se dijo Marit. ¿Por qué no se daba cuenta de que lo suyo había terminado?

—Ha sido el sartán quien te ha curado, no yo —le dijo y, con premeditada lentitud, le vió la espalda otra vez.

Lo cual quedó muy digno y muy propio pero, a no tardar, iba a tener que explicar que ya no tenía intención de matar a Haplo.

Marit trazó las runas con la esperanza de atraer la daga que aún seguía en el suelo en mitad de la estancia. Pero su magia chisporroteó y se apagó; la maldita magia sartán de aquel desagradable lugar contrarrestaba sus hechizos.

Haplo dirigió de nuevo su atención a Hugh *la Mano*.

—Cuéntame qué ha sucedido. ¿Cómo hemos llegado aquí?

El humano dio una chupada a la pipa, que se había apagado. El perro se tumbó al lado de Haplo, apretado a él todo lo posible y con los ojos fijos en el rostro de su amo con aire impaciente. Haplo lo tranquilizó con unas palmaditas, y el animal soltó un suspiro y se apretó aún más a él.

—No recuerdo gran cosa —respondió *la Mano*—. Unos ojos rojos y unas serpientes gigantes y tú con la mano ardiendo. Y terror. Recuerdo haber estado más asustado que nunca en mi vida... o en mi muerte. —El asesino ensayó una sonrisa irónica—. La nave estalló en pedazos. El agua me llenó la boca y los pulmones y lo siguiente que recuerdo es que estaba en este lugar, a cuatro manos en el suelo, sacando el estómago por la boca. Y tú estabas tendido a mi lado con la mano y el brazo como madera carbonizada. Y esa mujer estaba de pie encima de ti, con la daga, y el perro se disponía a saltarle al cuello. Y entonces Alfred entró por la puerta bamboleándose.

»Le dijo algo a la mujer en ese extraño idioma que habláis y ella parecía a punto de contestarle cuando se derrumbó en el suelo, sin sentido.

»Alfred te miró y movió la cabeza en gesto de negativa; después, la miró a ella y repitió el gesto. El perro se había callado y yo había conseguido ponerme en pie.

»"Alfred", le dije, y di un paso hacia él, pero no podía caminar demasiado bien. Más que caminar, me abalancé hacia él.

La sonrisa de *la Mano* se hizo siniestra.

—Él vió la cabeza y me vio. Entonces, soltó un graznido... ¡y cayó al suelo desmayado! Después de esto, debí de perder el sentido, porque no recuerdo nada más.

— ¿Y cuando viste a despertar? —inquirió Haplo.

—Me encontré aquí —respondió Hugh con un encogimiento de hombros—.

Alfred estaba cuidándote y la mujer observaba la escena, ahí sentada, sin decir palabra. Tampoco Alfred abrió la boca. Me puse en pie y me acerqué a él; esta vez, me aseguré de no asustarlo.

—

»Pero, antes de que pudiera abrir la boca, él dio un respingo como una gacela asustada y escapó a través de la puerta murmurando no sé qué sobre comida y de que yo tenía que montar guardia hasta que vieras en ti. De eso hace ya bastante rato y no lo he vuelto a ver. Ella ha estado aquí todo el rato.

—Se llama Marit —dijo Haplo sin alzar la voz. Tenía la vista en el suelo y con un dedo seguía, sin tocarlo, el dibujo de una runa sartán.

—Se llama Muerte, amigo mío, y tú eres su objetivo.

Marit exhaló un suspiro profundo y tembloroso. Era la ocasión de acabar de una vez con aquello.

—Ya no —dijo.

Se puso en pie, dio unos pasos y recogió la daga del suelo.

El perro dio un salto, se plantó ante su amo en actitud protectora y emitió un ronco gruñido. Hugh se puso en pie también, con cuerpo ágil y movimientos rápidos. No dijo nada; se limitó a seguir donde estaba, observando a Marit con los ojos entrecerrados.

Marit, sin prestar atención a ninguno de los dos, llevó la daga a Haplo. Hincó una rodilla ante él y le presentó el arma, ofreciéndole la empuñadura.

—Tú me salvaste la vida —declaró con voz fría, a regañadientes—. Según la

ley patryn, esto decide en tu favor cualquier disputa entre nosotros.

— ¡Pero tú has salvado la mía, también! —Replicó Haplo y la miró con una extraña intensidad que hizo sentirse sumamente incómoda a la patryn—. Estamos en paz.

—Yo no he salvado nada. —Marit lo dijo con tono burlón—. Ha sido tu amigo sartán quien te ha curado.

— ¿Qué está diciendo? —intervino Hugh *la Mano*. Marit había utilizado el idioma patryn.

Haplo tradujo sus palabras y añadió:

—Según la ley de nuestro pueblo, como le salvé la vida, cualquier disputa que surja entre nosotros se resuelve a mi favor.

—Yo no llamaría «disputa» a un intento de asesinato —declaró Hugh con sequedad; dio una chupada a la pipa y estudió a Marit con recelo—. Es un truco. No la creas.

— ¡No te metas en esto, mensch! —Intervino la patryn—. ¿Qué sabe de honor un gusano como tú? —Miró de nuevo a Haplo, sin dejar de ofrecerle la daga—. ¡Vamos, cógela de una vez!

— ¿No te indispondrás con Xar, haciendo esto? —preguntó él, sin dejar de contemplarla con aquella penetrante intensidad.

Ella se obligó a mantener su mirada.

—Eso es asunto mío. El honor me impide matarte. ¡Coge la daga, maldita sea! Haplo obedeció lentamente. La empuñó y la hizo girar en la mano como si no hubiera visto nada parecido en su vida. Pero no era la daga lo que estaba inspeccionando. La examinaba a ella. Sus motivos.

Sí; lo que una vez hubiera habido entre ellos, había terminado.

Marit dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Marit.

Ella vió la cabeza.

Haplo le tendió la daga.

—Toma. No debes ir desarmada.

—

Marit mantuvo la calma, con las mandíbulas encajadas; vió atrás, recuperó la daga y la guardó en la caña de la bota.

Haplo se disponía a añadir algo, y Marit vía la cabeza para no tener que oírlo o que responderle, cuando un destello de luz rúnica y el ruido de una puerta de piedra que se abría con un crujido los sobresaltó a todos.

Alfred entró en la estancia pero, al ver a todo el grupo mirándolo, inició un rápido retroceso hacia la puerta.

— ¡Perro! —ordenó Haplo. Con un ladrido gozoso, el animal echó a correr.

Hincó los dientes en los faldones de la levita del sartán y tiró de Alfred, pese a su resistencia, hasta lanzarlo, tropezando y trastabillando, al centro de la sala.

La puerta se cerró a su espalda.

Atrapado, Alfred paseó una mirada sumisa y desconsolada por cada uno de sus rostros y luego, con una sonrisa de disculpa y un ligero encogimiento de sus enclenques hombros, se desmayó.

—

CAPÍTULO PERDIDOS

Llevó algún tiempo recuperar a Alfred, que parecía profundamente reacio a recobrar la conciencia. Finalmente, sus ojos se abrieron con un parpadeo. Por desgracia, lo primero que vio fue a Hugh *la Mano* inclinado sobre él.

—Hola, Alfred —dijo *la Mano* con aire sombrío.

Alfred palideció y puso los ojos en blanco.

El asesino alargó la mano y asió a Alfred por el cuello de la camisa, de encaje deshilachado.

— ¡Desmáyte otra vez y te estrangulo!

— ¡No, no! Ya..., ya estoy bien. Aire, necesito... aire.

—Déjalo levantarse —intervino Haplo.

Hugh abrió la mano y retrocedió unos pasos. Alfred se puso en pie tambaleándose, entre jadeos. Su mirada estaba fija en Haplo.

—Me alegro mucho de verte...

— ¿Y te alegras también de verme a mí, Alfred? —inquirió Hugh.

Alfred dirigió por un instante la vista hacia el humano y, al parecer, lamentó haberlo hecho porque vió a apartarla enseguida.

—Esto..., desde luego que sí, maese Hugh. Estoy sorprendido...

— ¿Sorprendido? ¿Por qué? —Replicó *la Mano* con un gruñido—. ¿Tal vez porque la última vez que me viste estaba muerto?

—Pues... sí; en efecto, ahora que lo pienso, estabas muerto. Muy muerto. —

Alfred se sonrojó y balbuceó—: Es evidente que has tenido una... una recuperación mi... milagrosa.

—Supongo que tú no sabrás nada del asunto, ¿verdad?

— ¿Yo? —Alfred levantó la vista hasta la altura de las rodillas de Hugh—. Me temo que no. En aquellos momentos estaba muy ocupado. Tenía que ocuparme de la seguridad de la dama Iridal, ¿sabes?

—Entonces, ¿cómo explicas esto? —El asesino se rasgó la camisa para mostrar el pecho. La runa sartán era visible en su centro; despedía un fulgor

—

mortecino, como de complacencia—. ¡Míralo bien, Alfred! ¡Mira lo que me has hecho!

Alfred levantó los ojos despacio a regañadientes. Dirigió una mirada compungida a la runa y, con un gemido, se cubrió el rostro con las manos. El perro, entre gañidos compasivos, se le acercó trotando y posó una pata con suavidad sobre uno de los grandes pies de Alfred.

Hugh fulminó a éste con la mirada; después, bruscamente, agarró a Alfred y lo sacudió.

— ¡Mírame, maldita sea! ¡Mira qué has hecho! Yo estaba muerto: donde quiera que me hallase, me sentía contento y en paz. Entonces, tú me arrancaste de allí. ¡Ahora, ni estoy vivo ni puedo morir! ¡Pon fin a ello! ¡Devuélveme a ese lugar! *La Mano* zarandeó a Alfred como si fuera un muñeco roto. El perro, estrujado entre los dos, miró alternativamente a uno y otro sin saber muy bien a quién atacar y a quién proteger.

— ¡No sabía que hubiese hecho lo que dices! —farfulló Alfred con un balbuceo casi incoherente—. ¡No lo sabía! Tienes que creerme. No lo recuerdo...

— ¿No... lo... recuerdas? —Hugh subrayó cada palabra con una sacudida que terminó por poner de rodillas al pobre Alfred.

Haplo rescató al perro, que corría peligro de llevarse un pisotón, antes de hacer lo mismo con Alfred.

—Déjalo en paz —avisó a Hugh—. Por extraño que te resulte, está diciendo la verdad. La mitad de las veces, no sabe lo que hace. Como transformarse en dragón para salvarme la vida. Vamos, Hugh, suéltalo. Alfred es nuestra vía de escape. Al menos, así lo espero. Además si nos quedamos encerrados aquí, nada de esto tendrá importancia.

— ¿Que lo deje en paz? —Casi incapaz de respirar de pura rabia, Hugh lanzó una mirada furibunda a Haplo y, por fin, arrojó al suelo al sartán—. ¿Y quién me deberá la paz a mí?

La Mano dio media vuelta en redondo, avanzó hasta la puerta, la abrió de un empujón y salió de la celda. Marit, que no se perdía detalle, observó con interés que la magia sartán no hacía, al parecer, el menor intento de detener al mensch. Acarició la idea de seguirlo y, así, escapar también ella de su encierro, pero descartó enseguida tal posibilidad. Tenía que permanecer con Haplo. Su señor se lo había ordenado.

—Perro, ve con él —ordenó Haplo.

El animal salió disparado tras Hugh *la Mano*. Haplo hincó la rodilla al lado de Alfred. Marit aprovechó el revuelo para retirarse discretamente a un segundo plano, tratando de pasar lo más inadvertida posible en la estancia vacía.

Alfred, patético y lastimoso, seguía en el suelo hecho un ovillo. Marit lo miró con desdén. Aquel sartán, que parecía incapaz de levantar una masa de pan, ¿cómo iba a poder levantar a los muertos? Hugh *la Mano se* había confundido, sin duda.

Alfred era un hombre de edad mediana, con la coronilla calva y un cabello fino que le caía a mechones por los costados de la cabeza; tenía un cuerpo larguirucho y desgarrado y unas manos y pies muy grandes, que muchas veces se movían como si parecieran creer que pertenecían a otro. Iba vestido con unos calzones de terciopelo descoloridos, una casaca del mismo tejido que no era de su talla, unas medias raídas y una camisa arrugada, con adornos de encaje deshilachados.

—

Haplo lo vio sacar un pañuelo andrajoso de un bolsillo roto para secarse el rostro.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó en tono hosco, con una especie de preocupación rencorosa.

Alfred levantó la vista hacia él y enrojeció.

—Sí, gracias. Él... Hugh tenía todo el derecho a portarse así, ¿sabes? Lo que le hice... si es verdad que fui yo y, sinceramente, no me acuerdo... estuvo mal. Muy mal. ¿Recuerdas lo que te conté en Abarrach sobre la nigromancia? —pronunció esta última palabra con un susurro.

—«Por cada persona devuelta a la vida cuando ya no le corresponde, otra persona muere cuando aún no era su hora.» Estas fueron tus palabras. Pero, escucha, ¿puedes hacer algo para ayudarlo?

Alfred titubeó un momento. Parecía a punto de responder que no, pero se limitó a suspirar y hundir sus huesudos hombros.

—Sí, creo que podría... —murmuró por fin. Moviò la cabeza y añadió—: Pero

no aquí.

— ¿Dónde, entonces?

— ¿Recuerdas la cámara... en Abarrach? ¿Ese sitio que llaman la Cámara de los Condenados?

—Sí —respondió Haplo con visible incomodidad—. Lo recuerdo.

Me propuse ver allí. Quería llevar a Xar para demostrarle que era cierto lo que le había contado acerca de un poder superior...

— ¡Oh, no amigo mío! —protestó Alfred, alarmado—. No creo que sea nada aconsejable hacer lo que dices. Verás, he descubierto qué es esa cámara. Orla me lo ha revelado.

— ¿Qué te ha revelado?

—Está convencida de que estuvimos en la Séptima Puerta —explicó Alfred en voz baja y con tono reverente.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué? —Haplo se encogió de hombros.

Alfred pareció sorprenderse de su reacción; después, exhaló un suspiro.

—Supongo que desconocías la historia, en ese punto. Verás, cuando los sartán produjeron la separación de los mundos...

—Sí, sí —lo interrumpió Haplo, impaciente—. La Puerta de la Muerte. La Última Puerta. He cruzado todas las puertas imaginables en mi vida. ¿Qué sucede con ésta? ¿Qué tiene de especial?

—Bien, esa cámara era el lugar donde estaban cuando procedieron a la Separación —continuó Alfred en voz baja—. Estaban en la Séptima Puerta.

— ¿De modo que Samah, Orla y el resto del Consejo se reunieron en esa cámara...?

—Más que eso, Haplo —continuó Alfred con expresión grave—. No sólo se reunieron allí, sino que impregnaron de magia esa cámara. Desde ella, destruyeron un mundo para construir otros cuatro...

— ¡Y todavía existe, con toda su magia... con todo su poder! —Haplo lanzó un silbido y movió la cabeza—. No me extraña que la rodearan de runas de protección para impedir el acceso a cualquiera.

—Según Orla, Samah no fue responsable de eso —indicó Alfred—. Verás, cuando la magia se hubo completado y los cuatro mundos quedaron formados, Samah se dio cuenta de lo peligrosa que podía resultar la Cámara...

—Los mundos que podían ser creados también podían ser destruidos.

—

—Exactamente. En vista de lo cual, envió la Cámara al olvido.

— ¿Por qué no se limitó a destruirla?

—Lo intentó —dijo Alfred con voz queda—. Y descubrió que no podía.

— ¿El poder superior se lo impidió?

Alfred asintió.

—Temeroso de lo que había descubierto sin proponérselo, incapaz de entenderlo o reacio a hacerlo, Samah ocultó la Cámara con la esperanza de que jamás sería encontrada. Ésa fue la última noticia que Orla tuvo de ella. Sin embargo, la Cámara terminó por ser descubierta por un grupo de sartán de Abarrach; un grupo desesperado y desconsolado por lo que estaba sucediendo a su propio pueblo. Por fortuna, creo que no tenían la menor idea de lo que habían encontrado.

—Sí, de acuerdo, estuvimos en esa Séptima Puerta. Pero ¿qué tiene que ver eso con Hugh *la Manó*?

—Creo que si Hugh pudiera entrar en ella, quedaría libre.
— ¿Cómo?
—No estoy seguro —fue la respuesta evasiva de Alfred—. De todos modos, poco importa eso. No vamos a ir a ninguna parte...
Haplo recorrió la estancia con la mirada.
— ¿Dónde diablos estamos? ¿Y cómo hiciste para escapar de Samah? Este lugar me resulta familiar; se parece a esa tumba de Ariano. Supongo que no estamos otra vez en Ariano...
—No, no estamos ahí.
Haplo aguardó pacientemente a que el sartán continuase.
Alfred permaneció callado.
— ¿Sabes dónde estamos? —inquirió el patryn, indeciso.
Alfred asintió a regañadientes con un gesto de cabeza.
— ¿Y bien, dónde?
Alfred se retorció las manos y respondió:
—Déjame pensar el mejor modo de explicarlo. En primer lugar, debo aclararte que no escapé de Samah.
—No me interesa saber...
—Déjame terminar, por favor. ¿Has cruzado la Puerta de la Muerte desde que ha sido abierta?
—Sí. He vuelto a Ariano. ¿Por qué?
—Durante la travesía, pasaban velozmente ante tus ojos imágenes de cada uno de los mundos, dándote oportunidad de escoger a cuál de ellos querías ir. ¿Recuerdas un mundo de gran belleza, un lugar que nunca habías visto y que jamás habías visitado? Un mundo de cielos azules, días soleados, árboles verdes y enormes océanos. Un mundo antiguo, muy antiguo.
—Sí que lo vi —respondió Haplo—. Y recuerdo que me pregunté...
—Pues ahí es donde estamos ahora —apuntó el sartán—. En el Vórtice.
Haplo paseó la mirada por las losas desnudas de mármol blanco.
—Cielos azules, días soleados... Maravilloso. —Su mirada vió a Alfred—. Hoy divagas aún más de lo normal.
—El Vórtice. El centro del universo. Una vez, este lugar conducía al mundo antiguo...
—Un mundo que ya no existe.
—Es cierto, pero sus imágenes deben de haberse conservado casualmente...

—O colocadas ahí de forma deliberada; una trampa sartán para intrusos que cruzaran la Puerta de la Muerte —repuso Haplo en tono sombrío—. Yo mismo estuve muy cerca de decidirme por esas imágenes. Dime, ¿sería aquí donde habría terminado?
—Me temo que sí. Aunque ya te darás cuenta de que no está tan mal, una vez que te acostumbres. Todos tus deseos y necesidades serán cubiertos; la magia se ocupa de ello. Y es un lugar seguro. Absolutamente seguro.
Por enésima vez, Haplo recorrió la estancia con la mirada.
— ¡Y pensar que estaba preocupado por ti! Te imaginaba , muerto o algo peor aún. Pero has estado aquí todo el tiempo. A salvo. Totalmente seguro.
— ¿Estabas preocupado por mí? —repitió Alfred, y su descolorido rostro se

iluminó.

Haplo hizo un ademán de impaciencia.

— ¡Por supuesto! ¡Si eres incapaz de cruzar una sala vacía sin causar alguna catástrofe! Y, hablando de salas vacías, ¿cómo salimos de ésta?

Alfred no respondió. Agachó la cabeza y clavó la mirada en los zapatos. Haplo lo observó, pensativo.

—Samah dijo que os enviaba a Orla y a ti al Laberinto. O cometió un error, o no era tan malvado como aparentaba. Os envió aquí a los dos. —Un pensamiento pareció asaltarle de improviso—. Por cierto, ¿dónde está Orla?

—Samah no era malvado —contestó Alfred sin alzar la voz—. Sólo era un hombre muy asustado. Pero ya ha perdido el miedo. En cuanto a Orla, me dejó. Ahora está con él.

— ¿Y tú te has quedado aquí? ¿No fuiste con ella? Al menos, podrías haber vuelto para prevenir a los otros sartán de Chelestra...

—No comprendes, Haplo —lo cortó Alfred—. Sigo aquí porque no tengo más remedio. No hay salida.

Haplo le lanzó una mirada exasperada.

— ¡Pero has dicho que Orla se fue...!

Alfred empezó a entonar las runas. Su cuerpo desgarbado adquirió una inesperada agilidad, meciéndose y dando vueltas al ritmo de la tonada. Sus manos formaron los signos mágicos en el aire.

La melodía era triste, pero dulce. En su rincón, Marit evocó súbitamente la última vez que había tenido en brazos a su hija. El recuerdo le dolió, la tonada le dolió y el dolor la enfureció. Se disponía a saltar, a interrumpir el hechizo mágico que el sartán estaba trazando —un hechizo destinado, sin duda, a debilitarla—, cuando una sección de la pared de piedra desapareció.

Al otro lado de la pared, en una urna de cristal, yacía una mujer sartán. Su rostro estaba sereno; sus ojos, cerrados. Su boca parecía sonreír débilmente.

Haplo comprendió por fin.

—Lo siento...

—Ahora está en paz —musitó Alfred con una triste sonrisa—. Me dejó para hacer compañía a su esposo. —vió la mirada a Marit y su rostro adquirió una expresión severa—. Orla vio lo que le sucedió. Lo vio morir.

—Samah fue castigado por sus crímenes —dijo Marit en tono defensivo y desafiante—. Sufrió como nos hizo sufrir a nosotros. Recibió su merecido. No; merecía más, mucho más.

—

Alfred no dijo nada. Dirigió una cálida mirada a la mujer del ataúd de cristal y apoyó la mano en éste con suavidad. Después, lentamente, la mano se desplazó a otra urna situada al lado. Ésta estaba vacía.

— ¿Qué significa eso? —preguntó Haplo.

—Es para mí, cuando llegue el día —contestó Alfred—. Tienes razón, este lugar se parece mucho a Ariano.

— ¡Demasiado! —Asintió el patryn—. Has encontrado otra tumba.

¡«Absolutamente segura»! —Exclamó con un bufido—. ¡Pues bien, no sueñes con refugiarte ahí! ¡Te vienes conmigo!

—Me temo que no. No vas a ninguna parte, Haplo. Ya te lo he dicho: no hay salida. —Alfred vió la cabeza hacia Orla—. Salvo la suya...

— ¡Miente! —exclamó Marit, combatiendo el pánico y un súbito impulso aterrador de ponerse a excavar en la roca maciza con las manos desnudas.

—No. Es un sartán; no puede mentir. Pero es un experto en no decir la verdad. —Haplo miró fijamente a Alfred—. La Puerta de la Muerte no debe de estar lejos. Escaparemos por ella.

—No tenemos nave —le recordó Marit.

—Construiremos una. —Haplo no apartó los ojos de Alfred, que vía a tener la mirada fija en la punta de sus zapatos—. ¿Qué me dices, sartán? ¿La Puerta de la Muerte? ¿Es ésa la salida?

—La puerta se abre en una sola dirección —dijo Alfred en voz baja.

Frustrado, sin saber muy bien qué hacer, Haplo se quedó mirando al sartán. Marit sí supo qué hacer. Se agachó y extrajo la daga de la bota.

—Yo lo haré hablar.

—Déjalo en paz, Marit. Así no conseguirás nada de él.

—Intentaré no hacerle demasiado daño a tu «amigo». Y no tienes por qué mirar.

Haplo se colocó ante ella. No dijo nada; se limitó a interponer su cuerpo entre ella y Alfred.

— ¡Traidor!

Marit intentó esquivar su presencia. Haplo la atrapó con un movimiento veloz y diestro, y la retuvo. Marit era fuerte, quizá más que él en aquel momento, y se debatió para soltarse. Los brazos y las manos de ambos se enredaron y, mientras se asían el uno al otro, un resplandor azulado empezó a surgir tenuemente de cada brazo, de cada mano.

Era la magia rúnica que cobraba vida.

Pero esta vez no era la magia que actuaba como protección o como arma de ataque. Esta vez era la magia que se ponía en acción cuando dos patryn se tocaban. Era la magia de la unión, de cerrar el círculo. Era una magia de curación, de fuerza compartida, de compromiso mutuo.

Y la magia empezó a penetrar en Marit.

Ella no la deseaba. Estaba vacía por dentro, vacía y hueca, oscura y en silencio. Ni siquiera alcanzaba ya a oír su propia voz; sólo el eco de unas palabras pronunciadas mucho tiempo atrás. La vacuidad era fría pero, al menos, no resultaba dolorosa. La patryn había expulsado de sí todo el dolor, lo había parido y había cortado el cordón umbilical.

Pero el resplandor azul, suave y cálido, se extendió de las manos de Haplo a las suyas. Empezó a progresar en ella. Una gota, como una lágrima solitaria, cayó en el vacío...

—

—Haplo, será mejor que vengas a ver esto.

Era Hugh *la Mano* quien hablaba, desde la puerta. Su voz era áspera, cargada de urgencia.

Incomodado, Haplo vió la cabeza. Marit se desasíó. Él la miró de nuevo, y la patryn vio en sus ojos el mismo calor que había percibido en la magia rúnica. Haplo alzó la mano hacia ella. Marit sólo tenía que cogerla...

El perro apareció al trote. Meneando el rabo y con la lengua colgando, se encaminó hacia la patryn como si acabara de encontrar una amiga.

Marit le arrojó la daga.

Su puntería dejó mucho que desear. Estaba muy nerviosa y apenas podía ver nada. El arma rozó el flanco izquierdo del animal y le produjo un arañazo. El perro lanzó un gáñido de dolor y se escabulló lejos de Marit. La daga fue a estrellarse contra la pared cerca de la pantorrilla derecha del asesino, quien la aplastó bajo su pie. Alfred observó la escena con espanto, tan pálido que parecía a punto de desmayarse otra vez.

Marit se vió de espaldas a todos ellos.

—Mantén a ese perro lejos de mí, Haplo. La ley me impide matarte, pero puedo dejarte sin el maldito animal.

—Ven aquí, muchacho —Haplo llamó al perro y examinó la herida—. Está bien, sólo es un arañazo. Has tenido suerte.

—Por si le interesa a alguien —anunció Hugh *la Mano*—, he encontrado la salida. Por lo menos, creo que es una salida. Será mejor que vengáis a ver. Nunca he encontrado nada parecido.

Haplo miró a Alfred, que se había sonrojado bruscamente.

—¿Qué sucede? ¿Está protegida? ¿Hay alguna trampa mágica?

—Nada de eso —respondió Hugh—. Es más bien una especie de broma.

—Dudo que lo sea. Los sartán no tienen mucho sentido del humor.

—Pues hay alguien que sí lo tiene. La salida es a través de un laberinto.

—Un laberinto... —repitió Haplo en un susurro.

Y entonces supo la verdad. Y Marit la supo también, al mismo tiempo que él.

El vacío de su interior se llenó, se llenó de miedo, de un miedo que se agitaba y debatía en su interior como un ser vivo. Se sintió casi enferma de miedo.

—Así pues, Samah cumplió su palabra, después de todo —comentó Haplo a Alfred.

El sartán asintió. Su rostro tenía una palidez mortal y una expresión sombría.

—Sí, la cumplió.

—¿Alfred sabe dónde estamos? —preguntó Hugh *la Mano*.

—Lo sabe —asintió Haplo sin alterarse—. Lo ha sabido desde el primer momento. .

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

Dejaron la sala de mármol blanco y sus ataúdes de cristal. Encabezados por Hugh, atravesaron un angosto pasadizo excavado en una roca gris de cantos ásperos. El pasadizo, recto y de piso llano, descendía en una pendiente suave y constante. A su término, una entrada en arco, también tallada en la piedra, daba paso a una gigantesca caverna.

El techo abovedado de la caverna se perdía a la vista, envuelto en sombras.

Una luz grisácea y mortecina que surgía de un punto muy lejano, opuesto a la entrada, se reflejaba en la superficie húmeda de las enormes estalactitas. Las estalagmitas se levantaban del suelo de la cavidad a su encuentro, como dientes de unas fauces abiertas. A través de los huecos entre los dientes húmedos serpenteaba un río de agua negra que corría hacia el origen de aquella luz triste. Era una cueva bastante normal. Haplo estudió la boca en arco. Tocó el brazo de Marit y le indicó en silencio una marca allí grabada. Era una solitaria runa sartán. Marit la observó, se estremeció y se apoyó contra la pared helada.

Estaba temblando y se sujetaba con fuerza los brazos desnudos. Había

apartado el rostro y el cabello colgaba sobre él, ocultándolo. Haplo comprendió que, si echaba hacia atrás aquellos mechones de cabello enmarañado y le tocaba la mejilla, encontraría lágrimas. No la censuró por ello. En otra ocasión, él mismo habría llorado. Pero esta vez sentía una extraña exaltación. Era allí, después de todo, donde se había propuesto llegar desde el primer momento.

Marit no sabía leer la escritura rúnica de los sartán, pero conocía muy bien aquella runa solitaria. Todos los patryn conocían su significado. La conocían y habían aprendido a odiarla y detestarla.

—La Primera Puerta—dijo Haplo—. Estamos en el inicio mismo del Laberinto.

—El Laberinto... —repitió Hugh *la Mano*—. Entonces, tenía razón. Aquí fuera hay uno de esos curiosos lugares —señaló más allá de la puerta.

—

Hileras de estalagmitas se perdían en la oscuridad. Un camino, húmedo y resbaladizo, arrancaba del arco hacia las columnas. Desde su posición, Haplo alcanzaba a distinguir la primera bifurcación del camino, dos senderos que tomaban direcciones distintas, ambos serpenteando entre formaciones rocosas que no eran obra de la naturaleza sino producto de la magia, del miedo y del odio. Sólo había un camino bueno. Todos los demás conducían a la catástrofe. Y estaban en la primera de las innumerables puertas.

—He estado en muchas cuevas en mi vida —continuó *la Mano*. Movié la boquilla de la pipa en dirección a la oscuridad—, pero en ninguna como ésta. Antes he avanzado por el camino hasta la primera encrucijada; después, he echado un vistazo para tener una idea de adonde conducía. —Se frotó la barbilla. Empezaba a crecerle de nuevo el pelo en la cabeza y en el rostro; una barba corta negroazulada que debía picarle—. Pensé que era mejor ver, antes de perderme.

—Perderte habría sido la menor de tus preocupaciones. Un giro en falso en ese Laberinto conduce a la muerte. Fue construido con este propósito. Es una prisión. Y mi hija está atrapada en ella.

Hugh dio una chupada a la pipa y miró a Haplo.

— ¡Que me aspen...!

Alfred se acurrucó en la retaguardia, lo más lejos que pudo del arco de la entrada sin quedar separado del grupo.

— ¿Quieres hablarle tú del Laberinto, sartán, o prefieres que lo haga yo?

Alfred levantó la vista un instante con una expresión de dolor. Haplo se dio cuenta, comprendió la causa y escogió no razonar. Alfred ya no era Alfred. Era el enemigo. No importaba que ahora estuvieran todos juntos en aquel trance. Haplo necesitaba alguien a quien odiar, necesitaba su odio como un recio muro en el que apoyarse; de lo contrario, caería y quizá no vería a levantarse más.

El perro había permanecido hasta entonces al lado de Haplo, cerca de la boca de la caverna, olfateando el aire con claras muestras de no gustarle lo que percibía. En aquel momento, se sacudió y se acercó a Alfred. El animal se frotó contra la pierna del sartán mientras movía despacio, suavemente, el rabo plumoso.

—Comprendo cómo te sientes —dijo Alfred. Alargó la mano y dio una tímida palmadita en la cabeza al animal—. Lo siento.

El muro de odio de Haplo empezó a desmoronarse y el miedo empezó a encaramarse sobre los restos. El patryn hizo rechinar los dientes.

— ¡Maldita sea, Alfred, deja de disculparte! ¡Ya te he dicho que no es culpa tuya!

Culpa tuya... culpa tuya... culpa tuya..., repitió un potente eco.

—Lo sé. No lo haré más. Lo sé... —Alfred emitió un siseo como el de una vieja tetera, vio la mirada de Haplo y enmudeció.

La Mano los miró a ambos.

—Me da igual de quién sea la culpa. Que alguien me explique qué es todo esto.

Haplo se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo hubo una guerra entre el pueblo de Alfred y el mío.

Nosotros perdimos y ellos ganaron...

—No —lo corrigió el sartán con tristeza, en un susurro—, nadie ganó.

—En cualquier caso, su gente nos encerró en esta prisión y nos abandonó para buscar sus propias prisiones. ¿No es así como lo explicarías, Alfred?

—*De hecho, uno de los términos patryn para referirse a la muerte es el mismo que usan para decir «amigo».*

El sartán no contestó.

—Esta prisión es conocida como el Laberinto. En ella nací yo, y también ella

—señaló a Marit—. En ella nació nuestra hija... y en ella vive todavía.

—Si sigue viva... —murmuró Marit para sí.

La patryn había recuperado un poco el dominio de sí misma y ya no temblaba, pero no se atrevió a mirar a los demás. Apoyada contra la pared, continuó con los brazos apretados con fuerza en torno al cuerpo, sujetándose a sí misma.

—Es un lugar cruel —prosiguió Haplo—, lleno de una magia cruel que se complace no sólo en matar, sino en hacerlo lentamente, torturándolo a uno hasta que la muerte llega como una amiga. Nosotros dos conseguimos escapar con la ayuda de nuestro señor, Xar, pero muchos no lo han logrado. Muchos se han quedado en el camino. Generaciones de los nuestros han nacido, vivido y muerto horriblemente.

»Y ni uno solo de los nuestros que iniciaron la marcha desde la Primera Puerta —concluyó en voz baja— ha logrado llegar hasta la Última.

La expresión del asesino se hizo sombría.

—¿Qué estás diciendo?

Marit se vió hacia él; la cólera había secado las lágrimas de sus ojos.

—Nuestro pueblo ha tardado cientos de años en alcanzar la Última Puerta. Y lo ha hecho pasando sobre los cuerpos de los que han caído antes. El padre agonizante señala a su hijo el camino que ha de recorrer. La madre al borde de la muerte entrega su hija a quienes se ocuparán de criarla. Yo logré escapar... y ahora he vuelto. —Emitió un gemido, un sollozo seco y desgarrador—. ¡Ah!, tener que soportarlo todo otra vez, el dolor, el miedo... Y sin esperanza de escapar. Estamos demasiado lejos.

Haplo sintió el impulso de consolarla, pero imaginó que su comprensión no sería bien acogida. Además, ¿qué consuelo podía ofrecerle? Marit sólo había dicho la verdad.

—Bien, es inútil quedarse aquí. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos

—declaró, y no se dio cuenta del lúgubre sentido de sus palabras hasta que escuchó la risa amarga de Marit—. Yo me había unido a este viaje con el propósito de ver al Laberinto —continuó diciendo en tono deliberadamente enérgico y práctico—. Es cierto que no había proyectado entrar por este extremo, pero

supongo que da igual hacerlo por uno o por otro. Quizás éste sea mejor, incluso. Esta vez, no me perderé nada.

— ¿Dices que te proponías regresar? —Marit lo miró con perplejidad—. ¿Por qué? ¿Para escapar de Xar? —Sus ojos se entrecerraron.

—No —contestó Haplo sin mirarla. Escrutó la caverna en dirección a la luz grisácea que se reflejaba en los remolinos del agua negra—. Estaba decidido a ver para buscaros. A ti y a nuestra hija.

Marit parecía a punto de decir algo. Entreabrió los labios, pero luego vió a cerrarlos para evitar que escaparan las palabras. Bajó los ojos.

—Bien, voy a entrar ahí en busca de nuestra hija —anunció Haplo—.

¿Vendrás conmigo?

Marit alzó la cabeza y mostró sus pálidas facciones.

—Yo... no lo sé. Tengo que pensarlo...

—No tienes muchas alternativas, Marit. No hay más salida que ésa.

—

— ¡Eso es lo que dice el sartán! —Replicó ella con desdén—. Puede que tú confíes en él, pero yo no. Tengo que pensarlo.

Marit apreció una mirada de lástima en el rostro de su interlocutor. Muy bien.

¿Qué importaba la opinión que Haplo tuviera de ella, que la creyera asustada, que pensara que necesitaba tiempo para reunir el valor preciso?

Con el cuerpo rígido, la patryn retrocedió cautelosamente por el sendero hacia el mausoleo. Al llegar a la altura de Alfred, le dirigió una mirada colérica hasta que el sartán se apartó de su camino con un gesto temeroso, tropezando con el perro al mover los pies. Marit lo dejó atrás rápidamente y desapareció pasadizo arriba.

— ¿Adonde va? —preguntó Hugh, receloso—. Tal vez debería acompañarla alguno de nosotros.

—Déjala en paz. No lo entiendes. Los dos estuvimos a punto de morir, ahí fuera. ver no resulta fácil. ¿Vendrás con nosotros?

—La alternativa es pasar la eternidad aquí —respondió el asesino con un gesto de indiferencia—. Y no creo que pudiera morir de aburrimiento... —añadió, con un guiño a Alfred.

—No, me temo... que no —respondió éste, tomando en serio el comentario.

Hugh soltó una risotada, seca y amarga.

—Muy bien, iré contigo. ¿Qué puede pasarme?

—Bien. —Haplo se animó un poco. Casi empezaba a pensar que tenían alguna posibilidad—. Podemos usar tus habilidades. ¿Sabes?, la primera vez que se me ocurrió la idea de ver al Laberinto, ya pensé en ti como compañero. Aunque resulta extraño cómo se ha producido todo. ¿Qué armas llevas?

Hugh *la Mano* se dispuso a contestar, pero Alfred lo interrumpió.

— ¡Hum...! Eso no importa —dijo con una vocecilla.

— ¿No importa? ¿A qué te refieres? ¡Por supuesto que importa!

—El humano no puede matar —explicó Alfred.

Haplo lo miró, paralizado de perplejidad. No quería creer lo que oía pero, cuanto más pensaba en ello, más claro le resultaba... por lo menos, desde el punto de vista de un sartán.

— ¿Lo entiendes? —inquirió Alfred. Haplo murmuró su asentimiento con unas breves palabras irreproducibles.

— ¡Pues yo, decididamente, no! —bramó Hugh *la Mano*.

Haplo se vió hacia él.

—No puedes morir, no puedes matar. Así de sencillo.

—Reflexiona... —añadió Alfred en voz baja—. ¿Has matado algo, un insecto siquiera, desde tu... hum... retorno?

Hugh miró al sartán, y su tez adquirió un tono cetrino bajo los pelos negros de la barba incipiente.

—Por eso no me contrataba nadie —musitó ásperamente. Su piel brillaba por el sudor—. Triano quería que matase a Bane y no pude hacerlo. Tenía que acabar con Stephen y tampoco pude. Me contrataron para que te matase —continuó, dirigiendo una mirada turbada a Haplo— y no lo conseguí. ¡Maldita sea, ni siquiera fui capaz de matarme a mí mismo! ¡Lo intenté —se miró las manos— y no pude!

Se vió hacia Alfred y, con los ojos entrecerrados, le preguntó:

—¿Es posible que los kenkari lo supieran?

—¿Los kenkari? —Alfred puso cara de desconcierto—. ¡Ah, sí!, los elfos que guardan las almas de los muertos. No; no creo que ellos estuvieran al corriente.

—

Pero los muertos, sí —añadió tras una breve reflexión—. Sí, los muertos debían de saberlo. ¿Por qué?

—Porque fueron los kenkari quienes me enviaron a matar a Haplo —contestó *la Mano* con voz lúgubre.

—¿Los kenkari? —Alfred se mostró incrédulo—. No, esa gente no mataría a nadie, ni contrataría a un asesino para que se encargara de hacerlo. Puedes tener la certeza de que fuiste enviado por alguna otra razón...

—Sí —respondió Hugh con un brillo en los ojos—. Empiezo a comprender. Me enviaron a encontrarte a ti.

—Qué interesante, ¿verdad, Alfred? —Intervino Haplo, estudiando al sartán—. De modo que enviaron a Hugh *la Mano* a buscarte. Me pregunto por qué lo harían...

Alfred apartó la vista de la mirada de ambos.

—No tengo idea...

—Espera un momento —lo interrumpió Haplo—. Lo que has dicho no puede ser cierto. Hugh estuvo en un tris de matarme. Y a Marit también. Tiene un arma mágica...

—Tenía —lo corrigió *la Mano* con torva satisfacción—. El puñal ha desaparecido. Perdido en el agua del mar de Chelestra.

—¿Un arma mágica? ¿De los kenkari? —Alfred movió la cabeza en gesto de negativa—. Eso elfos tienen profundos conocimientos de magia, pero no la utilizarían nunca para fabricar armas...

—No —murmuró Hugh a regañadientes—. No me lo dieron ellos. Lo conseguí... bueno, digamos sólo que procede de otra parte. Según parece, el puñal es una pieza antigua, de diseño y fabricación sartán. Tu pueblo lo utilizó en alguna guerra ancestral...

—Es posible —asintió Alfred con expresión de extremo desconsuelo—. Me temo que en esa época se fabricaron muchas armas mágicas. Por ambas partes. No sé nada de ésta en concreto, pero imagino que ese puñal tenía inteligencia propia y podía actuar por su cuenta. Supongo que utilizó tu mano, maese Hugh, como simple medio de transporte. Y que tu miedo y tu untad le sirvieron para

guiarse.

—Bueno, ahora se ha perdido, de modo que no importa —dijo Haplo—. El puñal ha desaparecido en las aguas de Chelestra.

—Es una lástima que no podamos inundar el universo con esas aguas —comentó Alfred en voz baja.

Haplo contempló la caverna y las aguas oscuras que fluían por ella. Si aguzaba el oído podía captar el ruido del agua, su chapoteo, su gorgoteo, sus suaves golpes en las rocas de los márgenes. Y podía imaginar qué cosas horribles nadaban en su corriente inmunda, qué criaturas espantosas acechaban en sus oscuras profundidades.

—Tú no vendrás con nosotros, ¿verdad? —inquirió.

—No —respondió Alfred, bajando la vista a los zapatos—. Me quedo.

Casi enferma de miedo, Marit se tomó tiempo en ver a la sala de piedra blanca, sabiendo que debía recobrar el aplomo antes de ponerse en comunicación con Xar. Su señor la entendería; siempre era comprensivo. En incontables ocasiones, lo había visto consolar a los patryn incapaces de ver a entrar en el Laberinto. Xar era el único que se había atrevido. Sí, él la entendería, pero quedaría decepcionado.

—

Marit penetró en la estancia redonda. Los ataúdes de cristal ya no eran visibles, ocultos por la magia sartán, pero percibió su presencia. Y rondar entre sartán muertos no le producía el placer que hubiera imaginado.

Se detuvo lo más lejos posible de la zona donde estaban los ataúdes, en el extremo opuesto de la sala. Una vez allí, se llevó la mano al signo mágico tatuado en su frente e inclinó la cabeza hacia adelante.

—Xar, mi Señor—murmuró.

El Señor del Nexo estuvo con ella al momento.

—Ya sé donde estamos, mi Señor —dijo la patryn en un susurro, sin poder evitar un suspiro—. En el centro del Laberinto. Nos encontramos ante la Primera Puerta.

Hubo un silencio. Después, Xar preguntó:

— ¿Y Haplo va a entrar?

—Eso dice, pero dudo que tenga valor para hacerlo. —Marit dudaba de tenerlo ella misma, pero se abstuvo de mencionarlo—. Nadie ha regresado nunca al Laberinto, mi Señor, excepto tú.

«De todos modos —pensó—, ¿qué nos espera si nos quedamos aquí? Nuestras propias tumbas.»

Marit recordó el rostro de la mujer de la urna de cristal. La sartán, dondequiera que estuviese, descansaba en paz. Su muerte había sido dulce.

— ¿Qué razón ha dado Haplo para entrar ? —quiso saber Xar.

A Marit le costó articular una respuesta. Titubeó y tuvo la incómoda sensación de que su señor la apremiaba.

—La... su hija, mi Señor—contestó al fin, balbuceante. Había estado a punto de decir, *nuestra* hija.

— ¡Bah! ¡Una excusa ridícula! Se ha vuelto ambicioso, nuestro Haplo. Ha conseguido hacerse con el control de Ariano. Ahora, él y ese sartán amigo suyo se proponen subvertir a mi propio pueblo y verlo contra mí. ¡Entrará en el Laberinto y formará su propio ejército! ¡Es preciso detenerlo...! ¿Dudas de mí,

Marit?

Ella percibió su desaprobación, casi colérica, pero no podía evitar lo que sentía.

—Creo que habla en serio... Desde luego, no ha hecho la menor mención de...

—Claro que no. —Xar desechó sus débiles protestas—. Haplo es astuto e inteligente. Pero no conseguirá sus propósitos. Ve con él. Quédate con él. Lucha por sobrevivir. Y no temas, no tendrás que estar ahí mucho tiempo. Sang-drax va camino del Laberinto; a través de mí, os encontrará a ti y a Haplo. Sang-drax me traerá a Haplo.

Ya que tú has fallado.

Marit captó el reproche y lo aceptó en silencio. Lo tenía merecido. Pero la imagen de las espantosas serpientes dragón que había entrevisto en Chelestra asaltó, repulsiva, su mente. Reprimió enérgicamente la visión. Xar se interesaba ahora por otras cuestiones.

—Haplo y el sartán... ¿De qué hablaban? Cuéntame todo lo que dijeron.

—Hablaron de Hugh *la Mano*. El sartán decía que tal vez podría liberar al humano de la maldición de su vida inmortal. Hablaron de Abarrach y de cierta cámara que existe allí. La llaman la Cámara de los Condenados...

— ¡Otra vez ese maldito lugar! —Xar estaba irritado—. ¡Haplo no habla de otra cosa! ¡Está obsesionado con eso! Una vez quiso llevarme allí. Yo...

—

Hizo una pausa.

Una pausa muy larga.

—Yo... he sido un estúpido. Haplo me habría llevado allí —murmuró el Señor del Nexo. Sus palabras llegaron a Marit muy suaves, rozando su frente como alas de mariposa—. ¿Qué más contó de esa cámara? ¿Él o ese sartán hicieron alguna referencia a algo llamado la Séptima Puerta?

—Sí, mi Señor. —Marit se quedó perpleja, asombrada—. ¿Cómo lo has sabido?

— ¡Un estúpido! ¡He estado ciego! —Repitió con acritud; después, en tono urgente e imperioso, continuó—. ¿Qué dijeron de ese lugar?

Marit relató todo lo que recordaba.

— ¡Sí, eso es! ¡Una sala impregnada de magia! ¡De poder! ¡Lo que puede ser creado, también puede ser destruido!

Marit percibió la agitación de Xar, la sintió atravesar su cuerpo como una sacudida eléctrica.

— ¿Dijeron en qué lugar exacto de Abarrach estaba esa cámara, o cómo llegar a ella?

—No, Xar. —La patryn se vio obligada a decepcionar a su señor.

— ¡Sigue hablando con él de esa cámara! ¡Descubre lo que puedas: dónde está, cómo se entra...! —El Señor del Nexo se tranquilizó un poco—. Pero no despiertes sospechas, hija. Sé cauta y discreta. Por supuesto, es así como proyectan derrotarme. Haplo no debe llegar nunca a sospechar...

— ¿Sospechar qué, mi Señor?

—Sospechar que conozco la existencia de esa cámara donde estás ahora.

Sigue en contacto conmigo, hija... o tal vez debería decir esposa.

Xar vía a estar complacido con ella. Marit no tenía idea de la causa, pero era su señor y sus órdenes debían ser obedecidas sin objeciones. Además, le

agradaba saber que tendría su consejo cuando estuvieran . Sin embargo, lo siguiente que dijo Xar resultó perturbador para ella.

—Le haré saber a Sang-drax dónde estás.

El comentario no la reconfortó en absoluto, aunque Marit sabía que debería hacerlo. Lo único que le produjo fue inquietud.

—Sí, mi Señor.

—Y, naturalmente, no preciso decirte que no menciones a Haplo nada de lo que hemos hablado.

—Por supuesto que no, mi Señor.

La presencia de Xar se desvaneció. Marit se quedó sola. Muy sola. Eso era lo que quería, lo que había escogido. Quien viaja solo, viaja más ligero. Y ella había viajado ligera, muy ligera.

Y ahora vía a estar en el punto de partida.

Los cuatro (y el perro) se detuvieron en la boca de la caverna, la entrada al Laberinto. La luz grisácea se había vuelto más intensa, pero no más brillante. Haplo calculó que era mediodía. Si querían emprender la marcha, debían hacerlo en aquel momento. Ningún momento era bueno para internarse , pero era mejor hacerlo con la luz diurna que por la noche.

Marit había vuelto con ellos. Estaba pálida, pero su expresión era de firmeza, con las mandíbulas encajadas.

—Iré con vosotros —se limitó a anunciar, e incluso esto lo dijo con gesto hosco, de mala gana.

—

Haplo se preguntó qué la habría impulsado a decidirse, pero sabía que no serviría de nada interrogarla. Marit no se lo revelaría nunca y sus preguntas no harían sino alejarla aún más de él. Así era cuando la había conocido. Protegida con una muralla interior. Con paciencia y cuidado, había conseguido encontrar una puerta; una puerta estrecha, pero que le había permitido acceder al interior. Y, entonces, la puerta se había cerrado a cal y canto. El embarazo... Ahora, Haplo sabía que ésta había sido la causa de que Marit lo abandonara y creyó entenderlo. Desengaño, le había puesto por nombre a la niña.

Y, ahora, la puerta seguía cerrada y atrancada. No había modo de penetrar su muralla. Era imposible entrar y, por lo que podía deducir, Marit había sellado la única salida.

El patryn alzó la vista hacia el signo mágico sartán que relucía sobre el arco de la entrada. Se disponía a penetrar , el lugar más mortífero que existía, sin más armas que su magia. Pero esto, al menos, no era un problema. En el Laberinto había siempre muchas formas de morir.

—Tenemos que ponernos en marcha —anunció.

Hugh *la Mano* estaba preparado, impaciente por empezar de una vez.

Naturalmente, no tenía idea de dónde se estaba metiendo. Aunque no pudiera morir. Además, ¿quién sabía? Tal vez la runa del corazón sartán no pudiera protegerlo de la cruel magia del Laberinto. Marit estaba atemorizada, pero decidida. Iba a seguir adelante, tal vez porque no podía ver atrás.

Eso, o bien albergaba todavía intenciones de matarlo.

Y la única persona..., la última persona cuya presencia Haplo habría pensado necesitar o desear...

—Me gustaría que vinieras, Alfred.

El sartán movió la cabeza.

—No, no te gustaría. Sólo sería un estorbo. Me desmayaría...

Haplo lo observó con aire sombrío.

—Has encontrado de nuevo tu tumba, ¿verdad? Igual que en Ariano.

—Y esta vez no voy a marcharme. —Alfred bajó la vista. A aquellas alturas, debía de conocer al detalle sus zapatos—. Ya he causado demasiados problemas.

—Alzó el rostro, lanzó una fugaz mirada a Hugh *la Mano* y *vió* a bajar los ojos—. Demasiados... —repitió—. Adiós, maese Hugh. Lo lamento..., lo lamento muchísimo.

—¿Adiós? ¿Eso es todo? —inquirió el asesino con irritación.

—No me necesitas para liberarte de... de la maldición —explicó Alfred en voz baja—. Haplo sabe adonde ir y qué hacer.

No, se dijo Haplo; no lo sabía pero, de todos modos, no importaba. No era probable que llegaran tan lejos.

De pronto, se sintió irritado. Que el maldito sartán se enterrara vivo, si quería. ¿A quién le importaba? ¿Quién lo necesitaba? Alfred tenía razón. No sería más que un estorbo.

Haplo penetró. El perro *vió* la cabeza y dirigió una mirada lastimera a Alfred; después, avanzó al trote tras los talones de su amo. Hugh *la Mano* echó a andar tras el patryn, ceñudo pero aliviado, siempre contento de entrar en acción. Marit cubría la retaguardia. Estaba muy pálida, pero no vaciló. Alfred se quedó en la entrada, con la vista en los zapatos.

Haplo avanzó por el camino con cautela. Al llegar a la primera bifurcación, se detuvo y examinó ambas ramificaciones. Los dos caminos parecían idénticos y

—

ambos debían de ser igual de malos. Las formaciones rocosas como dientes se alzaban por todas partes, impidiéndole ver más allá. Sólo podía mirar hacia arriba, hacia lo que parecían incontables colmillos rezumantes. Se oía el murmullo de las aguas oscuras que se adentraban en el corazón del Laberinto.

Haplo sonrió para sí en la penumbra. Acarició la cabeza del perro y le hizo verla hacia la entrada.

Hacia Alfred.

—Adelante, muchacho —ordenó al animal—. ¡Ve a buscarlo!

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

—Ese hechicero horrible no me gusta, Paithan. Creo que deberías decirle que se marche.

— ¡Por las orejas de Orn, Aleatha! No puedo decirle al Señor Xar que se vaya. Tiene tanto derecho como nosotros a estar aquí. No somos los dueños...

—Pero estábamos aquí primero.

—Además, no podemos arrojar al anciano caballero a los brazos de los titanes. Sería un asesinato.

El elfo bajó la voz, pero no lo suficiente como para que Xar no pudiera oír todo lo que hablaban.

—Y podría resultarnos útil. Podría ayudarnos y protegernos si los titanes consiguieran entrar. Ya visteis cómo se libró de esos monstruos la primera vez que apareció. ¡Zas! Las luces azules, el fuego mágico...

—Hablando del fuego mágico —intervino el humano, contribuyendo con su pizca de sentido común—, el hechicero podría hacernos lo mismo a nosotros, si lo sacamos de sus casillas.

Lejos de allí, Xar murmuró con una desagradable sonrisa:

—No es probable. El esfuerzo no merecería la pena.

Los mensch celebraban una reunión privada, en secreto. Al menos, creían.

Xar estaba al corriente de todo, por supuesto. Se hallaba cómodamente sentado en la biblioteca sartán de la ciudadela. Los mensch estaban reunidos junto al jardín del laberinto, a considerable distancia, pero Xar escuchaba con nitidez cada palabra que pronunciaban.

—¿Qué es lo que no te gusta de él, Aleatha? —oyó preguntar a la humana...

Xar no lograba recordar su nombre. Nuevamente, no desperdició energías en intentarlo—. Fíjate en este precioso collar que me regaló. Creo que la piedra es un rubí. Y observa esta marca tan curiosa que lleva grabada.

—

—Yo también tengo un colgante —intervino el elfo, Paithan—. La piedra del mío es un zafiro. Y tiene grabada una marca idéntica. El Señor Xar dijo que, cuando lo llevara, alguien estaría pendiente de mí. ¿No te parece bonito, Aleatha?

—Me parece feísimo —replicó la elfa con desdén—. Y el hechicero, también...

—El Señor Xar no puede evitar tener el aspecto que tiene...

—Eso es algo que tú comprendes muy bien, Roland, estoy segura —comentó Aleatha con frialdad—. Respecto a esos «regalos», también a mí trató de darme uno, pero lo rechacé. No me gustó la mirada que vi en sus ojos.

—¡Oh, Thea, vamos! ¿Desde cuándo devuelves joyas? Y, respecto a esa mirada, ya la has visto mil veces antes. Es la que te dedican todos los hombres —dijo Paithan.

—Pero luego la conocen y... —murmuró Roland.

Aleatha no lo oyó... o prefirió hacer oídos sordos.

—El viejo sólo me ofreció una esmeralda. ¡Me han ofrecido mejores regalos un centenar de veces en mi vida!

—¡Y apostaré a que en ninguna de ellas los has rechazado...! —fue la réplica de Roland, en voz más alta.

—Vamos, dejadlo ya los dos —intervino Paithan—. ¿Qué dices tú, Roland? ¿A ti también te ha ofrecido una de esas joyas?

—¿A mí? —Roland puso cara de perplejidad—. Escucha, Paithan, no sé cómo será entre los elfos pero entre nosotros, los humanos, los hombres no regalan collares a otros hombres. Y por lo que se refiere a los que *aceptan joyas* de otros de su sexo, en fin...

—¿A qué te refieres?

—No es nada, Paithan —se apresuró a intervenir Rega—. No se refiere a nada. Y no te dejes engañar: Roland aceptó el collar. Lo vi preguntar a Drugar por la piedra, pedirle que la tasara.

—¿Qué dices a eso, Drugar? ¿Qué valor tienen?

—Las gemas no son de origen enano. No sé cuál pueda ser su valor, pero yo no las llevaría. Me producen una sensación extraña.

La voz del enano era grave y ronca.

— ¡Desde luego! —exclamó Roland en tono burlón—. Una sensación tan extraña que te encantaría quedártelas todas para ti. Escucha, Drugar, amigo mío: no intentes nunca timar a un timador. Conozco todos los trucos. Estos collares tienen que ser obra de los enanos. No hay otra explicación: tu pueblo es el único que explota el suelo por debajo de la capa de vegetación y que excávalo suficiente como para encontrar piedras preciosas como éstas. Vamos, dinos cuánto valen.

— ¿Y qué importa eso? —rugió Rega, enfurecida—. ¡Nunca tendrás ocasión de cambiarla por dinero! ¡Estamos encerrados aquí por el resto de nuestra existencia y lo sabes!

Los mensch se quedaron callados. Xar bostezó. Se aburría y aquella, cháchara estúpida empezaba a irritarlo. Comenzaba a lamentar haberles entregado las gemas mágicas, que llevaban hasta él todo cuanto decían. Entonces, de pronto, escuchó lo que llevaba rato esperando oír.

—Supongo que esto nos lleva a la verdadera razón de esta reunión —dijo Paithan en voz baja—. ¿Le hablamos de la nave, o le ocultamos su existencia?

¡Una nave! Así pues, Sang-drax estaba en lo cierto. Los mensch tenían una nave oculta por allí. Xar cerró el libro sartán que estaba intentando leer y se concentró en escuchar.

—

—Da igual lo que hagamos —intervino Aleatha con tono lánguido—. Si es verdad que existe una nave, cosa que dudo, no podemos alcanzarla. Sólo tenemos la palabra de Cook, ¿y quién sabe qué creyeron ver ahí fuera, ella y sus mocosos? En cualquier caso, lo más probable es que los titanes ya la hayan reducido a astillas.

—No —dijo Paithan tras otro momento de silencio—. No lo han hecho. Y la nave existe.

— ¿Cómo lo sabes? —inquirió Roland, receloso.

—Porque la he visto. Se puede ver desde lo alto de la ciudadela. Desde la Cámara de la Estrella.

— ¿Quieres decir que sabías desde el principio que los demás tenían razón, que la nave estaba ahí fuera, todavía en buen estado, y no nos lo dijiste?

— ¡No me grites! ¡Sí, maldita sea! ¡Y no te lo dije porque habrías reaccionado como haces ahora, como un estúpido! ¡Te habrías precipitado fuera como los demás y te habrían aplastado esa estúpida cabeza tuya!

—Bien, ¿y qué si lo hubiera hecho? ¡Es mi cabeza! ¡Que te acuestes con mi hermana no te convierte en mi hermano mayor!

—No te vendría mal un hermano mayor.

— ¿Ah, sí?

— ¡Sí!

— ¡Basta los dos, por favor!

—Rega, quítate de en medio. Es hora de que aprenda...

—Os estáis portando como críos.

— ¡Aleatha! ¿Adonde vas? No deberías entrar. Es...

—Voy a donde me da la gana, Rega. ¡Que te acuestes con mi hermano no te...!

¡Imbéciles! Xar apretó los puños. Por un instante, estuvo tentado de transportarse hasta donde estaban los mensch y sacarles la información a golpes. O retorciéndoles el pescuezo. Sin embargo, consiguió calmarse y no tardó en

olvidarse de ellos. Pero no de sus comentarios.

—Se puede ver la nave desde lo alto de la ciudadela —murmuró—. Subiré a verlo personalmente. Quizás el elfo ha mentido. Y no es probable que los mensch regresen pronto.

Xar ya había sentido interés por echar un vistazo a lo que los mensch llamaban la Cámara de la Estrella, pero el elfo, Paithan, tenía la irritante costumbre de rondar por la estancia y de considerarla su propia creación, privada y personal. Con gran orgullo, se había ofrecido a Xar para mostrársela. Xar había tenido la cautela de no demostrar excesivo interés, para gran decepción de Paithan. El Señor del Nexo examinaría la Cámara de la Estrella a su debido tiempo... y a solas.

La magia sartán que se producía en la Cámara, fuera lo que fuese, era la clave para el control de los titanes. De eso no cabía ninguna duda.

«Es el tarareo», había oído decir a Paithan. «Creo que es eso lo que los atrae.»

Era tan evidente que incluso un mensch lo había visto. El sonido tenía un efecto asombroso sobre los titanes. Por lo que Xar había observado, el murmullo los sumía en una especie de trance. Y, cuando cesaba, las criaturas eran presa de un frenesí, como chiquillos asustados que sólo pudieran tranquilizarse si oían la voz de su madre.

—Una analogía interesante —comentó Xar, al tiempo que se transportaba a la Cámara de la Estrella pronunciando una fórmula mágica. No le gustaba subir

—

escaleras—. La voz tranquilizadora de una madre. Una canción de cuna. Los sartán utilizaban eso para controlar a los titanes y, mientras estaban bajo su influencia, éstos eran esclavos de su untad. Si consigo descubrir su secreto... Se materializó ante la puerta que conducía a la Cámara de la Estrella y se asomó al interior con cautela. La máquina estaba parada. La luz cegadora se encontraba apagada. Desde su llegada, se dijo Xar, la máquina había funcionado de modo irregular. El elfo pensaba que era su comportamiento normal, pero él no lo consideraba así. El Señor del Nexo no sabía mucho de maquinaria y echó de menos sinceramente al pequeño Bane. El muchacho había determinado el funcionamiento de la Tumpa-chumpa; sin duda, podría haber resuelto el misterio de aquel artilugio, mucho más sencillo.

Xar confió en solucionarlo por su cuenta, con el tiempo. Los sartán habían dejado tras ellos, como tenían por costumbre, innumerables úmenes, algunos de los cuales debían de contener algo más que sus constantes sollozos, sus lamentaciones sobre lo duras que eran las cosas, sobre lo penosas que se habían hecho sus vidas. Cada vez que intentaba leer un libro, montaba en cólera al toparse con aquello.

Pese a tanto bucear en libros llenos de verborrea inútil, escuchar las riñas e insultos de los mensch y mantener la vigilancia sobre los titanes, que una vez más se habían congregado ante las murallas exteriores de la ciudadela, Xar había hallado muy poca información que le fuese de utilidad.

Hasta aquel momento. Ahora, empezaba a llegar a alguna parte.

Entró en la Cámara de la Estrella, avanzó hasta la ventana y miró al exterior.

Le costó unos momentos de intensa búsqueda localizar la nave, parcialmente oculta en la tupida vegetación selvática. Cuando la encontró, se preguntó cómo había podido pasarla por alto. El objeto atrajo su mirada al instante: era la única

cosa ordenada en un mundo de absoluto desorden.

La examinó con interés, excitado y tentado. La nave estaba a plena vista.

Podía transportarse hasta ella en aquel mismo instante. Podía abandonar aquel mundo, dejar a los mensch... Y regresar al Laberinto en busca de Haplo.

Haplo, que conocía la ubicación de la Séptima Puerta en Abarrach. Que no quería nada más que llevar a ella a su Señor...

Runas sartán.

Xar entrecerró los ojos y escrutó la embarcación con más detalle. No había confusión posible. El casco de la nave, cuya forma recordaba la de algún ave gigante, estaba cubierto de runas sartán.

Soltó una maldición. La magia sartán le impediría el paso con la misma firmeza con que le había negado el acceso a la ciudadela.

—Los mensch... —murmuró.

Ellos habían conseguido entrar; seguro que también podían abordar la nave.

El enano, con su amuleto y su pequeño repertorio de rudimentaria magia sartán.

Los mensch podían acceder a la nave y llevar a Xar con ellos. Seguro que estarían encantados de abandonar aquel lugar.

Pero entre los mensch y la nave, entre él y la nave, había un ejército de titanes.

Masculló otra maldición.

Las criaturas, cientos de ellas, estaban acampadas al otro lado de las murallas. Cada vez que la máquina cobraba vida, salían de la jungla y rodeaban la ciudadela, con su ciega cabeza vuelta hacia la puerta, esperando que se abriera.

—

Este arroyo duraba mientras seguía el canturreo y la luz cegadora. Cuando la máquina se detenía, los titanes salían del trance e intentaban irrumpir en la ciudadela.

Su rabia era realmente aterradora. Los titanes golpeaban las murallas con los puños y con ramas de árboles por garrotes. Sus gritos resonaban en la cabeza de Xar hasta que casi lo vían loco. Pero las murallas resistían; Xar, a su pesar, tenía que concederles aquel mérito a los sartán. Finalmente, agotados, los titanes se replegaban de nuevo al abrigo de la jungla a aguardar.

En aquel momento, estaban al acecho. Xar alcanzaba a verlos, esperando para interrogar al primer ser vivo que saliera de la ciudadela, esperando para matarlo a garrotazos cuando no supiera darles la respuesta correcta.

Aquello era enloquecedor, absolutamente enloquecedor. Ahora, el Señor del Nexo conocía la ubicación de la Séptima Puerta. Estaba en Abarrach; Haplo podía conducirlo a ella. Sí, él lo guiaría. Cuando Sang-drax lo encontrara...

Pero ¿qué había de Sang-drax? ¿Lo sabía también? ¿Acaso la serpiente dragón le había mentido deliberadamente...?

Advirtió un movimiento al otro lado de la puerta. Unos pies que se arrastraban sobre el suelo... ¡Condenados mensch! ¿No podían dejarlo en paz ni un momento, malditos entremetidos?

Una runa salió llameando de su mano y disolvió la puerta. Un anciano de aspecto sobresaltado, vestido con ropas pardas, contemplaba la sala boquiabierto, con la mano levantada hacia el tirador de la puerta, ahora inexistente.

—Oye —dijo—, — ¿qué has hecho con la puerta?

— ¿Qué se te ofrece? —inquirió Xar.

— ¿Esto no es el aseo de caballeros? —El anciano echó un vistazo a su alrededor con lastimoso optimismo.

— ¿De dónde vienes?

El desconocido penetró en la sala, sin dejar de mirar en torno a él, todavía esperanzado.

— ¡Oh! Al fondo del pasillo, me han dicho. A la derecha al llegar a la maceta de la palmera. La tercera puerta a la izquierda. He pedido una habitación con baño, pero...

— ¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

—No lo creo. —El anciano adoptó una expresión meditabunda—. No se me ocurre por qué habría de hacerlo. No te lo tomes a mal, amigo, pero no eres mi tipo, precisamente. De todos modos, supongo que deberíamos tomarnos las cosas lo mejor posible. Dos novias abandonadas ante el altar, ¿no es eso lo que somos, mi buen amigo? Plantadas a la puerta de la iglesia...

El anciano había avanzado hasta las cercanías del pozo. Un empujón mágico, y Xar se vería libre de aquel chiflado irritante. Pero al Señor del Nexo lo intrigaba lo que estaba diciendo el viejo.

— ¿Abandonados? ¿A qué te refieres?

—Sí, arrojados aquí como sacos inútiles —respondió el anciano con creciente desaliento—. Para no sufrir daños. «Aquí estarás a salvo, señor» —añadió, en una imitación burlona—. Ese cretino cree que ya soy demasiado viejo y frágil para enredarme en una buena pelea. ¡Yo te enseñaré, sapo con hipertiroidismo...!

El viejo agitó un puño huesudo, sin dirigir la manaza a nada en concreto, y se vió a Xar con un suspiro.

— ¿Qué excusa te dio el tuyo?

—

— ¿A quién te refieres? —Xar le siguió la corriente—. Me temo que no entiendo...

—Tu dragón, naturalmente. ¿Te llamó senil? ¿Débil? ¿Te acusó de estorbarlo, de retrasarlo? Yo... ¡Ah, claro! —La expresión vaga del anciano se vió desconcertantemente incisiva—. Comprendo. Muy astuto. Te atrajo aquí. Te atrajo y te dejó aquí. Y ahora se ha marchado. Y no puedes seguirlo.

Xar se encogió de hombros. El viejo sabía algo. Tenía que seguir haciéndolo hablar.

— ¿Te refieres a Sang-drax?

—En Abarrach, estás demasiado cerca. Kleitus ya ha hablado demasiado.

Podría decir más y Sang-drax está preocupado. Sugiere venir a Pryan. Pero no esperaba encontrar a mi dragón. Equipos rivales. Cara y cruz. Cambio de planes.

Haplo, atrapado. Tú, aquí. No es perfecto, pero menos es nada.

Coge la nave. Y la gente. Te deja aquí, te abandona. Sang-drax va al Laberinto.

Mata a Haplo.

Xar puso una mueca de indiferencia.

—Vivo o muerto, me da igual. No es eso lo que importa.

—Tienes razón —asintió el viejo tras reflexionar—. Lo importante es que Sangdrax te traiga el cuerpo. Pero eso..., eso es lo único que no hará.

Xar vió la vista hacia la ventana y contempló fijamente, durante largo rato, el panorama que se divisaba desde ella. Contempló la nave protegida por las runas sartán y el ejército de titanes situado entre él y su medio de fuga.

—Sang-drax lo traerá —declaró por fin.
—No lo hará —replicó el anciano—. ¿Apuestas algo?
— ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Qué motivo podría tener?
— ¿Qué motivo? Impedir que Haplo y tú alcancéis la Séptima Puerta —expuso el viejo con gesto triunfal.
—Entonces... —murmuró Xar, viéndose para mirar a la cara al anciano—. Entonces, tú conoces la existencia de la Séptima Puerta...
El viejo se dio unos nerviosos tirones de la barba.
—La cuarta carrera en el hipódromo. Una yegua. Séptima Puerta. Seis a uno. Prefiere las pistas embarradas.
Xar frunció el entrecejo y avanzó hacia el viejo hasta colocarse tan cerca que su aliento movía las sedosas canas de su desconocido interlocutor.
— ¡Vas a decírmelo! ¡De lo contrario, puedo hacer que los próximos minutos te resulten muy desagradables!
—Sí, no tengo la menor duda de que podrías.
La expresión vaga abandonó los ojos del viejo y los dejó llenos de un dolor indecible, un dolor que Xar no podía ni soñar en reproducir jamás.
—Pero todo lo que me hicieras sería inútil —continuó con un suspiro—. Te aseguro que no sé dónde está la Séptima Puerta. Nunca he estado allí. No estaba de acuerdo, ¿sabes? Quería detener a Samah, si podía. Así se lo dije. Los miembros del Consejo enviaron los guardias para llevarme por la fuerza. Necesitaban mi magia. Soy un hechicero poderoso, muy poderoso... —El anciano le dirigió una sonrisa breve y apenada—. Pero cuando los guardias se presentaron, yo ya no estaba. No podía abandonar a la gente. Esperaba poder salvarla. Y por eso me dejaron atrás. Me abandonaron. En la Tierra. Y lo vi. Vi el final, la Separación.
El anciano tomó aire con respiración temblorosa antes de proseguir:

—Yo no podía hacer nada. No había remedio. No había salvación posible para la gente, para ninguna de las «lamentables pero inevitables bajas civiles»... Samah dijo que era una cuestión de prioridades:
«No podemos salvarlos a todos. Y los supervivientes quedarán en mejor situación».
»Y, así, Samah los abandonó a la muerte. Yo lo vi... Lo vi todo...
Un pronunciado temblor recorrió el delgado cuerpo del anciano. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y una mueca de horror empezó a contraer su rostro; una mueca tan espantosa, tan horrible, que Xar, a pesar de sí mismo, se echó hacia atrás con repugnancia.
El anciano abrió sus finos labios como si fuera a lanzar un grito, pero no surgió de ellos ningún sonido. Sus ojos se abrieron más y más, reviviendo unos horrores que sólo él podía ver, que sólo él podía recordar.
—Los incendios que devoraban ciudades, llanuras y bosques. Los ríos que bajaban rojos de sangre. Los océanos en ebullición, cuyo vapor ocultaba la luz del sol. Los cuerpos quemados de los incontables muertos. Los vivos que corrían de un sitio a otro, sin lugar donde refugiarse.
— ¿Quién eres tú? —inquirió Xar, perplejo—. ¿Qué eres?
El viejo soltó el aire de los pulmones con una especie de estertor, y la saliva le salpicó los labios.

—Cuando todo terminó, Samah me atrapó y me envió al Laberinto, pero escapé al Nexo. Todos esos libros que leíste... eran míos. Escritos de mi puño y letra. —El anciano parecía vagamente orgulloso de ello—. Eso fue antes de la enfermedad. Yo no recuerdo la enfermedad, pero mi dragón me habla de ella. Fue después de ella cuando el dragón me encontró y me tomó a su cuidado...

— ¿Quién eres? —repitió Xar.

El Señor del Nexo clavó la mirada en los ojos del viejo... y lo que vio en ellos fue la locura.

Su constatación cayó como un telón final que amortiguó los recuerdos, apagó los fuegos, cubrió los cielos al rojo vivo y barrió el horror.

La locura. ¿Un don... o un castigo?

— ¿Quién eres? —preguntó por tercera vez.

— ¿Que cómo me llamo? —El viejo le dedicó una sonrisa inexpresiva, vacía—. Mi nombre es Bond, James Bond.

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

Aleatha cruzó velozmente la verja de acceso al laberinto. La falda se le enganchó en una zarza y tiró de ella con un juramento. Le produjo una siniestra satisfacción oír desgarrarse la tela. ¿Y qué si sus ropas terminaban en pedazos? ¿Qué importaba eso, si nunca más vería a salir de allí, si nunca más vería a hacer nada con alguien interesante...?

Irritada y abatida, se enroscó sobre el banco de mármol y se entregó al lujo de la autocompasión. A través de los setos le llegó el sonido de los otros tres, que seguían discutiendo fuera del laberinto. Roland preguntó si no deberían ir detrás de Aleatha, y Paithan dijo que no, que la dejaran en paz; su hermana no llegaría muy lejos y, en cualquier caso, ¿qué podía sucederle?

—Nada —intervino Aleatha melancólica—. No me sucederá nada. Nunca más. Finalmente, sus voces se apagaron y sus pisadas se desvanecieron. La elfa estaba sola.

—Es como si estuviera en prisión —musitó mientras contemplaba los muros verdes de los setos, con sus ángulos y sus líneas rectas antinaturales, severas y enclaustrantes—. Aunque hasta una cárcel sería mejor que esto. Los presos, al menos, tienen alguna oportunidad de escapar; yo no. No tengo adonde ir, excepto este mismo lugar. Nadie a quien ver, salvo los de siempre. Un día y otro y otro... a lo largo de los años. Pasando el tiempo tediosamente hasta que todos estemos locos de atar.

Echada en el banco, encogida, rompió a llorar a lágrima viva. ¿Qué importaba si se le enrojecían los ojos o se le hinchaba la nariz? ¿Qué importaba quién la viera con aquel aspecto? No le importaba a nadie. Nadie la quería. Todo el mundo la odiaba. Y ella los odiaba a todos. Odiaba a aquel horrendo Señor Xar. Había algo alarmante en aquel hechicero...

—Vamos, no hagas eso —dijo, de pronto, una voz ronca—. Te pondrás enferma.

—

Aleatha se incorporó rápidamente hasta quedar bien sentada, parpadeó para contener las lágrimas y buscó lo que quedaba de su pañuelo, el cual, como consecuencia de haber sido destinado a diversos usos, era ahora poco más que un harapo de encaje deshilachado. No lo encontró y acabó secándose los ojos con el borde del chal.

— ¡Ah, eres tú! —murmuró.

Drugar se hallaba ante ella, observándola con una mueca ceñuda. Sin embargo, su tono de voz era amable y casi tímidamente tierno. Aleatha sabía reconocer la admiración de los hombres y, aunque procediera del enano, se sintió más tranquila.

—No pretendía decirlo en ese tono —se apresuró a añadir, dándose cuenta de que sus anteriores palabras no habían sido precisamente agradables—. En realidad, me alegro de verte a ti, y no a cualquiera de los otros. Tú eres el único razonable. ¡Los demás son estúpidos! Ven, siéntate aquí.

Dejó sitio al enano en el banco.

Drugar titubeó. Rara vez se sentaba en presencia de los humanos y de los elfos, debido a su estatura. Tenía las piernas tan cortas que, cada vez que tomaba asiento en algún mueble fabricado para ellos, los pies no le llegaban al suelo y le quedaban colgando en una postura que a Drugar le parecía indigna y pueril. En esas ocasiones, el enano apreciaba —al menos, creía apreciar— en la mirada de los otros una tendencia a infravalorarlo a causa de aquel detalle.

No obstante, no se sentía en absoluto así en compañía de Aleatha. La elfa le sonreía —cuando estaba de buen humor, por supuesto— y lo escuchaba con respetuosa atención, como si admirase lo que Drugar hacía y decía.

A decir verdad, Aleatha reaccionaba ante Drugar igual que ante cualquier otro hombre: flirteaba con él. Era un coqueteo inocente, casi inconsciente. El único modo de relacionarse con los hombres que conocía Aleatha era hacerlos enamorarse de ella. En cuanto a las mujeres, no conseguía establecer relación con ellas de ninguna manera. La elfa sabía que Rega deseaba su amistad y, muy en el fondo,

Aleatha pensaba que quizá sería divertido tener a otra mujer con la que hablar, reír y compartir esperanzas y temores. Pero, en una época anterior de su vida, había sufrido la envidia de su hermana mayor, Calandra —poco seductora y poco deseable—, a causa de su belleza, a pesar del amor ciego que le profesaba. Aleatha había terminado por creer que las demás mujeres compartían los sentimientos de Calandra... y es preciso reconocer que así era en la mayoría de los casos. Aleatha hacía ostentaciones de su belleza, la arrojaba a la cara de Rega como un guante, convirtiéndola en un desafío. Convencida secretamente de ser inferior a Rega, sabiéndose menos inteligente, cautivadora y simpática que la humana, la elfa utilizaba su belleza como florete para mantener a distancia a la otra mujer.

En cuanto a los hombres, Aleatha sabía que, una vez que descubrían que por dentro no valía nada, la abandonaban. Por eso había convertido en costumbre anticiparse y dejarlos ella. Pero esta vez no tenía adonde ir. Lo cual significaba que, tarde o temprano, Roland lo descubriría y, en lugar de amarla, la odiaría. Si no lo hacía ya. Aunque poco le importaba a Aleatha lo que el humano opinara de ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Se sentía sola, desesperadamente sola...

—

Drugar carraspeó. Se había colgado del borde del banco, y sus pies rozaban a duras penas el suelo. Se le rompía el corazón viendo la pena de Aleatha; comprendía su desdicha y su miedo. En cierto extraño modo, se dijo, los dos eran parecidos: las diferencias físicas los mantenían aparte de los demás. A los ojos de éstos, él era bajo y feo. Y Aleatha era la bella. Alargó la mano y dio unas torpes palmaditas de consuelo en el hombro a la elfa. Para su sorpresa, ella se acurrucó contra él y, apoyando la cabeza en su recio hombro, sollozó en su espesa barba negra.

El corazón doliente de Drugar casi estalló de amor. Con todo, comprendió que, por dentro, Aleatha era una niña, una chiquilla perdida y asustada que recurría a él en busca de consuelo, nada más. Contempló los rizos rubios y sedosos que se mezclaban con sus ásperos cabellos negros y tuvo que cerrar los ojos para reprimir el escozor de las lágrimas. Siguió abrazándola suavemente hasta que los sollozos de Aleatha cesaron; entonces, para evitar a ambos un momento de apuro, se apresuró a hablar.

— ¿Te gustaría ver qué he descubierto? Está en el centro del laberinto.

Aleatha levantó el rostro, azorada.

—Sí, me encantaría. Cualquier cosa es mejor que no hacer nada.

Se puso en pie, se alisó el vestido y se enjugó las lágrimas.

— ¿No se lo contarás a los demás? —preguntó Drugar.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? —Respondió Aleatha con altivez—.

Ellos me ocultan secretos. Paithan y Rega. Sé que lo hacen. Éste será nuestro secreto, tuyo y mío —añadió y tendió la mano al enano.

¡Por el Uno Enano, estaba enamorado de aquella elfa!, se dijo Drugar al tiempo que tomaba su mano. Aunque la suya era pequeña, la de ella cabía perfectamente en su palma. El enano la condujo de la mano por el laberinto hasta que el paso se hizo demasiado estrecho y no pudieron seguir avanzando uno al lado del otro. Entonces la soltó, advirtiéndole a Aleatha que no se separara de él, no fuera a perderse entre las mil y una vueltas y revueltas del lugar.

La advertencia era innecesaria. Los setos eran allí altos y excesivamente crecidos y formaban a menudo un dosel verde que borraba de la vista el cielo o cualquier otra cosa. En el interior reinaba una oscuridad verdosa, un agradable frescor y una gran quietud.

Al inicio de su recorrido por el laberinto, Aleatha había intentado seguir la pista de su avance: dos giros a la derecha, uno a la izquierda, otro a la derecha, otro a la izquierda, luego dos veces más a la izquierda, una vuelta completa en torno a la estatua de un pez... Pero a partir de allí se había confundido y se había perdido por completo. Se mantuvo tan cerca del enano que casi tropezó con él; la larga laida se enredaba constantemente en los tacones de Drugar, pero su mano no soltaba la manga del enano.

— ¿Cómo sabes por dónde vas? —inquirió la elfa, nerviosa.

Drugar se encogió de hombros.

—Mi pueblo ha vivido siempre en túneles. A diferencia de vosotros, no nos confundimos fácilmente cuando dejamos de ver el cielo o el sol. Además, hay un método. Se basa en las matemáticas. Si quieres, puedo explicártelo... —apuntó.

—No te molestes. Si no tuviera los dedos, sería incapaz de contar hasta diez.

¿Queda mucho para el centro?

Aleatha nunca había sentido un gran entusiasmo por el ejercicio físico.

—No mucho —gruñó Drugar—. Y, cuando lleguemos, hay un sitio para descansar.

Aleatha suspiró. Al principio, todo aquello había resultado emocionante. Allí, entre los setos, había un ambiente misterioso y era divertido imaginarse pérdida, sin olvidar por un solo instante la reconfortante certeza de que no lo estaba. Pero ahora empezaba a aburrirse. Y comenzaban a dolerle los pies.

Y todavía les quedaba todo el trayecto de regreso.

Cansada y malhumorada, miró a Drugar con cierta suspicacia. Al fin y al cabo, el enano había intentado matarlos a todos, en cierta ocasión. ¿Y si la había llevado allí con algún propósito atroz? Estaba lejos de los otros; nadie oiría sus gritos. Se detuvo y echó una mirada atrás, acariciando la idea de dar media vuelta y regresar por donde había venido.

Se le cayó el alma a los pies. No tenía idea de qué camino tomar. ¿Habían doblado a la derecha, o tal vez habían venido por el camino de en medio, sin desviarse...?

Drugar hizo un alto con tal brusquedad que Aleatha, todavía con la cabeza vuelta hacia atrás, tropezó con él.

—Lo..., lo siento —balbuceó, apoyando las manos en los hombros del enano para mantener el equilibrio y retirándolas luego apresuradamente.

Drugar la miró y su expresión se hizo sombría.

—No tengas miedo —dijo al notar la tensión en la voz de la elfa—. Ya hemos llegado. Esto es lo que quería enseñarte.

Aleatha miró a su alrededor. El laberinto había quedado atrás. Allí, unas hileras de bancos de mármol dispuestos en círculo rodeaban un mosaico de piedras de diversos colores que formaban el dibujo de una estrella radiante. En el centro de ésta había más extraños símbolos como los del colgante que el enano llevaba al cuello. Sobre sus cabezas se abría de nuevo el cielo y, desde su posición, Aleatha distinguió la cima de la torre central de la ciudadela. Exhaló un suspiro de alivio. Por lo menos, ahora tenía una idea de dónde estaba. El anfiteatro. Aunque saberlo no iba a ayudarla mucho a salir de aquel lugar.

—Muy bonito —murmuró mientras contemplaba de nuevo la estrella de mosaico multicolor, pensando que debía decir algo para dejar contento al enano. Le habría gustado quedarse a descansar allí; el lugar producía una sensación de calma y de paz que la impulsaba a no dejarlo. Pero el silencio la ponía nerviosa; el silencio y el enano que no apartaba de ella sus oscuros ojos de mirada sombría.

—Bien, me he divertido mucho. Gracias por...

—Siéntate —dijo Drugar, indicándole un banco—. Espera. Todavía no has visto lo que quería enseñarte.

—Me encantaría, de veras, pero creo que deberíamos ver cuanto antes.

Paithan se preocupará...

—Siéntate, por favor —repitió Drugar, al tiempo que arrugaba el entrecejo hasta unir sus pobladas cejas. Dirigió una mirada a la torre de la ciudadela y murmuró—: No tendrás que esperar mucho.

Aleatha inició un taconeo impaciente. Empezaba a sentirse irritada, como siempre que alguien le llevaba la contraria. Taladró al enano con una mirada severa e imperiosa que nunca dejaba de causar efecto en los hombres, sólo que esta vez perdió parte de su eficacia al tener que resbalar por su nariz en lugar de centellear hacia arriba desde unos ojos que producían escalofríos. Y, en cualquier

—

caso, no produjo la menor impresión en Drugar. El enano le había vuelto la espalda y se encaminaba a uno de los bancos.

Aleatha dirigió una última mirada desesperada hacia el camino y, con un nuevo suspiro, siguió a Drugar. Se dejó caer en un asiento próximo, jugó con la ropa, miró hacia la torre que quedaba a su espalda, lanzó un sonoro suspiro, arrastró los pies y dio todas las muestras posibles de que no se divertía, con la esperanza de que el enano se diera cuenta.

No fue así. Drugar permaneció sentado, impassible y callado, con la vista fija en el centro de la estrella solitaria.

Aleatha se dispuso a probar suerte. Perderse allí dentro no sería peor que morir de aburrimiento en aquel extraño lugar. De pronto, vio que empezaba a brillar la luz de la Cámara de la Estrella, en lo alto de la ciudadela. Y se escuchó de nuevo el extraño tarareo.

Un potente rayo de luz blanca se desvió hacia abajo desde la torre hasta incidir en el mosaico de la estrella.

Aleatha lanzó una exclamación, se levantó del asiento y habría retrocedido de no impedírselo el propio banco de mármol. Estuvo a punto de caerse. El enano alargó la mano y la sostuvo.

—No tengas miedo.

— ¡Gente! —Exclamó la elfa, con los ojos como platos—. ¡Ahí hay... hay gente! El escenario del anfiteatro, vacío hasta aquel momento, se había llenado de pronto. Unas figuras. O, mejor dicho, jirones de figuras. No eran seres tangibles, de carne hueso, como ella y Drugar. Eran sombras transparentes. Aleatha podía ver, a través de ellos, los asientos del otro lado del escenario y los setos del laberinto, al fondo.

Notó que le Saqueaban las piernas; vió a sentarse y contempló las figuras.

Éstas formaban grupos, charlaban relajadamente, paseaban con calma desplazándose de grupo en grupo, aparecían ante sus ojos y desaparecían otra vez según entraban en el rayo de luz y salían de éste.

Gente. Otras personas. Humanos, elfos, enanos: todos juntos, hablando entre ellos en aparente armonía, salvo un par de grupos que parecían, por sus gestos y posturas, en desacuerdo acerca de algo.

Para Aleatha, semejante multitud sólo podía reunirse con un propósito:

— ¡Es una fiesta! —exclamó con júbilo, al tiempo que saltaba del asiento para unirse a ella.

— ¡No! ¡Espera! ¡No te acerques a la luz!

Drugar había asistido a la escena con expresión de temor reverente.

Escandalizado, intentó retener a Aleatha cuando la elfa pasó ante él, pero se le escurrió de los dedos y, de pronto, Aleatha se encontró en el centro de la multitud. El efecto fue el mismo que si se encontrara en mitad de una bruma densa.

Las figuras etéreas fluían a su alrededor, a través de ella. Las veía hablar, pero no captaba sus voces. Las tenía muy cerca, pero no podía tocarlas. Sus brillantes ojos iban de uno a otro, pero nunca la miraban a ella.

— ¡Por favor, estoy aquí! —suplicó con frustración, al tiempo que extendía sus manos anhelantes.

— ¿Qué haces? ¡Sal de ahí! —Ordenó Drugar—. ¡Es un lugar sagrado!

— ¡Sí! —Aleatha continuó dirigiéndose a las sombras transparentes, sin

prestar atención al enano—. ¡Yo puedo oíros! ¿Por qué vosotros no? ¡Estoy aquí, delante de vosotros!

—

No hubo respuesta.

—¿Por qué no pueden verme? ¿Por qué no me hablan? —reclamó la elfa, viéndose hacia Drugar.

—Porque no son reales. Por eso —respondió el enano en tono hosco.

Aleatha miró otra vez. Las figuras se deslizaron sobre ella, a su alrededor, a través de su cuerpo.

Y, de pronto, la luz se apagó. Y las figuras desaparecieron.

—¡Oh! —exclamó Aleatha, decepcionada—. ¿Dónde están? ¿Adonde han ido a parar?

—Cuando la luz se apaga, desaparecen.

—¿Y vuelven cuando se enciende otra vez?

—A veces sí, a veces no. —Drugar se encogió de hombros—. Pero, habitualmente, a esta hora de la tarde los encuentro aquí.

Aleatha suspiró. En aquel momento se sentía más sola que nunca.

—Dices que no son reales. ¿Qué crees que son, entonces?

—Sombras del pasado, quizá. De los que vivieron aquí. —Drugar fijó la vista en la estrella. Se acarició la barba con expresión triste—. Un truco de la magia de este lugar.

—Has visto a tu gente, ahí —murmuró Aleatha, adivinando los pensamientos del enano.

—Sombras —repitió éste con voz áspera—. Mi pueblo ha desaparecido, destruido por los titanes. Soy el único que queda. Y, cuando yo muera, los enanos habrán dejado de existir.

Desde el escenario, Aleatha contempló de nuevo el anfiteatro, ahora vacío.

Muy vacío.

—No, Drugar —dijo de improviso—. Te equivocas.

—¿Qué quieres decir? —Drugar la miró con irritación—. ¿Qué sabes tú de esto?

—Nada —reconoció Aleatha—. Pero creo que uno de ellos me ha oído cuando le he hablado.

—¡Imaginaciones tuyas! —Replicó Drugar con desdén—. ¿Crees que yo no lo he intentado? —inquirió, ceñudo. Sus facciones, demacradas, estaban transidas de pena—. ¡Ver a los míos! ¡Verlos hablar y reír! Casi alcanzo a entender lo que dicen. Casi puedo oír de nuevo la lengua de mi gente.

Cerró los ojos con fuerza. Bruscamente, vio la espalda a la elfa y se alejó entre los asientos del anfiteatro.

—¡Qué maldita egoísta he sido! —Murmuró Aleatha para sí mientras lo seguía con la mirada—. Yo, por lo menos, tengo a Paithan. Y a Roland, aunque éste no cuenta gran cosa. Y Rega tampoco está mal. El enano no tiene a nadie. Ni siquiera a nosotros. Hemos hecho todo lo posible por mantenerlo a distancia. Ha tenido que venir aquí, a las sombras, para encontrar consuelo.

—Drugar, escúchame —dijo en voz alta—. Cuando estaba en el mosaico de la estrella, dije: «¡Estoy aquí, delante de vosotros!». Y entonces vi que uno de los elfos se vía y miraba hacia mí. Movié los labios y juro que lo vi decir: «¿Qué?». Hablé otra vez, y él pareció confuso y miró a un lado y a otro como si me oyera pero no

pudiera verme. ¡Lo vi, Drugar!

El enano ladeó la cabeza, se vió y la miró con expresión dubitativa pero con evidentes deseos de creerla.

— ¿Estás segura?

—

—Sí —mintió ella, y soltó una risilla alborotada y excitada—. ¿Cómo podría yo pasar inadvertida entre un grupo de hombres?

—No te creo. —Drugar había recaído en la melancolía. Observó a la elfa con suspicacia, receloso de su risa.

—No seas tonto, Drugar. Era una broma. Parecías tan..., tan triste. —Aleatha se acercó a él, alargó la mano y rozó la del enano con sus dedos—. Gracias por traerme. Me parece maravilloso. Yo... quiero ver aquí contigo. Mañana. Cuando se encienda la luz.

— ¿De veras? —Drugar se animó—. Muy bien, veremos. Pero no digas nada a los demás.

—No, ni una palabra —le prometió Aleatha.

—Ahora, deberíamos regresar. Los demás estarán preocupados por ti.

Aleatha percibió el amargo hincapié en esta última palabra.

—Drugar, ¿qué significaría que esa gente fuera real? ¿Significaría que no estamos solos, como pensamos?

El enano vió la mirada al escenario vacío.

—No lo sé —dijo, moviendo la cabeza—. No lo sé...

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

El súbito estallido de luz en la Cámara de la Estrella llevó a Xar a alejarse de la estancia. Consiguió librarse del viejo sartán enviándolo al elfo, que había subido a la torre a balbucear desatinos. Xar supuso que el mensch y el anciano chiflado se llevarían bien; los dejó a ambos ante la puerta de la Cámara de la Estrella, contemplando embobados la luz brillante que escapaba por debajo.

El viejo había iniciado la exposición de una teoría acerca del funcionamiento de la cámara, teoría que Xar, en otra ocasión, tal vez habría encontrado interesante. En aquel momento, sin embargo, lo dejaba totalmente indiferente. El Señor del Nexo buscó refugio en la biblioteca, el único lugar en el que tenía la certeza de que no lo molestarían los mensch. Si de él dependía, la luz sartán podía seguir brillando en aquella Cámara de la Estrella o en cualquier otro lugar semejante. Que llevara luz y energía a la Puerta de la Muerte. Que iluminara la terrible oscuridad de Abarrach, que fundiera las heladas lunas marinas de Chelestra... ¿Qué le importaba todo eso?

¿Y si el anciano tenía razón? ¿Y si Sang-drax era un traidor?

Xar desenrolló un pergamino y lo alisó sobre el escritorio. El pergamino era un documento sartán que contenía una imagen del universo como había quedado después de la Separación: cuatro mundos —del aire, del fuego, de la piedra y del agua— conectados por cuatro conductos. Al principio, la conquista de aquellos mundos había parecido muy sencilla. Cuatro mundos habitados por mensch que

caerían en poder de Xar como frutos podridos que se precipitaban del árbol. Pero las cosas, una tras otra, se habían torcido.

—El fruto de Ariano no está tan podrido —se vio obligado a reconocer—. Los mensch están maduros, fuertes y dispuestos a agarrarse al árbol con tenacidad. ¿Y quién podía haber previsto la existencia de los titanes de Pryan? Ni siquiera yo podía suponer que los sartán serían tan estúpidos como para crear a unos gigantes, dotarlos de magia y, después, perder el control sobre ellos.

» ¿Y el mar de Chelestra, destructor de la magia? ¿Cómo voy a conquistar un mundo en el cual los mensch sólo tienen que arrojar me encima un cubo de agua para hacerme inofensivo?

« ¡Necesito la Séptima Puerta! La necesito imperiosamente; sin ella, me arriesgo a fracasar.

Fracasar. En toda su larga existencia, el Señor del Nexo no había permitido que tal concepto entrara jamás en su cabeza y, desde luego, no había pronunciado la palabra en voz alta. No obstante, esta vez se veía obligado a reconocer que había tal posibilidad... a menos que encontrara la Séptima Puerta, el lugar donde todo había empezado.

El lugar donde, con su ayuda, todo terminaría.

—Haplo me lo habría enseñado, si lo hubiera dejado. La última vez que acudió al Nexo, lo hizo con este propósito. ¡Estuve ciego, ciego! —Sus dedos, como zarpas, se cerraron sobre el manuscrito y estrujaron el viejo pergamino, que se desintegró en polvo entre ellos—. Me dejé llevar de las emociones. Ahí estuvo el error. Su traición me dolió y no debería haber permitido tal debilidad. Emocionarse es perder; de todas las lecciones que enseña el Laberinto, ésta es la más importante. Si hubiera sabido escucharlo desapasionadamente, cortar hasta lo más profundo de su ser con el frío bisturí de la lógica.

»Haplo cumplió lo que le había encargado. Llevó a cabo lo que le había ordenado. Intentó explicármelo pero no quise escucharlo. Y, ahora, tal vez es demasiado tarde.

Xar repasó mentalmente las palabras de Haplo... las pronunciadas y las no dichas.

Desde que habíamos abandonado las mazmorras, los signos mágicos habían ido iluminándose uno tras otro, situados siempre en lo que sería el zócalo de las paredes. En cambio, en aquel punto, abandonaban la parte baja de la pared y subían por ésta hasta formar un arco de brillante luz azul. Entrecerré los párpados para vencer el resplandor y miré más allá del arco de runas. No advertí otra cosa que oscuridad.

Avancé hacia el arco. Ante mi proximidad, las runas cambiaron de color; del tono azulado pasaron a un rojo flameante. Los signos mágicos humearon y estallaron en llamas. Me cubrí el rostro con la mano e intenté seguir avanzando. El fuego rugía y crepitaba; el humo me cegaba los ojos. El aire sobrecalentado me laceró los pulmones. Las runas de mis brazos incrementaron el resplandor azul en respuesta, pero mis escasas fuerzas no podían protegerme de las llamas que ya casi me chamuscaban la piel. Retrocedí, respirando entrecortadamente...

Runas de reclusión... No podía cruzar.

Estas runas son las más poderosas que es posible invocar. ¡Tras esa puerta existe algo terrible...!

La figura de Alfred, ridícula y desmañada, empezó una danza solemne ante el arco en llamas. La luz roja de las runas de reclusión parpadeó, se difuminó y terminó por apagarse.

Ya podíamos pasar...

El túnel era ancho y espacioso, con las paredes y el techo secos. El suelo de roca estaba cubierto de una capa virgen de polvo, sin marcas

—

de pisadas o de garras, ni rastros sinuosos como los dejados por serpientes y dragones. Allí no se había producido intento alguno de borrar las runas [sartán] y éstas brillaban con intensidad, iluminando el camino hacia lo que nos esperaba...

De no haberme parecido descabellado, mi Señor, habría jurado que experimentaba, en realidad, una sensación de paz, de bienestar, que relajaba mis músculos en tensión y calmaba mis nervios exacerbados...

La sensación era inexplicable...

El túnel se extendía en línea recta, sin curvas ni recodos, sin otros pasadizos que se bifurcaran de él. Pasamos bajo varios arcos, pero ninguno de ellos estaba protegido por runas de reclusión como las que habíamos encontrado en el primero. Entonces, de pronto, las runas azuladas que nos guiaban desaparecieron bruscamente, como si el pasadizo quedara interrumpido por una pared.

Efectivamente, de eso se trataba.

Un muro de roca negra, sólida y firme, se alzaba ante nosotros. Sobre su pulida superficie se adivinaban unos trazos borrosos. Runas.

Más runas sartán. Sin embargo, había algo raro en ellas.

Runas de santidad.

Y, dentro... un cráneo.

Cuerpos. Incontables. Asesinato en masa. Suicidio en masa.

Vi aparecer una serie de runas que formaba un círculo en torno a la parte superior de las paredes de la cámara.

«Quién traiga la violencia a este lugar... encontrará que se vuelve contra él mismo.»

¿Por qué es sagrada esta cámara, mi Señor? Casi tenía la respuesta... estaba tan cerca...

Y, entonces, Haplo y su grupo habían sido atacados por... Kleitus.

Kleitus sabía dónde estaba la Cámara de los Condenados... es decir, la Séptima Puerta (Xar ya se había convencido de que ambos lugares eran uno solo).

¡Kleitus había muerto en aquella cámara!

Una y otra vez, Xar repasó mentalmente el informe de Haplo. Algo acerca de una fuerza que se oponía a ellos, una fuerza antigua y poderosa... Una mesa, un altar, una visión...

El Consejo encargó a los sartán la tarea de establecer contacto con los otros mundos, de explicarles su situación desesperada en Abarrado y de rogarles que enviaran la ayuda prometida antes de la Separación. ¿Y cuál fue el resultado? Durante meses, no habían hecho nada. Luego, de pronto, se presentaron diciendo tonterías que ni un niño habría creído...

Por supuesto, se dijo Xar. Era absolutamente lógico. Aquellos miserables sartán de Abarrach, aislados de sus congéneres durante innumerables generaciones, habían olvidado gran parte de su magia rúnica y habían perdido mucho de su poder. Un grupo de ellos, que había dado casualmente con la Séptima Puerta, había redescubierto de improviso lo que había quedado en el olvido. No era de extrañar que quisieran ocultarlo y reservarlo para ellos solos. Y que inventaran historias sobre fuerzas antiguas y poderosas que se oponían. Incluso Haplo se había dejado embaucar por sus mentiras. Los sartán no habían sabido qué hacer con aquel poder.

—

Pero Xar sí sabría.

Sólo tenía que encontrar la cámara. ¿No podría, tal vez, hacerlo sin la ayuda de Haplo? El Señor del Nexo evocó lo que había visto en la mente de Haplo al regreso de éste de Abarrach. Reconoció las mazmorras en las que Haplo había estado a punto de morir. Al escapar de las mazmorras, había recorrido un pasadizo guiado por el resplandor azulado de unas runas sartán. ¿Qué pasadizo? ¿En qué dirección? Allí abajo debía de haber cientos de corredores, el Señor del Nexo había explorado las catacumbas bajo el castillo de Necrópolis, una ratonera de túneles y pasadizos —unos de origen natural, otros horadados en la roca mediante la magia— digna del Laberinto. A un hombre podía llevarle toda una vida encontrar el bueno.

Pero Haplo lo conocería. Si escapaba del Laberinto.

Xar se limpió las manos del polvo del pergamino.

— ¡Y yo, aquí atrapado, sin poder hacer nada! Y con una nave a la vista. Una nave cubierta de runas sartán. Los mensch pueden abrir las runas. Lo hicieron para entrar aquí. Pero es imposible que lleguen vivos hasta la nave, a causa de los titanes. Tengo que...

» ¡Vivos!

Xar hizo una profunda inspiración y expulsó el aire de los pulmones lentamente, con expresión pensativa.

—Pero ¿quién ha dicho que los mensch tengan que estar vivos?

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

El sendero que conducía al Laberinto a través de la caverna era largo y tortuoso. Tardaron varias horas en recorrerlo, avanzando lentamente, obligados uno a uno a comprobar cada paso que daban, pues el suelo podía cambiar y hundirse bajo los pies de cualquiera de ellos después de que quien lo precedía hubiera pasado por aquel punto sano y salvo.

— ¿Acaso esta condenada roca está viva? —Preguntó Hugh *la Mano*—. Os juro que la he visto empujar a Marit deliberadamente.

Entre pesados jadeos, Marit contempló las aguas negras y turbias que formaban remolinos debajo de ella. La patryn estaba salvando un estrecho resalte rocoso que corría a lo largo de la pared de la caverna cuando, de pronto, el resalte había cedido bajo sus pies. Hugh *la Mano*, que la seguía pisándole los talones, la

había agarrado cuando Marit ya empezaba a deslizarse por la húmeda pared. Tendido en el saliente rocoso, el asesino sostuvo con fuerza a Marit por la muñeca y el brazo hasta que Haplo pudo alcanzarlos desde el otro lado del resalte hundido.

—Está viva y nos odia —respondió el patryn tétricamente, al tiempo que alzaba a Marit a la relativa seguridad del punto del camino en el cual se encontraba.

Hugh salvó el hueco de un salto y aterrizó junto a ellos. Aquella parte del camino era estrecha y llena de grietas y serpenteaba entre un marmágnum de peñascos, bajo una cortina de estalactitas.

—Quizás ha sido su último golpe contra nosotros. Ya estamos cerca de la salida...

A unos pocos pasos quedaba la boca de la caverna y, tras ella, se divisaba una luz grisácea, unos árboles dispersos y una hierba empapada por la niebla. Una carrera a toda velocidad los llevaría hasta allí. Pero todos ellos estaban agotados, doloridos y asustados. Y aquello era sólo el principio. Haplo dio un paso adelante.

—

El suelo tembló bajo sus pies. Los peñascos próximos empezaron a bambolearse. Del techo cayó una cascada de esquirlas de roca y polvo.

— ¡Quietos! ¡Que nadie se mueva! —ordenó Haplo.

Todos obedecieron, y el temblor cesó.

—Es el Laberinto —murmuró el patryn—. Siempre te concede una oportunidad.

Miró a Marit, que estaba de pie junto a él. Tenía unos arañazos en la cara y unos cortes en las manos a consecuencia de la caída. Su expresión era firme y sus ojos estaban fijos en la salida. Marit sabía tan bien como él lo que les esperaba.

— ¿Qué hay? ¿Qué sucede? —inquirió Alfred con voz temblorosa.

Haplo vio la cabeza muy despacio. Alfred se había quedado atrás, en el estrecho resalte de roca que ya había intentado precipitar a Marit a las turbulentas aguas oscuras. Parte del camino había desaparecido. El sartán tendría que salvar el hueco de un salto, y Haplo recordaba perfectamente lo maravilloso que era Alfred en la especialidad de salto de hendiduras. Sus pies eran más anchos que el reborde que tendría que recorrer. Hugh *la Mano* ya había salvado al torpe sartán, tan propenso a los accidentes, de caer en dos hoyos y en una grieta.

El perro se quedó cerca de Alfred, mordisqueándole los talones de vez en cuando para apremiarlo a seguir. El animal ladeó la cabeza con un gañido desconsolado.

— ¿Qué sucede? —repitió Alfred con voz temerosa, al comprobar que nadie respondía.

—La caverna va a intentar impedir que salgamos de ella —repuso Marit fríamente.

— ¡Oh, vaya! —exclamó Alfred, perplejo—. ¿Y puede..., puede hacerlo?

— ¿Qué crees que ha sido eso, si no? —repitió Haplo con irritación.

— ¡Oh, pero...! —Alfred avanzó un paso para discutir el asunto—. ¡Vamos, lo dices como si...!

El suelo se encabritó. Una ondulación sincopada lo estremeció como... Como si se estuviera riendo. Haplo habría jurado que eso hacía la caverna. Alfred soltó un grito, agitó los brazos y se contorsionó. Sus torpes pies no tardaron en

resbalar, pero el perro hundió los colmillos en los calzones y lo sostuvo. Sin dejar de mover los brazos como aspas, Alfred consiguió recuperar el equilibrio con la ayuda del perro. Con los ojos cerrados de espanto, se aplastó contra la pared de roca mientras le caían gruesos regueros de sudor de la calva.

En el interior de la caverna, todo había quedado paralizado de pronto.

—No vuelvas a hacer eso —ordenó Marit, escupiendo las palabras entre dientes.

— ¡Sartán bendito! —murmuró Alfred mientras sus dedos trataban de hundirse en la roca.

Haplo soltó un juramento.

— ¡Fue tu sartán bendito quien creó esto! ¿Cómo vamos a salir ahora?

—No deberías haberme traído —dijo Alfred con voz temblorosa—. Te advertí que sólo retrasaría la marcha y os pondría en peligro. No te preocupes por mí. Seguid adelante. Yo veré atrás...

— ¡No te mué...! —empezó a decir Haplo, pero calló antes de acabar la frase. Alfred no hizo caso. Ya había empezado a desandar el camino y no sucedía nada. El suelo seguía quieto.

— ¡Alfred, espera! —exclamó.

—

— ¡Déjalo que se vaya! —Intervino Marit con desdén—. Ya nos ha retrasado bastante.

—Eso es lo que quiere el Laberinto. Quiere que se vaya, y no pienso seguirle el juego. ¡Perro, deténlo!

El perro, obediente, apresó entre sus dientes los faldones de la levita de Alfred y lo retuvo. El sartán se vió a Haplo con una mirada lastimera.

— ¿Qué puedo hacer yo para ayudaros? ¡Nada!

—Eso es lo que tú crees, pero el Laberinto no opina igual. Por extraño que te parezca, sartán, tengo la sensación de que el Laberinto te tiene miedo. Quizá porque ve a su creador.

— ¡No! —Alfred se encogió—. ¡Yo, no!

—Sí, tú. Si te escondes en tu tumba, si te niegas a actuar, si te quedas «absolutamente sano y salvo», alimentas el mal y lo perpetúas.

Alfred rechazó sus palabras con un gesto de cabeza. Asió los faldones de la levita y tiró de ellos.

El perro lo tomó por un juego, gruñó alegremente y tiró también.

—A mi señal —dijo Haplo a Marit en un susurro—, tú y Hugh echad a correr hacia la salida. Tened cuidado. Ahí fuera puede haber algo esperándoos. No os detengáis por nada. No miréis atrás.

—Haplo... —musitó Marit—. No quiero... —vaciló, se ruborizó y dejó la frase a medias.

Sorprendido al escuchar un tono diferente en su voz, Haplo la miró.

— ¿No quieres qué? ¿Dejarme? No me sucederá nada.

Emocionado y complacido por su mirada de preocupación —la primera muestra de afecto que veía en ella— alzó la mano para apartar de la frente de Marit el cabello empapado en sudor.

—Estás herida. Deja que eche un vistazo...

Con un destello de furia en los ojos, ella lo apartó.

—Eres un estúpido —masculló, lanzando una mirada de desprecio a Alfred—.

Que se muera. Que se mueran todos.

Marit se vió de espaldas y fijó la vista en la abertura de la caverna.

El suelo tembló bajo los pies de Haplo. No tenían mucho tiempo. El patryn alargó la mano sobre el resalte roto.

—Alfred —dijo sin aspavientos—, te necesito.

Demacrado, ojeroso y contraído de dolor, Alfred contempló a Haplo con perplejidad. El perro soltó su presa a una señal silenciosa de su amo.

—No puedo hacer esto yo solo —continuó el patryn, sin apartar la mano—.

Necesito tu ayuda para encontrar a mi hija. Ven conmigo.

A Alfred se le llenaron los ojos de lágrimas, mezcladas con una sonrisa trémula.

— ¿Cómo? No puedo...

—Dame la mano. Yo tiraré de ti.

Alfred se inclinó precariamente sobre el abismo y alargó una mano huesuda y desgarbada cuya muñeca sobresalía de los puños de encaje deshilachados de la levita, de mangas excesivamente cortas. Y, por supuesto, siguió lloriqueando:

—Haplo, no sé qué decir...

El patryn lo agarró por la muñeca y cerró la mano con fuerza. El suelo se bamboleó hasta que Alfred perdió pie.

— ¡Corre, Marit! —gritó Haplo, y empezó a invocar su magia.

—

A su orden, unos signos mágicos rojos y azules prendieron en el aire. Haplo trenzó las runas en una soga azul radiante que se deslizó de su brazo y se enroscó en torno al cuerpo de Alfred.

La caverna se estaba hundiendo. Haplo se arriesgó a ver la mirada un instante y vio que Marit y Hugh corrían como posesos hacia la salida. Una roca se desplomó del techo y rozó a Marit. Las runas de su cuerpo la protegieron de posibles heridas, pero la masa de la roca la derribó. Hugh *La Mano* se apresuró a incorporarla y los dos reemprendieron la carrera. El asesino vió la cabeza una vez para comprobar si Haplo los seguía. Marit no miró.

Haplo tiró de la cuerda hasta recuperar al sartán —cuyos brazos y piernas colgaban como patas de una araña muerta— a su lado del resalte. Justo en aquel momento, el tramo que Alfred ocupaba instantes antes se desmoronó.

— ¡Perro! ¡Salta!

El perro se preparó y, cuando la roca ya cedía bajo sus patas, impulsó su cuerpo al aire cargado de polvo. El animal aterrizó sobre Alfred, y ambos cayeron de bruces al suelo.

Unos peñascos cayeron en el camino, y obstruyeron el acceso a la salida.

Haplo ayudó a ponerse en pie al sartán y lo sacudió. Alfred empezaba a poner los ojos en blanco y su cuerpo flaqueaba.

—Si te desmayas, morirás aquí mismo. ¡Y yo también! —Le gritó Haplo—. ¡Usa la magia, maldita sea!

Alfred parpadeó y fijó la mirada. Después, hizo una sonora inspiración.

Entonando las runas con voz temblorosa, abrió los brazos y empezó a ar hacia la salida, cuyo tamaño decrecía por momentos.

—Vamos, muchacho —ordenó Haplo, y se lanzó hacia adelante. Su magia rúnica golpeó las rocas que obstruían el paso, las reventó en pedazos y envió éstos rodando fuera del camino.

Alfred se coló ando por la abertura de la caverna. Con su manera de batir los brazos y las piernas extendidas hacia atrás, parecía una grulla con levita. Una roca enorme se desplomó encima de Haplo, lo derribó y le atrapó una pierna. La abertura estaba cerrándose y la montaña se desmoronaba sobre él. Lo único que quedaba de la salida era un leve resplandor de luz grisácea. Utilizando la magia como cuña, Haplo liberó la pierna de debajo de la roca y se lanzó hacia adelante para introducir el brazo por el conducto casi obturado. El túnel de luz se ensanchó. Unas runas sartán llameantes rodearon su mano, potenciando el fulgor de las runas patryn tatuadas en ella. — ¡Tira de él! —Oyó gritar a Alfred—. ¡Yo mantendré abierto el conducto! Hugh *la Mano* asió a Haplo y tiró de él a través del túnel forjado por la magia. Haplo se puso en pie al instante y echó a correr. El asesino y Alfred corrían a su lado y el perro los precedía entre excitados ladridos. Alfred, por supuesto, tropezaba continuamente con sus propios pies. Haplo no aminoró la marcha un ápice, pero ayudó al sartán a mantenerse en pie y seguir adelante. Marit los esperaba, plantada en un saliente rocoso. — ¡Ponte a cubierto! —le gritó Haplo. Un alud de roca y árboles astillados se deslizó por la ladera con un estruendo atronador. Haplo se arrojó de bruces al suelo y arrastró a Alfred junto a él. La magia rúnica del patryn lo protegería y esperaba que Alfred tendría suficiente buen juicio como para recurrir a la suya. Rocas y cascotes rebotaron en los escudos mágicos o

—

se estrellaron en torno a ellos. El suelo se estremeció hasta que, de pronto, todo quedó en calma.

Despacio, Haplo irguió el cuerpo hasta quedar sentado en el suelo.

—Me parece que ahora ya no podrás ver atrás, Alfred —murmuró.

Media montaña se había hundido sobre sí misma. Gigantescas losas de roca obstruían lo que había sido la entrada a la caverna, sellando ésta para siempre, quizás.

Haplo contempló el montón de cascotes con un extraño presentimiento. ¿A qué venía aquella inquietud? En realidad, no había pensado en ningún momento en ver atrás por aquel camino. Tal vez no era más que el temor instintivo que le producía ver que se cerraba una puerta a su espalda. Aun así, ¿por qué el Laberinto había decidido de pronto cerrarles aquella salida?

Marit, sin saberlo, expresó en voz alta los pensamientos del patryn.

—Esto nos deja una única salida: la Última Puerta.

Un eco lúgubre le devió el sonido de sus palabras tras rebotar en la montaña desmoronada.

La Última Puerta.

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

No puedo más —dijo Alfred con un jadeo, al tiempo que se derrumbaba sobre una roca plana—. Tengo que descansar.

La última carrera, con la amenaza de que le cayera encima la montaña, había sido demasiado para el sartán, que se sentó en la roca con los hombros hundidos, entre jadeos y resoplidos. Marit le dirigió una mirada desdeñosa, que amplió a Haplo. Después, apartó el rostro.

Te lo dije, se leía en su mueca ceñuda. *Eres un estúpido*.

—Todavía no, Alfred —dijo el patryn sin aspavientos—. No podemos quedarnos aquí, al descubierto. Primero, busquemos un refugio; después podremos descansar.

—Sólo un momento —suplicó Alfred con un hilo de voz—. Esto parece tranquilo...

—Demasiado tranquilo —apuntó Marit.

Estaban en un bosquecillo de árboles achaparrados que, a juzgar por su tamaño atrofiado y por lo retorcido de sus ramas, parecían haber librado una lucha desesperada por la vida a la sombra de la montaña. Ralos marojos de hojas colgaban desmayadamente de los extremos de las ramas. Después del hundimiento de la montaña, el sol del Laberinto alcanzaba los árboles quizá por vez primera, pero aquella luminosidad grisácea no producía la menor alegría, el menor consuelo. Las hojas dejaban escapar un susurro doliente al moverse, y Marit advirtió con inquietud que aquél era el único sonido en la tierra.

La patryn extrajo la daga de la bota. El perro se incorporó de un brinco y emitió un gruñido. Hugh *la Mano* la observó con recelo. Sin prestar atención al mensch ni al animal, Marit dirigió unas palabras al árbol en su idioma, disculpándose por hacerle daño y explicándole su urgente necesidad. Después, empezó a desgajar una rama.

Haplo también se había percatado del silencio.

—

—Sí, todo está tranquilo. Demasiado tranquilo. El alud debe de haberse oído a leguas de distancia. Seguro que alguien ya se ha puesto en camino hacia aquí para investigar. Y no tengo intención de seguir aquí cuando llegue.

—Pero... sólo ha sido un deslizamiento de tierras. —Alfred estaba perplejo—.

Una avalancha de rocas. ¿Por qué habría de interesarse nadie...?

—Pues el Laberinto, desde luego, parece muy interesado en nosotros. Acaba de arrojarnos encima una montaña, ¿no? —Haplo se limpió el sudor y el polvo del rostro.

Marit terminó de arrancar la rama y procedió a despojarla de brotes, ramitas y hojas medio muertas.

Haplo se colocó en cuclillas ante Alfred.

— ¿No lo entiendes todavía, maldita sea? El Laberinto es una entidad inteligente. No sé qué la gobierna, ni cómo, pero el Laberinto conoce... lo sabe todo.

—Calló unos instantes, pensativo, antes de añadir—: Sin embargo, noto algo distinto en él. Capto algo... Miedo...

—Sí —dijo Alfred—. Estoy aterrorizado.

—No, no me refiero a nuestro miedo, sino al suyo. El Laberinto está asustado.

— ¿Asustado? ¿De qué tiene miedo?

Haplo lo miró con una sonrisa tensa en los labios.

—Por extraño que parezca, de nosotros. De ti, sartán.

Alfred movió la cabeza en un gesto de negativa.

— ¿Cuántos sartán heréticos fueron enviados a través del Vórtice? ¿Unos

centenares..., mil? —preguntó Haplo.

—No lo sé —susurró Alfred al encaje del cuello de su camisa desaseada.

— ¿Y cuántas montañas se derrumbaron sobre ellos? Ninguna, supongo. Esa montaña ha estado ahí muchísimo tiempo pero ahora legas tú, entras en el Vórtice y... ¡y *bam!* Y ten la seguridad de que el Laberinto no va a rendirse.

Alfred miró a Haplo con consternación.

— ¿Por qué? ¿Qué razón podría haber para que me tuviera miedo?

—Tú eres el único que conoce la respuesta —contestó Haplo.

Marit, que procedía a aguzar la punta de la rama con la daga, se mostró de acuerdo con Alfred. ¿Por qué iba a temer el Laberinto a un mensch, dos víctimas que vían a su seno y un sartán débil y gimoteante? No obstante, la patryn conocía el Laberinto; lo conocía tan bien como Haplo. El Laberinto era inteligente y maléo. El alud de rocas había sido un intento deliberado de acabar con ellos y, al no dar resultado, el lugar había cerrado su única vía de escape.

Aunque tampoco ésta resultaba muy prometedora, dado que no existía nave alguna que pudiera sacarlos de allí a través de la Puerta de la Muerte.

Miedo. Con un súbito regocijo embriagador, Marit se dio cuenta de que Haplo tenía razón. El Laberinto tenía miedo. Toda la vida había sido ella quien lo sentía, y ahora le tocaba a él. Estaba más atemorizado de lo que ella había estado nunca. Hasta aquel momento, el Laberinto no había intentado nunca impedir la entrada a nadie. Una y otra vez, había permitido que Xar entrase en la Última Puerta. El lugar siempre parecía acoger de buen grado el encuentro y la nueva oportunidad de destruirlo. A Xar nunca le había cerrado la puerta como había intentado hacerles a ellos. Y, en cambio, ninguno de ellos, ni todos juntos, podían compararse en poder con el Señor del Nexo.

Entonces, ¿por qué? ¿Cuál era la razón de que el Laberinto los temiera de aquella forma? El júbilo la abandonó y la dejó aterida. Necesitaba hablar con Xar e

—

informarle de lo sucedido. Quería su consejo. La patryn arrancó otra rama con la ayuda de la daga mientras se preguntaba cómo haría para encontrar una oportunidad de estar a solas.

—No comprendo nada de esto —dijo Hugh *la Mano*, al tiempo que miraba a su alrededor con expresión sombría—. Y no le habría dado crédito si no hubiese visto a esa condenada Hoja Maldita cobrar vida propia. Pero conozco el miedo. Sé lo que hace un hombre y supongo que no es muy distinto en un puñado de rocas inteligentes. El miedo hace a un hombre desesperado y temerario. —El asesino se contempló las manos con una sonrisa tétrica—: Yo me enriquecí con el miedo de otros.

—Y así es como reaccionará el Laberinto —asintió Haplo—. Con desesperación, temerariamente. Por eso no podemos permitirnos un descanso. Ya llevamos suficiente retraso...

Los signos mágicos de sus manos despedían un desvaído fulgor azulado, teñido de rojo.

Marit vió la vista a los tatuajes de su cuerpo y apreció en ellos la misma advertencia. El peligro no estaba cerca, pero tampoco muy lejos.

Alfred se incorporó, pálido y conmocionado.

—Lo intentaré —musitó con gesto animoso.

Marit trazó un runa de curación sobre el árbol y arrancó otra rama. Sin una

palabra, entregó a Haplo la primera tosca lanza que había fabricado. El patryn titubeó, sorprendido de que Marit pensara en él y complacido ante aquella muestra de preocupación. Aceptó la lanza y, al cogerla, sus manos se rozaron.

Él le dirigió aquella calmosa sonrisa suya. La luz de sus ojos, de su sonrisa, tan dolorosamente familiar, penetró en Marit hasta su corazón.

Pero el único efecto que produjo la luz fue iluminar el vacío. Marit alcanzó a ver hasta el último rincón de su interior, sus muros sombríos, sus ventanas atrancadas, sus puertas cerradas.

Era mejor la oscuridad. Apartó el rostro.

— ¿Hacia dónde, ahora?

Haplo tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz sonó fría, tal vez decepcionada. O quizá Marit estaba consiguiendo su propósito, y Haplo empezaba a aprender a odiarla.

—Hacia lo alto de esos riscos —indicó—. Desde allí deberíamos tener una buena vista del terreno y hasta localizar un camino, tal vez.

— ¿Existe un camino? —Hugh *la Mano* miró a su alrededor, incrédulo—.

¿Quién lo ha hecho? Este lugar parece desierto.

—Lleva desierto cientos de años, probablemente. Pero sí, existe un camino.

Esto es el Laberinto, ¿recuerdas? Una creación artificial, realizada por nuestros enemigos. El camino lo recorre de parte a parte y conduce al final... de más de una manera. Hay un viejo dicho: «Uno abandona el camino bajo su propio riesgo. Uno se ciñe al camino bajo su propio riesgo».

— ¡Maravilloso! —refunfuñó Hugh. Hurgó en los pliegues de su ropa, sacó la pipa y la miró con añoranza—. Supongo que en este condenado lugar no habrá estregno, ¿verdad?

—No, pero cuando lleguemos a algún asentamiento de pobladores, allí tienen una mezcla de hojas secas que se fuma en ocasiones rituales. Te darán un poco. — Se vió hacia Marit con una sonrisa—: ¿Recuerdas aquella ceremonia en el poblado, cuando...?

—

—Será mejor que te ocupes de tu amigo sartán —lo interrumpió ella. Marit había evocado la misma imagen en el mismo momento. Haplo tenía la mano en la puerta de su ser e intentaba abrirla por la fuerza. Ella arrimó el hombro para impedirle el paso—. Viene cojeando.

Apenas habían recorrido un breve trecho y el sartán ya empezaba a rezagarse.

—Me parece que me he torcido el tobillo —dijo Alfred en tono de disculpa.

—Mejor sería que se hubiera roto el cuello —murmuró Marit en tono despectivo.

—Lo siento terriblemente... —empezó a disculparse el sartán, pero advirtió la mirada amenazadora de Haplo y se tragó el resto.

— ¿Por qué no usas la magia, Alfred? —sugirió el patryn con laboriosa paciencia.

—Creía que no teníamos tiempo. El proceso curativo...

Haplo reprimió una exclamación exasperada.

— ¡No hablo de curar! Puedes flotar, ar como lo hiciste para salir de la caverna. ¿O ya se te ha olvidado?

—No, no lo he olvidado. Es sólo que...

—Incluso podrías resultarnos de utilidad —continuó Haplo rápidamente, pues

no quería darle tiempo para pensar—. Puedes otear lo que tenemos delante.
—Bueno, si crees de veras que servirá de algo... —Alfred aún parecía tener sus dudas.

— ¡Limitate a hacerlo! —masculló el patryn con los dientes apretados.

Marit supo qué rondaba por la cabeza de Haplo. El Laberinto los había dejado en paz demasiado tiempo.

Alfred inició su danza con una especie de saltitos sobre el pie lesionado. Agitó las manos y entonó un tarareo con voz gangosa. Lentamente, sin esfuerzo, se alzó en el aire y se desplazó con suavidad hacia adelante. El perro, en un estado de gran excitación, lanzó un ladrido gozoso y saltó, juguetón, tratando de morder los pies colgantes del sartán que lo sobreaban.

Haplo exhaló un suspiro, dio media vuelta y empezó a ascender los riscos.

Casi había alcanzado la cima cuando lo alcanzó el viento, golpeándolo como un puño.

El viento surgió de la nada, como si el Laberinto hubiera llenado los pulmones y expulsara todo el aire de golpe. El impacto hizo tambalearse a Marit. Hugh, junto a ella, maldijo y se frotó los ojos, medio cegado por el polvo que levantaba el huracán. Haplo trastabilló, incapaz de mantener el equilibrio.

Encima de ellos, Alfred lanzó un grito sofocado. El viento se apoderó del sartán flotante. Agitando brazos y piernas furiosamente, Alfred se vio arrojado a increíble velocidad contra la montaña.

El único capaz de moverse fue el perro, que salió disparado tras el sartán y trató de atrapar con las mandíbulas los faldones de su levita.

— ¡Cógelo! —Gritó Haplo—. Tráelo a...

Pero, antes de que pudiera terminar, el viento lo golpeó por la espalda y lo derribó al suelo.

Al captar la urgencia de la voz de su amo, el perro dio un gran salto. Sus colmillos se cerraron sobre la tela. Alfred descendió un poco pero, entonces, la tela se desgarró. El perro rodó por el suelo en un ovillo de patas. El viento hizo rodar al animal una y otra vez. Alfred salió impulsado de nuevo pero, instantes después, se detuvo bruscamente. Su cuerpo, sus ropas, se habían enredado en las ramas de

—

uno de los árboles achaparrados. El viento lo agitó y lo azotó con frustración, pero el árbol se negó a soltarlo.

— ¡Que me aspen! —Exclamó Hugh *la Mano*, limpiándose los ojos de arena—.

¡Las ramas se han estirado para agarrarlo!

Alfred quedó colgado del árbol, desvalido e impotente, mirando a su alrededor con perplejidad. El viento extraño había dejado de soplar tan de improviso como se había levantado, pero en la atmósfera quedaba una sensación siniestra, una cólera hosca.

El perro se apresuró a plantarse debajo de Alfred en actitud protectora. El sartán empezó a cantar y mover las manos otra vez.

— ¡No! —gritó Haplo mientras se ponía en pie precipitadamente—. ¡No te muevas! ¡No hagas ni digas nada! ¡Sobre todo, nada de magia!

Alfred se quedó inmóvil.

—Es la magia —murmuró Haplo; después, masculló un juramento en voz casi inaudible—: Cada vez que usa su condenada magia. Pero, ¿qué será de él si no lo hace? ¿Cómo podrá atravesar el Laberinto sin recurrir a ella? Aunque, pensándolo

bien, tampoco podrá sobrevivir con toda su magia. Todo es inútil. Inútil. Tienes razón —dijo a Marit con tono amargo—, soy un estúpido.

Ella podría haberle respondido: «El árbol lo ha salvado. Tú no lo has visto pero yo sí. He visto cómo lo cogía. Alguna fuerza está trabajando *a favor* nuestro. Algo trata de ayudarnos. Hay esperanza, Si no otra cosa, hemos traído esperanza». Pero no dijo nada. No estaba segura de que fuera esperanza lo que deseaba.

—Supongo que tendremos que bajarlo de ahí —refunfuñó Hugh.

— ¿Para qué? —exclamó Haplo, descorazonado—. Lo he traído aquí para morir. Todos vamos a morir aquí, gracias a mí. Excepto tú. Y eso tal vez sea aun peor. Tú te verás obligado a seguir viviendo...

Marit se acercó a él y, con un gesto impulsivo, alargó la mano para consolarlo. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se detuvo, confusa. Se sentía como si fuera dos personas distintas, una que odiaba a Haplo y otra..., otra que no. Y ninguna de las dos le ofrecía mucha confianza.

¿Dónde quedaba ella en todo aquello?, se preguntó, irritada. ¿Qué era lo que ella quería?

Y le pareció oír la voz de Xar que le respondía: «Eso no importa, esposa mía. Lo que tú quieras es irrelevante. Tu deber es traerme a Haplo».

Sí, ella se encargaría de hacerlo. ¡Ella, no Sang-drax!

Con indecisión, Marit rozó el brazo de Haplo con las yemas de los dedos. Sorprendido, el patryn se vió al notar el contacto.

—Lo que ha dicho el humano es cierto —dijo ella, reprimiendo un titubeo—. ¿No lo entiendes? El Laberinto actúa impulsado por el miedo, y ése nos iguala con él. —Se acercó aún más a Haplo—. He estado pensando en mi hija. A veces, por la noche, lo hago. Cuando estoy sola, me pregunto si ella también lo estará. Me pregunto si pensará en mí alguna vez, como yo pienso en ella. Si se pregunta por qué la dejé... Quiero encontrarla, Haplo. Quiero explicarle...

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Marit no había previsto tal cosa y bajó los párpados rápidamente para que él no las viera.

Pero era demasiado tarde. Además, como había dejado de mirarlo, no pudo apartarse de él a tiempo de impedir que sus brazos la rodearan.

—La encontraremos, te lo prometo —lo oyó murmurar con ternura.

Marit alzó la vista hacia él. Haplo se disponía a besarla.

—

La patryn evocó las palabras de Xar: «Te acostaste con él. Tuviste una hija con él. Haplo aún te ama». Así pues, aquello era perfecto; lo que Xar deseaba, ni más ni menos. Induciría a Haplo a sentirse seguro de ella y, entonces, lo incapacitaría y lo capturaría.

Cerró los ojos. Los labios de Haplo tocaron los suyos.

Marit se estremeció y, de repente, rehuyó el beso y se apartó.

—Será mejor que ayudes a tu amigo sartán a bajar del árbol. —Su tono de voz fue tan cortante como el filo de la daga que empuñaba con mano firme—. Yo vigilaré. Toma, necesitarás esto.

La patryn le entregó la daga y se alejó sin mirar atrás. Seguía temblando de pies a cabeza y la trepidación contraía los músculos de sus brazos y de sus muslos; con paso inseguro, avanzó ciegamente, llena de odio hacia él y hacia sí misma.

Cuando llegó a la cima del risco, se apoyó en un peñasco enorme y esperó a

que cesaran los temblores. Desde allí, se permitió una breve mirada a su espalda para observar qué hacía Haplo. El patryn no la había seguido; se había encaminado hacia Alfred para intentar rescatar al sartán de la copa del árbol. Bien, se dijo Marit. El tembleque ya remitía. Calmó su agitación interna y se obligó a estudiar el terreno con detenimiento, prestando mucha atención, en busca de posibles rastros de un enemigo.

Ya se sentía suficientemente tranquila como para hablar con Xar.

Pero no tuvo ocasión de hacerlo.

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

Alfred colgaba, desvalido, de la copa del árbol; una rama recia ensartada en la espalda de la levita sostenía al sartán como una segunda —y, en el caso de — Alfred, más firme— columna vertebral. Sus brazos y piernas se agitaban débilmente; el desmañado individuo era absolutamente incapaz de liberarse. El perro deambulaba debajo, con la boca abierta en una sonrisa y la lengua colgando, como si hubiera acorralado a un gato. Cuando llegó al lugar, Haplo levantó la vista.

— ¿Cómo has hecho para terminar así?

—Yo... no tengo la menor idea. —Alfred abrió los brazos. Después, vió la cabeza en un esfuerzo por mirar a su espalda—. Si no resultara demasiado extraño, diría que... que el árbol me ha cogido cuando pasaba ando junto a él. Por desgracia, ahora parece reacio a soltarme.

—Supongo que no habrá riesgo de que se rompa la costura de la espalda de la levita, ¿verdad? —dijo Haplo.

Alfred desplazó el peso de su cuerpo con cautela, hasta balancearse a un lado y a otro. El perro observó la escena fascinado, con la cabeza ladeada.

—Es una prenda muy bien confeccionada —respondió Alfred con una sonrisa de disculpa—. El sastre de su majestad, la reina Ana, me hizo la pieza original y quedé tan satisfecho con ella que... en fin, que desde entonces siempre me las he hecho iguales.

— ¿Que tú te haces la ropa?

—Me temo que sí.

— ¿Con la magia rúnica?

— ¡Soy un sastre bastante competente! —replicó Alfred en tono defensivo.

—Resucitar a los muertos y confeccionar ropa —murmuró Haplo—.

Precisamente lo que necesito.

Los tatuajes mágicos de su piel seguían despidiendo su leve fulgor, pero ahora empezaban a escocerle con un hormigueo. El peligro, fuera lo que fuese, estaba

—

más cerca. Miró hacia el risco. No vio a Marit, pero no esperaba que estuviera visible. Imaginó que se había ocultado a la sombra de alguna roca.

—No recuerdo que este maldito árbol fuera tan alto —comentó Hugh *la Mano*, torciendo el cuello para mirar hacia arriba—. Aunque te encarames sobre mis hombros, no lograrás alcanzarlo. Si se desabrochara la levita y sacara los brazos

de las mangas, caería a peso.

Alfred reaccionó a la sugerencia con considerable alarma.

—No creo que eso dé resultado, maese Hugh. No soy muy ducho en cosas de este tipo.

—En eso tiene razón —asintió Haplo con aire lúgubre—. Conociendo a Alfred, seguro que termina ahorcándose.

—¿No podrías bajarlo con tu magia? —Hugh dirigió una mirada a la piel iluminada del patryn.

—Usar la magia desgasta mis fuerzas igual que correr o saltar consume las tuyas. Prefiero conservarla para cosas importantes como la supervivencia y no desperdiciarla en minucias como bajar de un árbol a un sartán. —Haplo guardó la daga en el cinto y se acercó hasta el pie del árbol—. Subiré a soltarlo. Tú quédate aquí debajo, preparado para cogerlo.

Hugh *la Mano* movió la cabeza en gesto de negativa pero no se le ocurrió ninguna solución alternativa. Retiró la pipa de sus labios, la guardó en el bolsillo y se situó justo debajo del sartán colgante.

Haplo se encaramó al árbol y probó la resistencia de la rama antes de avanzar por ella. El aspecto de la rama le había hecho temer que no resistiera el peso de los dos, pero resultó ser más fuerte de lo que había calculado. Soportó su peso, y también el de Alfred, sin dificultad.

—Lo ha cogido cuando pasaba ando junto a él —repitió Haplo con aversión.

Sin embargo, había visto cosas más extrañas. La mayor parte de ellas, relacionadas con Alfred.

—Es..., es una caída tremenda—protestó el sartán con voz temblorosa—.

Puedo utilizar la magia y...

—Utilizar la magia es lo que te ha llevado a esta situación —lo interrumpió Haplo mientras avanzaba con cautela por la rama, aplastándose contra ella para distribuir más el peso.

La madera crujió. Alfred lanzó una exclamación de pánico y agitó pies y manos. La rama emitió otro crujido amenazador.

—¡Quédate quieto! —Ordenó Haplo con irritación—. ¡Harás que caigamos los dos!

Deslizó la daga entre la levita y la rama y empezó a cortar la costura.

—¿Qué..., qué quieres decir con eso de que mi magia me ha llevado a esto? —quiso saber Alfred, que había cerrado los ojos con fuerza.

—El viento no ha cogido a ninguno de los demás para intentar estrellarlo contra la montaña. Sólo a ti. Y la montaña no empezó a derrumbarse hasta que tú te pusiste a cantar esas condenadas runas.

—Pero ¿por qué?

—Repito lo de antes: dímelo tú —replicó Haplo con un gruñido.

Ya estaba a media tarea, cortando despacio con la esperanza de dejar caer a Alfred lo más suavemente posible, cuando escuchó un silbido grave. El sonido lo traspasó, abrasador como un dardo de hierro candente.

—Qué trino tan extraño —dijo Alfred.

—

—No es ningún pájaro. Es Marit. La señal de peligro.

—

. *Los hombres tigres superan en talla a la mayoría de los humanos y poseen un*

pelaje grueso y tupido y una cola larga. Pueden correr a dos patas o hacerlo a cuatro, son capaces de saltar distancias increíbles y se encuentran tan cómodos en el suelo como en los árboles. Suelen utilizar armas, pero prefieren matar con sus colmillos y sus zarpas: derribar la presa, clavar los dientes en el cuello y desgarrarle la garganta. Los hombres tigres conocen la magia rúnica y la utilizan principalmente para potenciar sus armas. No matan sólo por comida, sino también por diversión.

El patryn dio un tirón de la daga y segó el resto de la costura de un largo corte apresurado. Alfred tuvo tiempo de lanzar un grito de alarma; a continuación, se encontró cayendo. Hugh aguardaba debajo, con los pies firmemente plantados en el suelo y el cuerpo preparado. Cogió a Alfred y amortiguó su caída, pero los dos rodaron juntos por el suelo.

Desde su atalaya en el árbol, Haplo miró hacia el risco. Marit se dejó ver desde su escondite en las peñas lo suficiente como para señalar hacia su izquierda. Emitió otro silbido grave y añadió una serie de tres aullidos guturales. Hombres tigres.

Marit levantó las manos, mostró los diez dedos extendidos y repitió el gesto dos veces.

Haplo masculló un juramento. Una partida de caza; veinte, al menos, de aquellas bestias salvajes que no tenían nada de hombres, pero que eran llamadas de aquel modo porque caminaban erguidos sobre dos poderosas patas traseras y empleaban las garras delanteras, que contaban con pulgares oponibles, como manos.

Por lo tanto, podían utilizar armas y eran especialmente diestros con una conocida como zarpa de gato, cuyo propósito era más incapacitar que matar. La zarpa de gato era una pieza de madera en forma de disco con cinco afiladas «garras» de piedra en el borde, que se arrojaba con la mano o mediante una honda. Su magia era débil, en comparación con la patryn, pero muy efectiva. Allí donde golpeaba el cuerpo cubierto de tatuajes mágicos, la zarpa de gato clavaba las garras en los pequeños resquicios entre los signos, penetraba profundamente en el músculo y se adhería allí tenazmente. El arma solía lanzarse a las piernas de la víctima, y su efecto en los muslos y pantorrillas hacía caer a la presa con mortífera eficacia.

Los hombres tigres prefieren la carne fresca.

Haplo vio la mirada fugazmente hacia la montaña desmoronada que tenía a su espalda, pero ya antes de hacerlo sabía que era inútil. No podían ver a la caverna. Escrutó el horizonte y advirtió que Marit agitaba la mano, urgiéndolo a darse prisa.

Bajó del árbol. Hugh tiraba de Alfred en un intento de ayudarlo a incorporarse, pero el sartán se desplomaba como un muñeco.

—Parece que, con la caída, se ha lesionado el otro tobillo —dijo *la Mano*.

Haplo soltó un nuevo juramento, más audible y más gráfico.

— ¿A qué vienen todos esos silbidos y gestos de mano? —preguntó el asesino, dirigiendo la mirada a Marit.

La patryn ya no era visible, pues se había retirado de nuevo tras las rocas para evitar que los hombres tigres la vieran. De todos modos, si las sospechas de Haplo eran ciertas, las bestias no necesitaban verla. Sabían lo que buscaban y, probablemente, dónde encontrarlo.

—Vienen hombres tigres —anunció Haplo, conciso.

— ¿Qué son?

—

— ¿Tenéis gatos caseros en Ariano?

Hugh asintió.

— Imagina uno más grande, más fuerte y más rápido que yo, con dientes y garras proporcionados a su tamaño.

— ¡Maldición! —Hugh parecía impresionado.

— Es una partida de caza. Una veintena de esas bestias. No podemos plantarles cara; nuestra única esperanza es dejarlas atrás. Aunque no tengo idea de hacia dónde vamos a huir.

— ¿Por qué no nos ocultamos? No pueden habernos localizado todavía.

— Yo creo que saben que estamos aquí. Las han enviado para matarnos.

Hugh puso una mueca de incredulidad pero no discutió. Se llevó la mano al bolsillo, sacó la pipa, se la colgó de la boca y miró a Alfred, que se frotaba los tobillos y trataba de aparentar que el masaje le producía algún alivio.

— Lo siento de veras... —empezó a decir.

Haplo le vió la espalda.

— ¿Qué hacemos con él? —Preguntó *la Mano* en voz baja—. No puede andar, y mucho menos correr. Yo podría cargar con él.

— No. Sería demasiado peso y te retrasaría. Nuestra única oportunidad es echar a correr y no parar hasta que caigamos exhaustos. Los hombres tigres son rápidos, pero sólo en distancias cortas. No aguantan una carrera de resistencia. Un nuevo silbido urgente de Marit subrayó la necesidad de apresurarse. Haplo miró a Alfred, al perro y, de nuevo, al sartán.

— Has montado en dragón, ¿verdad?

— ¡Oh, sí! —Se pavoneó Alfred—. En Ariano. Maese Hugh lo recordará. Fue cuando seguía el rastro de Bane y...

Pero Haplo había dejado de prestarle atención. El patryn alargó el brazo en dirección al perro y empezó a pronunciar las runas en voz baja. El animal, consciente de que iba a suceder algo que tenía que ver con él, se incorporó a cuatro patas y meneó la cola. Todo su cuerpo pareció agitarse de excitación. Unos signos mágicos azules surgieron de la mano de Haplo, cruzaron el aire centelleantes y se unieron en torno al perro.

Las runas chisporrotearon sobre el cuerpo como lectrozumbadores de la Tumpa-chumpa que se hubieran vuelto locos. El perro empezó a crecer de tamaño, a expandirse y agrandarse. Pronto alcanzó la cintura del patryn; después, el hocico ya quedaba a la altura de la cabeza de aquél y, por último, se quedó mirando a su amo desde lo alto, con la lengua colgando, rociándolos a todos con una ducha de baba.

Hugh *la Mano* dio un paso atrás con una exclamación de asombro. Sacudió la cabeza y se frotó los ojos. Cuando vió a mirar, el perro era aún mayor.

— He tenido pesadillas de borracho más agradables...

Alfred, sentado en el suelo con expresión dolorida, observó al animal transformado por la magia. Haplo interrumpió el hechizo y se vió hacia el lesionado sartán. Alfred hizo un intento patético de ponerse en pie, ayudándose en una roca oportuna.

— Ya estoy mucho mejor. De verdad. Vosotros id delante. Yo...

Sus protestas dieron paso bruscamente a una exclamación de dolor. Habría

caído otra vez pero Haplo encajó el hombro en la cintura del sartán, lo levantó en andas y lo arrojó al lomo del perro antes de que Alfred supiera qué había sucedido, dónde se encontraba o si estaba boca arriba o boca abajo.

—

Una vez que hubo determinado todas estas cosas, se dio cuenta de que estaba encaramado a lomos del perro —cuyo tamaño era ahora el de un dragón joven— y a considerable altura del suelo. Exhaló un gemido lastimero, echó los brazos en torno al cuello del animal y casi lo estranguló, agarrado a él como si le fuera la vida en ello.

Haplo consiguió que el sartán aflojase la presión mortal lo bastante, al menos, como para permitir respirar al perro.

—Vamos, muchacho —dijo el patryn al animal. Después, se vió hacia el asesino—. ¿Estás bien?

Hugh *la Mano* le dirigió una mirada inquisitiva.

—Tu pueblo podría adueñarse del mundo.

—Sí —masculló Haplo—. Vámonos.

El patryn y el asesino emprendieron la carrera. El perro, con Alfred montado sobre él, bien agarrado, gimoteante y con los ojos cerrados, avanzaba tras ellos con un trotecillo relajado.

Manteniéndose a cubierto, Haplo escaló el risco hasta llegar junto a Marit. Los demás permanecieron al pie de la escarpadura de rocas, pendientes de su señal para continuar el avance.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó en un susurro aunque, para entonces, ya alcanzaba a verlo con sus propios ojos.

A la izquierda, un grupo numeroso de hombres tigres cruzaba la llanura a sus pies. Las bestias avanzaban con paso relajado, a dos patas. No se detenían a mirar a su alrededor, sino que venían directamente hacia allí. Y el grupo estaba formado por cuarenta individuos, por lo menos.

—Ésa no es una partida de caza normal —dijo Haplo.

—No —corroboró Marit—. Son demasiados, no se despliegan y no se detienen a olfatear el aire. Y todos van armados.

—El grupo entero se dirige de cabeza hacia aquí. Y nosotros, con la espalda contra la montaña. Y sin ayuda posible, ahí abajo. —Haplo contempló la extensa llanura con desánimo.

—No estoy tan segura de eso —dijo Marit, señalando con la mano a su derecha—. Mira allá, en el horizonte. ¿Qué ves?

Haplo fijó la vista donde decía. Las nubes grises flotaban a baja altura; hilos de niebla rozaban las copas de los abetos de un bosque lejano. Los picos mellados de unas montañas coronadas de nieve aparecían a la vista cuando se levantaba la niebla. Y allí, sobre el verde apagado de los abetos, a media altura en la ladera de una de las montañas...

— ¡Que me aspen! ¡Un fuego! —exclamó.

Ahora que el brillante punto anaranjado había atraído su atención, Haplo se extrañó de no haber advertido inmediatamente su presencia, pues era la única mancha de color de aquel mundo deprimente. Dejó que la esperanza, avivada por la llama, lo calentara unos instantes; después, se apresuró a apagarla a pisotones.

—Un ataque de un dragón —dijo—. Tiene que ser eso. Fíjate lo elevado que está por encima de los árboles.

Marit movió la cabeza.

—No. He estado observando el fuego mientras tú andabas ocupado con el sartán ahí abajo. Arde de forma constante, y la llama de los dragones se enciende y se apaga. Puede ser un asentamiento. Creo que deberíamos intentar llegar a él.

—

Haplo miró a los hombres tigres, que reducían progresivamente la distancia entre ellos y su presa, y vio la vista de nuevo al fuego, que seguía ardiendo con llama firme, brillante, casi desafiante, iluminando la penumbra. Debían tomar una decisión y, fuera cual fuese, debían tomarla pronto. Para dirigirse hacia el fuego tendrían que bajar del risco y aventurarse en la llanura, a la vista de los hombres tigres. Sería una carrera desesperada.

Hugh *la Mano* se acercó a Haplo arrastrándose sobre el vientre.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz ronca. Sus ojos se abrieron como platos al observar a los grandes gatos que avanzaban con determinación hacia ellos, pero no añadió nada más, aparte de otro gruñido.

—¿Qué te parece a ti? —Haplo señaló la llama.

—Un faro. Una luz de posición —aventuró Hugh—. Debe de haber una fortaleza cerca de aquí.

—No comprendes —murmuró Haplo, moviendo la cabeza—. Nuestra gente no construye fortalezas. Sólo cabañas de barro y hierba, fáciles de levantar y fáciles de abandonar. Nuestro pueblo es nómada... debido a razones como éstas —e indicó a los hombres tigres.

Hugh *la Mano* mascó la boquilla de la pipa, pensativo.

—Pues juraría que es una señal de posición. Aunque, desde luego —añadió secamente, al tiempo que retiraba la pipa de los labios—, en un lugar donde los gatos caseros tienen el tamaño de un hombre y donde los perros son grandes como árboles, podría equivocarme.

—Sea o no una señal, tenemos que intentar llegar hasta ella. No tenemos otra alternativa —insistió Marit.

Tenía razón. No quedaba otra opción. Ni tiempo para quedarse allí discutiendo. Además, si conseguían alcanzar el bosque sanos y salvos, era probable que sus perseguidores renunciaran a seguirlos. A los hombres tigres no les gustaban los bosques, territorio de sus enemigos ancestrales, los lobunos y los snogs.

Lobunos y snogs: otras amenazas que deberían afrontar. Pero... un poco de orden: una manera de morir después de otra, sin amontonarse.

—Nos descubrirán tan pronto como abandonemos nuestro escondite.

Descended el risco lo más deprisa posible y echad a correr por la llanura. Dirigíos hacia los árboles sin desviaros. Si tenemos suerte, no nos seguirán dentro del bosque. No sirve de mucho marcar un orden de marcha. Intentemos ir agrupados.

Haplo miró a su alrededor y, con un gesto, indicó al perro que se acercara.

Alfred abrió los ojos, vio el grupo de hombres tigres que avanzaba hacia ellos y, con un gemido, vio a cerrarlos.

—No te desmayes —le dijo Haplo—. Te caerías... ¡y, si lo haces, no esperes que me detenga a ayudarte!

Alfred asintió y se agarró aún más fuerte al pelaje del perro. Haplo señaló los árboles y ordenó al animal:

—Llévalo allí, muchacho.

El perro comprendió que esta vez el asunto iba en serio; lanzó una mirada ominosa a los hombres tigres y contempló el bosque con ceñuda determinación. Haplo hizo una profunda inspiración.

—Vamos allá.

Se lanzaron hacia abajo por la ladera del risco. Casi al momento, unos maullidos feroces se alzaron en el aire con un sonido espantoso que erizaba el vello

—

de la nuca y causaba escalofríos en el espinazo. Por fortuna, la pendiente estaba compuesta de afloramientos de granito, sólido y fuerte, y pudieron descender con rapidez. Después, avanzando en una trayectoria que los mantenía a distancia de los nombres tigres, el pequeño grupo alcanzó el terreno llano con ventaja sobre sus perseguidores.

De pronto, el piso se hizo llano y uniforme; la vegetación que hasta el momento había cubierto el terreno parecía segada deliberadamente para permitirles avanzar sin obstáculos. Mientras corría a grandes zancadas sobre aquella tierra oscura, casi negra, a Haplo le produjo la impresión de encontrarse en las feraces tierras de labor que se extendían sobre los lechos de musgo suspendidos en las copas de los inmensos árboles de Pryan. La idea, naturalmente, era ridícula. El suyo era un pueblo de cazadores y recolectores, de luchadores y nómadas, no de agricultores. Apartó la idea de su mente, agachó la cabeza y se concentró en mover las piernas.

El terreno llano era una ventaja para Haplo y su grupo, pero también lo era para los hombres tigres. Cuando echó una mirada atrás, Haplo vio que las bestias se habían puesto a cuatro patas y galopaban con sus poderosas extremidades sobre la tierra y la hierba rala.

Los oblicuos ojos de las criaturas despedían un fulgor verde; los colmillos relucientes y húmedos asomaban de su jadeantes bocas, sedientas de sangre, con una mueca de excitación ante la caza. El perro se había adelantado al galope; agarrado a su lomo, Alfred saltaba y se bamboleaba, lanzado arriba y abajo y zarandeado de un lado a otro. El animal cobró ventaja fácilmente sobre los que avanzaban a pie. Entonces, tras ver la cabeza hacia su amo con inquietud, empezó a aminorar la marcha para darle tiempo a alcanzarlo.

— ¡Sigue adelante! —le gritó Haplo.

El perro obedeció, aunque no parecía muy conforme con dejar atrás al patryn, y reemprendió la carrera hacia el bosque.

Un ruido seco a la izquierda de Haplo hizo que éste viera la mirada hacia donde había sonado. Los terribles bordes afilados de una zarpa de gato brillaban, muy blancos, en el suelo oscuro. El arma había fallado su objetivo, pero por muy poco. El patryn apresuró la marcha y recurrió a la magia para potenciar la fuerza y la resistencia de su cuerpo. Marit lo imitó.

Hugh *la Mano* se mantenía a su altura resueltamente cuando, de pronto, se inclinó hacia adelante y cayó de bruces al suelo, con un reguero de sangre procedente de una herida en la cabeza. A su lado yacía una zarpa de gato. Haplo se desvió de su curso para ayudar al humano. Otra de aquellas armas terribles pasó junto a él con un zumbido.

Haplo no hizo caso. Hugh estaba sin sentido.

— ¡Marit! —exclamó.

La patryn miró atrás, primero hacia él y luego hacia sus perseguidores, que

acortaban rápidamente la distancia, e hizo un breve gesto con la mano que decía: « ¡Déjalo! ¡Está acabado!».

Haplo tenía la mano bajo el hombro izquierdo de Hugh e intentaba poner en pie al humano inconsciente. Marit apareció al otro lado del asesino. Haplo notó que algo le golpeaba la espalda, pero no prestó atención. Era una zarpa de gato, pero se había estrellado contra él del revés, con las zarpas hacia afuera.

— ¡Cierra el círculo! —indicó a Marit.

—

— ¡Estás loco! —replicó ella—. ¡Conseguirás que nos maten a todos! ¿Y todo por qué? ¡Por un mensch!

Su tono era mordaz pero, cuando vió el rostro hacia Haplo, éste apreció con sorpresa y placer cierta admiración mal reprimida en la mirada de la mujer. Marit cogió a Hugh y musitó las runas en un susurro. El resplandor azul y rojo de su piel se extendió sobre el humano al tiempo que la magia de Haplo fluía también desde el otro costado. Hugh *la Mano* echó a andar otra vez, pero sus piernas obedecían ahora a las órdenes de la magia, no a su untad. Lanzado a la carrera como un sonámbulo, le recordó a Haplo el autómata de Ariano.

La magia combinada de ambos bastó para mantener en marcha al humano, pero el esfuerzo mermó la velocidad de los patryn. El bosque parecía más lejano que al principio de su desenfadada fuga. Haplo ya alcanzaba a oír a los hombres tigres, que estaban cada vez más cerca; captaba el ruido sordo de sus patas en el suelo y los ronroneos de satisfacción ante la matanza que se avecinaba.

Habían dejado de arrojar zarpas de gato. Al principio, Haplo se preguntó por qué; después, comprendió con abatimiento que las bestias habían decidido que ya no era necesario recurrir a ellas. Era evidente que la presa estaba agotándose sola. Haplo escuchó un gruñido. Marit lanzó un grito de advertencia y dejó caer a Hugh. Un bulto pesado impactó en Haplo por la espalda y arrojó al suelo al patryn. Un aliento fétido sobre su rostro lo puso al borde del vómito. Unas garras le rasgaron la carne. La magia defensiva de Haplo reaccionó con un chisporroteo de fuego rúnico azulado. El hombre tigre soltó un aullido de dolor, y el peso que soportaba el patryn desapareció de sus hombros.

Pero, si lo había alcanzado uno de los hombres tigres, los demás no andarían muy lejos. Haplo se incorporó ayudándose de las manos y se mantuvo en pie con dificultades. Escuchó los agudos gritos de batalla de Marit y la vio brevemente mientras plantaba cara a una de las bestias con una lanza. Haplo desenvainó la daga cuando otro hombre tigre lo atacó, esta vez por un flanco. Bestia y patryn rodaron por el suelo; Haplo hundió el arma una y otra vez en el cuerpo del hombre tigre mientras éste acuchillaba su rostro desprotegido con sus afiladas garras.

Un sonoro ladrado resonante, potente como un trueno, restalló encima de ellos. El perro había depositado en el suelo a Alfred y había regresado para participar en la reyerta. El animal agarró al hombre tigre que había asaltado a Haplo y empezó a sacudirlo con la intención de romperle el espino.

Y de pronto, para su asombro, Haplo escuchó gritos y voces procedentes del bosque. Unas flechas pasaron silbando sobre su cabeza y varios hombres tigres cayeron abatidos entre maullidos de dolor.

De entre los árboles apareció un grupo de patryn que hizo retroceder a los hombres tigres con una lluvia de lanzas y jabalinas. Otra andanada de flechas obligó a las bestias a huir a través de la llanura, llenas de rabia y frustración.

Haplo había quedado aturdido y ensangrentado; los cortes de su rostro lo abrasaban.

—Marit... —murmuró, tratando de localizarla entre la confusión.

La vio sobre el cuerpo de un hombre tigre, empuñando una lanza ensangrentada. Se relajó al encontrarla ilesa. Varios patryn se habían encargado de Hugh (*a Mano* y, aunque evidentemente perplejos a la vista de un hombre cuya piel carecía de tatuajes, lo transportaban con cuidado pero a toda prisa al abrigo del bosque.

—

Haplo se preguntó cansadamente qué opinión se habrían formado de Alfred.

Una mujer hincó la rodilla a su lado.

— ¿Puedes caminar? Hemos tomado por sorpresa a esas bestias, pero una manada tan numerosa no tardará en recobrar el valor. Vamos, te ayudaré.

La mujer alargó su mano para tomar la de Haplo y ayudarlo a ponerse en pie, quizá para compartir su magia con él, pero alguien se adelantó a ella. La mano de Marit asió la de Haplo.

—Gracias, hermana. Ya tiene quien lo ayude.

—Está bien, hermana —respondió la mujer con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Se incorporó y vió la vista hacia las bestias, que se habían retirado pero acechaban a prudente distancia.

Haplo se puso en pie, magullado, con la colaboración de Marit. Se había torcido una rodilla al caer y, cuando intentó apoyar el peso en ella, una punzada de dolor le recorrió la pierna. Levantó una mano para tocarse el rostro con mucho cuidado y, al retirarlo, vio los dedos rojos de sangre.

—Has tenido suerte; por poco, las garras te vacían un ojo —le dijo Marit—.

Ven, apóyate en mí.

La lesión de Haplo no era grave; podría haber probado a andar sin ayuda.

Pero no tenía especiales deseos de hacerlo. Rodeó con su brazo los hombros de Marit y los fuertes brazos de la mujer le rodearon la cintura y lo sostuvieron.

—Gracias —dijo él en voz baja—. Por esto y por...

Ella lo interrumpió:

—Ahora estamos en paz. Tu vida por la mía.

Y, aunque el tono de su voz era gélido, su contacto era afectuoso. Haplo intentó sondear en sus ojos, pero Marit mantuvo la mirada apartada de él. El perro, que había recuperado su tamaño normal, retozaba de nuevo a su lado, alegremente. Cundo dirigió la vista hacia el bosque, descubrió a Alfred de pie, apoyado sobre una sola pierna como un ave desgarrada y retorciéndose las manos con inquietud. Los patryn habían trasladado a Hugh *la Mano* hasta los árboles. El asesino. El asesino había recuperado el sentido y ya intentaba incorporarse, rechazando la ayuda de los rescatadores y rehuendo la curiosidad y el desconcierto que despertaba en ellos.

—Si no te hubieras detenido para ayudar al mensch, habríamos llegado al bosque sanos y salvos —dijo Marit bruscamente—. Ha sido una estupidez. Deberías haberlo dejado.

—Los hombres tigres lo habrían matado.

— ¡Pero si, según tú, no puede morir!

—Sí que puede —replicó Haplo. Posó la pierna herida en el suelo inadvertidamente, y una mueca de dolor le cruzó el rostro—. Luego, vuelve a la

vida y recupera también la memoria. Y los recuerdos son peor aun que la agonía.
—Hizo una breve pausa y añadió—: Nos parecemos mucho, ese humano y yo...
Marit permaneció callada y pensativa. Haplo se preguntó si habría comprendido lo que le contaba. Casi habían llegado al lindero del bosque; la patryn se detuvo y lo miró de soslayo.
—El Haplo que conocía lo habría dejado atrás.
¿Qué quería decir con eso? El tono de voz no lo revelaba. ¿Era una alabanza ambigua?
¿O una acusación?

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

Los hombres tigres lanzaron aullidos de frustración cuando los patryn penetraron en el bosque.
—Si tú y tus amigos podéis seguir un poco más antes de descansar para curaros —dijo la mujer a Haplo—, deberíamos continuar adelante. Se han dado casos en que los hombres tigres han seguido a sus presas al interior del bosque. Y un grupo tan numeroso no se dará por vencido fácilmente.
Haplo miró a su alrededor. Hugh *la Mano* estaba pálido y tenía la cabeza cubierta de sangre, pero se mantenía en pie. No comprendía las palabras de la mujer, pero adivinaba a qué se referían. Cuando vio la mirada inquisitiva de Haplo, asintió gravemente.
—Puedo seguir.
Haplo dirigió la mirada a Alfred. El sartán vía a pisar con ambos pies con la firmeza y seguridad de costumbre (lo cual, en el caso de Alfred, significaba tropezar con cualquier raíz que sobresaliera un poco del suelo, y así sucedió ante los ojos de Haplo). Tras recuperar el equilibrio, dirigió una sonrisa al patryn y agitó las manos. Cuando habló, lo hizo en el idioma de los humanos, como había hecho Hugh.
—He aprovechado el tumulto... Cuando han salido a ayudaros, mientras nadie miraba, yo... en fin, la idea de tener que montar otra vez en ese perro... He creído que sería más sencillo...
—Es decir, te has curado a ti mismo —resumió Haplo.
También empleó el lenguaje humano. Los patryn, que los observaban, habrían podido utilizar su magia para comprender aquella lengua mensch, pero habían decidido no hacerlo; por cortesía, probablemente. Sin embargo, no habrían necesitado la magia para entender el idioma sartán, una lengua basada en las runas. Quizá no les gustara, pero no tendrían dificultades en reconocerla.
—Sí, me he curado —confirmó Alfred—. Lo he considerado preferible. Ahorra tiempo y problemas...

—

—Y preguntas indiscretas —añadió Haplo con suavidad.
Alfred miró a hurtadillas a los otros patryn y se ruborizó.
—Eso, también.
Haplo suspiró y se preguntó cómo no había caído antes en ello. Si los patryn

descubrían que Alfred era un sartán —su enemigo ancestral, un enemigo al que aprendían a odiar desde el momento mismo en que alcanzaban a comprender qué era el odio—, no había modo de saber cuál sería su reacción. Muy bien, se dijo: intentaría mantener la ficción de que Alfred era un mensch, igual que Hugh. Ya sería bastante difícil explicar la presencia de éste, pues la mayoría de los patryn aún encerrados no habrían oído hablar jamás de las razas llamadas «inferiores». En cambio, todos sabrían quién era un sartán.

Alfred miró de soslayo a Marit.

—No te traicionaré —murmuró ella en tono despreciativo—. Al menos, por ahora. Podrían descargar su ira sobre todos nosotros.

Con una mirada mordaz al sartán, se separó del lado de Haplo. Varios de los patryn empezaban a adelantarse al grupo para explorar el camino que iban a recorrer. Marit se unió a ellos.

Haplo concentró sus pensamientos en los peligros más inmediatos.

—Mantente cerca de Hugh —ordenó a Alfred—. Adviértele que no haga ninguna mención de los sartán. Es mejor que no les demos ideas.

—Entiendo. —Alfred siguió con la mirada a Marit, que avanzaba entre varios patryn—. Lo siento, Haplo —añadió en un susurro—. Por culpa mía, tu gente se ha convertido en tu enemigo.

—Olvidalo —respondió Haplo con expresión sombría—. Limitate a hacer lo que te diga. Aquí, muchacho.

Llamó al perro con un silbido y emprendió la marcha, renqueante. Alfred se retrasó hasta que Hugh le dio alcance.

Los patryn dejaron solos a Tos dos extraños, aunque Haplo advirtió que varios de ellos ocupaban posiciones en retaguardia con la vista fija en Hugh y Alfred y con las armas siempre a mano.

La mujer que dirigía lo que Haplo había tomado por una partida de caza se acercó a él y avanzó a su paso. Estaba rebosante de preguntas; Haplo advirtió el destello luminoso de la curiosidad en sus ojos castaños. Pero no le hizo ninguna. Le correspondía al jefe de la tribu interrogar a un forastero... aunque fuera el más extraño de los forasteros.

—Me llamo Haplo —se presentó, llevándose la mano brevemente a la runa del corazón, trazada en su pecho izquierdo. No era necesario que dijera su nombre, pero lo hizo por cortesía y para demostrar su gratitud por haberlo rescatado.

—Yo soy Kari —respondió ella con una sonrisa, y también rozó su runa del corazón con los dedos.

La mujer era alta y delgada, con los músculos firmes de una corredora. No obstante, debía de ser una pobladora; si no, ¿qué hacía liderando una partida de caza?

—Ha sido una suerte que os presentarais tan oportunamente —comentó Haplo, renqueante.

Kari no se ofreció a ayudarlo; hacerlo habría sido un insulto hacia Marit, que había demostrado tener cierto interés por Haplo. La mujer aminoró el paso para acoplarse al de éste. Mientras caminaban mantenía una discreta vigilancia, pero no parecía especialmente preocupada de que los siguieran.

—*Probablemente se refiere al «mal del Laberinto», una forma de locura que afecta a los patryn, provocada por los sucesos terroríficos y la dureza de la vida en el Laberinto.*

Haplo no veía en los signos mágicos de su piel ninguna indicación de que los hombres tigres fueran tras ellos.

—No ha sido casualidad —respondió Kari con calma—. Nos han enviado a socorremos. El jefe ha creído que podíais estar en dificultades.

Esta vez fue Haplo quien se consumió de ganas de hacer preguntas, pero — por cortesía, claro— se abstuvo de interrogar a la mujer. Era privilegio del jefe explicar sus razones para hacer las cosas. Desde luego, el resto de la tribu no se atrevería nunca a ofrecer explicaciones por su cuenta o a poner sus palabras en boca de otro.

Llegados a este punto, la conversación se hizo entrecortada. Haplo miró en torno a sí con un nerviosismo que no era nada fingido.

—No te preocupes —dijo Kari—. Los hombres tigres no nos persiguen.

—No era eso —respondió Haplo—. Antes de topar con ellos, descubrimos un fuego. Temía que tal vez un dragón estuviera atacando algún poblado cercano...

Kari lo observó, divertida.

—Tú no conoces gran cosa sobre dragones, ¿verdad?

Haplo sonrió y se encogió de hombros. Por lo menos, lo había intentado.

—Está bien, de modo que no es un fuego de dragón...

—El fuego es nuestro —le informó Kari—. Nosotros lo cuidamos.

Haplo movió la cabeza.

—Entonces, quizá sois vosotros los que no sabéis mucho de dragones. El resplandor puede verse desde lejos...

— ¡Naturalmente! —Kari seguía mirándolo divertida—. Para eso está. Por eso lo prendemos en lo alto de la torre. Es un fuego de bienvenida.

Haplo frunció el entrecejo.

—Perdona que diga esto, Kari, pero si vuestro jefe ha tomado esta decisión, me temo que sufra del mal. Me sorprende que no os hayan atacado antes.

—Lo han hecho muchas, muchísimas veces —respondió Kari como si tal cosa—. Mucho más en generaciones anteriores que ahora, desde luego. Hoy en día, muy pocas cosas del Laberinto son lo bastante fuertes o atrevidas como para atacarnos.

— ¿Generaciones pasadas? —Haplo se quedó boquiabierto.

¿Quién era capaz de hablar de generaciones pasadas, ? Allí, pocos niños conocían a sus propios padres. Bien, a veces, en alguna tribu numerosa de pobladores, alguien era capaz de remontar su ascendencia a un padre jefe, pero eran casos raros. En general, las tribus terminaban barridas o dispersadas y los supervivientes se incorporaban a otros grupos que los asimilaban.

, el pasado no se remontaba más allá del día anterior. Y del futuro no se hablaba jamás.

Haplo abrió la boca y la cerró otra vez. Insistir en sus preguntas sería ineducado. Ya se había extralimitado suficiente. De todos modos, se sentía incómodo y echó más de un vistazo a los reveladores signos mágicos de su piel. Nada de aquello tenía sentido. ¿Acaso estaban siendo atraídos a alguna clase de trampa rebuscada?

Al fin y al cabo, se recordó a sí mismo, se hallaban en el corazón del Laberinto, en el mismo inicio de aquel mundo terrible.

—Vamos, habla sin miedo, Haplo —lo instó Kari, percibiendo su incomodidad, tal vez su suspicacia—. ¿Qué pregunta te ronda la cabeza?

—He venido aquí con un propósito —le confió él—. Busco a una persona, una niña. Debe de tener siete, quizás ocho puertas de edad. Se llama Rué.

Kari asintió con calma.

— ¿La conoces? —A Haplo se le aceleró el pulso, esperanzado. No podía creerlo. Haberla encontrado ya...

—Conozco a varias —respondió Kari.

— ¡A varias! ¿Pero cómo...?

—Rué no es un nombre fuera de lo común —dijo Kari con una sonrisa de complicidad.

—Yo... supongo que no —murmuró Haplo.

Para ser sincero, nunca había pensado en ello; nunca había considerado la posibilidad de que hubiera más de una niña con aquel nombre . No estaba acostumbrado a pensar en la gente por su nombre. No recordaba el de sus padres, ni el del jefe de la tribu en la que había crecido. Incluso Marit había sido «la mujer», cuando pensaba en ella. Y el Señor del Nexo era sólo eso, su señor. Bajó la vista hacia el perro, que trotaba a su lado. El animal le había salvado la vida... y él no se había molestado nunca en ponerle un nombre, siquiera. Sólo después de haber cruzado la Puerta de la Muerte, después de haber penetrado en los mundos de los mensch, había tomado verdadera conciencia de los nombres y había empezado a pensar en la gente como seres individuales, seres importantes, distintos y separados.

Y no era el único que tenía problemas con los nombres. vió la cabeza hacia Alfred, que avanzaba trastabillando, tropezando con cualquier obstáculo que surgía o incluso resbalando en el trecho más llano del camino, si no encontraba otra cosa.

« ¿Cuál es tu verdadero nombre, sartán? —se preguntó Haplo súbitamente—.

¿Y por qué no se lo has revelado nunca a nadie?»

Los patryn habían recorrido una larga distancia. Haplo tenía cada vez más problemas con la pierna, que le producía un dolor terrible, hasta que Kari, finalmente, ordenó un alto. La penumbra grisácea empezaba a hacerse más oscura; la noche se acercaba. Viajar por el Laberinto era peligroso a cualquier hora, pero mucho más después de anochecer.

Llegaron a un claro del bosque, cerca de un riachuelo. Kari lo examinó, consultó con los suyos y anunció que acamparían allí a pasar la noche.

—Aprovechad para curaros —indicó a Haplo—. Os prepararemos comida.

Después, dormid en paz. Nosotros montaremos guardia.

Los patryn les ofrecieron un plato caliente, cocinado en una pequeña fogata que encendieron en el centro del claro. Haplo se quedó asombrado de su osadía, pero no dijo nada. Presentar cualquier tipo de protesta habría equivalido a cuestionar la autoridad de Kari, y —como extranjero y como persona que había sido rescatada por ella—no tenía derecho a hacerlo. De todos modos, experimentó cierto alivio al observar que los patryn eran, al menos, lo bastante juiciosos como para no permitir que el fuego humeara.

Una vez atendidos los invitados, Kari les preguntó cortésmente si podía proveerlos de algo más.

—

—Tus dos amigos no hablan nuestro idioma —dijo, al tiempo que dirigía una mirada a Hugh y Alfred—. ¿Tienen las mismas necesidades que nosotros? ¿Podemos ofrecerles algo en especial?

—No —respondió Haplo—. Gracias.

Con todo, tuvo que reconocer la habilidad de la mujer. También el suyo había sido un buen intento.

Kari asintió y se alejó. Estableció las guardias y apostó centinelas en el suelo y en los árboles. Después, ella y el resto de su gente se sentaron a cenar, sin hacer ninguna indicación a Haplo y los demás para que se unieran al grupo. Aquello podía entenderse como una mala señal —uno no compartía la comida con su enemigo— o, al contrario, podía ser una muestra de cortesía, como si Kari y los suyos consideraran que los dos extraños estarían más cómodos a solas con sus compañeros, dado que no hablaban el idioma patryn.

Marit regresó y se unió en silencio a Haplo y los otros, sin levantar la vista de su comida, una mezcla de carne seca y fruta envuelta en hojas de parra y cocida. El perro compartió el plato de Haplo; después, se tumbó de costado y, con un suspiro de fatiga, se quedó profundamente dormido.

— ¿Qué sucede, Haplo? —Preguntó *la Mano* sin levantar la voz—. Puede que esa gente nos haya salvado la vida, pero no parece muy amistosa. ¿Ahora somos sus prisioneros? ¿Por qué nos quedamos con ellos?

—Te equivocas de medio a medio —respondió Haplo con una sonrisa—.

Recelan de nosotros. No han visto nunca a nadie como vosotros y no comprenden. No; no somos prisioneros suyos. Podemos marcharnos cuando nos apetezca y no pondrán reparos. Pero viajar por el Laberinto es peligroso, como habéis comprobado. Tenemos que descansar, curar nuestras heridas y recuperar fuerzas. Ellos nos llevarán a su poblado...

— ¿Pero cómo sabes que puedes confiar en ellos? —insistió Hugh.

—Porque son de los míos —replicó el patryn.

Hugh no se dio por vencido.

—También ese pequeño asesino, Bane, era uno de los míos. Igual que su maldito padre.

—Entre nosotros, en este lugar, en esta cárcel, las cosas son distintas.

Durante generaciones, desde que fuimos confinados aquí, hemos tenido que trabajar en colaboración por mera cuestión de supervivencia. Desde el momento en que nacemos, nuestras vidas están al cuidado de otros, sea de nuestros padres o de absolutos extraños. Eso no importa. Y así sigue siendo a lo largo de nuestra existencia. Ningún patryn haría daño, mataría o... o...

— ¿O traicionaría a su señor? —intervino Marit.

La patryn arrojó la comida al suelo con gesto enérgico, se puso en pie de un salto —despertando al perro, que se incorporó sobresaltado— y se alejó.

Haplo se dispuso a llamarla, titubeó y no llegó a hacerlo. ¿Qué podía decirle?

Los demás patryn habían dejado de hablar para observarla y se preguntaban qué sucedería y adonde iría. Marit cogió un pellejo de agua y se encaminó al arroyo, donde fingió llenarlo. No había luna ni estrellas, pero el resplandor de la fogata se reflejaba en las hojas de los árboles y en la superficie del agua, proporcionando suficiente luz como para distinguir el camino. La patryn tuvo buen cuidado de no apartarse de la luz; lo contrario era buscarse problemas. El resto de los patryn vieron a la cena y a la charla. Kari siguió a Marit con la vista y luego dirigió una mirada fría y pensativa hacia Haplo.

Éste maldecía su propia estupidez. ¿En qué había estado pensando? «Los míos... un pueblo tan superior.» Empezaba a parecerle que oía las palabras de un sartán. Bueno, al menos, de uno como el difunto Samah; desde luego, no de Alfred, un sartán que tenía dificultades para sentirse superior a las lombrices. — ¿Entonces, qué quieres decir con eso? —preguntó Hugh, rompiendo el incómodo silencio.

—Nada —murmuró Haplo—. No importa.

Aunque quizá deberían recelar de aquellos patryn, en realidad. «Nos han enviado a buscaros.» Los hombres tigres también habían sido enviados a buscarlos. Y él mismo estaba mintiendo a los suyos, los estaba engañando al ocultar entre ellos al enemigo ancestral.

Un patryn que había acompañado a Marit durante el día se acercó al arroyo y se dispuso a sentarse a su lado. Ella le vio la espalda y apartó el rostro. El patryn se encogió de hombros y se alejó.

Haplo se incorporó dolorosamente y se acercó al agua, renqueante. Marit estaba sentada a solas, con los hombros hundidos, las piernas recogidas y la barbilla apoyada en las rodillas. Una vez, en tono burlón, Haplo había descrito aquella postura como «hacerse una pelota».

Al oír sus pasos, Marit levantó la vista con expresión ceñuda, dispuesta a repeler cualquier intromisión. Al observar que se trataba de él, se relajó un poco y no lo despidió con cajas destempladas, como Haplo temía.

—He venido por un poco de agua —dijo estúpidamente.

Ella no respondió. Su torpe comentario no merecía respuesta. Haplo se inclinó, usó la mano como cuenco y bebió, aunque en realidad no tenía sed. Después, se sentó a su lado. Marit no lo miró, sino que mantuvo la vista fija en el agua clara, fría e impetuosa.

—He preguntado por nuestra hija —informó Haplo—. En el poblado hay varias niñas de su edad que se llaman Rué. No sé por qué, pero no esperaba una cosa así.

Ella no dijo nada. Mantuvo la vista en el arroyo, cogió un palo y lo arrojó a la corriente. El agua cambió de curso, sorteó el obstáculo formando ondas y remolinos y continuó fluyendo.

—Detesto este lugar —dijo Marit de improviso—. Lo aborrezco, lo temo... Salí de él, pero en realidad nunca lo he dejado. Sueño con él, siempre. Y, cuando me encontré de nuevo aquí, tuve pánico pero una parte de mí..., una parte de mí... Tragó saliva, frunció el entrecejo y sacudió la cabeza con gesto de irritación.

—...se sintió como si viera a casa —la ayudó a terminar Haplo.

Marit parpadeó aceleradamente.

—Pero no es así —replicó con tono grave—. No puedo. —vió la cabeza hacia los patryn agrupados en torno a la fogata—. Soy distinta. —Hubo otro momento de silencio y, a continuación, añadió—: Te referías a eso, ¿no?

— ¿Cuando he dicho que Hugh y yo éramos parecidos? —Haplo sabía perfectamente cuáles eran Tos pensamientos y los sentimientos de Marit—. Ahora empiezo a comprender por qué los sartán pusieron ese nombre a la Puerta de la Muerte. Cuando cruzamos esa Puerta, tú y yo morimos en cierto modo. Por eso, cuando ahora intentamos ver aquí, regresar a nuestra antigua vida, no resulta posible. Los dos hemos cambiado. Los dos hemos sido cambiados.

Haplo sabía qué había causado su cambio. Y se preguntó con gran interés qué habría sucedido para cambiar a Marit.

—Pero cuando estaba en el Nexo no me sentía así —protestó ella.
—Eso se debe a que estar en el Nexo no es abandonar del todo el Laberinto. Desde el Nexo se ve la Última Puerta y todos los pensamientos están concentrados. Se sueña con él, como tú misma has dicho. Se siente el miedo. Pero ahora sueñas con otras cosas, con otros lugares...
¿Y Hugh? ¿Soñaba *la Mano* con aquel refugio de paz y de luz que había descrito? ¿Era eso lo que hacía tan penoso, tan difícil regresar?
¿Y cuáles eran los sueños de Marit?
Fueran cuales fuesen, era evidente que no iba a contárselos.
—, el círculo de mi ser sólo abarcaba a mi persona —continuó Haplo—. En realidad, nunca se amplió a nadie más, ni siquiera a ti. Marit lo miró fijamente.
—Igual que el tuyo, en realidad, no me abarcó nunca a mí —añadió con suavidad.
Ella apartó la vista otra vez.
—Nada de nombres —prosiguió Haplo—. Sólo rostros. Círculos que se tocaban, pero que nunca se unían...
Con un estremecimiento, Marit emitió un sonido inarticulado; él dejó de hablar y esperó a que dijera algo.
Ella guardó silencio.
Haplo había tocado algún punto muy sensible de Marit, aunque no sabía cuál. Continuó hablando con la esperanza de sonsacárselo.
—, mi círculo era un caparazón que me protegía de experimentar sentimientos. Así me proponía seguir pero, primero, el perro rompió el círculo y, después, cuando crucé la Puerta de la Muerte, hubo otra gente que, por decirlo así, caló en mi corazón. Mi círculo creció y se expandió.
»Yo no quería, no era mi propósito, pero ¿qué alternativa tenía? Se trataba de eso, o morir. Ahí fuera he conocido un miedo peor que cualquier espanto del Laberinto. Curé a un joven, un elfo. Y fui curado por Alfred, mi enemigo. He visto maravillas y horrores. He conocido la felicidad, el dolor y la pena. He llegado a conocerme a mí mismo.
» ¿Qué fue lo que me cambió? Me gustaría achacarlo a esa cámara. A esa Cámara de los Condenados. La Séptima Puerta de Alfred. Una vislumbre de ese «poder superior» o lo que fuese. Pero no creo que fuera ésa la causa. Fue Limbeck y sus discursos. Y Jarre, llamándole bobo. Fue la enana, Grundle, y la muchacha humana, Alake, que murió en mis brazos.
»Fue incluso ese grupito irritante de mensch de Pryan, en permanente disputa: Paithan, Rega, Roland y Aleatha. Me acuerdo de ellos y me pregunto si habrán conseguido sobrevivir.
Sonrió y movió la cabeza. Después, se tocó la piel del antebrazo. Los tatuajes emitían un leve resplandor, advirtiendo de algún peligro, pero de un peligro aún lejano.
—Deberías haber visto —continuó— la mirada de los mensch la primera vez que vieron encenderse las runas de mi cuerpo. Creí que a Grundle iban a salirse los ojos de las órbitas. Ahora, me siento entre mi propia gente como me sentía entre los mensch: soy diferente. Mis viajes han dejado huella en mí y sé que ellos lo perciben. No podré ver a ser uno de ellos nunca más.

—
Haplo esperó a que Marit dijera algo, pero no hizo el menor comentario. Hundió otro palo en el agua y se apartó de Haplo, rechazando su proximidad. Era evidente que deseaba estar sola.

Haplo se incorporó y regresó cojeando hasta su lecho para entregarse al reposo curativo —durante el tiempo que fuera posible— y tratar de dormir.

—Xar —suplicó Marit en silencio cuando Haplo se hubo marchado—. Esposo mío, mi Señor, ayúdame y guíame, te lo ruego. Estoy tan asustada, tan desesperadamente asustada. Y desamparada. Ya no reconozco a mi propia gente. Ya no formo parte de ella.

—¿Y me echas la culpa de ello? —replicó Xar con suavidad.

—No —dijo Marit, mientras hundía de nuevo el palo en el agua—. La culpa es de Haplo. Ha sido él quien ha traído aquí al mensch y al sartán. Su presencia nos pone a todos en peligro.

—Sí, pero puede resultarnos conveniente, al final. Dices que estáis al principio del Laberinto. Ese poblado, por lo que dices, debe de ser increíblemente grande, mucho mayor que cualquiera del que tuviese noticia. Esto me conviene. He trazado un plan.

—Sí, mi Señor. —Marit se sintió aliviada, inmensamente aliviada. Xar iba a aliviar la carga de sus hombros.

—Cuando llegues al poblado, esposa, quiero que hagas lo siguiente...

La oscuridad era ahora mucho más intensa; Haplo apenas alcanzó a reconocer el camino de vuelta al campamento. Hugh lo recibió con una expresión de esperanza que se borró de su rostro cuando observó que el patryn traía las manos vacías.

—Pensaba que habías ido a buscar más comida.

—No hay nada más —respondió Haplo con un gesto de cabeza—. Aquí tenemos un refrán: «Cuanto más hambriento estás, más deprisa corres».

La Mano refunfuñó y, con una mueca sombría, acudió al arroyo a llenar el estómago con agua. Se desplazó hasta allí silencioso y sigiloso, como lo hacía siempre. Como había aprendido a moverse. Marit no lo oyó acercarse y, cuando apareció junto a ella, la patryn dio un violento respingo.

—Un respingo culpable —le contó más tarde a Haplo, al describirle el incidente—. Y habría jurado que la oí hablar con alguien.

Haplo descartó tan posibilidad; ¿qué otra cosa podía hacer? Marit le ocultaba algo, de eso estaba seguro. Ardía en deseos de confiar en ella, pero no podía. ¿Y ella? ¿Sentiría lo mismo por él? ¿Desearía confiar en él? ¿O estaría feliz y satisfecha de odiarlo?

Marit vió al lugar de acampada y, uniéndose al círculo de los patryn, arrojó el odre del agua en su centro como presente. Tal vez estaba dispuesta a demostrar que ella, al menos, aún se sentía integrante de su gente.

Kari extendió una invitación a Haplo para que hiciera lo mismo. El patryn podría haberse unido a ellos de haber querido, pero estaba demasiado cansado y dolorido como para moverse. Tenía la pierna casi incapacitada y los arañosos del rostro seguían abrasándole. Necesitaba curarse a sí mismo y cerrar el círculo de su ser... como mejor pudiera, teniendo en cuenta que el círculo estaba roto y así seguiría para siempre.

Improvisó un lecho de agujas de abeto secas y se acostó en él.

Hugh *la Mano* se sentó a su lado.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció el asesino sin alterarse.

—

—No, nada de eso —indicó Haplo—. Sería un insulto; daría la impresión de que desconfiamos de ellos. Acuéstate y descansa. Tú, también Alfred.

Hugh hizo ademán de iniciar una protesta; después, se encogió de hombros y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en un tronco nudoso.

— ¿Alguna norma dice que tengo que dormir? —preguntó, al tiempo que cruzaba las piernas y sacaba la pipa.

Haplo le dirigió una sonrisa cansada.

—Por lo menos, que no se te note demasiado... —Dio unas palmaditas al perro, que se había echado a su lado. El animal levantó la cabeza perezosamente, lo miró con un parpadeo y vio a sus sueños.

Hugh *la Mano* se colgó la pipa de los labios.

—No te preocupes. Si alguien me pregunta, diré que padezco de insomnio. De insomnio eterno.

Dirigió una mirada torva a Alfred. El sartán se ruborizó, y el resplandor del fuego del campamento contribuyó a incrementar el color de su rostro. Llevaba un rato buscando un rincón donde dormir pero, primero, se había golpeado en la cabeza con una roca medio enterrada y más tarde se había instalado, al parecer, sobre un hormiguero, pues de improvisto se había puesto en pie de un salto y había empezado a darse palmadas en las piernas.

— ¡Basta! —le ordenó Haplo, irritado—. Estás llamando la atención.

Alfred se apresuró a dejarse caer al suelo otra vez. Una leve expresión de dolor cruzó su rostro. Tanteó con una mano el suelo bajo su cuerpo, sacó una pina y la arrojó lejos. Al advertir la mirada de desaprobación de Haplo, el sartán se tumbó sobre la tierra y trató de aparentar que estaba cómodo. Con disimulo, su mano se deslizó de nuevo bajo su huesudo trasero y sacó otra pina.

Haplo cerró los ojos e inició el proceso curativo. Poco a poco, el dolor de la rodilla remitió y los cortes ardientes del rostro se cerraron. Pero él tampoco podía conciliar el sueño. El insomnio eterno, lo había denominado Hugh.

Los otros patryn montaron la guardia y apagaron el fuego. Los envió la oscuridad, rota sólo por el leve resplandor de los signos mágicos de su piel. El peligro los acechaba en todo instante.

Marit no vio con el grupo ni se quedó con Kari y los suyos, sino que escogió para dormir un lugar equidistante de ambos.

Hugh dio una chupada a la pipa vacía. Alfred se puso a roncar. El perro cazó algo en un sueño.

Y en cuanto a Haplo, en el preciso instante en que había llegado a la conclusión de que no iba a pegar ojo, se quedó dormido.

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

Xar había tomado una decisión. Había establecido sus planes. Ahora se disponía a ponerlos en marcha. Había convenido con Marit que los patryn del

Laberinto se ocuparan de Haplo y lo protegieran hasta la llegada de Sang-drax. En cuanto a éste, Xar había llegado a la conclusión de que la lealtad de la serpiente dragón no era un factor importante. Después de mucho reflexionar, el Señor del Caos estaba seguro de que la principal motivación de Sang-drax era el odio: la serpiente dragón aborrecía a Haplo y quería vengarse de él. No descansaría hasta dar con Haplo y destruirlo. Pero eso llevaría algún tiempo; incluso para alguien tan poderoso como Sang-drax, el Laberinto no resultaría fácil de atravesar. Para cuando tuviera sus anillos enroscados en torno a Haplo, Xar estaría allí para ocuparse de que su presa no quedara maltratada hasta el punto de resultar inservible.

El problema inmediato de Xar era la muerte de los mensch. Dado su poder y su dominio de la magia, la eliminación de dos elfos, dos humanos y un enano (ninguno de ellos excesivamente inteligente) no debería ser un trastorno. El Señor del Nexo podría haberlos destruido a todos de golpe con unos cuantos pases de manos y un par de palabras. Pero no era la manera de morir lo que lo preocupaba, sino el estado de los cadáveres después de la muerte.

Durante un par de días, estudió a los mensch en diversas circunstancias y llegó a la conclusión de que ni siquiera muertos serían capaces de resistir a los titanes. El elfo era alto pero muy delgado, con una estructura ósea frágil. El humano tenía buena talla, sus huesos eran fuertes y su musculatura potente; por desgracia, parecía estar sufriendo las fiebres de un amor contrariado y, en consecuencia, había descuidado en gran manera aquel cuerpo. La humana era más baja, pero musculosa. El enano, pese a su corta estatura, tenía la fuerza de los de su raza y era lo mejor de aquel mal lote. La muchacha elfa ni contaba.

—

Así pues, era fundamental que los mensch fueran, en su muerte, mejores que cuando estaban vivos. Sus cadáveres tenían que ser fuertes y sanos. Y, sobre todo, tenían que estar dotados de la potencia y la resistencia de las que carecían sus cuerpos vivos. El mejor modo de eliminarlos era mediante el veneno, pero tenía que ser una pócima especial: algo que matara el cuerpo y, al mismo tiempo, lo hiciera más sano. Una paradoja de lo más intrigante.

Xar empezó por una botella de agua corriente. Mediante la magia rúnica, actuando sobre las posibilidades, transformó la estructura química del agua. Al final, confió en haberlo conseguido: había elaborado un elixir que mataría, no inmediatamente sino al cabo de un breve plazo, una hora más o menos, durante la cual el cuerpo iniciaría un rápido desarrollo de los tejidos muscular y óseo, en un proceso que sería potenciado después mediante la nigromancia.

El veneno tenía un pero: los cuerpos se gastarían mucho más deprisa que los cadáveres ordinarios. Pero Xar no necesitaba mucho tiempo a los mensch; sólo el suficiente como para que él pudiera alcanzar la nave.

Cuando tuvo preparado el elixir, con su aditivo final de un agradable aroma a vino con especias, Xar preparó un banquete. Elaboró con su magia suculentos platos, vertió el vino envenenado en una gran jarra de plata que colocó en el centro de la mesa y fue al encuentro de los mensch para invitarlos a una fiesta.

La primera con quien se tropezó fue la humana, cuyo nombre no conseguía recordar nunca. Con sus modales más encantadores, el Señor del Nexo le pidió que lo acompañara aquella noche en una cena de los más deliciosos manjares, cortesía de sus facultades mágicas. Instó a la muchacha a que invitara a todos los

demás, y Rega, excitada con aquel cambio en la monotonía habitual, se apresuró a hacerlo.

Fue en busca de Paithan. Sabía dónde encontrarlo, naturalmente. Cuando llegó a la puerta de la Cámara de la Estrella, se asomó al interior.

— ¿Paithan? —dijo desde allí, dudando de si entrar. No había vuelto a pisar la cámara desde que la máquina maldita casi la había dejado ciega—. ¿Puedes venir aquí fuera? Tengo que decirte una cosa.

— ¡Hum...! No puedo salir en este momento, querida. Es decir, en fin, puede que tarde un rato en...

— ¡Pero es algo importante, Paithan!

Rega penetró un paso en la sala, titubeante. La voz de Paithan venía de una dirección rara.

—Tendrá que esperar... Ahora no puedo... Me he metido en un pequeño... No estoy seguro de cómo nacer para bajar de aquí, ¿ves?

Rega no veía nada, al menos de momento. Su irritación venció por fin al temor a la luz y se adentró en la Cámara de la Estrella. Con los brazos en jarras, recorrió la sala con la mirada.

—Paithan, déjate de juegos ahora mismo. ¿Dónde estás?

—Aquí..., aquí arriba...

La voz de Paithan le llegó desde lo alto. Perpleja, Rega vió la cabeza y miró en la dirección de la que parecía proceder.

— ¡En el nombre de los antepasados, Pait! ¿Qué haces ahí?

El elfo, encaramado en el asiento de una de las enormes sillas, la miró desde lo alto. Su expresión y su voz reflejaban un gran apuro.

—He subido para... hum... En fin, para observar las cosas desde aquí. La vista, ya sabes.

—

— ¿Y bien, qué tal? —preguntó Rega.

Paithan acogió su sarcasmo con una mueca.

—No está mal —respondió, mirando a su alrededor con fingido interés—. Muy interesante, en realidad.

— ¡La vista! ¡Narices!

—No, querida. Desde este ángulo no puedo verlas. Tendrías que verte un poco...

— ¡Te has encaramado ahí para intentar averiguar cómo funciona la maldita silla! —Lo acusó Rega—. Y ahora no puedes ver a bajar. ¿Qué te proponías? ¿Fingir que eras un titán? ¿O quizá pensaste que la máquina te tomaría por uno de ellos? Aunque no sería extraño. ¡Tienes el cerebro de uno de esos monstruos!

—Tenía que intentar algo, Rega —se disculpó Paithan en tono quejumbroso—. Me parecía una buena idea. Los titanes son la clave de la máquina. Ahora estoy seguro de ello. Por eso no funciona como es debido. Si estuvieran aquí...

—... nosotros estaríamos muertos —lo cortó Rega con tono sombrío—. Ya no tendríamos que preocuparnos por nada... ¡y menos aún por esa máquina estúpida! ¿Cómo has subido hasta ahí?

—Subir ha sido fácil. Las patas de la silla son un poco bastas y tienen muchos asideros. Además, los elfos siempre hemos sido buenos escaladores y...

—Entonces, ¿por qué no bajas de la misma manera?

—No puedo. Me caería. Ya lo he intentado una vez y me ha resbalado el pie.

He podido agarrarme en el último momento, cuando ya me veía cayendo de cabeza a ese pozo. —Paithan se agarró al borde del gigantesco asiento—. No creerías lo profundo y oscuro que se ve el pozo desde aquí. Apuesto a que llega directamente hasta el fondo de Pryan. Me imagino cayendo y cayendo...

— ¡Deja de pensar en eso! —le dijo Rega, furiosa—. ¡No haces más que empeorar las cosas!

—No pueden empeorar mucho más —repuso Paithan, abatido—. Sólo de mirar hacia abajo, se me revuelve el estómago. —Su rostro había adquirido un tinte verdusco.

— ¡Es a mí a quien le revuelve el estómago todo esto! —Murmuró Rega para sí al tiempo que retrocedía un par de pasos y contemplaba al elfo con aire pensativo—. Lo primero que haré cuando lo haya sacado de aquí, si lo consigo, será cerrar la puerta de este condenado lugar y arrojar la llave...

— ¿Qué dices, querida?

—Digo que traeré a Roland para que te lance una cuerda. Así podrás asegurarla al brazo de la silla y deslizarte por ella.

— ¿Es preciso que llames a tu hermano? —Refunfuñó Paithan—. ¿Por qué no te encargas tú?

—Porque se necesita un brazo fuerte para que la cuerda alcance tan lejos —respondió Rega.

—Roland no me dejará en paz, después de esto —insistió él, compungido—. Escucha, tengo una idea. Ve a buscar al hechicero...

— ¿Eh? —intervino una voz temblorosa—. ¿Alguien ha llamado a un hechicero?

El viejo entró en la cámara. Al ver a Rega, sonrió y se quitó el decrepito sombrero.

—Aquí estoy. Me alegro de ser de utilidad. Mi nombre es Bond. James Bond.

—

— ¡Este hechicero, no! —Susurró Paithan—. ¡El otro, el que sabe lo que se hace!

— ¡Por todos los...! —El anciano se quedó paralizado—. ¡El doctor No! ¡Me ha encontrado! ¡No temas, querida, yo te salvaré! —tendió las manos temblorosas hacia Rega.

—No puedo traer al Señor Xar —le explicaba ésta a Paithan—. Eso es lo que venía a decirte. Está ocupado preparando una fiesta. Estamos invitados...

—Una fiesta. ¡Qué maravilla! —El anciano lanzó una sonrisa radiante—. Me encantan las fiestas. Tengo que desempolvar el esmoquin. Hace tiempo que lo tengo entre bolas de naftalina...

— ¡Una fiesta! —Repitió Paithan—. ¡Sí, seguro que nos divertiremos! A Aleatha le encantan las fiestas. Así la sacaremos de ese extraño laberinto donde pasa las horas, últimamente.

—Y la apartaremos del enano —añadió Rega—. No he dicho nada porque..., en fin, porque es tu hermana, pero creo que ahí sucede algo raro.

— ¿Qué insinúas? —Paithan dirigió una mirada furibunda a Rega.

—Nada, pero es evidente que Drugar la adora y, reconozcámoslo, Aleatha no es muy exigente en cuanto a hombres...

— ¡Desde luego que sí! ¡Al fin y al cabo, se encandiló con tu hermano! —replicó Paithan maliciosamente.

Rega enrojeció de rabia.

—No me refería a...

El anciano siguió la mirada de Rega y dio un enérgico respingo.

— ¡Sí, señor! ¡Es el doctor No!

—No... —empezó a decir Paithan.

— ¡Lo ves! —chilló Zifnab con aire triunfante—. ¡Lo reconoce!

— ¡Soy Paithan! —gritó éste, inclinándose sobre el borde de la silla más de lo que pretendía. Con un estremecimiento, se deslizó rápidamente hacia atrás.

—El muy estúpido se ha quedado atascado ahí arriba —explicó Rega con tono gélido—. Tiene miedo de bajar.

—No es verdad —replicó Paithan, malhumorado—. No llevo el calzado adecuado, eso es todo. Resbalaría.

— ¿Estás segura de que no es No?

—Sí, no es No; Quiero decir que no, no es... ¡Basta ya! —Rega empezaba a sentirse aturdida—. Tenemos que bajarlo de ahí. ¿Conoces algún hechizo?

— ¡Uno de maravilla! —Respondió el anciano al instante—. Como los trucos de *Operación Trueno*. ¡Eso es! Prendemos fuego a las patas de la silla y, cuando se consuman...

—Me parece que eso no funcionará —protestó Paithan en voz alta.

El anciano replicó con un resoplido:

—Claro que sí. La pata arde en llamas y, muy pronto, la silla se queda sin un apoyo y... ¡bruum!, se derrumba.

—Ve a buscar a Roland —dijo Paithan en tono resignado—. Y llévate a ése —añadió, con una mirada ceñuda al anciano.

—Vamos, señor —dijo Rega. Tratando de contener la risa, la humana condujo al anciano, entre las protestas de éste, fuera de la Cámara de la Estrella—. Sí, la verdad es que me gustaría prender fuego a la silla. Ni siquiera me importaría quemar a Paithan. Pero será en otra ocasión, quizá. ¿No te gustaría ayudar al Señor Xar en los preparativos de la fiesta...?

—

— ¡Una fiesta! —Al anciano se le iluminó la expresión—. ¡Me encantan las buenas fiestas!

— ¡Y daos prisa! —La voz de Paithan se quebró de pánico—. ¡La máquina empieza a ponerse en marcha! ¡Creo que la estrella empezará a brillar muy pronto! Como había dicho Paithan, últimamente Aleatha pasaba la mayor parte del tiempo, con Drugar. Y, tal como había prometido, no había comunicado a nadie su descubrimiento. Tal vez lo habría hecho, si se hubieran portado bien con ella; Aleatha rara vez se tomaba la molestia de guardar un secreto. Pero los demás, incluido Roland (sobre todo, él), seguían tan idiotas e inmaduros como siempre.

—Paithan está enfrascado en esa estúpida máquina —contó la elfa a Drugar mientras se adentraban—. Y Rega está enfrascada en intentar apartar a Paithan de la estúpida máquina. En cuanto a Roland, quién sabe qué estará haciendo... ¡Bah!, ¡y a quién le importa! —Añadió con desdén—. Por mí, pueden quedarse todos con ese repugnante Señor Xar. Tú y yo sí que hemos conocido una gente interesante, ¿verdad, Drugar?

El enano asintió. Siempre estaba de acuerdo con todo lo que ella decía y estaba más que dispuesto a acompañarla al laberinto cada vez que ella quisiera.

Ya habían estado allí por la mañana, cuando la máquina de la estrella estaba en funcionamiento, pero, como había anunciado Drugar, aquella gente de niebla no se presentó. Aleatha y el enano esperaron mucho tiempo, pero no apareció nadie. El mosaico de la estrella radiante del anfiteatro permaneció desierto. Aleatha, aburrida, deambuló en torno al mosaico y lo contempló detenidamente.

—Fíjate, Drugar —dijo, al tiempo que hincaba la rodilla—. Este dibujo es idéntico al de la puerta de la ciudad, ¿no?

Drugar se inclinó para examinarlo. Sí, el mismo símbolo. Y en el centro de las runas había un espacio vacío, igual que en el signo mágico de la puerta de la muralla.

Drugar se llevó los dedos al amuleto que colgaba de su cuello. Cuando había colocado el amuleto en el espacio vacío del símbolo mágico, la puerta se había abierto. Notó los dedos helados y un temblor en la mano. Rápidamente, se apartó del mosaico y miró a Aleatha, temiendo que se hubiera dado cuenta de su reacción y se le hubiese ocurrido la misma idea.

Pero la elfa ya había perdido el interés. La gente inmaterial no estaba presente y el lugar, por tanto, le resultaba aburrido. Había expresado su deseo de marcharse, y Drugar no puso la menor objeción a escoltarla.

Ese mismo día por la tarde, los dos regresaron al lugar. La luz de la máquina de la estrella estaba encendida y despedía un fulgor deslumbrante. Esta vez, la gente de niebla deambulaba de nuevo por el escenario del anfiteatro.

Aleatha se sentó y observó sus movimientos con una mezcla de frustración y alegría, tratando de captar sus voces.

—Están hablando —comentó—. Veo cómo mueven la boca. Y mueven las manos al hablar, como para ayudarse a dar forma a las palabras. Es gente de carne y hueso, estoy segura, ¿pero dónde están? ¿Y de qué hablan? ¡Resulta tan irritante no poder averiguarlo!

Drugar jugueteó de nuevo con el amuleto, en silencio.

No obstante, las palabras de la elfa quedaron grabadas en la mente del enano.

Poco a poco, éste empezaba a ver a la gente de niebla como lo hacía Aleadla: como

—

seres reales. Poco a poco, fue observando detalles de las figuras vaporosas y creyó reconocer a algunos de los enanos del día anterior. Para él, todos los elfos y humanos eran iguales y no tenía modo de saber si eran o no los mismos de otras veces. Pero de los enanos —de uno de ellos en particular—, Drugar estaba seguro de haberlos visto anteriormente.

Ese enano en particular era un comerciante de cerveza. Así se lo indicó a Drugar el trenzado de su barba, que denotaba el gremio al que pertenecía, y la jarrita de plata. Ésta, colgada de una cinta de terciopelo anudada en torno al cuello, era utilizada para ofrecer a los clientes una degustación de su producto. Y, según todos los indicios, su cerveza era buena. El enano parecía un individuo acomodado, a juzgar por sus ropas. Elfos y humanos lo saludaron con respeto, entre reverencias y gestos de cabeza. Algunos humanos incluso hincaron la rodilla para hablar con él de modo que sus ojos quedaran a la misma altura (una cortesía que Drugar no había imaginado posible en el trato entre un humano y un enano; aunque, a decir verdad, Drugar no había tenido muchas relaciones con humanos o elfos a lo largo de su vida, algo que siempre había agradecido).

—He decidido llamar a ese elfo de ahí «maese Gorgo» —comentó Aleatha. Ya que la gente de niebla no le decía nada, la elfa había empezado a hacer comentarios sobre las figuras. Había comenzado a darles nombres y a imaginar las relaciones que existían entre ellas. En realidad, le encantaba colocarse justo al lado de alguno de los seres vaporosos y hacer comentarios acerca de él con el enano.

—Una vez conocí a un maese Gorgo. Tenía unos ojos tan saltones como los de este pobre hombre. Aunque éste viste bien; mucho mejor que Gorgo, que no tenía el menor gusto en ropas. Y la mujer que está con él... es espantosa. Fíjate cómo se agarra a él: no debe de ser su esposa. Parece que ahí están de moda los vestidos con escote pronunciado pero, si yo tuviera sus pechos, llevaría la ropa abrochada hasta la barbilla. Y vaya humanos tan atractivos tenemos por aquí. Fíjate cómo van y vienen con entera libertad, como si fueran los dueños del lugar. Esos elfos tratan a sus esclavos humanos con demasiada despreocupación. Fíjate bien, Drugar, ahí está ese enano de la jarrita de plata. Es el mismo que vimos ayer. ¡Y está hablando con maese Gorgo! Y ahí se acerca un humano para unirse a la conversación. Creo que lo llamaré Rolf. Una vez tuvimos un esclavo con ese nombre, que...

Pero Drugar había dejado de prestar atención. Con la mano en el amuleto, dejó el banco que había ocupado hasta entonces y, por primera vez, se aventuró entre aquella gente que parecía tan real y era tan falsa, que hablaba tanto y permanecía tan silenciosa.

— ¡Drugar! ¡Por fin estás aquí, entre nosotros! —Aleatha soltó una carcajada y se puso a dar vueltas en una animada danza que hinchó las faldas en torno a su cuerpo—. Qué divertido, ¿verdad? —La elfa interrumpió la danza y frunció los labios con gesto enfurruñado—. Pero sería más divertido si fueran de carne y hueso. ¡Ah, Drugar, a veces preferiría que no me hubieras traído aquí! El lugar me gusta, pero me produce tanta nostalgia... ¿Qué estás haciendo, Drugar?

El enano no respondió. Se arrodilló en el centro de la estrella radiante, se quitó el amuleto que colgaba en torno a su cuello y colocó el objeto en el espacio vacío del centro del símbolo mágico, igual que había hecho en la puerta de la ciudad.

—

Escuchó un grito de Aleatha, pero el sonido llegaba lejano, muy lejano, y Drugar ni siquiera estuvo seguro de haberlo captado...

Una mano le dio una palmada en la espalda.

— ¡Tú, señor! —dijo una voz resonante, en el idioma de los enanos. Una jarrita de plata se balanceó ante la nariz de Drugar—. Creo que eres forastero en nuestra hermosa ciudad. Y bien, señor, ¿te apetece probar la mejor cerveza de todo Pryan?

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

La mañana siguiente, Haplo despertó curado y descansado y permaneció un buen rato tumbado, sin moverse, pendiente de los sonidos del Laberinto. Mientras

había estado atrapado en aquel lugar, lo había aborrecido. El Laberinto le había arrebatado todo lo que había amado en su vida. Pero también le había proporcionado todo cuanto había amado. Hasta aquel instante, el patryn no se había dado cuenta de ello; sólo ahora alcanzaba a comprenderlo.

La tribu de pobladores que lo había acogido cuando era un chiquillo, después de la muerte de sus padres... Haplo no recordaba los nombres, pero podía ver sus rostros bajo la pálida luminosidad grisácea que apenas era una leve claridad en las densas sombras, pero que constituía la luz diurna. No había vuelto a pensar en aquella gente desde hacía mucho tiempo, desde el día en que se había marchado. Los había apartado de sus pensamientos entonces, como suponía que ellos lo habrían apartado de los suyos. Pero ahora sabía que no era así. Los hombres que habían rescatado al chiquillo asustado quizá pensaban en él, todavía. La anciana que lo había acogido y alimentado aún debía de preguntarse dónde estaba y qué había sido de él. El joven que le había enseñado el arte de grabar las runas en las armas quizá sentía interés todavía por saber si sus enseñanzas habían resultado provechosas.

En aquel momento, Haplo habría ofrecido una fortuna por poder reunirse con ellos, hablar con ellos y darles las gracias.

—Me enseñaron a odiar —musitó, prestando atención al rumor de los animalillos y a los trinos de los pájaros. Era la primera vez que reparaba en ellos; en realidad, no podía decir que los hubiera olvidado. Acarició las mandíbulas del perro, que dormitaba con la cabeza sobre el pecho de su amo—. Nunca me enseñaron a amar.

Se incorporó bruscamente hasta quedar sentado. El perro, perturbada su paz, se levantó, bostezó, se estiró y salió corriendo en persecución de unas ardillas ocupadas en buscar provisiones. Marit estaba acostada aparte de Haplo y su grupo, y a distancia, también, de los otros patryn. Dormía como Haplo la

—

recordaba, enroscada en el mismo ovillo apretado. Él evocó las noches a su lado, con los cuerpos enredados, el vientre apretado contra su espalda y acunándola entre los brazos con aire protector, y se preguntó qué habría sentido durmiendo con ella y su hija, la niña entre ellos, abrigada, protegida, amada...

Con gran sorpresa y desconcierto, notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Apurado y casi irritado consigo mismo, las enjugó rápidamente.

Oyó quebrarse un palo a su espalda.

Empezó a darse la vuelta pero, antes de que terminara el gesto, Hugh *la Mano* ya se había incorporado de un salto y hacía frente a Kari.

—Está bien, Hugh —dijo Haplo en idioma humano, al tiempo que se ponía en pie—. Kari nos ha hecho saber que se acercaba.

Así era. Kari había pisado el palo a propósito, advirtiéndoles cortésmente de su proximidad.

— ¿Esos que llamas mensch no necesitan dormir? —Preguntó la patryn a Haplo—. Mi gente ha observado que tu amigo ha pasado despierto toda la noche.

—Ellos no tienen magia rúnica que los proteja —explicó Haplo con la esperanza de que no se sintiera ofendida—. Hemos soportado muchos peligros. El mensch... es decir, los dos mensch —Haplo se acordó de incluir a Alfred— se sienten nerviosos, como es lógico, en un lugar tan extraño y aterrador como éste.

« ¿Y por qué han venido a este lugar tan extraño y aterrador? » La pregunta

casi asomó en los labios de Kari. Haplo escuchó las palabras con la misma claridad que si las hubiese oído en voz alta. Pero no le correspondía a ella interrogarlo sobre aquellos extremos. La patryn dirigió una mirada conmisericordiosa a Hugh, cambió unas palabras con Haplo en su idioma y le entregó una hogaza de pan duro.

— ¿Qué te ha dicho? —quiso saber *la Mano*, siguiendo con una mueca ceñuda a la patryn mientras ésta se alejaba.

—Dice que debes de correr más rápido que un conejo; de lo contrario, no habrías vivido tanto —respondió Haplo con una sonrisa.

Hugh no lo encontró divertido. Lanzó una mirada sombría a su alrededor.

—Me sorprende que nada viva mucho tiempo en este lugar. Estos bosques producen una sensación nefasta. Me alegraré cuando salgamos de ellos.

Contempló malhumorado la masa de pan descolorido que Haplo tenía en las manos y preguntó si aquello era el desayuno. Haplo asintió.

—No me apetece.

Con la pipa en la boca, el asesino se dirigió hacia el arroyo.

Haplo vio la vista hacia el lugar donde Marit había pasado la noche. La mujer ya estaba despierta y se aplicaba a la primera cosa que hacían todos los patryn por la mañana: comprobar el estado de las armas habituales y preparar otras nuevas. En aquel momento estaba revisando una lanza de grandes dimensiones con una punta de piedra en la que había grabado numerosas runas. Era un arma de calidad; muy probablemente, regalo de algún patryn de aquel grupo. Haplo recordó al que había acudido al encuentro de Marit la noche anterior. Sí, el hombre llevaba una lanza parecida.

—Excelente —comentó Haplo, acercándose a Marit—. Un trabajo espléndido.

Marit se sobresaltó y su mano se cerró en torno al asta del arma.

—Lo siento —añadió él, sorprendido de su reacción—. No pretendía asustarte. Marit se encogió de hombros, fría e indiferente.

—

—No te he oído llegar, eso es todo. Este lugar espantoso... —dijo de improviso, al tiempo que echaba una mirada a su alrededor—. ¡Había olvidado cuánto lo detestaba!

Marit sacó una navaja —otro regalo, tal vez— y empezó a perfeccionar un signo mágico grabado en la punta de piedra. Sus ojos no miraron directamente a Haplo en ningún instante.

— ¡Lo aborrezco! —repitió en voz baja.

—En cambio, por extraño que parezca —dijo Haplo—, esta mañana me he despertado pensando que, de algún modo, me alegraba de estar aquí otra vez. Mis recuerdos no son tan malos...

Impulsivamente, el patryn extendió las manos hacia ella. Marit echó la cabeza hacia atrás y se vio de repente. Los cabellos, movidos por la inercia, azotaron el rostro de Haplo. Enseguida, la patryn interpuso la lanza entre ambos.

—Ahora estamos en paz. Te he salvado la vida. Ya no te debo nada.

Recuérdalo.

Lanza en ristre, la mujer se alejó. Varios miembros del grupo de Kari se disponían a abandonar el claro para explorar el camino. Marit se unió a ellos y ocupó un lugar junto al patryn que le había dado la lanza.

Haplo la siguió con la mirada, perplejo. El día anterior, Marit había reclamado

derechos sobre él y había advertido a Kari que no se le acercara. Y después, por la noche, había conversado con él y se había alegrado —al menos, así se lo había parecido a Haplo— de tenerlo cerca.

Aquello se había borrado. De repente, todo era distinto. ¿Qué había sucedido en aquel lapso de tiempo? No tenía la menor idea.

Kari y los suyos estaban levantando el improvisado campamento y se disponían a emprender la marcha. Los pájaros habían callado y el único ruido del bosque era la irritada cháchara de un trío de ardillas que, desde las ramas, arrojaban cáscaras de nuez al perro que ladraba al pie de un árbol. Haplo echó un vistazo a su piel: los signos mágicos emitían un leve resplandor. Peligro; no inminente, pero tampoco muy lejano. Nunca muy lejano.

Masticó un pedazo de pan. Le llenó el estómago; es lo único que pudo decir en su honor.

— ¿Puedo..., puedo coger un poco?

Haplo encontró a Alfred a su lado, con la vista puesta en la hogaza.

Prácticamente, se la arrojó al sartán.

Alfred agarró el pan después de que estuviera a punto de escurrírsele entre las manos y mordisqueó una esquina. Se dispuso a comentar algo, pero Haplo lo interrumpió.

— ¡Aquí, perro estúpido! —Lanzó un silbido—. ¡Basta de alboroto!

El animal calló de inmediato al oír el tono de recriminación, severo e inhabitual. Con la cabeza gacha y un trotecillo, vio a su lado mansamente, como si se preguntara qué había hecho para merecerlo.

— ¿No tienes hambre? —preguntó Alfred.

Haplo dijo que no con la cabeza.

—Pues deberías comer algo...

—Aquí corres peligro —anunció Haplo en tono lúgubre.

Alfred puso cara de alarma y casi dejó caer el pan. Miró a su alrededor con expresión temerosa, como si esperara encontrar una manada de hombres tigres surgiendo de entre los árboles. En lugar de eso, vio solamente a Hugh *la Mano*,

—

desnudo hasta la cintura, que sumergía la cabeza y los hombros en la impetuosa corriente. No muy lejos, el grupo de patryn se aprestaba a emprender la marcha. Kari agitó la mano en dirección a Haplo, invitando a éste y a sus compañeros a unirse a ellos. Haplo respondió con otro gesto, indicando a la mujer que se pusiera en camino. Kari lo miró con aire dubitativo y expresión ceñuda. Dividirse no era una buena idea y Haplo lo sabía tan bien como ella. Pero, en realidad, él y los suyos no formaban parte del grupo, se dijo con amargura. Dirigió una sonrisa tranquilizadora a la patryn y levantó la mano con la palma vuelta hacia ella para indicar que no sucedía nada, que los alcanzarían en un momento. Kari se encogió de hombros y partió.

—Dices que estoy en peligro. No entiendo... —murmuró Alfred.

—Debes ver atrás.

— ¿Atrás? ¿Adonde? —Alfred miró a Haplo, confuso e impotente.

—Al Vórtice. Hugh *la Mano* te acompañará. ¡Diablos, no podrías quitártelo de encima de ninguna manera! Creo que tenéis buenas posibilidades de conseguirlo.

Los hombres tigres, si aún siguen rondando por aquí, nos seguirán a nosotros.

—Pero el Vórtice quedó destruido.

— ¡Para ti, no, sartán! ¡He visto tu magia! Mataste al rey de las serpientes dragón y resucitas a los muertos. Seguro que eres capaz de levantar los cascotes de la condenada montaña hasta dejarla como estaba antes.

—Pero dijiste que no utilizara la magia —protestó Alfred—. Ya viste lo que sucedió...

—Creo que el Laberinto te dejará en paz esta vez... sobre todo si sabe que te propones abandonarlo.

Alfred se sonrojó. Agachó la cabeza y miró de reojo a Haplo.

—Tú... dijiste que me necesitabas...

—Mentía. No te necesito. No necesito a nadie. Lo que he venido a hacer aquí es inútil, de todos modos. Mi hija está muerta. Asesinada por vuestra maldita prisión. Vamos, sartán. Vete de aquí.

—«Sartán», no. Me llamo...

— ¡No me digas que te llamas Alfred! —De pronto, Haplo estaba furioso—.

¡Ése no es tu nombre! Alfred es un nombre mensch que adoptaste cuando decidiste disimular tu naturaleza haciéndote pasar por uno de ellos. Nadie sabe cuál es tu verdadero nombre porque es un nombre sartán y nunca has confiado en nadie lo suficiente como para revelárselo, de modo que...

—Coren.

— ¿Qué? —Haplo se detuvo en seco, con un parpadeo.

—Me llamo Coren —repitió Alfred sin levantar la voz.

— ¡Que me...! —Haplo rebuscó en sus conocimientos del lenguaje rúnico de los sartán—. Eso significa «escoger», o algo parecido.

Alfred asintió con una débil sonrisa.

—«Elegido», para ser preciso. Yo, elegido. Resulta ridículo, ¿verdad? El nombre no significa nada, desde luego. Entre los sartán es muy corriente. Casi todas las familias tienen..., tenían algún miembro llamado así. Supongo que con la esperanza de que el nombre sea un buen augurio. Ya ves por qué no te lo he revelado nunca. No es que desconfiara de ti; no quería que te burlaras.

—No me resulta divertido —respondió Haplo.

Alfred dio muestras de gran incomodidad.

—Pues debería. Es toda una ironía, realmente.

—

Hugh *la Mano* regresó del arroyo sacudiéndose el agua de la cabeza y los hombros. Al llegar al claro vacío se detuvo, preguntándose sin duda qué había sido de los demás.

—Ese nombre tuyo no te parecería tan divertido cuando despertaste y te encontraste solo en el mausoleo, ¿verdad, Coren? —lo interpeló Haplo sin alzar la voz.

Alfred se sonrojó de nuevo; después palideció. Un temblor se adueñó de sus manos y dejó caer el pan, para extrema satisfacción del perro. El sartán se derrumbó sobre un tocón de árbol y exhaló un suspiro que arrancó un estertor de su garganta.

—Tienes razón. Elegido. Elegido para seguir vivo cuando todos mis seres queridos habían muerto. ¿Por qué? ¿Para qué? Cualquiera de ellos era mucho mejor que yo. Cualquiera era más valioso. —Alfred levantó la vista con una expresión atribulada en sus pálidas facciones. La mano temblorosa se cerró con fuerza—. Entonces aborrecí mi nombre. Lo odié. Me alegré de adoptar el nombre

que utilizo ahora y me propuse olvidar el otro. Y lo conseguí. Se me había borrado de la memoria... hasta que te encontré.

Alfred suspiró de nuevo con una triste sonrisa.

Haplo vió la mirada al asesino y le hizo una seña.

La Mano se encaramó con agilidad a las ramas de un árbol y estudió el camino en la dirección que habían tomado los otros patryn. Descendió del árbol y levantó un dedo.

Así pues, se dijo Haplo, Kari los tenía bajo observación. Había dejado a uno del grupo esperándolos. Una nueva muestra de cortesía. La patryn estaba preocupada y no quería que se perdieran.

Soltó un bufido.

Alfred seguía parlotteando, visible y profundamente aliviado de poder soltar lo que llevaba dentro.

—Cada vez que me hablabas, Haplo, aunque me llamaras Alfred, yo entendía «Coren». Resultaba atemorizador y, al mismo tiempo, me sentaba bien oírlo. Era atemorizador porque no comprendía a qué venía aquello, pero también era un placer pues me recordaba mi pasado, mi pasado remoto, cuando mi familia y mis amigos vivían todavía.

»Me preguntaba cómo podías hacer tal cosa, quién eras... Al principio creí que podías ser uno de los míos, pero enseguida supe que no. Sin embargo, tampoco podías ser un mensch, evidentemente. Y entonces recordé. Recordé la historia de los tiempos antiguos. Recordé los relatos acerca del..., discúlpame, del enemigo ancestral.

»Esa noche, en Ariano, cuando fuimos encerrados en el tonel, te sometí a un hechizo y te hice dormir.

Haplo lo miró asombrado, con los ojos como platos.

— ¿Un hechizo? ¿Tú a mí?

—Me temo que sí —confirmó Alfred, sonrojándose—. Sólo era un hechizo de sueño. Llevabas esos vendajes en las manos para ocultar los tatuajes, de modo que me acerqué, levanté una délas vendas y vi...

— ¿De modo que fue así como lo supiste? —Con un gesto, Haplo indicó al asesino que se uniera a ellos—. Lo imaginaba. Y, por fascinante que haya sido ese viaje por los recuerdos, Coren, nada de ello cambia el hecho de que corres peligro y debes marcharte...

—

—Claro que lo cambia —replicó Alfred, poniéndose en pie tan deprisa que sobresaltó al perro. El animal se incorporó a cuatro patas con un bufido, con las orejas erguidas y el pelo del cuello erizado, preguntándose qué sucedía—. Ahora sé qué significa mi nombre.

— ¡Es sólo un nombre, maldita sea! No significa nada. Tú mismo lo has dicho.

—Para mí, sí que significa. Tú me lo has hecho ver, Haplo. Incluso lo has dicho. No «Elegido», sino «El que elige». Ése es el verdadero sentido de la palabra. Hasta ahora, siempre se ha encargado otro de tomar las decisiones por mí. Me desmayo —Alfred abrió las manos en gesto de impotencia—, o me derrumbo o, si alguna vez me lanzo a alguna acción —miró de reojo a Hugh con aire culpable—, luego lo «olvido».

»Pero ahora las cosas han cambiado. —Alfred se plantó ante el patryn, muy erguido y solemne—. Ahora decido quedarme aquí. Dijiste que me necesitabas.

Hiciste que me avergonzara de mí mismo.

Tú has tenido el valor de entrar en este lugar espantoso... ¿por qué motivo?

¿Por ambición? ¿Por poder? No; has venido por amor. Y el Laberinto tiene miedo, en efecto, pero no de mí. ¡Te teme a ti, Haplo! Has traído a él la única arma que no sabe combatir.

Alfred alargó la mano hacia abajo, dio unas tímidas palmaditas al perro y acarició sus orejas sedosas.

—Sé que es peligroso y no estoy seguro de si seré de alguna utilidad, pero escojo quedarme —dijo con un susurro, sin mirar a Haplo—. Escojo quedarme aquí contigo.

—Nos están observando —anunció Hugh *la Mano*, reapareciendo detrás de ellos—. A decir verdad, cuatro tipos han dado media vuelta y vienen hacia aquí. Con todas sus armas. Por supuesto, puede que nos aprecien tanto que no soportan tenernos lejos de sus ojos, pero lo dudo...

Hugh sacó la pipa del bolsillo y la estudió, pensativo. Se la llevó a la boca y habló entre dientes:

—Marit nos ha traicionado, ¿verdad?

—Sí —respondió Haplo, y vió la mirada hacia atrás, hacia la montaña desmoronada de la que procedían.

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

Roland, Rega y Paithan se hallaban en la antesala de la Cámara de la Estrella. Por debajo de la puerta de ésta se filtraba una luz brillante. Paithan y Roland se frotaban los ojos.

— ¿Veis algo, ya? —preguntó Rega, inquieta.

—Sí —respondió Roland con aspereza—. Manchas. Si me has dejado ciego, elfo...

—Se te pasará. —Paithan empleó el mismo tono—. Dale tiempo.

— ¡Te dije que no miraras abajo! —exclamó Roland, furioso—. ¡Pero no!

¡Tenías que asomarte a ese maldito pozo y desmayarte!

— ¡No lo he hecho! ¡Me han resbalado las manos! Y, respecto al pozo, resulta fascinante... —dijo el elfo, estremeciéndose— y muy escalofriante...

—Algo parecido a lo que sucede con tu hermana —replicó el humano, burlón. Paithan lanzó un puñetazo hacia donde había sonado la voz, pero no acertó y estrelló el puño contra una pared. Con un grito de dolor, empezó a lamerse los nudillos ensangrentados.

—Paithan, mi hermano no habla en serio —intervino Rega—. Sólo pretende burlarse. Está tan enamorado de Aleatha que es incapaz de ver las cosas como son.

— ¡Y tal vez nunca vuelva a verlas de ninguna manera! —Exclamó Roland—. Respecto a que esté enamorado de esa descocada...

— ¿Descocada? —Paithan cargó contra Roland—. ¡Discúlpate ahora mismo!

Los dos rodaron por el suelo enzarzados, golpeándose mutuamente.

— ¡Basta! —Rega se plantó junto a ellos, gritando y soltando alguna que otra patada a cualquiera de los contendientes que se ponía al alcance de su puntera—.

¡Estaos quietos los dos! Se supone que vamos a la fiesta...

La mujer dejó la frase sin terminar. Xar había aparecido al pie de la escalera

que conducía a la Cámara de la Estrella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, tenía la vista levantada hacia ellos con una expresión sombría y ceñuda.

—

—La fiesta... —repitió Rega, nerviosa—. ¡Paithan, levántate! ¡Xar está aquí! ¡Vamos, Roland! ¡Parecéis un par de idiotas!

Paithan aún no alcanzaba a ver demasiado bien pero, al captar el tono tenso de la voz de Rega, dejó de golpear a su adversario y se puso en pie tambaleándose. Las mejillas le ardieron de vergüenza al imaginar lo que estaría pensando el viejo hechicero.

—Me has dejado un diente bailando —murmuró Roland, de cuya boca salía un poco de sangre.

— ¡Cállate! —masculló Rega.

Los efectos de la luz cegadora empezaban a remitir. Paithan pudo distinguir por fin al hechicero. Xar intentaba aparentar que encontraba divertida la escena pero, aunque las arrugas en torno a sus ojos querían mostrar una sonrisa tolerante, su mirada era más fría y oscura que el pozo de la escalera que conducía a la Cámara de la Estrella. Cuando Paithan miró aquellos ojos, notó un nudo en el estómago. Incluso se descubrió dando un paso atrás, de forma automática, para retirarse del rellano superior de la escalera de caracol.

— ¿Dónde están los otros? —preguntó Xar con voz afable y obsequiosa—. Quiero que asistáis todos a la fiesta.

— ¿Qué otros? —preguntó Rega, evasiva.

—La otra mujer. Y el enano —indicó Xar, sonriente.

— ¿Te has fijado en que no parece recordar nunca nuestros nombres? —murmuró Roland a Paithan entre dientes.

— ¿Sabéis una cosa? —intervino Rega—, Aleatha tenía razón. Ese hombre es repulsivo. —La humana alargó la mano y cogió la de Paithan—. En realidad, no quiero asistir a esa fiesta.

—Creo que no tenemos más remedio que acudir —respondió el elfo sin alzar la voz—. ¿Qué excusa podríamos ofrecer?

—Dile, sencillamente, que no queremos —dijo Roland, refugiándose detrás de Paithan.

— ¿Dile? ¿Por qué no te encargas tú de hacerlo? —replicó el elfo.

—Creo que no le caigo bien.

— ¿Dónde está tu hermana, elfo? —Las cejas de Xar se juntaron en el centro de su frente—. ¿Y el enano?

—No lo sé. No los he visto. Eh... ¡iremos a buscarlos! —Se apresuró a ofrecerse Paithan—. ¿Verdad que sí?

—Sí. Ahora mismo.

—Yo también voy.

Los dos humanos y el elfo echaron a correr escalera abajo. Al llegar al pie, se detuvieron. Xar se encontraba ante ellos, obstruyéndoles el paso. Roland y Rega forzaron a Paithan a tomar la palabra.

—Eh... vamos a buscar a Aleatha..., a mi hermana —explicó Paithan con un hilo de voz—. Y al enano. A Drugar, el enano.

Xar asintió con otra sonrisa.

—Daos prisa o se enfriará la comida.

—Tienes razón.

Paithan se escabulló de la presencia del hechicero y se lanzó como un dardo hacia la puerta.

Rega y Roland avanzaron pisándole los talones. Ninguno de los tres dejó de correr hasta que estuvieron fuera del edificio principal, en la amplia escalinata de

—

mármol a cuyos pies se abría la ciudad desierta. Nunca la ciudadela había producido la impresión de estar tan vacía.

—Esto no me gusta —dijo Rega con voz temblorosa—. Y ese Señor Xar, todavía menos. ¿Qué quiere de nosotros?

— ¡Chitón! Ten cuidado —le avisó Paithan—. Nos está observando. No, no mires. Está ahí arriba, en un mirador.

— ¿Qué vamos a hacer?

— ¿Qué podemos hacer? —Intervino Roland—. Acudiremos a la fiesta. ¿Acaso queréis enfurecerlo? Quizá ya no recordéis lo que hizo a los titanes, pero yo sí. Además, ¿qué puede haber de malo en la invitación? Yo diría que nos asustamos de nuestra propia sombra.

—Roland tiene razón. Sólo es una fiesta. Si el hechicero nos deseara algún mal, y no hay ninguna razón para ello, seguro que podría causárnoslo sin tomarse tantas molestias.

—No me ha gustado su manera de mirarnos —insistió Rega con terquedad—. Y parecía demasiado impaciente. Demasiado excitado.

—A su edad y con su aspecto, no creo que lo inviten a muchas celebraciones —apuntó Roland.

Paithan observó la figura vestida de oscuro recortada en el mirador, inmóvil y silenciosa.

—Creo que deberíamos complacerlo. Será mejor que nos demos prisa en encontrar a Drugar y a Aleatha.

—Si se han metido, no habrá modo de dar con ellos. Y mucho menos enseguida —predijo Rega.

Paithan emitió un suspiro de frustración.

—Vosotros dos quizá deberíais regresar; yo intentaré encontrar a Aleatha...

— ¡No, no! —Protestó Roland, al tiempo que se pegaba materialmente al elfo—. Iremos todos.

—Está bien —asintió Paithan—. Entonces, supongo que deberíamos dividirnos...

— ¡Mirad! ¡Ahí viene Aleatha! —exclamó Rega, señalando con la mano.

La amplia escalinata en la que se encontraban dominaba una vista de la parte posterior de la ciudad. Aleatha acababa de aparecer en la esquina de un edificio; su vestido hecho trizas era una brillante mancha de color en contraste con el mármol blanco.

—Bien. Ahora sólo nos queda Drugar. Y supongo que al viejo no le importará que falte el enano...

—Le sucede algo —anunció Roland de improviso—. ¡Aleatha!

Bajó a grandes zancadas los anchos escalones y echó a correr hacia la elfa.

Aleatha avanzaba hacia ellos con paso agitado; a la carrera, en realidad. Paithan intentó recordar la última ocasión en que había visto correr a su hermana.

En aquel instante, Aleatha se había detenido y estaba apoyada en la pared de un edificio, con una mano sobre el pecho en un gesto que parecía de dolor.

— ¡Aleatha! —exclamó Roland cuando llegó cerca de ella.

La elfa tenía los ojos cerrados. Al oírlo, los abrió, lanzó una mirada de gratitud al humano y, con un sollozo, alargó las manos hacia él y casi se derrumbó en sus brazos.

El la sostuvo, sujetándola con firmeza.

— ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa?

—

— ¡Drugar! —consiguió articular Aleatha.

— ¿Qué te ha hecho? —Exclamó Roland, estrechándola en sus brazos con ferocidad—. ¿Te ha hecho daño? ¡Por los antepasados que lo voy a...!

— ¡No, no! —Aleatha movió la cabeza enérgicamente. Sus cabellos flotaron en torno a su rostro en una nube rubio ceniza que emitía ligeros reflejos. Tomó aliento con esfuerzo y añadió—: ¡El enano ha..., ha desaparecido!

— ¿Desaparecido? —Paithan llegó al lugar en compañía de Rega—. ¿Qué significa eso, Thea? ¿Cómo ha podido desaparecer?

—No lo sé. —Aleatha levantó la cabeza y mostró sus azules ojos, desorbitados y asustados—. Lo tenía al lado, al alcance de la mano y, de pronto...

Apoyó la cabeza en el pecho de Roland y empezó a llorar. El humano le dio unas palmaditas en la espalda y dirigió una mirada de interrogación al elfo.

— ¿De qué está hablando?

—Ni idea—reconoció Paithan.

—No os olvidéis de Xar —intervino Rega sin alterarse—. Aún sigue observándonos.

— ¿Han sido los titanes? Vamos, Thea no te pongas histérica...

—Demasiado tarde —anunció Rega, tras verse hacia ella.

Aleatha había roto en un incontrolable sollozo. De no ser por Roland, se habría derrumbado en el suelo.

—Miradla. Tiene que haberle sucedido algo terrible —murmuró el humano, sosteniéndola en brazos con ternura—. Normalmente, no reacciona así. Ni siquiera cuando el dragón nos atacó.

Paithan tuvo que darle la razón. Él también empezaba a sentirse nervioso e impaciente.

— ¿Qué debemos hacer con ella?

Rega tomó el mando de la situación.

—Tenemos que tranquilizarla lo suficiente como para que nos cuente qué ha sucedido. Llémosla al edificio principal. Acudamos a esa estúpida fiesta y démosle a beber un buen vaso de vino. Si realmente ha sucedido algo tan terrible... por ejemplo, que los titanes hayan entrado y hayan raptado a Drugar, el Señor Xar debería saberlo. Tal vez él pueda protegernos.

— ¿Por qué iban los titanes a entrar y raptar a Drugar? —interpeló Paithan.

Era una pregunta perfectamente lógica, pero quedó sin respuesta. Roland no alcanzó a oírlo a causa de los sollozos e hipidos de Aleatha, y Rega dedicó una mirada despectiva al elfo y movió la cabeza con gesto recriminatorio.

—Que beba un vaso de vino —repitió, y los tres vieron en comitiva al edificio principal, transportando a Aleatha.

Xar salió a recibirlos a la puerta y torció el gesto al observar a la elfa con una crisis nerviosa.

— ¿Qué tiene?

—Ha sufrido una especie de conmoción —explicó Paithan, elegido portavoz una vez más gracias a un empujón de Rega por la espalda—. No sabemos qué le sucede porque está tan perturbada que no es capaz de decírnoslo.

— ¿Dónde está el enano? —preguntó Xar, ceñudo.

Al oírlo, Aleatha soltó un grito sofocado.

— ¿Que dónde está el enano? ¡Ésta sí que es buena! —Se cubrió el rostro con las manos y soltó una violenta carcajada.

—

Paithan estaba cada vez más preocupado. Nunca había visto tan alterada a su hermana.

—Tiene por costumbre vagar por el laberinto y...

Rega intervino, nerviosa:

—Hemos pensado que un vaso de vino...

Elfo y humana se dieron cuenta de que estaban hablando a la vez y se callaron. Xar lanzó una mirada penetrante a Rega.

—Vino... —murmuró, vió la vista a la elfa y añadió—: Tienes razón. Un buen vaso de vino la reconfortará enormemente. Todos deberíamos tomar uno. ¿Dónde decís que está el enano?

—No lo hemos dicho —respondió Paithan con cierta impaciencia, receloso de aquella insistencia en Drugar—. Si conseguimos que Aleatha se tranquilice, quizá lo averigüemos.

—Sí, la tranquilizaremos —dijo Xar sin alzar la voz—. Entonces averiguaremos lo que necesitamos saber. Por aquí —indicó, y se deslizó furtivamente detrás de ellos, con los brazos abiertos—. Por aquí.

Paithan había visto a los agricultores humanos en tiempo de cosecha, cuando recorrían los campos moviendo las guadañas entre las altas mieses, segándolas con amplios movimientos. Los brazos de Xar le recordaron esas guadañas, como si en cualquier momento fueran a caer sobre ellos, y sintió el impulso de dar media vuelta y salir de allí. Pese a ello, se obligó a seguir a los demás.

¿Qué había de temer, al fin y al cabo? Se sentía ridículo. Se preguntó si los dos humanos compartirían sus temores y les dirigió una breve mirada. Roland estaba tan preocupado por Aleatha que se habría arrojado por un precipicio sin enterarse. Rega, en cambio, daba visibles muestras de nerviosismo. No dejaba de ver la cabeza hacia Xar mientras éste los apremiaba con aquellos brazos como hojas de guadaña.

El hechicero condujo a los mensch hacia una amplia sala circular que antiguamente había sido, quizás, un salón de banquetes o de recepciones. En el centro había una mesa redonda. La estancia se hallaba situada bajo la Cámara de la Estrella y era uno de los lugares de la ciudadela desierta en el que los mensch no habían entrado nunca.

Al llegar ante la puerta en arco que daba paso a la sala, Paithan se detuvo en seco, tan de improviso que Xar topó con él. El brazo del viejo hechicero rodeó la cintura del elfo. Rega se detuvo junto a Paithan, alargó la mano y tiró de la manga a su hermano, alertándolo de la situación.

— ¿Qué sucede ahora? —La voz de Xar tenía un leve tono de irritación.

—Nosotros no..., no vamos a entrar ahí —declaró el elfo.

—Esta cámara no quiere que entremos en ella —lo secundó Rega.

—Tonterías —replicó Xar—. Sólo es una sala más.

—No. Es mágica —dijo Paithan en voz baja, con un tono de temor reverencial—. Se oyen voces. Y el globo...
Miró a su alrededor y no terminó la frase.
— ¡Ha desaparecido! —exclamó Rega.
— ¿De qué habláis? —Xar había recuperado el tono afable—. Decidme.
—Verás... Ahí, colgado sobre la mesa, había un globo de cristal que tenía cuatro extrañas luces en su interior. Y, cuando me acerqué a mirar y puse la mano sobre la mesa, de repente empecé a oír voces. Voces que hablaban en un idioma

extraño. No entendí lo que decían, pero no parecía que me quisieran cerca, de modo que... me marché...
—Y ninguno de nosotros ha vuelto aquí desde entonces —añadió Rega con un estremecimiento.
—Pero ahora el globo ha desaparecido. —Paithan clavó la mirada en Xar—. Tú lo has movido.
— ¿Que yo lo he movido? —Xar adoptó una expresión divertida—. ¿Y por qué habría de hacer tal cosa? Este salón no es diferente de otras estancias de la ciudadela. No he encontrado ningún globo ni he oído voces, pero es un lugar magnífico para una fiesta, ¿no os parece? Vamos, haced el favor de pasar. Nada de magia, os lo aseguro. No sufriréis ningún daño...
— ¡Fijaos! ¡Qué banquete tan espléndido! —Exclamó Roland—. ¿De dónde ha salido toda esa comida?
—Bueno... —dijo Xar con aire modesto—, una pizca de magia, tal vez. Y ahora, por favor, pasad y sentaos. Comed, bebed...
—Déjame en el suelo —ordenó Aleatha de improviso, con una voz muy calmada, sólo ligeramente llorosa.
Roland dio un respingo y la elfa casi le resbaló de las manos. La visión de la comida le había resultado irresistible.
— ¡Tenemos que ver atrás! —Aleatha se agitó entre sus brazos—. ¡Déjame en el suelo, estúpido! ¿No entendéis? ¡Tenemos que ver al laberinto! Drugar se ha ido con ellos. Tenemos que obligarlo a ver.
— ¿Adonde ha ido el enano? ¿Y con quién? —quiso saber Paithan.
— ¡Déjame en el suelo!
Aleatha dirigió una mirada furibunda a Roland y éste, ceñudo, la depositó en el suelo sin la menor delicadeza.
—Supongo que no pensarás que ha sido un placer —murmuró el humano con frialdad, y se acercó a la mesa rebosante de bocados exquisitos—. ¿Dónde está el vino?
—En una jarra —Xar señaló la mesa con un gesto, sin apartar la vista de Aleatha—. ¿Dónde has dicho que está el enano, querida?
La elfa le dirigió una mirada altiva, le vio la espalda y se dirigió a Paithan.
—Estábamos . Encontramos... el teatro. Allí había gente, un montón de gente. Elfos, humanos y enanos...
—Déjate de bromas, Thea. —Paithan se sonrojó de bochorno.
— ¿Dónde está el vino? —murmuró Roland con la boca llena.
—Hablo en serio —exclamó Aleatha con un enérgico pisotón—. No son gente de carne y huesos. Sólo son gente de bruma. Se hacen visibles cuando se enciende la luz de la estrella. Pero... pero ahora... —se le quebró la voz—. ¡Ahora, Drugar es

uno de ellos! ¡Se ha... transformado en uno de esos seres de niebla!

Asió del brazo a su hermano e insistió, irritada:

—Ven conmigo, ¿quieres, Paithan?

—Cuando hayamos comido un poco, quizás. —El elfo intentó aplacar a su hermana—. Tú también deberías tomar algo. Ya sabes cómo se ven las cosas con el estómago vacío.

— ¡Sí! —La palabra sonó con un siseo desagradable en los labios de Xar—.

Comed y bebed. Os sentiréis mucho mejor.

—He encontrado la jarra del vino —anunció Roland—, pero está vacía.

Alguien se lo ha bebido todo.

—

— ¿Qué? —Xar se vió en redondo.

Roland le mostró la jarra vacía.

—Compruébalo si quieres.

Xar agarró la jarra y miró el interior con gesto airado. En el fondo del recipiente quedaba un pequeño resto del líquido rojizo. Lo olió y vió la vista a los mensch, que se encogieron, alarmados ante su furia.

— ¿Quién se lo ha bebido?

Una vocecilla fina y estridente, que salía de debajo de la mesa, entonó una canción:

—«Goldfinger...»

Xar palideció; después, enrojeció de indignación. Llevó la mano bajo la mesa, agarró un pie que asomaba y tiró de él. Detrás del pie apareció el resto del anciano, tendido boca arriba y canturreando para sí, feliz y contento.

— ¡Tú! ¡Te has bebido el vino..., todo el vino! —Xar apenas podía articular palabra.

Zifnab lo miró desde el suelo con ojos lacrimosos.

—Un aroma delicioso. Un color exquisito. Un regusto un poco áspero, pero supongo que eso se debe al veneno... —Tumbado de espaldas, reemprendió el canturreo—. «Sólo se vive dos veces...»

— ¡Veneno! —Paithan se agarró a Rega, que a su vez se apretó contra él.

Roland se atragantó a medio bocado y escupió lo que comía.

— ¡El viejo miente! —exclamó Xar con voz áspera—. No hagáis caso a ese viejo chiflado. No habla en serio...

El Señor del Nexo se apresuró a agacharse, puso la mano en el pecho del viejo y empezó a murmurar unas palabras al tiempo que movía los dedos en unos extraños gestos. Pero, de pronto, el rostro del viejo chiflado se contorsionó de dolor. Con un grito espantoso, levantó las manos al aire como si quisiera agarrarlo y su cuerpo se retorció violentamente. Alargando el brazo, se aferró al borde de la falda de Aleatha.

— ¡Veneno! ¡Xar lo reservaba... para vosotros! —dijo a duras penas.

Su cuerpo se enroscó de agonía. Después, se puso rígido, presa de un temblor incontrolable. Con un último grito convulso, el viejo quedó inmóvil. Tenía los ojos abiertos, desorbitados y fijos. Su mano permaneció firmemente aferrada a la falda de Aleatha. Estaba muerto.

Paralizado de espanto, Paithan contempló el cadáver. Roland se había retirado a un rincón, entre náuseas.

Xar los barrió a todos con la mirada, y Paithan apreció el destello de la hoja

de la guadaña que se disponía a segarlos como espigas.

—Habría sido una muerte indolora —comentó el Señor del Nexo—. Rápida y sencilla. Pero ese estúpido lo ha trastocado todo. Tenéis que morir. Y vais a morir...

Xar alargó la mano hacia Aleatha.

La elfa lo miró aterrorizada, incapaz de moverse, con el vestido prendido en la mano del muerto. Aleatha tuvo la vaga impresión de que Paithan saltaba delante de ella, desviaba la mano del hechicero y...

Sin más aspiración que escapar de aquel lugar horrible, de aquel hombre terrible, de aquel cadáver espantoso, Aleatha arrancó la falda de entre los dedos del muerto y huyó de la cámara a la carrera, impulsada por el pánico.

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

—¿Qué significa eso de que «ella nos ha traicionado»? —preguntó Alfred con inquietud.

—Que Marit les ha revelado que eres un sartán —respondió Haplo—. Y que yo te he traído al Laberinto por mi untad.

Alfred reflexionó detenidamente sobre el asunto.

—Entonces, al único que ha traicionado en realidad es a mí. Soy yo quien os pone en peligro a los dos. —Continuó sus reflexiones y añadió—: Podéis decirles que soy vuestro prisionero. Eso...

Dejó la frase sin terminar al ver la expresión sombría de Haplo.

—Marit sabe que no es así. Ella conoce la verdad. Y no tengo ninguna duda de que se la ha contado. Lo único que me pregunto —agregó Haplo sin variar el tono, con la vista perdida en el bosque— es qué más les habrá contado.

—¿Vamos a quedarnos aquí, sin más? —quiso saber Hugh *la Mano*, ceñudo.

—Sí —respondió Haplo sin alterarse—. Vamos a quedarnos aquí.

—Podríamos echar a correr...

—Buena idea —asintió el patryn—. He intentado convencer a Coren de que...

—Alfred —lo corrigió tímidamente el sartán—. Por favor. Yo me llamo así.

No..., no conozco a esa otra persona. Y no estoy dispuesto a ver atrás, como propones.

—Yo voy a donde él vaya —declaró Hugh. Los patryn ya estaban a la vista y seguían acercándose—. Podemos luchar.

—No —se opuso Haplo, sin detenerse a considerar siquiera tal posibilidad—.

No voy a luchar con mi propia gente. Ya es suficiente desgracia... —se interrumpió y dejó la frase a medias.

—Se lo están tomando con calma. Quizá te hayas confundido con ella.

Haplo rechazó la sugerencia con un movimiento de cabeza.

—No están acostumbrados a tomar prisionero a otro patryn. Nunca ha habido necesidad de algo así. —Contempló el cielo plomizo y los árboles en sombra. Cuando vio a hablar, lo hizo en un murmullo, para sí—.

—

. Xar descubrió la existencia de los mensch repasando la literatura que los sartán habían dejado en el Nexo.

Éste ha sido siempre un lugar terrible, peligroso y mortal. Pero al menos estábamos unidos: todos juntos contra él. Ahora, en cambio, ¿qué he hecho...?

Los patryn, conducidos por una Kari impasible, rodearon al dispar trío.

—Se han formulado graves acusaciones contra ti, hermano —anunció a Haplo.

Su mirada se vió entonces hacia Alfred, que se sonrojó hasta la calva e improvisó una expresión de absoluta culpabilidad. Kari frunció el entrecejo y miró de nuevo a Haplo. Probablemente, esperaba que él lo negara todo.

Pero Haplo se encogió de hombros y no dijo nada. Echó a andar. Alfred, Hugh *la Mano* y el perro lo siguieron. Los patryn cerraron filas tras ellos.

Marit no estaba en el grupo.

La comitiva avanzó sigilosamente por el bosque. Los patryn lo hacían incómodos, agitados. Cada vez que Alfred se caía —lo cual sucedía continuamente, pues las circunstancias y el terreno se conjugaban para hacerlo aún más torpe de lo habitual—, los patryn aguardaban inflexibles a que se pusiera en pie de nuevo, sin prestarle ayuda ni permitir que Haplo o Hugh se acercaran al sartán.

Al principio, observaban a Alfred con torvas expresiones de enemistad pero luego, después de verlo estrellarse de bruces tras tropezar con una raíz de un árbol, caer en un hoyo y casi romperse la cabeza contra una rama baja, los patryn empezaron a cambiar miradas dubitativas aunque redoblaron la vigilancia. Por supuesto, podía ser una comedia destinada a ganarse su confianza.

Haplo recordó haber pensado exactamente lo mismo en su primer encuentro con Alfred.

Cuánto les quedaba por aprender.

Respecto al asesino humano, los patryn lo trataban con desdén.

No debían de tener la menor noticia de la existencia de los mensch; el propio Haplo desconocía las llamadas «razas inferiores» hasta que Xar le había informado de quiénes eran. Además, Marit debía de haberles contado que Hugh *la Mano* no tenía conocimientos de magia rúnica y que, por tanto, era inofensivo. Haplo se preguntó si también se habría acordado de decirles que no se podía matar a aquel hombre.

Cuando algún patryn vía la vista por casualidad hacia Haplo, lo cual sucedía rara vez, lo hacía con expresión torva y furiosa. Haplo se preguntó con inquietud qué les habría contado Marit. Y por qué.

El bosque empezó a aclararse. La partida de caza se aproximaba al lindero de la arboleda y, al llegar a aquel punto, Kari ordenó un alto. Ante ellos se extendía un amplio campo abierto de hierba corta y ondulada. Haplo descubrió con asombro signos de que algún animal había pastado en la zona. Si allí hubiera habido mensch, habría imaginado que cuidaban ovejas y cabras. Pero allí no había mensch. Allí sólo había patryn, congéneres suyos, y los patryn eran corredores, luchadores; no pastores.

Ardió en deseos de sondear a Kari pero, en aquellas circunstancias, la mujer no respondería a ninguna pregunta suya; no le diría ni si era de día o de noche.

A un centenar de pasos, en el campo abierto, corría un río de aguas oscuras y turbulentas que se abría paso entre empinadas riberas. Y más allá, al otro lado del río...

Haplo se quedó boquiabierto.

Más allá del río de aguas negras y repulsivas, se levantaba una ciudad.

—

Una ciudad. .

No podía creer lo que veía, pero allí estaba. Aunque parpadeara, la alucinación no desaparecía. Allí, en una tierra de pobladores, de nómadas que pasaban la vida tratando de escapar de su prisión, había una ciudad. Construida por gente que no tenía por objetivo escapar. Por gente que se había establecido, que estaba a gusto allí. No sólo eso, sino que habían encendido un fuego guía, una baliza para llamar a otros: venid a nosotros, venid a nuestra luz, venid a nuestra ciudad.

Sólidos edificios de piedra, cubiertos de marcas rúnicas, se alzaban imasibles en la ladera de una montaña gigantesca, en cuya cima ardía el fuego. Probablemente, se dijo Haplo, aquellos edificios habían empezado como cuevas. Ahora se extendían hacia afuera y el suelo de algunos de ellos descansaba en el techo de otros. Descendían por la montaña de manera ordenada y se apelotonaban al pie de la ladera. La propia montaña parecía extender unos brazos protectores en torno a la ciudad construida en su regazo; una gran muralla, construida con piedra de la montaña, circundaba la ciudad. Las runas mágicas grabadas en la muralla reforzaban las defensas.

— ¡Caramba! —Murmuró Alfred—. ¿Es... esto es normal?

No; no era normal.

Marit había reaparecido. Era evidente que no le complacía estar allí, pero la perspectiva de tener que atravesar el peligroso cauce en campo abierto, presa fácil para cualquier enemigo, la había obligado a esperar al resto de la partida. Con todo, permaneció apartada de los demás, con los brazos cruzados ante el pecho. No miró en absoluto a Haplo; al contrario, evitó meticulosamente dirigirle la mirada. A él le habría gustado hablar con la mujer. Hizo ademán de acercarse a ella, pero varios patryn le cerraron el paso. Parecían incómodos; debía de ser la primera vez que desconfiaban o temían un mal de uno de los suyos.

Haplo suspiró. ¿Cómo podría hacerles comprender...? Levantó las manos con la palma hacia el frente, indicando que no pretendía causar ningún daño y que obedecería sus órdenes.

Pero el perro no estaba para prohibiciones. La travesía del bosque había sido un aburrimiento para el animal. Cada vez que olfateaba algo interesante y se disponía a salir en su persecución, su amo lo llamaba a su lado con tono imperioso. El perro habría tolerado la situación si hubiera recibido muestras de que su presencia era apreciada, pero Haplo estaba preocupado, sumido en pensamientos lúgubres y melancólicos, y no se había molestado en dar unas palmaditas en la cabeza al animal ni había reaccionado a sus lametones amistosos. De no ser por Alfred, el perro habría considerado el viaje como un gasto inútil de energías. El sartán, como de costumbre, había resultado tremendamente entretenido. El animal había comprendido que sería responsabilidad suya que Alfred lograra cruzar el bosque sano y salvo. No había habido modo de evitar ciertos desastres menores (un perro tiene sus limitaciones), pero el animal había conseguido salvarlo de varias catástrofes seguras, bien tirando de él para desenredarlo de los zarcillos de la repugnante enredadera de sangre o arrojándolo al suelo para evitar que pisara un hoyo con el fondo erizado de estacas puntiagudas, una típica trampa tendida por snogs merodeadores.

—

Por fin, habían llegado a un terreno llano y sin obstáculos y, aunque el perro sabía que ello no significaba necesariamente que Alfred estuviera a salvo, el sartán mantenía, de momento, una completa inmovilidad. Si existía alguien capaz de meterse en problemas sin moverse siquiera, ése era Alfred, pero el perro había considerado que podía relajar un poco la vigilancia.

Los patryn se reunieron en las lindes del bosque mientras varios de ellos se desplegaban para asegurarse de que todo estaba tranquilo antes de cruzar el río. El animal miró a su amo y comprendió con pesar que no podía hacer nada por él salvo recordarle, con un lametón, que allí tenía un perro para ofrecerle consuelo. Como recompensa, la mano distraída de Haplo le dio unos golpecitos en la testuz. El perro buscó una nueva distracción a su alrededor y vio a Marit. Una amiga. Alguien a quien no veía desde hacía horas. Alguien que, por su expresión, necesitaba un perro.

El animal se acercó a ella con un trotecillo.

Marit estaba de pie a la sombra de un árbol, con la mirada fija en algo que el perro no podía ver. Pero quizás estaba haciendo algo importante, de modo que se acercó silenciosamente, como para no molestarla. Por fin, apretó el lomo contra la pierna de Marit y levantó la cabeza hacia ella con una mueca de alegría.

Marit, sobresaltada, dio un respingo que también hizo saltar al animal y ambos retrocedieron un paso, observándose con alarma.

— ¡Ah, eres tú! —exclamó Marit y, aunque no comprendió las palabras, el perro entendió el tono en que las decía; un tono que, si bien no era abiertamente complacido, tampoco resultaba inamistoso.

La mujer transmitía una sensación de soledad y de pesar, de desesperada infelicidad. El perro la perdonó por haberlo asustado y avanzó de nuevo, meneando el rabo, para renovar su vieja amistad.

—Vete —dijo ella. Pero, al mismo tiempo, su mano acarició la cabeza del animal. La caricia se transformó pronto en un contacto desesperado; sus dedos se clavaron dolorosamente en las carnes del animal.

La sensación no resultaba muy agradable, pero el perro contuvo un gáñido; percibía que la mujer también sufría un gran dolor y, que, de algún modo, aquello la aliviaba. Sin dejar de menear el rabo con movimientos lentos y pausados, permaneció sin inmutarse al lado de la mujer y permitió que ella le tirara de las orejas y le estrujara la cabeza contra el muslo, ofreciéndole su presencia, ya que no podía darle nada más.

Haplo levantó la cabeza y miró en dirección a ellos.

— ¡Perro, aquí! ¿Qué haces? No la molestes. No le gustas. ¡Y no te apartes de mi lado!

Los dedos de Marit habían detenido su doloroso masaje y se habían vuelto suaves y estimulantes pero, de pronto, vio a clavar sus afiladas uñas en el pelaje del animal.

Esta vez, el perro soltó un aullido.

— ¡Vete! —masculló Marit con rencor, apartando de sí al animal.

El perro entendió. Siempre entendía.

Ojalá pudiera transmitir su comprensión a su amo.

—Ya podemos pasar. El lugar es seguro —informó Kari—. Bastante seguro, por lo menos.

El puente que cruzaba el río, realizado en un único y estrecho arco de roca y con numerosas runas grabadas en ésta, apenas medía un pie humano de anchura

y su piedra estaba resbaladiza a causa de la espuma levantada por las aguas bravas que corrían al fondo de la profunda garganta. El puente formaba parte de las defensas que los patryn habían establecido en torno a la ciudad. Sólo podía cruzarlo una persona a la vez, y con el mayor cuidado. Un resbalón y el río se cobraría su víctima, engulléndola en sus rápidos espumeantes, en sus aguas oscuras y gélidas.

Los patryn, acostumbrados a cruzar y ayudados de su magia natural, atravesaron el arco de piedra con facilidad. Una vez en el otro lado, varios de ellos se dirigieron a la ciudad, sin duda para anunciar su regreso al líder de la comunidad. Marit cruzó con uno de los primeros grupos y, según observó Haplo, aguardó junto a la orilla.

Kari se acercó a él. Ella y otros tres patryn se habían desplegado en la ribera, vigilando los árboles que tenían a su espalda.

—Haz cruzar a tu gente —indicó la mujer—. Diles que se apresuren —añadió, dirigiendo una mirada a sus tatuajes. Los signos mágicos de la piel de ambos despedían un resplandor azul más intenso que antes.

Hugh *la Mano*, con la pipa en la boca, estudió detenidamente el angosto puente con gesto ceñudo; después lo cruzó sin apenas vacilar. Sólo una breve pausa para tantear el terreno. El perro trotó tras él y se detuvo un momento a medio camino para ladrarle a algo que creyó ver en el agua.

Ya sólo quedaba Haplo. Y Alfred.

—Yo... ¿también tengo que... que...? —El sartán observó el puente entre balbuceos.

—Sí, tienes que cruzar —lo ayudó Haplo.

—¿Qué le sucede? —intervino Kari, irritada.

—Tiene miedo de... —Haplo se encogió de hombros y dejó la frase a medias.

Kari podía terminarla por sí misma.

La patryn se mostró suspicaz.

—Tu compañero tiene poderes mágicos.

—¿Marit no te ha hablado de eso? —Haplo sabía que sus palabras sonaban mordaces, pero no le importaba gran cosa—. No puede utilizar su magia. La última vez que lo hizo, el Laberinto la aprovechó para usarla contra él, igual que un caodín atrapa una lanza y la emplea contra quien se la ha arrojado. Estuvo en un tris de matarlo.

—Él es nuestro enemigo... —Kari inició una protesta.

—Qué raro —replicó Haplo sin alterarse—. Creía que nuestro enemigo era el Laberinto.

Kari abrió la boca y vio a cerrarla. Movié la cabeza y dijo:

—No lo entiendo. No entiendo nada de esto. Me alegraré mucho de entregaros al dirigente Vasu. Será mejor que busques algún modo de hacer cruzar a tu amigo... y pronto.

Haplo acudió junto a Alfred, que contemplaba con ojos desorbitados de miedo el estrecho paso que debía atravesar. Kari y sus tres compañeros mantenían su inquieta vigilancia del bosque. Los demás patryn aguardaban en la ribera opuesta.

—Vamos —lo animó Haplo—. No es más que un río.

—No, no lo es —dijo Alfred, dirigiendo una mirada a las oscuras aguas con un estremecimiento—. Tengo la sensación de que... de que me odia.

Haplo se detuvo, perplejo. Pues sí; en realidad, era muy posible que el río aborreciera al sartán. Estuvo tentado de decirle a éste una mentira piadosa, pero

—
sabía que Alfred no le creería. Decidió que era mejor la verdad que cualquier otra cosa que Alfred pudiera extraer de su imaginación.

—Éste es el Río de la Rabia. Recorre el Laberinto con sus aguas profundas y rápidas. Según la leyenda, es lo único del Laberinto que creamos los patryn. Cuando los primeros de nuestro pueblo fueron arrojados a esta prisión, su rabia fue tan terrible que manó de sus bocas y se convirtió en este río.

Alfred miró al patryn, horrorizado.

—El agua está mortalmente fría. Incluso yo, protegido por la magia rúnica, sólo podría sobrevivir en ella breves momentos. Y, si no lo mata a uno el frío, el agua lo estrella contra las rocas o las hierbas subacuáticas se enredan a uno y lo sumergen hasta que se ahoga.

Alfred se había puesto blanco como la leche.

—No puedo...

—Una vez cruzaste el Mar de Fuego —dijo Haplo—. También podrás cruzar esto.

Alfred sonrió vagamente. Sus pálidas mejillas recobraron un vestigio de color.

—Es cierto, crucé el Mar de Fuego, ¿verdad?

—Avanza a gatas —le aconsejó Haplo, al tiempo que lo empujaba hacia el puente—. Y no mires abajo.

—Crucé el Mar de Fuego —se repitió Alfred.

Al llegar a la estrecha pasarela, palideció de nuevo, tragó saliva y, tras una profunda inspiración, colocó las manos en la piedra húmeda.

Se estremeció.

—Y será mejor que te apresures —añadió Haplo, inclinándose hacia adelante para hablarle al oído—. Algo feo se nos echa encima.

Alfred se vió hacia él y abrió la boca. Quizá pensaba que Haplo lo había dicho para darle prisa, pero el sartán observó el acusado resplandor de la piel del patryn. Con un gesto desconsolado de asentimiento, Alfred cerró los párpados con fuerza y empezó a cruzar a gatas, guiándose sólo por el tacto.

—¿Qué hace? —exclamó Kari, asombrada.

—Cruzar el puente.

—¿Con los ojos cerrados?

—Teniendo en cuenta cómo se maneja con ellos abiertos —replicó Haplo secamente—, supongo que así tiene alguna oportunidad.

—Va a llevarle el resto del día... —apuntó Kari tras contemplar durante unos tensos momentos el lento avance de Alfred.

Y no disponían de tanto tiempo. Haplo se rascó la mano; el resplandor de las runas, que le advertía del peligro, era cada vez más intenso. Kari vió la mirada hacia el bosque. Los patryn de la otra ribera miraban con expresión sombría.

Habían llegado varios patryn procedentes de la ciudadela. En el centro del grupo había un hombre joven, de la edad aproximada de Haplo. Abstraído en apremiar mentalmente a Alfred, Haplo no lo habría distinguido de los demás de no ser porque aquel individuo era insólito para los cánones patryn.

La mayoría de éstos, tanto hombres como mujeres, eran delgados y de músculos acerados, adaptados a una vida dedicada a huir o a luchar para sobrevivir. La carne cubierta de signos mágicos de aquel hombre era blanda, su cuerpo era rechoncho y tenía los hombros redondeados y el vientre prominente.

Sin embargo, a la vista del trato deferente que le dedicaban los demás patryn,

—

Haplo dedujo que se trataba del jefe, del dirigente Vasu, nombre que significaba «brillante», «benéfico», «excelente».

Vasu se detuvo al borde de la empinada ribera opuesta para observar la escena y escuchó con la cabeza ligeramente inclinada a varios patryn que le explicaban lo que sucedía. El jefe no impartió órdenes. Kari estaba al mando allí, por derecho. Era su grupo. En aquella situación, el dirigente era un mero observador que sólo ejercería su autoridad si las cosas se torcían.

Y, de momento, todo iba bien. Alfred avanzaba mejor de lo que Haplo se había atrevido a esperar. La superficie rocosa del puente, aunque mojada, era áspera. El sartán podía introducir los dedos en las rendijas y en los salientes e impulsarse. En cierto momento, le resbaló la rodilla. Reaccionó con rapidez y consiguió mantener el equilibrio, pero quedó a caballo sobre el puente. Sin abrir ni un instante los ojos, continuó avanzando resueltamente.

Estaba a medio camino cuando se alzó del bosque un aullido.

—Lobunos... —dijo Kari con un juramento.

Los aullidos que emiten los lobunos son fantasmagóricos y escalofriantes. Es un sonido animal, pero contiene palabras que hablan de carne desgarrada, de sangre caliente, de huesos quebrados y de muerte.

Un aullido resonó en el bosque; otros se alzaron en respuesta.

Alfred, sorprendido y alarmado, abrió los ojos. Vio el agua negra que se agitaba al fondo del precipicio. Dominado por el pánico, se aplastó contra la piedra, se abrazó al puente y se quedó paralizado.

Haplo soltó un juramento.

— ¡No te desmayes! ¡Maldita sea, Alfred, no se te ocurra desmayarte!

Los lobunos no aúllan, no descubren su presencia, a menos que estén dispuestos para atacar. Y, a juzgar por el ruido, era toda una manada; demasiados como para que Kari y su reducido grupo pudieran hacerles frente sin más ayuda.

Vasu hizo un breve gesto con la mano. Los patryn se colocaron a lo largo de la ribera y apuntaron sus flechas y lanzas, preparadas para cubrirles la retirada.

Hugh le gritó a Alfred que continuara avanzando y se inclinó cuanto pudo sobre el puente, con la intención de agarrar al sartán y ponerlo a salvo en la orilla tan pronto pudiera.

Haplo saltó a su extremo del puente.

— ¡No lo conseguirás! —Le gritó Kari—. La magia del puente sólo permite que cruce una persona a la vez. Yo me ocuparé de eso.

Levantó la lanza y apuntó con ella hacia Alfred.

Haplo la asió por el brazo y le impidió el lanzamiento. Ella se desasíó con gesto enérgico y le dirigió una mirada iracunda.

— ¡Ése no vale la vida de tres de los míos!

—Prepárate a cruzar —dijo Haplo y se dispuso a dar un paso.

Pero, en aquel instante, el perro dejó atrás a Hugh *la Mano*, aterrizó en el puente y avanzó hacia el sartán.

Haplo se detuvo y esperó. A él, sin duda, la magia le impediría el paso; en cambio, era posible que al perro no lo afectara. Escuchó a su espalda el estruendo de los lobunos que avanzaban entre los matorrales. Los aullidos se hacían más potentes. Alfred continuó tumbado sobre el vientre, contemplando el agua con

horrible fascinación, incapaz de moverse.

El perro corrió ligero por el puente; al llegar a Alfred, soltó un ladrido e intentó sacarlo de su estupor.

—

Alfred no pareció enterarse siquiera de su presencia.

Decepcionado, el animal pidió ayuda a su amo con la mirada.

Kari levantó la lanza. En la otra orilla, Vasu efectuó un movimiento rápido e imperioso con su amplia mano.

— ¡El cuello! —Gritó Haplo—. ¡Cójelo por el cuello!

Una de dos: o el perro entendió lo que le decía, o llegó casualmente a la misma conclusión. Cerró los dientes con fuerza en torno al cuello de la camisa del sartán y tiró de él.

Alfred emitió un gemido y se agarró al puente aún más fuerte.

El perro soltó un gruñido desde lo más hondo de la garganta. *¿Qué prefieres?*, parecía decir. *¿El cuello de la camisa... o el de carne y hueso?*

Alfred tragó saliva y aflojó su desesperado abrazo. El perro reculó por el estrecho arco de piedra arrastrando con él al sartán, que se dejaba hacer sin oponer resistencia. Hugh y varios patryn aguardaban al extremo del puente.

Cuando pudieron, rescataron a Alfred y lo depositaron en tierra firme.

— ¡Ve! —ordenó Kari, posando la mano en el hombro de Haplo.

Ella estaba al mando; suyo era el privilegio de ser la última en cruzar. Haplo no perdió tiempo en protestas y se apresuró a salvar el puente. Cuando estuvo al otro lado, lo siguieron los demás patryn.

El lobuno apareció de entre los árboles cuando Kari ponía el pie en la húmeda piedra. La bestia soltó un alarido de decepción al ver que sus presas habían escapado y corrió en pos de Kari, esperando capturar aquélla, al menos. Una lluvia de lanzas y flechas, potenciadas por la magia rúnica, ó sobre el río y detuvo la persecución. Kari llegó al otro lado sana y salva. Marit la esperaba y la ayudó a saltar a tierra.

Más lobunos se habían unido al primero y todos se dirigieron al puente. Los signos mágicos de la roca emitieron un destello rojo y la piedra mojada estalló en llamas mágicas. Los lobunos retrocedieron entre aullidos amenazadores y recorrieron la ribera observando a sus presas con un destello de voracidad en sus amarillos ojos. Pero no se atrevieron a cruzar.

Cuando Kari estuvo a salvo, Haplo fue a ver cómo se encontraba Alfred. Vasu se acercó también a echar una ojeada. El dirigente se movía con agilidad para tener un cuerpo tan gordo y desgarrado. Cuando llegó junto al sartán, el caudillo patryn miró a su prisionero.

Alfred yacía en el suelo. Tenía el mismo color que si hubiera pasado varios días en el río y temblaba hasta el punto de que le castañeteaban los dientes.

Brazos y piernas se contraían y se agitaban espasmódicamente, por efecto todavía del pánico.

—Aquí está el antiguo enemigo —dijo Vasu, y pareció que exhalaba un suspiro—. Aquí tenéis lo que nos han enseñado a odiar.

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

— ¡Aleatha, corre! —gritó Roland, al tiempo que se plantaba ante Xar de un salto.

El Señor del Nexo cogió al humano por la garganta y lo arrojó a un lado como si fuera uno de los mágicos muñecos parlantes de los elfos. Xar invocó las posibilidades y puso en acción la magia rúnica. En un abrir y cerrar de ojos, todos los portales en arco de acceso a la cámara circular quedaron tapiados y sellados. Cuando lo hubo hecho, Xar miró a su alrededor y empezó a maldecir amargamente. Había atrapado a tres mensch en la cámara. Sólo a tres. La elfa había escapado.

Pero tal vez fuera mejor así, reflexionó Xar. Ella lo conduciría al enano. vió a concentrarse en sus cautivos. Uno de ellos, el elfo, contemplaba el cadáver del viejo y la jarra vacía que yacía en el suelo junto al cuerpo.

El elfo levantó la mano y miró a Xar con expresión horrorizada.

— ¿Es cierto que envenenaste el vino? ¿Y que te proponías hacérselo beber?

—Desde luego que sí —replicó Xar con irritación. No tenía tiempo para tonterías—. Y ahora tendré que quitaros la vida de una manera mucho menos adecuada a mis necesidades. Con todo, tendré cierta compensación... —Movié el cadáver con la punta del zapato—. Un cuerpo extra. No contaba con él.

Los mensch se acurrucaron juntos y la mujer se arrodilló al lado del humano, que yacía en el suelo con la garganta desgarrada y ensangrentada como si la hubiesen atacado unas zarpas afiladas.

—No os vayáis a ninguna parte —indicó Xar con sutil ironía—. veré.

El Señor del Nexo empleó la magia de las runas para escapar de la habitación sellada y fue en pos de la elfa y del enano. Y, sobre todo, en pos del amuleto sartán de este último.

« ¡Aleatha, corre!» El aviso de Roland latió en su corazón y zumbó dolorosamente en sus oídos. Y, por encima de las palabras, la elfa percibió el ruido de las pisadas del terrible hechicero.

—

« ¡Aleatha, corre! ¡Corre!»

Consumida de miedo, echó a correr.

Captó el sonido de los pasos amenazadores a su espalda. El Señor Xar la perseguía, y a la elfa le dio la impresión de que él también le susurraba las últimas palabras de Roland.

—Corre, Aleatha —la apremiaba.

Su voz, aquel tono burlón que utilizaba, resultaba aterradora. La voz la instaba a correr más deprisa y le impedía pensar con coherencia. Aleatha huyó al único sitio que la intuición le decía que podía resultar seguro: el laberinto.

Xar no tuvo dificultades para descubrir a Aleatha. La vio correr calle abajo en un revuelo de sedas desgarradas y enaguas hechas trizas y la persiguió a placer, conduciéndola como a una oveja. Xar quería el terror de la elfa, deseaba su pánico. Medio desquiciada, la mensch lo conduciría al enano sin darse cuenta.

El Señor del Nexo se dio cuenta de su error demasiado tarde. Lo advirtió cuando vio el laberinto y a Aleatha corriendo hacia allí y las runas sartán que rodeaban la entrada.

Aleatha desapareció en su interior. Xar se detuvo a la entrada, observó con

recelo las runas sartán y analizó aquella última dificultad.

Los tres mensch atrapados en la cámara circular observaron las paredes tapiadas, se miraron entre ellos y contemplaron el cadáver del viejo, contraído y frío, que yacía en el suelo.

—Esto no es real —murmuró Rega con una vocecilla—. No está sucediendo de verdad.

—Quizá tengas razón —asintió Paithan, impaciente, y se lanzó contra la pared de ladrillos que un rato antes era una puerta.

Se estrelló contra ella, lanzó una exclamación de dolor y se deslizó al suelo.

—Es bastante real, te lo aseguro. —Una brecha sangrante en la frente lo demostraba.

—¿Por qué nos hace esto Xar? ¿Por qué..., por qué quiere matarnos? —preguntó Rega con tono trémulo.

—¡Aleatha! —Roland se incorporó hasta quedar sentado en el suelo con expresión aturdida—. ¿Dónde está Aleatha?

—Ha escapado —le informó Rega en un susurro—. Gracias a ti.

Roland se tocó con cuidado la herida ensangrentada del cuello y ensayó una sonrisa.

—Pero Xar ha ido tras ella —añadió Paithan. Dirigió una mirada a las paredes tapiadas por la magia y sacudió la cabeza—. No creo que mi hermana tenga muchas posibilidades.

El humano se puso en pie.

—¿Tiene que haber un modo de salir!

—No hay ninguno —contestó Paithan—. Olvídalo. Estamos acabados.

Roland no le hizo caso y se puso a aporrear una pared y a gritar:

—¡Socorro! ¡Ayudadnos!

—¡Estás chiflado! —dijo el elfo en tono burlón—. ¿Quién crees que va a oírte?

—¡No lo sé! —Roland se vio hacia él, enfurecido—. ¡Pero es mucho mejor que quedarse aquí sentado, sollozando y esperando la muerte!

Se vio hacia la pared y se disponía a emprenderla a golpes de nuevo cuando el caballero de aspecto imponente, vestido de negro de pies a cabeza,

—

apareció entre los ladrillos como si se limitara a cruzar el umbral de la puerta que antes había allí.

—Discúlpame, señor —dijo al asombrado Roland con deferencia—, pero he creído oír que llamabas. ¿Puedo ayudarte en algo?

Antes de que Roland pudiera responder, el caballero imponente vio el cadáver.

—¡Oh! ¿Qué has hecho esta vez, mi señor?

Se arrodilló junto al cuerpo y le buscó el pulso en vano. Levantó la cabeza con una expresión terrible, severa y aciaga. Paithan, alarmado, cogió a Rega y la estrechó contra él. Los dos juntos retrocedieron hasta tropezar con Roland.

El caballero imponente se irguió...

... y continuó haciéndolo.

Su cuerpo se hizo más y más grande, se alzó más y más alto. Su mole llenó la vista de los mensch. Una enorme cola escamosa se agitó amenazadora. Unos ojos de reptil centellearon de furia. La voz del dragón estremeció la cámara sellada. —¿Quién ha matado a mi mago?

Aleatha corrió por el laberinto. Estaba perdida, irremisiblemente perdida, pero

no le importaba. En su mente consumida por el terror, cuanto más perdida estuviera, más posibilidades tendría de despistar a Xar. Estaba tan asustada que no se dio cuenta de que el hechicero ya no la perseguía.

Los setos rasgaron su vestido, se enredaron en su cabello y le arañaron las manos y los brazos. Las piedras del camino se clavaron en sus delicados pies. Una punzada de dolor le atravesaba el costado cada vez que tomaba aire. Mareada y con los pies magullados, se vio obligada a detener su aterrorizada carrera por un puro agotamiento y se derrumbó en el camino entre jadeos y sollozos. Una mano la tocó.

Aleatha soltó un chillido y se acurrucó contra el seto. Pero lo que se cernía sobre ella no era la túnica negra y el rostro cruel de Xar, sino la barba negra y la cara preocupada del enano.

— ¿Drugar? —Aleatha no alcanzaba apenas a ver entre una neblina teñida de rojo sangre y no estuvo segura de si el enano era de carne y hueso o aún seguía siendo uno de aquellos seres de bruma.

Sin embargo, el contacto de la mano había sido real.

— ¡Aleatha! —Drugar se inclinó con una mueca de inquietud, pero no intentó ver a tocarla—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha sucedido?

— ¡Oh, Drugar! —Aleatha alargó la mano tímidamente y tocó el brazo del enano con cautela. Al comprobar que era sólido y tangible, se agarró a él, con frenesí, con una fuerza salida del terror, hasta casi levantarlo del suelo—. ¡Eres de verdad! ¿Por qué me dejaste? ¡Estaba tan asustada! Y luego..., luego ha venido lo del Señor Xar. Él... ¿Has oído eso?

La elfa vio la cabeza y miró a su espalda con expresión temerosa.

— ¿Será él? ¿Ves si se acerca? —Hizo un esfuerzo por ponerse en pie—.

Tenemos que huir y escondernos...

Drugar no estaba acostumbrado a tratar con crisis de nervios. Entre los enanos, ésta no existe. Comprendió que había sucedido algo terrible; era preciso descubrir de qué se trataba. Tenía que tranquilizar a Aleatha y no disponía de tiempo para mimarla, como le dictaban los impulsos. Durante unos segundos no supo qué decir, pero vino en su ayuda un recuerdo del pasado que la desconcertante experiencia había hecho revivir en su mente.

—

Los niños enanos son famosos por su testarudez. Un bebé enano que no consigue lo que quiere es capaz, en ocasiones, de contener el aliento hasta que se pone azul y pierde la conciencia. En tales ocasiones, el padre o la madre arrojan agua al rostro del pequeño, y la impresión hace que éste suelte una exclamación e, inuntariamente, tome aire.

Drugar no disponía de agua, pero tenía un frasco de cerveza que había traído consigo para demostrar que no se había tratado de una mera alucinación. Quitó el tapón del frasco y echó cerveza al rostro de Aleatha.

A la elfa no le había sucedido nada parecido en toda su vida. Farfullando y bañada en cerveza, recobró el dominio de sí... con ganas de venganza. Todos los horrores que había presenciado y experimentado se vieron anegados y ahogados bajo un diluvio de un líquido parduzco de olor repulsivo.

Temblando de cólera, Aleatha exclamó:

— ¿Cómo te atreves?

—El Señor Xar —dijo Drugar, asiéndose a lo único que tenía sentido de

cuanto ella había dicho—, ¿dónde está? ¿Qué te ha hecho?

Al principio, Drugar pensó que había ido demasiado lejos. Sus palabras habían evocado todo lo sucedido y Aleatha se echó a temblar. El enano le acercó el frasco de barro.

—Bebe —le ofreció—. Y cuéntame qué ha sucedido.

Aleatha hizo una profunda inspiración. Detestaba la cerveza, pero tomó el frasco y dio un trago de la fresca bebida. El sabor amargo le provocó una náusea, pero se sintió mejor. Entre toses, titubeos y divagaciones, le contó a Drugar todo lo que había visto y oído. El enano la escuchó con una expresión sombría, sin dejar de acariciarse la barba.

—Probablemente, a estas alturas estarán todos muertos. —La elfa se atragantó con sus lágrimas—. Xar debió de matarlos y luego ha salido detrás de mí. Ahora mismo, quizás esté aquí dentro, buscándome. Buscándonos, quiero decir. Xar ha preguntado por ti insistentemente.

— ¿Ah, sí? —Drugar acarició el amuleto que llevaba colgado al cuello—. Hay un modo de detenerlo. Hay algo que podemos hacer.

Aleatha dirigió una mirada esperanzada al enano entre los empapados mechones de su cabello.

— ¿Qué?

—Debemos abrir la puerta y dejar que los titanes entren en la ciudad.

— ¡Estás loco! —Aleatha miró a Drugar y empezó a apartarse de él. El enano la cogió por la mano—. No, nada de eso. Escúchame. Venía a decírtelo. ¡Mira! ¡Mira esto! —Levantó el frasco de cerveza y añadió—: ¿De dónde crees que he sacado esto?

Aleatha movió la cabeza en un gesto de negativa.

—Tenías razón —prosiguió Drugar—, esta gente de bruma no son sombras. Son personas de verdad. De no haber sido por ti, nunca habría podido... —Al enano le brillaron los ojos, y carraspeó, con turbación—. Viven en otra ciudadela como ésta. He estado allí y lo he visto. He visto allí a mi gente y a la tuya. Incluso humanos. Viven todos juntos en una ciudad y se llevan bien. ¡Viven! —Repitió Drugar con aquel intenso fulgor en la mirada—. ¡Los enanos viven! ¡No soy el último de mi raza!

Dirigió una mirada emocionada al frasco de alfarería.

—Me han dado esto para que os lo traiga como demostración.

—

—Otra ciudad... —Aleatha iba asimilando lentamente sus palabras—. Has estado en otra ciudad. Elfos y humanos. Cerveza. Has vuelto con la cerveza. Ropas preciosas... —Con manos temblorosas, se alisó su propia falda llena de sietes—. ¿Puedo..., puedo ir allí contigo, Drugar? ¡Podríamos hacerlo ahora! Así escaparíamos de Xar...

Drugar rechazó la propuesta con un ademán de cabeza.

—Aún existe la posibilidad de que los demás sigan vivos. Tenemos que abrir la puerta y dejar entrar a los titanes. Ellos nos ayudarán a detener a Xar.

—Los titanes lo matarán —anunció Aleatha con voz apagada y ánimo abatido—. Y a nosotros, también, pero supongo que esto no importa...

—No lo harán —insistió Drugar con gran seriedad—. Debes confiar en lo que digo. Mientras estaba en esa otra ciudadela he descubierto una cosa. Todo ha sido un error, un malentendido. Los titanes no hacían más que preguntar dónde estaba

la ciudadela, ¿verdad? Pues lo único que teníamos que decirles era: «Aquí. Aquí está la ciudadela. Entrad».

— ¿De veras? —Aleatha reaccionó con esperanza, primero, y luego con cautela—. Demuéstramelo. Llévame a ese lugar.

— ¿Quieres que tu hermano muera? —El enano frunció el entrecejo. Su voz se hizo más áspera—. ¿No quieres salvar a Roland?

—Roland... —Aleatha repitió el nombre suavemente, con una caída de ojos—. Lo quiero. Lo quiero de verdad, aunque no sé por qué. Es tan..., tan... —La elfa suspiró—. Me dijo que huyera. Se interpuso entre mí y el hechicero y me salvó la vida...

—Vámonos ya —la apremió Drugar—. Vayamos a ver qué ha sido de ellos.

— ¡Pero no podemos abandonar el laberinto! —Protestó Aleatha, de nuevo con aquel tono histérico en la voz—. Xar está ahí fuera, esperándonos. Sé que está ahí...

—Tal vez se ha marchado ya —apuntó Drugar, al tiempo que se encaminaba hacia la salida desandando todos sus pasos—. Ya veremos.

Aleatha lo vio alejarse. La idea de seguirlo la aterrorizaba, pero aún más espanto le producía la perspectiva de quedarse sola. Recogió la falda desgarrada y corrió tras el enano.

Xar no podía entrar ; las runas sartán le impedían el paso.

Entre maldiciones, deambuló ante la puerta de entrada y estudió las posibilidades. Podía abrir los setos a llamaradas, pero probablemente tendría que quemar todo el laberinto para dar con los mensch, y unos cadáveres achicharrados no le serían de mucha utilidad.

Lo que necesitaba en aquellos momentos era paciencia. La elfa tendría que salir alguna vez, se dijo. No podía pasarse la vida allí. El hambre y la sed la obligarían a abandonar el laberinto. Los otros tres mensch estaban cerrados en la cámara tapiada y no se moverían de allí. Podía esperar el tiempo que fuera preciso. Extendió sus sentidos aguzando el oído en busca de la elfa y captó su carrera apresurada, sus sollozos y su caída. Entonces escuchó otra voz.

Xar sonrió. No se había equivocado. El enano. La elfa lo había conducido hasta el enano. Escuchó su conversación sin prestar atención a la mayor parte de lo que decían. Una historia absurda. No había duda de que el enano estaba bebido. El Señor del Nexo soltó una carcajada ante la sugerencia de que se abrieran las puertas de la ciudadela a los titanes. Los mensch eran más estúpidos de lo que había creído.

—

—Yo mismo abriré las puertas, enano —murmuró—. ¡Cuando hayáis muerto!
¡Entonces podréis hacer amistad con los titanes, si queréis!

La pareja se disponía a salir del laberinto. Xar estaba satisfecho. No había esperado que lo hicieran tan pronto.

Se acercó a un edificio próximo y se ocultó entre sus sombras. Desde allí podía observar la entrada del laberinto sin ser visto. Dejaría que se alejaran lo suficiente como para que no pudieran ganar la verja y refugiarse otra vez en su interior.

—Mataré ahora a esos dos —murmuró para sí—. Dejaré los cuerpos aquí, de momento. Cuando haya dado muerte a los otros, veré a buscarlos y empezaré los preparativos para resucitarlos.

Captó las recias pisadas del enano avanzando por el camino central, en dirección a la verja de entrada. La elfa lo acompañaba con pisadas mucho más ligeras, apenas distinguibles. En cambio, escuchó perfectamente sus cuchicheos frenéticos.

— ¡Drugar! ¡No salgas, por favor! Sé que está ahí. ¡Lo sé!

Perspicaces, aquellos elfos. Xar se obligó a aguardar pacientemente y tuvo su recompensa cuando vio asomar el rostro del enano con su barba negra tras el seto, a la entrada del laberinto. El rostro se desvaneció otra vez, al instante, y reapareció tras una pausa.

Xar tuvo buen cuidado de no moverse y se confundió con la sombra que lo protegía.

El enano avanzó un paso, cauteloso, con la mano en el hacha que llevaba al cinto. Miró en una dirección y otra de la calle que conducía al laberinto y, por último, hizo una señal.

—Aleatha, vamos. Está despejado. No veo al Señor Xar por ninguna parte.

La elfa asomó la cabeza con suma precaución.

—Está ahí, Drugar, en alguna parte. Sé que está ahí. ¡Corramos!

Tomó de la mano al enano y echaron a correr juntos calle arriba, alejándose del laberinto directamente hacia donde acechaba Xar.

Dejó que se acercaran; después, se plantó de un salto en mitad de la calle, justo frente a ellos.

—Qué lástima que tuvieras que perderte mi fiesta —dijo al enano.

Xar levantó la mano y trazó las runas que los habían de matar.

Los signos mágicos se encendieron en el aire, descendieron sobre los perplejos mensch en un brillante destello... y, de pronto, empezaron a desmoronarse.

— ¿Qué...? —Xar, furioso, empezó a recomponer la magia. Entonces se percató del problema.

El enano se había colocado delante de la elfa y sostenía en la mano el amuleto con las runas sartán. El talismán los protegía a ambos.

No por mucho tiempo. Su magia era limitada. El enano no tenía idea de cómo utilizarla, salvo aquel débil intento de protección. Xar reforzó el hechizo.

Los signos mágicos ardieron en grandes llamas. Su luz resultaba cegadora y estalló sobre el enano, sobre su insignificante amuleto, con un rugido de fuego. Se escuchó una explosión tremenda, un grito de dolor, un alarido terrible.

Cuando el humo se dispersó, el enano yacía en el pavimento. La elfa se arrodilló a su lado y se inclinó, suplicándole que se levantara. Xar dio un paso adelante con la intención de acabar con su vida. Una voz resonó en el aire y lo detuvo: — ¡Tú has matado a mi amigo!

—

Una sombra oscura ocultó el sol. Aleatha levantó la cabeza, vio al dragón y observó que el monstruo atacaba a Xar. No comprendía nada, pero no importaba. Se inclinó sobre Drugar, le tiró de la barba, le suplicó que se levantara, que la ayudara... Estaba tan fuera de sí que ni siquiera se dio cuenta de que, después de tocar al enano, tenía las manos cubiertas de sangre.

— ¡Drugar, por favor!

El enano abrió los ojos. Levantó la vista hacia aquel rostro encantador, tan cercano al suyo, y sonrió.

— ¡Vamos, Drugar! —lo instó ella, llorosa—. ¡Levántate! ¡Deprisa! El dragón...

—Voy a... estar con... mi pueblo... —murmuró Drugar muy despacio.

— ¡No, Drugar! —Aleatha soltó una exclamación entrecortada. Por fin había advertido la sangre—. No me dejes...

El enano frunció el entrecejo para hacerla callar. Con las pocas fuerzas que le quedaban, y que perdía rápidamente, puso el amuleto en sus manos.

—Abre la puerta. Los titanes te ayudarán, confía en mí. Tienes que... confiar en mí.

Drugar la miró, suplicante. Aleatha titubeó. La magia tronaba a su alrededor: el dragón rugía de furia mientras la voz de Xar entonaba unas palabras extrañas. La elfa cerró las manos con fuerza en torno a las del enano.

—Confío en ti, Drugar.

Él cerró los ojos y emitió un gemido de dolor, pero sonrió.

—Mi gente... —murmuró, y entregó suavemente el postrer aliento.

— ¡Drugar! —gritó Aleatha, guardando el amuleto entre sus ensangrentadas manos.

La magia de Xar centelleó. Un viento tremendo, levantado por las violentas sacudidas de la gigantesca cola del dragón, agitó los cabellos de la elfa y los aplastó contra su rostro.

Aleatha había dejado de llorar. En aquel momento estaba tranquila y sorprendida de su calma. Ya nada importaba. Nada en absoluto.

Con el amuleto firmemente asido, olvidada por el hechicero y por el dragón, depositó un beso en la frente del enano. Después, se puso en pie y echó a andar resueltamente calle abajo.

Paithan, Roland y Rega se encontraron hundidos hasta las rodillas en un enorme montón de ladrillos, vigas y bloques de mármol desmoronados.

— ¿Estáis...? ¿Hay algún herido? —preguntó Paithan, mirando a su alrededor aturdido y confuso.

Roland levantó el pie y, al hacerlo, desplazó un enorme montón de ladrillos que lo cubría.

—No —dijo con cierto titubeo, como si no alcanzara a creerlo—. Estoy ileso, aunque no me preguntes cómo es posible.

Rega se sacudió el polvo de mármol del rostro y los ojos.

— ¿Qué ha sucedido?

—No estoy seguro —respondió Paithan—. Recuerdo que el hombre de negro preguntaba por su mago y, de pronto, era un dragón quien preguntaba por él con voz chillona y luego..., luego...

—La cámara reventó, o algo así —lo ayudó Roland. Se encaramó a los escombros y avanzó por ellos hasta llegar junto a sus compañeros—. La cabeza del dragón atravesó el techo y la sala empezó a derrumbarse y recuerdo que pensé: «Ya está, muchacho; esto es el fin».

—

—Pero no lo ha sido —intervino Rega, pestañeando—. No nos ha sucedido nada. No entiendo cómo hemos podido sobrevivir.

La humana contempló la terrible destrucción que la rodeaba. La deslumbrante luz solar inundaba la sala, y las motas de polvo centelleaban en ella como mil y una diminutas gemas.

— ¿A quién le importa cómo? —Dijo Roland, dirigiéndose a un gran boquete abierto en la pared—. Lo hicimos y eso me basta. ¡Larguémonos de aquí! ¡Xar

andaré detrás de Aleatha, sin duda!

Paithan y Rega se ayudaron mutuamente a salvar una pila de ladrillos y escombros.

Antes de marcharse, Paithan dirigió una mirada al lugar. La sala circular con su mesa redonda estaba destruida. Las voces que alguna vez habían resonado en aquella estancia no verían a escucharse allí.

Los tres salieron corriendo del hueco de la pared justo a tiempo de ver que el cielo se iluminaba con una gigantesca bola de fuego. Atemorizados, retrocedieron y se refugiaron en el hueco de una puerta. Un gran estruendo sacudió el suelo.

—¿Qué sucede? ¿Alguien ve algo? —Preguntó Roland—. ¿Veis a Aleatha? Voy a salir.

—¡No, nada de eso! —Paithan sujetó al humano—. Yo estoy tan preocupado por ella como tú. Es mi hermana, pero dejándote matar no vas a ayudarla. Espera a que averigüemos qué sucede.

Roland, sudoroso y ceniciento, se detuvo temblando; parecía dispuesto a salir corriendo a pesar de todo.

—El dragón está luchando con Xar —susurró Rega, asombrada.

—Creo que tienes razón —asintió Paithan, pensativo—. Y, si el monstruo acaba con él, es muy probable que nosotros seamos los siguientes.

—Nuestra única esperanza es que se maten mutuamente.

—¡Voy en busca de Aleatha! —Roland se lanzó escalinata abajo.

—¡Roland, no! ¡Te matarán! —Rega echó a correr tras él.

—¡Ahí está Aleatha! ¡Thea! ¡Por aquí! —Gritó Paithan—. ¡Thea! ¡Aquí arriba!

Descendió apresuradamente los peldaños que llevaban a la calle. Aleatha pasó por delante de la escalinata. O no podía escuchar a su hermano, o hacía oídos sordos a las llamadas de éste. Pasó caminando a toda prisa, sin detenerse, a pesar de que Roland había sumado su potente vozarrón a los gritos, más débiles, del elfo.

—¡Aleatha! —Roland pasó como una centella junto a Paithan, alcanzó a Aleatha y la asió del brazo. Vio la sangre que embadurnaba la delantera de su vestido y exclamó—: ¡Estás herida!

Aleatha lo miró fríamente.

—Suéltame.

Habló con tal calma y con tal autoridad que Roland obedeció, asombrado.

La elfa se vió y continuó avanzando por la calle.

—¿Qué tiene? ¿Adonde va? —preguntó Paithan, jadeante, cuando llegó junto a Roland.

—¡Ya lo ves! —Exclamó Rega—. ¡La puerta!

—Y lleva el amuleto de Drugar...

Los tres apretaron el paso hasta llegar a la altura de Aleatha. Esta vez fue Paithan quien la detuvo.

—

—Thea —dijo con voz temblorosa—, cálmate, Thea. Cuéntanos qué ha sucedido. ¿Dónde está Drugar?

Aleatha lo miró, miró a Roland y a Rega y dio muestras de reconocerlos por fin.

—Drugar está muerto —dijo con un hilo de voz—. Ha muerto... para salvarme —asíó con fuerza el amuleto.

—Lo siento, Thea. Tiene que haber sido terrible para ti. Ahora, vamos, vamos a la ciudadela. Aquí fuera no estamos seguros.

Aleatha se desasíó de su hermano.

—No —respondió con una extraña calma—. Yo no veré. Ahora sé qué tengo que hacer. Drugar me dijo que lo hiciera. Esa gente es real, ¿sabéis? La ciudad es real. Y llevan unas ropas tan hermosas...

Dio media vuelta y echó a andar otra vez. La puerta de la ciudad quedaba ya a la vista. La luz de la estrella irradiaba de la Cámara; el extraño tarareo resonaba en el aire. Explosiones y crujidos sacudían la ciudadela desde dentro. Al otro lado de las murallas, los titanes se hallaban en estado de trance hipnótico.

— ¡Thea! —gritó Paithan con desesperación.

Los tres se lanzaron a detenerla.

Aleatha se vió en redondo y sostuvo el amuleto en alto como había visto hacerlo a Drugar ante Xar.

Perplejos, los demás retrocedieron. No se sabía qué los detenía, si la magia del amuleto o, más bien, el porte autoritario de Aleatha.

—No comprendéis —declaró—. Todo el tiempo se ha tratado de esto. De un malentendido. Drugar me lo dijo: «Los titanes nos salvarán». —Miró hacia la puerta y añadió—: Simplemente... no comprendíamos.

— ¡Aleatha! ¡Drugar intentó matarnos en una ocasión! —exclamó Rega.

— ¡No puedes fiarte de él! ¡Es un enano! —agregó Paithan.

Aleatha le dirigió una mirada compasiva. Recogió la falda hecha harapos con una mano, avanzó hasta la puerta y, con la otra, colocó el amuleto en el centro.

— ¡Se ha vuelto loca! —musitó Rega, frenética—. ¡Hará que nos maten a todos!

— ¡Qué más da! —Replicó Roland de repente, con una risotada—. El dragón, el mago, los titanes... Cualquiera de ellos acabará con nosotros. ¿Qué importa cuál?

Paithan intentó moverse pero notó el cuerpo sumamente cansado, casi incapaz de sostenerse en pie.

—Thea, ¿qué estás haciendo? —preguntó, angustiado.

—Voy a dejar entrar a los titanes —respondió la elfa.

El amuleto emitió una llamarada. La puerta de las runas se abrió de par en par.

—

CAPÍTULO

ABRÍ EL LABERINTO

Escortado por Vasu, Haplo y sus compañeros cruzaron las enormes puertas de hierro que daban paso a las calles de Abri. No los vigilaba ningún otro patryn; el dirigente había asumido la responsabilidad en persona, tras indicar a Kari y a los suyos que regresaran a sus casas y descansaran del esfuerzo. Los patryn, no obstante, se congregaron a respetuosa distancia para observar a los extraños. Corrió la voz, y las calles no tardaron en poblarse de hombres, mujeres y niños, más curiosos que hostiles.

Por supuesto, la ausencia de guardias no significaba que confiaran en ellos, reflexionó Haplo con ánimo sombrío. Al fin y al cabo, se encontraban atrapados dentro de una ciudad amurallada con una única salida, cuyas puertas estaban protegidas por runas y por centinelas. No; Vasu no corría ningún riesgo.

Abri era —y eso significaba el nombre— un refugio de roca. Los edificios estaban hechos sólo de piedra. Las calles se hallaban sucias y eran poco más que anchos caminos de tierra apisonada por el largo uso. Pero las calzadas eran lisas y uniformes, muy adecuadas para los carromatos y las carretillas que transitaban arriba y abajo. Los edificios eran utilitarios, de esquinas cuadradas y con ventanucos que se podían cegar rápidamente si la ciudad era objeto de un ataque. Y, en caso de necesidad extrema, en las montañas había cuevas a las que podía huir la población en busca de protección. No era de extrañar que al Laberinto le hubiera resultado difícil destruir Abri y a su gente.

—Y, pese a todo, sigue siendo una prisión —apuntó Haplo al tiempo que movía la cabeza en un gesto de negativa—. ¿Cómo es posible que decidáis quedaros aquí, dirigente Vasu? ¿Por qué no tratáis de escapar?

—Me han dicho que eras un corredor...

Haplo miró a Marit, situada al otro lado de Vasu. La patryn mantuvo la mirada fija al frente, con la barbilla levantada. Su expresión era fría e impenetrable, sólida y firme como las murallas de piedra.

—Sí —respondió Haplo—. Era un corredor.

—

—Y conseguiste escapar del Laberinto. Alcanzaste la Última Puerta y la cruzaste.

Haplo asintió, reacio a hablar del tema. El recuerdo no era agradable.

— ¿Y cómo es el mundo más allá de la Última Puerta? —quiso saber Vasu.

—Hermoso —contestó, evocando el Nexo—. Una ciudad inmensa, enorme. Bosques y suaves colinas, comida en abundancia...

— ¿Un mundo pacífico? —Inquirió Vasu—. ¿Sin amenazas ni peligros?

Haplo estuvo a punto de responder afirmativamente pero, de pronto, recordó. Guardó silencio.

— ¿Existe una amenaza, entonces? —Insistió Vasu con suavidad—. ¿Un peligro?

—Uno muy grande —respondió Haplo en voz baja, pensando en las serpientes dragón.

— ¿Eras feliz allí, en tu Nexo? ¿Más feliz que cuando estabas ?

De nuevo, Haplo vio la mirada a Marit.

—No —dijo en un murmullo.

Ella siguió sin mirarlo. No necesitaba hacerlo. Marit comprendía a qué se había referido Haplo. Un acceso de fiebre ardiente se alzó de su cuello e inundó sus mejillas con un intenso rubor.

—Muchos de quienes vagan a su aire están en una prisión —apuntó Vasu.

Haplo cruzó su mirada con la del dirigente y se quedó sorprendido e impresionado. Sus pardos ojos eran tan apacibles como fofa era su cuerpo. Sin embargo, en el fondo de sus pupilas ardía una llama interior, una inteligencia, una sabiduría. Haplo empezó a revisar la opinión que tenía del hombre. De ordinario, el jefe de la tribu era escogido por ser el más fuerte, el más experto superviviente. Así, el jefe, hombre o mujer, solía ser uno de los miembros ya maduros, recio y duro. Aquel Vasu, en cambio, era joven y blando y no habría podido afrontar el desafío de cualquier otro miembro de la tribu. En su primer encuentro con él, Haplo se había preguntado cómo se las arreglaría un hombre tan débil como Vasu para mantener su autoridad sobre un pueblo tan fiero y orgulloso.

Ahora empezaba a comprenderlo.

— ¡Tienes razón, dirigente! —intervino Alfred. Su expresión era radiante; sus ojos contemplaban a Vasu con admiración y respeto.

Y Haplo observó que el sartán incluso conseguía dar unos pasos sin tropezar con sus propios pies—. ¡Tienes razón! Yo me he tenido prisionero a mí mismo durante tanto tiempo, tantísimo... —Suspiró y movió la cabeza—. Debo encontrar un modo de liberarme.

—Tú eres un sartán —declaró Vasu. Sus ojos se clavaron en Alfred y lo vieron del revés—. Uno de los que nos arrojaron aquí.

Alfred se sonrojó.

Haplo hizo rechinar los dientes, esperando oír los balbuceos y las excusas de costumbre.

—No —replicó Alfred, e hizo una pausa, irguiéndose en toda su estatura—. No lo soy. Es decir, sí, soy un sartán. Pero no, no soy uno de los que os encerraron aquí. Los responsables fueron mis antepasados, no yo. Yo sólo acepto la responsabilidad de mis propios actos. —Su rostro enrojeció aún más. Se vió hacia Hugh *la Mano* con una mueca pesarosa—. Ya son suficiente carga.

—Un argumento interesante —concedió Vasu—. No somos responsables de los crímenes de nuestros padres, sólo de los nuestros.

—

Y aquí tenemos a uno que es inmortal, según me han dicho.

Hugh apartó la pipa de los labios.

—Puedo morir —declaró con amargura—. Lo que no puedo es permanecer muerto.

—Otro prisionero —comentó Vasu, comprensivo—. Hablando de cárceles, ¿por qué has vuelto al Laberinto, Haplo?

—Para encontrar a mi hija.

— ¿Tu hija? —Vasu levantó una ceja. La respuesta lo había tomado por sorpresa, aunque ya debía de conocer la historia gracias a Kari—. ¿Cuándo la viste por última vez? ¿Con qué tribu la dejaste?

—No la he visto nunca. No tengo idea de dónde está. Se llama Rué.

— ¿Y para eso has vuelto? ¿Para encontrarla?

—Sí, dirigente Vasu. Para eso.

—Echa un vistazo a tu alrededor, Haplo —indicó Vasu con suavidad.

Haplo lo hizo. La calle en la que estaban se había llenado de niños: chicos y chicas, dedicados a sus juegos o camino de algún recado, que se detenían a contemplar a los extraños con ojos brillantes; bebés colgados de la espalda de alguno de sus padres; pequeñajos que se metían entre los pies, y rodaban por el suelo para levantarse otra vez con la terca insistencia de los más jóvenes.

—Muchos son huérfanos que han llegado a nosotros gracias al faro —dijo Vasu con voz calmada—. Y muchas de esas niñas se llaman Rué.

—Sé que mi búsqueda parece desesperada —protestó Haplo—, pero...

— ¡Basta! —exclamó Marit de pronto. Se vió hacia él con una mueca colérica—. ¡Deja de mentir! ¡Dile la verdad!

Haplo la miró, absolutamente perplejo. Todos dejaron de andar y esperaron a ver qué sucedía a continuación. Una multitud de patryn se acercó a ellos y los observó, pendiente de sus palabras. A un gesto del dirigente, los patryn retrocedieron a una distancia prudente, pero continuaron esperando.

Marit dirigió la palabra a Vasu.

— ¿Has oído hablar de Xar, el Señor del Nexo?

—Sí, hemos oído hablar de él. Incluso aquí, en el centro del Laberinto, se conoce a Xar.

—Entonces, sabrás que es el más preclaro de todos los patryn que han existido jamás. Xar le salvó la vida a este hombre. —Marit señaló a Haplo—. Lo ama como a un hijo... ¡y este hombre lo ha traicionado!

Marit echó la cabeza hacia atrás y miró a Haplo con desdén.

—Es un traidor a su propia gente. Ha conspirado con el enemigo —su mirada acusadora se dirigió hacia Alfred— y con los mensch —sus ojos se vieron hacia Hugh— para destruir a Xar, Señor de los patryn. La verdadera razón de Haplo para presentarse de nuevo es formar un ejército. Se propone conducir a ese ejército fuera del Laberinto en una guerra contra su señor.

— ¿Es cierto eso? —preguntó Vasu.

—No —respondió Haplo—, pero ¿por qué habrías de creerme?

—Sí, traidor; ¿por qué? —dijo una voz entre la multitud—. Sobre todo, cuando ese secuaz tuyo empuña un puñal antiguo de magia terrible, forjado por los sartán para nuestra destrucción.

Perplejo, Haplo trató de distinguir quién había hablado. La voz le sonaba vagamente familiar. Tal vez era el hombre que había acompañado a Marit durante el trayecto. Pero, cosa extraña, Marit también parecía sobresaltada, tal vez

—

molesta, incluso, por aquella última acusación. También ella intentaba, al parecer, localizar a la persona que había hablado.

—Es cierto que tuve un arma como la que dices —Hugh *la Mano* apartó la pipa de sus labios y añadió, atrevido—: ¡Pero se perdió, como ella bien sabe! Y apuntó a Marit con la boquilla de la pipa.

Sólo que ya no era tal pipa.

— ¡Sartán bendito! —exclamó Alfred, horrorizado.

El asesino empuñaba la Hoja Maldita, el puñal de hierro con las runas de muerte sartán grabadas en la hoja. Soltó el arma y ésta cayó al suelo y empezó a retorcerse y agitarse como si fuera un ser vivo.

Los signos mágicos tatuados en la piel de Haplo se iluminaron con una llamarada, igual que las runas de Vasu, de Marit y de todos los demás patryn de las proximidades.

— ¡Recógelo! —dijo Alfred con labios pálidos y temblorosos.

— ¡No! —*La Mano* movió la cabeza enérgicamente—. ¡No voy a tocar esa condenada arma!

— ¡Cógela! —Ordenó Alfred, alzando el tono de voz—. ¡Se siente amenazada! ¡Deprisa!

— ¡Hazlo! —intervino Haplo, ceñudo, mientras sujetaba al perro, que se disponía a acercarse al objeto para olisquearlo.

A regañadientes y con mucha cautela, como si se dispusiera a coger una serpiente venenosa por la nuca, Hugh se agachó y recuperó el puñal con una mirada de odio hacia el objeto.

—Juro que... ¡que no sabía nada! La pipa...

—La Hoja Maldita no ha querido separarse de él —intervino Alfred. El sartán parecía abrumado—. Ya me extrañó entonces, Haplo, cuando dijiste que te habías

deshecho de él. El puñal, pensé, encontraría un modo de permanecer con el humano. Y así fue. Para ello adoptó la forma de la posesión más preciada de Hugh...

—Dirigente Vasu, te sugiero con el mayor respeto que disuelvas esa multitud

—dijo Haplo, tenso, con la mirada en el puñal. Su mirada era aún furiosa, pero ya no tanto como antes—. El peligro es muy grande.

—Y aumenta proporcionalmente —añadió Alfred en un susurro, con las mejillas rojas de vergüenza ante las consecuencias de los delitos de sus antepasados—. Con toda esta gente alrededor...

—Sí, lo percibo —respondió Vasu en tono tético—. Oídme, ved a vuestras casas y llevaos a los niños.

«Llevaos a los niños.» Una chiquilla intentaba ver algo, aproximándose, ajena al peligro. Tenía la carita ovalada, la barbilla prominente... Se parecía bastante a Marit. Y la edad encajaba, aproximadamente...

Un hombre llegó hasta la pequeña, posó una mano sobre el hombro de ésta con gesto protector y la hizo retroceder. El hombre y Haplo cruzaron la mirada un instante. Haplo notó que le ardía el rostro. El patryn se llevó a la niña.

La multitud se dispersó con rapidez, en obediente cumplimiento de las órdenes del dirigente. Con todo, Haplo advirtió rostros y ojos que lo observaban con desconfianza y rencor desde las sombras. Tuvo pocas dudas de que muchas de las manos estarían acariciando un arma.

¿Y de quién era la voz que había hablado? ¿Y qué fuerza había provocado que el puñal revelara su verdadera naturaleza?

—

—Alfred —dijo Haplo, al recordar de pronto un detalle—, ¿por qué no cambió el puñal cuando los hombres tigres nos atacaron?

—No estoy seguro. Pero, como recordarás, Hugh estaba sin sentido a causa de un golpe en la cabeza.

O tal vez había sido el propio puñal lo que había alertado a los hombres tigres.

—Nunca en la historia de Abri, que ha estado aquí desde el principio, nos ha traído tanto peligro uno de los nuestros —declaró Vasu. Sus pardos ojos eran duros, severos e implacables.

—Debes encarcelarlos, dirigente —propuso Marit—. Mi señor, Xar, viene hacia aquí. Él se ocupará de ellos.

De modo que Xar acudiría al Laberinto, se dijo Haplo. ¿Cuánto hacía que Marit lo sabía? Por fin, muchas cosas empezaban a encajar y a cobrar sentido.

—No quiero encarcelar a uno de los nuestros. ¿Aceptas, Haplo, esperar en Abri la llegada del noble Xar? —Preguntó Vasu—. ¿Me das tu palabra de honor de que no intentarás huir?

Haplo titubeó. Vio el reflejo de su imagen en los ojos del dirigente, tan maravillosamente nítidos y suaves y, en aquel mismo instante, tomó la decisión.

—No; no daré tal palabra, pues no podría mantenerla. Xar ya no es mi señor.

Se deja guiar por el mal; su ambición no es gobernar, sino esclavizar, y he visto adonde conduce esa ambición. No estoy dispuesto a continuar sirviéndole y obedeciéndolo. —Con voz serena, añadió—: Haré cuanto esté en mi mano por desbaratar sus planes.

Marit hizo una profunda inspiración.

— ¡Él te ha dado la vida! —exclamó. Escupió a los pies de Haplo, dio media vuelta sobre sus talones y se alejó.

—Sea —dijo Vasu—. No tengo más remedio que consideraros, a ti y a tus compañeros, un peligro para todos. Seréis retenidos en prisión a la espera de la llegada de Xar.

—Está bien. Aceptaremos pacíficamente, dirigente Vasu —asintió Haplo—. Hugh, guarda el puñal.

El asesino lanzó una mirada ceñuda (no a Haplo, sino a la Hoja Maldita) y guardó el arma en el cinto.

—Supongo que esto significa que he perdido la pipa —murmuró con aire melancólico.

A una señal de Vasu, varios patryn aparecieron de entre las sombras, dispuestos a escoltar a los prisioneros.

—Nada de armas —ordenó Vasu—. No las necesitaréis.

Miró de nuevo a Haplo, quien advirtió algo en sus pardos ojos. Algo insondable, desconcertante.

—Os acompañaré —se ofreció el dirigente—. Si no os importa.

Haplo se encogió de hombros. No estaba en posición de plantear exigencias.

—Por aquí.

Vasu se mostró enérgico y eficiente. Incluso le ofreció una mano a Alfred, que había resbalado en un guijarro y yacía de espaldas con aire desvalido, como una tortuga vuelta del revés.

Con la ayuda del dirigente, Alfred se reincorporó. Sus hombros, habitualmente hundidos, estaban aún más encorvados como si, de nuevo, hubiera caído sobre ellos alguna carga penosa.

—

Se encaminaron hacia la montaña. Su destino debía de ser las cavernas que penetraban en el subsuelo. Unas grutas que se extendían a gran profundidad bajo el faro cuyas llamas guiaban los pasos entre las brumas cenicientas.

El perro se arrimó a la pierna de Haplo y lo interrogó con una mirada de sus brillantes ojos. *¿Vamos a seguir con esta indignidad, o quieres que ponga fin al asunto?*

Haplo dio unas palmaditas tranquilizadoras al animal. Con un suspiro que expresaba su esperanza de que Haplo supiera lo que estaba haciendo, el perro avanzó dócilmente al lado de su amo.

Haplo se preguntó qué significaría aquella extraña mirada en los ojos del dirigente. Dándole vueltas al asunto, Haplo recordó las palabras de Kari respecto a que Vasu la había enviado deliberadamente a buscarlos para llevarlos de vuelta a Abri.

¿Cómo lo había sabido Vasu? ¿Qué sabía Vasu?

Al marcharse, Marit no había ido muy lejos; sólo lo suficiente como para desaparecer de la vista de Haplo. Se mantuvo a la sombra de un majestuoso roble que le ofrecía abrigo y aguardó a ver cómo Haplo y los otros eran conducidos a prisión. La patryn era presa de un temblor que atribuyó a la indignación. ¡Haplo había reconocido su culpa! ¡La había reconocido abiertamente! ¡Y aquellas acusaciones! ¡Había afirmado que Xar se dejaba guiar por el mal! ¡Era monstruoso! Xar tenía razón respecto a Haplo: era un traidor. Y Marit había hecho bien en seguir las órdenes de Xar, en hacerlo detener y mantener preso hasta que Xar

podiera acudir a buscarlo. Y Xar llegaría muy pronto, en cualquier momento. Naturalmente, contaría a su señor lo que había dicho Haplo. Y, con ello, el destino de éste quedaría sellado. Era justo. Sí, justo y necesario. Haplo era un traidor..., un traidor a todos ellos...

Entonces, ¿a qué venía aquella duda que la roía?

Marit lo sabía. No le había hablado a nadie del puñal sartán. A nadie.

Siguió observando hasta que el trío hubo desaparecido; después, de improviso, se percató de que varios patryn se acercaban a ella y la contemplaban con curiosidad. Sin duda, querían comentar aquel suceso insólito en sus vidas. Marit no estaba de humor para chácharas. Fingió no haber reparado en ellos, dio media vuelta y se alejó, dando a entender que sabía adonde se dirigía. En realidad, no era así. Ni siquiera se fijó por dónde iba. Necesitaba pensar, tratar de descubrir qué andaba mal...

Notó un escozor en la piel. Los signos mágicos de las manos y los brazos despedían un leve resplandor. Marit, extrañada, levantó la vista rápidamente. Se había alejado más de lo que se proponía y se encontraba cerca de la muralla que rodeaba Abri. , el peligro acechaba en cualquier sitio; no debería haberla sorprendido que se hubiera activado la magia de su piel. Y, sin embargo, la ciudad parecía tan segura...

Una mano se cerró en torno a su brazo. Marit desenvainó la daga antes de saber siquiera de quién era la mano.

Un patryn.

Bajó la daga, pero la mantuvo en la mano. No alcanzó a ver el rostro del patryn, cuyos largos y desaliñados cabellos colgaban sobre sus ojos. El resplandor de las runas de aviso y la comezón de la piel no disminuyeron un ápice. Si acaso, ahora eran más intensos.

—

Marit se desasíó y se apartó del extraño patryn. Al hacerlo, observó que la magia del hombre no reaccionaba al peligro. Los tatuajes de su piel no resplandecían; difícilmente habrían podido hacerlo, según comprobó: no eran estructuras rúnicas auténticas, sino imitaciones.

Marit no perdió un instante en hablar o en preguntarse quién o qué podía ser aquel desconocido. , quienes esperaban a preguntar rara vez vivían lo suficiente como para escuchar la respuesta. Ciertas especies de aquel lugar, como los espectrales, tenían la facultad de cambiar de forma. Empuñando la daga, la patryn se lanzó contra el impostor.

El arma desapareció; se transformó en humo, y éste se desvaneció en el aire.

— ¡Ah, me has reconocido! —Dijo una voz familiar—. Ya esperaba que lo harías.

En realidad, no era así. Marit se había percatado de que no era un patryn, pero no lo había reconocido... hasta que el extraño apartó de su rostro los mechones de pelo hirsuto y dejó a la vista su único ojo rojo.

—Sang-drax —murmuró Marit en tono desagradable. Debería haberse alegrado de ver a la serpiente dragón, pero su inquietud no hizo sino aumentar—. ¿Qué quieres?

— ¿No te informó Xar de mi llegada? —El ojo solitario parpadeó.

—Mi señor me informó que se presentaría él en persona —replicó Marit. Sus pensamientos aron a la espantosa visión de las serpientes dragón en Chelestra.

Le disgustaba la proximidad de Sang-drax y deseaba alejarse de él—. ¿Tal vez Xar está aquí ya? Si es así, iré a...

—Mi señor ha sufrido un desafortunado contratiempo —la interrumpió Sangdrax—. Me ha enviado para que me encargue de Haplo.

—Mi señor ha dicho que vendrá él —reiteró Marit. El cambio de planes no le gustaba y se preguntó a qué venía todo aquello—. Si no fuera a hacerlo, me lo habría dicho.

—Al Señor del Nexo le resulta un poco difícil comunicarse contigo, en este momento —respondió Sang-drax y, aunque su tono era respetuoso, a Marit le pareció advertir una mueca burlona en su rostro.

—Si mi señor te ha enviado en busca de Haplo, será mejor que vayas a su encuentro —dijo con frialdad—. ¿Qué quieres de mí?

— ¡Ah!, llegar hasta Haplo está resultando un problema—Explicó Sang-drax—. He conseguido hacerlo detener, pero...

— ¡Eras tú, entonces! ¡Tú sabías lo del puñal!

—No quiero ser irrespetuoso, pero el dirigente Vasu es un estúpido mentecato. Estaba dispuesto a permitir que Haplo y su amigo sartán deambularan libremente por la ciudad. A mi señor no le habría gustado tal cosa. Cuando vi que tú no ibas a intervenir... —el ojo de la serpiente dragón emitió un destello rojo—, me vi forzado a hacerlo yo.

»Como me disponía a decir, mi objetivo era tener a Haplo encerrado en una mazmorra, imposibilitado de moverse. A él y a ese sartán amigo suyo. Así podré capturarlo fácilmente y sin poner en peligro a tu gente.

Sang-drax inclinó la cabeza y el ojo se cerró durante un momento.

—Pero ahora no consigues llegar hasta él, ¿no es eso? —aventuró Marit.

—En efecto. —La serpiente dragón se encogió de hombros y añadió, con tono modesto—: Los centinelas me reconocerían enseguida como impostor. Pero si tú me llevaras dentro...

—

Marit apretó los dientes. Le costaba un verdadero esfuerzo físico permanecer tan cerca de la serpiente dragón. Todos sus instintos la impulsaban a matar a Sang-drax o salir huyendo.

—Debemos darnos prisa —agregó éste al percibir sus titubeos—. Antes de que los guardias puedan organizarse.

—Primero, tengo que hablar con mi señor —declaró Marit con rotundidad—.

Lo que propones contradice las órdenes previas de Xar. Tengo que estar segura de que es ésta su unidad.

Sang-drax hizo visible su disgusto.

—Quizá sea difícil establecer contacto con mi señor. Digamos que está ocupado en otros asuntos. —Su voz tenía un tono de mal agüero.

—Entonces, tendrás que esperar —contestó Marit—. Haplo no irá a ninguna parte...

— ¿De veras crees eso? —La serpiente dragón le dirigió una mirada conmisericordiosa—. ¿Piensas que se quedará dócilmente en la celda, esperando a que Xar venga a buscarlo? No, Haplo tiene algún plan, eso no lo dudes. ¡Insisto, debo capturarlo ahora mismo!

Marit no sabía qué pensar, pero había algo que sí tenía claro: no creía las palabras de Sang-drax.

—Hablaré con Xar —declaró con firmeza—. Cuando reciba sus instrucciones, las obedeceré. ¿Dónde puedo encontrarte?

—No te preocupes, patryn. Ya te encontraré yo a ti.

Sang-drax dio media vuelta y continuó su camino por la calle desierta. Marit esperó a que estuviera a veinte pasos de ella; entonces, fue tras él, resguardándose en las sombras de la muralla.

¿Qué pretendía realmente la serpiente dragón? Marit no creía que Xar lo hubiera enviado, ni las insinuaciones de que su señor estaba en algún tipo de dificultades.

Vigilaría los pasos de Sang-drax para descubrir en qué andaba metido.

La serpiente dragón dobló la esquina de un edificio, aún con su forma patryn.

Marit observó que Sang-drax también tenía la cautela de mantenerse pegado a las sombras y de evitar a cualquier patryn auténtico. No se cruzó con muchos de ellos.

Aquella parte de la ciudad, cerca de la muralla, estaba casi desierta. Allí los edificios eran más viejos, probablemente de una época anterior a la construcción de la muralla, y tal vez se habían dejado allí como una segunda línea de defensa.

Un escondite perfecto para la serpiente dragón.

Pero ¿cómo había entrado en la ciudad? Había patryn apostados en las murallas y en la puerta y su magia mantenía a distancia al intruso más poderoso.

No obstante, allí estaba Sang-drax y, evidentemente, había pasado inadvertido; de lo contrario, la ciudad habría sido un tumulto.

Una duda empezó a corroer a Marit: ¿cuál era el auténtico poder de la serpiente dragón? La patryn siempre había dado por sentado que sus poderes eran superiores. El suyo era el pueblo más poderoso del universo... ¿verdad? ¿No era eso lo que Xar repetía una y otra vez?

«Se deja guiar por el mal», había dicho Haplo.

Marit apartó de sus pensamientos a Haplo.

Sang-drax penetró en un callejón sin salida. Marit se detuvo a la entrada, pues no quería encontrarse atrapada. La serpiente dragón continuó avanzando con paso relajado.

—

Marit cruzó al otro lado del callejón y se apostó en el quicio de una puerta, desde donde podía observar sin ser vista.

Sang-drax vió la vista en varias ocasiones, pero nunca más de un instante y, además, sin mucha atención. Estaba a medio callejón cuando se detuvo y miró cautelosamente en una dirección y otra. Después, se introdujo en un portal en sombras y desapareció.

Marit esperó, tensa, sin atreverse a dar un paso hacia allí hasta estar convencida de que la serpiente dragón no vería a salir.

No sucedió nada; no hubo el menor movimiento, y el callejón continuó vacío.

De pronto, la patryn captó unas voces bajas e indistintas procedentes del edificio en el que había entrado Sang-drax.

Marit trazó una serie de signos mágicos en el aire, y unas utas de bruma empezaron a extenderse por el callejón. Con paciencia, la patryn desarrolló su hechizo lentamente, pues la aparición repentina de un banco de niebla habría resultado demasiado sospechosa.

Cuando ya no pudo distinguir la achaparrada y cuadrada silueta del edificio de enfrente, Marit cruzó hasta el callejón utilizando la niebla como protección. Ya

se había fijado un objetivo: una ventana en la pared del edificio que corría perpendicular al callejón.

Sang-drax debería haber estado en mitad de éste, pendiente de ella, para haberla visto. Pero la serpiente dragón no estaba a la vista. En cuanto a Marit, era apenas una silueta borrosa, reconocible por el débil resplandor de las runas de advertencia de sus manos y brazos desnudos.

Cuando llegó junto a la ventana, se aplastó contra la pared y se arriesgó a echar una mirada al interior.

La habitación, pequeña, estaba completamente desnuda. Antiguos nómadas, los patryn no empleaban apenas mobiliario en sus viviendas. Nada de mesas y sillas o cosas parecidas; alfombras para sentarse y jergones para dormir eran los únicos muebles que consideraban necesarios.

En medio de la habitación vacía estaba Sang-drax, conversando con otros cuatro patryn... que tampoco eran tales, como no tardó en descubrir Marit. Ésta no alcanzaba a ver con claridad las marcas rúnicas de su piel, ya que la niebla del callejón había dejado sumido en sombras el edificio, pero el propio hecho de que la habitación estuviera a oscuras era lo que las delataba. Los tatuajes mágicos de un auténtico patryn habrían emitido un leve resplandor, como hacían los de Marit. Más serpientes dragón, disfrazadas de patryn. Y todas ellas hablaban con fluidez el idioma de los patryn. A Marit, este detalle le resultó perturbador. Sangdrax dominaba el idioma patryn, pero había pasado mucho tiempo con Xar.

¿Cuánto tiempo hacía que aquellas otras serpientes tenían bajo observación a su gente?

—... están en marcha. Nuestras hermanas se agolpan en la Última Puerta.

Sólo esperamos tu señal —decía una de las serpientes dragón.

—Excelente —respondió Sang-drax—. No tardaré en enviárosla. Los ejércitos del Laberinto ya se están formando. Cuando llegue lo que se entiende por amanecer en esta tierra, atacaremos la ciudad y la destruiremos. Cuando la ciudad esté arrasada, permitiré escapar a un puñado de «supervivientes» para que difundan su historia de destrucción y despierten el terror ante nuestra llegada.

—Pero no permitirás que uno de los supervivientes sea ese sartán, Alfred, ¿verdad? —preguntó otra serpiente dragón con un siseo.

—

—Claro que no —replicó Sang-drax con aspereza—. El Mago de la Serpiente morirá aquí, igual que Haplo, el patryn. Los dos son demasiado peligrosos para nosotros, ahora que Xar conoce la existencia de la Séptima Puerta. ¡Maldito sea ese estúpido Kleitus, que lo puso sobre la pista!

—Tenemos que encontrar un modo de ocuparnos del lázaro —apuntó uno de sus acompañantes.

—Todo a su momento —repuso Sang-drax—. Cuando hayamos terminado esto, veremos a Abarrach para encargarnos del lázaro; después, nos ocuparemos del propio Xar. Lo primero, sin embargo, será conquistar y controlar el Laberinto. Cuando cerremos la Última Puerta, el mal encerrado en este lugar centuplicará su poder... y, con él, también el nuestro. Aquí, nuestra especie crecerá y se multiplicará, a salvo de intromisiones y con una fuente de nutrición permanente y asegurada. El miedo, el odio y el caos serán nuestra cosecha...

— ¿Qué ha sido eso? —Una de las serpientes dragón vió la cabeza hacia la ventana—. ¿Alguien que nos espía?

Marit no había hecho el menor ruido, aunque lo que acababa de escuchar le había producido tal flojera de piernas que había estado a punto de caer al suelo. Sang-drax se acercó a la ventana.

Con paso sigiloso, en absoluto silencio, Marit se sumió en la espesa niebla y desanduvo sus pasos rápidamente hasta salir del callejón.

— ¿Lo ha escuchado todo? —preguntó la serpiente dragón. Sang-drax dispersó la bruma con un gesto de la mano. —Sí, todo —respondió, satisfecho.

—

CAPÍTULO

LA CIUDADELA PRYAN

La luz cegadora brillaba en la torre de la ciudadela. El leve murmullo, cuyas palabras eran audibles pero indescifrables, resonó en las calles. Al otro lado de la muralla, los titanes permanecían a cierta distancia, en estado de trance. Dentro, Aleatha sostenía el amuleto en el centro de las runas de la puerta.

—Será mejor que echemos a correr —apuntó Paithan, y se pasó la lengua por los labios resecos.

—Yo no me voy sin Aleatha —declaró Roland.

—Y yo no me voy sin Roland —terció Rega, colocándose junto a su hermano. Paithan los observó a ambos con una mezcla de exasperación y de desesperado aprecio.

—Y yo no iré a ninguna parte sin vosotros dos. Supongo —añadió— que eso significa que vamos a morir todos.

—Por lo menos, estaremos juntos —susurró Rega al tiempo que alargaba una mano para coger la de Paithan, mientras con la otra asía la de su hermano.

—Mientras la luz siga encendida, estaremos a salvo —dijo Roland, tras reflexionar sobre el asunto—. Paithan, tú y yo corremos hasta la puerta, cogemos a Aleatha y vemos a la ciudadela. Después...

En aquel momento, la puerta se abrió de golpe y la luz de la torre se apagó bruscamente. Los titanes del exterior empezaron a agitarse. Paithan se preparó a la espera de que los titanes penetraran en la ciudad y los aplastaran. Esperó... y siguió esperando.

Los titanes permanecieron inmóviles, con sus cabezas ciegas vueltas hacia la puerta abierta. Aleatha se colocó entre ellos, justo en el umbral de la entrada.

—Por favor —dijo con el porte lleno de elegancia de una reina elfa—, por favor, entrad.

Paithan soltó un gemido y cruzó una mirada con Roland. Los dos se aprestaron a echar a correr hacia Aleatha.

— ¡Quietos! —les ordenó Rega con voz asombrada—. ¡Mirad!

—

En actitud pacífica, humilde, reverente, los titanes dejaron caer sus garrotes del tamaño de árboles y empezaron a desfilar en silencio colina arriba hacia la puerta.

El primer titán que llegó hasta ella se detuvo y vio la cabeza carente de ojos hacia Aleatha.

¿Dónde está la ciudadela? ¿Qué debemos hacer?

Paithan cerró los ojos. No podía mirar. A su lado, Roland emitió un gemido de angustia.

—Aquí está la ciudadela —se limitó a decir Aleatha—. Estáis en casa.

Herido y exhausto, Xar buscó refugio en la biblioteca y logró llegar hasta ella antes de derrumbarse en el suelo. Allí permaneció largo rato con el cuerpo roto y sangrante, demasiado débil como para curarse a sí mismo.

A lo largo de su existencia, Xar había luchado con muchos adversarios poderosos. Había combatido a muchos dragones, pero nunca con uno de magia tan poderosa como aquella bestia furiosa sin alas.

Pero Xar le había dado tanto como había recibido.

Aturdido de dolor, mareado por la pérdida de sangre, Xar no tenía una idea muy clara de qué había sucedido con el dragón. ¿Lo había matado? ¿Lo había dejado tan malherido que se había visto obligado a retirarse? No lo sabía y, en aquel preciso momento, poco le importaba. La bestia había desaparecido. Ahora, Xar tenía que reponerse enseguida, antes de que los estúpidos mensch lo encontraran en aquel estado de debilidad.

El Señor del Nexo juntó las manos y cerró el círculo de su ser. Una sensación cálida se extendió por su cuerpo y empezó a sumirlo en el sueño reparador que le debería todo su vigor y su energía. Casi se había dejado vencer por la modorra cuando una voz que lo llamaba con tono de urgencia lo despertó de nuevo. Rápidamente, se quitó de encima la modorra. No había tiempo para dormir. Con toda seguridad, el dragón rondaba por alguna parte, recuperándose también del enfrentamiento.

—Marit... Apareces en el momento oportuno. ¿Has obedecido mis órdenes?

¿Están en prisión Haplo y el sartán?

—Sí, mi Señor, pero temo que has..., que has cometido un error terrible.

—Que he cometido un error... —El Señor del Nexo se incorporó, rígido y letal—. ¿A qué te refieres, hija mía, con eso de que he cometido un error?

—Sang-drax es un traidor. He oído sus maquinaciones. Él y sus congéneres se proponen atacar la ciudad y destruirla. Después, tienen la intención de cerrar la Última Puerta. Nuestra gente quedará atrapada. Tienes que venir...

—Lo haré —replicó Xar, apenas capaz de contener la rabia—. Iré a encargarme de Haplo y de ese sartán que, evidentemente, han conseguido pasarte a su siniestra causa...

—No, mi Señor. ¡Te lo ruego! Tienes que creerme...

Xar silenció la voz de Marit como se proponía hacerlo con la propia mujer la siguiente vez que la tuviera delante. Probablemente, Marit trataba de invadir sus pensamientos, de espiarlo.

Aquél era un truco de Haplo; sin duda, intentaba atraerlo al Laberinto con aquellas estúpidas fantasías.

—veré al Laberinto, sí —murmuró Xar con una mueca torva y se puso en pie con renovadas energías, muchas más que si hubiera dormido una quincena seguida—. Y vosotros dos, hijos míos, lamentaréis que lo haga.

—

Pero, antes, tenía que encontrar a los mensch. Sobre todo, a la elfa que había huido con el amuleto del enano.

Extendió su oído por medio de la magia y buscó las pendencieras voces de los mensch y el espantoso gruñido del dragón. Al principio, le resultó difícil captar

algo. El canturreo irritante que procedía de lo alto de la ciudadela parecía más potente que nunca. Después, por fortuna, el murmullo cesó y la luz se apagó. Entonces oyó a los mensch. Y lo que oyó le produjo sorpresa y alarma. ¡Estaban abriendo la puerta a los titanes! ¡Aquellos idiotas, aquellos estúpidos, aquellos...! Le faltaban las palabras.

Se acercó a una pared de sólida piedra y dibujó un signo mágico en el mármol. En él apareció una ventana, como si siempre hubiera existido. Ahora, desde allí, Xar alcanzaba a ver la puerta y distinguió a los mensch, apretujados unos junto a otros como torpes corderillos que eran. Observó la puerta abierta y vio entrar por ella una larga fila de titanes.

Con cierta expectación morbosa, Xar esperó presenciar cómo los titanes convertían a los mensch en una pulpa sanguinolenta. Les estaría bien merecido, aunque una muerte así trastocaría considerablemente sus planes. En cualquier caso, tal vez podría aprovechar la momentánea distracción de los titanes para escapar sano y salvo.

Ante la perplejidad de Xar, los titanes pasaron junto a los cuatro mensch sin prestarles gran atención, aunque tampoco pasaron por alto por completo su presencia (uno de los titanes llegó a coger al humano y apartarlo de su camino con mano delicada). De pronto, vieron sus ciegas cabezas hacia arriba. La luz de la ciudadela se encendió de nuevo, descendió hacia ellos y los iluminó, haciéndolos casi hermosos.

Los titanes avanzaban en dirección a Xar. Su destino era la ciudadela.

Las siete sillas. Gigantes que no podían ver, que no serían afectados por aquella luz enloquecedora. Los titanes regresaban a la ciudadela para cumplir su destino... fuera éste cual fuese.

Pero lo más importante era... ¡que la puerta seguía abierta! Los titanes estaban distraídos y el dragón no parecía rondar por las cercanías. Era su oportunidad.

Xar dejó la biblioteca, cruzó el edificio a toda prisa y lo abandonó por detrás en el momento en que los titanes hacían su entrada por delante.

Siempre por callejas secundarias, Xar se encaminó hacia la puerta. Cuando la tuvo a la vista, hizo un alto para reconocer el terreno. Sólo siete titanes habían entrado en la ciudadela. El resto permanecía fuera, pero en sus rostros había la misma expresión beatífica de los que habían entrado. Tres de los mensch estaban junto a la puerta y desde allí contemplaban con ojos desorbitados de asombro a los gigantes. El cuarto, la elfa, se encontraba justo en el camino de Xar, obstruyendo la puerta. La mirada del Señor del Nexo se fijó ansiosamente en el amuleto embadurnado de sangre que la mensch sostenía en las manos.

Aquel amuleto le permitiría atravesar las runas sartán y abordar la nave. Al aparecer, ya no tenía que preocuparse de los titanes.

Los siete titanes continuaron su avance, lento y firme, hacia la ciudadela. Xar se aventuró a salir a plena vista. Los titanes pasaron junto a él sin prestarle la menor atención.

Excelente, pensó, frotándose las manos.

Se dirigió rápidamente a la puerta.

—

Como era de esperar, su presencia desató un tumulto entre los mensch. La humana soltó un chillido, el elfo balbuceó y el humano se adelantó con la

intención de causar daño físico a Xar. El Señor del Nexo les lanzó un hechizo como si arrojara un hueso a una manada de lobos hambrientos. El hechizo los alcanzó y los mensch se quedaron muy quietos y muy silenciosos.

La elfa se vió hacia él con los ojos desorbitados por el miedo.

Xar se acercó a ella con una mano extendida al frente.

—Dame el amuleto, querida —le dijo en un susurro—, y nadie te hará daño.

La elfa abrió la boca, pero no salió de ella sonido alguno. Con una profunda inspiración, movió la cabeza y logró articular:

— ¡No! Era de Drugar. —Escondió la piedra tras la espalda—. Yo... no te lo daré. No importa lo que me hagas. Sin él, no podré viajar a la otra ciudad...

Tonterías, se dijo Xar. No tenía idea de a qué se refería, ni le importaba. Se disponía a dejarla seca, a convertirla en un montón de polvo (con el amuleto intacto en lo alto), cuando uno de los titanes cruzó la puerta y se plantó delante de Aleatha.

No le harás daño. La voz resonó en la cabeza de Xar. *Está bajo nuestra protección.*

Una magia sartán, tosca pero inmensamente poderosa, irradió del titán como la luz de la estrella irradiaba desde lo alto de la ciudadela.

Xar podría haberse enfrentado a aquella magia, pero estaba débil tras el combate con el dragón. Además, no era necesario pelearse. Sencillamente, el Señor del Nexo escogió la posibilidad de encontrarse detrás de la elfa, en lugar de delante de ella. La elfa apretaba el amuleto entre sus manos, a salvo —al menos, eso creía— tras la espalda.

Xar cambió de lugar, alargó la mano, arrancó la piedra de entre sus dedos y corrió hacia la puerta.

Oyó a su espalda los gritos de consternación de la elfa.

Los titanes no le prestaron atención mientras corría entre ellos, se adentraba en la jungla y se dirigía a la nave para, con ella, viajar al Laberinto.

—Pobre Drugar —murmuró Rega, al tiempo que se pasaba la mano por los ojos—. Ojalá me hubiera portado mejor con él.

—Estaba tan solo... —Aleatha se arrodilló junto al cuerpo del enano y tomó la mano fría de éste entre las suyas.

—Me siento fatal, pero yo no creía... —intervino Paithan—. Yo pensaba que Drugar deseaba estar solo.

—Ninguno de nosotros se molestó en preguntárselo —asintió Roland calmosamente—. Estábamos demasiado ocupados pensando en nosotros mismos.

—O en cierta máquina —añadió Paithan en un susurro inaudible, y elevó una mirada furtiva en dirección a la Cámara de la Estrella.

En aquel momento, los titanes estaban probablemente allá arriba, sentados en los enormes asientos. ¿Qué harían allí? La máquina se había detenido; hacía ya bastante rato que la luz de la estrella no brillaba. Sin embargo, en la atmósfera se podía mascar un palpito tenso, una excitación contenida. Paithan deseaba como nada en el mundo subir allá arriba y verlo con sus propios ojos. Y lo haría, pues ya no temía a los titanes. Pero estaba en deuda con el enano. Le debía muchísimo... y parecía que el único modo de recompensarlo era permanecer plantado ante su cuerpo inerte, abrumado de pesar.

—Parece feliz —apuntó Rega.

—

—Más que cuando estaba entre nosotros —murmuró Paithan.

—Vamos, Aleatha —dijo Roland, ayudándola a ponerse en pie—. No es preciso que tú lo llores. Tú te portaste bien con él. Tengo..., tengo que reconocer que te admiro por ello.

Aleatha se vió a mirarlo con perplejidad.

— ¿De veras?

—Yo también, Aleatha —intervino Rega con timidez—. Antes no me caías demasiado bien. Te consideraba débil y necia, pero has demostrado ser la más fuerte de todos. Yo... quiero que seamos amigas de verdad.

—Has sido la única con ojos en la cara —añadió Paithan a regañadientes—. Todos los demás estábamos tan ciegos como los titanes. Supiste ver al auténtico Xar. Y supiste valorar al enano como se merecía.

—Drugar se sentía solo —murmuró Aleatha. Bajó la vista hacia el cuerpo del enano e insistió—: Se sentía tan solo...

—Te quiero, Aleatha —declaró Roland. Extendió los brazos al frente, posó las manos en los hombros de la elfa y la atrajo hacia sí—. Más aún: me gustas.

— ¿Que te gusto? —repitió Aleatha, asombrada.

—Sí. —Roland se sonrojó, incómodo—. Antes, no; antes, te amaba pero no me caías bien. Eras demasiado... *hermosa* —pronunció la palabra con disgusto. Después, apareció en sus ojos un destello cálido y, con una sonrisa, añadió—: Ahora, en cambio, eres hermosa.

Aleatha se mostró perpleja. Se acarició el cabello, sucio y descuidado, que caía en mechones sobre sus delicados hombros. Tenía el rostro manchado de polvo y surcado de lágrimas, la nariz hinchada y los ojos enrojecidos. Había despertado el amor del humano, pero no su aprecio. Sí, lo entendía perfectamente: nunca le había caído bien a nadie. Ni siquiera a sí misma.

—Basta de juegos, Aleatha —dijo Roland con ternura. La presión de sus manos en los hombros de la elfa se incrementó y sus ojos se vieron hacia el cuerpo del enano—. Nunca se sabe cuándo va a terminar la partida...

—Está bien, Roland, basta de juegos —asintió ella, al tiempo que descansaba la cabeza en el pecho del humano.

— ¿Qué hacemos con Drugar? —Preguntó Paithan con voz ronca tras unos momentos de silencio—. Yo no tengo idea de las ceremonias funerarias de los enanos.

Llevallo a los suyos, dijo una voz de titán.

—Llevémoslo a los suyos —repitió Aleatha.

Paithan rechazó la propuesta con un gesto de cabeza.

—Eso estaría bien, si supiéramos dónde encontrarlos. O si hubiera todavía algún superviviente...

—Yo sé cómo hacerlo —declaró Aleatha—. ¿Verdad que sí?

— ¿Con quién hablas, Thea? —preguntó Paithan, algo asustado.

/, lo sabes, fue la respuesta.

—Pero ahora no tengo el amuleto —dijo la elfa.

No lo necesitas. Espera a que se encienda la luz de la estrella.

—Por aquí —indicó Aleatha a los demás, con confianza—. Venid conmigo.

Se despojó del chal y lo extendió respetuosamente sobre el cuerpo de Drugar.

Roland y Paithan levantaron del suelo al enano. Rega se colocó junto a Aleatha y avanzó a su altura. Todos juntos, entraron .

— ¿Puedo levantarme ya? —preguntó una voz quisquillosa.

—

—Sí, señor, pero debes darte prisa. Los otros podrían ver en cualquier momento.

El montón de escombros empezó a moverse. Unos cuantos ladrillos de la parte superior rodaron hasta el suelo.

— ¡Estáte quieto, señor, por favor! —exclamó el dragón.

—Podrías echarme una mano —murmuró la voz irritada—. O una zarpa. Lo que estés usando en este momento.

Con un suspiro de resignación, el dragón empezó a escarbar entre los cascotes con una mano de escamas verdes. Finalmente, tras agarrar al viejo por el cuello de su túnica de color gris rata (que en aquel momento presentaba un tono rojizo ladrillo), el dragón extrajo al viejo de las ruinas de la estancia.

— ¡Me echaste encima esa pared a propósito! —exclamó el anciano, agitando el puño.

—Fue necesario, señor —respondió el dragón, ceñudo—. Estabas respirando.

— ¡Pues claro que respiraba! —Exclamó su interlocutor con marcado enojo—.

¡Uno sólo puede contener el aliento unos minutos! ¿O acaso esperabas que me pusiera azul y me muriese de veras?

Un destello brillante y alegre iluminó los ojos del dragón; después, la bestia suspiró como si lamentase una ocasión perdida irremediablemente.

—Me refiero, señor, a que se notaba mucho que respirabas. Tu pecho se levantaba y se hundía visiblemente. Incluso llegaste a hacer un ruido, en cierto momento, y eso no es algo muy normal en un muerto...

—Se me coló un pelo de la barba en la nariz —murmuró el anciano—. Pensé que iba a escapárseme un estornudo.

—Sí, señor. Fue entonces cuando derribé la pared encima de ti. Y ahora, si estás preparado de una vez...

— ¿Y los mensch? ¿Se encuentran bien? —Preguntó el mago, asomando la cabeza por el hueco de la pared—. ¿Estarán a salvo?

—Sí, señor. Los titanes están en la ciudadela. Los siete escogidos ocuparán sus lugares en las siete sillas. Entonces, empezarán a canalizar la energía procedente del pozo y utilizarán sus poderes mentales para irradiarla a Pryan y, por último, a través de la Puerta de la Muerte. Los humanos y los elfos conseguirán ponerse en contacto con otros de sus razas que habitan en las otras ciudadelas. Y, ahora que los titanes vuelven a estar bajo control, los mensch podrán aventurarse en la jungla sin miedo. Encontrarán a otros de sus razas... y también a otros enanos, a los cuales ofrecerán la seguridad de estos muros.

— ¡Y vivirán felices y comerán perdices! —concluyó el anciano, jubiloso.

—Yo no diría tanto, señor —dijo el dragón—. Pero llevarán una existencia tan feliz como es razonable esperar. Tendrán mucho de que ocuparse; sobre todo, cuando hayan establecido comunicación con sus congéneres de los otros mundos, Ariano y Chelestra. Eso debería darles bastante en que pensar.

—Me gustaría quedarme a verlo —comentó el anciano con nostalgia—. Me gustaría ver a la gente feliz, colaborando junta en la construcción de unas vidas pacíficas. No sé por qué —continuó con una mueca ceñuda—, pero creo que eso me ayudaría a hacer desaparecer esos sueños terribles que tengo en ocasiones. Ya sabes a cuáles me refiero. —El anciano se puso a temblar—. Esos sueños horribles de incendios voraces y edificios que se derrumban, y la gente agonizando... y no puedo ayudar a los moribundos...

—Sí, claro que puedes, señor Bond —lo interrumpió suavemente el dragón, al tiempo que pasaba su mano con zarpas sobre la cabeza del mago—. Eres el mejor agente secreto de Su Majestad. ¿O tal vez hoy prefieres ser cierto mago chiflado? Siempre has tenido bastante apego por este papel...

—No. —El anciano apretó los labios—. Nada de magos. No quiero que me encasillen.

—Muy bien, señor Bond. Creo que Moneypenny anda buscándote.

— ¡Esa chica siempre anda detrás de mí! —Asintió el anciano con una risilla de complicidad—. Bien, vamonos. Démonos prisa. No debemos hacer esperar a «cu».

—Creo que la inicial es «eme», señor...

— ¡La que sea!

Los dos empezaron a difuminarse en el aire, a confundirse con el polvo. La mesa construida por los sartán yacía hecha astillas bajo los ladrillos y los bloques de piedra.

Muchos ciclos más tarde, cuando Paithan y su esposa, Rega, se convirtieron en gobernantes de la ciudad llamada Drugar, el elfo ordenó sellar aquella cámara. Aleatha declaró que oía voces procedentes de allí, voces tristes que hablaban en un idioma extraño. Nadie más podía escucharlas pero, dado que la elfa era ahora Suma Sacerdotisa de los Titanes y su esposo era el Sumo Sacerdote Roland, nadie puso en duda su palabra.

La cámara fue convertida en mausoleo de un viejo mago bastante bobo que había dado su vida por ellos dos veces y cuyo cuerpo, por lo que ellos sabían, yacía enterrado bajo las ruinas.

—

CAPÍTULO

ABRÍ EL LABERINTO

—Disculpa, Haplo...

El cuchicheo de Alfred sacó a Haplo de sus debates internos. Se vió al sartán, casi satisfecho de bajar sus armas mentales y ver sus sombríos pensamientos hacia otra cosa, probablemente tan sombría como éstos.

— ¿Sí, qué quieres?

Alfred dirigió una mirada temerosa a los guardias que marchaban a su lado y se aproximó más a Haplo.

— ¡Por todos los...! ¿De dónde ha salido eso?

Haplo asió a Alfred y evitó que tropezara de narices con una pared de roca sólida.

—La montaña lleva aquí mucho tiempo —comentó el patryn y condujo a Alfred hasta la boca de la caverna sin soltarlo, pues los torpes pies del sartán parecían capaces de descubrir todas y cada una de las piedras sueltas, fisuras e irregularidades del camino. Tras un largo y ceñudo examen, los guardias parecían haber considerado a Alfred inofensivo, pues habían dejado de prestarle atención para concentrar ésta casi exclusivamente en Hugh *la Mano*.

—Gracias —murmuró el sartán—. Lo..., lo que quería preguntarte... y quizá parezca una tontería...

—Viniendo de ti... —Haplo se estaba divirtiendo.

Alfred sonrió, apurado.

—Estaba pensando en esa prisión a la que nos llevan. Creía que tu gente no hacía una cosa así... a uno de los suyos.

—Yo creía lo mismo —replicó Haplo con sarcasmo.

Vasu, que los había acompañado con la misma actitud silenciosa y preocupada que Haplo, levantó la cabeza.

—Sólo en casos de extrema necesidad —apuntó con solemnidad—. Sobre todo, por el propio bien del prisionero. Algunos de los nuestros padecen lo que llamamos el mal del Laberinto. En las tierras más allá de nuestras murallas, la enfermedad suele conducir a la muerte.

—

—Más allá de las murallas —añadió Haplo, ominoso—, quien sufre del mal del Laberinto pone en peligro a toda su tribu.

—Y esos enfermos, ¿qué es de ellos? —quiso saber Alfred.

—Normalmente —explicó Haplo, encogiéndose de hombros—, se vuelven locos y acaban saltando por algún despeñadero. O cargan solos contra una manada de lobunos. O se ahogan en el río...

Alfred se estremeció.

—Pero hemos descubierto que, con tiempo y paciencia, podemos ayudar a esos desdichados —intervino Vasu—. Los mantenemos en un lugar donde están a salvo, donde no pueden hacerse daño a sí mismos ni hacérselo a los demás.

—Y es ahí donde nos llevas —dijo Haplo.

—En el fondo, la decisión de encerraros es vuestra —replicó Vasu—. Tengo razón, ¿no? Si quisierais marcharos podríais hacerlo.

—¿Y traer la destrucción a mi propio pueblo? No he venido aquí para eso —declaró Haplo.

—Podrías desembarazarte de ese humano... y de su puñal.

—No. La responsabilidad es mía. Yo he traído aquí el puñal; sin saberlo, pero lo he traído. Entre los tres —señaló a Alfred y a Hugh— quizá logremos dar con un modo de destruirlo.

Vasu asintió en un gesto de comprensión y conformidad.

Haplo guardó silencio un momento; después, añadió con aplomo:

—Pero no permitiré que Xar me lleve.

—No lo hará sin mi consentimiento. —Vasu endureció la expresión—. Te lo prometo. Escucharé lo que tenga que decirme y decidiré en consecuencia.

Haplo estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se reprimió y mantuvo un rostro impasible.

—Tú no conoces a Xar, dirigente Vasu. Mi señor coge lo que le apetece. No está acostumbrado a que le nieguen nada.

Vasu sonrió con indulgencia.

—Quieres decir que no tendré nada que decir sobre el tema, ¿no es eso? —Se dio unas palmaditas complacidas en su orondo vientre y agregó—: Quizá te parezco blando, Haplo, pero no me subestimes.

Haplo no quedó muy convencido, pero ponerlo en duda habría sido una descortesía. Cuando llegara el momento, tendría que enfrentarse a Xar él solo. El pensamiento lo sumió de nuevo en su oscura lucha interior.

—No puedo evitar preguntarme, dirigente Vasu —intervino Alfred—, cómo

hacéis para mantener encerrada a la gente. Si tenemos en cuenta que nuestra magia se basa en las posibilidades y disponemos de toda la vasta gama de posibilidades de escapar... No es que me proponga intentarlo... —se apresuró a decir—. Además, si prefieres no decirlo, lo comprenderé...

—En realidad, es muy sencillo —respondió Vasu con expresión seria—. En el reino de las posibilidades, siempre existe la posibilidad de que no existan posibilidades.

Alfred miró al patryn con ojos vidriosos.

El perro le dio un ligero mordisco en el tobillo para salvarlo de meter el pie en un hoyo.

—La ausencia de posibilidades —murmuró, meditabundo, y sacudió la cabeza con gesto abatido.

Vasu sonrió.

—

—Con mucho gusto os lo explico. Como ya debéis de imaginar, la reducción de todas las posibilidades a ninguna requiere de un hechizo extremadamente difícil y complejo. Colocamos a la persona en una zona pequeña y cerrada, como una mazmorra. La necesidad de esta zona cerrada es debida a la naturaleza del hechizo, que exige que el tiempo se detenga en esa zona, pues sólo deteniendo el tiempo puede evitarse la posibilidad de que sucedan cosas en el tiempo.

»Pero no sería aconsejable ni factible detener el tiempo para toda la población de Abri. Así pues, hemos construido lo que se conoce como el «pozo», una pequeña cámara situada en lo más hondo de la gruta, donde el tiempo se detiene literalmente. La persona existe en ese segundo congelado y, durante ese segundo, mientras la magia actúe, no existe ninguna posibilidad de escapar. El prisionero continúa vivo en la celda pero, si permanece allí mucho tiempo, no cambia físicamente ni envejece. Los enfermos del mal del Laberinto nunca permanecen aquí demasiado tiempo; sólo el necesario para que les demos consejo y los curemos.

— ¡Qué ingenioso! —se admiró Alfred.

—Nada de eso —replicó Haplo con severidad.

Solitaria y preocupada, Marit deambuló por las calles hasta mucho después de que la penumbra del Laberinto diera paso a la noche. Muchos patryn le ofrecieron su hospitalidad, pero Marit la rechazó y los observó a todos con cautela, recelosa.

Desconfiaba de ellos. Ya no podía seguir confiando en su gente y la reflexión la llenó de pesadumbre. Se sentía más sola que nunca.

Debería acudir al dirigente Vasu, se dijo. Para advertirle, ¿pero de qué? La historia resultaba desquiciada, improbable. Serpientes dragón disfrazadas de patryn. Un ataque a la ciudad. La Última Puerta, sellada...

— ¿Y por qué habría de confiar en Vasu? —Se preguntó entre dientes—.

Quizás está aliado con ellas. Tengo que esperar a mi señor. Ésas son mis órdenes. Y, sin embargo...

«Guiado por el mal...»

Haplo la creería. Era el único que la entendería y que sabría qué hacer. Pero tratar aquel asunto con él sería traicionar la confianza de Xar.

«He venido a buscar a mi hija...»

¿Y qué habría sido de aquella hija, de la niña que había entregado a la tribu

hacía tanto tiempo? ¿Qué sería de ella y de todas las hijas e hijos de los patryn, si la Última Puerta quedaba sellada? ¿Era posible que Haplo le hubiera contado la verdad?

Marit dirigió los pasos hacia las mazmorras de la montaña.

Las calles estaban oscuras y silenciosas. Los patryn ya se habían encerrado en sus viviendas para protegerse, junto a sus familias, de la insidiosa maldad del Laberinto, cuya fuerza aumentaba de noche.

Pasó junto a las casas, vio las ventanas iluminadas, escuchó voces procedentes del interior. Las familias, juntas. A salvo, de momento...

Impulsada por el miedo, apretó el paso.

Abri había empezado como ciudad en las entrañas de la montaña, pero ningún patryn vivía allí ya. La necesidad de refugiarse en cuevas como animales acosados había quedado atrás.

Las entradas a la montaña habían sido tapiadas, le explicó un patryn en respuesta a su pregunta. Estaban cerradas y sólo se utilizaban en ocasiones de

—

emergencia. Sólo permanecía abierto un acceso, la entrada que conducía a las mazmorras.

Mientras se encaminaba hacia allí, Marit ensayó qué decirles a los centinelas y trató de encontrar el modo de convencerlos para que le permitieran ver a Haplo. Sólo entonces reparó en la comezón del brazo, en el escozor, y se dio cuenta de que no era la única que se proponía entrar en la cueva.

Marit tenía a la vista la entrada de la caverna, un hueco negro contra la oscuridad de la noche, más suave y más gris. Dos patryn montaban guardia ante ella. Pero no eran verdaderos patryn. Las runas de su piel no emitían el menor resplandor.

La mujer bendijo su magia por haberla puesto sobre aviso. De lo contrario, habría caído directamente en sus manos. Oculta en las sombras, observó y escuchó.

Otras cuatro siluetas convergieron en la caverna. Las voces de los dos que montaban guardia, bajas y siseantes, se propagaron en el aire nocturno.

—Podéis acercaros tranquilos. No ha aparecido nadie por aquí.

— ¿Los prisioneros están solos ahí dentro?

Marit reconoció la voz de Sang-drax.

—Solos y atrapados en un pozo temporal —fue la respuesta.

—Una maravillosa ironía —comentó Sang-drax—. Esos estúpidos patryn serán los responsables de su propia destrucción, por haber encarcelado a los únicos que podían salvarlos. Nosotros cuatro entraremos. Vosotros, quedaos aquí y aseguraos de que no nos molesta nadie. Supongo que no sabréis dónde los tienen, ¿verdad?

—No. No esperarías que los acompañásemos hasta allí, ¿no? Nos habrían reconocido.

—No importa —dijo Sang-drax con un gesto de despreocupación—. Los encontraré. Desde aquí ya alcanzo a oler el aroma a sangre fresca.

Los falsos patryn se rieron a coro.

— ¿Tardarás mucho en tu «trabajo»? —preguntó uno de ellos.

—Merecen una muerte lenta —apuntó otro—. Sobre todo el Mago de la Serpiente, que mató a nuestro rey.

—Por desgracia, tengo que despacharlos deprisa —respondió Sang-drax—. Los ejércitos se están agrupando y tengo que estar presente para organizarlos. Y vosotros debéis apresurar la marcha hacia la Última Puerta. Pero no os sintáis decepcionados. Mañana nos daremos un festín de sangre y, una vez que la Última Puerta quede cerrada, así continuaremos durante toda la eternidad.

Marit llevó la mano a la daga. El solitario ojo rojo paseó la mirada a su alrededor y recorrió la zona en que se hallaba la patryn, que se acurrucó en la oscuridad. Aquel ojo la hechizaba, invocaba imágenes de muerte, terribles y torturadas. Tuvo ganas de dar media vuelta y escapar. La mano, sin fuerzas, resbaló de la empuñadura de la daga, que no había llegado a sacar del cinto. El ojo encendido de Sang-drax se rió y tomó una decisión.

Impotente, Marit vio penetrar en la cueva a las cuatro serpientes dragón. Las otras dos criaturas se apostaron a la entrada.

No bien Sang-drax hubo desaparecido, Marit se recuperó. Tenía que entrar en la gruta, llegar hasta la cámara mágica para alertar a Haplo y liberarlo, si era posible. El recuerdo de Xar pasó fugazmente por su cabeza. «Si mi señor estuviera

—

aquí —se dijo—, si hubiera oído a las serpientes dragón como las he oído yo, tomaría sin duda la misma decisión.»

La patryn levantó el palo afilado que llevaba consigo. Desde aquella distancia, el lanzamiento sería sencillo. Mientras sostenía la tosca jabalina en la mano, recordó la terrible serpiente dragón que había visto en las aguas de Chelestra. ¿Qué sucedería si sólo conseguía herirla? ¿Cambiaría a su forma original? Imaginó a las gigantescas serpientes, heridas, revirtiéndose violentamente y sembrando la destrucción entre los patryn.

Y, aunque consiguiera matar a aquellas dos, ¿cómo podría llegar hasta Haplo antes que Sang-drax? Estaba perdiendo el tiempo. Mejor dejar a las serpientes dragón, de momento. La magia la conduciría hasta Haplo como había hecho anteriormente, en Ariano. Trazó los signos mágicos en el aire, se imaginó en compañía de Haplo y...

Nada. La magia no surtió efecto.

— ¡Por supuesto! —Exclamó con una áspera maldición—. Haplo está en una prisión. No puede salir. ¡Ni yo entrar!

Vasu. Tenía que encontrarlo. El dirigente tenía la llave y podía conducirla hasta allí.

Y si Vasu se mostraba poco dispuesto...

Marit acarició la daga. Si así sucedía, ella lo obligaría a obedecer. Pero lo primero era averiguar dónde vivía el dirigente... y debía darse prisa.

Salió a la calle en busca de algún patryn todavía despierto que pudiera facilitarle información. No había llegado muy lejos cuando tropezó con un hombre envuelto en una capa, que surgió de las sombras.

Sobresaltada y nerviosa, Marit dio un paso atrás.

—Tengo que encontrar al dirigente Vasu —dijo, observando con recelo al nombre de la capa—. No te acerques. Límitate a decirme dónde vive.

—Aquí tienes a Vasu, Marit —dijo su interlocutor, al tiempo que echaba hacia atrás la capucha. La patryn vio el reflejo de sus tatuajes mágicos en los ojos de Vasu y el brillo de los signos mágicos de éste bajo la tela.

Marit se abrazó a él, reconfortada, y no se detuvo un solo instante a

preguntarse cómo era que Vasu había aparecido allí.

— ¡Vasu! ¡Tienes que llevarme enseguida junto a Haplo! ¡Ahora mismo!

—Desde luego —asintió el dirigente, y dio un paso hacia la caverna.

— ¡No, Vasu! —Marit se apresuró a detenerlo—. Tenemos que usar la magia.

Haplo corre un terrible peligro. No me pidas que te lo explique...

— ¿Tiene que ver con los intrusos? —preguntó Vasu con frialdad.

Marit se quedó boquiabierta.

—He estado al corriente de su presencia desde que llegaron —se limitó a explicar Vasu—. Los hemos tenido bajo vigilancia. Me complace saber —añadió con más solemnidad, fijando sus castaños ojos en ella— que no estás aliada con ellos.

— ¡Pues claro que no! Son unos seres horribles, maléficos. —Marit se estremeció.

— ¿Y Haplo y los otros?

— ¡No, dirigente, no! Haplo me avisó... Previno a Xar...

La mujer enmudeció.

— ¿Y qué hay de Xar? —inquirió Vasu con suavidad.

«Guiado por el mal...»

—

Marit movió la cabeza.

— ¡Por favor, Vasu, no hay tiempo! ¡Las serpientes dragón ya están en la caverna! ¡Van a matar a Haplo...!

—Antes tendrán que encontrarlo —respondió el dirigente de la ciudad—.

Quizá descubran que es una tarea más difícil de lo que imaginaban. Pero tienes razón. Debemos darnos prisa.

A una señal de su mano, las calles que Marit creía apaciblemente dormidas se llenaron de pronto de patryn. No era extraño que no hubiese reparado en ellos. Todos llevaban capas para ocultar las runas de advertencia que resplandecían tenuemente en sus cuerpos. A otra señal de Vasu, los patryn abandonaron sus escondites y empezaron a avanzar con sigilo hacia la caverna.

Vasu tomó del brazo a Marit y trazó una serie de runas con mano rápida. Los signos mágicos los rodearon, rojos y azules, y se hizo la oscuridad.

Haplo yacía en un jergón en el suelo, con la mirada en las sombras. Igual que las paredes de la cueva, de pequeñas dimensiones y forma más o menos cuadrada, el techo estaba cubierto de signos mágicos que brillaban débilmente, rojos y azules. Éstos y cuatro pequeños candiles encendidos, situados en las esquinas de la cámara, constituían toda la iluminación.

—Tranquilo, muchacho —dijo al perro.

El animal estaba inquieto e incómodo. Se había dedicado a dar vueltas a la pequeña estancia hasta que el propio Haplo había empezado a ponerse nervioso. De nuevo, le ordenó que se tumbara. El perro obedeció, dejándose caer junto a él. Pero, aunque se quedó quieto, mantuvo la cabeza alta y las orejas tiesas, reaccionando a sonidos que sólo él podía captar. De vez en cuando, de lo más hondo de su garganta escapaba un gruñido.

Haplo tranquilizó al can lo mejor que pudo, con unas palmaditas en la cabeza y diciéndole que todo andaba bien.

Al patryn le habría gustado que alguien le diera unas palmaditas en la suya y le dijera lo mismo. Ninguno de sus dos compañeros era de gran consuelo.

Alfred estaba extasiado con la cámara, con los signos mágicos de las paredes, con el hechizo que reducía todas las posibilidades a la única posibilidad de que no hubiese ninguna posibilidad. Hacía preguntas, parlotaba acerca de lo brillante que era todo... Llegó el punto en que Haplo deseó que hubiera sólo una posibilidad más: la de que existiera una ventana por la que arrojar al sartán.

Finalmente, por suerte, el sartán cayó dormido y ahora yacía en el camastro entre suaves ronquidos.

Hugh *la Mano* no había dicho palabra. Permanecía sentado muy erguido, lo más lejos posible de la pared resplandeciente. Su mano zurda se abría y se cerraba. En ocasiones, sin darse cuenta de lo que hacía, se llevaba la mano a la boca como si sostuviera la pipa. Luego, al recordar lo sucedido, fruncía el entrecejo y bajaba la mano sobre el muslo, donde reanudaba su abrir y cerrar.

—Puedes usar la pipa —le indicó Haplo—. Seguirá siendo una auténtica pipa a menos que algo te amenace.

Hugh movió la cabeza y lanzó una mirada colérica.

— ¡Jamás! Ahora sé qué es. Si me la llevara a los labios, notaría el sabor de la sangre en la boquilla. ¡Maldito el día en que la vi!

Haplo vio a acostarse en el jergón. Varado en el tiempo, estaba atrapado en aquella cámara pero sus pensamientos seguían siendo libres de vagar más allá. De

—

todos modos, aquello tampoco lo llevaba a ninguna parte. Sus pensamientos seguían recorriendo el mismo círculo, sin llegar a ninguna parte, viendo siempre al punto de partida.

Marit lo había traicionado. Iba a entregarlo a Xar. Haplo debería haberlo esperado; al fin y al cabo, había sido enviada a matarlo. Pero, entonces, ¿por qué no había intentado hacerlo cuando había tenido la oportunidad? Estaban en paz. Marit le había salvado la vida. La ley estaba satisfecha, si alguna vez había importado eso. Quizás había sido sólo una excusa. ¿A qué venía el cambio? Y, ahora, Xar venía a buscarlo. Xar lo quería. ¿Para qué? ¿Importaba, acaso? Marit lo había traicionado...

Haplo levantó la vista y encontró ante él a Marit.

— ¡Haplo! —Exclamó la patryn con alivio—. ¡Estás sano y salvo!

Haplo se había puesto en pie y la miraba. Y, de pronto, la tenía en sus brazos y él estaba en los suyos, sin que ninguno de los dos tuviera una idea medianamente clara de cómo había sucedido. El perro, para no ser menos, se apretujó entre ellos.

La estrechó con fuerza. Las incógnitas no importaban. Nada importaba. Ni la traición, ni el peligro que la había llevado allí, fuera cual fuese. En aquel momento, Haplo lo habría bendecido. Hasta habría podido desear aquel momento congelado en el tiempo, sin posibilidad de terminar.

Los signos mágicos de las paredes emitieron un gran destello y se apagaron.

Vasu se hallaba en el centro de la estancia, roto el hechizo.

—Sang-drax —anunció Marit; no necesitaba añadir nada más—. Está aquí. Viene a matarte.

— ¿Qué? ¿Qué? —Alfred se había incorporado en su camastro y pestañeaba con el aire adormilado de un búho viejo—. ¿Qué sucede?

Hugh *la Mano* ya estaba en pie, alerta, preparado para intervenir.

— ¡Sang-drax! —De pronto, Haplo se sintió terriblemente fatigado. La herida

de su corazón empezó a palpar, dolorosa—. Ése es el que conocía la existencia de ese puñal maldito, ¿verdad?

—Sí —respondió Marit, clavándole los dedos en los brazos—. ¡Ah!, una cosa más, Haplo. He oído una conversación de Sang-drax con las otras tres serpientes dragón. ¡Se disponen a atacar la ciudad y...!

—¿Atacar Abri? —repitió Alfred, perplejo—. ¿Quién es Sang-drax?

—Una de las serpientes dragón de Chelestra —explicó Haplo, sombrío.

Alfred, con la tez muy pálida, retrocedió con paso vacilante hasta topar con la pared.

—¿Cómo..., cómo han podido llegar hasta aquí esos monstruos?

—Cruzando la Puerta de la Muerte... gracias a Samah. Ahora se encuentran en todos los mundos, dedicadas a difundir el caos y la maldad. Y, según parece, ya están aquí, también.

—¿Y se disponen a atacar Abri? —Vasu no podía creerlo. Se encogió de hombros y murmuró—: Muchos lo han intentado...

—Sang-drax habló de ejércitos —apuntó Marit con premura—. Ejércitos de snogs, de caodines, de lobunos... de todos nuestros enemigos, organizados y agrupados. Miles de ellos, tal vez. Atacarán al amanecer. Pero antes, Sang-drax se dispone a matarte, Haplo. A ti y a alguien que llamaron «el Mago de la Serpiente», el cual, por lo visto, mató al rey de las serpientes dragón.

Haplo se vió a Alfred.

—

—¿Por qué me miras? —protestó éste. Se había puesto tan pálido que casi parecía traslúcido—. ¡Yo no fui!

—Claro que no —dijo Haplo—. Fue Coren.

Alfred se estremeció y bajó la vista, abrumado. Sus pies parecían hacer cosas raras por propia untad, deslizándose adelante y atrás y efectuando un pequeño zapateo con las puntas y los tacones de su calzado sobre el suelo de piedra.

—¿Cómo has descubierto todo esto? —preguntó Vasu.

—He reconocido a Sang-drax —explicó Marit, incómoda—. Ya lo conocía de..., de otra ocasión. Me ha pedido que lo condujera hasta Haplo. Según me dijo, Xar le envió para que se encargara de llevar a Haplo a su presencia, pero no quedé muy convencida y, cuando nos separamos, lo seguí. Espié su conversación con las otras serpientes dragón sin que ellas se dieran cuenta de mi presencia...

—Claro que se dieron cuenta —la interrumpió Haplo—. Sang-drax no necesitaba en absoluto de ti para llegar hasta mí. Esas criaturas querían que conocieras sus planes. Desean nuestro miedo...

—¡Ya lo tienen...! —musitó Alfred con aire lastimero.

—Ahora vienen hacia aquí —insistió Marit con desesperación—. Vienen a matarte. Tenemos que marcharnos...

—Sí —intervino Vasu—. Ya habrá tiempo para preguntas más tarde. —

Evidentemente, tenía muchas incógnitas por aclarar—. Os llevaré a...

—No, me parece que no los llevarás a ninguna parte —dijo una voz siseante que surgía de las sombras.

Sang-drax, todavía en la forma de un patryn, y tres de sus compañeras aparecieron en la cámara a través de las paredes.

—Esto va a ser tan sencillo como exterminar ratas en un tonel. Es una lástima que no tenga tiempo para hacer más divertido el asunto. Me gustaría tanto

haceros sufrir... ¡Sobre todo a ti, Mago de la Serpiente! —Su solitario ojo, como una tea encendida, se concentró en Alfred con un destello maléo.

—Creo que te equivocas de persona —repuso Alfred débilmente.

—A mí me parece que no. Tu disfraz es tan fácil de descubrir como el mío. —Sang-drax se vió en redondo para mirar de frente a Vasu—. Puedes probar cuanto quieras, dirigente. Verás que la magia no te sirve de mucho.

Vasu contempló con perplejidad el signo mágico que había trazado en el aire. Las runas empezaban a disgregarse y su magia agonizaba; sus llamas menguaron hasta convertirse en inocuas utas de humo.

— ¡Oh, vaya! —exclamó Alfred, y se desplomó en el suelo casi con elegancia. Las serpientes dragón avanzaron. El perro gruñó y enseñó los dientes, agazapado delante de Haplo y de Marit. Ésta sostenía en las manos su jabalina. Haplo empuñaba la daga de la mujer. Pero de poco iban a servirles las armas. Armas..., armas...

Las serpientes dragón estaban cada vez más cerca. Sang-drax había escogido a Haplo. La criatura avanzaba con la mano extendida, dispuesta a alcanzar la runa del corazón del patryn.

—Voy a terminar de una vez lo que empecé —siseó.

Haplo retrocedió, llevando consigo a Marit y al amenazante perro, hasta topar con Hugh.

— ¡El puñal sartán! —Susurró Haplo—. ¡Úsalo!

—

La Mano empuñó la Hoja Maldita y, de un salto, se interpuso entre Haplo y Sang-drax. La serpiente dragón soltó una carcajada y se dispuso a ocuparse del humano antes de terminar con los patryn.

De pronto, Sang-drax se encontró ante un titán que blandía una gruesa rama de árbol a modo de garrote.

Con un rugido, el gigante atacó salvajemente a la serpiente dragón. Sang-drax esquivó el golpe y retrocedió. Sus compañeros se enfrentaron al titán arrojando lanzas y hechizos mágicos, pero su magia no detuvo un ápice a la Hoja Maldita.

— ¡Retirada! —ordenó Sang-drax. Después, dirigió una torcida sonrisa a Haplo—: Un tipo listo, pero ¿qué vas a hacer ahora? ¡Vamos, amigos míos! Que acabe con ellos su propia arma.

Las serpientes dragón desaparecieron.

— ¡Hugh! ¡Detén eso! —exclamó Haplo.

Pero, en presencia de su enemigo ancestral, la Hoja Maldita continuó sus intentos de matar. El titán deambuló por la cámara, enfurecido, descargando su garrote contra las paredes y viendo su ciega cabeza para detectarlos con el olfato.

Unos signos mágicos se encendieron de nuevo en el aire pero, casi al instante, se consumieron y desaparecieron.

—Me lo temía —Vasu, frustrado, soltó un juramento—. Las serpientes dragón han sometido esta cámara a alguna clase de hechizo y mi magia no funciona. El titán se vió hacia ellos, ladeando la cabeza, en respuesta a la voz de Vasu.

— ¡No ataques! —Haplo detuvo a Marit, que se disponía a arrojar la jabalina—. Si no se siente amenazado, quizá nos deje en paz.

—Me temo que seguirá sintiéndose amenazado mientras quede con vida un

solo patryn —apuntó Hugh en tono tétrico.

El titán se aproximó.

Hugh *la Mano* se puso a correr delante del titán, a gritarle, con la esperanza de distraerlo. Haplo agarró al inconsciente Alfred, que corría el peligro de ser aplastado por los enormes pies del monstruo, y lo arrastró hasta una de las esquinas de la estancia.

Vasu y Marit intentaron rodear al gigante con el propósito de atacarlo por detrás, pero el titán percibió el movimiento, se vió y descargó otro golpe. La rama se abatió con un silbido horrible y se estrelló contra la pared detrás de Marit. De no haberse arrojado al suelo cuan larga era, el impacto le habría aplastado el cráneo.

Haplo abofeteó repetidamente a Alfred.

— ¡Despierta! ¡Maldita sea, despierta! ¡Te necesito!

El perro le prestó ayuda y cubrió las mejillas de Alfred de babosos lametones.

Los pies del titán, enormes y pesados, estremecieron la caverna. Hugh *la Mano* se plantó de nuevo entre la criatura y Haplo con aire protector. Vasu intentó invocar un nuevo hechizo sin gran éxito.

— ¡Alfred! —Haplo sacudió al sartán hasta que a éste le castañetearon los dientes.

Alfred abrió los ojos, dirigió una mirada aterrorizada al titán aullante y, con un leve gemido, cerró los párpados.

— ¡No, no lo hagas! —Haplo agarró al sartán por el cuello y lo obligó a sentarse muy erguido—. No es un titán de verdad. ¡Es el puñal! ¡Tiene que haber

—

algún tipo de magia que puedas usar para detener un arma sartán! ¡Piensa, maldita sea! ¡Piensa, o nos matará a todos!

—Magia... —repitió Alfred, como si fuera un concepto nuevo y original—.

Magia sartán. ¡Tienes razón! Me parece que quizás existe un modo...

Se puso en pie, vacilante. El titán no le prestó atención. Su ciega cabeza estaba concentrada en los patryn. Una mano enorme descendió y apartó a un lado a Hugh. Después, el titán se dirigió hacia Haplo.

Alfred se plantó ante el gigante. Con su cómica figura envuelta en ropas finas muy gastadas y los cabellos ralos que le caían hasta la espalda desde la cabeza, considerablemente calva, el sartán levantó una mano temblorosa con gesto solemne y con voz vacilante ordenó:

—Basta.

El titán desapareció.

En el suelo de la estancia, a los pies de Hugh estaba la Hoja Maldita. El arma se estremeció un instante, con las runas iluminadas. Los signos mágicos emitieron un destello y se apagaron.

— ¿Ya no es peligroso? —preguntó Haplo, sin apartar la vista del puñal. . —

No —confirmó Alfred—. Mientras nada amenace a maese Hugh.

Haplo dirigió una mirada colérica al sartán.

— ¿Vas a decirme que habrías podido hacer eso desde el principio? ¿Que bastaba con decir: «basta» en sartán?

—Supongo que sí, pero no se me había ocurrido hasta que lo has mencionado. Y, en realidad, no estaba seguro de si funcionaría. Pero, cuando me he detenido a pensar en ello, me ha parecido lógico que el sartán que confeccionó

el puñal proporcionara a su usuario algún medio de controlar el arma. Y, con toda probabilidad, tenía que ser algo sencillo que resultara fácil de enseñar a los mensch...

—Sí, sí —lo cortó Haplo, cansado de oírlo—. Ahórrate las explicaciones y límitate a enseñarle esa condenada palabra a Hugh, ¿quieres?

—¿Qué significa todo esto? —El asesino no tenía mucha prisa en recuperar el arma.

—Significa que, en adelante, puedes controlar el arma. No atacará a nada que tú no quieras. Alfred te enseñará la magia que necesitas dominar para ello.

—Podemos marcharnos —anunció Vasu tras echar una ojeada en torno a la cámara—. El hechizo de esas criaturas ya se ha desvanecido, pero jamás me había encontrado ante un poder semejante. Es mucho mayor que el mío. ¿Qué son esas criaturas? ¿De dónde salen? ¿Quién las creó, los sartán?

Alfred palideció.

—Me temo que sí. Samah me contó que una vez había hecho esa misma pregunta a las serpientes dragón: «¿Quién os creó?». «Vosotros», fue la respuesta.

—Resulta extraño —comentó Haplo sin alzar la voz—. Es la misma contestación que me dieron cuando les pregunté yo: «¿Quién os creó?». «Vosotros», respondió.

—¿Qué importa quién los crease? —exclamó Marit, impaciente—.

Esas criaturas están aquí y se disponen a atacar la ciudad. Y después, cuando esté destruida... —Marit movió la cabeza a un lado y a otro, pugnando consigo misma—. No puedo creerlo. Seguro que Sang-drax no hablaba en serio.

—¿Qué más dijeron? —quiso saber Haplo.

—

—Sang-drax afirmó que, después, iba a cerrar definitivamente la Última Puerta.

—

CAPÍTULO

ABRÍ EL LABERINTO

Vasu se dispuso a abandonar las cavernas para preparar a su gente ante el inminente ataque. Se ofreció a llevar con él a Hugh *la Mano* y a Alfred, no porque fueran a significar una gran ayuda, sino porque el dirigente quería vigilar de cerca a ambos... y al puñal mágico. Marit debería haberlo acompañado —ella sí podía resultar de utilidad—; pero, cuando Vasu la miró, ella fijó la vista en otra dirección y evitó darse por aludida.

Vasu se vió hacia Haplo, que jugaba con el perro y también evitaba su mirada. El dirigente sonrió y se marchó, llevándose a Hugh y a Alfred. Haplo y Marit estaban solos, sin contar al perro. Éste se tumbó sobre el vientre y disimuló lo que podía ser una sonrisa, ocultando el hocico entre las patas.

Marit, repentinamente inquieta, puso una expresión de asombro al descubrir que se habían quedado solos en la cámara.

—Supongo que deberíamos irnos. Hay mucho trabajo que...

Haplo la tomó en sus brazos.

—Gracias —le dijo—. Por salvarme la vida.

—Lo he hecho por nuestro pueblo —respondió ella, tensa entre sus brazos, rehuendo su mirada—. Tú conoces la verdad acerca de Sang-drax. Eres el único. Xar...

Se detuvo, horrorizada. ¡Qué había estado a punto de decir!

—Sí —murmuró Haplo, estrechando aún más su abrazo—. Yo sé la verdad sobre Sang-drax. Y Xar no. ¿Es esto lo que ibas a decir, Marit?

—No es culpa suya —protestó ella. Contra su untad y contra su costumbre, Marit se descubrió relajándose en los poderosos brazos de Haplo—. Esas criaturas lo halagan, lo seducen. No le permiten ver su verdadera forma...

—Yo también me decía eso —respondió Haplo sin alzar la voz—. Pero he dejado de creerlo. Xar conoce la verdad. Sabe que son maléficas. Presta oído a sus halagos porque le complacen. Cree que las controla pero, cuanto más se convence de ello, más lo someten ellas a su dominio.

El signo de Xar que llevaba en la piel le produjo un escozor insoportable.

Inició un gesto para tocarlo, para frotarlo como se frota uno cuando se da un golpe, para aliviar el dolor, pero se contuvo. El pensamiento de que Haplo viera la marca le descomponía el estómago.

—

¿Y por qué no había de verla?, se dijo a sí misma con irritación. ¿Por qué había de sentirse avergonzada? Era un honor, un gran honor. Haplo se equivocaba acerca de Xar. Una vez que su señor conociera la verdad acerca de las serpientes dragón...

—Xar se acerca —insistió con terquedad—. Tal vez se presente durante la batalla. Él nos salvará, luchará por nosotros, su pueblo, como siempre ha hecho. Y entonces comprenderá, verá cómo es Sang-drax en realidad...

Marit apartó a Haplo de un empujón y le vio la espalda. Se llevó la mano a la frente y rascó la marca oculta bajo el tupido flequillo.

—Creo que deberíamos colaborar en la defensa. Vasu necesitará de nosotros...

—Marit —dijo Haplo—, te quiero.

El signo mágico de la frente de la patryn era como un aro de hierro en torno al cráneo. Un aro que lo apretaba, que lo constreñía. Las sienes le latían con punzadas de dolor.

—Los patryn no aman —replicó Marit con voz apagada, de espaldas todavía.

—No. Sólo odiamos —asintió Haplo—. Si hubiera amado más y odiado menos, tal vez no te habría perdido. Ni habría perdido a nuestra hija.

—No la encontrarás nunca, ¿sabes?

—Sí que lo haré. En realidad, ya lo he hecho. Hoy mismo la he visto.

Marit dio media vuelta y lo miró fijamente.

— ¿Qué? ¿Cómo puedes estar seguro?

Haplo se encogió de hombros.

—No lo estoy. A decir verdad, supongo que no era ella. Pero podría haberlo sido. Y por ella lucharemos. Por ella venceremos. Y por ella encontraremos el modo de evitar que Sang-drax cumpla la amenaza de cerrar la Última Puerta...

Marit vía a estar entre sus brazos y lo estrechaba con fuerza. Los círculos de sus respectivos seres se unieron para formar uno solo, completo, sin final.

Viendo que nadie iba a necesitar un perro durante un rato, el animal suspiró satisfecho, rodó de costado y se durmió.

Al salir de las cavernas, Vasu recorrió las calles de Abri disponiendo los preparativos para el combate. Rodeadas de un territorio hostil, bajo permanente amenaza cuando no ataques, las murallas de la ciudad estaban reforzadas con magia; incluso los tejados de las viviendas tenían runas de protección. Muy pocas criaturas del Laberinto intentaban atacar Abri. Preferían acechar tras las murallas, en los bosques, para asaltar a los grupos de cultivadores y los ganaderos. De vez en cuando, alguna bestia alada —dragones, grifos u otros— decidía hacer una incursión dentro de los muros de defensa. Pero tales sucesos no eran frecuentes. Lo que preocupaba a Vasu eran aquellos comentarios acerca de unos ejércitos. Hasta aquel momento, como había dicho Haplo, los monstruos del Laberinto habían permanecido prácticamente desorganizados. Los caodines solían atacar a los lobunos. Éstos se mantenían en constante defensa de su territorio frente a los hombres tigres merodeadores. Los dragones errabundos mataban cualquier cosa que pareciera apta para ser devorada. Sin embargo, Vasu no se llamaba a engaño: aquellas rivalidades menores quedarían olvidadas rápidamente si se presentaba la oportunidad de aliarse e invadir la ciudad fortificada que los había tenido a raya tanto tiempo.

Vasu dio la alarma, reunió a la gente en la gran plaza central y les reveló el peligro. Los patryn recibieron la terrible noticia con calma, aunque con rostro sombrío. Su silencio era señal de aceptación. Se dispersaron y se dedicaron a sus

—

respectivas tareas con eficiencia y hablando lo indispensable. Las familias se despidieron, se dijeron adiós sin demorarse, sin una lágrima. Los adultos ocuparon sus posiciones en la muralla. Los hijos mayores condujeron a los más pequeños a las cavernas de la montaña, cuyas tapias fueron derribadas para la ocasión. Grupos de exploradores, envueltos en ropas negras para ocultar las runas que ya brillaban como un mal presagio, se deslizaron al otro lado de la verja de hierro y recorrieron la ribera del río para reforzar la magia de los puentes e intentar calcular la fuerza y la disposición del enemigo.

—¿Qué hay de ese maldito fuego? —Hugh *la Mano* vió la cabeza hacia la llama que hacía de faro—. Dices que por aquí hay dragones. Esa luz los atraerá como a insectos.

—Nunca ha sido apagada —respondió Vasu—. Desde que se encendió por primera vez. Pero no creo que eso importe mucho —añadió secamente, tras echar un vistazo a los signos mágicos que resplandecían en su piel—. Los insectos ya están acudiendo.

Hugh movió la cabeza, poco convencido.

—¿Te importa si echo un vistazo al resto de tus defensas? Tengo cierta experiencia en esta clase de cosas.

Vasu no supo qué responder. Alfred se apresuró a tranquilizarlo:

—Ahora, la Hoja Maldita estará bastante segura. Y maese Hugh sabe controlarla. Mañana, en cambio, si hay batalla...

Hugh guiñó un ojo al sartán.

—Tengo una idea respecto a eso, no te preocupes.

Alfred suspiró y contempló la ciudad con tristeza.

—Bien, hemos hecho cuanto hemos podido —comentó Vasu, imitando el suspiro del sartán—. No sé vosotros, pero yo estoy hambriento. ¿Os apetece venir a mi casa? Seguro que os vendrá bien comer y beber un poco.

Alfred se mostró asombrado y complacido.

— ¡Será un honor para mí!

Mientras cruzaban la ciudad, Alfred se percató de que, por ocupados que estuvieran, todos los patryn que encontraban a su paso dirigían alguna muestra de respeto a Vasu, aunque sólo fuera una leve inclinación de cabeza o un gesto de la mano esbozando en el aire un rápido signo mágico ritual de amistad. Vasu, indefectiblemente, devía el saludo con otro gesto rápido.

Su hogar no era distinto de cualquier otra vivienda patryn, salvo que parecía más vieja que la mayoría y estaba apartada de las demás. Encajada contra la montaña, era un vigía fornido y resuelto que apoyaba la espalda contra una superficie firme para enfrentarse al enemigo.

Vasu fue el primero en entrar. Lo siguió Alfred, que tropezó en el peldaño de la entrada pero consiguió sostenerse antes de caer de bruces en el suelo. La vivienda estaba limpia y bien cuidada y, como todas las casas patryn, casi vacía de muebles.

— ¿No estás casa... quiero decir, no vives con nadie? —Alfred se sentó en el suelo torpemente, doblando con dificultad sus largas piernas bajo el cuerpo.

Vasu cogió pan de una cesta suspendida del techo. De éste colgaban también unas ristras de embutidos que evocaron a Alfred una divertida anécdota del perro de Haplo.

—

—No, por ahora vivo solo —respondió Vasu, añadiendo a la frugal comida una fruta de una clase desconocida—. No hace mucho tiempo que soy dirigente. He heredado el puesto de mi padre, que ha muerto recientemente.

—Mis condolencias por la pérdida —murmuró Alfred con cortesía.

—La suya fue una vida bien vivida —dijo Vasu—. Nosotros celebramos tales existencias, no las lloramos. —Dejó la comida en el suelo, entre los dos invitados, y se sentó con ellos—. Nuestra familia ha ostentado el cargo durante generaciones. Por supuesto, cualquier hombre o mujer tiene derecho a disputarlo pero, de momento, nadie lo ha hecho. Mi padre se esforzó en gobernar bien, con justicia. Yo me propongo emular su ejemplo lo mejor que pueda.

—Parece que lo estás logrando.

—Así lo espero. —La mirada preocupada de Vasu se perdió en la oscuridad del exterior por el ventanuco de la estancia—. Mi pueblo no ha afrontado nunca un desafío semejante, una amenaza tan terrible.

— ¿Qué hay de la Ultima Puerta? —preguntó Alfred tímidamente, consciente de que tales asuntos no eran en realidad de su incumbencia, de que sabía muy poco de ellos—. ¿No debería enviarse a alguien para avisar a..., a alguien?

Vasu emitió un leve suspiro.

—La Ultima Puerta está lejos, muy lejos de aquí. El enviado no llegaría vivo... o a tiempo.

Alfred contempló la comida, pero tenía muy poco apetito.

—Pero basta de charla deprimente. —Vasu vió a concentrarse en su plato con una sonrisa animosa—. Necesitamos la energía que nos da la comida. Y quién sabe cuándo podremos tomar otra colación como ésta. ¿Quieres que me ocupe de la bendición, o prefieres hacerla tú?

— ¡No, no! Tú, por favor —se apresuró a decir Alfred, sonrojándose. No tenía idea de qué entendería el patryn por una bendición adecuada.

Vasu extendió las manos y empezó a hablar. Alfred se unió a sus palabras inconscientemente, repitiéndolas sin pensar lo que hacía... hasta que se dio cuenta de que el dirigente estaba pronunciando la bendición en idioma sartán.

A Alfred se le cortó la respiración con un extraño ruido, medio sofocado en la garganta, que llamó la atención del dirigente. Vasu se detuvo a media bendición y levantó la vista.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó, preocupado.

Alfred contempló los tatuajes resplandecientes de la piel de Vasu con ojos desorbitados y expresión confusa.

—Tú no eres... ¿No serás?... No puedes ser... un sartán.

—Sólo en parte —respondió Vasu, impertérrito. Levantó los brazos y contempló los signos mágicos con orgullo—. Nuestra familia se ha adaptado con el paso de los siglos. Al principio, llevábamos los tatuajes sólo como disfraz. No para engañar a los patryn, entiéndeme; lo único que pretendíamos era encajar entre ellos. Desde entonces, a través de los matrimonios mixtos, hemos podido utilizar la magia, aunque no en el mismo grado que un patryn puro. Sin embargo, lo que nos falta en magia patryn, lo compensamos utilizando la magia sartán.

— ¡Matrimonios mixtos! Pero... ¿y el odio? —Alfred recordó el Río de la Rabia—. Sin duda, os perseguirían...

—No —dijo Vasu con calma—. Los patryn sabían por qué habíamos sido enviados aquí.

— ¡El Vórtice!

—

—Exacto. Aparecimos del seno de la montaña, donde habíamos sido enviados a causa de nuestras creencias heréticas. Mis antepasados se oponían a la Separación y a la construcción de esta prisión. Eran un peligro, una amenaza para el orden establecido. Como tú mismo, supongo; al menos, es lo que debo imaginar, aunque eres el primer sartán que llega al Vórtice desde hace siglos. Esperaba que las cosas hubieran cambiado.

—Aquí seguís todavía, ¿no es cierto? —comentó Alfred con suavidad, dando vueltas a su plato con dedos temblorosos.

Vasu lo contempló unos instantes en silencio.

—Supongo que las explicaciones serían demasiado largas y prolijas —dijo finalmente.

—En realidad, no —repuso Alfred con un suspiro—. Los sartán nos encerramos en nuestra propia prisión. Una prisión tan segura como la que hicimos para vosotros. Los muros de la nuestra eran el orgullo; el miedo, nuestros barrotes. La fuga era imposible, pues para ello deberíamos haber derribado los muros y abierto las rejas. No nos atrevimos a hacerlo. Nuestra cárcel no sólo nos mantenía encerrados, sino que mantenía fuera a cualquier otro, ¿comprendes? Nosotros nos protegimos dentro y cerramos los ojos al resto y nos dedicamos a dormir. Y así, dormidos, hemos pasado todos estos años. Y, al despertar, todo había cambiado excepto nosotros. Ahora, el único sitio que reconocemos es nuestra prisión.

—Pero éste no es tu caso —indicó Vasu.

Alfred se sonrojó. Con una débil sonrisa, protestó:

—No es mérito mío. Conocí a un hombre con un perro...

Vasu asintió.

—Cuando nuestra gente llegó aquí, lo más fácil habría sido rendirse y morir. Fueron los patryn quienes nos mantuvieron vivos. Nos acogieron, nos aceptaron, nos protegieron hasta que adquirimos fuerzas suficientes para defendernos solos. Alfred empezaba a comprender lo sucedido.

—Y la idea de construir una ciudad debe de haber sido una propuesta sartán.

—Sí, creo que lo fue, pero de eso hace mucho tiempo y se ha perdido el recuerdo. Resultaría lógico para los sartán, que procedían de ciudades y gustaban de vivir en grupos numerosos. Los sartán comprendían las ventajas de agruparse, establecerse en un lugar y colaborar para hacerlo fuerte.

»Ya en el mundo antiguo, los patryn eran nómadas de tendencias solitarias. Entre ellos, la unidad familiar era muy importante. Y sigue siéndolo. Pero en el Laberinto, muchas familias quedaban rotas y los patryn tuvieron que adaptarse por razones de supervivencia. La solución que adoptaron fue ampliar la unidad familiar en tribu. Así, los patryn aprendieron de los sartán la importancia de agruparse para la defensa mutua, y los sartán aprendieron de los patryn la importancia de la familia.

—Lo peor de ambos pueblos nos condujo a este final —comentó Alfred con emoción—. Lo peor lo perpetuó. Aquí, habéis tomado lo mejor y lo habéis empleado para construir la estabilidad, para encontrar la paz en medio del caos y del terror.

—Esperemos que no haya llegado el final... —apuntó Vasu en tono sombrío.

Alfred suspiró y movió la cabeza. Vasu lo observó con detenimiento—. Los intrusos te llamaron el Mago de la Serpiente...

Esta vez, Alfred sonrió y agitó las manos.

—Lo sé. Ya me han llamado así otras veces. No tengo idea de qué significa.

—

—Yo sí —declaró Vasu inesperadamente.

Alfred levantó la vista, perplejo.

—Cuéntame qué sucedió para que te ganaras ese apodo —dijo el dirigente.

—Ahí está lo bueno: no lo sé. Y no creas que me niego a responder, que no quiero colaborar. Daría cualquier cosa... Intentaré explicarme.

»Para resumir, cuando desperté de mi sueño me descubrí solo. Todos mis compañeros habían muerto y estaba en el mundo del aire, Ariano, un mundo poblado por mensch.

Hizo una pausa y observó a Vasu para ver si lo seguía. Así era, al parecer, aunque el patryn no decía nada. Su atento silencio animó a Alfred a continuar.

—Estaba aterrorizado. Todo este poder mágico —Alfred se miró las manos— y estaba solo. Tuve miedo. Si alguien descubría lo que era capaz de hacer, quizá..., quizás intentaría aprovecharse de mí. Imaginé las coacciones, las súplicas, los apremios, las amenazas... No obstante, yo deseaba vivir entre los mensch y ser de utilidad para ellos. Pero no fui de gran ayuda. —Alfred suspiró otra vez—. El caso es que adopté una costumbre sumamente nefasta. Cada vez que me amenaza un peligro, me... me desmayo.

Vasu lo observó, asombrado.

—La alternativa era utilizar la magia, ¿comprendes? —continuó Alfred, sonrojado—. Pero eso no es lo peor. Al parecer, he obrado algún hechizo notable..., un acto de magia muy destacado, según dicen, y no recuerdo haberlo hecho. En ese momento debía de estar completamente consciente, pero, una vez producido el hecho, no me queda el más vago recuerdo de ello. Bueno, supongo que sí, pero

muy adentro. —Alfred se llevó la mano al corazón—. Porque me siento incómodo cada vez que se comenta el asunto. ¡Pero te juro que no tengo el menor recuerdo consciente!

— ¿Qué clase de magia? —se interesó el dirigente. Alfred tragó saliva y se humedeció los labios resecaos.

—La nigromancia —respondió en voz baja, angustiada y casi inaudible—. El humano, Hugh *la Mano*, estaba muerto y yo lo deví a la vida.

Vasu llenó los pulmones y expulsó el aire muy despacio.

— ¿Y qué más?

—Según dicen, me..., me transformé en una serpiente. En un dragón, para ser exacto. Haplo corría peligro. Estábamos en Chelestra y también había unos chiquillos... Las serpientes dragón iban a matarlos —dijo con un estremecimiento—. Haplo dice que no fue así. No lo sé. —Movi6 la cabeza y repiti6—: Sencillamente, no lo sé.

— ¿Qué sucedió?

—Un magnífico dragón verde y dorado apareció de la nada y se enfrentó a las serpientes. El dragón destruyó al rey de las serpientes.

Haplo y los chiquillos quedaron salvados. Y lo único que recuerdo es que desperté en la playa.

—Un auténtico mago de la serpiente —asintió Vasu en un murmullo.

— ¿Qué es un mago de la serpiente, dirigente? ¿Tiene algo que ver con esas serpientes dragón? De ser así, ¿cómo es posible? Esas criaturas eran desconocidas entre los sartán en la época de la Separación... al menos, hasta donde sé.

—Parece extraño que tú, un sartán de pura cepa, no lo sepas —fue la respuesta de Vasu, mientras observaba a Alfred con cierta desconfianza—. Y que yo, un mestizo, sí.

—

—No es tan extraño —replicó Alfred con una expresión de desolación—.

Vosotros habéis mantenido brillantemente encendido el fuego del recuerdo y de la tradición. En nuestra obsesión por intentar rehacer lo que destruimos, dejamos que nuestro fuego se apagara. Y, por último, yo era muy joven cuando me quedé dormido... y muy viejo cuando desperté.

Vasu reflexionó sobre ello en silencio; después, se relajó y sonrió.

—Lo del Mago de la Serpiente no tiene nada que ver con esos que llamas serpientes dragón, aunque tengo la impresión de que llevan existiendo más tiempo del que tú calculas. «Mago de la Serpiente» sólo es un título que denota capacidad, facultades. Nada más.

»En la época de la Separación había una jerarquía de magos entre los sartán, simbolizada por nombres de animales: lince, coyote, ciervo... Era un asunto muy complejo e intrincado. —Los bellos ojos de Vasu estaban fijos en Alfred—. Serpiente era un grado muy cercano a la cúspide. Un Mago de la Serpiente es extraordinariamente poderoso.

—Entiendo. —Alfred dio muestras de incomodidad—. Supongo que tal grado requiere una preparación, años de estudio...

—Por supuesto. Semejante poder implica responsabilidades.

—Es lo único en lo que nunca he sido muy bueno.

—Habrías podido ser de inmensa ayuda para mi gente, Alfred.

—Si no me desmayo —apuntó Alfred con amargura—. Aunque, a decir verdad,

tal vez te convendría que así sucediese. Os haría correr más riesgos de los que merezco. El Laberinto parece capaz de ver mi magia en contra mía...

—Porque no la controlas. Ni te controlas tú mismo. Toma el dominio de tus actos, Alfred. Sé el héroe de tu propia vida. No dejes que otro interprete ese papel.

— ¡Ser el héroe de mi propia vida! —repitió el sanan en un susurro. Casi se echó a reír. Resultaba tan ridículo...

Los dos hombres permanecieron sentados en sociable silencio. Fuera, la neblina empezó a dar paso a la apagada luminosidad gris del día. El amanecer y la batalla se avecinaban.

—Eres dos personas, Alfred —dijo Vasu al cabo de un rato—. Una por dentro y otra por fuera. Existe un abismo entre ambas y tienes que tender un puente para salvarlo de un modo u otro. Las dos tenéis que entrar en contacto.

Alfred Montbank, de mediana edad, medio calvo, torpe y cobarde.

Coren, dador de vida, criatura de poder, de fuerza, de valor. El escogido.

Las dos personas no podrían juntarse jamás. Habían permanecido separadas demasiado tiempo. Alfred tomó asiento, desalentado.

—Creo que sólo conseguiría precipitarme de ese puente —murmuró, apenado.

Sonó un cuerno, una llamada de aviso, y Vasu se puso en pie.

— ¿Vendrás conmigo?

Alfred intentó ofrecer un porte valiente. Cuadró los hombros, se incorporó del asiento... y tropezó con la esquina de la alfombra.

—Uno de los dos lo hará —respondió, y se puso en marcha con un suspiro.

—
. Los caodines, criaturas semejantes a insectos, poseen un caparazón externo duro que resulta muy difícil de penetrar, incluso con armas mágicas. El caodín debe ser atacado con precisión para que su muerte sea instantánea; de lo contrario, el atacante se encontrará enfrentado a dos de esas criaturas donde antes sólo había una.

CAPÍTULO

ABRÍ EL LABERINTO

Bajo la luz cenicienta del amanecer, a los patryn les dio la impresión de que se había aliado contra ellos hasta el último de sus enemigos del Laberinto. Hasta el momento en que se habían asomado desde la muralla y habían contemplado con asombro lo que tenían delante, algunos habían dudado de los avisos, incrédulos ante la llamada de alarma. Muchos habían considerado exagerados los temores del dirigente. De vez en cuando había habido algún intruso en la ciudad, pero nunca habían causado mucho daño. Alguna manada de lobunos podía llevar a cabo un ataque. A veces era quizás una legión de aquellos caodines tan difíciles de matar. ¿Cómo podían juntarse fuerzas tan numerosas como anunciaba el dirigente, sin que los vigías se percataran de ello? El bosque y las tierras que lo rodeaban no habían resultado más peligrosas de lo normal. Pero ahora la tierra bullía de muerte.

Lobunos, caodines, hombres tigres, snogs y multitud de otros monstruos, creados y criados por la magia maléfica del Laberinto, se amontonaban a lo largo de la orilla del río presa de un nervioso frenesí, hasta formar lo que parecía otro Río de la Rabia.

El bosque ocultaba las fuerzas enemigas congregadas en su seno, pero los patryn observaron cómo se mecían las copas de los árboles, agitadas por el movimiento de los ejércitos. Una gran polvareda se levantaba allí donde los árboles

gigantes eran abatidos para servir de puentes y de arietes o para ser transformados en escalas con las que asaltar las murallas.

Y más allá del bosque, en las praderas dispuestas para la siembra, creció una cosecha espantosa. Brotando en la noche como las malas hierbas que prosperan con la oscuridad, las filas de enemigos se extendían hasta el horizonte.

—

Y a la cabeza de aquellos ejércitos había unas criaturas nunca vistas hasta entonces : unas serpientes enormes de escamas grises, carentes de alas y de patas, que avanzaban reptando. Aquellas criaturas rezumaban una baba que emponzoñaba la tierra, el agua, el aire: cualquier cosa que tocara. Su olor repulsivo, a materia descompuesta, era una película aceitosa en el aire. Los patryn pudieron percibirlo en la lengua y en la garganta, notaron cómo les cubría los brazos y las manos y cómo oscurecía su visión.

Los ojos encendidos de las serpientes despedían un intenso resplandor rojo sediento de sangre, y sus bocas desdentadas se abrían de par en par para engullir el terror y el miedo que inspiraba su presencia, para alimentarse con ellos y hacerse cada vez más grandes, más fuertes, más poderosas.

Una de las serpientes tenía un único ojo y con él escrutaba las almenas de la muralla de la ciudad con maléa fijeza, como si buscara a alguien en particular.

Llegó el amanecer, la luminosidad grisácea que surgía de una fuente nunca vista y que sólo servía para iluminar levemente, sin proporcionar el menor calor o alivio. Pero, aquel día, el tono ceniciento de la mañana iba acompañado de un halo azul, de una aureola roja. La magia rúnica de los patryn no había brillado nunca con tal intensidad, reaccionando con toda su potencia a las poderosas fuerzas dispuestas contra ella.

Los signos mágicos refulgían en la muralla de protección con un brillo tan cegador que muchos de los que esperaban la señal del ataque en la orilla del río tuvieron que protegerse los ojos. El cuerpo de los propios patryn brillaba como si cada uno de ellos se consumiera en su propia llama vibrante.

Sólo una silueta permanecía a oscuras, solitaria y afligida, casi asfixiada de terror.

— ¡Estamos perdidos!

Alfred se asomó entre las almenas. Sus manos, agarradas a la muralla, temblaban de tal manera que desprendieron algunos fragmentos de roca, los cuales cayeron en una pequeña cascada de arena que le cubrió los zapatos.

—Sí, la situación es desesperada—respondió Haplo a su lado—. Lamento haberte metido en esto, amigo mío.

El perro iba y venía a lo largo de la muralla con aire nervioso, lanzando gañidos porque no alcanzaba a ver nada; de vez en cuando, se ponía alerta y respondía con gruñidos a los aullidos desafiantes de un lobuno o al siseo insolente de una serpiente dragón. Marit permaneció junto a Haplo con la mano cerrada con fuerza en torno a la de él. Los dos se intercambiaban continuas miradas y sonreían, encontrando el valor y el consuelo en los ojos del otro.

Mientras los contemplaba, Alfred notó que aquel consuelo lo abarcaba también a él. Por primera vez desde que conocía a Haplo, Alfred veía al patryn casi completo, casi en paz. Todavía no estaba completo del todo, pues el perro aún seguía con él. Fuera cual fuese la razón que había llevado a Haplo a ver al Laberinto, lo había devuelto a su hogar. Y el patryn estaba satisfecho de

encontrarse allí, de poder morir allí.

«Amigo mío», lo había llamado.

Alfred lo oyó a duras penas entre los chillidos del ejército invasor y las palabras avivaron un pequeño fuego en su interior.

— ¿De veras lo soy? —preguntó a Haplo con timidez.

— ¿Eres qué?

—
. A diferencia de las maléficas serpientes (o serpientes dragón) y de los dragones «buenos» de Pryan, los dragones del Laberinto son descendientes de los que existían en el Universo antiguo, antes de la Separación. Son reptiles espantosos, de gran tamaño, con enormes alas y dotados de una magia poderosa y de una maldad abominable. No matan a su víctima directamente, sino que les gusta coger prisioneros y torturar a sus víctimas durante días, sometiéndolos a una muerte lenta. Haplo menciona en otro momento que los dragones del Laberinto eran la única criatura contra la que jamás había luchado. Cada vez que temía tener alguno cerca, el patryn huía para salvar la vida. Que Haplo supiera, Xar, el Señor del Nexo, era el único patryn que había luchado contra un dragón del Laberinto y había sobrevivido

La conversación había pasado a otra cosa, al menos entre Haplo, Marit y Hugh *la Mano*. Alfred no había prestado atención. Se había quedado absorto con la voz que llegaba del otro lado del abismo.

—Eso..., eso que has dicho: amigo tuyo —apuntó con turbación.

— ¿Yo te he llamado así? —Haplo se encogió de hombros—. Seguramente se lo decía al perro —añadió, pero acompañó sus palabras de una sonrisa.

—Sabes que no... —insistió Alfred, rojo de satisfacción.

Haplo guardó silencio. Los ejércitos asaltantes lanzaron alaridos y aullidos, gritos confusos y maldiciones. El silencio de Haplo envió a Alfred como una manta reconfortante. Sus oídos no captaron los gritos de muerte; sólo oyeron a Haplo, cuando éste vió a hablar:

—Sí, Alfred, eres amigo mío.

Haplo le tendió una mano firme y poderosa, tatuada de runas azules en el revés.

Alfred alargó la suya, blanca, arrugada, de muñecas huesudas y huesos finos, con la piel fría y sudorosa de miedo.

Las dos manos se encontraron, se asieron y permanecieron firmemente encajadas.

Dos seres que se tendían la mano a través de un abismo de odio. En aquel momento, Alfred miró a su interior y se encontró.

Y ya no tuvo miedo.

Otro estridente toque de corneta y se inició la batalla.

Los patryn habían destruido los puentes que cruzaban el río o habían instalado trampas mágicas en ellos. Aquellos obstáculos, no obstante, sólo detuvieron al enemigo momentáneamente; no fueron para él más que un inconveniente menor. El estrecho puente de piedra que había costado a Alfred aquellos penosos momentos estalló en un destello de magia, llevándose consigo a un puñado de enemigos que habían cometido la estupidez de aventurarse por el angosto pasadizo.

Pero, antes de que los últimos fragmentos hubiesen llegado a las turbulentas aguas del fondo, unas criaturas de largos colmillos arrastraron hasta la ribera del

río seis grandes troncos. Unos dragones —los verdaderos dragones del Laberinto— levantaron los troncos con sus zarpas y con su magia, y los depositaron en los lugares previstos. Legiones de aquellos temibles enemigos cruzaron el obstáculo del cauce. Cuando alguno de ellos resbalaba y caía al torrente, como sucedía con muchos, los demás lo abandonaban a su suerte.

A más altura sobre los acantilados se alzaban varios puentes de piedra permanentes. Los patryn dejaron éstos intactos, pero utilizaron la magia de las runas grabadas en ellos para confundir al enemigo, despertando un profundo pánico en quienes intentaban cruzarlos; de ese modo, quienes avanzaban en

—

vanguardia daban media vuelta y huían presa del pánico, con lo que desorganizaban y ponían en estampida a los que los seguían.

Los patryn que defendían la muralla se animaron al observar lo que sucedía, convencidos de que el grueso del enemigo no conseguiría alcanzar la ciudad, pero su alegría se apagó cuando las enormes serpientes se irguieron y se lanzaron de cabeza contra la parte inferior de los puentes, una zona desprotegida por la magia. Las runas de las piedras resplandecieron con furia, pero las grietas se extendieron y perturbaron la magia, la debilitaron y, en algunos casos, la destruyeron por completo. Los comandantes enemigos reagruparon a sus tropas con gritos furibundos. La retirada fue contenida y los ejércitos del Laberinto se lanzaron a través de los puentes agrietados, que temblaron bajo su peso pero resistieron. A media mañana, el cielo sobre Abri quedó oscurecido por las alas de dragones y grifos, de murciélagos gigantes y de aves de presa de alas coriáceas, que se lanzaban en picado sobre los defensores patryn. Hordas de caodines, manadas de lobunos y tropas de hombres tigres cruzaron a la carrera la tierra de nadie hasta el pie de la muralla. Se levantaron torres de asalto y se apoyaron escalas contra los muros. Los arietes golpearon las puertas de hierro con estruendo ensordecedor.

Los patryn desencadenaron una lluvia de defensas mágicas sobre sus enemigos: las lanzas se transformaban en dardos llameantes, las jabalinas estallaban en una rociada de chispas que consumían la carne que tocaban, las flechas iban directamente al corazón de la víctima escogida, guiadas por una magia que impedía que fallaran. El humo y una niebla mágica impidieron la visión a los monstruos que descendían desde el cielo y varios se estrellaron de cabeza contra la montaña. La magia de las runas inscritas en la muralla y en los edificios de Abri repelió a los invasores. Las escaleras de madera apoyadas en los muros se vieron agua. Las torres de asalto se incendiaron y se consumieron. Los arietes de hierro se fundieron y el metal licuado consumió a cuantos estaban próximos. Confundidos ante la fuerza y poder de la magia patryn, los ejércitos enemigos vacilaron y retrocedieron. Alfred, que observaba desde su puesto en las murallas, empezó a pensar que se había equivocado.

— ¡Estamos venciendo! —dijo con tono excitado a Haplo, que había hecho una pausa para tomar aliento.

—No, nada de eso —respondió el patryn con aire sombrío—. Ésa sólo ha sido la primera oleada. Su objetivo era ablandar nuestras defensas y obligarnos a gastar nuestra reserva de armas.

—Pero se están retirando —protestó el sartán.

—Sólo se reagrupan. Y esta lanza que tengo en la mano es la última que me

queda. Marit ha ido a buscar más, pero no las encontrará.

Los arqueros estaban a cuatro manos, buscando por el suelo cualquier flecha perdida. Incluso recuperaban los dardos clavados en los cuerpos de los muertos para utilizarlos contra quienes los habían disparado. Abajo, protegidos por la muralla, los que eran demasiado viejos para el combate se inclinaban sobre las pocas armas que quedaban y trazaban unas runas apresuradas, mediante las cuales reponían la magia que ya empezaba a desaparecer de ellas.

Pero todos los esfuerzos no bastarían para mantener a raya al enemigo, que ya se disponía a su siguiente ataque. A lo largo de las murallas, los patryn empuñaron espadas y puñales y se aprestaron a afrontar el asalto, que se libraría cuerpo a cuerpo.

—

Marit regresó con un par de jabalinas y una lanza rota.

—Es todo lo que he podido encontrar.

—¿Me permites? —Intervino Alfred, colocando la mano sobre las armas—. Puedo crear otras idénticas.

Haplo movió la cabeza.

—No. Tu magia, ¿recuerdas? ¿Quién sabe en qué podrían convertirse?

—¡Ah! —exclamó Alfred, abatido—. No puedo ser de ninguna ayuda.

—Por lo menos, no te has desmayado —apuntó Haplo.

El sartán levantó la vista, algo perplejo.

—¡Es verdad!

—Además, no creo que importe, a estas alturas —añadió Haplo fríamente—.

Podrías convertir en lanzas las ramas de todos los árboles del bosque y no cambiaría las cosas. El ataque lo conducen las serpientes dragón.

Alfred se asomó sobre las almenas. Las rodillas le fallaron y estuvo a punto de perder el equilibrio. El perro se acercó y trató de darle ánimos con un lametón y un alegre meneo de rabo.

El Río de la Rabia se había congelado, probablemente por efecto de la magia de las serpientes, y ejércitos de criaturas avanzaban ahora a través de su sólida superficie negra. Tras rodear la ciudad, las serpientes empezaron a lanzarse con todas sus fuerzas contra la muralla. La piedra con inscripciones rúnicas se estremeció con los impactos. En la muralla aparecieron unas grietas, pequeñas al principio, pero luego cada vez más grandes. Una y otra vez, las serpientes atacaron los propios huesos de Abri. Las grietas se extendieron y empezaron a ensancharse, dividiendo las runas y debilitando la magia.

Los patryn combatieron a las serpientes con todas las armas y todos los hechizos mágicos imaginables, pero las armas golpeaban las grises escamas de su piel y salían rebotadas sin producir daño y la magia estallaba sobre las serpientes sin surtir efecto. Avanzaba la tarde, y los ejércitos enemigos permanecieron en el río helado y alentaron a las serpientes, a la espera de que la muralla se derrumbara.

El dirigente Vasu subió hasta la posición de Haplo. Un súbito impacto hizo temblar la muralla bajo sus pies.

—Has dicho que una vez combatiste contra esos seres, Haplo. ¿Cómo podemos detenerlos?

—Con acero —respondió éste—. Una hoja con inscripciones de magia rúnica, hundida directamente en la cabeza. ¿Puedes encontrarme una espada?

—Eso significaría luchar fuera de la muralla —gritó Vasu sobre el estruendo de los golpes.

—Dame un grupo de gente experta con el puñal y la espada —lo apremió Haplo.

—Tendríamos que abrir las puertas —apuntó Vasu con expresión sombría.

—Sólo lo imprescindible para dejarnos salir. Después, veríais a cerrar.

Vasu movió la cabeza.

—Nada de eso. No podría permitirlo. Quedaríais atrapados ahí fuera...

—Si fracasamos, poco importará eso —replicó Haplo tétricamente—. O morimos ahí fuera, o lo hacemos aquí dentro. Fuera tenemos una oportunidad.

—Iré contigo —se ofreció Marit.

—Yo también—dijo Hugh *la Mano*, frustrado e impaciente por entrar en acción. El asesino había intentado participar en la lucha, pero cada lanza que

—

arrojaba iba a parar lejos de su objetivo y las flechas que disparaba podrían haber sido flores, por el daño que hacían.

—Tú no puedes matar —le recordó Haplo.

—Ellas no lo saben —contestó Hugh con una mueca.

—En eso tienes razón —reconoció Haplo—. Pero quizá deberías quedarte aquí y proteger a Alfred...

—No —intervino éste con decisión—. Maese Hugh es necesario. Todos vosotros seréis necesarios. A mí no me sucederá nada.

— ¿Estás seguro? —Haplo acompañó la pregunta de una penetrante mirada. Alfred se sonrojó. Haplo no le preguntaba si estaba seguro de que no le sucedería nada; se refería a otra cosa. Haplo siempre había sido capaz de leerle los pensamientos. Pero, claro, aquello solía suceder entre amigos...

—Estoy seguro —respondió con una sonrisa.

—Buena suerte, entonces, Coren —murmuró Haplo.

Acompañados del perro y de Hugh *la Mano*, los dos patryn —Haplo y Marit— se marcharon y pronto desaparecieron entre la niebla y el humo de la batalla.

—Buena suerte a ti, amigo mío —dijo Alfred en un susurro.

Cerró los ojos, sondeó en las profundidades de su ser (un lugar que nunca hasta entonces había visitado, al menos conscientemente) y empezó a rever entre la confusión allí reinante en busca de las palabras de un hechizo.

Kari y su partida de cazadores se prestaron untarios a Ir con Haplo a combatir contra las serpientes. Armados con el acero, todos procedieron a efectuar las inscripciones mágicas en la hoja según las instrucciones de Haplo.

—La cabeza es la única parte vulnerable de las serpientes, que yo sepa —explicó éste—. Entre los ojos.

No era preciso mencionar lo que todos podían ver: que las serpientes eran poderosas, que las colas como látigos podían golpearlos hasta que su magia protectora cediera, que los cuerpos enormes podían aplastarlos y las fauces abiertas y desdentadas podían devorarlos.

Cuatro serpientes reptaban en torno a la muralla. Una de ellas era Sang-drax.

—Ése es nuestro —dijo Haplo, y cruzó la mirada con Mark, que asintió con aire resuelto y ceñudo. El perro ladró, excitado, y corrió en círculos delante de la puerta.

Los muros seguían resistiendo, pero no lo harían mucho tiempo más. Las

grietas ya se extendían desde la base hasta las almenas; el fulgor deslumbrante de las runas empezaba a disminuir y, en algunos puntos, se había apagado. Las huestes de criaturas del Laberinto aprovechaban estos puntos débiles para instalar escalas, y comenzaban a ascender por la muralla. A veces, en sus ataques, las serpientes derribaban a sus propios aliados, pero no se inmutaban. Otra horda acudía enseguida a ocupar el lugar de los muertos.

Haplo y su grupo se colocaron ante la puerta.

—Nuestra bendición va con vosotros —dijo Vasu y, con un gesto de la mano, dio la señal.

Los patryn que guardaban la magia de la puerta colocaron las manos en las runas. Los signos mágicos emitieron un destello y se apagaron. Las puertas empezaron a abrirse. Haplo y los suyos salieron rápidamente, escurriéndose por la rendija. Al advertir una brecha en las defensas, una jauría de lobunos emitió un aullido al unísono y se lanzó hacia allí. Los patryn acabaron con ellos rápidamente. Los pocos lobunos que consiguieron atravesar la línea se

—

encontraron atrapados entre ésta y las puertas de hierro cuando éstas se cerraron con un gran estruendo.

Haplo y quienes lo acompañaban estaban ahora atrapados fuera de su ciudad, sin manera de ver atrás. Por orden estricta de Haplo, las puertas no verían a abrirse hasta que las serpientes hubieran muerto.

Los símbolos mágicos de las espadas y de los propios cuerpos de los patryn emitían un intenso resplandor. A indicación de Haplo, los equipos se separaron, desplegándose en pequeños grupos para desafiar a las serpientes una a una, evitar que se agruparan y alejarlas de la muralla.

Las serpientes se burlaron de ellos y abandonaron unos instantes su tarea de demolición para eliminar aquellas insignificantes molestias antes de ver a ella. Sólo Sang-drax comprendió el peligro y lanzó un aviso, pero sus congéneres no prestaron atención.

Una de las serpientes, al ver que aquellas criaturas diminutas la atacaban, se lanzó directamente hacia ellas con la intención de cogerlas entre las fauces y dever los cuerpos al otro lado de la muralla.

Kari, flanqueada por tres de los suyos, se mantuvo firme ante la pesadilla que descendía sobre ella. Empuñando la espada, esperó hasta que la terrible cabeza estuvo justo encima de ella; entonces, con todas sus fuerzas, hundió la afilada hoja con sus signos mágicos llameantes, rojos y azules, en la cabeza del reptil. La espada se hundió hasta la empuñadura y manó la sangre. La serpiente se irguió, agonizante, y al hacerlo arrancó la espada de las manos de Kari. Cegada por la sangre que llovía sobre ella y mareada por el olor pestilente y ponzoñoso, la patryn cayó al suelo. El gigantesco cuerpo de la serpiente rodó por el suelo con la intención de aplastarla, pero los compañeros de Kari la retiraron a rastras. La criatura agitó la cola soltando latigazos que habrían destrozado a los patryn de haberlos alcanzado, pero sus movimientos se hicieron más y más débiles. La cabeza de la serpiente se estrelló contra el suelo, rozando la muralla, y se quedó inmóvil.

Los patryn lanzaron vítores; sus enemigos, maldiciones. Las otras serpientes, más cautas ahora que una de las suyas había muerto, contemplaron a sus atacantes con respeto, lo cual complicó la tarea de los patryn y la hizo aún más

peligrosa.

La cabeza de la serpiente tuerta se cernió sobre Haplo.

— ¡Éste será nuestro último encuentro, Sang-drax! —exclamó el patryn.

—Desde luego que sí. Has dejado de serme útil y ya no te necesito vivo.

— ¡Será nuestro último encuentro porque ya no te tengo miedo! —replicó Haplo.

— ¡Ah! Pues deberías tenerlo —dijo Sang-drax, viendo su cabeza de serpiente para intentar ver a Marit y a Hugh, que acechaban por su lado ciego—. En este momento, varias de mis hermanas se dirigen a la Última Puerta con órdenes de cerrarla definitivamente. ¡Quedaréis atrapados aquí para toda la eternidad!

— ¡Los patryn del Nexo lucharán para impedirlo!

—Pero no conseguirán vencer. Y tú tampoco podrás conmigo. ¿Cuántas veces me has derribado sin conseguir otra cosa que ver cómo me levanto de nuevo? Sang-drax lanzó un ataque con la cabeza, pero su movimiento no fue más que una finta. Al tiempo que la hacía, agitó la cola y golpeó con ella a Haplo por la espalda. La magia protegió el cuerpo del patryn; de lo contrario, el impacto le

habría partido el espinazo. La cola, de todos modos, lo derribó y lo dejó en el suelo, aturdido. La espada se le escapó de la mano.

El perro se plantó ante su amo caído en actitud protectora, con los dientes al descubierto y el pelo del cuello erizado.

Pero la serpiente no prestó más atención a Haplo. El patryn estaba fuera de combate y ya no era una amenaza. El ojo rojo localizó a Marit. Sang-drax abrió las fauces y se abatió sobre su presa. Marit se quedó inmóvil, como si estuviera paralizada de terror, y no hizo el menor movimiento para defenderse. Las mandíbulas ya se cerraban cuando un fuerte impacto golpeó a la serpiente por el lado ciego.

Hugh *la Mano* se había lanzado él mismo contra la cabeza de la serpiente, con todas sus fuerzas. Con un puñal patryn cubierto de runas en la mano, intentó hundirlo en las escamas grises, pero el arma se rompió. *La Mano* continuó tenazmente agarrado al monstruo, asido a la órbita del ojo vaciado. Había tenido la esperanza de que la Hoja Maldita vería a la vida y atacaría a su enemigo para defenderlo, pero tal vez las serpientes tenían ahora el control del puñal como parecían haber hecho en el pasado. Hugh no podía hacer otra cosa que seguir allí colgado e intentar, al menos, estorbar el ataque de la serpiente y dar a Marit y Haplo la oportunidad de matarla.

Sang-drax agitó la cabeza a un lado y otro, tratando de quitarse de encima al molesto mensch. Pero Hugh *la Mano* era fuerte y continuó asido con terca determinación. Un relámpago amarillo recorrió la piel gris de la serpiente con un chisporroteo. El asesino lanzó un alarido. Una descarga eléctrica sacudió su cuerpo y lo obligó a soltarse, retorciéndose de dolor.

Cayó al suelo, pero había ganado el tiempo preciso. Marit había podido acercarse lo suficiente para hundir la espada en la cabeza de Sang-drax. La hoja de acero penetró en la mandíbula y ascendió por su nariz; la herida era dolorosa, pero no mortal.

Marit intentó liberar la espada pero Sang-drax alzó la cabeza bruscamente, con lo que arrancó el arma de su mano bañada en sangre.

Haplo estaba en pie con la espada en la mano, pero todavía se tambaleaba, dolorido y confuso. Marit corrió a coger la espada que él sostenía débilmente. La mano de Haplo se cerró sobre la suya.

— ¡Detrás de mí! —le susurró él en tono urgente.

Marit comprendió el plan. Se apretó tras Haplo teniendo buen cuidado de apartarse del brazo armado de éste, que ahora colgaba fláccidamente al costado.

El perro se movió delante de él, saltando, lanzando mordiscos al aire y provocando a la serpiente con agudos gañidos y ladridos.

Debatiéndose entre terribles dolores, Sang-drax vio a su enemigo débil y herido y se abalanzó sobre la presa. Cuando distinguió la radiante espada levantada hacia él, cuando vio centellear la magia con un fulgor que cegaba su único ojo bueno, era demasiado tarde. No podía detener su impulso hacia abajo, pero al menos destruiría al hombre que se disponía a destruirlo.

Marit se incorporó. La cabeza de la serpiente no la había alcanzado por muy poco. Se disponía a participar en el ataque pero, en el último momento, Haplo la había apartado hacia atrás de un empujón. La serpiente se había desplomado sobre Haplo, empalándose ella misma en la espada. Agarrado a ésta con ambas manos, Haplo había hundido la hoja en Sang-drax y había desaparecido junto con

—

el perro, sin un grito, bajo la cabeza de la criatura, que se debatía en sus últimos estertores.

En torno a Marit se desarrollaban otros combates. Una de las serpientes había matado a los patryn que la atacaban e iba en ayuda de su compañera. Kari también había corrido a ayudar a los suyos, que luchaban por salvar sus vidas. Marit apenas les prestó atención.

Distinguió a Haplo, cubierto de sangre (suya y de la serpiente). Yacía en el suelo, inmóvil.

Corrió hasta él e intentó levantar la pesada cabeza de la serpiente para rescatarlo. Hugh *la Mano*, que empezaba a incorporarse a duras penas, sacudiendo la cabeza con gesto de aturdimiento, lanzó un grito de advertencia.

Marit se vió. Un lobuno se aprestaba a saltar sobre ella. Lo hizo y la derribó al suelo; las garras de la fiera se clavaron en su carne y los colmillos buscaron su garganta.

Y, de pronto, el lobuno desapareció de encima de ella. Marit abrió los ojos y tuvo la desquiciada impresión de que el atacante salía ando hacia atrás.

Entonces se dio cuenta de que la fiera estaba siendo transportada hacia arriba en las zarpas de la criatura más hermosa y maravillosa que la patryn había visto en su vida.

Un dragón de escamas verdes y alas doradas, con una cresta bruñida que resplandecía como un sol, sobre el cielo gris lleno de humo, descendió, agarró al lobuno y arrojó a la bestia a la muerte contra las rocas cortantes de un acantilado. Después, el dragón regresó en vuelo rasante, atrapó a la serpiente muerta y la arrastró lejos de Haplo.

Las otras serpientes, alarmadas del nuevo enemigo, abandonaron a los patryn y se dispusieron a enfrentarse al dragón.

Marit levantó en brazos a Haplo. Estaba vivo; los tatuajes de su piel emitían un leve resplandor azulado. Pero la sangre empapaba su piel en la runa del corazón. Su respiración era trabajosa e irregular. El perro —increíblemente en pie

e ileso después de quedar sepultado bajo la serpiente— trotó junto a su amo y le dio un inquieto lametón en la mejilla.

Haplo abrió los ojos y vio a Marit. Luego observó el brillante cuerpo verde y las destellantes alas doradas del maravilloso dragón.

—Bien, bien —musitó con una sonrisa—. Alfred.

— ¡Alfred! —Marit lanzó una exclamación y alzó la cabeza.

Pero una sombra le impidió ver. Una figura se cernía sobre ella. Al principio, no supo qué o quién; no podía ver nada más que una silueta negra contra el resplandor que despedía el dragón. A Haplo se le cortó la respiración y luchó vanamente por incorporarse.

Y entonces se oyó una voz, y Marit la reconoció.

—De modo que ése es tu amigo Alfred —dijo Xar, el Señor del Nexo, levantando la mirada—. Un sartán muy poderoso, ciertamente.

La mirada de Xar vió a centrarse en Marit y en Haplo.

—Es una suerte que esté ocupado en otra cosa —añadió Xar.

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

Xar había encontrado la ciudad de Abri gracias al fuego del faro. Encendida en lo alto de la montaña, por encima de las nieblas y del humo, por encima del resplandor de la magia que protegía la ciudad, la baliza brillaba intensamente y Xar se había encaminado directamente hacia ella.

Había conducido su nave hasta las ruinas del Vórtice; viajar en una nave con runas sartán tenía sus ventajas, aunque el viaje había resultado incómodo para el patryn. No le había dado tiempo a reconstruir los signos mágicos del exterior de la nave antes de abandonar Pryan y había evitado modificar los del interior, consciente de que quizá necesitaría toda su fuerza para afrontar lo que se le presentara

Aunque no se dejaba impresionar con facilidad, Xar se había asombrado ante el número de fuerzas enemigas que atacaba la ciudad. Había llegado al inicio de la batalla y había presenciado ésta desde un lugar seguro, en lo alto de las montañas, cerca del faro. Xar se había calentado a su lumbre mientras contemplaba el ataque de los ejércitos del caos contra su pueblo.

No lo sorprendió ver a las serpientes dragón. El Señor del Nexo había aceptado por fin que Sang-drax lo traicionaba.

La Séptima Puerta. Todo guardaba relación con la Séptima Puerta.

—Sabéis que, si la encuentro, os dominaré —dijo a las serpientes dragón, cuyos cuerpos grises, cubiertos de baba, lanzaban el asalto contra las murallas de la ciudad—. El día que Kleitus me habló de la

Séptima Puerta... ese día empezasteis a temerme. En ese momento os convertisteis en mi enemigo.

A Xar no le importaba que Haplo le hubiera advertido de la traición de las serpientes dragón desde el primer momento. En aquel instante, lo único que le importaba al Señor del Nexo era la Séptima Puerta. Ésta se agigantaba en su cabeza, borrando de ella todo lo demás.

—

Lo que debía hacer era localizar a Haplo entre los miles de patryn que resistían al enemigo, lo cual no le resultaría demasiado difícil. Conociendo a los hombres y a las mujeres como los conocía, estaba bastante seguro de que allí donde encontrara a Marit —y eso sería sencillo, dado el vínculo que había entre los dos— estaría Haplo. Su única preocupación era que pudiera intervenir aquel entremetido sartán, Alfred.

La batalla se prolongó largo tiempo. Los patryn se defendían bien, y Xar experimentó un sentimiento de orgullo en el pecho. Aquél era su pueblo. Y, una vez que encontrase la Séptima Puerta, él lo conduciría a la gloria. Sin embargo, no tardó en impacientarse. El tiempo que desperdiciara allí sería tiempo perdido para la búsqueda de la puerta de marras. Colocó la mano en el signo mágico y estaba a punto de llamar a Marit, dispuesto a bajar a buscar personalmente a Haplo, cuando vio que se abría la puerta de la ciudad y salía un puñado de héroes para expulsar a las serpientes dragón.

Y, naturalmente —Xar no tuvo que molestarse siquiera en mirar—, entre ellos estaba Haplo. La última batalla de éste con Sang-drax había terminado en empate; ambos habían infligido y recibido heridas que no curarían más. Haplo no desperdiciaría la ocasión de acabar con su enemigo, pese a que las posibilidades estaban en su contra.

—Claro que no —comentó Xar, observando el duelo con interés y aprobación—. Eres mi hijo.

El Señor del Nexo esperó hasta que la batalla hubo terminado y Sang-drax quedó destruido; entonces, invocó la magia rúnica para elevarse del suelo y transportarse hasta el ensangrentado campo de batalla.

La primera reacción de Marit al ver a Xar fue de inmenso alivio. Allí estaba el padre fuerte que, una vez más, defendería, protegería y socorrería a sus hijos.

— ¡Mi Señor, has venido a ayudarnos!

Haplo intentó incorporar el cuerpo hasta quedar sentado, pero estaba muy débil y dolorido. La sangre le empapaba la delantera de la camisa e incluso manchaba el chaleco de cuero que llevaba encima de ella. Notó crujir los bordes astillados de los huesos fracturados; el menor movimiento era una tortura insoportable.

Marit lo ayudó prestándole su fuerza y su apoyo. Cuando levantó la vista, encontró los oscuros ojos de Xar fijos en ella, pero la mujer estaba demasiado aturdida por la batalla y demasiado regocijada por su presencia como para advertir la sombra que Xar extendía sobre ellos.

—Mi Señor... —Haplo habló con un hilo de voz. Xar tuvo que hincar la rodilla junto a él para entender lo que decía—. Aquí podemos defendernos. La mayor amenaza, el mayor peligro, está en la Última Puerta. Las serpientes dragón se proponen cerrarla. Nos... —un acceso de tos le impidió continuar.

—... nos dejarán atrapados para siempre en esta prisión, mi Señor —tomó la palabra Marit con tono urgente—. Su maldad aumentará; de eso se encargarán las serpientes dragón. El Laberinto se convertirá en una cámara de muerte, sin esperanza, pues no habrá modo de escapar.

—Tú eres el único que puede alcanzar la Última Puerta a tiempo —dijo Haplo, pronunciando cada palabra con un esfuerzo visiblemente doloroso—. Eres el único que puede detenerlas.

Tras esto, se derrumbó en brazos de Marit. El rostro de ésta, tan cercano al suyo, dejó de manifiesto la inquietud y la preocupación que le inspiraba. Ninguno

de los tres prestó atención a la batalla que se desencadenaba en torno a ellos; la magia de Xar los tenía encerrados en un capullo de seguridad y silencio, los protegía de la muerte y del azar de la guerra.

La mirada de Xar se perdió en la distancia hasta que, sin moverse de donde estaba, alcanzó a ver la Última Puerta (lo cual entraba dentro del reino de las posibilidades y, por tanto, de sus poderes mágicos). Sus facciones se pusieron tensas y serias, arrugó el entrecejo y entrecerró los ojos con rabia. Marit intuyó que estaba viendo la terrible batalla que se libraba allí entre las serpientes y la gente del Nexo, que abandonaba sus pacíficos hogares para defender la única vía de escape que tenían sus hermanos atrapados.

¿Estaba teniendo lugar ya el combate, o Xar estaba viendo el futuro?

La mirada del Señor del Nexo vio allí, y sus ojos eran ahora duros, fríos y calculadores.

—La Última Puerta caerá, pero yo la abriré de nuevo. Cuando haya encontrado la Séptima Puerta, me tomaré cumplida venganza.

— ¿A qué te refieres, mi Señor? —Marit lo miró sin comprender—. No te preocupes por nosotros, mi Señor. Aquí nos las arreglaremos. Tú debes salvar a nuestro pueblo.

—Eso tengo intención de hacer, esposa —replicó Xar con tono seco. Marit se encogió.

Haplo escuchó la palabra y notó el escalofrío que recorría aquellos brazos cuyo contacto era tan reconfortante, tan grato. Abrió los ojos y la miró. El rostro de la mujer estaba manchado de sangre; sangre de ambos, de la serpiente... Sus cabellos despeinados dejaban ahora a la vista la marca de su frente, los signos entrelazados de ella y de Xar.

—Déjame a mí, esposa —ordenó Xar.

Marit dijo que no con la cabeza y se agachó sobre Haplo con gesto protector.

Xar extendió un brazo y posó la mano en su hombro. Con un grito, la mujer cayó al suelo, completamente inerte y con su magia rúnica desorganizada.

Xar se vio a Haplo.

—No te resistas a mí, hijo mío. Déjate ir. Libérate del dolor y de la desesperación, de la agonía de esta vida.

El Señor del Nexo deslizó los brazos debajo del magullado cuerpo de Haplo, éste hizo un débil intento de desasirse, y el perro se apresuró a intervenir, lanzando frenéticos ladridos a Xar.

—Sé que no puedo hacer daño al animal —dijo éste con la misma frialdad—. Pero puede pagarlo ella.

Marit se retorció, impotente, y sacudió la cabeza. El signo de su frente resplandeció como una brasa encendida.

— ¡Perro, basta! —susurró Haplo entre unos labios cenicientos.

El perro emitió un gáñido de incompreensión pero, enseñado a obedecer, se retiró. Xar levantó en brazos a Haplo con la misma ternura y facilidad que si atendiera a un chiquillo herido.

—Levántate, esposa —dijo a Marit—. Cuando me haya ido, tendrás que defenderte.

La magia que la tenía paralizada la dejó en libertad. Débil, Marit se levantó y se acercó un paso a Xar y, sobre todo, a Haplo.

— ¿Adonde lo llevas, mi Señor? —Preguntó, y la esperanza libró una última

batalla en su corazón—. ¿Al Nexo? ¿A la Última Puerta?

—

—No, esposa. —La voz de Xar era fría—. Regreso a Abarrach. —Con visible satisfacción, contempló a Haplo y añadió—: Regreso a la nigromancia.

— ¿Cómo puedes permitir que suceda esta desgracia a tu pueblo? —exclamó ella, colérica.

Xar respondió con una llamarada en los ojos: —Los patryn han sufrido toda su vida. ¿Qué importa un par de días más? Cuando vuelva triunfante, cuando la Séptima Puerta quede abierta, todos los sufrimientos habrán terminado.

« ¡Será demasiado tarde!» Marit tenía las palabras en la punta de la lengua, pero miró a los ojos a Xar y no se atrevió a pronunciarlas. Tomó una mano de Haplo y la apretó contra su runa del corazón.

—Te quiero— le susurró.

Él abrió los ojos. Sin voz, sólo con el movimiento de los labios manchados con su propia sangre, le transmitió un mensaje:

— ¡Busca a Alfred! Alfred puede... detenerlas...

—Sí, busca al sartán —intervino Xar con una risotada—. Estoy seguro de que estará más que contento de defender la prisión que su propia raza construyó.

El Señor del Nexo pronunció las runas, y se formó en el aire un signo mágico.

La runa llameante alcanzó a Marit y le cruzó la frente como un látigo.

El dolor la atravesó como si la hubiera herido de una cuchillada. La sangre le resbaló sobre los ojos impidiéndole la visión. Jadeante, mareada del dolor y de la conmoción, cayó de rodillas.

— ¡Xar! ¡Mi Señor! —exclamó a voz en grito mientras se limpiaba la sangre de los ojos.

Xar no hizo caso. Con Haplo en sus brazos, el Señor del Nexo atravesó tranquilamente el campo de batalla. Un escudo de magia los envía y los protegía.

Trotando tras ellos, solitario e inadvertido, iba el perro.

Marit se incorporó como impulsada por un resorte con la idea desesperada de detenerlos, de atacar a Xar por la espalda y rescatar a Haplo pero, en aquel preciso instante, un torbellino de siglas empezó a girar en torno a ellos —en torno a los tres, incluido el perro—y todos desaparecieron.

—

CAPÍTULO

ABRÍ EL LABERINTO

La batalla llegó a su término con la caída de la tarde. Las serpientes dragón estaban vencidas y destruidas; ya no amenazaban con abrir brechas en la muralla.

El maravilloso dragón verde, un ser como no se había visto otro igual en el Laberinto, se unió a los patryn para derrotar a las serpientes. La muralla aguantó y su magia fue reforzada rápidamente. La puerta resistió. Hugh *la Mano* fue el último en cruzarla antes de cerrarse definitivamente. Hugh traía en brazos a Kari, a la que había encontrado herida bajo un puñado de cadáveres de caodines. La llevó al interior de la ciudad y allí la dejó en manos de los suyos.

— ¿Dónde están Haplo y Marit? —preguntó Hugh.

Vasu, que dirigía la restauración de la magia de la puerta, se vió a mirarlo con súbita consternación.

—Creía que estaban contigo.

—¿No han entrado?

—No. Y yo no me he movido de aquí.

—Ordena que abran la puerta otra vez —dijo Hugh—. Todavía deben de estar ahí fuera.

— ¡Abrid! —Indicó Vasu a los centinelas—. Iré contigo.

Hugh observó al gordinflón y se dispuso a protestar, pero entonces recordó que él no podía matar.

La puerta se abrió, y los dos hombres se dieron de bruces con una banda de enemigos. Sin embargo, muertos sus líderes, el gusto por la batalla parecía haber abandonado a los demás. Muchos se batían en retirada hacia el río y contribuían a crear confusión entre las filas.

— ¡Allí! —Hugh señaló con la mano.

Herida y aturdida, Marit deambulaba sin rumbo al pie de la muralla. Una manada de lobunos, atraídos por el aroma de la sangre, seguía su rastro.

Vasu empezó a cantar con una profunda voz de barítono.

Hugh decidió que el tipo se había vuelto loco. ¡Aquél no era momento para un aria! Pero, de pronto, un enorme arbusto de espinas largas y afiladas brotó del

—

suelo y rodeó a los lobunos. Las espinas se engancharon en su espesa pelambre y les impidieron avanzar. Unas ramas flexibles envieron sus patas. Los lobunos aullaban y lanzaban alaridos pero, cuantos más esfuerzos hacían por escapar más enredados quedaban.

Marit ni siquiera se percató de lo que sucedía. Vasu continuó su canto y las espinas se hicieron más tupidas y numerosas. Arriba, sobre la muralla, los patryn esperaban a que Marit estuviera a salvo para acabar con las bestias atrapadas en las zarzas.

Hugh *la Mano* corrió hasta ella y la cogió.

— ¿Dónde está Haplo? —le preguntó.

Ella lo miró con los párpados casi pegados por efecto de la sangre coagulada.

Marit no podía verlo bien; eso, o no lo reconocía.

—Alfred —le dijo en patryn—. Tengo que encontrar a Alfred.

— ¿Dónde está Haplo? —repitió Hugh en el idioma humano, con un tono de frustración.

—Alfred. —Marit repitió el nombre una y otra vez.

Hugh comprendió que no sacaría nada de ella en su estado de confusión. La tomó en brazos y corrió de nuevo hacia Vasu. El dirigente los acogió bajo la protección de su magia hasta que hubieron alcanzado la puerta sanos y salvos. Cuando cayó la noche, el fuego del faro aún ardía con todo su fulgor. La magia de la muralla parpadeaba y bajaba de intensidad, pero las runas seguían emitiendo luz. Los últimos enemigos desaparecieron en la espesura dejando tras de sí a los muertos.

Los viejos que habían pasado el día grabando runas portadoras de muerte en las armas dedicaron la noche a dever la vida a los heridos y moribundos.

La herida de la cabeza de Marit no amenazaba su vida, pero los curanderos no conseguían sanarla por completo. El arma que le había desgarrado la frente,

fuera cual fuese, debía de estar impregnada en veneno, explicaron los expertos a Hugh tras mostrarle la marca inflamada y en carne viva sobre las cejas.

Pero, al menos, Marit estaba consciente; demasiado consciente, en opinión de los médicos, que tenían dificultades para mantenerla en la cama. Ella no hacía más que pedir que la dejaran hablar con Vasu y finalmente, viendo que no podían hacer otra cosa para tranquilizarla, habían mandado a buscarlo.

El dirigente se presentó. La ciudad de Abri se mantenía en pie, pero muchos habían entregado la vida por ella. Entre los muertos estaba Kari. Y también alguien a quien Vasu temía mencionar, sobre todo a la mujer que lo observaba acercarse a su lecho de dolor.

—Alfred —dijo Marit al instante—. ¿Dónde está? Ninguno de estos estúpidos lo sabe o quiere decírmelo. ¡Tengo que dar con él! ¡Él puede llegar a la Última Puerta a tiempo de enfrentarse a las serpientes dragón! ¡Alfred puede salvar a nuestro pueblo!

Los patryn no podían mentirse entre ellos y Vasu era lo bastante patryn como para saber que ella se daría cuenta del engaño, por piadoso que éste fuera.

—Alfred es un mago de la serpiente. Se transformó en dragón y...

— ¡Todo eso ya lo sé! —Le interrumpió Marit con impaciencia—. Seguro que ya ha vuelto a cambiar, a estas alturas. ¡Llévame a él!

—Es que... no ha vuelto —murmuró Vasu.

La vida desapareció de los ojos de Marit.

— ¿A qué te refieres?

—

—A que ha caído del cielo, tal vez herido de muerte. Estaba luchando con una legión de dragones del Laberinto...

— ¡Tal vez! —Marit se agarró a la palabra, se aferró a ella—. ¡No lo habéis visto morir! ¡No sabéis si está muerto o no!

—Marit, vimos cómo caía...

Ella se levantó del lecho apartando las manos de los curanderos que intentaban impedirlo.

—Muéstrame dónde.

—No puedes salir ahí fuera —declaró Vasu con severidad—. Es demasiado peligroso. Merodean manadas de lobunos y grupos de hombres tigres furiosos por la derrota, esperando poder capturar a alguno de nosotros.

—El asesino humano. ¿Dónde está?

—Aquí, Marit. —Hugh *la Mano* se adelantó. Hasta aquel momento había permanecido observando junto al lecho, sin atraer la atención—. Te acompañaré. Yo también necesito encontrar a Alfred —añadió en tono sombrío.

—Es nuestra única esperanza —asintió Marit, y los ojos se le llenaron de lágrimas por un instante—. Es la única esperanza de Haplo.

Reprimió las lágrimas con un parpadeo y alargó la mano para tomar sus armas, de las cuales la habían despojado los curanderos.

Vasu no preguntó a qué se refería. La magia de Xar no había cegado los ojos del dirigente de Abri. Vasu había visto al Señor del Nexo y había presenciado la reunión de los tres. Había visto marcharse a Xar, llevándose a Haplo... y al perro. Y había supuesto que Xar no se dirigía a librar la batalla por la Última Puerta.

—Dejadla —ordenó a los médicos. Éstos se apartaron a un lado.

Vasu condujo a Marit y a Hugh *la Mano* hasta la muralla. Les indicó dónde

había visto caer de los cielos al dragón, como una llamarada verde y dorada. Abrió la puerta de la ciudad y los vio alejarse en la oscuridad.

Después permaneció largas horas, hasta el amanecer, contemplando con desesperación el apagado resplandor rojizo que iluminaba el horizonte en la dirección de la Última Puerta.

LA SEPTIMA PUERTA

SERIE EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE Vol.VII

Margaret Weis – Tracy Hickman

CAPÍTULO

ABRI

EL LABERINTO

Vasu se hallaba en lo alto de la muralla, silencioso y pensativo, mientras, a sus pies, las puertas de la ciudad de Abri se cerraban con estruendo. Amanecía, lo cual, en el Laberinto, sólo significaba que la negrura de la noche adquiriría un tono grisáceo. Pero aquel amanecer era distinto de los demás. Era más glorioso... y más aterrador. Estaba iluminado por la esperanza y oscurecido por el miedo.

Era un amanecer que descubría la ciudad de Abri, en el mismo centro del Laberinto, aún en pie y victoriosa tras una batalla terrible con sus más implacables enemigos.

Era un amanecer tiznado del humo de las piras funerarias, un amanecer en el cual los vivos podían exhalar un suspiro trémulo y atreverse a esperar que la vida futura fuese mejor.

Era un amanecer iluminado por un pálido fulgor rojizo en el lejano horizonte, un resplandor que resultaba estimulante, tonificante. Los patryn que guardaban las murallas de la ciudad volvían los ojos hacia aquella luminosidad extraña y sobrenatural, sacudían la cabeza y hacían comentarios en tonos graves y ominosos.

—Eso no presagia nada bueno —decían con gesto sombrío.

¿Quién podía recriminarles su actitud sombría? Vasu, no. Él, que sabía lo que se avecinaba, desde luego que no. Pronto tendría que revelárselo y, con ello, hacer añicos la alegría de aquel amanecer.

—Ese resplandor —tendría que decirle a su pueblo— es el fuego de la guerra.

De la feroz batalla por el control de la Última Puerta. Las serpientes dragón que nos atacaron no fueron vencidas, como creísteis. Sí, matamos a cuatro de ellas; pero, por las cuatro que murieron, otras ocho han nacido. Y ahora atacan la Última Puerta con el propósito de cerrarla y de atraparnos a todos en esta espantosa prisión. «Nuestros hermanos, los que viven en el Nexo y los que están cerca de la Última Puerta, se enfrentan a ese mal y, por tanto, aún tenemos

—

motivos para la esperanza. Pero los nuestros son pocos en número y el mal es vasto y poderoso.

«Nosotros estamos demasiado lejos como para acudir en su ayuda. Demasiado lejos. Cuando llegáramos, si lográramos hacerlo con vida, sería demasiado tarde. Sí, tal vez sería demasiado tarde.

»Y, una vez cerrada la Última Puerta, el mal en el Laberinto se hará más fuerte. Nuestro miedo y nuestro odio se volverán más intensos para compensarlo, y el mal se alimentará de ese miedo y de ese odio y se hará aún más poderoso.

Todo era inútil, se dijo Vasu, y así debía decírselo al pueblo. La lógica, la

razón, le decía que todo estaba perdido. Entonces, ¿por qué, allí de pie en la muralla, con la vista fija en el resplandor rojizo del cielo, sentía aún una esperanza?

No tenía sentido. Exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

Una mano lo tocó en el brazo.

—Mira, dirigente. Han conseguido alcanzar el río.

Al lado de Vasu, uno de los patryn había malinterpretado el suspiro, sin duda, creyendo que expresaba inquietud por la pareja que había abandonado la ciudad en la última hora de oscuridad previa al alba para emprender la búsqueda —arriesgada e inútil, probablemente— del dragón verde y dorado que había combatido por ellos en los cielos sobre Abri. El dragón verde y dorado que era el Mago de la Serpiente y que también era el sartán de andares torpes con nombre de mensch, Alfred.

Y Vasu, era cierto, temía por ellos, pero también tenía esperanza. Aquella misma esperanza ilógica, irracional.

Vasu no era un hombre de acción. Era un hombre de reflexiones, de imaginación. No tenía más que contemplar su cuerpo sartán, blando y rechoncho, para constatarlo. Debía reflexionar cuál había de ser el paso siguiente de su pueblo. Debía hacer planes y decidir cómo debían prepararse todos para lo inevitable. Debía contarles la verdad, pronunciar su discurso de desesperanza. Pero no hizo nada de ello. Se quedó en las murallas, siguiendo con la mirada al mensch conocido por Hugh *la Mano* y a Marit, la patryn.

Se dijo que no volvería a verlos. Los dos se aventuraban en el Laberinto, peligroso en cualquier momento pero doblemente letal ahora que sus derrotados enemigos acechaban llenos de rabia a la espera de vengarse. El mensch y la patryn habían emprendido una misión desesperada y temeraria. No volvería a verlos más, y tampoco a Alfred, el Mago de la Serpiente, el dragón verde y dorado en cuya busca habían partido.

Vasu continuó en la muralla y aguardó —con esperanza— su regreso.

El Río de la Rabia, que fluía bajo los muros de la ciudad de Abri, estaba helado. Sus enemigos habían congelado sus aguas mediante hechizos. Las repulsivas serpientes dragón habían convertido el río en hielo para que sus tropas pudieran cruzar con más facilidad.

Mientras descendía trabajosamente la pendiente sembrada de rocas de la ribera del río, Marit mostró una sonrisa ceñuda. La táctica de sus enemigos le sería de utilidad.

Sólo había un pequeño problema.

—

— ¿Dices que esto es obra de magia? —Hugh *la Mano*, que descendía la pendiente detrás de ella, se deslizó hasta detenerse junto a la placa de hielo negro y tanteó éste con la puntera de la bota—. ¿Cuánto tiempo durará el hechizo? Ése era el problema.

—No lo sé —se vio obligada a reconocer Marit.

—Ya—refunfuñó Hugh—. Me lo esperaba. Podría cesar cuando estuviéramos en el medio.

—Podría —asintió Marit.

La patryn se encogió de hombros. Si sucedía tal cosa, estarían perdidos. Las impetuosas aguas, de un negro intenso, los aspirarían, les helarían la sangre,

arrastrarían sus cuerpos contra las rocas cortantes y, teñidas ya con la sangre, llenarían sus pulmones.

— ¿No hay más remedio? —Hugh *la Mano* se había vuelto hacia ella y miraba fijamente los signos mágicos azules tatuados en su cuerpo. El mensch se refería, naturalmente, a la magia de la patryn.

—Yo quizá podría transportarme a la otra orilla —respondió Marit. En realidad, no estaba segura de ello. La batalla del día anterior la había debilitado; el enfrentamiento con Xar, el Señor del Nexo, había tenido el mismo efecto en su espíritu—. Pero no sería capaz de llevarte conmigo.

La patryn posó el pie sobre el hielo y notó cómo el frío le penetraba hasta el tuétano. Encajó las mandíbulas para evitar que le castañetearan los dientes, contempló la lejana orilla opuesta y añadió: —Sólo será una carrera corta. No nos llevará mucho tiempo.

Hugh *la Mano* no dijo nada. Tenía la vista fija... no en la orilla, sino en el hielo.

Y, entonces, Marit cayó en la cuenta. Aquel hombre, un asesino profesional que no temía a nada en su mundo, había encontrado en aquél algo que sí le causaba espanto: el agua.

— ¿De qué tienes miedo? —preguntó en tono burlón, con la esperanza de picarlo en el amor propio si lo ridiculizaba—. No puedes morir...

—Sí que puedo —la corrigió él—. Lo que no puedo es permanecer muerto. Y no me importa confesar, señora mía, que esta clase de muerte no me atrae en absoluto.

—A mí, tampoco —replicó ella en tono mordaz, pero Hugh vio que había retirado rápidamente el pie del hielo; Marit no iba a ninguna parte.

Ella hizo una profunda inspiración.

—Sígueme o no; es cosa tuya.

—En cualquier caso, no te soy de mucha utilidad —dijo él con acritud, al tiempo que abría y cerraba los puños—. No puedo protegerte ni defenderte... Ni siquiera puedo protegerme a mí mismo.

Hugh no podía morir ni podía matar. Todas las flechas que disparaba erraban el blanco, todos los golpes que lanzaba quedaban cortos, todas las estocadas de su espada salían desviadas.

—Yo puedo defenderme sola —respondió Marit—. Y puedo defenderte a ti, incluso. Pero te necesito conmigo porque conoces a Alfred mucho mejor que yo...

—No, no es verdad —disintió él—. No creo que nadie conozca a Alfred. Ni siquiera él mismo. Haplo, tal vez, pero eso no nos sirve de mucho, ahora. Marit se mordió el labio y no dijo nada.

—

—Pero has hecho bien en recordármelo, señora mía —continuó Hugh *la Mano*—. Si no encuentro a Alfred, esta maldición no acabará nunca. Vamos, acabemos con esto de una vez.

Puso el pie en el hielo y dio unos pasos. Su movimiento, rápido e impetuoso, tomó por sorpresa a Marit. Antes de que se diera perfecta cuenta de lo que estaba haciendo, la patryn echó a andar apresuradamente tras él. El frío entumecedor se adueñó de ella y le provocó unos temblores incontrolables.

El hielo era resbaladizo y traicionero, y Hugh y Marit se agarraron mutuamente en busca de apoyo; el brazo de él la salvó de más de un resbalón y el

de ella lo sostuvo en varias ocasiones.

Cuando estaban a media travesía, una grieta partió el hielo casi bajo sus pies con un sonido que taladraba los tímpanos. Un brazo y una mano peluda terminada en zarpas surgieron de las borboteantes aguas como si quisieran agarrarse a Marit.

La patryn se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero Hugh la detuvo.

—No es más que un cadáver.

Marit se fijó mejor y vio que el mensch tenía razón. El brazo, flácido, fue aspirado por la corriente casi de inmediato.

—El hechizo está desvaneciéndose —anunció, irritada consigo misma—.

Debemos darnos prisa.

Con un suspiro, continuó la travesía, pero una fina capa de agua se extendía rápidamente sobre el hielo y lo volvía mucho más resbaladizo. Patinó y trató de asirse a Hugh, pero éste también había perdido el equilibrio. Los dos cayeron al hielo. A gatas sobre él, Marit se encontró mirando la horrible sonrisa y los ojos saltones de un lobuno muerto.

El hielo negro se rompió justo entre sus manos. El lobuno salió a la superficie, pareció levantarse directamente hacia la patryn, y ésta retrocedió involuntariamente. Hugh *la Mano* la retuvo.

—El hielo se está rompiendo —dijo con un chillido.

Y estaban todavía a media docena de pasos de la orilla. Marit se arrastró hacia ella gateando, ya que no podía ponerse en pie. Tenía los brazos y las piernas doloridos de frío. Hugh se deslizó a su lado. Tenía la cara palidísima, la mandíbula apretada con tal fuerza que recordaba el hielo, los ojos desorbitados y la mirada perdida. Para él, nacido y criado en un mundo sin agua, perecer ahogado era la peor muerte imaginable y el terror casi le había hecho perder la razón.

Pero estaban cerca de la orilla, cerca de la salvación.

El Laberinto poseía una inteligencia maliciosa, una astucia malévola. Le permitía a su víctima un atisbo de esperanza, le permitía imaginar que alcanzaría a ponerse a salvo.

La mano entumecida de Marit se agarró a un gran peñasco de los varios que bordeaban la ribera, pugnó por mantenerse asida con sus insensibles dedos y trató de incorporarse.

El hielo cedió bajo sus pies y la sumergió hasta la cintura en el agua negra y espumosa. La mano resbaló de la roca. La corriente empezó a arrastrarla...

Un empujón tremendo de unos brazos poderosos impulsaron a Marit hacia arriba y hacia la orilla. La patryn aterrizó violentamente y el golpe la dejó sin

—

resuello. Se quedó tendida, jadeante, hasta que un barboteo y un grito hicieron que se volviera.

En precario equilibrio sobre un témpano de hielo, Hugh se agarraba con una mano al tronco de un árbol achaparrado que sobresalía de la orilla. *La Mano* la había puesto a salvo y había conseguido asirse al árbol, pero las aguas embravecidas trataban de llevarse la placa de hielo en la que se sostenía. Intentó cogerse al árbol con las dos manos, pero la corriente era demasiado fuerte. La mano con que se asía empezaba a resbalar...

Marit se arrojó materialmente sobre Hugh en el momento en que él perdía

contacto. Los entumecidos dedos de la patryn lo agarraron por la espalda del chaleco de cuero y tiraron de él para sacarlo del río. Marit estaba de rodillas y el agua subía. Si fallaba, los dos se hundirían. Con desesperación, cerró las manos sobre el chaleco y tiró hasta casi arrancárselo. Con las rodillas hundidas en el fango, arrastró el pesado cuerpo del mensch hacia la orilla. Hugh era fuerte y colaboró cuanto pudo. Pataleó, buscó puntos de apoyo con las piernas, sin dejar de sacudirlas, y por fin consiguió arrastrarse hasta tierra firme.

Allí se quedó, jadeando y tiritando de frío y de terror. Marit escuchó un retumbar sordo y miró río arriba. Un muro de agua negra teñida de espuma roja avanzaba, atronador, empujando a su paso enormes bloques de hielo.

— ¡Hugh!

El mensch levantó la cabeza y vio la monumental crecida. Se puso en pie, tambaleándose, y empezó a gatear pendiente arriba. Marit no estaba en condiciones de ayudarlo; apenas podía consigo misma. Al llegar a un terreno más firme y llano, se derrumbó en el suelo; casi ni se dio cuenta de que Hugh *la Mano* se dejaba caer también, cerca de ella.

El río rugió de rabia al ver que se le escapaba la presa, o quizá sólo era obra de su imaginación. Marit relajó su acelerada respiración y tranquilizó el latir desbocado de su corazón. Después, alejó que la magia rúnica la calentara hasta librarla de aquel frío atroz.

Pero no podía quedarse mucho rato allí tendida. El enemigo —caodín, lobuno u hombre tigre— debía de estar oculto en el bosque, observándolos. Echó un vistazo a los signos mágicos que llevaba tatuados en la piel, cuyo resplandor la advertía de la proximidad de un peligro. Tenía la piel ligeramente azulada, pero ello se debía al frío. Los signos mágicos estaban apagados.

Esto debería haberla tranquilizado, pero no fue así. Resultaba ilógico. Sin duda, algunos de los que habían atacado la ciudad con tanta furia el día anterior debían de acechar todavía en las cercanías de la muralla, a la espera de la oportunidad de tomar por sorpresa a algún grupo de exploración.

Pero las runas no despedían su fulgor mortecino; si acaso, muy, muy débilmente. Si había algún enemigo por los alrededores, andaba muy lejos y no estaba interesado en ella. Marit no acababa de entenderlo y no le gustaba.

La misteriosa ausencia de enemigos la atemorizaba más que la visión de una jauría de lobunos.

Esperanza. Cuando el Laberinto ofrecía esperanza a alguien, significaba que se disponía a arrebatarla.

Se incorporó hasta ponerse en cuclillas, alerta y cauta. Hugh *la Mano* yacía en el suelo, hecho un ovillo y presa de temblores incontenibles.

—
. En el Laberinto, las direcciones se basan en las «puertas», los hitos que indican cuánto ha progresado uno a través de dicho Laberinto. La primera puerta es el Vórtice. La ciudad de Abri está entre la primera y la segunda. Como las innumerables puertas del Laberinto están esparcidas por éste al azar, las direcciones dependen de dónde se encuentra uno, en un momento dado, en relación con la puerta siguiente.

Tenía el cuerpo contraído por los escalofríos y los labios amoratados, y los dientes le castañeteaban con tal violencia que se había mordido la lengua. De la comisura de sus labios manaba un reguero de sangre.

Marit no sabía gran cosa de los mensch. ¿Era posible que el frío lo matara?

Tal vez no, pero podía dejarlo débil o enfermo, y obligarla a hacer más lenta la marcha; moverse, caminar, lo ayudaría a calentarse. Pero antes tenía que ponerlo en pie.

Recordó haber oído a Haplo decir que la magia rúnica podía curar a un mensch. Se arrastró a gatas hasta Hugh, cerró las manos en torno a las muñecas del hombre y dejó que la magia fluyera desde su cuerpo al de él.

Los temblores cesaron. Poco a poco, una sombra de color volvió a sus pálidas facciones. Por último, con un suspiro, Hugh se quedó tumbado en el suelo boca arriba, cerró los ojos y dejó que el bendito calor se difundiera por su cuerpo.

— ¡No te duermas! —lo previno Marit.

Hugh acercó su sensible lengua a los dientes y lanzó un gemido, seguido de un gruñido.

—En mi mundo de Ariano soñaba que, cuando fuera rico, chapotearía en agua. Tendría un gran tonel de agua delante de mi casa y me zambulliría en ella, la arrojaría por encima de mi cabeza. Ahora, en cambio —continuó con una mueca—, ¡que me lleven los antepasados si pruebo un sorbo siquiera del condenado líquido!

Marit se incorporó.

—No podemos quedarnos aquí, en terreno abierto. Tenemos que movernos, si te sientes capaz.

Hugh se puso en pie al instante.

— ¿Por qué? ¿Qué sucede?

Observó los signos mágicos de los brazos y las manos de la patryn; había estado cerca de Haplo lo suficiente como para conocer los signos mágicos. Al verlos apagados, miró a Marit con aire inquisitivo.

—No lo sé —respondió ella, con la mirada vuelta hacia el bosque—. No hay nada cerca, parece, pero... —Sacudió la cabeza, incapaz de explicar su inquietud.

— ¿Por dónde vamos? —preguntó Hugh.

Marit se quedó pensativa. Vasu había señalado el lugar donde había sido visto por última vez el dragón verde y dorado; es decir, Alfred. Quedaba en la dirección de la siguiente puerta, en el lado de la ciudad que daba a dicha puerta. Ella y Vasu habían calculado que la distancia podía cubrirse en medio día de viaje a pie. La patryn se mordió el labio. Tenía dos opciones. Una era entrar en la espesura, que les daría abrigo pero también los haría más vulnerables a sus enemigos, los cuales —si continuaban allí fuera— utilizarían sin duda los bosques para ocultar sus movimientos. La otra era quedarse junto a la orilla del río, a la vista de la ciudad. Durante un trecho más, cualquier enemigo que la atacara estaría al alcance de las armas mágicas que empuñaban los centinelas de las murallas de la ciudad.

—

Marit decidió quedarse cerca del río, al menos hasta que la ciudad ya no pudiera brindarles protección. Para entonces, tal vez habrían encontrado un camino que los condujera hasta Alfred.

Prefería no pensar cómo podía ser dicho camino.

Hugh y Marit avanzaron con cautela a lo largo de la ribera. Las aguas del río, negras como la tinta, se agitaban y refunfuñaban en el cauce, rumiando sobre las indignidades que habían sufrido. Los dos expedicionarios tuvieron buen cuidado de no acercarse a la resbaladiza pendiente de la orilla, por un lado, y de evitar las

sombras del bosque, por el otro.

La espesura estaba en silencio. En un extraño silencio. Era como si todo ser viviente hubiera desaparecido...

Marit se detuvo, enferma de angustia, al comprender qué sucedía.

—Por eso no hay nadie por aquí —dijo en voz alta.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿De qué estas hablando? —preguntó Hugh, alarmado por su brusca detención.

La patryn señaló hacia el ominoso fulgor rojizo del horizonte.

—Han acudido todos a la Última Puerta. Para participar en la lucha contra mi pueblo.

—Buen viaje, pues —dijo *la Mano*. Pero Marit movió la cabeza en gesto de negativa—. ¿Por qué no? —Insistió Hugh—. ¿Se han marchado? ¡Estupendo! Según Vasu, la Última Puerta queda muy lejos de aquí. Ni siquiera esos hombres tigre podrán llegar allí a tiempo.

—No lo entiendes —replicó Marit, abrumada de desesperación—. El Laberinto puede transportarlos. Puede llevarlos allí en un abrir y cerrar de ojos, si quiere. Todos nuestros enemigos, todas las malévolas criaturas del Laberinto... agrupadas para combatir a mi pueblo. ¿Cómo podremos sobrevivir?

Estaba dispuesta a rendirse. Su misión parecía inútil. Aunque encontrara a Alfred con vida, ¿de qué serviría? Al fin y al cabo, Alfred era uno solo. Sí, era un mago muy poderoso, pero estaba solo.

«Busca a Alfred», le había dicho Haplo. Pero éste no podía saber cuan desfavorables eran las circunstancias para ellos. Y, ahora, Haplo había desaparecido, tal vez muerto. Y el Señor Xar, también.

Su señor, al que debía lealtad. Marit se llevó la mano a la frente. El signo mágico que Xar le había tatuado en la piel, el signo que había sido muestra del amor y la confianza ciega que ella le profesaba, escocía a Marit con un dolor sordo y pulsante. Xar la había traicionado. Peor aún: parecía haber traicionado a su pueblo.

Xar era lo bastante poderoso como para resistir la acometida de los seres maléficos. Su presencia habría inspirado a su pueblo; su magia y su astucia habrían proporcionado a los suyos una posibilidad de victoria.

Pero Xar les había vuelto la espalda...

—Nos ha abandonado a nuestra suerte. Xar... ¡Xar no haría una cosa así! No, no puedo creerlo —musitó Marit para sí—. Se marchó..., se llevó con él a Haplo... ¡para curarlo! ¡Sí, eso es! ¡Mi señor curará a Haplo y, luego, los dos volverán para combatir a nuestro lado!

—

Pensándolo bien, era lógico. Xar había retirado a Haplo a un lugar seguro.

Mientras tanto, a ella le correspondía la tarea de localizar a Alfred. ¡Cuando estuvieran todos juntos allí, ante la Última Puerta, nada podría derrotarlos!

Marit se apartó los cabellos mojados de la frente con gesto enérgico. Con la misma resolución, apartó de su mente todo lo que no tuviera relación con su problema más inmediato. Había olvidado una lección importante: no mirar nunca demasiado lejos. Lo que una veía podía ser un espejismo. Era preciso mantener la vista fija en la senda que se pisaba.

Y allí estaba. El rastro.

Marit se maldijo. Había estado tan preocupada que casi había pasado por alto

lo que estaba buscando. Hincó la rodilla, recogió un objeto del suelo con cuidado y lo sostuvo en alto para que Hugh lo viera. Era una escama, una escama lustrosa. Una de las varias, verdes y doradas, esparcidas en el camino. Junto a ellas había grandes gotas de sangre fresca.

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

—¿Una escama de dragón? ¿Qué significa? —preguntó Hugh *la Mano*.
—Según Vasu, la última vez que vio a Alfred..., al *dragón* Alfred, caía de los cielos herido y ensangrentado. —Marit dio vueltas y mas vueltas a la escama verde en la palma de la mano.
—Había muchos dragones luchando —protestó Hugh.
—Pero los dragones del Laberinto tienen las escamas rojas, no verdes. No; éste tiene que ser Alfred.
—Lo que tú digas, pero yo no le daría crédito. ¡Un hombre que se transforma en dragón! —exclamó Hugh con un bufido.
—El mismo hombre que te trajo de vuelta de entre los muertos —le recordó Marit secamente—. Vamos.
El rastro de sangre, lamentablemente fácil de seguir, se internaba en el bosque. Encontraron gotas brillantes sobre la hierba y salpicando las hojas de los árboles. En ocasiones, una espesura de arbustos espinosos o un tupido seto los obligaba a dar un rodeo, pero siempre podían encontrar de nuevo el sendero fácilmente. Demasiado fácilmente. El dragón, Alfred, había perdido mucha sangre.
—Si ese dragón es Alfred, ¿por qué se aleja de la ciudad? —preguntó Hugh mientras salvaba un tronco caído encaramándose a él—. Si está herido de tal gravedad, lo razonable sería volver a la ciudad en busca de ayuda.
—En el Laberinto, las madres suelen alejarse de su refugio para apartar de sus hijos al enemigo. Creo que eso mismo hace Alfred. Por eso no ha volado hacia la ciudad. Alguien lo perseguía y Alfred ha desviado deliberadamente a su enemigo para que no encuentre a los míos. ¡Cuidado! ¡No te acerques a eso! —Marit asió a Hugh y evitó que se adentrara en una maraña de hojas verdes de aspecto inocuo—. Es una hiedra sofocante. Si se enreda en el tobillo, corta hasta el hueso. Te quedarías sin pie izquierdo.

—

—En buen lugar nos hemos metido, mi señora —murmuró Hugh al tiempo que retrocedía—. Esta condenada hiedra está por todas partes. No hay manera de rodearla.
—Tendremos que subir.
Marit se encaramó a un árbol y trepó de rama en rama.
Hugh *la Mano* la siguió, más lento y más torpe. Sus pies casi rozaron la amenazadora planta, cuyas hojas verdes y florecillas blancas se agitaron y crujieron debajo de él.
Marit señaló con aire sombrío los restos de sangre que manchaban el tronco. Hugh emitió un gruñido y no dijo nada.

La patryn regresó al suelo al otro lado del macizo de enredaderas y se frotó la piel. Los signos mágicos habían empezado a emitir un leve resplandor, advirtiéndola de algún peligro. Al parecer, no todos sus enemigos habían corrido a la Última Puerta para librar batalla. Marit continuó su avance con más urgencia y más cautela.

Al emerger de una zona de tupida vegetación, se encontró de pronto, inesperadamente, en un calvero del bosque.

— ¡Échale un vistazo a esto! —Hugh emitió un silbido grave. Marit miró, asombrada.

En el bosque se había abierto un amplio surco de destrucción. El suelo estaba cubierto de arbolillos rotos cuyas ramas, quebradas y torcidas, pendían de los troncos hechos pedazos. Las hierbas y los arbustos estaban aplastados en el fango. El terreno estaba sembrado de ramitas y de hojas. Por toda la zona había esparcidas escamas verdes y doradas que brillaban como joyas bajo el amanecer grisáceo.

Algún cuerpo escamoso de gran tamaño había caído del cielo y se había estrellado entre los árboles. Alfred, sin duda.

Pero ¿dónde estaba ahora?

—Puede que se lo haya llevado alguna... —empezó a decir Marit.

— ¡Chist!

Hugh acompañó su advertencia con un gesto enérgico; tomó de la muñeca a la patryn y tiró de ella para que se cubriera entre los arbustos.

Marit se agachó, se quedó completamente quieta y aguzó el oído para captar el sonido que había llamado la atención del mensch.

El silencio del bosque era interrumpido de vez en cuando por la caída de una rama, pero no escuchó nada más. Demasiado silencio. Marit miró a Hugh con expresión inquisitiva. Él acercó el rostro y le cuchicheó al oído:

— ¡Voces! Juro que he oído algo que podría ser una voz. Ha callado cuando tú has hablado.

Marit asintió. Ella no había hablado en voz muy alta; fuera lo que fuese, debía de estar cerca. Y tenía un oído muy agudo.

Paciencia. Se aconsejó a sí misma tener calma y esperar a que el desconocido peligro se concretara. Casi sin respirar, ella y Hugh esperaron los acontecimientos. Entonces oyeron la voz. Hablaba con un sonido chirriante, horrible al oído, como el rechinar de los bordes mellados de unos huesos rotos. Marit se estremeció e incluso Hugh *la Mano* se acobardó. Su rostro se contrajo de repulsión.

— ¿Qué...?

— ¡Un dragón! —susurró la patryn, helada de espanto.

—

Ésa era la causa de que Alfred no hubiera vuelto a la ciudad. Lo perseguía y, probablemente, lo había atacado la criatura más temible del Laberinto.

Las runas de su cuerpo resplandecían ahora con intensidad, y Marit reprimió el impulso de dar media vuelta y escapar.

Una de las leyes del Laberinto decía que no se debía plantar batalla a un dragón rojo a menos que se estuviera arrinconado y no se tuviera escapatoria. En este caso, uno sólo se volvía contra el dragón para obligar a éste a darle muerte rápidamente.

— ¿Qué dice? —Preguntó Hugh—. ¿Consigues entenderlo?

Marit asintió, espantada.

El dragón hablaba en el idioma de los patryn. Marit tradujo sus palabras a Hugh.

—No sé qué eres —decía el dragón—. Nunca había visto nada como tú. Pero me propongo descubrirlo. Y necesito un momento de tranquilidad para estudiarte. Para desmontarte.

— ¡Maldita sea! —Masculló Hugh—. ¡Sólo de oír a esa cosa me dan ganas de mearme en los pantalones! ¿Crees que todo eso se lo dice a Alfred?

Marit asintió. Sus labios se apretaron hasta convertirse en un fino trazo.

Sabía qué debía hacer; sólo deseaba tener el valor necesario para ello. Se frotó el brazo para calmar el escozor de los signos mágicos de protección, que despedían su fulgor azulado y rojo, y, haciendo caso omiso de sus advertencias, empezó a avanzar a hurtadillas hacia la voz utilizando el sonido atronador de ésta para cubrir sus propios movimientos entre la espesura. Hugh *la Mano* siguió sus pasos. Estaban a favor de viento con respecto al dragón, de modo que la bestia no podría captar el olor que despedían. Marit sólo deseaba echar un vistazo a la criatura para comprobar si realmente había capturado a Alfred. Si no era así —y tal era la ferviente esperanza de la patryn—, podría por fin obedecer al sentido común y escapar de allí.

No era vergonzoso huir de un enemigo tan poderoso. El único patryn que Marit conocía que hubiera luchado contra un dragón del Laberinto y hubiese sobrevivido era su señor, Xar, y él nunca hablaba del lance; cuando surgía alguna mención al tema, su rostro se ensombrecía.

— ¡Que los antepasados se apiaden...! —musitó Hugh.

Marit le apretó la mano para exigirle silencio. Desde aquel punto, podían observar claramente al dragón. Las esperanzas de Marit desaparecieron.

Apoyado contra el tronco de un árbol roto, de pie, había un hombre alto y delgaducho de cabeza calva —manchada de sangre—, vestido con los restos hechos jirones de lo que un día habían sido unos calzones y una levita de terciopelo. Cuando lo habían visto durante la batalla, estaba en forma de dragón. Y, a juzgar por la destrucción que habían observado en el bosque, aún seguía en dicha forma cuando se había estrellado de cabeza contra el suelo.

Pero ahora ya no conservaba su forma de dragón. O bien estaba demasiado débil como para mantener su transformación mágica o, tal vez, su enemigo había utilizado su propia magia para poner de manifiesto la verdadera apariencia del sartán.

Alfred estaba consciente, algo insólito si se tenía en cuenta que su primera reacción ante cualquier clase de peligro era caer desmayado. Incluso conseguía

—

plantar cara a su terrible enemigo con cierta dosis de dignidad pese a tener un brazo roto y a la expresión, contraída de dolor, de su ceniciento rostro.

El dragón se cernió sobre su presa. La testuz de la bestia era enorme, chata y redondeada, con hileras de dientes afilados como cuchillas que sobresalían de la mandíbula inferior. Sostenida sobre un cuello que, en comparación, parecía demasiado delgado, la cabeza se mecía adelante y atrás en un movimiento oscilante y constante que a veces dejaba hipnotizada a su desdichada víctima. Dos ojillos vivos, a ambos lados de la cabeza, se movían independientemente. Los ojos podían enfocar en cualquier dirección, incluso hacia adelante o hacia atrás, lo cual

permitía al dragón ver todo lo que tenía alrededor.

El par de patas delanteras, fuertes y potentes, poseía unas «manos» como zarpas que podían agarrar objetos y transportarlos por el aire. De los hombros brotaban unas alas enormes y las patas traseras, también muy musculosas, servían al dragón para tomar impulso y despegar del suelo.

Sin embargo, la parte más mortífera de la bestia era la cola. El apéndice del dragón rojo se enroscaba sobre el cuerpo o se agitaba en torno a él. En el extremo tenía un aguijón bulboso que inyectaba veneno en la víctima. Un veneno que podía matarla o, en pequeñas dosis, dejarla paralizada.

La cola se agitó alrededor de Alfred.

—Quizá te escueza un poco —tronó el dragón—, pero esto te mantendrá dócil durante nuestro viaje de regreso a mi cueva.

La punta del aguijón abrió un corte superficial en la mejilla de Alfred. Con un chillido, el cuerpo de éste dio una brusca sacudida. Marit apretó los puños con fuerza, hasta clavarse las uñas en la carne. A su lado, alcanzó a oír la respiración entrecortada de Hugh.

—¿Qué hacemos? —consiguió articular éste, al tiempo que se pasaba el revés de la mano por los labios. El mensch tenía el rostro bañado en sudor.

Marit volvió la vista al dragón. Un Alfred flácido y que no ofrecía resistencia colgaba de las zarpas delanteras de la bestia. El dragón transportaba a su presa descuidadamente, como un chiquillo llevaría una muñeca de trapo.

Por desgracia, el infeliz sartán seguía consciente, con los ojos muy abiertos y casi desorbitados de miedo. Esto era lo peor del veneno del dragón: que mantenía a la víctima paralizada pero consciente, de modo que se diera cuenta de todo lo que le hacía.

—Nada —respondió Marit en un susurro.

— ¡Pero tenemos que actuar de alguna manera! —Hugh le dirigió una mirada enfurecida—. ¡No podemos permitir que escape...!

Marit tapó la boca a Hugh con la mano. El mensch había cuchicheado sus palabras apenas en un susurro, pero la enorme cabeza del dragón se volvió hacia ellos rápidamente y sus ojos escrutaron el bosque.

La ominosa mirada recorrió la zona en la que estaban; después, se dirigió hacia otro lado. El dragón continuó la búsqueda un rato más hasta que, quizá perdiendo interés, emprendió la marcha.

Y lo hizo por tierra. Marit recobró la esperanza.

El dragón avanzaba caminando, no volando. Había empezado a desplazar su enorme mole por el bosque transportando a Alfred entre sus zarpas. Y, una vez que la bestia se había vuelto hacia ella, Marit había advertido que la terrible criatura estaba herida. No de mucha gravedad, pero lo suficiente como para

—

impedirle remontar el vuelo. Una de las alas tenía la membrana desgarrada, con un gran agujero en el centro.

Era un punto en favor de Alfred, se dijo Marit en silencio. Después, emitió un suspiro. Aquella herida no haría sino enfurecer aún más al dragón. Seguro que mantendría vivo a Alfred mucho, muchísimo tiempo.

Y seguro que a Alfred no le haría ninguna gracia.

Marit se quedó inmóvil y en silencio hasta que el dragón estuvo a suficiente distancia como para no alcanzar a verlos o a oírlos. Mientras tanto, cada vez que

Hugh intentaba decir algo, ella fruncía el entrecejo y movía la cabeza en gesto de negativa. Cuando la patryn ya no pudo captar el estruendo del dragón al abrirse paso a través del bosque, se volvió hacia él.

—Los dragones tienen un oído excelente, recuérdalo. Por poco consigues que nos mate.

— ¿Y por qué no lo hemos atacado? —Quiso saber Hugh—. ¡La condenada bestia está herida! Con tu magia... —hizo un gesto con la mano, demasiado furioso como para terminar la frase.

—Con mi magia no habría conseguido nada de nada —replicó Marit—. Esos dragones tienen su propia magia y es mucho más poderosa que la mía... aunque, probablemente, ni siquiera se habría molestado en utilizarla. Ya viste ese aguijón. La bestia mueve la cola con una rapidez vertiginosa y pica como un rayo. Un toque de ese apéndice venenoso deja a su víctima paralizada e impotente, como a Alfred.

— ¿Entonces, qué? ¿Nos rendimos? —Hugh le dirigió una mirada torva.

—No, nada de eso —respondió Marit. De inmediato, se volvió de espaldas al mensch para que éste no pudiera ver su expresión, para que no observara lo maravillosa que le sonaba la palabra «rendirse». Con gesto resuelto, empezó a abrirse paso entre los árboles de troncos astillados y los matorrales y hierbas aplastados.

—Lo seguiremos. El dragón ha dicho que se proponía llevar a Alfred a su cueva. Si conseguimos descubrir el cubil de la bestia, tal vez logremos dar con la manera de rescatar al sartán.

— ¿Y si mata a Alfred mientras va de camino?

—No lo hará —afirmó Marit. Si de algo estaba segura, era de esto—. Los dragones no matan a sus presas enseguida. Las mantienen vivas para entretenerse.

El rastro del dragón era fácil de seguir. La criatura aplastaba cuanto se interponía en su camino, sin desviarse un ápice de una ruta recta a través del bosque. Árboles gigantes eran arrancados de raíz con un golpe de su cola poderosísima. Arbustos y matorrales eran aplastados por las grandes patas traseras. La hiedra sofocante, que trataba de enredar sus zarcillos cortantes en torno al dragón, advertía demasiado tarde lo que había atrapado. Las enredaderas quedaban en el suelo, ennegrecidas y humeantes.

Hugh y Marit continuaron avanzando tras la estela de destrucción del dragón. La marcha resultaba ahora mucho más fácil, pues el dragón les despejaba el camino con toda eficacia. Con todo, Marit insistió en mantener la máxima cautela, aunque Hugh protestó. No era probable, decía, que el dragón alcanzara a oírlos, con el estruendo que producía. Y, cuando la criatura cambió de dirección y empezó

—

a viajar a favor de viento, Marit se detuvo a embadurnarse de fango pestilente en una ciénaga y obligó a Hugh a imitarla.

—Una vez vi a un dragón destruir un asentamiento de pobladores —explicó Marit mientras se aplicaba el fango en los muslos y dejaba que resbalase por las pantorrillas—. La bestia era muy lista. Podría haber atacado el asentamiento, haberlo quemado y haber matado a sus habitantes, pero poca diversión le habría proporcionado eso. Así, en lugar de arrasarlo todo, capturó vivos a dos patryn, jóvenes y fuertes. A continuación, procedió a torturarlos.

«Todos oímos sus gritos, unos alaridos terribles que se prolongaron durante

dos días. Entonces, el dirigente decidió atacar al dragón para rescatar a los suyos... o, al menos, para poner fin a sus sufrimientos. Haplo estaba conmigo — continuó, sin abandonar el tono susurrante—. Nosotros conocíamos mejor a los dragones rojos y le dijimos al dirigente que cometía una estupidez, pero no quiso hacernos caso. Provistos de armas potenciadas con la magia, los guerreros emprendieron la marcha hacia la guarida de la fiera.

»E dragón salió de la cueva llevando los cuerpos aún vivos de sus víctimas, uno en cada zarpa. Los guerreros dispararon sus flechas contra el dragón. Unas flechas, dirigidas por las runas, que no podían fallar su blanco. Pero el dragón perturbó las runas con su propia magia; ésta no detuvo las flechas, sino que se limitó a aminorar su velocidad. Luego, atrapó los dardos... utilizando a los dos prisioneros como acericos.

»Una vez muertos, el dragón arrojó los cuerpos a sus compañeros. Para entonces, algunas de las flechas habían alcanzado su objetivo. El dragón herido se incomodó y lanzó un latigazo con la cola, tan veloz que los guerreros no tuvieron ocasión de escapar. Picó a uno aquí, otro allá, otro más acullá, moviéndose aquí y allá entre las filas de los patryn. Cada vez que tocaba a alguien, provocaba alaridos de terrible dolor. El desgraciado empezaba a convulsionarse hasta caer al suelo, agarrotado e incapacitado.

»E dragón cogió a sus nuevas víctimas y las arrojó al interior de su cueva. Más diversión para él. Todos los escogidos eran jóvenes y fuertes. El dirigente se vio obligado a retirar sus fuerzas; en su intento de salvar a los dos primeros, había perdido más de veinte de sus guerreros. Haplo le recomendó que desmontara el asentamiento y llevara lejos a su gente, pero el dirigente casi había perdido por completo el juicio y prometió rescatar a los que el dragón había capturado en su anterior intento.

Marit interrumpió bruscamente la narración para ordenar:

—Vuélvete. Te embadurnaré la espalda.

Hugh obedeció y permitió a Marit esparcirle el barro pestilente por la espalda y los hombros.

— ¿Qué sucedió entonces? —inquirió *la Mano* con voz áspera.

La patryn se encogió de hombros.

—Haplo y yo decidimos que era hora de irse. Más tarde, encontramos a uno de los residentes del asentamiento, uno de los escasos supervivientes; nos contó que el dragón había prolongado el juego durante una semana, saliendo de la cueva para luchar, capturar nuevas víctimas y pasarse las noches torturándolos hasta la muerte. Por último, cuando no quedó nadie salvo los demasiado enfermos o demasiado pequeños como para proporcionarle entretenimiento, la bestia había arrasado el lugar.

—

Supongo que ahora lo comprendes, ¿no? Un ejército entero de guerreros patryn no podría derrotar a uno solo de esos dragones. ¿Te das cuenta de a qué nos enfrentamos?

Hugh no respondió de inmediato. Continuó aplicándose fango a brazos y manos y, cuando hubo terminado, preguntó:

— ¿Qué plan tienes, pues?

—El dragón tiene que comer, lo cual significa que tendrá que salir a cazar...

—A menos que decida zamparse a Alfred.

Marit movió la cabeza enérgicamente.

—Los dragones rojos no se comen a sus víctimas. Sería desperdiciar una buena diversión. Además, éste está tratando de averiguar qué es Alfred. El dragón no ha visto nunca a un sartán. No; me temo que mantendrá a Alfred con vida... más tiempo, probablemente, del que a éste le gustaría. Cuando la bestia abandone la cueva para alimentarse, nos colaremos en ella y rescataremos a Alfred.

—Si queda algo por rescatar —murmuró Hugh.

Marit no replicó.

Continuaron adelante, siguiendo el rastro del dragón, que los condujo a través del bosque alejándolos de la ciudad en dirección a la siguiente puerta. El terreno empezó a empinarse cuando llegaron alas estribaciones de las montañas. Llevaban viajando todo el día, sin detenerse más que a comer lo imprescindible para mantener las fuerzas y a beber un poco cuando encontraban un regato de agua clara.

La luz grisácea del día estaba menguando. Las nubes llenaron el cielo y descargaron una lluvia que Hugh consideró una bendición, pues así podría librarse del fango.

La lluvia también fue una bendición en otro sentido. Habían dejado atrás el bosque tupido y en aquel momento ascendían una ladera pelada, salpicada de rocas y peñascos, que no les permitía ocultarse; la cortina de lluvia les proporcionaba, por tanto, la protección que les faltaba.

Mientras hubiera suficiente luz para iluminar el terreno, no tendrían problemas para seguir el rastro del dragón, cuyas patas se clavaban en la pendiente arrancando de ella grandes masas de tierra y roca. Pero estaba cayendo la noche.

¿Qué haría el dragón? ¿Buscar cobijo para pasar la noche, quizás en una cueva de las montañas? ¿O continuar la marcha hasta alcanzar su cubil? Y ellos ¿debían continuar la marcha una vez oscurecido?

Discutieron el asunto.

—Si nos detenemos y el dragón no lo hace —argumentó Hugh—, por la mañana nos llevará una ventaja tremenda.

—Lo sé —asintió Marit, dubitativa, con aire meditabundo.

Hugh *la Mano* esperó a que añadiera algo. Cuando quedó claro que no iba a hacerlo, se encogió de hombros y continuó hablando.

—Yo renuncio a seguir la pista. Ya he estado en situaciones como ésta otras veces; normalmente, me baso en lo que conozco de la persona a la que sigo, intento ponerme en su lugar e imaginar qué haría. Pero estoy acostumbrado a seguir a personas, no bestias. Ésas te las dejo a ti, señora mía.

—

—Continuaremos —decidió ella—. Seguiremos el rastro con la luz de mis runas. —El resplandor mortecino de los signos mágicos de su piel iluminó levemente el suelo—. Pero tenemos que avanzar despacio. Debemos andar con cuidado, no vayamos a tropezar sin querer con su guarida, en la oscuridad. Si el dragón nos oye llegar... —sacudió la cabeza—. Recuerdo que, una vez, Haplo y yo... No continuó. ¿Por qué mencionaba a Haplo continuamente? El dolor que le producía aquel nombre era como una zarpa de dragón en el corazón. Hugh se sentó a descansar y a mascar unas tiras de carne seca. Marit mordisqueó las suyas sin apetito. Cuando se dio cuenta de que no podría tragar la

masa pastosa e insulsa, la escupió. No debía pensar más en Haplo; no debía pronunciar su nombre. Era como las runas: al invocar el nombre, evocaba una imagen que la distraía en un momento en que necesitaba concentrar todas sus facultades en el problema más inmediato.

Cuando Xar se lo había llevado, Haplo agonizaba. Marit cerró los ojos y vio de nuevo la herida letal, la runa del corazón desgarrada, rota. Xar podía salvarlo. ¡Sí, seguro que Xar lo salvaría! Xar no lo dejaría morir...

Marit se llevó la mano a la frente, al signo mágico desbaratado que tenía en ella. La patryn sabía muy bien de qué era capaz el Señor del Nexo. Era inútil engañarse. Recordó la cara de Haplo, su perplejidad y el dolor de su expresión cuando había sabido que ella y Xar estaban aliados. En aquel momento, Haplo se había entregado. Sus heridas eran demasiado profundas como para permitirle sobrevivir. Y la había dejado a ella al cuidado de todo cuanto tenía: su pueblo. Una mano se cerró sobre las suyas.

—Haplo se pondrá bien, señora mía. —Hugh, poco acostumbrado a ofrecer consuelo, se esforzó torpemente en hacerlo—. Es un tipo duro.

Marit contuvo las lágrimas con un pestañeo. La irritaba que el mensch la hubiera sorprendido en aquel momento de debilidad.

—Tenemos que continuar —respondió fríamente. Se puso en pie y reanudó la marcha, dando por supuesto que él la seguiría.

La lluvia había cesado momentáneamente, pero las nubes bajas que ocultaban a la vista las cimas de las montañas eran anuncio de nuevos chaparrones, y una lluvia fuerte podía borrar por completo las huellas del dragón.

Marit se encaramó a un peñasco y escrutó la ladera con la esperanza de distinguir al dragón antes de que cayera la noche. Sin embargo, el apagado resplandor rojizo que iluminaba el perfil del horizonte captó su atención de nuevo, y la patryn volvió la vista hacia allí con profunda fascinación.

¿Qué era aquel resplandor? ¿Era un gran incendio provocado por las serpientes dragón con la intención de que sirviese de faro para atraer a la batalla a todas las criaturas maléficas? ¿Estaría en llamas la propia ciudad del Nexo? ¿O tal vez se trataba de algún tipo de defensa mágica establecida por los patryn, algún círculo de fuego para protegerse de sus enemigos?

Si la Última Puerta caía, quedarían atrapados. Atrapados en el Laberinto con unas criaturas peores que los dragones rojos, unas criaturas cuyo malévolo poder se haría más y más fuerte.

Haplo agonizaba creyendo que ella no lo amaba.

—Marit.

—

Sobresaltada, la patryn se volvió demasiado deprisa y estuvo a punto de caer del peñasco.

Hugh la ayudó a sostenerse y señaló hacia arriba:

— ¡Mira! —Ella obedeció, pero no observó nada—. Espera. Deja que pasen las nubes. ¡Ahí está! ¿Lo ves?

Las nubes se levantaron unos instantes y Marit vio al dragón, que avanzaba por la ladera en dirección a una gran abertura oscura en un farallón rocoso de la montaña.

Y al momento cayó de nuevo la niebla y ocultó al dragón. Cuando despejó otra vez, la bestia había desaparecido.

Habían encontrado la guarida del dragón rojo.

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

Pasaron la noche escalando la ladera, sin dejar de oír los alaridos de Alfred. Los gritos no habían sido constantes. Al parecer, el dragón concedía a su víctima ratos para descansar y recuperarse. Durante estas pausas se dejaba oír la voz del dragón desde la caverna, tronando palabras sólo inteligibles en parte. Estaba describiendo a su víctima, con todo detalle, el tormento concreto que se proponía infligirle a continuación. Peor aún, la bestia estaba destruyendo la esperanza de Alfred, lo estaba privando de su voluntad de supervivencia.

—Abri... escombros —eran algunas de las palabras del dragón—. Su gente... muerta... lobunos y nombres tigres al asalto...

—No —musitó Marit—. Lo que dice es falso, Alfred. No creas a esa bestia. Resiste..., resiste.

En cierto momento, el silencio de Alfred se prolongó más de lo habitual. El dragón parecía irritado, como quien intentara despertar a alguien profundamente dormido.

—Ha muerto... —susurró Hugh.

Marit no dijo nada y continuó la ascensión. Y, cuando el silencio de Alfred ya se había prolongado lo suficiente como para casi convencerla de que *la Mano* estaba en lo cierto, captó un gemido grave y suplicante —la súplica de piedad de la víctima— que subió de tono hasta convertirse en un agudo chillido de tormento, un grito acompañado de la voz cruel y triunfal del dragón. Al escuchar de nuevo los alaridos de Alfred, los dos continuaron la marcha.

Un estrecho sendero serpenteaba a lo largo de la ladera en dirección a la cueva, la cual, sin duda, había sido utilizada como refugio por buena parte de la población del Laberinto a lo largo de los años... hasta que el dragón se había instalado en ella. El sendero no era difícil, ni siquiera bajo el chaparrón, por lo que el temor de Marit de que la oscuridad le hiciese perder el rastro del dragón había sido infundado. En su impaciencia por llegar a su cubil, el dragón herido había

—

apartado de su camino peñas y árboles ralos. Las gigantescas patas de la bestia habían profundos surcos en el suelo, que formaban unos toscos escalones.

A Marit no le gustaba demasiado toda aquella «ayuda». Tenía la clara impresión de que el dragón sabía que lo seguían y estaba encantado de hacer lo posible por atraer nuevas víctimas a las que dar tormento.

Pero a la patryn no le quedaba más remedio que continuar. Y, si en algún momento desesperó, si pensó en darse por vencida y volverse por donde había venido, el resplandor rojizo del horizonte, siempre entrevisto por el rabillo del ojo, la impulsó a seguir adelante.

Hacia medianoche, hicieron un alto. Estaban todo lo cerca de la cueva que Marit estimó seguro. Buscó alguna depresión poco profunda del terreno que al menos les ofreciera cierto abrigo de la lluvia, gateó hasta el hueco e indicó por señas a Hugh que la siguiera.

El mensch no lo hizo. Permaneció agachado junto al estrecho saliente que conducía montaña arriba hasta la oscura boca de la guarida del dragón. Al fulgor mortecino de las runas de su piel, Marit observó su rostro contraído por el odio y la ferocidad. Acababa de caer uno de aquellos silencios ominosos y terribles, tras una sesión de tortura especialmente larga.

— ¡Hugh! ¡No podemos seguir! —susurró—. Es demasiado peligroso. ¡Tenemos que esperar a que salga el dragón!

Un buen plan, si no fuera porque los gritos de Alfred se hacían cada vez más débiles.

La Mano no la escuchaba. Alzó la vista al farallón rocoso y entrecerró los ojos y en un cuchicheo apasionado, reverente, masculló:

— ¡Aceptaría llevar esta malhadada existencia para siempre si pudiera, sólo por esta vez, tener la capacidad de matar!

Odio. Marit conocía bien aquel sentimiento y sabía lo peligroso que podía resultar. Alargó el brazo, asió al mensch y lo atrajo con energía al hueco donde estaba agazapada.

— ¡Escúchame, mensch! —susurró, dirigiéndose tanto a ella misma como a él—. ¡Eso es precisamente lo que el dragón quiere que sientas! ¿No recuerdas lo que te he dicho? La bestia hace esto a propósito; pretende torturarnos a nosotros tanto como a Alfred. Quiere que irrumpamos en la cueva y ataquemos de frente. Por eso no vamos a hacerlo. Vamos a esperar aquí hasta que salga o hasta que se nos ocurra otra cosa.

Hugh le dirigió una mirada furiosa y, por un momento, Marit pensó que iba a desafiarla. Podía detenerlo, por supuesto. Era un hombre fuerte, pero era un mensch, carente de facultades mágicas y, por lo tanto, débil en comparación con ella. Sin embargo, no quería llegar a la fuerza. Una demostración de magia alertaría al dragón de su presencia, si no lo estaba ya. Además, el mensch portaba aquella maldita arma sartán...

Hizo una profunda inspiración y relajó la mano con la que asía a Hugh. Éste se acurrucó en el estrecho espacio a su lado.

— ¿Qué? ¿Has pensado en algo?

—Después de todo, quizá te deje irrumpir abiertamente. Esa Hoja Maldita...

¿Todavía la llevas?

—

—Sí, tengo ese maldito engendro. Es como esta maldita vida mía... Parece que no puedo librarme de ninguna de las dos... —Hugh calló un momento; la sugerencia había calado en su mente—. ¡El arma podría salvar a Alfred!

—Tal vez. —Marit se mordió el labio—. Es un arma poderosa, pero no estoy segura de que un objeto mágico como ése pueda resistir a un dragón rojo. Al menos, la Hoja Maldita podría proporcionarnos tiempo; podría servirnos de elemento de distracción.

—El arma tiene que creer que Alfred está en peligro. No, un momento... —se corrigió Hugh, pensando apresuradamente—. Sólo tiene que creer *que yo* estoy en peligro.

—Tú entras ala carga. El dragón te atacará, y la Hoja Maldita atacará al dragón. Mientras, yo busco a Alfred, utilizo mi magia para curarlo, al menos lo suficiente como para que se sostenga en pie, y nos marchamos.

—Sólo hay un problema, señora mía. El arma podría atacarte a ti, también.

Marit se encogió de hombros.

—Ya has oído los gritos de Alfred. Cada vez está más débil. Quizás el dragón ya se está cansando del juego, o quizá no sabe mantenerlo con vida, puesto que Alfred es un sartán. En cualquier caso, Alfred está a punto de morir. Si esperamos más, puede que sea demasiado tarde.

Tal vez era ya demasiado tarde. Las palabras flotaron en el aire tácitamente.

No habían oído a Alfred, ni el menor gemido, en todo el rato que llevaban agachados en la pequeña cavidad. El dragón también guardaba un extraño silencio.

Hugh *la Mano* llevó la mano al cinto y desenvainó la daga sartán, tosca y fea, que había dado en llamar la Hoja Maldita. La contempló detenidamente y la sostuvo con disgusto.

— ¡Puaj! —Masculló con una mueca de desagrado—. Esta cosa maldita se retuerce en mi puño como una serpiente. Acabemos de una vez. Prefiero enfrentarme al dragón que empuñar esta daga mucho rato más.

Fabricada por los sartán, la Hoja Maldita tenía como propósito ser utilizada por los mensch para defender a sus «superiores», los propios sartán, en la batalla. Era un arma consciente; por sí sola, adquiriría la forma necesaria para derrotar a su enemigo. Sólo necesitaba a Hugh, o a cualquier mensch, como mero medio de transporte. No precisaba de las órdenes del mensch en el combate. La Hoja Maldita lo defendía por ser el brazo que la empuñaba. Y defendía a cualquier sartán en peligro. Por desgracia, como había señalado Hugh, también había sido preparada para combatir al enemigo ancestral de los sartán: los patryn. Era tan posible (incluso más) que atacara a Marit como que lo hiciera al dragón.

—Por lo menos, ahora conozco el modo de controlar el maldito artefacto —apuntó Hugh—. Si se lanza sobre ti, puedo...

—... rescatar a Alfred —lo cortó Marit—. Llévalo a Abri, a los sanadores. No te detengas a ayudarme, Hugh —añadió, cuando él intentó protestar—. Por lo menos, la Hoja me matará deprisa.

Él la miró fijamente, sin intención de discutir, pero estudiándola en profundidad, tratando de decidir si sólo hablaba por hablar o si tenía el valor de mantener tales palabras.

Marit le sostuvo la mirada sin parpadear.

—

Hugh asintió una sola vez y salió a hurtadillas de la concavidad del terreno.

Marit lo imitó. Por voluntad de la fortuna —o del Laberinto— la lluvia que había ocultado sus movimientos había cesado. Una suave brisa agitaba las ramas y provocaba pequeños chaparrones cuando el agua caía de las hojas. Los dos se detuvieron en el resalte rocoso, casi sin atreverse a respirar.

Ni un gemido, ni un quejido... y la entrada de la caverna quedaba apenas a un centenar de pasos. Los dos alcanzaban a verla claramente: un profundo agujero negro contra la pálida claridad de la roca. En la distancia, el resplandor rojizo del cielo parecía más intenso.

— ¡Quizás el dragón se ha dormido! —le susurró Hugh al oído.

Marit aceptó la posibilidad con un gesto de asentimiento. La idea no le consolaba demasiado, pues el dragón despertaría tan pronto como olfateara la cercanía de una nueva diversión.

Hugh abrió la marcha. Avanzó sin hacer ruido, tanteando cada paso y

abriéndose paso con una habilidad y facilidad que a Marit le pareció impresionante. Lo siguió en completo silencio, pero tenía la inquietante sensación de que el dragón podía oírlos llegar, que acechaba su llegada.

Alcanzaron la entrada de la cueva. Hugh se aplastó de espaldas contra la pared de roca y avanzó muy despacio con la esperanza de poder asomarse y observar el interior sin ser visto. Marit aguardó a cierta distancia, oculta tras un arbusto y con la entrada de la cueva a la vista.

Seguía sin oírse el menor ruido. Ni una respiración, ni el sonido del roce de un gran cuerpo contra la piedra, ni el sonido de un ala dañada al moverse sobre un suelo de roca. La lluvia había limpiado de fango su cuerpo, y las runas tatuadas de la patryn irradiaban su brillo. El dragón sólo tenía que mirar al exterior para advertir que tenía compañía. El resplandor la convertiría en un objetivo tentador cuando entrara en la caverna, pero también le proporcionaría la oportunidad de encontrar a Alfred en la oscuridad, de modo que no hizo ningún intento para disimularlo.

Hugh contorsionó el cuerpo, se asomó tras el muro de roca e intentó observar el interior de la caverna. Escrutó las sombras largo rato con la *cabeza* ladeada, tan pendiente del oído como de la vista. Con la mano, indicó a Marit que se acercara. Ella cruzó el camino sin perder de vista la boca de la cueva y se aplastó contra la pared junto a él.

Hugh se inclinó para hablarle al oído.

—Ahí dentro está más negro que el corazón de un elfo. No puedo ver nada, pero creo que he oído una respiración jadeante hacia la derecha, mirando a la cueva. Podría ser Alfred.

Lo cual significaba que seguía con vida. Una ligera oleada de alivio reconfortó a Marit; la esperanza dio aliento a su valor.

—¿Alguna señal del dragón? —susurró ella.

—¿Además de la pestilencia? —Replicó Hugh, arrugando la nariz con repugnancia—. No, no he visto el menor rastro del dragón.

El hedor a carne descompuesta, putrefacta, resultaba horrible. A Marit no le gustaba pensar en lo que iban a encontrar allí. Si Vasu había perdido a alguno de los suyos últimamente —el pastor raptado mientras guardaba su rebaño, el niño que se había alejado demasiado de su madre, el explorador que no había regresado de su salida—, lo más probable era que sus restos estuviesen en la cueva.

—

Marit no había visto salir al dragón, pero estaba segura de que habría oído a la bestia, si ésta hubiera seguido dentro de la cueva. Tal vez la caverna penetraba mucho en la montaña. Tal vez el dragón tenía una salida trasera. O no se había percatado de su presencia. O su herida era más grave de lo que Marit había creído. Tal vez la bestia herida se había retirado al fondo de su guarida a dormir.

Pocas veces en la vida de la patryn los acontecimientos le habían sido favorables. Marit siempre tomaba la decisión equivocada, terminaba en el lugar inconveniente y hacía o decía lo que no debía. Había cometido el error de quedarse con Haplo y, después, el de abandonarlo. Había cometido el error de abandonar a su hija. Y de confiar en Xar. Y, tras encontrar de nuevo a Haplo, había cometido el error de amarlo otra vez... y sólo para volver a perderlo.

Ahora, por una vez en su vida, lo que intentaba tenía que salirle bien. ¡Sí, se lo tenía merecido!

Que el dragón estuviera dormido...

Sólo pedía que el dragón estuviera dormido...

Ella y el mensch se colaron en la cueva, cautos y silenciosos.

Las runas de Marit iluminaron la caverna. La entrada no era muy ancha ni muy alta; el dragón, sin duda, no lo tenía muy cómodo para penetrar por la abertura, como evidenciaba la capa de relucientes escamas rojas que, a modo de corteza, cubría el techo y las paredes de la boca de la caverna.

La angosta entrada daba paso a una sala amplia, de forma aproximadamente circular y techo alto. La luz rojoazulada de las runas de Marit se reflejó en las paredes húmedas e iluminó la mayor parte de la cámara, excepto el techo —que desaparecía en la oscuridad— y una abertura al fondo. La patryn llamó la atención de Hugh hacia dicha abertura, que era lo bastante ancha como para que el dragón pudiera emplearla. Y, al parecer, eso era lo que había hecho, pues la cámara en la que se encontraban estaba vacía.

Vacía, salvo los espantosos trofeos del dragón.

Encadenados a las paredes colgaban cadáveres en diversos grados de descomposición. Hombres, mujeres y niños, todos los cuales habían muerto evidentemente en medio de atroces dolores y tormentos. Hugh *la Mano*, que había convivido con la muerte y la había visto en todas sus formas durante su vida, sintió náuseas. Doblando por la cintura, vomitó sin freno.

Incluso Marit se sintió abrumada ante la absoluta brutalidad, ante la perversa crueldad de la escena. El horror que le producía ésta y la rabia que le despertaba contra la insensible bestia capaz de cometer actos tan odiosos se combinaron hasta casi privarla de sentido. La caverna empezó a hacerse borrosa ante sus ojos. Se sentía mareada, aturdida.

Temiendo estar a punto de desmayarse, se lanzó adelante con la esperanza de que el movimiento le avivara la sangre.

— ¡Alfred!

Hugh se pasó el revés de la mano por los labios y señaló un punto de la pared. Marit miró hacia donde indicaba, a través de la oscuridad rota por las runas, y divisó al sartán. Se concentró en él, borró de su mente todo lo demás y se sintió mejor. Estaba vivo, aunque sólo apenas, a juzgar por su aspecto.

—Ve por él —dijo Hugh con voz enronquecida tras las náuseas—. Yo vigilaré.

Empuñó la Hoja Maldita, atento y preparado. El arma había empezado a despedir un fulgor verdusco, repulsivo.

—

Marit corrió al lado de Alfred.

El sartán, como las otras víctimas incontables, colgaba de unas cadenas.

Tenía la cabeza hundida sobre el pecho y las muñecas esposadas a la pared por encima de la cabeza. Los pies colgaban cerca del suelo; las puntas de los dedos apenas rozaban éste. Habríase dicho que estaba muerto, de no ser por el sonido de una respiración superficial que Hugh había oído desde la entrada de la caverna. Allí dentro, en cambio, sus jadeos eran mucho más audibles.

Marit lo tocó con toda la suavidad posible, con la esperanza de llamar su atención sin asustarlo. Pero, al notar el roce de sus dedos en la mejilla, Alfred emitió un sonido quejumbroso; su cuerpo se convulsionó y sus talones golpearon repetidamente la pared de roca.

La patryn lo amordazó con una mano, lo obligó a levantar la cabeza y lo forzó

a mirarla. No se atrevía a decir nada en voz alta, y pensó que los susurros seguramente tendrían muy poco efecto en él, en tal estado.

Alfred la miró con ojos desorbitados, dementes, en los que no había un asomo de reconocimiento, sino sólo miedo y dolor. En una reacción instintiva, se resistió a la mordaza, pero estaba demasiado débil para librarse de ella. Tenía las ropas empapadas de sangre, que formaba charcos bajo sus pies, pero su carne y su piel seguían enteras e intactas, hasta donde Marit alcanzaba a ver.

El dragón había desgarrado y acuchillado su carne para, a continuación, volver a curarlo. Lo había hecho muchas veces, probablemente. Incluso el brazo roto estaba curado. Pero el verdadero daño lo había sufrido en la mente. Alfred estaba completamente ausente.

— ¡Hugh! —tuvo que arriesgarse a exclamar Marit y, aunque no empleó más que un susurro, el nombre resonó en la caverna con un eco fantasmagórico. La patryn se encogió, sin atreverse a repetirlo.

Hugh se encaminó hacia ella sin apartar los ojos del fondo de la cueva un solo instante.

—Me ha parecido oír que algo se movía ahí dentro. Será mejor que te des prisa.

¡Precisamente lo que no podía hacer!

—Si no lo curo —replicó la patryn en voz muy baja—, no será capaz de salir de la cueva con vida. Ni siquiera me reconoce.

Hugh miró a Alfred y, de nuevo, a Marit. *La Mano* había visto actuar a los sanadores patryn y sabía qué significaba su intervención. Marit tendría que concentrar todo su poder mágico en Alfred. Tendría que traspasarse a sí misma las heridas del sartán y transmitir a éste su energía vital. Durante unos momentos, ella estaría tan incapacitada como lo estaba Alfred en aquel instante. Cuando el proceso de curación hubiera concluido, los dos estarían bastante débiles.

Hugh asintió para demostrar su comprensión; después, volvió a su puesto.

Marit alargó la mano hasta tocar las esposas que aprisionaban a Alfred y pronunció las runas en un murmullo. De su brazo saltó una doble llamarada azul y los grilletes se abrieron. Alfred cayó derrumbado al suelo de la caverna y allí quedó, en un charco de su propia sangre. Había perdido el conocimiento.

Rápidamente, Marit se arrodilló junto a él, le tomó las manos entre las suyas

—la derecha en la zurda, y viceversa— y, uniendo el círculo de sus seres, invocó la magia para que lo curase.

—

Una serie de imágenes fantásticas, hermosas, maravillosas y temibles inundó la mente de la patryn. Se encontraba sobre Abri, muy por encima de Abri; no ya en lo alto de las murallas de la ciudad, sino como si estuviera en lo alto de una montaña, contemplando la ciudad a sus pies. Y entonces saltó de la montaña y cayó... pero no caía. Flotaba en el cielo, deslizándose sobre corrientes invisibles como si lo hiciera en el agua. Estaba volando.

La experiencia era aterradora hasta que se acostumbró a ella. Y entonces resultó emocionante. Tenía unas alas enormes y poderosas, unas zarpas delanteras de afiladas garras, un cuello largo y elegante, unos dientes afilados... Era enorme e inspiraba temor y asombro; cuando se precipitaba sobre sus enemigos, éstos huían entre alaridos de pánico. Era Alfred, el Mago de la Serpiente.

Convertida en él, sobrevoló Abri en actitud protectora, dispersó a sus enemigos y acabó con aquellos lo bastante osados como para plantar batalla. Se vio a sí misma junto a Xar y a Haplo —criaturas pequeñas e insignificantes— y experimentó el temor de Alfred por sus amigos, su decisión de ayudarlos... Y entonces una sombra vista por el rabillo del ojo... un viraje desesperado en el aire... demasiado tarde. Algo la golpeó en el flanco y la hizo rodar sin control. Caía girando en espiral. A punto de estrellarse, batió las alas frenéticamente hasta remontar el vuelo. Por fin, alcanzó a ver a su enemigo, un dragón rojo. Con los espolones de las patas extendidos, el dragón se abatió desde lo alto en dirección a ella...

Imágenes confusas de una caída vertiginosa hasta estrellarse contra el suelo. Marit se estremeció de dolor y se mordió el labio para reprimir un grito. Parte de ella era Alfred y otra parte fluía en el interior del sartán, pero quedaba un resto de ella que aún seguía en la caverna del dragón, muy consciente del peligro extremo. Y vio a Hugh, tenso y alerta, vuelto hacia la oscuridad del fondo de la cueva con las facciones rígidas. El mensch la miró, hizo un gesto y movió los labios silenciosamente. Marit no podía oír lo que decía, pero no lo necesitaba.

El dragón se acercaba.

— ¡Alfred! —Suplicó Marit, sujetando al sartán por las muñecas con más fuerza—. ¡Alfred, despierta!

El sartán se agitó y gruñó. Le temblaron los párpados, y sus manos se agarraron a Marit. Se agarraron a ella con fuerza.

Unas imágenes horribles golpearon a Marit: una cola bulbosa que infligía un dolor entumecedor, paralizante; una oscuridad turbulenta y calurosa; un despertar a la tortura y la agonía. Marit no pudo contener por más tiempo los gritos.

Y el dragón se presentó en la caverna.

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

El dragón había permanecido oculto en las sombras de la salida trasera de la caverna desde el primer momento, observando a los dos presuntos rescatadores a la espera del momento preciso en que estuvieran más débiles y fueran más vulnerables para lanzar su ataque. Cuando los había oído por primera vez, en el bosque, había dado por hecho que venían en busca de su amigo. Debería haberlos atacado allí mismo, pues sabía por experiencia que pocos patryn intentarían un rescate tan desesperado, pero a decir verdad no se había sentido con ánimos de pelea y por eso, con pesar, se contentó con un solo juguete.

Sin embargo, para complacencia del dragón, la pareja había decidido seguirlo.

No era frecuente que los patryn se mostraran tan estúpidos, pero el dragón percibió algo raro en aquellos dos. Uno de ellos tenía un olor extraño, distinto de todo lo que el dragón había encontrado hasta entonces en el Laberinto. Al otro, lo reconoció de inmediato: era una patryn y estaba desesperada. Y los desesperados solían ser descuidados.

Cuando estuvo de vuelta en su cubil, el dragón se dedicó a torturar la Cosa que había capturado, la Cosa que había sido un dragón y luego había vuelto a transformarse en hombre; la Cosa que poseía una magia poderosa. No era un patryn, pero era como un patryn. El dragón se sentía intrigado por su presa, pero

no lo suficiente como para perder el tiempo en investigaciones. Aquella Cosa no había resultado tan divertida como el dragón esperaba. Se había dado por vencido demasiado pronto y, en realidad, parecía al borde de la muerte.

Aburrido de torturar a su maltrecha víctima y algo debilitado por sus heridas, el dragón se había retirado al fondo de la caverna para curar sus lesiones y aguardar allí otras presas que le proporcionaran más entretenimiento.

Las dos que se presentaron eran mejores de lo que la bestia esperaba. La hembra patryn había empezado a curar a la Cosa, lo cual le pareció estupendo al dragón. Aquello le ahorra tiempo y esfuerzo, al tiempo que le proporcionaba una víctima más fuerte, que ahora tal vez sobreviviese hasta la noche siguiente. En

—

cuanto a la patryn, era fuerte y desafiante. Duraría bastante. Respecto al macho, el dragón no estaba muy seguro de cómo tomarlo. Este era el que olía raro y carecía por completo de facultades mágicas. Recordaba más a un animal; un ciervo, por ejemplo. No era gran cosa como diversión, pero tenía buen tamaño y buenas carnes. El dragón no tendría necesidad de salir a buscar comida.

El dragón esperó hasta que vio la magia rúnica de la patryn consumida por el proceso curativo. Entonces, se puso en acción.

La bestia asomó lentamente de entre la oscuridad de la caverna. A Hugh, el túnel del fondo le había parecido muy amplio, pero resultaba angosto para el dragón, que tenía que bajar la cabeza para no darse contra el techo. Hugh le plantó cara, pensando que el dragón aguardaría a tener libre todo el cuerpo, incluida la cola y el aguijón, para atacarlo. La daga sartán se estremecía en el puño de Hugh.

El mensch la blandió en alto con gesto de desafío y la instó a cambiar de forma para combatir al dragón.

Si hubiera podido, Hugh habría jurado que el arma parecía incómoda, dubitativa. Hugh deseó saber más cosas de la Hoja Maldita y, frenéticamente, intentó recordar todo lo que Haplo o Alfred habían comentado en relación con ella. Lo único que le vino a la cabeza en aquel momento fue que la Hoja Maldita era creación de los sartán y que, por lo que había deducido, el Laberinto y las criaturas que en él existían —incluido aquel dragón— también habían sido creados por el pueblo de Alfred.

Como había intuido *la Mano*, el arma estaba confusa. Reconocía la misma magia de la que ella estaba dotada, pero también advertía la amenaza. Si el dragón hubiera tenido paciencia, o si se hubiera lanzado sobre Marit, la daga sartán no habría cambiado de forma. Pero la bestia estaba hambrienta. Quería capturar a Hugh y devorarlo; después, con el estómago lleno, podría ir tras la otra presa, más difícil. La mayor parte del cuerpo del dragón seguía en el conducto del fondo de la caverna, lo cual le impedía utilizar la cola en el ataque, de momento. Pero la bestia no creía necesitar tal recurso. Con gesto casi perezoso, lanzó un zarpazo contra Hugh con la intención de ensartarlo y devorarlo mientras la carne estaba aún caliente.

El movimiento cogió por sorpresa a *la Mano*. Se echó hacia atrás en un intento de esquivar el golpe, pero la garra gigantesca le cruzó el vientre, rasgó la coraza de cuero como si fuera la más fina seda y cortó piel y músculos.

Ante el ataque, el arma sartán respondió con presteza y se soltó del puño de Hugh.

Una cola enorme y serpenteante apartó de un golpe al mensch, que rodó por el suelo de la caverna hasta tropezar contra Marit y Alfred. Los dos tenían un aspecto terrible; en aquel momento, Marit estaba casi tan mal como Alfred. Los dos parecían aturcidos, apenas conscientes. *La Mano* se reincorporó rápidamente, dispuesto a defenderse y a proteger a sus desamparados acompañantes. Y entonces se detuvo y se quedó inmóvil, con los ojos como platos.

En la caverna había dos dragones.

El segundo —en realidad, la Hoja Maldita— era una criatura espléndida.

Largo y esbelto, este dragón carecía de alas y sus escamas resplandecían como mil y un pequeños soles brillantes en un cielo verdeazulado. Antes de que el dragón

—

del Laberinto tuviera tiempo de asimilar del todo lo que estaba sucediendo, el recién aparecido se lanzó sobre su presa. La cabeza del dragón verdeazulado avanzó como una centella, con las mandíbulas abiertas, y se cerró en torno al cuello de la bestia del Laberinto.

Entre chillidos de dolor y de furia, el dragón rojo se desasíó de las fauces de su agresor, a costa de dejar un pedazo de carne sanguinolenta en la boca de éste. La bestia sacó el resto del cuerpo de su angosto reducto con una fuerza tremenda, que echó atrás al atacante. La cola bulbosa lanzó su ataque y el aguijón pico al dragón verdeazulado una y otra vez.

Hugh había visto suficiente. Los dragones luchaban entre ellos, pero él y sus amigos estaban en peligro de ser aplastados por los cuerpos que luchaban y se revolvían. Tenían que salir de allí.

— ¡Marit!

Sacudió a la patryn, que aún seguía agarrada con fuerza a las muñecas de Alfred. Marit tenía el rostro ceniciento y ojeroso, pero por fin estaba consciente y contemplaba con asombro a los dos dragones. Alfred también había despertado, pero era evidente que no tenía idea de dónde se encontraba, de quién estaba con él o de qué sucedía a su alrededor. Se limitaba a mirar con perplejidad y confusión.

— ¡Marit, tenemos que salir de aquí! —gritó Hugh.

— ¿Y ese otro dragón, de dónde ha...? —empezó a preguntar la patryn.

—Es la Hoja Maldita —respondió Hugh brevemente y, mientras se inclinaba hacia Alfred, indicó a Marit—: ¡Cógelo por el otro brazo!

No era preciso que lo dijera. La patryn ya lo tenía asido. Entre los dos, incorporaron a Alfred y —medio a rastras, medio en volandas— lo condujeron hacia la boca de la caverna.

La marcha era difícil, pues el camino estaba obstruido por los dos cuerpos reptilianos, enzarzados en su lucha. Los afilados espolones abrían surcos en el suelo de tierra. Las enormes cabezas golpeaban el techo de la cueva y provocaban una lluvia de fragmentos de roca y polvo. Los ataques mágicos estallaban y llameaban a su alrededor.

Medio cegados, sofocados, con el riesgo de morir aplastados o de ser alcanzados por una tormenta de fuego mágico, los tres ganaron la entrada de la caverna tambaleándose. Una vez en el exterior, apresuraron el paso por el estrecho sendero y continuaron la marcha hasta que Alfred se derrumbó. Detrás de ellos, los dragones rugían de dolor y de cólera.

Hugh y Marit hicieron una pausa, jadeantes.

— ¡Estás herido! —Marit puso cara de preocupación ante el aspecto de la

herida que cruzaba el vientre de Hugh.

—Curará —respondió *la Mano* con aire sombrío—. ¿Verdad que sí, Alfred? Yo lo llevaré, Marit.

Hugh se dispuso a cargar con Alfred, pero el sartán lo apartó de un empujón.

—Puedo solo —dijo, esforzándose por reincorporarse. Un rugido de furia feroz lo hizo vacilar y volvió la cabeza hacia la caverna.

— ¿Qué...?

—No hay tiempo para explicaciones. ¡Corre! —ordenó Marit. La patryn agarró a Alfred y, a tirones, lo levantó y lo colocó delante de ella. Alfred trastabilló, consiguió recuperar el equilibrio y obedeció las enérgicas indicaciones.

Hugh, colocado en vanguardia, se volvió hacia la patryn.

—

— ¿Hacia dónde?

— ¡Hacia abajo! —Respondió Marit—. Tú quédate con Alfred. Yo vigilaré la retaguardia.

El suelo se estremeció con la ferocidad de la batalla que se libraba en el interior de la cueva. Hugh y Alfred avanzaron con rapidez por el camino, tratando de no resbalar en la roca mojada por la lluvia. Marit los siguió más despacio, con un ojo pendiente del camino y el otro atento a la caverna. En su descenso por la pendiente, perdió pie en más de una ocasión sobre el suelo poco seguro que pisaba. En otro momento, Alfred cayó rodando, con el riesgo de precipitarse hasta el pie de la montaña, hasta que un peñasco lo detuvo. Cuando terminaron el descenso, los tres estaban llenos de cortes, magulladuras y pequeñas hemorragias. Marit ordenó una pausa.

—Quietos. ¡Escuchad!

Reinaba el silencio, un profundo silencio. La batalla había terminado.

—Me pregunto quién habrá vencido —murmuró Hugh.

—Estoy impaciente por saberlo —asintió Marit.

—Si tenemos suerte, se habrán dado muerte mutuamente —fue el comentario de Hugh—. No me importaría no ver nunca más esa condenada daga.

El silencio continuó, cargado de presagios. Marit deseó estar más lejos, mucho más lejos.

— ¿Cómo estáis? —preguntó a sus acompañantes.

Hugh emitió un gruñido y señaló la herida. Ésta se había cerrado casi por completo y la única indicación de dónde se había producido era el corte en la coraza. Como explicación de aquella curación milagrosa, se abrió la camisa y dejó a la vista una única runa sartán que emitía un débil resplandor en el centro de su pecho. Al observar el signo mágico, Alfred se sonrojó y desvió la mirada. De pronto, el suelo se estremeció con una explosión procedente de la dirección de la caverna. Los tres fugitivos se miraron, tensos y alarmados, preguntándose qué sería aquel portento.

Después, una vez más, todo quedó en silencio.

—Será mejor que continuemos —intervino Marit en voz baja.

Alfred asintió con aire aturdido y echó a andar. Sólo había dado un paso cuando tropezó con sus propios pies y fue a estrellarse de cabeza contra un árbol. Marit suspiró y alargó la mano para asirlo por el brazo. Hugh *la Mano*, al otro lado de Alfred, se dispuso a hacer lo mismo.

— ¡Hugh! —Marit señaló el cinto de cuero manchado de sangre que portaba el

mensh.

Colgada del cinturón, confortablemente guardada en la vaina, estaba de nuevo la Hoja Maldita.

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

—No puedo... continuar.

Alfred se dejó caer hacia adelante y se quedó en el suelo, muy quieto. Marit lo contempló con frustración. Estaban perdiendo mucho tiempo. Sin embargo, aunque no le gustaba reconocerlo, ella tampoco sería capaz de llegar mucho más lejos sin descanso. Ya casi no se acordaba de la última vez que había echado una cabezada.

—Muy bien —se limitó a responder, al tiempo que tomaba asiento en un tocón del bosque—. Pero sólo unos momentos, hasta que recobremos la respiración. Alfred yacía con los ojos cerrados y el rostro semienterrado en el fango. Parecía viejo, muy viejo y encogido. A Marit le costó trabajo convencerse de que aquel sartán anciano y frágil era, no hacía mucho, una criatura tan bella y poderosa como aquel dragón verde y dorado *que* había visto sobre Abri...

— ¿Qué le sucede ahora? —preguntó *la Mano* al penetrar en el pequeño claro del bosque donde se habían detenido sus compañeros de fuga. Hugh los había estado siguiendo a cierta distancia, atento al camino para cerciorarse de que nadie los seguía.

Marit se encogió de hombros, demasiado fatigada como para contestar. La patryn sabía muy bien qué le sucedía a Alfred: lo mismo que a ella. ¿De qué servía seguir luchando? ¿Por qué molestarse?

—He encontrado agua —anunció Hugh—. No lejos de aquí... —añadió, e indicó la dirección con la mano.

Marit movió la cabeza en un gesto de negativa. Alfred no hizo el menor movimiento.

Hugh se sentó junto a ellos, nervioso e incómodo. Permaneció así unos instantes, recurriendo a toda su paciencia, pero muy pronto se puso en pie otra vez.

—Estaríamos más seguros en Abri...

— ¿Durante cuánto tiempo? —Replicó Marit con acritud—. Mira. Observa ahí arriba.

—

Hugh alzó la vista entre la maraña de ramas. El cielo, gris hasta entonces, estaba teñido ahora de un leve tono entre rosa y anaranjado.

Desde hacía un rato, Marit apenas notaba el hormigueo de las runas de su piel. No había ningún enemigo en las inmediaciones. No obstante, aquel fuego rojo en el cielo daba la impresión de consumir sus últimas esperanzas.

Rendida por el cansancio, cerró los ojos.

Y, de nuevo, vio el mundo a través de los ojos del dragón. Estaba sobrevolando Abri y vio sus edificios y sus gentes, sus murallas protectoras, las armas plantadas en el terreno que se extendían para rodear a los hijos de la tierra.

Los hijos. Su hija. Suya y de Haplo...

Una niña, de nombre Rué. Ahora debía de tener ocho puertas, más o menos.

Marit alcanzó a verla: delgada y fuerte, alta para su edad, con el cabello castaño de su madre y la serena sonrisa de su padre.

Marit lo vio todo con perfecta nitidez.

—Nosotros le enseñamos a cazar pequeñas piezas, a despellejar un conejo, a capturar peces con las manos... —le aseguraba al dirigente Vasu, el cual había aparecido de la nada inexplicablemente—. Ya tiene edad suficiente para ser de cierta utilidad para nosotros. Me alegro de que decidiéramos quedarnos con ella en lugar de dejarla con los residentes.

Rué sabía correr deprisa si surgía la necesidad. Y era capaz de pelear si se veía acorralada. La pequeña tenía su propia daga cubierta de runas, regalo de su madre.

—Yo la adiestré en su uso —le decía Marit al dirigente—. No hace mucho, Rué hizo frente a un snog con esa arma. Mantuvo a raya a U criatura hasta que su padre y yo pudimos acudir en su rescate. Y aseguró que no había tenido miedo, aunque luego, en mis brazos, no dejaba de temblar. Después, se acercó Haplo y le hizo unas carantoñas hasta que Rué se echó a reír y terminamos los tres a carcajadas...

— ¡Eh!

Marit despertó, sobresaltada, con la mano de Hugh en el hombro. El mensch la había sujetado cuando estaba a punto de caer rodando. Al advertirlo, ella se sonrojó intensamente.

—Lo siento. Debo de haberme quedado dormida.

Se puso en pie y se frotó los ojos, que le escocían. La tentación de volver a entregarse a aquel dulce sueño era demasiado fuerte. Durante un instante se permitió creer, en un acto de superstición, que el sueño tenía algún significado. Haplo estaba vivo y volvería a ella. Y, juntos, encontrarían a su hija perdida. La calidez del sueño la embargó; se sintió envuelta en amor y cariño...

Irritada, borró todo aquello de su cabeza.

Un sueño, se dijo con frialdad y firmeza. Nada más que eso. Nada que pudiera aspirar a alcanzar. Ya había desperdiciado su oportunidad.

— ¿Qué? —Alfred se incorporó—. ¿Qué decías? ¿Algo acerca de Haplo?

Marit no creía haber pronunciado aquel nombre, pero estaba tan agotada que ya no sabía lo que se hacía.

—Será mejor que continuemos —dijo, evitando la respuesta.

Alfred se puso en pie, vacilante, y continuó mirando a la patryn con una fijeza extraña y apenada.

— ¿Dónde está Haplo? —preguntó—. Lo vi con Xar. ¿Están en Abri?

—

Marit apartó la mirada y contestó:

—Se han marchado a Abarrach.

—Abarrach... La nigromancia... —Con gestos de abatimiento, Alfred se apoyó en el tronco de un árbol caído—. La nigromancia... —repitió con un suspiro—. Entonces, Haplo está muerto.

— ¡No! —Exclamó Marit, al tiempo que se volvía hacia Alfred, furiosa—. ¡Mi Señor no lo dejaría morir!

— ¿Que no? —Intervino Hugh—. ¡Tú misma intentaste acabar con él... por órdenes de ese señor tuyo!

—Eso era cuando Xar lo creía un traidor —replicó Marit, exasperada—. Pero ahora mi Señor sabe que no era así. Sabe que Haplo le decía la verdad sobre las serpientes dragón. Mi Señor no lo dejaría morir. No lo dejaría, seguro...

La patryn estaba tan cansada que rompió en sollozos como una niña asustada. Avergonzada, apurada, intentó detener las lágrimas pero el dolor que sentía por dentro era demasiado grande. El vacío que había alimentado y cultivado durante tanto tiempo había desaparecido, reemplazado por un dolor terrible, ardiente, que sólo las lágrimas parecían aliviar. Captó que Alfred daba un paso hacia ella; probablemente, para intentar consolarla. A ciegas, se apartó de él y dejó sentado que quería que la dejaran en paz.

Las pisadas del sartán se detuvieron.

Cuando Marit hubo recuperado por fin el dominio de sí misma, se sonó y enjugó las lágrimas. Le dolía el estómago de tanto sollozar y los músculos del cuello aún se contraían espasmódicamente. Tragó saliva y carraspeó.

Hugh *la Mano* tenía la mirada ceñuda fija en el vacío y daba puntapiés a un matojo de hierbas, con aire sombrío. Alfred estaba sentado, con los hombros hundidos, la espalda encorvada y los brazos huesudos colgando entre las flacas rodillas. Con la mirada abstraída, parecía sumido en profundos pensamientos.

—Lo siento —murmuró Marit, en un esfuerzo por parecer animada—. No tenía intención de quedarme dormida. Estoy cansada, eso es todo. Será mejor que volvamos a Abrí...

—Marit —interrumpió Alfred tímidamente—, ¿cómo entró Xar en el Laberinto?

—No lo sé. No me lo dijo. ¿Qué interés tiene eso?

—Tiene que haber entrado por el Vórtice —reflexionó Alfred—. Sabía que nosotros entramos por allí. Supongo que se lo contaste, ¿no?

A Marit le escocía la piel. Involuntariamente, levantó la mano para tocar el signo mágico del centro de su frente, el signo que Xar había desbaratado de forma tan dolorosa y que una vez la había unido con su Señor. Al advertir que Alfred la observaba, apartó la mano.

—Pero el Vórtice fue destruido...

—No puede destruirse nunca —la corrigió Alfred—. La montaña cayó sobre él.

No debe de ser fácil, pero seguro que puede hacerse. De todos modos... —Hizo una pausa, pensativo.

— ¡No podría salir por ahí! —Exclamó Marit—. La Puerta sólo se abre en un sentido. ¡Tú mismo se lo dijiste a Haplo!

—Eso, si lo que dijo era cierto —refunfuñó Hugh—. Recuerda que él era el que no quería ir.

—

—Os dije la verdad —aseguró Alfred, ruborizado—. Si os detenéis a pensarlo, tiene sentido. Si la Puerta se abiera en ambos sentidos, todos los patryn enviados al Laberinto habrían podido escapar por donde habían llegado.

Marit ya no estaba cansada. Una energía renovada fluía por su interior.

— ¡Xar tendría que haber salido a través de la Última Puerta! Es la única vía accesible. Pero, una vez allí, vería nuestro apuro y oiría a nuestro pueblo pedirle ayuda a gritos. No puede habernos dejado para que luchemos a solas. No; seguro que encontramos a mi Señor allí, en la Última Puerta. Y Haplo estará con él.

—Tal vez —respondió Alfred, y esta vez le tocó a él apartar la vista de la patryn.

—Por supuesto que estará —afirmó Marit—. Ahora, debemos llegar allí. Y deprisa. Yo podría utilizar mi magia. Me llevaría a...

Estuvo a punto de decir «a mi Xar», pero entonces recordó la herida de su frente. Se prohibió tocarla, pese a que había empezado a escocerle dolorosamente.

—... a la Última Puerta —terminó la frase, sin convicción—. Yo he estado allí. Puedo verla en mi mente.

—Sí, tú podrías ir —reconoció Alfred—, pero no podrías llevarnos contigo.

—¿Qué importa eso? —Dijo la patryn, llena de esperanza—. ¿Para qué te necesito ahora, sartán? Mi Señor combatirá a sus enemigos y saldrá triunfante. Y Haplo quedará curado...

Se aprestó a trazar el círculo rúnico, casi a punto de colocarse en su interior. Alfred se puso en pie entre balbuceos, con la visible intención de tratar de detenerla. Marit no le hizo caso. Si se acercaba demasiado, no dudaría en...

—Señor, señora, ¿puedo ayudaros en algo?

Un caballero —imponente, vestido totalmente de negro: calzones negros, abrigo negro de terciopelo, medias de seda negra, con los cabellos canos atados a la nuca con una cinta negra— salió del bosque. Lo acompañaba un anciano de luengas barbas y largos cabellos, vestido con una túnica de color pardo, rematado todo ello por un sombrero puntiagudo, lastimosamente raído.

El anciano venía cantando una tonadilla. Cuando terminó, esbozó una sonrisa suave y tristona; de inmediato, con un suspiro, volvió a empezar.

—Disculpadme, señor —dijo el caballero de negro en voz baja—, pero no estamos solos.

—¿Eh? —El viejo dio un violento respingo y el sombrero le cayó de la cabeza. Contempló con profunda suspicacia a los tres seres que lo observaban con perplejidad—. ¿Qué hacéis aquí? ¡Fuera!

El caballero de negro emitió un suspiro de sufrida paciencia.

—No creo que sea una buena decisión, señor. Ésta es la gente que hemos venido a buscar.

—¿Estás seguro? —El anciano no parecía convencido.

Marit lo observó fijamente y, por fin, exclamó:

—¡Yo te conozco! Fue en Abarrach. Tú eres un sartán, prisionero de mi Señor.

Un rápido vistazo a los signos mágicos de su piel le indicó que el anciano no era peligroso; una mirada al propio viejo lo confirmaba. Marit recordó su conversación inconexa y divagante en las celdas de Abarrach. Entonces lo había tomado por un chiflado.

—Me pregunto si ahora lo estaré yo también —murmuró para sí.

—

¿Existía de veras aquel anciano, o habría cobrado existencia de su propia mente cansada? Cuando alguien pasaba demasiado tiempo sin dormir, empezaba a ver cosas que no estaban. Miró a Hugh y la alivió observar que éste también miraba hacia el anciano, lo mismo que Alfred. O bien todos ellos habían caído bajo un hechizo extraordinario, o el viejo estaba realmente delante de ellos.

Marit desenvainó su espada.

El anciano contemplaba al trío con igual perplejidad.

—¿Qué me recuerda esto? Tres personajes de aspecto desesperado vagando por el bosque, perdidos. No, no me lo digáis... Ya está: ¡El espíritu de la tía Em! El

Espantapájaros. —El anciano se abalanzó sobre Alfred, le estrechó la mano y la sacudió enérgicamente. Después se volvió hacia Hugh—. Y el León. ¿Cómo está, señor León? ¡Y el Hombre de Latón!

Avanzó hacia Marit, quien levantó la punta de la espada hasta el gárgula del individuo.

—No te acerques, viejo chiflado. ¿Cómo has llegado aquí?

— ¡Ah! —El anciano retrocedió un paso y le dirigió una mirada socarrona—.

Veo que todavía no has estado en Oz. Allí, los corazones son libres, querida.

Aunque, naturalmente, uno tiene que abrirse para poner dentro el corazón.

Algunos, es cierto, consideran tal cosa un inconveniente, pero...

Marit hizo un ademán amenazador con la espada.

— ¿Quién eres? ¿Cómo has llegado aquí?

—Respecto a quién soy... —el anciano hizo una pausa, pensativo—. Buena pregunta. Si tú eres el Espantapájaros, tú el León y tú el Hombre de Latón, eso me convierte en... ¡en Dorothy!

El anciano sonrió, hizo una reverencia y tendió la mano.

—Me llamo Dorothy. Soy una muchacha de pueblo de un pueblecito al oeste de Topeka. ¿Te gustan mis zapatos?

—Disculpadme, señor —interrumpió el caballero de negro—, pero no sois...

—Y éste —exclamó el anciano con aire triunfal, rodeando con sus brazos a su acompañante— es mi perrito Toto.

El caballero pareció muy dolido ante tal sugerencia.

—Me temo que no, señor. —Intentó librarse del abrazo del viejo y añadió—:

Perdonadlo, señora, señores. Todo esto es culpa mía. Debería haberlo vigilado más de cerca.

—Por todos los antepasados, ¿qué está sucediendo? —le cuchicheó Hugh a la patryn.

— ¡Zifnab! —exclamó Alfred.

— ¡Salud! —Dijo el anciano con cortesía—. ¿Necesitas un pañuelo?

—Os ha llamado por vuestro nombre, señor —intervino el caballero con voz resignada.

— ¿De veras? —El viejo mostró una considerable perplejidad.

—Sí, señor. Hoy sois Zifnab.

— ¿No Dorothy?

—No, señor. Y debo deciros que ese personaje nunca me ha gustado —añadió el caballero de negro con cierta aspereza.

— ¿Seguro que no ha dicho «el señor Bond»?

—Me temo que no, señor. Hoy, no. Sois Zifnab, señor. Un gran mago, muy poderoso.

—

— ¡Desde luego que lo soy! No prestéis atención al hombre que está tras la cortina de la ducha. Acaba de despertar de un mal sueño. Es preciso ser un mago poderoso para entrar en el Laberinto, ¿no? ¡Y yo... Vaya, vaya, mi viejo amigo...! Me alegro de verte, caramba.

Zifnab le estrechaba la mano a Alfred con aire solemne.

—Estoy encantado de conocerte, Zifnab —dijo el sartán—. Haplo me contó su encuentro contigo. En Pryan, ¿no es así?

— ¡Sí, eso es! ¡Ya recuerdo! —Zifnab rebosaba de alegría; después, su rostro

se ensombreció—. Haplo. Sí, lo recuerdo —exhaló un suspiro, pesaroso—. Lo siento tanto...

—Es suficiente, señor —lo interrumpió el caballero en tono severo.

— ¿A qué se refiere? —Preguntó Marit—. ¿Qué dice de Haplo?

—No se refiere a nada —aseguró el caballero de negro—. ¿Verdad, señor?

— ¿Hum? No. Eso es: nada. *Nothing*. Punto. —Zifnab empezó a jugar nerviosamente con la barba.

—Os hemos oído hablar de acudir a la Última Puerta —continuó el caballero de negro— y creo que yo y mis hermanos podemos ayudaros a ello. Nosotros también nos dirigimos allí.

Con estas palabras, levantó la vista hacia el cielo. Marit lo imitó, siguiendo su mirada con desconfianza. Una sombra se deslizó sobre ella, seguida de otra y de otra más. Asombrada y desconcertada, vio pasar cientos de dragones, verdeazulados como el cielo de Pryan y con las escamas deslumbrantes como los cuatro soles de Pryan.

De pronto, delante de ella se alzó un dragón enorme cuya mole gigantesca ocultó el grisáceo sol del Laberinto y cuyas escamas verdeazuladas refulgían. El caballero de negro había desaparecido.

Marit se echó a temblar de miedo. Pero no temía por su propia seguridad.

Tenía miedo porque, de pronto, su mundo había sido desgarrado y hecho añicos igual que su Señor había desbaratado el signo mágico grabado en su frente. Y a través de las grietas, de las resquebrajaduras de su mundo, captó un fugaz destello de luz radiante, engullido al momento por una oscuridad terrible. Vio el plomizo cielo del Laberinto, el Nexo en llamas y a su pueblo —criaturas pequeñas y frágiles atrapadas entre la oscuridad y la luz— librar una última batalla desesperada. Blandió la espada sin saber qué estaba atacando o por qué; estaba consternada.

— ¡Espera! —Alfred la cogió del brazo—. ¡Guarda el arma! —añadió. Se volvió hacia el dragón y le dijo—: Tú eres de Pryan, ¿no? Los dragones están aquí para ayudarnos, Marit. Para ayudar a tu pueblo. Estas criaturas son los enemigos de las serpientes, ¿verdad?

—La Onda actúa para autocorregirse —declaró el dragón de Pryan—. Así ha sucedido desde el principio de los tiempos. Podemos llevaros hasta la Última Puerta, como a los demás.

Marit advirtió que, a lomos de los dragones, viajaban los patryn, hombres y mujeres, empuñando sus armas. Reconoció al dirigente Vasu en la vanguardia y comprendió qué había sucedido. Su pueblo había abandonado la seguridad de su ciudad amurallada para acudir a la Última Puerta a librar combate con el enemigo. Hugh *la Mano* ya había montado en el ancho lomo del dragón y ahora ayudaba a Alfred a acomodarse detrás de él.

—
. *Quien tenga presente el mundo de Pryan recordará que, en la descripción de los dragones de dicho mundo, se señalaba que carecían de alas. La única explicación de esta discrepancia es que, probablemente —al igual que sus enemigos, las serpientes dragón—, los dragones de Pryan pueden adquirir la forma que más convenga a sus necesidades.*

Marit titubeó, pues habría preferido fiarse de su propia magia, pero se dio cuenta de que no podía. Estaba muy cansada, y necesitaría todas sus fuerzas cuando llegara ante la Última Puerta.

Finalmente, se encaramó al dragón, se instaló en el largo y ancho lomo de la criatura, entre los omóplatos de los que surgían las alas, enormes y poderosas. Las alas empezaron a batir el aire.

Zifnab, que se había dedicado a dirigir las operaciones —completamente insensible al hecho de que nadie le hacía el menor caso—, emitió de pronto un grito sofocado.

— ¡Espera! ¿Dónde voy a sentarme yo?

—Vos no venís, señor —anunció el dragón—. Correríais peligro.

— ¡Pero ya he llegado hasta aquí! —tronó Zifnab.

—Y habéis causado más perjuicio del que yo habría creído posible en tan corto espacio de tiempo —añadió el dragón con aire pesaroso—. Además, está ese otro asuntillo del que hablamos en Chelestra. Supongo que podréis encargáros de eso sin incidencias...

—James Bond podría —replicó Zifnab, ladino.

— ¡Ni hablar de eso! —El dragón agitó la cola con irritación.

Zifnab se encogió de hombros y empezó a jugar con el sombrero.

—Claro que también podría ser Dorothy... —Juntó los pies, hizo entrechocar los talones y se puso a cantar—: «No hay lugar como el hogar. No hay lugar...»

— ¡Oh, está bien...! —Exclamó el dragón—. Ya que no hay modo de convencerlos... Pero esta vez intentad no fastidiarlo todo, ¿querréis?

—Te doy mi palabra —declaró Zifnab con una solemne reverencia—, como miembro del Servicio Secreto de Su Majestad.

El dragón emitió un suspiro, agitó una zarpa, y Zifnab desapareció. Cuando batió las alas, levantó nubes de polvo que impidieron la visión a Marit. La patryn se agarró con fuerza a las escamas relucientes, duras como el metal. La criatura se elevó en el aire, las copas de los árboles se alejaron bajo los pies de la patryn y una luz cálida y brillante como un faro le bañó el rostro.

— ¿Qué es esa luz? —exclamó, temerosa.

—El sol —respondió Alfred, asombrado.

Marit miró a su alrededor y preguntó:

— ¿De dónde procede?

—De las ciudadelas —explicó el sartán, en cuyos ojos brillaban unas lágrimas—. Son los rayos de luz de las ciudadelas de Pryan. Aún hay esperanzas, Marit. ¡Aún hay esperanzas!

—Guardadlas en vuestro corazón, entonces —proclamó el dragón con tono severo y tétrico—. Porque, si toda esperanza muere, nosotros desapareceremos. Apartando sus ojos de la luz, los dragones verdeazulados continuaron volando hacia la oscuridad teñida de rojo.

—
. Alfred escribe: «Observando la historia reciente de los cuatro mundos, es interesante advertir que los acontecimientos que iban a jugar un papel tan importante en el futuro de los mundos tuvieron lugar casi al mismo tiempo, coincidiendo con la primera vez que Haplo atravesó la Puerta de la Muerte. En ese momento, las malévolas serpientes dragón —aprisionadas por el hielo en Chelestra durante muchísimo tiempo— empezaban a notar el calor del sol. En Ariano, el rey Stephen contrataba a un asesino para que liquidara a Bane, el pequeño cambiado en la cuna que usurpaba el lugar del verdadero príncipe. En Abarrach, el príncipe Edmund conducía a su pueblo a la ciudad condenada de Necrópolis. En Pryan, los titanes iniciaban su algarada mortífera. Los dragones buenos, al percibir el despertar de sus parientes malévolas, abandonaban sus hogares subterráneos y se dispusieron a entrar en los mundos.

No creo que tales coincidencias sean cosas del azar. Se trata, como empezamos a descubrir, de la Onda corrigiéndose a sí misma».

CAPÍTULO EL CÁLIZ CHELESTRA

El mundo de Chelestra es un globo de *amia*, suspendido en la fría negrura del espacio. Su corteza exterior es nielo; el interior—calentado por el sol que flota libremente en ella— es agua tibia, respirable como el aire y destructora de la magia de los sartán y de los patryn. Los mensch de Chelestra, llevados allí por los sartán, habitan las lunas marinas, criaturas vivientes que vagan a la deriva en el agua, siguiendo al errático sol. Las lunas marinas fabrican su propia atmósfera y se rodean de una burbuja de aire. En ellas, los mensch construyen ciudades y cultivan tierras y, con sus sumergibles mágicos, se desplazan de una a otra. En Chelestra, a diferencia de los mundos de Ariano y de Pryan, los mensch conviven pacíficamente. Su mundo y sus vidas han permanecido intactos durante siglos, hasta la llegada de Alfred a través de la Puerta de la Muerte. De forma accidental, Alfred había despertado de su sueño letárgico a un grupo de sartán —los mismos que habían provocado la Separación de los mundos— que se hallaba en un estado de animación suspendida. Y estos sartán, en un tiempo tomados por semidioses por los mensch, pretendieron gobernar de nuevo a quienes ellos consideraban inferiores.

—
. Este punto puede llevar a cierta confusión. Si la Puerta de la Muerte no se había abierto anteriormente, ¿cómo habían hecho Haplo y Alfred para atravesarla? Imaginemos una sala con siete puertas. En su primer viaje, Haplo abre la puerta del Nexo, la cierra tras él, atraviesa la sala hasta la puerta de Ariano y entra en éste, cerrando también la puerta tras cruzarla. Así, el enviado de Xar viaja de un lugar a otro pero todas las demás puertas permanecen cerradas. En cambio, Samah, al entrar en la sala, hace que todas las puertas se abran de par en par y así se queden. Esto proporciona la libertad de desplazamiento entre los mundos, pero también da acceso a ellos a quienes, de otro modo, lo habrían tenido difícil o imposible. Ahora, el único modo de cerrar las puertas es a través de la Séptima Puerta.

Conducidos por Samah, presidente del Consejo que había ordenado la Separación, los sartán descubrieron con asombro e irritación que los mensch no sólo se negaban a someterse y adorarlos, sino que tenían la osadía de desafiar a los presuntos dioses y sitiarlos en su propia ciudad, manteniéndolos prisioneros al inundarla con el agua marina destructora de la magia.

También vivía en Chelestra la manifestación del mal en los mundos. Estas criaturas, con la forma de enormes serpientes —las pérfidas serpientes dragón, según las llamaban los enanos—, llevaban mucho tiempo buscando el modo de abandonar Chelestra y penetrar en los otros tres mundos. Sin darse cuenta de lo que hacía, Samah se lo proporcionó. Furioso con los mensch, temeroso e incapaz de seguir controlando hombres y hechos, Samah fue víctima inconsciente de las serpientes dragón. Pese a todas las advertencias de que no lo hiciera, el sartán abrió la Puerta de la Muerte. De este modo, las malvadas criaturas pudieron colarse en los otros mundos, donde se esforzaron en fomentar el caos y la

discordia que son su alimento y su bebida.

Secretamente abrumado por lo que había hecho, Samah abandonó Chelestra con la intención de viajar a Abarrach. Allí, según había sabido gracias a Alfred, los sartán se dedicaban a la práctica del antiguo y prohibido arte de la nigromancia.

Samah pensó que, si era capaz de devolver la vida a los muertos, podría organizar una fuerza lo bastante poderosa como para derrotar a las serpientes dragón y, así, volver a gobernar los cuatro mundos.

Pero Samah no vivió lo suficiente como para aprender el arte de resucitar a los muertos. Junto con un extraño sartán, un viejo que se hacía llamar Zifnab, fue capturado por sus enemigos ancestrales, los patryn, que habían acompañado a Abarrach a su señor, Xar. El Señor del Nexo, que también había acudido allí para aprender el arte de la nigromancia, ordenó ejecutar al sartán y luego intentó resucitar el cuerpo de Samah por medios mágicos.

Pero las intenciones de Xar se vieron frustradas, pues el alma de Samah fue liberada por un lázaro —un muerto viviente— sartán, llamado Jonathon, de quien dice la profecía: «Traerá vida a los muertos y esperanza a los vivos. Y la Puerta se abrirá para él».

Desde la partida de Samah de Chelestra, los demás sartán que quedaban en el Cáliz —la única extensión de tierra estable en un mundo acuático— habían estado esperando su regreso con impaciencia y con creciente inquietud.

—Ramu, Samah se retrasa mucho más de lo que él mismo estipuló. No podemos seguir sin un líder. Te instamos a que aceptes el cargo de presidente del Consejo de los Siete.

Ramu miró uno tras otro a los restantes seis miembros.

— ¿Es ése vuestro parecer? ¿Compartís todos esta propuesta?

— *La presidencia del Consejo no era hereditaria, como tampoco lo era su pertenencia.*

Los siete escogidos para formar parte de este Consejo, el órgano de gobierno de los sartán, elegían a uno de ellos para actuar de presidente. No se sabe cómo eran escogidos los miembros en los tiempos antiguos; el método de elección era mantenido en secreto por los sartán, los cuales tenían, sin duda, que algún patryn pudiera intentar influir en la decisión.

—Sí. —Los consejeros lo dijeron con palabras y con gestos.

Ramu estaba tallado en granito, la misma piedra que Samah, su padre.

Ninguno de los dos se dejaba emocionar fácilmente. Duro e inflexible, Ramu estaba dispuesto a quebrarse antes que ceder. En su visión de las cosas no existía el crepúsculo: sólo había el día o la noche. O el sol brillaba con fuerza, o la oscuridad total engullía su mundo. E, incluso cuando lucía el sol, producía densas sombras.

Ramu era servidor del Consejo, un cargo que debía desempeñarse antes de acceder a miembro de éste. O bien Ramu había sido ascendido a la calidad de miembro de pleno derecho del Consejo durante el período de emergencia, cuando los mensch habían inundado la ciudad, o bien había ocupado el puesto de su exiliada madre.

Pero en el fondo era un hombre bueno, de honor, un padre abnegado y buen amigo y esposo. Y, aunque la preocupación por la desaparición de su padre no se reflejaba en sus duras facciones, no dejaba de quemarlo por dentro.

—Entonces, acepto —se limitó a decir y, tras una nueva mirada al grupo, añadió—: Hasta el momento en que regrese mi padre.

El Consejo en pleno dio su conformidad. Cualquier otra cosa habría sido

menospreciar a Samah.

Ramu se puso en pie y se trasladó desde su asiento al fondo de la mesa hasta el escaño de la presidencia, en la cabecera. Al desplazarse, el borde de su túnica blanca rozó con un susurro las losas del suelo; unas losas que aún resultaban frías y húmedas al tacto, pese a que ya hacía tiempo que las aguas del mar de Chelestra se habían retirado.

Los restantes miembros del Consejo se colocaron debidamente, tres a la izquierda de Ramu y tres a su derecha.

—¿Qué asunto se presenta al Consejo, en esta ocasión? —preguntó Ramu.

Uno de los consejeros se incorporó.

—Los mensch han vuelto por tercera vez para negociar la paz, consejero. Han solicitado una reunión con el Consejo.

—No tenemos ninguna necesidad de reunirnos con ellos. Si quieren un arreglo pacífico, deben acatar nuestros términos tal como los ha planteado mi padre.

Saben cuáles son, ¿verdad?

—Sí, consejero. O los mensch acceden a jurarnos fidelidad y a permitirnos que los gobernemos, o se retiran del Cáliz y abandonan las tierras que nos han usurpado por la fuerza.

—¿Y cuál es su respuesta a estos términos?

—Que no abandonarán las tierras que ocupan, consejero. Para ser justos con ellos, no tienen adonde ir. Sus antiguos hogares, las lunas marinas, están ahora cubiertos por el hielo.

—Pues que suban a esas embarcaciones suyas, pongan rumbo al sol y busquen nuevas patrias.

—Los mensch no ven ninguna necesidad de un trastorno tan traumático en sus vidas, Ramu. Aquí, en el Cáliz, hay tierra suficiente para todos. No entienden por qué no pueden instalarse en ellas.

—

El tono del consejero sartán daba a entender que él tampoco terminaba de entenderlo. Ramu torció el gesto pero, en aquel momento, otro miembro del Consejo se puso en pie y pidió permiso para hablar.

—Para ser justos con los mensch, presidente Ramu —dijo una voz femenina, obsequiosa—, están avergonzados de sus acciones pasadas y muy dispuestos a pedir nuestro perdón y nuestra amistad. Han hecho progresos con las tierras, han empezado a construir casas y han establecido comercios. Yo misma lo he visto.

—¿De veras, hermana? —A Ramu se le ensombreció la expresión—. ¿Has estado entre ellos?

La consejera se movió, incómoda.

—Sí, Ramu. A invitación suya. No vi inconveniente y los demás miembros del Consejo lo aprobaron. Tú no estabas presente...

Ramu puso fin a la discusión con frialdad.

—Lo hecho, hecho está, hermana. ¿Qué han hecho esos mensch en nuestra tierra?

No se le escapó a nadie el énfasis en el posesivo. La sartán carraspeó, nerviosa.

—Los elfos se han instalado junto a la costa. Sus ciudades van a ser de una belleza extraordinaria, con viviendas de coral. Los humanos se han establecido más tierra adentro, en los bosques, como les gusta hacerlo, pero con acceso al mar

garantizado por los elfos. Los enanos han ocupado las cuevas de las montañas del interior. Extraen los minerales y crían cabras y ovejas. Han instalado forjas...

— ¡Es suficiente! —Ramu estaba pálido de cólera—. He oído bastante. Han instalado forjas, dices. Forjas para fabricar armas de acero que usarán para atacar a alguien, sea a nosotros o a sus vecinos. La paz de nuestras existencias será hecha añicos, como sucedió hace tanto tiempo. Los mensch son niños violentos y pendencieros que necesitan nuestra dirección y nuestro control.

La consejera quiso protestar.

—Pues parece que viven muy tranquilos...

Ramu movió la mano, rechazando sus palabras.

—Quizá se toleren durante un tiempo, sobre todo si tienen algún juguete nuevo que los mantiene ocupados. Pero su propia historia muestra que no son de fiar. O acceden a vivir según nuestras normas, bajo nuestras leyes, o se marchan. La sartán miró al resto del Consejo, titubeante. Los demás consejeros le indicaron por gestos que continuara su exposición.

—Después... eh... los mensch me han presentado sus condiciones para la paz, presidente.

— ¡Sus condiciones! —Ramu puso cara de asombro—. ¿Por qué íbamos a molestarnos en escucharlas?

—Ellos consideran que han obtenido una victoria sobre nosotros —dijo la sartán y se ruborizó bajo la ominosa mirada de Ramu—. Y debe reconocerse que podrían hacernos lo mismo otra vez. Los mensch controlan las compuertas. Pueden abrirlas en cualquier momento, inundarnos y expulsarnos. El agua del mar tiene un efecto devastador sobre nuestra magia. Algunos de nosotros no hemos recuperado por completo el uso de nuestros poderes hasta hace muy poco. Y sin nuestra magia, estamos mas desvalidos que un mensch...

— ¡Mide tus palabras, hermana! —le advirtió Ramu.

—

—Sólo digo la verdad, presidente —replicó la sartán sin alterarse—. No puedes hacer oídos sordos.

Ramu no discutió. Sus manos, posadas sobre la mesa, se encogieron; sus dedos se cerraron sobre el vacío. La mesa de piedra estaba fría y olía a húmedo y rancio.

— ¿Qué hay de la sugerencia de mi padre? ¿Hemos hecho algún intento de neutralizar esas compuertas, de sellarlas para que no puedan volver a abrirse?

—Las compuertas están muy por debajo del nivel del agua, Ramu. No podemos alcanzarlas y, aunque pudiéramos, nuestra magia quedaría anulada por las propias aguas. Además —bajó la voz—, ¿quién sabe si esas terribles serpientes dragón no siguen ahí abajo, al acecho?

—Tal vez —dijo Ramu, pero no añadió nada más. Sabía, porque su padre se lo había dicho antes de marcharse, que las serpientes dragón habían penetrado en la Puerta de la Muerte, que habían escapado de Chelestra para llevar su maligna presencia a otros mundos...

—Ha sido culpa mía —había dicho Samah—. Una de las razones de mi viaje a Abarrach es la esperanza de reparar el daño causado, de encontrar el medio de destruir a las terribles serpientes. Empiezo a pensar... —Había titubeado, al tiempo que observaba a su hijo con los ojos entrecerrados—. Empiezo a pensar que Alfred tenía razón desde el principio. La verdadera maldad está aquí. —Samah

se había llevado la mano al corazón—. Nosotros la creamos.

Ramu no entendía a qué se refería.

—¿Cómo puedes decir eso, padre? ¡Contempla lo que has creado! ¿Qué maldad hay en ello?

Ramu había movido el brazo en un gesto amplio que abarcaba no sólo los edificios, el terreno, los árboles y los jardines del Cáliz, sino el propio mundo del Agua y, más allá, los del Aire, del Fuego y de la Piedra.

Samah había mirado hacia donde había señalado su hijo.

—Sólo veo lo que destruimos —había murmurado.

Fueron las últimas palabras de Samah antes de adentrarse en la Puerta de la Muerte.

—Adiós, padre mío —le había gritado Ramu cuando se alejaba—. Cuando regreses triunfante, a la cabeza de las legiones, se te levantará el ánimo.

Pero Samah no había regresado. Ni habían tenido noticia de él.

Y ahora, aunque Ramu era reacio a reconocerlo, los mensch habían conquistado, a todos los efectos, a sus dioses. ¡Habían conquistado a los sartán! ¡A sus superiores! Ramu no veía salida a la difícil situación. Como las compuertas de aporte de agua estaban bajo el nivel de ésta, los sartán no podían emplear la magia para destruirlas. Lo único que les quedaba era recurrir a medios mecánicos; en la biblioteca sartán había libros que explicaban los métodos empleados por los hombres de la antigüedad para fabricar potentes artefactos explosivos.

Pero Ramu no podía engañarse a sí mismo. Levantó las manos, volvió las palmas hacia arriba y las contempló. Eran manos blandas y suaves, de dedos largos y ahusados. Manos de hechicero, habituadas a manejar lo inmaterial; no manos de artesano. El enano más torpe era capaz de fabricar en un abrir y cerrar de ojos lo que a Ramu le habría costado horas de trabajo.

—

Después de ciclos y ciclos, se dijo Ramu, tal vez fueran capaces de producir algún artefacto mecánico capaz de cerrar y obstruir las compuertas. Pero, en ese momento, se habrían convertido en mensch. ¡Era preferible abrir las compuertas y dejar que entrara el agua!

Fue entonces cuando la idea le vino a la cabeza: quizá deberían marcharse y dejar que los mensch se quedaran con aquel mundo. Que se ocuparan de ellos mismos. Que se destruyeran unos a otros como estaban haciendo —según las informaciones proporcionadas por Alfred— en los demás mundos.

Que aquellos hijos rebeldes y desagradecidos volvieran a casa y descubrieran que sus sufridos padres habían desaparecido.

De pronto, advirtió que los demás miembros del Consejo cambiaban miradas con expresión inquieta y preocupada. Demasiado tarde, se dio cuenta de que sus sombríos pensamientos se reflejaban en su rostro. Su expresión se endureció.

Marcharse en aquel momento equivalía a rendirse, a reconocer la derrota. Antes que eso, Ramu estaba dispuesto a ahogarse en aquella agua verdeazulada.

—O aceptan someterse a nuestro control, o abandonan el Cáliz. No tienen más alternativas. Supongo que el resto del Consejo está de acuerdo, ¿no? —Ramu miró a un lado y a otro.

El resto del Consejo asintió. Si había algún desacuerdo nadie lo expresó.

Aquél no era momento para desuniones.

—Si los mensch se niegan a aceptar estas condiciones —continuó Ramu,

pronunciando las palabras despacio y con claridad al tiempo que su mirada escrutaba a cada uno de los presentes—, sufrirán las consecuencias. Unas consecuencias terribles. Podéis decírselo así.

Los miembros del Consejo se mostraron mas esperanzados, más aliviados. Su presidente, sin duda, tenía un plan. Delegaron a uno de ellos para parlamentar con los mensch y pasaron a tratar otros asuntos, como la reparación de los daños producidos por la inundación. Cuando no quedaron más temas pendientes, se levantó la sesión. La mayoría de los consejeros se dirigió a sus asuntos, pero un puñado de ellos demoró su marcha para hablar con Ramu, con la esperanza de descubrir algún indicio de qué se proponía hacer.

El nuevo presidente del Consejo de los Siete era experto en guardar las cosas para sí. No reveló absolutamente nada y, al final, el resto de los consejeros abandonó la sala. Ramu permaneció sentado tras la mesa, contento de quedarse a solas con sus pensamientos, cuando de pronto advirtió que tenía compañía.

Un extraño sartán había entrado en la estancia.

El hombre le resultó familiar, pero no consiguió reconocerlo inmediatamente.

Con una mirada penetrante, Ramu trató de situarlo. En el Cáliz vivían varios centenares de sartán y Ramu, buen político, los conocía a todos de vista y, casi siempre, era capaz de poner un nombre a una cara. Por eso lo perturbó no recordar de quién se trataba, pese a estar seguro de haberlo visto antes.

Ramu se puso en pie, cortésmente.

—Buenos días, señor. Si has venido a presentar una petición ante el Consejo, llegas tarde. La sesión ha concluido.

El sartán sonrió y movió la cabeza. Era un hombre de mediana edad, atractivo, con profundas entradas en las sienes, nariz y mandíbula firmes y ojos tristes y pensativos.

—

—Entonces, llego en el momento oportuno —respondió el sartán—. Porque he venido a hablar contigo, consejero..., si tú eres Ramu, hijo de Samah y de Orla. Ramu frunció el entrecejo, molesto por la referencia a su madre, desterrada por delitos contra su pueblo y cuyo nombre no debía ser pronunciado. Se disponía a hacer algún comentario al respecto cuando se le ocurrió que el extraño sartán (¿cómo diablos se llamaba?) no sabía nada de la expulsión de Orla al Laberinto, en compañía del hereje, Alfred. Sin duda, debían de haber corrido los rumores, pero Ramu se vio obligado a reconocer que aquel extraño de aire digno no tenía el aspecto de una de esas personas amantes de los chismorreos ociosos.

Contuvo su irritación y no hizo el menor comentario, pero respondió con un ligero énfasis que debería haber dado una pista al recién llegado:

—Soy Ramu, en efecto. Hijo de Samah.

En aquel momento, Ramu se halló en un dilema. Preguntarle el nombre al desconocido no era conveniente, pues revelaría que no lo recordaba. Había maneras diplomáticas de sortear la cuestión pero a Ramu —por lo general, un hombre directo y franco— no se le ocurría ninguna en aquel instante.

Pero el extraño sartán resolvió el asunto.

—No me recuerdas, ¿verdad?

Ramu se sonrojó e intentó articular alguna respuesta cortés, pero el sartán se le adelantó:

—No me sorprende. Nos conocimos hace muchísimo tiempo. Antes de la

Separación. Yo era miembro del Consejo, por aquel entonces. Y buen amigo de tu padre.

Ramu entreabrió la boca. Por fin recordaba..., recordaba algo inquietante en relación con aquel hombre. Sin embargo, lo que más le llamó la atención, de entrada, fue el hecho evidente de que aquel sartán no era un ciudadano de Chelestra. Lo cual significaba que procedía de otro mundo.

—De Ariano —dijo el sartán con una sonrisa—. El mundo del aire. Vida suspendida. Muy parecida a la tuya y la de tu pueblo, tengo entendido.

—Me alegro de que nos encontremos de nuevo, señor —dijo Ramu mientras se esforzaba por aclarar su confusión, recordar qué conocía de aquel hombre y, al mismo tiempo, recrearse con la renovada esperanza que el desconocido acababa de proporcionarle: ¡en Ariano quedaban sartán con vida!—. Espero que no te sientas ofendido pero, como dices, ha pasado mucho tiempo y tu nombre...

—Puedes llamarme James —lo interrumpió el recién llegado.

Ramu le dirigió una mirada de desconfianza.

—James no es un nombre sartán.

—Tienes razón, no lo es. Pero, como ya debe de haberte contado cierto compatriota mío, en Ariano no utilizamos nuestros nombres sartán auténticos. Creo que has conocido a Alfred, ¿verdad?

— ¿Al hereje? Sí, lo he conocido. —Ramu seguía ceñudo. ¿Quién era aquel hombre?—. Me parece oportuno advertirte que ese Alfred ha sido desterrado... Algo se agitó en el interior de Ramu. Un recuerdo lejano. De Alfred; no, de más atrás. De mucho más atrás en el tiempo.

Casi consiguió atraparlo pero, antes de que pudiera hacerlo, el extraño sartán lo apartó de él.

James asentía con gesto grave.

—

— ¡Este Alfred, siempre armando líos! No me sorprende oír que ha caído en desgracia. Pero no he venido a hablar de él. Estoy aquí con una misión mucho más penosa. Soy portador de tristes noticias y de informaciones desalentadoras.

—Mi padre... —murmuró Ramu, olvidando todo lo demás—. Vienes con noticias de mi padre.

—Lamento tener que comunicarte esto. —James se acercó a Ramu y posó una mano firme en el brazo del hombre, al cual sacaba unos cuantos años—. Tu padre ha muerto.

Ramu bajó la cabeza, sin poner en duda por un solo instante las palabras del tal James. Hacía algún tiempo que, en lo más profundo de su corazón, ya lo sabía.

— ¿Cómo sucedió?

Con un tono de voz más grave y aire afectado, el sartán explicó:

—Murió en las mazmorras de Abarrach, a manos de uno que se hace llamar Xar, Señor de los patryn.

Ramu se quedó rígido y durante unos instantes fue incapaz de articular palabra; por fin, alcanzó a preguntar en voz baja:

— ¿Cómo lo has sabido?

—Yo estaba con él —dijo el sartán con suavidad. Esta vez, su mirada penetrante no se apartó del joven presidente del Consejo de los Siete—. También había sido capturado por Xar.

— ¿Lograste escapar, y mi padre no? —Ramu lo miró con odio.

—Lo siento, consejero. Un amigo me ayudó a escapar, pero la ayuda llegó demasiado tarde para tu padre. Cuando llegamos hasta él...

James dejó la frase a medias con un suspiro. Ramu se sintió abrumado de pena, pero muy pronto la cólera desplazó a la pesadumbre; la cólera, el odio y el deseo de venganza.

—Un amigo te ayudó, dices. Entonces, ¿hay sartán vivos en Abarrach?

— ¡Oh, sí! —repuso James con una mirada socarrona—. En ese mundo hay muchos sartán. Su líder se llama Balthazar. Sí, ya sé que tampoco es un nombre sartán —se apresuró a añadir—, pero debes recordar que para esos sartán han transcurrido doce generaciones y han perdido u olvidado muchas de sus viejas costumbres.

—Sí, claro —murmuró Ramu, sin prestar más atención al tema—.

¿Y dices que ese Xar y sus patryn también se encuentran en Abarrach? Esto sólo puede significar una cosa.

—Me temo que así es —asintió James con gesto grave—. Algunos patryn deben de haber salido del Laberinto; éstas son las novedades desalentadoras que traía. Y más patryn seguirán a los primeros. Ahora mismo, mientras hablamos, los que aún están encerrados también intentan escapar. Han lanzado un asalto a la Última Puerta.

— ¡Pero deben de ser miles...! —exclamó Ramu, espantado.

—Por lo menos —respondió James—. Será precisa toda tu gente, más los sartán de Abarrach...

— ¡... para detener ese mal! —terminó la frase Ramu, con los puños apretados.

—Para detener ese mal —repitió James y añadió solemnemente—. Es lo que tu padre habría querido, creo.

—

—Seguro. —A Ramu se le desbocó la imaginación. Se olvidó por completo de seguir preguntándose dónde y en qué circunstancias había conocido a su interlocutor—. Y esta vez no tendremos piedad de nuestro enemigo. Ése fue el error de mi padre.

—Samah ha pagado sus errores —murmuró James sin alzar la voz— y ha sido perdonado.

Ramu no le prestó atención.

—Esta vez no encerraremos a los patryn en una prisión. Esta vez los destruiremos... por completo. —Se volvió en redondo con la intención de abandonar la sala, pero recordó las normas de cortesía y miró al sartán—. Te agradezco que me hayas traído estas noticias. Puedes tener la certeza de que la muerte de mi padre será vengada. Ahora debo irme para tratar todo esto con los demás miembros del Consejo, pero te mandaré a uno de los servidores. Te alojarás en mi casa. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—No, muchas gracias —dijo James y, con un gesto de la mano, añadió—: Ve, Ramu. Me las arreglaré por mi cuenta.

El recién nombrado presidente del Consejo notó de nuevo aquella sensación de inquietud e incomodidad. No recelaba de la información que el extraño sartán le había transmitido, pues un sartán no podía mentirle a otro; sin embargo, había algo que no encajaba demasiado. ¿Qué tenía aquel desconocido?

James permaneció inmóvil, con una leve sonrisa, bajo la mirada escrutadora

de Ramu.

Éste abandonó por fin su intento de recordar. Probablemente, no sería nada. Nada importante. Además, al fin y al cabo, lo que fuera había sucedido hacía mucho tiempo. Ahora tenía otros problemas más urgentes, más inmediatos. Con una inclinación de cabeza, abandonó la cámara del Consejo.

El misterioso sartán se quedó en la estancia observando a Ramu hasta que éste hubo salido. Entonces murmuró para sí:

—Claro que te acuerdas de mí. Estabas entre los guardias que acudieron a detenerme ese día, el día de la Separación. Eras uno de los que vinieron para conducirme por la fuerza a la Séptima Puerta. Yo le había dicho a Samah que impediría sus planes. Tu padre me temía, pero no me sorprende; en esa época, Samah tenía miedo de cualquier cosa.

Exhaló un suspiro, se acercó a la mesa de piedra y pasó la yema del dedo por el polvo. Pese a la reciente inundación, el polvo seguía cayendo del techo e impregnaba todos los objetos del Cáliz con una fina capa blanquecina.

—Pero, cuando llegaste, Ramu —continuó susurrando James—, yo ya no estaba. Preferí ocultarme. No podía impedir la Separación, de modo que intenté proteger a los que dejasteis atrás, pero no pude hacer nada para ayudarlos. Eran demasiados los que morían y yo no era de mucha utilidad para nadie, en esos momentos.

»Pero ahora sí que lo soy.

El aspecto del sartán cambió, se alteró. El hombre atractivo de mediana edad se transformó en un instante en un anciano de barba larga y áspera, vestido con una indumentaria de color pardo y tocado con un sombrero raído y deforme. El viejo se acarició la barba con aire de sentirse sumamente orgulloso de sí mismo.

—

—¿Fastidiarlo todo? ¡Espera a saber lo que he hecho, esta vez! He llevado el asunto perfectamente. He hecho exactamente lo que me dijiste, especie de sapo estirado con escamas...

»Es decir... —Zifnab se dio unos tirones de la barba, pensativo—, creo que he hecho lo que me dijiste. "Cueste lo que cueste, lleva a Ramu al Laberinto." Sí, éstas fueron tus palabras exactas...

»A menos, creo que fueron ésas. Aunque, ahora que recuerdo... —El anciano empezó a retorcerse la barba hasta formar nudos—. Quizás fue: "Cueste lo que cueste, lleva a Ramu lejos del Laberinto"...

»De lo de "Cueste lo que cueste", no tengo ninguna duda—a Zifnab, esto parecía consolarlo—. Es lo que viene luego lo que me hace dudar. Quizá..., sería mejor volver atrás y consultar el guión...

Sin dejar de murmurar por lo bajo, el anciano se acercó a una pared y desapareció a través de ella.

Un sartán que entraba entonces en la cámara del Consejo se llevó un sobresalto al oír una voz torva que decía, desalentada:

—¿Qué habéis hecho esta vez, señor?

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

El dragón verdeazulado de Pryan se elevó sobre las copas de los árboles.

Alfred miró hacia el suelo un momento, se estremeció y decidió mirar a cualquier parte menos abajo. Volar era muy distinto cuando era otro quien tenía las alas, y se agarró con más fuerza a las escamas del dragón. Al tiempo que intentaba borrar de su mente el hecho de que estaba suspendido en equilibrio precario e inestable a lomos del dragón, a buena altura sobre el suelo, Alfred buscó la fuente de aquella luz maravillosa. Volvió la cabeza despacio y con cautela y se atrevió a echar una mirada a su espalda.

—La luz procede del Vórtice —gritó Vasu. El dirigente montaba otro dragón—. Mira, observa la montaña hundida.

Agarrado al dragón, nervioso, Alfred alargó el cuello cuanto pudo y, cuando miró hacia donde indicaba el patryn, lanzó una exclamación de asombro.

Era como si un sol ardiera en el seno de la montaña. Por todas las grietas, por todos los surcos, surgían rayos de luz cegadora que iluminaban el cielo y se derramaban sobre la tierra. La luz bañaba las grises murallas de Abri y arrancaba de ellas un destello plateado. Parecía como si los árboles que habían vivido tanto tiempo bajo la grisácea luminosidad del Laberinto alzarán sus ramas retorcidas hacia aquel nuevo amanecer, igual que un anciano acerca sus artríticos dedos al calor de la lumbre.

Pero Alfred comprobó con tristeza que la luz apenas penetraba en el Laberinto. Era una tenue vela en la vasta oscuridad, nada más.

Y la oscuridad la engulló muy pronto.

Alfred continuó mirando mientras pudo, hasta que la luz quedó oculta tras las montañas que se alzaban, escarpadas, como manos huesudas colocadas ante su rostro para prohibirle la esperanza. Suspiró, se volvió y advirtió el intenso resplandor rojizo en el horizonte, delante de él.

—¿Y eso? —preguntó—. ¿Qué es? ¿Lo sabes, dirigente?

Vasu dijo que no con la cabeza y respondió:

—

—Empezó la noche posterior al ataque contra Abri. En esa dirección queda la Última Puerta.

—Una vez, en las islas Volkaran, vi a los elfos quemar una ciudad amurallada —comentó Hugh *la Mano*, al tiempo que entrecerraba sus oscuros ojos para intentar distinguir algo—. Las llamas saltaban de casa en casa. El calor era tan intenso que algunos edificios estallaban antes incluso de que los alcanzara el fuego. De noche, el resplandor iluminaba el cielo. Y era muy parecido a eso.

—Sin duda, se trata de un fuego mágico creado por mi Señor para mantener a raya a las serpientes dragón —replicó Marit fríamente.

Alfred suspiró. ¿Cómo era posible que Marit continuara teniendo fe en su Señor, Xar? Los cabellos de la patryn estaban pegajosos de su propia sangre, derramada por Xar al destruir el signo mágico que los había unido. Tal vez era ésa la causa. Ella y Xar habían estado en comunicación. Era ella quien los había traicionado, quien había revelado a Xar su situación. Tal vez su Señor, de algún modo, aún seguía ejerciendo su influencia sobre Marit. «Debería haberla detenido desde el principio —se dijo—. Cuando traje a Marit al Vórtice, vi el signo mágico y supe qué significaba. Debería haber advertido a Haplo que su amiga lo traicionaría.»

Y, a continuación, Alfred se puso a discutir consigo mismo: «Pero Marit le salvó la vida en Chelestra. Era evidente que Haplo la amaba, y ella a él. Ellos dos trajeron el amor a una cárcel de odio. ¿Cómo iba yo a cerrar la puerta a este sentimiento? Pero, si se lo hubiera dicho, Haplo tal vez habría podido protegerse... No sé». Con un suspiro de tristeza, continuó diciéndose: «No sé..., hice lo que creí mejor...

Y tal vez la fe de Marit en su Señor está justificada. ¿Quién puede decir lo contrario?».

Los dragones verdeazulados de Pryan volaron a través del Laberinto, rodeando las elevadas cimas y lanzándose a través de los pasos entre montañas. Al acercarse más a la Última Puerta, descendieron hasta casi rozar las copas de los árboles para ocultarse a los posibles ojos vigilantes. La oscuridad se hizo más intensa; una oscuridad extraña, no natural, pues todavía faltaban varias horas para el crepúsculo. Aquella oscuridad no afectaba sólo a los ojos, sino también al corazón y a la mente. Era una oscuridad maléfica, mágica, provocada por las serpientes dragón, que llevaba consigo el ancestral miedo a la noche propio de la infancia. Aquellas tinieblas hablaban de seres horribles y desconocidos que acechaban, justo donde la vista no alcanzaba, dispuestos a saltar sobre uno y llevárselo.

El rostro de Marit, pálido y tenso, estaba bañado por el resplandor mortecino de sus propias runas de advertencia. En contraste con su piel, las venas de la frente parecían negras. Hugh *la Mano* volvía la cabeza constantemente para observar a su alrededor.

—Nos están vigilando —avisó a los demás.

Alfred se encogió al oír aquellas palabras, que la oscuridad parecía devolver en unos ecos burlones y festivos. Agachado sobre el cuello del dragón, tratando de ocultarse tras él, el sartán notó que iba a desmayarse (su forma de defensa preferida). Conocía los síntomas —sensación de mareo, un nudo en el estómago, la frente perlada de sudor— y luchó contra ellos. Apretó la mejilla contra las frías escamas del dragón y cerró los ojos.

—

Pero estar a ciegas era peor que ver pues, de pronto, asaltó a Alfred el vivido recuerdo del momento en que, como dragón, caía de las alturas en una espiral vertiginosa, demasiado débil y herido como para detener el descenso. El suelo giraba sin freno y se alzaba a su encuentro...

Una mano lo sacudió.

Alfred soltó una exclamación y se incorporó con un respingo.

—Un poco más y te caes —le dijo Hugh—. No pensarás desmayarte, ¿verdad?

—No, no —murmuró Alfred.

—Muy bien —continuó *la Mano*—. Echa un vistazo ahí delante.

Alfred se afianzó en su montura y se secó el sudor helado del rostro. La bruma de confusión que le nublaba los ojos tardó un momento en disiparse y, al principio, no tuvo idea de qué era lo que estaba mirando. La oscuridad era intensísima y ahora se mezclaba con un humo sofocante...

Humo. Alfred continuó mirando y todo fue cobrando forma.

Una forma terrible: la ciudad del Nexo, la hermosa ciudad construida por los sartán para sus enemigos, estaba en llamas.

La oscuridad mágica de las serpientes dragón no surtía efecto sobre los

dragones de Pryan, que continuaron su vuelo imperturbables, sin desviarse de su destino, fuera cual fuese. Alfred no tenía idea de adonde lo llevaban, ni le importaba demasiado saberlo. Dondequiera que fuese, sería un lugar espantoso. Acongojado y aterrorizado, el sartán deseó dar media vuelta y escapar hacia la luz brillante que irradiaba de la montaña.

—Menos mal que voy montado a lomos del dragón. —La voz de Vasu surgió de la oscuridad, con tono abatido. Las runas de la piel del dirigente emitían un intenso resplandor rojo y azulado—. De lo contrario, no habría tenido el valor suficiente como para llegar hasta aquí.

—Me avergüenza decirlo, dirigente —terció Marit con voz grave—, pero yo siento lo mismo.

—No hay de qué avergonzarse —intervino el dragón—. El miedo crece de las semillas plantadas dentro de vosotros por las serpientes. Las raíces del miedo buscan cada rincón oscuro de vuestro ser, cada recuerdo, cada pesadilla y, una vez que lo encuentran, penetran en estas zonas oscuras y se nutren de ellas. Y la péfida planta del miedo florece.

— ¿Cómo puedo arrancarla? —preguntó Alfred con voz trémula.

—No se puede —respondió el dragón—. El miedo es parte de uno. Las serpientes lo saben y por eso lo utilizan. No dejéis que el miedo os atenace. No tengáis miedo del miedo.

— ¡Precisamente lo que me ha sucedido toda la vida! —exclamó Alfred, desolado.

—Toda tu vida, no —replicó el dragón.

Quizá fue cosa de la imaginación de Alfred, pero el sartán creyó ver que la criatura sonreía.

Marit contempló a sus pies los edificios del Nexo, sus muros y pilares de piedra, sus torres y agujas, convertidos en negros esqueletos iluminados por dentro por las llamas voraces. Los edificios eran de piedra, pero las vigas maestras y los suelos y los tabiques interiores eran de madera. La piedra estaba protegida por las runas, trazadas en un principio por los sartán y reforzadas más tarde por

—

los patryn. En un primer momento, Marit se preguntó cómo era posible que la ciudad hubiese caído; después, recordó las murallas de Abri. Estas también estaban protegidas por la magia rúnica, pero las serpientes se habían arrojado ellas mismas contra las defensas, como enormes arietes, hasta provocar pequeñas grietas en las murallas, resquebrajaduras que se ensanchaban y se extendían hasta deshacer las runas y desbaratar la magia.

El Nexo. Marit nunca había considerado hermosa la ciudad. Siempre había pensado en ella en términos prácticos, como la mayoría de los patryn. Sus murallas eran gruesas y firmes, sus calles eran lisas y bien trazadas y sus edificios, recios, sólidos y bien asentados. Esta vez, a la luz del fuego que la estaba destruyendo, Marit apreció su belleza, la esbeltez y delicadeza de sus cúpulas y altas agujas, la armoniosa sencillez de su diseño. Mientras la contemplaba, una de las agujas se inclinó y cayó al suelo, de donde se levantó una rociada de chispas y una nube de humo.

Marit fue presa de la desesperación. Su Señor no podía haber permitido que aquello sucediera. Xar no debía de estar allí. Eso, o estaba muerto. Sí, todo su pueblo debía de haber muerto.

— ¡Mirad! —Vasu exclamó de pronto—. ¡La Última Puerta! ¡Todavía está abierta! ¡Aún sigue en nuestro poder!

Marit apartó a duras penas la mirada de la ciudad en llamas y escrutó entre el humo y la oscuridad, tratando de divisar el suelo. Los dragones inclinaron las alas, viraron e iniciaron el descenso desde lo alto en grandes espirales.

Los patryn del suelo levantaron el rostro hacia ellos. Marit estaba demasiado lejos como para ver sus expresiones, pero adivinó por sus gestos los pensamientos que corrían por sus mentes. La llegada de un enorme ejército de dragones alados sólo podía significar una cosa: la derrota. El golpe de gracia.

Vasu también se percató del miedo y empezó a cantar, usando el lenguaje rúnico de los sartán; su voz resonó con claridad entre el humo y bajo la oscuridad iluminada por las llamas.

Marit no entendía las palabras y tuvo la sensación de que no eran pronunciadas para ser dichas. Pero le levantaban el ánimo. El horrible temor que casi la había asfixiado bajo su presión sofocante se encogió y perdió parte de su fuerza.

Los patryn del suelo alzaron la vista con asombro. La canción de Vasu fue respondida por otras voces patryn que proferían gritos de ánimo y cantos de guerra. Los dragones, volando muy bajo, permitieron que sus pasajeros saltaran a tierra. Después, ganaron altura de nuevo. Algunos se quedaron sobrevolando, vigilantes. El resto se alejó; unos, para rastrear la zona en busca de más enemigos y otros, de regreso al interior del Laberinto para traer más patryn al campo de batalla.

Entre el Laberinto y el Nexo se extendía un muro cubierto de runas sartán, lo bastante poderosas como para matar a cualquiera que lo tocara. El muro, inmenso, se extendía de una cadena de montañas a otra en un gigantesco semicírculo irregular. Unas llanuras desiertas se extendían a ambos lados del muro. En uno de ellos, la ciudad del Nexo ofrecía vida; en el otro, los bosques sombríos del Laberinto amenazaban con muerte.

Para los prisioneros del Laberinto que llegaban a la vista de la Última Puerta, alcanzarla constituía su prueba más terrible. Las llanuras eran una tierra de

—

nadie, sin ninguna protección, que proporcionaba al enemigo una visión sin obstáculos de quien intentara cruzarla. Aquella extensión desnuda ofrecía al Laberinto la última oportunidad de acabar con sus víctimas. Allí, en aquella llanura, Marit había estado al borde de la muerte. Y allí la había rescatado su Señor.

Mientras sobrevolaba el territorio arrasado por la magia y la batalla, Marit buscó a Xar entre la multitud de patryn fatigados y ensangrentados. Tenía que estar allí. ¡Era preciso! El muro seguía en pie y la Puerta resistía. Sólo el Señor del Nexo era capaz de invocar una magia tan poderosa.

Pero, si estaba entre los congregados, Marit no consiguió dar con él. El dragón se posó en el suelo y los patryn se mantuvieron apartados de él y lo observaron con expresión sombría, de cauta suspicacia. El dragón que llevaba a Vasu se posó también y ambas criaturas se quedaron en tierra mientras el resto de sus congéneres volvía a ganar altura y se dirigía a sus tareas asignadas.

De los bosques llegaban los aullidos de los lobunos, aderezados con los irritantes chasquidos que emitían los caodines antes de un combate. Numerosos

dragones rojos, cuyas escamas reflejaban las llamas de la ciudad incendiada, revoloteaban entre el humo; pero no atacaron. Para su sorpresa, Marit no vio el menor rastro de las serpientes.

Pero sabía que estaban cerca, pues los signos mágicos de su piel brillaban casi tanto como las llamas.

Los patryn de Abri se agruparon y esperaron en silencio las órdenes de su dirigente. Vasu había ido al encuentro de los patryn de la Puerta para darse a conocer. Marit lo acompañó, empeñada todavía en encontrar a Xar. Los dos pasaron junto a Alfred, el cual contemplaba el muro con aire apenado, mientras se retorció las manos.

—Nosotros construimos esta prisión monstruosa —se lamentaba en un susurro—. ¡Nosotros construimos esto! Tenemos mucho de lo que dar cuenta.

Mucho —repitió, y sacudió la cabeza.

—Seguro, ¡pero ahora, no! —Lo increpó Marit—. No quiero tener que explicarle a mi pueblo qué hace aquí un sartán. Aunque no es probable que mi pueblo me diera ocasión de explicar gran cosa antes de despedazarte. Tú y Hugh manteneos fuera de la vista cuanto sea posible.

—Entendido —asintió Alfred con desconsuelo.

—Hugh, no lo pierdas de vista —ordenó Marit—. ¡Y, por el bien de todos, mantén bajo control esa condenada daga!

La Mano asintió en silencio. Su mirada estaba absorbiendo todo lo que sucedía a su alrededor y no dejaba traslucir un ápice de sus pensamientos. Puso una mano sobre la Hoja Maldita como si se dispusiera a refrenarla.

Vasu deambuló por la llanura chamuscada y arrasada mientras sus hombres aguardaban en silencio a su espalda, demostrándole su respeto y su apoyo. Una mujer se adelantó al grupo de patryn que guardaba la Puerta y avanzó a su encuentro.

A Marit le dio un vuelco el corazón. ¡Aquella mujer le resultaba conocida! Habían vivido bastante cerca, en el Nexo. Marit estuvo tentada de correr hacia ella y preguntarle dónde estaba Xar y adonde había llevado al malherido Haplo. Pero contuvo el impulso. Dirigirse a la mujer antes de que lo hiciera Vasu sería una grave descortesía.

—

. Si el dirigente muere durante la batalla, otro miembro de la tribu puede ocupar el puesto mientras se prolongue la emergencia. Usha es dirigente en la práctica, pero no puede hacer uso del título, que sólo puede conceder el consejo tribal. En esa situación se aceptan los desafíos a la autoridad del nuevo dirigente.

La mujer, con toda la razón, la rechazaría y se negaría a responder a sus preguntas. Dominando con gran esfuerzo su impaciencia, Marit se mantuvo lo más cerca posible de Vasu y volvió la cabeza con expresión preocupada hacia Alfred, temerosa de que el sartán se delatara. Pero éste se mantenía en las últimas filas de la multitud, con Hugh a su lado. Cerca de ellos, a solas, estaba el caballero vestido de negro. El dragón verdeazulado de Pryan había desaparecido.

—Soy el dirigente Vasu, de la población de Abri. —Vasu se llevó la mano a la runa del corazón—. Una ciudad a varias puertas de aquí. Ésta es mi gente.

—Tú y los tuyos sois bienvenidos, dirigente, aunque sólo habéis llegado aquí para morir —respondió la mujer.

—Moriremos en buena compañía —fue la contestación de Vasu.

—Yo soy Usha —se presentó la mujer, con el mismo gesto de la mano—.

Nuestro dirigente ha muerto. Hemos perdido a varios —añadió con voz abatida, mientras su mirada se volvía hacia la Puerta—. Mi gente se ha vuelto a mí para que la conduzca.

Usha tenía muchas puertas, como se decía en el Laberinto. Su cabello estaba veteado de canas y su piel, llena de arrugas. Pero era fuerte y exhibía un estado físico mucho mejor que el de Vasu. De hecho, miraba al dirigente con aire ceñudo y expresión dubitativa.

— ¿Qué son esas bestias que habéis traído con vosotros? —Preguntó, dirigiendo la vista a los dragones que daban vueltas en círculos sobre sus cabezas—. Jamás había visto nada parecido en el Laberinto.

—Evidentemente, no has estado nunca en nuestra parte del Laberinto, Usha —respondió Vasu. —

La patryn se tomó la contestación como una evasiva y frunció el entrecejo otra vez. Marit se había preguntado cómo explicaría Vasu la presencia de los dragones. Un patryn no podía mentir abiertamente a otro patryn, pero ciertas verdades podían mantenerse ocultas. Explicar la presencia de los dragones de Pryan requeriría mucho tiempo; eso, si era posible hacerlo...

— ¿Estas diciendo que esas criaturas proceden de vuestra parte del Laberinto, dirigente?

—Ahora, sí —contestó Vasu con gran seriedad—. No es necesario que te preocupes por los dragones, Usha. Están bajo nuestro control. Son inmensamente poderosos y nos ayudarán en nuestra batalla. De hecho, es muy posible que nos salven la vida.

Usha cruzó los brazos sobre el pecho. No parecía convencida, pero continuar la discusión sería desafiar la autoridad de Vasu; incluso podía entenderse que ponía en duda el derecho de éste a ejercerla. Respaldado como estaba el dirigente por varios cientos de patryn manifiestamente leales a él, habría sido una estupidez por parte de Usha obrar de tal manera en un trance como el que estaban pasando. Así pues, su expresión adusta se relajó.

—Repito que sois bienvenidos, dirigente Vasu. Tú y tu pueblo y... —Usha titubeó un poco y añadió enseguida, con una sonrisa forzada—: Y esos que llamas vuestros dragones. Respecto a lo de salvarnos... —La sonrisa se desvaneció. Con un suspiro, volvió la vista hacia el voraz incendio del Nexo—. No creo que haya muchas esperanzas de eso.

— ¿Cuál es la situación? —quiso saber Vasu.

—

Los dos líderes se retiraron a conferenciar. Desde aquel momento, las dos tribus pudieron mezclarse libremente. Los patryn de Abri avanzaron con las armas, comida, agua y otros suministros que habían llevado consigo. También ofrecieron su propia fuerza curativa para restablecer a los que la necesitaban. Marit dirigió otra mirada preocupada a Alfred. Este, afortunadamente, se mantenía apartado y no se metía en problemas. La patryn observó que Hugh tenía asido con fuerza al sartán por el brazo. No vio al caballero de negro por ninguna parte. Tranquilizada respecto a Alfred, Marit siguió a Usha y a Vasu, impaciente por saber de qué hablaban.

—... serpientes nos atacaron al amanecer —explicaba la mujer—. En un número inmenso. Primero se abatieron sobre la ciudad del Nexo. Su intención era atraparnos en la ciudad y destruirnos allí; luego, una vez eliminados, las

serpientes proyectaban sellar la Última Puerta. No mantuvieron ninguna reserva acerca de sus planes; al contrario, nos revelaron entre risas lo que se proponían. Cómo dejarían atrapado a nuestro pueblo en el Laberinto, cómo crecería el mal...

—Usha se estremeció—. Escuchar sus amenazas era espantoso.

—Esas serpientes querían vuestro miedo —dijo Vasu—. Se alimentan de él, las hace fuertes. ¿Qué sucedió después?

—Luchamos. Fue una batalla desesperada. Nuestras armas son inútiles contra un enemigo tan poderoso. Las serpientes se arrojaron en masa contra las murallas de la ciudad, rompieron las runas y penetraron en el recinto. —Usha miró de nuevo hacia los edificios en llamas—. Habrían podido destruirnos, hasta el último de nosotros. Pero no lo hicieron. A la mayoría nos dejaron vivir. Al principio, no entendimos por qué. ¿Por qué no nos mataban, cuando tenían ocasión?

—Querían atraparos en el Laberinto, supongo —apuntó Vasu.

Usha asintió con gesto sombrío.

—Entonces, huimos de la ciudad. Las serpientes nos empujaron en esta dirección, matando a todo el que intentaba eludirlas. Nos vimos atrapados entre el terror del Laberinto y el espanto de las serpientes. Algunos de los míos se volvieron medio locos de pánico. Las serpientes se reían y nos rodeaban, empujándonos más y más cerca de la Puerta, y escogían víctimas al azar para aumentar el terror y el caos.

«Entramos en la Puerta. No teníamos otra alternativa. La mayoría de los míos encontró el valor necesario para ello. Los que no... —Usha suspiró y, con la cabeza gacha, pestañeó aceleradamente y tragó saliva—. Oímos sus gritos muchísimo rato.

Vasu tardó en responder; la rabia y la pena le estrangulaban la voz. Pero Marit no pudo contenerse un instante más.

—Usha —dijo, desesperada—, ¿qué hay de Xar? Está aquí, ¿verdad?

—Estuvo aquí —la corrigió Usha.

— ¿Adonde ha ido? ¿Había..., había alguien con él? —Marit titubeó y se sonrojó.

Usha la miró con expresión sombría.

—Respecto adonde ha ido, ni lo sé ni me importa. ¡Nos abandonó!

¡Nos dejó morir! —Escupió en el suelo y masculó—: ¡Esto, para el Señor del Nexo!

— ¡No! —Murmuró Marit—. No es posible.

—

—Y, si había alguien con él, no lo sé. No sabría decirte. —Usha apretó los labios—. Xar iba a bordo de un barco, de una nave que volaba por los aires. Y que iba cubierta de marcas como éstas —dirigió una mirada acerba al muro y la Puerta—. ¡Las runas de nuestro enemigo!

— ¿Runas sartán? —Marit comprendió de pronto a qué se refería—.

¡Entonces, no podía ser Xar quien viste a bordo! ¡Debía de ser un truco de esas serpientes! El Señor Xar no subiría nunca a una nave con runas sartán. ¡Eso demuestra que no podía tratarse de él!

—Al contrario —intervino una voz—. Me temo que eso demuestra que se trataba del Señor del Nexo.

Irritada, Marit se volvió para replicar a la nueva acusación y se sintió algo intimidada al descubrir junto a ella al caballero de negro, que la miraba con

profunda pena.

—Xar abandonó Pryan en una nave de esas características, de fabricación y diseño sartán; una embarcación realizada a semejanza de un dragón, con velas por alas...

El caballero dirigió una mirada inquisitiva a Usha. La patryn confirmó la descripción con un brusco gesto de asentimiento.

— ¡No puede ser! —exclamó Marit, colérica—. ¡Mi Señor no puede haberse marchado abandonando a su pueblo! ¡Imposible, si vio lo que sucedía! ¡Imposible, si comprobó que las serpientes lo habían traicionado! ¿Dijo algo?

— ¡Dijo que volvería! —Usha escupió las palabras con acritud—. ¡Y que nuestra muerte sería vengada!

En su mirada hubo un destello de desconfianza hacia Marit.

En aquel momento, Vasu intervino. Apartando los cabellos enredados e incrustados de sangre coagulada del rostro de Marit, dejó a la vista la marca rota de la frente.

—Quizás esto te ayude a entenderlo, Usha —murmuró.

Usha observó la runa y su expresión se suavizó.

—Ya veo —murmuró—. Lo siento, Marit.

La dirigente apartó la vista de ella y continuó su conversación con Vasu.

—A sugerencia mía, nuestro pueblo, ahora capturado de nuevo en el Laberinto, ha concentrado su magia en la defensa de la Última Puerta. Nos proponemos mantenerla abierta. Si se cierra... —movió la cabeza con gesto ominoso.

—Sería el final para nosotros... —asintió Vasu.

—Las runas de muerte sartán de las murallas, durante tanto tiempo una maldición, ahora resultan ser una dicha. Después de empujarnos a cruzar la Última Puerta, las serpientes descubrieron que no podían atravesarla o acercarse a ella, siquiera. Atacaron el muro, pero las runas son de una magia que no pueden destruir. Cada vez que las serpientes tocan esos signos mágicos, unos chispazos las envuelven y las obligan a retirarse entre exclamaciones de dolor. El efecto de las chispas no mata a esas bestias pero, al parecer, las debilita.

»Cuando lo advertimos, urdimos una red de este fuego azul que cerrara el hueco de la Última Puerta. Nosotros no podíamos salir, pero las serpientes tampoco podían sellar la Puerta. Frustradas, las serpientes rondaron un rato las inmediaciones del muro. Luego, misteriosamente, se marcharon de improviso.

—

»Y ahora los exploradores informan que a nuestra espalda, en el bosque, se está congregando otro enemigo: todo el conjunto de criaturas malévolas del Laberinto. Miles de ellas.

—Así pues —apuntó Vasu—, nos atacarán desde ambas direcciones. Y nos acorralarán contra el muro.

—Sí, nos aplastarán contra él...

—Quizá no, Usha. ¿Y si...?

Los dos dirigentes continuaron hablando de estrategia, de defensas... Marit dejó de prestar atención y se alejó. ¿Qué importaba todo aquello, al fin y al cabo?, pensó. Había estado tan segura de Xar, se había fiado tanto de él...

— ¿Qué sucede? —preguntó Alfred, inquieto. El sartán había aguardado hasta aquel momento para acercarse a hablar con ella—. ¿Qué has averiguado?

¿Dónde está Xar?

Marit no respondió. En su lugar, lo hizo el caballero de negro.

—El Señor del Nexo ha viajado a Abarrach, como anunció.

— ¿Y Haplo está con él? —a Alfred le tembló la voz.

—Sí, Haplo está con él.

— ¡Mi Señor, Xar, lo ha llevado consigo a Abarrach para curarlo! —Marit les dirigió una mirada colérica, desafiándolos a rebatir tal afirmación.

Alfred guardó silencio un instante; después, respondió con calma:

—Mi camino está claro. Me dirigiré a Abarrach. Tal vez pueda... —Dirigió una mirada a Marit y acabó la frase sin mucha convicción—: Tal vez pueda ayudarlos.

Marit captó perfectamente lo que le rondaba la cabeza al sartán. Ella también volvió a ver los cadáveres vivientes de Abarrach, los cuerpos muertos convertidos en esclavos sin voluntad. Recordó la expresión atormentada de los ojos sin vida, el alma atrapada que se asomaba a través de su prisión de carne putrefacta... Y vio a Haplo...

Una negrura con un toque amarillento la cegó. No podía respirar. Unos brazos suaves la cogieron y la sostuvieron. Marit aceptó la ayuda mientras duró la oscuridad. Cuando ésta empezó a retroceder, la patryn alejó de sí a Alfred.

—Déjame sola. Ya estoy bien —murmuró, avergonzada de su debilidad—. Y, si vas a Abarrach, yo también. —Se volvió hacia el caballero de negro—. Pero ¿cómo podemos hacer para llegar allí? Nosotros no tenemos ninguna nave que...

—Encontraréis una junto a la vivienda de Xar —indicó el caballero—. O, mejor dicho, junto a su antigua vivienda. Las serpientes la han quemado.

— ¿Y han dejado intacta una embarcación? No resulta lógico —apuntó Marit con suspicacia.

—Quizá tenga su lógica... para esas criaturas —replicó el caballero—. Si estáis dispuestos a marcharos, como decís, será mejor que lo hagáis pronto, antes de que regresen las serpientes. Si descubren al Mago de la Serpiente y lo localizan en campo abierto, no dudarán en atacarlo.

— ¿Adonde han ido las serpientes dragón? —preguntó Alfred, inquieto.

—Están dirigiendo a los enemigos de los patryn: lobunos, snogs, caodines y dragones. Los ejércitos del Laberinto se están agrupando para el asalto final.

—Pues no quedan muchos de los nuestros para hacerles frente. —Con un gesto de la mano, Marit abarcó a los patryn mientras pensaba en el enorme número de enemigos.

—

—Ya vienen de camino refuerzos —dijo el caballero de negro con una sonrisa tranquilizadora—. Y nuestras primas, las serpientes, no esperarán encontrarnos aquí. Cuando nos presentemos, será una sorpresa muy desagradable para ellas. Nosotros podemos mantenerlas a raya mucho tiempo. Todo el que sea preciso —añadió, dirigiendo una extraña mirada a Alfred.

— ¿Qué significa eso? —inquirió éste.

El caballero apoyó la mano en la muñeca del sartán y le dirigió una mirada penetrante. Sus verdeazulados ojos tenían el color del cielo de Pryan, del agua de Chelestra que anulaba la magia.

—Recuerda, Coren —fue su respuesta—, que la luz de la esperanza brilla ahora en el Laberinto. Y continuará brillando aunque se cierre la Puerta.

—Intentas decirme algo, ¿verdad? ¡Acertijos, profecías...! No soy muy bueno

en esas cosas. —Alfred sudaba—. ¿Por qué no me lo dices abiertamente? ¡Dime qué se espera que haga!

—Hoy día, muy pocos siguen las órdenes e instrucciones —murmuró el caballero, al tiempo que sacudía la cabeza con aire sombrío—. Ni siquiera las más sencillas. —Dio una palmadita en el revés de la mano de Alfred y continuó—: Con todo, hacemos lo que podemos con lo que tenemos. Confía en tu intuición.

— ¡Normalmente, mi intuición me lleva a desmayarme! —Protestó Alfred—. Tal vez esperas de mí que haga algo admirable y heroico, pero no soy el tipo. Yo sólo voy a Abarrach a ayudar a un amigo.

—Desde luego, desde luego —dijo el caballero con voz suave; después, con un suspiro, se volvió.

Marit escuchó el eco del suspiro en su interior. Le recordó el eco de las almas atrapadas de los muertos vivientes de Abarrach.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS ABARRACH

Abarrach, mundo de fuego, mundo de piedra. El mundo de los muertos. Y de los agonizantes.

En las mazmorras de Necrópolis, la ciudad muerta de un mundo muerto, Haplo yacía agonizante.

Yacía en un lecho de piedra, con una piedra por almohada. No resultaba cómoda, pero Haplo ya no tenía necesidad de comodidades. Había sufrido terribles dolores, pero lo peor de ellos ya había pasado. Era insensible a todo, salvo a la quemazón de su respiración entrecortada. Cada inspiración le resultaba más difícil que la anterior y Haplo estaba un poco temeroso de aquel último aliento, aquel espasmódico jadeo final que sería insuficiente para mantenerlo con vida; temía el sofocamiento, el estertor. Lo imaginaba y temía que fuera parecido a la ocasión, en Chelestra, en que había creído que se ahogaba.

Entonces, había llenado de agua sus pulmones y el líquido le había dado la vida. Esta vez, no lograría llenarlos de nada y sólo pugnaría por mantener a raya la oscuridad en una lucha aterradora, pero misericordiosamente breve.

Y su Señor estaba allí, a su lado. Haplo no estaba solo.

—Esto no me resulta fácil, hijo mío —musitó Xar en tono grave.

El Señor del Nexo no lo decía con sarcasmo, ni con ironía. Al contrario, lo sentía de veras. Xar estaba sentado junto al duro lecho de Haplo con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Parecía mucho más viejo de lo que era en realidad (y tenía muchísimos años). Sus ojos observaban la agonía de Haplo con un intenso brillo de lágrimas contenidas.

Xar podría haber matado a Haplo, pero no lo hizo.

O podría haberle salvado la vida, pero tampoco hizo nada en tal sentido.

—Es preciso que mueras, hijo mío —murmuró—. No me atrevo a dejarte vivir.

No puedo fiarme de ti. Para mí, eres más valioso muerto que vivo. Por eso debo dejarte morir. Pero no puedo matarte. Yo te di la vida y sí, supongo que eso me da

—

derecho a quitártela. Pero no puedo hacerlo. Tú eras uno de los mejores y yo te quería mucho. Aún te quiero y te salvaría si... si tan sólo...

Xar no terminó.

Haplo guardó silencio, no protestó ni suplicó por su vida. Sabía el dolor que aquello debía causarle a su Señor y sabía que Xar lo habría rescatado de aquella situación, si hubiese modo de hacerlo. Pero Xar tenía razón: el Señor del Nexo ya no podía seguir confiando en su «hijo». Haplo se enfrentaría a él y seguiría haciéndolo hasta que, como en aquel momento, hubiese agotado el último ápice de sus fuerzas.

Xar cometería una estupidez si le devolvía aquella fuerza a Haplo. Una vez muerto, el cadáver de éste —una pobre cáscara sin voluntad y sin alma— se sometería a las órdenes de Xar. Haplo —el Haplo vivo, pensante— no lo haría nunca.

—No hay más remedio —dijo Xar, cuyos pensamientos corrían paralelos a los de Haplo, como sucedía a menudo—. Debo dejarte morir, ¿comprendes, hijo mío? Estoy seguro de que sí. De este modo, me servirás en la muerte como has hecho en vida, sólo que mejor. Sólo que mejor. —El Señor del Nexo exhaló un suspiro—. Pero todo esto sigue sin ser fácil para mí. Eso lo entiendes también, ¿verdad, hijo mío?

—Sí —susurró Haplo—. Lo entiendo.

Y así se quedaron los dos, juntos, en la oscuridad de la mazmorra. Reinaba el silencio, un profundísimo silencio. Xar había ordenado a los demás patryn que los dejaran a solas. Los únicos sonidos eran los jadeos entrecortados de Haplo, las esporádicas preguntas de Xar y el susurro de las respuestas de Haplo.

— ¿Te importa si hablamos? —Preguntó Xar—. Si te duele, no insistiré.

—No, mi Señor. No siento el dolor. Ya no.

—Un sorbo de agua, para aliviar la sequedad.

—Sí, mi Señor. Gracias.

El tacto de Xar era frío. Sus manos apartaron de la frente febril de Haplo los mechones de cabello empapado en sudor, levantaron la cabeza del agonizante y llevaron a sus labios un vaso de agua. Después, con suavidad, el Señor del Nexo depositó de nuevo a Haplo sobre el lecho de piedra.

—Esa ciudad en la que te encontré, la ciudad de Abri... Una ciudad en el Laberinto. Nunca había sabido de su existencia. No me sorprende, por supuesto, ya que se levanta en el centro mismo de nuestra prisión. A juzgar por su tamaño, calculo que Abri lleva en pie mucho tiempo.

Haplo asintió. Estaba muy cansado, pero era consolador oír la voz de su Señor. Lo asaltó un vago recuerdo de cuando era niño, montado a espaldas de su padre. Los bracitos menudos rodeaban aquellos hombros musculosos y la cabecita se apoyaba en ellos. Oía la voz de su padre y, al mismo tiempo, la notaba resonar en su pecho. Oía la voz de su Señor y, al mismo tiempo, las palabras de éste le producían una sensación extraña, como si llegaran hasta él a través de la piedra dura y fría.

—Nuestra gente no es constructora de ciudades —continuó Xar.

—Los sartán... —susurró Haplo.

—Sí, lo imaginaba. Los sartán que, hace mucho tiempo, desafiaron a Samah y al Consejo de los Siete. En castigo por su rebelión, fueron enviados al Laberinto

con sus enemigos. ¡Y nosotros no nos volvimos contra ellos para matarlos! Qué extraño.

—No tanto —dijo Haplo, pensando en Alfred.

No era tan extraño, en efecto, cuando dos personas tenían que luchar para sobrevivir en una tierra terrible que está dispuesta a destruirlas a ambas. Él y Alfred sólo habían podido sobrevivir porque se habían ayudado mutuamente. Ahora, Alfred estaba en el Laberinto, en Abri, tal vez ayudando al pueblo de la ciudad a sobrevivir.

—Este Vasu, el líder de Abri, ¿es un sartán, verdad? —Continuó Xar—. Medio sartán, al menos. Sí, eso imaginaba. No llegué a conocerlo, pero percibí su presencia con la periferia de mi mente. El dirigente es muy poderoso y muy *capaz*. Un buen líder. Pero ambicioso, desde luego; sobre todo, ahora que sabe que el mundo no se limita a los muros de Abri. Vasu, me temo, querrá su parte. Quizá lo querrá todo. Su naturaleza sartán lo impulsará a ello y me temo que no puedo permitirlo. Es preciso eliminarlo. Y puede haber más como él. Todos aquellos de nuestro pueblo cuya sangre ha sido contaminada por los sartán. Me temo que intentarán desafiar mi mando.

Me temo...

«Te equivocas, mi Señor —respondió Haplo en silencio—. A Vasu sólo le importa su pueblo, no el poder. Pero él no tiene miedo. Vasu es lo que tú fuiste, mi Señor. Pero a él no le sucederá lo que a ti: él no sentirá miedo. Tú te desembarazarás de él porque le tienes miedo. Después, destruirás a todos los patryn que tienen antepasados sartán. Luego, acabarás con los patryn que eran amigos de los anteriores y, por fin, no quedará nadie más que la persona a la que más temes: tú mismo.»

—El final es el principio —murmuró Haplo.

— ¿Qué? —Xar se inclinó hacia adelante, atento y vehemente—. ¿Qué has dicho, hijo mío?

Haplo ya no estaba allí. Se hallaba en Chelestra, el mundo del agua, flotando a la deriva en su mar, sumergiéndose lentamente bajo las olas como ya había hecho en otra ocasión... Pero esta vez ya no sentía miedo. Sólo estaba un poco triste, un poco pesaroso porque dejaba asuntos pendientes, sin terminar.

Sin embargo, quedaban otros que recogerían lo que él se había visto obligado a dejar caer. Alfred, torpe y bambolean... un dragón dorado que surcaba los cielos. Marit, amada, llena de vigor. La hija de ambos, desconocida. No; eso no era del todo cierto. El la conocía, había visto su rostro... el rostro de sus hijos... en el Laberinto. Alfred, Marit, su hija... todos ellos flotando a la deriva sobre las olas. La ola lo impulsaba hacia arriba, lo acunaba y lo mecía, pero Haplo la vio como había sido una vez: una ola de marea que se alzaba hasta formar un muro espantoso que se abatía sobre el mundo para inundarlo, arrasarlo y despedazarlo. Samah...

Y luego el reflujo. Desechos y restos flotando en el agua, y los supervivientes agarrados a ellos, hasta que hallaron un puerto seguro en playas extrañas. Por un tiempo florecieron... Pero la onda debía corregirse a sí misma.

Lenta, muy lentamente la ola volvió a crecer en dirección opuesta. Una gigantesca montaña de agua, que amenazaba con volver a abatirse sobre el mundo.

Xar...

—

Haplo se debatió brevemente. Resultaba duro.... sí, resultaba duro marcharse. Sobre todo, ahora que por fin empezaba a comprender... Empezaba... Xar estaba hablándole, engatusándolo. Decía algo de la Séptima Puerta. Era un poema infantil. El final es el principio. De debajo del lecho de piedra le llegó un gañido apagado que resultó más audible que la voz de Xar. Haplo reunió las fuerzas justas para mover la mano y notó un lametón húmedo en los dedos. Con una sonrisa, acarició las sedosas orejas del perro.

—Nuestro último viaje juntos, muchacho —murmuró—. Pero no hay salchichas.

El dolor había vuelto. Intenso. Muy intenso. Una mano asió la de él. Una mano nudosa y vieja, fuerte y sostenedora.

—Calma, hijo mío —respondió Xar en el mismo tono de voz—. Descansa tranquilo. Abandona la disputa. Vamos...

El dolor era agónico.

—Vamos...

Haplo cerró los ojos, exhaló su último suspiro y se hundió bajo las olas.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS ABARRACH

Xar cerró la mano en torno a la muñeca de Haplo. El Señor del Nexo mantuvo el contacto incluso cuando dejó de notar el pulso vital bajo las yemas de sus dedos. Permaneció sentado en silencio, con la mirada fija en la oscuridad, sin ver nada al principio. Luego, cuando hubo pasado un rato y la carne que atenazaba entre sus dedos empezó a enfriarse, Xar se vio a sí mismo:

Un viejo, a solas con su muerto.

Un viejo sentado en una mazmorra muy profunda bajo la superficie de un mundo que era su propia tumba. Un viejo de cabeza inclinada y hombros hundidos que lloraba su pérdida. Haplo. Más querido para él que cualquier hijo que hubiera engendrado.

Pero había más. Cerrando los ojos a la amarga oscuridad, Xar vio otra: las terribles tinieblas que se habían abatido sobre la Última Puerta. Vio a su gente volver el rostro hacia él con esperanza y cómo ésta se transformaba en incredulidad y luego en miedo, en algunos, y en cólera, en otros, mientras su nave lo introducía en la Puerta de la Muerte.

Recordó un tiempo en que, en incontables ocasiones, había emergido del Laberinto, agotado y herido, pero triunfante. Su pueblo, severo y taciturno, apenas hacía comentarios, pero su propio silencio resultaba elocuente. Xar veía respeto, amor y admiración en sus ojos...

Contempló los ojos de Haplo —muy abiertos, con la mirada fija—y sólo vio el vacío.

Dejó caer la muñeca de su siervo y recorrió la celda a oscuras con una mirada de embotada desesperación.

— ¿Cómo he llegado a esto? —Se preguntó en voz alta—. ¿Cómo he llegado aquí, desde dónde partí?

Y creyó oír una risa sibilante, siseante, procedente de las sombras. Furioso,

se puso en pie de un salto.

— ¿Quién anda ahí? —preguntó.

No hubo respuesta, pero los ruidos cesaron.

—

Sin embargo, el momento de debilidad había quedado atrás. La risa siseante había provocado que el vacío se llenara de rabia.

—Ahora, mi gente está decepcionada conmigo —murmuró por lo bajo.

Despacio y con determinación, volvió hasta el cadáver—. Pero, cuando me reúna con ellos, victorioso, cuando me presente a ellos a través de la Séptima Puerta y les presente un único mundo que conquistar y gobernar, los patryn me respetarán y venerarán como nunca han hecho.

»La Séptima Puerta —susurró mientras arreglaba con gesto tierno y delicado el cuerpo sin vida, cruzando los brazos sobre el pecho y extendiendo las piernas. Por último, cerró aquellos ojos, de mirada fija y vacía—. La Séptima Puerta, hijo mío. Cuando estabas vivo, querías llevarme allí. Ahora tendrás la ocasión de hacerlo. Y yo te lo agradeceré, hijo mío. Hazme este favor y yo te garantizaré el descanso.

La piel de Haplo ya estaba fría al tacto. La runa del corazón, con su espantosa herida abierta, quedaba justo bajo la mano de Xar. Bastaba con que cerrara el signo mágico, con que lo remendara, y aplicara a continuación la magia de la nigromancia al cadáver, a todas las demás runas tatuadas en su piel.

El Señor del Nexo posó los dedos en la runa del corazón, y sus labios se dispusieron a pronunciar las palabras de reparación; pero, de pronto, retiró la mano. Las yemas de sus dedos estaban manchadas de sangre. Su mano, que siempre se había mantenido firme en la batalla frente al enemigo, empezó a temblar.

De nuevo, captó un sonido en el exterior de la celda. Era uno de los lázaros, uno de los espantosos muertos vivientes de Abarrach. Xar estudió al cadáver ambulante con suspicacia, pensando que se trataría de Kleitus. El antiguo dinasta de Abarrach, asesinado por su propio pueblo y convertido en lázaro, se habría sentido muy feliz de devolver el favor dando muerte a Xar. En efecto, lo había intentado y había fracasado, pero siempre estaba al acecho de una nueva oportunidad. Pero no se trataba de Kleitus. Xar exhaló un suspiro involuntario de alivio; Kleitus no le inspiraba temor, pero el Señor del Nexo tenía otros asuntos más importantes de que ocuparse, en aquel momento, y no tenía interés en desperdiciar sus facultades mágicas luchando con un muerto.

— ¿Quién eres? ¿Qué buscas aquí? —inquirió con aire hosco. Creyó reconocer al lázaro, pero no estaba seguro. Al patryn, todos los sartán muertos le parecían iguales.

—Me llamo Jonathon —anunció el lázaro.

«... Jonathon...», repitió como un eco la voz del alma atrapada, en su permanente intento de liberarse del cuerpo.

—No he venido a buscarte a ti, sino a él.

«... a él...»

Los extraños ojos del lázaro, que a veces tenía la mirada vacía de un cadáver y a veces la expresión dolorida de quien vive atormentado, se volvieron a Haplo.

—Los muertos nos llaman —continuó el lázaro—. Oímos sus voces...

«... voces...», susurró el eco tristemente.

—Pues es una llamada que no debes molestarte en atender —replicó Xar con voz severa—. Puedes marcharte. Necesito este cuerpo para mí.
—Podría echarle una mano —se ofreció el lázaro Jonathon.

«... una mano...»

Xar se dispuso a rechazar al lázaro, a insistirle para que se marchara. Entonces recordó que, la última vez que había intentado emplear la nigromancia con el cadáver de Samah, el hechizo había salido mal. Devolver la vida a Haplo era demasiado importante como para correr el menor riesgo, y el Señor del Nexo observó con desconfianza al lázaro, dudando de sus motivos.

Pero lo único que vio en él fue a un ser atormentado, como cualquier otro lázaro de Abarrach. Hasta donde Xar sabía, los muertos vivientes sólo tenían una ambición y era convertir a otros seres en horribles copias de ellos mismos.

—Muy bien —dijo Xar, dando la espalda al lázaro—. Puedes quedarte. Pero no te entrometas a no ser que me veas hacer algo mal.

Y tal cosa no sucedería. El Señor del Nexo tenía confianza en ello. En esta ocasión, el hechizo surtiría efecto.

Xar se concentró resueltamente en su tarea. Esta vez obró con rapidez: sin hacer caso de la sangre que le manchaba las manos, cerró la runa del corazón que ocupaba el centro del pecho de Haplo. Después, siguiendo con detalle el hechizo, empezó a trazar los demás signos mágicos al tiempo que pronunciaba las runas en un murmullo.

El lázaro permaneció en silencio, inmóvil, junto a la puerta de la celda. Muy pronto, concentrado únicamente en el encantamiento, Xar se olvidó por completo del muerto viviente. Procedió despacio, con paciencia, tomándose su tiempo. Transcurrieron horas.

Y, de pronto, un fantasmagórico resplandor azul empezó a extenderse sobre el cuerpo muerto. El fulgor arrancó de la runa del corazón y se extendió lentamente: cada signo mágico fue prendiendo del anterior. El hechizo de Xar hacía que cada runa tatuada en la piel de Haplo se iluminara con una falsa apariencia de vida.

El Señor del Nexo efectuó una profunda inspiración. Estaba tembloroso de impaciencia y de regocijo. ¡El hechizo funcionaba! ¡Daba resultado! Pronto, el cadáver se pondría en pie; pronto, lo conduciría a la Séptima Puerta.

Todo sentimiento de lástima, de dolor, se borró del corazón de Xar. El hombre al que había querido como un hijo estaba muerto y el cadáver le resultaba completamente ajeno. El cuerpo muerto era un objeto, un medio para conseguir un fin. Un instrumento. Una llave para abrir la puerta de la ambición de Xar.

Cuando el último signo mágico hubo cobrado vida, el Señor del Nexo estaba tan excitado que, durante unos momentos, ni siquiera consiguió recordar el nombre del muerto (un dato fundamental en los pasos finales del encantamiento).

—Haplo —apuntó el lázaro en un susurro.

«... Haplo...», suspiró el eco.

Dio la impresión de que era la oscuridad la que cuchicheaba el nombre. Xar no se percató de quién lo hacía, ni notó el sonido de rascaduras y forcejeos procedente de detrás del lecho de piedra en el que yacía el cadáver.

— ¡Haplo! —Dijo Xar—. Eso es. Debo de estar más cansado de lo que creía.

Cuando acabe esto, descansaré. Necesitaré todas mis fuerzas para obrar la magia de la Séptima Puerta.

El Señor del Nexo hizo una pausa y, por última vez, lo repasó todo mentalmente. Estaba todo perfecto. No había cometido un solo error, como lo demostraba el leve resplandor azulado de las runas del cuerpo yacente. Xar levantó las manos.

—

—Me servirás en tu muerte, Haplo, como me has servido en vida. Levántate y anda. Regresa a la tierra de los vivos.

El cadáver no se movió.

Xar frunció el entrecejo y estudió las runas con atención. No hubo el menor cambio. Los signos mágicos mantuvieron su resplandor mortecino pero el cadáver permaneció inmóvil en el lecho de piedra.

El Señor del Nexo repitió la orden con un asomo de severidad en la voz.

Parecía imposible que Haplo continuara desafiándolo todavía, incluso en tales circunstancias.

— ¡Serás mi siervo! —repitió Xar.

No hubo respuesta, ni cambio alguno. Salvo que quizás el resplandor azulado empezaba a desvanecerse. Xar se apresuró a repetir las estructuras rúnicas más importantes y el fulgor se intensificó.

Pero el cadáver continuó sin moverse.

Frustrado, el Señor del Nexo se volvió hacia el lázaro, que aguardaba con paciencia a la puerta de la celda.

— ¿Bien, qué he hecho mal? —Quiso saber Xar—. No, no te extiendas en explicaciones —añadió con irritación cuando el lázaro se disponía a responder—.

Bien, sea lo que sea... ¡arréglalo! —y señaló al cadáver con un gesto.

—No puedo —respondió el lázaro.

«... no puedo...», repitió el eco.

— ¿Qué? ¿Por qué? —Xar dio muestras de perplejidad; luego, furioso, añadió—: ¿Qué truco es éste?

—No es ningún truco, Señor Xar —dijo Jonathon—. Este cadáver no puede ser resucitado. No tiene alma.

Xar dirigió una mirada furibunda al lázaro y quiso dudar de él pero, en el fondo de su mente, algo lo empujaba dolorosamente a aceptar su palabra.

No tenía alma.

— ¡El perro! —exclamó; la mezcla de cólera y frustración casi lo sofocó.

El sonido que había oído, procedente de detrás del lecho. Al instante, Xar se inclinó hacia el lugar, justo a tiempo de ver desaparecer por el otro lado la punta de una cola plumosa. El perro, rauda, ganó la puerta de la celda, que permanecía abierta de par en par. Al doblar la esquina, el animal resbaló sobre el suelo de losas húmedas y cayó sobre las patas traseras. Xar invocó su magia para detenerlo, pero la sesión de nigromancia había debilitado sus fuerzas. El perro, con un esfuerzo supremo, consiguió incorporarse y salió a escape por los pasadizos de las mazmorras.

Xar llegó a la puerta de la celda con la intención de descargar su cólera sobre el lázaro. Por fin recordaba dónde lo había visto. Aquel tal «Jonathon» había estado presente en la muerte de Samah. En esa ocasión, la magia de Xar tampoco había sido capaz de resucitar al viejo sartán. ¿Acaso el lázaro Jonathon, de algún modo, estaba frustrando deliberadamente sus intentos? ¿Por qué? ¿Y cómo?

Pero las preguntas de Xar quedaron sin respuesta. El lázaro había

desaparecido.

Las mazmorras de Necrópolis eran un laberinto de pasadizos que se cruzaban y se dividían, penetrando a mucha profundidad bajo la superficie del mundo de piedra. Xar se detuvo a la puerta de la celda de Haplo y miró hacia un corredor,

—

primero, y luego hacia otro, hasta donde alcanzaba su vista bajo la mortecina y chisporroteante luz de la antorcha.

No había rastro ni sonido de ningún ser vivo... o muerto.

El Señor del Nexo volvió atrás y contempló con odio el cuerpo que reposaba en el lecho de piedra. Las runas aún despedían su leve resplandor. El hechizo conservaría la carne en buen estado; sólo le quedaba atrapar a aquel perro estúpido...

—Ese animal no irá muy lejos —reflexionó en voz baja cuando, por fin, recobró la calma necesaria para hacerlo—. Se quedará en las mazmorras, cerca del cuerpo de su amo. Enviaré un ejército de mis patryn con la tarea de encontrarlo. »En cuanto al lázaro, dispondré también algunas patrullas para que lo busquen. Kleitus dijo algo acerca de ese Jonathon. Algo respecto a una profecía: "Vida a los muertos... La puerta se abrirá para él...". ¡Bobadas! Una profecía implica la existencia de un poder superior..., de un poder superior que gobierna, y yo soy quien manda en este mundo y en cualquier otro del cual decida apoderarme.

Xar se dispuso a marcharse para ordenar a sus patryn las diversas tareas que se proponía encomendarles. Antes de salir, dirigió una última mirada al cadáver de Haplo.

Un poder que gobierna...

—Pues claro que sí: ¡el mío! —repitió y abandonó la celda.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS ABARRACH

El perro estaba confuso. Oía claramente la voz de su amo, pero éste no estaba a su lado. Haplo yacía en una celda, lejos del lugar donde el animal se escondía en aquel momento. El perro sabía que a su amo le sucedía algo terrible pero, cada vez que intentaba volver junto a él para ayudarlo, una voz severa y perentoria —la voz de Haplo, que sonaba muy próxima, como si estuviera allí mismo— le ordenaba quedarse quieto, sin levantarse.

Pero Haplo no estaba allí, ¿verdad?

Grupitos de gente —de gente como su amo— pasaban arriba y abajo ante la celda a oscuras en un rincón de la cual se ocultaba el animal. Aquella gente lo buscaba, lo instaba a salir con silbidos, siseos y lisonjas. El perro no tenía muchas ganas de compañía, pero se le ocurrió que los desconocidos tal vez pudieran ayudar a su amo. Al fin y al cabo, eran de la misma especie. Y, antes, algunos de ellos habían sido amigos... Pero ahora, al parecer, no era así.

El desdichado animal emitió un ligero gáñido para demostrar que se sentía desgraciado y desamparado. La voz de Haplo, severa, le ordenó silencio. Y sin

ninguna palmadita conciliadora en la cabeza que mitigara el rigor de la orden. Una palmadita que indicara: «Sé que no comprendes, pero debes obedecer».

El único (y magro) consuelo del perro fue percibir, por su tono de voz, que Haplo también estaba confuso, asustado y desconsolado. Tampoco él, al parecer, sabía demasiado bien qué había sucedido. Y si su amo estaba asustado...

El perro se estremeció en la oscuridad, con el hocico sobre las patas y el cuerpo aplastado contra el húmedo suelo de piedra de la celda, y se preguntó qué hacer.

Xar se hallaba en su biblioteca, con el libro de nigromancia sartán sobre el escritorio, pero cerrado, intacto. ¿Para qué abrirlo? Lo conocía de memoria y habría sido capaz de recitarlo en sueños.

El Señor del Nexo había tomado entre sus dedos una de las tabas rúnicas rectangulares que tenía sobre la mesa. Con gesto ocioso, absorto en sus pensamientos, daba golpecitos sobre la mesa de hierba kairn con una esquina de

—

la taba, hacía correr ésta entre sus dedos volvía a golpear con el canto siguiente, la hacía correr otra vez, etcétera. Tap, tap y deslizar. Tap, tap y deslizar. Tap, tap y deslizar. Llevaba así tanto rato que había entrado en una especie de estado de trance. Salvo la mano que sostenía el hueso rúnico, notaba el resto del cuerpo entumecido, pesado, incapaz de moverse, como si estuviera dormido. Sin embargo, Xar era muy consciente de estar despierto.

Y también estaba total y completamente confundido. Nunca se había encontrado frente a un obstáculo tan inabordable. No tenía la menor idea de qué hacer, de cómo actuar o de adonde acudir. Al principio se había sentido furioso; luego, la cólera había dado paso a la frustración. En aquel momento, se sentía... perplejo.

El perro podía estar en cualquier parte. En aquella ratonera de pasadizos interconectados podía esconderse una legión de titanes sin que nadie tropezara con ella; cuánto más un único animal insignificante. E incluso en el caso de encontrarlo, se preguntó Xar mientras seguía dando golpecitos con la taba y deslizándola entre sus dedos, ¿qué haría con él? ¿Matarlo? ¿Obligaría eso al alma de Haplo a volver a ocupar su cuerpo? ¿O el alma de su siervo moriría con el animal? De este modo, la muerte de Haplo resultaría como la de Samah: no le habría reportado ninguna utilidad.

¿Y cómo encontrar la Séptima Puerta sin él? Sí, debía darse prisa en localizarla. Su pueblo estaba luchando y muriendo en el Laberinto y él había prometido..., había prometido que volvería...

Tap, tap y deslizar. Tap, tap y deslizar. Tap, tap y deslizar.

Xar cerró los ojos. Hombre de acción que había combatido y vencido a todos los enemigos que había encontrado, en esta ocasión se veía relegado a quedarse sentado sin hacer nada. Porque no podía hacer absolutamente nada. Deslizó el problema a través de su mente como hacía deslizar el hueso rúnico de dedo en dedo. Lo examinó desde todos los ángulos.

Nada. Tap, tap y deslizar. Nada. Tap, tap y deslizar. Nada.

¿Cómo había llegado hasta allí, desde dónde había empezado?

Fracaso... Iba a fracasar...

— ¡Mi Señor!

Xar volvió en sí con un sobresalto. La taba rúnica escapó de sus dedos y rodó

por el escritorio.

— ¿Sí? ¿Qué sucede? —masculló con aspereza, mientras se apresuraba a abrir el libro para fingir que lo estaba estudiando.

Un patryn entró en la biblioteca y se detuvo en respetuoso silencio, a la espera de que Xar terminara lo que estaba haciendo.

El Señor del Nexo se concedió un momento más para recuperar por completo sus facultades mentales, algo divagantes hacía apenas un momento; después, levantó la vista.

— ¿Qué hay? ¿Habéis encontrado al perro?

—No, mi Señor. En cumplimiento de tus órdenes, he sido enviado a informarte que la Puerta de la Muerte en Abarrach ha sido abierta.

—Alguien ha entrado —murmuró Xar. El anuncio había despertado su interés y lo asaltó una premonición de lo que se disponía a escuchar. Volvía a estar alerta, preparado para actuar—. ¡Marit!

— ¡En efecto, mi Señor! —El patryn lo miró con admiración.

—

— ¿Ha venido sola? ¿Quién está con ella?

—Ha llegado en una nave como la tuya, mi Señor. Del Nexo; he reconocido las runas. Y vienen dos hombres. Uno es un mensch.

Xar no estaba interesado por el mensch.

—El otro es un sartán —continuó el mensajero.

— ¡Ah! —Xar imaginó de quién se trataba—. ¿Un sartán alto, calvo y de aspecto torpe?

—Sí, mi Señor.

Xar se frotó las manos. Por fin podía vislumbrar el plan. Lo veía surgir de la oscuridad con claridad, como un objeto iluminado súbita y brillantemente por los relámpagos en plena tormenta.

— ¿Qué habéis hecho? —Xar estudió al patryn con aire ceñudo—. ¿Os habéis acercado a ellos?

—No, mi Señor. Yo he partido de inmediato para informarte. Los demás se han quedado a vigilar los movimientos del trío. Cuando he emprendido la marcha, seguían en la nave, conferenciando. ¿Cuáles son tus órdenes, Señor? ¿Los traemos a tu presencia?

Xar repasó el plan unos instantes más. Cogió de nuevo el hueso rúnico y lo deslizó entre los dedos con rapidez.

Tap. Tap. Tap. Tap. Todos los aspectos cubiertos. Perfecto.

—Lo que haréis es lo siguiente...

—

CAPÍTULO PUERTO SEGURO ABARRACH

La nave patryn, diseñada y construida por Xar para sus viajes a través de la Puerta de la Muerte, flotaba sobre el Mar de Fuego, un río de lava fundida que recorría Abarrach. Las runas del casco protegían la nave del calor lacerante, que habría hecho arder espontáneamente cualquier embarcación normal de madera.

Alfred había posado la nave cerca de un embarcadero que sobresalía en el Mar de Fuego, un muelle perteneciente a una ciudad abandonada conocida como Puerto Seguro.

Se detuvo cerca de la portilla, contempló el agitado río de roca fundida y recordó con vivida y aterradora claridad la última vez que había estado en aquel mundo espantoso.

Sí, lo veía todo con absoluta nitidez. Haplo y él habían alcanzado la nave con vida por los pelos, huyendo de los lázaros asesinos conducidos por el antiguo dinasta, Kleitus. Los lázaros sólo tenían un objetivo: destruir a todo ser viviente y a continuación, una vez muerto, proporcionarle una forma de vida eterna atroz, atormentada. Ya a salvo a bordo, Alfred fue perplejo testigo de cómo Jonathon, el joven noble sartán, se entregaba como víctima voluntaria en las manos ensangrentadas de su propia esposa asesinada.

¿Qué había visto Jonathon en la llamada Cámara de los Condenados, para que lo empujara a cometer aquel acto trágico?

¿Realmente había visto algo?, se corrigió Alfred con tristeza. Tal vez el joven había perdido el juicio, simplemente; quizá se había vuelto loco a causa de la pena y del espanto.

Alfred comprendió...

... La nave se mueve bajo mis pies y estoy a punto de perder el equilibrio.

Vuelvo la vista hacia Haplo. El patryn tiene las manos sobre la piedra de gobierno.

Los signos mágicos de la nave despiden un fulgor azul intenso y luminoso. Las velas flamean y los cabos se tensan. La nave dragón extiende sus alas, dispuesta a

—

volar. En el muelle, los muertos se ponen a gritar y a batir sus armas con estrépito. Los lázaros levantan sus horripilantes rostros y avanzan como un solo hombre hacia la nave.

— ¡Espera! ¡Detente! —le grito a Haplo, y aprieto la mejilla contra el cristal de la portilla para ver mejor—. ¿No podemos aguardar un momento más?

—Si quieres, puedes volverte atrás, sartán —responde Haplo con un gesto de indiferencia—. Has cumplido con tu papel y ya no te necesito. ¡Vamos, lárgate! La nave empieza a moverse. Las energías mágicas de Haplo fluyen a través de ella...

Debo ir. Jonathon ha tenido suficiente fe, me digo. Estaba dispuesto a morir por lo que creía. Yo debo ser capaz de hacer lo mismo.

Me encamino hacia la escalerilla que conduce desde el puente a la cubierta superior. En el exterior de la nave se oyen las gélidas voces de los muertos, sus gritos de rabia, encolerizados de ver que su presa se escapa. Escucho a Kleitus y a los lázaros elevar sus voces en un cántico. Tratan de desmoronar la frágil estructura rúnica de protección de nuestra nave.

La embarcación da un bandazo y se hunde unos palmos.

De improviso, me viene a la cabeza una inspiración. Yo puedo potenciar las debilitadas energías de Haplo.

El lázaro de quien había sido Jonathon se mantiene aparte de los demás lázaros, y la mirada de este espíritu no del todo separado del cuerpo se vuelve hacia la nave y atraviesa las runas, la madera, el cristal... y mi carne y mis huesos hasta alcanzar mi corazón...

— ¡Sartán! ¡Alfred!

El interpelado se volvió con cautela y retrocedió hasta los mamparos.

— ¡Yo, no! ¡No puedo...! ¡Ah, eres tú! —pestañeó.

—Pues claro que soy yo. ¿Por qué nos has traído a este lugar abandonado? —

Quiso saber la patryn—. Necrópolis queda por ahí, al otro lado. ¿Cómo vamos a cruzar el Mar de Fuego?

Alfred parecía impotente.

—Dijiste que Xar haría vigilar la Puerta de la Muerte...

—Sí; pero, si hubieras hecho lo que te indiqué y hubieras llevado la nave directamente a Necrópolis, en estos momentos ya estaríamos a salvo, ocultos en los túneles.

—Es sólo que..., bueno, yo... —Alfred levantó la cabeza y miró a su alrededor—. Os parecerá estúpido, lo sé, pero..., pero... esperaba encontrar aquí a cierto conocido...

— ¡Encontrar a alguien! —exclamó Marit con aire sombrío—. ¡Si alguien se presenta por aquí, seguro que es la guardia de mi Señor!

—Sí, supongo que tienes razón. —Alfred dirigió una nueva mirada al embarcadero vacío y suspiró—. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó, sumiso—.

¿Remontamos el vuelo hasta Necrópolis?

—No, es tarde para eso. Ya nos habrán visto. Probablemente, vienen a buscarnos. Tendremos que salir de ésta con alguna historia convincente.

—Si tan segura estás de tu señor, Marit —preguntó Alfred con cierta vacilación—, ¿por qué tienes miedo de encontrarte con él?

—

—No lo tendría, si estuviera sola. Pero no lo estoy. Viajo con un mensch y con un sartán. Vamos —añadió, al tiempo que se volvía bruscamente—. Será mejor desembarcar. Tengo que reforzar las runas que protegen la nave.

Ésta, semejante en construcción y diseño a las naves dragón de Ariano, flotaba apenas unos palmos por encima del embarcadero. Marit saltó con facilidad desde la cubierta de proa y aterrizó de pie, con ligereza. Alfred, después de algunos intentos nulos, se lanzó por la borda, se enredó el pie en uno de los cabos y terminó colgado boca abajo sobre la lava fundida. Marit, con gesto ceñudo, consiguió liberarlo y depositarlo en el muelle, en precario equilibrio sobre sus pies. Hugh *la Mano* apareció en cubierta. Hasta aquel instante había permanecido dentro, contemplando con incredulidad y asombro el aterrador nuevo mundo en el que habían entrado. Tras sacudir la cabeza, saltó de la nave al muelle. Pero, casi de inmediato, se dejó caer de rodillas y se llevó las manos al cuello. Dio muestras de sofoco, de falta de aire.

—Así murieron los mensch en este mundo, hace tantos años —dijo una voz.

Alfred se volvió, alarmado.

Una figura emergió de la bruma azufrosa que se extendía sobre el Mar de Fuego.

—Uno de los lázaros —dijo Marit con disgusto. Su mano se cerró en torno a la empuñadura de la espada—. ¡Lárgate! —exclamó.

— ¡No, espera! —intervino Alfred con la mirada fija en el cadáver, que se movía arrastrando los pies pesadamente—. Lo..., lo conozco. ¡Jonathon!

—Aquí estoy, Alfred. Aquí he estado todo este tiempo.

«... todo este tiempo...»

Hugh levantó la cabeza y contempló con incredulidad aquella aterradora

aparición, sus cerúleas facciones, las marcas mortales de su garganta, los ojos que en un momento estaban vacíos y muertos y, al siguiente, radiantes de vida. *La Mano* intentó hablar, pero cada vez que tomaba aire llevaba a sus pulmones los vapores venenosos, y tosió hasta congestionarse.

— ¡Aquí no puede sobrevivir! —Dijo Alfred, revoloteando en torno a Hugh con gesto inquieto—. ¡Imposible, sin magia que lo proteja!

—Será mejor que lo devolvamos a bordo —respondió Marit con una mirada de desconfianza al lázaro, que los contemplaba en silencio—. Las runas mantendrán una atmósfera que pueda respirar.

Hugh movió la cabeza en gesto de negativa. Alargó la mano y asió la de Alfred.

— ¡Prometiste... que me ayudarías! —consiguió articular—. ¡Voy... contigo!

— ¡No prometí nada! —protestó Alfred, inclinado sobre el mensch jadeante—.

¡Nada de promesas!

—Lo hiciera o no, Hugh, estarás mejor a bordo. Tú... —Marit dejó ahí la frase.

Hugh movió la cabeza otra vez pero, en aquel momento, rodó de cabeza por el embarcadero y se revolcó de agonía, con las manos otra vez en el cuello.

—Yo me encargo —se ofreció Alfred.

—Será mejor que te des prisa—murmuró la patryn—. El mensch está en las últimas.

Alfred empezó a entonar las runas y efectuó una danza solemne y ágil en torno a Hugh. Unos signos mágicos se encendieron como centellas en el aire sulfuroso y parpadearon en torno al mensch al igual que un millar de luciérnagas. Hugh desapareció.

—

—Está a bordo otra vez —anunció Alfred, al tiempo que cesaba la danza y volvía una mirada nerviosa hacia la nave—. Pero... ¿y si intenta saltar de nuevo?

—Yo me ocuparé de eso. —Marit trazó un signo mágico en el aire. La runa estalló en llamas, se elevó en el aire y prendió otro signo grabado a fuego en el exterior del casco de la nave. Las llamas aumentaron y se extendieron de runa en runa más rápido de lo que podía seguir la vista—. Ya está. Ahora, el mensch no puede salir. Y nadie puede entrar, tampoco.

—Pobre tipo. Es como yo, ¿verdad? —intervino Jonathon.

«... ¿verdad?...», repitió el triste eco.

— ¡No! —La réplica de Alfred fue tan brusca que Marit lo contempló con asombro—. ¡No! ¡Ese mensch no es como..., como tú!

—No me refiero a que sea un lázaro. Su muerte fue noble. Murió sacrificándose por la que amaba. Y no fue devuelto a la vida por odio, sino por amor y por compasión. De todos modos —insistió Jonathon con suavidad—, es como yo.

Alfred tenía el rostro encendido, salpicado de manchitas blancas, y la mirada fija en las punteras de los zapatos.

—Yo no... nunca tuve intención de que sucediera una cosa así.

—Nada de esto fue premeditado —replicó Jonathon—. Los sartán no tenían intención de perder el control sobre su nueva creación. Los mensch no murieron premeditadamente. No era nuestra intención practicar la nigromancia. Pero sucedió y ahora debemos aceptar la responsabilidad. Tú también debes aceptarla. El mensch tiene razón. Tú puedes salvarlo. Dentro de la Séptima Puerta.

«... Séptima Puerta...»

—El único lugar al que no me atrevo a ir —murmuró Alfred.

—Cierto. Xar lo busca. Y Kleitus, también.

Alfred contempló la ciudad de Necrópolis, una impresionante construcción de roca negra al otro lado del Mar de Fuego, cuyos muros reflejaban el resplandor rojizo del río de lava.

—No volveré ahí —declaró Alfred—. Y no estoy seguro de saber encontrar el camino.

—El camino te encontrará a ti —dijo Jonathon.

«... te encontrará a ti...»

Alfred palideció. Rápidamente, movió la cabeza.

—No. Estoy aquí para encontrar a Haplo, mi amigo. ¿Te acuerdas de él? ¿Lo has visto? ¿Está a salvo? ¿Puedes conducirnos a él?

El lázaro retrocedió, apartándose de la carne cálida que avanzaba hacia él.

Cuando respondió, lo hizo con tono adusto.

—No es cosa mía ayudar a los vivos. A ellos les corresponde ayudarse unos a otros.

—Pero si sólo pudieras decirnos...

Jonathon ya se había vuelto y se alejaba por el embarcadero hacia la ciudad abandonada con el porte vacilante de los no muertos.

—Déjalo que se vaya —dijo Marit—. Tenemos otros problemas.

Alfred se volvió a tiempo de ver unas runas patryn que iluminaban el aire. Un momento después, tres patryn surgían del círculo mágico llameante y se plantaban ante ellos en el embarcadero.

Marit no se sorprendió, pues esperaba algo parecido.

—

—Sígueme la corriente, no importa lo que haga o lo que diga —susurró al sartán.

Asiéndolo por el brazo, Marit tiró de Alfred con tal fuerza que estuvo a punto de arrancarlo de sus propios pies, y avanzó al encuentro de los patryn arrastrando consigo al trastabillante sartán.

—Debo ver al Señor Xar —exclamó Marit, al tiempo que empujaba a Alfred para ponerlo a la vista—. Traigo un prisionero.

Por fortuna, Alfred conseguía ofrecer un aspecto tan desgraciado como si acabara de caer cautivo de alguien. No era preciso que fingiera para producir la impresión de desamparo e infelicidad. Bastaba con que se quedara allí, en el embarcadero, con la cabeza gacha y la expresión culpable, arrastrando los pies con torpeza.

No sabía si confiar en Marit o si creer que la patryn lo había traicionado.

Tampoco importaba mucho lo que pensara. Era la única alternativa que les quedaba. Marit ya tenía decidido aquel plan de acción antes de que abandonaran el Laberinto. Consciente de que los patryn estarían vigilando la Puerta de la Muerte, había dado por supuesto que ella y Alfred serían interceptados tan pronto como hicieran acto de presencia. Si intentaban huir o luchar, serían capturados y encarcelados; posiblemente, incluso les dieran muerte. Pero si se presentaba con un prisionero sartán, al cual debía conducir ante el Señor del Nexo...

Marit se apartó los cabellos de la frente y dejó ésta al descubierto. Ya había enjuagado la sangre. El signo mágico de unión entre ella y Xar estaba roto por una profunda cicatriz, pero la marca del Señor del Nexo aún resultaba claramente

visible en su piel.

—Debo hablar con Xar cuanto antes. Como veis —añadió con orgullo—, ostento la autoridad de nuestro Señor.

—Estás herida —respondió uno de los patryn, estudiando la marca.

—En el Laberinto se libra una batalla terrible —replicó Marit—. Una fuerza malévola intenta sellar la Última Puerta.

— ¿Los sartán? —preguntó el patryn con una mirada ominosa a Alfred.

—No —respondió Marit—. Los sartán no. Por eso debo ver a Xar. La situación es muy apurada. A menos que consigamos ayuda... —Exhaló un profundo suspiro—: Me temo que estamos perdidos.

Los patryn dieron muestras de inquietud. Los vínculos entre los miembros de su pueblo eran muy fuertes y sabían que la recién llegada no mentía. El interlocutor de Marit estaba alarmado y estupefacto ante la noticia.

Tal vez, pensó ella, aquel hombre tenía una esposa y unos hijos a los que había dejado en el Nexo. Tal vez la patryn componente del trío que había salido a su encuentro tenía un marido, unos padres, atrapados todavía en el Laberinto.

—Si la Última Puerta se cierra —continuó Marit—, nuestra gente quedará atrapada para siempre en ese terrible lugar. ¿Xar no os ha contado nada de esto? —preguntó, casi esperanzada.

—No, no nos ha dicho nada —declaró la patryn.

—Pero estoy seguro de que tiene buenas razones para no haberlo hecho —añadió su compañero con frialdad. Hizo una pausa, pensativo, y añadió—: Os conduciré a presencia de nuestro Señor.

El otro guardia inició una protesta.

— ¡Pero nuestras órdenes...!

—

— ¡Conozco mis órdenes! —replicó el primero.

—Entonces, sabes que debemos...

El trío de centinelas se retiró a un rincón del muelle y empezó a deliberar en voz baja. Era perceptible un tonillo de tensión en la conversación.

Marit suspiró. Todo estaba saliendo como esperaba. Permaneció donde estaba, con los brazos cruzados sobre el pecho con aparente despreocupación. Sin embargo, tenía el corazón en un puño. Xar no había hablado a los suyos sobre la lucha que se desarrollaba en el Laberinto. Tal vez intentaba ahorrarles sufrimientos, se dijo, pero una vocecilla interior le replicó que su Señor tal vez temía que sus patryn fueran a rebelarse contra él.

Como se había rebelado Haplo...

Marit se llevó la mano a la frente y se frotó el signo mágico, que le escocía y le hormigueaba. Estaba perdiendo el tiempo, se dijo. Tenía que hablar con Alfred. Los guardias seguían discutiendo y sólo volvían la mirada de vez en cuando para vigilar a sus prisioneros.

«Saben que no iremos a ninguna parte», dijo Marit para sí, amargamente.

Moviéndose despacio para no atraer la atención, se deslizó más cerca del sartán.

— ¡Alfred! —susurró por la comisura de los labios.

— ¡Oh! ¿Qué...? —dijo el sartán, sobresaltado.

— ¡Calla y atiende! —siseó ella—. Cuando lleguemos a Necrópolis, quiero que lances un hechizo sobre esos tres.

Alfred abrió los ojos como platos. Palideció casi como un lázaro y empezó a

sacudir la cabeza enérgicamente.

— ¡No! ¡No podría! ¡No sabría...!

Marit estaba pendiente de sus congéneres; al parecer, los tres patryn ya estaban cerca de alcanzar un consenso.

— ¡En otro tiempo, tu pueblo luchó contra el mío! —Masculló con frialdad—.

Seguro que conoces algún hechizo para incapacitar a esos guardias el tiempo suficiente como para que podamos...

Marit se vio obligada a callar y a apartarse. Los patryn habían terminado de conferencias y se acercaban de nuevo.

—Te conduciremos ante Xar —anunció el guardia.

— ¡Ya era hora! —replicó Marit con irritación.

Por fortuna, tal irritación podía tomarse por impaciencia, por anhelo de ver a su Señor, y no por ganas de sacudir a Alfred.

El sartán, en una súplica silenciosa, seguía rogándole que no lo obligara a aquello. Su aspecto era realmente patético, lastimoso.

Y, de pronto, Marit comprendió por qué. Alfred no había formulado nunca un hechizo contra nadie, patryn o mensch, movido por la cólera. Había llegado a extremos insospechados para evitarlo: desmayarse, quedar indefenso, aceptar la posibilidad de perder la vida antes que utilizar su poder para matar a otros.

Los tres guardias empezaron a trazar de nuevo sus runas en el aire.

Concentrados en su magia, dejaron de prestar atención a sus prisioneros durante unos momentos. Marit agarró con fuerza a Alfred por el brazo, como si de verdad fuera su prisionero.

Al tiempo que le clavaba las uñas en el terciopelo de su levita, la mujer le susurró con tono apremiante:

—Hazlo por Haplo. Es nuestra única oportunidad.

—

Alfred emitió un gemido lastimero. Marit notó cómo temblaba, pero se limitó a clavarle las uñas un poco más.

El líder de los patryn los señaló con un gesto, y los otros dos guardias se acercaron para escoltarlos. El signo mágico se encendió en el aire como un círculo de llamas deslumbrante.

Alfred dio un paso atrás.

— ¡No, no me obligues! —dijo a Marit.

—Ése sabe lo que le espera —comentó uno de los patryn.

—Sí que lo sabe —respondió Marit y su mirada se clavó en la de Alfred sin ofrecerle el menor descanso, la menor esperanza de posponer la resolución de las cosas.

Asiéndolo con firmeza por el brazo, lo arrastró al interior del círculo mágico flameante.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS ABARRACH

¡No tenía que matarlos! El pensamiento tomó a Alfred por sorpresa.

Incapacitarlos. Por supuesto. Eso era lo que había dicho Marit: incapacitarlos. ¿Qué idea le había rondado por la cabeza? Un escalofrío que surgía del tuétano de sus huesos estremeció al sartán. En lo único que se le había ocurrido pensar era en matar.

¡Incluso había considerado en serio tal posibilidad!

Era aquel mundo, se dijo, horrorizado consigo mismo. Aquel mundo de muerte donde nada tenía permitido morir. Eso y la batalla del Laberinto. Y su inquietud, su angustia torturadora por la suerte de Haplo. Estaba tan cerca de encontrar a su amigo y aquellos patryn —sus enemigos— le obstaculizaban el paso. El miedo, la cólera...

«Busca todas las excusas que quieras —se dijo con severidad—, pero la auténtica verdad es que, aunque sólo fuera por un solo instante, era eso lo que deseabas. Cuando Marit dijo que formulara un hechizo, vi los cuerpos de esos patryn caídos a mis pies y me alegré de verlos muertos.»

Exhaló un suspiro y prosiguió para sí:

«"Vosotros nos creasteis", dijeron las serpientes dragón. Y ahora entiendo cómo...»

Marit le clavó el codo en las costillas. Alfred volvió en sí con un sobresalto que debió de resultar muy acusado, pues los patryn se volvieron a mirarlo con extrañeza.

—Yo... reconozco este lugar —murmuró para romper el silencio.

Y era cierto, para gran pesar del sartán. Habían atravesado el túnel mágico de los patryn, creado por la posibilidad de que estuvieran y no estuvieran allí. Y en aquel momento se hallaban en Necrópolis.

Necrópolis, una ciudad de túneles y pasadizos que penetraban a gran profundidad bajo la superficie del mundo de piedra, era un lugar desolado y

—

deprimente la última vez que Alfred había recorrido sus sinuosas calles. Pero entonces, al menos, había estado llena de gente, de su gente, restos de una raza de semidioses que había descubierto, demasiado tarde, que no eran tales.

En esta ocasión, las calles estaban vacías; vacías y embadurnadas de sangre.

Pues era allí, en aquellas calles, en aquellas casas, en el propio palacio, donde los sartán muertos habían descargado su furia sobre los vivos. Desde entonces, los aterradores lázaros vagaban por los pasadizos. Y lo observaban desde las sombras con sus miradas siempre cambiantes: miradas de odio, desesperadas y vengativas. Los patryn condujeron a los prisioneros por las calles desiertas, en las que el más mínimo ruido despertaba ecos, en dirección al palacio. Uno de los lázaros se unió a ellos y los siguió arrastrando los pies pesadamente, mientras su voz fría, seguida de su inseparable eco fantasmal, murmuraba lo que le gustaría nacer con aquel grupo.

Alfred se estremeció de pies a cabeza e incluso los patryn, con sus nervios de acero, se mostraron perturbados. Sus facciones se tensaron, y los tatuajes de sus brazos se encendieron en una respuesta defensiva. Marit mostraba una intensa palidez y tenía las mandíbulas encajadas. No dirigió la mirada hacia el muerto ambulante, sino que continuó adelante con ceñuda determinación.

Marit estaba pensando en Haplo, comprendió Alfred y él también notó un nudo de espanto en el estómago. ¿Y si Haplo..., y si el patryn era ahora uno de aquellos lázaros?

Se encontró bañado en un sudor helado y le entraron náuseas. Se sentía mareado y al borde del desmayo. Sí, a punto de desmayarse de verdad. Los patryn se detuvieron y se volvieron.

— ¿Qué le sucede?

—Es un sartán —respondió Marit con tono despectivo—. Es débil. ¿Qué esperabais? Yo me encargo de él.

Se volvió hacia Alfred, y éste vio impaciencia y expectación en su mirada.

¡Sartán bendito! ¡Marit creía que aquello era una pantomima, que estaba simulando y que se disponía... a lanzar el encantamiento!

¡No!, quiso gritar. ¡Allí había un malentendido! En aquel momento, no. No era aquello lo que tenía en la cabeza. Y tampoco conseguía discurrir nada que... Pero Alfred comprendió que debía continuar aquella comedia. De momento, no había despertado las sospechas de los patryn, pero si seguía allí plantado, balbuceando y con los ojos desorbitados, no tardaría en hacerlo.

Frenéticamente, se preguntó qué hacer. Jamás se había enfrentado a un patryn; nunca había combatido contra alguien cuya magia funcionaba igual —sólo que al contrario— que la suya. Para empeorar las cosas, los patryn ya tenían levantadas sus defensas mágicas como protección frente al lázaro. Las posibilidades giraron en la cabeza del sartán como un torbellino, aturdidoras, desordenadas y aterradoras.

«Haré que se hunda el techo de la caverna.»

(¡No! ¡Así, moriríamos todos!)

«Haré surgir del suelo un dragón de fuego.»

(¡No! ¡El resultado sería el mismo!)

«De repente, aparecerá de la nada un jardín de flores.»

(Pero ¿de qué serviría eso?)

«El lázaro atacará.»

—

(Alguien podría salir malparado...)

«El suelo se abrirá y me tragará...»

(¡Sí! ¡Eso es!)

— ¡Espera! —Alfred se agarró a Marit e inició una danza, saltando de un pie a otro, cada vez más deprisa.

Marit no se soltó. La danza de Alfred se hizo más frenética. Sus pies golpeaban el suelo de roca con fuerza.

Los patryn, que al principio creían que Alfred se había vuelto loco, no tardaron en recelar y se abalanzaron sobre él.

La magia surtió efecto; la posibilidad se produjo. El suelo se desmoronó bajo los pies de Alfred. En la roca se abrió un agujero y el sartán se arrojó a él, arrastrando consigo a Marit. Los dos cayeron rodando entre rocas y polvo asfixiante, y se sumergieron en la oscuridad.

La caída fue corta. Según sabía de su anterior visita, Necrópolis era una conejera de túneles colocados unos encima de otros. Así, Alfred había calculado (al menos había tenido la desesperada esperanza de ello) que debajo del túnel en el que se encontraban habría otro pasadizo. Sólo después de haber formulado el hechizo se le ocurrió pensar que debajo de la ciudad había también inmensos estanques de lava...

Por fortuna, fueron a caer a un corredor a oscuras. Sobre sus cabezas, un

chorro de luz penetraba por un agujero del techo. Los guardias patryn habían rodeado el hueco y los miraban desde lo alto mientras hablaban entre ellos con tono apremiante.

— ¡Ciérralo! —Exclamó Marit al tiempo que sacudía a Alfred—. ¡Van a bajar a buscarnos!

Alfred se había quedado con la mente en blanco durante unos instantes, aterrorizado con la idea de que habrían podido caer en un estanque de lava. Por fin, dándose cuenta del peligro real, invocó con retraso la posibilidad de que el agujero no hubiera existido nunca.

El hueco del techo desapareció. La oscuridad se cerró sobre ellos, densa y pesada. Pronto, el fulgor mortecino de los signos mágicos tatuados en la piel de Marit la iluminó.

— ¿Estás..., estás bien? —tartamudeó Alfred.

En lugar de responder, Marit le propinó un empujón.

— ¡Corre!

— ¿Hacia dónde?

— ¡No importa! ¡Pronto vendrán tras nosotros! —Añadió, indicando el techo—.

Ellos también pueden usar la magia, ¿recuerdas?

El resplandor de las runas de Marit se intensificó lo suficiente como para permitirles ver por dónde pisaban. Corrieron pasadizo adelante sin saber adonde iban y sin preocuparse de averiguarlo. Sólo esperaban eludir a sus perseguidores.

Al cabo de un rato, hicieron un alto y aguzaron el oído.

—Creo que los hemos perdido —aventuró Alfred.

—Y nosotros también lo estamos. De todos modos, no creo que hayan intentado seguirnos. ¿Sabes? —Marit frunció el entrecejo—. Resulta extraño...

—Quizás han ido a informar a Xar.

—

—Es posible. —La patryn volvió la vista hacia un extremo y otro del túnel en sombras—. Tenemos que determinar dónde estamos. Yo no tengo la menor idea, ¿y tú?

—No —reconoció Alfred y sacudió la cabeza—. Pero conozco el modo de averiguarlo.

Se arrodilló, tocó el ángulo de la pared con el suelo del corredor y entonó un cántico susurrante. Un signo mágico cobró vida bajo sus dedos y se iluminó débilmente. El leve fulgor se difundió a otra runa y a otra más, hasta que una fila de ellas brilló con una luz suave y reconfortante a lo largo de la parte baja de la pared.

Marit dejó escapar una exclamación.

— ¡Las runas sartán! Había olvidado su existencia. ¿Adonde nos llevarán?

—Adonde queramos ir —se limitó a decir Alfred.

—Junto a Haplo —indicó ella.

Alfred captó esperanza en su voz. Él no la tenía. Él sentía pavor ante lo que podían encontrar.

— ¿Adonde llevaría Xar a Haplo? A..., a sus aposentos privados no, ¿verdad?

—No. A las mazmorras —respondió Marit—. Fue allí adonde llevó a Samah y..., y a los otros que... —No terminó la frase; dio media vuelta y prosiguió—: Será mejor que nos demos prisa. No tardarán mucho en imaginar adonde vamos; entonces, vendrán a buscarnos.

— ¿Por qué no lo han hecho esta vez? —preguntó Alfred.

Marit no respondió. No tenía que hacerlo. Alfred lo sabía perfectamente.

¡Porque Xar ya sabía adonde iban!

Se dirigían a una trampa, era evidente. Alfred se dio cuenta, desconsolado, de que así había sido desde el primer momento. Los guardias patryn no sólo habían permitido que escaparan, sino que incluso les habían proporcionado la oportunidad.

Con su magia, los patryn podrían haberlos conducido directamente a Xar.

Podrían haberlos dejado ante su misma puerta, se dijo Alfred. Pero no. Los guardias los habían llevado a Necrópolis, a sus calles vacías. Y allí los habían dejado escapar y ni siquiera se habían molestado en perseguirlos.

Y, precisamente cuando todo parecía más oscuro, Alfred comprobó con sorpresa que en su interior cobraba vida, vacilante, un leve hálito de esperanza.

Si Haplo estaba muerto y Xar había utilizado la nigromancia en él, sin duda el

Señor del Nexo ya se encontraría en la Séptima Puerta y no los necesitaría.

Algo había salido mal... o bien.

Los signos mágicos seguían iluminándose en la pared. Prendían uno tras otro con la rapidez de un incendio. En algunos lugares, donde las grietas de la pared interrumpían los signos, las runas permanecían apagadas. Los sartán de Abarrach habían terminado por olvidar la manera de restaurar su magia. Con todo, las interrupciones nunca detenían por completo el flujo. La luz mágica saltaba los signos estropeados, prendía el siguiente y así continuaba. Lo único que Alfred debía hacer era mantener la imagen de las mazmorras en su mente y las runas los conducirían hacia allí.

« ¿Y hacia qué? », se preguntó Alfred con temor.

—

En aquel instante, tomó una determinación. Si se equivocaba y Xar había convertido a Haplo en uno de los desdichados no muertos, él pondría fin a tan terrible existencia y proporcionaría la paz a su amigo patryn. No importaba lo que cualquiera alegara ni que alguien intentara impedirlo.

Los signos mágicos los condujeron hacia abajo de manera paulatina. Alfred había estado en las mazmorras con anterioridad y comprobó que iban en la dirección correcta. Lo mismo le pareció a Marit, que encabezaba la marcha con paso rápido e impaciente. Los dos se mantuvieron en guardia, pero no vieron nada. Ni siquiera los muertos ambulantes recorrían aquellos pasadizos.

Anduvieron tanto tiempo, sin ver nada salvo las runas sartán de la pared y el leve resplandor de las runas patryn de la piel de Marit, que Alfred cayó en una especie de trance horrífico.

Cuando Marit se detuvo bruscamente, el sartán, que avanzaba como un sonámbulo, tropezó con ella.

La mujer lo empujó contra la pared con un siseo disimulado.

—Veo luz ahí delante —anunció en voz muy baja—. Antorchas. Y ya sé dónde estamos. Delante de nosotros se encuentran las celdas. Probablemente, Haplo está preso en una de ellas.

—Aquí abajo todo parece muy tranquilo —cuchicheó Alfred—. Demasiado tranquilo...

Marit no le hizo caso y continuó avanzando por el pasadizo en dirección a la luz de las antorchas.

Alfred no tardó mucho en encontrar la celda. Los signos mágicos de la pared ya no lo guiaban; en las mazmorras, la mayoría de las runas sartán habían sido rotas o borradas deliberadamente. A pesar de ello, Alfred avanzó hacia el lugar correcto sin la menor vacilación, como si unos signos invisibles, creados por su propio corazón, se encendieran ante sus ojos.

El sartán echó una ojeada al interior de la celda antes de penetrar en ella y agradeció haberlo hecho. Haplo yacía en un lecho de piedra, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. No se movía. No respiraba.

Marit venía detrás, atenta y vigilante. Alfred tuvo un momento para dominar sus emociones antes de que la patryn, al ver que su compañero se detenía, adivinara de inmediato qué había descubierto.

La mujer se le adelantó en un abrir y cerrar de ojos. Alfred intentó retenerla, pero ella se desasió.

A toda prisa, Alfred hizo desaparecer los barrotes con una palabra mágica para evitar que Marit se lastimara tratando de pasar entre ellos. La patryn se detuvo un instante junto al lecho de piedra y a continuación, con un sollozo, se dejó caer de rodillas. Tomó la mano fría y sin vida de Haplo y empezó a frotarla como si pudiera hacerla entrar en calor. Las runas tatuadas en la piel del yaciente emitían un leve resplandor, pero la carne helada carecía de vida.

—Marit... —Alfred rompió el silencio con apuro, en voz baja—. No puedes hacer nada.

Los ojos del sartán se llenaron de lágrimas amargas; lágrimas de pesar y de lacerante dolor, pero también de alivio. Haplo estaba muerto, sí; ¡pero estaba muerto por completo! No ardía dentro de él, como una vela dentro de una calavera,

—

asomo alguno de aquella horrible vida mágica. El cuerpo yacía sereno, con los ojos cerrados y el rostro relajado, libre de dolor.

—Ahora está en paz —murmuró. Penetró en la celda con lentitud y se detuvo junto a su enemigo y amigo.

Marit había vuelto a depositar la flácida mano de Haplo sobre el pecho de éste, encima de la runa del corazón, y en aquel momento estaba sentada en el suelo, encogida, lamentándose a solas en un silencio dolorido, desgarrado.

Alfred se dio cuenta de que debía decir algo, rendir tributo de homenaje a su compañero de tribulaciones, pero las palabras resultaban inadecuadas. ¿Qué se decía a alguien que se había asomado al interior de uno y había visto, no lo que uno era, sino lo que podía ser? ¿Qué se decía a alguien que había forzado a manifestarse a aquella otra persona mejor que se escondía dentro de uno? ¿Qué se decía a quien le había enseñado a uno a vivir, cuando uno se habría dejado morir? Todo aquello había hecho Haplo. Y ahora estaba muerto. Había entregado la vida por él, se dijo Alfred, por los mensch y por los patryn. Todos se habían servido de su fuerza y tal vez, sin saberlo, cada uno de ellos había terminado por consumir una parte de su energía vital.

—Mi querido amigo —susurró con voz entrecortada. Se inclinó sobre el yaciente y posó la mano sobre la de Haplo, encima de la runa del corazón—. Continuaré la lucha, te lo prometo. Retomaré las cosas donde tú las has dejado y haré lo que pueda. Tú descansa. No te preocupes más por el tema. Adiós, amigo mío. Adiós...

En aquel momento, las palabras de Alfred fueron interrumpidas por un

gruñido.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS ABARRACH

« ¡No, muchacho! ¡Quieto!»

La voz de Haplo era insistente y perentoria. Su orden era terminante, estricta.

Sin embargo...

El perro se encogió y emitió un leve gañido. Éstos eran amigos de confianza, gente que podía enderezar las cosas. Y, por encima de todo, era gente que se sentía desesperadamente infeliz. Gente que necesitaba un perro.

El animal se incorporó a medias.

« ¡No, perro!», la voz de Haplo repitió la advertencia, seca y severa. « ¡No. ¡Es una trampa...!»

¡Ah!, se trataba de eso. ¡Una trampa! Aquellos amigos de confianza se encaminaban directamente hacia una trampa. Y, evidentemente, su amo sólo pensaba en la seguridad de su fiel perro. Lo cual, hasta donde el animal alcanzaba a razonar, dejaba la decisión... en sus patas.

Con un soplido jubiloso y excitado, el perro se levantó de su escondite y avanzó alegremente por el pasadizo.

— ¿Qué ha sido eso? —Alfred dirigió una mirada temerosa a su alrededor—.

He oído algo...

Se asomó al corredor y vio un perro. Brusca e inesperadamente, se encontró sentado en el suelo.

— ¡Oh! ¡Oh, vaya! —Repitió una y otra vez—. ¡Oh!

El animal entró en la celda de un brinco, saltó al regazo de Alfred y le lamió la cara.

Alfred rodeó el cuello del animal con los brazos y se echó a llorar.

El perro rehuyó las sensiblerías de Alfred, se liberó de su abrazo y se encaminó hacia Marit. Con mucho cuidado, el animal alzó una pata y la posó en el brazo de la patryn.

—

Ella acarició la pata tendida, hundió la cara en el cuello del perro y también rompió a sollozar. Con un gañido compasivo, el perro se volvió hacia Alfred, suplicante.

— ¡No llores, Marit! ¡Está vivo! —Alfred enjugó sus propias lágrimas.

Arrodillado junto a la patryn, puso las manos en sus hombros y la obligó a levantar la cara y a mirarlo—. El perro... Haplo no está muerto. Todavía no. ¿No lo ves?

Marit miró al sartán como si pensara que se había vuelto loco.

—No sé cómo. Ni yo mismo lo entiendo —murmuró Alfred—. El hechizo de la nigromancia, probablemente. O tal vez Jonathon ha tenido algo que ver con ello. Quizás han sido ambas cosas. O ninguna de ellas. ¡Sea como fuere, si el perro está vivo, Haplo también lo está!

—No comprendo... —Marit estaba desconcertada.

—Déjame ver si logro explicarlo.

Olvidando por completo dónde estaba, Alfred se acomodó en el suelo, dispuesto a lanzarse a una perorata. Pero el perro tenía otros planes. Atrapó en la boca la puntera de uno de los zapatos de Alfred, hundió los dientes y empezó a tirar.

—Cuando Haplo era joven... Buen perro —el sartán se interrumpió e intentó convencer al animal de que soltara el zapato—. Cuando era joven, en el Laberinto... Perro, bonito, suelta de una vez... ¡Oh, vaya...!

El perro había soltado el zapato y, esta vez, tiraba de la manga del sartán.

—El perro quiere que nos vayamos —observó Marit.

Con cierta vacilación, la patryn se incorporó. El perro se olvidó de Alfred y volvió la atención hacia ella. Enseguida, presionó con el flanco las piernas de la mujer, tratando de conducirla hacia la puerta de la celda.

—No voy a ninguna parte —declaró ella, asiendo con energía la piel floja del cuello del animal al tiempo que detenía sus pasos—. No pienso dejar a Haplo hasta que entienda qué ha sucedido.

— ¡Es lo que intento explicarte! —exclamó Alfred en tono lastimero—. Pero no hay más que interrupciones. Todo tiene que ver con los impulsos «buenos» de Haplo: compasión, piedad, amor... Haplo fue educado en la creencia de que tales sentimientos eran muestras de debilidad.

El perro emitió un gruñido sordo y estuvo a punto de derribar a Marit en su nuevo intento de impulsarla hacia la puerta de la celda.

— ¡Basta, perro! —ordenó la patryn. Miró a Alfred y añadió—: Continúa.

Con un suspiro, el sartán asintió.

—A Haplo le resultaba cada vez más difícil conciliar sus auténticos sentimientos con los que él creía que debía tener. ¿Sabías que te buscó, cuando lo dejaste? Se dio cuenta de que te amaba, pero no podía reconocerlo... ni ante sí mismo, ni ante ti.

Marit dirigió la vista al cuerpo que reposaba en el lecho de piedra. Incapaz de articular palabra, movió la cabeza.

—Cuando Haplo creyó que te había perdido, entró en un estado de creciente infelicidad y confusión —continuó Alfred—. Y esa confusión lo encolerizó. Concertó todas sus energías en derrotar al Laberinto y escapar de él. Y por fin avistó su objetivo, la Última Puerta. Cuando llegó a ella, comprendió que había ganado, pero

—

la victoria no lo complació como él había esperado. Muy al contrario, lo aterrorizó. ¿Qué reservaba la vida, una vez que hubiera cruzado la Puerta? Nada...

»Cuando fue atacado en la Puerta, Haplo luchó con desesperación. Su instinto de conservación es muy poderoso. Pero cuando el caodín lo hirió de gravedad, vio su oportunidad. Podía encontrar la muerte a manos del enemigo. Tal muerte sería honorable; nadie podría decir lo contrario y eso lo liberaría de los terribles sentimientos de culpa, de las dudas respecto a sí mismo y de los remordimientos.

»Una parte de Haplo estaba decidida a morir, pero otra parte, la mejor de él, se negaba a rendirse. Y en aquel momento, herido y debilitado tanto física como anímicamente, irritado consigo mismo, Haplo encontró la solución a su problema. Lo hizo inconscientemente. Creó ese perro.

Para entonces, el animal en cuestión había abandonado sus intentos de hacer salir de la celda al par de amigos de su amo. Se dejó caer sobre el vientre, apoyó la

testuz en el suelo, entre las patas, y contempló a Alfred con expresión resignada y afligida. Lo que sucediera en adelante no sería culpa suya.

— ¿Que Haplo creó el perro? —Repitió Marit, incrédula—. Entonces... ¿no es real?

— ¡Oh, sí que es real! —Alfred sonrió con una mueca pesarosa—. Real como las almas de los elfos que revolotean en ese jardín. Real como los fantasmas atrapados en los lázaros.

— ¿Y ahora, qué? —Marit observó al animal con aire dubitativo—. ¿Qué sucede ahora?

—No estoy seguro. —Alfred se encogió de hombros en un gesto de impotencia—. Parece que el cuerpo de Haplo se encuentra en un estado de animación suspendida, como el sueño permanente de mi pueblo...

De pronto, el perro se incorporó de un salto. Tenso, con el vello del lomo erizado, miró fijamente hacia el pasadizo en sombras.

—Ahí fuera hay alguien —dijo Alfred al tiempo que se ponía en pie con torpeza.

Marit no se movió. Su mirada fue de Haplo al perro.

—Quizá tengas razón. Las runas de su piel están iluminadas. —La sartán miró a Alfred—. Tiene que haber un modo de devolverlo a la vida. Tal vez la nigromancia...

Alfred palideció y retrocedió un paso.

— ¡No! ¡Por favor, no me lo pidas!

— ¿Qué significa, ese « ¡No!»? ¿Que no se puede hacer? ¿O que no quieres hacerlo? —quiso saber Marit.

—No se puede... —respondió Alfred débilmente.

— ¡Sí se puede! —dijo una voz, procedente del pasadizo.

«... se puede...» repitió un eco lúgubre.

El perro lanzó un seco ladrido de advertencia.

El lázaro que había sido el dinasta, gobernante de Abarrach, entró en la celda arrastrando los pies.

Marit desenvainó la espada.

— ¡Kleitus! —Su tono era gélido, aunque había un ligero temblor en su voz—. ¿Qué buscas aquí?

El lázaro no prestó atención a la patryn, ni al perro, ni al cuerpo yaciente en el lecho de piedra.

—

— ¡La Séptima Puerta! —respondió con un espantoso destello de vida en sus ojos muertos.

«... Puerta...», suspiró el eco.

—No..., no sé a qué te refieres —fue la débil réplica de Alfred. Éste había adquirido una palidez extrema y el sudor le perlaba la calva.

—Claro que sí —insistió Kleitus—. ¡Eres un sartán! Entra en la Séptima Puerta y encontrarás el modo de liberar a tu amigo. —La mano salpicada de sangre del lázaro señaló a Haplo—. De devolverle la vida.

— ¿Es cierto eso? —preguntó Marit.

En torno a Alfred, los muros de la celda empezaban a encogerse y a arrugarse, a palpar y a acercarse. La oscuridad empezaba a hacerse enorme, a hincharse y expandirse. Parecía a punto de asaltarlo, de engullirlo...

« ¡No te desmayes, maldita sea!», exclamó una voz.
Una voz familiar. ¡La de Haplo!
Alfred abrió los ojos, muy brillantes. Las sombras retrocedieron. Buscó el origen de la voz y encontró los acuosos ojos del perro fijos en su rostro con una mirada penetrante.
Alfred pestañeó y tragó saliva.
— ¡Sartán bendito!
«No hagas caso al lázaro. Es una trampa», continuó la voz de Haplo; la voz procedía del interior de Alfred, de su cabeza. O tal vez de aquella huidiza porción de sí mismo que era su propia alma.
—Es una trampa —repitió en voz alta, sin ser muy consciente de lo que decía.
«No vayas a la Séptima Puerta. No permitas que el lázaro te convenza. Ni él, ni nadie. No vayas.»
—No voy a ir. —Alfred tuvo la confusa impresión de ser el eco de un lázaro—. Lo siento... —añadió, dirigiéndose a Marit.
« ¡No te disculpes!» ordenó Haplo con irritación. «Y no dejes que Kleitus te engañe. El lázaro sabe muy bien dónde está la Séptima Puerta. Murió en esa sala.»
— ¡Pero no puede volver a entrar! —Alfred comprendió por fin la situación de Kleitus—. ¡Las runas defensivas se lo impiden!
«Y no tiene ningún interés en mí», añadió Haplo con sequedad. «Sólo piensa en él. ¡Quizás espera que le devuelvas la vida a él!»
—No seré yo quien te ayude a entrar —proclamó Alfred.
— ¡Cometes un error, sartán! —masculló el lázaro.
«... un error, sartán...»
—Yo estoy de tu parte. Somos hermanos. —Kleitus avanzó varios pasos, arrastrando los pies—. Si me devuelves la vida, seré fuerte y poderoso. ¡Mucho más poderoso que Xar! ¡Él lo sabe y me teme! ¡Ven, deprisa! ¡Es tu única oportunidad de escapar de él!
— ¡No lo haré! —Alfred se estremeció.
El lázaro avanzó hacia él. Alfred retrocedió hasta que topó con la pared y no pudo seguir haciéndolo. Entonces presionó la piedra con las manos como si fuera a filtrarse por ella.
— ¡No lo haré...!
« ¡Tenéis que salir de aquí!», insistió Haplo. « ¡Tú y Marit! ¡Estáis en peligro! Si Xar os encuentra aquí...»
— ¿Y tú? —preguntó Alfred en un susurro cargado de añoranza.
—

Marit se volvió hacia él con una mueca de extrañeza y suspicacia.
— ¿Yo, qué?
— ¡No, no! —Alfred estaba perdiendo el dominio de sí—. Yo se lo decía..., se lo decía a Haplo.
— ¿A Haplo? —La patryn lo miró con ojos como platos.
— ¿No has oído lo que dice? —se extrañó Alfred y, en el momento de hacer la pregunta, se dio cuenta de que Marit no había captado nada. Ella y Haplo habían estado unidos, pero no habían intercambiado sus almas como habían hecho ellos dos en aquella ocasión, mientras cruzaban la Puerta de la Muerte.
Hizo un gesto con la mano, dando por cerrada la cuestión.
« ¡Olvídate de mí! ¡Marchaos de una vez! —Insistió Haplo—. ¡Utiliza tu magia!»

Alfred tragó saliva. Se pasó la lengua seca por los labios e intentó en vano humedecer la garganta reseca antes de empezar a entonar las runas con voz quebrada y casi inaudible.

Kleitus entendió el olvidado lenguaje mágico lo suficiente como para comprender lo que se proponía y, alargando su demacrado brazo, atrapó a Marit.

—Canta una runa más y la entrego a los no muertos —amenazó a Alfred.

La patryn pugnó por soltarse e intentó atravesar al lázaro con su espada, pero el muerto ambulante no tenía limitaciones físicas. Con fuerza sobrehumana, arrancó la espada del puño de Marit y cerró su mano manchada de sangre en torno al cuello de su prisionera.

Los signos mágicos de la piel de Marit refulgieron brillantemente. Su magia entró en acción para defenderla. Cualquier ser vivo habría quedado paralizado por la descarga, pero el cadáver del dinasta absorbió el castigo sin efectos perceptibles. Las largas uñas azuladas de la mano esquelética se hundieron en la carne de Marit. Ella se revolvió de dolor y reprimió un grito. La sangre resbaló por su piel. Alfred pegó la lengua al paladar y se quedó paralizado. Marit estaría muerta antes de que él pudiera completar el hechizo.

— ¡Llévame a la Séptima Puerta! —exigió Kleitus y clavó las uñas aún más hondo.

Marit lanzó un grito y sus manos se agarraron frenéticamente a las del cadáver.

El perro soltó un aullido quejumbroso.

Marit empezó a jadear, buscando aire con desesperación. Kleitus la estaba estrangulando lentamente.

« ¡Haz algo! », reclamó Haplo, furioso.

— ¿Qué? —gimió Alfred.

— ¡Esto, sartán! ¡Haz esto!

El Señor del Nexo entró en la celda. Levantó la mano, trazó un signo mágico en el aire y lo lanzó hacia Kleitus como una centella.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS ABARRACH

El signo mágico golpeó al lázaro en el pecho y estalló. Kleitus soltó una exclamación de rabia, pues el cadáver era insensible al dolor. Cayó al suelo y sus miembros muertos se agitaron y retorcieron espasmódicamente.

El lázaro luchó contra la magia hasta que, aparentemente, se sobrepuso a ella; con esfuerzo, empezó a incorporarse.

Xar pronunció unas palabras en tono cortante. La runa se expandió y sus brazos se hicieron tentáculos que rodearon al cadáver ambulante hasta reducirlo, pese a sus sacudidas.

Por fin, con un último estremecimiento, el lázaro quedó en el suelo, inmóvil.

El Señor del Nexo lo observó con recelo. Tal vez fingía, pensó. Desde luego, no lo había matado. No se podía matar lo que ya estaba muerto. Pero lo había dejado incapacitado, de momento. El signo mágico, que seguía emitiendo un leve resplandor, parpadeó hasta apagarse. El hechizo cesó. El lázaro continuó inmóvil. Satisfecho, Xar se volvió a Alfred.

—Bien hallado, Mago de la Serpiente. Por fin.

Al sartán, los ojos casi le saltaron de las órbitas. Movi6 la mandíbula pero no surgi6 de su boca sonido alguno. El Se6or del Nexo se dijo que no había visto nunca un individuo de aspecto m6s penoso y miserable, pero no se dej6 engañar por la apariencia externa. El sartán era poderoso, extraordinariamente poderoso. Aquella apariencia de debilidad y estupidez no era m6s que un disfraz.

—Aunque debo decir que me siento decepcionado contigo, Alfred —continu6 Xar. No había nada de malo en dejar que el sartán pensara que había conseguido su prop6sito. El Se6or del Nexo hundi6 la puntera de la bota en el lázaro inm6vil—. Tú podrías haberle hecho lo mismo, supongo.

Xar se inclin6 sobre Marit.

—No est6s malherida, ¿verdad, hija?

—

D6bil y conmocionada, Marit rehuy6 su contacto, pero no tenía d6nde ocultarse. Su espalda tropez6 con el pie del lecho de piedra. Su Se6or la sostuvo. Ella se encogi6, pero Xar actu6 con suavidad. La ayud6 a ponerse en pie y la sostuvo cuando ella, desfallecida, se tambale6.

—Las heridas que te ha hecho escuecen mucho. SÍ, lo sé, hija. Yo tambi6n he experimentado el repulsivo contacto de los lázaros. Es alg6n veneno, supongo. Pero yo puedo aliviarte.

Coloc6 la mano en la frente de Marit, apart6 los cabellos y sus dedos volvieron a trazar con suavidad, delicadamente, el signo mágico que una vez había grabado en ella; la marca que aquella misma mano había roto, había desbaratado, en el Laberinto. Al contacto con sus dedos, la runa se cerr6 y se restaur6 por completo. Marit no lo not6. Ardía de fiebre y estaba mareada y desorientada. Xar alivi6 su dolor en parte, pero no por completo.

—Pronto te sentirás mejor. Siéntate aquÍ —dijo su Se6or, conduciéndola hasta el borde del lecho en el que yacía Haplo— y descansa. Tengo que tratar ciertos asuntos con el sartán.

— ¡Mi Se6or! —Marit tom6 la mano de Xar, se aferr6 a ella—. ¡Mi Se6or, el Laberinto...! ¡Nuestro pueblo lucha por su vida!

Xar endureci6 la expresi6n.

—Lo sé, hija mía. Y me propongo regresar. Nuestra gente ser6 capaz de resistir hasta que...

— ¡Mi Se6or! ¡No lo comprendes! Las serpientes drag6n han prendido fuego al Nexo. ¡La ciudad est6 en llamas! Nuestra gente..., ¡nuestro pueblo... muere...!

Xar se qued6 boquiabierto. No podía dar cr6dito a lo que oía. Era imposible.

— ¿El Nexo, ardiendo?

Al principio crey6 que lo engañaba, pero en aquel momento volvían a estar unidos y vio la verdad en la mente de Marit. Vio el Nexo, la hermosa ciudad de torreones con esbeltas agujas blancas, su ciudad. No importaba que la hubieran construido sus enemigos. El había sido el primero en pisarla. El primero en tomar posesi6n de ella.

La había conseguido con sangre y con un esfuerzo incesante. Y había llevado a ella a su pueblo. Su gente había convertido la ciudad en su hogar.

Y en aquel momento, a trav6s de los ojos de Marit, veía el Nexo rojo de llamas y negro de humo y de muerte.

—Todo aquello por lo que he trabajado... ha desaparecido... —murmur6. La fuerza con la que sostenía a Marit decreci6.

—Mi Señor, si vuelves allí... —Marit retuvo su mano entre las de ella—. Si vuelves con tu gente, harás revivir la esperanza. ¡Ve con los tuyos, mi Señor! ¡Te necesitan!

Xar titubeó. Recordó...

... No cruzó la Última Puerta caminando. Lo hizo a gatas, arrastrándose con el vientre por el suelo entre sus soportes de piedra cubiertos de runas. Había dejado tras de sí un reguero de sangre, un rastro que marcaba su camino a través del propio Laberinto. Parte de la sangre era suya; la mayor parte, de sus enemigos. Cuando dejó atrás la frontera, se derrumbó sobre la hierba mullida. Rodó sobre la espalda, levantó la vista al cielo crepuscular, un cielo de rojos difuminados y púrpuras vaporosos, orlados de oro y naranja. Tenía que curarse, que dormir. Ya lo haría, más adelante. De momento, quería percibirlo todo;

—

también el dolor. Aquél era su momento de triunfo y, cuando lo recordara, quería recordar también el dolor que lo había acompañado.

El dolor, el sufrimiento. El odio.

Cuando se dio cuenta de que debía darse prisa en curarse o moriría, se incorporó sobre un codo y miró a su alrededor, buscando refugio.

Y entonces vio por primera vez la ciudad que sus enemigos habían denominado el Nexo.

Era hermosa. La piedra blanca reflejaba tenuemente los colores del crepúsculo perpetuo. Xar apreció su belleza, pero también vio algo más.

Vio gente, su gente, trabajando y viviendo allí en paz y tranquilidad. Sin más miedo a los lobunos, los snogs y los dragones.

Había sobrevivido al Laberinto. Lo había derrotado. Había escapado de él. Era el primero. El primero de todos. Pero no seguiría solo mucho tiempo. Volvería allí. Al día siguiente, cuando estuviera completamente curado y descansado, volvería a atravesar la Puerta y rescataría a alguien más.

Sí, mañana volvería al Laberinto. Y al día siguiente. Volvería a entrar en aquella prisión terrible para conducir a su pueblo a la libertad. Llevaría a los suyos a aquella ciudad, a aquel refugio.

Las lágrimas le nublaron la vista. Unas lágrimas exprimidas de lo más profundo de Xar por el dolor, la fatiga y —por primera vez en su lúgubre existencia— por la esperanza.

Más tarde, mucho después, Xar contemplaría la ciudad con mirada clara y fría y vería ejércitos.

Pero, de momento, no era así. De momento, a través de las lágrimas, veía niños jugando...

En esta ocasión, en cambio, el cielo crepuscular aparecía negro de humo. Los cuerpos de los niños yacían en las calles, quemados y retorcidos.

Xar se llevó la mano a su runa del corazón, tatuada en su pecho hacía

tantísimo tiempo. Entonces, su nombre era... ¿Cómo se llamaba en esa época?

¿Cuál era el nombre de aquel patryn que había cruzado a rastras la Última Puerta del Laberinto? Ya no lo recordaba. Lo había borrado y lo había rectificado con runas de fuerza y poder.

Igual que había modificado su visión.

¡Ah, ojalá pudiera recordar el nombre...!

—Volveré al Nexo —declaró Xar en el silencio impregnado de temor y respeto

que emanaba de él. Un silencio que, por un instante, los había unido a todos en la esperanza. Que había unido a él incluso a su enemigo—. Volveré allí... a través de la Séptima Puerta.

Xar clavó su mirada en el sartán. Alfred, se hacía llamar. Pero aquél tampoco era su nombre real.

—Y tú me llevarás —añadió.

El perro soltó un sonoro ladrido, casi una orden. Pero podría haberse ahorrado la molestia.

—No —respondió Alfred al Señor del Nexo, con voz suave y triste—. No lo haré.

Xar dirigió la mirada al cuerpo tendido sobre el lecho de fría piedra.

—Tienes razón, sartán. Haplo aún está vivo. Pero también puedo hacer que deje de estarlo. ¿Qué te propones hacer al respecto?

—

Alfred palideció y se humedeció los labios, resecos.

—Nada —dijo y tragó saliva—. No puedo hacer nada.

— ¿De veras? —preguntó Xar en tono afable—. El hechizo de nigromancia al que lo he sometido conserva su cuerpo. Su esencia, lo que tú llamas el alma, está atrapada dentro del perro. Dentro del cuerpo de un animal estúpido.

—Hay quien diría que todos estamos atrapados así —replicó Alfred, pero lo hizo con voz tan baja que nadie, salvo el perro, lo oyó.

—Tú puedes cambiar todo esto —continuó Xar—. Puedes devolverle la vida a Haplo.

El sartán se estremeció.

— ¡No! ¡No puedo!

— ¡Un sartán mentiroso! —Exclamó Xar con una sonrisa—. No habría creído posible tal cosa.

—No miento —aseguró Alfred, al tiempo que se erguía con aire digno—. Para formular el hechizo de nigromancia utilizaste la magia patryn, de modo que no puedo eliminarlo ni modificarlo...

— ¡Ah!, pero podrías... —lo interrumpió el Señor del Nexo—. Dentro de la Séptima Puerta, podrías.

Alfred levantó las manos como para protegerse de un ataque, aunque nadie había hecho el menor movimiento hacia él. Luego, retrocedió hasta un rincón y contempló la celda como si la viese por primera vez como lo que era: una cárcel.

— ¡No puedes pedirme tal cosa!

—Te lo pedimos los dos, ¿verdad, hija? —Xar se volvió hacia Marit. La patryn, tiritando de fiebre, alargó una mano temblorosa hasta tocar la helada piel de Haplo.

—Alfred...

— ¡No! —Alfred se encogió contra la pared—. ¡No me pidas eso! A Xar no le importa Haplo. ¡Tu Señor se propone destruir el mundo, Marit!

— ¡Lo que me propongo es deshacer lo que vosotros urdisteis, sartán! —

Exclamó Xar, perdiendo la paciencia—. ¡Volver a unir los cuatro mundos...!

— ¡Y convertirte en su único dueño y gobernarlo todo! Pero no podrías hacerlo, igual que Samah no pudo dominar los mundos que él creó. Lo que hizo estuvo mal, pero ha pagado por sus crímenes. Con el tiempo, el mal se ha corregido. Los mensch han construido nuevas existencias en estos mundos. Si

haces lo que te propones, millones de inocentes morirán...

—Los supervivientes quedarán en mejor posición —replicó Xar—. ¿No era eso lo que decía Samah?

— ¿Y qué me dices de tu gente, atrapada en el Laberinto?

— ¡Será liberada! ¡Yo me encargaré de ello!

—Lo que harás será condenarlos. Los patryn tal vez escapen del Laberinto, pero no escapan nunca de la nueva prisión que construirás para ellos. Una cárcel de miedo. Lo sé muy bien —añadió Alfred en un susurro pesaroso—. He pasado casi toda mi vida en una de ellas.

El Señor del Nexo guardó silencio. Pero no porque reflexionara sobre las palabras de Alfred, pues había dejado de prestar atención al sartán gimoteante. Xar trataba de encontrar el modo de forzar a aquel tipejo despreciable a cumplir su voluntad. El patryn era consciente del poder de Alfred; probablemente, lo conocía mejor que el propio sartán. Xar no dudaba que podía vencerlo, si se producía un

—

combate entre los dos, pero no saldría ileso del lance, y era posible que Alfred resultara muerto en el enfrentamiento. Y, ante la poca suerte de Xar con la nigromancia, no era aconsejable tal resultado.

Había una posibilidad...

—Creo que será mejor que te retires a lugar seguro, hija. —Xar sujetó con firmeza a Marit y la apartó del lecho de piedra en el que reposaba el cuerpo de Haplo.

El Señor del Nexo trazó una serie de runas en la base del lecho y pronunció una orden.

La piedra estalló en llamas.

— ¿Qué..., qué estás haciendo, mi Señor? —gritó Marit.

—No puedo resucitar a Haplo —explicó Xar con toda tranquilidad—. Y el sartán no utilizará su poder para devolverlo a la vida. Por lo tanto, el cuerpo no me sirve de nada. Ésta será la pira funeraria de mi siervo.

— ¡No! ¡No puedes hacer eso, mi Señor! —Marit se lanzó sobre Xar y se agarró a sus ropas, suplicante—. ¡Por favor! ¡Esto..., esto destruirá a Haplo!

Los signos mágicos se extendieron lentamente alrededor del pie del lecho de piedra hasta formar un círculo de llamas y éstas ascendieron por la piedra devorando la magia, ya que no tenían otro combustible.

Hasta que alcanzaron el cuerpo.

Demasiado débil y enferma como para mantenerse en pie, a causa del veneno del lázaro, Marit se postró de rodillas.

— ¡Mi Señor, te lo ruego!

Xar extendió la mano y acarició los cabellos de su sierva, apartándolos de su frente.

—No me supliques a mí, hija. Es el sartán quien tiene en su mano salvar a Haplo. ¡Ruégale a él!

Las llamas se multiplicaban y se hacían más altas. El calor se incrementaba.

—Yo... —Alfred abrió la boca.

« ¡No! », le instó Haplo.

El perro miró a Alfred con severidad y lanzó un gruñido de advertencia.

—Pero si tu cuerpo se quema... —murmuró Alfred con la vista fija en las llamas.

« ¡Que se queme! Y si Xar abre la Séptima Puerta, ¿qué? Tú mismo has dicho lo que sucedería.»

Alfred tragó saliva y buscó aire con un jadeo.

—No puedo quedarme aquí, mirando, sin intervenir...

« ¡Entonces, desmáyate, maldita sea!», respondió la voz de Haplo, con irritación. « ¡Ésta es la única ocasión de tu vida en que tus desvanecimientos serían de utilidad!»

—Pues no lo haré —declaró Alfred. Poco a poco, recuperó la firmeza e incluso ensayó una débil sonrisa—. Y me temo que debo encerrarte en mi prisión durante un tiempo, amigo mío.

El sartán inició una danza, moviéndose con aire solemne al son de una música que tarareaba por lo bajo.

Xar lo observó con recelo, preguntándose qué tramaba el Mago de la Serpiente. Un hechizo de ataque no, desde luego. Dadas las reducidas dimensiones de la celda, sería demasiado peligroso.

—

— ¡Perro, ve con Marit! —Murmuró el sartán al tiempo que hacía un grácil paso de baile para salvar el bulto del animal—. ¡Ahora!

El animal corrió al lado de Marit y se quedó junto a ella, atento, en actitud protectora. En aquel mismo instante, dos ataúdes de cristal se materializaron en la estancia. Uno cubrió el cuerpo de Haplo. El otro envolvió al Señor del Nexo.

Dentro del ataúd de Haplo, las llamas menguaron hasta apagarse.

En el interior del otro ataúd, Xar pugnó por liberarse, rojo de rabia e impotencia.

Alfred ayudó a Marit a levantarse y a escapar de la celda. Juntos, salieron al oscuro pasadizo. El perro los siguió, pisándoles los talones.

— ¡Fuera! —Exclamó Alfred, haciendo uso de su magia—. ¡Queremos salir de aquí!

A lo largo de la parte inferior de la pared, la hilera de signos mágicos azules se iluminó de nuevo. Cargado con Marit, Alfred siguió el camino que indicaban las runas, tambaleándose a ciegas en la oscuridad apenas rota por el fulgor mortecino de los signos mágicos. Sin embargo, pronto le pareció que el pasadizo descendía, que penetraba aún más profundamente bajo la superficie de Abarrach...

Y entonces lo asaltó el pensamiento aterrador de que aquellas runas tal vez lo guiaban directamente hacia la Séptima Puerta. Al fin y al cabo, los signos mágicos lo conducirían donde él quisiera y, en efecto, al invocarlos tenía en su mente la imagen de la Puerta.

« ¡Bien, pues aparta esa idea de tu mente!», le ordenó la voz de Haplo. «

¡Piensa en la Puerta de la Muerte! ¡Concéntrate en eso!»

—Sí —dijo Alfred con un jadeo—. La Puerta de la Muerte...

De repente, los signos mágicos emitieron un destello y se apagaron, dejándolos sumidos en una oscuridad espantosa, que entorpecía su mente.

—

CAPÍTULO NECRÓPOLIS

ABARRACH

Encerrado en el ataúd por la magia sartán, Xar calmó su cólera y se cargó de paciencia para liberarse. Como un cuchillo afilado, su cerebro se deslizó en cada unión de las runas sartán, buscando un punto débil. Lo encontró y se aplicó a él con empeño, para descomponer la runa y mellar su magia. Cuando abrió una grieta, el resto de la estructura rúnica, realizada apresuradamente por Alfred, se desmoronó.

Xar reconoció su mérito al sartán: el Mago de la Serpiente era muy hábil.

Hasta entonces, ninguna magia había paralizado y confundido por completo al Señor del Nexo. De no haber sido la situación tan crítica, tan apurada, Xar habría disfrutado del ejercicio mental.

Estaba en la celda de la prisión, sin otra compañía que la de Kleitus, y aquel montón de huesos y carne putrefacta apenas contaba. El lázaro continuaba bajo las ataduras del hechizo del patryn y no se movió. Xar no le prestó atención y dio unos pasos hasta llegar junto al cuerpo de Haplo, encerrado en el ataúd mágico del sartán.

El fuego funerario se había apagado. Si quería, Xar podía encenderlo de nuevo. Podía romper la magia que protegía a Haplo como había hecho con la que lo encarcelaba a él.

Pero no lo hizo.

Contempló el cuerpo yacente y sonrió.

—No te abandonarán, hijo mío. Por mucho que intentes convencerlos, no lo harán. ¡Por tu culpa, Alfred me conducirá a la Séptima Puerta!

Xar se llevó la mano a la runa de la frente, la misma que había trazado, destruido y vuelto a dibujar en la frente de Marit. Una vez más, estaban unidos. Una vez más, compartía los pensamientos y oía las palabras de su hija. Pero en esta ocasión, si era cauto, Marit no sería consciente de su presencia. El Señor del Nexo abandonó las mazmorras e inició la persecución.

—

Los signos mágicos habían dejado de iluminar su camino. Alfred consideró que era consecuencia de la confusión que reinaba en su mente, incapaz de decidir adonde ir. Después, se dijo que quizá fuese más seguro viajar sin guía. Si no sabían adonde iban, nadie podría saberlo tampoco. Así se lo dictaba su confusa lógica.

Invocó una runa y la hizo brillar débilmente en el aire, delante de él; el resplandor bastó para permitirles avanzar. Lo hicieron a trompicones, lo más deprisa posible, hasta que Marit no pudo continuar.

Alfred comprendió que la patryn estaba muy enferma. Notaba el calor del veneno en su piel tatuada. Su cuerpo se estremecía; el dolor la atenazaba, la torturaba. Marit se había esforzado con bravura por mantener la marcha, pero, en el último centenar de pasos, Alfred se había visto obligado a llevarla casi en volandas. Finalmente, era un peso muerto. Alfred tenía los brazos temblorosos y entumecidos de fatiga. No pudo seguir sosteniéndola, y Marit se derrumbó en el suelo.

El sartán se arrodilló a su lado. El perro lanzó un gañido y hundió el hocico en la flácida mano de la patryn.

—Dame tiempo... para recuperarme —dijo ella entre jadeos.

—Puedo ayudarte... —Alfred se inclinó sobre ella y la miró en la penumbra.

—No. Monta guardia —le ordenó ella. Los tatuajes de su piel apenas emitían su débil resplandor—. Tu magia no detendrá a Xar... mucho tiempo. Se sentó hecha un ovillo, con las rodillas encogidas hasta la barbilla y la cabeza apoyada en ellas. Rodeó las piernas con los brazos, bajó los párpados y cerró el círculo de su ser. Los signos mágicos de sus brazos brillaron con más calor, y los escalofríos cesaron. Encogida en la oscuridad, Marit se envolvió en calor.

Alfred observó con inquietud. Por lo general, se requería un sueño curativo para que un patryn se recuperara por completo. Se preguntó si se habría quedado dormida, y qué hacer si así era. Estuvo muy tentado de dejarla descansar, pues no había observado el menor rastro de que Xar los siguiera.

Tímidamente, alargó la mano para apartar los mechones húmedos de la frente de la mujer. Y entonces vio, con una punzada de dolor, que el signo que Xar había grabado en su frente, el signo mágico que unía a la patryn con su Señor, estaba entero otra vez.

Alfred se apresuró a retirar la mano.

— ¿Qué...? —Sorprendida ante el helado tacto del sartán, Marit alzó la cabeza—. ¿Qué sucede?

—Nada..., nada —balbuceó Alfred—. Yo... pensaba que querías dormir...

— ¿Dormir? ¿Te has vuelto loco?

Rechazando su ayuda, Marit se puso en pie con esfuerzo.

La fiebre había bajado, pero las marcas del cuello seguían claramente visibles: unos cortes negros, que interrumpían los luminosos trazos de los tatuajes rúnicos.

Marit se frotó las heridas con una mueca de dolor, como si quemaran.

— ¿Adonde vamos?

« ¡Fuera de aquí! », ordenó Haplo con urgencia. « Fuera de Abarrach. A través de la Puerta de la Muerte. »

Alfred miró al perro y no supo muy bien qué responder. Marit vio su mirada y comprendió lo que sucedía. Movi6 la cabeza y declaró:

—

—No voy a dejar a Haplo.

—No podemos hacer nada por él, Marit...

La mentira de Alfred se perdió en el silencio. Sí que había algo que él podía hacer. Lo que Kleitus había dicho era cierto. Alfred, a esas alturas, le había dado muchas vueltas en la cabeza al asunto de la Séptima Puerta. Había repasado todo lo que había oído al respecto de boca de Orla, quien le había descrito cómo Samah y el Consejo habían utilizado la magia de la Séptima Puerta para efectuar la Separación de los mundos. Alfred también había hurgado en su propia memoria, evocando pasajes que había leído en los libros de los sartán. De todo ello dedujo que, una vez en ella, podía utilizar la poderosa magia de la Puerta para obrar maravillas inimaginables. Podía devolverle la vida a Haplo. Podía ofrecer el descanso en paz a Hugh *la Mano*. Podía, tal vez, incluso acudir en ayuda de quienes libraban su lucha desesperada en el Laberinto.

Pero la Séptima Puerta era el único lugar de los cuatro mundos en el que Alfred no se atrevía a entrar. No mientras Xar acechara, esperando a que lo hiciera.

El perro iba y venía por el pasadizo con paso nervioso.

« ¡Desaparece de aquí, sartán! », dijo Haplo, leyéndole los pensamientos como

de costumbre. « ¡Es a ti a quien busca Xar!»

— ¡Pero no puedo dejarte! —protestó Alfred.

—Claro que no. —Marit le dirigió una mirada de perplejidad—. Nadie ha dicho que fueras a hacerlo.

«Muy bien, pues», respondía Haplo al mismo tiempo. «No me dejes. ¡Lleva contigo al perro! Mientras el maldito animal esté a salvo, Xar no puede hacerme nada.»

Alfred oyó las dos voces que le hablaban simultáneamente y empezó a abrir y cerrar la boca con desesperada confusión.

—El perro... —murmuró, tratando de asirse a un punto sólido en la extraña conversación.

«Tú y Marit llevad al perro a un mundo donde esté seguro», repitió Haplo en tono paciente e insistente. «A uno donde Xar no pueda encontrarlo. Pryan, tal vez...»

Parecía una sugerencia acertada, cargada de sensatez: ponerse ellos mismos y al perro a salvo de riesgos. Pero había algo en la propuesta que no terminaba de encajar. Alfred sabía que, si se tomaba el tiempo necesario para detenerse a pensar a fondo en el asunto, descubriría dónde estaba la incongruencia; sin embargo, entre el miedo, la confusión y la sorpresa de poder comunicarse con Haplo de aquella manera, Alfred se hallaba completamente perplejo.

Marit estaba apoyada contra la pared con los ojos cerrados. Su magia, evidentemente, estaba demasiado debilitada a causa de la herida y no alcanzaba a sostener a la patryn, la cual, de nuevo, tiritaba con visibles muestras de dolor. El perro se agazapó a sus pies y la contempló con desolación.

«Si no se cura a sí misma... o si no la curas tú, sartán..., Marit morirá», dijo Haplo con tono urgente.

—Sí, tienes razón.

Alfred tomó una decisión y rodeó con el brazo los hombros de Marit; ella se puso tensa al notar el contacto, pero pronto se dejó caer contra él, sin fuerzas. Era muy mala señal.

—

— ¿Con quién estás hablando? —murmuró.

—Olvida eso —respondió el sartán sin alterar la voz—. Vamos...

Marit abrió los ojos como platos. Durante un momento, su cuerpo recuperó el vigor y una nueva esperanza alivió sus padecimientos.

— ¡Haplo! —exclamó—. ¡Estás hablando con Haplo! ¿Cómo es posible?

—Una vez, Haplo y yo compartimos nuestras conciencias. Fue en la Puerta de la Muerte. Nuestras mentes cambiaron de cuerpo...

Por lo menos —añadió Alfred con un suspiro—, es la única explicación que se me ocurre.

Marit permaneció callada largo rato; por fin, murmuró en voz baja:

—Podríamos acudir a la Séptima Puerta enseguida, mientras mi Señor sigue aprisionado por tu magia.

Alfred titubeó y, mientras el pensamiento penetraba en su mente, los signos mágicos de la pared cobraron vida de pronto e iluminaron un pasadizo que, hasta aquel momento, había permanecido en sombras. En unas sombras tan densas que su existencia les había pasado totalmente inadvertida.

—Eso es —exclamó Marit, admirada—. Ése es el camino...

Alfred tragó saliva, excitado, tentado... y temeroso.
Pero, bien mirado, ¿cuándo no había tenido miedo, en toda su vida?
« ¡No vayas!», le recomendó Haplo. «Esto no me gusta. A estas alturas, Xar ya debe de haberse liberado de tu hechizo.»
Alfred vaciló.
— ¿Sabes dónde está? ¿Puedes verlo?
«Lo que veo, es a través de los ojos del perro. Mientras tengas al chucho contigo, me tendrás también a mí... aunque no sé si esto va a servirnos de algo. Olvídate de la Séptima Puerta y abandona Abarrach mientras tienes ocasión de hacerlo.»
— ¡Alfred, por favor! —suplicó Marit al tiempo que se apartaba del sartán e intentaba sostenerse sola—. Mira, ya estoy bien...
Con un seco ladrido, el perro se incorporó a cuatro patas.
A Alfred le dio un vuelco el corazón.
—Yo no... Haplo tiene razón. Xar está buscándonos. ¡Tenemos que dejar Abarrach! Nos llevaremos al perro —añadió, con la vista fija en Marit, quien lo observaba con mirada iracunda. El fulgor de las runas brillaba en los febriles ojos de la patryn—. Iremos a alguna parte donde podamos descansar y tú puedas restablecerte debidamente. Después, volveremos aquí. Te lo prometo...
Marit lo apartó de un empujón, dispuesta a dejarlo atrás, a pasar por encima de él... o a través de él, si era necesario.
—Si no quieres llevarme a la Séptima Puerta, encontraré el...
La patryn se interrumpió a media frase. Un espasmo le estremeció el cuerpo, y se llevó las manos al cuello mientras, con dificultad, intentaba tragar aire. Doblada por la cintura, cayó al suelo a cuatro patas.
— ¡Marit! —Alfred la tomó en brazos—. Tienes que salvarte tú, si quieres hacer algo por Haplo.
—Está bien —susurró ella, medio asfixiada—. Pero... volveremos a buscarlo.
—Te lo prometo —asintió Alfred, sin abrigar la menor duda al respecto—. Ahora, volvamos a la nave.

—

Los signos mágicos que conducían hacia la Séptima Puerta parpadearon y se apagaron.
Alfred empezó a entonar las runas en tono bajo y sonoro. Unos signos mágicos que brillaban tenuemente envolvieron al sartán, a Marit y al perro. Alfred continuó cantando las runas que abrían la posibilidad de que estuvieran a bordo de la nave...
Y, en un abrir y cerrar de ojos, el sartán y sus dos compañeros se encontraron en cubierta.
Y allí, esperándolos, estaba el Señor del Nexo.

—

CAPÍTULO PUERTO SEGURO ABARRACH

Alfred parpadeó, con los ojos muy abiertos. Marit, a punto de caerse, se sujetó

a él.

Xar no prestó atención a ninguno de los dos, sino que alargó la mano para coger al perro, que permaneció quieto, con las patas rígidas y los dientes al descubierto, entre gruñidos.

« ¡Dragón!», dijo Haplo.

¡Dragón!

Alfred se aferró a la posibilidad, al encantamiento. Dio un gran brinco en el aire y su cuerpo se contorsionó y danzó al son de la magia hasta que, de pronto, dejó de estar en la nave y se encontró volando a gran altura sobre ella. Xar ya no era un ser amenazador situado a su lado, sino una figurilla insignificante que levantaba la vista hacia él desde muy abajo.

Marit, apenas consciente, seguía agarrada al lomo de Alfred. Estaba cogida de su levita cuando el encantamiento lo había transformado y, por lo que se veía, la magia del sartán la había llevado con él. En cambio, el perro seguía en la cubierta, corriendo de un rincón a otro entre ladridos y con la vista levantada hacia Alfred.

— ¡Ríndete, sartán! —Exclamó Xar—. Estás atrapado. No puedes dejar Abarrach.

« ¡Claro que puedes!», dijo la voz de Haplo. « ¡Eres más fuerte que él! ¡Atácalo! ¡Recupera la nave!»

—Pero..., podría hacer daño al perro —protestó Alfred.

En aquel momento, Xar retenía al animal por el cogote.

—Es posible que recuperes tu nave y me obligues a dejarla, sartán. Pero ¿qué harás entonces? ¿Marcharte sin tu amigo? ¡El perro no podrá pasar la Puerta de la Muerte!

El perro no podrá pasar la Puerta de la Muerte.

— ¿Es cierto eso, Haplo? —quiso saber Alfred. Y, comprendiendo que Haplo no lo haría, respondió a su propia pregunta—: Lo es, ¿verdad? Ya sabía que esa

—

sugerencia tuya tenía algún fallo. ¡El perro no puede atravesar la Puerta de la Muerte, si no es contigo!

Haplo no contestó.

El dragón, inquieto e indeciso, sobrevoló la nave en un círculo. Abajo, el perro, sujeto por la mano de Xar, observó la escena y emitió un gañido.

—No dejaras a tu amigo abandonado a su suerte, Alfred —gritó Xar—. No podrás hacerlo. El amor rompe el corazón, ¿verdad, sartán?

El dragón titubeó y entrecerró las alas. Alfred se disponía a entregarse.

« ¡No!», exclamó Haplo.

El perro se revolvió contra Xar y lanzó un ataque feroz. Sus afilados colmillos atravesaron la manga de la túnica negra del Señor del Nexo. Xar soltó al babeante animal y retrocedió un paso.

Al instante, el perro saltó de la cubierta y aterrizó en el embarcadero, de donde escapó lo más deprisa que pudo, en dirección a la ciudad abandonada de Puerto Seguro.

El dragón descendió y, con actitud protectora, voló sobre el perro hasta que éste hubo desaparecido entre las sombras de los edificios en ruina. Resguardado en una casa vacía, el perro se detuvo, jadeante, para comprobar si venía alguien tras él.

Nadie lo perseguía.

El Señor del Nexo podría haber detenido al animal. Podría haberlo matado con pronunciar una sola runa, pero dejó que se fuera. Había cumplido su propósito. Ahora, Alfred ya no se marcharía de Abarrach. Y tarde o temprano, se dijo Xar, terminaría por conducirlo a la Séptima Puerta.

El amor rompe el corazón.

Con una sonrisa, complacido consigo mismo, Xar dejó la nave y volvió a su biblioteca para meditar su siguiente paso. Mientras se marchaba, se frotó el signo mágico de la frente.

Casi inconsciente, agarrada al lomo del dragón, Marit dejó escapar un gemido.

El dragón sobrevoló en círculos la ciudad abandonada de Puerto Seguro, pendiente de ver qué hacía Xar. Alfred estaba preparado para cualquier cosa menos para la brusca partida del Señor del Nexo.

Cuando Xar desapareció, Alfred esperó y observó con atención, pensando que podía ser un truco o que tal vez había ido en busca de refuerzos.

No sucedió nada. Nadie se presentó.

—Alfred... —murmuró Marit con un hilillo de voz—. Será mejor... que me dejes... en el suelo. No..., no creo que pueda seguir sujetándome mucho rato más. «Llévala a las cavernas de Salfag», sugirió Haplo. «Están por ahí, no muy lejos.

El perro conoce el camino.»

El can asomó de su escondite y corrió hasta colocarse en mitad de la calle vacía. Levantó la testuz hacia Alfred, lanzó un único ladrido y avanzó al trote, calle abajo.

Con una brusca maniobra sobre Puerto Seguro, el dragón voló tras el perro y siguió una carretera que recorría la orilla del Mar de Fuego hasta que el propio camino desapareció. El perro empezó a abrirse paso entre las gigantescas peñas que sobresalían de la costa. El dragón reconoció el lugar que sobrevolaba: estaba

—

en las cercanías de la entrada a las cavernas de Salfag y descendió en espiral, buscando un lugar adecuado para posarse.

Al hacerlo, mientras se aproximaba al suelo, Alfred creyó detectar un movimiento, una sombra que se desprendía de un laberinto de rocas y árboles muertos y se alejaba hasta perderse entre otras sombras. El dragón estudió el lugar con atención pero no vio nada. Cuando encontró un lugar adecuado entre una extensión de peñascos, se posó en el suelo.

Marit se deslizó del lomo del dragón, se dejó caer entre las rocas y se quedó inmóvil. Alfred adquirió de nuevo su aspecto normal y se inclinó sobre la patryn con inquietud.

Los poderes curativos de la mujer habían impedido que muriera, pero poco más. El veneno aún corría por sus venas. Ardía de fiebre y cada respiración le costaba un gran esfuerzo. Parecía sufrir fuertes dolores. Alfred la vio llevarse la mano a la frente y apretarla contra ella.

El sartán apartó el flequillo de Marit y vio el signo mágico —el signo de Xar— iluminado con un fulgor fantasmal. Alfred comprendió de qué se trataba y exhaló un profundo suspiro.

—No es extraño que Xar nos dejara marchar —murmuró—. Allá donde vayamos, ella lo conducirá directamente hasta nosotros.

«Tienes que curarla», intervino la voz de Haplo. «Pero aquí no. Dentro de la

cueva. Marit necesitará descanso.»

—Sí, claro.

Alfred levantó a Marit en brazos suavemente. El perro, conociendo al sartán, siguió la maniobra con mirada inquieta. Claramente, el animal esperaba tener que acudir en cualquier momento, a salvarlos a ambos de precipitarse de cabeza en el Mar de Fuego.

Alfred empezó a murmurar para sí, entonando las runas como si cantara una nana a un chiquillo. Marit se relajó en sus brazos y dejó de gemir. Exhaló un jadeo profundo y apacible y descansó la cabeza en el hombro del sartán. Alfred sonrió para sí y la transportó con facilidad, avanzando sin el menor traspié, hasta la entrada de las cavernas de Salfag.

Se dispuso a entrar, pero el perro se negó a seguirlo. El animal olisqueó el aire; se le erizó el pelo del cuello y se le tensaron las patas. Emitió un gruñido de advertencia.

«Ahí dentro hay algo», apuntó Haplo. «Oculto en las sombras, a tu derecha.»

Alfred pestañeó, incapaz de distinguir nada en la oscuridad tras la tenue luz del Mar de Fuego.

—No..., no son los lázaros... —Su voz tenía un temblor de nerviosismo.

«No.»

El perro avanzó un poco más, con cautela, y gruñó de nuevo.

«Es una sola persona, y está viva. Me parece...» Haplo hizo una pausa. «

¿Recuerdas a Balthazar? El nigromante sartán que dejamos aquí cuando escapamos de Abarrach...»

— ¡Balthazar! —Alfred no podía creerlo—. Pero..., pero debe de estar muerto.

Y todos los sartán que lo acompañaban. Los lázaros se disponían a destruirlos.

«Pues, al parecer, no lo hicieron. Supongo que hemos tropezado con el lugar donde han permanecido escondidos Balthazar y los suyos. Recuerda que fue aquí donde los encontramos por primera vez.»

—

— ¡Balthazar! —Alfred, incrédulo, escrutó las sombras tratando de ver algo—.

Por favor, necesito ayuda —continuó, en el idioma sartán—. Estuve aquí una vez, ¿recuerdas? Me llamo...

—Alfred —dijo una voz seca y ronca desde las sombras. Un sartán vestido con ropas negras deshilachadas y raídas surgió de ellas—. Sí, te recuerdo.

El perro se colocó delante de Alfred en actitud protectora y emitió un ladrido de advertencia que decía: «Mantente a distancia».

—No temas, no voy a hacerte daño. No tengo fuerzas para luchar —añadió Balthazar con un tono de amargura en la voz.

El sartán nunca había sido muy robusto, y los sufrimientos y privaciones lo habían dejado débil y enflaquecido. Su barba y sus cabellos, un día de un color negro lustroso inusual entre los sartán, presentaban ahora unas canas prematuras. Aunque el movimiento le causaba fatiga, conseguía mantener un porte digno. Sin embargo, las ropas negras raídas que lo distinguían como nigromante colgaban de unos hombros huesudos como si cubrieran un esqueleto.

—En efecto, eres tú, Balthazar —murmuró Alfred con manifiesta sorpresa—.

Yo... no estaba seguro.

En su voz también era muy evidente la lástima que le producía. Los negros ojos de Balthazar centellearon de rabia. Se irguió con aire solemne y cruzó los

brazos huesudos sobre el pecho hundido.

— ¡Sí! ¡Balthazar! ¡Balthazar, a cuyo pueblo abandonaste a su suerte en los muelles de Puerto Seguro!

El perro, tras reconocer a Balthazar, se encontraba a punto de acercarse a él con amistosas fiestas pero, al oírlo, soltó un gruñido y retrocedió hasta colocarse cerca de sus protegidos.

—Ya sabes por qué os dejamos aquí. No podía permitir que difundierais la nigromancia a los otros mundos —respondió Alfred sin alterarse—. Sobre todo, después de ver el daño causado a éste.

Balthazar suspiró. Su cólera había sido más premeditada que real. Una llamita vacilante: esto era todo lo que quedaba de un incendio que se había apagado hacía mucho tiempo. Sus brazos, cruzados sobre el pecho, se separaron y cayeron pesadamente a los costados, muertos de cansancio.

—Ahora lo entiendo. Entonces, por supuesto, no. Y no puedo evitar la cólera. No tienes idea de lo que hemos sufrido. —Una sombra cargada de angustia y de dolor nubló sus negros ojos—. Pero lo que dices es cierto: nosotros mismos atrajimos esta desgracia con nuestros actos irreflexivos. A nosotros nos corresponde afrontarla. ¿Qué le sucede a la mujer? —Balthazar observó a Marit detenidamente—. Supongo que pertenece a la misma raza que ese amigo tuyo... ¿cómo se llama? Haplo. Sí, reconozco las marcas rúnicas de su piel.

—Ha sufrido el ataque de uno de los lázaros —explicó Alfred, al tiempo que examinaba a Marit. La patryn, inconsciente, ya no sentía dolor.

Balthazar adoptó una expresión sombría.

—Algunos de los nuestros han tenido el mismo destino. Me temo que no se puede hacer nada por ella.

—Al contrario. Yo puedo curarla. —Alfred se sonrojó—. Pero necesita un rincón tranquilo donde pueda descansar y dormir sin molestias durante muchas horas.

Balthazar miró a Alfred sin pestañear.

—

—Lo olvidaba... —dijo por fin—. Olvidaba que posees facultades que nosotros hemos perdido... o que ya no tenemos fuerzas para poner en práctica. Tráela adentro. Aquí estará a salvo..., todo lo salvo que puede estarse en este mundo condenado.

El nigromante abrió la marcha hacia el interior de la cueva. Al avanzar, pasaron junto a otra sartán, una mujer joven. Balthazar le hizo un gesto con la cabeza. La mujer dirigió una mirada curiosa a Alfred y a sus compañeros y se alejó, dándoles la espalda.

Al cabo de unos momentos, aparecieron otros dos sartán.

—Si quieres, ellos llevarán a la mujer a nuestra zona de reposo y le darán acomodo —sugirió Balthazar.

Alfred titubeó. No estaba muy seguro de confiar tanto en aquella gente..., en su gente.

—Sólo te retrasaré unos minutos —insistió Balthazar—, pero me gustaría hablar contigo.

Los negros ojos lo taladraron, lo sondearon. Alfred tuvo la incómoda sensación de que aquellos ojos percibían mucho más de lo que él deseaba que vieran. Y era evidente que el nigromante no permitiría a Alfred hacer nada por

Marit hasta que la curiosidad —o lo que fuera— de Balthazar quedara satisfecha. A regañadientes, Alfred dejó a Marit al cuidado de los sartán. Éstos la trataron con delicadeza y la condujeron al seno de la caverna. Con todo, Alfred no dejó de advertir que los sartán que se hacían cargo de Marit estaban casi tan débiles como la enferma patryn.

—Estabais advertidos de nuestra llegada —murmuró Alfred, tras recordar la sombra que había visto moverse entre las rocas.

—Tenemos centinelas por si aparecen los lázaros —asintió Balthazar—. Sentémonos un momento, por favor. Los paseos me fatigan.

Se dejó caer, casi derrumbándose, sobre una piedra.

—Pero no usáis como vigías... a los muertos —dijo Alfred lentamente, mientras recordaba la última vez que había estado en aquel mundo—. ¿Tampoco para luchar?

Balthazar le dirigió una mirada penetrante y perspicaz.

—No. —Su mirada se perdió en las sombras, que se hacían más densas en torno a ellos conforme penetraban más en la caverna—. Ya no practicamos la nigromancia.

—Me alegro —declaró Alfred sentidamente—. Me alegro mucho.

Habéis tomado la decisión acertada. El poder de la nigromancia ya ha hecho suficiente daño a nuestro pueblo.

—El poder de resucitar a los muertos es una tentación muy fuerte, sobre todo si viene de lo que consideramos amor y compasión —suspiró Balthazar—. Por desgracia, sólo satisface el deseo egoísta de conservar algo de lo que debemos desprendernos. Miopes y arrogantes, imaginábamos que este estado mortal es el culminante, el mejor que podemos alcanzar. Pero hemos aprendido que no es así. Alfred lo miró con perplejidad.

— ¿Lo habéis aprendido? ¿Cómo?

—Mi príncipe, mi querido Edmund, tuvo el valor de mostrárnoslo. Honramos su memoria. Ahora, dejamos que el alma de los muertos parta libremente y damos descanso a los cuerpos con respeto.

—

«Desdichadamente —añadió; su voz recuperó el tono de amargura—, enterrar a nuestros muertos es una tarea que se ha hecho demasiado habitual...

Balthazar hundió el rostro entre las manos en un vano intento de esconder las lágrimas. El perro se adelantó con un trotecillo, dispuesto a perdonar el malentendido anterior. Colocó una pata sobre la rodilla del nigromante y lo miró con ojos comprensivos.

Cuando se hubo recuperado lo suficiente y pudo reanudar la conversación, el nigromante expuso a Alfred la situación desesperada en la que se encontraba su pueblo.

—Huimos tierra adentro para escapar de los lázaros, pero nos alcanzaron.

Combatimos contra ellos en una batalla perdida de antemano, como bien sabíamos. Entonces, uno de los adversarios, el lázaro de un joven noble llamado Jonathon, se adelantó hacia nosotros y liberó al príncipe Edmund, dio descanso a su espíritu y nos demostró que no era verdad lo que habíamos temido durante tantos siglos. El alma no se pierde en el vacío, sino que continúa viva. Nos equivocábamos al encadenar el alma a su prisión de carne y huesos. Jonathon mantuvo a raya a Kleitus y a los demás lázaros y nos dio tiempo a escapar y

ponernos a salvo.

»Nos ocultamos en los eriales exteriores mientras pudimos, pero nuestros suministros eran escasos y nuestra magia se debilitaba día a día. Acuciados por el hambre, volvimos a esta ciudad abandonada, saqueamos las escasas provisiones que quedaban en ella y nos instalamos en las cavernas. Ahora, la comida se ha acabado casi por completo y no tenemos esperanzas de conseguir más. Lo poco que nos queda está reservado para los recién nacidos, los enfermos...

Balthazar hizo un alto y cerró los ojos como si estuviera a punto de desmayarse. Alfred le pasó los brazos alrededor y lo sostuvo hasta que su interlocutor pudo hacerlo de nuevo por sí solo.

—Gracias —murmuró Balthazar con una vaga sonrisa—. Ya me siento mejor. De vez en cuando, me cogen estos mareos.

—Unos mareos de debilidad, por falta de sustento. Supongo que te has privado de comer para que tu pueblo pudiera alimentarse, ¿no? Pero tú eres su líder. ¿Qué será de ellos si caes enfermo?

—No importa si yo vivo o muero; su suerte será la misma —respondió Balthazar con tono lúgubre—. No nos queda esperanza. No tenemos modo de escapar. Sólo esperamos la muerte. Y, después de ver la paz que encontró mi príncipe —añadió, con voz mucho más dulce—, debo confesar que la espero con gusto.

—Vamos, vamos —se apresuró a decir Alfred, alarmado ante aquellas palabras—. Estamos perdiendo el tiempo. Si os queda algo de comida, puedo utilizar mi magia para proporcionaros más.

Balthazar ensayó de nuevo su débil sonrisa.

—Eso sería de gran ayuda. Y, sin duda, llevarás grandes provisiones de comida en tu nave.

—Bien, sí, claro... Yo... —Alfred enmudeció.

« ¡Ya la has hecho buena!», murmuró Haplo.

— ¡De modo que esa nave que vimos es tuya! —A Balthazar le brillaron los ojos con un destello febril. Alargó una mano esquelética y asió con ella la solapa de

—

terciopelo descolorido de Alfred—. ¡Por fin podemos escapar! ¡Dejar este mundo de muerte!

—Yo..., yo... —balbuceó Alfred—. Esto... verás...

Alfred alcanzó a comprender exactamente adonde había conducido todo aquello. Se incorporó, tembloroso.

—Hablaremos más tarde. Ahora, necesito volver con mi amiga para curarla. Después, haré lo que pueda por ayudar a tu pueblo.

Balthazar también se puso en pie y se inclinó hacia Alfred.

— ¡Escaparemos! —afirmó con voz susurrante—. Esta vez, nadie nos detendrá.

En el aire quedó una frase sin pronunciar: *Y tú, menos que nadie.*

Alfred tragó saliva y retrocedió un paso. No dijo nada. Balthazar, tampoco.

Los dos continuaron caminando, adentrándose en la cavidad. El nigromante avanzaba fatigadamente, pero rechazó cualquier ayuda. Alfred, compungido e incómodo, no conseguía controlar sus pies errantes. De no haber sido por el perro, se habría caído en incontables grietas y habría tropezado con mil y una rocas.

Le vino a la mente un refrán mensh:

«Saltar de la sartén para caer en la olla».

—

CAPÍTULO

CAVERNAS DE SALFAG

ABARRACH

Balthazar guardó silencio durante la caminata, y Alfred se lo agradeció en extremo. Como de costumbre concentrada en salir de un problema, se había visto envuelto en otro. Ahora tenía que encontrar el modo de salir de ambos y, por mucho que se esforzara, no daba con soluciones para ninguno de los dos. Continuaron caminando, con el perro en retaguardia, vigilante. Por fin, llegaron a la zona de la caverna en la que se habían instalado los sartán. Alfred escrutó la oscuridad y sus preocupaciones por Haplo y por Marit, sus suspicacias respecto a Balthazar, quedaron sumergidas bajo una oleada de conmoción y de lástima. Unas decenas de sartán, hombres, mujeres y algunos niños —demasiado pocos niños— se refugiaban en aquel deprimente lugar. La visión de aquellos desgraciados, de su penoso estado, encogía el corazón. El hambre se había cobrado su terrible precio, pero peor aún que las privaciones físicas eran el terror, el pánico y la desesperación que habían dejado sus espíritus tan demacrados como sus cuerpos.

Balthazar había hecho cuanto había podido por mantener el ánimo del grupo, pero él mismo estaba al borde del agotamiento. Muchos de los sartán se habían dado por vencidos y yacían sobre el suelo duro y frío de la caverna, sin hacer otra cosa que mirar la oscuridad como si desearan que ésta descendiera y los envolviera. Alfred conocía bien aquella desesperación y sabía adonde podía llevar, pues él mismo había recorrido una vez aquel terrible camino. De no haber sido por la llegada de Haplo —y del perro del patryn—, Alfred quizás habría seguido tal camino hasta su amarga conclusión.

—Éste es ahora nuestro sustento —anunció Balthazar al tiempo que señalaba un gran saco—. Semilla de hierba kairn destinada a la siembra, que rescatamos de Puerto Seguro. Molemos el grano y lo mezclamos con agua para hacer unas gachas. Y éste es el último saco. Cuando se termine... —El nigromante se encogió de hombros.

Los escasos poderes mágicos que aún conservaban aquellos sartán apenas les servían para mantenerse con vida y para respirar el ponzoñoso aire de Abarrach.

—

—No te preocupes —dijo Alfred—. Os ayudaré. Pero antes debo ocuparme de Marit.

—Desde luego —asintió Balthazar.

La patryn yacía sobre una pila de mantas deshilachadas. Varias mujeres sanan la atendían y hacían lo posible para que se sintiera cómoda. Le habían echado una manta por encima para que no tuviera frío y le habían dado agua. (Alfred no pudo evitar sorprenderse ante la aparente abundancia de agua potable; la última vez que había estado en Abarrach, el líquido elemento era extraordinariamente escaso. Tendría que acordarse de preguntar qué había sucedido.)

Gracias a estas atenciones, Marit había recobrado la conciencia y no tardó en distinguir a Alfred. Alzó la mano hacia él con gesto débil, y el sartán se dispuso a hincar la rodilla a su lado. Ella se agarró a él y casi lo desequilibró.

—¿Qué...? ¿Dónde estamos? —preguntó con las mandíbulas encajadas para dominar los escalofríos que la estremecían—. ¿Quién es esa gente?

—Sartán —dijo Alfred con voz tranquilizadora, tratando de forzarla a tenderse de nuevo en el improvisado lecho—. Aquí estás a salvo. Voy a intentar curarte; luego, necesitarás dormir.

Una expresión de desafío endureció las facciones de Marit, y Alfred recordó aquella otra ocasión, en Abarrach, en la que había curado a Haplo contra la voluntad de éste.

—Puedo ocuparme de mí misma... —inició una protesta, pero no pudo continuarla. Le costaba demasiado esfuerzo respirar.

Alfred la tomó de las manos —la diestra en su zurda, la zurda en la diestra— para completar y compartir el círculo de sus seres.

Ella hizo un débil intento de desasirse pero, en esta ocasión, Alfred era más fuerte; la retuvo firmemente y empezó a entonar las runas.

El calor y la energía del sartán fluyeron a Marit. El dolor, el sufrimiento y la soledad de la patryn penetraron en él. El círculo los envolvió, los vinculó y, durante un breve instante, también Haplo participó de él.

Alfred tuvo una visión extraña y fantasmal de los tres, flotando en una onda de luz y de aire y de tiempo mientras hablaban.

—Tenéis que escapar de Abarrach, Alfred —decía Haplo—. Tú y Marit. Id a algún lugar seguro, donde Xar no pueda encontrarlos.

—Pero no podemos llevarnos al perro —protestó Alfred—. Xar tiene razón: el perro no puede cruzar la Puerta de la Muerte. Sin ti, no puede hacerlo.

—No nos iremos —lo secundó Marit—. No vamos a dejarte.

La patryn parecía rodeada de luz; a los ojos de Alfred, era una mujer hermosa. Marit se inclinó hacia Haplo y extendió la mano hacia él, pero no consiguió tocarlo. Y él tampoco podía tocarla a ella. La onda los transportaba, los sostenía, pero también los separaba.

—Ya te perdí una vez, Haplo. Te dejé porque no tuve el valor necesario para amarte. Pero ahora lo tengo. Te quiero y no volveré a perderte. Si la situación fuese la inversa —continuó, sin darle ocasión de replicar—, si fuera yo quien yaciera en ese lecho de piedra, ¿tú me abandonarías? Entonces, ¿cómo puedes pensar que soy menos fuerte que tú?

Haplo respondió con voz vacilante:

—

—No te pido que seas menos fuerte que yo. Al contrario; te pido que lo seas más. Debes tener el valor necesario para dejarme, Marit. Recuerda a nuestro pueblo, que lucha por su vida en el Laberinto. Recuerda qué será de ellos y de todos los que viven en los cuatro mundos si nuestro Señor consigue su propósito de cerrar la Séptima Puerta.

—No puedo dejarte —insistió Marit.

El amor rebotó de su corazón. El amor de Haplo fluyó del suyo. Y Alfred fue la gasa de fina seda a través de la cual se filtraban los dos. La tragedia de la separación lo apenó profundamente. Si hubiera podido aliviarla sacrificándose él mismo, lo habría hecho. Pero en aquel asunto sólo podía ser una especie de

intermediario.

Y lo peor era que se daba cuenta de que Haplo dirigía aquellas palabras no sólo a Marit, sino también a él. También Alfred debía encontrar la fuerza necesaria para abandonar a alguien a quien había terminado por querer.

—Pero, mientras tanto, ¿qué hago con Balthazar? —preguntó el sartán.

Antes de que Haplo pudiera contestar, la luz empezó a desvanecerse y el calor pasó. La onda se disolvió y dejó a Alfred abandonado y solo en la oscuridad. Se estremeció y exhaló un profundo suspiro; no quería abandonar aquel estado, no quería regresar. Pero, en aquel instante, oyó pronunciar su nombre.

—Alfred. —Marit estaba medio incorporada, apoyada en un codo. La fiebre había desaparecido de su mirada, aunque los párpados le pesaban y empezaba a vencerla el sueño—. Alfred... —repitió con urgencia, luchando por mantenerse despierta.

—Sí, Marit, aquí estoy—respondió, al borde de las lágrimas—. Deberías estar tendida.

La patryn apoyó de nuevo la cabeza en las mantas y dejó que él la arropara, demasiado adormilada para impedirsele. Cuando Alfred ya se disponía a retirarse, ella lo asió por la mano.

—Pregunta al sartán... acerca de la Séptima Puerta —susurró—. Pregúntale qué sabe de ella.

— ¿Crees prudente hacerlo?

Alfred no estaba seguro. Ahora que había visto de nuevo a Balthazar, había recordado el gran poder del nigromante y, aunque debilitado por la inquietud y la falta de comida, Balthazar recuperaría las fuerzas rápidamente si creía haber encontrado una vía de salvación para él y para su pueblo.

—Me gusta tan poco la idea de que Balthazar encuentre la Séptima Puerta como que lo haga Xar. Tal vez sea mejor que no saque el tema a colación.

—Limitate a preguntarle qué sabe de ella —suplicó Marit—. ¿Qué mal puede haber en eso?

Alfred se mantuvo reacio a la propuesta.

—Dudo que Balthazar sepa nada...

Marit se aferró a su mano y la apretó hasta hacerle daño.

— ¡Pregúntale! ¡Por favor!

— ¿Preguntarme, qué?

Balthazar se había mantenido a cierta distancia, observando el proceso de curación con profundo interés. Luego, al oír que pronunciaban su nombre, había avanzado hacia ellos sigilosamente.

— ¿Qué es lo que queréis saber? —insistió.

—

«Adelante», dijo de pronto la voz de Haplo, para sobresalto de Alfred.

«Pregúntale. A ver qué dice.»

Alfred tragó saliva y suspiró.

—Verás, Balthazar..., nos preguntábamos si has oído hablar alguna vez de... de algo llamado la Séptima Puerta.

—Por supuesto —contestó Balthazar con toda calma, pero con una mirada penetrante de sus negros ojos que atravesó a Alfred como una afilada daga—. En Abarrach, todos han oído hablar de la Séptima Puerta. Todos los niños aprenden la letanía.

— ¿Qué..., a qué letanía te refieres? —preguntó Alfred con voz desmayada.
—«La Tierra fue destruida —empezó a recitar Balthazar, con un hilo de voz aguda— y cuatro mundos fueron creados de sus ruinas. Mundos para nosotros y para los mensch: Aire, Fuego, Piedra y Agua. Cuatro Puertas conectan cada mundo con los otros: Ariano y Pryan y Abarrach y Chelestra. Para nuestros enemigos se construyó un correccional: el Laberinto. Éste está conectado con los otros mundos a través de la Quinta Puerta, el Nexo. La Sexta Puerta está en el centro y permite la entrada: es el Vórtice. Y todo esto se llevó a cabo a través de la Séptima Puerta. El final fue el principio.»

— ¡De modo que era así como conocías la existencia de la Puerta de la Muerte y de los otros mundos! —Murmuró Alfred, recordando su primer encuentro con Balthazar y cómo el nigromante había sabido penetrar en las mentiras que había empleado Haplo para ocultar su verdadera identidad—. ¿Y dices que esto se enseña a los niños?

—Se enseñaba —lo corrigió Balthazar con un hincapié desconsolado en el tiempo del verbo—. Cuando nos complacíamos en instruir a los pequeños en otras cosas, además de aleccionarlos sobre cómo morir.

— ¿Cómo ha llegado tu pueblo a esta situación? —preguntó Marit, luchando contra el amodorramiento que se adueñaba de ella—. ¿Qué le sucedió a este mundo?

—Lo que sucedió fue resultado de la codicia. De la codicia y de la desesperación. Cuando la magia que mantenía vivo este mundo comenzó a fallar, nuestra gente empezó a morir. Entonces recurrimos a la nigromancia. Al principio, para conservar cerca a nuestros seres queridos; después, con el tiempo, utilizamos esas artes de magia negra para aumentar nuestro número, para añadir soldados a nuestros ejércitos y criados a nuestras casas. Pero, con ello, las cosas empeoraron en lugar de mejorar.

—Según los planes originales —explicó Alfred a la patryn—, Abarrach fue concebido de modo que la supervivencia en él dependiera de los otros tres mundos. Unos conductos, conocidos en este mundo como colosos, debían canalizar la energía que fluía hasta Abarrach desde las ciudadelas de Pryan. Tal energía proporcionaría luz y calor y permitiría a la gente vivir cerca de la superficie, donde el aire es respirable.

—*La magia de los sartán y de los patryn es capaz de reproducir los alimentos ya existentes. Esta multiplicación de suministros puede llevarse a cabo con mucha facilidad, por el simple método de imaginar la posibilidad de que un saco de grano sea veinte sacos. Ciertos magos poderosos son capaces de modificar las posibilidades para producir comida a partir de objetos no comestibles en condiciones normales, como transformar piedras en panes. O de transformar un alimento en otro, como convertir el pescado en carne. Desde luego, Alfred era capaz de efectuar tales prodigios de magia, pero éstos exigían un gasto tremendo de voluntad y de energía.*

»Sin embargo, los planes no se cumplieron. Cuando la Tumpa-chumpa dejó de funcionar, la luz de las ciudadelas de Pryan se apagó también y Abarrach quedó sumido en la oscuridad.

Alfred se detuvo. Su didáctica exposición había dado resultado. Marit tenía los ojos cerrados y la respiración relajada y profunda. Con una leve sonrisa, la arropó para mantenerla caliente. Después, se apartó de su lado en silencio. Tras dedicar una mirada a la patryn, Balthazar siguió a Alfred.

— ¿Por qué preguntas por la Séptima Puerta?

De nuevo, la mirada penetrante atravesó a Alfred, quien de inmediato empezó a balbucear unas palabras incoherentes:

—Yo..., yo... curioso... oí en alguna parte... algo...

Balthazar frunció el entrecejo.

— ¿Qué intentas descubrir, hermano sartán? ¿El emplazamiento de esa Puerta? Créeme, si tuviera la menor idea de dónde está, la habría utilizado yo mismo para ayudar a los míos a escapar de este lugar terrible.

—Sí, claro.

— ¿Qué más quieres saber, pues?

—En realidad, nada. Sólo..., sólo era curiosidad. Ahora, veamos qué podemos hacer para alimentar a tu pueblo.

Sinceramente preocupado por el bienestar de los suyos, el nigromante no insistió. De todos modos, Alfred apreció con claridad que su inesperado interés por la Séptima Puerta había despertado también, como temía, el de Balthazar. Y el nigromante se parecía mucho al perro de Haplo. Una vez que tenía algo entre los dientes, no era fácil que lo soltara.

Alfred empezó a reproducir sacos de semilla de hierba kairn, en cantidad suficiente para aprovisionar a los sartán, que molerían el grano en harina y la cocerían en panes, más nutritivos y gustosos que las gachas. Mientras se ocupaba en ello, dirigió una mirada disimulada en torno a él. No había sartán muertos al servicio de los vivos, como la última vez que Alfred había visitado a aquella gente. No vio cadáveres soldados que protegieran la entrada ni reyes muertos que pretendieran gobernar. Y, allá donde yacían, los muertos descansaban en paz, como había dicho Balthazar.

Cuando observó a los chiquillos que, congregados a su alrededor, le suplicaban un puñado de semillas que, en Ariano, habría arrojado a los pájaros, se le llenaron los ojos de lágrimas. Y esto le recordó cierto asunto.

Se volvió hacia Balthazar, que se mantenía cerca de él y observaba cada hechizo que Alfred formulaba, casi tan hambriento de magia como lo estaba de comida.

Ante la insistencia de Alfred, el nigromante había comido un poco y parecía algo más fuerte aunque, probablemente, el cambio se debía más a la brizna de esperanza renovada que a la poca sustanciosa pasta de hierba kairn que había consumido.

—

—Parece que tenéis abundancia de agua —apuntó—. La situación era muy distinta, la última vez que estuve aquí...

Balthazar asintió.

— ¿Recuerdas que no lejos de aquí se levanta uno de los colosos? Todos habíamos dado por sentado que estaba muerto, que su poder había desaparecido. Pero no hace mucho, de repente, su magia ha vuelto a la vida.

A Alfred se le iluminó la expresión.

— ¿De veras? ¿Tienes idea de por qué?

—En este mundo no ha habido ningún otro cambio. Sólo puedo suponer que ha habido cambios en otros.

— ¡Eso es! ¡Tienes razón! —Alfred estaba entusiasmado—. ¡La Tumpachumpa... y las ciudadelas de Pryan... están funcionando! ¡Pero esto significa...!

—... Para nosotros, no significa nada —intervino Balthazar con frialdad—. El cambio llega demasiado tarde. Supongo que el calor de los conductos ha vuelto y está provocando que se funda el hielo que recubre este mundo. Pero pasarán muchas, muchísimas generaciones hasta que el mundo de los muertos pueda ser habitado por los vivos. Y para entonces los vivos ya no existirán. Sólo los muertos dominarán Abarrach.

—Estás decidido a marcharte de aquí —murmuró Alfred con inquietud.

—O a morir en el intento —respondió Balthazar en tono tétrico—. ¿Acaso ves algún futuro para nosotros, para nuestros hijos, aquí, en Abarrach?

Alfred no supo qué contestar y le ofreció más comida. Balthazar la cogió y se marchó para distribuirla entre su pueblo.

—No puedo culparlos por querer escapar —murmuró Alfred para sí—. En este momento, yo mismo siento terribles deseos de marcharme de aquí. Pero sé perfectamente qué sucederá cuando esos sartán lleguen a los otros mundos. Sólo será cuestión de tiempo para que empiecen a intentar imponerse y a perturbar las vidas de los mensch.

«Forman un grupo penoso, sobrecogedor», dijo la voz de Haplo.

Al oírla, Alfred dio un respingo. No se había dado cuenta de que dejaba escapar sus pensamientos en voz alta. O tal vez no era así. Haplo siempre había sido capaz de leerlos en su mente.

«Tienes razón», continuó el patryn. «Ahora, esos sartán están débiles; pero, cuando estén en condiciones de dejar de recurrir a la magia para sobrevivir, ésta se reforzará. Entonces descubrirán su poder.»

Alfred se echó a temblar. Dejó caer las semillas y se llevó las manos a los ojos, que le escocían.

— ¡Ya veo cómo se repite todo! Las rivalidades, las guerras, los enfrentamientos mortíferos. Las víctimas inocentes atrapadas en ellas, muriendo por algo que no alcanzan a entender... ¡Todo..., todo otra vez! ¡De cabeza a un nuevo desastre!

La última frase surgió de Alfred en un grito resonante. Cuando apartó las manos de los ojos, se encontró con la mirada brillante de los ojos del nigromante. Balthazar había vuelto, y Alfred tuvo la repentina sensación de que el nigromante había seguido todas las vueltas y revueltas de sus pensamientos. Balthazar había visto lo que la mente de Alfred; había compartido la visión que había conducido a aquel grito espantado.

—

—Sí, escaparé de Abarrach —declaró Balthazar con voz tranquila—. No podrás detenerme.

Alfred, conmocionado y tembloroso, tuvo que renunciar a continuar usando la magia. No se sentía con fuerzas ni para convertir el hielo en agua en un día caluroso de verano.

—Fue un error venir aquí —murmuró.

«Pero, si no lo hubiéramos hecho, todos habrían muerto», apuntó la voz de Haplo.

—Tal vez habría sido lo mejor. —Alfred se miró las manos; eran grandes, con muñecas de huesos grandes y dedos finos y ahusados, unas manos agradables y elegantes... y capaces de causar mucho daño. También las podía usar para el bien pero, de momento, no estaba dispuesto a contemplar tal aspecto—. Para los

menschen, sería mejor que todos nosotros muriésemos.

«¿Que sus dioses los abandonaran, te refieres?»

— ¡«Dioses»! —Repitió Alfred con desdén—. Esclavizadores es un término más preciso. ¡Con gusto libraría al universo de nuestra presencia y de nuestro corrupto «poder»!

«¿Sabes, amigo mío?», Haplo tenía un tono pensativo. «Tal vez haya algo en lo que dices...»

— ¿Que tal vez haya algo? —Alfred se quedó perplejo. Había estado parloteando, divagando mentalmente, sin pensar en absoluto en articular nada de interés—. ¿Qué es lo que he dicho, exactamente?

«No te preocupes de eso. Ve a hacer algo útil.»

— ¿Se te ocurre qué? —preguntó Alfred con docilidad.

«Podrías investigar qué le cuentan los exploradores a Balthazar», sugirió secamente Haplo. «¿O no has advertido que han vuelto?»

En efecto, Alfred no había reparado en ello. Irguió la cabeza y dio un respingo. La sartán que había visto apostada a la entrada de la caverna, la que Balthazar había enviado a alguna misión con un gesto, había regresado. Balthazar había ofrecido comida a la joven y ésta la engullía con voracidad pero, entre bocado y bocado, le hablaba en voz baja y con tono vehemente.

Alfred se dispuso a incorporarse, resbaló sobre un puñado de semillas y volvió a caer sentado.

«Quédate ahí», le indicó Haplo. Después, dio una orden silenciosa al perro. El animal se levantó, avanzó en silencio hacia Balthazar y se dejó caer a sus pies.

«Balthazar envió a la sartán a inspeccionar la nave. Se propone adueñarse de ella», informó Haplo, que seguía la conversación a través del oído del perro.

—Pero eso es imposible, ¿verdad? —Protestó Alfred—. Marit rodeó la embarcación con sus runas patryn...

«En circunstancias normales, bastaría con ello», apuntó Haplo. «Sin embargo, parece que alguien más en Abarrach ha tenido la misma idea. Alguien más trata de robar la nave.»

Alfred lo escuchó, perplejo.

—No puede ser Xar...

«No, mi Señor no necesita esa nave. Pero alguien de este mundo sí.»

De repente, Alfred supo a quién se refería el patryn.

— ¿Quién? —dijo con un temblor en la voz, esperando haberse equivocado.

—

No era así.

«Kleitus.»

—

CAPÍTULO

CAVERNAS DE SALFAG

ABARRACH

— ¡Ojalá fuéramos más fuertes! —exclamaba Balthazar cuando Alfred se acercó, titubeante, al nigromante y la centinela. El perro meneó la cola y se acercó

a recibir a Alfred.

» ¡Ojalá nuestro número fuera mayor! Sin embargo tendrá que bastar... — Balthazar miró a su alrededor—. ¿Cuántos de los nuestros se encuentran en condiciones de...?

— ¿Qué..., qué sucede? —Alfred se acordó, oportunamente, de fingir que lo ignoraba.

—Ese lázaro, Kleitus, pretende apoderarse de tu nave —informó el nigromante con una calma que asombró a Alfred—. Naturalmente, ese malvado debe ser detenido.

«Para que puedas apropiarte de ella tú mismo», añadió Alfred, pero lo añadió en silencio.

—La... esto... la magia rúnica patryn protege la nave. No creo que nadie pueda desbaratarla...

Balthazar le dirigió una sonrisa sombría, con los labios apretados.

—Como recuerdas, una vez vi una demostración de esa magia patryn. Sus estructuras rúnicas resplandecen, despiden luz cuando están activadas, ¿no es cierto?

Alfred asintió, cauto.

—Pues has de saber que la mitad de los signos de tu nave está apagada —le informó el nigromante—. Al parecer Kleitus los está desmontando.

— ¡Eso es imposible! —Protestó Alfred con incredulidad—. ¿Cómo podría el lázaro haber aprendido tal habilidad...?

«De Xar», dijo Haplo. «Kleitus ha estado observando a mi Señor y al resto de mi gente. Y ha descubierto el secreto de la magia rúnica.»

—Los lázaros pueden aprender —decía al mismo tiempo Balthazar—, debido a la proximidad del alma al cuerpo. Y llevan mucho tiempo deseando abandonar

—

Abarrach. Aquí ya no les queda carne viva de la que alimentarse. Y no es preciso que te diga qué terrible tragedia se abatiría sobre los demás mundos si esos lázaros consiguieran entrar en la Puerta de la Muerte.

Tenía razón. No era preciso que se lo dijera a Alfred, pues éste podía hacerse una idea muy clara de tal pesadilla. Había que detener a Kleitus pero, una vez que lo consiguieran (si así era), ¿quién iba a detener a Balthazar?

Alfred se sentó pesadamente en un saliente rocoso, con la mirada perdida en la oscuridad.

— ¿Es que no terminará nunca? ¿Es que el llanto y el dolor se prolongarán eternamente?

El perro se echó a sus pies y emitió un leve gáñido compasivo. Balthazar se quedó en las proximidades, con aquella mirada penetrante e inquisitiva en sus negros ojos. Alfred se encogió como si la afilada mirada lo hubiera tocado en lo vivo. Y tuvo la clara sensación de saber qué iba a decir Balthazar a continuación. El nigromante posó su descarnada y ajada mano en el hombro de Alfred e, inclinándose hacia él, le dijo con voz grave:

—Hubo un tiempo en el que habría sido capaz de formular los hechizos como es debido. Pero ya no. Tú, en cambio...

Alfred palideció y rehuyó el contacto con su interlocutor.

— ¡Yo... no podría! ¡No sabría cómo...!

—Yo sí —insistió Balthazar sin estridencias—. Como puedes suponer, he dado

muchas vueltas al asunto. Los lázaros son peligrosos porque, a diferencia de los muertos normales, el alma viva permanece atada al muerto. Si esa atadura se rompiera y el alma pudiera desembarazarse del cuerpo, creo que los lázaros, los cadáveres ambulantes, quedarían destruidos.

— ¿Lo «crees»? —Replicó Alfred—. ¿No lo sabes con seguridad?

—Ya te he dicho que no tengo el vigor necesario para llevar a cabo el experimento yo mismo.

—Pues no cuentes conmigo —declaró Alfred abiertamente—. No podría hacerlo de ninguna manera.

«Pero el nigromante tiene razón», intervino Haplo. «Es preciso detener a Kleitus, y Balthazar está demasiado débil para hacerlo.»

Alfred emitió un nuevo gemido. « ¿Qué hago con Balthazar?», preguntó en silencio, consciente de la presencia del nigromante a su costado. ¿Cómo lo detengo a él?

«Preocúpate de una sola cosa cada vez», respondió Haplo.

Alfred movió la cabeza en un gesto de desazón.

«Mira a esos sartán», insistió Haplo. «Apenas pueden andar. Y se trata de una nave patryn, cubierta de runas patryn por fuera y por dentro. Aunque Kleitus destruya las runas, habrá que grabar otras para que la nave pueda remontar el vuelo. Balthazar no podrá zarpar en cierto tiempo. Además, no creo que al Señor del Nexo le agrade demasiado la idea de permitir que estos sartán se le escapen.» Nada de cuanto oía le resultaba estimulante a Alfred.

—Pero esto significará más luchas, más muertes... —protestó.

«Los problemas, de uno en uno, sartán», dijo Haplo con una calma inexplicable. «Los problemas, de uno en uno. ¿Puedes llevar a cabo la magia que propone el nigromante?

—Sí —musitó Alfred con un suspiro de resignación—. Creo que sí.

—

— ¿Puedes obrar la magia? —La voz era la de Balthazar—. ¿Es eso lo que dices?

—Sí —confirmó Alfred, sonrojado.

Balthazar entrecerró los ojos.

— ¿Con quién o con qué estás hablando, hermano?

El perro alzó la testuz y emitió un gruñido. No le gustaba el tono de aquel hombre. Alfred sonrió, alargó la mano y dio unas palmaditas en el lomo al animal.

—Conmigo mismo —musitó en voz muy baja.

Balthazar insistió en llevar consigo a toda su gente.

—Tomaremos el control de la nave y empezaremos a trabajar en ella inmediatamente —le dijo a Alfred—. Los más fuertes de los nuestros montarán guardia, en previsión de cualquier ataque. Si no tenemos interrupciones, deberíamos estar en condiciones de abandonar Abarrach en un tiempo relativamente corto.

«Habrá interrupciones», se dijo Alfred. «Xar no os dejará partir. Y yo no puedo ir con vosotros. No puedo abandonar a Haplo en este mundo. Pero tampoco puedo quedarme. Xar me busca para que lo conduzca a la Séptima Puerta. ¿Qué voy a hacer?»

«Haz lo que debes», respondió Haplo con calma y serenidad.

. Y Alfred comprendió en ese instante que Haplo tenía un plan. Su corazón

vibró de esperanza.

—Tienes una idea...

— ¿Cómo dices? —Balthazar se volvió hacia él.

« ¡Cierra el pico, Alfred!», le ordenó Haplo. «No digas una palabra. Todavía no está elaborada. Y las circunstancias quizá no sean favorables. Pero, está prevenido. Ahora, ve a despertar a Marit.»

Alfred inició una protesta, pero notó cómo lo invadía el calor de la irritación de Haplo. Una experiencia incómoda y misteriosa.

«Marit estará débil, pero vas a necesitar ayuda y ella es la única que puede proporcionártela.»

Alfred asintió e hizo lo que le indicaba el patryn. Los sartán estaban reuniendo sus escasas pertenencias y se preparaban para el traslado. La voz había corrido entre ellos con rapidez: una nave, una escapatoria, una esperanza. Hablaban en tono admirado de huir de aquella tierra ominosa, de encontrar una vida nueva en un nuevo mundo llenó de belleza. Alfred estuvo a punto de echarse a chillar de pura frustración.

Se arrodilló junto a Marit. La patryn dormía tan profunda y apaciblemente que parecía un crimen despertarla. Viéndola dormir sin que la perturbaran sueños o recuerdos, recordó de pronto, con un sobresalto, a otro —Hugh *la Mano*— que se había liberado de las cargas y dolores de la vida y había encontrado un refugio en la muerte... hasta que había sido arrebatado de ella...

Notó un nudo en la garganta. Sofocado, intentó carraspear y, al oír el extraño sonido, Marit despertó.

— ¿Qué? ¿Qué sucede?

Los patryn estaban acostumbrados a despertar instantáneamente, siempre atentos —incluso cuando dormían— al peligro que los rodeaba en el Laberinto.

—

Marit se incorporó en su lecho de mantas y su mano buscó el arma casi antes de que Alfred se diera cuenta de que estaba despierta y en acción.

—Nada..., no sucede nada—se apresuró a tranquilizarla.

La patryn pestañeó y retiró el cabello de su frente. Alfred observó de nuevo el signo grabado en ella y el corazón se le encogió. Había olvidado que Xar conocía... cada movimiento... Quizá debería decírselo a Marit, que parecía ignorarlo.

«No digas una palabra», se apresuró a aconsejarle Haplo. «Sí, Xar conoce lo que sucede, a través de ella. Pero eso podría ser una ventaja para nosotros. No dejes que Xar sepa que tú lo sabes.»

— ¿Qué quieres? —Preguntó Marit—. ¿Por qué me miras?

—Estás..., tienes mucho mejor aspecto —improvisó Alfred.

—Gracias a ti. —Marit sonrió y se relajó. Al hacerlo, Alfred observó que todavía estaba débil y enferma. La patryn miró a su alrededor y advirtió al momento la súbita actividad.

— ¿A qué viene todo esto?

—Kleitus intenta apoderarse de la nave —explicó el sartán.

— ¡Mi nave! —Marit se incorporó rápidamente; demasiado. Estuvo a punto de caerse.

—Voy a intentar impedirlo —añadió Alfred; él también se puso en pie con torpeza.

— ¿Y quién va a impedirselo a ellos? —Preguntó Marit con un gesto

impaciente que abarcaba a los sartán de la caverna— ¡Están recogiendo sus cosas!
¡Piensan mudarse! ¡En mi nave!

Alfred no supo qué decir... y Haplo no lo ayudó. Miró a Marit, pestañeó como un búho desconcertado y balbuceó algo ininteligible.

Marit se ajustó la espada a la cintura.

—Comprendo —murmuró, tranquila y ceñuda—. Lo olvidaba. Es tu gente.

Naturalmente, los ayudarás a escapar con mucho gusto.

«Silencio...», le advirtió Haplo.

Alfred apretó los labios con fuerza para evitar la tentación. Temía que si abría la boca, aunque sólo fuera para respirar, las palabras surgieran solas. Además, en realidad, no podía decirle a Marit nada positivo. Ignoraba qué estaba tramando Haplo.

El sartán tuvo la extraña impresión de que la mente de Haplo seguía un sendero, como las centellas rodantes de la gran Tumpa-chumpa, los grandes vagones metálicos que se deslizaban por raíles de hierro, impulsados por las descargas de los lectrozumbadores. Alfred tenía que estar prevenido para una descarga temible cuando Ha—, pío llegara al final de la línea. Mientras tanto, no tenía más remedio que continuar adelante a tientas con la esperanza de que, de algún modo y en algún momento, se las arreglara para llevar a cabo su papel adecuadamente.

La gente de Balthazar se había reunido hasta formar un pequeño ejército que parecía más muerto que los muertos a los que se disponía a enfrentarse. Con expresiones endurecidas y decididas en sus demacrados rostros, los sartán avanzaron lentamente, pero con firmeza. Alfred se admiró. Habría llorado por ellos. Pero, al contemplarlos, vio el principio del mal, no su término.

Los sartán abandonaron las cavernas de Salfag y recorrieron el escarpado camino que conducía a la ciudad de Puerto Seguro. Con su lógica característica,

—

Balthazar había dispuesto que los más jóvenes, los cuales tenían que proteger a los demás, se alimentaran lo necesario para recuperar sus fuerzas.

Este grupo estaba en relativa buena forma, aunque su número era escaso, y abría la marcha en calidad de exploradores y escolta de vanguardia. Aun así, la mayor parte de la columna la componía un grupo de gente desaharrapada, macilenta y lastimosamente débil que avanzaba a lo largo de la costa del mar ardiente con la intención de plantar cara a los muertos, a los que no se podía hacer daño, a los que no se podía matar...

Alfred y Marit acompañaron a los sartán. Alfred tenía tal confusión en la cabeza ante la perspectiva de tener que formular aquel hechizo —un hechizo que nunca había pensado que debería emplear—, que no prestaba atención alguna a dónde iba ni a cómo lo hacía y avanzaba tropezando con los peñascos y trastabillando con los pies de sus compañeros de marcha, cuando los tenía cerca, o con sus propios zapatos, cuando no había otra cosa.

El perro estuvo muy ocupado en alejar a Alfred de un posible desastre tras otro y, al cabo de poco tiempo, incluso el fiel animal empezó a dar muestras de irritación ante su torpeza. Si al principio de la marcha se apresuraba a dar un golpecito con el hocico al sartán para desviarlo de un pozo de fango burbujeante, un trecho después se limitaba a advertir a Alfred con un gruñido y un tirón de la pernera de los pantalones, cogida entre los dientes.

Marit caminaba en silencio, con la mano en la empuñadura de la espada. Ella también tramaba algo pero, evidentemente, no tenía intención de compartir su estrategia. Alfred se había convertido de nuevo en un enemigo.

Y, aunque no podía culparla por pensar así, la reflexión llenó de abatimiento al sartán. Él tampoco se atrevía a confiar en ella, mientras llevara en la frente el signo de Xar.

Todo empezaba de nuevo... sin final. Sin final.

A una orden de Balthazar, los sartán abandonaron el camino antes de aproximarse a la ciudad y se pusieron a cubierto entre las sombras oscuras que creaba la tenue luminosidad procedente del Mar de Fuego. Los que estaban en mejores condiciones ayudaron a los niños y a los enfermos a continuar la marcha hacia los edificios abandonados. Los jóvenes más vigorosos acompañaron a su líder a estudiar el muelle y la embarcación patryn desde un punto de observación disimulado y bien situado.

Kleitus estaba solo; no había ningún otro lázaro que lo ayudara, lo cual, al principio, le resultó inexplicable a Alfred. Después, se le ocurrió pensar que aquellos lazarus, probablemente, también se tenían desconfianza entre ellos.

Kleitus se reservaba celosamente los secretos que había aprendido de Xar.

Encogidos en las sombras, los sartán observaron cómo el lázaro, despacio y con paciencia, desmontaba la compleja estructura rúnica patryn.

—Menos mal que hemos venido en este momento —susurró Balthazar antes de retirarse para dar órdenes a su gente.

Alfred estaba tan atormentado y agitado que fue incapaz de responder. Marit tampoco hizo el menor comentario; desconcertada y abatida, se limitó a contemplar su nave. Casi dos terceras partes de las runas que protegían el casco estaban destruidas y su poder mágico, anulado. Si le quedaba alguna duda de lo que le había dicho el sartán, en aquel momento acababa de comprobar que era verdad.

—

— ¿Crees que Xar le habrá enseñado a Kleitus el modo de desbaratar la magia?

En realidad, Alfred le hacía la pregunta a Haplo pero Marit, era evidente, había pensado que se la dirigía a ella. Con un centelleo en los ojos, respondió:

— ¡Mi Señor no permitiría jamás que el lázaro aprendiera la magia rúnica!

Además, ¿con qué propósito haría una cosa así?

Alfred se sonrojó, escocido por la cólera de la patryn.

—Debes reconocer que es un modo muy conveniente de librarse del lázaro... y de mantenernos atrapados aquí, en Abarrach.

Marit movió la cabeza, negándose a tomar en consideración la sugerencia del sartán. Se llevó la mano a la frente y frotó el signo mágico que Xar había grabado en ella. Cuando advirtió que Alfred la observaba, retiró la mano apresuradamente y cerró los dedos con fuerza en torno a la empuñadura de la espada.

— ¿Qué te propones hacer? —preguntó con voz fría—. ¿Vas a transformarte en dragón?

—No. —Alfred se lo contó a regañadientes; no quería pensar en lo que se disponía a hacer, en lo que se vería obligado a realizar—. Tendré que emplear toda mi energía para llevar a cabo el hechizo que libere a esta alma atormentada. —Su mirada, apesadumbrada, estaba fija en el lázaro—. No podría hacerlo y, al mismo

tiempo, ser el dragón.

El sartán se cercioró de que Balthazar no estaba en las inmediaciones; a continuación, se volvió hacia la patryn y le susurró:

—Marit, no voy a permitir que los sartán se apoderen de la nave.

Ella lo observó en silencio, pensativa y desconfiada. Por último, hizo un brusco gesto de asentimiento.

— ¿Cómo vas a impedirlo?

—Marit... —Alfred se humedeció los labios resecos—. ¿Y si destruyo la nave?

Ella permaneció pensativa. No protestó.

—Quedaríamos atrapados en Abarrach —continuó Alfred. Quería asegurarse de que Marit lo había comprendido—. Es nuestra única vía de escape de este mundo.

—Hay otra —replicó Marit—. La Séptima Puerta.

—

CAPÍTULO PUERTO SEGURO ABARRACH

— ¡Mi Señor! —Un patryn entró en la biblioteca de Xar—. Un grupo de gente se ha presentado en Puerto Seguro. Sartán, al parecer. Los vigías creen que se disponen a intentar capturar la nave.

Xar, por supuesto, sabía lo que sucedía. Había estado con Marit mentalmente, siguiendo los acontecimientos a través de sus oídos y de sus ojos, aunque ella no tenía idea de que la estuvieran utilizando para aquel propósito. Con todo, Xar no hizo mención del hecho y se limitó a contemplar con interés al patryn que presentaba el informe.

— ¡Vaya! Un grupo de sartán nativos de Abarrach, con vida. Había oído rumores al respecto antes de nuestra llegada, pero los lazaros me convencieron de que todos los sartán estaban muertos.

—Es muy posible que ya lo estén, mi Señor. Es un puñado de desharrapados de aspecto penoso. Medio muertos de hambre.

— ¿Cuántos son?

—Unos cincuenta, tal vez, mi Señor. Incluidos los niños.

— ¿Niños...? —Xar se mostró desconcertado. Marit no había hecho ninguna referencia a niños, por lo que él no los había tenido en cuenta en sus cálculos. Aun así, eran niños sartán, se recordó a sí mismo con frialdad.

— ¿Qué hace Kleitus?

—Sigue empeñado en destruir la magia rúnica que protege la nave, mi Señor. Parece ajeno a todo lo demás.

Xar hizo un gesto de impaciencia.

—Lo está, en efecto. Él también está desfallecido de hambre... No; de sed de sangre fresca.

— ¿Cuáles son tus órdenes, mi Señor?

Sí, ¿cuáles? Xar se lo había estado preguntando desde que había conocido, por la conversación cuchicheada entre Marit y Alfred, los planes de éste. Alfred se

—

proponía intentar separar el alma del lázaro de su cuerpo. Xar sentía mucho respeto por el Mago de la Serpiente (más del que Alfred se inspiraba a sí mismo) y lo creía muy capaz de poner fin a la atormentada existencia del lázaro.

Al Señor del Nexo le importaba menos que una taba rúnica lo que le sucediera al cadáver ambulante. Le daba igual si todos ellos se convertían en polvo o si escapaban de Abarrach. Se alegraría de librarse de ellos. Pero, una vez destruido Kleitus, Alfred estaría en situación de apoderarse de la nave. Era cierto que había confiado a Marit que se proponía destruirla, pero Xar no se fiaba del sartán.

El Señor del Nexo tomó una decisión. Se puso en pie.

—Acudiré allí —declaró—. Enviad a todos los nuestros al Yunque. Preparad la nave y aprestadla para zarpar. Debemos estar dispuestos para movernos... y hacerlo deprisa.

Más allá de las Nuevas Provincias, directamente enfrente de Puerto Seguro, se alzaba un promontorio de roca pelada conocido, por su color negro y por su forma característica, como el Yunque. Este Yunque guardaba la entrada de una bahía creada mucho tiempo atrás, cuando un temblor de tierra había desgajado parte de la peña y la había desmoronado. Los restos habían caído al Mar de Fuego y habían originado una abertura en el acantilado que permitía al magma fluir hasta una depresión del terreno.

Así se había creado la bahía, que recibía el nombre de Charco de Fuego. La lava, aportada continuamente por el Mar de Fuego y rodeada por empinados muros de roca, formaba un remolino de movimiento lento y perezoso.

El viscoso magma giraba y giraba, transportando bloques de roca negra en su resplandeciente superficie. Un espectador situado en el Yunque podía escoger una roca en concreto y contemplar cómo era arrastrada inexorablemente a su destino. Podía verla penetrar en el Charco de Fuego, dar vueltas en la superficie, derivar cada vez más cerca del ojo del remolino y desaparecer al fin, tragada por las fauces del ardiente torbellino.

Xar acudía con frecuencia al Yunque para contemplar desde allí la hipnotizadora espiral de lava ígnea. Cuando estaba de humor fatalista, comparaba el Charco de Fuego con la vida. No importaba lo que uno hiciera, ni cuánto luchara y se empeñara en evitar su destino: el final era siempre el mismo.

En esta ocasión, sin embargo, Xar no se permitió caer en pensamientos tan negros. En esta ocasión se asomó al torbellino y, en vez de rocas, vio una de las embarcaciones de hierro, impulsadas mediante la magia y el vapor, que habían construido los sartán para surcar el Mar de Fuego. La nave metálica flotaba en la bahía, oculta a los ojos de los muertos y de los vivos.

Desde su atalaya en el Yunque, Xar contempló la ciudad abandonada de Puerto Seguro, junto al mar ardiente. Vio el embarcadero, la nave de Marit y al lázaro Kleitus. El Señor del Nexo no temía ser descubierto. Estaba demasiado lejos y su silueta era una sombra negra contra unas rocas negras. El barco de hierro quedaba fuera de la vista tras el promontorio. Además, dudaba que nadie —lázaros o sartán— se molestara en vigilar su presencia. Tenían asuntos más urgentes que atender.

Todos los patryn que quedaban en Abarrach (con la única excepción de Haplo, que yacía en las mazmorras bajo la ciudadela de Necrópolis) se hallaban a bordo del barco de hierro. Esperaban la señal de su Señor para salir de la bahía y

lanzarse al Mar de Fuego, dispuestos a interceptar a Alfred si éste intentaba abandonar Abarrach.

Pero los patryn también debían estar dispuestos a salvar a Alfred si algo iba mal. Era una decisión paradójica, que Xar se había visto obligado a adoptar por necesidad.

El Señor del Nexo utilizó la magia rúnica para potenciar su visión hasta obtener una imagen nítida de los muelles de Puerto Seguro y de Kleitus, concentrado en desactivar los signos mágicos creados por Marit. Incluso alcanzó a distinguir a través de una portilla de la nave a alguien —un mensch, por su aspecto; sí, el humano, el asesino al que llamaban Hugh *la Mano*— que se desplazaba de un rincón a otro de la embarcación y observaba con inquietud el trabajo del lázaro.

El mensch; otro cadáver ambulante, pensó Xar con cierta amargura. Lo irritaba que Alfred hubiera sido capaz de utilizar la nigromancia para devolver la vida al mensch mientras que él no había conseguido otra cosa que proporcionar alma a un perro.

Xar veía todo lo que sucedía, pero no podía escuchar lo que se decía en la escena. Dio gracias por ello, pues no tenía necesidad alguna de oírlo y, además, últimamente el alma de Kleitus atrapada en su cuerpo muerto empezaba a atacarle los nervios. El Señor del Nexo tenía más que suficiente con el espectáculo del cadáver, que iba y venía por el embarcadero arrastrando los pies y acompañado por el fantasma encarcelado, que no cesaba de luchar por liberarse. El alma encadenada que fluctuaba en torno al cuerpo proporcionaba al lázaro un aspecto borroso, como si Xar lo observara a través de un cristal defectuoso. El patryn se descubrió parpadeando constantemente en su intento de enfocar la difusa imagen.

Y entonces apareció otra figura en los muelles, una figura de perfil nítido y bien recortado, si bien algo cargado de hombros y con aspecto inseguro. Junto a ésta avanzaban otras dos figuras: una de ellas vestía las ropas negras de un nigromante; la otra era una mujer. Una patryn.

El Señor del Nexo entrecerró los ojos y sonrió.

—Todo dispuesto —indicó a los patryn que se hallaban a su lado. Ellos hicieron una señal al barco que esperaba al pie del promontorio.

—Creo que será mucho mejor si continúo adelante yo solo —sugirió Alfred. Al observar la mueca de desaprobación de Balthazar y el escepticismo de Marit, añadió—: Si Kleitus ve acercarse un ejército, se sentirá amenazado y atacará de inmediato. Pero si sólo me ve a mí...

— ¿...se echará a reír? —apuntó Balthazar.

—Tal vez —asintió Alfred, muy serio—. Al menos, es probable que no me haga mucho caso. Eso me dará el tiempo necesario para formular el hechizo.

— ¿Cuánto tardarás en hacerlo? —preguntó Marit, no muy convencida, con la mirada en el lázaro y la mano en la empuñadura de la espada.

Alfred se sonrojó, apurado.

—No lo sabes, ¿verdad?

El sartán bajó la cabeza.

Balthazar contempló a su gente, acurrucada en las sombras de los edificios.

Los débiles que podían andar sostenían a los aún más débiles que no podían. Los

niños, de rostros cadavéricos y enormes ojos saltones, se agarraban a sus padres o, si habían perdido a éstos, se aferraban a los que se habían hecho cargo de ellos. Al fin y al cabo, pensó Balthazar, ¿qué ayuda podía prestar su pobre gente? El nigromante exhaló un suspiro.

—Muy bien —asintió a regañadientes—. Hazlo a tu modo. Acudiremos en tu ayuda si es preciso.

—Deja, por lo menos, que yo te acompañe —propuso Marit.

Alfred movió la cabeza en un nuevo gesto de negativa y dirigió una breve mirada disimulada hacia Balthazar. Marit captó la mirada, comprendió y no añadió nada más. Ella tenía que vigilar al nigromante e impedir que intentara apoderarse de la nave, como era posible que hiciera mientras Alfred estaba ocupado con el lázaro.

—Está bien, te esperaremos aquí —dijo Marit y asintió con un gesto exagerado para indicar que había entendido.

Alfred correspondió al gesto casi con desconsuelo. Una vez logrado su propósito, lamentó profundamente haberlo conseguido. ¿Y si el hechizo no daba resultado? Kleitus intentaría matarlo y convertirlo en uno de los lázaros.

Contempló al cadáver ambulante, con las marcas de su muerte violenta perfectamente visibles. También contempló al desgraciado fantasma, en su perpetua pugna por escapar, y vio las manos cerúleas, ansiosas por poner fin a la vida... a su vida. Alfred recordó el ataque de Kleitus a Marit, el veneno... La patryn no se había recuperado por completo de sus efectos, todavía. Las mejillas seguían teniendo un rubor anormal y sus ojos, un brillo excesivo. Los cortes del cuello estaban inflamados y sensibles.

Alfred se sintió acalorado y, a continuación, aterido de frío. Las palabras del hechizo se escurrieron de su mente, escaparon revoloteando como las almas—mariposa de los elfos de Ariano, y se dispersaron en mil direcciones distintas. «Piensas demasiado, maldita sea», dijo la voz de Haplo. « ¡Sigue adelante y haz lo que tienes que hacer!»

Haz lo que tienes que hacer... Sí, se dijo Alfred. Haría lo que tenía que hacer. Llenó los pulmones en una profunda inspiración, salió de las sombras y se encaminó al muelle.

El perro, que conocía a Alfred, trotó a su lado con aire vigilante, previendo mil y un obstáculos en el camino.

Más de tres cuartas partes de las runas que envolvían la nave estaban ya apagadas. Desde su puesto de observación en las sombras de un edificio en ruina, Marit distinguió a Hugh *la Mano* a bordo de la nave, moviéndose inquieto y atento al ser fantasmal que deambulaba en torno a ella. De pronto, la patryn se preguntó cómo reaccionaría la Hoja Maldita a la presencia de Kleitus. Éste era un sartán, o lo había sido. Lo más probable era que la Hoja luchara por el lázaro, por lo cual Marit esperó que Hugh tuviera la sensatez necesaria como para no intervenir y deseó estar a tiempo de advertir a Alfred de aquel nuevo peligro.

Pero era demasiado tarde. Su deber estaba allí. Dirigió una mirada de soslayo a Balthazar. Los ojos de éste taladraron los suyos como el florete de un esgrimista, tanteando y buscando un punto débil en su oponente.

Marit contuvo a tiempo una sonora carcajada. ¡Un punto débil! Tanto el uno como el otro estaban tan exhaustos que ninguno de los dos habría podido cortar

mantequilla. ¡Vaya lucha sería aquélla! ¡Vaya combate vergonzoso! Pero lo librarían. Hasta que los dos cayeran muertos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Irritada, las enjugó con un parpadeo.

Finalmente, empezaba a comprender a Alfred.

Kleitus procedía a desactivar la magia metódicamente. La mano cerúlea y salpicada de sangre hacía gestos enérgicos en el aire, como si desgarrara una cortina. El leve resplandor de la estructura rúnica que rodeaba la nave se desvanecía, parpadeaba, agonizaba. Kleitus —es decir, el fantasma atrapado junto al lázaro— observaba a Alfred. El cadáver ambulante del dinasta prestaba escasa atención al sartán y prefería concentrarse en la destrucción de la magia que protegía la nave.

Alfred se acercó un poco más. El perro, arrimado a su pierna, le ofrecía su apoyo y —la verdad sea dicha— empujaba al reacio sartán a continuar adelante.

Alfred sentía un miedo terrible, espantoso, superior al que había experimentado ante cualquier otra cosa, ni siquiera ante el dragón rojo del Laberinto. Miró a Kleitus y se contempló a sí mismo. Vio con horrible fascinación la sangre de las manos del color de la cera, vio el ansia de sangre en aquellos ojos muertos y, a la vez, vivos. Un ansia que bien podía convertirse en la suya. Y, durante la breve visión del fantasma encarcelado que asomaba del cuerpo putrefacto, alcanzó a advertir el sufrimiento y la tortura de un alma atrapada.

Alfred vio...

Sufrimiento.

Se detuvo tan de improviso que el perro continuó unos pasos hasta darse cuenta de que el sartán no lo acompañaba. El animal se volvió y dirigió una mirada severa a Alfred, con la sospecha de que éste se disponía a dar media vuelta y huir.

Era un ser que sufría. Un ser torturado.

Había enfocado mal todo aquel asunto, se dijo. No iba a matar a aquel individuo. Le iba a conceder el descanso, el alivio.

«Sigue pensando así», se dijo mientras reanudaba el avance, esta vez un poco más decidido. «Sigue pensando eso. No pienses en que, para efectuar el hechizo, tendrás que coger las manos muertas del lázaro...»

Kleitus detuvo su labor y se volvió hacia Alfred. El fantasma asomaba y desaparecía de su mirada.

— ¿Vienes a compartir la vida inmortal? —preguntó el lázaro.

«... inmortal...», gimió el fantasma.

—Yo... no deseo la inmortalidad —consiguió emitir Alfred por una garganta ocluida por el miedo.

A bordo de la nave, se dijo, Hugh *la Mano* debía de observar y de escuchar la escena. Tal vez estaría exultante. ¡Ahora lo entiendes!, debía de pensar. Sí, ahora lo entendía.

Los amoratados labios del lázaro se entreabrieron en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

El perro emitió un gruñido desde lo más profundo de su ser.

—Quédate quieto —dijo Alfred en voz baja, con una ligera palmadita en la testuz del animal—. Ahora no puedes hacer nada por mí.

—

El perro lo observó con aire dubitativo pero, al escuchar una segunda orden,

se tumbó dócilmente a observar y esperar.

— ¡Vosotros sois responsables! —dijo Kleitus, acusador. Los ojos muertos estaban fríos y vacíos; los vivos, llenos de odio... y de súplica—. ¡Vosotros nos habéis hecho esto!

«... hecho esto...», susurró el eco.

—Vosotros mismos tenéis la culpa de lo sucedido —replicó Alfred, apenado. Tenía que cogerse a aquella carne muerta. La contempló, y todo su ser se echó atrás con repugnancia. Vio de nuevo cómo las largas uñas de aquel ser se hundían de forma salvaje en la carne de Marit. Las notó cerrarse en torno a su propio cuello.

Alfred intentó decidirse a hacer lo que debía... y luego no tuvo otro remedio. Kleitus saltó sobre él. Las manos del lázaro buscaron la garganta de Alfred y trataron de asfixiarlo.

En una reacción instintiva de autoprotección, Alfred agarró al lázaro por las muñecas. Pero, en lugar de intentar apartarlas de su cuello, las sujetó aún más fuerte donde las tenía y cerró los ojos para borrar la espantosa imagen del rostro contorsionado y angustiado del cadáver asesinado, tan cerca del suyo.

Alfred empezó a extender el círculo de su ser. Dejó que su alma fluyera en la de Kleitus y trató de atraer a la suya el atormentado espíritu del fantasma.

— ¡No! —Susurró el lázaro—. ¡Seré yo quien me apodere de la tuya!

Con espanto y desconcierto, Alfred notó de repente unas manos brutales que hurgaban en su interior. Kleitus había apresado su alma y trataba de arrancarla de su cuerpo.

Alfred se echó atrás, presa del pánico, y soltó a Kleitus para defenderse. Con desesperación, comprendió que la batalla era desigual. No podía ganar porque tenía demasiado que perder. Kleitus no tenía nada, ni temía nada.

Oyó unos gritos a su espalda y advirtió vagamente que el perro saltaba y lanzaba dentelladas, vio a Marit tratar de arrancar a Kleitus de su víctima, a Balthazar invocando frenéticamente su débil magia...

Pero ninguno de ellos podía salvar a Alfred. La lucha había tenido lugar en un plano inmortal. Los demás eran meros insectos que zumbaban a lo lejos, muy distantes. Las manos muertas del lázaro desgarraban el ser de Alfred con la misma firmeza con la que abrían su carne.

Alfred se debatió, resistió... y supo que estaba perdiendo.

Y, entonces, una poderosa explosión de magia rúnica lo cegó. El fognazo, como una estrella, estalló entre él y su enemigo. Kleitus retrocedió con su boca muerta abierta en un grito. Las manos del lázaro soltaron el alma de Alfred, y éste cayó pesadamente al embarcadero entre una lluvia de runas centelleantes.

Tendido de espaldas, levantó la vista con el corazón acelerado y la boca abierta y descubrió junto a él a un sartán vestido con una túnica blanca.

—Samah... —murmuró. Sus ojos, nublados, sólo captaban el perfil difuso de las facciones del individuo.

—No soy Samah. Soy su hijo, Ramu —lo corrigió el sartán con voz fría y brillante como las centellas de su magia—. Y tú eres Alfred Montbank. ¿Qué clase de ser era ese espanto?

—

Aturdido y agotado, Alfred se agarró con fuerza a su alma e hizo un esfuerzo por incorporarse. Temeroso, miró a su alrededor con la vista aún nublada. Kleitus

no estaba por ninguna parte. Había desaparecido.

¿Destruído? No le pareció probable.

Ahuyentado, puesto en fuga. Obligado a esperar. A aguardar su oportunidad.

Habría otras naves. La Puerta de la Muerte estaría abierta siempre...

Lo recorrió un escalofrío. Marit se arrodilló a su lado y le pasó el brazo alrededor. El perro, que guardaba un mal recuerdo de Ramu, se colocó junto a ellos en actitud de protección.

Otros sartán de túnicas blancas avanzaban por el embarcadero. Sobre ellos flotaba una nave enorme cuyas protectoras runas azuladas sartán resplandecían brillantemente en la mortecina penumbra rojiza de Abarrach.

— ¿Quién es este sartán? ¿Qué busca aquí? —preguntó Marit, recelosa.

Ramu no apartaba la mirada de los signos mágicos que refulgían en la piel de la mujer.

—Veo que hemos llegado en buen momento. La advertencia que recibimos estaba bien fundada.

Alfred alzó la vista, perplejo.

— ¿Qué advertencia? ¿Por qué os presentáis aquí? ¿Por qué habéis abandonado Chelestra?

—Recibimos el aviso de que los patryn habían escapado de su prisión, que habían lanzado un asalto contra la Última Puerta. —Ramu hablaba con tono frío y severo—. Nos dirigimos al Laberinto. Nos proponemos devolver a los prisioneros a su encierro y mantenerlos allí. Cerraremos la Última Puerta. Nos aseguraremos, de una vez por todas, de que nuestro enemigo no vuelva a escapar jamás.

—

CAPÍTULO

PUERTO SEGURO

ABARRACH

Al otro lado del Mar de Fuego, el Señor del Nexo vio cómo sus planes, cuidadosamente trazados, eran absorbidos en el caos como bloques de roca desgajada atrapados en el torbellino.

La nave sartán había aparecido de la nada y se había materializado sobre el Mar de Fuego envuelta en un fulgor trémulo de signos mágicos azules. La enorme embarcación, larga y estilizada, con una forma que recordaba la de un cisne, sobrevolaba el río de magma como si le repugnara el contacto con la roca fundente, y Xar vio cómo sus ocupantes descolgaban por la borda escalas mágicas, a base de runas, que los conducían a la cubierta.

El Señor del Nexo escuchó las palabras de Ramu a través de los oídos de Marit; las oyó con la misma claridad que si hubiera estado sentado al lado de ella: *Cerraremos la Última Puerta. Nos aseguraremos, de una vez por todas, de que nuestro enemigo no vuelve a escapar jamás.*

La nave sartán era visible para los patryn que aguardaban a bordo de su propia nave dragón de casco metálico, la cual flotaba en la lava fundida de la bahía. Un grupo de patryn había empezado a escalar las rocas apresuradamente para reunirse con su señor.

Xar permaneció de pie, callado e inmóvil.

Varios patryn, al llegar a lo alto del promontorio dispuestos a entrar en acción, se encontraron con el muro alto y frío del silencio de su Señor. Xar no prestó la menor atención a los recién llegados y éstos se miraron unos a otros, sin

saber qué hacer. Por último, el patryn de más edad se adelantó al resto.

— ¡Los sartán, mi Señor! —apuntó.

Xar no respondió de palabra. Se limitó a asentir sobriamente mientras se decía que los recién llegados superaban en número a sus patryn en una proporción de casi cuatro a uno.

—Lucharemos, mi Señor —continuó el patryn con impaciencia—. Danos la orden y...

—

¡Luchar! ¡Combatir! Vengarse por fin del enemigo ancestral. La expectación y el deseo atenazaron el estómago de Xar, encendieron el aire de sus pulmones y casi le hicieron estallar el corazón. Era como volver a ser joven y estar esperando el encuentro con una amante.

Pero el fuego fue extinguido rápidamente por las gélidas aguas de la lógica.

Ramu mentía, se dijo Xar. Toda aquella palabrería de acudir al Laberinto era un fraude, una maniobra de diversión. Lo que esperaba el hijo de Samah era que el Señor del Nexo y sus patryn abandonaran Abarrach. Quería este mundo para sí y había acudido a él para encontrar la Séptima Puerta.

— ¡Mi señor! —Exclamó uno de los patryn, con la vista fija en el otro lado del Mar de Fuego—. ¡Han capturado a Marit! ¡La han cogido prisionera!

— ¿Cuáles son tus órdenes, Señor? —prorrumpió su gente, ansiosa de sangre. Los sartán los cuadruplicaban en número, pero su gente era fuerte, se dijo Xar. Tal vez, si él los encabezaba...

—Ninguna —respondió con voz ronca—. Seguid vigilando a los sartán.

Observad qué hacen y adonde van. Dicen que se dirigen al Laberinto.

— ¡Al Laberinto, Señor! —Los patryn debían de haber oído rumores de la lucha que se desarrollaba allí.

—Esta vez, se proponen acabar con nosotros definitivamente —dijo uno.

— ¡Tendrán que pasar sobre mi cadáver! —replicó otra voz.

Sobre muchos, sobre muchísimos cadáveres, pensó Xar.

—No confío en ellos —declaró en voz alta—. No creo que ese plan suyo de acudir al Laberinto sea verdad. De todos modos, merece la pena estar prevenidos. No os enfrentéis a ellos aquí. Aprestaos para zarpar y, si de veras entran en la Puerta de la Muerte, entonces seguidlos.

— ¿Llevamos a toda nuestra gente, mi Señor?

Tras una breve reflexión, Xar asintió. Si Ramu enviaba efectivamente sus fuerzas al Laberinto, los patryn necesitarían toda la ayuda que pudieran reunir.

—Sí, llevaos a todo el mundo. Nombro a Sadet comandante en mi ausencia.

—Pero, mi Señor... —El patryn inició una protesta, una pregunta. La mirada severa y fulminante de Xar heló las palabras en los labios de su lugarteniente—. Sí, mi Señor.

Xar aguardó a ver cumplirse sus órdenes. Los patryn abandonaron el Yunque y descendieron la pendiente, deslizándose entre las rocas hasta la nave dragón. En cuanto estuvo a solas, el Señor del Nexo empezó a trazar en el aire un círculo de runas ardientes. Cuando el círculo quedó completo, pasó a través de él y desapareció.

Los patryn del barco vieron los signos mágicos flameantes en la cima del Yunque y no apartaron la vista de ellos hasta que el círculo de runas parpadeó y se apagó. Entonces, despacio y con cautela, pilotaron la nave dragón de casco

metálico hasta la boca de la bahía y se situaron en posición de vigilancia del enemigo, dispuestos a seguir a éste a la Puerta de la Muerte.

— ¡Estúpido sartán! ¡No has entendido nada!

Rodeada de una coraza protectora de luz roja y azulada —sus propias runas tatuadas, que se activaban para defenderla—, Marit se plantó ante Ramu, desafiante. En las manos llevaba la espada cubierta de signos mágicos.

— ¡Pregunta a alguno de los tuyos, si no me crees! —continuó—. ¡Pregúntale a Alfred! ¡Él ha estado en el Laberinto y ha visto lo que sucede!

. El idioma sartán es capaz de transmitir imágenes a la mente de quien escucha sus palabras. En este caso, Alfred proyecta lo que ha visto a Ramu, el cual recibe, como resultado, una imagen clara. Sin embargo, la manera en que interprete dicha imagen es cuestión suya.

—Lo que dice la patryn es cierto —intervino Alfred con sinceridad—. Quienes intentan cerrar definitivamente la Última Puerta son las serpientes, esas criaturas a las que conocéis como serpientes dragón. Los patryn se defienden contra esos seres terribles y malévolos. ¡Lo sé muy bien, creedme! ¡He estado allí!

—Sí, has estado allí —dijo Ramu con tono despectivo—. Y por eso no te creo. Como decía mi padre, tienes más de patryn que de sartán.

—Puedes ver que mis palabras son ciertas...

Ramu se volvió en redondo hacia él.

—Veo a los patryn agrupados en torno a la Última Puerta. Veo la ciudad que construimos para ellos envuelta en llamas. Veo hordas de criaturas maléficas que acuden en su ayuda... y, entre ellas, las serpientes dragón. ¿Niegas acaso algo de esto?

—Sí —declaró Alfred en un intento desesperado de tranquilizarlos a todos e impedir que la situación se deteriorara—. ¡Ah, Ramu, captas las imágenes, pero no las ves!

Marit le habría dicho a Alfred que estaba perdiendo el tiempo.

Ramu habría podido decirle lo mismo.

Alfred los abarcó a ambos en una mirada desesperada y suplicante.

Marit no le hizo caso.

Ramu apartó la vista con desagrado. Señaló a la patryn y ordenó a sus hombres:

—Desarmadla. Tomadla presa y llevadla a bordo de su propia nave.

Utilizaremos la embarcación para transportar a nuestros hermanos de Abarrach.

Los sartán rodearon a Marit, pero ella no les prestó atención. Su mirada estaba fija y concentrada en Ramu.

—Algunos de vosotros, seguidme. Terminaremos de desbaratar la estructura rúnica.

La situación de Marit era desesperada. Aún no se había recuperado por completo de los efectos del veneno y seguía débil. Pese a ello, estaba decidida a enfrentarse a Ramu, a vencerlo y a destruirlo. La visión de aquel sartán tan elegante y tan satisfecho de sí mismo, que hablaba con tal frialdad de sentenciar a su pueblo a más tormentos cuando, en aquel mismo instante, los patryn luchaban por la supervivencia, la enfureció hasta el límite de la locura.

Mataría a Ramu aunque hacerlo le costara la vida, pues los demás sartán se lo harían pagar de inmediato.

De todos modos, su vida ya no importaba. Había perdido a Haplo. Jamás

encontrarían la Séptima Puerta. Y nunca volvería a ver a Haplo con vida. Por eso, se encargaría de que se cumpliera su último deseo: que su pueblo se salvara. Sí, ella se encargaría de que aquel sartán no llegara al Laberinto.

El hechizo que se disponía a lanzar era poderoso y mortífero. Y tomaría a Ramu completamente desprevenido.

El muy estúpido le había vuelto la espalda.

Ramu no se había enfrentado nunca a un patryn; sólo los conocía de oídas y jamás habría imaginado que Marit estaría dispuesta a sacrificar su vida por acabar con la de su enemigo.

—

Pero Alfred sí lo imaginó. Lo supo antes incluso de que la voz de Haplo le avisara de lo que se proponía Marit.

«Yo la detendré», le dijo Haplo. «Tú ocúpate de Ramu.» Conmocionado todavía por el terrible encuentro con el lázaro, Alfred se dispuso a obrar su magia. Sondeó confusamente las posibilidades... y las descubrió tan revueltas y confusas que no consiguió separarlas. El pánico se adueñó de él. Marit iba a morir. Ya había empezado a pronunciar las runas; alcanzó a ver el movimiento de sus labios, aunque de su boca no salía sonido alguno. Ramu se alejaba... pero no llegaría muy lejos. El perro se agazapaba para dar un gran salto...

Y el animal inspiró una idea a Alfred. Él también se preparó para un gran salto.

El perro se lanzó sobre Marit.

Alfred, agitando brazos y piernas furiosamente, saltó sobre Ramu.

El perro se arrojó contra la coraza de protección rúnica de Marit. Los signos mágicos crepitaban y se encendieron. El animal emitió un aullido de dolor y cayó, inerte, al piso del embarcadero.

Marit exhaló un grito de consternación. El hechizo estaba roto; la concentración, la voluntad, también. Se dejó caer junto al perro, tomó en sus brazos la flácida cabeza del animal y hundió la suya sobre el pecho.

Al propio tiempo, Alfred aterrizó sobre la espalda de Ramu y lo derribó al suelo.

Durante un instante, reinó la confusión. El consejero Ramu cayó de bruces con un golpe sordo y un crujido de huesos. Sus pulmones se quedaron sin aire y, durante unos espantosos segundos, fue incapaz de respirar. Vio las estrellas y notó un gran peso que lo aplastaba y le impedía tomar aliento.

Y entonces, de pronto, la opresión desapareció y unas manos lo ayudaron a incorporarse. Ramu se volvió en redondo hacia su agresor, más furioso de lo que se había sentido en su vida.

Alfred balbuceó incoherencias, tratando de explicarse. Fue en vano; Ramu no estaba interesado.

— ¡Traidor! ¡Encarceladlo junto a su amiga patryn!

—No, consejero —exclamaron varios sartán—. El hermano te ha salvado la vida.

Ramu los contempló sin una palabra, incrédulo, negándose a aceptar lo que decían.

Los sartán señalaron a Marit. La patryn seguía sentada en el embarcadero, abrazada al perro. Los signos mágicos de su piel emitían un levísimo resplandor, apenas visible.

—Ella se disponía a atacarte —explicó uno de los sartán—. El hermano se ha arrojado sobre ti y te ha protegido con su propio cuerpo. Si la patryn hubiera formulado su hechizo, lo habría matado a él en lugar de a ti, consejero. Ramu observó fijamente a Alfred, quien había enmudecido de repente. No parecía culpable ni inocente, sólo sumamente estúpido y considerablemente confundido. Ramu sospechó que su salvador ocultaba algún motivo secreto para su proceder, aunque no se le ocurrió ni por asomo cuál pudiera ser. Pero todo se aclararía, sin duda.

Las runas patryn que rodeaban la nave estaban destruidas casi por completo. Su gente había trabajado rápido y bien. Ramu dio órdenes de hacer llevar a bordo

—

a Marit y a Alfred. Como era de esperar, la patryn dio muestras de estar decidida a resistir, aunque se encontraba tan débil que apenas podía andar, y se negó en redondo a abandonar al perro.

Fue Alfred quien la convenció, finalmente. Le pasó el brazo en torno a los hombros y le susurró algo al oído (probablemente, otro plan). Tras esto, Marit se dejó conducir a bordo, aunque con continuas miradas atrás, hacia el perro. Ramu creía que el animal estaba muerto, pero descubrió su error cuando se acercó a él.

El perro lanzó una dentellada que no alcanzó el tobillo del sartán por un par de dedos.

— ¡Perro! ¡Aquí, perro! —Un alarmado Alfred llamó al animal con un silbido. A Ramu le habría gustado arrojar al can al Mar de Fuego, pero se dio cuenta de que desahogar su irritación contra un animal irracional lo habría puesto en ridículo. Así pues, reaccionó con ademán de fría indiferencia y continuó con lo suyo.

El perro se incorporó a cuatro patas, aturdido; luego, tras una sacudida, avanzó tambaleándose —algo renqueante de una pata— tras los pasos de Alfred y de Marit.

Ramu abandonó los muelles y avanzó por la calle mayor de la ciudad abandonada. Había concertado allí un encuentro con el líder de los sartán de Abarrach —un nigromante, según sus noticias—, al cual encontró esperándolo. A Ramu lo sobresaltó el aspecto de su interlocutor, pálido, demacrado y débil. Al recordar lo que sabía de los sartán que vivían en Abarrach (datos que le había facilitado Alfred), Ramu lo contempló con curiosidad y con lástima.

—Me llamo Balthazar —dijo el sartán de la túnica negra—. Bienvenido a Abarrada, el mundo de piedra, hermano —añadió con una vaga sonrisa.

A Ramu no le gustó la sonrisa, ni los ojos sombríos y penetrantes del tal Balthazar. La mirada de éste taladraba a Ramu como un afilado punzón.

—Tu bienvenida no parece muy cordial, hermano —apuntó Ramu.

—Perdóname, hermano —Balthazar hizo una tiesa reverencia—. Hemos esperado más de mil años a poder dároslo.

Ramu frunció el entrecejo.

Balthazar lo traspasó con la mirada, como si fuera una daga.

—Estábamos *muertos* de ganas de veros.

La mueca ceñuda de Ramu se hizo más marcada. Unas palabras irritadas acudieron a sus labios pero, en aquel instante, Balthazar volvió la vista hacia su gente, harapienta, famélica y abatida, y luego contempló a los acompañantes de

Ramu, bien alimentados, bien vestidos y en excelente estado de salud. Ramu se tragó la cólera e incluso se sintió lo bastante emocionado como para mostrarse magnánimo.

—Lamento tu desgracia, hermano. Lo lamento de veras. Tuvimos noticia de ello hace algún tiempo, de boca de ese que se hace llamar Alfred. Habríamos acudido en vuestra ayuda, pero las circunstancias...

Ramu no llegó a terminar la frase. Los sartán no podían mentirse unos a otros y lo que se disponía a decir era falso. Samah había acudido a Abarrach, pero no para ayudar a sus desesperados hermanos. Había llegado a Abarrach para aprender el arte de la nigromancia.

Así pues, Ramu tuvo la gentileza de sentir vergüenza y demostrarlo.

—

—Nosotros también tuvimos problemas, aunque no tan arduos como los vuestros, lo reconozco. Si hubiéramos sabido... pero no dimos crédito a ese falso sartán.

La torva mirada de Ramu buscó a Alfred, el cual procedía a ayudar a la debilitada patryn a subir a su propia nave. Balthazar siguió aquella mirada; después, volvió a concentrar la suya en el consejero.

—Ese del cual hablas con tanto desprecio ha sido el único de los nuestros que nos ha ayudado —replicó el sartán de Abarrach—. A pesar de su conmoción y de su abatimiento, muy comprensibles, ante lo que habíamos hecho de nosotros mismos y de nuestro mundo, Alfred se ha esforzado cuanto ha podido por ayudarnos.

—Tenía sus razones para hacerlo, puedes estar seguro —dijo Ramu con una mueca irónica.

—Sí, estoy seguro de que las tenía —contestó Balthazar—. La lástima, la pena y la compasión. ¿Y tú? ¿Por qué has venido a nosotros? —preguntó fríamente. La pregunta cogió a Ramu por sorpresa.

El consejero sartán no estaba acostumbrado a que lo trataran con tanta insolencia. Y aquel Balthazar no le caía bien. Las palabras que pronunciaba eran sartán pero, como había descubierto Alfred en su primera visita a Abarrach, conjuraban imágenes de muerte y de sufrimiento; unas imágenes que a Ramu le resultaban sumamente desagradables. No obstante, se vio obligado a reconocer la verdad. No había acudido allí a prestar ayuda, sino a pedirla.

Así pues, explicó en breves palabras lo que estaba sucediendo en el Laberinto, que los patryn intentaban escapar de su prisión y que, sin duda, si lo lograban intentarían apoderarse de los cuatro mundos.

—Pero a los únicos que se debería permitir gobernar es a nosotros, ¿verdad?

—Lo interrumpió Balthazar—. Como lo hemos hecho aquí. Mira a tu alrededor. Contempla qué magnífico trabajo hemos hecho.

Ramu estaba indignado, pero se guardó de demostrar su irritación, pues percibía en aquel sartán vestido de negro un poder latente..., un poder superior, tal vez, al del propio consejero. Pensando en el futuro —un futuro en el que los sartán gobernarían los cuatro mundos—, Ramu vio en Balthazar un posible rival. Un rival que conocía el arte de la nigromancia. No era conveniente dar la menor muestra de debilidad ante él.

—Lleva a tu gente a bordo de nuestras naves —le indicó, pues—. Prestaremos ayuda y socorro a los tuyos. Supongo que quieres abandonar este mundo, ¿no? —

añadió, también con una dosis de sarcasmo.

Balthazar palideció y entrecerró los ojos.

—Sí, queremos marcharnos —repuso en un murmullo—. Te agradecemos, hermano, que nos ofrezcas esta oportunidad. Y te agradecemos cualquier ayuda que nos proporciones.

—Y yo, a cambio, te agradeceré la que vosotros podáis prestarnos —respondió Ramu. Suponía que se habían entendido, aunque lo que pudiera tener en la cabeza el nigromante fuera tan lóbrego como el ponzoñoso aire de aquella caverna infernal.

Con una inclinación de cabeza, el consejero se alejó. No veía motivo para prolongar la conversación. Se agotaba el tiempo: cada momento que pasaba, los patryn estaban más cerca de escapar de su encierro.

—

Una vez que estuviera curado, alimentado y descansado, una vez que estuviera en el Nexo y se encontrara frente a frente con los salvajes patryn, Balthazar lo entendería. Y combatiría; Ramu confiaba en ello. Balthazar utilizaría todos los medios a su disposición para ganar la batalla. También la nigromancia. Y se avendría a enseñarla a otros. Ramu se encargaría de ello.

El hijo de Samah regresó a los muelles para ocuparse de los preparativos para el transporte de los sartán de Abarrach a la antigua nave patryn. Una vez a bordo, hizo una rápida inspección y empezó a elaborar su estrategia.

El viaje al Nexo a través de la Puerta de la Muerte era, de ordinario, un trance rápido. No obstante, en esta ocasión, si quería contar con unos refuerzos efectivos en el combate, Ramu debería dar tiempo de curarse y recuperarse a los sartán de Abarrach.

Mientras reflexionaba sobre ello y trataba de calcular cuánto duraría el proceso de curación, Ramu descubrió a Alfred apoyado indolentemente en los pasamanos de la cubierta. El perro estaba tumbado a su lado, tenso y nervioso. La mujer patryn yacía acurrucada en la cubierta, abatida. Un sartán montaba guardia a su lado.

Ramu frunció el entrecejo. La patryn se estaba tomando aquello con demasiada calma. Se había rendido con excesiva facilidad. Lo mismo sucedía con Alfred. Debían de estar tramando algo...

Un brazo fuerte sujetó a Ramu por detrás, rodeándole el cuello. Al mismo tiempo, un objeto punzante le hurgó en las costillas.

—No sé quién eres, maldito, ni qué haces aquí —rugió una voz ronca, la voz de un mensch, junto al oído de Ramu—. No lo sé ni me importa. Pero, si intentas el menor movimiento, te hundiré este acero en el corazón. Deja libres a Alfred y a Marit.

—

CAPÍTULO PUERTO SEGURO ABARRACH

Alfred llevaba un rato apoyado en la borda de la nave, con la mirada perdida, preguntándose desesperadamente qué hacer. Por un lado, parecía que tenía una

importancia vital acompañar a Ramu en su viaje al Laberinto.

Tenía que continuar sus esfuerzos para lograr que el hijo de Samah comprendiera la auténtica situación. Tenía que hacerle entender que el verdadero enemigo eran las serpientes; que los sartán y los patryn tenían que unir fuerzas frente a aquellas criaturas malévolas o terminarían devorados por ellas. «No sólo acabarán con nosotros», se dijo Alfred. «También con los mensch. Nosotros los trajimos a estos mundos y somos responsables de ellos.»

Sí; su deber al respecto era muy claro, aunque en aquel preciso momento no tenía nada claro cómo iba a convencer del peligro a Ramu.

Sin embargo, por otro lado, estaba Haplo.

—No puedo abandonarte —murmuró Alfred y esperó con cierta ansiedad la réplica de Haplo. Pero la voz de su amigo había guardado un extraño silencio últimamente, desde que había ordenado al perro detener a Marit. Aquel silencio era un mal presagio e inquietaba a Alfred. Se preguntaba si sería la manera que tenía Haplo de obligarlos a abandonarlo. Haplo se sacrificaría al instante si creyera que con ello ayudaba a los suyos...

Alfred estaba dándole vueltas en la cabeza a todo esto cuando Marit, de improviso, se puso en pie de un salto con un grito de alarma.

— ¡Alfred! —Se agarró de su brazo con tal fuerza que por poco arroja al sartán por la borda—. ¡Alfred! ¡Mira!

— ¡Sartán bendito! —musitó él, perplejo.

Se había olvidado por completo de Hugh. Se le había borrado de la mente que el asesino mensch seguía a bordo. Y, en aquel momento, Hugh *la Mano* tenía inmovilizado a Ramu, y la Hoja Maldita amenazaba el gáznate del miembro del Consejo de los Siete.

—

Alfred comprendió con toda claridad lo que había sucedido.

Oculto en la nave, Hugh había presenciado la llegada de los sartán, había visto cómo hacían prisioneros a Marit y a Alfred. Y, como amigo y compañero y guardaespaldas —por propia voluntad— de ambos, su único pensamiento había sido lograr su liberación. Y se había lanzado a ello con la única arma que tenía: la Hoja Maldita.

Pero *la Mano* no había caído en la cuenta de que aquellos sartán eran los mismos que habían forjado la daga.

—Que nadie se mueva —avisó Hugh. Su mirada recorrió a todos los presentes a bordo y su brazo sujetó a Ramu con más fuerza. *La Mano* dejó ver el arma lo suficiente como para convencer a los horrorizados espectadores de que hablaba en serio. De lo contrario, vuestro líder se encontrará con medio palmo de acero en el gáznate. Alfred, Marit, venid y colocaos a mi lado.

Alfred no se movió. No podía.

Su mente se preguntaba, frenética, cuál sería la reacción de la daga mágica.

Ante todo, guardaría lealtad a quien la blandía, el mensch Hugh. Era probable que el arma se hundiera en Ramu (sobre todo, si éste intentaba utilizar la magia contra ella) antes de darse cuenta de que era un error.

Y, si Ramu moría, con él lo haría cualquier esperanza de unir a los patryn y a los sartán.

De momento, los sartán observaban a ambos con asombro, sin entender por completo lo que sucedía. El propio Ramu parecía perplejo. Probablemente, nunca

en su vida había sido objeto de un ultraje semejante y aún no sabía cómo reaccionar, pero no tardaría mucho en hacerlo.

— ¡Consejero! —Exclamó Alfred con urgencia—. El arma de ese mensch es mágica. ¡No uses la magia contra ella! ¡No hará sino empeorar las cosas!

— ¡Bien hecho! —Susurró Marit a su lado—. Mantenlo ocupado.

Alfred la miró, horrorizado. La patryn había malinterpretado por completo sus intenciones.

—No, Marit. No es eso lo que... ¡Marit, no...!

Pero ella no lo escuchaba. Su arma estaba en la cubierta, vigilada por los sartán. Unos sartán que no apartaban sus ojos de Ramu, perplejos e incrédulos. Marit recuperó su arma fácilmente y cruzó la cubierta a la carrera en dirección a Hugh. Alfred intentó detenerla, pero no se fijó en dónde ponía los pies, tropezó con el perro y terminó de bruces sobre la cubierta. El animal, tras unos quejidos de dolor y con el pelo del cuello erizado, lanzó unos ladridos a todos en general.

Los sartán, indecisos, esperaron las órdenes de Ramu.

— ¡Mantened la calma, por favor! ¡Que nadie haga nada! —suplicó Alfred, pero nadie lo oyó a causa de los frenéticos ladridos del perro y, probablemente, tampoco le habrían hecho caso, de todos modos.

En aquel momento, Ramu sometió a una descarga de electricidad paralizante el cuerpo de Hugh.

La Mano se derrumbó, retorciéndose de dolor. Pero la descarga hizo algo más que derribar al asesino. La sacudida también activó la Hoja Maldita. El arma reconoció la magia —magia sartán— y el hecho de que quien la empuñaba, Hugh, estaba en peligro. Y percibió a Marit, que se aproximaba a la carrera, como su enemigo.

—

Entonces, la Hoja Maldita reaccionó como se esperaba que hiciera e invocó la fuerza más poderosa que había en los alrededores para que se enfrentara a aquel enemigo.

Kleitus se materializó en la cubierta de la nave y, en un abrir y cerrar de ojos, los lázaros de Abarrach se encaramaron por el casco y abordaron la embarcación. — ¡Ramu, controla la magia! —Gritó Alfred—. ¡Tienes que recuperar el control de la magia!

La Hoja Maldita no atacaría a los sartán, pero había invocado a los lázaros en su ayuda... y no tenía ningún control sobre ellos. El propósito del arma no era controlar nada. Cumplido el objetivo para el que su creador la había fabricado, la daga volvió a recuperar su forma original y cayó a la cubierta al lado de un Hugh que gemía por lo bajo.

El lázaro del dinasta se abalanzó sobre Marit y sus manos muertas se cerraron en torno a la garganta de la patryn. Ella descargó la espada en un golpe que abrió una profunda herida en unos de los huesudos brazos de lázaro. De ella no manó una gota de sangre, y la carne muerta quedó colgando como guiñapos. Kleitus no dio muestras de enterarse.

La patryn podía golpear cuanto quisiera al lázaro, pero era completamente inútil. Las uñas de Kleitus le desgarraron la piel, y Marit exhaló un alarido de dolor. Perdía fuerzas rápidamente y no podría resistir mucho tiempo más frente al poderoso lázaro.

El perro se lanzó sobre él pero Kleitus, de una patada furiosa, envió rodando

al animal lejos de sí. Tras esto, no hubo nadie más que acudiera en defensa de Marit, aunque alguien hubiese tenido intención de hacerlo. Todos los sartán de a bordo estaban luchando por sus propias vidas.

Invocados por la Hoja Maldita, los muertos vivientes olfateaban el olor caliente de los vivos, un olor que ellos anhelaban y odiaban. Ramu observó, impotente y asombrado, el ataque de los lázaros contra su gente.

Alfred se abrió paso en el tumulto, tambaleante, perturbando la magia, tropezando con los cadáveres ambulantes y dejando tras su paso el caos y la confusión. Pero consiguió llegar hasta Ramu.

— ¡Estos muertos... son de los nuestros! —Susurró, con espanto y admiración, el consejero—. ¡Qué horror..., nuestra gente...!

Alfred no hizo caso de sus palabras.

— ¡La daga! ¿Dónde está?

La había visto caer cerca de Hugh. Se arrodilló al lado del asesino y buscó el arma, sin éxito. La daga había desaparecido. Algún pie había tropezado con ella y la había mandado lejos, tal vez.

Marit estaba prácticamente exánime. Los tatuajes de su piel ya no brillaban.

Había dejado caer la inútil espada y sólo resistía a Kleitus con las manos desnudas. El lázaro estaba asfixiándola, acabando con ella poco a poco.

— ¡Aquí! —*La Mano* rodó sobre sí mismo y empujó algo hacia Alfred. Era la daga. Hugh la había ocultado bajo su cuerpo.

Alfred titubeó, pero sólo un instante. Si aquello era lo que hacía falta para salvar a Marit... Recogió el arma y la notó agitarse bajo sus dedos. Se disponía a lanzar un ataque sobre Kleitus cuando una figura vestida de negro lo detuvo.

—Nosotros los creamos —proclamó Balthazar con voz lúgubre—. Nuestra es la responsabilidad.

—

El nigromante avanzó hacia Kleitus. Concentrado en la patryn, el lázaro no reparó en la proximidad de Balthazar. Éste alargó la mano, tomó a Kleitus por uno de los brazos y empezó a pronunciar la fórmula de un encantamiento.

Balthazar acababa de asirse al alma de Kleitus.

Al notar su contacto amenazador y darse cuenta de lo sucedido, Kleitus soltó a Marit. Con un alarido espantoso, se lanzó sobre Balthazar con la intención de destruir el alma del nigromante.

Fue un combate extraño y aterrador, pues a quienes lo contemplaban les parecía que los dos permanecían trabados en un abrazo que, de no ser por la expresión terriblemente contraída de sus rostros, podría haber sido amoroso.

Balthazar estaba casi tan pálido como el cadáver, pero se mantuvo firme. Un leve gemido escapó de su boca, y pareció que los ojos muertos de Kleitus iban a escapar de sus órbitas. El fantasma se hizo visible intermitentemente, entrando y saliendo del cuerpo del lázaro como un prisionero que anhelara la libertad pero sintiera temor de aventurarse en lo desconocido.

Balthazar obligó a Kleitus a hincarse de rodillas. Los gritos y maldiciones del lázaro, repetidos por el eco doliente del alma encadenada a él, producían escalofríos.

Y, entonces, la ceñuda expresión de Balthazar se relajó. Sus manos, que habían ejercido hasta aquel instante una fuerza mortífera, aflojaron levemente la presión aunque continuaron sujetando con firmeza al lázaro.

—Déjalo ir —dijo—. La tortura ha terminado.

Kleitus hizo un último intento desesperado, pero el hechizo del nigromante había fortalecido al fantasma y debilitado al cuerpo corrupto. El fantasma se liberó. El cuerpo se desmoronó, se derrumbó en la cubierta. El fantasma flotó sobre él con pesar; después, se alejó como si lo impulsara el aliento de una plegaria susurrada.

La temblorosa mano de Alfred se cerró con fuerza en torno a la empuñadura de la daga. Con voz quebrada, dio la orden mágica a la daga.

— ¡Alto!

La batalla cesó bruscamente. Fuera a causa de la magia de la Hoja Maldita o del temor ante la pérdida de su líder, los lázaros interrumpieron el ataque y, en un instante, desaparecieron.

Balthazar, a punto de caer al suelo de debilidad, se volvió lentamente hacia Ramu.

— ¿Todavía quieres aprender nigromancia? —le preguntó con una sonrisa forzada y amarga.

Ramu contempló los repulsivos restos del sartán que un día había sido dinasta de Abarrach. El miembro del Consejo de los Siete no respondió.

Balthazar se encogió de hombros, hincó la rodilla junto a Marit y se dispuso a hacer lo posible para ayudarla.

Alfred trató de acercarse a la patryn pero topó con Ramu, que le cerraba el paso. Antes de que el Mago de la Serpiente se diera cuenta de qué estaba pasando, Ramu agarró la Hoja Maldita y la arrancó de la mano de Alfred. El consejero examinó el arma, al principio con curiosidad y después con una mueca de reconocimiento.

—Sí —murmuró—. Recuerdo esta clase de armas.

—

—Unas armas odiosas —dijo Alfred, también en voz baja—. Preparadas para ayudar a los mensch a matar... A matar y a morir. Para ayudarlos a luchar por nosotros, sus protectores y defensores. A luchar por sus dioses.

Al momento, Ramu se encendió de cólera, pero no pudo negar la verdad de sus palabras ni la realidad del artefacto terrible que empuñaba en su mano. La daga se estremeció, viva entre sus dedos. En el rostro del consejero apareció una mueca. Su mano vaciló; parecía reacia a tocar el arma, pero no se atrevía a soltarla.

—Déjame cogerla —pidió Alfred.

—No, hermano. —Ramu la guardó en el cinto—. Como ha dicho Balthazar, nuestra es la responsabilidad. Puedes dejarla a mi cuidado. A buen recaudo —añadió y sostuvo la mirada de Alfred.

—Que se la quede —intervino Hugh *la Mano*—, Me alegraré mucho de librarme de esa pesadilla.

—Consejero —suplicó Alfred—, ya has visto las fuerzas terribles que puede desencadenar nuestro poder. Has visto el mal que hemos producido a otros y a nosotros mismos. No lo perpetúes...

—No sé de qué estás hablando —replicó Ramu con un bufido—. Lo que ha sucedido aquí lo provocó la propia patryn. Ella y los suyos continuarán causando el caos hasta que los detengamos definitivamente. Ahora, zarparemos hacia el Laberinto como estaba previsto. Será mejor que te prepares para la partida.

Con esto, Ramu se alejó.
Alfred exhaló un suspiro. Bien, por lo menos, cuando llegaran al Laberinto se ocuparía de que...
En todo caso, conseguiría que...
O, al menos, intentaría...
Confundido y abatido, se dispuso otra vez a acercarse a Marit.
En esta ocasión, fue el perro el que le impidió el paso.
Alfred trató de esquivar al animal, pero éste reaccionó, desplazándose a la izquierda cuando el sartán lo intentó por aquel lado, y a la derecha cuando lo hizo por el otro. Cuando se encontró irremediamente liado con sus propios pies, Alfred hizo un alto y observó al animal con perplejidad.
— ¿Qué pretendes? ¿Por qué me mantienes a distancia de Marit?
El perro soltó un sonoro ladrido.
Alfred intentó ahuyentarlo.
El animal no se dejó intimidar; de hecho, pareció que se ofendía ante la insinuación de que podía acobardarse. Con un gruñido, le enseñó los dientes.
El sartán retrocedió varios pasos, sobresaltado.
El perro, complacido, avanzó al trote.
— ¡Pero...! ¡Marit me necesita! —dijo Alfred e hizo un torpe intento de sortear al can.
Con una rápida reacción, como si condujera un rebaño, el perro cortó su avance y, con ligeros mordiscos en los tobillos del sartán, obligó a éste a seguir su retroceso a lo largo de la cubierta.
Balthazar levantó la cabeza y la mirada de sus negros ojos traspasó a Alfred.
—Estará bien atendida, te lo prometo, hermano. Ve a hacer lo que debes y no temas por ella. Respecto a la gente del Laberinto, he oído lo que has dicho. Haré

—
mis propios juicios, basados en las duras lecciones que he aprendido. Adiós, Alfred... o como quiera que te llames —añadió con una sonrisa.
— ¿Adiós? Pero ¡si no voy a ninguna...! —empezó a decir Alfred.
El perro saltó, golpeó a Alfred en pleno pecho y lo arrojó por la borda al Mar de Fuego.
—

CAPÍTULO

EL MAR DE FUEGO

ABARRACH

Unas fauces abiertas sujetaron a Alfred por el cuello de su raída casaca de terciopelo. Una dragón gigantesca —de escamas rojas y anaranjadas como el mar ardiente en el que vivía— cogió al sartán en el aire y lo transportó, encogido como una araña asustada, hasta su lomo, donde lo depositó con suavidad. Allí, los dientes del perro lo cogieron por las posaderas de los calzones, lo sostuvieron con firmeza y lo asentaron sobre las escamas.
Alfred necesitó varios momentos para recuperarse, para darse cuenta de que no iba a ser inmolado en el Mar de Fuego. En lugar de ello, se encontraba sentado en el lomo de un dragón de fuego junto a Hugh *la Mano* y el lázaro Jonathon.

— ¿Qué...? —murmuró débilmente y sólo fue capaz de seguir repitiendo la palabra con aire desconcertado—. ¿Qué..., qué...?
No tuvo respuesta. Jonathon le decía algo a la dragón. Hugh *la Mano*, con un trapo sobre la nariz y la boca, ponía todo su empeño en intentar mantenerse con vida.

«Podrías ayudarlo», le recomendó Haplo.

Alfred emitió un débil « ¿Qué?» final. Después, la compasión lo movió a olvidarse de sí mismo y empezó a entonar una canción con su aguda y aflautada voz, al tiempo que sus manos se agitaban y dibujaban la magia en torno a Hugh *la Mano*. El mensch tosió, experimentó una profunda náusea, efectuó una profunda inspiración... y miró a su alrededor.

— ¿Quién ha dicho eso? —Hugh miró a Alfred; después, con ojos desorbitados, se volvió hacia el perro—. ¡He oído la voz de Haplo! ¡Este animal ha aprendido a hablar!

Alfred carraspeó.

— ¿Cómo puede oírte? No lo entiendo... Aunque, claro —añadió tras una breve reflexión—, yo mismo no estoy seguro de cómo puedo oírte.

—

«El mensch está en mi reino en el mismo grado en que yo estoy en el suyo», explicó Haplo. «Por eso me oye. Lo mismo sucede con Jonathon. Yo le pedí a éste que trajera la dragón de fuego a este lugar para rescatarte de la nave, si era necesario.»

—Pero... ¿porqué?

« ¿Recuerdas lo que hablamos en las cavernas de Salfag? ¿Que los sartán se extenderían por los cuatro mundos, los patryn no tardarían en ir tras ellos y la lucha entre ambos volvería a empezar?»

—Sí —murmuró Alfred en voz baja, apenado.

«Eso me dio una idea. Me hizo entender lo que teníamos que hacer para frenar la amenaza de Xar y para ayudar a nuestros dos pueblos y a los mensch. Trataba de pensar en la mejor manera de hacerlo cuando, de pronto, se ha presentado Ramu y me ha quitado el asunto de las manos. Esto arregla las cosas mucho mejor de lo que yo podría haber hecho. Así, yo...»

— ¡Pero... Ramu se dirige al Laberinto! —Protestó Alfred—. ¡A luchar contra tu pueblo!

«Precisamente.» Haplo parecía satisfecho de sí mismo. « ¡Es exactamente donde lo quería!»

— ¿Sí? —Alfred había dejado atrás el desconcierto para adentrarse en la absoluta estupefacción.

«Sí. Le he explicado el plan a Jonathon y ha accedido a acompañarnos, siempre que lleváramos con nosotros a Hugh *la Mano*.»

— ¿Con nosotros? —Alfred tragó saliva.

«Lo siento, mi buen amigo.» Haplo suavizó el tono. «Yo no quería involucrarte, pero Jonathon insistió. Y tenía razón: te necesito.»

Alfred se disponía a inquirir para qué, pero se preguntó con desconsuelo si realmente quería saberlo.

La dragón de fuego surcó el mar de lava en dirección a la orilla, hacia Necrópolis. La nave de Marit, iluminada esta vez por las runas sartán, se disponía a zarpar, al igual que la embarcación sartán de Chelestra. Alfred alzó la vista

cuando la dragón pasó bajo la quilla y distinguió por un instante a Ramu, que los miraba con ojos brillantes. El consejero estaba ceñudo, con una expresión pétrea, y no tardó en volverles la espalda. Probablemente, consideraba una suerte la brusca partida de Alfred. Otro ocupante de la nave, que los contemplaba desde la borda, no apartó la vista. Era Balthazar, que agitaba la mano en señal de despedida.

—Me ocuparé de Marit —gritó—. No temas por ella.

Alfred le devolvió el saludo, desconsolado, y recordó las palabras del nigromante, pronunciadas un instante antes de que el perro lo arrojara por la borda.

Ve a hacer lo que debes...

¿Es decir...?

— ¿Le importaría a alguien contarme qué sucede? —preguntó mansamente—.

¿Adonde me lleváis?

«A la Séptima Puerta,» respondió Haplo.

Alfred soltó la mano con la que se asía a la dragón y estuvo a punto de caerse.

Esta vez fue Hugh *la Mano* quien lo sostuvo.

—Pero...Xar...

—

«Es un riesgo que debemos correr», replicó Haplo.

Alfred movió la cabeza en gesto de negativa.

«Escucha, amigo mío», insistió Haplo con vehemencia. «Ésta es la oportunidad que deseabas. Mira, contempla cómo se alejan las naves, camino de la Puerta de la Muerte.»

Alfred levantó la vista. Las dos naves, envueltas en runas sartán, surcaban el aire de Abarrach, impregnado de humo. Los signos mágicos emitían su brillante resplandor azulado contra el fondo de negras sombras del inmenso techo de la caverna. Bajo el mando de Ramu, ambas embarcaciones se dirigían a la Puerta de la Muerte. Y, más allá de ésta, al Nexo, al Laberinto y a los cuatro mundos.

— ¡Fijaos! —Jonathon levantó su mano muerta, cerúlea, y señaló algo—. ¡Ahí!

¡Mirad lo que aparece!

«... aparece...», gimió el eco.

Otra embarcación, ésta con la forma de una nave dragón de hierro y cubierta de runas patryn, se elevó de una bahía escondida. Alfred y los demás la vieron tomar el mismo rumbo que las naves de los sartán, envuelta en el fulgor rojizo del mar que tenía debajo y de los signos mágicos que la propulsaban.

— ¡Patryn! —Exclamó Alfred con incredulidad—. ¿Adonde se dirigen?

«Persiguen a Ramu. Él los conducirá al Laberinto, donde se sumarán a la batalla.»

—Es posible que Xar esté con ellos —dijo Alfred, con tono esperanzado.

«Es posible...»

Haplo no parecía muy convencido. Alfred exhaló un profundo suspiro y añadió:

—Pero esto no conduce a ninguna parte, excepto a nuevos derramamientos de sangre...

« ¿Eso te parece? Piénsalo bien, amigo mío: los sartán y los patryn, reunidos por fin en un mismo lugar. Todos en el Laberinto. Y con ellos... las serpientes.»

Alfred levantó la vista y parpadeó.

— ¡Sartán bendito! —murmuró. Empezaba a ver. Empezaba a comprender. «Los cuatro mundos, Ariano, Pryan, Chelestra, Abarrach... libres de ellos. Libres de nosotros. Elfos, humanos y enanos, libres de vivir y de morir, de amar y de odiar, a su entero albedrío, sin interferencias de semidioses ni del mal que nosotros creamos.»

—Todo eso está muy bien —apuntó Alfred con una nueva dosis de optimismo—, pero los sartán no se quedarán en el Laberinto. Y tu gente, tampoco. No importa quién gane... ni quién pierda.

«Por eso tenemos que encontrar la Séptima Puerta», dijo Haplo. «Encontrarla... y destruirla.»

Alfred se sintió perplejo. Pasmado, incluso. La enormidad de la tarea lo confundió. Resultaba demasiado irreal incluso para asustarse. Enemigos acérrimos, mortales, con un legado de odio transmitido de generación en generación, encerrados en una cárcel de su propia creación con un enemigo inmortal, producto de su odio. Sartán, patryn y serpientes, batallando por toda la eternidad sin la menor esperanza de escapar.

¿O acaso había la esperanza? El sartán volvió la mirada hacia el perro y alargó la mano para darle unas tímidas palmaditas. Haplo y él habían sido, en un tiempo,

enemigos acérrimos y mortales. Alfred pensó también en Marit y Balthazar, dos enemigos unidos por un sufrimiento y una pena que compartían.

Un puñado de semillas, caídas en un terreno quemado y agostado, habían echado raíces y habían encontrado sustento en el amor, la lástima y la comprensión. Si aquellas semillas podían brotar y crecer fuertes, ¿por qué no otras?

La ominosa silueta de Necrópolis estaba ya muy cerca y la dragón seguía avanzando hacia ella con rapidez. Alfred no terminaba de creer que aquello le estuviera sucediendo a él y se preguntó con más deseos que esperanzas si, en realidad, no seguiría a bordo de la nave sartán, afectado quizá por algún golpe recibido en la cabeza.

Pero la crin de la dragón de fuego, con sus escamas lustrosas de un rojo refulgente, le causaba una incómoda picazón muy real. Y a su alrededor irradiaba el calor del Mar de Fuego. A su lado, el perro temblaba de pánico (en ningún momento se había acostumbrado a montar a lomos de la dragón) y Hugh *la Mano* contemplaba aquel extraño nuevo mundo con expresión de asombro y espanto.

Cerca de él se hallaba Jonathon, otro que, como Hugh, estaba muerto y no muerto. Uno había sido resucitado por amor; el otro, en un acto de odio.

Tal vez había la esperanza, después de todo. O tal vez...

—Destruir la Séptima Puerta podría provocar la destrucción de todo lo demás... —apuntó en voz baja, tras reflexionar unos instantes.

Haplo guardó silencio. Al cabo de un rato, dijo por fin:

«¿Y qué sucederá cuando Ramu y los sartán lleguen al Laberinto, junto con mi gente y con Xar? Las guerras que libren serán comida y bebida para la maldad de las serpientes dragón, que engordarán y se pondrán lustrosas y seguirán azuzándolos a la violencia. Puede que mi gente escape a través de la Puerta de la Muerte. Entonces, los tuyos perseguirán a los fugitivos. Los enfrentamientos se extenderán hasta abarcar los cuatro mundos. Los mensch se verán arrastrados a la lucha, como lo fueron la última vez. Nosotros los armaremos, los

aprovisionaremos de artefactos como la Hoja Maldita.

»Ya ves la disyuntiva que se nos plantea, amigo mío», añadió Haplo tras una pausa para permitir a Alfred una larga reflexión sobre lo que acababa de oír. «¿Entiendes el dilema, verdad?»

Alfred se estremeció y se llevó las manos al rostro.

— ¿Y qué será de los mundos si cerramos la Puerta de la Muerte? —preguntó con voz temblorosa y las facciones muy pálidas—. Los cuatro mundos se necesitan unos a otros. Las ciudadelas necesitan la energía de la Tumpa-chumpa. Tal energía podría estabilizar el sol de Chelestra. Y, gracias a las ciudadelas, los conductos de Abarrach empiezan a transportar agua...

«Los mensch podrán arreglárselas por su cuenta, si tienen que hacerlo. ¿Qué sería mejor para ellos, amigo mío? ¿Controlar su propio destino o ser peones del nuestro?»

Alfred permaneció en un pensativo silencio, con los hombros hundidos y gesto de abatimiento. Volvió la vista atrás, por última vez, hacia las naves. Las embarcaciones de los sartán eran dos trazos luminosos que resplandecían débilmente contra la oscuridad del fondo. La nave patryn las seguía, con sus signos mágicos encendidos.

—

—Tienes razón, Haplo —murmuró Alfred con un profundo suspiro y, con la mirada puesta todavía en las naves, añadió—: Has dejado que Marit partiera con ellos...

«Era preciso», declaró Haplo calmamente. «Lleva la marca de Xar y está unida a él por ese signo mágico. El Señor del Nexo conocería nuestros planes a través de ella. Además, existe otra razón.»

Alfred llenó los pulmones con una inspiración entrecortada.

«En efecto, al destruir la Séptima Puerta podríamos provocar nuestra propia destrucción», continuó Haplo. «Lamento forzarte a este destino pero, como acabo de decir, te necesito, amigo mío. No podría hacer esto sin ti.»

Al sartán le saltaron las lágrimas y se le nubló la vista. Durante largos minutos, un nudo en la garganta le impidió hablar. De haber tenido delante a Haplo, Alfred habría tendido la mano a su amigo patryn para estrechársela. Pero Haplo no estaba. Su cuerpo yacía inmóvil y sin vida en la gélida celda de las mazmorras. Tocar un espíritu era difícil, pero Alfred hizo cuanto pudo y, a pesar de todo, alargó la mano. El perro, con un ladrido jubiloso, se dejó acariciar y consolar. El animal se sentiría aliviado de poder saltar de la dragón.

Alfred continuó acariciando su sedoso pelaje.

—Es el mayor cumplido que podías hacerme, Haplo. Tienes razón. Debemos correr ese riesgo. —La mano que acariciaba la testuz del animal empezó a ser presa de un ligero temblor y Alfred expresó sus dudas en voz alta—: De todos modos, amigo mío, ¿has tomado en cuenta el destino al que condenaremos a nuestros pueblos? Si cerramos la Puerta de la Muerte, eliminaremos su única vía de escape. Podrían quedar encerrados para siempre en el Laberinto, librando una batalla eterna contra las serpientes y entre ellos.

«Ya he pensado en ello», fue la respuesta de Haplo. «De ellos dependería, ¿no te parece? Seguir luchando... o intentar encontrar la paz. Y recuerda que ahora, en el Laberinto, también están los dragones buenos. La Onda podría corregirse.»

—O barrernos a todos —apostilló Alfred.

—

CAPÍTULO
NECRÓPOLIS
ABARRACH

La dragón de fuego los transportó lo más cerca de la ciudad de Necrópolis que le fue posible. Para ello, incluso penetró en la bahía en la que los patryn habían ocultado su nave. La dragón se mantuvo arrimada a la orilla para evitar el inmenso remolino que giraba lentamente en el centro de la ensenada. En un momento dado, Alfred volvió la mirada hacia el torbellino, hacia la roca fundida que desaparecía en una espiral perezosa, hacia el vapor que escapaba ociosamente de las fauces abiertas en su centro. Rápidamente, apartó la vista.

—Siempre he sabido que había algo extraño en ese perro —comentó Hugh *k Mano*.

Alfred respondió con una sonrisa trémula, que no tardó en desvanecerse. Había otro problema que debía resolver. Un problema cuya responsabilidad debía aceptar.

—Maese Hugh —empezó a decir, titubeante—, ¿has entendido... algo de lo que has oído?

Hugh le dirigió una mirada perspicaz y se encogió de hombros.

—No creo que importe mucho si lo entiendo o no, ¿me equivoco?

—No —reconoció Alfred con cierta confusión—. Supongo que no —añadió con un carraspeo—. Vamos..., eh..., vamos a un lugar llamado la Séptima Puerta. Allí creo que..., tengo la impresión de que... Podría equivocarme, pero...

— ¿Ahí es donde voy a morir? —preguntó Hugh abiertamente.

Alfred tragó saliva y se humedeció los labios resecos. Le ardían las mejillas y no era a causa del calor del Mar de Fuego.

—Si es eso lo que deseas, realmente...

—Lo es. —La voz de Hugh era firme—. No debería estar aquí. Soy un fantasma. Suceden cosas y ya no puedo sentir las.

—No lo entiendo —murmuró Alfred, desconcertado—. Al principio no era así. Cuando... —tragó saliva, pero estaba obligado a aceptar su responsabilidad—, cuando yo te devolví a la vida.

—

—Tal vez yo pueda explicarlo —se ofreció Jonathon—. Cuando Hugh volvió al reino de los vivos, dejó muy atrás el de los muertos. Se aferró a la vida, a la gente que había formado parte de su existencia. De este modo, se mantuvo muy vinculado a los vivos. Sin embargo, el mensch ha ido cortando uno a uno tales vínculos. Ha terminado por darse cuenta de que no tiene nada más que darles, ni ellos a él. Antes lo tenía todo y ahora sólo puede lamentarse de su pérdida. «... de su pérdida...», suspiró el eco.

—Pero había una mujer que lo amaba —protestó Alfred con voz grave—. Que todavía lo ama.

—Ese amor es apenas una pequeña fracción del amor que tuvo. El amor mortal es nuestra introducción al inmortal.

Alfred se sentía mortificado, afligido.

—No seas demasiado severo contigo mismo, hermano —le aconsejó Jonathon. El fantasma penetró en el cuerpo del lázaro, y en los ojos muertos de éste apareció un destello de vida—. Tú empleaste la nigromancia por compasión, no por codicia, por odio o por venganza. Los vivos que se han relacionado con este mensch han aprendido de él. En algunos ha despertado desesperación y temor, pero a otros les ha proporcionado esperanza.

Alfred asintió con un suspiro. Aún no lo entendía, no del todo, pero intuía que quizá podría perdonarse a sí mismo.

—Buena suerte en vuestras empresas —dijo la dragón tras depositarlos en la escarpada costa que rodeaba el Charco de Fuego—. Y, si conseguís librar al mundo de quienes lo han asolado, contad con mi gratitud.

Todos tenían las mejores intenciones, se dijo Alfred. Esto era lo más triste.

Samah tenía buenas intenciones. Todos los sartán las tenían. Ramu, indudablemente, actuaba con la mejor voluntad. Incluso Xar, a su modo, obraba quizá movido por los mejores deseos.

Sencillamente, a todos ellos les faltaba imaginación.

Aunque la dragón los había acercado todo lo posible, quedaba un largo trecho desde la bahía hasta Necrópolis, sobre todo si el camino se hacía a pie. Y, en especial, si los pies eran los de Alfred. Apenas había pisado tierra cuando ya estuvo a punto de caer en un charco burbujeante de fango hirviente. Hugh *la Mano* lo apartó del borde.

«Usa tu magia o no conseguirás llegar con vida a la Cámara de los Condenados», sugirió Haplo con ironía.

Alfred tomó en consideración la sugerencia y vaciló.

—No puedo llevaros al interior de la Cámara.

« ¿Por qué no? Lo único que tienes que hacer es visualizarla en tu mente. Ya has estado allí.» Haplo parecía irritado.

—Sí, pero las runas de protección nos impedirían entrar. Obstruirían la magia. Además —añadió con un suspiro—, no consigo ver la Cámara con demasiada claridad. Creo que debo haberla borrado de mi memoria. Fue una experiencia aterradora.

«Quizás en ciertos aspectos», lo corrigió Haplo, pensativo. «En otros, no.»

—En eso tienes razón.

—

Aunque ninguno de los dos lo reconocía en aquel momento, la experiencia en la Cámara de los Condenados había acercado a los dos enemigos y les había demostrado que no eran tan diferentes como habían creído.

—Recuerdo un aspecto... —apuntó Alfred en voz baja—. Recuerdo la parte en la que entramos en las mentes y los cuerpos de quienes vivieron (y murieron) en esa Cámara, hace siglos...

... Una sensación de pesar y tristeza embargó a Alfred. Pero, aunque dolorosas, la pena y la desdicha que sentía eran preferibles, con mucho, a la ausencia de sentimientos que había experimentado antes de unirse a aquella hermandad. Antes era un pellejo vacío, una cáscara sin contenido. Los muertos, aquellas espantosas creaciones de quienes empezaban a emplear la nigromancia, tenían más vida que él. Alfred exhaló un profundo suspiro y alzó la cabeza. Una mirada en torno a la mesa fe permitió descubrir sentimientos parecidos en las apacibles expresiones de los hombres y mujeres congregados en aquella cámara

sagrada.

La tristeza y el pesar no estaban cargados de amargura. Ésta invade a quienes han provocado su propia tragedia como consecuencia de sus malos actos, y Alfred previo un tiempo en el que una profunda amargura se extendería a todo su pueblo, a menos que pudiera curarse de su locura.

Suspiró otra vez. Apenas momentos antes, se había sentido radiante de alegría y la paz se había extendido como un bálsamo sobre el mar de magma en ebullición de sus dudas y temores. Pero tal sensación embriagadora de exaltación no podía durar en aquel mundo. Tenía que volver a afrontar sus problemas y peligros; y, con ello, la tristeza y la pesadumbre.

Una mano surgió de pronto y asió la suya. Era una mano firme, de piel fina y sin arrugas, que le apretaba los dedos con energía; la de Alfred, en cambio, envejecida y apercaminada, apenas tenía fuerza.

—Esperanza, hermano —dijo el joven en tono apacible—. Debemos tener esperanza.

Alfred se volvió a observar al hombre sentado a su lado. El joven tenía unas facciones atractivas, firmes y resueltas, como un buen acero templado en la forja. Ni la menor sombra de duda empañaba su brillante superficie; su hoja estaba esmerilada hasta formar un filo cortante como el de una navaja. El joven le resultaba familiar a Alfred. Tenía el nombre en la punta de la lengua, pero no terminaba de salirle.

Esta vez, lo recordaba. Aquel joven había sido Haplo. Alfred sonrió.

—Recuerdo la sensación de júbilo, de descubrimiento de que no estaba solo en el universo, de que había un poder superior que me observaba, que se preocupaba por mí. Recuerdo que, por primera vez en mi vida, no tuve miedo... —Hizo una pausa y movió la cabeza—. Pero eso es todo lo que recuerdo.

«Muy bien», dijo Haplo, resignado. «No puedes conducirnos a la Cámara.

¿Adonde puedes llevarnos, entonces? ¿Cuánto puedes acercarnos?»

— ¿A tu celda en las mazmorras? —sugirió Alfred en voz baja y suave. Haplo permaneció en silencio.

«Si es todo lo que puedes hacer, adelante», murmuró por último.

—

Alfred invocó la posibilidad de que el grupo estuviera en dicha celda, y no donde se hallaba. Y, de pronto, allí se encontraron.

— ¡Que los antepasados me protejan! —murmuró Hugh *la Mano*.

Estaban en la celda. Un signo mágico, obra de Alfred, brillaba con un suave resplandor blanquecino sobre el cuerpo de Haplo. El patryn, frío y sin indicios de vida, yacía sobre el lecho de piedra.

— ¡Está muerto! —Hugh dirigió una mirada siniestra y suspicaz hacia el perro—. Entonces, ¿de quién es la voz que escucho?

Alfred se disponía a embarcarse en explicaciones, a contarle todo lo referente al perro y el alma de Haplo, cuando el animal hincó los dientes en los calzones de terciopelo de Alfred y empezó a tirar de él hacia la puerta de la celda. Al sartán le vino una idea a la cabeza.

—Haplo... ¿Qué..., qué te sucederá a ti?

«Eso no importa», rué la lacónica respuesta del patryn. «Sigue adelante.

Disponemos de poco tiempo. Si Xar nos descubre...»

— ¡Pero tú dijiste que Xar había acudido al Laberinto! —exclamó Alfred.

«Dije que quizá lo había hecho», replicó secamente Haplo. « ¡Ya basta de perder el tiempo!»

Alfred titubeó.

—El perro no puede entrar en la Puerta de la Muerte; tal vez tampoco pueda hacerlo en la Séptima Puerta, sin ti. Jonathon, ¿sabes tú qué sucederá si la cruza? El lázaro se encogió de hombros.

—Haplo no está muerto. Sigue con vida, aunque sólo le queda un hálito de ella. Yo me ocupo de quienes han pasado más allá.

«... más allá...»

«No tienes alternativa, Alfred», insistió Haplo con impaciencia. « ¡Ve adelante con ello!»

El perro emitió un gruñido.

Alfred dio un suspiro. Había una alternativa. Siempre había una alternativa.

Y, al parecer, él siempre tomaba la decisión errónea. Se asomó al pasadizo que se adentraba en las tinieblas impenetrables. El signo mágico blanquecino que había encendido encima del cuerpo de Haplo perdió intensidad hasta que su resplandor se apagó. El sartán y sus compañeros quedaron sumidos en una completa oscuridad.

Alfred evocó el recuerdo de su primer encuentro con Haplo, en Ariano.

Recordó la noche en que había sumido a Haplo en un sueño mágico, había levantado las vendas que le ocultaban las manos y había descubierto los signos tatuados en su piel. Revivió su desesperación, su profundo pánico, su estupefacción.

¡El enemigo ancestral ha vuelto! ¿Qué voy a hacer?

Y, al final, había hecho muy poco, al parecer. Nada calamitoso o catastrófico.

Habías seguido los dictados de su corazón y había actuado de la manera que había creído mejor. ¿Existía, efectivamente, un poder superior que guiaba su camino?

Alfred bajó la vista hacia el perro, que se apretaba contra su pierna, y en aquel momento creyó comprender.

Empezó a entonar las runas en un murmullo, con un tono nasal que resonó en el túnel con un eco fantasmagórico.

—

Las runas azuladas cobraron vida en la parte inferior de la pared del pasadizo. La oscuridad retrocedió.

— ¿Qué es eso? —Hugh *la Mano* estaba junto a la pared cuando los signos mágicos se habían encendido. Al producirse el destello de la magia, se había apartado de un salto.

—Esas runas —explicó Alfred— nos conducirán a lo que en este mundo se conoce como la Cámara de los Condenados.

—Parece un nombre apropiado —fue la seca respuesta del mensch.

La última vez que Alfred había recorrido aquel trayecto, lo había hecho a la carrera, temiendo por su vida. Creía haber olvidado el camino pero, una vez encendidas las runas y rota la oscuridad, empezó a reconocer por dónde andaba.

El pasadizo descendía como si los condujera al propio centro del mundo.

Visiblemente antiguo pero en buen estado, el túnel era liso y ancho, a diferencia de la mayor parte de las catacumbas de aquel mundo inestable. Había sido horadado para acoger a grandes multitudes. En su visita anterior, Alfred había encontrado aquello muy extraño, pero entonces ignoraba adonde conducía.

Esta vez lo sabía y lo entendía. La Séptima Puerta. El lugar desde el cual los

sartán habían obrado la magia que había causado la Separación del antiguo mundo.

«¿Tienes idea de cómo actuaba la magia?», preguntó Haplo. Lo hizo con voz susurrante, contenida, aunque sólo unos oídos interiores podían captarla.

—Orla me lo contó —respondió Alfred y continuó la explicación con breves interrupciones esporádicas para entonar las runas en voz baja—. Después de tomar la decisión de separar el mundo, Samah y los miembros del Consejo reunieron a toda la población sartán y a los mensch que estimaron merecedores de ello. Transportaron a este puñado de afortunados a un lugar similar, probablemente, al pozo del tiempo que utilizamos en Abri: un pozo en el que existe la posibilidad de que no existan posibilidades. Allí, aquella gente estaría a salvo hasta que los sartán pudieran trasladarlos a los nuevos mundos.

»Los sartán más dotados se reunieron con Samah en el interior de una cámara a la que el gran consejero denominó la Séptima Puerta. Consciente de que llevar a cabo una magia tan poderosa, capaz de romper un mundo y forjar otros nuevos, agotaría al hechicero más resistente, Samah y el Consejo dotaron a la propia cámara con gran parte de sus poderes individuales. El recinto actuaría de modo bastante parecido a una de las piezas de la Tumpa-chumpa que Limbeck llamaba *genador*.

»La Séptima Puerta conservó el poder mágico dejado allí en reserva, y los sartán recurrieron a él cuando su propia magia decreció y perdió fuerza. El peligro, por supuesto, era que una vez transferido el poder a la Séptima Puerta, la magia permanecería en ella para siempre. Samah sólo tenía un modo de destruir la magia: destruyendo la Séptima Puerta. El gran consejero debería haberlo hecho, naturalmente, pero tuvo miedo.

«¿De qué?», preguntó Haplo.

Alfred titubeó.

—En su primera entrada en la Séptima Puerta, después de dotarla de ese poder, los miembros del Consejo de los Siete descubrieron algo que no esperaban encontrar.

«Un poder superior al de ellos.»

—

—Sí. No estoy seguro de cómo o por qué; Orla no me contó tanto. La experiencia resultó terrible para los sartán. Parecida a lo que pasamos nosotros cuando entramos. Pero, mientras que la nuestra fue reconfortante y estimulante, la suya resultó abrumadora. Samah fue obligado a darse cuenta de la enormidad de sus actos y de las espantosas consecuencias de lo que había proyectado. Se le hizo saber, en esencia, que había sobrepasado los límites. Pero también se le dio a conocer que conservaba su libre albedrío para continuar, si quería.

«Abrumados por lo que habían visto y oído, los miembros del Consejo empezaron a tener dudas, lo cual condujo a violentas discusiones. Sin embargo, el temor a sus enemigos, los patryn, era profundo y el recuerdo de la experiencia en la cámara se difuminó. La amenaza patryn era muy tangible. Bajo la dirección de Samah, el Consejo votó llevar adelante la Separación. Los sartán que se oponían fueron enviados, junto con los patryn, al Laberinto.

»E miedo... la causa de nuestra caída. —Alfred sacudió la cabeza con abatimiento—. Incluso después de haber triunfado en separar un mundo para construir otros cuatro, incluso después de haber encerrado a sus enemigos en una

prisión a su medida, Samah continuó sintiendo miedo. Temía lo que había descubierto en la Séptima Puerta, pero también temía tener necesidad de la Puerta más adelante y por ello, en lugar de destruirla, sólo la hizo desaparecer.

—Yo estaba con Samah cuando murió —dijo Jonathon—. Y le dijo a Xar que no sabía dónde estaba.

—Probablemente, así era —concedió Alfred—. Pero Samah podría haberla encontrado con bastante facilidad. Tenía mi descripción del lugar, porque yo le conté todo lo que sabía de la Cámara de los Condenados.

—Mi gente la encontró —apuntó Jonathon—. Reconocimos su poder, pero habíamos olvidado el modo de utilizarlo.

«... de utilizarlo...», repitió el eco.

— ¡Afortunadamente! ¡No me atrevo a imaginar qué habría sucedido si Kleitus hubiera descubierto cómo utilizar el verdadero poder de la Puerta! —Dijo Alfred con un escalofrío—. Lo que me llama la atención es que, a pesar de todo este revuelo, esta agitación de fuerzas mágicas, esos a los que llamamos despectivamente «*mensch*» han resistido y prosperado. Humanos, elfos y enanos tienen sus problemas pero, en general, han conseguido solventarlos y establecerse. Lo que llamáis la Onda los ha mantenido a flote.

«Esperemos que sigan así», comentó Haplo. «La próxima Onda, si les cayera encima, podría ser la definitiva.»

Continuaron atravesando corredores, viajando siempre hacia abajo. Alfred cantaba las runas en voz baja, para sí mismo, y los signos mágicos de la pared los guiaban con su intenso resplandor.

El pasadizo se estrechó hasta obligarlos a caminar en fila india. Alfred abría la marcha, seguido por Jonathon. El perro y Hugh *la Mano* ocupaban la retaguardia. O el aire era más tenue allí —Alfred no recordaba tal sensación en su visita anterior—, o el nerviosismo lo estaba dejando sin aliento. La tonada rúnica daba la impresión de adherirse a su irritada garganta; tenía dificultades para emitirla. Sentía miedo y, al mismo tiempo, estaba excitado, tembloroso, lleno de nerviosa expectación.

De todos modos, no parecía que los signos mágicos necesitaran ya de su cantinela. Se encendían espontáneas, casi alegremente, avanzando mucho más

—

deprisa que los caminantes. Por último, Alfred dejó de cantar y guardó la voz para lo que se preparaba.

Quizá se estaba preocupando por nada. Todo podía ser tan fácil, tan sencillo... Un toque de magia y la Séptima Puerta quedaría destruida. La Puerta de la Muerte quedaría cerrada para siempre...

De pronto, el perro lanzó un sonoro ladrido.

El sonido inesperado y su eco en el túnel hizo que a Alfred casi se le detuviera el corazón en el pecho. Finalmente, le dio un gran vuelco y acabó en su garganta, obturándole la tráquea durante unos momentos.

— ¿Qué...? —Alfred jadeó y carraspeó.

— ¡Chist! ¡Silencio! Deteneos un momento —ordenó Hugh.

Todos obedecieron. El fulgor azulado de las runas se reflejaba en sus ojos, tanto en los vivos como en los muertos.

—El perro ha oído algo. Y yo también —continuó *la Mano* téticamente—. Alguien nos sigue a distancia.

A Alfred, el corazón le saltó de la garganta directamente fuera del cuerpo.

Xar. El Señor del Nexo.

«Adelante», intervino Haplo. «Hemos llegado demasiado lejos como para dejarlo ahora. Adelante.»

—No es preciso —musitó Alfred con un hilillo de voz.

Ante ellos, los signos mágicos abandonaban la parte baja de la pared y ascendían hasta formar un arco de resplandeciente luz azul. Un azul que se convirtió en un rojo amenazador, feroz, cuando el sartán se aproximó.

—Hemos llegado. Ésta es la Séptima Puerta.

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

Las runas orlaban una entrada, rematada en un arco, que conducía —recordó Alfred— a un pasadizo ancho y espacioso. Y Alfred recordó también, de improviso, la sensación de paz y de tranquilidad que lo había envuelto al penetrar en aquel túnel. Anheló experimentar de nuevo aquella sensación, lo deseó como un hombre adulto anhela a veces un pecho que lo consuele, el tacto de unos brazos cariñosos en torno a él, una voz que arrulle su sueño con dulces canciones y tonadas de la niñez.

Alfred se detuvo ante el arco y observó el parpadeo de los signos mágicos.

Para cualquier otro que estudiara las runas grabadas en la pared, los signos habrían resultado similares a los que corrían por la ase de la pared. Runas inocuas, creadas para servir de guía. Pero él era capaz de apreciar las sutiles diferencias: un punto colocado encima de una raya, en lugar de debajo; una cruz en lugar de una estrella, un cuadrado en torno a un círculo... Estas diferencias convertían las runas de guía en runas de protección. Las más poderosas que era capaz de forjar un sartán. Cualquiera que se aproximara a aquel arco... — ¿A qué estás esperando, Alfred? —exclamó Hugh. Dirigió una mirada dubitativa al sartán y añadió—: No te irás a desmayar, ¿verdad? —No, maese Hugh, pero... ¡Espera! ¡No! Hugh *la Mano* dejó atrás a Alfred y se dirigió al arco. Las runas azules cambiaron de color y pasaron del azul al rojo con una llamarada. El mensch, algo alterado, se detuvo y estudió las runas con suspicacia.

No sucedió nada más. Alfred guardó silencio. Probablemente, el mensch no le habría creído de todos modos. Era de los que lo han de comprobar todo por sí mismos.

Hugh dio un paso adelante. Los signos mágicos humearon y estallaron en llamas. La boca del túnel quedó rodeada por un arco de fuego. El perro se encogió.

— ¡Maldición! —masculló *la Mano*, impresionado, al tiempo que retrocedía precipitadamente.

—

Tan pronto como se apartó del arco, el fuego se apagó. Los signos mágicos adquirieron de nuevo un mortecino resplandor rojizo, pero no pasaron al azul. El calor de las llamas permaneció en el aire del pasadizo.

—No nos permite el paso —murmuró Alfred.

—Eso ya lo he visto —dijo Hugh con un gruñido, al tiempo que se frotaba los

brazos, cuyo vello oscuro y espeso había sido chamuscado por las llamas—. Por todos los antepasados, ¿cómo vamos a cruzar?

—Puedo desbaratar las runas —planteó el sartán, pero no hizo el menor ademán de disponerse a ello.

«¿Estás temblando?», le llegó la voz de Haplo.

—No —replicó, a la defensiva—. Es sólo que... —Alfred volvió la mirada hacia el pasadizo por el que habían llegado hasta allí.

Las runas azules de la base de la pared se habían apagado ya pero, ante su mirada —y obedeciendo a sus pensamientos—, volvieron a encenderse. El zócalo de signos mágicos luminosos marcaría el camino hasta la celda, hasta el cuerpo yacente de Haplo.

Alfred bajó la vista al perro.

—Tengo que saber qué será de ti.

«Eso no importa.»

—Pero...

«¡Maldita sea, no sé qué sucederá!», insistió Haplo, perdiendo la paciencia.

«Pero sé muy bien qué ocurrirá si fracasamos. Y tú también lo sabes.»

Alfred no dijo nada más e inició una danza.

Sus movimientos eran gráciles, pausados y solemnes. Acompañándose de una cantinela, sus manos dibujaban los signos mágicos de la melodía y sus pies marcaban los trazos complejos de las runas sobre el suelo de piedra. La danza y la música penetraron en él, en su sangre, como burbujas embriagadoras. Su cuerpo, que con harta frecuencia resultaba tan torpe y desmañado como si perteneciera a otro y él sólo lo tuviera en préstamo, se despojó de aquella apariiencia; mudó de aspecto como una serpiente muda de piel. Sus músculos, sus huesos, su sangre... eran pura magia. Alfred era luz, aire y agua. Estaba feliz, contento y libre de miedo.

La luz roja de las runas de defensa se encendieron un momento, muy brillantes, y a continuación se difuminaron hasta apagarse por completo.

La oscuridad flotó en el pasadizo. La oscuridad envolvió a Alfred. Las burbujas estallaron y quedaron vacías, gastadas. La magia rezumó de él. Su viejo cuerpo pesado flotó ante él como un grueso gabán colgado de una percha. Tuvo que esforzarse para volver a entrar en él, para notar su peso sobre los hombros, para intentar moverse de nuevo junto con su carne tangible, demasiado engorrosa y en la cual no cabía.

Los pies del sartán se detuvieron. De su boca escapó un suspiro y, a continuación, dijo con voz serena:

—Ya podemos pasar. Las runas se activarán de nuevo cuando hayamos cruzado el arco. Quizá basten para detener a Xar.

Haplo emitió un gruñido, pero ni siquiera se molestó en contestar.

De nuevo, Alfred abrió la marcha. Hugh *la Manolo* siguió con una cauta mirada de reojo a las runas, como si esperase que en cualquier momento estallaran en llamas.

—

. Véase Apéndice I, «Breve historia de la Séptima Puerta...»

El perro avanzó al trote, con aire aburrido, tras los talones de Hugh.

Jonathon fue el último en entrar; el lázaro, cuyos pies se arrastraban por el suelo, dejó un surco en el polvo al avanzar. Alfred bajó la vista y se sintió intrigado y algo inquieto al ver las marcas que sus propias pisadas habían dejado impresas en el

polvo la vez anterior que había pasado a través del arco. Las reconoció por su distribución errática a lo largo y ancho del lugar.

También reconoció las huellas de Haplo, que avanzaban en línea recta, con propósito firme y decidido. Al abandonar aquella cámara, el andar del patryn era mucho menos seguro. Su paso se había alterado drásticamente y, desde aquel momento, el curso de su vida había cambiado para siempre.

Y Jonathon... La última vez que habían acudido allí, el sartán de Abarrach estaba vivo; en cambio, en esta ocasión, era su cadáver —ni vivo ni muerto— el que hollaba el polvo borrando el rastro que había dejado en vida. En cambio, no se apreciaban por ninguna parte las huellas del perro de aquella visita anterior. Y tampoco esta vez dejaba rastro de su paso. Alfred se fijó en ello y se asombró de no haberse dado cuenta hasta aquel momento.

O quizás había visto huellas, se dijo con una sonrisa melancólica, porque esperaba verlas.

Alargó la mano y dio unas palmaditas en la suave testuz del animal. El perro alzó hacia él sus ojos, brillantes y límpidos. Tenía la boca abierta en una mueca que habría podido pasar por una sonrisa.

«Soy real», parecía decir. «De hecho, tal vez sea lo único real.» Alfred se volvió. Sus pies habían dejado de trastabillar. Erguido y con paso firme, avanzó hacia la Séptima Puerta, conocida por los habitantes de Abarrach con el nombre de la Cámara de los Condenados.

Como la última vez, el túnel los condujo directamente a una pared lisa, de sólida roca negra, en la que había grabados dos juegos de runas. El primero lo componían meros signos de protección, una cerradura mágica trazada, indudablemente, por el propio Samah. El otro juego de runas era obra de los primeros sartán instalados en Abarrach, los cuales, en sus intentos de establecer contacto con sus hermanos de otros mundos, habían topado accidentalmente con la Séptima Puerta. En su interior habían encontrado paz, autoconocimiento y sentido de la existencia, todo ello concedido por un poder superior, por un poder más allá de su comprensión y de su entendimiento. Ésta había sido la causa de que hubieran grabado allí aquellas marcas, las cuales declaraban la cámara como un lugar santo y sagrado.

En aquella cámara, los sartán habían muerto.

En aquella cámara, Kleitus había expirado.

Recordando aquella experiencia terrible, Alfred se estremeció. Con un pronunciado temblor, dejó caer al costado la mano con la que estaba siguiendo los trazos de las runas en la roca. Con espantosa claridad, volvió a ver los esqueletos yaciendo en el suelo. Asesinato en masa. Suicidio en masa.

Quien traiga la violencia a este lugar, la encontrará vuelta contra él mismo.

Así aparecía escrito en las paredes. En su momento, Alfred se había preguntado cómo y por qué. Esta vez creía entenderlo. Por miedo. Todo se reducía siempre al miedo. Nadie podía saber con seguridad qué temía Samah, ni por qué, pero lo cierto era que, incluso en aquella cámara, a la que el Consejo de los Siete había dotado de su magia más poderosa, el gran consejero sartán había tenido

—

miedo. El lugar había sido concebido para destruir a los enemigos del Consejo, pero había terminado por destruir a sus creadores.

Una mano helada rozó la de Alfred. El sartán dio un respingo, sobresaltado, y

descubrió a Jonathon a su lado.

—No tengas miedo de lo que hay dentro.

«... lo que hay dentro...», dijo el triste eco.

Jonathon continuó hablando:

—Ahora, por fin, los muertos descansan. No quedan rastros de su trágico final. Yo mismo me he encargado de ello.

«... encargado de ello...»

— ¿Tú has entrado aquí otras veces? —preguntó Alfred, asombrado.

—Sí. Muchas veces. —Y dio la impresión de que el lázaro sonreía; el fantasma encendía con su fuego los sombríos y muertos ojos del cadáver ambulante—. Entro y salgo cuando quiero. Esta cámara ha sido mi hogar..., tanto como puede serlo un lugar. Aquí encuentro alivio para el tormento de mi existencia. Aquí me cargo de paciencia para soportarla, para esperar a que llegue el final

— ¿E final? —A Alfred no terminó de gustarle el tono de Jonathon.

El lázaro no respondió; el fantasma abandonó el cuerpo del lázaro y revoloteó a su alrededor, agitado. Alfred tomó aire con un escalofrío; la confianza que había sentido hasta aquel momento se desvanecía rápidamente.

— ¿Y si fracasamos?

Tras repetir las palabras de Haplo, Alfred colocó las manos en la roca y empezó a entonar las runas. La pared desapareció bajo sus dedos. Con un resplandor azulado, los signos mágicos enmarcaron un pórtico que daba paso, no a la oscuridad, como había sucedido la última vez que habían entrado en la cámara, sino a la luz.

La Séptima Puerta era una estancia con siete paredes de mármol, cubierta por un techo en cúpula. Un globo suspendido de éste difundía una suave luz blanca. Como había prometido Jonathon, los muertos cuyos cuerpos yacían en el suelo habían sido retirados. Pero en las paredes seguían grabadas las palabras de advertencia: *Quien traiga la violencia a este lugar, la encontrará vuelta contra él mismo.*

Alfred cruzó el umbral y percibió el mismo calor envolvente y amoroso que había experimentado la primera vez que había entrado en la cámara. La sensación de bienestar y de sosiego se extendió como un bálsamo sobre su alma torturada. Se acercó a la mesa ovalada, tallada en una madera de un color blanco puro —una madera procedente del antiguo mundo separado—, y la contempló con veneración y con tristeza.

Jonathon avanzó hasta rozar el borde de la mesa. De haber prestado atención, Alfred habría advertido el cambio que se producía en el lázaro al penetrar en la estancia. El fantasma permanecía fuera del cuerpo y había dejado de debatirse, de pugnar por escapar. Su presencia vaga e informe se concretó en una tenue imagen del duque que era cuando Alfred lo había conocido: joven, vibrante, alegre... El cadáver ambulante era, al parecer, la sombra del alma.

Sin embargo, Alfred no se percató de ello. Tenía la mirada fija en las runas talladas en la mesa, las contemplaba como si estuviera hipnotizado, como si fuera incapaz de apartar la vista. Se acercó a ellas más y más...

—

Hugh *la Mano* se detuvo ante el pórtico y estudió la estancia con asombro y temor; una vez llegado el momento de la verdad, quizá se sentía reacio a cruzar el umbral.

El perro azuzó a Hugh, lo instó a avanzar, meneando el rabo en un gesto tranquilizador. El mensch relajó su expresión ceñuda y sonrió.

—En fin, si tú lo dices... —murmuró al animal.

Penetró en la estancia. Tras echar un vistazo que lo abarcó todo, avanzó hasta la mesa blanca y apoyó las manos en ella. Después, con gesto ocioso, empezó a seguir los trazos de las runas con los dedos.

El perro entró al paso en la cámara... y desapareció.

La puerta de la Séptima Puerta se cerró.

Pero Alfred no se dio cuenta de lo que hacía el mensch. Tampoco reparó en la desaparición del perro, ni oyó cerrarse la puerta. Se hallaba de pie ante la mesa.

Alargó la mano hasta posar los dedos sobre la madera blanca suavemente, con veneración...

—Hoy nos hemos reunido aquí, hermanos —dijo Samah desde su asiento, en la cabecera de la mesa—, para proceder a la Separación del mundo.

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

La cámara conocida como la Séptima Puerta estaba repleta de sartán. El Consejo de los Siete ocupaba los asientos en torno a la mesa; los demás permanecían en pie. Alfred se vio empujado contra una pared cerca del fondo, junto a una de las siete puertas. Éstas y una serie de cuadrados del suelo delante de cada una permanecieron desocupadas.

Los rostros que tenía tan cerca estaban tensos, pálidos y demacrados. Era como verse en un espejo, se dijo Alfred. Él debía de tener el mismo aspecto, pues se sentía exactamente como ellos. Sólo Samah —al cual entreveía esporádicamente cuando se producía algún movimiento entre la masa de gente que lo rodeaba— daba muestras de dominio de sí mismo y de la situación. Severo e implacable, el gran consejero era la fuerza que los mantenía unidos.

Si su voluntad vacilaba, se dijo Alfred, todo lo demás se desmoronaría como queso enmohecido.

Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra en un intento de aliviar la incomodidad de permanecer de pie un rato tan interminable. Normalmente, no sentía claustrofobia, pero la tensión, el miedo y lo concurrido del lugar empezaban a producirle la impresión de que las paredes estaban a punto de cerrarse sobre él. Le costaba respirar. De pronto, parecía que se había producido el vacío en la cámara.

Apoyó la espalda contra la pared y presionó ésta con la esperanza de que cediera bajo el contacto. Tuvo visiones maravillosas y terribles en las que los bloques de mármol se hundían, el aire fresco inundaba el recinto y una vasta extensión de cielo azul se abría sobre él. Se vio a sí mismo escapando de aquel lugar, huyendo de Samah y de los guardias del Consejo, fugándose *al* mundo (y no *de él*).

—Hermanos —Samah se puso en pie. El Consejo en pleno se hallaba en pie en aquel instante—, ha llegado el momento. Preparaos para activar la magia. En aquel instante, Alfred alcanzó a distinguir a Orla. Vio sus facciones, pálidas pero serenas. Sabía de sus reticencias, conocía la vehemencia con la que Orla se había opuesto a la decisión del gran consejero. Ella podía hacerlo. Era la

—

esposa de Samah y él nunca la enviaría a la prisión junto con sus enemigos, como había hecho con otros sartán.

Los presentes en la estancia permanecieron con la cabeza inclinada, las manos juntas y los ojos cerrados. Habían empezado a sumirse en el estado meditativo y relajado que se requería para invocar un poder mágico tan enorme como el que Samah y el Consejo exigían.

Alfred se dispuso a hacer lo mismo pero sus pensamientos se negaban a concentrarse, se dispersaban desesperadamente, corrían de acá para allá sin escapatoria posible, como ratones atrapados en una caja junto a un gato.

—Pareces incapaz de concentrarte, hermano —murmuró una voz grave y calmosa, muy cerca de su oído.

Sobresaltado, Alfred buscó el origen de la voz y descubrió a un hombre apoyado, como él, en la pared. Era joven pero, aparte de eso, era difícil dar más detalles de él. Sus facciones quedaban ocultas bajo la capucha y llevaba las manos envueltas en vendas.

¡Vendas! Alfred estudió las tiras de lienzo blanco que cubrían las manos, muñecas y antebrazos del individuo. Una vaga sensación de amenaza embargó a Alfred.

El joven se volvió hacia él y le sonrió con una mueca serena.

—Los sartán llegarán a lamentar este día, hermano. —Su voz cambió, se cargó de acritud—. Aunque sus lamentaciones no aliviarán los padecimientos de las víctimas inocentes. Pero al menos, antes del final, los sartán llegarán a comprender la enormidad de lo que han hecho. Si esto te sirve de algún consuelo...

—Nosotros comprenderemos —dijo Alfred, titubeante—, pero ¿servirá de algo? ¿Será mejor el futuro si lo hacemos?

—Eso queda por ver, hermano —dijo la voz de Haplo.

¡Haplo! ¡Sí, era Haplo! Y él era Alfred, y no un sartán anónimo y sin rostro que una vez, hacía muchísimo tiempo, había asistido tembloroso a la histórica sesión. Y con todo, al mismo tiempo, era también ese desdichado sartán. Sí, Alfred se hallaba a la vez en el presente y en aquella remota asamblea.

—Debería haber sido más valiente —susurró. El sudor que resbalaba de su cabeza casi calva le empapaba el cuello de la blusa—. Debería haberme pronunciado, haber intentado detener esa locura. Pero soy tan cobarde... Vi lo que les sucedió a los demás y... y no fui capaz de afrontarlo. Aunque ahora creo que tal vez habría sido mejor. Por lo menos, habría podido soportarme, aunque no viviera mucho tiempo. Ahora tengo que cargar con ese peso el resto de mis días.

—No es culpa tuya —dijo Haplo—. ¡Por última vez, deja de disculparte!

—Sí que lo es —replicó Alfred—. Sí que lo es. Lo es de cada uno de los que cerramos los ojos a los prejuicios, al odio, a la intolerancia. Es culpa nuestra...

—Extendeos, hermanos —decía Samah en aquel instante—. Extendeos con vuestra mente hasta el punto más extremo de vuestro poder y, entonces, llegad más allá. Evocad la posibilidad de que este mundo no sea uno, sino que haya quedado reducido a sus elementos fundamentales: tierra, aire, fuego y agua.

En el centro de cuatro de las puertas se encendió una runa con un brillo azulado. Alfred reconoció los símbolos, uno por cada uno de los elementos.

Aquellas, pues, eran las puertas que conducirían a los nuevos mundos. Se puso a temblar.

—Nuestros enemigos, los patryn, han sido confinados en una prisión. En este momento están contenidos, inmovilizados —prosiguió Samah—. Podríamos haberlos destruido sin dificultad, pero no buscamos su destrucción. Aspiramos a su redención, a su rehabilitación. Esa cárcel..., no, mejor llamarlo correccional, donde los hemos concentrado está a punto para ser sellada.

En la quinta puerta, otro signo mágico cobró vida con unas llamaradas rojas, furiosas y amenazadoras. El Laberinto. La redención. Haplo soltó una áspera risotada.

« ¡Debes detener esto, Samah! », quiso gritar Alfred, frenético. « ¡El Laberinto no es una prisión, sino una cámara de torturas! Ese lugar percibe el miedo y el odio que se ocultan bajo tus palabras. Y utilizará ese odio y ese miedo para matar y destruir. »

Pero Alfred no llegó a abrir la boca. Estaba demasiado asustado.

—Hemos creado un refugio para los patryn —prosiguió Samah con una sonrisa forzada, tensa y torva—. Cuando hayan aprendido su dura lección, el Laberinto los dejará libres. Construiremos una ciudad para ellos y les enseñaremos a vivir como gente civilizada.

« Sí », se dijo Alfred, « los patryn continuarán estudiando la "lección"... la lección de odio que tú les enseñaste. Saldrán del Laberinto con más rabia y más afán de venganza que nunca. Salvo unos pocos. Salvo algunos que, como Haplo, alcancen a descubrir que la verdadera fuerza reside en el amor. »

La sexta puerta empezó a brillar débilmente con los colores del crepúsculo, suaves y tenues. El Nexo.

—Y, por último —Samah acompañó sus palabras con un gesto en dirección a la puerta que quedaba a su espalda; una puerta que, cuando el gran consejero movió la mano, empezó a abrirse lentamente—, creamos el camino que nos conducirá a esos mundos. Creamos la Puerta de la Muerte. Al tiempo que este mundo muere, otros nuevos y mejores nacerán de él. Y ha llegado el momento de que ello suceda.

Samah se volvió pausadamente hasta quedar de cara a la puerta, abierta ya de par en par. Alfred intentó atisbar qué se veía tras ella. De puntillas, miró por encima de las cabezas de la inquieta multitud.

Cielo azul, nubes blancas, árboles verdes, océanos en calma... El antiguo mundo...

—Rompedlo, hermanos míos —ordenó Samah—. Separad el mundo.

Alfred no pudo obrar la magia. Fue incapaz de hacerlo. Veía los rostros de las « lamentables pero inevitables bajas civiles ». Veía su incredulidad, el miedo, el pánico. Miles y miles de seres corriendo hacia su irremisible final, pues no había refugio en el que protegerse.

Alfred lloraba y gemía entrecortadamente. No podía evitarlo. Era incapaz de contenerse.

Haplo apoyó una mano vendada en su hombro.

—Domínate. Esto no te conviene. Samah te está observando.

Alfred levantó la cabeza, temeroso. Su mirada se cruzó con la de Samah y vio el miedo y la cólera en los ojos del gran consejero.

Y Samah dejó de ser Samah.

Y fue Xar.

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

— ¡Alfred!

La voz lo llamaba desde una distancia enorme, a través del tiempo y del espacio. Era débil, pero imperiosa. Lo instaba a salir, a retirarse, a regresar...

— ¡Alfred!

Una mano lo sacudía por el hombro. Bajó la vista a la mano y observó que estaba vendada. Tuvo miedo e intentó apartarse, pero no pudo. La mano lo agarró con fuerza.

— ¡No, por favor! ¡Déjame en paz! —Gimió Alfred—. Estoy en mi tumba. Estoy a salvo. Todo está en calma y en silencio. Aquí, nadie puede hacerme daño.

¡Déjame!

La mano no lo dejó. Continuó cerrada en torno a su hombro, pero su poderosa presión dejó de resultarle atemorizadora y se convirtió en acogedora y reconfortante, en estimulante y tranquilizadora. El contacto lo estaba devolviendo al mundo de los vivos.

Y entonces, antes de que hubiera regresado del todo, la mano se retiró. Las vendas cayeron de ella y Alfred vio que la mano estaba cubierta de sangre. El corazón se le llenó de pena. La mano estaba extendida, tendida hacia él.

—Alfred, te necesito.

Y allí, a sus pies, estaba el perro, contemplándolo con sus ojos claros.

—Te necesito.

Alfred reaccionó, tomó la mano tendida...

La mano apretó la suya dolorosamente y tiró de él hasta arrancarlo del suelo, materialmente. Alfred trastabilló y cayó.

—Y apártate de esa maldita mesa, ¿quieres? —exclamó Haplo con irritación, plantado ante él con una mirada colérica—. La otra vez, estuvimos en un tris de perderte. —Su mirada aún era ceñuda, pero en su leve sonrisa había un toque de preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—

A gatas sobre el mármol polvoriento, Alfred no tenía palabras. Sólo podía seguir mirando, con mudo asombro, a Haplo. ¡Haplo, plantado delante de él! ¡Haplo, completo y con vida!

— ¡Pareces el perro, talmente! —exclamó el patryn con una súbita sonrisa.

—Amigo mío... —Alfred se sentó en cuclillas, con los ojos llenos de lágrimas—. Amigo mío...

— ¡No empieces a balbucear! —Protestó Haplo—. Y levántate, maldita sea. No tenemos mucho tiempo. El Señor del Nexo...

— ¡Está aquí! —dijo el sartán con espanto. Se puso en pie de un salto y se volvió, trastabillando, a mirar hacia la cabecera de la mesa.

Alfred pestañeó. Aquél no era Samah. Desde luego, tampoco era Xar. Quien ocupaba la cabecera de la mesa era Jonathon. A su lado, hosco y tenso, estaba Hugh *la Mano*.

—Pero... Yo vi a Xar... —A Alfred se le ocurrió otra idea—. ¡Y tú...! —Se dio la vuelta otra vez, tambaleándose, y miró a Haplo—. Tú. ¿Eres real?

—En carne y hueso —asintió Haplo.

Su mano, firme y cálida y cubierta de tatuajes mágicos, sujetó al sartán, que estaba tremendamente pálido y vacilante, y lo ayudó a sostenerse en pie.

Con gesto tímido, Alfred extendió un dedo largo y huesudo y tocó con cautela a Haplo.

—Al menos, lo parece —murmuró, receloso todavía. Miró a su alrededor y añadió—: ¿Y el perro?

—Ha escurrido el bulto —respondió Haplo con una sonrisa—. Debe de haber olido alguna salchicha.

—No se ha ido a ningún sitio —replicó Alfred con voz trémula—. Ahora forma parte de ti. Por fin. Pero ¿cómo...?

—Es esta cámara —respondió Jonathon—. Maldita... y bendita. En el caso de Haplo, la magia rúnica mantuvo con vida su cuerpo. La magia de esta estancia, del interior de la Séptima Puerta, ha permitido que el alma se reúna con el cuerpo.

—Cuando el príncipe Edmund entró aquí —apuntó Alfred, recordando lo que había oído—, su alma quedó liberada de su cuerpo...

—Edmund estaba muerto —replicó Jonathon—. Y resucitado mediante la nigromancia. Su alma estaba esclavizada. Ahí está la diferencia.

— ¡Ah! Creo que empiezo a entender...

—Me alegro mucho por ti —intervino Haplo—. ¿Cuántos años crees que tardarás en comprenderlo del todo? Ya he dicho que no tenemos mucho tiempo. Hay que establecer contacto con el poder superior...

— ¡Yo sé cómo! ¡Yo estuve aquí durante la Separación! Estaba Samah y el Consejo de los Siete en pleno, reunido en torno a la mesa. Incluso tú estabas presente... pero eso no importa ahora —concluyó Alfred con mansedumbre, al captar la mirada de impaciencia de Haplo—. Ya te lo contaré más tarde.

»Esas cuatro puertas —Alfred las señaló—, las que están ligeramente entreabiertas, conducen a cada uno de los cuatro mundos. La de ahí lleva al Laberinto. Esa, la que está cerrada, debe de ir al Vórtice, el cual, como recordaréis, se derrumbó y quedó cegado. Y esa otra puerta... —el dedo que la señalaba tembló ligeramente—, *esa puerta*, la que está abierta de par en par, conduce a la Puerta de la Muerte.

Haplo soltó un gruñido.

—

—Te he dicho que te apartes de esa maldita mesa. Esa puerta no conduce a ninguna parte que no sea de nuevo al pasadizo. Por si lo has olvidado, amigo mío, fue la que cruzamos la última vez que estuvimos aquí. Aunque, según recuerdo, la cerraste cuando pasamos. O, mejor dicho, la puerta casi te cierra a ti.

—Pero eso era en Abarrach —protestó Alfred y miró a su alrededor con impotencia. El descubrimiento resultaba, de pronto, aterrador—. Ahora no estamos en la Cámara de los Condenados. No estamos en Abarrach. Nos hallamos dentro de la Séptima Puerta.

Haplo frunció el entrecejo, escéptico.

—Aquí estás tú —insistió Alfred—. ¿Cómo has llegado aquí?

Haplo se encogió de hombros.

—He despertado en una celda, medio helado. Estaba solo y no había nadie en las proximidades. Al salir al pasillo, he visto las runas azules que brillaban en la pared y las he seguido. Entonces he oído tu voz, canturreando. Las runas de

protección me han permitido pasar. He bajado hasta aquí y la puerta estaba abierta. He entrado y te he encontrado sentado a esa condenada mesa, sollozando y gimoteando... como de costumbre.

Perplejo, Alfred miró a Jonathon.

—Entonces, ¿estamos todavía en Abarrach? No lo entiendo...

—Estás en la Séptima Puerta.

«... la Séptima Puerta...» —dijo el eco, y en su voz había un matiz gozoso.

—Esa puerta —Jonathon dirigió la mirada hacia la marcada con el signo mágico que la identificaba como la Puerta de la Muerte— ha estado abierta todos estos siglos. Para cerrar la Puerta de la Muerte, es ésta la que debes cerrar.

La enormidad de la tarea abrumó a Alfred. Para crear y abrir aquella puerta había sido preciso el Consejo de los Siete al completo y la colaboración de cientos de poderosos sartán más. Para cerrarla, sólo estaba él.

—Entonces, ¿como he llegado aquí? —inquirió Haplo, con visible incredulidad todavía—. No he utilizado magia alguna...

—Magia, no —replicó Jonathon—. Conocimiento. Conocimiento de uno mismo. Ésta es la clave, la llave de la Séptima Puerta. Si mi pueblo, que descubrió este lugar hace mucho tiempo, se hubiera conocido a sí mismo de verdad, habría podido descubrir su poder. Los míos estuvieron cerca de hacerlo, pero no lo suficiente. No supieron dejarse llevar.

«... dejarse llevar...»

—Necesito pruebas. Abre una puerta —indicó Haplo, inflexible—. ¡Ésa, no! —

El patryn evitó cuidadosamente acercarse a la puerta que ya estaba abierta—.

Abre otra, una de las que están cerradas. Veamos qué hay al otro lado.

— ¿Cuál de ellas? —Alfred tragó saliva.

Haplo guardó silencio un momento; después, respondió:

—La que, según tú, conduce al Laberinto.

Alfred asintió lentamente. Cerró los ojos y evocó la cámara como la había visto en los instantes previos a la Separación. Vio de nuevo la puerta con el signo rojo flameante.

Abrió los párpados y localizó la puerta. Dio unos pasos en torno a la mesa — con buen cuidado de no tocar las runas talladas en la blanca madera— y avanzó hasta colocarse delante de la puerta.

—

Alargó la mano y tocó suavemente el signo mágico grabado en el mármol. Se puso a canturrear, en voz muy baja; después, la cantinela se hizo más audible. Siguió los trazos de la runa con los dedos, y el signo mágico cobró vida con una llamarada de un rojo intenso.

La canción se interrumpió en la garganta de Alfred. El sartán tragó saliva e intentó continuar la tonada, aunque su canto era ahora enronquecido y fuera de tono. Por último, empujó la losa de mármol.

La puerta se abrió en silencio.

Y se encontraron dentro del Laberinto.

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

Las dos naves de los sartán llegaron al Nexo, viajando a través de la Puerta de la Muerte, y se posaron cerca de lo que había sido la casa de Xar, convertida ahora en un amasijo de madera chamuscada. Mientras descendían, los sartán se asomaban por las portillas, mudos de pasmo ante la destrucción que contemplaban.

—Ya veis la magnitud del odio que nos profesan esos patryn —se pudo oír que proclamaba Ramu—. Son capaces de provocar la ruina de la ciudad y de la tierra que creamos para ellos, aunque sean ellos quienes padezcan las consecuencias. No hay posibilidad de razonar con gente tan salvaje. Nunca estarán en condiciones de vivir entre personas civilizadas.

Marit podría haberle contado la verdad —es decir, que habían sido las serpientes quienes habían destruido el Nexo—, pero sabía que Ramu no creería sus palabras y prefirió no darle ocasión de provocarla a enzarzarse en una discusión sin sentido. Mantuvo un silencio digno y altivo y apartó el rostro para que Ramu no viera sus lágrimas.

Tras ordenar que el grueso de las fuerzas sartán permaneciera en la seguridad de la nave, donde las runas ofrecían protección, envió varias partidas de exploradores.

Mientras las patrullas batían el terreno, los sartán de Chelestra procedieron a ocuparse de las necesidades de sus hermanos de Abarrach. Pacientes, amables y dedicados, les ofrecieron sus servicios con gran generosidad. Algunos, al pasar junto a Marit, incluso se detuvieron a preguntar si podían hacer algo por ella. La patryn rechazó su ayuda, por supuesto, pero, perpleja y emocionada por su ofrecimiento, consiguió expresar su negativa con afabilidad.

El único sartán que le merecía cierta confianza (y no mucha, tampoco) era Balthazar, aunque Marit no conseguía explicarse por qué. Quizá porque él y los suyos también sabían lo que era ver morir a sus hijos. O tal vez porque Balthazar se había tomado la molestia de hablar con ella durante el trayecto a través de la Puerta de la Muerte, de preguntarle qué estaba sucediendo en el Laberinto.

—

Marit aguardó con impaciencia el regreso de los exploradores, que acudieron de inmediato a informar a Ramu. La patryn habría dado varias puertas por escuchar el informe, pero no pudo hacer otra cosa sino esperar.

Por fin, Ramu salió de su camarote e indicó a Balthazar (a regañadientes, le pareció a Marit) que se acercara. El consejero hizo evidentes demostraciones de que no le gustaba compartir su posición de autoridad, pero no tenía más remedio. Los sartán de Abarrach habían dejado muy claro, durante el trayecto, que no seguirían las órdenes de otro líder que no fuera el suyo.

—No me gusta lo que oigo —murmuró Ramu en voz baja—. Los informes de los exploradores son contradictorios. Me cuentan que...

Marit no alcanzó a oír qué noticias traían, pero no le costó mucho imaginarlas.

Balthazar prestó atención a lo que decía Ramu; a poco, con un gesto cortés, le pidió que hiciera una pausa. El nigromante se volvió hacia Marit y, con otro gesto, la invitó a acercarse.

Ramu frunció el entrecejo

— ¿Crees prudente hacer eso? La patryn es una prisionera y no me gusta

revelar nuestros planes al enemigo.

—Como dices, es nuestra prisionera y le resultará muy difícil, si no imposible, escapar. Me gustaría escuchar lo que tenga que decir.

—De acuerdo, hermano, si estás interesado en escuchar mentiras, adelante —concedió Ramu con tono mordaz—. Veamos qué nos cuenta...

Marit se acercó y se detuvo en silencio entre los dos.

—Continúa, consejero, por favor —dijo Balthazar.

Ramu guardó silencio unos instantes, disgustado y enfadado por tener que pensar de nuevo qué y cuánta información era conveniente revelar.

—Me disponía a decir que me propongo dirigirme a la Última Puerta. Quiero ver con mis propios ojos lo que sucede allí.

—Excelente idea —asintió Balthazar—. Te acompañaré.

Ramu no se mostró muy complacido con la perspectiva.

—Yo creía que preferirías quedarte a bordo, hermano. Todavía estás muy débil.

Balthazar hizo caso omiso del comentario.

—Soy el representante de mi pueblo. Su gobernante, si lo prefieres. Según la ley sartán, no puedes negarte a mi petición, consejero.

—Sólo pensaba en tu salud —murmuró Ramu.

—Por supuesto —asintió Balthazar con una sonrisa conrgraciadora—. Y llevaré a Marit como consejera.

La patryn, cogida absolutamente por sorpresa, se quedó mirándolo con perplejidad.

— ¡Eso, de ninguna manera! —Ramu se negó a tratar el tema, siquiera—. Esa mujer es demasiado peligrosa. Se quedará aquí, bajo escolta.

—Sé razonable, consejero —replicó Balthazar con frialdad—. Esta patryn ha vivido en el Nexo y en el propio Laberinto. Está familiarizada con el lugar y con sus habitantes. Ella capta lo que se respira en el ambiente... algo que, a mi entender, tus exploradores son incapaces de conseguir.

—

Ramu se ruborizó de indignación. No estaba acostumbrado a ver desafiada su autoridad. Los demás miembros del Consejo, al escuchar la discusión, reaccionaron con incomodidad y cruzaron unas miradas de inquietud.

Balthazar se mantuvo cortés y diplomático. Ramu no tenía más remedio que aceptar. Necesitaba de la ayuda de los sartán de Abarrach y aquél no era lugar ni ocasión para poner en cuestión la autoridad de Balthazar.

—Está bien —dijo por fin, a regañadientes—. Marit puede acompañarte, pero deberá permanecer bajo estricta vigilancia. Si sucede algo...

—Acepto toda la responsabilidad —asintió Balthazar con aire humilde. Ramu, tras una sombría mirada a Marit, dio media vuelta sobre sus talones y se alejó. Se había evitado un enfrentamiento abierto, pero todos los sartán que habían presenciado el choque de aquellas dos fuertes voluntades eran conscientes de que se había declarado una guerra. Como reza el dicho, dos soles no pueden recorrer la misma órbita.

—Debo darte las gracias, Balthazar... —empezó a decir Marit con cierto apuro, pero el sartán la interrumpió a media frase.

—No lo hagas —fue su fría réplica. La enflaquecida mano de Balthazar la tomó por el brazo y la acercó a una de las portillas—. Mira ahí fuera un momento.

Quiero que me expliques una cosa.

Los dedos huesudos se hundieron en el brazo de Marit con tal fuerza que las runas tatuadas que había bajo ellos empezaron a encenderse en un reflejo defensivo de la magia patryn. A la mujer no le gustó el contacto e hizo ademán de apartarse.

El apretón se hizo más firme. Antes de que Marit pudiera añadir nada, Balthazar le susurró en tono urgente:

—Estáte atenta a tu oportunidad. Cuando se presente, aprovéchala. Yo haré lo que pueda por ti.

¡Escapar! Marit captó al instante que el sartán se refería a eso. Pero ¿por qué? Recelosa, titubeó.

Balthazar miró a un lado y a otro. Había algunos sartán que los observaban, pero todos eran de los suyos y podía confiar en ellos. Los otros sartán se habían retirado con Ramu o estaban ocupados en ayudar a sus hermanos. Se volvió de nuevo hacia Marit y le comentó en voz baja:

—Ramu no lo sabe, pero yo también he enviado mis propios exploradores.

Según éstos, enormes ejércitos de terribles criaturas (dragones rojos, lobos que caminan como hombres, insectos gigantes) se agolpan en torno a la Última Puerta. Tal vez te interese saber que las patrullas de Ramu han capturado a uno de los tuyos, lo han interrogado y lo han obligado a hablar.

—¿Un patryn? —Marit se quedó perpleja—. Pero ¿si no queda ningún patryn en el Nexo! Ya te lo dije: las serpientes obligaron a toda mi gente a cruzar de nuevo la Última Puerta.

—Ese patryn capturado... Había algo extraño en él —continuó Balthazar, mientras estudiaba atentamente a la mujer—. Tenía unos ojos muy raros.

—Déjame adivinar —intervino Marit—. Tenía los ojos rojos, ¿me equivoco? ¡Ése no era uno de los míos! Era una serpiente. Esas criaturas pueden adoptar cualquier forma...

—

—Sí. De lo poco que me contaste, deduje que debía de tratarse de algo así. El patryn ha reconocido que su gente se ha aliado con las serpientes y que lucha por abrir la Última Puerta.

— ¡Esto último es verdad! —Exclamó Marit con desesperación—. ¡Estamos obligados a ello! Si la Última Puerta se cierra, mi gente quedará atrapada en el Laberinto para siempre... —El miedo y la desazón la sofocaron y, durante unos momentos, le impidieron continuar. Con un esfuerzo desesperado, intentó mantener el dominio de sí misma y seguir hablando con calma—. ¡Pero no estamos aliados con las serpientes! Sabemos muy bien cómo son esas horribles criaturas. ¡Antes seguiríamos encerrados para siempre en el Laberinto que ponernos de parte de tales monstruos! ¿Cómo puede ese estúpido Ramu dar crédito a una cosa así?

—Da crédito a lo que quiere oír, Marit. A lo que conviene a sus propósitos. O quizás está ciego a la maldad de esas serpientes. Pero nosotros no. —El nigromante le dirigió una sonrisa desconsolada, con los labios apretados—. Nosotros nos hemos asomado a ese espejo oscuro. Y reconocemos la imagen que refleja.

Balthazar suspiró. Una palidez extrema le cubría las facciones. Como había señalado Ramu, todavía estaba bastante débil. Con todo, rechazó la sugerencia de Marit de que regresara a su camarote y se acostara un rato.

—Tienes que ponerte en contacto con tu gente, Marit. Infórmala de nuestra llegada. Debemos aliarnos para combatir a esas criaturas o todos acabaremos destruidos. ¡Ah!, si fuera posible que alguno de los tuyos pudiera hablar con Ramu, convencerlo...

— ¡Se me ocurre de alguien! —Exclamó Marit, asida al nigromante—. ¡El dirigente Vasu! ¡Incluso tiene una parte de sangre sartán! Intentaré ponerme en contacto con él. Puedo utilizar mi magia para comunicarme con él, pero Ramu verá lo que me propongo e intentará detenerme.

— ¿Cuánto tiempo necesitarás?

—El suficiente para trazar las runas. Lo que tarda el corazón en latir treinta veces, no más.

Balthazar sonrió.

—Espera y observa.

Marit estaba agazapada junto al muro que rodeaba la extensión quemada de lo que habían sido los bellos edificios del Nexo. La ciudad que había brillado como el lucero vespertino, reluciente en el cielo crepuscular, era un amasijo de piedra ennegrecida. Las ventanas eran huecos oscuros y vacíos como los ojos de sus muertos. El humo de las vigas de madera quemadas aún nublaba el cielo y envolvía la tierra en una noche sucia y desagradable, salpicada de charcos de luz anaranjada.

Dos sartán tenían encargada la escolta y vigilancia de Marit, pero sólo dirigían alguna mirada esporádica a la patryn, más interesados en lo que sucedía al otro lado de la Puerta que en una prisionera patryn alicaída y aparentemente inofensiva.

Y lo que vio más allá de la Puerta debilitó a Marit mucho más que cualquier magia sartán.

—

—Los informes eran correctos —oyó que decía Ramu con tono ominoso—. Los ejércitos de la oscuridad se agrupan para un asalto contra la Última Puerta. Parece que hemos llegado justo a tiempo.

— ¡Estúpido! —Exclamó Marit con acritud—. Esas fuerzas se están agrupando para asaltarnos a nosotros.

— ¡No creas sus palabras, sartán! —Siseó una voz sibilante desde el otro lado del muro—. Es un truco, una mentira. Los ejércitos de los patryn irrumpirán a través de la Última Puerta y, desde ahí, penetrarán en los cuatro mundos. Una enorme cabeza de serpiente asomó en lo alto de la muralla y se cernió sobre el grupo, meciéndose despacio hacia adelante y hacia atrás. Los ojos de la criatura despedían un intenso fulgor rojo y su lengua entraba y salía de las mandíbulas desdentadas. Su vieja y arrugada, piel, que colgaba, flácida, de su sinuoso cuerpo, hedía a muerte, a descomposición y a ruinas quemadas.

Balthazar se encogió de espanto.

— ¿Qué horrible monstruo es ése?

— ¿No lo sabes? —Los ojos de la serpiente emitieron un destello que quería ser burlón—. Vosotros nos creasteis...

Los dos guardias sartán estaban pálidos y temblorosos. Era la ocasión que Marit estaba esperando para escapar, pero la terrible mirada de la serpiente estaba fija en ella, o lo parecía, y la patryn se sentía incapaz de moverse, de pensar o de hacer otra cosa salvo contemplarla con aterrorizada fascinación.

Sólo Ramu era inmune a su siniestro hechizo.

—Y aquí estáis ahora, aliados con vuestros amigos, los patryn. Uno de ellos me lo ha revelado.

La serpiente bajó la cabeza y ocultó los ojos, cuyo rojo resplandor se difuminó.

—Te confundes con nosotras, consejero. Estamos aquí para ayudarte. No te equivocas, en cambio, respecto a que los patryn intentan fugarse de su prisión. Han reunido hordas de dragones para que luchen por ellos. En este preciso momento, sus ejércitos se acercan a la Última Puerta.

La cabeza se deslizó por encima del muro, seguida de una parte de su cuerpo, enorme y pestilente. Ramu no pudo evitarlo y retrocedió, aunque sólo un par de pasos. Luego, volvió a plantarse ante el monstruo.

—Tus hermanas están de su parte.

La serpiente hizo oscilar la cabeza.

—Estamos al servicio de nuestros creadores. Da la orden y destruiremos a los patryn. ¡Y sellaremos la Última Puerta para siempre!

La criatura apoyó la cabeza en el suelo delante de Ramu y sus rojos ojos se cerraron en un ademán de sumisión servil.

— ¡Y cuando hayan destruido a los míos, se volverán contra vosotros, Ramu!

—Lo previno Marit—. ¡Os encontraréis encerrados en el Laberinto! ¡O algo peor!

La serpiente no le prestó atención. Ramu tampoco.

— ¿Por qué habría de confiar en vosotras? —Dijo el sartán—. En Chelestra, nos atacasteis...

La gigantesca serpiente levantó la cabeza. Sus encarnados ojos emitieron un fogonazo de dolida indignación.

—Fueron esos maliciosos mensch quienes os atacaron, consejero, y no nosotras. ¿Quieres pruebas? Cuando vuestra ciudad quedó inundada por el agua

—

marina que anulaba la magia, cuando os encontrabais privados de vuestro poder, débiles y desvalidos, ¿os atacamos, acaso? Y habríamos podido hacerlo...

Los ojos rojos brillaron durante un instante más; después, los párpados se entornaron y el fulgor se desvaneció de nuevo.

—Pero no intervenimos. Tu estimado padre, honrada sea su memoria, nos abrió la Puerta de la Muerte y estuvimos muy contentas de poder huir de nuestros perseguidores mensch. Menos mal que lo hicimos; de lo contrario, hoy estaríais solos para hacer frente a esta amenaza de vuestros acérrimos enemigos.

—Tiene razón, Ramu. Te enfrentas a esto tú solo. Al final, todos lo afrontaremos a solas —musitó Marit.

— ¡Que diga esto quien ayudó a dar muerte a tu padre! —Siseó la serpiente—.

¡Ella, que escuchaba sus gritos y se reía!

Ramu se volvió hacia Marit. Su rostro tenía una palidez mortal.

— ¿Es cierto eso?

— ¡No me reía! —declaró ella con un temblor en los labios. Marit evocó los gritos de Samah y unas lágrimas amargas le escocieron los párpados—. ¡No me reía!

Ramu cerró los puños.

—Mátala... —susurró la serpiente dragón—. Mátala aquí mismo... Tómate justa venganza.

Ramu buscó entre sus ropas y extrajo la daga sartán, la Hoja Maldita. La contempló y miró de nuevo a Marit.

La patryn avanzó un paso con aire impaciente, dispuesta a luchar.

Balthazar se interpuso entre ellos.

— ¿Estás loco, Ramu? ¡Mira lo que te ha empujado a hacer esa serpiente repulsiva! ¡No te ríes de ella! Yo la conozco. ¡La reconozco! Ya a he visto antes. Ramu parecía dispuesto a apartar a Balthazar por la fuerza.

— ¡Apártate de mi camino o, por la memoria de mi padre, que te mataré a ti también!

La serpiente presencié la escena y, mientras lo hacía, engordó, se puso más rolliza.

Los dos guardianes sartán continuaron mirando con espanto, sin saber muy bien qué hacer.

En la mano de Ramu, la Hoja Maldita se agitaba y empezaba a cobrar vida.

Marit trazó un círculo de runas rojas y azules. Los signos mágicos se encendieron con un brillante fogonazo.

Al ver a su prisionera dispuesta a atacar, Ramu se lanzó hacia ella. Balthazar lo detuvo. El nigromante no tenía la fuerza necesaria para retenerlo mucho rato, pero Marit sólo necesitaba unos instantes.

La patryn penetró en el círculo de runas al tiempo que pronunciaba el nombre de Vasuy, de inmediato, desapareció.

Ramu, colérico, arrojó al suelo al nigromante y envainó la daga. Con fría cólera, se volvió hacia Balthazar.

— ¡Tú la has ayudado a escapar! ¡Traición! ¡Cuando hayamos terminado aquí, te llevaré ante el Consejo para que respondas de este acto!

— ¡No seas estúpido, Ramu! —replicó Balthazar mientras se ponía en pie, despacio y casi sin fuerzas—. Marit tiene razón. ¡Fíjate bien en esa serpiente

—

repulsiva! ¿No te das cuenta? ¿No la has visto antes? Echa un buen vistazo... dentro de ti.

Ramu dirigió una mirada torva al nigromante y se volvió de nuevo hacia la serpiente. La enorme criatura estaba hinchada, saciada. Con un guiño en sus rojos ojos, dedicó una sonrisa al sartán.

—Me aliaré con vosotras. Atacad a los patryn —ordenó Ramu—. Matadlos a todos. Acabad con ellos.

La serpiente hizo una profunda reverencia.

— ¡Sí, amo!

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

— ¿Ves lo que sucede? —dijo Haplo.

—Es inútil —murmuró Alfred al tiempo que movía la *cabeza*. —. No aprenderemos nunca. Nuestra gente se destruirá entre sí...

Hundió los hombros con gesto abatido, y Haplo posó una mano en su brazo.

—Tal vez las cosas no lleguen a ese extremo, amigo mío. Si tu gente y la mía

pueden encontrar el modo de reunirse en paz, verán la maldad de las serpientes dragón. Esas criaturas no pueden *azuzar* un bando contra el otro si los dos bandos están unidos. Contamos con gente como Marit, Balthazar, el dirigente Vasu... Ellos son nuestra esperanza. ¡Pero es preciso cerrar la Puerta!

—Sí. —Alfred levantó el rostro con un asomo de color en sus cenicientas mejillas y fijó la mirada en la losa de mármol marcada con la runa de la Puerta de la Muerte—. Sí, tienes razón. La Puerta debe ser cerrada y sellada. Por lo menos, podemos cerrar el paso al mal y evitar que se extienda.

— ¿Puedes hacerlo?

Alfred se sonrojó.

—Sí, creo que sí. El hechizo no es muy difícil. Toma en cuenta la posibilidad de...

—No es preciso que me lo expliques —lo interrumpió Haplo—. No hay tiempo.

— ¡Oh! ¡Sí, claro! —Alfred pestañeó. Se acercó a la puerta y la contempló con tristeza y nostalgia—. Ojalá las cosas no hubieran llegado a este punto. ¿Sabes?, no estoy seguro de qué sucederá cuando la Puerta se cierre. —Movié la mano—. No sé qué será de esta cámara, me refiero. Cabe la posibilidad de que..., de que quede destruida.

—Y nosotros con ella —añadió Haplo sin alterarse.

Alfred asintió.

—Entonces, supongo que es un riesgo que tendremos que correr —dijo el patryn.

—

Alfred miró de nuevo hacia la puerta que conducía al Laberinto. Las serpientes reptaban entre las ruinas del Nexo, arrastrando sus enormes cuerpos sobre las piedras ennegrecidas y las vigas rotas y quemadas. Sus ojos rojos brillaban como brasas encendidas y Alfred alcanzó a oír sus risas.

—Sí —murmuró Alfred, respirando profundamente después de contener el aliento—. Y ahora...

— ¡Espera un momento! —Intervino Hugh *la Mano*, plantado junto a la puerta por la que habían penetrado en la cámara—. Tengo una pregunta... Este asunto también me afecta—añadió con sequedad.

—Por supuesto, maese Hugh —se apresuró a disculparse Alfred, ruborizado—. Perdóname, te lo ruego. Lo siento mucho... No había caído en que...

Hugh hizo un gesto de impaciencia y cortó en seco los balbuceos del sartán.

—Cuando hayas cerrado la Puerta, ¿qué será de los cuatro mundos mensch?

—He estado cavilando sobre ello —respondió Alfred con aire pensativo—. A juzgar por mis anteriores estudios, considero muy probable que los conductos que conectan cada mundo con los otros continúen funcionando aunque la Puerta se cierre. Así, la Tumpa-chumpa de Ariano seguirá enviando energía a las ciudadelas de Pryan, que irradiarán nueva energía a los conductos que llevan a Abarrach, el cual, a su vez, enviará...

—Así pues, ¿todos los mundos continuarán funcionando?

—No estoy seguro, por supuesto, pero es altamente probable que...

—Pero nadie podría viajar de uno a otro, ¿verdad?

—No. De eso sí estoy seguro —declaró Alfred solemnemente—. Una vez cerrada la Puerta de la Muerte, el único modo de viajar de un mundo a otro será a través del espacio. Pero ése ya es, dado el estado actual de desarrollo mágico de los

menssch, el único modo de viajar entre los mundos de que disponen. Hasta donde sabemos, el pequeño Bane ha sido el único menssch que ha entrado en la Puerta de la Muerte, y sólo lo hizo por...

Un enérgico codazo impactó en las costillas de Alfred.

—Quiero hablar contigo un momento. —Con una seña, Haplo indicó a Alfred que se acercara a la mesa.

—Desde luego —respondió el sartán—. Deja que termine de explicarle a Hugh...

— ¡Ahora! —insistió Haplo. Cuando Alfred obedeció la orden, el patryn se aproximó a él y le cuchicheó:

— ¿No te parece una pregunta extraña?

—No, ¿por qué? —respondió Alfred, como si saliera en defensa de un alumno brillante—. De hecho, me ha parecido excelente. Si recuerdas, tú y yo tuvimos una conversación al respecto en Ariano.

—Exacto —masculló Haplo por lo bajo, mientras estudiaba a Hugh con los ojos entrecerrados—. Tú y yo. Pero ¿qué le importa a un asesino de Ariano si los menssch de Pryan pueden visitar o no a sus primos de Chelestra? ¿Qué interés puede tener para él?

—No comprendo... —Alfred estaba desconcertado.

Haplo permaneció en silencio, observando a Hugh. *La Mano* había abierto de par en par una de las puertas entreabiertas y estaba asomado a ella. Haplo distinguió a lo lejos el continente flotante de Drevlin. En otro tiempo envuelto en nubes de tormenta, Drevlin estaba ahora bañado por el sol. La luz arrancaba

—

destellos brillantes de las piezas de oro, plata y latón de la fabulosa Tumpachumpa.

—Yo tampoco estoy seguro de entenderlo —murmuró por fin el patryn—, pero creo que será mejor que cortes las disertaciones y te afanes con la magia.

—Muy bien —respondió Alfred, preocupado—. Pero tendré que volver atrás en el tiempo.

— ¿Atrás? ¿Dónde?

—Al momento de la Separación. —Alfred bajó la vista a la mesa blanca con un escalofrío—. No querría, pero es el único modo. Debo saber cómo lanzó Samah ese hechizo.

—Hazlo, pues. Pero no olvides regresar. Y ten cuidado de no terminar separado tú mismo, en un despiste.

—No, no. —Alfred se sonrojó y ensayó una vaga sonrisa—. Tendré cuidado...

Lentamente, de mala gana y con dedos temblorosos, colocó las manos sobre la mesa blanca...

... El caos giraba vertiginosamente alrededor de él. Se encontraba, aterrorizado, en el ojo de una tormenta de magia. Vientos aullantes lo empujaban, lo lanzaban contra el muro con tal fuerza que le rompía los huesos. Olas furiosas lo barrían. Se estaba ahogando, se asfixiaba. Los relámpagos estallaban con un chisporroteo cegador. Los truenos le taladraban la cabeza. Las llamas rugían y consumían su carne. Estaba sollozando de miedo y de dolor. Estaba agonizando.

—Una sola gota, aunque caiga en un océano, provoca una onda en el agua.

¡Os necesito a todos! No desfallezcáis. ¡La magia! —Era la voz de Samah, que gritaba para hacerse oír por encima del tumulto ensordecedor—. ¡Utilizad la magia o ninguno de nosotros sobrevivirá!

La magia flotó hacia Alfred como los restos de un naufragio en un mar tormentoso. Vio manos que se alzaban hacia ella, vio algunas que la llegaban a alcanzar y vio otras que no lo conseguían y desaparecían. El hizo un intento desesperado.

Sus dedos se cerraron en torno a algo sólido. El ruido y el terror remitieron por un instante y vio el mundo: completo, hermoso y brillante, una gota verdeazulada en la negrura del espacio. Tenía que romper el mundo o el poder de la magia caótica lo rompería a él.

— ¡Lo siento! —Exclamó entre sollozos, y repitió las palabras una y otra vez—: ¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento...!

Una sola gota...

El mundo estalló.

Alfred buscó desesperadamente la posibilidad de que pudiera ser reformado y notó que cientos de otras mentes sartán se alzaban con el mismo deseo. Pero, incluso mientras hacía el acto de creación, continuó llorando. Y sus lágrimas fluyeron a un mar de suaves olas...

Levantó la cabeza. Frente a él, sentado al otro lado de la mesa, estaba Jonathon. El lázaro guardó silencio, con sus ojos a veces vivos, a veces muertos. Pero Alfred supo que aquellos ojos habían visto...

— ¡Tantos muertos! —exclamó con un escalofrío. No podía respirar; unos sollozos espasmódicos lo sofocaban—. ¡Tantos!

— ¡Alfred! —Haplo dio una sacudida al sartán—. ¡Déjalo! ¡Vuelve aquí!

—

—Sí —dijo Alfred y llenó los pulmones con un pronunciado temblor—. Sí, me encuentro bien. Y... y ya sé cómo. Conozco el modo de cerrar la Puerta de la Muerte.

Se volvió hacia Haplo.

—Será para bien —le aseguró—. Ya no me quedan dudas al respecto. Separar el mundo fue un gran error. Pero intentar reparar un error con otro, intentar fundirlos de nuevo en uno solo, resultaría aún más devastador. Y Xar podría fracasar en su empeño. Existe la posibilidad de que su magia fracasara por completo. Los mundos se disgregarían totalmente y no volverían a formarse jamás. Xar podría quedarse sin otra cosa que motas de polvo, gotas de agua, volutas de humo y sangre...

Haplo exhibió su tranquila sonrisa.

—Y también sé otra cosa. —Alfred se incorporó, alto y digno, elegante y garboso—. Puedo lanzar el hechizo yo solo. No necesito tu ayuda, amigo mío. Puedes volver —indicó la puerta que conducía al Laberinto—. Te necesitan ahí. Tu pueblo. Y el mío.

Haplo miró hacia donde señalaba el sartán. Contempló de nuevo una tierra que una vez había despreciado y que ahora contenía todo lo que él amaba. Pero rechazó la oferta con un gesto de cabeza.

Alfred, que esperaba su reacción, insistió en su argumentación:

—Eres necesario allí, no aquí. Haré lo que debo hacer. Es mejor así. No tengo miedo... bueno, no mucho —se corrigió—. La cuestión es que aquí no tienes nada que hacer. No te necesito. Ellos, sí.

Haplo guardó silencio e insistió en su negativa.

— ¡Marit te quiere! —Alfred hurgó en el punto débil de la armadura de

Haplo—. Y tú la quieres a ella. Vuelve con ella. Amigo mío —añadió, muy serio—, para mí, saber que los dos estáis juntos... en fin... haría mucho más fácil lo que tengo que hacer...

Haplo continuó moviendo la cabeza. Alfred se mostró dolorido.

—No confías en mí. No te culpo. Sé que en el pasado te he defraudado, pero ahora soy fuerte, te lo aseguro. Soy...

—Sé que lo eres —dijo Haplo—. Confío en ti. Y quiero que tú confíes en mí. Alfred lo miró y pestañeó.

—Escúchame. Para efectuar el hechizo tendrás que dejar esta cámara y entrar en la Puerta de la Muerte, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces, me quedo aquí. —Haplo fue firme y rotundo.

—¿Por qué? Yo no...

—Para montar guardia.

Las esperanzas de Alfred, luminosas hasta aquel momento, habían quedado deslustradas de repente; una nube oscura cruzaba ante el sol que las había bañado.

—El Señor del Nexo. Lo había olvidado. Pero, sin duda, si se proponía detenernos, ya lo habría intentado, a estas alturas...

—Tú, dedícate al hechizo —lo interrumpió Haplo con voz enérgica.

Alfred lo observó con inquietud y con tristeza.

—Tú sabes algo. Algo que me ocultas. Algo anda mal. Estás en peligro. Quizá no debería marcharme...

—

—Tú y yo no importamos. Piensa en ellos —apuntó Haplo con calma.

—Déjate llevar —intervino Jonathon—. Y agárrate bien.

«... agárrate bien...» La voz del fantasma era firme; más firme, casi, que la del cuerpo.

—Formula el hechizo —pidió Hugh *la Mano*—. Libérame.

Una única gota, aunque caiga en un océano, provoca una onda en el agua.

—Lo haré —declaró Alfred de repente, alzando la cabeza—. Puedo hacerlo. — Se volvió hacia Haplo y le tendió la mano—. Adiós, amigo mío. Gracias por devolverme a la vida.

Haplo estrechó la mano tendida; acto seguido, abrazó al sorprendido y azorado sartán.

—Gracias a ti —murmuró con voz ronca— por darme la vida. Adiós, amigo mío.

Alfred estaba tremendamente ruborizado. Dio unas torpes palmaditas en la espalda al patryn y se volvió a toda prisa mientras se enjugaba los ojos y la nariz con la manga de la levita.

—¿Sabes una cosa? —murmuró Alfred con voz apagada y desviando la mirada—. Yo... echo de menos al perro.

—¿Sabes? —replicó Haplo, sonriente—. Yo también.

Con una última mirada afectuosa, Alfred se volvió y se acercó a la puerta señalada con la runa que representaba la muerte.

No tropezó una sola vez.

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

Plantado junto a la Puerta de la Muerte, Haplo montó guardia mientras Alfred procedía a entrar. El patryn percibió una presencia cerca de él. Hugh *la Mano* se había aproximado para acompañarlo en la vigilancia. Haplo no se volvió; no apartó la vista de la entrada a la estancia.

Alfred colocó la mano en el signo mágico grabado en el mármol y pronunció la runa.

La puerta se abrió. Alfred, sin una mirada atrás, entró y desapareció.

Hugh *la Mano* dio un paso hacia la puerta.

—Yo, que tú no avanzarías un palmo más —le avisó Haplo con suavidad.

El asesino se detuvo y miró al patryn.

—Sólo quiero ver qué sucede.

—Si das un paso más, mi Señor —insistió Haplo con un tono respetuoso en su voz—, me veré obligado a detenerte.

— ¿Mi Señor? —Hugh *la Mano* puso cara de perplejidad.

Haplo se colocó entre el mensch y la puerta.

—Absteneos de violencia —recomendó Jonathon sin alzar la voz.

«... de violencia...»

Hugh miró fijamente a Haplo; después, se encogió de hombros y pronunció unas palabras... en el idioma de los patryn; palabras que un mensch no podía en modo alguno conocer.

Una lluvia de runas centelleantes se arremolinó en torno al asesino. La luz resultaba cegadora y Haplo tuvo que entrecerrar los párpados para protegerse de ella. Cuando pudo mirar de nuevo, Hugh *la Mano* había desaparecido y, en su lugar, estaba el Señor del Nexo.

—La pregunta sobre los cuatro mundos —murmuró Xar—. Ha sido eso lo que me ha delatado, ¿verdad?

—Sí, mi Señor. —Haplo sonrió y movió la cabeza—. No era la clase de pregunta que haría un mensch. A Hugh no le importaba gran cosa su propio mundo, y mucho menos los otros tres. ¿Dónde está él, por cierto?

—

Xar se encogió de hombros; de nuevo, tenía la vista fija en la Puerta de la Muerte

—En el Mar de Fuego —respondió—. O en el Laberinto. Quién sabe. La última vez que lo vi, estaba a bordo de la nave sartán. Mientras tú andabas despistado con ese torpe sartán, pude adoptar el aspecto de Hugh y ocupar su lugar en el lomo de la dragón de fuego. Ese ser —Xar dirigió una fugaz mirada hacia Jonathon— conocía lo sucedido.

El lázaro permaneció sentado a la mesa con aparente despreocupación, como si fuera ajeno a lo que allí ocurría.

—Pero ¿qué significan los vivos para estos cadáveres ambulantes? —Continuó diciendo Xar—. Has sido un estúpido al confiar en él. Te ha traicionado.

—Absteneos de violencia —repitió Jonathon sin alzar la voz.

«... de violencia...»

Xar emitió un bufido y clavó de nuevo sus centelleantes ojos en Haplo.

—De modo que tú y ese amo sartán al que sirves os proponéis en serio cerrar la Puerta de la Muerte, ¿eh?

—Sí —respondió Haplo.

El Señor del Nexo entrecerró los ojos.

— ¡Si haces eso, condenarás a tu propio pueblo! ¡Condenarás a la mujer que amas! ¡Y a tu hija! Sí, la pequeña está viva. Pero no lo seguirá estando mucho tiempo si permites que el sartán cierre esa Puerta.

Haplo permaneció callado e intentó mantener su apariencia de tranquilidad.

Sin embargo, a Xar no se le escapó la tensión de los músculos de sus mandíbulas, la ligera palidez, la mirada rápida y dubitativa hacia la puerta que conducía al Laberinto...

—Ve con ella, hijo mío —sugirió con suavidad—. Ve con Marit y reúnios con vuestra hija. Yo di con ella. Sé dónde está. No está lejos, nada lejos. Llévala a ella y a la madre al Nexo. Allí estaréis a salvo. Cuando haya terminado mi trabajo aquí —Xar abrió los brazos en un gesto que abarcaba todo lo que había alrededor—, volveré triunfante a buscarte. Juntos, derrotaremos a nuestros enemigos, los encerraremos en la misma prisión que ellos crearon para nosotros... ¡y seremos libres!

Haplo continuó sin decir nada. Y tampoco se movió. No se apartó de la puerta. Se mantuvo donde estaba, impidiendo el acceso a ella.

Xar miró más allá de Haplo, al interior de la Puerta de la Muerte. No alcanzó a ver a Alfred, pero observó el torbellino caótico e imaginó que el sartán estaba en un buen apuro. Mientras prevaleciera el caos, Xar no tenía de qué preocuparse.

Disponía de tiempo. Echó una mirada a las runas que brillaban en las paredes de la cámara y leyó sus advertencias. Después, se volvió de nuevo hacia Haplo, que seguía impidiéndole el paso.

— ¡Alfred te ha engañado, hijo mío! ¡Está utilizándote! Al final, te traicionará.

Haz caso de lo que te digo ¡Al final, te arrojará de nuevo a nuestra prisión!

Haplo no se movió.

El Señor del Nexo empezaba a impacientarse. Avanzó hasta quedar directamente delante de Haplo e insistió:

—Me debes tu lealtad, hijo mío. ¡Yo te di la vida!

Haplo continuó callado. Su única reacción fue llevarse la mano al pecho, a las cicatrices que tenía sobre la runa del corazón.

—

Xar alargó una mano, atrapó la de Haplo y clavó las uñas en el dorso de ésta.

— ¡Sí, también te dejé morir! Tenía derecho a disponer de tu vida, si era necesario. Tú me la ofreciste ahí —su dedo nudoso señaló otra vez la puerta del Laberinto—, delante de la Última Puerta.

—Sí, mi Señor. Tenías derecho a ello.

—Podría haberte matado, hijo mío. Podría haber puesto fin a tu vida. Pero no lo hice. El amor rompe el corazón. —Xar exhaló un suspiro—. En mi interior hay cierta debilidad, lo reconozco...

—No es una debilidad, mi Señor. Es nuestra fuerza —aseguró Haplo—. Por eso hemos sobrevivido.

— ¡El odio! ¡Ésa es la fuerza que nos ha hecho sobrevivir! —Xar estaba disgustado. Su voz era fría—. ¡Y ahora tenemos a nuestro alcance la venganza! ¡No sólo la venganza, sino la posibilidad de corregir la gran injusticia cometida con

nosotros! ¡Los cuatro mundos quedarán unificados otra vez... bajo nuestro mando!

—Morirán miles, millones... —protestó Haplo.

— ¡Mensch! —masculló Xar con tono despectivo; después, al observar la expresión de Haplo, se dio cuenta de que había cometido un desliz.

El Señor del Nexo empezaba a inquietarse. Pendiente de la Puerta de la Muerte, acababa de advertir que el enloquecido torbellino caótico había empezado a perder velocidad. No había sobrestima—do el poder de Alfred. Cabía la posibilidad de que el Mago de la Serpiente fuera *capaz*, realmente, de conseguir su propósito.

No disponía de mucho tiempo.

—Perdona mi actitud insensible, hijo mío. Lo he dicho precipitadamente, sin reflexionar. Ya sabes que haré lo posible por salvar al mayor número posible de mensch. Los necesitaremos para que nos ayuden en la reconstrucción. Dame los nombres de los mensch a los que tienes un especial interés en proteger y me ocuparé de que sean trasladados al Nexo. Tú mismo puedes ocuparte de ellos. Sí, serás el garante de su seguridad.

»Es algo que no podrás hacer —añadió Xar con una mirada de astucia— si la Puerta de la Muerte está cerrada. En ese caso, no podré acudir a rescatarlos. Entra en esa Puerta de la Muerte. Aprovecha la oportunidad. Te enviaré de nuevo con Marit, con tu hija...

—No, mi Señor. —Haplo no vaciló.

Xar se sintió furioso, lleno de frustración. Observó que, en efecto, el caos del interior de la Puerta de la Muerte estaba desvaneciéndose. Apareció un largo pasadizo y, al otro extremo, una puerta abierta. Y vio a Alfred alargar la mano para cerrarla...

El Señor del Nexo no tuvo elección.

— ¡Es la última vez que frustras mis propósitos, hijo mío! —Xar extendió los brazos y empezó a entonar las runas.

La voz de Jonathon se alzó en la estancia:

— ¡Absteneos de violencia!

El fantasma repitió la advertencia, pero su voz ya no era audible.

—

CAPÍTULO

LA PUERTA DE LA MUERTE

Alfred había olvidado el espanto del viaje a través de la Puerta de la Muerte, que comprimía y combinaba, separaba y dividía todas las posibilidades en el mismo punto del tiempo.

Así, se encontró penetrando en un pasadizo inmenso, cavernoso, que era a la vez una pequeña abertura que se encogía momento a momento. Las paredes, el techo y el suelo se apartaban de él, en una expansión perpetua, al tiempo que el pasadizo se hundía sobre él, aplastándolo con el vacío.

« ¡Tengo que prescindir de todo esto o me volveré loco! », comprendió frenéticamente. Tenía que concentrarse en algo... En la Puerta. En cerrar la Puerta. ¿Dónde..., dónde estaba?

Miró ante sí y, al momento, la posibilidad de que hubiera encontrado la Puerta hizo que ésta apareciera, al mismo tiempo que la posibilidad de que no la encontrara nunca la hacía desaparecer. Alfred se negó a admitir esta segunda posibilidad, se aferró a la primera... y en el otro extremo del pasadizo, delante de

él, a su espalda, avanzando rápidamente hacia él, alejándose continuamente, más distante cuanto más cerca llegaba de ella, vio una puerta. En ella había grabado un signo mágico, el mismo de la puerta por la que había entrado. Entre ambas se extendía el pasadizo conocido como la Puerta de la Muerte. Si cerraba las dos puertas, el pasadizo quedaría sellado para siempre. Pero, para cerrar la segunda, tenía que recorrer el pasadizo. A su alrededor, el caos se agitaba y cambiaba; las posibilidades se producían todas simultáneamente, nunca dos a la vez. Tiritaba de frío por el calor que tenía. Se sentía tan saciado que estaba al borde de la muerte por inanición. No alcanzaba a oír su voz, demasiado potente. Avanzaba con una rapidez tremenda y no se movía del lugar donde se hallaba flotando, caminando, saltando, corriendo, boca arriba, boca abajo, de costado... «Controlar», se dijo con desesperación. «Controlar el caos.» Se concentró, abordó las posibilidades y, por fin, el pasadizo fue un pasadizo y continuó siendo un pasadizo, y el techo quedó arriba, encima de su cabeza, y el

—

suelo debajo, debajo de sus pies y todo volvió a quedar donde debía. Y al fondo del pasadizo vio la puerta. Estaba abierta. No tenía más que cerrarla. Avanzó hacia ella. La puerta retrocedió. Alfred se detuvo. La puerta siguió alejándose. La puerta se detuvo. Alfred siguió moviéndose. Alejándose de ella. «Déjate llevar», le llegó el eco de la voz de Jonathon. «Y agárrate bien.» — ¡Claro! —Exclamó Alfred—. ¡Es ahí donde cometo el error! El mismo error que cometió Samah. ¡El mismo que hemos cometido siempre, a lo largo de los siglos! Pretendemos controlar lo incontrolable. Dejarse llevar..., dejarse llevar. Pero dejarse llevar no era asunto fácil. Significaba entregarse por completo al caos. Alfred lo intentó. Abrió los brazos. El pasadizo empezó a cambiar; las paredes se cerraron, salieron despedidas hacia afuera. Alfred apretó las manos con fuerza en torno al vacío y se agarró como si en ello le fuera la vida. —Creo que no lo estoy haciendo bien —se dijo enseguida, abatido—. Tal vez no se trate de dejarse ir por completo. Seguro que no pasa nada si me agarro a un poco de... En el otro extremo del corredor se escuchó un gozoso resoplido. Alfred se volvió en redondo, se quedó absolutamente quieto y vio un perro que avanzaba por el pasadizo —con la boca abierta en una gran sonrisa y la lengua colgando—, directamente hacia él. — ¡No! —Exclamó y levantó las manos para detener al animal—. ¡No! Sé un buen chico. No te acerques más. ¡Buen perro! ¡Buen perro! ¡No! El perro saltó y golpeó a Alfred en pleno pecho. El sartán cayó rodando hacia atrás. Fragmentos de la magia salieron despedidos en todas direcciones. Notó que caía hacia arriba, que se alzaba en un descenso vertiginoso... Y allí estaba la puerta, justo delante de él. Alfred se detuvo al instante. Y permaneció quieto. Agradecido, se secó el sudor de la frente con la manga de la blusa. En realidad, había sido muy sencillo. Delante de él, tenía una puerta corriente, de madera, con un tirador de plata.

No resultaba nada destacable; al contrario, era casi decepcionante. Alfred se asomó al otro lado del umbral y vio los cuatro mundos, el Nexo, el Laberinto, el Vórtice inutilizado...

El Laberinto. Los patryn y los sartán se hallaban formados en orden de batalla a cada lado de un muro chamuscado y ennegrecido. Los dragones buenos de Pryan sobrevolaban los ejércitos, pero pocos alcanzaban a divisarlos entre el humo y la oscuridad. En cambio, todo el mundo podía ver a las criaturas del Laberinto, monstruos terribles que acechaban en los bosques, esperando el desenlace del enfrentamiento para abatirse sobre el vencedor. Si podía haber un vencedor en aquella batalla desesperada.

Un vencedor que no fuera las serpientes.

Hinchadas, engordadas por el odio y el miedo, las serpientes se deslizaban a ambos lados del muro ayudando a ambos ejércitos, cuchicheando exhortaciones y falsedades, aventando las llamas de la guerra.

Horrorizado y asqueado, Alfred alargó la mano para cerrar la puerta al momento.

—

Una de las serpientes se percató del brusco movimiento y levantó la cabeza. La criatura alzó la mirada a través del caos, y Alfred se dio cuenta de que podía verlo.

La Puerta de la Muerte estaba abierta de par en par, visible para cualquiera que supiera dónde buscarla.

Los ojos de la serpiente emitieron un rojo destello de alarma. La criatura veía el peligro de quedar atrapada para siempre en el Laberinto. De que se cerrara el paso a los exuberantes mundos de los mensch.

Con un chillido de advertencia, la serpiente desenroscó su enorme cuerpo y se lanzó directamente hacia el sartán.

Los ojos rojos atraparon a Alfred en su espeluznante mirada. La serpiente lanzó espantosas amenazas con una voz chirriante, conjuró escalofrantes imágenes de torturas insoportables. Con las fauces desdentadas abiertas de par en par, la serpiente dragón se lanzó hacia la puerta con la velocidad y la fuerza de un ciclón.

Los dedos de Alfred se crisparon en torno al tirador de plata. El sartán, negándose a escuchar la sobrecogedora voz de la criatura, puso todo su empeño en cerrar la puerta, pero fue como si intentara arrancarla de las garras de un vendaval ululante.

La maléfica amenaza lo golpeó con un estallido fulminante.

Y en aquel instante, a su espalda, muy lejos, Alfred escuchó una voz distante.

La voz de Xar.

— ¡Es la última vez que frustras mis propósitos, hijo mío!

Y la de Jonathon: —Absteneos de violencia.

Y la voz de Haplo: un grito de dolor y de angustia... y una exclamación de advertencia a Alfred.

Demasiado tarde.

Una runa roja, flameante, surcó el pasadizo y estalló con la fuerza de un relámpago en el pecho de Alfred.

Cegado, consumido por el fuego, el sartán perdió el contacto con el tirador de la puerta.

La puerta se abrió de par en par.
La serpiente penetró en el pasadizo con un rugido.

—

CAPÍTULO LA SÉPTIMA PUERTA

La serpiente irrumpió en la Puerta de la Muerte en el preciso momento en que el signo mágico arrojado por Xar alcanzaba a Alfred.

El caos se desasíó del frágil dominio de Alfred y empezó a alimentarse de la serpiente, la cual, a su vez, se alimentó del caos. La serpiente dirigió una mirada al sartán y lo vio en un estado terrible, probablemente al borde de la muerte.

Satisfecha al comprobar que Alfred no representaba ninguna amenaza, se deslizó por el pasadizo en dirección a la cámara.

Alfred no pudo evitarlo. La magia mortífera de Xar le escaldó la piel como hierro fundido y el sartán cayó de rodillas con las manos en el pecho, atenazado por un dolor agónico. Los sartán de los viejos tiempos habrían sabido defenderse de aquel ataque, pero Alfred no se había enfrentado nunca a un patryn. De hecho, jamás había recibido instrucción como guerrero. El dolor ardiente le atenazaba los sentidos y le impedía pensar. Sólo quería morir y poner fin al tormento.

Pero entonces escuchó el grito áspero de Haplo:

—La serpiente...

El temor por su amigo penetró en el muro ardiente de su agonía. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, actuando por instinto, Alfred empezó a hacer lo que Ramu habría sabido llevar a cabo desde el primer momento. Empezó a desbaratar la magia mortal de Xar.

En el preciso instante en que rompió la primera estructura rúnica, el dolor se alivió. Desbaratar el resto de los signos mágicos era una tarea sencilla, parecida a desgarrar una costura una vez que se ha quitado el primer hilo. Pero, aunque ya había dejado de morir, Alfred había permitido que el ataque mágico se prolongara demasiado tiempo. Y, al final, el ataque lo había vencido, lo había herido.

Debilitado, Alfred dirigió una mirada desesperada hacia la puerta que conducía de la Puerta de la Muerte al Laberinto. Ahora, ya nunca podría cerrarla. El caos se colaba por ella como un viento huracanado.

—

Volvió la cabeza y miró hacia el otro extremo del pasadizo para intentar ver qué sucedía en la cámara, pero la puerta que daba a ésta quedaba lejos, muy lejos del sartán. Y resultaba muy pequeña; era como intentar entrar en una casita de muñecas. El corredor que conducía a la puerta empezó a ondularse y a mecerse, el suelo se convirtió en la pared, la pared pasó a ser el techo y éste, el suelo.

—Violencia —musitó Alfred con desesperación—. La violencia ha entrado en la Cámara Sagrada.

¿Qué sucedía allí dentro? ¿Y Haplo? ¿Estaba vivo o muerto?

Intentó incorporarse, pero el caos abrió el suelo bajo sus pies y lo arrojó al aire. El sartán retrocedió, trastabilló y cayó hacia atrás pesadamente, con la respiración entrecortada. Estaba demasiado débil para peleas, demasiado dolorido

e incomodado por su propio miedo. Las ropas colgaban de él en harapos chamuscados. Temía mirar debajo de ellas, por el estado en que encontraría su piel. Tomó un retal de los restos de su levita de terciopelo descolorida, colocó el paño sobre la herida y la ocultó de la vista.

Se miró las manos y las descubrió bañadas en sangre.

Pero tenía que hacer algo. No podía quedarse allí sin más. Si Haplo estaba vivo, estaría enfrentándose a sus enemigos sin ayuda...

Se disponía a hacer otro intento de ponerse en pie cuando le llamó la atención un movimiento. Contempló el Laberinto desde la Puerta de la Muerte. Una multitud de serpientes, centenares de ellas, se colaban por la puerta abierta. Haplo yacía en el suelo ante el hueco que daba paso a la Puerta de la Muerte. Estaba inconsciente o muerto; Xar no estaba seguro ni le importaba. El Señor del Nexo también se había encargado del llamado Mago de la Serpiente. Otra rápida mirada le había mostrado a un Alfred ensangrentado y débil, gateando sin rumbo en el pasadizo. Bravo por el poderoso sartán.

Convencido de estar a salvo de interferencias, Xar concentró de inmediato su interés en las puertas que conducían a los cuatro mundos mensch y empezó a entonar el hechizo que fundiría aquellos mundos en uno, sin prestar la menor atención al lázaro, que despotricaba sin parar contra quien había llevado la violencia a la Cámara Sagrada.

Xar conocía el hechizo. El Señor del Nexo, bajo el aspecto de Hugh *la Mano*, había ocupado un asiento en la mesa blanca y había compartido las visiones de Alfred sobre la Separación. A decir verdad, el sartán había llegado a verlo. Un lapsus por su parte pero, por fortuna, Alfred estaba tan abatido por toda la experiencia que no se había dado cuenta de lo que veían sus ojos. En aquel momento, Alfred habría podido ponerle mucho más difíciles las cosas. Ahora, en cambio, el Señor del Nexo no tenía más que sondear en las probabilidades...

La magia que había efectuado la Separación de los mundos había requerido la colaboración de cientos de sartán. Pese a ello, Xar no se sentía abrumado por la tarea. Fundirlos en uno resultaría mucho más sencillo, sobre todo si podía hacer uso del poder con el que había sido dotada la Séptima Puerta.

El Señor del Nexo tuvo una visión nítida de cada uno de los cuatro mundos. Rápidamente, empezó a trazar las runas en el aire; runas de destrucción, de inversión y de cataclismo.

Feroces nubes de tormenta se formaron en Ariano.

Los cuatro radiantes soles de Pryan se apagaron.

—

Las aguas marinas de Chelestra burbujearon e hirvieron.

Los temblores sacudieron el inestable terreno del mundo de Abarrach.

—Tu poder es inmenso, Señor del Nexo —susurró una voz detrás de Xar—.

Todo honor a ti.

Xar se volvió. En el centro de la cámara se hallaba una serpiente en forma humana, cuya apariencia podía confundirse con la de cualquier patryn. Sí, la serpiente recordaba a uno de los suyos en todos los aspectos, salvo en el detalle de que los signos tatuados en su piel eran garabatos sin sentido.

El Señor del Nexo reaccionó con cautela. Sabía lo suficiente sobre las serpientes como para desconfiar de ellas. También conocía que eran poseedoras de una magia poderosa. La criatura allí presente era perfectamente capaz de

desbaratar su hechizo, aunque no lo había hecho todavía. Xar tenía que averiguar qué hacía allí.

— ¿Quién eres? —preguntó al recién llegado—. ¿Qué quieres?

—Ya sabes quién soy, mi Señor —respondió la serpiente—. Soy Sang-drax.

—Sang-drax ha muerto —dijo Xar con tono tajante—. Murió en el Laberinto.

—Pues aquí estoy a pesar de todo, perfectamente vivo. Ya le dije a tu secuaz

—sus rojos ojos dirigieron una breve mirada al yaciente Haplo—y te repito ahora, Señor del Nexo, que no podemos morir. Hemos existido siempre. Y seguiremos existiendo eternamente.

Xar soltó un bufido despectivo.

— ¿Qué haces aquí, entonces? La última vez que os vi, tú y tus hermanas estabais en el Laberinto, matando a los míos.

La serpiente reaccionó con sorpresa y abatimiento.

—Es una lástima que entonces no nos concedieras un poco de tiempo para explicarnos, Señor del Nexo. Esos a los que atacamos en el Laberinto no era tu gente; no eran auténticos patryn, sino una mezcla perversa de sangre patryn y sartán. Una estirpe tan débil no debería perpetuarse, ¿no te parece? Al fin y al cabo —añadió Sang-drax, y sus ojos siguieron despidiendo su fulgor rojo pese a los párpados entornados—, tú estabas allí. Podrías haber ordenado que parásemos. Con un gesto, Xar indicó que aquello no tenía importancia.

—Haplo me comentó algo al respecto. No me gusta la idea, pero yo mismo me encargaré de esos mestizos cuando regrese al Laberinto. Ahora, volveré a preguntártelo: ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—Servirte, mi Señor —respondió la serpiente con una reverencia.

—Entonces, monta guardia ante la Puerta de la Muerte —le ordenó Xar—. No quiero que ese estúpido sartán se entrometa.

—Como tú ordenes, mi Señor.

Xar continuó vigilando a la serpiente por el rabillo del ojo. Sang-drax, obediente, fue a ocupar la posición frente a la Puerta. El Señor del Nexo ya no confiaba en las serpientes y se dijo que algún día tendría que demostrar a aquellas criaturas, de una vez por todas, quién mandaba allí. Sin embargo, Xar llegó a la conclusión de que, de momento, era probable que la serpiente estuviera diciendo la verdad. La criatura estaba allí para servirle; sus intereses coincidían. Volvió a concentrarse en su magia, que ya había empezado a desvanecerse, y prestó toda su atención a lo que estaba haciendo.

Así pues, Xar no se percató de cómo Sang-drax examinaba el cuerpo de Haplo. Este parecía estar muerto. Los signos mágicos de su piel no reaccionaron

—

en presencia de la serpiente, ni siquiera cuando ésta, tras una nueva mirada hacia el Señor del Nexo, lanzó un disimulado puntapié a las costillas al caído patryn con la puntera de la bota.

Haplo no se movió.

Envuelto por su magia, Xar no advirtió nada. Sang-drax rebuscó entre los pliegues de su ropa y extrajo una daga forjada con la forma de una serpiente en pleno ataque.

Hacerse el muerto había salvado la vida a Haplo en más de una ocasión, en el Laberinto. La clave estaba en controlar la magia, la defensa natural de su cuerpo; en evitar que reaccionara. La lástima era que con ello quedaba, de hecho,

indefenso. Pero Haplo sabía que Sang-drax no estaba interesado en él. La serpiente jugaba una partida mucho más trascendente. Su apuesta era por el control del universo.

Haplo se obligó a relajarse, a dejar el cuerpo flácido, a soportar el puntapié sin pestañear. El miedo y la repulsión lo inundaron y los músculos ansiaron responder, defenderse y protegerse contra el mal que ya casi trastornaba sus sentidos. Apretó los dientes y se arriesgó a entreabrir los párpados y observar la escena a través de las pestañas.

Vio a Sang-drax y vio la daga, un arma de aspecto horrible, con una hoja curva sinuosa del mismo color grisáceo que el escamoso cuerpo de la serpiente dragón en su forma habitual. Sang-drax no mostró más interés por Haplo. La serpiente tenía su roja mirada fija en el Señor del Nexo.

Haplo observó con disimulo el resto de la estancia. Jonathon seguía sentado a la mesa de madera blanca. El lázaro no se había movido en absoluto; parecía indiferente, desinteresado, muerto. Haplo dirigió la mirada a la entrada de la Puerta de la Muerte. La desquiciada vorágine del caos le impedía ver a Alfred; no tenía idea de si el sartán estaba vivo o muerto.

Si estaba vivo, reflexionó el patryn, lo más probable era que estuviese librando su propia batalla. Sin duda, Sang-drax habría traído refuerzos.

Como en respuesta a sus pensamientos, oyó la voz de Alfred en un grito ronco de horror y desesperación. Haplo no podría contar con su ayuda. Y no había nada que el patryn pudiera hacer por él.

Haplo tenía sus propios problemas.

Contra un fondo espeluznante de tormentas y fuego, de oscuridad y de mares agitados, el Señor del Nexo estaba trazando la compleja urdimbre de runas que, una vez completa, haría que los elementos de los cuatro mundos se transformaran y cambiaran, se descompusieran y se fundieran. Concentrado en la elaboración del hechizo, Xar no se permitió desviar la atención ni siquiera una ínfima fracción de segundo. Tan difícil, tan inmenso era el encantamiento, que se veía obligado a volcar en él hasta el último gramo de su ser. Incluso sus defensas estaban bajadas; los signos mágicos de su arrugada piel apenas emitían su fulgor mortecino.

La magia era un infierno flameante frente a él. Pero Xar tenía desprotegida la espalda.

Sang-drax levantó la daga. Los ojos de la serpiente concentraron la mirada en la base del cráneo del Señor del Nexo, el punto en el cual terminaban las runas protectoras.

—

Silenciosa, la serpiente se deslizó hacia su víctima. Pero, para llegar hasta Xar, Sang-drax tendría que rodear a Haplo.

Si su Señor moría, pensó éste, el hechizo que estaba conjurando quedaría inacabado y los mundos estarían a salvo.

Debía dejarlo morir. Igual que Xar lo había dejado morir a él.

No debía hacer nada. Sólo dejar que su Señor muriese...

— ¡Mi Señor! —Gritó, al tiempo que se incorporaba de un salto—. ¡Detrás de ti!

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

Alfred miró al otro lado de la Puerta de la Muerte, horrorizado. Otras serpientes habían abandonado la batalla del Laberinto y se dirigían a toda prisa hacia la puerta abierta. Una, la que abría la marcha, casi había llegado a ella.

— ¡Haplo...!

El sartán apenas tuvo tiempo de iniciar la llamada de auxilio cuando escuchó el grito de advertencia de Haplo a Xar.

Cuando volvió la mirada hacia el otro extremo del caótico corredor, alcanzó a ver al patryn en el instante en que éste se arrojaba contra la serpiente.

Alfred reprimió su grito e, impotente, se volvió hacia la puerta abierta y hacia la serpiente que se zambullía en la abertura con un intenso brillo en sus ojos. Si aquella perversa criatura conseguía entrar, se uniría a su hermana y Haplo se vería enfrentado a dos de ellas. Las posibilidades del patryn frente a una sola eran muy reducidas; contra las dos, absolutamente nulas, sobre todo si Xar se volvía contra él, lo cual parecía muy probable.

— ¡Tengo que detener a ésta yo mismo! —murmuró y, a tientas, buscó dentro de sí el valor necesario. Buscó al otro Alfred, aquel Alfred cuyo auténtico nombre era Coren. El Elegido.

Y, de pronto, se cumplió la posibilidad de que Alfred estuviera de nuevo en el mausoleo de Ariano.

No podía creerlo. Miró a su alrededor, confundido pero indeciblemente aliviado y agradecido. Como si acabara de despertar en su lecho y descubriera que todo lo anterior no había sido más que una pesadilla terrible.

La tumba estaba tranquila y silenciosa. Allí estaba seguro, a salvo, rodeado por los ataúdes de sus amigos, que descansaban en paz. Y, al pasear su mirada por el lugar con desconcertada gratitud, mientras se preguntaba qué significaba todo aquello, Alfred vio la tapa abierta de su propio ataúd.

Sólo tenía que introducirse en él, yacer allí y cerrar los ojos.

Reconfortado por tal pensamiento, dio un paso hacia él... y tropezó con el perro.

—

Alfred rodó por el frío suelo de mármol del mausoleo, enredado con un confuso revuelo de patas y cola plumosa. El animal soltó un gáñido de dolor. Alfred había aterrizado justo encima de él.

Tras salir arrastrándose de debajo del sartán caído de bruces, el perro se sacudió con aire indignado y le dedicó una mirada de reproche.

—Lo siento... —balbuceó Alfred.

El eco repitió su disculpa en el interior de la estancia como la voz del fantasma de un lázaro. El perro lanzó un ladrido irritado.

—Tienes razón —Alfred se sonrojó y sonrió débilmente—. Ya estoy pidiendo disculpas otra vez. No dejaré que vuelva a suceder.

La tapa del ataúd se cerró con un ruido atronador.

Se encontró de nuevo en la Puerta de la Muerte, en el pasadizo. Y la serpiente estaba a punto de cruzar el umbral.

Alfred se dejó llevar... y se agarró.

Un dragón de escamas verdes y alas doradas, con su cresta bruñida reluciente como un sol, surgió de la Puerta de la Muerte, hizo pedazos el corredor del caos y atacó a la serpiente.

Las poderosas zarpas traseras del dragón cayeron sobre el cuerpo de la serpiente y traspasaron las escamas grises de la piel de ésta hasta clavarse profundamente en su carne.

La serpiente, empalada en las zarpas del dragón, se agitó y se revolvió en un intento de liberarse, pero el movimiento sólo hizo que las garras se hundieran más en su cuerpo. Entre terribles dolores, la serpiente contraatacó e intentó cerrar sus mandíbulas, poderosas aunque desdentadas, en torno al cuello del dragón para quebrárselo.

El dragón cerró sus colmillos sobre las fauces abiertas de la serpiente, los hundió en el cráneo, entre aquellos rojos ojos cargados de odio, e hizo brotar la sangre de la malévola criatura, que llovió sobre el Laberinto. En sus últimos estertores, la serpiente emitió unos chillidos agónicos que fueron captados por sus hermanas y éstas empezaron a cerrar filas en torno al dragón, dispuestas a lanzarse sobre él y darle muerte.

Alfred soltó el cuerpo de la serpiente muerta, la desprendió de sus zarpas y la dejó caer al suelo. Ardía en deseos de volver a la Cámara, de acudir en ayuda de Haplo, pero no se atrevió a dejar la puerta desprotegida.

Con aire sombrío, el dragón verde y dorado continuó volando ante la Puerta de la Muerte, a la espera del asalto.

El grito de alarma de Haplo hizo reaccionar a Xar. Éste no tuvo necesidad de volverse para saber qué sucedía. La serpiente lo había traicionado. Xar apenas tuvo tiempo de restablecer las defensas mágicas de su cuerpo cuando le llegó el ataque por la espalda. Un destello de dolor le taladró la nuca.

Con un traspie, se volvió para defenderse.

Haplo estaba luchando con Sang-drax por la posesión de una daga empapada de sangre.

— ¡Mi Señor! ¡El traidor ha intentado matarte! —masculló Sang-drax mientras golpeaba con saña a Haplo.

Con la respiración entrecortada, entre jadeos dolientes y agudos, Haplo no logró articular palabra. Los signos mágicos de su piel emitían un intenso resplandor azulado y tenía sangre en las manos.

—

Xar se llevó la mano atrás para tocar la herida y, al retirarla, comprobó que sus dedos también estaban empapados de sangre.

— ¡Pues sí! —murmuró y presenció con un extraño distanciamiento la batalla entre Haplo y la serpiente. El dolor era un elemento perturbador, pero no tenía tiempo para curarse. La estructura rúnica que había creado resplandecía con una luz brillante delante de las cuatro puertas que conducían a los respectivos mundos. Sin embargo, aquí y allá, la luz empezaba a desvanecerse. Privada de la energía del Señor del Nexo, la magia que éste había utilizado empezaba a disgregarse. Xar se secó con irritación la sangre que empezaba a correrle por el cuello hasta la ropa. Vista la atención que le prestaba, cualquiera habría pensado que aquella sangre no era suya.

Haplo cayó al suelo, vencido y aturdido. Sang-drax se volvió hacia Xar. El Señor del Nexo se puso tenso. La serpiente se situó entre él y la estructura mágica.

Al tiempo que sacudía la cabeza para vencer el aturdimiento, Haplo trató de incorporarse. Tenía manos y brazos cubiertos de sangre. En el suelo, cerca de él, estaba la daga en forma de serpiente.

Sang-drax también tenía las manos bañadas en sangre.

— ¡Este traidor servidor tuyo ha intentado matarte, Señor del Nexo! — repitió—. Por fortuna, he podido impedirlo. Di una palabra y pondré fin a su vida. Haplo volvió a caer, esta vez de bruces sobre el suelo empapado de sangre.

—No es preciso que pierdas el tiempo en eso —respondió Xar, aproximándose a Haplo, a la serpiente, a la magia—. Yo me ocuparé de él. Hazte a un lado. En los ojos de la serpiente apareció un destello de recelo. Rápidamente, Sangdrax bajó los párpados para disimular su reacción.

—Es un gran honor para mí obedeceros, mi Señor. Pero antes —la serpiente se agachó— permíteme coger la daga del traidor. Podría intentarlo de nuevo... La mano de Sang-drax se cerró en el aire.

Sin advertirlo, Xar había puesto el pie sobre la hoja cubierta de sangre. Hincó la rodilla junto a Haplo, sin dejar de prestar atención a Sang-drax. El Señor del Nexo cogió a Haplo por el mentón sin la menor delicadeza y volvió su rostro hacia la luz. Un corte terrible cruzaba la frente de su servidor, prácticamente hasta el hueso; a juzgar por el aspecto de la herida, ésta podía haber sido causada por el filo de una daga.

Con gestos rápidos y solapados, Xar trazó una runa curativa sobre la herida; la hemorragia se detuvo y el corte se cerró. Después, tras un momento de vacilación, trazó otro signo mágico, reproducción del que presidía su propio corazón. Lo trazó con sangre, pues no estaba destinado a durar. Carecía de poder..., de poder mágico.

Al contacto con su señor, Haplo emitió un gemido y abrió los ojos con un pestañeo. Xar aumentó la presión y hundió los dedos nudosos en la carne de su servidor.

Haplo alzó la vista y parpadeó. Tenía problemas para enfocar la visión y, cuando lo consiguió, puso cara de desconcierto. Después, con un suspiro y una sonrisa, extendió la mano y asió a Xar por la muñeca.

—Mi Señor... —murmuró—. Entonces, he llegado... la he alcanzado. La Última Puerta.

—

— ¿De qué habla ese traidor, mi Señor? —preguntó Sang-drax—. ¿Qué te está diciendo? ¡Mentiras, mi Señor! ¡Mentiras!

—No dice nada importante —respondió Xar—. Haplo imagina que está otra vez en el Laberinto.

Haplo se estremeció. Su voz se hizo más potente y su tono se endureció.

— ¡Lo he derrotado, mi Señor! ¡Lo he vencido!

—Es cierto, hijo mío, lo has hecho —repuso Xar—. Conseguiste una gran victoria.

Haplo sonrió, se aferró a la mano de Xar unos instantes más y, por fin, la soltó.

—Gracias por la ayuda, mi Señor, pero ya no te necesito. Puedo cruzar la Puerta por mis propios medios.

—Sí que puedes, hijo mío —dijo Xar con un susurro—. Sí que puedes.

Sang-drax pronunció una runa—una runa sartán—, al tiempo que trazaba un

signo mágico patryn. Las dos runas se encendieron con un destello y volaron hacia la estructura mágica que Xar había creado.

Pero el Señor del Nexo había permanecido atento, a la espera de que la serpiente intentara algo parecido. Reaccionó con rapidez y lanzó su propia runa. Los signos mágicos chocaron, estallaron en una lluvia de chispas y se anularon mutuamente.

Xar se puso en pie empuñando la daga sinuosa.

—Ahora ya conozco al verdadero traidor —declaró, vuelto hacia Sang-drax, quien observó al Señor del Nexo con un brillo rojo feroz en sus ojos entornados—. Ya sé quién ha intentado llevar a mi gente al desastre.

— ¿Quieres conocer a quien de verdad ha traído la destrucción a tu gente? —replicó Sang-drax con una sonrisa burlona—. ¡Mírate en el espejo, Señor del Nexo!

—Sí —murmuró Xar—, me miro en el espejo.

Sang-drax se despojó de su aspecto de patryn y, adoptando la forma de serpiente, creció y se expandió hasta que la enorme masa de tacto viscoso llenó la Cámara de los Condenados.

—Gracias por formar el hechizo que disgregará los mundos —dijo la serpiente con la cabeza erguida—. Reconozco que era un plan que no habíamos tomado en cuenta, pero sin duda nos resultará provechoso. El caos y la confusión que provocará nos alimentarán durante eras. Y tu gente quedará atrapada para siempre en el Laberinto. Lamento que no puedas vivir para verlo, señor Xar, pero eres demasiado peligroso...

La serpiente abrió sus desdentadas mandíbulas. Xar vio lo que se cernía sobre él y le dio la espalda. Concentró la atención en la magia, en la asombrosa estructura rúnica que había formado. Era una magia a cuya creación había dedicado su vida, un sueño forjado del odio.

Xar sabía que la serpiente atacaba con sus letales fauces abiertas de par en par para devorarlo.

Con mano firme, trazó la runa en el aire. El fuego del signo mágico emitió un resplandor azul, luego rojo y, por fin, rojo blanco, ardiente y cegador. A continuación, Xar pronunció la orden con voz firme, clara y sonora.

El signo mágico se precipitó contra la estructura de runas, estalló como una estrella explosiva y arrancó el corazón del hechizo.

—

Las mandíbulas se cerraron sobre el Señor del Nexo. La serpiente lo aplastó en su desdentada boca y arrojó el cuerpo roto y ensangrentado contra los muros, envueltos en un suave resplandor, de la Cámara de los Condenados.

El cuerpo de Xar golpeó la roca con un audible crujir de huesos y resbaló por la pared, dejando un rastro de sangre sobre el mármol blanco. Finalmente, quedó tendido en el suelo, como un guiñapo. La serpiente lanzó un alarido de triunfo.

— ¡Mi Señor! —Haplo se puso en pie, mareado y débil, pero ya no desorientado.

—No puedes hacer nada —respondió la serpiente—. El Señor del Nexo ha muerto.

Los rojos ojos de la criatura se volvieron hacia Haplo.

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

Las serpientes volaron hacia la Puerta de la Muerte. Ahora, la abertura era claramente visible como un retazo negro en el cielo gris y cargado de humo sobre el Laberinto. Debajo, la Última Puerta permanecía abierta, pero los sartán agrupaban sus fuerzas frente a ella; otro tanto hacían los patryn en el lado contrario.

Alfred intentó contener su desesperación, pero era impensable que pudiera defender la Puerta frente al enorme poder del enemigo. Los sonidos sobrecogedores de la Cámara, a su espalda, lo hacían flaquear y distraían su atención cuando más necesitaba concentrarse en la magia. En un intento frenético, sondeó las posibilidades tratando de encontrar alguna que acudiera en su ayuda pero, al parecer, lo que aspiraba a conseguir era imposible.

Las serpientes tenían la capacidad de desbaratar todos los hechizos que el sartán les lanzaba. Alfred no se había dado nunca perfecta cuenta del alcance del poder de aquellas criaturas; eso, o las serpientes estaban creciendo en fuerza y poder gracias a la guerra que se desarrollaba allá abajo.

Con el corazón encogido, el dragón verde y dorado montó guardia ante la Puerta de la Muerte y esperó el final.

Una sombra apareció a lo lejos, volando hacia él por un costado.

Alfred se volvió, aprestándose a luchar.

Y encontró ante él a un anciano, vestido con ropas de tonos pardos y cuyos cabellos canos se agitaban furiosamente a su espalda, sentado a lomos de un dragón.

— ¡Jefe Rojo a Rojo Uno! —Aulló el anciano—. ¡Adelante, Rojo Uno!

¡Zifnab! Alfred reconoció al viejo sartán chiflado, pero no tenía remota idea de qué significaba aquella jerigonza. Ni tiempo de averiguarlo. Las serpientes procedían a desplegarse: un puñado de ellas se destacó para enfrentarse al dragón que les cerraba el paso mientras el resto se agrupaba para penetrar en la Puerta de la Muerte.

—

— ¡Abandona la formación, Rojo Uno! —Gritó el viejo y gesticuló con el brazo—. ¡Ve a ayudar a Haplo! ¡Mi escuadrilla se encargará! ¿Te gusta mi nave? — Preguntó a Alfred al tiempo que daba unas palmaditas en el cuello a su dragón—.

¡Hizo el viaje a Kessel en seis parsecs!

Detrás del viejo, legiones de dragones de Pryan aparecieron entre el humo que se levantaba del quemado Nexo. Para entonces, algunas de las serpientes se habían percatado de su presencia y empezaban a cambiar de rumbo.

Alfred seguía sin tener la menor idea de a qué se refería Zifnab, pero empezaba a ver que ya no tendría que enfrentarse al enemigo a solas. Podía volver a tener esperanzas...

El dragón se precipitó bruscamente desde lo alto, para abatirse sobre una de las serpientes. El anciano dedicó un saludo a Alfred antes de perderse de vista. Los demás dragones de Pryan los siguieron, lanzándose al combate contra sus enemigos.

Alfred penetró volando en la Puerta de la Muerte. Una vez allí, cambió de forma y volvió a ser el sartán larguirucho, medio calvo y vestido de terciopelo. Se

detuvo un momento a contemplar la lucha.

Enfrentada a un enemigo valiente y decidido, la mayoría de las serpientes emprendía la huida rápidamente.

—Adiós, Zifnab —murmuró.

Con un suspiro, se volvió hacia el caos que resonaba en la sala a su espalda.

Mientras lo hacía, llegó a sus oídos un débil grito:

— ¡Me llamo Luke...!

Haplo estaba en la Cámara de los Condenados, enfrentado a la serpiente. A través de las cuatro puertas que tenía a su espalda, alcanzaba a divisar los cuatro mundos. En Ariano, las tormentas empezaban a amainar. Los mares de Chelestra volvían a estar en calma. Los soles de Pryan brillaban con luz cegadora. En Abarrach, la corteza se estremeció y quedó inactiva. El cuerpo desplomado de su Señor yacía en un charco de sangre.

Sentado a la mesa blanca, Jonathon repitió su lema:

—Absteneos de violencia.

—Es un poco tarde para eso —respondió Haplo en tono sombrío.

La serpiente se cernió sobre él, meciendo la cabeza adelante y atrás en un movimiento hipnótico mientras la roja mirada de sus ojos se clavaba en el patryn. La única arma de Haplo era la daga en forma de serpiente. Le sorprendió lo bien que se acomodaba a su mano; era como si la propia empuñadura se adaptara a su tacto. Pero la corta hoja tendría menos efecto que el aguijón de un insecto sobre la gruesa y mágica piel de la serpiente.

Haplo blandió el arma, miró al monstruo y esperó el ataque. Los tatuajes de su piel despedían un intenso brillo.

La serpiente empezó a cambiar de forma y su tamaño menguó en un abrir y cerrar de ojos, hasta que en mitad de la Cámara quedó la figura de un señor de los elfos.

Con una sonrisa conrgraciadora, Sang-drax empezó a acercarse a Haplo.

—Quieto ahí —dijo el patryn, sin bajar la daga.

—

Sang-drax se detuvo con las manos levantadas y las palmas a la vista, en un gesto de rendición y de conciliación. Alto y muy delgado, tenía una expresión dolida, decepcionada.

— ¿Es así como me lo agradeces, Haplo? —Sang-drax señaló a Xar con un garboso gesto y añadió—: De no ser por mi intervención, te habría quitado la vida. Haplo dirigió una breve mirada al cuerpo de Xar pero, rápidamente, volvió a concentrar su atención en Sang-drax, quien había intentado aprovechar la ocasión para acercarse más al patryn.

—Has matado a mi Señor —musitó entre dientes.

— ¡Tu Señor! —Sang-drax soltó una risotada de incredulidad—. He matado al señor que ordenó a Bane hacerte asesinar. El mismo que sedujo a la mujer que amas y la convenció para que te diera muerte. ¡El Señor que iba a encadenarte a una vida de tortura entre los muertos vivientes! Ése es el Señor del que hablas —concluyó con desprecio.

—Mi Señor estaba en su derecho al exigirme la muerte como pago por la vida que me había dado —replicó Haplo, con la daga firme y dispuesta—. No me hagas perder más tiempo. ¡Acabemos de una vez lo que te propones hacer conmigo, sea lo que sea!

Se preguntó dónde estaría Alfred. De momento, sólo podía dar por sentado que el sartán había muerto.

Probablemente, no tardaría en hacerle compañía, se dijo.

Sang-drax puso cara de perplejidad.

—Mi querido Haplo, yo no tengo armas. No soy una amenaza para ti. Al contrario, deseo servirte. Todo mi pueblo desea servirte. Una vez, me incliné ante ti y te llamé «amo»; ahora, vuelvo a hacerlo.

La serpiente disfrazada de elfo hizo una reverencia profunda y servil y bajó la vista, entornando sus rojos ojos. Encogida como un sapo, hizo otro intento de acortar la distancia que la separaba de Haplo pero se detuvo ante el destello de la hoja en forma de serpiente.

—Los sartán han llegado al Nexo —continuó Sang-drax con voz sibilante—.

No sé si sabes que Ramu se propone sellar para siempre la Última Puerta. Yo puedo detenerlos. Mi gente y yo podemos destruirlos. Sólo tienes que decir una palabra y la sangre de tu enemigo será un vino dulce en tu paladar. A cambio, sólo pedimos un pequeño favor.

—¿Y cuál es? —inquirió Haplo.

Sang-drax dirigió la mirada a las cuatro puertas; en sus ojos había un destello de ansia, de voracidad.

—Termina el hechizo. —Ese que estaba construyendo tu Señor. Puedes hacerlo, Haplo. Eres tan poderoso como Xar y yo te prestaré con gusto mi modesta ayuda...

—... y te apoderarás del hechizo cuando lo haya concluido, ¿no? —Replicó Haplo con una mueca sombría—. Entonces me matarás.

—¿No vas a negarte, verdad? —insistió Sang-drax, dolido y perplejo. En lugar de responder, Haplo retrocedió unos pasos en dirección a la primera puerta, la que conducía a Ariano. Sang-drax lo siguió con la mirada—. ¿Qué estás haciendo, Haplo, amigo mío? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Cerrar la puerta, Sang-drax, amigo mío —respondió Haplo—. Cerrar todas las puertas.

—

—Es un error, Haplo —siseó la serpiente con suavidad—. Un error terrible. Haplo contempló Ariano, el mundo de aire. Las nubes de tormenta se estaban dispersando y Solaris brillaba con fuerza. Distinguió el continente de Dravlin y las partes metálicas de la gran Tumpa-chumpa, centelleantes bajo la luz intermitente del sol. Casi pudo ver a Limbeck, el enano, con su mirada miope tras sus gafas de gruesas lentes, mientras pronunciaba un discurso al que nadie, salvo Jarre, prestaba atención. E imaginó, algún día, un ejército de pequeños Limbecks que cambiaría un mundo con sus porqués.

El patryn sonrió, dijo adiós y cerró la puerta.

Sang-drax siseó de nuevo con irritación.

Haplo no miró a la serpiente; la pérdida de intensidad de la luz que reinaba en la Cámara le bastaba para saber que la siniestra criatura estaba cambiando de forma una vez más.

La puerta siguiente daba paso a Pryan, el mundo de fuego, cuya cegadora luz contrastaba con las sombras, cada vez más densas, que envolvían a Haplo. Unas delicadas estrellitas plateadas lucían como gemas brillantes engastadas en una jungla como verde terciopelo. Las ciudadelas, devueltas a la vida, irradiaban su luz

y su energía al universo. Paithan y Rega, Aleatha y Roland y el enano, Drugar; humanos, elfos y enanos amándose, luchando, viviendo, muriendo... Según Xar, los mensch habían aprendido el secreto de los titanes y éstos hacían funcionar las ciudadelas. Haplo no llegaría a conocer nunca el destino que les aguardaba, pero confió en que los mensch —resistentes y fuertes en sus muchas debilidades, dotados de aquel espíritu indómito y emprendedor— serían capaces de prosperar cuando los dioses que los habían llevado a aquel mundo hubieran desaparecido y hubiesen caído en el olvido.

Haplo se despidió y cerró la puerta.

—Te has condenado a ti mismo, patryn —lo amenazó la voz sibilante—.

Tendrás el mismo final que tu Señor.

Haplo no se volvió. Escuchó el roce del enorme cuerpo de la serpiente contra el suelo de piedra, percibió el hedor pestilente a muerte y descomposición y casi notó el tacto legamoso de su piel.

Dirigió una rápida mirada a Abarrach, un mundo muerto poblado por los muertos. Jonathon había intentado liberarlos y liberarse a sí mismo. Al parecer, tal deseo no se cumpliría.

También les había fallado a ellos, se dijo el patryn.

—Lo siento —murmuró mientras cerraba la puerta. Enseguida, apareció en su rostro una sonrisa avergonzada: estaba disculpándose como lo haría Alfred.

Alcanzó la cuarta puerta, la de Chelestra, el mundo de agua. En éste había llegado, finalmente, a conocerse a sí mismo. Percibió el siseo de la serpiente a su espalda, pero hizo caso omiso y se mantuvo firme. A aquellas alturas, la doncella enana, Grundle, ya debía de haberse casado con su Hartmut. La boda habría sido toda una fiesta: elfos, enanos y humanos, juntos en una celebración. Haplo se preguntó cómo le habría ido a Grundle en el concurso de lanzamiento de hacha.

Musitó una despedida, deseó buena suerte a la pareja y cerró la puerta con suavidad. Por un instante, lo traspasó una punzada de pesar; después, se volvió para enfrentarse a Sang-drax.

—

La daga con forma de serpiente que empuñaba Haplo se convirtió en una espada de buen acero, reluciente y firme. No había sido la magia del patryn la que había alterado el arma. Tenía que ser cosa de la serpiente.

El gigantesco cuerpo gris se alzó sobre Haplo. Su propia presencia resultaba abrumadora. La serpiente habría podido atacarlo por detrás en cualquier momento, pero no quería que el patryn muriese sin luchar, sin experimentar dolor y miedo...

Haplo levantó la espada y se preparó para responder al ataque.

— ¡Haplo, no! ¡Rinde el arma!

Alfred apareció trastabillando por la Puerta de la Muerte. Estuvo a punto de caer de bruces al suelo, pero se salvó de ello aferrándose a la mesa blanca.

Apoyado en ella, exclamó con urgencia:

— ¡No luches!

—Sí, Haplo —intervino la serpiente en tono burlón—, baja la espada. Así, tu muerte será mucho más rápida.

Haplo tenía la camisa empapada de sangre. La herida del pecho se había abierto y volvía a sangrar. Para su extrañeza, la herida de la daga que había recibido en la frente no le dolía en absoluto.

—No hagas nada. —Alfred tomó aliento con esfuerzo y trató de mantener la calma—. Niégate a luchar. ¡Es lo que esa criatura desea, que te enfrentes a ella! — El sartán indicó el cuerpo de Xar—. «Quien traiga la violencia a este lugar... la encontrará vuelta contra él mismo.»

Haplo titubeó. Toda su vida había luchado por la supervivencia. Esta vez, Alfred le pedía que soltara el arma, que se negara a luchar, que aguardara dócilmente la tortura, la muerte... Peor incluso: que aceptara la certeza de que su enemigo seguiría vivo para destruir a otros.

—Me pides demasiado Alfred —respondió con voz ronca—. ¡Supongo que lo siguiente será pedirme que me desmaye!

Alfred extendió las manos.

—Haplo, te lo suplico...

La enorme cola de la serpiente soltó un latigazo que golpeó al sartán en plena espalda y lo hizo doblarse sobre la mesa blanca.

Sang-drax se alzó sobre los dos. La cabeza de la serpiente se cernió sobre Alfred; sus rojos ojos se concentraron en Haplo.

—El próximo golpe le partirá el espinazo. Y el siguiente le aplastará las costillas. ¡Lucha, Haplo, o el sartán muere!

Alfred consiguió levantar la cabeza. Tenía la nariz rota y el labio partido. La sangre le embadurnaba el rostro.

— ¡No lo escuches, Haplo! ¡Si peleas, estás perdido!

La serpiente esperó con complacencia, segura de haber conseguido su propósito.

Consumido de rabia y movido por la profunda necesidad de matar a aquel ser repugnante, Haplo dirigió una mirada de amargura y frustración a Alfred.

— ¿Esperas que me quede quieto y me deje matar?

— ¡Confía en mí, Haplo! —Le rogó Alfred—. ¡Es lo único que te he pedido siempre! ¡Confía en mí!

— ¡Fiarse de un sartán! —Sang-drax soltó una risotada horrible—. ¡Confiar en tu enemigo mortal! ¡Confiar en quienes os enviaron al Laberinto, en los

—

responsables de la muerte de tantos miles de los tuyos! ¡Tus padres, Haplo! ¿Recuerdas cómo murieron? ¿Recuerdas los gritos de tu madre? Gritó muchísimo rato, ¿verdad?, hasta que por fin la dejaron morir. Y tú lo viste. Fuiste testigo de lo que hacían con ella. ¡Este sartán..., este sartán es responsable de ello! ¡Y te suplica que confiesen él...!

Haplo cerró los ojos. Empezaba a dolerle la cabeza y notaba la sangre pegajosa en las manos. Volvía a ser aquel niño, oculto entre los arbustos, aturdido y mareado por el golpe que le había propinado su padre. Un golpe que tenía por objeto dejarlo sin sentido para que permaneciera quieto y callado mientras los padres atraían a sus atacantes lejos del pequeño. Pero sus padres no habían llegado muy lejos. Y Haplo había recuperado el conocimiento.

El propio espanto sofocó su grito de miedo, de horror. Y de odio. Odio a los que habían hecho aquello, a los responsables...

Haplo asió la espada con firmeza, esperó a que el velo rojo sangre desapareciera de sus ojos para poder ver a su presa... y estuvo a punto de soltar la espada cuando notó el rápido lametón de una lengua húmeda.

A ello siguió un gañido tranquilizador y una pata en la rodilla.

Haplo extendió la mano y acarició las orejas sedosas. El perro apoyó la cabeza en su rodilla. La mano palpó el duro hueso y la suavidad de la pelambre. Pero al patryn no le sorprendió descubrir, cuando abrió los ojos, que no había ningún perro junto a él.

Haplo dejó caer la espada.

Sang-drax soltó otra risotada y se irguió. Se disponía a golpear al indefenso Alfred, a aplastarlo. Pero, llevada de su furiosa impaciencia, la serpiente calculó mal. Se hizo demasiado grande, se alzó demasiado, y la gigantesca cabeza atravesó el techo de mármol de la Cámara de los Condenados.

Las runas grabadas en el techo chisporrotearon y se encendieron. Arcos de llamas azules y rojas traspasaron el cuerpo de la serpiente. Sang-drax aulló de dolor, se retorció y se agitó agónicamente, tratando de escapar de las descargas, pero no consiguió desenganchar la cabeza del hueco abierto en el techo. Estaba atrapado. Furiosa, salvajemente, insistió en sus esfuerzos. Las grietas del techo se agrandaron y se extendieron a las paredes.

La única puerta que seguía abierta era la Puerta de la Muerte. No tenían otra vía de escape. Haplo cruzó la Cámara a la carrera en dirección a Alfred, que yacía sobre la mesa blanca, aturdido y ensangrentado.

La serpiente agitó la cola. Incluso en la agonía, estaba decidida a matarlo.

Haplo se hizo a un lado, pero no logró evitar el golpe. Lo recibió en el hombro izquierdo, que ya le dolía desde que se le había reabierto la herida de la runa del corazón. Se le escapó un gemido de dolor y se sobrepuso a la oscuridad de la inconsciencia que amenazaba con engullirlo.

Se incorporó trabajosamente. Su mano, de forma inexplicable, se había cerrado en torno a la empuñadura de la espada.

— ¡Lucha! —Lo desafió la serpiente—. ¡Lucha conmigo...!

Haplo levantó la espada y la descargó contra la pared de mármol. La hoja se partió en dos. Después, alzó la empuñadura para mostrarla a la monstruosa criatura y arrojó el acero lejos de sí.

—

La serpiente hizo un intento desesperado por liberar la cabeza, pero la magia de la Séptima Puerta la mantuvo atrapada. Los arcos de llamas azules danzaban sobre el cuerpo cubierto de baba. Una vez más, la cola soltó su látigo.

Haplo se lanzó a rescatar a Alfred. La cola golpeó la mesa blanca, que se estremeció. Pero la serpiente estaba en sus últimos estertores; ciega, presa de terribles dolores, era incapaz de ver a su presa. En un último intento desesperado por liberarse, arrojó todo el peso de su cuerpo contra las fuerzas mágicas que la tenían presa. El techo empezó a desmoronarse bajo el impacto. Un gran pedazo de mármol se desplomó apenas a unos palmos de donde se hallaba Alfred. Otro bloque aterrizó sobre la cola de la serpiente, que ya apenas se agitaba débilmente. La Cámara de los Condenados empezaba a derrumbarse.

Sofocado por el polvo, Haplo consiguió llegar hasta Alfred sorteando la lluvia de cascotes. Agarró al sartán por el primer lugar que le vino a mano —la cola de la ajada levita de terciopelo— y lo ayudó a incorporarse. Un segundo después, una viga de madera cayó sobre la mesa blanca, y la partió en dos limpiamente. Alfred se movió torpemente y avanzó tambaleándose, flácido como un muñeco maltratado.

El patryn dirigió una mirada entre el polvo y los cascotes.

— ¡Jonathon! —exclamó.

Le pareció distinguir al lázaro, sentado tranquilamente junto a una de las mitades de la mesa partida, indiferente a la destrucción que estaba a punto de alcanzarlo.

— ¡Jonathon! —vociferó.

No tuvo respuesta. Instantes después, dejó de ver al lázaro. Una enorme losa de mármol había caído entre ambos.

Alfred se derrumbó en el suelo.

Haplo enganchó con fuerza al sartán por el cuello de la levita y lo llevó a rastras a través del tumulto. Las runas tatuadas en la piel del patryn emitían su resplandor rojo y azulado, protegiéndolo de la caída de escombros, y Haplo amplió el halo de su magia para englobar en ella a Alfred. Un brillante escudo de runas, contra el cual chocaban y rebotaban los bloques de mármol, los abarcó a ambos. Sin embargo, cada vez que un fragmento golpeaba el escudo, uno de los signos mágicos se debilitaba. No tardaría en ceder alguno. Y enseguida empezaría a desmoronarse el hechizo.

Le quedaban quince, veinte pasos para alcanzar la Puerta de la Muerte.

No se dijo *para alcanzar la seguridad de la Puerta de la Muerte*, pues, por lo que él sabía, en el interior de ésta sus probabilidades eran aún más reducidas. No obstante, la muerte allí era una posibilidad; en la Cámara, era una certeza. Ya alcanzaba a ver cómo se apagaba el primer signo del escudo mágico...

Continuó arrastrando a Alfred en dirección a la abertura cuando, de pronto, el suelo que tenía delante dejó de existir.

Una grieta abismal se abrió ante él, insondable. Fragmentos de mármol y astillas de madera blanca cayeron por el hueco hasta desaparecer. Al otro lado del precipicio, iluminada con un tenue resplandor, se hallaba la Puerta de la Muerte. La grieta no era muy ancha. A solas, Haplo habría podido saltarla sin problemas, pero no podía hacerlo cargado con Alfred. A tirones, puso en pie al sartán.

A Alfred le fallaron las rodillas y se derrumbó de nuevo.

—

— ¡Maldita sea! —Haplo sacudió al sartán y lo obligó a incorporarse otra vez. Alfred estaba consciente, pero miraba a su alrededor con la expresión confusa de quien no acaba de saber dónde se encuentra.

—Ya empezamos otra vez —murmuró Haplo—. ¡Alfred!

Le dio unos cachetes en las mejillas. Alfred soltó un jadeo y carraspeó. Sus ojos enfocaron y contemplaron el panorama con espanto.

— ¿Qué...?

Haplo no lo dejó terminar. No se atrevía a dar tiempo a Alfred para que pensara en lo que iba a tener que hacer.

—Cuando diga « ¡salta! », hazlo.

Haplo hizo dar media vuelta a Alfred y colocó al aturdido sartán en el borde mismo de la grieta que se abrió en el suelo.

— ¡Salta!

Sin saber muy bien lo que sucedía, entumecido de terror y de asombro, Alfred obedeció. Dio un brinco convulsivo, encogiéndose las piernas como una araña electrizada, y se lanzó a través de la grieta.

Los dedos de los pies tropezaron con el borde opuesto del precipicio. Aterrizó

de plano sobre el vientre y el golpe lo dejó sin aliento. Haplo echó una rápida ojeada a la oscuridad abisal; después, saltó.

Tras aterrizar sin problemas al otro lado, ayudó a levantarse a Alfred. Juntos, dejaron atrás la Cámara de los Condenados y penetraron por la abertura de la Puerta de la Muerte.

Cuando Haplo volvió la cabeza, vio hundirse definitivamente la Cámara Sagrada. Y, con la sensación vertiginosa de que se deslizaba por un sumidero, se sintió caer hacia la Puerta.

—

CAPÍTULO

LA SÉPTIMA PUERTA

— ¿Qué sucede? —exclamó Haplo, agitando las manos para asirse de alguna parte. Pero sus dedos no encontraron dónde nacerlo en el suelo inclinado y resbaladizo—. ¿Qué es esto?

Alfred también descendía deslizándose por el conducto. El pasadizo de la Puerta de la Muerte se había convertido en el brazo de un ciclón que giraba en una espiral vertiginosa, un vórtice cuyo centro era la Cámara de los Condenados, la Séptima Puerta.

— ¡Sartán bendito! —Exclamó Alfred con asombro—. ¡La Séptima Puerta se derrumba y se lleva con ella el resto de la creación!

Los dos estaban cayendo de nuevo hacia la Cámara de los Condenados; la propia Puerta de la Muerte caía hacia la Cámara y, tras ella, lo haría todo lo demás. En un esfuerzo frenético, el sartán intentó detener su caída, pero tampoco encontró dónde asirse; el suelo era demasiado resbaladizo.

— ¿Qué hacemos? —gritó Haplo.

— ¡Sólo se me ocurre una cosa! Pero tanto puede ser un acierto como un completo error. Verás...

— ¡Limitate a hacerlo! —exclamó Haplo, muy cerca ya de la puerta.

— ¡Tenemos... que cerrar la Puerta de la Muerte!

Caían hacia la cámara en ruinas con una rapidez que producía vértigo. Alfred tuvo la horrible impresión de que se deslizaba hacia las fauces abiertas de la serpiente. Habría jurado que veía dos ojos rojos, ardientes, hambrientos...

— ¡El hechizo, maldita sea! —aulló Haplo mientras insistía en sus vanos intentos de detener la caída.

Había llegado el momento que había temido toda su vida, el que siempre había tratado de evitar, se dijo Alfred. Todo dependía de él.

Cerró los ojos, intentó concentrarse y sondeó las probabilidades. Estaba cerca, muy cerca. Empezó a entonar las runas con voz temblorosa y su mano tocó la puerta. Empujó...

Empujó con más fuerza...

—

La puerta no cedía.

Temeroso, abrió los ojos. No sabía cómo, pero su esfuerzo había tenido el efecto inesperado de reducir la velocidad de la caída. Pero la Puerta de la Muerte seguía abierta y el universo seguía precipitándose a ella.

— ¡Haplo! ¡Necesito tu ayuda! —exclamó con voz trémula.

— ¿Estás loco? ¡Las magias sartán y patryn son incompatibles!

— ¿Cómo lo sabemos? —Replicó Alfred con desesperación—. No se ha probado nunca, al menos que sepamos, pero eso no significa... ¿Quién sabe si en alguna parte, en algún momento del pasado...?

— ¡Está bien! ¡Está bien! Cerrar la Puerta de la Muerte. Es eso lo que tenemos que hacer, ¿verdad? ¿Verdad?

— ¡Sí! ¡Concéntrate! —exclamó Alfred. La velocidad de la caída empezaba a incrementarse de nuevo.

Haplo pronunció las runas. Alfred las entonó también. Unos signos mágicos cobraron vida con un destello en mitad del vertiginoso conducto. Las estructuras rúnicas eran parecidas, pero las diferencias resultaban claras y visibles, sorprendentemente visibles. Las dos flotaban en el aire por separado, con un resplandor débil y mortecino que pronto parpadearía y moriría. Alfred las contempló con desesperanza.

—En fin, lo hemos intentado...

Haplo masculló un juramento con un tono de frustración:

— ¡Esto no va a quedar así! ¡Vuelve a probar! ¡Canta, sartán! ¡Canta, maldita sea!

Alfred hizo una profunda inspiración y reinició su canturreo.

Para su desconcierto, Haplo se unió a la tonada. La voz de barítono del patryn se coló bajo el agudo tono de tenor de Alfred, lo sostuvo y lo acompañó armoniosamente.

Una sensación de calidez inundó a Alfred. Su voz se hizo más firme y su canto, más sonoro y más aplomado. Haplo, que no estaba muy seguro de conocer la melodía, emitía sus notas por intuición, lo más ajustadas que podía, más atento al volumen de su voz que a la precisión musical.

El brillo de los signos mágicos empezó a intensificarse. Las estructuras rúnicas se aproximaron y Alfred no tardó en constatar que las diferencias entre ambas estaban dispuestas de forma que se complementaban, igual que los dientes de una llave se adaptan a las guardas de la cerradura.

Un destello cegador, más brillante que el núcleo al rojo blanco de los cuatro soles de Pryan, hirió los ojos de Alfred. El sartán cerró los párpados pero la luz continuó quemándolo a través de ellos, deslumbrante y explosiva, hasta estallar dentro de su cabeza.

Escuchó un golpe apagado, como de una puerta lejana que se cerrara de golpe.

Y, en el instante siguiente, todo quedó a oscuras. Alfred se encontró flotando, no en una espiral vertiginosa sino en un descenso suavísimo, como si su cuerpo fuera de vilano de cardo y viajara sobre una mansa ola.

—Creo que ha funcionado —murmuró por lo bajo.

Y lo asaltó el pensamiento de que por fin podía morir, sin más disculpas.

—

CAPÍTULO EL LABERINTO

Haplo estaba herido y exhausto. Había pasado el día huyendo de sus enemigos, plantándoles cara y luchando con ellos cada vez que lo arrinconaban. Ahora, por fin, los había eludido, pero estaba débil, desorientado y

desesperadamente necesitado de un descanso para curarse y recuperarse. Sin embargo, no se atrevía a detenerse. Estaba en el Laberinto, a solas, y sumirse en un sueño curativo equivalía a una muerte segura.

A solas. Al fin y al cabo, eso era lo que significaba su nombre, Haplo: solitario.

Y, en aquel instante, una voz dijo en un susurro:

—No estás solo.

Haplo levantó la vista, casi borrosa.

—¿Marit? —murmuró, incrédulo. Aquella voz era una ilusión, el resultado de su dolor, de su terrible añoranza y de su desesperación.

Unos brazos fuertes, cálidos y protectores, le rodearon los hombros y lo sostuvieron en pie, evitando que cayese al suelo, desfallecido. Haplo se apoyó en la mujer, agradecido. Ella lo depositó en el suelo con suavidad y acomodó su dolorido cuerpo sobre un lecho de hojas. Haplo levantó la vista hacia ella y Marit se arrodilló a su lado.

—He estado buscándote... —murmuró él.

—Ya mío has encontrado —contestó la mujer.

Con una sonrisa, posó la mano sobre la desbaratada runa del corazón de Haplo. El contacto alivió el dolor de éste. Por fin, Haplo alcanzó a ver con claridad a Marit mientras ella murmuraba:

—Me temo que esto nunca curará por completo.

Haplo alargó la mano y apartó el cabello del rostro de la mujer. El signo grabado en su frente, el signo de Xar, empezaba a difuminarse. Pero también aquello dejaría secuelas. Marit no permitió que los dedos de Haplo tocaran el signo mágico, pero mantuvo la sonrisa. Tomó la mano del hombre y se llevó la palma a los labios.

—

Plenamente consciente de nuevo, la alarma y la sensación de peligro asaltaron a Haplo...

—No podemos quedarnos aquí —murmuró mientras se incorporaba hasta quedar sentado sobre el lecho de hojas.

Ella lo retuvo, sujetándolo por los hombros con ambas manos.

—Estamos a salvo. Al menos, de momento. Déjalo, Haplo. Abandona el miedo y el odio. Ya ha terminado todo.

Marit se equivocaba de medio a medio. Las cosas no habían hecho más que empezar. Se recostó de nuevo en las hojas y atrajo a la mujer junto a él.

—No quiero dejarte más —murmuró.

Ella apoyó la cabeza en su pecho, sobre la runa del corazón, la runa del nombre.

Un único signo mágico, partido en dos.

—

CAPÍTULO

EL LABERINTO

—¿Qué tiene? —preguntó una voz femenina. Le resultaba familiar, pero Alfred no conseguía ubicarla—. ¿Está herido?

—No —respondió otra voz; ésta, masculina—. Probablemente, sólo se ha

desmayado.

« ¡Nada de eso!», quiso replicar Alfred con indignación. « ¡Estoy muerto! ¡Estoy...!»

Se oyó a sí mismo hacer un ruido, un graznido.

— ¿Lo ves? ¿Qué te decía? Ya está volviendo en sí.

Alfred abrió los ojos con cautela y contempló unas ramas. Se hallaba tendido sobre una hierba mullida y una mujer estaba arrodillada a su lado.

— ¿Marit? —Preguntó con una expresión de asombro—. ¿Haplo?

Su amigo estaba en las inmediaciones.

Marit sonrió a Alfred y posó la mano en su frente con suavidad.

— ¿Cómo te encuentras?

—No..., no estoy seguro. —Alfred examinó con cuidado las diversas partes de su cuerpo y comprobó, sorprendido, que no experimentaba dolor alguno. Pero, claro, ¿cómo iba a sentirlo?—. ¿Vosotros también estáis muertos?

—No. Y tú tampoco —respondió Haplo en tono sombrío—. Por lo menos, todavía no.

—Todavía no...

—Estás en el Laberinto, amigo mío. Y es probable que sigas aquí mucho tiempo.

— ¡Entonces, dio resultado! —exclamó Alfred. Se incorporó hasta quedar sentado y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Ha surtido efecto! ¡La Puerta de la Muerte está...!

—Cerrada —asintió Haplo con una de sus leves sonrisas—. La Séptima Puerta quedó destruida y la magia, según parece, nos ha arrojado aquí. Y, como acabo de decir, vamos a quedarnos aquí bastante tiempo.

— ¿Se ha desencadenado la batalla?

A Haplo se le ensombreció la expresión.

—

—Según Vasu, está a punto de iniciarse. El dirigente ha intentado establecer negociaciones con Ramu, pero el consejero se niega a hablar siquiera. Alega que no es más que una trampa.

—Los lobunos y los caodines se agrupan para un asalto —añadió Marit—. Ya ha habido escaramuzas a lo largo de las lindes del bosque. Si los sartán se unieran a nosotros, tal vez... —La patryn se encogió de hombros y movió la cabeza en gesto de negativa—. Hemos pensado que podrías hablar con Ramu...

Alfred se puso en pie tambaleándose. Todavía no terminaba de convencerse de que no estaba muerto. Se pellizcó disimuladamente y reprimió una mueca de dolor. Quizá sí que seguía vivo...

—No creo que sirva de mucho —respondió con desconsuelo—. Ramu me tiene en tan mal concepto como a cualquier patryn. Peor incluso, probablemente. Y si llegara a descubrir que he combinado mi magia con la vuestra...

—...y que han dado resultado —añadió Haplo con una sonrisa.

Alfred asintió y le devolvió la sonrisa. Sabía que aquello debería deprimirlo, pero no podía evitarlo: su corazón parecía burbujear de alegría. Miró a su alrededor y contuvo el aliento.

Sobre un montón de hojarasca apilada, en el centro de un claro del bosque, yacían dos cuerpos. Uno, vestido con ropas negras, tenía sus nudosas manos cruzadas sobre el pecho. El otro pertenecía a un mensch, un humano.

— ¡Hugh *la Mano*! —Alfred no sabía si alegrarse o echarse a llorar—. ¿Está..., está...?

—Muerto —asintió Marit en voz baja—. Entregó su vida luchando en defensa de los míos. Lo encontramos junto a los cuerpos de varios caodines. Estaba como lo ves ahora, sereno y en paz. Cuando lo he encontrado así, muerto... —la voz se le quebró y Haplo se acercó a ella y le rodeó los hombros con su brazo—, he sabido que había sucedido algo terrible en la Puerta de la Muerte. Y me he dado cuenta de que debería tener miedo, pero no lo he sentido.

Alfred sólo alcanzó a mirar, incapaz de articular palabra. Junto a Hugh yacía Xar, el Señor del Nexo.

Haplo siguió su mirada y le adivinó el pensamiento.

—Lo hemos encontrado aquí, tal como está.

Con el corazón encogido y una mezcla de emociones en conflicto, Alfred se acercó a los muertos.

Las facciones de Xar en la muerte parecían mucho más viejas que en vida. Surcos y arrugas que el odio y la voluntad inflexible del Señor del Nexo habían convertido en muecas de tensa ferocidad, aparecían ahora relajados y revelaban un dolor y un sufrimiento ocultos, una pena profunda y duradera. Miraba al cielo con ojos apagados, ciegos; miraba al firmamento de la gran prisión de la que había escapado para, finalmente, encontrarse de nuevo en ella.

Alfred hincó la rodilla junto al cuerpo, alargó la mano y, con gesto piadoso, le cerró los párpados.

—Al final, Xar comprendió... —murmuró una voz, muy cerca de los presentes—. No lloréis por él.

Alfred, presa del nerviosismo, se volvió tan deprisa que perdió el equilibrio y tropezó con Haplo. Marit desenvainó su espada pero no tardó en bajarla, con una expresión de asombro.

Detrás de ellos se encontraba Jonathon.

—

¡Y era Jonathon! No el espantoso lázaro, el cadáver ambulante cubierto de su propia sangre y con las señales de su dolorosa muerte visibles en su cuerpo, sino el auténtico Jonathon, el joven que Alfred había conocido...

— ¡Estás vivo! —exclamó.

Jonathon movió la cabeza en gesto de negativa.

—Ya no soy uno de esos atormentados no muertos. Pero tampoco he vuelto a la vida. Ni querría que así fuera. Como anunciaba la profecía, la Puerta se ha abierto. Pronto volveré a los mundos y conduciré a las almas atrapadas en ellos. Sólo me he quedado aquí para liberar la de estos dos... —señaló con un gesto a Xar y a Hugh *la Mano*—. Los dos han abandonado este plano. Y ésta será la última vez que camino entre los vivos. Adiós.

Jonathon empezó a alejarse y, al hacerlo, su cuerpo tangible empezó a difuminarse hasta convertirse en una especie de polvo que se dispersó con un brillo mortecino bajo un rayo de sol cegador.

— ¡Espera! —gritó Alfred con desesperación, corriendo tras el efímero ser y trastabillando con las rocas en su esfuerzo por alcanzarlo—. ¡Espera! Tienes que contarme qué ha sucedido. ¡No lo entiendo!

Jonathon no se detuvo.

— ¡Por favor! —Suplicó Alfred—. Me siento extrañamente en paz. Igual que me

sentí la primera vez que estuve en la Cámara de los Condenados. ¿Significa eso..., significa eso que puedo entrar en contacto con el poder superior?

No hubo respuesta. Jonathon había desaparecido.

— ¿Habéis llamado?

El extremo puntiagudo de un sombrero de aspecto raído asomó tras el tronco de un árbol. Tras esto apareció el resto del sombrero, que traía consigo a un viejo hechicero vestido con ropas pardas.

—Zifnab —murmuró Haplo—. No puede ser...

— ¡No me llames así! —exclamó el recién llegado, quien, una vez en el claro del bosque, se detuvo a mirar a su alrededor con aire de vago desconcierto—. Mi nombre es... esto... ¡Bah, al diablo con eso! Llámame Zifnab, si quieres. Es un nombre bastante agradable. Uno se acostumbra a él. Y bien, ¿qué era lo que preguntabas?

Alfred miraba a Zifnab fijamente; de pronto, creía comprender...

— ¡Tú! ¡Tú eres el poder superior! ¡Tú eres Dios!

Zifnab se acarició la barba y trató de aparentar modestia.

—Bueno, ya que lo mencionas...

—No, señor. Rotundamente, no. —Un dragón enorme emergió del bosque.

— ¿Cómo que no? —Zifnab reaccionó con irritación y se irguió en actitud indignada—. Una vez fui un dios, ¿sabes?

— ¿Y cuándo fue eso, señor? —replicó el dragón con un tono de voz sepulcral—. ¿Antes o después de entrar en el Servicio Secreto de Su Graciosa Majestad?

— ¡No me vengas con insolencias! —exclamó Zifnab con desprecio. Se acercó a Alfred y, sin alzar el tono de voz, le dijo—: Te aseguro que era un dios. Se descubre en el último capítulo. Lo que sucede es que ese dragón está celoso, ¿sabes?

— ¿Cómo dices, señor? —Intervino el dragón—. Me parece que no he oído bien eso último.

—

—Preocupado —se apresuró a corregirse el hechicero—. He dicho que estás preocupado por tu... En fin, no importa.

—No eres ningún dios, señor —insistió el dragón—. Tienes que convencerte de ello.

—Hablas igual que mi psiquiatra —masculló Zifnab, pero no lo hizo en voz muy alta. Con un suspiro, hizo girar el sombrero entre sus dedos distraídamente—. ¡Bah!, como tú prefieras. En este lugar, soy prácticamente igual que el resto de vosotros. Pero no tengo reparos en declarar que estoy sumamente disgustado con ello.

—Pero, entonces, ¿dónde está el poder superior? —Intervino Alfred—. Sé que existe: Samah lo encontró y los sartán de Abarrach que entraron en la Cámara hace siglos también lo descubrieron.

—Igual hicieron los sartán de Chelestra —añadió Haplo.

—Sí, ellos lo descubrieron —dijo Zifnab—. Y tú también.

— ¡Oh! —A Alfred se le encendió el rostro, casi incandescente. A continuación, poco a poco, el fulgor desapareció—. Pero no vi nada...

—Claro que no. Miraste donde no debías. Siempre has buscado donde no debías.

—En un espejo... —murmuró Haplo, recordando las últimas palabras de Xar.
— ¡Aja! —Exclamó Zifnab—. ¡De eso se trata, exactamente! —El viejo hechicero alargó su larga y huesuda mano y dio unas palmaditas en el pecho a Alfred—. ¡De mirarse al espejo!
— ¡Pero..., pero no! —Alfred tartamudeó, azorado—. ¡Yo no...! ¡No puedo...! ¡Yo no soy ese poder superior! ¡De ningún modo!
—Claro que sí. —Zifnab abrió los brazos con una sonrisa—. Y también lo es Haplo. Y yo. Lo son... veamos: en Ariano, sólo entre residentes en el Reino Medio, tenemos cuatro mil seiscientos treinta y siete de ellos. Sus nombres, por orden alfabético, son: Aaltje, Aaltruide, Aaron...
—Está bien, señor, entendemos... —intentó interrumpirlo el dragón con voz severa.
El hechicero continuó repasando la lista:
—Aastami, Abbie...
—Pero... ¡no es posible que todos seamos dioses! —protestó Alfred, desconcertado.
—No sé por qué no. —Zifnab acompañó sus palabras de un bufido—. Sería algo estupendo. Haría que pensáramos las cosas dos veces. Pero, si no te gusta la idea, imagínate como una lágrima caída en un océano.
—La Onda —apuntó Haplo.
—Todos nosotros, gotas en el océano que forman la Onda. Normalmente, mantenemos esta Onda en equilibrio. Las olas lamiendo suavemente la orilla, las muchachas del hula-hula cimbreado las caderas en la arena... —murmuró Zifnab con aire embelesado—. Pero a veces provocamos que la Onda pierda la armonía. Entonces hay maremotos, perturbaciones en las mareas. Las muchachas del hula—hula son arrastradas al mar... Pero la Onda siempre actúa para corregirse a sí misma. Por desgracia —añadió con un suspiro—, al hacerlo envía una oleada de agua espumeante en la dirección contraria.
—Me temo que sigo sin entender... —dijo Alfred en tono apesadumbrado.
—

—Ya lo entenderás, camarada. —Zifnab le dio de nuevo unas palmaditas, esta vez en la espalda—. Tú estás destinado a escribir un libro sobre el tema. Nadie lo leerá, por supuesto, pero eso es lo que menos te ha de importar. Lo que cuenta es el proceso creativo. Fíjate en Emily Dickinson. Escribió durante años en un desván. Nadie llegó a leer un solo...
—Discúlpame, señor —lo interrumpió el dragón, afortunadamente—, pero no tenemos tiempo para hablar de la señorita Dickinson. Está el asunto de la batalla que se avecina.
— ¿Qué? ¡Ah, sí! —Zifnab se dio un tirón de la barba—. No alcanzo a ver cómo vamos a salir de ésta. Ramu es un tipejo testarudo, estúpido e insensible...
—Si me permites decirlo, señor —apuntó el dragón—, fuiste tú quien le dio la falsa información de que...
—Conseguí traerlo aquí, ¿no? —exclamó Zifnab, triunfal—. ¿Crees que habría venido, de lo contrario? ¡Puedes apostar a que no! Aún seguiría en Chelestra, causando infinidad de problemas. Ahora, en cambio, está aquí...
—¡... causando infinidad de problemas! —terminó la frase el dragón con abatimiento.
—Bueno, para ser precisos, las cosas ya no son así —intervino una nueva voz.

El dirigente Vasu apareció en el claro del bosque, acompañado de Balthazar. Alfred los miró con cierto recelo, no muy complacido de ver juntos a los dos personajes.

—Creo que podemos fiarnos de él —susurró Marit, en referencia al sartán de Abarrach—. Su gente ha tenido su propio Laberinto.

Balthazar acogió sus palabras con una reverencia.

—Espero que tu fe en mí quede justificada, hermana. Traemos buenas noticias. De momento, no habrá batalla. Al menos, no entre nosotros. Ramu ha sido obligado a dimitir de su puesto de consejero y yo he sido nombrado jefe del Consejo. Nuestros pueblos —dirigió una mirada al dirigente Vasu, quien esbozó una sonrisa— forman ahora una alianza. Unidos, debemos ser capaces de hacer retroceder a los ejércitos del mal.

—Una noticia excelente, señor. Mi gente la recibirá con gran satisfacción —declaró el dragón y añadió con tono grave—: Sin duda, los dos comprendéis que esta batalla no será el final. La maldad que habita en el Laberinto seguirá aquí para siempre, aunque sus efectos serán limitados por la profundización de la confianza y de la reconciliación entre vuestros dos pueblos. —El dragón miró a Alfred—: La Onda se corrige a sí misma, señor.

—Sí, ya veo —respondió Alfred, pensativo.

—Y quedan también nuestras primas, las serpientes. Me temo que nunca podrán ser derrotadas, pero sí mantenidas a raya y, me satisface decirlo, la mayoría de ellas están ahora atrapadas en el Laberinto. Quedan muy pocas con vida entre los mensch de los cuatro mundos.

—¿Qué será de los mensch, ahora que la Puerta de la Muerte ha quedado cerrada? —Preguntó Alfred con añoranza—. ¿Todos sus logros habrán sido en vano? ¿Quedarán completamente aislados unos de otros?

—La Puerta está cerrada, pero los conductos permanecen abiertos. La gran Tumpa-chumpa continúa trabajando. Su energía se transmite a través de los conductos hasta las ciudadelas de Pryan. Las ciudadelas amplifican esa energía y la envían a Chelestra y a Abarrach. El sol de Chelestra empieza a estabilizarse, lo

—

cual significa que las lunas marinas volverán a despertar. Y la vida florecerá en ellas.

—¿Y Abarrach?

—¡Ah! De ese mundo no estamos muy seguros. Los muertos lo han abandonado, por supuesto. Las ciudadelas calentarán los conductos y esto tendrá el efecto de licuar la capa de hielo que lo recubre. Muchas regiones, hoy dominadas por el frío, volverían a ser habitables.

—Pero ¿quién acudirá a repoblarlas? —Preguntó Alfred con tristeza—. La Puerta de la Muerte está cerrada. Los mensch no podrán viajar a través de ella.

—No —respondió el dragón—, pero un mensch que vive actualmente en Pryan, un elfo llamado Paithan Quindiniar, está trabajando en unos experimentos que inició su padre. Experimentos relacionados con proyectiles y propulsores. Los mensch podrían alcanzar Abarrach antes de lo que crees.

—Por lo que respecta a nosotros, la vida no será fácil para nuestros pueblos

—dijo Vasu—. Pero, si trabajamos juntos, podemos mantener a raya el mal y aportar una dosis de paz y de estabilidad... incluso al Laberinto.

—Reconstruiremos el Nexo —afirmó Balthazar—. Derribaremos el muro y la

Ultima Puerta. Algún día, quizá nuestros dos pueblos serán capaces de convivir allí en armonía.

—Me siento profundamente satisfecho. Sinceramente complacido. —Alfred se enjugó las lágrimas con la raída puntilla del cuello de la blusa.

—Yo también —dijo Haplo. El patryn rodeó con su brazo los hombros de Marit y la atrajo hacia sí—. Lo único que nos queda por hacer es encontrar a nuestra hija...

—La buscaremos —declaró Marit—. Juntos.

—Pero... —A Alfred lo había asaltado de pronto un pensamiento—. Por el Laberinto, ¿qué fue lo que le sucedió a Ramu para que aceptara la renuncia al cargo?

—Un curioso incidente —explicó Balthazar con seriedad—. Me temo que resultó herido. En un punto muy sensible. Y lo verdaderamente extraño es que parece incapaz de curarse.

— ¿Qué le causó la herida? ¿Una serpiente dragón?

—No. —Balthazar dirigió una mirada perspicaz a Haplo y amagó una sonrisa—. Parece que al pobre Ramu lo mordió un perro.

—

EPÍLOGO

La extraña tormenta que había barrido Ariano amainó con la misma rapidez con que se había formado. Jamás había habido otra igual, ni siquiera en el continente de Drevlin, que estaba —o había estado— sometida a fuertes tormentas casi de hora en hora. Algunos de los espantados pobladores de los continentes flotantes temían que el mundo estaba llegando a un final, aunque los más pragmáticos —entre ellos, Limbeck Aprietatuercas— sabían que no era así.

—Se trata de un flujo ambiental —le explicó el enano a Jarre; o, mejor dicho, a lo que suponía que era Jarre aunque, en realidad, era una escoba. A Limbeck se le habían roto las gafas durante la tormenta. Jarre, acostumbrada a ello, apartó la escoba y ocupó su lugar sin que el miope enano advirtiera la diferencia—. Un flujo ambiental, causado sin duda por el aumento de actividad de la Tumpa-chumpa, que ha producido un calentamiento de la atmósfera. Voy a llamarlo «efecto Tumpachumpa».

Así lo hizo, y aquella misma noche pronunció un discurso relativo al hecho, que nadie escuchó debido a que todo el mundo andaba recogiendo el agua del chaparrón que anegaba muchas zonas.

Los feroces vientos de la tormenta amenazaron con causar considerables daños en las ciudades del Reino Medio y, de forma muy especial, en las ciudades elfas, grandes y densamente pobladas. Pero, en el punto álgido de la tempestad, en su momento de máxima furia, se presentaron los misteriarcas humanos —grandes hechiceros de la Séptima Casa— y, con sus facultades mágicas para ejercer control sobre los elementos naturales, hicieron mucho para proteger a los elfos. Los daños fueron mínimos y sólo hubo algunas lesiones leves. Lo más importante de todo fue que aquella ayuda, no pedida e inesperada, contribuyó en gran medida a suavizar las tensiones entre pueblos que, hasta aquel momento, habían sido acérrimos enemigos.

El único edificio que sufrió daños importantes a causa de la tormenta fue la Catedral del Albedo, el receptáculo de las almas de los muertos. Los elfos kenkari habían construido la Catedral con cristal, piedra y magia. Su cúpula de paneles de

cristal protegía un exótico jardín de plantas hermosas y poco frecuentes, algunas

—

de las cuales se decía que procedían de tiempos anteriores a la Separación: unas plantas traídas de un mundo cuya propia existencia casi había caído ya en un completo olvido. Dentro de aquel jardín, las almas de los elfos de estirpe real revoloteaban entre las hojas y entre las rosas fragantes.

Antes de morir, todo elfo entregaba el alma a los kenkari, la dejaba al cuidado de los elfos encargados de ello, que recibían el nombre de geir. El geir llevaba el alma, encerrada en una cajita ornamentada, a la Catedral, donde los kenkari la dejaban entre las otras almas encerradas en el jardín. Entre los elfos existía la creencia de que aquellas almas de los muertos proporcionaban a los vivos los beneficios de la fuerza y de la sabiduría que habían adquirido en vida.

La antigua costumbre había sido iniciada por Krenka—Anris, la santa elfa, el alma de cuyos hijos muertos había regresado para salvar a su madre de un dragón.

Los elfos kenkari vivían en la Catedral al cuidado de las almas, encargados de aceptar y liberar en el jardín las que les iban llegando. Por lo menos, eso era lo que habían hecho en el pasado. Pero, cuando habían tenido constancia clara de que Agah'ran, el emperador elfo, ordenaba dar muerte a jóvenes elfos para obligar a sus almas a ayudarlo en su corrupto mandato, los kenkari habían cerrado la Catedral y habían prohibido la aceptación de una sola alma más.

Agah'ran fue destronado por su hijo, el príncipe Reesh—ahn, con la ayuda de los gobernantes humanos, Stephen y Ana. El emperador huyó y desapareció. Elfos y humanos formaron una alianza. Había sido una paz inquieta; sus supervisores habían tenido trabajo para mantenerla, obligados constantemente a apagar fuegos, calmar enfrentamientos y contener a los seguidores más testarudos. Con todo, de momento la situación se sostenía.

Pero los kenkari no tenían idea de qué hacer. Las últimas instrucciones que les había dado el Guardián de las Almas, a quien se las había revelado Krenka—Anris, era que mantuvieran cerrada la Catedral. Y así lo habían hecho. Cada día, los tres guardianes —Alma, Libro y Puerta— se acercaban al altar y solicitaban consejo.

Y recibían la consigna de esperar.

Entonces, se había presentado la tormenta.

El viento empezó a arreciar inesperadamente hacia mediodía. Nubes oscuras de aspecto amenazador se formaron en los cielos por encima y por debajo del Reino Medio hasta oscurecer por completo la luz de Solaris. El día se convirtió en noche en un abrir y cerrar de ojos. La actividad comercial se paralizó en toda la ciudad; la gente salió a las calles y miró al cielo con inquietud. Las naves que surcaban el aire entre isla e isla buscaron refugio lo antes posible, poniendo proa al puerto más cercano, lo cual significó que embarcaciones elfos amarraran en puertos humanos mientras transportes humanos lo hacían en ciudades elfas.

Los vientos continuaron arreciando. Los frágiles árboles hargast se quebraron y quedaron hechos añicos. Los edificios poco sólidos fueron aplastados como si los golpeará un puño de gigante. Las recias fortalezas de los humanos se estremecieron hasta los cimientos. Se dijo que incluso los monjes de la muerte, los kir, que tan poca atención prestaban a lo que sucedía en el mundo de los vivos, terminaron por salir de sus monasterios, levantar los ojos al cielo y mover la cabeza

con gesto tenebroso, presagiando el final de los tiempos.

—

En la Catedral, los tres guardianes —Libro, Puerta y Alma— se reunieron a rezar ante el altar de Krenka—Anris.

Entonces empezó la lluvia, derramándose de las nubes oscuras como espadas arrojadas por un ejército temible. Granizo del tamaño de la cabeza de una maza de combate golpeó con fuerza la cúpula de cristal de la Catedral del Albedo.

—Krenka—Anris —suplicó Alma—, escucha nuestra...

Un crujido sonoro y violento, como el estallido de un artefacto pirotécnico, hendió el aire. Puerta lanzó una exclamación. Libro se encogió. El Guardián de las Almas, aturdido, se detuvo a media plegaria.

—Las almas del jardín están muy agitadas —murmuró.

Aunque las almas no eran visibles, las hojas de las plantas vibraban y se movían. Las sacudidas desprendían pétalos de los capullos.

Sonó otro crujido, seco y amenazador.

— ¿Un trueno? —aventuró el Guardián de la Puerta, a quien el miedo hizo olvidar que no debía hablar a menos que se dirigiesen a él.

El Guardián de las Almas se incorporó y contempló el jardín a través de la ventana de cristal. Con un grito inconexo, retrocedió tambaleándose hasta asirse al altar para sostenerse. Sus dos compañeros se apresuraron a llegar junto a él.

— ¿Qué sucede? —preguntó la Guardiana del Libro con un hilo de voz.

— ¡El techo! —exclamó Alma, señalándolo—. ¡Empieza a romperse!

Todos podían apreciar claramente la grieta, una línea quebrada como un relámpago que recorría toda la cúpula de cristal. Ante su mirada, la grieta se hizo más larga y más amplia. Un fragmento de cristal se desprendió y cayó al jardín con estrépito.

— ¡Krenka-Anris, sálvanos! —musitó Libro.

—No creo que sea a nosotros a quienes salve —reflexionó el Guardián de las Almas. De repente, mostraba una serenidad extraordinaria—. Vamos. Debemos marcharnos y buscar refugio en las estancias subterráneas. Deprisa.

Alma se retiró del altar y se encaminó a la puerta. Libro y Puerta se apresuraron a seguirlo, pisándole los talones prácticamente.

A su espalda escucharon el estallido de nuevos fragmentos de cristal desprendidos y el crujido de los grandes árboles abrigados bajo la cúpula.

El guardián tañó la campana que convocaba a los kenkari a la oración. Pero esta vez los llamaba a unirse en la acción.

—La gran cúpula se está rompiendo —anunció a sus aturdidos seguidores—.

No se puede hacer nada por salvarla. Es la voluntad de Krenka—Anris. Se nos ha ordenado que busquemos refugio. El asunto está fuera de nuestras manos. Hemos hecho lo posible por contribuir. Ahora debemos rezar.

— ¿Qué hemos hecho por contribuir? —le cuchicheó el Guardián de la Puerta a la Guardiana del Libro mientras apretaban el paso tras Alma por la escalera que conducía a las cámaras subterráneas.

El Guardián de las Almas escuchó el comentario y se volvió con una sonrisa.

—Hemos ayudado a un hombre perdido a encontrar un perro.

La tormenta cobró más y más intensidad, hasta llegar a un punto en que todos se convencieron de que Ariano estaba condenado.

Y, entonces, la tormenta cesó con la misma rapidez con la que se había

iniciado. Las nubes oscuras desaparecieron como engullidas a través de una enorme puerta abierta. Solaris volvió a brillar, cegando a los deslumbrados elfos con su intenso fulgor.

Cuando los kenkari salieron de las cámaras subterráneas, encontraron la Catedral completamente destruida. La cúpula de cristal estaba hecha trizas. Los árboles y flores del interior habían quedado cortados a tiras por la lluvia de cristales y enterrados bajo el granizo.

— ¿Y las almas? —preguntó el Guardián de la Puerta, abrumado y lleno de temor reverencial.

—Han escapado —respondió la Guardiana del Libro con tristeza.

—Libres —musitó el Guardián de las Almas.